GEOFFREY PARKER

EL SIGLO MALDITO

CLIMA, GUERRAS Y CATÁSTROFES EN EL SIGLO XVII

Revoluciones, sequías, hambrunas, invasiones, guerras, regicidios… Los desastres que se sucedieron en la segunda mitad del siglo XVII no sólo no tenían precedentes, sino que se propagaron por el globo de una forma atroz. La crisis mundial se extendió desde Inglaterra hasta Japón, desde el Imperio ruso hasta el África subsahariana. El continente americano tampoco escapó a las turbulencias.

El prestigioso historiador Geoffrey Parker ha investigado en archivos del mundo entero (cita alrededor de 2500 fuentes) y nos muestra aquí unos 700 testimonios de hombres y mujeres que contaron en primera persona lo que vieron y sufrieron durante una crisis política, económica y social que se prolongó desde 1618 hasta los años ochenta del siglo XVII. El autor también ha recogido una enorme cantidad de datos científicos sobre las condiciones climáticas en esa época, y su análisis de estos archivos «naturales» y «humanos» cambia por completo nuestro entendimiento de lo que hasta ahora se había dado en llamar la Crisis General.

Las alteraciones que se dieron en el clima durante las décadas de 1640 y de 1650 —inviernos más largos y severos, y veranos frescos y lluviosos— interrumpieron los ciclos de siembra y recolección, lo que causó escasez, desnutrición y enfermedades, e hizo aumentar el índice de mortalidad y disminuir el de natalidad. Estimaciones de la época aseguran que murió un tercio de la población global, y las fuentes históricas que han llegado hasta nosotros apoyan su pesimismo.

La demostración de que existe una relación directa entre el cambio climático y la catástrofe mundial que tuvo lugar hace 350 años quedará para siempre como un hito extraordinario en el estudio de la historia. Las implicaciones de esta investigación para nuestro tiempo son igualmente importantes: ¿estamos pre-

parados hoy para las catástrofes que el cambio climático podría traer mañana?

epublibre

Geoffrey Parker

EL SIGLO MALDITO

Climas, guerras y catástrofes en el siglo XVII

ePub r1.0
Titivillus 31.01.15

Título original: *Global Crisis*
Geoffrey Parker, 2013
Traducción: Victoria Gordo del Rey & Jesús Cuéllar
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CC BY

Este libro está dedicado con admiración
a todos los que luchan
contra la esclerosis múltiple.

Fue un invierno tan duro que nadie recuerda otro parecido [...] hasta pasada Semana Santa los campesinos no pudieron volver a empezar a labrar sus campos.

HANS HEBERLE, *Zeytregister [Diario]*, Ulm, Alemania, 1627

Aquí corren unos tiempos terribles; nadie es capaz de recordar una hambruna y una mortalidad como éstas.

Funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales, Surat, India, 1631

Las generaciones futuras no creerán las penalidades, el dolor y la miseria que estamos sufriendo los que ahora vivimos.

FRAY FRANCESCO VOERSIO DE CHERASCO, *Diario del contagio*, Italia, 1631

Ha habido más muertes que nunca en la historia de la humanidad.

HANS CONRAD LANG, *Tagebuch [Diario]*, sur de Alemania, 1634

Jiangnan jamás ha experimentado un desastre de este tipo.

LU SHIYI, *Zhixue lu [Diario]*, sur de China, 1641

Entre todos los extraños sucesos de desastres y rebeliones, no ha habido ninguno peor que éste.

Gacetero del condado de Yizhou, norte de China, 1641

Toda la Monarquía tembló y se estremeció; pues se levantó con efecto Portugal y Cataluña, y las Indias Orientales, y las Islas Terceras, y el Brasil.

DON JUAN DE PALAFOX Y MENDOZA, virrey y capitán general de Nueva España, México, 1641

Corren tiempos convulsos, y esta convulsión es universal: el Palatinado, Bohemia, Alemania, Cataluña, Portugal, Irlanda, Inglaterra.

JEREMIAH WHITAKER, *Ejrenopojos [El pacificador]*, sermón, Inglaterra, 1643

Este tiempo es semejante a aquéllos en que todas las naciones trastornaron y dieron que sospechar a grandes espíritus se llegaba el último período de los hombres.

Nicandro, panfleto, Madrid, España, 1643

Es cierto que hemos tenido muchos días negros en Inglaterra en épocas anteriores, pero comparados con el presente serían como la sombra de una montaña comparada con un eclipse de Luna.

JAMES HOWELL, *Collected letters [Epistolario]*, Inglaterra, 1647

El mundo entero está convulso. Son malos tiempos. Hay una gran convulsión y la gente está preocupada.

Contribuyente anónimo, Moscú, Rusia, 1648

Hubo una gran hambruna en todo el mundo cristiano.

Anónimo, inscripción en la vieja catedral de Sambor, Ucrania, 1648

Los precios de las vituallas y todo tipo de cereales son los más altos que ninguna persona viva puede recordar… No se había visto nada igual en este Reino hasta la fecha.

SIR JAMES BALFOUR, «Some shorte memorialls and passages of this yeire»[«Algunos memoriales cortos y pasajes de este año»], Escocia, 1649

Si hubiera que creer en el Juicio Final, diría que está teniendo lugar justo ahora.

RENAUD DE SÉVIGNÉ, juez, carta, París, Francia, 1652

Los elementos, servidores de un Dios iracundo, se combinan para acabar con el resto de la humanidad. Las montañas escupen fuego, la tierra tiembla, las plagas contaminan el aire.

JEAN- NICOLAS DE PARIVAL, *Abrégé de l'histoire de ce Siècle de Fer [Breve historia de este Siglo de Hierro*], Bruselas, sur de los Países Bajos, 1653

Un tercio del mundo ha muerto.

ANGÉLIQUE ARNAULD, abadesa de Port-Royale-des-Champs, carta, Francia, 1654

Apenas tuve conciencia de mí mismo en este mundo, me sentí en medio de una tormenta que ha durado casi hasta la fecha.

JOHN LOCKE, «Primer tratado…», *Dos tratados sobre el gobierno civil*, Londres, 1660

Debido a la sequía que Dios nos ha enviado, queríamos vender nuestra propiedad a nuestros parientes, pero éstos la rechazaron y nos dejaron morir de hambre.

GAVRIL NITĂ, campesino, Moldavia, 1660

Transilvania nunca había experimentado una miseria como la de este año pasado.

MIHAIL TELEKI, canciller de Transilvania, *Journal [Diario],* 1661.

En todas las ciudades de Anatolia aparecieron tantos profetas y profetisas que todo el mundo creía sinceramente que había llegado el fin del mundo […]. Éstos fueron sin duda hechos y maravillas milagrosas, como nunca los había habido desde el día en que se creó el mundo.

LEIB BEN OYZER, *Beschraybung fun Shabsai Zvi*
[*Descripción de Sabbatai Zevi*],sobre los hechos
acaecidos en el Imperio otomano en 1665-1666.

El mundo estuvo en llamas desde que yo tenía quince años [1638] hasta que cumplí dieciocho.

ENOMOTO YAZAEMON, *Oboegaki [Memoranda]*,
Saitama, Japón, 1670

No tengo miedo de ver a los muertos, y es por todos los que vi durante la hambruna de 1641-1642.

YAO TINGLIN, *Linian ji [Relato de años sucesivos],*
Shanghái, China, c. 1670.

La zona estaba tan desolada y yerma que mucha gente no tenía en valor su vida [...]. No había día que uno no se enterara de que alguien se había colgado de una viga. Cada tanto, otros se cortaban el cuello o se tiraban al río.

HUANG LIUHONG, *Fuhui quanshu [Libro completo*
sobre la felicidad y la benevolencia], sobre los
acontecimientos en Shandong, China, c. 1670.

Prólogo

¿ALGUIEN DIJO «CAMBIO CLIMÁTICO»?

El cambio climático ha sido una de las principales causas de destrucción de los ecosistemas. Después de diversos avances y retrocesos de los glaciares (que constituyeron en sí mismos fenómenos climáticos absolutamente remarcables), hace 12 000 años un episodio de enfriamiento global hizo que se extinguieran numerosas especies mamíferas, como los mamuts y los «dientes de sable». Unos 4000 años atrás, las sociedades del sur y el oeste de Asia perecieron a causa de una sequía general; y entre el 750 y el 900 a. C., una sequía localizada a ambos lados del Pacífico debilitó fatalmente el Imperio Tang en China y la cultura maya en Centroamérica[1]. Posteriormente, a mediados del siglo XIV, una combinación de bruscas oscilaciones climáticas e importantes epidemias redujeron la población de Europa a la mitad y causaron una grave despoblación y perturbación en gran parte de Asia[2]. Por último, a mediados del siglo XVII, la Tierra sufrió las temperaturas más frías registradas en más de un milenio. Puede que muriera un tercio de la población.

Aunque el cambio climático puede producir, y de hecho lo hace, una catástrofe humana, pocos historiadores incluyen el tiempo meteorológico en sus análisis. Incluso en su pionero estudio de 1967, *Historia del clima desde el año 1000,* Emmanuel Le Roy-Ladurie sostenía que «a largo plazo, las consecuencias humanas del clima parecen ser leves, prácticamente insignificantes». A modo de ejemplo, afirmaba que «sería bastante absurdo» tratar de «explicar» la sublevación francesa acaecida entre 1648 y 1653, conocida como la Fronda, «por las adversas condiciones meteorológicas de la década de 1640». Algunos años más tarde, Jan de Vries, un distinguido historiador de la economía, argumentaba en este mismo sentido que «las crisis climáticas breves son a la

historia de la economía como los robos de bancos a la historia de la banca[3]».

Los historiadores no son los únicos en negar la existencia de un nexo entre el clima y la catástrofe. Richard Fortey, un destacado paleontólogo, ha apuntado que «existe una suerte de optimismo construido en torno a nuestra especie que parece preferir vivir en el cómodo presente a enfrentar la posibilidad de la destrucción», con el resultado de que «los seres humanos nunca están preparados para los desastres naturales[4]». De modo que los acontecimientos climáticos extremos siguen cogiéndonos por sorpresa, aun cuando causen un daño masivo. En 2003, una ola de calor que duró sólo dos semanas causó la muerte prematura de 70 000 personas en Europa, mientras que en 2005, el huracán *Katrina* mató a 2000 personas y destruyó propiedades por un valor superior a los 81 000 millones de dólares en una área de Estados Unidos de tamaño equivalente al de Gran Bretaña. A lo largo de 2011, más de 106 millones de personas de todo el mundo se vieron negativamente afectadas por inundaciones, casi 60 millones por la sequía, y casi 40 millones por las tormentas. Pese a saber que la meteorología fue la causante de éstas y muchas otras catástrofes en el pasado, y que causará muchas más en el futuro, seguimos convenciéndonos a nosotros mismos de que eso no ocurrirá todavía (o, al menos, no a nosotros[5]).

Actualmente, la mayoría de las iniciativas para predecir las consecuencias del cambio climático se basan en extrapolaciones a partir de tendencias recientes; pero existe otra metodología. Aparte de pulsar el botón de avance rápido, también podemos «rebobinar la cinta de la historia» y estudiar la génesis, impacto y consecuencias de catástrofes pasadas, utilizando dos categorías diferentes de datos «indirectos»: un «archivo natural» y un «archivo humano».

El «archivo natural» se compone de cuatro grupos de fuentes:

- *Muestras de hielo y glaciología*: los sedimentos que anualmente quedan depositados en los casquetes de hielo y glaciares de todo el mundo, y que quedan recogidos en profundos pozos de sondeo, aportan evidencias de los cambiantes niveles de las emisiones volcánicas, precipitaciones, temperatura del aire y composición atmosférica[6].
- *Palinología*: el polen y las esporas depositadas en lagos, ciénagas y estuarios capturan la vegetación natural en el momento de producirse el poso[7].
- *Dendrocronología*: el tamaño de los anillos que cada época de crecimiento deja en ciertos árboles refleja las condiciones locales en primavera y verano. Un anillo ancho indica un año favorable para el crecimiento, mientras que uno estrecho refleja un año adverso[8].
- *Espeleotemas*: los sedimentos anuales depositados por el agua subterránea que se filtra en las cuevas, especialmente en forma de estalactitas, pueden servir como indicador climático indirecto[9].

El «archivo humano» sobre el cambio climático abarca cinco grupos de fuentes:

- La *información narrativa* contenida en la tradición oral y los textos escritos (crónicas e historias, cartas y diarios, archivos judiciales y gubernamentales, cuadernos de bitácora y periódicos).
- La *información numérica* extraída de documentos (como las fluctuaciones en la fecha en que comienza la cosecha de ciertos cultivos cada año, en los precios de los alimentos o en el número de personas contratadas cada primavera para limpiar los detritus que los ríos han ido arrastrando junto

con la nieve derretida) y de informes expositivos («ha llovido por primera vez después de 42 días»).

- *Representaciones visuales* de fenómenos naturales (pinturas o grabados que muestran la posición de la lengua de un glaciar en un año determinado, o placas de hielo en un puerto durante un invierno inusualmente crudo[10]).
- *Información epigráfica o arqueológica*, como inscripciones en estructuras que indican los niveles de inundación, o excavaciones en emplazamientos abandonados debidos al cambio climático.
- *Datos instrumentales*: a partir de la década de 1650, en Europa, algunos observadores empezaron a registrar regularmente datos meteorológicos, incluidas las precipitaciones, la dirección del viento y las temperaturas[11].

El fracaso de la mayoría de los historiadores a la hora de sacar provecho a los datos disponibles en estos «archivos» respecto al siglo XVII es especialmente lamentable, por el intenso episodio de enfriamiento global que coincidió con una inigualable sucesión de revoluciones y procesos de desintegración de Estados —incluida la China Ming, la Mancomunidad Polaco-Lituana y los territorios de la Monarquía española—, mientras que otros Estados se acercaban a la revolución —especialmente, los imperios ruso y otomano en 1648, y el Imperio mogol, Suecia, Dinamarca y la República de Holanda en la década de 1650— (*figura 1*). Además, Europa sólo vivió tres años de paz absoluta durante todo el siglo XVII, mientras que el Imperio otomano no disfrutó más que diez. Los imperios chino y mogol estuvieron en guerra de forma casi continuada. En el hemisferio norte, la guerra se convirtió en la norma para resolver los problemas tanto nacionales como internacionales.

Los historiadores han bautizado esta época de turbulencias como la *Crisis General*, y algunos han visto en ella la puerta de entrada al mundo moderno. El término fue popularizado por Hugh Trevor-Roper en un ensayo de gran repercusión, publicado por primera vez en 1959, en el que sostenía:

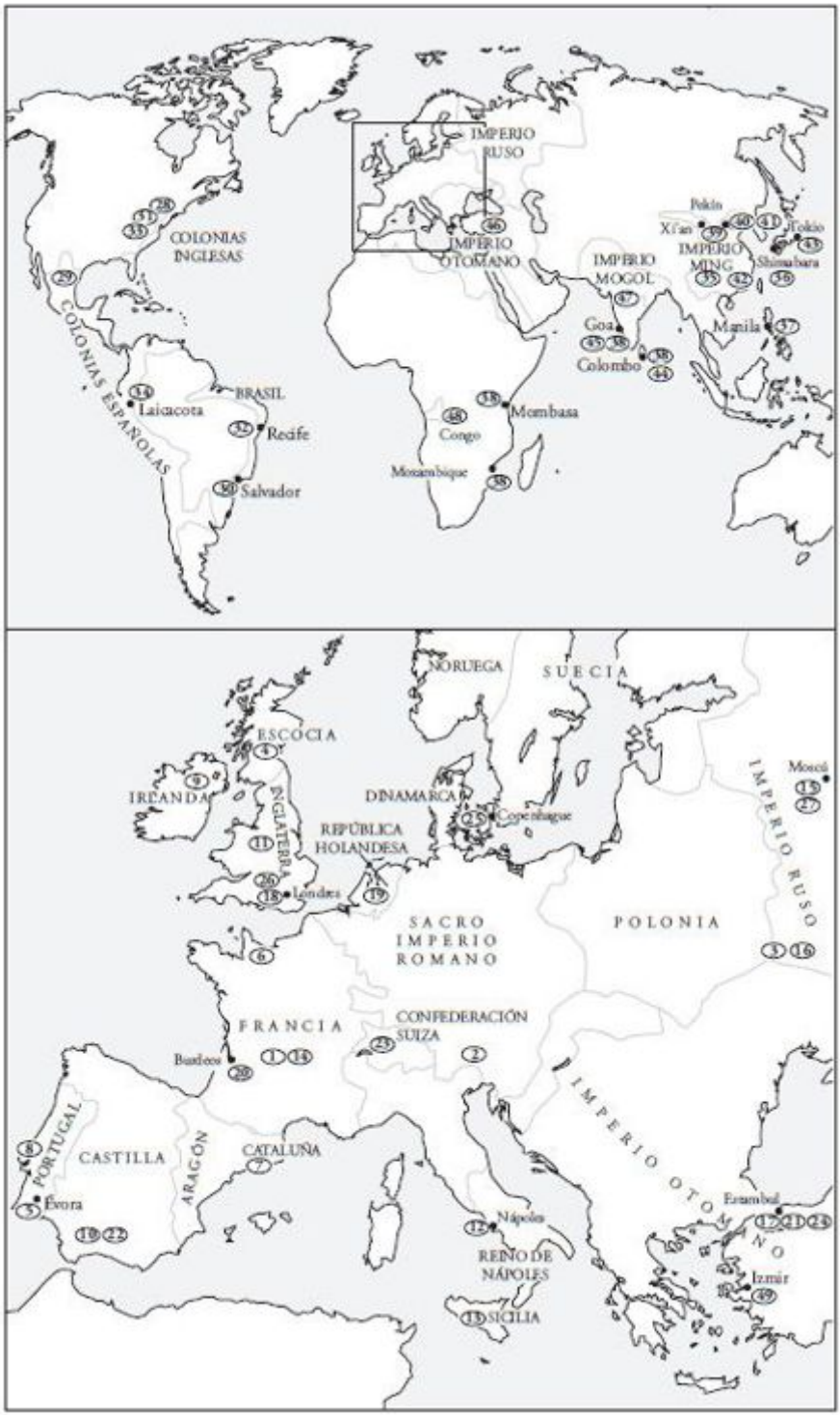
> El siglo XVII no absorbió sus revoluciones. No es continuo. Se rompe a la mitad, irremediablemente, y en su final, tras las revoluciones, los hombres apenas pueden reconocer su principio. Intelectual, política, moralmente, nos encontramos en una nueva era, un nuevo clima. Es como si una serie de lluvias hubiera culminado en una gran tormenta final que limpió el aire y cambió, permanentemente, la temperatura de Europa. Desde finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVII impera el clima del Renacimiento; luego, a mediados del siglo XVII, se suceden años de cambio, de revolución; y, a partir de ahí, durante otro siglo y medio, nos encontramos ante un clima muy distinto, el clima de la Ilustración[12].

Pero de *clima*, en su sentido literal, Trevor-Roper no decía una palabra, aun cuando los trastornos que describía ocurrieron durante un período marcado por un enfriamiento global y extremados acontecimientos climáticos.

La evidencia es tan clara como consistente. Las lecturas diarias de una red internacional de centros de observación climática revelan que los inviernos entre 1654 y 1667 fueron, en promedio, más de un grado centígrado (°C) más fríos que los de finales del siglo XX.[13] Otros datos muestran que en 1641 se vivió el tercer verano más frío registrado en el hemisferio norte de los seis siglos anteriores; el segundo invierno más frío experimentado en un siglo en Nueva Inglaterra; y el invierno más frío experimentado *nunca* en Escandinavia. El verano de 1642 fue el vigésimo octavo más frío, y el de 1643 el décimo más frío registrado jamás en el hemisferio norte en los seis siglos anteriores; mientras que el invierno de 1649-1650 parece haber sido el más frío registrado tanto en el norte como en el este de China. Las condiciones climáticas anormales duraron desde la década de 1640 hasta la de 1690 —el episodio de enfriamiento global más largo y más gra-

ve registrado en toda la Era Holocena—, lo que llevó a los climatólogos a denominar este período la *Pequeña Edad de Hielo*[14].

Este libro trata de ligar la Pequeña Edad de Hielo con la Crisis General de los historiadores, y hacerlo sin pintar la diana alrededor del agujero que ha hecho la bala, es decir, sin argüir que el enfriamiento global «debe» haber causado de alguna manera la recesión y la revolución en todo el mundo simplemente porque el cambio climático es el único denominador común plausible. Le Roy-Ladurie tenía toda la razón al insistir en 1967 en que «el historiador del clima del siglo XVII» debe «ser capaz de aplicar un método cuantitativo comparable en su rigor, si no en su exactitud y variedad, a los métodos utilizados por los meteorólogos de la actualidad para estudiar el clima del siglo XX», y lamentaba que su objetivo fuera entonces inalcanzable[15]. Las fuentes actualmente disponibles, no obstante, permiten a los historiadores integrar el cambio climático con el cambio político, económico y social, con una precisión sin precedentes. Los relatos sobre las condiciones climáticas en África, Asia, Europa y las Américas a mediados del siglo XVII son abundantes, y disponemos de millones de medidas de anillos de árboles, muestras de hielo, depósitos de polen y formaciones de estalactitas[16].


IMPERIO RUSO
COLONIAS INGLESAS
IMPERIO OTOMANO
IMPERIO MOGOL
IMPERIO MING
Pekín
Xi'an
Tokio
Shimabara
Goa
Manila
Colombo
COLONIAS ESPAÑOLAS
BRASIL
Laicacota
Recife
Salvador
Mombasa
Congo
Mozambique
NORUEGA
SUECIA
ESCOCIA
IRLANDA
INGLATERRA
DINAMARCA
Copenhague
REPÚBLICA HOLANDESA
Londres
Moscú
IMPERIO RUSO
SACRO IMPERIO ROMANO
POLONIA
FRANCIA
CONFEDERACIÓN SUIZA
Burdeos
PORTUGAL
CASTILLA
ARAGÓN
CATALUÑA
Évora
IMPERIO OTOMANO
Estambul
Nápoles
REINO DE NÁPOLES
Izmir
SICILIA

Principales revueltas y revoluciones, 1635-1666

EUROPA

1636 1. Revuelta de los *croquants* (Périgord)
2. Revuelta en Baja Austria
1637 3. Revuelta de los cosacos (hasta 1638)
4. Revolución escocesa (hasta 1651)
5. Revuelta de Évora y S. Portugal (hasta 1638)
1639 6. Revuelta de los *nu-pieds* (Normandía)
1640 **7. Revuelta catalana (hasta 1659)**
8. Portugal se rebela (hasta 1668)
1641 **9. Rebellón irlandesa (hasta 1653)**
10. Andalucía: conspiración de Medina Sidonia
1642 **11. Guerra civil inglesa (hasta 1660)**
1647 **12. Revuelta de Nápoles (hasta 1648)**
13. Revuelta de Sicilia (hasta 1648)
1648 14. Francia: revuelta de la Fronda (hasta 1653)
15. Rusia: Moscú y otras ciudades se rebelan (hasta 1649)
16. Revuelta de Ucrania contra Polonia (hasta 1668)
17. Estambul: regicidio otomano
1649 18. Londres: regicidio británico
1650 **19. Cambio de régimen holandés (hasta 1672)**
1651 20. Burdeos: revuelta de *l'Ormée* (hasta 1653)
21. Disturbios en Estambul
1652 22. Revueltas del Pendón Verde en Andalucía
1653 23. Revolución suiza
1656 24. Disturbios en Estambul
1660 **25. La «revolución danesa»**
26. «Restauración» en Inglaterra, Escocia e Irlanda
1662 27. Rebelión en Moscú

Los acontecimientos en **negrita** provocaron un cambio de régimen.

AMÉRICA

1637 28. Guerra Pequot
1641 29. Revuelta en México (hasta 1642)
30. El Brasil portugués se rebela contra España
1642 31. Las colonias inglesas en América intervienen en la guerra civil
1645 **32. Colonos portugueses en Brasil se rebelan contra los holandeses (hasta 1654)**
1660 33. «Restauración» en las colonias inglesas
1666 34. Revuelta de Laicacota (Perú)

ASIA Y ÁFRICA

1635 35. Revueltas populares se extienden desde el noroeste de China al valle del Yangtsé (hasta 1645)
1637 36. Revuelta en Shimabara (hasta 1638)
1639 37. Revuelta china (sangleyes) en Manila
1641 **38. Revuelta portuguesa en Mombasa, Mozambique, Goa y Ceilán contra España**
1643 **39. Li Zicheng proclama la era Shun en Xi'an**
1644 **40. Li Zicheng toma Pekín y acaba con la dinastía Ming**
41. Qing captura Pekín y ocupa la Llanura Central
1645 **42. Qing invade el sur de China; resistencia «Ming del Sur» (hasta 1662 en el sur de China; hasta 1683 en Taiwán)**
1651 43. Conspiración Yui en Tokio
1652 44. Colombo se rebela contra Portugal
1653 45. Goa se rebela contra Portugal
1657 46. Anatolia: revuelta de Abaza Hasan Pasha (hasta 1659)
1658 **47. Guerra civil mogola (hasta 1662)**
1665 **48. Caída del reino del Congo**
49. Sabbatai Zevi es proclamado Mesías en Izmir

1. La crisis global. Aunque Europa y Asia formaban el núcleo de la «Crisis General», los imperios mogol y otomano, al igual que las colonias europeas en América, también sufrieron importantes conflictos políticos a mediados del siglo XVII.

No obstante, los nuevos datos, por muy abundantes e incluso sorprendentes que sean, no deben convertirnos en deterministas climáticos. Ya en 1627, Joseph Mede, un polímata con especial interés en la astronomía y la escatología, que daba clases en el Christ's College de Cambridge, señaló un obstáculo metodológico: el aumento de las observaciones puede simplemente reflejar un aumento en el número de observadores. Así, cuando se enteró casi simultáneamente de un terremoto cerca de Glastonbury y «otro prodigio en Boston [Lincolnshire] de fuego que caía del cielo», Mede apuntó sabiamente: «O bien ocurren más

cosas extrañas que antes, o nos damos más cuenta de ellas, o ambas cosas». La investigación posterior ha confirmado la suposición de Mede. Por ejemplo, a la vez que la astronomía moderna ha confirmado que en efecto el siglo XVII fue testigo de una frecuencia inusual de cometas, los seres humanos «se dieron más cuenta de ellos», debido tanto a que la proliferación de telescopios permitió que más de ellos pudieran ser apreciados desde la Tierra, como a que las espectaculares mejoras en la recopilación y difusión de las noticias significaba que cada avistamiento pronto pudiera ser dado a conocer a más gente[17].

Un segundo obstáculo para la evaluación precisa de los datos climáticos por parte de los historiadores es el papel que desempeñan la infraestructura y la contingencia. Por un lado, las nocivas consecuencias de una meteorología más fría o más húmeda pueden mitigarse si una comunidad tiene el granero bien aprovisionado o dispone de acceso a alimentos importados a través de un puerto cercano. Por otro, la guerra puede provocar una hambruna incluso en un año de abundantes cosechas destruyendo, confiscando o interrumpiendo el suministro de comida del que depende una comunidad. Según el aforismo del fallecido Andrew Appleby, la «variable crucial» a menudo «no era el clima, sino la capacidad de adaptarse a él[18]». Este libro analiza, por tanto, no sólo el impacto del cambio climático y los sucesos meteorológicos extremos que sufrieron las sociedades humanas durante el siglo XVII, sino las diversas estrategias adaptativas tomadas para sobrevivir a la peor catástrofe de origen climático del último milenio.

Introducción

La pequeña edad de hielo y la crisis general

En 1638, desde la seguridad de su facultad de Oxford, Robert Burton informaba a los lectores de su exitoso libro *Anatomía de la melancolía* que «cada día» tenía noticias de…

> … guerras, plagas, incendios, inundaciones, robos, asesinatos, masacres, meteoros, cometas, espectros, prodigios, apariciones; de ciudades tomadas, plazas sitiadas en Francia, Alemania, Turquía, Persia, Polonia, etc.; de preparativos y reuniones militares diarias, así como de sus consecuencias en estos tiempos tempestuosos; batallas libradas, con muchos hombres muertos, monomaquias, naufragios y batallas navales, paz, alianzas, estratagemas y nuevos peligros.

Cuatro años después de comenzar la guerra civil inglesa, un grupo de comerciantes londinenses se lamentaba de que «todo el comercio de este Reino prácticamente se ha desplomado por nuestras desdichadas divisiones internas, a las que Dios tenga a bien poner fin de una vez. Y en cuanto a este deterioro y la escasez de dinero, Europa no está mucho mejor, y vive sumida en un torbellino de guerras, tanto domésticas como extranjeras». En 1643, el predicador Jeremiah Whitaker advertía a sus feligreses de que «[éstos] son tiempos convulsos y esta convulsión es universal: el Palatinado, Bohemia, Alemania, Cataluña, Portugal, Irlanda, Inglaterra». Normalmente, argüía Whitaker, Dios «lo sacude todo sucesivamente», pero en aquel momento parecía haber planeado «sacudir a todas las naciones colectiva, conjunta y universalmente». De hecho, especulaba, dicha «sacudida» simultánea debía de ser el heraldo del Día del Juicio Final[1].

Aquel mismo año, en España, un tratado titulado *Nicandro* sostenía lo mismo.

> La universal providencia de las cosas —exclamaba—, en unos tiempos trasiega el mundo y lo funesta con calamidades públicas y universales, cuyas causas totalmente ignoramos. Este tiempo es semejante a aquéllos en que todas las

> naciones trastornaron y dieron que sospechar a grandes espíritus se llegaba el último período de los hombres. Hemos visto todo el septentrión conmovido y alterado, envueltos sus ríos en sangre, yermas las provincias populosas; a Inglaterra e Irlanda y Escocia ardiendo en guerras civiles; a un emperador de los turcos arrastrado por las calles de Constantinopla, encendidos en guerras civiles los otomanos, después con los persas. La China penetrada de los tártaros, la Etiopía de los turcos, los reyes de las Indias que se esparcían entre el río Ganges y el Indo encendidos en emulaciones.

«¿Qué provincia hay que no haya en su manera —cuando no con guerras con terremotos, pestes y hambrunas— sentido el rigor de este universal influjo?», concluía retóricamente el *Nicandro*[2].

En Alemania, en 1648, un diplomático suizo expresaba su alarma ante un nuevo brote «de revueltas populares contra sus gobernantes en todas partes del mundo, por ejemplo en Francia, Inglaterra, Alemania, Polonia, Moscovia y el Imperio otomano». Estaba bien informado: la guerra acababa de comenzar en Francia y continuaba asolando Inglaterra, la guerra de los Treinta Años dejó gran parte de Alemania devastada y despoblada, los cosacos de Ucrania acababan de rebelarse contra sus señores polacos y masacrar a miles de judíos, las revueltas sacudían Moscú y otras ciudades rusas, y una sublevación en Estambul condujo al asesinato del sultán otomano. Al año siguiente, un exiliado escocés en Francia concluía que él y sus contemporáneos vivían una «Edad de Hierro» que sería «famosa por las grandes y extrañas revoluciones que habían tenido lugar en ella». En 1653, en Bruselas, el historiador Jean-Nicolas de Parival utilizó la misma metáfora en el título de su libro *Abrégé de l'histoire de ce Siècle de Fer, contenant les misères et calamités des derniers temps [Breve historia de este Siglo de Hierro donde se habla de las miserias y desdichas de los últimos tiempos]*. «Yo llamo a este siglo la "Edad de Hierro" —informaba a sus lectores— [porque muchas desgracias] han llegado juntas, mientras que en los anteriores llegaban de una a una». Señalaba que las rebeliones y las guerras en aquel momento «se parecían a la Hidra: cuantas más cabezas cortabas, más le crecían». Parival

comentaba también que «los elementos, servidores de un Dios iracundo, se combinan para acabar con el resto de la humanidad. Las montañas escupen fuego, la tierra tiembla, las plagas contaminan el aire», y «la lluvia continua hace desbordarse los ríos[3]».

La China del siglo XVII también sufrió. Primero, una combinación de sequías y desastrosas cosechas, unas exigencias fiscales mayores y drásticos recortes en los programas del gobierno desencadenaron una oleada de bandidaje y caos. Más adelante, en 1644, uno de los cabecillas de los bandidos, Li Zicheng, se autoproclamó gobernador de China y arrebató Pekín de las manos de los desmoralizados defensores del emperador Ming (que se suicidó). Casi inmediatamente, los vecinos de la China del norte, los manchúes o Qing, invadieron y derrotaron a Li, entraron en Pekín y durante los siguientes treinta años sometieron a todo el país a su despiadada autoridad. Varios millones de personas murieron durante la transición de las dinastías Ming a Qing.

Pocas zonas del mundo salieron indemnes del siglo XVII. Norteamérica y el oeste de África sufrieron hambrunas y guerras salvajes. En la India, la sequía, seguida de inundaciones, causó la muerte a un millón de personas en Gujarat entre 1627 y 1630; mientras que una sanguinaria guerra civil en el Imperio mogol intensificó el impacto de otra sequía entre 1658 y 1662. En Japón, tras varias malas cosechas, en 1637-1638 estalló la rebelión rural más importante de la historia japonesa moderna en la isla sureña de Kyushu. Cinco años más tarde, la hambruna, seguida de un invierno inusualmente crudo, acabó con la vida de unas 500 000 personas.

La fatal sinergia desarrollada entre estos factores naturales y humanos generó una catástrofe demográfica, social, económica y política que duró dos generaciones y convenció a los ciudadanos de la época de que se enfrentaban a una penuria sin precedentes. También llevó a muchos de ellos a registrar sus desdichas como una advertencia para otros. «Los que vivan en tiempos futuros

no creerán que los que vivimos ahora hayamos sufrido tantas penalidades, sufrimiento y miseria», escribió fray Francesco Voersio, un fraile italiano, en su *Diario del contagio*. Nehemiah Wallington, un artesano de Londres, recopiló varios volúmenes de *Notas y meditaciones históricas* para que la «generación venidera pueda conocer los lamentables y miserables tiempos que nosotros vivimos». Del mismo modo, Peter Thiele, un funcionario de Hacienda alemán, llevó un diario para que «nuestros descendientes puedan descubrir los agobios y los tiempos tan terriblemente angustiosos que vivimos»; en tanto que el pastor luterano alemán Johann Daniel Minck hizo lo mismo porque «sin estos registros [...] los que vengan después de nosotros nunca creerían las miserias que hemos sufrido[4]». Según el historiador galés James Howell, «es cierto que en Inglaterra hemos vivido días tan negros como éstos en épocas pretéritas, pero los que podrían compararse con el presente no son más que una sombra de una montaña comparada con un eclipse de Luna»; y conjeturaba:

> Dios todopoderoso últimamente está peleado con toda la humanidad, y ha entregado las riendas al maligno para que domine la Tierra entera; porque durante estos doce años hemos sufrido las revoluciones más extrañas y han ocurrido las cosas más horribles, no sólo en Europa, sino en todo el mundo, que ha sufrido la humanidad (me atrevo a decir sin reparo) desde la caída de Adán, en un período tan corto [...]. Han pasado cosas tan monstruosas que el mundo parece haberse salido de sus casillas; y (lo que maravilla aún más) todos estos hechos prodigiosos han acontecido en un lapso de menos de doce años[5].

En 1651, en su libro *Leviatán*, Thomas Hobbes (por entonces un refugiado de la guerra civil inglesa que vivía en Francia) proporcionó tal vez la descripción más célebre de las consecuencias de la fatal sinergia entre los desastres naturales y humanos a los que él y sus contemporáneos se enfrentaban:

> No hay lugar para la industria, porque el fruto de la misma es incierto y, por consiguiente, tampoco cultivo de la tierra; ni navegación; ni uso de los bienes que pueden ser importados por mar, ni construcción confortable; ni instrumentos para mover y sacar los objetos que necesitan mucha fuerza; ni conocimiento de la faz de la tierra; ni cómputo del tiempo; ni artes; ni letras; ni sociedad. Y, lo que es peor que todo, hay miedo continuo y peligro de

muerte violenta; y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta[6].

¿Cuándo comenzó esta fatal sinergia? En su *Historia de las guerras civiles de estos tiempos recientes*, el historiador italiano Majolino Bisaccione trazó la secuencia de las «revueltas populares de mi época» remontándose hasta la rebelión de Bohemia de 1618, que se granjeó el apoyo de algunos protestantes alemanes, encabezados por Federico del Palatinado, iniciando de este modo una guerra civil en Alemania. Pocos años más tarde, el anticuario inglés John Rushworth coincidía con él en este punto. Para tratar de explicar «cómo llegamos a pelearnos entre nosotros» en la guerra civil inglesa, también inició su relato en 1618, porque su investigación le convenció de que el conflicto tenía su origen en «las causas y motivos de la guerra en el Palatinado y en hasta qué punto afectó a Inglaterra, del mismo modo que a los oprimidos protestantes de Alemania». También señaló la aparición de tres cometas de inusual brillo en 1618, que (como casi todos sus contemporáneos) interpretó como un presagio del mal. Por tanto, resolvió «que ese mismo instante debía ser el non plus ultra de mi retrospectiva[7]».

Las evidencias de las que disponemos avalan la cronología propuesta por Bisaccione y Rushworth. Por un lado, aunque Europa había experimentado muchas crisis económicas, sociales y políticas anteriormente, en su mayoría habían sido siempre aisladas y relativamente cortas. En cambio, la revuelta bohemia desencadenó un prolongado conflicto que duró tres décadas y que finalmente implicó a los principales Estados de Europa: Dinamarca, la República de Holanda, Francia, Polonia, Rusia, Suecia, la Confederación Suiza y, sobre todo, la Monarquía Estuardo y la española. El año 1618 fue también testigo del comienzo de unas crisis de larga duración en otras dos partes del mundo. En el Imperio otomano, una facción palaciega derrocó al sultán (la primera vez que ocurría algo así en la historia de la dinastía),

desencadenando una serie de catástrofes que una generación más tarde el erudito y burócrata Kâtib Çelebi denominaría *Haile-i Osmaniye*, «Tragedia Otomana». Entretanto, en el este de Asia, Nurhaci, líder de una confederación tribal en Manchuria, declaró la guerra al emperador chino e invadió Liaodong, una populosa área de asentamiento chino al norte de la Gran Muralla. Algunos analistas se dieron cuenta inmediatamente del significado de este paso. Años después, Wu Yingji, un caballero erudito, recordaba: «Un amigo me dijo, cuando a principios del octavo mes de 1618 comenzaron las dificultades en Liaodong, que el Estado se enfrentaría a varias décadas de guerra; y mi pensamiento de que sus palabras eran absurdas porque el Estado estaba entonces bastante intacto». No obstante, el «amigo» tenía razón: la invasión manchú dio comienzo a casi siete «décadas de guerra[8]».

Estos hechos tuvieron lugar en un contexto de sucesos meteorológicos extremos. Muchas zonas del África subsahariana padecieron una grave sequía entre 1614 y 1619; Japón experimentó su primavera más fría de todo el siglo XVII en 1616; la Fujian subtropical sufrió una intensa nevada en 1618; la sequía asoló el valle de México y Virginia durante cinco de seis años entre 1616 y 1621. Por todas estas razones, el presente libro sigue la estela de Bisaccione, Rushworth, Kâtib Çelebi y el amigo de Wu Yingji: 1618 es «el non plus ultra de mi retrospectiva».

¿Cuándo finalizó la fatal sinergia? En este punto la evidencia es menos consistente. En 1668, Thomas Hobbes comenzaba *Behemoth*, su relato de las guerras civiles inglesas, comentando:

> Si el tiempo, como el lugar, pudiera medirse en grados de altitud, yo creo verdaderamente que el valor más alto correspondería al transcurrido entre los años 1640 y 1660. Porque quien entonces, como si estuviera en la cima de la montaña del Diablo, hubiera mirado el mundo y observado las acciones de los hombres, especialmente en Inglaterra, habría tenido una perspectiva de toda la injusticia y la locura que el mundo pueda soportar[9].

Sin embargo, exactamente veinte años más tarde, aconteció otra revolución: Guillermo de Orange desembarcó a la cabeza

del ejército más numeroso que jamás haya invadido primero Gran Bretaña y luego Irlanda, creando en ambos lugares un nuevo régimen. En el continente europeo, la mayoría de los contenciosos desencadenados por la revuelta de Bohemia se resolvieron entre 1648 y 1661, pero la invasión por parte de Francia del Palatinado en 1688 generó un nuevo conflicto. En el Imperio otomano, el gran visir Köprülü Mehmed consiguió terminar con el ciclo de rebeliones domésticas de la década de 1650 y, durante la década siguiente, su hijo y sucesor derrotó a todos los ejércitos enemigos y el Imperio volvió de nuevo a empezar a expandirse; pero la derrota del ejército turco en Viena en 1683 detuvo el avance del Imperio otomano hacia Europa y propició la deposición de otro sultán.

No obstante, la década de 1680 vivió el final de varios conflictos. El Tratado de Paz Eterna de Moscú de 1686 marcó la ascendencia permanente de Rusia sobre la Mancomunidad PolacoLituana; mientras que en 1683, las tropas manchúes derrotaron finalmente al último de sus enemigos, lo que permitió a un inspector del gobierno afirmar exultante que el emperador Qing había «aplastado a todos los rebeldes e incluso los mares están en calma. La gente ha vuelto a sus antiguas tierras. Sus hogares están protegidos y su sustento asegurado. Las generaciones venideras respetarán y honrarán la benevolencia de su majestad[10]». La crisis de China del siglo XVII al fin había terminado. Mientras, en Boston, Massachusetts, Increase Mather (un predicador de la Iglesia del Norte en Boston y presidente de la Universidad de Harvard) advertía al mundo de que los brillantes cometas que aparecieron en 1680 y 1682 «son presagio de graves calamidades inminentes». Lo que no podía imaginar era que aquellos dos cometas serían las últimas «vistas y señales atemorizadoras del cielo» de la era[11].

No obstante, aunque los levantamientos políticos y los cometas fueron menos frecuentes, la Pequeña Edad de Hielo conti-

nuó. En el hemisferio norte, nueve de los catorce veranos transcurridos entre 1666 y 1679 fueron fríos o excepcionalmente fríos —las cosechas en el oeste de Europa maduraron más tarde en 1675 que en cualquier otro año entre 1484 y 1879— y los climatólogos consideran estos extremos sucesos climáticos y las desastrosas cosechas de la década de 1690, con unas temperaturas medias de 1,5 °C por debajo de las de hoy, como «el clímax de la Pequeña Edad de Hielo». En esta ocasión, el enfriamiento global no trajo consigo una oleada de revoluciones. La fatal sinergia se había roto. Este libro termina analizando el porqué[12].

Escribir sobre historia global no es fácil. En 2011, Alain Hugon apuntaba en el prefacio de su estudio sobre la revuelta de Nápoles de 1647-1648 que aunque «los contemporáneos afirmaban rotundamente que a las diversas revoluciones del siglo XVII no las separaba ninguna barrera», no obstante, «los historiadores de los siglos XX y XXI no nos atrevemos a estudiarlas en su totalidad, pese a ser conscientes de su sincronía, interdependencia y las interacciones habidas». Hugon informaba de que cada vez que «intentaba establecer comparaciones históricas apropiadas respecto a mediados del siglo XVII, los problemas que surgían de la necesidad de contextualizar cada acontecimiento histórico hacían vano el intento[13]».

Es fácil coincidir con esta opinión. Por un lado, la investigación reciente ha revelado muchos más «hechos históricos» de los que los estudiosos anteriores habían imaginado —el propio Hugon encontró evidencias de más de cien revueltas en el Reino de Nápoles en 1647-1648, más de veinte pueblos y ciudades de Andalucía tomaron parte en los motines del Pendón Verde de 1648-1652, casi la mitad de las comunidades de Portugal se sumaron a Évora en la rebelión de 1637— y la participación fue mucho más amplia en muchos de los hechos ya conocidos —más de un millón de chinos se unieron a los «bandidos itinerantes» de la década de 1630, y puede que un millón de personas muriera

en la revuelta de la Fronda francesa, entre 1648 y 1653—. Por otro lado, aunque casi todo el hemisferio norte experimentó tanto la Pequeña Edad de Hielo como la Crisis General a mediados del siglo XVII, cada uno lo hizo de forma diferente, por diferentes razones y con diferentes resultados (entre otras cosas debido a que algunas causas estructurales —como el cambio climático— escapaban en gran medida al control humano, en tanto que otras —como las guerras y las revoluciones— implicaban a tantas personas que también escapaban al control de cualquier individuo). No obstante, los historiadores deben emular la visión global de los contemporáneos de la Crisis, y además de «contextualizar cada acontecimiento histórico», deben tratar de identificar lo que unía y lo que separaba a las víctimas.

Un segundo problema a la hora de explicar la sincronía, la interdependencia y las interacciones de las diversas revoluciones es el papel desempeñado por la contingencia. Hechos de poca importancia produjeron repetidamente consecuencias que fueron a la vez imprevistas y desproporcionadas. Como el doctor Samuel Johnson señalaba hace dos siglos:

> Parece casi un error universal de los historiadores suponer que en la política, como sucede en la física, cada esfuerzo obedece a una causa proporcional. En la acción inanimada de la materia sobre la materia, el movimiento producido tiene necesariamente que ser equivalente a la fuerza motriz; pero las acciones de la vida, ya sean privadas o públicas, no se rigen por este tipo de leyes. Los caprichos de los agentes voluntarios se ríen de los cálculos. *No siempre hay una razón de peso para cada hecho importante*[14].

La advertencia del doctor Johnson requiere que los historiadores identifiquen el momento preciso en cada comunidad en el que «el movimiento producido» dejó de ser «equivalente a la fuerza motriz», y «los caprichos de los agentes voluntarios se rieron de los cálculos». Los estudiosos solían describirlo como el «punto de inflexión», y recientemente John Lewis Gaddis adoptó de la física el concepto *transiciones de fase*: el momento en que «el agua comienza a hervir o a congelarse, por ejemplo, o la arena

de las dunas empieza a deslizarse hacia abajo, o las fallas empiezan a fracturarse». Yo prefiero otro concepto, el *punto de inflexión*, una metáfora popularizada por Malcolm Gladwell, porque implica que dichos cambios, por repentinos y espectaculares que sean, un día pueden invertirse. El hielo, al fin y al cabo, puede volver a convertirse en agua fácilmente[15].

Este libro estudia la crisis global del siglo XVII a través de tres lentes diferentes. La primera parte presenta las evidencias tanto de los «archivos» humanos como naturales para identificar los canales mediante los cuales la crisis afectó a la humanidad. El capítulo 1 examina de qué manera el enfriamiento global afecta al suministro de alimento, a los cultivos básicos como el de cereales o arroz, en todo el mundo. El capítulo 2 evalúa en qué forma las políticas ejercidas por los primeros Estados modernos interactuaron con estos cambios climáticos, por ejemplo, librando guerras que intensificaron la penuria económica y aplicando políticas impopulares que desestabilizaron a sociedades que se encontraban ya en una difícil situación económica, o (menos frecuentemente) adoptando iniciativas que mitigaron las consecuencias del enfriamiento global. El capítulo 3 analiza cuatro áreas en las que se produjo un número desproporcionado de acontecimientos claves a mediados del siglo XVII: Estados compuestos; ciudades, territorios marginales; y «macrorregiones». Los Estados unificados, normalmente creados por uniones dinásticas, eran vulnerables porque la autoridad del soberano a menudo era más débil en las áreas periféricas que en el resto de lugares; además, en tiempo de guerra, debido precisamente a que se encontraban situadas en la periferia, estas áreas experimentaron una intensa presión política y económica y con frecuencia fueron las primeras en rebelarse. El enfriamiento global afectó gravemente a las otras tres zonas —ciudades, territorios marginales y macrorregiones— porque dependían desproporcionadamente de la producción de las cosechas vulnerables al cambio climático.

Por otra parte, las ciudades sufrían con regularidad calamidades, tanto fiscales como militares, debido a que tanto gobiernos como ejércitos con frecuencia centraban su punto de mira en lugares con una población numerosa y compacta. Por estas mismas razones, las macrorregiones (áreas densamente pobladas que se concentraban en producir artículos para la exportación en lugar de para el consumo local) eran también vulnerables a los cambios políticos y militares, no sólo a su escala, sino también respecto a aquellas otras áreas de las que dependían económicamente para las importaciones o exportaciones. El capítulo 4 analiza las respuestas demográficas por parte de las víctimas de diferentes regiones a medida que la crisis aumentaba el desequilibrio entre la oferta y la demanda de recursos, un desequilibrio que finalmente acabaría reduciendo la población global en casi un tercio.

Los capítulos de la segunda parte se centran en el estudio de una docena de Estados de Eurasia que experimentaron con toda intensidad tanto la Pequeña Edad de Hielo como la Crisis General de mediados del siglo XVII, siguiendo una secuencia geográfica de este a oeste: China, Rusia y Polonia, el Imperio otomano, Alemania y Escandinavia, las repúblicas holandesa y suiza; la península Ibérica, Francia, Gran Bretaña e Irlanda. Cada capítulo traza la interacción de las fuerzas humanas y naturales hasta el «punto de inflexión» que puso fin al equilibrio social, económico y político existente; a continuación se analiza la naturaleza de la crisis consiguiente y, por último, se documenta la aparición de un nuevo equilibrio.

La elección de un itinerario de este a oeste, comenzando por China, es arbitraria (no refleja ni diferencias cronológicas —en la mayoría de los casos los «tiempos convulsos» comenzaron en torno a 1618 y terminaron en la década de 1680— ni la intensidad de la crisis —aunque en términos de daños materiales y humanos, China e Irlanda parecen haber sufrido la peor parte—). En cambio, la decisión de brindar mayor espacio a la experiencia

de Gran Bretaña e Irlanda que a otros Estados que sufrieron graves traumas es deliberada. Por una parte, en palabras de Christopher Hill, probablemente el historiador más perceptivo en este tema, «las décadas intermedias del siglo XVII vivieron la mayor perturbación acaecida en Gran Bretaña hasta la fecha[16]». Además, la «perturbación» duró más tiempo, y produjo cambios más espectaculares que en cualquier otro lugar, excepto China. Por otro lado, la riqueza de las fuentes testimoniales que quedan en Gran Bretaña e Irlanda permite una comprensión más detallada de las causas, el desarrollo y las consecuencias de la crisis de la que es posible en cualquier otra sociedad. El capítulo 11 traza por tanto el camino que llevó a la desintegración del Estado en Inglaterra, Escocia e Irlanda entre 1603, cuando se convirtieron en un Estado único, y 1642, cuando el fracaso de sus políticas obligó al rey Carlos I a huir de su capital. El capítulo 12 analiza las consecuencias de las prolongadas guerras y los múltiples cambios de régimen en los tres reinos entre 1642 y 1660, incluyendo la primera formulación de unos principios democráticos que hoy día se consideran fundamentales para la sociedad occidental, las tentativas del gobierno central por abatirlos entre 1660 y 1688, y su limitada resurrección tras la Revolución Gloriosa de 1688-1689.

La tercera parte contempla dos categorías de «excepción» en esta pauta: aquellas áreas en las que al menos parte de la población aparentemente salió relativamente ilesa del trauma del siglo XVII (algunas colonias europeas en América, el sur y el sureste de Asia y Japón) y aquellas regiones en las que el impacto de la Pequeña Edad de Hielo sigue sin estar claro (las Grandes Llanuras de Norteamérica, el África subsahariana, Australia). Dentro de la primera categoría, en la India mogola y algunos de sus países vecinos, los abundantes recursos permitieron al Estado capear la crisis (capítulo 13), mientras que en la Italia española, el gobierno sólo consiguió vencer las graves sublevaciones reali-

zando concesiones importantes (capítulo 14). En el resto de lugares, especialmente en los puestos de avanzada extranjeros, la prosperidad de unos pocos (los colonos europeos) sólo se alcanzó a costa de muchos (la población indígena: capítulo 15). Únicamente el Japón de Tokugawa parece haber evitado los efectos de la crisis mediante iniciativas humanas: aunque el enfriamiento global causó una grave hambruna en el archipiélago durante la década de 1640, un aluvión de contramedidas eficaces consiguieron primero limitar, y más tarde, reparar el daño (capítulo 16).

Pese a la extraordinaria diversidad de la experiencia humana en los Estados y sociedades afectadas por la Crisis General, se perciben algunos denominadores comunes, y la cuarta parte se detiene a considerar tres de ellos. En primer lugar, las respuestas populares frente a la catástrofe mostraron una serie de protocolos y convenciones similares, desde un sorprendente grado de contención en las protestas violentas en todo el mundo, a notables similitudes en lo que James C. Scott denominó «las armas de los débiles»: «Resistencia, disimulo, deserción, falso cumplimiento, escamoteo, fingida ignorancia, calumnia, incendiarismo y sabotaje» (capítulo 17[17]). En segundo lugar, la investigación de los individuos y grupos de diferentes sociedades que aprovecharon la creciente inestabilidad para producir un «momento crítico» también arroja similitudes. En muchas áreas, los aristócratas desempeñaron un papel prominente, como habían hecho en muchas crisis anteriores; pero, a mediados del siglo XVII, desde China, pasando por el mundo musulmán, hasta Europa, entre los «alborotadores» se incluían hombres (algunos clérigos, otros seglares) que si bien habían realizado grandes sacrificios para conseguir una educación superior, luego no pudieron encontrar un empleo adecuado (capítulo 18). Un tercer denominador común es la facilidad con la que las ideas radicales se desarrollaron y extendieron. Esta difusión a veces se debió a que los insurgentes viajaban de una zona a otra divulgando información e ideas sedi-

ciosas. Así, en 1647, el intercambio de noticias entre Nápoles y Palermo sincronizó las rebeliones en ambas capitales; mientras que al año siguiente, en Rusia, muchas ciudades se rebelaron en cuanto sus ciudadanos regresaron de Moscú y se hicieron eco de los disturbios que allí habían forzado al zar a realizar enormes concesiones. Muy a menudo, las ideas se extendieron debido a la proliferación de obras impresas y de escuelas que habían creado un proletariado alfabetizado de unas dimensiones sin precedentes en gran parte de Asia y Europa, capaz de leer, debatir y llevar a la práctica las nuevas ideas. De este modo, aunque los católicos de Irlanda odiaban y temían a los calvinistas de Escocia, estaban preparados para aprender de ellos. Pocos días después de la sublevación de 1641, cuando un protestante que había sido capturado le preguntó a un destacado líder católico irlandés: «¿Qué? ¿Habéis formado una alianza entre vosotros como han hecho los escoceses?» «Sí —dijo éste—, los escoceses nos han enseñado nuestro abecé» (capítulo 19[18]).

Por último, en la quinta parte se analiza cómo los supervivientes hicieron frente a la crisis y a sus secuelas, y cómo sus decisiones conformaron un nuevo equilibrio en varios Estados y regiones. Aunque las décadas de 1690 y 1700 fueron testigos de algunos episodios más de climatología extrema, hambrunas y (en Europa y China) guerras casi continuas, a diferencia de las de 1640 y 1650, no hubo revoluciones, y las revueltas fueron relativamente escasas. De modo que, pese a que la Pequeña Edad de Hielo continuó, la Crisis General no. Son varios los cambios que ayudan a explicar esta paradoja. En todo el hemisferio norte, la despoblación masiva animó a las élites a ejercer un control sobre los movimientos migratorios: grupos que habían rechazado por completo la llegada de emigrantes en ese momento les daban la bienvenida; Estados que habían permitido la libertad de movimiento trataban entonces de que sus súbditos permanecieran arraigados en su tierra (capítulo 20). En la mayoría de lugares del

mundo, la experiencia de la desintegración del Estado y el «continuo temor y peligro de una muerte violenta» calmaron el ardor de muchos defensores del cambio económico, político y religioso, lo que condujo a una mayor estabilidad política, a la innovación económica y a la tolerancia religiosa. También llevó a muchos gobiernos a desviar los recursos de la guerra a la consecución de un mayor bienestar, fomentando la regeneración económica (capítulo 21). Por último, el capítulo 22 examina una amplia variedad de respuestas intelectuales dirigidas a enfrentarse con más eficacia a las crisis futuras; algunas de ellas (como la enseñanza universal y obligatoria) impuestas por el Estado, y otras, surgidas de entre los individuos —incluido el «conocimiento práctico» en China y Japón, la «nueva razón» en la India mogola, y la «revolución científica» en Europa—. Por varias razones, estas innovaciones echaron raíces más profundas en Occidente que en el resto de lugares y constituyeron un ingrediente clave para la «Gran Divergencia» entre el este de Asia y la Europa noroccidental que se desarrollaría más tarde.

En la «Conclusión» se plantean algunas implicaciones derivadas del reconocimiento de que, lejos de ser una aberración, la «catástrofe» constituye una parte integral de la historia de la humanidad, mientras que en el «Epílogo» se sugiere que el actual debate sobre el «calentamiento global» confunde dos asuntos que son distintos: si la actividad humana está contribuyendo al calentamiento del mundo, y si puede tener lugar o no un cambio climático repentino. Aunque algunos pueden todavía cuestionar legítimamente lo primero, la evidencia del siglo XVII deja fuera de toda duda lo segundo. El aspecto crítico no es *si* puede producirse un cambio climático, sino *cuándo*; y, si tiene más sentido que los Estados y sociedades inviertan dinero ahora para prepararse para unos desastres naturales que son inevitables —huracanes en el Golfo y las costas atlánticas de Norteamérica, un repentino aumento de las tormentas en los territorios aledaños al mar

del Norte, sequías en África, prolongadas olas de calor— o en lugar de ello esperar y pagar mucho más caros los costes de esta pasividad.

Y es que siempre es más fácil y barato estar preparado que no reparar.

Primera parte
La placenta de la Crisis

El filósofo y escritor francés Voltaire fue el primero en reflexionar sobre una crisis global en el siglo XVII. Su *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones, y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*, escrito en la década de 1740 para su amigo, el marqués de Châtelet (quien, pese a tratarse de un eminente matemático, encontraba aburrida la historia), sitúa las guerras y rebeliones de un siglo antes dentro de un marco global. Así, tras describir el asesinato del sultán otomano en 1648, Voltaire se apresura a comentar:

> Este desdichado momento para Ibrahim fue desdichado para todos los monarcas. El Sacro Imperio Romano se vio sacudido por la famosa guerra de los Treinta Años. La guerra civil devastó Francia y obligó a la madre de Luis XIV a huir con sus hijos de la capital. En Londres, Carlos I fue condenado a muerte por sus propios súbditos. Felipe IV, rey de España, tras haber perdido todas sus posesiones en Asia, perdió también Portugal.

Voltaire prosigue analizando las trayectorias de Cromwell en Inglaterra, Li Zicheng en China, Aurangzeb en la India y otros que tomaron el poder por la fuerza, para concluir que la época de mediados del siglo XVII había sido «un período de usurpaciones casi desde un extremo al otro del mundo[1]».

El *Ensayo* de Voltaire hacía repetidamente hincapié en la dimensión global de la crisis: «En la oleada de revoluciones que hemos visto de un extremo del universo al otro, la gente parece haberse visto arrastrada a ellas por una secuencia fatal de acontecimientos, al igual que el viento levanta la arena y las olas. Los sucesos de Japón ofrecen otro ejemplo…» Al final, temiendo que el marqués de todas formas encontrara aburridos sus 174 capítulos y 800 páginas de «ejemplos», resumió su análisis en una sola frase: «Tres cosas ejercen una influencia constante sobre la mente de los hombres: el clima, el gobierno y la religión». Tomadas en conjunto, afirmaba Voltaire, estas tres cosas constituyen «la única manera de explicar el enigma de este mundo». Dos décadas después, Voltaire releyó su *Ensayo* y añadió una serie de «Notas», incluyendo una cuarta «cosa» que, según él creía entonces, podía

«reconciliar lo que era irreconciliable y explicar lo inexplicable» de la historia humana: los cambios en el tamaño de la población[2].

La visión global de Voltaire ha atraído a pocos imitadores. Aunque muchos historiadores posteriores han proporcionado relatos repletos de hechos sobre «gobierno y religión» en el siglo XVII, hasta muy recientemente han sido pocos los que han apuntado a las tendencias demográficas y casi ninguno ha tenido en cuenta la influencia del clima. No obstante, algunos estudios recientes llevados a cabo por demógrafos y climatólogos sugieren que, en torno a 1618, cuando la población humana del hemisferio norte era más numerosa que nunca hasta ese momento, la temperatura media global empezó a descender, produciendo hechos climáticos extremos, cosechas desastrosas y frecuentes epidemias. Los sistemas demográficos humanos rara vez pueden adaptarse a estos acontecimientos adversos y, sin embargo, en lugar de buscar maneras de mitigar los desastres naturales y salvar vidas, la mayoría de los gobiernos de todo el mundo agravó la situación continuando con sus mismas políticas de siempre, sobre todo, con sus guerras. Estos diversos factores naturales y humanos constituyeron una «placenta» que sirvió para alimentar una catástrofe global. Pese a que en sí misma no constituya una catástrofe, un examen de esta placenta explica por qué la catástrofe duró dos generaciones, mató a un tercio de la población humana y transformó el mundo que habitaron sus supervivientes[3].

1

La Pequeña Edad de Hielo[1].

«Una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología».

En 1614, Renward Cysat, botánico, archivista e historiador de la ciudad de Lucerna, Suiza, comenzó una nueva sección de su crónica, titulada «Las estaciones del año», porque «los últimos años han sido testigos de una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología». Así que decidió

> … registrar estos cambios como servicio y favor a las generaciones venideras, ya que, desafortunadamente, por culpa de nuestros pecados, estos últimos años han resultado más rigurosos y crudos y hemos asistido a un deterioro entre los seres vivos, no sólo en el mundo humano y animal, sino también en las cosechas y la producción de la tierra[2].

Cysat tenía razón, «una extraña y asombrosa sucesión de cambios en la meteorología» se había iniciado en todo el orbe, y continuaría durante casi un siglo. En África occidental, los registros de 1614 a 1619 revelan una prolongada sequía tanto para Angola como para el Sahel (la franja semiárida de sabana al sur del Sahara que se extiende desde el océano Atlántico al mar Rojo). En Europa, Cataluña sufrió «lo any del diluvi» en 1617: tras un mes de continuas lluvias, un aguacero final de cuatro días causó inundaciones que arrasaron puentes, molinos, obras de drenaje, casas e incluso murallas de ciudades. Toda Europa experimentó un invierno inusualmente frío en 1620-1621: muchos ríos se congelaron tanto que durante tres meses pudieron aguantar el peso de carros con carga y, lo que es aún más llamativo, el Bósforo se heló hasta el punto de que la gente podía cruzar entre Europa y Asia caminando sobre el hielo (una anomalía climática al parecer única[3]).

Otras partes del hemisferio norte también experimentaron una meteorología anormal. Japón soportó su primavera más fría

del siglo XVII en 1616; mientras que las gacetas chinas registraron una nevada abundante en 1618 en la subtropical Fujian (algo casi tan raro como que se congele el Bósforo). Cuatro provincias registraron un crudo invierno en 1620 y cuatro más en 1621. En las Américas, la sequía asoló el valle de México durante cinco años de seis entre 1616 y 1621, y redujo las cosechas en la cuenca de Chesapeake hasta tal punto que la nueva colonia de Virginia casi tocó fondo. Tras seis cosechas mejores, el verano de 1627 fue el más húmedo registrado en Europa durante quinientos años, mientras que 1628 fue un «año sin verano», con temperaturas tan bajas que muchos cultivos nunca llegaron a madurar. Entre 1629 y 1632, gran parte de Europa sufrió unas precipitaciones excesivas, seguidas de períodos de sequía. A la inversa, el norte de la India padeció una «sequía perfecta» en 1630-1631 seguida de unas inundaciones catastróficas en 1632. Todas estas regiones sufrieron espectaculares descensos de población[4].

En la década de 1630 el tiempo mejoró algo, pero luego vinieron tres de los veranos más fríos registrados jamás en el hemisferio norte. La sequía y el frío atrofiaron el crecimiento de los árboles en todo el oeste de Estados Unidos entre 1640 y 1644, mientras que las Montañas Rocosas canadienses sufrieron una sequía severa y prolongada desde 1641 hasta 1653. Dado que prácticamente no cayó nada de lluvia en el valle de México en 1640, 1641 y 1642, el clero de Ciudad de México organizó procesiones con la Virgen de los Remedios, una imagen a la que se le atribuía una especial eficacia a la hora de atraer la lluvia, para suplicar la intervención divina antes de que todos murieran de hambre (la primera vez que la imagen se había usado en la historia durante años consecutivos). A comienzos de 1642, John Winthrop, gobernador de la colonia de la bahía de Massachusetts, escribía:

> La helada fue tan grande y continua este invierno que toda la bahía se congeló, tanto y durante tanto tiempo, que según refieren los indígenas, jamás habían visto nada igual en cuarenta años […]. Hacia el sur, la helada era igual de

extensa, y la nieve igual de abundante, y en la propia Virginia la gran bahía [Chesapeake] se congeló en gran parte, así como todos sus principales ríos.

Hacia el norte, los colonos ingleses de la costa de Maine se quejaban del «invierno más intolerablemente crudo», y les resultaba «increíble narrar el grado tan extremo al que había llegado la meteorología[5]».

Las anormales sequías también hicieron estragos al otro lado del Pacífico. La cosecha de arroz indonesia se malogró en 1641 y en 1642, y entre 1643 y 1671 Java experimentó la sequía más larga registrada en los pasados cuatro siglos. En Japón, las primeras nieves invernales cayeron en Edo (como entonces se conocía a Tokio) el 28 de noviembre, casi la fecha más temprana de la historia (la fecha media se sitúa en el 5 de enero), y tanto aquel año como al siguiente la primavera llegó inusualmente tarde. Según un folleto publicado en Filipinas en 1642, debido a la «gran sequía» sufrida en todo el archipiélago, «se teme una gran hambruna»; y dos años más tarde, un residente de Manila anotaba que, una vez más, «este año ha habido una gran hambruna entre los indios [filipinos] debido a que la cosecha de arroz ha sido muy escasa a causa de la sequía». En el norte de China, numerosas gacetas informaron de sequías en 1640, y al año siguiente, el Gran Canal, por el que se transportaban alimentos a Pekín, se secó por falta de lluvia (otro hecho sin precedentes); entretanto, los cronistas del valle del Bajo Yangtsé registraban una lluvia y un frío anormales durante toda la primavera de 1642[6].

Los territorios en torno al Mediterráneo también sufrieron una meteorología extrema por entonces. En marzo de 1640, un mensajero que llegaba a Estambul «con la nieve hasta las rodillas de los caballos» vivió «tal helada que por el camino cogí dos pájaros congelados con mi mano». Cataluña sufrió una sequía tan intensa en la primavera de 1640 que las autoridades declararon un día festivo especial para que la población pudiera hacer un peregrinaje al santuario local para pedir que lloviera, una de las úni-

cas cuatro veces que esto ha ocurrido en cuatro siglos. En 1641, el nivel del Nilo fue el más bajo registrado nunca, mientras que los estrechos anillos de crecimiento visibles en árboles de Anatolia revelan una sequía desastrosa. En Estambul, en cambio, un cronista registraba que la lluvia había inundado áreas cercanas a Santa Sofía hasta el punto de que «las tiendas habían quedado destruidas bajo el agua»; mientras que en Macedonia, el otoño había sido de «tantas lluvias y nieve que muchos trabajadores habían muerto debido al intenso frío». A principios de 1642, el Guadalquivir se desbordó e inundó Sevilla, y los años de 1640 a 1643 fueron los más húmedos registrados en toda Andalucía[7].

Más al norte, los hombres y mujeres de Inglaterra percibieron «extraordinarios desórdenes en las temperaturas en agosto de 1640, cuando la tierra parecía amenazada por la extraordinaria virulencia de los vientos y una abundancia de humedad poco habitual»; en Irlanda, las heladas y la nieve caídas en octubre de 1641 iniciaron lo que algunos contemporáneos de la época calificaron como «el invierno más crudo vivido en varios años en Irlanda[8]». Hungría experimentó un tiempo inusualmente húmedo y frío entre 1638 y 1641, mientras que las repetidas heladas devastaron las cosechas en Bohemia. En los Alpes, los insólitamente estrechos anillos de los árboles reflejan un crecimiento escaso en las épocas de cultivo a todo lo largo de la década de 1640, mientras que el registro de títulos de propiedad revela la desaparición de campos, fincas agrícolas e incluso pueblos enteros a medida que los glaciares avanzaban hasta dos kilómetros más allá de sus posiciones habituales (el avance más grande producido nunca). En el este de Francia, entre 1640 y 1643, las cosechas de uva comenzaron un mes entero más tarde de lo normal, y los precios de los cereales se dispararon, lo que indica la escasa recolección. En los Países Bajos, a todo lo largo del río Mosa, las inundaciones causadas por el deshielo a principios de 1643 generaron «la mayor desolación que quepa imaginar: casas

desvencijadas o caídas, y personas y animales muertos junto a los setos. Incluso en las ramas de los árboles más altos se encontraron algunas vacas, ovejas y pollos». En Islandia, el insólito frío y las lluvias constantes arruinaron las cosechas de heno, y en 1640 los agricultores tuvieron que recurrir al pescado seco para alimentar al ganado. Lo que quizá sea más sorprendente de todo, un soldado que prestaba servicio en Alemania central registraba en su diario en agosto de 1640 que «en aquel momento hacía tanto frío que casi morimos dentro de los cuarteles, y en la carretera encontramos de hecho a tres personas muertas por congelación: un jinete, una mujer y un muchacho»; y 1641 continúa siendo el año más frío registrado nunca en Escandinavia[9].

Los datos del hemisferio sur revelan una aberración climática similar. En Chile, la sequía de la década de 1630 llevó al inquisidor jefe a disculparse ante sus superiores por no poder enviarles ninguna recaudación de multas y confiscaciones porque «en estos tres años [1637, 1638 y 1639] no se ha cobrado blanco por las secas»; en tanto que los glaciares, los anillos de los árboles y los depósitos de carbono-14 indican que en la Patagonia, la meteorología fue significativamente más fría en la década de 1640[10]. En el África subsahariana, una grave sequía afectó a Senegambia y el Alto Níger entre 1640 y 1644; en tanto que los registros angoleños dejan constancia de una insólita concentración de sequías, plagas de langosta y epidemias durante todo el segundo cuarto del siglo XVII, así como una importante sequía y hambruna en 1639-1645.

La década finalizó con otro brote de meteorología extrema en todo el hemisferio norte. En 1648, en la isla de Wight, al sur de Inglaterra, un hacendado local lamentaba que «desde el primero de mayo hasta el 15 de septiembre, apenas han pasado tres días seguidos sin llover» y cuando un visitante le preguntó «si ése era el tiempo habitual en nuestra isla, yo le dije que en estos cuarenta años jamás había visto nada igual». Mientras, en Escocia, «las

abundantes y largas lluvias caídas durante muchas semanas, auguraban en efecto la hambruna», y produjeron «una escasez de maíz como no se recuerda otra en Irlanda, y una hambruna tan terrible que ya ha acabado con la vida de miles de personas entre los más pobres[11]». Al invierno siguiente, el río Támesis se heló hasta el puente de Londres, y la barcaza que transportaba el cadáver de Carlos I a su lugar de descanso definitivo, tras su ejecución a principios de 1649, apenas pudo sortear las placas de hielo flotantes sobre el río. Otras partes del noroeste de Europa también sufrieron precipitaciones inusuales aquel año —226 días de lluvia o nieve según una meticulosa serie de registros procedentes de Fulda, Alemania, en comparación con el límite máximo de 180 días correspondiente al siglo XX— seguidas de un «invierno que duró seis meses». En Francia, la pésima meteorología retrasó la cosecha de la uva a octubre en 1648, 1649 y 1650, y elevó los precios del pan a su nivel más alto en casi un siglo, en tanto que las inundaciones anegaron el centro de París durante gran parte de la primavera de 1649. En China, el invierno de 1649-1650 parece haber sido el más frío del que se tiene constancia[12].

La década de 1650 no supuso ninguna tregua. En la República de Holanda, fue tanta la nieve caída en marzo de 1651 que el funeral de Estado del estatúder Guillermo II tuvo que aplazarse debido a que los dolientes no podían llegar a La Haya, y luego la combinación de nieve derretida y una sucesión de tormentas causaron las peores inundaciones sufridas en ochenta años en las regiones del litoral. A lo largo del Vístula y del Sena las inundaciones también fueron catastróficas. En cambio, 1651 fue el año de la sequía más larga registrada en el Languedoc y el Rosellón, las tierras mediterráneas fronterizas entre Francia y España: 360 días, es decir, casi un año entero. En los Balcanes, en la primavera de 1654, «nevó abundantemente, [y] la nieve cubrió el suelo hasta Semana Santa. Nunca antes he visto tantas tormentas de nieve y hielo, humedad y frío». Incluso «el aceite de oliva y el

vino se hielan en las jarras». Inglaterra experimentó una «inusual sequía, que nos ha acompañado algunos años, y que todavía continúa y nos asedia todavía más, amenazando con hambrunas y mortandad»; por su parte, en 1658, John Evelyn opinaba que él y sus compatriotas habían pasado «el invierno más crudo que ningún hombre vivo haya conocido en Inglaterra: las patas de los cuervos se helaban sobre sus presas; peces y aves quedaron encerrados dentro de islotes de hielo, así como algunas personas en sus barcas[13]».

El mismo «histórico invierno» de 1657-1658 afectó a otras partes del hemisferio norte. En la costa atlántica americana, la bahía de Massachusetts se heló, mientras que el río Delaware se congeló hasta tal punto que los ciervos podían cruzarlo corriendo. En Europa, la gente cabalgaba sobre el hielo del Danubio en Viena, del Meno en Fráncfort y del Rin en Estrasburgo, en tanto que el tráfico de barcazas por los ríos y canales de los Países Bajos fue sustituido por el de los trineos. El canal entre Haarlem y Leiden permaneció helado 63 días. Un embajador suizo que regresaba a su casa desde Edirne (la Turquía «europea» moderna) comentó en febrero de 1658 que hacía tanto frío que incluso las aves migratorias se habían dado la vuelta, «para asombro de todo el mundo»; mientras que el Báltico se congeló tanto que un caballo y un carro podían pasar fácilmente de la desembocadura del Vístula en Dánzig a la península de Hell, y el ejército sueco con toda su artillería marchó treinta kilómetros sobre el estrecho de Dinamarca, de Jutlandia a Copenhague. Inevitablemente, la primavera siguiente, cuando la nieve y el hielo se derritieron, las inundaciones fueron desastrosas: el Sena volvió a inundar París y otras muchas ciudades, mientras que los diques de los Países Bajos se rompieron en veintidós puntos diferentes. Lieuwe Van Aitzema, el historiador oficial de la República de Holanda, dedicó dos páginas de su crónica a los extremos acontecimientos climá-

ticos ocurridos en Europa durante 1658: «Un año en el que el invierno fue tan crudo y severo al principio como al final[14]».

El siglo XVII no sólo vivió acontecimientos climáticos extremos, sino también una inusual concentración de ellos. De las 62 inundaciones del río Sena registradas en París y sus alrededores, dieciocho tuvieron lugar en el siglo XVII. En Inglaterra (y probablemente en otras partes del noroeste de Europa), «el mal tiempo arruinó las cosechas de maíz y de heno durante cinco años a partir del otoño de 1646», y entre 1657 y 1661 se produjeron otras cinco malas cosechas seguidas. Dicho de otro modo, se malograron diez cosechas en el espacio de dieciséis años. Las regiones del Egeo y del mar Negro experimentaron la peor sequía del último milenio en 1659, seguida de un invierno tan riguroso que a la altura de Girugiu (300 kilómetros hacia el interior desde el mar Negro) el Danubio se congeló tanto en una sola noche que el ejército otomano marchó sobre el hielo hacia Rumania, «asolando todas las aldeas y sin dejar ni una brizna de hierba ni persona viva en ninguna parte». Un oficial anotó en su diario que, gracias a la guerra y a la meteorología, «Transilvania nunca había conocido tanta miseria como el año pasado [1660]»[15]. Las extremas condiciones meteorológicas continuaron en toda Europa. Las placas de hielo cubrían el Vístula con una frecuencia insólita; en marzo de 1667, un barco que entraba en el río Elba se encontró con «montañas de hielo que bajaban por el río» y, a pesar de utilizar «largas pértigas para apartar el hielo» toda la noche, «con la luz del día nos encontramos con una montaña de hielo frente a nosotros», mucho más alta que el propio barco. En 1675, gran parte del hemisferio norte pasó un «año sin verano». El hielo flotante se acumuló repetidamente y llegó a congelar el Támesis durante las décadas de 1660 y 1670, y de forma más espectacular aún en 1683-1684, cuando «se ha formado toda una calle, llamada la calle ancha, sobre el Támesis, desde Temple hasta Bear Garden, y se han instalado puestos de venta, y por ella pasean a veces

varios miles de personas a la vez». Durante seis semanas, la multitud asistió a «varios combates entre perros y toros» y «todo tipo de diversiones sobre el río Támesis[16]».

En Polonia, las heladas hicieron acto de presencia varios días a lo largo de los veranos de 1664, 1666 y 1667, y durante 109 días en el año que va de 1666 a 1667 (comparado con la media de 63 días que mantiene en la actualidad). Más hacia el sur, en Moldavia, en el verano de 1670…

> las terribles inundaciones, frecuentes chubascos e intensas lluvias no pararon durante tres meses seguidos, destruyendo el trigo, la cebada, la avena, el mijo y todo tipo de cultivos. Al estar cubiertos de agua y sufrir excesiva humedad, dichos cultivos no maduraban ni podían retener las semillas. Tampoco la hierba ni las semillas herbáceas de los campos de heno crecían, debido al hielo y a la lluvia, o, si lo hacían, la cosecha no podía recogerse [porque] el sol no calentaba ni secaba la tierra.

En 1686, un ingeniero militar que estaba de campaña en lo que actualmente es Rumania, se quejaba de que «desde hace tres años ya, no he visto caer ni una gota de lluvia». Los lagos y los ríos se secaron, y «en la tierra de los pantanos, las grietas son tan profundas que dentro cabría un hombre de pie […]. Dudo que haya otro ejemplo de una sequía tan terrible y prolongada[17]». En Rusia, los anillos arbóreos y los datos del polen y los depósitos de turba demuestran que las primaveras, otoños e inviernos entre 1650 y 1680 fueron algunos de los más fríos de los que se tiene constancia; y, en China, los inviernos entre 1650 y 1680 constituyeron el período más frío registrado en los valles de los ríos Yangtsé y Amarillo durante los dos últimos milenios. Por último, en África, según un viajero turco de la década de 1670, «nadie en Egipto sabía lo que era vestirse con pieles. No había invierno. Pero ahora tenemos inviernos muy severos y hemos empezado a usarlas debido al frío». Entretanto, en el Sahel, la sequía de la década de 1680 fue tan extrema y tan extendida que el lago Chad descendió al nivel más bajo del que existe constancia hasta la fecha[18].

Dos hechos de estos años siguen reflejando con extraordinaria claridad el clima inusualmente frío que los marcó. En primer lugar, las anormales heladas y nevadas dieron lugar al popular género de los «paisajes invernales» entre los pintores holandeses. En segundo, la madera de la parte trasera de los incomparables violines fabricados por Antonio Stradivari de Cremona, en el norte de Italia, muestran claramente unos anillos de crecimiento muy estrechos, lo que indica la insólita sucesión de veranos fríos durante el siglo XVII, que atrofió el crecimiento de los árboles con los que trabajaba.

Esta meteorología tan anormal llevó a algunos contemporáneos de la época a sospechar que estaban viviendo un importante cambio climático. En junio y julio de 1675 (el segundo «año sin verano» del siglo), la conocida aristócrata parisina *madame* de Sévigné se quejaba a su hija, que vivía en la Provenza: «Hace un frío horrible, tenemos todas las chimeneas encendidas como tú, lo cual es sin duda extraordinario»; y especulaba que «al igual que tú, pensamos que el comportamiento del Sol y de las estaciones ha cambiado». Una generación más tarde, el emperador Kangxi, que recopilaba y estudiaba los informes meteorológicos de toda China, señalaba cómo «el clima ha cambiado». Por ejemplo, apuntaba su majestad, «en Fujian, donde antes no solía llover, desde el principio de nuestra dinastía [1636], sí lo hace[19]».

La búsqueda de chivos expiatorios

La población de principios de la Edad Moderna tenía buenas razones para vigilar y temer el cambio climático. En la elocuente valoración del historiador Thomas C. Smith:

> La agricultura, con sus labores asociadas, era la principal ocupación y prácticamente la única fuente de ingresos para la mayoría de las familias, y sus ritmos definían el ciclo anual de trabajo, descanso y culto religioso. Las graves variaciones anuales en la cosecha repercutían en toda la vida familiar, determinando si la familia comía bien o escasamente, si los ancianos podían sobrevivir a otro invierno, o si una hija podía casarse[20].

Por consiguiente, tanto hombres como mujeres buscaban ansiosamente explicaciones.

Muchos atribuían los desastres naturales a la contrariedad divina. En China, las abundantes y prolongadas nevadas de 1641-1642 convencieron al erudito Qi Biaojia de que «el cielo está extremadamente enfadado»; poco tiempo más tarde, el emperador Kangxi afirmaba que «si nuestro gobierno no lo hace bien en la tierra, el cielo responderá enviándonos calamidades»; en tanto que una canción folclórica china de este período reprochaba al Señor de los Cielos la catastrófica situación:

Viejo Señor de los Cielos, te estás haciendo mayor,
tus oídos están sordos, tus ojos se han ido.
No puedes ver a la gente,
no escuchas sus palabras.
Gloria a los que matan e incendian;
para los que ayunan y leen las escrituras,
sólo hay hambre.

En el mismo tono, un jesuita que vivía en Filipinas especulaba con que la erupción simultánea de tres volcanes en 1641 significaba que «acaso la divina providencia nos quiere significar alguna cosa, como es avisarnos de algún castigo venidero, tan merecido por nuestros pecados, o de la pérdida de algún reyno, efectos de divina indignación[21]».

Estas afirmaciones reflejaban la perspectiva *pecatogénica* imperante (de *peccatum*, la palabra latina para «pecado»): los desastres, incluidas las derrotas militares, así como el mal tiempo y las hambrunas, se atribuían a la mala conducta de los humanos. Una circular escrita por un recién nombrado presidente del Consejo de Castilla, el ministro responsable de todos los asuntos internos del Reino en 1648, lo ejemplifica muy bien: «La causa principal de las calamidades que padecen estos reynos son los pecados públicos y las ynjusticias que se hazen [...] el medio más principal para obligar a Dios Nuestro Señor a los aciertos que tanta neçesita esta Monarquía es administrar justicia con toda rectitud y bre-

vedad» y suprimir todos los pecados públicos[22]. En Alemania, en la década de 1630, los magistrados protestantes de Núremberg ordenaban a los ciudadanos evitar el desagrado divino mostrando moderación en la comida, la bebida y la vestimenta, y absteniéndose del placer sensual (especialmente si estaba relacionado con el adulterio, la sodomía o la danza). Por el mismo motivo, su católico vecino Maximiliano de Baviera dictó una serie de órdenes por las que prohibía la danza, el juego, la bebida y el sexo fuera del matrimonio; limitaba la duración y el coste de las celebraciones de bodas; prohibía a las mujeres usar faldas que dejaran ver sus rodillas; proscribía el baño de hombres y mujeres juntos, y prohibía frecuentemente las fiestas de carnaval y *Fastnacht*. La misma lógica se aprecia en un edicto emitido por el Parlamento inglés en 1642:

> Mientras que el atribulado estado de Irlanda, empapado en su propia sangre, y el distraído estado de Inglaterra, amenazado por la cruenta nube de una guerra civil, intenten por todos los medios posibles apaciguar y evitar la ira de Dios […] [y mientras] los deportes públicos no se correspondan con calamidades públicas, ni las representaciones teatrales con jornadas de humillación […], resultando ser espectáculos de mero placer, y con demasiada frecuencia, de regocijo lascivo y frivolidad […] cesarán todas las representaciones teatrales públicas.

El Parlamento prohibiría más adelante los palos de mayo y la celebración de la Navidad, y en 1648, «autorizó y exigió» a los magistrados de Londres que «derribaran y demolieran» todos los teatros, que azotaran públicamente a todos los actores, y multaran a todos los aficionados, porque las obras tendían a «provocar gravemente la ira y el desagrado de Dios, que tan duramente se cierne sobre este Reino[23]».

La búsqueda de chivos expiatorios se dirigía a las personas además de a las actividades. En Europa, los desastres climáticos y económicos de mediados del siglo XVII alimentaron una caza de brujas en la que miles de personas fueron juzgadas y ejecutadas porque sus vecinos las culpaban de ser la causa de sus desgracias. La mayoría de las víctimas fueron mujeres, muchas de ellas inca-

paces de mantenerse sin ayuda; muchas vivían en áreas marginales dedicadas al cultivo —en los valles vinícolas de Lorena, el Rin y el Meno, o en las zonas de cultivo de cereales en Escocia y Escandinavia— donde el impacto del enfriamiento global se sintió primero y con más intensidad. Así, en el sur de Alemania, una granizada caída en mayo de 1626, seguida de temperaturas árticas, llevaron a la detención, tortura y ejecución de 900 hombres y mujeres sospechosos de haber provocado esta calamidad a través de la brujería. Dos décadas después, el Parlamento escocés culpó de un invierno de abundantes nevadas y lluvias seguido de una cosecha de cereal de «poca monta» al «pecado de la brujería [que] cada día aumenta en estas tierras»; y, para conjurar más la ira divina, autorizó más ejecuciones por brujería que en ninguna otra época de la historia del país. El «pánico de la brujería» también hizo presa en los indios hurones de Norteamérica entre 1635 y 1645, aunque la mayoría de los acusados en este caso fueron varones; también en China, «a quienquiera que viviera oprimido por parientes tiranos o acreedores codiciosos», una acusación de brujería «le suponía un alivio. A quien temía un procesamiento judicial, le suponía protección. A quien necesitara rápidamente dinero en metálico, una recompensa. A los envidiosos les proporcionaba desagravio, a los acosadores, poder, y a los sádicos, placer[24]».

La popularidad de las obras de teatro, la sodomía y la brujería como explicaciones de la catástrofe en el siglo XVII apenas eran nada en comparación con los cinco chivos expiatorios «naturales»: las estrellas, los eclipses, los terremotos, los cometas y las manchas solares. En Alemania, un diplomático sueco se preguntaba en 1648 si el aluvión de rebeliones de la época podía «explicarse mediante algún tipo de configuración general de las estrellas en el firmamento»; mientras que, según un cronista español, únicamente «la malignidad de los astros» podía explicar la coincidencia de que «en un año [1647-1648] que no sólo en Nápoles,

sino también en Siçilia, en el Estado Eclesiástico, en Yngalaterra y Françia, y aún en la Metrópolis del Oriente, se veyan o se prevenían para el siguiente atroçidades y casos tan raros, que en otra ninguna era». Pocos años más tarde, el historiador italiano Maiolino Bisaccione argumentaba en este mismo sentido que sólo «la influencia de las estrellas» podía haber generado tanta «ira entre el pueblo contra los gobiernos» de su época[25].

Otros culpaban a los eclipses. El autor de un almanaque español estaba completamente seguro de que un reciente eclipse de Sol había producido «grandes alborotos de guerra, como mudanças de estados, daño en gente popular» entre marzo de 1640 y marzo de 1642 (así como otras catástrofes meticulosamente pronosticadas hasta el año 2400). Una recopilación inglesa similar predecía que los dos eclipses lunares y el pronóstico de una inusual conjunción planetaria para 1642 traerían «muchos accidentes extraños», a saber, «graves fiebres tercianas, guerra, hambruna, peste, incendios de viviendas, violaciones, despoblación, homicidios, sediciones secretas, destierros, encarcelamientos, muertes violentas e inesperadas, asaltos, robos e invasiones piratas». Otro, por lo demás, sensato cronista escribió dos años después de la revolución de Nápoles de 1647 que la culpa de todo la tenía un reciente eclipse solar; mientras que en Irán, otro eclipse solar acaecido en 1654 condujo a algunos «sabios persas» a afirmar que aquello significaba «que el rey había muerto; otros decían que habría una guerra y derramamiento de sangre; otros, en cambio, que se producirían muertes por doquier[26]». En la India, incluso los emperadores mogoles tomaban precauciones especiales durante los eclipses, permaneciendo bajo techo y comiendo y bebiendo muy poco; mientras que en el *Paraíso perdido*, escrito entre 1658 y 1663, John Milton se hacía eco del pánico popular cuando el Sol

> *… desde detrás de la Luna*
> *en los sombríos eclipses difunde un crepúsculo funesto*

sobre la mitad de las naciones; y con el temor al cambio desconcierta a los monarcas[27].

En el siglo XVII había muchos que también especulaban con que los terremotos, cometas y manchas solares eran presagio de catástrofes, quizá porque la frecuencia de estos tres fenómenos aumentó notablemente. Así, un relato sobre la destrucción causada por un terremoto, un volcán y un maremoto en las Azores en 1638 concluía: «Dejemos que el especulador pondere, y el filósofo investigue, la causa de un efecto tan portentoso». Algunos años después, un panfletista holandés aseguraba a sus lectores:

> El terremoto vivido hace no mucho, en el año de 1640, fue una señal de grandes conmociones y poderosas convulsiones en los reinos del orbe, porque o bien poco antes o al poco tiempo después, concluyó la revolución de Cataluña, la independencia de Portugal, la rebelión de los irlandeses, [y] guerras civiles (inciviles), grandes alteraciones [y] tumultos inesperados en Inglaterra[28].

Asimismo, cuando varios seísmos hicieron temblar los edificios de Estambul en 1648, el ministro e intelectual otomano Kâtib Çelebi declaró solemnemente que «cuando un terremoto ocurre durante las horas del día en junio, se derrama sangre en el corazón del Imperio»: por lo que el asesinato del sultán Ibrahim dos meses más tarde no le sorprendió. En Rumania existen registros de más de cuarenta temblores de tierra entre 1600 y 1690; mientras que, según el *Catálogo de terremotos*, hubo un pico de actividad a mediados del siglo XVII, especialmente en el «anillo de fuego» en torno al océano Pacífico, donde se producen normalmente más de dos tercios de los terremotos más importantes del mundo. Los contemporáneos de la época consideraban cada erupción como presagio de un desastre[29].

A mediados del siglo XVII no sólo se experimentó un pico de actividad sísmica, sino también un extraño «flujo de bolas de fuego». El astrónomo inglés John Bainbridge fue aparentemente el primero en referirse, en 1619, a «las muchas y nuevas estrellas y cometas, que han sido más [numerosas] en este último siglo del mundo que en muchas eras anteriores». Estas palabras las escribió

justo después de la aparición de tres cometas en 1618 que despertaron una inquietud generalizada. Antes incluso de tal aparición, Johannes Kepler, el matemático más destacado de su época, advertía en su *Almanaque astrológico* de 1618 que la conjunción de cinco planetas en mayo causaría extremos sucesos climáticos; y si también aparecía un cometa, todo el mundo debería «ponerse en guardia», porque ello sería presagio de una importante agitación política. Durante el invierno de 1618-1619, una multitud de libros y panfletos recordaba a los lectores en Europa que los cometas «significan guerras» y dejan a su paso «discordia, irritación, muerte, agitación, robos, violaciones, tiranía y cambios en los reinos» y predecían «funestas consecuencias para la humanidad a raíz de las tres estrellas centelleantes» de 1618[30]. Algunos observadores fueron extraordinariamente precisos: un fraile español arguyó que los cometas resultarían especialmente peligrosos para la dinastía Habsburgo «pues nos an tocado tan en lo vivo en las personas de la señora emperatriz, del archiduque Maximiliano, y últimamente del emperador [Matías]… Dios nos guarde a los que nos quedan de la casa de Austria[31]».

Los astrónomos de la China Ming también interpretaron los tres cometas de 1618 como augurio de importantes convulsiones, mientras que las crónicas de sus vecinos del norte en Manchuria contienen «un abrumador número de reseñas sobre estas señales del cielo». En Rusia, los mismos cometas provocaron discusiones y lúgubres interpretaciones entre los «sabios»; en la India, un cronista mogol afirmó que «ningún hogar quedará a salvo» del miedo, y los hacía responsables de una epidemia de plagas, así como de la posterior rebelión del príncipe heredero; en tanto que en Estambul, los escritores los culpaban no sólo de la extrema meteorología (especialmente de la congelación del Bósforo) sino también del derrocamiento de un sultán en 1618, el asesinato de otro en 1622 y las posteriores revueltas en provincias[32].

La creencia en los aciagos efectos de los cometas de 1618 resultó notablemente duradera. En 1643, un panfletista holandés afirmaba:

> Una estrella con cola, avistada en el año 1618, actuó de advertencia y a modo de amenaza de lo que habría de sobrevenirle a toda la cristiandad, y a ella le siguieron todos aquellos nefastos efectos, aquellas horribles guerras, pérdidas lamentables, la bárbara destrucción de países y ciudades, la ruina de muchas costosas edificaciones, de muchos caballeros, de muchos habitantes, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, de Alemania.

En 1649 un periódico londinense veía el final de la guerra de los Treinta Años del año anterior como «predicha por la estrella centelleante, que, en el año que empezó la guerra, apareció sobre Europa justo por treinta días». Una generación después, en Boston, Massachusetts, el reverendo Increase Mather dedicó tres páginas de su *Kometographia, o discurso sobre los cometas* al «prodigio» de 1618, el cual, afirmaba, había «causado» no sólo una importante sequía en toda Europa, un terremoto en Italia, una plaga en Egipto y «las guerras de Bohemia y Alemania, en las que se derramaron ríos de sangre», sino también «una plaga entre los indios de aquí en Nueva Inglaterra, que los diezmó hasta tal punto que no había suficientes vivos para enterrar a los muertos[33]».

Algunos contemporáneos culparon de las catástrofes que los rodeaban a una combinación de estos fenómenos naturales. Una popular enciclopedia china sostenía que «cuando Venus había dominado el cielo, se habían desencadenado guerras a gran escala, y que cuando los cometas habían dominado el cielo, habían surgido conflictos sobre la sucesión al trono»; mientras que el almanaque español de 1640, ya citado, recordaba a los lectores que «siempre que se han visto eclipses, cometas, terremotos y otros semejantes prodigios, que después dellos suelen suceder grandes miserias». En 1638, la *Anatomía de la melancolía* de Robert Burton presentaba el «catálogo de catástrofes» más exhaustivo de todos. En él aseguraba:

> El cielo nos amenaza con cometas, astros, planetas, con sus grandes conjunciones, eclipses, oposiciones, cuartiles y otros fenómenos adversos. El aire con

> sus meteoros, truenos, relámpagos, calores y fríos excesivos, fuertes vientos, tempestades, meteorología extemporánea; de todo ello procede la penuria, el hambre, las plagas y todo tipo de enfermedades epidémicas, que causan infinidad de muertes entre los seres humanos[34].

Algunos dudaban de estas vinculaciones tan precisas. Un historiador italiano se burló de la idea de que «ciertas constelaciones celestiales tengan el poder de mover el espíritu de los habitantes de un país a la sedición, tumultos y revoluciones» en muchos lugares diferentes a la vez, mientras que los cometas de 1618 suscitaron animados debates entre astrónomos y astrólogos sobre si eran o no capaces de causar «catástrofes». Dicha incertidumbre llevó a algunos observadores a sugerir un chivo expiatorio alternativo a la meteorología extrema del siglo XVII: las fluctuaciones en el número de manchas solares —las manchas más oscuras y frías de la superficie solar rodeadas de «llamaradas» que hacen que el Sol brille con mayor intensidad—. Aunque éstos se aproximaban más a la verdad que aquellos que culpaban a «cometas, astros y planetas» y a los eclipses, no obstante se equivocaban en que un número *mayor* de manchas solares produciría temperaturas más bajas en la Tierra, ya que lo cierto es lo contrario[35].

El desarrollo de potentes telescopios en el siglo XVII permitió a los astrónomos europeos realizar un seguimiento del número de manchas solares con una exactitud sin precedentes. En 1624-1625, el jesuita alemán Christopher Scheiner observó y registró por primera vez un máximo de manchas solares, y otros astrónomos indicaron un mínimo correspondiente en 1634 y un máximo inferior en 1639. Aunque sus sucesores realizaron observaciones durante más de 8000 días entre 1645 y 1715, no fueron capaces de descubrir ningún patrón, y con razón: el número total de manchas solares observadas durante esos setenta años apenas alcanzaba las cien, menos de las que aparecieron en un solo año del siglo XX, lo que sugiere una marcada reducción en la energía solar[36].

Otros cuatro grupos de datos confirman esta hipótesis. En primer lugar, muchos anillos arbóreos formados a mediados del siglo XVII presentan un aumento de los depósitos de carbono-14, lo que sugiere unas temperaturas globales reducidas, dado que el carbono-14 absorbido por las plantas de la atmósfera aumenta a medida que la energía solar recibida en la Tierra desciende. En segundo lugar, entre octubre de 1642 y octubre de 1644, Johannes Hevelius, de Dánzig, realizó diariamente dibujos del Sol que registraban la localización exacta de todas las manchas, y más tarde imprimió sus descubrimientos en una serie de 26 discos «compuestos» que mostraban no sólo el número, sino el movimiento de las manchas en el transcurso de unos pocos días (*lámina 1*). Los «discos» de Hevelius no sólo revelan que las manchas solares ya eran entonces poco frecuentes (rara vez vio más de uno o dos grupos a la vez), sino también que el Sol rotaba ligeramente más rápido de lo que lo hace hoy en día[37]. En tercer lugar, la *aurora borealis* (las «luces del norte» que se originan cuando las partículas cargadas del Sol interactúan con el campo magnético de la Tierra) se hizo tan rara que cuando el astrónomo Edmond Halley vio una en 1716 escribió un documentado estudio en el que describía el fenómeno, porque había sido el primero que había visto en casi cincuenta años de observación. Por último, ni Halley ni otros astrónomos del período entre 1640 y 1700 mencionaron la brillante corona que hoy en día puede verse durante un eclipse solar total: por el contrario, informaban de un pálido anillo de luz tenue, rojizo y estrecho, alrededor de la Luna. Los cuatro fenómenos confirman que la energía del Sol disminuyó entre las décadas de 1640 y la de 1710, un hecho normalmente asociado con unas temperaturas reducidas y acontecimientos climáticos extremos en la Tierra[38].

A los observadores del siglo XVII que vivían en el hemisferio norte también les preocupaba otra aberración astronómica: la aparición de «velos de polvo» en el cielo que hacían que el Sol

pareciera o más pálido, o más rojo, de lo habitual. Por ejemplo, un tendero de Sevilla lamentaba que durante los primeros seis meses de 1649, «el sol no salió todo el tiempo [...] y si salía era pálido y amarillo, o demasiado rojo, que antes causaba espanto el verle que consuelo». Miles de kilómetros al este, los astrónomos reales de Corea informaron en 38 ocasiones a lo largo del siglo XVII de cielos más oscuros durante el día. Algunos días concretos, anotaron que «los cielos de todo alrededor son más oscuros y más grises, como si acabara de caer una especie de polvo[39]». Tanto el polvo como el enrojecido cielo se debían a una insólita racha de importantes erupciones volcánicas ocurridas a mediados del siglo XVII. Cada una de ellas arrojó dióxido de azufre a la atmósfera, desviando parte de la radiación del Sol de nuevo al espacio, y reduciéndose de este modo significativamente las temperaturas en todas las áreas de la Tierra situadas bajo las nubes de polvo.

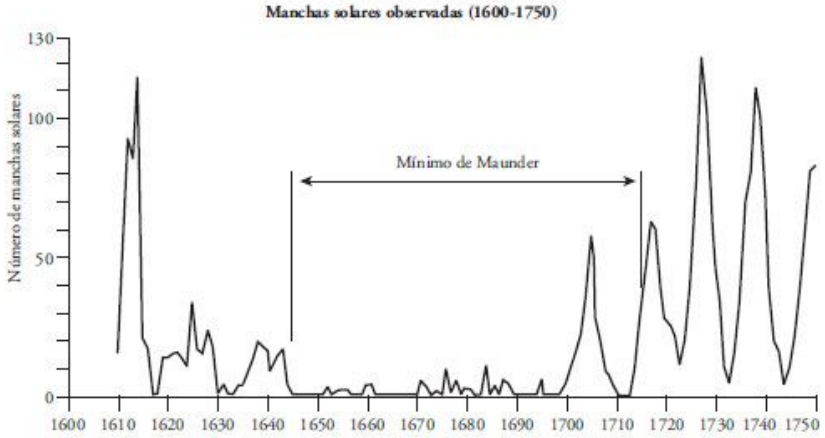
De dos de estas erupciones volcánicas nos han llegado elocuentes descripciones. En febrero de 1640, en Chile, «fue tanta cantidad la piedra que arrojó el volcán [monte Villarrica], y tanta la multitud de ceniça ardiendo que cayó en el río de Alipen, que ardían las aguas de manera que cocieron quanto pescado que havía en él[40]». Menos de un año más tarde, al otro lado del Pacífico, según una guarnición española situada al sur de Filipinas, «a medio día se vio venir de la parte del sur una escuridad muy grande, y estendiéndose poco a poco por aquel emispherio, y cerrando todo el oriçonte, a la una del día estavan ya en verdadera noche, y a las dos, con tantas tinieblas que la propia mano, puesta delante de los ojos, no se veya». Las cenizas estuvieron cayendo sobre ellos durante doce horas, hasta que, a la mañana siguiente «se comenzó a descubrir alguna claridad de la luna». Acababan de presenciar una erupción de «fuerza 6», un hecho tan aterrador que las autoridades de Manila se encargaron de llevar a cabo una investigación «por diferentes religiosos, y otras perso-

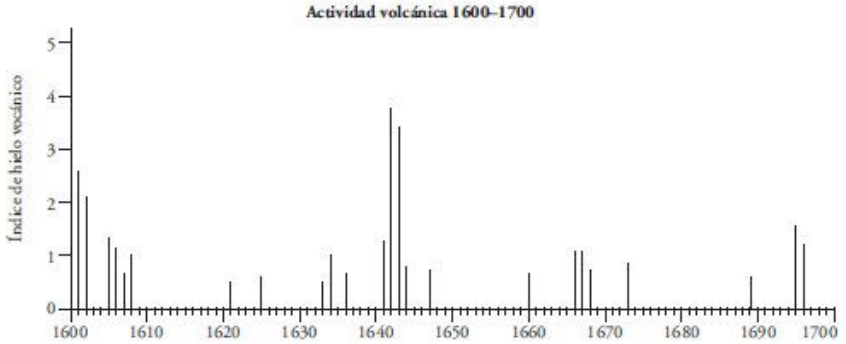
nas fidedignas». Ésta concluyó que la erupción fue escuchada exactamente al mismo tiempo «en todas estas islas Filipinas y en las del Maluco, y penetró hasta la tierra firme de Asia, en los reynos de Cochinchina, Champá y Camboya», un radio de 1500 kilómetros, «cosa maravillosa y que parece excede los límites de la naturaleza[41]». El velo de polvo producido por las doce erupciones volcánicas conocidas habidas en el Pacífico entre 1638 y 1644 (por lo que parece, un récord histórico) coincidió con el mínimo de manchas solares que enfriaron la atmósfera de la Tierra y desestabilizaron su clima (*figura 2*).

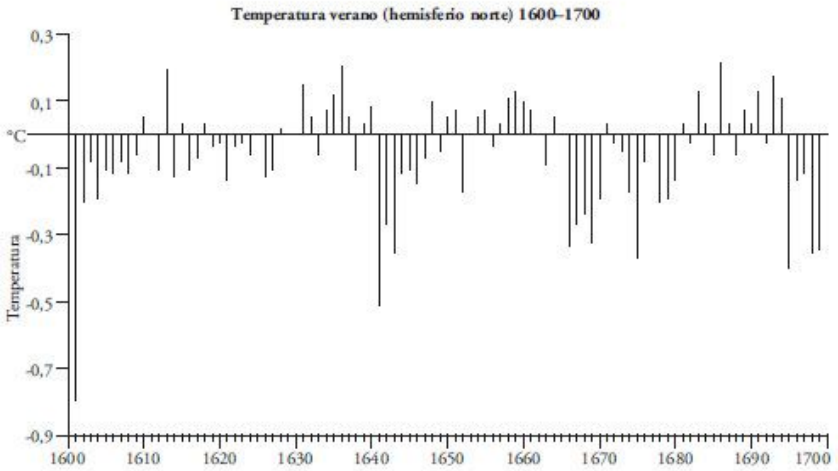
¿La culpa la tiene *El Niño*?

El enfriamiento global causado por el reducido número de manchas solares y el aumento de la actividad volcánica parecen haber desencadenado un cambio dramático en el fenómeno climático conocido como *El Niño*. En años normales, la presión del aire de la superficie en la región ecuatorial del Pacífico es más alta en el este que en el oeste, lo que supone el predominio de los vientos del este, que soplan desde América hacia Australia y el sureste de Asia. En años más fríos, sin embargo, la presión del aire de la superficie en la región ecuatorial del Pacífico desciende en el este y aumenta en el oeste, invirtiéndose el patrón y predominando por tanto los vientos del oeste que soplan desde Asia hacia América. Los episodios del *Niño* afectan extraordinariamente al clima mundial. Cuando el aire de la superficie del Pacífico ecuatorial se calienta cada primavera, genera abundantes chubascos: en un año normal, estas lluvias caen en Asia durante el monzón y alimentan las cosechas, pero en un año del *Niño*, el monzón se debilita y estas fuertes lluvias caen en cambio en América, causando inundaciones catastróficas. Hoy en día esta inversión (también conocida por sus siglas en inglés como ENSO —*El Niño-Southern Oscillation* u «Oscilación del Sur del Niño»—) ocurre aproximadamente una vez cada cinco años, pero a mediados del siglo XVII, se produjo el doble de veces de lo nor-

mal: en 1638, 1639, 1641, 1642, 1646, 1648, 1650, 1651, 1652, 1659, 1660 y 1661. Este mismo período se caracterizó por los monzones asiáticos más débiles de los pasados dos milenios[42].







2. Ciclos de manchas solares, anomalías volcánicas y variaciones de la temperatura estival en el siglo XVII. El número de manchas solares observadas y registradas por los astrónomos europeos (*arriba*) muestra el mínimo de Maunder (1643-1715), durante el cual aparecieron menos manchas solares en setenta años de las que aparecen en uno solo. Las mediciones de depósitos volcánicos en la capa de hielo polar (el «índice de hielo volcánico») revelan un pico en la década de 1640. Ambos fenómenos muestran una notable correlación con las temperaturas estivales más bajas en el hemisferio norte.

Cierto es que los historiadores no pueden «culpar» al *Niño* de todo. Algunos climas regionales son sensibles al *Niño*; otros, aunque sean contiguos, no. Por ejemplo, en el sur de África, la Provincia Oriental del Cabo es sensible a las sequías producidas por *El Niño*, mientras que la Provincia Occidental del Cabo no lo es; del mismo modo, las sequías en el noreste de Brasil parecen ocurrir en los años del *Niño*, pero las del oeste de México, no. La «huella global» del *Niño* normalmente incluye tres regiones aparte de las tierras que lindan con el Pacífico: el Caribe sufre inundaciones; Etiopía y el noroeste de la India, sequías; y Europa, inviernos muy crudos. En la mayoría de los veinte episodios del *Niño* registrados entre 1618 y 1669, y en los doce entre 1638 y 1661, cada una de estas regiones experimentó una meteorología adversa.

La variación en las condiciones meteorológicas en el océano Pacífico durante este período queda crudamente reflejada en dos anomalías registradas en fuentes históricas. Por un lado, la pro-

vincia costera de Cantón, en el sur de China, sufrió más tifones entre 1660 y 1680 que en cualquier otro momento de la historia[43]. Por otro, los viajes de los galeones que partían desde Acapulco, en México, a Manila, en las Filipinas, tardaron más tiempo que en ningún otro período. En la primera y última década del siglo XVII la travesía duraba una media de ochenta días (algunas sólo cincuenta días), pero entre 1640 y 1670, la duración media se elevó a más de 120 días (y tres de ellas a más de 160). Algunos barcos nunca llegaron: de los once galeones que, según tenemos constancia, se hundieron o encallaron antes de llegar a Manila durante el siglo XVII, nueve lo hicieron entre 1639 y 1671. El viaje de vuelta de Manila a Acapulco también duraba mucho más: la media ascendió de 160 a bastante más de doscientos días, y los viajes más largos registrados nunca (240 días, es decir, ocho meses) tuvieron lugar en la década de 1660. Nada, excepto una importante variación en el patrón de los vientos, podría explicar un cambio tan espectacular. Diego de Villatoro, un oficial de la Corona que había hecho el viaje de vuelta dos veces, veía clara la conexión. En un memorial escrito en 1676 comentaba con tristeza que «con dilatarse tanto los viajes [...] se tiene por buen viaje de Philipina a Acapulco él que no pasa de siete meses» y achacaba perspicazmente el aumento de la duración a «la mudanza en las monsones[44]».

Villatoro, claro está, carecía de los conocimientos necesarios para culpar de este cambio al aumento de la frecuencia en la actividad del *Niño*, o para asociar *El Niño* con una reducida actividad solar, unos monzones más débiles en Asia y un incremento de la actividad volcánica. Pero ahora sabemos que en los años «normales», cuando predominan los vientos del este, el Pacífico sube unos sesenta centímetros en la costa asiática con respecto a la costa de América, mientras que en los años del *Niño*, cuando prevalecen los vientos del oeste, estos niveles se invierten. El movimiento de este enorme volumen de agua ejerce una tre-

menda presión sobre los bordes de las placas tectónicas de la Tierra en torno a la periferia del Pacífico, donde se encuentran los volcanes más violentos y más activos del mundo, y esto puede desencadenar una oleada de erupciones[45]. De ser cierta esta hipótesis, se genera un ciclo terrible:

- La reducción en la energía solar produce un descenso de las temperaturas, lo cual incrementa el riesgo de que los episodios del *Niño* sean más numerosos, y también más graves.
- Los episodios del *Niño* pueden desencadenar erupciones volcánicas en la zona del Pacífico, que lanzan dióxido sulfúrico a la estratosfera, lo que reduce aún más la energía solar que se recibe en la Tierra.
- La probabilidad de actividad del *Niño* se duplica tras una erupción volcánica importante.

Cualesquiera que sean las conexiones exactas entre estos fenómenos naturales (y no todos los científicos están de acuerdo), la época de mediados del siglo XVII experimentó sin lugar a dudas una oleada de terremotos, flujos de bolas de fuego, erupciones volcánicas y episodios del *Niño*, así como una reducción drástica en la actividad de las manchas solares, los monzones más débiles y algunas de las temperaturas globales más bajas registradas en los últimos siglos.

Clima y cosechas

¿Y bien? Para un escéptico, un «enfriamiento global» que se reduce a una caída de sólo 1 o 2 °C en las temperaturas medias del verano, y un reducido avance glaciar, puede parecer insignificante; pero eso es pensar de manera lineal. Por una parte, la temperatura global media ha mostrado una notable estabilidad a lo largo de los seis últimos milenios: la diferencia en el ecuador entre el «Óptimo Medieval» (período que corresponde a las tempe-

raturas más calurosas registradas hasta finales del siglo XX) y la Pequeña Edad de Hielo, fue probablemente inferior a 3 °C. De modo que un cambio incluso de un solo grado es muy significativo. Por otra parte, en el hemisferio norte, donde vive la mayor parte de la humanidad y han tenido lugar la mayoría de las guerras y revoluciones del siglo XVII, el enfriamiento solar reduce las temperaturas mucho más que en el ecuador, en parte debido a que la capa de nieve y de hielo del mar reflejan un mayor número de rayos del Sol de nuevo al espacio. La extensión de los casquetes polares y glaciares a mediados del siglo XVII redujo drásticamente por tanto las temperaturas medias en latitudes septentrionales.

Un reciente «modelo» del clima global «probable» a finales del siglo XVII muestra un tiempo significativamente más frío en Siberia, el norte de África, Norteamérica y el noroeste de la India; más frío y más seco en China central y Mongolia; y unas condiciones meteorológicas más frías y menos estables en la península Ibérica, Francia, las islas Británicas y Alemania. Como ya se ha señalado, estas mismas áreas —los imperios ruso y otomano en Eurasia; los Estados Ming y Qing en el este de Asia, y los dominios de Felipe IV, Carlos I, Luis XIV y Fernando II en Europa — registraron no sólo un tiempo más frío en las décadas de 1640 y 1650, sino también un número significativo de episodios climáticos extremos y graves convulsiones políticas. Lo primero no debería sorprendernos: el declive generalizado en las temperaturas medias normalmente va asociado a una mayor frecuencia de episodios climáticos extremos —como inundaciones, tormentas inesperadas, prolongadas sequías y rachas de frío inusuales, y también anormalmente largas—. Todas estas anomalías climáticas pueden afectar gravemente a los cultivos de los que se alimenta la gente.

En la «zona templada», más o menos desde los 30 a los 50 grados de latitud, las cosechas sufren desproporcionadamente cuan-

do se produce una racha de frío durante la germinación, una sequía en la época del crecimiento o una importante tormenta justo antes de la cosecha. Por poner un solo ejemplo, una gaceta de Zhejiang, en el este de China, informaba de que «en el décimo tercer día de la quinta luna, en 1640, los campos se inundaron, los que habían sembrado el duodécimo día o antes no sufrieron ningún desastre una vez bajó la inundación, pero los que habían sembrado del décimo tercer día en adelante lo perdieron todo[46]». Una helada extemporánea podía resultar igualmente desastrosa. En las áreas de cultivo del arroz, un descenso de 0,5 °C en la temperatura media de la primavera prolonga el riesgo de la *última* helada en diez días, en tanto que una caída similar en la temperatura media del otoño aumenta el riesgo de la *primera* helada en la misma proporción. Cualquiera de las dos cosas basta para malograr la cosecha entera. Incluso sin heladas, una caída de 2 °C durante la época de crecimiento —precisamente la escala de enfriamiento global correspondiente a la década de 1640— reduce la cosecha de arroz entre un 30 y un 50 por ciento, y disminuye también la altitud adecuada para el cultivo de arroz en unos cuatrocientos metros. Asimismo, en las regiones de cultivo de cereal, un descenso de 2 °C acorta la época de crecimiento en tres semanas o más, disminuye la cosecha hasta un 15 por ciento, y reduce la altitud máxima a la que madurarán los cultivos en unos 150 metros. También la sequía destruyó cosechas privando a los cultivos del nivel de precipitaciones necesario. Como se advertía en un manual chino de agricultura publicado en 1637: «Todas las plantas de arroz mueren si les falta agua durante diez días [seguidos]»[47].

La meteorología extrema también podía destruir cultivos de forma indirecta. La lluvia excesiva podía favorecer la multiplicación de los roedores. En Moldavia, en 1670, «miríadas de ratones» no sólo se comieron «todo lo que encontraron en los huertos», sino que «treparon a los árboles, comiéndose toda la fruta y

dejándolos sin nada»; y, por si fuera poco, «acabaron con los campos de trigales[48]». La sequía favorecía a las langostas. En 1647, el noble moldavo Miron Costin informaba de que «por la época en la que la gente sale con sus hoces a recolectar el trigo», él y algunos compañeros que viajaban juntos «vieron de repente una nube hacia el sur».

> Pensamos que era una tormenta hasta que súbitamente nos vimos ante una nube de langostas, que se dirigía hacia nosotros como un ejército aéreo. El sol desapareció de golpe tras el velo de oscuridad de estos insectos. Algunos de ellos volaban alto, a tres o cuatro metros, mientras que otros volaban a nuestra altura, o incluso directamente sobre el suelo […]. Volaban a nuestro alrededor sin el más mínimo reparo […]. El enjambre tardó una hora en pasar, y luego, una hora y media después, llegó otro, y otro, y así sucesivamente. Duró desde el mediodía hasta la caída del sol. No quedó ni una hoja de árbol, ni una brizna de hierba, ni heno, ni cultivos, nada[49].

En las latitudes al norte de la zona templada, donde la época de cultivo es más corta, el impacto del cambio climático en las cosechas es mayor. En primer lugar, reduce espectacularmente la producción. En Manchuria, con un total de sólo 150 días sin heladas incluso en los años «buenos», un descenso de 2 °C en la temperatura media del verano reduce las cosechas en un asombroso 80 por ciento. En Finlandia, la época de cultivo incluso en años «normales» es la más corta compatible con una cosecha aceptable, de modo que incluso una helada en una sola noche de verano puede acabar con una cosecha entera. En el siglo XVII Finlandia sufrió once cosechas fallidas (en comparación con sólo una en el siglo XVIII[50]). Por otra parte, el enfriamiento global aumenta la frecuencia de las cosechas fallidas en las latitudes septentrionales.

- En la zona templada, si los inviernos adelantados o las sequías de verano se producen con una frecuencia de P = 0,1, la cosecha fracasará una vez cada diez años, y dos cosechas consecutivas lo harán una vez cada cien años. Sin embargo, si los inviernos adelantados o las sequías de verano se pro-

ducen con una frecuencia de P = 0,2, la cosecha fracasará una vez cada cinco años (se duplica el riesgo), en tanto que dos cosechas consecutivas lo harán una vez cada veinticinco años (se cuadriplica el riesgo).

- En las latitudes al norte de la zona templada, cada caída de 0,5 °C en la temperatura media del verano disminuye el número de días que tarda en madurar la cosecha en un 10 por ciento, duplicando el riesgo de una sola cosecha fallida y multiplicando por seis el de dos consecutivas.
- Para aquellos cultivos situados a trescientos metros o más por encima del nivel del mar, una caída de 0,5 °C en la temperatura media del verano aumenta cien veces la probabilidad de dos cosechas consecutivas fallidas.

Clima y calorías

En las zonas densamente pobladas a principios de la Época Moderna, ya fueran de clima continental, templado o tropical, la mayoría de la gente dependía de un solo cultivo, abundante en cuanto a cantidad y carbohidratos, denominado «alimento básico». Los cereales (trigo, centeno, cebada y avena) constituían el principal alimento básico en Europa, norte de la India y norte de China. El arroz era a su vez el de la Asia monzónica, el maíz el de las Américas, y el mijo el de la India y el África subsahariana. El atractivo económico de los alimentos básicos es que son casi irresistibles para los agricultores. Un acre de cereales alimenta entre diez y veinte veces a más personas que un acre dedicado a la cría de ganado; por otra parte, la misma cantidad de dinero servía por lo general para comprar diez libras de pan, pero sólo una de carne. Un acre sembrado de arroz produce hasta seis toneladas de alimento —el triple que un acre de trigo o maíz y seis veces más que un acre dedicado a la cría de ganado—. No resulta sorprendente por tanto que según un libro de texto chino im-

preso en 1637, «el 70 por ciento del alimento básico de la gente es el arroz», mientras que en Europa, los cereales constituyen tres cuartas partes de la ingesta de calorías total de cada familia (no sólo en forma de pan, sino también como «relleno» de sopas y como ingrediente básico para la cerveza[51]).

Steven Kaplan ha insistido muy acertadamente en la «tiranía» de la dependencia popular con respecto de los cultivos básicos —cereales, arroz, maíz o mijo, dependiendo de la región— en el mundo preindustrial. En Europa,

> … la dependencia de los cereales condicionaba todas las facetas de la vida social. El cereal era el sector clave de la economía; más allá de su papel determinante para la agricultura, el cereal configuraba directa e indirectamente el desarrollo del comercio y la industria, regulaba el empleo y constituía una fuente muy importante de ingresos para el Estado, la Iglesia, la nobleza y amplios segmentos del tercer estado […]. Dado que la mayoría de la población era pobre, la lucha por la supervivencia era un continuo motivo de preocupación. Ningún asunto era más urgente, más omnipresente y más difícil de resolver que la provisión de cereal. El temor a la escasez y el hambre tenía obsesionada a esta sociedad[52].

La «escasez y el hambre» podían manifestarse de tres formas distintas. Primero, en todo el mundo al principio de la Edad Moderna, la comida representaba la mitad del gasto total de la mayoría de las familias, por lo que cualquier aumento de los precios del alimento básico acarreaba penuria, dado que la mayoría de las familias disponía de poco dinero en efectivo y en seguida se veían enfrentados al riesgo de no poder alimentarse. En segundo lugar, gastar más en comida dejaba poco o nada de dinero para comprar otros bienes, lo que desembocaba en una caída de la demanda: esto significaba que muchos trabajadores de los sectores no agrícolas perdían sus empleos y reducían los salarios percibidos por el resto, es decir, los ingresos descendían al tiempo que aumentaban los gastos. En tercer lugar, dado que el impacto de las malas cosechas sobre el precio de los cereales no es lineal, cualquier déficit en la cosecha disminuía el suministro de alimento geométrica y no aritméticamente. Supongamos que…

- En un año normal, un granjero europeo sembraba 50 acres de cereal y cosechaba 10 celemines por acre, un total de 500 celemines. De ellos, necesitaba 175 celemines para forraje y sembraba 75 para alimentarse él y su familia —un total de 250 celemines— dejando 250 para venderlos en el mercado.
- Si el mal tiempo reducía la cosecha en un 30 por ciento, ésta producía sólo 350 celemines, de los cuales el agricultor seguía necesitando 250. La parte disponible para el mercado descendía a 100 celemines, una caída del 60 por ciento.
- Pero si el mal tiempo reducía la cosecha en un 50 por ciento, producía sólo 250 celemines, todos ellos necesarios para el agricultor, no quedando prácticamente nada para el mercado.

Esta correlación no lineal explica por qué una reducción del 30 por ciento en la cosecha de cereal a menudo *duplicaba* el precio del pan, mientras que la caída de un 50 por ciento lo *quintuplicaba*. También explica por qué, si la cosecha fracasaba durante dos o más años consecutivos, la consecuencia casi siempre era el hambre.

Steven Kaplan concluyó su estudio de las hambrunas en la Francia del siglo XVIII sugiriendo que este cruel cálculo «producía un sentimiento crónico de inseguridad que hacía que los contemporáneos de la época vieran su mundo de una forma que nos parecería grotescamente o lúgubremente precaria». Sin embargo, un estudio de Alex de Waal sobre la hambruna de Darfur de 1984-1985 en el este de África rechazaba la idea de «precariedad» en lo que se refiere a las pérdidas en las cosechas, porque, incluso hoy en día, estas pérdidas pueden «rebasar un umbral de horror y alcanzar una dimensión todavía peor». No sólo muere gran

cantidad de personas, sino toda su forma de vida[53]. De Waal identificó tres características de estas «hambrunas históricas».

- En primer lugar, obligan a los afectados a consumir todos sus activos, incluidas inversiones, reservas y bienes. Aunque una familia podía elegir pasar hambre durante una temporada a fin de preservar su capacidad de funcionar como una unidad productiva (por ejemplo, guardando cereal para alimentar a su ganado o para utilizarlo como semilla, en lugar de comerlo todo), rara vez puede mantener esa estrategia durante un segundo, y no digamos un tercer año. Dos o tres cosechas fallidas dejan por tanto a las víctimas permanentemente en la indigencia.
- En segundo lugar, el hambre prolongada también obliga a los afectados a recurrir a sus reivindicaciones (derechos) sociales. Una familia hambrienta puede aguantar sin pedir ayuda a otros individuos o instituciones durante un breve período, pero, de nuevo, rara vez puede mantener dicha estrategia por mucho tiempo. Si un gran número de familias se queda en la indigencia de golpe, puede colapsar e incluso destruir la comunidad en la que vive.
- Por último, cuando las comunidades dejan de ser viables, algunas familias emigran. Al principio, la emigración puede constituir una «estrategia de subsistencia» razonable durante una hambruna porque, aunque los emigrantes renuncian necesariamente a sus activos y sus «derechos» al dejar su comunidad local, los que sobreviven pueden volver a sus hogares y a su anterior forma de vida cuando su situación mejore. La penuria prolongada, sin embargo, cortará los vínculos con el mundo que han dejado, y de esta manera, según De Waal, se llegará a la «muerte» de toda su forma de vida.

Calorías y muerte

Diariamente, un ser humano necesita consumir al menos 1500 calorías para mantener sus funciones metabólicas y resistir las infecciones. Las mujeres embarazadas y los que se ganan la vida mediante el trabajo físico necesitan al menos 2500 calorías. Pocas personas a comienzos de la Edad Moderna eran tan afortunadas: durante la peste italiana de 1630-1631, cada paciente hospitalizado recibía una ración diaria de medio kilo de pan, cuarto de kilo de carne (probablemente guisada) y medio litro de vino —una ingesta diaria de apenas 1500 calorías, y gravemente deficiente en vitaminas—. Incluso en los años «normales» del siglo XVII, el francés medio consumía apenas quinientas calorías por encima de sus necesidades metabólicas básicas, setecientas en el caso del inglés medio[54].

Dos «mecanismos de seguridad» a corto plazo ayudan a los seres humanos a adaptarse a la malnutrición. Pueden reducir la demanda de energía (trabajando más despacio, descansando más), y, cuando el peso del cuerpo baja, logran pasar con menos calorías para mantener el metabolismo básico (y la actividad física reducida). No obstante, a largo plazo, incluso una pequeña reducción en la ingesta calórica diaria puede desencadenar consecuencias muy llamativas. Una disminución de una quinta parte, de 2500 a 2000 calorías, reduce a la *mitad* la capacidad del ser humano de trabajar eficientemente, porque el metabolismo básico del cuerpo sigue requiriendo 1500 calorías. En el caso de una mujer embarazada, una disminución similar pone en peligro tanto la salud de la madre como la del hijo. Por otra parte, una pérdida de peso de un 10 por ciento reduce la energía en una sexta parte, pero una pérdida de peso del 20 por ciento reduce la energía a la mitad, y, si una mujer o un hombre pierden el 30 por ciento de su peso corporal normal, la presión sanguínea desciende y la capacidad para absorber nutrientes se resiente.

En este estado debilitado, cualquier esfuerzo adicional al que se vea sometido el cuerpo, como una enfermedad, suele resultar fatal —y, con el trastorno social que conlleva una hambruna, las enfermedades infecciosas a menudo se extienden rápidamente —, en tanto que el frío y la humedad debilitan aún más a los que sufren de hambre. Según un informe de una hambruna en Berar, en la India, en el siglo XIX: «La forma más común de morir en las personas debilitadas por la hambruna era la diarrea o la disentería, agravadas por la humedad y el frío [...]. El frío y la humedad ejercieron un efecto sumamente nocivo sobre los afectados por la pobreza y el hambre, y sobre aquéllos en un estado físico debilitado debido a la crónica insuficiencia de comida[55]». Los observadores del siglo XVII describían el mismo fatídico declive. Según Yang Dongming, un funcionario del gobierno y filántropo de la China central:

> Todas las personas son físicamente iguales o parecidas en cuanto a su intolerancia al frío. Los que no pueden vestirse más que con ropas viejas, hechas jirones, pasan lo más crudo del invierno semidesnudos, despeinados, con los pies descalzos y los dientes castañeteando; gritando de desesperación y aterrorizados [...]. Como están solos, no tienen adónde ir [...] [y] la nieve les cubre el cuerpo. Llegado este punto, sus órganos se congelan y sus cuerpos se quedan rígidos como un trozo de madera. Al principio todavía son capaces de gemir. Gradualmente, empiezan a toser y echar flemas. Luego, su vida se extingue.

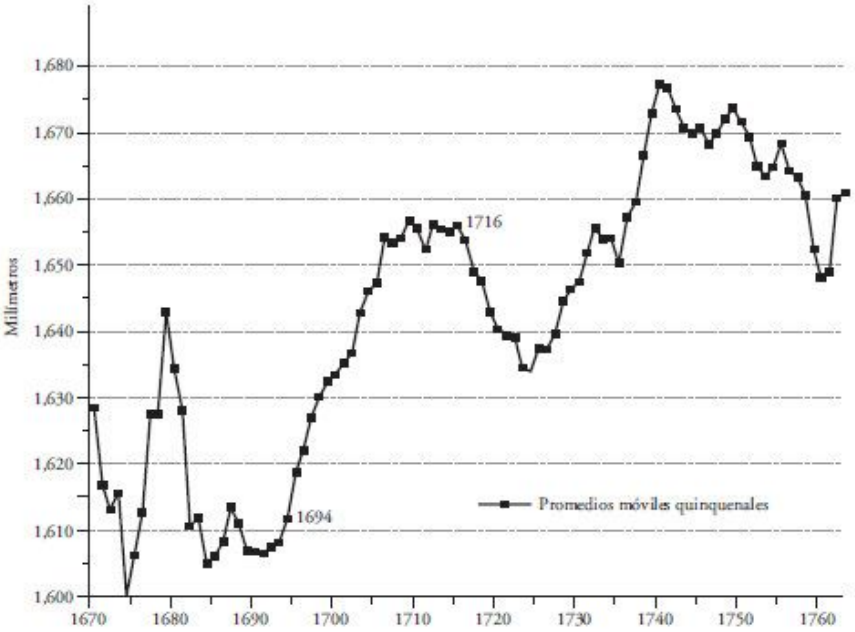
Ocho mil kilómetros al oeste, *sir* Robert Sibbald, un físico y geógrafo escocés, se lamentaba:

> Las malas cosechas de estos años pasados han causado tanta escasez y penuria que, de necesidad, algunas personas mueren en las cunetas, otros se desploman en la calle, los pobres bebés lactantes se mueren de hambre por falta de leche que los pechos vacíos de sus madres no pueden proporcionarles. Cualquiera puede ver la muerte en la cara de los pobres, que abundan por doquier: la delgadez de sus rostros, su mirada fantasmal, su debilidad, sus fiebres y sus flujos, que los amenazan con una muerte inmediata si no se les prestan cuidados. Y no son sólo los mendigos los que se encuentran en este estado, sino muchos empleados que se ganaban bien la vida con su trabajo y ahora, por necesidad, se ven forzados a abandonar sus viviendas, y ellos y sus hijos se ven obligados a mendigar[56].

Las hambrunas se cebaban en «los pequeños» con especial severidad. Por un lado, el hambre mataba a muchos bebés porque sus madres no tenían leche para alimentarlos; por otro, los niños hambrientos, especialmente cuando también padecen frío y están expuestos a enfermedades, sufren un retraso en el crecimiento. Dado que el simple hecho de mantenerse vivo y caliente absorbe muchas calorías, y la dieta durante una hambruna normalmente carece de las proteínas y vitaminas adecuadas, los huesos largos de piernas y brazos dejan de crecer. Los restos humanos de la Pequeña Edad de Hielo ofrecen incontestables evidencias de este retraso en el crecimiento. Cuando las excavaciones de los arqueólogos descubrieron los esqueletos de cincuenta trabajadores enterrados en el permahielo en Smeerenburg (la «Ciudad del Borboteo»), un enclave ballenero gestionado por los holandeses en la isla de Spitsbergen, en el Ártico, entre 1615 y 1670 (cuando el insoportable frío los obligó a retirarse), 43 de ellos, como mínimo, mostraban evidencias de retraso en el crecimiento y la correspondiente reducción de peso[57]. Lo que es más sorprendente, los soldados franceses nacidos en la segunda mitad del siglo XVII eran como media unos tres centímetros más bajos que los nacidos después de 1700; y los nacidos en los años de la hambruna eran notablemente más bajos que el resto. De modo que el retraso en el crecimiento redujo la altura media de los nacidos en 1675, el «año sin verano», o durante los años de frío y hambre de principios de la década de 1690, a sólo 1,61 centímetros: la cifra más baja registrada nunca. Una vez el clima se hizo más templado y las cosechas mejoraron, en el siglo XVIII, la altura media de los franceses se incrementó en casi cuatro centímetros —un aumento sin precedentes— y los «soldados gallina» nunca reaparecieron (*figura 3*).

El retraso en el crecimiento no sólo afecta negativamente a la altura de los niños: dado que la malnutrición a menudo perjudica el desarrollo de órganos importantes además de a los huesos

largos, los hace más vulnerables tanto a las enfermedades crónicas como a las contagiosas, que pueden a su vez disminuir la estatura. Los niños que vivían en el campo con frecuencia podían experimentar aumentos repentinos de crecimiento que compensaban parcialmente el retraso, pero los que vivían en ciudades superpobladas e insanas a menudo se quedaban bajos de estatura (lo que probablemente explica por qué los reclutas del ejército francés procedentes de París siempre eran más bajos que el resto). John Komlos, el demógrafo cuya investigación reveló la reducida altura de los soldados de Luis XIV, seguramente tenía razón al afirmar que la crisis del siglo XVII «tuvo un inmenso impacto en el propio organismo humano». Sus datos constituyen tal vez la evidencia más clara —y más triste— de las consecuencias que tuvo la Pequeña Edad de Hielo para la población humana. Las repetidas hambrunas no sólo causaron muertes: muchos de los que sobrevivieron encarnaron literalmente la afirmación de Thomas Hobbes de que «la vida del hombre» se había convertido de hecho en «solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta[58]».



3. Alturas estimadas de los hombres franceses nacidos entre 1650 y 1770. John Komlos reunió 38 700 «observaciones» de los expedientes personales de los hombres franceses que se alistaron en el ejército entre 1671 y 1786. A pesar de que los oficiales de reclutamiento rechazaron a los voluntarios más bajos, el efecto de «retraso del crecimiento» derivado del enfriamiento global es evidente, sobre todo para los nacidos en 1675, «el año sin verano» (uno de los dos que hubo en el siglo XVII). La altura media de los soldados de Luis XIV fue 1,617 metros.

¿Un mundo superpoblado?

Aunque Hobbes y sus contemporáneos aparentemente fueron un poco más bajos que sus abuelos, fueron mucho más numerosos. Una racha de veranos cálidos en el siglo XVII había permitido a la población humana de la mayor parte de Europa y Asia aumentar y en algunas áreas duplicarse, hasta llegar, en 1618, a los aproximadamente 150 millones de habitantes en China, 116 millones en la India y 100 millones en Europa. En algunas áreas, el número de habitantes había aumentado tan rápido que los recursos locales ya no bastaban para alimentarlos, debido a otro cruel cálculo: *la población aumenta geométricamente, mientras que la producción agrícola sólo crece aritméticamente*. Al igual que en el «interés compuesto», un incremento demográfico sostenido de un 1 por

ciento al año durante un siglo hace que una población no sólo se duplique sino que se triplique; en tanto que un incremento de un 2 por ciento a lo largo de un siglo multiplica el crecimiento por tres. Dado que la producción de las cosechas rara vez aumentaba a este ritmo, la escasez de alimentos podía desencadenarse muy rápidamente.

A principios del siglo XVII mucha gente se dio cuenta de que su parte del mundo albergaba más bocas de las que podía alimentar, y temió las consecuencias. El valle del Bajo Yangtsé, conocido como Jiangnan, contaba con una población de unos 20 millones en 1618, equivalente a casi 1200 personas por milla cuadrada (a modo de comparación, la densidad de la población global de los actuales Países Bajos, la parte más densamente poblada de Europa en la actualidad, es de mil personas por milla cuadrada). Según Álvaro Semedo, un jesuita portugués residente por mucho tiempo en la región, escribía en la década de 1630, Jiangnan «está tan lleno de todo tipo de gente que no sólo las aldeas, sino también las ciudades pueden verse las unas desde las otras», y, en algunas zonas, «los asentamientos de población se suceden de forma continua». De hecho, reflexionaba:

> Este Reino está tan sobrepoblado *[eccessivamente popolato]* que tras haber vivido aquí veintidós años, sigo casi tan asombrado como al principio de la multitud de gente. Ciertamente, la verdad está por encima de cualquier exageración: no sólo en las ciudades, pueblos y lugares públicos […] sino también por los caminos, normalmente hay la misma gente que en Europa te encontrarías [sólo] en alguna fiesta o festival público.

Dado que «el número de personas es infinito —concluía Semedo—, no puede haber capital suficiente para tantos, ni dinero bastante para llenar tantos bolsillos[59]».

Muchos de los contemporáneos de Semedo también consideraban a Europa «sobrepoblada». John Winthrop justificaba «la fundación de Nueva Inglaterra» en que en la propia Inglaterra han crecido tanto los habitantes que el hombre, «la más noble de las criaturas, se ha vuelto más vil que la tierra que pisa»; mientras

que *sir* Ferdinando Gorges afirmaba en este mismo sentido que «los pacíficos tiempos de Inglaterra no pueden proveer de medios de empleo a la multitud de personas que va aumentando diariamente», y mandó colonos a asentarse en la costa de Norteamérica, principalmente para reducir la presión demográfica. Sus rivales de la Compañía de Virginia, temiendo «la sobrecarga de gente necesitada, que es la semilla o el caldo de cultivo de peligrosas insurrecciones», trató a su vez de sacar gente de Inglaterra enviándola a su nueva colonia. Estas y otras medidas obtuvieron tanto éxito que para la década de 1630, miles de personas cruzaban cada año el Atlántico, contribuyendo a la estabilidad de Inglaterra, porque las colonias «sirven de canal de desagüe para descargar su populosa nación, que, de otro modo, se acabaría desbordando y su población luchando entre sí o dispuesta a una rebelión[60]».

Todavía no se había secado la tinta de estas palabras cuando la población global empezó a contraerse drásticamente. En China, el victorioso Qing creía que en la crisis de mediados del siglo XVII «pereció más de la mitad de la población. En Sichuan, la gente lamentaba no tener ni un solo hijo». En la década de 1650, tras diez años de violencia sectaria y guerra civil en Irlanda, según uno de los ingleses victoriosos, «un hombre podía viajar cerca de cincuenta kilómetros sin ver un solo ser vivo» salvo por algunos «hombres muy ancianos con mujeres e hijos» cuya piel estaba «negra como el carbón debido a la terrible hambruna»; y una generación más tarde, otro testigo presencial inglés estimaba que más de 500 000 hombres y mujeres habían muerto «a causa de la espada, la hambruna y otras desgracias» en la década de 1640. Contemporáneos de otros lugares hacían apreciaciones similarmente sombrías. En el sur de Alemania, un testigo presencial de la guerra de los Treinta Años creía que «había habido tantas muertes como no se han conocido nunca en la historia»; mientras que un ministro luterano escribía abatido en 1639

que de los 1046 feligreses que tenía una década antes, apenas quedaba un tercio: «Sólo en los últimos cinco años, 518 de ellos han muerto debido a diversas desdichas. Yo tengo que llorar por ellos —continuaba con tristeza—, porque me he quedado muy impotente y solo. De toda mi vida, apenas quedan quince personas vivas con quienes pueda decir que haya tenido algún vínculo de amistad». Y, lo que quizá resulte más impactante de todo, en Francia, devastada entre 1648 y 1653 por la guerra, la hambruna y la enfermedad, la abadesa Angélique Arnauld de Port-Royal (a las afueras mismas de París) estimaba: «Un tercio del mundo ha muerto[61]».

Posteriores investigaciones han corroborado cada una de estas asombrosas afirmaciones. En China, «el área de tierra cultivada disminuyó en aproximadamente un tercio» durante la transición de la dinastía Ming a la Qing, mientras que «las pérdidas demográficas fueron casi las mismas». Sichuan sufrió especialmente, con aproximadamente un millón de muertos. La población de Irlanda disminuyó al menos en una quinta parte a mediados del siglo XVII. En Alemania, «aproximadamente el 40 por ciento de la población rural cayó víctima de la guerra y las epidemias [mientras que] en las ciudades, las pérdidas pueden estimarse en alrededor de un 33 por ciento» entre 1618 y 1648. Muchas aldeas de la Île-de-France sufrieron la peor crisis demográfica de todo el Antiguo Régimen entre 1648 y 1653[62]. Los datos de los censos de Polonia, Rusia y el Imperio otomano sugieren un descenso de la población a mediados del siglo XVII de al menos un tercio, en algunos casos más. Estas escalofriantes pérdidas, sin embargo, no fueron causadas sólo por la Pequeña Edad de Hielo: también fueron necesarias unas desacertadas políticas promovidas por líderes religiosos y políticos para que la crisis causada por el repentino cambio climático desembocara en una catástrofe.

2

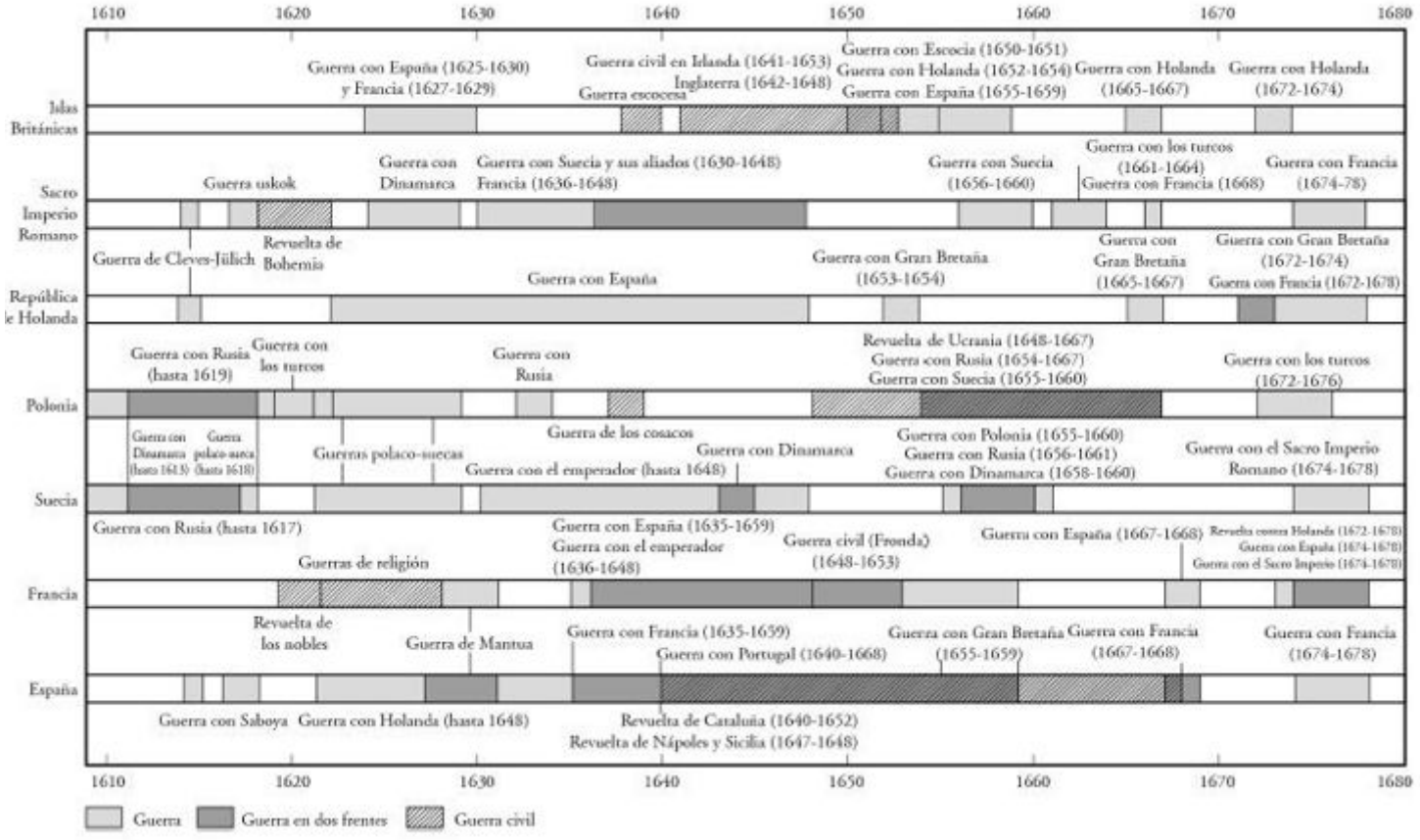
La Crisis General.

«El siglo de los soldados»

La mayoría de los que vivieron en el siglo XVII identificaban la guerra, más que el clima, como la principal causa de sus desdichas, y con razón: durante ese siglo tuvieron lugar más guerras que en cualquier otra época anterior a la primera guerra mundial. Los registros históricos revelan sólo un año sin conflictos entre los Estados de Europa durante la primera mitad del siglo (1610) y únicamente dos durante la segunda mitad (1670 y 1682) (*figura 4*). En 1641, el predominio de los conflictos llevó al guerrero y hombre de letras italiano Fulvio Testi a afirmar: «Éste es el siglo de los soldados»; en tanto que según el filósofo inglés Thomas Hobbes, «el estado natural del hombre» era la guerra. En Dinamarca, más de una décima parte de todos los textos impresos entre 1611 y 1669 trataban de la guerra, y los datos procedentes de las publicaciones de sus países vecinos probablemente pondrían de manifiesto una pauta similar. Más allá de Europa, los imperios chino y mogol estuvieron inmersos en guerras de forma continuada durante la mayor parte del siglo XVII, y el Imperio otomano sólo disfrutó de diez años de paz[1].

El catálogo de conflictos recopilado por el sociólogo Peter Brecke muestra que, como media, las guerras en todo el mundo duraron más en el siglo XVII que en ninguna otra época antes de 1400 (punto de partida de su investigación); mientras que, si nos fijamos sólo en Europa, el politólogo Jack S. Levy consideraba los siglos XVI y XVII como «los más belicosos en cuanto a la proporción de años en que hubo guerras en curso (el 95 por ciento), la frecuencia de la guerra (casi una cada tres años) y la media de duración en años, alcance y magnitud». El «índice de intensidad de guerra» propuesto por Pitirim Sorokin, otro sociólogo, se ele-

vó de 732 en el siglo XVI a 5193 en el XVII, una tasa de intensidad dos o tres veces superior a la de cualquier período anterior[2].


1610
1620
1630
1640
1650
1660
1670
1680
Islas Británicas
Guerra con España (1625-1630) y Francia (1627-1629)
Guerra civil en Irlanda (1641-1653)
Guerra escocesa
Inglaterra (1642-1648)
Guerra con Escocia (1650-1651)
Guerra con Holanda (1652-1654)
Guerra con España (1655-1659)
Guerra con Holanda (1665-1667)
Guerra con Holanda (1672-1674)
Sacro Imperio Romano
Guerra uskok
Guerra con Dinamarca
Guerra con Suecia y sus aliados (1630-1648)
Francia (1636-1648)
Guerra con Suecia (1656-1660)
Guerra con los turcos (1661-1664)
Guerra con Francia (1668)
Guerra con Francia (1674-78)
República de Holanda
Guerra de Cleves-Jülich
Revuelta de Bohemia
Guerra con España
Guerra con Gran Bretaña (1653-1654)
Guerra con Gran Bretaña (1665-1667)
Guerra con Gran Bretaña (1672-1674)
Guerra con Francia (1672-1678)
Polonia
Guerra con Rusia (hasta 1619)
Guerra con los turcos
Guerra con Rusia
Revuelta de Ucrania (1648-1667)
Guerra con Rusia (1654-1667)
Guerra con Suecia (1655-1660)
Guerra con los turcos (1672-1676)
Guerra con Dinamarca (hasta 1613)
Guerra polaco-sueca (hasta 1618)
Guerras polaco-suecas
Guerra de los cosacos
Guerra con el emperador (hasta 1648)
Guerra con Dinamarca
Guerra con Polonia (1655-1660)
Guerra con Rusia (1656-1661)
Guerra con Dinamarca (1658-1660)
Guerra con el Sacro Imperio Romano (1674-1678)
Suecia
Guerra con Rusia (hasta 1617)
Guerra con España (1635-1659)
Guerra con el emperador (1636-1648)
Guerra civil (Fronda) (1648-1653)
Guerra con España (1667-1668)
Revuelta contra Holanda (1672-1678)
Guerra con España (1674-1678)
Guerra con el Sacro Imperio (1674-1678)
Guerras de religión
Francia
Revuelta de los nobles
Guerra de Mantua
Guerra con Francia (1635-1659)
Guerra con Portugal (1640-1668)
Guerra con Gran Bretaña (1655-1659)
Guerra con Francia (1667-1668)
Guerra con Francia (1674-1678)
España
Guerra con Saboya
Guerra con Holanda (hasta 1648)
Revuelta de Cataluña (1640-1652)
Revuelta de Nápoles y Sicilia (1647-1648)
Guerra
Guerra en dos frentes
Guerra civil

Además de estos conflictos interestatales, el siglo XVII también fue testigo de más guerras civiles que ningún otro período anterior o posterior. Durante seis décadas, los partidarios de las dinastías Ming y Qing lucharon por el control de China. La rebelión acontecida en gran parte de los territorios de la Monarquía Estuardo y de la española desencadenó conflictos internos que duraron más de dos décadas en el primer caso y casi tres en el segundo. Los estados de Alemania, con un poderoso apoyo extranjero, lucharon unos contra otros durante treinta años. Francia soportó una guerra civil que duró cinco años; el Imperio mogol sufrió una guerra de sucesión que duró dos. Varios países más (incluidos Suecia, Dinamarca, la República de Holanda y la Confederación Suiza) vivieron revueltas políticas que a punto estuvieron de desembocar en guerras civiles (*véase figura 1*). La guerra, más que la paz, se había convertido en el estado normal de la sociedad.

Aunque la misión de los militares en la guerra había sido siempre matar gente y destruir cosas, en el siglo XVII mucha gente creía que las guerras de su época no sólo eran más frecuentes, sino también más dañinas, tanto para las personas como para la propiedad. Cuando, en torno a 1700, Richard Gough investigó la historia de su aldea, Myddle (Shropshire, Inglaterra), averiguó que veintiún hombres (una tercera parte de la población masculina adulta de su comunidad) se habían marchado a luchar en la guerra civil, y que sólo siete de ellos habían regresado. De los otros catorce, seis habían caído en combate, uno había muerto en una reyerta durante un saqueo, a otro lo habían ahorcado por el robo de un caballo y los otros seis habían desaparecido sin dejar rastro. Sin duda, alguno de éstos fue víctima de alguna enfermedad relacionada con la guerra (como el tifus, significativamente conocido como «fiebre del campamento») o de algún accidente derivado de ella (como la muerte por congelación durante una guardia); pero, cualquiera que fuera su destino, y donde-

quiera que se encuentre su anónima tumba, sus familias nunca volvieron a verlos («y si tantos de Myddle murieron —especulaba Gough—, cabe razonablemente suponer que serían muchos miles los que morirían en toda Inglaterra durante aquella guerra»[3]).

Gough tenía razón —el catálogo de 645 «incidentes militares» librados en Inglaterra y Gales entre 1642 y 1660 recopilados por el historiador Charles Carlton revela que al menos 80 000 hombres murieron en acción— pero tan sólo representaban una parte del rastro de destrucción dejado por la guerra. Como Patrick Gordon, un veterano escocés, señalaba en la década de 1650: «Uno difícilmente puede ser soldado sin actuar como un opresor y cometer muchos crímenes y atrocidades», porque aquellos que no se hacían con lo que necesitaban por medios violentos «acaban irremediablemente siendo presa de las alimañas o morían de hambre o de frío[4]». Hans Heberle, un zapatero alemán, anotaba en su diario que la no percepción de esta dinámica por parte de los civiles podía destruir vidas y medios de sustento. En 1634, el ejército protestante de Bernard de Sajonia-Weimar llegó a las inmediaciones del pueblo de Heberle, pero, como ellos también eran protestantes, tanto él como sus vecinos «no los consideraron sus enemigos» y, por tanto, no tomaron precauciones. Sin embargo, las tropas de Bernard «nos saquearon completamente, arrebatándonos caballos, ganado, pan, harina, sal, manteca, tela, ropa de casa y de vestir, y todo lo que teníamos. Maltrataron a los habitantes del pueblo, llegando a disparar, apuñalar y golpear a algunas personas hasta la muerte». Cuando se marcharon «prendieron fuego a la aldea y dejaron cinco casas hechas cenizas». Heberle y sus vecinos supervivientes habían aprendido una lección importante: a mediados del siglo XVII, cualquier soldado era un «enemigo». A partir de entonces «venían a cazarnos como a animales salvajes en el bosque», comentaba amargamente en su diario, y cada vez que se aproximaban soldados, los habitantes de

la aldea salían huyendo, con todo lo que podían transportar, a Ulm, la ciudad amurallada más cercana. Sus sufrimientos no acababan aquí, porque Ulm carecía de recursos para dar sustento al inesperado flujo de miles de refugiados. Al menos en una ocasión, fue tal la escasez de agua que «casi todo el mundo se bebía su propia orina, o la de sus hijos [...]. La sed llegó a ser tan intensa que el hambre dejó de importarnos[5]».

Por citar al lúgubre Thomas Hobbes de nuevo, «la guerra no consiste solamente en batallar, en el acto de luchar, sino que se da durante el lapso de tiempo en que la voluntad de luchar se manifiesta de modo suficiente». La guerra, sostenía Hobbes, era como el clima: así como «la naturaleza del mal tiempo no radica en uno o dos chubascos, sino en la propensión a llover durante varios días, así la naturaleza de la guerra consiste no ya en la lucha real, sino en la disposición manifiesta a ella durante todo el tiempo en que no hay seguridad de lo contrario». Esto generaba una extendida inseguridad. A su regreso a Inglaterra en 1660, Carlos II señaló que la guerra civil «había anegado los corazones de la gente con una terrible sensación de inseguridad» y, por tanto, se esforzó al máximo por «acabar con este miedo, que tiene en vilo los corazones de los hombres». Tres años más tarde, en Alemania, una comedia de Andreas Gryphius apuntaba humorísticamente en el mismo sentido, al iniciar una de sus obras con las fanfarronas palabras del capitán Daradiridatumtarides:

El gran sah de Persia tiembla cuando yo desembarco.
El emperador turco me ha enviado varias veces
a embajadores para ofrecerme su corona.
El mundialmente famoso [emperador] mogol sabe
que su fortaleza es vulnerable ante mí.
Los príncipes de Europa cada vez solicitan
más cortésmente mi amistad.
Pero movidos más por el miedo que
por un afecto verdadero.

Si nos remontamos a 1683, la exreina Cristina de Suecia escribió: «En el presente siglo, el mundo entero está en guerra. Nos amenazamos unos a otros, nos tememos unos a otros. Nadie hace lo que quiere, o lo que podría hacer. Nadie sabe quién ha perdido o quién ha ganado, pero lo que sí sabemos es que el mundo entero vive atemorizado[6]».

La guerra se hizo tan común en China que surgió una palabra especial para describir las atrocidades militares: *binghuo*, «calamidad del soldado». Según la eminente sinóloga Lynn Struve, «ningún lugar en China se libró de algún tipo de "calamidad del soldado"» durante la transición de los Ming a los Qing[7]. Al igual que en Europa, las peores atrocidades ocurrían cuando los soldados tomaban una ciudad al asalto. Una obra de teatro china del siglo XVII, *La reunión milagrosa*, comparaba el trato que recibían los pueblos o ciudades capturados con «machacar cebolla y ajo en un mortero»; en tanto que los relatos de los testigos presenciales afirmaban que los civiles que sobrevivían a un asalto «tenían calvas de quemaduras en la cabeza, la frente llena de heridas, y brazos y piernas rotos o heridos. Su cuerpo estaba lleno de cortes de espada y costras, y la cara surcada por regueros de sangre, como gotas de cera cayendo de velas rojas[8]».

Esta descripción procede de una crónica escrita por el erudito Wang Xiuchu sobre el saqueo de seis días de Yangzhou, una gran ciudad al norte del río Yangtsé, llevado a cabo por las tropas de los Qing en 1645. Aunque el propio Wang escapó y logró esconderse, en cierto momento, «a través del muro, oí la voz de mi hijo menor gritando y el sonido del tajo de un sable, tres golpes, y todo quedó en silencio. Pasados unos instantes, oí también a mi hijo mayor implorar: "En mi casa tengo plata guardada en un sótano. Déjenme que se la traiga." Un golpe, y de nuevo silencio». Un poco más tarde, un soldado capturó a otro de los hermanos de Wang y «le hizo un corte con su sable para obligarlo a hablar»; murió a causa de las heridas una semana después. Su

cuñada, sobrino y sobrina también murieron, y Wang y su esposa fueron terriblemente golpeados. Antes de que los soldados irrumpieran en Yangzhou, «éramos ocho —escribió Wang—, ahora sólo somos tres». Otro testigo presencial afirmaba que en el saqueo habían muerto 80 000 habitantes; y como una gran parte de la ciudad quedó en ruinas, los poetas empezaron a referirse a ella como «la ciudad cubierta de maleza». Todavía hoy, cualquier escolar chino conoce la suerte que esta población corrió en 1645[9]. El equivalente europeo al saqueo de Yangzhou fue el saqueo de Magdeburgo en 1631. Incluso en el siglo XIX, los predicadores protestantes solían utilizar su ejemplo a modo de advertencia en sus sermones, y durante un tiempo dotó de un nuevo verbo al idioma alemán: *Magdeburgisieren*, o «dejar algún sitio hecho un Magdeburgo[10]».

Para las mujeres, la guerra presentaba un peligro adicional: el alto riesgo de ser violadas o secuestradas. Algunas sufrían debido al esfuerzo deliberado de los vencedores por deshonrar a la comunidad, para demostrar que no eran capaces de «proteger a sus mujeres»; otras eran víctimas de la lujuria. En Yangzhou, cuatro años más tarde, Wang Xiuchu observó a un grupo de soldados discutir el destino de cinco mujeres a las que habían capturado.

> De repente uno de ellos se llevó a una de las mujeres en volandas y copuló con ella bajo un árbol. Luego las otras dos más jóvenes fueron mancilladas mientras las dos más mayores gemían y suplicaban que a ellas no les hicieran pasar por lo mismo. Las tres más jóvenes ni siquiera pudieron reaccionar cuando en torno a una docena de hombres fueron violándolas por turnos antes de entregárselas a los dos soldados que más tarde harían lo mismo.

Miles de mujeres chinas se suicidaron después de haber sido violadas[11]. La violación también tuvo un papel destacado durante el saqueo de Magdeburgo. Algunos monjes asistieron horrorizados a la violación por parte de seis soldados católicos de una niña de doce años en el patio de su convento hasta que ésta murió. Otto von Guericke, un testigo presencial que sobrevivió y llegó a convertirse en un inventor de gran valía, relataba que

«las cosas les fueron muy mal a muchas de aquellas mujeres, chicas, hijas y doncellas que, o bien no tenían marido, padres o familiares que pudieran pagar un rescate en su nombre, o no pudieron apelar a la ayuda o el consejo de oficiales de más alto rango». Algunas fueron deshonradas y mancilladas, y algunas retenidas como concubinas[12].

El diario de un soldado católico, Peter Hagendorf, en el cual narra sus experiencias de guerra, muestra lo que ocurría a continuación. Describe cómo durante el saqueo de una ciudad bávara, «me hice con una bonita chica como botín, así como con doce táleros en efectivo, algunas ropas y un montón de ropa de casa». Pocas semanas más tarde, participó en el saqueo de otra ciudad y «aquí de nuevo me saqué una jovencita». Si el resto de los «soldados alistados» recibieron un «botín» similar, un gran número de «esposas y chicas jóvenes» de estas dos ciudades debieron de ser secuestradas, y, presumiblemente, «deshonradas[13]». Las «chicas» de Hagendorf fueron relativamente afortunadas, ya que las dejaron libres cuando el ejército se puso de nuevo en marcha. Tres años después, veinte soldados suecos llegaron una tarde a la pequeña ciudad de Linden, en Alemania central, y exigieron violentamente comida y vino. Dos de ellos, un «soldado gordo» de Finlandia y un «joven soldado de pelo blanco», echaron abajo la puerta de la casita de un granjero y violaron a su esposa, persiguiéndola a continuación, gritando, por todo el pueblo. Durante la rebelión irlandesa de 1641, un prisionero protestante afirmaba haber oído a sus captores católicos…

> … entrar muchas veces por la noche con sus pistolas en la habitación donde estaban las sirvientas, y atentar contra su castidad mientras éstas trataban de defenderse y gritaban; y, según afirmaba la susodicha mujer, las amenazaban con dispararlas si no consentían sus lujuriosos deseos; y esta declarante creía que aquellos malvados rebeldes no dejaron de agredirlas hasta hacerlas ceder a sus lascivas intenciones.

En Polonia, tras el asalto a la ciudad de Grudziadz en 1659, muchos de sus habitantes lograron escapar cruzando el río a na-

do, pero a los demás, «de todo sexo y edad, los llevaron al campamento de los sitiadores, los despojaron de todo y abusaron de las mujeres[14]».

Las víctimas de tan violentos actos sufrían daños psicológicos además de físicos. En Alemania, unos soldados violaron a Anna Hurter de Hawangen en 1633 y, cuando murió, en 1657, el párroco de su iglesia anotó en el registro de defunciones que «durante veinticuatro años, no había estado ni una hora en su sano juicio, hasta que de repente expiró». En Irlanda, en 1641, durante la brutal violación de una joven, «para evitar que gritara, uno de los soldados metió una servilleta en su boca y la mantuvo agarrada por el pelo hasta que consumó el infame acto». La víctima no pudo moverse «durante tres o cuatro días», e incluso cuatro años más tarde «pensaba que nunca volvería a recuperar la cordura, dada la repugnancia y el dolor que el acto había causado en ella». Cuatro años después, Wang Xiuchu comentaba que «una de las jóvenes» que había visto violar en grupo en Yangzhou, «ni siquiera podía andar[15]». Aunque en todas las épocas y lugares la guerra acarrea tragedias personales como éstas, la proliferación de conflictos en el siglo XVII las multiplicó. La profundamente perturbadora escultura de alabastro labrada por Leonhard Kern, en la que se muestra a un oficial secuestrando a una joven desnuda, significativamente titulada *Escena de la guerra de los Treinta Años*, sin duda representa un hecho por entonces frecuente (*lámina 2*).

«Alimentar a Marte»

Los contemporáneos de la época también culpaban a la guerra del coste que suponía para ellos el mantenimiento de los ejércitos y armadas de sus gobernantes. Los gastos relacionados con las guerras, ya fueran contra sus vecinos o sus propios rebeldes, iba en constante aumento, y no sólo debido a su duración. Los Estados de la Europa atlántica construyeron enormes flotas de «forta-

lezas flotantes»: barcos de guerra, cada uno de ellos más grande que una casa de campo y con más cañones que un fuerte de infantería, cada uno de los cuales costaba 33 000 libras esterlinas construir y 13 000 mantener en el mar para una campaña. En las guerras navales de Europa de la segunda mitad del siglo se desplegaban barcos en formaciones que ocupaban dieciséis kilómetros de extensión, con 3000 cañones descargando andanadas de costado a costado, a veces durante varios días: un enorme desembolso financiero. Los arsenales navales y los astilleros constituían las fábricas industriales más grandes de la Europa moderna, ya produjeran barcos de vela o, como en el Mediterráneo, galeras. La guerra en el Mediterráneo requería grandes cantidades de mano de obra. A bordo de cada galera iban cuatrocientos remeros y soldados, de modo que (en palabras de un marinero francés) «son infinitas las aldeas que no alcanzan ni de lejos a tener el número de habitantes» que una sola galera[16].

Por lo general, el coste de la guerra en tierra era superior aun al de las operaciones navales. Aparte de reclutar y mantener a los soldados, la mayoría de los Estados también invertía mucho dinero en las fortificaciones. Los dos Estados más grandes del mundo, China y Rusia, construían defensas continuas a lo largo de sus fronteras más vulnerables. Los últimos emperadores Ming reconstruyeron una buena parte de la Gran Muralla china en piedra para hacer frente a la tecnología de la pólvora, y aunque los manchúes consiguieron abrir sendas brechas en ella en 1629 y en 1642, siguió sirviendo para reducir las incursiones a pequeña escala. Entretanto, el Imperio ruso construyó una «gran muralla» consistente de ciudades fortificadas unidas por terraplenes de tierra que, para 1658, se extendía ya 1300 kilómetros a lo largo de la frontera esteparia desde el Dniéper hasta el Volga (*véase figura 13*). Al igual que en China, pese a que esta línea fortificada no ofrecía una completa seguridad, obligaba a los invasores del sur —ya fueran tártaros de Crimea o rebeldes cosacos— a seguir

unos caminos donde las tropas del zar podían interceptarlos con más facilidad.

Otros Estados europeos se abstuvieron de construir estas «líneas», pero invirtieron en una red de «fortalezas de artillería», edificadas como complejos en forma de estrella con muros extremadamente gruesos y protegidas por bastiones angulares, fosos y puestos de avanzada. Cuando se encontraban en buen estado de mantenimiento y estaban defendidas por suficientes cañones y una guarnición adecuada, estas posiciones rara vez podían ser tomadas al asalto, por lo que los asedios desempeñaban un papel crucial en los conflictos: las guerras ruso-polacas de 1632-1634 y 1654-1655 giraron en torno al control de los bastiones situados alrededor de Smolensk, mientras que el punto de inflexión de las habsburgo-otomanas lo marcó el fallido bloqueo turco de Viena en 1683. Más hacia el oeste, las fortalezas de artillería proliferaron en muchas áreas en disputa: la llanura del norte de Italia, las fronteras de Francia, los territorios en torno al Báltico, dentro de la península Ibérica, y también de Gran Bretaña e Irlanda una vez comenzaron las guerras civiles, y sobre todo en los Países Bajos, donde la densidad de fortalezas de artillería era mayor que en ningún otro lugar del mundo. Cuando comenzó la revuelta holandesa contra España, en 1572, doce ciudades ya poseían un conjunto completo de nuevas defensas, en tanto que dieciocho más habían sido parcialmente actualizadas; pero, cuando la revuelta terminó, en 1648, la misma área contaba al menos con cincuenta fortalezas de artillería y otras sesenta localidades más con murallas parcialmente modernizadas. La construcción de cada una de ellas costaba millones de libras.

El asedio de estas fortificaciones de última generación constituyó la empresa de ingeniería más importante de la época —las trincheras podían llegar a extenderse cuarenta kilómetros y las operaciones podían durar meses— y su resultado fue clave en la mayoría de las campañas. «Las batallas ahora no son las que deci-

den los conflictos nacionales ni exponen al país al pillaje de los conquistadores como antes —comentaba un general irlandés que aprendió su oficio durante las guerras de mediados de siglo—, porque ahora combatimos más como zorros que como leones; y hay que llevar a cabo veinte asedios por cada batalla». «Apenas se puede hablar ya de batallas —coincidía un instructor militar alemán—: de hecho, todo el arte de la guerra ahora consiste sólo en ataques astutos y buenas fortificaciones[17]». Los gobiernos español y holandés mantuvieron cada uno a unos 100 000 soldados en Holanda desde el momento en que reanudaron la guerra entre sí, en 1621, hasta que firmaron la paz en 1648; y sin embargo ambos bandos nunca se enfrentaron en batalla. En su lugar, cada campaña anual consistió en llevar a cabo asedios.

Puede que un millón de hombres sirvieran simultáneamente en los varios ejércitos y armadas de la Europa del siglo XVII. Felipe IV presumía de que «este año pasado de 1625 se pudieron contar con 300 000 hombres de infantería y caballería pagada, y más de 500 000 de milicia». Luis XIII de Francia ordenó la movilización de más de 150 000 hombres cuando declaró la guerra a España en 1635, y tanto él como su sucesor mantuvieron al menos a 100 000 en servicio hasta que firmaron la paz, veinticuatro años más tarde. Entre 1672 y 1678, su hijo Luis XIV tuvo a su mando a unos 250 000 soldados[18]. En Alemania, unos 300 000 soldados tomaron parte en cada campaña entre 1631 y 1634; y al menos 200 000 hombres permanecían en servicio cuando en 1648 terminó la guerra de los Treinta Años. Más de 100 000 soldados combatieron en las guerras civiles de Inglaterra, Escocia e Irlanda durante la década de 1640, y a lo largo de la de 1650, más de 50 000 hombres sirvieron en el ejército y la armada de la República británica.

Todos estos soldados requerían entrenamiento y equipación, así como alimento y ropas. De 1620 en adelante, hasta la mitad de cada ejército de Europa occidental portaba mosquetes y lu-

chaba en líneas paralelas descargando repetidas andanadas sobre sus enemigos. Esta táctica exigía un nivel de dominio y disciplina de cada soldado que sólo podía proporcionarse mediante un prolongado entrenamiento, lo que condujo a la creación de un «ejército permanente» de veteranos que formaba la columna vertebral de las fuerzas más numerosas que luego se requerían para la guerra. Algunos de los regimientos reclutados por el emperador Fernando II para sofocar la revuelta bohemia en 1618 permanecieron en el ejército imperial de los Habsburgo hasta el derrocamiento de la dinastía tres siglos después; el regimiento de infantería del general George Monck, formado en 1650 y actualmente conocido como los *Coldstream Guards*, ostenta el historial más largo de servicio continuado de todas las unidades del ejército británico (y de hecho, de cualquier otro ejército) en la actualidad.

Muchos Estados no occidentales adoptaron al menos algunas de estas costosas innovaciones. Tanto el Imperio otomano como el ruso reclutaron una infantería armada con mosquetes: los jenízaros (literalmente «tropas nuevas») luchaban para el sultán en filas y armados con mosquetes, mientras que los zares reclutaron instructores para los regimientos de nueva formación. Aunque los emperadores mogol y chino hicieron uso de armas de fuego y expertos militares occidentales, normalmente sus guerras se basaban más en la mano de obra (la movilización de números ingentes de soldados) que en el capital (la inversión en nueva tecnología). El sah Jahan solía viajar con un ejército de 200 000 soldados de caballería y 40 000 de infantería, entre cincuenta y sesenta piezas de artillería pesada y numerosos elefantes de guerra; los últimos emperadores Ming, al menos en teoría, podían reclutar 500 000 hombres y 100 000 caballos de caballería; en tanto que para sofocar la rebelión de los Tres Feudatarios en la década de 1670, el emperador Kangxi movilizó a más de 150 000 «abanderados» (la élite de las tropas manchúes), secundados por

400 000 leales soldados chinos. Incluso en tiempos de paz, los Qing mantenían 80 000 abanderados como fuerza de reacción rápida, acuartelados en ciudadelas especialmente creadas en las principales ciudades de China. A todos ellos había que pagarles.

El «coste unitario» de la guerra se elevó inexorablemente. El teórico político italiano Giovanni Botero se quejaba en 1605 de que «[hoy en día] la guerra se alarga lo más posible, con el objeto no de aplastar, sino de cansar; no de derrotar, sino de desgastar al enemigo. Esta forma de guerra depende completamente del dinero». «La forma de hazer guerra ya en estos tiempos —se hacía eco un comandante español en la década de 1630— está reducida a un género de trato y mercancía en el que [quien] se halla con más dinero es el que vence». Seis décadas después, un panfletista inglés incidía exactamente en lo mismo:

> La guerra ha cambiado mucho con respecto a lo que era en tiempos de nuestros antepasados, cuando se trataba de campañas rápidas y batallas encarnizadas, y el resultado se decidía por el valor. Pero ahora todo el arte de la guerra se reduce en cierto sentido a dinero; y actualmente, el príncipe que puede conseguir más dinero para alimentar, vestir y pagar a su ejército, y no el que cuenta con los soldados más valerosos, es el que tiene más probabilidad de vencer y conquistar[19].

Todo esto tuvo unas consecuencias financieras demoledoras para los civiles. En Francia, la carga fiscal sobre una familia de cuatro personas pasó del equivalente a una producción de catorce días al año a la producción de 34 días al año en 1675; el Imperio otomano gastó el 75 por ciento de su presupuesto total en guerra, en tanto que en Moscovia, «una octava parte de [todos] los recursos productivos iban destinados a pagar el ejército[20]».

Naturalmente, el desvío de tantos recursos en aras de «vencer y conquistar» también conllevaba unos costes indirectos (o «de oportunidad»). A los Estados que gastaban tanto en la guerra apenas les quedaba para otras cosas, como salarios de funcionarios, bienes y servicios o bienestar. Felipe IV, que destinó al menos 30 millones de libras a financiar sus guerras en el extranjero

entre 1618 y 1648, afirmó carecer de dinero para establecer un sistema bancario nacional; Carlos I de Gran Bretaña, cuyas guerras entre 1625 y 1630 costaron seis millones de libras, decidió que no podía permitirse crear almacenes de grano públicos para aliviar la hambruna, y así sucesivamente. El caso de la China Ming tal vez constituya el ejemplo más claro de los «costes de oportunidad» del ingente gasto militar. Después de que los asaltantes manchúes lograran franquear la Gran Muralla en 1629, las drásticas reducciones en los gastos que no eran de defensa supusieron el cierre en torno a una tercera parte de todos los puestos de correo y mensajería. Algunos de los que debido a ello perdieron su medio de vida empezaron a robar a quienes utilizaban las rutas en las que antes ellos habían servido: uno de éstos fue Li Zicheng, que se convirtió en el líder de una alianza de bandidos y, poco después, en emperador de toda China[21].

El Estado fiscal-militar

Los primeros gobiernos modernos recurrieron a una amplia variedad de recursos para financiar sus guerras. La historia fiscal de Inglaterra, un país relativamente pequeño, resulta a la vez sorprendente y típica. Entre 1605 y 1625, el gobierno de Jacobo I (muy criticado por su derroche y corrupción) recaudó y gastó unos diez millones de libras, aproximadamente el 25 por ciento de los cuales fueron destinados a las partidas militar y naval; en cambio, entre 1642, cuando comenzó la guerra civil, y 1660, cuando todos los soldados y marineros dejaron las armas, el gobierno de Londres recaudó y gastó 34 millones de libras. El gasto del gobierno central en defensa, por tanto, se multiplicó por doce, pasando de una media anual de 117 000 libras en 1605-1625 a una media anual de 1,5 millones en 1642-1660. Aun así, en 1660 continuaban sin pagarse deudas por un valor en torno a dos millones de libras, dejando de este modo que la amortización del coste de las guerras civiles recayera sobre posteriores generaciones de contribuyentes ingleses[22].

Dichas deudas eran reflejo del hecho de que, tanto entonces como ahora, pocos gobiernos pueden financiar sus guerras a partir sólo de los ingresos corrientes. En Europa, la mayoría de los Estados suscribieron préstamos para cubrir la diferencia entre ingresos y gastos, pero los préstamos generaron a su vez un nuevo tipo de problemas, dado que los banqueros generalmente demandaban una fuente específica de ingresos como garantía para cada préstamo, obligando a los gobiernos a crear nuevos impuestos. Este círculo vicioso explica las aparentemente absurdas decisiones fiscales de tantos gobernantes. Algunos asfixiaron la actividad económica gravando la actividad industrial o las exportaciones, justo cuando la situación requería estímulos económicos y «desgravaciones fiscales»; mientras que otros gravaron artículos de uso general, como los alimentos, de modo que no sólo redujeron la renta disponible de la mayoría de los consumidores, sino que también provocaron una penuria y resistencia generalizadas. Muchas revueltas se iniciaron a raíz de disturbios generados en los puntos de venta cuando un nuevo impuesto elevaba inesperadamente el precio de artículos de uso diario, como la barra de pan o una cesta de fruta. Otras se materializaron cuando los gobernantes aumentaron los impuestos en áreas que creían inusualmente prósperas. Así, cuando estalló la guerra con España en 1635, el gobierno francés duplicó abruptamente la *taille* (la «talla», el principal impuesto directo) que tenía que pagar el área en torno al próspero puerto de Burdeos, de un millón de *livres* a dos. En 1644, pese a que las pobres cosechas habían provocado que los precios del grano se dispararan, el gobierno incrementó la *taille* a tres millones de *livres*, y más adelante, en 1648, coincidiendo con la peor cosecha del siglo, a cuatro millones de *livres*. No resulta extraño pues que Burdeos apoyara la revuelta de la Fronda de aquel año, y que al poco tiempo considerara la secesión como república independiente (*véase capítulo 10*).

Aparte de la imposición de gravámenes internos y del aumento de los impuestos directos, los primeros gobiernos modernos en guerra, con frecuencia explotaron y extendieron los monopolios estatales (a menudo conocidos como regalías), como la extracción de minerales obtenidos del mar o del subsuelo (entre ellos, la sal, la plata y el cobre), o maximizaron los beneficios de la acuñación de monedas. La manipulación de divisas se hizo especialmente común en el siglo XVII, cuando los gobiernos, desde España hasta Rusia o China, adulteraron las monedas de plata con metales comunes, o emitieron dinero en cobre o papel moneda con escaso o nulo valor intrínseco. La forzosa devaluación podía arruinar a sociedades enteras. En 1634, Pavel Stránský, un intelectual checo, recordaba la devaluación como la experiencia más traumática de su vida: «Ni las plagas, ni hostiles invasiones extranjeras en nuestra tierra, ni siquiera el pillaje, ni los incendios, por atroces que fueran, hicieron tanto daño a la buena gente como los frecuentes cambios y reducciones en el valor del dinero». Varias revueltas importantes se desencadenaron cuando los gobiernos manipularon y devaluaron la moneda, especialmente en Europa central en 1621-1623, en España en 1651 y en Rusia en 1661-1663[23].

No obstante, como el historiador sueco Jan Glete nos recordaba, a comienzos de la Europa moderna, «las guerras no se decidían en función de la existencia de recursos, sino de cómo dichos recursos se organizaban». La clave para una mejor organización, argumentaba Glete, era el «Estado fiscal-militar»: una política dedicada a obtener, centralizar y redistribuir los recursos para financiar el uso de la violencia[24]. Sólo su capacidad superior para organizar los recursos disponibles permitió a Suecia, con apenas un millón de habitantes, exigir un rescate a 20 millones de alemanes durante y después de la guerra de los Treinta Años; y a la República holandesa, también de apenas un millón de habitantes, derrotar a los Habsburgo españoles, con más de 30 millones

de súbditos. Aun así, la República holandesa, el Estado fiscal-militar de más éxito en los inicios del mundo moderno, experimentó dificultades para financiar sus guerras. La deuda del gobierno federal se elevó de cinco millones de florines en 1618 a 16 millones en 1670, y la de la provincia más rica (Holanda) de cinco a 147 millones. Al mismo tiempo, los impuestos, especialmente los impuestos sobre las ventas, aumentaron vertiginosamente, tanto para pagar las guerras en curso como para amortizar las deudas contraídas durante guerras anteriores: en la ciudad universitaria de Leiden, los impuestos representaban en 1640 el 60 por ciento del precio del pan. Cuando las provincias se atrasaban en el pago de sus cuotas del presupuesto general, el gobierno federal encarcelaba a sus ciudadanos como rehenes hasta que saldaban el déficit.

Sólo medidas tan draconianas como éstas permitieron al gobierno holandés, en guerra durante la mayor parte del siglo XVII, mantener intacto su crédito sin dejar de pagar regularmente a su ejército y su armada; otros gobiernos ni siquiera lo intentaron. Los cálculos efectuados en 1633 por el canciller sueco Axel Oxenstierna, responsable de la financiación de todas las tropas protestantes que luchaban en Alemania, ponen de manifiesto la magnitud del problema. Sobre el papel, cada uno de los 78 000 soldados enviados por los aliados ganaba una media de 125 táleros al año, es decir, casi diez millones de táleros para todo el ejército. Oxenstierna sabía que esto estaba completamente fuera de su alcance. Si, en cambio, proporcionaba a cada soldado el salario completo de un mes, una pequeña cantidad en metálico como adelanto de los otros once, y una libra de pan al día, el coste anual total se reduciría a 5,5 millones de táleros, esto es, el 55 por ciento del coste original[25]. Pero ¿qué pasaba con el otro 45 por ciento? Oxenstierna, como otros caudillos militares de su época, contaba con dos recursos fiscales para costear el déficit. Por un lado, esperaba que sus oficiales hicieran uso de su propio

crédito para suministrar a sus tropas los artículos necesarios. No era ningún secreto que su principal adversario, Albrecht von Wallenstein, había pedido prestados cinco millones de táleros (cinco veces su fortuna personal), entre 1621 y 1628, para mantener su ejército hasta que con una paz victoriosa llegaran los reintegros y recompensas; y que los aproximadamente 1500 coroneles que habían reclutado regimientos para luchar en la guerra de los Treinta Años habían hecho más o menos lo mismo (aunque a menor escala). Tampoco se le ocultaba a nadie que Wallenstein había introducido un «sistema de contribuciones» que obligaba a los civiles que vivían cerca de su ejército a abastecerlo de comida y otras necesidades. Sus intendentes acordaron con los magistrados de cada comunidad las cantidades precisas y el calendario exacto de los suministros, amenazando con que cualquier débito o impago desencadenaría la llegada de un destacamento de soldados que lo reducirían todo a cenizas. Oxenstierna esperaba que sus intendentes hicieran lo mismo.

Aunque es difícil valorar el impacto financiero preciso que tuvo la guerra sobre la población civil, los archivos del Principado de Hohenlohe, en el suroeste de Alemania, muestran que durante cada año transcurrido desde 1628, cuando llegaron los primeros soldados enemigos, hasta la desmovilización de 1650, sus habitantes pagaron al menos el doble de lo que habían abonado antes de la guerra, y algunos años concretos, hasta tres, cuatro o cinco veces más. No obstante, esto no bastó para «alimentar a Marte». Justo antes de que su regimiento fuera desmovilizado, un oficial se quejaba de que «el pan diario que gano no llega para mantener a mi esposa y mis pobres hijos[26]».

En el resto de lugares, a los soldados no les iba mucho mejor. En China, el abanderado manchú Dzengšeo anotó en su diario de campaña de 1680 que algunos días no comía, sino que «lloraba de pena bajo la manta»; en una ocasión, desesperado, llegó a «vender a una mujer» que había recibido como su parte del botín

tras la captura de una ciudad, para poder comprar caballos y comida. Sin embargo, por lo general, y al igual que los soldados de otros lugares durante principios de la Edad Moderna, cuando tenía hambre, Dzengšeo explotaba a la población civil: cuando «el suministro de alimentos para todo el ejército se había agotado», mandaba a sus criados «a buscar comida de aldea en aldea», y llevarse lo que encontraran por la fuerza[27].

Haciendo el trabajo de Dios.

Los gobernantes de mediados del siglo XVII no podían alegar ignorancia respecto a las penurias económicas que sus guerras infligían tanto a soldados como a civiles. En China, los oficiales inundaban a sus superiores con memorándums en los que señalaban (por citar una sola misiva) que «la actual dinastía gobierna sobre el área de tierra más extensa de la historia. Pero la tierra sin personas no vale nada, y las personas sin riqueza, tampoco; y durante la presente dinastía vemos que la pobreza que aflige a toda la población no tiene precedentes en toda la historia de China». Asimismo, en 1640, justo antes de estallar las revueltas de Cataluña y Portugal, un tratado publicado en Madrid advertía muy atinadamente a Felipe IV de los peligros inherentes a sobrecargar con impuestos a sus súbditos:

> Es odioso el nombre de tributo, pero sin el oro no se defienden los imperios […]. Más se ha de temer el horror de una sedición civil que las armas del enemigo. El vulgo, para no verse miserable, escoge la inquietud. Un aprieto ocasiona una desesperación. El rigor perpetuo incita el odio […]. Los súbditos son más obedientes cuando menos gravados. El príncipe que en el tiempo de guerra escusare gastos particulares, hará suave el nombre del tributo, se negará al de «ambicioso».

Si el rey leyó esto, no prestó atención, al igual que, doce años después, ignoró las protestas de su consejera espiritual, sor María de Ágreda: «Suplico a Vuestra Majestad, por amor de Dios, que lo menos que se pueda se innoven cosas y se evite la oppresión de los pobres, porque afligidos no se alboroten». La respuesta de Felipe comenzaba así: «Os aseguro que se hace cuanto es posible

para el alivio de los pobres vasallos —pero a continuación añadía —: *lo que pide la asistencia de los ejércitos es contrario para estotro*». De modo que las guerras en España continuaron[28].

¿Por qué, exactamente, tantos gobernantes del siglo XVII recaudaban impuestos para satisfacer «las necesidades del ejército» en lugar de tomar medidas para «evitar la opresión de los pobres»? Una de las razones radica en la ausencia de restricción alguna. En China, el emperador afirmaba contar con el «mandato del cielo» para todas sus acciones, y sus súbditos lo reverenciaban como *tianzi*, «hijo del cielo», con poder supremo sobre todas las cosas.

> Él juzgaba si un determinado infractor debía ser castigado severamente o no serlo en absoluto. Él juzgaba las cualificaciones de los candidatos a ocupar altos cargos y a obtener la titulación para acceder al funcionariado. Él validaba o rechazaba las solicitudes para hacer cualquier cosa que no fuera rutinaria, como conceder o no amnistías o paliar desastres, modificar un protocolo o procedimiento diplomático, u organizar un ataque contra [enemigos extranjeros] […]. El mundo exterior no podía funcionar sin las decisiones imperiales. Nadie más en el Reino estaba autorizado para emitir ningún fallo[29].

Cualquier aspecto de la vida oficial del emperador dejaba claro el carácter único de su estatus y su ilimitada autoridad. En las audiencias, él miraba hacia el sur, mientras todos los demás miraban hacia el norte; nadie más podía utilizar ropas de diseño parecido al suyo; sólo él podía utilizar la tinta roja (todos los demás utilizaban la negra); la palabra *emperador* requería para sí una línea de texto completa; nadie más podía usar la letra del nombre de pila de cada emperador o la palabra que él usaba para «yo» (*chen*).

Otros gobernantes asiáticos también afirmaban encarnar el poder divino en la tierra, lo que les confería el derecho a entablar guerras a su voluntad. Los reyes coreanos afirmaban representar al Estado y actuar con el beneplácito divino para lograr la armonía entre los propósitos del cielo y los de los seres humanos. Según declaraba un erudito y ministro en 1660: «El gobernante regula las cosas en lugar del cielo, y hace que encuentren el sitio que tienen asignado[30]». La retórica política en el sur de Asia

también presentaba a los gobernantes como dotados de poderes sobrehumanos. Los exitosos monarcas budistas afirmaban ser *chakhravarthi* («conquistadores del mundo»), de la misma manera que los emperadores mogoles de la India se proyectaban a sí mismos como *sahibkiran* (la «sombra de Dios en la tierra»). Los gobernantes hindúes de la India afirmaban ser no sólo la encarnación de uno de los dioses, sino también héroes sexuales: los poemas cortesanos y las danzas teatralizadas, los medios preferidos para la propaganda política en el sur de la India, retrataban la capital como una ciudad de placeres eróticos y la guerra como una aventura sexual. Ninguna de estas visiones políticas dejaba lugar a la restricción[31].

Los gobernantes indonesios tampoco reconocían ningún límite a su poder. Así, en la década de 1640, el sultán de Mataram reunió a 2000 de sus clérigos de más rango al poco de acceder al trono, los acusó de deslealtad y los ejecutó a todos. Una generación antes, según un visitante extranjero, cada vez que el sultán Iskandar Muda de Aceh, oía hablar de una mujer atractiva, «ya sea en el campo o en la ciudad, manda que la traigan a la corte. Aunque esté casada, debe acudir, y si su marido se muestra reacio o se resiste a separarse de ella, [el sultán] hace que le corten el pene al marido». Iskandar Muda no se paraba en los «penes»: también (según otro visitante extranjero) «exterminó a casi toda la nobleza antigua» en el curso de su reinado. De modo que para 1629 nadie tenía autoridad para frenar al sultán cuando éste decidió enviar toda la fuerza militar y naval de su Estado para atacar la portuguesa Malaca, o para recordarle la necesidad de reforzar sus propias fortificaciones, a consecuencia de lo cual un ejército de relevo portugués acabó con casi todo su ejército, su flota y sus cañones[32].

La mayoría de los comentaristas políticos musulmanes ensalzaban una Monarquía poderosa como la única alternativa a la anarquía y también como la mejor manera de promover la causa

del islam, citando a menudo un paradigma conocido como el «círculo de la justicia»:

> *No puede haber gobierno sin ejército;*
> *no puede haber ejército sin riqueza;*
> *los súbditos producen la riqueza;*
> *la justicia protege a los súbditos leales al soberano;*
> *la justicia requiere armonía en el mundo;*
> *el mundo es un jardín, sus murallas son el Estado;*
> *la sharía [ley islámica] ordena el Estado;*
> *el gobierno es el único que puede apoyar la sharía*[33].

Un informe presentado al sultán Murad IV en 1630 por un instruido funcionario de palacio, Mustafá Koçi Beg, describía los problemas a los que se enfrentaría el Imperio en caso de que el sultán no utilizara este poder arbitrario de origen divino, para imponerse a la anarquía y promover la causa del islam. Para poner en práctica este consejo, Murad dirigió un torrente de peticiones al jefe muftí (*seyhülislam*) de Estambul para que certificara (por lo general en forma de una opinión escrita o fetua) que una acción o edicto era conforme a la *sharía*[34]. En 1638, Murad llegó incluso a llevarse al *seyhülislam* con él durante una campaña para asegurarse de que sus decisiones, tanto militares como civiles, eran conformes a la voluntad de Dios. Ocasionalmente, el *seyhülislam* podía contradecir a un sultán: en 1648, uno llegó incluso a emitir una fetua dirigida a legitimar el destronamiento de un sultán (*véase capítulo 7*), pero normalmente ocurría a la inversa: los sultanes destituían (y en alguna ocasión ejecutaban) a los *seyhülislam* que desafiaban su autoridad.

Los zares de Rusia, a su vez, afirmaban poseer un estatus divino y animaban a escritores y artistas a retratarlos como la versión seglar del Cristo transfigurado, como modelo del Reino del Antiguo Testamento (especialmente del rey David) y como «imagen y semejanza de Dios», en tanto que sus súbditos se convertían en el pueblo elegido, su país en paraíso terrenal, y su capital en la Nueva Jerusalén. Las estancias oficiales del Kremlin

exhibían cuadros en los que se intercalaban las victorias de Moisés, Josué y Gideón con los principales hitos de la historia rusa, y retratos de los «zares bíblicos» con los príncipes de Rusia. Las iglesias más destacadas de Moscú mostraban iconos en los que un arcángel y las huestes celestiales conducían al zar y a sus tropas a campañas de conquista. Cuando el zar «desea declarar la guerra o firmar la paz con cualquier Estado —explicaba un ministro en la década de 1660— o cuando se dispone a decidir sobre cualquier otro asunto de mayor o menor importancia, tiene el poder de hacer lo que le plazca». Al igual que ocurría con la retórica del absolutismo en Asia, el «mito del paraíso» promovido por los zares no dejaba lugar al debate o la discrepancia, y mucho menos a una leal oposición[35].

El equivalente al «mandato del cielo», el «conquistador del mundo», la «sombra de Dios en la tierra» y el «mito del paraíso» para los soberanos de la cristiandad latina era el «derecho divino» de los reyes. Muchos de los soberanos de comienzos de la Edad Moderna afirmaban que su poder era *absoluto* (un término derivado del derecho romano para describir la autoridad de alguien «absuelto» de obedecer las leyes que había instaurado) y que a la vez sus acciones gozaban de la aprobación divina. En 1609, Jacobo I de Gran Bretaña proclamaba: «El Estado monárquico es la instancia suprema sobre la tierra, ya que los reyes no son sólo los lugartenientes de Dios en la tierra y se sientan en el trono de Dios, sino que son llamados dioses incluso por Dios mismo». Así pues, continuaba el rey Jacobo, «ejercen una forma de poder semejante al divino sobre la tierra», porque «hacen y deshacen sobre sus súbditos, tienen la potestad de encumbrar y relegar, de decidir sobre la vida y la muerte, de juzgar sobre todos sus súbditos y en todas las causas, sin rendir cuentas más que a Dios mismo». Una generación más tarde, la oración funeraria por un príncipe alemán se hacía eco de los mismos sentimientos. «Así como el sol del cielo ha sido hecho y creado por Dios, y en ver-

dad es una obra maravillosa del Todopoderoso, así han sido los reyes, príncipes y señores instaurados y ordenados por Dios en el Estado secular. Por esta razón, ellos mismos también pueden ser llamados dioses». En Francia, un tratado escrito por un ministro de la casa real argumentaba asimismo que las órdenes del rey debían prevalecer siempre:

> Cabe preguntarse, si la conciencia de un hombre le dice que lo que el rey le ha ordenado hacer es injusto, ¿está obligado a obedecer? A esto respondo que, de existir consideraciones a favor y en contra, debe cumplir la voluntad del rey, no la propia [...]. Debe prestarse atención a las circunstancias, porque si [una medida] se refiere a una necesidad apremiante para el bien público [...] *la necesidad no conoce leyes*.

Más adelante incluso, la exreina Cristina de Suecia escribió que «sólo los monarcas deben gobernar: todos los demás deben obedecer y ejecutar sus órdenes». Específicamente, proseguía, una decisión del monarca de ir a la guerra —incluso a una guerra de agresión— obligaba a todos a obedecerla, porque los soberanos podían discernir los verdaderos intereses del Estado mejor que sus súbditos[36].

La mayoría de los monarcas europeos recibían una educación diseñada específicamente para reforzar estas actitudes. Estudiaban historia (nacional, clásica y ocasionalmente extranjera) principalmente «para analizar cómo cada príncipe había actuado, bien o mal» y aprender a «averiguar qué nos ocultan nuestros súbditos». Así, tras enterarse de que Francia había firmado la Paz de Westfalia en 1648, el preceptor de Luis XIV aprovechaba la oportunidad para dar a su alumno de diez años un curso intensivo sobre historia alemana, y especialmente sobre la historia de Renania (a cuya anexión Luis dedicaría inmensos recursos); mientras que durante la revuelta de la Fronda de 1648-1653, Luis leyó algunas crónicas en las que se describía cómo sus predecesores habían vencido a los nobles rebeldes[37]. La instrucción principesca en idiomas y geografía también seguía criterios utilitarios. Luis XIV, su hijo y sus nietos estudiaron todos historia

española y literatura, y aprendieron a hablar español, por si acaso un día sucedían a su enfermizo primo Carlos II. Todos ellos aprendieron los principios de la arquitectura y las matemáticas con el explícito fin de entender mejor cómo atacar y defender ciudades fortificadas, y Luis XIV encargó un conjunto de enormes modelos en relieve de fortalezas fronterizas para que su hijo pudiera seguir el desarrollo de sus guerras hasta que fuera lo suficientemente mayor para participar en ellas en persona[38].

Por encima de todo, los gobernantes del siglo XVII creían que «la religión es el elemento más importante en el que debe instruirse a un joven príncipe destinado a llevar la corona», y esto comportaba unas obligaciones no sólo privadas, sino públicas. Durante la Fronda, la publicación oficial *Gazette de France* se hizo eco no sólo de la dedicación y la humildad que el joven Luis XIV mostraba durante los sermones, sino de su participación en peregrinaciones, en tanto que entre 1654 y 1663 refirió las 42 ocasiones en las que el rey «tocó» (y según la tradición popular, curó) a súbditos enfermos de escrófula —unos 20 000 individuos en total—, quizá la demostración pública de delegación del poder divino más impactante de principios de la Edad Moderna[39]. Los monarcas franceses se denominaban a sí mismos «cristianísimo rey», mientras que sus homólogos españoles utilizaban el título de «rey católico» y los monarcas protestantes ingleses el de «supremo gobernante» de la Iglesia establecida. Tanto los soberanos católicos como los protestantes nombraban a los prelados de su Estado (los primeros, con la concurrencia papal) y esperaban que sus súbditos siguieran sus opiniones teológicas o, según la formulación usada durante el Sacro Imperio Romano, *cuius regio, eius religio*: los gobernantes determinaban la religión.

El solapamiento de la política con la religión influía tanto en la política exterior como en la interior. En palabras del gobernador del heredero de Luis XIV, los príncipes cristianos no sólo deben «amar y servir a Dios», sino también «hacer que los demás

lo honren, venguen sus injurias y se comprometan con sus causas»; y, en 1672, el delfín, de once años de edad, redactó una historia de campaña que justificaba la invasión de Holanda llevada a cabo por su padre porque promovía la fe católica[40]. Durante la primera mitad del siglo XVII, la religión con frecuencia sirvió de pretexto para la guerra en Europa. Así, cuando en 1619 los bohemios ofrecieron su corona al líder protestante alemán Federico del Palatinado, éste aceptó, porque, según afirmaba, «es una llamada divina que no debo desobedecer. Mi único fin es servir a Dios y a su Iglesia». La misma confianza motivó al cuñado de Federico, Carlos I, que se negó rotundamente a negociar con sus súbditos rebeldes porque, como su esposa Enriqueta María expresó en una carta confidencial de 1642, en vísperas de la guerra civil inglesa: «Ya no se trata de un juego. Debes manifestarte, ya has demostrado suficientemente tu delicadeza, ahora debes mostrar tu justicia. Sé valiente. Dios te ayudará». El rey lo hizo. Pocos meses más tarde informó a un íntimo colaborador suyo: «Ningún extremo o desgracia me hará ceder, pues o bien seré un rey glorioso o un paciente mártir». Incluso tras su catastrófica derrota en Naseby en 1645, Carlos rechazó la sugerencia de llegar al mejor acuerdo posible con sus adversarios, basándose en que

> … si me hubiera guiado otro afán que la defensa de mi religión, corona y amigos, tendrías razón en tu consejo; confieso que, hablando como simple soldado u hombre de Estado, lo más probable es mi ruina. Sin embargo, como cristiano, debo decirte que Dios no dejará que los rebeldes y traidores triunfen, o que esta causa fracase […]. Un acuerdo con ellos en este momento no significa otra cosa que rendirse, lo que, por la gracia de Dios, he decidido no hacer, me cueste lo que me cueste; porque sé que mi obligación es, tanto por mi conciencia como por mi honor, no abandonar la causa de Dios, perjudicar a mis sucesores o abandonar a mis amigos[41].

Carlos continuó rehusando todo tipo de acuerdo hasta que, en enero de 1649, se convirtió en mártir; sin embargo, desde la tumba, siguió reivindicando la aprobación divina de sus actos. Casi inmediatamente después de su muerte, empezó a circular

un volumen póstumo de sus oraciones y meditaciones sobre los últimos acontecimientos, *Eikon basilike (Imagen real)*, cuyo frontispicio mostraba al rey como si fuera Cristo, orando tocado de una corona de espinas en lugar de con su corona terrenal (*lámina 3*).

El tío de Carlos, Cristian IV de Dinamarca, también hizo hincapié en su especial relación con Dios. Mientras abanderaba la causa protestante en Alemania, afirmó haber tenido una visión de Cristo llevando una corona de espinas y, para sacar el máximo partido a esta señal del favor divino, el cuadro encargado para conmemorarlo mostraba una imagen de Jesús asombrosamente parecida a la del propio Cristian. En esta misma línea, el emperador católico Fernando II aseguró que, durante el asedio de Viena por sus súbditos rebeldes en 1619, mientras oraba arrodillado frente a un crucifijo, Cristo le habló desde la cruz: *Ferdinande, non te deseram* («Fernando, no te abandonaré»). Poco después, un grabado de la época lo mostraba como al Cristo del monte de los Olivos, rodeado de sus adormecidos nobles. Muchos de los contemporáneos de Fernando también se habían retratado como personajes de los Evangelios (Ana de Austria y su hijo Luis XIV como una madona con su hijo, y, más llamativamente, junto a Luis XIII como rey mago), como figuras del Antiguo Testamento (Gustavo Adolfo como Judas Macabeo, Felipe IV como Salomón, Federico Enrique de Orange como David) o como santos (Luis XIII y su antecesor como san Luis; Ana de Austria y su cuñada Enriqueta María de Inglaterra como santa Elena y santa Isabel[42]).

La mayoría de los gobernantes cristianos sólo admitía una restricción a su poder absoluto: al igual que sus contemporáneos otomanos, consultaban con expertos espirituales antes de tomar decisiones controvertidas. Así, en Rusia, «cuando se suscitaban discordias y guerras con potencias vecinas, el zar consultaba con el patriarca, metropolitanos, arzobispos, obispos y con otras je-

rarquías de los principales monasterios»; del mismo modo, muchos soberanos católicos pedían rutinariamente a sus confesores que certificaran que la adopción de una medida controvertida era «lícito en conciencia». Por otra parte, los reyes de Francia y Portugal crearon un «consejo de conciencia» para que los orientara sobre temas más complejos, y otros monarcas católicos se reunían periódicamente con un comité de teólogos. Por ejemplo, en la década de 1620, Felipe IV pidió a una «junta de teólogos» que decidiera si su hermana podía casarse con el protestante Carlos Estuardo, si debía enviar ayuda a los protestantes franceses, intervenir en la sucesión de Mantua, enviar tropas a la Valtelina o cumplir las concesiones hechas a los rebeldes[43]. Más avanzado su reinado, Felipe llegó a convocar una «junta» de hombres y mujeres de sus dominios europeos a los que se atribuían poderes proféticos, para pedirles consejo político. Aunque nunca volvió a repetir este experimento, durante los siguientes veinticinco años, el rey escribió una carta cada dos semanas solicitando el consejo y las oraciones de una de las espiritistas de aquella junta, sor María de Ágreda, que de este modo se convirtió en la mujer más influyente de España.

Los ministros seglares también trataban de convencer a sus señores de que incluso las políticas más costosas y destructivas gozaban del favor divino. En un memorial de 1626 en el que se enumeraban los diversos logros de su ministerio, el principal asesor de Felipe IV, el conde-duque de Olivares, aseguraba a su señor triunfalmente: «Señor, en este estado ha puesto Dios las armas de Vuestra Majestad, sin liga ni ayuda de nadie. Mintiera a Vuestra Majestad, y fuérale traidor si le dijera que esto se debe a la providencia humana; sólo Dios lo ha hecho y sólo Él lo ha podido hacer». Un cuarto de siglo más tarde, Felipe afirmaba en este mismo sentido que «Deuo estar reconocido a Nuestro Señor (como lo procuro) pues de sola su poderosa mano hemos reciuido tan gran bien»; a saber, que «he podido superar, no sólo a los

enemigos, sino a los temporales en la mar, al contagio en la tierra, y a las inquietudes domésticas en los pueblos de Andalucía[44]».

Orgullo y prejuicio

Es, por supuesto, posible que los primeros gobernantes modernos utilizaran esta retórica e imaginería como propaganda, sin creer de verdad en ella. La reina Cristina de Suecia así lo afirmó en 1649, cuando debatía con su Consejo sobre si apoyar o no a los realistas ingleses tras la ejecución de Carlos I. El mariscal Jakob de la Gardie sostenía que, dado que en Europa «se viven momentos convulsos», los gobernantes del mismo credo debían apoyarse unos a otros; pero Cristina (todavía oficialmente luterana), no estaba de acuerdo. «La gente usa la religión como pretexto —replicó—, y nosotros la utilizamos igualmente contra calvinistas y católicos». «El papa, los españoles y el resto de la casa de Austria siempre han tratado de valerse de la religión», le recordó De la Gardie. «Como una gabardina cuando llueve», bromeó la reina. En una línea similar, tres décadas después (cuando ya era católica), Cristina señaló que aunque los príncipes debían permitir que sus confesores «les hablaran con libertad, no debemos obedecerlos ciegamente en todo lo que nos dicen. Debemos ser plenamente conscientes de que no es siempre Dios quien habla a través de ellos[45]».

Este descarado cinismo era extremadamente inusual en el siglo XVII. Más frecuente era la visión providencial de Felipe IV de España, quien en 1629 declaró a un alto ministro: «Quiero salvarme y aplacar a Dios con guardar su ley y hacer que los otros la guarden, sin excepción», porque así, «aunque lluevan desdichas, no hayáis miedo que nos dañen». De este modo, explicaba el rey, «*temer a Dios y guardar sus mandamientos y hacer justicia quiero que sea mi timbre, que todo lo demás no importa*». Tres décadas después, seguía pensando lo mismo. Al enterarse en 1656 de

que Gran Bretaña se había unido a Francia, Portugal y los catalanes en la guerra contra él, Felipe le confió a sor María de Ágreda que, aunque «el riesgo es evidente y el aprieto el mayor en que esta Monarquía se ha visto», su intención era seguir luchando, porque «tengo firme esperanza en Nuestro Señor que, si no se lo desmerecemos con nuestras culpas, nos ha de librar de tan gran borrasca, sin permitir que estos reinos tan católicos sean ultrajados de infieles[46]».

Naturalmente, una visión providencial no excluía los motivos seculares para ir a la guerra. Muchos gobernantes del siglo XVII, como sus predecesores medievales, veían en la guerra un rito de paso que había que cumplir en los inicios de cada reinado. Así, tres meses después de acceder al trono, cuando Carlos I pidió al Parlamento inglés que aprobara mediante votación la concesión de fondos para la guerra contra España, dijo: «Les ruego que recuerden *que al tratarse de mi primera acción* [como rey] constituiría un gran deshonor, tanto para ustedes como para mí [que] fracasara por [la falta de] esa ayuda que ustedes pueden prestarme». Pocos años más tarde, cuando Felipe IV se enteró de que Luis XIII acababa de invadir Italia, garabateó en un memorándum ministerial: «Mi ánimo en este particular es vengarme de Francia de lo mal que ha procedido en esta ocasión», y, con este fin, «yo me pueda hallarme con el [ejército en Italia], y es cierto que no se gana fama si no es con hacer alguna facción grande en persona. Ésta será de mucha reputación y no muy dificultosa según dicen[47]». Los tres reyes —al igual que sus contemporáneos Gustavo Adolfo y Carlos X de Suecia, Cristian IV y Federico III de Dinamarca, el emperador Fernando III y el zar Alejo— no sólo comandaron personalmente sus ejércitos, sino que también decían gozar con la vida militar. Lo mismo puede afirmarse de sus hijos. Luis XIV participó personalmente en más de veinte asedios, empezando en 1650, cuando tenía doce años, y terminando en 1692, cuando delegó esta función en su heredero, se-

ñalando que «si mi hijo no entra en campaña cada año, será totalmente despreciado y le perderán todo el respeto». Su primo, el futuro Jacobo II, comenzó la segunda guerra anglo-holandesa en 1664 casi sin ayuda de nadie porque, según su secretario, «al haber sido educado como soldado», buscaba «una ocasión para demostrar su valor tanto en mar como en tierra». Jacobo, al final, «desoyó la prudencia de aquellos ministros que de otro modo habrían preservado la paz a cualquier precio[48]».

Varios gobernantes del siglo XVII también esgrimían argumentos estratégicos para justificar el inicio (o la prolongación) de sus guerras. Por ejemplo, en 1642, la corte francesa asistió a una «comedia heroica» en cinco actos encargada por el cardenal Richelieu en la que Ibère [Iberia: España] intenta ganarse el amor «de Europa», pero, luego, tras fracasar, empieza a ponerle grilletes hasta que irrumpe Francion, exclamando:

> *Europa, es mejor morir que ser esclavo.*
> *La libertad debe ganarse con sangre.*

Francion advierte a Ibère que «se quede dentro de sus fronteras»; y, al no hacerle caso, Francion declara:

> *Al final debemos ir a la guerra,*
> *y me veo impelido a ello*
> *no por ambición sino por necesidad*[49].

La «necesidad» sirvió para justificar muchas guerras en el exterior. Así, en 1624, pese a la abundante retórica pública sobre el empeño de Gran Bretaña por apoyar «la causa protestante» en Alemania, un diplomático informaba fríamente a su homólogo palatino de que «Inglaterra no tiene otro interés en Alemania aparte del Palatinado; *les importa un bledo si Alemania entera arde en llamas, siempre que puedan conseguir el Palatinado*». El diplomático justificaba esto con una «teoría del dominó»: «Si primero perdemos el Palatinado, a continuación perderemos los Países Bajos, luego Irlanda, y finalmente a nosotros mismos[50]». Los ministros españoles elaboraron una parecida «teoría del dominó» para justi-

ficar sus numerosas guerras. Por ejemplo, en 1624, advirtieron a Felipe IV de que «perdido Flandes, se perderán también luego las Indias y otros reynos de Vuestra Magestad sin esperanza de recuperarlos», argumento que cuatro años más tarde repetiría un funcionario español en Bruselas: «Si esto [Flandes] se pierde, ni las Indias, ni España, ni Italia se podrán defender». Pocos años después, un veterano diplomático llevó el argumento todavía más lejos: «Flandes no se puede conserbarse si Alemania se pierde[51]». Las tropas españolas, por tanto, continuaron luchando en todos los frentes hasta 1648. Los dirigentes de Suecia afirmaban asimismo que (inicialmente) la invasión de Alemania y la (posterior) ocupación de grandes extensiones de ella eran esenciales para la seguridad sueca. «Pomerania y la costa báltica son como un remache externo de la Corona sueca; nuestra seguridad frente al emperador depende de ellas», escribió el canciller Axel Oxenstierna; Suecia era una fortaleza «cuyas murallas son sus acantilados; su foso, el Báltico, y su contraescarpa, Pomerania», se hacía eco el embajador Johan Adler Salvius[52]. El fracaso a la hora de conservar cualquier conquista territorial pondría en peligro la seguridad nacional, por lo que Suecia continuó luchando hasta 1648.

Estos diversos factores amenazaban con eternizar muchos conflictos. Para poner fin a la guerra de los Treinta Años fueron necesarios sesenta meses de negociaciones, sin apenas descanso, lo que dio lugar a caricaturas diversas; las conversaciones para terminar con la guerra de los Ochenta Años entre España y los holandeses llevaron veinte meses; las de la guerra de los Trece Años entre Rusia y Polonia, 31 sesiones a lo largo de un año, para acabar sólo en una tregua. Tal alargamiento en el tiempo también era consecuencia de otros factores que contribuían a prolongar todos los conflictos. En primer lugar, siempre es más fácil empezar una guerra que terminarla. Los nobles de Rusia así lo expusieron en 1652, cuando el zar Alejo solicitó su aprobación

para atacar al sultán otomano: «Es muy fácil desenvainar la espada, pero no tanto volver a envainarla cuando uno lo desea, dado que el resultado de la guerra es incierto». En segundo lugar, los objetivos cambiaban. Como el clérigo y criptólogo John Wallis comentó cuando se paró a reflexionar sobre la guerra civil inglesa, los objetivos últimos de ésta «acabaron siendo muy distintos de los que se dijeron en un principio. Como suele ocurrir en estos casos, el poder de la espada con frecuencia pasa de mano en mano, y los que empiezan una guerra no son capaces de prever cuándo terminará». Una generación más tarde, otro clérigo inglés señaló que «los fines que quienes inician una guerra se plantean al principio rara vez se obtienen, es más, a menudo se producen otros contrarios y temidos por éstos[53]».

Por último, tanto en el siglo XVII como hoy en día, cuantos más recursos se invierten y más vidas se sacrifican, más parece que el único resultado aceptable es la victoria total. Como Arthur Hopton, el embajador británico en Madrid, comentó en 1638 en relación con la lucha de España contra Francia:

> El final de todos estos problemas (a menos que sobrevivan al fin de los tiempos) debe ser la paz, que sin embargo avanza tan lentamente que no puedo decir que ahora mismo pueda vislumbrarse ningún indicio de ella. Lo que sí puedo afirmar es que ambas partes tienen motivos para estar cansadas de la guerra, y […] deberían alegrarse de que se presentara cualquier buena ocasión para tratar de la paz; *pero ambos bandos están tan enzarzados, en parte por celos y en parte por avaricia, que no están dispuestos a renunciar a lo que han conseguido (y ciertamente tan caro les ha costado), por lo que me parece muy difícil encontrar la manera de iniciar conversaciones sobre un tratado*.

En aquel momento, la guerra sólo llevaba durando tres años. Ocho años más tarde, cuando la delegación diplomática francesa enviada a Westfalia pidió permiso para llegar a un acuerdo, el cardenal Mazarino hizo un comentario muy similar al de Hopton. «*Después de todos los gastos que ha supuesto la guerra*», insistía en que sus diplomáticos debían «encontrar pretextos para retrasar la firma de un tratado de paz» a fin de «sacar partido de lo que queda de temporada de campaña[54]».

Por otra parte, según otro embajador británico en Madrid, los españoles «no son amigos de renunciar a nada una vez lo han conseguido»; y su retórica de aplazar la paz a menudo obedecía tanto a motivos de reputación como religiosos[55]. Un ejemplo bien conocido es el que sucedió en 1656, cuando tuvieron lugar las conversaciones secretas con Francia. Después de tres meses de duras negociaciones, las partes acordaron que Francia cesaría completamente en su ayuda a Portugal y a cambio conservaría todas las conquistas que le quedaban en Cataluña y los Países Bajos; pero España no abandonaría al príncipe de Condé, primo de Luis XIV, que había desafiado a Mazarino en 1651 y entrado al servicio de España. El principal ministro de Felipe IV, don Luis de Haro, rechazó aceptar ninguna paz si no se restauraba a Condé «el rango, dignidades y posiciones» que había tenido anteriormente. «En primer lugar hemos considerado la cuestión de honor —manifestó De Haro en tono grandilocuente al enviado francés—, y sólo después la conservación del Estado, porque sin honor, al final, los Estados se derrumban». La guerra continuó tres años más[56].

Finalmente, el hecho de negociar en el transcurso de las hostilidades hacía la paz más elusiva aún, dado que, como el cardenal Mazarino expresó en abril de 1647, las exigencias de cada Estado reflejaban «hasta qué punto la situación militar ha cambiado a nuestro favor recientemente». El conde de Peñaranda, principal negociador español durante el congreso que dio lugar a la Paz de Westfalia, estaba de acuerdo. En junio de aquel año, informaba a un colega:

> Vuestra Excelencia se persuade a que la guerra ha de durar muchos años, pero se engaña extremamente en esto […]. Señor mío, los vassallos tanto de un Rey [Francia] como de otro [España] se hallan tan exhaustos que el apretarlos más podría traer a cualquiera de los dos reyes a una entera ruina […]. Victoriosos o vencidos, hemos menester la paz unos y otros.

La noticia de las revueltas en Italia aumentó aún más el pesimismo de Peñaranda: «La leva de Nápoles ha sido de buen tama-

ño. Por Dios, Señor, es menester componerse de cualquier manera» con Francia. Sin embargo, un mes más tarde, Peñaranda saludaba la noticia de que el asedio de Francia sobre Lleida hubiera fracasado como «la mayor nueva y de mayor gusto que he tenido en mi vida», porque eso le convencía de que Dios volvía a estar del lado de España. Por tanto, instó al rey a seguir luchando. Felipe accedió diligentemente[57].

Minorías y disputas sucesorias

Las luchas por la sucesión también aumentaron la frecuencia de las guerras civiles. Los primeros Estados modernos a menudo atravesaron períodos de anarquía cada vez que un gobernante moría sin dejar un sucesor capaz y universalmente reconocido, y las minorías de edad eran algo inusualmente común en el siglo XVII. Francia atravesó una guerra civil tras el acceso al trono de Luis XIII en 1610, a la edad de nueve años, y de nuevo tras su muerte en 1643, cuando dejó un heredero de sólo cinco años. También en Rusia estalló una guerra civil cuando el zar Alejo murió, en 1676, dejando tres hijos jóvenes. A la muerte de Carlos IX (1611), Gustavo Adolfo (1632) y Carlos X (1660) de Suecia, cada uno de los cuales dejó a un menor para sucederlos, sus nobles se apresuraron a reducir los poderes de la Corona. Lo mismo hicieron los de Dinamarca en 1648 cuando Cristian IV murió antes de poder conseguir la aceptación parlamentaria para su heredero (*véase capítulo 8*).

La inestabilidad también era endémica en las monarquías electivas. Aunque la casa de Habsburgo conservó el título de sacro emperador romano durante todo el siglo XVII, el Colegio Electoral eligió a Fernando II en 1619 después de una amarga disputa que acabó desencadenando la guerra de los Treinta Años; y sólo votaron a favor de su nieto Leopoldo, en 1658, después de un año de intrigas y regateo de concesiones. Del mismo modo, aunque Segismundo Vasa y sus dos hijos ocuparon el trono polaco

durante casi un siglo, la muerte de cada monarca dio lugar a un interregno mientras la Dieta negociaba las concesiones antes de elegir a un sucesor. La República holandesa sufrió una crisis constitucional en 1650 cuando, a la muerte de Guillermo II de Orange, los Estados Generales negaron el título de estatúder a su hijo póstumo; mientras que en Japón, al año siguiente, la muerte del autócrata y sogún Tokugawa Iemitsu, que sólo dejó un hijo para sucederlo, desencadenó una serie de conspiraciones para derrocar a la dinastía. La dinastía Ming de China también experimentó dificultades sucesorias durante la primera mitad del siglo XVII. El emperador Wanli (1563-1620) se negó a reconocer a su hijo mayor como heredero, intrigando en cambio para obtener el reconocimiento de las reivindicaciones de otro de sus hijos; y aunque al final acabó sucediéndolo el mayor, éste murió poco después, dejando a un joven heredero que padecía lo que hoy se denominaría un «trastorno por déficit de atención».

Esta inestabilidad no fue nada en comparación con las disputas sucesorias que caracterizaron a algunas otras dinastías asiáticas. El destacado historiador Joseph Fletcher señaló que pueblos nómadas como los mogoles, así como dinastías como la Qing, la mogola y la otomana, que se decían descendientes de antepasados mogoles, decidían cada transición de poder mediante una práctica que él denominó *tanistry* (sistema de sucesión en el cual los herederos luchan entre sí hasta que uno se declara ganador) por similitud con el sistema de sucesión celta según el cual cada soberano tenía un heredero reconocido (el *táinste*), que no obstante tenía que ponerse a prueba derrotando, y a menudo matando, a todos los demás aspirantes antes de asumir los plenos poderes de su predecesor. La *tanistry* generaba una grave inestabilidad política, dado que todo el mundo tomaba parte en las disputas sucesorias (en las sociedades nómadas no había «civiles», sólo guerreros) y, por tanto, todos tenían también que adivinar cuál de los potenciales sucesores podría salir victorioso en la ge-

neración siguiente y posicionarse conforme a ello, sabiendo que los que apoyaran al vencedor monopolizarían el expolio.

Puede que la *tanistry* tuviera sentido en las estepas del Asia central —dado que el principal requisito de cada líder de un clan era el talento militar, y que, como observó Fletcher, «qué mejor manera para una nación nómada de elegir al vástago más cualificado de su clan real que ver qué hijo, hermano, tío, nieto o sobrino del difunto soberano se alzaría con el título de kan en una guerra interna»—, pero periódicamente, esta práctica llevó a Estados más complejos al borde de la extinción[58]. A la muerte de Nurhaci en 1626, «el gran antepasado» de los Qing, sus parientes lucharon entre sí durante varios años antes de que emergiera un sucesor claro: su octavo hijo, Hong Taiji. Cuando éste murió, en 1643, se desató otra terrible lucha entre sus hermanos y tíos hasta que los supervivientes acordaron reconocer al noveno hijo del difunto emperador, que se convirtió en el emperador Shunzhi. Al final, la mitad de los hijos de Nurhaci que llegaron a la edad adulta fueron ejecutados, obligados a cometer suicidio o condenados a la ignominia a título póstumo. Cuando el emperador Shunzhi murió en 1661, su única estipulación fue que su sucesor debía haber pasado y sobrevivido a la viruela (la enfermedad que lo mató a él) y, por esta razón, el trono pasó a su tercer hijo, el emperador Kangxi, de sólo ocho años de edad. Durante la década siguiente, sus ambiciosos parientes lucharon por hacerse con la regencia.

En el siglo XVII, los sultanes otomanos trataron de evitar el caos confinando a sus parientes varones en el palacio de Estambul, dentro de unas estancias selladas conocidas como *kafes* («jaulas»). Incluso el príncipe heredero rara vez abandonaba la «jaula» para salir al mundo exterior, pero inmediatamente después de su acceso al trono, mató a todos sus parientes varones —tanto a sus hermanos como a sus hijos más jóvenes— en un intento por evitar disputas sucesorias. El sistema cambió en 1617, cuando el

sultán Ahmed murió joven dejando sólo dos hijos. La élite otomana permitió tanto a éstos como al hermano de Ahmed sobrevivir, pero en 1618, 1622 y 1623, las facciones palaciegas depusieron (y en uno de los casos asesinaron) a los sultanes que consideraban incompetentes. Cuando el hijo de Ahmed, Murad IV, alcanzó la época adulta, ejecutó a tres de sus hermanos para que a su muerte, en 1640, sólo sobreviviera un miembro varón de la dinastía Osmán: su hermano pequeño Ibrahim, que nunca había salido de la «jaula». Tras ocho años de gobierno errático, él también fue asesinado, pero la élite otomana de nuevo permitió vivir a todos sus jóvenes hijos porque eran los únicos miembros varones supervivientes de la dinastía (cuatro de ellos reinarían, el último sería depuesto en 1687). Puede que estos protocolos de sucesión fueran ligeramente menos traumáticos que las guerras civiles entre los miembros varones de los Qing, pero desestabilizaron el Estado otomano igualmente[59].

Los emperadores mogoles también se enfrentaron a repetidas disputas sucesorias. El heredero de Jahangir se rebeló antes de transcurrido un año, y aunque el emperador empaló vivos a trescientos de sus partidarios para formar una avenida por la que tendría que pasar su hijo para suplicar perdón, un año después el heredero volvió a conspirar contra su padre. Esta vez Jahangir hizo que lo dejaran ciego y depositó su confianza en su hijo menor, Sah Jahan, que a su vez se rebeló en 1622-1623. La revuelta fracasó de nuevo, y de nuevo Jahangir perdonó la deslealtad, para que Sah Jahan sobreviviera y pudiera suceder a su padre a su muerte, acaecida cuatro años más tarde, en 1627 —apresurándose a hacer asesinar o dejar ciego al resto de los miembros varones de su familia—. Esto dejaba a Sah Jahan y sus cuatro hijos como únicos miembros supervivientes de la dinastía. Cada príncipe se ocupó de ir granjeándose un apoyo importante hasta 1657, cuando, creyendo que su padre estaba a punto de morir, tres de ellos se rebelaron y emprendieron una guerra civil que duró dos

años. Aurangzeb, el vencedor final, asesinó a todos sus rivales al igual que su padre había hecho. Más tarde intentó también dividir su herencia, con la intención de evitar otra guerra de sucesión, pero sus ambiciosos hijos se negaron a aceptar otra cosa que no fuera el Imperio entero, y lucharon entre sí hasta la muerte de su padre, en 1707.

La maldición del «Estado compuesto».

Aunque la *tanistry* nunca llegó a enraizar en Europa durante los primeros tiempos de la Edad Moderna, más de la mitad de las principales revueltas del siglo XVII tuvieron lugar en uno de sus «Estados compuestos», formados por un bien integrado núcleo territorial unido por unos vínculos débiles y a menudo discutidos con otras regiones más autónomas, algunas de ellas muy lejanas. Entre estos Estados compuestos se encontraban Dinamarca (cuyo monarca gobernaba también sobre Noruega, Groenlandia, Islandia, Holstein y numerosas islas del Báltico) y Suecia (que incluía a Finlandia, Estonia, Ingria y varios enclaves polacos). Asimismo, el Estado ruso comprendía diversas áreas unidas mediante tratados, muchas de ellas integradas por distintos grupos religiosos y étnicos, incluso antes de la anexión de Ucrania y Siberia en el siglo XVII; mientras que el Imperio otomano también incorporaba territorios que abarcaban grupos religiosos y étnicos muy dispares (principalmente chiítas, cristianos de diversos credos y judíos), así como varias provincias con distintos códigos legales y tradiciones locales (principalmente Crimea, los principados balcánicos y los estados del norte de África[60]). Pero los cuatro Estados compuestos más volátiles eran aquéllos creados por uniones dinásticas anteriores: la Monarquía Estuardo y la española, y los territorios de los Habsburgo austríacos.

Estas monarquías compuestas eran políticamente inestables por dos motivos. En primer lugar, debían su origen a la recurrente endogamia entre monarcas, lo que reducía el mapa genéti-

co de la dinastía y, por tanto, la viabilidad de su descendencia. Esto parece haber dado lugar a más minorías y disputas sucesorias. Por ejemplo, el matrimonio endogámico de varias generaciones de sus progenitores hizo que Felipe IV de España tuviera sólo ocho bisabuelos en lugar de dieciséis, como sería lo normal; y, tras casarse con su sobrina en 1649, además de padre de sus hijos se convirtió en su tío abuelo, mientras que su madre era también su prima. Esto dio lugar a la misma herencia genética que en el caso de un hijo habido entre una pareja de hermanos o entre un progenitor y su vástago. Sólo dos de los seis hijos de la pareja sobrevivieron al período de la infancia, y aunque su sobrino Carlos II vivió hasta los treinta y nueve años, era físicamente deforme, mentalmente discapacitado y estéril. Su muerte desencadenó una larga guerra de sucesión entre los diversos aspirantes al trono, que acabó con el desmembramiento de la Monarquía española[61].

El segundo punto débil de las monarquías compuestas radica en que muchos territorios preservaban sus propias instituciones e identidad colectiva, en algunos casos reforzada por un idioma o una religión distinta. Un panfleto inglés de 1641 señalaba la vulnerabilidad tanto de la Monarquía Estuardo como de la española a este respecto: la primera se encontraba al borde de la desintegración «porque no había habido hasta el momento una perfecta unión entre Inglaterra y Escocia, incorporadas en un único cuerpo y espíritu»; mientras que en la segunda, la misma razón «había sido la causa de que Portugal y Cataluña se rebelaran contra el rey de España[62]». La diversidad generaba inestabilidad, porque cada órgano político tenía un distinto «punto de ebullición» o, como Francis Bacon expresó en un ensayo titulado *De sediciones y problemas*: los «descontentos» son «en el cuerpo político como los fluidos en el natural, susceptibles de alcanzar temperaturas inusitadas, e inflamarse». Cuando, o bien un desastre natural (como una hambruna) o un agente humano (como la guerra) «in-

flama» las partes de un Estado compuesto, se hace inestable y rápidamente emergen sus «descontentos». En los Estados compuestos el «punto de ebullición» no sólo era inusualmente bajo, sino que en la periferia lo era más aún, convirtiéndola en el elemento menos estable[63].

A primera vista, esto puede parecer sorprendente: después de todo, el enfriamiento global, las cosechas fallidas y las epidemias letales afectaban tanto al núcleo como a la periferia de cada Estado compuesto. De hecho, el núcleo a veces soportaba una presión gubernamental más intensa —los contribuyentes de Inglaterra y Castilla pagaban mucho más que sus vecinos de los territorios periféricos— y sin embargo Inglaterra fue el último de los reinos de Carlos I en rebelarse contra él, mientras que (salvo en el caso de Andalucía) Castilla no se rebeló nunca. La paradoja tiene tres explicaciones. En primer lugar, el núcleo de cada Estado a menudo se libraba de las peores consecuencias de la guerra y, por tanto, de la plena sinergia entre los desastres humanos y naturales. Así, las aldeas de Castilla aportaban soldados e impuestos a las guerras, y también sufrían la meteorología extrema, pobres cosechas y altos precios de la comida, pero la mayoría estaban a salvo de la devastación de la guerra. Sus habitantes rara vez eran asaltados o violados; las tropas tampoco solían quemar sus propiedades o contagiarles enfermedades; y normalmente tampoco tenían que darles alojamiento. En cambio, cuando se producían malas cosechas o epidemias, la necesidad de alimentar a las guarniciones así como a la población local provocaba crisis en regiones fronterizas como Cataluña mucho antes que las tropas enemigas causaran otros estragos. Segundo, varias partes de los Estados compuestos de Europa mantenían no sólo sus propias instituciones e identidades, sino también sus agendas económicas, defensivas y estratégicas. Las prioridades de la élite local en Barcelona (así como en Lima, México, Nápoles, Palermo, Milán y Bruselas) con frecuencia diferían de las del gobierno imperial

en Madrid (al igual que las prioridades de Edimburgo, Dublín, Jamestown y Boston a menudo diferían de las del gobierno central de Londres). Tercero, y último, la diversidad muchas veces conducía al «subimperialismo». Las zonas periféricas de cada Estado compuesto con frecuencia poseían grandes privilegios, permanentemente garantizados por el soberano, y cada vez que las condiciones se hacían difíciles, ya fuera por culpa de la guerra o de la meteorología, las élites regionales invocaban sus garantías constitucionales (frecuentemente denominadas «leyes fundamentales», «fueros» o «constituciones») mientras que el gobierno central trataba de ignorarlas. Estas confrontaciones podían, y de hecho lo hacían, conducir a la rebelión. Por ejemplo, en 1638, cuando sus súbditos escoceses se negaron a aceptar una nueva liturgia ordenada por Carlos I, el rey le dijo a uno de sus ministros que «preferiría morir antes que ceder a esas impertinentes y execrables demandas» porque «hacerlo equivaldría a no ser rey en un plazo muy breve». Al año siguiente, en España, el conde-duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV, llegó al límite de su paciencia ante la insistencia de la élite catalana en que debía respetar sus *Constitucions*, y exclamó: «Yo me hallo de manera que no será mucho que digo locuras, pero bien digo que en la hora de mi muerte diré y en la vida también, que si las Constituciones embarazan esto, que lleve el diablo las Constituciones, y a quien las guardare también». En ambos casos, a los pocos meses, esta intransigencia condujo a la insurrección armada[64].

Validos

La falta de sensibilidad de Olivares reflejaba su particular estatus: no sólo era el principal ministro de Felipe IV, sino también su «valido» —un cortesano que había conseguido control absoluto sobre los asuntos de su señor—. Los «validos» abundaron a principios del mundo moderno y, al igual que las minorías de edad y el subimperialismo, su existencia hizo las guerras y las rebeliones más comunes. Sólo el Imperio otomano convirtió el

puesto en permanente, en la persona del gran visir. En el resto de lugares, muchos validos alcanzaron una posición privilegiada debido a la extrema juventud de un nuevo soberano: Felipe IV y el zar Alejo ascendieron al trono a la edad de dieciséis años; Luis XIV de Francia lo hizo a los cuatro (y no empezó a ejercer sus poderes hasta los veintitrés). En todos los casos, el monarca confiaba inicialmente en un hombre mucho mayor, a menudo miembro de su casa como heredero al trono, para que ejerciera el gobierno por ellos (como Olivares, Boris Morozov y Julio Mazarino, respectivamente). Asimismo, en China, el emperador Tianqi ascendió al trono a la edad de catorce años e inmediatamente entregó sus poderes a uno de los eunucos de palacio que había ayudado en su crianza: Wei Zhongxian. Pero la inexperiencia juvenil no alcanza a explicar por qué cada soberano continuó confiando en su valido después (y a menudo mucho tiempo después) de hacerse adulto, o por qué la institución (aunque no fuera algo nuevo) se hizo mucho más común durante la primera mitad del siglo XVII que en cualquier otro momento[65].

El continuado protagonismo de los validos resulta aún más sorprendente a la vista del odio que suscitaban. El duque de Buckingham, que dominó la política y el mecenazgo tanto bajo el reinado del rey Jacobo I de Gran Bretaña como el de su hijo Carlos, era comparado con Sejano, el tiránico consejero del emperador romano Tiberio —un paralelismo que molestaba profundamente a Carlos— y cuando el duque fue asesinado en 1628, canciones, poemas y panfletos compararon al asesino con el David de la Biblia[66]. La caída y suicidio del eunuco Wei el año anterior fue motivo de júbilo en toda China, como también el derrocamiento de los grandes visires del Imperio otomano (lo que, como media, se produjo cada cuatro meses en la década de 1620). Similar regocijo habría sin duda despertado el asesinato de Richelieu de haber triunfado alguno de los numerosos complots urdidos contra él; o si el zar Alejo hubiera accedido a las deman-

das populares y entregado a Morozov a la turba que en 1648 se congregó en el Kremlin para pedir a gritos su cabeza. Según uno de los críticos ingleses más reflexivos de Carlos I, «el favor del rey es tiranía, cuando mediante ese favor un hombre gobierna sobre todos, y no puede alegarse elección ni sucesión a ese poder»; y concluía con pesar que si esos hombres fueran realmente necesarios, «un rey debería tener más de un valido, [porque] la emulación les hará seguir los caminos más justos». Carlos no hizo ningún caso[67].

El auge de los validos refleja en parte el incesante aumento de las cargas administrativas que pesaban sobre los monarcas. Según el aforismo de Cristina de Suecia: «Si supieras todo lo que los príncipes tienen que hacer, no tendrías tantas ganas de serlo». Del despacho del ministro de Guerra francés sobreviven unas 18 000 copias y minutas correspondientes al período comprendido entre 1636 y 1642, una media de 2500 al año; pero, para 1664, el total había superado las 7000 y, en 1689, las 10.000. En el Imperio mogol, «los archivos y documentos del Estado correspondientes al reinado de sah Sah Jahan (1627-1658) deben de contarse por millones»; mientras que en China, el emperador Shunzhi se quejaba en la década de 1650 de que «la nación es vasta y los asuntos de Estado, sumamente complejos. Tengo que refrendar todos los informes y tomar decisiones yo solo, sin un minuto de descanso». Su hijo, el emperador Kangxi, leía y devolvía unos cincuenta informes en los días normales, pero, en campaña, el total superaba los cuatrocientos. Más tarde, Kangxi recordaba que la cantidad de papeleo generado por una rebelión acaecida en 1674 lo obligaba a quedarse trabajando hasta la medianoche[68].

Los validos no sólo reducían la carga burocrática de sus señores, sino que también simplificaban el proceso de toma de decisiones actuando al margen de los canales institucionales tradicionales. Todos ellos trataban de monopolizar tanto a la gente co-

mo la información que llegaba a sus señores; y, con este fin, ascendían a sus propios parientes y clientes excluyendo a todos los potenciales rivales. El cardenal Richelieu construyó una red de *créatures*, literalmente, personas que él había «creado»: hombres «que le serían fieles a él y sólo a él, sin excepción y sin reservas». Las «criaturas» trabajaban como un equipo: tanto en la corte como en provincias, intercambiaban información y se hacían favores mutuamente. También aprovechaban cada oportunidad que se les presentaba para alabar a Richelieu ante el rey y se aseguraban de que sus consejos y propuestas coincidieran con las suyas, dado que sabían que su propia supervivencia política dependía del cardenal, que monopolizaba la confianza de Luis. Del mismo modo, en España, mientras Felipe III agonizaba, en 1621, su valido, el duque de Uceda, se encontró con Olivares, que gozaba de la absoluta confianza del príncipe heredero. «Hasta ahora, todo es mío», se jactaba Olivares. «¿Todo?», preguntó el desventurado duque. «Sí, todo sin faltar nada», replicó Olivares. Inmediatamente procedió a sustituir a todos los cargos nombrados por Uceda por sus propios hombres[69].

La dependencia de los validos generaba revueltas y conflictos civiles por varias razones. En primer lugar, los cortesanos rivales que quedaban excluidos del poder podían perder la paciencia y rebelarse, especialmente cuando la caída o muerte de un valido no conseguía cambiar el estado de las cosas. Así, el duque de Híjar, en 1648, empezó a conspirar contra Felipe IV no sólo por el resentimiento que le guardaba a Olivares, que había excluido a toda su familia del poder por haber sido aliada del duque de Uceda, sino también porque esperaba recobrar el favor real en cuanto Olivares cayera —mientras que Felipe, entonces, confiaba en el sobrino del difunto valido, don Luis de Haro, que a su vez había excluido a Híjar de la corte—. En segundo lugar, los súbditos descontentos que dudaban en desafiar el «derecho divino de los reyes» encontraban mucho más fácil justificar su de-

sobediencia afirmando que el soberano había sido víctima del engaño de sus malintencionados ministros; y el grito «¡larga vida al rey, abajo los ministros malvados!», frecuente en rebeliones anteriores, se convirtió en un estribillo constante a mediados del siglo XVII debido a que el monopolio del poder por parte de un valido lo hacía todo más plausible. Los funcionarios eruditos de los Ming afirmaban que las órdenes emitidas por Wei Zhongxian carecían de la aprobación imperial; los opositores de Felipe IV en Portugal y Cataluña decían esforzarse por liberar al rey de la trampa o hechizo satánico de Olivares; tanto los adversarios del zar Alejo como los del rey Carlos I exigían el sacrificio de los ministros impopulares que, según afirmaban, habían embrujado a su señor.

El absolutismo y la «voluntad de hacer la vista gorda».

Sortear los mecanismos internos de control y equilibrio de los gobiernos tradicionales fomentaba el acaparamiento de cada vez más ámbitos por parte del Estado. Como Sheilagh Ogilvie ha apuntado con sagacidad, el nuevo estilo de absolutismo introducido por los monarcas y sus validos a mediados del siglo XVII «afectaba a más cosas que la tributación y la guerra».

> Los instrumentos administrativos desarrollados para *estos* propósitos también podían regular actividades anteriormente inaccesibles al gobierno y ofrecer servicios redistributivos a una amplia variedad de grupos e instituciones favorecidas. La resistencia a estas *nuevas* formas de redistribución y la competición para controlarlas fueron elementos clave en la «crisis» de mediados del siglo XVII.

Mientras la burocracia tradicional de la mayoría de los Estados modernos poseía mecanismos (si bien rudimentarios) por los cuales los súbditos podían protestar legalmente (aunque con todo respeto), las «administraciones alternativas» inventadas por los validos —ya se tratara de Buckingham, Richelieu, Olivares, Morozov o Wei— no toleraban ser puestas en cuestión. La imposición de iniciativas gubernamentales mediante proclamacio-

nes, a menudo rehabilitando o ampliando una «regalía», aplicadas por los jueces del Reino con instrucciones de sofocar cualquier oposición en los tribunales, dejaba a los afectados sin reparación legal. En todas partes, los monarcas «absolutos» mostraban más inflexibilidad y falta de misericordia en la aplicación de *todas* las políticas del gobierno, no sólo en las referentes a la guerra[70].

David Cressy ha explicado este fenómeno brillantemente en el contexto de la Inglaterra Estuardo. Mientras que los funcionarios de Jacobo I «tendían a desviar la mirada de las dificultades locales», ha escrito, los de su hijo Carlos «andaban buscando problemas». En Inglaterra, como en la mayoría de los Estados modernos (si no en todos), abundaban los conflictos; pero hasta la década de 1630 «estos conflictos se iban resolviendo o mitigando continuamente mediante una predominante insistencia en la paz». «El célebre consenso de la Inglaterra jacobina consistió no sólo en el acuerdo mutuo sobre los problemas, sino en una determinación por evitar que las cuestiones divisivas perturbaran al estamento político». Fue un consenso social más que ideológico, y funcionó haciendo la vista gorda a la discrepancia entre la teoría y la práctica. En cambio, Carlos y sus ministros (especialmente sus obispos) desarrollaron un «notable don para ver una leve irregularidad como intransigencia, una moderada disconformidad como sectarismo, y cualquier desacuerdo como insumisión o rebelión». Al final, «al olvidarse de cómo hacer la vista gorda, acabaron por desgarrar el país[71]». A modo de ejemplo, Cressy citaba la insistencia en que las mujeres llevaran velo cuando iban a la iglesia por primera vez después de haber dado a luz, la exigencia de que los ministros hicieran la señal de la cruz en cada bautismo y el requisito de que las mesas de comunión situadas en el centro de las iglesias fueran sustituidas por altares en el extremo oriental de la nave. Las generaciones anteriores habían considerado estos temas como «cuestiones sin importancia» o «indiferentes», de manera que, con el tiempo, cada parroquia había de-

sarrollado su propio ritual al que la congregación se sentía fuertemente unida. Pero, en la década de 1630, el gobierno central proscribió las tres prácticas (junto con muchas otras) y excomulgó a aquellos que no las cumplían, unas medidas que afectaban literalmente a miles de feligreses cada año. Por tanto, cuando la necesidad de pagar los gastos de la guerra obligó a Carlos en 1640 a volver a los canales institucionales tradicionales y convocar al Parlamento, se enfrentó a una avalancha de quejas que paralizó el funcionamiento de los asuntos públicos.

Algunos gobernantes asiáticos también parecen haber «buscado problemas» sobre temas anteriormente considerados periféricos. El sultán Murad IV prohibió fumar tabaco y beber café en todo el Imperio otomano y mandó ejecutar a numerosos infractores. Un gobernante de Borneo del siglo XVII prohibió a sus súbditos…

> … vestirse como los extranjeros, como los holandeses, la gente de Keiling, los biadju, macasareses o buguineses. Nadie puede seguir la forma de vestir malaya. Seguir las formas de vestir extranjeras llevará la desgracia al país donde esto se haga […]. [Habrá] enfermedades, intrigas y la comida se encarecerá porque la gente se viste como en estos países extranjeros[72].

Y lo más llamativo de todo, en China, los Qing insistían en que todos sus súbditos varones se afeitaran el flequillo, se recogieran el resto del pelo en una coleta y adoptaran la vestimenta manchú, so pena de muerte. En un principio, el edicto de afeitarse la cabeza podía tener sentido, ya que esto permitía distinguir inmediatamente a amigos de enemigos: el pelo largo de los leales a la dinastía Ming podía afeitarse en pocos minutos. De modo que afeitarse el flequillo parecía una perfecta prueba de lealtad, pero también generaba continuas provocaciones dado que requería una repetición constante a medida que iba creciendo el pelo. No obstante, los Qing se negaron a echarse atrás y en su lugar decretaron: «mantén la cabeza y perderás tu pelo; mantén tu pelo y perderás la cabeza» (*véase capítulo 5*).

Ninguno de estos contenciosos —llevar velo en las «misas de mujeres», fumar tabaco, vestirse como los holandeses, afeitarse la cabeza, etc.— amenazaba la integridad o seguridad del Estado, ni se derivaba de los problemas creados por la Pequeña Edad de Hielo. Con buena voluntad, arte de gobernar, o tan sólo la «voluntad de hacer la vista gorda», cualquiera de ellos podía haberse resuelto pacíficamente; pero la exaltada retórica y las proclamaciones de los líderes que creían en el derecho divino de los reyes o en el mandato del cielo evitaron que fuera así. Por el contrario, produjeron crisis a partir de insignificancias y exacerbaron las tensiones creadas por problemas más graves, aumentando de este modo la suma de las desdichas humanas.

Desenmarañar las conexiones entre estos aspectos distintivos y perturbadores del gobierno del siglo XVII (el derecho divino, la *tanistry*, los Estados compuestos, los validos y el absolutismo) y el aumento de la frecuencia de las guerras y rebeliones resulta no obstante complicado por dos factores: la contingencia y los bucles de retroalimentación. Así, un bien informado ministro inglés opinaba que la guerra anglo-holandesa iniciada en 1664 «obedeció a cosas accidentales que concurrieron desde varias partes y partidos sin ninguna intención de ayudarse unos a otros[73]». Documentar los bucles de retroalimentación es más difícil, pero el éxito de los validos en eliminar los controles y equilibrios internos hicieron más fácil que los monarcas fueran a la guerra; mientras que a su vez la guerra hizo a los validos más necesarios, dado que los monarcas necesitaban reducir los controles y equilibrios internos a fin de conseguir más recursos. Entre la guerra y la rebelión existía un bucle de retroalimentación similar. Por un lado, las guerras entre Estados con frecuencia generaban rebeliones dentro de estos mismos Estados, obligando a los gobiernos a recabar recursos de sus súbditos de forma más agresiva. Por otro, las rebeliones dentro de un Estado podían convertirse en guerras entre Estados cuando los súbditos desafectos conseguían inter-

vención extranjera. Por tanto, es imposible afirmar que un aspecto fuera siempre la causa mientras el otro era siempre el efecto: la relación entre ambos variaba dependiendo del momento y el lugar.

No obstante, una parte de este bucle de retroalimentación se mantenía constante: la guerra parecía especialmente capaz de unir a los opositores a un régimen. El imperativo de «alimentar a Marte» finalmente conducía a los gobiernos a imponer cargas sobre todos los grupos sociales y regiones geográficas, lo que a menudo conseguía que todos se indispusieran al mismo tiempo. Sin duda, las cargas más pesadas solían recaer en los estratos más bajos de cada Estado, pero los gobiernos desesperados por ganar una guerra también pisoteaban las prerrogativas de aquéllos con derechos corporativos, como las ciudades, los nobles o el clero, en su afán por obtener recursos, así como los de ciertas regiones a las que la Pequeña Edad de Hielo hizo especialmente vulnerables.

3

«El hambre es el mayor enemigo»: el núcleo de la Crisis.

En uno de sus célebres *Ensayos*, publicados a principios del siglo XVII, el político y filósofo inglés Francis Bacon advertía a los gobernantes que se aseguraran de que sus súbditos, si es que no han sido ya «diezmados por la guerra, no sobrepasen las reservas del Reino que debería mantenerlos», porque un desequilibrio prolongado entre la producción y el consumo de alimentos tarde o temprano acarrea penurias, trastornos y revueltas[1].

Otros escritores posteriores se mostraron de acuerdo. En 1640, un historiador «infiltrado» en el ejército de Felipe IV mientras éste atravesaba los agostados campos de Cataluña, comentaba con inquietud: «En medio del natural aprieto a que nos reduce la miseria humana, casi nada podría deternos». Siete años después, el ministro responsable de la ley y el orden en Castilla advertía a su señor: «Este pueblo [Madrid] está muy sensible y cada día más insolente, de que se puede temer algún arroxamiento, principalmente ausente Vuestra Magestad, porque *la ambre a ninguno respecta* [...]. La gente es tan desenfrenada *que no ay día seguro*» por la amenaza de violencia. Por si Felipe no lo captaba bien, otros ministros le recordaron que «*el hambre es el mayor enemigo*. Los hombres más ajustados no la resisten [...] [y] muchas repúblicas an padecido con la necesitad del pan, movimientos que an parado en sediciones». En 1648, mientras varias ciudades italianas se enfrentaban a la peor cosecha del siglo, los funcionarios informaban de que «se oía a la gente comentar que siempre es mejor morir por la espada que morir de hambre»; mientras que en Londres, «los gritos y las lágrimas de los pobres, que dicen estar a punto de morir de hambre», llevó a algunos a temer que «se produjera *una algarada repentina*». Por último, en

Escocia, durante la última hambruna del siglo, un sagaz observador recordaba a sus compatriotas: «La pobreza y la necesidad nublan las mentes de muchos, y convierten a aquéllos con una naturaleza más apagada en estúpidos e indisciplinados», mientras que «los que tienen un temperamento más fogoso y activo, se vuelven nerviosos, avariciosos, frenéticos o desesperados. Por tanto, *donde hay muchos pobres, los ricos no pueden sentirse seguros de sus posesiones*[2]».

No obstante, aunque la Pequeña Edad de Hielo afectó a casi la totalidad del hemisferio norte, algunas zonas sufrieron más que otras. Esto no debería sorprendernos. La Europa al oeste de los Urales abarca casi 6,5 millones de kilómetros cuadrados, desde el Ártico al subtrópico, y cientos de divisiones étnicas, culturales, económicas y políticas: como es lógico, sus efectos no se dejaron sentir de manera uniforme en todas las regiones. Sólo en España, diferentes áreas los sufrieron en distintos momentos. Galicia en el noroeste y Valencia en el sureste experimentaron un declive en la población desde aproximadamente 1615 a 1640; pero en el centro, aunque el declive en torno a Toledo también comenzó en 1615, duró hasta la década de 1670, mientras que en torno a Segovia, donde dicha decadencia también tocó a su fin en la década de 1670, su inicio no tuvo lugar hasta después de 1625. La China de los Ming, de casi 2,5 millones de kilómetros cuadrados, que también comprende desde zonas subárticas a subtropicales, experimentó asimismo la Pequeña Edad de Hielo de formas muy dispares. Por ejemplo, Shandong, una zona septentrional de baja altitud, sufrió a menudo sequías e inundaciones, por lo que la provincia rara vez generó un superávit, y mucho menos reservas con las que mantenerse en los años malos. Así pues, Shandong emitió peticiones urgentes demandando préstamos de alimentos y reducciones fiscales casi cada año, tanto durante el siglo XVII como en otros momentos. En cambio, la provincia de Sichuan, al oeste, goza de un clima templado que la mayoría de

los años permite obtener abundantes cosechas de arroz, trigo, algodón, azúcar, seda y té, lo que redujo su vulnerabilidad durante la Pequeña Edad de Hielo.

En medio de esta diversidad, tres amplias «zonas» destacan como especialmente expuestas al cambio climático: las tierras de cultivo marginales, las ciudades y las macrorregiones. Las tierras marginales eran vulnerables porque sólo producían suficiente para alimentar a todos sus habitantes durante los años de óptimas cosechas; las ciudades, en cambio, lo eran porque su prosperidad las convertía en objetivos estratégicos, lo que a su vez obligaba a la construcción de un perímetro fortificado que favorecía la superpoblación, la falta de higiene y el contagio de enfermedades dentro de sus murallas y, en tiempo de guerra, exponía a sus habitantes al riesgo de grandes daños humanos y materiales. Por último, las macrorregiones —complejas economías regionales integradas por varias ciudades adyacentes y sus correspondientes y superpuestas áreas de influencia— eran vulnerables porque su prosperidad dependía de la capacidad para importar los alimentos de los que su población dependía y exportar sus productos especializados. La interrupción de su actividad, tanto interior como exterior, generaba una penuria económica casi inmediata.

Aunque los habitantes de estas tres «zonas» económicas constituían una pequeña minoría dentro de la población global, su relevancia fue desproporcionada durante la Crisis General. Por una parte sufrieron sus efectos antes, durante más tiempo y con mayor intensidad que otras, debido a que las políticas gubernamentales exacerbaron hasta un grado máximo la perturbación generada por la adversidad climática y la superpoblación. Por otra, alojaban a un gran número de elocuentes hombres y mujeres deseosos de difundir públicamente su precaria situación tanto dentro de sus fronteras como, siempre que podían, en el exterior. Estas voces se hacían oír más tiempo y más alto que las de aqué-

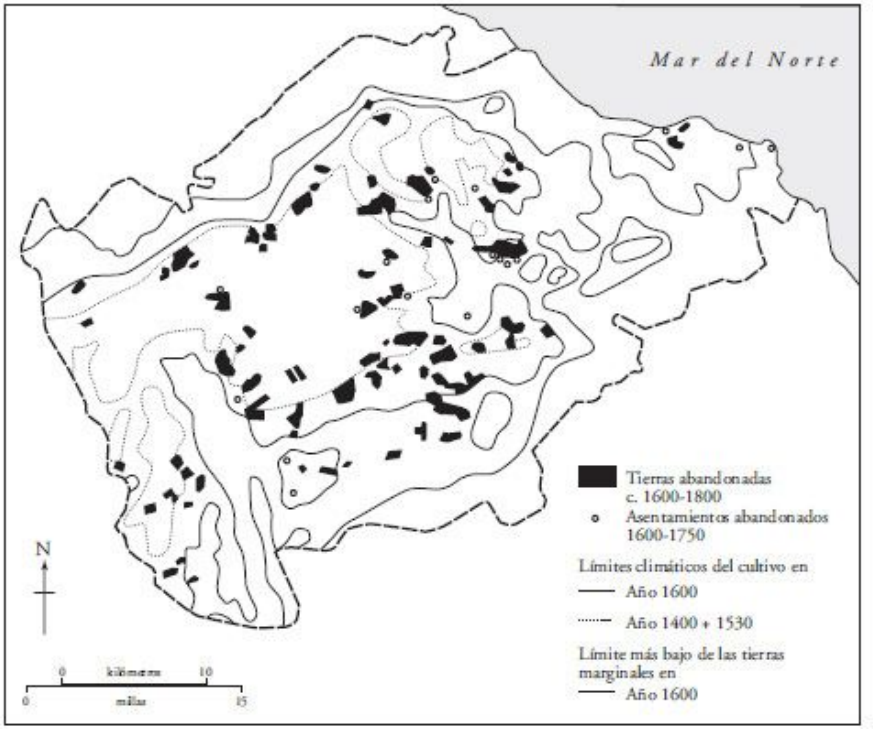
llos cuya experiencia se situaba en mayor medida dentro de la normalidad.

Agricultura en zonas marginales

Durante la mayor parte del siglo XVI, las temperaturas cálidas permitieron la expansión de la agricultura en todo el hemisferio norte, y buena parte de este proceso tuvo lugar en territorios muy cercanos al límite con las zonas donde el cultivo ya no resultaba viable. Los agricultores que cultivaban estas tierras al principio obtenían cosechas espectaculares, gracias al nitrógeno y el fósforo que la tierra había acumulado durante los siglos que habían permanecido en barbecho; pero una vez esta munificencia natural se agotó, se vieron atrapados, incluso en los años «buenos», en una actividad de alto riesgo, alta inversión y bajo rendimiento que requería atención constante para producir, aunque fuera una cosecha mediocre. En las latitudes septentrionales, como se menciona en el capítulo 1, cada caída de 0,5 °C en la temperatura media del verano disminuye el número de días en que maduran las cosechas en un 10 por ciento, duplica el riesgo de una cosecha fallida y multiplica por seis el de dos. Por otra parte, para los que cultivan tierras a trescientos metros o más por encima del nivel del mar, una caída de 0,5 °C en la temperatura media del verano incrementa cien veces la probabilidad de dos cosechas fallidas consecutivas.

Este cruel cálculo es aplicable a todo el hemisferio norte. En Escocia, donde la mayor parte de la agricultura es marginal, el benigno clima del siglo XVI estimuló el cultivo de tierras a latitudes más altas y en suelos menos fértiles que antes, pero los fríos y húmedos veranos de la década de 1640, que hicieron descender la temperatura media hasta 2 °C, supuso el desastre. En las colinas de Lammermuir, cerca de la frontera inglesa, tres cuartas partes de las granjas fueron abandonadas, en tanto que en el promontorio de Kintyre, en el oeste, cuatro quintas partes de todos

los municipios fueron abandonados porque «los granjeros no podían plantar ni los pequeños arrendatarios de tierras cavar en el suelo. El maíz que salía no maduraba [...]. La gente y el ganado murieron, y Kintyre se convirtió prácticamente en un desierto» (*figura 5*[3]). En el sur de Europa, Sicilia asistió a la fundación de unos setenta «nuevos municipios» durante el siglo XVI y principios del XVII, destinados específicamente a producir grano para las prósperas ciudades de la isla. Al principio, muchos granjeros cosecharon hasta diez granos por cada grano de trigo que se plantaba, y más de diez para cada grano plantado de cebada, pero el clima tan extremo de la década de 1640 hizo descender la ratio en algunas tierras de las nuevas ciudades a 1:2 —una reducción del 80 por ciento, la más baja registrada en todo el período de principios de la Edad Moderna—. Leonforte, uno de esos nuevos municipios, pasó de cero a 2000 habitantes entre 1610 y 1640, pero la sequía de 1648, culpable de la peor cosecha jamás registrada, acarreó la catástrofe. En el registro parroquial del municipio constan 426 entierros y sólo sesenta nacimientos[4].



5. Granjas en el sureste de Escocia abandonadas en el siglo XVII. Catorce de las quince granjas que existían en las colinas Lammermuir (al sureste de Escocia) en 1600 habían desaparecido para 1750, y tres cuartas partes de la tierra cultivada habían vuelto a convertirse en páramos. El enfriamiento global, que aumentó el número de malas cosechas, tuvo parte de la culpa, pero las tropas que circulaban entre Escocia e Inglaterra durante la guerra civil de 1639 a 1660 también contribuyeron a la inseguridad general en la región.

Desmontar terrenos para el cultivo llevó a una práctica perniciosa que pronto convertiría hasta las tierras más fértiles en marginales: la tala de bosques. Un historiador que vivía en la provincia de Shaanxi, en el noroeste de China, recordaba que «florecientes bosques» solían cubrir sus colinas de forma que la lluvia fluía formando pequeños arroyos, y los aldeanos cavaban «canales y acequias que regaban varios miles de [acres] de tierra». Pero, a medida que la prosperidad de la región fue aumentando,

> … la gente rivalizaba entre sí construyendo casas, y los árboles de las montañas del sur se fueron talando sin un año de descanso. Pronto la gente empezó a aprovechar la tierra estéril de las montañas para convertirla en granjas. En cada palmo de terreno se arrancaron los pequeños arbustos y los semilleros. El

resultado es que si caen lluvias torrenciales, nada puede obstaculizar el flujo del agua. Por la mañana cae en las montañas del sur, por la tarde, cuando llega a las llanuras, el violento torrente aumenta de volumen y desborda las orillas, cambiando a menudo el curso del río[5].

Tanto las nuevas como las viejas granjas dejaron de ser viables.

El efecto «cementerio urbano».

Aunque la decisión de abandonar una granja —por la razón que sea— siempre es muy dolorosa, la Pequeña Edad de Hielo obligó a muchos agricultores de tierras marginales a marcharse a las ciudades con sus familias con la esperanza de encontrar trabajo o, al menos, pan. La mayoría de ellos resultaron amargamente decepcionados, en parte porque su afluencia contribuyó a alimentar una expansión urbana insostenible.

A mediados del siglo XVII se vivió un «momento metrópoli»: nunca antes se había vivido en tan estrecha proximidad. Pekín, la ciudad más grande del mundo, tenía más de un millón de habitantes, y Nankín casi los mismos. Otras seis ciudades chinas contabilizaban 500 000 habitantes o más, y una veintena de ellas superaban los 100.000. La India mogola, el área más urbanizada del mundo después de China, incluía tres ciudades con 400 000 habitantes o más, y nueve con más de 100.000. En 1650, 2,5 millones de japoneses, quizá el 10 por ciento de la población total, vivían en ciudades. En cambio, en las Américas, sólo México y Potosí (el núcleo de minas de plata situado en el centro del Perú) superaban los 100 000 habitantes, en tanto que en África la única metrópoli era El Cairo, con alrededor de 400 000 residentes. En Europa, la población de Estambul, la capital del Imperio otomano, tal vez se aproximara a los 800 000, pero ninguna otra ciudad se acercaba a esa cifra: sólo Londres, Nápoles y París superaban los 300 000 habitantes. Otras diez ciudades europeas alcanzaban los 100 000 o más habitantes, mientras que en Holanda, más de 200 000 personas vivían en diez ciudades en un radio de ochenta kilómetros desde Ámsterdam.

Cada una de estas áreas metropolitanas requería ingentes cantidades de vivienda, combustible, comida y agua corriente, así como planes para ordenar el tráfico, luchar contra incendios y mantener limpios los espacios públicos. La no provisión de estos servicios esenciales creó el efecto «cementerio urbano». En la década de 1630, William Ince, un predicador de Dublín, dio un sermón en el que desdeñaba el deseo del hermano de Abraham, Lot (en el libro del Génesis) de dejar Sodoma para irse a otra ciudad, donde esperaba encontrar «abundancia, compañía y seguridad», creyendo que en una «ciudad se encuentran estas tres cosas que hacen la vida fácil y segura», pero en realidad, recordaba Ince a su audiencia, Lot luego encontró que la vida urbana sólo le proporcionó «pobreza y soledad». Y, de hecho, el historiador social francés Jean Jacquart señaló que todas las ciudades de principios de la Edad Moderna eran «un *mouroir*, un agujero negro demográfico, teniendo en cuenta que el número de matrimonios y de nacimientos era desproporcionadamente menor y el de muertes mucho mayor». En Londres, donde se conservan registros especialmente precisos, los entierros en el siglo XVII eran dos veces más numerosos que los bautismos, y tanto la mortalidad materna como la infantil eran particularmente altas. Sólo la inmigración masiva desde otras comunidades evitó que estas dos grandes ciudades disminuyeran su tamaño, lo que significó que cada una de estas capitales ejerció un pronunciado efecto «amortiguador» sobre la población del Reino en general[6]. Ya en 1616, el rey Jacobo I predecía con preocupación que «todo el país se va para Londres, de modo que, con el tiempo, Inglaterra será sólo Londres, y todo el país se quedará desierto, y todo el mundo vivirá miserablemente en nuestras casas y morará en la ciudad[7]».

Uno de los súbditos del rey Jacobo, Ben Jonson, publicó un poema satírico sobre el efecto «cementerio urbano» creado por la falta de cobijo, alimento y agua, visto a través de un valiente trío que viajaba por las alcantarillas de Londres:

La fetidez, las enfermedades y la vieja Mugre, su madre,
la hambruna, la necesidad y las penas a docenas,
primas todas de la peste.
Pero ellos caminaban sin temor, aunque más de una letrina
les hablaba más alto que el buey de Livio.

Según James Howell, contemporáneo de Jonson, París no estaba mejor: «Siempre está sucio, con una suciedad que el continuo movimiento acaba convirtiendo en un aceite untoso que es imposible de lavar». Por otra parte, «además de la mancha que esta suciedad deja, el olor que produce es tan fuerte que puede sentirse desde muchas millas de distancia, si el viento te da en la cara cuando llegas del aire fresco del campo. Puede que ésta sea una de las causas por las que la peste siempre se aloja en alguna esquina de esta gran ciudad, a la que cabría describir, como en su tiempo a Escitia, como *vagina populorum*». Otro contemporáneo, Xie Zhaozhe se quejaba más o menos de lo mismo respecto a Pekín:

> Las casas de la capital están tan pegadas unas a otras que no queda ni un espacio libre, y en los mercados se acumulan muchos excrementos y suciedad. Gente de toda procedencia vive apelotonada en un confuso desorden, y hay muchas moscas y mosquitos. Cuando hace calor, es casi insoportable. Basta que llueva un poco de seguido para que se produzcan inundaciones. De modo que la malaria, las diarreas y las epidemias se suceden unas a otras sin interrupción[8].

Por supuesto, los habitantes de las ciudades de toda época y prácticamente en todo lugar se han quejado de cosas similares; pero a mediados del siglo XVII, los problemas a los que se enfrentaban se intensificaron. Por ejemplo, en la década de 1630, la densidad de población y de edificación en la ciudad de Londres alcanzó unos niveles que «probablemente Gran Bretaña no había conocido nunca antes ni lo haría después». En algunas parroquias se apiñaban casi cuatrocientas personas por acre, muchas de las cuales vivían en casas de seis plantas, en uno de los casos con «seis habitaciones para 64 personas» (una media de once por ha-

bitación). Al menos el 30 por ciento de las familias de Londres vivían al límite o por debajo del límite de la pobreza[9].

En muchas ciudades del siglo XVII, la cada vez mayor dependencia de los combustibles fósiles generó nuevos problemas. Por un lado, cualquier interrupción en el suministro no tardaba en traducirse en una miseria generalizada. En 1664, Pekín dio la bienvenida a los invasores manchúes en parte porque éstos habían prometido restaurar el suministro de carbón de Shanxi, del que dependían tanto los hogares como la industria, que había quedado interrumpido durante dos años debido a la guerra civil. Del mismo modo, cuando aquel mismo año las operaciones militares interrumpieron el suministro del carbón de Tyneside, necesario para las industrias de Londres, un observador predijo: «Este invierno habrá disturbios». Por otro lado, los combustibles fósiles dañaban la salud de los habitantes de la ciudad debido a la polución. En 1656, el poeta inglés *sir* William Davenant publicó un «entretenimiento» en el que se quejaba de que, en Londres, «el abundante uso de vuestras chimeneas es el que os ha levantado el techo de humo que cubre la ciudad», e incluía una canción que comenzaba diciendo:

Londres se ahoga en fuegos sulfurosos
y se cubre con una capa y una capucha negras
de humo de carbón
como si estuviera de luto por los cerveceros y los tintoreros[10].

Dado que el carbón utilizado por los cerveceros, tintoreros y otros fabricantes contenía el doble de sulfuro que el que se usa actualmente, su humo oscurecía el aire, manchaba ropas y cortinas, atrofiaba árboles y flores, ennegrecía edificios y estatuas, y asfixiaba y mataba a los habitantes de la ciudad. En una temprana condena de la contaminación del aire, publicada en 1661, John Evelyn comparaba las «columnas y las nubes de humo que escupen las gargantas llenas de hollín» de las chimeneas de Londres con «la imagen de Troya saqueada por los griegos». Los habitan-

tes de la capital, afirmaba, «no respiran otra cosa que una niebla contaminada y espesa acompañada de un vapor sucio y lleno de hollín». Las señoras utilizaban almendras molidas para limpiarse la piel, mientras que los predicadores de las iglesias tenían que competir para que se los escuchara con las continuas toses y flemas de sus feligreses[11]. La situación era aún peor en las ciudades holandesas, donde las fábricas quemaban turba para la elaboración de cerveza, tintes, jabón y ladrillo, porque (aunque mucho más barata que el carbón) la turba generaba humos tóxicos.

La presencia de industrias en el corazón de las ciudades aumentó en gran medida el riesgo de incendios, como también lo hizo el uso de la madera y otros materiales inflamables para construir un gran número de viviendas baratas y de mala calidad para dar cabida a la gran afluencia de inmigrantes. En el Asia oriental, el uso de madera no sólo para construir casas y tiendas sino también templos, oficinas gubernamentales y mercados cubiertos incrementó aún más el riesgo, como también el uso de hojas de palma y bambú para tejados y suelos, y la práctica de la cocina en braseros, el uso de lámparas de aceite como iluminación y el de fuegos artificiales para las celebraciones. Incluso los ocupantes de los templos de piedra y ladrillo, tumbas, fortalezas y almacenes comerciales se sentían inquietos. «¡Oh, la palabra *fuego*! —escribió un comerciante inglés que se encontraba en Java—. Si la hubiera oído pronunciar, ya fuera en inglés, malayo, javanés o chino, y aunque hubiera estado profundamente dormido, me habría levantado de un salto de la cama». Él mismo recordaba que, mientras los comerciantes dormían, «muchas veces nuestros hombres hacían sonar un tambor a la puerta de nuestros dormitorios y nunca los oíamos; sin embargo, si inmediatamente después hubieran susurrado para el cuello de su camisa la palabra *fuego* habríamos salido todos corriendo de nuestras habitaciones[12]».

Como ha señalado Christopher Friedrichs: «De todos los elementos, no eran la tierra, el agua o el aire los que de forma más persistente amenazaban el bienestar de las primeras ciudades modernas. El elemento más peligroso era el fuego», y, a mediados del siglo XVII, los grandes incendios fueron haciéndose cada vez más frecuentes y destructivos. En una gaceta sobre los fuegos accidentales urbanos en Inglaterra se registraba más de un centenar entre 1640 y 1689, al menos diez de los cuales consumieron más de cien edificios. Londres sufrió tantos incendios en 1655 que muchos pensaron que eran un presagio del Juicio Final. Seis años más tarde, cuando tras el sermón dominical Samuel Pepys tuvo que enfrentarse por decimoquinta vez consecutiva a peticiones de caridad para aquellos cuyas casas habían ardido, éste se enfadó y «decidió no darles nada más[13]». Su opinión cambió en 1666, cuando el «gran incendio» de Londres destruyó la catedral de San Pablo, el ayuntamiento, la Bolsa de Londres, 84 iglesias y 13 000 casas, dejando a 80 000 personas sin hogar y causando daños valorados en ocho millones de libras. Aunque los ciudadanos de Londres culparon al alcalde, que al principio había bromeado con que hasta «una mujer podía haberlo apagado haciendo pis encima» y no había construido cortafuegos, el verdadero culpable fue el clima: tras una primavera insólitamente calurosa y seca, las temperaturas se elevaron 1,5 °C por encima de lo normal durante el verano de 1666, y un descenso de las precipitaciones de 150 mililitros convirtió Londres en una caja de fósforos. La situación fue la misma en gran parte del noroeste de Europa, lo que también dio lugar a incendios en una veintena de ciudades alemanas. Sólo la espectacular destrucción de una parte tan extensa de Londres ha podido eclipsar la frecuencia de los incendios urbanos en otros lugares[14].

Londres no fue la única capital donde la inusual sequía de mediados del siglo XVII produjo un «gran incendio». En Moscú, en 1648, tras varios meses sin lluvias, «en sólo unas horas, más de la

mitad de la ciudad rodeada por la Muralla Blanca, y aproximadamente la mitad exterior a dicha muralla, ardió en llamas»; además, gran parte de la nueva capital mogola de Shahjahanabad (actualmente Delhi) también se quemó en 1662. Estambul sufrió más incendios (y más devastadores) en el siglo XVII que en ningún otro período de su historia: uno de ellos, en 1660, de nuevo tras una prolongada sequía, consumió 280 000 viviendas y varios edificios públicos[15]. Varios incendios importantes devastaron también Edo, la ciudad más grande de Japón, especialmente el incendio de Meireki en 1657, el cual, como el de Moscú de 1648, el de Estambul de 1660 y el de Londres de 1666, se desencadenó tras una anormal sequía. Tres grandes incendios se combinaron para destruir tres cuartas partes de Edo, incluidas 50 000 casas de comerciantes y artesanos, casi 1000 mansiones nobiliarias y más de 350 templos y santuarios. Incluso el suntuoso nuevo castillo del sogún, el edificio más alto de Japón, «comparable con cualquiera de las más grandes ciudades amuralladas de Europa, ha quedado completamente destruido por este horrible fuego», en el que murieron en torno a 160 000 personas. En palabras de un contemporáneo japonés de la época: «Cuando el fuego se echó sobre ellos, quemando completamente todo lo que encontraba a su paso, algunas personas no pudieron soportar más el calor y formaron un escudo humano para tratar de repeler las llamas, pero se ahogaron en la nube de humo. Otros fueron consumidos por el fuego y sus miembros quedaron hechos cenizas». Un testigo presencial holandés describía cómo vio, «preso del horror y el espanto, arder aquella inmensa ciudad, como Troya», y cómo, al día siguiente, «caminando por sus calles», encontró «por todas partes innumerables personas quemadas, parcial o completamente consumidas, de las cuales al menos una tercera parte eran niños pequeños, muertas unas junto a otras». También captó esta desolación en una impresionante pintura en la que mostraba manzanas enteras de viviendas vacías, árboles carboni-

zados y montones de cadáveres en las calles (*lámina 4*[16]). Nada más haber comenzado la reconstrucción, otro importante incendio «destruyó una área de unos dos kilómetros y medio de circunferencia», seguido de un tercero en 1668 que «devoró tantas casas de nobles y civiles que se estima que ha destruido dos tercios de la ciudad de Edo». Según un visitante holandés, «parece haberse convertido en costumbre que ese devastador elemento [el fuego] arrase allí en torno a la fecha del Año Nuevo japonés[17]».

Se puede demostrar la extraordinaria intensidad de los cuatro incendios de Edo de mediados del siglo XVII. Un «núcleo» de tierra excavado en 1975 en un solar de Hitotsubashi, no muy lejos del castillo del sogún, reveló tres prominentes capas de ceniza. La más reciente, que representa la tormenta de fuego causada por el bombardeo de Tokio en 1945, medía diez centímetros; la segunda, causada por el fuego que siguió al terremoto de Kanto de 1923, medía quince centímetros; la tercera, testimonio de los incendios de mediados del siglo XVII, medía veinte centímetros. El hecho de que los restos quemados de 1657-1668 tuvieran el doble de grosor que los creados por la pirotecnia más avanzada del siglo XX resulta tan sorprendente como significativo[18].

Estos incendios urbanos fueron aparentemente accidentales, pero fueron muchos más los producidos a causa de las guerras. Así, durante la década de 1640, aunque trece ciudades inglesas sufrieron incendios «accidentales», los soldados causaron deliberadamente al menos 80 más, algunos de ellos de grandes dimensiones (más de 80 casas destruidas en Birmingham y casi 250 en Gloucester en 1643). La guerra también destruyó ciudades de otras maneras: la construcción o ampliación de fortificaciones, la preparación ante un asedio o el propio fuego causado por la artillería, hicieron desaparecer muchos edificios. En Exeter, la tercera ciudad más grande de Inglaterra, entre 1642 y 1646 los defensores arrasaron deliberadamente todos los barrios de la periferia,

donde había vivido un tercio de la población antes de la guerra, mientras que los bombardeos sufridos durante dos asedios dejaron «calles enteras convertidas en cenizas». Aunque Exeter resistió con éxito su toma, no recobraría sus dimensiones anteriores a la guerra hasta pasados sesenta años[19].

La prevalencia de la guerra significaba que todos los espacios urbanos necesitaban murallas; de hecho, el carácter chino más comúnmente utilizado para designar *ciudad (cheng:* 城) significa literalmente «murallas de la ciudad», porque se compone del carácter cuyo significado es «tierra» (土) más el de «completa» (成). Pero dichas murallas no siempre lograron salvar a la comunidad que vivía dentro de ellas. Maguncia, en Alemania occidental, que se rindió sin resistencia en 1631, durante los cinco años siguientes perdió el 25 por ciento de sus casas, el 40 por ciento de su población y el 60 por ciento de su riqueza, mientras servía de cuartel general de la fuerza expedicionaria suiza. Aunque sus enormes murallas permitieron a Pavía (Lombardía) resistir un asedio de ocho semanas en 1655, su triunfo también dejó arruinada la ciudad: la falta de demanda destruyó sus industrias, la compra de harina previa al asedio y el subsidio de los precios del pan durante éste quebraron su erario, y la destrucción por parte de los sitiadores de todos los activos municipales situados fuera de las murallas dificultó gravemente la recuperación económica. Sin embargo, Pavía tuvo suerte: las ciudades tomadas por la fuerza durante mediados del siglo XVII sufrieron pérdidas mucho mayores que se tardarían una generación en recuperar. El asedio y saqueo de Mantua en 1629 redujo su población de 29 000 a 9000 habitantes; en 1647 todavía tenía sólo 15 000 habitantes, y 20 000 en 1676. La población de Varsovia, la capital de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, contabilizaba en torno a unos 30 000 en la década de 1630 (y 100 000 cuando se reunió la Dieta), pero cayó por debajo de los 6000 tras la ocupación por parte

de las fuerzas de Transilvania y Suecia en 1655-1657, que además dejó en ruinas más de la mitad de sus edificios[20]. Posiblemente, la peor catástrofe urbana causada por el hombre en este período ocurrió en 1642 cuando, tras un asedio que duró un año, el líder rebelde chino Li Zicheng decidió forzar la rendición de Kaifeng (capital de la provincia de Henan) rompiendo los diques del cercano río Amarillo. Por una fatídica coincidencia, y exactamente en el mismo momento, los defensores rompieron otra serie de diques con la esperanza de inundar el campamento de Li y obligarlo a alejarse. Según un contemporáneo, el agua procedente de ambas brechas entró a raudales por una de las puertas de la ciudad, causando unas inundaciones que «de repente alcanzaron hasta seis metros». Al día siguiente, Li envió hombres a la ciudad en barcos para saquearla y pedir rescate, pero no encontraron ni una alma[21].

Las inundaciones también contribuyeron al efecto «cementerio urbano». Dado que muchas ciudades fueron formándose junto a ríos y lagos, un nivel alto de precipitaciones podía causar ingentes daños por inundación, incluso sin mediar intervención militar alguna. La peor inundación de la historia de Ciudad de México ocurrió en 1629, cuando una combinación de lluvias torrenciales y un alcantarillado inadecuado hicieron que los lagos de los alrededores aumentaran su nivel de agua repentinamente, dejando sumergidas partes importantes de la ciudad durante cinco años. La catástrofe hizo que algunos se plantearan la reubicación de la capital, y aunque en esta ocasión el gobierno central español rechazó la opción, treinta años después las repetidas inundaciones llevaron a aprobar el abandono de la capital regional de Santa Fe la Vieja, en Argentina, y reubicarla en terrenos más altos. En Europa, el Sena se desbordó y anegó París dieciocho veces durante el siglo XVII, con inundaciones especialmente graves en 1649, 1651 y 1658; las ciudades de las tierras bajas de la provincia de Holanda sufrieron aún con más frecuencia, dado

que las tormentas del mar del Norte hacían saltar periódicamente el agua por encima de los diques (como en 1651, inundando Ámsterdam[22]).

Una última causa del efecto «cementerio urbano» fue la dependencia de las primeras ciudades modernas de los alimentos que se producían en lugares lejanos. Un magistrado chino, cerca de Shanghái, predecía con absoluta claridad el peligro inherente a esta situación:

> Nuestro país no produce arroz, sino que depende para su alimentación de otras áreas. Cuando el trigo alcanza su maduración en verano, y las cosechas del otoño ya están creciendo, los barcos de los comerciantes que llegan cargados de arroz forman una fila continua […]. [Pero] si por casualidad hubiera un brote de hostilidades […] y las puertas de la ciudad no se abrieran durante diez días, y la gente hambrienta levantara sus voces en un clamor, ¿cómo podrían evitarse las revueltas y desórdenes?

Sus temores se hicieron realidad en 1641-1642 cuando, aun sin «un brote de hostilidades», el enfriamiento global destruyó la cosecha de arroz en todo el sur de China. Alrededor de 500 000 personas murieron de hambre y el orden público se colapsó[23].

Las «ciudades palacio».

Las «ciudades palacio», aquéllas con una gran población de funcionarios gubernamentales, por otra parte improductivos, que alimentar, eran más vulnerables debido a que normalmente tenían que importar una gran proporción de su comida, lo que los obligaba a buscar suministros más lejos —y, cuanto más larga es la cadena de suministro, más proclive a sufrir interrupciones —. De modo que, cada año, grandes convoyes de barcazas transportaban 450 000 toneladas de arroz (así como ingentes cantidades de trigo, mijo, alubias y otros alimentos) a Pekín a lo largo del Gran Canal, que se extendía cerca de 2000 kilómetros, hasta los fértiles arrozales del valle del Yangtsé. En 1641, una sequía en Shandong hizo que el Gran Canal se secara (por única vez en su historia). Además, a partir de 1642, el temor a los ataques por parte de bandidos interfirió en el mantenimiento rutinario (dra-

gados, construcción de diques y reparación de esclusas) e interrumpió el tránsito de los convoyes. Dado que la mayoría del arroz importado era para alimentar a los 300 000 habitantes de la Ciudad Interior (la familia imperial, burócratas, eunucos, artesanos, guardas, comerciantes y sus familias), el fracaso del último emperador Ming a la hora de alimentar a su propia gente contribuyó sin duda a su decisión de rendir la capital, sin apenas disparar un tiro, en 1644.

El aprovisionamiento del Estambul del siglo XVII, otra ciudad palacio, se asemeja sorprendentemente al de Pekín. La capital otomana importaba miles de ovejas y corderos, más de quinientas toneladas de ganado y quinientas toneladas de pan diariamente, porque el sultán (al igual que el emperador chino) necesitaba alimentar no sólo a la familia imperial, sino también a burócratas, eunucos, artesanos, guardias, comerciantes y sus familias, así como a los estudiantes de los colegios y madrazas ligadas a las mezquitas imperiales. También como Pekín, Estambul contaba con una importante red de suministro —Egipto, los Balcanes y las tierras en torno a los mares Egeo y Negro, que regularmente enviaban comida a la ciudad, parte de ella como tributo, como se había venido haciendo desde los tiempos de los romanos—, pero sujeta a interrupciones por causas naturales y humanas. Por ejemplo, en 1620-1621, el Bósforo se congeló, mientras que en 1641-1643 unas riadas del Nilo inusualmente débiles causaron una épica sequía en Egipto: ambos acontecimientos de origen climático redujeron espectacularmente el suministro de comida que se enviaba a palacio. La guerra también interfería en el suministro de alimentos: entre 1645 y 1658, cuando flotas enemigas impidieron repetidamente el paso de los barcos a través de los Dardanelos, los precios de los alimentos en la capital otomana se dispararon. En todo caso, como en Pekín, fuera cual fuera la causa, las familias de aquellos que normalmente eran alimentados por el Estado sufrieron la peor parte, lo que contribuye a expli-

car por qué el personal de palacio lideró las revueltas que culminaron en regicidio tanto en 1622 como en 1648[24].

En Madrid, la capital de la Monarquía española, los magistrados impusieron un programa diario según el cual cada pueblo cercano tenía que entregar una cantidad específica de trigo al granero especial destinado a alimentar a la corte. Cuando los suministros mermaron durante la desastrosa cosecha de 1630, los magistrados ampliaron el sistema tributario para incluir a más de quinientas comunidades situadas dentro de un radio de 96 kilómetros. Cada casa de estas comunidades se hizo responsable de suministrar una cuota fija de la cantidad requerida por la corte, treinta toneladas de trigo al día[25]. En 1647, el presidente del Consejo Real advirtió al rey:

> La multitud y continuación de las aguas ha[n] imposibilitado de [tal] manera el tráfico de los caminos que proveyéndose esta corte de los lugares de veinte leguas en contorno apenas pueden llegar los que están muy cerca, aviéndoseles ya acabado la arina y no pudiendo salir a el campo por leña para calentar los ornos. En los molinos an quedado muy pocas ruedas corrientes por averse inundado en mucha parte […]. La arina de Castilla la Biexa, que hacía la principal provisión, no entra por no vadearse los arroios. Los panaderos de esta Corte nunca an tenido forma, ni disposición, para cocer más de lo que suelen entre año, con que ha sido fuerza consumir toda la arina del pósito, de que se ba ya proveyendo trigo a los que le quieren, aunque no ay el competente para tan largo y extraordinario tiempo.

Los graneros de la ciudad pronto se vaciaron, y el ministro se preocupó «porque para cien personas que oy claman, tendrá Vuestra Majestad todo el pueblo en la plaça del palacio si faltase un día la provisión[26]». Para evitar el desastre, el gobierno volvió a extender unilateralmente el sistema del tributo de grano, rescindió todas las exenciones, desestimó todas las peticiones de alivio de las villas oprimidas y envió representantes a más de 190 kilómetros de la capital para requisar pan. Gracias a estas rápidas y radicales respuestas, Felipe IV nunca llegó a encontrarse con «todo el pueblo en la plaça del palacio[27]».

Las ciudades palacio no fueron las únicas en crear una sofisticada pero vulnerable red de suministro. Cuando otros centros urbanos rebasaron la capacidad de sus tierras interiores para alimentarlos, también se hicieron dependientes de distantes fuerzas de mercado. Así, las crecientes poblaciones de las más importantes ciudades portuarias de la costa atlántica europea (incluidas Londres, Ámsterdam, Amberes, Lisboa y Sevilla) dependían para el pan diario de la importación de grandes cantidades de grano de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, que gozaba de un suelo fértil, mano de obra barata y fácil acceso al transporte naval. A mediados del siglo XVII, entre 150 000 y 200 000 toneladas de grano bajaban al año por el Vístula para venderse en Dánzig, donde una media de 1500 barcos lo cargaban y transportaban a Europa occidental. Cualquier interferencia en este comercio —como la guerra entre Polonia y Suecia en la década de 1620, o cuando la bahía de Dinamarca se congeló a principios de 1658— hacía que el precio del pan se disparara de inmediato en las principales ciudades de la Europa atlántica, donde los miembros más pobres de su población se morían de hambre.

Las macrorregiones

Ningún asentamiento moderno era completamente autosuficiente: todos ellos necesitaban importar al menos algunos productos. Incluso los habitantes de los pueblos de las zonas altas, aislados parte del año por las nieves del invierno o las lluvias monzónicas, periódicamente recorrían el camino hasta la ciudad con mercado más cercana para vender su artesanía o su excedente agrícola y adquirir productos esenciales como sal para la conservación de alimentos o hierro para la fabricación de herramientas. A medida que la densidad de población fue aumentando en el siglo XVI, el número de ciudades con mercado se multiplicó de forma espectacular. En China, el número de mercados en la prefectura de Zhangzhou (Fujian) aumentó de 11 en 1491 a 38 en 1573, y a 65 en 1628. En Japón, las ciudades con mercado en la

mayor parte de las llanuras costeras se encontraban, en 1630, entre cuatro y seis kilómetros de distancia; mientras que en esa misma época, en Inglaterra, hombres y mujeres tenían que viajar una media de veinte millas hasta el mercado más cercano.

Los mercados alcanzaban su mayor densidad en torno a las ciudades importantes —en los condados de los alrededores de Londres, los mercados estaban por lo general a menos de kilómetro y medio, porque formaban parte de una zona de actividad económica que contaba con los mejores terrenos agrícolas, mayor densidad de población, núcleos de comunicación y transporte, y mayor acumulación de capital—. Los economistas las llaman «macrorregiones». La China de los Ming incluía ocho macrorregiones, cada una de ellas basada en un sistema fluvial y separada de las demás por barreras naturales. El subcontinente indio también incluía varias macrorregiones, incluyendo los valles de Gujarat y el Ganges; el Imperio otomano contaba con Egipto, las tierras en torno al mar Egeo y la región del mar Negro; en las Américas, Ciudad de México constituía el centro de una macrorregión; y lo mismo las llanuras de Kinai y Kanto en Japón. Entre las macrorregiones de Europa se incluía el cuadrilátero GénovaTurín-Venecia-Florencia en Italia; en Inglaterra, los condados de los alrededores de Londres; las provincias adyacentes de Holanda, Zelanda y Utrecht; y la Île-de-France. Muchos de los asentamientos de estas macrorregiones seguían una estrategia económica de alto riesgo, pero también alta rentabilidad: se concentraban en producir cultivos destinados al comercio que vendían a mercaderes y fabricantes, e importaban la comida que necesitaban de lugares lejanos[28].

En las épocas buenas, las macrorregiones generaban extraordinarias oportunidades económicas para los agricultores, pero a un alto riesgo. En primer lugar, gracias al aumento de la demanda externa y unos costes de transporte estables, muchos agricultores emprendían la transición de una agricultura general a otra espe-

cializada, invirtiendo en las herramientas, materias primas y mano de obra necesarias para producir un solo cultivo, o un conjunto reducido de ellos, para el mercado. Por ejemplo, en el ducado de Wurtemberg (suroeste de Alemania), en 1622, muchos agricultores e incluso comunidades enteras habían dejado de cultivar grano y convertido todas sus tierras en productoras de los vinos por los que hoy en día la zona sigue siendo famosa. Esto hizo que casi todo el mundo dependiera del grano importado para fabricar su pan de cada día y, por tanto, cuando aquel año la cosecha apenas alcanzó la mitad de la producción normal, gran parte de Wurtemberg pasó hambre[29]. En muchas zonas de la China oriental, también muchos agricultores se pasaron a los cultivos comerciales para el mercado, como azúcar, té, pescado, seda y algodón. Al principio, el trastorno que suponían estos cambios no era mucho. Por una parte, el arroz requiere un cultivo intensivo en marzo, mayo y julio, mientras que el algodón exige más atención en abril, junio y entre agosto y octubre; por tanto, la misma mano de obra podía producir ambos cultivos. Por otro lado, los estanques de peces llevaban mucho tiempo existiendo en los deltas de los ríos del sur, en cuyas orillas se cultivaban árboles frutales; los peces (principalmente carpas) se alimentaban de la materia orgánica que caía de los árboles, y el estiércol recogido de los estanques fertilizaba los árboles y los arrozales de los alrededores. Pero a medida que la creciente demanda fue haciendo subir el precio de la seda, los granjeros comenzaron a sustituir sus árboles frutales por moreras, el árbol de cuyas hojas se alimenta el gusano de seda, y también convirtieron los arrozales en estanques de peces con moreras plantadas en sus orillas. A primera vista, esto constituía un ecosistema sostenible, dado que casi todos los recursos minerales y energéticos necesarios se reciclaban. No era, sin embargo, un sistema cerrado: los que se concentraban en la producción de peces y seda ya no podían alimentarse por sí mismos y dependían completamen-

te del arroz producido a kilómetros (a menudo cientos de kilómetros) de distancia. Al mismo dilema se enfrentaron los agricultores chinos que abandonaron el cultivo de cereales para plantar algodón, al principio en los terrenos secos o en las zonas altas de sus arrozales, y luego en toda la extensión de sus propiedades. Aunque algunos años los minifundistas podían sacar una fortuna del algodón, el cultivo necesitaba tanto fertilizante como el arroz y era más vulnerable a las inundaciones, la sequía y los fuertes vientos. Como nadie almacenaba la cosecha anual, su valor de mercado inmediatamente reflejaba las variaciones en el clima y en el precio de los fertilizantes, así como en la demanda misma de algodón, todos ellos factores sobre los que los agricultores no tenían ningún control. De modo que, antes o después, el «cultivo milagro» fracasaba, o el mercado se colapsaba. En ambos casos, sus productores se morían de hambre.

La segunda oportunidad de oro para los agricultores que acompañó el crecimiento de las macrorregiones en el siglo XVI fue la ocasión de recuperar tierras inundadas. En el norte de Holanda, el crecimiento de Ámsterdam y otras ciudades adyacentes estimuló a los empresarios a recuperar 220 000 acres de lagos, estuarios y marismas entre 1590 y 1640, lo que dio lugar a la creación de 1400 nuevas y extensas fincas agrícolas. En China, en el siglo XVI se completaron más de mil nuevos proyectos de control de aguas, el doble que en el siglo anterior, y todavía fue mayor el número de planes abandonados que volvieron a ser puestos en servicio gracias a las reparaciones llevadas a cabo. En Japón, entre 1550 y 1640, los principales programas de recuperación de tierras duplicaron como mínimo el área de los arrozales. No obstante, todos estos proyectos hidráulicos eran vulnerables. Por una parte, requerían un constante mantenimiento: una inundación, cualquiera que fuera su causa, requería una actuación inmediata, ya que cuanto más tiempo se deja el agua, más difícil resulta el drenaje. Por otra, las tropas enemigas podía destruir fá-

cilmente diques y presas, e impedir las reparaciones. Estas acciones conllevaban el riesgo de generar desórdenes, tanto porque los campesinos que perdían sus tierras no tenían muchas más alternativas que unirse a los agresores, como porque las inundaciones creaban excelentes reductos en los que dichos agresores podían prosperar (*véanse algunos ejemplos chinos en el capítulo 5*[30]).

La tercera oportunidad de oro asociada a las macrorregiones era que el clima más cálido del siglo XVI, que reducía el riesgo de heladas que malograba las cosechas tanto tempranas como tardías, permitía un cultivo más intensivo para satisfacer la creciente demanda de alimentos de la cada vez más numerosa población. Los aumentos más espectaculares se produjeron en el sureste de China, donde el impuesto sobre bienes inmuebles variaba según el número de acres, más que en función de la producción, animando a los agricultores a plantar dos y hasta tres cultivos al año. Muchos contemporáneos incrédulos de la década de 1620 describieron este sistema, algunos de ellos, chinos —«en la provincia de Cantón hay campos en los que se recogen tres cosechas; la razón es su clima cálido»— y otros europeos —«obtienen tres cosechas consecutivas en un año, dos de arroz y una de trigo[31]»—. Tanto en China como en Japón, los agricultores experimentaron con varios tipos de arroz —de maduración más rápida (aunque con un rendimiento más bajo), resistente a la sal (para usar cerca del mar) o resistente al frío; sólo en Fujian llegaron a utilizarse 150 variedades, más de dos terceras partes de ellas en un mismo lugar.

En conjunto, estas mejoras llegaron a duplicar la producción de arroz en los años buenos, pero sólo entonces. La sequía, el frío y cualquier otro factor que impidiera la doble recolección empobrecía a los agricultores cuyo sustento dependía de la venta de los excedentes de sus cosechas, además de generar escasez o incluso hambre entre sus consumidores, ya fuera por falta de alimentos o por la incapacidad de comprar comida, a menudo con

resultados duraderos. En la India, la hambruna y las inundaciones de 1627-1631 acabaron con la producción de índigo y algodón en Gujarat dado que, al carecer tanto de un mercado para sus productos como de alimentos para comer, los tejedores se marcharon y no volvieron más. Asimismo, en Luzhou, en su día una próspera ciudad de la provincia de Shanxi (al noroeste de China), donde hasta la desastrosa cosecha de 1640-1642 «más de 3000 telares» tejían seda cruda importada, a partir de entonces:

> Todos los tejedores tuvieron que pedir préstamos, y a partir de ese momento sus deudas fueron creciendo hasta arruinarlos, por lo que para 1644 sólo quedaban doscientos o trescientos telares. Aunque los tejedores trabajaban esforzadamente para ellos mismos y para las exacciones oficiales, afanándose día y noche junto con sus mujeres e hijos, tenían que pagar todos sus gastos de su propio bolsillo y sólo acumulaban deudas, de modo que, ¿cómo podían seguir así? Ahora, en 1660, están pensando en quemar sus propios telares, negarse a pagar sus deudas y salir huyendo, con gran pena por su parte.

El colapso de los telares, por supuesto, afectó también a los que producían la seda cruda: la sericultura desapareció de la provincia vecina de Shanxi, pese a ser una tradición que se remontaba a 2000 años atrás. Los que abandonaron el cultivo de alimentos para centrarse en otros cultivos comerciales producidos para la exportación, como el azúcar, el té, el índigo o la amplia variedad de artículos fabricados a partir del bambú (plumillas, sombreros, paraguas, etc.), compartían la misma vulnerabilidad: cuando el suministro de los productos básicos fallaba, perdían tanto su mercado como la capacidad de alimentar a su familia[32].

La malevolencia y las macrorregiones

Aparte de las catástrofes ocasionadas por el cambio climático, las macrorregiones (al igual que las ciudades) también eran extremadamente vulnerables a la malevolencia humana. Para empezar, las innovaciones agrícolas y los cultivos comerciales requerían por lo general una importante inversión en activos fijos. Así, la producción de azúcar precisaba molinos de rodillo para moler la caña, cacerolas para cocer el jugo y bandejas para secar los cris-

tales; la manufactura de la seda necesitaba moreras (cada una de las cuales tardaba seis años en madurar), cubas para el teñido y telares para tejerla; la fabricación de tejidos de algodón exigía desmotadoras y telares[33]. Estos activos fijos podían ser saqueados o quemados por los enemigos, al igual que el equipamiento agrícola tradicional, pero en el primer caso el coste de los daños era mucho mayor y llevaba más tiempo de reparación. Por otra parte, como en el caso de los proyectos hidráulicos, lo que los maleantes podían destruir una vez, podían volverlo a destruir otra.

Una segunda forma en la que la intervención humana podía causar graves daños a las macrorregiones se derivaba de que, pese a constituir las mayores unidades económicas coherentes del siglo XVII, no conformaban un mercado único. En su lugar, según el acertado símil del historiador de economía Kishimoto Mio, eran como…

> … muchos estanques poco profundos conectados unos con otros mediante canales. Debido a su escasa profundidad, los estanques eran vulnerables a los cambios en las condiciones económicas externas. Por ejemplo, una entrada demasiado pequeña o una salida demasiado grande de dinero o mercancías podía inundar o secar fácilmente estos estanques y paralizar las economías locales […]. Incluso, aunque pudiéramos calcular el tamaño «total» de una economía sumando el volumen de agua de estos estanques, no tendría un significado real en la historia económica, a menos que dichos estanques estuvieran orgánicamente integrados en una sola economía. Tal vez tendría más sentido estudiar el flujo de dinero y de bienes que entra y sale de los «poco profundos» mercados locales desde el punto de vista de los habitantes del lugar, escuchando sus quejas sobre los destructivos efectos de las condiciones de mercado externas[34].

En el siglo XVII, estas quejas se multiplicaban cada vez que las guerras o las rebeliones cerraban los mercados y las rutas comerciales. Por ejemplo, en 1621, dos guerras simultáneas (entre la República de Holanda —el principal mercado para el grano báltico— y España, y entre Suecia y Polonia) conllevaron bloqueos específicamente dirigidos a impedir el transporte del grano báltico: en primer lugar, porque los barcos holandeses transportaban

la mayor parte de este producto, y en segundo, porque sus beneficios sostenían el esfuerzo bélico de la guerra polaca. Las exportaciones de grano a través de la bahía de Dinamarca cayeron de 200 000 toneladas en 1618 a 60 000 en 1624 y 1625. Tal y como los bloqueadores pretendían, esta caída arruinó a los agricultores polacos, a la vez que elevó los precios de la comida en la República de Holanda a su nivel más alto durante todo el siglo XVII. Los disturbios estallaron en varias ciudades holandesas y un alarmado político escribió en su diario que se les había echado encima «la plaga de Dios[35]».

Una década más tarde, en el este de Asia, otro bloqueo afectó gravemente a aquéllos cuya supervivencia económica dependía de la venta de sedas chinas en Japón. En la década de 1630, el sogún Tokugawa Iemitsu ordenó por primera vez que todos los japoneses residentes en el extranjero regresaran a casa y prohibió cualquier tipo de emigración; a continuación prohibió la construcción de grandes barcos en el archipiélago; y por último, todo el comercio con los portugueses. Iemitsu se había preparado cuidadosamente para el impacto económico de estas medidas en Japón. Por un lado, promulgó unas nuevas «leyes sobre la frugalidad y el lujo» destinadas a reducir el consumo de artículos importados como la seda; por otro, animó a los comerciantes holandeses, coreanos y chinos a aumentar sus importaciones de seda a fin de mantener un suministro constante[36]. Pero calculó mal: aunque los portugueses de Macao perdieron «el comercio más lucrativo que su majestad [Felipe IV] tiene por estos lugares» (tal y como Iemitsu pretendía), los holandeses, que esperaban beneficiarse, también perdieron debido a que cuando importaron grandes cantidades de seda, como pedía el sogún, se encontraron con que las nuevas «leyes sobre la frugalidad y el lujo» habían diezmado la demanda[37]. Por la misma razón, los chinos tampoco podían vender sus cargamentos en Japón: el precio de la seda cruda en el valle del Yangtsé descendió por tanto en pica-

do y sus productores empezaron a pasar hambre. Finalmente, los importadores nativos japoneses también sufrieron porque perdieron el capital —al menos 800 000 taeles de plata— previamente enviado a Macao para comprar sedas. Muchos se arruinaron, algunos huyeron y unos cuantos se suicidaron a fin de escapar de sus acreedores[38]. Todos los implicados en el comercio de seda chinojaponés sufrieron graves pérdidas, algunas de ellas letales, debido a una decisión política sobre la que no tenían ningún control y de la que no podían defenderse[39].

Los que vivían en las macrorregiones también estaban indefensos frente a otras iniciativas gubernamentales. Por ejemplo, dado que solían utilizar metálico para saldar las transacciones comerciales, la manipulación de la moneda los afectó mucho más que a las comunidades que continuaban basándose en el trueque. A principios del mundo moderno la moneda adoptaba dos formas: una, la utilizada por comerciantes, monarcas y demás personas que participaban en transacciones de gran valor y que consistía en monedas de plata y oro que tenían un valor intrínseco, como cualquier otra mercancía. Así pues, cambiando la cantidad de metal precioso contenido en cada moneda, los gobiernos podían manipular su valor de cambio frente a las monedas de otros Estados que contenían metal precioso. A mediados del siglo XVII, un número sin precedentes de gobiernos de todo el mundo manipularon la moneda, tanto para *hacer* dinero cuando reacuñaban monedas existentes a valores artificialmente elevados, como cuando tenían que efectuar pagos (de la misma forma que algunos gobiernos actuales se alegran de una devaluación monetaria porque reduce el coste real de sus deudas y aumenta la ventaja competitiva de sus productos domésticos). El gobierno español se situó a la cabeza, emitiendo una moneda de cobre barata (conocida como vellón) en 1618. Pasados ocho años ya había sustituido casi por completo a la plata en las transacciones domésticas. Como resultado, se produjo una inflación grave, y la prime-

ra medida del gobierno fue detener las emisiones de vellón y más tarde reducir a la mitad el valor nominal de todas las monedas de cobre. En cuatro ocasiones, entre 1636 y 1658, la Casa de la Moneda española recogió todas las piezas existentes y las reacuñó a un valor más alto (dos, tres e incluso cuatro veces su valor nominal), para sólo unos meses más tarde volverse atrás en vista de las protestas populares y restaurar el valor anterior.

Muchos gobernantes musulmanes también recurrieron a la desvalorización provocando un trastorno económico similar. En el Imperio otomano, el peso y el contenido de metal precioso de la moneda de plata estándar, el *akçe*, sufrió una serie de devaluaciones desde los 0,7 gramos en la década de 1580 a los 0,3 gramos de 1640, y a punto estuvo de desaparecer como instrumento de cambio. En Irán, un indignado pañero describió en verso lo que llamó la «revolución monetaria» de 1653-1654, en la que los acreedores temían ser pagados en las abundantes pero devaluadas monedas de plata del sah, que llevaban grabada la cabeza de un león:

El dinero abunda, pero ni los mendigos lo quieren,
como si el león fuera a comérselos…
El acreedor huye del prestatario,
lo nunca visto en el mundo…
En el momento de la revolución monetaria,
me preocupaba tanto la penuria como la abundancia[40].

En China, a los súbditos de los últimos emperadores Ming también les preocupaba que los cada vez mayores gastos en defensa condujeran a la emisión de grandes cantidades de dinero fiduciario, y luego, cuando las reservas de cobre empezaran a escasear, a monedas adulteradas con metales comunes. El tipo de cambio entre monedas de plata y cobre cayó de 1:1700 en 1638 a 1:3000 en 1643. En este punto, el desesperado emperador Chongzhen empezó a emitir papel moneda, pero (comprensiblemente) nadie creyó que los billetes fueran a ser nunca reembolsados, por lo que ese recurso también fracasó. Lo peor vino a con-

tinuación: los Qing se negaron a aceptar las piezas de cobre Ming como moneda de curso legal, de modo que el tipo de cambio entre las monedas de plata y cobre cayó a 1:5000 en 1646, y a 1:6000 en 1647. Finalmente, al igual que en Europa central durante la década de 1620, las piezas de cobre perdieron todo su valor: en palabras de un contemporáneo, «cien monedas apiladas apenas medían una pulgada de grosor, y cuando se lanzaban al suelo se rompían en pedazos[41]».

Los historiadores económicos todavía siguen debatiendo hasta qué punto estos cambios tan drásticos en la liquidez afectaron al primer mundo moderno. Obviamente, la importancia de las monedas de plata y oro para cada área geográfica y cada grupo social aumentó en proporción a su dependencia del dinero frente al trueque y, como cabía esperar, el trueque se extendió por muchas partes del mundo. No obstante, el comercio —y especialmente el comercio exterior— parece haber ejercido un «efecto multiplicador» sobre las variaciones en los tipos de cambio. Por usar otro planteamiento de Kishimoto Mio, a diferencia de otros artículos,

> … más pronto o más tarde, el dinero genera unos ingresos añadidos para otros a través del gasto. La plata que fluía anualmente hacia un mercado regional creaba a su vez una demanda en otros mercados regionales a través de unas sucesiones de cambio encadenadas. Por ejemplo, los productores de seda cruda vendían su seda a comerciantes de fuera y conseguían plata, con la cual podían comprar alimentos a los agricultores de su vecindario. Los que obtenían esa plata de la venta de alimentos compraban tela de algodón u otra variedad de artículos […], etc. Si la entrada de plata se interrumpía por alguna razón, los productores de seda se quedaban sin dinero para comprar comida, y los productores de comida tampoco tenían dinero para comprar tela de algodón. La disminución de los ingresos se propaga mediante una reacción en cadena[42].

El «modelo» de Kishimoto explica por qué los contemporáneos prestaban especial atención al «flujo» de la plata y otros artículos, más que a las existencias: lo que importaba no era la capacidad de acumular bienes, sino la capacidad de venderlos. En la década de 1650, después de treinta años de guerra, cuando las enfermedades y las hambrunas habían disminuido drásticamente

la demanda en Jiangnan, una sucesión de veranos cálidos había producido unas extraordinarias cosechas de arroz, pero todo esto supuso un desastre para los cultivadores. Según uno de ellos: «Este año, el precio del arroz estaba muy bajo, a un nivel que nunca se había visto durante varias décadas. La gente humilde de las aldeas más pobres comía un arroz excelente y hacía pastelillos, mientras que en mi casa el último día del año [una fiesta china tradicional] no tuvimos nada para comer a mediodía». Durante la década siguiente, la decisión del gobierno Qing de prohibir todo el comercio marítimo, aislando a Jiangnan de sus tradicionales mercados de exportación extranjeros, volvió a hacer que la oferta superara a la demanda. Según una fuente local:

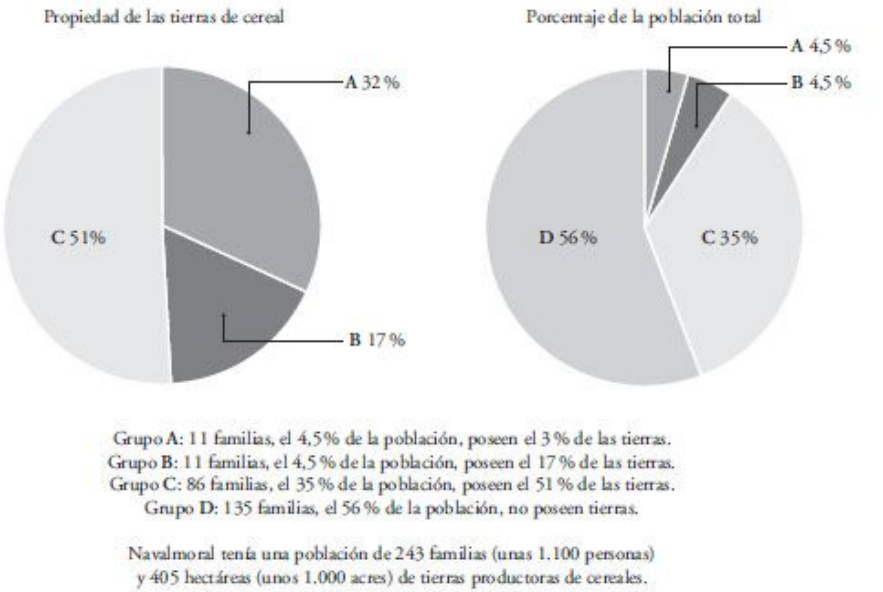
> Incluso los ricos con muchas propiedades rara vez tienen algo de plata, por lo que no son capaces de comprar grano, comida y ropa, pese a que todo ello está barato. A consecuencia de ello, los vendedores de estos artículos [al no hacer negocio y carecer de dinero] tampoco pueden consumir productos […]. Como resultado, tanto el grano como cientos de mercancías sin vender se amontonan en los mercados de Suzhou. Los buenos comerciantes pierden sus fondos y los ricos no tienen un céntimo.

O, más concisamente, según un aforismo chino de la época, «los ricos se vuelven pobres, los pobres se mueren[43]».

«El tener y el no tener».

En la segunda parte de *Don Quijote*, publicado en Madrid en 1615, Miguel de Cervantes atribuía a su flemático escudero Sancho Panza un proverbio hoy famoso: «Dos linajes solos hay en el mundo, como decía una agüela mía, que son *el tener y el no tener*[44]». Cuando Cervantes escribió esto, el pueblo de Navalmoral de Toledo, en el centro de España, tenía una población de unas 250 familias, de las cuales cincuenta eran del linaje del «no tener», no poseían ninguna propiedad. Por el contrario, vivían en casuchas, a veces sin un solo mueble —en el inventario de sus propiedades al morir no constaba ninguna silla, mesa o cama— y sobrevivían con lo que ganaban trabajando para el linaje del «tener». Además, veinte viudas vivían solas en el pueblo sin aparen-

temente ninguna fuente de ingresos, y diecisiete individuos, descritos como mendigos, carecían incluso de morada permanente, y dormían en graneros o en buhardillas en invierno y bajo un seto en verano (*figura 6*). En las primeras décadas del siglo, una mala cosecha obligaba a subir el precio de la comida, y además requería menos mano de obra para recogerla, de modo que «los que no tienen» pasaban hambre, pero rara vez morían de ello porque el linaje del «tener» les daba limosnas, en tanto que la Iglesia utilizaba el diezmo (un 10 por ciento de la cosecha) para caridad. Sin embargo, si la penuria continuaba, no sólo aumentaba el linaje del «no tener», sino que el diezmo también disminuía proporcionalmente. Por ejemplo, en 1618, un año de buena cosecha (y, por tanto, de buenos diezmos), la iglesia de una aldea española cercana a Navalmoral distribuyó 12 000 maravedís (algo más de seis euros) en limosnas; pero, en la de 1630, cuando la producción de las cosechas cayó, la suma descendió a 2000 maravedís anuales; mientras que en 1645, 1647 y 1649, los años de las peores cosechas del siglo, el párroco anotó con tristeza en su libro de cuentas: «No se han dado limosnas, porque no hay nada que dar[45]».



6. La estructura social de Navalmoral a principios del siglo XVII. De las 243 familias que vivían en esta remota villa de las tierras altas al sur de Toledo, once poseían un tercio de las tierras del pueblo, veintidós familias tenían la mitad de ellas y 108 se repartían el resto. Los demás habitantes eran «los desposeídos», muchos de ellos sin hogar.

Al grupo de los que no tienen no les iba mejor en otros lugares. Incluso en Inglaterra, el único Estado europeo que contaba con sistema de bienestar obligatorio (la *Poor Law*, Ley de Pobres), una mala cosecha duplicaba, triplicaba e incluso cuadruplicaba la cantidad requerida por parte de los ricos para salvar a los pobres de morir de hambre, de modo que, en palabras del historiador social Steve Hindle, es «difícil comprender cómo el trabajador agrícola y su familia podían llegar a acabar el año» a mediados del siglo XVII. El trabajo agrícola remunerado ya no era «una forma de vida en sí, sino simplemente un complemento de dinero en efectivo para una subsistencia basada en el cultivo de los huertos propios y la explotación de zonas comunales», de vez en cuando aumentado por las ayudas a los pobres; y esta precaria situación «hacía imperativa la participación de todos los miembros de la familia en los esfuerzos de producción de la economía familiar». Salvo que lo impidiera la discapacidad o debilidad, hasta

finales del siglo XVII la mayoría de los ingleses corrientes empezaba a ganarse la vida a la edad de seis o siete años y «se mataba a trabajar, literalmente[46]».

Por supuesto, la situación de los «hombres y mujeres corrientes» era todavía peor en las zonas en guerra. En el valle de Maas, en el sur de los Países Bajos, los magistrados de Sint-Truiden cancelaron su feria anual en 1630 a causa de «estos tiempos de guerra, de escasez de grano, de enfermedades contagiosas y de miseria». Cuatro años más tarde, el párroco de la vecina Emael escribió en su diario: «Este año la enfermedad, la guerra, la hambruna y los incendios nos han puesto a prueba hasta un grado inconcebible. Primero, el pueblo sufrió una virulenta peste durante los meses de junio y julio, que se cobró diecisiete víctimas. Inmediatamente después, inesperadamente, llegó la guerra» cuando tres regimientos españoles (es decir, las tropas enviadas para defenderlos) «acamparon aquí. Su comportamiento no pudo ser más bárbaro: lo destruyeron todo, talaron árboles, demolieron por completo muchas casas, y pisotearon todo el grano que no pudieron robar, sin dejar siquiera lo bastante para aliviar el hambre de los pobres agricultores. Por esa razón este año no hemos cobrado el diezmo». Aunque ninguno de estos desastres era en sí mismo nuevo, pocas veces, si es que alguna, habían coincidido: en todo el Maasland, los recibos del diezmo durante 1634 (que reflejaban la producción agrícola y, como en España, constituían la principal fuente de alivio para los pobres) descendieron al nivel más bajo registrado nunca entre 1620 y 1750[47].

También en China la producción agrícola cayó hasta sus niveles más bajos a mediados del siglo XVII y, una vez más, supuso el colapso de las formas tradicionales de caridad. Cada capital de condado mantenía (al menos en teoría) un granero «siempre lleno» gestionado por el Estado, con pequeños almacenes adicionales repartidos por otros lugares para «alimentar a la gente»; pero llegado el siglo XVII muchos de ellos estaban vacíos, ya fuera

debido a la corrupción o a la incompetencia. En un intento por evitar el desastre, algunos grupos de ciudadanos concienciados crearon por tanto «sociedades voluntarias para hacer el bien». Algunas distribuían ayudas a las viudas sin recursos, ropa de abrigo para los pobres en invierno, y ataúdes en los que enterrar los cadáveres sin reclamar; otras instalaban comedores de beneficencia y adelantaban dinero a los pequeños negocios en apuros; otras establecían orfanatos, dispensarios médicos y escuelas para los pobres. La mayoría de las sociedades voluntarias, sin embargo, sólo prestaban ayuda a una minoría selecta. Algunas hacían una «evaluación de antecedentes» antes de asignar a los solicitantes una «cartilla de racionamiento»; otras sólo ayudaban a los recomendados por sus miembros (incluyendo sus propios parientes, a fin de eludir la responsabilidad de mantenerlos). De modo que la caridad privada apenas llegaba a tocar la superficie de la pobreza. En 1641, en vísperas de la gran hambruna, el fundador de una sociedad benéfica en la provincia de Zhejiang afirmaba que aunque en ese momento prestaba ayuda a «trescientas o cuatrocientas personas» (comparado con sólo unas pocas docenas una década antes), temía que «el número de personas a las que se mantiene con vida o se les proporciona entierro sigue siendo de entre un 10 y un 20 por ciento o menos» del total de los pobres[48].

Incluso esta caridad limitada a menudo se interrumpió durante la transición Ming-Qing. En el condado de Tancheng (Shandong), la élite local informó a un recién llegado magistrado en 1670 de que una área «lleva tiempo devastada y en la indigencia. Hace ya treinta años que sus campos están cubiertos por el agua de las inundaciones o la maleza». La hambruna, la enfermedad y el bandidaje ya habían dejado despoblado el condado en la década de 1630; el ejército manchú asoló el condado y expolió su capital en 1642; las lluvias hicieron que los ríos de la zona se desbordaran, destruyendo la cosecha en cuatro ocasiones entre 1649 y 1659. De modo que, según los cálculos, la mano de obra forza-

da descendió de algo más de 40 000 varones útiles en la década de 1630 a por debajo de 33 000 en 1643 y de 10 000 en 1646. En 1670 informaban al nuevo magistrado de que «mucha gente no daba ningún valor a su vida porque el área estaba tan devastada y yerma, el pueblo llano era tan pobre y había sufrido tanto, que básicamente no había disfrutado nunca de ninguna de las alegrías de estar vivo[49]».

La gente de Shandong no era la única que creía haberse enfrentado a los horrores de una adversidad sin precedentes. Otros, especialmente los que vivían en tierras marginales, ciudades o macrorregiones, se lamentaban en tono similar. Enomoto Yazaemon, un oficial japonés que vivía cerca de Edo, pensaba que «el mundo estuvo en llamas desde que yo tenía quince años [1638] hasta que cumplí dieciocho». En Europa, un comerciante de telas alemán se quejaba de que «ha habido tantas muertes como nunca antes en la historia de la humanidad»; mientras que un cronista de Borgoña vio «la cara de la muerte por todas partes» cuando la guerra, la peste y las malas cosechas golpearon simultáneamente. «Vivíamos de la hierba que cogíamos de los huertos y los campos —escribió—. La posteridad nunca creería esto». Un pastor alemán expresaba con la misma resignación: «Nuestros descendientes nunca creerán las miserias que hemos padecido»; en tanto que uno de sus colegas del clero se preguntaba retóricamente: «¿Quién podría haber descrito tantos viles bellacos, con todos sus endiablados trucos e infames villanías? […] Yo no habría tenido ni tiempo ni ocasión, ni habría encontrado plumas, tinta o papel suficientes[50]». El pesimismo y la incredulidad de estos escritores sólo se explican cuando analizamos con más detalle la escala de la catástrofe demográfica que habían presenciado, una catástrofe que probablemente redujo el tamaño de la población global en un tercio.

4

«Un tercio del mundo ha muerto»: sobrevivir en el siglo XVII[1]

La espectacular disminución en el suministro de comida a mediados del siglo XVII, ya fuera debido a la intervención humana o natural, obligó a muchas comunidades a tomar medidas urgentes y extremas para reducir su consumo de alimentos. La forma fácil y efectiva de hacerlo era reduciendo el número de bocas que alimentar; y aunque este proceso adoptó diferentes formas en diferentes partes del mundo, en casi todas la población descendió de forma constante desde la década de 1620 hasta que emergió un nuevo equilibrio entre la oferta y la demanda de recursos básicos, que en muchos casos no se produjo hasta la década de 1680.

La escala exacta de la contracción demográfica es difícil de documentar. En 1654, la abadesa del convento de Port-Royal, cerca de París, lamentaba que «un tercio del mundo ha muerto», en tanto que, una generación más tarde, el emperador chino afirmaba que durante la transición de la dinastía Ming a la Qing, «más de la mitad de la población de China ha perecido». Muchos datos estadísticos que han llegado hasta nosotros refrendan estas afirmaciones. Por ejemplo, los registros parroquiales de Île-de-France, donde se encontraba Port-Royal, muestran que «casi un cuarto de la población desapareció en un solo año». En China, el intento de restablecer los niveles de población en el condado de Tongcheng, en Jiangnan, entre 1631 y 1645, muestra que algunas áreas sufrieron más de un 60 por ciento de pérdidas[2]. El número de familias con rentas gravables en la Polonia occidental también cayó más del 50 por ciento entre el censo de 1629 y el de 1661, mientras que más hacia el este, los registros fiscales en lo que ahora se conoce por Bielorrusia muestran caídas de entre un 40 y un 95 por ciento en las poblaciones urbanas, entre 1648 y 1667 *(véase capítulo 6)*. En Alemania, algunas zonas de Pomerania y Mecklemburgo, al norte, así como de Hessen y el Pa-

latinado, en el centro, perdieron aparentemente dos tercios de su población entre 1618 y 1648. Wurtemberg, al suroeste, contaba con una población de 450 000 habitantes en 1618, pero sólo 100 000 en 1639.

No siempre que los registros demográficos detallados registran una caída revelan las causas exactas. Así, los boletines de mortalidad de Londres, en los que se publicaba el total de entierros semanales en cada parroquia de la capital y las causas de la muerte, incluían misteriosas desgracias como «maldito», «espantado» y «desmollerado», e incluso diferentes tipos de homicidios («asesinado y disparado»), enfermedades reconocibles («viruela», «sífilis») y situaciones («de parto»), además del suicidio («ellos mismos se ahorcaron», *lámina 5*). Considerados en conjunto, los boletines y otros datos disponibles revelan en todo caso tres mecanismos diferenciados que redujeron la población durante el siglo XVII:

- Más muertes por causa del suicidio, la enfermedad o la guerra.
- Menos nacimientos, bien por aplazamiento o renuncia al matrimonio, o por infanticidio o abandono infantil.
- Más emigración.

I. MUERTE: « NUNCA PREGUNTES POR QUIÉN DOBLAN LAS CAMPANAS»[3]

Suicidio

En el siglo XVII, un número sin precedente de personas parecen haber reaccionado a la adversidad quitándose la vida. Durante una hambruna en Escocia en 1630, algunos clérigos repasaron las sombrías alternativas a las que se enfrentaban sus parroquianos: «En muchos rostros se ve la imagen de la muerte. Algunos devoran despojos marinos como las algas; otros comen perros [...]. Muchos están en una situación tan extrema que se ven forzados a robar y por ello son ejecutados; *y algunos se han lanzado desesperados al mar para morir ahogados*». Más o menos por esa misma época, un católico en la corte de Carlos I se regodeaba en una epidemia de suicidios entre clérigos protestantes: «Un clérigo (y, según dicen, excelente predi-

cador)» se había «estrangulado a sí mismo con un liguero, lo mismo que hace poco otro pastor en Mánchester»; «un tercero […] se ha clavado su propia espada», en tanto que el doctor Henry Butts, vicecanciller de la Universidad de Cambridge «se ha ahorcado el Domingo de Resurrección por la mañana». En 1637, el prólogo a un exhaustivo tratado inglés sobre suicidio (trescientas veintiséis páginas más el índice) afirmaba que «pocas épocas desde el principio del mundo han proporcionado más ejemplos» de personas que se «han ahogado voluntariamente» o suicidado de otras maneras. «Hay muchos más suicidios de los que el mundo tiene constancia», anunciaba. «Sí, el mundo está lleno de ellos[4]».

En Inglaterra, el suicidio no sólo era delito, y como tal llevado a los tribunales, sino objeto de rituales «vergonzantes», como arrastrar el cadáver por las calles y (en algunos condados del sureste) darle sepultura en tierra no consagrada con una estaca clavada en el corazón. Pese a que la desaparición de muchos archivos de mediados del siglo XVII hace casi imposible documentar las fluctuaciones, las pruebas que se conservan sugieren que en Inglaterra se suicidaba casi el doble de hombres que de mujeres, que casi un tercio de ellos eran menores de veinte años y que aproximadamente una quinta parte superaba los sesenta años. Aunque sólo podemos tratar de adivinar los motivos, la declaración de los testigos ante los tribunales, así como el testimonio de los que intentaron quitarse la vida pero fracasaron, apuntan a dos categorías muy amplias. Algunos se sentían abrumados por una amenaza directa a su supervivencia psicológica o física, como el dolor por la muerte de un ser querido, conflictos familiares o miedo. Por ejemplo, varias madres y unos pocos padres se suicidaban tras la muerte de un hijo, un niño de nueve años trató de ahogarse porque no quería seguir viviendo en la pobreza y la miseria, una joven se quitó la vida por no poder casarse con el hombre al que amaba, y un aprendiz de doce años se ahorcó porque, después de escapar de su brutal maestro, sus padres lo volvieron a mandar con él. Un segundo grupo de desdichados se mataba porque había perdido su posición social y era incapaz de vivir

con esa vergüenza, como las mujeres que se quedaban embarazadas fuera del matrimonio (especialmente como resultado de incesto o violación), o los que habían sufrido una humillación pública, como un empleado que se disparó un tiro en prisión tras ser arrestado por sus deudas[5]. Entretanto, en la Escocia del siglo XVII, más del triple de hombres que de mujeres «se quitaban de en medio», de los cuales algo más de la mitad eran agricultores, y algo más de una cuarta parte de ellos trabajaba en las ciudades. Los datos que nos constan de Baviera demuestran la dificultad de conseguir una mayor precisión: de los aproximadamente trescientos casos de suicidio referidos por los tribunales del ducado entre 1611 y 1670, casi el 90 por ciento ocurrieron antes de 1635, una distribución claramente sesgada que, más que la ausencia de suicidios, probablemente refleja el colapso del sistema judicial durante la guerra de los Treinta Años, pero, dado que los archivos de los tribunales correspondientes a otras décadas muestran que los suicidios a menudo aumentaron (o al menos se hicieron más visibles) durante las épocas de crisis económica y política, parece altamente probable que el suicidio se hiciera más frecuente a mediados del siglo XVII.[6]

Los suicidios en China también aumentaron en este período, pero no siempre por las mismas razones. Así, aunque al igual que en Europa, entre los motivos se incluían la melancolía, la miseria económica y las decepciones amorosas, además de la desesperación durante un período convulso, la pretensión de muchos era humillar, avergonzar o dañar a alguien. Esto podía conseguirse con relativa facilidad, ya que la ley china insistía en que un cadáver debía permanecer sin tocar hasta que el magistrado local llegara y llevara a cabo una investigación exhaustiva, que a menudo sacaba a la luz las denigrantes crueldades, engaños e insultos que habían llevado a alguien a quitarse la vida. Para eliminar cualquier posible duda, muchas personas desesperadas se suicidaban en el lugar exacto en que ese tratamiento vejatorio se había producido: el aprendiz humillado en el taller de su maestro, la joven casada sin hijos a la puerta de su cruel suegra, los miembros de una familia que se moría de hambre

en el huerto de un magistrado local que no se había preocupado de «alimentar a la gente», lo que era considerado el primer deber de los funcionarios del gobierno en toda la China imperial (*lámina 5*).

Dichos suicidios «en venganza» pudieron haberse incrementado durante la turbulenta transición de la dinastía Ming a la Qing, dado que la escasez de recursos aumentó las tensiones y la desesperación dentro de las familias, pero hubo otros tres factores que influyeron significativamente en el total de mujeres que se quitaron la vida. El primero, la doctrina confucionista animaba a las mujeres a cometer suicidio si se encontraban bajo alguna de estas dos circunstancias: las que habían sido violadas o sufrido otro tipo de «deshonra» debían quitarse inmediatamente la vida para «evitar la vergüenza», mientras que las viudas debían «seguir a su marido» a la tumba en cuanto él muriera. El colapso del orden público a mediados del siglo XVII incrementó espectacularmente el número de mujeres afectadas por ambos preceptos.

Cuando las fuerzas de los Qing tomaron al asalto Yangzhou en 1645 (muchas mujeres de la ciudad se tiraron a pozos o se ahorcaron, mientras que otras se quemaron vivas en su propia casa o se cortaron el cuello antes que caer en manos de los soldados y ser violadas, esclavizadas u obligadas a presenciar el maltrato y asesinato de sus familias[7]. Algunas jóvenes se cortaron la nariz o las orejas para que no pudieran obligarlas a volverse a casar (los ritos confucionistas exigían que el cuerpo estuviera «entero»); otras, antes de suicidarse, redactaron una breve autobiografía en prosa seguida de algunos versos en la que expresaban la angustia ante su difícil situación, dando lugar a un nuevo género de literatura, el *tibishi*, o «poemas escritos en las paredes». La «nota suicida» dejada por Wei Qinniang, «una chica de Chicheng» (provincia de Zhejiang), resulta representativa. Sólo tres meses después de haberse casado, los soldados la capturaron, llevándosela lejos de su marido (cuyo destino ella nunca supo). De algún modo, ella consiguió escapar y según dejó escrito, «desfiguré mi cara y me cubrí de suciedad para borrar mis huellas. Durante el día pedía limosna junto a la carretera y por la

noche me tumbaba sobre la hierba azulada. Ahogaba mis sollozos y lloraba en secreto, por temor a que otros me encontraran». Al final halló cobijo en un templo abandonado donde «ante la imagen de mi sombra, sentí pena de mí misma: mi preciosa cara estaba desfigurada por el polvo y el viento, y toda mi ropa llena de barro». Finalmente, «al no tener noticias de mi hogar, recité algunos cuartetos y, entre lágrimas, los escribí en las paredes. Si algún hombre virtuoso y compasivo se los hace llegar a mi familia, al menos mis pobres padres lo entenderán». Luego se suicidó. Su conmovedora despedida, escrita sobre la pared del templo que le sirvió de refugio, es todo lo que sabemos de ella[8]. Otras mujeres de la élite se suicidaron por lealtad a la dinastía Ming. Justo antes de morir, la madre adoptiva del funcionario y erudito Gu Yanwu le dijo a éste: «Aunque sólo soy una mujer, he gozado del favor de la dinastía [Ming]; morir con ella no es más que mi deber». Cuando llegó la noticia de que las tropas de los Qing estaban aproximándose a su casa, dejó de comer y murió quince días más tarde[9].

Otras muchas mujeres chinas se suicidaron cuando la guerra acabó con la vida de sus maridos. En 1621, por ejemplo, la esposa de un funcionario de un pueblo de Liaodong se enteró de que éste había sido tomado por las fuerzas manchúes. Dando por hecho que su marido había muerto heroicamente por la causa de los Ming, «indujo al suicidio a más de cuarenta parientes y criados de su casa, saltando a un pozo con su propia nieta en los brazos». Algunos maridos no esperaban menos. Justo antes de la caída de Yangzhou, en 1645, Shi Kefa, el comandante Ming, escribió dos cartas de despedida a su esposa, en las que le inquiría claramente: «[Dado que] antes o después debo morir, me pregunto si mi esposa está dispuesta a seguirme[10]». Incluso el joven erudito Wang Xiuchu esperaba que su mujer, encinta, se suicidara en lugar de sobrevivir sola, y le informaba: «Los soldados enemigos han entrado en la ciudad. Si las cosas no salen bien, deberías segar tu vida». «Sí —le respondió su mujer—: Deja que te entregue las pocas cosas de plata que tengo para que tú las guardes». Y a continuación afirmó entre sollozos:

«Las mujeres como yo, en situaciones como ésta, ya no piensan en seguir en el mundo». Así, tanto el soldado Shi como el erudito Wang (en palabras de Lynn Struve) «esperaban que sus mujeres antepusieran el honor y el bienestar de sus esposos y familias a la conservación de su propia vida. Los tiempos de graves perturbaciones, como el conflicto Ming-Qing, exigieron estos sacrificios a cientos de miles de mujeres[11]».

En «tiempos de graves perturbaciones» también aumentaban los suicidios entre los varones. Muchos altos funcionarios de los Ming se suicidaron conforme a las enseñanzas de Confucio: «Los comandantes de las tropas deben morir si son derrotados; los administradores del Estado también tienen que morir cuando el Estado esté en peligro». Muchos así lo hicieron, especialmente en el sur. Cuando el ejército manchú se aproximaba a Yangzhou, un joven académico declaró: «Las cosas han llegado a un punto que leeré los libros del sabio y, conservando mi honor, moriré»; y, así, con el *Libro de las mutaciones* abierto en su mano, saltó dentro de un pozo y se ahogó. Un colega suyo se mató junto a la imagen de Confucio, mientras que otros se ahorcaron después de escribir los poemas correspondientes. Otros se ahogaron en el Yangtsé, en el Gran Canal o en el pozo de su pueblo, y unos pocos se escondieron y se dejaron morir de hambre[12].

Unos pocos afirmaban que estos sacrificios no eran necesarios —en su *Jiashen zhuanxin lu [Crónica creíble de 1644]*—, el funcionario Qian Xing sostenía (tras cambiar su lealtad de los Ming a los Qing) que «si todo el mundo muere en el momento de una catástrofe nacional, todo el país se irá al garete; el monarca morirá, y el mundo entero se entregará en bandeja de plata», pero el suicidio siguió siendo común. Cuando en 1670 un nuevo magistrado asumió su puesto en el condado de Tancheng, en la provincia de Shandong, comentó que «la zona estaba tan desolada y yerma que mucha gente no tenía en valor su vida», y «no había día que uno no se enterara de que alguien se había colgado de una viga. Cada tanto, otros se cortaban el cuello o se tiraban al río». Esta práctica continuaba siendo

lo bastante común en 1688 como para justificar un edicto imperial que prohibía a las viudas «tomarse la vida a la ligera» y suicidarse. En su lugar, debían servir a sus suegros y criar a sus hijos[13].

Los suicidios aumentaron notablemente durante la crisis de mediados del siglo XVII en otras dos sociedades: la rusa y la india. En la primera, la práctica quedaba prácticamente limitada a los varones. A partir de 1630, un grupo de cristianos ortodoxos, convencidos de que el fin del mundo era inminente, se enclaustraron en ermitas y conventos. Algunos de ellos, conocidos más tarde como «viejos creyentes», concluyeron que el zar era el anticristo y que sus equivocadas innovaciones religiosas los acercarían aún más al Apocalipsis y, a partir de la década de 1660, desafiaron su autoridad. Cuando el gobierno envió tropas contra ellos, prefirieron suicidarse a rendirse. Según un estudio, «el número total de suicidios fue de decenas de miles[14]».

En la India, en cambio, el suicidio solía ser más frecuente en mujeres. Los hindúes creían que una mujer virtuosa tiene el poder de preservar y prolongar la vida de su marido; y aunque esto le confería un estatus importante mientras estaba casada, la convertía en culpable en el caso de que su esposo muriera. Las viudas hindúes respetables debían expiar su «culpa» cometiendo el *suttee* (derivado de *sati*, «mujer virtuosa»), bien arrojándose a la pira funeraria de sus maridos o dejándose enterrar vivas junto a éste. Para su familia política, el suicidio resolvía además otro problema. La costumbre hindú otorgaba a la viuda el derecho tanto a compartir los bienes de su difunto marido como a recibir ayuda de la familia de éste, y el *suttee* acababa irrevocablemente con ambas obligaciones. Las viudas que se negaban al *suttee* eran inmediatamente marginadas: no podían volver a casarse, y muchas se convertían en esclavas o prostitutas (de hecho, en Marathi, «la palabra *viuda* y la palabra *prostituta*» eran intercambiables en algunos contextos). Aunque los gobernantes musulmanes (incluidos los mogoles) trataron de abolir el *suttee*, muchos visitantes europeos pudieron presenciarlo. Por ejemplo, en 1630, en Gujarat, Peter Mundy, un trotamundos de Cornualles,

observó asombrado cómo la bella viuda de un comerciante hindú trepaba por una estructura especial a lo alto de la pira funeraria y tomaba la cabeza de su marido en su regazo antes de prenderse fuego ella misma con la leña que la rodeaba[15]. Aunque no tenemos constancia de la cifra total oficial de *suttees*, un comerciante holandés residente en la capital mogola en la década de 1620 afirmó que «*en Agra esto suele producirse en torno a dos o tres veces por semana*». Parece razonable pues suponer que la presión ejercida sobre las viudas para que cometieran suicidio aumentara como respuesta tanto a la mayor mortalidad de los hombres a consecuencia de la guerra, como a la también mayor presión sobre los recursos causada por la hambruna[16].

Enfermos de muerte

Durante el siglo XVII, en prácticamente todas partes la enfermedad más letal fue la viruela. El virus de la viruela se extiende rápida y directamente entre los seres humanos mediante inhalación, y antes de que se introdujeran medidas preventivas, mataba alrededor de un tercio de las personas infectadas, la mitad en el caso de niños y mujeres embarazadas. Además, según una experimentada comadrona francesa, «casi todas las mujeres embarazadas infectadas [de viruela] sufren abortos, y sus vidas corren grave peligro». Los supervivientes a la viruela, tras varias semanas de agonía, a menudo quedaban desfigurados por sus cicatrices, miembros deformados o atrofiados, o la vista dañada. La viruela no hacía excepciones: entre las dinastías reinantes de Europa occidental, se llevó al hermano de Felipe IV, el cardenal infante, en 1641, y a su hijo y heredero Baltasar Carlos en 1646; al príncipe Guillermo II de Orange en 1650; a dos hermanos de Carlos II de Inglaterra en 1660; a su sobrina la reina María II en 1694; y al heredero de Luis XIV en 1711. El único aspecto «positivo» de esta enfermedad era que los que sobrevivían a ella quedaban inmunizados de por vida[17].

La gravedad y la difusión de la viruela parece que aumentaron en el siglo XVII. Un tratado inglés de 1665 sobre «la tiranía de las enfermedades» dedica una sección entera a su aparente «alteración de

su anterior estado y condición»; en concreto, afirmaba que la viruela era «muy suave» hasta «hace aproximadamente cuarenta años o menos», y fue haciéndose mucho más letal a partir de entonces[18]. Tres consideraciones apoyan esta opinión. La primera que, dado su carácter altamente contagioso, una vez la viruela entraba en una comunidad, se extendía rápidamente; por tanto, la proliferación de áreas de gran densidad de población, como las ciudades o macrorregiones, aumentó las muertes en masa a causa de epidemias. La segunda, que el transporte de esclavos africanos tanto a Europa occidental como a América introdujo unas cepas del virus nuevas y aparentemente más letales, procedentes de estos continentes. Y la tercera, que las comunidades poco expuestas a la viruela siempre sufren un índice de mortalidad más alto en el primer contacto, y cuando algunas áreas que antes estaban aisladas fueron entrando en la economía global durante el siglo XVII, prácticamente todos sus habitantes sucumbieron a la vez. En Inglaterra, un solo portador de la viruela en 1627 contagió a más de 2000 personas en la isla de Wight, por lo general protegida de los brotes del continente, la mayoría de las cuales murieron. En el este de Asia, los manchúes, que anteriormente habían vivido en comunidades esteparias pequeñas y relativamente aisladas, se vieron también gravemente afectados cuando invadieron China y entraron por primera vez en contacto con el virus. En 1622, poco después de su primera incursión en territorio chino, los líderes manchúes establecieron una «Agencia de Investigación de la Viruela» para identificar y aislar los casos sospechosos; y más adelante crearon «refugios para mantener a raya la viruela», hacia los cuales podían escapar los no infectados. Para mantener la eficacia militar de sus ejércitos, sólo se confiaban los mandos superiores a quienes ya habían sobrevivido a la viruela. No obstante, en 1649, la viruela acabó con la vida de uno de los tíos del emperador mientras éste comandaba la conquista del sur de China, y doce años después, con la del propio emperador[19].

En los inicios del mundo moderno, sólo otra enfermedad mató a tanta gente como la viruela: la peste bubónica. Aunque las epide-

mias de esta enfermedad eran menos frecuentes, tampoco hacían salvedades: hombres y mujeres, niños y ancianos, santos y pecadores, ricos y pobres, todos perecían agónicamente, muchas veces sólo 24 o 48 horas después de contraer la infección. En las comunidades afectadas, una epidemia podía multiplicar por seis el número de muertes, dado que, según Geronimo Gatta, un médico de Nápoles, mientras que «en el campo es posible mantener una distancia adecuada entre los infectados y los sanos», los que vivían en las ciudades no tenían escapatoria. Gatta sabía de lo que hablaba: él mismo acababa de sobrevivir a una epidemia de peste que en 1656 redujo la población de su ciudad natal de casi 300 000 habitantes a unos 150 000 en cuestión de meses. En la vecina ciudad de Éboli, casi mil familias tomaron la comunión en Pascua de Resurrección, pero un año después apenas una quinta parte de ellas pudieron arrodillarse ilesas frente al altar de su iglesia; la peste había eliminado completamente a más de ochenta familias de uno o dos miembros, veintisiete familias de tres miembros, quince de cuatro, y catorce de entre cinco y siete miembros[20]. La misma epidemia que asoló Nápoles y Éboli ya había devastado grandes áreas de la península Ibérica, generando lo que don Antonio Domínguez Ortiz denominó «la mayor catástrofe demográfica que se abatió sobre España en los tiempos modernos»; y llegó a matar al menos a 39 000 personas en Génova. Muchas otras ciudades portuarias, incluidas Sevilla y Nápoles, perdieron a la mitad de su población. Algunas no recuperaron sus niveles anteriores a la peste hasta el siglo XIX (*figura 7*).[21]

Muchas ciudades de la Europa del norte también sufrieron las consecuencias catastróficas de la peste a mediados del siglo XVII. En 1654 una epidemia golpeó Moscú con especial virulencia. Aunque carecemos de cifras totales de la ciudad, dentro de los muros del Kremlin, en el monasterio de Chudov sobrevivieron 26 personas, pero 182 murieron, mientras que en tres conventos de monjas sobrevivieron 107 hermanas, pero perecieron 272. En 1663-1664, otra epidemia asoló Ámsterdam (donde acabó con la vida de 50 000 personas) y otras ciudades holandesas, antes de trasladarse a Lon-

dres, donde mató a más de 100 000 en 1665 —probablemente 15 000 sólo en la semana del 12 al 19 de septiembre—, «la semana más nefasta en cuanto a entierros en la larga historia de Londres», con «entre 1000 y 2000 cadáveres» enterrados o arrojados a anónimas «fosas de la peste» cada noche[22].

SACRO IMPERIO ROMANO
FRANCIA
SABOYA
ESTADOS PONTIFICIOS
REINO DE NÁPOLES
Nápoles 1656
Génova 1658
Córcega
Cerdeña 1652–1656
Sicilia
Mar Mediterráneo
Océano Atlántico
PORTUGAL
CASTILLA
CATALUÑA
Barcelona
1650–1652
Tarragona
Zaragoza
Huesca
1651
Tortosa
1650
Mora
1648
Valencia
1647
1652
Palma
Alicante
1647
Murcia
1648
Lorca
Chinchilla
1649
Córdoba
Jaén
1649
Sevilla
Jerez
Cádiz
Huelva
1649
Málaga
Gibraltar
1649

7. La epidemia de peste mediterránea de 1648-1656. Después de devastar Andalucía, donde causó pérdidas demográficas que tardaron dos siglos en recuperarse, la epidemia de peste se extendió a lo largo de la costa oriental de España antes de cruzar a Nápoles y, finalmente, a Génova, donde mató a la mitad de la población de la ciudad. Cabe destacar que Castilla mantuvo una cuarentena eficaz y escapó de la epidemia.

La peste y la viruela, junto con el tifus, el sarampión y las fiebres tercianas, pertenecen a un grupo de enfermedades mortales que se relaciona estrechamente con el rendimiento de las cosechas: esto es, el número de víctimas de cada epidemia reflejaba hasta cierto punto la disponibilidad de los alimentos. No sorprende por tanto descubrir que tanto la frecuencia como la intensidad de estas enfermedades aumentaran en medio de las hambrunas causadas por la Pequeña Edad de Hielo. Los archivos demográficos de Inglaterra, que han sobrevivido mejor que los de otros países europeos, muestran ocho años de alta mortalidad entre 1544 y 1666 a causa de la peste, de la cual, la mitad tuvo lugar a partir de 1625; por su parte, un estudio de las crisis de mortalidad en Italia entre 1575 y 1886 revela más episodios entre 1620 y 1660 que en ningún otro momento[23].

La adversidad climática favoreció la enfermedad en todas partes. En China, una intensa sequía desencadenó epidemias así como hambrunas: un estudio de los gaceteros del condado de Jiangnan reveló más de cien lugares afectados por la enfermedad en el año de la hambruna de 1641. Entretanto, en Serres, Macedonia, un sacerdote ortodoxo dejó un particularmente vívido relato de la misma catastrófica combinación. El problema empezó con las constantes lluvias del verano de 1641, que se tornaron en nieve durante la vendimia, por lo que muchos peones murieron de frío en los campos. Luego el tiempo se volvió inusualmente benigno hasta que una nieve absolutamente impropia de la estación cayó en marzo y abril de 1642, y durante esta anomalía climática la peste hizo presa en la región con una virulencia fuera de lo normal: no sólo afectó prácticamente a todas las familias de las ciudades y del campo, sino que «de cien que caían enfermos, sólo uno se recuperaba[24]».

La meteorología, la corrupción, el acaparamiento y la guerra intensificaban los efectos de las epidemias. Según los comerciantes ingleses de Gujarat, en la India, todos estos factores aumentaron el grado de mortalidad de la enfermedad en 1631. Las campañas del emperador mogol impedían que los suministros de maíz llegaran «a estos lugares desde otros puntos donde son más abundantes», y las

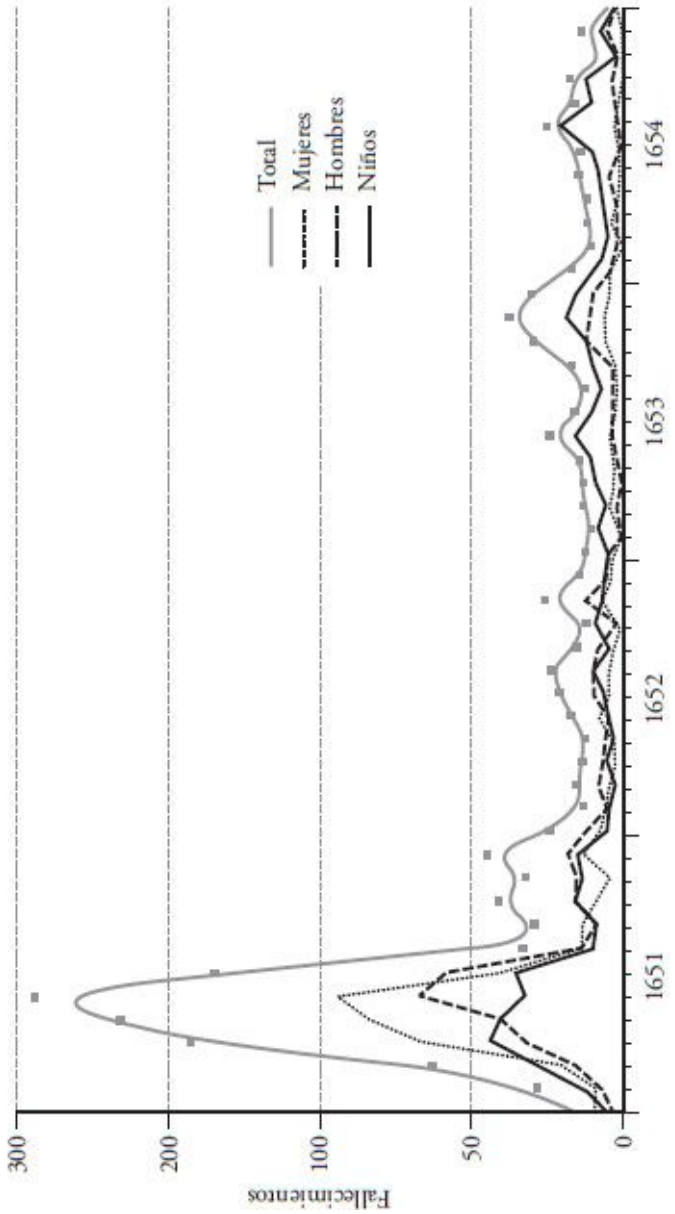
lluvias tan superficiales «que ha habido por aquí últimamente, son, junto con el mal gobierno, la causa de esta extrema escasez». Y, «por si fuera poco —añadían los comerciantes—, ni una sola familia se ha librado de las fiebres y enfermedades pestilentes». En resumen, «nunca en la memoria del hombre ha habido tal hambruna y mortalidad[25]». Italia también experimentó una catástrofe demográfica sin precedentes en aquella época —de hecho, según un reciente estudio, «ninguna otra área de Europa se aproximó a las pérdidas globales sufridas por esta península»—. La crisis comenzó en 1629, cuando unas lluvias torrenciales destruyeron la cosecha en el norte y el centro de Italia, generando de este modo una grave superpoblación. Luego, los grandes ejércitos llegados desde Alemania y de Francia, donde la peste ya había hecho estragos, hicieron que la enfermedad se extendiera, además de consumir los escasos recursos y acabar con la frágil infraestructura existente. Por lo que parece, las ciudades y el campo se vieron igualmente afectados, y de seis millones de personas que vivían en la llanura del norte de Italia en 1628, puede que dos millones perecieran durante los dos años siguientes[26]. Los pasos alpinos que servían de corredores para los militares fueron los que sufrieron la peor parte. En 1630 la peste viajó por el valle de Aosta, entre Francia e Italia, tan rápidamente que cuando la noticia llegó a la capital de la región, el secretario del Consejo (reunido en ese momento), dejó caer su pluma a mitad de una frase: «Por tanto, resolvemos…», y salió corriendo. Cuando regresó, de los 90 000 habitantes del valle habían muerto nada menos que 70 000[27].

Al igual que en el caso de la viruela, la peste afectaba con especial dureza a los jóvenes y mujeres embarazadas. Por ejemplo, en Barcelona, durante la epidemia de peste de 1651, murió un número desproporcionado de bebés debido a que sus madres o bien habían muerto o no tenían leche para alimentarlos, por lo que los dejaban a la puerta del hospital de expósitos, incluso con una etiqueta en la persona *ab algun tafetà o veta en los braços o cama o coll, i allá escrit los noms de sos pares per a què se pogués conèixer si eixien d'allà. Però a penes ne campà ninguna de les criatures de llet que arribaven allà*. Miquel Parets, el

curtidor de Barcelona que anotó estos detalles en su diario, continuaba exponiendo con tristeza: *També considerem les pobres dones que en aquell temps estaven prenyades, que de les cent a penes ne campaven dues que no morissen, que si es trobaven als darrers dies de parir no hi havia sinó comanar-se a Déu, que les demes no feien sinó parir i morir, i moltes que les creatures se morien ab elles*[28]. Los registros parroquiales llegados hasta nosotros confirman este punto: en 1651, en Barcelona, fueron enterradas muchas más mujeres y niños que hombres (*figura 8*[29]). El propio Parets también sufrió: *S'em mori la muller i un minyó que anava per los tretze anys i altro que en tenia onze i un a minyoneta d'un any que ma muller criava, que són quatre presones, totes se'm moriren en manco d'un mes*. Cuando la peste iba ya remitiendo, Cataluña sufrió una de las sequías más largas registrada jamás (360 días, casi el año entero); y, además, las tropas de Felipe IV llegaron entonces para sitiar la ciudad, sublevada desde 1640. Muchos de los que sobrevivieron a la peste murieron durante el bloqueo, y para cuando Barcelona se rindió, la mitad de su población había muerto[30].

El cambio climático aumentó la letalidad de otras enfermedades también. A principios del siglo XVIII, el islandés Mathias Jochumssen trató de explicar por qué la población local había descendido durante el siglo anterior: aunque reconocía la importancia de la viruela y las epidemias de peste traídas por los extranjeros, culpaba principalmente al «insólitamente bajo nivel de vida y la mala calidad de la comida» causados por la meteorología adversa, que favorecía enfermedades carenciales como el escorbuto y la disminución de la fertilidad. Esta interpretación se ve apoyada por la correlación entre las variaciones del total de muertes semanales registradas en los boletines de mortalidad de Londres con las temperaturas reinantes. Una caída de un grado en las temperaturas invernales coincidía con un 2 por ciento de aumento de la mortalidad y una caída de un 1 por ciento en la fertilidad marital. La investigación médica sugiere algunas posibles razones: las temperaturas más bajas aumentan las muertes por enfermedad cardiovascular; además, «los ancianos, los más jóvenes [y] las personas con problemas de movilidad» se ven

«desproporcionadamente afectadas debido a su limitada capacidad fisiológica para adaptarse». Por otra parte, el humo de las chimeneas (un serio problema urbano en el siglo XVII, *véase capítulo 3*) transporta finas partículas que agravan las enfermedades cardíacas o respiratorias como el asma o la bronquitis. Por último, la mortalidad causada por otras enfermedades comunes como las paperas, la difteria, la gripe o la malaria —todas las cuales causaban la muerte de muchas personas cada año— aumentaba sin lugar a dudas cada vez que la meteorología extrema debilitaba las defensas del organismo y los trastornos afectaban a la higiene[31].



8. Mortalidad en Barcelona, 1650-1654. La sequía destruyó la cosecha catalana en 1650 y redujo drásticamente las semillas de maíz disponibles para 1651, cuando se desató la peste. A continuación, las tropas de Felipe IV sitiaron la ciudad y, en el momento en que ésta capituló, la mitad de la población de Barcelona había perecido. Los totales mensuales de entierros en la parroquia de Santa María del Pi muestran que murieron más mujeres que hombres en el verano de 1651, así como una mortalidad infantil inusualmente alta.

Los campos de la muerte

Sólo las guerras podían eliminar poblaciones humanas más rápidamente que la enfermedad, y el aumento de los conflictos armados a mediados del siglo XVII incrementó notablemente la mortalidad. Así, los entierros en el condado inglés de Berkshire durante el siglo XVII muestran que aunque la epidemia de peste de 1624-1625 acabó con la vida de muchas personas, los ejércitos que lucharon allí en 1643 mataron a muchas más. Las batallas, en concreto, acababan con las vidas de miles en cuestión de horas, si no minutos. Por ejemplo, en Rocroi, Francia, en 1643, al menos 6000 veteranos españoles murieron en una noche mientras trataban de resistir un bombardeo de la artillería francesa. Al año siguiente, en Marston Moor, Inglaterra, el victorioso ejército parlamentario escocés mató a 4000 realistas en poco más de una hora. También en 1644, en Friburgo, Alemania, según el comandante victorioso, «en los veintidós años que llevo en la carnicería de la guerra, nunca ha habido un enfrentamiento tan sangriento». Puede que murieran 10 000 hombres[32].

El combate naval también causaba muchas bajas. Durante la batalla de los Cuatro Días entre las flotas holandesa e inglesa, en junio de 1666, la «más terrible, enconada y sangrienta jamás librada en los mares», la Marina real perdió más de 4000 hombres entre muertos, heridos o capturados, más de una quinta parte de los que participaron en ella. La vida en el mar, en la época de los barcos de vela, era una ocupación como mínimo peligrosa, y algunos oficiales «calculaban que por cada hombre muerto en acción había cuatro que morían de enfermedad o accidente»; pero la vida para los marineros en tierra también podía resultar letal, ya que ni el gobierno ni la población local podían mantener adecuadamente a los hombres de una flota cuando permanecían mucho tiempo en puerto. Poco antes de la temporada de guerra de 1667, el comisionado de una base naval inglesa decía «lamentar ver tantos hombres morir por carecer de medios para alimentarse. Un [marinero] ayer, vino a verme implorando que le diera alguna ayuda. Mandé que le dieran diez chelines.

Fue a comprar una bebida caliente y algo de comer, se lo tomó, y murió a las dos horas[33]».

Tanto en mar como en tierra, las batallas fueron relativamente raras en la Europa del siglo XVII; pero, según estimaba un veterano en 1677, «hay veinte asedios por cada batalla» y los asedios se cobraban muchas vidas. Según Lucy Hutchinson, testigo presencial del asedio del castillo de Nottingham en 1644, «nadie salvo los que lo vieron creerían la extraña mezcla de valor y cobardía que se dio por ambas partes», porque, tras la catarsis de pasar por un campo de batalla, «el valiente se vuelve cobarde, el miedo atenaza al más fuerte, convierte en vil al más generoso, y los grandes hombres hacen cosas cuyo solo pensamiento los haría enrojecer». Las atrocidades que podrían ilustrar esta opinión son innumerables. Por ejemplo, el año anterior, cuando los realistas capturaron Preston, en Lancashire, por la ciudad sólo se oía: «¡Matad!, ¡matad!», mientras iban matando a todo el que se encontraban por el camino sin reparar en nada… «Los soldados de caballería perseguían a la pobre gente asustada, matando, saqueando y destrozando todo lo que encontraban a su paso, sin atender a los estremecedores lamentos de mujeres y niños[34]».

En todas partes, los civiles sufrieron violencia a manos de los soldados. Los versos de una obra procedente del valle de Maas en la década de 1630 enfatizaban la impredecibilidad de los horrores que la guerra podía traer. Un «granjero» describía así cómo el desastre lo había golpeado a él y a su familia mientras estaban sentados a la mesa para cenar:

Era un miércoles, a la hora de la cena,
cuando llegaron los soldados de Mansfeld.
No traían orden para requerir alojamiento o comida,
sino que empezaron a robar y saquear nuestro hogar,
sin decir una palabra, ni siquiera
un «te reto a muerte» o un «en guardia»,
sólo competían por ver quién podía llevarse más.

El narrador seguía relatando cómo, durante esa «competición», los soldados asesinaron a su padre por haber tratado de resistirse,

luego violaron a su hermana, y finalmente prendieron fuego a la granja. Únicamente el humo le permitió escapar de una muerte segura[35]. Ultrajes similares llenan las poderosas imágenes tituladas *Las calamidades de la guerra* del grabador Jacques Callot, de Lorena, justo al sur de Lieja, en las que muestra el saqueo de aldeas, la tortura y el asesinato de sus habitantes, y la venganza de los campesinos contra los destacamentos de tropas aislados.

Dos factores aumentaron la probabilidad de estas atrocidades a mediados del siglo XVII. El primero, que las convenciones militares de entonces (las a veces llamadas «leyes de la guerra») sostenían que los rebeldes que se alzaran en armas para oponerse a su gobernante «no debían ser catalogados como enemigos, al tratarse de cosas bien distintas y, por tanto, es más correcto denominar a esta contención armada de los súbditos rebeldes *ejecución de proceso legal* o *prosecución*, no guerra». De ahí que en «una guerra librada entre un príncipe contra los rebeldes [...] todas las medidas permitidas en la guerra sean válidas contra ellos, como la de matarlos como a enemigos, hacerlos esclavos como a prisioneros, y muchas más, confiscando su propiedad como botín[36]». Las peores masacres militares de la época a menudo tuvieron lugar durante guerras civiles o en la represión de aquellos considerados rebeldes por los vencedores; y, a mediados del siglo XVII, como sabemos, hubo una avalancha de guerras civiles y rebeliones.

La intervención de protagonistas de diferentes religiones también suscitaba el riesgo de matanzas en masa. Como Blaise Pascal comentó en sus *Pensamientos*: «Los hombres nunca hacen el mal tan completa y alegremente como cuando lo hacen desde la convicción religiosa», y los conflictos de mediados del siglo XVII ofrecen abundantes ejemplos. Por ejemplo, en 1631, la ciudad protestante de Magdeburgo, en Alemania, se negó a admitir a una guarnición católica enviada por su soberano, el emperador Fernando II, se alió con su enemigo y luego, burlonamente, rechazó la demanda de rendición de Fernando. Cuando, tras un largo bloqueo, Magdeburgo rechazó un ultimátum final, los sitiadores lanzaron un victorioso

ataque en el que murieron en torno a 20 000 hombres, mujeres y niños, mientras el fuego lo consumía todo, excepto la catedral y 140 casas[37].

A mediados del siglo XVII, pocos líderes militares europeos parecían sentir remordimientos por las masacres llevadas a cabo en nombre de Dios: por el contrario, con frecuencia decían contar con la justificación de las Escrituras, instando a sus soldados a seguir el ejemplo del Antiguo Testamento de Josué y los israelitas en Jericó, y destruir «a filo de espada todo lo que había en la ciudad: hombres y mujeres, jóvenes y viejos[38]». Así, en 1645, en la caída de Basing House, la robustamente fortificada mansión de un lord católico, los predicadores protestantes avivaron el fervor religioso de los sitiadores para que, cuando al final consiguieran forzar una entrada, no dieran cuartel. Los vencedores asesinaron a sangre fría a seis sacerdotes que encontraron dentro, dispararon a un antiguo actor de Drury Lane (añadiendo el mojigato comentario de «malditos sean los que hacen la obra del Señor a la ligera»), reventaron los sesos a una joven que trató de impedir que un soldado maltratara a su padre, y dejaron completamente desnudos incluso a aquéllos a los que perdonaron (incluido el famoso arquitecto Íñigo Jones, que escapó de la carnicería envuelto sólo en una manta). La crónica de un periódico tranquilizaba a los lectores que pudieran tener algún remilgo, afirmando que dichos horrores estaban plenamente justificados porque las víctimas «eran en su mayoría papistas. De modo que nuestras espadas mostraron poca compasión[39]». La pasión religiosa generó muchas otras atrocidades. El avance del ejército cosaco a través de Ucrania hacia la Mancomunidad de Polonia-Lituania en 1658 fue acompañado por la masacre al menos de 10 000 colonos judíos; y seis años más tarde, cuando el zar ruso se preparaba para invadir la Mancomunidad, dio orden de «quemar vivos a los polacos o bielorrusos que tras ser capturados *no se convirtieran a la ortodoxia» (véase capítulo 6)*. Al año siguiente, en Irlanda, las tropas inglesas, comandadas por Oliver Cromwell, perpetraron una gran masacre tras tomar al asalto la ciudad de Drogheda. Cromwell afirmó

después: «Estoy convencido de que esto es un justo castigo de Dios a estos miserables bárbaros [léase católicos], cuyas manos están manchadas con tanta sangre inocente [léase protestante]»; y que, por tanto, «en el fragor de la lucha» había prohibido a sus tropas que «perdonaran la vida a ningún ciudadano levantado en armas». Al menos 2500 soldados y 1000 civiles (incluidos todos los sacerdotes católicos) murieron[40].

No obstante, este tipo de violencia frente a frente casi nunca constituyó el principal motivo de mortalidad en las guerras de principios de la Edad Moderna. Por ejemplo, en el siglo transcurrido de 1620 a 1719, pese a que murieron unos 500 000 soldados suecos y finlandeses en las casi continuas guerras libradas por sus monarcas, sólo un 10 por ciento lo hizo en batalla (incluido el rey Gustavo Adolfo) y sólo el 5 por ciento durante asedios (incluido el rey Carlos XII). Del resto, el 10 por ciento murió en prisión, mientras que el otro 75 por ciento sucumbió a las penurias propias de la guerra. La asombrosa escala y el impacto de la muerte prematura entre los soldados quedan de manifiesto en dos series de datos demográficos. Primero, entre 1621 y 1639, la parroquia de Bygdeå, en el norte de Suecia, reclutó a 230 hombres jóvenes para luchar en la «guerra continental», de los cuales 215 murieron y otros cinco recibieron heridas que los dejaron inválidos: sólo diez de ellos continuaban en servicio en 1639 —y, dado que la guerra había de durar nueve años más, las probabilidades de supervivencia eran escasas—. De modo que de los veintiocho jóvenes de Bygdeå reclutados en julio de 1638, todos ellos menores de dieciocho años y muchos de ellos incluso de quince, veintisiete habían muerto antes de haber pasado tres meses desde su llegada al continente. El segundo grupo de datos procede del ducado de Finlandia entre 1638 y 1648. Sus archivos enumeran a cada uno de los 14 000 soldados de infantería reclutados en el ducado para luchar en Alemania, y revelan que dos terceras partes de ellos nunca regresaron a casa. En toda la Monarquía sueca, el servicio militar se convirtió prácticamente en una condena a muerte para los varones[41].

II. SÓLO LAS MUJERES SANGRAN

La «amarga vida» de las mujeres

El aumento en la frecuencia de las guerras durante el siglo XVII también acarreó graves consecuencias demográficas para las mujeres. Algunas de ellas fueron directas, en el sentido de que en ocasiones se convirtieron en un objetivo militar prioritario. Así, en 1642, el gobierno (protestante) de Dublín ordenó a sus tropas, en lucha contra los insurgentes católicos, que no perdonaran la vida a ninguna mujer «por su alto grado de culpa en esta rebelión, y, según nos informan, incitar a sus maridos, amigos y parientes a tomar partido y alentarlos a la crueldad contra los ingleses[42]». Las guerras también tuvieron cierto impacto indirecto sobre las mujeres. En particular, la marcha de sus maridos e hijos para luchar (y quizá morir) en las guerras obligó a un creciente número a mantener solas a sus familias o a quedarse solteras o viudas. En Wurtemberg, una zona de Alemania arrasada por la guerra, el número de familias encabezadas por una mujer sola se elevó a casi una tercera parte del total, una cifra sin precedentes. En algunos pueblos devastados de Borgoña (Francia), las viudas eran las *únicas* cabezas de familia. En la parroquia sueca de Bygdeå, la proporción entre hombres y mujeres en 1620 era de 1:3,6, mientras que el número de mujeres cabezas de familia se multiplicó por siete. Muchas de ellas eran «viudas de guerra»: los archivos del gobierno central sueco guardan miles de peticiones en las que se solicita desesperadamente el pago de atrasos salariales de guerra o el reembolso de los gastos debidos a sus esposos soldados, porque la solicitante y sus hijos se estaban muriendo de hambre[43].

Una viuda alemana se refería en 1654 a estas víctimas indirectas de la guerra: ella era, se lamentaba, «una pobre mujer con sólo un pequeño terreno a su nombre», que debía por tanto «*ganarse amargamente la vida*». Si ella (o cualquier otra mujer que viviera sola), infringía la ley, los hombres que presidían los tribunales locales la sentenciarían a trabajos forzados; si no se comportaba de una forma servil y dócil, sus vecinos varones la proscribirían; y, aunque le per-

mitieran quedarse, lo normal era que le negaran la oportunidad de aprender o ejercer un oficio (y competir de este modo con ellos[44]). Una «vida amarga», sin lugar a dudas.

Durante el siglo XVII, la vida de la mayoría de las mujeres que residían en las ciudades no era mucho mejor. En muchas urbes europeas, dos terceras partes de quienes recibían ayudas del Estado eran mujeres, la mayoría de ellas exsirvientas. Su predominancia se explica fácilmente. En un mundo sin electrodomésticos o comida preparada, como Olwen Hufton ha señalado, «el primer lujo que una familia se solía permitir era tener una mujer de servicio, una chica para todo, que se hacía cargo de las faenas, como traer agua —una tarea que consumía bastante tiempo y energías—, carbón o madera a la casa, ir al mercado o lavar la ropa[45]». Pero en cuanto se produjo una recesión, ese «lujo principal» fue el primero en desaparecer. En estos tiempos duros, los empleadores no tenían reparos en deshacerse de sus sirvientas; e incluso las que consiguieron seguir ejerciendo su trabajo a menudo se vieron obligadas a renunciar al sueldo y trabajar sólo a cambio de que las mantuvieran. En todo caso, las oportunidades de casarse y tener hijos seguían siendo muy pocas. El destino de las mujeres que trabajaban en la industria no era mejor: a diferencia de los aprendices varones, que gozaban de cierta protección laboral, si a su empleador le iba mal a causa de la dureza de los tiempos (o si caía enferma o se hacía una herida), las echaban del trabajo sin ninguna «seguridad social» para sostenerlas.

A algunos europeos les preocupaban las consecuencias demográficas de la recesión económica. Así, en 1619, sospechando que la población de su región había descendido últimamente, Sancho de Moncada, un sacerdote de Toledo, España, examinó los archivos parroquiales en busca de pruebas (aparentemente fue la primera persona en utilizarlos con este propósito). «Se halla en los libros de las iglesias —anotó Moncada— que no ha habido los años de 1617 y 1618, la mitad de los casamientos que solía, con que se va agotando la gente», de modo que los nacimientos en Toledo y alrededores eran muchos menos que antes. En Andalucía, medio siglo más tar-

de, Francisco Martínez de Mata consultó también «los libros de las iglesias» y descubrió, al igual que Moncada, que tanto los matrimonios como los nacimientos habían sufrido un catastrófico descenso durante las malas cosechas de la década de 1640[46]. Otras investigaciones posteriores en los registros parroquiales han confirmado estos descubrimientos, y han revelado además otra consecuencia importante. En palabras de E. A. Wrigley, en toda la Europa moderna, «el matrimonio era la bisagra en torno a la que giraba todo el sistema», y cuando el precio del pan se duplicaba, los matrimonios solían reducirse en una quinta parte y la edad de las novias que contraían su primer matrimonio aumentaba.

Gracias a la economía en expansión durante el siglo XVI, las mujeres europeas se casaban como media a la edad de veinte años, y daban a luz a ocho o nueve niños, algunas diez o más. En la primera mitad del siglo XVII, sin embargo, la media de edad de las novias al casarse era de veintisiete o veintiocho años; pocas daban a luz a más de tres hijos, y un número creciente de ellas no tenían ninguno. Lo que es igualmente importante, muchas permanecían célibes. En Inglaterra, en el siglo XVII, los cabezas de familia a menudo se oponían a la lectura pública de las amonestaciones matrimoniales, y tras la boda, se negaban a permitir que las parejas vivieran juntas si parecían demasiado pobres para formar una familia (lo que, bajo el entonces vigente sistema de la Ley de Pobres, hacía a los cabezas de familia responsables de mantenerlos). De las mujeres inglesas nacidas en torno a 1566 que podían haberse casado en la década de 1590, sólo el 4 por ciento no lo hizo; pero de aquéllas nacidas en torno a 1586 que podían haberlo hecho en la de 1610, más del 17 por ciento no llegó a casarse; y de las nacidas en torno a 1606, que podían haber contraído matrimonio en la década de 1630, más del 25 por ciento no contrajo nunca matrimonio[47].

Estos cambios redujeron la población total del siglo XVII más rápidamente de lo que lo harían hoy, debido a la alta tasa de mortalidad materno-infantil. En palabras de un prestigioso (aunque un tanto condescendiente) partero: «El embarazo es un mar proceloso, en

el que una mujer de abultado vientre y su bebé flotan por un espacio de nueve meses: y el parto, que es el único puerto, está tan lleno de rocas peligrosas que muy a menudo tanto uno como el otro, después de haber llegado y desembarcado, todavía necesitan mucha ayuda para defenderlos contra las diversas inconveniencias». O, como dice el lacónico refrán francés: *Femme grosse a un pied dans la fosse* («Una mujer embarazada tiene un pie en la tumba»). Los archivos que han llegado hasta nosotros sugieren que, en Europa, alrededor de un 40 por mil de mujeres morían a consecuencia del parto (comparado con el 0,12 por mil de gran parte de la Europa occidental actual). El deceso de la madre se hacía todavía más frecuente si el niño moría dentro de su vientre (y dado que este hecho es más frecuente en tiempos de escasez y enfermedad, sin duda lo fue también durante la década de 1640). Por otra parte, como en el resto de principios del mundo moderno, al menos una cuarta parte de todos los niños nacidos en Europa moría durante el primer año de vida, y casi la mitad antes de alcanzar la edad reproductora. En la gráfica frase del historiador demográfico francés Pierre Goubert, en el siglo XVII, «hacer un adulto costaba dos niños[48]».

Las madres de comienzos del mundo moderno necesitaban dar a luz al menos a cuatro hijos simplemente para mantener un nivel de población determinado —*al menos cuatro*, porque no todos los que sobrevivían y llegaban a la edad adulta se casaban y eran fértiles—. Incluso en períodos de prosperidad, una mujer que se casaba a los veintisiete o veintiocho años lo tenía difícil para tener cuatro hijos, dado que la fecundidad declinaba en torno al final de su treintena, y los períodos de adversidad generaban a su vez importantes respuestas biológicas y conductuales que hacían dicha fertilidad prácticamente imposible. Por un lado, la malnutrición conducía a abortos más espontáneos y menos embarazos (a veces porque la ovulación había cesado), disminuía la libido, retrasaba la menarquia y adelantaba la menopausia. Por otro, una grave escasez de alimento a menudo reducía la frecuencia coital (bien por causa de la inapetencia como por un aumento en la separación conyugal). Al mismo tiem-

po, la mayor prevalencia de enfermedades asociadas a la hambruna incrementaba el número de muertes, especialmente entre las mujeres embarazadas y las madres recientes. Por todas estas razones, la tasa de nacimientos en muchas, si no en la mayoría, de las comunidades europeas a mediados del siglo XVII descendió por debajo —a menudo muy por debajo— del nivel requerido para mantener la población global[49].

El aumento de la edad de las novias que se casaban por primera vez, así como el del celibato femenino, tenía otro efecto negativo más: aumentaba el riesgo de embarazos ilegítimos. Los registros parroquiales de mediados del siglo XVII revelan que entre una y tres quintas partes de todos los nacimientos tenían lugar sólo unos pocos meses (y a veces incluso unas pocas semanas) después del matrimonio de los padres; en tanto que los embarazos también aumentaron entre solteras que no llegaban a casarse nunca. Los archivos de los tribunales urbanos de toda Europa están repletos de testimonios de o acerca de muchachas jóvenes que llegaban a la ciudad buscando trabajo y, cuando no podían encontrarlo, eran atraídas o coaccionadas para ejercer la prostitución. A una de estas recién llegadas a Londres, su casera le aseguró que «es mejor hacerlo [convertirse en prostituta] que robar y que te ahorquen». Aunque pudiera ser cierto en el corto plazo, esta estrategia de supervivencia rara vez suponía un escape permanente de la pobreza. Por el contrario, aumentaba el riesgo de las enfermedades de transmisión sexual y suscitaba un duro dilema para las madres solteras que se quedaban embarazadas: abortaban, abandonaban o mataban a su bebé al nacer, o tenían que enfrentarse a la vergüenza y la penuria de tener que vivir de la mendicidad, en cuyo caso tanto ellas como sus hijos probablemente morirían[50].

En la mayor parte del Asia oriental, la tasa de nacimientos también cayó a mediados del siglo XVII, y aunque este descenso reflejaba igualmente una reducción en la capacidad reproductiva de las mujeres, también obedecía a diferentes presiones sociales. En China, varias generaciones de una familia podían vivir juntas en la mis-

ma casa —un proverbio decía que «cinco generaciones bajo el mismo techo» era óptimo—. Aunque esto ocurría en raras ocasiones, la casa de una familia china incluía uno o más progenitores y uno o más de sus hijos casados y sus familias, formando una sola unidad económica, religiosa y demográfica que fácilmente podía contabilizar cincuenta miembros de tres generaciones. Todos ellos producían y consumían en común; llevaban a cabo colectivamente los ritos apropiados para el bienestar de los miembros de la familia, tanto vivos como muertos; compartían la carga de cuidar de los parientes ancianos o necesitados; y, sobre todo, debatían y determinaban el tamaño familiar conjuntamente, porque el propósito del matrimonio eran tanto la producción como la reproducción. Las «decisiones demográficas» en muchas partes de China nunca eran «individuales», sino que tenían que negociarse con los familiares corresidentes de acuerdo con unas metas y restricciones colectivas[51].

La «negociación» era importante, porque en el siglo XVII casi todas las muchachas chinas que alcanzaban la pubertad se casaban siendo sólo unas adolescentes. Es más, si una esposa no conseguía tener un hijo, los maridos con suficientes medios podían tomar una o más concubinas: una joven campesina comprada con tal propósito, una sirvienta de la casa, una actriz, una prostituta —prácticamente cualquiera salvo una mujer de su propio vecindario o «nombre»—. En la ciudad de Yangzhou existió un activo tráfico de concubinas antes del saqueo de 1645, cuando (según una fuente contemporánea) «las hijas abundan tanto como las nubes» y…

> *… a la edad de catorce años,*
> *están listas.*
> *¿A quién le importa que sea viejo*
> *si tiene dinero*[52]*?*

Para garantizar que ese extendido matrimonio temprano y el frecuente recurso a las concubinas no generaban más hijos que los que la familia podía mantener, las familias chinas empleaban una o más de las cuatro estrategias que se exponen a continuación. Primero, los cónyuges empezaban a reproducirse tarde: el lapso entre el matrimonio y la primera maternidad se situaba en torno a la media de

tres años en China, frente a los dieciocho meses en Europa occidental. Segundo, las mujeres dejaban de reproducirse pronto: la edad media de las mujeres chinas cuando daban a luz a su último hijo era de treinta y tres o treinta y cuatro años, mientras que en el caso de Europa occidental era de cuarenta, y, como promedio, el lapso entre el nacimiento de su primer y su último hijo era de once años, frente a los catorce en Europa. Tercero, las madres chinas se libraban de los niños que ellas (o sus familiares) no querían. Por una parte, muchas familias o bien entregaban en adopción a los niños que no podían alimentar (especialmente a los varones) a familias que no tenían hijos propios o los vendían (sobre todo a las niñas, que se convertían en concubinas o prostitutas). Por otra, muchos embarazos eran o bien evitados o bien interrumpidos. La literatura médica china de principios del mundo moderno describía muchos métodos de contracepción y aborto; los médicos chinos siempre ponían la salud de la madre por delante de la del feto; la ley imperial no criminalizaba la facilitación ni la realización de abortos. Por último, los padres podían matar, y de hecho lo hacían, a sus hijos no deseados, especialmente a las niñas. En resumen, las familias chinas intensificaron el uso de estas cuatro estrategias para limitar el nacimiento de niños a mediados del siglo XVII: comenzar a reproducirse más tarde y dejar de hacerlo antes, aumentar el intervalo entre nacimientos, dar más niños en adopción y matar a más niños nada más nacer.

Infanticidio y aborto

En palabras de Francesca Bray, una eminente historiadora de China: «El infanticidio es la forma más efectiva de controlar el tamaño de la familia como respuesta a una crisis repentina. Es también una forma infalible de ejercer la elección de sexo si los demás medios fallan». En términos generales, la dinastía Qing reinante (de la cual disponemos de datos asombrosamente precisos) acabó con la vida de aproximadamente el 10 por ciento de todas sus hijas, muchas de ellas al nacer, pero en las décadas de 1640 y 1650, los miembros más pobres de la dinastía «mataron a casi el doble de hijas» que

sus parientes más ricos. Aunque ninguna otra familia recopilaba este tipo de cifras con tanta precisión, parece que en Manchuria, la tierra natal de los Qing, en los años «normales» las familias campesinas mataban entre una quinta y una cuarta parte de sus hijas al nacer, y en los de escasez más aún; mientras que en Liaoning, justo al sur, la ratio de sexos entre los *benjamines* de las familias campesinas era de quinientos niños por cada cien niñas. Semejante desequilibrio no puede obedecer a ninguna circunstancia biológica: la única explicación posible es el infanticidio femenino[53]. La práctica también era común en el sur de China. Según el gacetero del condado de Fujian, «cuando nace un bebé, la comadrona lo sujeta en sus manos para examinarlo. Si es una niña, la lanza directamente a una cuba y le pregunta a la madre: "¿Se la queda o no?" Si la respuesta es no, pide agua y pone a la niña boca abajo, cogiéndola por los pies, y sumerge su cabeza en el agua». Un poema de Jiangnan, escrito en forma de apelación de una mujer a otras de la región, terminaba diciendo amargamente:

Antes incluso de que me hayáis oído hasta el final,
o suspiréis varias veces con pesar,
en una ciudad tras otra,
a las niñas las matan nada más nacer.

En tiempos de adversidad económica, las familias pobres pueden haber matado hasta la mitad de sus hijos al nacer[54].

El infanticidio estuvo también muy extendido en Rusia, donde los hogares de principios de la época moderna a menudo consistían de tres o cuatro familias (por lo general emparentadas) que vivían juntas, y muchas mujeres se casaban a la edad de doce o trece años. A los niños nacidos fuera del matrimonio y de padres muy pobres sus progenitores los mataban mucho más a menudo que en Occidente, en parte al menos porque tanto la Iglesia como el Estado mantenían una actitud relativamente indulgente al respecto. La versión medieval rusa de la Regla de San Basilio perdonaba a las mujeres que mataban a sus hijos «por simpleza o ignorancia, o *por escasez de lo necesario*», y aunque el exhaustivo código emitido en 1649 decretaba la muerte de la madre que mataba a un hijo conce-

bido en adulterio, «si un padre o madre mata a su hijo o hija» legítimos, la pena era «ser encarcelados durante un año», y después de eso «no serán castigados[55]». La ley no decía nada de los expósitos y huérfanos (un anteproyecto de 1683 que decretaba el establecimiento de orfanatos públicos se mantuvo aparcado hasta 1712), tal vez porque el riguroso clima de Rusia reducía en todo caso su número. Los archivos de los que disponemos muestran que la máxima actividad sexual entre la población rural tenía lugar justo después de la cosecha, lo que generaba un pico de nacimientos justo antes de la siguiente temporada de cultivo. Esto a su vez producía un aumento de la mortalidad infantil, dado que la corta temporada de cultivo hacía esencial que las mujeres rusas trabajaran en los campos en la siembra y la cosecha, lo que significaba que los que en ese momento todavía eran bebés fueran alimentados demasiado pronto con alimentos sólidos o bien se los tranquilizara con insanos «chupetes» que acababan matándolos. Dado que la Pequeña Edad de Hielo redujo la duración de la temporada de cultivo aún más, los pocos datos demográficos que han sobrevivido muestran un aumento de la mortalidad infantil[56].

El aborto y el infanticidio también eran frecuentes en Europa occidental. En 1660, según el decano de la Facultad de Medicina de París, el clero local había «hecho un cálculo de que el pasado año, seiscientas mujeres habían confesado haber matado a sus hijos y destruido el fruto de su vientre[57]». Durante todo el siglo XVII, el infanticidio constituyó el delito capital más común juzgado en el *parlement* de París, el tribunal con la jurisdicción más amplia en la Europa de principios de la Edad Moderna. Sus casos muestran que prácticamente todas las acusadas eran mujeres, la mitad de ellas solteras y una cuarta parte viudas; y que su número aumentaba en tiempos de penuria económica. Un cuarto de las mujeres que intentaba el infanticidio admitía haber intentado también interrumpir su embarazo sin éxito[58].

El aumento de la frecuencia de los abortos e infanticidios en el siglo XVII llevó a muchos Estados europeos a aprobar unas leyes más

duras contra sus infractores. En 1624, una ley inglesa contra el infanticidio se dirigía explícitamente a las madres solteras («mujeres indecentes»), como ya en su título quedaba claro: «Ley para evitar el asesinato de hijos *bastardos*». Varios estudios sobre los procesos llevados a cabo bajo la nueva ley muestran que todas las víctimas eran ilegítimas (la mayoría nacidas de jóvenes empleadas del servicio doméstico) y que casi todas habían muerto en su primer día de vida (la mayoría por estrangulamiento, asfixia, congelación o ahogamiento, aunque algunas habían muerto a golpes o habían sido arrojadas al fuego). En Alemania, el gobierno de Wurtemberg promulgó en 1658 una ley que hacía obligatoria la denuncia de cualquier mujer sospechosa de matar a su descendencia. Durante los siguientes cuarenta años se presentaron casi 130 casos ante los tribunales: la edad media de las madres era de veinticinco años, en su gran mayoría eran solteras y casi todas fueron sentenciadas a la pena de muerte[59].

No obstante, muchos infanticidios de principios de la Europa moderna pasaban obviamente inadvertidos, pese a la diligencia de los vecinos (muchos de los cuales dedicaban un tiempo considerable a observar si en la colada de una mujer soltera había prendas manchadas de sangre una vez al mes). Quizá la evidencia más sorprendente proceda de la ciudad francesa de Rennes, donde unos trabajadores que estaban renovando el viejo alcantarillado en 1721 encontraron ochenta esqueletos de bebés, de cuya muerte nadie había sido acusado. El número total de bebés asesinados, en Rennes y el resto de Europa, hubiera sido sin duda más alto si dos instituciones no hubieran ofrecido oportunidades legales a las mujeres fértiles para evitar que tuvieran que criar a sus hijos en tiempos de crisis: los hospitales de expósitos y, en los países católicos, los conventos.

«¡Vete a un convento!»[60]

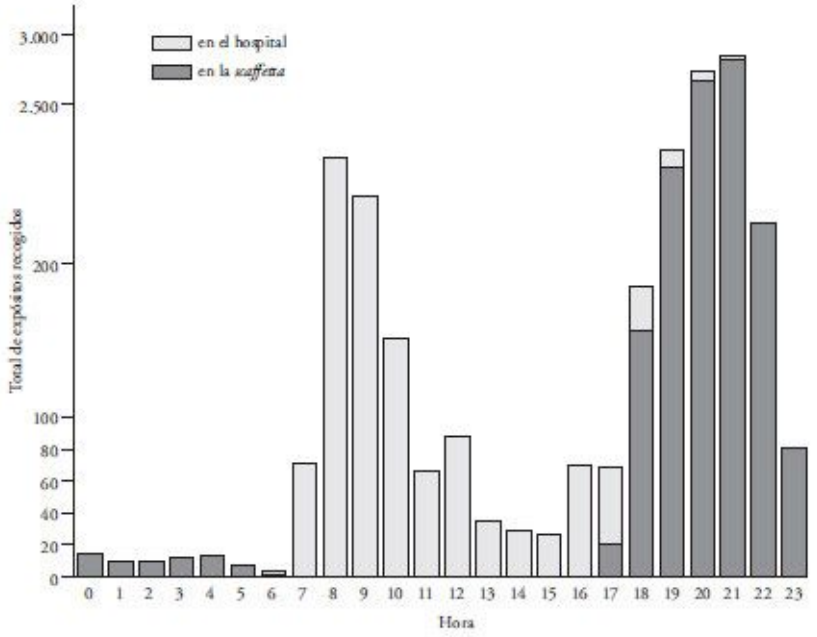
En Italia, en 1650, alrededor de 70 000 mujeres vivían en conventos, la mayoría de ellos situados en ciudades. Los conventos alojaban al 8 por ciento de la población femenina total de Bolonia; en Ferrara, al 9 por ciento; en Florencia, al 11 por ciento; y al 12 por ciento en Siena. Por entonces, Francia contaba al menos con un nú-

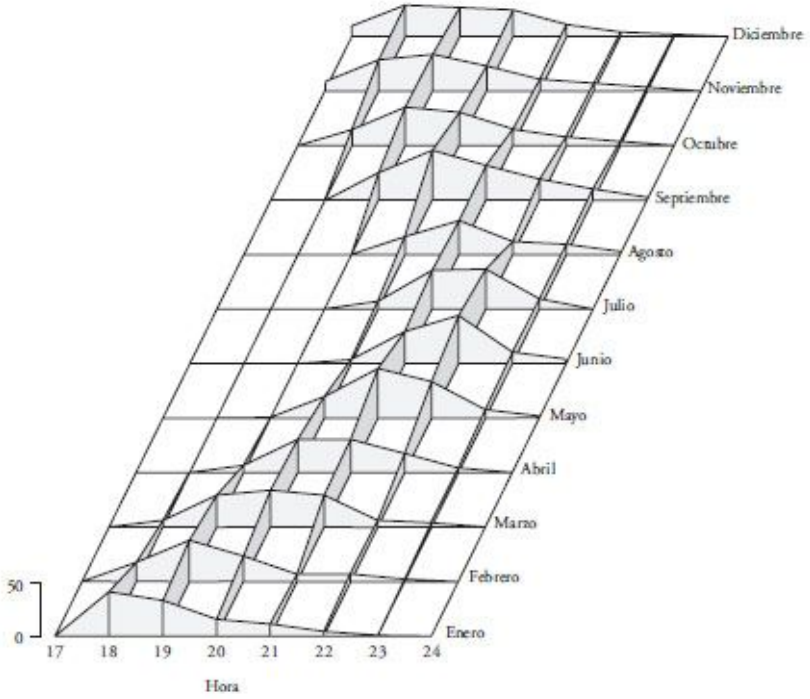
mero igual de monjas, mientras que en España eran 20 000 y muchas más en Alemania, el sur de los Países Bajos y Polonia[61]. Las ciudades de Rusia y los Balcanes también incluían una población significativa de mujeres en los claustros, como también las de las colonias de la Europa católica, y, en todas las regiones, el número de monjas aumentó notablemente a lo largo del siglo XVII. ¿Por qué? Muchas monjas, como Isabel Flores de Oliva (más tarde canonizada como santa Rosa de Lima), tomaban los hábitos por vocación religiosa; otras lo hacían porque tenían alguna discapacidad que les ponía en desventaja respecto al mundo exterior; otras buscaban refugio temporal en los claustros huyendo del maltrato de sus maridos o cuando éstos estaban ausentes. Unas pocas, sin duda, se sentían atraídas por el suntuoso estilo de vida de ciertos conventos, donde los criados y esclavos constituían la mitad de la población (y en algunos superaba al número de monjas). Pero en el siglo XVII un considerable número de mujeres jóvenes ingresaba en los conventos contra su voluntad. Elena Cassandra Tarabotti, conocida como Arcángela Tarabotti, (1604-1652), hija de un patriarca veneciano, fue una de ellas. Su padre la envió a un convento a la edad de trece años afirmando que, debido a la depresión económica, carecía de dinero para proporcionarle una dote adecuada. Allí Elena escribió varios libros —con títulos como *La inocencia interrumpida o la tiranía del padre* y *El infierno de la monja*— en los que se lamentaba de su suerte. «Ha de considerase un hecho —protestaba en uno de ellos—, que más de una tercera parte de las monjas, confinadas contra su voluntad, ven enfrentados sus sentidos a su razón, y se someten contra su voluntad y por miedo a las ignominiosas desdichas cruelmente creadas para ellas» por sus padres. Sería de agradecer, continuaba desafiante, que los padres estrangularan a sus hijas al nacer en lugar de condenarlas contra su voluntad a una vida entre rejas[62].

Aunque las obras de Tarabotti pasaron directamente al *Índice de libros prohibidos*, la proporción de hijas de familias nobles obligadas a tomar los hábitos fue aumentando a medida que la crisis del siglo XVII se iba intensificando. En Venecia, en 1642, el 80 por cien-

to de ellas se hicieron monjas, y en 1656 la cifra fue del 90 por ciento. Aunque los nobles justificaban el «sacrificio» de una hija como un acto piadoso ejemplar, en su fuero interno sin duda se consolaban con el hecho de que la media de las dotes matrimoniales era de 1500 escudos y enviar a una hija a un convento de prestigio sólo costaba cuatrocientos. Cualquiera que fuera el motivo, encerrar a las hijas en un claustro resultó altamente eficaz a la hora de reducir el número de mujeres de la élite disponibles para casarse y reproducirse: en la década de 1580, el número de nobles venecianas que se casaban al año era cuarenta, y en la de 1650, menos de treinta[63].

Muchos conventos también aceptaban niños expósitos. De hecho, algunas instituciones instalaron una «rueda de la fortuna» o torno especial para hacer más fácil a las madres el abandono de sus hijos no deseados: podían colocar a los bebés en la rueda exterior y a continuación ésta se giraba hacia dentro para recogerlos desde el interior. En el hospital de expósitos de Milán, donde las madres desesperadas dejaban unos cuatrocientos bebés al año, el uso de la «rueda de la fortuna» (*scaffetta*) seguía las fluctuaciones de los precios del grano con escalofriante regularidad: en un año de escasez de comida podían colocarse en el torno cuatro o cinco bebés en una sola noche (*figura 9*). Asimismo, en Madrid, donde casi el 15 por ciento de todos los niños bautizados a mediados del siglo XVII habían sido abandonados por sus padres, el hospital de expósitos de la ciudad (la Inclusa) acogía alrededor de quinientos niños al año; mientras que en la casa cuna de Sevilla, el promedio era de unas trescientas admisiones al año, que aumentaban notablemente en períodos de adversidad económica. En las ciudades que carecían de un hospital de expósitos, como Londres, se encontraban hasta mil bebés al año «en las calles, establos y estercoleros de la capital», un número que a su vez aumentaba y descendía en consonancia con el precio del pan[64].


en el hospital
en la *scaffetta*
Total de expósitos recogidos
3.000
2.500
200
100
80
60
40
20
0
0 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23
Hora



9. Niños expósitos en el hospital de Milán. El gráfico superior muestra el momento en que los padres entregan a los hijos que no podían alimentar al hospital de expósitos de Milán. Durante el día, los niños expósitos eran dados al personal, pero el número aumentaba por la noche, cuando la mayoría de los bebés eran dejados anónimamente en el torno o «rueda de la fortuna» (*scaffetta*). El registro más bajo no deja ninguna duda al respecto: la hora en que la mayoría de los bebés fueron abandonados varía según la estación del año (entre las cinco y las seis de la tarde en diciembre y enero, y de las nueve a las diez de la noche entre junio y agosto), supuestamente para evitar al angustiado progenitor la vergüenza de ser visto. Aunque estos datos provienen del siglo XVIII, también en el anterior prevaleció el mismo patrón.

Los padres que abandonaban a sus bebés en estercoleros probablemente no tenían la intención de que vivieran, por lo que su acto podría ser considerado infanticidio, pero otros los dejaban no sólo en un lugar público, sino que además escribían una desgarradora nota de explicación. Por casualidad, en Madrid han sobrevivido 150 notas del hospital de expósitos correspondientes a la década de 1620. Todas eran breves, algunas muy breves, escritas en un pedacito de papel arrancado de un libro o en el dorso de un documento e incluso en uno de los casos en la parte de atrás de un naipe, y todas referían si el niño había sido bautizado o no, y generalmente su nombre: «Esta niña va bautiçada i se llama Margarita». Algunos comunicaban la fecha de nacimiento y el día de su santo, en tanto que unos pocos añadían también una breve explicación, por lo general, la pobreza: «Es hija de padres nobles, que la necesidad las fuerça acer esto»; «Este niño se llama Juan. Es igo de padres pobres. No tiene con qué sustentarle»; o la imposibilidad de sus progenitores para criarlo: «Es legítimo, que murió su madre y no le puede criar su padre»; «Este niño está bautizado. Llámase Manuel. Su madre no tiene leche»; o la vergüenza: «Es de una mujer principal por no ser descubierta»; o «No se echa por neseida sino por no dar escandolo a donde nasió a la madre». Los más conmovedores eran los escritos en primera persona (*lámina 6*):

> Llámome Ana. Estoy vautiçada. Son mis padres jente onrada y por ser pobres me encomiendan a nuestra señora y a san Jusé. Suplico a v[uestras] m[erce] des me encomienden a quien mire por mí.
>
> A[65].

Casi con toda seguridad, nadie «miraba» por Ana. La mayoría de los que entraban en un hospital de expósitos (tanto en Madrid como en los demás lugares) morían allí, por la sencilla razón de que casi la mitad de todos los expósitos eran abandonados durante su primera semana, y en esa edad tan vulnerable, sin la intervención inmediata de una nodriza, morían. Por otra parte, dado que «la mortalidad tiende a aumentar con las admisiones», las expectativas de vida disminuían en proporción inversa al número de ingresos: en el hospital de los Inocentes de Florencia, una tercera parte de los

setecientos expósitos abandonados en el año de la hambruna de 1629 murieron en su primer día; la mitad de ellos a la semana; y casi dos tercios antes de un mes. Técnicamente, dejar a un recién nacido en la «rueda de la fortuna» podía no ser infanticidio, pero la consecuencia venía a ser la misma: representaba un método adicional, brutal pero eficaz, de reducir rápidamente el número de bocas que alimentar durante una crisis[66].

III. MIGRACIÓN

Migración voluntaria

Más de un millón de habitantes de Europa occidental respondieron a la adversidad económica del siglo XVII emigrando en busca de una vida mejor. Fueron tantos los escoceses que dejaron el Reino para ganarse la vida en Polonia en esta centuria que los polacos utilizaron el término *szot* («escocés») para significar «hojalatero»; en total, entre 1600 y 1650 alrededor de 100 000 escoceses, es decir, una quinta parte de los varones adultos del Reino, se fueron a vivir al extranjero. En Europa occidental, sólo Portugal sufrió también pérdidas a esta escala a través de la emigración: a lo largo del siglo XVII, alrededor de 250 000 personas zarparon con destino a sus colonias de ultramar[67]. Al mismo tiempo, más al este, decenas de miles de familias rusas y polacas —la mayor parte siervos campesinos— huyeron para unirse a los cosacos que vivían en las ricas «tierras negras» del sur, y, en el caso de Rusia (en un número menor) también a Siberia (*véase capítulo 6*).

Miles de familias chinas también decidieron escapar a la adversidad emigrando al extranjero. Muchas, especialmente las procedentes de las montañosas provincias del sureste, marcharon rumbo a Filipinas y el Asia suroriental, ya como colonos o para «dar servicio» a las colonias europeas enclavadas allí. En 1700, unos 20 000 chinos vivían en un suburbio especial de Manila conocido como el Parián (y su población habría sido aún mucho mayor de no ser por las masacres llevadas a cabo periódicamente por los españoles y sus aliados filipinos); y varios miles más vivían en Batavia (la actual Yakarta),

que se convirtió en una «ciudad colonial china bajo protección holandesa[68]». El establecimiento de colonias europeas en Taiwán a partir de 1624 generó otra oportunidad para la *cocolonización* china. Casi inmediatamente, el gobernador de la provincia de Fujian permitió a «varias decenas de miles» de estos indigentes a causa de la hambruna emigrar a las tierras situadas en torno a la colonia holandesa, entregando tres taeles de plata a cada persona y una vaca a cada familia. En 1683, cuando las fuerzas de los Qing anexionaron la isla, unos 120 000 chinos vivían en Taiwán junto con la población indígena. Un siglo antes, en ninguno de estos lugares —Manila, Batavia, Taiwán, etc.— había existido una colonia china[69].

Gracias a la inigualable prevalencia de la guerra en el siglo XVII, muchos más hombres que nunca dejaron sus hogares para unirse a un ejército. En la India, en torno a una décima parte de la población masculina activa de Indostán entró a formar parte de un sofisticado mercado laboral militar, dado que los emperadores mogoles, como sus predecesores afganos y sus sucesores británicos, reclutaron tropas rajputs en su frontera noroeste y las enviaron a luchar en los límites oriental y suroriental de su Imperio. Muchos de ellos se casaron y tuvieron hijos allí. Un sistema similar de expatriación militar caracterizó el Imperio español. Cada año, soldados reclutados en las ciudades y pueblos de Castilla salían para Holanda, donde, en 1640, las tropas de Felipe IV incluían a más de 17 000 españoles. Muchos de estos expatriados, como los rajputs de la India mogola, se casaron y establecieron en el extranjero, sin pensar nunca en regresar a su país. Como un patriarca español explicó a su hermano menor cuando éste marchó a la guerra: «No quiero que te agrade de Flandes el país, sino la guerra. La guerra ha de ser tu patria, i pues naciste para ella, no querría que te halasses bien sino donde la huviere[70]». En todos los Estados, el reclutamiento era más fácil en los años de adversidad económica. En palabras de un renuente guerrero español que don Quijote se encontró cuando aquél iba a unirse a su regimiento:

> *A la guerra me lleva mi necesidad.*
> *Si tuviera dineros, no fuera en verdad.*

O, como expresaba un general francés justo después del Gran Invierno de 1708-1709: «Bien podría compararse con "un mal viento que a nadie puede traer nada bueno", ya que si podíamos reclutar tanta gente era sólo por la miseria en la que vivían las provincias [...]. Podría decirse que el infortunio de la gente fue la salvación del Reino[71]».

Otras formas de «migración voluntaria» a mediados del siglo XVII fueron igualmente reflejo de las condiciones económicas. Por ejemplo, unas 6000 personas llegaban a Londres cada año, la mayoría de ellas chicos que entraban a trabajar de aprendices de un comerciante o artesano a cambio de que le enseñaran el oficio, o mujeres y hombres que lo hacían como empleados domésticos hasta que reunían ahorros suficientes para ser económicamente independientes y casarse —una meta que se hacía más difícil de alcanzar cuando las circunstancias económicas empeoraban—. En la capital inglesa, como en el resto de Europa occidental, estos emigrantes constituían el 10 por ciento o más de la población urbana.

Otras personas emigraban cada año para trabajar en el campo porque la recolección de la mayoría de los productos básicos requería muchas manos extras en determinados momentos predecibles, intensos, pero breves. En el caso del arroz, los agricultores necesitaban trasplantar las semillas y añadir fertilizante lo más rápidamente posible, de modo que en todo el este y sureste asiático, los trabajadores itinerantes seguían el ritmo de estas actividades. En las áreas productoras de cereal, la cosecha tenía que realizarse rápidamente y requería por tanto ayuda adicional durante un período muy breve. En Cataluña, por ejemplo, cada junio «por uso antiguo de la provincia, acostumbran bajar de toda la montaña hacia Barcelona muchos segadores» para ofrecerse como mano de obra a los agricultores que tenían tierras en estas fértiles llanuras del Principado[72].

Los trabajadores itinerantes que carecían de domicilio fijo eran extremadamente vulnerables a la adversidad económica, mucho más que aquellos que permanecían en su comunidad y de este modo podían reclamar ciertos «derechos». Eran también más peligro-

sos. En Cataluña, según un testigo presencial, la mayoría de los segadores eran…

> … hombres disolutos y atrevidos que lo más del año viven desordenadamente, sin casa, oficio o habitación cierta. Causan de ordinario movimientos e inquietud en los lugares donde los reciben; pero la necesidad precisa de su trato parece no consiente que se les prohíba. Temían las personas de buen ánimo su llegada, juzgando que las materias presentes podrían dar ocasión a su atrevimiento en perjuicio del sosiego público.

En junio de 1640, después de que una prolongada sequía causara una gran escasez en el Principado, unos 2500 agitados segadores llegaron a Barcelona causando inmediatamente «movimientos e inquietud» que primero condujeron al asesinato de tres jueces reales y del virrey, y finalmente a la declaración de la «República de Cataluña[73]».

Salvo por los que entraban a trabajar en el servicio doméstico, pocos emigrantes eran mujeres. En el siglo XVII sólo un puñado de mujeres europeas cruzaron los océanos solas, a veces incluso disfrazadas de hombres (como la famosa novicia que viajó por España y hasta América disfrazada de hombre, la *Monja Alférez* Catalina de Erauso, en cuyas memorias describió sus hazañas como soldado de Felipe IV en América). Algunas más acompañaron a sus maridos o a sus padres cuando embarcaban rumbo a las colonias de ultramar, pero el número de hombres siempre fue muy superior al de mujeres[74]. Ni el disfraz ni la emigración eran opciones para las chinas *han*, porque desde la edad de siete años sus madres les envolvían los pies en una venda apretada. Esto producía, en su forma extrema, el «loto dorado»: un pie que medía menos de ocho centímetros desde el talón a la punta del dedo gordo. Un poema de Hu Shilan, una mujer de una familia de la alta burguesía que más tarde se vio obligada a ganarse la vida enseñando a las hijas de familias más afortunadas, recordaba con amargura los días en que…

> *… mi pequeña doncella caminaba a mi lado bajo un palio de flores*
> *para que mis pequeños pies no resbalaran en el verde musgo.*
> *Poco podía imaginar yo que en mi madurez tendría que vagar*
> *enfrentándome a un sol abrasador y furiosas tormentas*

.

En tiempos de crisis, una mujer con los pies vendados difícilmente podría «vagar» y, todavía menos, huir: una desventaja potencialmente fatal durante la transición de los Ming a los Qing, en una China llena de soldados y bandidos[75].

Migración involuntaria

Aparte de estos emigrantes que se vieron «empujados» a salir de sus casas movidos por la perspectiva (ya fuera aparente o real) de progresar económicamente en otro lugar, la crisis del siglo XVII «empujó» a multitud de otros a echarse a los caminos movidos por la amenaza de morir o acabar en la indigencia si se quedaban. En Anatolia, el corazón del Imperio otomano, lo que los contemporáneos de la época denominaron la «Gran Huida» hizo que la población de contribuyentes de algunas comunidades se redujera en tres cuartas partes entre la década de 1570 y la de 1640, cuando los hombres solteros sin tierras se marcharon para tratar de encontrar sustento entrando a formar parte de ejércitos de bandidos, buscando trabajo en las ciudades o estudiando en escuelas religiosas, las madrazas *(véase capítulo 7)*. En Europa central, la guerra de los Treinta Años dejó despobladas muchas comunidades. Martin Opitz, el más famoso poeta alemán de su época, preguntaba retóricamente en su poema épico «Consuelo en la adversidad de la guerra», de 1621:

¿No hay ningún sitio donde la guerra no pueda llegar
para que podamos vivir sin miedo o sin tener que huir?
Ya no quedan árboles;
los jardines están desolados.
La hoz y el arado ahora no son más que una hoja afilada.

Una década más tarde, en la India, la hambruna y las inundaciones de Gujarat de 1628-1631 causaron asimismo una amplia desbandada, especialmente de los artesanos. Según un observador inglés, «la mayor parte de los tejedores, lavanderos y tintoreros que han conseguido escapar del embate directo de la hambruna, se han dispersado por lugares extranjeros de mayor abundancia, con lo que quedan pocos o ninguno de estos oficios[76]». En China, Chen Zilong, un alto funcionario de los Ming, además de uno de los mejo-

res poetas de su generación, captó el angustioso destino de estos refugiados del desastre en «El pequeño carro».

El pequeño carro se bambolea a trompicones
entre el polvo amarillo del atardecer;
el hombre lo va empujando desde atrás;
la mujer va tirando de él.
Han dejado la ciudad y no saben adónde ir.
«Verdes, verdes, esas hojas del olmo:
ellas aliviarán mi hambre,
si pudiéramos encontrar un sitio tranquilo
y tomarlas juntos como cena».
El viento ha tumbado la agripalma amarilla;
más allá, en la distancia,
ven los muros de una casa.
«Seguramente allí vive gente
que te dará algo de comer».
Tocan a la puerta, pero nadie abre;
miran dentro, pero la cocina está vacía.
Se quedan sin saber qué hacer
en medio de la carretera solitaria,
y sus lágrimas caen como lluvia[77].

Los que habían sido arbitrariamente privados de su libertad antes de ser deportados se enfrentaban a un destino peor. Algunos eran soldados y marineros recién reclutados. Aunque en Europa sólo Suecia instauró un «llamamiento a filas», la mayoría de los Estados recurrían periódicamente al reclutamiento sin previo aviso: la incorporación obligatoria al ejército o a la armada de hombres sin medios conocidos de sustento y vagabundos, hombres que habían golpeado o abandonado a sus esposas, y hombres que llevaban una vida que la comunidad consideraba de pecado —adúlteros y fornicadores—. Además, dado que en tiempo de guerra el «pecado» rara vez era suficiente para llenar las filas, los gobiernos reclutaban periódicamente a ciudadanos cumplidores de la ley. En Castilla, las comunidades a menudo cumplían su cuota de reclutamiento mediante una lotería llevada a cabo entre todos los considerados aptos, y los criterios para cumplir esta condición fueron ampliándose notablemente a medida que el siglo XVII fue avanzando y la población

disminuyendo. Así, en la ciudad universitaria de Salamanca, en 1630, todos los hombres mayores de cuarenta años estaban exentos, pero en 1640 este límite había aumentado a la edad de setenta. Al mismo tiempo, los criterios de exención tradicionales (aplicables a estudiantes y profesores, funcionarios del ayuntamiento y familiares de la Inquisición, caballeros y médicos, e incluso los impedidos) también se fueron poniendo en cuestión, hasta que las únicas categorías de exentos que quedaron fueron los clérigos y los gitanos (estos últimos reservados por lo general para el servicio obligatorio en galeras). El reclutamiento podía despoblar comunidades enteras en poco tiempo. Por ejemplo, en 1642, el pueblo español de Villarrobledo, de unos 3000 habitantes, se lamentaba de que durante los cinco años anteriores se hubiera reclutado a unos cuatrocientos hombres y pedía se le diera un respiro, ya que se había quedado sin mano de obra suficiente para trabajar los campos (el gobierno respondió exigiendo otros sesenta hombres más). En ocasiones los reclutas se hacían tan escasos que se les tenía presos desde el momento de su alistamiento hasta la asignación de destino, para evitar que escaparan. Así, un grupo de reclutas de Castilla que llevaba encarcelado ocho meses en Murcia, a la espera de ser transportado para luchar en Italia, suplicaba al Consejo de Guerra de Madrid: «Por amor de Dios lo agan el despachar nos desta carçel para ir a serbir a su magestad, aunque sea al propio infierno[78]».

Algunos Estados también deportaban a un gran número de facinerosos en lugar de ejecutarlos. Algunos eran capturados en guerras y rebeliones. Los mogoles, por ejemplo, vendían periódicamente a sus prisioneros en los mercados de esclavos de Asia central. Así, en 1630, el gobernador de Kalpi, en las faldas del Himalaya, se jactaba de que durante la represión de una rebelión había «decapitado a los cabecillas y hecho esclavas a sus mujeres, hijas y niños, que sumaban más de dos *lachs* [200 000]», y los había enviado para ser vendidos como esclavos a Asia central. Admitiendo que las crónicas tienden a exagerar las cifras, el historiador Scott Levi (que es el autor que cita este detalle) estimaba que «con los años, la expansión militar mogo-

la en la India fue la responsable de la esclavización y exportación de cientos de miles de personas[79]». Otros deportados eran convictos. El gobierno ruso deportó a muchos delincuentes para defender la frontera sur de las incursiones tártaras, en lugar de condenarlos a la pena de muerte —incluyendo algunos convictos por brujería a los que se sentenciaba al exilio permanente e, irónicamente, pasaron el resto de su vida patrullando las fronteras de la ortodoxia (en la mayoría de Europa occidental habrían sido ejecutados públicamente) —. En Escocia, exasperados por los constantes desórdenes de un determinado clan, el gobierno deportó en 1626 a todos los hombres apellidados MacGregor a la Europa continental, «suficientemente escoltados por algunos de sus oficiales, responsables de no dejarlos escapar». Antes de marchar al continente, todos los MacGregor tenían que jurar «que nunca más volverían a este Reino, bajo pena de muerte».

La mayoría de los deportados británicos eran transportados a América. La Compañía Inglesa de Virginia abrió el camino, reuniendo en 1618 a «cien muchachos y muchachas jóvenes que estaban muriendo de hambre en las calles» y enviándolos a Virginia. Pocos años después, la Compañía envió al «cada vez mayor excedente de personas de la ciudad [de Londres] a Virginia», para «librar a la ciudad de muchos que están a punto de morir de hambre y que de hecho así lo hacen diariamente en nuestras calles […] por necesidad de llevarse algo a la boca[80]». En la década de 1640, la Compañía contrató a «espíritus» que «persuaden a niños y adultos para irse a Virginia» en barcos, con la promesa de comida una vez subieran a bordo, pero, según Charles Baily (una de las miles de víctimas), «una vez embarcados, [yo] nunca pude desembarcar hasta llegar a América, donde fui vendido como esclavo y así permanecí durante siete años». Baily opinaría más tarde que a él y a las «otras pobres criaturas habría sido mejor colgarlas que tener que sufrir la muerte y la miseria». Algunas de estas «pobres criaturas» eran soldados y rebeldes derrotados a quienes el victorioso régimen republicano de Londres condenó a trabajos forzados en Barbados y otras colonias

americanas. Según un reciente estudio, «decenas de miles de personas de Gran Bretaña e Irlanda acabaron trabajando como esclavos en Chesapeake y el Caribe durante el período de la revolución[81]».

Algunos gobiernos europeos deportaban no sólo a convictos para trabajar en sus colonias de América y Asia durante el siglo XVII, sino también a niñas huérfanas y prostitutas, esperando compensar el extremo desequilibrio de género imperante en la mayoría de sus colonias de ultramar. No siempre funcionó: un insólito 80 por ciento de las mujeres casadas en el Canadá del siglo XVII muertas sin descendencia habían llegado como *filles du roy* («hijas del rey», como se denominaba a las deportadas[82]). Muchos emigrantes varones tampoco se reproducían. Algunos morían en el camino debido a los rigores del viaje, y otros lo hacían poco después de llegar a su destino porque carecían de inmunidad a los agentes patógenos que se encontraban allí. Así, entre 1604 y 1634, unos 25 000 varones europeos murieron en el hospital real de Goa, la capital de la India portuguesa, la mayoría poco después de desembarcar de su largo viaje por mar desde Lisboa; de otros 5000 portugueses que marcharon de Lisboa a la India entre 1629 y 1634, menos de la mitad llegaron vivos. Del mismo modo, pese a la emigración de unos 223 000 europeos a las islas inglesas del Caribe a lo largo del siglo XVII, su población «blanca» total en 1700 apenas alcanzaba los 40 000 habitantes.

La mayor emigración forzada del siglo XVII también llevó asociada la mayor mortalidad: la deportación de africanos. Algunos, especialmente en el este de África, eran capturados y conducidos a los Estados musulmanes del norte. Durante todo el siglo XVII, las caravanas de esclavos llevaban cada año entre 5000 y 6000 hombres y mujeres africanos al Egipto otomano, donde eran distribuidos por todo el Imperio; tras la llegada de los europeos de Occidente, muchos más africanos fueron involuntariamente trasladados a las Américas[83].

Estimar el volumen total del comercio de esclavos entre África y las distintas colonias europeas de América resulta extremadamente difícil; no obstante, en torno a 1640, un funcionario con amplia ex-

periencia calculaba que la población esclava de la América española era alrededor de 325 000 y que algo más de 9000 nuevos esclavos eran requeridos anualmente para mantener este nivel. Por otra parte, otros 80 000 esclavos más estaban trabajando en Brasil, colonia que necesitaba importar más de 2000 esclavos anuales sólo para cubrir las «pérdidas»; en tanto que, tan sólo en 1656, 2000 esclavos africanos desembarcaron en la colonia inglesa de Barbados (el doble que los británicos e irlandeses enviados a trabajos forzados aquel año). En términos globales, estas cifras sugieren que a mediados del siglo XVII el total de esclavos africanos llegados cada año a América fue de 13 000[84]. Además, miles de los capturados morían durante la travesía hasta la costa atlántica, en los corralones donde eran retenidos a la espera de ser embarcados, o durante el viaje. Sumando estos totales, durante el siglo XVII los europeos enviaron a unos dos millones de esclavos desde África, la mitad de ellos desde el África occidental y central, y la mayoría restante desde los Estados de la Costa de Oro y las bahías de Benin y Biafra.

Interés compuesto negativo

Las diversas estrategias demográficas adoptadas para reducir la población humana a mediados del siglo XVII, y disminuir de este modo la demanda de recursos (especialmente la comida), tuvieron cinco importantes consecuencias a largo plazo que crearon un «interés compuesto negativo».

- *El asesinato de la siguiente generación de madres*. La presión sobre las viudas para quitarse la vida diezma a la generación actual de madres, ya de por sí mermada por la alta mortalidad durante y después del parto (y, en países católicos, también por un aumento del número de monjas); además, el asesinato o abandono de niñas al nacer diezma el número de madres de la *siguiente* generación. *Una tasa de infanticidio femenino del 10 por ciento reducirá el crecimiento de población en un 30 por ciento*. Un poema chino apuntaba esta doble agresión para las mujeres:

La costumbre de Fujian sólo deja vivir a la mitad de las niñas que nacen;
las afortunadas supervivientes desean ser mujeres virtuosas.
Las hijas deberían morir tras hacerlo su marido;
el vino envenenado ya está servido en las copas
y las sogas esperan colgando de las vigas.
Una hija que se aferra a la vida soporta una tremenda presión,
los corazones rotos están llenos de motivos de queja.
La muerte al fin sucede entre los vítores de los hombres del clan,
y el clan recibe esta distinción que glorificará su nombre durante mil años[85].

- *La creación de cohortes mermadas*. Cualquier crisis a corto plazo que reduce significativamente el tamaño de una cohorte de edad, ya sea por una catástrofe humana o natural, reduce automáticamente la capacidad de dicha cohorte para reproducirse. Un aumento del 50 por ciento en la tasa de muertes significa que los que en el momento de la crisis son menores de quince años no bastarán para restaurar el nivel de población anterior. Además, por una trágica coincidencia (y parece no ser más que una coincidencia, al menos en Europa), en el siglo XVII, cuando cada generación mermada por una grave crisis de mortalidad llegó a la edad de casarse, fue golpeada por otra catástrofe. Así, la cohorte mermada por la peste de 1630-1631 alcanzó la mayoría de edad justo a tiempo de enfrentarse a la hambruna de 1661-1663, mientras que sus hijos llegaron a la edad de la reproducción durante la crisis de la década de 1690. Del mismo modo, la cohorte mermada por las crisis de 1618-1621 y 1647-1653 llegó a la mayoría de edad justo a tiempo de tener que afrontar las malas cosechas de mediados de 1670, en tanto que sus hijos alcanzaron la edad de la reproducción durante el Gran Invierno de 1708-1709 y la consiguiente hambruna[86]. Cada catástrofe, por tanto, redujo no sólo el tamaño de la generación afectada sino también el de la siguiente.
- *Muerte en el camino*. En toda época, es difícil criar una familia mientras se va de un lado para otro. Los archivos parroquiales

de toda Europa registran la frecuente muerte de hombres, mujeres y niños «forasteros» que fallecían mientras trataban de trasladarse de un sitio a otro, normalmente en busca de trabajo o comida. Dado que cada parroquia llevaba su propio registro, sus entradas rara vez permiten a los historiadores recrear las pérdidas de familias emigrantes, pero por suerte contamos con algunas fuentes significativas. Por poner sólo un ejemplo, Peter Hagendorf, un soldado que participó en la guerra de los Treinta Años entre 1624 y 1648, escribió un diario mientras recorría casi 24 000 kilómetros por toda Europa con su regimiento. En él iba anotando meticulosamente los nacimientos, matrimonios y fallecimientos de su familia, escribiendo más adelante el número de orden junto a la muerte de los cuatro hijos que tuvo con su primera mujer entre 1627 y 1633, cuando ésta murió, y de cuatro más que tuvo con la segunda entre 1635 y 1648. La mayoría de sus ocho hijos murieron de bebés (uno antes de bautizar y otros dos en la primera semana de vida). Durante el curso de la guerra de los Treinta Años, Hagendorf engendró diez hijos legítimos de los cuales sólo dos quedaban vivos cuando ésta terminó: uno que para entonces tenía cinco años y otro que tan sólo era un bebé[87]. Si la experiencia de Hagendorf puede considerarse representativa, el servicio militar activo equivalía a una sentencia de muerte no sólo para muchos soldados, sino también para sus familias; y teniendo en cuenta que al menos un millón de hombres participó en las guerras europeas de mediados del siglo XVII, las consecuencias demográficas globales fueron graves.

- *Los costes ocultos de la migración*. Algunos pueblos del norte de Portugal que habían proporcionado un gran número de hombres —tanto marineros como colonos— para las empresas del país en el extranjero, se habían quedado con menos de sesenta hombres por cada cien mujeres, y apenas la mitad de las mu-

jeres de la comunidad llegaba a casarse nunca. Similares desequilibrios de género caracterizaban a otros pueblos donde la mayoría de los hombres emigraba en busca de trabajo, lo que dio lugar a dos consecuencias demográficas a largo plazo. La primera, que en las áreas de producción de cereal con terrenos demasiado duros para que las mujeres pudieran labrarlos solas, la marcha de tantos hombres (ya fuera a luchar, como en Escandinavia, o a colonizar, como en la península Ibérica) podía reducir la producción de comida hasta el punto de que, aunque el consumo disminuyera (porque los hombres ya no entraban en el reparto de los alimentos locales) muchas veces la comunidad ya no era capaz de alimentarse a sí misma, por lo que finalmente entraba en estado de atrofia. La segunda consecuencia, al menos en las sociedades monógamas, es que la emigración masculina a esta escala reducía espectacularmente el número de matrimonios y, por tanto, el tamaño de la siguiente generación, creando una especie de «interés compuesto negativo[88]».

- «*El mundo es joven*». El sociólogo Jack Goldstone llamó la atención sobre la «extraordinaria juventud de la población de Inglaterra en la década de 1630» tanto en términos absolutos como relativos.

Edad en porcentajes de la población total de Inglaterra

Edad en porcentajes de la población total de Inglaterra

Año	Población total	0-4	5-14	15-24	25-29	Total (15-29 años)	Total (≥ 30 años)
1631	4.892.580	12,5	19,9	18,2	7,9	26,1	41,6
1641	5.091.725	11,8	20,5	17,3	8	25,3	42,4

Como Goldstone señaló, «la cohorte que alcanzó una edad entre 26-35 años durante la década de 1630 *fue la cohorte de jóvenes más numerosa de todo el período de 1500-1750*»; y un gran número de ellos se quedaron solteros[89]. Dicha estructura demográfica es inherentemente inestable, no sólo porque los que son jóvenes y solteros son los que con más probabilidad expresarán su descontento, sino también porque (como Goldstone señaló) «la participación de la gente en manifestaciones o movimientos de oposición depende en cierta medida de hasta qué punto perciben el apoyo que tendrá dicho movimiento de oposición». Por tanto, dado que «los más pusilánimes entre los descontentos probablemente sólo se sumarán a una oposición que parece ampliamente extendida y con posibilidades de éxito», el crecimiento de la cohorte de 26-35 años de edad hasta el grado sin precedentes que alcanzó en la década de 1630 también habría aumentado la probabilidad de que la gente de treinta y cinco años se uniera a la oposición. Esto, a su vez, aumentó la volatilidad de *toda* la población[90].

Los datos de China, aunque no tan precisos como los de los archivos parroquiales de Inglaterra, registran un fenómeno paralelo. La prevalencia del infanticidio femenino aumentó inevitablemente el número de «palos desnudos» —la expresión común china para denominar a los hombres solteros— de la siguiente generación. Un gacetero de Fujian afirmaba que durante la década de 1650 casi la mitad de los hombres permanecían solteros porque no podían encontrar mujeres para casarse; y, como en Inglaterra, este inusual patrón demográfico explicaría por qué tanta gente se negaba a considerar la escasez como una calamidad natural que había que soportar estoicamente, y la veía más bien como consecuencia de una intervención humana contra la que había que protestar enérgicamente[91].

En su influyente ensayo *Poverty and famines [Pobreza y hambrunas],* inspirado en su experiencia en la escasez generalizada sufrida en Bengala en 1943, Amartya Sen sostenía: «El hambre no se define por que no *haya* suficientes alimentos que comer, sino porque algu-

nas personas no *disponen* de suficientes alimentos para comer. Aunque lo primero pueda ser una causa de lo segundo, no es sino una de sus muchas posibles causas[92]». Es decir: las hambrunas obedecen más a problemas de distribución causados por un agente humano que a problemas de suministro general ocasionados por la naturaleza. Esté o no en lo cierto Sen, esta visión «antropocéntrica» ha convencido a mucha gente (en palabras de Steven L. Kaplan) «de que fueron las víctimas de una terrible conspiración». Según Kaplan, a principios del mundo moderno:

> Los consumidores encontraban razones para cuestionar la autenticidad de la escasez. Descubrieron que había indicios de que la cosecha no era tan mala como se había anunciado, que se estaban produciendo actos anormales e ilegales en el comercio del grano, que el gobierno no estaba haciendo lo que se suponía que debía hacer, etc. A medida que la preocupación por la subsistencia se agravaba […] creció la convicción de que la crisis era artificial, que había una conspiración criminal en marcha contra la gente, que el sufrimiento del pueblo era innecesario y que había que enfrentarse de alguna forma a los conspiradores. Los malvados eran prácticamente intercambiables de una crisis a otra. Entre ellos había hombres que estaban en el poder (ministros, magistrados, etc.), grandes fortunas (financieros, recaudadores de tributos, banqueros, contratistas del ejército), y miembros de los séquitos de algunos de los principales líderes (amantes y parientes).

Los mismos supuestos antropocéntricos rodeaban las epidemias importantes: que eran extendidas por hombres (y en ocasiones mujeres) maléficos y poderosos[93].

Dichas convicciones llevaron a muchas personas de principios de la Era Moderna a insistir en que las autoridades podían y debían hacer más para proporcionar a sus súbditos suficiente comida y seguridad para garantizar la supervivencia. El concepto de que el deber supremo del Estado era «alimentar a la gente» no sólo imperaba en China. *Política sacada de las Sagradas Escrituras*, un tratado escrito en 1679 para el heredero al trono francés por su tutor, Jacques-Bénigne Bossuet, enfatizaba que «el príncipe debe atender las necesidades de su pueblo» (éste es el título de una de las «proposiciones» del libro). De hecho, Bossuet aleccionaba:

> La obligación de cuidar de la gente es la base de todos los derechos que los soberanos tienen sobre sus súbditos. Ésta es la razón por la cual, en tiempos de gran necesidad, la gente tiene derecho a apelar a su príncipe. «Durante una extrema ham-

bruna, el pueblo clamó ante el faraón pidiendo comida». Los hambrientos pedían pan a su rey, como si se tratara de su pastor, o más bien de su padre[94].

Ésta es la razón por la que los gobernantes de principios de la Edad Moderna que siguieron el ejemplo del faraón e ignoraron el «llamamiento» de su pueblo pronto se enfrentaron con más rebeliones y revoluciones. De hecho, las mayores pérdidas de población se produjeron precisamente en los Estados que experimentaron no sólo hambrunas, sino también guerras, rebeliones y revoluciones: China, Rusia, la Mancomunidad de Polonia-Lituania, el Imperio otomano, Alemania y sus vecinos, la península Ibérica, Francia, Gran Bretaña e Irlanda.

Segunda parte
Soportar la Crisis

> La paz no se consigue en un solo día; una crisis no se genera en un solo día. Ambas cosas llegan a serlo mediante una acumulación gradual.
>
> JIA YI, *History of the han*[1]

En un artículo de gran influencia, *sir* John Elliott señalaba que la «epidemia de revoluciones» de la década de 1640 no era después de todo la primera, y enumeraba no sólo ocho rebeliones acaecidas en Europa occidental entre 1559 y 1569, sino algunas declaraciones contemporáneas que se lamentaban de la ubicuidad de estas revueltas. Por ejemplo, el reformador protestante John Knox advertía al gobernante de la turbulenta Escocia en 1561 que «su Reino no está viviendo hoy por hoy una situación distinta a la de los demás reinos de la cristiandad»; en tanto que Juan Calvino creía percibir una *Europae concussio*: la «sacudida de Europa», precisamente la misma metáfora utilizada por Jeremiah Whitaker y otros en la década de 1640. Y, sin embargo, añadía Elliott, «hasta donde yo sé, ningún historiador las ha agrupado» y «utilizado como evidencia de una Crisis General del siglo XVI[2]».

La década de 1590, en cambio, ha atraído más la atención de los historiadores, porque la combinación del enfriamiento global, las malas cosechas, la peste y la guerra, redujeron la producción agrícola e industrial a los niveles más bajos registrados en tres siglos. Por otra parte, «probablemente nunca en la historia de Europa coincidieron en el tiempo tantas rebeliones populares». Una vez más, sin embargo, Elliott aconsejaba precaución. «Las señales de alarma —admitía— estaban por todas partes: la hambruna y las epidemias, el vagabundeo y el desempleo, los disturbios y las revueltas». Pero éstos no eran fenómenos muy novedosos en la vida de principios de la Europa moderna. La década de 1590, sugería Elliott, no representó tanto «otra crisis general» propiamente dicha como «un caso inusualmente interesante de malestar de *fin de siècle*[3]».

De hecho, tanto Asia como Europa experimentaron el mismo «malestar» en la década de 1590: la guerra civil en Anatolia casi puso al Imperio otomano de rodillas, mientras que las invasiones japonesas asolaron Corea y desestabilizaron tanto China como el propio Japón. Además, todo el hemisferio norte vivió acontecimientos climáticos extremos que causaron una hambruna y un trastorno generalizados. En 1594, Yang Dongming, un funcionario de la provincia china de Henan, presentó el relato probablemente más gráfico de la hambruna de principios del mundo moderno que se haya escrito jamás, más tarde publicado bajo el título *Album of the famished [Álbum de los hambrientos],* completado con trece desgarradores dibujos de sus efectos en los humanos. En él se describía e ilustraba a familias fragmentadas por la hambruna, niños abandonados o vendidos a cambio de comida y familias enteras que se suicidaban (*véase lámina 5*). Yang también registraba la extrema meteorología que él había experimentado[4]. Muchos de sus contemporáneos europeos hicieron lo mismo. En Alemania, varios pastores luteranos compusieron himnos que reprochaban a Dios haber «ocultado la luz del sol y enviado fuertes lluvias», mientras que en Inglaterra, en *El sueño de una noche de verano*, representado por primera vez en 1595-1596, William Shakespeare se lamentaba:

> *Y aun tierno se ha podrido el trigo verde.*
> *En el campo anegado el redil está vacío […].*
> *Con esta alteración estamos viendo*
> *cambiar las estaciones: […]*
> *[…] Primavera,*
> *verano, fecundo otoño, airado invierno*
> *se cambian el ropaje y, viendo sus efectos,*
> *el aturdido mundo no sabe distinguirlos.*

Los cronistas otomanos de Hungría y los Balcanes también se hicieron eco de inviernos insólitamente crudos que helaron las tierras del Danubio, y se quejaban de que «el invierno —el llamado "cruel soldado"— se empleó con toda su fuerza. Hubo te-

rribles tormentas y ventiscas de nieve; manos y pies se quedaban paralizados». La década también vivió tanto intensas sequías como inundaciones que echaron a perder las cosechas. En Italia, donde esta meteorología extrema destruyó la cosecha de 1591, las multitudes se congregaron en Roma exigiendo comida al papa; los magistrados de Nápoles expulsaron a 2000 estudiantes extranjeros de la ciudad para reducir el consumo de alimentos, y distribuyeron cartillas de racionamiento de pan entre los ciudadanos; en tanto que los precios del pan en Sicilia alcanzaron su nivel más alto en dos siglos. En Escandinavia, la gente recordaba 1591 como «el aciago año en el que la hierba nunca llegó a ser verde», mientras que en 1596 y de nuevo en 1597, «el hambre fue tan espantoso que la mayor parte de la gente tuvo que comer pan hecho con corteza de árbol[5]».

Estos sorprendentes datos de la década de 1590 nos recuerdan que el enfriamiento global de la década de 1640, al igual que la epidemia de revoluciones, «no era, después de todo, un hecho sin precedentes»; y en este sentido apoyan el escepticismo de Niels Steensgaard, que escribió que el concepto de una Crisis General en el siglo XVII se ha convertido «en sinónimo de lo que los historiadores de otros siglos llamaban "historia"[6]». El presente libro discrepa con todo respeto, sosteniendo por el contrario que la década de 1640 vivió más rebeliones y revoluciones que cualquier otro período comparable de la historia del mundo. Ciertamente, pocos de los nuevos regímenes perduraron (los experimentos republicanos en Cataluña, Nápoles e Inglaterra se desmoronaron en cuestión de días, semanas y años, respectivamente); pero algunos resultaron ser permanentes (la revuelta portuguesa) o duraron siglos (la «Gran Empresa» de los Qing en China; el fin de España como gran potencia, la supremacía protestante en Irlanda).

El siglo XVII experimentó unos extremos climáticos rara vez sufridos nunca antes ni después (hasta ahora): la única ocasión

conocida en la que el Bósforo se congeló (1620-1621), la única vez que las inundaciones de La Meca destruyeron parte de la Kaaba (1630), el invierno más frío registrado jamás en Escandinavia (1641), etc. Esta combinación de desastres naturales y humanos tuvo profundas consecuencias humanas. El infanticidio y el suicidio en China alcanzó niveles sin igual, se casaron muchas menos mujeres europeas y otras no lo hicieron antes de los treinta, la estatura de muchos franceses, cuyo crecimiento se atrofió por la hambruna y el frío, fue más baja que en cualquier otra generación de la que tengamos constancia. Todos estos diferentes indicadores físicos reflejan unas condiciones a la vez únicas y universales. China, tanto entonces como ahora el Estado más poblado del planeta, sufrió al parecer la parte peor y la más duradera.

5

La «Gran Empresa» en China, 1618-1684[1]

En 1645, deprimido por el suicidio del último emperador Ming que iba a gobernar desde Pekín, un personaje distinguido llamado Xia Yunyi decidió dictar sus memorias antes de quitarse la vida.

> Desolado e iracundo por la muerte del emperador, ya no tengo razón para vivir […]. ¿Qué más puedo decir? Sólo temo que, en relación a cosas como el auge y caída del Estado, el avance y retroceso de los hombres valiosos y los viles, el origen y el final de los bandidos, y las fuentes de armas y provisiones, los encargados de enseñar a generaciones venideras no transmitan estas realidades. ¿Merece la pena que escriba mis recuerdos? Bueno, si lo que digo por fortuna sobrevive, las generaciones futuras serán capaces de ponderar esta cuestión[2].

Generaciones posteriores ponderaron en efecto el «testimonio que con suerte sobrevivirá» de Xia mucho después de que éste se suicidara, así como otros doscientos testimonios de la caída de la dinastía Ming, y prácticamente todos echaban la culpa a una combinación sin precedentes de problemas domésticos y amenazas extranjeras.

En 2010, el eminente sinólogo Timothy Brook llegó a la misma conclusión. En «The fall of the Ming dynasty is many histories» [«La caída de la dinastía Ming abarca muchas historias»], escribió:

> La historia de la expansión del Imperio manchú en la frontera nororiental, la historia de las extraordinariamente masivas rebeliones que asolaron China a partir del siglo XIV, la historia de la desintegración del Estado Ming, y la historia de un crucial episodio climático. Aunque se trata de diferentes historias, todas se solapan y juntas constituyen una misma historia[3].

El inmenso tamaño y complejidad del Estado Ming complica la tarea de narrar estas «historias» solapadas. En 1600, China comprendía 80 millones de hectáreas de tierras cultivadas, extendidas a lo largo de más de veinte grados de latitud, con climas

que variaban desde el tropical hasta el subártico. Este territorio conformaba el Estado más ecológicamente diverso de su época. Por otra parte, sus dos sistemas fluviales más importantes, los ríos Yangtsé y Amarillo, unidos por el Gran Canal, constituían la base de la economía más diversa, unificada, rica y populosa de principios del mundo moderno. Los emperadores Ming gobernaban sobre muchos más súbditos que nadie (*figura 10*[4]). No obstante, en la primavera de 1644 la capital septentrional de la dinastía, Pekín, cayó dos veces: primero ante un ejército de rebeldes del noroeste, y pocas semanas más tarde ante los invasores manchúes del noreste, que expulsaron a los rebeldes. Los vencedores emprendieron entonces campañas de conquista que finalmente crearon un Estado el doble de grande que la China Ming y que perduró dos siglos. Ningún otro cambio político de mediados del siglo XVII afectó a tanta gente, causó tanto daño o generó consecuencias tan duraderas.

Manchúes versus Ming

El último régimen Ming padeció tres debilidades endémicas. En primer lugar, aunque los súbditos chinos reverenciaban a su emperador como *tianzi* («hijo del cielo») y le reconocían todo el poder de imponer normas autoritarias, éste sólo podía aplicarlas en cooperación con una burocracia de unos 15 000 hombres de una élite con una formación muy elevada. Aunque eran reclutados mediante unos exigentes exámenes abiertos a prácticamente todo el mundo, los burócratas procedían en su inmensa mayoría de la clase terrateniente, y su riqueza personal les dotaba de una independencia que les permitía criticar, desobedecer e incluso desafiar al emperador que no cumplía sus expectativas. En segundo lugar, pese a su independencia económica, incluso los burócratas de más categoría (los grandes secretarios) tenían escasas oportunidades de transmitir en persona sus opiniones, porque los últimos emperadores Ming pasaron toda su vida aislados en la Ciudad Prohibida, en Pekín, un complejo amurallado de unos

doscientos acres rodeado de un amplio foso, en el que decenas de miles de eunucos se ocupaban de las gestiones relativas a la casa imperial (incluidos sus almacenes de grano y su tesorería, así como sus ceremonias) y se encargaban de la correspondencia del emperador. Y en tercer lugar, dado que la ideología confucionista imperante tenía como objetivo promover la armonía y la paz, los funcionarios Ming tendían a inclinarse por las medidas menos perturbadoras y menos caras, a organizar facciones para preservar el *statu quo* y a denunciar a los innovadores acusándolos de traidores.

10. La China Ming y su entorno. Muchos mapas de Asia oriental utilizan la proyección de Mercator, lo que aumenta el tamaño de la China Ming frente a las estepas, donde la dinastía manchú dominó en el siglo XVII. En 1644, la Gran Muralla no impidió la toma de Pekín (la capital Ming del Norte), primero por un ejército de bandidos del oeste y, más tarde, por los manchúes desde el norte. Nankín (la capital del sur) cayó al año siguiente.

Estas debilidades se hicieron más evidentes a principios del siglo XVII, cuando el emperador Wanli (1573-1620), frustrado por el obstruccionismo y las denuncias de sus burócratas, dejó puestos de funcionarios vacantes y se negó a firmar órdenes. En lugar de ello, utilizó a los eunucos imperiales que respondían ante el director del departamento ceremonial (en realidad, el jefe de todo el personal del emperador y también eunuco) para que eludieran el servicio civil y cumplieran sus órdenes. Su sucesor, el emperador Tianqi (1620-1627), fue aún más lejos: hizo al eunuco Wei Zhongxian su principal ministro y utilizó a los eunucos de palacio, entonces 80 000, como diplomáticos, superintendentes de comercio e industria, inspectores fiscales y supervisores gubernamentales, e incluso generales y almirantes. Éstos formaron por tanto una «administración alternativa» directamente a las órdenes de Wei.

El hermanastro de Tianqi, el emperador Chongzhen (1627-1644), en un principio dependió menos de los eunucos, pero demostró ser obstinado y desconfiado a la hora de tratar con la burocracia. De los 160 grandes secretarios nombrados durante toda la era Ming (1368-1644), Chongzhen nombró a no menos de cincuenta, a casi todos los cuales destituyó en respuesta a algún reproche o denuncia por parte de algún colega celoso. Esta falta de constancia impidió la formulación y puesta en práctica de estrategias eficaces para cumplir los numerosos desafíos a los que se enfrentaba el Imperio: en lugar de tratar sobre cómo salvarlo, los ministros se concentraban en encontrar a alguien a quien echar la culpa. El emperador, al igual que sus predecesores, fue dependiendo por tanto cada vez más de los eunucos tanto en asuntos civiles como militares.

Cuando la parálisis atenazaba al gobierno Ming, un pequeño grupo nómada que vivía al otro lado de su frontera nororiental creó un nuevo Estado. Al principio, su líder, Nurhaci (1559-1626) aceptó la suzeranía de los Ming, encabezando per-

sonalmente misiones tributarias, aprendiendo a leer chino y estudiando historia y prácticas militares chinas; pero también se esforzó por unir en una sola confederación a las diversas tribus que habitaban las estepas de Asia central. Para 1600, Nurhaci comandaba al menos 15 000 guerreros organizados en compañías permanentes (conocidas como *niru*, de la palabra manchú para designar «flecha») compuestas por unos trescientos guerreros, por lo general del mismo pueblo y a veces del mismo clan. Cada *niru* formaba parte de un estandarte (*gu-sa*, término manchú que significa «gran división militar»), comandado por un miembro de la familia de Nurhaci. Los guerreros manchúes valoraban la monta a caballo y el manejo del arco; veneraban a sus ancestros mogoles, que habían conquistado China cuatro siglos antes; y, al igual que ellos, se afeitaban la cabeza y llevaban el resto del pelo recogido en una cola de caballo en la parte alta de la coronilla. Durante algún tiempo, el nuevo Estado manchú prosperó gracias al comercio (especialmente por la exportación de ginseng a China), los botines de guerra (tanto propiedades como personas) y la agricultura (en su mayoría llevada a cabo por sus esclavos).

La situación cambió espectacularmente cuando el cambio climático golpeó el este de Asia. En China, los funcionarios imperiales informaron en 1615 de que habían recibido un aluvión de peticiones para aliviar el desastre y que «aunque la situación difiere entre unos lugares y otros, en todos los casos se trata de localidades atenazadas por el desastre, de las que sus habitantes estaban huyendo, los bandoleros campaban por sus respetos, y los cadáveres de los hambrientos yacían tirados en las carreteras». Al año siguiente, un funcionario de Shandong presentó un *Illustrated handbook of the great starvation of the people of Shandong [Manual ilustrado de la gran hambruna de la población de Shandong]* (1616). La situación en Manchuria era todavía peor. Cuando los consejeros de Nurhaci sugirieron que la invasión de China podría aliviar la hambruna, éste replicó enojado: «No tenemos ni siquiera bastan-

te comida para alimentarnos nosotros. Si los conquistamos, ¿cómo vamos a alimentarlos a ellos?»[5] No obstante, y tal vez para conservar los recursos que le quedaban, Nurhaci primero se declaró independiente de China y dejó de enviar el tributo; luego, en 1618, siguió el consejo de sus asesores e invadió Liaodong, una provincia al norte de la Gran Muralla en la que los súbditos de los Ming producían trigo y mijo durante la breve pero intensa temporada de cultivo. Esto hizo que pasaran a manos manchúes alrededor de un millón de nuevos súbditos, pero, casi inmediatamente, el enfriamiento global produjo el resultado que Nurhaci había predicho: una crónica manchú señalaba que el año 1620 había sido el primero en el que el precio del arroz fue alto, y añadía: «A raíz de entonces no hubo año en el que el arroz no fuera caro[6]».

Los Ming no aprovecharon los problemas manchúes debido a un levantamiento en la provincia de Shandong de los partidarios de una secta budista conocida como el Loto Blanco. En 1622, uno de los líderes del Loto Blanco se declaró fundador de una nueva dinastía imperial, y sus seguidores se apresturaron a cortar el transporte de arroz por el Gran Canal, provocando la consiguiente escasez en la capital. Los Ming entonces retiraron a sus tropas de la frontera norte, lo que les permitió aplastar la rebelión antes de que se extendiera más, pero también permitió a Nurhaci consolidar su control de Liaodong mediante la abolición de las cuotas y servicios que debían pagarse a los terratenientes y confirmar a todos los campesinos la posesión de sus tierras —a condición de que se cortaran el pelo y se afeitaran la cabeza a la manera manchú—. Según un indignado comandante Ming, «la gente está tan feliz que todos se han cortado el pelo, en obediencia a los manchúes[7]».

La erosión del poder de los Ming

La China de los Ming tenía dos capitales. Nankín (literalmente, «Capital Sur»), en el valle del Bajo Yangtsé, adonde nunca iba el emperador, pero que contaba con una extensa burocracia a imagen de la de Pekín («Capital Norte»), situada en el extremo de la llanura central de China. La visión estratégica de las dos administraciones difería considerablemente. Con la Gran Muralla a menos de cincuenta kilómetros, los ministros de la Capital Norte solían priorizar la defensa y el suministro de comida: no sólo necesitaban seguir de cerca lo que pasaba con los habitantes de las estepas, sino también, al vivir en la ciudad más grande del mundo, tenían que asegurar un suministro constante de productos esenciales de los que Pekín dependía, especialmente el arroz que llegaba a través del Gran Canal desde los fértiles arrozales del valle del Bajo Yangtsé, una región conocida como Jiangnan (literalmente, «Al Sur del Río») y el carbón transportado en caravanas de camellos desde las minas de Shanxi, a cientos de kilómetros al oeste. Los ministros de la capital sureña, en cambio, necesitaban sobre todo mantener la paz y la productividad en las densamente pobladas tierras de Jiangnan, donde muchas granjas ya no podían alimentar a las familias que trabajaban en ellas, bien por ser demasiado pequeñas o porque producían cultivos comerciales más que alimentos para el autoconsumo. Incluso las cosechas abundantes dejaban algunas personas hambrientas, lo que a su vez generaba tensiones entre los terratenientes y los arrendatarios del campo y en ocasiones disturbios en las ciudades. Las malas cosechas acarreaban hambre, emigración y desórdenes de forma casi inmediata.

Los ministros de las dos capitales imperiales, Pekín y Nankín, se enfrentaban no obstante a tres problemas similares: un sistema fiscal inadecuado, un ejército débil y una jefatura imperial ineficaz. El primero y más grave de los problemas fiscales era que los Ming nunca pedían prestado —una práctica que reducía en gran medida la flexibilidad en épocas de crisis, dado que el gasto po-

día financiarse sólo a partir de los ingresos corrientes, en lugar de distribuirse a lo largo de varios años, como en Europa occidental —. Esto implicaba la imperiosa necesidad de recaudar de forma eficiente el impuesto sobre bienes inmuebles, la principal fuente de ingresos del gobierno Ming; pero, para la década de 1630, la distribución de este impuesto había llegado a ser extremadamente desigual. Dentro de cada provincia, los condados que en algún momento dado se habían granjeado la desaprobación imperial pagaban más, mientras que otros tenían tierras exentas de impuestos y, por tanto, pagaban menos. Por otra parte, una importante reforma fiscal del siglo XVI había acarreado nuevas desigualdades: los cada vez mayores problemas presupuestarios habían llevado al gobierno central a combinar dos obligaciones diferentes —servicios de mano de obra e impuesto sobre bienes inmuebles— en una sola, conocida como el «látigo único». Los ministros esperaban aumentar los rendimientos utilizando los registros familiares detallados de los servicios de mano de obra (conocidos como *Libros amarillos*) para distribuir las obligaciones fiscales; pero dado que la pequeña nobleza estaba exenta de los servicios de mano de obra, sus nombres no aparecían en los *Libros amarillos*, por lo que el sistema del látigo único los exoneraba también del impuesto sobre bienes inmuebles. Así que los terratenientes se apresuraron a registrar a sus familias bajo nombres de la pequeña nobleza, aumentando de este modo significativamente la carga fiscal sobre los campesinos. Además, los funcionarios locales determinaban la carga fiscal anual que debía pagar cada una de las familias contribuyentes que quedaban, un proceso que abrió el camino a la corrupción y el abuso, hasta el punto que se decía que las comunidades temían la visita anual de los funcionarios del fisco «como si fueran a arrojarles a agua hirviendo[8]».

Estas discrepancias fiscales produjeron unas asombrosas desigualdades acumulativas. Por ejemplo, la prefectura Suzhou, con

un 1 por ciento de la tierra cultivada de China, aportaba el 10 por ciento del total de los ingresos imperiales; el condado de Shanghái pagaba tres veces más que toda la prefectura de Fujian; mientras que una sola prefectura cercana a Nankín, formada sólo por tres condados, pagaba tanto como toda la provincia de Cantón, integrada por 75 condados[9]. Un decreto imperial que convirtió el mantenimiento de los parientes del emperador en la principal carga de cada erario regional exacerbó aún más estas enormes desigualdades fiscales: en 1620, el coste de mantener a los 100 000 miembros del clan Ming (la mayoría de ellos con esposa, concubinas, numerosa progenie y personal doméstico —todos ellos exentos de tributar—) absorbía más de una tercera parte del total de los ingresos anuales en algunas provincias.

Mientras la economía agraria de China continuó expandiéndose, como hizo durante todo el siglo XVI, estas desigualdades fueron tolerables; e incluso después de que el impuesto sobre bienes inmuebles se incrementara de cuatro millones de taeles en 1618 a 20 millones en 1639 (para financiar los cada vez mayores gastos de defensa), el tipo impositivo subyacente en las zonas más ricas y fértiles de China siguió manteniéndose en un 20 por ciento o por debajo —una carga importante, pero soportable—. Por otra parte, 20 millones de taeles habrían bastado para mantener un ejército de 500 000 hombres —más que suficiente para preservar el Estado Ming—, pero la corrupción y el débil control central impidieron que gran parte de estos rendimientos llegaran al erario público. Para 1644, el presupuesto del gobierno preveía una recaudación de menos de 16 millones de taeles frente a un gasto de más de 21 millones, y no contaba con ningún instrumento para reducir esta diferencia[10].

El segundo problema común al que se enfrentaban los ministros de Nankín y Pekín era la baja calidad de sus tropas. La cultura Ming menospreciaba las virtudes y logros militares, lo cual no sólo desanimaba a los miembros de más talento de la élite para

servir en el ejército sino que además desmoralizaba a las tropas. La mayoría de los soldados no sabían utilizar sus armas correctamente, en tanto que la mayoría de los oficiales exageraban sistemáticamente el tamaño de sus ejércitos ante el Ministerio de Hacienda para obtener más recursos (a la vez que lo subestimaban ante el Ministerio de Guerra para evitar que los enviaran al combate). Así, según un frustrado inspector del gobierno, de 100 000 nombres que figuraban en las listas del ejército, sólo 50 000 soldados prestaban realmente servicio; y, concluía, «de esos 50 000 hombres, menos de la mitad eran de alguna utilidad en combate. La corte paga por tanto por cuatro soldados de los cuales sólo uno presta servicio». Los observadores occidentales estaban de acuerdo. El padre Adriano de las Cortes, presente durante la instrucción de los soldados de la guarnición local en Fujian en 1635, comentó que sus armas estaban «mal hechas», su pólvora era de mala calidad y su munición apenas «pequeños perdigones de plomo». La instrucción china, afirmaba el jesuita, «consistía más en un juego que en prepararse para saber luchar». Una década más tarde, un visitante portugués que también pudo observar la instrucción de las tropas Ming señaló que los soldados se limitaban a «blandir sus lanzas y espadas como si se tratara de una obra de teatro[11]». Los europeos también apuntaron que los oficiales azotaban con frecuencia a sus soldados, haciéndoles «bajarse los pantalones y tumbarse en el suelo, como si fueran colegiales, para recibir los golpes». Dicho tratamiento llevaba a muchos soldados a desertar y a otros a amotinarse. Entre 1627 y 1644 se produjeron más de cincuenta revueltas militares importantes, que fueron «*in crescendo*» a medida que la paga para los soldados fue retrasándose cada vez más[12].

El tercer problema clave al que se enfrentaban los ministros tanto en Nankín como en Pekín era la existencia de numerosas «academias» donde los intelectuales debatían cuestiones morales o sociales de actualidad a la luz de las enseñanzas de Confucio.

Aunque el objetivo del confucionismo seguía siendo el mismo para todos —la necesidad de cada hombre de perfeccionarse a sí mismo para poder servir al cielo y a la sociedad humana como un sabio gobernante o ministro—, a principios del siglo XVII existían dos caminos opuestos para llegar a ese objetivo. Uno requería que los sabios aspirantes buscaran los principios morales en el mundo exterior (concretamente en los clásicos confucionistas, las palabras de los sabios pasados) y las aplicaran; el otro enfatizaba el autoanálisis y creía que la intuición, basada en la «bondad innata» de cada ser humano, bastaba para garantizar la rectitud en sus acciones. La Academia Donglin («Arboleda Oriental»), en Wuxi, una ciudad de Jiangnan, seguía el primer camino: sus socios restaban importancia a la intuición y la introspección, y abogaban por acabar con la corrupción y restaurar la rectitud moral en toda China aplicando las virtudes antiguas consagradas en los clásicos. Ellos adoptaron el popular eslogan *Jingshi jimin*: «Dirige los asuntos del mundo; ayuda a la gente». Aunque el emperador Wanli degradó o destituyó a los ministros que simpatizaban con los objetivos Donglin, durante un breve período después de su muerte éstos prosperaron e incluso abrieron una sucursal de la academia en Pekín, con una biblioteca y una sala de conferencias donde sus miembros debatían sobre los temas acuciantes del momento. Aprovecharon su ventaja para atacar no sólo a los ministros corruptos, sino también a aquellos que toleraban la corrupción en aras de la armonía social. Tras la ocupación de Liaodong por parte de Nurhaci, sus críticas se centraron en «un hombre que chupa furúnculos y lame hemorroides» a quien culpaban de la humillante derrota: el eunuco Wei Zhongxian, amigo de la infancia del emperador y su principal ministro en aquel momento[13].

En 1624 un destacado miembro de la Academia Donglin presentó al emperador un memorial en el que enumeraba los «delitos» cometidos por Wei contra los intereses del Estado. Casi in-

mediatamente, una multitud de otros funcionarios, muchos de ellos alumnos de Donglin, presentó memoriales similares pidiendo la destitución de Wei. Sus esfuerzos resultaron contraproducentes, porque Wei convenció al emperador de que el faccionalismo de Donglin constituía la verdadera amenaza para la estabilidad del gobierno. Se dictaron órdenes de arresto contra once críticos, todos ellos alumnos de Donglin, y los agentes imperiales los detuvieron y llevaron a Pekín, donde fueron paseados por las calles metidos en jaulas como si fueran animales de un zoo, interrogados, torturados, azotados públicamente y finalmente ejecutados. Además, Wei abolió todas las academias privadas y elaboró una «lista negra» de funcionarios militares y civiles a los que él consideraba simpatizantes del movimiento Donglin, sustituyéndolos por sus propios protegidos (más adelante conocidos como *yandang*: «socios del eunuco»[14]).

En 1627, sin embargo, el emperador Tianqi falleció de repente y su hermanastro de dieciséis años lo sucedió con el nombre de emperador Chongzhen (título que significaba «noble y prometedor», pero que más tarde el humor negro transformaría en la palabra *chongzheng*, que significa «doble gravamen», para referirse al «reino de la doble imposición»). El nuevo gobernante rehusó proteger a Wei, que se ahorcó, y anunció una «era de renovación». Para conseguirlo, rescindió la orden de abolir las academias privadas, exoneró a la mayoría de los partidarios Donglin todavía en prisión, rehabilitó la reputación de los degradados y publicó su propia «lista negra» —esta vez de los *yandang*, la mayoría de los cuales perdieron sus empleos y fueron castigados—. El emperador Chongzhen también instó a sus ministros de más categoría a acabar con su lucha faccionaria. «Tengan en cuenta que —les dijo durante una reunión— tenemos problemas al este y al oeste, guerras en el norte y en el sur, y sin embargo [a mis funcionarios] no les preocupa la dinastía. Lo único que hacen es dividirse en bandos, de lo único que hablan es de una camarilla,

una tal Donglin, y, ¿en qué beneficia eso a los problemas nacionales?»[15]

Los ruegos del nuevo emperador fracasaron porque, según la perspicaz frase de la historiadora Ying Zhang, en su ambición por «salvar al Imperio en crisis», sólo «buscaba éxitos inmediatos y soluciones simples». Cada error administrativo y cada medida fracasada provocaban por tanto una avalancha de denuncias y memoriales por parte de los rivales de los funcionarios considerados responsables[16]. No sabiendo en quién podía confiar que mostrara «preocupación por la dinastía» o persiguiera un «beneficio» para los «problemas nacionales», el emperador Chongzhen se dedicó a sustituir a los jefes de seis importantes departamentos de Estado, una vez al año como media: la mitad de ellos fueron simplemente destituidos del cargo, y una cuarta parte también ejecutados o desacreditados.

Las luchas faccionarias entre los burócratas chinos tuvieron dos consecuencias nocivas. Por una parte, las repetidas purgas reducían la calidad global de los altos burócratas. De los 120 magistrados cuyas biografías se consideraban ejemplares para los demás en la *Historia Ming* oficial, escrita una generación después, ni uno solo de ellos había servido al emperador Tianqui o al emperador Chongzhen. Por otra, aunque los puestos provinciales se asignaban supuestamente por sorteo, los que obtenían mejores resultados en los exámenes para entrar en la administración pública eran destinados a los condados más prósperos, quedando de este modo las áreas más remotas y problemáticas prácticamente sin gobierno. Así, en 1629, la mitad de las prefecturas y condados de la empobrecida y turbulenta provincia de Shaanxi no contaban con ningún magistrado.

En palabras de la *Historia Ming* oficial, «cuando una dinastía está a punto de perecer, primero destruye a su propia gente de valía. Después de eso vienen las inundaciones, las sequías y el bandidaje[17]». Desde el primer momento, el emperador Chong-

zhen y su menguantes filas de «gente de valía» tuvieron que enfrentarse a «las inundaciones, las sequías y el bandidaje» en el noroeste. Las provincias colindantes de Shaanxi y Shanxi sufren normalmente de lluvias impredecibles, una temporada de cultivo corta y malas comunicaciones, y, a principios del siglo XVII, carecían también de almacenes de grano adecuados y linajes familiares lo bastante ricos para mantener a los pobres. Ninguna provincia podía sostener sólo a partir de sus propios recursos a las grandes guarniciones necesarias para su defensa, por lo que allí la subsistencia de las tropas dependía del salario y los suministros que les enviaban desde la capital. Cuando ambas cosas llegaban con una razonable regularidad, todo iba bien; pero, a partir de 1618, cuando Pekín se concentró en repeler el ataque de los manchúes, la paga que recibían las unidades militares empezó a resultar escasa o nula. De modo que muchos soldados desertaron, llevándose con ellos caballos y armas, y formaron grupos capaces de moverse muy rápidamente conocidos como «bandidos itinerantes». Se sabe poco de la organización de estos grupos, e incluso sus líderes solían aparecer en documentos públicos bajo un sobrenombre: «Lobo Solitario», «Rey Gallardo» y (proféticamente) «Amigo del Ejército Rojo[18]».

Los brutales castigos estipulados para el bandidaje por el código Ming (la muerte no sólo para cada bandido, sino para todos sus familiares varones, «hasta el grado de primos segundos» y para aquellos que los ocultaran o ayudaran) contribuyó a mantener a raya el problema durante un tiempo; pero una prolongada sequía en la provincia de Shaanxi en 1628 cambió las cifras de criminalidad. Los agricultores hambrientos abandonaron entonces sus tierras y se unieron a los proscritos; las guaridas existentes se quedaron por tanto pequeñas para dar cabida a las nuevas incorporaciones; y el aumento en su número permitió a los jefes de los bandidos amenazar las tierras más prósperas situadas hacia el sur. Luego, en 1629, con Manchuria también afectada por la se-

quía, las fuerzas manchúes consiguieron por primera vez abrir una brecha en la Gran Muralla y asolar el norte de China[19].

El emperador Chongzhen respondió a estos acontecimientos con dos medidas desastrosas. La primera, retirar las tropas de Shaanxi para defender su capital de los manchúes, dejando al resto de su ejército, en lucha contra los bandidos, sin paga ni suministros. Muchos de ellos desertaron de sus filas, incluido un soldado de veintitrés años llamado Zhang Xianzhong, para unirse a los bandidos itinerantes. La segunda, dirigida a ahorrar dinero, fue que el emperador Chongzhen clausuró abruptamente un tercio de las casas de postas que mantenían las comunicaciones de enviados extranjeros, funcionarios y mensajeros que viajaban a y desde Pekín, y despidió a sus empleados. Esto no sólo redujo la capacidad del gobierno central para recibir noticias y transmitir órdenes a tiempo, sino que también causó una gran penuria económica en el noroeste, donde la red de correos tradicionalmente venía proporcionando muchos puestos de trabajo en una área con un alto nivel de desempleo. Li Zicheng, de veintitrés años, procedente de una familia pobre de Shaanxi, fue uno de los miles de empleados de correos a los que echaron del trabajo. En un principio ingresó en el ejército, pero cuando su unidad dejó de recibir la paga, encabezó un motín y luego (como muchos otros) se unió a los bandidos itinerantes[20].

El cambio climático exacerbó aún más la situación. Algunos de los monzones más débiles registrados en los dos últimos milenios produjeron sequías que destruyeron los campos. Un alto funcionario se lamentaba: «Hoy, a la gente la matan las hordas de bandidos; mañana pueden morir a manos de las tropas del gobierno. Nadie puede calcular cuántos campos han quedado en barbecho porque los agricultores han salido huyendo del desastre, o cuántos cultivos ya plantados se están agostando al sol. Nadie puede calcular cuántas familias han quedado rotas o el número de muertos que se amontonan en las cunetas[21]». No es de ex-

trañar que muchos de los hambrientos supervivientes se unieran a las bandas itinerantes, que en aquel momento empezaban a devastar tierras tan lejanas como las del Yangtsé, al sur, y Sichuan, al oeste.

Las desigualdades creadas por el sistema fiscal Ming favorecieron aún más a los bandidos y perjudicaron a la agricultura. Cuando un funcionario del gobierno que viajaba a través de Jiangnan preguntó a los que aún seguían viviendo allí por qué casi el 90 por ciento de todas las granjas estaban abandonadas, éstos le contestaron que, tras la marcha de un agricultor,

> … su tierra quedaba sin cultivar, pero el impuesto de bienes inmuebles seguía asociado a ella. Su familia era entonces emplazada a pagar el impuesto y, si no lo hacía, la gente del [distrito fiscal] tenía que pagarla por él […]. Para una familia rica era posible pagar lo que se debía, pero los pobres normalmente se marchaban, abandonando todas sus propiedades. Ésta era la razón por la que los pueblos quedaban vacíos y las tierras sin cultivar[22].

Aun donde los bandidos no eran una amenaza, los episodios climáticos extremos afectaban negativamente a la agricultura: por ejemplo, el Lingnan subtropical (las «tierras al sur de las montañas»: las provincias de Guangxi y Cantón) sufrió una abundante nevada en 1633 y 1634, y un tiempo anormalmente frío en 1636. Las cosechas cayeron en picado. Al gobierno central le llovieron peticiones desde todo el Imperio suplicando que se actuara para acabar con la amenaza de los bandidos y para aliviar el sufrimiento causado por las malas cosechas, los altos impuestos y el mal tiempo; pero el emperador Chongzhen no hizo mucho caso, porque todos sus recursos estaban concentrados en resistir a los manchúes[23].

Empieza la «Gran Empresa».

Mientras la China Ming sufría a causa de los problemas creados por el sistema fiscal, los bandidos y el tiempo, los manchúes mejoraron su eficacia militar gracias a una oportuna transferencia de tecnología. Cuando declararon la guerra a los Ming en 1618, las fuerzas de Nurhaci se componían casi en su totalidad

de arqueros a caballo, mientras que las de sus oponentes se basaban principalmente en infantería dotada de armas de fuego. La carencia de artillería por parte de los manchúes permitió a las ciudades más importantes de Liaodong resistir —de hecho, el propio Nurhaci resultó fatalmente herido durante el asedio a una de ellas—. El emperador Chongzhen trató de ampliar esta ventaja, y al poco cincuenta cañones de bronce estaban defendiendo la Gran Muralla. Era demasiado tarde. Durante la incursión de 1629 en China, Hong Taiji (que, tras una salvaje lucha sucesoria, ocupó el lugar de su padre, Nurhaci, como jefe manchú) no sólo se hizo con cañones occidentales, sino que reclutó personal de artillería chino «familiarizado con las nuevas técnicas para fabricar artillería portuguesa». También ofreció grandes incentivos para el reclutamiento de cualquier ingeniero o persona competente en el arte de fabricar y utilizar un cañón que aceptara entrar a su servicio. Cuando los manchúes retomaron la guerra en Liaodong en 1631, contaban con cuarenta piezas de artillería de estilo occidental y personal para utilizarlas, y empezaron a construir empalizadas y fuertes para dejar incomunicada a la profusamente fortificada capital regional, que se rindió en pocas semanas. Hong Taiji también incorporó tanto a sus voluntarios como a los reclutados chinos en el sistema de los estandartes. En 1642, cada uno de los ocho estandartes de su ejército contaba con una unidad paralela manchú, mogol y de la China *han*[24].

Todo esto formaba parte del ambicioso programa de los manchúes para desafiar a los Ming en el dominio de China, conocido como la «Gran Empresa» (*Da Ye*). En 1627, Hong Taiji publicó una lista de «siete agravios» no sólo contra los Ming, sino también contra Corea: ambos documentos presentaban al Estado manchú como una entidad política independiente que trataba con sus vecinos como una potencia soberana. También estableció una Cancillería y seis consejos administrativos, según el modelo chino; diseñó un nuevo protocolo para comunicar sus órdenes

en manchú; y encargó a sus eruditos buscar en las obras históricas chinas relatos de las anteriores conquistas de China llevadas a cabo por pueblos del norte, y de chinos que se hubieran puesto de parte de los conquistadores desde un primer momento, así como ejemplos de malos gobernantes chinos cuyo derrocamiento hubiera estado justificado. Hong Taiji también se trasladó a una nueva capital (la actual Shenyang), llamada tanto Shengjing («Capital Floreciente» en chino) como Mukden (del término manchú «Levantarse»), donde su corte adoptó una combinación de los protocolos manchú, mogol y chino. En 1636, se autoproclamó fundador de un nuevo Estado multiétnico llamado *Da Qing* («Gran Qing»). También recibió de los lamas tibetanos su consagración con los poderes de Mahakala, la deidad guerrera que protegía la ley budista, y proclamó que la «mente del cielo» era la que ahora guiaba sus acciones[25].

En la misma línea de innovación, Hong Taiji decretó el aspecto y la vestimenta que debían llevar sus súbditos. Un edicto de 1636 exigía que «todo el pueblo *han* [chino] —funcionarios o plebeyos, hombres o mujeres— tendrá que llevar ropas y adornos conformes con los usos manchúes [...]. A los hombres no les está permitido llevar cuellos ni mangas; a las mujeres les está prohibido hacerse recogidos en el pelo y vendarse los pies». Sobre todo, los hombres debían afeitarse la parte delantera de la cabeza y recogerse el resto en una larga coleta o trenza como los manchúes. Dos años más tarde, otro decreto especificaba que «todos aquellos que imitaran» las costumbres Ming «en lo referente a ropa, tocados para la cabeza, peinados o vendaje de pies serán severamente castigados». La legislación de Hong Taiji reconfiguró tanto la indumentaria (ropas) como el propio cuerpo (pelo y pies) para proclamar la lealtad política y la identidad cultural, e hizo que su incumplimiento constituyera una forma de traición[26].

El golpe de la Pequeña Edad de Hielo

Al igual que la decisión de Nurhaci de invadir China en 1618 fue reflejo de imperativos climáticos —el enfriamiento global afectó a Manchuria más gravemente que a otras zonas más templadas—, el tiempo frío y húmedo que arruinó varias cosechas en la década de 1630 hizo imperativo para los manchúes incautarse de la mayor cantidad de comida posible de sus vecinos. Hong Taiji lanzó por tanto otra incursión más profunda en China e invadió también Corea, el Estado tributario más importante de los Ming; pero, al igual que en 1618, esta expansión sólo supuso un alivio a corto plazo. Ni siquiera las tierras conquistadas bajo el gobierno Qing bastaban ya para alimentar a los que vivían allí, y, en 1638, uno de los consejeros de Hong Taiji recomendó la conveniencia de firmar un tratado de paz con los Ming[27].

Las extremas condiciones meteorológicas también afligían a China. Las lacónicas entradas que figuran en la sección de «hambrunas» en *Ming shilu [Veritable records of the Ming / Verdadera historia de la dinastía Ming],* recopilados de los informes provinciales del emperador Chongzhen, son elocuentes:

> En el noveno año [del reinado, 1636], Nanyang [provincia de Henan] padeció graves hambrunas durante las cuales las madres mataban y guisaban a sus hijas [para alimentarse]. Aquel año también hubo una hambruna en la provincia de Jiangxi. En el décimo año [1637], hubo una gran hambruna en la provincia de Zhejiang durante la cual, padres e hijos, hermanos y maridos, recurrieron al canibalismo. En el duodécimo año [1639], hubo una hambruna en las regiones del norte y sur metropolitanos, así como en las provincias de Shandong, Shanxi, Shaanxi y Jiangxi. En Henan hubo una severa hambruna durante la cual la gente recurrió al canibalismo […]. En el decimotercer año [1640], se vivieron situaciones de hambruna en la región norte metropolitana, Shandong, Henan, Shaanxi, Shanxi, Zhejiang, y el delta del Bajo Yangtsé[28].

Las recientes reconstrucciones sobre el clima revelan que en el año 1640 —un año de máxima actividad volcánica y del *Niño (véase capítulo 1)*— el norte de China vivió el año más seco registrado durante los cinco siglos anteriores. Según un magistrado de la provincia de Henan: «En once meses no ha llovido. El año pasado la gente ha sufrido inundaciones, plagas de langosta y se-

quía. La sequía fue tal que la gente no pudo plantar el trigo, y lo poco que plantaron se lo comieron las langostas [...]. Todo el mundo tiene las mandíbulas amarillentas y las mejillas hinchadas; y los ojos del color de la bilis del cerdo». El mismo magistrado encargó dieciséis dibujos que ilustraran la situación de la hambruna, lamentando que estas imágenes no pudieran transmitir «los gritos de hambre y alaridos de frío» que él había presenciado[29]. El año de 1641, en el que la actividad volcánica y del *Niño* también fue muy intensa, resultó aún peor. Jiangnan sufrió varias heladas y nevadas muy abundantes, seguidas del segundo año más seco registrado durante los siglos XVI y XVII. Una entrada telegráfica en el gacetero del condado de Shanghái lo expresa con elocuencia:

1. Sequía masiva.
2. Langostas.
3. El precio del mijo por las nubes.
4. Los cadáveres de los que han muerto de hambre yacen tirados en las calles.

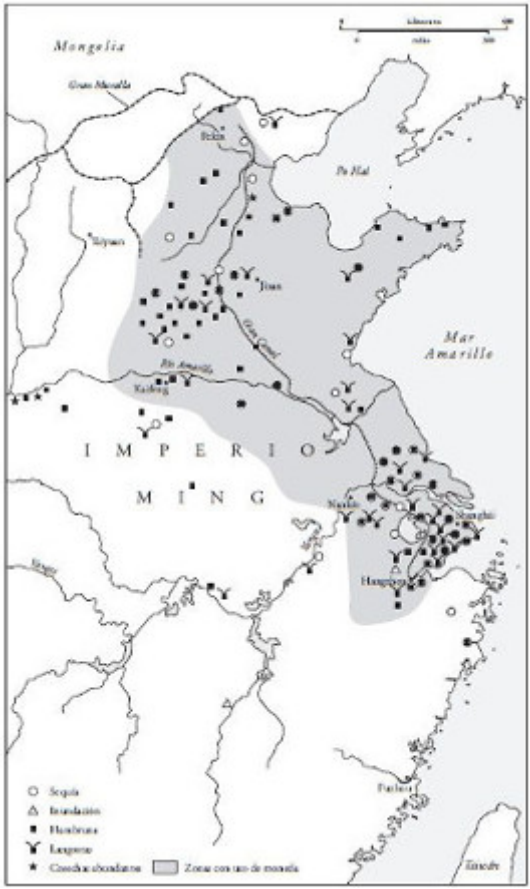
En julio, el Gran Canal se secó en la provincia de Shandong, impidiendo el suministro de arroz a la capital imperial —algo jamás registrado hasta entonces—, y en algunos pueblos la viruela acabó con la mitad de sus habitantes. La gaceta del condado de Yizhou (Shandong) informaba tristemente: «De todos los desastres y rebeliones vividos hasta ahora, éste ha sido el peor» (*figura 11; lámina 7*[30]). Incluso en el Lingnan subtropical se informaba en 1642 de nevadas y heladas de diez o doce centímetros de profundidad en los estanques, que acabaron con todos los peces, a la vez que este tiempo más frío hacía imposibles las dos cosechas anuales habituales hasta entonces, reduciéndose espectacularmente la producción de los cultivos básicos del sur, tanto para los consumidores locales como para la exportación. Incluso en

un momento dado, un tigre —el primero visto en la zona en más de un siglo— se aventuró hasta las murallas de Cantón en busca de presas, llevado sin duda por el hambre[31].

La doctrina confucionista consideraba las inundaciones y las sequías como «desastres enviados por el cielo» (*tianzai*), y un aumento de la incidencia de los desastres naturales como un presagio cósmico de que era inminente un «cambio en el mandato [del cielo]». La pérdida de tantas cosechas durante el reinado de Chongzhen llevó por tanto a sus ministros a proponer soluciones drásticas. El *Tratado completo sobre la administración de la agricultura* redactado en la década de 1620 y publicado en 1637, dedicaba un tercio de su texto al control de la hambruna, explicando no sólo cómo construir y gestionar almacenes de grano, sino también cómo producir cultivos capaces de resistir las inclemencias del tiempo, y qué plantas podían comerse sin peligro. Para entonces, sin embargo, la falta de fondos y de una dirección centralizada había dejado muchos (si no la mayoría) de los almacenes de grano públicos vacíos, y las malas cosechas hacían imposible reabastecerlos[32].

Ante la ausencia de ayuda del gobierno central, los magistrados de algunos condados trataron de buscar por su cuenta otras formas de «alimentar a la gente» durante la peor crisis que sufriría el este de Asia a principios de la década moderna. Dado que el gobierno central dedicaba todos sus recursos disponibles a resistir a los Qing, muchos depositaron sus esperanzas en la caridad para alimentar a los hambrientos, pero también esta ayuda resultó insuficiente, y llegó demasiado tarde. Así, cuando el magistrado del gobierno de Shanghái, ante la hambruna y la enfermedad de 1641-1642, persuadió a algunos pequeños nobles y comerciantes para «aportar arroz y hacer gachas» para las cocinas comunales, la gente hambrienta empezó a llegar «en un torrente incesante, con sus ancianos y con sus niños cargados a sus espaldas. En los casos más extremos, caían muertos antes de llegar a

las cocinas donde se preparaban las gachas o bien, tras tomar su ración, caían muertos en las cunetas nada más iniciar el camino de vuelta [...]. Fuera de la ciudad, desde el invierno hasta el verano siguiente, los cadáveres se amontonaban en los caminos unos encima de otros». La primavera no supuso ningún alivio. La misma fuente describía «la alegría que iluminaba los rostros de los que eran capaces de conseguir algunos puñados de cáscaras, la prisa de la gente hambrienta por arrancar indiscriminadamente toda la vegetación que iba naciendo en los campos en la primavera de 1642, las filas inacabables de mendigos, la venta de niños y mujeres como esclavos, el abandono de niños pequeños, el infanticidio activo, el canibalismo[33]». Otros informaban de que «el precio humano de un montón de arroz —apenas lo suficiente para alimentar a una persona durante una semana— eran dos niños». Lu Shiyi, un joven erudito tan pobre que tenía que mendigar, dejó testimonio en su diario de los «cielos de polvo rojo», la sequía y las plagas de langosta, los ataques de bandidos y piratas de 1641, concluyendo: «Jiangnan nunca ha pasado por un desastre como éste». Pero entonces llegó 1642, cuando «una escasez de comida especialmente severa, acompañada de temperaturas bajo cero, hizo que un número desconocido de personas muriera de hambre; en las aldeas y callejones, no se podía encontrar señal de vida —escribió, añadiendo—: He sabido de muchos casos en los que las mujeres se han dejado violar para poder sobrevivir». Él mismo presenció cómo una mujer se comía a su propio hijo a la puerta de la oficina del subprefecto. Muchos años más tarde, Yao Tinglin, un funcionario de baja categoría que en aquel momento era un adolescente de Shanghái, escribió: «No tengo miedo de ver a los muertos, y es por todos los que vi durante la hambruna de 1641-1642[34]».



11. Los desastres y las enfermedades paralizan la China Ming, 1641. Más de cien repertorios geográficos en los condados de las provincias de Henan, Hubei, Shandong y Jiangsu registraron un desastre natural (sequías, inundaciones, hambrunas, langostas) en el año 1641. Al mismo tiempo, una escasez repentina de monedas de plata rompió el equilibrio económico de la China Ming.

Del mismo modo que las amenazas de los manchúes y los bandidos llegaban a su punto culminante en el norte de China, la Pequeña Edad de Hielo golpeaba el sur. La tierra fértil y el clima benigno de Jiangnan, que habían permitido a los agricultores emprendedores duplicar e incluso triplicar las cosechas de arroz, habían generado para 1620 una densidad de población de 1200 habitantes por milla cuadrada, una de las más altas del planeta. En 1637, el misionero jesuita Álvaro Semedo, que había vivido durante dos décadas en Jiangnan, concluía correctamente que la región estaba «sobrepoblada»: dado que el número de personas «es infinito, no pueden generar un capital o existencias suficientes para tantos, ni dinero para llenar tantos bolsillos». Deducía por tanto, y también correctamente, que «ocurre que el reparto [de los recursos] entre ellos hace que unos pocos acaparen mucho, no muchos tengan suficiente, y casi todos reciban [demasiado] poco[35]». Muchos funcionarios Ming compartían el punto de vista de Semedo. Uno de ellos apuntaba: «La población ha crecido tanto que no puede encontrarse paralelismo alguno en la historia», y se mostraba preocupado por las consecuencias. Otro estimaba que la población de Jiangnan se había quintuplicado durante los 250 años anteriores, hasta el punto de que la tierra cultivable de la provincia ya no bastaba para mantenerla. En la década de 1630, este crecimiento demográfico tan extraordinario, unido a la costumbre de dividir las granjas entre todos los hijos, había llegado a reducir algunas de las propiedades a medio acre (dos *mou*) —insuficiente para producir el arroz necesario para mantener incluso a una familia pequeña—, pero muchos agricultores seguían arreglándoselas para sobrevivir con cultivos como el algodón (que crecía en tierras más altas que el arroz) o el té (que lo hacía en las laderas de las colinas), o pasando del cultivo del arroz a la cría de gusanos de seda[36].

Este cambio creó un nuevo tipo de vulnerabilidad, no obstante. Los agricultores que se dedicaban a los cultivos comerciales

necesitaban producir y vender lo bastante para comprar la comida del año a la vez que pagar sus impuestos; pero, lamentablemente para ellos, la adversidad climática coincidió con una reducción drástica de las monedas de plata en circulación. En 1639, sin duda debido a que el cambiante sistema de vientos del Pacífico hacía la navegación más peligrosa *(véase capítulo 1),* dos galeones cargados de plata procedentes de México se hundieron con la consiguiente pérdida de toda su carga. Los comerciantes chinos no podían por tanto vender su seda en Filipinas a cambio de plata mexicana como era habitual. En épocas normales, un aumento del comercio con Japón podría haber compensado este déficit, dado que el archipiélago (al igual que México) producía plata y deseaba comprar seda; pero a finales de la década de 1630, temerosos de la influencia extranjera, el gobierno japonés restringió todo el comercio de ultramar, de manera que era escasa la plata que salía del país. En general, las importaciones de plata por parte de China cayeron de casi seiscientas toneladas métricas en 1636-1640 a menos de doscientas cincuenta toneladas métricas en 1641-1645, desbaratando el comercio y la producción de quienes solían utilizar la plata, a la vez que el gobierno central aumentaba sus demandas fiscales (pagaderas en plata) hasta unos niveles sin precedentes. Los agricultores del sureste de China difícilmente habrían podido encontrar un peor momento para depender de los cultivos comerciales[37].

Bajo la presión acumulativa de tantas catástrofes en tantas áreas, el tejido social de la China Ming comenzó a deshacerse. Muchas ciudades se convirtieron en campos de batalla en los que «agrupaciones de luchadores», a cambio de unos honorarios, «intimidaban, golpeaban, lisiaban o incluso mataban según se les indicaba»; y bandas con nombres como los Treinta y Seis Azotes Celestiales o las Setenta y Dos Plagas Terrenales aterrorizaban las calles. En Suzhou, «la ciudad, excepción hecha de las capitales, más populosa y próspera sobre la faz de la tierra», una racha

de malas cosechas a causa de las sequías, las huelgas de alquileres y los disturbios por falta de comida habían acabado con la urbe. Según la autobiografía del magistrado jubilado Ye Shaoyuan: «La mayoría de las viviendas de la ciudad están vacías y se están quedando en ruinas. Se han puesto a la venta granjas fértiles y fincas muy hermosas, pero no queda nadie para comprarlas». Y añadía: «Es natural que a un período de prosperidad le siga uno de depresión, pero nunca habría imaginado que vería estas desgracias en los días de mi vida[38]». Ye también informaba de que «en todos los pueblos y aldeas llegaba gente gritando a las puertas de las casas, rompiendo las verjas para entrar» y saquearlas. Muchos hombres y mujeres se suicidaron para escapar de decisiones angustiosas o destinos deshonrosos; otros emigraron desesperados, como una pareja que empujaba su «pequeño carro» esperando en vano encontrar comida, cobijo y trabajo en algún otro lugar *(véase capítulo 4);* mientras que otros se vendieron a sí mismos como esclavos. Las rebeliones rurales se multiplicaron a medida que los siervos se fueron rebelando contra sus señores, en tanto que los campesinos atacaban a sus patronos, dejaban de pagar sus alquileres, abandonaban sus casas y, en muchos casos, se unían a las bandas de forajidos[39].

Muchos escritores de la época comentaron la relación entre el aumento de los «bandidos itinerantes» y la climatología. Algunos manuales sobre el arte de gobernar hacían hincapié en que «el hambre y el frío pueden hacer a un bandido» y que «en años de hambruna, si el gobierno no presta ayuda y la recaudación de impuestos no se relaja […], los que no mueren de hambre se harán bandidos de mayores»; mientras que los libros de consejos para comerciantes advertían de que «en los años malos hay bandidos en las orillas de los pequeños ríos», y «los bandidos merodean por los lagos, especialmente en los años de hambruna». Los funcionarios del gobierno central coincidían. Según los ministros Ming, «la hambruna alimenta el bandidaje» y «habrá más

bandidos cuando tengamos varios años sucesivos de hambruna»; en tanto que un funcionario Qing comentaría más tarde: «Cuando la gente está sufriendo puede, o bien arriesgarse incluso a morir desobedeciendo la ley y convirtiéndose en bandidos, o morir de hambre; de modo que los débiles mueren de hambre y los fuertes se hacen bandidos[40]». Sin embargo, en lugar de tomar medidas drásticas, muchos ministros de los Ming exacerbaron el problema vendiendo indultos a bandidos capturados para aumentar los ingresos. Cuando en 1642 los funcionarios de Shandong capturaron y más tarde liberaron al jefe de una banda tras recibir el pago por su rescate, un aristócrata local (cuyos hombres habían participado en la captura) señaló en tono de reproche: «Si se pone en libertad a rebeldes que saquean y matan como éste, no hay duda de que habrá más gente que, al verlo, lo imitarán». No obstante, los funcionarios no tenían mucha elección, como incluso los Qing tuvieron que admitir, porque las bandas de forajidos no eran como «los rebeldes normales del campo».

> Los rebeldes del campo nunca van más allá de reunirse en bandadas como cuervos y diseminarse como animales, pero estos tipos organizan campamentos y construyen fuertes. Los rebeldes locales nunca van más allá de bloquear los caminos y robar, pero estos tipos atacan ciudades y se apoderan de las tierras. Los rebeldes locales nunca van más allá de construirse lanzas y bastones, pero estos tipos entrenan soldados para usar armas de fuego y vienen completamente equipados[41].

Los intelectuales desafectos de la China Ming

A mediados del siglo XVII, Qin Huitian, un alto funcionario del gobierno, resumía el problema en dos frases lapidarias: «El fin de los Ming fue debido al bandidaje. El aumento del bandidaje fue debido a la hambruna[42]». La explicación de los Qing omitía no obstante un factor crucial en «el fin de los Ming»: el papel de un proletariado académico enemistado con la dinastía, cuya influencia excedía con mucho su número. En toda China, decenas de miles de niños varones aprendían a leer, escribir y memorizar una serie de obras clásicas sobre ética e historia, y luego ha-

cían un examen formal en la capital del condado, bajo la supervisión personal del magistrado del distrito, quien a su vez calificaba sus exámenes. Los que aprobaban este examen optaban a otro de nivel más avanzado en la capital de la prefectura, de nuevo bajo estricta supervisión, y todos los que aprobaban obtenían el grado de *shengyuan* («licenciado»). Adquirir el estatus de *shengyuan* comportaba numerosas recompensas: un modesto estipendio; la exención de prestar servicios laborales, de soportar castigos físicos y de pagar ciertos impuestos; el derecho a vestir un uniforme especial que los distinguía como «eruditos» y a tener prioridad en cualquier lugar público sobre los demás hombres, que carecían del título de licenciado, fuera cual fuera su categoría. Durante una hambruna, también recibían ayuda del gobierno antes que otros. Se suponía que todos los *shengyuan* se debían preparar para una tanda más de rigurosos exámenes, celebrados cada tres años, para lo cual se les exigía escribir una serie de disertaciones sobre unos temas seleccionados de los clásicos que eran determinados y supervisados por un equipo de altos funcionarios que iban saliendo de Pekín en una secuencia cuidadosamente programada para que los estudiantes de todo el Estado se examinaran el mismo día. Los que aprobaban este examen pasaban a ser *juren* («candidato elevado»). Éstos podían entonces proceder a presentarse a una serie final de exámenes celebrados una vez cada tres años en las inmensas aulas destinadas al efecto en Nankín y Pekín, y a continuación (los que lo superaban con éxito) hacían un examen especial que ponía el propio emperador. Los que lo aprobaban adquirían el estatus de *jinshi* («erudito avanzado»): un pasaporte a los puestos más altos del Estado[43].

Este sofisticado sistema constituía una sólida columna vertebral para la administración de la China imperial y, en muchos sentidos, servía eficazmente al Estado. En primer lugar, dado que estaba abierto a la mayoría de los varones capaces de memorizar el currículum clásico y escribir chino literario, el gobierno

central movilizaba sus recursos humanos para el servicio público hasta un punto sin parangón en los principios del mundo moderno. Segundo, la existencia de un «currículum común» en un único idioma y caligrafía proporcionaba uniformidad cultural y lingüística a todo el Estado, pese a su inmenso tamaño y la diversidad de su población. Por último, el servicio civil nunca sucumbía por completo a la corrupción ni al absolutismo porque, por muy incompetente, caprichoso u holgazán que fuera el emperador, situado en la cúspide del sistema, cada tres años una nueva cohorte de hombres elocuentes y con formación clásica, en la flor de la vida, comenzaba su gradual ascenso en la «escalera del éxito» china. Y los principales ministros, los más importantes, tenían que subir por ella[44].

No obstante, el tamaño de cada una de las cohortes que cada tres años superaba las pruebas con éxito seguía siendo muy pequeño: algo más de quinientos candidatos *juren* y trescientos *jinshi*. Con tan escasas posibilidades de éxito, pocos aspirantes aprobaban a la primera, y algunos no se licenciaban hasta después de muchos intentos, pasada su juventud. De hecho, la combinación del relativamente fácil acceso al estatus de *shengyuan* con las sumamente estrictas cuotas de los grados superiores significaba que el 99 por ciento de los postulantes que competían en cada concurso trienal de *juren* suspendían, así como el 90 por ciento de los que se presentaban al examen *jinshi*[45]. Por consiguiente, el número de titulados *shengyuan* sin puestos de trabajo en la administración se elevó de unos 30 000 a principios del siglo XV a más de 500 000 a principios del XVII —uno de cada sesenta adultos— y por debajo de ellos quedaban aquellos que habían dedicado años al estudio en las escuelas del condado, pero que no habían conseguido aprobar ninguno de sus exámenes[46].

¿Qué ocurría con este proletariado académico? Aunque los que conseguían su título de *shengyuan* podían mantener de por vida los privilegios económicos y sociales que comportaba, el

impacto de los posteriores exámenes sobre los candidatos que habían dedicado una parte tan grande de su vida al estudio (y sobre las familias que habían sacrificado tantas cosas para mantenerlos) podía ser devastador. Algunos se suicidaban; muchos sufrían un colapso nervioso; la mayoría o bien trabajaban mientras continuaban estudiando (tal vez como secretario de un magistrado con exceso de trabajo o como tutor del hijo talentoso de una familia rica), o bien descargaban sus frustraciones sobre la población local (una reacción tan común que el «candidato fracasado» llegó a ser un personaje típico en las novelas chinas). Algunos abandonaban el camino de los exámenes y se dedicaban a los negocios o la medicina, mientras que otros seguían «enfrascados en sus tinteros» (según el dicho de la época), y escribían biografías, obras de teatro, novelas, ensayos, epitafios e (irónicamente) manuales sobre cómo aprobar los exámenes para la administración pública[47].

Todos estos hombres (y muchas de sus esposas e hijas) podían leer y, por tanto, familiarizarse más con el insólito número de obras impresas disponibles tanto en las tiendas de las ciudades como en los puestos ambulantes rurales. Leer convenció a algunos de estos eruditos frustrados de que ellos podían manejar mejor los problemas de China que sus triunfantes competidores ahora en la burocracia, una creencia confirmada a través de las numerosas «sociedades eruditas» (*wen she*), donde los hombres con formación debatían no sólo sobre literatura, filosofía e historia, sino también sobre formas prácticas de restaurar un gobierno eficaz. En 1629, un erudito de Tiacang, cerca tanto de Suzhou como de Wuxi, llamaba a estas sociedades a formar una federación amalgamada que reuniera a los caballeros eruditos interesados en «revitalizar y restaurar el aprendizaje clásico y ser por tanto de alguna utilidad en algún momento posterior. El nombre de nuestra sociedad, por tanto, será la Sociedad de la Restauración (Fu She)». Al año siguiente, cuando la sociedad ya contaba

con 3000 miembros, treinta de ellos se presentaron y aprobaron el examen provincial en Nankín, obteniendo una quinta parte del total de *juren* concedidos, y al otro año, el doble de éstos se convirtieron en *jinshi*[48]. Cada alumno de la sociedad que alcanzaba el éxito trabajaba para ascender a sus colegas dentro de la burocracia a través del patrocinio y las recomendaciones, mientras que otros publicaban colecciones de «ensayos modélicos» redactados de una forma muy pragmática con el fin tanto de popularizar sus ideas como de ejercer presión sobre los examinadores, dado que si los autores de ensayos tan meritorios suspendían, ello sería indicio de parcialidad y corrupción[49].

No obstante, la parcialidad y la corrupción aumentaron. A partir de 1620, el gobierno central, desesperado por sacar dinero, permitió a ciertas localidades vender títulos de *shengyuan*; y, en 1643, el último año completo de gobierno Ming en Pekín, el dinero llegó incluso a determinar el resultado de los exámenes metropolitanos, yendo a parar el primer y el segundo puesto a aquellos que pagaban el precio más alto. Cada vez un número mayor de candidatos al examen trataban de burlar el sistema recurriendo a la religión o a los adivinos, de sobornar o intimidar a los examinadores o a los guardias, de copiar —escribiendo en sus ropas o en su cuerpo con una «tinta invisible» especial alguno de los miles de exámenes aprobados en años anteriores que salían impresos—. Lógicamente, estas prácticas desanimaban a otros candidatos; como también lo hacía la costumbre del emperador Chongzhen de castigar a cualquier ministro que no consiguiera éxitos inmediatos. Muchos funcionarios civiles de talento, por tanto, declinaban el ascenso o dimitían antes que arriesgarse a caer en desgracia (y a una posible muerte), dado que, como decía un proverbio de la época, «en cualquier momento, la jarra podía estrellarse contra las baldosas». Al final, montones de eruditos desencantados se sumaron a los «bandidos itinerantes» liderados por Li Zicheng, el exfuncionario del servicio de correos[50].

El auge del Príncipe Gallardo

La desmoralización de los súbditos instruidos de los Ming, y sobre todo de sus funcionarios, contribuyó a facilitar el triunfo de sus enemigos. En 1642, Li Zicheng, en aquel momento conocido por sus seguidores como el Príncipe Gallardo, conquistó Kaifeng, en tiempos capital de toda China; más avanzado ese mismo año, un numeroso ejército de los Qing abrió una brecha en la Gran Muralla por tercera vez, saqueando el norte de China durante varias semanas antes de regresar a casa con un enorme botín (incluidas copiosas cantidades de grano para alimentar a sus hambrientos súbditos). A raíz de aquello, una ciudad de Shandong informó de que el 30 por ciento de su población había muerto de hambre mientras que otro 40 por ciento era tan pobre que sólo podía sobrevivir uniéndose a los bandidos[51].

Esta desesperada situación llevó a soluciones también desesperadas. Al igual que en 1638, el emperador autorizó que se sondeara en secreto a los líderes manchúes para ver si estarían dispuestos a negociar —hasta que un empleado publicó sin darse cuenta uno de los documentos clandestinos en la gaceta oficial del gobierno—. Este desliz provocó una avalancha de memoriales por parte de la burocracia en los que se condenaba este pacifismo, lo que hizo que el emperador abandonara las conversaciones[52]. Entretanto, algunos funcionarios Ming acordaron gobernar sus regiones en nombre de Li, y unos cuantos aceptaron un puesto en su «corte», lo que llevó al Príncipe Gallardo a creer que (al igual que otros hombres de origen humilde en la historia de China) él podía fundar su propia dinastía imperial[53]. Para ganar apoyo popular, los partidarios de Li acuñaron eslóganes populistas —«¡Reparto igualitario de las tierras!», «¡Tres años de reducción de impuestos!», «¡A compras iguales, ventas iguales!»—, y propagaron baladas pegadizas como ésta:

> *Mata el cerdo, prepara el vino,*
> *abre las puertas, prepara una fila de bienvenida.*

Cuando el Príncipe Gallardo venga
no pagaremos ni un céntimo[54].

En 1643, con la ayuda de los funcionarios descontentos, Li Zicheng estableció un gobierno formal en Xi'an (antaño la capital imperial), incluyendo una Cancillería y los seis ministros tradicionales, y a continuación se autoproclamó fundador de un nuevo Estado, *Da Shun*, que significa «Gran Cumplimiento» [del mandato del cielo], con su correspondiente calendario de la «era Shun». También acuñó sus propias monedas, elevó a sus principales partidarios al estatus de la nobleza, y convocó sus propios exámenes para la administración pública y para formar sus propios cuadros de gobierno. Puede que en este momento Li sólo tuviera en mente un acuerdo para compartir el poder —bien con los Ming o con los manchúes— pero, a principios de 1644, tal vez movido por la ausencia de una resistencia Ming eficaz al reciente asalto manchú, capitaneó a sus seguidores en una de las hazañas militares más extraordinarias de la historia china: la Larga Marcha desde Xi'an a Pekín[55].

Li exigía un comportamiento ejemplar a sus tropas —«no matar a nadie, no aceptar dinero, no violar, no saquear, negociar limpiamente» eran sus órdenes— y esta táctica animó a la mayoría de los jefes y funcionarios locales con los que se fue encontrando a rendirse inmediatamente o después de sólo una resistencia simbólica. Li «perdonaba» a la mayoría de ellos y los confirmaba en sus puestos. El Príncipe Gallardo y sus lugartenientes también imitaban a los héroes de la popular novela *Shui Hu Zhuan [A la orilla del agua]* — algunos adoptaron los nombres de personajes del libro— mientras que los literatos de su séquito continuaban componiendo baladas pegadizas:

Alimentarás a tus compañeros,
vestirás a tus compañeros,
y abrirás de par en par las puertas de tu ciudad.
Cuando el Príncipe Gallardo llegue no habrá más impuestos[56].

Además, redactaron proclamas que rebosaban confianza y seguridad: «Nuestro ejército está compuesto de buenos campesinos que han trabajado los campos durante diez generaciones; hemos formado este ejército humanitario y justo para salvar a la población de la destrucción». Nada más llegar a una zona, Li constituía tribunales que permitían a los arrendatarios presentar reclamaciones contra sus arrendadores y concedía títulos de propiedad sobre feudos abandonados. Para extender la aclamación popular también arrestaba, humillaba y ejecutaba a todos los miembros del clan Ming que caían en sus manos, mientras sus seguidores derribaban los arcos y templos erigidos con mano de obra forzada en honor de ilustres dignatarios locales[57].

El emperador Chongzhen y los consejeros que le quedaban continuaron debatiendo sobre soluciones extremas: exigir préstamos obligatorios a todos los ministros y eunucos (que sólo supondrían 200 000 taeles); emitir papel moneda para pagar a las tropas; evacuar al príncipe heredero a Nankín; firmar un trato con Li o con los manchúes; llamar al único ejército fiable que les quedaba, dirigido por el general Wu Sangui, desde la Gran Muralla, para defender la capital. Sólo la última medida se llevó a cabo —e incluso entonces Wu estaba todavía muy lejos—, cuando, el 23 de abril de 1644, tan sólo ocho semanas después de haber dejado Xi'an, Li y su ejército se presentaron a las puertas de la capital del Imperio Ming.

Aunque defendida por las murallas, que se extendían a lo largo de más de 32 kilómetros, con trece puertas fortificadas y la población urbana más numerosa del mundo, Pekín constituía un objetivo fácil: la guarnición llevaba cinco meses sin recibir la paga y las reservas de alimentos se estaban acabando. Algunos defensores descontentos abrieron una de las puertas exteriores a Li, pero dado que la ciudad imperial seguía intacta, el emperador convocó a sus ministros y se preparó para oponer una resistencia desesperada. Al no acudir nadie, se disfrazó de eunuco y trató de

escapar, pero sus propios guardias de palacio abrieron fuego sobre él y tuvo que volver. De modo que, al final, tras diecisiete años de reinado, entró en los jardines de palacio, donde escribió un epitafio sobre su toga blanca en el que combinaba (como era característico en él) la autocrítica con culpar a sus consejeros:

> Mis inadecuadas virtudes y mi debilidad han provocado el castigo del cielo. Ahora los rebeldes traidores están invadiendo la capital. Mis funcionarios son los culpables de todo esto. Debo morir, pero me avergüenza presentarme ante mis ancestros. Por tanto, me quitaré la corona y me cubriré la cara con mi pelo. Y a continuación se ahorcó para evitar ser capturado, humillado y ejecutado por sus propios súbditos[58].

Li controlaba ya la mayoría del norte de China, incluida su capital, pero se enfrentaba a tres problemas urgentes. En primer lugar, que Zhang Xianzhong, el exsoldado convertido en jefe de bandidos, había conquistado Sichuan, donde se había autoproclamado «gran rey del Oeste». Aunque Zhang no era una amenaza para la capital, su brutal administración devastó una de las provincias más ricas de China y socavó tanto los recursos como la reputación del gobierno central. En segundo lugar, aunque las tropas de Li se habían mantenido en orden durante su marcha hacia Pekín, ahora esperaban su recompensa. Para evitar el saqueo, el Príncipe Gallardo necesitaba que los impuestos volvieran a fluir hacia la capital, pero sus anteriores expolios hacían complicada la tarea. Un viajero procedente del sur que llegó a Pekín en ese momento se asombró de que en «los pueblos por los que íbamos pasando, sólo había muros derrumbados y chimeneas rotas apoyados unos junto a otros. Durante varios cientos de kilómetros no vimos ninguna señal de vida humana[59]». Finalmente, Li necesitaba urgentemente pagar y vencer al ejército de Wu Sangui, que era lo único que se interponía entre la capital y las fuerzas manchúes situadas al otro lado de la Gran Muralla.

Al principio, al no saber si el príncipe heredero podía seguir vivo en algún lugar de la ciudad, y ansioso por vencer a Wu y sus tropas leales, el Príncipe Gallardo se condujo con gran pru-

dencia. Por ejemplo, se sentaba junto al trono imperial (y no en él) para recibir la obediencia del personal civil y militar en la capital. De nuevo esta prudencia tuvo éxito: de los 2000 o más funcionarios de los Ming que se encontraban en Pekín cuando la ciudad se rindió, menos de cuarenta eligieron seguir el ejemplo de su difunto señor suicidándose, un testimonio sorprendente de cómo el emperador Chongzhen había llegado a granjearse la antipatía de sus ministros. Li ordenó entonces a los exfuncionarios civiles de la capital que hicieran «contribuciones sustanciales» a su nuevo tesoro, preferiblemente de forma voluntaria, pero, en caso necesario, sería bajo coacción. El tesoro de Shun recibió unos 70 millones de taeles por esta vía (comparados con sólo los 200 000 ofrecidos al emperador Ming unos pocos días antes), lo que permitió al Príncipe Gallardo pagar a sus tropas y también «perdonar» los atrasos fiscales a todas las áreas que reconocieron su autoridad.

La mayoría de los altos funcionarios, en un principio, parecieron considerar esta dura prueba que se les exigía como un justo castigo por no haber servido mejor a su difunto señor (cometiendo suicidio al enterarse de su muerte); pero, al poco tiempo, Li perdió el control sobre sus seguidores, que empezaron a saquear las casas en las que se alojaban, a maltratar a sus anfitriones, atacar a sus vecinos y secuestrar o violar a las sirvientas de los salones de té, artistas femeninas, y finalmente a mujeres de la élite en sus propias casas. Cuando el nuevo amo se marchó con sus tropas de la ciudad el 18 de mayo, a las tres semanas de su triunfante entrada, Pekín no cabía en sí de alegría.

El punto de inflexión: la «batalla de Guadalete» de China

El Príncipe Gallardo salió de su nueva capital para tratar con Wu Sangui, el general Ming cuyas tropas estaban apostadas en el paso de Shanhai, donde la cadena de montañas sobre las que se

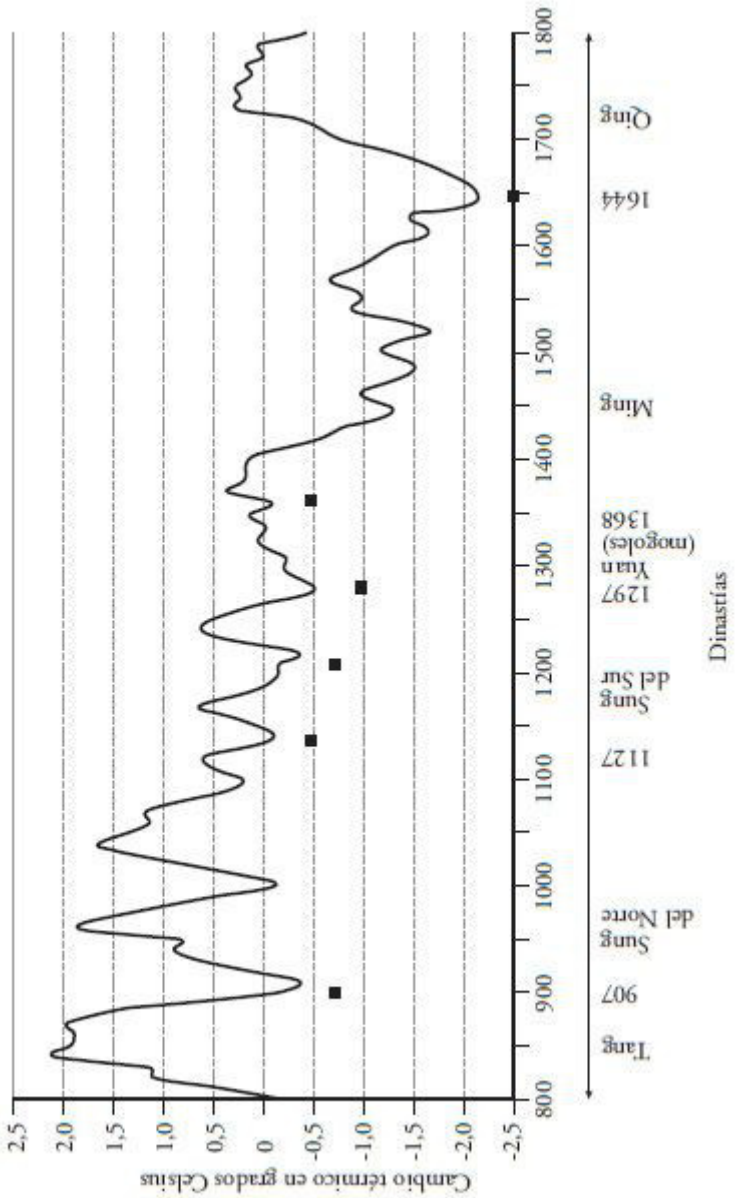
erige la Gran Muralla llega al mar, al norte de Pekín. Wu se había negado a reconocer el «Estado Shun» y, cuando un destacamento del ejército de Li lo atacó, él lo derrotó, provocando de este modo que el Príncipe Gallardo asesinara al padre de Wu y a otros familiares suyos a los que capturó. Casi inmediatamente, Wu acudió a los Qing para solicitar ayuda contra Li.

¿Por qué Wu tomó esta fatídica decisión? Aparte del resentimiento por la muerte de sus familiares, hubo otras consideraciones que también tuvieron que ver. En primer lugar, al tener sólo 40 000 soldados a su mando, no hay duda de que Wu temía que el victorioso ejército Shun, de alrededor de 100 000 hombres, lo arrollara si luchaba sólo (como de hecho estuvo a punto de ocurrir). Segundo, varios de sus familiares supervivientes se habían rendido a los manchúes en Liaodong, y una alianza con los Qing aseguraría el buen trato que venía recibiendo de ellos. Tercero, los regímenes chinos del pasado habían sobrevivido apelando a la ayuda de algún vecino del norte en momentos de peligro. Cuarto, los manchúes no habían mostrado previamente ningún interés en una conquista permanente: sus anteriores invasiones de China habían tenido como objetivo el botín, y no las tierras. Por último, el gobernador Qing Hong Taiji murió a finales de 1643, dejando dos hermanos peleados entre sí como regentes de su hijo de seis años, y Wu pudo dar por hecho que esta disputa familiar minaría irremediablemente la fuerza y la cohesión manchú.

Todas estas consideraciones eran válidas, pero Wu pasó por alto el crucial impacto del cambio climático. Mucho antes de que recibieran su petición de ayuda, los manchúes habían concluido que las recientes hambrunas los obligarían a invadir China o, de otro modo, perecer: las series de anillos arbóreos de Asia oriental señalan 1643-1644 como los años más fríos de todo el milenio entre el 800 y 1800, y los monzones de invierno trajeron pocas lluvias (*figura 12*). Así pues, los líderes manchúes reunieron un gran ejército de 60 000 o más guerreros cerca de la Gran Mura-

lla, mientras sus consejeros chinos *han* preparaban comunicados para persuadir a sus compatriotas de que apoyaran la nueva invasión: «El ejército justiciero viene para vengar a vuestro soberano padre en vuestro nombre. No es un enemigo del pueblo. A los únicos que van a matar es a los bandidos [Shun]. Los funcionarios que se rindan podrán volver a ocupar sus anteriores puestos. No os haremos ningún daño en absoluto[60]».

El gran ejército estaba listo para franquear la Gran Muralla y entrar en Shanxi cuando la desesperada petición de Wu puso de manifiesto la extendida hostilidad al régimen Shun. Esto, según Wu, representaba una ocasión única «para arrancar de raíz todo lo que está marchito y podrido. Ciertamente, ¡no volverá a presentarse una segunda oportunidad!»[61]. Los líderes manchúes abandonaron por tanto su plan de invadir Shanxi y condujeron en cambio sus tropas al paso de Shanhai, donde Wu, amenazado por el ejército de Li, que ya se estaba aproximando, los dejó pasar.



12. Temperaturas en Asia oriental, 800-1800. Aunque las temperaturas, según las mediciones del grosor de los anillos de los árboles, comenzaron a caer en el siglo XIV, con una recuperación parcial en el XVI, las menores (más de 2 °C por debajo de aquéllas) se registraron a mediados del siglo XVII, con el punto más bajo en 1644, el año en que los manchúes expulsaron a los Ming del norte de China.

El regente Qing Dorgon («Tejón» en manchú), al mando del gran ejército, aprovechó hábilmente su ventaja. Sus tropas no tomaron partido en la batalla entre Wu y Li, que se puede denominar «la batalla de Guadalete china», hasta el último momento, en que cargaron contra los flancos Shun. A consecuencia de ello, las fuerzas de Wu sufrieron la peor parte de la batalla y tuvieron muchas bajas, lo que los debilitó demasiado para poder enfrentarse a los manchúes. Dorgon emplazó entonces a Wu para que se hiciera vasallo de los Qing. Si lo hacía, le prometía Dorgon, «tu soberano será vengado y tú y tu familia seréis protegidos» (una referencia bastante obvia a la presencia de familiares de Wu en el bando Qing). Además, «tu posteridad gozará de una riqueza y nobleza tan eterna como las montañas y los ríos[62]». Incapaz de resistir, Wu y sus soldados supervivientes se afeitaron la cabeza a la manera manchú en un dramático gesto de sumisión.

Entretanto, Li y sus derrotadas tropas cayeron sobre Pekín, donde volvieron a entrar el 31 de mayo de 1644. El Príncipe Gallardo no tenía en aquel momento nada que perder proclamándose a sí mismo emperador, y la precipitada coronación del primer (y último) emperador Shun tuvo lugar. Al día siguiente, dándose cuenta de que la cercanía de Wu y los manchúes hacían su posición insostenible, Li prendió fuego a la Ciudad Prohibida y ordenó la retirada de sus hombres. Las mentes ingeniosas de Pekín hicieron mofa de él:

> *Zicheng se abrió paso a hachazos en su camino al poder,*
> *pero no es el hijo del cielo.*
> *Se subió al trono a caballo*
> *¡pero no por mucho tiempo[63]!*

La población de la capital se preparó para dar la bienvenida a Wu Sangui, acompañado quizá del desaparecido príncipe heredero Ming; pero, en lugar de ello, el 5 de junio de 1644, Dorgon montó la plataforma ceremonial que tenían preparada y dijo a los presentes: «Yo soy el príncipe regente. El príncipe heredero

llegará dentro de muy poco. ¿Me permitiréis ser el que os gobierne?» La multitud, atónita y sin comprender nada, apenas acertó a contestar con un poco convencido «sí». Dado que los pocos guardias de palacio que quedaban no ofrecieron ninguna resistencia, un destacamento de las tropas manchúes tomó posesión de la llameante Ciudad Prohibida, el núcleo de todo el Estado chino[64].

Mucha gente de Pekín no se dio cuenta de que una nueva dinastía había llegado al poder hasta que leyeron una proclamación emitida por Dorgon un poco más tarde ese mismo día. En primer lugar declaraba que la «gran dinastía Qing» llevaba mucho tiempo tratando de mantener unas relaciones armoniosas con los Ming, «con la esperanza de una paz perpetua», y en el pasado sólo había procedido a las invasiones cuando sus misivas habían sido ignoradas. Entretanto, los bandidos habían tomado el control, pero ahora los Qing se habían «vengado del enemigo de vuestro soberano padre».

> Quemamos nuestros puentes a nuestro paso, y hemos prometido no volver hasta acabar con cada bandido. En los condados, distritos y localidades por las que pasamos, todos los que se afeiten la cabeza y se rindan, abriendo sus puertas para recibirnos, serán ascendidos y recompensados, conservando su riqueza y nobleza durante generaciones. Pero si alguien se resiste y actúa de forma desobediente, entonces, cuando llegue nuestro gran ejército, hasta las piedras arderán en llamas y todo el mundo será masacrado.

Dorgon tomó medidas inmediatas destinadas a apoyar al nuevo régimen. Anunció que las tropas manchúes estaban a punto de «desencordar sus arcos» (esto es, retirarse), abolió varios impuestos impopulares y redujo el impuesto de bienes inmuebles en un tercio en todas las áreas que se sometieran a los Qing. Sobre todo, fue a visitar el cadáver del fallecido emperador Chongzhen para presentarle sus respetos y ordenó tres días de luto oficial, invitando a todos los exfuncionarios Ming a hacer lo mismo. Ésta fue una jugada sumamente astuta, porque el suicidio de cualquier funcionario *en ese momento* podría considerarse como una expresión de lealtad al régimen Shun, y Dorgon sacó parti-

do a este dilema prometiendo restaurar en sus puestos y remunerar a todos los antiguos burócratas de los Ming que estuvieran dispuestos a reincorporarse, y un ascenso inmediato de un nivel a aquellos que también se afeitaran la cabeza a la manera manchú y adoptaran su vestimenta[65]. Casi toda la burocracia de la capital se sometió. Un distinguido funcionario que dos meses antes se había pasado al bando Shun manifestó el sentir de muchos al declarar: «Soy un ministro de los Ming, pero los Ming han perecido y ya no les pertenezco. Quienquiera que tenga la capacidad de vengarse de los enemigos de los Ming, esos bandidos asesinos, es por tanto mi soberano». El 29 de octubre de 1644, el nuevo soberano de China, el emperador Shunzhi, de siete años, a quien Dorgon había servido como regente, entró en Pekín. Al día siguiente llevó a cabo el sacrificio ritual ante el Supremo Soberano del Universo en el templo del Cielo, en el sur de la Ciudad Prohibida, proclamando de esta manera su estatus de único intermediario entre el cielo y la tierra. A los pocos días, un funcionario anotaba aliviado en su diario: «Mi alarmado espíritu ha empezado a serenarse. En los últimos diez días, funcionarios de todas las categorías» habían empezado a trabajar de nuevo en la ciudad imperial, de modo que todo «volvía a ser como en los viejos tiempos». Pero se había precipitado al hablar: pasaría una generación más hasta que reinara la paz en toda China, e incluso entonces, los «viejos tiempos» nunca volverían[66].

China dividida

Dado que China tenía dos capitales, la conquista de Pekín por parte del Príncipe Gallardo convirtió automáticamente a Nankín en la capital Ming. Nankín tenía muchas ventajas. Situada en el valle del Bajo Yangtsé, la región más rica del Imperio, con copiosos suministros de alimentos y un bullicioso comercio, era el centro cultural de China. Era también la segunda ciudad más grande del mundo (después de Pekín) y contaba con poderosas defensas. Ciertamente, la Capital Sur tendía a atraer a los

funcionarios poco entusiastas de la guerra, poco adecuados para resistir a invasores hábiles y decididos; no obstante, algunas semanas antes de la caída de Pekín, los funcionarios de la capital meridional planearon la huida del príncipe heredero para que más tarde se reuniera con ellos y empezar a movilizar las fuerzas navales y militares.

Aunque la historia china contaba con un precedente prometedor —cuatro siglos atrás, la dinastía Song había sobrevivido en el sur durante 150 años, a raíz de que los invasores mogoles tomaran el norte de China—, la situación en 1644 era muy distinta: las malas cosechas de 1633, 1634, 1635, 1638 y 1640, seguidas de la peor sequía en cinco siglos (1641-1644), habían despoblado partes de Jiangnan y dejado a los supervivientes débiles, pobres y desmoralizados. Por otra parte, la repentina escasez de plata a partir de 1640 tenía paralizados el comercio y la recaudación de impuestos. En medio de esta precaria situación, la noticia del suicidio del emperador Chongzhen, y la desaparición del príncipe heredero, provocó un caos inmediato: mucha gente consideraba un interregno como un período sin ley, y actuaba en consecuencia.

Según un testigo presencial, residente cerca de Shanghái, «al ver que no había emperador, los siervos formaron un grupo de muchos miles y pidieron a sus señores los papeles [de manumisión] porque [al caer] el gobierno chino, ya eran libres. Y, tomando las armas, se volvieron primero contra los señores del campo, matando, robando y ultrajando de otras mil maneras a cualquiera que se levantara en armas contra ellos». También advirtieron a los magistrados de las ciudades cercanas de que, a menos que recibieran «inmediatamente los papeles de su libertad», «matarían sin compasión». Según otro contemporáneo de la época, miles de siervos tomaron las armas «bajo el mando de líderes rebeldes». Rompían pares de pantalones para servir de banderas. Afilaban sus azadas para usarlas como espadas y se autoproclama-

ron «reyes niveladores», afirmando estar allanando «la diferencia entre señores y siervos, nobles y plebeyos, ricos y pobres». También «abrían los almacenes de grano y distribuían su contenido[67]». El líder de una de las revueltas proclamó: «Ahora el cielo nos ha dotado de una oportunidad especial, ya que nuestros señores son todos débiles y pusilánimes, y no son capaces de tomar las armas. Nosotros podemos aprovechar estas crisis. Aun si quisieran eliminarnos, no tienen tiempo». Sus seguidores estaban de acuerdo: «El emperador ha cambiado, así que los señores deberían convertirse en siervos para servirnos a nosotros; señores y siervos deberían tratarse como hermanos». En palabras de la gaceta de un condado cercano a Shanghái, «un levantamiento como éste no se ha visto en mil años[68]».

El derrumbamiento de la autoridad central también dio lugar a otras formas menos radicales de resistencia. Presuntamente, los campesinos desplegaron su tradicional repertorio de «resistencia, disimulo, deserción, falso cumplimiento, escamoteo, fingida ignorancia, calumnia, incendiarismo y sabotaje», y demoraban el cumplimiento con sus arriendos y servicios cada vez que podían. Incluso cuando su rebeldía no llegaba al asesinato, propagaba un desorden que resultaba particularmente nocivo en las áreas en las que la agricultura dependía de proyectos hidráulicos: en el interior, la destrucción o la falta de mantenimiento de los diques acababa generando pantanos y lagos que servían de santuario a los bandidos (muchos de ellos, sin duda, campesinos privados que se habían quedado sin su medio de vida por culpa de las inundaciones); en las zonas costeras, nutría de personal a la piratería. En concreto, las ciudades situadas en los estuarios del Yangtsé y el río Perla fueron objeto de numerosos ataques por parte de fieros piratas fluviales[69].

A diferencia de sus colegas de Pekín, muchos funcionarios Ming del sur respondieron a la noticia de la muerte del emperador Chongzhen suicidándose. Las gacetas informaban de algunas

familias de la pequeña nobleza del sur en las que una docena o más de sus miembros se habían quemado a lo bonzo o saltado a un pozo uno detrás de otro; en tanto que los estudiantes, inspirados por algún ferviente colega o profesor, se habían ahogado o ahorcado. Sin embargo, no todos los lealistas se rindieron. En Nankín, los ministros discutieron qué miembro de la familia imperial debería convertirse en el «encargado» del Reino hasta que reapareciera el príncipe heredero. El príncipe Fu, un primo hermano del difunto emperador, que había apoyado la odiada persecución del eunuco Wei a la Academia Donglin, se ganó la lealtad de los funcionarios *yandang* que quedaban, pero los autoproclamados «ministros justos» no lo aceptaron; de modo que, pese a convertirse en el primer «encargado», y luego en emperador, el faccionismo burocrático continuó asolando al Estado Ming.

No obstante, por un momento pareció que el nuevo soberano de Nankín podía estabilizar la situación. Éste inmediatamente ascendió un nivel a todos los funcionarios, programó exámenes para la administración pública, y concedió reducciones fiscales a todas las provincias situadas entre los ríos Yangtsé y Amarillo hasta que se recuperaran de la crisis de los años anteriores. También dividió estas provincias en cuatro zonas militares y encargó a Shi Kefa, uno de los pocos generales Ming que había tenido éxito en sus campañas contra los bandidos itinerantes, la tarea de coordinar las operaciones defensivas. Shi hizo de Yangzhou, situada sobre el Gran Canal, justo al norte del Yangtsé, el eje de un nuevo sistema defensivo y un trampolín de cara a una futura ofensiva para volver a unir China bajo la dinastía anterior.

En Pekín, Dorgon consideraba sus opciones. Cuando sus asesores chinos le instaron a conquistar toda China, en un primer momento ridiculizó la idea: «¿Unificarla? —se dice que preguntó—: Lo más que podemos hacer es conseguir un centímetro y aferrarnos a él, conseguir un palmo y aferrarnos a él», pero pronto descubrió que su enorme capital no podía sobrevivir sin el

arroz de Jiangnan, controlado por la dinastía Ming del Sur, ni sin el carbón de Shanxi, controlado por Li Zicheng[70]. Dorgon decidió ocuparse del segundo problema en primer lugar.

Dado que Li todavía comandaba a unos 350 000 soldados mientras que probablemente el gran ejército manchú contabilizaba entonces menos de 100 000 guerreros, sólo la mitad de ellos manchúes, el regente hizo varias concesiones más a fin de ganarse el apoyo de sus nuevos súbditos chinos. Prohibió a los eunucos que manejaran los ingresos de los estados imperiales y que participaran en las audiencias de la corte; también redujo su número a unos 3000. Aceptó los servicios de magistrados y ministros que habían servido tanto a los Ming como a los Shun (aunque más tarde serían conocidos por la poco halagadora etiqueta de *er chen*, «ministros con doble servicio») y readmitió a muchos ministros reformistas, a menudo miembros de la Academia Donglin y de otras, que habían perdido sus puestos bajo el mandato de los emperadores Tianqi y Chongzhen. Estos funcionarios empezaron a racionalizar el sistema legal (promulgando un conjunto estandarizado de penas, actualizando el código civil, implantando nuevas normativas criminales) y a mejorar la recaudación de ingresos («perdonando» los atrasos fiscales en áreas sometidas a los Qing y confiscando las extensas propiedades en poder de los miembros del clan Ming). Para Frederic Wakeman, un destacado historiador de la Gran Empresa:

> Lo más sorprendente es lo poco que realmente se requería al final para llevar la administración burocrática a un nivel razonable de eficacia. Los ajustes en lugar de las sustituciones, y las revisiones en lugar de los reemplazos masivos, fueron las características de este esfuerzo reformista. Por otra parte, las reformas [...] fueron principalmente obra de hombres que habían servido bajo los Ming y a los que en ese momento se les dieron las oportunidades que antes se les habían negado para llevar a cabo el tipo de ajustes que harían que el sistema que ya les era conocido funcionara mejor[71].

Los Qing también buscaron el favor de algunos colectivos a los que los Ming habían defraudado —sobre todo, ensalzando las virtudes marciales y recompensando el mérito militar, se ga-

naron a muchos generales y tropas a los que los Ming habían tratado con desprecio—. Por otra parte, el acierto de la nueva dinastía para enfrentarse a la amenaza de los bandidos, que habían arruinado la vida de tantos chinos, despertó tanto la admiración como el apoyo de los dueños de propiedades. Shandong sirve de testimonio del éxito de la política de reconciliación de Dorgon. Tras el gran ataque manchú de 1642-1643, los funcionarios provinciales estimaron que siete de cada diez familias dependían de algún tipo de actividad criminal para su supervivencia. Pocas semanas después de haber entrado en Pekín, Dorgon «perdonó» todos los atrasos fiscales a Shandong, y al año siguiente redujo significativamente su cuota y envió a algunas de sus tropas de élite a restablecer el orden. Sólo cinco años después de haber sufrido el trauma de los saqueadores Qing, Shandong proporcionó a la nueva dinastía la cuota provincial más elevada de «ministros con doble servicio»; y sus terratenientes más importantes, los duques de Kong (descendientes directos de Confucio), se convirtieron en incondicionales aliados de la dinastía[72].

En cambio, otras dos iniciativas de Dorgon resultaron altamente divisivas e impopulares. En primer lugar, el regente decidió crear «barrios tártaros» en una serie de ciudades estratégicas. En Pekín, Dorgon decretó que sólo los manchúes podían vivir en la Ciudad Interior, en torno al palacio, y realojó por la fuerza a unos 300 000 chinos residentes en la Ciudad Exterior. Los Qing adoptaron medidas similares en todo su territorio, llegando a crear finalmente 34 «barrios tártaros» —básicamente ciudadelas— reservados para los soldados manchúes y sus familias, mientras todos los demás tenían que vivir en las afueras[73]. Esta medida, lógicamente, enfureció a los que fueron obligados a abandonar sus hogares ancestrales.

Una segunda innovación resultó aún más divisiva e impopular dado que afectaba a todos los varones, ya vivieran en las ciudades o en el campo. Mucho antes de emprender su campaña en 1644,

Hong Taiji había decretado que todos los que apoyaran a los Qing debían adoptar el aspecto manchú; pero, dándose cuenta de que conseguir ropas nuevas (o adaptar las antiguas) llevaría tiempo, Dorgon insistió en que por el momento todos los hombres debían afeitarse la parte delantera de la cabeza y llevar el resto del pelo recogido en una trenza, sin llegar a imaginar el enorme resquemor que ello levantaría. La cultura de la China *han* había considerado durante milenios que una indumentaria y aspecto correctos marcaban la diferencia esencial entre la civilización y la barbarie; y recogerse el pelo en un moño alto (*shufu*) formaba parte del ritual que caracterizaba el paso de un varón *han* a la edad adulta. El decreto de la tonsura de Dorgon iba por tanto en contra de un aspecto fundamental de la cultura china tradicional, y no una sino repetidas veces, dado que mantener la parte delantera de la cabeza sin pelo requería afeitársela regularmente (*lámina 8*[74]).

De modo que en algunas zonas cercanas a la capital las revueltas por este motivo no se hicieron esperar y, pasadas tres semanas, Dorgon dio marcha atrás prudentemente.

> Anteriormente —explicaba—, dado que no había modo de distinguir a los que se habían rendido, ordené que se cortaran el pelo a fin de diferenciarlos de los rebeldes. Ahora me he enterado de que esto es directamente contrario a los deseos de la gente, lo que contradice mi propio [deseo] de calmar los ánimos del pueblo mediante una persuasión civilizada. Dejemos que de ahora en adelante ministros y plebeyos se peinen al antiguo [estilo], exclusivamente en función de lo que estimen conveniente[75].

Este compromiso convenció a la mayoría de los «ministros y plebeyos» del norte de China de aceptar a los Qing, en tanto que Wu Sangui y una parte del gran ejército manchú partió en busca de Li, que se había retirado a Xi'an, su «Capital Occidental». Éste no fue capaz de resistir: en febrero de 1645, el Príncipe Gallardo se echó a las montañas con un puñado de sus seguidores, donde unos meses más tarde encontraría un violento final. Wu, tras haber conseguido el control de todos sus objetivos estratégicos en

el noroeste (incluidos los vitales campos de carbón de Shanxi), invadió entonces Sichuan para destruir el «Gran Reino Occidental» de Zhang Xianzhong.

En Pekín, Dorgon ganó tiempo inundando el Sur Ming con mensajes tranquilizadores que sugerían un reparto negociado de China. «En cuanto a los que no han olvidado a los Ming [la dinastía] y han apoyado y entronizado a un príncipe honorable, aunando todos sus esfuerzos para proteger el Bajo Yangtsé [contra los bandidos] —escribió en tono conciliador—, así es como deberían ser las cosas. No os detendremos. Pero deberíais poneros en contacto con nosotros para entablar unas conversaciones pacíficas y cordiales, y no desairar a nuestra dinastía[76]». El régimen de Nankín respondió con una embajada en la que agradecía a los Qing haber expulsado a los bandidos de la capital y prometió que si se retiraban al otro lado de la Gran Muralla, podrían mantener todas las tierras más allá de ella y recibir un sustancioso tributo anual. Esto no era en absoluto realista: los manchúes habían llegado demasiado lejos, y necesitaban demasiado los recursos de la Llanura Central para volverse a casa sin más. No obstante, Dorgon fue dando falsas esperanzas a la embajada de Nankín hasta que, en marzo de 1645, creyó seguro hacer llamar a algunos de sus estandartes en el oeste y su hermano, el príncipe Dodo, dirigió un devastador ataque sobre el Sur Ming.

«Mantén la cabeza y perderás tu pelo; mantén tu pelo y perderás la cabeza».

La pésima meteorología continuó atenazando Jiangnan: el invierno de 1644-1645 fue testigo del monzón más débil en más de un milenio, prolongando la sequía. Mientras el gran ejército avanzaba hacia el sur desde Pekín, la mayoría de las ciudades abrieron sus puertas y rindieron tributo a los conquistadores. Para mayo de 1645 sólo Yangzhou resistía al norte del río Yangtsé, pero sus improvisadas defensas no tenían nada que hacer ante la

pesada artillería de los Qing. Cuando la ciudad cayó, Dodo permitió a sus tropas saquearla durante una semana, y sólo una intempestiva lluvia evitó que los incendios provocados por los saqueadores la consumieran entera. No obstante, la destrucción de vidas y propiedades fue tan enorme que los poetas empezaron a referirse a Yangzhou como Wucheng, «Ciudad Cubierta de Maleza[77]».

El uso estratégico del terror por parte de Dodo dio un fruto inmediato: Nankín y la mayoría del resto de ciudades de Jiangnan se rindieron para evitar correr la misma suerte que Yangzhou. No obstante, unos pocos leales a los Ming de otros lugares del sur organizaron una resistencia, obligando a los manchúes a buscar de nuevo algún modo para distinguir a amigos de enemigos —aunque con más delicadeza que antes—. En lugar de insistir en que todos los varones chinos se afeitaran la cabeza, un nuevo decreto de tonsura de junio de 1645 anunciaba: «En todos los lugares ocupados por el gran ejército afeitaremos a los militares y no a los civiles; afeitaremos a los soldados, pero no a la gente»; pero un grupo de altos funcionarios chinos de la capital cometieron la imprudencia de protestar pese a este compromiso, afirmando que su tradicional «sistema de ritos y música» requería que los chinos *han* preservaran intacto todo lo que habían heredado de sus padres, de manera que el afeitado de la parte delantera de la cabeza se consideraba una especie de castración capilar[78]. Esto resultó demasiado para Dorgon, que reaccionó furioso:

> ¿Acaso no tiene *nuestra* dinastía un sistema de ritos y música? Si los funcionarios dicen que la gente no debería respetar nuestros ritos y música, sino seguir los de los Ming, ¿cuáles serán sus verdaderas intenciones? Puede que la idea de que el pelo y la piel de uno sean de sus padres y por tanto no deban tocarse tenga algún sentido, pero no voy a tolerar esta permanente tontería con los «ritos y músicas». Hasta el momento he amado y compadecido a los funcionarios [*han*], permitiéndoles que actúen como prefieran [en cuestiones de vestimenta y afeitado]. Ahora, sin embargo, a la vista de todo este debate divisorio, no puedo sino emitir un decreto a todos los funcionarios y plebeyos, ordenando que todos se afeiten la frente.

Dorgon insistió además en que el decreto del afeitado debía cumplirse en un plazo de diez días a partir de su recibo en cada localidad: desobedecerlo «equivaldría a un desafío del mandato [del cielo] por parte del rebelde» y cualquier funcionario que pretendiera «mantener las instituciones Ming y no acatar las de esta dinastía», se enfrentaría a su ejecución inmediata[79].

Esta furibunda reacción, esta ruptura con la anterior moderación de Dorgon, quizá fue reflejo de una renovada confianza a raíz de su nombramiento como único regente y de los éxitos de los ejércitos Qing en todos los frentes; pero, cualquiera que fuera su causa, resultó un error catastrófico. Como un testigo jesuita comentó ácidamente, la élite china ahora «sufría y luchaba con más valentía por su pelo y sus costumbres de lo que antes lo había hecho por su Reino y su emperador[80]». Sirva de ilustración un incidente ocurrido cerca de Nankín. Tras la rendición de la capital del sur, las nuevas autoridades Qing buscaron urgentemente información en las fuentes de la región, enviando comisionados para hacerse con los registros de fiscalidad y población de cada condado. Dado que los Qing carecían de un personal propio fiable, muchos de estos comisionados eran antiguos funcionarios Ming: Fang Heng, un joven funcionario *jinshi* enviado a la ciudad de Jiangyin, era uno de ellos. Cuando llegó todavía llevaba la insignia Ming en su toga, y estaba a punto de conseguir los registros cuando llegaron cuatro soldados manchúes con el decreto del afeitado y órdenes para su cumplimiento inmediato. De modo que Fang elaboró una sencilla versión china de la proclama de Dorgon: «Mantén la cabeza y perderás tu pelo; mantén tu pelo y perderás la cabeza», que hizo que muchos campesinos armados se congregaran en Jiangyin, donde mataron a los cuatro soldados manchúes y a Fang —pero no antes de que éste hubiera cursado una petición secreta de refuerzos—. Las tropas de los Qing se presentaron con veinticuatro cañones de asedio, que derribaron las murallas de la ciudad y permitieron el

asalto. Dorgon había ordenado a sus tropas que «llenaran la ciudad de cadáveres antes de envainar la espada y sus tropas cumplieron debidamente la orden. En Jiangyin, decenas de miles de lealistas Ming mantuvieron el pelo y perdieron sus cabezas[81]».

Acontecimientos similares se registraron en otros lugares del valle del Bajo Yangtsé a medida que éstos cambiaban de manos (en algunos casos varias veces). Yao Tinglin, hijo de una familia noble de Shanghái, recordaría más adelante cómo en 1645:

> Cada vez que el ejército Qing se aproximaba, en todas las casas de pueblos y ciudades, las familias pegaban papeles amarillos en la puerta en los que ponía *Da Qing shunmin* [«Súbditos obedientes del gran Qing»], pero cuando la rebelión lealista parecía ir ganando los rompían, para volver a pegarlos más tarde, cuando se suponía que volvían las tropas de los Qing.

Esto explica por qué Dorgon impuso tan implacablemente el afeitado como señal de lealtad: uno podía pegar y romper trozos de papel según le convenía, pero nadie podía simular su afeitado. A finales de 1645 los Qing se habían impuesto en todo Jiangnan. En Shanghái, Yao Tinglin reconoció que «nada volvería a ser lo mismo que antes: se trataba de una nueva dinastía, el aspecto de la gente sería diferente, habría nuevas jerarquías sociales, nuevos rituales, etc». En resumen, «otro mundo sin restauración del viejo orden[82]».

China en las «fauces» del tigre

La conquista Qing de Jiangnan marcó un hito importante en el éxito de la Gran Empresa, porque garantizaba el suministro de comida para Pekín. Arroz, mijo, trigo y alubias volvieron a llegar por el Gran Canal, para almacenarse en los enormes depósitos de grano de la capital. Aunque la mayoría de estos suministros iban directamente a las familias manchúes de la Ciudad Interior, otros residentes también se beneficiaban, porque el gobierno utilizaba los almacenes de grano para mantener los precios bajos y gestionar comedores de beneficencia para los pobres[83]. Los Qing también mantuvieron el tradicional sistema de exámenes de la administración pública. Convocaron el primer

examen trienal metropolitano en 1647, y luego en ciclos regulares a partir de 1649. Además, hicieron más estrictas las laxas normas de examen que habían prevalecido bajo los Ming, por ejemplo, ejecutando a los candidatos a los que se descubría copiando.

Como un ministro Qing no obstante señaló con cansancio, «conquistar un Imperio es fácil; gobernarlo es difícil[84]». La ausencia de cualquier barrera geográfica eficaz que separara Pekín del Bajo Yangtsé había facilitado en gran medida el avance de los Qing hasta ese punto, pero extender el control a áreas del sur y el oeste leales a los Ming representaba grandes desafíos. En primer lugar, la Pequeña Edad de Hielo continuaba causando penuria y perturbaciones. El invierno de 1649-1650 parece haber sido el más frío de la historia tanto en el norte como en el este de China, en tanto que la capital experimentó en 1657 y de nuevo en 1660 una sequía tan grave que el propio emperador dirigió plegarias pidiendo lluvia. En el sur, diecisiete condados de la provincia de Cantón informaron de heladas o nieve en la década de 1650 —el número más elevado en dos siglos—. Esta provincia también sufrió más corrimientos de tierras a causa de los tifones entre 1660 y 1680 que en ningún otro momento en los anales de su historia[85]. En segundo lugar, las tropas reclutadas en la estepa rara vez habían entrado en contacto con la viruela, por lo que eran muy poco inmunes cuando se internaron en China: la repentina muerte ocasionada por esta enfermedad a tantos soldados y mandos manchúes empezó a minar los planes de campaña. Los Qing adoptaron varias medidas desesperadas: proscribieron del ejército a cualquier soldado que contrajera la enfermedad, y ordenaron que sólo los príncipes que hubieran sobrevivido a la viruela podían comandar sus ejércitos. Estas medidas fracasaron: inevitablemente, no todos los casos de viruela eran detectados antes de que se contagiara a otros soldados; y, atraídos por el honor y el botín, algunos príncipes hicieron caso omiso del riesgo

de infección e insistieron en entrar en combate, muriendo al poco tiempo[86].

Las pérdidas debidas a la viruela y la necesidad de guarnecer las conquistas iniciales con soldados fiables redujeron el número de estandartes disponibles para la conquista del sur, obligando a Qing a depender de antiguas unidades Ming, de lealtad cuestionable. En 1645, por ejemplo, un pequeño contingente Qing tomó el puerto de la ciudad de Cantón mediante una artimaña y lo confió a un general que había desertado de los Ming, pero que al poco se manifestó a favor de la dinastía de los Ming del Sur. Las fuerzas leales a Pekín no volvieron hasta cinco años más tarde, y bloquearon Cantón durante seis meses, hasta que un desertor abrió una de las puertas, permitiendo a los sitiadores entrar en tromba. Durante las dos semanas siguientes, «no perdonaron a ningún hombre, mujer o niño, sino que todos fueron cruelmente pasados por la espada, y no se escuchó otra cosa que "matad, matad a estos bárbaros rebeldes"». Fuentes bien informadas estimaron el número de personas asesinadas en 80 000, e incluso un siglo después, un montículo de cenizas solidificadas marcaban el lugar donde sus cadáveres habían sido quemados en una enorme pira funeraria[87]. Así que los Qing confiaron las díscolas provincias del sureste, Guangxi, Cantón y Fujian, a tres generales chinos de Liaodong que se habían unido a ellos desde el principio.

Pese a las abundantes pruebas de que el afeitado de cabeza aglutinaba a sus enemigos, los Qing perseveraron en su política tras la muerte de Dorgon en 1650. Así, cuando el principal comandante naval, Zheng Chenggong (*Coxinga*), parecía dispuesto a rendirse, al principio los Qing le ofrecieron un título ducal y tierras, le prometieron que podría mantener en armas a todas sus tropas y concedieron que todos los envíos desde la costa de Fujian «estarían sujetos a su gestión, inspección y recaudación fiscal». Luego, justo cuando Coxinga parecía a punto de aceptar estos términos, los enviados comisionados desde Pekín para llevar

a cabo las negociaciones finales declararon tajantemente: «Si no os afeitáis las cabezas, no podréis recibir lo anunciado [por el emperador]. Si no os afeitáis la cabeza, ni siquiera nos reuniremos[88]». Indignado, Coxinga utilizó sus barcos de guerra —algunos de ellos armados con artillería de estilo occidental— para controlar todo el comercio del sur de China, hasta que en 1659 ya hubo conseguido suficientes fondos y apoyo para organizar una campaña siguiendo el curso del Yangtsé. Treinta y dos condados y siete capitales de prefecturas juraron lealtad antes de que un contraataque Qing obligara a Coxinga a retirarse hacia la costa, y finalmente a abandonar la China continental, estableciendo su nueva base en la isla de Taiwán[89]. Al carecer de una flota capaz de ir en su busca hasta allí, los Qing impusieron entonces otra medida draconiana y profundamente impopular a sus súbditos chinos: con la esperanza de rendir por hambre Taiwán, ordenaron a todos los que vivían en un radio de 32 kilómetros de la costa sureste continental que abandonaran sus casas y se dirigieran al interior. A continuación prohibieron todo el comercio marítimo y destruyeron todos los edificios, aparte de dar órdenes de matar a cualquiera que se encontrara en la zona declarada como tierra de nadie.

El embargo comercial produjo lo que los chinos denominaron *shu huang*, «escasez en medio de la abundancia». Las hambrunas, la guerra y los desórdenes habían diezmado ya el consumo en la China del sureste: ahora el gobierno eliminaba todos los mercados de exportación, de modo que, una vez la mejoría del tiempo aumentó la producción de arroz, la oferta rápidamente superó la demanda. El precio de una fanega de arroz cayó un ciento por uno y, según una fuente local, «con unos precios del grano tan bajos, los campesinos agricultores no podían pagar los impuestos ni mantener a sus familias, por lo que gran parte de la tierra quedó abandonada[90]». Las entradas publicadas en un gacetero del condado en Jiangnan ejemplifican el angustiosamente lento pro-

ceso de restaurar el orden doméstico. Tres veces —en 1649, 1654 y 1664— predijo en tono optimista que «ahora que se ha apaciguado a los bandidos, los diques se podían por fin reconstruir»; pero sólo en la tercera de estas ocasiones se llevó a cabo una reparación duradera del sistema de riego, condición imprescindible para el cultivo del arroz[91].

De esta prolongada devastación no puede culparse sólo a los Qing. Como Lynn Struve señaló en su innovador estudio sobre el Sur Ming: «La larga lucha entre los Ming y los Qing no fue tanto un choque directo entre dos Estados como una competición por ver qué bando se impondría o sería derrotado frente, digámoslo así, a un tercer Estado: el de la anarquía sociopolítica».

> A lo largo de los dieciocho años de existencia del Sur Ming, sólo se dio un puñado de casos en los que los Qing tuvieran que luchar para arrebatar el control de una comunidad a los funcionarios y fuerzas militares Ming presentes allí con anterioridad a la crisis dinástica. El problema para los Ming había sido mantener el control, y para los Qing restablecerlo, en todo un variopinto territorio de distritos, prefecturas y circuitos del tamaño de un subcontinente. En términos generales, los Ming tardaron menos tiempo en perder esta partida que los Qing en ganarla[92].

Al principio, la dinastía Ming del Sur huyó hacia el mediodía, a Fujian, luego hacia el oeste, a Yunnan, y finalmente a Birmania, donde en 1661 Wu Sangui fue a dar caza al último pretendiente al trono y lo hizo ejecutar. Tras este regicidio, el jubiloso Qing otorgó a Wu extensos poderes en Yunnan, donde éste se estableció con sus victoriosas tropas y creó un próspero feudo[93]. Aquel mismo año, Coxinga y sus seguidores partieron a Taiwán, y con ello toda la resistencia organizada a los Qing cesó temporalmente en la China continental.

No obstante, por diversas razones, el poder Qing siguió siendo frágil. Primero, la muerte del emperador Shunzhi en 1661 dejó un vacío dentro del cual varias facciones manchúes empezaron a competir por el poder, desestabilizando a todo el gobierno. Segundo, el déficit fiscal ocasionado por el coste de las diversas

conquistas manchúes llevó al gobierno central a decretar que todos los atrasos fiscales debían pagarse inmediatamente y a amenazar con que se negaría el ascenso, e incluso se bajaría de categoría o despediría a todos los funcionarios a menos que saldaran por completo el pago de las cuotas fiscales pendientes. En Jiangnan, la combinación de una alta evasión fiscal con los rescoldos de lealtad hacia los Ming, llevó a los Qing a instituir medidas enérgicas, como encarcelar o ejecutar a los «objetores fiscales» e impedirles seguir en sus puestos. Aunque estas desproporcionadas medidas funcionaron a corto plazo —la evasión fiscal de la pequeña nobleza descendió espectacularmente— generaron un poso de descontento: en palabras de un alto funcionario de Jiangnan, las «leyes fueron como una helada que al caer marchita la hierba del otoño[94]». Por último, el enfriamiento global continuó afectando a no la mayoría, sino a todas las regiones de China: nueve de los catorce veranos transcurridos entre 1666 y 1679 fueron fríos o excepcionalmente fríos, y un estudio reciente de los glaciares chinos sugiere que a finales del siglo XVII el clima fue en promedio más de 1 °C más frío en Occidente y más de 2 °C más frío en el noroeste que hoy en día[95].

Las luchas entre facciones, el déficit fiscal y el mal tiempo socavaron el poder Qing, y más tarde, en 1673, Wu Sangui presentó una petición formal al emperador Kangxi solicitando, basándose en su anciana edad, que se le permitiera renunciar a su feudo de Yunnan y que su hijo le sucediera. El emperador, entonces de diecinueve años, sólo accedió a la primera petición y tomó medidas para establecer un control central sobre la región. Alarmados, otros dos generales chinos nombrados para gobernar las provincias del sureste como feudos decidieron poner a prueba la determinación Qing presentando peticiones idénticas.

La mayoría del Consejo imperial era partidario de rechazar estas peticiones, especialmente la de Wu Sangui, temiendo que aceptarla pudiera conducirle a la rebeldía; e instaron al empera-

dor Kangxi a contemporizar, pero éste optó por la confrontación y puso fin a la autoridad de Wu. Como los consejeros habían predicho, Wu no tardó en rebelarse y (pese a haber ejecutado al último soberano de la dinastía anterior) adoptó el eslogan «Lucha contra los Qing y restaura a los Ming» y proclamó que todos los hombres podían de nuevo vestirse y llevar el pelo a la manera tradicional china.

Los otros dos feudatarios se sumaron a la rebelión de Wu, de ahí el nombre de guerra de los Tres Feudatarios; lo mismo hicieron otros muchos chinos descontentos (incluida parte de la pequeña nobleza de Jiangnan encarcelada por evasión fiscal una década antes, así como las tropas de Taiwán comandadas por el hijo de Coxinga). Sin embargo, Kangxi siguió subestimando la dimensión del desafío al que se enfrentaba, y envió sólo 10 000 soldados a enfrentarse con los rebeldes, quienes de este modo consiguieron el control sobre casi toda la China al sur del Yangtsé, así como de las provincias de Sichuan y Shaanxi. Wu exigió que los manchúes se retiraran al otro lado de la Gran Muralla, mientras que el dalái lama (ya entonces un importante líder budista) se ofreció a intermediar en un acuerdo para dividir China entre Wu y los Qing. Pese a que Wu murió en 1678, debido en parte a la dificultad del terreno y en parte a que los rebeldes practicaron una política de tierra quemada mientras se iban retirando, la recuperación de todos los territorios rebeldes llevó tres años y el despliegue de más de medio millón de soldados[96].

Una vez las fuerzas de los Qing hubieron aplastado la revuelta de los Tres Feudatarios, regresaron a Taiwán, donde en 1683 obligaron al sucesor de Coxinga y a los últimos leales a los Ming a rendirse. El emperador autorizó entonces la vuelta de los habitantes locales a las áreas costeras del sureste de China, de donde se les había desterrado durante una generación, y permitió el restablecimiento del comercio marítimo. Tras casi setenta años de

agitación, destrucción y desastres, los Qing habían completado su Gran Empresa.

El coste del «cambio de mandato».

El victorioso emperador Kangxi fue entonces a Mukden a visitar las tumbas de sus antepasados para «efectuar los rituales que daban cuenta del éxito», y luego viajó por gran parte de Manchuria y Shanxi. En 1684 se dispuso a visitar Jiangnan: era el primer emperador que lo hacía en casi tres siglos. Su objetivo, según su diario oficial, era «investigar los desconocidos sufrimientos de la gente»; pero no investigó con mucha profundidad. Durante su recorrido de 3000 kilómetros, el emperador evitó los lugares castigados por su lealtad a los Ming como Yangzhou, durmió en las segregadas y seguras «ciudades tártaras y regresó a Pekín después de dos meses[97]».

La comitiva imperial también eludió las provincias que habían sufrido la peor devastación, como Hunan, donde un estudio del gobierno había revelado un déficit en la recaudación fiscal de los contribuyentes de hasta un 90 por ciento. Tampoco visitó Lingnan, donde la prohibición del comercio costero había ocasionado la pérdida de una quinta parte de la población y el abandono de hasta la mitad de las tierras cultivadas; o Sichuan, donde la barbarie del «Gran Reino Occidental» de Zhang Xianzhong y la brutal conquista habían causado «la muerte probablemente de más de un millón de personas y el exterminio de prácticamente toda la pequeña nobleza local[98]». No obstante, el emperador debió encontrar abundantes pruebas de despoblación y devastación en su recorrido. El total de tierra cultivada del Imperio había descendido de 191 millones de acres en 1602 a 67 millones en 1645, con una recuperación parcial de hasta 90 millones en 1661 y todavía sólo 100 millones en 1685, el año siguiente al de su gira. En toda China, familias y comunidades enteras habían perecido. Incluso una generación después de la conquista, cuando los

miembros de las familias piadosas de la provincia de Anhui quisieron actualizar sus genealogías colectivas, se encontraron con que «familias enteras habían sido masacradas o habían muerto de enfermedad», «por lo que el linaje apenas se había salvado de la extinción», incluso «algunos de sus supervivientes eran incapaces de dar el nombre de sus antepasados y el grado de parentesco de unos con otros». Entretanto, en la provincia de Jiangxi, «dondequiera que uno mire, ve señales de abandono», señaló un visitante en 1662, «y se da cuenta de que antes de las revueltas debió habitar aquí una población densa y próspera[99]».

Las pérdidas humanas fueron cualitativas además de cuantitativas: miles de miembros de la élite encontraron una muerte prematura por suicidio, decreto imperial o a manos de soldados o bandidos. En 1647, el secreto lealista Gu Yanwu se lamentaba de los «tíos, hermanos y primos que han muerto en los últimos dos años, los parientes políticos y amigos que han muerto, los que eran mayores que yo y han muerto, los que eran menores que yo y también han muerto, y su número es incontable». En el siguiente cuarto de siglo perecerían muchos más. En 1702, unos historiadores a los que Kangxi había encargado recopilar la *Historia Ming* oficial, incluyeron las biografías de casi seiscientos hombres que se habían suicidado por lealtad a la dinastía y de casi cuatrocientas mujeres que o bien «habían seguido a sus maridos a la tumba» o habían muerto tras ser deshonradas[100]. Dado que sólo se incluía a aquellos que se habían quitado la vida por principios, y se omitía al resto, la suma verdadera total debió ser muy superior: muchos otros miembros de la élite, tanto hombres como mujeres, murieron simplemente por cruzarse en el camino de soldados, rebeldes o bandidos, sin dejar ningún rastro documental. Parece por tanto apropiado hablar de una «generación perdida»: en ninguna otra parte del mundo del siglo XVII una proporción tan alta de la élite sufrió un final violento, a ex-

cepción de Alemania —y Alemania apenas representaba una pequeña fracción del tamaño de China—.

Los recopiladores de la *Historia Ming* omitieron a muchas otras víctimas de la transición, como los millones de chinos *han* que se convirtieron en esclavos, bien porque los soldados de los estandartes los tomaron como botín o porque se vendieron a sí mismos y a sus familias para escapar de las deudas, los impuestos o el hambre. El Pekín Qing contó con un dinámico mercado de esclavos; y la dinastía aplicó leyes draconianas a los esclavos fugitivos. El diplomático holandés Johannes Nieuhof proporcionaba un gráfico ejemplo de las consecuencias. Mientras él y sus colegas navegaban río arriba desde Cantón a Nankín:

> Vimos el deplorable estado al que habían quedado reducidos los chinos debido a la última guerra de los tártaros, que los habían condenado al trabajo forzado de remolcar y remar en sus barcos, tratándolos peor que a bestias, sin hacer ninguna excepción, fueran jóvenes o viejos. A menudo los senderos de la orilla del río son tan estrechos, desiguales y escarpados, que en caso de que resbalen, se rompen el cuello sin remedio, como pasa muchas veces. De vez en cuando se adentran hasta la mitad del río, y si uno de ellos se desmaya por el agotamiento, le sigue un encargado del barco que no deja de golpearlo hasta que vuelve a incorporarse o muere[101].

La *Historia Ming* omitía asimismo el sufrimiento de las mujeres chinas durante la transición, debido a la nueva legislación introducida por los Qing. Por ejemplo, las mujeres esclavas (tanto casadas como solteras) eran consideradas propiedad sexual de sus amos: aunque una esclava podía en teoría resistirse a la violación de su amo, si lo golpeaba o lo hería al hacerlo, sería castigada según las estrictas leyes contra la resistencia frente a su «propietario». El código legal Qing, promulgado en 1646, también hacía más difícil para una mujer probar que había sido violada: la víctima tenía que demostrar que había luchado contra su agresor *durante toda* la traumática experiencia; su cuerpo debía mostrar moratones y cortes, sus ropas debían estar rotas y los testigos debían haberla escuchado gritar pidiendo auxilio *repetidamente*[102].

Muchas mujeres chinas *han* se suicidaron para no tener que vivir en un mundo así, y algunas de ellas dejaron notas escritas en verso en las que explicaban cómo el destino había arruinado sus vidas *(véase capítulo 4)*. Otras escribieron conmovedoras cartas de amor y elegías en verso referentes a su suerte. Por ejemplo, Huang Yuanjie, raptada por unos soldados que probablemente la violaron antes de venderla a un burdel, escapó y más tarde se convirtió en una célebre poetisa y pintora. En 1646, celebró la festividad del Qingming (el día en que las familias se reunían en torno a las tumbas familiares para recordar a sus muertos) escribiendo un poema en el que recordaba no sólo sus desdichas, sino también a su marido, perdido durante los disturbios del año anterior:

Apoyada en una columna, me asedian las preocupaciones por el país;
otros, como siempre, van a las casas de placer.
Mis pensamientos persisten como una suave llovizna;
las lágrimas no dejan de caer revoloteando como pétalos.
Desde que nos separamos, ha llegado ya otro año nuevo […].
Pensando en mi familia, me quedo mirando las blancas nubes.
A mi pequeño corazón lo embarga una profunda pena[103].

Probablemente fueran muchas las mujeres en Jiangnan, y en muchas otras partes de China, a quienes «embargaba una profunda pena» por la pérdida de un familiar o amigo durante la transición de los Ming a los Qing.

Incluso los chinos y chinas supervivientes a la transición con frecuencia vivieron bajo el temor. Ding Yaokang, un alto funcionario de Shandong, escribió unas evocadoras memorias personales tituladas *Un breve relato de cómo escapé del desastre*. En ellas describía cómo él y su familia tuvieron que abandonar las tierras de sus ancestros en dos ocasiones —una en 1642, para evitar el gran asalto manchú, y de nuevo en 1644, cuando Li Zicheng se retiró de Pekín—. Si ellos sobrevivieron fue sólo porque pudieron permitirse alquilar un barco para que los llevara (a ellos y a otras familias de la pequeña nobleza) a una isla cercana a la costa

para ponerse a salvo. En ambas ocasiones, daba por hecha la muerte de muchos de los que se quedaron, porque las tropas robaron y destruyeron todo lo que pudieron, y en caso de quedar algún cultivo en el campo, no habría podido recogerse debido a la falta de mano de obra. En la provincia vecina de Henan, Li Tingsheng estaba estudiando para su título de *shengyuan* cuando los bandidos llegaron en 1642. También en esa ocasión escapó, y pasó los dos años siguientes yendo de aquí para allá huyendo tanto de las fuerzas rebeldes como de los ejércitos del gobierno, disfrazado de vendedor de comida o haciéndose pasar por carretero, hasta que se sintió suficientemente seguro para retomar su vida de erudito y escribir *Un relato de la penuria*, donde dejaba claro que sólo el apoyo de otras familias de la pequeña nobleza le había permitido sobrevivir[104].

Aunque el emperador Kangxi habría podido encontrarse con muchos «perdedores» como éstos en su gira por el sur en 1684, él prefirió mezclarse con los miembros del mayor grupo de beneficiarios de la crisis de mediados del siglo XVII del mundo entero: las tropas de estandarte y sus familias. Cuando Nurhaci declaró la guerra a los Ming en 1618 sólo tenía unos pocos miles de seguidores a su mando, y el renuente apoyo de algunos de sus vecinos mogoles, y le preocupaba cómo alimentarlos. Veinticinco años más tarde, su hijo Hong Taiji comandaba una poderosa confederación de habitantes de la estepa y gobernaba aproximadamente sobre un millón de colonos chinos; pero también a él le preocupaba cómo alimentarlos. En cambio, en 1684, miles de manchúes y sus aliados mogoles vivían cómodamente en el vasto Imperio que habían conquistado. Cada uno de ellos recibía un salario en plata, una subvención de grano, un subsidio de vivienda, armas y municiones, pensiones, una cobertura de gastos por bodas y funerales, préstamos y tierras. La mayoría de ellos también poseía esclavos.

Al final, muchos de los súbditos Qing se unieron a estos «ganadores». Primero en el norte de China y luego en sur, la nueva dinastía restauró la ley y el orden, y mantuvo la seguridad en las fronteras, permitiendo a la población superviviente prosperar y multiplicarse incluso antes de que a principios del siglo XVIII el retorno de un clima más benigno mejorara las condiciones para la agricultura. Los Qing también resolvieron otros problemas que habían asediado a sus predecesores. El alto número de pérdidas entre los funcionarios, bien por muerte o por dimisión, dejó libres miles de puestos en la burocracia y permitió el ascenso de muchos «intelectuales desafectos» cuyas constantes críticas habían debilitado a la dinastía anterior. De forma similar, en muchas áreas rurales, la mortalidad y la migración hicieron disponer de una gran extensión de tierras fértiles, lo que permitió a los agricultores supervivientes unir varias pequeñas parcelas y disfrutar de una mayor prosperidad. El gobierno central además revitalizó las infraestructuras dentro de su ámbito, sobre todo las carreteras y los almacenes de grano, e introdujo la técnica de la «virulación[105]», que redujo espectacularmente el número de muertes producidas por la viruela (*véase capítulo 21*). Por último, como Joanna Waley-Cohen ha resaltado, la Gran Empresa fortaleció al Imperio, «unificando a sus diversos pueblos a través de la creación de una base común, cimentada en un orgullo leal por los logros imperiales, del cual todos podían participar». Cuando Yao Tinglin terminó su *Relato de años sucesivos* en Jiangnan en la década de 1680, comentaba cómo la administración de justicia era entonces mucho más rápida y eficaz; enumeraba la lista de artículos desconocidos en los tiempos de los Ming que ahora se ofrecían a la venta; y consideraba el sistema fiscal de los Qing una «revolución» (*gaige*), con impuestos menos exigentes y una demanda mucho menor de servicios laborales. Yao no tenía duda de que «al final del siglo XVII, la gente de Shanghái estaba vivien-

do en un mundo mucho más próspero y pacífico del que había existido jamás[106]».

Tal vez, sin embargo, la comparación de Yao fuera injusta para los Ming. El emperador Chongzhen se había enfrentado a problemas que quizá ningún soberano habría podido superar: cargas fiscales injustas e ineficientes, desprecio por los valores marciales en un momento en que el Estado necesitaba derrotar tanto a enemigos domésticos como extranjeros, un faccionarismo que tenía paralizada a la burocracia, una corrupción que acabó por extenderse incluso al sistema de exámenes y, sobre todo, la Pequeña Edad de Hielo. Como escribió Timothy Brook: «Ningún emperador de los Yuan o los Ming se enfrentó a unas condiciones climáticas tan anormales y duras como Chongzhen», y añade: «Lo que produce verdadero asombro es imaginar cómo la dinastía Ming pudo mantenerse en pie tanto tiempo[107]».

Los invasores, por su parte, pusieron en riesgo la Gran Empresa dos veces, prolongando de esta manera el sufrimiento de sus súbditos —una vez en 1645 con el decreto del afeitado de Dorgon y de nuevo en 1673 con la decisión de Kangxi de eliminar a los Tres Feudatarios—, pero la habilidad militar de los Qing acabó imponiéndose y la nueva dinastía se dedicó a partir de entonces a conquistar extensos territorios en el interior de Asia, duplicando el área controlada desde Pekín, hasta ocupar más de seis millones y medio de kilómetros cuadrados (más que toda la Europa al oeste de los Urales y mucho más que la China actual). La expansión hacia el oeste podría haber continuado, de no haber sido porque los Qing se encontraron con los puestos de avanzada de un Estado aún más grande en su marcha hacia el este: la Rusia de los Romanov.

6

La «gran convulsión»: Rusia y la Mancomunidad Polaco- Lituana, 1618-1686[1]

La humillación de Rusia

En septiembre de 1618, tropas al mando del príncipe heredero polaco Ladislao Vasa asaltaron Moscú. Aunque el asalto fracasó, el zar Miguel Romanov accedió a la Tregua de Deulino, por la cual renunciaba a todas las tierras rusas conquistadas durante la década anterior por la Mancomunidad Polaco-Lituana, convertida desde ese momento en el Estado más grande de Europa, dos veces el tamaño de Francia. El zar no tenía muchas opciones: veinte años de hambrunas, rebeliones, guerras civiles e invasiones por parte de Suecia y Polonia habían reducido la población rusa aproximadamente en una cuarta parte. En algunas zonas, más de la mitad de los pueblos, e incluso ciudades enteras, habían sido abandonadas. El período intermedio pronto empezó a conocerse en la historia rusa como *Smuta*: el «Gran Problema[2]». Una generación más tarde, en 1648, algunos enfurecidos moscovitas irrumpieron en el Kremlin, saquearon las estancias de los principales ministros del zar y asesinaron a dos de ellos, desencadenando así varias rebeliones en otras partes del Imperio. Sorprendentemente, el hijo de Miguel, Alejo Romanov (1645-1676), no sólo sobrevivió a esta crisis, sino que consiguió derrotar a la Mancomunidad Polaco-Lituana, recuperando todas las tierras entregadas en Deulino, y amplió las fronteras de Rusia, que llegó a ocupar casi diez millones de kilómetros cuadrados, convirtiéndose en el Estado más grande del mundo.

La extensión de los dominios del zar impresionó tanto al viajero danés Adam Olearius mientras hacía un recorrido de norte a

sur de Rusia, ida y vuelta, que utilizaba la longitud y la latitud, así como las «millas alemanas» para calcular las distancias recorridas: 724 kilómetros desde el Báltico a Moscú, y 1448 kilómetros más desde allí al mar Caspio. Olearius nunca llegó a cruzar los Urales y penetrar en Siberia, donde, a lo largo del siglo XVII, colonos rusos fundaron y amurallaron una cadena de fuertes a lo largo de toda la ruta del Pacífico hasta la cuenca de Amur, en la frontera china. Tobolsk, el centro administrativo de Siberia, quedaba a 2400 kilómetros de Moscú; Ojotsk, fundada junto al lago Baikal en 1652, a 4800. Los mensajes enviados y recibidos por el zar podían tardar dos años en llegar. Los soberanos de Rusia se enfrentaban por tanto a un importante dilema: dejar los asuntos locales en manos locales, y arriesgarse con ello a la desintegración política, o mantener el control central y sacrificar unas iniciativas locales eficaces y potencialmente constructivas[3].

Hay que admitir que ciertas características medioambientales redujeron un tanto el dilema. Sobre todo, porque aunque los ríos más importantes de Siberia —el Ob, el Yenisei y el Lena— discurrían de norte a sur, sus afluentes formaban un canal casi continuo desde los Urales hasta el lago Baikal. Asimismo, los anchos ríos que fluían desde Moscú hacia el sur, desembocando en los mares Negro y Caspio —Dniéper, Donets, Don y Volga— permitían las comunicaciones por barco en verano y sobre el hielo en invierno. Estos «pasillos» naturales posibilitaban no sólo una migración masiva, la transmisión de órdenes, tributos y comercio, sino también unas espectaculares incursiones militares: los aventureros cosacos capturaron Sinop, en Anatolia, en 1614, y Azov, cerca de Crimea, en 1641.

Los principales desafíos estratégicos para el Estado ruso radicaban no obstante en otros lugares. Smolensk, bastión de avanzada de la Mancomunidad Polaco-Lituana, quedaba a sólo 480 kilómetros al norte de Moscú, mientras que Narva, un puesto fronterizo del Estado sueco, apenas distaba lo mismo en direc-

ción noroeste. Cada uno de estos tres Estados pertenecía a una rama distinta de la cristiandad: Rusia era claramente ortodoxa, la Mancomunidad de Polonia-Lituania predominantemente católica, y Suecia aplastantemente luterana.

Los dos vecinos al oeste de Rusia, ambos gobernados por la casa de Vasa, también ocupaban áreas muy extensas. El Estado sueco se extendía desde la orilla sur del Báltico al cabo Norte, una distancia de 1555 kilómetros, mientras que la Mancomunidad Polaco-Lituana (*Rzeczpospolita*) lo hacía desde el Báltico hasta prácticamente el mar Negro, una distancia similar. Sin embargo, pese a que las dimensiones de los tres Estados hacían parecer pequeñas las de sus vecinos del oeste de Europa a mediados del siglo XVII, sus poblaciones seguían siendo muy inferiores. Rusia y la *Rzeczpospolita* apenas poseían 11 millones de habitantes, mientras que la Corona sueca apenas contaba con dos millones; por poner una comparación, tanto Francia como el Sacro Imperio Romano tenían una población en torno a los 20 millones de habitantes. Estas cifras enmascaran unas llamativas diferencias en cuanto a la densidad de población. Mientras que algunas partes de Europa contaban con 22 habitantes por milla cuadrada, la media de Polonia era de 8; la de Lituania, de 6; y la de Moscovia no llegaba ni siquiera a uno. Por otra parte, según el primer censo ruso razonablemente completo, que data de 1678, casi el 70 por ciento de los súbditos del zar vivían en las tierras al norte de Moscú y sólo un 1 por ciento habitaba en la vasta extensión de Siberia. El resto vivía en la estepa al sur de Moscú, especialmente en una zona de chernozem («tierra negra», llamada así por su color), de unos 320 kilómetros de ancho, que se extendía desde el mar Negro a Siberia: unos 270 acres de tierras tan fértiles que, según un viajero occidental, «la hierba crecía tan alta que llegaba a los estómagos de los caballos» y, dondequiera que los agricultores decidían plantar grano, «todo el mundo está seguro de que tendrá una abundante cosecha anual[4]».

Durante el siglo XVII, tres grupos rivalizaron por el control de la «tierra negra». Inicialmente el más predominante fue el de los invasores tártaros musulmanes, con base en Crimea y oficialmente obedientes al sultán otomano, pero gradualmente los agricultores rusos fueron extendiéndose hacia el sur, primero a lo largo de las riberas del río Don y luego del Dniéper, donde se encontraron con los súbditos de la Mancomunidad Polaco-Lituana asentados en Ucrania[5]. Paradójicamente, la colonización de su frontera sur desestabilizó a ambos Estados. En Rusia, el coste de defender las fronteras requería una alta carga impositiva, en tanto que la huida de tantas familias campesinas a las nuevas tierras llevó a los terratenientes del norte a exigir a la Corona medidas drásticas para evitar esta hemorragia de siervos que eran su mano de obra. En la Mancomunidad Polaco-Lituana, la emigración hacia el sur no sólo de siervos, sino de los judíos que trataban de escapar a las restricciones que les habían impuesto en varias ciudades, aumentó las cargas de los que se quedaron.

El hecho de que las monarquías rusa, polaca y sueca fueran todas ellas Estados compuestos también era fuente de inestabilidad. El zar gobernaba sobre numerosos y diferenciados grupos etnolingüísticos, incluidos musulmanes del Medio y Bajo Volga y nómadas de Siberia, algunos de los cuales mantuvieron una considerable autonomía política e incluso algunas de sus propias instituciones tras la incorporación[6]. Asimismo, aunque el Reino de Suecia contaba con una notable uniformidad religiosa y administrativa, sus territorios de ultramar —Finlandia, Estonia y (posteriormente) algunas zonas de Alemania— mantuvieron una gran autonomía política, cada uno con sus propios estados, idiomas y sistemas legales. Por último, cada componente de la Mancomunidad Polaco-Lituana conservó su propio sistema legal, tesoro, ejército y asambleas representativas locales (*sejmiki*). Por otra parte, la Mancomunidad presentaba una gran diversidad étnica: comunidades muy numerosas de tártaros, escoceses y armenios vi-

vían entre polacos, alemanes, lituanos y rutenos; por su parte, los occidentales predominaban en muchas ciudades bálticas como Dánzig y Riga.

La Constitución de la Mancomunidad agudizó esta diversidad. A la muerte de cada monarca, los representantes de cada región se reunían en una Dieta federal (el Sejm) para negociar concesiones de los diversos pretendientes al trono antes de elegir rey a uno de ellos. A partir de ahí, los representantes de las *sejmiki* se reunían durante seis semanas al menos una vez cada dos años, convocando sesiones extraordinarias cuando era necesario, y al final de cada Dieta, una sesión plenaria debatía toda la legislación recomendada para su promulgación. En esta fase, el veto de uno solo de los representantes sobre una cuestión exigía que el rey disolviera la Dieta sin promulgar ninguna legislación (ni siquiera las medidas ya acordadas). Aunque tanto los contemporáneos extranjeros de la época como la mayoría de los historiadores posteriores criticaron el *liberum veto* como una debilidad que condenaba a la Mancomunidad a su declive, en ambos casos exageraban: nadie lo utilizó hasta 1652 —e incluso ese año, una nueva Dieta convocada cuatro meses más tarde aprobó toda la legislación pendiente—. De hecho, el *liberum veto* salvaguardaba los derechos regionales (razón por la que los intentos de sustituir la unanimidad con alguna forma de regla de la mayoría siempre fracasaron) y el Sejm representó el primer ejemplo de la historia mundial de un Parlamento federal que aunaba en sí un Estado multinacional y multiétnico a la vez.

La principal debilidad de la Mancomunidad radicaba en su pluralismo religioso. El catolicismo predominaba en Polonia, pero tanto en Lituania como en Ucrania tenía que competir con una poderosa Iglesia ortodoxa y, a partir de 1596, con una bien diferenciada Iglesia uniata, creada específicamente para reconciliar a un importante grupo de cristianos ortodoxos con Roma. Por otra parte, la Mancomunidad era el hogar de otros numero-

sos grupos religiosos. Cada terrateniente tenía el derecho de determinar la fe de sus súbditos, y las ciudades importantes el de garantizar la tolerancia a quien les pareciera. Así, la ciudad de Lwów (Lviv) albergaba treinta iglesias católicas (y quince monasterios), quince iglesias ortodoxas (y tres monasterios), tres iglesias armenias (una de ellas una catedral) y tres sinagogas. No obstante, la jerarquía católica romana, fuertemente respaldada por la Corona, se servía de una amplia variedad de incentivos económicos, sociales y políticos para ganar conversos. Su éxito puede medirse por el hecho de que pese a que en 1570 la Dieta federal incluía a 59 senadores no católicos, en 1630 sólo contabilizaba seis; durante el mismo período, el número de comunidades protestantes en Polonia descendió de más de quinientas a apenas 250. Además, especialmente durante la década de 1630, un gran número de clérigos y laicos ortodoxos se pasaron bien a la Iglesia católica o a la uniata.

Pese a esta diversidad política y religiosa, durante la primera mitad del siglo XVII la Mancomunidad consiguió mantener su posición frente a sus vecinos, en gran medida gracias a su rápida adaptación a la nueva tecnología militar. «La antigüedad tiene sus virtudes», recordaba altaneramente a su soberano un noble lituano que había servido en el ejército de la República de Holanda en 1622, pero «cada siglo enseña a los soldados algún nuevo truco. Cada campaña conlleva sus propios descubrimientos; cada escuela de guerra busca sus propias soluciones». Por tanto, él recomendaba que el ejército de la Mancomunidad Polaca debía aumentar sus piezas de artillería al igual que lo habían hecho los holandeses[7]. El rey Segismundo III (1587-1632) le hizo caso y creó unas formaciones especiales de infantería de mosqueteros, estandarizó los calibres de artillería y añadió cañones de campaña, tomando como modelo los prototipos occidentales. Aunque el progreso siguió siendo lento —principalmente porque los nobles polacos se resistían a cualquier medida que pudiera reforzar

el poder de la Monarquía, como contratar mercenarios extranjeros, siervos de armas o fortificar ciudades reales—, la eficacia de las tropas de la Mancomunidad se mantuvo alta.

El humillante Período Tumultuoso convenció al zar Miguel Romanov (1613-1645) de que debía imitar los métodos militares de la Mancomunidad. Por tanto, acogió asesores militares extranjeros para entrenar y comandar los «regimientos de nueva formación» equipados con armas occidentales; y, cuando a la muerte de Segismundo III en 1632, el Sejm negoció con el príncipe heredero Ladislao antes de elegirlo, el zar lanzó una invasión para recuperar las tierras sacrificadas en Deulino. El ejército ruso, incluidos los regimientos de nueva formación, se hizo rápidamente con veinte ciudades antes de sitiar Smolensk. Sin embargo, Smolensk resistió hasta que Ladislao, recién elegido rey de Polonia, llegó con un ejército de relevo para sitiar a los sitiadores. En febrero de 1634, los mandos rusos se rindieron, postrándose a los pies de Ladislao mientras su caballo pisoteaba sus estandartes. Pocas semanas después, Miguel firmaba muy a su pesar la Paz Eterna de Polianovka, por la cual no sólo confirmaba todas las ganancias territoriales de Deulino, sino que prometía también disolver sus regimientos de nueva formación y pagar una enorme cantidad en concepto de indemnizaciones de guerra. El coste de esta nueva derrota creó tensiones y problemas que harían temblar los cimientos del Estado de los Romanov.

El «pequeño mundo imaginario» de los moscovitas

La comprensión de la crisis rusa de mediados del siglo XVII es complicada debido a la escasez de fuentes. Sólo los suecos mantuvieron un representante diplomático permanente en Moscú y, en algunos casos, sus despachos constituyen la única fuente que ha sobrevivido; pero por lo general los extranjeros en Rusia llenaban sus cartas con lamentaciones sobre las condiciones en las

que tenían que prestar sus servicios, sobre todo, las malas comunicaciones. En invierno, nunca parecía haber suficientes trineos para el transporte; en verano, los ríos a menudo no tenían bastante caudal para que pudieran navegar los barcos; y el deshielo de la primavera y las lluvias del otoño dejaban las carreteras impracticables durante más o menos un mes (llamado *rasputitsa*, «temporada de malas carreteras» en ruso). Los extranjeros también lamentaban la complejidad y la malevolencia de la burocracia rusa y, sobre todo, el hecho de que los rusos se negaran a hablarles porque, o bien estaban demasiado temerosos, o bien demasiado absorbidos en lo que uno de ellos calificaba despectivamente como «manteniendo su pequeño mundo imaginario[8]».

Quedan pocas fuentes *rusas* a partir de las que reconstruir ese «pequeño mundo imaginario». Los archivos de casi todos los departamentos centrales del Estado sufrieron gravísimas pérdidas: algunos fueron quemados (el fuego consumió dos veces el archivo entero de la Cancillería de Kazán, que administraba las tierras del curso del Volga anexionadas en la década de 1550), mientras que otros se perdieron cuando el gobierno soviético consolidó todos los «documentos antiguos» en un único archivo. Sólo los archivos de la Cancillería siberiana han sobrevivido relativamente intactos con respecto al período de principios de la Era Moderna[9]. Afortunadamente para los historiadores, el «archivo natural» del período suple las deficiencias del «archivo humano». Las reconstrucciones climáticas revelan un tiempo notablemente más frío y seco en la década de 1640, con una severa sequía en 1639 y 1640 en Ucrania, pobres cosechas en el sur en 1642, una sequía y una plaga de langostas en 1645 y 1646, y heladas anticipadas y pobres cosechas en el sur en 1647 y 1648[10]. Cuando el gobierno llevó a cabo un catastro en 1645-1646, los encargados de hacerlo descubrieron que muchas comunidades pagaban significativamente menos que la cantidad valorada en el catastro anterior, dos décadas antes, porque habían disminuido su tamaño y

su riqueza. Uno de los escasos estudios detallados de estos datos censales (sobre Karelia, el área entre el lago Ladoga y el mar Blanco) revela que entre 1628 y 1646 el número total de familias había disminuido en una cuarta parte, y las de la pequeña nobleza en casi la mitad, en tanto que la proporción de campesinos sin tierras se había duplicado[11].

Sin embargo, el zar Miguel nunca aumentó la carga fiscal a su menguante población. La fracasada guerra con Polonia en 1632-1634 generó ingentes deudas (la indemnización que había que pagar a los polacos más los salarios de las tropas rusas derrotadas); además, para subsanar las debilidades evidenciadas por este conflicto, el zar compró costosa munición extranjera y reclutó más oficiales occidentales para entrenar a los regimientos de la nueva formación rusa. Una partida de gastos de defensa mucho mayor surgió del gasto generado en la frontera entre 1636 y 1654, donde el gobierno central ordenó la construcción de casi cincuenta nuevas ciudades fortificadas unidas por murallas de tierra que se extendían a lo largo de unos 1300 kilómetros, desde el Dniéper al Volga. La mitad occidental de la «Gran Muralla» rusa dio en llamarse Línea Belgorod —por la ciudad situada en su centro—, y la mitad oriental, Línea Simbirsk —por la ciudad del Volga donde terminaba [la actual Ulianovsk]—. Aunque la función principal de las nuevas ciudades era la defensa, en la década de 1660 sus habitantes se manifestaron cada vez con mayor frecuencia «contra el rápido aumento de las cargas fiscales, lo que sugiere que la incorporación de estas regiones a la vida moscovita había sido rápida y segura» (*figura 13*[12]).

Estas «líneas» representaron quizá el hito más importante en la ingeniería militar del siglo XVII, pero el coste resultó catastrófico. Aparte del desembolso de capital necesario para su construcción, cada una de las nuevas ciudades fortaleza requería una guarnición permanente. Por otra parte, cada verano, el gobierno movilizaba un ejército de vasallos (*deti boiarskie*, propietarios de

tierras recibidas a cambio de prestar servicio militar) y los enviaba al sur para protegerse contra la invasión bárbara. Aparte de las fortificaciones, el gobierno central también mantenía a miles de cosacos (posiblemente derivado de *kazac*, palabra turca que significa «hombre libre»), fieros guerreros ortodoxos que patrullaban la estepa para abortar cualquier ataque por parte de los tártaros musulmanes o sus caudillos otomanos[13].

No obstante, los zares trataban de evitar la provocación directa de sus vecinos del sur. Así, cuando una banda de cosacos conquistó la ciudad de Azov, en la desembocadura del río Don, al sultán otomano, y en 1641 ofreció ponerla bajo la suzeranía de Moscú, el zar convocó la Zemski Sobor («Asamblea de la Tierra») y pidió su consejo sobre dos cuestiones: si debía aceptar o no la oferta de los cosacos, que inevitablemente provocaría una guerra abierta con los otomanos, y, en caso de aceptarla, cómo financiar esa guerra. Aunque casi todos los miembros de la Asamblea se mostraron favorables a quedarse con Azov, no querían pagar otra nueva guerra. La pequeña nobleza provinciana, por ejemplo, rehusó proporcionar los fondos necesarios sin un catastro detallado que ponderara las exigencias fiscales entre las propiedades grandes y pequeñas. También exigieron una exhaustiva reforma del gobierno central: «La burocracia (*volokita*) y la injusticia de Moscú son más culpables de nuestra ruina que los turcos y los tártaros», protestaron. Asimismo, los comerciantes moscovitas se negaron a pagar más a menos que el zar revocara los privilegios comerciales especiales concedidos a sus competidores extranjeros, que les dejaban a ellos en situación de desventaja. Quizá agobiado por la demanda de tantas reformas y concesiones, el zar ordenó a los cosacos que devolvieran el control de Azov a los otomanos inmediatamente[14].

13. El Imperio ruso y la Mancomunidad Polaco-Lituana. La Rusia imperial tuvo que defenderse contra dos enemigos: la Mancomunidad Polaco-Lituana, en el oeste, y los tártaros de Crimea, en el sur. Contra estos últimos, los zares Romanov construyeron las líneas fortificadas de Simbirsk y Belgorod, en las que se emplearon elementos naturales como los bosques y los ríos. En 1670 estas líneas también detuvieron la invasión de los cosacos. La Mancomunidad Polaco-Lituana carecía de defensas, y en 1648 una invasión cosaca la debilitó fatalmente, abriendo el camino a las invasiones de sus vecinos rusos y suecos. Poco después, la Mancomunidad dejó de existir.

Pese al comedimiento militar del zar (tan raro a mediados del siglo XVII), Rusia continuó expandiéndose hacia el sur. Para empezar, mientras que la temporada de cultivo en Karelia se iniciaba en abril y terminaba en septiembre, en torno a Belgorod comenzaba un mes antes y concluía un mes después. Esta importante discrepancia aumentaba el poder de atracción de los chernozems, entonces protegidos por las líneas Belgorod y Simbirsk. Cierto es que la tala de bosques para ganar terreno a la agricultura dio lugar a veranos más cálidos, inviernos más fríos y un mayor riesgo de extremos climáticos, como las sequías, en esta región; pero los chernozems continuaron produciendo cosechas abundantes en general, salvo los años de excepcional adversidad climática (como 1647 y 1648). Además, en la década de 1630 el zar eximió a los pioneros de pagar impuestos durante una década o más. Como cabía esperar, esta combinación de ventajas atrajo una importante migración de campesinos del norte. Algunos se unieron a los cosacos al otro lado de las líneas Belgorod y Simbirsk, buscando el botín tártaro, mientras que otros cayeron víctimas de los saqueadores tártaros y suplicaron su rescate; pero la mayoría se asentaron allí y cultivaron los cientos de miles de acres de tierras de cultivo vírgenes a partir de entonces disponibles más allá de las líneas.

Esta emigración masiva desencadenó una crisis entre los vasallos de las regiones del norte, de quienes los zares habían dependido siempre para la defensa del Imperio. A fin de financiar su servicio militar, la mayoría de los vasallos necesitaba del trabajo y los servicios exigidos a los habitantes no libres de sus demás propiedades. Ahora, reclamaban los vasallos, apenas salían de campaña, sus siervos huían hacia el sur o bien los nobles vecinos los secuestraban como mano de obra extra para trabajar en sus fincas: por tanto, no podían ya cumplir con sus obligaciones militares debido a la falta de campesinos. Testimonios de la época avalan esta afirmación. Los vasallos sostenían que cada uno pre-

cisaba al menos veinte familias campesinas para mantenerse como soldado del zar, pero para 1630, al menos en la región de Moscú, tan sólo contaban con seis familias campesinas como media[15]. Como no es de extrañar, los vasallos solicitaron repetidamente al gobierno central que obligara a los siervos fugitivos a regresar, y que aboliera el límite de tiempo para recuperarlos; pero el gobierno central se opuso. Aunque en 1636 el zar decretó que todos los exsiervos que había en el sur debían volver, limitó esta medida a los que habían huido *antes* de 1613 y eximió de ella a los que lo habían hecho a Siberia. Del mismo modo, aunque el zar elevó más tarde el límite de tiempo para la recuperación legal a diez años, siguió quedándose muy corto respecto a lo que los vasallos consideraban como esencial a fin de poder cumplir con sus deberes militares hacia el soberano.

El zar y sus «esclavos».

El rápido crecimiento territorial de la Rusia imperial llevó a una expansión igualmente rápida de la burocracia central. El zar Miguel creó 44 nuevos departamentos de Estado en Moscú (conocidos como *prikazy*, «cancillerías»), y su hijo Alejo (1645-1676) creó a su vez treinta más. Tanto el volumen de negocio manejado por cada *prikaz* como el personal empleado para hacerlo creció exponencialmente. Por ejemplo, la Cancillería Militar contrató a 45 hombres en la década de 1620, pero más de cien en la de 1660, y las órdenes que dictaba iban desde importantes movimientos de tropas al número de metros cúbicos de tierra que había que mover para construir murallas, o cuántas vigas de madera de unas determinadas dimensiones debían utilizarse para construir la puerta principal en una ciudad fronteriza.

La disposición de los súbditos del zar a tolerar esta intrusión en su vida diaria sin duda reflejaba el caos y la destrucción del Período Tumultuoso que «tenía profundamente conmocionada a la mayoría de los rusos, tanto psicológica como emocional y es-

piritualmente». Según Chester Dunning, «algunos consideraban los problemas como un castigo de Dios por los pecados del pueblo ruso o de sus soberanos, y concluyeron que, si Dios permitía que el país sobreviviera, sería necesaria una profunda reforma moral y espiritual». De aquí en adelante la mayoría de los rusos «rechazaron la innovación a favor de restaurar lo más posible el antiguo orden de la precrisis[16]». Los Romanov sacaron provecho de estos sentimientos reforzando su papel de patronos de la «sagrada Rusia» (expresión utilizada por primera vez en 1619): protagonizaban ostentosas peregrinaciones a lugares religiosos y ocupaban el lugar de honor en las procesiones anuales organizadas por la Iglesia ortodoxa cada Epifanía y Domingo de Ramos en lo que hoy se conoce como la Plaza Roja. Una cronografía de la historia rusa escrita en la segunda mitad del siglo XVII «comenzaba con la creación del mundo basada en el Antiguo Testamento y a continuación trazaba el linaje de los emperadores desde Alejandro Magno, pasando por los romanos y bizantinos», hasta llegar a los sagrados defensores de la fe, los zares rusos, culminando en Miguel Romanov[17].

Incluso cuando la Rusia imperial fue haciéndose más jerárquica, siguió quedando una excepción. Como admirablemente enuncia Valerie Kivelson: «Todas las interacciones con el Estado, ya se tratara de litigios en los tribunales o comunicaciones entre las oficinas de provincias y las centrales, se formulaban como humildes peticiones dirigidas directamente al zar». «Humilde» parece aquí un eufemismo: el término para «petición», en ruso, *bit chelom*, significa literalmente «inclinar la frente [hasta el suelo]»; y todos los peticionarios que se dirigían al zar se denominaban a sí mismos «su esclavo» y «su miserable huérfano». Incluso los nobles utilizaban diminutivos degradantes de sus nombres («yo, el pequeño Ivanushka, su esclavo, le suplico…»[18]). Dado que las peticiones al zar constituían el único canal legal por el cual los súbditos podían solicitar la reparación de sus quejas, y que la in-

tervención del gobierno en la vida cotidiana (y, consiguientemente, el riesgo de que se produjeran abusos) fueron en constante aumento, tanto las quejas como las peticiones se multiplicaron. Para ocuparse de ellas, Miguel Romanov creó una Cancillería de Peticiones especial y uno de sus funcionarios viajaba siempre con él a fin de dirigir cada petición al departamento de Estado adecuado.

A la muerte de Miguel, en 1645, su hijo y heredero de dieciséis años, Alejo, se enfrentó a tantas peticiones, muchas de ellas de grupos de asistentes que protestaban por la escasez de siervos como mano de obra, que el enviado sueco en Moscú creyó que ello era presagio de una revuelta general; pero el nuevo régimen evitó el desastre reduciendo en un día la obligación del servicio militar para la pequeña nobleza y prometiendo llevar a cabo un nuevo censo de toda Rusia como paso previo hacia la abolición de todas las restricciones a la reclamación de siervos fugitivos[19]. Los inspectores del gobierno central visitaron diligentemente cada región administrativa para determinar el número de hogares sujetos a impuestos (y si pagaban menos o más que antes), la cantidad de tierras cultivadas (así como abandonadas) y las actividades económicas de cada pueblo (incluidas estimaciones de los rendimientos de las cosechas). También elaboraron listas de todos los siervos que habían huido de sus fincas de origen durante los diez años anteriores. Pero no llegó a materializarse ningún edicto que aboliera el límite de tiempo para recuperar a los siervos fugitivos —entre otras cosas, porque el principal asesor, y a la sazón cuñado de Alejo, Boris Morozov, era el primero en recibir a siervos huidos en sus propias y extensas propiedades y en ocultarlos a los inspectores del gobierno—.

Morozov actuaba de forma muy parecida a los validos de la realeza en Europa. Primero fue ahuyentando de sus puestos a los que habían sido los asesores del anterior zar, y a continuación, a fin de financiar el gasto militar (principalmente contratando a

oficiales de ejércitos extranjeros y construyendo las líneas Belgorod y Simbirsk), tomó algunas decisiones fiscales sumamente impopulares. Por un lado, ordenó a otro de los cuñados del zar, el ministro de Hacienda Piotr Trajaniotov, que congelara los salarios de los *streltsy* —el cuerpo de mosqueteros reclutado entre la pequeña nobleza y en quien el gobierno confiaba para preservar la ley y el orden en la capital—, generando un grupo de súbditos descontentos que estaban a la vez organizados y armados. Por otro, Morozov aprobó una propuesta de Nazari Chistyi, un próspero comerciante de Moscú, para introducir impuestos indirectos inspirados en los modelos holandeses. En 1646, una serie de decretos imperiales establecieron un «impuesto postal» sobre el papel requerido para todas las transacciones oficiales y se crearon monopolios estatales para la venta de tabaco y sal. El monopolio de la sal en particular provocó un extendido resentimiento, porque hizo que los precios se multiplicaran por cuarenta. Enfrentados a esta brutal inflación, los consumidores empezaron a comprar mucha menos sal (lo que provocó una espectacular caída de los ingresos fiscales) y a protagonizar protestas. A finales de 1647, el zar mandó llamar a 10 000 mosqueteros a la capital para mantener el orden, pero al constatar que el malestar continuaba, se vio obligado a revocar el monopolio de la sal[20].

Otras anomalías del sistema fiscal ruso también provocaron el descontento. Morozov confió el control del comercio de toda la capital a otro de sus parientes, Leonti Plescheev, que no sólo incrementó el «papeleo» burocrático, sino que utilizó la extorsión, en forma de soborno, en una escala sin precedentes, a cambio de impartir justicia. Más aún, en un intento por aprovecharse de la escasez causada por la revocación del monopolio de la sal, la Hacienda pública inició la recaudación implacable de los atrasos fiscales de los dos años anteriores. Un estudio reciente estima que el conjunto de estas medidas «triplicó la carga fiscal en 1648[21]». Morozov había conseguido de este modo ganarse la antipatía,

casi simultáneamente, de las élites urbanas, los vasallos y los contribuyentes corrientes de Moscovia.

En abril de 1648, Morozov ordenó la movilización de los vasallos para que iniciaran una marcha hacia el sur a fin de parar una supuesta incursión tártara, pero, al no producirse tal incursión, los desmovilizó sin paga alguna. El contingente de Moscú seguía aún en la capital, defraudado e indignado, cuando al mes siguiente algunos súbditos del zar decidieron presentar ante éste sus quejas de la forma acostumbrada: a través de una petición formal. Los vasallos locales sin duda compartieron la indignación de la multitud cuando vieron al séquito imperial interceptar la petición para que el zar no la viera. En lugar de ello, el zar y su familia salieron de la ciudad en peregrinaje a un monasterio cercano[22].

«El mundo entero está convulso».

Según Adam Olearius, Moscú siempre había sido una ciudad peligrosa. Los rusos, afirmaba, eran sodomitas borrachos y obsesos del sexo cuya lujuria no respetaba caballos, hombres o muchachos. Los delitos violentos en las calles constituían una amenaza constante, continuaba, debido al gran número de esclavos mal pagados que no podían vivir de su asignación y recurrían al atraco para sobrevivir. Patrick Gordon, que sirvió en el ejército del zar durante casi cuatro décadas, estaba de acuerdo. Los rusos, escribió, eran «malhumorados, avariciosos, tacaños, embusteros, falsos; insolentes y tiranos cuando tenían personas al mando; y, si estaban bajo el de otros, sumisos e incluso serviles, vagos y abyectos, pese a lo cual se mostraban arrogantes y se creían por encima de todas las demás naciones[23]». La no recepción por parte del zar Alejo de la petición de sus súbditos soliviantó sus sentimientos y, mientras el zar se encontraba ausente por su peregrinación, las multitudes fueron agolpándose en torno a las iglesias de la capital para dar rienda suelta a sus quejas. A su regreso, de-

cidieron volver a intentar que los escuchara, y el 11 de junio de 1648 un numeroso grupo de ciudadanos salió de la urbe para recibir a su soberano, llevándole no sólo el pan y la sal tradicionales, sino también copias de una petición en la que denunciaban la corrupción de Leonti Plescheev. Una vez más, el séquito imperial interceptó los documentos y los guardias de Alejo utilizaron los látigos para echar atrás a la muchedumbre. En un momento dado, abrieron fuego.

Algunos de los encolerizados manifestantes siguieron entonces al zar hasta el Kremlin con su «súplica» formal, pero Morozov los hizo encarcelar. Media hora más tarde, mientras la zarina regresaba del monasterio en su carruaje, la multitud trató de presentar sus quejas ante ella, pero de nuevo los guardias los echaron atrás. En ese momento, «toda la multitud, totalmente exasperada, empezó a lanzar piedras y a blandir palos contra los guardias[24]». Ambas partes habían transgredido límites importantes: el zar había rechazado inesperada e inexplicablemente una petición, la única vía legítima que tenían sus súbditos para hacerle llegar sus problemas, en tanto que un grupo de súbditos se habían abierto paso sin permiso hasta el Kremlin, un espacio sagrado tanto para la Iglesia como para el Estado.

Una «transgresión» mucho peor fue la que se produjo al día siguiente durante una festividad religiosa, cuando la familia real salió del Kremlin para asistir a la ceremonia religiosa. Las multitudes rodearon al zar cuando éste volvía de la iglesia, rogándole que aceptara su «súplica». Aunque el documento estaba redactado en el habitual estilo humillante de las peticiones al zar («sus esclavos y pobres súbditos»), también presentaba numerosas innovaciones. En primer lugar, afirmaba hablar en nombre de la «gente corriente de Rusia» (no sólo de Moscú o un grupo particular), y lamentaba los intolerables «sobornos, regalos y dádivas» exigidos por los burócratas a cambio de cualquier acto oficial (el zar podía identificar fácilmente a los culpables, manifestaba el

documento, porque éstos se habían «construido casas que no eran acordes con sus puestos»). Los suplicantes se quejaban de que ya habían presentado peticiones, pero los «grandes» las habían interceptado, de manera que…

> … se ha llegado a esto: que ellos [los grandes] han soliviantado a Su Majestad Imperial contra el pueblo y al pueblo contra Su Majestad Imperial. De forma que ahora parece que esta injusticia ha abocado a toda la población de la región entera de Moscú y sus provincias colindantes a sublevarse. A consecuencia de ello, una gran confusión está apoderándose de su capital imperial y muchas otras regiones y ciudades.

También osaban recordar al zar «la historia que alberga su palacio imperial [el Kremlin] del rey griego de Constantinopla, Justiniano», que evitó el castigo divino promulgando unas leyes que acabaron con la opresión de los pobres.

> Ahora Su Majestad Imperial puede hacer lo mismo, si desea eludir el castigo de Dios que en este momento amenaza su Reino. Acabe con los jueces injustos, líbrese de los incompetentes, castigue todo tipo de soborno y atropello, la obstrucción de la justicia y cualquier abuso. Evite las muchas lágrimas inocentes que se están vertiendo. Proteja a los humildes y a los débiles de la violencia y la injusticia.

Por si a Alejo no le quedaba suficientemente claro, la súplica le recordaba que su padre, Miguel, había sido «designado y elegido por Dios y por todo el pueblo» para gobernar «cuando la tierra de Moscovia había quedado casi completamente esquilmada por culpa de gente malvada»; y, sin embargo, todavía hoy «de lo único que se oye hablar al pueblo llano es de sublevación y revuelta, a causa de las injusticias que les infligen los poderosos[25]».

Esta vez los «grandes» del séquito imperial rompieron esta petición «en mil pedazos y los lanzaron a la cara de los peticionarios, mientras sus esbirros golpeaban a los suplicantes». Una vez más la multitud siguió al zar hasta el Kremlin, pero en esta ocasión, cuando Morozov ordenó a los mosqueteros que cerraran las puertas de entrada al recinto, éstos se negaron. Varios miles de manifestantes se congregaron entonces frente a las estancias del zar exigiendo la satisfacción inmediata de sus quejas, que en ese momento incluían la ejecución del odiado Leonti Ples-

cheev[26]. Cuando Morozov apareció en el balcón de palacio para intentar razonar con la multitud, ésta le replicó: «Sí, y a ti también». Los criados de Morozov instaron entonces a los mosqueteros presentes en la plaza del Kremlin a disparar sobre la muchedumbre, pero las tropas, recordando sin duda la negativa de Morozov a pagarles sus atrasos, «respondieron que ellos habían jurado [lealtad] a Su Majestad Imperial y a nadie más, y que no lucharían en nombre de los nobles contra el pueblo llano». Una delegación de mosqueteros espetó al zar en su cara que «no se enemistarían con el pueblo por culpa del traidor y tirano Plescheev», mientras que los presentes en la plaza aseguraron a los manifestantes que ellos «no se opondrían a la multitud, sino que por el contrario les echarían una mano[27]».

Juntos, soldados y sublevados, irrumpieron en las lujosas estancias de Morozov en el Kremlin, rompiendo sus elegantes muebles con hachas y destrozando sus joyas; y «no tuvieron reparo alguno en dejarse llevar mientras gritaban *eta nasha krov*, que significa "ésta es nuestra sangre"[28]». Aunque el zar pidió moderación, la multitud asesinó a tres de los funcionarios de su casa y se abrió paso hasta la residencia de Nazari Chistyi, artífice del odiado monopolio de la sal, e inmediatamente lo mataron con sus hachas y palos, gritando: «¡Traidor, esto es por la sal!» Luego lo «sacaron por los pies escaleras abajo, arrastrándolo como a un perro» por todo el interior del Kremlin, y «tras quitarle la ropa, lo arrojaron desnudo al estercolero». A continuación, los sublevados asaltaron las residencias de Plescheev, Trajaniotov y otros ministros de Alejo por quienes se consideraban injuriados. Aunque «al caer la noche, el saqueo cesó un poco, al amanecer volvieron a reanudarlo[29]».

El 12 de junio de 1648, la multitud prendió fuego a unas setenta residencias de nobles y comerciantes, siguiendo aparentemente algún tipo de plan, y casi cuarenta más al día siguiente; luego volvieron a entrar «corriendo» (expresión utilizada en to-

das las fuentes) en el Kremlin y exigieron que el zar les entregara a Plescheev, Trajaniotov y Morozov[30]. Alejo entregó inmediatamente a Plescheev, e incluso proporcionó dos verdugos, «pero nada más llegar a la plaza del mercado la gente corriente *[gemene mannen]* lo mató allí mismo, y finalmente un monje arrojó su cuerpo a un fuego». El zar pidió entonces dos días para considerar la suerte que debían correr sus otros ministros, y los manifestantes (de forma un tanto sorprendente) se dispersaron. Apenas lo habían hecho cuando empezaron a declararse incendios en cinco lugares distintos de Moscú. Debido a la prolongada sequía, el fuego se extendió rápidamente y, según el aterrorizado embajador sueco, «en sólo unas horas, más de la mitad de la ciudad rodeada por la Muralla Blanca, y aproximadamente la mitad exterior a dicha Muralla, ardió en llamas». Algunos calculan que unas 50 000 casas y 2000 personas perecieron entre las llamas[31].

Los mosqueteros capturaron a algunos de los incendiarios que, «en el potro de tortura, han confesado que fueron contratados para hacerlo con dinero de Morozov»; pero algunos fueron más allá y afirmaron «que el propio zar instigó éstos [fuegos] a fin de distraer a la gente corriente y a aquellos que tenían casas [en la ciudad] del alboroto, ya que se verían en la necesidad de ocuparse de salvar sus [posesiones] del fuego». De ser así, la artimaña «no tuvo distraída a la gente corriente» mucho tiempo: el 15 de junio volvieron a dirigirse en tropel al Kremlin y a exigir la entrega inmediata de Trajaniotov y Morozov[32].

En palabras de un ciudadano iracundo: «El mundo entero está convulso [...]. Hay una gran convulsión y la gente está preocupada». El destino de la Monarquía Romanov pendía de un hilo. Algunos de los que se encontraban entre la multitud declararon: «Su Majestad Imperial es un traidor si se niega a expulsar a Morozov de su corte y capital». También decidieron que, «si Su Majestad Imperial no cumplía sus deseos, recurrirían a la fuerza para obligarlo a hacerlo». Unos pocos llegaron a afirmar: «El zar es jo-

ven y estúpido» y, al tiempo que atribuían su obstinación a sus malvados asesores, añadían: «Ellos lo dirigen todo y el soberano guarda silencio. *El diablo se ha apoderado de su mente*», una acusación de satanismo que desafiaba la afirmación del zar de ser el adalid de la ortodoxia y, por tanto, su derecho a gobernar[33].

Dándose cuenta de la gravedad de su situación, Alejo entregó también a Trajaniotov a la multitud. Además prometió, besando un crucifijo dorado que el patriarca sostenía en sus manos, que Morozov se haría monje y se retiraría a algún lejano monasterio, y jamás volvería a ocupar un cargo en el gobierno. Dada la solemnidad religiosa, la muchedumbre lo creyó y una vez más se dispersó, en tanto que el zar distribuyó una sustanciosa paga a todos los mosqueteros para volver a ganarse su lealtad. Según el residente sueco, también ordenó a sus «oficiales occidentales que entrenaran a 20 000 soldados cerca de la frontera sueca[34]».

Mucho antes de que estas tropas leales estuvieran listas, Morozov consiguió precipitar otra confrontación. Tal vez imaginando que la crisis ya se había superado, recomendó que Alejo no pagara a los vasallos que permanecían en Moscú la prima que les había prometido y el 20 de junio, una nueva petición, esta vez en nombre de la pequeña nobleza, los comerciantes y «gente de todas las clases sociales», volvía a insistir en que Morozov debía marcharse. También exigía que el zar convocara al Zemski Sobor. Desesperado, Alejo mandó llamar a los ministros de su padre que Morozov había sustituido en 1645 y envió al odiado primer ministro a un «exilio perpetuo» bajo una estrecha vigilancia. Durante las siguientes ocho semanas, se recibió una avalancha de más de setenta peticiones de grupos descontentos, y el zar las aprobó todas: para apaciguar a los comerciantes del país, abolió los privilegios comerciales de los ingleses; para contentar a los moscovitas de a pie, prometió dinero para reconstruir las estructuras dañadas por el fuego; para apaciguar a los vasallos, les pagó su prima prometida y también devolvió todos los siervos fugiti-

vos encontrados en las propiedades de Morozov[35]. Y, lo más importante, Alejo I accedió muy a su pesar a convocar el Zemski Sobor.

Estas radicales concesiones no se produjeron en respuesta sólo a los problemas de Moscú. Una combinación de sequía y plagas de langosta había arruinado las cosechas de 1647 y 1648 en toda Rusia, incluso en los chernozems, dando lugar no sólo a una extendida escasez de alimentos, sino también a que la preocupación se exacerbara más aún. Por otra parte, como la súplica del 12 de junio había predicho, las revueltas se extendieron también a «muchas otras regiones y ciudades» del Imperio[36]. Tomsk, a unos 4000 kilómetros de Moscú, en mitad de Siberia, fue la primera. Su comunidad multiétnica (alrededor de setecientas familias rusas, trescientas tártaras y otras de distintos orígenes) sufrieron malas cosechas durante la década de 1640, con un rendimiento en torno a una tercera parte del habitual; sin embargo, el gobernador elevó los impuestos a la vez que retenía los salarios de los mosqueteros y otras tropas. En abril de 1648 los magistrados de la ciudad capturaron al gobernador y lo pusieron bajo arresto domiciliario, al tiempo que vasallos, comerciantes, campesinos, contribuyentes de las ciudades y tártaros pedían unánimemente al zar que lo destituyera. En lugar de ello, el zar ordenó su restitución, lo cual provocó una segunda oleada de disturbios. Esta vez, los insurgentes crearon un régimen alternativo con su propia Cancillería rebelde (*Voroski Prikaz*), su propio candidato a gobernador y su propia asamblea (*krug*), que publicaba manifiestos, enviaba circulares para incitar a otras comunidades a unirse a ella y pedía a Moscú que reconociera sus acciones. La paz no volvió a instaurarse hasta junio de 1649, cuando el zar hizo llamar de nuevo al anterior gobernador, caído en desgracia[37].

Nada más recibirse la noticia de los disturbios de Moscú, empezaron a producirse levantamientos urbanos en otros lugares. La nueva ciudad de Kozlov, en la Línea Belgorod, ya había en-

viado tres peticiones al zar en las que denunciaba las prácticas tiránicas de su gobernador, que dieron lugar a una comisión de investigación en 1647; pero el gobernador sobornó o intimidó a muchos de los que protestaban para que los inspectores no encontraran suficiente fundamento para las acusaciones, y finalmente lo mantuvieron en el puesto. No obstante, la desastrosa cosecha de aquel año generó nuevas tensiones: incluso los vasallos con propiedades extensas tuvieron que vender sus armas y ropas con el fin de comprar grano, en tanto que las exacciones, la corrupción y el abuso de la justicia por parte del gobernador continuaron. A principios de 1648, una oleada de asesinatos, asaltos, incendios y robos sacudió repentinamente la ciudad, y una numerosa delegación llevó otra petición a Moscú, que llegó justo a tiempo de presenciar el derrumbamiento de la autoridad del zar. Nada más regresar a Kozlov con las noticias, la ciudad se alzó en rebelión. El gobernador consiguió escapar por poco, pero los sublevados mataron a golpes a varios de sus partidarios y «los lanzaron a las profundidades del río. Y saquearon muchas casas y tiendas». También se produjeron disturbios en los fuertes y aldeas cosacas vecinas, donde las multitudes agredieron o mataron a aquellos que habían flaqueado en su apoyo durante la campaña anterior contra el gobernador, saqueando sus tiendas y sus casas. No obstante, aunque algunos documentos mencionan una comunidad (*mir*), consejo (*sóviet*) o asamblea (*krug*) de insurgentes, los rebeldes no consiguieron aglutinar el apoyo de la ciudad para cuando llegó un nuevo gobernador con un destacamento de mosqueteros desde Moscú. Al final, casi cien hombres fueron juzgados y castigados, entre ellos los peticionarios que habían traído la noticia de los disturbios de Moscú y de este modo (afirmaban los jueces) provocado los problemas[38].

La frustración por la corrupción y la «burocracia» de Moscú, unida a la escasez, también había creado una atmósfera proclive a la revuelta en otros lugares. Para cuando Kursk se rebeló en julio

de 1648, había sufrido ya una prolongada escasez de comida (debido a las malas cosechas y las incursiones tártaras) y en ese momento se enfrentaba a un aumento en las exigencias fiscales. La ciudad había enviado numerosas peticiones al zar suplicando ayuda, pero ninguna había surtido efecto; de modo que al enterarse de los hechos acaecidos en Moscú, campesinos, habitantes de la urbe, cosacos y vasallos se unieron para derrocar al gobernador, considerado responsable de las desdichas de la ciudad. Tanto allí como en el resto de lugares, el orden no se restauró hasta la llegada de los mosqueteros de Moscú[39].

El Gran Compromiso de 1649

Aunque la gran convulsión afectó a extensas áreas de Rusia, el destino del Estado Romanov se decidió en Moscú. Según uno de los consejeros del zar, fue «la rebelión de la gente corriente» de su capital, apoyada por la nobleza local y los mosqueteros, lo que llevó a Alejo I a convocar a los representantes de sus súbditos «no por voluntad propia, sino por miedo[40]». Primero, un grupo de élite de clérigos, nobles, vasallos, comerciantes y representantes de las principales ciudades se reunieron en el Kremlin en julio de 1648 y solicitaron que el zar «ordenara poner por escrito, sobre todo tipo de temas judiciales, un código de leyes y unos estatutos (*Ulozhennaia kniga*), para que en adelante todos los asuntos se hicieran y decidieran de acuerdo con ese código». También pedían que el zar convocara al Zemski Sobor para ratificar las nuevas leyes[41]. El zar estableció diligentemente una comisión de cinco hombres para que redactaran el borrador de un nuevo código legislativo, que cuando en octubre llegaron a Moscú unos seiscientos representantes para asistir al Zemski Sobor ya habían cumplido su tarea.

Por un momento pareció que la Asamblea (y, por tanto, el nuevo código legal) estaba condenada al fracaso, dado que, una vez comprada la conformidad de los mosqueteros con otro rega-

lo sustancial, Alejo llamó de nuevo a Morozov a Moscú, donde retomó su cargo como primer ministro. Muchos destacados moscovitas, temiendo que este flagrante incumplimiento de la solemne promesa del zar desencadenaría una nueva oleada de violencia popular, huyeron de la capital, mientras que algunos comerciantes ricos se mudaron a la residencia del embajador sueco, defendida por su personal y algunos de los mosqueteros del zar[42]. Tal vez esta reacción pusiera nervioso a Morozov, o tal vez éste se dio cuenta de que un código legal exhaustivo podría beneficiar al gobierno central, porque el hecho es que permitió que la Asamblea continuara con sus deliberaciones. Muchas de las estipulaciones del Código del Consejo (*Sobornoe Ulozhenie*) de 1649, contenidas en casi mil artículos, cerraban las vías que habían conducido a los disturbios. En el capítulo 1 («Blasfemos y alborotadores religiosos») garantizaba el carácter sagrado de las iglesias y servicios religiosos (prohibiendo en adelante cualquier iniciativa de interceptar al zar durante las festividades religiosas), mientras que el artículo 3 («La corte de palacio del soberano») hacía lo mismo en relación con la residencia real (convirtiendo en traición cualquier irrupción por la fuerza en el Kremlin). El artículo 10 («El proceso judicial») decretaba que, en el futuro, los súbditos debían presentar sus peticiones a través del gobernador local a la cancillería apropiada, no al zar: cualquiera que intentara sortear este procedimiento sería encarcelado y azotado. El capítulo 19 («Residentes en las ciudades») exigía a todos los ciudadanos registrarse en el municipio en el que residían en el momento de la publicación de la ley, y prohibía a ellos y a sus descendientes abandonarlo.

A cambio de estas medidas, el zar realizó numerosas concesiones, incluidas muchas peticiones presentadas en el pasado. El *Ulozhenie* concedía a los habitantes registrados de cada municipio un monopolio sobre el comercio local y las actividades artesanales; abolía las exenciones fiscales de las que disfrutaban los

estamentos más privilegiados; y permitía la búsqueda y recuperación de todos los ciudadanos que habían huido para evitar tener que pagar impuestos. Por encima de todo, el artículo 11 («Proceso judicial para los campesinos») zanjaba la cuestión de los siervos fugitivos. En adelante, ningún campesino podía abandonar legalmente las propiedades de su señor, no existía límite de tiempo para reclamar a los siervos fugitivos y todos los que previamente habían huido podían, a partir de ese momento, ser reclamados. Los campesinos también perdían su derecho a la propiedad personal: la ley consideraba todas sus pertenencias propiedad de su señor. Por otra parte, estas medidas eran aplicables a la familia del siervo: «Un campesino que se casaba con un fugitivo o el hijo de un fugitivo debían ser transferidos con su cónyuge cuando este último había sido reclamado por el legítimo señor del fugitivo». Casi inmediatamente, los comisionados del gobierno empezaron a rastrear y devolver a los siervos fugitivos, y descubrieron que en algunas regiones, éstos constituían hasta una quinta parte de la población. Aunque en algunas áreas (especialmente en la frontera sur y en Siberia), los fugitivos podían seguir viviendo con relativa seguridad, el *Ulozhenie* privó aproximadamente a la mitad de la población rural de su libertad de movimientos. Los nobles podían a partir de entonces comprarlos y venderlos (a ellos y sus familias), trasladarlos, comerciar con ellos e incluso (hacia finales del siglo) apostárselos en los juegos de naipes. Su poder sobre cada familia de siervos que vivía en sus propiedades sólo quedaba limitado por el asesinato: «El asesinato premedi-tado de un campesino» por un señor, cualquier señor, «era castigado con la muerte[43]».

El gobierno había favorecido la emigración campesina todo lo posible debido a su importancia para la expansión de Siberia y de la frontera sur; pero la dependencia de Alejo de sus vasallos tanto para preservar la ley como para luchar contra los enemigos extranjeros finalmente lo obligó a ceder. El trauma de la gran

convulsión de 1648 debió de hacer que el sacrificio de los siervos pareciera un precio bajo que pagar a cambio de la estabilidad política, y más dado que el Zemski Sobor no mostró ningún interés en exigir más concesiones (en un momento en el que Alejo difícilmente habría podido negarse a concederlas[44]). El compromiso de 1649 reportó beneficios a ambas partes. Por un lado, a los terratenientes les supuso el control total sobre sus siervos durante los dos siglos siguientes; por el otro, el restablecimiento de la armonía doméstica permitió al zar rearmarse. A final de año, el embajador sueco informó de que los oficiales extranjeros habían empezado a entrenar a los soldados rusos en Moscú «casi diariamente, porque éstos a su vez deben ser capaces de entrenar a los que se va a reclutar». Esto permitiría a Alejo anexionar grandes áreas de la Mancomunidad Polaco-Lituana[45].

La revuelta ucraniana

La Paz Eterna de Polianovka ligaba sólo a los dos principales signatarios, de manera que, técnicamente, prescribió a la muerte de Miguel Romanov en 1645; pero Ladislao IV dejó claro su deseo de renovar la paz con Rusia, e inmediatamente envió una embajada a Moscú para negociar no sólo esto, sino también una estrategia común de cara a un ataque sobre los problemáticos vasallos del sultán otomano: los tártaros de Crimea. Anticipándose al acuerdo de Moscú, Ladislao se dispuso a persuadir a los cosacos que vivían en Ucrania, junto a las riberas del Don y del Dniéper, para que encabezaran la empresa.

Hasta 1569, Ucrania formó parte del Gran Ducado de Lituania, caracterizado por un débil control gubernamental y una fuerte Iglesia ortodoxa; pero aquel año Lituania estableció una unión más estrecha con Polonia y la región pasó a estar bajo control polaco. Esta transferencia produjo tres consecuencias desestabilizadoras. La primera, que la Corona luchó por imponer los funcionarios, leyes, tropas y la fe católica polacas a los territorios

recién incorporados. En segundo lugar, la infrapoblada Ucrania atrajo a muchos inmigrantes de diferentes áreas: Polonia, Lituania, Rusia, los Balcanes e incluso más allá. Algunos se asentaron en las granjas de la «tierra negra», tan fértiles como las de Rusia, en tanto que otros se fueron a las ciudades —tanto a los nuevos asentamientos fundados por los nobles como a ciudades ya establecidas como Kiev, la capital, que en la década de 1620 contaba ya entre 10 000 y 15 000 habitantes—, donde fue formándose una bolsa de población descontenta. La tercera consecuencia desestabilizadora se derivó de que la Corona concedió enormes fincas en Ucrania a unos pocos grandes nobles, basándose en que éstos necesitaban unos recursos extensos para coordinar la defensa de la frontera. Para 1640, en torno a una décima parte de los terratenientes controlaban a dos tercios de la población. El rápido aumento en el número de fincas de algunos nobles resulta casi increíble: por ejemplo, la familia Wiśniowiecki poseía 600 propiedades en Ucrania en 1630, más de 7000 en 1640 y no menos de 38 000 (con 230 000 «súbditos») en 1645. Para maximizar el rendimiento de sus inmensas propiedades, estos nobles nombraron a capataces agresivos, y les encargaron tanto cobrar cuotas, impuestos y rentas más eficazmente, como exportar la mayor parte de las cosechas cultivadas en terreno fértil. Muchos de los capataces procedían de la población cada vez más numerosa de Ucrania, que pasó de unos 3000 en 15 localidades en 1569 a como mínimo 45 000 en casi 100 comunidades para 1648[46].

La relativa facilidad de acceso a los ríos (tanto para los colonos como para los exportadores) implicó que todos estos avances se produjeran principalmente a lo largo del Dniéper y sus afluentes, desafiando la independencia de los cosacos que vivían allí de la pesca, la caza, la agricultura y los ataques a los tártaros para capturar su botín (tanto humano como material). No obstante, dado que la Corona seguía necesitando a los cosacos para defender su frontera sur, mantuvo un «registro» de veteranos que recibían un

estipendio anual. Los cosacos elegían a sus propios oficiales y a un comandante, el *hetman*, que en época de guerra los dirigía en campaña; pero la mayoría de los años, el «registro cosaco» incluía apenas una décima parte de los guerreros disponibles. Sólo ellos tenían derecho a un estipendio, quedando una población contrariada y profusamente armada a lo largo del Dniéper, «más allá de los rápidos» (en Zaporizhia), para quienes los saqueos representaban la única oportunidad de preservar el estilo de vida que habían adoptado.

En 1630, los cosacos se rebelaron, apelando «tanto al clero como a los seglares de la religión griega [ortodoxa]», porque su fe «les estaba siendo robada, y pedían que se rebelaran en defensa de su fe[47]». Alarmados por la unión entre los cosacos y el clero, el gobierno incrementó el número de cosacos registrados de 6000 a 8000. No obstante, el influjo de los colonos polacos sobre el valle del Dniéper continuó, como también lo hicieron las demandas de los nuevos terratenientes de la nobleza. En 1635, la Dieta federal redujo de forma provocadora el número de cosacos registrados a 7000, y exigió la construcción de un fuerte en Kodak, junto al Bajo Dniéper, guarnecido con unidades del ejército regular. Estas medidas dieron lugar a una nueva revuelta por parte de los cosacos, que saquearon Kodak y asesinaron a la guarnición acuartelada allí. Aunque el pago de los atrasos salariales a los registrados permitió la captura y ejecución de los líderes rebeldes, según Adam Kysil (un ucraniano nombrado por el rey Ladislao encargado de pacificar la revuelta), el problema cosaco continuó siendo «un polvorín permanentemente a punto de explotar»; y, de hecho, casi inmediatamente, estalló otra rebelión[48]. De nuevo, los cosacos afirmaron tratar de defender la fe ortodoxa así como a la comunidad ciudadana, y con ese fin (según un cronista), «trataban a los polacos con desprecio, mataban a los alemanes como moscas, quemaban ciudades y mataban a los judíos como a

pollos. Algunos quemaron monjes en iglesias católicas romanas[49]».

Tanta brutalidad desagradó a muchos partidarios, lo que permitió a las tropas polacas obligar a los rebeldes cosacos a rendirse. Éstos pronunciaron a regañadientes un juramento, redactado por el secretario de los guerreros zaporozhianos, Bogdan Jmelnytsky, de que a partir de entonces obedecerían a la Corona en todas las cuestiones. También acordaron una reducción del número de cosacos registrados de nuevo a 6000, y prometieron no atacar a los tártaros (o a los otomanos) sin permiso expreso de la Monarquía. Y, lo más importante, prometieron aceptar órdenes de un comisionado cosaco nombrado por la Corona (en lugar de su elegido *hetman*), y que el comisionado nombrara a los coroneles y capitanes, hasta entonces elegidos por sus hombres. Obviamente, Ladislao nombró a magnates polacos como comisionados; también obviamente, los comisionados nombraron a sus partidarios polacos para servir como coroneles y capitanes. Los recién llegados pronto comenzaron a cobrar los mismos impuestos y servicios a los cosacos que a sus campesinos, y a castigar el incumplimiento de estos pagos con confiscaciones e incluso bandolerismo.

Adam Kysil, que negoció el tratado que terminó en revuelta, instó a Ladislao a no abusar demasiado de su ventaja. Según él, aunque la guerra, las ejecuciones y las fugas habían reducido significativamente el número de cosacos sin registrar, el nuevo orden social apoyado por Varsovia descansaba sobre una base muy débil: unos cuantos soldados, unos cuantos capataces jefes (la mayoría judíos) y unos cuantos nobles. El gobierno central, advertía Kysil, debe darse cuenta de que «tan importante como hacerse con el control de las aldeas libres [a lo largo del Dniéper] y sus campesinos, para que no tengan tiempo de descontrolarse, es mantener en orden a los cosacos, para que los campesinos no puedan mantenerse firmes sin el apoyo y el consejo cosaco, ni los

cosacos puedan tampoco hacerlo sin la fuerza de los campesinos[50]». Ladislao no hizo caso. En lugar de ello, continuó concediendo extensas propiedades en Ucrania a los más destacados nobles polacos, que siguieron aumentando las cargas sobre el campesinado. También emplazaron tropas polacas en las principales ciudades, donde a falta de una paga puntual, obtenían comida, alojamiento y otros bienes a punta de pistola.

El rabino Nathan Hannover, residente en Ucrania, describió el impacto acumulativo de estos cambios en su *Yaven Metzulah [Abismo de desesperación],* un relato de la masacre de los judíos ucranianos de 1648-1649. Ladislao, comentaba,

> … [había] elevado el estatus de los duques y príncipes católicos sobre el de los [ucranianos], de modo que la mayoría de estos últimos abandonaron su fe ortodoxa griega y abrazaron el catolicismo [o se unieron a la Iglesia uniata]. Y las masas que seguían a la Iglesia ortodoxa griega fueron empobreciéndose poco a poco. Se los consideraba seres bajos e inferiores y se convirtieron en los esclavos y sirvientes de los ciudadanos polacos y judíos […]. Sus vidas fueron haciéndose cada vez más amargas por culpa del duro trabajo entre argamasa y ladrillos, y de todo tipo de gravosos impuestos, y algunos [señores] recurrieron incluso a la crueldad y la tortura con la intención de convencerlos para que aceptaran el catolicismo[51].

Aunque la exageración antisemita ha distorsionado la historia (por ejemplo, afirmando que los judíos habían adquirido el usufructo de las iglesias y sólo permitían que se celebraran servicios religiosos cristianos a cambio de pagos bastante sustanciosos), es cierto que los capataces a menudo consiguieron derechos muy amplios sobre la población rural. Por ejemplo, en muchas áreas, los empresarios judíos obtuvieron el derecho exclusivo para destilar y vender vodka: esto significaba que ellos poseían las únicas tabernas de la región, donde podían cobrar los precios que les parecía, aparte de recurrir al ejército para que destruyera las destilerías ilegales. Como no es de extrañar, estas medidas indignaban a la población local y la enemistaban con sus vecinos judíos[52].

El rabino Hannover no mencionaba otro factor más que contribuyó a precipitar la rebelión que costaría la vida y las propiedades a la mitad de los judíos de Ucrania: la meteorología adversa. El fracaso de la revuelta de 1637 desencadenó una emigración en masa de los cosacos hacia el Bajo Dniéper, donde incluso en sus mejores épocas, la humedad y el calor eran insoportables en verano y el frío intenso en invierno. Como en el resto del hemisferio norte, «aquéllos no eran precisamente buenos tiempos». El diario de Marcin Goliński, un ciudadano de Cracovia, registraba el deterioro de la situación, con la subida de los precios del pan en 1638, un verano excepcionalmente frío en 1641 (durante el cual la escasa cosecha de grano había madurado tarde y el vino se agrió), e intensas nevadas y heladas de los primeros meses de 1646, que dieron paso a unas precipitaciones diarias tan torrenciales que las carreteras se hicieron intransitables. Más hacia el sur, un residente francés se mostraba de acuerdo. Tras señalar que, incluso en años normales, el invierno ucraniano «tiene la misma capacidad y fuerza de destrucción que el fuego», dejó anotado que las plagas de langosta de 1645 y 1646, seguidas del crudo invierno de 1646, habían destruido las cosechas e impedido que las comunidades cosacas de la ribera del Bajo Dniéper pudieran alimentarse[53].

En medio de esta adversidad de origen climático, el plan de Ladislao de lanzar un ataque cosaco masivo contra los tártaros poseía un atractivo considerable: la guerra duplicaría el número de cosacos registrados (y, por tanto, remunerados) hasta 12 000, lo que representaba una providencial forma de escapar a la sobrepoblación y el hambre. Pero la Dieta federal rehusó aprobar los fondos necesarios para esta empresa, en tanto que el comisionado cosaco y sus subordinados se comportaban de forma escandalosa con los cosacos, incluido Bogdan Jmelnytsky. Mientras éste se encontraba en Varsovia en 1646 para recibir instrucciones del rey sobre la proyectada campaña otomana, un oficial polaco le

confiscó algunas de sus propiedades y azotó públicamente a uno de sus hijos, con tal brutalidad, que acabó muriendo por este motivo. Otro oficial supuestamente secuestró a la prometida de Bogdan y se casó con ella; al año siguiente, los soldados polacos arrasaron sus fincas. De modo que Jmelnytsky huyó para unirse a los cosacos no registrados del bajo Dniéper, pero allí no encontró mucho consuelo: en el otoño y el invierno de 1647 cayeron unas lluvias torrenciales que destruyeron las cosechas y causaron extensas inundaciones; la primavera de 1648 fue excepcionalmente cálida y seca, y las langostas destruyeron los cultivos. Una inscripción grabada en el muro de la catedral de la vieja Sambir, no lejos de Lviv, lo resumía muy bien: «Hubo una gran hambruna en todo el mundo cristiano[54]».

Jmelnytsky eligió este momento para declarar que contaba con la bendición personal de Ladislao para otra revuelta cosaca. Afirmó que el rey le había escuchado con comprensión cuando le había descrito el abusivo sistema bajo el cual vivían entonces los cosacos y había asegurado que, aunque él carecía de poder para frenar a sus nobles, «dado que no podéis proceder de otra manera, vengad vuestras ofensas con la espada». Jmelnytsky también dijo tener cartas firmadas por el rey en las que autorizaba a los cosacos a movilizarse contra sus opresores[55].

Aunque las cartas del monarca estaban casi con toda seguridad falsificadas (nadie pudo afirmar haber visto nunca los originales), muchos creyeron la afirmación de Jmelnytsky de haber sido de algún modo comisionado por el rey, gracias en parte a su personalidad carismática, que impresionaba prácticamente a todos los que lo conocían. Nacido en una familia de la pequeña nobleza de Ucrania en torno a 1595 y educado en un colegio universitario de jesuitas, adquirió una amplia experiencia militar y contaba con contactos personales no sólo en Estambul (donde había pasado dos años en cautiverio), sino también en Varsovia (donde como secretario de la hueste cosaca conocía no sólo al rey, sino

también a sus ministros). Aunque al principio Jmelnytsky apenas comandaba a 250 seguidores, a las pocas semanas varios miles de cosacos —incluidos hombres registrados cuya paga ya había sufrido atrasos— se unieron a su causa y lo eligieron su *hetman*. También solicitó y recibió ayuda del vasallo del sultán, el kan tártaro de Crimea, cuyos súbditos también estaban pasando hambre (según una crónica, «el año pasado [1647] no hubo cosecha, y ahora el ganado, las ovejas y las vacas se están muriendo»[56]).

En mayo de 1648, Jmelnytsky condujo a sus seguidores cosacos y a sus aliados tártaros hacia Kiev, donde tendieron una emboscada a un destacamento polaco: el odiado comisionado cosaco y casi todas las tropas regulares de la Mancomunidad murieron o se rindieron. Casi inmediatamente después, el rey Ladislao murió, produciéndose un interregno. Adam Kysil reconoció inmediatamente la gravedad de la situación. «Ya no estamos tratando —advirtió Kysil a sus colegas de Varsovia—, con los ucranianos de tiempos atrás que sólo montaban en sus caballos armados con arcos y lanzas para cazar jabalíes, sino con un ejército brutal y exaltado cuyas proporciones debemos estimar en que por cada uno de nosotros habrá un millar [de cosacos] provistos de armas de fuego[57]». Casi inmediatamente, por toda la región, los campesinos se sublevaron contra sus señores, mientras que el clero ortodoxo clamaba venganza contra los católicos; los nobles polacos, sobrepasados en número, se retiraron, seguidos rápidamente por sus criados y capataces. Según un noble refugiado, «cada campesino, o bien ha matado a su señor, o le ha echado a patadas sólo con lo puesto, su vida y sus hijos». La mayoría abandonaron sus armaduras y arsenales, que los cosacos no tardaron en apropiarse[58].

Aunque Kysil convenció a Jmelnytsky para detener a su ejército y hacer retornar a sus aliados tártaros, un líder cosaco llamado Nariz Torcida continuó la marcha hacia el norte, ani-

mando a la población nativa a volverse contra los opresores que aún quedaban. La «Marcha de la victoria», compuesta durante el levantamiento, describe lo que ocurrió a continuación:

> *Eh, Nariz Torcida lidera un pequeño ejército,*
> *de setecientos cosacos en total.*
> *Le corta la cabeza a los soldados*
> *y tira el resto al agua.*
> *Allá en el Vístula están colgados los polacos,*
> *cuelgan como una nube negra.*
> *Ahora la gloria polaca se arrastra y se lamenta,*
> *mientras el valiente cosaco se va a bailar*[59].

Pero los cosacos no sólo cortaban la cabeza de los soldados, «colgaban a los polacos» y luego se iban a bailar: también se volvieron contra los judíos. El rabí Hannover dejó una estremecedora descripción de las masacres que comenzaron en junio de 1648 en la ciudad de Nemyriv, donde la población local ayudó a los cosacos a entrar en la ciudadela en la que los judíos se había refugiado. Una vez los invasores mataron a los hombres, muchas mujeres se tiraron desde lo alto de las murallas y se ahogaron para evitar ser violadas y asesinadas. En total, Hannover estimaba que en Nemyriv murieron 6000 personas en dos días. Más hacia el norte, en julio, se produjeron hechos similares: 2000 polacos y 12 000 judíos fueron asesinados en Polonne cuando los ucranianos convencieron a los sirvientes de la ciudad para que abrieran las puertas —«¿por qué luchar contra nosotros para proteger a los nobles?»—, y aún más en Zasław (el pueblo natal del rabí) y Ostrog (donde los ucranianos también saquearon y destrozaron los monasterios católicos[60]).

Es difícil establecer las dimensiones exactas de la matanza. Las primeras estimaciones judías oscilan entre 80 000 y 670 000, pero cálculos más recientes sugieren que 10 000 murieron a consecuencia de la violencia, al menos 8000 fugitivos huyeron a otras comunidades judías (desde Ámsterdam a Egipto), y puede que otros 3000 fueran vendidos a los tártaros como esclavos. Un nú-

mero desconocido sobrevivió sólo porque se convirtieron a la ortodoxia. En total, parece probable que la población judía de Ucrania se redujera a la mitad durante el verano de 1648. Según un cronista judío de Cracovia dejó escrito más avanzado el siglo, «desde el momento de la destrucción del Templo no se ha producido una matanza tan cruel en la comunidad del Señor[61]».

Tres acontecimientos no relacionados entre sí afectaron entonces el resultado de la revuelta en Ucrania. En primer lugar, aunque Jmelnytsky había escrito una carta al zar solicitando que pusiera a toda la hueste cosaca bajo su protección, la carta llegó justo en el momento en que estalló la rebelión en Moscú: Alejo I no pudo hacer nada. Segundo, el asesinato del sultán otomano Ibrahim descartó la ayuda de los tártaros de Crimea, dado que el kan estaba a la espera de que lo llamaran para restaurar el orden en Estambul *(véase capítulo 7)*. Por último, mientras la nobleza polaca debatía sobre la elección de un nuevo rey, nombró a tres comandantes para que conjuntamente dirigieran el ejército regular, e incluso creó un comité de supervisión constituido por senadores para mantenerlos controlados. Esta división del mando hizo más fácil a Jmelnytsky volver a derrotar a los polacos en septiembre de 1648 y conducir a sus hombres hacia Varsovia (*véase figura 13*).

En Cracovia, Marcin Goliński vio claramente los peligros de la situación. Normalmente (escribió en su diario), cada vez que los cosacos se rebelaban, los polacos golpeaban primero; pero la derrota del ejército de la Mancomunidad dejó a Polonia sin más defensa que sus plegarias. El corresponsal en Dánzig de un periódico londinense estaba de acuerdo: «El Reino de Polonia se encuentra en un estado de perplejidad sumamente lamentable, con problemas tanto internos como procedentes del exterior. Los campesinos de este Reino masacran a sus señores por la gran esclavitud en que éstos los tienen, y de la cual llevan tanto tiempo quejándose. Y los cosacos cuentan con una fuerza de 200 000

hombres armados». El reportero culpaba a la Corona y su negativa a permitir a los cosacos ortodoxos «el ejercicio de su religión, una restricción que ha causado más derramamiento de sangre que ninguna otra[62]». Finalmente, el Sejm eligió al hermano de Ladislao, Juan Casimiro, como su rey, y autorizó también una tregua con los cosacos. Jmelnytsky estuvo de acuerdo (había apoyado la candidatura de Juan Casimiro), y condujo a sus hombres de vuelta a Kiev, la antigua capital, donde otro acontecimiento climático extremo cambió completamente la naturaleza de la revuelta.

Dado que todos los grandes nobles habían huido, y los pequeños nobles que quedaban carecían de una identidad corporativa, casi por defecto la hueste cosaca se convirtió en el centro y portavoz de toda la comunidad. Las políticas articuladas por este cuerpo reflejaban el hecho de que los católicos y la mayor parte de las demás minorías religiosas también habían escapado, dejando al militante clero ortodoxo de Kiev el control casi único de los púlpitos. Éste aclamó a Jmelnytsky (pese a su educación católica) como «Moisés, salvador, redentor y liberador de la nación rutena de la esclavitud de los [polacos], enviado por Dios, y en adelante llamado Bogdan» (cuyo significado literal es «enviado por Dios»). Cada vez que Jmelnytsky asistía a la iglesia, ocupaba el lugar de honor, y el metropolitano llegó a compararlo con Constantino el Grande, el fundador de la fe ortodoxa, y a aclamarlo como «príncipe de la Rus» (descendiente de los antiguos soberanos de Kiev[63]).

Esta campaña clerical conjunta para convertir al líder cosaco en un héroe nacional afectó al estilo de mando de Jmelnytsky. Así de claramente lo expresó él mismo en un discurso que pronunció en 1649 ante Adam Kysil y los demás negociadores enviados por Juan Casimiro: «Es cierto que no soy más que un pobre hombre, pero Dios me ha concedido ser el único soberano y autócrata de la Rus», empezó diciendo. «El momento de nego-

ciar conmigo fue cuando me perseguían y acechaban [...] en el Dniéper [...] [o] durante mi avance hacia Kiev [pero ahora] lucharé para liberar a toda la nación rutena de la esclavitud a la que la tienen sometida los polacos. Al principio yo luchaba por el daño y las injusticias cometidas contra mí, pero ahora lucharé por la fe ortodoxa[64]». Jmelnytsky y sus partidarios presentaron por tanto un ultimátum a la Corona en la que incluían varias demandas de carácter eclesiástico: aparte de una amnistía general y duplicar el número de cosacos registrados con derecho a salario del Estado hasta un número de 12 000, exigían la admisión de los prelados ortodoxos en la Dieta federal, la restitución de todas las iglesias anteriormente ortodoxas tomadas por los católicos y la expulsión de todos los jesuitas y los judíos[65].

Kysil y sus colegas se dieron cuenta de que los cosacos habían decidido reanudar la guerra. Mientras regresaban a casa con el ultimátum, se fijaron en que por una parte las cosechas no se habían recogido, y por otra, «las masas se estaban armando, saboreando la liberación de su trabajo y deberes, y no querían volver a tener señores nunca más». Temían que «incluso si el propio Jmelnytsky quería paz, las masas campesinas y los sacerdotes rutenos no estaban dispuestos a permitirlo, para que la fe rutena pudiera extenderse y no volver a tener señores por encima de ellos». Las dos décadas siguientes serían testigo (según una temprana crónica), de «una guerra sin precedentes, la mayor y más sangrienta desde los albores de la nación polaca[66]».

La declaración de guerra de los cosacos se explica fácilmente. Por un lado, debido al histórico invierno de 1648-1649, y la probabilidad de otra plaga de langostas, se preveía otra mala cosecha y, por tanto, sin cosechas y sin los salarios concedidos por el gobierno central, la guerra constituía el único modo de sustento para el año siguiente. Por otro, si los nobles y el clero católicos que habían huido regresaban alguna vez, emprenderían sin duda una terrible venganza contra los rebeldes, con amnistía o

sin ella. De modo que Jmelnytsky redactó una serie de cartas suplicando la ayuda del zar Alejo, de los cosacos del Don y de los tártaros. Aunque el zar, todavía enfrentado a las rebeliones urbanas, volvió a negar abiertamente su ayuda a los cosacos, les permitió importar pan y otros alimentos sin cobrarles impuestos, lo que salvó a muchos de morir de hambre; también invitó a destacados clérigos de la Iglesia de Kiev a que fueran a Moscú para trabajar en pro de una unión de todas las Iglesias ortodoxas (naturalmente bajo la tutela moscovita). En cambio, la propuesta Jmelnytsky obtuvo más éxito con el kan tártaro, que en agosto de 1649 se presentó en persona acompañado de un enorme número de seguidores. Juntos, tendieron una emboscada a otro ejército polaco, esta vez comandado por el rey Juan Casimiro en persona, cerca de Zboriv, junto al río Strypa. El resultante Acuerdo de Zboriv concedía casi todo lo que Jmelnytsky había exigido en su ultimátum: una amnistía general, la expulsión de todos los jesuitas y judíos, y una absoluta tolerancia. Además, el nuevo rey prometía que ningún cosaco sería juzgado por no cosacos, no se establecerían tropas en Ucrania, algunos obispos ortodoxos podían entrar a formar parte de la Dieta, no se permitiría ningún asentamiento judío en la región y el número de cosacos registrados con derecho a una paga del gobierno se elevaría a 40 000, un aumento sustancial que de hecho convertía a Jmelnytsky (ahora confirmado como *hetman*) en jefe de una nueva unidad autónoma dentro del Estado compuesto de la Mancomunidad Polaco-Lituana[67].

El Acuerdo de Zboriv no solucionó nada. Los tártaros forzaron a Jmelnytsky a permitirles esclavizar a numerosas familias cristianas como precio por su retirada a Crimea, lo que fue motivo de indignación general, mientras que la Dieta se negó a ratificar la concesión del rey de que los obispos ortodoxos pudieran unirse a sus deliberaciones, votando en lugar de ello una dotación de dinero para reclutar un nuevo ejército que en 1651 de-

rrotó a los cosacos y a sus aliados tártaros y que ocupó Kiev. Jmelnytsky firmó a su pesar un tratado por el que cedía parte del territorio a la Mancomunidad y se reducía el número de cosacos «registrados». No obstante, al mismo tiempo, el *hetman* renovó su petición al zar Alejo para que le enviara ayuda militar.

El punto de inflexión: el desmembramiento de la Mancomunidad

Esta vez el zar se mostró más comprensivo. Según Peter Loofeldt, un diplomático sueco destinado en Rusia, nada más volver a ponerse Morozov del lado de Alejo, éste acogió con agrado la oportunidad de «buscar la guerra con Polonia sobre las fronteras en disputa» como medio para tratar de desviar el «cada vez mayor odio y resistencia» hacia él. Pero, continuaba Loofeldt, cuando Alejo pidió al Zemski Sobor debatir sobre la ayuda a los cosacos, «los señores seglares se manifestaron firmemente contrarios a la guerra, diciendo que "desenvainar la espada sin duda es fácil, pero volver a enfundarla cuando uno lo desea no lo es tanto, y el resultado de la guerra es incierto"[68]». Fueron otros acontecimientos ajenos a lo religioso los que socavaron este consenso y permitieron a Morozov salirse con la suya.

En 1652 Alejo nombró al devoto monje Nikon patriarca de Moscú, animándolo a acometer una exhaustiva campaña en favor de una reforma de la Iglesia. Por una parte, Nikon se propuso mejorar el comportamiento de los laicos: no se podía fumar ni jurar, trabajar los domingos, participar en prácticas «paganas» (como celebrar el solsticio de invierno o los carnavales durante la Cuaresma) y limitó la venta de bebidas alcohólicas (a una tienda en cada municipio y una botella por cliente cada vez, prohibiendo la venta en domingos, vacaciones y Cuaresma). Por otra, Nikon también trató de elevar los niveles de exigencia al clero (censurando a los sacerdotes borrachos, exigiendo que los oficios sagrados fueran cantados a un volumen audible) y de demostrar

que la Iglesia rusa era la verdadera heredera de la Iglesia de los Apóstoles. Con este fin introdujo prácticas litúrgicas de las comunidades ortodoxas griegas, recogió y desfiguró todos los iconos pintados al estilo occidental, y patrocinó una imaginería del Viejo Testamento mediante la que se sugería que Moscú se había convertido en la Nueva Jerusalén, una arrogante aspiración que quedó claramente plasmada en el vasto complejo monástico que hizo construir al oeste mismo de Moscú, en el que incluyó secciones dedicadas al río Jordán, al Gólgota, a Nazaret y, en el centro, una catedral construida a imagen y semejanza del Santo Sepulcro. En su primera visita, el zar Alejo bautizó el complejo como «Nueva Jerusalén» (nombre por el que todavía se conoce).

Morozov no tardó en convencer a Nikon para que considerara la guerra para salvar a los cosacos ortodoxos como parte de su programa de reformas. El patriarca, diligentemente, «declaró esta iniciativa una empresa sagrada y al zar protector y salvador de todos los hermanos de la antigua religión griega que querían defender su fe, comparándolo con el rey David, Josué y Constantino el Grande». «Esto causó una profunda impresión en la gente —escribió Peter Loofeldt—, y los predispuso mucho más a favor de un nuevo ataque a Polonia. De modo que los preparativos para la guerra empezaron a acometerse con gran entusiasmo[69]».

Los hechos acaecidos en la Mancomunidad alentaron la beligerancia rusa. El uso por primera vez en la historia de un *liberum veto* en el Sejm de 1652, que provocó la disolución de la Dieta antes de que ésta hubiera votado los impuestos necesarios para una nueva campaña, animó a varias ciudades de Lituania a desafiar al gobierno central y aliarse con Jmelnytsky; pero, al año siguiente, aunque la resistencia continuaba en Lituania, el Sejm votó a favor de destinar fondos a la invasión de Ucrania. Estos acontecimientos condujeron al zar a enviar dos delegaciones diplomáticas al oeste: una se dirigió a Varsovia para exigir la devolución de Smolensk y otros territorios cedidos por la Paz de Po-

lianovka que, como Alejo ya suponía, el Sejm rechazó; la otra fue a Ucrania para presentar una oferta de protección rusa, siempre que Jmelnytsky rompiera su alianza con los tártaros. De nuevo, como Alejo había imaginado, el *hetman* aceptó. El zar solicitó entonces el consejo del Zemski Sobor, y en octubre de 1653 la Asamblea votó unánimemente a favor de declarar la guerra a la Mancomunidad y poner a Ucrania bajo la protección rusa.

Debido a la larga distancia y a las peligrosas condiciones, los enviados del zar no llegaron a encontrarse con Jmelnytsky en su campamento de Pereiaslav hasta enero de 1654; dadas las circunstancias, el momento difícilmente podría haber sido más oportuno. El éxito militar de las fuerzas de la Mancomunidad el año anterior había convencido a Jmelnytsky de que él solo no podía triunfar, y nada más llegar los rusos, convocó a todos sus lugartenientes y declaró: «Nos hemos dado cuenta de que no podemos vivir más tiempo sin soberano». Por tanto, pidió a sus seguidores que eligieran entre cuatro candidatos: el sultán, el kan de Crimea, el rey polaco y el zar. Unánimemente, eligieron a su correligionario Alejo, y los funcionarios del zar pasaron los días siguientes administrando juramentos de lealtad. También invistieron a Jmelnytsky como *hetman* en el nombre del zar; prometieron la llegada de tropas rusas para reforzar las defensas contra los polacos y acordaron que el número de cosacos registrados fuera de 60.000. Además, confirmaron todas las concesiones realizadas por Juan Casimiro en Zboriv. Los funcionarios del zar fueron acompañados por enviados cosacos en su regreso a Moscú, donde en marzo aceptaron formalmente las condiciones de lo que dio en llamarse la Unión de Pereiaslav[70].

Los continuos disturbios en Lituania habían convencido a Morozov y Alejo de que debían lanzar una invasión preventiva del Gran Ducado, y en mayo de 1654 el zar encabezó un enorme ejército de unos 100 000 soldados, incluyendo todos los regimientos de nueva formación equipados con las más modernas ar-

mas occidentales, en dirección a Smolensk. Mientras Jmelnytsky mantenía a raya al principal ejército polaco, los súbditos ortodoxos de Juan Casimiro dieron la bienvenida a sus correligionarios: varias ciudades de Lituania cambiaron de manos sin apenas lucha. En julio los rusos llegaron a Smolensk y retomaron los trabajos de asedio abandonados veinte años atrás. Después de tres meses, la ciudad se rindió al zar.

Según Peter Loofeldt, «los rusos apenas dieron ningún paso» tras la reconquista de Smolensk «y podrían haber sido persuadidos para firmar la paz». Pero otro ejercicio de *liberum veto* disolvió el Sejm antes de que hubiera votado cualquier impuesto y, dado que «los polacos podían ofrecer muy poca oposición», Alejo decidió «continuar la guerra con gran determinación». Una vez más, el zar se puso a la cabeza de sus tropas y, según Loofeldt:

> Tomó una plaza fortificada tras otra y no quiso volver a renunciar a ellas, especialmente porque la mayoría de la población de aquellas plazas pertenecía a la religión ortodoxa y consideraba firmemente al zar como su protector. Además, dado que los rusos habían entrado con tanta determinación en el país, no podían abandonarlo fácilmente o sin honor. Por estas razones, el zar permitió que la guerra siguiera adelante, enviando más refuerzos[71].

En julio de 1655, Alejo conquistó Vilna, la capital de Lituania, y se autoproclamó su gran duque.

El rápido y completo éxito del zar alarmó a Suecia. Dándose cuenta de que si permanecía neutral, Rusia ocuparía toda la Mancomunidad, el rey Carlos Gustavo X (1654-1660) y su consejo debatieron sobre si debían ayudar a los polacos a resistir otro ataque ruso, o atacar ellos y asegurarse algunos territorios antes de que la Mancomunidad se viniera abajo[72]. Se decidieron por esto último y, en julio de 1655, justo cuando Alejo entró en Vilna, Carlos Gustavo invadió Polonia. Entró en Varsovia en septiembre y en Cracovia en octubre. Juan Casimiro huyó del país, mientras que la mayoría de sus magnates aceptaron la autoridad

sueca. Fue el colapso más completo y rápido visto en Europa en toda la Alta Edad Moderna.

Potop y Ruina

El espectacular éxito militar de Suecia se fundamentó sobre una base pequeña. Carlos X comandaba sólo 36 000 soldados, un número demasiado bajo para mantener las grandes zonas de la Mancomunidad que ahora tenía a sus pies. Además, el rey carecía de un plan claro para explotar su repentino triunfo. No convocó al Sejm, como había prometido; no impidió que sus tropas luteranas asaltaran e incluso asesinaran a clérigos católicos, o saquearan las propiedades de la Iglesia católica; no mantuvo los privilegios de los nobles polacos (por ejemplo, su exención de alojar tropas); y no dotó de suministros adecuados a sus soldados, de manera que éstos exigían aportaciones a las ciudades y los pueblos que ocupaban. En poco tiempo, esta ineptitud y brutalidad se granjeó la antipatía de grandes sectores de la población polaca y comenzó la resistencia local.

El zar Alejo no tenía intención de compartir ninguna de sus ganancias con Suecia, y en mayo de 1656 declaró la guerra al rey Carlos Gustavo y sitió la sólidamente fortificada ciudad fronteriza de Riga; pero pese a gobernar el Estado más grande del mundo, Alejo no pudo movilizar suficientes recursos para imponerse en dos guerras al mismo tiempo. A fin de concentrarse en su nueva guerra con Suecia, el zar firmó un armisticio con el exiliado Juan Casimiro, que de este modo recuperó rápidamente Varsovia.

Este giro radical enfureció a Jmelnytsky, que seguía considerando la Mancomunidad como el mayor enemigo de los cosacos. De modo que se negó a seguir las órdenes recibidas de Moscú y romper con Suecia: en lugar de ello, trató de formar una coalición antipolaca (llegando incluso a proponerle una alianza a Oliver Cromwell), pero muchos cosacos desafiaron a Jmelnytsky y

continuaron obedeciendo al zar. La muerte del *hetman* en 1657 no terminó con esta división: la mayoría de los cosacos de la orilla oeste del Dniéper siguieron estando al lado de Polonia, mientras que los de la orilla este estaban en su mayoría a favor de Rusia. Estos hechos sumieron toda la región en un período de anarquía sangrienta que los historiadores ucranianos denominaron elocuentemente Ruina, y los escritores polacos, con igual elocuencia, *Potop*, «Diluvio[73]».

Tres factores prolongaron el conflicto. El primero, la geografía, que limitaba las hostilidades a lugares en gran medida predecibles. En concreto, los impenetrables bosques obligaban tanto a soldados como a suministros a utilizar los ríos, donde podían ser más fácilmente interceptados, mientras que los inmensos pantanales proporcionaban refugio a las unidades derrotadas y les permitían reagruparse para atacar líneas enemigas de comunicación, reduciendo las posibilidades de un golpe definitivo. El segundo, el ejército ruso perseguía una política de deliberada brutalidad que finalmente demostró ser contraproducente. En 1654, Alejo ordenó a sus generales «ofrecer a los habitantes de los municipios bielorrusos actas escritas de rendición y, en caso de que las desdeñaran, quemar vivos a los polacos o bielorrusos capturados en adelante que no se convirtieran a la ortodoxia[74]». Al año siguiente, cuando las tropas bajo el mando personal del zar tomaron Vilna, la capital de Lituania, provocaron incendios que duraron diecisiete días y mataron a unas 8000 personas. En las zonas anexionadas, los soldados rusos persiguieron a católicos, judíos, y especialmente a los miembros de la Iglesia uniata. El tercer factor fue que los desastres naturales intensificaron la devastación causada por la guerra. Las epidemias de peste asolaron por dos veces Polonia en la década de 1650 y la Pequeña Edad de Hielo produjo inviernos más largos y fríos, y cosechas desastrosas, incluido el histórico invierno de 1657-1658 cuando el Báltico se congeló hasta el punto de permitir al ejército sueco marchar des-

de Jutlandia hasta Copenhague *(véase capítulo 8)*. En la Polonia central, el deshielo no comenzó hasta principios de abril y, según un cortesano, «nadie recuerda un invierno tan largo[75]».

Finalmente, los protagonistas quedaron demasiado exhaustos para continuar luchando: Alejo alcanzó un armisticio con Suecia a finales de 1658, y tres años después una paz que sacrificó todas sus ganancias. Es difícil discrepar del veredicto lapidario de Brian Davies: «Nada se había ganado de la guerra con Suecia[76]». También la Mancomunidad acordó una paz con Suecia en 1660, pero sus campañas contra el zar y sus aliados ucranianos continuaron durante seis años más.

Durante el Diluvio, la Mancomunidad Polaco-Lituana se topó con los «cuatro jinetes del Apocalipsis» al completo —la peste, la guerra, el hambre y la muerte—, con catastróficas consecuencias. En la Gran Polonia, el flanco occidental de la Mancomunidad, por la que los suecos habían peleado y que finalmente habían ocupado, el número de rentas familiares gravables descendió de 612 554 en el censo de 1629, a 305 585 en el censo de 1661. Varsovia, ocupada por tropas hostiles entre 1655 y 1657, vio reducirse su población de unos 30 000 a apenas 6000 habitantes. Casi dos terceras partes de sus edificios estaban en ruinas. Más hacia el este, los registros fiscales urbanos de la actual Bielorrusia (el área invadida por el ejército ruso), revelan catastróficas caídas entre 1648 y 1667: Pinsk pasó de casi 1000 familias a menos de 300; Mogilev, de 2300 a menos de 600; Vitebsk, de casi 1000 a sólo 56. Fueron miles los que perecieron durante los asedios; decenas de miles se convirtieron en víctimas de la persecución, como los judíos de Ucrania, masacrados por las tropas rusas que temían que pudieran unirse a un potencial avance del ejército polaco. En total, la población de la Mancomunidad se redujo al menos en un tercio[77].

La población de Rusia también descendió en picado durante las décadas de 1650 y 1660, debido a una letal combinación de

cambio climático, guerra y peste. Los datos procedentes de los anillos arbóreos, el polen y los depósitos de turba muestran que las primaveras, otoños e inviernos entre 1650 y 1680 fueron los más fríos registrados en Rusia durante los pasados quinientos años. Repetidamente, las cosechas fueron malas o produjeron escasa comida[78]. Probablemente, como en otras partes de Europa, muchos hombres que no podían encontrar comida para llevar a sus casas se unieron al ejército, donde la mayoría de ellos pereció. En 1678, una década después de que la paz volviera a Rusia, un detallado censo de una pequeña comunidad de Karelia, en el extremo norte, revelaba que mil de sus varones jóvenes perecieron en la guerra —casi cuatrocientos de ellos murieron en acción —, lo que dejó a la mitad de los hogares sólo con los hijos pequeños[79]. Dado que en las campañas de Alejo participaron hasta 100 000 soldados, las comunidades de otros lugares sufrieron presumiblemente un número igualmente alto de defunciones.

Una epidemia de peste bubónica en 1654-1657 causó también una extendida despoblación. Según un informe oficial, la epidemia mató a cuatro quintas partes de los monjes y tres cuartas partes de las monjas que vivían en conventos dentro del Kremlin, así como a la mitad de los funcionarios del Ministerio de Asuntos Exteriores y nueve décimas partes de los del Ministerio de Hacienda. Un visitante polaco que estuvo en Rusia en 1656 describió esta «terrible y considerable devastación» de forma muy gráfica.

> Las ciudades y pueblos, y especialmente la capital, son un desierto sin ley. Los moscovitas luchan en la guerra con la Mancomunidad, y el Señor lucha a su vez contra ellos enviándoles una terrible peste. La comida es cara, especialmente el pan; con los hombres en la guerra, los campos no se siembran y se espera una gran hambruna en Moscú. La gente se opone firmemente a ir a la guerra; los han llevado por la fuerza, y quedan muy pocas personas en Moscú[80].

Las guerras de Alejo también generaron un desastre fiscal. Un reciente estudio de Richard Hellie, un eminente historiador de

la Rusia imperial, concluía que «el coste real del sistema militar moscovita a mediados de la década de 1650 debió de situarse en torno a tres millones de rublos al año, como mínimo», más de un millón de los cuales fueron a parar a los regimientos de nueva formación. En total, sugería Hellie, «más de una octava parte de los recursos productivos de Moscovia iban destinados sólo a pagar al ejército[81]». Probablemente, la construcción de las líneas Belgorod y Simbirsk consumió una cantidad similar de recursos.

De modo que el zar introdujo unas medidas desesperadas para equilibrar su presupuesto, incluyendo la devaluación de la moneda. La Casa Imperial de la Moneda empezó a emitir piezas de cobre, así como de plata, pero en 1662, desesperados por encontrar fondos para derrotar a Polonia, el zar decretó que los impuestos sólo pudieran pagarse en plata. La tasa de cambio entre las dos monedas pasó pues de la paridad a 1:15, y los productores se negaron a aceptar monedas de cobre por sus productos, incluido el grano, desencadenándose una hambruna en Moscú. Al igual que en 1648, miles de ciudadanos y soldados de la ciudad se reunieron entonces para pedir al zar que les entregara a los ministros a los que culpaban de su desgraciada situación, mientras los alborotadores saqueaban y quemaban algunas de las casas de los considerados culpables. Esta vez, sin embargo, el zar utilizó a sus tropas extranjeras para restaurar el orden, y mandó ejecutar a unos cuatrocientos manifestantes sin pensárselo dos veces, así como encarcelar a varios centenares más (algunos de ellos muchachos de sólo doce años). Tras hacerles una marca en la mejilla para su futura identificación, el zar envió a unos 2000 manifestantes y a sus familias a un exilio permanente en Siberia. No obstante, su sufrimiento no fue en vano: al año siguiente, el zar mandó retirar todas las monedas de cobre y los precios descendieron rápidamente a sus niveles anteriores[82].

Juan Casimiro desperdició la oportunidad de oro que estos desórdenes le ofrecían, tratando de abarcar demasiado (exacta-

mente lo mismo que Alejo había hecho atacando Suecia). Exigió que el Sejm eligiera a su sucesor mientras él viviera, pero los partidarios del principio electoral utilizaron repetidamente el *liberum veto*, obligando al rey a disolver las Dietas en cuatro ocasiones entre 1665 y 1666. Esto dejó al gobierno sin recursos para la guerra contra Rusia, provocó una rebelión de los aristócratas que generó una nueva devastación, y animó a los líderes cosacos a buscar una vez más el apoyo otomano. Con Rusia y la Mancomunidad paralizadas, los representantes de Juan Casimiro firmaron una tregua en Andrusovo (un pueblo cercano a Smolensk) en febrero de 1667, en virtud de la cual no sólo renunciaban a las conquistas de Alejo (Smolensk y las tierras del Alto Dniéper), sino que se acordaba la partición de Ucrania, transfiriendo Kiev y todas las tierras al este del Dniéper al zar.

Los diplomáticos extranjeros se percataron en seguida de la importancia de estas concesiones. «Vea en qué estado se encuentra Polonia —escribió el embajador francés—, sin ayuda, sin la compasión de sus amigos debido a su mala conducta, y sin otra opción por tanto que lanzarse en brazos de los moscovitas o perecer». Su colega inglés se mostraba de acuerdo: «Para Polonia, Ucrania estaba en cierta manera perdida, y con ella, su seguridad[83]». En 1672, una invasión otomana así lo demostró: incapaz de resistir, la Mancomunidad tuvo que apresurarse a hacer humillantes concesiones *(véase capítulo 7)*. Pero los «moscovitas» también se enfrentaban a muchos problemas.

El cisma religioso de Rusia

Antes de que el zar Alejo partiera en campaña desde Moscú en 1654, confirió el título de «gran soberano» a Nikon, lo que permitía al patriarca firmar decretos en nombre del zar durante su ausencia. Nikon se dispuso entonces a supervisar la publicación de tres ediciones distintas de una nueva liturgia que incorporaba numerosas innovaciones, y en un consejo eclesiástico celebrado

en 1656 impuso el uso exclusivo del nuevo ritual y declaró herejes a todos los que rechazaran cumplirlo. Aunque los cambios eran pequeños, no podían ignorarse. Sobre todo, la exigencia de que todos los sacerdotes y congregaciones hicieran a partir de entonces la señal de la cruz con tres dedos en lugar de dos, conforme al requerimiento de Nikon, afectaba al símbolo visible más común del culto ortodoxo.

Los viejos creyentes (como se dio en llamar a los críticos de Nikon) defendían que la verdadera fe cristiana era intemporal y no estaba sujeta a cambios: añadir o restar algo de ella era destruir la verdad. También sostenían que sólo la Iglesia rusa había preservado (en palabras de Avraami, un «santo loco»: uno de los primeros y más elocuentes de los viejos creyentes) la «verdadera fe ortodoxa, transmitida por los santos apóstoles, confirmada en siete consejos ecuménicos y sellada con la sangre de los santos mártires». La herejía, añadía, «llega a través de una sola letra del alfabeto[84]». De lo que se deducía que, si sólo Rusia había preservado la fe verdadera, cualquier creencia o práctica divergente era necesariamente herética. A diferencia de Nikon, los viejos creyentes despreciaban a los numerosos prelados ortodoxos griegos que visitaban Moscú para recaudar dinero para sus iglesias perseguidas (y creían que una declaración a favor de la liturgia de Nikon contribuía a esta causa), porque todos vivían bajo el poder otomano —una señal clara de la desaprobación divina—. También desechaban las nuevas liturgias publicadas por las imprentas de Moscú porque estaban basadas en textos que habían sido impresos en Venecia, en pleno corazón de la cristiandad latina.

En Rusia, como en el resto de Europa, los seglares tendían a guardar una estricta observancia de las prácticas de la Iglesia como su camino a la salvación, especialmente tras la gran peste de 1654-1657, que intensificó la devoción hacia los iconos locales y prácticas litúrgicas que habían «salvado» a una familia o comuni-

dad. Mucha gente recordaría más tarde que «la plaga los había llevado a cambiar su estilo de vida»: en toda Rusia, la gente normal empezó a participar en procesiones religiosas conmemorativas para rendir culto en las capillas votivas dedicadas a las víctimas de la peste, construir iglesias especiales en un solo día y descubrir nuevas reliquias —todo ello para exaltar su devoción a la «Madre Rusia»—. También empezaron a practicar el ayuno, a flagelarse y rezar más que nunca hasta entonces[85].

La imposición de la uniformidad religiosa en la totalidad del Estado más grande del mundo presentaba unos desafíos únicos. Era fácil para el clero descontento, fueran viejos creyentes o no, transformar las inseguridades populares en intransigencia, y la Rusia imperial no andaba escasa de clérigos descontentos. Muchos vivían en pequeñas comunidades religiosas y en ermitas que abundaban en las áreas remotas; otros eran sacerdotes itinerantes, monjes y monjas que vagaban por el país, muchos de ellos apartados del sacerdocio por resistirse a la autoridad. Además, cada parroquia tenía su propio manual de liturgia (generalmente manuscrito) y llevaba su tiempo que los nuevos textos impresos llegaran a las áreas periféricas; por otra parte, dado que cada copia era muy cara, muchas parroquias no llegaron a hacerse con ninguna. No obstante, otros dos consejos eclesiásticos más, celebrados en 1666-1667 y presididos por el propio Alejo, a los que asistieron todos los obispos rusos y muchos otros extranjeros, reiteraron el mandato de utilizar sólo la nueva liturgia y anatematizaron como «herejes y recalcitrantes» a todos los que se negaron a aceptarla (los anatemas permanecieron en vigor hasta la década de 1970). La mayoría de los críticos con la reforma se retractaron entonces, pero unos pocos se mantuvieron irreductibles. Algunos, como el «santo loco» Avraami, fueron quemados en la hoguera en Moscú por herejes; otros se exiliaron en el lejano norte (donde los sirvientes del zar ejecutaron también a muchos); pero, mientras vivieron, estos y otros viejos creyentes

no dejaron de reunirse y copiar textos eclesiásticos antiguos y escribir martirologios de los caídos.

Stenka Razin

La intransigencia religiosa de Moscú también contribuyó a un importante levantamiento llevado a cabo en 1670 por los cosacos de los valles del Don y del Volga, que vivían de la caza, la pesca y el asalto. Durante el cuarto de siglo anterior, gracias a la emigración campesina procedente del norte, el número de cosacos del Don se había triplicado hasta alcanzar una cifra aproximada de 25 000, lo que aumentó notablemente la presión sobre los escasos recursos de la región. La situación continuó siendo intolerable en los asentamientos cosacos del Bajo Don y sus afluentes, donde una élite de familias de larga tradición, conocidas como «los amos», monopolizaban la mejor caza, pesca y pastoreo, se embolsaban los subsidios de Moscú y acaparaban el poder político; pero las condiciones fueron deteriorándose para los emigrantes, elocuentemente llamados «los desnudos» (*golytba* o *golutvennye*). Carecían de tierras, propiedades y subsidios, y sólo sobrevivían si los amos les daban trabajo. Según un informe gubernamental, «campesinos huidos procedentes de comarcas vecinas han llegado aquí con sus mujeres e hijos, y por consiguiente ahora hay más hambre en el Don[86]».

La Tregua de Andrusovo entre Rusia y Polonia en 1667 hizo mucho daño a los cosacos. No sólo los privó de una fructífera fuente de obtención de botines, sino que además redujo la presión sobre el zar, que ya no dependía de sus servicios, para enviar grano y municiones puntualmente. Más avanzado aquel año, uno de los contrariados amos, Stepan (Stenka) Razin, decidió ponerse al frente de una fuerza expedicionaria de «desnudos» para llevar a cabo un asalto en torno al mar Caspio. Al igual que Bogdan Jmelnytsky con la Mancomunidad Polaco-Lituana, Razin mantuvo contactos con las instancias del poder mucho antes

de convertirse en rebelde: había visitado Moscú y también había encabezado una embajada del zar ante los gobernantes vecinos de la estepa. Ahora, pese a la prohibición expresa del zar, Razin y sus hombres descendieron sin peligro por el Volga hasta el Caspio, donde se aprovecharon de una serie de desastres naturales que debilitaron Irán (*véase capítulo 13*) para instaurar un imperio del terror en 1668 y 1669.

El sorprendente éxito de Razin a la hora de conseguir riqueza durante un año de hambruna se ganó a muchos más «desnudos», y en la primavera de 1670, Stenka decidió conducir a sus propias fuerzas de nuevo hacia el Volga y avanzar en dirección a Moscú. Su objetivo explícito era levantarse «contra los enemigos y traidores al soberano, y eliminar del Estado moscovita a los boyardos traidores» así como a los consejeros del zar, gobernadores de provincias y magistrados de las ciudades, «y dar libertad a la gente común[87]». Al final, los seguidores de Razin, que en aquel momento sumaban 7000, decidieron otra cosa: tras haber avanzado por el Volga hasta Tsaritsyn [la actual Volgogrado] y haberla conquistado, votaron a favor de dirigirse hacia el sur y hacerse con el control de todos los asentamientos rusos hasta el Caspio. Su objetivo fue conseguido gracias a dos golpes de suerte. El primero, que los tártaros de Crimea, que cada verano solían atacar los puestos de avanzada rusos del Bajo Volga, dirigieron su campaña hacia otros lugares, librando a Razin de un potencial enemigo. El segundo, que el zar Alejo había deportado a muchos de los implicados en la revuelta de Moscú de 1662 al Bajo Volga y estos exiliados, deseosos de vengarse, traicionaron a sus pueblos y se unieron a los rebeldes.

No obstante, la posición de Razin siguió siendo vulnerable dado que la economía de todo el Bajo Volga dependía de los productos, en concreto del grano, enviado por el zar. Razin convenció por tanto a sus seguidores de que debían dirigir la campaña contra Moscú a fin de garantizarse unos suministros sin los

cuales morirían de hambre. Mientras avanzaba hacia el norte, en el verano de 1670, Razin se ganó el apoyo de otros descontentos con las políticas opresoras de Moscú —siervos fugitivos, exiliados políticos, soldados sin paga, musulmanes desposeídos por los cristianos— así como de campesinos oprimidos ansiosos de vengarse de sus despiadados señores y de gente del pueblo empobrecida debido al embargo comercial impuesto por el zar en todas las áreas donde había tenido lugar la revuelta. Muchas mujeres se sumaron al movimiento y distribuían propaganda; unas pocas, entre ellas la madre de Razin, comandaban destacamentos rebeldes. Numerosos clérigos contrariados por las reformas de Nikon ofrecían apoyo espiritual y redactaban «cartas sediciosas» (como el gobierno las denominaba) invitando a aquellos que iban encontrando en su ruta a ayudarlo a «eliminar a los traidores y los chupasangres de las comunas campesinas», y proclamando que iba de camino hacia Moscú «para establecer allí el estilo cosaco, a fin de que todos los hombres fueran iguales». Los clérigos adecuaban astutamente su mensaje a su audiencia —por ejemplo, escribiendo a las comunidades musulmanas en la lengua de éstas y declarando: «Éste es nuestro santo y seña: "Por Dios y por el Profeta"». Razin afirmaba incluso haber recibido cartas de apoyo de Nikon y representar al príncipe heredero. Llegado septiembre de 1670, la revuelta, originada por una crisis de subsistencia en el Bajo Don, afectaba ya a una franja de territorio que se extendía unos 1300 kilómetros a lo largo del Volga. Incluso los súbditos del zar en Siberia y Karelia recibieron copias de las «cartas sediciosas» de Razin[88].

La revuelta fracasó debido a la «Gran Muralla» creada expresamente para proteger la capital contra ataques procedentes del sur. El zar envió refuerzos, pagas y munición extra a las guarniciones de las líneas fortificadas, que frustraron los intentos de Razin, además de unos 20 000 hombres para defender Simbirsk, en el extremo oriental de la línea fortificada. Después de un mes,

un contraataque lo obligó a retroceder, acusando graves pérdidas. Él mismo sufrió heridas importantes en la cabeza y en una pierna, lo que quebró su aura de invencibilidad, y se retiró a la base fortificada del Don, de la que había partido. Entretanto, su hermano, a la cabeza de otro ejército, fracasó en la conquista de Voronezh, una fortaleza clave de la Línea Belgorod, y también tuvo que replegarse. Cuando el zar envió a sus regimientos de nueva formación hacia el sur, la élite cosaca de «los amos» decidió que sería prudente arrestar a Razin, lo que hicieron en abril de 1671, y enviarle a Moscú, donde el zar mando torturarlo y ejecutarlo[89].

En enero de 1672, las celebraciones por la victoria llevadas a cabo en Moscú demostraron el poder de Alejo. El sah de Persia, cuyos súbditos habían sido víctimas de los ataques de Alejo, enviaron sus felicitaciones, como también hizo Carlos II de Gran Bretaña, que recordó con gratitud la negativa del zar a reconocer al régimen republicano que había ejecutado a su padre. Durante un tiempo, algunos de los seguidores de Razin encontraron refugio en el monasterio de viejos creyentes de Solovetsky, un enclave aparentemente inexpugnable situado en una isla del mar Blanco; pero en enero de 1676, un desertor descubrió una brecha en las murallas del monasterio a los sitiadores imperiales, que irrumpieron en su interior durante una tormenta de nieve. Muchos disidentes murieron en sus manos, aunque aún fue mayor el número de los que se suicidaron. Sólo catorce de los doscientos defensores lograron escapar para difundir la historia de la heroica resistencia de los viejos creyentes[90].

No obstante, pocos días después, cuando Alejo murió en su lecho, dejando tres hijos menores para sucederlo, los problemas se reanudaron. En el extranjero, la guerra con los turcos estalló en 1677 y duró cuatro años; dentro del país, la oposición continuó en los monasterios pequeños, todavía molestos con los esfuerzos de los obispos por poner en práctica la liturgia de Nikon.

En mayo de 1682, una disputa sobre cuál de los hijos de Alejo sería el sucesor llevó a un grupo de mosqueteros, resentidos por la creciente importancia y el salario más alto que estaban cobrando los regimientos de nueva formación, a irrumpir en el Kremlin. Éstos recibieron el apoyo de los viejos creyentes de la capital y, al mes siguiente, presentaron una petición en la que apelaban a la reina Sofía, la hija de Alejo, para que restaurara la liturgia tradicional. Sofía accedió a que se celebrara un «debate» sobre la validez de las reformas nikonianas, pero cuando un portavoz de los viejos creyentes sugirió que no sólo el patriarca, sino también el padre de Sofía habían sido herejes, Sofía abandonó indignada la reunión y huyó de la capital, dejándola bajo el control de los amotinados hasta conseguir reclutar un ejército capaz de derrotarlos. Su venganza llegó dos años más tarde, cuando, tras recuperar el control de Moscú sin disparar un solo tiro, Sofía promulgó una draconiana legislación contra los viejos creyentes: todos aquellos que no acudían a sus iglesias parroquiales respectivas debían ser interrogados; todos los sospechosos de herejía, torturados; los que se negaran a retractarse serían quemados en la hoguera; y cualquiera que diera cobijo a un viejo creyente sería duramente castigado. A partir de entonces, los viejos creyentes sólo pudieron prosperar en la periferia del Estado, donde algunos protagonizaron suicidios en masa al ser amenazados por las fuerzas del gobierno —y ganaron nuevos conversos gracias a su devoción—. Aunque la discrepancia religiosa nunca volvió a amenazar la integridad del Estado Romanov, y pese a que «el número total de suicidios llegó a cifrarse en decenas de miles», en 1900 uno de cada seis rusos era ya un viejo creyente, y esta fe sigue contando hoy en día con millones de devotos[91].

El nuevo orden

En palabras de Frank Sysyn, «las relaciones nacionales modernas» en Europa del Este «comenzaron con la revuelta de Jmelnytsky» de 1648. Ni siquiera la oleada de rebeliones acaecida en las

provincias una generación más tarde sirvió para cambiar la nueva configuración política en la cual, según Brian Davies, «el círculo de firmes aspirantes a la hegemonía se había reducido al Imperio otomano y Moscovia[92]». La extensa Mancomunidad Polaco-Lituana nunca llegó a recuperarse de la crisis de mitad de siglo: su población había disminuido como mínimo en un tercio; un año después de firmar la Tregua de Andrusovo de 1667, Juan Casimiro abdicó y emigró; y la Paz Eterna de Moscú de 1686 perpetuó la transferencia de todos los territorios cedidos a Rusia.

La guerra y la rebelión también arruinaron Ucrania. El grado de autogobierno alcanzado por Jmelnytsky entre 1648 y 1654 no perduró, aunque durante las siguientes siete décadas la garantía del zar de que 60 000 cosacos (y sus familias) recibirían un salario regular de los ingresos del Estado permitió a la hueste cosaca incorporarse tanto a la administración civil como a la élite social de la región. Por otra parte, la huida de los terratenientes polacos acabó con el mecenazgo católico de constructores y artistas, lo que permitió un renacimiento del arte, la arquitectura y la literatura rutenas, que influyó poderosamente en Rusia. En todo el Estado Romanov, los seminarios ortodoxos siguieron el modelo de Kiev, la mayoría de los obispos procedían de Ucrania, y el arte y la música rusa adoptaron formas ucranianas. No obstante, la Ruina hizo pleno honor a su nombre. La muerte o la huida de la mitad de la población judía durante las masacres de 1648 dio lugar, según una frase del rabino Nathan Hannover, a un «abismo de desesperación» entre los supervivientes, en tanto que la continuación de la guerra y las extremas condiciones climáticas diezmaron al resto de la población ucraniana. Todavía en 1700, el antiguo Estado cosaco albergaba apenas un millón de habitantes —una tercera parte de su tamaño anterior— y los supervivientes seguían dependiendo del apoyo del zar. Aunque durante algún tiempo más siguieron manteniendo una cierta au-

tonomía, nunca pudieron volver a presumir de que «el zar gobierna en Moscú, pero los cosacos gobiernan el Don[93]».

A la inversa, si lo consideramos todo en conjunto, el Período Tumultuoso, la gran convulsión de 1648-1649 y la guerra de los Treinta Años fortalecieron el régimen Romanov. Incluso el *Ulozhenie* de 1649, consecuencia directa de la gran convulsión del año anterior, reforzó el poder de los zares. Cierto es que dicho código concedía a la mayoría de los propietarios de tierras lo que querían —el control total sobre sus siervos—, pero también establecía las obligaciones de los vasallos y mosqueteros para con el zar, y los castigos para quienes no las cumplían como debían; ampliaba las responsabilidades fiscales a la gente de las ciudades; y establecía los protocolos religiosos de la Iglesia y la conducta que cabía esperar de los sacerdotes. El *Ulozhenie* estipulaba también la igualdad ante la ley de rusos y no rusos —ya no era necesario convertirse a la ortodoxia, o incluso hablar ruso, para declarar ante un tribunal ruso— y estandarizaba el protocolo judicial, los procedimientos forenses y las tarifas. Por tanto, mediante éste solo documento, quedaban sentadas las bases de todo el sistema social y legal ruso, y fue todo un éxito de ventas: las dos ediciones de 1200 ejemplares publicadas por la Imprenta Estatal se agotaron casi inmediatamente, y los administradores regionales, así como muchos particulares, no tardaron en hacerse con su propia copia[94].

Las guerras del zar Alejo también reportaron significativas ganancias materiales, añadiendo alrededor de 190 000 kilómetros cuadrados (más o menos el tamaño de Italia o Nevada en la actualidad) y más de un millón de nuevos súbditos al Estado Romanov. Al mismo tiempo desacreditaron las pretensiones militares de los vasallos, de manera que, irónicamente, apenas hubieron conseguido los beneficios económicos que tanto tiempo llevaban buscando, se convirtieron en militarmente obsoletos. En lugar de la caballería reclutada a reacios terratenientes, los zares

empezaron a confiar cada vez más en los altamente preparados regimientos de nueva formación comandados por oficiales occidentales muy bien remunerados y de incuestionable lealtad, aun cuando algunos de ellos, como el general Patrick Gordon, no dejaba de plantearse «cómo podría librarme de una vez de este país tan lejos de mis expectativas y tan en desacuerdo con mi estado de ánimo [...], donde a los extranjeros se nos mira por encima del hombro y los de la clase alta apenas nos consideran cristianos, y los plebeyos nos tienen por meros paganos[95]».

Gordon no fue el único en percibir límites a la «occidentalización» de Rusia. Pocos años después, un enviado inglés menospreciaba a los rusos por su «humor rústico y bárbaro, tan connatural a ellos», y esperaba que «paulatinamente fueran aprendiendo a vivir de un modo algo más civilizado». De hecho, reflexionaba, si «contaran con un gobierno algo menos estricto y gozaran de un libre comercio con todo el mundo, esta nación no tardaría en ser conquistada por nuestro civismo y nuestro respetable estilo de vida[96]». Aun sin dicho «civismo», sin embargo, los Romanov no sólo habían conseguido arrancar importantes concesiones a la Mancomunidad Polaco-Lituana en Andrusovo y de nuevo en la Paz Eterna de Moscú, sino que forzaron tanto al sultán otomano en 1681 como al emperador chino en 1689 a reconocerlos como iguales. La Crisis General, unida a la Pequeña Edad de Hielo, permitieron de este modo a Rusia emerger como una gran potencia, una posición que nunca ha dejado de ocupar.

7

La «Tragedia Otomana», 1618-1683[1]

«El mayor [Imperio] que existe, o que probablemente existió jamás».

A principios del siglo XVII, el Imperio otomano resultaba intimidatorio para sus visitantes europeos. Un cónsul veneciano se maravillaba de que había adquirido, «como un relámpago», tanto territorio que ya «ocupaba casi 13 000 kilómetros del perímetro del mundo» y «una gran parte» de los tres continentes, Asia, África y Europa, mientras que un viajero inglés lo consideraba «el mayor [Imperio] que existe, o que probablemente existió jamás». Este asombro estaba justificado: el sultán gobernaba sobre 20 millones de súbditos y más de 1,5 millones de kilómetros cuadrados. Aunque Estambul distaba algo más de 1100 kilómetros de Viena, y 1600 kilómetros de Bagdad, gracias a la eficaz infraestructura logística del Imperio, los mensajeros imperiales tardaban catorce días o menos en llevar las órdenes de la capital a los funcionarios de Hungría y Mesopotamia, en tanto que un ejército que partiera del Bósforo en primavera normalmente podía alcanzar el Tisa o el Tigris en diez semanas[2].

No obstante, a mediados del siglo XVII, el Imperio sufrió dos regicidios, tres derrocamientos y una significativa pérdida de territorio tanto en Europa como en Asia, y en 1700 se había convertido ya en el «enfermo de Europa». Hasta hace poco, la naturaleza de este proceso no estuvo clara porque, según un artículo reciente, «el siglo XVII ha constituido el agujero negro de la historia otomana»; pero el cuidadoso estudio de los «archivos» humanos y naturales disponibles revela que las tierras en torno al este del Mediterráneo sufrieron más a causa de la Pequeña Edad de Hielo y la Crisis General que casi cualquier otra zona del hemisferio norte[3].

El eficaz gobierno otomano dependía de un complejo equilibrio de fuerzas. Cada sultán ejercía una jurisdicción absoluta e indivisible en todos los asuntos no explícitamente cubiertos por la ley islámica vigente (*sharía*), y promulgaba decretos, conocidos como *kanūn*, sobre temas fiscales, penales y administrativos, que todos los súbditos debían obedecer. Aunque algunos sultanes actuaban de vez en cuando como jueces supremos y celebraban las vistas en persona, su autoridad ejecutiva había sido cedida a un único ministro, el gran visir, mientras que su junta de consejeros atendía y decidía sobre las miles de peticiones que cada año les llovían de sus súbditos[4]. En el siglo XVII, la mayoría de los sultanes vivía en el palacio imperial, y rara vez se alejaba del recinto. Esto confería un inmenso poder a aquellos que controlaban el acceso a las estancias imperiales, y especialmente al harén de palacio, donde las concubinas del sultán vivían bajo la supervisión de varios cientos de eunucos. Dado que ningún sultán del siglo XVII se casaba, cada concubina que alumbraba un hijo se dedicaba a intrigar para que éste fuera su sucesor y, a partir de ese momento, a influir en sus políticas. La madre del sultán era la mujer —y con frecuencia, la persona— más poderosa del Imperio.

Los otomanos dividían a sus súbditos en dos categorías: los *reaya* (literalmente, «súbditos», aquellos que pagaban impuestos), y los *'askerī* (literalmente, «del ejército», aquellos que servían al Estado). Entre estos últimos, un selecto grupo de soldados y funcionarios del gobierno conocido como los *kullar*, «esclavos del sultán», ejercían un enorme poder. Hasta la década de 1630, los representantes del sultán reclutaban a sus *kullar* entre los muchachos de las comunidades cristianas de los Balcanes y Anatolia sobre las que gobernaban: una práctica conocida como *devs¸irme* («reunión», en turco). Una vez los jóvenes llegaban a Estambul, comenzaban a recibir una rigurosa formación para hacer de ellos obedientes, preparados y *otomanizados* conversos al islam, y a

continuación se unían a los jenízaros (literalmente, «nuevas tropas», infantería equipada con armas de fuego) o pasaban a ser funcionarios de palacio (aunque éstos también recibían una formación militar, como correspondía a un Estado que consideraba la guerra su principal actividad[5]). El sistema del *devşirme* reforzaba el poder de la dinastía otomana de tres maneras distintas. La primera, porque sólo los *kullar* podían poseer y utilizar armas de fuego (tanto mosquetes como artillería). La segunda, porque dado que cada centro regional contaba con un cuadro provincial similar —el gobernador, el Consejo provincial, los tesoreros, el comandante de la guarnición y el juez presidente—, el gobierno imperial podía rotar a sus «esclavos» fácilmente de un puesto a otro, ya que, dondequiera que fueran, los *kullar* se encontraban con sistemas administrativos, procedimientos y expectativas con las que ya estaban familiarizados. Por último, porque los jóvenes conversos que rezaban, comían, dormían y se formaban juntos, desarrollaban una notable cohesión y lealtad; y, dado que no podían abandonar nunca el servicio del sultán, y se arriesgaban a perder su vida y posesiones si rechazaban o desobedecían una orden, por lo general constituían un pilar fundamental del Estado. No obstante, el sistema adolecía de una debilidad evidente: sin una supervisión constante, los *kullar* podían llegar a usurpar el poder de su señor y dictar la política en su lugar.

Los musulmanes por nacimiento dominaban sólo dos profesiones dentro del Imperio otomano: la caballería pesada y el clero. En el siglo XVI, los de etnia turca integraban la caballería (*cipayos*, del término persa que significa «soldado»), dependiendo para su mantenimiento y el de sus seguidores de un feudo (*tîmâr*) concedido por el sultán. Sin embargo, llegado el 1600, pocos feudos producían lo suficiente para mantener a un cipayo y sus vasallos, por lo que el número de soldados de caballería ya había descendido a cerca de 8000. La tesorería central empezó por tanto a pagar salarios a los cipayos que formaban parte de una guar-

nición permanente de Estambul y de varias capitales de las provincias (lo mismo que ocurría en el caso de los jenízaros), de manera que para 1650 su número se había elevado a 20.000. Este aumento ejercía una presión intolerable sobre la tesorería central, que a veces podía pagar a los jenízaros o a los cipayos, pero no a ambos, lo cual suscitó la rivalidad entre ellos y en ocasiones llegó incluso a enfrentarlos en batalla[6].

El clero (los ulemas, forma plural de la palabra árabe para «sabio», *ʿālim*) lo formaban en su totalidad musulmanes suníes. Éstos no sólo se ocupaban del culto y la educación religiosa, sino que también administraban fundaciones piadosas y actuaban de jueces. A su cabeza estaba el *seyhülislam* (jefe muftí), nombrado por el sultán y retribuido con un salario público como el resto de ulemas, que recibía un continuo torrente de peticiones del gobierno central para certificar (generalmente en forma de una opinión escrita o fetua) que una actuación o edicto en ciernes era conforme a la *sharía*[7]. En ocasiones, el *seyhülislam* no otorgaba este certificado, generando una crisis política que podía desembocar en su deposición o, en circunstancias extremas, su asesinato. En 1657, un jefe muftí no sobrevivió a su decisión más que medio día. Los sultanes también fundaban escuelas religiosas llamadas madrazas (literalmente, «lugar de estudio») y pagaban a preceptores para proporcionar una formación básica en gramática y sintaxis árabe, así como en lógica y retórica, como introducción a la instrucción en teología y leyes. El número de ulemas se triplicó entre 1550 y 1622, como reflejo de la rápida expansión en el número tanto de madrazas como de mezquitas (Estambul no contaba con ninguno de estos dos tipos de centros hasta que los otomanos conquistaron la ciudad en 1453, pero para 1600 ya tenía casi un centenar de madrazas y más de 1200 mezquitas). Esto permitía que cada alumno de la madraza pudiera encontrar un puesto bien como preceptor, bien como predicador o juez al

término de sus estudios y, por tanto, recibir un salario del Estado.

En el siglo XVII, sin embargo, este proceso de expansión cesó y el trabajo empezó a disminuir. Al acabar sus estudios, los alumnos podían pasarse años a la espera de la oportunidad de pasar el examen dirigido a obtener la licencia sin la cual no podían enseñar ni predicar; e incluso los que conseguían su licencia a menudo continuaban estando en el nivel más bajo de la jerarquía debido a que un selecto grupo de familias de la élite (conocidas como *mevali*) prácticamente tenían monopolizados los puestos más altos y se los pasaban a sus parientes. De forma que cuatro quintas partes de los 81 jefes muftíes y los altos magistrados nombrados entre 1550 y 1650 estaban emparentados entre sí, y casi la mitad de ellos procedían de once familias solamente[8]. Esta concentración de poder en las manos de los *mevali* generó lógicamente una gran frustración entre otros ulemas que veían sus carreras bloqueadas, y algunos empezaron a reivindicar que el camino a la salvación exigía una vuelta a las prácticas y creencias originales del islam.

La frustración también fue aumentando entre algunos musulmanes que no pertenecían a los ulemas, pero no obstante se atribuían poderes espirituales. Algunos, de forma similar a lo que hacían los frailes cristianos, deambulaban de una comunidad a otra, sobreviviendo con las limosnas de los fieles; otros, también de forma parecida a los ermitaños cristianos, vivían su devoción ascética confinados en un solo lugar; en tanto que otros seguían ejerciendo como curanderos —como Husein *el Baboso* en el hipódromo de Estambul, que afirmaba que sus mocos tenían el poder de curar—. Muchos más hombres y mujeres, conocidos como sufíes, creían que el camino hacia Dios pasaba por la experiencia más que por la erudición y, por tanto, practicaban sus devociones públicamente, a veces acompañadas de música y danza. La mayoría pertenecía a una de las órdenes religiosas del islam,

cada una de ellas presidida por un *sheikh* o jeque, que o pertenecían o apoyaban una de estas «logias» (no muy diferentes de los monasterios cristianos). Varias de estas órdenes mantenían estrechas relaciones con los miembros de la élite otomana: así, la Orden Bektashi disfrutaba de una venerable asociación con los jenízaros, mientras que las órdenes Mevlevi y Halveti contaban con muchos seguidores en el palacio imperial[9].

Aunque el Imperio otomano carecía de una tradición de acción colectiva, los extremos acontecimientos climáticos de mediados del siglo XVII, así como la multiplicidad de problemas políticos y económicos a los que se enfrentaba, proporcionaron a los predicadores carismáticos de todo tipo convincentes argumentos para demostrar el descontento divino y la necesidad de un cambio rápido y radical. Muchos empezaron a transmitir directamente su mensaje a los fieles mediante apasionados sermones pronunciados en las mezquitas durante los oficios de los viernes, a los que asistían (al menos en teoría) todos los varones del Imperio. En varias ocasiones, sus prédicas pusieron en peligro al propio Estado otomano.

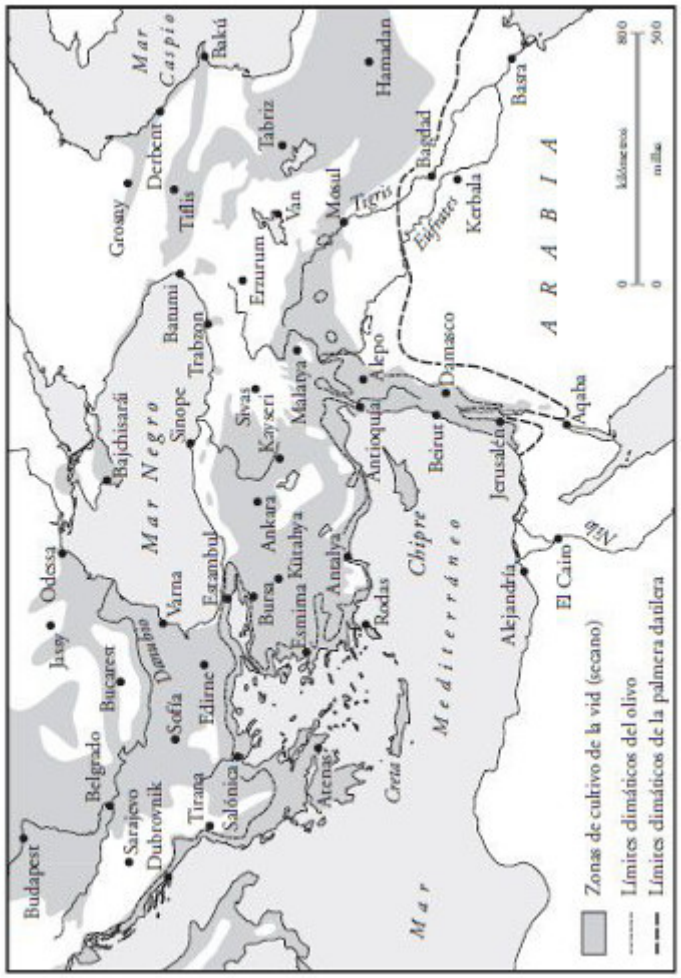
Clima y despoblación

El cambio climático no afectó a todos los lugares del Imperio con igual fuerza. Las llanuras costeras en torno al Mediterráneo, que constituían su núcleo, afrontaron mejor la Pequeña Edad de Hielo, debido a que los agricultores, desde Grecia hasta Marruecos, contaban con sol y lluvia suficientes para producir cereales, verduras, tabaco e incluso algodón sin necesidad de riego. En estos lugares sólo había verdadera escasez de comida si las temperaturas de enero descendían por debajo de los 5 °C o el volumen de precipitaciones anual era inferior a los trescientos milímetros. En cambio, los agricultores de las colinas y las mesetas con vistas al mar, dedicados a la producción de cereales y algunas verduras mediante la agricultura de secano, sí necesitaban regar sus culti-

vos. En esta zona, incluso los pequeños cambios climáticos podían desencadenar importantes problemas. La situación era todavía peor más hacia el interior, donde los agricultores podían producir cosechas sólo si invertían en extensos sistemas de irrigación (*figura 14*). Allí, hasta una breve sequía o una helada extemporánea podían arruinar la cosecha entera. En algunas regiones de Anatolia, el número de contribuyentes fiscales del campo descendió en tres cuartas partes entre 1576 y 1642, y casi la mitad de las aldeas desaparecieron, mientras que en toda Anatolia las fuertes precipitaciones primaverales tanto en 1640 como en 1641, así como las sequías sufridas más avanzada la década, destruyeron muchas cosechas y causaron sin duda una despoblación aún mayor[10].

Los agricultores de los Balcanes también sufrieron intensamente durante la Pequeña Edad de Hielo. Los registros fiscales de la época que han llegado hasta nosotros muestran que la población de Talanda (Grecia central) descendió de 1166 familias en 1570 a 794 en 1641, mientras que los de Zlatitsa (Bulgaria) indican que la población pasó de 1637 familias en 1580 a 896 en 1642 —una pérdida de casi el 50 por ciento en ambos casos—. En torno a Manastir (la actual Bitola, en Macedonia), un cuarto de todos los domicilios contribuyentes en 1641 fueron abandonados; mientras que más al este, en Serres, los agricultores encontraron abundante uva cuando empezó la recolección en septiembre de 1641, pero luego cayó «tanta lluvia y nieve que muchos jornaleros murieron a consecuencia del intenso frío[11]». Más o menos lo mismo ocurrió en otras partes del Imperio. En Creta, las lluvias de 1645, más intensas que las registradas en todo el siglo XX, destruyeron cultivos y edificios; en tanto que en Palestina, las reiteradas sequías arruinaron numerosos asentamientos, incluido el centro religioso de Safed, donde los visitantes todavía pueden contemplar las ruinas de veinticinco molinos textiles abandonados en el siglo XVII, diseminadas a lo largo del

cauce seco de los ríos. En 1641-1643 Egipto también experimentó una sequía en la que el Nilo alcanzó su nivel más bajo en todo el siglo, y otra en 1650, debido a que los episodios del *Niño* provocaron escasez de lluvias estivales en las tierras altas de Etiopía y en los pantanales del Sudd, en Sudán, al inicio del ciclo pluvial anual del río. Dado que, según el aforismo de Alan Mikhail, «Egipto es un desierto atravesado por un río», el escaso caudal del Nilo redujo drásticamente las cosechas de toda la región —lo que a su vez redujo la cantidad de alimento disponible para abastecer a Estambul, a los ejércitos del sultán y a las ciudades sagradas de Arabia—. Volviendo a citar a Mikhail, Egipto era «el motor calórico del Imperio. Los suministros procedentes de su excedente de energía constituían el combustible de la autoridad política y el funcionamiento del Estado otomano, y servían para alimentar el cerebro del palacio y la capital, el corazón religioso del Hiyaz, y la fuerza militar del Imperio[12]». La pérdida de ingresos obligó a todas las instituciones caritativas a cerrar sus puertas (y sus comedores de beneficencia), lo que agravó aún más la miseria de los pobres de la región.



14. Zonas climáticas del Imperio otomano. Los cultivos básicos del Mediterráneo oriental (olivos, vides y palmeras datileras) pueden sobrevivir incluso cuando las lluvias son escasas en verano, pero un cambio en los patrones pluviales, como ocurrió en la segunda mitad del siglo XVII, puede causar daños a largo plazo. Las sequías más frecuentes y el clima más frío también destruyeron los cereales y los cítricos.

Como suele ser habitual, las áreas excesivamente pobladas, donde la oferta apenas satisfacía la demanda incluso en los años buenos, acusaron el efecto de la Pequeña Edad de Hielo más pronunciadamente. En algunas partes de Anatolia, por ejemplo, el clima benigno del siglo XVI permitió que la densidad de la población rural alcanzara unos niveles «que jamás volverían a alcanzar-

se, ni siquiera a finales del siglo XX». El precio del suelo experimentó una acusada subida y el tamaño de algunas propiedades agrícolas se redujo hasta tal punto que, en algunos asentamientos, los varones solteros sin tierras constituían tres cuartas partes del total de la población masculina adulta. Ninguna comunidad de este tipo puede sobrevivir mucho tiempo, y a partir de la década de 1590, los hombres solteros fueron marchándose de sus pueblos en un número cada vez mayor, en dirección a tres destinos: las ciudades (donde algunos buscaron empleo y otros ingresaron en las madrazas), el ejército y las bandas de forajidos conocidas como *celalis*. Oktay Özel sugiere que «había como mínimo tantos campesinos desarraigados y convertidos en *celalis* en el campo de Anatolia como los que quedaban en los pueblos y constaban en los registros de la década de 1640[13]».

Aunque la ley otomana prohibía a los campesinos marcharse sin el permiso de su señor, hasta la década de 1630 los que emigraban sólo tenían que pagar una modesta compensación si lo hacían. A partir de entonces, al igual que en Rusia *(véase capítulo 6),* los terratenientes que prestaban servicio en la caballería imperial empezaron a quejarse de que ya no podían mantenerse económicamente mientras luchaban por el sultán, lo que impelió al gobierno central a exigir el regreso forzoso de los fugitivos: un decreto de 1636 permitía su búsqueda hasta cuarenta años después de su huida. Poco después, sin embargo, otro edicto redujo este período a diez años, y un tercer decreto de 1641 restauró el principio de pagar simplemente una «compensación». Nada parecía servir para detener el éxodo, porque entonces se añadió un factor humano que intensificó todavía más el impacto de la inclemente climatología: los piratas, en las áreas costeras, y los bandoleros, en el interior, se cebaron con aquellos que continuaron cultivando sus tierras. Aunque a los que vivían en aldeas más pobres (menos atractivas para los saqueadores) y en comunidades protegidas por bosques o montañas (menos accesibles a los

foráneos) les fue bastante mejor, el problema central de la economía otomana se convirtió entonces en una escasez crónica de mano de obra.

La Tragedia Otomana

Con la crisis rural como telón de fondo, una serie de convulsiones políticas denominadas por un historiador contemporáneo de la época como la Tragedia Otomana sacudieron el Imperio entre 1617 y 1623[14]. La «tragedia» se inició con una crisis dinástica sin precedentes. Todos los miembros masculinos de la dinastía otomana vivían en apartamentos estancos dentro del palacio imperial, acertadamente llamados la «jaula» (*kafes*), hasta que uno de ellos se convertía en sultán y mandaba ejecutar a todos los demás. En 1595, el sultán Mehmed III había seguido la tradición y ejecutado a sus diecinueve hermanos, algunos de ellos todavía bebés, así como a las esclavas embarazadas del harén, y más tarde al príncipe heredero, por una sospecha de traición, de forma que a su muerte, en 1603, sólo quedaban vivos dos miembros masculinos de la dinastía otomana: sus hijos Ahmed (de trece años, que se convirtió en el nuevo sultán) y Mustafá (de cuatro). La prudencia aconsejaba que a Mustafá se le permitiera vivir (aunque, como especulaban algunos, se le criaba como a un corderito al que le queda poco para ir al matadero), por lo que todavía seguía vivo cuando Ahmed murió, en 1617[15]. Su supervivencia generó una confusión sin precedentes: ¿debía ser el nuevo sultán Mustafá, entonces de dieciocho años, o el hijo mayor de Ahmed, Osmán, de catorce? En un principio, prevalecieron los partidarios del primero, pero el comportamiento de éste fue tan errático que, después de tres meses, una facción de la corte lo hizo encarcelar —convirtiéndose en el primer sultán depuesto por un golpe de Estado palaciego— y urdió la proclamación de Osmán en su lugar.

Osmán también gobernaba erráticamente. Sus preceptores le habían inculcado la firme determinación de seguir el mandato del profeta Mahoma de «imponer el bien y prohibir el mal», y el nuevo sultán no tardó en prohibir el cultivo y el uso del tabaco (basándose en que era un desperdicio de dinero, inducía a la vagancia y, sobre todo, imitaba un hábito introducido por los infieles). También castigó a los líderes religiosos que habían apoyado la sucesión de Mustafá, especialmente a la élite de las familias *mevali*, suprimiendo sus salarios durante los períodos de desempleo y llegada la jubilación, así como su derecho a nombrar un sucesor (generalmente uno de sus parientes). De esta manera, Osmán convirtió a los más poderosos clérigos musulmanes en sus acérrimos enemigos, una acción especialmente imprudente, dada la crudeza del invierno de 1620-1621[16]. Durante cuarenta días, el Bósforo permaneció helado (un hecho sin precedentes) y las placas de hielo impidieron que el grano llegara a Estambul: la inmensa ciudad, totalmente dependiente de la importación de comida para su supervivencia, empezó a pasar hambre. Osmán agravó aún más la escasez movilizando tropas y suministros para una campaña contra Polonia, que había atacado a uno de sus vasallos en los Balcanes. Las tropas salieron de la capital en mayo de 1621, pero un intenso frío y unas lluvias torrenciales (era un año del *Niño*), combinados con una inesperadamente tenaz resistencia polaca, obligó al sultán a firmar una tregua humillante. Cuando él y sus desmoralizadas tropas regresaron a Estambul en enero de 1622, se encontraron la ciudad atenazada por «la hambruna y los altos precios». Según un testigo presencial otomano, «la penuria y la miseria que se habían desencadenado entre la gente eran tales que se creía que había llegado el Día del Juicio Final o que aquello supondría la muerte de toda la población»; según un contemporáneo inglés: «Todo el mundo se quejaba, y aunque el remedio quedaba fuera del alcance de cualquier actua-

ción humana», ni siquiera el sultán «escapó al escándalo y la humillación[17]».

Los decepcionantes resultados de las tropas de Osmán en Polonia lo convencieron de la necesidad de reemplazar a los jenízaros y cipayos de la élite, que constituían el núcleo tanto del ejército de campaña como de la guarnición de Estambul, por tropas procedentes de Anatolia, Siria y Egipto. En un primer momento, el sultán afirmó que emprendería una peregrinación a La Meca, pero después ordenó a las principales instituciones del gobierno y de la tesorería imperial que cruzaran el Bósforo con destino a Asia. Una vez más, el momento elegido resultó no ser el más oportuno. Una inundación sin precedentes había arruinado la cosecha en Egipto en 1621, y a continuación sobrevino una sequía que redujo todavía más el suministro de alimentos. Según un cronista, las tropas del sultán objetaron enérgicamente que «no podían adentrarse en el desierto sin agua, y era seguro que sus animales también perecerían»; según otro, inquirieron retóricamente «después de la campaña polaca, ¿qué soldado está tan loco como para ir?»[18]. El 18 de mayo de 1622, la fecha fijada para la partida del sultán, los jenízaros de la guarnición de la ciudad exigieron que Osmán se quedara en la capital y les entregara a los que le habían aconsejado que se marchara. Al día siguiente volvieron, esta vez acompañados del jefe muftí y otros *mevali*, y cuando el gran visir salió a negociar, lo asesinaron y prendieron fuego a su residencia (y a las de varios consejeros más). Osmán y el resto de sus asesores trataron de ir ganando tiempo, hasta que algunos funcionarios descontentos abrieron las puertas del recinto palaciego de Topkapi y los amotinados irrumpieron en masa. Un grupo encontró a Mustafá (que llevaba encerrado en la «jaula» cuatro años, desde el acceso al trono de Osmán) y lo llevó a la mezquita de los jenízaros, donde volvieron a proclamarlo sultán, mientas que otro de los grupos localizó a Osmán y lo arrastró por las abarrotadas calles de la capital en un carro, sometiéndolo

al insulto público, para luego meterlo en una cárcel, donde primero fue mutilado y a continuación estrangulado —el primer regicidio de la historia otomana—.

El cronista otomano Ibrahim Peçevi, testigo ocular de estos hechos, se maravillaba de que «las calles estuvieran llenas de gente» y el «mundo lleno de rebelión y desórdenes»; por su parte, *sir* Thomas Roe, el embajador británico en Estambul, dejaba constancia de su asombro ante el hecho de que pese a los miles de hombres que servían en palacio con el cometido expreso de defender al sultán, ninguno lo hubiera hecho. «De manera que uno de los monarcas más importantes del mundo sufre por primera vez la afrenta de sus propios soldados amotinados, sus propios esclavos, sin apenas armas y escasos en número, sin que nadie desenvaine la espada para defenderlo; y los que iniciaron toda esta locura, sin intención de causarle daño, por el exacerbamiento de su propia furia, que no tiene límites, lo destronan […] y finalmente ponen en riesgo su vida». Es más, como Roe acertadamente predijo, dada la naturaleza de Mustafá (que Roe consideraba «más apta para la celda que para el cetro»), «han puesto en su lugar a otro [sultán] que con toda probabilidad tendrán que cambiar debido a su incapacidad». Roe también vaticinó que las tropas destacadas en Asia «intentarían alguna venganza en nombre de ése [sultán] que había sido su mártir; o que algunos grandes pachás, destinados muy lejos de la corte aprovecharían esta ocasión para no obedecer a un usurpador, instalado en el trono mediante una traición». Tenía razón[19].

Varios gobernadores provinciales de Anatolia, incluidos aquellos que Osmán esperaba que le proporcionaran efectivos para su nuevo ejército, se negaron a reconocer el golpe de Estado y se volvieron contra los jenízaros y los cipayos de las guarniciones locales. Los alborotos continuaron también en la capital debido a que los precios de la comida se elevaron a los niveles más altos registrados en todo el siglo XVII. Desesperado, el gobierno pagó

nuevos sobornos para mantener la lealtad de los jenízaros y, cuando esto desembocó en un déficit presupuestario inaceptable, redujo el contenido de plata de la moneda a su nivel más bajo en todo el siglo. En pocos meses se sucedieron cinco grandes visires (algunos de los cuales fueron asesinados). Como comentaba el embajador veneciano, «es imposible describir la confusión y los desórdenes ocurridos en los diez meses de reinado de Mustafá, mientras los soldados que cometieron el crimen se movían impunemente, llenos de ira y orgullo, como dueños absolutos de la situación». Entretanto, las tiendas y mercados permanecieron cerrados, la comida empezó a escasear y la peste a extenderse. Finalmente, en enero de 1623, la coalición de amotinados y *mevali* que había urdido la reinstauración de Mustafá lo destronó: el jefe muftí declaró que un demente no podía ser sultán, y proclamó al mayor de los hermanos de Osmán que quedaban vivos, Murad, de once años, su sucesor: el cuarto sultán en seis años[20].

Varios grupos empezaron a pugnar entonces entre sí por el control de los recursos y el poder imperial: la madre griega de Murad IV, Kösem Sultan; los altos funcionarios de palacio, especialmente los eunucos; los jenízaros y los cipayos de la guarnición de Estambul; y los *mevali*. Gracias a sus intrigas, el período de ejercicio de un gran visir en la década de 1620 descendió a una media de cuatro meses. Entretanto, en las provincias, las rebeliones y las bandas de forajidos itinerantes de Anatolia privaron a la tesorería central de ingresos, mientras que la guarnición sin sueldo de Bagdad se amotinó, y vendió la ciudad y la mayor parte del sur de Iraq a las tropas iraníes.

El «gobierno personal» de Murad IV

El momento más bajo del gobierno de Murad tuvo lugar en 1630, otro año del *Niño*, cuando unas precipitaciones de más de tres metros de volumen inundaron La Meca, una ciudad donde prácticamente no llueve nunca, destruyendo dos paredes de la

Kaaba (las actuales fueron reconstruidas por el sultán durante la década siguiente). La meteorología extrema también trastocó las operaciones del ejército otomano en Mesopotamia: en enero de 1630, según un cronista, «el Tigris y el Éufrates se desbordaron y las inundaciones cubrieron toda la meseta de Bagdad», mientras que otro comparó las torrenciales lluvias con «los tiempos de Noé». Al agosto siguiente, en cambio, señaló que las aguas del Tigris habían bajado tanto que los barcos no podían navegar por ellas, dejando al ejército «desesperadamente necesitado de munición y provisiones[21]». En 1630, 1631 y 1632, las aguas del Nilo descendieron por debajo del nivel necesario para regar los campos del delta, causando una importante hambruna, acompañada de epidemias letales. Estambul también sufrió escasez de agua potable en el verano de 1630[22]. Los informes de malas cosechas, así como de revueltas rurales, son abundantes. Los *Mühimme defterleri [Registros de asuntos importantes]* del gobierno otomano de 1630 y 1631 dejaron constancia de un insólito número de peticiones derivadas del malestar en las provincias, en tanto que el Consejo del sultán dictó 150 órdenes en respuesta a las quejas relacionadas con el bandolerismo y las revueltas campesinas, casi setenta de ellas derivadas de abusos de funcionarios de provincias y más de cincuenta referidas a la confabulación de las élites locales con los bandoleros[23].

En 1632, el caos en Estambul alcanzó tal extremo que los líderes de las protestas pidieron una reunión de emergencia con el sultán en persona para obtener una reparación de sus quejas. Murad accedió, y a regañadientes entregó a la multitud a su gran visir, al jefe muftí y a varios más. Todos encontraron inmediatamente una muerte violenta. Durante varias semanas, los insurgentes tuvieron chantajeada a la ciudad, amenazando con quemar la casa de todo el que se negara a pagarles, hasta que la exasperación de los ciudadanos de la capital permitió por fin al sultán eliminar a muchos de los implicados en los desórdenes (incluido

el nuevo gran visir y el jefe muftí), purgar a los jueces corruptos y castigar duramente el soborno. Alrededor de 20 000 personas perdieron la vida en los desórdenes, pero Murad, que entonces tenía veinte años, tomó por fin la iniciativa, dando comienzo a ocho años de «gobierno personal». Cada año ordenaba la ejecución de cientos de funcionarios y súbditos por no mantener adecuadamente las carreteras locales, incurrir en la indisciplina en campaña, vender pan adulterado y un sinfín de infracciones más. Además, sospechando que sus críticos tramaban complots contra él en cafés y tabernas, prohibió completamente el consumo de café, alcohol y tabaco. El sultán se ocupaba él mismo de la aplicación de esta última prohibición: según el embajador inglés en Estambul, «su odio es tan grande que él en persona recorre las calles (disfrazado día y noche)» en busca de quienes fuman a escondidas, y ordena la ejecución inmediata de todos los infractores[24].

Estas iniciativas se produjeron de forma paralela al programa de reforma del predicador musulmán más destacado de la época, Kadizade Mehmed (1582-1635), hijo de un juez de Anatolia (y, por tanto, miembro de los ulemas), que tras pasar algún tiempo en una madraza y en una logia sufí, llegó a Estambul en 1622, el año del regicidio. Al principio ingresó en otra logia sufí, pero pronto llegó a la conclusión de que el caos que veía a su alrededor era fruto de no atenerse estrictamente a los dictados de la *sharía*. Al no encontrar apoyo en los ulemas ni en sus hermanos sufíes, Kadizade Mehmed decidió transmitir directamente su mensaje a los fieles mediante sermones. Aunque Estambul contaba por entonces con 1200 mezquitas, no todas gozaban del mismo prestigio: entre las más importantes estaban las siete «mezquitas imperiales», cada una de ellas con una estructura de tal tamaño que quienes daban allí sus sermones podían ser escuchados por decenas de miles de personas a la vez. Incluso Kâtib Çelebi, un erudito y funcionario no afín a este movimiento, admitió que

Kadizade Mehmed «era un orador bueno y eficaz cuyos sermones nunca dejaban indiferentes a sus oyentes». Treinta años antes, Kâtib todavía recordaba haber pasado por una mezquita en la que Kadizade estaba predicando y haber tenido la sensación de que «se había hecho con las riendas del pensamiento de sus oyentes[25]». En 1631, impresionado por estas dotes oratorias, Murad dio permiso a Kadizade Mehmed para predicar en Hagia Sophia, la mezquita con más prestigio de todas.

Desde el inicio de su ministerio, Kadizade culpó del caos que afligía a la capital y al Imperio a las innovaciones religiosas. Reiteradas veces citó el *hadiz* (la tradición profética): «Toda innovación es herejía, donde hay herejía hay error, y todos los errores conducen al infierno», y sostuvo que Dios continuaría castigando al Imperio hasta que todo el mundo volviera a las creencias y prácticas del profeta Mahoma. Sobre todo, se centró en las «innovaciones» relacionadas con los sufíes. Por un lado, condenó el hábito de cantar, tocar y danzar mientras se recitaba el nombre de Dios (basándose en que el Corán prohibía expresamente los «entretenimientos» o «juegos»), o se rezaba por los justos que habían muerto para interceder por ellos ante Dios. Por otra parte, exigió la abolición de todos los nuevos hábitos sociales: el consumo de tabaco, alcohol o café; estrechar la mano o inclinarse ante los superiores; permitir a las mujeres ejercer la profecía; y llevar puesto o utilizar nada aparte de las prendas o útiles musulmanes. Cuando un espectador preguntó sarcásticamente a uno de los seguidores de Kadizade: «¿También dejarás de usar ropa interior?» (una prenda al parecer desconocida para el Profeta), el predicador replicó: «¡Sí! ¡Y cucharas también!»[26]

Aparte de las entusiastas multitudes que congregaba su oratoria —algunos pasaban la noche en la mezquita para estar seguros de no perderse sus sermones—, Kadizade se ganó muchos discípulos entre los licenciados desempleados de las madrazas. Según Paul Rycaut, un inglés residente en el Imperio otomano, entre

los *kadizadelis* (como darían en llamarse los seguidores de Kadizade) se incluían «comerciantes, cuya vida sedentaria permite y alimenta una melancolía y una fantasía desordenada», así como aprendices y esclavos (muchos de ellos, antiguos cristianos). Rycaut añadía que los *kadizadelis* «se afanan en el estudio de su derecho civil, para lo cual realizan constantes ejercicios de discusión, oposición y réplica, sin dejar ningún asunto de lado o sin debatir». «Son —continuaba afirmando Rycaut fervientemente— grandes admiradores de sí mismos y desprecian a quienes no comulgan con sus principios, negándose en muchas ocasiones a saludarlos o conversar con ellos [...], reprenden y corrigen a los indisciplinados», y a los que rechazan su doctrina, «los excomulgan[27]».

Los líderes sufíes, muchos de los cuales danzaban y bebían café para mantenerse mientras coreaban sin cesar el nombre divino, no tardaron en reaccionar de forma parecida. Los que se dedicaban a predicar utilizaron sus sermones para conseguir apoyo para sus innovaciones entre los licenciados de las madrazas y sus congregaciones, creando (en palabras de un desafecto observador musulmán):

> Una trampa de impostura y engaño para tontos que no merece ningún crédito. Ésta es la razón por la que la gente ordinaria y tosca acude en gran número a ellos, y [por la que] las ofrendas votivas y los regalos piadosos llegan a raudales a sus logias. Como sus giros desempeñan un papel importante en esto, no dejan de dar vueltas sin parar. Nada de esto obedece a ninguna rima o razón; cubren de falsos y exagerados elogios a sus jeques y montan todo este teatro por una cena[28].

Las tornas cambiaron en 1633 cuando, tras una prolongada sequía, un gran incendio destruyó al menos 20 000 tiendas y casas, los barracones de los jenízaros y los archivos del Estado de Estambul. Kadizade culpó del desastre a las «innovaciones» religiosas y advirtió que hasta que éstas no cesaran, seguirían ocurriendo más catástrofes. Tras un sermón especialmente intenso, sus oyentes saquearon las tabernas de la capital. Como Murad no hi-

zo nada para acabar con los desórdenes, los *kadizadelis* fueron un paso más allá: citando el mandato coránico de «imponer el bien y prohibir el mal», instaron a los fieles no sólo a enmendar sus propias vidas, sino a castigar a los pecadores. Varios jeques sufíes fueron denunciados y golpeados, sus logias destrozadas y sus partidarios obligados a elegir entre reafirmar su fe o ser condenados a muerte.

Dado que Murad consideraba las tiendas y las tabernas como potenciales centros de sedición, utilizó la ira de los *kadizadelis* como excusa para cerrarlas, y matar a todo el que consumiera café, alcohol y tabaco, en la creencia de que al hacerlo también estaba acabando con sus disidentes políticos. El apoyo del sultán a los «puritanos del islam» sirvió de este modo para mantener controlados a sus súbditos; pero también tenía a los predicadores en vilo, porque éstos nunca sabían cuándo algún error de cálculo o descuido podía llevar a su cruel y caprichoso sultán a quitarles la vida a ellos también (en 1634, Murad hizo ejecutar a otro jefe muftí por negarse a aprobar una de sus medidas). Sin duda, Estambul dio un suspiro colectivo de alivio cuando Murad se marchó con su ejército a reconquistar Mesopotamia a los iraníes.

En 1638, tras un largo asedio, el sultán recuperó Bagdad. Tal vez consciente de los enormes costes (tanto humanos como materiales) de la guerra, accedió de inmediato a aceptar la oferta de Irán de firmar la paz, acabando con cien años de conflicto y poniendo a Iraq bajo control otomano para los siguientes tres siglos. Luego, en 1640, Murad murió tras una breve enfermedad, durante la cual, en su línea habitual, amenazó con matar a sus médicos si no se recuperaba e intentó hacer estrangular a su único hermano superviviente, Ibrahim (ya había matado a sus otros tres hermanos). El nuevo soberano tenía veinticinco años: fue el primer sultán en toda una generación en llegar al trono siendo adulto, y también, como único miembro masculino superviviente de toda la dinastía otomana, el primero en gobernar sin la

amenaza de ningún rival. No obstante, Ibrahim había pasado toda su vida confinado en una «jaula» en el palacio de Topkapi, leyendo el Corán, practicando la caligrafía, bajo el constante miedo de compartir el destino violento de sus demás hermanos. Al igual que Murad, por tanto, llegó al trono sin tener ninguna experiencia política.

El «sultán loco».

Durante los primeros cuatro años del reinado de Ibrahim, Kara Mustafá Pasa, último gran visir de Murad, gestionó los asuntos públicos con eficacia. En el exterior, promovió unas relaciones pacíficas tanto con Irán como con los Habsburgo de Austria; y, aunque en 1641 fracasó al tratar de recuperar Azov de los aventureros cosacos que la habían capturado, al año siguiente lo consiguió mediante la negociación *(véase capítulo 6)*. En el ámbito doméstico, Kara Mustafá estabilizó el sistema monetario (pese a otra profunda devaluación), inició un nuevo estudio catastral para establecer una base fiscal más equitativa, redujo la guarnición de la capital y prohibió a los *kadizadelis* que dieran sermones incendiarios. Aunque un gobernador de provincias lo desafió y condujo un ejército hasta las puertas de Estambul, la capital continuó leal y la rebelión se vino abajo. Esta lealtad resulta sorprendente, ya que durante todos los meses de verano de 1640, 1641 y 1642 todo el Imperio había sufrido unas lluvias torrenciales, además de peste, en tanto que una sequía en Egipto había reducido el suministro de varios productos básicos consumidos con regularidad en palacio; pero la capacidad de Kara Mustafá para encontrar vías alternativas para alimentar a la capital garantizó su supervivencia. Para 1643, la tesorería otomana ya registraba un pequeño superávit[29].

Kara Mustafá también trabajó duramente en la formación del inexperto sultán, y el archivo del palacio de Topkapi contiene algunos rescriptos de puño y letra del sultán instando a sus mi-

nistros a ocuparse sin demora de sus asuntos[30]. Pero el gran visir fracasó en una cuestión crucial: no pudo curar a Ibrahim de sus numerosas quejas sobre su salud. Por un lado, el sultán sufría de continuos dolores de cabeza y repetidas crisis de agotamiento físico; por otro, le preocupaba que, al ser el único superviviente de la dinastía, pudiera ser impotente. En 1642, dado que los médicos que le proporcionaba Kara Mustafá no conseguían remediar estos males, Ibrahim recurrió a charlatanes recomendados por su madre, Kösem Sultan. Uno de ellos, Cinci [que significa «Brujo»] Hoca, al parecer acertó por lo menos a curar la impotencia de Ibrahim, ya que durante los seis años siguientes engendró varios hijos, incluidos cuatro futuros sultanes; pero Cinci aprovechó el favor imperial conseguido de este modo para organizar una facción contra Kara Mustafá, y a principios de 1644 planeó su defenestración. Los doce años siguientes serían testigo del ascenso y caída de veintitrés tesoreros, dieciocho grandes visires, doce jefes muftíes e innumerables gobernadores de provincias. Dado que cada funcionario trataba de hacerse rico y enriquecer al mayor número de sus seguidores en el menor tiempo posible, el número de funcionarios pasó de 60 000 en 1640 a 100 000 en 1648[31].

El número de soldados pagados por la tesorería otomana también aumentó, de 60 000 a 85 000, debido al estallido de la guerra con la República veneciana. Los dos Estados habían permanecido en paz desde la década de 1570, aunque cada uno por su parte permitía a sus aliados desvalijar los barcos mercantes del «otro bando» y llevar a cabo asaltos costeros. A finales de 1644, algunas galeras de los Caballeros de Malta se apoderaron de un convoy que transportaba peregrinos desde Estambul a La Meca. Algunos murieron en la refriega, incluido el exjefe de los eunucos del harén de Ibrahim, y las victoriosas galeras pusieron rumbo a la isla de Creta, donde las autoridades les permitieron des-

embarcar parte del botín y a los cautivos, así como abastecerse de suministros.

Esta ruptura de la neutralidad enfureció a Ibrahim, que ordenó una represalia inmediata. En una impactante demostración de poder imperial, en abril de 1645 unos 50 000 hombres embarcaron en una flota de setenta galeras, veinte navíos de guerra y trescientos cargueros. Los venecianos, que se negaban a creer que los otomanos pudieran llevar a cabo una seria amenaza militar o naval, dieron por hecho que el problema podía resolverse a través de un razonable soborno: «No será difícil hacer valer nuestros argumentos utilizando como vehículo el dinero», informaron a su embajador en Estambul[32]. Al parecer, no eran conscientes ni de la impopularidad de su gobierno en muchos sectores de la población de Creta ni del ruinoso estado de las defensas de esta isla —especialmente tras una catastrófica tormenta acaecida en 1645—, que había dejado gravemente dañadas las fortificaciones de Khaniá, no lejos de Heraclión, la capital administrativa. La fuerza expedicionaria otomana sacó el máximo provecho a estas ventajas: en junio, sus jenízaros desembarcaron cerca de Khaniá y la tomaron. En poco tiempo se hicieron con el control de la mayor parte de Creta, pero los venecianos contraatacaron bloqueando el estrecho de los Dardanelos, impidiendo de este modo no sólo la llegada de ayuda a las guarniciones otomanas de Creta, sino también el suministro de grano a Estambul.

La guerra continuaría hasta 1669, costaría la vida de unos 130 000 soldados otomanos y consumiría alrededor de tres cuartas partes del presupuesto imperial. También coincidió con más episodios climáticos extremos. Las lluvias torrenciales de 1646 y la sequía de 1647 destruyeron los excedentes de la cosecha de los que dependía Estambul, desencadenando otra grave escasez de comida. La capital otomana consumía normalmente unas quinientas toneladas de pan al día, de las cuales la mitad iban destinadas a los empleados de palacio, la guarnición de la capital y los

alumnos de las madrazas, por lo que los integrantes del séquito imperial eran de los primeros en notar (y acusar) cualquier escasez. Tal vez esto explique por qué Ibrahim, al igual que el emperador Chongzhen de China *(véase capítulo 5),* reaccionó tan brutalmente cuando sus ministros no consiguieron un éxito instantáneo. Por ejemplo, a consecuencia de un berrinche tras conocer la noticia de otra derrota militar, Ibrahim hizo estrangular a su gran visir en mitad de la calle. Cuando su madre, Kösem Sultan, predijo (acertadamente): «A ti te ocurrirá lo mismo que a tu hermano Osmán», esto es, que «los soldados y el pueblo te harán pedazos», Ibrahim la envió al destierro[33].

A finales de 1647 un nuevo gran visir persuadió a su señor para que se retirara a sus aposentos en el palacio de Topkapi, donde se le podría proteger de las malas noticias; pero, estando en reclusión, el comportamiento de Ibrahim se hizo todavía más excéntrico. Desarrolló un desmesurado gusto por los artículos de lujo, especialmente las pieles, y una irracional impaciencia por los objetos que ansiaba: en ocasiones hacía que las tiendas de la capital abrieran a medianoche mientras sus hombres requisaban artículos para él y sus concubinas. Los extranjeros que se encontraban en Estambul captaron extendidos «rumores» entre los residentes de la capital acerca de que «el sultán debería gastar en el arsenal lo que gastaba en mujeres y gitanos para sus danzas y comedietas *[mattacine*»]. «La exagerada prodigalidad del sultán Ibrahim —escribió reprobatoriamente un comerciante inglés que se encontraba en la capital— era tal que toda la riqueza de su Imperio alcanzaba a alimentarla, pero no a satisfacerla, ya que todos los gastos y caprichos no bastaban para recompensar a sus complacientes compañeras de cama[34]».

Financiar la guerra a la vez que los exóticos gustos del sultán representaba un reto muy difícil. Dado que los continuos saqueos de piratas y bandidos mantenían despobladas muchas áreas rurales, en la década de 1630 los expertos fiscales otomanos cam-

biaron la dependencia de los impuestos sobre la producción agrícola, durante mucho tiempo principal sostén de la tesorería, por los impuestos personales (sobre todo los *avariz* —«impuestos extraordinarios» pagados en dinero o en especie, como por ejemplo pollos para las cocinas imperiales o reparaciones en carreteras y puentes— y el *cizye* —un impuesto especial individual exigido a los no musulmanes—). Cada año, la tesorería celebraba una subasta pública en la cual vendía el derecho a cobrar estos impuestos personales al mejor postor, recibiendo un pago en efectivo por adelantado. Dado que ni siquiera esto bastaba para financiar la guerra de Ibrahim con Venecia, sus ministros adoptaron unas medidas fiscales desesperadas: cobrar impuestos especiales sobre los artículos, exigir que incluso los ulemas contribuyeran, vender un número todavía mayor de cargos públicos, incluido el de juez, y retener el sueldo a los jenízaros y cipayos de la guarnición de Estambul. Venecia aprovechó la debilidad otomana para recuperar baluartes tanto en Creta como en los Balcanes, mientras sus agentes incitaban a las revueltas en la provincia otomana de Albania. Y, lo más importante, su flota continuó bloqueando los Dardanelos, manteniendo de este modo aislada a la capital de sus principales suministradores de alimento. Como siempre, esta privación afectó inmediatamente a los que recibían su comida directamente del sultán: los funcionarios y la guarnición de palacio.

Entretanto, las langostas destruyeron cultivos en Moldavia, otra área de la que Estambul dependía para su alimentación. Un testigo presencial describía elocuentemente cómo «una nube de langostas se echó sobre nosotros como un ejército aéreo. El sol desapareció de repente, velado por la oscuridad de estos insectos», y a continuación no quedó «ni una sola hoja, ni brizna de hierba, ni heno, ni cultivos, nada». El mismo desastre destruyó las siguientes dos cosechas, y un viajero inglés encontró la tierra de Moldavia «cubierta de langostas, que eran de un color venení-

fero, algunas vivas, pero la mayoría muertas, tras haber destruido casi toda la hierba de estos lugares; todo lo cual es presagio seguro y fatal de una epidemia de peste; como la tristemente sufrida en Constantinopla en la época de sus prodigiosas plagas[35]».

Ésta era la tensa situación cuando en junio de 1648 un importante terremoto sacudió Estambul. Según Kâtib Çelebi, «no se ha visto un terremoto como éste en nuestros tiempos. Según algunos expertos e ilustrados, cuando un terremoto se produce por el día en junio, se derrama sangre en el corazón del Imperio». Cuatro minaretes de Hagia Sophia se derrumbaron, y la mezquita construida por el padre de Ibrahim, Ahmed, sufrió graves daños durante la oración de los viernes, muriendo a consecuencia de ello varios miles de devotos. El terremoto también destruyó el principal acueducto de la ciudad, por lo que el agua potable empezó a escasear justo cuando comenzaban los calores del verano: el precio que cobraban los vendedores de agua se disparó, y muchos murieron de sed. Una vez más, los predicadores *kadizadelis* culparon de estos desastres naturales al incumplimiento de las enseñanzas del Profeta, y un observador veneciano de la ciudad informaba de que «los sabios hicieron varias predicciones sobre perturbaciones en la ciudad en el futuro próximo, y de ruina y malestar inminentes». Los «sabios» tenían razón[36].

Un segundo regicidio

La secuencia de acontecimientos que condujo al asesinato de Ibrahim comenzó con la llegada a Estambul, el 6 de agosto de 1648, de un alto oficial jenízaro procedente de Creta, con peticiones urgentes de refuerzos y suministros. Mientras esperaba a que el sultán le concediera audiencia, el oficial informó a sus colegas de que el gobierno central no enviaba suministros a las tropas en campaña. Al enterarse, y temiendo que le echaran la culpa de aquello, el gran visir Ahmed Pasha trató de que mataran al oficial, pero éste escapó y se quejó del caos que se vivía en Creta

al jefe muftí, que a su vez consultó con otros miembros de la élite del clero y los principales magistrados de la ciudad. Al día siguiente, un grupo de conspiradores se reunieron en una mezquita para debatir sobre lo que convenía hacer.

Tras consultar con la madre de Ibrahim, Kösem Sultan, el jefe muftí fue a palacio a exigir el nombramiento de un nuevo gran visir. Ibrahim empezó a proferir insultos a gritos y a golpear a los presentes con su bastón; los conspiradores se vengaron estrangulando a Ahmed, y tiraron su cuerpo a la calle, donde la multitud se apresuró a desmembrarlo (de ahí su posterior sobrenombre de *Hezarpare*, «En Mil Pedazos»). A primera hora del 8 de agosto, los conspiradores enviaron una carta a Ibrahim exigiendo que se deshiciera de algunas concubinas y de todas sus pieles, que pagara los atrasos que debía a sus tropas y devolviera todos los bienes injustamente confiscados a sus súbditos. Ibrahim leyó su carta e inmediatamente la rompió. Los enfurecidos soldados le preguntaron entonces al jefe muftí «qué merecía aquel que se negaba a aceptar la justicia de Dios; y éste replicó, tras leer los libros de la ley, que los súbditos de un príncipe así estaban dispensados de su deber de ser leales a él». De modo que promulgó una fetua ordenando el destronamiento de Ibrahim alegando que éste era incapaz de gobernar el Imperio y proteger la fe musulmana[37].

Entonces los guardias convencieron a Ibrahim de que, por su propia protección, debía retirarse a un aposento del interior, y cerraron la puerta tras él. Poco después, un gran número de jenízaros, acompañados del jefe muftí, entraron por la fuerza en palacio. Al encontrarse con que Ibrahim ya estaba recluido, fueron en busca de su hijo mayor, el príncipe Mehmed, de siete años, y «en nombre de los ulemas y los soldados», lo aclamaron como nuevo sultán. Al día siguiente, los jenízaros abrieron el tesoro del fallecido Ahmed Pasha y encontraron una inmensa cantidad de dinero, del que se apropiaron en concepto de su tradicional

«paga extraordinaria» (equivalente al sueldo de un año entero); pero en ese momento Ibrahim escapó de donde estaba recluido (probablemente liberado por una de sus concubinas) y, espada en mano, registró el palacio con la intención de matar a Mehmed. Al final los guardias lo redujeron y encerraron en la «jaula» donde había vivido antes de acceder al trono, y allí los jefes de la conspiración (incluido el jefe muftí) se enfrentaron a él y le echaron en cara sus fracasos: «Has arruinado al mundo al desatender los asuntos de la *sharía* y la religión del pueblo. Te has abandonado al ocio y la molicie mientras el soborno se extendía por todas partes y los malhechores campaban por sus respetos. Has derrochado y esquilmado el tesoro del Estado». Baltasar de Monconys, un francés de visita en la capital, afirmó que «nunca se había visto una revuelta tan pacífica: el proceso entero no duró más de cuarenta horas, y afectó sólo al sultán, su primer visir y un juez[38]».

No obstante, Ibrahim continuó gritando y desatando su furia en su habitación sellada, despertando la compasión de algunos miembros de su casa, mientras fuera del palacio, los cipayos, que no habían recibido su «paga extraordinaria» como los jenízaros, decidieron reinstaurarlo. Para evitarlo, el 18 de agosto de 1648, el jefe muftí promulgó otra fetua que legitimaba el segundo regicidio de la historia otomana, y se ocupó personalmente de que su decreto entrara en vigor inmediatamente. En palabras de Monconys:

> Este desgraciado monarca, que doce días antes había ejercido un mando absoluto sobre grandes extensiones de tres continentes, fue estrangulado por un verdugo en la ciudad capital de su Imperio, y en el mismo palacio donde su hijo fue proclamado rey y donde su madre dictó las principales órdenes de Estado[39].

Hasta este momento, la capital había permanecido en calma, pero entonces se desencadenaron los disturbios, encabezados por estudiantes de las madrazas y funcionarios de palacio de rango inferior. Ambos grupos, con sus aspiraciones profesionales blo-

queadas por la falta de dinero para pagar salarios, se reunieron en el Hipódromo para manifestar su protesta; pero los jenízaros los rodearon y masacraron. Esta barbarie, acompañada de la permanencia de los altos precios de la comida a consecuencia del bloqueo veneciano, provocó generalizados desórdenes. Robert Bargrave, un residente inglés de la ciudad, se quejaba del «riesgo diario de ser apuñalado por soldados turcos enajenados por la bebida, quienes, en la creencia de que todos los que llevan una indumentaria occidental son venecianos (como si el mundo se dividiera sólo en venecianos y turcos)», y «tras haber perdido en la guerra algunos familiares cercanos, estaban siempre dispuestos a hacernos daño[40]».

Kösem Sultan —la abuela de Mehmed, además de madre de Ibrahim— y sus seguidores mantuvieron el poder hasta el verano de 1651, cuando la continua escasez de comida, los gravosos impuestos, la devaluación de la moneda y las derrotas militares provocaron una nueva oleada de disturbios en Estambul. Los comerciantes de la ciudad, que afirmaban haber recibido una docena de reclamaciones de nuevos impuestos sólo durante aquel año, cerraron sus tiendas y pidieron que el jefe muftí fuera a palacio, como en 1648, a exigir reformas. El asustado sultán, de sólo nueve años, aceptó abolir todos los impuestos instaurados desde el reinado de Suleimán el Legislador, un siglo antes. Para restaurar el orden, Kösem Sultan volvió una vez más a recurrir a los jenízaros, pero se enfrentó con un adversario más formidable aún dentro de palacio: Turhan, la madre de Mehmed, apoyada por una facción formada por parte de los eunucos. En un intento desesperado por mantener el poder, Kösem decidió matar al joven sultán y sustituirlo por uno de sus hermanos —uno con una madre más dócil—, pero los partidarios de Turhan se adelantaron y la estrangularon y arrastraron desnuda fuera del harén.

El brutal asesinato de Kösem, después de más de tres décadas de encontrarse en el centro del poder, indignó a los aliados que

contaba entre los jenízaros, que juraron venganza; pero Turhan y sus socios los contrarrestaron desplegando el estandarte del Profeta, uno de los objetos más sagrados del islam, y enviando pregoneros a instar a todos los hombres y mujeres musulmanes a unirse bajo el estandarte. Miles de personas acudieron a palacio, armados hasta los dientes, y durante tres semanas el destino del Imperio pendió de un hilo hasta que los recalcitrantes líderes jenízaros por fin cayeron. Sus bienes confiscados sirvieron para conseguir una alianza con el resto.

No obstante, el nuevo régimen no consiguió resolver los problemas más acuciantes a los que se enfrentaba el Imperio: equilibrar el presupuesto y derrotar a los venecianos. En 1653, el sultán Mehmed, entonces de catorce años, invitó a sus principales asesores a sugerir soluciones. «Mi gasto no es tan grande como el de mi padre y los ingresos son los mismos —apuntó—. ¿Cuál es entonces la razón para que la renta del Estado ya no baste para cubrir el gasto, y por qué no se consigue recaudar dinero para la flota y otros asuntos importantes?» Tras cierto debate, Mehmed instó a cada uno de sus ministros a presentar unas recomendaciones escritas. Uno de ellos, Kâtib Çelebi, estimaba que en 1648, el año del regicidio, la tesorería central había ingresado 362 millones de *akçes* y había gastado 550 millones. Dos años más tarde, la renta había aumentado a 532 millones de *akçes*, pero el gasto se había elevado a su vez a 677 millones. Para 1653, según Kâtib Çelebi, «el gasto supera los ingresos en 160 millones de *akçes*» y el gobierno ya había comprometido el montante de varios impuestos pagaderos en años próximos. El principal problema, argumentaba, era la catastrófica caída de la recaudación del principal impuesto sobre la propiedad, mientras la guerra en Venecia continuaba drenando los recursos de los que disponía el emperador. Kâtib Çelebi sugirió que sólo reduciendo el tamaño del ejército profesional permanente podría reducir significativamente el gasto, y sólo restaurando el estado de derecho en el campo,

para que los campesinos pudieran regresar a sus tierras y retomar sus labores, volviendo de esta manera a pagar impuestos, podrían aumentarse los ingresos en grado suficiente. Si el Estado no actuaba, predecía, «es seguro que la desobediencia a la ley y la carga de injusticia y violencia acabarán arruinando al Imperio[41]».

Kâtib Çelebi no albergaba ilusiones respecto al destino que correría su propuesta: «Dado que sabía que mis conclusiones serían difíciles de aplicar —escribió en otra de sus obras—, no me tomé más trabajo en ello». Meramente esperaba que «algún sultán, en algún momento futuro, tomara conciencia de ellas» y actuara antes de que fuera demasiado tarde. Pero, en lugar de ello, en 1653 Mehmed y su Consejo rechazaron una oferta de paz veneciana (porque la República se negaba a abandonar Creta), y dos años más tarde terminaron con otra revuelta militar en Anatolia incorporando a los amotinados y sus líderes al ejército permanente, aumentando de este modo su tamaño de 71 000 a 130 000 soldados, y añadiendo 262 000 000 *akçes* al gasto de la tesorería central[42].

Como Kâtib Çelebi comentó en otro de sus numerosos escritos: «Es un hecho que una vez la disputa y el desacuerdo sobre cualquier tema se suscita en un pueblo, no es posible, aun cuando se llegue a un acuerdo, que dicha disputa o desacuerdo quede completamente erradicado[43]». Mientras las fuerzas venecianas mantuvieron su bloqueo de Estambul y siguieron reteniendo Creta, las facciones palaciegas de Estambul continuaron su infructuosa «disputa y desacuerdo» sobre cómo frenar el declive del Imperio. Un ministro tras otro fue llegando al poder, cada uno de ellos con una nueva propuesta de medidas, para acabar todos siendo destituidos cuando no conseguían un éxito inmediato: durante 1655 y 1656, se sucedieron siete grandes visires, algunos en cuestión de semanas. Uno no duró más que un día. En marzo de 1656, otro intento por equilibrar el presupuesto mediante una brutal devaluación de la moneda provocó otro

motín, cuando la guarnición de la ciudad se encontró con que los tenderos no aceptaban el pago en las nuevas monedas, prácticamente carentes de valor. Los jenízaros decidieron entonces volver a emprender una marcha hacia palacio y exigir la entrega de treinta de los «perversos asesores» del sultán. Mehmed accedió a regañadientes, y dichos asesores fueron asesinados y colgados boca abajo de un gran plátano de Indias en la plaza pública de la capital; fue el cuarto cambio de régimen en ocho años.

Sin un gobierno eficaz para hacerles frente, los venecianos volvieron a derrotar de forma aplastante a la flota otomana, y esta vez ocuparon las islas del Egeo de Tenedos y Lemnos, dejando a Estambul prácticamente aislada del Mediterráneo. Muchos habitantes, temiendo que los venecianos lanzaran un ataque directo, vendieron sus propiedades y abandonaron la capital. Con la negativa de los gobernadores provinciales de enviar dinero a la administración central, y la capital a punto de perecer de hambre, el futuro del Estado otomano no podía presentarse más negro. El descontento popular alcanzó tal grado que, una vez más, el destino del sultán pendía de un hilo: «La opinión pública era sumamente crítica con él —apuntaba un visitante extranjero—, hasta el punto de que el más mínimo giro desfavorable en los acontecimientos o un nuevo escándalo en los asuntos públicos, lo ponía en grave riesgo de sufrir una revolución[44]».

La vuelta a la estabilidad

Los predicadores *kadizadelis*, como siempre, culparon de todos los desastres a las innovaciones religiosas. Habían perdido cierta influencia durante el tiempo que Kösem Sultan dominó la política del gobierno, porque ésta había favorecido a los sufíes, pero tras su asesinato en 1651, los *kadizadelis* consiguieron una nueva legislación contra los que fumaban y bebían, así como la aprobación de la destrucción de ciertas logias sufíes. Fue entonces, en 1656, cuando empezaron a maquinar planes para demoler todas

las logias derviches de la capital y todos los minaretes, salvo una mezquita, «para garantizar que Estambul fuera reflejo de la Medina del Profeta[45]».

La embestida nunca llegó a producirse, porque el 15 de septiembre de 1656, Mehmed IV nombró gran visir a Köprülü Mehmed Pasha. Joven *devşirme* de Albania, en ese momento contaba ochenta años y hasta entonces sólo había ocupado cargos menores en el gobierno, pero poseía un profundo conocimiento del funcionamiento interno del Estado otomano. Antes de aceptar el puesto de gran visir, mantuvo intensas negociaciones con «palacio», consiguiendo el apoyo de Turhan Sultan, la madre de Mehmed, y del jefe muftí y los ulemas para organizar un golpe preventivo contra los *kadizadelis*. Cuando, pocos días más tarde, éstos se negaron a desconvocar el ataque que habían planeado contra las logias sufíes, Köprülü mandó arrestar a sus líderes y los envió al exilio. Tras este éxito, ejecutó a varias figuras impopulares, principalmente al patriarca ortodoxo griego, al que acusó de traición, y a muchos de los jenízaros que habían rendido Tenedos a los venecianos. Cuando parte de la guarnición de la capital se rebeló contra estos arbitrarios actos, Köprülü puso a los cipayos en contra de los jenízaros, cimentando de este modo su autoridad. A continuación pidió al jefe muftí que certificara que todas las medidas que había tomado hasta el momento habían sido legales. El funcionario así lo hizo, aunque manifestando su sorpresa ante esta petición. «En estos tiempos que corren —replicó Köprülü Mehmed—, en los que todo el mundo cambia constantemente de opinión y de lealtades, quería tener constancia de su apoyo por escrito[46]».

Köprülü también movilizó el apoyo religioso para lanzar una ofensiva contra Venecia. Ordenó que todos los pajes de palacio llamados Mehmed (por el Profeta), recitaran el verso de apertura del Corán todos los días hasta el final de la campaña y encargó a 101 hombres que recitaran el Corán entero 1001 veces en las

principales mezquitas de la capital[47]. Confiado en que estas medidas obrarían un milagro, Köprülü comandó en persona la flota otomana para luchar contra los venecianos. Sus expectativas no se vieron defraudadas: las guarniciones venecianas rindieron Lemnos y Tenedos, rompiendo por fin el bloqueo de la capital y restableciendo el vital suministro de comida procedente de Egipto. A continuación, Köprülü condujo un ejército hacia los Balcanes, con la aparente intención de atacar las posesiones venecianas en la costa adriática, pero una revuelta en Anatolia lo obligó a regresar. El líder rebelde Abaza Hasan, gobernador de Alepo (la tercera ciudad del Imperio), había conseguido un amplio apoyo de otros gobernadores regionales de Anatolia y Siria, y los predicadores empezaron a aclamarlo como el «renovador» y el «Mesías» que devolvería la pureza a la comunidad islámica. Él y sus partidarios exigieron que el sultán destituyera a su gran visir.

Esto suponía un gran desafío para Mehmed IV. Aunque se daba cuenta de que si se negaba a sacrificar a Köprülü probablemente se desencadenaría una guerra civil, el sultán consiguió una fetua del jefe muftí en la que se condenaba a los rebeldes: «Dado que han cometido un acto de presión contra el sultán, su sangre puede derramarse legítimamente: aquellos que hacen que los ejércitos musulmanes abandonen su lucha contra los infieles perpetrando sedición son peores que los infieles mismos». Tras ser aprobada por los ulemas de Estambul, se difundieron múltiples copias de esta fetua, así como un llamamiento a los varones adultos a luchar contra los rebeldes. La Pequeña Edad de Hielo también contribuyó a salvar a Köprülü: el histórico invierno de 1657-1658, seguido de una mala cosecha en Anatolia, hizo imposible a los rebeldes mantener su ejército y, poco a poco, el apoyo a la insurrección se fue disipando. A principios de 1659, Abaza Hasan y sus lugartenientes se rindieron ante una promesa de clemencia, para al final acabar siendo ejecutados[48]. Köprülü Mehmed envió entonces a su lugarteniente de confianza, Ismail

Pasha, a acorralar a los renegados, terminar con las exenciones fiscales injustificadas y confiscar todas las armas de fuego cuya posesión fuera ilegal. Su éxito queda reflejado en dos célebres anécdotas de la época. La primera hace referencia a una ciudad de Anatolia que decía contar con 2000 descendientes del profeta Mahoma, todos ellos con derecho a la exención fiscal: la investigación de Ismail sólo legitimaba el derecho a que dicha exención le fuera aplicada a veinte individuos y obligaba a los 1980 restantes a pagar no sólo los impuestos corrientes, sino la totalidad de los atrasos correspondientes a la década anterior. La segunda anécdota cuenta que, tras el barrido para confiscar armas (se dice que se requisaron 80 000), un campesino vio a una perdiz gorjeando alegremente en los bosques: «Sí, ya puedes piar contenta —dijo lastimeramente—, tu patrón Ismail Pasha nos ha quitado todas las armas[49]».

La Pequeña Edad de Hielo también causó el peor revés de los cinco años en que Köprülü Mehmed ocupó el cargo de gran visir. En 1659-1660, las tierras en torno al mar Egeo y el mar Negro sufrieron la peor sequía en todo un milenio: no cayó ni un copo de nieve en invierno ni una gota de lluvia durante toda la primavera. En Rumania, según un contrato de venta en poder de un campesino, «debido a la sequía que Dios nos ha enviado, queríamos vender nuestra propiedad a nuestros parientes, pero éstos la rechazaron y nos dejaron morir de hambre»; según un cronista, el hambre también obligó a otros a vender a sus hijos. En Transilvania, un alto cargo anotó en su diario que las exiguas cosechas habían provocado una extensa hambruna, hasta el punto que «Transilvania nunca había experimentado una miseria como la de este año pasado[50]». La combinación de la sequía con el calor extremo convirtió los edificios de madera de Estambul en un polvorín, y en julio de 1660 un incendio de una virulencia sin precedentes destruyó dos tercios de la capital, haciendo que los minaretes de las mezquitas ardieran como velas. El área más da-

ñada fue la que habitaba la mayoría de las poblaciones judía y cristiana de la capital: siete sinagogas y al menos veinticinco iglesias quedaron hechas cenizas.

El control del poder que ejercía Köprülü Mehmed era tal que también sobrevivió a estos desastres, y al año siguiente murió en su cama y su cargo de gran visir fue heredado por su hijo de veintiséis años, Köprülü Fazil Ahmed: una transición pacífica con pocos paralelismos en la historia otomana del siglo XVII (y la primera vez que un hijo sucedía a su padre en el cargo). Casi inmediatamente, el nuevo gran visir, que previamente había sido preceptor en una madraza, invitó a un carismático predicador *kadizadeli* llamado Vani Mehmed Efendi a reunirse con él en Estambul. Siguiendo el ejemplo de Kadizade Mehmed una generación antes, Vani atribuyó el gran incendio al abandono de las prácticas religiosas de los primeros musulmanes. Una vez más, el sultán tomó nota y prohibió el consumo de tabaco, café y alcohol; condenó las actuaciones musicales, cantar, bailar y salmodiar en público; también prohibió cualquier reunión no supervisada entre personas solteras de distinto sexo, e insistió en la estricta aplicación de la *sharía*. Además, destruyó populares tumbas sufíes y mandó exiliar o ejecutar a líderes sufíes[51]. Vani y otros predicadores también afirmaron que la desproporcionada destrucción de las propiedades pertenecientes a los judíos durante el gran incendio de Estambul era una señal del desagrado divino y exigió una legislación que impidiera su regreso a la zona. Köprülü Fazil Ahmed confiscó por consiguiente todas las tierras en las que antes del incendio se hallaban las sinagogas y las sacó a subasta: como había prohibido a los no musulmanes pujar por ellas, el área fue instantáneamente islamizada. Para simbolizar el cambio y proclamar su propia e incrementada autoridad, la madre del sultán, Turhan, patrocinó la terminación de las obras de la enorme Yeni Cami («Mezquita Nueva») en el área. Cuando se inauguró, en 1665, Vani Mehmed Efendi se convirtió en su pri-

mer predicador y sus sermones allí continuaron reivindicando la supremacía de las tradiciones musulmanas y criticando a los judíos[52].

El momento mesiánico de Sabbatai Zevi

Estos cambios desestabilizaron y alarmaron profundamente a la población judía de todo el Imperio otomano. Algunos ya se sentían inquietos desde antes, porque el calendario judío acababa de inaugurar un nuevo siglo (5400: 1640 del calendario cristiano) y cada nuevo siglo ocasionaba por lo general un resurgimiento del mesianismo judío. Por otra parte, los años anteriores a 5400 [1640] habían sido testigos de un debilitamiento de la autoridad tanto de los rabinos como de los textos tradicionales (la Torá y el Talmud) entre algunos grupos judíos, en favor de nuevas fuentes de autoridad. Una de ellas era la cábala (literalmente, «algo recibido»), una variedad del judaísmo que exaltaba el misticismo y la revelación, así como la tradición y la Torá, y veneraba a los profetas y curanderos además de a los rabinos. Una ramificación peculiar de la cábala, desarrollada en la ciudad de Safed, en Palestina, cobró una amplia difusión en el mundo judío, primero de forma oral, más adelante manuscrita, y finalmente a través de obras impresas, encontrando una acogida especialmente importante en Italia y en Polonia. No dejaba de constituir una trágica ironía que algunos destacados autores judíos sostuvieran que «en el año 408 del quinto milenio [1648 d. C.] los que yacen en el polvo, se levantarán». Naphtali ben Jacob Bacharach publicó *Emeq ha-Melekh [El valle del rey]* en 1648, donde predecía que la redención de los judíos y el fin del mundo se aproximaban rápidamente, mientras que dos años más tarde, Menasseh ben Israel publicó *Esperança de Israel [Esperanza de Israel]*, que pronto sería traducido a otros idiomas, cuyo mensaje era bastante parecido[53].

Cuatro desastres mantuvieron las tensiones al máximo dentro de la comunidad judía global. El primero, que en 1645 los colo-

nos portugueses asentados en las zonas de Brasil conquistadas por los holandeses se rebelaron (*véase capítulo 15*). Mientras que el régimen colonial holandés había favorecido activamente el asentamiento judío, el portugués destruyó entonces las propiedades judías y mató (o entregó a la Inquisición) a todos los colonos judíos que pudo encontrar. El segundo, que aquel mismo año el estallido de la guerra entre el Imperio de Venecia y el otomano terminó con el lucrativo comercio que hasta entonces había sido el sostén de las comunidades judías de ambos Estados. El tercero, que en 1647 Felipe IV declaró la bancarrota en Castilla y confiscó el capital de todos los préstamos adquiridos por su gobierno, la mayoría de ellos a banqueros judíos de Portugal. Todos se arruinaron. Y el cuarto y último, que en Ucrania los cosacos masacraron a miles de judíos (*véase capítulo 6*[54]).

Los desgarradores informes de todas estas catástrofes llegaron a Izmir (Esmirna), una próspera ciudad portuaria a cuya comunidad sefardita pertenecía un religioso estudiante llamado Sabbatai Zevi. Un día de 1648, mientras caminaba en solitaria meditación por las afueras de la ciudad, «escuchó la voz de Dios, que le hablaba: "Tú eres el salvador de Israel, el Mesías, el hijo de David, el ungido del Dios de Jacob, y tú estás destinado a redimir a Israel, a reunir a su pueblo disperso por las cuatro esquinas del mundo y llevarlo a Jerusalén."». Desde ese momento, según Sabbatai contaría más tarde a sus discípulos, «fue investido por el Espíritu Santo», y se sintió autorizado para comportarse de forma extravagante. Echó abajo la puerta de una sinagoga con una hacha en sabbat, preparó una ceremonia de bodas en la que se casó con la Torá, y pronunció repetidamente el prohibido *Tetragrammaton*. Esta flagrante desobediencia a las leyes judías llevó a los rabinos de Esmirna a declararlo loco y posteriormente, en 1651, enviarlo al exilio[55]. Sabbatai viajó entonces extensamente por Europa, Asia y África, viviendo en varias ciudades del Imperio otomano, hasta que su escandalosa conducta motivó su expulsión. Luego,

en mayo de 1665, en Hebrón, un joven cabalista llamado Nathan de Gaza transformó la situación al proclamar que Sabbatai era el verdadero Mesías.

Muchas cosas habían pasado desde que, dos décadas antes, Sabbatai afirmara ser el enviado de Dios. Él mismo se había casado con una refugiada de las masacres ucranianas, lo que le había hecho personalmente consciente de la catástrofe; un grupo de judíos portugueses exiliados en Esmirna había publicado una nueva edición de *Esperança de Israel* de Menasseh ben Israel; y la destrucción y el desplazamiento de la comunidad judía de Estambul tras el gran incendio de 1660 había despertado preocupación entre sus correligionarios en todo el Imperio otomano[56]. Entretanto, muchos cristianos calculaban a partir de un pasaje del Libro de la Revelación que el mundo se acabaría en 1666, y predecían que, inmediatamente antes, un líder carismático uniría a todos los judíos del mundo, arrancaría a Palestina del control musulmán, y luego se convertiría al cristianismo.

De modo que para 1665, muchos judíos y cristianos estaban predispuestos a aceptar la afirmación de Nathan de Gaza —difundida mediante sermones, cartas y una sorprendente serie de documentos falsificados— de que el por tanto tiempo esperado Mesías había llegado. La aclamación comenzó en Safed, el antiguo centro de estudios cabalísticos en aquel momento arruinado por la prolongada sequía, donde diez profetas y profetisas comenzaron a proclamar la condición mesiánica de Sabbatai. Gracias a las cartas intercambiadas entre eruditos judíos y grupos de estudio, la noticia se difundió rápidamente, y al poco tiempo, profetas y profetisas ya habían proclamado a Sabbatai como Mesías en Alepo, Esmirna, Edirne, Tesalónica y, sobre todo, Estambul, donde…

> … mujeres y hombres, jóvenes y doncellas, e incluso niños, proclamaban sus profecías en hebreo o en la lengua del *Zohar* […]. Caían al suelo como si les hubiera dado un ataque de epilepsia, echando espuma por la boca y retorciéndose, y proferían secretos cabalísticos en hebreo sobre muchas materias.

Su mensaje, hablaran en la lengua que hablaran, era siempre: Sabbatai Zevi es nuestro señor, nuestro rey y nuestro Mesías.

El escritor continuaba diciendo que, «dado el gran número de profetas y profetisas que surgieron en las ciudades de Anatolia, todos creyeron a pies juntillas que el fin del mundo había llegado», añadiendo apologéticamente para sus lectores futuros: «Éstos fueron sin duda hechos y maravillas milagrosas, como nunca los había habido desde el día en que se creó el mundo[57]». Los seguidores del nuevo Mesías tenían visiones en las que decían contemplar columnas de fuego sobre su cabeza, en tanto que los panfletos de Nathan de Gaza representaban a Sabbatai como el enviado de Dios, sentado en el trono de los reyes mientras los ángeles le colocaban la imperial «corona de Jerusalén» sobre la cabeza[58].

Para 1666, Sabbatai había conseguido ya un extenso apoyo. En África, los rabinos de Marruecos, Túnez y Libia se convirtieron en acérrimos partidarios suyos, y algunos de sus seguidores partieron hacia Jerusalén. Los informes de periódicos y panfletos despertaron un entusiasta apoyo hacia este movimiento en las comunidades judías de Europa, especialmente en Italia y la República holandesa (con los seguidores de Menasseh ben Israel al frente), en tanto que en Londres, Samuel Pepys informaba de que la comunidad judía «ofrece pagar diez libras como adelanto de cien, si cierta persona que ahora se encuentra en Smirna [Esmirna] es reconocida en estos dos años por todos los príncipes del Este, y especialmente el Gran Señor [el sultán], como rey del mundo […] y como el verdadero Mesías[59]». En Moscú, el propio zar Alejo escuchaba con atención mientras sus ministros le leían traducciones rusas de alrededor de dos docenas de panfletos y artículos de periódicos recibidos de Occidente, basados no sólo en cartas escritas por judíos, sino también en la correspondencia de comerciantes y misioneros europeos residentes en el Imperio otomano, deseoso de saber si el Día del Juicio estaba cerca[60].

Mientras, en Oriente Próximo, los devotos egipcios que habían conocido a Sabbatai, cuando éste vivía en El Cairo, elevaron la creencia en su misión al mismo nivel que la fe en la Torá. La comunidad judía de Yemen, tal vez en respuesta a la noticia del Mesías, entró resueltamente en el palacio del gobernador local para exigir que éste abdicara en favor de Sabbatai. Antes de salir de Esmirna para Estambul, en febrero de 1666, el nuevo Mesías no sólo llevó a cabo «milagros» (al menos según los exageradamente efusivos informes distribuidos por Nathan de Gaza y otros), sino que también nombró a varios de sus principales creyentes para que gobernaran determinadas regiones como reyes, bajo la supervisión general de sus dos hermanos, uno a cargo del mundo islámico y otro de la cristiandad, lo que constituye un significativo recordatorio de que las afirmaciones de Sabbatai poseían una dimensión política además de religiosa[61].

Según un testigo occidental que se encontraba en Estambul, en ese momento en toda la comunidad judía «la conversación empezó a girar sobre la guerra [en Creta] y el inminente establecimiento del Reino de Israel, la caída de la Media Luna y de todas las cabezas coronadas de la cristiandad»; y cuando llegó Sabbatai, muchos «experimentaron tal éxtasis de alegría, que resulta difícil de comprender si uno no lo hubiera visto con sus propios ojos». Como cabía esperar, el gran visir encarceló a Sabbatai casi de inmediato. No obstante, la histeria colectiva continuó, y los judíos de la capital siguieron ayunando y rezando en lugar de trabajar y pagar impuestos[62].

Obviamente, las autoridades musulmanas no podían permitir que esta situación continuara. En septiembre de 1666, el Consejo del sultán puso a Sabbatai frente a una cruda disyuntiva: la de ejecutarlo (y, según algunas fuentes, también a todos sus seguidores) a menos que probara inmediatamente mediante algún milagro que él *era* el Mesías, o si no, tenía que convertirse al islam. Sabbatai eligió lo segundo. Apostató y vivió como pensionista

del sultán hasta su muerte, una década más tarde; con todo, algunos de sus seguidores mantuvieron su fe: hasta el siglo XIX, en Europa del Este, los *frankistas*, aunque en apariencia católicos, continuaron considerando a Sabbatai como el Mesías, así como los *dönme* (que significa «conversos» en turco), en algunas partes de Grecia y Turquía. Para la mayoría de sus discípulos, sin embargo, la apostasía acabó con el atractivo de Sabbatai, y puso un abrupto punto y final al «movimiento mesiánico más importante del judaísmo desde la destrucción del Segundo Templo[63]».

El punto de inflexión

El período de quince años durante el que Köprülü Fazil Ahmed ocupó el cargo de gran visir, uno de los más largos de la historia, no sólo fue testigo de la vuelta a la estabilidad de Estambul, sino también de importantes adquisiciones territoriales. En primer lugar, él lideró la invasión de Hungría y capturó varias fortalezas antes de conseguir una ventajosa tregua con los Habsburgo austríacos; a continuación se unió a los soldados de las trincheras de Creta, hasta que en 1669 obligó a las últimas guarniciones venecianas a rendirse. La isla entera pasó entonces a formar parte del Imperio otomano, y así permaneció hasta 1898. Tras estas victorias, Fazil Ahmed emprendió tres campañas contra Polonia, una de ellas encabezada por el sultán en persona, forzando a la Mancomunidad a ceder partes de Ucrania y extendiendo las fronteras del Imperio hasta sus límites máximos. Llegó incluso a conseguir equilibrar el presupuesto público. En 1675, para celebrar todos estos éxitos, Mehmed IV y su gran visir llevaron a cabo «una cuidadosamente orquestada exhibición de esplendor y prodigalidad dinástica» de quince días de duración[64].

Pocos observadores de la «exhibición» del sultán hubieran podido imaginar que doce años más tarde un motín de sus tropas lo obligaría a abdicar. El proceso se inició aquel mismo año, uno de

los dos «años sin verano» del siglo XVII, que inauguró un período de inviernos intensamente fríos y primaveras inusualmente secas. Una importante erupción del monte Etna en 1682 redujo al parecer la producción de los cultivos en todo el este del Mediterráneo y dio lugar a un invierno especialmente frío y una primavera inusualmente húmeda[65]. Fazil Ahmed no tuvo que enfrentarse a estas dificultades, dado que murió en 1676, sucediéndole como gran visir su cuñado Merzifonlu Kara Mustafá («el Mustafá Negro de Merzifon»), quien casi inmediatamente emprendió una campaña en Ucrania en un intento por rentabilizar las ganancias de su predecesor. Una vez conseguido su propósito, selló un favorable acuerdo en 1681 —el primer tratado oficial entre el sultán y el zar—. El gran visir también encargó un meticuloso estudio del nuevo territorio ucraniano (aunque la devastación de la guerra queda reflejada en el hecho de que de los 868 asentamientos estudiados, sólo 277 estaban todavía habitados). Dos años más tarde, los otomanos rechazaron la oferta de los Habsburgo austríacos de renovar la tregua entre los dos imperios, pese a la negativa del *s, eyhülislam* a autorizar una declaración de guerra. En lugar de ello, animado por Vani Mehmed Efendi, todavía el predicador más influyente del Imperio, Merzifonlu Kara Mustafá preparó una campaña para conquistar Viena, la capital de los Habsburgo[66].

La campaña empezó mal desde el principio. Las inusualmente intensas nevadas invernales y lluvias primaverales retrasaron el avance del ejército imperial, que no llegó a Viena hasta el 14 de julio de 1683. Su guarnición consiguió por tanto resistir hasta que las tropas polacas, resentidas por sus pérdidas ante los otomanos, encabezaron una carga que no sólo liberó a la ciudad, sino que causó numerosas bajas entre los sitiadores. Mehmed IV hizo ejecutar a Merzifonlu Kara Mustafá y exiliar a Vani, pero ya era demasiado tarde: las fuerzas otomanas destacadas en Hungría se replegaron, mientras los venecianos ejecutaban su ven-

ganza por la pérdida de Creta tomando varios puestos de avanzada otomanos en la costa adriática. Entonces, el crudo invierno de 1686-1687 hizo que el Cuerno de Oro se congelara, tras lo cual Estambul pasó siete meses sin lluvias. La tesorería central gastó más de 900 millones de *akçes* y apenas ingresó 700 millones, un déficit que provocó una escasez de provisiones en el ejército destacado en Hungría —pese a tener que soportar un verano excepcionalmente lluvioso— y en septiembre de 1687 se amotinó, desafiando las órdenes de pasar el invierno en Belgrado, dirigiéndose en lugar de ello a Estambul, donde forzaron a Mehmed IV a abdicar: el quinto derrocamiento forzoso de un sultán en sesenta años. En 1699, justo después de que el Cuerno de Oro se congelara por tercera vez en un siglo, los otomanos firmaron la Paz de Karlowitz, por la que cedían la mayor parte de Hungría a los Habsburgo y algunas partes de Grecia a los venecianos, lo que marcó el primer repliegue territorial importante del Imperio en casi tres siglos[67].

La dimensión de estas derrotas no debe exagerarse. Después de todo, en el crucial año de 1683, el ejército otomano llegó a las puertas de Viena, la capital de los Habsburgo, mientras que ningún ejército cristiano amenazó Estambul hasta el siglo XX. Por otra parte, los otomanos mantuvieron el control de todas sus demás posesiones europeas, incluida Creta. No obstante, la velocidad a la que se evaporaron las ganancias y la estabilidad de la era Köprülü requiere una explicación. Por un lado, Viena quedaba en el límite exterior del verdadero *Aktionsradius* del Estado otomano: aun si el clima hubiera permitido a las tropas del sultán llegar antes aquel año y conquistar la capital de los Habsburgo en 1683, parece improbable que hubieran podido mantenerla frente a un enérgico contraataque cristiano. Por otro, aunque los Köprülü ayudaron al Estado otomano a recuperarse de la bancarrota de mediados de la década de 1650, no consiguieron acumular una reserva importante en la tesorería central. Es cierto

que los sobornos pagados por los ministros a cambio de nombramientos y la confiscación de sus fortunas cuando eran destituidos aportaban ganancias inesperadas; pero esto jamás pudo compensar la reducida entrada de impuestos procedentes del despoblado centro del Imperio. Otras provincias también sufrieron las consecuencias de la crisis de mediados del siglo XVII. En Egipto, aquejado por la peste y la sequía en la década de 1640, se desató una intensa lucha de poder entre dos facciones, una apoyada por algunas unidades de la guarnición reclutada en los Balcanes y Anatolia, y la otra por las tropas reclutadas en las provincias árabes del Imperio. Estas facciones rivales mantuvieron dividida la sociedad egipcia durante más de un siglo[68].

Por otra parte, la Pequeña Edad de Hielo parece haber golpeado las tierras en torno al Mediterráneo oriental con especial virulencia. La mayoría de las áreas sufrió sequías y epidemias de peste durante la década de 1640, 1650 y de nuevo en la de 1670, mientras que el invierno de 1684 fue el más húmedo registrado en el Mediterráneo durante los pasados cinco siglos, y los inviernos de finales de la década de 1680 fueron al menos 3 °C más fríos que los actuales. En 1687, un cronista de Estambul informaba: «Este invierno ha sido de una crudeza que no se había visto en mucho tiempo. Durante cincuenta días, los caminos estuvieron cerrados y la gente no pudo salir al exterior. En ciudades y pueblos, la nieve dejó enterradas muchas casas». En los jardines de la ciudad, «limoneros, naranjos, granados, higueras y árboles florales se marchitaron», en tanto que en las inmediaciones del Cuerno de Oro, la nieve «llegaba a la gente a la cabeza». Al año siguiente, las inundaciones destruyeron las cosechas en torno a la zona de Edirne, arruinando las fincas que generalmente abastecían de comida a la capital imperial[69].

En todo caso, la combinación de la adversidad climática con la ineptitud humana en el Imperio otomano había sido mucho peor en las décadas de 1640 y 1650, y, sin embargo, no se perdió

ningún territorio frente a las potencias cristianas hasta 1683 (por el contrario, conquistaron Creta). El relativamente tardío «punto de inflexión» parece haber sido sobre todo consecuencia de un cambio en el equilibrio militar entre los otomanos y sus enemigos. A principios del siglo XVII, los principales Estados occidentales desplegaron la mayoría de sus recursos en otros lugares: los Habsburgo luchaban en Alemania (1618-1648); España contra la República holandesa y Francia (1621-1659); Polonia contra los cosacos, Suecia y Rusia (1621-1629, 1632-1634, 1648-1667). Estas luchas intestinas europeas permitieron a los otomanos no sólo conseguir conquistas en Occidente, sino también derrotar a Irán. El fin de las guerras domésticas de la cristiandad significó que la ofensiva contra Occidente de Merzifonlu Kara Mustafá en 1683 desencadenara una respuesta mucho más efectiva.

Por otra parte, las guerras europeas dieron lugar a tres importantes avances tecnológicos que los otomanos imitaron con dificultad, en el mejor de los casos. En primer lugar, en el mar, Occidente desplegó veleros de guerra capaces de disparar andanadas que por lo general podían destruir cualquier galera a remo sin problema; y los otomanos demostraron ser incapaces de construir galeones que los igualaran. Segundo, en tierra, los europeos construyeron fortalezas de enorme sofisticación, y al mismo tiempo desarrollaron unas técnicas de asedio capaces de conquistar prácticamente cualquier fortaleza otomana: muy pocas de las plazas fortificadas capturadas a partir de 1683 en Hungría y el Adriático volvieron nunca al control otomano. Por último, los europeos habían desarrollado descargas masivas de mosquetería y bombardeos de artillería con un impacto mucho mayor en batalla, cuyo uso empezó a hacerse entonces mucho más común. Entre 1520 y 1665 en Hungría tuvieron lugar únicamente tres batallas, de las que los otomanos tan sólo perdieron una, en comparación con las quince batallas habidas entre 1683 y 1699, de las que los otomanos perdieron once. El Imperio, como en otras

ocasiones, demostró ser un buen imitador, y su cuerpo de jenízaros consiguió adaptar la técnica de la «andanada» de sus enemigos occidentales, pero no supo innovar. El «declive» del Imperio otomano fue más relativo que absoluto: al final consiguió recuperarse de la crisis de mediados del siglo XVII, pero sus rivales europeos lo hicieron más rápida y completamente.

8

Las lamentaciones de Alemania y sus vecinos, 1618-1688[1]

La alargada sombra de la guerra de los Treinta Años

En 1962, el gobierno regional de Hessen envió un cuestionario en el que pedía a los encuestados que colocaran, por orden, las «siete mayores catástrofes» sufridas jamás por Alemania. La mayoría de los encuestados mencionaba la Peste Negra, la derrota en la segunda guerra mundial y el Tercer Reich, pero la guerra de los Treinta Años encabezaba la lista. Es fácil comprender por qué: la pérdida y desplazamiento de personas fue proporcionalmente mayor que en la segunda guerra mundial, la devastación material y cultural causada fue casi de iguales dimensiones, y tanto la catástrofe en sí como sus secuelas duraron mucho más tiempo. Sin embargo, Alemania no sólo sufrió estas desgracias, sino que también las exportó a sus vecinos. Gran Bretaña, Dinamarca, la República holandesa, Francia, Polonia, Suecia, la Confederación Suiza y varios estados del norte de Italia, todos se vieron de algún modo implicados en la guerra de los Treinta Años, y en cada uno de los casos dicha implicación generó una crisis económica y política, y casi un colapso del Estado. Helmut G. Koenigsberger tenía razón al sugerir que el conflicto que comenzó en Bohemia en 1618 y finalizó en 1648 equivalió a una «guerra civil europea[2]».

Dentro de las fronteras del Sacro Imperio Romano Germánico (que incluía a la práctica totalidad de las actuales Alemania y Austria, así como Eslovenia, la República Checa y zonas de la Polonia occidental y el este de Francia), vivían unos 20 millones de personas[3]. Aunque su población era casi la misma que la de

Francia, mientras que en Francia gobernaba un solo soberano, la autoridad pública del Imperio estaba dividida entre unos 1300 soberanos territoriales. En el vértice se encontraban los siete electores (*Kurfürsten*) que se reunían periódicamente para elegir a cada nuevo emperador: los arzobispos de Maguncia, Colonia y Tréveris (que gobernaban pequeños estados de Renania); los electores de Sajonia y Brandeburgo y el rey de Bohemia, los cuales gobernaban grandes territorios más hacia el este; y el elector palatino, que gobernaba tanto los territorios del Bajo Rin como los de la frontera de Bohemia. En conjunto, los siete electores gobernaban casi una quinta parte de la población del Imperio, y en las reuniones de la Dieta imperial (Reichstag) constituían el más prestigioso de sus tres «colegios». Los príncipes religiosos, que gobernaban en cincuenta feudos, junto con sus colegas laicos, que gobernaban en otros 33, formaban el segundo colegio de la Dieta; en tanto que aproximadamente cincuenta «ciudades imperiales libres», la mayoría de ellas en el sur y el oeste de Alemania, integraban el tercero. Unos mil soberanos de menor rango, tanto laicos como seglares, la mayoría del sur y del oeste, regían el resto de Alemania, pero carecían de representación directa en la Dieta.

La geografía política del Imperio presentaba por tanto sorprendentes disparidades. Mientras que sólo cuatro estados, todos ellos protestantes (Brandeburgo, Sajonia, Pomerania y Mecklemburgo), dominaban los escasamente poblados norte y noreste de Alemania, los más populosos sur y oeste incluían una multitud de entidades políticas menores, algunas protestantes, pero la mayoría católicas. Suabia, por ejemplo, con un territorio de unos 26 000 kilómetros cuadrados, justo al norte de Suiza, estaba fragmentada entre 68 señores seglares, 40 señores religiosos y 32 ciudades estado. Entre éstas, Wurtemberg (el estado más grande de Suabia) contaba con 400 000 súbditos; pero algunas de sus vecinas se limitaban a un solo municipio. Por otra parte,

dado que la Constitución imperial permitía a los soberanos determinar la religión de sus súbditos, Wurtemberg era incondicionalmente luterana, mientras que la mayoría de sus vecinas eran igual de incondicionalmente católicas.

En todo el Imperio, estos soberanos, grandes y pequeños, luchaban por reforzar su independencia. Por un lado, crearon escuelas y universidades para formar (algunos dirían «adoctrinar») a clérigos y profesores que siguieran fielmente la religión del estado. Por otro lado, también crearon barreras arancelarias destinadas a proteger la producción local además de generar ingresos: por ejemplo, un barco que transportara mercancía a lo largo del río Elba, entre Hamburgo y Praga (a unos quinientos kilómetros de distancia) tenía que pagar peaje en treinta puntos de control, en tanto que uno que navegara por el Rin, entre Maguncia y Colonia (a poco más de 170 kilómetros de distancia) tenía que pagar once veces. Además, algunos señores alemanes gastaban grandes cantidades en defensa (tanto fortificando sus ciudades como reclutando unidades militares), algunos formaban una alianza confesional (la Unión Protestante a partir de 1608, la Liga Católica a partir de 1609), y todos buscaban independencia financiera. Maximiliano, soberano de Baviera desde 1598 a 1648, no ocultaba sus ambiciones. «Creo que nosotros los príncipes sólo nos ganamos el respeto, tanto de los poderes espirituales como de los seglares, en función de una "razón de Estado" —escribió al comienzo de su reinado, y añadía—: Y creo que sólo los que tienen muchas tierras o mucho dinero consiguen ese respeto[4]». Durante las siguientes dos décadas, duplicó sus ingresos fiscales y los utilizó para construir fortificaciones modernas, financiar la Liga Católica y crear una tesorería de guerra de cuatro millones de táleros.

Pese a estos impresionantes logros, Maximiliano no era un príncipe independiente: al igual que todos los demás soberanos alemanes debía obediencia al sacro emperador romano, un pues-

to ocupado desde mediados del siglo XV por uno de los archiduques Habsburgo de Austria. Los Habsburgo también ocupaban los tronos electos de Hungría y Bohemia; pero en todos estos territorios, a diferencia de Alemania, las asambleas de representantes («Estados») habían obligado a sus soberanos a conceder la tolerancia religiosa a sus vasallos. De hecho, en 1609, los Estados de Bohemia consiguieron arrancar la Carta de Majestad al rey emperador Rodolfo II, un edicto que garantizaba plena tolerancia religiosa en todo el Reino, y a continuación crearon una comisión permanente, conocida como «los Defensores», para garantizar que todas las concesiones entraban en vigor. Rodolfo y su sucesor, Matías, contraatacaron sustituyendo a los funcionarios protestantes por otros católicos, a menudo extranjeros o ciudadanos con formación en leyes recién ascendidos a la nobleza: ambos grupos se convertían en acérrimos defensores de la Corona y, a cambio, la Corona los cubría de recompensas y cargos. Las cosas alcanzaron un punto crítico en el invierno de 1617-1618, cuando Matías, apoyado por su «heredero designado», el archiduque Fernando, ordenó a sus regentes en Praga que prohibieran el uso de fondos católicos para pagar a ministros protestantes, negaran puestos públicos a todos los no católicos y, lo más incendiario de todo, prohibieran el culto protestante en todos los municipios edificados en terrenos de la Iglesia. Los Defensores decidieron que estas medidas contravenían la Carta de Majestad y convocaron a los Estados de Bohemia para reunirse en asamblea en Praga en mayo de 1618. Entretanto, los protestantes excluidos del poder avivaron polémicas en las que criticaban «la mezquindad, la insidia y la envidia» de la corte dominada por los católicos[5].

La primavera de Praga

Las insólitas condiciones de frío y humedad arruinaron las cosechas de 1617 y 1618 en toda Europa central, de manera que la tensión económica ya era alta para cuando los Estados de Bohe-

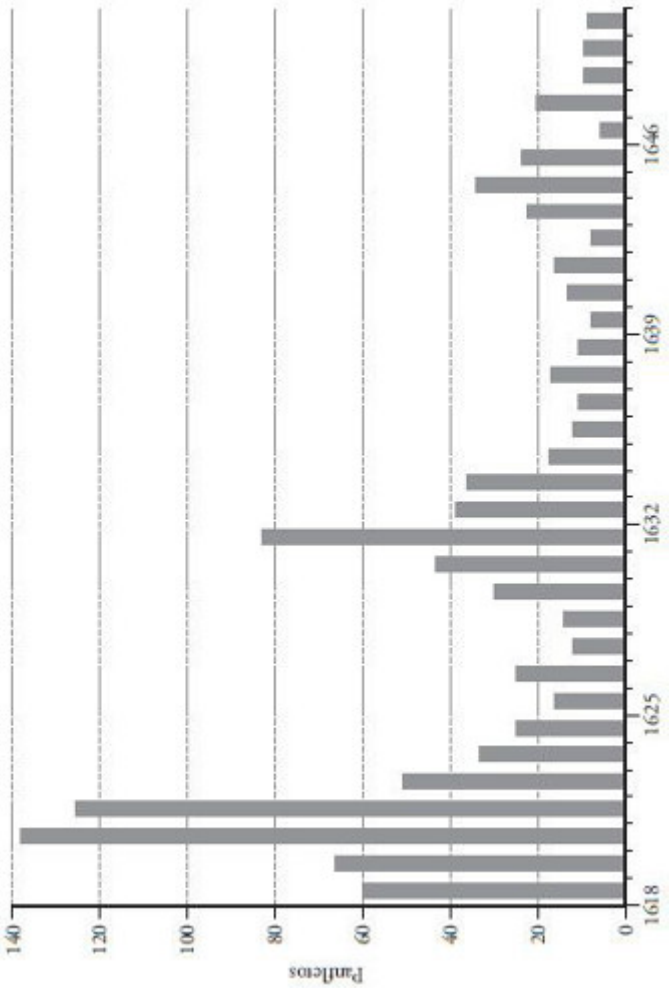
mia se reunieron. Polyxena Lobković, la intuitiva esposa del canciller de Bohemia (y acérrima católica), predijo: «Las cosas estaban llegando rápidamente a un punto en el que o bien los papistas tenían que arreglar sus cuentas pendientes con los protestantes, o los protestantes lo harían con los papistas[6]». En seguida se vio que tenía razón. Cuando el Consejo de Regencia declaró ilegal la reunión en asamblea de los Estados, en mayo de 1618, los Estados invadieron la cámara donde celebraban sus reuniones y lanzaron a dos consejeros junto con su secretario desde una ventana muy alta, hecho que daría en llamarse la Defenestración de Praga. A continuación instauraron un gobierno provisional —ni uno solo de sus miembros había ocupado ningún cargo bajo la Monarquía— y comenzaron a reclutar un ejército, preparándose para el inevitable contragolpe Habsburgo.

Las tensiones religiosas habían alcanzado un punto álgido en Alemania, alimentadas por las celebraciones protestantes de 1617 en conmemoración del primer centenario del exitoso desafío de Martín Lutero al papado. Hans Heberle, un zapatero que vivía cerca de Ulm, una ciudad habitada por católicos y protestantes, anotaría más adelante en su diario: «Este jubileo se convirtió en una de las causas de la guerra», porque enfrentó a protestantes y católicos alemanes. De hecho, periódicos, panfletos y sermones luteranos empezaron a instar a una cruzada inmediata contra Roma, centro de idolatría, sodomía y otros «vicios», en tanto que los católicos respondieron con indignados llamamientos a un «contrajubileo», dedicado a la abolición de las «herejías». De las imprentas no paraba de salir un aluvión de panfletos y periódicos incendiarios (*figura 15*[7]).

Los Estados de Bohemia se apresuraron a sacar provecho de estas tensiones, pidiendo ayuda militar y financiera a la Unión Protestante alemana; pero aunque la Unión reunió un ejército de 11 000 hombres «para proteger la libertad y la ley» y «mantener nuestra religión como verdaderos patriotas», se negó a des-

plegarlos fuera de Alemania[8]. A continuación, en marzo de 1619, la muerte de Matías provocó una doble crisis de sucesión, una como rey de Bohemia y otra como sacro emperador romano, dado que ambos eran cargos electivos. El 25 de agosto de 1619, pese a que previamente habían reconocido a Fernando «designado del rey», los Estados de Bohemia eligieron como nuevo soberano al elector Federico del Palatinado, que era el jefe militar de la Unión Protestante alemana, además de yerno de Jacobo I de Inglaterra y sobrino de Mauricio de Nassau, la figura dominante en la República de Holanda.

Si este trascendental hecho se hubiera producido sólo un poco antes, habría afectado a la elección del siguiente sacro emperador romano, porque el rey de Bohemia era uno de los siete electores. En cambio, en cuanto todos los electores (o sus representantes) hubieron llegado a Fráncfort del Meno, la ciudad, siguiendo la costumbre, quedó sellada para que nadie pudiera entrar ni salir legalmente. De modo que el 28 de agosto de 1619, cuando Fernando fue elegido unánimemente emperador, ni él ni sus colegas sabían que, a unos quinientos kilómetros, en Praga, éste había sido depuesto como rey de Bohemia.



15. Ritmo de publicación de panfletos en Alemania, 1618-1650. La colección de panfletos Gustav Freytag, en Fráncfort, contiene más de mil ejemplares impresos entre 1610 y 1650, con grandes picos en 1618-1622 (40 por ciento del total) y de 1629 a 1633 (20 por ciento). El primer pico, predominantemente católico, se centró en la revuelta de Bohemia y la intervención de Federico del Palatinado, y el segundo, casi enteramente protestante, reflejaba las esperanzas suscitadas por la intervención de Suecia en la guerra.

El peligro creado por esta doble elección se evidenció inmediatamente. «Que todo el mundo se prepare para una guerra de veinte, treinta o cuarenta años», escribió proféticamente un comentarista de Fráncfort, porque «los españoles y la casa de Austria se lo jugarán todo para recuperar Bohemia [...] antes que permitir que su dinastía pierda el control sobre ella tan vergonzosamente». Pocos días después, un diplomático británico advertía en este mismo sentido de que «este asunto de Bohemia va a poner a toda la cristiandad patas arriba». Si la causa bohemia se «descuidaba y en consecuencia se suprimía», predecía, los protestantes alemanes «soportarán la carga de un ejército victorioso[9]».

Federico del Palatinado, de veintitrés años de edad, tenía en ese momento el destino de Europa en sus manos: ¿aceptaría la corona que le ofrecían los Estados de Bohemia o no? Varios de sus consejeros argumentaron que permitir que la causa bohemia fracasara abriría el camino a que los Habsburgo concertaran un ataque contra los protestantes en toda Europa. Otros asesores veían el asunto en términos providenciales, y sostenían que dado que la causa bohemia era justa, Dios despejaría todos los obstáculos. Este argumento pareció convencer a Federico: la oportunidad «es una llamada divina que no debo desobedecer. Mi único fin es servir a Dios y a su Iglesia», le confió a su esposa, y en noviembre de 1619, dieciocho meses más tarde de la Defenestración, viajó a Praga para ser coronado[10]. Entretanto, sus partidarios pusieron sitio a Viena, la capital de Fernando.

Este hecho marcó la suerte de Federico. Al mes siguiente, las disputas entre sus comandantes le obligaron a abandonar el asedio de Viena, un hecho que Fernando y sus partidarios interpretaron como inequívoca señal del favor divino hacia su causa, en tanto que el duque Maximiliano de Baviera prometió ayudar a Fernando a derrotar a sus súbditos rebeldes. A cambio, Fernando prometió reembolsarle a Maximiliano todos los gastos militares y concederle cualquiera de las posesiones de Federico que pudie-

ra conseguir para sí (incluido, en caso de una victoria total, el título de elector de Federico). La Liga Católica autorizó a Maximiliano a reclutar 25 000 hombres y al verano siguiente este nuevo ejército (entre cuyos muchos insignes voluntarios se encontraba René Descartes) invadió Bohemia.

Las tropas de Federico se replegaron hasta que en noviembre de 1620 protagonizaron una desesperada resistencia en la batalla de Montaña Blanca (*Bílá Hora*), a las mismas puertas de Praga. El combate duró sólo dos horas y «la pérdida de soldados no fue muy desigual», pero, como un diplomático inglés que se encontraba allí señaló:

> La pérdida de cañones, bagaje y reputación otorga la victoria a los imperiales que, al parecer, ahora tienen Bohemia en su poder. Y, si por petición se otorga un nuevo estatuto, será sólo la ley del conquistador la que amablemente pedirá cuentas a la religión [protestante] de lo que tienen y lo pondrá a buen recaudo para que desde ya sepan cuál es su nueva situación[11].

Federico, a quien los polemistas católicos cruelmente apodaron *el Rey de Invierno*, dado que su reinado apenas duró un año, se apresuró a huir de Praga, mientras las tropas católicas invadían y ocupaban sus territorios alemanes.

Fernando sacó inmediatamente provecho a su ventaja. Aprobó la ejecución de casi treinta cabecillas, y condenó a unos seiscientos más a perder sus tierras, que rápidamente vendió para pagar a sus tropas. Fue, en palabras de Peter Wilson, «la mayor transferencia de tierras acontecida en Europa con anterioridad a las incautaciones comunistas llevadas a cabo a partir de 1945[12]». Esta imposición de «la ley del conquistador» a la élite del Reino, aunque brutal, afectó relativamente a pocos; pero hubo otra iniciativa que sí afectó a casi todo el mundo. Aunque sus fuerzas habían alcanzado la victoria con relativa rapidez, el coste de la campaña superó con mucho los fondos disponibles de Fernando. De modo que autorizó a un consorcio de sus acreedores a acuñar moneda devaluada y la utilizó para pagar sus deudas. Los soberanos de muchos estados vecinos siguieron este ejemplo e instala-

ron expresamente nuevas casas de moneda para producir piezas más baratas, causando una inflación galopante conocida como la *Kipper-und Wipperzeit* («Era del Sube y Baja») en gran parte de la Europa central. Entretanto, algunos de los partidarios de Federico siguieron luchando, impidiendo que Fernando desmovilizara a sus tropas. En Wurtemberg, un cronista escribió, en referencia a 1622: «Este año no puede describirse suficientemente, por lo desdichado y dañino que fue», no sólo por «los asesinatos, robos e incendios, el alojamiento de soldados a quienes la gente estaba obligada a atender con todos los medios a su alcance y la imposición de los costes de la guerra», sino también porque «ya no se podía comerciar con dinero, sólo mediante el trueque». Los sueldos de algunos trabajadores de las ciudades descendieron a la mitad entre 1619 y 1621, y volvieron a hacerlo en 1623, lo que provocó disturbios en varias ciudades del centro de Europa. Un panfleto afirmaba: «Los últimos días que Cristo profetizó ya han llegado». Para cuando Fernando decretó en 1624 la vuelta de las monedas a sus antiguos valores, muchas familias habían perdido ya el 90 por ciento de sus ahorros. Incluso una década más tarde, el exiliado bohemio Pavel Stránský recordaba el *Kipper-und Wipperzeit* como la etapa más traumática de su vida[13].

Los efectos de la devaluación se sintieron mucho más allá de Alemania, dado que el coste de los productos manufacturados allí se redujo tan drásticamente que nadie compraba artículos importados. De este modo, el número de paños de lana exportados al continente desde Londres cayó de más de 100 000 en 1618 a 75 000 en 1622, e incluso esta cantidad no produjo beneficios porque «las monedas se han hecho tan variables que cuando un comerciante ha vendido su paño con la esperanza de haber ganado algo de esa venta, para cuando expira el pago, recibe un valor menor que el que cuestan los paños», debido a la devaluación. Al mismo tiempo, las importaciones extranjeras baratas inundaron el mercado inglés reduciendo la demanda doméstica de produc-

tos nacionales. Según un economista de la época, la recesión hizo que los ingleses se volvieran «poco previsores y descuidados [...], abandonándose a la pipa y la bebida, de una manera descontrolada, inhalando humo [de tabaco] y empinando el codo hasta que la muerte venga a llevárselos[14]».

Otros socios comerciales de Alemania también sufrieron a causa de la decisión de Fernando y sus vecinos de devaluar la moneda. En Italia, la reducción de la demanda y las bruscas fluctuaciones de la moneda en Europa central arruinaron a muchos comerciantes (y, por tanto, a los que trabajaban para ellos). La Lombardía española, cuya economía dependía en gran medida de la demanda alemana, sufrió un duro revés: entre 1618 y 1622, el desempleo en la capital se elevó al 50 por ciento; el comercio de Cremona (un centro de producción textil) descendió en un 90 por ciento; y la cantidad de moneda emitida por la Casa de la Moneda de Milán cayó en un 97 por ciento. En el Nápoles español, donde las malas cosechas de 1619, 1620 y 1621 coincidieron con órdenes de Madrid de enviar dinero para ayudar a Fernando, el virrey permitió a los bancos públicos de la ciudad emitir papel moneda para cubrir la salida de metálico. Si conservaron su solvencia fue sólo porque el virrey les permitió negarse a pagar ninguna nota de crédito de valor superior a diez ducados. Los valores de las propiedades urbanas y rurales descendieron a la mitad y la economía del Reino iba agotándose. Según una frase bíblica empleada por un economista napolitano de la época, «en 1623 empezaron siete años de vacas flacas[15]».

La crisis de la República holandesa

Mientras, en la República holandesa, estuvo a punto de estallar una guerra civil. La conclusión de la Tregua de los Doce Años con España, en 1609, desencadenó profundas tensiones domésticas que hasta entonces habían estado refrenadas por el esfuerzo común de la guerra. Ni la historia ni la tradición unían a

las siete «Provincias Unidas» que integraban la República. Frisia y Güeldres habían pasado gran parte del siglo XV luchando contra Holanda y Zelanda, teniendo a Groninga, Overijssel (Transisalania) y Utrecht como premio a la vez que como campo de batalla. Todas conservaban sus leyes y derechos locales intactos, e incluso hablaban lenguas diferentes: holandés en las provincias occidentales, frisón en Frisia, y neerlandés oriental o alemán en las provincias del este. La complejidad religiosa de la República era todavía mayor. «Tras haber consultado a la población local», un observador extranjero calculaba que «la población de estas provincias podría dividirse en tres partes más o menos iguales»: un tercio era calvinista; otro tercio, católico; y el resto, anabaptistas, luteranos, judíos, miembros de alguna otra «secta» o ateos. El modelo de distribución no era uniforme. Por ejemplo, los anabaptistas constituían más de la mitad de la población en algunas áreas de Frisia y alrededor de una décima parte de la provincia en total; mientras que casi una décima parte de los 20 000 habitantes de Róterdam era católica, el resto pertenecía a una de las otras diez religiones o a ninguna[16].

La casa de Orange-Nassau proporcionaba cierto grado de cohesión. El conde Mauricio de Nassau (príncipe de Orange a partir de 1618) servía como capitán general del ejército confederado y estatúder (*stadhouder*) de cinco provincias, mientras que su primo gobernaba en las otras dos. Ciertas instituciones también servían a toda la Unión —el Consejo de Estado (para asuntos militares), la Junta del Almirantazgo y la Oficina de Auditoría —, pero el poder ejecutivo radicaba en las asambleas respectivas (*Staten* o Estados) de las siete Provincias Unidas, cada una de las cuales enviaba delegados a los Estados Generales. Este órgano central mantuvo un tamaño sorprendentemente pequeño, contabilizando rara vez más de doce diputados (y a menudo sólo cuatro o cinco), debido a que la mayoría de las decisiones (incluidas las relacionadas con la guerra, la paz o los nuevos impuestos) re-

querían la ratificación de las asambleas de las siete provincias. Lógicamente, en muchas ocasiones la unanimidad resultaba difícil (y a veces imposible) de conseguir; pero hasta 1618 prevalecieron por lo general las opiniones de Holanda, que aportaba casi dos tercios de los ingresos fiscales de la Unión.

Conseguir el consentimiento de cada asamblea provincial requería mucho tiempo y paciencia, porque incluso allí los delegados podían resolver poca cosa sin consultar con sus «directores»: los magistrados de cada municipio importante y la nobleza local. Los Estados de Holanda (por ejemplo) sólo podían debatir sobre una agenda de asuntos que antes habían circulado entre los magistrados de dieciocho municipios y el representante de los nobles de la provincia. Este requisito confería gran influencia a su principal cargo público, Johan Van Oldenbarnevelt, encargado de preparar la agenda de cada reunión y conducir los debates. Aunque los Estados de algunas otras provincias demostraron ser más dóciles, sus decisiones no dejaban de implicar no obstante a un gran número de miembros de la élite local. En total, alrededor de 2000 magistrados (conocidos como «regentes») de 57 municipios, más numerosos nobles, participaban directamente en el proceso de toma de decisiones de la República. Aun sin ser «democrático» para los estándares actuales, podría decirse que prácticamente ningún otro Estado importante de principios de la Edad Moderna contaba con una participación tan alta en la política nacional.

Con tantos protagonistas en la toma de decisiones, las fricciones eran frecuentes, especialmente respecto a asuntos importantes, como las finanzas, la religión y la política exterior. Holanda, por ejemplo, solía mostrarse a favor de la paz con España porque la guerra era cara y Holanda pagaba más en concepto de impuestos que todas las demás provincias juntas. Su vecina del sur, Zelanda, en cambio, solía oponerse a la paz con España, porque la provincia sacaba provecho de la piratería a costa de España y de

los ingresos generados por los peajes y pasaportes necesarios para comerciar con el enemigo. El clero calvinista también era fervientemente partidario de la guerra con el «archienemigo» católico, para lo cual no sólo se valía de los púlpitos, sino de sus contactos con algunos regentes (con frecuencia sus hermanos, sobrinos o padres) para sabotear las iniciativas de paz. Por último, la mayoría de los que habían huido de la persecución católica en Flandes y Brabante se oponían también a cualquier acuerdo con aquellos que los habían empujado al exilio.

Los debates de 1607-1609 sobre si firmar o no la paz con España polarizaron a estos diferentes grupos. Por un lado estaban los regentes de Holanda y Utrecht, encabezados por Van Oldenbarnevelt, que quería la paz con el exterior y una cierta tolerancia religiosa dentro del país. Éstos se enfrentaban a una coalición formada por Zelanda y otros territorios que obtenían beneficios de la guerra, a la mayoría de los ministros calvinistas y a la mayoría de los inmigrantes del sur, apoyados por Mauricio de Nassau (quien se exponía a perder gran parte de su influencia y clientelismo una vez la República desmovilizara sus fuerzas armadas). Estas divisiones se agudizaron todavía más una vez iniciada la tregua, debido a una controversia entre dos teólogos calvinistas de la Universidad de Leiden: Francisco Gomar, un refugiado de Flandes, predicaba que el destino espiritual de todas las personas había sido determinado en el principio de los tiempos, mientras que Jacobo Arminio, un holandés, sostenía que las elecciones individuales que uno tomaba en la vida afectaban a su posibilidad de salvación. Estos temas sobre la salvación suscitaron una encarnizada guerra de panfletos, llegándose a publicar casi doscientos en 1617 y más de trescientos en 1618. Alarmado por los ataques a los arminianos, los Estados de Holanda aprobaron una resolución en virtud de la cual se autorizaba a cada municipio a reclutar unas milicias especiales (conocidas como *waardgelders*) para mantener la ley y el orden cuando fuera necesario, y las instaba a

obedecer las órdenes emitidas por el municipio en el que habían sido reclutadas. Mauricio, que apoyaba claramente a los gomaristas, calificó estas medidas como una «afrenta a la verdadera religión reformada y a nuestra persona» (dado que como capitán general todas las tropas de la República le debían obediencia) y recorrió todas las provincias del interior para echar a los arminianos de sus puestos.

Van Oldenbarnevelt y sus partidarios contraatacaron reclutando más unidades de milicia, a lo cual Mauricio respondió utilizando tropas regulares para desarmarlas y desmantelarlas, y arrestar a Van Oldenbarnevelt. También purgó los gobiernos municipales, sustituyendo a magistrados con experiencia por novatos que carecían de la capacidad de supervisar eficazmente las políticas del estatúder. Además, Mauricio ordenó el despido de todos de los arminianos de las escuelas y universidades, en tanto que un sínodo nacional de la Iglesia calvinista reunido en Dordrecht (Dort) condenó a los arminianos como herejes y «perturbadores de la paz», tanto en la Iglesia como en el Estado, y privó a unos doscientos ministros de su modo de vida. En 1619, Mauricio convenció a los Estados Generales para que condenaran a muerte a Van Oldenbarnevelt y utilizó su autoridad sin restricciones para dar la bienvenida a su sobrino Federico del Palatinado, y apoyar y financiar los esfuerzos de éste por recuperar sus tierras. También acogió de buen grado la renovación de la guerra con España en 1621, cuando expiró la Tregua de los Doce Años.

El renovado desafío de Federico impulsó al emperador Fernando II a cumplir su promesa de transferir el título electoral a Maximiliano. Esto provocó un aluvión de panfletos hostiles dentro de Alemania, dado que era inconstitucional: la Bula de Oro de 1356, universalmente considerada la ley fundamental e inmutable del Sacro Imperio Romano, prescribía que el electorado debía mantenerse a perpetuidad dentro de la casa palatina. Incluso el Consejo de Estado español, que por lo general solía

respaldar a Fernando incondicionalmente, lo desaprobó, consciente de que «se ha de renovar una guerra perpetua en Alemania[17]». Los ministros españoles tenían razón: ahora, por fin, Federico encontró el apoyo internacional del que su causa antes había carecido y forjó alianzas con Francia, Inglaterra, Saboya, Suecia y Dinamarca, así como la República holandesa. Todos prometieron luchar hasta que Federico hubiera recuperado sus tierras y títulos perdidos, y en verano de 1625, Cristian IV de Dinamarca condujo a 20 000 soldados hacia el Imperio para conseguir este objetivo.

Entra Dinamarca

Cristian comandaba unos recursos prodigiosos. Sus dominios se extendían desde el cabo Norte a Holstein en Alemania, y de Groenlandia a Oland en el Báltico, e incluían ambos lados de la bahía de Dinamarca. Dado que cada barco que entraba o salía del Báltico tenía que pasar necesariamente bajo los cañones de su castillo de Elsinore, el rey danés obtenía cuantiosas rentas de los peajes de la bahía, y para 1625, sus activos casi sumaban 1,5 millones de táleros. Pese a su tendencia a los excesos alcohólicos, Cristian era un devoto luterano que creía firmemente en la existencia de una conspiración católica dirigida a extirpar el protestantismo de todo el Imperio; y los hechos posteriores a la batalla de Montaña Blanca confirmaron sus temores. Las victoriosas fuerzas católicas emprendieron una denodada campaña de «catolización», expulsando a los ministros protestantes, prohibiendo el culto protestante público y reclamando las tierras secularizadas de la Iglesia. Profundamente alarmado, Cristian se autoproclamó «defensor de las libertades alemanas» y, pese a las objeciones de sus consejeros, y a su falta de experiencia militar, en la primavera de 1626, condujo a su ejército al otro lado del Weser, con destino al Palatinado[18].

Este hecho, a su vez, alarmó al conde de Tilly, comandante del ejército de la Liga Católica, que se dio cuenta de que «no podía obtener la superioridad por sí solo». Advirtió a su señor, Maximiliano de Baviera: «Los daneses cuentan con grandes ventajas: actuarán primero y nos arrollarán[19]». De modo que Maximiliano pidió refuerzos a Fernando y el emperador accedió, ordenando a Albrecht von Wallenstein, un empresario militar que se había hecho rico comprando terrenos confiscados adquiridos en su Bohemia natal, que reclutara y mantuviera un ejército de 24 000 hombres. Con gran habilidad, Wallenstein detuvo el avance hacia Bohemia de un ejército protestante financiado por aliados cristianos, y envió refuerzos a Tilly justo antes de enfrentarse a un ejército danés en la batalla de Lutter-am-Barenberge. Aunque Cristian se limitó a escribir en su diario que «había luchado contra el enemigo y perdido», en realidad había sacrificado la mitad de su ejército y toda su artillería de campaña[20].

Si bien Cristian y la mayoría de sus nobles consiguieron escapar a las islas bálticas, durante los siguientes dos años las tropas católicas ocuparon Jutlandia, así como el norte de Alemania, y obligaron a sus habitantes a financiarles mediante contribuciones: pagos en efectivo y productos fabricados directamente para las tropas locales. La eficacia de este sistema se refleja en una carta de Wallenstein al tesorero imperial, en la que alardea de que aunque el mantenimiento de su ejército costaba como mínimo 12 millones de táleros anuales, él sólo necesitaría de Viena «un par de millones de táleros al año para continuar con esta larga guerra[21]». Paradójicamente, y pese a los supuestos ahorros, el sistema de Wallenstein requería un constante aumento del tamaño de su ejército para cobrar las «contribuciones». De modo que tuvo que reclutar más tropas, que a su vez necesitaban más contribuciones, hasta el punto de que, para 1628, llegó a tener bajo

su mando (y, por tanto, a mantener) a no menos de 130 000 hombres.

Entretanto, los fríos inviernos, las tardías primaveras y los húmedos veranos redujeron los suministros disponibles para mantener tanto a civiles como a soldados. En el sur de Alemania, en mayo de 1626, unas piedras de granizo del tamaño de nueces, combinadas con una intensa helada, acabaron con muchos cultivos; y, al año siguiente, según el diario de Hans Heberle, «cayó una gran nevada» justo después de Año Nuevo, que cubrió la tierra hasta el Domingo de Resurrección. «Fue un invierno tan duro que nadie recuerda otro parecido», y «hasta pasada Semana Santa los campesinos no pudieron volver a empezar a labrar sus campos». El otoño también fue abundante en precipitaciones, y en 1628, en algunos municipios alpinos cayeron nevadas, algunas muy intensas, cada mes: éste sería el primer «año sin verano» que afligiría a Europa durante el siglo XVII. En muchas áreas, ni el grano ni la uva llegaron a madurar nunca[22]. Muchos trataron de encontrar chivos expiatorios para este clima extremo: los juicios por brujería se sucedieron con una frecuencia insólita hasta entonces, acabando algunos de ellos en la ejecución de cientos de sospechosos a la vez, mientras que otros echaron la culpa a los judíos. Un popular grabado de 1629 (*lámina 9*) muestra a un judío que se ha asegurado el monopolio de la cosecha de la uva, con una serie de hechos políticos y eventos climáticos extremos al fondo (una de las pocas imágenes de la época en la que se relaciona explícitamente el clima y la catástrofe), y destacaba el «malestar» general del momento[23].

El caso más grave de este «malestar» ocurrió en la Alta Austria, que se había unido precipitadamente a la revuelta de los bohemios, pero que rápidamente caería ante el ejército de la Liga Católica. Tras la batalla de Montaña Blanca, el emperador entregó la Alta Austria a su aliado Maximiliano en garantía contra el reembolso de sus gastos de guerra, y le permitió utilizar los im-

puestos del ducado tanto para pagar los intereses de esta deuda como para mantener al ejército de ocupación. Los impuestos en la región se multiplicaron por catorce, todos ellos pagaderos en plata en un momento en el que el *Kipper-und Wipperzeit* había destruido los ahorros de la mayoría de los contribuyentes. La intimidada población podría haber tolerado estas cargas si el gobierno no hubiera ordenado también la expulsión de todos los pastores y maestros de escuela protestantes y permitido a los acreedores católicos ejecutar los pagos para obligarlos a vender sus propiedades. Cuando en la Semana Santa de 1626 se decretó que todos los residentes en el ducado debían asistir al culto católico o emigrar, la oposición estalló ya de forma abierta, encabezada por un próspero agricultor protestante, Stefan Fadinger. Los rebeldes obligaron al gobernador y a sus tropas a batirse en retirada hasta Linz (la capital del ducado), a la que sometieron a asedio. También enviaron a un emisario para suplicar ayuda danesa, pero la derrota en Lutter no lo hizo posible. Luego, una bala mató a Fadinger en las trincheras de los alrededores de Linz y fracasó un ataque generalizado a las defensas de la ciudad. Finalmente, 12 000 soldados imperiales consiguieron restablecer el orden y ejecutaron a montones de rebeldes (a los nobles decapitándolos y a los plebeyos cortándoles la mano derecha antes de destriparlos). El gobierno volvió a ordenar a los protestantes que se convirtieran o, si no, se marcharan, pero la Pequeña Edad de Hielo retrasó el proceso: la pésima climatología hizo prácticamente imposible que nadie pudiera vender sus bienes antes de partir y, por tanto, no hubo más remedio que postergar el límite del plazo para su salida[24].

Mientras, por toda Alemania, la animadversión hacia Wallenstein y su ejército continuó creciendo. El exhaustivo estudio de Thomas Robisheaux sobre el condado luterano de Hohenlohe, en el suroeste de Alemania, muestra cómo las demandas de las tropas imperiales no sólo cuadruplicaron los impuestos sino que

obligaron a las autoridades civiles a utilizar medios mucho más agresivos para el cobro. Para 1628, el condado había «perdido su autonomía a todos los efectos prácticos y se había convertido en una ampliación del Estado fiscal de Wallenstein[25]». Los soberanos católicos también sufrían lo suyo, y un grupo de ellos protestaron directamente ante Fernando porque Wallenstein había autorizado unas «tasas exorbitantes para pagar a los oficiales de regimiento y del estado mayor» y había creado un sistema de contribuciones que dejaba en la ruina a «las pobres viudas y huérfanos». Todos los «soberanos territoriales —concluían con amargura— están a merced de coroneles y capitanes usureros y delincuentes, que están infringiendo la leyes del Imperio». De modo que instaron al gobernador a reducir el tamaño del ejército de Wallenstein, cesar por completo el reclutamiento, sustituir las «contribuciones» del ejército por impuestos recaudados y administrados por civiles, y nombrar a un comisionado especial para auditar las cuentas del general.

Aunque Fernando rechazó estas demandas, intentó aplacar a sus aliados católicos con promesas de carácter religioso. Les informó de que, tras nueve años de guerra, deseaba reconfigurar el estado religioso del Imperio, y en concreto recuperar la propiedad de las tierras de la Iglesia secularizadas por los soberanos protestantes. Estas medidas, afirmó, serían «la gran ganancia y fruto de la guerra», y prometió a sus correligionarios católicos que «así como hasta ahora nunca hemos pensado dejar pasar ninguna oportunidad para restituir las tierras de la Iglesia, tampoco tenemos la intención, ni ahora ni en el futuro, de cargar ante la posteridad con la responsabilidad de haber pasado por alto o dejado de aprovechar ni la más mínima ocasión[26]».

«La raíz de todos los males».

Mientras Cristian de Dinamarca continuara levantado en armas, el emperador consideraba la «ocasión» demasiado arriesga-

da; pero en 1628, con las negociaciones de paz en marcha, preparó un documento conocido como el Edicto de Restitución por el cual exigía a los soberanos protestantes que devolvieran a la Iglesia todas las tierras secularizadas desde la Paz de Augsburgo de 1555, que había puesto fin a las guerras de religión alemanas. De este edicto hizo imprimir y distribuir en secreto quinientas copias, con instrucciones para que fuera publicado simultáneamente el 28 de marzo de 1629. Dos meses más tarde, Cristian firmó la paz, y Tilly y Wallenstein desplegaron inmediatamente sus tropas para hacer cumplir el edicto, sin hacer distinción entre los Estados protestantes que antes habían sido leales o rebeldes. Pasados dieciocho meses, las tierras secularizadas de seis obispados y cien conventos habían vuelto a manos del clero, y se preveía la restitución de las propiedades de cuatrocientos conventos más. Como es lógico, esta medida tan drástica levantó una gran polvareda en todo el Imperio. En la portada de un ejemplar del edicto —impreso en un feudo *católico*— un contemporáneo de la época había añadido las palabras *radix omnium malorum*, «la raíz de todos los males[27]».

A partir de ese momento, los asuntos internacionales mantuvieron distraído al emperador de seguir ejecutando el Edicto de Restitución. En primer lugar, los holandeses capturaron una flota cargada de tesoros que había partido de América hacia España, comprometiendo de este modo la capacidad de los Habsburgo españoles para financiar sus tropas, tanto las del norte de Italia, donde trataban de aplastar al rebelde duque de Mantua, como las de los Países Bajos, enfrentadas al mayor ejército holandés jamás reunido hasta la fecha. De modo que Fernando ordenó a Wallenstein que enviara una fuerza expedicionaria a los Países Bajos y otra a Mantua, además de una tercera para ayudar al rey de Polonia a resistir una invasión por parte del rey Gustavo Adolfo de Suecia. A continuación, un ejército francés cruzó los Alpes y se introdujo en el norte de Italia, obligando a Fernando a desviar la

fuerza expedicionaria de Wallenstein de los Países Bajos a Italia; y aunque los refuerzos de Wallenstein ayudaron a los polacos a infligir una amarga derrota sobre Gustavo, los diplomáticos franceses negociaron una tregua en el Báltico que dejó libre al aguerrido ejército sueco para invadir Alemania.

Estos acontecimientos obligaron a Wallenstein a reclutar todavía más tropas, hasta llegar a comandar, en la primavera de 1630, 151 000 hombres, dispersos por toda Alemania y el norte de Italia. Las demandas de contribuciones cada vez mayores por parte de los comisionados de su ejército encolerizaron aún más a sus aliados católicos, que empezaron a insistir en que Fernando despidiera a su gravoso general. El emperador accedió a regañadientes a reunirse con los demás electores en Ratisbona a fin de resolver este y otros contenciosos.

Desde su elección como emperador en 1619, Fernando había depuesto soberanos y transferido sus tierras, creado el ingente ejército imperial al mando de Wallenstein y promulgado el Edicto de Restitución, todo ello sin convocar una Dieta imperial. Tanto los representantes de los soberanos alemanes como los de las potencias extranjeras se reunieron en Ratisbona en el verano de 1630, deseosos de dar a conocer sus opiniones a los electores, restaurar el estado de cosas anterior y, sobre todo, librarse de Wallenstein. Dado que el coste de su ejército superaba con mucho los recursos disponibles, el propio comandante imperial no invirtió ningún esfuerzo en quedarse. «No hay otro camino —bramó a uno de sus lugartenientes—. Si quieren librar una guerra en la que los asuntos se organicen y gestionen de manera que el alojamiento de las tropas sea motivo de placer y no de desagrado para el Imperio, ¡que nombren general al mismísimo Dios Nuestro Señor, no a mí!»[28] En agosto de 1630, Fernando sustituyó a su general, no por Dios, sino por el conde de Tilly, comandante del ejército de la Liga Católica, que redujo las fuer-

zas imperiales en dos terceras partes. Wallenstein se retiró estoicamente a sus fincas en Bohemia; su banquero se suicidó.

Los electores rentabilizaron el éxito de eliminar a Wallenstein obteniendo una promesa del emperador acerca de que, en el futuro, «no se declarará ninguna guerra si así no lo aconsejan los electores», pero fracasaron a la hora de persuadirlo para que modificara el Edicto de Restitución. Muchos católicos alemanes, incluido Maximiliano de Baviera, consideraban recomendable levantar un poco más la mano a la vista del creciente apoyo extranjero a la causa protestante; pero el confesor de Fernando, William Lamormaini S. J., respondió que al emperador no le importaba perder «no sólo Austria, sino todos sus reinos y provincias, y cualquier otra cosa que tuviera en el mundo, siempre que salvara su alma, lo cual no puede hacer sin ejecutar este edicto[29]». Por tanto, Fernando cometió dos errores fatídicos. Al sacrificar a Wallenstein, perdió al único hombre que habría podido derrotar a todos sus enemigos; y, manteniendo el edicto intacto, convenció a los luteranos alemanes de que ellos mismos no tardarían en verse afectados por él.

Entra Suecia

Gustavo Adolfo arribó a tierras alemanas, a la cabeza de un poderoso ejército, justo cuando comenzaba la reunión electoral. Inmediatamente publicó un manifiesto en cinco idiomas en el que relataba sus agravios personales (especialmente el envío por parte de Fernando de «tropas militares a Polonia, contra Su Majestad y el Reino de Suecia») y su temor de que los Habsburgo pretendieran dominar el Báltico. Sólo al final del manifiesto mencionaba, de pasada, la preservación de las libertades alemanas como un motivo para la invasión. No decía nada de salvar «la causa protestante[30]». Al principio, Gustavo concitó pocos apoyos: su único aliado alemán al desembarcar fue la pequeña ciudad portuaria de Stralsund, y sólo los que habían sido desposeí-

dos o los que estaban bajo la amenaza directa de la ocupación imperial (como la ciudad de Magdeburgo) se declararon a su favor. Además, justo antes de desembarcar Gustavo, las tropas de los Habsburgo capturaron y saquearon la ciudad de Mantua. El panorama para la fuerza expedicionaria sueca parecía bastante desalentador.

Bajo la intensa presión de los católicos de su corte, Luis XIII de Francia había enviado negociadores a Ratisbona con órdenes de resolver todos los conflictos pendientes con el emperador (aunque sin instrucciones detalladas de cómo hacerlo). La noticia de la caída de Mantua inquietó a sus negociadores, que firmaron un tratado con Fernando que no sólo estipulaba la evacuación conjunta de las fuerzas francesas e imperiales del norte de Italia, sino que comprometía a Luis a abstenerse en el futuro de ofrecer apoyo a cualquiera que se opusiera al emperador. En un cambio radical de opinión, en octubre de 1630, Luis repudió el tratado firmado en su nombre. Éste era, increpó furioso a sus enviados, «no sólo contrario a vuestros poderes, a las órdenes dadas en las instrucciones que llevabais, y a las que desde entonces os he remitido en varias ocasiones, sino que incluso incluía varios temas en los que yo ni siquiera había pensado y que son tan perjudiciales que cuando me los leyeron me produjeron un extremo desagrado[31]». Además de repudiar el Tratado de Ratisbona, Luis llegó a una alianza con Suecia en virtud de la cual prometía a Gustavo un millón de *livres* anuales durante cinco años para financiar una guerra que salvaguardara «los mares Báltico y oceánicos, el libre comercio y el restablecimiento de los estados eliminados del Sacro Imperio Romano». La subvención de Francia permitió a Gustavo reclutar más tropas y ocupar los ducados de Mecklemburgo y Pomerania, convirtiendo de este modo el Báltico en un lago sueco.

Mientras, el conde de Tilly y sus tropas estaban atrapadas en el bloqueo de la ciudad protestante de Magdeburgo, el único alia-

do de Suecia en Alemania central, hasta que en mayo de 1631 la sometieron a un asalto y saqueo brutal (*véase capítulo 4*). Al mes siguiente, negociadores de la casa de Habsburgo y franceses, asistidos por un joven diplomático al servicio del papa llamado Giulio Mazzarini [Mazarino], firmaron un tratado que llevó la paz al norte de Italia, dejando libres a todas las tropas imperiales allí destacadas para luchar en Alemania. Una vez más, parecía como si Fernando fuera a ser capaz de expulsar a los suecos sin ayuda, pero, de la noche a la mañana, Tilly decidió enfrentarse a Gustavo antes de que llegaran los refuerzos de Italia. Con este fin, invadió la Sajonia luterana, que previamente había permanecido fiel a Fernando, obligando a su indignado soberano a unir sus fuerzas a las suecas. Tilly les dio alcance en Breitenfeld, cerca de Leipzig, donde el 17 de septiembre de 1631 la mayor disciplina y capacidad armamentística del ejército de Gustavo puso fin a la racha de victorias católicas: tras haber perdido 20 000 hombres, toda su artillería de campaña y sus fondos, Tilly se replegó rápidamente.

De forma bastante parecida a la de Lutter cinco años antes, la batalla de Breitenfeld invirtió el equilibrio militar, garantizando de este modo la continuación de la guerra. Al no encontrar una resistencia efectiva, Gustavo envió un ejército a Bohemia, permitiendo el retorno de los exiliados que habían huido en 1620, mientras iba saqueando el corazón de la Alemania católica de camino hacia el Rin. Entretanto, su principal ministro sueco, Axel Oxenstierna, establecía un «gobierno general» para administrar todos los territorios ocupados y organizaba «contribuciones» para mantener a los 120 000 soldados victoriosos desplegados por todo el norte de Alemania.

Fernando entonces no vio otra opción que volver a llamar a Wallenstein porque, como dijo uno de sus consejeros: «Ahora que estamos gritando "socorro, socorro", nadie nos escucha[32]». Pero antes de que el general pudiera reclutar un nuevo ejército

imperial, Tilly y las maltrechas tropas de la Liga Católica se apresuraron a atacar las posiciones suecas más próximas. Gustavo no tardó en derrotar a Tilly (que murió poco después a causa de las heridas recibidas en batalla) y, acompañado de un exultante Federico del Palatinado, saqueó sistemáticamente Baviera mientras Maximiliano suplicaba ayuda a Wallenstein. Sin embargo, el nuevo ejército imperial se replegó a Alte Veste, un enorme campamento fortificado cercano a Núremberg que Gustavo había sitiado en vano durante dos meses, antes de retirarse hacia el norte; pero el 16 de noviembre de 1632, lanzó un ataque sorpresa, y en la batalla de Lützen, cerca de Leipzig, Wallenstein perdió tantos soldados que decidió batirse en retirada. Hasta algunos días después, no supo que los suecos también habían sufrido cuantiosas bajas, incluida la del propio rey Gustavo.

Durante los siguientes dieciséis años, los ejércitos rivales anduvieron de un lado al otro del Imperio, tratando de conseguir una ventaja estratégica decisiva, y sembrando la muerte, la devastación y la inseguridad a su paso. En un principio, Axel Oxenstierna, que después de la muerte de Gustavo se había convertido en presidente del Consejo de Regencia sueco, a la vez que en caudillo de las empresas bélicas protestantes, intentó negociar un acuerdo favorable con Wallenstein; pero en febrero de 1634, Fernando hizo asesinar a su general (basándose en que se suponía que su misión era librar la guerra y no negociar la paz), y el septiembre siguiente, en Nördlingen, las fuerzas de los Habsburgo consiguieron una aplastante victoria sobre los suecos y sus aliados alemanes. Oxenstierna replegó entonces sus fuerzas hacia el Báltico y trató de reanudar las conversaciones de paz suspendidas por la muerte de Wallenstein, pero considerando inaceptables las condiciones del emperador, decidió seguir luchando. Fernando, en cambio, pactó la Paz de Praga con algunos aliados de Suecia en mayo de 1635, y pocos meses después declaró la guerra a Francia. Oxenstierna renovó la alianza de Suecia

con Francia, prometiendo (entre otras cosas) que ninguna de las partes pactaría una paz sin la otra. La alianza y, por tanto, la guerra continuaría durante trece años más.

El punto de inflexión: el expolio de Alemania

La batalla de Breitenfeld fue la salvación de la causa protestante, pero al mismo tiempo transformó tanto el alcance como el impacto de la guerra. Hasta entonces, la mayoría de los alemanes habían considerado las hostilidades como algo excepcional y temporal: en palabras de la hija de un molinero protestante que vivía cerca de Núremberg, hasta el verano de 1632 «ciertamente habíamos oído hablar de la guerra, pero nunca habíamos creído que llegaría hasta nosotros [aquí]». La situación cambió abruptamente cuando las tropas imperiales saquearon tanto su ciudad como su molino, durante el asedio de Alte Veste, sin dejar «ni un grano de trigo, ni una mota de harina». En este mismo sentido, un pastor luterano residente cerca de Ulm apenas hizo mención a las operaciones militares en sus crónicas hasta 1628, cuando «una nueva y espantosa catástrofe nos amenazó» refiriéndose al ejército de ocupación de Wallenstein. Durante los siguientes tres años siguió intercalando comentarios sobre el alojamiento de soldados y las contribuciones con informes sobre la cosecha, el tiempo y extraños accidentes, pero eso también cambió a raíz de Breitenfeld, cuando el victorioso ejército sueco avanzó hacia el centro de Alemania. A partir de ese momento, la guerra empezó a dominar el relato del pastor, que a la sazón se hizo más detallado. Al otro lado de la línea divisoria religiosa, un monje que vivía cerca de la frontera suiza y que había llenado su diario con detalles sobre la meteorología y la cosecha vinícola, cambió radicalmente de tema y de tono cuando el ejército sueco comenzó a aproximarse y «empezaron de verdad los problemas aquí». Remontándose a la década anterior, el autor lamentaba no haberse aplicado «más diligentemente a apuntarlo todo» según iba ocu-

rriendo, pero «no suponía que esta larga y desastrosa situación sueca se prolongaría tanto en el tiempo[33]».

Muchas áreas rurales asistían a un completo desastre en materia de orden público cada vez que la élite seglar o religiosa huía cuando «su» bando sufría una derrota. Una región de importancia estratégica, como el condado de Hohenlohe, en el suroeste, podía cambiar de manos tan a menudo que «a veces no podía afirmarse con certidumbre quién controlaba en realidad el territorio[34]». No muy lejos de allí, en los pueblos gobernados por la abadía benedictina de Ottobeuren, los párrocos dejaron constancia de algunas de las «abyectas bromas e infames villanías» cometidas por las tropas al servicio de Suecia. En Unteregg, golpearon a niños pequeños con palos y los arrastraron atados con cuerdas como si fueran perros; también taladraron la pierna de un molinero y asaron a su esposa en su propio horno. En Niederrieden destriparon y torturaron hasta la muerte al párroco del pueblo. En Westerheim, «los soldados desnudaron a Jerg Lutzenberger en el bosque [y] lo torturaron de una forma inhumana y peor que bárbara en sus partes íntimas, causándole un atroz tormento». Tres días después, dos soldados «le propinaron puñaladas en las manos y una en la espalda; murió poco después». Muchas entradas de los registros funerarios locales registran casos de parroquianos que «murieron de hambre», a veces después de haber llegado a tener que comer ratones y «cosas que hasta ahora nunca se habían echado ni a los cerdos», y, en contadas ocasiones, hasta carne humana. El ducado de Wurtemberg sufrió una «negra y terrible hambruna, a causa de la cual murieron muchas personas». La gente se alimentaba de «hierba, cardos y follaje», porque «el hambre es buen maestro de cocina». Otros mendigaban sobras, y los que por vergüenza no lo hacían, «morían de hambre[35]». Philip Vincent, un pastor inglés trotamundos que había estado en Massachusetts y en Guyana además de en Alemania, también consideraba Breitenfeld como un episodio crítico den-

tro de su libro ilustrado de 1638 titulado *Las lamentaciones de Alemania: donde, como en un espejo, podemos contemplar su miserable situación y leer los deplorables efectos del pecado*. «Antes de la llegada del rey de Suecia —afirmaba—, la guerra se había llevado a no menos de 100.000. En tal caso, ¿qué habrá sido a partir de entonces? ¿Cuántos millones han fallecido en la miseria?» Vincent no veía ninguna esperanza en el horizonte, porque en aquel momento «no se labraba la tierra, ni se alimentaba al ganado; ya que, de hacerlo, al año siguiente los soldados lo devorarían todo». Por el contrario, «no se ven más moradas que algún que otro campamento militar, ni ningún arado, ni otra ocupación que la guerra[36]».

La anormal climatología agravó las «lamentaciones de Alemania». Un soldado católico de Alemania central informaba, en *agosto* de 1640, que «hace tanto frío que en nuestros cuarteles estamos a punto de morir congelados», mientras que, en enero de 1641, el río Danubio se congeló hasta tal punto que, en Ratisbona, el ejército sueco y su artillería pudieron atravesarlo a pie y bombardear la ciudad. En Hessen-Kassel, un cronista anotaba en 1639: «El maíz se ha congelado este año», y un pastor comentaba con tristeza que «lo poco que pudimos recoger en el invierno del año 40 [1640], y también en la cosecha estival [de 1641] se lo comieron todo los ratones, así que la cosecha fue escasa. Uno iba al campo a segar, y quedaba tan poco grano que era difícil distinguir qué tipo de cereal se había plantado allí, si es que [había] alguno […]. En el año 1642, la penuria continuó siendo la misma que durante el año anterior, de modo que la desesperación fue aún mayor». Los índices de producción de las cosechas de cereal descendieron de 1:6 a 1:1 aquellos años. Un abad de Baviera que vivía al pie de los Alpes, en referencia a este mismo período, llenó su diario de anotaciones sobre la miseria ocasionada por el «gélido invierno», las «intensas tormentas», la «invernal primavera» y el «tormentoso verano»; y, en 1642, por «la peor inunda-

ción que se recuerda», «piedras de granizo de una libra de peso», y una escarcha que cubrió los campos a mediados de junio y que arruinó la cosecha. También dejó constancia de la «multiplicación» de jabalíes y lobos, «que hacían peligrosas todas las carreteras y caminos[37]». Muchos civiles huyeron de sus casas presas del pánico al menos en una ocasión. El pastor Lorenz Ludolf y sus parroquianos abandonaron su aldea de Hessen durante dieciocho semanas en 1646 y durante gran parte de 1647 y 1648, escondiéndose en los bosques de los alrededores, porque su comarca se había convertido en zona de guerra. El agricultor Caspar Preis, también de Hessen, «estaba tan aterrorizado que incluso el crujido de una hoja lo hacía salir de su escondite». El zapatero Hans Heberle se quejaba de que él y su familia «habían sido perseguidos como animales en el bosque y habían tenido que huir de su aldea nada menos que treinta veces durante la guerra, en busca de un lugar seguro[38]».

Estalla la paz en Alemania

Curiosamente, sólo uno de los testimonios escritos que se conservan culpaba a los soberanos de Alemania de sus desgracias. Peter Thiele, un funcionario fiscal de Brandeburgo, no se anduvo con ambages: «Esta guerra ha sido una verdadera campaña de salteadores y ladrones. Los generales y coroneles se han llenado los bolsillos y han llevado del ronzal a príncipes y señores. Pero cada vez que se ha hablado de paz, siempre han mirado primero por su reputación. A eso ha obedecido la devastación de tierras y personas[39]». No obstante, aunque Thiele condenaba una de las obsesiones de los soberanos de su época, la «reputación», no decía nada de otra de ellas: la religión.

Muchos protestantes, como Federico del Palatinado, creían firmemente que luchaban en respuesta a una llamada directa de Dios; la mayoría de los católicos consultaban con sus confesores, y a veces con comités especiales de teólogos, antes de tomar de-

cisiones dolorosas respecto a la guerra y la paz. Por ejemplo, en 1634-1635, el confesor imperial Lamormaini se opuso a alcanzar ningún acuerdo con los soberanos protestantes que trataron de negociar con Fernando a raíz de Nördlingen. Algo dubitativo, el emperador convocó un comité de veinticuatro teólogos y les preguntó si podía hacer concesiones religiosas para alcanzar la paz sin caer en pecado mortal, o si (como afirmaba Lamormaini) debía rechazar cualquier compromiso a la espera de que la intervención divina produjera un triunfo católico. Algunos teólogos apoyaron al confesor basándose en que «Dios, que hasta la fecha ha rescatado a nuestro más pío emperador de tantos peligros, también en este extremo nos mostrará el camino acerca de si continuar con la guerra u obtener una paz más ventajosa»; pero la mayoría se mostró partidaria de una serie limitada de concesiones religiosas como «el menor de los dos males». Fernando firmó por tanto la Paz de Praga con el príncipe de Sajonia y algunos otros príncipes luteranos[40]. Cuando, en 1640, la Dieta de Ratisbona debatió sobre si los protestantes podrían retener las tierras secularizadas de la Iglesia, incluso el testarudo Maximiliano de Baviera ordenó a sus asesores que consultaran con teólogos sobre sus «escrúpulos» respecto a pactar la paz con los protestantes; mientras que, en 1646, el emperador Fernando III consultó con los «teólogos de la corte» acerca del mismo tema. En ambos casos, los teólogos se mostraron partidarios de realizar unas modestas concesiones, siempre que mejoraran las perspectivas de paz[41].

Los acuerdos alcanzados en Praga y Ratisbona dirimían la mayoría de las disputas alemanas, y formaron parte del acuerdo de paz definitivo; así que, ¿por qué la guerra se prolongó hasta 1648? Parte del problema radicaba en el hecho de que, aunque la mayoría de los protagonistas alemanes pretendían solucionar una injusticia *pasada* determinada, en primer lugar Suecia, y después Francia, habían invadido Alemania con el fin de evitar una posi-

ble injusticia *futura* —básicamente la amenaza que una victoria Habsburgo podía representar para su seguridad nacional—. Este objetivo implicaba que las «dos coronas» (como los contemporáneos de la época denominaban a Francia y Suecia) no podían conformarse con la transferencia de algunos territorios (si bien ambas planteaban de hecho demandas territoriales): por el contrario, se negaron a firmar ningún acuerdo hasta que hubieron creado las estructuras adecuadas para garantizar su ejecución.

La historia de Europa no ofrecía ningún precedente o guía para conseguir dichos objetivos, de modo que, pese a las oraciones, panfletos, publicaciones, medallas y obras de teatro que instaban urgentemente a las «dos coronas» a firmar la paz, continuaron la guerra. En abril de 1643, los suecos enviaron una carta abierta a todos los soberanos protestantes en la que recalcaban que el emperador había usurpado «todo en virtud del derecho de soberanía. Esto abre una vía franca al gobierno autoritario y la servidumbre de los territorios. Las "dos coronas" están buscando, en la medida en que les es posible, impedirlo, porque su seguridad descansa sobre la libertad de los territorios alemanes[42]». Suecia (y en menor medida, Francia) pretendían por tanto establecer un equilibrio de poder entre el emperador y los estados del Imperio, y entre católicos y protestantes. Insistían en que sólo la Dieta imperial, y no el emperador, podía declarar legalmente la guerra, y que todos los soberanos territoriales con representación en la Dieta debían tener derecho tanto a proveerse de armas como a firmar alianzas. Las «dos coronas» esperaban que estas medidas hicieran prácticamente imposible cualquier guerra futura en Alemania, dado que, en palabras de un diplomático sueco, «la primera regla de la política es que la seguridad de todos depende de mantener el equilibrio entre los Estados. Cuando uno empieza a ser más poderoso y temible, los demás se lanzaban sobre el otro platillo de la balanza *[Waagschale*] mediante alianzas y federaciones, a fin de compensarlo y mantener el equilibrio[43]». Las «dos

coronas» esperaban imponer su visión a los diplomáticos representantes de casi doscientos soberanos europeos (150 de ellos alemanes), que a finales de 1643 empezaron a llegar a Westfalia: los de los Estados protestantes se reunieron en Osnabrück, mientras que los de los Estados católicos lo hicieron a 48 kilómetros de allí, en la ciudad de Münster.

Las negociaciones se interrumpieron durante algunos meses, mientras Suecia lanzaba un ataque sorpresa sobre Dinamarca, pero en diciembre de 1644, los cuatro protagonistas principales (Francia y Suecia de una parte, y España y el emperador de otra) intercambiaban documentos donde se establecían sus condiciones de paz. Sin embargo, se negaron a suspender las hostilidades durante las negociaciones. Francia «y sus aliados no tenían intención de reducir los fuegos de la guerra mediante un cese de hostilidades —explicó el cardenal Mazarino—, sino que lo que buscaban era acabar definitivamente con ellos mediante una buena paz». Esto significaba que las exigencias de cada bando aumentaban y disminuían según los cambiantes avatares de la guerra —como Mazarino bien sabía: «Siempre hemos dicho que incrementaríamos nuestras demandas en consonancia con la mejora que los acontecimientos supusiera para nosotros», recordó a sus diplomáticos durante la conferencia de paz, de modo que su posición negociadora reflejara «hasta qué punto la situación ha cambiado a nuestro favor recientemente»—. Y continuaba de manera poco convincente: «No somos nosotros los que hemos cambiado, sino las circunstancias[44]».

La campaña de 1645 otorgó a Francia y a sus aliados una ventaja decisiva. Un ejército sueco invadió Bohemia, hizo marchar a un ejército Habsburgo comandado personalmente por Fernando III (1637-1658) y a continuación pasó el verano asolando las tierras Habsburgo; en tanto que un ejército francés destruyó el ejército de campo de la Liga Católica en Alemania y otro conquistó diez ciudades en los Países Bajos españoles. En

octubre de 1645, Fernando se enfrentó a lo inevitable y redactó de su puño y letra una instrucción secreta para su principal negociador en Westfalia por la que autorizaba una secuencia graduada de humillantes concesiones respecto a todos los temas importantes. En materia religiosa, Fernando deseaba poder dar marcha atrás a la situación de 1630, el momento culmen de la causa católica tras el Edicto de Restitución; pero, si eso resultaba imposible, se conformaría con la de 1627; y *in extremo casu* (cuando escribía sus concesiones definitivas, el emperador pasaba invariablemente del alemán al latín) aceptaría la de 1618, la fecha óptima para la causa protestante. En materia política, Fernando permitiría a las ramas palatina y bávara de la familia Wittelsbach ocupar un escaño en el Colegio Electoral *alternativamente*, pero *ad extremum* crearía un (octavo) electorado adicional para que cada rama gozara de representación permanente. Además, Suecia podría quedarse con Pomerania del Este y, «si no puede evitarse» también con el arzobispado de Bremen y partes de Mecklemburgo «durante el tiempo de vida que le quede al actual soberano» e *in ultimo necessitatis gradu* «a perpetuidad». Por último, *in extremo casu*, Francia podría anexionarse las tierras Habsburgo de Alsacia y, *in desperatissimo casu*, también Breisach[45].

Dado que las posteriores derrotas situaron a Fernando *in desperatissimo casu*, al final hizo todas estas concesiones, y en septiembre de 1646 sus negociadores firmaron un «tratado preliminar» con Francia por el que se cedía incluso Breisach —aunque los términos no entrarían en vigor hasta que Suecia también firmara la paz—. Sólo entonces el congreso volvió su atención hacia cuestiones religiosas espinosas buscando una «fecha normativa» para el acuerdo religioso[46]. Al igual que Fernando, los católicos alemanes (apoyados por Francia) querían hacer retroceder el reloj hasta 1630, mientras que los protestantes (apoyados por Suecia) propugnaban la situación de 1618: al final, el congreso de paz anuló el Edicto de Restitución y estableció la «fecha nor-

mativa» de 1624. Aquellos que habían huido de sus casas para evitar la persecución religiosa adquirieron a partir de ese momento el derecho a volver (instaurándose de este modo, por primera vez en la historia de Europa, la protección legal a los refugiados religiosos). El congreso también determinó que, en el futuro, cualquier cambio religioso requeriría un «acuerdo amistoso» entre católicos y protestantes, en lugar de un simple voto mayoritario, un compromiso sin duda extraordinario para una época tan marcada por la religión.

No obstante, aun después de haber dilucidado los cruciales asuntos religiosos, la guerra continuó durante seis meses más, mientras los franceses trataban de conseguir del emperador la promesa de que nunca volvería a ayudar a los Habsburgo españoles, y los representantes del ejército sueco trataban a su vez de conseguir 30 millones de táleros para pagar sus atrasos salariales. Tal vez inesperadamente, lo segundo resultó ser más fácil de resolver que lo primero. Por un lado, tras tres décadas de impuestos, recesión, despoblación y destrucción material, era evidente que los habitantes de Alemania que habían sobrevivido carecían de recursos para reunir esa suma; y, en todo caso, como el primer ministro francés comentó secamente, «no hay suficientes monedas en toda Alemania para satisfacer la demanda» de los veteranos suecos[47]. Por otro lado, la Pequeña Edad de Hielo facilitó indirectamente un compromiso, dado que el inclemente tiempo seguía afligiendo a Alemania. El verano de 1647 fue excepcionalmente frío: según un diplomático español que se encontraba en Münster, en julio, «el tiempo continúa obstinadamente como si fuese por noviembre», y en agosto, «el tiempo es frío, como pudiera a fin de octubre». El invierno que siguió resultó insólitamente largo y crudo —en marzo de 1648, una monja bávara recordaba que «vino una racha de frío tan grande que podría habernos dejado congelados a todos»—, seguido de un verano excepcionalmente húmedo[48]. Las embarradas tropas

suecas acabaron conformándose con cinco millones de táleros (1,8 millones disponibles de inmediato en efectivo; 1,2 millones en asignaciones; y los dos millones restantes a pagar en dos años), y con todo resuelto, el 24 de octubre, los «plenipotenciarios» de los principales Estados firmaron múltiples copias de los complejos «instrumentos de paz» que tanto tiempo había llevado cerrar. La noticia llegó a Praga el día 31, y la lucha allí cesó de inmediato. La guerra de los Treinta Años había terminado[49].

Tras tantos años de lucha, la noticia del acuerdo al principio no pareció muy creíble. Un poeta alemán de Núremberg recogía de este modo la sorpresa de muchos:

Algo en lo que nunca creíste
ha pasado al fin. ¿Qué?
¿Pasará el camello por el ojo de la aguja
ahora que la paz ha vuelto a Alemania?

Hans Heberle volvió una última vez a Ulm para participar en las «jubilosas festividades de Acción de Gracias», las cuales, según afirmó, «se celebraron con más entusiasmo y dedicación que las de ninguna Navidad[50]». Las imprentas publicaron más de 40 000 copias del acuerdo de paz, y algunas de sus estipulaciones entraron inmediatamente en vigor: los protestantes regresaron a sus ciudades y territorios, de los que habían sido expulsados (siempre que el culto protestante hubiera existido allí en 1624), en tanto que las tierras de la Iglesia reclamadas por el Edicto de Restitución volvieron a cambiar otra vez de manos. También determinadas amnistías fueron inmediatamente llevadas a efecto. El hijo de Federico del Palatinado tomó posesión de un escaño en el Colegio Electoral, que en aquel momento se amplió a ocho, y los que habían perdido tierras y propiedades por haber apoyado a Francia o Suecia (aunque no los condenados por rebelión) las recuperaron de nuevo. Los que habían buscado refugio en Suiza y demás lugares volvieron también entonces.

Retirar a 200 000 soldados y desarmarlos resultó más difícil, entre otras cosas porque continuaban cobrando sus pagas hasta el día de su desmovilización: el ejército sueco por sí solo cobró en total más de un millón de táleros al mes, aparte de los atrasos acordados en Westfalia. El mal tiempo reinante en todo el norte de Europa complicó aún más la tarea: en la primavera de 1649 se produjeron grandes inundaciones, cuando la nieve se derritió tras un «invierno que duró seis meses»; al año siguiente, en algunas zonas de Alemania central, se alcanzó la cifra récord de 226 días de lluvia o nieve (compárese con el máximo de 180 días de precipitaciones alcanzado en el siglo XX), pero al final los gobiernos alemanes, cansados de la guerra, reunieron suficiente dinero para permitir a las tropas extranjeras iniciar una retirada escalonada, en fechas predeterminadas, de las áreas que ocupaban. Las tropas suizas regresaron a Suiza; las francesas, a Francia; y en octubre de 1650, el alto mando sueco embarcó en Wismar (un puerto del Báltico no muy alejado de Stralsund, donde Gustavo Adolfo había desembarcado algo más de veinte años antes) y zarpó de regreso a casa. Y encontraron su patria al borde de la revolución.

Dinamarca y Suecia al borde del abismo

La extrema climatología que afectó a la mayor parte de Alemania durante la década de 1640 también arruinó las cosechas de Escandinavia, lo que hizo que los precios del pan subieran muy por encima del alcance de unas familias que ya estaban muy debilitadas por dos décadas de guerra. A continuación, entre 1648 y 1651, una insólita combinación de circunstancias sociales, dinásticas y constitucionales adversas puso tanto a la Monarquía sueca como a la danesa al borde del desastre. Dinamarca sufrió más. Aunque Cristian IV no intervino directamente en Alemania hasta su derrota en 1629, no pudo resistir la tentación de aprovecharse de la implicación continental de su rival, Suecia, y, como Axel Oxenstierna bromeó en cierta ocasión, «no dejó de

darnos golpecitos en la barbilla para ver si teníamos los dientes bien puestos[51]». Entonces, en 1643, el ejército sueco destacado en Alemania invadió Jutlandia mientras otro ocupaba todos los territorios daneses al este de la bahía, y la Marina sueca obligaba a la danesa a batirse precipitadamente en retirada. Estos mazazos obligaron a Cristian a aceptar una paz humillante en virtud de la cual cedió varios territorios daneses y, más importante, la práctica exención de los peajes de la bahía para Suecia. Aunque el rey seguía manteniendo un considerable prestigio personal a modo de patriarca nacional —pocos daneses podían recordar a ningún otro monarca, dado que había reinado durante sesenta años—, en este momento tuvo que someterse a los nobles del Consejo del Reino. Por otra parte, a su muerte, en febrero de 1648, Cristian dejó tras de sí una crisis constitucional, porque los Estados todavía no habían reconocido a un sucesor. Aunque su hijo mayor en ese momento, el príncipe heredero Federico, era el único candidato viable, el Consejo del Reino (que según la tradición debía actuar como poder ejecutivo durante un interregno) aplazó su elección hasta que éste accediera a una carta estatutaria de coronación que prohibiera al monarca involucrar al Reino en guerras extranjeras.

El nuevo rey se enfrentaba a una difícil tarea. Para empezar, la reciente ocupación sueca había causado extensos daños a las granjas y provocado una grave caída de la producción agrícola; en aquel momento, las desastrosas cosechas casi habían duplicado el precio del pan, y la mayoría de las áreas además sufrían plagas. Estos desastres naturales venían a añadirse a profundos reveses económicos. Por un lado, el final de la guerra en Alemania tuvo como consecuencia una brusca caída de la demanda extranjera de productos agrícolas daneses y el regreso de muchos soldados desmovilizados que ahora necesitaban encontrar empleo en su país. Por otra parte, el Consejo impuso elevados gravámenes para saldar las deudas de guerras anteriores —impuestos de los

cuales, sus miembros, en virtud de su estatus nobiliario, estaban exentos—. Esta combinación condujo a muchos pequeños propietarios de tierras a endeudarse tratando de conseguir capital para reparar los daños causados por los años de guerra y para pagar sus impuestos en un momento en el que sus beneficios habían caído en picado, creándose de este modo una peligrosa división entre los grandes nobles que integraban el gobierno y el resto de la población.

El clima también contribuyó a una crisis notablemente similar en la Monarquía sueca. Un período prolongado de temperaturas frías había reducido la producción agrícola y el comercio, y la cosecha de 1650 «fue la peor que Suecia había conocido en cincuenta años, y que conocería en otros cincuenta más», y, en marzo, los panaderos de Estocolmo se enfrentaron a golpes unos contra otros a las puertas de la ciudad para conseguir algo de la tan escasa harina[52]. Al igual que en Dinamarca, las malas cosechas coincidieron con una presión fiscal sin precedentes dirigida a liquidar las deudas generadas por la «guerra continental» de Suecia. Aunque ninguna fuerza extranjera había cruzado las fronteras del Reino ni causado ningún daño, la constante demanda de impuestos y alistamientos provocó una extendida penuria económica. Las importantes ganancias territoriales conseguidas en Westfalia no impresionaron a Gabriel Oxenstierna (hermano de Axel y miembro del Consejo del Reino sueco): «El hombre corriente se desea a sí mismo la muerte —opinaba—. Podemos decir que hemos conquistado las tierras de otros y para tal fin hemos arruinado las nuestras», de manera que, «por más que las ramas se extiendan, las raíces del árbol se mueren[53]».

La reina Cristina, hija de Gustavo Adolfo, que alcanzó la mayoría de edad en 1644, no hizo nada por resolver estos problemas. No sólo gastó enormes sumas en sí misma (los gastos de la corte se dispararon, pasando de representar un 3 por ciento del presupuesto estatal en 1644 a un 20 por ciento en 1653), sino

que también se ganó la antipatía de tantas tierras de la Corona que sus ingresos cayeron en un tercio. Una vez sus oficiales y soldados regresaron de Alemania, pidiendo sus atrasos y recompensas a sus servicios, «las donaciones se concedieron a tal velocidad que los registros territoriales apenas daban abasto para anotarlas [y] en ocasiones las mismas tierras se dieron dos veces». Cristina también duplicó el número de familias nobles de Suecia en el espacio de una década, creando un nuevo título casi cada mes. Al igual que en Dinamarca, esta prodigalidad produjo amargas divisiones entre los súbditos de la reina, como también el continuado dominio político de Axel Oxenstierna y sus aliados aristócratas, quienes para 1648 ocupaban veinte de los veinticinco escaños del Consejo, un grado de concentración de poder que provocó una oleada de panfletos rebosantes de indignación[54].

La oposición basaba su fuerza en el hecho de que Cristina carecía de un heredero. Tras dejar claro en 1649 que no tenía intención de casarse, se empleó a fondo para asegurar la sucesión para su primo Carlos Gustavo (comandante en jefe de las tropas suecas en Alemania), para lo cual requería la aprobación de la Dieta (Riksdag). De modo que la reina convocó a los delegados para reunirse en Estocolmo en julio de 1650, pese a la probabilidad de que aprovecharan la ocasión para airear sus numerosas quejas.

La Dieta sueca, que incluía no sólo a los estamentos de la nobleza, el clero y la población urbana, sino también al estamento campesino, inició su asamblea de 1650 con un ataque concertado por parte de los representantes de las ciudades contra el creciente número de nobles y sus excesivos privilegios. «¿Quieren introducir en Suecia la misma servidumbre para los hombres nacidos libres que existe en Polonia?», preguntaron indignados. El estamento clerical también criticó los abusos de los nobles. «¿Es justo —reivindicaban—, que un reducido número de personas sean

las únicas que se beneficien de que haya vuelto la paz, excluyendo a otros grupos que han contribuido en tan gran medida, sacrificando sus vidas y sus bienes, y que ahora viven como siervos sin disfrutar del placer de la libertad?» Ambos grupos se quejaban de que la reina prefería nombrar a nobles para los más altos puestos de la Iglesia y el Estado, privándolos a ellos de valiosas oportunidades profesionales, un hecho que generaba especial frustración debido a que, como en muchos de los primeros Estados modernos, Suecia ostentaba un número de licenciados universitarios mayor que nunca hasta entonces[55].

Las quejas de los campesinos eran al mismo tiempo más vehementes y referentes a un ámbito más amplio. Protestaban no sólo por las excesivas exigencias de sus señores (algunos afirmaban que sus granjas tenían que dar un servicio equivalente al de quinientos o seiscientos días al año; otros, que tenían que viajar 160 kilómetros para llegar al lugar donde debían prestar sus servicios), sino también por la enajenación de las tierras de la Corona, que ponía a los campesinos bajo el control de los nobles. Esto no sólo diezmaba los ingresos de la Monarquía, porque las tierras de los nobles pagaban menos impuestos (o ninguno) al Estado, sino que también reducía el tamaño del estamento de los campesinos dentro de la Dieta, porque sólo los campesinos de las tierras de la Corona podían formar parte de ella[56]. Estos temas se convirtieron en el grito de guerra de los tres estamentos, aparte del de la nobleza, porque en palabras del arzobispo Linneo de Uppsala:

> Cuando la nobleza tenga a todos los campesinos sometidos a ella, el estamento del campesinado ya no tendrá voz en la Dieta; y cuando el estamento del campesinado se vaya a pique, [los estamentos de] la burguesía y el clero también podrán fácilmente irse a pique […]; y dado que el estamento de la nobleza tiene todas las tierras del Reino bajo su control, ¿dónde está el poder de la Corona? Porque, quien posee la tierra es quien la gobierna[57].

Los tres estamentos celebraron por tanto reuniones conjuntas, fraguaron resoluciones consensuadas, reivindicaron que debía prevalecer la voluntad de la mayoría de los tres estamentos, y se

negaron a debatir las propuestas de la Corona antes de que ésta diera respuesta a sus quejas. Encabezados por el burgomaestre y el secretario municipal de Estocolmo, ambos abogados, y el historiógrafo real, disfrazaron sus demandas bajo la forma de apelaciones a las «leyes fundamentales» del Reino, y las publicaron en una petición redactada en octubre de 1650. El documento incluía la exigencia de que «todos sin distinción debían gozar de igualdad ante la ley» y de que «todas las cárceles privadas, así como la tortura [...] debían abolirse». Las tierras de la Corona no debían enajenarse en el futuro, y las que ya estuvieran transferidas debían recuperarse si los estamentos así lo demandaban. La petición llegaba incluso a condenar la política exterior de Suecia: «¿De qué vale lo que hayamos conquistado allende los mares si perdemos nuestra libertad en casa?»[58]

Los cientos de copias de la petición publicados y en circulación actuaron a modo de grito de guerra común para todos los que se oponían al gobierno central. Una semana después, una delegación de los estamentos más bajos de la Dieta se reunió con Oxenstierna y el Consejo del Reino, pero las quejas de los delegados sobre los elevados impuestos del Estado, y los gravosos abusos y cobros injustos por parte de sus señores no causaron demasiada impresión. Sobre lo primero, Oxenstierna señaló que «las guerras no eran lo que son ahora»: aunque en el pasado, la Corona había financiado sus fuerzas armadas a partir de los ingresos de sus feudos, «la guerra alemana era una cosa muy distinta a todo lo anterior: requería más hombres, más municiones, sueldos más altos; y, ¿hasta dónde habrían llegado los antiguos ingresos en estas circunstancias?». Cuando un delegado de los campesinos se quejó de los señores: «Nos quitan todo lo que tenemos», otro diputado le espetó: «Puede usted quejarse de sus cargas todo lo que quiera; pero yo le digo que nunca ha estado mejor que ahora [...]. El clero, la burguesía y los campesinos, todos viven a lo grande hoy en día», pero luego, al recordar la

pésima climatología y las malas cosechas, admitió: «Aunque, puede que ahora mismo estén pasando por algunas dificultades a consecuencia de la inesperada escasez que se está sufriendo este año». En ese momento, terció el arzobispo Linneo: «Lo que dicen [los campesinos] es verdad, de todas formas; lo sabemos, porque mientras que en el pasado los diezmos dejaban una renta importante, ahora han descendido mucho. Y me temo que son más los que tratan mal a los campesinos que los que los ayudan. No cabe duda de que existen motivos de queja[59]».

Sin embargo, la oposición no llegó a conseguir ninguno de sus objetivos, principalmente debido a su falta de coordinación. Suecia no contaba con otro líder plausible aparte del príncipe Carlos Gustavo, el presunto heredero de Cristina, y éste no ganaba nada derrocando a su prima. Los principales nobles tampoco tenían nada que ganar del derrocamiento de la reina y, en todo caso, contaban a su alrededor con numerosos ejemplos de adónde conducía la rebelión. El Consejo sueco recibía y debatía regularmente las últimas noticias sobre los levantamientos en otros países, especialmente en Inglaterra. Según un diputado, al igual que los problemas «allí, en Inglaterra, provinieron de sacerdotes impacientes, lo mismo está ocurriendo aquí. Lo cual constituye el peor de los ejemplos y hace mucho daño[60]».

La reina Cristina supo aprovechar hábilmente las divisiones de sus críticos. Se ganó la voluntad favorable de los nobles prometiéndoles que no revocaría las concesiones de las tierras de la Corona que les había hecho. Dividió a los otros estamentos ofreciendo concesiones limitadas a cada uno de ellos: el clero recibió algunos de los privilegios que pedía (como la garantía de que la Corona favorecería sólo la teología luterana ortodoxa); a los ciudadanos más destacados se les prometió acceso a algunos cargos monárquicos (si bien casi siempre en áreas remotas); y los campesinos consiguieron que se reconocieran algunas limitaciones sobre los servicios que sus señores les podían exigir. En octubre

de 1650, los diputados reconocieron a Carlos Gustavo como su presunto heredero y se dispersaron.

Si bien fue una victoria política, la Dieta demostró ser un fracaso fiscal: sólo la recuperación general de las tierras enajenadas de la Corona (proceso que en Suecia recibió el nombre de *Reduktion*) podía haber resuelto la crisis financiera a la que se enfrentaba la Monarquía. Por tanto, pese al establecimiento de nuevos impuestos indirectos, la reina siguió sin poder pagar los salarios de sus soldados, marinos y el personal de su casa, y se vio absolutamente desprovista de recursos frente a las malas cosechas que en 1652 afectaron a toda Escandinavia. Los gritos de «muerte a los nobles» y «al diablo con los esbirros» volvieron a resonar de nuevo y, en una determinada zona, los campesinos eligieron un «rey» con sus consejeros, y redactaron una lista de los nobles a quienes se proponían asesinar; cuando Cristina envió tropas para reprimir esta insurrección, el rey campesino acabó desmembrado en la rueda de la tortura mientras que sus consejeros (uno de ellos un sacerdote) fueron ahorcados[61].

Un embajador que viajó por las zonas afectadas por la insurrección se hizo eco de la pobreza generalizada de la población, el estado de abandono de las carreteras y los animales muertos en los campos; cabría preguntarse por qué esta desesperada situación no generó un malestar más extendido. El gobierno central creía que la respuesta radicaba en su sistema militar. «El único medio para mantener a los campesinos bajo una disciplina es el reclutamiento», afirmaba un consejero: esto es, la emigración forzosa y constante de jóvenes suecos y finlandeses para luchar en el continente eliminaba tanto a posibles líderes como a elementos marginales (y, por tanto, peligrosos[62]). Los detallados registros de la parroquia de Bygdeå (que, con sólo 1800 habitantes desperdigados por casi 2000 kilómetros cuadrados, ya estaba de por sí escasamente poblada) da una idea del impacto. La parroquia contaba con 500 varones adultos en 1620, y veinte años

más tarde sólo con 365, mientras que el número de mujeres adultas aumentó de 600 a 655. Por otra parte, todos excepto 14 de los 230 hombres que marcharon a Alemania durante esas dos décadas murieron allí[63].

Aunque los minuciosos registros de Bygdeå terminan en 1639, los datos de otras zonas de la Monarquía sueca revelan el alto coste del reclutamiento en el resto de lugares. De los 25 000 soldados suecos y finlandeses enviados a Alemania en 1630 y 1631, más de la mitad murieron en el plazo de dos años; y, durante ese mismo período, de los más de mil reclutas de un regimiento, una tercera parte murió de enfermedad, una sexta parte a causa de las heridas recibidas y una octava parte desertó. Cuando los jóvenes empezaron a darse cuenta de que el servicio militar constituía prácticamente una sentencia de muerte, los resultados del reclutamiento empezaron a flaquear. Así, a lo largo de la guerra de los Treinta Años, Finlandia suministró 25 000 jóvenes para luchar en el continente —alrededor de una cuarta parte de su población adulta total—, pero aunque las seis tandas de reclutamiento llevadas a cabo en la provincia de Viborg durante la década de 1630 proporcionaron unos 4000 hombres, las ocho de 1640 apenas llegaron a sumar 3500, y las otras ocho de la década de 1650 arrojaron un resultado inferior a 2500. Entre los que conseguían evitar ser reclutados, se incluían los desertores (algunos «se escondían en el bosque» antes de la primera llamada a filas, otros huían durante la marcha hacia la costa), los heridos (algunos de ellos claramente autolesionados), y los enfermos —entre ellos cabe señalar el caso insólito aunque no único de Jakob Göransson, quien al ser reclutado en 1630 afirmó «que durante todos los meses tenía el período, como si fuera una mujer, y durante ese tiempo tenía que permanecer tendido como si estuviera muerto[64]»—. Sin embargo, tanto si prestaban servicio como si desertaban o tenían la menstruación, ningún recluta podía tomar parte en un levantamiento campesino. La guerra que había arrui-

nado una parte tan extensa de Alemania, funcionó como una válvula de seguridad tanto para Finlandia como para Suecia, allanando de esta manera el camino para la abdicación de Cristina y la sucesión pacífica de su primo, el rey Carlos Gustavo X, en 1654.

La segunda crisis de la República holandesa

Tan pronto como se firmó la paz con España en 1648, algunos habitantes de la República holandesa empezaron a recordar los años de guerra con nostalgia. «La guerra, que a todos los demás territorios y países ha hecho pobres, a vosotros os ha hecho ricos», escribía un panfletista en 1650: «Vuestro país antes rebosaba de plata y oro; la paz [con España] os hace pobres[65]». A primera vista, estas afirmaciones pueden resultar ridículas. Para la década de 1640, casi el 90 por ciento del gasto total de la República holandesa iba destinado a defensa, lo que generaba una enorme carga fiscal, sobre todo en forma de impuestos indirectos: en la ciudad de Leiden, los impuestos sobre el consumo representaban el 60 por ciento del precio de la cerveza y el 25 por ciento del precio del pan. Sin embargo, los ingresos seguían siendo más que insuficientes para cubrir el gasto militar y naval de la República: entre 1618 y 1649, la deuda de los Estados de Holanda se disparó de menos de cinco millones a casi 150 millones. Al mismo tiempo, la guerra había dañado la economía de la República en otros aspectos importantes. Los pueblos cercanos a las fronteras tenían que pagar un «dinero de protección» a las guarniciones enemigas si no querían arriesgarse a ser arrasados; los comerciantes que enviaban productos al extranjero corrían peligro de que se los confiscaran; los corsarios al servicio de España no sólo causaron graves pérdidas indirectas —únicamente en 1642, capturaron 138 barcos holandeses—, sino que también hicieron subir los fletes y las primas de los seguros.

Muchos habitantes de la República, liderada por los Estados de Holanda, que, gracias a su decisivo papel a la hora de financiar la guerra, habían recuperado parte del poder perdido en 1618, se mostraron por tanto partidarios de un acuerdo con Felipe IV. En 1635, Francia había declarado la guerra a España y, de acuerdo con los holandeses, lanzó un ataque inmediato contra las posesiones de Felipe en los Países Bajos. Aunque las fuerzas francesas hicieron escasos progresos hasta 1640, a partir de esta fecha consiguieron algunos éxitos importantes (*véanse capítulos 9 y 10*). Cada victoria era motivo de alarma en la República. «Francia, aumentada gracias a sus posesiones en los Países Bajos españoles, sería un vecino peligroso para nuestro país», declararon los Estados de Holanda; sería como «tener a Aníbal a nuestras puertas», recogía un panfletista[66]. La opinión pública viró hacia una postura favorable a firmar la paz antes de que el poder español se desmoronara por completo. No obstante, sacar adelante un acuerdo aceptable tanto para el estatúder, en aquel momento el hermano de Mauricio, Federico Enrique, como para las siete provincias, resultó difícil. Zelanda se resistía (principalmente porque a sus corsarios les iba muy bien con la guerra), pero tras una larga negociación, en enero de 1646 los delegados de las otras seis provincias partieron hacia Münster, en Westfalia, cuartel general de la delegación española durante el congreso de paz.

Desde el primer momento, los negociadores de Felipe IV aseguraron a los holandeses que su señor estaba dispuesto a conceder la plena soberanía a la República. También filtraron astutamente una propuesta francesa de casar al joven Luis XIV con una princesa española, con los Países Bajos como dote. Esta duplicidad, así como el fantasma de los franceses al otro lado de la frontera, aceleró la voluntad negociadora de los holandeses. Felipe estaba para entonces dispuesto «a ceder en cualquier aspecto que pudiera conducir a concluir un acuerdo» —de hecho, según un observador nada simpatizante, estaba tan desesperado por fir-

mar la paz que «si fuese necesario habría crucificado de nuevo a Cristo para lograrlo[67]»—. De modo que España propuso una nueva tregua, con una duración prevista de doce a veinte años; los holandeses contrarrestaron con una lista de 71 condiciones, casi todas las cuales Felipe IV aceptó. Los Estados de Holanda recomendaron por tanto que los Estados Generales autorizaran que de la tregua se pasara a hablar de una paz plena. De nuevo, Zelanda se opuso, y una vez más tuvo que someterse a la mayoría: en noviembre de 1646, por seis votos a uno, los holandeses acordaron iniciar conversaciones de paz, y, dos meses después, las dos partes firmaron un acuerdo provisional por el que se ponía fin a la lucha y a las sanciones económicas.

Casi inmediatamente, una racha de malas cosechas en la República elevó los precios de los alimentos y desencadenó la presión popular en favor de unas reducciones fiscales que sólo la paz podía traer consigo. Al mismo tiempo, el alto el fuego tanto en tierra como en la mar generó un repentino aumento en el comercio holandés, que a su vez alimentó la presión dentro de la República a favor de un acuerdo permanente que perpetuara aquella prosperidad. Como es natural, los franceses trataron desesperadamente de hacer descarrilar la iniciativa de paz, creando (según las palabras de un desalentado diplomático español) «un laberinto artificial, construido de tal manera que los que deciden entrar en él nunca consiguen encontrar la salida[68]». Irónicamente, tratándose de un cardenal de la Iglesia católica, Mazarino concentró todos sus esfuerzos en atraerse al clero calvinista holandés, de unos 1200 miembros, casi todos ellos rotundamente contrarios a una paz con España. La muerte de Federico Enrique en marzo de 1647 vino a aliarse con ellos, dado que su hijo y sucesor en el cargo de estatúder, Guillermo II, también se oponía radicalmente a la paz; no obstante, los Estados Generales acabaron aprobando el acuerdo final y, tras otra ronda de infructuosas negociaciones para conseguir el consentimiento de Zelanda, en

mayo de 1648 los delegados de España y de seis provincias holandesas juraron solemnemente su apoyo a una paz permanente. La revuelta más larga de la historia de Europa había terminado.

Los partidarios del acuerdo vaticinaban una rutilante posteridad, armonía universal e incluso una nueva edad de oro en cuanto la guerra terminara; algunas mejoras sí se produjeron según lo previsto —los fletes y las primas de seguros descendieron aún más, el comercio con España, la Italia española e Hispanoamérica se disparó— pero los beneficios, sin embargo, fueron a parar sobre todo a los comerciantes holandeses. El resto de los ciudadanos de la República probablemente estaban —y desde luego, se sentían— peor en 1648-1650 que antes. Para empezar, sufrieron la misma pésima meteorología que en otras partes del mundo: en algunas áreas, llovió todos los días entre abril y noviembre de 1648, debido a lo cual el heno y el grano se pudrieron en los campos —un bardo local compuso un poema titulado «El lluvioso tiempo del año 1648»— y luego vinieron seis meses de escarcha y nieve durante los cuales los canales se congelaron, impidiendo por completo el tráfico de gabarras. Muchos se quejaron del «invierno que duró seis meses». El verano de 1649 fue también inusualmente húmedo. Entre 1648 y 1651, los precios del cereal en la República alcanzaron su nivel más alto en un siglo[69].

Paradójicamente, la paz con España intensificó el impacto de las malas cosechas en las regiones fronterizas. Nada más cesar los combates, el gobierno central redujo las guarniciones de las ciudades fortificadas del este y del sur, y dado que el Estado holandés solía pagar a sus tropas debidamente y a tiempo, la drástica reducción en consumo militar obligó a cerrar a numerosos proveedores locales (especialmente sastres, fabricantes de sillas de montar y posaderos[70]). Zelanda también sufrió debido a que la provincia había invertido abundantemente en crear una colonia en el noroeste de Brasil, y sus líderes accedieron a la paz con Es-

paña sólo a cambio de las promesas de ayuda de sus vecinos contra los colonos brasileños todavía leales a Portugal. Una fuerza expedicionaria partió conforme a lo previsto, pero los colonos portugueses la obligaron a batirse en retirada (*véase capítulo 15*).

Este grave contratiempo llevó a Zelanda a ver con buenos ojos las propuestas de declarar la guerra a España planteadas por otros tres influyentes protagonistas: Francia, la casa de Orange y el clero calvinista. Desesperado por encontrar un segundo frente que alejara al ejército español de Flandes, Mazarino trató de convencer a Guillermo II (estatúder de cinco de las provincias tras la muerte de Federico Enrique en 1647) y a su sobrino Guillermo Federico (estatúder de las otras dos provincias) para idear una ruptura. Dado que la autoridad de los estatúders se derivaba en gran medida de su mando sobre las tropas de la República, la reducción del tamaño del ejército de 60 000 soldados en 1643 a 35 000 en 1648 y 29 000 en 1650, supuso una disminución drástica de su poder. Las peticiones de los Estados de Holanda de una reducción militar todavía mayor enfurecían a Guillermo. Los Estados también tenían enfadado al clero calvinista, el tercer grupo contrario a la paz, porque se negaban a aprobar unas leyes que promovían el protestantismo y restringían el culto católico en las tierras recién adquiridas a España. Con el fin de conseguir apoyos para sus propios planes, al igual que hizo su tío Mauricio una generación antes, Guillermo II se postuló como adalid del calvinismo.

El año de 1650 fue testigo de otra avalancha de polémicos panfletos holandeses, muchos de ellos escritos por pastores calvinistas que culpaban a la paz de todas las desgracias posteriores. «La guerra fue la causa de todo el crecimiento y la prosperidad de la industria y el comercio, la paz los hace debilitarse y decaer», afirmaba uno. Otro proclamaba: «La guerra se convirtió en un vínculo de unión y cohesión; la paz acarrea disputas y de-

sunión». Desde el momento en que pararon los combates, continuaba incansablemente el autor anónimo, el precio de la comida había alcanzado niveles insólitos. «¿Acaso no vemos todos cómo las ciudades que más prosperaron durante la guerra van al declive durante la paz, pierden su industria, el número de sus comerciantes disminuye y muchas de sus casas se ponen en venta?» También afirmaba (como algunos clérigos en sus sermones) que incluso el clima ponía de manifiesto la desaprobación de Dios respecto a la paz con España: ¿acaso no había llovido de forma casi incesante desde entonces[71]? Esta cruda propaganda dio en el blanco: en marzo de 1650, el embajador español en La Haya advirtió a su gobierno: «No hay duda de que a la gente corriente no le gusta la paz, y la culpan de todas las carencias que sufren, especialmente la del grano, sin acordarse de la escasez de años pasados[72]».

El embajador no era consciente de que Guillermo II tenía ya decidido sacar partido del descontento general. En octubre de 1649, le confió a su primo Guillermo Federico que, a menos que los Estados de Holanda dejaran de insistir en seguir reduciendo las fuerzas armadas, su intención era eliminar a sus líderes, sobre todo a los magistrados de Ámsterdam. Para ello patrocinó la publicación de panfletos que criticaban sus políticas: la falta de ayuda a Brasil, la negativa de expulsar a los sacerdotes católicos de los territorios recién conquistados y la incapacidad de suministrar pan barato. Sin ceder un palmo, en mayo de 1650 los Estados de Holanda ordenaron el desmantelamiento de varias unidades más en su nómina; al día siguiente, el príncipe mandó a sus comandantes hacer caso omiso de estas órdenes y se quejó a los Estados Generales —donde Holanda representaba sólo un voto contra siete— de la usurpación de su poder en la provincia. Al igual que en 1618, los Estados Generales autorizaron al príncipe para que visitara todas las ciudades de Holanda y destituyera a cada magistrado que se hubiera opuesto a él. Ámsterdam propu-

so negociar un acuerdo sobre la reducción de tropas, pero cuando el príncipe se negó, redactó una declaración en la que recordaba a todo el mundo que el estatúder era un servidor del Estado, y no su dueño. Guillermo, sostenía, debía aceptar la orden de Holanda sobre las reducciones de tropas de manera que todo el mundo pudiera «disfrutar de la paz actual, que el mantenimiento por más tiempo de un ejército innecesario y no regulado haría imposible[73]».

Indignado ante este desafío, el 30 de julio de 1650 el príncipe mandó arrestar y encarcelar a sus principales críticos en los Estados de Holanda, en la creencia de que su primo Guillermo Federico, junto con 12 000 soldados, acababa de introducirse por la fuerza en Ámsterdam, pero una contingencia había frustrado su plan. La noche anterior, una gran parte de las tropas destinadas a esta operación habían perdido el rumbo durante una tormenta y habían llegado a la cita completamente empapadas. Mientras se secaban, un correo a caballo que iba camino de Ámsterdam pasó por allí y (dado que las tropas no tenían órdenes de detener a los viandantes) consiguió advertir a la ciudad. Gracias a esta extraordinaria casualidad, para cuando Guillermo Federico y sus hombres llegaron por fin, los magistrados habían provisto de armas a los ciudadanos, cerrado todas las puertas y llenado el foso que rodeaba la ciudad.

Cuando Guillermo de Orange se enteró de la noticia se retiró a su habitación, tiró al suelo su sombrero y empezó a patalear, pero una vez pasada la rabieta, decidió probar si una aparición personal suya podría intimidar a Ámsterdam. Se unió a sus tropas en las puertas de la muralla, y pasados unos pocos días, la ciudad accedió dócilmente a entregar a sus expansivos magistrados y reconoció el derecho único del estatúder a dar órdenes al ejército, determinar el número de tropas y decidir sobre política exterior. Entonces, Guillermo, una vez asegurados sus asuntos domésticos, emitió un ultimátum a Felipe IV: a menos que Es-

paña iniciara inmediatamente conversaciones de paz con Francia, la República holandesa volvería a declararle la guerra.

De repente, el príncipe cayó enfermo de viruela y tuvo que guardar cama, y el 6 de noviembre de 1650 murió de esta enfermedad. Dado que carecía de un heredero reconocido, sus recién adquiridos poderes —y su amenaza de una guerra con España— desaparecieron con él. Los Estados de Holanda liberaron inmediatamente a sus colegas encarcelados e invitaron a representantes de todas las provincias a unirse a ellos en la sesión especial de los Estados Generales, revestidos de plena autoridad para llenar el hasta entonces sin precedentes vacío constitucional.

Incluso antes de la «gran asamblea» celebrada en enero de 1651, los Estados de Holanda tomaron varias medidas revolucionarias. La primera y más importante, su resolución de no nombrar un estatúder para la provincia y, en lugar de ello, dejar claro que todas las tropas de la provincia estaban a sus órdenes. En ausencia de éste, los Estados también permitieron a la élite patricia de cada ciudad elegir a sus propios magistrados y nombrar a sus representantes. La «gran asamblea» confirmó ambas iniciativas e introdujo algunas más. Nombró a un noble holandés «mariscal de campo» del ejército de la República y redujo la autonomía de los militares: a partir de ese momento, los tribunales militares juzgarían sólo los delitos militares (como la deserción y la desobediencia), dejando que los soldados acusados de cualquier otro tipo de crimen comparecieran ante los tribunales civiles. En materia religiosa, los Estados garantizaban la libertad de culto a católicos y judíos; y, pese a acceder a tolerar las Iglesias no calvinistas sólo donde ya existieran, esto equivalía a garantizar la tolerancia para todos los que la desearan. Por último, la sensata decisión de la asamblea de ignorar las peticiones de procesar a los que habían promovido los objetivos de Guillermo II restableció la armonía nacional que las controversias de los cuatro años anteriores habían puesto en peligro.

Esta revolución constitucional fue ampliamente elogiada —el filósofo Baruch Spinoza la denominó «el sistema de la verdadera libertad»— y trajo una prosperidad sin precedentes a la mayor parte de la República durante una generación. No obstante, presentaba dos puntos débiles relacionados entre sí: esta misma prosperidad de los holandeses provocó la envidia y los ataques de sus vecinos, y, sin un estatúder que coordinara las operaciones militares y navales, a la República le resultaba difícil ganar sus guerras. Así pues, cuando Gran Bretaña la atacó en 1652, la Marina holandesa perdió casi todas las batallas; mientras que, al año siguiente, pese al éxito holandés de conseguir cerrar tanto el Báltico como el Mediterráneo a los barcos ingleses, lo que condujo a la paz en 1654, aquel mismo año los últimos puestos holandeses en Brasil se rindieron a Portugal. La República salió mejor parada cuando Gran Bretaña volvió a atacarla en 1664, pero el espectacular asalto que destruyó o capturó varios barcos de guerra ingleses anclados en el río Medway apenas compensó la pérdida de Nuevos Países Bajos, el último enclave holandés en Norteamérica. Más tarde, en 1672, Gran Bretaña atacó por tercera vez, en esta ocasión en alianza con Francia.

Cuando sus fuerzas se desmoronaron ante la invasión de Luis XIV, al mando de 130 000 soldados, y un mes después, los Estados Generales dieron marcha atrás en su postura sobre las relaciones civiles-militares y a su pesar se vieron forzados a nombrar a Guillermo III, entonces de veintidós años e hijo póstumo del fallecido príncipe de Orange, ya casi era demasiado tarde: tras haber conquistado prácticamente todas las ciudades holandesas a su paso sin apenas resistencia, en junio de 1672 Luis entró triunfante en Utrecht. Mientras los disturbios urbanos sacudían Holanda, los delegados que quedaban en los Estados Generales votaron a favor de una rendición ignominiosa. Afortunadamente para ellos, Luis rechazó su oferta y exigió más, lo que permitió al príncipe Guillermo restaurar el orden y concentrar todas las

energías en resistir a los franceses, pero sus esfuerzos podrían haber fracasado de no haber sido por un súbito cambio meteorológico. Una extrema sequía acaecida en la primavera de 1672 había facilitado la invasión francesa al reducir el nivel del Rin y otros ríos, de forma que la caballería francesa pudo vadearlos y crear una cabeza de puente, permitiendo a los ingenieros del rey construir puentes para la infantería. La sequía también impidió que los holandeses pudieran hacer uso de su última estrategia defensiva: abrir los diques para crear una barrera de agua entre Holanda y Francia. Hasta mediados de julio, el nivel del agua fue elevándose con desesperante lentitud. Luego cayeron unas lluvias torrenciales que dejaron impracticables todas las rutas hacia el interior de Holanda, y a final de mes Luis abandonó Utrecht y se volvió a casa. Bajo la mano firme de Guillermo III, la organización naval y militar holandesa fue mejorando hasta que primero Inglaterra (1674) y luego Francia (1678) firmaron la paz[74].

Luis XIV no aceptó de buena gana este fracaso, especialmente porque la paz de 1678 incluía importantes concesiones económicas que favorecían los negocios de los comerciantes holandeses con Francia. A lo largo de 1687, Luis rescindió casi todas estas concesiones, aumentando drásticamente los aranceles sobre algunas importaciones holandesas y prohibiendo totalmente otras; y, como Francia constituía el principal mercado para muchos productos holandeses, los efectos sobre la República fueron a la vez graves e inmediatos. En el verano de 1688, el embajador francés en La Haya advirtió a su señor de que «el comercio de Holanda se ha reducido en más de una cuarta parte y la población, gravemente afectada, está profundamente indignada con Francia». Por otra parte, añadía, muchos de los líderes de la República apoyaban un veto total a las importaciones francesas, aun cuando esto comportara el riesgo de una guerra[75]. El príncipe Guillermo y sus asesores empezaron a debatir sobre qué hacer llegado el peor de los escenarios: una repetición del ataque conjunto protagoni-

zado por Francia y Gran Bretaña en 1672; pero el desarrollo de los acontecimientos en cada uno de los países vecinos fue su salvación.

En 1685, el elector palatino, nieto de Federico, murió sin heredero varón, pero dejó como sucesor a su pariente masculino más cercano. Esto no fue del agrado de Luis XIV, que reclamaba una parte del Palatinado en nombre de su hermano, casado con la difunta hermana del elector, así que en septiembre de 1688 las fuerzas francesas cruzaron el Rin para hacer cumplir sus demandas, capturando o devastando todo el Palatinado. Aunque la invasión constituyó un triunfo táctico, resultó a la vez un desastre estratégico, porque no sólo convirtió prácticamente a todos los soberanos alemanes en enemigos de Francia, sino que también hizo que Luis se distrajera y no tomara nota de la invitación enviada por algunos súbditos ingleses de Jacobo II a Guillermo, suplicándole que iniciara la invasión a su propio Reino antes de finales de año. Luis advirtió a los líderes holandeses que, en caso de que atacaran a su majestad británica, Francia los atacaría inmediatamente a ellos, pero la invasión de Alemania hizo que careciera de recursos para ejecutar su amenaza.

En lugar de ello, Guillermo III logró reunir una flota de casi quinientas naves y un ejército de más de 40 000 soldados para la invasión, dejando no obstante atrás suficientes barcos y soldados para defender la República. Para Navidad ya se habían hecho con el control de toda Inglaterra y, aunque Luis declaró la guerra, el nuevo soberano de Gran Bretaña y la República holandesa forjaron alianzas con España, el sacro emperador romano y otros soberanos alemanes expresamente para despojar a Francia de todas sus conquistas desde la Paz de los Pirineos. Aunque la República siguió en guerra con Francia durante la mayor parte de los siguientes veinticinco años, sobrevivió como Estado independiente durante más de un siglo.

La «revolución suiza».

La República holandesa no fue el único Estado que prosperó durante —y en parte gracias a— la guerra de los Treinta Años: otro de los beneficiados fue la Confederación Suiza. En 1648, aunque la Paz de Westfalia no llegó a conceder a los trece cantones suizos (y algunos de sus territorios asociados) estatus de soberanía, sí reconoció su «exención» de las leyes e instituciones del Sacro Imperio Romano, haciéndolos en la práctica independientes. Sin embargo, esto no suponía su unificación: cada cantón mantenía una relación separada con los demás. El aproximadamente millón de habitantes de la Confederación hablaba cuatro lenguas diferentes (alemán, francés, italiano y romance, cada una de ellas con sus múltiples dialectos) y profesaba distintos credos: algunos eran católicos; la mayoría pertenecía a uno de los credos protestantes; en unos pocos cantones, los señores profesaban una fe y sus súbditos otra. También existían divisiones políticas y económicas. Por una parte, en la mayoría de los cantones una sola ciudad dominaba sobre el campo, controlando su producción y recaudando impuestos para su propio beneficio. Por otro lado, pese a lo inhóspito del entorno (el 70 por ciento de Suiza es montañosa), el *boom* económico y el clima más benigno del siglo XVI propiciaron el cultivo de nuevas tierras y la especialización en la producción de cosechas más resistentes y rentables, como el cáñamo y el lino, para su exportación.

Cuando el protagonista de la novela *Simplicissimus*, de Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen, consiguió escapar de la guerra de los Treinta Años y pasó a Suiza, describió un país…

> … que me resultó tan extraño en comparación con otras tierras alemanas, como si hubiera estado en Brasil o en China. Vi gente que compraba y vendía en paz; establos repletos de ganado; granjas llenas de pollos, gansos y patos; carreteras seguras para los viajeros; posadas rebosantes de gente pasándolo bien. No existía en absoluto temor al enemigo, preocupación por que te saquearan, ni miedo a perder tus bienes, tu vida, o un brazo… Por lo que consideré este país como un paraíso terrenal[76].

Grimmelshausen exageraba. Entre 1636 y 1641, el deterioro climático elevó los precios de la comida en muchos cantones suizos a su nivel más alto en dos siglos, y entre 1642 y 1650 cayeron en promedio al menos a la mitad de su valor anterior. Pero mientras duró la guerra de los Treinta Años, los hombres que no podían ya ganarse la vida con la agricultura encontraron empleos altamente remunerados como mercenarios en el extranjero, y los sueldos y el botín que de allí se trajeron sirvieron de impulso a la economía de Suiza[77]. La guerra en Alemania afectó a Suiza en otros dos sentidos. Por un lado, benefició a varias ciudades debido al masivo influjo de los refugiados que trajeron consigo tanto riqueza como habilidades económicas: para 1638, los 7500 refugiados de la ciudad de Basilea casi superaron el número de residentes nativos. Por otro, en 1633 y de nuevo en 1638 los ejércitos alemanes violaron la neutralidad suiza, llevando a varias ciudades a embarcarse en un costoso programa de defensa, construyendo o mejorando sus fortificaciones y aumentando el número de sus defensores.

Hasta 1648, la prosperidad generada por la guerra de los Treinta Años hizo soportable este gasto militar; pero, aunque la Paz de Westfalia trajo consigo seguridad, acabó con la prosperidad. La demanda alemana de producción suiza, incluida la de soldados, se desplomó, y los refugiados de Alemania regresaron a casa, causando un colapso tanto en los precios de las viviendas urbanas como en los ingresos fiscales globales. Al mismo tiempo, Francia, que había pagado a los cantones un «anticipo» para mantener a las tropas como una reserva estratégica y a la vez para evitar que sirvieran a otra potencia, incumplió sus pagos debido a sus propios problemas fiscales (*véase capítulo 10*). Por último, Suiza, sufrió el mismo desastre en la climatología y las cosechas que otros lugares de Europa occidental.

Al igual que en la República holandesa, muchos suizos empezaron a considerar la guerra de los Treinta Años como una edad

dorada. «Durante la guerra —se lamentaban los campesinos del cantón de Basilea a sus gobernantes en 1651— podíamos vender una gran variedad de productos agrícolas a un alto precio y en considerables cantidades por encima y más allá de lo que requería el mantenimiento de nuestras familias». Temiendo que «lo peor esté aún por llegar», suplicaban a sus magistrados que abolieran todos los impuestos especiales y redujeran los tipos de interés[78]. Los campesinos de Basilea no exageraban: entre 1644 y 1654 los precios en el norte de Suiza cayeron aproximadamente un 75 por ciento, mientras que a los que habían pedido prestado dinero durante los años de prosperidad ahora les resultaba difícil pagar los intereses, y mucho más devolver el capital. La aparición en 1652 de un brillante cometa en los cielos de Suiza cuya cola se asemejaba a una «espada flamígera» llevó a los pastores protestantes del lugar a afirmar, como ya habían hecho en 1618, que se trataba de una advertencia de Dios sobre los desastres que estaban por venir. Y el desastre en efecto llegó: en un intento desesperado por afrontar la repentina crisis económica, los cantones del norte (que habían sido los más golpeados por la caída de la demanda alemana) devaluaron sus monedas un 50 por ciento. La «revolución suiza» comenzó dos semanas más tarde[79].

En enero de 1653, cuarenta funcionarios locales del montañoso valle de Entlebuch, al sur de Lucerna, se reunieron en secreto para debatir sobre la crisis económica originada por el aumento de los impuestos y la devaluación. Votaron enviar una delegación encabezada por Hans Emmenegger, el magistrado de más categoría (y uno de los habitantes más ricos), a solicitar ayuda de emergencia de las autoridades cantonales de Lucerna. Los delegados se encontraron con una rotunda negativa: cualquier concesión a los campesinos, como la reducción del interés de la deuda o de los impuestos agrícolas, afectaría en un sentido adverso a sus conciudadanos más ricos (y, por supuesto, a los propios ma-

gistrados). En lugar de ello, las autoridades del cantón optaron por congregar a sus milicias.

La medida fue imprudente. Lucerna apenas contaba con 4000 ciudadanos, de los cuales apenas una cuarta parte podía portar armas, un número muy inferior al de los campesinos de Entlebuch. Por otra parte, varias áreas vecinas habían sufrido recientemente episodios de violencia colectiva, incluido el cantón de Berna (1641) y el cantón de Zúrich (1644-1645), y justo al otro lado de la frontera, el arzobispado de Salzburgo (1645-1647), la Alta Austria (1648) y Estiria (1650). Pero, en todos estos casos, el gobierno había recuperado rápidamente el control e impuesto sanciones draconianas sobre aquellos que habían «alzado las banderas» (*Fähnlilups*: la tradicional llamada a la resistencia colectiva en las regiones alpinas). Estos éxitos condujeron a los magistrados de Lucerna a subestimar la amenaza que representaba Entlebuch[80].

No fueron los únicos en pecar de complacencia. En sus cartas de diciembre de 1652, el embajador francés ante la Confederación recalcaba la «profunda tranquilidad de la que estos cantones vienen disfrutando durante tanto tiempo»; e incluso, al informar de la «devaluación de la moneda de cobre», añadía que, aunque en otros lugares de Europa «esto podía producir cierto malestar, la gente aquí actúa con mucha lentitud en todo[81]». El embajador estaba subestimando dos importantes circunstancias locales: la gente de Entlebuch sentía una inusual confianza en que, pese al fracaso de las revueltas populares en los demás lugares, su propia resistencia prosperaría. En primer lugar, el valle poseía no sólo un privilegio papal para exhibir las «armas de Cristo» en su escudo de armas y sello, como recordatorio constante de que Dios los protegería, sino también un fragmento de la Veracruz, universalmente interpretado como otro signo de protección especial. Segundo, al igual que todos los demás habitantes de Suiza, los de Entlebuch se sabían de memoria la historia de Guillermo

Tell, que en el pasado había triunfado en su desafío a un brutal gobernador de la región, una poderosa confirmación de que cuando la causa era justa, la resistencia podía erigirse en vencedora. Los rebeldes bautizaron su himno político «La nueva canción de Guillermo Tell», compuesta en Entlebuch en 1653[82]. Por último, el valle contaba con una considerable autonomía política y religiosa, un equipo de líderes experimentados y respetados, y una bien desarrollada red de comunicaciones que facilitó una rápida movilización.

El 26 de febrero de 1653, una reunión de campesinos de toda la región aprobó un manifiesto cuyo borrador había sido redactado por Hans Emmenegger, en el que se culpaba de su desesperada situación a una sinergia de factores humanos y naturales:

> El agricultor común apenas puede mantener su casa y su hogar, y no digamos pagar la hipoteca, deudas e intereses devengados por ésta, o dar sustento a su mujer y sus hijos […]. La sequía, o la pérdida de caballos o ganado, han obligado a la gente a abandonar sus casas y hogares, renunciar a sus propiedades y mudarse a algún lugar lejano para ganarse la vida.

Horas más tarde, ese mismo día, los campesinos allí congregados juraron oponerse a las políticas impuestas por las autoridades de Lucerna. En concreto, reclamaban la restauración de la moneda a su valor anterior y permiso para pagar en especie en lugar de en metálico el interés generado por sus deudas[83]. Las comunidades campesinas de los cantones de Berna, Basilea y Soleura, así como Lucerna, pronto se unieron al llamamiento, y más de 2000 hombres de los cuatro cantones asistieron a una asamblea en la que se redactó una «carta de unión» (*Bundesbrief*) exigiendo la vuelta a las «leyes eternas, divinas e inviolables» de Suiza y la abolición de todas las innovaciones (una maniobra astuta, dado que un *Bundesbrief* de 1291 entre los tres cantones había constituido el documento fundacional de toda la Confederación). La asamblea también declaró que en adelante nadie pagaría intereses sobre sus deudas o diezmos (otra hábil estratagema que mejoraba la liquidez de los insurgentes a la vez que dañaba la de los habi-

tantes de las ciudades). Por último, la asamblea amalgamaba todas las unidades de la milicia, creando una fuerza de 24 000 hombres, y elegía un Consejo de Guerra para gestionar sus esfuerzos. Mientras algunas unidades atacaban algunos castillos aislados pertenecientes a sus señores, el grueso del ejército campesino asedió Lucerna.

El pánico empezó entonces a cundir entre los magistrados de toda Suiza. Mientras que en enero de 1653 su correspondencia oficial (tanto con las autoridades federales como entre ellos) había hecho alusión al «malestar», al mes siguiente ya hablaban de «revuelta», y en abril, de un «levantamiento general», una «conspiración generalizada» y una «revolución» encaminada a «acabar con nuestro Estado confederado[84]». En mayo, las autoridades del cantón de Berna hicieron algunas concesiones por las cuales se obtenía una paz separada con sus súbditos rebeldes, y los grupos de insurgentes de las demás zonas también fueron llegando a los mejores acuerdos que les fue posible, hasta que sólo Entlebuch se mantuvo sublevada. Esto permitió a los magistrados de Lucerna derrotar a sus súbditos rebeldes y perseguir a los supervivientes. El proceso resultó largo, dada la orografía montañosa del terreno, pero para final de año toda la resistencia se había desmoronado y decenas de líderes campesinos habían sido torturados y ejecutados[85].

No obstante, los rebeldes consiguieron algunas ganancias duraderas. Antes de 1653, los magistrados suizos de las ciudades y el gobierno federal habían reducido (y, en lo posible, abolido) la participación de los campesinos en el proceso político, habían tratado de restringir la industria local imponiendo el control gremial sobre los trabajadores rurales y habían utilizado los tribunales para desautorizar las tradiciones y costumbres locales con nuevas leyes que, naturalmente, favorecían a los ciudadanos sobre los campesinos (por ejemplo, protegiendo a los acreedores en lugar de a los deudores). La «revolución suiza» detuvo este

proceso. En el nivel federal, ni siquiera la victoria sobre los rebeldes tuvo consecuencias absolutistas: los cantones no generaron ni una sola estructura política hasta 1803. El poder político y económico continuó por tanto en manos de las autoridades cantonales y las ciudades en las que éstas residían. Dichas autoridades construyeron a partir de ese momento un Estado más «paternalista» en el que los impuestos a los campesinos se mantuvieron bajos, la industria rural quedó exenta de las normas gremiales y las comunidades locales conservaron sus costumbres, tradiciones y autonomía. Todo ello creó un entorno favorable para el desarrollo de una protoindustrialización y un Estado democrático. Aunque Hans Emmenegger nunca llegó a ser un héroe local como su contemporáneo Masaniello, él y sus colaboradores consiguieron unas concesiones mucho más permanentes.

Los daneses «forjan sus propias cadenas».

Tras las humillantes concesiones obtenidas a cambio de su coronación en 1648, Federico III de Dinamarca se esforzó al máximo para conseguir una mejor relación con sus súbditos, y en la primavera de 1657 convenció tanto al Consejo del Reino como a la Dieta para que autorizaran una declaración de guerra contra Suecia, aprovechando que Carlos X parecía atrapado en una guerra simultánea contra Polonia y Rusia *(véase capítulo 6)*. La guerra casi le costó el Reino a Federico. Carlos abandonó de inmediato Polonia para enfrentarse a su nuevo enemigo, atravesó Alemania y ocupó gran parte de Jutlandia. Los suecos habían planeado un ambicioso ataque anfibio sobre Copenhague, pero el comienzo de uno de los inviernos más fríos de la Pequeña Edad de Hielo a mediados de diciembre abrió otra posibilidad. Según un diplomático inglés que se encontraba allí:

> Las extraordinariamente violentas heladas alcanzaron tal grado en aquel momento que el pequeño cinturón que separa Jutlandia de la isla de Funen estaba tan completamente helado que al rey sueco se le ocurrió la idea (no por arriesgada menos atractiva para una mente intrépida y ambiciosa como la suya) de marchar sobre el hielo hacia Funen con caballos, infantería y cañones.

Los atónitos defensores daneses «hicieron grandes cortes en el hielo», pero éstos pronto «se congelaron otra vez» debido al frío extremo. Entonces los suecos lanzaron su ataque sobre tierra y lo barrieron todo a su paso, porque «Funen [y] las demás islas danesas están todas abiertas y sin fortificar, y no cuentan con puestos de defensa». Entonces, por primera vez en la historia europea, los meteorólogos decidieron la estrategia militar: convencieron a Carlos para que hiciera caso omiso de los recelos de sus altos oficiales y siguiera el itinerario por donde ellos le indicaban que el hielo estaba lo bastante duro para permitir a unos 8000 veteranos suecos y su artillería cruzar desde Funen a Zelanda, y aproximarse a Copenhague[86].

Aunque la capital danesa carecía de fuerzas para resistir un asedio, Carlos (ignorante de su debilidad) concedió un alto el fuego inmediato a cambio de la promesa de Federico de ceder al menos la mitad de su Reino a Suecia, y enviar ayuda militar y financiera para la campaña de Carlos en Polonia. Es fácil adivinar el porqué de la jactanciosa leyenda inscrita en la medalla de campaña acuñada por Carlos: *Natura hoc debuit uni* («La naturaleza me debía esto»); pero el orgullo precedió a la caída. Dándose cuenta en 1659 de que Federico no tenía intención de enviarle la ayuda prometida, Carlos decidió reducir Dinamarca a «la posición de una provincia de Suecia»: sus nobles serían exiliados, sus recalcitrantes obispos sustituidos por los dóciles suecos, y su universidad «trasladada a Gotemburgo» (en el lado sueco de la bahía). Pero antes de que pudiera iniciar su andadura hacia estas ambiciosas metas, el formidable Carlos X murió de repente, dejando a un hijo de cuatro años bajo un Consejo de Regencia. Pocos meses más tarde los dos gobiernos firmaron un tratado que obligaba a los suecos a devolver algunas de las tierras que habían conquistado, pero a la vez extendía su frontera de forma permanente hacia la bahía. Nunca más Dinamarca fue capaz de controlar los barcos que entraban y salían del Báltico.

Federico III se enfrentaba no obstante a otros graves problemas. El clima adverso (del cual la congelación del Báltico sólo fue el ejemplo más extremo y memorable) había reducido las cosechas, y esta escasez, coincidente con una epidemia de peste y la ocupación enemiga, dejó muchas áreas devastadas y despobladas. La población total de Jutlandia y las islas descendió alrededor de una quinta parte entre 1643 y 1660; algunas parroquias afirmaban que tres cuartas partes de sus granjas estaban abandonadas; y casi la mitad del clero danés murió entre 1659 y 1662. Por otra parte, la guerra había generado enormes deudas. Para abordar estas cuestiones, Federico III ordenó a los representantes de los nobles, las ciudades y el clero reunirse en Copenhague en septiembre de 1660.

Todos los miembros de la Dieta danesa estaban de acuerdo en que la crisis fiscal del Reino sólo podía resolverse reduciendo el gasto y elevando los impuestos, pero hasta aquí llegaba el consenso. Los representantes de la burguesía y el clero insistían en crear nuevos impuestos especiales aplicables a todos sin excepción, pero los nobles insistían en la exención. Tras cuatro semanas de tira y afloja, el 14 de octubre de 1660, un grupo de clérigos y ciudadanos encolerizados propusieron amplias reformas del sistema político existente, incluida la abolición del carácter electivo de la Monarquía a favor del principio hereditario, una medida que implicaría la revocación de la Carta de Coronación de Federico de 1648 y, por tanto, de la privilegiada posición de la que disfrutaba la nobleza. Parece probable que los autores de esta revolucionaria propuesta la esgrimieran meramente como una maniobra táctica para asustar a los nobles e inducirlos a acceder al pago de su parte de los nuevos impuestos, pero el rey y sus cortesanos se apresuraron a aprovechar esta inesperada oportunidad. Una semana después, Federico duplicó el número de guardias encargados de la vigilancia de las murallas de la capital y cerró sus puertas, a la vez que ordenaba que todos los barcos per-

manecieran anclados para que nadie pudiera marcharse de la ciudad.

La nobleza no tardó en derrumbarse y el 23 de octubre de 1660, delegados de los tres estados se reunieron en el palacio real y ofrecieron a Federico plenos derechos hereditarios. El rey aceptó graciosamente, poniendo fin de esta forma a más de un siglo de dominio aristócrata, y nombró una comisión constitucional para proponer los cambios necesarios a fin de perpetuar su nuevo estatus. Sin embargo, pasados un par de días, los comisionados declararon obsequiosamente que fuera el propio Federico el que formulara una nueva Constitución. La Dieta estuvo de acuerdo, con la única petición de que el rey no desmembrara el Reino ni cambiara su fe, y respetara los antiguos privilegios (sin especificar cuáles). El 28 de octubre, Federico recibió el incondicional homenaje de su pueblo: la Dieta danesa no volvería a reunirse hasta pasados dos siglos.

El rey y sus asesores procedieron entonces a remodelar el gobierno central (irónicamente, imitando el sistema de los aborrecidos suecos), con «colegios» administrativos, una Corte Suprema que se haría cargo de las funciones judiciales hasta entonces ejercidas por el Consejo del Reino, y un ejército de reclutamiento. Federico vendió además la mitad de las tierras de la Corona para pagar sus deudas de guerra e introdujo nuevos impuestos, tanto directos como indirectos, que los nobles tenían que pagar como todos los demás. En 1665, la nueva «Monarquía absoluta y hereditaria» adoptó su forma definitiva en la Ley Real (*Kongelov*), una constitución que permaneció en vigor hasta 1849 (lo que la convierte en la más duradera de la historia moderna europea). El rey recibió «supremo poder y autoridad para dictar las leyes y ordenanzas conforme a su buena voluntad, desarrollar, alterar, añadir y quitar, e incluso simplemente abolir las leyes previamente dictadas por él mismo o sus antecesores, así como eximir lo que y a quienes deseara de la autoridad general de la ley».

Otras cláusulas otorgaban a la Corona «el poder y autoridad supremos para nombrar y destituir funcionarios, tanto de alto como de bajo nivel»; «un poder supremo sobre el clero, desde el primero hasta el último de sus miembros»; y el exclusivo «control sobre las fuerzas armadas y el alzamiento en armas, el derecho a participar en guerras, a concluir y disolver alianzas con quien y cuando le pareciera oportuno, e imponer deberes y otras cargas[87]».

Por tanto, Federico III había conseguido en Dinamarca, gracias al consentimiento popular, lo que muchos otros monarcas no habían logrado por la fuerza. Treinta años más tarde, Robert Molesworth, embajador británico en Copenhague durante un tiempo, seguía encontrando difícil creer que «en cuatro días» un Reino entero hubiera «pasado de un sistema de Estado prácticamente equivalente a la aristocracia, a una Monarquía absoluta como no existe otra en el mundo actual». Según la cruel pulla de Molesworth, «para el pueblo [danés] quedaba *la gloria de haber forjado sus propias cadenas* y las ventajas de obedecer sin reserva: una felicidad que supongo ningún inglés les envidiará nunca». Ellos eran ahora «esclavos tan absolutos como lo eran los negros en Barbados, pero con la diferencia de que éstos no salen tan caros[88]».

La segunda servidumbre

Molesworth podría haber lanzado insultos similares sobre los vecinos del este de Dinamarca, es decir, Mecklemburgo, Pomerania y Brandeburgo, donde la relativa despoblación a causa de una generación entera que vivió la guerra hizo que cada Estado promulgara una legislación dirigida tanto a aumentar los servicios laborales exigidos a sus campesinos como a acabar con su libertad de movimientos: al igual que en Rusia, las leyes sobre los siervos fugitivos permitían a los terratenientes perseguir, recuperar y castigar a cualquiera que escapara.

La segunda servidumbre en Europa del Este

Estado	Año en que los tribunales privaron a los campesinos de libertad de movimientos
Prusia Ducal	1633
Mecklemburgo y Pomerania	1645
Brandeburgo	1653

Aunque hubo excepciones —algunos señores liberaban a sus siervos tras un largo período de servicio o como recompensa a su valentía en la batalla, mientras que otros lo hacían porque creían que la servidumbre obligatoria era pecado—, la servidumbre pronto llegó a ser un elemento fundamental de la economía de Europa del Este, al igual que la esclavitud lo había sido para el Imperio romano. En Brandeburgo, todos los hijos de los siervos podían ser obligados a trabajar como criados al servicio de su señor; en el Holstein danés, los campesinos no sólo producían grano, lana, mantequilla, queso y caballos para su señor, sino que incluso sacaban sus barcos al mar y pescaban arenques u otro pescado para venderlo a los comerciantes, etc. Los historiadores han denominado este proceso «segunda servidumbre».

Incluso en áreas del centro de Europa lejanas al Báltico, el colapso demográfico y económico causado por la guerra de los Treinta Años redujo el poder campesino. En el pasado, los tribunales feudales de toda Alemania habían juzgado casos presentados por comunidades campesinas y en muchos, si no en la mayoría, reparado sus agravios: redujeron impuestos, restringieron los servicios laborales, perdonaron a la oposición e incluso (en casos extremos) permitieron un cambio de gobernante. Esta actitud compasiva fue evaporándose poco a poco a partir de 1618. La historia del ducado de Friedland, en Bohemia, gobernado en su día por Wallenstein, resulta ilustrativa. Sus registros de los tribunales feudales, que han sobrevivido en gran número, muestran que pese a que en la década de 1620 las comunidades campesinas

presentaron cientos de quejas ante los jueces del duque, el número fue reduciéndose de forma constante. Los aldeanos perdieron la libertad de emigrar, casarse o dividir su herencia sin el consentimiento explícito de su señor; también se encontraron con que los tribunales ducales ya no escuchaban sus protestas acerca del abuso de los oligarcas locales, sino que por el contrario las volvían a remitir a la comunidad para ser juzgadas. Según una sentencia de 1676, en «los conflictos que *no son de importancia*, el jefe y el jurado de la aldea pronunciarán la sentencia allí [en la aldea], y las partes serán de este modo satisfechas, a fin de evitar que tantas personas [de los tribunales] tengan que atender a tanta gente insignificante[89]». Estos cambios pusieron a los aldeanos más débiles, especialmente mujeres y forasteros, en manos de vecinos con más poder que dominaban los tribunales, al tiempo que mantuvieron intacto el absoluto control económico, fiscal y legal del señor sobre todos sus súbditos. Llegado el siglo XVIII, la segunda servidumbre había convertido cada hacienda nobiliaria (en palabras del reformista prusiano, el barón Stein) en «la guarida de un predador que acaba con todo lo que hay a su alrededor y se rodea del silencio de la tumba[90]».

La «devastadora furia» de la guerra de los Treinta Años: ¿un mito[91]?

Los supervivientes de la guerra de los Treinta Años que dejaron testimonio de sus experiencias no tenían la intención de rodearse del «silencio de la tumba». Por el contrario, Maria Anna Junius, una monja de Bamberg, llevó una crónica con el propósito específico de que «las piadosas hermanas que vengan detrás de nosotras y no sepan nada de estos atribulados y difíciles tiempos puedan conocer lo que estas pobres monjas hemos sufrido y soportado, con la gracia y la ayuda de Dios, durante estos largos años de guerra». Cerca de Berlín, el funcionario de Hacienda Peter Thiele concluía su relato: «Nuestros descendientes pueden

descubrir a partir de esto hasta qué punto fuimos hostigados y la época tan terriblemente angustiosa que vivimos. Ojalá sus corazones lo tengan muy presente y se guarden contra el pecado, suplicando a Dios que sea misericordioso y ellos no tengan que vivir tal horror». En Hessen, el granjero Casper Preis se lamentaba: «No me siento capacitado para hablar de la miseria y la desdicha [de los años de la guerra], ni siquiera de lo que yo conozco y he visto con mis propios ojos»; y, en todo caso, añadía, «aunque contara todo lo que he visto y experimentado tan dolorosamente, nadie que viviera tiempos mejores lo creería» porque «fue una época espantosa hasta un grado inconcebible». El pastor Johann Daniel Minck, que también vivía en Hessen, escribió en su diario que «sin estos testimonios [...] los que vengan detrás de nosotros nunca creerían las miserias que hemos sufrido», en tanto que su vecino, el pastor Lorenz Ludolf predijo: «Quien no haya visto y vivido estas circunstancias no podrá creer lo que escribo aquí[92]».

Estas narraciones de testigos presenciales son extremadamente vívidas, pero ¿hasta qué punto generalizables? Para empezar, de las decenas de millones de alemanes que vivieron la guerra, han sobrevivido los relatos de menos de 250 testigos presenciales; es más, de éstos, sabemos que 226 autores eran varones y sólo 9 mujeres. Los pastores protestantes constituyeron la categoría más numerosa, con 58 relatos, pero sólo 11 testimonios proceden de campesinos —una crasa distorsión, dado que al menos tres cuartas partes de la población alemana trabajaba la tierra, mientras que los pastores protestantes apenas representaban un 1 por ciento—. Incluso la distribución geográfica era atípica, porque los autores de dos terceras partes de los relatos que han llegado hasta nosotros (incluidas todas las mujeres) vivían dentro de un cuadrilátero circunscrito a Münster, Magdeburgo, Basilea y Múnich[93]. Otras discrepancias obedecen a que la mayoría de los testigos presenciales sólo cubrieron parte del período: muchos

empezaron a registrar los hechos sólo a raíz de que la guerra los afectara, otros lo abandonaron antes de que la guerra terminara, y varios dejaron lagunas en sus relatos, generalmente porque escribir se hizo demasiado peligroso. Por último, los motivos de llevar un diario eran diversos. Ninguno de los autores parece haber contemplado la posibilidad de publicación: la mayoría escribía su relato personal para recordar a las familias, o a sus descendientes, los horrores que había experimentado, y unos pocos sólo para sí mismos[94].

Pese a estas disparidades, y aunque ninguno de estos autores sabía lo que los otros habían escrito, describieron en gran parte las mismas experiencias. Así, tres cuartas partes de los civiles afirmaban que habían sufrido el saqueo de las tropas, algunos de ellos en varias ocasiones. Johann Georg Renner, un pastor rural residente cerca de Núremberg, apuntaba que los soldados pasaron por su aldea 61 veces sólo en 1634, causando graves daños. En cierta ocasión, un malintencionado ciudadano les dijo a los soldados que pasaban por allí que su pastor era un hombre rico que «comía en vajilla de plata», con una importante cuenta bancaria en la ciudad. Los soldados lo encerraron, a él y a su hijo, hasta que pagó un cuantioso rescate[95]. Más de la mitad de los escritores decían haber tenido que huir de su casa al menos una vez; casi la mitad informaba del asesinato, por parte de los soldados, de personas que ellos habían conocido personalmente; y en torno a una quinta parte afirmaba haber sido asaltada. La omisión más sorprendente es la de la violación: sólo tres de los relatos impresos escritos por civiles mencionaban la violencia cometida contra mujeres que ellos conocieran (como «la esposa de Hannes Trosten ha sido violada por dos soldados de caballería cerca del bosque del castillo, cuando volvía a casa de dar limosna»). Sin duda, los autores que escribían para informar a sus descendientes de lo que habían visto y soportado se sentían demasiado traumatizados o avergonzados para incluir las tragedias y

humillaciones personales que ellos y sus seres queridos habían sufrido[96].

La historia de la humanidad está, por supuesto, llena de personas que afirman haber experimentado desgracias incomparables a las de otras épocas; sin embargo, la investigación posterior ha corroborado las extraordinarias afirmaciones de los que vivieron la guerra de los Treinta Años. El cuidadoso análisis de los en torno a ochocientos registros parroquiales alemanes que sobrevivieron al período de 1632-1637 concluye que sólo cinco no dejaron constancia de una significativa crisis de mortalidad. El historiador demográfico sueco Jan Lindegren ha utilizado los registros del ejército sueco para calcular que dos millones de soldados, la mayoría de ellos alemanes, murieron a consecuencia directa de la guerra, así como dos millones de civiles alemanes[97]. Por otra parte, las muertes, ya fueran consecuencia de la violencia, el hambre o la enfermedad, constituyeron sólo una de las tres variables que afectaron a todas las poblaciones de principios de la Edad Moderna. Además, durante la guerra de los Treinta Años:

- Los nacimientos disminuyeron porque las mujeres casaderas tuvieron que posponer su matrimonio y concibieron menos hijos, ya fuera por abstinencia o infertilidad.
- La migración se disparó porque los civiles tuvieron que abandonar sus casas para ponerse a salvo o encontrar sustento en otros lugares, o bien para alistarse en el ejército.

La combinación exacta de estas variables afectó no sólo a la magnitud del descenso demográfico en cada comunidad, sino también a su índice de recuperación. Las pérdidas debidas a la mortalidad adulta eran, paradójicamente, las más fáciles de sustituir, dado que estas muertes podían dejar una granja o negocio vacante, lo que a su vez constituía una oportunidad económica

que permitía la multiplicación de la siguiente generación. Los emigrantes eran más difíciles de reemplazar, porque o bien se llevaban su fortuna con ellos, o bien no tenían nada que llevarse: sólo las comunidades prósperas podían atraer a emigrantes de otros lugares para sustituir a los que se habían marchado. La escasez de nacimientos —especialmente de niñas— resultaba lo más difícil de sustituir en términos demográficos, porque aparte de dar lugar a una «generación perdida» (los niños que habrían nacido de no ser por el trauma de la guerra), una generación que contabilizaba un número menor de madres producía a su vez menos niños, por lo que el «déficit» se perpetuaba a sí mismo[98].

Todo esto explica por qué la mayoría de las áreas no recuperaron sus niveles de población anteriores a la guerra hasta el siglo XVIII. Algunos historiadores han sugerido que la población de Alemania descendió entre seis y ocho millones, o entre un 20 y un 45 por ciento, durante la guerra de los Treinta Años —mucho mayor, en términos relativos, que la pérdida de población sufrida durante cualquiera de las guerras mundiales del siglo XX —, y que no recuperó su nivel de preguerra hasta pasados cincuenta años o más.

Evolución demográfica alemana, 1600-1750 (en millones[99])

Alemania (fronteras de 1871)				Sacro Imperio Romano		
Año	Abel	Bosl / Weis	Sagarra	Kellenbenz	Dipper	Mitterauer
1600	16	16	18	18-20	18-20	21
1650	10	10	10-11	11-13	11-13	16
1700	—	—	—	—	15-17	21
1750	18	18	18	18-20	18-20	23

16. La despoblación de Alemania durante la guerra de los Treinta Años, 1618-1648. La fragmentación política de Alemania en la época implica que el impacto demográfico de la guerra de los Treinta Años sólo puede ser reconstruido a partir de los datos regionales. Éstos revelan que algunas zonas, sobre todo en el noroeste del país (y, en el sur, en Austria y Suiza), perdieron una décima parte o menos de su población antes de la guerra, mientras que las tierras de Bohemia, donde comenzó el conflicto, perdieron hasta un tercio. Por el contrario, algunas zonas protestantes en el noreste y el suroeste fueron abandonadas por más de la mitad de su población, mientras que ciertas partes del sur católico perdieron entre un tercio y la mitad.

Dada la fragmentación política de la Alemania de principios de la Era Moderna, todos estos totales «nacionales» se basan en conjeturas, y tratar de identificar variaciones demográficas regionales resulta todavía más aventurado. No obstante, un cuidadoso estudio de los registros locales llevó a John Theibault a sugerir que las cifras globales esconden más disparidades, que, en efecto, la mayoría de las pérdidas demográficas tuvieron lugar dentro de una área relativamente pequeña: «Más de una cuarta parte de la población del Imperio puede haber vivido en áreas en las que no hubo pérdidas o que perdieron menos del 10 por ciento de su población, mientras que sólo alrededor de una décima parte vi-

vió en áreas que perdieron más de la mitad de su población[100]». La figura 16 muestra a cuál de estas dos categorías pertenecen los principales estados. Parece que en la mitad sur de Alemania, sólo el Palatinado renano (un campo de batalla casi desde el mismo momento que Federico aceptó la corona de Bohemia) y Wurtemberg (salvajemente disputado entre católicos y protestantes desde 1631 hasta el final de la guerra) perdieron la mitad —y quizá más de la mitad— de su población anterior a la guerra. De aquellos que estaban vivos en 1655, casi la mitad eran menores de quince años. El número de comulgantes de las tierras del monasterio de Ottobeuren, por ejemplo, pasó de casi 6000 en 1626, el último año de paz en la región, a apenas mil en torno a 1640; incluso en 1659 seguía manteniéndose en 2566, menos de la mitad de la cifra anterior a la guerra[101]. En cambio, Baviera, Franconia y Hessen parecen haber perdido entre un tercio y la mitad de la población, en tanto que algunas áreas perdieron menos. En la mitad norte de Alemania, sólo Mecklemburgo y Pomerania (ambos disputados y luego ocupados por Suecia) perdieron la mitad o más de su población, mientras que Sajonia y Brandeburgo (también un campo de batalla casi permanente entre 1631 y 1648) perdieron entre una tercera parte y la mitad. Muchas regiones estratégicamente importantes sufrieron asombrosas pérdidas materiales además de demográficas: dos terceras partes de los edificios de la antaño próspera y densamente poblada campiña de los alrededores de Magdeburgo y Halberstadt fueron destruidas entre 1625 y 1647; las deudas de la ciudad de Núremberg aumentaron de menos de dos millones de florines en 1618 a más de siete millones en 1648, etc. Para todas estas comunidades, la guerra de los Treinta Años podría describirse en efecto como una «catástrofe», expresión utilizada por los escritores alemanes de la época en su sentido original griego de «terminal[102]».

La guerra destruyó la cultura además de a la población. Los libreros de Alemania, la cuna de la industria de la imprenta, saca-

ron 1780 títulos en 1613, pero sólo 350 en 1635; y la feria internacional del libro de Fráncfort se hundió. Muchas de las prósperas sociedades musicales urbanas de Alemania cerraron sus puertas —la Musikkränzlein de Worms y Núremberg, la Convivia Musica de Görlitz, los «colegios» musicales de Fráncfort y Mühlhausen— y también los príncipes redujeron su mecenazgo musical. Incluso la música popular decayó: de las más de seiscientas canciones correspondientes al período de 1618-1649 que hacían alguna referencia, directa o indirecta, a la guerra de los Treinta Años, apenas cien nacieron después de 1634. Ya en 1623, un compositor recordaba cómo el diablo había dado una lanza a Saúl para matar al arpista David, y afirmado que «la lanza de Saúl está ahora [...] en manos de los funcionarios de los tribunales financieros que cierran sus puertas en cuanto ven aproximarse a un músico». Heinrich Schütz, músico de la corte del príncipe elector de Sajonia y el más destacado compositor de su tiempo, empezó a componer breves piezas corales de música religiosa para sólo «una, dos, tres o cuatro voces con dos violines, violonchelo y órgano» porque «los tiempos ni necesitaban ni permitían la música a gran escala». En el prólogo de sus *Pequeños conciertos espirituales* de 1636, afirmaba que él no publicaba para que sus obras fueran representadas, porque en pocos lugares contaban con músicos suficientes, sino simplemente para que no se le olvidara componer[103]. Poco después, Schütz se fue de Alemania.

Muchos otros intelectuales huyeron para evitar la guerra. El grupo más numeroso procedía de las tierras gobernadas por Fernando II. El erudito Jan Amos Comenius, que apoyó la revuelta bohemia, abandonó su Moravia natal después de la batalla de Montaña Blanca, y buscó refugio en Polonia, donde comenzó a trabajar en una «enciclopedia del saber universal», que creía solucionaría los problemas del mundo. Más adelante se trasladó a Holanda, a Inglaterra y finalmente a Suecia, con la intención de

fundar un colegio especial en el que sus colegas pudieran trabajar en su proyecto. El poeta Martin Opitz, de Silesia, también huyó a Polonia tras la batalla de Montaña Blanca, y acabó sus días allí como refugiado. El astrónomo y matemático Johannes Kepler tuvo que escapar dos veces: primero de Graz, en 1600, cuando el archiduque Fernando expulsó a todos los protestantes de Estiria, y más tarde de Linz, en 1626, cuando la brutal represión de la revuelta de los campesinos de la Alta Austria le hizo temer por su vida. En 1675, el artista e historiador Joachim von Sandrart llenó su *Deutsche Akademie [Academia alemana de las nobles artes de la arquitectura, escultura y pintura],* de amargas lamentaciones sobre las consecuencias culturales de la guerra:

> Una y otra vez, la reina Germania vio sus palacios e iglesias, decorados con espléndidas pinturas, arder en llamas, y sus ojos se nublaron tanto por el humo y el llanto que ya no tuvo ni el deseo ni la fuerza de ocuparse del arte […]. Aquellos que hicieron del arte su profesión cayeron en la pobreza y el menosprecio: de modo que dejaron su paleta y cambiaron el pincel por la lanza o el hatillo del mendigo, mientras que la gente de alta cuna se avergonzaba de colocar a sus hijos de aprendices con gente tan despreciable.

Von Sandrart presentó también numerosos ejemplos biográficos de artistas a quienes el «sanguinario Marte» había obligado a huir, o bien (como él mismo) se habían visto forzados a «dejar el laborioso trabajo del grabado para adoptar la pintura en su lugar» (ya que el material era más portátil en caso de emergencia). Otros perdieron «toda su obra» debido al robo o al resentimiento. Thomas Robisheaux ha argumentado que el enorme impacto de la guerra no se debió sólo «a la conducta violenta e inhumana de la soldadesca, sino a la forma en que todo el orden social, político y religioso se desvaneció, contribuyendo de este modo al caos y la confusión en todos los niveles de la sociedad[104]».

¿El «ejemplo más destacado de un conflicto absurdo de toda la historia de Europa»?

En la conclusión de su clásico estudio sobre la guerra de los Treinta Años, publicado por primera vez en 1938, Veronica We-

dgwood afirmaba con tristeza: «La guerra no resolvió ningún problema. Sus efectos, tanto inmediatos como indirectos, fueron o negativos o desastrosos. Constituye el ejemplo más destacado de un conflicto absurdo de toda la historia de Europa[105]». Las evidencias presentadas en este capítulo apoyan en cierta medida su veredicto: no sólo Alemania, sino también el norte de Italia, la República holandesa, Suecia, Suiza y Dinamarca, todas ellas sufrieron efectos «o negativos o desastrosos». No obstante, la Paz de Westfalia acabó comportando beneficios no sólo a Alemania, sino también al menos a algunos de sus vecinos. En primer lugar, la presión procedente de Francia y Suecia al final creó un equilibrio «político» dentro del Sacro Imperio Romano al aumentar el poder de la Dieta (que sólo a partir de 1648 ostentó el poder de declarar la guerra) y de los soberanos territoriales (que desde entonces pudieron alzarse en armas y establecer alianzas), a la vez que redujo los poderes de los Habsburgo. En segundo lugar, el nuevo principio del «entendimiento amistoso» redujo el riesgo de otra guerra religiosa: durante casi un siglo, ningún estado alemán declaró la guerra a otro y ninguno volvió a entrar en guerra por causa de la religión. Por otra parte, una vez los estados de Europa central dejaron de ser devastados por guerras religiosas y civiles, las potencias extranjeras carecieron de excusas plausibles para intervenir en sus disputas —un avance que favoreció la estabilidad internacional—. Por último, el congreso también proporcionó un nuevo modelo de resolución de conflictos. En el futuro, las conferencias de paz internacionales basadas en Westfalia pusieron fin a las principales guerras entre Estados europeos —la Paz de los Pirineos (1659), Breda (1668), Nijmegen (1678), Rijswijk (1697) y Utrecht (1713)—, allanando el camino para el concierto de Europa que mantendría fructíferamente la paz entre las grandes potencias a partir de 1815.

De manera que Alemania estaba plenamente justificada para organizar jubilosas ceremonias para conmemorar la Paz de Wes-

tfalia. La ciudad de Augsburgo organizó dos celebraciones: un día de regocijo general seguido de un festival para niños, durante el cual el clero luterano distribuyó «grabados de paz» para recordar a los jóvenes los horrores de los que se habían librado. A partir de 1748, fecha del primer centenario de Westfalia, los escolares recibían un cuadernillo, que debían recitar de memoria como un catecismo, con 91 preguntas y respuestas sobre la guerra; y casi doscientos libros de texto utilizados en las escuelas alemanas calificaban la guerra de desastre nacional[106]. No es de extrañar por tanto que en 1962 los ciudadanos de Hessen siguieran considerando un conflicto acaecido más de tres siglos antes como la mayor catástrofe sufrida jamás por Alemania; o que, todavía hoy, Augsburgo conmemore con agradecimiento la paz que puso fin a aquel enfrentamiento.

9

La agonía de la península Ibérica, 1618-1689[1]

«Nos vamos haziendo terreno adonde todo el mundo quiere tirar sus flechas».

En el momento de su acceso al trono, en 1621, con dieciséis años, Felipe IV gobernaba un Imperio en el que (como sus voceros proclamaban) «no se ponía el sol»: la península Ibérica; Lombardía, Nápoles y Sicilia, en Italia; los Países Bajos meridionales; y las colonias de España y Portugal en las Américas, las Filipinas, Asia y África. No obstante, esta extensión global comportaba debilidades aparte de fortaleza. Una carta en 1600 a don Baltasar de Zúñiga, un veterano diplomático, subrayaba el dilema estratégico:

> Verdaderamente, señor, me parece que poco a poco nos vamos haziendo terreno adonde todo el mundo quiere tirar sus flechas i Vuestra Señoría sabe que ningún Imperio, por grande que aya sido, a podido sustentar largo tiempo muchas guerras juntas en diferentes partes [...]. Yo me puedo engañar, pero dudo de que con sólo tratar de defendernos se pueda sustentar Imperio tan derramado como el nuestro.

Esta apreciación resultó profética. A lo largo de las dos décadas siguientes, la República holandesa obligó a España a reconocer su independencia *de facto* y se apoderó de algunos puestos de avanzada ibéricos en Asia y África, a la vez que varios estados de Italia consiguieron liberarse de la influencia española. En 1619, Zúñiga, entonces primer ministro de España, lamentaba que «quando llegan las cossas a cierto estado, siempre la resolución que sobre ellas se toma se viene a tener por lo peor, no por falta de buen consejo sino porque el estado de las cossas tan perdido no es capaz de remedio, y él que se aplica desacredita a quien le elige[2]».

Zúñiga murió en 1622 y su puesto de primer ministro recayó en su sobrino, entonces valido del rey: don Gaspar de Guzmán, conde de Olivares y más tarde duque de Sanlúcar (de ahí su burdo título de «conde-duque»), un hombre que, al menos inicialmente, rechazaba este pesimismo. «No tengo por útil la frecuente conmemoración desesperada del estado de las cosas, porque a los cuerdos que lo ven de cerca no se les puede encubrir, y el desesperar del remedio les podría enflaquecer y acobardar en la disposición de los medios, y en todos los otros que lo oyen pueden causar graves daños, desanimándolos y desconfiándolos», reprendía a un crítico en 1625. «Lo conozco, lo lloro y me lastimo, sin que pueda ninguna imposibilidad enflaquecer mi celo ni desanimar mi cuidado porque, como más obligado que todos sin discurso, estoy dedicado a morir asido al remo hasta que no quede pedazo dél[3]».

El tiempo demostraría que Zúñiga tenía razón —en el siglo XVII, aún un Imperio en que no se ponía el sol, no pudo «sustentar largo tiempo muchas guerras juntas en diferentes partes»—, pero la extraordinaria energía de su sobrino ocultó en un principio muchas de las debilidades latentes. Olivares solía levantarse a las cinco de la mañana, confesarse y comulgar, para luego ir a sacar al rey de su sueño y discutir con él la agenda de la jornada. Pasaba el resto del día «recibiendo y despachando cartas, dando audiencias, manteniendo reuniones [...] hasta las once de la noche». Esta frenética rutina acabó con la vida de cuatro de los secretarios de Olivares, y el propio conde-duque padeció de una falta crónica de sueño. Tal vez esto explique el tono desbocado de sus documentos de Estado (que invariablemente calificaban cada tema en cuestión como «el mayor negocio que se ha ofrecido a esta Monarquía») y la atracción que sentía por hacer lo más inesperado, en parte porque de este modo se ahorraba tiempo. Un embajador consideraba a Olivares «por naturaleza muy proc-

live a las novedades, sin tener en cuenta adónde podían llevarlo[4]».

En las Navidades de 1624, Olivares presentó a su señor un exhaustivo programa de «novedades»; pero, casi inmediatamente, Gran Bretaña declaró la guerra y atacó Cádiz, mientras Saboya tendía asedio a Génova, el aliado más importante de España en el Mediterráneo. Olivares aplazó sus novedades mientras no sólo organizaba el rescate de Génova y repelía el ataque sobre Cádiz, sino que además recuperaba Bahía en Brasil y Breda en los Países Bajos. «Dios es español y está de parte de la nación estos días», se jactaba ante un colega; pero la exigencia de reaccionar simultáneamente a ataques en tantas áreas distintas le convenció de la necesidad de una estrategia global de defensa del Imperio. Pocos días después de enterarse del rescate de Cádiz, hizo pública la Unión de Armas[5].

El objetivo del plan era crear una «fuerza de reacción rápida» de 140 000 hombres, reclutados de las diversas partes integrantes de la Monarquía: si cualquiera de ellas era víctima de un ataque enemigo, una porción de esa fuerza acudiría de inmediato en su rescate. Olivares esperaba que la Unión no sólo compartiera los costes de la defensa imperial, sino también «familiarizar» —la palabra usada en los círculos de gobierno— a los vasallos «en los demás reinos de la Monarquía, para que se olviden la separación con que hasta aquí han vivido»; y, en enero de 1626, partió de Madrid con el rey para «vender» la Unión de Armas a las Corts (asambleas representativas) de Aragón, Cataluña y Valencia. A continuación pretendía trasladarse a Lisboa para preparar una invasión de Irlanda en represalia por el ataque de Carlos I a Cádiz[6].

La Unión de Armas tenía escasas probabilidades de éxito, porque Olivares se sirvió de unos datos nada fiables para determinar las obligaciones de cada parte de la Monarquía. Por ejemplo, calculó que la población de Cataluña era de un millón de habitan-

tes, de manera que debía proporcionar 16 000 soldados de paga para la defensa de la Corona, pero investigaciones posteriores sugieren que Felipe sólo tenía 500 000 súbditos catalanes[7]. Por otra parte, al imponer unilateralmente las exigencias del gobierno central a unas autoridades regionales acostumbradas a la autonomía, la Unión sirvió de blanco común para concitar los agravios que hasta entonces se habían sufrido por separado. En Aragón, donde el rey y su ministro querían reclutar un ejército permanente de 3333 soldados, más otros 10 000 a modo de reserva estratégica, la tenaz oposición los obligó a aceptar sólo 2000 durante quince años. Las Corts valencianas concedieron sólo una cuarta parte de lo que les exigía la Corona. Las Corts catalanas se negaron a votar nada.

Impertérrito, en julio de 1626, Felipe firmó órdenes para que la Unión de Armas entrara en vigor en Portugal, Italia y los Países Bajos. También ordenó al Consejo de Indias que la aplicara en América y Filipinas. En todas partes, el plan suscitó oposición. Los gobernadores de Portugal, encargados de proporcionar 16 000 hombres, afirmaron que la Unión no podía introducirse legalmente sin una reunión de las Cortes. En México, los magistrados de las principales ciudades demandaron una asamblea especial de delegados para debatir la propuesta, en tanto que el virrey del Perú trató de aplicar la misma táctica que el Reino de Aragón, recordando a sus ministros en Madrid:

> Si bien reconozco que en las Indias no hay Junta de Cortes, Brazos, Estamentos ni Parlamentos, y que así la potestad real de Su Majestad es libre y absoluta, todavía creo que lo que importa a su real servicio es no sólo que se impongan los tributos, sino que se reciban y paguen por sus vasallos con obediencia y gusto. Y a esto será mucho provecho la esperanza en unos y certidumbre en otros de ser remunerados.

Cuando el gobierno central se negó a escuchar, el virrey sencillamente declinó llevar a efecto la Unión[8].

El tesoro de Castilla continuó por tanto teniendo que soportar la carga de la defensa de la Monarquía, obligando al rey a

promulgar un decreto de suspensión de pagos en febrero de 1627 que congeló el capital de los préstamos existentes, la mayoría de ellos de banqueros genoveses, y suspendió el pago de todos los intereses. Olivares ya había conseguido de los banqueros portugueses, casi todos ellos cristianos nuevos, el compromiso de prestar más de un millón de ducados y, tal y como el gobierno esperaba, la aparición de estos rivales llevó a los banqueros genoveses a aceptar bonos de bajo interés en repago de sus viejas deudas, y también a proporcionar nuevos préstamos. El mismo día en que el gobierno concluyó estos generosos acuerdos, llegó a la corte la noticia de que el duque de Mantua, en el norte de Italia, había muerto, dejando un conflicto sucesorio. Felipe y Olivares consideraron la coincidencia providencial y decidieron que, pese a las numerosas guerras ya en marcha, podían permitirse intervenir en otra a fin de evitar que un candidato francés se quedara con Mantua. Pronto lamentarían esta decisión.

Los cristianos nuevos portugueses esperaban que el repago de sus préstamos procediera de los lingotes de plata que debían llegar a España desde América, pero en septiembre de 1628 una flota holandesa tendió una emboscada a toda la flota del tesoro y capturó su cargamento intacto. Incluso un año después del desastre, Felipe admitía que «siempre que hablo en ella se me rebuelve la sangre en las venas, no por la pérdida de la hacienda, que de essa no me acuerdo, sino por la de la reputación que perdimos los españoles en aquella infame retirada causada de miedo y codicia[9]». Los banqueros del rey no compartían su despreocupación: sin la plata anticipada no podían pagar sus préstamos, por lo que los ejércitos de Felipe en el extranjero no recibieron fondos en varios meses. En los Países Bajos, las tropas no retribuidas no consiguieron evitar la toma de la ciudad fortificada de Bolduque y casi doscientas aldeas vecinas por parte de los holandeses. En Madrid, algunos consejeros temían una catástrofe, por-

que «perdido Flandes, se perderán también luego las Indias y otros reynos de Vuestra Magestad sin esperanza de recuperarlos». En Italia, las tropas no remuneradas españolas no lograron impedir que Luis XIII, a la cabeza de un enorme ejército, cruzara los Alpes en dirección a Italia para apoyar al pretendiente francés al trono de Mantua. Olivares predijo (con asombrosa exactitud) que Francia acababa de comenzar una guerra que duraría treinta años[10].

Tantos reveses podrían haber predispuesto a algunos soberanos a favor de la paz, pero, en cambio, según Felipe aseguró enfáticamente a sus consejeros:

> Ninguna de estas pérdidas que he tenido y voy teniendo me han afligido ni desconsolado, porque Dios Nuestro Señor me ha dado un corazón en que caven muchos travajos y malos succesos sin ahogarse ni fatigarse. Lo que me ha afligido y desconsolado mucho es pensar que pues con todas estas prevenciones que tengo hechas quando pudiera esperar buenos sucesos, veo que son malos, y que se deshace todo el trabajo.

Un mes más tarde anunció su intención de viajar primero a Italia y luego a los Países Bajos para hacerse con el control personal de sus ejércitos. Consciente de que esta gran aventura implicaría enormes costes, invitó a cada uno de sus ministros a proponer modos de financiarla[11].

Según su costumbre, el rey nombró una «junta de teólogos» para que evaluara las propuestas recibidas. Los teólogos rechazaron de inmediato cualquier sugerencia que implicara una reducción en el gasto —a saber: que el rey debía quedarse en España, que debía poner paz en Italia para tener más dinero para luchar en los Países Bajos y que debía «procurar asenttar pazes con la maior reputación que se pueda, difiriendo para mexor ocasión los reales intenttos de Vuestra Magestad, esperando que Dios ha de bolver por su causa y dará Vuestra Magestad muchas ocassiones para la exaltazión de la fee»—. En cambio, los teólogos aprobaron tres propuestas a favor de instaurar nuevos impuestos: el impuesto de timbre en todos los documentos oficiales (*papel sella-*

do), un estanco de la sal nacional y la retención de parte del salario del primer año de cualquier cargo recién nombrado, ya fuera seglar o eclesiástico (media anata). También plantearon la propuesta radical de que los nuevos gravámenes debían imponerse con carácter universal en todo el Imperio y no sólo en Castilla[12].

Olivares recibió con agrado estas recomendaciones, alabando en particular las «materias universales, y que tocan a todos los reynos», pues con ellas «tenga Vuestra Magestad el caudal y sustançia para poder desde su torrezilla poner leyes a todo el mundo y executar, ansí personalmente como por sus mandamientos, las armadas, ejércitos, guerras y pazes que [a] Vuestra Magestad le parezieren justas». De modo que ordenó a sus ministros que elaboraran los planes para la introducción de cada nuevo impuesto que todos, incluso el clero, debían pagar, en toda Castilla y Portugal[13]. Algunos ministros advirtieron de los peligros inherentes a estas innovaciones: «Negocio es éste, Señor, en que se ha de entrar con grande consideración —advirtió el presidente del Consejo de Castilla—, pues toda novedad trae consigo grandes inconvenientes». Pero el rey siguió adelante, procediendo de inmediato con la media anata y firmando cartas para que se impusiera primero en Portugal y España, y más tarde en Italia y en América, con la solemne promesa de que se utilizaría exclusivamente «para las guerras contra los heréticos e infieles[14]».

Comienza la oposición abierta

Los nuevos impuestos atraían en parte a Olivares porque eran regalías que la Corona podía imponer y cambiar a voluntad; pero dado que los precedentes para la mayoría de ellos quedaban muy lejanos en el tiempo (muchos no habían sido recaudados durante décadas, si no siglos), los apologistas del gobierno rebuscaron en la historia para encontrar justificaciones. Los que se oponían a los impuestos buscaron a su vez precedentes en contra

que restringieran o excluyeran cada iniciativa de la Corona. En Nápoles, varios libros eruditos condenaban el sistema del virreinato como una novedad injustificada y ensalzaban el pasado «republicano» de la ciudad cuando un *dogo* había mantenido la paridad entre los nobles y el «pueblo», y exigían al rey de España que restaurara la «antigua Constitución». En Cataluña, los abogados publicaron relatos históricos de las «leyes fundamentales» o *Constitucions* del Principado que ningún soberano podía violar, los clérigos publicaron tratados en defensa del deber de predicar en catalán (en lugar de en castellano, como insistía el gobierno central) y los funcionarios del gobierno escribieron discursos a favor de proteger los bienes económicos producidos en Cataluña frente a las importaciones (especialmente de Castilla). Los tres grupos de opinión catalanes se esforzaban por fomentar un sentimiento del «nosotros» frente al «ellos», y de desconfianza ante todo lo que viniera de Madrid.

Los opositores de Olivares no encontraron dificultad en reclutar historiadores y abogados con formación universitaria porque, a principios de la Edad Moderna, España e Italia, al igual que muchos otros países europeos, contaban con un superávit de ellos. Para 1620, unos 20 000 alumnos asistían a la universidad en Castilla, lo que equivale a más de una quinta parte de los miembros de su generación. La mayoría estudiaba leyes y lo que hoy denominaríamos «humanidades». Sólo una pequeña parte de estos estudiantes entraba al servicio de la Monarquía: generalmente, el resto dedicaba su formación a investigar y escribir críticas sobre la política del gobierno.

Los críticos al gobierno cobraron fuerza cuando una climatología extrema desencadenó una serie de catástrofes en toda la Monarquía española. En 1626-1627, Sevilla sufrió las peores inundaciones registradas hasta ese momento; en 1629, otras desastrosas inundaciones dejaron gran parte de Ciudad de México bajo el agua durante los siguientes cinco años; la hambruna y la

peste padecidas a raíz de una sequía en la Lombardía española acabaron con una cuarta parte de la población entre 1628 y 1631 (*véase capítulo 14*); en 1630-1631, según un cronista de la época, Lisboa «carecía de todo, especialmente de grano», debido a la sequía[15]. Castilla también sufrió la recesión climática. Madrid envió funcionarios hasta Andalucía y Castilla la Vieja para requisar más grano (una medida sin parangón en el siglo XVII) y los graneros de la capital distribuyeron 1,5 millones de fanegas de trigo en 1630-1631, el doble que en cualquier otro año. La población rural tuvo menos suerte. Por poner sólo un ejemplo: en el pueblo de Hoyuelos, cerca de Segovia, el diezmo (un porcentaje fijo de la cosecha) cayó de diecinueve fanegas de trigo en 1629 a dos en 1630 y sólo una en 1631. Este tipo de escasez diezmó la población; algunas ciudades y pueblos perdieron la mitad de su población, y en 1632 los ministros del rey advertían:

> Con la falta de trigo que ubo el año passado, se hallan los vassallos muy necessitados y aun impossibilitados de socorrer a Vuestra Magestad como quisieran […]. Las necessidades pasadas y falta de sustento ha engendrado y causado tantas enfermedades en estos reynos que […] en algunos lugares no ay quien pueda acudir el beneficio del tercio de las labranças que tienen[16].

Olivares ignoró estas advertencias de catástrofe y emprendió en cambio una campaña de reclutamiento masivo en toda Castilla a fin de crear ejércitos capaces de ganar las guerras extranjeras. El ministro a cargo de esta operación objetó que veía el Reino «muy acabado, y particularmente a Castilla la Vieja adonde los más lugares no alcançan a tener ni un poco de cebada para hazer della pan, y ansí se despueblan; y si entra gente de guerra, se acabará de asolar». En todo caso, continuaba infatigable, encontraría nuevos reclutas,

> … porque en efecto con la mucha leva que siempre ay para Indias, Flandes, Italia y Presidios y Armadas, y lo que muere y se ahoga, está el reyno muy apurado y falto de gente. Y assí convendrá ver quál destos dos inconvenientes es el menos dañossa: ¿o levantar poca gente, u el daño universal de Castilla[17]?

Olivares ignoró también esta advertencia, esperando que el monopolio de la sal lo financiara todo; pero, al igual que con el plan de la Unión de Armas, la falta de unos datos demográficos exactos condenó la empresa al fracaso.

Esta vez, los ministros trataron de estimar el tamaño total de la población de Castilla, y de este modo prever el consumo total de sal, basándose en el número de indulgencias religiosas distribuidas en los últimos años; pero este dato no tenía en cuenta la muerte y la emigración de un gran número de «consumidores», lo cual redujo drásticamente la demanda de sal. Una vez se dio cuenta del alcance del déficit, Olivares exigió que cada familia declarara bajo juramento su consumo previsto de sal para el año siguiente, que costaría 69 reales por fanega —una cifra que incluía no menos de 58 reales de impuesto—. Los consumidores podían adquirir más sal al precio de 176 reales, pero no podían comprar menos. Los funcionarios locales registraron ante notario la estimación de cada cabeza de familia de su consumo esperado, y cada cuatro meses registraban también la cantidad de sal comprada por cada familia para asegurarse de que habían adquirido su cuota y, por tanto, satisfecho plenamente su desproporcionadamente gravosa nueva carga fiscal (*lámina 10*).

Esta dependencia tan enorme de las regalías provocó una amplia oposición. Algunos contribuyentes castellanos resistieron el monopolio de la sal pasivamente, bien declarando que no iban a consumir ninguna sal o dando unas estimaciones inverosímilmente bajas; otros, organizaron protestas[18]. En Sevilla, el capítulo de la catedral afirmó que el monopolio de la sal infringía su tradicional exención de los impuestos laicos, y el nuncio papal los autorizó para suspender todos los servicios religiosos si los ministros del rey trataban de forzar su cumplimiento. De manera que la recaudación del impuesto de la sal siguió cayendo. Esta disminución resultó particularmente grave, dado que aparte de la necesidad de financiar las guerras en Italia y los Países Bajos,

en 1630 una fuerza expedicionaria holandesa desembarcó en Brasil, donde pusieron las ricas tierras azucareras de la costa bajo su control (*véase capítulo 15*). Entretanto, las tormentas hundieron varios barcos cargados de tesoros a su vuelta de América, lo que supuso una pérdida de más de seis millones de ducados. Olivares se desesperaba. «Me parece que se puede tener por cierto —le confió a un colega—, en el estado en que hoy se halla la Hazienda real y los empeños de afuera, que esta Monarchía cae de golpe, y que su Magestad tiene aventurada su corona[19]».

Felipe convocó entonces las Cortes de Castilla y recurrió a los procuradores para «dar la última gota de sangre de las venas si fuere menester en apoyo, defensa y conseruación de la Christiandad». Les facilitó detalles sobre cada reciente campaña, su coste, y les advirtió de que España se enfrentaba en ese momento a «la mayor, la más urgente y apretada de quantas se an ofrezido ni se pueden ofrecer». La asamblea respondió que la extrema climatología, las malas cosechas y la alta mortalidad desaconsejaban la implantación de ningún nuevo impuesto, a menos que el rey accediera a abolir el monopolio de la sal. Aunque de mala gana, el rey así lo hizo[20].

Olivares y su señor decidieron por tanto acometer otro intento personal de persuadir a Cataluña para que participara en la Unión de Armas. Según su majestad, «esta provincia es la más aliviada de tributos de todas cuantas poseo en mi Monarquía y a la que hoy más precisa obligación corre de asistirme, por [...] ser la más extendida, sobrada y de mayor población[21]». Nada más lejos de la verdad. Incluso en las épocas buenas, Cataluña era un hervidero de tensiones sociales y anarquía. Las políticas agrarias constituían un motivo de enfrentamiento constante entre los habitantes de las ciudades y los que vivían en el campo (los primeros querían grano barato y los segundos que subieran los precios); la nobleza rural estaba dividida por viejas rivalidades, y algunos utilizaban cuadrillas de bandoleros para solventar los con-

tenciosos con sus vecinos; en un segundo plano acechaban los *segadors*, que dependían de encontrar suficiente trabajo durante la cosecha de cada verano para mantenerse el resto del año. Muchas de las disputas en el Principado estaban interconectadas, y sus protagonistas asumían los nombres de dos familias rivales: los *nyerros* (partidarios de los señores de Nyer, la insgnia de los cuales era un cerdo) y los *cadells* (seguidores de la familia de dicho apellido, que en catalán también significaba «cachorro»). Dado que cada facción contabilizaba casi doscientos príncipes, y que un censo de armas de fuego llevado a cabo en el Principado contabilizaba unas 70 000 armas —casi una por familia— las confrontaciones entre *nyerros* y *cadells* solían dejar un importante saldo de muertos y heridos. Estas disputas llegaron a penetrar incluso en el gobierno del Principado: según un virrey, «todos los ministros, desde el mayor al menor, tienen en las entrañas el pecado original de ser cadelles o nierros, y así no hay que entender que a los que son de una parcialidad se les ha de encomendar cosa que sea contra alguno della[22]».

Cataluña, al igual que el resto de la península Ibérica, también sufrió una sucesión de desastres naturales. Durante el invierno de 1627-1628, en palabras de un diarista, «tierra y cielos [fueron] fabricados de bronçe», y el clero de Barcelona encabezó no menos de 34 procesiones para rogar por la lluvia. Las rogativas fueron respondidas con tormentas que arrasaron otra cosecha más. Más adelante, en 1630, una nueva sequía hizo que los precios de la comida se dispararan, y el comercio y la industria se desplomaron. Barcelona introdujo el racionamiento del pan y, aunque las autoridades frustraron un plan tramado por los *segadors* para asaltar la aduana, los hambrientos ciudadanos atacaron los graneros de la ciudad, sacando los panes a medio cocer de los hornos, y los devoraron[23]. Por si todas estas adversidades fueran pocas, la demanda en 1632 de nuevos impuestos para financiar la Unión de Armas congregó prácticamente a todos los catalanes

en torno a sus *Constitucions* y así, como en 1626, ni siquiera la presencia del rey y de su primer ministro consiguió convencer a las Corts para que votaran ningún nuevo impuesto. De modo que una vez más éstos se volvieron con las manos vacías.

Entre la población vasca del señorío norteño de Vizcaya ya se había desencadenado un malestar evidente. Aunque técnicamente parte del Reino de Castilla y, por tanto, sujeta al nuevo impuesto de la sal, Vizcaya (al igual que Cataluña) disfrutaba de poderosos privilegios (fueros) y una asamblea representativa local (la Junta General). En 1631, durante una reunión de la Junta, «algunas mugeres de la costa» denunciaron a los funcionarios locales que trataban de imponer el impuesto de la sal, «diçiendo que pues los hombres no eran por defender su causa y sus privilegios, lo harían ellas». Los funcionarios locales suspendieron prudentemente tanto la sesión como el impuesto de la sal. Un año después, cuando los magistrados de Bilbao anunciaron su intención de recaudar el nuevo impuesto de la sal, la multitud se echó a la calle y saqueó las casas de los recaudadores de impuestos. Una vez más, las mujeres fueron quienes llevaron la voz cantante.

> Las mujeres desta gente humilde decían públicamente a las principales: «Agora nuestros hijos y maridos serán alcaldes y regidores, y no los traydores que nos venden la república […]. Y pues en Vizcaya somos todos iguales, unas han de ser las haziendas; que no es bien que ellos sean ricos y nosotros pobres, y que ellos comen gallinas y nosotros sardina. De aquí adelante, seremos todos y todas iguales».

La noticia de estos hechos dejó conmocionado al rey: «He visto con tristeza estos papeles y consulta —garabateó en el informe enviado por su Consejo—, por ver en España lo que siglos ha no se había visto[24]». No obstante, actuó con cautela, enviando a mediadores en lugar de tropas; y cuando la mediación fracasó, se limitó a imponer un boicot económico sobre Vizcaya hasta 1634, año en el que abolió el monopolio de la sal y promulgó un perdón general.

Los Países Bajos españoles también vivían al borde de la rebelión. Sus nobles estaban resentidos por la pérdida de influencia sufrida a raíz de 1623, fecha en que el rey resolvió que un pequeño comité (integrado en su mayoría por españoles) debía debatir y decidir las políticas en lugar del Consejo de Estado (en el que se sentaban los nobles). Durante algún tiempo, los éxitos militares de los Habsburgo en Alemania y los Países Bajos, unidos a cierto grado de prosperidad, acallaron las críticas; pero la captura por parte de los holandeses de una flota cargada de tesoros en 1628 y la toma de Bolduque al año siguiente hicieron que cundiera la desilusión. Un grupo de nobles del sur de los Países Bajos solicitó entonces la intervención militar del rey de Francia y del príncipe de Orange en apoyo de un levantamiento; pero cuando en junio de 1632 los holandeses llevaron a cabo la invasión, prácticamente nadie se conmovió. Los conspiradores volvieron a recurrir a Francia y suplicaron al duque de Aarschot, el noble de más alcurnia en el sur de los Países Bajos, que llevara la batuta; pero éste se negó y la oposición se vino abajo.

El desafío de Cataluña, Vizcaya y los nobles de los Países Bajos meridionales, acompañado del éxito de Gustavo Adolfo y sus aliados protestantes en Alemania, deprimió profundamente a Olivares. «En teniendo subida la montaña —escribía desalentado en el otoño de 1632—, todo cae, todo se mal logra, y jamás vemos cartas de consuelo, ni correo que no nos traiga que todo se pierde porque no proveemos». Consciente de que los problemas se derivaban en parte de tratar de luchar en todos los frentes a la vez, España trató de mantener la paz al menos en algunas áreas. Por ejemplo, Felipe ordenó al virrey de la India que debía «mantener siempre la paz con el emperador mogol, dado que es nuestro vecino de al lado y su poder [rodea] nuestros territorios. Si se le ofende, puede romper con nosotros para gran daño de la India portuguesa, que no está en condiciones de resistir a tamaño enemigo[25]». Olivares no veía necesidad de esta contención en los

asuntos europeos: por el contrario, resuelto a «morir asido al remo» (según sus propias palabras), convenció a su señor de que enviar un gran ejército por tierra desde Italia a los Países Bajos bajo el mando personal del hermano de Felipe, el cardenal infante Fernando, conseguiría de un plumazo echar a los protestantes del sur de Alemania e inducir a los holandeses a firmar la paz. Al principio, la apuesta funcionó sorprendentemente bien. En el verano de 1634, el cardenal infante cruzó los Alpes y se unió al ejército imperial en Alemania, donde juntos aplastaron a los suecos en la batalla de Nördlingen: 12 000 protestantes murieron y 4000 más, incluido el comandante sueco, fueron hechos prisioneros. Los triunfantes españoles marcharon entonces hacia Bruselas, mientras los imperialistas volvían a ocupar casi todo el sur de Alemania. No es de extrañar que Olivares proclamara Nördlingen como «la mayor victoria que se ha visto en estos tiempos[26]».

No obstante, el conde-duque continuaba obsesionado por una «teoría del dominó», conforme a la cual el hecho de no defender alguno de los intereses imperiales pondría en peligro el resto. Así pues, defendió la postura de que «los peligros primeros y más fundamentales» a los que se enfrentaba la Corona española eran los que…

> … amenazan a Milán, a Flandes y a Alemania. Cualquiera destos golpes es mortal para esta Monarquía; y tal que si llega a suceder golpe grande en cualquiera destas partes, lo restante de la Monarquía seguirá, pues a lo de Alemania seguirá Italia y Flandes; a Flandes las Indias; a Milán el Reino de Nápoles y el de Sicilia, sin que se pueda defender ni lo uno ni lo otro.

La única alternativa, según Olivares, era lanzar un ataque preventivo contra Francia, para lo cual planeó once ofensivas coordinadas desde España, Italia, Alemania, los Países Bajos, el Atlántico y el Mediterráneo[27].

Obviamente, ningún país podía efectuar unos preparativos a gran escala en tantos frentes distintos sin ser detectado; de modo que cuando Luis XIII recibió información fiable en este sentido,

decidió lanzar su propio ataque preventivo. Primero consiguió el compromiso holandés de invadir los Países Bajos, luego convenció a Suecia de no alcanzar por su cuenta una paz con los Habsburgo en Alemania y en mayo de 1635 envió a un mensajero a declarar la guerra a Felipe IV. Al principio Olivares se alegró, dado que ahora podía presentar su largamente planificado ataque preventivo como una respuesta a la agresión no provocada de los franceses. Fatídicamente, eligió Cataluña como principal teatro de operaciones, con la idea de que el rey fuera allí en persona e invadiera Francia con 40 000 hombres.

Al final, otra desastrosa cosecha en Cataluña acarreó una hambruna tanto para el ejército como para la población civil, a la vez que la invasión de los Países Bajos por parte de Francia maniató a las tropas españolas cuya misión era avanzar sobre París. De modo que aunque Olivares había movilizado (y pagado) dos flotas y 150 000 soldados, éstos no consiguieron nada. Sin amilanarse lo más mínimo, preparó otra ambiciosa campaña para 1636 —y esta vez estuvo a punto de lograr su objetivo—. Un ejército imperial invadió el este de Francia, mientras las tropas de los Países Bajos conquistaban Corbie y llegaban a las inmediaciones de París. Los refugiados huyeron en tropel de la capital francesa hacia el sur hasta que la presión del ejército sueco en Alemania obligó a las fuerzas Habsburgo a retirarse.

La conquista de Corbie convenció a Olivares de que Francia no podría soportar otro ataque más, y para financiarlo recurrió de nuevo a manipular las regalías: retiró todas las monedas de vellón y las reacuñó a tres veces su valor nominal, además de introducir el *papel sellado* (otra recomendación del comité de teólogos de 1629) (*lámina 11*). Una vez más, la Pequeña Edad de Hielo frustró sus esfuerzos. Según don Francisco de Quevedo, en aquel momento el defensor más elocuente del gobierno: «Aquí hace tiempo ciego, que es necesario luces a mediodía. Ni han sembrado, ni pueden, ni hay pan; los más se comen de cebada y cen-

teno; cada día traemos pobres muertos de los caminos, de hambre y desnudez. La miseria es universal y ultimada». La escasez asoló Andalucía, en tanto que en Valladolid las inundaciones destruyeron la mitad de las casas. Olivares no vio otra alternativa que reducir el coste del papel sellado más barato necesario para las transacciones oficiales de diez a cuatro maravedíes, porque «la jente pobre no despachava por el valor del papel[28]».

En 1637, por tanto, Olivares volvió una vez más a recurrir a la ayuda de Cataluña, ordenando la movilización de 6000 hombres para la defensa de su patria, citando uno de los *usatges* llamado *Princeps namque*, quien regulaba la defensa del Principado de Cataluña y sancionaba la capacidad del príncipe de llamar a las armas a sus nobles feudatarios. Pero las autoridades catalanas objetaron que esta medida sólo podía invocarse cuando el soberano residía en el Principado. Dado que Felipe continuó en Madrid, declararon nula la proclamación. Cuando un ejército de la Corona finalmente invadió Francia, sus tropas estaban integradas por soldados de distintas partes de la Monarquía, pero no había ni un solo catalán, y pocos portugueses, porque allí acababa de estallar una grave rebelión.

La crisis portuguesa

Como fondo de este malestar, subyacía una disputa sobre quién debía pagar por la defensa del Imperio de ultramar portugués. Ya en 1624, cuando las autoridades de Lisboa suplicaron al rey que enviara fondos para recuperar la localidad brasileña de Bahía de manos de los holandeses, los ministros de Madrid se quejaron de que «los portugueses son por su naturaleza descontentadizos y pedigüeños, y si Vuestra Magestad les abre la puerta a [lo] que pidan, no se satisfarán hasta sacarle la sangre». Algunos también consideraban poco realista el plan estratégico de los portugueses para conservar su derramado Imperio: «Es obligar Vuestra Magestad a lo imposible querer que haga guerra offensi-

va en cinco mill leguas de costa que havrá en África y Assia, donde están divididos los presidios de la India». Aunque en esta ocasión Olivares cedió, enviando una gigantesca expedición de socorro lusoespañola que recuperó Salvador, la toma de Pernambuco por parte de los holandeses en 1630 condujo a una nueva confrontación, con Portugal suplicando más dinero y Madrid insistiendo en que los portugueses pagaran más para defender su Imperio[29].

La unión con España nunca había gozado de popularidad entre algunos portugueses, pero hasta 1620 muchos miembros de la élite estudiaban en universidades castellanas, servían en el ejército y la administración castellana, se casaban con castellanas y escribían en castellano. A partir de entonces, sin embargo, la pérdida del comercio y de territorios de ultramar frente a los ingleses y los escoceses provocó un resentimiento generalizado. Según Stuart Schwartz, «por encima de cualquier otra cosa, la situación colonial generó un sentimiento y una percepción de crisis en Portugal[30]». El propio Olivares contribuyó en gran medida a esta «percepción de crisis» al poner fin al rentable comercio terrestre entre el Brasil portugués y el Perú español, así como al animar a la Inquisición a investigar a los comerciantes portugueses en busca de prácticas judías (la mitad de la clase comerciante portuguesa era de ascendencia hebrea, y muchos de ellos languidecían en prisión mientras sus inquisidores llevaban a cabo sus largos interrogatorios). Estos hechos redujeron los impuestos y los beneficios derivados del comercio colonial, que constituía dos terceras partes de los ingresos totales de la Corona portuguesa, así como el sustento de la mayoría de la élite mercantil del Reino.

Al igual que en Castilla, en un principio Olivares decidió aumentar los ingresos manipulando los derechos de regalía, sobre todo imponiendo la media anata y un estanco de la sal, y pidió a las Cortes portuguesas que lo aprobaran. Ante su negativa, obli-

gó a la virreina Margarita, prima del rey y duquesa de Mantua, a que introdujera el pago de otras «novedades» fiscales para la defensa imperial. Cumpliendo sus órdenes, ésta retuvo una cuarta parte de todos los pagos adeudados en concepto de pensiones e intereses de los bonos, obtuvo donaciones forzadas de los municipios, exigió a los nobles que reclutaran tropas para la Corona, aumentó los impuestos especiales en un 25 por ciento e instauró un impuesto sobre la carne y el vino conocido como el *real d'água* , previamente recaudado por los municipios (no por la Corona) como medidas de emergencia. También se dispuso a instaurar un impuesto sobre rentas y capitales, y ordenó a los funcionarios de todo Portugal registrar las posesiones de cada familia, por pobre que fuera. En agosto de 1637, una multitud se congregó a las puertas de la casa del alcalde de Évora, la tercera ciudad más grande del Reino, conminándolo a detener la compilación de los nuevos registros. Ante la negativa de éste, los chicos comenzaron a lanzar piedras y, al poco, la multitud irrumpió en la casa e hizo una hoguera con sus muebles. También saquearon las casas de los que recopilaban los registros y de los que habían recaudado otros nuevos impuestos (como el *real d'água*), prendiendo fuego a sus documentos y posesiones. En seguida aparecieron carteles en las calles firmados por Manuelinho, secretario de *nós, meninos e rapazes, ministros da divina justiça* [«nosotros, los niños y chavales, ministros de la justicia divina»], amenazando al *tyrano Faraó* [el rey Felipe] y sus agentes —a quienes acusaban de ser judíos—, que habían establecido nuevos impuestos sin su consentimiento. Los agitadores (al menos dos de ellos eran sacerdotes jesuitas) viajaron por todo el sur de Portugal, y para finales de año toda la provincia del Alentejo, sesenta localidades del Algarve y parte de las Azores se hallaban en abierta rebelión (*figura 17*[31]).

A pesar de que cuando comenzaron los tumultos, los precios de los cereales habían alcanzado niveles inauditos, Olivares insistió en que «no se pretendía el huevo, sino el fuero», una frase que

más tarde haría famosa Quevedo aplicada a los catalanes[32]. Afirmó que los portugueses «pagan menos [en impuestos] que ningunos otros de Europa» y advirtió a un colega que «no se les pide, ni quiere de ellos, tributo sino sólo para ellos mismos». «No se hallará ejemplar que ajuste a ella en ninguna historia antigua ni moderna», despotricó, concluyendo con su acostumbrado toque retórico: «Créame, Vuestra Señoría, que es ejemplo que no se hallará igual, ni con infinita distancia, ni ahora ni nunca». El conde-duque temía que si Felipe daba a los rebeldes de Évora lo que pedían,

> … vanle a Su Majestad en éstos los [tributos] de todos sus reinos enteramente, no sólo de Portugal, sino de toda su Monarquía en todas partes. Que al ejemplo de quedar esos rebelados sin otro título ninguno, libres de los tributos, y consiguiéndolo por este camino, no habría lugar, provincia ni Reino que no intentase el mismo y se saliese con ello, con razón y justicia, si Su Majestad lo hubiese disimulado ahí.

17. La revuelta de Portugal, 1637. Una epidemia de rebeliones contra el dominio español afectó a casi toda la mitad sur del Reino, en algunas áreas duraron seis meses.

No obstante, reconociendo la necesidad de resolver el asunto antes de que los franceses o los holandeses intervinieran, Olivares estaba dispuesto a ofrecer un perdón, «y se tomarán los ejemplares más favorables, en que estudiamos en las cosas de Vizcaya[33]».

Tampoco el rey era capaz de decidir cómo proceder. «Si no lo estuviera mirando por los ojos, no creyera semejante maldad, no teniendo otro nombre más moderado una ingratitud tan rara que no creo se hallara en las historias exemplo igual», comentó a sus ministros. Por un lado, dio órdenes de preparar 10 000 soldados para llevar a cabo una invasión si fuera necesario, añadiendo: «Yo iré, aunque sea a pie, y aun en lo más tempestuoso del invierno, porque a enderezar mis vassallos, y no dexarlos perder ninguna cosa en la tierra, me lo atajará». Por otro, reconociendo que «aunque son hijos pródigos estos levantados», seguían siendo «mis hijos», el rey suspendió la recaudación del *real d'água*. Esta combinación de palo y zanahoria surtió efecto: a finales de 1637 todos los municipios levantados se habían sometido al rey y éste promulgó un perdón (en efecto, basado en el de Vizcaya) por el que condenaba sólo a cinco rebeldes a muerte y a otros setenta a galeras, y recogiendo en Madrid a los clérigos sospechosos de organizar los tumultos[34].

Olivares a raya

La pacificación de Portugal salvó temporalmente la reputación de Olivares, como también lo hizo el rechazo de un ataque francés al puerto de Fuenterrabía en 1638; pero en el resto de lugares, los enemigos de España triunfaban. En Alemania, las fuerzas francesas capturaron Breisach en el lado este del Rin, cortando «el camino de los españoles», utilizado por las tropas y el tesoro que viajaban de Lombardía a los Países Bajos; en el África occidental, los holandeses tomaron São Jorge da Mina, la colonia portuguesa más antigua del trópico; bloquearon Goa, la capital

de la India portuguesa; en Brasil, atacaron la capital virreinal, Salvador, con una gran flota, y sus habitantes apenas alcanzaron a repeler el ataque. De modo que en 1639 Olivares trató de recuperar la iniciativa con dos apuestas evidentemente peligrosas. La primera consistió en nombrar al relativamente inexperto conde de la Torre como «gobernador y capitán general en mar y tierra del estado de Brasil», confiarle «la mayor flota que jamás ha entrado en el hemisferio» (46 barcos y 5000 hombres) y encargarle que los holandeses entraran en batalla[35]. La segunda, en decidir lanzar otra invasión de Francia desde Cataluña con la intención expresa de obligar a la gente de Cataluña a sentirse «interesada, que hasta ahora ha parecido que no lo está, en lo universal de la Monarquía ni de estos reinos [de Castilla]». De modo que envió las tropas reclutadas en Castilla, Italia y el sur de los Países Bajos al Principado, contando con que los catalanes las alimentarían, alojarían y pagarían. Ante las quejas provocadas por esta actuación, tranquilizó con cierto engreimiento al conde de Santa Coloma, su virrey en Barcelona, diciendo: «Más vale que se quejen ellos que no que lloremos todos[36]».

Olivares subestimaba no sólo la fuerza de las instituciones de Cataluña, sino también su inadecuación geográfica para operaciones militares importantes. En el norte, la frontera con Francia atravesaba altas montañas y áridas mesetas. En el oeste, un páramo desértico separaba Cataluña de Aragón, mientras que al sur, el vasto delta del Ebro impedía una fácil comunicación con Valencia: todas estas barreras geográficas hacían difícil el suministro para una invasión Habsburgo de Francia. Incluso dentro del Principado, las escarpadas colinas y los profundos desfiladeros de los ríos hacían de las comunicaciones interiores un laberinto. Por último, el impredecible clima limitaba la producción agrícola en muchas áreas elevadas, dejando poco excedente para alimentar a un ejército incluso en los años buenos. Como un destacado mi-

nistro de Felipe IV comentó arrepentido algunos años más tarde:

> Esta guerra de Cataluña [es] la más costosa y la más dificultosa de sustentar, porque no pudiendo ayudar el país como en otras partes, faltando también el comercio grande que facilita el uso de las letras de cambio y de los créditos, no quedaba forma de mantener los ejércitos sino el dinero de contado; y donde hay carestía de él, como no sufre dilación la necesidad precisa de comer, ocasiona en los soldados robos, despojos, fuerzas, estupros, mucha licencia y ninguna disciplina[37].

Otra contingencia supuso entonces un nuevo obstáculo político para la decisión de Olivares de convertir en 1638 Cataluña en el principal teatro de operaciones. Una vez cada tres años, un niño pequeño se situaba junto a una urna de plata que contenía quinientas veinticuatro papeletas, cada una de ellas con el nombre de un candidato a miembro de las Corts, y las iba sacando hasta tener los nombres de dos clérigos, dos nobles y dos ciudadanos. Estos seis hombres iniciaban de inmediato un ejercicio de tres años como Diputació (una junta permanente de las Corts entre sesiones), cuya principal tarea consistía en asegurar que su soberano respetaba y obedecía las *Constitucions* del Principado. En 1638, el pequeño extrajo de la urna de plata una papeleta que portaba el nombre de Pau [Pablo] Claris, canónigo de la catedral de Urgell y experimentado abogado, que se convirtió en el principal *diputat* clerical, seguida de otra con el nombre del primo de Claris, Francesc de Tamarit, que ocupó el cargo de principal *diputat* noble[38].

Por desgracia para Madrid, estos dos nuevos *diputats* profesaban una ferviente e incondicional devoción por su tierra natal y sus *Constitucions*, consideraban a los catalanes como el pueblo elegido de Dios y condenaban cualquier novedad política calificándola de tiranía. Dado que la decisión de Olivares de llevar la guerra a Cataluña iba a producir novedades, el escenario de la confrontación política estaba servido. Por ejemplo, tras la captura por parte de los franceses de la fortaleza fronteriza de Salces

en 1639, mientras Olivares proseguía con sus esfuerzos por recuperar la fortaleza, informó al virrey de Santa Coloma de que «si las Constituciones embarazan esto, que lleve el diablo las Constituciones, y a quien las guardare también». Por consiguiente, el rey firmó órdenes absolviendo a sus jueces de su juramento de cumplir con las *Constitucions* cuando éstas entrasen en conflicto con la necesidad de mantener al ejército: su tarea principal se convirtió en la provisión de comida y alojamientos apropiados para las tropas. No debían permitir ninguna exención. Sorprendentemente, ninguno de los jueces se opuso. Quizá, como el virrey, vacilaron en comprometer sus perspectivas de recompensa y ascenso si renunciaban (o incluso si amenazaban con renunciar). Por el contrario, como Santa Coloma, todo lo que hicieron fue «escribir, consultar, dudar y obedecer», y como éste, la mayoría de ellos lo pagaría con su vida[39].

La revuelta de los catalanes

A principios de 1640, gracias a la incansable presión de los jueces y el abierto chantaje de Santa Coloma (que prometió una patente de nobleza a todos los hacendados que pasaran treinta días en el ejército), los catalanes reconquistaron Salces, pero la victoria no impresionó ni a los comandantes de la Corona en Cataluña, preocupados por la necesidad de alojar y alimentar a sus tropas victoriosas, ni a Olivares, que en aquel momento promulgó la orden de reclutar a 6000 nuevos soldados del Principado para prestar servicio en Italia. Previendo los problemas, Santa Coloma prohibió a cualquier abogado hacerse cargo de las quejas presentadas por los campesinos contra los soldados; y cuando los *diputats* protestaron por esta reciente novedad, Olivares ordenó a un magistrado, Miquel Joan Monrodón, arrestar a Tamarit (el principal noble de la Diputació) y ordenó a las autoridades eclesiásticas procesar a Claris (el clérigo de más categoría). Un testigo presencial subrayó los peligros inherentes a estas políticas tan arbitrarias, «pues es verdad que el último desconsuelo del misera-

ble es quitarle hasta la voz para pedir el remedio», y proseguía en tono ominoso, en medio del «natural aprieto a que nos reduce la miseria humana, casi no hay acción que nos evite». Uno de los propios agentes de Olivares en Cataluña extraía la misma conclusión:

> Es esta provincia muy diferente de otras —comentaba—. Está compuesta de infinito populacho, ruin y fácil a cualquier daño, y se endurece más cuanto más lo aprietan. Con esto, las demostraciones que en otra provincia bastaran para que con suma humildad sus naturales se resignaran a cualquier orden superior, en ésta se atientan más y se exasperan para con más afecto cuidar de la observancia de sus leyes[40].

El clima extremo de principios de 1640 hizo al «populacho» catalán todavía más «ruin». Tras la escasa cosecha del año anterior, en la primavera de 1640 no cayó ni una gota de lluvia, lo que produjo una sequía tan intensa que las autoridades declararon un día festivo especial para permitir que toda la población pudiera ir en peregrinación a un santuario local para rogar por la lluvia —una de las únicas cuatro ocasiones registradas en los cinco últimos siglos—. Como el agua seguía sin caer, a menos que los aldeanos pudieran excluir a las tropas, se enfrentaban a morir de hambre; pero cuando Santa Coloma de Farners, una aldea situada a unos cien kilómetros al noreste de Barcelona, rehusó las órdenes de alojar a un regimiento castellano que estaba llegando, el virrey envió al mismo magistrado que había arrestado a Tamarit a intimidarlos. Hasta los lealistas opinaron que el rey había cometido un grave error al elegir a Monrodón —un hombre «de natura colérico, precipitado, arrogante, soberbio y de mal trato»— para llevar a cabo una tarea que «más quería maña que fuerza». Pronto se demostró que tenían razón. El 30 de abril de 1640, Monrodón ordenó el arresto de cualquier civil que portara armas de fuego; los aldeanos respondieron prendiendo fuego a la posada donde Monrodón y sus oficiales se hospedaban, al grito de «a[h] ora pagarás la prisión del diputado [Tamarit]». Monro-

dón y la mayoría de los que se encontraban dentro murieron entre las llamas[41].

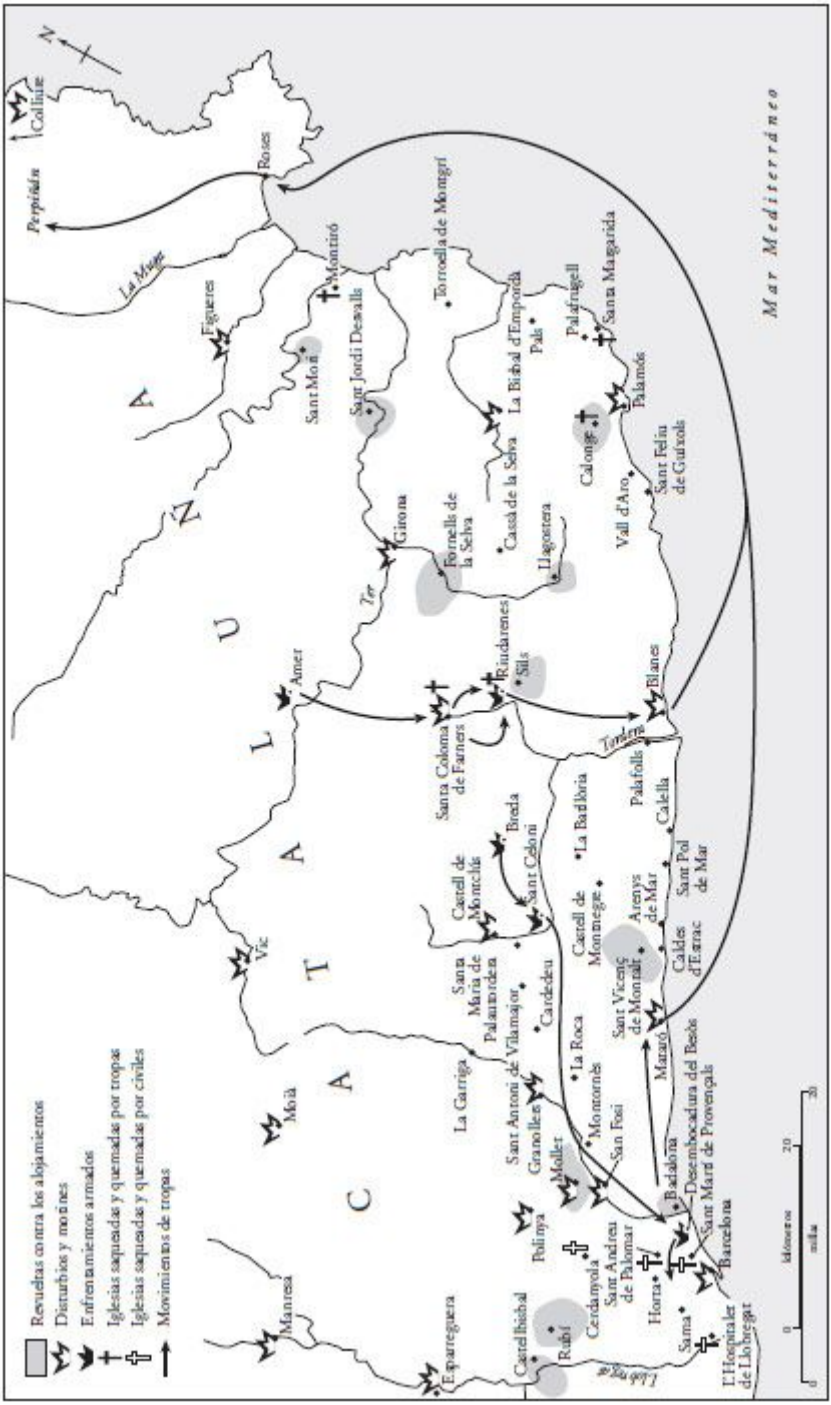
Los habitantes de Santa Coloma de Farners hicieron sonar las campanas para reunir ayuda, y al poco llegaron cientos de hombres armados dispuestos a proteger a la comunidad. Su resistencia obligó a un regimiento que viajaba detrás de los castellanos a tomar un repentino desvío y vengarse en la siguiente aldea que encontraron en el camino, Riudarenes, donde quemaron varias casas y la iglesia. Entretanto, indignado por el asesinato de Monrodón, el virrey ordenó a sus tropas volver de nuevo a Santa Coloma de Farners y reducirla a cenizas. Y así lo hicieron el 14 de mayo. Por si no fuera suficiente, también destruyeron el resto de Riudarenes.

Aquel mismo día, el obispo local excomulgó a las tropas por sacrilegio, y los gritos de *visca el Rei i muiren traidors* pronto empezaron a escucharse, mientras los habitantes de unas cincuenta aldeas atacaban a los soldados que todavía se alojaban en la zona y saqueaban las propiedades de los funcionarios de la Corona y de los habitantes lealistas (*figura 18*). Entonces cayó una ligera lluvia que salvó la cosecha, pero todo el mundo temía lo que podría pasar cuando los *segadors* entraran en Barcelona para su feria de contratación anual, celebrada el 7 de junio de 1640, fiesta del Corpus, y «corriese voz de que sucedería aquel día un gran desastre». Santa Coloma recibió varias advertencias respecto a su seguridad, incluida una de una beata que predijo «que havía de morir el día de Corpus». A pesar de ello, el 6 de junio, cumpliendo órdenes de Madrid, el virrey mandó al escuadrón de galeras que solía defender Barcelona, tripulado por la mayor parte de la guarnición de la ciudad, a luchar contra los franceses. Ahora ya sí que concurrían todas las condiciones previas para el desastre[42].

«Entraron víspera y día de Corpus muchos segadores, los más con pedrenales, algunas con leña», y en la mañana de la festividad del Corpus, deambularon entre las multitudes entre ocasio-

nales gritos de *visca la terra* y *muiren traidors*, pero no se produjo mayor violencia hasta que un segador reconoció a un sirviente del difunto Miquel Joan Monrodón, que corrió a meterse en su casa con los segadores pisándole los talones. Cuando un disparo que salió de la casa mató a uno de ellos, sus camaradas usaron su leña para quemar la puerta, entrar en la casa y saquearla. Otros fueron en busca de los aborrecidos jueces, que huyeron de un convento a otro buscando refugio mientras la multitud quemaba sus posesiones y documentos, destrozaba las ventanas y paredes de sus casas, e incluso talaba los árboles de sus jardines. Los sublevados sólo se frenaron ante las imágenes religiosas (aunque quemaron los marcos). Cuando algunos curas intentaron detenerlos, los amotinados «decían que bolvían por la fee, pues quemando las iglesias y sacramentos los castellanos y pudiéndolo remediar, no lo hacían; que era razón lo pagasen[43]».

Cuando desde la casa de un ministro del gobierno se abrió fuego contra la multitud —para entonces ya unas 3000 personas — persiguieron a sus ocupantes hasta los astilleros reales, donde se había refugiado el virrey. Sin galeras y con una guarnición mermada, los segadores no tardaron en encontrar una entrada, hacerse con las armas almacenadas en el arsenal real y diseminarse en busca de quienes los habían disparado. El virrey trató de escapar en dirección a la playa, pero sus perseguidores lo interceptaron antes y lo mataron a puñaladas.


Revueltas contra los alojamientos
Disturbios y motines
Enfrentamientos armados
Iglesias saqueadas y quemadas por tropas
Iglesias saqueadas y quemadas por civiles
Movimientos de tropas
Mar Mediterráneo
CATALUÑA
Perpiñán
Collioure
Roses
La Muga
Figueres
Montiró
Sant Morí
Sant Jordi Desvalls
Torroella de Montgrí
La Bisbal d'Empordà
Pals
Palafrugell
Santa Margarida
Palamós
Calonge
Sant Feliu de Guíxols
Vall d'Aro
Cassà de la Selva
Llagostera
Fornells de la Selva
Girona
Ter
Riudarenes
Sils
Amer
Santa Coloma de Farners
Blanes
Tordera
Palafolls
Calella
Breda
Sant Celoni
Castell de Montclús
La Batlloria
Castell de Montnegre
Arenys de Mar
Sant Pol de Mar
Caldes d'Estrac
Sant Vicenç de Montalt
Mataró
Vic
Santa Maria de Palautordera
Cardedeu
La Roca
Montornès
Sant Antoni de Vilamajor
Granollers
Moller
San Fosi
Badalona
Desembocadura del Besòs
Sant Martí de Provençals
Barcelona
Moià
La Garriga
Polinya
Cerdanyola
Sant Andreu de Palomar
Horta
Sama
L'Hospitalet de Llobregat
Manresa
Esparreguera
Castellbisbal
Rubí
Llobregat
kilómetros
millas

18. Cataluña levantada, mayo de 1640. Ya antes del Corpus de Sangre en Barcelona, el 7 de junio de 1640, una gran parte de Cataluña se había levantado en armas. Las tropas reales y los campesinos indignados lucharon en enfrentamientos que, en algunos casos, culminaron con la quema de iglesias.

«Mientras esto pasaba por la Atarazana», un testigo ocular indicó que «la gente y segadores huía[n] por Barcelona con tal furia, gritería y ruido, que parecía acabara el mundo o que era teatro del Juicio Universal esta ciudad». La milicia ciudadana, formada por la clase media de Barcelona, también resentida por las incesantes demandas del gobierno central, no intervino; de hecho, según uno de los despavoridos jueces, algunos de sus miembros dijeron: «"Nosotros no hemos de pelear contra nuestros hermanos", y se mezclaban como amigos» con los segadores[44]. Un aterrorizado funcionario se quejó: «No [h] i avia ome segur en su casa» porque los alborotadores *pareixia estàban tots endimoniats* mientras sacaban a rastras a los castellanos de las iglesias en las que se habían refugiado para matarlos en la calle. Incluso un visitante inglés no se atrevió a salir de su casa por miedo a «ser tomado por un castellano: hablar español es peligroso, tal es el inveterado odio que les tienen[45]».

Una violencia parecida estalló en otras partes. Incluso antes del día del Corpus, la población de Perpiñán (la segunda ciudad más grande del Principado) se sublevó cuando sus magistrados intentaron alojar a más soldados «extranjeros». Eventualmente, las tropas tuvieron que emplear su artillería para forzar la entrada. Pocos días después llegó una carta a Barcelona de *lo capitá general del exercit christiá* exigiendo la destitución y castigo de todos los ministros del rey en el Principado, puesto que habían violado sus leyes y libertades[46].

La noticia del *Corpus de Sang* («Corpus de Sangre», como dio en llamarse) dejó estupefacto a Felipe. «Este caso no se ha visto en ninguna provincia ni Reino del mundo —escribió—. Si no asiste Nuestro Señor con brevísimo acomodamiento de estas cosas, o con una paz, el aprieto será naturalmente el mayor que se ha visto en España muchos siglos ha». El embajador británico en Madrid se mostraba de acuerdo: «Sería un asunto muy difícil componer lo de la revuelta —opinaba— sin descomponer la au-

toridad del rey», y añadía con aire de superioridad «que por otra parte podría haberlo evitado si la cuestión se hubiera tratado a tiempo». No obstante, al menos un crítico de la corte creía que todavía «podía sosegar lo de Cataluña [...] con dejarlo y con remitir algo de la demasiada persecución de los súbditos, de no afligirlos tanto, ni investigarlos cada hora», y con «templarse en las palabras, en las acciones[47]». Pero el conde-duque temía que si cedía a la presión catalana y suspendía los recientes impuestos y las demandas de alojamiento de tropas, otras partes de la Monarquía exigirían lo mismo.

También sabía que la causa catalana quedaba muy lejos de presentar un frente común. Muchos nobles permanecieron leales al rey y aunque unos cuantos obispos se unieron a los rebeldes, la mayoría no lo hicieron. Del mismo modo, aunque la mayoría de los monjes y frailes desafiaban la autoridad de Madrid, la mayoría de las monjas, no. Por encima de todo, cada comunidad y cada grupo social tenía su propia agenda, y muchos se aprovecharon del desorden general para ajustar viejas cuentas. En el campo, la clase baja rural arremetía contra los oligarcas que explotaban su trabajo; en las ciudades, los ciudadanos de a pie amenazaban a los oligarcas que controlaban su vida y monopolizaban los puestos públicos. Entretanto, los bandidos robaban y asesinaban a cualquiera que se cruzara en su camino, y el conflicto entre *nyerros* y *cadells* se reavivó. Los *diputats* tenían «gran sentimiento al ver cómo la tierra se consume en pasiones interiores, entre sus mismos naturales, y las graves consecuencias que reportarán estas guerras civiles de perseverar[48]».

En agosto de 1640, Olivares emitió una declaración en la que acusaba a todos los catalanes de traición y ordenaba al marqués de los Vélez, de una eminente familia catalana, movilizar un ejército para restaurar el control de la Corona. Casi inmediatamente, los monárquicos de la ciudad de Tortosa, al sur de Cataluña, protagonizaron una contrarrevolución, capturando a los lí-

deres rebeldes y colgando a quince de ellos. De esa manera, los lealistas del Principado y los rebeldes, si bien por razones bien distintas, encontraron un punto de reunión en sus inclinaciones respecto al rey. Los rebeldes señalaban la brutalidad y el sacrilegio de las tropas del rey en el pasado, y el caos que sin duda supondría su vuelta, mientras que los lealistas subrayaban el peligro de anarquía que representaba la sublevación, si bien su causa sufrió un duro revés con la publicación de algunas de las intempestivas cartas de Olivares al difunto virrey, en las que expresaba inequívocamente su desprecio por las *Constitucions* y sugería que Madrid pretendía verdaderamente destruir la autonomía catalana[49].

En septiembre, la Diputació convocó a unos 250 clérigos, nobles y ciudadanos a Barcelona; éstos redactaron una refutación formal de la acusación de traición formulada por Olivares, pidieron ayuda a Valencia, Aragón y Mallorca, y tomaron medidas para movilizar a la resistencia. Entretanto, Claris solicitó en secreto la protección francesa para una posible «República catalana». Sus enviados se encontraron con una fría acogida, dado que (en palabras del primer ministro de Francia, el cardenal Richelieu) «la mayoría de los desórdenes de este tipo suelen quedarse en pequeñas escaramuzas»; pero al final Richelieu instó a un pariente, Bernard Du Plessis-Besançon, a viajar a Barcelona y prometer a los catalanes que Francia les proporcionaría pólvora, mosquetes y artillería, así como 6000 efectivos de infantería y 2000 de caballería, a cambio de tres garantías: que la munición nunca se utilizaría contra Francia, que los catalanes nunca acordarían por su cuenta una paz con Felipe y que les entregarían tres puertos y algunos rehenes. Incluso después de que un representante de la Diputació firmara un borrador de tratado accediendo a estos tres puntos, Richelieu continuó mostrándose escéptico: los catalanes «no cuentan con ningún líder de mucha ta-

lla, ni existe desacuerdo religioso» con Castilla, señalaba, y, por tanto, dudaba que su resistencia fuera a durar mucho tiempo[50].

La cautela del cardenal era comprensible, si bien infundada. Aunque en aquel momento pocos catalanes contemplaban la posibilidad de renegar de su juramento de obediencia a Felipe IV, no estaban dispuestos a luchar por él. Las políticas de Olivares se habían granjeado la antipatía de todos los grupos sociales importantes de Cataluña. Los nobles se dolían del nombramiento de no catalanes para misiones militares lucrativas y de las repetidas demandas de servicio militar sin paga o recompensa; el clero, del nombramiento de no catalanes para puestos ventajosos y de la imposición de gravosos impuestos; y los oligarcas de la ciudad, de la incesante presión de Madrid para proporcionar préstamos que ellos sabían que nunca serían devueltos e implantar medidas, como el alojamiento de tropas, que les granjeaban el odio de sus ciudadanos. La Diputació propuso entonces un juramento de lealtad al nuevo régimen —más de trescientos ciudadanos tomaron el juramento el primer día y una semana después ya lo había hecho más de un millar— y comenzó a reunir tanto tropas como dinero. También convocó un comité especial de teólogos para debatir la legalidad de sus políticas (y publicó sus conclusiones más favorables), y encargó y distribuyó panfletos en los que se describían a sí mismos como súbditos honestos que querían hacer cumplir una relación contractual con su soberano y como «la mano vengadora de Dios» contra las tropas de la Corona que habían profanado sus iglesias. Un tratado, la *Noticia universal de Cataluña*, de Francesc Martí i Viladamor, un abogado, no sólo enumeraba cada ocasión en la que Olivares había incumplido las *Constitucions*, sino que también sugería por primera vez que el Principado podía separarse de la Monarquía española[51].

Claris y sus colegas enviaron copias de estas publicaciones a Madrid, Nápoles, Valencia, Zaragoza y otros enclaves de la Monarquía, así como a París y a Roma, donde no tardaron en con-

seguir apoyo para la rebelión. En cuanto la noticia de la revolución en Cataluña llegó a la República holandesa, los Estados Generales establecieron un comité especial para organizar ayuda, reconociendo su «interés común» con todos los rebeldes enfrentados a Felipe IV, aunque sólo Francia envió realmente esta asistencia, que a finales de 1640 se reducía sólo a 3000 soldados de infantería y ochocientos caballos[52]. Del mismo modo, en Barcelona, una emisión de bonos públicos recaudó 1,2 millones de ducados de compradores de todos los sectores de la población, pero incluso con los impuestos al clero y el aumento de los impuestos especiales, la suma sólo alcanzó para pagar a 8000 soldados. Ni siquiera las ventajas estratégicas conferidas por la geografía parecían suficientes para proteger el Principado contra el ejército real de 23 000 soldados de infantería, 3100 de caballería, y veinticuatro piezas de artillería a quienes el marqués de los Vélez pasó revista el 7 de diciembre de 1640, justo seis meses después del *Corpus de Sang*.

Algunos consideraron que era peligrosamente tarde para iniciar una campaña, especialmente después de una fuerte sequía, pero el gobierno central creía que la rebelión se derrumbaría rápidamente. En un principio su confianza parecía justificada. El comandante de Coll de Balaguer, el primer presidio rebelde que se encontraron, abandonó la ciudad; el siguiente presidio, Cambrils, en breve tiempo se rindió con condiciones. Sin embargo, el marqués de los Vélez mandó ahorcar tanto a los comandantes catalanes como a quinientos miembros de la guarnición rendida —porque «entre el rey y vasallos no obligaba la fe ni la palabra»—. Este ejemplo de terror estratégico aseguró la rendición de otros lugares, incluyendo, de modo sumamente impresionante, la guarnición francesa de Tarragona[53]. Poco después llegaban por mar alimentos y municiones para el ejército real. La revuelta de los catalanes parecía condenada al fracaso cuando arribaron a Barcelona noticias procedentes de Lisboa de que los portugueses

se habían rebelado y coronado al duque de Braganza como rey Juan IV[54].

La revuelta de Portugal

La rebelión portuguesa —la única de la Europa de mediados del siglo XVII que alcanzó un éxito permanente— se originó en 1634, cuando tres caballeros portugueses (*fidalgos*) visitaron la Armería Real de Madrid y contemplaron con desagrado la colección de trofeos conseguidos cuando las fuerzas españolas invadieron su país para imponer la unión dinástica en 1580. Fue allí y en ese momento cuando juraron restablecer la independencia de Portugal, pero para 1637, sólo cinco *fidalgos* se habían unido a la conspiración, motivo por el que no pudieron aprovechar la revuelta de Évora de aquel año. El duque Juan de Braganza, primer aristócrata de Portugal, también se mantenía a distancia. Éste poseía recursos fiscales, eclesiásticos y militares envidiables, y, caso único entre la aristocracia europea, podía otorgar títulos de nobleza él mismo. El duque mantenía un representante permanente en Roma, así como en Madrid, y seguía estrechamente los acontecimientos políticos, pero su principal objetivo político era la «conservación», es decir, mantener y consolidar lo que ya poseía, para lo cual evitaba escrupulosamente implicarse en nada que pudiera poner en riesgo su patrimonio. De manera que prestó todo su apoyo al gobierno central contra la rebelión de Évora y cuando, en 1638, el cardenal Richelieu ofreció enviar tropas francesas si él se rebelaba (y amenazó con apoyar a un pretendiente rival al trono portugués si no lo hacía), el duque no hizo nada[55].

No obstante, en 1639, Arthur Hopton, el embajador británico en Madrid, predijo que «el desasosiego de Portugal todavía no está solucionado, y la opinión de la gente está tan soliviantada como siempre». Según su punto de vista, sólo la falta de previsión de los nobles, a quienes el favor real protegía de la bancarro-

ta, impedía otra rebelión[56]. Olivares compartía este análisis, y después de los disturbios de Évora, convocó a ochenta miembros de la élite portuguesa (aunque no a Braganza) a Madrid —aparentemente para aconsejarles sobre cómo mejorar las relaciones entre los dos reinos, pero en realidad para mantenerlos bajo vigilancia—. Al parecer no se daba cuenta de que sacarlos del Reino debilitaba, en lugar de fortalecer, el control del gobierno.

Entretanto, dos partidarios de Olivares —Miguel de Vasconcelos, el principal ministro en Lisboa, y su cuñado Diogo Soares, secretario de asuntos portugueses en Madrid— establecieron un dominio absoluto en la administración de Portugal. Se hicieron con el control de toda la red clientelar, llenaron la administración de parientes y clientes, y vendieron puestos y títulos de nobleza al mejor postor. Por otra parte, pese al virulento sentimiento antisemita del Reino, protegieron a los banqueros, cristianos nuevos, de cuyos préstamos dependían los ejércitos y armadas de Felipe. Pese a la extendida hostilidad (y un intento de asesinato), Vasconcelos y Soares consiguieron marginar a todos sus rivales, pero se quedaron peligrosamente aislados. Vasconcelos advertía a su cuñado en septiembre de 1640 que «cualquier cosa podía desencadenar una gran conflagración».

> En realidad, no sé cómo aislar a los sediciosos sin provocar una tormenta, porque incluso exiliarlos provocaría un escándalo. ¿Deberíamos hacer que Su Majestad los mandara llamar? Ya se ha hecho y no obedecieron. Anunciar que Su Majestad concederá a aquellos que vayan [a Cataluña] la tierra de los que se nieguen a ir sólo aumentaría la frustración [...]. Le digo la verdad, querido colega: no sé qué hacer[57].

Los temores de Vasconcelos eran fundados. Pocos portugueses veían en aquel momento ningún beneficio de la unión con Castilla, ni tampoco sus vasallos de ultramar. Cuando un nuevo virrey de la India llegó a Goa a principios de 1640, encontró a toda la población «desanimada». Por una parte, la «constante presencia de los escuadrones navales holandeses durante los pasados cuatro años» y la «falta de ayuda de Portugal» habían paralizado el co-

mercio y acarreado la pérdida de muchos puestos de avanzada en Ceilán. Todavía peor, los holandeses habían sometido a asedio a Malaca, la llave para todo el comercio marítimo entre el sur y el este de Asia, y el virrey carecía de recursos para salvarla. Por otra parte, en Japón, el sogún acababa de expulsar a los portugueses y prohibirles comerciar más allá. Aunque Felipe no era responsable de este contratiempo, rechazó todas las peticiones del Macao portugués para comerciar directamente con la Manila española, una medida que habría procurado cierto alivio a este expuesto enclave[58]. Los colonos portugueses de Brasil estaban todavía más «desanimados». En junio de 1640 los ciudadanos más insignes de su capital, Salvador, escribieron una carta urgente suplicando a Felipe, su «padre, rey y señor», que enviara ayuda porque su colonia estaba a punto de derrumbarse. Dado que vivían «en un lugar lejano, padeciendo durante muchos años las pérdidas de la guerra, los robos y las crueldades de sus enemigos», los colonos se sentían «en inmediato y claro peligro». La necesidad de reforzar sus fronteras los privaba de la mano de obra de sus esclavos en las plantaciones; mientras, la población nativa ayudaba a los holandeses, mostrándoles las rutas hacia el interior, asesinando a los dueños de las plantaciones y quemando las refinerías de azúcar. Y, lo peor de todo, la «gente de Guinea [sus esclavos africanos] parecen estar al borde de la rebelión». Cuando los colonos se enteraron de «los hechos de Cataluña», la mayoría cayeron en la desesperación, porque sus necesidades entonces retrocederían muchos puestos en la lista de las prioridades imperiales, causando más «aplazamientos en el envío de ayuda[59]».

Pese a todos estos profundamente arraigados problemas, Felipe IV sólo perdió Portugal debido a otro error de cálculo de Olivares. En noviembre de 1640, tras haber trasladado a la mayoría de las tropas castellanas de Portugal a Cataluña, el conde-duque encargó al duque de Braganza que reclutara un regimiento de sus vasallos y lo condujera al frente catalán él en persona.

El duque, temeroso de que nunca se le permitiera regresar, alegó que las responsabilidades sobre sus dominios impedían su marcha; pero Olivares replicó que esto era inaceptable. El embajador Hopton vio claramente el peligro: si en Portugal se materializaba otra rebelión, consideraba «casi seguro que el duque de Braganza se implicaría en ella». Y, en efecto, el 1 de diciembre de 1640, fue el representante de Braganza en Lisboa quien dio la orden a los descontentos *fidalgos* (cuyo número todavía era sólo de cuarenta) y sus seguidores para que irrumpieran en el palacio virreinal[60].

Incluso con el apoyo del duque, los conspiradores corrían graves riesgos. La capital portuguesa era la mayor de la península Ibérica, con alrededor de 170 000 habitantes, y por lo general contaba con una poderosa guarnición española; pero en esto, también las anteriores políticas de Olivares se volvieron contra él. Había trasladado al frente catalán a todas las compañías que guardaban el palacio virreinal excepto dos, que no pudieron frenar a los intrusos, que fueron a dar caza a Miguel de Vasconcelos y matarlo. Poco después, uno de los *fidalgos* apareció en el balcón de palacio y proclamó: «¡Larga vida al rey Juan IV!» —refiriéndose a Braganza—, grito que fue inmediatamente adoptado por la multitud. Para evitar más derramamiento de sangre, la virreina Margarita de Mantua ordenó a las superadas tropas castellanas que se rindieran, y a los pocos días Braganza llegó a la capital para recibir los juramentos de lealtad de sus nuevos súbditos.

El punto de inflexión

Olivares se negó de plano a creer los primeros rumores del golpe de Estado en Lisboa.

> Ha parecido representar a V. M. que se estava muy lexos de pensar en este cuidado porque no se havían oydo antecedentemente motivos que le pudiessen caussar, ni tampoco los ha havido de graveza, imposición ni otra caussa que obligue a este accidente. Que un tumulto popular aya podido ocasionar mucha parte de lo que se dize puede ser, pero levantar rey el mismo día no parece creíble.

Cuando le llegó la confirmación irrefutable, los ánimos del conde-duque se derrumbaron. «No debe de haber habido de siglos a esta parte año igualmente infausto al presente», pero como siempre, se equivocaba: 1641 resultaría ser incluso peor[61].

Durante algunas semanas más, Olivares cifró todas sus esperanzas en una rápida victoria en Cataluña, donde el marqués de los Vélez y el ejército real continuaban avanzando, infligiendo castigos ejemplares a las ciudades tomadas por la fuerza. Sin embargo, estos «ejemplos» no consiguieron intimidar al pueblo de Barcelona. Cuando llegó la noticia de la masacre de Cambrils, las multitudes persiguieron y dieron muerte a todos los castellanos que pudieron encontrar; y cuando se conoció la caída de Tarragona, asesinaron a tres de los jueces de la Corona supervivientes (y algunos otros sospechosos de colaborar con «el enemigo»), desfigurándolos con repetidos golpes y disparos, y finalmente colgándolos en la plaza de la ciudad. Conmocionado por el creciente desorden, Claris convenció a la Junta de Braços para proclamar la República catalana el 16 de enero de 1641; pero cuando cinco días más tarde las tropas del marqués de los Vélez capturaron y saquearon la cercana localidad de Martorell, la Junta de Braços desistió de su breve tentativa de independencia y reconoció a Luis XIII como su nuevo soberano. A cambio, éste acordó que todos los funcionarios de justicia, clérigos y gobernadores militares serían a partir de entonces catalanes, que las *Constitucions* prevalecerían, que se suspenderían varios impuestos impopulares y que la Inquisición continuaría funcionando con plenos poderes (una preocupación especial de los líderes catalanes). Incluso aceptó graciosamente que los catalanes pudieran elegir otro señor si él no los trataba bien.

Du Plessis-Besançon, el representante de Richelieu, se hizo entonces cargo de los asuntos militares de Barcelona, en tanto que el clero de la ciudad (reforzado por aquellos que se habían batido en retirada de los municipios circundantes en lugar de

rendirse) organizó servicios a lo largo de veinticuatro horas y frecuentes procesiones para suplicar a los santos patronos de la ciudad su protección contra «la terrible furia y crueldad manifestadas por el ejército contrario desde que entró en Cataluña, y especialmente en Cambrils». Según un realista, «la protervia de algunos fraylecillos más amotinados en los escritos y púlpitos» hizo más daño «que los segadores en las plassas[62]». Los *fraylecillos* tuvieron que hacer uso de todos sus poderes de persuasión el 24 de enero de 1641, fecha en que un heraldo del marqués de los Vélez llegó con el mensaje de que si la ciudad no se rendía de inmediato, también sería saqueada.

Du Plessis-Besançon destacaría más adelante en sus memorias que «en la guerra, la mínima circunstancia, difícil de valorar [en ese momento], a menudo produce los máximos efectos», y, en efecto, el mismo día que el marqués de los Vélez notificó su amenaza, llegó un barco a Barcelona con dos enviados de Juan IV de Portugal con una propuesta de alianza. Esto dio a los catalanes nuevo «vigor y fuerza», y miles de hombres y mujeres fueron a unirse a los defensores de la ciudad[63]. Justo cuando las tropas de Vélez trataban de conquistar la colina de Montjuich, desde la que podrían bombardear la ciudad, Du Plessis-Besançon consiguió reunir 2000 refuerzos. El asalto real fracasó y muchos soldados realistas (especialmente los portugueses) desertaron durante la retirada. El marqués de los Vélez no tardó en carecer de hombres suficientes para organizar un asedio formal. Por otro lado, había confiado en encontrar suministros en Barcelona: sin ellos, tuvo que retirarse, perseguido por las tropas francesas.

Olivares no obstante trató de consolarse con la repentina muerte de Pau Claris, probablemente envenenado por agentes de la Corona, y comenzó a plantearse desviar recursos del frente catalán al portugués[64]. Como señaló a Felipe, «si no se obra luego en Portugal, en ninguna manera se ha de poder recuperar aquel reyno en muchos años, pues cada día que se dilitare ha de

ser tanto más difficultossa la empressa»; pero, una vez más, circunstancias que estaban más allá de su control desbarataron sus intenciones. El conde-duque había planeado utilizar la plata de los barcos procedentes de América en 1640 como garantía para los préstamos que habrían de financiar la campaña de 1641, pero ninguno de estos barcos llegó: aunque el virrey de México había amasado más de 750 000 ducados para enviar a España, decidió retenerlos debido a los rumores de que había barcos enemigos al acecho. Sin plata que ofrecer, España no pudo encontrar muchos banqueros dispuestos a prestarle el dinero[65].

Como Olivares había temido, la inacción española permitió a Juan IV consolidar su control sobre Portugal. Las Cortes lo «aclamaron» como su nuevo rey y, una vez abolió los impopulares derechos de regalías impuestos recientemente por Madrid, votaron nuevos impuestos (incluido uno sobre la propiedad, el mismo impuesto que había provocado la revuelta de Évora tres años antes). También presentaron una lista de «agravios» por reparar, incluida una mejora en la administración de justicia, el castigo a los funcionarios públicos corruptos y un mejor control gubernamental sobre los banqueros que recaudaban los impuestos dirigidos a la devolución de sus préstamos. Otros agravios revelaban profundas divisiones sociales. Los nobles y representantes de municipios con presencia en las Cortes suplicaron al rey que redujera el número de clérigos (Portugal contaba con 30 000 seculares y 25 000 regulares), limitar la jurisdicción de las cortes eclesiásticas y recaudar más impuestos de la Iglesia. Las ciudades exigían el cierre de todas las universidades durante cinco años (salvo Coimbra), porque de ellas salían más clérigos y abogados de los que el Reino necesitaba, en tanto que los municipios y el clero demandaban fuertes medidas contra los cristianos nuevos (no se les debía admitir en la universidad ni permitir que se convirtieran en médicos, abogados, sacerdotes u ocupar puestos públicos). Las Cortes se centraron por tanto en grupos individuales

y trataron de volver a los «tiempos normales» porque «no es prudente innovar»: mostraron escasa conciencia de los asuntos nacionales o los intereses colectivos[66].

Olivares trató de aprovechar estas divisiones sociales apoyando una conspiración maquinada por un grupo de prelados, nobles y banqueros cristianos nuevos portugueses para asesinar a Juan IV y restaurar el control de Madrid. No obstante, fracasaron, y el nuevo rey ejecutó a la mayoría de los nobles participantes en la conjura. También suspendió a los clérigos y se apropió de los ingresos de sus sedes, y permitió a la Inquisición perseguir a los comerciantes neocristianos. Por otra parte, patrocinó sermones y publicó propaganda contra Castilla, mientras sus representantes llegaban a acuerdos con Francia, Suecia, Gran Bretaña —y, lo más importante, con la República de Holanda, que en agosto de 1641 envió una flota para defender Lisboa—. Braganza no se convertiría en un *Rey de Invierno* como Federico del Palatinado (*véase capítulo 8*).

La caída de Olivares

Olivares no encontraba respiro. Por el contrario, entonces llegó la noticia de otra sedición en la que antaño fuera una comarca leal a la Monarquía, el Reino de Aragón, y la sospecha recayó principalmente en el virrey: el duque de Nochera, un napolitano. En 1639, Nochera había advertido del malestar causado en Aragón por el reclutamiento, los impuestos y la pérdida de comercio con Francia; al año siguiente envió una pesimista carta instando al rey a buscar la conciliación con los catalanes o «serán como Hidra, que a falta de uno nacerán siete»; en ese momento ofreció sus servicios como intermediario entre las dos partes. Olivares interpretó esta iniciativa como traición y ordenó el arresto del duque, que murió en prisión[67].

Algunos nobles de Castilla también estaban inquietos. Aunque muchos de ellos desaprobaban en privado las costosas e in-

fructuosas medidas de Olivares, no realizaban ningún avance, dado que carecían de un foro constitucional para expresar sus quejas (la aristocracia ya no asistía a las Cortes). Según uno de ellos, «los grandes teníamos la culpa de lo que se hazía con nosotros, por que nos olgávamos los unos del daño de los otros, y que si nos juntaremos como convenía no subcediera esto[68]». No obstante, dos «grandes» sí se decidieron a tomar cartas en el asunto. A principios de 1641, Olivares ordenó al duque de Medina Sidonia, así como a su pariente y vecino el marqués de Ayamonte, que iniciaran conversaciones secretas para ver si Juan IV (casado con la hermana del duque) podía reconciliarse con Madrid. En lugar de ello, los dos nobles buscaron el apoyo portugués para convertir Andalucía en una república, con Medina a la cabeza. El rey Juan ofreció enviar una flotilla de Lisboa a Cádiz, con la misión de prender fuego a los barcos de guerra españoles anclados en el puerto y hacerse con la flota del tesoro español procedente de América. Las pruebas de esta conspiración llegaron a Madrid sólo unos días antes de que los barcos portugueses arribaran a Cádiz, y Olivares actuó puntual y enérgicamente. Cuando Medina Sidonia ignoró un llamamiento directo para comparecer ante los tribunales, llegó un enviado con un frasco de veneno y órdenes de o bien llevar al duque a Madrid o «enviarlo al Creador». Dándose cuenta de que el juego había terminado, Medina obedeció y se lanzó (literalmente) a los pies del rey, echándole, poco caballerosamente, la culpa de todo a Ayamonte[69].

Estos acontecimientos —las primeras conspiraciones aristocráticas en Castilla en 150 años— tuvieron lugar en medio de otra racha de desastres climáticos. En la primavera de 1641, una prolongada sequía amenazaba las cosechas de Castilla, y en agosto de 1642, «un torbellino de ayre» golpeó la ciudad de Burgos con tal fuerza que destruyó la nave de la catedral, llevando «vigas, cajones y otras alajas de madera por las calles como si fueran plumas». Este desastre natural pareció tan extraordinario que el

rey envió cientos de cartas a sus súbditos en España y América solicitando contribuciones para reparar la catedral. Los años 1640-1643 fueron testigos de las mayores precipitaciones registradas nunca en Andalucía y, en enero de 1642, el Guadalquivir desbordó sus márgenes, inundando Sevilla[70].

Esta miseria se vio agravada por las desesperadas medidas del gobierno para recaudar dinero para las guerras con Cataluña y Portugal, especialmente a consecuencia de otra devaluación más de la moneda de Castilla, retirando todas las piezas de cobre y reacuñándolas al triple de su valor. El rey también trató de averiguar el número de sus vasallos castellanos de cara a la instauración de un impuesto más, y dado que todavía carecía de los resultados del censo, recogió datos sobre el número de bulas de la cruzada distribuidas por la Iglesia cada año (en teoría una por cada familia). Entonces descubrió que el número de familias había descendido de 4,3 millones en la década de 1630 a 3,8 millones en 1643. Como Arthur Hopton, el embajador británico en Madrid, informaba a su gobierno:

> Respecto al estado de este Reino, nunca podría haberlo imaginado como se encuentra ahora, porque el pueblo empieza a quebrar, y los que quedan, debido a una sucesión de malos resultados, y sus pesadas cargas, están bastante desanimados […]. Lo curioso de todo esto es que el rey de España parece no estar muy enterado, y el condeduque es tan obstinado que no dará nunca su brazo a torcer[71].

El rey Felipe no era tan ignorante de los asuntos públicos de su Monarquía como Hopton suponía. Comprendió con toda claridad la primera consulta que anunciaba la rebelión portuguesa, porque en su rescripto quedaron huellas de sus lágrimas (*lámina 12*); y en la primavera de 1642 finalmente emuló a su cuñado Luis XIII y se unió a sus tropas en Aragón. No sirvió de mucho: no consiguió reconquistar Lleida (la última barrera para una marcha hacia Madrid), y además los franceses forzaron la rendición de Perpiñán, la segunda ciudad de Cataluña, que, como comentó un embajador inglés en París, fue «la acción más impor-

tante y considerable llevada a cabo por los franceses desde el comienzo de esta última guerra», porque les permitía avanzar hacia el Ebro[72].

Felipe regresó a Madrid desconsolado, para encontrarse con que todos sus nobles habían boicoteado su corte: el día de Navidad, sólo un hombre quedaba sentado en los bancos reservados para los grandes de España, el hijo del asesinado conde de Santa Coloma. Las críticas al conde-duque habían pasado a ser más públicas, y especialmente venenosas en lo referente al palacio del Buen Retiro, que Olivares había construido para su señor utilizando ingresos fiscales. Muchos veían el palacio como un símbolo de sus equivocadas políticas: incluso su nombre, «Retiro», servía para zaherir al ministro, dado que sus ejércitos se estaban retirando de todos los frentes. Una viñeta francesa de 1642, *El español desvalijado*, retrataba memorablemente la situación; en ella aparecían cuatro «bandidos» (un francés, un portugués, un holandés y un catalán) robándole a un viajero español sus ropas, con la pérdida de Breda, Salces, Cataluña, Portugal, Thionville y Perpiñán al fondo: todos los desastres ocurridos durante los últimos cinco años del ministerio de Olivares.

Tantas derrotas y humillaciones socavaron fatídicamente la posición de Olivares. El 16 de enero de 1643 su secretario personal observó: «Mi amo queda sumamente trabajado y quebrantado, pero aunque agua arriba se bracea [...] la borrasca es grande, pero Dios sobre todo, y un solo accidente lo puede mejorar todo». Si se refería a la muerte del cardenal Richelieu, cuya noticia acababa de ser conocida en Madrid, estaba equivocado: al día siguiente Felipe IV concedió a su valido y ministro principal durante casi veintidós años permiso para retirarse[73].

La caída de Olivares condujo a una reevaluación de las prioridades estratégicas de la Monarquía necesaria desde hacía largo tiempo. Ya en julio de 1641 un ministro había advertido al valido de que «primero es procurar ajustar las cosas de España, que

conservar otras provincias, pues si allí durase mucho la guerra se perderían todas, y reduciendo a Cataluña y Portugal todo se mantendrá o recuperará lo que se huviere perdido[74]». Como de costumbre, el conde-duque no hizo caso, pero dos semanas después de su caída, el rey y su Consejo de Estado revisaron juntos las prioridades imperiales y concluyeron que había que dedicar menos dinero a Alemania, Italia y Países Bajos hasta que todas las fuerzas enemigas fueran expulsadas de territorio español, y que la guerra en Cataluña debía primar sobre la recuperación de Portugal. De modo que Felipe ordenó a sus comandantes de todos los frentes salvo el de Cataluña que adoptaran una postura defensiva. También inició conversaciones de paz tanto con Francia como con Holanda, e instruyó a don Francisco Melo de Portugal y Castro, gobernador general de los Países Bajos españoles, que reenviara cartas personales a su hermana Ana, entonces regente de Francia, con órdenes de que intentara «todos los medios que fueren decentes y posibles para introducir algún tratado en Francia[75]».

Melo era un diplomático de carrera que ganó su elevado cargo por incomparecencia de adversario: era el principal ministro español en Bruselas en 1641 cuando la viruela se llevó al hermano de Felipe, el cardenal infante, pero tranquilizó al rey diciéndole que su relativa falta de experiencia militar no importaba, porque en aquel momento, cualquiera, «aunque sea doctor [en filosofía]», podía conducir un ejército a la victoria. Al año siguiente validó esta arrogante opinión manteniendo a raya a los holandeses mientras derrotaba a un ejército francés en batalla y conquistaba cinco municipios franceses[76]. Los éxitos de Melo debilitaron al parecer la iniciativa de paz. Cuando el Consejo de Estado se reunió a principios de 1643 en presencia del rey para debatir si iniciar o no conversaciones de paz con Francia, el conde de Oñate (otro diplomático de carrera) argumentó:

> El procurar Vuestra Majestad descansar sus vasallos con la paz en tiempos y sucessos muy dichosos es conveniente, y en los que no lo son pareze necessario; pero siempre se ha de procurar disponer esto con toda la decencia y dignidad de los príncipes que fuere posible, particularmente de aquéllos a quien Dios ha dado en el mundo los reynos y grandezas que a Vuestra Majestad, porque de otra manera, quando se consiguiese, la paz será ni segura ni bien reputada.

Por supuesto, continuaba Oñate, él no se oponía a las negociaciones a largo plazo; sólo se mostraba contrario en aquella coyuntura: «Tendría el conde por conveniente dar un poco de tiempo al Tiempo», bromeó[77]. Melo se mostró de acuerdo y volvió a invadir Francia, sitiando la sólidamente fortificada ciudad de Rocroi. Esta vez, los refuerzos llegaron con prontitud, ahuyentando a su débil caballería, y a continuación atacaron a la infantería española hasta que ésta sucumbiera o se rindiera. «Por dezir la verdad —admitió Melo con cierto rubor después de la batalla—, aquí teníamos la guerra por entretenimiento; y la profesión es muy de veras, y da y quita los imperios[78]».

Aunque la batalla de Rocroi no destruyó «el Imperio en que no se ponía el sol», lo cierto es que sí transformó su visión estratégica. El rey, entonces de treinta y ocho años de edad, buscó consuelo en el espiritismo, para lo cual hizo llamar a hombres y mujeres de todo el Imperio famosos por sus poderes proféticos para que lo aconsejaran sobre cuál debería ser su siguiente paso, culminando con una «junta» de profetas en octubre de 1643, y durante los siguientes veintidós años Felipe escribió una carta hológrafa cada dos semanas a una de sus médiums, sor María de Ágreda, suplicándole que erigiera una barrera de oraciones contra sus enemigos, que reemplazaría los recursos humanos de los que carecía. Los ministros de Felipe también esperaban que Dios accediera a «volver por su causa», pero entretanto recomendaban que España concentrara sus recursos en luchar contra holandeses y catalanes, y compelían a los súbditos de Felipe en Italia a financiar las demás guerras de la Monarquía, así como a pagar por su propia defensa[79].

Aun así, el coste para España de continuar con las guerras de Felipe superó con mucho lo que sus súbditos podían soportar. Don Juan Chumacero, presidente del Consejo de Castilla, y por ello a cargo de todos los asuntos internos, ya había advertido al rey de que sus vasallos «no pueden con el peso» de los tributos, con el riesgo de «que caerá todo de una vez». En las ciudades, continuó, «se puede temer se sacudan de una vez el yugo» dado que «los frutos deste año son muy cortos generalmente», porque «las tempestades an destruido gran parte, y lo que se ha cogido es de poca sustancia y mal grano[80]». Don Luis de Haro, el sucesor de Olivares como valido, se sentía igualmente pesimista cuando, a principios de 1646, fue a Cádiz para sacar la flota atlántica al mar. Experimentó una «tempestad, escuridad y truenos, cuya fuerza» no se ha visto «en treinta y cuarenta años»; y «tres meses de nieves y de aguas y los más rigurosos tiempos que los hombres han visto». Don Luis lamentó que «contra los elementos nada puede hacerse más que bajar la cabeza» y «contra los elementos no puede aver resistencia»; y en una carta confesó al rey: «Señor, no sé qué se pueda hazer si no es aogarsse, como me está sucediendo a mí[81]».

Estos y otros extremos climáticos arruinaron la cosecha de 1646, y al invierno siguiente la lluvia fue constante. Según la *Gaçeta* de Madrid: «Repitiéronse formidables en España, y aún dizen que en toda Europa, los tiempos del diluvión de Noé: porque fueron tantas y tan continuas las aguas que cayeron, y crecieron los ríos con excesso tanto, que se cerró el comercio y comunicación de las ciudades, villas y lugares». La población de Madrid sufrió las consecuencias a pesar de la elaborada red de suministros creada para proveerse del grano de las inmediaciones y cuando la cosecha volvió a fracasar en 1647 (un año del *Niño*), Chumacero expresaba así su desesperación:

> Sirve Nuestro Señor de fatigar estos reynos con todas las calamidades —guerra, ambre y peste— que cada una de ellas suele parar en gran congoxa y discrimen […]. Este pueblo [Madrid] está muy sensible y cada día más inso-

lente, de que se puede temer algún arroxamiento, principalmente ausente Vuestra Magestad, porque la ambre a ninguno respeta; y así es menester facilitar todos los medios y escusar qualquiera resolución en que el pueblo reconozca grauamen (aunque no tenga raçon).

Concluía hastiado: «No faltará quien congoxe Vuestra Magestad, y diga que no se hace nada, y que el Consejo tiene la culpa en las influencias, como si tubiera potestad sobre los temporales». Otros ministros incidían en el mismo punto que Chumacero. «El hambre es el mayor enemigo. Los hombres más ajustados no la resisten», advertían al rey, y «muchas repúblicas an padecido con la necesitad del pan, movimientos que an parado en sediciones[82]». Y sabían de lo que hablaban, porque la «necesidad del pan» acababa de producir revueltas en Andalucía.

Las revueltas del Pendón Verde

En enero de 1647, tras una desastrosa cosecha, un grupo de «más de sesenta» hombres armados con espadas y bastones desfilaron por las calles de Ardales, un pueblo montañoso del interior de Málaga, gritando: «¡Viva el rey y muera el mal gobierno!» El marqués de Estepa, un noble de la localidad, reflexionaba que «la pobreza de algunos y la dificultad por ella de pagar las cargas que sobrevienen, y el enfado, y molestia» de los recaudadores de impuestos, «abrán por ventura ocasionado el perder la paciencia» de los vasallos; pero, cualquiera que fuera la razón, Estepa temía las consecuencias de la rebelión doméstica «en tiempo que tan rodeado [de enemigos] vemos a nuestro Rey, con riesgo de perder este mismo reyno en que estamos». Estepa reunió por tanto un ejército de sirvientes y, pese a que los rebeldes estaban fuertemente armados, los doblegaron. Tres de sus líderes fueron ahorcados y otros quince huyeron[83]. Sin embargo, el mes siguiente, miles de amotinados ocuparon varias ciudades señoriales de Andalucía: sólo en Lucena, quinientos de ellos quemaron los registros de impuestos y las existencias del odiado papel sellado. En varias ciudades vecinas sólo la rápida actuación de las autoridades locales restableció el orden. Entonces en mayo, por toda Anda-

lucía «cuando el labrador casi estaba seguro, empeçó a llouer mucho, y continuó con un frío tan grande que por enero no lo haze maior cuando más haze». Las inesperadas heladas, que duraron una semana, acabaron con los brotes de espigas de trigo y provocaron otra desastrosa cosecha. Según un cronista sevillano, esto arruinó también la siguiente cosecha: «Fue la causa el que faltó los labradores de trigo, no se sembró el tercio de lo que se auía de sembrar[84]».

En marzo de 1648 el magistrado superior de Granada, la tercera ciudad más grande del Reino, informó de que jamás había visto a tantos niños pidiendo en la calle y señaló que el hospital de expósitos estaba lleno y apenas podían alimentar a los internos. Una barra de pan, apuntaba, costaba el triple de su precio normal, lo que provocó «la más importante rebelión urbana en Castilla desde la revuelta de los comuneros», más de un siglo atrás. Un grupo de hombres armados con espadas y bastones marcharon hacia el ayuntamiento de la ciudad gritando (de nuevo) «¡viva el rey y muera el mal gobierno!». Puesto que la guarnición de la Alhambra, en lo alto de la ciudad, carecía no sólo de comandante, sino también de pólvora y pelotas, los magistrados se refugiaron y el clero avanzó entre la multitud apelando a los sacramentos, tratando de evitar el desorden. Un grupo de curas y honrados caballeros advirtió a los magistrados de que sus conciudadanos «querrían elegir rey y aquella noche havían de declarar revelión»; pero en su lugar el pueblo eligió a uno de aquellos honrados caballeros como su jefe: el piadoso (y acertadamente llamado) don Luis de Paz. Él hizo lo que estaba en su mano por poner a la venta todo el trigo almacenado en la ciudad y autorizó subsidios para mantener el pan a un precio razonable hasta que llegara la próxima cosecha; pero durante varias semanas Granada desafió al gobierno central[85]. En Madrid, aunque los ministros del rey proclamaban que el desorden siempre debía castigarse sin piedad, esta vez opinaron que «por la mala consti-

tución de los tiempos, se debe ceder y disimular mucho por no encontrar con mayores inconvenientes». El rey estaba de acuerdo: más avanzado ese mismo mes, parafraseaba estas opiniones en una de sus contritas cartas a sor María de Ágreda. Él estaba a favor de la clemencia, le decía, «porque apretar más a mis vasallos no es posible, así por lo que padecen como por el riesgo a que nos exponemos de padecer mayores desventuras[86]».

Felipe no mostró esta contención hacia el duque de Híjar, un cortesano descontento con aspiraciones a ser rey de Aragón. La conspiración de Híjar surgió de la crisis de sucesión dejada por la muerte a consecuencia de la viruela del príncipe heredero Baltasar Carlos en 1646. La madre del príncipe había muerto dos años antes, dejando a Felipe IV un único descendiente legítimo: su hija María Teresa, de ocho años. Como don Luis de Haro señaló a su señor: «La Monarquía católica, a falta de real sucesión varonil, se halla en trance de pasar al dominio de príncipes no naturales o extraños. Es lance en que va todo el caudal de España». De Haro se cuidaba mucho de mencionar que este «lance» también ponía en riesgo su propio futuro, dado que la identidad del marido de la princesa determinaría si él permanecería o no al mando[87]. Algunos cortesanos deseaban ya un cambio de ministros —especialmente aquellos que habían esperado alguna recompensa de la caída de Olivares y vieron sus ambiciones frustradas por el ascenso de Luis de Haro, sobrino del conde-duque—. Uno de los desilusionados fue el duque de Híjar, con extensas posesiones en Aragón. Durante la «junta de teólogos», uno de los profetas al parecer le dijo a Híjar que gobernaría Aragón tras la muerte de Felipe, lo que llevó al duque a preparar las genealogías que habían de justificar su derecho al trono y buscar «astrólogos y matemáticos para que le anunciaran lo que se le ocurriría en sus asuntos». También pasó algún tiempo —demasiado— debatiendo con otros en la corte las posibles estrategias para derrocar a De Haro. Un criado traicionó estas indiscreciones, y Felipe or-

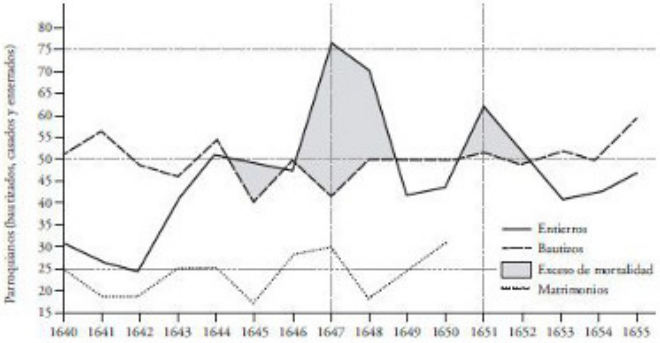
denó inmediatamente el arresto de Híjar y varios más. Bajo tortura, éstos revelaron dos complots distintos (e incompatibles). Ambos arrancaban con el secuestro de la princesa María Teresa, que o bien sería llevada a París para casarse con Luis XIV (con Cataluña y Navarra como dote) o bien a Lisboa para contraer matrimonio con el heredero de Juan IV (con Galicia como dote); y ambas terminaban con la agradecida princesa nombrando a Híjar rey de Aragón. El propio Felipe IV consideraba que «[los] que habían conspirado (o querían conspirar) contra mi Corona y [por] cierto tan ridículamente que más parecían locos que traidores»; en diciembre de 1648 sentenció al duque a cadena perpetua y mandó ejecutar al resto. No volvería a enfrentarse a más rebeliones de los aristócratas[88].

El rey resolvió otros dos asuntos aquel mismo año: el conde de Peñaranda, el principal negociador de España en el Congreso de Westfalia, firmó varios tratados que terminaban con las largas guerras tanto en los Países Bajos como en Alemania *(véase capítulo 8)*. Peñaranda quiso llegar más lejos, como afirmó explícitamente: «Dejo a la superior inteligencia y prudencia de Vuestra Majestad considerar si será a propósito pedir que nos mejoren las condiciones [con Francia], y sobre esta demanda quedar en guerra cuando se pacifica toda Europa[89]». El estallido de la revuelta de la Fronda llevó a Felipe a perseverar (*véase capítulo 10*), pero la continuación del clima extremo impidió que pudiera aprovechar al máximo la debilidad de su rival. En octubre de 1648, el ayuntamiento de Cádiz lamentó que «la cosecha de vinos deste presente año está echa y acavada» y un mes más tarde que «ha avido días en que no se pessa en las carnicerías». A la primavera siguiente, unos vendavales y lluvias torrenciales castigaron tan duramente a Sevilla en Semana Santa que la gente no pudo salir de sus casas para tomar parte en las procesiones: «El Jueves Santo con especialidad oscureció con noche tan negra y tempestuosa de viento y aguaceros, que los más ancianos aseguraban no haber

visto otra semejante», refirió un cronista. Un tercio de la ciudad quedó anegada por las aguas, haciendo imposible la llegada de comida y harina suficientes para alimentar a la población. Para colmo de males, una devastadora epidemia de peste se llevó a la mitad de la población antes de desplazarse hacia el este e ir asolando una ciudad costera tras otra. Aunque una estricta cuarentena libró al resto de Castilla de la epidemia, también en Madrid el número de nacimientos se desplomó, el de muertes se disparó y la mortalidad infantil alcanzó unos niveles nunca igualados a principios de la Edad Moderna (*figura 19*[90]).

Los procuradores de Cortes lamentaron «las calamidades de que estamos cercados, de reynos perdidos, de pobreça de los vasallos, de guerras, de peste del Andalucía, de la langosta que destruye los campos de Castilla y de otras demostraciones de la yra de Dios», en tanto que un ministro de la Corona expresaba su preocupación respecto a que «son tantas las grietas de la Monarquía que temo que nos chupen», pero a continuación añadía con optimismo que «si entretanto se toma Barcelona, se enciende bien el fuego de Francia y se assiste a Flandes, todo se puede dar por bien empleado y todo será remediable[91]». Esto parecía absurdamente optimista. En noviembre de 1651, el gobierno devaluó la moneda de vellón de Castilla con la esperanza de obtener un enorme beneficio, pero, como siempre, la alteración de la moneda trastocó todas las transacciones comerciales. Para abril de 1652, una barra de pan costaba más de lo que un trabajador podía ganar en una semana. Una nueva oleada de «tumultos» comenzó en Córdoba, donde el 6 de mayo varios cientos de hombres de una parroquia pobre tomaron las calles armados con «arcabuces y otras armas» y, «animados por las mismas mugeres», gritaron la ahora tradicional consigna, «¡viva el rey y muera el mal gobierno!». La multitud —que ahora eran miles— encontró grandes cantidades de grano oculto en las casas de los ricos y, para evitar ulteriores desórdenes, los dirigentes eclesiásticos y lai-

cos de la ciudad establecieron un gobierno interino para conseguir el orden público y la disponibilidad de pan barato. También pidieron ayuda al rey[92].



19. La crisis de subsistencia en Madrid, 1647-1648. Los registros de Santa María de la Almudena, una parroquia pobre en el corazón de Madrid, muestran que los entierros alcanzaron su punto máximo, mientras que los bautismos y matrimonios se desplomaron, en 1647-1648, el mismo año en que los graneros de la capital se quedaron sin harina.

Desesperado por evitar cualquier enfrentamiento que pudiera comprometer la ofensiva contra Francia, el rey no sólo ordenó el envío inmediato de 6000 fanegas de grano del pósito de Madrid, sino que también publicó un perdón general, ya que (afirmó) los amotinados habían actuado «sin intención de faltar a mi obediencia, obligados de la necesidad que les causó el hambre y falta de providencia en haber dejado sacar el trigo que para su sustento se debiera retener, y el exceso que muchas personas han tenido en vender el trigo a excesivo precio». Tanta lenidad, aunque hecha con sentido estratégico, creó un peligroso precedente: la violencia colectiva había triunfado al convertir Córdoba en un oasis de abundancia sin sanción. Por consiguiente, gentes hambrientas de toda Andalucía convergieron en la ciudad, disminuyendo así el excedente de grano, mientras los pobres de las ciudades vecinas se animaban a seguir el mismo camino. Los tumultos llamados del Pendón Verde estallaron en más de veinte ciudades andaluzas, y probablemente el número de personas que participaron en ellos fue mayor que el de la revuelta de los catalanes (*figura 20*[93]).

20. Motines del Pendón Verde en Andalucía, 1647-1652. El alcance de estas revueltas urbanas ha sido seriamente subestimado por los historiadores. Todos los pueblos y ciudades nombrados en el mapa sufrieron rebeliones en esos años.

Sevilla fue la primera ciudad en seguir el ejemplo de Córdoba. En mayo de 1652, los alborotadores atacaron las casas de los que consideraban sospechosos de acaparar grano, en tanto que otros irrumpieron en el arsenal de la ciudad y distribuyeron armaduras, armas e incluso artillería. Otro grupo entró en las cárceles y liberó a los presos. Los magistrados se apresuraron a restaurar todas las monedas de cobre a su valor anterior, abolieron los últimos impuestos reales (incluidos los impuestos especiales sobre la comida y el detestado papel sellado) y proclamaron —falsamente— que el rey había emitido un perdón general. Estas medidas pacificaron la situación hasta que, un mes más tarde, una numerosa fuerza formada por comerciantes y caballeros de la ciudad atacó de improviso los cuarteles generales de los rebeldes. Al carecer de los conocimientos necesarios para utilizar la artillería, se rindieron. El ciclo de las revueltas del Pendón Verde terminó tan repentinamente como había comenzado[94].

¿El fénix español?

Contra todo pronóstico, 1652 resultó un buen año para Felipe IV. Sus tropas reconquistaron Dunquerque —el puerto principal de los Países Bajos—, Casale —conocida como la fortaleza más imponente de Italia— y Barcelona —cuya rendición condujo prácticamente a la rendición de toda Cataluña—. Aunque las fuerzas francesas, ayudadas por unos pocos catalanes, retuvieron todas las áreas del norte, tras doce años de guerra encarnizada y continua, Madrid volvió a controlar de nuevo la mayor parte del Principado. La capacidad de Felipe IV de «superar, no sólo a los enemigos, sino a los temporales en la mar, al contagio en la tierra y a las inquietudes domésticas en los pueblos de Andalucía», tenía atónito a Pietro Basadonna, el embajador veneciano en España. Allá por 1647, recordaba, la rebelión había triunfado en Nápoles, Sicilia y Andalucía; Híjar planeaba la instauración de un Aragón independiente; una epidemia devastadora de peste hacía estragos; mientras que «los ingresos del rey estaban enajenados, su crédito se había agotado y sus aliados habían pasado a ser enemigos declarados o a mostrarse neutrales o indecisos». En resumen, la Monarquía española se parecía entonces al «gran *Coloso* [de Rodas], que durante tantos años había sido la gran maravilla del mundo hasta que un terremoto lo había hecho venirse abajo en cuestión de minutos». Pese a los diversos terremotos, señalaba Basadonna, el coloso español se mantenía casi intacto. No obstante, continuaba, esto en gran parte era consecuencia de «las actuales conmociones del Reino de Francia, que ha preferido volver sus victoriosas armas contra sí mismo, y cambiar una guerra gloriosa por una espantosa carnicería entre los propios franceses[95]». Según su predicción, los «terremotos» cesarían tan pronto como los franceses dejaran de matarse unos a otros.

Pero Basadonna no alcanzó a predecir otro de los reveses que sufriría España: la declaración de guerra de la República de Gran Bretaña en 1655 (*véase capítulo 12*). Este acontecimiento deprimió

profundamente a Felipe IV. «El riesgo es evidente y el aprieto el mayor en que esta Monarquía se ha visto —confió a sor María de Ágreda en enero de 1656—, particularmente hallándonos sin medios para resistir aun en sólo una parte tan gran borrasca»; pero, como siempre, el rey se negó a considerar un acuerdo negociado. Incluso cuando el cardenal Mazarino mandó a un enviado secreto a Madrid en 1656 y las partes acordaron que Francia cesaría por completo en su ayuda a Portugal a cambio de retener todas sus conquistas en Cataluña y los Países Bajos, las conversaciones encallaron en el escollo del estatus del príncipe de Condé, primo de Luis XIV y vencedor de Rocroi, que había desertado para entrar al servicio de España. El rey se negó a abandonar a su aliado, de modo que la guerra continuó y España perdió más terreno. Mientras tanto, Castilla sufrió unas precipitaciones fuera de lo normal a lo largo de la década de 1650, reduciéndose el rendimiento de las sucesivas cosechas. Por fin, en septiembre de 1658, De Haro autorizó que un confidente fuera a París para organizar «un preliminar preciso para entrar en qualquier tratado de paz». El rey declaró su disposición a abandonar a Condé a su suerte y permitir a su hija María Teresa casarse con Luis XIV (aunque comparó esta concesión con el sacrificio de Abraham de su hijo Isaac); y, en 1659, la Paz de los Pirineos puso fin a veinticinco años de guerra continuada[96].

Por fin Felipe podía concentrarse en la reconquista de Portugal; pero casi dos décadas de independencia habían permitido al régimen de Braganza consolidar su posición tanto dentro de su país como en el extranjero. Sobre todo, Portugal controlaba Angola y Brasil, lo que generaba comercio e ingresos fiscales, cuyas fronteras estaban defendidas por tropas francesas e inglesas. No obstante, en 1663, tras la firma de un cuarto y definitivo tratado de bancarrota, Felipe lanzó una poderosa invasión de Portugal que dio como resultado la conquista de Évora. Su caída provocó disturbios y una tentativa de golpe de Estado en Lisboa, pero un

ejército angloportugués organizó un exitoso contraataque. Los consejeros de Felipe IV resumieron la inutilidad de la situación perfectamente. «La tregua con Portugal es el único medio de que se puede esperar la seguridad de no perdernos, y reparar el mal estado en que nos hallamos», lamentaban, para luego añadir poco convencidos: «Pero considerando que el ejército está ya en campaña, y que no es razón abandonar tantos tesoros como ha costado, ni desesperar de algún buen suceso, parece que aguardemos nosotros a ver lo que obra y las ventajas en que nos podemos poder[97]». Únicamente la muerte del rey en 1665 abrió el camino a la paz.

Del vasto Imperio lusitano que Felipe IV había heredado, los heraldos sólo pudieron proclamar a su enfermizo hijo de cuatro años Carlos I de Portugal en dos pequeños enclaves: Ceuta y Tánger. Tras dos años más de inconclusas campañas, los regentes del joven rey aceptaron la mediación inglesa, y en 1668 firmaron un tratado que reconocía Portugal como Reino independiente y «devolvía todo al estado anterior a la unión con España». Así, restituyeron todas las propiedades confiscadas a los españoles que se habían puesto del lado de Braganza, e incluso el duque de Medina Sidonia recibió las tierras confiscadas a su padre tras su conspiración para crear una Andalucía independiente en 1641. Fue el tratado más humillante firmado jamás por los Habsburgo españoles, y ni siquiera con él se logró la paz.

En 1667, Luis XIV declaró la guerra a España, basándose en que no se había cumplido lo estipulado en la Paz de los Pirineos, y sus tropas conquistaron Lille y otras ciudades de los Países Bajos españoles, que pasaron a ser territorio permanente de Francia cuando ambas partes firmaron la paz. Otras agresiones francesas consiguieron más ganancias territoriales, en parte debido a que las malas cosechas de 1665-1668 y 1677-1683, más otra epidemia de peste en 1676-1685 y todavía más cosechas malogradas en 1685-1688, impidieron la recuperación demográfica y econó-

mica de España. En 1687, los abusos que normalmente se derivaban del alojamiento de las tropas en época de escasez provocaron otra importante rebelión en Cataluña, y miles de campesinos marcharon sobre Barcelona. Al igual que en 1640, algunos ministros de Madrid abogaron por una firme represión, pero otros habían aprendido la lección y reconocían que es «muy peligroso remedio el de la fuerza en país que tiene más poder que el ejército, y más en el estado en el que está el de Cataluña» con la hambruna. De modo que no estaban convencidos de tomar ninguna medida drástica, no fuera a ser que «en muy pocas horas [sea] perdida toda Cataluña, como se vio en época del conde de Santa Coloma». No obstante, Francia volvió a intervenir, conquistando gran parte de Cataluña (incluida Barcelona) e invadiendo también los Países Bajos españoles (destruyendo la mayor parte de Bruselas en un feroz bombardeo). Difícilmente se puede discrepar del veredicto emitido por el embajador de Venecia en 1695: «Todo el presente reinado ha consistido en una serie ininterrumpida de calamidades[98]».

El coste

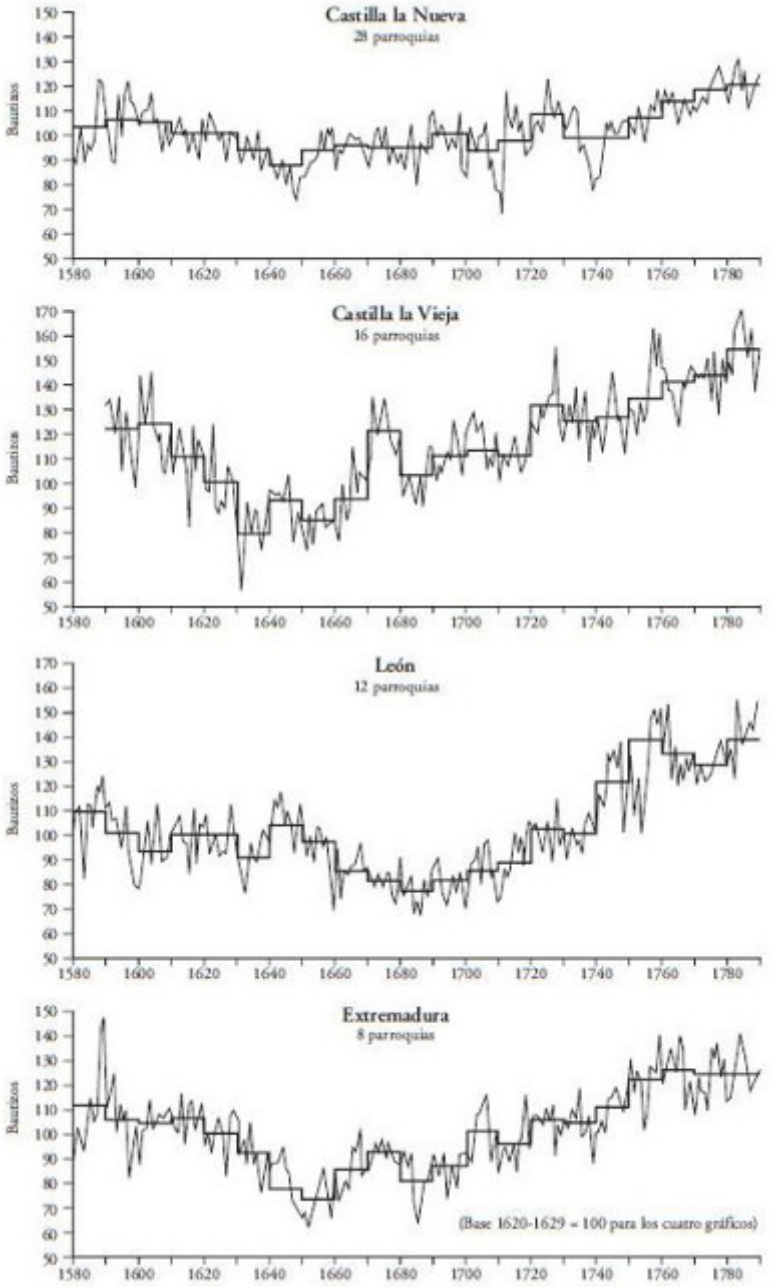
¿Qué había ganado España con tantas guerras durante el siglo XVII? En términos materiales, nada: no había adquirido ningún nuevo territorio y en su lugar había perdido el extenso Imperio portugués, Jamaica, partes importantes de los Países Bajos y el norte de Cataluña. Además, este saldo negativo supuso inmensos sacrificios por parte de España, tanto políticos como materiales. Repetidamente, la sobrecarga estratégica obligó a la Corona a posponer medidas destinadas a la recuperación y racionalización económica, y a hacer importantes concesiones a sus rebeldes. Cuando Barcelona se rindió en 1652, por ejemplo, Felipe confirmó sus privilegios casi exactamente a como habían sido en 1640, promulgó un perdón general del que sólo quedó exenta una persona y juró respeto a las *Constitucions*[99].

Los intentos de Olivares por innovar en Cataluña no disminuyeron la independencia del Principado ni aumentaron su contribución a las empresas imperiales, pero causaron grandes pérdidas personales y materiales. Las tropas habían destruido incontables pueblos, como Santa Coloma de Farners y Riudarenes, y masacrado a los defensores de numerosas ciudades como Cambrils y Tarragona: entre 1640 y 1659, miles de catalanes de a pie murieron violentamente y varios millares más se exiliaron. La pérdida fue tanto cualitativa como cuantitativa: al menos doscientos caballeros perdieron sus vidas durante la revuelta —ejecutados, muertos en acción o desaparecidos— y más de quinientos marcharon al exilio. Para cuando Barcelona se rindió en 1652, su población había quedado reducida a la mitad por culpa de la hambruna y la peste, y había incurrido en una deuda de más de 20 millones de ducados; la diócesis de Tortosa, que cambió de manos en 1640 y de nuevo en 1648, vio descender sus ingresos de más de 30 000 ducados anuales en la década de 1630 a prácticamente nada[100].

En todas partes, Felipe IV tenía muchos menos súbditos a su muerte que en el momento de acceder al trono. En Nápoles, la revuelta de 1647-1648 costó la vida a casi 6000 personas, las repetidas malas cosechas aceleraron la muerte de decenas de miles más y, sólo en la capital, más de 150 000 personas murieron durante la epidemia de peste de 1656 *(véase capítulo 4)*. Un censo de 1650 llevado a cabo en Aragón reveló que los asentamientos cercanos a las fronteras catalana y francesa habían descendido al menos una tercera parte por debajo de los niveles registrados a finales de la Edad Media; por su parte, la población castellana que vivía cerca de la frontera portuguesa también cayó drásticamente debido a la cantidad de dinero, alimentos y otros recursos locales que les habían exigido las tropas del rey. La carga para comunidades más pequeñas a menudo resultó insoportable y sus habitantes tuvieron que huir porque no podían alimentarse a sí mis-

mos y a las tropas del rey que los obligaban a alojar. Los bautizos en Extremadura descendieron en más de una cuarta parte (*figura 21*). Como Henry Kamen ha señalado: «Ningún otro acontecimiento en la historia castellana de principios de la Era Moderna, salvo las epidemias, hizo más por destruir el país que la guerra de veintiocho años con Portugal[101]».

No obstante, la mayor parte de Castilla quedaba muy lejos del teatro de operaciones y, por tanto, pudo evitar la devastación directa de las tropas; también, gracias a la inflexible imposición de un cordón sanitario, se mantuvo a salvo de la epidemia durante gran parte del siglo XVII. El constante declive demográfico visible en la *figura 21* es por tanto reflejo de otras causas. Cabe identificar tres potenciales culpables. En primer lugar, la climatología extrema, iniciada con la sequía de 1630-1631, que acabó con la viabilidad de muchos asentamientos en tierras marginales. Las numerosas inundaciones, sequías y otras anomalías climáticas posteriores también fueron regularmente causa de esterilidad, escasez y hambruna. En segundo lugar, cada año, miles de personas emigraban desde Castilla. Algunas se iban involuntariamente, reclutadas para luchar por el rey en el extranjero o como prisioneros capturados por piratas norteafricanos. Muchas más embarcaban hacia América porque, según afirmó el embajador francés en 1681, «no podían vivir en España». Inevitablemente, esto redujo el número de súbditos dentro del país[102].



21. Bautizos en Castilla, 1580-1790. Los registros bautismales de 115 parroquias españolas muestran una caída durante el siglo XVII, aunque con ritmos diferentes. Castilla la Vieja sufrió su mayor caída durante la sequía de 1630-1631, Castilla la Nueva y Extremadura durante los años de la peste de 1649 a 1650, y León durante la hambruna de 1662. Extremadura también sufrió pérdidas debido a la guerra con Portugal entre 1640

y 1668. Otras regiones afectadas por las guerras de Felipe IV (Aragón, el País Vasco, Navarra y Valencia) no están representadas.

El tercer culpable de la despoblación de Castilla fueron los impuestos. Según un cálculo reciente, los impuestos de la Corona absorbían aproximadamente «el 8 por ciento de la renta nacional durante la década de 1580 y el 12 por ciento en la de 1660» —un aumento del 50 por ciento— y, además de esta creciente carga, los contribuyentes tenían también que satisfacer las igualmente exigentes demandas de la Iglesia, los señores (en el caso de la población rural) y los municipios (en el resto de los casos[103]). Como en cualquier sistema fiscal, esta carga no era compartida por igual. Algunos castellanos disfrutaban de exención de impuestos: los que podían producir ciertos productos para sí mismos (aceite de oliva, vino, etc.) se libraban de pagar impuestos especiales sobre lo que consumían, en tanto que algunos grupos sociales consiguieron la exención colectiva. Así, cuando en 1648 los magistrados de Cádiz debatían sobre cómo distribuir el impuesto de millones, señalaron que muchos ciudadanos «se han pretendido rreservar y exentar, como se han reservado por diferentes caminos, así por soldados de a cavallo, artilleros, ministros de Cruzada, Familiares [de la Inquisición] y otras exsemciones». Así pues, continuaban, la carga recaería sobre los relativamente pocos ciudadanos vinculados al comercio de la ciudad, y sobre los pobres, generándoles dificultades desproporcionadas[104]. El sistema de hacer pagar a cada comunidad una cuota fija por cada impuesto, fuera cual fuera el número de contribuyentes, perjudicaba especialmente a las comunidades más pequeñas en las épocas de descenso de la población, porque casi inevitablemente llegaba un punto en el que los contribuyentes fiscales que quedaban no podían seguir pagando el gravamen colectivo y abandonaban sus comunidades. La presión fiscal también causaba daños indirectos. Como el Consejo de Finanzas advirtió al rey en 1634, para los vasallos «les es más preciso su sustento que el vestido y calzado», por lo que el aumento de los impuestos reducía la deman-

da de artículos manufacturados y provocaba despidos y emigración[105].

Como Alberto Marcos Martín afirmaba con contundencia:

> En fin, si convenimos en que un sistema fiscal (cualquier sistema fiscal, pasado o presente) se caracteriza en último término, y así ha de valorarse, no tanto por lo que recibe, por lo que recauda (y, desde luego, por los métodos y procedimientos elegidos para llevar a cabo esa tarea) cuanto por lo que da, por lo que ofrece, por el uso en definitiva que hace de lo acumulado en forma de impuestos y contribuciones, obvio es decir que el que pusieron en pie y desarrollaron los monarcas de la casa de Austria resultó, también desde este punto de vista, tremendamente gravoso.

En primer lugar, pedían prestadas enormes sumas a banqueros extranjeros, creando una «deuda soberana» muy por encima de la capacidad de España para cumplirla: más de 112 millones de ducados en 1623, más de 131 millones en 1638, casi 182 millones en 1667, y casi 223 millones en 1687[106]. En segundo lugar, los préstamos del sector público consumían capital y materias primas de España, perjudicaban la fabricación de productos nacionales y fomentaban una mentalidad de «rentista» en aquellos sectores de la población con potencial empresarial. En tercer lugar, la necesidad de subir y crear impuestos para devolver los préstamos llevó a onerosos expedientes fiscales con altos costes sociales y económicos. Por último, la mayoría de los ingresos fiscales eran enviados al extranjero para financiar las armadas y ejércitos que luchaban por alcanzar unos objetivos internacionales que eran importantes para la dinastía, pero no para la mayoría de los españoles. Entre 1618 y 1648, el gobierno exportó al menos 150 millones de ducados, una suma casi exactamente igual al aumento de la deuda pública castellana.

En el caso de China, Timothy Brook apuntaba que ningún emperador anterior se había «enfrentado a condiciones climáticas tan anormales y severas como Chongzhen», y la misma excusa podría aducirse en el caso de Felipe IV. Durante su reinado, España sufrió un clima extremo sin parangón con otros períodos, especialmente en 1630-1632 y 1640-1643; pero más que ningún

otro soberano del siglo XVII, Felipe intensificó el impacto del cambio climático debido a sus desastrosas decisiones políticas. Según manifestaba en 1634 Arthur Hopton, uno de los embajadores más inteligentes destacados en Madrid: «No es de extrañar que muchos de sus planes fracasaran en su ejecución, ya que, aunque esta gran vasija [la Monarquía española] contenía mucha agua, también tenía tantos escapes que siempre estaba vacía»; en otras palabras, por tratar de hacer demasiado, la Corona no consiguió nada[107].

Por lo que parece, los Habsburgo españoles creían sinceramente en su mantra de que las guerras en el extranjero, pese a resultar caras e inconclusas, constituían la mejor manera de defender España: «Es assí y la experiencia y exemplos passados lo muestran, que tantos reynos y señoríos como se han juntado a esta Corona, no pueden estar sin guerra en diferentes partes, ya para defender lo adquerido y ya para divertir mis enemigos», como Felipe comentó en una ocasión[108]. No obstante, aunque el rey pasó todos los días de su reinado de cuarenta y cuatro años en guerra —contra los holandeses (1621-1648), contra los franceses (1635-1659), contra Gran Bretaña (1625-1630 y 1654-1659) y en la península Ibérica (1640-1668), así como en Alemania e Italia—, sin duda podría haber evitado (o resuelto más rápidamente) algunos conflictos, y de este modo haber reducido la presión fiscal que ahogaba a sus súbditos y empujó a tantos de ellos a la rebelión. En los Países Bajos, ciertamente, podría haber renovado la Tregua de los Doce Años con la República holandesa cuando ésta expiró en 1621, y asimismo podría haber aprovechado la toma de Breda y las simultáneas victorias imperiales en Alemania de 1625 para negociar un acuerdo ventajoso. El propio rey admitiría más tarde que se debía haber mantenido al margen de la guerra de Mantua en 1628: «Las guerras de antes, que se movieron en Italia sobre Casal de Monferrato, he oído hablar que se pudieran haber excusado», escribió con arre-

pentimiento en 1645, y «si en algo he errado, y dado causa para menos grado de Nuestro Señor, ha sido en esto[109]». En 1637, después de sólo dos años de guerra, Richelieu envió a un agente secreto para iniciar conversaciones informales de paz, pero Olivares insistió en una proposición pública: «Quien ha quebrado, pide las paces», reprendió pomposamente al enviado francés. Dos años después, el condeduque advirtió a su señor que «conviene pensar en doblar para no quebrar» y mandó un enviado especial a París para comenzar las conversaciones; pero esta voluntad negociadora cesó en cuanto la rebelión de los *nu-pieds* en Normandía pareció debilitar a su rival[110].

Poco después de su caída en 1643, Olivares se dio cuenta de la insensatez de una política extranjera basada en la fe. «Éste es el mundo —escribió a un excolega—, y así fue siempre, sino que nosotros pretendemos hacer milagros y reducir el mundo a lo que él no tiene de suyo, siendo cierto que lo más cierto dél es la variedad y inconstancia y el poco agradecimiento», pero durante veintidós años había actuado partiendo del supuesto de que «Dios es español y está de parte de la nación estos días». En 1650, un estadista inglés que se encontraba en Madrid, seguía maravillándose de la capacidad para el autoengaño de los líderes de España. Eran, según decía, «gente despreciable, miserable, orgullosa, insensata, a años luz de los hombres sabios que yo esperaba encontrar; y si algún milagro no lo impide, esta Corona se destruirá rápidamente». Una generación después, uno de aquellos ministros incidía en el mismo punto: «Temo fundadamente a Italia, que me da cuidado Cataluña, y nunca puedo olvidar la América, donde ya franceses tienen demasiadas poblaciones, porque no siempre se han de gobernar las cosas por milagro[111]». Los milagros cesaron cuando Carlos II murió sin hijos en 1700 y una salvaje guerra sucesoria resultó en la partición de la Monarquía española. La mayor parte fue a parar a un nieto de Luis XIV

, cuyos descendientes han venido ocupando el trono de España hasta hoy.

10

Francia en crisis, 1618-1688[1]

La grande nation?

«Tanto geográfica como socialmente», escribió Lloyd Moote en 1971, la revuelta de la Fronda en Francia (1648-1653) «fue la más extendida de todas las rebeliones de la Europa de mediados del siglo XVII[2]». Su extensión no debería causar sorpresa, dado que Francia era el Estado más grande de la Europa occidental, con una área de casi 500 000 kilómetros cuadrados. Más sorprendente resulta el amplio apoyo social que despertó la revuelta: casi todos los principales nobles desafiaron a la Corona en algún momento, incluido el tío del rey, Gaston de Orleans, así como jueces y funcionarios, cardenales y vicarios, abogados y doctores, trabajadores de la industria y jornaleros del campo. Alrededor de un millón de hombres y mujeres franceses murieron, bien directa o indirectamente, a consecuencia de la Fronda.

Al igual que sus vecinos, España y Gran Bretaña, Francia era un Estado compuesto, producto de la integración territorial llevada a cabo durante los siglos anteriores. Siete provincias de la periferia (Bretaña, Borgoña, el Delfinado, Guyena, Languedoc, Normandía y Provenza) mantenían una autonomía considerable, garantizada por sus propias instituciones fiscales, tribunales soberanos y asambleas representativas (los *États*: estas siete provincias eran conocidas por tanto como *Pays d'États*, «Provincias con Estados»). El gobierno central de París controlaba directamente los dos tercios restantes del país (los *Pays d'Élections*, denominados así por los funcionarios de Hacienda, los *élus*, que eran los que asignaban las cuotas fiscales). Tradicionalmente, la legislación y los impuestos del Reino habían sido votados por otra asamblea representativa, los États Généraux (Estados Generales), pero de 1600 en adelante sólo se reunió dos veces. A consecuen-

cia de ello, Luis XIII (1610-1643), como sus dos cuñados, Felipe IV y Carlos I, incrementaba sus ingresos cada vez que le era posible mediante la manipulación de los impuestos ya existentes y la instauración de regalías, y dependía de sus altos magistrados (los que se sentaban en los diez *parlements* o tribunales soberanos del Reino) para aplicarlos (*figura 22*).

Luis XIII gobernaba el Estado más poblado de Europa, con alrededor de 20 millones de habitantes (frente a los siete millones de la península Ibérica, los mismos aproximadamente que en Gran Bretaña e Irlanda), y los agricultores franceses producían una gran cantidad de productos básicos, así como nuevos cultivos más resistentes a la adversidad climática como maíz, alforfón, alubias, tomates y patatas. El duque de Sully, el más alto funcionario en materia fiscal del padre de Luis, Enrique IV, asentó las finanzas del Estado francés sobre una base muy sólida. Estabilizó la deuda pública repudiando las obligaciones extranjeras y reduciendo unilateralmente el interés pagado por los préstamos restantes, y obtuvo nuevos ingresos introduciendo impuestos indirectos, incluida la *paulette*: un acuerdo de nueve años (renovable) que concedía a los titulares de cargos gubernamentales el derecho a dejar sus puestos en manos de quien estimaran oportuno a cambio de unos pagos anuales al tesoro. La *paulette* no tardó en resultarle indispensable al gobierno, dado que representaba un 10 por ciento de los ingresos totales, pero dio lugar a una grave desventaja. Los miembros de la burocracia, que sumaban más de 50 000 hombres, incluidos los jueces, gozaron a partir de entonces de una seguridad laboral casi completa y podían vender o legar cargos públicos a su antojo. La Corona no podía ya mantener el control sobre ellos.

La Francia del siglo XVII también se vio debilitada por la coexistencia de dos comunidades religiosas que habían pasado el siglo anterior en lucha. En 1598, Enrique IV promulgó el Edicto de Nantes, que otorgaba plenos derechos civiles a los protestan-

tes franceses (a menudo conocidos como hugonotes), que constituían aproximadamente el 10 por ciento de la población del Reino, y les garantizaba el derecho a pensar, escribir y practicar su religión como desearan dentro de sus hogares. También podían rendir culto públicamente en áreas específicas donde eran numerosos y reunirse a intervalos regulares en asambleas para debatir tanto sobre temas religiosos como políticos. Pero el edicto también legalizaba el culto y las asambleas católicas en todas partes, lo que hizo que la Iglesia católica francesa cobrara fuerza rápidamente. El número total de conventos en Francia se duplicó entre 1600 y 1650, y los seminarios diocesanos para formar al clero secular pasaron de ocho en 1614 a alrededor de setenta en 1660.

22. Francia en el siglo XVII. El Reino comprendía tanto los *Pays d'Élections*, gobernados directamente desde París, como los *Pays d'États*, la mayoría de ellos en la periferia, donde el gobierno central delegaba en instituciones provinciales. La Corona suprimió los Estados del Delfinado en 1628, y los de Normandía en 1666, y aumentó gradualmente su autoridad sobre el resto.

El asesinato de Enrique IV en 1610 y el acceso al trono de su hijo de nueve años, Luis XIII, produjo varios cambios. Primero, la reina regente, María de Medici, cesó a Sully y utilizó los recursos que éste había acumulado para pagar pensiones y sobornos a los nobles que la apoyaban; luego, cuando varios nobles respaldados por los hugonotes desafiaron no obstante su autoridad, María prometió incluir a más nobles en su Consejo y concedió a los hugonotes permiso para convertir su principal puerto, La Rochelle, en un fuerte de artillería capaz de resistir un largo asedio. En 1617, resentido por la torpeza de su madre en el manejo de los asuntos públicos, Luis tomó el poder y echó a María y a su principal consejero, Armand-Jean Du Plessis, obispo de Richelieu, de su corte; pero Luis cometió la imprudencia de permitir a su madre retener todos sus ingresos, tierras y cargos, lo que le permitió desafiar a su hijo cuando, en 1619, escapó de su confinamiento. No obstante, al año siguiente, Richelieu arbitró un acuerdo que permitía a María volver a ocupar su puesto en el Consejo Real. Al fin, la Corona francesa quedaba libre para abordar tres problemas acuciantes: el poder de los hugonotes, la insubordinación de los nobles y el creciente poder de los Habsburgo, cuyos territorios en España, Italia, Alemania y los Países Bajos tenían rodeada y amenazada a Francia.

Luis determinó eliminar a los hugonotes antes de embarcarse en costosas empresas extranjeras. Afirmó que el Edicto de Nantes no era aplicable a Navarra (Reino que él gobernaba separadamente de Francia) y, ante la protesta en 1621 de la Asamblea Nacional de Hugonotes, procedió a la invasión. Esto desembocó en una guerra religiosa que, combinada con una sucesión de inviernos y veranos fríos entre 1618 y 1623 y la generalizada sequía consiguiente, le hicieron descartar una política exterior francesa asertiva; frustrado, en 1624 Luis volvió a llamar a Richelieu, entonces cardenal. Su ministerio duraría dieciocho años[3]. En un principio, Richelieu también dio prioridad a la política nacional

sobre la exterior, en gran medida debido a que su protectora, María, apoyaba a los *dévots*, un grupo de cortesanos cuyo principal objetivo político era la destrucción de la independencia hugonota. Tras algunas vacilaciones, él y el rey en persona sometieron a asedio a La Rochelle, pese a sus imponentes fortificaciones, y no hicieron nada cuando España movilizó tropas en el norte de Italia para evitar que un pretendiente francés adquiriera el ducado de Mantua (*véase capítulo 9*). Afortunadamente para Richelieu, España todavía no se había impuesto cuando La Rochelle se rindió en octubre de 1628. Inmediatamente, él y Luis se apresuraron a conducir a un poderoso ejército a través de los Alpes.

Francia va a la guerra

Los esfuerzos de Francia para dominar el norte de Italia fracasaron en parte a causa de otra crisis económica debida a unos sucesos climáticos extremos. Una secuencia de inviernos y veranos inusualmente húmedos entre 1625 y 1631 (incluido «el año sin verano»: 1628) redujo y en ocasiones hasta destruyó los cultivos, culminando con una hambruna que además coincidió con una epidemia de peste. Lyon, la segunda ciudad de Francia, perdió la mitad de su población, y cientos de miles de personas murieron en el campo[4]. La catástrofe también redujo la demanda de productos industriales y paralizó el comercio, haciendo más difícil movilizar los recursos humanos y materiales necesarios para ganar la guerra. Los acontecimientos en Italia también jugaron en contra de una intervención francesa eficaz. En ejercicio de sus derechos como autoridad feudal de Mantua, el emperador Fernando II retiró a 12 000 soldados de Alemania para enviarlos a luchar en el norte de Italia junto a 25 000 soldados españoles, superando en número de este modo sobradamente a las fuerzas francesas.

Richelieu también socavó su propia política exterior provocando una nueva crisis doméstica. Convencido de que los Esta-

dos Provinciales estaban eludiendo sus responsabilidades fiscales, el cardenal mandó enviados especiales a Borgoña, el Delfinado, Languedoc y la Provenza con órdenes de subir los impuestos. Además, amenazó con suspender la *paulette* cuando terminara su período de nueve años de vigencia, a menos que los altos magistrados prestaran pleno apoyo a estos enviados. La maniobra era peligrosa. El gobierno central dependía absolutamente de los servicios de sus 25 000 *officiers* (funcionarios) y, especialmente, de sus jueces. Pese al parecido del nombre, los *parlements* de Francia (tribunales compuestos por jueces que habían comprado o heredado sus puestos) diferían significativamente en su composición de los *Parliaments* de Inglaterra, Escocia e Irlanda (una de cuyas cámaras estaba formada por nobles y obispos, y la otra por representantes electos de las ciudades y condados); y sin embargo las instituciones también compartían algunas similitudes importantes. En primer lugar, ambas asambleas desempeñaban su cometido a la vista del público. De la misma manera que el Parlamento inglés se reunía en el mismo edificio que los tribunales centrales, y sus debates podían ser oídos sin problema por cualquiera que quisiera ponerse a escuchar al otro lado de la puerta (*véase capítulo 11*), lo mismo podía decirse de los casos presentados ante los jueces franceses: a las puertas del tribunal sólo había dos ujieres. Segundo, aunque más pequeño que el Parlamento inglés, el tamaño del *parlement* de París no dejaba de ser considerable (de hecho, mayor que la mayoría de las asambleas representativas). Generalmente, unos doscientos jueces, sentados en diez «cámaras» distintas, escuchaban los casos que les eran asignados por los tribunales inferiores diseminados por casi la mitad del Reino; pero también podían reunirse en sesiones plenarias, presididas por el magistrado superior (el *premier président*: el único juez nombrado directamente por la Corona), en las cuales cada miembro tenía derecho a voz y voto. El *premier président* controlaba el debate y los protocolos de votación, y (al igual que el

speaker[5] de la Cámara de los Comunes inglesa) cooperaba con el monarca cuando era necesario; por otro lado (y de nuevo como en el caso del *speaker*), de no encontrarse presente el *premier président* cesaban todos los debates. Por último, así como en la Cámara de los Comunes inglesa ningún impuesto podía aplicarse legalmente sin contar con su aprobación, en Francia ninguna legislación fiscal podía entrar en vigor sin que el *parlement* local la registrara y, tanto antes como después de dicho registro, los jueces tenían el poder de «interpretar» (es decir, modificar) los edictos del gobierno a la luz de las apelaciones legales relativas a exenciones y excepciones.

El rey en persona podía soslayar la obstrucción de cualquier *parlement* compareciendo personalmente en el tribunal para ejecutar el registro de una ley o edicto que hubiera emitido, en un proceso conocido como *lit* o «lecho» de justicia; pero esta acción menoscababa el poder de la Monarquía y podía causar incómodos enfrentamientos. En un *lit de justice* de 1629, en el *parlement* de París, Luis XIII obligó a sus jueces a registrar algunos edictos fiscales polémicos, pero éstos le recordaron que «por más alta que sea su posición respecto a la ley, el rey no deseará abolir las leyes básicas del Reino [...]. *Nuestro* poder también es grande». Cuando una mala cosecha y una epidemia de peste dieron lugar a una extendida penuria, otros emularon también el desafío de los jueces. Un *parlement* regional se incautó de los fondos reales en poder de los recaudadores de impuestos para pagar sus propios salarios; otro ordenó que el grano recogido para el ejército se vendiera a los civiles hambrientos; otros dos apoyaron las revueltas populares contra las políticas regias y se negaron a castigar a los que participaran en ellas.

Alarmados por este malestar nacional y furiosos por las guerras extranjeras de Francia contra los católicos, los *dévots* decidieron librarse de Richelieu. Argumentaban que a menos que Francia se retirara de todos los compromisos extranjeros y se diera un

tiempo para llevar a cabo recortes y reformas, la Monarquía se hundiría. Según uno de sus documentos de asesoramiento:

> Francia está llena de sedición, pero los tribunales no castigan a nadie. El rey ha nombrado jueces especiales para estos casos, pero los *parlements* impiden la ejecución de las sentencias, de manera que, en consecuencia, legitiman las rebeliones. No sé en qué puede acabar todo esto, dada la frecuencia de las revueltas, ya que cada día tenemos noticia de una nueva.

Richelieu no ponía en duda estos hechos ni la necesidad urgente de reformas, pero colocaba a su señor frente a una cruda elección: «Si el rey se decide por la guerra, es necesario abandonar todo pensamiento de paz, reformas y orden en este Reino. Si, sin embargo, quiere la paz, debería olvidarse por completo de Italia en el futuro[6]».

Mientras Luis valoraba estas opciones, los *dévots* dieron un paso adelante. El 10 de noviembre de 1630, María despojó públicamente a Richelieu de todos los cargos que ocupaba a su servicio y le prohibió presentarse ante ella. Al día siguiente, él volvió para presentar oficialmente su dimisión, como exigía el protocolo, y encontró a María enfrascada en una conversación con su hijo. Ella empezó inmediatamente a atacar al cardenal acusándolo de maldad y le dijo a su hijo que debía elegir con cuál de los dos quería quedarse para ser su consejero. Richelieu se marchó desconsolado y sus enemigos acudieron a felicitar a María por su victoria (y ofrecerse para los cargos que el cardenal y sus numerosos parientes y clientes pronto dejarían vacantes). Luis, sin embargo, pasó el resto del día sentado en su cama arrancándose malhumorado los botones de su chaleco mientras ponderaba la agónica decisión que le había planteado su madre. Al final, llamó a Richelieu y, juntos, planearon cómo gobernar sin María.

El Día de los Engañados (como lo llamaron sus contemporáneos) aceleró la precipitación de Francia hacia una guerra de treinta años con España. María huyó al extranjero para nunca volver, mientras Richelieu ejecutaba, encarcelaba o desterraba a aquellos que imprudentemente habían puesto de manifiesto su

oposición hacia él. Ya nada frenaba su determinación de detener la expansión Habsburgo, por muy caro que esto le resultara a la economía doméstica, y prometió grandes subvenciones para apoyar tanto a Suecia como a la República holandesa. Sin embargo, este respaldo requería subidas de impuestos, lo que desencadenó aún más protestas; en 1631, otro año de hambruna, seis revueltas urbanas más sacudieron Francia; y 1632 no fue mucho mejor. El gobernador de Guyena expresó el sentir de muchos preocupados ministros cuando advirtió a París de que «la miseria es tan generalizada, en todas las áreas y entre todas las clases, que a menos que se lleve a cabo una reducción inmediata [de los impuestos] es inevitable que la gente tome algún camino peligroso[7]». Luis realizó algunas concesiones —restauró a regañadientes los Estados Provinciales en Borgoña, Languedoc y Provenza y renovó la *paulette* para nueve años más—, pero en 1634, dándose cuenta de que Felipe IV tenía intención de atacar, el rey explicó a Richelieu sus razones para librar una «virulenta guerra abierta contra España a fin de alcanzar una ventajosa paz general». Esto frustraría una paz hispano-holandesa, limitaría las ganancias imperiales en Alemania y reavivaría el sentimiento antiespañol en Italia. Luis llegó a afirmar incluso que, dado lo cuantioso de los subsidios que ya había pagado a suecos y holandeses, la declaración de una guerra abierta sólo costaría un millón de *livres* más al año. Por todas estas razones, concluía el rey, «creo que es mejor que ataquemos ahora que esperar a que ellos nos ataquen». En mayo de 1635, un heraldo francés anunció una declaración de guerra contra España[8].

Luis movilizó a 150 000 hombres (al menos sobre el papel) para la nueva campaña, pero imprudentemente los desplegó en numerosos frentes: contra España, en los Países Bajos españoles, en Italia y en Suiza. También construyó una armada tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo. Ninguna de estas fuerzas consiguió nada digno de mención: de hecho, la invasión del sur

de los Países Bajos terminó en humillación cuando, tras un infructuoso asedio de la ciudad universitaria de Lovaina, los franceses tuvieron que retirarse hacia el norte y suplicar a los holandeses que acudieran en su rescate. Uno de los defensores de Lovaina, Cornelio Jansenio (un catedrático de teología), escribió un corrosivo libro durante el asedio que se basaba en las Escrituras y en la historia para desacreditar las alianzas de Francia con los herejes: miles de ejemplares de *Mars Gallicus* se vendieron en varias ediciones y lenguas[9].

Guerra e insurgencia

Contra la predicción de Luis XIII, la guerra directa incrementó el gasto estatal en mucho más que un millón de *livres*. Aparte de la inmediata subida de los impuestos, el gobierno tenía que alimentar y alojar a sus tropas en un momento en el que la guerra había hundido el comercio y la industria en muchas áreas, provocando una extendida penuria económica. En 1635 se produjeron catorce revueltas urbanas, la guerra estalló, y pese a que una cosecha razonablemente buena ayudó a preservar el orden en el campo, en 1636, un invierno húmedo seguido de una primavera inusualmente cálida y tormentosa provocaron una amplia oposición hacia los encargados de llevar a cabo el reclutamiento y de recaudar los impuestos. Muchos presentaron quejas formales a la Corona. Conmocionado por una invasión de los Países Bajos españoles que se saldó con la toma de Corbie y que llegó a amenazar París *(véase capítulo 9),* el rey accedió graciosamente a pasar por alto el carácter sedicioso de estas asambleas y «perdonar» las deudas fiscales; pero la continuada presión militar pronto le llevó a demandar nuevamente más hombres y dinero. En 1637, estas exigencias provocaron uno de los levantamientos populares más importantes de la historia francesa: el de los *croquants du Périgord* en el sureste de Francia[10].

El problema comenzó cuando Luis ordenó a los jueces reales requisar grano para las tropas que se estaban reuniendo para atacar España, revocó el «perdón» de impuestos pasados y aumentó la *taille* en aproximadamente una tercera parte. La velocidad de la reacción hostil dejó asombrado a todo el mundo. Según un cronista, «la mayoría de los levantamientos de este tipo tendían a pasar por varias etapas: podía verse cómo el plan tomaba forma antes de que estallara el problema. Pero, desde el principio, éste alcanzó tales excesos que, al igual que un gran incendio que llevara largo tiempo a cubierto, de repente las llamas explotaron con tal fuerza que fue casi imposible extinguirlo[11]». En mayo de 1637, los hombres de un grupo de aldeas de los bosques formaron un ejército en el que se contaban muchos veteranos locales que vivían entre ellos, encabezados por el señor de La Mothe La Forêt, un soldado profesional retirado, que apeló a cada parroquia pidiendo veinte reclutas y cinco libras al día en su apoyo. Cuando los veteranos hubieron entrenado y formado al resto, La Mothe condujo a unos 8000 hombres a Bergerac, una ciudad en su mayoría protestante, que lo recibió con los brazos abiertos. Varios miembros de la élite —incluidos catorce abogados, doce «caballeros» y cuatro sacerdotes— se apresuraron a sumarse a la causa *croquant* y comenzaron a redactar sofisticados manifiestos. Muchos de ellos han sobrevivido y están llenos de quejas sobre los «insoportables, ilegítimos y excesivos [impuestos], que nuestros antecesores no habían conocido» desde que comenzó la guerra contra España, y cobrados por hombres de finanzas que «exprimen a los pobres trabajadores al máximo», combinadas con lamentos sobre la pérdida de comercio e industria causada por la guerra. Pedían al rey (quien, afirmaban, habían sido engañado por sus malvados consejeros) que restableciera la justicia y la libertad, reduciendo su carga fiscal a los niveles anteriores a la guerra[12].

El gobierno sólo consiguió restaurar el orden en el Périgord ordenando la retirada de las tropas del frente español. Más tarde, en un intento por disuadir a otros de la rebelión, llegaron jueces con instrucciones para tratar de localizar a «aquellos que tenían algo que perder» y administrar «castigos ejemplares» que «horrorizarían al resto de los rebeldes». Una docena de líderes, incluidos varios caballeros, fueron degradados y ejecutados públicamente; pero muchos otros (incluido La Mothe) se diseminaron por los bosques de los que habían venido, convirtiéndose en muchos casos en jefes de partidas de bandoleros. Luis quedó tan conmocionado por el alcance del conflicto, que en diciembre de 1637 hizo una «promesa» formal de poner a Francia bajo la protección de la Virgen María, un acto de humillación pública celebrado en procesiones populares por todo el Reino y en un imponente cuadro del protegido de Richelieu, Philippe de Champaigne[13].

Revueltas abiertas como la de los *croquants* constituyeron sólo la «transcripción pública» (por utilizar el lenguaje de James Scott) de la resistencia popular francesa. Muchas otras comunidades, especialmente en áreas remotas, desafiaron al gobierno de formas que han dejado pocas huellas documentales: la gente retrasaba los pagos fiscales todo lo que podía y huía cuando los reclutadores se aproximaban. En los demás lugares, la mera amenaza de la violencia llevó a las autoridades locales a otorgar concesiones que evitaban las revueltas abiertas. Así, en Caen, Normandía, cuando la mala cosecha elevó el precio del pan en un 50 por ciento, las multitudes congregadas en la plaza del mercado «aterrorizaron a los comerciantes y se llevaron su grano al precio que querían» —todas las fuentes destacan que no robaban nada— «y se hicieron dueñas del mercado del grano, distribuyendo los productos a precios justos entre aquellos que los querían». En ese momento, la milicia local intervino para mantener el nuevo «precio justo», lo que evitó más problemas. Asimismo, seis años

más tarde (el año de los *croquants*), frente a las demandas de más ingresos por parte del gobierno central, los magistrados de Caen aplicaron un impuesto sobre cada tela de sarga fabricada en la ciudad. Esto elevó inevitablemente los precios y disminuyó la demanda, llevando a los fabricantes a despedir trabajadores. Una mañana, los recién desempleados se reunieron a las puertas del ayuntamiento y, de forma ordenada, expusieron sus quejas ante los magistrados: en cuanto éstos prometieron revocar el nuevo impuesto, la multitud se dispersó[14].

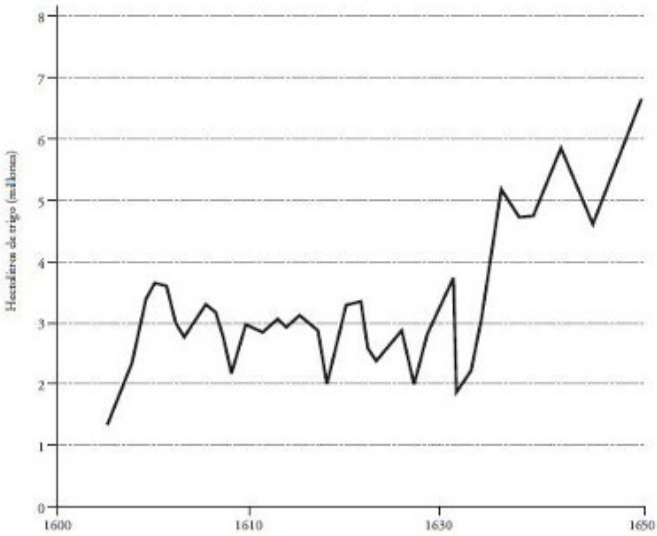
Aunque estos repliegues tácticos preservaban el orden público en los municipios, reducían lo que el gobierno central ingresaba procedente de los impuestos, unos impuestos cuyos réditos ya habían sido comprometidos con los *partisans* (banqueros que habían prestado dinero bajo un contrato o *parti*, que establecía la devolución, con intereses, de una fuente de ingresos determinada). De modo que Richelieu comenzó a nombrar unos comisionados especiales conocidos como *intendants* para hacer cumplir el pago de los tributos asignados a los *partisans* y confiscar las posesiones de los contribuyentes en falta, e incluso arrestarlos. Cada vez que los jueces locales mostraban compasión hacia los contribuyentes, Richelieu elevaba el caso de los *parlements* al Consejo Real para que lo juzgara. También prohibió cualquier apelación a los tribunales en lo referente a disputas fiscales por valor inferior a cien *livres*, el equivalente al sueldo de tres años para muchos trabajadores[15].

Gran parte del gasto de guerra de Francia procedía de los ingresos de un solo impuesto directo, la *taille*. Como solía ocurrir a principios de la Era Moderna, la carga no se repartía por igual. En primer lugar, ciertas áreas (como los enclaves gobernados por príncipes extranjeros) y ciertos grupos sociales (incluidos profesores de universidad, jueces y recaudadores de impuestos, así como los nobles y el clero) no pagaban la *taille*. A medida que las necesidades fiscales del gobierno aumentaban, éste trataba, como

es lógico, de reducir estas exenciones, pero aunque esta estrategia a corto plazo generaba una ventaja en forma de unos mayores ingresos fiscales, acarreaba un peligro a largo plazo, dado que las personas que se veían por primera vez sujetas a la presión fiscal a menudo favorecían y en ocasiones fomentaban las huelgas y revueltas fiscales de los demás. Por otra parte, algunas provincias pagaban mucha más *taille* que otras, y dentro de las provincias, algunas áreas disfrutaban de exenciones fiscales especiales —lo que significaba que el resto tenía que pagar más—. Cada tanda de subidas fiscales acentuaba estas disparidades: por ejemplo, la carga fiscal en la Baja Normandía se quintuplicó entre 1630 y 1636, y para 1638 se había duplicado de nuevo. Al año siguiente, el primer ministro del Tesoro advirtió a Richelieu de que la región «paga casi una cuarta parte de los impuestos de todo el Reino[16]». No es de extrañar que en la Baja Normandía se produjera la revuelta fiscal más importante del siglo XVII: la de los *nu-pieds*, los «pies descalzos» (*figura 23*).

El estancamiento económico causado por la guerra también reducía los ingresos fiscales. Muchos que no podían permitirse pagar se limitaban a abandonar sus casas y granjas y huir, pero dado que el gobierno distribuía la mayoría de los impuestos directos por comunidades, no por individuos, la huida de cualquier contribuyente aumentaba automáticamente la carga de los que se quedaban. Los impagos fiscales, por tanto, se iban acumulando: mientras que en 1629 el gobierno recibía cuatro quintas partes de sus impuestos, una década más tarde esta cantidad no llegaba a la mitad. De manera que el gobierno central complementó la *taille* con impuestos indirectos, servicios laborales y la obligación de alojar tanto a soldados como a prisioneros de guerra —tantas cargas nuevas que «a la memoria le cuesta recordar el número», según afirmó un grupo de indignados contribuyentes en 1638[17]—. Richelieu sometió al funcionariado a cargas especialmente duras. Redujo arbitrariamente sus salarios y retrasó

el pago de lo que les dejaba a deber, les solicitó «préstamos» que tenía poca o nula intención de devolver y duplicó el número de puestos en instituciones ya existentes (que reducían a la mitad los meses del año en que los funcionarios podían cobrar un salario) y fundó nuevas instituciones que reducían la jurisdicción de las existentes (lo que disminuía los ingresos por cuota de cada funcionario). Esta constante presión fiscal llevó al *parlement* de Normandía a desafiar al cardenal en 1639: los jueces se negaron a registrar una nueva tanda de edictos sobre impuestos, los fiscales se declararon en huelga en protesta contra un edicto real que duplicaba su número y los tribunales no actuaron cuando estalló la revuelta de los *nu-pieds*[18].



23. Los ingresos del Tesoro francés procedentes de la taille, 1600-1647. El profundo impacto fiscal de la guerra de Francia contra los Habsburgo se pone de manifiesto claramente cuando se expresa en términos de su equivalente en trigo. Los picos en 1643 y 1647 se tradujeron inmediatamente en revueltas populares.

La revuelta de los *nu-pieds* tomó su nombre de «los pobres desgraciados trabajadores de la sal», de los cuales unos 10 000 caminaban descalzos por la arena mientras acarreaban la leña para calentar las calderas de los saladares, y luego la sal desde las calderas hasta la localidad más cercana. En julio de 1639, asesinaron a un funcionario que, según creían, traía órdenes de extender a Normandía el monopolio de la sal (conocido como la *gabelle*) existente en otras provincias francesas, lo que exigía que cada cabeza de familia aceptara por adelantado comprar una cantidad determinada de sal a precios desorbitados. En varias manifestaciones violentas ocurridas durante el verano, las multitudes enfurecidas de la Baja Normandía asesinaron a unas cien personas —la mayoría, recaudadores de impuestos—, y mutilaron o amenazaron a muchos otros; también prendieron fuego a las oficinas fiscales y las casas de los sospechosos de haberse enriquecido gracias a los impuestos. Los autores de estos actos a veces no eran más de varias decenas, otras algunos cientos, y finalmente se unieron todos para formar «el ejército de los que sufren», alcanzando alrededor de 5000 miembros. Al igual que en el caso de los *croquants* dos años antes, un miembro de la pequeña nobleza, el señor de Ponthébert, tomó el mando (haciéndose llamar *General Nu-Pieds*) y nombró a algunos de los veteranos como *brigadiers* para comandar y entrenar a sus seguidores. Con un clérigo como secretario, el «general» también escribió y puso en circulación manifiestos en los que denunciaba el nuevo impuesto de la sal e instaba a una vuelta a la Carta de 1315 que constituyó la base de la incorporación de Normandía al Reino de Francia[19].

En un primer momento, Richelieu culpó de la revuelta a sus asesores financieros: «No llego a entender por qué no dedican más tiempo a pensar en las consecuencias de las decisiones que ustedes toman en el Consejo de Finanzas —los reprendía—. Es fácil prevenir incluso las peores desgracias, mientras que, una vez se producen, no puede encontrarse remedio», y, dado que los

desafectos funcionarios civiles (incluidos los jueces locales) se negaron a actuar contra los rebeldes, accedió a suspender algunos de los nuevos e impopulares impuestos. No obstante, como Hugo Grotius (Grocio), entonces embajador de Suecia en París, correctamente predijo, «el invierno, cuando los soldados regresan a sus guarniciones, enfriará estos caldeados ánimos»; y, en noviembre de 1639, Richelieu envió un ejército a Normandía, donde derrotó al «ejército de los que sufren» en una encarnizada batalla que duró varias horas (como en el caso de los *croquants*, entre los *nupieds* se contaban muchos veteranos del ejército[20]). A continuación las tropas ejecutaron a los líderes capturados y encarcelaron al resto antes de que se dispersaran entre las guarniciones. Entretanto, el canciller Pierre Séguier, cabeza del sistema judicial del Reino, realizó una gira por el ducado e impuso «castigos ejemplares» a fin de «evitar la repetición de desórdenes similares en el futuro[21]».

No obstante, el descontento doméstico continuó. A finales de 1639, el ministro de Finanzas de Luis se quejaba proféticamente de que «la gente no quiere pagar más, sean impuestos nuevos o viejos. Estamos rebañando el fondo del barril, ya no tenemos la capacidad de elegir entre buenas y malas políticas. Temo que nuestras guerras en el extranjero degeneren en una guerra civil». Este riesgo aumentó aún más después de que la catastrófica meteorología de 1640 y 1641 arruinara las cosechas, elevando los precios del pan y obligando a muchos a abandonar sus granjas. Richelieu predijo entonces: «Si el Consejo de Finanzas continúa permitiendo a recaudadores y banqueros plena libertad para tratar a los súbditos de Su Majestad según sus insaciables apetitos, es seguro que Francia caerá víctima de un desorden similar al que ha tenido lugar en España [...]. Por desear tener mucho, crearemos una situación en la que no tendremos nada[22]». Pero el cardenal no veía salida. «Dada la escasa experiencia que tengo en asuntos financieros —se lamentaba petulante en febrero de 1642

—, es imposible para mí juzgar si aceptar o rechazar» un nuevo expediente fiscal. Cierto es que diseñó un ambicioso plan de reforma que reduciría el gasto drásticamente a la vez que desviaría la carga fiscal de los impuestos directos a los indirectos, pero reconocía que sólo tendría efecto *après la paix* [«después de la paz»]. De modo que quedó en letra muerta[23].

Entretanto, los esfuerzos bélicos de Francia producían pocos resultados. Por un momento, en 1640, las revueltas de Cataluña y Portugal contra Felipe IV (*capítulo 9*) mantuvieron vivas las esperanzas de una victoria rápida. El enviado de Francia en Barcelona recordaría más tarde:

> Nuestros asuntos, que no estaban yendo muy bien en los Países Bajos, y todavía peor en Piedmont, comenzaron rápidamente a prosperar en todas partes (incluso en Alemania), dado que las fuerzas enemigas, al estar retenidas en su propio país y ser reclamadas de otros lugares para defender su santuario [es decir, Castilla] se vieron debilitadas para los demás escenarios de la guerra. [Esto] nos ponía en situación de ventaja.

Mientras, un observador francófilo se regodeaba también de que «estos males internos constituyen un medio muy valioso para rebajar el orgullo de España, u obligarla a firmar una paz razonable[24]».

Estas esperanzas se desvanecieron rápidamente, debido a que Francia también sufría sus propios «males internos». En 1641, el conde de Soissons, un sobrino desafecto del rey exiliado a raíz de un complot anterior, emitió un manifiesto en el que prometía «restaurar todo a su estado anterior: restablecer las leyes que se habían abolido, renovar las inmunidades, derechos y privilegios de las provincias, ciudades e individuos que habían sido violados [...], garantizar el respeto a los clérigos y nobles». Los conspiradores movilizaron un ejército, pero Soissons cometió la torpeza de levantar la visera de su yelmo con una pistola cargada y apretar el gatillo a la vez. Hasta los agentes del cardenal creían que «si el señor conde no hubiera muerto, habría sido recibido con los brazos abiertos por medio París. De hecho, es tal el sentimiento

general en toda Francia, que el país entero habría corrido a ponerse de su lado». Al año siguiente, una conspiración fraguada por el catamita y cortesano favorito de Luis, el marqués de Cinq-Mars (conocido como *Monsieur le Grand*, «el Señor Grande»), para librarse de Richelieu como paso previo para alcanzar una paz con España y reducir los gastos domésticos estuvo a punto de tener éxito. Pero entonces las tropas de Luis forzaron la rendición de Perpiñán y avanzaron hacia el Ebro. La apuesta de Richelieu pareció entonces haber compensado, pero no disfrutó de su victoria mucho tiempo: murió en diciembre de 1642. Luis XIII aceptó la sugerencia de Richelieu de que Giulio Mazzarini, en ese momento conocido como el cardenal Jules Mazarino, se convirtiera en primer ministro; pero, cuatro meses después, el propio Luis murió y su viuda Ana de Austria, hermana de Felipe IV, nombró inmediatamente a Mazarino presidente del Consejo de Regencia para su hijo de cuatro años, Luis XIV.

La decisión de Ana sorprendió a casi todo el mundo y despertó las antipatías tanto de quienes habían aspirado al puesto como de todos los xenófobos. Muchos creían que el cardenal se convertiría también en amante de Ana —una sospecha apoyada en las apasionadas cartas que intercambiaban cuando estaban lejos el uno del otro—, pero las relaciones físicas de la pareja (cualesquiera que fueran) eran irrelevantes, dado que el cardenal gozaba obviamente de la completa confianza de Ana, de manera que sólo una rebelión armada podía desbancarlo. En todo caso, la victoria del futuro príncipe de Condé sobre los españoles en Rocroi, acaecida cinco días después de la muerte de Luis XIII, constituyó un espectacular espaldarazo para el nuevo régimen, y pese a otra desastrosa cosecha en 1643, que hizo que el precio del pan alcanzara su nivel más alto en medio siglo, y unas heladas que destruyeron las viñas hasta el punto de que en mayo de 1644 los amotinados en París rodearon al canciller Séguier gritando: «¡Tenga piedad!», Mazarino decidió seguir luchando[25].

La tensa situación doméstica alarmó a los negociadores franceses presentes en el Congreso de Westfalia (*véase capítulo 8*). En abril de 1645, uno de ellos recordó a Mazarino que aunque los recientes acontecimientos ponían a su alcance «una paz gloriosa que extendería las fronteras del *Imperio francés*», sería imprudente esperar «lo mismo para alguna fecha futura, porque los asuntos públicos, tan sujetos a *revoluciones*, podrían transformarse ya sea porque nuestros enemigos recuperaran sus fortunas, o por el declive de la nuestra, o bien por la aparición de alguna división doméstica que acabaría en un instante con todas nuestras ventajas y esperanzas[26]». El consejo era clarividente, pero Mazarino no lo tuvo en cuenta: en lugar de ello, convirtió la negativa a pagar impuestos en un delito castigado con la pena capital y envió más de los tan odiados intendentes a supervisar la recaudación de la mayor cantidad de impuestos posible.

Durante algún tiempo, la apuesta de Mazarino funcionó. Con la llegada de mejores cosechas, las revueltas populares amainaron y los ingresos fiscales aumentaron, permitiendo nuevas conquistas a costa de los Habsburgo en Flandes, Alemania, Italia y Cataluña. Sin embargo, algunos de los colegas del cardenal seguían temiendo por el futuro y, nada más terminar la campaña en 1646, abogaron por la llegada inmediata a un acuerdo…

> … que esté sólidamente fundado, en lugar de esperar alguno mejor que sólo pueda conseguirse mediante la prolongación de la guerra, en cuyo caso siempre cabe la incertidumbre. Las victorias no se alcanzan por la justicia manifiesta de la causa o el tamaño de los ejércitos: Dios, cuyos designios son inescrutables, da la victoria a aquellos que Él quiere favorecer; y, para humillar a otros, permite que sufran reveses que quedan más allá del humano entendimiento.

Mazarino expresó cierta empatía con este punto de vista, llegando a encomiar incluso «el arte de retirarse cuando uno va ganando, porque de este modo puede mantener lo que ha conseguido», pero no siguió su propio y admirable consejo[27].

Las cosas alcanzaron su culmen en 1647. La Corona no sólo gastó todos sus ingresos del año por adelantado, sino también los

de 1648, 1649 y parte de los de 1650. Los fondos necesarios para mantener al ejército en combate ya no podían llegar de otra forma que no fuera creando nuevos impuestos e hipotecando sus ganancias futuras con algún banquero a cambio de pagos en metálico por adelantado; pero cada edicto por el que se instauraba un nuevo impuesto requería la aprobación de los jueces de los distintos *parlements*, que o bien podían negarse a «registrar» el edicto (y de este modo impedir su recaudación) o «interpretarlo» (esto es, reducir de alguna manera su aplicación y, por tanto, sus réditos). Para evitarlo, Mazarino silenció a los jueces (y otros críticos) de lengua más suelta emitiendo *lettres de cachet* (que ponían al receptor bajo arresto domiciliario) y llevó al joven rey a un *lit de justice* en el recalcitrante *parlement* de París, lo que obligaba a sus jueces a registrar los nuevos y controvertidos edictos fiscales. Algunos jueces protestaron de que dicha conducta era «tiranía» y, por tanto, alentaron a algunos de los afectados por los nuevos gravámenes a retener el pago; pero Mazarino no hizo caso, por el contrario, en noviembre de 1647 envió a registrar otra tanda de edictos con nuevos impuestos. Tres de ellos resultarían especialmente polémicos: un impuesto especial sobre los alimentos que llegaban a París, otro sobre las tierras enajenadas al dominio de la Corona y la creación de varios cargos públicos vendibles al mejor postor. El cardenal dejó claro que la *paulette* no se renovaría hasta que todas estas medidas hubieran sido registradas.

Mazarino había elegido un momento peligroso para la confrontación, por tres motivos. Primero, como un parisino reflejó en su diario, estos nuevos impuestos llegaban en un momento en el que el gobierno había encarcelado «a personas de toda procedencia social, sin el debido proceso ante un tribunal, sino simplemente con una orden judicial del Consejo Real y una lista de [nombres] firmados por el ministro de Finanzas». Sólo en el año 1646, unas 25 000 personas fueron a la cárcel por no pagar sus impuestos. Segundo, la fallida cosecha de 1647 dejó tanto a la

capital como a la corte falta de comida. Como Mazarino se quejaba a un colega: «Si algún astrólogo hubiera predicho que, al final de este año, el rey y la reina no tendrían pan para comer, le habrían tildado de loco y estrafalario; y, sin embargo, habría dicho la verdad». Por último, el cardenal no hizo caso de la advertencia de su predecesor de tratar a París con mucho cuidado: «Nunca se debe despertar a esta enorme bestia —había escrito Richelieu—. Hay que dejarla dormir[28]».

París era la ciudad más grande de la cristiandad a mediados del siglo XVII, con 20 000 casas y más de 400 000 habitantes, pero había gozado de la exención de la mayoría de gravámenes. Los nuevos edictos amenazaban con cambiar esto, recaudando un impuesto especial por los alimentos recibidos y por las tierras de la Corona enajenadas (muchas de ellas cercanas a la capital). A principios de enero de 1648, cientos de parisinos se reunieron en el exterior del Palacio de Justicia, mientras el *parlement* debatía los nuevos edictos, coreando «Nápoles, Nápoles» —un incisivo recordatorio de la rebelión provocada en otra capital por un impuesto impopular (*véase capítulo 14*)—. Uno de los jueces recibió un golpe al salir, y cuando los guardias trataron de practicar algún arresto, las mujeres presentes entre la multitud contraatacaron y los obligaron a huir. Dos días después, cuando la regente oía misa en Notre Dame, varias mujeres «le gritaron exigiendo justicia[29]». Aquella noche, Ana y Mazarino desplegaron tropas en torno a la capital, pero, como respuesta, las milicias ciudadanas se reunieron y «probaron» ostentosamente sus armas de fuego en señal de que, si los atacaban, lucharían. En lugar de ello, por tanto, el 15 de enero de 1648, Ana y Mazarino llevaron al joven rey a otro *lit de justice* al *parlement* de París para forzar la aplicación de algunos edictos fiscales previamente enviados para su registro.

La revuelta de los jueces

Durante el debate de los impopulares edictos fiscales, Pierre Broussel, un juez de setenta y tres años del Grand Conseil (y también uno de los capitanes de las milicias ciudadanas), hizo un valiente alegato en defensa del derecho del *parlement* a rechazar «acciones de la Corona contrarias al bienestar del Estado y los mandamientos de Dios, y estos edictos lo son, no sólo porque contienen cláusulas perjudiciales para el bienestar del Estado, sino porque la forma en que fueron presentados contravenía las costumbres y el protocolo de la asamblea, que siempre debe hacer uso de sus poderes libremente». Al igual que los opositores a las innovaciones del gobierno en el resto de lugares, Broussel y sus colegas trataban de basar el debate de las quejas individuales sobre principios generales, citando en su apoyo las Escrituras, la historia y los usos institucionales. El defensor del rey, Omer Talon, hizo lo mismo. En el *lit de justice*, recordó al rey de nueve años: «*Sire*, usted es nuestro señor soberano. El poder de Su Majestad procede de arriba y, después de Dios, usted no es responsable de sus acciones ante nadie salvo su propia conciencia. Pero su gloria exige que seamos hombres libres y no esclavos». Entrando más en su tema, Talon recordó a Luis:

> Durante los pasados diez años, los campos se han arruinado y la gente del campo se ha visto obligada a dormir sobre paja porque han tenido que vender los muebles para pagar sus impuestos, sin que al final hayan podido hacerlo del todo. Para mantener el lujo de París, millones de personas inocentes se ven obligadas a vivir de pan negro y avena. Lo único que les queda a sus súbditos, *Sire*, son sus almas, y si pudieran, también las habrían puesto a la venta hace mucho tiempo.

Talon hizo a continuación un repaso de las penurias generadas tanto para los habitantes de las ciudades como para los funcionarios civiles por los nuevos impuestos que el *parlement* acababa de verse obligado a registrar, y a continuación, volviéndose hacia Ana, la advirtió:

> Esta noche, en la soledad de su oratorio, piense en la pena, la amargura y la consternación de todos los servidores del Estado que hoy ven sus bienes confiscados, sin haber cometido delito alguno. Y añada a ese pensamiento, Señora, la desesperación del campo, donde la esperanza de paz, el honor de las bata-

llas ganadas y la gloria de las provincias conquistadas no pueden alimentar a los que carecen de pan[30].

Los discursos de Broussel y Talon aparecieron inmediatamente impresos, y alentaron a varios grupos afectados por los recientes impuestos a solicitar al *parlement* que «interpretara» (es decir, modificara) los edictos que acababan de verse obligados a registrar. Los solicitantes más sorprendentes fueron los *maîtres de requêtes*, los abogados que trabajaban para el Consejo Real. Dado que, con su nombramiento, cada *maître* adquiría estatus de nobleza, lo que lo eximía a él y a su familia de pagar la mayoría de los impuestos, los candidatos a abogados estaban dispuestos a pagar 150 000 *livres*, más la *paulette* anual, a fin de garantizar esta posición tan lucrativa. Los *maîtres* se opusieron vehementemente por tanto al edicto fiscal registrado el 15 de enero de 1648 por el que se creaban doce nuevos puestos similares —ya que ello reduciría inevitablemente el número de casos lucrativos que llevaría cada uno y de este modo el valor de reventa de los puestos existentes—. Al mes siguiente, los *maîtres* fueron a la huelga y pidieron al *parlement* que «interpretara» el edicto. Los jueces no sólo se mostraron de acuerdo en investigar su queja: también autorizaron un examen de los otros edictos recién registrados.

El gobierno cometió entonces un grave error. En lugar de limitar el debate a un tema específico (si bien polémico), Ana apeló a cuestiones de principios. Ordenó a los jueces que consideraran si se podía o no modificar *cualquier* edicto registrado durante un *lit de justice*. De este modo pasaba por alto el peligro inherente (en palabras de un perspicaz protagonista, el cardenal de Retz) a «levantar el velo que siempre debía cubrir lo que uno pudiera decir y creer respecto a los derechos del pueblo y los derechos de los reyes, que en aras de la armonía deben permanecer callados[31]».

Entretanto, la oposición de los jueces de París estimuló al desafío a sus colegas de los demás lugares. El *parlement* de Bretaña

arrestó y encarceló a los funcionarios enviados desde París para registrar edictos fiscales similares, mientras el *parlement* de Toulouse sentenciaba a trabajos forzados a cualquier recaudador de impuestos que procediera al cobro de los nuevos gravámenes. La orden de duplicar el número de jueces en el *parlement* de Provenza suscitó una oposición tan enconada que el primer hombre en comprar uno de los nuevos cargos murió apuñalado y se colocaron carteles advirtiendo a futuros compradores de que lo mismo les pasaría a ellos si lo hacían. Los pagos fiscales cesaron en todas partes.

Parece sorprendente que Mazarino no previera las consecuencias de sus políticas, pero al igual que la mayoría de los demás estadistas del siglo XVII, rechazaba el consenso político moderno de que los gobiernos debían anteponer siempre los imperativos domésticos a los asuntos exteriores. En lugar de ello (y no sin razón) se sentía sumamente confiado en que las revueltas de Sicilia y Nápoles llevarían a Felipe IV a utilizar la fuerza para recuperar el control, lo que beneficiaría a Francia de tres maneras: la primera, porque las tropas enviadas a Nápoles irían desde Cataluña, lo que permitiría avanzar a las fuerzas francesas; la segunda, porque un ataque español sobre Nápoles «encendería el fuego en lugar de apagarlo»; y, la tercera, porque el «fuego» impediría a España defender sus posiciones en el norte de Italia[32]. Mazarino rechazó por tanto las ventajosas condiciones de paz ofrecidas por el acosado rey de España: ceder todas las conquistas francesas en los Países Bajos con carácter permanente, y las de Lombardía y Cataluña durante treinta años, a cambio de la paz. Si Mazarino hubiera aceptado estos términos —mucho mejores que los que Francia volvería a recibir nunca— podría haber desviado inmediatamente las tropas de los Países Bajos a Alemania y haber obtenido de este modo condiciones mucho más ventajosas en la Paz de Westfalia. En cambio, con la esperanza de hacer aún más

conquistas, invirtió todos sus recursos en las campañas de Cataluña y Lombardía.

La decisión de continuar la guerra con otro monarca católico desagradó no sólo a los *dévots*, sino también a otro grupo religioso que sería conocido como los «jansenistas». En 1640, había aparecido un voluminoso tratado latino titulado *Augustinus*, salido de la pluma de Cornelio Jansenio (autor del éxito de ventas *Mars Gallicus*, mencionado anteriormente). En él se sostenía que los seres humanos se habían apartado tanto de su inocencia y perfección originales que sólo la devoción más rigurosa y sincera podía ganar la salvación: la piedad convencional no bastaba. Molesto por las numerosas ediciones y traducciones de la polémica obra antifrancesa de Jansenio, Richelieu consiguió la condena papal del *Augustinus* y lo prohibió. Sin embargo, poco después de la muerte del cardenal, Antoine Arnauld, un sacerdote de París, publicó *De la fréquente communión [Sobre la comunión frecuente],* un elocuente tratado en francés que popularizaba las principales ideas de los prácticamente indigeribles tomos en latín de Jansenio. En concreto, condenaba la práctica de tomar con frecuencia la comunión, preconizada por la orden jesuita (entre otras), como forma de «apaciguar» a Dios: en su lugar, sostenía Arnauld, los laicos debían tomar el sacramento sólo cuando hubieran eliminado toda impiedad de su corazón y su mente. Siguiendo el ejemplo de Richelieu, Mazarino envió una copia de *Sobre la comunión frecuente* a Roma y solicitó una condena papal. También planeó enviar a su autor allí para que fuera juzgado por herejía, pero mientras Jansenio era súbdito de Felipe IV, Arnauld era hijo de un juez francés y procedía de una distinguida familia parisina. Los jueces del *parlement* de París arguyeron no sólo que Francia contaba con un número más que suficiente de teólogos, que era a quienes les competía determinar la ortodoxia de Arnauld y su obra, sino que enviar a un súbdito francés a Roma abriría la puerta a la intervención papal en los asuntos de la Iglesia france-

sa. En palabras de Orest Ranum, la decisión de Ana daba a Arnauld y «la causa jansenista más apoyo en la sociedad parisina del que él o sus predecesores hubieran llegado a esperar nunca. Por primera vez, unos miembros radicales del *parlement* proclamaron que la reina madre era una extranjera que quería subvertir las leyes francesas[33]».

La oposición de los jueces y jansenistas, junto con otra primavera fría y húmeda que echó a perder las cosechas, llevaron a Ana y a Mazarino a cambiar de opinión respecto a la paz: en mayo de 1648 comunicaron a Madrid su voluntad de iniciar conversaciones abiertas sobre la base de las generosas condiciones ofertadas por España cinco meses antes. Para entonces, sin embargo, Felipe había firmado la paz con los holandeses y reprimido las revueltas tanto de Nápoles como de Sicilia, por lo que decidió incrementar la presión militar sobre Francia. «Sólo resta que en Flandes tengamos algún razonable suceso —reflexionaba un diplomático español— para ver en Francia alguna conmoción que nos abra camino anchísimo para llegar a una paz honorable[34]». Pocas semanas después, una «conmoción» todavía mayor que la que habría podido esperar hasta el español más optimista paralizó la capital de Francia.

El punto de inflexión: las barricadas de París

En abril de 1648, Mazarino trató de meter cizaña entre sus oponentes. Ofreció a los jueces de París (y sólo a ellos) la oportunidad de renovar la *paulette* en los términos habituales. Los demás funcionarios sólo podrían renovarla si aceptaban renunciar a sus salarios durante cuatro años; mientras que los *maîtres de requêtes*, todavía en huelga, perderían su derecho a renovarlo en todo caso. Este descarado intento de «divide y vencerás» no pudo salir peor. Los jueces del *parlement* votaron a favor de emitir un *arrêt d'union* expresando su apoyo a todos sus colegas e invitando a las otras tres «cortes soberanas» de París —la Cour des Aides y la

Chambre des Comptes, que se ocupaban de las apelaciones y auditorías fiscales, y el Grand Conseil, que dirimía las disputas eclesiásticas— a enviar delegados para que se reunieran con ellos en una sala especial del Palacio de Justicia conocida como Cámara de San Luis.

Este desafío alentó a otros grupos de funcionarios descontentos a enfrentarse al regente, empezando por los encargados de administrar los impuestos directos en las provincias: los *trésoriers de France*. Los *trésoriers* gozaban de numerosos privilegios sociales y económicos, incluido el de ser elevados automáticamente al estatus de la nobleza después de tres generaciones de servicio, así como la exención de alojar soldados, del servicio obligatorio en la milicia y de determinados impuestos. El cargo atraía por tanto a hombres de buena familia (por ejemplo, Blaise Pascal y Antoine Arnauld procedían de familias de *trésorier*). Los *trésoriers* también mantenían su propio sindicato (*syndicat*), que celebraba reuniones generales anuales y mantenía un secretario, un comité y diputados permanentes en París, además de publicar un boletín. Pese a esta imponente organización, Mazarino revocó algunas de las exenciones fiscales de los *trésoriers* y los privó de la dispensa de alojar tropas. El comité permanente de *trésoriers* se vengó ordenando a sus miembros usar cualquier ingreso recaudado para pagar primero sus propios atrasos salariales, y buscar y hacer pública cualquier evidencia de malversación de fondos de cualquier funcionario nombrado por Mazarino para cobrar nuevos impuestos. Para mediados de mayo de 1648, toda la maquinaria fiscal del Estado francés había dejado ya de funcionar[35].

Dándose cuenta de los peligros a los que ahora se enfrentaban, Ana y Mazarino presionaron a los jueces retirando la oferta de renovar la *paulette*, prohibiendo a partir de ese momento las reuniones en la Cámara de San Luis y encarcelando a algunos tesoreros en la Bastilla, pero estas provocaciones sólo sirvieron para alimentar la insumisión. A partir del 30 de junio de 1648, cator-

ce jueces del *parlement* y seis de cada una de las otras tres cortes centrales se reunían diariamente en la Cámara de San Luis para debatir sobre los varios conflictos del Reino. En un intento desesperado por llegar a un compromiso que permitiera a los recaudadores retomar su trabajo, Ana despidió a un impopular ministro de Finanzas francés y liberó a los *trésoriers* encarcelados; pero, una vez más, las concesiones aumentaron la confianza de la oposición. Los jueces exigieron entonces que ningún funcionario civil pudiera ser encarcelado sin un motivo justificado, poner fin a la creación de nuevos puestos judiciales, pagar puntualmente los salarios de los jueces, el «perdón» de todos los atrasos fiscales, la anulación de todos los contratos de préstamo y, sobre todo, la abolición de los intendentes.

Las frecuentes reuniones en el *parlement* de París generaron más confianza entre los jueces. Éstos interrumpían con silbidos y pataleos los discursos de aquéllos con los que no estaban de acuerdo, mantenían «divisiones» en temas importantes (de este modo, la propuesta de abolir a los intendentes se aprobó por 106 votos frente a 66); y, de vez en cuando, obligaban por la fuerza al *premier président* a permanecer en su escaño para que no pudiera detener el debate y la aprobación de medidas controvertidas[36]. Cuando se enteró de que el ejército español de Flandes estaba congregándose a lo largo de la frontera norte, Ana capituló. Acordó renovar la *paulette* durante nueve años más para todos los funcionarios, reducir la *taille* en una octava parte para el año en curso, «perdonar» todos los atrasos fiscales anteriores a 1647, liberar a todos los prisioneros por impago de impuestos y revocar todas las comisiones a los odiados intendentes.

Mazarino estaba seguro de que estas medidas pondrían fin a la crisis. En julio de 1648 presumió orgulloso ante uno de sus colegas: «No sólo ha cesado toda oposición, sino que Su Majestad ha sacado una inestimable ventaja [de la situación], lo que demuestra claramente que Dios ama entrañablemente a este gobierno y

lo conduce a la mayor felicidad por caminos que parecen llevarlo exactamente en dirección contraria». En concreto, enfatizaba que «por miedo a algo peor», un consorcio de *partisans* había «prometido proporcionar una cantidad fija para prolongar la guerra mientras la obstinación de los españoles la hiciera necesaria. Habíamos gastado todos [los ingresos] de este año y los dos próximos; ahora hemos encontrado una forma de gastarlos una segunda vez[37]».

Luego, para horror del cardenal, el *parlement* de París votó a favor de investigar las cuentas de algunos *partisans* en busca de fraudes o excesivos beneficios. Todos los préstamos al gobierno cesaron de inmediato y Mazarino instó de mala gana a sus negociadores en Münster a que concluyeran la guerra en Alemania en los mejores términos posibles. «Es casi un milagro —comentó— que con tantos obstáculos generados por nosotros mismos, podamos continuar con la marcha de nuestros asuntos, e incluso conseguir que prosperen, pero la prudencia aconseja no depositar toda nuestra confianza en que este milagro continúe produciéndose». El cardenal lamentó que la oposición de los tribunales y el amplio seguimiento de la huelga fiscal hubieran llevado al gobierno al borde de la bancarrota. «Derramando lágrimas de sangre», lamentaba que todo hubiera ocurrido en un momento en el que, en Alemania, «nuestros asuntos nunca se han encontrado en un momento más próspero», pero concluía: «El final de este largo discurso es para convencerlo de la necesidad de firmar la paz en la primera oportunidad que se presente[38]».

Irónicamente, justo una semana después de que Mazarino firmara su carta, el príncipe de Condé desbarató la invasión de Flandes por parte del ejército español en la batalla de Lens, pero el cardenal rápidamente echó a perder su ventaja. Pensando que la celebración de un tedeum por la victoria en la catedral de Notre Dame constituiría una ocasión idónea para arrestar a los jueces más destacados, incluido Pierre Broussel, la regente los invitó

personalmente a todos a asistir. Pero un pequeño error de cálculo frustró el plan. Por lo general, los escoltas tienen que ir rodeando a la persona a la que se supone que deben proteger, de modo que cuando al final del servicio, el 26 de agosto de 1648, algunos jueces vieron a los guardias de la reina merodeando por la iglesia una vez ella se hubo marchado, cundió la alarma. Como era día de mercado, los alrededores de Notre Dame estaban llenos de gente, y algunos de los objetivos de Mazarino lograron escapar, incluido Broussel, que vivía cerca de Notre Dame, si bien un destacamento de guardias fue tras él y lo sacó de su casa[39].

El arresto de Broussel, que era capitán de milicia además de juez, enfureció a sus vecinos, y una nutrida multitud se lanzó a las calles, gritando: «¡Larga vida al rey! ¡Liberad al prisionero!», y destrozando puertas y ventanas. Para evitar el saqueo, las milicias se movilizaron y sacaron las pesadas cadenas que la mayoría de las calles de París seguían manteniendo para usos de emergencia, colgándolas a través de la calle y levantando barricadas detrás de ellas para repeler cualquier ataque. El 27 de agosto, al amanecer, había 1200 barricadas levantadas en París. Según un testigo presencial, «todo el mundo, sin excepción, se alzó en armas. Se podía ver a niños de cinco y seis años armados con puñales que les proporcionaban sus propias madres». Los milicianos declararon que no depondrían las armas hasta que la regente liberara a Broussel; y, aún más alarmante para la Corona, los guardias del palacio real dejaron claro que no abrirían fuego contra sus compatriotas.

Aunque la liberación y el triunfante regreso a casa de Broussel al día siguiente calmaron los ánimos y sirvieron para desmontar las barricadas, un «gran miedo» continuó agarrotando la capital francesa, ya que los propietarios de viviendas temían que éstas resultaran dañadas ante un ataque, ya fuera por parte del «populacho» o de las tropas. Los jueces, encabezados por Broussel,

aprovecharon la incertidumbre para continuar su escrutinio de los recientes edictos fiscales, rechazando algunos de plano y pidiendo a Ana la modificación de otros. Tampoco hicieron nada para impedir una avalancha de ataques literarios dirigida contra el principal ministro de Ana: las *mazarinadas*[40].

El cardenal se había granjeado muchos enemigos. Varios destacados cortesanos habían albergado la esperanza de suceder a Richelieu y, por tanto, envidiaban a quien los había vencido; a muchos clérigos no les gustaba su costumbre de nombrar a aliados políticos para puestos eclesiásticos vacantes y su persistencia en hacer la guerra contra correligionarios católicos, en tanto que los jueces odiaban sus innovaciones fiscales, que los privaban de autoridad e ingresos. A raíz del chapucero arresto de Broussel se produjo una oleada de panfletos en los que se condenaban las políticas del cardenal, se incidía en su origen extranjero y se remedaba su acento italiano. Los cocheros intimidaban a los caballos desobedientes con la amenaza «¡que Mazarino te va a llevar!». Es más, pandillas de jóvenes parisinos salieron a las calles con hondas, conocidas como *frondes*, que utilizaban para romper los cristales de las ventanas del opulento *palais* Mazarino. Aquella «arma de los débiles», reminiscencia de la victoria de David sobre Goliat, dio su nombre a la revuelta que habría de durar cinco años: la Fronda[41].

Los jueces del *parlement* empezaron a cuestionar entonces sistemáticamente la legalidad de cada uno de los recientes impuestos, alentados por las manifestaciones de los indignados contribuyentes llevadas a cabo periódicamente a las puertas del tribunal, hasta que en octubre, la regente abolió algunos impuestos y redujo la *taille* para 1648 y1649 a una quinta parte de su nivel anterior. Mazarino preveía que las concesiones de la regente «privarían al rey, de una forma u otra, de la mitad de sus ingresos» y una vez más instó a sus negociadores en Westfalia a librar a Francia de la guerra alemana en las mejores condiciones posibles. «Tal

vez habría sido más ventajoso para la conclusión de una paz universal si la guerra en el Imperio hubiera continuado un poco más, en lugar de solventar rápidamente las cuestiones pendientes como hicimos», aducía, porque el emperador ahora escaparía «de la ruina total que, considerando la lamentable situación a la que se han visto reducidas sus fortunas, era inminente y casi ineludible». Pero estaba gastando saliva inútilmente: conscientes de la precaria situación, los diplomáticos franceses destacados en Münster ya habían firmado los instrumentos de paz definitivos[42].

La Fronda

Madame de Motteville, perspicaz miembro de la casa de la regente, que había estado en el palacio real desde el «día de las barricadas», lamentó en aquel momento que «la gente, con la esperanza de librarse de pagos e impuestos, soñaba sólo con tumultos y cambios» y temía que las revueltas contra la Monarquía que estaban teniendo lugar en Inglaterra, España y Francia formaran parte de una «malvada conspiración planetaria que amenazaba el bienestar de los reyes[43]». Ana de Austria compartía evidentemente esta pesimista opinión, porque entonces emitió una proclama en la que acusaba a los jueces de conspirar con España para quitar el Reino a sus hijos, dando a entender que querían establecer una república, y ordenó el traslado de cuatro tribunales soberanos de la capital a cuatro destinos diferentes. También ordenó al príncipe de Condé y a su victorioso ejército el bloqueo de la capital.

Una vez más, las torpes acciones de la regente unieron a sus oponentes. Por una parte, dado que ella había metido en el mismo saco a todos los jueces calificándolos de traidores, incluso los que habían permanecido leales hasta ese momento suscribieron entonces una declaración en la que afirmaban que Mazarino era «un enemigo del rey y del Estado». En enero de 1649, la familia

real huyó de la capital. Por otra parte, el bloqueo obligó a los jueces a hacer causa común con otros grupos de opositores en París. Los magistrados de la ciudad prestaron un millón de *livres*, mientras los milicianos guarnecían la Bastilla, el arsenal y las murallas de la ciudad. Los jueces también secuestraron todos los activos de la Corona que pudieron encontrar en la capital y establecieron una administración de guerra con comités para manejar los asuntos militares, «diplomáticos», «financieros», etc. El clero de París (muchos de ellos jansenistas), liderado por Paul de Gondi, arzobispo designado y luego cardenal de Retz, también prestó su apoyo en forma de consejos, sermones y panfletos. Lo mismo hicieron muchos nobles, que acudieron en gran número a París para unirse a los jueces, llevándose sus tropas con ellos.

Al comienzo, al menos, la mayoría de los nobles que se sumó a la Fronda actuó por principios. Richelieu los había encarcelado, secuestrado sus propiedades y demolido sus castillos, no sólo por conspirar, sino por delitos menores como batirse en duelo. De modo que querían desmantelar la maquinaria de un gobierno prerrogativo que los había humillado a ellos y empobrecido a sus vasallos. También se mostraban favorables a iniciar conversaciones de paz con España, en la creencia de que la continuación de la guerra sería la ruina de Francia[44]. Aunque al principio los nobles carecían de un foro establecido para hablar de sus agravios (sólo podían reunirse legalmente en los Estados Generales —que no se habían convocado desde 1614— o en los Estados Provinciales —y para 1649 sólo los de la periferia del Reino seguían reuniéndose con regularidad—), esto apenas importaba dado lo fácil que resultaba hacer circular sus opiniones mediante panfletos. París contaba con 350 imprentas, muchas de las cuales habían prosperado gracias a la publicación de las múltiples copias de los edictos del gobierno requeridas para su distribución por todo el Reino: cuando la huida de la familia real terminó con esta lucrativa fuente de negocio, los impresores lo compensaron

publicando panfletos políticos baratos (*libelles*, por utilizar el expresivo término francés de la época). Sus contemporáneos comentaban la «asombrosa cantidad de panfletos» y un escritor comentó en broma: «Medio París imprime o vende panfletos, y la otra mitad los compra». Probablemente tenía razón: el número total de publicaciones entre 1649 y 1653 excedió con mucho las producidas durante el resto del siglo[45].

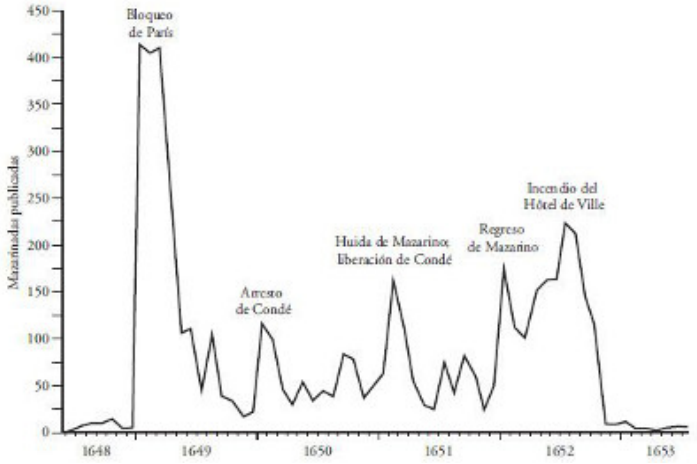
El ritmo de publicación variaba en respuesta a los acontecimientos políticos y militares: mientras que en 1648, cuando la corte seguía residiendo en la capital, aparecieron cien, después de marcharse, en los tres primeros meses de 1649, se publicaron más de mil mazarinadas, a veces una docena o más en un sólo día (*figura 24*). Las mazarinadas abarcaban gran variedad de temas y enfoques. En algunas se entraba en un debate político de calado, argumentando que anteriores escritores habían «atribuido más poder a los príncipes del que conviene que tengan, incluso por su propia seguridad»; que los reyes «nos deben su protección al igual que nosotros les debemos obediencia»; y que el *parlement* de París había reemplazado a los desaparecidos Estados Generales como descendiente directo de las asambleas de los antiguos francos para que «no puedan cobrarse impuestos a los súbditos del rey [...] sin el consentimiento del *parlement*, que representa la aprobación general del pueblo[46]». Otros convertían los grandes temas de actualidad en obscenidades, como el panfleto de ocho páginas en verso sobre la vida sexual de Ana, que abría con la estrofa:

Pueblo, no dudéis más: es verdad que se la ha follado
y a través de su agujero, Jules [Mazarino] nos echa mierda encima.

Según las mazarinadas, la participación del cardenal en el gobierno garantizaba que todo en Francia acabaría (en palabras de una de ellas) «como un burdel o un cementerio[47]».

La cantidad de panfletos políticos es notable, dado que el invierno de 1648-1649 duró casi seis meses, y al frío intenso le si-

guió un rápido deshielo y lluvias torrenciales que hicieron que el Sena se desbordase, inundando el ayuntamiento y las casas vecinas. Las inundaciones al sur de París, de donde normalmente procedía la mayoría del pan de la capital, combinadas con el bloqueo de Condé, hicieron que el precio de la barra subiera de nueve a dieciocho *sous* en febrero de 1649. Dado que un trabajador no especializado ganaba en aquel momento doce *sous* al día (los días que podía encontrar trabajo), este aumento significaba el hambre[48].



24. Producción mensual de mazarinadas desde mayo de 1649 a julio de 1653. Los panfletos que atacaban al cardenal se incrementaron enormemente en enero de 1649 después de que la corte abandonara la capital y perdiese su capacidad para censurar los impresos. Aunque la producción total de mazarinadas durante el sitio de París, a principios de 1649, sobrepasó la de títulos provocados por acontecimientos posteriores (como la detención del príncipe de Condé, en enero de 1650, o su puesta en libertad un año después), el total mensual siguió rebasando el total anual de los años anteriores. La producción cayó también drásticamente cuando Mazarino regresó a la capital: de 1093 títulos en 1652 a dieciocho en 1653.

Los que vivían a las afueras de París no sólo tenían que lidiar con la nieve, las inundaciones y la hambruna, sino también con las tropas de Condé. Durante un recorrido en coche del séquito de la regente por las afueras de la capital, en febrero de 1649, pasaron por «varias aldeas en las que pudimos ver una terrible desolación. Sus habitantes las habían abandonado. Las casas estaban quemadas y derruidas, las iglesias saqueadas[49]». Los que pudieron buscaron refugio en los conventos más cercanos, como Port-Royal-des-Champs, al suroeste de la capital, donde la abadesa Angélique Arnauld (hermana de Antoine) hacía lo posible por protegerlos, construyendo barricadas y metiendo caballos en la sala capitular, pollos y pavos en el patio, y grano en la capilla. No obstante, como en abril de 1649 ella misma se lamentaba a una monja que vivía en París:

> [Aunque] todavía no nos ha pasado nada, gracias a Dios, tenemos razones para temer que de continuar el tiempo así, moriremos de hambre como vosotros, porque si ellos [los soldados] nos lo quitan todo, como hacen con otros, no tenemos ni idea de dónde encontrar comida, ya que en el campo no queda nada […]. La hambruna es como mínimo igual de grande aquí que en París, y además nosotros tenemos que cargar con los soldados.

Un mes más tarde se quejaba de que Port-Royal había sido «rodeado por las tropas más despiadadas del mundo, que han arrasado toda la zona cometiendo todo tipo de crueldades, sacrilegios y tropelías[50]». Dentro de la capital, las multitudes hambrientas rodearon el Palacio de Justicia y gritaron: «Danos pan o danos paz». Y dieron su bienvenida a un representante de Felipe IV que llegó para invitar al *parlement* a mediar para una paz entre Francia y España. La Fronda parecía a punto de triunfar, pero más tarde, ese mismo día, llegó la noticia de que en Londres un «alto tribunal de justicia» había juzgado, condenado y decapitado a Carlos I.

La noticia del regicidio se extendió rápidamente, gracias a la *Gazette de France*, publicada por Théophraste Renaudot (el médico del rey) cada sábado, a veces con un suplemento a mitad de

semana dedicado a «temas extraordinarios». Los ejemplares se vendían a dos soles y los que no podían permitirse comprarlos no obstante podían leerlos en el quiosco o escuchar a otros que los leían en voz alta. Cada número de la *Gazette* contraponía temas de ámbito nacional en los que se enfatizaba la estabilidad y la felicidad de Francia y su familia real (los *ballets* y actos religiosos a los que asistía el rey, las victorias de sus ejércitos) con asuntos extranjeros que trataban de caos y catástrofes (las atrocidades de Alemania, prodigios y portentos que anunciaban desgracias para otros). La noticia del regicidio en Londres, recibida poco después de la del asesinato del sultán Ibrahim, desató una oleada de incredulidad, indignación y repugnancia en toda Francia. Era «lo más increíble que había sucedido en varios siglos», según un comentarista. «Que la gente se pare a pensar en lo que acaba de ocurrir en reinos vecinos», proclamaba un panfleto. «Preguntémosle a Renaudot qué ha pasado en Constantinopla hace pocos meses, porque el caso de Inglaterra es demasiado horrible. ¿Es posible que la gente permanezca ignorante de estos hechos? ¿Es posible que no vea adónde conduce todo esto?»[51]

Los jueces de París veían «adónde conducía todo esto» con toda claridad. Para distanciarse del «parricidio» de Inglaterra, presentaron sus condolencias y ofrecieron una pensión a la reina Enriqueta María, e iniciaron conversaciones de paz con la regente. Finalmente, a cambio de la promesa de Ana de confirmar todas sus concesiones anteriores y otorgar una amnistía general a sus oponentes, en marzo de 1649 el *parlement* de París anuló sus edictos contra Mazarino.

Esta deserción convulsionó la Fronda. Muchos nobles, cuyo objetivo primordial había sido echar al cardenal del poder, continuaron con su desafío; mientras, multitud de parisinos se congregaban a las puertas del Palacio de Justicia gritando «¡no a la paz!», «¡no a Mazarino!» y, lo que era más alarmante: «¡República!» En ese momento, Felipe IV volvió a proponer iniciar con-

versaciones de paz con Francia, pero (a la vista de la debilidad causada por la Fronda), ahora exigía no sólo la retirada de todas las tropas francesas de Cataluña y Lorena, sino también el fin de toda ayuda a Portugal. Mazarino rechazó airadamente estas «exorbitantes demandas» y, a principios de 1650, indignado, el príncipe de Condé se unió a la Fronda.

Monsieur le prince (como todo el mundo lo llamaba) gozaba de numerosas ventajas. Era pariente cercano del rey y el tercero en la sucesión al trono francés; disfrutaba de un enorme prestigio como vencedor de Rocroi y Lens, poseía riquezas y elocuencia (en latín y también en francés). Contaba además con una imprenta en su cuartel general de París y un equipo de redactores que generaba un gran volumen de propaganda. Nada hace sospechar que Condé quisiera desplazar a su primo en el trono o desmembrar Francia forjándose un Estado propio: probablemente se proponía sustituir a Ana como regente, y cuando parecía a punto de lograr su objetivo, en enero de 1650, Mazarino se declaró «humilde servidor de Condé» y afirmó que promovería los intereses del príncipe en todas las cuestiones. El triunfo del príncipe apenas duró dos días: los guardias de Ana, inesperadamente, lo arrestaron a él y a sus dos principales valedores[52].

La mayoría de los jueces consideraron estos arrestos como otro ejemplo de poder arbitrario e inmediatamente declararon su apoyo al príncipe, mientras que los partidarios y parientes de Condé en Normandía, Borgoña y Guyena no tardaron en desafiar al gobierno central. Su revuelta desencadenó un conflicto que duró tres años, porque el gobierno central carecía de dinero para imponerse.

> Si estuviera usted aquí —confesaba Mazarino a un colega que se encontraba en el extranjero en la primavera de 1650— sabría que todos los días la casa real se encuentra al borde de la bancarrota, que la reina de Inglaterra [Enriqueta María] ha despedido al personal a su servicio e ingresado en un convento porque no podemos proporcionarle ni una mínima suma mensual, y que los ministros de Hacienda todavía no han conseguido ni un penique para [...] nuestras tropas en Flandes.

El verano siguiente, húmedo y ventoso, no trajo ningún alivio, y (según un relato de la época) 1651 comenzó con «un diluvio que parecía presagiar las desgracias que más tarde afligieron al pobre Reino» de Francia. «La guerra ha conducido a excesos, los impuestos han arruinado a la población, la hambruna ha mandado a muchos a la tumba y la desesperación ha conducido a las revueltas[53]». Prácticamente todas las tropas francesas de dentro del país se encontraban, o bien amotinadas, porque no recibían paga ni comida, o comandadas por nobles que habían desafiado abiertamente a la Corona. Incluso las áreas en las que no se luchaba sufrieron desastres naturales. En Provenza, la combinación de la peste con los precios del grano más altos del siglo provocaron casi setenta revueltas populares; mientras que en Picardía, el clero local, al ir a visitar a sus feligreses, encontró a familias en tal estado de debilidad que no podían ni abrirles la puerta, porque llevaban varios días sin comer[54].

En febrero de 1651, Ana cedió a las demandas de nobles y jueces, y liberó a Condé y a sus colegas; Mazarino, temiendo que los exprisioneros trataran de vengarse, huyó ignominiosamente a Alemania, dejando París en el caos. Por un lado, las lluvias torrenciales hicieron que el Sena volviera a desbordarse, inundando las casas de muchos parisinos. Por otra, cientos de aristócratas que se habían reunido para exigir la liberación de los tres príncipes crearon entonces un foro, la Asamblea de Nobles, en el que podían expresar sus numerosas quejas contra el gobierno central: el impago del interés de los bonos, la falta de empleo (y, por tanto, de salarios) y la repetida violación de su tradicional inmunidad respecto a los impuestos, el reclutamiento y el alojamiento de tropas. Insólitamente, la Asamblea no admitía distinción de rango, por lo que sus pronunciamientos (todos publicados y ampliamente difundidos) expresaban por igual la voluntad de príncipes, pares de Francia, barones y caballeros de a pie. Todos participaban en los turnos para presidir las reuniones diarias. La

Asamblea insistió en que Ana convocara los Estados Generales y, con tal de que los nobles volvieran a su casa, finalmente les prometió hacerlo para el 8 de septiembre de 1651[55].

Resulta sorprendente que los nobles se tomaran en serio la promesa de Ana, dado que tres días antes de la reunión programada Luis XIV cumpliría trece años: fecha en la que, según la ley francesa, alcanzaba su mayoría de edad y terminaba el período de regencia. Aunque varios grupos, con ánimo optimista, se pusieron a elaborar sus listas de quejas (*cahiers de doléances*), el gobierno ni siquiera se molestó en emitir los avisos de convocatoria para los diputados: los Estados Generales no volverían a reunirse de nuevo hasta 1789. Dándose cuenta del engaño, Condé huyó de París y firmó una alianza formal con Felipe IV. Poco después, Luis también abandonó la capital para reunirse con Mazarino, que había regresado a Francia al mando de un poderoso contingente de tropas alemanas.

La salida de la corte de París provocó otra oleada de mazarinadas: a lo largo de 1652 aparecieron no menos de 1600, llegándose en ocasiones a publicar diez el mismo día (*véase figura 24*). Al igual que antes, los panfletos, así como una serie de tabloides expuestos en lugares públicos, tenían como objetivo a Mazarino. Uno de ellos, que presentaba la forma de un cartel de «Se busca», y en el que se sentenciaba a muerte al cardenal por el daño que había causado a Francia, se proporcionaba con una cuerda que, a través de dos agujeros practicados en el papel, rodeaba el cuello del cardenal, para poderle colgar en efigie[56]. Los jansenistas se sumaron entonces a la refriega, encabezados por Robert Arnauld, hermano de Antoine y Angélique, con un panfleto titulado *La verdad desnuda*, en el que se hacía un perspicaz análisis de los orígenes de la Fronda, en el que se culpaba por igual a Mazarino y a Condé y, por si no quedaba bastante claro, se los comparaba con Cromwell, «el usurpador y tirano de Inglaterra, y el Mohamed de este siglo[57]».

Este segundo pico en la producción de mazarinadas coincidió con un nuevo asedio a consecuencia del cual el hambre se abatió sobre la capital. Condé regresó brevemente en abril de 1652, esperando crear un nuevo gobierno central, pero cuando sus seguidores tomaron el Hôtel de Ville [el Ayuntamiento de París] y asesinaron a sus principales oponentes, la opinión popular se volvió contra él. En un determinado momento, montones de mujeres se congregaron a las puertas del cuartel general de Condé demandando la paz a gritos. El príncipe respondió a la llamada de las «mujeres de la paz» con más gritos y las acusó imprudentemente de aceptar dinero de Mazarino: «Nosotras no nos dejamos comprar —replicaron éstas—, a diferencia de tus asesinos del Hôtel de Ville[58]». Condé volvió a huir de París, esta vez a Burdeos, donde una coalición formada por artesanos, abogados y comerciantes, conocida como *l'Ormée*, había establecido un gobierno de la ciudad que buscaba inspiración y ayuda en Inglaterra. Con la colaboración de varios asesores ingleses, los líderes de la ciudad redactaron una Constitución republicana mientras por la ciudad resonaban gritos de «¡abajo los reyes!» y «¡abajo los príncipes!»[59].

Entretanto, Mazarino preparó un contraataque. Convenció a un grupo de financieros para que le proporcionara préstamos suficientes para ganarse a algunos de los jueces pagando sus deudas y concediéndoles pensiones, mientras Ana confería tierras y títulos a potenciales partidarios: diecisiete familias nobles pasaron a ser «pares del Reino» (*duc et pair*), un honor relativamente nuevo y extremadamente poco frecuente. En octubre de 1652, Luis XIV volvió a entrar en su capital y acto seguido celebró un *lit de justice* que anulaba toda la legislación promulgada por el *parlement* durante los cuatro años anteriores. También prohibía que en el futuro los jueces se mezclaran en «asuntos de Estado y en la gestión de las finanzas», vetaba cualquier procedimiento «contra aquéllos a quienes el rey ha nombrado para gobernar»

(como Mazarino), abolía la Cámara de Justicia instaurada en 1648 para investigar los beneficios entre los banqueros de la Corona y exiliaba a sus críticos más contumaces[60].

Sin embargo, Luis todavía tenía ante sí muchos enemigos domésticos. Guyena continuaba en plena revuelta, apoyada por tropas españolas y británicas, mientras que Condé y varios regimientos comandados por sus clientes y aliados nobles luchaban en los Países Bajos españoles junto a las tropas de Felipe IV. Por encima de todo, el clero de París se declaró abiertamente contra Mazarino tras diciembre de 1652, fecha en la que éste mandó arrestar a Pierre de Gondi, el cardenal de Retz y sucesor designado (coadjutor) del arzobispo de París. Pese a no ser en ningún caso el único crítico que Mazarino tenía en el clero —hasta Vicente de Paul, más tarde canonizado por su vida y obras piadosas, pedía que el cardenal abandonara su cargo ministerial—, Retz asumió el liderazgo en la instigación de intrigas antigubernamentales en la capital, principalmente con la esperanza de reemplazar a Mazarino como ministro, y luego, cuando esta perspectiva se desvaneció, con la idea de convertir Francia en una república basada en el modelo inglés[61]. Desde la prisión, Retz suplicó a sus parientes nobles y colegas del clero que organizaran un levantamiento para su liberación, y entre la comunidad parroquial de París comenzó a gestarse una «Fronda clerical», compuesta en su mayoría por jansenistas que en su día ya habían sido agraviados por la persecución de la que el gobierno había hecho objeto a los veneradores del *Augustinus*. En mayo de 1653, Mazarino convenció al papa para que emitiera una bula de condena categórica al jansenismo, acusando de herejía cinco propuestas supuestamente contenidas en los escritos de Jansenio; pero esta táctica sólo sirvió para intensificar la oposición de los sacerdotes de París —unos cincuenta en total— que a partir de ese momento empezaron a reunirse con regularidad para debatir sobre los asuntos de la archidiócesis[62].

La Fronda clerical se vio fortalecida por la incapacidad de Mazarino para aplastar a sus oponentes. Aunque las tropas del monarca forzaron la rendición de Burdeos, terminando con *l'Ormée* , Condé se puso al mando de los ejércitos españoles en los Países Bajos y en 1654 parecía listo para marchar hacia París. Al mismo tiempo, Retz escapó de la cárcel y trató de recabar el apoyo de sus seguidores una vez más. Cientos de personas se congregaron en Notre Dame, donde el cabildo catedralicio —desafiando al gobierno— cantaba un tedeum para celebrar la evasión de su héroe, pero en esa ocasión la suerte salvó a Mazarino: mientras escapaba, Retz cayó y se dislocó el hombro, quedando imposibilitado para cabalgar. De modo que tuvo que guardar reposo y, durante su recuperación, el clero de París atacó a los jesuitas (muchos de ellos declarados apólogos del gobierno). Estos impropios desacuerdos entre el clero dieron lugar a las divertidas y maliciosas *Lettres provinciales [Cartas provinciales]* de Blaise Pascal, dirigidas a explicar las diversas controversias a la vez que a desacreditar a prácticamente todos los protagonistas.

A continuación llegó el histórico invierno de 1657-1658, seguido de un deshielo al que vinieron a sumarse lluvias torrenciales: muchos ríos se desbordaron, incluido el Sena, que inundó París por tercera vez en una década. Como los agricultores no pudieron recolectar sus cultivos, la cosecha siguiente fue muy escasa, lo que obligó a Mazarino a reconocer que, dado que carecía de recursos para organizar otra campaña, había llegado el momento de poner en práctica «el arte de retirarse cuando uno va ganando». En la primavera de 1659 aceptó las proposiciones de paz de Felipe IV y consiguió para Francia el norte de Cataluña y algunas áreas del sur de los Países Bajos (*véase capítulo 9*[63]).

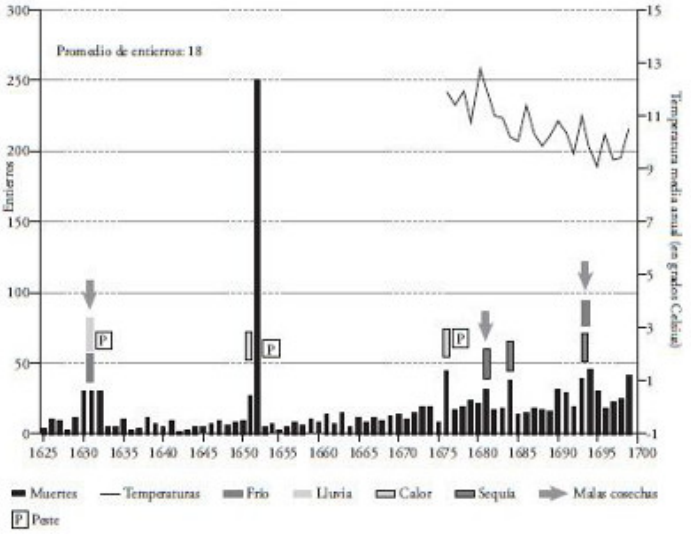
La auditoría de la guerra

El cuarto de siglo de guerra, adversidad climática y crisis política entre 1635 y 1659 redujo a Francia a una sombra de sí mis-

ma. El año 1652 vivió la peor crisis demográfica de todo el Antiguo Régimen. Los precios del grano en la capital aumentaron tanto que incluso los charlatanes dejaron de ganarse la vida —«no he sacado una muela ni vendido mis polvos mágicos en tres meses», se quejaba el más famoso de ellos—, mientras que en el campo de los alrededores, la combinación de las hostilidades con la mala cosecha hicieron a la población rural «creer y temerlo todo». En Port-Royal-des-Champs, Angélique Arnauld comentaba: «No vemos otra cosa que personas pobres que vienen a decirnos que hoy no han comido, y algunos, que llevan dos o tres días sin comer[64]». Dado que los soldados destruían los cultivos, quemaban las casas y robaban sus posesiones, la abadesa Arnauld pensaba: «La guerra lo ha destruido todo. Casi todo el mundo ha muerto, y el resto ha sido reclutado para ir a la guerra, por lo que tendremos problemas para labrar los campos debido a la falta de trabajadores». Los registros parroquiales que han sobrevivido confirman su deprimente valoración. En una parroquia, las «grandes crueldades y los estragos» causados por las tropas, unidos al mal tiempo, «obligaron a los habitantes a abandonar sus hogares, y 250 murieron» —un aumento de catorce veces la mortalidad normal— y, en toda la Île-de-France, los entierros se multiplicaron, en tanto que los nacimientos se desplomaron, llevando a los demógrafos a concluir que «casi una cuarta parte de la población ha desaparecido en un solo año» (*figura 25*[65]).

La exhaustiva investigación de Pierre Goubert sobre el Beauvaisis, una región agrícola muy rica al norte de París, reveló asimismo una «crisis —económica, social, demográfica, fisiológica y moral— de una intensidad y duración hasta ahora desconocidas». Goubert señalaba que «durante cinco años consecutivos, de 1647 a 1651, la agricultura fue la víctima del mal tiempo, siendo las cosechas de 1649 y 1651 las más desastrosas»; y, añadía: «El resultado fue un exorbitado aumento y una amplia propagación

de la pobreza y la mortalidad, así como una marcada caída en el número de nacimientos». La población del Beauvaisis descendió durante aquellos años en aproximadamente una quinta parte y no recuperó su nivel anterior a la Fronda hasta mediados del siglo XVIII. La crisis demográfica también generó un importante cambio en la propiedad de las tierras. Por una parte, «ahogados por las deudas, los pequeños campesinos tuvieron que entregar una gran parte de su tierra a sus acreedores»; por otra, los burgueses de Beauvais compraron «cientos de hectáreas de tierra» a los campesinos y nobles empobrecidos, en tanto que aquellos capaces de producir más grano del que necesitaban lo vendían con un enorme beneficio, que utilizaban para comprar propiedades vitalicias y adquirir el usufructo de los numerosos terrenos eclesiásticos de la región. «En resumen, los terribles años comprendidos entre 1647 y 1653, que diezmaron el Beauvaisis, dejaron una profunda huella en la sociedad rural y agravaron decisivamente las diferencias sociales[66]».



25. Guerra, clima y mortalidad en Île-de-France en el siglo XVII. Los registros de Créteil, una localidad a doce kilómetros al sureste de París, revelan una estrecha relación entre el clima y la mortalidad durante el siglo XVII: los entierros aumentaron con las bajas temperaturas y las lluvias de 1631 y 1693-1694, así como con la ola de calor de 1676. La peor crisis demográfica en la localidad (de hecho, de toda la Francia borbónica) ocurrió en 1652 durante la revuelta de la Fronda, cuando una combinación de inundaciones, una cosecha catastrófica y las operaciones militares multiplicó el número de entierros por catorce.

Este grado de despoblación y devastación desmoralizaba hasta al más fuerte. «Si alguien tuviera que creer en el Juicio Final —escribió un parisino en 1652—, yo creo que ha llegado ya»; al siguiente año, en 1653, otro afirmaba que «dos terceras partes de los habitantes de los pueblos de los alrededores de París han muerto de enfermedad, necesidad o miseria». La abadesa Arnauld temía que la desolación general «significara el fin del mundo»; por su parte, en 1655, Gaston de Orleans, tío del rey, declaró: «La Monarquía ha acabado: el Reino no podría sobrevivir en su actual estado. En todas las monarquías que se han derrumbado, el declive comenzó con movimientos similares a los que hemos conocido [ahora]», y procedía a referir una larga lista de comparaciones para demostrar su afirmación a partir de ejemplos pasados[67]. Algunos historiadores han ido aún más lejos que el duque y han sugerido que la difícil situación de la Monarquía francesa durante la Fronda fue incluso peor que la de 1789, y que la integridad territorial del Reino podría no haber sobrevivido a una victoria *frondeur*[68]. Por otra parte, los desastrosos y húmedos invierno y primavera de 1661 causaron otra hambruna: el precio del pan en la capital se triplicó, superando incluso el nivel alcanzado durante el asedio de Condé una década antes, en tanto que en muchas partes del Reino los matrimonios se redujeron a la mitad y los nacimientos en tres cuartas partes. En total, es posible que Luis XIV perdiera otros 500 000 súbditos[69].

El Rey Sol

No obstante, la Monarquía francesa sobrevivió a la Fronda y Luis XIV se convirtió en el soberano más poderoso de Europa occidental. En parte, este resultado se debió a la contingencia. En el exterior, Francia se benefició de los errores de cálculo de sus enemigos. Sobre todo, la intransigencia de Felipe IV entre 1648 y 1655, cuando iba ganando la partida, salvó a Mazarino de tener que cambiar tierras por paz, en tanto que la decisión final de

España de admitir prácticamente todas sus pérdidas territoriales pareció vindicar las políticas que el cardenal había perseguido tan temerariamente. Dentro del país, los rivales más peligrosos de Mazarino o bien fueron demasiado lejos (como Condé) o perdieron la iniciativa en un momento crítico (como Retz después de caerse de su caballo). Por otra parte, los varios enemigos de la Corona carecían de una única agenda: los jueces, nobles, clérigos, aristócratas urbanos y líderes populares, todos ellos defendían algo diferente y a menudo dedicaban más energías a destruir a sus antiguos aliados que a arrancarle concesiones a la Corona. Algunos grupos se escindieron: en 1652, dos de los principales líderes *frondeurs* se batieron en un duelo en el que uno de ellos (y dos de sus padrinos) resultaron muertos. El movimiento carecía además de una ideología que sirviera de cohesión: el protestantismo había perdido fuerza, mientras que el jansenismo seguía buscando su inspiración más en Roma que en París. Por último, la nobleza estaba profundamente dividida entre la aristocracia hereditaria («de espada») y la más reciente nobleza «de toga», compuesta por jueces y otros funcionarios de la Corona que habían comprado su elevado cargo. Si los Estados Generales se hubieran reunido en 1651, la nobleza de toga probablemente se habría sentado junto con los delegados urbanos en el tercer estado (como habían hecho en 1614) en lugar de con la nobleza de espada en el segundo estado (como harían en 1789).

Estas divisiones fundamentales, junto con la penuria causada por la Pequeña Edad de Hielo y la guerra civil, permitieron finalmente a la Corona presentarse como la única alternativa a la anarquía. Como Luis XIV escribió en la década de 1670 en sus *Memoirs [Memorias],* desde que empezó a reinar, «puse mi mirada en las diversas partes del Estado; y no con los ojos de un espectador, sino de su dueño[70]». Mazarino ya había mostrado el camino, porque la paz con España permitió al cardenal eliminar a varios grupos de sus enemigos domésticos. Casi inmediatamente

eliminó las asambleas tanto del clero de París como de los *trésoriers de France* (cuyo desafío había iniciado la Fronda), y a continuación disolvió una asociación de católicos devotos conocida como Compañía del Sagrado Sacramento. Según el historiador oficial de la Compañía, cuando Ana de Austria le preguntó a Mazarino por qué quería perseguir a «tan buenos servidores del rey», el cardenal respondió que aunque todavía no habían hecho ningún daño, debido a su imponente organización, podían representar una amenaza en el futuro. La legislación que acabó con la existencia legal de la Compañía ilegalizó las reuniones de *todas* las «confraternidades, congregaciones y comunidades» religiosas de París o de provincias, sobre la base de que «bajo el velo de la piedad y la devoción» podían instigar «camarillas e intrigas[71]».

Tras la muerte de Mazarino en 1661, Luis XIV continuó eliminando a los individuos y corporaciones que ofrecían focos alternativos de lealtad, empezando por el rico y corrupto ministro de Finanzas del cardenal fallecido Nicolas Fouquet, que había fortificado Belle-Île, en la costa bretona, donde mantenía un enorme arsenal y un escuadrón privado de barcos de guerra. Y lo que resultaba igualmente provocativo, a los «ojos del maestro», Fouquet había gastado 14 millones de *livres* en construir la residencia privada más grande y cara de la Francia de principios de la Edad Moderna, en Vaux-le-Vicomte, cerca de París, donde contaba con un séquito artístico deslumbrante, incluidos los dramaturgos Molière y Racine y el poeta La Fontaine. Pocos meses después, Luis XIV arrestó y encarceló a Fouquet, acusándolo de traición, y constituyó una comisión para investigar a todos aquellos que se habían hecho ricos a través de préstamos de dinero a la Corona en época de guerra. La comisión finalmente condenó a casi 250 individuos por haber defraudado al tesoro y recaudó multas por un valor total de 125 millones de *livres*, casi el doble del presupuesto anual de Francia[72].

La comisión de investigación fue una de las varias iniciativas en respuesta a las demandas de los *frondeurs*. Otras fueron la decisión de Luis de crear menos cargos nuevos, acabar con la fiscalización punitiva de los titulares de los cargos y renovar la *paulette* inmediatamente. Además, el sucesor de Fouquet como ministro de Finanzas, Jean-Baptiste Colbert, pagó tanto los intereses de los préstamos como los sueldos oficiales puntualmente y en su totalidad, amortizó muchos costosos bonos a largo plazo y, sobre todo, redujo la dependencia sobre impuestos directos como la *taille* (mientras que los impuestos indirectos, que en la década de 1640 habían representado menos del 25 por ciento del presupuesto de la Corona, pasaron a constituir el 50 por ciento en la década de 1670). Aunque las reformas fiscales de Colbert sólo aumentaron los teóricos ingresos de la Corona de 83 millones de *livres* en 1661 a 95 millones en 1667, duplicaban la cantidad que en realidad llegaba a la tesorería central, que pasó de 31 a 63 millones de *livres*[73].

Luis también excluyó del gobierno central a tres grupos que él creía se habían hecho demasiado poderosos durante la regencia: sus parientes (incluso Ana de Austria perdió su escaño en el Consejo y él nunca consultó a su hermana sobre asuntos de Estado), sus nobles (durante el curso de su largo reinado sólo elevó a dos al cargo de ministro de Estado) y sus prelados (no habría más Richelieus ni Mazarinos). En lugar de ello, Luis confió las tareas más importantes a hombres de orígenes relativamente humildes (como Colbert, cuyo padre era un vendedor de telas arruinado de provincias), con quienes trabajó diligentemente, tanto por separado como reunidos en el Consejo, al tiempo que se reservaba todas las decisiones clave para él. En las provincias, Luis no sólo restauró a los intendentes, abolidos durante la Fronda, sino que los nombró con carácter permanente y un amplio rango de funciones, reflejadas en el enunciado completo del cargo, «intendentes de justicia, política y finanzas»: los antecesores de los moder-

nos prefectos. En el *Pays d'État*, una serie de edictos despojaron a los *parlements* del poder de objetar a los edictos reales antes de registrarlos y Luis no celebró ningún *lit de justice* después de 1675. Los Estados locales perdieron asimismo su capacidad de presentar sus quejas antes de votar impuestos. John Locke (durante el tiempo en que actuó como espía inglés en Francia) asistió a una sesión de los antaño poderosos Estados de Languedoc en 1676, y observó que la asamblea tenía «toda la solemnidad y la apariencia exterior de un Parlamento: el rey propone y ellos debaten y resuelven sobre ello», pero, continuaba, «nunca lo hacen, y alguno diría que no se atreven a rechazar las demandas del rey[74]». El lenguaje de la política en Francia había pasado de la negociación y el compromiso a la obediencia y la subordinación.

Luis se enfrentó con similar vigor a otro desafío doméstico heredado: los hugonotes. Promulgó una serie de edictos que restringían la libertad religiosa y personal de los 250 000 protestantes de Francia; alojó tropas en las casas de los que se negaron a convertirse y, en 1685, revocó el Edicto de Nantes. El rey ordenó entonces la destrucción de todas las iglesias protestantes, prohibió todo culto público o privado de esta religión, cerró todas sus escuelas y ordenó a todos los ministros protestantes que o se convirtieran o abandonaran el Reino antes de dos semanas. Al menos 200 000 protestantes siguieron a sus pastores al exilio en el extranjero, pero el resto se quedaron y, al menos de puertas para afuera, cumplieron con el mandato.

Luis también usó la fuerza para imponer su voluntad en las ciudades de Francia, atacando tanto a sus defensas físicas como políticas. Ordenó la demolición de casi todas las fortificaciones del interior, incluidas las de París, cuyas murallas sustituyó por los tres *grands boulevards* alineados que dominan la orilla derecha de la ciudad hasta hoy. Según un tratado sobre la administración de la capital, Francia disfrutaba entonces de tal seguridad que su capital ya no necesitaba murallas para defenderse[75]. No era mera

fanfarronería. Por un lado, los arquitectos militares de Luis crearon un anillo de fortalezas de artillería en la periferia de Francia, bautizado como *le Pré Carré* («el Campo de Duelo»), destinado a evitar que ningún enemigo penetrara en el corazón del Reino. Por otra parte, el rey fue aumentando de forma constante el tamaño del ejército permanente francés. En la década de 1650, debido a la deserción y la desmoralización, la fuerza efectiva de los ejércitos franceses probablemente no superaba los 150 000 hombres, y tras la Paz de los Pirineos la cifra total descendió a alrededor de 55.000. En cambio, durante la década de 1670, los ejércitos de Francia superaban los 180 000 hombres en tiempo de paz, rebasando los 250 000 en tiempo de guerra —el sistema de defensa más amplio y más caro de Europa—. Los soldados se hicieron más numerosos en Francia que los clérigos y los edificios militares (tanto barracones como fortalezas) hicieron empequeñecer hasta las catedrales y monasterios más grandes.

«Luis el Grande» (como sus aduladores lo llamaban) también construyó un vasto complejo en Versalles, justo a las afueras de París (utilizando el mismo equipo de arquitectos, pintores y diseñadores de jardines que habían construido Vaux-le-Vicomte para Fouquet), en el que tomaba las decisiones, ejercía su patrocinio de las artes y, con algo de ayuda de sus secretarios, preparó sus *Réflexions sur le métier de roi (Memorias sobre el arte de gobernar)*, donde justificaba su afirmación del ejercicio del poder absoluto no sólo basándose en que los monarcas eran los lugartenientes de Dios en la Tierra (aunque Luis creía firmemente que esto era verdad), sino en que en ellos se reunían unas cualidades únicas tanto por naturaleza como por crianza. La herencia, sostenía, dota a los soberanos de una inteligencia natural superior; pero para triunfar (como él) deben de todas formas esforzarse en «el arte de reinar» (*le métier de roi*). Gracias a su dedicación, apuntaba Luis con suficiencia, él entonces dominaba tanto Francia como a sus vecinos[76].

Luis mostraba una inflexibilidad similar en su política exterior y en la interior. Al igual que sus predecesores Richelieu y Mazarino, consideraba la cristiandad como una jerarquía en la cual algunos Estados desempeñaban de forma natural un papel más importante que otros: por tanto, creía que un perdurable «equilibrio de poder» en Europa requería el predominio de Francia, y verdaderamente le causaba asombro que otros Estados consideraran su Reino como una amenaza peligrosa que había que mantener a raya, en lugar de como el garante de su estabilidad. Sin embargo, los temores a un dominio francés ya existían cuando Luis ascendió al trono. En 1644, un representante sueco enviado a Westfalia señaló a su homólogo imperial que él «no ignoraba el hecho de que [los franceses] aspiraban a la superioridad y a convertirse en los árbitros de los asuntos del mundo», e indicó que Suecia se opondría a ello; por su parte, uno de sus colegas franceses apuntó: «En mi humilde opinión sería más ventajoso ganar menos, con el verdadero y cordial afecto de los alemanes, que conservar más teniendo que renunciar a su amistad». Dos años más tarde, otro diplomático francés advirtió a su gobierno: «Si Breisach, Pinerolo y Perpiñán no son suficiente para asegurar nuestras fronteras, no dudo de que a nosotros nos ocurrirá lo mismo que a los españoles por querer extender tanto su poder[77]». Luis no hizo caso. Todas las conferencias de paz mantenidas durante su reinado —la de los Pirineos en 1659, Breda en 1668, Nijmegen en 1678, Rijswijk en 1697 y Utrecht en 1713 — se convocaron para poner fin a una guerra que Francia había comenzado.

Plus ça change?

La ignorancia de Luis era reflejo de su educación. Incluso antes de convertirse en el preceptor del rey, François La Mothe Le Vayer había escrito: «No puede negarse que el arte de gobernar un pueblo y someter a sus enemigos, que es la verdadera vocación de los príncipes, se basa principalmente en la acción más

que en el pensamiento»; y que «una de las grandes máximas de los políticos es que un rey debe librar la guerra en persona, porque alguien que sólo es rey en su palacio corre el riesgo de encontrar a su dueño en el campo de batalla». A los trece años, cuando comenzó su formación militar práctica, Luis ya había traducido los *Comentarios* de Julio César completos del latín al francés; y pasó los siguientes cinco años aprendiendo cómo luchar con pica y mosquete, cómo atacar y defender fortalezas, y cómo mandar. La única excepción era la aritmética, que La Mothe Le Vayer consideraba cosa de comerciantes y «algo inapropiado para un rey», privando de este modo a Luis de una herramienta vital para evaluar los costes de sus decisiones políticas[78].

No obstante, al igual que Richelieu y Mazarino, Luis XIV libró sus guerras en un momento en el que la adversidad climática redujo los recursos disponibles. Los datos de los anillos arbóreos referentes a la Francia occidental muestran un largo período de temperaturas más frías y más secas a finales del siglo XVII, junto a varios años de extrema adversidad climática. El año de 1672, cuando comenzó la guerra holandesa, fue testigo de la peor cosecha de la década (a causa de una sequía seguida de lluvias torrenciales), y las de los dos años siguientes no fueron mucho mejores. Luego llegó 1675, un «año sin verano», consecuencia sin duda de la potente erupción de dos volcanes en el sureste de Asia. En julio, en París, *madame* de Sévigné se quejaba a su hija: «Hace un frío horrible: tenemos encendidas las chimeneas, igual que tú, lo cual es completamente anormal». Su hija vivía en Provenza, donde el escritor de un diario lamentaba que «las estaciones fueron tan caóticas que todos los cultivos resultaron increíblemente tardíos» y predecía que no se recolectarían hasta finales de octubre, «algo nunca visto antes aquí». Tenía razón: la cosecha de la uva de 1675 maduró más tarde en toda Francia que en cualquier otro año desde que empezaron a registrarse estos datos, esto es, 1484. En Languedoc, John Locke señaló que «las

rentas de las tierras en Francia habían descendido más de la mitad en estos últimos años debido a la pobreza de la gente y la falta de dinero», en tanto que «a comerciantes y artesanos se les va más de la mitad de sus ganancias en impuestos[79]».

Cierto es que Luis tomó algunas medidas para aminorar los efectos adversos del cambio climático. Durante la hambruna de 1661, compró grano en Aquitania, Bretaña y el Báltico, y lo llevó a la capital —algo que ni Richelieu ni Mazarino habían intentado— y este procedimiento se convirtió en el habitual para el gobierno central francés en tiempos de escasez, para el resto del *Ancien Régime* y más allá. En el resto de lugares, sin embargo, el rey mostró poca preocupación, y así, cada período de adversidad climática no sólo acarreó una hambruna, sino un brote de rebeliones populares. Al menos trescientas revueltas estallaron en 1661-1662, de las cuales algunas no lograron aplastarse hasta la llegada de tropas, y en 1675 se produjeron protestas populares en la Francia occidental, desde Burdeos hasta Nantes. Las de la Baja Bretaña alcanzaron los niveles de levantamientos anteriores. Luis había introducido varios nuevos impuestos indirectos para financiar la guerra holandesa —entre los más destacados, un impuesto sobre todos los productos hechos con hojalata, un monopolio estatal sobre el tabaco y un impuesto de timbrado para todos los documentos legales— y obligó al *parlement* a registrarlos. Al igual que anteriormente, las subidas de impuestos durante un período de adversidad climática provocaban gritos de «larga vida al rey, sin impuestos especiales». Varias ciudades bretonas vivieron asaltos a las oficinas donde se emitía el papel sellado, en tanto que los campesinos entraban por la fuerza y saqueaban las mansiones y castillos de sus señores. Para septiembre de 1675, el movimiento ya contaba con un líder, el abogado Sébastien Le Balp, un nombre colectivo (*les bonnets rouges*: «los boinas rojas»), y varias listas publicadas de quejas; pero todo se fue al traste cuando un noble consiguió asesinar a Le Balp y las tropas regulares

entraron en el ducado para llevar a cabo represalias sistemáticas. Luis firmó una amnistía general en febrero de 1676, de la que excluyó a más de 150 personas (incluidos un caballero, un notario y catorce sacerdotes), a fin de concentrarse en la siguiente campaña.

El «año sin verano» acarreó, por tanto, consecuencias similares a las que siguieron a los desastres climáticos de la primera mitad del siglo XVII, pero se dieron tres diferencias. La primera, que las revueltas de 1675 no produjeron secuelas ni atrajeron apoyos de los aristócratas. Luis XIV no tuvo que enfrentarse a más Frondas. La segunda, que dejaron un legado visual permanente. El rey ordenó a sus tropas «decapitar» las torres de las iglesias de Bretaña cuyas campanas habían llamado a congregarse a los insurgentes, y algunas de las torres así truncadas permanecen todavía como escueto recordatorio de la revuelta y sus consecuencias. Por último, como ya se ha señalado, las tarjetas de registro («fichas») reunidas para cada uno de los miles de hombres que se alistaron en el ejército revelan un estatura media de sólo 161 centímetros (cinco pies y tres pulgadas) para los nacidos entre 1666 y 1694; y de ellos, la media más baja de todas, de 159 centímetros, corresponde a los nacidos en 1675. Por otra parte, de entre el grupo más desfavorecido, los nacidos en el oeste de Francia, es decir, en las áreas que se habían rebelado, constituyen la generación más baja de franceses registrada *nunca*[80]. Esto viene a avalar las afirmaciones efectuadas por algunos súbditos de Luis, desde *madame* de Sévigné a Sébastien Le Balp, de que las condiciones a las que se enfrentaron «no tuvieron paralelo en siglos pasados». Ni siquiera el Rey Sol pudo plantarle cara a la Pequeña Edad de Hielo

11

La Monarquía Estuardo: el camino hacia la guerra civil, 1603-1642[1]

La historia de la Inglaterra del siglo XVII siempre ha suscitado controversia. En 1659, John Rushworth publicó el primer volumen de una obra titulada *Historical collections or private passages of state [Colecciones históricas o pasajes privados de Estado],* dedicado al lord protector Richard Cromwell, en el que trazaba los orígenes de la guerra civil inglesa desde un punto de vista republicano. Desde la década de 1620, Rushworth había ocupado una diversidad de cargos que le había permitido ser testigo de importantes acontecimientos y recopilar gran cantidad de material impreso y manuscrito (*lámina 13*). En 1682, el clérigo James Nalson publicó una alternativa monárquica a la de Rushworth, titulada *An impartial collection of the great affairs of State [Una colección imparcial de los grandes asuntos de Estado]*, dedicada «a la más excelente majestad del rey». Aunque ambos autores terminaban con la ejecución de Carlos I en enero de 1649, Rushworth comenzaba con la revuelta de Bohemia de 1618 y la reacción de Carlos y su padre Jacobo I, y (como Nalson señalaba) achacaba implícitamente a la Monarquía «la culpa de todas las calamidades y miserias de la última rebelión». Nalson, en cambio, comenzaba con «la rebelión escocesa» contra el rey Carlos en 1637, una elección cronológica que ponía la culpa en los enemigos del rey y acusaba a su predecesor de haber incluido sólo documentos que «justificaban las acciones de los rebeldes». Rushworth ignoró sabiamente estas pullas: «El doctor Nalson —escribió a un amigo— me cree equivocado; pero yo dejo a la Posteridad que me juzgue[2]».

Hoy, la posteridad puede basarse en muchos más recursos que Rushworth o Nalson. Muchos de los principales protagonistas

dejaron constancia de sus pensamientos más íntimos y justificaron sus acciones por escrito, lo que permite que actualmente los historiadores puedan relacionar sus testimonios con otros registros escritos, así como con otras fuentes relativas a la climatología de la época. Estos datos, más abundantes y variados que los que cualquier otro país podía tener en el siglo XVII, hacen posible no sólo reconstruir cómo Carlos I y sus súbditos de Gran Bretaña e Irlanda «llegaron a pelearse» entre sí (en palabras de Rushworth), sino examinar con exactitud cómo las causas humanas y naturales interactuaron para producir este resultado. Y entonces podremos «juzgar».

«Gran Bretaña»: una herencia problemática

Las guerras civiles habrían sido imposibles sin la creación de un nuevo Estado compuesto en 1603, cuando Jacobo VI de Escocia heredó Inglaterra, Gales, Irlanda y las islas del Canal de su prima sin descendencia, Isabel Tudor. Fue una unión desigual desde el principio. La población de Irlanda en 1603 era de alrededor de 1,5 millones, y la de Escocia estaba muy por debajo de un millón, en tanto que la de Inglaterra superaba los cuatro millones. La disparidad fue aún mayor un siglo más tarde, cuando estas cifras ya habían alcanzado los 2,5, uno y seis millones respectivamente. Londres, que en 1603 tenía 250 000 habitantes (y puede que el doble en 1640) no tenía parangón dentro de la Monarquía Estuardo. El contraste sobrepasó al rey Jacobo, que admitió avergonzado ante el Parlamento que «mis tres primeros años [en Inglaterra] fueron para mí como unas Navidades» por lo que podría haber parecido que «el rey estaba embriagado con su nuevo Reino[3]».

Inglaterra y Escocia habían pasado gran parte de los cuatro siglos anteriores en guerra, dejando un poso de odio y sospecha mutuos, y las diferencias económicas, sociales y políticas de los dos reinos sólo eran superadas por sus incompatibles sistemas y

doctrinas religiosas, cada uno de ellos aplicados a través de una amplia variedad de leyes y tribunales. Aunque ambos Estados eran oficialmente protestantes, en Escocia los obispos nombrados por el rey se enfrentaban a unas asambleas regionales (conocidas como presbiterios) de ministros parroquiales que seguían la teología de Juan Calvino; mientras que en Inglaterra, el monarca, que también era el jefe de la Iglesia, nombraba a todos los obispos y defendía una teología protestante hostil tanto frente a católicos como a calvinistas (conocidos por lo general como presbiterianos). Los católicos de Inglaterra inspiraban un odio y un temor desproporcionados porque, pese a representar menos del 5 por ciento de la población total, entre ellos se contaban muchos seguidores ilustres (incluidas las esposas tanto de Jacobo como de su hijo Carlos y muchos de sus cortesanos), así como algunos extremistas (como el grupo liderado por Guy Fawkes, que en 1605 trató de hacer volar por los aires a la familia real y las dos Casas del Parlamento en la Conspiración de la Pólvora).

También Irlanda resultó ser una herencia problemática. En 1603, tras una enconada lucha de nueve años, las fuerzas inglesas consiguieron aplastar una importante rebelión católica, apoyada por España, y poco después Jacobo confiscó las tierras de muchos exrebeldes y se las entregó a colonos procedentes de Inglaterra. Para 1640, unos 70 000 ingleses y galeses, y alrededor de 30 000 escoceses, se habían asentado en el Úlster (la provincia noroccidental de la isla), la mayoría de ellos en nuevas ciudades y en «plantaciones» (tierras confiscadas a los nativos irlandeses y entregadas a grupos de emigrantes ingleses). Estos recién llegados se unieron a la Iglesia protestante de Irlanda (inspirada en gran medida en la Iglesia de Inglaterra, con obispos nombrados por la Corona), o a una de las cada vez más numerosas comunidades presbiterianas; pero en todas partes su número siguió siendo muy inferior al de los católicos obedientes, a los obispos y abades designados por Roma.

La geografía también representaba un grave problema para un gobierno eficaz del nuevo Estado compuesto. Incluso Inglaterra poseía algunos «rincones oscuros del territorio» (como Westmoreland y los Cambridgeshire Fens) donde eran pocos los que seguían los dictados religiosos y políticos de Londres, mientras que gran parte de Gales se mostraba todavía menos dócil aún. En Irlanda, ríos y pantanos separaban el incondicional interior católico de los enclaves protestantes de la costa y del Úlster. Por otra parte, las órdenes y los recursos enviados desde Londres podían tardar semanas en cruzar el mar de Irlanda, que las tempestades o los frecuentes vientos del oeste a menudo hacían infranqueable. Y aunque Jacobo se jactaba ante el Parlamento inglés diciendo: «En cuanto a Escocia, tengo que decir con orgullo: desde aquí la gobierno con mi pluma; lo que escribo, se hace», y aunque los mensajes del rey por lo general tardaban cuatro días en viajar entre Londres y Edimburgo, los jefes de los clanes en las Highlands y las islas solían ignorar a la Corona y seguían embarcados en las encarnizadas contiendas y rivalidades que venían manteniendo desde hacía siglos[4].

Para vencer esta diversidad y protegerse «contra toda rebelión civil e intestina», el rey Jacobo se esforzó por promover una lealtad común entre sus súbditos. Asumió el título de «rey de Gran Bretaña» y declaró que «su deseo sobre todas las cosas era dejar a su muerte un solo culto a Dios, un Reino gobernado por entero [y] una uniformidad legal» en todos sus dominios. En Irlanda, sus representantes completaron el trabajo de sus predecesores para imponer la ley y las prácticas administrativas inglesas hasta que, en 1612, según un funcionario aficionado a las metáforas, «el reloj del gobierno civil [en Irlanda] está ahora bien asentado y todos sus engranajes se mueven ordenadamente; las cuerdas del harpa irlandesa, que el magistrado civil pulsa, tocan la misma melodía». Ésa «melodía» fue haciéndose cada vez más protestante. Los católicos perdieron su mayoría en el Parlamento irlandés,

gracias a la concesión de títulos irlandeses a protestantes británicos y de escaños parlamentarios a las nuevas ciudades del Úlster, y, cuando algunos líderes católicos protestaron, Jacobo los denigró como «medio súbditos míos, porque entregáis vuestra alma al papa y a mí sólo el cuerpo, e incluso eso, vuestra fuerza corporal, la dividís entre mi persona y la del rey de España». Así pues, sus esfuerzos por promover tanto la influencia religiosa como política de la minoría protestante irlandesa continuaron[5].

Jacobo también luchó por «anglicanizar» su Escocia natal. En los asuntos seculares actuaba a través del Consejo Privado, un cuerpo de nobles y funcionarios con base en Edimburgo cuyas proclamaciones tenían carácter de ley. A partir de 1612, un comité permanente del Parlamento escocés, conocido como los *Lords of the Articles*, encargado de elaborar la legislación que luego tenía que aprobar la asamblea al completo, permitía a Jacobo controlar la agenda parlamentaria. A veces surgían disputas sobre los impuestos —que entre 1606 y 1621 se triplicaron— pero al final cada aumento acababa siendo aprobado. La única área normativa de actuación en la que Jacobo encontró una vehemente resistencia fue la religión. Cuando regresó en persona a Escocia en 1617 y trató de imponer las prácticas litúrgicas inglesas en la Asamblea General de la Iglesia, sus esfuerzos provocaron el primer debate público en la Gran Bretaña estuardiana sobre los límites de la autoridad real. Cuando el ministro presbiteriano David Calderwood explicó su negativa a obedecer los mandatos directos del rey sobre el culto religioso, Jacobo replicó:

> REY: Le diré lo que es la obediencia. Cuando el centurión le decía a sus criados, a un hombre, ve, y el hombre iba, y a este otro, ven, y venía: eso es la obediencia.
>
> CALDERWOOD: El sufrimiento, señor, es también obediencia, aunque no del mismo tipo…
>
> REY: Mire, yo estoy aquí. Y soy el rey. Y yo puedo pedirle lo que quiera y cuando quiera.

Aunque Jacobo logró silenciar a Calderwood durante algún tiempo ordenando su deportación a Virginia, acabó perdiendo el debate, porque cualquier gobernante que necesita justificar su autoridad ante sus súbditos automáticamente la debilita[6].

Poco después de producirse este diálogo, algunos acontecimientos extranjeros vinieron a socavar aún más la autoridad del rey. El elector Federico del Palatinado, esposo de la hija de Jacobo, Isabel, aceptó la Corona de Bohemia y provocó un contraataque tanto por parte de fuerzas austríacas como españolas, que confiscaron sus tierras hereditarias (*véase capítulo 8*). Jacobo decidió acudir en ayuda de su yerno de dos formas: primero, enviándole dinero y (más tarde y muy a regañadientes) tropas; y la segunda, tratando de casar a su hijo y heredero Carlos con una princesa española, con la devolución del Palatinado a Federico como su (verdadera) dote. Cuando las negociaciones de boda empezaron a languidecer, en 1623, Carlos viajó a Madrid junto con el duque de Buckingham, el valido de su padre, para promover en persona su propuesta. Entretanto, para facilitar el «enlace español», Jacobo relajó sus políticas anticatólicas en Inglaterra, una medida susceptible de provocar la alarma y la desafección de sus súbditos protestantes en cualquier momento y, especialmente, durante una depresión económica.

El otoño del *Niño* de 1621 desembocó en unas lluvias torrenciales que arruinaron la cosecha en toda Gran Bretaña. En Escocia, «nunca se había visto en este país, en tan poco tiempo, tamaño desajuste en los precios de los alimentos; ni mayor miedo a la hambruna o a la escasez de semillas para sembrar la tierra». Al poco tiempo, «todo el mundo trataba de librarse de todas las personas de las que pudieran prescindir», es decir, de despedir a empleados y sirvientes. «Daba pena escuchar los lamentos no sólo de los mendigos vagabundos, sino también de personas honradas». En el norte de Inglaterra también había muchos «mendigos vagabundos». En 1623, el vicario de Greystoke, Cumbria, ente-

rró a «un pobre hombre falto de socorro» en enero; a «un pobre niño vagabundo muerto por el hambre» en marzo; y a «un pobre hombre desprovisto de medios para vivir» en mayo. Los matrimonios en Greystoke, como en el resto de Inglaterra, descendieron a su nivel más bajo entre 1580 y 1640 (porque nadie podía permitirse establecerse en una nueva casa), en tanto que el número de hijos se redujo a la mitad (a consecuencia de la abstinencia o de la amenorrea). Incluso en las áreas que normalmente exportaban grano, los magistrados temían que «esta época de tan extraordinaria necesidad, tanto de maíz como de trabajo», «generara una peligrosa desesperación entre los de su condición[7]».

Entre tales tensiones, y con los tratados, poemas y sermones ingleses sin dejar de clamar en contra del «enlace español», algunos embajadores extranjeros predijeron una rebelión en caso de que Carlos se trajera una novia española. Pero las negociaciones de boda fracasaron y el regreso del príncipe soltero precipitó un júbilo exultante. Carlos y Buckingham se convirtieron en héroes nacionales y aprovecharon su popularidad convenciendo a Jacobo para que declarara la guerra a España, principalmente para presionar a Felipe IV a que devolviera los estados confiscados de Federico del Palatinado. Para costear la guerra, Jacobo convocó al Parlamento, donde Carlos y Buckingham persuadieron a la Cámara de los Comunes para que destituyera a un ministro que se oponía a la guerra y a continuación votara a favor de la recaudación de 300 000 libras a través de nuevos impuestos para financiarla.

Aunque esta asamblea se ganó el calificativo de *Felix Parliamentum*, «Parlamento Feliz», generó dos graves problemas para Carlos. En primer lugar, el recurso a la impugnación (frecuente en el siglo XV, pero poco empleado desde entonces) establecía un peligroso precedente que podía utilizarse contra cualquier funcionario real que no fuera del gusto del Parlamento. Segundo, como el propio Jacobo había comunicado al Parlamento muchos

años antes, «un rey prudente no declarará la guerra a otro sin haber hecho primero provisión de dinero», pero en 1624, aunque según las previsiones la guerra con España costaría un millón de libras al año, la Hacienda inglesa no contaba con dicha «provisión». Esta falta de dinero convirtió a la Corona en rehén del Parlamento mientras duraran las hostilidades, y Carlos volvió a reunir al Parlamento nada más suceder a su padre en marzo de 1625 y solicitó más fondos para llevar adelante la guerra. Los enconados debates que marcaron tanto esta sesión como las tres siguientes destruyeron la popularidad del rey, así como la unidad nacional creada tras el fracaso del enlace español. Según Richard Cust, el más perspicaz biógrafo del rey, «la luna de miel de Carlos con el pueblo inglés había terminado». ¿Cómo pudo terminar tan rápido[8]?

«La crisis de los Parlamentos».

Una razón importante para el desencanto popular vivido a finales de la década de 1620 quedaba fuera del control de Carlos. Apenas acababa de conseguir la declaración de guerra contra España cuando otra racha de malas cosechas hizo subir los precios de los alimentos y redujo drásticamente la demanda de productos manufacturados. Los magistrados de Buckinghamshire se quejaron en 1625 de que la pobreza «obliga a muchos a robar o padecer hambre», mientras que los de Lincolnshire opinaban que «el país nunca ha pasado tanta necesidad como ahora» e informaban de que miles de personas habían «vendido todo lo que tenían, incluso su colchón de paja, y no pueden encontrar trabajo para ganar algo de dinero. La carne de perro se ha convertido en un plato exquisito que en muchas casas se afanan por conseguir». Mientras, un brote de peste en Londres acabó con la vida de unas 40 000 personas y produjo el cese del comercio. En Essex, un condado por lo general próspero, «casi nadie ha podido cosechar ni la mitad del maíz normal, los sastres no logran vender sus artículos, ni tampoco granjeros ni comerciantes consiguen ningu-

na venta por culpa de la infección que asuela Londres». La climatología adversa continuó: en la isla de Wight, por lo general exportadora de grano, un terrateniente anotó en 1627 que «el frío del verano y la gran cantidad de lluvia caída en agosto y septiembre» arruinaron la cosecha, y que «el invierno de 1629 fue uno de los más húmedos que he visto nunca. Llovió casi todos los días», causando la muerte de casi todo el ganado y destruyendo el trigo de invierno. Al mismo tiempo, una epidemia de viruela especialmente dañina mató y desfiguró a mucha gente, además de interrumpir los viajes y el comercio. Carlos difícilmente podía haber elegido peor momento para empezar una guerra[9].

El rey acabó de empeorar la situación con dos decisiones. Por un lado, con la esperanza de forjar un alianza contra los Habsburgo en apoyo de su política en el Palatinado, propuso matrimonio a Enriqueta María de Francia, pero el hermano de ésta, Luis XIII, exigió un cierto grado de tolerancia para con los católicos ingleses antes de aceptar. Por tanto, Carlos volvió a dejar en suspenso las leyes penales, provocando de este modo la predecible agitación anticatólica. Por otro lado, él y Buckingham (todavía el valido real y principal ministro) decidieron gastar los fondos votados por el Parlamento para la nueva guerra en dos ambiciosas empresas: un ejército para levantar el asedio español sobre la ciudad holandesa de Breda y una flota para capturar la ciudad portuaria española de Cádiz. Para cuando Carlos se reunió con su segundo Parlamento en 1626, ambas operaciones habían fracasado (*véase capítulo 9*) y estos reveses, unidos a la hambruna, la peste y la no persecución de los católicos, produjeron una desesperación generalizada.

El Parlamento inglés era un órgano inestable. Con casi 150 pares en la Cámara de los Lores y más de quinientos miembros en la Cámara de los Comunes, constituía la asamblea representativa más amplia de principios del mundo moderno; y, dado que

cada hombre libre con propiedades por valor de dos libras podía votar, unas elecciones generales de «miembros del Parlamento» (MP, como se conocía a los que se sentaban en la Cámara de los Comunes) podían implicar a más de 500 000 personas. Por otra parte, dado que ambas Cámaras solían celebrar sus debates en el palacio de Westminster, sede también de los tribunales, el Parlamento funcionaba a la vista de miles de espectadores: abogados, demandantes y solicitantes, sirvientes, familias y asesores, personas que deseaban ver y ser vistas, y aquellos que pretendían influir en el resultado. Finalmente, la propia Londres —donde casi una tercera parte de todas las familias vivían al borde o por debajo del nivel de la pobreza, y en torno a 6000 jóvenes de ambos sexos llegaban cada año en busca de empleo— constituía una inmensa reserva de malestar potencial. De modo que conseguir la aprobación de las propuestas de la Corona y evitar cualquier intento de aprovechar sus necesidades fiscales para obtener concesiones requería una cuidadosa «gestión» no sólo en las elecciones generales, sino también en las dos Cámaras y en la capital, durante las sesiones del Parlamento. Ningún gobierno del siglo XVII logró superar con éxito estas tareas vitales, generando de este modo una inestabilidad básica y recurrente en el corazón del Estado[10].

Carlos convocó y a continuación disolvió el Parlamento tres veces entre 1626 y 1629. En cada caso, la Cámara de los Comunes empezó culpando a la Corona de perseguir unas políticas desastrosas y exigiendo solución a sus quejas antes de votar a favor de dar dinero para financiar las guerras del rey; Carlos se ofendió ante sus demandas, trató de someterla mediante intimidación, arrestando a los miembros más recalcitrantes, y cuando sus esfuerzos fracasaron, la disolvió. Dado que la guerra con España continuaba, en ausencia de financiación parlamentaria, el gobierno recaudó dinero pidiendo préstamos a destacados súbditos (y encarcelando a los que se negaron a darlo) e imponiendo rega-

lías (como el alojamiento de tropas en casas de particulares). Pero la decisión de Carlos en 1627 de declarar también la guerra a Francia lo obligó a convocar otro Parlamento. Había muchas cosas en juego cuando al año siguiente se celebró la reunión. En palabras de un MP: «*Ésta es la crisis de los Parlamentos. Veremos si de ella los Parlamentos salen vivos o muertos*», añadiendo perspicazmente: «Nuestras vidas, nuestras fortunas, nuestra religión, dependen de la resolución que adopte esta asamblea», porque «si el rey señala un camino, y la gente otro, nos hundiremos todos[11]». No obstante, algunos MP se negaron a votar a favor de más impuestos hasta que Carlos hubiera corregido lo que ellos consideraban abusos de los años anteriores, invocando principios y precedentes extraídos de un cuidadoso estudio de la historia y de los clásicos. «Todo hombre sabe», afirmó un MP, que «nuestras casas son nuestros castillos, y tener a estos "huéspedes" entre nosotros, nuestras esposas e hijos, constituye una violación de las leyes». «El objetivo de nuestro discurso es reivindicar las libertades fundamentales del Reino», declaró otro. Tras varias semanas de amplio debate, los MP presentaron sus diversas quejas en un solo documento, conocido como *La petición de derecho*, que no sólo exigía a la Corona que suspendiera el alojamiento de soldados y marineros en casas particulares y dejara de someter a los civiles a la ley marcial, sino que también prohibía la implantación de impuestos sin el consentimiento parlamentario y el encarcelamiento de cualquier súbdito sin presentar causa justificada —dos prerrogativas que Carlos consideraba parte integrante del poder monárquico—. También suplicaban a Carlos que «considerara más en profundidad el actual estado de su Reino» y destituyera a su valido, el duque de Buckingham, a quien culpaban de «los lamentables desastres y desdichados acontecimientos que habían acompañado todos sus designios y acciones». El rey volvió a responder con la disolución inmediata del Parlamento[12].

Para cuando firmó la paz tanto con Francia como con España, en 1630, sus deudas representaban cuatro veces sus ingresos anuales. Por otra parte, tanto la mala situación económica como el mal tiempo continuaban: 1629 fue el año de «una inundación tan asombrosa y enorme como no se había visto en cuarenta años»; 1630, el de una mala cosecha generalizada; el verano de 1632 fue «el más frío que ningún ser humano haya vivido nunca»; la primavera de 1633 fue «húmeda, fría y ventosa», y al otoño siguiente «la siembra fue terriblemente mala»; en el verano de 1634 hubo una sequía; y el invierno siguiente hizo un «frío tan intenso» que todo el Támesis se congeló. Luego vinieron dos veranos de sequía, siendo la de 1636 tan «excesiva» que «todo el mundo afirma no recordar una desgracia igual en Inglaterra, cuyo clima por lo general húmedo ha cambiado tanto que los árboles y las tierras tienen tan poco fruto como en el más crudo de los inviernos[13]».

No obstante, Carlos se las arregló para gobernar sin Parlamento durante once años, en parte porque el comercio exterior de Inglaterra experimentó una rápida expansión: dado que la guerra asolaba Europa cuando Gran Bretaña disfrutaba de paz, muchos comerciantes enviaban sus mercancías a través de puertos ingleses, pese a los altos aranceles aduaneros. Para 1639, el rey ya había pagado sus deudas y elevado sus ingresos anuales a 900 000 libras, casi el doble que una década antes. Sin embargo, los aranceles representaban sólo la mitad de la aumentada renta del rey. La mayor parte procedía de la inflexible aplicación de los «derechos de regalía», como las multas por infringir las normas relativas a los bosques propiedad de la Corona, los pagos efectuados por los candidatos a ser nombrados caballeros, y (lo más lucrativo de todo), el «dinero para barcos», un impuesto para financiar la Marina real. Las dudas legales rodearon cada una de estas fuentes de ingresos extraparlamentarios. Los aranceles consistían principalmente en un antiguo impuesto conocido como «tonela-

je y peso en libras», que el Parlamento de 1625 había concedido a Carlos para un solo año; a partir de entonces sus funcionarios lo habían venido recaudando sin el consentimiento parlamentario. Las multas forestales aumentaron en gran medida debido a que los abogados de la Corona ampliaron arbitrariamente las fronteras de los bosques reales hasta sus límites de la época medieval; mientras que el «dinero para barcos», que no tenía precedente salvo en los condados marítimos, se recogía ahora en todas partes. Cuando unos cuantos súbditos arrojados cuestionaban la legalidad de cada una de estas exacciones fiscales, Carlos presentaba un caso de prueba ante los tribunales —y en todas las ocasiones los jueces dictaminaron a su favor—. Los tribunales del rey, anteriormente los árbitros de las vidas de sus súbditos, se habían convertido en agentes partidistas. Cuando en 1637 los jueces ratificaron la legalidad del dinero para barcos, algunos terratenientes de Kent argumentaron que su rey era en ese momento «más absolutista que cualquiera de Francia o del gran ducado de la Toscana[14]».

Carlos también se esforzó por ser «más absolutista» en asuntos religiosos. Aunque no hizo cumplir las leyes contra los católicos, persiguió a los presbiterianos. Durante la década de 1630, sus obispos aplicaron la conformidad con la doctrina y la liturgia de la Iglesia de Inglaterra citando a los resistentes —y había miles— ante los tribunales eclesiásticos y, una vez condenados, aplicándoles unas penas severas. Los que no se doblegaban, comparecían ante los tribunales del rey, especialmente ante el Alto Tribunal y la Cámara Estrellada, donde recibían sentencias aún más duras. El ejemplo más llamativo tuvo lugar en 1637, poco después de la decisión sobre el dinero para barcos, cuando la Cámara Estrellada condenó a tres destacados críticos del episcopado: William Prynne, Henry Burton y John Bastwick. Los tres eran caballeros que habían asistido a la universidad y contaban también con conocimientos profesionales (Prynne como abogado, Burton como

predicador y Bastwick como médico). A instancias de William Laud, arzobispo de Canterbury y principal consejero del rey en asuntos eclesiásticos, los jueces de la Cámara Estrellada (entre los que se incluía Laud) acusaron a cada uno de ellos de libelo sedicioso y los condenaron a pagar una exorbitante multa (5000 libras, el equivalente aproximado a un millón de libras de hoy en día), a cadena perpetua sin acceso a sus familiares, ni a pluma, tinta o papel, y, a pesar de su elevado estatus, a que el verdugo común les cortara las orejas en una degradante ceremonia pública. Este salvajismo, unido al flagrante desprecio hacia el estatus social que representaban, provocó una indignación generalizada. Muchos consideraron a estos tres hombres como mártires[15].

Aunque estas victorias legales del rey hicieron refunfuñar a algunos, muchos de los súbditos del rey Carlos probablemente habrían estado de acuerdo con Edward Hyde, un eminente realista y autor de la influyente *History of the rebellion and civil wars in England [Historia de la rebelión y la guerra civil en Inglaterra]*, cuando afirmaba que, en que la década de 1630, Inglaterra «gozó de la mayor calma y felicidad de la que cualquier pueblo de cualquier época ha disfrutado por tanto tiempo seguido», más que con el veredicto de Nehemiah Wallington, un artesano londinense, que llevó a cabo una crónica de la década de 1630 con la intención expresa de «que la próxima generación pueda conocer los desdichados y miserables tiempos que nosotros vivimos». En todo caso, los que pensaban como Wallington tenían escasa oportunidad de expresar sus opiniones en tanto que el Parlamento continuara sin celebrar sesiones, y, como un observador manifestó, «nadie puede esperar un Parlamento salvo por alguna necesidad en este momento inimaginable[16]».

El éxito del gobierno personal de Carlos le exigía evitar dicha «necesidad» porque, como comentó Anzolo Correr, el embajador veneciano en Inglaterra, Carlos había «cambiado los principios que habían regido el gobierno de sus predecesores en el

trono [...], dejando de gobernar mediante el Parlamento, que era como lo habían hecho sus predecesores». Y continuaba:

> Está por ver si continuará y si podrá conseguir a través de la autoridad real lo que reyes anteriores lograron mediante la autoridad del Reino. Es una cuestión difícil, y tanto más peligrosa en este momento porque, según parece, el Reino se encuentra inquieto respecto a dos importantes asuntos, la religión y la reducción de la libertad del pueblo, que el rey ha alterado *[perturbate]* por completo. Esto desembocará en una grave confrontación, si no en una gran turbulencia *[gran turbolenza]*.

El embajador invocaba «el ejemplo de Enrique III, que sufrió prolongados desastres y agitación en lo que fueron denominadas "las guerras de los Barones"», cuatro siglos antes, porque, según Correr opinaba, «la gente está tan descontenta que si tuviera líderes —que no los tiene— sería imposible aplacarla». El análisis de Correr, admirable para Inglaterra, omitía por completo Escocia e Irlanda. Ni siquiera mencionaba los disturbios que tres meses antes habían sacudido Edimburgo e iniciado una cadena de acontecimientos que llevaría a Carlos a la guerra, produciría un formidable cuadro de «líderes» ingleses y crearía «prolongados desastres y agitación» mucho más dañinos que «las guerras de los Barones» contra Enrique III[17].

La revolución escocesa

Carlos había ofendido a los escoceses desde su acceso al trono en 1625 cuando, como parte de sus planes de movilización para la guerra contra España, resolvió crear entre sus reinos «una estricta unión y obligación de unos para con otros de cara a su mutua defensa»: una «Unión de Armas» inspirada en el malogrado plan de España (*véase capítulo 9*). A fin de obtener fondos con los que financiar el contingente escocés para el ejército de la Unión, el nuevo rey anunció una «revocación», un recurso utilizado tradicionalmente por los monarcas escoceses en su acceso al trono para reclamar tierras usurpadas a su predecesor inmediato; sin embargo, pese a los numerosos precedentes, la forma en la que Carlos presentó su iniciativa provocó una amplia oposición. Pese

a que al final, y muy a regañadientes, el rey hizo algunas concesiones, la versión definitiva (que entró en vigor en 1629) seguía requiriendo que aquellos que habían adquirido tierras de la Iglesia y de la Corona se las entregaran a él, antes de volver a recibirlas en condiciones menos favorables. Al igual que el Edicto de Restitución promulgado en Alemania aquel mismo año (*véase capítulo 8*), la Ley de Revocación posteriormente fue considerada incluso por los lealistas como «la raíz de todos los males». Reflexionando sobre la década de 1640, el historiador *sir* James Balfour veía en la revocación «el origen de todos los problemas que vinieron después, tanto para el gobierno como para la familia del rey», y creía que «había dejado el camino abierto a la rebelión[18]».

El resentimiento generado por la revocación apenas había amainado antes de que Carlos tomara medidas para crear una sola «forma de liturgia pública», de manera que igual que su Monarquía «tiene un solo Señor y una sola fe, también tiene un solo corazón y una sola boca [...] en las iglesias que están bajo la protección de un príncipe soberano». Sobre todo, el rey deseaba acabar con la «diversidad, es más, deformidad» del culto religioso que observó cuando volvió a Escocia en 1633, porque «no se utilizaba ninguna forma establecida o pública de oración, sino que predicadores, lectores o ignorantes maestros de escuela rezaban en la iglesia» de forma improvisada. De modo que encargó al enérgico pero inflexible William Laud que diseñara una solución[19].

Archie *el Loco*, el bufón escocés que entretenía a Carlos I y sus cortesanos con sus jocosos comentarios, vio el peligro inmediatamente. Al enterarse del plan de imponer una nueva liturgia en su tierra natal por proclamación regia, Archie se volvió hacia el arzobispo Laud y preguntó: «¿Quién es el loco ahora?» Laud le respondió prohibiendo su presencia en la corte y elaborando el Código de Cánones para Escocia, que proscribía el rezo improvisado y otras antiguas costumbres litúrgicas. Carlos lo publicó

en virtud de «nuestra prerrogativa real y autoridad suprema en causas eclesiásticas» —olvidando al parecer que la Iglesia de Escocia no reconocía dicha «autoridad suprema»—. El rey ordenó también que cada iglesia comprara y utilizara un Libro de Oraciones y, cuando le recordaron que no existía un Libro de Oraciones escocés, mandó a Laud que preparara uno en el que se incluyeran plegarias y responsos basados en la práctica inglesa (si bien no idénticos). A continuación, valiéndose de «nuestra autoridad real, como rey de Escocia», Carlos impuso el uso exclusivo del nuevo Libro de Oraciones, con efecto a partir del domingo 23 de julio de 1637. Los ministros que no adquirieran un ejemplar y lo utilizaran en esa fecha, serían declarados rebeldes y proscritos[20].

El rey había elegido un momento peligroso para innovar, dado que Escocia experimentó una climatología más extrema aún que la de Inglaterra. En junio de 1637, el Consejo Privado de Edimburgo promulgó una legislación de emergencia para afrontar una epidemia de peste, una grave falta de monedas, y una «escasez de vituallas» debido a la mala cosecha. Según el conde Lothian, uno de los terratenientes de Escocia preocupados por todo ello:

> La tierra se ha vuelto de hierro aquí […] y los cielos de metal este verano, hasta ahora ha habido tantas inundaciones y vendavales en la cosecha como nadie recuerda. Esto ha sacudido, podrido y se ha llevado el poco maíz que brotaba, ciertamente hay que ser ciego para no pensar que a esta tierra le ha llegado el Día del Juicio Final. Además, no hay monedas, de manera que los que tienen deudas no pueden pagar a sus acreedores y los pocos que tienen dinero lo guardan para aprovecharse al máximo de esta penuria y necesidad.

No es de extrañar que con la imposición del nuevo Libro de Oraciones, conocido burlonamente como «Liturgia de Laud», se desencadenara una revolución, sobre todo teniendo en cuenta que los que se oponían a él ya estaban más que predispuestos[21].

En abril de 1637, un grupo de ministros de la Iglesia encabezados por Alexander Henderson (un hombre de desconocidos

orígenes cuyas aptitudes como predicador y organizador pronto lo catapultarían a la fama internacional) se reunieron en secreto en Edimburgo con algunas «damas de la Iglesia presbiteriana» (las esposas de destacados presbiterianos) y las advirtieron de que el rey pretendía abolir las formas de culto tradicionales escocesas, de las cuales el rezo espontáneo formaba una parte fundamental, haciendo peligrar de este modo sus posibilidades de salvación. Un extraño accidente sirvió de confirmación irrefutable a la afirmación de Henderson: una vez el impresor del gobierno hubo corregido las pruebas de la Liturgia de Laud, éste las desechó, pero como el papel de calidad era muy apreciado, las pruebas fueron en seguida utilizadas en «las tiendas de Edimburgo para envolver especias y tabaco», llegando de esta forma al conocimiento público, y convenciendo a todo el mundo de que «la vida del Evangelio» les sería «arrebatada imponiendo a la Iglesia presbiteriana un libro de liturgia muerto». Las «damas de la Iglesia presbiteriana» autorizaron por tanto a sus doncellas que organizaran un escándalo cuando se utilizara por primera vez[22].

Las criadas así lo hicieron. Apenas el deán de Edimburgo había empezado a leer las nuevas oraciones marcadas durante el servicio matutino del domingo 23 de julio en la catedral de Saint Giles, en presencia de los jueces del rey y los magistrados de la ciudad, las jóvenes criadas, que estaban sentadas en sus banquetas plegables en la parte frontal, «empezaron a dar palmas, proferir palabras malsonantes y gritos, organizando tal alboroto en aquel sagrado lugar que nadie podía oír ni hacerse oír». A continuación, las muchachas lanzaron las banquetas en las que estaban sentadas contra el predicador y luego «hicieron pedazos todos los libros de oraciones». El deán, los jueces y magistrados salieron corriendo, y cuando intentaron utilizar el nuevo Libro de Oraciones en el servicio de la tarde, la multitud empezó a lanzarles piedras (*lámina 14*[23]).

Carlos respondió ordenando al Consejo Privado de Escocia que castigara a todos los «autores o actores» y se aprestara inmediatamente a imponer el uso del nuevo Libro de Oraciones. El Consejo convocó inmediatamente a los principales miembros del clero de Edimburgo, pero, en lugar de decretar castigos, éstos determinaron que «los libros de liturgia no podían utilizarse pacíficamente en las iglesias presbiterianas», y, por tanto, autorizaron a los ministros de la Iglesia a seguir predicando de la forma tradicional. También liberaron a los encarcelados por su implicación en los disturbios[24]. Henderson y sus colegas utilizaron este respiro para redactar una «petición» contra las innovaciones religiosas que le sería presentada al rey en nombre de los devotos nobles, burgueses y pastores. Carlos consideró este acto como sedición y ordenó la disolución del comité; pero en lugar de ello, Henderson, hábilmente asistido por Archibald Johnston de Wariston, un resuelto y piadoso abogado de Edimburgo, redactó una protesta formal que denominó *The national covenant [El pacto nacional]* para consolidar el apoyo popular. Aunque el *Covenant* decía salvaguardar «el verdadero culto a Dios, la majestad de nuestro rey y la paz del Reino por el bien de todos nosotros y para la posteridad», su contenido era profundamente subversivo, dado que condenaba todas las innovaciones en el gobierno eclesiástico y laico efectuadas desde la unión de 1603. Además, obligaba a los cabezas de familia escoceses a tomar juramento solemne y público de que defenderían, «hasta donde fueran capaces, con todos los medios a su alcance y con sus vidas», «la antedicha verdadera religión, libertades y leyes del Reino *contra todo tipo de personas, cualesquiera que sean*», una fórmula susceptible de ser utilizada como prueba de rebelión[25].

El tercer domingo de marzo de 1638, un día nombrado por Henderson y sus colegas como «solemne festividad religiosa para la firma», en cada parroquia escocesa la congregación se puso en pie y, con la mano derecha levantada, repitieron al unísono el ju-

ramento de mantener el *Covenant* «contra todo tipo de personas, cualesquiera que sean». A continuación firmaron con sus nombres, tras lo cual (informó Wariston) las gargantas de la multitud congregada profirieron «un grito [...] como nunca antes se había visto ni escuchado[26]». Wariston estaba en lo cierto: Escocia, y tal vez el mundo, jamás habían asistido a tal ejercicio de democracia popular. Tras otro sermón, un mensajero partió hacia Londres portando el *Covenant* junto con una lista de ocho demandas (redactadas por Wariston) «en las que se expresaban los deseos mínimos necesarios para mantener esta Iglesia y el Reino en paz» para presentárselas al rey. Wariston entonces «rezó al Señor para *protegernos del gran pecado de retroceder ni un ápice en esta causa de Dios*, sin vacilación ni temor mundano». Para Wariston al menos, no habría rendición ni negociación posibles[27].

El marqués de Hamilton, llegado a Escocia en calidad de representante personal de Carlos en junio de 1638, reconoció inmediatamente el peligro que suponía esta inflexibilidad. «La conquista completa de este Reino [Escocia] será una tarea difícil», advirtió al rey, aun cuando «estuviera seguro de la ayuda que Inglaterra puede prestarle»; pero el marqués proseguía con clarividencia:

> Temo que [los ingleses] no estarán tan dispuestos a esto como debieran, tanto más cuanto existen tantos espíritus maliciosos entre ellos que, en cuanto Su Majestad vuelva la espalda, estarán prestos a hacer lo que aquí se ha hecho, y que yo no dudo en calificar como rebelión. Inglaterra no anda falta de tribulaciones.

Carlos no hizo ningún caso. Dado que él creía que «no sólo mi Corona, sino mi reputación para siempre están en juego» en Escocia, informó a Hamilton de que nada «podría reducir a la gente a su obediencia, salvo la fuerza». Así pues, añadía imperiosamente, «prefiero morir a acceder a esas insolentes y detestables demandas», porque «acceder equivale a dejar de ser rey en muy breve plazo». Retomando el tema en otra carta, repetía: «Mientras este pacto [el *Covenant*] esté en vigor, no tengo más poder en

Escocia que un duque de Venecia, por lo que prefiero morir antes que aceptarla». Por tanto, reiteraba su determinación de utilizar una fuerza arrolladora para «aplastar la rebelión» allí[28].

Era, una vez más, un momento peligroso para proponerse planes tan ambiciosos. Por una parte, mientras que Escocia había vivido en 1637 «unas inundaciones, riadas y vendavales como nadie recuerda», el año siguiente fue el más seco que algunas de sus zonas habían sufrido en un siglo. Por otro lado, un nuevo embajador veneciano veía claramente que el gobierno personal de Carlos estaba condenado al fracaso. Advertía «una disposición a la revolución también en Inglaterra, para obligar al rey a obedecer las leyes» siguiendo «el ejemplo de los escoceses»; en tanto que «la gente de Irlanda se siente descontenta y maltratada por su virrey [Thomas Wentworth], sin consideración a sus privilegios ni a ninguna otra cosa. Como su clamor no parece impresionar a Su Majestad, también se queja amargamente». En resumen, concluía el embajador, «*el rey no tiene amigos en Inglaterra, y menos en Irlanda o Escocia, de modo que si no cambia su estilo de gobierno, el desastre se prevé irremediable*[29]».

Por entonces, Carlos autorizó cínicamente a Hamilton hacer algunas concesiones a los *covenanters*: «Haláguelos con las esperanzas que estime convenientes —escribió—, *su principal misión ahora es ganar tiempo […] hasta que yo esté preparado para acabar con ellos*». En octubre de 1638, dado que era demasiado tarde para una intervención militar, Carlos dio su consentimiento a la Asamblea General de la Iglesia escocesa para que se reuniera, por primera vez en veinte años, y cientos de ministros de su Iglesia y hombres piadosos (muchos de ellos profusamente armados) asistieron a su sesión de apertura. «Es más que probable que estas personas tengan algo más en mente que la religión», advirtió Hamilton (encargado de presidir la Asamblea en nombre del rey): más bien, «debemos usar la religión para tapar la rebelión», y

«llevarlos de nuevo al camino de la debida obediencia». Tampoco él veía otra alternativa que una invasión a gran escala[30].

A Wariston sólo se le ocurrían dos caminos por los que los escoceses podían escapar a su destino: el estallido de un conflicto en la propia Inglaterra («sea mediante un motín de los protestantes» o «una invasión por parte del rey de Francia»); o bien «la eliminación de Carlos por parte del cielo» —primera referencia conocida a la muerte del rey como solución a los problemas de la Monarquía Estuardo, una década antes de que se produjera—. Consciente de que estos propicios escenarios eran improbables en ambos casos, y sabedor de que la insistencia en que «la erradicación total de los obispos» implicaría «tomar las armas» para oponerse a la invasión inglesa, Wariston y sus colegas empezaron a estudiar las teorías de la resistencia política promovidas por algunos escritores del continente[31]. Ilustrados con estos conocimientos, empezaron a difundir sus puntos de vista mediante panfletos y sermones, cultivaron contactos con conocidos opositores a las políticas de Carlos en Inglaterra (con la esperanza de provocar un «motín» que disuadiera a Carlos de la idea de atacar Escocia) y persuadieron al gobierno sueco para que permitiera a los soldados escoceses a su servicio volver a casa y proporcionar a la vez armas y municiones. El canciller Axel Oxenstierna, que asociaba la causa de Escocia con la guerra de independencia de Suecia acaecida un siglo antes, envió finalmente casi treinta piezas de artillería pesada, 4000 mosquetes y 4000 armaduras, y liberó a trescientos soldados del servicio sueco, incluido el general Alexander Leslie, un veterano con treinta años de experiencia en la guerra continental.

El punto de inflexión

En 1639, estos refuerzos dieron a los escoceses una ventaja crítica en su enfrentamiento con el rey, que había decidido conducir personalmente a 20 000 hombres hasta la frontera escoce-

sa, mientras Hamilton, con la Marina real, bloqueaba la costa este de Escocia al tiempo que hacía desembarcar tropas para ayudar a los contrarios al *Covenant* del noreste, y un ejército irlandés invadía el suroeste. La estrategia era prometedora (cuatro años más tarde una invasión de Escocia desde Irlanda resultaría devastadoramente eficaz), pero tres fallos la hicieron fracasar. En primer lugar, los condes de Strafford y Antrim, que compartían el mando, se negaron a cooperar entre sí. Su único logro fue ganarse la enemistad del principal terrateniente del suroeste de Escocia, Archibald Campbell, conde de Argyll, que a raíz de ello decidió unirse a los *covenanters*. En segundo lugar, los realistas del noreste se rindieron antes de que llegaran los refuerzos ingleses. Y, por último, la climatología extrema retrasó la movilización del ejército inglés de Carlos. La primavera de 1639 trajo «una terrible tempestad de viento, rayos y lluvia» seguida de diez semanas de sequía, y a continuación del «viento más fuerte que he oído soplar nunca», para acabar con una «abundancia de lluvia [que] hizo imposible viajar» y «dos de los días más fríos» que «he vivido nunca». «Temo», expresaba preocupado un comandante realista, que si el frío «continúa, mate a nuestros hombres[32]».

Cuando los soldados reclutados por el ejército real se congregaron en York, su número «estaba muy por debajo de las expectativas del rey» y muchos carecían de armas. Según un funcionario que vio a las tropas del rey avanzar hacia Newcastle, «me atrevo a decir que nunca ha ido a la lucha un ejército tan poco preparado, inexperto y tan poco dispuesto [...]. Tienen tantas probabilidades de matar enemigos como de matarse entre ellos». Un eclipse solar ocurrido tres semanas más tarde, que muchos soldados «interpretaron» como «un mal presagio sobre el futuro del mal resultado de los problemas del rey», no contribuyó a levantar la moral, sobre todo teniendo en cuenta que, según John Aston, un miembro del séquito real, «el mayor enemigo» era el «hambre, que había llegado a afectar al campamento hasta tal

punto» que «hubo un motín en el ejército por falta de pan[33]». No obstante, a finales de mayo de 1639, el rey Carlos llegó al río Tweed, la frontera entre los dos reinos, a la cabeza de 20 000 soldados, donde montaron sus tiendas y fortificaron su campamento para enfrentarse al ejército del *Covenant*, atrincherado justo al otro lado del río.

La campaña de Carlos I de 1639 vino a confirmar plenamente la advertencia del preceptor de Luis XIV: «Una de las grandes máximas de la política es que un rey debe librar la guerra en persona, porque alguien que sólo es rey en su palacio corre el riesgo de encontrar su dueño en el campo de batalla». La inexperiencia del rey y de los comandantes a quienes pedía consejo permitió a Alexander Leslie, con toda una vida de experiencia militar a sus espaldas, engañarlos. Según John Aston, «el gran rumor que corría sobre la fuerza del enemigo y sus hábiles comandantes dio lugar a falta de confianza de la mayoría y murmuraciones de muchos». No descubrirían hasta más tarde que el general Leslie había organizado sus tropas con la intención expresa de «engañar a las fuerzas enemigas» e impedir que los ingleses se dieran cuenta de que se enfrentaban apenas a 12 000 hombres, muchos de ellos deficientemente armados, o que el bloqueo de la Marina real había privado a los escoceses de «cualquier medio natural o normal de reunirse o subsistir juntos, mantenerse, retirarse o seguir avanzando, debido a la falta de vituallas, dinero o caballos». Así que, en lugar de conducir el ataque a su mucho más numeroso ejército, el 18 de junio de 1639, Carlos firmó un alto el fuego e inició conversaciones con sus rebeldes súbditos escoceses[34].

Al igual que había insistido en conducir a su ejército en persona, pese a su falta de experiencia militar, Carlos se empeñó entonces en dirigir las negociaciones también personalmente, pese a su falta de experiencia diplomática. Los escoceses exigieron de inmediato que su soberano ratificara las leyes de la última Asamblea General de la Iglesia (lo que significaba la abolición de todos

los obispos), convocara un nuevo Parlamento, y regresara para juzgar y condenar a los «incendiarios» (como denominaban a los partidarios del rey que habían huido a Inglaterra). Carlos se retiró para consultar con sus principales asesores y, dado que las conversaciones tuvieron lugar bajo una tienda de campaña, los escoceses escucharon a Hamilton advertir a su rey de que «si consentía asambleas generales anuales, ya podía renunciar a sus tres coronas, porque iban a pisotearlos a todos». Los escoceses respiraron con alivio cuando oyeron a Carlos rechazar el clarividente consejo de Hamilton y aceptar en lugar de ello la Pacificación de Berwick, que no sólo accedía a todas las demandas de los *covenanters*, sino que también exigía desmovilizar al ejército y levantar el bloqueo naval. Carlos acababa de cometer, en palabras de John Adamson, «la mayor equivocación de su vida[35]».

La Pacificación de Berwick debilitó a Carlos I en cuatro aspectos importantes. Primero, al no haber aprovechado su superioridad militar, perdió su mejor (y tal vez única) posibilidad de victoria frente a los rebeldes escoceses. Segundo, el repliegue del rey respecto a su postura declarada anteriormente («preferiría morir a acceder a esas insolentes y detestables demandas») lo desacreditaba no sólo a él, sino también a sus principales consejeros. Como Hamilton señaló, dado que «los detalles que tan a menudo he jurado y a los que he recomendado a Su Majestad que nunca condescendiera, serán ahora concedidos», los *covenanters* «no darán crédito a lo que diga en adelante, sino que seguirán esperando y creyendo que todos sus deseos se acabarán cumpliendo[36]». Pronto se demostró que tenía razón. El Parlamento escocés convocado en otoño de 1639 actuó desde el primer momento partiendo de la base de que el rey concedería antes o después todo lo que pedía. En tercer lugar, y con igual perjuicio, los panfletos generados por la crisis escocesa iniciaron el debate sobre temas que habían sido tabús en Inglaterra: la liturgia y el gobierno de la Iglesia, los límites de la autoridad y la obediencia, e

incluso las posibles justificaciones para la resistencia. En cuarto y último lugar, Carlos estaba en ese momento arruinado: la propia campaña, que había costado en torno a un millón de libras, consumió las reservas del tesoro inglés; mientras que las cobardes concesiones del rey envalentonaron a muchos para no pagar el dinero para barcos y otros gravámenes prerrogativos (y animaron a los funcionarios del rey a dejar en paz a los infractores, por temor a otro cambio de opinión del monarca). Los ingresos fiscales se redujeron por tanto drásticamente. Para resolver los problemas que sus políticas habían creado, Carlos recurrió al único ministro que aparentemente podía «conseguir a través de la autoridad real lo que reyes anteriores habían conseguido a través de la autoridad del Reino»: Thomas Wentworth, el lord diputado de Irlanda.

La política del *Thorough* en Irlanda

En Irlanda, Carlos había procurado financiar su plan de «Unión de Armas» ofreciendo a los católicos de allí unas concesiones, conocidas como las «gracias», a cambio de nuevos impuestos para pagar la defensa de la isla. Entre otras cosas, había prometido relajar el requisito de que todos los titulares de cargos públicos reconocieran al rey como supremo gobernador de la Iglesia de Irlanda (algo que ningún católico podía hacer) y garantizar también los títulos de todas las familias cuyas propiedades dataran de más de sesenta años (lo que prácticamente acababa con la creación de más «plantaciones»). Nada más hacer las paces con Francia y España en 1630, Carlos renegó de estas promesas y ordenó en cambio la aplicación estricta de las leyes anticatólicas, así como la disolución de todos los conventos católicos, y exigió a todos los magistrados que tomaran el juramento de supremacía (reconociendo a Carlos como gobernador supremo) si no querían ser destituidos. El rey confió la aplicación de estas medidas a un grupo de terratenientes protestantes militantes que desempeñaron su tarea con eficacia y entusiasmo, hasta que Carlos volvió

a dar marcha atrás otra vez en 1632, cuando nombró a Thomas Wentworth, un inglés con amplia experiencia administrativa, pero sin relación alguna con Irlanda, para el cargo de lord diputado.

Desde el primer momento, Wentworth aprovechó las fragmentaciones y divisiones de la sociedad irlandesa. Así, dio a entender a los católicos que las gracias podían confirmarse a cambio de aprobar algunos aumentos fiscales y relajó oportunamente algunas medidas anticatólicas —pero también alteró actas y franquicias, de manera que el número de miembros católicos de la Cámara de los Comunes irlandesa descendió espectacularmente: mientras que en la asamblea de 1634 el número de escaños católicos era de 112, en 1640 se había reducido a 74—. Wentworth también revisó sistemáticamente todos los títulos de propiedad, aumentando las rentas y servicios reales en todos los casos posibles y desposeyendo a los que tenían títulos considerados como defectuosos, poniendo el punto de mira en los recién llegados (tanto en los protestantes escoceses como ingleses) y en los nativos (incluidas las familias que habían llegado a Irlanda generaciones atrás, conocidos como «ingleses viejos»). Incluso los nuevos colonos procedentes de Gran Bretaña «se vieron tan amenazados como cualquier otro por la violación sistemática de las leyes del derecho común en las que se basaban los terratenientes para proteger sus propiedades[37]». Gracias a estas medidas y al aumento de los ingresos aduaneros, el presupuesto irlandés experimentó un superávit por primera vez en varias décadas.

Wentworth era consciente de que estas innovaciones, que él jactanciosamente denominó *Thorough* («Concienzudas»), se granjearían la antipatía de la mayoría de los sectores de la sociedad irlandesa, pero confiaba en que su arraigado odio mutuo evitaría que cooperaran. Así pues, abandonó Dublín con destino a Inglaterra muy satisfecho. En diciembre de 1639 —con el apoyo de Laud y Hamilton— se reunió con Carlos y lo convenció para

convocar al Parlamento de Westminster y pedir fondos para una nueva invasión de Escocia —aunque los cuatro reconocían que sería necesario recurrir a «medidas extraordinarias, si el Parlamento reaccionaba con indignación y se negaba» a votar a favor de los impuestos[38]. El cuarteto decidió también lanzar otro ataque sobre Escocia en 1640, repitiendo la estrategia del año anterior: Carlos llevaría a cabo la invasión con un numeroso ejército desde Inglaterra, en tanto que la Marina real volvería a bloquear la costa este de Escocia y otro ejército procedente de Irlanda atacaría por el sureste. Wentworth, elevado entonces a la nobleza como conde de Strafford, regresó a Dublín y convenció al Parlamento irlandés para que autorizara impuestos suficientes para reclutar un ejército de 8000 soldados de infantería y mil de caballería para la invasión de Escocia. La movilización comenzó de inmediato, y cuando las nuevas tropas se congregaron en el Úlster, el área más cercana a Escocia, el nuevo conde regresó a Londres, justo a tiempo para asumir su escaño como noble en el primer Parlamento inglés reunido en once años.

Inglaterra al límite

Los 500 000 ingleses con derecho a voto en las elecciones parlamentarias aprovecharon la inesperada oportunidad de protestar contra las controvertidas políticas de la década anterior, rechazando a los candidatos que habían defendido el dinero para barcos, recaudado regalías o aplicado las innovaciones litúrgicas de Laud. En lugar de ello, sus representantes aparecieron en Westminster con largas listas de quejas que debatieron largo y tendido, ignorando la petición del gobierno de aprobar nuevos impuestos. Carlos toleró esta irritante conducta hasta que se enteró de que la mañana del 5 de mayo de 1640, los Comunes planearon debatir una moción instándole a «la reconciliación con [...] sus súbditos de Escocia». Dado que dicha moción destruiría todo el fundamento moral de su política escocesa, el rey disolvió la asamblea, que pronto sería conocida como el «Parlamento Bre-

ve[39]». Las multitudes recorrían indignadas las calles, y un grupo de unas quinientas personas rodearon el palacio de Lambeth, la residencia oficial de Laud como arzobispo de Canterbury, ya que lo culpaban de la decisión del rey de disolver la asamblea. Éste fue el primer episodio importante de violencia de masas acaecido en la capital de los Estuardo, y no sería el último.

Laud no se encontraba en el palacio de Lambeth porque, apenas Carlos volvió de disolver el Parlamento, convocó un «comité de guerra» para discutir si, en vista de la falta de fondos parlamentarios, «los escoceses deben ser reducidos o no». Las minutas tomadas durante la reunión por el secretario de Estado Henry Vane revelaban que algunos consejeros se mostraron a favor de un acuerdo —«si no hay más dinero del propuesto, ¿cómo llevar a cabo una guerra ofensiva?», inquirió uno—, pero Strafford hizo caso omiso de esta preocupación porque una «guerra defensiva» implicaría una «pérdida de honor y reputación». A continuación argumentó que dado que «la tranquilidad de Inglaterra se mantendría largo tiempo», el rey debería «continuar con una guerra vigorosa, como usted había planeado en principio». También destacó que «usted tiene un ejército en Irlanda, que podría utilizar aquí para reducir este Reino» (la ambigüedad de «aquí» y «este Reino» se volvería más adelante contra él). «Escocia no resistirá cinco meses. Un verano bien aprovechado será suficiente», predijo Strafford. El conde repitió también los argumentos que ya había adelantado el diciembre anterior: ahora que el rey estaba «libre y absuelto de todas las normas de gobierno, estando obligado por la extrema necesidad», declaró Strafford, «todo debe hacerse conforme a lo que el poder admita», esto es: dado que el Parlamento le había negado su apoyo, el rey debía financiar su ejército mediante regalías y préstamos de los principales comerciantes de Londres[40].

Nada más abandonar la reunión, el general designado del ejército, el conde de Northumberland, aseguró a su lugartenien-

te en Newcastle, la ciudad más grande del noreste: «Vamos a emprender una conquista con tal fuerza que nada en ese Reino [Escocia] podrá detenernos», aunque, añadió, dado que el Parlamento no había votado los fondos, el encuentro de las tropas inglesas programado para el 20 de mayo tendría que ser lamentablemente aplazado al 10 de junio. Esto no preocupó a Strafford, porque él esperaba que España financiara la guerra. El diciembre anterior se había reunido con los enviados de Felipe IV en Londres para solicitar un préstamo de 100 000 libras; ahora les pedía 300.000. Felipe expresó su apoyo, pero la revuelta de Barcelona, comenzada un mes más tarde (*véase capítulo 9*), le impedía disponer de fondos para ayudar a Carlos a recuperar Escocia. Como John Adamson comentó, «la revuelta de los catalanes no es menos importante que la revuelta de los *covenanters* a la hora de explicar por qué la guerra civil en Inglaterra adquirió serios visos de probabilidad a partir del verano de 1640[41]».

El fracaso del acuerdo español dejó a Carlos peligrosamente expuesto. Había ordenado la movilización de 35 000 efectivos ingleses contra Escocia y no podía abandonar sus planes de guerra sin que supusiera una «pérdida de honor y reputación». Incluso el hecho de aplazar la fecha del encuentro dos veces más (primero hasta el 1 de julio y luego «hasta mediados de agosto») multiplicaba los riesgos, dado que, como Northumberland señaló, mediados de agosto era «una época del año no tan adecuada para introducir a un ejército en los campos de estos países norteños». La «época del año» pronto resultó todavía menos adecuada de lo que el conde imaginaba. Un brote de peste impidió que los soldados reclutados en Devon y Cornwall llegaran a York, mientras que, debido al episodio del *Niño* de aquel año, gran parte de Inglaterra sufrió «abundantes lluvias y vientos fríos: la primavera es extraordinariamente tardía». En agosto, «la tierra parecía amenazada por la extraordinaria violencia de los vientos y una inusual abundancia de humedad». Hasta Strafford, designado pa-

ra conducir al ejército del rey tras la dimisión de Northumberland, llegó tarde: para el 24 de agosto de 1640 sólo había llegado hasta Huntingdon, donde encontró «las aguas extremadamente crecidas y los caminos tan intransitables como en la época de Navidad[42]».

Entretanto, en Dublín, la noticia del fracaso del Parlamento Breve combinada con la ausencia de Strafford, animó al Parlamento irlandés a suspender el cobro de los impuestos ya votados. Esto retrasó el reclutamiento del «nuevo ejército» destinado a invadir Escocia, de manera que aunque para junio los regimientos de infantería ya se habían reunido en el Úlster, la caballería (cuyo equipamiento requería más dinero) no lo había hecho. Tampoco las armas para los reclutas ni los barcos de transporte que habían de trasladarles hasta Escocia habían llegado todavía. La mayor parte del «nuevo ejército» permanecía por tanto en el Úlster, consumiendo unos recursos locales ya bastante reducidos por una sucesión de malas cosechas.

El Parlamento escocés aprovechó estos reveses para volver a reunirse en Edimburgo y, en palabras de *sir* James Balfour, aprobó un programa legislativo «memorable para la posteridad, ya que supone el mayor cambio real producido de una sola vez en esta Iglesia y este Estado en los últimos seiscientos años», ya que, en efecto, «daba un vuelco no sólo al antiguo gobierno del Estado, sino que amarraba la Monarquía con cadenas». El Parlamento aprobó la Ley Trienal, por la que se exigía la reunión de una asamblea al menos una vez cada tres años, previa convocatoria o no por parte del monarca, y una ley por la que se excluía a todos los obispos de dicha asamblea. También establecía una elaborada estructura de comités permanentes para gobernar Escocia mientras el Parlamento no estuviera manteniendo sesiones[43]. Los líderes del *Covenant* también recibieron una carta firmada por siete nobles ingleses en la que se prometía que «en cuanto tuvieran conocimiento de su entrada en el Reino [...] se unirían formando

un bloque que tener en cuenta y redactarían una protesta para presentársela al rey». En ella se plantearían las quejas tanto de Escocia como de Inglaterra, sobre las que «exigirían» (no «pedirían») una solución[44]. Entre los siete nobles disidentes (y traidores) se encontraban los condes de Bedford y Warwick (ambos habían sido encarcelados anteriormente por Carlos por criticar sus políticas), y el conde de Essex (a quien Carlos había culpado del fracaso de la campaña de 1639). Los tres habían utilizado su influencia para asegurarse la elección de los maleables miembros del Parlamento Breve —incluido John Pym, un protegido y exempleado tanto de Bedford como de Warwick, que se había convertido en la voz dominante dentro de la Cámara de los Comunes— y se sintieron frustrados por su disolución.

La desleal promesa de connivencia por parte de los siete nobles persuadió al gobierno escocés de la conveniencia de llevar a cabo un ataque preventivo. Enviaron un ejército al norte, bajo el mando de Argyll, con órdenes de destruir las propiedades de todos los potenciales lealistas que podrían abrir un segundo frente, y autorizaron al general Leslie —que había pasado el año anterior armando a sus soldados— invadir Inglaterra. El 20 de agosto, éste atravesó Tweed con 18 000 hombres. Escocia e Inglaterra estaban otra vez en guerra.

Aquel mismo día Carlos salió de Londres en dirección a York, donde «habló con los lores, coroneles y caballeros», instándolos a unirse en la marcha contra los escoceses. En lugar de movilizarse, sin embargo, el 28 de agosto, éstos enviaron a Carlos una «humilde petición» aduciendo que la última campaña le había costado al condado más de 100 000 libras, y que «para el futuro, la carga es tan gravosa que ni podemos ni somos capaces de soportarla». Con la misma franqueza, contestaban a la petición del rey de que alojaran a los soldados hasta el comienzo de la campaña: «El alojamiento de soldados indisciplinados, cuyas palabras y acciones van dirigidas a quemar nuestros pueblos y casas», estaba

prohibido por las «antiguas leyes de este Reino, confirmadas por Su Majestad en *La petición de derecho*». Ese mismo día, Leslie condujo al ejército escocés a través del Tyne, aniquiló el pequeño contingente inglés que le hizo frente en la batalla de Newburn y conquistó Newcastle, antes de avanzar hacia el sur para tomar también Durham[45].

Aunque muchos historiadores han subestimado la escala y la repercusión de estas derrotas militares, los contemporáneos no lo hicieron así. El rey, que conducía personalmente a su ejército desde York hacia Durham, fue presa del pánico y ordenó una rápida retirada cuando supo la noticia de Newburn, en tanto que el secretario Vane expresaba con temor que Inglaterra se enfrentaba a partir de ese momento al «mayor peligro que ha amenazado a este Estado desde la conquista [normanda]»; de hecho, la ocupación del noreste de Inglaterra no sólo salvaguardaba a Escocia de la imposición de la «unión perfecta» concebida por Carlos y Laud: también abría el camino a los escoceses para imponer a Inglaterra una «unión perfecta» por su parte, cortando el suministro del carbón de Tyneside del que dependía Londres[46].

Muchos en Inglaterra se alegraron abiertamente de la derrota de su rey. Cuando las noticias de Newburn llegaron a Londres, las campanas de la iglesia repicaron en celebración y el Consejo Privado, que ya había dispuesto la artillería en torno al palacio de Whitehall para protegerse frente a una insurrección popular, huyó de la capital y preparó Portsmouth, en la costa sur, como «retiro» para la familia real «en caso extremo». El arzobispo Laud expresó de la mejor manera el ánimo derrotista del Consejo: el rey, decía, debe entender que «*estamos contra la pared y a oscuras*», y que la única manera de organizar una resistencia eficaz ante los escoceses era convocando un consejo de pares «o un Parlamento[47]».

Los temores de Laud estaban bien fundados. Aunque Londres no preveía una insurrección en ese momento, los nobles ingleses

disidentes cumplieron su promesa ante sus colegas escoceses y enviaron al rey una petición que portaba las firmas de nueve nobles y presentaba dos categorías de demandas. En primer lugar, afirmaban que «con ocasión de esta guerra, sus ingresos se están malgastando, sus súbditos tienen que soportar [...] cargas militares [...] y todo su Reino se ha llenado de temor y descontento». Para resolver estos problemas, los nobles propusieron una solución simple e inmediata: la paz con los escoceses. En segundo lugar, y de forma más extensa, se quejaban de «las diversas innovaciones en lo referente a la religión», «el gran aumento del apoyo al papado y el empleo de recusantes papistas», los rumores sobre «traer fuerzas irlandesas y extranjeras [es decir, católicas]», «la reclamación de dinero para barcos» y la aplicación de varios impuestos sobre las «mercancías y productos del Reino», y «los largos intervalos entre Parlamentos». Para solucionar estos problemas, los doce pares exigían que Carlos...

> ... convocara un Parlamento en un plazo breve y conveniente, por medio del cual las causas de estas y otras quejas que afligen a su pueblo puedan hacerse desaparecer, y los autores y consejeros que las han provocado puedan ser juzgados legalmente y condenados a la pena que requiera en cada caso la naturaleza de los diversos delitos[48].

Nadie podía ignorar la importancia del aumento de las firmas de los nobles hasta doce, porque recordaba «el ejemplo de Enrique III» citado por el embajador veneciano tres años antes: en 1258, el rey había tenido que transigir a su pesar, bajo presión, que doce nobles podían convocar el Parlamento por su cuenta si él se negaba a hacerlo. ¿Invocarían esta vez los peticionarios de la nobleza el mismo derecho?

Carlos decidió no poner el asunto a prueba. El 5 de septiembre de 1640, tras discutir la petición con sus asesores, y tras enterarse de que los escoceses «montan guarniciones y ocupan sus cuarteles de invierno por todo Northumberland y el arzobispado de Durham», mientras su propio «ejército no está en situación de luchar ni seis semanas», Carlos convocó un «Gran Consejo»

compuesto por todos los pares ingleses (un órgano que no se había congregado desde la época de los Tudor) para reunirse con él[49].

El mal tiempo continuó impidiendo la transacción de asuntos públicos («cayó tanta lluvia estos dos días y las aguas estaban tan desbordadas —se lamentaba Vane—, que es difícil cruzar las carreteras por ninguna parte»), pero a finales de septiembre unos setenta pares se reunieron con el rey en York. Los que habían firmado la petición llegaron ostentosamente en una sola cabalgata con sus carruajes, sirvientes y criados, un claro signo de unidad que al parecer minó la moral del rey. «En primer lugar —anunció éste en su discurso de apertura ante el Gran Consejo— debo comunicarles que nada deseo más que ser bien entendido por mi pueblo, y para tal fin Yo mismo he decidido convocar un Parlamento». El Parlamento se reuniría en Westminster el 3 de noviembre de 1640[50]. El rey pidió a continuación consejo sobre qué hacer respecto a los escoceses y expresó la esperanza de que sus nobles financiaran una campaña para vengar Newburn. Éstos se negaron, y en lugar de ello insistieron no sólo en el nombramiento de un comité de dieciséis personas con plenos poderes para firmar un armisticio con los escoceses, sino también en la inclusión dentro de ese número de once de los pares peticionarios, entre ellos Bedford, Essex y Warwick: hombres que difícilmente podían rechazar las demandas de los invasores, habida cuenta de la traicionera carta de julio que los escoceses tenían en su poder.

El rey había entregado por tanto una parte importante de su prerrogativa —el poder de hacer la paz y la guerra— y los comisionados de la paz utilizaron su nueva autoridad para firmar el Tratado de Ripon, que hacía tres concesiones cruciales a los escoceses. La primera, dejarles el control de las minas de carbón de Tyneside, de las que Londres dependía tanto para sus productos como para la calefacción —una medida que les dio una ventaja

crítica sobre sus aliados ingleses porque, hasta que el Parlamento autorizara los impuestos para comprarlas y de este modo permitir que los mineros volvieran a dar suministro a Londres, la capital se moriría de hambre y de frío—. En segundo lugar, estipulaba que las negociaciones para un acuerdo final tendrían lugar en Westminster, lo que proporcionaba a los pares peticionarios y a sus aliados en el Parlamento y en Escocia una oportunidad única para reorganizar toda la estructura política de la Monarquía de Carlos I. Y, por último, garantizaba que los escoceses recibirían la enorme suma de 850 libras al día para mantener a sus soldados en Inglaterra hasta que se pudiera alcanzar un acuerdo definitivo, un requisito que no sólo obligaba a Carlos a alimentar y pagar a su propio ejército en Yorkshire, pese al hecho de que «estas grandes lluvias que han caído han malogrado la cosecha y el maíz va a encarecerse mucho», sino que también le impedía disolver el nuevo Parlamento hasta que hubiera votado fondos suficientes para desmantelar tanto a los dos ejércitos en Inglaterra como al ejército de Strafford en el Úlster[51].

En su discurso de apertura del Parlamento, el 3 de noviembre de 1640, Carlos no pudo refrenarse y echó la culpa a los allí congregados de la difícil situación en la que se encontraba. Si la asamblea anterior le hubiera creído, los reprendió, «creo sinceramente que las cosas no habrían llegado a este punto», e hizo un llamamiento al voto inmediato de fondos para una nueva campaña dirigida a expulsar a los invasores. Su postura beligerante no carecía de partidarios: algunos miembros del Parlamento se sentían o bien obligados a obedecer al rey, equivocado o no, o insultados por la victoria de los escoceses («si los escoceses se mostraran demasiado rebeldes, [dejemos] que el verdadero coraje inglés los haga entrar en razón»; «deberíamos echarlos por las buenas o por las malas»[52]). El número de miembros del Parlamento que simpatizaban con el argumento del rey pronto quedó a la vista. Tanto la petición como el Tratado de Ripon habían exigido el

«juicio legal y el castigo apropiado» de los responsables de las impopulares políticas de la década anterior, especialmente de Strafford. Sus enemigos esperaban decidir su destino en un pequeño comité, pero los partidarios del rey, por una votación de 165 a 152, decidieron que fuera toda la Cámara, más benévola, la que tomara la decisión.

Esto animó a Carlos a llamar a Strafford (todavía comandante de los ejércitos del rey, tanto en Inglaterra como en Irlanda, y el más firme defensor de retomar la guerra contra los escoceses) para que volviera a Londres, donde inmediatamente comenzó a reforzar las defensas de la torre. Por si esto no fuera suficiente para alarmar a los críticos que el rey tenía en el Parlamento, se extendieron rumores de que Strafford y el rey estaban preparando la imputación de aquellos que ellos sabían habían mantenido contactos desleales con los escoceses. El 11 de noviembre, los temerosos miembros del Parlamento procedieron por tanto a un ataque preventivo, acusando al propio conde de alta traición, y éste fue inmediatamente puesto bajo custodia. Esto dio al traste no sólo con los planes de una tercera campaña contra los escoceses, sino también con muchos otros asuntos públicos, mientras el Parlamento reunía y ultimaba el articulado de la acusación de traición para impugnar a Strafford.

El juicio tuvo lugar en marzo de 1641 en Westminster Hall, el «mayor espacio seglar de Inglaterra», para que el mayor número de público posible pudiera verlo y escucharlo. Aunque el Parlamento vendió entradas, la demanda de asientos superó con mucho la oferta, y enormes multitudes merodeaban por las puertas para asomarse y ver o escuchar algo: fue, como John Adamson apuntó ingeniosamente, «quizá el primer ejercicio de retransmisión de un acto parlamentario» (*lámina 15*[53]). El conde refutó hábilmente todos los cargos, pero sus enemigos no podían permitirse dejarlo marchar, ya que, según apareció publicado en un popular panfleto de la época: igual que «el toro bravo cuando es-

tá herido y se deja suelto causa más daño, si se deja al conde salir de la red, será más salvaje que antes». Los Comunes redactaron por tanto un decreto de cancelación de derechos civiles (procedimiento por el cual se negaba el derecho del acusado a ser escuchado en juicio), cifrando sus esperanzas en las apresuradas notas tomadas por *sir* Henry Vane durante la reunión del Comité de Guerra del 5 de mayo de 1640. En ellas, cabe recordar, se hacía constar el consejo de Strafford al rey de que ya que en ese momento estaba «libre y absuelto de todas las normas de gobierno [...], todo debe hacerse conforme a lo que el poder admita»; e, incluso, lo que era más dañino: «Usted tiene un ejército en Irlanda que podría utilizar *aquí* para reducir *este Reino*». Los enemigos de Strafford argumentaron que los términos «aquí» y «este Reino» se referían a Inglaterra, por lo que el conde no sólo había aconsejado un gobierno arbitrario, sino que además había instado al rey a emplear tropas extranjeras para aplastar a los que lo criticaban en Inglaterra[54]. Enfurecido ante este giro de los acontecimientos, el rey decidió disolver el Parlamento y emplazar a algunos oficiales de su ejército destacados en Yorkshire para que rescataran al conde de la torre; pero la noticia trascendió, y miles de londinenses acudieron rápidamente a Westminster para formar un escudo humano mientras los Comunes terminaban de redactar los artículos de la cancelación de derechos civiles. El decreto fue aprobado por 204 votos frente a 59, lo que revela hasta qué punto las acciones de Carlos habían generado una opinión contraria al conde. La Cámara de los Lores se preparó para juzgarlo.

Una vez más, intervino la contingencia. Dado que ni siquiera el rey podía perdonar a una persona que hubiera sido declarada culpable por el proceso de cancelación de derechos, Carlos puso todas sus esperanzas de salvar a Strafford en convencer a los moderados de la Cámara de los Lores, como el conde de Bedford, para que emitieran una sentencia de destierro o prisión, pero no

de muerte. El 23 de abril, creyendo que sus esfuerzos habían surtido efecto, el rey escribió una afectuosa carta (firmada como «su siempre fiel amigo») en la que informaba a Strafford de que «*bajo palabra de rey*, no sufrirás pérdida de vida, honor o fortuna», pero nada más efectuar esta solemne promesa, Bedford, el moderado más influyente, contrajo la viruela, y con ello perdió su capacidad de influir en las deliberaciones de los pares[55].

De modo que, el 1 de mayo de 1641, el rey realizó otra visita al Parlamento para repetir lo que le había dicho a Bedford. Tras explicar que no creía que Strafford fuera culpable de alta traición, expresó la esperanza de que las dos Cámaras votaran a favor de acusarlo de un delito menor, de faltas. Los que lo escuchaban permanecieron impertérritos. Como el conde de Essex (cuyo propio padre había sido ejecutado por traición) señaló cáusticamente, si el conde vivía, Carlos lo rehabilitaría en sus anteriores cargos «nada más acabara el Parlamento», y entonces el «toro bravo herido» emprendería su venganza. En cambio, afirmó Essex, sacudiendo la cabeza mientras pronunciaba su frase más memorable: «Un muerto no es nadie[56]».

Tal vez dándose cuenta de que su discurso ante el Parlamento no había surtido el efecto deseado, Carlos puso entonces en marcha otro complot para hacerse con el control de la torre y liberar a su fiel ministro. Sin embargo, la noticia volvió una vez más a trascender y, al anochecer del 2 de mayo de 1641, una multitud de unas mil personas se había reunido ya en los alrededores para asegurarse de que los conspiradores no entraban y Strafford permanecía dentro. Al día siguiente, una muchedumbre de 15 000 personas se dio cita en Westminster, tanto para proteger el Parlamento como para protestar contra el intento de golpe de Estado del rey. «De verdad —escribió el artesano Nehemiah Wallington en su diario— que en mi vida he visto tanta gente junta». Y cuando veían a cualquiera de los lores llegar, todos gritaban al unísono: «¡Justicia! ¡Justicia!» Uno de los lores afirmó que al-

guno de los congregados le había advertido de que «si no hacían justicia al día siguiente, tomarían [es decir, lincharían] al rey o al señor Strafford» —la primera sugerencia pública de la que tenemos constancia del regicidio como solución a los problemas políticos de Inglaterra[57]. Entretanto, en la Cámara de los Lores, lord Stamford propuso a los pares «dar gracias a Dios por la gran liberación que estamos logrando, que es mayor que la de la traición de la Pólvora». La comparación se difundió rápidamente. Los embajadores holandeses en Londres afirmaban que la recién descubierta «conspiración estaba mucho más extendida y era mucho más horrible que la Conspiración de la Pólvora», en tanto que John Pym convenció a la Cámara de los Comunes de que se enfrentaban a otra «conspiración papista» dirigida a «subvertir y derrocar su Reino». Pym también aprovechó el pánico general para sacar rápidamente un documento titulado *La protesta*, con autorización de imprimir ejemplares suficientes para repartirse por todas las parroquias del Reino[58].

Al igual que el *Covenant* nacional escocés (que probablemente sirvió de modelo), *La protesta* requería un compromiso público y universal de defender la Iglesia establecida de sus enemigos, y buscar el castigo de todos los que se habían dedicado a «subvertir las leyes fundamentales de Inglaterra e Irlanda, y a introducir el ejercicio de un gobierno tiránico y arbitrario». De nuevo al igual que Escocia, el clero leyó el documento en voz alta desde sus púlpitos, ante sus congregaciones, antes de añadir sus nombres, y a continuación hizo un llamamiento a «todos los cabezas de familia, sus hijos y criados» a «firmar con su nombre o mediante marca» en un registro especial. Decenas de miles, incluidos aprendices y sirvientes, firmaron diligentemente el juramento y añadieron sus firmas o marcas, y luego acudieron «en manada a la Cámara del Parlamento con *La protesta* clavada en lo alto de sus espadas», mientras la milicia civil se pavoneaba por las calles con *La protesta* «atada a sus cinturones o sombreros». Hoy en día

todavía se conservan más de 3000 de estos documentos, con los nombres de más de 37 000 individuos. «Nunca antes —escribe David Cressy—, tantos súbditos habían sido invitados a actuar como ciudadanos, al margen de su categoría social[59]».

El viernes 7 de mayo, la Cámara de los Lores aprobó el decreto de cancelación de derechos de Strafford y una delegación de ambas cámaras se dispuso a llevárselo a Carlos junto con otro proyecto de ley en virtud del cual se prohibía la disolución del Parlamento sin su propio consentimiento. Una multitud estimada en 12 000 personas escoltó a la delegación hasta el palacio de Whitehall, que bloquearon durante 36 horas, gritando consignas, hasta que Carlos —tras haber consultado con sus obispos y ministros para tratar de encontrar la manera de mantener «la palabra de rey» ante su ministro, y haber llorado sentado a la mesa del Consejo al no poder hacerlo— finalmente firmó ambos documentos. Como William Sanderson, testigo presencial de los hechos, escribió en su *Compleat history of the life and raigne of King Charles from his cradle to his grave [Historia completa de la vida y reinado del rey Carlos de la cuna a la sepultura],* «de una sola vez, en un solo instante, con la misma pluma y tinta, el rey perdió su prerrogativa y también la vida de Strafford». Una multitud de alrededor de 200 000 personas se congregó inmediatamente en torno al cadalso de Tower Hill para regodearse con la ejecución del conde, y a continuación, los que habían venido de fuera de la ciudad para asistir al espectáculo «emprendieron la vuelta, saludando con sus sombreros y lanzando expresiones de júbilo» por cada ciudad que pasaban, gritando: «"¡Le han cortado la cabeza, le han cortado la cabeza!…" Y rompiendo las ventanas de las personas que no solemnizaban aquel festejo haciendo una hoguera[60]».

El Parlamento Largo ya se había ganado su epíteto —había durado más tiempo seguido que ninguna asamblea anterior— y, una vez obtenida su ventaja, se dispuso a sacarle el máximo par-

tido posible. Al día siguiente de que Carlos firmara la condena a muerte de Strafford, el Parlamento aprobó un borrador de tratado de paz con los escoceses; y el día después de la ejecución del conde, votó a favor de la dotación de fondos necesaria para desmovilizar a los ejércitos ingleses y escoceses que se encontraban en el norte. No obstante, hasta que dichos fondos llegaron, según las angustiadas palabras del secretario Vane: «Estamos todavía dentro del laberinto y no podemos salir». Poco después de reunirse en noviembre de 1640, el Parlamento Largo publicó y distribuyó un panfleto instando a «las personas de todos los condados del Reino» a aprovechar «la presente oportunidad, proporcionando información veraz para documentar los casos de mal gobierno real habidos durante la década anterior». De los cuarenta condados ingleses, casi todos lo hicieron, presentando peticiones que fueron acompañadas de medio millón de firmas. De algunas se hicieron múltiples copias; otras fueron presentadas por miles de peticionarios —de Buckinghamshire llegaron 3000 cabalgando «en grupos de tres», 10 000 de Kent, etc.—, lo que obligó a la Cámara de los Comunes a nombrar jefes de policía para «regular y prevenir los desórdenes que cometen las alborotadas multitudes que están llegando a raudales[61]». Inglaterra no había vivido antes nada parecido a este ejercicio de democracia directa y el Parlamento utilizó la información para redactar, para la firma del rey, un torrente de legislación dirigido a destruir tanto a los agentes como al aparato que le había permitido gobernar Inglaterra durante once años sin su participación. Para septiembre de 1641, cuando las dos Cámaras finalmente suspendieron las sesiones, habían iniciado procesos de impugnación contra no menos de 53 de los altos cargos nombrados por el rey, incluido el arzobispo Laud, doce obispos, y casi la mitad de los jueces, de los cuales muchos continuaban en la torre pendientes de juicio, y aprobado unos proyectos de ley por los que se declaraba ilegal el dinero para barcos, se restringían las leyes forestales,

se abolían las multas a los caballeros, la Cámara Estrellada y el Alto Comisionado, y se anulaba el impuesto de tonelaje y peso en libras. Entre el 7 y el 10 de agosto, Carlos dio a regañadientes su aprobación a todas estas medidas, así como un tratado de paz que ponía fin a los «últimos problemas» habidos con sus súbditos escoceses, una de cuyas cláusulas prohibía al rey entablar «guerras con extranjeros sin el consentimiento de ambos Parlamentos». A partir de ese momento en realidad sólo era rey a título nominal[62].

El 11 de agosto, Carlos abandonó Londres, primero para supervisar la desmovilización de los ejércitos escocés e inglés y luego para asegurar la aceptación del tratado de paz por parte de su Reino en el norte. Al principio, todo fue bien: el Parlamento escocés desmovilizó sus tropas y ratificó el tratado. Cuando esta noticia llegó a Londres, el Parlamento llevó a cabo un acto público de acción de gracias «por la paz alcanzada entre Inglaterra y Escocia» durante el cual el predicador Stephen Marshall pronunció un sermón en el que comparó la situación de «las tres naciones de Inglaterra, Escocia e Irlanda» con la de Alemania, que «sigue siendo un campo ensangrentado, en el que sus ciudades y pueblos están desolados, sus mujeres son violadas, sus niños asesinados, donde muchos comen sus cadáveres y mueren por falta de comida». Aunque a veces había parecido que Inglaterra habría podido convertirse en «el asombro del mundo por nuestra desolación», en cambio, «Dios nos ha convertido en el asombro del mundo por nuestra preservación[63]».

Se trataba sin duda de un logro extraordinario y si los adversarios del rey hubieran sido capaces de pararse ahí, podrían haber mantenido su ventaja. Sin embargo, la naturaleza compuesta de la Monarquía Estuardo —que previamente había constituido un activo para ellos— pasó a convertirse en una carga para ellos y un activo para el rey. Por una parte, los escoceses exigían el cumplimiento inmediato de su petición de «una confesión de fe, una

forma de catecismo [...] y una forma de gobierno eclesiástico en todas las iglesias de los dominios de Su Majestad» —tomando por supuesto como modelo el sistema presbiteriano de Escocia —. No pudo lograrse. La mayoría católica irlandesa era radicalmente contraria, y pocos de los adversarios ingleses de Carlos eran presbiterianos. Además, a diferencia de los escoceses, Inglaterra carecía de un único punto de reunión: en lugar del *National Covenant*, existían dos documentos rivales, *La protesta* y el Libro de Oraciones. Elegir entre ambos dividiría a las comunidades e incluso a las familias de todo el Reino. Por otra parte, Carlos decidió formar una facción realista, tanto en Escocia como en Irlanda, capaz de derrotar a sus enemigos. El resultado fue lo que Conrad Russell denominó el «efecto bola de billar[64]».

El «incidente»: Escocia al límite

Carlos pasó el verano de 1641 en Edimburgo, donde hizo todo lo que pudo para ganarse a los *covenanters* asistiendo a los oficios de la Iglesia presbiteriana y colmando de recompensas a sus principales líderes (Leslie recibió el título de conde de Leven, Argyll se convirtió en marqués, Wariston en caballero). Estos gestos no impidieron que sus opositores exigieran todavía más concesiones, especialmente el derecho a veto sobre cualquier nombramiento importante (consejeros, jueces, altos funcionarios del Estado). Carlos accedió muy a su pesar a esta concesión el 16 de septiembre, pero con ello creó finalmente una facción realista compuesta de hombres a quienes con toda seguridad los *covenanters* vetarían, y que por tanto quedarían permanentemente excluidos de los cargos. Durante las siguientes cuatro semanas, William Murray, ayuda de cámara e íntimo amigo de Carlos desde la niñez, organizó una conspiración para eliminar a los que él consideraba los principales enemigos del rey en Escocia. Una noche, en la cámara real —lugar sumamente inusual para una reunión— el coronel John Cochrane, un simpatizante monárquico perteneciente al ejército del *Covenant*, propuso a Carlos un com-

plot para atraer a Hamilton y a Argyll a los aposentos reales del palacio de Holyrood, en un momento en el que «el rey no anduviera cerca», donde los arrestarían y luego los llevarían bajo custodia hasta el castillo de Edimburgo. Si sus partidarios intentaban rescatarlos, en palabras de uno de los conspiradores, «haremos que a los traidores les corten el cuello[65]».

La conspiración se vio frustrada porque dos de los soldados encargados del arresto (y llegado el caso, del asesinato) revelaron el complot a sus potenciales víctimas, que huyeron a Edimburgo el 12 de octubre, dejando que fuera Carlos el que explicara el «incidente» al Parlamento escocés. Aunque el rey negó todo conocimiento al respecto, había tres pruebas que lo incriminaban. En primer lugar, cuando fueron interrogados por el Parlamento escocés, Murray y los demás conspiradores afirmaron que habían actuado con su conocimiento y autorización. Segundo, resulta difícil explicar la reunión nocturna con Cochrane o el plan de escenificar el golpe en sus aposentos privados a menos que Carlos fuera cómplice. Por último, el rey se delató cuando el 5 de octubre hizo algunas anotaciones sobre una carta de *sir* Edward Nicholas, su secretario de Estado en Londres. Junto a la información de Nicholas de que los líderes parlamentarios ingleses se sentían optimistas porque creían que los acontecimientos que se estaban produciendo en Escocia los favorecían, el rey (desde Edimburgo) escribió al margen: «Creo que antes de que acabe todo no tendrán tantos motivos de alegría»; y que «cuando vea al pequeño Will Murray», Nicholas sabría «cómo acabaron las cosas aquí» —téngase en cuenta que el «pequeño Will Murray» era nada menos que el arquitecto de la conspiración para arrestar a Hamilton y Argyll, así como el mensajero confidencial a quien el rey a menudo confiaba sus cartas secretas[66]—. Nicholas se dio cuenta inmediatamente del significado de este mensaje: el mismo día que recibió los crípticos comentarios del rey, mencionó a un colega: «Deseo que los que han sido la causa de estas lamenta-

bles perturbaciones en los dominios de Su Majestad sientan el peso del castigo que merecen», añadiendo: «*Y no dudo de que así será a su debido tiempo*[67]».

Cualquiera que fuera la verdad acerca del papel de Carlos en el «incidente», tuvo unas consecuencias inmediatas y trascendentales para su causa. Su error no sólo le impidió imponer «el peso del castigo» a sus críticos, tanto en Inglaterra como en Escocia, sino que también llevó a muchos a cuestionar su integridad. Un miembro de la casa real en Edimburgo temía que «todo acabara en un acuerdo en perjuicio de nuestro señor, y que lo que el Parlamento [escocés] requiera tenga que ser finalmente concedido, y la situación acabe poniéndose peor de cómo la encontramos». Casi inmediatamente, la asamblea ejerció su nuevo poder de veto sobre los candidatos propuestos por el rey a los cargos ejecutivos y judiciales, cumpliéndose de este modo los temores de Carlos de acabar «no teniendo en Escocia más poder que un duque de Venecia[68]». En Inglaterra, la noticia del incidente también «puso la situación peor». Por una parte, los interrogatorios del «pequeño Will Murray» y los conspiradores (debidamente enviados a Westminster), realizados sólo unos meses después de que el ejército de la conspiración rescatara a Strafford, sugerían que Carlos no se detendría ante nada para eliminar a sus enemigos. Por otro, «los acontecimientos y sucesos» de los adversarios de Carlos en el Parlamento de Edimburgo animaron a sus colegas de Westminster a «seguir las pautas para su procesamiento» y formular las demandas «de acuerdo con el precedente escocés» en cuanto el rey regresara a Inglaterra[69]. Pero, primero, los acontecimientos en Irlanda pusieron «la situación aún peor».

La revolución irlandesa

La élite política irlandesa consideraba profundamente alarmante lo acaecido en los otros reinos de Carlos I. Uno de los protagonistas de la rebelión irlandesa recordaría más adelante

haber oído «que los escoceses habían pedido al Parlamento de Inglaterra que no quedara ni un papista vivo en toda Inglaterra, Irlanda o Escocia», por lo que la única respuesta eficaz era «levantarse en armas y tomar el control de todos los bastiones y fuertes[70]». Los líderes católicos irlandeses se mostraron por tanto receptivos a las insinuaciones de Carlos de que si le proporcionaban apoyo militar y financiero contra sus enemigos en Gran Bretaña, él confirmaría las «gracias». Por intermediación principalmente del conde de Antrim (que se había casado con la viuda del duque de Buckingham y, a través de ella, gozaba de una estrecha relación con el monarca), al parecer el rey aprobó un plan para «que el castillo de Dublín fuera tomado por sorpresa» y un ejército de 20 000 hombres se movilizara para ser «utilizado contra el Parlamento [irlandés]» y luego «contra el Parlamento de Inglaterra si se presentara la ocasión». En otras palabras, Carlos planeaba comenzar una guerra civil primero en Irlanda y a continuación en Inglaterra[71].

Antrim hizo todo lo que estuvo en su mano, pero una vez más el clima volvió a intervenir. El mal tiempo había arruinado la cosecha en Irlanda en 1641, como ya había hecho en 1639 y 1640, causando una extendida escasez de alimentos y reduciendo las exportaciones (casi todas de origen agrícola) en aproximadamente un tercio. La provincia del Úlster sufrió la peor parte debido a la presencia de las tropas reclutadas por Strafford para la invasión de Escocia, que en poco tiempo consumieron todos los recursos disponibles. Según un residente de Belfast, la combinación de soldados hambrientos y escasez de comida hizo que los pobres «se encontraran en tal estado de necesidad que ya no podían subsistir». En toda la provincia, el arrendamiento de tierras descendió a la mitad, generando grandes tensiones entre los nativos y los recién llegados. Los que habían «vivido de la agricultura», al «no tener con qué mantenerse», en ese momento veían la rebelión como su única opción[72]. En medio de este ambiente

tan cargado, en agosto de 1641, el rey dio su consentimiento al Parlamento irlandés para debatir las gracias; pero cuando la noticia llegó a Dublín, los *lords justices* (miembros de la comisión de protestantes a quienes Carlos había encomendado el gobierno de Irlanda tras la caída de Strafford) disolvieron inmediatamente la asamblea.

Esta inesperada medida, que bloqueaba el camino a la reforma institucional en un futuro inmediato, indignó a los miembros católicos del Parlamento irlandés. Viendo que la insurrección armada escocesa había conseguido concesiones, primero del rey y luego del Parlamento inglés, concluyeron que sólo la fuerza militar podía derrocar «el gobierno tiránico al que estaban sometidos», y decidieron «imitar a Escocia, que por esta vía había obtenido privilegios[73]». Durante las siguientes semanas, un grupo de conspiradores encabezados por Connor, lord Maguire, planeó tomar el castillo de Dublín, en tanto que otros, al mando de *sir* Phelim O'Neill, un destacado terrateniente y juez de paz, conquistaría todas las fortalezas del Úlster en manos de protestantes. Todo el mundo estuvo de acuerdo en actuar simultáneamente el 23 de octubre, día de mercado en Dublín, lo que haría menos sospechosa la llegada la noche antes a la capital de los conspiradores. Maguire pretendía equipar a sus seguidores con las armas almacenadas en el castillo de Dublín y a continuación obligar al gobierno inglés a otorgarles libertad política y religiosa.

La noche del 22 de octubre, la conspiración de Maguire se fue al traste. Owen Connolly, uno de los pocos conspiradores protestantes, se escabulló para contar a los *lords justices* todo lo que sabía. Éstos «dieron al principio escasa credibilidad a una historia tan inverosímil e inconexa, narrada por un hombre desconocido y mezquino, con aspecto de haber bebido más de la cuenta, y le dijeron que se fuera»; pero más tarde Connolly volvió a hacer otro intento de advertir a las autoridades. Esta vez, «hallándose en mejor estado» (esto es, «menos bebido») «encontraron más

creíble su para entonces menos incoherente narración». Los conspiradores, advirtió, se proponían «matar esa noche a todos los protestantes en todos los puertos y otras ciudades del Reino». El gobierno arrestó inmediatamente a Maguire y al resto de conspiradores en la capital, y envió mensajes urgentes para poner sobre aviso a los protestantes de los demás lugares[74].

Llegaron demasiado tarde. La noche del 22 de octubre, mientras el achispado Owen Connolly delataba la conspiración en Dublín, *sir* Phelim O'Neill y sus aliados se valieron de diversas estratagemas para hacerse con las principales fortalezas del Úlster, para alborozo de los católicos de otros lugares. En el condado de Meath, «la primera noche después de haberse conocido la rebelión, casi todos los hogares papistas estaban de celebración, bailando y bebiendo como si se hubieran abierto las puertas del infierno», mientras que en el condado de Monaghan, un insurgente se jactaba de que aquello «era sólo el principio», porque «a la noche siguiente Dublín habría estallado de tal modo que ningún perro inglés podría vivir allí». Los insurgentes de muchos otros condados declararon inmediatamente su oposición a la autoridad británica, y más de cien miembros del Parlamento irlandés acabaron sumándose a la «rebelión[75]».

Al igual que los *covenanters* escoceses, cuyo ejemplo los había inspirado y alarmado a la vez, los objetivos iniciales de los confederados irlandeses eran conservadores: no buscaban la devolución de las tierras perdidas, sólo que no se produjeran más «plantaciones»; no exigían la independencia de Inglaterra, sólo que el poder de Londres dejara de alterar el estado de cosas; no luchaban para derrocar el protestantismo, sólo por el fin de la persecución a los católicos. En ausencia del liderazgo de Maguire, sin embargo, algunos grupos católicos aprovecharon el desmoronamiento temporal de la autoridad pública para ajustar cuentas con los protestantes locales.

Aunque varias confrontaciones fueron profundamente personales (algunos atacantes apuñalaron, ahorcaron, quemaron o ahogaron a vecinos a los que conocían desde hace años —*véase capítulo 17*—), la mayoría de los católicos no pretendía matar a sus víctimas, sino más bien expulsarlas y humillarlas, desnudándolas al tiempo que se regodeaban, diciéndoles: «Ahora sois unos irlandeses tan salvajes como nosotros» (*lámina 16*). Pero la Pequeña Edad de Hielo a menudo convirtió estas actividades en letales. Los contemporáneos consideraron 1641-1642 «el invierno más crudo que se ha visto hace muchos años en Irlanda», con intensas nieves y heladas en toda la isla, una parte del mundo en la que rara vez nieva. El frío comenzó en octubre, justo antes de que empezara la rebelión, y mató o casi mató a miles de protestantes medio desnudos mientras trataban de escapar[76]. En el condado de Tyrone, en el norte, el reverendo John Kerdiff afirmaba haber sido «despojado de todas mis ropas y dejado completamente desnudo», y a continuación obligado por los católicos de la localidad, «sin nada que cubriera mis partes bajas», a «viajar unas dos millas [unos 3,2 kilómetros] en medio de la escarcha y la nieve». En las Midlands, Dorcas Iremonger y sus dos hijos «fueron despojados de todas sus ropas por los rebeldes», que acto seguido la «expusieron a ella a un frío intenso y desacostumbrado»: Dorcas «y 220 pobres ingleses más fueron forzados a yacer toda una noche casi desnudos sobre la nieve, y dos de su hijos murieron a causa del frío». En el suroeste, Gilbert Johnstone, un mesonero de Tipperary, «junto con otros cuarenta, de diferentes edades, que estaban con él, fueron todos desnudados» por los católicos del lugar, y «conducidos desnudos en rebaño hasta una de las puertas de la susodicha ciudad», donde lo apuñalaron y «le dejaron junto al resto de los cadáveres dándolo por muerto». Allí «yació desde las cuatro en punto de la mañana hasta las cuatro de la tarde, tiempo durante el cual (dado el gélido frío que hacía) el cuerpo del declarante (una vez recobró el conocimiento) estaba

tan congelado y tan pegado al suelo con su propia sangre y la de los que habían matado a su lado, que el declarante tuvo mucha dificultad para poder desasirse[77]».

Los testimonios llegados hasta nosotros de los afectados por la revuelta registran más muertes a causa de «la nieve y el hielo» y el «frío extremo» que por violencia, lo que indica que la Pequeña Edad de Hielo como mínimo duplicó el número de protestantes que fallecieron de muerte no natural en el otoño de 1641[78]. Los relatos más horripilantes y desgarradores (y que más ampollas levantaban entre los lectores ingleses), eran los referentes al sufrimiento de mujeres y niños. Un marinero protestante recordaba cómo, poco después del inicio de la revuelta, él, «su esposa y cinco niños pequeños» fueron «despojados de todas sus ropas por sus vecinos católicos». Aquella noche, «huyendo desnudos en mitad del frío para ponerse a salvo, una pobre hija suya, viéndolo a él y a su madre afligidos por su desdichada situación, les dijo para consolarlos que ella no tenía frío y no iba a llorar», pero inmediatamente después «murió de frío y necesidad. Y la primera noche, este declarante y su esposa, buscando refugio en una mísera choza, se alegraron de poder yacer junto a sus hijos, para calentarlos y mantenerlos con vida[79]».

Un segundo factor que incrementó la tasa de muertes era más predecible: la pasión sectaria. Por un lado, parte del clero católico, especialmente en el Úlster, presentó la revuelta como una cruzada, una oportunidad de recuperar Irlanda para la verdadera fe, y animó a los grupos católicos a acorralar a los colonos protestantes (tanto escoceses como ingleses) y apuñalarlos hasta la muerte, quemarlos vivos en sus casas o meterlos en aguas heladas hasta que murieran. En cuanto les fue posible, los protestantes respondieron de la misma manera, ordenando a sus tropas «enviadas a los barrios enemigos [católicos] que no perdonaran la vida de ningún hombre, mujer o niño[80]».

¿Cuántos murieron a causa de esta violencia? Pocos se pararon a contar los cadáveres en ese momento y los que lo hicieron encontraron la tarea inabarcable. Cuando Anthony Stephens, un trabajador agrícola de Roscommon que luego se convirtió en soldado, contó sus impresiones cinco años más tarde, admitió que «en cuanto a los asesinatos y crueldades cometidas por los rebeldes irlandeses contra las personas y propiedades británicas en aquellas zonas, fueron tantas en número, y de una naturaleza tan horrible y cruel, que este declarante no es capaz de expresarlas». Su recuerdo más vívido era el de haber visto a unas 140 personas en Coleraine enterradas «en un profundo agujero o fosa, tan apretadas y tan juntas unas con otras *como sardinas arenques en caja*», una imagen particularmente expresiva y perturbadora. En resumen, Stephens estaba «convencido de que en los tres primeros meses, desde el inicio de la rebelión, en la ciudad de Coleraine habían muerto no menos de siete u ocho mil británicos[81]».

Aunque esta versión enfureció a los muchos protestantes británicos que la leyeron, la afirmación de Stephens era imposible —Coleraine, una localidad pequeña, no podía haber albergado tanta población— pero resulta difícil ser más preciso. Tras un exhaustivo estudio de los documentos que han sobrevivido, un historiador estimó recientemente que en Irlanda fueron masacrados 4000 protestantes, en tanto que 8000 sucumbieron al hambre y el frío; pero otro, tras un estudio igualmente exhaustivo, ha argumentado que no fueron más de «diez mil hombres, mujeres y niños, *católicos y protestantes*» los que fallecieron «debido a la violencia directa, la congelación o la necesidad». Lo que importaba en ese momento, sin embargo, eran las estimaciones que entonces circulaban (como la de Anthony Stephens), todas las cuales (como la suya) situaban el total de víctimas en un número muy superior. La cifra que más se manejó en Gran Bretaña por aquel entonces (y durante muchas décadas después) fue la proporcionada por el reverendo Robert Maxwell, archidiácono de

Down, quien afirmaba que los católicos habían masacrado a 154 000 colonos ingleses y escoceses sólo en el Úlster. Esta cifra absurdamente exagerada (no había 154 000 protestantes, ni vivos ni muertos, en toda Irlanda), combinada con los horripilantes ejemplos individuales, explica por qué los supervivientes y sus familias, amigos y correligionarios encontraron una actitud tan receptiva cuando llamaron a una venganza inmediata contra los rebeldes irlandeses[82].

Un rey sin una capital

La noticia de la rebelión irlandesa se difundió rápidamente por todos los territorios bajo la corona de Carlos. El propio rey, todavía en Edimburgo, permanecía curiosamente —y para algunos, sospechosamente— impasible. Nada más conocer la noticia de la masacre, salió a jugar al golf, y más tarde garabateó en un mensaje a uno de sus ministros: «Espero que estas malas noticias de Irlanda sirvan para ocultar algunos de los disparates de Inglaterra». En Irlanda, muchos pidieron abiertamente su apoyo. O'Neill y otros rebeldes del Úlster blandían «un pergamino o papel con un gran sello que, según él afirmaba, era una autorización de Su Majestad el Rey para hacer lo que hizo» y esto convenció a muchos protestantes de que Carlos apoyaba a los católicos e incluso podría haber dado el visto bueno a su rebelión[83].

El Parlamento inglés, que recibió las primeras noticias justo después de volver de su descanso estival, vio las masacres como una justificación clara de sus temores hacia una revuelta católica generalizada contra los ingleses y no tardó en organizar unas contramedidas. Resolvió «hacer uso de la amistad y ayuda de Escocia» para restaurar el control protestante en Irlanda, y solicitó préstamos a destacados londinenses para reclutar y armar tropas de cara a un contraataque inmediato. Pero ¿quién controlaría a estos soldados? John Pym, en aquel momento un hombre tan destacado en asuntos parlamentarios que se le conocía como *el*

Rey Pym, temía que Carlos pudiera usar parte de las tropas reclutadas para Irlanda contra sus enemigos ingleses y, por tanto, redactó su *Protesta*, en la que recopilaba 204 puntos concretos, afirmando que sin la reparación de las quejas pendientes «no podemos dar a Su Majestad suministros en apoyo de su propio estado, *ni asistencia al bando protestante de ultramar [en Irlanda], como se desea*». Los 204 puntos incluían no sólo las demandas de uniformidad religiosa presentadas por los escoceses, sino también numerosas novedades constitucionales basadas en las concesiones de Carlos a los escoceses, como el requerimiento de que los cargos que nombrara contaran con la aprobación del Parlamento[84].

Al igual que *La petición de derecho* de 1628 , *La protesta* situaba los actos individuales de «mal gobierno» protagonizados por Carlos desde su acceso al trono dentro de un marco general de una conspiración católica para subvertir las «leyes fundamentales» y la religión de Inglaterra e Irlanda. No todos los parlamentarios estaban de acuerdo con ello —«ni se me pasaba por la mente que debiéramos protestar de cara a la gente, contarle historias y hablar del rey como de una tercera persona», en palabras de un miembro del Parlamento—, y tras catorce horas de tenso debate, fue aprobada por los Comunes sólo por 159 votos frente a 148. No obstante, Pym se aseguró de que las copias estuvieran listas para su compra al día siguiente, 24 de noviembre de 1641. El 25, Carlos entró en Londres, escoltado por más de mil soldados del recientemente desmantelado ejército del norte[85].

Durante las siguientes seis semanas, los «tumultos populares» sacudieron la capital. Bandas de jóvenes desempleados deambulaban por las calles de Londres gritando «abajo los obispos, a la horca con los señores papistas». El rey respondió desafiante: ordenó al alcalde «matar y asesinar a cualquiera que persistiera en participar en los tumultos, actos sediciosos y desórdenes», mandó a sus cortesanos que comenzaran a llevar espada y construyó unos barracones justo a las puertas del palacio de Whitehall para

instalar a los soldados que se había traído con él desde Yorkshire. Los choques entre los grupos antirrealistas y los «espadachines» de Carlos fueron aumentando de forma constante hasta que, tras las peores heladas que se recuerdan, a principios de enero de 1642, unos doscientos londinenses armados con bastones y espadas marcharon en medio del frío hasta Whitehall coreando eslóganes anticatólicos. Uno lanzó una «pella de hielo» a los soldados que hacían guardia en las puertas de palacio, que inmediatamente se lanzaron en persecución de los civiles, hiriendo a varios de ellos[86].

El 3 de enero de 1642, los Comunes pidieron a los magistrados de Londres que convocaran a la milicia ciudadana (sus «bandas entrenadas») para protegerlos, pero Carlos impidió esta medida. En lugar de ello presentó ante la Cámara de los Lores artículos para la impugnación de uno de los pares y cinco parlamentarios, en tanto que sus representantes precintaban e iniciaban el registro de las viviendas de los «cinco miembros», y otros se presentaban en la Cámara de los Comunes para exigir su arresto inmediato. El impresor del rey publicó y distribuyó los artículos por los que pedía su procesamiento. El Parlamento respondió ordenando el levantamiento del precinto de sus casas, negándose a entregar a los cinco parlamentarios y exigiendo el castigo del impresor de la «escandalosa publicación».

Este triple y abierto desacato a la autoridad real, unido a las intempestivas inundaciones que impidieron el regreso de unos doscientos parlamentarios a la capital tras la pausa navideña, llevó a Carlos a dar un golpe de Estado. Según una fuente, fue su esposa Enriqueta María la que impulsó esta desastrosa medida: «¡Vamos, cobarde! —le gritó supuestamente—, saca a esos granujas de las orejas o no volverás a verme la cara nunca más». Lamentablemente para sus planes, una de las confidentes de la reina, Lucy, condesa de Carlisle, escuchó esta conversación y envió «puntual aviso» de las intenciones de Carlos a la Cámara de los

Comunes. Las intensas lluvias habían convertido las calles de Londres en un cenagal, por lo que la tarde del 4 de enero, el mensajero de *lady* Carlisle consiguió llegar desde Whitehall hasta Westminster antes que Carlos y sus quinientos soldados. Pese a ello, como uno de los cinco miembros del Parlamento impugnados recordaría más adelante, «el rey llegó inmediatamente y entró en la Cámara antes de que alcanzáramos el agua» (el Támesis), donde encontraron una barca para que los dejara a salvo en la City de Londres[87]. Mientras sus soldados esgrimían ostentosamente sus armas a las puertas de la Cámara de los Comunes, Carlos entró y «ordenó al presidente que se levantara de su silla para sentarse él, preguntando en varias ocasiones si los traidores se encontraban allí». Al no haber respuesta, escudriñó detenidamente los rostros de los presentes en la Cámara antes de pronunciar las famosas palabras: «Todos mis pájaros han volado», tras lo cual se levantó y regresó con las manos vacías a Whitehall[88]. Al día siguiente, 5 de enero, tras enterarse de que sus «pájaros» se habían posado en la City, Carlos volvió a salir a darles caza con sus espadachines, pero, una vez más, no los encontró y de nuevo regresó con las manos vacías.

La flagrante violación del privilegio parlamentario por parte de Carlos hizo que los Comunes suspendieran sus deliberaciones, y mientras el rey recorría las calles de regreso a Whitehall, se dio cuenta de que los tenderos habían echado el cierre y se habían apostado amenazadoramente a las puertas de sus tiendas provistos de armas. Lo que era peor, «una bronca multitud lo seguía, gritando de nuevo "¡privilegios parlamentarios!, ¡privilegios parlamentarios!", blandiendo *La protesta* en sus manos». Carlos pasó «el peor día en Londres», según un testigo presencial, «de toda su vida[89]».

El frustrado golpe de Carlos confirmó todas las sospechas anteriores de que estaba dispuesto a utilizar la violencia contra sus súbditos ingleses. La noche del 5 de enero de 1642, se oyeron ru-

mores de que «a la ciudad estaban llegando hombres a caballo y a pie. De modo que las puertas se cerraron, se echaron los portones levadizos, se cruzaron cadenas en nuestras calles, y todos los hombres tomaron sus armas». Desafiando abiertamente al rey, los magistrados de Londres convocaron esta vez a las bandas entrenadas, que escoltaron a los «cinco miembros» denunciados por el rey como traidores, en su triunfante regreso a Westminster. Dado que los hombres armados en Londres leales al Parlamento superaban con mucho en ese momento al de los «caballeros» (como se conocía a los espadachines de Carlos), si éste hubiera permanecido en su capital (según un contemporáneo), «el rey posiblemente habría sido despedazado por los ciudadanos». De modo que el 10 de enero, el monarca huyó con su familia al castillo de Windsor. Enriqueta María entendió perfectamente el significado de esta acción: su marido, le dijo a un embajador, «era todavía menos que un duque de Venecia[90]».

Carlos I: un rey problemático

En un célebre fragmento de su historia de la primera guerra mundial, *sir* Winston Churchill trató de reducir su propia responsabilidad por el fracaso de una iniciativa presentando el resultado como producto de una «fatalidad siniestra»: una serie de contingencias. «Los terribles *si* se acumulan», escribió, y presentó las ocho decisiones en las que *si* los protagonistas hubieran tomado otra decisión, habrían arrojado un resultado positivo. Gran parte de este argumento se ha esgrimido respecto a la guerra civil inglesa: que fue producto de «*una secuencia de hechos en gran medida contingentes*, que en una serie de puntos podrían haber acabado en una victoria pacífica para el rey[91]». Al igual que Churchill, podemos fácilmente enumerar estos «hechos en gran medida contingentes» para crear una «fatalidad siniestra». La «victoria pacífica para el rey» habría tenido en efecto lugar *si* el asalto a Cádiz en 1625 hubiera obtenido siquiera el éxito parcial de los ataques ingleses llevados a cabo sobre la misma ciudad en 1587 y

1596; *si* Carlos hubiera despedido a Buckingham y permitido a otros líderes políticos el acceso al poder y las subvenciones; *si* se hubiera casado con una protestante en lugar de con una católica; *si* hubiera dejado estar la liturgia de los escoceses (o *si* el impresor del gobierno no hubiera desechado las pruebas del Libro de Oraciones, permitiendo a sus enemigos movilizarse); *si* Carlos se hubiera mantenido firme en Berwick en 1639 (o *si* los escoceses no hubieran contado con un comandante experimentado como Leslie); *si sir* Phelim O'Neill no hubiera actuado con un día de antelación, antes de que la noticia de la conspiración católica pudiera llegar a las guarniciones protestantes del Úlster…

Aunque cada eslabón de esta «fatalidad siniestra» pueda parecer aparentemente plausible, todos ellos se basan en tres «refundiciones» fundamentales de la historia: una herencia distinta, un monarca distinto y unos enemigos distintos. El recién creado «Reino de Gran Bretaña» era un Estado compuesto y, por tanto, tenía un «punto de ebullición» política más bajo que otros sistemas de gobierno, en el sentido de que las revueltas tendían a suscitarse antes en momentos de tensión (*véase capítulo 3*). Los Estados compuestos requerían un manejo especialmente delicado cuando un soberano se embarcaba en una guerra, sobre todo en un momento de climatología adversa —como hizo Carlos entre 1625 y 1630, y de nuevo en 1639 y 1640—. Podría objetarse lógicamente que ningún soberano podría haber previsto la meteorología particularmente adversa que iba a complicar las operaciones militares, pero Carlos difícilmente podía alegar ignorancia respecto al hecho de que *cualquier* guerra lo obligaría a crear nuevos impuestos, y de que ello colisionaría inevitablemente con la Cámara de los Comunes y con el resentimiento popular; sin embargo, en todas y cada una de estas ocasiones, decidió seguir adelante[92].

Carlos tampoco parecía consciente de las perturbadoras consecuencias de cambiar las formas tradicionales de liturgia en un

momento de crisis económica e incertidumbre espiritual. Como Conrad Russell apuntó perspicazmente: «Las medidas destinadas a alcanzar la unidad religiosa» en más de uno de los reinos de los Estuardo, «independientemente de la religión en cuyo nombre se tomaran», podían cohesionar a una facción del otro lado de la frontera, «*pero sólo al precio de la división interna y la perturbación de [los] países a los que se aplicaban*[93]». Decenas de miles de súbditos de Carlos se vieron implicados en el proceso político, primera y casi exclusivamente, porque creían que las políticas del rey ponían en peligro su salvación. Primero en Escocia y luego en Inglaterra, los ciudadanos corrientes añadieron sus firmas a documentos públicos —el *National Covenant* y *La protesta*, respectivamente— que esperaban preservarían su fe ancestral, aun cuando hacerlo los ponía en el camino de enfrentarse a su soberano.

Una vez más, Carlos a duras penas podía alegar ignorancia. Como el fallecido Kevin Sharpe señaló, Carlos se esforzó mucho en ser rey y mostró una «obsesión por mandar». Presidía con regularidad las reuniones del Consejo Privado, incluso convocaba reuniones matinales especiales los domingos para seguir la recaudación del dinero para barcos; leía y hacía anotaciones en la correspondencia que recibía y examinaba las credenciales de los candidatos para los puestos del Estado; y, en asuntos de religión, él era el que mandaba y sus obispos ejecutaban. Su intervención personal en la elaboración y promulgación tanto de los Cánones como del Libro de Oraciones para Escocia es sólo un ejemplo. Carlos también exigía a Laud un «informe anual» de su provincia eclesiástica, que leía y devolvía con un aluvión de comentarios profesorales («esto debe remediarse de una manera u otra; respecto a lo cual espero un informe especial de usted»); exigencias de una mayor información («deseo conocer la veracidad de esto»); y promesas de respaldar las decisiones de su arzobispo con toda la fuerza de la ley («infórmeme de los detalles, encargaré a los jueces que los hagan abjurar»[94]).

La «personalidad obsesiva» (o, según la denominación de Freud, la «personalidad anal») no es infrecuente entre los gobernantes, y en el caso de Carlos podría derivarse de su infeliz infancia, eclipsada hasta los doce años por su carismático hermano Henry, cuya fama póstuma marcó un listón que Carlos nunca consiguió igualar —entre otras cosas, por su diminuta estatura y su nunca superada tartamudez—. Menos sencillo resulta explicar los otros dos defectos que complicaron las relaciones entre el rey y sus súbditos: la inconstancia y la indecisión. Jacobo I aseguró en cierta ocasión al Parlamento inglés: «No diré nada que no prometa, ni prometeré nada que no jure; lo que juro lo firmaré, y lo que firmo lo cumpliré con la ayuda de Dios[95]». Carlos era distinto: aunque frecuente y ostentosamente daba su «palabra de rey», más adelante a menudo faltaba a ella. Así, su política hacia los escoceses en 1638-1639 pasó de una obstinación implacable («prefiero morir a acceder a esas insolentes y detestables demandas») a la abyecta capitulación de la Paz de Berwick, a consecuencia de lo cual sus súbditos no daban «ningún crédito» a nada de lo que decía. Asimismo, en 1641, dos semanas después de prometerle a Strafford bajo su «palabra de rey, que no sufrirás pérdida de vida, honor o fortuna», firmó la sentencia de muerte del conde; en tanto que al año siguiente, tras muchas vehementes negativas, aprobó el proyecto de ley de privar a los obispos de su derecho a votar en la Cámara de los Lores. Dichas retractaciones, en palabras de lord Clarendon, «debilitaron sobremanera el bando del rey», tanto estratégica como tácticamente, porque muchos de sus partidarios «nunca, a partir de ese momento, confiaron en que negaría lo que inoportunamente se le preguntaba». Enriqueta María consideraba la inconstancia de su marido como su mayor debilidad y le cubría de reproches por ello. «Recuerda tus propias máximas, que es mejor mantenerse en una mala decisión que cambiarla tan a menudo», lo reprendía. «Empezar, y luego parar, es tu ruina, la experiencia te lo demuestra». O: «Es-

tás empezando otra vez con tu juego de concederlo todo» y «[Espero] que no hayas aprobado la ley de la milicia. Si lo haces, yo debería ir pensando en retirarme a un convento, porque ya no vas a ser capaz de proteger a nadie, ni siquiera a ti mismo[96]».

A pesar de ello, oponerse a Carlos con la esperanza de que al final acabaría cediendo constituía una estrategia de alto riesgo, elocuentemente expresada por el conde de Mánchester, un general parlamentario a quien Carlos había tratado tiempo antes de arrestar junto con los «cinco miembros». «Tenemos que ser cautelosos —advirtió a uno de sus colegas— porque en la lucha nos arriesgamos a un todo o nada. Si vencemos al rey 99 veces, él seguirá siendo rey, y también su descendencia, y nosotros seguiremos siendo sus súbditos; pero si él nos vence una, nos mandará ahorcar y será el fin de nuestra descendencia[97]». Carlos a menudo había mostrado tanto intolerancia como deseo de venganza. Ciertamente, como Kevin Sharpe ha apuntado, no ejecutó ni a un solo súbdito por traición o por crímenes de Estado (en marcado contraste tanto con sus monarcas homólogos como con el régimen republicano que siguió), sino que encarceló y desterró a aquellos que lo criticaban, desde Archie *el Loco* al conde de Bedford. Además, en 1628, instó a sus jueces a torturar a John Felton (el asesino de Buckingham) y doce años más tarde escribió *de su puño y letra* la orden judicial que autorizaba la tortura de un hombre sospechoso de encabezar el ataque al palacio de Lambeth tras la disolución del Parlamento Breve. En 1639 y de nuevo en 1640 comandó a un ejército para «suprimir» a sus súbditos escoceses y en 1641 casi con toda seguridad aprobó un plan para asesinar a Hamilton y a Argyll (el «incidente»). Seguramente habría ejecutado a Mánchester y a los «cinco miembros» por traidores si el Parlamento hubiera aprobado su decreto de cancelación de derechos civiles (al fin y al cabo, se declararon culpables de los cargos[98]).

Para muchos de sus adversarios, las acciones de Carlos rezumaban arbitrariedad política: también suscitaban temores de un complot papista. Cada parroquia inglesa debía tener expuesta al público su propia copia del *Libro de los mártires*, de John Foxe, lleno de ejemplos gráficos de cómo los católicos habían torturado y matado en el pasado a protestantes ingleses. En 1640, unos pocos líderes políticos habían sido testigos del intento de España de invadir Inglaterra en 1588 (de hecho, uno de los doce «pares peticionarios» habían combatido contra la Armada Invencible), algunos podían recordar la «traición de la Pólvora», y casi todos recordaban el «enlace español». El miedo al «papismo» formaba por tanto parte permanente de la retórica de la oposición en la Inglaterra Estuardo. Su resurgir en 1641-1642, a raíz de las traumáticas noticias de Irlanda publicadas casi diariamente en sensacionalistas panfletos, tampoco fue por tanto «contingente», sino absolutamente predecible[99].

Dadas estas circunstancias, la insistencia de los enemigos de Carlos en el caso de Strafford («un muerto no es nadie») adquiere su sentido, aun cuando forzar al rey a cometer un asesinato judicial aumentaba significativamente el riesgo de una guerra civil. Como Carlos escribiría más adelante, «el hecho de fallarle a un amigo me ha tocado muy de cerca; por tanto estoy decidido a no tener que volver a hacer nada parecido bajo ningún concepto». Se negó a confiar ni a mantener la fe en quienes fueron los responsables y en adelante hizo promesas que no tenía intención de cumplir, porque «me he volcado en la justicia de mi causa, y estoy resuelto a que ninguna circunstancia ni infortunio me hará ceder, por lo que, o seré un rey glorioso, o un paciente mártir». Para conseguirlo, sumió a todos sus reinos en las décadas más turbulentas y destructivas que vivirían nunca[100].

La política, se dice a menudo, es «el arte de lo posible». Pero ¿qué era exactamente «posible» en la Gran Bretaña de los Estuardo? Johnston de Wariston descartó explícitamente «retroceder ni

un solo palmo en esta causa» y no fue el único. Hamilton resumió el dilema de Carlos con notable perspicacia: «Hasta dónde Su Majestad, en vuestra gran sabiduría, debe hacer la vista gorda ante *la locura de estos hombres*, no soy quien para aconsejarle», pero «me atrevo a asegurarle que si esta locura no los abandona, antes perderán sus vidas que renunciarán al *Covenant* o parte de sus demandas[101]». Una vez Carlos hubo decidido imponer un Libro de Oraciones, pasara lo que pasara, nada salvo la plena independencia de la Iglesia escocesa habría satisfecho a Wariston y sus colaboradores. Del mismo modo, en Irlanda, tras la repentina disolución del Parlamento de Dublín, en el verano de 1641, sólo la aplicación de las «gracias» habría satisfecho a Maguire y sus colegas conspiradores.

Tal vez Wariston tenía razón: una solución pacífica de la tensión generada en la Monarquía Estuardo en la década de 1630 sólo habría podido alcanzarse mediante «la eliminación de Carlos por parte del cielo» (*si* hubiera muerto antes de enero de 1642, bien de enfermedad —contrajo la viruela en 1632, pero en una variante leve— o por algún accidente, como una fatal caída de su caballo —como la que causaría la muerte de su nieto, Guillermo III[102]—). Dado el temperamento de los protagonistas, una vez que la Pequeña Edad de Hielo, combinada con los «dos grandes asuntos, la religión y la reducción de la libertad del pueblo», condujo a súbditos como Wariston, Maguire y Essex a enfrentarse a un monarca como Carlos I, la guerra civil aparecía como el resultado más probable, si no inevitable.

12

Gran Bretaña e Irlanda, de la guerra civil a la revolución, 1642-1689

En «las crueles y antinaturales guerras libradas en estos últimos años»…

> … mucha sangre inocente de las personas libres de esta nación se ha derramado, muchas familias se han deshecho, el tesoro público se ha despilfarrado y agotado, el comercio se ha visto obstruido y ha decaído completamente, y muchas partes de este país se han echado a perder, algunas hasta la devastación.

Aunque esta deprimente valoración recordaba las efectuadas respecto a Alemania durante la guerra de los Treinta Años, formaba parte de la formulación de cargos leída el 20 de enero de 1649 en el primer juicio por «crímenes de guerra» de un jefe de Estado en funciones celebrado nunca: el de Carlos I, rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Su ejecución diez días más tarde dio paso a la única experiencia de un gobierno republicano habida en Gran Bretaña hasta hoy, su primera Constitución escrita, la primera unión política eficaz entre todas las partes del archipiélago atlántico y la fundación del primer Imperio británico. Fue, según Christopher Hill señaló, «la mayor agitación acaecida en Gran Bretaña hasta la fecha[1]».

Por otra parte, en palabras de Martyn Bennett, la guerra «invadió los campos, patios y cocinas de la gente. Se llevó las sábanas de sus camas y los espejos de sus paredes». También mató a unos 250 000 hombres y mujeres en Inglaterra, Escocia y Gales, es decir, el 7 por ciento de la población total (comparado con unas 700 000 personas, menos del 2 por ciento de la población total, durante la primera guerra mundial, y algo más de 300 000, ni siquiera el 1 por ciento de la población, durante la segunda guerra mundial). Varios cientos de miles de hombres y mujeres quedaron lisiados o sin casa, y decenas de miles más fueron he-

chos prisioneros o esclavos por los conquistadores ya en Inglaterra o en América. Por otra parte, una serie de malas cosechas y epidemias de peste generaron en Escocia una hambruna «como nunca se había visto en este Reino hasta ahora, desde que es una nación»; y «una escasez de maíz como Irlanda no recuerda haber vivido nunca, y una hambruna tan cruel, que ya se ha cobrado la vida de varios miles entre los más pobres». En 1652, un soldado inglés destacado en Irlanda informaba de que «puedes cabalgar veinte millas [32 kilómetros] y apenas alcanzar a ver nada, o fijar la vista en ningún objeto, que no sean hombres colgados de árboles y horcas»; en tanto que tres años después, uno de sus colegas se hacía eco de que «un hombre podía viajar veinte o treinta millas sin ver ningún ser vivo» excepto «hombres muy ancianos con mujeres y niños» con la piel «negra como la pez debido a la terrible hambruna». En palabras de un poeta irlandés:

Ésta fue la guerra que acabó con Irlanda,
y a millares convirtió en mendigos.
La peste y la hambruna iban de la mano.

En total, la población de Irlanda pudo reducirse en las décadas de 1640 y 1650 en una quinta parte[2].

El conflicto causó también unas pérdidas materiales sin precedentes. En Inglaterra y Gales, al menos 150 ciudades y 50 pueblos sufrieron graves daños; y más de 11 000 casas, 200 casas de campo, 30 iglesias y media docena de castillos fueron destruidos (y muchos más, gravemente dañados). El coste total de los daños materiales superó los dos millones de libras[3]. Por otra parte, para pagar y desplegar sus ejércitos, el gobierno central de Londres recaudó más de 30 millones de libras en impuestos y multas a la población, mientras que los soldados se cobraron muchos millones más de forma directa. Es imposible calcular el coste global de la guerra, pero la experiencia vivida en Cheshire entre 1642 y 1646 sirve de ejemplo elocuente: sus habitantes pagaron al menos 100 000 libras en impuestos, y otras 120 000 en bienes y ser-

vicios requisados directamente por los soldados. Si se incluye el secuestro, saqueo y la destrucción indiscriminada, la primera guerra civil le costó a Cheshire al menos 400 000 libras, esto es, 100 000 por año. En cambio, el gravamen anual del dinero para barcos, que tanto había contribuido a desencadenar la crisis constitucional de 1640, había supuesto en el condado tan sólo 2750 libras. Además, como en el resto de condados, los ciudadanos de Cheshire continuaron pagando enormes sumas para apoyar al gobierno y sus tropas durante otros catorce años[4].

Aunque no disponemos de cálculos tan precisos respecto a los daños materiales en otros dominios de Carlos I, los documentos de la década de 1650 revelan una grave despoblación en algunas áreas de Escocia e Irlanda (como granjas abandonadas en los Borders y las tierras del clan Campbell en el primer caso, y zonas del Úlster en el segundo), debido a los daños infligidos deliberadamente por los soldados. Además, los disturbios de Edimburgo de 1637 desencadenaron una sucesión de hechos que tuvieron como consecuencia la desaparición de Escocia como nación independiente durante casi una década; en tanto que los problemas irlandeses que comenzaron en 1641 abrieron unas heridas sociales y culturales que todavía hoy siguen sin curarse del todo.

Tras considerar estos y otros datos, Ian Gentles señaló que, sin lugar a dudas, Gran Bretaña e Irlanda pagaron un precio extremadamente alto «por el derrocamiento de un rey arbitrario, la aniquilación de la amenaza del papismo y la puesta en práctica de un experimento de gobierno republicano de dieciocho años»; mientras que J. H. Plumb apuntó que «para 1688, la conspiración y la rebelión, la traición y la conspiración, formaban parte de la historia y la vida de al menos tres generaciones de ingleses». Plumb atribuía esta inestabilidad crónica a tres defectos: monarcas inadecuados y mal aconsejados, un Parlamento en Westminster que la corte no podía controlar ni por otra parte ignorar, y la «implacable hostilidad» de Londres hacia sus soberanos Estuardo,

una hostilidad gráficamente reflejada en la decisión del rey Carlos de abandonar su capital en enero de 1642[5].

Las guerras inciviles

Un «Gran Miedo» barrió Inglaterra en el invierno de 1641-1642, comparable en intensidad al «Gran Miedo» [Grande Peur] que atenazó Francia en 1789; pero en lugar de reflejar el temor de la hambruna, se derivaba del percibido «peligro representado por los papistas y otras personas desafectas» que estaban «dispuestas a actuar como esos salvajes sanguinarios de Irlanda si no se les impedía rápidamente[6]». La mención a Irlanda era significativa, porque la noticia de las masacres que siguieron a la revuelta del 23 de octubre de 1641 y los rumores de que el propio rey había dado el visto bueno a la revuelta parecían refrendar el temor a que en Inglaterra ocurriera alguna atrocidad similar. Una cuarta parte de todos los panfletos publicados en Londres en diciembre de 1641 se hacía eco de noticias sobre Irlanda, y esta cifra fue aumentando de forma constante hasta alcanzar una tercera parte en abril de 1642. Nada causó más impacto que la *Remonstrance of diverse remarkable passages concerning the church and kingdom of Ireland [Denuncia de los diversos y notables sucesos referentes a la Iglesia y el Reino de Irlanda]* redactada por el doctor Henry Jones, uno de los que habían tomado declaración jurada a los supervivientes de la revuelta (*véase capítulo 11*). Tras mostrar al Parlamento copias de las declaraciones de más de seiscientas víctimas, incluyó espeluznantes extractos de 78 de ellos en su *Remonstrance*[7].

Resulta casi imposible exagerar el impacto que tuvo esta información. Cuando, en 1659, el predicador puritano Richard Baxter recordaba «las razones que lo movieron a implicarse en la guerra del Parlamento», destacaba sobre todo «la odiosa rebelión irlandesa», con «tantos miles bárbaramente asesinados, no menos (según un testimonio fiable) de 150 000 sólo en la provincia del

Úlster. Si me preguntaran qué representó todo esto para Inglaterra —continuaba Baxter—, yo respondería: sabíamos el gran avance que el mismo bando había conseguido en Inglaterra» y, por tanto, «[temíamos] que nos masacraran a millares o caer en las mismas manos que había caído Irlanda [...]. De todos mis conocidos, recuerdo pocos que se alistaran en el ejército del Parlamento por otra razón que no fueran sus miedos relacionados con la masacre irlandesa, pensando que no había otro camino para la seguridad» de Inglaterra. Los sucesos irlandeses de octubre de 1641, y el temor de que Carlos permitiera que ocurriera lo mismo en Inglaterra, fueron «el motivo principal que movió a los sensatos a ponerse del lado del Parlamento cuando comenzó la guerra civil[8]». El relato de Baxter se ve en gran medida confirmado por la decisión tomada en febrero de 1642 por la Cámara de los Comunes, avergonzada y conmovida por las declaraciones, de ofrecer 2,5 millones de acres de tierra, que habían de confiscarse a los rebeldes irlandeses, como garantía para aquellos que «aventuraran» fondos destinados al reclutamiento de tropas a fin de restaurar el control protestante, y de autorizar un impuesto de emergencia de 400 000 libras que habría de aplicar y cobrar el Parlamento, y no el rey.

Irlanda no era, por supuesto, el único problema acuciante que requería atención urgente de Carlos y del Parlamento. Las peticiones que solicitaban una intervención para acabar con la recesión llegaban a mansalva. Una de ellas, procedente de Essex y supuestamente firmada por 30 000 personas, subrayaba la crisis en los sectores textil y agrícola, en los que «muchos miles de personas están abocadas a entrar de forma inminente en un estado de necesidad», pero a la vez venía ligada a demandas sectarias: «Ni tampoco podemos esperar ninguna solución a menos que los obispos y los lores papistas sean expulsados de la Cámara de los Pares». Fuera del Parlamento, «multitud de hombres y mujeres furiosos también exigían la exclusión de los obispos y lores cató-

licos, y que los bienes de éstos fueran distribuidos para alivio de sus presentes necesidades, amenazando, tanto verbalmente como por escrito, con que de no ser así la penuria los obligaría a tomar medidas más violentas[9]». Los lores claudicaron, accediendo a excluir a los obispos, y a continuación aprobaron también la Ley de Leva, que permitía al Parlamento utilizar la coacción para reclutar tropas para la defensa de Irlanda. Carlos accedió a su pesar a ambas leyes en marzo de 1642, y a continuación partió hacia el norte de Inglaterra.

Los líderes parlamentarios continuaron usurpando las funciones ejecutivas de la Corona —nombrando a hombres de su confianza para hacerse cargo de la torre de Londres, los arsenales de Hull y Portsmouth, y la Marina real—, lo que desmoralizó tanto al rey que cuando éste llegó a York en abril de 1642 con sólo 39 caballeros y diecisiete guardias, incluso a uno de sus leales partidarios le «pareció casi completamente abandonado por todos sus súbditos[10]». Dos meses más tarde, una comisión parlamentaria encargada de averiguar «cómo impedir una guerra civil» le presentó *Las diecinueve propuestas*, un documento dirigido a recortar todavía más los poderes ejecutivos de la Corona: consejeros privados, ministros, jueces, comandantes de fortaleza e incluso los tutores de los hijos del rey en adelante sólo ocuparían su cargo previo consentimiento parlamentario; no habría más reinas católicas; el Parlamento debía aprobar por adelantado el matrimonio de cualquier miembro de la familia real; sobre todo, el rey debía aceptar el derecho del Parlamento a reclutar soldados cuando así lo decidiera.

Carlos, en aquel momento en York, advirtió que si sus adversarios insistían en exigir concesiones políticas, entonces «al final el pueblo llano» se daría cuenta de «que todo esto había sido hecho por ellos, pero no para ellos»; y entonces sería sólo cuestión de tiempo que «se organizaran por sí mismos y consideraran la paridad y la independencia como "libertad"». Se acabaría inevi-

tablemente con un «Jack Cade o un Wat Tyler» (los líderes de las revueltas populares de 1450 y 1481, respectivamente). Si aceptaba *Las diecinueve propuestas*, proseguía el rey, «no podríamos hacer otra cosa que quedarnos mirando» mientras el Parlamento «destruía todos los derechos y propiedades, todas las distinciones asociadas a la familia y al mérito» hasta que «esta espléndida forma de gobierno basada en la excelsa diferenciación acabara en un oscuro e igualitario caos de confusión». Por tanto, rechazó el documento[11].

Las diecinueve propuestas permitieron de este modo al rey presentarse como el adalid de la tradición inglesa. Ahora podía afirmar con visos de credibilidad que estaba del lado de la ley y el orden contra el «oscuro e igualitario caos de confusión», y su retórica no tardó en ganarse un amplio apoyo. En julio, un panfleto (originalmente difundido en forma de sermón) advertía de que en una guerra «no existe distinción entre el magistrado y el pueblo, y Cade, Straw y Tyler plantarían cara al rey, y dictarían sus propias sentencias sin regirse por la ley»; pocas semanas más tarde, un noble realista deseaba que sus hijos «no hubieran nacido nunca para vivir bajo el dominio de tantos Cade y Kett, amenazados por sus multitudes e insurrecciones dirigidas a acabar con cualquier resto de Monarquía, nobleza y señorío en esta tierra[12]». El rey también recordó a sus súbditos: «Yo soy fiel a la doctrina y disciplina de la Iglesia de Inglaterra tal y como fue establecida por la reina Isabel y por mi padre, y he decidido (por la gracia de Dios) vivir y morir por mantenerla». Su firme postura «causó gran alegría, la gente gritaba: "¡Dios bendiga a Su Majestad, volveremos a tener nuestra antigua religión!"», mientras que varios condados presentaron peticiones al Parlamento en apoyo del episcopado y la liturgia tradicional. Por otra parte, dado que el rey había llevado una imprenta con él, comenzó a sacarle el máximo partido posible tanto para emitir órdenes como para insistir en que sólo el rey podía promulgar las medidas «para que el

noble y pacífico pueblo de nuestro Reino —lo que hoy llamaríamos la *mayoría silenciosa*— pueda ser protegido, y los malvados y licenciosos, eliminados[13]».

El instinto político del rey Carlos resultó acertado. Por un lado, el desmoronamiento de la censura había permitido la aparición de grupos religiosos radicales, sobre todo en Londres, lo que alarmó a muchos ingleses e inglesas de a pie. Por otro, el Parlamento demostró ser incapaz de acabar con el profundo desajuste económico. Los comerciantes de tejidos de Suffolk se quejaban de que no habían vendido prácticamente nada en dieciocho meses, en tanto que la producción textil de Essex descendió más de la mitad, alcanzando el nivel más bajo del siglo. «Los gritos de los pobres demandando trabajo, y sus maldiciones y amenazas» propagaron el miedo de que los desempleados «vayan a quedar reducidos a una extrema necesidad y miseria, y se vean obligados a optar por alguna vía violenta para aliviarse y arruinar a los más ricos y capaces». En agosto de 1642, grandes grupos de desempleados en Essex y Suffolk comenzaron a atacar y saquear las casas tanto de los católicos como de destacados realistas protestantes[14].

Ambos hechos actuaron en contra del rey. Los que temían un colapso del orden público o bien un desorden religioso se pusieron entonces camino de York, donde se unieron a prominentes cortesanos aterrorizados ante la idea de seguir el mismo destino que Strafford, católicos romanos asustados por la espeluznante retórica del Parlamento y aquellos que consideraban que, equivocada o no, «la majestad es sagrada». Para julio de 1642, en la Cámara de los Comunes, en su día integrada por casi seiscientos miembros, rara vez asistían a las votaciones más de una tercera parte de ellos, mientras que la Cámara de los Lores contaba sólo con treinta pares (una cuarta parte del total). La mayoría de los restantes se había unido al rey.

La migración de «realistas» (como pronto darían en llamarse) permitió a los que quedaron en Westminster tomar medidas más radicales. El Rey Pym y su menguante grupo de partidarios se lanzaban a la yugular de cualquiera que se manifestara contra ellos: decenas de «ministros escandalosos» y seglares descontentos pasaron a engrosar las filas de los obispos y los jueces en prisión a partes iguales. También crearon un «comité de seguridad», que gravaba los préstamos forzados bajo pena de confiscación, algo expresamente prohibido por *La petición de derecho*; y conscientes de que para que un enfrentamiento inglés contra Carlos triunfara seguía siendo necesaria la participación escocesa, impulsaron un programa religioso dirigido expresamente a conseguir el apoyo de los *covenanters*, enemistándose de este modo todavía más con aquellos ingleses que preferían el Libro de Oración Común.

Mientras, la oposición del Parlamento a la libertad de conciencia en Irlanda, así como los rumores de que planeaba enviar tropas para «destruir y extirpar todo lo que era irlandés y católico», generó muchas antipatías en Irlanda, a la vez que el permiso concedido por los *lords justices* a sus cargos militares para «ejecutar o castigar de otro modo, en virtud de la ley marcial, a cualquier saqueador, rebelde o traidor», y su decisión de perseguir a las mujeres católicas, «por ser manifiesta y profundamente culpables de esta rebelión», auguraba lo que podría ocurrir cuando llegaran los refuerzos[15]. Así pues, en junio de 1642, justo cuando el rey leía y rechazaba *Las diecinueve propuestas*, los líderes católicos irlandeses redactaron el borrador de un juramento de asociación para su propia defensa. También crearon una «Confederación» formal con su propia Asamblea General y Consejo Supremo, con sede principal en Kilkenny, que durante los siguientes siete años gobernó la Irlanda católica y desarrolló una activa política exterior, enviando representantes diplomáticos al extranjero y recibiendo a su vez emisarios acreditados de las potencias

católicas continentales. La Confederación también reclutó y mantuvo a su propio ejército y armada para repeler una posible invasión inglesa.

No tenían que haberse preocupado. En agosto de 1642, el Parlamento resolvió utilizar los fondos recaudados para Irlanda en reclutar un ejército de 10 000 voluntarios para su propia defensa, y nombró lord general al conde de Essex. Carlos respondió con una proclamación «para aplastar la presente rebelión comandada por Robert, conde de Essex» y cursó órdenes por las que autorizaba a sus partidarios a reclutar tropas, una inequívoca declaración de guerra. Una vez reunidos unos 14 000 voluntarios, el rey emprendió su tercera campaña en tres años y avanzó hacia Londres, mientras que Essex conducía a sus voluntarios para detenerlos. El 23 de octubre de 1642, el primer aniversario de la rebelión irlandesa, los dos ejércitos se enfrentaron en una batalla campal en Edgehill —la primera librada en suelo inglés en bastante más de un siglo—. Ambas partes sufrieron graves pérdidas y se retiraron, pero en lugar de apresurarse hacia Londres, Carlos avanzó hacia Oxford, ciudad que fortificó y convirtió en su «capital temporal». Su decisión proporcionó tiempo al Parlamento para organizar la defensa de Londres, y para cuando el ejército del rey llegó a sus afueras, el enemigo lo superaba claramente en número y tuvo que retirarse a sus cuarteles de invierno.

Para finales de 1642, los partidarios de Carlos tenían en su poder Gales, el oeste de Inglaterra y la mayoría de las Midlands y el norte, en tanto que el Parlamento controlaba el sureste, algunos enclaves (la mayoría puertos) en otros lugares y la armada. Para ganar la guerra Carlos sólo necesitaba tomar Londres, mientras que sus oponentes no podían declararse victoriosos hasta que hubieran obligado al rey a rendirse y asegurado el control de todo el país. Los líderes de Escocia, aprovechando la ventaja que suponía esta desigual ecuación, ofrecieron enviar ayuda militar

al Parlamento a condición de que todos los ingleses mayores de dieciocho años juraran aceptar el *Covenant* y el Parlamento inglés jurara imponer el presbiterianismo tanto en Irlanda como en Inglaterra. Este programa obtuvo una aceptación limitada en Inglaterra y prácticamente ninguna en Irlanda; pero los líderes parlamentarios no tenían mucha elección. Según las desesperanzadas palabras de un comentarista en diciembre de 1643: «Nuestro país se precipita lo más rápido posible hacia el lamentable estado de Alemania, en muchos condados las partes enfrentadas han pasado todo el invierno envueltas en hostilidades, para desgracia de sus habitantes[16]». El Parlamento de Westminster aceptó por tanto las divisivas demandas de los *covenanters* escoceses, y en enero de 1644 las bien entrenadas tropas de estos últimos entraron en Inglaterra y se unieron al ejército del Parlamento. Los aliados superaban ahora con mucho a los realistas cuando en julio se enfrentaron en Marston Moor, cerca de York, en la mayor batalla librada nunca en suelo inglés. En sólo dos horas, los realistas perdieron 5500 soldados y el control del norte de Inglaterra.

Sin embargo, Marston Moor no acabó con la guerra. Antes, Carlos persuadió a los confederados católicos irlandeses para enviar una fuerza expedicionaria a Escocia, obligando a los *covenanters* a retirar a la mayor parte de sus fuerzas de Inglaterra para defender su patria. A continuación, el rey atrajo a Essex con el grueso del ejército del Parlamento hacia el interior de Cornwall, donde en septiembre de 1644 forzó su rendición. Por último, al mes siguiente, Carlos casi logró derrotar al conde de Mánchester, al mando del resto del ejército de campaña del Parlamento. Estos importantes fracasos enfurecieron a muchos miembros del Parlamento, incluido Oliver Cromwell, uno de los artífices de la victoria de Marston Moor. «Los miembros de ambas Cámaras han conquistado grandes plazas y comandancias» y «no permitirán que la guerra acabe rápidamente, a menos que su propio po-

der así lo determine». Así pues propuso (en efecto) la destitución tanto de Essex como de Mánchester y la creación de un nuevo «ejército nacional[17]».

Aunque Cromwell y sus socios se salieron con la suya en la Cámara de los Comunes, los lores se negaron a humillar a sus colegas. Esta parálisis alentó a los moderados de ambas partes a proponer negociaciones dirigidas a resolver las diferencias respecto a tres contenciosos: la religión, el control de las fuerzas armadas e Irlanda. Aunque Carlos se mostró de acuerdo con iniciar conversaciones, ya tenía la decisión tomada sobre las dos primeras cuestiones. Como escribió en una carta secreta a su esposa (claramente contraria a negociar con los rebeldes), antes incluso de que comenzaran las conversaciones: «La religión y la milicia son las primeras cuestiones que tratar: y ten por seguro que no renunciaré al episcopado ni a la espada que Dios ha puesto en mis manos[18]». El fracaso de las conversaciones de paz llevó a la Cámara de los Lores a acordar (aunque sólo por un voto de diferencia) el nombramiento de *sir* Thomas Fairfax como lord general de un «Nuevo Ejército Modelo» de 22 000 hombres, con Cromwell como segundo de abordo, y en junio de 1645 llevaron al rey a la batalla de Naseby. Aunque este enfrentamiento, como el de Marston Moor, terminó pronto, la victoria de las tropas del Nuevo Ejército resultó decisiva, dado que sirvió para capturar la mayor parte de la infantería, artillería y bagajes. También se hicieron con el carruaje del rey, donde encontraron su archivo personal.

El rey «desnudo».

«Las cartas del rey incautadas en la lucha final de Naseby» demostraban (según una gaceta londinense) «una gran preocupación por todos los bienes y soldados que nos habíamos cobrado». Después de que John Wallis, un joven matemático, las hubiera descifrado, la Cámara de los Comunes organizó una selección de la correspondencia secreta entre Carlos y su esposa y ministros

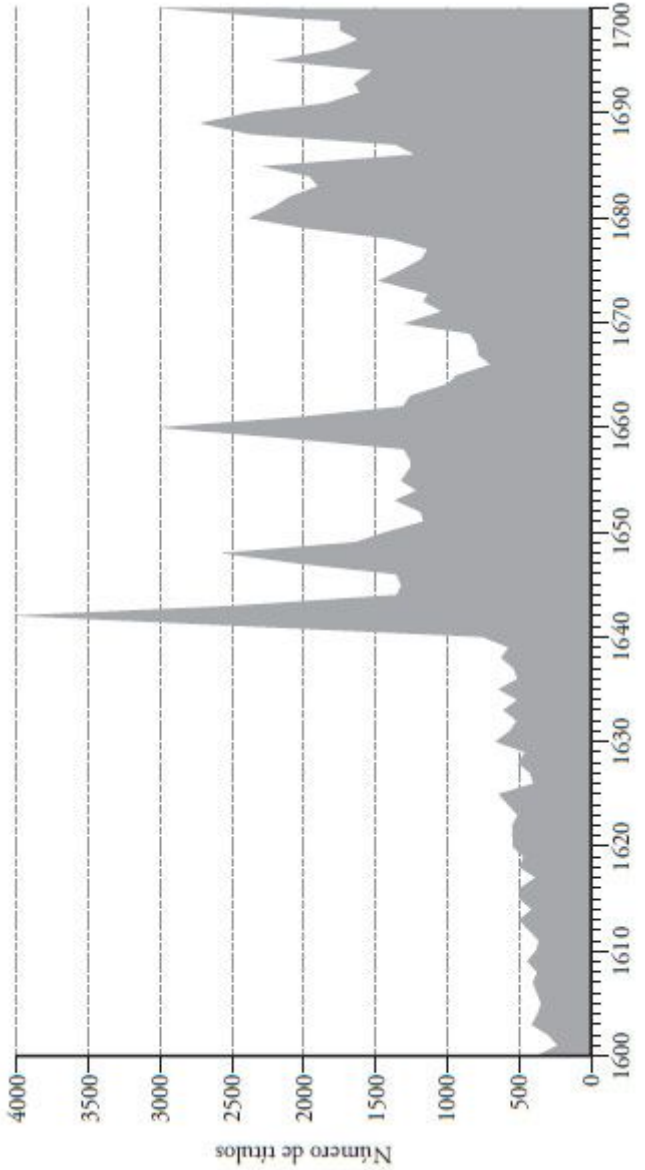
de confianza, especialmente el marqués de Ormond en Irlanda. El público la recibió con una mezcla de silbidos y «un grito tan sonoro como el que el pueblo debió de darle a Herodes» (una imagen muy expresiva). El Parlamento encargó entonces un panfleto, *The king's cabinet opened [El armario abierto del rey],* en el que se incluían algunas de las cartas así como un devastador comentario. El panfleto no sólo se vendió bien, «suscitó más controversia, en relación con la que otras publicaciones habían despertado, que cualquier otra obra de las publicadas en estos prolíficos años de la guerra civil[19]». De la aproximadamente docena de periódicos existentes en Londres, casi todos informaron de ella y uno de ellos la imprimió por entregas. Una multitud de panfletos realistas arguyeron que las cartas eran falsificaciones (aunque obviamente no lo eran), que habían sido incorrectamente descodificadas (difícil de sostener), o que no debían leerse porque habían sido escritas como documentos privados (demasiado tarde para hacerlo cumplir). Dos años después, un escritor realista admitió que publicar las cartas había sido como «desnudar al rey», y (como Derek Hirst ha argumentado) había ayudado a «llevar a Carlos a juicio y al tajo del verdugo[20]».

¿Cómo pudo un panfleto de menos de cincuenta páginas conseguir tanto? Por una parte, los últimos sucesos habían generado un interés público sin precedentes acerca de los acontecimientos políticos tanto dentro como fuera del país. En primer lugar, gracias a la proliferación de las escuelas en Inglaterra y Gales, para 1640 una parte importante de la población podía leer por sí misma sobre los asuntos políticos y religiosos del Reino. Segundo, debido a la desaparición de la censura real, había un número insólito de publicaciones que leer, muchas de ellas sobre política: en 1641 aparecieron en Inglaterra más de 2000 obras impresas, más que nunca hasta la fecha, y el número se duplicó en 1642 —un total anual que no volvió a igualarse en casi un siglo—. En la primavera de 1642, un artesano londinense encontró «tantos de

estos pequeños panfletos de noticias semanales por toda la casa que creí que habían entrado ladrones a robarme el dinero[21]». En tercer lugar, aunque en 1639 sólo apareció un periódico en Inglaterra, en 1642 aparecieron más de sesenta (*figura 26*). Cada número informaba de noticias extranjeras y nacionales, incluidas reseñas de sermones y discursos tomadas mediante taquigrafía por los «reporteros» (otra innovación), para que los que estuvieran ansiosos de noticias políticas pudieran «sentir el pulso del rey y del Reino» de forma regular. Gracias a estas tres innovaciones, en la década de 1640 Inglaterra podía presumir de contar con la «esfera pública» más animada de principios del mundo moderno, «donde las demandas y contrademandas podían establecerse y negociarse, y donde el alcance del poder principesco e imperial podía cuestionarse e impugnarse[22]».

No obstante, pocos panfletos o artículos de periódico tuvieron el impacto de *The king's cabinet opened*. Como prometía el prefacio, el «telón se ha descorrido, y lo que el rey ha escrito a Ormond y a la reina, que ellos no debían revelar, ha salido a escena». En las cartas secretas, Carlos se quejaba de la atrofiante torpeza de su séquito en Oxford, ridiculizaba a los nobles y miembros del Parlamento que habían corrido a unirse a él en Oxford como nuestro «Parlamento conjunto aquí», y hacía mofa de la ambición de sus ministros. Además, la correspondencia revelaba que el rey «no hacía nada» sin la «aquiescencia y permiso» de su esposa, pese a (en el santurrón lenguaje de los editores) «ser del sexo débil, extranjera y educada en una religión enemiga». Esta acusación escondía más de lo que la mentalidad moderna alcanza a percibir: en el siglo XVII, la mayoría de la gente consideraba la devoción por una esposa como una debilidad. Según el muy vendido manual *A godlie forme of householde government [Una forma devota de gobierno doméstico]* (1612): «Es imposible para un hombre entender cómo gobernar a un pueblo si no sabe gobernar su propia casa». La deferencia presente en las cartas de Carlos

a su «amada del alma» debió de llevar por tanto a la mayoría de sus lectores a dudar de su capacidad para gobernar[23]. Aún más comprometedores resultaban los intentos del rey por solicitar ayuda militar extranjera; sus promesas de revocar las leyes penales contra los católicos ingleses en Inglaterra «en cuanto Dios me lo permita»; y, peor aún, su promesa de conceder plena tolerancia a los católicos irlandeses siempre que «*se comprometan a ayudarme en la lucha contra mis rebeldes de Inglaterra y Escocia*». Las últimas páginas del panfleto contenían una devastadora selección de las declaraciones públicas de Carlos que sus cartas privadas contradecían flagrantemente. En palabras de los editores: «El rey no declarará nada a favor de su Parlamento siempre que pueda encontrar quien lo ayude a mantenerse enfrentado a él; ni llevará a cabo nada de lo que había declarado, mientras pueda encontrar partidarios suficientes que lo excusen de hacerlo». *The king's cabinet*, por tanto, no sólo despojó al rey de todas sus «ropas», sino también de su credibilidad[24].



26. Publicaciones en Inglaterra durante el siglo XVII. Al igual que en Francia unos años más tarde, la abolición de la censura gubernamental provocó un aumento sin precedentes de las obras impresas (como se refleja en los títulos de todas las publicaciones conocidas). Las negociaciones entre el Parlamento, el Ejército y el rey en 1647-1648, y el debate de 1659-1660 sobre la mejor forma de gobierno para el Estado británico, dieron lugar también a un rápido incremento de las obras impresas, pero los totales de 1641-1642 no fueron igualados durante casi un siglo.

Después de Naseby, Carlos fue perdiendo gradualmente sus demás activos. En Inglaterra, las guarniciones realistas que quedaban se rindieron, en tanto que en Escocia los *covenanters* aplastaron a los invasores irlandeses en la batalla de Philiphaugh: sólo los soldados de la Confederación de Kilkenny continuaron luchando por el rey. Aunque los católicos irlandeses contaban con una sólida estructura administrativa (con una Asamblea General unicameral y un Consejo Supremo, ambos amparados por la primera Constitución escrita de Irlanda, el Modelo de Gobierno), y con apoyo extranjero, los objetivos enfrentados del papado, Francia y España (todos los cuales mantenían representación diplomática, y enviaban dinero y municiones) fomentaron las divisiones dentro de la Confederación. Sobre todo, el primer nuncio papal de la historia en ser enviado a Irlanda, Giovanni Battista Rinuccini, se convirtió en presidente del Consejo confederado e insistió en la restauración de todas las propiedades anteriormente en manos de la Iglesia católica como condición previa a cualquier acuerdo con Inglaterra, algo que ni Carlos ni el Parlamento de Westminster concederían nunca. La pugna entre las diversas facciones paralizó la Confederación de Kilkenny y le impidió enviar ninguna ayuda al rey. De modo que, mientras el ejército de Fairfax se preparaba para sitiar Oxford, en mayo de 1646, Carlos abandonó su «capital temporal» y se rindió a un destacamento de soldados escoceses.

El Nuevo Ejército Modelo se hace cargo

La rendición de Carlos I a los escoceses creó un vacío de poder en Inglaterra y Gales. Sin la guía de John Pym, que había muerto en 1643, el Parlamento de Westminster quedó claramente dividido entre una mayoría presbiteriana comprometida con imponer la Liga Solemne y el *Covenant* en los tres reinos, y una minoría, conocida como «los Independientes», opuesta a ello. La primera encontró un fuerte apoyo en Londres y sus condados vecinos, los cuales tal vez ocultaron el hecho de que el resto del

país detestaba el presbiterianismo, como también lo hacían muchos oficiales y hombres del Nuevo Ejército Modelo.

A principios de 1647, tras la rendición de los puestos de avanzada realistas en Inglaterra, la camarilla presbiteriana de Westminster votó a favor de transferir alrededor de la mitad del Nuevo Ejército Modelo a Irlanda y desmantelar el resto. Enviaron comisionados a los cuarteles para poner en práctica estas medidas, ofreciendo pagar de inmediato seis semanas de atrasos salariales a los que accedieran a prestar servicio en el extranjero, pero nada a los demás. Aquello fue un escándalo: los soldados del Parlamento habían luchado con gran valor y notable éxito, y les debían al menos un millón de libras en concepto de atrasos salariales. Fairfax y sus oficiales de más alto rango se negaron por tanto a debatir ningún plan de desmovilización con los comisionados enviados por el Parlamento hasta que se hubieran clarificado cuestiones como el pago completo de los atrasos, la indemnidad por acciones pasadas y otros asuntos. Los panfletos sobre estos temas circulaban entre toda la tropa, incluyendo uno en el que se afirmaba que ningún soldado accedería a marchar a Irlanda hasta que hubiera recibido el pago de todos los atrasos que se les debían.

Irritado por la inesperada (aunque previsible) resistencia a sus planes, los parlamentarios presbiterianos declararon a los autores de estos panfletos «enemigos del Estado y perturbadores de la paz pública». Esta acusación indignó a todo el ejército y, a instancias de Henry Ireton, subcomandante de la caballería (y yerno de Cromwell), varios regimientos eligieron representantes, popularmente conocidos como «agitadores». En un ejercicio de democracia militar sin precedentes, estos miembros de la tropa se reunieron con sus oficiales y juntos decidieron que «preferirían morir a desmantelarse sin recibir hasta el último penique de su sueldo[25]». Sorprendentemente, los presbiterianos no fueron capaces de percibir el inminente peligro y ordenaron perentoria-

mente a Fairfax que dispersara a sus tropas como paso previo al desmantelamiento. En respuesta, y con el total apoyo de sus primeros oficiales, Fairfax desafió al Parlamento convocando a todas las unidades a un «encuentro general» en las inmediaciones de la ciudad de Newmarket que tendría lugar el 4 de junio de 1647.

Una vez más, intervino la contingencia. El Parlamento acababa de pagar a los escoceses 400 000 libras a cambio de la retirada de sus tropas de Inglaterra y la rendición del rey, a quien los líderes presbiterianos planeaban llevar a Londres; pero mientras debatían los términos del nuevo acuerdo institucional que trataban de imponer a Carlos, éste permanecía bajo custodia en su palacio de Holdenby, en las Midlands. El 3 de junio de 1647, George Joyce, un antiguo sastre y en aquel momento corneta (la categoría inferior de oficiales dentro del cuerpo de caballería) llegó a Holdenby con una columna móvil de quinientos soldados y se hizo cargo del rey. Cuando Carlos le pidió ver los despachos de Joyce, el corneta se limitó a señalar a los soldados formados detrás de él, y juntos cabalgaron hasta Newmarket, donde el rey tenía un pabellón de caza —y donde Fairfax había convocado al Nuevo Ejército Modelo para reunirse al día siguiente—. Al principio el lord general estaba furioso y se negó incluso a hablar con Joyce, pero en seguida se dio cuenta de que el control de la persona del rey constituía para el Nuevo Ejército Modelo un activo valiosísimo en sus negociaciones con el Parlamento, que entonces ofreció a las tropas el pago completo de los atrasos y la Ley de Indemnidad para las acciones llevadas a cabo en tiempo de guerra.

Sin duda, el Parlamento esperaba que las nuevas y mejoradas condiciones destruirían la unidad del Nuevo Ejército, y de hecho numerosos oficiales y hombres aceptaron dichas condiciones y en seguida se marcharon a Irlanda; pero el éxodo incluyó a la mayoría de sus aliados presbiterianos, cuyo lugar fue ocupado entonces por oficiales «independientes». Los regimientos reuni-

dos en Newmarket aprobaron un panfleto radical titulado *The solemn engagement of the army [El solemne compromiso del ejército],* redactado por Ireton en colaboración con los agitadores, en el que prometían permanecer en armas hasta que el Parlamento no sólo hubiera satisfecho sus reclamaciones materiales sino aprobado una protección legal tanto para las tropas como para «*otros ciudadanos libres de Inglaterra a quienes pudieran extenderse las consecuencias de nuestro caso*[26]». Las tropas también aprobaron la creación de un Consejo General formado por dos oficiales y dos agitadores de cada regimiento, así como por Fairfax y sus oficiales de más alto rango.

El Consejo General resolvió de inmediato marchar hacia Londres, acompañados por el rey. Llevaron consigo una imprenta, con la que fueron sacando múltiples copias de una *Declaración* radical (de nuevo redactada en su mayor parte por Ireton) en la que declaraban sin ambages: «Antes de desmantelarnos, procederemos en nuestro propio nombre *y en el del Reino* a proponer y solicitar alguna provisión para la satisfacción y futura seguridad nuestra y del Reino», en virtud de que «no somos un ejército mercenario, contratado para servir al poder arbitrario de un Estado, sino que hemos sido llamados y convocados por las varias declaraciones del Parlamento para la defensa de *los justos derechos y libertades nuestros y del pueblo*». El documento establecía explícitamente paralelismos con los escoceses, los holandeses, los portugueses «y otros» cuyos objetivos se habían alcanzado mediante la resistencia armada a un poder arbitrario, y exigía al Parlamento cinco puntos:

- Rendir cuentas del dinero recaudado y gastado durante la guerra.
- Publicar una «ley general de amnistía» a fin de erradicar «las semillas de futuras guerras o conflictos».
- Garantizar la libertad de culto a todos los súbditos respetuosos con las leyes.
- Llevar a cabo una drástica redistribución electoral que permitiera «al Parlamento una representación más igualitaria de todo el Reino».

- Después de esto, el Parlamento debería disolverse para que el rey pudiera convocar una nueva asamblea según el nuevo sufragio[27].

Por primera vez en Inglaterra, un poderoso grupo de ciudadanos demandaba tanto la libertad de conciencia como una reforma electoral —cuestiones que dominarían el debate político en Inglaterra, y de hecho en todo Occidente, durante los dos siglos siguientes—. A menudo se olvida que dichas cuestiones fueron por primera vez articuladas y debatidas por el primer ejército nacional de Occidente.

Los «jóvenes estadistas».

En julio de 1647, el Consejo General del Nuevo Ejército debatió un documento aún más radical titulado *The heads of the proposals [Los encabezamientos de las propuestas],* en el que se detallaban las condiciones del ejército para llegar a un acuerdo con el rey a la vez que se proponía una nueva Constitución inglesa, con un Parlamento elegido cada dos años según un sufragio distribuido conforme a los impuestos; la abolición de las regalías y las penas de cárcel por deudas; y el derecho de los encausados en juicios criminales a no autoinculparse. Un soldado de caballería asistente al Consejo General expresó haber experimentado cierto sobrecogimiento mientras se debatían estos importantes temas, «relacionados con el establecimiento de un Reino», porque «la mayoría de nosotros no somos más que jóvenes estadistas». Pasados diez días de animado debate, los más altos oficiales compartieron *Los encabezamientos…* con el rey Carlos. Tras haberlas leído, éste preguntó qué se proponía hacer el ejército si el Parlamento rechazaba sus sugerencias. Tras un incómodo silencio, el coronel Thomas Rainborough espetó: «Si no están de acuerdo, haremos que lo estén[28]».

El rey había puesto el dedo en la llaga de una debilidad clave: Londres presumía entonces de unas imponentes murallas y podía resistir fácilmente un asedio. No obstante, la capital estaba in-

quieta y la última cosecha había sido mala. Ralph Josselin, un clérigo de Essex, se quejaba en su diario de unos «tiempos muy duros»: «Nunca antes en mi vida había conocido la necesidad de dinero»; mientras que en Londres una multitud encolerizada por los altos precios de la carne quemó la oficina de recaudación de tasas en el mercado de ganado de Smithfield y destruyó todos sus archivos. Un tiempo más tarde, un diligente granjero de la isla de Wight escribió que, aunque su tierra natal había sido «el paraíso de Inglaterra, a fecha de hoy, en el año 1647, es exactamente igual que otras partes del Reino: un lugar melancólico, deprimido y triste[29]». Con la rápida subida de los precios de la comida, un brote de peste y la inexorable carga fiscal, las dificultades y el descontento aumentaron mientras que en la capital el comercio y la industria se iban atrofiando.

Estas tensiones crearon nuevas divisiones en el Parlamento entre los independientes, que querían apaciguar al ejército, y los presbiterianos, que no deseaban lo mismo. Cuando los últimos perdieron terreno, organizaron una manifestación masiva a las puertas del palacio de Westminster que se les fue de las manos. El 26 de julio de 1647, una multitud de aprendices y exsoldados irrumpieron en las dos cámaras del Parlamento gritando: «Traidores, vencedlos, colgadlos y sacadles las entrañas» y «Si no os dan lo que pedís, cortadles el cuello». Los presidentes de ambas Cámaras, seguidos de más de sesenta parlamentarios y pares, acudieron rápidamente al ejército y pidieron su protección[30]. Una semana más tarde, las unidades simpatizantes de la guarnición de la capital abrieron una de las puertas, lo que permitió a Fairfax y a sus soldados entrar en Londres sin efectuar un solo disparo. Tocados con hojas de laurel, escoltaron triunfantes a los parlamentarios fugitivos de vuelta a Westminster e instalaron al rey (bajo custodia) en el palacio de Hampton Court, antes de retirarse a Putney, estratégicamente situado junto al Támesis, entre el Parlamento y el rey, donde el Consejo General del Ejército re-

tomó sus debates sobre cómo organizar de la mejor manera los asuntos del Reino.

La composición del ejército había cambiado desde que partió de Newmarket. Sobre todo, muchos radicales londinenses conocidos como «niveladores» se alistaron para llenar las plazas vacantes en los regimientos —y también para influir en el programa político del ejército—. Muchos consiguieron ser elegidos como agitadores. A diferencia de la mayoría de los grupos radicales que surgieron en la década de 1640, los niveladores no tenían programa religioso, sino que en lugar de ello demandaban amplias reformas sociales y políticas, incluido el derecho de cada ciudadano varón a participar en la selección de sus gobernantes. En octubre de 1647, el Consejo escuchó una lectura de *An agreement of the people for a firm and present peace upon grounds of common right [Un acuerdo del pueblo para una paz definitiva e inmediata basada en el derecho común],* un conciso y elocuente panfleto aprobado por los agitadores. Tras reiterar la petición de que el Parlamento debía disolverse a sí mismo, el *Acuerdo*… propugnaba que la soberanía debía transferirse a una asamblea unicameral, elegida cada dos años por un electorado «proporcional al número de habitantes», cuya función principal sería garantizar ciertos «derechos nativos» para todos los ingleses: libertad frente a la obligatoriedad religiosa y el reclutamiento, indemnidad universal «respecto a todo lo dicho o hecho en relación con los recientes desencuentros públicos», unas leyes que se aplicaran por igual a todos los ciudadanos y una Constitución escrita. Por último, el documento instaba al ejército a imponer su programa revolucionario por la fuerza si fuera necesario[31].

Unos cincuenta oficiales y hombres, incluidos algunos de los nuevos agitadores niveladores, tomaron parte en ese momento en uno de los debates más famosos de la historia de la democracia. Tras las largas oraciones habituales, los participantes comenzaron a debatir el *Acuerdo*… El coronel Thomas Rainborough,

que acababa de convertirse a la causa de los niveladores, defendió el sufragio universal con especial elocuencia, utilizando unas palabras que todavía hoy los lectores siguen encontrando inspiradoras:

> Realmente creo que el más pobre de Inglaterra tiene una vida que vivir, igual que el más grande; y por tanto, francamente, señor, creo que está claro que todo hombre que vaya a vivir bajo un gobierno debería someterse a dicho gobierno por propio consentimiento. Y en verdad creo que el más pobre de Inglaterra no está en absoluto vinculado, en sentido estricto, a someterse a un gobierno en cuya elección él no ha podido dejar oír su voz.

Ante la insistencia de Ireton de que sólo los que tuvieran propiedades deberían votar, Trooper Edward Sexby (exaprendiz de tendero, pero tras cuatro años de valiente servicio, uno de los más destacados activistas del ejército en ese momento) alzó la voz indignado en defensa de la tropa: «Nosotros nos hemos comprometido con este Reino y hemos arriesgado nuestras vidas, y todo lo hemos hecho para esto: recuperar nuestros derechos y privilegios como ingleses» y continuó: «Hay muchos miles de soldados como nosotros que han puesto en peligro sus vidas [en la guerra]; tenemos pocas propiedades en el Reino como patrimonio, pero tenemos un derecho de nacimiento. Sin embargo, ahora parece que si un hombre no tiene patrimonio en este Reino, tampoco tiene derechos, ¡cómo no vamos a sentirnos decepcionados!»[32]

Las acaloradas discusiones sobre el sufragio (y sus límites) continuaron hasta que los agotados taquígrafos soltaron sus plumas. Por tanto, no sabemos con seguridad el resultado del debate de Putney, pero al parecer la mayoría acordó «que todos, tanto soldados como el resto, excepto los criados y mendigos, deberían tener voz en la elección de aquellos que los representarán en el Parlamento». De modo que los niveladores finalmente salieron vencedores e inmediatamente se dispusieron a rentabilizar su éxito. Aunque los altos oficiales impusieron un bloqueo informativo, los agitadores hicieron circular copias impresas del

Acuerdo… e invitaron a los soldados a firmarlo en previsión de otra marcha sobre Londres, esta vez para disolver el Parlamento Largo por la fuerza. Otros panfletos abogaban por entonces a favor del motín. «Entre ustedes hay hombres tan aptos para gobernar como otros lo son para que los echen», insistía *A call to all the soldiers of the army [Una llamada a todos los soldados del ejército],* «Y CON SÓLO UNA PALABRA PUEDEN NOMBRAR NUEVOS OFICIALES. La necesidad no conoce ley». El panfleto también describía al rey Carlos como «un sanguinario» —término bíblico— con la clara connotación de que debía ser ejecutado[33]. Dos regimientos estacionados en Ware, no muy lejos de Londres, se aprestaron a expulsar a sus oficiales, se colocaron copias de *Un acuerdo del pueblo*… en las bandas de sus sombreros, y empezaron a corear: «¡Libertad para Inglaterra! ¡Derechos para los soldados!»

Fairfax reaccionó con contundencia. Mostrando un gran valor personal, él y un grupo de oficiales de alto rango irrumpieron a caballo entre los amotinados de Ware, golpeándolos con sus espadas hasta hacer desaparecer todos los papeles. Después convocaron un consejo de guerra en el que se condenó a muerte a varios de ellos (aunque, al final, sólo uno fue ejecutado) y redactaron la *Remonstrance [Protesta]* en la que se comprometían a «vivir y morir con el ejército»; a conseguir el pago de todos sus atrasos salariales y una amnistía; y a reemplazar el Parlamento Largo por una nueva asamblea representativa cuya «libertad e igualdad en las elecciones […] haría de la Cámara de los Comunes (en todo lo posible) una representación del pueblo que ha de elegirla[34]».

En cierto sentido, el fracaso del motín de Ware supuso la ruina de la causa de los niveladores. La *Protesta* de Fairfax era menos «democrática» que *Un acuerdo*…, pero sin embargo iba más allá que cualquiera de los anteriores pronunciamientos constitucionales del ejército, y su programa era factible, mientras que el de los niveladores, no. Ningún realista podía haber aceptado un

acuerdo en el que se excluía al rey, en tanto que ningún presbiteriano aceptaría un plan que concedía la misma voz en las elecciones parlamentarias a santos que a pecadores. Si los niveladores se hubieran salido con la suya en 1647 y hubieran conseguido convencer al ejército para que disolviera el Parlamento Largo por la fuerza, se habría desembocado en la anarquía, y la única persona que se habría beneficiado de la anarquía era Carlos Estuardo.

«Sufrimos penuria: si se retoman las guerras entre los dos reinos, ambos reinos lo lamentarán»: la segunda guerra civil[35]

El rey había seguido los debates de Putney muy de cerca. Expresiones como la de «sanguinario» le llevaron a temer que lo asesinarían y en noviembre de 1647 huyó de Hampton Court. Pronto volvieron a capturarlo y esta vez, los líderes del ejército (que consideraron su huida como un quebrantamiento de su libertad condicional) lo encerraron en prisión. Según parece, Cromwell y algunos otros oficiales decidieron en este momento despojarlo de su cargo. El prisionero real, plenamente consciente de este hecho, consideró entonces las «propuestas» clandestinamente presentadas por los comisionados de los escoceses, sus antiguos captores, que habían concluido que sus aliados ingleses no eran capaces de llegar a un acuerdo que garantizara todas las concesiones que ellos habían obtenido. En diciembre de 1647, el rey firmó un compromiso secreto para instaurar el presbiterianismo en Inglaterra durante un período de tres años y permitir que un comité de teólogos nombrado por ambas partes determinara un acuerdo religioso permanente. A cambio, los escoceses prometían enviar un ejército «a Inglaterra para la protección y establecimiento de la religión, defender la persona y la autoridad de Su Majestad, y restaurarlo en su gobierno[36]». Los escoceses declaraban por tanto la guerra contra el Parlamento de Westminster y su ejército.

Durante un tiempo, la penuria económica actuó a favor del rey y los «comprometidos». En toda Inglaterra, «el mal tiempo arruinó las cosechas de maíz y heno durante cinco años a partir del otoño de 1646 en adelante, y hasta la cosecha de 1651, cada año que fue pasando agravó aún más los problemas dejados por el anterior». En Essex, el clérigo Ralph Josselin anotó en mayo de 1648 que «cuando el centeno ya estaba en espiga, llegaron unas heladas tan terribles que las espigas se helaron y murieron, y quedaron en nada»; posteriormente, en junio, informaba de que «el maíz quedó en el suelo, abatido junto con las malas hierbas: no recuerdo haber visto nunca nada igual». En la isla de Wight, cuando el rey Carlos preguntó a un terrateniente «si aquel tiempo [húmedo] era habitual en nuestra isla», éste respondió: «En estos cuarenta años nunca había vivido nada parecido» y predijo que «el trigo y la cebada alcanzarán un precio que jamás se ha visto en Inglaterra[37]». En Londres, según James Howell, «una hambruna se cierne imperceptiblemente sobre nosotros y la Casa de la Moneda agoniza por falta de lingotes. El comercio, que siempre fue el motor de esta isla, decae visiblemente y los seguros de los barcos se elevan del 2 al 10 por ciento». Howell continuaba: «*Es cierto que hemos tenido muchos días negros en Inglaterra en épocas anteriores, pero comparados con el presente serían como la sombra de una montaña comparada con un eclipse de Luna*». El nivelador John Wildman se mostraba de acuerdo. En enero de 1648 advirtió a la Cámara de los Comunes de que «el comercio había decaído y el precio de la comida era tan excesivo, que cualquier corazón compasivo se desgarraba al oír y ver los gritos y las lágrimas de los pobres, quejándose de que están a punto de morir de hambre». Según Wildman, los sastres «afirmaban que el comercio estaba tan muerto que algunos de ellos, que antes trabajaban para cien, ahora trabajaban para una docena» y que «los pobres se juntaban en grupos de diez, veinte [y] treinta en los caminos y cogían el maíz que era transportado al mercado, y lo repartían en-

tre ellos delante de los propietarios, diciéndoles que no podían morir de hambre». También predijo que «si no se encontraba rápidamente una solución, el caos llegaría de un momento a otro[38]».

Estas funestas predicciones llevaron a los líderes tanto del Parlamento como del ejército a hacer importantes concesiones. Los primeros prometieron inmunidad a los soldados en servicio y ayuda financiera a sus camaradas heridos, así como a las viudas y huérfanos de los caídos; los segundos acordaron desmovilizar a unos 20 000 veteranos, algunos pertenecientes a guarniciones y fuerzas regionales, y el resto a radicales que se habían unido al Nuevo Ejército Modelo durante la ocupación de Londres. Sin embargo, el Parlamento no abordó los problemas de la Marina, lo que permitió a los representantes realistas provocar un motín entre las tripulaciones de muchos barcos de guerra, pendientes de cobrar sus sueldos; y, sin protección naval, el comercio marítimo de Londres prácticamente se paralizó.

Fue entonces, con la Marina amotinada y el Nuevo Ejército Modelo reducido en su tamaño, cuando comenzó la segunda guerra civil. Los partidarios de Carlos tomaron y fortificaron el castillo de Pembroke para que sirviera de cabeza de puente a las tropas católicas que llegaban de Irlanda; las rebeliones se extendieron por Kent y Essex; y los realistas del norte capturaron Carlisle y Berwick en previsión de una invasión del ejército de los «comprometidos» de Escocia. El cardenal Mazarino, en París, se quejó con cierta justificación de que «los asuntos de ese país [Gran Bretaña] están en continuo cambio, [lo que crea] una impenetrable incertidumbre respecto a qué es lo próximo que va a ocurrir[39]».

Gradualmente, Cromwell fue recuperando el sur de Gales y dispersando la invasión escocesa, mientras Fairfax y sus hombres pacificaban el sureste; a continuación, los vencedores se encontraron en Londres, indignados y resentidos. Fairfax y sus tropas

habían pasado once semanas en las trincheras de los alrededores de Colchester, con un tiempo «muy húmedo, una estación muy triste»; mientras que los hombres de Cromwell situados en el noroeste, tras haber luchado todo el día por caminos que la constante lluvia había convertido en lodazales, dormían por la noche «en un campo cercano al enemigo, sucios y cansados, tras haber recorrido doce millas [diecinueve kilómetros]». Cromwell se quejaba de que su caballería terminó la campaña «tan increíblemente agotada como no la he visto en mi vida», en tanto que «estos caminos y el mal tiempo han dejado destrozada a la infantería[40]». Esta privación ayuda a explicar el implacable trato dado por el ejército a sus adversarios durante y después de la campaña de 1648. Mientras que en la primera guerra civil, con pocas excepciones, ambos bandos trataron al menos a sus enemigos ingleses con respeto, en la segunda los vencedores castigaron severamente a los que cayeron en sus manos. Cuando Colchester se rindió, Fairfax sometió a consejo de guerra y fusiló a dos de sus comandantes y sentenció a muchos otros defensores de la ciudad a trabajos forzados en las Indias Occidentales. En Gales, Cromwell fusiló a dos comandantes realistas nada más rendirse y vendió como mínimo a otros doscientos más a mercaderes que los transportarían a Barbados.

Pero ¿qué castigo esperaba al monarca, que era el que más había contribuido a desencadenar la última guerra? Dado que el derecho inglés no ofrecía precedentes para llevar ante la justicia a un soberano obstinado, los líderes del ejército se hicieron cargo del asunto: el 20 de noviembre de 1648 exigieron que el Parlamento aplicara «la pena capital al principal autor y uno de los principales instrumentos de nuestras últimas guerras» (esto es, Carlos y sus más destacados partidarios), y a la mañana siguiente las tropas rodearon el palacio de Westminster y, o bien excluyeron o bien arrestaron a todos los miembros del Parlamento que consideraban proclives a votar en contra de la celebración de un

juicio. Dado que muchos otros miembros se mantuvieron prudentemente al margen, la Cámara de los Comunes se vio reducida a un «Parlamento Rabadilla» (como dio en denominarse peyorativamente) de apenas 150 miembros (de los casi seiscientos que había antes de la guerra), que complacientemente se prestaron a crear un Alto Tribunal de Justicia formado por 135 jueces, incluidos miembros del Parlamento y oficiales del ejército.

El proceso comenzó el 20 de enero de 1649, cuando el rey fue llevado ante el tribunal bajo custodia. John Cook, procurador general para la República, le leyó los cargos. «Movido por una malvada intención de edificar y mantener un poder ilimitado y tiránico para gobernar según su voluntad», Carlos había tratado de «suprimir los derechos y libertades del pueblo» y, a tal fin, había «emprendido traidora y maliciosamente una guerra contra el actual Parlamento y el pueblo en él representado». Unos cincuenta testigos presenciales prestaron declaración en relación con doce actos específicos de guerra (lo que hoy se llamarían «crímenes de guerra»), entre 1642 y 1645, en los que había tomado parte el rey. Carlos se negó a reconocer la jurisdicción del tribunal, no mostró arrepentimiento alguno e incluso sonrió mientras escuchaba algunas de las pruebas esgrimidas contra él, hasta que el 27 de enero de 1649, su irrespetuoso comportamiento, así como las pruebas presentadas por Cook, convencieron a 59 miembros del Alto Tribunal de Justicia para «fallar que él, el susodicho Carlos Estuardo, por tirano, traidor, asesino y enemigo público, sea ejecutado mediante decapitación». Sólo sobre el patíbulo, el 30 de enero (un día de un frío inusitado, con icebergs flotando sobre el Támesis), Carlos declaró su inocencia. Momentos después, el verdugo enmascarado —según el parecer de algunos, el corneta George Joyce— le cortó la cabeza[41].

Creación de la República británica

El Parlamento Rabadilla se convirtió entonces en la autoridad ejecutiva, así como legislativa, suprema de Inglaterra, pero al principio no sabía qué hacer con su poder ilimitado. Tardó tres semanas en eliminar la palabra *rey* de todos los documentos legales y en investir las funciones ejecutivas del monarca sobre un Consejo de Estado, seis semanas en abolir la Cámara de los Lores y casi cuatro en declarar «al pueblo de Inglaterra, y a todos los dominios y territorios pertenecientes a él, una "República"[42]». Entretanto, un volumen titulado *Eikon basilike (Imagen real)*, en el que el difunto rey «expresaba las reflexiones privadas de mi conciencia y mis más imparciales pensamientos, en relación con los principales pasajes [...] de mis últimas penalidades», había aparecido para finales de año en 35 ediciones inglesas y 25 extranjeras (*véase lámina 3*[43]).

En tanto que *Eikon basilike* congregaba la opinión realista, los altos impuestos requeridos para mantener al ejército y la Marina reducían el apoyo al Parlamento Rabadilla. Tres tributos permanentes establecidos por el Parlamento en 1643 resultaban especialmente gravosos: un impuesto de aduanas reorganizado (cuyos rendimientos se destinaban directamente a la Marina), el gravamen (un impuesto sobre la riqueza y la renta, irónicamente aplicado a ciudades y condados bajo el mismo criterio que el odiado dinero para barcos, para pagar al ejército) y los impuestos especiales (al principio aplicados sólo al alcohol y ciertos artículos considerados no esenciales, pero más adelante también a productos básicos, con los que a la vez se pagaba al ejército y se amortizaban las deudas). Su recaudación resultó especialmente difícil en 1649, debido a la extrema climatología y las malas cosechas. Incluso en Londres, por lo general la región mejor abastecida de Inglaterra, el precio de la harina alcanzó un nivel que no volvería a igualarse hasta medio siglo después y los soldados del Nuevo Ejército Modelo recibieron un suplemento salarial para poder comprar comida suficiente para vivir. Los civiles no

contaban con esta ayuda, y las partidas de mortalidad de Londres mostraban un mayor número de entierros que de bautizos. En Essex, Ralph Josselin registró en su diario la persistente «gran escasez y necesidad de todo tipo de cosas» casi todos los meses de 1649, y afirmaba que «corrían tiempos muy tristes en Inglaterra, hasta el punto que los hombres no se atrevían a viajar e incluso los ricos temían dormir en sus casas por miedo a los ladrones, dado que eran muchos y atrevidos[44]». Los magistrados y el clero de Lancashire percibían claramente «la mano de Dios»:

> Este condado lleva tres años o más sufriendo epidemias de peste, causadas a todas luces por las guerras. Existe una gran escasez y carestía de provisiones, especialmente de todo tipo de grano [...] que cuesta seis veces lo que antes. Todo el comercio (que antes constituía un importante sustento) ha decaído completamente. Es imposible no conmoverse ante las numerosas masas de mendigos, y muchas familias se consumen dentro de sus casas, por vergüenza de salir a pedir; [...] al ver la palidez, por no decir la muerte, asomar a las caras de los pobres; y escuchar a menudo que han encontrado a alguien muerto en su casa o en los caminos por falta de pan[45].

En medio de tanta penuria, los críticos al nuevo régimen se multiplicaron dentro del país. En abril de 1649, algunos niveladores acusaron al Parlamento Rabadilla de «tiranía» y su encarcelamiento provocó una manifestación a las puertas del Parlamento de varios cientos de mujeres y la presentación de una protesta firmada por unas 10 000 personas. También aparecieron nuevos grupos radicales: la Quinta Monarquía, que quería establecer un régimen gobernado por «santos» para prepararse para la inminente Segunda Venida; los *diggers* o «cavadores», que proclamaban que todas las propiedades debían tenerse en común; los *ranters* o «gritones», que creían que habían descubierto una divinidad dentro de sí mismos que los liberaba de la moral convencional; y los cuáqueros, que no admitían ninguna distinción en rango social entre hombres y mujeres, o entre ricos y pobres. Ninguno de ellos apoyaba a la República.

Los críticos del Parlamento Rabadilla también se multiplicaron fuera de Inglaterra. Inmediatamente después del regicidio, el

Parlamento escocés proclamó desafiante su lealtad a «Carlos II, *rey de Gran Bretaña e Irlanda*» e, incluso de forma más provocadora aún, declaraba que antes de que éste pudiera ejercer sus poderes como rey, debía prometer mantener «la seguridad de la religión, la unión entre los reinos, y el bien y la paz de [todos] sus reinos según la Liga Solemne y el *Covenant*[46]». De hecho, esto constituía una nueva declaración de guerra contra Inglaterra. En Irlanda, los confederados católicos también reconocieron a Carlos II como su legítimo monarca, y acordaron mantener 18 000 soldados para luchar por su causa: en julio de 1649, sólo Dublín y Londonderry quedaban fuera de su control. Además, los realistas controlaban las islas Sorlingas y las del Canal, mientras que, al otro lado del Atlántico, Virginia no sólo proclamó su lealtad a Carlos II, sino que declaró fuera de la ley a los que negaran que éste era el legítimo rey de Inglaterra. Los gobernadores de Bermudas, Antigua, Terranova y Maryland no tardaron en seguir el mismo ejemplo, e incluso en Nueva Inglaterra, únicamente Rhode Island reconoció a la Commonwealth: los colonos de los demás lugares consideraron el regicidio como un «grave y extraño acto» y esperaron a que hubiera pruebas de que el nuevo régimen gozaba de la aprobación divina antes de comprometerse con él[47]. En Europa prácticamente ningún gobierno reconoció la República; el zar de Rusia expulsó a todos los comerciantes ingleses; los exiliados realistas asesinaron a un diplomático enviado al extranjero por la joven República en España y a otro en Holanda, y casi mataron a un tercero en Rusia[48].

Enfrentado a esta hostilidad, el Parlamento Rabadilla debatió los términos de un juramento de lealtad conocido como «el Compromiso», que habría de tomar el nuevo Consejo de Estado. Una propuesta de incluir en su formulación la aprobación por parte del Parlamento del juicio de Carlos I fue derrotada por 36 votos frente a diecinueve (lo que resulta indicativo tanto del pequeño tamaño del Parlamento Rabadilla como de las dudas res-

pecto al regicidio). Al final, los consejeros simplemente juraron servir al gobierno de ese momento, «sin rey ni Cámara de Pares», lo mejor que supieran. El Parlamento Rabadilla pronto impuso un juramento similar a todos los miembros del Parlamento, empleados del Estado y miembros de las fuerzas armadas, así como a clérigos, profesores y alumnos de universidades y escuelas. Por último, en enero de 1650, todos los varones mayores de dieciocho años tuvieron que jurar: «Declaro y prometo que seré fiel a la República de Inglaterra tal y como está establecida, sin un rey ni Cámara de los Lores». Sin embargo, un miembro del Parlamento Rabadilla (aunque no un regicida) lamentaba que «todo el mundo era y sería su enemigo» y que «el Reino entero se alzaría y les cortaría el cuello a la primera ocasión», otro se suicidó en el primer aniversario de la ejecución del rey y un tercero murió un mes más tarde por depresión[49].

Irlanda representaba el problema más inmediato para la República y en agosto de 1649 Cromwell zarpó hacia Dublín con 12 000 veteranos del Nuevo Ejército Modelo, además de una caravana de 56 cañones de asedio y unos fondos de guerra de 100 000 libras. El brutal saqueo, primero de Drogheda y luego de Wexford, convenció a la mayoría de los baluartes rebeldes restantes para que se rindieran y en un año Londres ya controlaba Irlanda más eficazmente que nunca antes. El poeta Andrew Marvell celebraba eufóricamente el regicidio como la piedra angular de un nuevo y glorioso Imperio romano. Según su «Horatian ode upon Cromwell's return from Ireland» [«Oda horaciana al regreso de Cromwell de Irlanda»],

De modo que cuando diseñaron
la primera línea del Capitolio
la cabeza ensangrentada donde empezaron
hizo huir a los arquitectos despavoridos;
y sin embargo, ello anunciaba
el feliz destino del Estado.
Ahora los irlandeses se avergüenzan

de haber sido sometidos en un año.
Así fue aquel momento memorable.

Marvell predecía que su héroe pronto lograría lo mismo en Escocia:

Los picts ya no encontrarán refugio
en su traicionera postura;
sino que su valor
se encogerá triste bajo su tartán[50].

Los *picts* (el modo poético para denominar a los escoseses), al igual que los irlandeses, habían dejado escasa opción al Parlamento Rabadilla. Nada más producirse el triunfante regreso de Cromwell en junio de 1650, llegó la noticia de que Carlos II planeaba volver a Escocia, jurar la implantación del *Covenant* en todos sus dominios hereditarios e invadir Inglaterra. El Parlamento Rabadilla decidió por tanto lanzar un ataque preventivo y volvió a enviar a Cromwell y los veteranos del Nuevo Ejército Modelo. Frente a ellos, los *covenanters* escoceses se encontraban en desventaja por varias razones. Desde 1636, Escocia había experimentado el peor período continuado de sequía en un milenio que culminó, según el historiador *sir* James Balfour, con una abundante nevada seguida de una cosecha de cereal de «poca monta» en el verano de 1649, razón por la cual los precios de los alimentos «de todo tipo fueron los más altos que hasta entonces nadie era capaz de recordar». De hecho, afirmaba, «no se había visto nada igual en este Reino hasta la fecha, desde que era una nación». Balfour también comentaba la reacción de pánico que vivieron muchos países durante la Pequeña Edad de Hielo: convencido de que «el pecado de brujería aumenta a diario en esta tierra», y temiendo el castigo divino que caería sobre ellos de seguir así, el Parlamento de Escocia abrió quinientos expedientes de brujería en 1649-1650, que dieron lugar al mayor número de ejecuciones habidas en toda la historia de Escocia[51].

Los líderes de los *covenanters* también trataron de evitar la ira del Señor purgando a su ejército de todas las «personas malignas,

profanas, escandalosas», pero esto debilitó fatalmente su fuerza cuando en julio de 1650 Cromwell hizo lo que Carlos debería haber hecho una década antes: cruzar el Tweed con un gran ejército, un tren de artillería, una gran flota para cubrir su flanco derecho y unos fondos de guerra de más de un millón de libras. En la batalla de Dunbar, unos 3000 soldados escoceses murieron y 10 000 cayeron prisioneros. Cromwell celebró su victoria como una «clara muestra de la providencia de Dios para con nosotros».

Para muchos, dentro y fuera del país, la victoria de Dunbar confirmó la legitimidad de la República. En Londres, el Parlamento Rabadilla acuñó confiadamente medallas conmemorativas que repartió entre todos los soldados que habían tomado parte en la contienda (las primeras «medallas de campaña» desde la época de los romanos). En Boston, Massachusetts, el reverendo John Cotton recibió la noticia de la victoria como la señal por tanto tiempo esperada de que Dios aprobaba el nuevo régimen republicano, celebró un día especial de Acción de Gracias y escribió una carta personal de felicitación a Cromwell. En París, Thomas Hobbes dio los últimos toques a la primera obra maestra de filosofía política en lengua inglesa: *Leviatán: o la materia, forma y poder de una República eclesiástica y civil*. Pese a su duradera fama, el libro fue «ocasionado por los desórdenes de la época actual». Tratando de demostrar «relación mutua entre la protección y la obediencia», Hobbes argumentaba: «Si un monarca derrotado en una guerra se rinde al vencedor, sus súbditos quedan liberados de su anterior obligación para con él, y pasan a tenerla para con el vencedor», esto es, el Parlamento Rabadilla[52].

Naturalmente, Carlos II (a quien Hobbes regaló irreflexivamente un ejemplar especial de su libro) no estaba de acuerdo. Negándose a aceptar que Dios apoyaba un régimen regicida frente a un rey ungido, reunió un «ejército nacional» en Escocia que incluía a miembros de los clanes de las Highlands, realistas y

covenanters, y en el verano de 1651 avanzaron hacia el sur, cubriendo 330 millas [531 kilómetros] en tres semanas, hasta que llegaron a Worcester, donde esperaban recibir refuerzos de los realistas ingleses que quedaban. En lugar de ello, el 3 de septiembre de 1651, el aniversario de la batalla de Dunbar, Cromwell atacó y se impuso una vez más: otros 3000 escoceses cayeron en el campo de batalla y 10 000 fueron hechos prisioneros. Relativamente pocos consiguieron escapar, al igual que Carlos II, para volver a luchar. Para Cromwell, esta «extraordinaria, oportuna y emblemática victoria» fue «en todos los sentidos, una merced suprema» a la joven República. El Parlamento Rabadilla organizó un desfile de la victoria en Londres en el que participaron 4000 prisioneros escoceses que pronto serían destinados a trabajos forzados —algunos a drenar los Fens[53], otros a las minas de carbón de Tyneside y el resto a trabajar en las colonias americanas— y declaró que el 3 de septiembre sería por siempre celebrado como día de Acción de Gracias. Era sólo el principio[54].

Creación del primer Imperio británico

Inmediatamente después del triunfo de Cromwell en Dunbar, éste instó al Parlamento a ensanchar los horizontes: «Debéis resplandecer ante otras naciones, que emularán la gloria de vuestro ejemplo, y mediante el poder de Dios harán lo mismo». Concretamente, Cromwell proponía *exportar* la revolución de Inglaterra, y el Parlamento Rabadilla, por entonces una asamblea relativamente homogénea que se reunía casi todos los días laborables para ejercer las funciones ejecutivas y legislativas del gobierno, aceptó este nuevo encargo con entusiasmo[55].

Su primer objetivo fue Norteamérica. Aunque la mayoría de la élite mercantil de Londres había apoyado al rey durante las guerras civiles, casi todos los que comerciaban con las colonias americanas apoyaban a sus enemigos: en repetidas ocasiones habían prestado dinero al Parlamento y ocho de ellos habían for-

mado parte del tribunal en el juicio de Carlos I. A cambio de su apoyo material y moral, los «comerciantes coloniales» pedían protección para su actividad frente a la amenaza de los corsarios realistas, y el Parlamento Rabadilla accedió a dársela construyendo elegantes fragatas, aptas para escoltar a los convoyes en sus largas travesías y reemplazar a los barcos de guerra poco manejables, adecuados sólo para las maniobras en el Canal; creando un Consejo de Comercio (al que pertenecían muchos «comerciantes coloniales») para promover el comercio exterior; y prohibiendo el comercio de barcos extranjeros con las colonias americanas de Inglaterra sin licencia previa. En 1651, de nuevo ante la insistencia de los comerciantes coloniales, el Parlamento Rabadilla aprobó las Leyes de Navegación, que estipulaban que todos los artículos importados por los territorios de la República debían ser transportados bien en barcos ingleses o bien del país de origen.

Al año siguiente, una flota zarpaba desde Inglaterra para llevar a efecto las nuevas políticas de la República en el Caribe y capturaba veintisiete barcos holandeses que estaban comerciando con el próspero enclave realista de Barbados. Los holandeses consideraron esto como una declaración de guerra, pero dieciocho meses después de duro enfrentamiento naval, sellaron la paz y prometieron respetar las Leyes de Navegación. Los barcos de guerra de la República también consiguieron hacerse con Barbados y obligaron al gobernador realista de Virginia a rendirse (si bien sólo tras aceptar un compromiso por el que reconocía la autoridad de la República sin renunciar al rey). El Parlamento Rabadilla deportó entonces a sus enemigos derrotados tanto de Gran Bretaña como de Irlanda e incrementó la emigración forzosa de esclavos africanos a las colonias inglesas en el Nuevo Mundo, cuya población probablemente llegó a cuadriplicarse durante la década de 1650[56].

La República también consiguió meter en cintura a Escocia. Inmediatamente después de la «merced suprema» alcanzada en

Worcester en septiembre de 1651, Cromwell apeló al Parlamento para que incorporara Escocia e Inglaterra bajo un solo gobierno, y un mes después una declaración parlamentaria instaba a una unión política basada en la tolerancia religiosa, al perdón para prácticamente todo aquel que no continuaba alzado en armas, a la abolición de todas las jurisdicciones legales existentes a favor del sistema inglés de los jueces de paz y a la destrucción de todos los símbolos de la realeza. Los comisionados parlamentarios se reunieron con representantes de cada condado y ciudad de Escocia, que a regañadientes aceptaron la «incorporación» de los dos reinos y acordaron una representación escocesa en un nuevo Parlamento de la Unión (triunfando por tanto en donde Jacobo I de Inglaterra y VI de Escocia había fracasado: *véase capítulo 11*). Entretanto, las tropas inglesas establecieron guarniciones en las Highlands y en islas que nunca hasta entonces habían estado regidas por un gobierno central —ni de Edimburgo ni mucho menos de Londres—. Como David Scott comentó irónicamente, «lo que había empezado allá por 1637 como una rebelión para evitar que el estatus de Escocia quedara reducido al de una provincia inglesa había terminado precisamente así[57]».

Estas medidas fueron suaves comparadas con el tratamiento que el Parlamento Rabadilla dio a Irlanda. Una vez más, los comerciantes coloniales llevaron la voz cantante. Éstos habían «arriesgado» grandes sumas de dinero al apoyar la causa protestante en Irlanda; entonces exigieron las tierras confiscadas que el Parlamento había ofrecido como garantía colateral. En agosto de 1652, el Parlamento aprobó una exhaustiva Ley para la Solución de Irlanda, que exigía que todos los irlandeses aceptaran la autoridad de la República, condenaba a todos los sacerdotes y participantes en el levantamiento de 1641 a perder sus vidas y sus propiedades, despojaba a todos los terratenientes (protestantes o católicos) que habían «portado armas contra el Parlamento de Inglaterra o sus fuerzas» de dos tercios de sus propiedades, y con-

fiscaba entre una quinta y una tercera parte de las tierras de cualquier irlandés católico que no pudiera demostrar un «afecto constante y sincero a los intereses de la República de Inglaterra» entre 1641 y 1650[58]. Así pues, la ley declaraba a todos los terratenientes irlandeses culpables a menos que pudieran demostrar su inocencia; en ese momento, las «declaraciones» tomadas a partir de 1641 por Henry Jones y sus colegas, en las que se nombraba a todos los que habían aterrorizado y robado a los colonos protestantes, cobraron verdadero valor. Organizadas por condados, y bajo el ominoso título de *Libros de discriminación*, las pruebas sirvieron para quitar la vida a cientos de católicos y sus propiedades a 44 000 más. Mientras que en la década de 1640 los católicos poseían en torno al 60 por ciento y los protestantes el 40 por ciento de las tierras cultivables de la isla, a partir de la de 1650 los protestantes pasaron a poseer el 80 por ciento y los católicos sólo el 20 por ciento. La redistribución de la tierra en Irlanda representó una de las consecuencias más dramáticas y permanentes de la crisis del siglo XVII.

El Parlamento Rabadilla había conseguido por tanto muchas cosas en muy poco tiempo. Había creado la República, había derrotado a los holandeses, había diseñado nuevas estructuras administrativas y económicas para sus colonias de América y había impuesto el dominio efectivo inglés tanto en Escocia como en Irlanda. En resumen, había creado el primer Imperio británico. No obstante, la «República» duró menos de cinco años, porque el Parlamento Rabadilla no llegó a dar el paso final que deseaba el Nuevo Ejército Modelo, cuyas tropas habían creado en gran medida el Imperio: se negó a convocar elecciones para un nuevo Parlamento conforme a un sufragio basado en los activos personales, no sólo en las propiedades, con representantes adicionales para Escocia e Irlanda.

El camino a la Restauración

En abril de 1653, Cromwell perdió la paciencia. Bajo su dirección, en mitad de uno de los debates del Parlamento Rabadilla sobre la reforma constitucional, un destacamento de mosqueteros entró y por la fuerza levantó al presidente de su asiento, desalojó la Cámara y por último cerró el local. Un gracioso clavó un cartel en la puerta de la Cámara de los Comunes donde se leía: «Se alquila esta Cámara, sin amueblar»; en tanto que Dorothy Osborne, una realista que había perdido a dos hermanos en la guerra civil, escribió maliciosamente: «Bueno, qué mundo éste: si el señor Pym viviera hoy, me pregunto qué pensaría de estos procedimientos y *si esto le parecería una violación del privilegio del Parlamento equiparable a la petición de procesamiento de los cinco parlamentarios*» en 1642[59]. La comparación era astuta, ya que al invadir el palacio de Westminster, Cromwell, como Carlos I una década antes, había puesto más difícil todavía alcanzar un consenso constitucional permanente.

Al principio, Cromwell sustituyó el Parlamento Rabadilla por un nuevo Consejo de Estado (integrado, con oportuno simbolismo bíblico, por doce miembros, aparte del lord general), e invitó a 140 representantes, nombrados por piadosas comunidades de Escocia e Irlanda, así como Inglaterra y Gales, para reunirse en Londres y estructurar una nueva Constitución para el Estado. Tras cuatro meses de infructuoso debate por parte del Parlamento nombrado, Cromwell volvió a enviar a sus tropas a desalojar la Cámara, y en su lugar sopesó una Constitución escrita redactada por el general John Lambert, llamada Instrumento de Gobierno, que confería la «suprema autoridad legislativa» en «Inglaterra, Escocia e Irlanda, y los Dominios» a un lord protector asesorado por un Consejo. Cada tres años, el protector debía convocar un Parlamento integrado por treinta miembros de Escocia, treinta de Irlanda y cuatrocientos representantes de Inglaterra, Gales y las islas del Canal, elegidos por los nuevos grupos de electores creados según sus respectivas obligaciones fiscales. To-

dos los varones ingleses con un patrimonio de doscientas libras o más podían votar en las elecciones (a menos que hubieran luchado contra el Parlamento). Cromwell, para entonces convertido en lord protector de Inglaterra, Escocia e Irlanda, convocó al primer Parlamento elegido por el nuevo sufragio para que se reuniera con fecha de la próxima «fiesta nacional», el 3 de septiembre de 1654. El Instrumento creaba por tanto un nuevo marco político que establecía un equilibrio entre la Monarquía (el protector), la aristocracia (el Consejo) y la democracia (el Parlamento); pero hacía mucho más: sobre todo, por primera vez en la historia de Occidente, garantizaba la libertad de culto público a casi todos los cristianos, y por única vez en su historia, Gran Bretaña tenía una Constitución escrita: no duró mucho[60].

Un intento de forjar un Imperio británico en Latinoamérica socavó fatalmente el Protectorado. Al parecer, Cromwell cayó bajo la influencia de visionarios como John Cotton, de Massachusetts (quien le suplicó que «arrebatara a los españoles de América» la isla de La Española), y Thomas Gage (un misionero dominicano que había pasado doce años en Hispanoamérica antes de convertirse al protestantismo y publicar *The English-American* [El inglés americano], que abogaba por un Imperio inglés en Guatemala y México y, de no poder ser, en el Caribe). Ambos argumentaban que las colonias americanas existentes podían suministrar suficientes colonos, y los mismos «comerciantes coloniales» que habían invertido en la sumisión de Irlanda, Barbados y Virginia se ofrecieron entonces a fundar un Plan Occidental dirigido a «promover la gloria de Dios y ensanchar las fronteras del Reino de Cristo» creando un Imperio británico en el Caribe[61].

Cromwell venció las dudas de su Consejo de Estado (que, según el Instrumento de Gobierno, tenía que dar su consentimiento antes de que Gran Bretaña pudiera entrar en guerra) enfatizando el aspecto religioso de la empresa. «Dios no nos ha traído

hasta aquí sino para considerar la labor que podemos hacer en el mundo, al igual que la hemos hecho en nuestro país —dijo—, y no intentarlo hasta que ustedes tengan más de lo que necesitan equivale a posponerlo para siempre, ya que nuestros gastos son tantos que probablemente nunca permitirán hacerlo. Ahora la Providencia parece habernos traído hasta aquí». E instó por tanto al comandante de la fuerza expedicionaria a «izar los estandartes en nombre de Cristo, porque no cabe duda de que ésta es su causa», y recordar que «nuestras batallas son las batallas de Dios[62]». A finales de 1654, 38 barcos de guerra con 9000 soldados y marineros zarparon desde Inglaterra en dirección al Caribe, pero sólo conquistaron Jamaica. Aunque la isla se convertiría más tarde en una importante base para futuras operaciones, la mayoría de los que desembarcaron (incluido Thomas Gage, que había embarcado en calidad de capellán) murieron allí. Poco después, también con la flota enferma, su comandante los dejó a todos en tierra y puso rumbo a casa.

Según uno de los desilusionados «comerciantes coloniales», el fracaso del Plan Occidental supuso la «más desdichada derrota» que «su Reino había sufrido jamás en cualquier época o momento de la historia». Cromwell reaccionó cerrando todos los periódicos a excepción de unos pocos (por miedo a las consecuencias políticas de las críticas por parte de la prensa), dividiendo Inglaterra en doce distritos militares, cada uno bajo el mando de un general de división (por miedo a que el fiasco pudiera incitar a los realistas a rebelarse), y decretando un día de ayuno y humillación pública en toda Inglaterra y Gales (porque «el Señor ha querido de esta admirable forma humillarnos y reprendernos a través de esta expedición a las Indias Occidentales»). Temeroso de haber provocado de alguna forma la ira de Dios, convocó además otro Parlamento para que lo aconsejara. La asamblea redactó *The Humble Petition and Advice [La Humilde Petición y Consejo],* una Constitución para sustituir al Instrumento (y los genera-

les de división), con Cromwell como monarca hereditario, una segunda cámara (conocida como «la otra Cámara»), y un Consejo de Estado reformado (rebautizado como Consejo Privado). Tras un profundo examen de conciencia, Cromwell rechazó la corona, pero aceptó el resto de las enmiendas constitucionales, y en junio de 1657 fue reinstaurado como lord protector hereditario[63].

No obstante, «el Señor» continuó «humillando y reprendiendo» al régimen. En Londres, los entierros superaron a los bautizos en 1652, 1654, 1656 y 1658, y el invierno de 1657-1658 pareció «el más crudo» que «nadie había conocido en Inglaterra: las patas de los cuervos se helaban sobre sus presas; peces y aves quedaron encerrados dentro de islotes de hielo, así como algunas personas en sus barcas». En las profundidades de este histórico invierno, Cromwell convocó un Parlamento con dos Cámaras, pero tras un mes de disputas volvió a disolverlo —era la tercera vez que lo hacía[64]—. Su intención era convocar otro cuando murió, el día de la fiesta nacional y aniversario de sus dos mayores victorias: el 3 de septiembre de 1658. De acuerdo con *La Humilde Petición y Consejo*, el hijo mayor de Cromwell, Richard, se convirtió automáticamente en lord protector, pese a que carecía de cualquier experiencia militar o de gobierno (había servido en el Consejo sólo durante nueve meses). Como su padre había querido hacer, convocó inmediatamente un nuevo Parlamento.

La Humilde Petición permitía al protector y su Consejo elegir el sufragio para la nueva asamblea, y decidieron volver al sufragio tradicional en Inglaterra, que permitía a todos los hombres libres con más de dos libras de propiedades (y no doscientas) votar en las circunscripciones electorales tradicionales —un fatídico error, porque la ampliación del electorado dio lugar a una asamblea menos manejable—. Por otra parte, el Parlamento se reunió durante un «inacabable invierno, primero de heladas y luego de lluvia, nieve y frío: una época muy dura para los po-

bres, que languidecían en gran número, aquejados por la necesidad y la penuria». Pronto quedó claro que muchos se oponían al nuevo régimen (la moción para reconocer a Richard Cromwell como lord protector sólo fue aprobada por 191 votos frente a 168) y, poco después de que comenzara la sesión, *sir* Arthur Haselrig (uno de los «cinco miembros» a quien Carlos I había intentado arrestar y en ese momento un enérgico enemigo del Protectorado) lanzó una amarga denuncia: «En cinco años hemos tenido una administración peor que en los quinientos años anteriores [...]. A la gente le da igual bajo qué gobierno viva, mientras puedan labrar sus tierras e ir al mercado[65]». Pero aunque Haselrig y otros opositores al Protectorado se mostraban partidarios de echar abajo lo que no les gustaba, no conseguían ponerse de acuerdo sobre qué ocuparía su lugar.

El obstáculo fundamental para crear una República estable residía en la práctica de Oliver Cromwell de rodearse de hombres procedentes de un extenso espectro de opiniones políticas, desde antiguos realistas a vehementes presbiterianos, con el fin de crear un gobierno de amplia base, porque de este modo el régimen quedaba sólo cohesionado por la lealtad al protector. Una vez este vínculo desapareció con la muerte de Oliver Cromwell, el régimen quedó abocado a la ruina. En abril de 1659, el Consejo General del Ejército pidió que Richard Cromwell disolviera el Parlamento, dado lo poco que había conseguido en tres meses; pero, una vez hecho esto, dimitió como lord protector. Tras dos semanas de anarquía, los líderes del ejército volvieron a convocar al Parlamento Rabadilla, que retomó sus debates sobre cómo crear una forma permanente de gobierno republicano. Tampoco con esto se consiguieron grandes avances, por lo que las unidades militares al mando del general John Lambert (que había redactado el Instrumento de Gobierno), frustradas, rodearon Westminster y disolvieron la asamblea una vez más. Un Comité de Segu-

ridad actuó como gobierno provisional mientras Lambert y sus colegas decidían qué hacer a continuación.

Para diciembre de 1659, en los tres reinos había un vacío de poder. En Inglaterra, los tribunales centrales, que habían continuado funcionando pese a todos los cambios de régimen anteriores, cesaron en su actividad; los contribuyentes se unieron para oponerse a cualquier impuesto que careciera de la aprobación parlamentaria; y las guarniciones locales, que habían quedado sin apoyo financiero, empezaron a cobrarse sus sueldos directamente de la comunidad local. Tres grupos, actuando al parecer de manera independiente, intervinieron entonces. En Inglaterra, la armada de la República zarpó Támesis arriba, bloqueó Londres y exigió la restauración del Parlamento Rabadilla; en Escocia, el general George Monck, comandante de las guarniciones inglesas, reunió un ejército con la misma intención —marchar hacia Londres para restaurar el Parlamento Rabadilla—, mientras que en Irlanda, los oficiales del ejército leales al Parlamento Rabadilla tomaron el castillo de Dublín (como los conspiradores de 1641 habían deseado hacer) y fueron haciéndose gradualmente con el control de las demás plazas fuertes. El 26 de diciembre de 1659, el Comité de Seguridad aceptó lo inevitable y restauró el Parlamento Rabadilla, que (aunque en ese momento estaba formado apenas por 50 miembros) retomó sus funciones ejecutivas y legislativas; pero su supervivencia dependía de la resolución de dos problemas acuciantes. Primero, necesitaba pagar a las fuerzas armadas de la República no sólo sus sueldos sino también los atrasos acumulados. Las conquistas de Cromwell habían creado ejércitos permanentes en Irlanda, Escocia, Jamaica y Dunquerque (conquistado a España en 1658), así como en toda Inglaterra, y el pago al ejército y la armada absorbió entonces más de tres cuartas partes del gasto de la República, en tanto que sus deudas totalizaban como mínimo dos millones de libras, el equivalente a los ingresos de un año entero.

El segundo problema urgente del Parlamento Rabadilla era George Monck. Éste había condenado la toma del poder por parte de sus camaradas del ejército en Londres y purgó las guarniciones inglesas en Escocia de los oficiales que consideraba poco fiables. Entonces, el 2 de enero de 1660, al mando de 7000 de sus soldados, cruzó la frontera con Inglaterra. Aunque sus fuerzas eran muy inferiores en número frente a los varios regimientos enemigos, volvió a repetir las purgas, dado que la muerte de Oliver y el impago de los sueldos habían hundido la moral de sus soldados. El «honesto George Monck» llegó entonces a York, donde recibió el encargo del Parlamento Rabadilla de conducir a su ejército hacia el sur para protegerlo. Cuando el 3 de febrero llegó a Londres, Monck tenía en sus manos el destino político de todo el mundo angloatlántico. A lo largo de las dos semanas siguientes, trató de persuadir al Parlamento Rabadilla para que readmitiera a los demás supervivientes del Parlamento Largo excluidos debido a su oposición a que Carlos I fuera juzgado, y ante su negativa, fue a hablar directamente con los miembros del Parlamento excluidos obteniendo de cada uno la promesa de que, si eran readmitidos, autorizarían de inmediato la orden de convocar nuevas elecciones parlamentarias y luego se disolverían. Una vez los miembros excluidos aceptaron sus condiciones, el 21 de febrero de 1660, los mosqueteros de Monck los escoltaron en su regreso a la Cámara de los Comunes y montaron guardia hasta que cumplieron su promesa. Monck, por su parte, acordó aceptar cualquier acuerdo constitucional que la nueva asamblea aprobara, y también él cumplió su promesa.

Las primeras elecciones generales celebradas desde 1640 contaron con un número insólito de candidatos y dieron como resultado, de forma quizá sorprendente, una asamblea dominada por los realistas. Se reunió el 25 de abril de 1660 y autorizó inmediatamente a todos los pares en aquel momento residentes en Inglaterra volver a Westminster y formar una Cámara de los Lo-

res al estilo tradicional. Algunos miembros del Parlamento, incluido Monck (que además de su escaño en la Cámara de los Comunes poseía el rango de comandante en jefe de todas las unidades armadas de Gran Bretaña), tal vez esperaban haber podido imponer algunas condiciones a Carlos II a cambio de su restauración, pero el rey exiliado se adelantó mediante su Declaración de Breda (llamada así por la ciudad holandesa donde había tenido su residencia), en la que hacía cuatro concesiones clave. Carlos prometía un perdón libre y general a todos los que le juraran lealtad, salvo aquéllos a quienes el Parlamento excluyera; la resolución por parte del Parlamento de todas las disputas sobre propiedad; tolerancia religiosa para todos los que vivieran pacíficamente, a menos que el Parlamento decidiera otra cosa; y aceptar cualquier medida que el Parlamento adoptara para pagar los atrasos de los soldados de Monck. Pese a su aparente magnanimidad, la Declaración, astutamente, hacía responsable al Parlamento de todas las decisiones difíciles o impopulares: a quién castigar, a quién tolerar, a quién recompensar y a quién cobrar impuestos[66]. El 1 de mayo, tras oír la lectura de la Declaración, los pares de Westminster resolvieron formalmente «que según las leyes antiguas y fundamentales de este Reino, el gobierno está, y debería estar, en manos del rey, los lores y los comunes». Una semana más tarde, ambas Cámaras declararon que Carlos II había sido el legítimo rey desde la muerte de su padre y lo invitaron a volver. Monck fue la primera persona que acogió al rey cuando desembarcó en Dover el 25 de mayo. Según un contemporáneo, «en todo el Imperio británico no se ven ni oyen más que manifestaciones de alegría y júbilo, porque el rey ha llegado, cual si fuera un médico, a curar a las tres naciones heridas y devolver la vida a sus súbditos libres». A tal fin, Carlos dictó órdenes inmediatas de que se reuniera un nuevo Parlamento en cada una de las «tres naciones heridas» de acuerdo con el sufragio tradicional[67].

La «feliz Restauración».

Algunos de los nuevos súbditos del rey necesitaban más curación que otros. Decenas de miles de hombres y mujeres todavía arrastraban las cicatrices de lo que habían visto o sufrido en sus propias carnes —tanto hombres como mujeres porque, como en todas las guerras, muchas mujeres habían sido violadas—. En 1640, una mujer de Gloucestershire fue «forzada» por «ocho soldados» que iban a unirse al ejército del rey; el estandarte de la compañía de la infantería real mostraba a un soldado con una espada desenvainada y el pene erecto, junto con el lema «Listos para usar», y es de suponer que muchos lo hicieron; algunos testimonios posteriores a la rebelión irlandesa de 1641 describían violaciones en grupo con espeluznante detalle (siete «rebeldes habían forzado y tenido conocimiento carnal de una mujer protestante inglesa, uno detrás de otro, sin darle tiempo a levantarse hasta perpetrar el último acto»). Y así sucesivamente[68]. Decenas de miles de mujeres sufrieron también la angustia de la separación, y algunas acudían a astrólogos como William Lilly para que las tranquilizara. Como *sir* Keith Thomas ha comentado: «Resulta difícil pensar en una fuente más elocuente del testimonio del sufrimiento humano causado por la guerra civil» que el detallado registro de los consejos dados por Lilly a desconsoladas mujeres ansiosas por saber si los soldados ausentes objeto de su amor seguían o no con vida[69]. Muchas vieron cumplirse sus peores temores. Murieron tantos hombres en las guerras que el número de mujeres solteras para toda la vida aumentó hasta casi una cuarta parte, en tanto que muchas otras quedaron viudas. Margaret Eure consideraba la pérdida de su marido —uno de los 23 000 soldados ingleses muertos en combate sólo en 1643— «la mayor desgracia que podía haberme ocurrido nunca en este mundo», porque significaba «la muerte del hombre más caballeroso que he conocido en mi vida». Al enterarse de la muerte de su marido en una escaramuza aquel mismo año, *lady* Alice Moore se describía como «una mujer desdichada, desolada y an-

gustiada», y añadía: «No soy capaz de encontrar consuelo en esta terrible situación[70]».

Sin embargo, en los momentos inmediatamente posteriores a la Restauración, Carlos II y su Parlamento Caballero prestaron poca atención a estos temas personales y se concentraron en cambio en hacer retroceder el reloj a 1641. La insignia de la República fue la primera en desaparecer: su escudo de armas y su bandera fueron retirados de todos los lugares públicos, sus monedas se recogieron y se mandaron fundir, sus barcos de guerra fueron rebautizados, sus monumentos derruidos. El 30 de enero, aniversario del regicidio, sustituyó al 3 de septiembre como fiesta nacional —y con motivo de la primera, en 1661, los cadáveres de Cromwell y otros líderes republicanos fueron desenterrados y colgados de horcas comunes en Tyburn—. Para entonces, los tribunales habían juzgado y condenado a unos cien colegas suyos, restaurado las posesiones de unos ochocientas realistas ingleses a quienes se las habían confiscado (despojando de ellas por procedimiento sumario a quienes las habían «usurpado» durante el Interregno), y permitido a 3000 familias realistas más la recompra de su patrimonio confiscado.

Carlos II cumplió de este modo las dos primeras promesas contenidas en la Declaración de Breda —un perdón general y la resolución de las disputas patrimoniales—, pero no logró convencer al Parlamento para que aprobara la tolerancia religiosa de la que él era partidario. En lugar de ello, la asamblea promulgó medidas «para evitar los peligros que puedan venir de los recusantes papistas» y penalizó a todo aquel que se negara a «avenirse a la liturgia de la Iglesia de Inglaterra tal y como ahora queda legalmente establecida». Por encima de todo, una de las *Test Acts*, leyes penales inglesas del s. XVIII que instauraban la revocación de ciertos derechos tanto para los católicos como para otras confesiones no anglicanas, exigía que todos los predicadores, magistrados de las ciudades y profesores de escuelas y universidades, y

más adelante todos los pares y miembros del Parlamento, hicieran una «prueba» bajo juramento para demostrar su ortodoxia. Aquellos que se negaron —incluidos los alrededor de 2000 clérigos que rechazaron aceptar el Libro de Oración Común— perdieron inmediatamente sus trabajos. El Parlamento Caballero también renovó el monopolio establecido de la Iglesia sobre el culto legal: en adelante, cualquiera que no acudiera a su parroquia cada domingo, que asistiera a reuniones no ajustadas a la convención en las que hubiera cinco o más personas y todos los funcionarios que no aplicaran la ley serían multados. Los inconformistas persistentes iban a prisión (incluidos John Bunyan, que completó *The pilgrim's progress [El progreso del peregrino]* — la obra más popular de prosa de ficción del siglo XVII escrita en inglés— durante su estancia de doce años en la cárcel, y George Fox, el líder cuáquero, que escribió una muy popular autobiografía durante sus largos períodos en prisión). Ninguna de estas obras circuló impresa durante muchos años, porque otra temprana medida del Parlamento Caballero, la Ley de Licencia, prohibía la impresión de cualquier obra en Inglaterra sin el permiso del gobierno. La publicación de periódicos cesó temporalmente y lo que antes había sido un torrente de panfletos quedó en un simple goteo[71].

El Parlamento Caballero también restauró a Carlos II la mayoría de los poderes que ejerció su padre. Aunque los tribunales prerrogativos (ya fueran seculares, como la Cámara Estrella, o eclesiásticos, como el Alto Comisionado) y los derechos de regalía (como el dinero para barcos), que tanta controversia habían causado en la década de 1630, desaparecieron, el rey adquirió el control exclusivo de las fuerzas armadas del Reino (el conflicto que había precipitado la guerra civil), y, una vez que el Parlamento revocó complacientemente la Ley Trienal en 1664, aquél pudo convocar y disolver asambleas como gustara. Tres años más tarde, recuperó también el derecho a nombrar y destituir

jueces a su voluntad[72]. Sobre todo, Carlos heredó los tres impuestos principales que habían constituido el sostén del régimen republicano —el de aduanas, los impuestos especiales y el gravamen— y, a medida que la economía inglesa fue repuntando, el rendimiento de las dos principales fuentes de ingresos fue aumentando de forma constante, haciendo de nuevo a la Corona en gran medida independiente del Parlamento en tiempos de paz. En 1679-1684, sólo el 7 por ciento de los ingresos de la Corona procedía de impuestos parlamentarios —un quinquenio en el que no se celebró ningún Parlamento— y en 1684-1688 la cifra descendió por debajo del 1 por ciento[73]. La vuelta a un «gobierno personal» por parte del monarca se perfilaba como una posibilidad clara.

La Restauración en Escocia e Irlanda adoptó una forma diferente —entre otras cosas, porque Carlos había sido proclamado rey tanto de Escocia como de Irlanda en 1649, por lo que las concesiones contenidas en la Declaración de Breda sólo eran aplicables a Inglaterra—. Un reducido grupo de personas en Londres guió por tanto a los Parlamentos de ambos reinos mediante un proceso de Restauración basado en las medidas aprobadas por el Parlamento Caballero en Westminster. En Escocia, Carlos restauró el Parlamento independiente y los tribunales judiciales abolidos por Cromwell, invalidó toda la legislación aprobada por los adversarios de su padre y (al igual que éste) seleccionó personalmente a sus consejeros privados, quienes ponían en práctica las políticas decretadas en Londres y nombraban «los Artículos» (el comité que introducía en el Parlamento toda legislación deseada por el rey). Algunos destacados *convenanters* (incluido Argyll y Johnston de Wariston) fueron al patíbulo por su papel en el derrocamiento de la Monarquía. En asuntos religiosos, Carlos no se inmiscuyó en la liturgia tradicional (la causa inmediata de la revolución de 1637), pero exigió que todos los ministros eclesiásticos aceptaran la autoridad de los obispos (y

despojó de su modo de vida a los trescientos que se negaron a hacerlo). También consiguió el derecho a mantener un ejército permanente considerable, dispuesto a sofocar cualquier oposición.

En Irlanda, Carlos también restauró el Parlamento y el sistema legal abolido por Cromwell, aunque, por otro lado, hizo más bien poco, porque como su principal asesor, Edward Hyde (más tarde lord Clarendon), supo ver astutamente desde su exilio: «Cromwell sin duda está muy ocupado… [recomponiendo] ese Reino sin oposición. Y, ciertamente, *si volvemos a tenerlo, encontraremos muchas menos dificultades, lo cual nunca habría podido conseguir ni un príncipe virtuoso ni una época más tranquila*[74]». Aunque tras la Restauración un Tribunal de Apelaciones escuchó las peticiones de los que habían perdido sus tierras, resarció a pocos realistas. En cambio, casi 8000 veteranos del ejército de Cromwell y muchos civiles partidarios de la República fueron confirmados en la titularidad de tierras que habían confiscado a los rebeldes; y cada año, el 23 de octubre, los clérigos protestantes pronunciaban sermones en los que recordaban a sus congregaciones que, pese a las masacres perpetradas aquel día en 1641, la rebelión había fracasado y sus artífices habían recibido el debido castigo.

El rey cambió todavía menos cosas en la América anglosajona. Aunque, al igual que en Gran Bretaña e Irlanda, se dio orden de restaurar la «Iglesia establecida», Carlos instó a sus funcionarios en América a «no permitir que ningún hombre sea molestado o importunado en el ejercicio de su religión» e incluso mostró escaso entusiasmo por dar caza a los regicidas que habían huido allí (John Dixwell, William Goffe y Edward Whalley acabaron muriendo todos por causas naturales en Connecticut[75]). También continuó con la política de la República de poblar las colonias tanto con esclavos africanos como con delincuentes, adversarios políticos e indigentes ingleses; volvió a promulgar las Leyes de Navegación del Parlamento Rabadilla que habían protegido a los

colonos de la competencia extranjera, y mantuvo y promovió el desarrollo de Jamaica, la única conquista que la República arrebató a España en el Caribe.

No obstante, la Monarquía restaurada al principio parecía precaria. Los años 1661-1662 asistieron a un marcado ascenso en la tasa de muertes, y un descenso en los matrimonios y concepciones, debido a una mala cosecha; en 1665 una epidemia de peste mató alrededor de una cuarta parte de la población de Londres; en 1666 un gran incendio destruyó la mayor parte del centro histórico de la capital; y en 1667, los holandeses, a quienes Carlos había declarado precipitadamente la guerra, lanzaron un ataque sorpresa desde el curso alto del Támesis, llegando casi a las inmediaciones de Londres, y destruyendo a continuación varios barcos de la Marina real que estaban anclados, llevándose con ellos su buque insignia como trofeo. Samuel Pepys, que tanto como londinense como en su calidad de secretario de la Marina estaba en condiciones óptimas para juzgar la situación, informó: «Nunca hasta hoy la gente había estado tan abatida en la ciudad; y así lo manifiestan, hablando incluso de traición, de que nos han comprado y vendido, y que tanto los papistas como otros nos han traicionado respecto al rey». El 13 de junio de 1667, temiendo que los holandeses pudieran atacar directamente Londres, Pepys mandó a su familia, la mayoría de su dinero y sus valiosos diarios «al campo» por seguridad (señalando que «cientos» de londinenses estaban también «sacando a sus familias y bienes» fuera de la ciudad[76]).

La década fue muy agitada, pero en 1679 y 1680, parte de la élite política de Inglaterra trató repetidamente de convencer al Parlamento para que aprobara una ley que excluyese de la sucesión al hermano y heredero de Carlos, Jacobo, un católico declarado y devoto, de quien algunos sospechaban que quería convertir Gran Bretaña en una Monarquía absoluta como «Francia, donde el rey dispone por completo de la vida de sus súbditos pa-

ra invadir la propiedad de otras naciones para lujo de la corte, y hombres sin importancia y de escasa fortuna son ministros de Estado». Sin embargo, pese a las tres elecciones generales celebradas en dos años (un récord todavía no igualado en la historia británica), Carlos se las ingenió para evitar la firma del proyecto de Ley de Exclusión. También se las arregló para gobernar sin Parlamento durante el resto de su reinado[77].

De modo que la orgullosa declaración de Edward Sexby en los Debates de Putney de 1647: «Nosotros nos hemos comprometido con este Reino, y hemos arriesgado nuestras vidas, y todo lo hemos hecho para esto: recuperar nuestros derechos y privilegios como ingleses», se había ido al traste. Sólo la temeraria conducta de Jacobo, que sucedió a su hermano a la muerte de éste en febrero de 1685, proporcionó una segunda oportunidad.

La Revolución Gloriosa

Al principio, el nuevo monarca parecía seguro en su trono. Pocos meses después de su proclamación, el hijo ilegítimo y protestante de Carlos, el duque de Monmouth, lanzó un ataque, pero como no consiguió muchos apoyos, las tropas de Jacobo lo derrotaron rápidamente (*véase capítulo 17*). Animado por esta muestra de lealtad, Jacobo decidió reducir el tamaño del electorado de la Cámara de los Comunes inglesa (un proceso iniciado por su difunto hermano), y conseguir así una asamblea más manejable. Por un lado, presionó a los nobles y a la alta burguesía de cada condado para acordar con antelación dos «caballeros del condado» que los representaran, evitando así que la elección fuera demasiado disputada. Por otro, derogó sistemáticamente los estatutos de los distritos parlamentarios y los volvió a promulgar de forma que se permitiera a la Corona nombrar —y destituir— a los funcionarios que elegían sus miembros del Parlamento. Cualquier corporación que se resistiera incurría en graves costes legales (y, al final, por lo general, perdía). Al menos 35 distritos

fueron «regulados» (por utilizar la terminología del rey) entre marzo y septiembre de 1688, aunque algunos se apresuraron a presentar una dura oposición porque los nuevos nombramientos para las corporaciones eran o católicos o «disidentes» (protestantes que no pertenecían a la Iglesia de Inglaterra).

Jacobo tenía otro motivo más para modificar el sufragio de esta manera: estaba decidido a revocar las *Test Acts* que restringían todos los puestos gubernamentales de Inglaterra a los miembros de la Iglesia de Inglaterra. De modo que inició una práctica conocida como *closeting*[78], según la cual él entrevistaba personalmente a los miembros de la élite política de Inglaterra para obtener el compromiso de que, la próxima vez que convocara el Parlamento, sus miembros favorecerían la elección de hombres comprometidos con revocar las *Test Acts*, y desechaba a todos los que se negaban, reemplazándolos por otros candidatos más complacientes. Así, lores lugartenientes, jueces de paz y otras personalidades eminentes de toda Inglaterra perdieron unos cargos que ellos y sus familias llevaban ocupando durante generaciones: «Desde la conquista normanda —escribió *sir* John Plumb—, la Corona no había llevado a cabo un ataque tan constante contra el poder político establecido de la aristocracia y la alta burguesía[79]».

Dado que el «ataque» afectaba a varios miles de individuos, llevó más tiempo del que Jacobo había previsto, y en abril de 1688 decidió actuar. En lugar de convocar un Parlamento, utilizó sus poderes prerrogativos para promulgar la Declaración de Indulgencia. En ella, el rey afirmaba que «toda forma de ley penal en materia eclesiástica» quedaba en aquel momento suspendida y que todos sus súbditos podían «servir a Dios a su forma y manera». Católicos, cuáqueros, judíos y otros grupos religiosos disfrutarían a partir de ese momento de las mismas libertades que los anglicanos. Además —y aquí radicó el fallo decisivo—, Jacobo exigió a todos los miembros del clero anglicano que leye-

ran la Declaración desde sus púlpitos dos domingos consecutivos[80].

Justo antes del primer día designado para la lectura pública, siete obispos (incluido el arzobispo de Canterbury) presentaron una petición al rey afirmando que no podían cumplir su exigencia porque ningún rey inglés tenía el poder unilateral de suspender un estatuto parlamentario (es decir, las *Test Acts*). Sólo el Parlamento podía hacerlo. Jacobo respondió acusando a los siete obispos de «libelo sedicioso». Dada la índole de la cuestión, el consiguiente juicio de los obispos conducía casi inevitablemente a un debate sobre los límites del poder real y, al igual que su abuelo Jacobo I cuando se vio enfrentado a un clérigo que protestaba por motivos de conciencia, descubrió la insensatez de someter este tipo de asuntos a debate público. «No recuerdo ningún caso en toda nuestra legislación», comentó un juez el último día del juicio, en el que el rey hubiera pasado por encima de una ley promulgada en un Parlamento. Además, «*no veo ninguna diferencia, ni sé que haya ninguna en la ley, entre el poder del rey para saltarse las leyes eclesiásticas y su poder para saltarse ninguna otra ley cualquiera que sea. Si esto se permite una vez, no habrá necesidad de Parlamento; toda la legislación radicará en el rey*[81]». Tras deliberar toda la noche, el 10 de julio de 1688, el jurado declaró a los obispos «no culpables» y éstos recibieron una tumultuosa acogida a su salida.

Aquel mismo día, un grupo de siete pares envió una carta invitando al yerno de Jacobo, el príncipe Guillermo de Orange, a invadir Inglaterra «con tal fuerza» que «pudiera defenderse» del ejército y de la Marina de Jacobo si atacaba. Al igual que aquellos de sus predecesores que en 1640 habían prometido un extenso apoyo a una invasión escocesa (*véase capítulo 11*), los pares aseguraron a Guillermo que «diecinueve de cada veinte personas en el Reino desean un cambio» de régimen, y lo instaron «a intentarlo» antes de final del año[82]. A diferencia de la petición realizada por los siete obispos, la invitación de los siete pares constituía

una traición manifiesta: ellos habían exhortado a una potencia extranjera a invadir y derrocar a su legítimo rey.

En términos logísticos, esperar que una poderosa expedición anfibia solicitada a mediados de julio pudiera llegar antes del final de la temporada de campaña era totalmente ilusorio; y cualquier expedición anfibia en invierno implicaba un alto riesgo de perturbaciones o daños derivados de las tormentas. Por otra parte, si el príncipe de Orange conseguía esquivar a la Marina real y sus fuerzas, Jacobo contaba con unos 40 000 soldados para hacerles frente; e, incluso si Guillermo conseguía una cabeza de puente, como un observador inglés apuntó, «es bien sabido que no podrá permanecer mucho tiempo aquí sin que su propio país se vea expuesto a un claro peligro ante los franceses[83]». Sin embargo, gracias a una combinación de buena logística y buena suerte, el 5 de noviembre (15 de noviembre según el calendario gregoriano), quinientos barcos holandeses llegaron a las costas de Devon, y el príncipe, sus 23 000 soldados veteranos, 5000 caballos y un tren de artillería empezaron a desembarcar.

En contra de lo que los siete pares habían asegurado, apenas uno de cada diez nobles proporcionó a Guillermo apoyo activo mientras éste avanzaba hacia Londres, aunque también es cierto que la oposición que encontró fue notablemente escasa. Al final, los desertores, incluidos la hija de Jacobo, Ana, y su marido, se unieron al príncipe y debilitaron la capacidad y la voluntad de Jacobo para resistir; poco antes de Navidad, un destacamento de tropas holandesas «escoltó» discretamente a Jacobo a su salida de su palacio de Londres, creándose un interregno por segunda vez en una generación en Inglaterra (cuyo Parlamento determinó que Jacobo había abdicado) y Escocia (donde fue declarado depuesto).

La situación política en el invierno de 1688-1689 fue similar a la del invierno de 1641-1642: el legítimo rey había huido y, aunque sus enemigos estaban en su mayoría de acuerdo con que

no querían que volviera, continuaron separados sobre lo que querían poner en su lugar. Pero, mientras el Rey Pym sólo contaba con las bandas entrenadas de Londres, el príncipe Guillermo puso los principales enclaves de Londres y sus condados vecinos bajo el control de sus tropas de veteranos —la mayoría de ellos holandeses, ayudados por algunas unidades danesas, alemanas, inglesas y escocesas que normalmente prestaban servicios en el ejército holandés—. Allí permanecieron durante más de un año, mientras él convencía a los que lo habían invitado a ir allí y a sus aliados para que lo hicieran soberano —un paso que ninguno de ellos tenía previsto dar—. Guillermo se negó a hablar con aquellos que «prefirieran un duque de Venecia» (igual que Carlos I antes que él); mientras que a los que querían a su esposa María (la hija mayor de Jacobo) como única soberana, les replicó que a él «no le gustaría limitarse a ser el caballero acompañante de su esposa». Así pues, en febrero de 1689, Guillermo y María aceptaron la invitación de la Convención de pares y miembros de la Cámara de los Comunes para convertirse en soberanos conjuntos de Inglaterra. A cambio —y de hecho en el mismo documento — prometían reparar los agravios allí especificados (como el reconocimiento de que «suspender las leyes, o ejecutarlas, por autoridad regia, sin consentimiento previo del Parlamento, es ilegal») y también garantizar ciertas «libertades[84]».

Poco tiempo después, los nuevos monarcas aprobaron varias medidas decisivas. La Ley de Motines les dejaba a cargo de las fuerzas armadas del Reino —aunque sólo durante seis meses, lo que en realidad significaba que necesitarían convocar al Parlamento con frecuencia si querían renovarla—. La Ley de Tolerancia, aunque no mencionaba a los católicos (ni siquiera la palabra *tolerancia*), abolía los mecanismos que habían permitido a los obispos y los tribunales imponer la conformidad. Sobre todo, en lugar de permitir a la Corona aplicar impuestos de aduanas y especiales, el Parlamento se reservaba el control de todas las impo-

siciones fiscales del Estado y, a consecuencia de ello, asignaba a Guillermo un «listado civil» para costear los gastos de la casa del rey, funcionarios, jueces y diplomáticos. El Parlamento había recuperado de este modo casi todos los poderes que había conseguido en 1641, y esta vez los mantendría.

Tras la Revolución

Muchos de los participantes en los «hechos de 1688» se sintieron traicionados no obstante por el acuerdo tras la revolución. En Inglaterra, John Locke y algunos de sus colegas radicales no querían pararse meramente en «solucionar a medias unos cuantos fallos, o cualquier cosa que no sea el gran marco de gobierno». Por tanto, veían la Convención como «una ocasión, no para modificar el gobierno, sino para deshacerlo y crear uno completamente nuevo[85]». Sus expectativas eran tan peligrosas (y poco realistas) como las que habían albergado los niveladores una generación antes, y encontraron escaso apoyo dado que eran igualmente inaceptables para la élite política. La sabiduría de la revolución «minimalista» en Inglaterra queda claramente evidenciada si se compara con las soluciones llevadas a cabo en otros lugares. En Escocia, la insistencia de la mayoría presbiteriana en excluir del poder a todo aquel que no compartiera sus puntos de vista fortaleció a los jacobitas (como se denominó a los partidarios de Jacobo II y sus descendientes) y, aunque sus enemigos temporalmente victoriosos consiguieron derrotar una sublevación jacobita en 1690, no tuvieron la fuerza suficiente para resistir otra unión forzosa con Inglaterra en 1707. Ningún otro Parlamento escocés volvería a reunirse hasta finales del siglo XX. En Irlanda, los jacobitas (con la ayuda francesa) triunfaron hasta que Guillermo llevó a cabo personalmente una invasión al mando de sus tropas extranjeras, y, en julio de 1690, la batalla del Boyne consolidó la «supremacía protestante» establecida por Cromwell, reduciendo más aún la influencia y la prosperidad de los católicos.

Algunos observadores establecieron una comparación explícita entre los dos líderes. Un verso de un poema titulado «The weasel uncased» [«La comadreja al descubierto»], cantado al son de la melodía de «Es un muchacho excelente», afirmaba:

Ya sea rey O. P. o P. O.,
o cualquier otro, es lo mismo.

Donde «O. P». se refería a «Oliver, [lord] protector» y «P. O». al príncipe de Orange. Otras obras inglesas de la década de 1690, tanto en prosa como en verso, comparaban y condenaban a ambos hombres como tiranos y usurpadores. El retorno de un clima extremadamente frío y una sucesión de desastrosas cosechas agravaron la miseria de los que se conocieron como «los años del rey Guillermo». En Londres, John Evelyn informaba en mayo de 1698 de que aquel clima extemporáneamente frío «no lo había conocido nadie hasta entonces», y que «todos los frutos de los árboles se habían echado a perder y se cernía la amenaza de la hambruna». Escocia sufrió todavía más: en las regiones de las Highlands, los veranos húmedos y fríos hicieron que la cosecha se malograra *todos los años* entre 1688 y 1698, año en el que el gobierno escocés lamentó el principio de una «*absoluta hambruna, más grave que ninguna otra que este país haya conocido*». La población del Reino del norte descendió una décima parte a lo largo de la década, y hasta una tercera parte en las comunidades de las Highlands. Todavía en la década de 1780, un estudio de las parroquias escocesas registraba varias áreas abandonadas al «final del pasado siglo, cuando una parte del país quedó casi despoblada por siete años de hambruna: y aún hoy continúan sin cultivar, junto con otros muchos miles de acres en situación similar, en distintas partes[86]».

El legado de las revoluciones del siglo XVII también perduró en el tiempo. Durante un debate sobre la revocación de la americana Ley del Sello de 1766, un miembro inglés del Parlamento preguntó: «¿Seguiremos así hasta que surja entre ellos algún *Oli-*

ver?»; y, en 1775, el *Essay upon government adopted by the Americans, wherein the lawfulness of revolutions are demonstrated [Ensayo sobre el gobierno adoptado por los americanos, en el que se demuestra la legitimidad de las revoluciones],* publicado en Filadelfia, yuxtaponía una parte sobre «la última y reprobada guerra civil», que trataba del «bárbaro asesinato del rey Carlos I» por «unas pocas personas particulares», con otra sobre «la revolución justificada». Si un monarca renunciaba a proteger a sus súbditos, «éstos pueden negarle obediencia», admitía el autor anónimo (de acuerdo con Thomas Hobbes), «pero esto no les confiere ningún poder sobre su persona».

> [Si] se permiten tales principios y prácticas bajo este pretexto, el derecho de los príncipes y la paz social será la cosa más precaria del mundo, y deja [a los gobernantes] expuestos a los insultos de cualquier *Massinello* [Masaniello], que tenga el atrevimiento de acusar al gobierno de papismo o tiranía [...] y suficiente astucia para hacerlo coincidir con cierto descontento popular[87].

El *Ensayo* expresaba por tanto la esperanza de que América pudiera experimentar una revuelta incruenta por parte de «toda la sociedad», como la Revolución Gloriosa de 1688, y así evitar la violencia de la década de 1640.

No todos los colonos veían el pasado de esta forma. Aunque la mayoría de los patriotas de Nueva Inglaterra recordaban con orgullo la lucha de sus antepasados contra la tiranía de Carlos I, muchos de la región meridional más al norte atesoraban con igual orgullo la victoria de sus ancestros sobre los regicidas puritanos. Thomas Ingersoll ha argumentado que estos recuerdos conflictivos de la década de 1640 constituían uno de los principales impedimentos para una declaración de independencia y que dar este paso decisivo sólo sería posible tras pasar por un proceso de amnesia colectiva respecto a la guerra civil inglesa. «Los panfletos escritos por los principales políticos rebeldes durante el último año de la crisis anterior al 4 de julio de 1776», señala Ingersoll, a diferencia de los escritos con anterioridad, «no mencionan la revolución de 1649[88]».

Los políticos ingleses también continuaban lidiando con las secuelas ideológicas dejadas por «Oliver» y los regicidios. Cuando en 1791 Edmund Burke reflexionaba sobre el probable resultado de la reciente revolución acaecida en Francia, apuntaba cómo los problemas de Inglaterra de la década de 1640 habían comenzado con unas discretas demandas constitucionales, pero habían acabado en una guerra civil, para concluir que la violencia formaba inevitablemente parte de la rebelión. «Estas políticas revolucionarias —afirmaba— templan y endurecen el pecho, a fin de prepararlo para los desesperados golpes que a veces se utilizan en situaciones extremas». «Conspiraciones, masacres, asesinatos, parecen a algunos un precio insignificante para conseguir una revolución», proseguía cáusticamente, y en la página inmediatamente siguiente, emprendía una diatriba sobre el regicidio. Burke veía la Revolución Gloriosa bajo un prisma muy distinto. «Lo que hicimos [entonces] —escribió en otra publicación de 1791—, en fondo y forma, y bajo un punto de vista constitucional, no fue hacer una revolución, sino evitarla», porque, continuaba, los hechos de 1688-1689 resolvieron la mayoría de los contenciosos que habían conducido a la guerra civil en los tres reinos, y también en Nueva Inglaterra, donde Jacobo había tratado de suprimir las asambleas representativas en favor de un virreinato autoritario[89].

Para Thomas Babington Macaulay, que en 1848 escribía que «a nuestro alrededor el mundo entero está convulsionado por la agonía de las grandes naciones» y que «los gobiernos que últimamente parecía que iban a durar siglos han sido de repente sacudidos y derrocados», podría «parecer casi un mal uso del término llamar a un proceso, llevado a cabo con tanta deliberación, sobriedad y una atención tan minuciosa al protocolo prescrito, con el terrible nombre de revolución». Y sin embargo, continuaba, los acontecimientos vividos en 1688-1689 en Inglaterra hacen que ésta sea «de todas las revoluciones, la menos violenta, y a la

vez la más beneficiosa». Puso fin a las tres fuentes de inestabilidad crónica que señalaba J. H. Plumb —monarcas inadecuados y mal aconsejados, un Parlamento de Westminster que la corte no podía ignorar ni controlar y la implacable hostilidad de Londres hacia sus soberanos—, y en su lugar abrió paso a un Estado dedicado a la decidida promoción del desarrollo económico, una amplia tolerancia religiosa y la libre competencia entre intereses políticos —unas características que siguen definiendo las democracias liberales en la actualidad—. La Revolución Gloriosa continuó por tanto, como Macaulay proclamó con orgullo, siendo «nuestra *última* revolución». Y proporcionó a Inglaterra, si bien a un coste muy alto, una salida completa y (hasta la fecha) permanente tanto a la Crisis General como a la Pequeña Edad de Hielo[90].

Tercera parte
Sobrevivir a la Crisis

En 1623 el predicador italiano Secondo Lancellotti se molestaba con quienes se quejaban de la insólita severidad de un mundo empeñado en contradecirlos. Su libro, *L'hoggidi ouero gl'ingegni non inferiori a passati [Hoy en día, o cómo el mundo no es peor ni más calamitoso que antes]*, de gran éxito, señalaba 49 «falacias» propugnadas por contemporáneos a los que Lancellotti denominaba *hoggidiani* («quejosos»), acompañadas de una lista de ejemplos de cada una de esas categorías demostrativas de su error. Así, decía que «los príncipes de hoy en día no son más avariciosos o indiferentes a sus súbditos que antes», mientras que «la vida humana hoy en día no es más corta, de modo que los hombres no viven ahora menos tiempo que en los últimos miles de años». Lancellotti dedicaba sus últimos capítulos a fenómenos naturales y revisaba las últimas obras sobre hambrunas, incendios y epidemias, y también fenómenos naturales como terremotos, inundaciones y períodos fríos de «hoy en día», señalando que esas catástrofes habían sido mucho peores en el pasado. Según Lancellotti, la vida nunca había sido mejor, pero para demostrarlo necesitaba más de setecientas páginas[1].

Aunque *L'hoggidi*… se vendió tan bien que Lancellotti escribió una continuación (proclamando demostrar que ni la ciencia ni la literatura estaban tampoco «peor que antes»), su perspectiva era profundamente deficiente[2]. Señalar que los príncipes del siglo XVII no eran más «avariciosos o indiferentes a sus súbditos que antes» (una afirmación en sí misma no demasiado categórica), ocultaba el hecho de que, en muchos casos, sus desencaminadas políticas ocasionaban muchos más daños que las de sus antecesores, mientras que los datos presentados en la primera parte de este libro ponen de manifiesto que la «vida humana» era realmente «más corta» que antes, y que se produjo un considerable aumento, tanto de las hambrunas, los incendios y las epidemias como de los fenómenos naturales (no sólo terremotos, inundaciones y períodos fríos, sino flujos de aerolitos, erupciones vol-

cánicas y episodios del *Niño*). Poco puede sorprender que al ir avanzando el siglo XVII se acrecentaran las filas de los quejosos y que sus valoraciones se tornaran más pesimistas. En 1645 Francisco de Quevedo se lamentaba: «Muy malas nuevas escriben de todas partes, y muy rematadas; y lo peor es que [...] no sé si se va acabando ni si se acabó. Dios lo sabe». Pocos años después, en París, Thomas Hobbes se quejaba del «miedo y el peligro continuos de muerte violenta» en los que él y sus coetáneos vivían, mientras que Renaud de Sévigné, un abogado díscolo, creía que «si hubiera que creer en el Juicio Final, diría que está teniendo lugar justo ahora». En un convento cercano, la abadesa Angélique Arnauld afirmaba que «un tercio del mundo ha muerto» y pensaba que tal destrucción «debe de significar el fin del mundo». Entretanto, Baltasar Gracián publicaba *El criticón*, una ambiciosa novela alegórica que dividía la vida humana en cuatro «estaciones», cada una de ellas dividida a su vez en capítulos que el autor tituló «crisis». Cada una de las 38 «crisis» suponía un amargo y desolado recorrido por la condición humana[3].

Con todo, Lancellotti tenía parte de razón. Por una parte, algunos de los quejosos vivieron más de lo que sus propios lamentos podían augurar: aunque Gracián sólo tenía cincuenta y ocho años al morir, tanto Quevedo como Sévigné fallecieron a los sesenta y cinco; Arnauld a los setenta y Hobbes a los noventa y un años. Además, los cinco murieron en su cama, de muerte natural. Por otra parte, aunque durante el siglo XVII inusitadas penalidades cayeron sobre muchos de los habitantes de los Estados compuestos, zonas urbanas, tierras marginales y grandes regiones geográficas, los de otras zonas, en gran medida, se libraron de ellas. Dicho de otro modo, aunque «un tercio del mundo» muriera, los otros dos sobrevivieron. En consecuencia, a pesar de que durante el siglo XVII la India mogola, el Irán safávida y el Japón Tokugawa sufrieran fenómenos meteorológicos extremos y algunas rebeliones, evitaron la sinergia fatal entre factores huma-

nos y naturales que en otros lugares convirtió la crisis en catástrofe. Es más, algunas zonas del África subsahariana, Australia y América parecen haber quedado mayormente al margen, tanto de la Pequeña Edad de Hielo como de la Crisis General (aunque puede que esta conclusión, más que demostrar esa situación, demuestre que faltan datos para corroborarla). Finalmente, aunque la opresión ejercida por el Estado en una época de catástrofes climáticas desató importantes rebeliones en dos de los reinos gobernados por España —Sicilia y Nápoles—, en cuestión de meses una serie de cesiones estratégicas sirvieron para devolverle el control a la metrópoli, al tiempo que la Lombardía española se mantenía fiel. De este modo, la experiencia de esas regiones refrendaba la idea de Secondo Lancellotti: la vida no era «peor» o «más calamitosa que antes».

Otras cuatro zonas en las que el optimismo de Lancellotti se diría legítimo —y en las que la «impronta» de la crisis del siglo XVII parece menor— compartían un importante denominador común negativo: Japón, Australia, el África subsahariana y América accedieron al siglo XVII con una densidad demográfica relativamente escasa. Las razones de esta circunstancia son diversas —un siglo de guerra civil en Japón, el clima siempre inclemente de Australia, la eliminación por parte de los europeos de los pueblos indígenas, tanto en África como en América—, pero el resultado fue el mismo: la Pequeña Edad de Hielo azotó a sociedades en las que la demanda de alimentos no superaba todavía su provisión. Parece que esto mitigó el desastre y, en el caso de Japón, también fomentó la recuperación.

13

Los mogoles y sus vecinos[1]

«Los monarcas más poderosos de la Tierra».

En abril de 1639, justo en el segundo previsto por los astrólogos imperiales, se sacrificó una alondra en un risco que dominaba el río Yamuna, cercano a la antigua ciudad de Delhi, colocándose inmediatamente los cadáveres de varios criminales recién decapitados en torno al principal baluarte de la nueva capital del Imperio mogol, que se llamaría Shahjahanabad: la *abad* o ciudad del Sah Jahan. Nueve años después, éste hizo su solemne entrada en la ciudad, instalándose junto a un séquito de unas 10 000 personas en una ciudadela palacio, rodeada por una gruesa muralla de arenisca roja que dio al recinto el nombre que aún ostenta: Fuerte Rojo. El emperador supervisó también la construcción de una madraza, un hospital, la mezquita más grande de todo el mundo musulmán y una imponente muralla de piedra con catorce puertas (la mayoría aún en pie), para defender a una población urbana de 400 000 personas. Sah Jahan, monarca entre 1627 y 1657, creó la única capital del mundo construida íntegramente durante el siglo XVII[2].

De visita en la ciudad, el inglés John Ovington atribuyó éste y otros costosos logros mogoles al hecho de que la «enorme extensión de tierra» que gobernaban «tiene una amplitud de casi 2000 millas [unos 3200 kilómetros], algunos dicen que más», que les proporcionaba «una renta más de dos veces superior a la de cualquiera de los monarcas más imponentes de la Tierra[3]». En verdad, así era. Los mogoles gobernaron un territorio equivalente a la mitad del europeo y a una población de quizá 100 millones de personas (la misma que el conjunto de Europa y sólo superada por la China Ming). Gran parte de sus súbditos vivía en un «fértil arco que, desde la desembocadura del río Indo, discurría en

dirección noreste por las tierras ricas, bien regadas y densamente pobladas del Punjab, cubriendo también, en dirección sur, las tierras del valle del Ganges, aún más ricas, hasta llegar al golfo de Bengala». Los labradores de esa zona cultivaban diecinueve especies de primavera y veintinueve de otoño, recogiendo en ocasiones dos cosechas al año. Su Imperio, aun siendo un Estado principalmente agrario, tenía tres ciudades de 400 000 o más habitantes y otras nueve con más de 100 000, y tanto en las urbes como en el campo los artesanos fabricaban una amplia gama de productos de exportación de gran calidad[4].

Aunque los emperadores gobernaban directamente amplias zonas del territorio, a partir de la década de 1570 fueron concediendo las demás a partidarios destacados (conocidos como *mansabdars*, literalmente, «hombres de categoría»), a cambio de que lucharan junto al ejército imperial con un determinado contingente. Sah Jahan contaba con más de cuatrocientos *mansabdars*, pero no todos recibieron la misma extensión de tierras: la mayor parte fue a parar a sus cuatro hijos varones, que en conjunto gobernaban casi el 10 por ciento del Imperio. Cada una de esas encomiendas territoriales se conocía con el nombre de *jagir*, «lugar en usufructo», porque los emperadores solían hacer que la titularidad de sus *mansabdars* pasara de un *jagir* a otro. Como Stephen Dale ha señalado: «Este sistema precisaba de cálculos exactos de rendimiento agrícola, que a su vez exigían estudios topográficos destinados a generar fondos suficientes para mantener a las tropas dirigidas por cada uno de los jefes. Era inevitable que esas prácticas generaran una enorme burocracia económica[5]». El control de un Imperio tan extenso y variado convirtió a los emperadores mogoles en adictos al trabajo. Ya fuera en su capital, de camino a algún lugar o en campaña, cada día debían otorgar públicamente títulos y ascensos, recibir peticiones, escuchar a demandantes y otorgar justicia: según un cronista, en la década de 1660 el emperador «se presenta dos o tres veces al día en su

corte de audiencias [...] simplemente para otorgar justicia a demandantes[6]».

Los mogoles no dejaron de presentar sus decisiones como algo avalado por los dioses. El padre de Sah Jahan, Jahangir (1605-1627) tuvo discípulos «religiosos», a los que inició, y entre sus consejeros tuvo a eminentes santones musulmanes, mientras que su hijo Aurangzeb (1658-1707) podía recitar de memoria el Corán de principio a fin, se pasaba «noches enteras en la mezquita que está en su palacio» e instaba a sus jueces a imponer la *sharía* (la ley islámica derivada del Corán y de otros antiguos textos religiosos[7]). El Taj Mahal, construido por Sah Jahan, recalcaba el carácter esencial que el islam tenía para su gobierno: largas inscripciones con citas del Corán explicaban que todas las partes del recinto y de los jardines circundantes reproducían el paraíso, y que la cúpula representaba el trono divino. Para que nadie se llamara a engaño, Sah Jahan ordenó que su propia tumba se situara justo debajo de la cúpula, con un epitafio que lo calificara de *rizwan*, guardián del paraíso.

Con todo, ningún emperador mogol depositó únicamente su confianza en Dios. Hasta los nombres que elegían exudaban poder absoluto: *Jahangir* significa «Conquistador del Mundo»; *Sah Jahan*, «Rey del Mundo», y, en el momento de su entronización, Aurangzeb adoptó el mayestático título de *Alamgir* (también «Conquistador del Mundo»). John Ovington señaló que todos los emperadores se servían constantemente de un «nutrido ejército para sobrecoger a su ilimitado número de súbditos y mantenerlos en el más absoluto sometimiento», y que era algo que hacían personalmente. Aurangzeb pensaba que «un emperador nunca debe dejarse llevar por el descanso ni mostrarse amante del retiro», advirtiendo a sus sucesores que «en la medida de lo posible, siempre fueran de un lado a otro».

Para los emperadores, como para el agua, malo es no apartarse del sitio,
pútrida se torna el agua y el poder abandona al monarca.

En la itinerancia está el honor, el contento y el esplendor de los reyes: poco de fiar los hace el deseo de molicie y de felicidad[8].

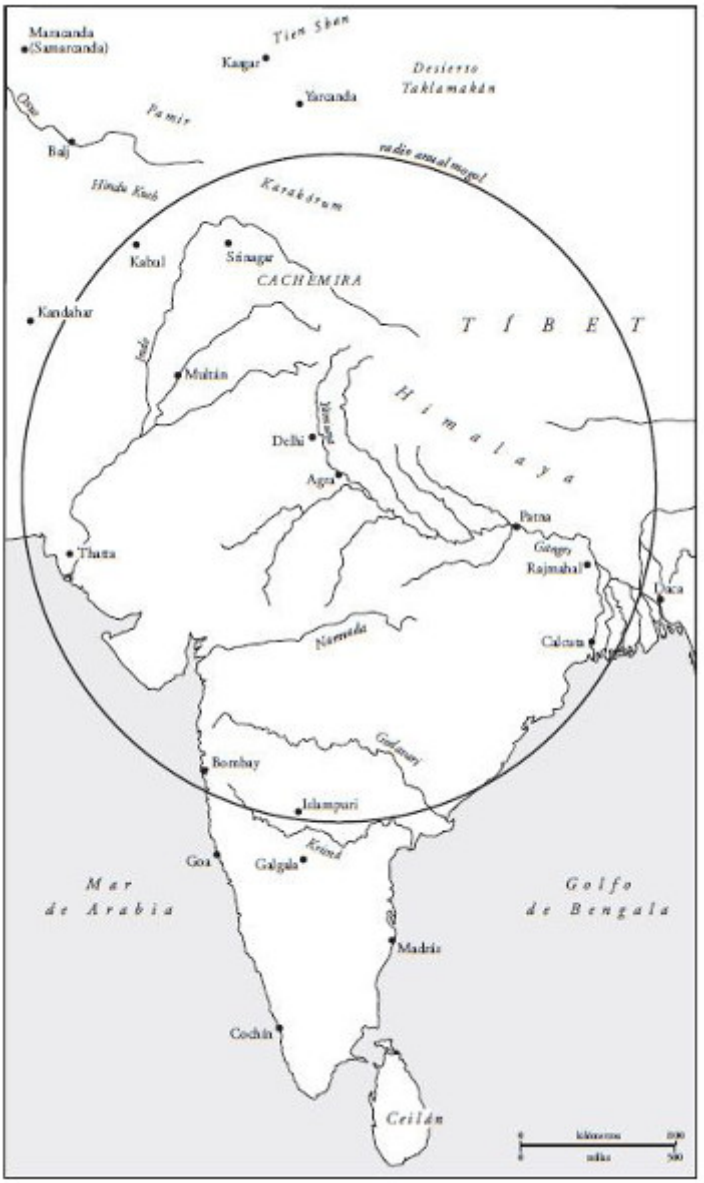
Predicando con el ejemplo, Aurangzeb, al igual que sus antecesores, se pasó más de un tercio de su reinado en movimiento, aunque, también como ellos, pocas veces se alejó más de 1300 kilómetros de Delhi (*figura 27*). Tres factores explican que el radio de acción fuera precisamente éste. En primer lugar, los emperadores mogoles se movían con lentitud (nunca recorrían más de dieciséis kilómetros al día, a veces ni eso) porque hacía falta tiempo para recibir en persona (y, por tanto, intimidar) a los principales vasallos que había en su camino. En segundo lugar, normalmente, la corte solía regresar a la capital antes de los monzones, que entre julio y octubre impedían cualquier desplazamiento en todo el Indostán. Finalmente, apartarse en exceso, temporal o espacialmente, de cualquier lugar podía fomentar la rebelión. Como señaló Ovington:

> Las frecuentes revueltas que suceden en la India producen en esas regiones grandes desgracias y dejan a sus habitantes en situación de gran desamparo. Porque, esperando recuperar su libertad y recobrar los reinos que han perdido, es frecuente que se pronuncien a favor de un rajá (un príncipe de la propia India), apoyándole hasta que el Mogol se impone a sus fuerzas, derrota su rebelión, pone fin a su avance y vuelve a someterlos de nuevo a la obediencia.

Esta situación, añadía el autor, «hace que el miedo y la angustia, la pobreza y el hambre, impregnen el aire y el ánimo de esos turbulentos lugares[9]».

Ovington exageraba: sólo los rajás de la periferia del Estado mogol disponían de medios para desafiar al emperador, sacando fuerzas de otras culturas regionales ajenas a la lengua persa adoptada por el gobierno central. Además, era frecuente que los mogoles decidieran sofocar esas rebeliones recurriendo a la negociación y la cesión, antes que a la fuerza, y no carecía de importancia que la India fuera un enorme mercado de trabajo militar que beneficiaba al «vendedor»: a la hora de reclutar tropas cada año, el emperador no era más que el principal contratista, nunca el

único. Según los cálculos de los ministros del Mogol, en el norte de la India había unos cuatro *millones* de hombres con equipo y preparación militar, y el emperador necesitaba reclutar a un número suficiente, no sólo para llevar a cabo sus propios designios, sino para impedir que cualquiera de sus rivales creara un ejército capaz de plantarle cara. En consecuencia, Sah Jahan mantenía un ejército de 200 000 jinetes y 40 000 infantes, apoyados por elefantes, caballos, camellos y bueyes[10].



27. El «radio de acción» anual mogol. Aunque los emperadores mogoles iniciaban campañas cada año, casi siempre regresaban a su capital antes del monzón anual. Dado que esto limitaba el tiempo para desplazarse a nueve meses, pues la corte viajaba a una velocidad media de unos ocho kilómetros diarios, el «radio de acción» efectivo del emperador era de unos 1300 kilómetros. Significativamente, esto incluía Kabul (que los mogoles lograron retener), pero no Kandahar o Balj (donde sus sucesivas campañas fracasaron).

Como esas inauditas concentraciones de seres humanos y animales no podían vivir únicamente del campo, el emperador no sólo se llevaba a las campañas dinero suficiente para pagar puntualmente y en metálico a sus tropas, sino que también disponía que hubiera grandes cantidades de reservas en especie a lo largo del camino y que con el ejército viajaran banqueros capaces de transferir rentas desde los territorios lejanos al «sublime real». Esta práctica permitía que sus tropas adquirieran su propia comida a los mercaderes que organizaban bazares en cuanto se instalaba el campamento. Durante casi todo el siglo XVII, la estructura militar mogola, sin parangón en la Edad Moderna, posibilitó a sus emperadores un gobierno eficaz de sus territorios.

Con todo, al igual que otras dinastías de origen centroasiático, el régimen mogol sufría una grave deficiencia: el sistema de la *tanistry* («sucesión sangrienta»), en virtud del cual el gobernante se elegía mediante una despiadada competición, en ocasiones entre hermanos, pero también entre padres e hijos *(véase capítulo 2)*. En 1622, cuando se extendieron los rumores de que el emperador Jahangir había caído enfermo, su hijo mayor Sah Jahan exigió el mando exclusivo de los ejércitos imperiales y, al no conseguirlo, lanzó uno propio desde la región occidental de Gujarat en dirección a Bengala, situada en el este, para intentar forjar una coalición lo suficientemente fuerte como para derrocar a su padre. Fracasó y sólo la entrega como rehenes de sus propios hijos logró la reconciliación. A la muerte de Jahangir en 1627 se produjo una guerra sucesoria, que enfrentó a facciones palaciegas apoyadas por varios príncipes rivales. Tras lograr imponerse, Sah Jahan mandó ejecutar a sus contrincantes. Treinta años después, los rumores de que él mismo estaba enfermo de extrema gravedad desatarían otra guerra civil entre sus hijos, y lo mismo ocurriría en 1707, a la muerte de Aurangzeb, el vencedor.

«Una sequía perfecta»: la gran hambruna india de 1630-1632

En cuanto Sah Jahan asentó su autoridad y asesinó a sus parientes varones, una catástrofe natural azotó su Imperio. El bienestar de la India y de sus vecinos depende desde hace por lo menos seis milenios del monzón, que cada año aporta al subcontinente el 90 por ciento de sus precipitaciones. Sin embargo, aunque lo normal es que el monzón sólo falte a su cita anual una vez cada siglo, durante el XVII hubo cuatro épocas de monzones frustrados: las de 1613-1615, 1630-1632, 1658-1660 y 1685-1687. Cada una de ellas produjo hambrunas generalizadas, sobre todo en Gujarat, cuya población dependía enormemente de la importación de víveres. Las peores catástrofes tuvieron lugar en 1630 (un año durante el cual también se asistió a una gran actividad volcánica y a un importante episodio del *Niño*, que suele coincidir con un monzón débil), cuando prácticamente no hubo precipitaciones, y en 1631 (otro año de gran actividad volcánica). El cronista oficial del emperador dejó escrito:

> En toda la meseta del Decán y en Gujarat se impuso una sequía absoluta. Es así que los habitantes de esas regiones mucho sufrieron por la escasez de cereales y la falta de los bienes más necesarios para el sustento. El ansia que produce el hambre llevó a los padres a devorar a sus propios hijos, y ricos y pobres clamaban por tener pan y morían de puro agotamiento […]. Tan espantosa fue la mortandad en todas las ciudades, pueblos y aldeas de estos reinos, y las calles y mercados estaban tan abarrotados de tan inmensa cantidad de cadáveres, que [un viajero] apenas sí podía abrirse paso entre ellos[11].

Uno de los «viajeros» era el mercader de Cornualles Peter Mundy, quien dejó constancia en su *Diario* de las angustiosas circunstancias de la hambruna. Había visto a padres que…

> … en situación crítica por falta de comida, vendían a sus hijos por doce, seis [e incluso menos] peniques la pieza; regalándoselos incluso a cualquiera que quisiera llevárselos […]. No menos lamentable era ver a los pobres pelearse sobre montones de estiércol en busca de comida; sí, sobre los propios excrementos de animales como caballos o bueyes, pertenecientes a viajeros, en busca de cereales que por casualidad pudieran ellos expulsar sin digerir, y todo ello con gran avaricia.

Al igual que el cronista mogol, Mundy señalaba: «Todas las carreteras están tan llenas de cadáveres que era imposible recorrerlas sin pisarlos o pasar por encima de ellos». Otros europeos recogieron «la inmensa escasez que asuela todo este continente, de una magnitud desconocida en ninguna época anterior, cuyos territorios está arrasando por completo la sequía», hablando de «tejedores, lavanderos y tintoreros» que abandonaban «en grandísimo número sus moradas» para acabar pereciendo «en los campos por falta de víveres para su sustento». Entonces, en 1632, «por fin plugo a Dios enviar lluvia, pero con tan gran abundancia que anegó y se llevó por delante todo el maíz y otros cereales». La región sufrió «inundaciones nunca vistas o conocidas en estas tierras», desatando epidemias con sus riadas, sobre todo fiebres palúdicas y dengue, con el resultado de que «ninguna familia» escapó «a los espasmos, las fiebres y las enfermedades pestíferas [...], así que estos tiempos son aquí tan espantosos que nunca en la memoria del hombre se han visto una hambruna y una mortalidad iguales» (*lámina 17*[12]).

Aunque no existe ningún recuento ni (por ahora) «ningún archivo natural que determine la magnitud del desastre», Peter Mundy creía que «la hambruna se llevó por delante a más de un millón de gentes del común o de los más pobres, después de lo cual la mortalidad afectó por igual a ricos y pobres». Los extranjeros tampoco se libraron: de los veintiún hombres ingleses que vivían en 1630 en la factoría de la Compañía de las Indias Orientales de Surat, diecisiete murieron en los tres años posteriores: un índice de mortalidad de más del 80 por ciento. En Goa, a ochocientos kilómetros al sur, el virrey de la India portuguesa calculaba que la hambruna y la plaga habían segado la vida de cuatro millones de súbditos mogoles y que, aunque él era un soldado curtido (así se consideraba), casi no podía relatar el sufrimiento que había visto[13].

Como es habitual durante esas catástrofes climáticas, el poder adquisitivo de gran parte de las familias disminuyó con el aumento de los precios y, como la compra de productos básicos absorbía casi toda su renta, la demanda de servicios y manufacturas se desplomó. Al mismo tiempo, los elevados precios de los productos básicos animaron a los labradores a sembrar más cereales y menos «cultivos comerciales». En consecuencia, tanto las manufacturas como el comercio se atrofiaron, produciendo desempleo entre artesanos y transportistas. En Gujarat, el comercio y las manufacturas se paralizaron. Todavía en 1634 los mercaderes ingleses de Surat no encontraban tejidos que vender por…

> … el elevado precio que toda clase de cereal presenta desde hace años, algo que indudablemente ha dispuesto a las gentes del campo a discurrir por las sendas que les son más provechosas, interrumpiendo por tanto el cultivo de algodón, al que no se podría dar salida [venderse] en la proporción de tiempos pasados, porque era lamentable ver cómo habían muerto o huido artífices y menestrales de todo tipo[14].

Al final, ni la producción de algodón ni la de añil llegaron a recuperar *nunca* los niveles de producción anteriores en esa región. En consecuencia, la hambruna resultó la «calamidad universal de este país», porque lo que «antes era una especie de jardín del mundo, ahora es un erial, y pocos hombres o ninguno quedan para abonar sus tierras, ni para dedicarse a profesión alguna; así que, lugares que aquí antes juntaban quince fardos de tejido en un día, apenas llegan ahora a tres al mes». Ahmedabad, capital de Gujarat, «que igualmente producía 3000 fardos de añil al año o más, ahora apenas produce trescientos». Peter Mundy pronosticaba que con «el país en este estado de desolación, quedando sólo uno de cada diez […], en mi opinión, imposible será que vuelva a su ser anterior en quince, qué digo, veinte años[15]».

Estado de bienestar frente a Estado de combatividad

Al final, el pronóstico de Mundy resultó demasiado pesimista, simplemente porque Sah Jahan utilizó algunos de los enormes

recursos de que disponía para responder al desastre con una serie de medidas evitadas por la mayoría de los grandes príncipes del momento. En primer lugar, creó comedores y casas de beneficencia «para uso de los pobres e indigentes. Todos los días sopas y pan suficiente se preparaban para satisfacer las necesidades de los hambrientos». En esa época, el emperador residía en la capital de uno de los estados hindúes de la meseta del Decán, recientemente conquistada, y ordenó que mientras él permaneciera allí «se distribuyeran 5000 rupias entre los pobres dignos de ayuda cada lunes, ya que ese día se distinguía entre los demás por haber sido el de la entronización del emperador. Así, durante veinte lunes, se entregó a obras de caridad un *lach* de rupias [100 000]». Además, como «Ahmedabad había padecido mucho más que ningún otro lugar», Sah Jahan «ordenó a sus empleados que distribuyeran 50 000 rupias entre las gentes azotadas por el hambre», en tanto que, como «la falta y la escasez de cereales habían causado grandes penurias a muchos otros territorios», «perdonó» impuestos por valor de siete millones de rupias, «equivalentes a una undécima parte del total de ingresos», para así «devolver el país a su floreciente situación anterior, y al pueblo la prosperidad y el contento». El emperador ordenó a sus principales vasallos que tomaran medidas similares[16].

Una vez recuperado el ritmo monzónico normal, Sah Jahan promovió varias iniciativas para alentar la recuperación económica: de visita por las regiones, donaba arados a los pobres «para que puedan despejarse los bosques y cultivarse la tierra» con el fin de «poblar el país», y él y sus principales cortesanos fundaron cientos de ciudades provistas de mercado. Además, el emperador también tomó medidas para aumentar las exportaciones. Por una parte, fomentó el cultivo de algodón, caña de azúcar, seda, tabaco y añil en Bengala, para atraer así a los mercaderes europeos, y, como los recién llegados pagaban lo que adquirían con lingotes de plata, sus compras atizaron rápidamente el crecimiento de la

economía regional, generando también ingresos enormes a través de los aranceles aduaneros que recaudaba el emperador. Por otra parte, Sah Jahan ordenó la construcción de grandes navíos en Gujarat, lo cual le permitió participar en el lucrativo negocio del transporte entre la India mogola y el golfo Pérsico y el mar Rojo. Gracias a esta combinación de «exenciones fiscales» y «fomento del gasto», en una década Gujarat (y con ella otras regiones) volvió a presentar ingresos excedentarios. En opinión del historiador económico indio Tapan Raychaudhuri, aunque «quizá sea exagerado decir que durante la época mogola se asistió a la aparición de un mercado nacional integrado», es cierto que «los lazos comerciales que unían diferentes partes del Imperio carecían de precedentes[17]».

A pesar de lo destinado a paliar la hambruna, Sah Jahan aún disponía de mucho dinero para realizar gastos prodigiosos en otras cosas: diez millones de rupias en su Trono del Pavo Real, tachonado de joyas; siete millones en el Taj Mahal (un suntuoso mausoleo para su difunta esposa); siete millones más en Shahjahanabad, y casi un millón en crear en Lahore los jardines de Shalimar. Además, prácticamente, no dejó de librar guerras. La crónica ilustrada de Abdul Hamid Lahori, basada en documentos de los archivos estatales, dedicaba bastante más de la mitad de sus páginas e ilustraciones a campañas de las fuerzas del emperador contra los estados hindúes del Decán y contra los portugueses en Bengala. En el noroeste, Sah Jahan también lanzó campañas contra los sijs, dirigidos por el gurú Hargobind, sexto «señor» de esa fe, cuyo antecesor había sido capturado y ejecutado por Jahangir. Esta acción radicalizó a los sijs, que anteriormente no habían incurrido en actos violentos, y Hargobind fomentó la formación marcial, desarrollando fuerzas armadas capaces de aguantar cuatro ataques mogoles. No obstante, a pesar de todos esos gastos, durante sus primeras dos décadas en el trono Sah Jahan había amasado unas reservas de 95 millones de rupias.

Tres razones explican este singular excedente fiscal. En primer lugar, la productividad de los trabajadores rurales y urbanos, y la fertilidad de muchas zonas regidas por los mogoles producían grandes ingresos fiscales. En segundo lugar, las guerras de Sah Jahan fueron con frecuencia productivas, tanto por su botín como por el enorme número de cautivos hindúes que generaban y que se vendían como esclavos en Asia central. Finalmente, en política exterior el emperador limitaba sus gastos. Aunque los mogoles lanzaron campañas en el Decán, parece que nunca contemplaron un ataque a los territorios tamiles del sur o contra Sri Lanka, y aunque se extendieron hacia Bengala y fundaron Jahangirnagar (la actual Daca), ciudad mogola que en 1640 tenía más de 200 000 habitantes, no mostraron realmente intención de avanzar hacia Birmania. Como ha señalado Sanjay Subrahmanyam: «Podemos ver en el Imperio mogol un proyecto territorial inacabado, pero también un Imperio muy consciente de sus límites[18]». Su única zona de imprudencia fue Afganistán.

Afganistán: el eterno campo de batalla

Los mogoles presumían de ser descendientes directos tanto de Gengis Kan como de Tamerlán (Timur), y en sus crónicas oficiales es habitual encontrar planes de reconquista de Asia central, patria de sus ancestros, aunque sólo Sah Jahan intentó alcanzar ese objetivo. Según sus historiadores, «el alma poderosa del monarca que somete al mundo había estado empeñada» en conquistar las tierras «que en puridad eran sus dominios hereditarios» desde «el tiempo en que murió el último emperador Jahangir», en 1627. Doce años después, las tropas mogolas arrebataron Kandahar, situada en el sur de Afganistán, a sus defensores safávidas, y el emperador y un imponente séquito cruzaron por primera vez el paso de Jáiber. Pasaron el verano en Kabul mientas se preparaban para conquistar las tierras que había más allá, «en su día incluidas en el Reino de sus imperiales antepasados», pero los uzbekos, que habían ocupado la «patria» mogola después de ex-

pulsar a los ancestros de Sah Jahan hacía más de un siglo, organizaron una defensa tan eficaz que el «alma poderosa» del emperador decidió regresar a la India[19]. Posteriormente surgió un conflicto sucesorio entre dos príncipes uzbekos y uno de ellos solicitó ayuda mogola. De este modo, durante la primavera de 1646, Sah Jahan regresó a Kabul, desde donde partió un ejército mogol que cruzó por fin el Hindu Kush y ocupó la fértil llanura aluvial que rodea la gran ciudad comercial de Balj. Cuando el emperador, todavía en Kabul, supo de estos éxitos, organizó una fiesta que se prolongó durante ocho días y escribió una jactanciosa carta al sah de Irán, pronosticando que sus tropas no tardarían en tomar Samarcanda, antigua capital de Tamerlán.

Hay que reconocer que Sah Jahan tenía mucho de lo que presumir. Sus ejércitos habían superado enormes obstáculos logísticos para poder cruzar el paso del Jáiber (a casi mil metros de altitud) en dirección a Kabul, situado a unos 1300 kilómetros de la capital mogola, y también para avanzar otros 320 kilómetros hacia el paso de Salang (situado a casi 3600 metros de altitud), en dirección a Balj. Probablemente su fuerza expedicionaria fue la más numerosa en llegar a esa región antes de la invasión soviética de 1979. Con todo, incluso en su mejor momento, Afganistán carecía tanto de los excedentes agrarios como de las redes de crédito precisas para alimentar a un ejército tan nutrido y tan lento como el de Sah Jahan (y la Pequeña Edad de Hielo no era en absoluto el mejor momento). En la década de 1640 unas nevadas inusualmente copiosas redujeron tanto la temporada de campaña como la cantidad de provisiones que se podía traer desde la India cruzando los pasos, al tiempo que, en toda la región del Himalaya, un período vegetativo más corto de lo habitual redujo la producción agrícola. Ambos factores obligaron a las tropas mogolas a depender de lo que pudieran encontrar en el campo, pero la política de «tierra quemada» de los uzbekos imposibilitaba esta práctica. De manera que, aunque el oro, las joyas, la seda y los

brocados del ejército imperial, y también sus armas, caballos y elefantes de guerra, inicialmente impresionaran a la población de Balj, el invierno de 1646-1647 trajo consigo un frío tan intenso que las guarniciones mogolas «se quemaban en los propios fuegos que encendían para calentarse y nadie abandonaba su casa por miedo a congelarse[20]».

En lugar de darse por vencido, en la primavera de 1647 el emperador regresó a Kabul por tercera vez, mientras su hijo Aurangzeb cruzaba el Hindu Kush al mando de otro ejército. El príncipe utilizó sus elefantes de guerra y también sus nuevas tropas para derrotar los contraataques uzbekos (adquiriendo por cierto gran renombre después de desmontar tranquilamente en medio de la batalla para realizar sus oraciones rituales), pero tres meses después tuvo que admitir la derrota y abandonar Balj. En ese momento, los «lobos» centroasiáticos rodearon y capturaron en su retirada gran cantidad de «ovejas esclavas» indias. Muchas de ellas acabaron viendo Samarcanda, pero como esclavos: había tantos prisioneros del ejército mogol que el precio de los indios en los mercados de esclavos de Asia central se redujo en dos tercios. Aurangzeb y los supervivientes necesitaron un mes para volver a Kabul y lo hicieron justo a tiempo para acompañar al emperador en su regreso a través del paso de Jáiber[21].

El espectacular fracaso de los mogoles animó al sah «Abbás II de Irán a exigir la devolución de Kandahar» y, al no recibir ninguna respuesta satisfactoria, en 1649 sus fuerzas reconquistaron la ciudad. Sah Jahan no tardó en regresar a Kabul, pero hasta su cronista oficial afirmó que para el sitio de Kandahar los mogoles no habían llevado «consigo ni una batería de cañones ni a artilleros diestros». En consecuencia, cuando pasadas catorce semanas, «los cereales y el forraje estaban empezando a escasear», el emperador reconoció que «era inviable reducir la fortaleza sin ayuda de armas pesadas» y retiró sus tropas. En 1651 volvió a intentarlo, en esta ocasión con unos pocos cañones para mantener el si-

tio, pero dos «se resquebrajaron de tanto disparar», tornándose «bastante inservibles», mientras que los otros cinco «siguieron utilizándose, aunque al no ser manejados por artilleros metódicos, su fuego no fue tan eficaz como cabía esperar». Una vez más, los sitiadores tuvieron que retirarse ignominiosamente. En 1652 Sah Jahan lanzó otra intentona de ocupación de Kandahar, pero después de «cinco meses, el invierno empezó a caer, se consumió todo el plomo, la pólvora y las balas de cañón, y no quedaba ni forraje en los prados ni provisiones para el ejército», así que los supervivientes y su emperador se retiraron. Para no volver nunca más[22].

Las iniciativas de Sah Jahan apenas habían llevado la frontera mogola cincuenta kilómetros más allá de Kabul, aunque produjeron «la muerte de entre 30 000 y 40 000» soldados y el gasto de más de 35 millones de rupias[23]. La guerra también ocasionó enormes daños a Afganistán —Kandahar se convirtió en un campo de batalla casi permanente—, pero el carácter fragmentario de las fuentes que nos han llegado dificulta enormemente la evaluación real de su impacto. Los archivos del santuario de Mazār-e Šarīf («Tumba del Santo»), cercano a Balj, arrojan un extraño haz de luz. El santuario había florecido a comienzos del siglo XVII, cuando los gobernantes locales afganos le habían concedido tierras y fundado madrazas, hasta que en sus actividades llegaron a participar, como productores o consumidores, más de 3000 personas; pero cuando las tropas mogolas entraron en el valle, los mercaderes locales y muchos labradores huyeron, así que durante su primer año el ejército de ocupación sólo obtuvo la mitad de los ingresos del año anterior, y el segundo únicamente la mitad de eso. El precio del cereal se disparó y la leña (esencial para la supervivencia a esas altitudes) era algo imposible de encontrar. Los uzbekos invadieron el lugar al retirarse los mogoles y hasta 1668 el administrador del santuario no se atrevió a abandonar Mazār-e Šarīf para conseguir del gobernante más

cercano un documento que le permitiera recuperar las tierras e ingresos perdidos «a causa de la agitación del mundo[24]».

La crisis de la India mogola

El hijo mayor de Sah Jahan y su valido, Dara Shikoh, que vivía con él en la corte, ostentaba *jagis* («feudos») de extensión casi igual a los de sus tres hermanos juntos. Por el contrario, los tres varones menores residían en provincias lejanas en calidad de representantes del emperador y de vez en cuando éste les encomendaba dirigir grandes campañas. De este modo, Sah Jahan pretendía evitar cualquier rebelión similar a la que él y sus propios hermanos habían organizado contra Jahangir, pero el cálculo no tuvo en cuenta la ambición, la habilidad y el carisma de su tercer hijo, Aurangzeb. En 1636, a los dieciocho años, el príncipe había comenzado a gobernar en nombre de su padre las regiones recién conquistadas del Decán. Durante los ocho años siguientes, Aurangzeb se involucró personalmente en todos los aspectos de la administración y creó una red leal de seguidores a los que recompensaba con tierras adquiridas en guerras fronterizas. Construyó una nueva ciudad, que bautizó con el nombre de Aurangabad, y en ella y en sus conquistas hizo generosas donaciones a determinadas mezquitas y madrazas, forjó lazos con fanáticos religiosos y fomentó la conversión al islam de nuevos súbditos.

Esta destreza militar en el Decán llevó a Sah Jahan a confiar la reconquista de Asia central a Aurangzeb, y aunque sus iniciativas fallaron, el príncipe adquirió una valiosa experiencia de mando. También llegó a la conclusión de que su hermano Dara Shikoh había retenido provisiones y refuerzos destinados a sus campañas, así que en 1652 Aurangzeb se reunió con sus otros dos hermanos para, en caso de que el emperador muriera repentinamente, «trazar planes para la conservación de su vida y honor, y la administración de sus asuntos[25]». A continuación, Aurangzeb

regresó al Decán, donde, preparándose para la inevitable lucha sucesoria, estableció lazos con líderes religiosos y grupos étnicos a los que Sah Jahan no había integrado en el tejido imperial. También creó un cuadro de oficiales castrenses preparados y leales, y con su ayuda lanzó exitosas campañas contra los vecinos meridionales del Imperio, que le reportaron tesoros y tributos de envergadura. De este modo, Aurangzeb disponía de enormes recursos políticos, militares y económicos cuando, a finales de 1657, cundieron rumores de que el emperador «no podía atender a sus asuntos» a causa de la enfermedad y de que Dara Shikoh había aprovechado «la oportunidad para tomar las riendas del poder[26]». Los príncipes que gobernaban Gujarat y Bengala no tardaron en apoderarse de los tesoros locales, acuñar sus propias monedas y hacer que los rezos del viernes se hicieran en su nombre.

El enfermo emperador reaccionó encargando a Dara Shikoh que reinstaurara el orden, pero el príncipe cometió la insensatez de dividir sus fuerzas y de enviar ejércitos simultáneamente contra ambos usurpadores. En ese momento, Aurangzeb se unió a su hermano rebelde en Gujarat, pero arreglándoselas para que quien sufriera más bajas en esa decisiva batalla fuera el contingente de éste. En consecuencia, cuando Dara Shikoh se retiró, las tropas de Aurangzeb se hicieron con Agra y, de ese modo, también con el tesoro imperial, el arsenal más importante y el propio Sah Jahan. En esa tesitura, el emperador se ofreció a dividir el Imperio entre sus hijos, pero Aurangzeb, seguro de poder triunfar solo, se proclamó emperador y fue lanzando campañas contra cada uno de sus hermanos, los ejecutó y también acabó con la vida de aquellos de sus hijos varones que lo desafiaron, además de mantener encarcelado a su padre hasta su muerte.

Como señaló un cronista mogol, para desgracia de los súbditos del nuevo emperador «las perturbaciones y el movimiento de grandes ejércitos durante dos años [1658-1660] en diferentes

partes del Imperio, sobre todo en los territorios del norte y el este» coincidieron con otro «monzón fallido». En Delhi, el precio de los cereales aumentó vertiginosamente e, intentando invertir la tendencia, Aurangzeb eliminó «más de veinte impuestos», para «tratar de aliviar las penurias ocasionadas por el aumento del precio del cereal[27]». No obstante, en 1659 el sureste de la India asistió «a tal hambruna» que, según mercaderes ingleses residentes en la zona, «las gentes mueren a diario por falta de comida», mientras que en Gujarat «el hambre y la plaga» se tornaron «tan grandes» que (al igual que en 1630-1632) «se llevaron por delante a gran parte de la gente y pocos son los que quedan». El monzón volvió a faltar a su cita en 1660 y los mismos mercaderes ingleses lamentaban la «gran escasez» que sufrió el sureste «en estos dieciocho meses»; mientras que sus colegas de Gujarat creían que «nunca una hambruna azotó con tanta furia lugar alguno, ya que los vivos apenas pueden enterrar a los muertos[28]».

Entretanto, según un cronista mogol, «la escasez de lluvias» ocasionaba hambrunas en la llanura del Ganges:

> La escasez de alimentos aumentaba día a día y la pobreza de los indigentes se incrementaba hasta tal punto que gran parte de las *parganahs* [unidades administrativas] quedaron desoladas. Grandes gentíos procedentes de lejanos confines del país y de los alrededores de la capital se lanzaron a los caminos para llegar a la ciudad.

Aurangzeb creó diez «casas de alimentación gratuita» en su capital y más en las localidades circundantes, «además de centros de distribución pública de alimentos preparados y crudos», y obligó a los principales nobles a hacer lo mismo. Volvió a aprobar el edicto de anulación de los impuestos hasta que «se apreciara por fin una mejoría en la situación de las gentes[29]». Pero no fue así. En 1662, un gran incendio destruyó gran parte de Shahjahanabad, mientras en Gujarat el precio de los cereales alcanzaba niveles propios de una situación de hambruna, porque la «poquísima lluvia del último año» no fue «suficiente para producir maíz, salvo en lugares contados y [ni siquiera] en ellos [se llegó]

a la mitad o a un cuarto de las cosechas». Los mercaderes ingleses temían que la sequía extrema «despoblara por completo todos estos lugares» porque «más de quinientas familias de tejedores ya se han marchado y el resto sin duda hará lo mismo si la hambruna se agrava[30]». Aunque el monzón de 1664 fue normal, «la escasez del año pasado» ocasionó enfermedades generalizadas en Gujarat, donde «todos esos pueblos y aldeas de los alrededores están llenos de padecimientos, de los que pocos hogares se libran». Entretanto, la hambruna, la sequía y las enfermedades ocasionaron también un drástico incremento del precio de los productos básicos en Bengala y, en el sur, Kerala sufrió tres años de sequía[31].

En 1668, un médico francés residente en Delhi señaló que de «los enormes territorios que constituyen el Imperio del Indostán, muchos son poco más que arena o montañas yermas, mal cultivadas y escasamente pobladas; e incluso una parte considerable de las buenas tierras sigue inculta por falta de jornaleros». Por otra parte, según un informe fiscal elaborado por la Hacienda de Aurangzeb, los ingresos que aportaban las diez provincias principales del Imperio se habían reducido en un 20 por ciento respecto a los niveles anteriores a la contienda. La guerra civil también permitió que Shivaji, un noble maratha, creara un poderoso Estado hindú que desafiaría e incluso derrotaría a los mogoles (Shivaji saqueó Surat, principal puerto mogol, en 1664 y de nuevo en 1670[32]).

Aunque la historiadora económica Shireen Moosvi ha sugerido que la crisis de 1658-1670 constituyó la línea divisoria entre la expansión y la decadencia mogolas, el Imperio siguió ampliándose durante cuatro décadas más[33]. En la década de 1670, Aurangzeb capturó, juzgó y ejecutó al carismático jefe sij Tegh Bahadur, atajando así un movimiento al que se habían convertido tanto hindúes como musulmanes, y en la década de 1680 sofocó en Rajput una revuelta dirigida por uno de sus propios hi-

jos, en el Decán conquistó los reinos de Bijapur y Golconda, y capturó y ejecutó al jefe de la confederación maratha. Después de estos éxitos espectaculares, parece que Aurangzeb se olvidó de su propio consejo, según el cual «para los emperadores, como para el agua, malo es no apartarse del sitio», porque se pasó veintisiete años de campaña contra los marathas en el Decán, a pesar de los monzones fallidos de 1686 y 1687 (en los que la actividad del *Niño* fue intensa), lo cual acentuó los efectos perniciosos de sus campañas. Según los mercaderes ingleses de la ciudad, 35 000 personas murieron en Madrás, mientras que los padres regalaban a sus hijos y los adultos se entregaban a la esclavitud para no morir de hambre[34]. No obstante, a la muerte del emperador en 1707, a pesar de un gasto bélico multimillonario, su tesoro contenía 240 millones de rupias: una cantidad muy superior al monto total legado por gobernantes anteriores y seguramente mayor que los recursos de cualquier otro príncipe del mundo. Durante todo el siglo XVII, el rendimiento que produjeron los impuestos, tributos y saqueos siempre superó las necesidades del Estado mogol. Con todo, la Rajput de Aurangzeb y también sus vecinos sijs y marathas estaban dispuestos a aprovecharse de la inevitable guerra sucesoria que estalló inmediatamente después de la muerte del emperador. Ni siquiera el Estado más acaudalado del mundo podía superar las debilidades ocasionadas por el «sangriento [sistema de la] *tanistry*».

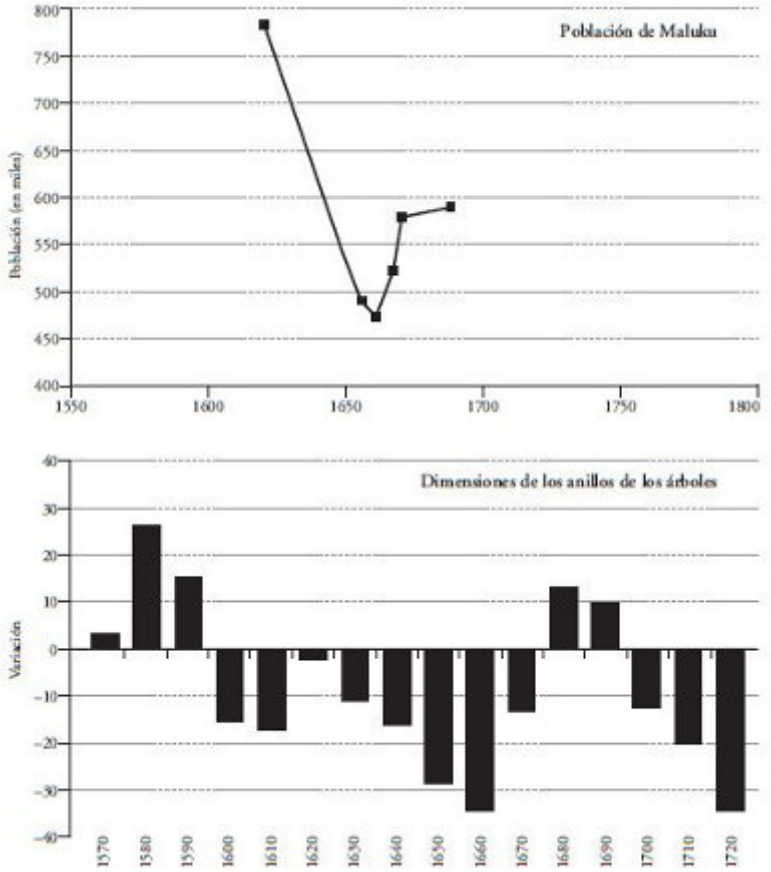
El Sureste Asiático: la abundancia se torna pobreza

A comienzos del siglo XVII varios príncipes del archipiélago indonesio también ostentaban una enorme riqueza y por razones muy similares a los emperadores mogoles: los impuestos que generaban una tierra insólitamente fértil y un provechoso comercio, aparte de unas pocas guerras. Con todo, también al igual que la India mogola, a mediados del siglo XVII sus tierras sufrie-

ron la inusual frecuencia del *Niño* y de las erupciones volcánicas. Aunque la mayoría de las islas del archipiélago suelen recibir cien milímetros o más de precipitaciones *mensuales* (no hay «estación seca»), anillos de los árboles de Java central de los años 1643-1671 ponen de manifiesto que éste fue el período de escasez de lluvias más prolongado de cuantos se tiene constancia. En esa época, ni un solo año recibió la cantidad de precipitaciones habitual, y 1664 fue el más seco de los últimos cinco siglos. Las fuentes escritas que tenemos de Java, la isla más densamente poblada, indican que entre 1633 y 1665 hubo hambrunas en seis de los años y cosechas de arroz escasas en otros diez, mientras que las fuentes de islas del archipiélago más periféricas indican que hubo hambrunas en dos años y cosechas de arroz escasas en otros diez, además de una generalizada escasez de precipitaciones en cuatro de ellos: 1633, 1657, 1660 y 1664 (*figura 28*[35]).

Tres ventajas naturales mitigaron estas consecuencias de la Pequeña Edad de Hielo. En primer lugar, como el archipiélago se sitúa por encima del ecuador, los cambios relativos a la energía solar tuvieron menos influencia: en esa zona, un descenso de la temperatura media tiene consecuencias menos dañinas que en latitudes más septentrionales. La cantidad de tierra cultivable no dejó siquiera de ser abundante durante la gran sequía. Según el padre Francisco Alcina, un envidioso enviado europeo de la década de 1660, «quedaban muchas y muy extensas tierras y no había nadie que las cultivara; aunque era cierto que todas las aldeas o zonas pobladas tenían sus propios límites, cualquiera que llegara a asentarse en ellas, aunque nada se supiera de él, tenía la posibilidad de elegir y de quedarse con toda la tierra que quisiera, sin que nadie le pidiera un céntimo a cambio». En segundo lugar, el clima tropical y la fertilidad del terreno del archipiélago permitían la proliferación de una gran cantidad de especies comestibles, algunas resistentes a las inclemencias del tiempo. William Marsden, que visitó Sumatra, señaló que cuando su cultivo fun-

damental fallaba, la gente recurría «a esas raíces salvajes, yerbas y hojas de árbol que en toda estación los bosques ofrecen en abundancia». En consecuencia, según Marsden, «la pérdida de cosechas de huerta o cereal nunca va seguida de las terribles consecuencias que sufren países más desarrollados y precavidos[36]». En tercer lugar, las zonas costeras, densamente pobladas, se las arreglaron para esquivar algunas de las repercusiones de la sequía importando arroz de zonas no afectadas. Lo principal era que los buques de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales solían traer arroz de la India para aliviar las hambrunas, porque pocas veces coincidían las pérdidas de cosechas en el archipiélago con las del continente[37]. Todas estas razones explican que, aunque las islas indonesias estuvieran habitadas por veinte millones de personas a mediados del siglo XVII, pocas murieran de hambre. La situación cambió cuando, a pesar de esa abundancia natural, la acción humana consiguió provocar una crisis.



28. La sequía y la crisis del siglo XVII en Indonesia. La gran caída de la población de las Molucas, un grupo de islas productoras de especias en el archipiélago indonesio, coincidió exactamente con la sequía más larga y extrema en la historia de la región.

El ferviente deseo que mostraban varios grupos de mercaderes —portugueses, holandeses, ingleses, musulmanes, chinos y japoneses— de adquirir determinadas especias (entre ellas, nuez moscada en las islas Banda y clavo en Amboina) condujo inexorablemente al monocultivo: cada isla se centró en la producción de especias rentables, abandonando lo demás. Hasta la década de 1630 los agricultores locales siguieron prosperando y, gracias a los impuestos que gravaban las exportaciones, también sus gobernantes, pero esta situación cambió rápidamente cuando los acontecimientos políticos y militares fueron clausurando uno tras otro los mercados. En primer lugar, en 1638 el gobierno japonés prohibió todo el comercio exterior, tanto a sus súbditos como a los portugueses *(véase capítulo 3);* después, en 1641, la Compañía Holandesa de las Indias Orientales arrebató Malaca a Portugal, haciéndose con el control de todos los buques que pasaban por el estrecho homónimo; finalmente, después de 1644 el comercio marítimo chino se contrajo durante la transición entre las dinastías Ming y Qing. Estos tres factores concedieron enormes ventajas comerciales a los holandeses. Por una parte, explotaban su control de las líneas marítimas para excluir a los competidores, sobre todo a los mercaderes e intermediarios musulmanes que se habían hecho ricos recorriendo largas distancias para comerciar con especias muy caras, y también para incrementar el precio de los alimentos que importaban a Indonesia. Según un cálculo, los precios del arroz se quintuplicaron cuando los holandeses arrancaron el control de las importaciones a sus competidores locales. Por otra parte, los holandeses siempre podían bloquear los puertos de unos productores que dependían de los víveres importados, creando una hambruna artificial que obligaba a sus víctimas a vender baratas las especias. Por ejemplo, en la década de 1650 los precios de la pimienta se redujeron a la mitad[38].

La tendencia a la baja del precio de las especias y la tendencia al alza de los alimentos básicos tuvieron consecuencias graves para los pueblos del archipiélago. Algunos destruyeron sus pimenteros y retomaron el cultivo de arroz porque, en palabras de un poema épico escrito en Aceh, el principal Estado musulmán del archipiélago:

Pocos beneficios reporta el mercadeo, amigos míos, aunque cultivéis pimienta.
Si no hay arroz en el país, nada más será de provecho […].
Si no hay nada que comer, vuestros hijos morirán y tendréis que vender todas vuestras posesiones.
[…] ¿De qué os alimentaréis si no hay comida?
Si no hay arroz en el país, todo él morirá de hambre.

Otros gobernantes del Asia monzónica dejaron de producir especias por razones de seguridad. Un príncipe musulmán prohibió a sus súbditos plantar pimenteros «para que no se vieran por ello envueltos en guerras, con los holandeses o con otros potentados[39]». Esto era más fácil de aconsejar que de conseguir, ya que los holandeses solían atacar aliándose con un «potentado» rival. De este modo, en el sur de Sulawesi (Célebes), los sultanes de la próspera ciudad portuaria de Makassar arrollaron al estado vecino de Bone y después desafiaron a los holandeses, que pretendían obtener el monopolio comercial, permitiendo la entrada de cualquier mercader. Prudentemente invirtieron algunos de los ingresos resultantes en construir una gran fortaleza (Sombaopu) en torno al palacio real, que, en el flanco que daba al mar, contaba con murallas de más de cuatro metros de espesor y cuatro bastiones dotados de artillería pesada, donada por comerciantes daneses, ingleses y portugueses con factorías en la ciudad. Al caer Malaca en 1641, entre 2000 y 3000 portugueses trasladaron sus actividades a Makassar y el sultanato gozó de una prosperidad sin precedentes hasta que Arung Palakka, el príncipe exiliado de Bone, recabó ayuda de los Países Bajos. En 1667, a instancias de Palakka, buques de guerra holandeses bombardearon las nuevas fortificaciones de Makassar hasta conseguir im-

portantes concesiones comerciales. Dos años después, aduciendo que el sultán había incumplido el acuerdo, los aliados regresaron y pusieron cerco a la ciudad. Arung Palakka se convirtió en el nuevo sultán de la plaza, mientras los holandeses erigían una ciudadela desde la que controlaban todo el comercio marítimo del sur de las Célebes. En palabras de un texto épico escrito inmediatamente después de la victoria aliada:

> *Escuchad, señores, mi consejo:*
> *no intiméis nunca con los holandeses,*
> *poseedores de una endemoniada astucia.*
> *Ningún país puede considerarse seguro cuando ellos están cerca*[40].

La guerra entre Makassar y los holandeses fue muy gravosa para todos sus participantes: gran parte de la plaza quedó en ruinas y, aunque al final a los segundos les compensó la eliminación de un competidor, pasaron varias décadas antes de que los beneficios comerciales igualaran el coste de las dos expediciones navales.

La primera guerra mundial: holandeses contra portugueses

Los holandeses también sufrieron cuantiosas pérdidas luchando con los portugueses en la que el distinguido historiador Charles Boxer bautizó como «primera guerra mundial», porque tuvo lugar en cuatro continentes y en los mares que los rodean[41]. Durante toda la década de 1630, los buques de guerra holandeses bloquearon Goa, capital de la India portuguesa, y sus provechosos enclaves en el Asia monzónica: Sri Lanka (Ceilán), Malaca y Macao, todos ellos dependientes de su capacidad para exportar mercancías de gran valor. En 1640, un mercader inglés radicado en la India señaló que los portugueses se encontraban «en una situación de lo más lamentable: Malaca y Ceilán sitiadas, y (según los holandeses) prácticamente tomadas, sus galeones bajo el cañoneo, sus soldados descompuestos y ellos mismos descorazonados». Su pronóstico era que a menos que «una ayuda súbi-

ta y extensa los refuerce desde Europa», los lusos caerían en su «ruina absoluta, mientras que los insolentes holandeses se imponen por doquier, cuando ya se consideran reyes de los mares de la India[42]». Poco después llegó a Goa un nuevo virrey con refuerzos de Lisboa, pero, pasado un año, cuando se tuvo noticia de que los portugueses se habían levantado contra el dominio español, él, como prácticamente toda la población lusa de Asia, se pronunció a favor del nuevo régimen encabezado por el rey Juan IV (*véase capítulo 9*).

Sin embargo, el nuevo monarca no podía defender de los holandeses todas sus posesiones de ultramar. Desde el mismo momento en que escribió al virrey de Goa para informarle de su acceso al trono le advirtió de que «por mucho que quisiera ayudar a la India» no podría remitir fondos porque «en la actualidad se precisa gastar mucho dinero para proteger nuestras fronteras de España». El virrey respondió enfáticamente, diciendo que, en ese caso, «es necesario firmar en estas tierras y de inmediato, ¡de inmediato!, la paz o una tregua con los holandeses, porque son tan poderosos y las fuerzas de Su Majestad tan débiles». El virrey no dejaba de insistir en que, sin una paz inmediata, «Su Majestad debería disponer con igual urgencia el envío de refuerzos un año tras otro. Ahora mismo necesitamos por lo menos ocho o diez grandes galeones, llenos a rebosar de soldados, marineros, artillería y dinero[43]». Pero el nuevo gobierno lisboeta tenía otras prioridades: no sólo la defensa de la metrópoli, también la recuperación de Brasil, controlada por los holandeses. De hecho, la frecuencia con la que el rey Juan y su Consejo discutían las cuestiones relativas a Brasil era cuatro veces mayor que la que dedicaban a los de la India, ya que habían decidido que «la conservación de Asia, en razón de su distancia y tamaño, es más difícil y costosa, y menos útil» y que, por lo tanto, «en Asia debemos ceder tanto como sea preciso para tener libertad de movimientos en Brasil[44]». De manera que «un año tras otro», el rey Juan remitía una

carta a su virrey en Goa disculpándose por no enviarle galeones «llenos a rebosar de soldados, marineros, artillería y dinero», porque la necesidad primordial era defender Portugal y Brasil.

En Asia, a los súbditos del rey los contrariaba profundamente el abandono por parte de su monarca y algunos de ellos organizaron asonadas armadas. El primer estallido tuvo lugar en la ciudad portuaria de Macao, cerca de la localidad china de Cantón, cuya población quizá llegara a los 30 000 habitantes. Aunque éstos, al igual que los colonos portugueses de otros lugares, habían acogido con entusiasmo la «restauración» de la independencia, esta noticia había llegado a la ciudad justo después de la pérdida de Malaca y de la decisión japonesa de poner fin a cualquier trato comercial con los portugueses. Estos dos acontecimientos arruinaron a gran parte de los mercaderes de la ciudad. Entre 1643-1644 un grupo de españoles, con el apoyo de algunos clérigos locales, estuvo a punto de retomar el enclave para Felipe IV; posteriormente, en 1646, la guarnición, carente de su soldada, se amotinó y un grupo de ciudadanos airados asesinó al gobernador. Ateniéndose a su política de «primero, Brasil», el rey Juan dio orden a sus funcionarios asiáticos de «disimular, para evitar cualquier otra perturbación»: no se debía intentar identificar (ni desde luego castigar) a los asesinos[45]. Seis años después, frustrado por la falta de apoyo estatal en la lucha contra los holandeses, también se rebeló un grupo de colonos portugueses de Sri Lanka. Al grito de «¡larga vida a la fe de Cristo!, ¡muerte al mal gobierno!» entraron en Colombo, principal fortaleza lusa de la isla, donde, tras encarcelar al gobernador, lo sustituyeron por su líder. En 1653 también se rebeló Goa. Privada por los holandeses tanto del comercio marítimo como de las lucrativas plantaciones de Sri Lanka, en la capital del Asia portuguesa —antes una próspera ciudad con unos 75 000 europeos, indios y africanos, y ahora, a consecuencia del bloqueo holandés, reducida «únicamente a un tercio de los habitantes que antes tenía» y con

«muchas zonas despobladas y la mayoría de sus casas en ruinas»—, un grupo de frustrados colonos portugueses depuso al virrey, eligiendo a su sucesor por aclamación (algo importante, por ser el mismo método utilizado en Lisboa en la ceremonia de proclamación de Juan IV como nuevo monarca). Su justificación fue que «Portugal había hecho lo mismo y también el pueblo de Inglaterra, y aquí cerca —añadían—, Ceilán así lo había hecho[46]».

Aunque los agentes de la Corona acabarían reprimiendo las tres insurrecciones, en Asia el Imperio luso nunca se recuperó de la crisis de mediados del siglo XVII. Al ser entronizado en 1640, Juan IV controlaba veintiséis enclaves que se extendían desde el puerto africano de Sofala hasta el de Macao, en China, pero cuando su hijo firmó la paz con los holandeses en 1663 sólo quedaban dieciséis. Como señaló elocuentemente el jesuita Manuel Godinho, residente durante mucho tiempo en la India portuguesa, el Imperio que «en su día había dominado todo el este, cubriendo con su soberanía ocho mil leguas» se había atrofiado hasta tal punto que «si no ha expirado del todo es porque no ha encontrado una tumba digna de su antigua grandeza. Si antes era un árbol, ahora es una rama; si era un edificio, ahora es una ruina; si era un hombre, ahora es un miembro; si era un gigante, ahora es un pigmeo; si era grande, ahora es nada». Portugal sólo controlaba los enclaves «que nuestros enemigos nos han dejado, bien como testimonio de lo mucho que antes poseíamos en Asia, bien como amargo recordatorio de lo poco que ahora allí tenemos[47]».

Con todo, el elocuente epitafio de Godinho no llegaba a explicar por qué Portugal había perdido gran parte de su Imperio asiático ante la República holandesa, un Estado todavía más pequeño. Muchos portugueses lo achacaban a los problemas que conllevaba la lejanía; como recordaba lastimeramente un virrey al monarca luso: «*Sire*, la India está muy lejos y su voz sólo pue-

de escucharse con gran tardanza y debilidad» en Lisboa[48]. Evidentemente, había parte de verdad en ello —el trayecto de ida y vuelta entre Lisboa y Goa era de 24 000 millas [38 624 kilómetros] y conllevaba trescientos días en alta mar—, pero Ámsterdam estaba todavía más lejos que Lisboa de Goa (y también de Colombo y Malaca, ambas capturadas por los holandeses). Aunque la Pequeña Edad de Hielo afectara al régimen de los vientos en los océanos Atlántico e Índico, haciendo que, como ocurrió en el Pacífico, las travesías duraran todavía más, ese régimen habría afectado tanto a los buques holandeses como a los portugueses.

El resultado de la «primera guerra mundial» reflejó más diferencias humanas que naturales. El embajador portugués en la República holandesa las resumió con amargura en 1649, quejándose: «En nuestro país, *cuesta dos meses hacer lo que otros hacen en dos horas*». Lo primordial era que, en repetidas ocasiones, los portugueses no consiguieran tener lista para partir antes de finales de marzo la flota que debía ir a Goa, a pesar de que (en palabras de un airado virrey en 1650), «sólo gracias a un milagro conseguiría llegar a Goa en el mismo año una nave que abandonara Lisboa después del primero de abril». Era revelador que ese furioso virrey escribiera esas palabras desde el suroeste de África, después de que su propia flota, habiéndose hecho a la mar el 21 de abril, encallara y se fuera a pique[49]. Los ministros de Juan IV estaban de acuerdo: justo el año anterior se lamentaban: «Es penoso ver a los enemigos de vuestra real Corona tan favorecidos por las conquistas y las travesías, porque de nueve buques ninguno han perdido, mientras que de los de Su Majestad que van y vienen a esas partes tan malas noticias llegan». De hecho, los testimonios que nos han quedado indican que los holandeses *sólo perdían uno de cada veinte* buques que enviaban a Asia a mediados del siglo XVII, mientras que los portugueses perdían *uno de cada tres*[50]. Esta asombrosa disparidad sólo tenía en parte que ver con la mayor

capacidad que tenían los holandeses de hacer a la mar sus flotas a tiempo, ya que también reflejaba la superioridad que, en comparación con el portugués, presentaba todo el mando holandés y su sistema de control.

El factor clave era que la Corona lusa, que controlaba directamente todas las iniciativas asiáticas, siempre encomendaba los puestos de responsabilidad del Imperio a nobles que no sólo carecían de experiencia práctica, sino que también se negaban a escuchar a sus subalternos, de rango social inferior, que sí la tenían. De ahí que las tropas portuguesas cayeran repetidamente en emboscadas porque el fidalgo que estaba al mando rechazaba el consejo de los militares profesionales que tenía a su cargo, mientras que muchos buques lusos se hundían porque los nobles que los comandaban no prestaban atención a lo que decían los marinos que iban a bordo. Además, muchos administradores coloniales portugueses eran tremendamente corruptos e incompetentes. Como un funcionario de la Corona le recordó a un detractor que se preparaba para abandonar Goa en dirección a Lisboa: «Podéis ir y decir lo que gustéis en Portugal, porque cuando el castigo llegue a estas tierras, o bien la India portuguesa no existirá o ya no estaremos por aquí [...]. Este lugar está muy lejos de Portugal[51]».

Por el contrario, el Asia holandesa estaba controlada directamente por diecisiete «directores» de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que, al tener como objetivo principal la ganancia económica, encomendaban los puestos de responsabilidad a hombres de probadas capacidades, independientemente de cuál fuera su origen. Los tres «gobernadores generales de la India» más eficaces de mediados del siglo XVII fueron individuos que poca gente habría elegido para el cargo: Antonio Van Diemen (1636-1645) había huido a Batavia en bancarrota y con nombre falso, el católico Johan Maetsuycker (1653-1678) había estudiado en la Universidad de Lovaina, en los Países Bajos españoles,

mientras que Rijkloff Van Goens (1678-1681) había nacido en Alemania. En esos hombres se conjugaban una gran ambición y una férrea voluntad para rechazar cualquier consejo e incluso órdenes recibidas de superiores con las que no estuvieran de acuerdo. Especialmente notable fue el éxito de Van Diemen, ya que utilizó los 85 buques de guerra que estaban a su cargo para lanzar ataques coordinados contra Goa, Sri Lanka y Malaca, al tiempo que enviaba a Abel Tasman a realizar una travesía que situaría por primera vez en los mapas europeos Tasmania (inicialmente denominada isla de Van Diemen), Nueva Zelanda y las islas Fiji. Cuando en 1641 los directores de la Compañía en Holanda amonestaron a Van Diemen por arriesgarse demasiado, él les recordó sus últimos éxitos (sobre todo la toma de Malaca), antes de añadir desafiante: «Hemos dicho, y así lo confirma esta carta, *que los asuntos de Asia deben encomendársenos a nosotros* y que, por tanto, para poder servir a la Compañía no podemos esperar a recibir órdenes. Sus señorías saben por qué, es decir, que el tiempo no perdona[52]». Puede que el Imperio portugués, como señaló Manuel Godinho, hubiera «expirado por completo» durante la Pequeña Edad de Hielo, pero lo hizo por causas humanas, no naturales.

El enigma de Irán

A juzgar por los testimonios que han sobrevivido, también el Irán safávida debería haber «expirado por completo» a mediados del siglo XVII. La historia de Irán estaba dominada desde hacía tiempo por confederaciones de pastores nómadas siempre a la greña. De ellos habían surgido todas las dinastías gobernantes en el país, entre ellas los safávidas, y también las tropas más escogidas del sah: los *qizilbash* (llamados «cabezas rojas» por el color de sus turbantes). En torno al 1500 d. C., el primer sah safávida, Ismail, carismático jefe de una hermandad sufí, después de proclamarse Mesías había pedido el apoyo de todos los seguidores de la fe chií. Su proyecto sólo triunfó en Irán, que quedó por tanto

rodeado de otomanos suníes, mogoles y uzbekos, incluyendo él mismo nutridas minorías de musulmanes suníes y cristianos armenios, además de judíos e hindúes. Por otra parte, en torno a 1600 los sah gobernaban a poco más de 10 millones de súbditos (frente a los 100 de los mogoles y los quizá 22 de los otomanos), lo cual hacía que, siempre que sus poderosos vecinos decidían declarar una guerra, su Estado fuera extremadamente vulnerable.

El núcleo del Estado safávida estaba en la meseta iraní, una extensa pero árida cuenca interior cuyos principales asentamientos se encuentran mayormente en sus márgenes, mientras que el centro apenas está habitado. El joyero francés Jean Chardin, que vivió en Irán durante gran parte de las décadas de 1660 y 1670, apuntó: «No hay en el mundo entero país con más montañas y menos ríos. No hay ni un solo río que pueda llevar un barco hasta el corazón del Reino, ni tampoco servir para transportar productos de una provincia a otra». Para él, «el país de Persia es seco, yermo, montañoso y está escasamente poblado», y añadía:

> Una duodécima parte no está habitada ni cultivada, y unas dos leguas después de cada una de sus grandes ciudades nunca se hallará residencia alguna de importancia, ni gente veinte leguas después. Más que ningún otro, su costado occidental es el más deficiente, el que más precisa de gentes y cultivos, y apenas nada puede encontrarse en él que no sean amplios y espaciosos desiertos. Esta esterilidad no nace más que de la escasez de agua, que falta en casi todo el Reino, donde se ven obligados a conservar el agua de lluvia o a buscarla en las profundas entrañas de la tierra.

Chardin también decía que en esas «entrañas» muchos campesinos habían creado intrincados «canales subterráneos» para llevar a los campos los arroyos de las montañas, pero añadía con perspicacia que «en ningún lugar hay gente suficiente para cuidarla y extraerla en cantidad suficiente. De ahí que la ausencia de población no proceda de la aridez del terreno, sino la aridez del terreno de la ausencia de personas[53]».

Según Chardin, la pervivencia del Estado safávida, a pesar de esas desventajas naturales, se debía a las innovaciones del sah

Abbás (1588-1629), que introdujo dos prácticas políticas otomanas. En primer lugar, abandonó el sistema de la *tanistry*: para evitar el riesgo de que los hijos varones desafiaran y depusieran a sus padres (como él mismo había hecho), asesinó o dejó ciegos a sus propios hijos, creando un harén en el que sus nietos vivieran hasta que uno de ellos lo sucediera. Esta práctica brutal, repetida a cada nueva entronización, puso fin a las luchas sucesorias (aunque, al igual que en el Imperio otomano, también produjo gobernantes inexpertos). En segundo lugar, Abbás contrarresto el poder de los *qizilbash* reclutando soldados esclavos (*ghulam*), a los que armó con mosquetes y artillería. Para pagar a sus nuevas tropas, Abbás confiscó tierras a los jefes tribales, encomendando su administración a los *ghulam*. El monarca acometió también reformas económicas: mejoró los caminos y creó un cuerpo de control de carreteras que protegiera a sus usuarios; levantó puentes y caravasares; fomentó el cultivo de algodón, arroz y seda (convirtiendo a la fuerza las dos principales provincias productoras de seda en territorio regio). Lo más importante fue que llevara a mercaderes armenios a su nueva capital, Isfahán, para que supervisaran la producción y venta del hilo de seda, que no tardó en convertirse en la exportación más lucrativa de Irán y también en la principal fuente de ingresos del sah. Irónicamente, Abbás utilizó la plata obtenida con la venta de seda al Imperio otomano para sufragar una guerra que privó a éste del control de Iraq y de gran parte del Cáucaso. En el golfo Pérsico, también arrebató los puertos de Gamru (que rebautizó con el nombre de Bandar Abbás en su propio honor) y Ormuz a los portugueses, abriendo así más mercados para la seda iraní. En total, Abbás prácticamente duplicó la extensión de los territorios bajo control safávida e Isfahán se convirtió en una metrópoli de quizá 500 000 habitantes.

En cuanto Abbás murió en 1629, su nieto mayor, Safi, asesinó o dejó ciegos a todos sus parientes varones, esperando así evitar

una guerra civil. Sin embargo, se enfrentó a un grave levantamiento que, motivado por los elevados impuestos que gravaban la producción de seda en la región de Gilán, lideró un miembro descontento de los *qizilbash* que se decía el Mesías; el nuevo sah sólo se impuso después de ejecutar a éste y a 2000 de sus adeptos. Tres años después, frustrada una intentona de envenenamiento contra su persona, Safi masacró a todos los familiares de Abbás que quedaban, así como a todos los clérigos de su corte, salvo a uno, que fue «ministro de asuntos religiosos, educación y justicia» del sah[54]. Los 3000 eunucos y mil *ghulam* del palacio dirigían el resto del gobierno. No obstante, este nuevo régimen no logró mantener los logros de Abbás. En el norte, las incursiones cosacas aterrorizaban la zona del mar Caspio; en el este, los jefes tribales uzbekos no cejaban en sus ataques y, en el oeste, los otomanos volvieron a ocupar Iraq, obligando en 1639 a Safi a firmar la Paz de Zuhab, por la que toda Mesopotamia volvió a estar bajo el control otomano (*véase capítulo 7*).

Aunque los safávidas no volverían a gobernar en Iraq, su breve período de dominación tuvo consecuencias duraderas para el país. Los iraníes habían encumbrado a sus súbditos chiíes y oprimido a la mayoría suní, de manera que, cuando Safi dejó la región, no sólo abandonó las ciudades santas chiíes de Nayaf y Kerbala, sino a la población chií, que hasta 1916, año del derrumbe del Imperio otomano, y de nuevo bajo Sadam Husein a finales del siglo XX, sería víctima de la exclusión y la opresión políticas. De este modo, al igual que en Irlanda (*véase capítulo 12*), las raíces de una insurgencia que se ha prolongado hasta nuestros días se hunden en las luchas sectarias de mediados del siglo XVII.

El propio Irán disfrutó de los «réditos de la paz» después de la Paz de Zuhab, que reabrió la Ruta de la Seda, llevándola hasta el Mediterráneo. El sah y sus mercaderes armenios prosperaron y cuando Safi murió tres años después, su hijo de diez años, Abbás II (1642-1666), lo sucedió pacíficamente. En 1649, a ins-

tancias de los propios afganos, arrebató Kandahar a los mogoles y la conservó a pesar de tres desesperados cercos, celebrando sus éxitos con una serie de pinturas murales de carácter histórico que aún pueden admirarse en los jardines del palacio de Chehel Sotún («Cuarenta Columnas») de Isfahán, uno de los espléndidos recintos arquitectónicos erigidos por Abbás II para embellecer su capital. Stephen Dale ha sugerido que quizá Chehel Sotún represente la «propia percepción [que tenía el sah] de su reinado como una especie de edad de oro safávida», pero poco después de su finalización una serie de acontecimientos climáticos extremos ocasionaron múltiples sufrimientos[55].

Irán sufre con frecuencia sequías, vendavales, granizadas violentas y terremotos, pero durante la segunda mitad del siglo XVII estos desastres naturales fueron mucho más frecuentes de lo habitual. En 1663, durante seis meses, sobre el noroeste del país no cayó ni lluvia ni nieve, así que los «pozos se secaron y los cultivos se marchitaron», y entre 1665-1666 una mala cosecha produjo varias bancarrotas entre la comunidad de mercaderes. La coincidencia de las plagas y las hambrunas hizo que en 1666 el sucesor de Abbás abdicara y que al año siguiente volviera a coronarse a sí mismo con otro nombre, pero la plaga siguió su furioso curso y las langostas destruyeron las cosechas durante otros tres años. Además, las repetidas devaluaciones de la moneda crearon inestabilidad económica; los cosacos de Stenka Razin hacían incursiones en las tierras que rodeaban el mar Caspio (*véase capítulo 6*) y unas lluvias torrenciales («las peores que se recuerdan») destruyeron 2000 casas en la zona vinícola de Shiraz. A su regreso a Irán en 1676, Jean Chardin pensó que la riqueza del país se había reducido a la mitad desde su primera visita diez años antes[56].

Dos factores ayudaron al Estado safávida a sobrevivir tanto a la inestabilidad económica como a la ineptitud política. En primer lugar, sus gobernantes rechazaron las constantes invitacio-

nes de Rusia, Venecia y otros Estados, que buscaban su colaboración en los ataques que lanzaban contra los otomanos. Al igual que en el caso del Imperio mogol, podemos considerar que el Estado safávida fue «un proyecto territorial inacabado, pero también un Imperio muy consciente de sus límites[57]». En segundo lugar, hay algo no menos importante: aunque carezcamos de datos demográficos precisos similares a los de las parroquias europeas, sí sabemos que durante la Pequeña Edad de Hielo muchos visitantes de Irán comentaron asombrados su «despoblación». Jean Chardin proponía tres explicaciones:

> En primer lugar, la desventurada tendencia de los persas a cometer con ambos sexos ese abominable pecado contra natura. En segundo lugar, la desmesurada lujuria que cunde en el país. Allí las mujeres comienzan a tener hijos muy pronto, su edad fértil se prolonga poco y en cuanto superan unos años la barrera de los treinta, se las considera viejas y sin interés […]. También hay muchas mujeres que se provocan abortos y aplican remedios para no quedar embarazadas. La tercera razón es que, en este último siglo, muchos persas, e incluso familias enteras, se han trasladado y asentado [en la India].[58]

Ahora bien, aunque Chardin hablaba persa con fluidez y había vivido muchos años en Irán, no estaba capacitado para pontificar ni sobre la frecuencia de la sodomía (imposible de medir) ni sobre el número exacto de emigrantes (aunque los príncipes mogoles de la India acogieron de buen grado a miles de persas, miles de indios emigraron a Irán). Sin embargo, más conocimiento de causa tenía al señalar que el control de natalidad era algo habitual. Aunque el Corán nada decía sobre cuestiones reproductivas, varios *hadices* (dichos atribuidos al profeta Mahoma) instaban al control de natalidad y la ley islámica permitía el aborto en los tres primeros meses de gestación (aunque oficialmente, únicamente para preservar la vida de la madre y no para controlar el tamaño de la población). Llegado el siglo XVII, los lectores de tratados de medicina en árabe podían encontrar descripciones de casi doscientas técnicas anticonceptivas y abortivas, y las boticas guardaban muchos de los preparados que mencionaban. En algunos de esos tratados se defendía abiertamente que la anticoncep-

ción (y con ella los abortos prematuros) estaba «permitida en tiempos difíciles» o «para intentar evitar el exceso de personas dependientes» o «para evitar tener [personas] dependientes». En consecuencia, Irán evitó la «superpoblación» que tanto acuciaba a otros Estados[59].

No obstante, el Estado safávida siguió siendo frágil: algo que reflejaba la notable libertad de expresión que permitía a sus súbditos. En la década de 1640, un viajero francés se maravillaba de que el gobierno «les permitiera hablar y discutir sobre cuestiones religiosas» y que «admitiera abiertamente cuándo había perdido una batalla o una ciudad (mientras que los otomanos siempre atribuían esos hechos a alguna traición)». Una generación después, Jean Chardin señalaba con sorpresa que en los cafetines de las ciudades «la crítica política se manifestaba con total apertura, libre de la injerencia gubernamental, porque a la corte no le importaba lo que la gente dijera», pero, como era habitual en el siglo XVII, la tolerancia reflejaba debilidad, no fortaleza[60]. El Estado safávida se mantuvo principalmente porque carecía de enemigos externos y cuando esta situación cambió a comienzos del siglo XVIII, los sah se vieron incapaces de evitar que tanto los otomanos como los rusos hicieran avances territoriales, mientras que sus vecinos afganos empezaron rebelándose, después invadieron Irán y posteriormente asesinaron a los últimos varones de la dinastía, antes de derrotar a los mogoles y de conquistar el Indostán en 1739.

Como ambos Estados cayeron en la anarquía poco después de 1700, algunos podrían concluir que los safávidas y los mogoles, más que evitar la catástrofe, se dedicaron a posponerla, pero es éste un juicio injusto. Al igual que otras zonas del sur y el sureste de Asia, sus territorios sufrieron desastres naturales (sobre todo sequías) a mediados del siglo XVII, aunque escaparon a las catástrofes políticas. De manera que, durante otras dos generaciones y

para gran parte de sus súbditos, la vida no fue en realidad «peor o más calamitosa que antes».

14

Bandera roja sobre Italia[1]

Muchos contemporáneos esperaban que el levantamiento catalán de junio de 1640 condujera a la caída de la Monarquía española. En París, el embajador sueco Hugo Grocio se regodeaba afirmando que «con el tiempo, esta llama prenderá en Aragón, Valencia y Portugal», mientras que en Londres James Howell pronosticaba que «las chispas de este fuego llegarán aún más lejos, bien a Portugal, bien a Sicilia e Italia, países todos que, según he observado, el español sujeta como se sujetaría a un lobo, por las orejas[2]». Y, de hecho, Portugal se levantó en diciembre de 1640 y Aragón estuvo a punto de hacerlo al año siguiente *(véase capítulo 9);* mientras que los motines producidos por las levas y las subidas de impuestos paralizaron gran parte del Reino de Valencia después de que en 1645 una sequía produjera la peor cosecha del siglo, y dos años más tarde aparecía en un pasquín este amenazante texto:

> *Si busques bon govern*
> *Napols, Messina y Palerm*
> *bon exemple te an donat*[3].

Para entonces, las «chispas» de la rebelión no sólo habían llegado hasta Nápoles, Mesina y Palermo, sino a Milán, aunque en ninguno de esos casos llegaron a prender. En tanto que el levantamiento catalán se prolongó durante diecinueve años y Portugal accedió a la independencia después de veintiocho años de guerra, en Italia el gobierno consiguió evitar que el «fuego» prendiera en Lombardía, y en Nápoles y Sicilia lo extinguió en un año. ¿Por qué?

Sicilia se rebela

España comenzó a subir los impuestos a sus súbditos italianos en 1619, cuando Felipe III exigió a sus vasallos en esa zona tres

millones de ducados para sufragar el coste de las tropas que se habían enviado a ayudar al emperador Fernando III a derrotar a sus enemigos en Alemania (*véase capítulo 8*). A pesar de la disparidad de tamaños y de riqueza, el monto se dividió a partes iguales (Lombardía, Nápoles y Sicilia debían pagar cada una un millón), pero Sicilia era un objetivo fiscal especialmente tentador. En primer lugar, el fértil terreno de la isla arrojaba una producción de entre siete y diez granos de trigo, y entre nueve y once de cebada por cada grano de esos cereales que se plantaba, lo cual supone el rendimiento más elevado de cuantos conocemos en la Europa del siglo XVII. En segundo lugar, tres cuartos de la población siciliana vivía en grandes poblaciones, setenta de ellas situadas en las zonas montañosas del interior, precisamente para producir cereales para la exportación (*véase capítulo 3*). Gracias al clima benigno del siglo XVI y comienzos del XVII, gran parte de esas poblaciones prosperaron y el número de habitantes de la isla se duplicó, pasando de 600 000 en 1500 a 1 200 000 en 1623, incluyendo a los 130 000 de Palermo y a los quizá 120 000 de Mesina, las dos principales ciudades.

No obstante, había dos Sicilias. El oeste y el centro de la isla, incluyendo Palermo, capital administrativa, producían y exportaban mayormente cereales, mientras que el este, incluyendo Mesina, capital comercial, producía y exportaba sobre todo seda. A pesar de su prosperidad, ambas partes de la isla eran económicamente vulnerables. Mesina y la zona que la rodeaba prácticamente no producían cereales, de manera que su población dependía de la importación de pan y la exportación de productos textiles. Cuando en 1645 estalló la guerra entre Venecia y el Imperio otomano (*véase capítulo 7*), las exportaciones de seda desde Mesina se redujeron un 25 por ciento, dejando a miles de personas sin trabajo. Con igual severidad y brusquedad podía caer la crisis sobre el oeste de Sicilia, porque la sequía convirtió en yermos las tierras marginales que rodeaban las nuevas ciudades de la

meseta central. Durante la década de 1640, en algunas haciendas los índices de rendimiento cayeron hasta los tres granos por cada uno que se plantaba (la proporción más baja registrada en la Sicilia de toda la Edad Moderna), lo cual redujo drásticamente los cereales disponibles para alimentar Palermo[4]. Las dos Sicilias también presentaban diferencias políticas. En el oeste, el rey nombraba a la mayoría de los regidores locales, mientras que las ciudades orientales disfrutaban de un considerable nivel de autonomía. Luis Ribot ha apuntado que Mesina, en concreto, rigiéndose por un Senado compuesto por seis miembros elegidos anualmente, había accedido a un nivel de autogobierno mayor que el de cualquier ciudad siciliana, y «tal vez de todas las hispánicas», lo que «la convertía prácticamente en una especie de república bajo el protectorado español». El rey sólo nombraba directamente al *stratico*, encargado de la guarnición y de hacer valer las leyes regias[5].

El hecho de que en 1643 Felipe IV y sus secretarios decidieran que Italia contribuyera a las guerras del monarca en el exterior (*véase capítulo 9*) duplicó prácticamente, en el curso de cuatro años, la carga fiscal que soportaban sus súbditos sicilianos. El gobierno de la isla, encabezado por un virrey, respondió a esas exigencias con muchas de las estrategias fiscales adoptadas en otros lugares durante la crisis de mediados del siglo XVII: explotó regalías como la media anata y el papel sellado; amedrentó al Parlamento insular para que aprobara nuevos impuestos y después encargó su recaudación a los banqueros, a cambio de adelantos en metálico; e impuso alcabalas sobre prácticamente todos los productos de uso corriente. Cuando se vio que esas medidas no reportaban lo exigido por el soberano, los virreyes enajenaron también tierras y derechos de la Corona (aunque esto redujo los ingresos), vendieron cargos públicos (aunque esto socavó la lealtad e integridad del funcionariado) y emitieron bonos (aunque el pago de sus intereses conllevara un enorme aumento del gasto).

La presión fiscal obligó a las principales ciudades a adoptar medidas parecidas: vendieron tierras, impusieron nuevos gravámenes y pidieron préstamos monetarios con interés (en la década de 1640 la deuda pública de Palermo superaba los cuatro millones de ducados). Esto supuso que tanto el gobierno central como los locales carecieran de recursos cuando una serie de desastres naturales se abatió sobre la isla.

A partir de septiembre de 1645 prácticamente no dejó de llover en Sicilia durante un año, lo cual destruyó primero los cultivos de invierno, reduciendo después drásticamente el rendimiento de la cosecha de verano. Además, las inundaciones destruyeron casas y se llevaron por delante puentes, los vendavales arrasaron los olivares y la erupción del Etna «causó daños notables». No obstante, a la primavera siguiente el monarca exigió a su virrey que enviara a España 300 000 fanegas de cereales, rechazando todas las objeciones de ese ministro, para quien la escasez que sufría la propia isla hacía imposible responder a la petición. Felipe también ordenó perentoriamente que los regidores de la ciudad no subvencionaran los precios del grano (como antes habían hecho) para amortiguar el impacto que el incremento de los precios de los víveres tenía sobre los pobres. En agosto de 1646, con el precio del trigo en niveles nunca vistos, el Senado de Mesina ordenó a todas las tahonas aplicar la única alternativa a la subida de precio: reducir en un 10 por ciento el tamaño de los panes corrientes. Tres semanas después, como el precio del trigo seguía subiendo, volvieron a hacer lo mismo[6].

Una multitud de «mozos y mujeres» se lanzó entonces a las calles de Mesina blandiendo picas con esos panecillos clavados en ellas y gritando: «¡Larga vida al rey y abajo el mal gobierno!» Los alborotadores mataron a un regidor, incendiaron las casas de otros dos y apedrearon las residencias de varios nobles, pero el virrey, el mismo marqués de los Vélez, Pedro Fajardo de Zúñiga, que tan mala actuación había tenido en la campaña contra los ca-

talanes de 1640-1641 (*véase capítulo 9*), reaccionó con prontitud. Ordenó a los soldados de las galeras que casualmente estaban en la bahía de Mesina que desfilaran por las calles para restablecer el orden; envió a la ciudad cereales procedentes de la «reserva estratégica» pública, y después se trasladó personalmente a Mesina para dirigir la detención y ejecución de los principales alborotadores.

Aunque esas medidas pacificaron la ciudad, de nada sirvieron para abordar la crisis ocasionada por la pérdida de la cosecha en el resto de Sicilia. Al contrario, en el otoño de 1646, «habiendo arado y sembrado la tierra, los campesinos ansiaban la lluvia, pero sobrevino una gran sequía, no sólo entonces, sino durante casi todo el invierno posterior y entrada la primavera de 1647» que parecía «amenazar con una catástrofe universal». En Palermo, la sequía coincidió con una grave epidemia (o la ocasionó) que segó la vida de cientos de personas cada semana, mientras el precio del pan llegaba al nivel máximo de los últimos tres siglos. Cuando el monarca ordenó a los regidores de la ciudad que dejaran de subvencionar el precio del pan (algo que costaba trescientos ducados al día), recordando los sucesos de Mesina, se negaron a hacerlo, por temor a los disturbios que su obediencia pudiera desatar[7].

Mientras tanto, el clero local organizaba rogativas en demanda de lluvia y de perdón por los pecados que, según ellos, habían ocasionado el castigo que Dios lanzaba sobre esa tierra. «Día tras día y hora tras hora», los hombres, mujeres y niños de Palermo se echaban a la calle «mostrando de diversas maneras su deseo de penitencia, con coronas de espinas en la cabeza, cadenas de hierro en el cuello y los pies, flagelándose y sin dejar de gemir». Entonces tuvo lugar un milagro: llovió durante dos días y los cultivos comenzaron a crecer de nuevo. Justo cuando la inquietud popular remitía, «el siroco comenzó a soplar día y noche con tal fuerza que sofocó el aliento en las gargantas y acabó con las cosechas de cereales y frutales», pero el 19 de mayo de 1647 se pro-

dujo un segundo milagro: un barco cargado con varias toneladas de cereales atracó en el puerto de Palermo[8]. Por desgracia, el buque también traía nuevas misivas del rey, en las que afirmaba amenazante que, si los regidores de la ciudad no ponían fin a la subvención del pan, tendrían que sufragarla ellos mismos. En consecuencia, se dio orden a las tahonas de reducir el tamaño del pan corriente en un 15 por ciento, «para ajustar el gasto con el coste[9]».

La perspectiva de una hambruna masiva, la efusión de fanatismo religioso y las dos provisiones de alimentos aparentemente milagrosas sobrecargaron emocionalmente Palermo. Algunas mujeres acudieron a la catedral con panecillos que depositaron ante el altar, gritando: «¡Mira, Señor, lo que conseguimos después de tanta penitencia!» El 20 de mayo, «repentinamente a las primeras oraçiones, se empezó a conmover el pueblo, y acudiendo en gran número muchachos, mujeres y gente baxa [gritaron]: "Viva el Rey y muera el mal gobierno"». Sus gritos atrajeron a una multitud mucho mayor y algunos comenzaron a lanzar piedras a las ventanas y prendieron fuego a las puertas del palacio virreinal «con ánimo de probocar la infantería» que lo defendía. Aunque no lograron su objetivo, sí forzaron la apertura de la cárcel principal y liberaron a más de mil reclusos[10].

Los presos cambiaron la situación. Al día siguiente, uno de ellos, Antonino la Pelosa, incitó a la multitud a irrumpir en el edificio de la Hacienda real y quemar los documentos fiscales de su interior. En un intento desesperado de restablecer el orden, el virrey marqués de los Vélez emitió un bando aboliendo la gabela, que gravaba cinco productos básicos, y fijando los precios a los que debería venderse. Recuperó además la subvención del pan para que los hornos pudieran producir panes mayores por el mismo precio. Lo más sorprendente fue que también destituyera a los regidores de la ciudad que habían decretado la reducción, que concediera «al pueblo» el derecho a elegir a dos de ellos y

que indultara oficialmente no sólo a todos los alborotadores sino a los reclusos liberados. La violencia amainó hasta que los regidores, quizá aún temiendo que el rey los hiciera responsables de cualquier subvención a los precios de los alimentos, insistieron en que todos los artículos, *a excepción del pan*, fueran vendidos a precio de costo. La Pelosa y sus partidarios condenaron esa iniciativa, viendo en ella una quiebra de la confianza, y quemaron las casas de los regidores y los mercaderes relacionados con la recaudación de impuestos.

Al dispararse la violencia cundió el pánico. El arzobispo ordenó a todos los eclesiásticos de la ciudad que siempre tuvieran cargadas sus armas, mientras que el marqués de los Vélez autorizaba a los miembros de los gremios a llevar armas. Junto a los nobles y sus cuadrillas de mesnaderos, los agremiados restablecieron el orden en las calles y capturaron a La Pelosa, que bajo tortura confesó su intención de distribuir entre sus seguidores el dinero tomado de la Hacienda real, con la esperanza de ser aclamado rey, y que había traído a la ciudad a «unos griegos» (campesinos de origen heleno) que planeaban asesinar a todos los nobles (y a cualquiera que consideraran su enemigo) durante la festividad del Corpus Christi, sexto aniversario del levantamiento catalán. Al día siguiente, el virrey hizo ejecutar a La Pelosa y a otros alborotadores, y después escribió una carta al rey ufanándose de haber recorrido recientemente las calles en su carroza sin encontrar problema alguno[11].

La jactancia del marqués de los Vélez había sido prematura. Ciudadanos hambrientos de otras ciudades sicilianas llegaron fácilmente a la conclusión de que a Palermo le había costado poco arrancar concesiones, y turbas dirigidas por «mujeres y jovenzuelos con palos y piedras en las manos» se echaron a la calle gritando: «¡Viva el rey de España, sin gabelas!» Casi por doquier, los regidores cedían y, cuando no lo hacían, las turbas abrían las prisiones y prendían fuego a las casas de los ricos hasta que recibían

las concesiones exigidas. En el puerto de Catania, situado a unos cien kilómetros al sur de Mesina, alborotadores dirigidos por un noble local liberaron a todos los reclusos, quemaron todos los expedientes judiciales y obligaron a las autoridades de la ciudad a abolir las alcabalas, aprobar un indulto y permitir que los gremios eligieran a dos regidores vitalicios. En Caltabellotta, una pequeña localidad mesetaria, una asamblea popular no sólo exigió la eliminación de las alcabalas, sino la elaboración de un nuevo censo que sirviera para asignar los futuros impuestos, ya que en el existente aparecían «8000 almas, la mayoría de ellas muy prósperas; cuando en este momento apenas hay 3500, empobrecidas y desventuradas[12]».

También Palermo se enfrentaba a una posible crisis financiera, porque sin las alcabalas carecía de dinero para pagar a sus acreedores. El 1 de julio el virrey se reunió con los regidores recién elegidos y los jefes de los gremios, y todos acordaron aplicar impuestos dirigidos a los ricos: a partir de ese momento se abonaría una tasa por cada ventana, puerta y balcón que tuviera una casa, por cada libra de tabaco y por cada carroza de caballos. También se decretó que ni la nobleza ni el clero quedaran exentos. Éste fue el primer régimen fiscal «progresivo» de la Edad Moderna y, de no haberse tenido noticia de la revolución en Nápoles, podría haber dado pie a un acuerdo duradero[13].

«Nada me parece más difícil que moverme por Nápoles».

Los vecinos reinos de Sicilia y Nápoles estaban unidos por numerosos vínculos culturales y comerciales, obedecían a un mismo señor y nunca dejaban de vigilarse con atención el uno al otro. Las noticias de la revuelta en Palermo y sus sorprendentes resultados se difundieron con rapidez en Nápoles, donde no tardaron en aparecer carteles criticando a la Corona española. Había mucho que criticar. El Reino de Nápoles era dos veces más

extenso que Inglaterra, su población era inferior (unos tres millones de habitantes), pero su capital (quizá con 350 000) era la mayor ciudad de la Monarquía española y una de las más grandes de Europa. En 1634, Giulio Cesare Capaccio publicó una guía de Nápoles, quejándose de que las calles «están a rebosar de personas a pie, a caballo y en carrozas, y por doquier se escucha un zumbido como de panal de abejas. Nada me parece más difícil que moverme por Nápoles e ir adonde quiero, cualquiera que sea la hora del día». Capaccio mencionaba también las prodigiosas cantidades de alimentos que consumía la ingente población de la ciudad, que en su mayoría se compraban y vendían a diario en la Piazza del Mercato, su principal centro comercial[14].

Muchos observadores señalaron el enorme contraste existente entre la ostentación de la élite patricia de la ciudad (para un visitante francés «no había especie en el mundo más presuntuosa y ostentosa» que la nobleza napolitana) y la miseria del resto de la población, que en muchos casos vivía como podía en los pisos «altos» de las casas del centro, en casuchas de la periferia o en las calles. Los napolitanos los llamaban *lazzari* («lázaros»), porque milagrosa parecía su capacidad para levantarse del lecho y caminar, pero Capaccio los consideraba «la hez del Estado, prontos a la rebelión, a las revoluciones *[rivoluzioni*], a infringir las leyes y las costumbres, y a desobedecer a sus superiores». En su opinión, eran «capaces de sumirlo todo en el desorden con un minúsculo movimiento[15]».

Para minimizar el riesgo de que hubiera «revoluciones», los virreyes explotaron la rivalidad entre distintos grupos sociales. Los nobles napolitanos estaban divididos en seis grupos familiares (conocidos como *seggi*, «asientos»), cada uno de ellos con un representante en el Consejo municipal, al que también pertenecía un candidato que, elegido por el virrey de una lista presentada por los propietarios no nobiliarios (y que recibía el engañoso nombre de *eletto del popolo*, «elegido por el pueblo»), ocupaba el

cargo durante seis meses, período que el virrey podía interrumpir o prorrogar a voluntad. A pesar del nombre del cargo, su ocupante se hacía eco de las ideas del gobierno. En 1620 tuvo lugar una grave crisis política cuando el letrado Giulio Genoino, *eletto del popolo* en ese momento, propuso un programa de reforma constitucional que incluía una representación paritaria de los nobles y el *popolo* en el Consejo municipal. En uno de sus manifiestos aducía que esa nueva división tenía un fundamento numérico: «300 000 frente a mil», pero aunque el virrey avaló el plan, Madrid lo vetó, encarcelando al virrey y a Genoino[16].

Genoino y otros integrantes de la élite intelectual de la ciudad habían consultado fuentes jurídicas e históricas que los convencieron de que la Corona española había manipulado la «antigua Constitución». Descubrieron, por ejemplo, que «inicialmente Nápoles había sido una República libre, dividida entre el Senado y el pueblo», que hasta la época de los normandos no había pagado impuestos y que había «elegido a un *dogo* para complacer al emperador [bizantino] o a algún otro príncipe amigo que ofreciera protección». El historiador Camillo Tutini publicó un erudito pero polémico libro en el que señalaba que, desde la época de los romanos, el *popolo* y los nobles habían compartido a partes iguales el poder en Nápoles, insinuando por tanto que debían volver a compartirlo[17]. Por el contrario, los reformistas napolitanos nada dijeron sobre otra innovación: la capital estaba exenta del pago de los impuestos que pesaban sobre los demás territorios del virreinato. Representantes del resto de las poblaciones se reunían cada dos o tres años en un Parlamento dominado por la nobleza y votaban impuestos que, en su mayoría, recaían sobre sus vasallos. Era difícil que fuera de otra manera, ya que en 1640, además de Nápoles, sólo había diez ciudades que estuvieran bajo el control directo del monarca: la Corona había vendido las demás a la nobleza, junto con gran parte de los dominios regios. Al igual que en otros países, también había vendido títulos aristo-

cráticos (de los 161 nobles de 1613, se pasó a 271 en 1631 y a 341 en 1640) y, para recaudar dinero, también cargos públicos, regalías y, sobre todo, jurisdicciones sobre sus vasallos (entre ellas, el derecho al recurso de apelación) a nobles de toda laya (viejos y nuevos). Una vez obtenidos esos enormes derechos legales, los nobles utilizaban ejércitos de mesnaderos para obligar a sus arrendatarios a venderles sus productos muy por debajo del precio de mercado, para imponerles numerosos (y a veces nuevos) servicios feudales y para sofocar por la fuerza cualquier oposición. Un libro publicado por un juez retirado en 1634 mencionaba cientos de casos recientes de abusos de índole feudal, ninguno de ellos castigado. Esos abusos produjeron indignación y protestas en todo el Reino[18].

La creciente carga fiscal impuesta por Madrid exacerbó esas peligrosas tensiones. Entre 1637 y 1644, un millón de ducados abandonó anualmente el Reino para sufragar las guerras de Felipe IV (un virrey se quejó de que Nápoles aportaba más que América a las defensas imperiales), pero en 1641, cuando había que sofocar las revueltas de Cataluña y de Portugal, además de mantener la guerra con Francia en múltiples frentes, las exigencias de la Corona llegaron a la insólita cifra de nueve millones de ducados y 14 500 soldados. Demandas de tal magnitud obligaron a los virreyes a triplicar los ingresos fiscales utilizando una combinación de viejos y nuevos tributos parecida a la que aplicaban otras autoridades regionales de la Monarquía española. También recurrieron a los préstamos de banqueros locales, lo cual incrementó drásticamente el endeudamiento público hasta que en 1647 el monto total se situó entre 120 y 150 millones de ducados: no muy lejos del producto interior bruto del Reino. Los virreyes «exprimieron» igualmente a los ocho bancos públicos de Nápoles para que les entregaran sus depósitos en metálico, que después procedieron a exportar, emitiendo para sustituirlos divisas en papel (probablemente el primer auténtico ejemplo de pa-

pel moneda de Europa). Llegado el año 1647, los ocho bancos públicos napolitanos estaban realmente en bancarrota, mientras que los financieros privados exigían tasas de interés cada vez más elevadas a los préstamos que concedían para enviar dinero a España y Lombardía: 8 por ciento en la década de 1630, pero 40 por ciento en 1641, 55 por ciento en 1642 y 70 por ciento en 1643.

Esta evolución de la situación fiscal afectó a toda la población del Reino. Por una parte, decenas de miles de napolitanos, atraídos por los elevados intereses que avalaban los futuros impuestos, suscribieron empréstitos, bien directamente o a través de banqueros. Pero cuando esos impuestos no llegaron, se enfrentaron a la ruina. Por otra, al igual que en Castilla, la despoblación redujo los ingresos fiscales. En 1595, un censo del Reino (que no incluía la capital) puso de manifiesto que había unos 550 000 hogares; medio siglo después, otro censo registraba la existencia de apenas 500.000. Para evitar el inexorable aumento de la presión fiscal, los asesores económicos del virrey echaron la culpa del declive a la emigración: «Desde Calabria se trasladan a Mesina; desde los Abruzos a los Estados Pontificios y, lo más triste de todo, desde la zona de Otranto al Imperio otomano». La emigración también creó tal escasez de reclutas para el ejército que en ocasiones el gobierno esposaba a los conscriptos que iban camino del puerto a embarcarse «para evitar que escapen[19]».

En vista del aumento sin tregua que Madrid imponía a la presión fiscal, los virreyes de Nápoles buscaron nuevas fuentes de ingresos. En 1642, el Parlamento del Reino acordó recaudar la cifra inaudita de 11 millones de ducados, que habría de aportar en gran medida un impuesto sobre los fogones que abonarían todos los hogares, a excepción de los de la capital (la única condición que puso el Parlamento era no tener que votar nuevos gravámenes durante una década). El acuerdo significaba que sólo los regidores de la ciudad de Nápoles podrían aprobar nuevos tribu-

tos y, como era de esperar, gravaron ciertas importaciones «suntuarias» como el tabaco y la fruta, hasta que, según un cronista de la ciudad «no había producto comestible cuyos impuestos no equivalieran a su coste real». Su cálculo se quedaba corto: en 1647, los impuestos que pesaban sobre ciertos artículos triplicaban su precio de venta[20].

Aunque la *gabella della frutta* iba dirigida a los ricos, ya que gran parte de la que se vendía iba a parar a hogares acomodados, anteriormente su imposición había causado disturbios y ahora simbolizaba los impuestos injustos y opresivos. No obstante, cuando los *seggi* se ofrecieron a adelantar un millón de ducados a cuenta de los ingresos que generaría una nueva alcabala sobre la fruta, el virrey aceptó. No tardaron en aparecer «carteles por todo Nápoles, incitando a la gente a "hacer una revolución" como la de Palermo» y personas no identificadas prendieron fuego a la oficina del fisco, situada en la Piazza del Mercato, rodeada por las casuchas y edificios «altos» que albergaban a los pobres[21]. En junio de 1647, al pasar por esa plaza de camino a una misa en la iglesia de Santa Maria del Carmine, cuya imagen de la Virgen se decía milagrosa, el virrey escuchó numerosas protestas contra el impuesto de la fruta. Don Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, era virrey de Nápoles desde 1646 y antes lo había sido durante tres años de Valencia: bien tendría que haber sabido que no debía prometer la suspensión de un tributo cuyos rendimientos ya se habían asegurado a los acreedores, porque eso lo obligaba a encontrar otra fuente de ingresos. Arcos propuso un impuesto sobre los propietarios de carrozas, pero ante las estentóreas protestas de los *seggi* (dueños de la mayoría de ellas), volvió a recuperar la alcabala de la fruta.

En este momento, una flota francesa apareció frente a Nápoles y el virrey envió inmediatamente a la escuadra de galeras de la ciudad, tripulada por soldados de la guarnición, a expulsarla de la zona. Casualmente, se recibió entonces una orden urgente del

rey, instando a defender Génova de un ataque francés, así que Arcos envió otro destacamento de la guarnición a bordo de las demás galeras, dejando Nápoles prácticamente inerme. Las decisiones del virrey, en una época en la que «bien sabía él de la mala disposición de los napolitanos a causa del nuevo impuesto sobre la fruta, y también que por esa misma razón —los impuestos excesivos— el pueblo de Palermo y de casi cualquier otro lugar de Sicilia se había rebelado» dejaron perplejos a algunos napolitanos leales a la Corona, a los que les pareció que Arcos se había suicidado políticamente. Y así se demostró después[22].

Bandera roja sobre Nápoles

Como los estallidos de violencia popular solían ocurrir los domingos y en días de fiesta, cuando todo el mundo estaba en la calle o en las tabernas, prudentemente el arzobispo napolitano Ascanio Filomarino canceló las habituales celebraciones del 24 de junio, día de San Juan. También tenía intención de cancelar las que se celebraban el 16 de julio en honor de la Virgen María, porque incluían una batalla ritual en la Piazza del Mercato entre dos cuadrillas de jóvenes de la zona que, ataviados como «moros» y «cristianos», se enfrentaban a palos. Una defendía un castillo de pega, erigido con madera y lienzo pintado en medio de la plaza, y la otra lo asaltaba. Ambas «ensayaban» en la plaza los domingos por la mañana.

La mañana del domingo 7 de julio se desató una trifulca entre los tenderos de la Piazza del Mercato y los campesinos locales, que no se ponían de acuerdo en quién debía pagar el impuesto de la fruta. Al final, uno de los fruteros «se alteró hasta tal punto que, arrojando dos grandes cestas [de higos] al suelo, gritó: "¡Dios da mucho y el mal gobierno causa escasez! ¡La fruta no me importa nada. Coged la que queráis!"». Cuando llegó el *eletto del popolo* para intentar restablecer el orden (y conseguir que se pagara el impuesto), «las mujeres y mozas» del mercado «comen-

zaron a gritar: "¡Larga vida al rey y muerte al mal gobierno!". De repente, un hombre con un sobretodo blanco y un birrete rojo saltó sobre un puesto de fruta y gritó: «¡No al impuesto! ¡No al impuesto!», y comenzó a arrojar primero fruta y después piedras al *eletto*[23].

El demagogo era un pescador de veintisiete años llamado Tommaso Aniello, vulgarmente conocido como Masaniello, nacido y criado en una de las callejuelas adyacentes a la Piazza del Mercato y jefe de la cuadrilla «mora» durante las fiestas. Ya había preparado a sus *ragazzi* («muchachos») que, vestidos de rojo y negro, mostraron un alto grado de cohesión y, «en un abrir y cerrar de ojos, miles y miles de gentes del común» llegaron a la plaza y, dirigidas por Masaniello, se apropiaron de algunas armas almacenadas en la torre de la iglesia del Carmine y «colgaron del campanario [...] la bandera roja en señal de guerra». A continuación, «mezcláronse algunos palermitanos que, motejándolos de cobardes, pues ellos se contentavan con una cosa sola, les incitavan a pedirlo todo de la manera que avía pasado en Palermo». Masaniello dirigió a la turba hacia las calles que conducían al palacio virreinal[24]. Entretanto, otros alborotadores abrieron por la fuerza las puertas de las prisiones y liberaron a los reclusos.

El arzobispo Filomarino, que detestaba a «este Masaniello», se mostró asombrado de que un simple pescador pudiera «recabar autoridad, mando, respeto y obediencia suficientes para que toda la ciudad haya temblado ante sus órdenes, que sus seguidores ejecutan sin demora y rigurosamente. En suma, se ha convertido en rey de esta ciudad, el rey más glorioso y triunfante que el mundo haya visto». Sus partidarios también proclamaban que era «un hombre enviado por Dios», comparándolo con Moisés[25]. El genio de Masaniello radica en su capacidad para inspirar no sólo a sus *ragazzi* y a los *lazzari*, que poco tenían que perder, sino a los artesanos y tenderos que normalmente se ponían de parte de las fuerzas de orden público. Al mediodía del 7 de julio

de 1647 ya había 30 000 sublevados que, al llegar al palacio del virrey, exigieron la abolición inmediata de todas las alcabalas. Temiendo las consecuencias fiscales de una concesión tan drástica (que se calculaba ocasionaría una pérdida de ingresos de cinco millones de ducados), Arcos contestó que sólo acabaría con algunas. Esto enfureció a la turba, que avanzó amenazadora, haciendo retroceder a la guardia del virrey (que tenía orden de no disparar). Arcos tuvo suerte de no correr la misma suerte que, siete años antes, había corrido el virrey Santa Coloma en Barcelona.

Masaniello había elegido bien el momento. Una vez lejos la escuadra de galeras, tripulada por gran parte de la guarnición, Arcos sólo disponía de 1200 soldados para mantener el orden en una de las ciudades más grandes de Europa. Cuando el virrey comenzó a levantar defensas en torno a Castel Nuovo, la multitud acordonó la zona a la espera de recibir refuerzos de campesinos armados con «rejas de arado, horquillas y palas» y «se podía ver a gran número de mujeres, armadas con palas de chimenea y tenacillas de hierro, asadores y picas, y a sus hijos con palos y bastones[26]». Al día siguiente, dos importantes personalidades se pusieron de parte de Masaniello: Giulio Genoino y su sobrino Francesco Arpaja, ambos participantes en la intentona de modificación de la Constitución de la ciudad de 1620. Cada noche, ese triunvirato decidía qué casas habían de ser saqueadas e incendiadas, elaborando una lista con las residencias de los enemigos personales de Genoino, además de personas relacionadas con el opresivo régimen fiscal[27]. El arzobispo Filomarino, actuando como mediador, convenció a Arcos de que anulara todas las alcabalas y proclamara un indulto general, para por lo menos alcanzar una paz temporal, pero una vez más el virrey dio un paso en falso: en su indulto cometió la insensatez de calificar a los alborotadores de «rebeldes». Esa falta de respeto provocó una nueva oleada de actos de violencia y las casas de otros ministros y recaudadores de impuestos fueron pasto de las llamas[28].

El 9 julio de 1647 Genoino y sus colegas redactaron los *capitoli*, una lista de veintidós artículos en la que insistían no sólo en la necesidad de un indulto general, sino en todo un abanico de cesiones que, en su opinión, se habían hecho a la ciudad en estatutos anteriores. Entre ellas figuraba la eliminación de todas las alcabalas sobre alimentos, la equiparación de la carga fiscal que pesaba sobre la capital y las provincias, y la elección del *eletto del popolo* por parte de la asamblea popular (Arcos señaló arrepentido que los *capitoli* incorporaban las reformas propuestas treinta años antes por Genoino). Mientras la lista se leía en voz alta en la abarrotada iglesia del Carmine, uno de los asistentes planteó a gritos una objeción: la Corona española había incumplido las promesas que había hecho a sus adversarios en los Países Bajos, Cataluña y Portugal, entonces, ¿qué podía hacerse para garantizar su cumplimiento en esta ocasión? Arcos aceptó que, hasta que el rey refrendara los *capitoli*, los sublevados pudieran seguir llevando armas (una peligrosa cesión, dado que la bien entrenada milicia de Masaniello ya se componía de 10 000 hombres[29]).

Entretanto, algunos clérigos locales aseguraban a los sublevados que «como estaban oprimidos por los impuestos excesivos y eran atacados y provocados por los españoles», su lucha era justa; mientras que otros constituyeron una compañía de milicianos regular y otros comparaban en sus sermones a Arcos con Nabucodonosor, Goliat y el faraón, y a los líderes sublevados con Daniel, David y Moisés. Según una fuente, todo esto «alentaba al pueblo a acudir libremente a luchar, creyendo que serían mártires y que irían al paraíso[30]». Masaniello se sirvió hábilmente de las dos milicias para evitar que las galeras reales volvieran a entrar en el puerto una vez retornadas de su misión contra los franceses. También sometió a embargo las exportaciones de cereales desde la ciudad, anulando todas las alcabalas en su interior, lo cual «llevó el precio de casi todos los víveres a niveles nunca vis-

tos desde el reinado de Carlos V»[31]. Filomarino convenció a Arcos de que cediera y aceptara todas las exigencias de los rebeldes.

La insurrección napolitana podría haber terminado entonces si un grupo de jinetes armados hasta los dientes no hubiera entrado en la Piazza del Mercato para intentar asesinar a Masaniello. Pero erraron el tiro y, cuando la multitud los redujo y torturó, los cabecillas revelaron que su intentona tenía el aval del virrey, que habían colocado barriles de pólvora por toda la plaza (con la intención de explotarlos para matar a la mayor cantidad de alborotadores posible) y que habían envenenado las conducciones de agua de la ciudad (para acabar con el resto). La conjura radicalizó a los rebeldes, que en algunos casos pidieron entonces la proclamación de una república independiente. Desesperado, Arcos nombró a Genoino jefe de la Hacienda pública, mientras que su sobrino Arpaja accedía al cargo de *eletto del popolo*, y prometió además que el resto del Reino abonaría un nuevo impuesto sobre los fogones que sustituiría a las alcabalas de la ciudad, que se realizaría un nuevo censo para establecer una base fiscal más equitativa y que la gente podría seguir llevando armas hasta que el rey refrendara las cesiones. A cambio, el virrey sólo exigió una cosa: la eliminación de Masaniello.

Llegado ese momento, muchos sublevados estaban dispuestos a sacrificar a su líder. Genoino y los letrados lo despreciaban, quienes habían visto arder sus propiedades querían venganza y muchos se habían distanciado de él por su comportamiento personal cada vez más impredecible. El 16 de julio cuatro conspiradores (que después recibirían una cuantiosa recompensa de Arcos) asesinaron a Masaniello y a continuación la turba mutiló su cadáver. Muchos creían que, sólo diez días después de su inicio, este suceso pondría fin a «la gran revolución del pueblo», pero, una vez más, varios acontecimientos imprevistos y no relacionados con este asunto dieron un giro a la situación[32].

Uno de los guardias del virrey celebró el asesinato de Masaniello galopando por las calles y gritando que los nobles no tardarían en hacer morder el polvo de nuevo al pueblo, mientras corrían rumores de que el virrey reduciría el tamaño de los panes. Varios hornos se anticiparon a la orden, ante lo cual airados consumidores agarraron sus picas y, atravesando los panecillos, marcharon en señal de protesta hacia el palacio virreinal. También recuperaron el cadáver mutilado de Masaniello y una procesión de 40 000 hombres y mujeres siguió por las calles su ataúd «diciendo algunos *sancte Masaniello, ora pro nobis*». El propio arzobispo Filomarino dirigió las exequias[33]. Por otra parte, también se tuvo noticia de que otros lugares del Reino habían seguido el ejemplo de la capital, empezando por Salerno, donde el 10 de julio una multitud de campesinos y de ciudadanos exigió la abolición de todas las alcabalas y, al igual que había ocurrido en Nápoles cuando los recaudadores de impuestos se habían negado a hacerlo, la turba incendió sus casas y eligió al *capopopolo* (un pescador). A finales de ese mes, en más de cien localidades, y según un observador francés, «el pueblo se vengó con crueldad del mal trato recibido de sus señores», que a centenares huyeron al extranjero. Al término del año, según el enviado toscano, «no quedaba aldea que no hubiera pasado por una revolución, con incendios, asesinatos y robos[34]». Parece que sólo las tierras de la Iglesia se libraron de la violencia popular (*figura 29*). Mientras afianzaban su control sobre la capital, Genoino y sus compañeros tendieron la mano a los letrados locales y a otros «intelectuales» que, como en Nápoles, habían llevado la voz cantante en los motines de otras zonas del Reino. En esto llegaron noticias de un nuevo levantamiento en Palermo.

29. Sublevación en el Reino de Nápoles, 1647-1648. Aunque las revueltas comenzaron en algunas regiones rurales antes de extenderse a la capital, el 7 de julio de 1647, Salerno fue la primera ciudad que siguió su ejemplo (tres días después). A finales de año, más de cien localidades se habían rebelado. Casi todas ellas mantuvieron su postura hasta la caída de la capital el 6 de abril de 1648.

Bandera roja sobre Sicilia

Las nuevas de la revuelta de Masaniello sólo tardaron cuatro días en llegar a Palermo, donde inmediatamente perturbaron el delicado equilibrio de fuerzas creado por el virrey Vélez después de los disturbios de mayo. Como en otros lugares del hemisferio norte, un tiempo atroz presagió una cosecha escasa, disparando los precios de los víveres y las tensiones. Giuseppe d'Alesi, un artesano que había sido testigo de la «revolución en Nápoles», regresó a Palermo con una copia de los veintidós *capitoli* concedidos por Arcos y de inmediato comenzó a conspirar con algunos compañeros para arrancar cesiones parecidas. Una vez claros sus planes, los conspiradores decidieron seguir el ejemplo de Masaniello y esperar hasta la siguiente fiesta religiosa —el 15 de agosto de 1647, día de la Asunción—, cuando cabalgaron por las calles al grito de «¡muerte al mal gobierno, fuera los españoles!». Superados numéricamente, el virrey y su guardia española huyeron[35].

Los seguidores de D'Alesi lo eligieron por aclamación jefe de la ciudad (*capopopolo*) y quemaron más de cuarenta edificios pertenecientes a la nobleza y a los comerciantes, antes de reunirse con el virrey para negociar un acuerdo aceptable para todos. Entre los consiguientes 49 *capitoli* había concesiones para el vulgo (abolición de las alcabalas en todo el Reino), los gremios (que a partir de ese momento nombrarían a tres de los seis regidores de la ciudad de Palermo, así como a muchos cargos subalternos) y los letrados (a los que se prometió una reforma del orden jurídico y el retorno de las leyes a los «tiempos del rey Pedro de Aragón»). Lo más importante fue que el marqués de los Vélez juró que a partir de ese momento los puestos y pensiones de carácter civil y eclesiástico estarían reservados para los nacidos en Sicilia[36].

No obstante, el virrey fomentó la oposición a D'Alesi y el 22 de agosto una alianza de agremiados desafectos y nobles deseosos de venganza asesinó al *capopopolo* y a doce de sus más estrechos colaboradores. A continuación, al igual que Arcos en Nápoles, el marqués de los Vélez dio un paso en falso: cuando detuvo a algunos jefes de los gremios, miles de ciudadanos armados blandiendo banderas rojas se echaron a la calle hasta que el virrey publicó los 49 *capitoli*. Los gremios volvieron a recuperar el control, tanto de las fortificaciones como del concejo de la ciudad, pero su poder dependía de que pudieran seguir proporcionando víveres baratos. Como la escasa cosecha produjo un mayor incremento del precio del pan, esto sólo podía conseguirse subvencionando a los panaderos, con un coste que superaba los 1200 ducados diarios. A finales de octubre la ciudad tenía ya un déficit de casi 150 000 ducados.

Los nuevos hombres fuertes de Palermo esperaban hacer causa común con los rebeldes de otras partes de la isla, pero el acendrado particularismo de las localidades sicilianas y la negativa de Mesina a unirse a la causa hicieron de esa idea una quimera. Entonces, el marqués de los Vélez emitió un bando ordenando el regreso en el plazo de tres semanas de todos los que hubieran abandonado la capital si no querían ver confiscadas todas sus propiedades, y el retorno de los fugitivos, la mayoría monárquicos, acabó otorgándole superioridad numérica sobre los rebeldes. Luego ordenó la entrega de todas las armas robadas en los arsenales de la ciudad y prohibió que a partir de ese momento se fuera armado sin permiso. «Inmediatamente, y fue algo extraño de verse, muchachos y clérigos comenzaron a entregarlas». La victoria del virrey parecía completa. Entonces se recibieron las asombrosas noticias de que una poderosa flota dirigida por don Juan de Austria, hijo ilegítimo de Felipe IV, había fracasado en su intento de tomar Nápoles por la fuerza[37].

El Imperio contraataca

En Madrid se tuvo noticia de los desórdenes de Palermo el 16 de junio de 1647. Como el Consejo Real no tardó en recordar al monarca, el conflicto con Francia había convertido todo el Mediterráneo en una zona de guerra, haciendo imposible «subministrar los [remedios] desde acá en sazón por la distanzia de la parte donde se neçessita dellos, pues antes que puedan llegar allá los despachos en que se ordenen, habría cesado o crezido el daño». En consecuencia, era inevitable hacer cesiones. Al principio, las nuevas sobre la revuelta de Nápoles no lograron alterar la prudencia del Consejo: «Órdenes y expedientes con dificultad se pueden dar desde aquí, pues el estado de aquellos negocios se muda de un momento a otro, y lo que oy parece a propósito puede ser que mañana no lo sea»; no obstante, en ese momento Felipe IV adoptó varias medidas para liberar recursos[38]. En enero de 1647 se había declarado dispuesto a ceder en cualquier punto que pudiera conducir a la conclusión de un acuerdo en los Países Bajos y firmó un alto el fuego con la República holandesa (*véase capítulo 8*). En septiembre, cuando el virrey de Valencia recomendó la aplicación de nuevas sisas en el Reino, el arzobispo de Valencia le advirtió de que «las imposiciones son ya tantas que sería inconveniente grande tratar de aumentarlas por lo que en estos tiempos son odiosas y peligrosas». En ello coincidía el Consejo de Aragón: «Dize la experiencia lo que suele sentir el pueblo [con] la introducción de nuevas gabellas». Así, Felipe hizo las concesiones exigidas por la élite del Reino, informando a sor María de Ágreda de que «en estos tiempos de borrasca es menester valernos de disimulación y tolerancia más que de la fuerza» en lo tocante a los rebeldes, pero estaba engañando a su confidente, porque acababa de ordenar que su armada pusiera rumbo a Nápoles[39].

La mala planificación y la mala suerte habían obstaculizado con frecuencia los planes de Felipe IV, pero parecía que esta ocasión iba a ser diferente. Don Juan ya se había hecho a la mar en

Cádiz, al mando de la principal escuadra de combate, para bloquear Barcelona, cuando se tuvo noticia del sitio que los franceses habían puesto a Génova. Por lo tanto, el rey ordenó a su hijo (y con él a las galeras napolitanas) que salvara la ciudad, pero éste acababa de llegar a Menorca cuando supo de la revuelta de Nápoles. Así que Felipe le instó a poner rumbo hacia esta ciudad, esperando acabar pronto con los disturbios.

La enorme urbe napolitana se había convertido en presa fácil. Después del asesinato de Masaniello, varios «grupos de interés» habían perturbado el orden público: en un solo día, trescientos estudiantes, quinientos trabajadores de la seda e incluso los músicos y capellanes del palacio virreinal se echaron a la calle para protestar por la situación en que se encontraban. Esas cambiantes turbas echaban la culpa del caos a Genoino, que corrió hacia Arcos en busca de protección, pero el virrey no tardó en detenerlo y enviarlo a Cerdeña, ordenando en secreto que en cuanto llegara allí fuera asesinado[40]. En la última semana de agosto Francesco Arpaja, todavía *eletto del popolo*, convenció al virrey de que aceptara un nuevo programa constitucional conocido con el nombre de «58 *capitoli*». El documento confirmaba que en la ciudad el poder se lo dividirían los nobles y el pueblo; exiliaba y privaba de derechos a aquellos cuyas casas hubieran sido incendiadas durante los desórdenes y reservaba todos los cargos del Reino para los sicilianos, ordenando además la marcha de todo el clero «extranjero». Arpaja, aún más radical, convenció al virrey de la necesidad de deponer a los jueces regios y sustituirlos por otros doce nuevos magistrados, todos ellos letrados sicilianos con capacidad demostrada para desafiar a las autoridades españolas. No sin razón, los cronistas locales calificaron ese momento de «nueva revolución[41]».

Así estaban las cosas cuando el 1 de octubre de 1647 don Juan de Austria llegó a la costa napolitana con una escuadra de combate tripulada por 9000 hombres. En lugar de aprovecharse de su

ventaja para «negociar desde una posición de fuerza», don Juan, siguiendo el consejo de Arcos, cometió la insensatez de atacar, y durante más de un día los cañones de la flota y las ciudadelas bombardearon la ciudad, preparándose para un ataque masivo. Sin embargo, el fuego de artillería dirigido por Gennaro Annese, un armero que vivía en la Piazza del Mercato, obligó a la flota española a retirarse de la bahía mientras la milicia de la ciudad (bien a punto después de tres meses de prácticas) rechazó a las tropas españolas causándoles grandes pérdidas. Don Juan aceptó una tregua, pero se negó a ratificar los 58 *capitoli*, así que el 17 de octubre de 1647 Annese, con la ayuda del letrado Vincenzo d'Andrea, emitió un bando negando la soberanía de Felipe IV sobre Nápoles. Cinco días después, Annese se convertía en «generalísimo del pueblo» de Nápoles y éste «izaba un estandarte negro y rojo en la torre de la iglesia del Carmine, anunciando así que su lucha sería a muerte». Annese «leyó a voz en cuello» una carta del embajador francés en Roma en la que, en nombre del cardenal Mazarino, se ofrecía a enviar una flota y dinero para apoyar a la «Serenísima República de Nápoles», que «a partir de ese momento estaría bajo la protección del rey de Francia[42]». En el aire quedaba así el poder de España en Italia, y con él quizá también su futuro como gran potencia.

Nápoles esperaba mucho de Mazarino, nacido en ese mismo Reino, pero él no dejó de mostrar cautela, sabiendo mejor que nadie que los francófilos eran minoría en esas tierras y que una invasión francesa podría enajenarle el apoyo de la mayoría. En consecuencia, el cardenal rechazó la oferta de situar Nápoles bajo la protección gala y adoptó una «visión de conjunto» (cómo explotar mejor los últimos acontecimientos para alcanzar una paz ventajosa en todos los frentes), ya que creía que la sola perspectiva de perder Nápoles y Sicilia bastaría para arrancar a España más cesiones sin tener que mover un dedo (y, lo que era todavía más importante, sin gastar un solo *sou*). Por lo tanto,

desplegó todos los recursos que le quedaban en una campaña destinada a arrebatar Milán a los españoles[43].

El enigma de Lombardía

A comienzos del siglo XVII el ducado de Lombardía tenía alrededor de 1,2 millones de habitantes y una densidad demográfica de 77,5 por kilómetro cuadrado, la más alta de Europa sin contar los Países Bajos. Un viajero inglés la encontró «abundantemente provista de todo tipo de cosas» y «un objeto tan agradable a mis ojos, por estar rebosante de tan indescriptible variedad de cosas, tanto provechosas como placenteras» que se diría «el paraíso del mundo. Porque es la más hermosa llanura, extendida a lo largo de más de doscientas millas [algo más de 320 kilómetros], que nunca haya visto o veré». La guerra y la devaluación registradas en Alemania, principal socio comercial de Lombardía, arruinaron temporalmente este paraíso, pero el ducado se recuperó lentamente hasta que las lluvias torrenciales de 1628-1629 echaron a perder dos cosechas, llevando el precio del pan al nivel más alto del siglo, justo cuando las tropas alemanas y españolas llegaban para librar la guerra de Mantua, trayendo consigo la peste bubónica[44].

Quizá entre 1628 y 1631 el ducado perdiera un tercio de su población y de su peso económico. En las ciudades, los precios de los alquileres cayeron hasta tres cuartos de su valor y la industria textil se atrofió; en el campo, hasta un tercio de la tierra cultivable quedó inculta por falta de mano de obra y de demanda. Una vez más, Lombardía se recuperó con prontitud. Posteriormente, un italiano residente en la capital del ducado escribió, entre 1630 y 1634: «Asistí a una súbita transformación: la ciudad dejó de estar casi despoblada para volver a ser de nuevo reconocible como Milán». Hay que señalar que la industria textil de la lana nunca se recuperó, pero otros sectores económicos ocuparon su lugar, sobre todo las manufacturas de seda, vidrio y el ar-

mamento. Todavía en 1646 un visitante inglés observaba que la ciudad disponía de bastante «comercio para mantenerla en situación floreciente», porque estaba «abarrotada de toda clase de artesanos», mientras que otro apuntaba que estaba «llena de [...] insólitos artistas, sobre todo de los que trabajan el cristal[45]».

Pocos visitantes mencionaban que Felipe IV mantenía un ejército estable de 10 000 hombres en Lombardía y que a veces un contingente de igual magnitud la cruzaba cuando iba a vigilar los intereses de España en el norte de Europa, mientras que en tiempo de guerra el ducado podía estar defendido por 40 000 combatientes. Cada soldado precisaba de alimentos, alojamiento y paga, y muchos recurrían a la fuerza para arrancar todo eso a la población local, haciendo que cundieran las penurias y el resentimiento. En mayo de 1640 la ciudad de Milán mandó a un enviado especial, Carlo Visconti, a protestar ante el rey y sus secretarios por los «excesos» de los soldados, por el déficit anual de la ciudad, que superaba los 200 000 ducados, por la deuda pública de más de cinco millones, y también por la «aprobación de multitud de nuevos impuestos y el aumento notable de los antiguos». Visconti llegó a la corte poco después del Corpus de Sangre y recalcó ante el monarca que «los acontecimientos de Cataluña» nacían exactamente de los mismos «excesos de los soldados» que sufría Lombardía. Según Visconti, mientras él describía los abusos, el conde-duque «exclamaba "Jesús, Jesús" repetidamente[46]». Algunos secretarios advirtieron al rey: «Aunque la fidelidad de aquellos vasallos es tan grande, todavía en tiempos tan turbados no conviene reducirlos a términos de tanto desconsuelo» y de que era «tiempo de tratar los vasallos con mucha blandura». Sin embargo, Olivares exigió más aportaciones al esfuerzo bélico español: «Es más fácil, recobrado lo que está perdido en España, separar todas las plazas de Piamonte que no conservarlas si se pierde lo de acá[47]».

La caída de Olivares y la aplastante victoria lograda por los franceses en Rocroi en 1643 (*véase capítulo 9*), llevó al gobierno central a la conclusión de que «con los cortos medios que ay para hacer la guerra en todas partes, parece se deve procurar reducirla a los menos empeños que sea posible». A partir de ese momento, Italia tendría que sufragar su propia defensa, lo cual llevó a un funcionario regio de Milán a advertir al rey en julio de 1647 de que «hasta ahora sólo hemos sobrevivido vendiendo nuestros bienes, imponiendo tasas extraordinarias y sufriendo penalidades difíciles de creer». Justo en ese momento, las rebeliones de Nápoles y Sicilia redujeron todavía más el caudal de fondos que recibía Milán, de manera que «usando de todos los arvitrios que la diligencia humana ha podido prevenir», y habiendo gastado por adelantado todos los ingresos de los tres años siguientes, soldados y civiles se enfrentaban a la muerte por inanición[48].

El cardenal Mazarino, que tenía la esperanza de que esta situación desesperada desatara una rebelión, envió tropas al otro lado de los Alpes para que la explotaran. Sus expectativas estuvieron a punto de materializarse en agosto de 1647, cuando en las calles de Milán proliferaron los pasquines que, inspirados en la revolución napolitana del mes anterior, «decían con profusión de palabras: "Larga vida al rey de España, pero que los panes sean grandes y las alcabalas se anulen"», amenazando con incendiar las casas de los ministros del gobierno[49]. Dos meses después, Giuseppe Piantanida, un pastelero milanés, fue detenido en posesión de numerosos pasquines en los que llamaba a sus conciudadanos a apoyar una próxima invasión francesa que pusiera «fin a la insoportable opresión que todo el pueblo [de Lombardía] sufre a manos del mal gobierno y la tiranía de los ministros de España». Después, según prometía Piantanida, todos «volverían a disfrutar de los mismos privilegios inviolables que les había concedido el más augusto emperador Carlos V hacía un siglo[50]». Sometido a tortura, Piantanida involucró en el asunto no sólo a nobles mi-

laneses, sino al vecino duque de Módena y, poco después, el duque iniciaba la invasión encabezando un ejército francés, aunque un tiempo atroz frustró su avance: unas lluvias torrenciales que hicieron intransitables las carreteras detuvieron en seco la campaña. «Los cielos —observó irónicamente Mazarino— enviaron refuerzos a los españoles en forma de lluvia[51]». Un año después, otro grupo de conspiradores, esperando explotar la preocupación que tenía España con las revueltas en Cataluña, Portugal, Nápoles y Sicilia, dividió la ciudad de Milán en cuatro barrios, cada uno con su propio «escuadrón» de rebeldes, y los cuatro convergerían en el centro de la ciudad al grito de «larga vida a la libertad» y «muerte a los tiranos». Entretanto, fuerzas francesas sitiaban Cremona, segunda ciudad del ducado, hasta que la Fronda privó súbitamente a Mazarino de los recursos necesarios para mantenerlas (*véase capítulo 10*). Una vez más, la revuelta se quedó en nada.

La incapacidad de Francia para ayudar eficazmente a los conspiradores no puede explicar por sí sola que la presión fiscal combinada con la guerra y las cosechas desastrosas no lograran socavar la lealtad de Lombardía. Muchos contemporáneos apuntaron esta paradoja. Un observador veneciano francófilo manifestó su irritación ante la «inquebrantable lealtad» de los milaneses, en un momento en el que «la Monarquía española estaba preocupada con las rebeliones de Cataluña y Portugal, el levantamiento de Nápoles [y] los ataques que lanzaban sobre los Países Bajos [españoles] poderosos ejércitos franceses y holandeses». En su opinión, era especialmente notable que ningún miembro de las élites hubiera flaqueado en su lealtad y que, más bien, «muchos de ellos hubieran luchado dignamente en esta guerra, reuniendo infantes y caballeros con sus propios medios y entregando su propia riqueza» al mantenimiento de la causa española, «en medio de las necesidades más acuciantes del Estado[52]».

¿Por qué? Algunos podrían atribuir esa pasividad únicamente a los soldados acuartelados en el ducado, muchos de ellos en ciudadelas que dominaban las principales ciudades; pero, aunque unos pocos soldados mal pagados actuaran como elemento disuasorio, no podían contener indefinidamente a una población hostil de más de un millón de personas. En realidad, la capacidad que Francia tenía para explotar cualquier revuelta en pocas semanas animó a Felipe IV y a sus secretarios, tanto en Milán como en Madrid, a evitar las confrontaciones y fomentar la *convivenza* con sus vasallos lombardos. Por una parte, el rey mitigó o recortó varios privilegios fiscales y económicos con los que antes contaban las élites, intentando garantizar que todos los grupos sociales compartieran de forma razonable la «multitud de nuevos impuestos» de los que se quejaba Carlo Visconti. En concreto, España hizo lo que pudo para distribuir el peso fiscal y los gastos de mantenimiento de las tropas entre las ciudades y el campo, y entre los diversos grupos sociales. Aunque esas iniciativas no siempre produjeron los resultados deseados, sí atenuaron por lo menos algunos sentimientos de agravio, creando una favorable impresión general. Por otra parte, la Corona dejó prácticamente intacto el equilibrio de poder dentro de la sociedad lombarda, ofreciendo multitud de oportunidades económicas, políticas y profesionales a esas élites (nobles, clérigos, profesores universitarios y funcionarios locales), para que se convirtieran en «partes interesadas» en la pervivencia del dominio español. En este sentido, el gobierno ofreció atractivas tasas de interés en sus préstamos y nunca se declaró en quiebra, animando a las élites a comprar bonos del Estado, algo que las comprometía con el éxito español, porque una victoria francesa supondría la pérdida tanto del principal como del interés. Del mismo modo, la Corona española incrementó el número de soldados reunidos sobre el terreno por las élites para defender el ducado (en la década de 1650 la proporción de este contingente llegó a un tercio del total), li-

gando también así a las élites al éxito de España, porque si las tropas se amotinaban o sus oficiales desertaban, quienes los hubieran reclutado habrían perdido todo lo que el rey de España les adeudaba. Finalmente, el clero depositó millón y medio de ducados en el banco público lombardo, que ofrecía una rentabilidad mayor que la agricultura, el comercio y la industria, lo cual creó otro importante grupo de interesados en el dominio español, ya que esa entidad prestaba cantidades cuantiosas al gobierno y, en consecuencia, el posible triunfo de cualquier rebelión antiespañola habría puesto en peligro todas las inversiones depositadas en ella, incluyendo las del clero[53].

Finalmente, dos factores económicos atemperaron el impacto de la guerra y el cambio climático en la Lombardía del siglo XVII. En primer lugar, como observaban todos los visitantes extranjeros, el ducado era extraordinariamente próspero: en las ciudades, productos manufacturados de gran valor generaban beneficios para la élite y trabajo para los demás, mientras que sus fértiles tierras mantenían multitud de cultivos y especies ganaderas. En consecuencia, aunque el coste que suponía mantener a las tropas siguió siendo elevado, Lombardía podía absorberlo mucho mejor que (por ejemplo) Cataluña. En segundo lugar, la catástrofe de 1628-1631 había reducido drásticamente la presión demográfica. El hecho de que las hambrunas, plagas y guerras redujeran quizá en un tercio la población del ducado posibilitó precisamente que muchos de los supervivientes acumularan gran cantidad de bienes, de manera que en la década de 1640, cuando fenómenos climáticos extremos impidieron el crecimiento hasta de los robustos árboles que Antonio Stradivari (Stradivarius) utilizaría posteriormente para fabricar sus irrepetibles violines *(véase capítulo 1),* el consumo no superó peligrosamente la producción. El trauma anterior ayudó a Lombardía a sobrevivir a la Pequeña Edad de Hielo sin sufrir insurrecciones políticas[54].

La República de Nápoles

Gennaro Annese no mentía al anunciar «a voz en cuello» en la iglesia del Carmine que la nueva República de Nápoles contaba con apoyo francés. Aunque el cardenal Mazarino no «creía que el proyecto [republicano] pudiera triunfar» y era reacio a concederle reconocimiento oficial, el duque Enrique de Guisa, descendiente de los gobernantes galos de Nápoles y Sicilia, que casualmente estaba en Roma al inicio de los disturbios, decía tener una carta en la que Luis XIV se comprometía con Nápoles y se desplazó al Reino para ofrecer su ayuda[55]. El nuevo régimen mostró una notable confianza en sí mismo al imprimir más de 250 edictos durante el invierno de 1647, en los que mandaba o prohibía muy diversos asuntos en nombre de la «Serenísima Real República». También patrocinó publicaciones relativas a otras revueltas antiespañolas triunfantes (como la holandesa y la catalana); encargó a Giuseppe Donzelli, un famoso médico y farmacéutico de la ciudad, que había escrito un diario de los acontecimientos, la redacción de una «historia oficial» de los logros republicanos, y encargó una serie de cuadros sobre los principales hitos de la revolución al joven y talentoso artista Micco Spadaro (*láminas 18 y 21*[56]). Desde el punto de vista político, el nuevo régimen debatió la convocatoria de unos «Estados Generales» (según el modelo holandés) con representación de las doce provincias del territorio, instando a todos los napolitanos a desafiar a los españoles «para defender la libertad de este Reino, lo que también supone trabajar por la anhelada libertad de Italia[57]».

No obstante, la escasez de pan siguió siendo el principal problema de la joven República. No sólo las cosechas de cereales de 1647 y 1648 fueron extremadamente escasas, sino que los nobles y sus tropas bloquearon la ciudad, privándola prácticamente de abastos. En consecuencia, Annese, en su calidad de «generalísimo del pueblo más leal de la República de Nápoles», decretó en diciembre de 1647 que las tahonas redujeran el tamaño del pan común, que pasó de cuarenta a veinticuatro onzas, y que propor-

cionaran antes que a nadie panes a la milicia, «para que podamos continuar la guerra actual[58]». Naturalmente, ambas medidas suscitaron rechazo en toda la ciudad, y cuando los buques de guerra franceses llegaron por fin a la costa de Nápoles, el duque de Guisa explotó el descontento para proclamarse *dux* («general») de una nueva «Serenísima República Real de Nápoles». También desplegó una «nueva bandera de la República en la torre de la iglesia del Carmine», publicó una nueva Constitución y comenzó a acuñar moneda con su propia efigie[59].

Las noticias de estos acontecimientos desquiciaron por completo a los secretarios de Felipe IV. «Lo que escriben de Nápoles es increíble —escribió uno de ellos—, porque no es nada perderse un Reino de los mejores de la cristiandad». También le preguntaba retóricamente a un colega: «Si la extrema necesidad de un rey por obligación de conciencia y reputación le ha de obligar algún día a usar los remedios extremos, ¿a cuándo se aguarda por allá a tomar estas resoluciones? Porque yo, en lo poco que he oído y leído, no tengo noticia de algún príncipe que se viese reducido a semejante necesidad». En esta ocasión, el rey sí se dio por aludido. En octubre de 1647 firmó un nuevo decreto de suspensión de pagos, confiscando el capital de sus acreedores y recuperando las fuentes de ingresos que les había asignado, y cuatro meses después se ofreció a regañadientes a firmar una paz permanente con los holandeses, que, reconociendo su independencia total, les permitía conservar todos los territorios conquistados en Asia y América[60].

Felipe también ofreció a los franceses unas condiciones humillantemente favorables, pero Mazarino cometió la insensatez de rechazarlas, confiando en poder mejorarlas todavía más saboteando las conversaciones hispano-holandesas y explotando las revueltas de Nápoles y Sicilia. En ambas ocasiones erró el tiro: los holandeses aceptaron las condiciones de Felipe y, poco después, la «Serenísima Real República» comenzó a desmembrarse.

La flota enviada por Mazarino para «proteger Nápoles» no logró derrotar a sus adversarios españoles y se retiró, y aunque el *dux* continuó lanzando grandilocuentes proclamas a sus nuevos súbditos (ordenando, por ejemplo, la reapertura de los bancos públicos, «dando nuestra palabra de príncipe» de que todos los depósitos serían devueltos), Annese y muchos otros ya no obedecían sus órdenes[61].

El punto de inflexión

Según Vincenzo d'Andrea, el letrado que había aconsejado a Masaniello y Genoino, y que ahora era principal asesor de Annese, los napolitanos tenían ante sí cinco posibilidades: podían declararse a favor de España, de Francia, de Guisa, de los nobles o de los antiguos líderes republicanos. Esa confusión no podía prolongarse indefinidamente. En marzo de 1648 se recibieron cartas en la ciudad informando de «una revolución del pueblo de París» en la que las multitudes cantaban: «Larga vida a Nápoles, no queremos ni más impuestos ni más guerras[62]». Lejos de sentirse halagados, los napolitanos comprendieron que ahora Francia no podía ayudarlos. Ante la falta de alternativas factibles, D'Andrea inició conversaciones secretas con don Juan, al que Felipe había nombrado virrey en sustitución del odiado Arcos, y con el conde de Oñate (ahora principal asesor político de don Juan que, en su calidad de embajador español en Roma, venía siguiendo con mucha atención la situación en esta ciudad). Ambos acordaron confirmar la mayoría de los puntos de los 58 *capitoli*, entre ellos un indulto general, la abolición del impuesto del timbre, la media anata y todas las alcabalas que gravaban los alimentos; el nombramiento exclusivo de napolitanos para cubrir la mayoría de los puestos; la confirmación de los nombramientos de la República, y la concesión de igualdad de voto a los nobles y al «pueblo» en el gobierno de la ciudad. Además, prometieron compensaciones por los daños ocasionados por el bombardeo del mes de octubre anterior, aceptando que los ciudadanos pudieran

conservar sus armas hasta que el rey ratificara solemnemente todas sus concesiones. El 6 de abril de 1648, Annese y sus seguidores abrieron las puertas de Nápoles, y don Juan y sus tropas españolas entraron desfilando por ellas.

Muchos destacados republicanos ya habían huido y, a pesar del indulto general, Annese y otros considerados culpables de colaboración activa con los franceses fueron al cadalso. En junio de 1648 los *capopopoli* de todas las ciudades recibieron orden de acudir de inmediato a Nápoles «so pena de ser considerados rebeldes y de ver confiscados todos sus bienes». Todos fueron encarcelados y algunos ejecutados. No obstante, Felipe IV consideró prudente refrendar todas las concesiones hechas por su hijo y por Oñate, y decidió incluso juzgar al duque de Arcos. Lo más notable fue que algunos de los líderes rebeldes se mantuvieran en el poder: Vincenzo d'Andrea se convirtió en leal asesor de Oñate, que llegó incluso a convencer al monarca de que mantuvieran en su cargo a los jueces nombrados por la «Serenísima República[63]».

Tres razones explican esas concesiones. En primer lugar, la revuelta había debilitado enormemente a Nápoles: los incendios provocados y los bombardeos habían destruido muchas propiedades (un contemporáneo calculaba el valor de lo destruido en seis millones de ducados, cifra más o menos equivalente a los ingresos del Reino en un año), mientras que entre 10 000 y 15 000 personas habían muerto o huido al extranjero. Nápoles ya no podía sufragar la defensa del Imperio. En segundo lugar, un tiempo adverso arruinó la cosecha de 1648 en todo el sur de Italia: en la propia Nápoles el precio del grano se cuadruplicó, aumentando el riesgo de más estallidos de violencia. En tercer lugar, en Palermo seguían produciéndose disturbios, lo cual prolongaba el riesgo de que en el continente hubiera réplicas de los mismos.

Las noticias del fallido bombardeo de Nápoles llegaron a Sicilia el 18 de octubre de 1647 y, aunque el virrey marqués de los Vélez impuso un apagón informativo, «todo el día, del amanecer al ocaso, la gente no esperaba otra cosa que noticias de Nápoles». Los gremios, temiendo un ataque similar, exigieron la recuperación de los privilegios concedidos por Carlos V, mientras que una lluvia torrencial, tan «abundante y cruel que rompió la maquinaria de las fábricas» despertó de nuevo el temor a una hambruna[64]. Desanimado por esos continuos reveses, el marqués de los Vélez enfermó y murió, pero, en realidad, la muerte de este impopular y fracasado virrey benefició a España, porque casualmente estaba en Nápoles el cardenal Teodoro Trivulzio, primado de Sicilia que contaba con una amplia experiencia diplomática y militar. Don Juan no tardó en nombrarlo virrey temporal de Sicilia, y Trivulzio, que llegó a Palermo sólo dos semanas después de la muerte de su antecesor, explotó hábilmente las divisiones existentes entre los rebeldes para imponer su autoridad. Paradójicamente, el mantenimiento de las condiciones meteorológicas extremas lo ayudó: los vendavales derribaron muros y árboles, y las lluvias torrenciales causaron inundaciones de una magnitud nunca vista por los contemporáneos. Como las nuevas localidades agrícolas establecidas en terrenos marginales a comienzos del siglo apenas cosecharon nada, no enviaron cereales a las ciudades que ahora dependían de ellas. Para terminar, un invierno inusualmente frío llenó tanto los hospitales como los albergues de la Iglesia de indigentes. A Trivulzio no le costó trabajo presentar estas desventuras como prueba de que el Altísimo desaprobaba la rebelión. La noticia de la caída de la República napolitana endureció aún más la actitud del cardenal, que inmediatamente detuvo a varios antiguos colaboradores de Alesi, a pesar de que anteriormente habían sido indultados. En ese momento los desmoralizados gremios evacuaron las fortificaciones y Trivulzio exigió que todo el mundo entregara las armas. Al

igual que en el Reino de Nápoles, los *capopopoli* de otras ciudades también renunciaron al poder y el 1 de septiembre de 1648 comenzó la recaudación de las nuevas alcabalas, justo antes de que don Juan llegara a Palermo con sus galeras y tropas.

Al igual que en Nápoles, el príncipe prudentemente hizo grandes concesiones. La recaudación de los impuestos ahora restablecidos pasó a depender de un organismo elegido a tal efecto, los «diputados de las nuevas alcabalas», con amplios poderes; los impuestos recayeron principalmente sobre productos de lujo (tabaco, vino embotellado y carrozas) y menos en artículos cotidianos (harina, cebada, carne y aceite de oliva), pero ahora lo primordial era que no había excepciones. Al iniciarse la recaudación de las «nuevas alcabalas», el cardenal Trivulzio dejó claro que él sería el primero en pagar, renunciando oficialmente al derecho a la exención, tanto para sí mismo como para el resto del clero. A partir de ese momento el monarca se cuidó de nombrar únicamente a sicilianos para que ocuparan los lucrativos beneficios eclesiásticos; en julio de 1648, cuando uno de ellos quedó vacante, Felipe escribió: «Aunque pudiera proveer esta abadía en estrangero, sin que fuese en perjuicio de Sicilia, por favorescer más aquel reyno he querido que sea en natural dél[65]». La actitud no podía estar más lejos de las imperiosas órdenes de años anteriores.

Una última «epidemia de levantamientos».

A pesar de todas esas concesiones, en 1672 estalló en Mesina «el conflicto interno más importante de cuantos tuvo que afrontar la Monarquía de España en la segunda mitad del siglo XVII[66]». La ciudad había recibido grandes recompensas de la Corona a cambio de su lealtad durante los levantamientos de 1647-1648: muy especialmente, don Juan había concedido a Mesina el monopolio de todas las exportaciones de seda de Sicilia, eximiéndola de pagar varios impuestos y prometiéndole que

todos los virreyes, llevando consigo todas las instituciones del gobierno central, pasarían el mismo tiempo en esta ciudad oriental que en Palermo. No hace falta decir que Palermo se opuso virulentamente a esta concesión (la presencia del gobierno central conllevaba beneficios y prestigio) y que pocos virreyes cumplieron la promesa. En consecuencia, el Senado de Mesina remitió una riada de peticiones y enviados a Madrid para exigir el respeto de lo pactado y cuando en 1669 el virrey, que se obstinaba en permanecer en Palermo, trató de recaudar un nuevo impuesto en Mesina, cundieron los disturbios.

En Madrid, los secretarios del niño rey Carlos II decidieron que «en el extremo a que han llegado las cosas de Mesina, no se puede aplicar otro remedio que sea eficaz que el de la fuerça», aunque algunos se mostraron preocupados de que esto pudiera suponer que los senadores «entren en la desesperación y cometan el último delito: entregando a los émulos desta Corona aquel puerto que es llave de los dos reynos de Nápoles y Siçilia». La aparición de una flota francesa frente a la isla permitió al virrey incrementar las guarniciones de soldados españoles alojadas en las fortalezas de la ciudad y sus alrededores, y en 1671 el rey nombró *straticò* a don Luis del Hoyo, un oficial «versado en todas artes de política con la escuela del conde de Oñate, a quien avía servido en tiempo de las reboluciones del reyno de Nápoles[67]». Esas medidas coincidieron con un período de calor excesivo y de sequía que destruyó la cosecha en toda la isla. El precio de los cereales llegó prácticamente al mismo nivel que entre 1647-1648, obligando al virrey a introducir el racionamiento y a los concejos de la mayoría de las ciudades a subvencionar ese producto. Con todo, la hambruna causó una gran mortandad, haciendo que la mayoría de las ciudades se endeudara, al tiempo que llenó las calles de mendigos y los caminos rurales de bandidos. En las urbes se produjeron varios altercados contra regidores que no

habían tomado medidas adecuadas para paliar las consecuencias de la hambruna.

En la mayoría de las ciudades la existencia de facciones agravó las tensiones, sobre todo en Mesina, donde el Senado acusó al *straticò* de aprovecharse de la escasez para minar la independencia de la localidad. En marzo de 1672, al estallar unos disturbios, Del Hoyo se vengó, alentando a las turbas a asaltar el edificio del Senado y abrir todas las cárceles de la ciudad, con la consiguiente liberación de quinientos prisioneros. Después de una inestable tregua de dos semanas, al amparo de las fiestas religiosas del Miércoles de Ceniza, los senadores y sus partidarios organizaron otra algarada, pero el *straticò* volvió contra ellos a las turbas, que quemaron las casas de los principales regidores (en muchas de ellas se dijo que se habían encontrado reservas ocultas de cereales). La facción victoriosa, conocida con el nombre de *merli*, ilegalizó a la de los partidarios del Senado, la de los *malvizzi* (los nombres de las facciones procedían de dos tipos de gorrión siciliano), de manera que a la llegada del virrey en 1672 «se hallaba esta ciudad casi desierta, la nobleza y ciudadanos principales retirados[68]».

A continuación, Del Hoyo y el virrey procedieron a acabar con la autonomía de Mesina, retirándole muchos de sus privilegios e imponiendo nuevos gravámenes, pero entonces se recibió de Madrid la orden de destinar todos los recursos disponibles a una nueva guerra con Francia. Al igual que el duque de Arcos en Nápoles una generación antes, el virrey cedió, llegando incluso a retirar las galeras que normalmente patrullaban el estrecho de Mesina. El 7 de julio de 1674, aniversario de la rebelión de Masaniello, los *malvizzi* organizaron otra algarada. En esta ocasión tuvieron éxito, y aun proclamándose leales al rey y mostrando su efigie en lugar destacado de la fachada del edificio del Senado, detuvieron y ejecutaron a más de cincuenta *merli*, exponiendo sus mutilados cadáveres al escarnio público.

El virrey de la vecina Nápoles instó a Madrid a pasar por alto esta provocación y a mostrar «blandura, suavidad y disimulación» ante los rebeldes, porque «las experiençias han mostrado quan sugeto viva a los mesmos influsos y achaques, como se experimentó los años de 1646 y 1647, que haviendo empezado en Palermo la epidemia de solevaçión, luego atacó a Nápoles». Sus palabras cayeron en oídos sordos y las fuerzas del gobierno bloquearon Mesina, esperando obligarla a rendirse. Los *malvizzi* respondieron con «el último delito», cometido ya cinco años antes: invitaron a Luis XIV a tomar la ciudad bajo su protección[69].

Al principio Luis declinó ese honor, pensando (como antes Richelieu y Mazarino) que cualquier revuelta carente de apoyo aristocrático no tardaría en fracasar, pero en septiembre de 1674 cambió de opinión y anunció: «Responde a mis intereses no permitir que se extinga un fuego que se produjo espontáneamente». Según su razonamiento, enviar apoyo a Mesina obligaría a España «no sólo a utilizar contra el levantamiento todos los recursos que pueda retirar de sus posesiones italianas, sino incluso apartar algunas fuerzas terrestres y navales de las que luchan en Cataluña[70]». Pocas semanas después, una flota francesa llegaba a Mesina con tropas y alimentos, y durante los tres años siguientes Sicilia se convirtió en un pequeño teatro de operaciones de la «guerra de Holanda» de Luis XIV (*véanse capítulos 8 y 10*). No obstante, Luis tenía poco interés en «liberar» Sicilia del dominio español. En cuanto la presión económica lo obligó «a desplegar fuerzas sólo donde son absolutamente necesarias», abandonó a su suerte a sus partidarios en la isla. En marzo de 1678 los buques de guerra franceses evacuaron a sus últimos soldados y a varios cientos de *malvizzi*[71].

Fue en ese momento cuando las autoridades españolas perpetraron su venganza: al perder todos sus privilegios, las ciudades rebeldes sufrieron la «muerte civil». Mesina perdió también sus exenciones fiscales y sus principales instituciones, entre ellas el

Senado, la ceca, la universidad e incluso el cargo de *straticò* (que se remontaba a la época bizantina). Además, los vencedores trasladaron el archivo histórico de la ciudad y sus principales colecciones de arte a España, arrasaron el palacio donde se había reunido el Senado (sustituyéndolo por una estatua en la que aparecía Carlos II acabando con la hidra de la rebelión) y levantaron una enorme ciudadela para impedir cualquier otra perturbación. Para colmo de males, otra sequía azotó Sicilia —en 1679 los precios volvieron a dispararse hasta niveles de hambruna—, lo cual agravó las penurias ocasionadas por las nuevas alcabalas y el abandono de muchas explotaciones agrícolas a causa de la guerra. Según el censo de 1681, Mesina tenía 62 279 habitantes, es decir, no llegaba a la mitad de la población de preguerra.

«Conviene pensar en doblar para no quebrar».

Una generación antes, ante las rebeliones internas, el conde-duque de Olivares había aconsejado a su señor que «conviene pensar en doblar para no quebrar», y pocas veces había sido mayor la necesidad de cesiones que durante la «revuelta y la guerra de Mesina» porque, como ha señalado Luis Ribot, ambas «pusieron a prueba todo el sistema hispano en el Reino de Sicilia, haciendo patentes sus debilidades y también sus puntos fuertes[72]». Por otra parte, los *malvizzi* recibieron apoyo tanto de comunidades vecinas del este de Sicilia, como de simpatizantes del otro lado del estrecho: de varios nobles de Calabria que, deseosos no sólo de obtener ganancias exorbitantes, sino de crear problemas a su soberano, enviaron provisiones y refuerzos a Mesina. Por otra parte, los rebeldes y sus aliados franceses apenas hicieron progresos por la fuerza de las armas: ninguna comunidad les dio espontáneamente la bienvenida y en otras partes de la isla no tuvieron lugar levantamientos antiespañoles. Como en todas las ciudades había facciones tan enfrentadas como los *merli* y *malvizzi*, y como el conflicto se prolongó durante cuatro años, no deja de sorprender la ausencia de un levantamiento general: los que

aborrecían el dominio español tuvieron múltiples oportunidades de pasar a la acción, pero pocos lo hicieron. Por el contrario, sí hubo disturbios proespañoles en algunas zonas dominadas por los franceses, mientras que varias bajo control de la Corona española organizaron manifestaciones de adhesión a ésta[73].

En parte, este resultado reflejaba la hostilidad que tradicionalmente separaba a las principales ciudades de Sicilia. Mesina se había rebelado sola en 1646, guardando las distancias cuando Palermo y otras localidades habían hecho lo propio al año siguiente. También reflejaba un tradicional sentimiento antifrancés, cuyos orígenes se remontaban a la llamada Masacre de las Vísperas Sicilianas de 1282, que había puesto fin al dominio galo en la isla. Con todo, España no sólo se impuso por inercia: a pesar de la propaganda xenófoba del *Risorgimento*, en el siglo XVII la mayoría de los vasallos de España en el exterior aceptaban su dominio. Por ejemplo, en los Países Bajos, muchos ciudadanos de Lille lamentaron pasar del dominio español al francés después de la toma de la localidad por parte de Luis XIV en 1667. Para ellos, el acuerdo posterior fue «una paz sin alegría, porque nos dejó en poder del rey de Francia», y durante varias décadas después celebraron el nacimiento y las bodas de la familia real española, bebieron a la salud de Carlos II y rechazaron cualquier crítica que se le hiciera[74]. Si España hubiera perdido sus territorios italianos, hay muchas razones para suponer que hubiera seguido habiendo una lealtad similar hacia los Austrias.

Además, al igual que en Lombardía, Madrid creó en Sicilia una *convivenza* que convirtió a grupos importantes de sus vasallos en «partes interesadas» en el mantenimiento del régimen. Inmediatamente después de la rebelión de 1647-1648, el gobierno restringió el poder político de la nobleza, acabó con las exenciones fiscales de los privilegiados y encargó la recaudación de los nuevos impuestos (que gravaron más los productos de lujo que los de consumo cotidiano) en un nuevo cargo *electo* (el de diputa-

dos de las nuevas alcabalas). Por otra parte, a partir de ese momento, la Hacienda pagó intereses por sus bonos a razón de un 4 por ciento para los palermitanos, 3,5 por ciento para otros sicilianos y 3 por ciento para los extranjeros, creando además un «fondo de amortización» de la deuda para saldarla de forma ordenada. El nuevo sistema resultó tan eficaz que se mantuvo en vigor, con muy pequeñas alteraciones, hasta la revolución de 1860[75].

Después de la revuelta de Masaniello en Nápoles, Felipe IV y sus secretarios se desvivieron por crear la misma *convivenza*. Basta un solo ejemplo para demostrar los esfuerzos que estaban dispuestos a realizar: el conde de Oñate, nuevo virrey, decidió confirmar en su cargo a los jueces de vicaría nombrados por el régimen revolucionario, en lugar de reintegrar en sus puestos a los anteriormente nombrados por la Corona. «Me ha parecido deciros que ha extrañado mucho [esta decisión]», bramó el monarca, recordando a su virrey:

> El nombramiento que se hizo de estos jueces el 21 de agosto pasado [1647] fue a instancia del Pueblo en tiempo de las sediciones y tumultos, que fueron los que pidieron y obligaron a tomar entonces esta resolución. Y que haviendo ya çesado estas inquietudes, no parece era conveniente bolver a ella […]. Y mucho más se ha extrañado el ver que en esta elección no se aya tenido atención a nombrar sugetos españoles, como siempre se han hecho, y conviene tanto a mi servicio. Por lo qual no parece pudo ser legítima ni la elección que entonces se hizo, ni lo que aora se ha executado.

Sin embargo, después de plantear todos esos argumentos, el rey se venía abajo y su conclusión era dócil:

> Teniendo en consideración el celo con que me servís, y a lo que debo auctorizar todas vuestras acciones, y que de vuestra parte havéys cumplido con lo que os toca, conforme al deseo que en todo teneys de acertar he querido advertiros solamente de lo que aquí se ha considerado, y remitir lo demás tocante a enmienda a vuestra discreción y prudencia, para que atendiendo al estado que tuvieron las cosas de ese reyno, y a las consideraciones que se pueden ofrezer para no alterar los ánimos de ese pueblo, la dispongáys quando y en la forma que os pareciere conveniente […], de manera que al mismo tiempo se dé satisfacción a la justicia y no se dé ocasión a nuevas inquietudes[76].

En consecuencia, los jueces nombrados por los revolucionarios conservaron sus puestos. Esa flexibilidad y el deseo de mantener la *convivenza* a toda costa ayudan a explicar que, a pesar de que siguieran produciéndose catástrofes de origen humano y natural, la revuelta de Mesina fuera el único desafío de gravedad al que se enfrentaron los Austrias españoles en la Italia posterior a 1648. Ondear la «bandera roja en señal de guerra» era algo con atractivos demasiado escasos.

15

Los «continentes oscuros»: América, África y Australia[1]

Aunque los «archivos» humanos y naturales de mediados del siglo XVII son abundantes, en su inmensa mayoría se refieren a sólo dos continentes: Europa y Asia. Carecemos de archivos humanos sobre bastantes zonas de América y gran parte de África, porque pocas poblaciones indígenas dejaron fuentes escritas o pictóricas que puedan datarse con precisión, y aunque el archivo natural (sobre todo los anillos arbóreos) al que complementan los restos arqueológicos indica que el enfriamiento global afectó a ambos continentes, seguimos sin saber qué repercusiones tuvo para su población humana. De manera que, aunque muchos europeos de Norteamérica se dieron cuenta de que la población indígena estaba reduciéndose con rapidez (en Nuevo México, «allí donde vivían tres pecos en 1622, sólo vivían dos en 1641 y únicamente uno en 1649»; en Nueva Inglaterra «es probable que en torno a la década de 1640 el número de iroqueses, y de vecinos suyos indígenas, se hubiera reducido a la mitad»), nada apuntaba las causas probables de esa situación[2]. En Australia, aunque sólo la arqueología y el archivo natural proporcionan testimonios fiables, pocas fuentes de esos tipos tenemos en la actualidad y (como en otros lugares), gran parte de las existentes son cronológicamente imprecisas. De manera que, a pesar del enorme tamaño de esos continentes (41 millones de kilómetros cuadrados en el caso de América, casi 31 millones en el de África y prácticamente ocho en el de Australia), los historiadores sólo pueden reconstruir la experiencia de sus habitantes durante el siglo XVII allí donde residentes o viajeros alfabetizados de otras regiones (la mayoría europeos) dejaron testimonios escritos que han llegado hasta nuestra época.

I. AMÉRICA

En toda América sólo existen registros de importancia de las colonias europeas que se extendieron desde la tundra de Terranova, a 49 grados norte, pasando por las selvas de Brasil, hasta llegar a la tundra chilena, situada a 39 grados sur: es decir, de los asentamientos franceses que bordean el río San Lorenzo y el sur de los Grandes Lagos; las colonias inglesas de Nueva Inglaterra, la bahía de Chesapeake y el Caribe; los virreinatos españoles de Nueva España y el Perú, y la costa de Brasil. A pesar de la distancia que separaba esas colonias y de sus diferencias medioambientales, sus historias durante el siglo XVII presentan cinco sorprendentes similitudes:

- Desde Terranova a la Patagonia, entre las décadas de 1640 y 1660, América tuvo inviernos notablemente más fríos y veranos más frescos, mientras que 1675, un «año sin verano», sigue siendo el segundo más frío registrado en Norteamérica en los últimos seis siglos[3].
- Las zonas normalmente afectadas por episodios del *Niño* fueron las que peor lo pasaron, porque su frecuencia se multiplicó por dos a mediados del siglo XVII: hubo más lluvias e inundaciones en toda la costa del Pacífico y el Caribe, más sequías en el noroeste del Pacífico y más inviernos fríos en el noreste del Atlántico. Además, se incrementó tanto la actividad sísmica como la volcánica en todas las costas americanas del Pacífico[4].
- Casi todos los registros de cosechas que tenemos muestran que en las décadas de 1640 y 1650 hubo escasez.
- En palabras de John McNeill, «desde Canadá a Chile, América en el siglo XVII sirvió como campo de pruebas para las ambiciones de varios estadistas europeos y multitud de emprendedores guerreros que iban por su cuenta[5]». Va-

rias regiones sufrieron guerras de insólita virulencia: la de los pequots y la que libró el rey Felipe en Nueva Inglaterra; las guerras de los castores en Nueva Francia, y la pugna entre holandeses y portugueses en Brasil. Al igual que en Europa y China, las guerras que se libraron en una época de adversidad climática causaron enormes daños, tanto materiales como humanos.

- Finalmente, todos los pueblos indígenas que entraron en contacto directo o indirecto con los europeos sufrieron pérdidas, en ocasiones catastróficas. En Nueva Inglaterra y Nueva Francia (pero sólo en esas zonas) el declive lo compensó en parte un espectacular incremento del número de colonos, que produjo la llegada masiva de inmigrantes y el hecho de que, aparentemente, muchos de ellos vivieran más que ningún otro grupo humano del mundo durante la Edad Moderna.

«Nuestro pueblo deberá por lo menos multiplicarse por dos cada veinte años»: el Atlántico anglosajón en paz.

Según señaló Benjamin Franklin en 1751, los colonos blancos de Nueva Inglaterra nunca habían «tenido miedo a casarse» porque…

> … a fin de cuentas, aprecian que más tierra puede tenerse a un ritmo igualmente fácil. De ahí que en América los matrimonios sean más habituales, y en general, más tempranos, que en Europa. Y si allí se calcula que no hay más que un matrimonio al año por cada cien personas, quizá aquí podamos calcular dos; y si en Europa no tienen más que cuatro nacimientos por matrimonio (muchos de sus matrimonios son tardíos), puede que aquí calculemos ocho, de los cuales, si la mitad crecen, y nuestros matrimonios tienen lugar (si los comparamos entre sí) a los veinte años de edad, nuestro pueblo deberá por lo menos multiplicarse por dos cada veinte años[6].

Aunque Franklin carecía por completo de bases estadísticas para su cálculo, como de costumbre tenía razón. Ya en 1634,

John Winthrop había apuntado la mortalidad insólitamente baja de los colonos de la zona de la bahía de Massachusetts, y pocos años después los propagandistas ingleses también ensalzaban la buena salud general de los colonos, contrastando su situación con la imperante en la metrópoli. «En las reuniones públicas es extraño escuchar a un hombre estornudar o toser como normalmente ocurre en la Vieja Inglaterra», escribía uno; en tanto que otro afirmaba: «No se sabe de ningún hombre que viva aquí [Nueva Inglaterra] que en su vida haya sufrido un resfriado [o] una tos». Los que más generalizaban eran un grupo de «hombres de Nueva Inglaterra» que, habiendo retornado brevemente a su tierra natal, daban gracias a Dios por «bendecirnos a todos con salud y energía [...] más que nunca en nuestra tierra natal; muchos que aquí [en Inglaterra] eran delicados y enfermizos, son allí más fuertes y vigorosos». Y todos sabían por qué: «Dios ha mejorado tanto el clima para nosotros que el cuerpo tenemos más saludable y allí los niños nacen más fuertes, por lo que nuestro número [está] incrementándose en extremo[7]».

Los registros parroquiales de la Nueva Inglaterra del siglo XVII así lo confirman: más del 90 por ciento de los colonos estaba casado; la mayoría de las mujeres se desposaba joven (a los veintitrés años o antes en primeras nupcias), y parece que la mitad de los colonos sobrevivía hasta los setenta. Los «matrimonios completos» (aquéllos en los que el padre y la madre sobrevivían para criar a sus hijos) tenían un término medio de seis hijos, que, en su mayoría, al contrario que los nacidos en Europa, sobrevivían hasta alcanzar la edad fértil. Gracias a esta sorprendente fecundidad y a la inmigración constante, la población de colonos de Nueva Inglaterra pasó de unas 14 000 personas en 1640 a más de 90 000 en 1700 (se multiplicó por seis en dos generaciones).

Muy diferente fue la experiencia de los colonos británicos en otras partes de Norteamérica. Casi desde su fundación en 1607, Virginia experimentó (en palabras de su primer gobernador) «un

mundo de penalidades» porque la sequía hizo que sus primeros habitantes europeos «sintieran la punzante espina del hambre», que los obligó a comer «perros, gatos, ratas y ratones» así como «botas, zapatos o cualquier otro cuero». Desesperados, «muchos de nuestros hombres en esta época de hambre escaparon en dirección a los salvajes», pero de poca ayuda podían ser esos «salvajes», porque entre 1607 y 1612 se produjo en la zona de marismas costeras de Tidewater, cercanas a Jameston, la sequía más prolongada de cuantas se tiene constancia en ocho siglos, la cual afectó tanto a los indígenas como a los recién llegados[8]. En consecuencia, el crecimiento demográfico siguió siendo escaso: aunque desde 1607 habían arribado a Virginia por lo menos 6000 hombres, mujeres y niños ingleses, en el año 1624 en la colonia sólo había 1200 personas.

Varias circunstancias más contribuyeron a este escaso crecimiento. En primer lugar, aunque en 1618 la Compañía de Virginia decidiera reunir y enviar a la colonia a muchas más personas que antes, no fletó suficientes provisiones para alimentarlas, y los nuevos pobladores llegaron justo cuando una nueva sequía reducía la producción agrícola local. Muchos no tardaron en morir y en 1621 la Compañía se quejaba enfurruñada de que «algunos se han complacido en escribir» que su aventura colonial no fue más que «un asesinato de hombres [pero] más regulado». El año siguiente fue mucho peor, porque otra grave sequía obligó a los indios y a los recién llegados a competir para conseguir alimentos escasos, lo cual culminó en una masacre que costó la vida casi a 350 hombres, mujeres y niños ingleses. Entonces, según un destacado colono, se produjo «una enfermedad generalizada, diría que hemos perdido poco menos de quinientos y de los demás no hay muchos que no hayan llamado a las puertas de la muerte». No obstante, continuaba diciendo:

> Con nuestras escasas y débiles fuerzas hemos expulsado a los indios de su morada, hemos quemado sus casas y les hemos arrebatado su maíz, dando muerte a no pocos de ellos. El gran rey ahora busca la paz y ofrece una com-

pensación por sus prisioneros, cuyo bien parecemos inclinados a buscar y si podemos intentaremos que estén tan seguros como estábamos nosotros, *para que [posteriormente] podamos seguir su ejemplo y destruirlos*.

La estrategia resultó: en torno a 1670 una serie de guerras y enfermedades había reducido la población indígena de Tidewater, haciendo que quizá pasara de 20 000 personas a menos de 2000. Cuando Benjamin Franklin y otros ensalzaban la fertilidad de «*nuestro* pueblo», sólo se referían a descendientes de europeos como ellos[9].

Aunque los colonos ingleses de Virginia lograron «expulsar a los indios de su morada», no dejaron de sufrir a causa de un clima hostil. En 1637, un propagandista de Nueva Inglaterra se regodeaba señalando que «muchos hombres» habían llegado a Massachusetts «enfermos desde Virginia», pero que se habían «recuperado instantáneamente con ayuda de la pureza de ese aire» y que Bay Colony «en siete años podría presentar más niños vivos allí nacidos que Virginia en veintisiete años». A continuación, durante el invierno de 1641-1642, toda la bahía de Chesapeake se congeló, mientras que en el de 1657-1658 el río Delaware «se congeló hasta tal punto que un ciervo podía correr por encima […], un caso extraordinario, desconocido para los indios más viejos[10]». Todavía en 1650, sólo 15 000 colonos vivían en Virginia. La población blanca no pudo mantenerse a sí misma hasta la década de 1680, cuando el número de colonos llegó a 60 000.

Ese hito tardó todavía más en alcanzarse en las colonias inglesas del Caribe, en gran medida por culpa de las enfermedades tropicales, sobre todo las difundidas por mosquitos, como la malaria y la fiebre amarilla, que proliferaron en las condiciones de mayor humedad creadas por el incremento de la acción del *Niño*. De los 7000 ingleses que invadieron Jamaica en 1655 siguiendo el llamado *Western Design* («Plan Occidental») de Cromwell, más de 5000 perecieron durante los primeros diez meses, y aunque unos 223 000 europeos llegaron a Barbados, Jamaica y las islas de

Sotavento durante el siglo XVII, en conjunto, la población blanca de esos lugares sólo pasó de 34 000 individuos en la década de 1650, a 40 000 en la de 1690[11].

Durante el siglo XVII la mortalidad entre los habitantes indígenas de Angloamérica también fue elevada. En 1621, en uno de los primeros sermones pronunciados en la plantación de Plymouth, el reverendo Robert Cushman señaló que los «[indios] estaban muy debilitados en los últimos tiempos, en razón de la gran mortalidad que cayó sobre ellos hace ya tres años, que unida a sus propias disensiones internas y sangrientas guerras, los ha debilitado hasta tal punto que creo que apenas queda vivo uno de cada veinte». En torno a la bahía de Massachusetts los arqueólogos han descubierto varias fosas comunes de indios de comienzos del siglo XVII que carecen de los acostumbrados productos funerarios, lo que sugiere que la mortalidad fue inusualmente rápida, probablemente a causa de la viruela; en tanto que Thomas Morton, a su llegada en 1622, descubrió cúmulos de «huesos y cráneos amontonados en varios de sus asentamientos». Las copiosas pruebas de muerte súbita «constituían tal espectáculo» que «me pareció encontrar un nuevo Gólgota[12]».

La escalofriante imagen que describe Morton refleja la diferencia crucial entre la etiología europea y la de los indígenas americanos. Aunque los pueblos indios de América sufrían varias enfermedades antes de entrar en contacto con los europeos, a muchos de los primeros colonos les parecieron robustos, sanos e «insólitamente libres de cualquier defecto o deformidad física visible[13]». En parte, esto reflejaba la ausencia de enfermedades que produjeran «atrofias» y desfiguraciones como la viruela y el sarampión; pero, lamentablemente, lo que esto suponía era que a la llegada de los europeos había una población virgen sin defensa alguna. Esa generalizada vulnerabilidad, además de la probabilidad de que varias enfermedades del Viejo Mundo (sobre todo la viruela y la fiebre amarilla) se tornaran más virulentas en el

siglo XVII *(véase capítulo 4),* no sólo explican que Thomas Morton encontrara un «nuevo Gólgota» en Massachusetts, sino el mantenimiento del insólitamente elevado índice de mortalidad de la población indígena de Nueva Inglaterra. En Massachusetts, John Winthrop aludió a ese fenómeno en 1634, cavilando que «si a Dios no pluguiera que heredáramos estos parajes, ¿por qué expulsó a los indígenas antes que a nosotros? ¿Y *por qué sigue haciéndonos sitio, reduciéndolos a ellos mientras nosotros aumentamos*?»[14].

No obstante, a algunos de los primeros colonos de Nueva Inglaterra les seguía abrumando lo que Roger Williams, de la colonia de Providence, calificó en 1637 de «océano de problemas y padecimientos en el que navegamos». Quizá estuviera pensando en el huracán que dos años antes «echó por tierra todo el maíz, que no volvió a crecer», y que fue seguido de un crudo invierno que obligó a muchos colonos recientemente asentados en granjas de Connecticut a regresar hambrientos a Bay Colony, donde también se toparon con una «gran escasez de maíz», gracias a la acción combinada de la sequía y la llegada de un número mayor de colonos del que la plantación podía mantener[15]. Sin embargo, en lo que más pensaba Williams era en la guerra de los pequots.

«Era el capitán Hambre el que más los amenazaba»: el Atlántico anglosajón en guerra.

Inicialmente, la viruela no afectó a la nación pequot, cuyos integrantes ocupaban casi 5200 kilómetros cuadrados en el sur de Nueva Inglaterra. La mayoría era semisedentaria y vivía en grupos de entre diez y veinte familias, aunque quizá setenta vivieran en un asentamiento fortificado en Mystic (el actual estado de Connecticut). Gracias a su número y su situación estratégica, en 1630 los pequots controlaban casi todo el comercio de las colonias inglesas con los holandeses, situados al norte y al este, y con otras naciones indias del oeste, pero esto aumentó su contac-

to con las enfermedades europeas y su número cayó desde los 13 000 individuos de 1620, a los escasos 3000 de quince años después. Esta pérdida desestabilizó toda la zona y en 1634 John Winthrop señaló que «ahora [los pequots] estaban en guerra con los narragansetts, a los que hasta este año habían sometido, y también con los holandeses», de manera que «por estas razones no podían comerciar sin peligro en parte alguna[16]». Por el contrario, el número de colonos no dejó de incrementarse y en el valle del río Connecticut volvieron a verse grupos en busca de tierra de labor productiva. Como en esa zona la cantidad de habitantes indígenas superaba con mucho a la de colonos, el gobernador de Massachusetts contrató a Lion Gardiner, un ingeniero de prolongada experiencia militar en Europa, para que construyera un nuevo fuerte en Saybrook. Gardiner aconsejó prudencia, porque…

> … la guerra es un taburete de tres patas: si falta una, todo se viene abajo. Y esas tres patas son los hombres, las vituallas y la munición. Por lo tanto, viendo que en paz uno pasará hambre, ¿qué se hará o podrá hacerse en guerra? Así que yo creo, le dije, que *lo mejor será enfrentarse sólo al capitán Hambre y dejar en paz las fortificaciones una temporada*[17].

El gobernador Henry Vane, de veinticuatro años y con sólo seis meses en el cargo, no escuchó, y a comienzos de 1637 envió un contingente de colonos, con refuerzos de narragansetts y otros indios enemigos de los pequots, para lanzar un ataque por sorpresa contra Mystic. El éxito superó con creces las expectativas de Vane. Sus tropas penetraron en la empalizada y prendieron fuego a los tipis del interior, lo cual «quemó las cuerdas de sus arcos y los tornó inservibles», permitiendo a los colonos y a sus aliados indígenas disparar sin riesgos a los que intentaban escapar. En menos de una hora perecieron entre cuatrocientos y setecientos pequots. Sólo siete escaparon (*lámina 19*). La magnitud de la carnicería y la «aterradora visión» de seres humanos «friéndose de tal manera en el fuego y los ríos de sangre sofocándolo» conmocionaron a «jóvenes soldados que nunca habían es-

tado en la guerra». Algunos preguntaban: «¿Por qué habéis de ser tan violentos?» Pero los colonos veteranos les aseguraron que «en ocasiones las Escrituras proclaman que mujeres y niños deben perecer con sus padres [...]. Para nuestro proceder teníamos nosotros luz suficiente de la Palabra de Dios[18]».

Como ha señalado Neal Salisbury, «para muchos colonos, la carnicería infligida a los pequots fue un punto de inflexión ideológico y militar en la guerra y en su conquista de Nueva Inglaterra». Después de la masacre de Mystic, los colonos «en poco tiempo se adentraron en los bosques, mataron e hicieron prisioneros a unos 1400» pequots, «e incluso todo lo que encontraban a su paso, para gran terror y asombro de todos los indios hasta el día de hoy», hasta que en septiembre de 1638 representantes de los victoriosos ingleses y sus aliados se reunieron en el enclave comercial holandés de Hartford para repartirse a los vencidos y sus propiedades. El Tratado de Hartford prohibió a los pequots supervivientes utilizar su nombre y su lengua, o «vivir en el territorio que antes fue suyo, pero que ahora es de los ingleses por derecho de conquista». También incluía la primera ley sobre esclavos fugitivos de la historia de Norteamérica: cualquier antiguo pequot que escapara debía ser devuelto a su antiguo captor. En 1643, según la orgullosa jactancia de un grupo de graduados de Harvard, «el nombre de los pequots (como el de los amalequitas) ha quedado borrado bajo los cielos, ya que no hay nadie que sea o que (por lo menos) se atreva a llamarse pequot[19]». Después de 1640, la proporción entre hombres y mujeres entre los pequots cayó hasta llegar a un varón por cada veinte mujeres, y el declive de la tribu continuó hasta sólo contar con 66 miembros a comienzos del siglo XX. Por el contrario, la población inglesa del valle de Connecticut y de Long Island ya superaba los 5000 individuos, y sólo en New Haven había 2500 colonos.

El maíz incautado a los pequots durante la guerra ayudó a los colonos de Nueva Inglaterra a sobrevivir otro «invierno muy

duro», en el que «la nieve se mantuvo entre el 4 de noviembre y el 23 de marzo, con media yarda [medio metro] de espesor», y a una sequía en 1639; pero entre 1641 y 1642 llegó el segundo invierno más frío en un siglo y la bahía de Massachusetts «se congeló tanto y durante tanto tiempo que, según decían los indios, no se había visto cosa igual en cuarenta años». Posteriormente, la sequía y el frío mermaron enormemente las cosechas de toda Nueva Inglaterra, precisamente cuando estalló la guerra civil inglesa (*véase capítulo 11*). Aunque en 1640 John Winthrop se regocijó al tener noticias de la invasión escocesa de Inglaterra y de la convocatoria del llamado Parlamento Largo, lamentó que «algunos de nosotros comenzaron a pensar en regresar a Inglaterra» y otros en «trasladarse a los territorios del sur [Virginia], suponiendo que allí encontrarían mejores medios de subsistencia y a tal fin abandonaron aquí sus haciendas por muy poco dinero». Entre mayo y octubre de 1640, el precio del grano en Massachusetts se redujo casi a la mitad y el del ganado perdió tres cuartos de su valor, lo cual ocasionó…

> … una súbita y enorme rebaja de los precios de nuestros propios productos […], razón por la cual los hombres no podían saldar sus deudas, porque ni dinero ni trabajo había, y aquel que el año pasado o sólo hace tres meses tenía mil libras, no podría sacar hoy por toda su hacienda, si la vendiera, ni siquiera doscientas; así nos ha enseñado Dios cuánta vanidad habita en las cosas materiales.

La «vanidad» de Winthrop recibió otro golpe en junio de 1641, cuando la alegría que le causó la ejecución de Strafford y la detención del arzobispo Laud («nuestro gran enemigo») la empañó el hecho de que «esto hizo que todos los hombres permanecieran en Inglaterra, a la espera de un nuevo mundo, y que, al venir pocos a nosotros, todos los productos extranjeros se tornaran escasos y los nuestros no valieran nada[20]».

Durante toda la década la situación de las colonias de Nueva Inglaterra siguió siendo peligrosa. El predicador de Massachusetts Increase Mather afirmó posteriormente que «mayor es el nú-

mero de personas que ha abandonado Nueva Inglaterra que el de las que allí han ido». Podría haber añadido que entre los que «abandonaron» con el fin de apoyar la causa parlamentaria estaban muchos miembros de la élite de la colonia: catorce de los primeros veinticuatro graduados del Harvard College (uno de ellos, George Downing, que llegaría a ser jefe de los espías de Oliver Cromwell); Hugh Peter, que se convirtió en el predicador favorito de Cromwell, y por lo menos siete coroneles del ejército parlamentario (como Stephen Winthrop, hijo de John). Otros dos hombres de Nueva Inglaterra (uno de ellos Henry Vane, vencedor de los pequots) obtuvieron escaños en el Parlamento Largo, otro formó parte de la Asamblea de Divinos de Westminster y otro firmó la sentencia de muerte del rey[21]. Muchos de los que permanecieron en Nueva Inglaterra también se convirtieron en guerreros parlamentarios que, aunque «emboscados», trataban de matar a los monárquicos con sus oraciones y enviaban sermones, poemas, cartas y tratados de aliento a Inglaterra. Así, a comienzos de 1643, Anne Bradstreet, de Cambridge, Massachusetts, primera poeta angloamericana en publicar, escribió un poema titulado «Dialogue between Old England and New concerning their present troubles» [«Diálogo entre la Vieja Inglaterra y la Nueva en relación con las actuales perturbaciones»], en el que la fiel «hija» de las colonias instaba a su «madre» a mostrarse inmisericorde con los monárquicos:

Adelante, valiente Essex, muestra de quién eres hijo,
ni al rey ni a la patria hay traición en tu seno,
sí a quienes a su pueblo y su Corona hieren.
Expúlsalos, destrúyelos y pisotéalos con fuerza:
que las celdas se llenen con los restos de esa caterva
y la férrea Tyburn reviente hasta agrietarse[22].

Aunque Nueva Inglaterra apoyó al Parlamento, Virginia (y algunas otras colonias) se mantuvieron fieles al rey Carlos, que denunció los esfuerzos del Parlamento por diseminar «esta horrible rebelión incluso en esos apartados lugares». Barbados, que era

con mucho el asentamiento inglés más próspero del Nuevo Mundo, vio en la neutralidad la mejor manera de sobrevivir y sus propietarios de pleno derecho juraron «no aceptar alteración alguna del gobierno hasta que Dios en su gran misericordia tenga a bien unir al rey y al Parlamento» y prosiguieron con ahínco en sus prácticas de libre comercio[23]. Al principio, el regicidio no cambió mucho las cosas —sólo Rhode Island reconoció inmediatamente como gobierno legítimo a la República de Cromwell —, pero en 1652 el nuevo régimen envió una flota para hacer valer su autoridad en el Caribe y otra para someter Virginia. También creó un Consejo de Comercio para fomentar esa actividad en ultramar y aprobó las Leyes de Navegación, que sólo permitían realizar actividades comerciales en el Atlántico anglosajón a los mercaderes ingleses. Además, envió a América a miles de sus derrotados adversarios británicos e irlandeses, que se unieron en sus extenuantes labores a las decenas de miles de esclavos traídos de África; mientras que el hecho de que Nueva Inglaterra (en palabras pronunciadas en 1643 por un grupo de jactanciosos colonos) estuviera «en paz y libre de enemigos, cuando casi todo el mundo está en llamas», hacía que la emigración de ingleses libres de ambos sexos también aumentara. En total, la población de las colonias angloamericanas se cuadruplicó, pasando de unas 50 000 personas a 200 000 durante la década de 1650[24].

La revolución británica fortaleció a Angloamérica de otras formas. La caída de los precios locales y la interrupción del comercio transatlántico después de 1640 obligaron a los colonos a depender de sus propios recursos. En lugar de importar lo que necesitaban de Europa, explotaron minas locales de hierro y plomo, y trabajaron *in situ* esos metales, invirtieron más en pesca y tala, y se fabricaron sus propios tejidos y buques. Llegada la década de 1660, casi cien navíos —muchos de ellos construidos en Nueva Inglaterra— atracaban anualmente en Boston, comerciando con productos traídos de Europa, las colonias sureñas y

las Antillas. A mediados del siglo XVII, desde Terranova hasta Trinidad, Angloamérica dio lugar a estructuras económicas, demográficas, sociales y constitucionales propias y novedosas, y en Londres la Monarquía restaurada no tocó lo que la República había traído consigo, hasta que en 1676 «una concatenación de desastres» produjo varios importantes cambios[25].

En la primavera de 1676, el gobernador de Barbados señaló que aunque su isla había sufrido algunas «desgracias, primero por los negros [una revuelta] y después por un huracán», sus habitantes siguen «teniendo una ventaja»:

> No duermen con igual intranquilidad que sus demás vecinos de América, de los que no reciben más que malas noticias sobre estragos diarios de los indios, que cada vez tienen más fuerza y éxito, extendiéndose como una plaga por todo el continente, desde Nueva Inglaterra, donde han quemado algunos pueblos y destruido a mucha gente, a Maryland, donde lo mismo han hecho, al igual que en Virginia[26].

Los «estragos diarios» de Nueva Inglaterra comenzaron con la guerra de los pequots, con la que se había iniciado la colonización europea del valle de Connecticut. La creciente demanda de tierras y víveres de los recién llegados alarmó hasta a sus más fieles aliados indios, y en 1642 Miantonomo, uno de los jefes narragansetts que había ayudado a exterminar a los pequots, hizo un llamamiento a sus vecinos para que se unieran antes de que fuera demasiado tarde. De igual modo que «todos nosotros [somos] indios, como los ingleses son ingleses, y que nos llamamos unos a otros "hermano", debemos ser uno como ellos lo son, o no tardaremos en desaparecer», dijo a los montauks de Long Island.

> Sabéis que nuestros padres tenían venados y pieles en abundancia, nuestras llanuras estaban llenas de venados, como también nuestros bosques, y también de pavos, y nuestras calas y ríos estaban llenos de peces y aves. Pero estos ingleses han tomado nuestra tierra, con guadañas han cortado la hierba y con hachas han derribado los árboles. Sus vacas y caballos se comen la hierba y sus cerdos echan a perder nuestros bancos de almejas, y todos moriremos de hambre.

Miantonomo anunció que él y «todos los *sachems* [jefes supremos indios] del este y el oeste» habían decidido «en un día señalado [...] caer sobre los hombres, las mujeres y los niños [ingleses], y matarlos, pero no a las vacas, porque nos servirán de alimento hasta que vuelva a haber más venados de los nuestros[27]».

El llamamiento de Miantonomo fue contraproducente. Por una parte, un montauk partidario de los ingleses traicionó a los conjurados, en tanto que al año siguiente un *sachem* mohegan rival capturó y asesinó a su instigador; por otra, el miedo a una alianza panindia fomentó la colaboración de los diversos grupos de colonos. El preámbulo de los Artículos de la Confederación de las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra (1643) no sólo mencionaba las «numerosas insolencias y atrocidades» cometidas por «los nativos», sino «esas tristes distracciones [que tienen lugar] en Inglaterra, de las que han tenido noticia y que saben que nos causan dificultades» para recibir protección. La nueva alianza contemplaba una cooperación general (en la que se incluía la devolución de criminales o sirvientes vinculados por contratos de aprendizaje que se hubieran fugado) y asistencia militar mutua en caso de ataque[28].

En el curso de una generación, los colonos de Nueva Inglaterra habían propiciado precisamente la crisis prevista por Miantonomo. Como señaló en 1676 *sir* William Berkeley, gobernador de Virginia: «Todos los plantadores ingleses del continente codician más tierras de las que sin riesgo pueden tener». Este anhelo, en su opinión, «era la causa de los problemas de Nueva Inglaterra y de que los indios se quejaran de que los extranjeros los hubieran dejado sin tierra para mantener a sus esposas e hijos y salvarlos del hambre[29]». Mucha verdad había en su análisis, ya que la tierra cultivable de que disponían los «indios» se redujo realmente hasta no permitir siquiera niveles de subsistencia, pero diversas razones explican esa situación. En primer lugar, el rápido incremento de la población europea (a causa de la inmigración y

del crecimiento natural ensalzado por Benjamin Franklin) amplió automáticamente el número de bocas que alimentar y el de campos necesarios para producir víveres. En segundo lugar, los colonos no sólo tenían cultivos de subsistencia, también otros rentables, como el tabaco, y esta diversificación reducía igualmente la cantidad de tierra cultivable. En tercer lugar, el ganado de los colonos también necesitaba espacio, y mucho: los animales pisoteaban los cultivos al pastar y los cerdos arrancaban los depósitos de almejas y de maíz, y aunque los indígenas rogaban a los recién llegados que cercaran sus pastos, éstos replicaban que eran los indios quienes debían cercar sus campos. Finalmente, el «archivo natural» de lo que ahora es el este de Estados Unidos sugiere que a mediados del siglo XVII un tiempo más frío de lo habitual redujo la producción agrícola, aumentando por tanto la inquietud con que ambas comunidades veían sus perspectivas de supervivencia a largo plazo. Además de todos estos cambios, la práctica extinción de los animales productores de pieles de Nueva Inglaterra, sobre todo del castor, a causa de la caza excesiva, conllevó que los nativos dispusieran de menos productos comerciales que ofrecer a los colonos. A su vez, esta escasez supuso que siempre que los tribunales de los colonos multaban a los indios por alguna infracción, normalmente la tierra era el único bien que les quedaba para pagar. Esta dinámica precipitó la guerra del Rey Philip, y estuvo a punto de acabar con la existencia de Nueva Inglaterra.

En 1671, el Tribunal de la Bahía de Massachusetts impuso al *sachem* de los wampanoag, conocido para la posteridad como Philip (su nombre inglés) o Metacom (su nombre algonquino) una multa de cien libras, una suma notable que sólo podía abonar entregando parte de su tierra a los colonos. Según un colono bien informado, Philip tenía planeado vengarse lanzando un ataque inmediato contra los colonos de Massachusetts, «y lo habría hecho de no habérselo impedido rápidamente la mano de Dios

en ese momento, por lo menos en dos ocasiones a causa de copiosas lluvias» que acabaron con las cosechas de las que dependía su pueblo. Así que Philip comenzó a seguir el ejemplo de Miantonomo y forjó alianzas con sus vecinos, además de hacerse con armas y levantar fuertes. En junio de 1675, durante el «año sin verano», cuando un tiempo insólitamente frío amenazaba los cultivos tanto de los indios como de los recién llegados, el «Rey Philip» (como ahora lo llamaban los ingleses) lanzó un ataque coordinado en el que acabaron participando unos 8000 indios[30].

Philip estaba al mando de muchos más combatientes que los colonos y sus hombres destacaban en «formas de guerra sigilosa» como incursiones y emboscadas. No obstante, dos debilidades cruciales minaban su causa: no sólo las tensiones inherentes a una alianza, sino la ausencia de tradición entre las tribus de Nueva Inglaterra de lealtad a un solo líder; de hecho, varios de los enemigos tradicionales de los wampanoag luchaban por las Colonias Unidas. En consecuencia, aunque, citando de nuevo al gobernador Berkeley, Philip «hizo que los hombres de Nueva Inglaterra abandonaran unas cien millas [160 kilómetros] de territorios que durante varios años habían ocupado y en los que habían levantado pueblos», él y sus aliados sufrieron varias derrotas decisivas[31]. Lo más importante fue que el invierno inusualmente frío de 1675-1676 congeló el Gran Pantano, que normalmente protegía un importante fuerte de los narragansetts, permitiendo a un ejército de colonos cruzar el hielo hasta llegar a esa plaza y matar a todos sus ocupantes. Después, a comienzos de 1676, los mohawks, miembros de la Confederación Iroquesa, asaltaron el campamento de invierno de Philip, obligándolo a él y a sus seguidores a dispersarse. Durante un tiempo, otro mal período vegetativo se conjugó con más hostilidades para producir escasez en Nueva Inglaterra, pero los colonos se aprovisionaron por mar y también entre sí, mientras los partidarios de Philip morían de hambre[32]. Por otra parte, los colonos adoptaron tardíamente

«las formas de guerra sigilosa», realizando operaciones conjuntas con sus aliados indios, hasta que en agosto de 1676 arrinconaron a Philip y lo mataron. Aunque la guerra se prolongó durante dieciocho meses más, el dominio indio al este del río Connecticut ya no volvería a ser el mismo.

Con todo, la victoria salió muy cara. Quizá 3000 indios murieran a causa de los combates, las enfermedades y el hambre; otros 2000 huyeron y 1000 más fueron condenados a la servidumbre en las Bermudas; mientras que de las noventa localidades de colonos que había en Nueva Inglaterra antes de la guerra, las fuerzas de Philip atacaron 52, saquearon veinticinco y arrasaron diecisiete. Algunos de los enclaves más pequeños desaparecieron para siempre y «se precisaría la labor de una generación para recuperar las zonas fronterizas echadas a perder por el conflicto». En relación con la población, fue «la guerra que más vidas costó de la historia de América [Estados Unidos]. De una población total de unas 30 000 personas, uno de cada dieciséis hombres en edad de combatir murió violentamente o a causa de la guerra, y muchos hombres, mujeres y niños perecieron violentamente, sufrieron cautividad o perecieron de hambre o de frío a causa de las incursiones indias». La guerra, que también «estuvo a punto de echar por tierra la economía colonial», perturbando la trata de pieles y el comercio con las Antillas, «eliminó hasta tal punto el capital invertido en la colonización por las dos generaciones fundadoras que la renta per cápita no recuperó los niveles de 1675 hasta 1775». Además, sólo la colonia de Plymouth destinó más de 100 000 libras a la guerra, y Connecticut 30 000 más. Como pérdidas humanas y materiales de esa magnitud ponían en peligro el «mantenimiento de la prosperidad [de Nueva Inglaterra], quizá incluso su pervivencia», en abril de 1676 sus líderes pidieron ayuda a Londres[33].

Poco después, otra solicitud de ayuda llegó desde Virginia. En julio de 1676 algunos de los plantadores de Chesapeake exigie-

ron al gobernador Berkeley que avalara los ataques sobre sus vecinos indios. Cuando éste se negó, un grupo de descontentos dirigidos por Nathaniel Bacon, un colono recién llegado y con buenos contactos, emitieron una «declaración» en nombre de «los comunes de Virginia» que, «en nombre de Su Majestad», instaba a la detención del gobernador y sus partidarios por «traición al rey». También buscaron apoyos en Maryland. Ambos bandos se ofrecieron a liberar a cualquier sirviente y esclavo que aceptara tomar las armas de sus adversarios (algo nunca visto), y en septiembre Bacon y sus partidarios bombardearon con artillería Jamestown, capital de la colonia. A continuación entraron y «prendieron fuego a la ciudad, la iglesia y la sede del gobierno», de manera que al «amanecer del 21 de septiembre de 1676 se habían destruido propiedades por valor de 45 000 libras esterlinas. No quedaba ninguna casa habitable[34]».

Al final, fue el entorno insalubre de Tidewater lo que cortó la rebelión de raíz: la disentería se llevó por delante a Bacon y a muchos de los revoltosos colonos recién llegados de Inglaterra, pero varios analistas vincularon los acontecimientos ocurridos en 1676 en Virginia y Nueva Inglaterra con los registrados en Irlanda en 1641 («si es eso posible, la tiranía de los nativos *supera la de la rebelión en Irlanda*»; ya que han «*manchado sus manos con la sangre de muchos buenos súbditos de Su Majestad*»). En consecuencia, el gobierno de Londres envió una flota de catorce buques de guerra con 1300 soldados regulares y orden de pacificar primero Virginia para después dirigirse a reinstaurar el orden en Boston[35].

James, duque de York y Albany, futuro Jacobo II, desempeñó un importante papel en la formulación de la nueva política. Ya era «propietario» [señor] de los territorios norteamericanos adquiridos en 1674 a los holandeses (de ahí el nombre de «Nueva York» y los de otras dos importantes localidades), y el gobernador que actuaba en su nombre, *sir* Edmund Andros, fue determinante en la derrota del Rey Philip, ya que movilizó a los iroque-

ses contra él. En 1677 Andros selló un acuerdo a largo plazo, conocido como *Covenant Chain* («Cadena de Alianzas») con toda la Confederación Iroquesa, que llevó la paz a la frontera anglo-india entre Maine y las Carolinas, pero a costa de detener durante casi un siglo la expansión colonial hacia el oeste[36]. Carlos y Jacobo tomaron medidas para contener a las colonias. Al igual que en Inglaterra (*véase capítulo 12*) durante toda la década de 1680 revocaron cartas y otras concesiones regias, en tanto que en 1686, Jacobo (ya rey) creó el dominio de Nueva Inglaterra, del que Andros fue primer gobernador general.

A comienzos de 1689, *sir* Edmund estaba en Boston, consolidando su autoridad, cuando tuvo noticias de la Revolución Gloriosa registrada en Inglaterra. Un grupo de colonos de Massachusetts capturó y apresó inmediatamente al gobernador general (y a parte del Consejo que éste había nombrado); después, seguidos de otras colonias de Nueva Inglaterra, recuperaron la forma de gobierno que dictaban sus anuladas cartas. Posteriormente, la élite colonial de Massachusetts (al igual que las de Maryland y Nueva York, también partidarias de la rebelión contra Jacobo) proclamó que sus soberanos eran Guillermo y María, pero la autonomía de los colonos preocupaba a sus nuevos gobernantes, que, aunque desmantelaron el dominio creado por Jacobo, también otorgaron nuevas cartas coloniales que concedían más autoridad a la Corona.

El recuerdo de las grandes guerras anglo-indias de mediados del siglo XVII y de sus resultados no se circunscribió a los Apalaches. En 1811, intentando en vano unir a las naciones indias del Medio Oeste, el jefe shawnee Tecumseh preguntó retóricamente: «¿Dónde están hoy los pequots? ¿Dónde los narragansetts, los mohicanos, los pocanets y otras poderosas tribus de nuestro pueblo? Se han desvanecido ante la avaricia y la opresión del hombre blanco, como la nieve ante el sol del verano [...]. ¿Acaso nosotros nos dejaremos también destruir?»[37] Es curioso que Tecu-

mseh omitiera de su llamamiento a otras «poderosas tribus de nuestro pueblo» destruidas a mediados del siglo XVII, entre ellas los lenapes (o indios de Delaware) de Nueva York y Nueva Jersey, y a sus propios antepasados de lengua algonquina, que vivían en torno al lago Huron. Los ancestros de Tecumseh no habían sido víctimas directas de la «avaricia y la opresión del hombre blanco», sino de las de los iroqueses.

Nueva Francia y las guerras de los castores

La historia de las tierras situadas en el curso del San Lorenzo y en torno a los Grandes Lagos norteamericanos durante el siglo XVII se asemeja en varios aspectos a la de la vecina Nueva Inglaterra. Lo crucial fue el rápido incremento de la población europea. Casi el 70 por ciento de las mujeres llegadas a la colonia desde Francia se casaba antes de cumplir los veinte años, en tanto que la mitad de los matrimonios de colonos tuvieron un mínimo de cuatro hijos y un cuarto de ellos por lo menos diez. Después de 1650, algunas parroquias de Quebec registraron tres o cuatro nacimientos por cada fallecimiento. El gobierno de la metrópoli francesa recompensaba generosamente esta notable fecundidad. A partir de 1669, toda mujer francocanadiense que contrajera matrimonio antes de los dieciséis años recibía veinte *livres* (al igual que todo varón que se casara antes de los veinte), y todos los padres de familia que mantuvieran a diez hijos recibían trescientas *livres*, en tanto que los que mantenían a doce percibían cuatrocientas. Gracias a todos esos factores, el número de colonos franceses pasó de ochocientos en 1660, a 15 000 en torno a 1688, año en que el mariscal Vauban (principal asesor estadístico de Luis XIV) pronosticó que la población de la colonia se duplicaría con cada generación[38].

Al igual que en Nueva Inglaterra, ni siquiera este espectacular aumento logró compensar el declive de la población india. En parte, esta reducción era deliberada, porque los iroqueses eran de

organización matrilineal, es decir, transmitían la «herencia por línea materna; [y tenían] hogares encabezados por mujeres; mujeres que podían tener relacionas sexuales pre y extramaritales; fertilidad controlada por las mujeres; crianza permisiva con los niños; matrimonios de prueba; matrimonios dictados por las madres; divorcios a demanda; custodia materna de los niños en caso de divorcio [y] poliandria». Finalmente, en algunas ocasiones las mujeres iroquesas también utilizaban hierbas para abortar (y quizá también como anticonceptivo, ya que parece que pocas veces tenían dos embarazos en menos de dos años). Todas estas prácticas mitigaron la intensidad de la crisis de mediados del siglo XVII, atemperando la demanda de una provisión de víveres limitada o decreciente[39]. Pero las mujeres iroquesas no pudieron resistir las nuevas enfermedades europeas.

Según Adriaen Van der Donck, un holandés que pasó la década de 1640 en el valle del Hudson y que después escribió una detallada «descripción» de la región, los indios americanos «dicen que, antes de la llegada de los cristianos y antes de que la viruela estallara entre ellos, eran diez veces más numerosos que ahora y que esta enfermedad había fundido a su población, causando la muerte de nueve de cada diez de sus miembros[40]». Los «cristianos» comenzaron a llegar en 1609, cuando Henry Hudson remontó con un barco holandés el río que hoy lleva su nombre, arribando al lugar donde se enclavaría Albany, mientras un grupo de franceses dirigido por Samuel de Champlain avanzaba desde Quebec (que él había fundado el año anterior) por el San Lorenzo hasta llegar a Crown Point. Tanto Hudson como De Champlain esperaban encontrar un «pasaje al noroeste» que los llevara a China y así aprovecharse de sus riquezas; y aunque fracasaron, sí se aprovecharon de la abundancia de castor norteamericano, cuya gruesa piel servía para fabricar sombreros calentitos e impermeables. Sólo en Albany «se matan 80 000 castores al año», según Van der Donck, que añadía: «Hay personas que se

imaginan que con el tiempo se acabará con los animales del campo, pero es una inquietud innecesaria. Ya hace muchos años que continúa [la caza] y la cantidad que se recoge no disminuye». Pero a este respecto Van der Donck, que nunca llegó al este de los Apalaches, estaba mal informado. El castor se convirtió en «víctima de una de las campañas de caza más intensivas que haya sufrido especie alguna durante la historia del mundo» y la consiguiente «fiebre de las pieles» no sólo redujo drásticamente el número de castores, sino, con el tiempo, el de cazadores indios[41].

Muchos indios de las riberas del San Lorenzo murieron durante las guerras del siglo XVII. En 1609, en Crown Point, De Champlain y varios cientos de aliados hurones y algonquinos que cultivaban y cazaban en los bosques situados al norte del lago Ontario se toparon con un grupo de guerreros mohawks, miembros de la Confederación Iroquesa, que controlaba los bosques del sur del lago. Los franceses utilizaron sus armas de fuego para matar a los tres jefes mohawks en el acto, así como a varios guerreros que huían, dejando el resto de la tarea a los aliados francohurones. Esta victoria supuso un punto de inflexión en las relaciones entre los europeos y los indios de la región: «El inicio de la larga, lenta destrucción de una cultura y una forma de vida de la que ninguno de los bandos se ha recuperado». Los derrotados mohawks intentaron aliarse con otros grupos europeos, pero mientras los hurones solían cambiar pieles de castor por objetos de metal, sobre todo herramientas, los mohawks y otros grupos iroqueses las cambiaban principalmente por coñac y armas de fuego. Los iroqueses no sólo no tardaron en poseer muchas «armas ligeras de caza, mosquetes, pistolas, etc»., sino que, disparando con precisión, también eran «mucho más proclives a su uso [...] que muchos de los ingleses, a causa de la rapidez de sus pies y su agilidad corporal[42]».

Durante un tiempo los hurones siguieron progresando, ya que las herramientas de metal proporcionadas por los franceses les

permitieron incrementar sus cosechas de maíz, y su número creció hasta alcanzar quizá los 25 000 individuos: pero los europeos con los que se encontraban pusieron a los tratantes hurones en contacto con el sarampión y la viruela, enfermedades ante las que no parecían tener defensas. Después de una epidemia especialmente virulenta, registrada entre 1639 y 1640, los hurones, que se quedaron en apenas 12 000 individuos, carecían ya de fuerza para resistir los ataques de los mohawks y de otros grupos iroqueses. Peor aún, la adquisición de armas de fuego y municiones europeas, y el furor etílico que provocaba el consumo del coñac de los colonos, dotaron a los iroqueses de una renovada ferocidad en el combate. Según escribió el misionero jesuita Isaac Jogues en 1643, el «propósito» de los iroqueses «es atrapar, si pueden, a todos los hurones, y, después de dar muerte a los más importantes y a buena parte de los demás, convertirlos en su mismo pueblo para una misma tierra[43]». Jogues no se daba cuenta de que los iroqueses también luchaban para compensar sus propias pérdidas a causa de las enfermedades integrando prisioneros capturados de otras naciones indias, una forma de enfrentamiento conocida con el nombre de «guerra de duelo», en la que las mujeres (sobre todo las viudas) de la tribu separaban a los cautivos capaces de reproducirse, a los que salvaban, antes de torturar y matar a los demás.

Los hurones hicieron lo posible por defenderse. En 1645 firmaron una paz con los iroqueses y, por si acaso ésta fracasaba, convencieron a los jesuitas y a los colonos franceses que vivían con ellos de que les proporcionaran armas y les enseñaran a fortificar mejor sus pueblos. Pese a todo, los iroqueses quemaban los maizales de los hurones y les robaban las pieles, hasta que, durante la hambruna de 1649, lanzaron un ataque generalizado. Los hurones habían dispuesto una retirada ordenada en caso de necesidad, así que quemaron sus poblados y se retiraron a una isla del lago Huron, acompañados por unos cincuenta misioneros,

artesanos y soldados franceses, pero como la sequía acabó con el maíz cultivado por los refugiados, muchos de ellos (sobre todo niños) murieron de hambre. En 1987, al excavarse un fuerte y un pueblo huron adyacente se encontró una tumba llena de diminutos esqueletos de niños desnutridos: víctimas de la obsesión europea con las armas de fuego y los sombreros de piel[44].

Este plan de migración ordenada permitió a los hurones sobrevivir a las guerras de los castores y a la posterior hambruna invernal y, por tanto, la preservación de su identidad colectiva una vez abandonada su tierra; pero, como ocurre en todos los procesos migratorios, a grupos íntimamente relacionados con los recursos, la ecología y el equilibrio natural de sus tierras ancestrales les cuesta mucho más sobrevivir como refugiados desnutridos en un entorno ajeno. Por ejemplo, los hurones se llevaron consigo a su nuevo hogar, situado en lo que ahora es el norte de Illinois y Wisconsin, una forma de vida dependiente de los cultivos básicos que los habían mantenido más al este. En palabras de Nicolas Perrot, un francés que convivió con ellos durante dos décadas: «Los tipos de alimentos que más gustan a los salvajes y los que ponen más empeño en conseguir son el maíz indio, los frijoles y la calabaza. Cuando carecen de ellos, creen que están ayunando, aunque almacenen gran cantidad de carne y pescado, ya que para ellos el maíz indio es como el pan para los franceses[45]». Por desgracia para los refugiados, el maíz precisa un período vegetativo de 160 días, pero el norte de Illinois, incluso en épocas meteorológicamente benignas, no suele proporcionar más de 140. En años de heladas tardías o tempranas, o de lluvias excesivas o sequía, se perdía la cosecha. Datos de anillos arbóreos de Illinois indican que, al igual que en otros lugares del hemisferio norte, a mediados del siglo XVII hubo más episodios climáticos adversos, y sin duda muchos hurones murieron de hambre.

Ninguna de esas desgracias influyó en la demanda europea de sombreros de castor, de manera que en 1665 Nicolas Perrot esta-

bleció una base en Sault Sainte Marie, donde el lago Huron se junta con el Superior, y comenzó a cambiar pieles por fusiles, alcohol y herramientas con los ottawas y otras naciones indias del entorno de los Grandes Lagos. Desde ahí, junto con Louis Joliet, avanzó hasta lo que ahora es Green Bay, donde estableció otro nuevo puesto comercial. En 1673, Joliet viajó Misisipi abajo hasta su confluencia con el Arkansas, y una década después el caballero de La Salle recorrió en canoa todo el río hasta llegar al golfo de México. Durante su odisea, La Salle se topó con un grupo de exiliados hurones que le relató muy gráficamente las insoportables penurias que habían soportado en su tierra natal: cuando les preguntó si les gustaría regresar al norte con los franceses, lo rechazaron tajantemente, porque «estando en la tierra más fértil, sana y pacífica del mundo, sería una absoluta insensatez por su parte abandonarla y exponerse a ser masacrados por las hachas de los illinois o quemados por los iroqueses, de camino a otra tierra en la que el invierno era insufriblemente frío, en verano no había caza y donde siempre estaban en guerra[46]».

Quizá esos refugiados exageraran. En su magistral estudio *Unending frontier: an environmental history of the early modern world [La frontera inacabable: una historia medioambiental de la Edad Moderna]*, John Richards evaluaba «las consecuencias que tuvo la trata de pieles para los grupos indios que se vieron atrapados en ella». Y escribía: «Todos los años, los europeos reclutaban a decenas de miles de indios para que les sirvieran de cazadores, curtidores, porteadores y tratantes de un elevado número de pieles de todo tipo que habían de exportarse desde Norteamérica». Distinguía «tres cuestiones entrelazadas»:

- ¿Ocasionó la participación de los indios norteamericanos en la trata de pieles debilidad, dependencia y desintegración cultural a sus tribus?

- En concreto, ¿ocasionó el exceso de bienes manufacturados europeos el abandono por parte de los indios de sus propias creencias, instituciones y costumbres?
- Finalmente, ¿acaso la insaciable demanda europea hizo también que los indios norteamericanos abandonaran prácticas de caza sostenibles para optar por una matanza indiscriminada de animales de pieles valiosas que tan nociva fue para el medio ambiente[47]?

Con cautela, Richards iba rechazando esas tres hipótesis, al menos para el caso del siglo XVII. Aunque las enfermedades europeas diezmaron a gran parte de las tribus indias de Norteamérica, la adquisición de herramientas de metal, tejidos de lana y armas de fuego certeras «les permitió desprenderse de bienes excedentarios e intercambiarlos por productos que les permitían vivir mejor y con más comodidad». Con la excepción parcial del alcohol, eran «consumidores cautos que restringían sus necesidades, tanto en variedad como en cantidad». Y aunque llegada la década de 1660 la caza de castores había ocasionado prácticamente su extinción en la costa de Nueva Inglaterra y en el curso bajo del San Lorenzo, Richards señalaba que los cazadores que recogían más de 150 000 pieles al año en la década de 1690 parecían haber tenido pocos problemas para satisfacer la demanda europea[48].

No obstante, la experiencia de otras poblaciones indígenas de Norteamérica durante el siglo XVII sigue siendo un misterio. En el centro del valle del Misisipi, donde los visitantes europeos de mediados del siglo XVII habían encontrado impresionantes estructuras jerárquicas tribales, los exploradores franceses de la década de 1670 ni siquiera las mencionan. Lo que sí citaban era una profunda desolación. Patricia Galloway, historiadora y gran experta en los choctaws del valle del Misisipi, ha especulado con la posibilidad de que, como la zona disponía de una limitada ex-

tensión de tierras capaces de alimentar a asentamientos numerosos mediante el cultivo de maíz, «llegó un momento en el que algunos de los valles fluviales ya no podían mantener a sus poblaciones o en el que las que se encontraban prácticamente en estado de necesidad sufrieron una serie de años malos o incluso cambios climáticos, y la gente tuvo que dispersarse para no morir de hambre[49]». ¿Podría ser que ese «punto» fuera el período de mediados del siglo XVII, cuando las series de anillos arbóreos de la región muestran más indicios de sequía profunda? De igual manera, información dendrocronológica recogida en las Grandes Llanuras americanas indica que en ellas se registró una gran sequía a mediados del siglo XVII, lo cual podría encajar con lo que algunas historias orales de indios americanos califican de «Período sin Perros», es decir, una época en la que perecieron todos los animales, incluidos los perros, aunque, a falta de «archivos humanos», parece imposible alcanzar una precisión mayor. De hecho, todo el período que va de 1550 a 1650 ha sido calificado de «agujero negro» en la historia de los indios norteamericanos de allende los Apalaches[50].

No obstante, merece la pena recordar que, a pesar de los reveses registrados en el noreste, en 1700 los indios aún seguían superando numéricamente, y con mucho, a los europeos y los africanos en todo el subcontinente norteamericano y que, gracias a su creciente dominio de las armas de fuego y los caballos, controlaban gran parte de su territorio. Puede que en los valles del Misisipi y el Arkansas hubiera menos habitantes indios que antes, pero aún seguían ocupando lo que Kathleen DuVal ha denominado «el territorio indio» de Norteamérica, del que excluían a todos los colonos europeos, negociando con ellos (en todo caso) desde una posición de gran fuerza. Al este de esta región se encontraba un «territorio intermedio» en el que los pueblos indios de Norteamérica establecieron nuevas relaciones, entre sí y con los europeos. Durante un siglo más, su valor como aliados les

permitió imponer a sus vecinos europeos protocolos diplomáticos (como la Cadena de Alianzas) y evitar depender de un único grupo de europeos. En vista de los estragos causados por enfermedades mortíferas y guerras salvajes, esa resistencia fue todo un éxito[51].

«Pensad, Señor, a quién arrebatáis esta tierra de Brasil y a quién se la dais».

Aunque en ocasiones en la América del siglo XVII los enfrentamientos entre colonos europeos —como los de los ingleses contra los holandeses en la década de 1660 y los de los ingleses contra los franceses en las de 1670 y 1690— se encuadraran en contiendas de alcance más general, esas luchas no solían ser prolongadas ni conllevar una destrucción deliberada de muchas propiedades europeas. En este sentido, el virreinato del Brasil fue una notable excepción. En 1630, las capitanías portuguesas de Bahía —en el centro, con capital en Salvador— y de Pernambuco —en el norte, con capital en Olida— contaban cada una con unos 12 000 colonos, que en muchos casos vivían de plantaciones de caña de azúcar cuyos *engenhos* («ingenios») elaboraban ese producto para venderlo en Europa. Por otra parte, quizá en el conjunto del virreinato vivieran 60 000 personas, más o menos la mitad de ellas portuguesas y el resto esclavos africanos e indígenas. Entonces tuvieron lugar dos catástrofes. En primer lugar, los marineros de dos flotas procedentes de Lisboa trajeron consigo la fiebre amarilla, que les habían contagiado esclavos africanos, lo cual diezmó rápidamente a la desprotegida población indígena de la colonia. En segundo lugar, una fuerza expedicionaria holandesa ocupó Pernambuco y, después de destruir Olinda, extendió poco a poco su control hacia el sur, por la llanura litoral, hasta poner finalmente sitio a la propia Salvador en 1640. En esa ciudad, un joven jesuita pronunció el que quizá sea el sermón más notable del siglo XVII, lanzando una andanada contra Dios,

inspirada en las que en el Antiguo Testamento habían pronunciado Moisés y Job. «Pensad, Señor, a quién arrebatáis esta tierra de Brasil y a quién se la entregáis», comenzaba apuntando con severidad António Vieira:

> Se la arrebatáis a los mismos portugueses a los que elegisteis entre todas las naciones del mundo para ser conquistadores en nombre de Vuestra Fe. ¿Qué se diría, Señor Supremo y Soberano del Universo, si los «cinco escudos» sagrados de Portugal, y la divisa y las llagas de Cristo fueran sustituidos por los emblemas de los herejes de Holanda, rebeldes a su rey y a su Dios? Si habíais decidido entregar esas tierras a los piratas holandeses, ¿por qué no se las entregasteis cuando eran salvajes e incultas, y no ahora[52]?

Quizá la andanada (como las de Moisés y Job) diera en el blanco, porque pocos días después llegaba un contingente de refuerzo que levantó el sitio, mientras que en 1641 Salvador celebró la noticia, aparentemente milagrosa, de la «restauración» de la independencia portuguesa (*véase capítulo 9*). Sin embargo, no tardó en desvanecerse cualquier esperanza de que el traslado de lealtades desde Felipe IV a Juan IV fuera a traer consigo la paz y la prosperidad. En 1641-1642 la viruela «azotó con tal virulencia a los indios que prácticamente desaparecieron *aldeias* enteras. Los supervivientes, que ya no se atrevían a permanecer en sus casas, se retiraron a la selva[53]».

Por el contrario, el Brasil holandés prosperó hasta que, llegado el año 1644, unos 15 000 colonos habitaban la fértil llanura costera que se extiende desde el delta del Amazonas hasta el río São Francisco. Casi la mitad de los recién llegados vivían en la magnífica y nueva capital, Mauritsstad (ahora el centro de Recife), que, construida con ladrillos y azulejos traídos de Holanda, ostentaba un hermoso palacio para el gobernador, numerosas iglesias y la primera sinagoga del Nuevo Mundo. Entretanto, una fuerza expedicionaria ocupaba Luanda, capital de la Angola portuguesa y origen principal de los esclavos que se necesitaban para producir azúcar, con lo cual parecía garantizarse el futuro económico de la nueva colonia. Todo cambió en 1645 cuando los

colonos portugueses organizaron un contraataque que confinó a los holandeses en unas pocas fortalezas costeras. Durante los nueve años siguientes, la guerra civil entre los colonos holandeses y portugueses, y sus respectivos aliados indígenas, causó una profunda devastación. Los holandeses incautaron cientos de buques lusos que transportaban azúcar a Europa y en 1648 sus navíos de guerra entraron en la bahía de Todos los Santos, epicentro de la colonia portuguesa, incendiando los ingenios de sus costas. Los portugueses les pagaron con la misma moneda, quemando tantos ingenios en Pernambuco que la provincia perdió para siempre su condición de exportador principal de azúcar de la colonia. Las pérdidas humanas también fueron elevadas. «La corte celestial había dictado —escribió el rabino de Mauritsstad — que las bandas de malhechores se extendieran e invadieran bosques y campos. Unas buscaban el saqueo, otras daban caza a seres humanos, porque el enemigo llegó con intención de destruirlo todo[54]».

El rabino tenía buenas razones para saberlo, ya que los portugueses trataban con especial crueldad a los judíos que capturaban: o bien los mataban a sangre fría o los entregaban a la Inquisición para que los juzgara y quizá ejecutara. En total, en Brasil perecieron por lo menos 20 000 colonos holandeses y al caer Mauritsstad en 1654, los supervivientes, quizá 6000, incluyendo como mínimo seiscientos judíos, perdieron casi todos sus bienes. Algunos de los gentiles se marcharon con la siguiente flota hacia Batavia, tratando de hacer fortuna en la Indonesia holandesa, en tanto que muchos de los hebreos emigraron a Inglaterra, esperando que la beligerante República les pudiera proporcionar otra oportunidad de asentarse legalmente en América[55]. Entretanto, el Brasil portugués prosperaba, sobre todo después de que en la década de 1690 se descubrieran en su interior enormes yacimientos de oro, extendiéndose hasta cubrir (como hoy en día) casi la mitad de Sudamérica.

«Pánico en las Indias».

En el resto de Latinoamérica, la noticia de la revuelta portuguesa desató lo que Stuart Schwartz ha denominado «pánico en las Indias». Según indicó don Juan de Palafox y Mendoza, el recién llegado veedor general de la Nueva España en julio de 1641: «Toda la Monarquía tembló y se estremeció, pues se levantó con efecto Portugal, y Cataluña, y las Indias Orientales, y las Islas Terceras, y el Brasil». Corrían rumores de que los rebeldes habían asesinado a los miembros de la guarnición española de Salvador y que los colonos habían hecho causa común con los holandeses para acabar con el dominio español. Ambas historias resultaron falsas, pero cuando un agente de Lisboa llegó a Cartagena de Indias y trató de hacerse con los galeones del tesoro (que se reunían en el puerto cada año), Palafox afirmó que los 6000 portugueses residentes en la ciudad estaban armados hasta los dientes y que probablemente contarían con el apoyo de sus numerosos esclavos africanos para propiciar cualquier rebelión[56].

La adversidad climática, probablemente relacionada con episodios del *Niño* insólitamente frecuentes, tornó la situación todavía más imprevisible. El valle de México normalmente recibe lluvias abundantes entre mayo y agosto, y pocas precipitaciones el resto de los meses, pero un complicado sistema de riego, la creación en los lagos de chinampas (huertos flotantes artificiales) y el mantenimiento durante todo el año de graneros posibilitaban una densidad demográfica relativamente elevada. Sin embargo, en 1639 todo el valle sufrió el primero de una serie de cinco años de sequía, durante los cuales el precio del maíz se quintuplicó, dejando los graneros vacíos y a los ciudadanos sin agua[57]. Poco a poco, la culpa de esos desastres fue achacándose al virrey, el marqués de Escalona, que, aunque pertenecía a una de las familias aristocráticas más señeras de Castilla, no sólo estaba casado con la hermana del duque de Braganza (lo cual podría facilitar el traslado de Nueva España a la soberanía portuguesa), sino que

también tenía antepasados judíos (algo que, según algunos, lo inducía a proteger a los cristianos nuevos del lugar).

En junio de 1641 Palafox escribió una carta secreta al rey sugiriéndole que Escalona sería más útil en otro sitio, preferiblemente en Europa. Felipe IV no se arriesgó; firmó tres órdenes secretas distintas, autorizando a Palafox a utilizar la que considerara oportuna: en una invitaba a Escalona a regresar a España, donde el soberano precisaba de sus consejos; en la segunda censuraba su conducta y le ordenaba trasladar su autoridad a Palafox, y en la tercera autorizaba al obispo a asesinar a Escalona. En todos los casos, Palafox asumiría el obispado de México y temporalmente el virreinato. En junio de 1642, en cuanto recibió el paquete con esas sorprendentes cartas, Palafox entró en la Ciudad de México para ocupar su nuevo cargo eclesiástico. Cuatro días después, mediante una incursión al amanecer, sus agentes detuvieron a Escalona y lo confinaron en un convento vigilado de las afueras de la ciudad hasta que pudiera ser enviado a España.

En medio del caos resultante surgió un personaje notable, William Lamport, más conocido como don Guillén Lombardo de Guzmán, protegido irlandés del conde-duque de Olivares (cuyo apellido tomó). En 1641, don Guillén, llegado de España en la misma flota que Palafox, se afanó por recabar el apoyo de los criollos (americanos descendientes de españoles) para el plan de derrocamiento de Escalona, pero después, diciéndose hijo natural de Felipe III, fraguó con sus aliados criollos un complot para acabar con el dominio español, después del cual estos gritarían: «¡Viva don Guillén, nuestro emperador, nuestro rey y nuestro libertador, viva!» Para cuando lo denunció un vecino a la Inquisición, en octubre de 1642, don Guillén tenía preparada una declaración de independencia de México que incluía la abolición de la esclavitud y el trabajo forzoso, el establecimiento del libre comercio con China y Europa, y la fabricación de bienes sin re-

gulación alguna de España, así como la creación de una asamblea representativa en la que indios y criollos tuvieran voz junto con los peninsulares. Había dispuesto que una milicia de quinientos indios y esclavos africanos ocupara el palacio virreinal y, hasta el mismo momento en que la Inquisición lo capturó e incautó sus papeles, esperó que una de las visiones producidas por los alucinógenos que ingería le revelara el momento más propicio para iniciar su revolución[58].

En otras partes de Hispanoamérica también hubo conspiraciones, tanto reales como imaginarias. En Panamá, centro de distribución y almacenaje de todos los productos que viajaban entre el Perú y el resto del mundo hispánico, en cuanto se tuvo noticia de que una fuerza expedicionaria holandesa había rodeado el cabo de Hornos, fortificando una base en Valdivia, Chile, se declaró un fuego que, después de devorar cien casas y gran parte de la catedral, vino acompañado tres días después de otro incendio. Una vez más, las autoridades españolas echaron la culpa a los residentes portugueses y lanzaron sobre ellos una redada, para descubrir que sólo eran diecisiete. Más al sur, cuando el virrey del Perú, el marqués de Mancera, tuvo conocimiento de la revuelta en Lisboa, suspendió «el crédito que se devía dar a nueva tan extraña» y sólo al recibir confirmación, además de una solicitud de ayuda, de Buenos Aires, aceptó enviar tropas al otro lado de los Andes para garantizar la seguridad del asentamiento[59]. Consciente de que estaba a «quinientas leguas de Tierra Firme y ochocientas leguas de Buenos Aires», Mancera temió también que los residentes portugueses de Lima pudieran convencer a los esclavos africanos de unirse a la revuelta, porque, según él, la primera instrucción religiosa que recibían esos esclavos era de los portugueses, a los que seguían queriendo, de modo que Mancera capturó y desarmó sin altercados a unos quinientos residentes lusos, trasladando por la fuerza al interior a los varones jóvenes[60].

De este modo, Hispanoamérica se vio de nuevo libre de peligros políticos, pero no de desastres naturales. En Chile, los terremotos destruyeron iglesias, viviendas y fortificaciones en Santiago (1647) y Concepción (1657), y en el Perú, en Lima y Callao (1687). Las series de anillos arbóreos reflejan la insólita frecuencia, tanto de los episodios del *Niño* como de la actividad volcánica a mediados del siglo XVII, que, al igual que hoy en día, causaron situaciones climáticas extremas en toda Hispanoamérica: en Argentina, las graves inundaciones del río Paraná de los años 1643, 1651 y 1657-1658 anegaron un tercio de la capital regional, Santa Fe, convenciendo a las autoridades municipales de que, a pesar de contar con espléndidos edificios públicos, debían abandonar la ciudad e instalarse en terrenos más elevados. Entretanto, Nueva España continuaba sufriendo sequías constantes. «El año de [16]42, llovió muy poco, perdiéronse los sembrados, y cuando por septiembre cargaron las aguas no tenían en qué hacer». En la ciudad norteña de Monterrey «se vendió el maíz podrido, y que no se podía ya comer, a ocho pesos, cosa jamás vista ni oída en toda la Nueva España, en tiempos de mayores hambres»; y entre 1641 y 1668 los funcionarios locales autorizaron ocho procesiones públicas de la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que se consideraba capaz de obrar el milagro de traer lluvias, patrocinando también la publicación de libros (uno en español y otro en náhuatl) en los que se confirmaba a los lectores los poderes de la estatua[61].

Las prolongadas sequías también despoblaron las zonas fronterizas septentrionales de Nueva España. En 1638 el provincial jesuita del virreinato, que había trabajado en las misiones de Sinaloa y Sonora, en Nuevo México, declaró que de los 300 000 indios que su orden había bautizado, sólo un tercio seguía con vida. Poco después, una larga sequía obligó a las comunidades cristianas de las llanuras de Salinas a utilizar su propia orina, tanto para regar los cultivos como para fabricar los ladrillos destina-

dos a las fastuosas iglesias de las misiones, mientras que cuadrillas de apaches (sin duda afectados también por la sequía extrema) las atacaban repetidamente. Al llegar el año 1678 todas las misiones estaban abandonadas[62]. Entretanto, en el valle del Río Grande, entre 1629 y 1641 una epidemia de viruela especialmente mortífera y las repetidas incursiones de los apaches acabaron con dos tercios de la población y con la mitad de los pueblos cristianos. Según Daniel T. Reff, «de hecho, la población de los indios pueblo se redujo en más del 80 por ciento entre 1608 y 1680, como gran parte de la población del noroeste de México[63]».

En el Caribe, las lluvias torrenciales asociadas a la mayor frecuencia del *Niño* crearon condiciones óptimas para la aparición y proliferación del mosquito, vector de la malaria y la fiebre amarilla. La primera pandemia de fiebre amarilla registrada en el Nuevo Mundo se inició en 1647, un año en el que se produjo un «fuerte» episodio del *Niño*. En Barbados, los mosquitos, atraídos por el azúcar y por densidades de población superiores a los quinientos habitantes por kilómetro cuadrado, extendieron la enfermedad, segando la vida de uno de cada siete europeos y diezmando la población de otras islas caribeñas antes de hacer lo propio en Yucatán. Según la crónica maya *Chilam Balam de Chumayel*, en 1648 «hubo vómitos de sangre y comenzamos a morir», lo cual supone una clara alusión a la fiebre amarilla, frente a la que ni los europeos ni los indígenas americanos (pero sí muchos africanos) tenían defensas inmunitarias heredadas: «Familias enteras murieron abandonadas». «Dura y extraordinaria fue la sequía de 1648, tan rigurosa que esterilizó la tierra y produjo los calores más intensos», causando alrededor de Mérida, capital de Yucatán, «el incendio de los campos vecinos en toda la península». Otro cronista de Yucatán afirmaba: «Se entiende haber faltado casi la mitad de los indios con las mortandades de la peste, hambre y viruelas, que desde el año de 1648 hasta el presente de

[16]56, en que voy trasladando esto, han fatigado tanto esta tierra[64]».

Dos estrategias demográficas acentuaron el efecto deletéreo de estos desastres naturales sobre la población humana de América. En primer lugar, según Maria Sibylla Merian, botánica que viajó por el Caribe a finales del siglo XVII, tanto las mujeres africanas como las indígenas abortaban con frecuencia para ahorrar a sus futuros hijos una vida de servidumbre y humillación. Merian describe con todo detalle el tabachín o flamboyán (*Poinciana pulcherrima*), una de las más de doce plantas abortivas cuyo uso en las Antillas coloniales ella y otros observadores europeos habían descubierto, señalando: «Las esclavas negras de Guinea y Angola han exigido un buen trato, amenazando con negarse a tener hijos. De hecho, en ocasiones se quitan la vida por el maltrato que reciben». Pensando quizá que a algunos lectores esto les resultaría difícil de creer, Merian añadía: «Así me lo dijeron ellas mismas[65]». En segundo lugar, muchas mujeres no tenían hijos porque entraban en conventos. Al igual que en Europa, el número de monjas (entre ellas muchas enclaustradas contra su voluntad en épocas de penuria económica) alcanzaba niveles asombrosos: en Lima, popularmente conocida como Ciudad de Reyes, el número de mujeres recogidas en conventos pasó del 16 por ciento del total en 1614, al 21 por ciento en 1700. Para entonces, entre los habitantes españoles y mestizos de Lima había tres mujeres por cada hombre, y tres mujeres por cada hombre entre la población mulata y negra. Como apuntó con ingenio Nancy Van Deusen, «Ciudad de Reyes se había convertido en una ciudad de mujeres[66]».

Revuelta y resistencia en Hispanoamérica

En el siglo XVII, un importante aspecto diferenciaba Latinoamérica de Europa: el número relativamente escaso de revueltas que sufrió. La excepción más importante estalló en Nuevo Mé-

xico, donde (como ya se ha señalado) una prolongada sequía produjo hambrunas que redujeron la población, induciendo a muchos indios pueblo a retomar su religión tradicional con la esperanza de traer así la lluvia. Las medidas de castigo impuestas por las autoridades, tanto seculares como religiosas, produjeron una gran revuelta en agosto de 1680, que expulsó durante una década a los españoles de Santa Fe, la capital regional, aunque la pertinaz sequía acabó por debilitar a los victoriosos (pero desunidos) indios pueblo, y a finales del siglo los españoles habían recuperado el control de la región. En el valle de México, a pesar de la prolongada sequía de las décadas de 1640 y 1650, y de las actividades de don Guillén Lombardo de Guzmán, no hubo ninguna rebelión, y tampoco la Sudamérica española sufrió muchas revueltas de importancia. En 1656, Pedro Bohórquez Girón, un español de origen morisco que después de criarse en Cádiz había emigrado a América, apareció en la apartada ciudad de San Miguel de Tucumán (ahora en el noroeste de Argentina), proclamándose nieto del último príncipe inca y, por tanto, auténtico rey de la región. No fue ésta la primera insurrección de los colonos del Perú durante el siglo XVII (hubo otras en 1613, 1623 y 1644), pero Bohórquez tenía peligrosos conocimientos militares (entre ellos, la capacidad de fundir proyectiles ligeros) y recabó un considerable apoyo de la población indígena. Después de dos años de desafío, las fuerzas españolas lo derrotaron y capturaron, enviándolo después a Lima para juzgarlo por el delito de rebelión. Allí estaba cuando, a la espera del resultado de un recurso presentado ante España, estalló otra insurrección en el Alto Perú[67].

Las flotas que transportaban a la mayoría de los colonos europeos a América partían de Sevilla y, como cabía suponer, gran parte de los recién llegados (como Bohórquez) procedía de Andalucía. No obstante, un número considerable llegó a América desde otros lugares, y algunos conservaron su identidad regio-

nal: los que más, los hombres y mujeres procedentes de las Vascongadas, que en muchos casos se comunicaban en su lengua materna. Aunque los vascos siempre fueron una minoría, el resto de la comunidad española envidiaba su preparación y su éxito al acometer labores mineras. La rivalidad más enconada surgió en la localidad de Laicacota, en el Altiplano andino, donde buscadores andaluces descubrieron plata en 1657, fundando una población que, con quizá 1500 habitantes, muchos de ellos vascos, no tardó en ser la cuarta más grande de la región. Casi inmediatamente ésta sufrió una serie de desastres naturales: entre 1659 y 1662 se perdieron tanto las cosechas de maíz como las de coca, y entre 1660-1661 hubo epidemias. Estallaron disturbios que no sólo enfrentaron a los vascos, sino a los mineros indígenas (indios y mestizos), con los propietarios andaluces de las minas. Aunque las fuerzas del gobierno restablecieron el orden, en 1665 los insurrectos vascos, con el apoyo de autoridades locales afines, se hicieron con el control de Laicacota y sus ricas minas. Sin embargo, al año siguiente, los propietarios de las minas, con la ayuda de una milicia compuesta por indios y mestizos, contraatacaron, expulsando a los regidores y saqueando la localidad al grito de «¡mueran los vascos!».

El virrey falleció al poco de tenerse noticia en Lima de este abierto desafío a la autoridad regia y de la alianza entre españoles e indios. En Arequipa, el ayuntamiento debatió la posible cancelación de las procesiones, por miedo a que los descontentos pudieran aprovecharse de los tumultos en las calles para desatar disturbios, como había ocurrido tanto en Barcelona como en Nápoles (*véanse capítulos 9 y 14*). Había rumores de que en Lima, durante la Epifanía de 1667, una «conjuración de caciques indios» pretendía inundar la ciudad mientras otros grupos de todo el virreinato se levantaban para matar a todos los españoles y reinstaurar el dominio inca, pero las autoridades actuaron con celeridad y ejecutaron a los posibles cabecillas. Los fugitivos vascos

llegados a la capital desde el Altiplano convencieron al nuevo virrey, el conde de Lemos, de que «domésticas e intestinas disensiones» en Laicacota «tuvieron este Reino a pique de un gran desastre», persuadiéndolo igualmente de que dirigiera una expedición de castigo hacia esas tierras (sería la primera visita de un virrey a la zona desde hacía un siglo). Lemos ejecutó a más de sesenta sublevados (además de al propio Pedro Bohórquez), encarceló a muchos más y arrasó los baluartes rebeldes[68]. Sin embargo, cuando el gobierno de Madrid realizó una probanza oficial sobre los desórdenes de Laicacota, después de recoger y evaluar 25 000 páginas de testimonios, llegó a la conclusión de que Lemos se había extralimitado. No había habido riesgo de «gran desastre», sólo una manipulación del poder por parte de las facciones: parecía que la supuesta conjuración de caciques en Lima no tenía más fundamento que la supuesta condición de inca de Pedro Bohórquez, la de hijo ilegítimo de Felipe III de don Guillén Lombardo de Guzmán o la afirmación por parte de Palafox y Mancera de que los residentes portugueses estaban en situación de tomar las capitales coloniales españolas.

¿Por qué Hispanoamérica escapó en gran medida a las agitaciones políticas que sufrió gran parte del planeta a mediados del siglo XVII, sobre todo en vista de que las adversidades climáticas y las epidemias causaron una mortalidad y unos trastornos económicos generalizados? Hay que reconocer que en algunas zonas como el istmo de Panamá la cantidad de mano de obra indígena disponible se redujo de manera tan drástica que llegada la década de 1630 muchas localidades carecían de víveres suficientes y que las haciendas rurales de los colonos no tenían suficientes trabajadores para introducir cultivos económicamente rentables (sobre todo, cacao y añil). La economía de toda la zona entró en un ciclo de medio siglo de depresión[69]. No obstante, en otras zonas, los colonos europeos encontraron otras formas de compensar la escasez de mano de obra. Por una parte, importaron más esclavos

africanos; por otra, también sometieron a más presión laboral a los indígenas que trabajaban en las minas, la agricultura y la producción textil, creando atroces condiciones de trabajo que probablemente abocaran a un declive demográfico global.

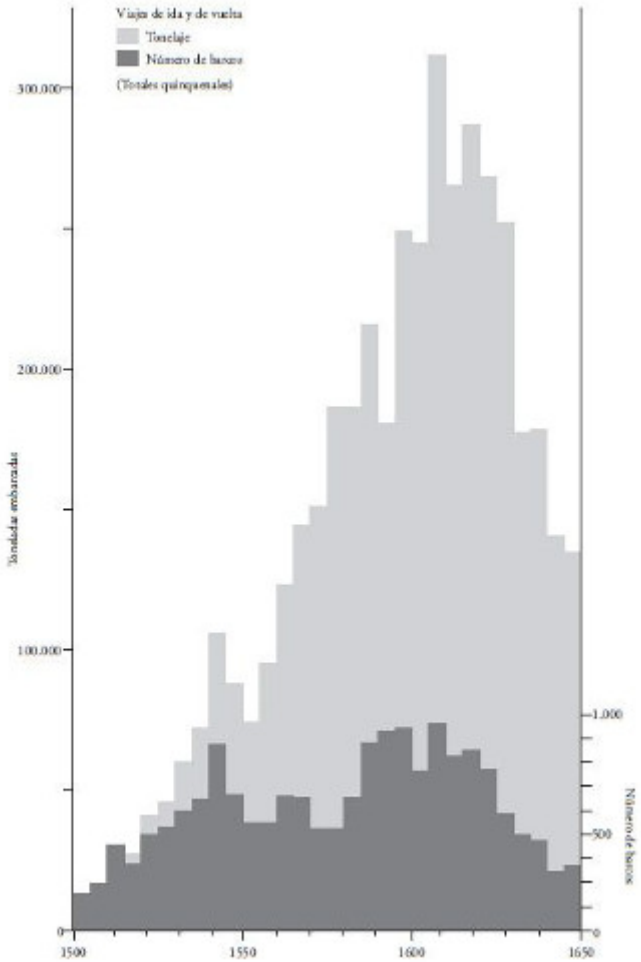
También hubo muchas ciudades que no lograron prosperar. La enorme escasez de novias disponibles no sólo impidió el crecimiento demográfico, también produjo algunos de los índices de ilegitimidad más elevados de los registrados en el mundo occidental. Así, en la parroquia más poblada de Lima, más de la mitad de los nacimientos registrados durante el siglo XVII fueron ilegítimos y, *de éstos*, en torno a la mitad correspondía a hijos de esclavos: en realidad, el 80 por ciento de los nacimientos registrados correspondía a madres esclavas, lo cual constituía otra trágica consecuencia de las abusivas relaciones de poder imperantes. Al igual que en Europa, un lúgubre futuro aguardaba a la mayoría de los bastardos. Los hermanos de la Casa de Niñas Expósitas de Lima «andan de día y noche por las calles, corrales, muladares, ríos y acequias, buscando si la gente desalmada ha echado allí criaturas; y las han hallado diversas veces, unos en los muladares y acequias, y otros comiendo de perros». Las conducían al hospital o a un convento (donde las que sobrevivían acababan convirtiéndose en siervas célibes de las religiosas[70]).

Puede que, en conjunto, esos diversos límites a la reproducción humana evitaran la «superpoblación» existente en otros lugares, protegiendo por tanto a Hispanoamérica de la Crisis General, pero la diversificación de la economía colonial también ofreció un alivio. Los registros de la Casa de Contratación de Sevilla, que dejan patente una acusada caída del comercio oficial entre Europa e Hispanoamérica entre los años 1623 y 1650, han llevado a muchos historiadores a suponer que en el mundo hispánico todo el comercio de larga distancia sufrió un estancamiento. Sin embargo, aunque fuera desastroso para el gobierno español, el declive reportó beneficios tangibles para América (*fi-*

gura 30). El comercio transatlántico inmovilizaba capitales durante por lo menos un año (varios en el caso de los mercaderes peruanos, debido a las mayores distancias que habían de salvar), en tanto que era frecuente que Felipe IV confiscara bienes de las flotas a su llegada a Sevilla para financiar sus guerras. Para evitar esos desastres, los mercaderes americanos comenzaron a comprar y vender clandestinamente, tanto en España (sobre todo en Cádiz) como en el Caribe, escapando así a la supervisión de la Casa de Contratación y al riesgo de incautación, y evitando con frecuencia abonar los impuestos y gravámenes. Según ha apuntado la historiadora peruana Margarita Suárez, «más que una crisis general de la economía andina, lo que se produjo en el siglo XVII fue una crisis en la capacidad de España de poder extraer beneficios económicos de sus colonias[71]».

Este cambio produjo grandes beneficios internos en Hispanoamérica, animando a muchas regiones a desarrollar ciertos cultivos para su exportación a otras colonias: así, a mediados del siglo XVII, azúcar, conservas de frutas, vinos y vinagres del Perú eran enviados a Chile, Panamá e incluso México, donde desplazaron a la competencia española. Además, gran parte de esos productos procedían de unidades de producción relativamente modestas, que al gobierno le habría costado controlar y gravar, aun en el caso de que los funcionarios locales se hubieran mantenido alerta. Pero no fue así y, más bien, los informes de corrupción administrativa, ineficacia y extorsión llegaron hasta tal punto que en 1663 la Corona nombró a visitadores especiales para que investigaran a los funcionarios de Hacienda en el Perú. Descubrieron que se habían dejado de cobrar impuestos por valor de más de un millón de pesos, y aunque el virrey hizo ejecutar a algunos de los funcionarios corruptos, los ingresos que se remitían a España no dejaron de caer. Mientras que en la década de 1630 abandonaba anualmente Lima en dirección a Sevilla un prome-

dio de 1,5 millones de pesos, en la década siguiente la cantidad media cayó por debajo de los 150 000[72].



30. Comercio entre Sevilla y América, 1500-1650. Los registros de la Casa de Contratación de Sevilla trazan el ritmo del comercio oficial entre Europa y la América española. Tras un siglo de crecimiento rápido y sostenido, después de 1620 tanto el número de barcos que cruzaban el Atlántico como el volumen de su carga disminuyeron. En 1650 la cantidad de mercancías transportadas fue menos de la mitad que en 1600.

Todo ello significaba que en América se quedaba más riqueza, como reflejan tanto la producción de monedas por parte de las principales cecas del virreinato —que se duplicó entre las décadas de 1620 y 1680—, como los magníficos edificios públicos (sobre todo iglesias) erigidos en la segunda mitad del siglo XVII en prácticamente todas las ciudades coloniales del período. Dicho de otro modo: aunque la Pequeña Edad de Hielo afectó a las colonias americanas de Felipe IV, el rey carecía de poder para agravar el impacto de los desastres naturales con sus costosas e inadecuadas políticas. Cuando, a pesar de todas estas circunstancias favorables, se produjeron rebeliones, los representantes regios actuaron con celeridad, ejecutando a menudo a los sospechosos (como a Lombardo y Bohórquez) sin esperar autorización de Madrid, porque, cuanto más avanzaba el siglo, más tenían que perder ellos que la Corona con las rebeliones. En realidad, el gobierno de Madrid y las élites de sus dominios americanos desarrollaron una «convivencia» similar a la de la Italia española (*véase capítulo 14*), que, al beneficiar a ambas partes, mantuvo la estabilidad.

II. ÁFRICA

El sur de África

El África subsahariana constituye la zona más extensa del mundo en la que las pruebas del impacto del cambio climático de mediados del siglo XVII sobre las estructuras económicas, sociales y políticas son o ambiguas, o inexistentes. Sabemos que en ella tuvieron lugar tanto acontecimientos climáticos extremos como importantes transformaciones estructurales, pero resulta enormemente difícil establecer un vínculo entre unos y otras.

El cabo de Buena Esperanza, donde en 1652 los colonos holandeses levantaron un pequeño fuerte para custodiar las instalaciones destinadas a reparar y reabastecer los buques que navegaban entre el Sureste Asiático y Holanda, constituye un buen

ejemplo de las limitaciones que presentan los datos disponibles. En cuanto los holandeses empezaron a cultivar terrenos extramuros del fuerte, los joijois (llamados peyorativamente «hotentotes» por los holandeses) se quejaron al gobernador Jan Van Riebeeck de que los recién llegados «vivían en su tierra y que percibían que [los holandeses] estábamos construyendo con rapidez y cada vez más, como si no tuviéramos intención de marcharnos nunca». A continuación, «declararon con atrevimiento que esta tierra no era nuestra, sino de ellos[73]». Como las simples palabras no parecían causar ninguna impresión, los joijois intentaron detener por la fuerza la expansión de las colonias, pero después de alrededor de un año de combates que nada resolvieron, volvieron a negociar. En 1660 sus jefes de nuevo «insistieron con fuerza» en que los holandeses «habían estado apropiándose de cada vez más tierras suyas, que lo habían sido todos estos siglos y en las que tenían costumbre de dejar pastar a su ganado, etc. Preguntaron *si se les permitiría hacer tal cosa si se iban a Holanda*» —una pregunta realmente certera— y añadieron que «poco importaría que vosotros os quedarais en el fuerte, pero vais directamente al interior y elegís las mejores tierras, sin siquiera preguntar si nos importa o si nos causará alguna molestia». Ante esto, Van Riebeeck replicó:

> No había pasto suficiente para su ganado y para el nuestro; a lo cual ellos contestaron: «¿No tenemos entonces razones para impediros que tengáis ganado, ya que, si tenéis un número mayor, ocuparéis con él todos nuestros pastos? Respecto a vuestra afirmación de que la tierra no es suficientemente extensa para nosotros dos, en justicia, ¿quién debería ceder, el propietario legítimo o el intruso extranjero?» Así que siguieron manteniendo tajantemente su defensa de la antigua propiedad natural.

Como era evidente que la argumentación de los joijois tenía más peso, «al final» (según registró secamente Van Riebeeck en su *Diario*), «fue preciso decirles que habían perdido la tierra a consecuencia de la guerra y que no tenían más remedio que aceptar que ya no era suya [...]. En consecuencia, su tierra había caído en nuestras manos en una guerra defensiva ganada, por así

decirlo, por la espada, y teníamos intención de quedárnosla». Cuando los jefes de los joijois se «quejaron amargamente» de que los colonos «les habían causado muchos problemas» al robarles y «pegarlos y golpearlos», Van Riebeeck admitió (por lo menos en su *Diario*) que «llevan parte de razón», pero les advirtió de que debían denunciar oficialmente esos hechos y no «vengarse por medio de asaltos y robos», porque de ese modo «nunca podría mantenerse la paz entre nosotros, y entonces por derecho de conquista tendríamos que arrebatarles todavía más tierras[74]». Posteriormente, los joijois cedieron y aceptaron que sus rebaños pastaran únicamente en tierras no ocupadas por los agricultores holandeses, y en poco tiempo la afluencia de colonos y los estragos causados en la población indígena por las enfermedades europeas (sobre todo la viruela) inclinaron definitivamente la balanza a favor de los recién llegados. Un siglo después, la Colonia del Cabo era el principal territorio de ultramar holandés.

En consecuencia, la evolución de la situación en el cabo de Buena Esperanza tuvo repercusiones tan importantes como duraderas; pero ¿pueden relacionarse con la Pequeña Edad de Hielo? Sería razonable suponer que el clima adverso de las décadas de 1640 y 1650 afectara a los cultivos del sur de África tanto como a los demás, reduciendo los pastos y los víveres disponibles de la región, justo en el momento en que llegó un nuevo grupo de consumidores (los holandeses), y que esto influyera escasamente en la confrontación entre ellos y los habitantes nativos, pero sin un «archivo natural» del período que nos revele cuál era el clima imperante no podemos establecer esa relación. Además, la generalización sería aún más arriesgada porque en tres importantes aspectos la región del Cabo no era prototípica de África. En primer lugar, los holandeses recién llegados descubrieron la única concentración de territorio templado existente en un continente prácticamente tropical. En segundo lugar, sólo se toparon con pastores y recolectores que (a diferencia de otros pueblos

indígenas de la región), al carecer de hierro, y sobre todo de armas fabricadas con ese metal, podían ser expulsados o esclavizados con relativa facilidad. Finalmente, el Cabo cuenta con un fondeadero seguro (salvo en invierno) y un acceso relativamente fácil al interior, en tanto que gran parte del África subsahariana carece de la profusión de puertos naturales y ríos navegables susceptibles de facilitar la penetración en el interior que caracteriza otros continentes. Por el contrario, en África, a menos de 1700 kilómetros hacia el interior, la mayoría de los ríos se precipita hacia el mar desde una meseta central en imponentes cascadas que impiden prácticamente la navegación.

África oriental

Etiopía y algunas regiones anejas suelen sufrir sequías durante los episodios del *Niño*, y el incremento de esos episodios a mediados del siglo XVII se reflejó en Egipto en las crecidas del Nilo, que entre 1641-1643, en 1650 y de nuevo entre 1694-1695 descendieron hasta algunos de los niveles más bajos nunca registrados[75]. Esto sugiere que, durante el siglo XVII, grandes sequías asolaron periódicamente las tierras altas etíopes donde se producen las crecidas del Nilo. Sin embargo, los registros que nos quedan de ésta y de otras regiones de África oriental no mencionan malestares políticos, agitaciones sociales ni depresión económica. Evidentemente, puede que esto sólo refleje una falta de datos. Hasta el momento, los intentos de reconstrucción de la experiencia del pueblo iteso (o teso), cuyas tierras ancestrales se extienden entre los Grandes Lagos del África oriental, han sido fallidos porque (según el investigador actual James B. Webster) los itesos son «un pueblo cuya identidad étnica y cuya comunidad dependen del arte del olvido». Su explicación continúa con acritud: «El investigador de campo ha escuchado un relato coherente y detallado de un episodio histórico de emocionantes posibilidades analíticas. Los ancianos han dejado de hablar. Se produce una pausa preñada de expectación».

INVESTIGADOR: ¿Cuándo ocurrió?

ANCIANOS: *Noi*!

INTÉRPRETE: Hace tiempo.

INVESTIGADOR: ¿Cuánto tiempo?

ANCIANOS: *Noi! Noi*!

INTÉRPRETE: Hace mucho, mucho tiempo.

«Durante la investigación de la historia de los itesos, *noi!, noi!*, se convierte en la expresión más escuchada y, para el investigador, la más deprimente de la lengua». Es la que «primero aprende y la última que olvida[76]». No obstante, el silencio de las fuentes del África oriental del siglo XVII puede demostrar más bien que faltan datos, no que no los haya, porque dos factores pueden haber contribuido a la «despoblación» de la región durante la Pequeña Edad de Hielo. En primer lugar, en la Uganda actual (tierra de los itesos), a finales del siglo XVI y durante el XVII un prolongado déficit pluvial culminó en una pérdida total de las cosechas y una hambruna entre 1617 y 1622, que parece que causaron una emigración masiva y (cabe suponer) una enorme mortandad. Puede que una generación después, y a pesar de la adversidad climática, esta situación propiciara un equilibrio más sostenible entre provisión y demanda de víveres. En segundo lugar, durante todo el siglo XVII, dos caravanas de esclavos se reunían en Sudán, una en la ciudad de Sennar, a orillas del Nilo, y la otra en Darfur, llevando cada año un mínimo de 5000 hombres y mujeres a El Cairo, para venderlos como esclavos que habrían de trabajar en diversas zonas del Imperio otomano. Puede que esta emigración forzosa también aliviara la presión demográfica en épocas de adversidad climática[77].

África occidental

En África occidental, de donde nos quedan registros algo mejores, el agua domina tanto la ecología como la economía: en consecuencia, el cambio climático se aprecia principalmente en las fluctuaciones del régimen pluvial. *Sahara* significa «región

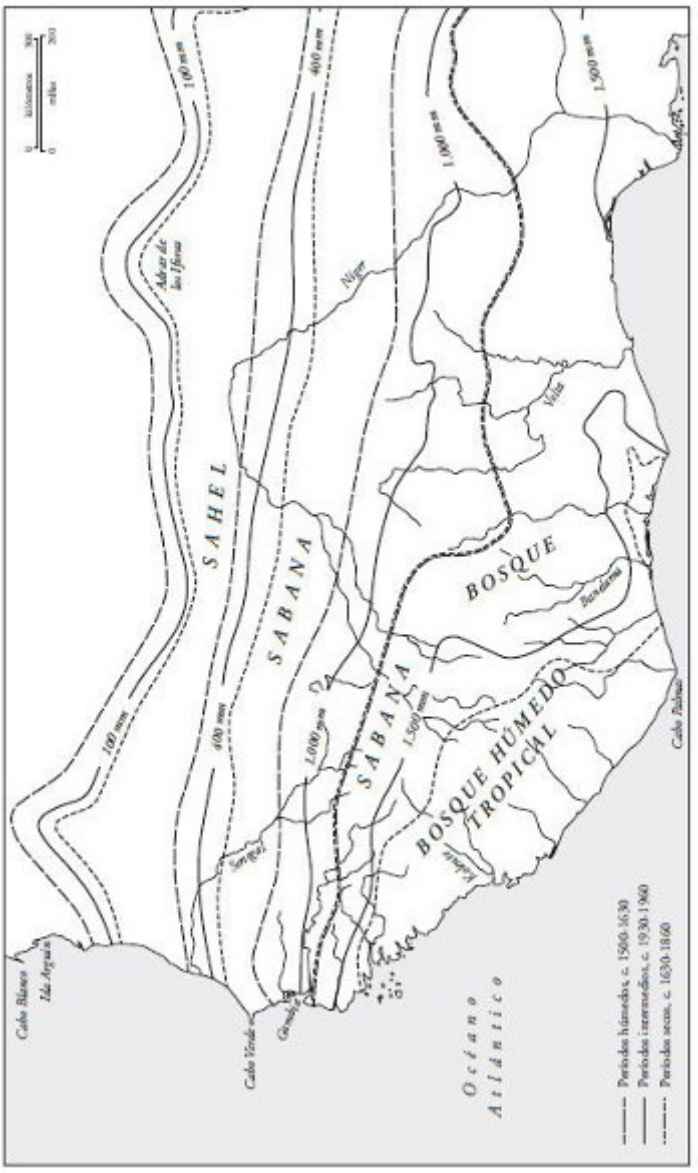
deshabitada» o «desierto» en árabe y la mayoría de los años esa región, incluso en sus márgenes meridionales, sólo recibe cien milímetros de precipitaciones. En el Sahel, la franja de sabana tropical semiárida que, situada al sur del desierto, se extiende desde el océano Atlántico hasta el mar Rojo, este exiguo nivel pluvial sólo permite el sustento de un reducido número de grupos nómadas y de rebaños de camellos, ovejas y cabras que se alimentan de pastos estacionales y otras plantas resistentes. Inmediatamente al sur de esa región, la tierra recibe entre cien y cuatrocientos milímetros de precipitaciones anuales, lo cual permite la cría de animales como ovejas y cabras, siempre que sus pastores se desplacen hacia el sur en invierno (la época seca) y hacia el norte en verano (época de lluvias) para buscar agua para sí y sus rebaños. Todavía más al sur, la precipitación anual de entre cuatrocientos y seiscientos milímetros permite el cultivo de mijo, el cereal más resistente, y allí donde las precipitaciones anuales superan los seiscientos milímetros, produciendo las onduladas praderas tropicales conocidas con el nombre de sabanas, los agricultores pueden cultivar sorgo y otras especies dependientes de la lluvia. La mayoría de los habitantes de África occidental vive en estas sabanas, que se extienden desde los 15 grados de latitud norte a los 30 grados de latitud sur.

Es importante señalar tanto la vulnerabilidad como la incompatibilidad de esos tres tipos de estrategias agrícolas. Pequeñas variaciones pluviales pueden tener importantes repercusiones. Si no cae lluvia en una zona que normalmente recibe cuatrocientos milímetros de precipitaciones, cesa toda actividad agrícola y los labradores deben emigrar o hacerse pastores, y los que optan por esta última opción no tardan en toparse con nómadas obligados por esa misma desecación a emigrar al sur en busca de pastos para sus manadas y rebaños. En consecuencia, campesinos y pastores que antes cambiaban cereales y tejidos por leche, carne y animales comienzan a competir directamente por una tierra que se ha

convertido en marginal, y puede que unos y otros recurran a la fuerza o amenacen con utilizarla. También es importante señalar que todos estos niveles de precipitaciones son promedios. Así, en Podor, localidad del norte de Senegal, entre 1887 y 1927 las precipitaciones anuales se situaron en un promedio de 316 milímetros, aunque ese período incluyó un año con más de 500 milímetros y otro con sólo 128; en tanto que en Ziguinchor, en el sur de Senegal, durante ese mismo período, el promedio de precipitaciones anuales se situó en 1500 milímetros, incluyendo un año con más de 2000 y otro con apenas 700. Esas variaciones fueron cruciales para la pervivencia de los cultivos, rebaños y pastores. Curiosamente, el peor año de Ziguinchor fue mejor que el mejor de Podor y cayó lluvia suficiente para mantener los campos de cereales todos los años; además, Ziguinchor no sólo contó con cinco veces el promedio de lluvia, sino que también disfrutó de un período vegetativo el doble de largo que Podor (cinco meses frente a poco más de dos). Por lo tanto, en Podor los labradores se enfrentaron a una permanente inseguridad, aunque la distancia entre ambas localidades es de poco más de quinientos kilómetros: menos de lo que separa Boston y Baltimore, o Londres y Newcastle (*figura 31*[78]).

En el Sahel, la vulnerabilidad y la inseguridad también emanan de las oscilaciones en la zona de convergencia intertropical (ZCIT), el punto en el que los vientos del Atlántico sur que acarrean lluvias se encuentran con los alisios secos imperantes más al norte. En el siglo XVI y a comienzos del XVII la ZCIT se situaba más al norte que hoy, permitiendo la expansión de tierra cultivable en la región subsahariana. Sin embargo, después de 1630 se desplazó hacia el sur, probablemente a causa de la presencia en latitudes septentrionales de temperaturas más frescas, relacionadas con la Pequeña Edad de Hielo, y este movimiento produjo un avance de los desiertos hacia el sur, sequías prolongadas e inestabilidad política. Los registros que nos han llegado de Sene-

gambia, la región situada entre los ríos Senegal y Gambia, hablan quince veces de «hambruna» durante el siglo XVII, apuntando episodios especialmente graves entre 1639-1641, 1666-1668, 1674-1676 y 1681. De visita en la isla de Gorée (situada justo enfrente de la actual ciudad de Dakar) durante la última de esas grandes hambrunas, el mercader francés Jean Barbot declaró que «varios miles de personas han perdido la vida y un número todavía mayor su libertad» y que los supervivientes «parecían auténticos esqueletos, sobre todo los pobres esclavos». Barbot también señaló (cabe suponer que basándose en información recabada allí mismo) que «hubo hambrunas todavía peores en 1641 y 1642», años inusitadamente fríos en latitudes septentrionales[79]. En el interior, Tombuctú y la región que rodea el llamado «codo del Níger» también sufrieron su mayor «hambruna del siglo XVII » en esta época, y en «1639 y 1643 prácticamente no hubo lluvia y muy poca en los años intermedios»; además, volvieron a sufrir hambrunas entre 1669 y 1670, después de dos años de sequía. Entretanto, está claro que las tierras situadas más al este sufrieron una sequía colosal en la década de 1680 (una época también de fríos inusitados en el hemisferio norte), porque el lago Chad cayó al nivel más bajo nunca registrado (*figuras 32 y 33*[80]).

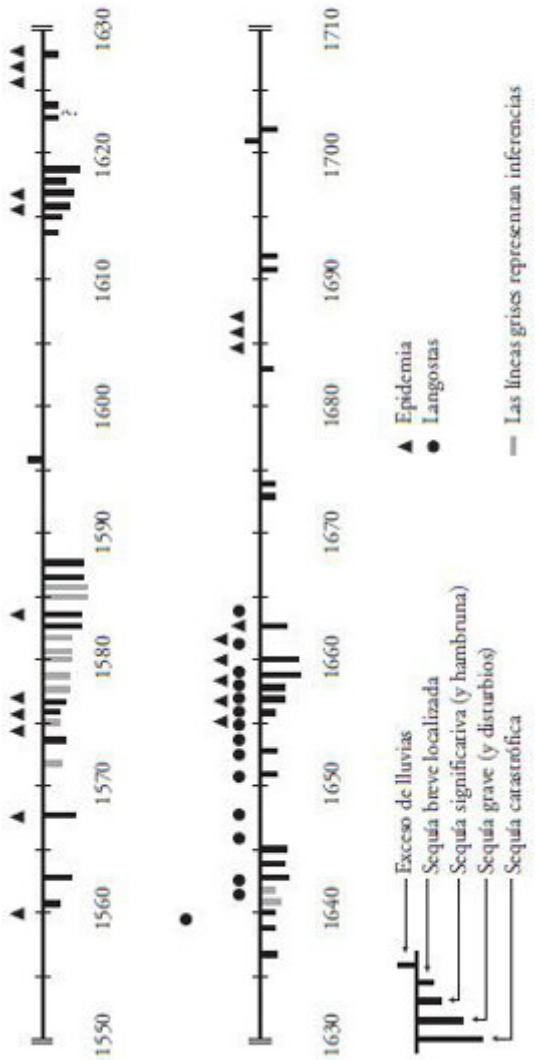


31. Avance del Sahara hacia el sur desde 1630. Los patrones de lluvia en África occidental oscilan desde un promedio anual de unos cien milímetros en el Sahel, en el borde del desierto del Sahara, a casi 1500 milímetros en los bosques tropicales de la costa, con varios umbrales críticos que determinan qué actividad agrícola es viable. Hacia 1630, cada uno de estos umbrales se desplazó hacia el sur, obligando a los agricultores a migrar.

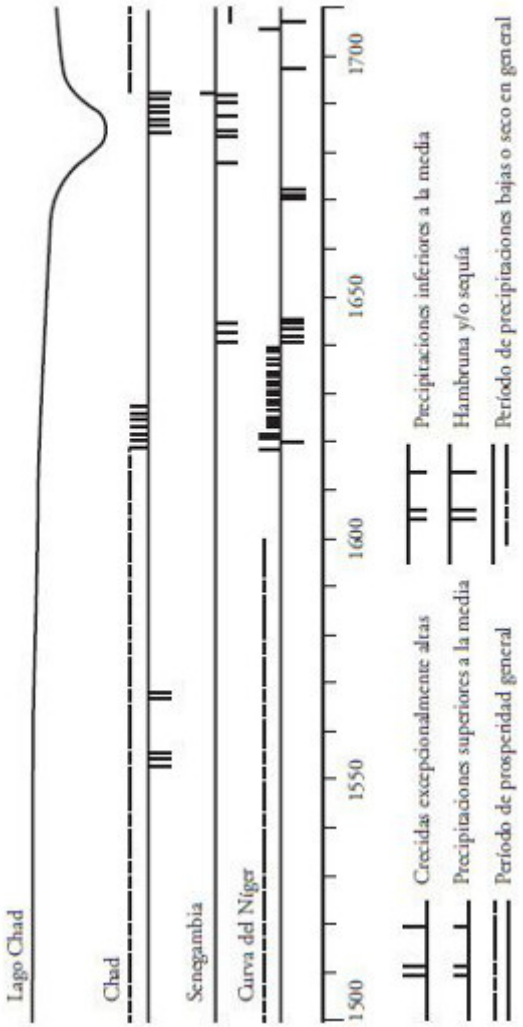
Esas hambrunas monumentales del África occidental no sólo las ocasionaron las sequías, ya que dos tipos de perturbación política agravaron la situación. En primer lugar, para tener éxito, los príncipes africanos occidentales debían ostentar una capacidad fundamental: la de «atraer la lluvia». Naturalmente, una sequía prolongada ponía en cuestión esa capacidad y podía producir que alguien, por ejemplo un líder religioso (en las zonas musulmanas solía ser un jefe sufí, llamado morabito o marabuto en muchas lenguas del África occidental), atribuyéndose poderes sobrenaturales, desafiara al poder. En segundo lugar, un gobernante de comunidades de pastores cuya capacidad para atraer la lluvia fallara durante una sequía podía aún conservar su autoridad si se imponía en una guerra que, sirviéndose de la sorpresa y la agilidad para expulsar o someter a poblaciones vecinas, proporcionara a sus seguidores acceso a fuentes de agua y pastos. No cabe duda de que esta segunda posibilidad explica la migración de los nómadas desde la zona que pronto se denominaría Cuarto Vacío del Sahel, para hacer presa en los campesinos situados inmediatamente al sur; lo que a su vez supuso, en un trágico efecto dominó, que los desplazados atacaran a sus vecinos meridionales. La guerra de los morabitos es un ejemplo del primer caso.

Louis Moheau de Chambonneau, un comerciante francés que operaba en Senegal, atribuyó en gran medida la hambruna de 1674-1676 a una guerra civil causada por un carismático jeque musulmán de unos treinta años que «se decía enviado de Dios» y que atrajo a muchos adeptos de los diversos reinos wólof que flanquean el curso del río Senegal, «predicando la penitencia enteramente desnudo, despreciando el vestido, con la cabeza totalmente rasurada. Sólo hablaba de la ley de Dios, el bienestar y la libertad[81]». Aunque De Chambonneau llamaba al jeque Toubenan (de la palabra árabe y wólof *tuub*, que significa «converso al islam»), y las fuentes árabes lo llamaban Nasir al-Din (diciendo que procedía de Mauritania), todos coincidían en que la guerra

de los morabitos puso el punto de mira en aquéllos a los que el jeque consideraba insuficientemente islamizados. Según De Chambonneau, en 1674 la nueva base francesa de Saint-Louis, situada en la desembocadura del Senegal, ya sufría «escasez de víveres a causa de esas guerras», pero la situación no tardó en empeorar mucho más cuando uno de los príncipes wólof contraatacó y «durante todo el año 1676 no hizo más que asesinar, tomar cautivos, saquear y quemar los campos» de los fanáticos musulmanes, «destruyendo la cosecha de mijo, arrancándola cuando aún estaba verde y obligando a la población local a comer hierba hervida». Cuando De Chambonneau navegó río arriba para comerciar, «familias enteras se me ofrecían como prisioneras, siempre que las alimentara, ya que habían llegado al extremo de matarse entre sí para conseguir algo de comida[82]».



32. Sequía y enfermedades en el centro-oeste de África, 1560-1710. Aunque los registros conservados indican que hubo varias sequías en las áreas ocupadas hoy por el Congo y Angola, a mediados del siglo XVII se dio una combinación sin igual de catástrofes naturales, en la que se unieron sequías, plagas de langostas y epidemias.



33. Hambruna y sequía en el Chad, Senegambia y la curva del Níger, 1500-1710. Después de un período de prosperidad general en el siglo XVI, los Estados del África subsahariana sufrieron hambrunas y sequías frecuentes en la década de 1640, y todavía más graves en la década de 1680, cuando el lago Chad alcanzó su nivel más bajo jamás registrado.

Lo peor estaba por venir. La tendencia islámica de Nasir alDin prescribía, entre otras cosas, el paso de la agricultura al pastoreo, exigiendo por tanto a sus discípulos que dejaran de sembrar. Esta transformación los dejó totalmente a merced de la grave sequía que volvió a producirse en la década de 1680. Desesperados por la falta de alimento, los conversos de Toubenan sacrificaban a sus animales para conservar la vida, pero, después de hacerlo, no tenían más alternativa que emigrar o morir de hambre. El número de esclavos que se sabe se transportaron por mar desde los Estados de Senegambia refleja esos cambios, ya que prácticamente la cantidad se duplicó, pasando de más de 8000 en la década de 1670, la de la guerra de los morabitos, a más de 14 000 en la siguiente. Un siglo después, los viajeros seguían sin encontrar labradores en toda esa región[83].

Más al sur se impuso una inestabilidad similar, ocasionada por una sinergia de factores humanos y naturales. Después de visitar las bahías de Benín y Biafra entre 1678 y 1679, y también entre 1681 y 1682, Jean Barbot señaló que los Estados locales estaban «arruinados por las guerras continuas, que han ocasionado hambrunas constantes». Según el historiador John Thornton, «es probable que más de la mitad de la población del África atlántica viviera en unidades políticas de unos cincuenta kilómetros de ancho y unos pocos miles de habitantes, siendo de tamaño comparable a un condado norteamericano o quizá una parroquia» de Europa occidental. Sin embargo, al contrario que los Estados americanos y europeos, los africanos no libraban «guerras continuas» de carácter territorial, sino demográfico: para los ordenamientos legales africanos la tierra no era una propiedad privada, así que «en África la posesión de esclavos era prácticamente equivalente a la posesión de tierras en Europa occidental o China[84]». Hasta mediados del siglo XVII, cuando la ZCIT se trasladó hacia el sur y empeoró el clima africano occidental, en gran parte de esos conflictos motivados por la tenencia de esclavos, que siguie-

ron siendo de escasa importancia, se enfrentaban guerreros escogidos con jabalinas y garrotes. Sin embargo, a partir de ese momento los príncipes comenzaron a crear ejércitos mucho más numerosos de esclavos y mercenarios, armados primero con arcos y después con mosquetes, que combatían en extensiones mucho más amplias y tomaban muchos más prisioneros. Este cambio, considerado una «revolución militar» por algunos historiadores posteriores, desató una carrera armamentística en la que gobernantes deseosos de adquirir armas de fuego para su defensa las obtenían a cambio de esclavos, alimentando la dramática expansión de la trata transatlántica cuando se disparó la demanda europea de esclavos para trabajar en las plantaciones de azúcar americanas.

Migración forzosa: la trata de esclavos africanos

La esclavitud, que existía en África mucho antes de la llegada de los europeos, tuvo dos manifestaciones. En primer lugar, los príncipes la utilizaban para apartar de la sociedad a los revoltosos: cuando los considerados culpables, por ejemplo, de adulterio, brujería o robo eran condenados a abonar multas superiores a su capacidad de pago y sus parientes no los ayudaban, eran vendidos como esclavos (el precio de venta saldaba la multa). En segundo lugar, hombres y mujeres capturados durante guerras o incursiones también se convertían en esclavos. «La diferencia entre esos dos procesos era crucial», según nos recuerda Robert Harms. «Era improbable que los esclavos del primer tipo [los criminales] se escaparan, porque no tenían adónde ir», de manera que con frecuencia permanecían en la zona, mientras que un esclavo capturado «tenía que ser apartado rápidamente del lugar donde había sido capturado para que no pudiera regresar a casa». La demanda de mano de obra barata por parte de tratantes europeos y árabes incrementó esos dos tipos de esclavitud, pero sobre todo la segunda. Según un misionero del siglo XVIII que pidió a esclavos del Caribe que relataran sus historias, «la mayoría fue-

ron capturados en combate abierto». No cabe duda de que lo mismo podía decirse de épocas anteriores[85].

La suerte de los como mínimo dos millones de hombres, mujeres y niños deportados desde África a América durante el siglo XVII se ha conocido mejor últimamente, gracias a una excelente base de datos que, con información de casi 35 000 travesías documentadas de barcos negreros (más o menos el 80 por ciento del total), han creado David Eltis y sus colegas. Casi la mitad de los esclavos procedía del África centro-occidental (la zona que, con centro en el estuario del río Congo, cubre 850 kilómetros de costa a ambos lados de éste), casi un cuarto procedía de las bahías de Benín y Biafra (las zonas costeras situadas a ambos lados del delta del Níger) y casi un tercio de Senegambia. Hasta 1641, los buques españoles y portugueses representaron el 97 por ciento de la trata organizada en Europa, pero la separación de ambas coronas y la consiguiente guerra entre ambas (*véase capítulo 9*) allanó el camino para que los navíos franceses, holandeses y británicos deportaran esclavos para trabajar en sus plantaciones de azúcar caribeñas, en proceso de rápida expansión. De los 160 000 esclavos que desembarcaron en América durante la década de 1680, más de 141 000 fueron a parar al Caribe[86].

La Pequeña Edad de Hielo tuvo su importancia en el incremento de la trata, no sólo por las perturbaciones políticas, sociales y económicas que produjo el desplazamiento hacia el sur de la ZCIT en el interior de Senegambia y en las bahías de Benín y Biafra (antes mencionado), sino por el incremento de sequías, epidemias y guerras en el África centro-occidental. De los 12 569 esclavos que se calcula fueron deportados a América en 1639, todos salvo 285 procedían de esta zona. Durante ese año se asistió en la región al inicio de una grave sequía que se prolongó hasta 1645, mientras la pugna entre portugueses y holandeses por hacerse con el control de Angola afectaba profundamente a los Estados indígenas vecinos, sobre todo al del Congo, uno de

los pocos Estados de gran tamaño del África atlántica[87]. Hacía tiempo que los reyes del Congo, que quizá tuvieran 500 000 súbditos, mantenían una relación ambivalente con los portugueses, ya que, a pesar de haberse convertido al catolicismo, seguían luchando por mantener su independencia, en tanto que los lusos nunca dejaron de tratar de imponer su control no sólo económico y político, sino espiritual. La situación cambió cuando los holandeses ocuparon Angola en 1641. Según Bento Teixeira de Saldanha, un residente portugués, los holandeses dejaron que los habitantes indígenas «vivieran en sus propias tierras, permitiéndoles producir a su manera todo lo que necesitaran para vivir, sin dejar que un solo hombre blanco los molestara en su casa, algo que los portugueses siempre han hecho, y siguen haciendo, acosándolos y robándolos[88]».

Teixeira escribía justo después de que una fuerza expedicionaria procedente del Brasil portugués recuperara Angola en 1648, volviendo inmediatamente a «acosar» a la población indígena, en el mismo momento en que un nuevo episodio de sequía y de plaga de langostas y enfermedades perturbaba la vida del interior, produciendo una serie de conflictos sucesorios en el Congo. Después de unos años de agitada coexistencia, en 1665 un contingente portugués procedente de Luanda invadió Ambuila (Mbwila), donde aplastó al principal ejército congoleño, mató al monarca y acabó con sus dominios, que dejaron de ser un Reino coherente. A partir de ese momento, los jefes regionales se mantuvieron librando guerras para conseguir esclavos, que vendían a tratantes europeos a cambio de armas y municiones[89]. El total de esclavos exportados cada diez años desde el África centro-occidental pasó de casi 60 000 en la década de 1650 a casi 100 000 en la de 1660, superando los 120 000 en la de 1670. Hasta la abolición de la trata, la región siguió exportando más esclavos que ninguna otra zona del continente.

¿Es acaso posible que este elevado nivel de migración forzosa mitigara el impacto de la Pequeña Edad de Hielo para los seres humanos que permanecieron en el África subsahariana? Después de todo, cuando se produce una migración normalmente se reduce la necesidad de víveres de la comunidad de origen, y ciertas zonas cercanas a los principales puertos exportadores experimentaron una considerable pérdida de población, sobre todo si tenemos en cuenta no sólo a los deportados que llegaron a América, sino a los que perecían a causa de las enfermedades cuando sus captores los trasladaban desde las zonas más secas del interior a la costa, porque carecían de defensas inmunitarias frente a los nuevos entornos patógenos, y también a los que morían en los atestados e insalubres almacenes costeros o durante la travesía posterior. La desnutrición, el maltrato y la desesperación también se cobraron bajas: muchos de los cuadernos de bitácora que llevaban los barcos negreros registraban por qué moría su valioso cargamento, y entre las razones figuraban la «contumacia» y el «letargo», y también la «disentería», el «escorbuto» y «un violento golpe en la cabeza». No en vano los portugueses llamaban a los buques que transportaban esclavos desde África a América *tumbeiros*, «ataúdes».

Aun incluyendo todas las migraciones forzosas desde el este, el sureste y el oeste de África, parece que el conjunto de los negreros europeos y árabes del siglo XVII deportaron a unos 30 000 esclavos al año desde un continente que quizá tuviera 100 millones de habitantes, una cifra que, a primera vista, hace pensar en un impacto marginal (salvo para las víctimas, evidentemente). Pero los esclavos no procedían de todas las regiones del continente: al contrario, parece que la mayoría vivía a un máximo de 250 kilómetros de la costa y, dentro de esa reducida zona, con frecuencia en regiones muy concretas. Aunque en la actualidad carecemos de datos sobre el origen exacto de los esclavos del siglo XVII, los del XVIII presentan «un notable grado de concen-

tración geográfica». Por ejemplo, el «perfil de los esclavos» que se embarcaban en los navíos que abandonaban la bahía de Biafra pone de manifiesto que «la mayoría de los cautivos procedía de la pequeña zona de las tierras altas de Camerún». Además, más de la mitad de los esclavos deportados al Caribe desde esa misma bahía durante el siglo XVII eran mujeres y una décima parte niños, en tanto que casi un quinto de los procedentes del África centro-occidental eran niños y más de un tercio mujeres. La deportación de mujeres y niños acentuó las repercusiones de la emigración, al llevarse (literalmente) a la generación siguiente[90].

Sin embargo, aun con todos esos factores agravantes, no parece probable que ni siquiera las zonas de África más afectadas por la trata de esclavos perdieran más del 10 por ciento de su población con la migración forzosa, mientras que la sequía y las epidemias que ésta provocaba podían llevarse por delante a un porcentaje tres veces mayor. De manera que, si retomamos la pregunta anterior: ¿acaso la migración forzosa mitigó las perturbadoras consecuencias que tuvo la Pequeña Edad de Hielo sobre los seres humanos que permanecieron en el África subsahariana?, bien podríamos decir que sí. Si al elevado nivel de migración forzosa en las regiones costeras le añadimos la mortalidad ocasionada por las hambrunas y las enfermedades, puede que en el África subsahariana la acción conjunta de los seres humanos y la naturaleza arrancara a un tercio de la población total, al igual que en gran parte de Asia y de Europa, y que esos desastres ayudaran a los que se quedaron a sobrevivir incluso a una situación de adversidad climática prolongada.

III. AUSTRALIA

Australia, el más árido de los continentes habitados, contiene el 5 por ciento de la masa continental del mundo y, sin embargo, tiene (y probablemente siempre haya tenido) una de las densidades de población más bajas de la Tierra. La razón de esta dispari-

dad radica en su clima y su aislamiento. Sólo los extremos sureste y suroeste de Australia cuentan con un clima templado y con terrenos fértiles, pero como esas zonas están muy apartadas de los demás continentes, hasta finales del siglo XVIII estuvieron prácticamente aisladas del resto del mundo, tanto demográfica como económicamente. Los desiertos y los terrenos semiáridos, conocidos como «el interior remoto», cubren más de dos tercios de Australia, y en algunas zonas de esos territorios las precipitaciones anuales pueden ir desde cien milímetros a más de novecientos. Al igual que en el África subsahariana, la variable crucial no es el *promedio anual* de precipitaciones sino su *fiabilidad estacional*. La sequía y la amenaza de sequía son preocupaciones constantes incluso en la zona templada.

Dos factores imposibilitan aludir con precisión a la experiencia de la población australiana durante el siglo XVII: la escasez del «archivo natural», sobre todo relativa a las especies arbóreas con anillos de crecimiento anual regular, y la carencia absoluta de «archivo humano». A pesar de que varios grupos de europeos visitaron el continente después de 1606, ninguno de ellos describió sus condiciones climáticas y, aunque probablemente los aborígenes mencionaran catástrofes en sus ricas tradiciones orales, hasta el momento los intentos de datar esos acontecimientos han sido infructuosos. Con todo, sí podemos hacer algunas generalizaciones. En palabras de Richard Grove, pionero en el estudio de la historia del clima, Australia «tiene más derecho que ningún otro lugar a llamarse "continente del *Niño*"[91]». Esto significa que las mismas sequías que afectan a China, el Sureste Asiático, Indonesia y la India en los años con episodios del *Niño* también afectan a Australia y que, por tanto, la redoblada frecuencia de esos episodios a mediados del siglo XVII habría influido de manera inusitada en Australia. En concreto, cabe suponer que el continente sufriera la misma gran sequía registrada en la cercana Indonesia entre 1643 y 1671, con episodios especialmente intensos

entre 1659 y 1664 (*véase capítulo 13*). Parece que las dataciones dendrocronológicas de la isla meridional de Tasmania confirman esta hipótesis, demostrando que a mediados y finales del siglo XVII, un período en el que se asistió al «más prolongado período frío de los últimos setecientos años», se sucedieron varios períodos vegetativos malos[92].

¿Hasta qué punto habrían afectado esos acontecimientos climáticos a la población de Australia durante el siglo XVII? Para sobrevivir a ese clima extremo, incluso en épocas «normales», los aborígenes australianos necesitaban estrategias de adaptación como las de muchas de las singulares especies botánicas y animales del continente. Muchas plantas australianas sobreviven porque han desarrollado raíces profundas y una enorme resistencia al fuego, en tanto que algunas especies de *Banksia* producen unos conos que sólo liberan semillas después de sufrir primero un incendio y posteriormente la llegada de las lluvias, todo lo cual crea el entorno más favorable para la germinación y la aparición de una nueva planta. Del mismo modo, el canguro rojo es fruto de la evolución de mecanismos singularmente eficientes, capaces de aguantar regímenes de pluviosidad extremos e impredecibles: como se alimenta de plantas ricas en humedad, puede pasar largos períodos sin beber; además, salta, lo cual le permite desplazarse a bastante velocidad sin incrementar el gasto energético, y su ciclo reproductivo, conocido con el nombre de «diapausa embrionaria», permite la cría simultánea de tres individuos en diferentes estadios de desarrollo, lo cual facilita un rápido incremento de la población en cuanto cesa la sequía[93].

El ciclo vital anual de la población aborigen del desierto del Oeste de Australia a mediados del siglo XX sugiere que los seres humanos también han adoptado estrategias singulares para sobrevivir en algunos de los entornos más inhóspitos de la Tierra. Ese ciclo anual se iniciaba con la «estación húmeda», que discurre entre diciembre y febrero, con potentes tormentas que desataban

lluvias torrenciales que, aunque proporcionaban agua en abundancia, no producían inmediatamente víveres. En consecuencia, los grupos familiares iban de un lado a otro, buscando alimento en zonas abandonadas desde la última estación húmeda, hasta que las semillas, los tubérculos y las frutas comenzaban a aparecer en marzo; después se asentaban durante unos dos meses junto a abrevaderos de las llanuras y cosechaban sus cultivos (aunque con frecuencia bajo lloviznas periódicas y con temperaturas que podían caer hasta los 6 °C durante la noche). Este «tiempo frío» terminaba en agosto, cuando las temperaturas subían rápidamente y el paisaje poco a poco se iba desecando. Entonces los hombres prendían fuego a la vegetación de las llanuras, tanto para cazar como para incrementar la producción de semillas y tubérculos al año siguiente, mientras que las mujeres preparaban y almacenaban las legumbres y verduras que servirían de sustento al grupo durante el resto del año. Al final, durante el «tiempo tórrido» o «tiempo del hambre», las temperaturas alcanzaban los 50 °C y los abrevaderos de las llanuras se secaban, obligando a la gente a retirarse a refugios rocosos durante el resto del año. Allí reducían sus actividades cotidianas e intentaban que la comida y el agua les duraran la mayor cantidad de tiempo posible, pero como la sequía y el calor extremo hacían que sólo pudieran buscar alimentos en zonas cercanas a las formaciones rocosas, la ingesta media de calorías por cabeza y día podía caer hasta las ochocientas, es decir, más o menos la mitad de lo necesario para mantener incluso a una persona de pequeña estatura. En ocasiones, los débiles bebían la sangre de los miembros más fuertes del grupo para superar las últimas semanas anteriores al regreso de las lluvias torrenciales, que les permitían abandonar sus pétreos refugios y diseminarse una vez más por las llanuras.

Aunque el entorno del desierto del Oeste es inhóspito, los seres humanos que lo habitan descubrieron y utilizaron 120 plantas para satisfacer sus necesidades. De ellas, setenta producen

partes comestibles y más de cuarenta semillas, que las mujeres del grupo laboriosamente descascarillaban, aventaban, molían y convertían en pasta, bien para hacer pan en el fuego del campo, bien para comerla cruda. Mucho más fáciles de convertir en alimento eran los tubérculos y los bulbos, que simplemente se arrancaban y asaban, mientras que las piezas de caza mayor (como el canguro), una vez atrapadas, se destripaban y preparaban a la parrilla, y las de caza menor (pájaros, lagartos y serpientes) se asaban en el horno.

Como las dos estaciones y la disponibilidad de los recursos seguían la misma pauta cada año, las poblaciones aborígenes del desierto del Oeste sobrevivían gracias a su profundo dominio del medio, al conocimiento de cuándo podrían disponer de cada una de las fuentes de alimento a medida que las estaciones iban cambiando y a la utilización del fuego para atrapar piezas de caza y estimular los futuros cultivos. La única variable impredecible era la duración precisa del «tiempo del hambre», que determinaba si habría suficiente agua o alimento para mantener al grupo entre un ciclo anual y el siguiente, y, por tanto, quién moriría (bien de sed o de hambre) y quién nacería (porque la amenorrea que produce el hambre impediría la concepción).

Scott Cane, cuyas investigaciones sobre las estrategias de subsistencia aborígenes en el desierto del Oeste se acaban de resumir, señaló un rasgo más de la vida en el «tiempo del hambre»: «Cuando las lluvias no llegan, las tensiones se disparan y son frecuentes las luchas». Todos los grupos aborígenes llevaban armas, algunas defensivas, como lanzas, arrojadas frecuentemente mediante lanzadores que las disparaban a una velocidad de 160 kilómetros por hora y con precisión hasta los cincuenta metros de distancia, bumeranes y garrotes, en ocasiones con afiladas conchas atadas a los extremos. Está claro que esas armas se utilizaban contra personas y también contra las piezas de caza, porque la guerra aparece en muchas tradiciones orales aborígenes y, a su

llegada a Sídney en 1788, los británicos «encontraron aborígenes con heridas que sólo podían haber causado combates con otros aborígenes[94]». Parece probable que las guerras entre grupos rivales, al igual que los combates entre miembros de un mismo grupo, fueran más habituales en aquellos años, como a mediados del siglo XVII, en los que el «tiempo del hambre» se prolongaba y se reducían los recursos esenciales. En consecuencia, también parece probable que una sinergia fatal de factores naturales y humanos se impusiera en Australia, y que su población menguara durante el siglo XVII hasta que los reducidos recursos disponibles bastaron para satisfacer sus demandas mínimas.

Scott Cane creía que su estudio sobre los aborígenes del desierto del Oeste presentaba «los últimos datos fiables que había sobre las economías de subsistencia de los cazadores recolectores de entornos áridos de cualquier parte del mundo», porque la forma de vida que describía había dejado de existir en la década de 1950, cuando los cazadores recolectores «abandonaron el desierto [del Oeste] para instalarse en explotaciones ganaderas, misiones y asentamientos públicos diseminados por todo el perímetro del desierto[95]». No obstante, una pintura aborigen actual realizada sobre corteza de árbol demuestra una conciencia plena del poder destructivo del clima. En ella aparece Namarrkon, el espíritu del rayo, sujetando en las manos conductos de energía que fluyen desde sus grandes testículos, mientras que en las rodillas lleva hachas de piedra: ambas cosas sirven para recordar al espectador que los rayos destruyen árboles y desatan fuegos arrasadores, y que por tanto es necesario realizar todas las actividades ganaderas y sociales antes del inicio de la estación de las grandes tormentas.

En el siglo XVII, cientos de miles, cuando no millones, de cazadores recolectores habitaban los diversos «entornos áridos» del planeta. En gran parte de África y de América, en Asia central y en el extremo norte de Europa, las poblaciones humanas debie-

ron de desarrollar estrategias de supervivencia similares a las de la población aborigen australiana, y, al igual que en Australia, cuando el «tiempo del hambre» se prolongaba, esas estrategias sólo resultaban parcialmente eficaces. Aunque la falta de «archivo humano» en el caso de esos diversos grupos humanos impide llegar a conclusiones certeras, es posible que también en los entornos áridos «un tercio del mundo muriera» durante el siglo XVII. De ser así, significaría que la única zona en la que durante ese período se registró un rápido y sostenido crecimiento demográfico fue, aparte de Nueva Francia y Nueva Inglaterra, Japón.

16

Un acierto: el Japón Tokugawa en sus inicios[1]

La *Pax Tokugawa*

A comienzos del siglo XVII el más prominente cronista japonés del momento se congratulaba: «En esta época, no hay nadie siquiera ente los labradores y los rústicos, por humildes que sean, que no haya utilizado oro y plata en gran cantidad. Nuestro Imperio disfruta de paz y prosperidad, en las carreteras ni un mendigo ni un excluido pueden verse». Pocos años después, uno de sus colegas iba aún más lejos: «¡Qué magnífica época! Hasta los labradores como yo disfrutan de sosiego y felicidad [...]. Habitan la tierra de la dicha. Si éste no es un [paraíso budista], ¿cómo puede ser que yo y otros hombres nos veamos con tan gran fortuna?» Hay que reconocer que unos pocos de sus contemporáneos de otras latitudes expresaban también confianza en el futuro inmediato: en 1618 un embajador inglés mostraba gran contento de que por doquier «las puertas de Jano» se hubieran cerrado, lo cual «auguraba días idílicos» para «gran parte de la cristiandad», y cinco años después hacía lo propio Secondo Lancellotti, aunque mientras Europa sufría guerras, revoluciones y crisis económicas durante el resto del siglo XVII, Japón disfrutaba de la *Pax Tokugawa*, caracterizada por un rápido crecimiento demográfico, agrícola y urbano, y por la ausencia de guerras[2].

El Japón Tokugawa: su primer siglo

Año	Población (millones)	Población urbana (millones)	Tierra cultivable (millones de hectáreas)	Producción agrícola (millones de fanegas)
1600	12	0,75	2	100
1650	17	2,5	2,4	115
1700	27	4	2,8	150

Las cifras anteriores sorprenden no sólo por el espectacular crecimiento demográfico (algunas zonas del archipiélago multiplicaron sus habitantes por cuatro en un siglo en el que gran parte del mundo sufrió un acusado declive demográfico), sino por los incrementos simultáneos en el total de tierra cultivada, producción agrícola y población urbana. Durante el siglo XVII surgieron más de 7000 nuevas aldeas, muchas de ellas en tierras aradas por primera vez gracias a complejos proyectos de ingeniería hidráulica (153 entre 1601-1650 y 227 entre 1651-1700), mientras la producción media de arroz por aldea pasaba de alrededor de 2000 fanegas en 1645 a más de 2300 en 1700. Esos promedios ocultaban algunos éxitos espectaculares: casi cuatrocientas nuevas aldeas se crearon en la provincia de Musashi (el área que rodea Tokio) entre finales del siglo XVI y finales del XVII, y su producción de arroz pasó de 3,3 millones de fanegas a más de 5,5[3].

En los comienzos del Japón Tokugawa también se asistió a una «urbanización sin precedentes históricos»: entre 1600 y 1650 se triplicó el número de residentes en pueblos y ciudades, y entre 1651 y 1700 se duplicó. Gran parte de la población urbana japonesa vivía en alguna de las más de cien «ciudades amuralladas» existentes. Kanazawa, por ejemplo, con sólo 5000 habitantes en 1583, cuando se convirtió en cuartel general del dominio más extenso del Japón occidental, tenía 70 000 llegado el año 1618 y quizá 100 000 en 1667. Edo (el nombre que tenía Tokio entonces) pasó de ser poco más que una aldea pesquera en 1590, cuan-

do se convirtió en sede del dominio Tokugawa, a una metrópoli de quizá un millón de habitantes un siglo después[4].

Estos logros excepcionales no emanaban de un entorno benigno: por el contrario, el archipiélago japonés siempre ha sido enormemente vulnerable a los cambios climáticos. Para empezar, sus zonas septentrionales están sometidas tanto a la corriente de Chishima, que desplaza agua ártica hacia el sur, como al *efecto Yamase*, que produce aire fresco durante una parte considerable del verano. Ambos fenómenos climáticos pueden producir la pérdida de cosechas. Además, gran parte de Japón está cubierto de montañas generadas por el choque de las placas tectónicas de la Tierra, lo cual tiene tres consecuencias negativas. En primer lugar, el archipiélago, como muchas otras zonas de la cuenca del Pacífico, tiene un inusitado número de volcanes activos, cuyas erupciones podían desatar y desataban el *efecto Yamase*. En segundo lugar, la mayoría de la población japonesa vivía (y sigue viviendo) en las llanuras costeras de tres islas, Honshu, Shikoku y Kyushu, y los abruptos gradientes que surgen en ellas dificultan el cultivo de nuevas tierras. Finalmente, la presión que suponía dar cobijo y calentar a una población que crecía con rapidez condujo a un *aclareo* de la cubierta arbórea (es decir, a la eliminación de todos los niveles boscosos, no sólo los de ciertas especies) en esas empinadas cuestas, lo cual erosionó enormemente el suelo y aumentó el riesgo de heladas, inundaciones y sequías.

Según Conrad Totman, eminente historiador del medio ambiente japonés, esa conjunción de cultivo acelerado de terrenos recientemente deforestados y de recurso al *aclareo* en zonas escarpadas «rebasó los límites biológicos de la viabilidad agrícola», haciendo que en las tierras marginales la transición desde la abundancia relativa a la sobrecarga ecológica fuera algo excepcionalmente súbito y aumentando «la parte de la producción total de alimentos que sufría un riesgo de pérdida crónico[5]». Por tanto, el archipiélago no pudo escapar a las consecuencias de la Pequeña

Edad de Hielo. Durante el invierno crucial de 1641-1642, la primera nevada cayó en Edo seis semanas antes de lo normal y, según las memorias de Enomoto Yazaemon, un mercader que vivía cerca de Tokio, «el día de Año Nuevo, las ollas y cazuelas llenas de agua se congelaron y parecía que fueran a estallar, y una helada de treinta centímetros de grosor cubrió los campos. A partir de entonces contemplé siete nevadas hasta llegar la primavera». Este prolongado tiempo frío produjo la «hambruna de Kan'ei» (por el nombre de la era japonesa en la que tuvo lugar, que abarcó de 1624 a 1643). El precio del arroz pasó de veinte *monme* de plata en 1633 a sesenta en 1637-1638 y a ochenta en 1642[6]. Incluso en Osaka, la «cocina del Japón», donde en años normales mercaderes, señores y funcionarios guardaban enormes reservas de víveres, el arroz escaseó hasta tal punto en julio de 1642 que «el hombre llano carece de sustento para él, su esposa y sus hijos, así que mucha gente murió de hambre». Las multitudes se congregaban ante «la casa del gobernador de la ciudad y se lamentaban [...] rogando a Su Excelencia que les proporcionara algún medio para mantenerse con vida». Para apaciguar a los manifestantes, «el mencionado gobernador distribuyó arroz guardado en varios almacenes y en el silo del castillo de Osaka a los indigentes, [vendiéndoselo] a poco precio. Esto puso fin a los desórdenes[7]».

En la localidad de Shimabara, situada en la isla meridional de Kyushu, se produjo otra revuelta motivada por la imposición de tributos abusivos en una época de adversidad climática. Según un mercader holandés que vivía en las inmediaciones, cuando el señor de Shimabara exigió «impuestos y cantidades de arroz imposibles de entregar», sus agentes amarraron a los que no podían pagar y los vistieron con «ropas hechas de paja», a las que a continuación prendieron fuego. También humillaron a «sus esposas, colgándolas con las piernas totalmente descubiertas». Escandalizados por tales atrocidades, hartos de que les pidieran «pagar

muchos más impuestos de los que pueden» e incapaces de «subsistir a base de raíces y verduras», los aldeanos decidieron «morir todos unidos en lugar de ir muriendo lentamente uno a uno»: de manera que en diciembre de 1637 se rebelaron. Su desafío animó a los labradores de la vecina isla de Amakusa, que también llevaba mucho tiempo maltratada por sus autoridades, a asesinar a su alcalde y a los soldados enviados a reinstaurar el orden, después de lo cual se trasladaron a la isla principal para unirse a la revuelta. Los misioneros europeos que había en la región habían convertido a muchos japoneses al cristianismo, entre ellos a Amakusa Shirō, un muchacho de dieciséis años que decía ser la reencarnación de Cristo, y muchos de ellos se unieron a la rebelión. Igualmente, unos doscientos samuráis descontentos se unieron a los rebeldes, ofreciéndoles una asistencia militar de incalculable valor. Unos 25 000 sublevados, desfilando «bajo estandartes con el signo de la cruz», incendiaron la ciudad de Shimabara, sede del dominio, y reunieron víveres y armas antes de retirarse al castillo vecino de Hara, situado en un promontorio rodeado por el mar. Durante tres meses, Amakusa Shirō «predicó y celebró misa dos veces por semana», proclamándose convencido de que «todo Japón estaba cerca del Día del Juicio Final» y que «todo Japón será cristiano», hasta que un ejército de 100 000 hombres enviado por el gobierno central tomó Hara al asalto y masacró a todos sus ocupantes, entre ellos a Amakusa Shirō[8].

Las rebeliones de Osaka y Shimabara supusieron un punto de inflexión en la historia de Japón. Durante las primeras cuatro décadas del siglo XVII se había asistido a unas cuarenta grandes revueltas rurales (*hōki*) y a doscientos levantamientos menores (*hyakushō ikki*), así como a casi ochenta actos de venganza entre grandes terratenientes, pero durante los ochenta años siguientes tanto las revueltas como las disputas desaparecieron prácticamente[9]. Los motines de subsistencia de Osaka tampoco tuvieron continuidad: la mayoría de las ciudades japonesas se mantu-

vieron en paz durante por lo menos un siglo. Lo más sorprendente de todo fue que la campaña de Shimabara fuera la última gran acción militar registrada en el archipiélago en el curso de dos siglos. En consecuencia, el Japón del siglo XVII proporciona un curioso contraste con el resto del mundo: aunque inicialmente su experiencia no fuera muy distinta a la de otros países, ya que sufrió tanto la Pequeña Edad de Hielo como la Crisis General, en la década de 1640 siguió su propio camino. ¿Por qué?

La revolución industriosa

El eminente historiador japonés Hayami Akira ha identificado dos formas de escapar a la tiranía de la agricultura de subsistencia. La primera, típica de Europa occidental, que precisa de mucho capital y comporta ahorro de mano de obra, consiste en invertir dinero en la agricultura para hacer más eficiente la producción y crear así un depósito de mano de obra barata que, al responder a las necesidades fabriles, facilite una revolución industrial. La segunda sigue exactamente la estrategia contraria, ya que consume mucha mano de obra y ahorra capital. Hayami la calificó de «revolución industriosa», en la que el campesino escapaba a los niveles de subsistencia invirtiendo más tiempo y energía en las labores agrícolas, no más dinero. Aunque la mejora de las herramientas y las técnicas tuvo su importancia en la revolución industriosa japonesa, la producción aumentó principalmente porque las familias campesinas racionalizaron la producción, dedicando al trabajo más empeño y más tiempo. Según Hayami, la autoexplotación es el factor que mejor explica que se duplicara la cantidad de tierra cultivada, se triplicara la población y se cuadriplicara la producción en el Japón Tokugawa[10].

Las familias japonesas adoptaron también otras cuatro prudentes estrategias para asegurar que la demanda de recursos básicos no superaba su provisión. En primer lugar, mucha gente trabajaba lejos de casa durante períodos prolongados: en algunas al-

deas, hasta un tercio de los adolescentes partía a trabajar fuera, bien a una comunidad vecina, bien a una ciudad pequeña. La investigación de Hayami puso de manifiesto que «cuanto más bajo [era] el estrato social, más personas trabajan lejos de casa y con más años regresan a su aldea para casarse» y que, en promedio, las muchachas de familias pobres japonesas se casaban cinco años después que las de las familias más ricas. Este retraso reducía considerablemente el número de niños que podían criar[11]. En segundo lugar, las mujeres que se quedaban en su pueblo trabajaban muchas horas en los campos, lo cual sin duda reducía la fertilidad e incrementaba la mortalidad infantil (*véase capítulo 4*). En tercer lugar, a falta de leche animal (porque pocos campesinos japoneses tenían ganado), las madres amamantaban a sus hijos intensivamente, a menudo de manera exclusiva, hasta que tenían tres o cuatro años, una práctica que normalmente impide la ovulación.

En cuarto y último lugar, al igual que en China, cuando las familias, a pesar de esas estrategias prudentes, se enfrentaban a dificultades económicas, recurrían regularmente al aborto y al infanticidio, procedimientos que en japonés reciben el elocuente nombre de *mabiki*: «entresacado» (como se hace con las plántulas). Los datos cualitativos indican que ambas prácticas eran habituales. En 1646, el gobierno central prohibió la difusión pública de las «medicinas menstruales» dentro de la capital y en 1667 ilegalizó en ella la práctica del aborto. Con todo, en 1692 se publicó un exhaustivo manual de técnicas abortivas titulado *La planta feliz de las mujeres* y, aunque gran parte de sus métodos se basaba en la utilización de hierbas, el libro describía también cómo insertar palitos en el útero y cómo sacudir la matriz[12]. En cuanto al infanticidio, en palabras del mercader inglés Richard Cocks, uno de los más perspicaces observadores del Japón del siglo XVII: «Lo más horrible de todo es que los padres pueden matar a sus propios hijos en cuanto nacen si no disponen de medios para

criarlos». Hasta los nombres de los niños reflejaban la decisión de los padres japoneses de limitar el tamaño de la familia: a algunos los llamaban Tome («Basta») y Sue («El Último»), y los visitantes de algunos templos todavía pueden encontrar en ellos placas colocadas por madres deshechas de la época Tokugawa, en las que se «disculpan» ante su malogrado feto[13].

Además de esas «estrategias [de supervivencia] negativas» en épocas de penuria, las aldeas japonesas también pusieron en práctica ciertas políticas positivas de fomento de la supervivencia colectiva. El rasgo principal era que la comunidad media estaba dividida en muchas tierras de diferentes tamaños: una o dos grandes, algunas de tamaño medio y la mayoría pequeñas o minúsculas. Aunque ésta era la pauta de distribución existente en todo el mundo durante la Edad Moderna, en Japón había muchos agricultores que tenían tanto sirvientes como subarrendados, en tanto que la mayoría de los aldeanos sin tierra también estaban vinculados al hogar de algún terrateniente. Es frecuente que en los documentos se llame al cabeza de familia *oyakata* («el que asume el papel de padre»), y a los sirvientes y subarrendados, *kokata* (o «hijos»: en japonés, el término que denomina al «huérfano» no significa «sin padres», sino «sin familia»). En consecuencia, las aldeas no eran un conjunto de unidades agrícolas autónomas, sino un conglomerado de hogares interdependientes. En circunstancias ideales, el *oyakata* proporcionaba los bienes de capital que periódicamente necesitaban los hogares más pequeños, mientras que el *kokata* suministraba la mano de obra que en ciertos momentos cruciales precisaban las grandes explotaciones (sobre todo para el trasplante de plántulas de arroz que, a pesar de la gran cantidad de agua que se necesitaba para ir regando cada arrozal, era algo que había que hacer en cada uno de ellos en cuestión de horas). Las comunidades también cooperaban para realizar ciertas actividades colectivas que precisaban de recursos superiores a los de cada uno de los hogares, entre ellas la construcción o susti-

tución de la techumbre de paja de una vivienda, la reparación de los diques comunitarios o el drenado de los canales de irrigación. Lo más importante era que, cuando había escasez de alimentos, se esperaba que el *oyakata* no abandonara a sus *kokata* (ya fueran sirvientes o subarrendados) y que los alimentara[14].

Todas esas estrategias ayudaron a mitigar el impacto de la Pequeña Edad de Hielo al inicio de la época Tokugawa, pero mayor influencia tuvieron otros dos factores. En primer lugar, Japón había disfrutado del mismo clima benigno que el resto del hemisferio norte durante el siglo XVI, pero un siglo de guerra civil (conocido como «período de los estados en guerra», *Sengoku Jidai*) garantizó que gran parte del archipiélago, más que superpoblado estuviera infrapoblado. Según un europeo que vivió en Japón durante la década de 1580, última de la guerra civil:

> Gran parte de la tierra no se labraba y cuando las partes cultivadas se sembraban, eran destruidas y saqueadas por facciones vecinas y enemigas. Los hombres se mataban unos a otros por doquier. Así que todo el Reino y los nobles se vieron en la mayor de las pobrezas y desdichas por lo que tocaba a su dignidad y todo lo demás, y la única ley era el poder militar. Los hombres se castigaban y mataban unos a otros como les venía en gana[15].

En la década de 1590 Japón desplegó grandes ejércitos, intentando inútilmente conquistar la península de Corea e, incluso después del fracaso de tal aventura, ejércitos ingentes siguieron maniobrando y luchando por el control del archipiélago hasta 1615. En segundo lugar, el Período de los Estados combatientes dejó tras de sí un positivo legado político: la incesante lucha por el poder acabó erradicando los focos de poder alternativos, dejando en pie solamente uno, la dinastía Tokugawa y sus aliados. En 1614, Richard Cocks consideraba que el régimen Tokugawa era «la tiranía más grande y poderosa que el mundo haya conocido» y durante los dos siglos siguientes esa dinastía utilizó su poder para coordinar respuestas que neutralizaran algunos de los peores efectos de la Pequeña Edad de Hielo y crear condiciones favorables a un rápido crecimiento económico y demográfico[16].

«La tiranía más grande y poderosa que el mundo haya conocido».

Aunque Japón siempre ha sido un Imperio, al llegar el siglo XVI el emperador carecía de autoridad ejecutiva. En lugar de constituir una potencia, el archipiélago estaba dividido entre daimios (literalmente «grandes nombres») hasta que, en las últimas tres décadas del siglo, tres poderosos caudillos militares reunificaron el país: Oda Nobunaga (muerto en 1582), Toyotomi Hideyoshi (en 1598) y Tokugawa Ieyasu (en 1615). Después de una serie de brillantes operaciones militares en las que eliminó a todos sus rivales, Hideyoshi (que desde su condición de soldado campesino de a pie había llegado a general, y que por tanto poseía una singular comprensión de la dinámica social japonesa) impuso una serie de medidas que fomentaron la estabilidad social y económica. Ordenó a los labradores de todo el país que entregaran todas sus «espadas, arcos, lanzas, mosquetes o cualquier otra arma», dictando que, a partir de ese momento, sería ilegal poseer cualquiera de ellas, puesto que habría que dedicarse «por entero al cultivo». A continuación, Hideyoshi decretó que los samuráis (la casta guerrera) ya no pudieran ser campesinos y que éstos no pudieran ser samuráis: a partir de entonces entre los regidores locales no debía «haber nadie que desempeñara funciones militares o se dedicara a [l cultivo de] los campos[17]». Aunque unos pocos samuráis entregaron sus armas y se quedaron a labrar la tierra en sus comunidades, la mayoría se trasladó, junto con los integrantes de sus hogares, a la sede del daimio local, donde se convirtieron en mesnaderos asalariados, generalmente residentes en las nuevas poblaciones que proliferaron en torno a la residencia principal de su señor. Como Hideyoshi pretendía, esas medidas separaron a los samuráis de su base de poder rural tradicional y desmilitarizaron el campo.

Para evitar cualquier tipo de abuso «en la recogida de los impuestos anuales que fomentara levantamientos», Hideyoshi encargó también la realización de un exhaustivo registro catastral. Los inspectores recorrieron el archipiélago para medir todas las parcelas, identificar su uso (arrozal, tierra de secano, parcela residencial) y evaluar su calidad (desde «superior» a «muy inferior»), calculando también su potencial productivo según un baremo fijo: el *koku* (aproximadamente cinco fanegas en el caso del arroz, el producto más habitual, pero no el único que se evaluó). En consecuencia, la tierra se midió en función del número de *koku* que podía producir, es decir, de su *kokudaka*. En su catastro, Hideyoshi no permitió ni excepciones ni exenciones: sus funcionarios debían «perseguir a un señor hasta su castillo y pasarle por la espada junto a todos sus vasallos» y «matar a todos los labradores contumaces de todo el distrito» si se negaban a cooperar[18]. Aunque algunas zonas aún no habían sido inspeccionadas en 1598, año en que murió Hideyoshi, éste había creado un inventario de la capacidad productiva de su país mucho más exhaustivo que el de ningún otro gobernante de la Era Moderna.

La muerte en 1598 de Hideyoshi, sin heredero adulto que lo sustituyera, dio pie a un nuevo período de guerras civiles, pero dos años después Tokugawa Ieyasu derrotó a una coalición de adversarios y en 1603 consiguió del emperador el título de sogún (abreviatura de *sei-i taisho-gun*, «gran generalísimo que se impone a los bárbaros»). De ese modo, Ieyasu y sus parientes más cercanos pasaron a controlar las principales poblaciones y alrededor de un cuarto de la tierra cultivable japonesa, en tanto que unos doscientos daimios, la mayoría parientes lejanos o aliados tradicionales del líder, regían el resto de Japón, dividido en feudos.

Ieyasu no recababa impuestos directos entre los daimios, sino que les pedía «donativos» para fines concretos (como material de construcción y mano de obra para ampliar y fortificar su cuartel

general en Edo) e «invitaba» a cada uno de sus aliados a pasar largas temporadas con él en Edo, donde podía tenerlos vigilados. También continuó una práctica de Hideyoshi, la de reunir información que afianzara su poder. De este modo, sus cartógrafos utilizaron el catastro para elaborar un «mapa nacional» con un nivel de detalle, un tamaño y un alcance nunca vistos. En el mapa, de 3,65 por 4,25 metros, aparecían todas las provincias y poblaciones de tamaño medio, así como las rutas marítimas y puertos, carreteras y postas de correos, así como las distancias por tierra y por mar entre los centros principales. El mapa presentaba un Japón único, de una pieza, omitiendo cualquier diferencia regional, administrativa o social, y, como los sogunes permitieron que se hicieran copias e impresiones, el mapa no tardó en convertirse en emblema del nuevo Estado unificado. Ningún otro de la época produjo nada parecido (ni desde luego lo difundió de forma tan masiva[19]).

Ieyasu invirtió también en una extensa infraestructura de comunicaciones, cuyo eje era la red de vías principales conocidas como cinco carreteras (*go-kaido-*), todas ellas dotadas de controles en los que los viajeros debían mostrar sus papeles. Mientras que en China el emperador Chongzhen desmantelaba la red postal de su país *(véase capítulo 5),* el nuevo sogún instalaba postas que, situadas a intervalos regulares, estaban provistas de caballerías de refresco, mozos, provisiones y alojamiento, y que se comunicaban entre sí por medio de mensajeros profesionales que iban en parejas (uno portando documentos o paquetes pequeños y otro con un farol que les permitía viajar tanto de día como de noche[20]). El sistema funcionaba tan eficazmente que el gobierno Tokugawa sabía de antemano cuánto tardarían los mensajes en llegar a su destino. Por ejemplo, «la tarde del 21 de diciembre [de 1637] una carta urgente con noticias de la insurrección de Shimabara llegó al castillo de Osaka a bordo de un bote mensajero». Los principales funcionarios Tokugawa que allí estaban, cons-

cientes de que «entretanto, la insurrección podía haber avanzado y que antes de que pudiera acrecentarse había que aplastarla», debatieron todas las opciones:

> Cuando la noche se tornaba en día, una carta de advertencia se remitió al gobierno de Edo. El señor de Bichû [cargo principal] apuntó que la distancia que separaba Edo de Osaka era de 520 kilómetros y que, para ir y volver, los correos tardarían diez días. Además, la consideración del problema [en Edo] consumiría por lo menos otro día [haciendo que el regreso se demorara] once días. Cuando se recibiera por fin respuesta, harían falta por lo menos diez días más para que ésta recorriera los 1400 kilómetros [de vuelta] por mar, y si los alisios favorables no fueran como son ahora su llegada se demoraría catorce o quince días[21].

Cuando llegó el momento, y gracias a esta notable red de comunicaciones, dos generales y miles de tropas escogidas enviadas desde Edo llegaron a Shimabara alrededor del 17 de febrero, es decir, menos de seis semanas después de que el sogún recibiera la «carta de advertencia» y menos de dos meses después del estallido de la revuelta. Ningún gobierno europeo tenía capacidad para reaccionar con tanta rapidez ante una emergencia surgida en la periferia del Estado.

En cuanto acabó con los demás baluartes de sus adversarios entre 1614 y 1615, Tokugawa Ieyasu dictó una plétora de normas que debían obedecer los daimios y sus seguidores, la corte imperial e incluso el propio emperador (que, aunque carecía de poder real, seguía teniendo un inmenso prestigio). Las nuevas disposiciones iban de lo nimio (las micciones de los nobles de la corte sólo debían hacerse en orinales) a lo drástico: lo más importante era que, a partir de ese momento, cada daimio únicamente podría conservar un castillo y debería destruir todos los demás. Ieyasu murió al año siguiente, pero su hijo Hidetada (que gobernó hasta 1623) y su nieto Iemitsu (1623-1651) heredaron su título de sogún, consolidando y expandiendo aún más el poder de la administración central[22].

Los sogunes enviaban periódicamente misiones de inspección para evaluar la disposición defensiva, el código legal, los medios

económicos y la motivación general de cada feudo. Un informe desfavorable podía llevar consigo la confiscación. Si se consideraba que había incompetencia (al provocar, por ejemplo, rebeliones campesinas con políticas opresivas o permitir actos de venganza entre los vasallos) también podía producirse la pérdida del feudo. Así, después de que las tropas de los respectivos daimios reprimieran brutalmente la rebelión de sus vasallos en Shimabara y Amakusa, el sogún Iemitsu depuso a ambos, que con sus insensatas exigencias habían ocasionado la revuelta, y obligó a uno a suicidarse y al otro lo encarceló. A continuación anexionó Shimabara al dominio Tokugawa y emitió un edicto ordenando a todo el mundo que «retomara la pacífica existencia de tiempos anteriores», vedando «comportamientos alborotadores», ilegalizando el cristianismo y prohibiendo que se «diera refugio o ayuda» a labradores o samuráis fugitivos. Sin embargo, el mismo edicto abordaba también las quejas de los vasallos: prohibía «la compra y venta de personas», anulaba todas las deudas tributarias y los servicios en forma de trabajo pendientes, y ofrecía las granjas de los rebeldes condenados a cualquiera que quisiera tomarlas[23]. En total, entre 1615 y 1651 los Tokugawa confiscaron los feudos de 95 daimios, que de ese modo perdieron su medio de vida, al igual que sus mesnaderos, que se quedaron sin soldada, convirtiéndose en *ro-nin* (samuráis sin señor). Más o menos en el mismo período, los sogunes pasaron otros 250 feudos de un daimio a otro. Según Harold Bolitho: «Nunca en la historia de Japón se había atacado con tal violencia la autonomía local[24]».

Iemitsu también utilizó otros medios para ampliar su control sobre los daimios. Les prohibió que construyeran grandes buques, que cobraran peajes o saldaran por sí solos sus disputas; les exigió que mantuvieran las carreteras, puentes y postas de sus dominios; les ordenó que erradicaran el cristianismo y que en todas las cuestiones legales sus decisiones se basaran «en las leyes de Edo». Lo crucial fue que convirtió sus visitas a la capital en un

sistema de «asistencia alterna» cuidadosamente organizado (en la expresión *sankin ko-tai*, la primera palabra significa «dar cuenta en audiencia», la segunda, «rotar»[25]). A partir de ese momento, todos los daimios tenían que residir en la capital doce de cada veinticuatro meses y dejar permanentemente allí (en realidad como rehenes) a su principal consorte y a su heredero. Iemitsu decidió en qué meses del año tenía que «dar cuenta en audiencia» cada grupo de daimios, tanto para evitar que organizaran posibles conjuras como para impedir que zonas sensibles se vieran al mismo tiempo sin todos sus líderes locales. Además, en todos los controles situados en las carreteras de entrada y salida de Edo, sus guardias vigilaban la posible introducción de armas, a las mujeres que salieran (ya que un señor que sacara de la capital a su esposa podía estar tramando una traición) y a «cualquier otro sospechoso» que no pudiera presentar un salvoconducto para poder viajar. En 1636, cuando un destacado daimio llegó tarde al *sankin ko-tai* previsto, Iemitsu lo condenó a tres años de arresto domiciliario.

El deseo de evitar humillaciones y castigos a manos del sogún llevó a los daimios a competir entre sí por construir y mantener más (y más lujosas) mansiones en Edo para ellos, sus familias y sus mesnaderos. Además, como la asistencia alterna era, en teoría, un servicio militar, cada daimio debía viajar a Edo totalmente armado, con un séquito de samuráis acorde a su rango (en el caso de los señores menores, puede que prácticamente todos sus mesnaderos tuvieran que acompañarlo, en tanto que los más importantes llegaban a viajar con séquitos de varios miles de personas) y los diversos gastos que conllevaba «dar cuenta en audiencia» absorbían la mitad de los ingresos de algunos dominios. Llegado el año 1700, la capital tenía más de seiscientos recintos propiedad de los daimios, en los que vivían un mínimo de 250 000 personas[26].

Iemitsu también dictó códigos para homogeneizar el comportamiento de otros grupos de súbditos. En 1643 promulgó unas Normas para los Viajeros en las tierras de los Tokugawa, que fijaban con impertinente minuciosidad qué conductas se consideraban adecuadas, sobre todo en relación con la indumentaria y los ornamentos permitidos a cada grupo social. En este sentido, sólo los jefes de las aldeas podían llevar seda, tener portones en sus recintos o rematar los techos interiores de sus casas; a ningún campesino se le permitía utilizar tintes rojos o púrpuras para fabricar tejidos, y así sucesivamente. «Había que regular la moda por decreto porque tenía que ser expresión del rango», según la acertada descripción del historiador del arte Robert Singer. «El consumo, sobre todo el público, no debía demostrar la riqueza personal, sino el puesto subalterno o superior en el sistema político, así como la aceptación de éste[27]». Del mismo modo, como los principales centros comerciales e industriales seguían bajo el control directo del sogún, Iemitsu emitió edictos para regular la producción y la distribución, así como el consumo de productos, y para instar a los obreros, artesanos, artistas y arquitectos de la ciudad a incrementar su productividad trabajando con más ahínco. Este exhaustivo cuerpo de leyes fue la base de la revolución industriosa.

Iemitsu también tomó medidas drásticas para limitar el comercio de ultramar japonés. Mientras que sus antecesores habían animado a los mercaderes nipones a construir grandes buques que comerciaran con numerosos puertos del Sureste Asiático, fomentando la instalación de colonias comerciales en Camboya, Taiwán e Indonesia, en la década de 1630 Iemitsu prohibió totalmente a cualquier japonés que participara en actividades comerciales en el exterior o que residiera fuera del país. Las únicas excepciones fueron un enclave cercano a Pusan, en Corea, y otro en Okinawa, en las islas Ryukyu, donde los mercaderes japoneses comerciaban con el Asia continental. Durante cierto tiempo,

Iemitsu toleró la presencia de mercaderes portugueses, aunque en 1636 los confinó en Dejima, una isla artificial de la bahía de Nagasaki que, unida a tierra firme por un único puente, dependía absolutamente de las autoridades niponas, incluso para conseguir agua potable[28]. Tres años después, como el sogún culpó a los misioneros lusos de los tintes católicos que tenía la rebelión de Shimabara, expulsó de Japón a todos los portugueses y en 1640, cuando una embajada de más de cincuenta miembros regresó al país para rogar que se restableciera el libre comercio, el sogún los mató a todos y colocó un cartel en el lugar advirtiendo:

> Una pena similar sufrirán todos aquellos que a partir de ahora arriben a estas costas desde Portugal, ya sean embajadores o marineros, ya lo hagan por error o conducidos a estas tierras por una tormenta. Es más, si aquí llegara a venir el rey de Portugal, o [Buda], o incluso el Dios de los cristianos, la misma pena caería sobre todos ellos.

Parece que Iemitsu esperaba que los portugueses trataran de vengarse, así que ordenó a los daimios con feudos cercanos a Nagasaki que, en lugar de visitar Edo, permanecieran en sus territorios con todos sus mesnaderos, aunque no tenía de qué preocuparse. Entretenidos en rebelarse contra Felipe IV *(véase capítulo 9),* los portugueses no se atrevieron a levantar la mano contra el sogún. En 1641, Iemitsu trasladó a todos los mercaderes holandeses a la vacía isla de Dejima, y durante gran parte de los dos años siguientes éstos fueron los únicos europeos a los que se permitió visitar y comerciar legalmente con el archipiélago[29].

El salvajismo con el que se recibió a los portugueses formaba parte de una campaña concertada de control de las creencias religiosas de los súbditos de Iemitsu. En 1638 el sogún exigió a todo aquel que viviera en los dominios de Tokugawa que demostrara ante la autoridad local su pertenencia a un templo budista. En 1665 su sucesor extendió el mismo requisito a las tierras de los daimios y a partir de 1671 la prueba tuvo que presentarse anualmente. Los alcaldes obligaban a cualquier sospechoso de desvia-

ción a pisotear imágenes de la Virgen para «demostrar» su indiferencia hacia el cristianismo; los que se negaban y cualquier misionero que fuera capturado eran torturados y ejecutados[30]. Los defensores de la nueva dinastía Tokugawa trataron de «sacralizarla», propagando el culto a su fundador Ieyasu, al que consideraban *shinkun* o «gobernante divino», y promoviendo la construcción de santuarios en su honor. En 1624 ya existían más de cuarenta «santuarios TŌshōgūi» (la mayoría erigidos por Hidetada, hijo de Ieyasu) y después vendrían muchos más (algunos levantados por Iemitsu y el resto por nobles deseosos de complacerlo). El más importante todavía se alza en Nikkō, localidad situada a 130 kilómetros al norte de Edo, donde entre 1634-1636 Iemitsu construyó un asombroso complejo arquitectónico de más de 2,5 kilómetros cuadrados de extensión, lleno de pinturas (más de quinientas) y esculturas (más de 5000[31]). El sogún también patrocinó la publicación de tratados que, conjugando textos procedentes de fuentes budistas, confucianas y sintoístas, pretendían explicar cómo había adquirido la dinastía el llamado mandato del cielo y cómo el código guerrero japonés (el *bushido*) constituía el instrumento ideal para conservarlo. En su mayoría, los autores de esos panfletos eran o guerreros, o hijos de guerreros, y hacían hincapié en que la virtud suprema de los súbditos era la obediencia absoluta a la autoridad, ensalzando el respeto a las normas militares tanto en la paz como en la guerra y comparando la labor principal de los líderes civiles con la de los generales: dirigir y coordinar el movimiento de grandes masas humanas. Según decía en un tratado de 1652 Suzuki Shōsan, un samurái que se hizo monje: «Recibir la vida en calidad de campesino es ser un empleado al que el cielo ha encomendado alimentar al mundo». Suzuki también señalaba, al igual que Thomas Hobbes en Inglaterra (*véase capítulo 12*), que los súbditos debían obediencia a cualquier gobernante que les proporcionara paz y justicia[32].

Cómo se hizo frente a la hambruna de Kan'ei

De este modo, en comparación con otros Estados, el Japón Tokugawa contaba con varias ventajas estructurales a la hora de enfrentarse a la Pequeña Edad de Hielo. En el ámbito local, el sistema basado en *oyakata* y *kokata* constituía una red de protección para muchos de los japoneses más vulnerables, mientras que el sistema del *kokudaka* creó graneros que podían abrirse en caso de hambruna. El hecho de que se hubiera separado a los daimios y los samuráis de sus tierras ancestrales, además de la llamada «caza de la espada», dificultaron la labor de organización de la resistencia, en tanto que la riada de edictos reguladores del comportamiento acostumbró al gobierno central a tomar la iniciativa en cuestiones sociales y económicas, predisponiendo al mismo tiempo a sus súbditos a obedecer. No obstante, la adversidad climática sometió a Japón a graves presiones. Durante el terrible invierno de 1641-1642 (según las memorias de Enomoto Yazaemon) «llenaban las calles los cadáveres de los que habían muerto de hambre»; Edo «estaba llena de mendigos sólo cubiertos de paja» y, «entre 50 000 y 100 000 personas habían muerto de hambre en Japón». En 1642, una aldea de montaña informó al sogún de que la hambruna había acabado con la vida de un tercio de su población: 147 cabezas de familia habían muerto de inanición, 92 se habían visto obligadas a vender todas sus tierras y 38 habían huido[33].

Para enfrentarse a la hambruna de Kan'ei y discutir qué medidas había que tomar, Iemitsu convocó cerca de la capital una serie de reuniones de emergencia con funcionarios regionales. En el nivel más básico, instauró comedores sociales y albergues para los hambrientos, ordenando a todos los daimios y alcaldes que hicieran lo mismo. También autorizó a las autoridades locales a repartir arroz del que se guardaba en los graneros públicos, tanto entre los hambrientos como entre los labradores que carecieran de cereales, y ordenó a los daimios residentes en Edo a causa del

sankin ko-tai que regresaran a su dominio y organizaran la ayuda a los damnificados por la hambruna. Lo más sorprendente de todo fue que les prohibiera imponer servicios laborales a sus campesinos sin permiso del gobierno y que redujera drásticamente las demandas fiscales del Estado. Según los registros de una aldea que han llegado hasta nosotros, en 1636 ésta pagó al gobierno central el 23 por ciento de su producción total, pero el 21 por ciento en 1640, el 11 por ciento en 1641 y sólo el 6 por ciento en 1642[34].

A pesar de todas estas prudentes medidas, los precios de los víveres no dejaron de aumentar y, por lo tanto, Iemitsu ordenó a los labradores que sólo cultivaran productos básicos (por ejemplo, no se podía sembrar tabaco ni otras especies rentables mientras durara la hambruna) y prohibió el uso de arroz para elaborar sake. Sus funcionarios pusieron carteles por todo el país instando a los granjeros a ser frugales, a ocuparse de los campos y a llevar sus cultivos a los mercados. En julio de 1642, cuando supo que se acusaba a ciertos encargados de graneros y a vendedores de arroz de guardar reservas de ese cereal con la esperanza de conseguir un precio mejor, Iemitsu ejecutó a ocho de ellos, exigió a otros cuatro que se suicidaran y exilió a muchos más después de confiscar sus propiedades. El acaparamiento cesó. El sogún también dictó otras muchas leyes económicas: el conjunto de los campesinos de cada aldea sería responsable de pagar su cuota impositiva, de manera que los más acomodados debían ayudar a los demás; autorizó la confiscación y utilización por el común de cualquier pequeña tierra que hubiera sido abandonada; había que mantener carreteras y puentes para acelerar el transporte de víveres a las zonas afectadas por la hambruna; «en razón de las malas cosechas, la gente sufre una extrema pobreza, de manera que los daimios deben cuidarse de adoptar medidas que empeoren aún más su situación». Cuando el señor de Aizu, pese a todo, provocó un levantamiento campesino, Iemitsu confiscó inme-

diatamente su feudo[35]. Entre las múltiples medidas que Iemitsu tomó para responder a la hambruna también figuraron leyes que limitaban la capacidad de los vasallos para organizar protestas colectivas frente a señores que cometieran abusos, convirtiendo cualquier petición a las más altas autoridades en un delito castigado con la pena capital. A partir de ese momento, los vasallos descontentos de un daimio tiránico sólo podían recurrir a una «válvula de escape»: la emigración colectiva a un dominio vecino, procedimiento conocido como *cho-san ikki*, «huida organizada[36]».

Parece que la decidida cascada de medidas de Iemitsu «funcionó». Aunque Japón, al igual que otras zonas del hemisferio norte, siguió sufriendo ciclos periódicos de adversidad climática, después de la década de 1640 los registros que nos han llegado ya no hablan de gente muriendo en las calles. Además, el número de revueltas de vasallos contra su daimio pasó de diecisiete entre 1631 y 1640 a nueve entre 1641 y 1650; en tanto que entre 1640 y 1680 se registraron apenas cincuenta *cho-san ikki*. Sin embargo, el sogún no se durmió en los laureles. Para impedir que se repitiera cualquier desorden o crisis de subsistencia, acometió la realización de más catastros y lanzó otra riada de edictos entre 1648-1649, conocidos posteriormente como Leyes de Kei'an. Algunos decretos pretendían reducir un llamativo consumo. En consecuencia, los habitantes de las ciudades no debían construir casas de tres pisos, utilizar oro en sus hogares (ni para la estructura ni en sus productos), viajar en palanquín o llevar capas de lana, y sus sirvientes no debían llevar seda. Estaba regulada hasta la tela que se utilizaba para confeccionar la ropa interior masculina (¡nada de seda!)[37]. Por su parte, los daimios no debían encargar tallas de madera elaboradas, adornos metálicos, molduras laqueadas o celosías para sus viviendas; sólo podían servir comidas modestas acompañadas de una pequeña cantidad (prescrita) de sake. En suma, el sogún ordenaba: «No gustéis de artículos que no ne-

cesitéis, es decir, los ajenos al equipo militar. No os entreguéis al dispendio personal. En todo, sed frugales». Iemitsu no dejaba lugar a dudas sobre la lógica subyacente: en una época de crisis generalizada, lo que proclamaba era la imperiosa necesidad de conservar los recursos. «A menos que seáis en general frugales, no podréis gobernar el país. Si los superiores se entregan crecientemente al lujo, los impuestos sobre la tierra y las prestaciones personales de sus subalternos se incrementarán y ellos sufrirán penurias[38]». Iemitsu también promovió obras públicas que incrementaran la producción de víveres (sobre todo canales, recuperación de tierras y labores de riego: la cantidad anual de obras de construcción se duplicó después de la década de 1640) y estableció un sistema de préstamos de emergencia inmediatamente disponibles para los daimios después de un desastre natural (independientemente de que fuera un incendio, una inundación, un terremoto o una erupción volcánica), que podían devolverse en cómodos plazos[39].

Las Leyes de Kei'an de 1648-1649 también se ocuparon de dictar comportamientos cotidianos. El sogún ordenaba a los aldeanos que madrugaran para cortar la hierba y arrancar hierbajos, que atendieran los campos todos los días y que, al oscurecer, se dedicaran a trenzar cuerdas y sacos. Sólo debían comer cebada y mijo, salvo en unas pocas fiestas muy determinadas, y dedicar el arroz que produjeran a pagar sus impuestos; no debían beber ni sake ni té; debían plantar árboles en torno a su casa para abastecerse de leña, y en sus letrinas debía haber mucho espacio para almacenar residuos de procedencia humana que sirvieran para abonar los campos. Otras cláusulas se ocupaban de la atención al ganado, la piedad filial, la asistencia sanitaria y la necesidad de que todos los hombres se casaran y procrearan (las leyes, que consideraban «malos aldeanos» a los solteros, autorizaban a los granjeros a divorciarse de sus mujeres si las consideraban perezosas). Otras reproducían leyes anteriores que limitaban los gastos

de los campesinos: los granjeros no podían lucir seda (aunque produjeran y tejieran su hilo) ni llevar ropa con estampados; sólo los señores podían llevar capas de algodón impermeable y utilizar paraguas (los demás debían usar capas y sombreros de paja); y la prohibición de consumir tabaco, té y sake se tornó permanente[40].

Estas vigorosas reacciones demuestran lo que un gobernante de la Edad Moderna *podía* intentar y conseguir ante una gran catástrofe. Además, el ejemplo del sogún llegó hasta los propios feudos de los daimios. Así, después de la rebelión campesina registrada en Aizu en 1642, Iemitsu traspasó el feudo a su hermanastro Hoshina Masayuki, que inmediatamente reprodujo las prácticas del sogún. En primer lugar, puso en marcha un nuevo estudio sobre la capacidad de producción de arroz de cada aldea, eliminando tierras baldías a causa de las riadas y los corrimientos de tierras. En segundo lugar, rebajó los impuestos de las aldeas cuando perdían las cosechas y redujo el conjunto de la carga impositiva «para ayudar a los que más necesidad tienen y para evitar que los labradores que de no ser así pudieran arruinarse se vieran obligados a caer en contratos de servidumbre». En tercer lugar, Hoshina creó organismos de financiación que prestaban dinero (a veces sin interés) a los aldeanos en apuros o a forasteros deseosos de asentarse en el feudo. Finalmente, fomentó planes de recuperación de tierras que incrementaron notablemente las zonas cultivadas. Gracias a esas medidas, entre 1643 y 1700 la población de Aizu, un feudo con alrededor de doscientas aldeas, se incrementó en un 24 por ciento, y aunque la recaudación fiscal aumentó en un 12 por ciento, la carga impositiva per cápita se redujo en torno a un 11 por ciento[41].

Otros señores japoneses siguieron el ejemplo de Iemitsu cuando sus haciendas se vieron en crisis. Así, en agosto de 1654 Ikeda Mitsumasa, señor de la provincia de Bizen (Honshu central), confesó en su diario que «la sequía y la inundación de este año

son los más grandes desastres que han ocurrido en mi tiempo como daimio», por lo que decidió: «Debemos aprovecharnos de la sabiduría de todo el dominio. Por lo tanto, se colocará un buzón de sugerencias. Todos, desde los ancianos hasta los hombres de más baja condición, deberán escribir recomendaciones anónimas e introducirlas en el buzón». Ikeda también ordenó a sus arrendatarios que recogieran pronto el arroz local y compró provisiones extras en Osaka; pospuso el pago de impuestos y «perdonó» los atrasos, y escuchó ruegos de los pobres, eximiendo de pagar a los que consideró incapaces de hacerlo[42]. Aunque la pervivencia de su diario podría hacernos pensar que Ikeda era especialmente solícito, desde luego no era el único que aspiraba a conservar y proteger a sus vasallos: otros daimios emularon las prácticas del clan Tokugawa «aunque no se les exigiera, en sentido estricto, que así lo hicieran» y siempre pusieron cuidado en articular políticas que cayeran «dentro de las amplias líneas establecidas» por el gobierno central. En este sentido, el señor de Okayama (Honshu central) recordaba a sus trabajadores en 1657 que el sogún…

> … no desea más que evitar que en todo el país haya una sola persona que muera de hambre o tenga frío y [fomentar] que todo el país prospere. Sin embargo, como esto no puede conseguirlo solo, ha confiado provincias enteras a [grandes vasallos como yo] […]. Del mismo modo, yo tampoco puedo abarcar todos los asuntos del dominio solo, por lo que he confiado [partes] a todos vosotros en feudo, ordenándoos que las gobernéis de acuerdo a mis intenciones primigenias. Y, sin embargo, vosotros actuáis como si [estos feudos] fueran de vuestra exclusiva propiedad, haciendo que las cosas hayan llegado a tal punto que explotáis a las clases bajas y ni siquiera os dais cuenta de que hay quienes mueren de hambre […]. Si gobernamos con descuido y lo hacemos de manera que haya personas que mueran de hambre y pasen frío, o de modo que haya zonas despobladas en la provincia, no evitaremos que Su Majestad confisque el dominio[43].

Sería difícil encontrar un mejor resumen de las políticas internas de la dinastía Tokugawa durante la Pequeña Edad de Hielo.

Por último, una política exterior aversa al riesgo constituyó un elemento fundamental de las iniciativas de Iemitsu para librar a Japón de la crisis. No sólo limitó drásticamente todo contacto

con extranjeros, confinando en islas cercanas a Nagasaki primero a los portugueses, después a los holandeses y finalmente también a los chinos, sino que igualmente impidió la entrada en el país de cualquier embajada, con la ocasional excepción de alguna procedente de Corea o de las islas Ryukyu. Más importante todavía fue que el sogún pusiera todo su empeño en evitar cualquier intervención en el extranjero. Hay que reconocer que cuando los manchúes invadieron Corea entre 1627-1628 y de nuevo en 1637, Iemitsu se ofreció a enviar tropas que repelieran a los invasores (naturalmente, los coreanos rechazaron la oferta, recordando las devastadoras invasiones japonesas de la década de 1590). Después, en 1646, las autoridades del sogunato en Nagasaki rechazaron la entrada de juncos chinos cuyos tripulantes llevaran «la cabeza afeitada como los tártaros» —es decir, que hubieran seguido las órdenes de la dinastía Qing y se hubieran afeitado la frente— ordenándoles que «no regresaran hasta que tuvieran aspecto de chinos[44]». Más provocador resultó aún que Iemitsu ofreciera asilo a algunos fieles a la dinastía Ming. Pero no fue más allá: en 1646 y de nuevo en 1650 el sogún rechazó las solicitudes de asistencia militar de los leales a los Ming, enfrentados a los «usurpadores» Qing *(véase capítulo 5)*. Del mismo modo, en 1637 y 1643 rechazó la invitación que le hicieron los holandeses de lanzar un ataque conjunto contra Manila, posesión española, aunque en esta ocasión consiguiera que un renegado español le dibujara un plano de la isla, cuya exactitud evaluó junto con un mercader holandés de visita en Edo. También interrogó personalmente, antes de liberarlos, a algunos cautivos holandeses para saber cómo habían ocupado un fuerte español en Taiwán y cómo combatían en el mar[45].

Es imposible no recalcar la importancia de la no implicación en problemas internacionales. Mientras que Europa sólo conoció cuatro años de *paz* durante el siglo XVII, y China ninguno, el Japón Tokugawa únicamente tuvo cuatro años de *guerra* (ninguno

después de 1638). Al evitar la guerra, el sumidero por el que se escapaba gran parte de los ingresos de los demás Estados modernos, los sogunes lograron mantener los impuestos relativamente bajos, sin dejar por ello de acumular recursos con los que responder eficazmente a los desastres naturales.

El punto de inflexión

En 1651, Iemitsu murió después de una larga enfermedad, dejando como heredero a un hijo de diez años al que habría de guiar un consejo de regencia, pero, como sus integrantes habían sido amantes del sogún, dos de los más importantes no tardaron en «seguir al señor a la muerte» suicidándose. Esta situación creó un vacío de poder para el que algunos de los oprimidos por el clan Tokugawa llevaban mucho tiempo preparándose[46].

El hecho de que Iemitsu lograra evitar la guerra, tanto interna como externa, había privado a los samuráis de su razón de ser, y muchos de ellos enseñaban o estudiaban en escuelas y academias. En palabras de Mary Elizabeth Berry: «Para los soldados, privados en tiempo de paz de cualquier actividad de combate y claramente infrautilizados por las burocracias del sogún y los daimios, el aprendizaje servía tanto para acceder a privilegios como para encontrar trabajo: como médicos, asesores políticos, tutores, profesores y escritores[47]». Sin embargo, no todos los samuráis lograron adaptarse a su condición de soldados «en tiempo de paz». Lo crucial era que, cada vez que el sogún confiscaba un feudo, creaba decenas de miles de *ro-nin*, «samuráis sin señor», siempre resentidos con el régimen, y la capacidad que mostraron únicamente doscientos *ro-nin* de convertir la rebelión de Shimabara en un gran desafío para ese orden puso claramente de manifiesto su potencial perturbador. Al irse conociendo la prolongada y fatal enfermedad de Iemitsu, varios grupos de contrariados samuráis tuvieron tiempo de concebir planes para tomar el poder en cuanto muriera el sogún.

Yui Shōsetsu, docente en una academia militar de la capital, dirigía uno de los grupos de samuráis conspiradores que pretendían ocupar y volar el arsenal de Edo (a cuyo subcomandante habían sobornado), prender fuego a veinte lugares del entorno de la capital, ocupar el gran castillo erigido por Iemitsu para alojar su cuartel general y durante el caos posterior matar a todos los demás regentes. Puede que hubieran triunfado de no ser porque, en el momento de morir Iemitsu, uno de los principales conspiradores estaba enfermo y Yui decidió esperar a que se recuperara. En el intervalo, otro líder sufrió una fiebre y en su delirio reveló detalles de la conspiración. En consecuencia, el gobierno logró cortarla de raíz, crucificando o decapitando a más de treinta rebeldes. El poder de Tokugawa se mantendría incólume durante los dos siglos posteriores[48].

Sin embargo, aparte de la contingencia y de unas pocas ejecuciones, muchas otras razones explicaban el éxito que tuvo el Japón Tokugawa a la hora de remontar la crisis de 1651. En otros lugares, la sucesión de un infante (por ejemplo, en la Francia posterior a la muerte de Enrique IV o Luis XIII, o en la República holandesa tras el fallecimiento de Guillermo II), al igual que la muerte o la incapacidad de un gobernante anciano (como fue el caso de Cristian IV de Dinamarca o del mogol Sah Jahan), solía ocasionar guerras civiles y, en cuanto se tuvo noticia en Nagasaki de la muerte de Iemitsu y de sus principales ministros, los intérpretes japoneses de la embajada holandesa pronosticaron el desastre. El sistema de asistencia alterna llenaba Edo de daimios, algunos de ellos opuestos a los Tokugawa durante las anteriores guerras civiles, acompañados de miles de leales samuráis; y los intérpretes señalaban «las alteraciones y sentimientos que este gran cambio había suscitado en la comunidad. Como el príncipe [el hijo de Iemitsu] es aún menor y el gobierno de este Imperio será entregado a los consejeros, temen que las rencillas entre los

nobles y sus ansias de poder desaten el desorden y las revueltas[49]». Entonces, ¿por qué no estalló la violencia?

Por la parte negativa, debemos señalar que las arbitrarias políticas de los tres primeros sogunes Tokugawa habían destruido o debilitado tan eficazmente a sus oponentes que llegado el año 1651 no había ningún foco de lealtad alternativo viable. El emperador, los principales templos y gran parte de los daimios estaban enormemente endeudados (con frecuencia por culpa de las «donaciones» que exigían los sogunes para sus proyectos de construcción y por el mantenimiento que precisaban las lujosas mansiones de Edo que exigía el sistema de asistencia alterna). En consecuencia, carecían de recursos para explotar el vacío de poder temporal ocasionado por la muerte de Iemitsu. Además, la política de «un castillo por feudo» situaba a los daimios en situación de gran desventaja si querían desafiar al gobierno central, que contaba con docenas de ellos, estratégicamente situados por todo el país (entre ellos figuraba el gran castillo de Edo que, según un enviado holandés, «puede compararse con una de las principales ciudades amuralladas de Europa», y que contenía armas suficientes para equipar a 100 000 soldados[50]).

Además, la eficacia militar de los guerreros japoneses de 1651 ya no era la de antes. Por una parte, muchos de los samuráis que defendían a su señor en Edo no tenían más que un leve vínculo con su feudo: en realidad, algunos de ellos, nacidos en la capital, no conocían siquiera a los colegas de su territorio de origen. Por otra, vivieran o no en Edo, ninguno estaba «listo para el combate». El sitio de Shimabara de 1637-1638 era la única operación militar que la mayoría podía recordar y, en cualquier caso, en ella sólo habían entrado en acción samuráis de algunos feudos, mientras que el resto carecía totalmente de experiencia de combate. Además, como el régimen Tokugawa almacenaba enormes cantidades de armas en sus arsenales y vigilaba muy de cerca su producción (reduciéndola), cualquier confrontación armada en-

tre el clan y las fuerzas de los daimios podía terminar en un baño de sangre. Tokugawa Ieyasu había convertido la pacificación en su principal objetivo político y, llegado el año 1651, su nieto prácticamente la había logrado.

A esto hay que añadir que, a pesar de sus aspectos arbitrarios, el régimen Tokugawa había reportado beneficios patentes a casi todos los grupos sociales. Los daimios ganaban porque los sogunes protegían a los señores menores de sus vecinos más poderosos: durante 250 años, ningún daimio atacó las tierras de otro (algo que contrastaba enormemente con la situación en el siglo XVI) y quienes se sintieran agraviados siempre podían buscar reparación en Edo. Las ciudades prosperaron porque los samuráis y otros sirvientes que ahora abarrotaban las poblaciones amuralladas aumentaban la demanda de víveres y manufacturas. Los mercaderes valoraban la disponibilidad de atalayas, faros y medios para realizar rescates, que hicieron más seguro el comercio mercantil, en tanto que la mejora de carreteras y puentes facilitó el terrestre. Todos estos cambios incrementaron la demanda de bienes manufacturados: un manual publicado en 1637 clasificaba más de 1800 «productos notables» de venta en Japón[51].

Finalmente, el régimen Tokugawa también trajo paz y prosperidad a los campesinos. Desde el punto de vista político, los sogunes fomentaron mecanismos de desactivación de los «incidentes conflictivos»: permitieron la huida organizada y, aunque la rebelión conducía inexorablemente a la represión, normalmente los que protestaban solían alcanzar por lo menos alguno de sus objetivos (eso sí, con frecuencia a título póstumo[52]). Económicamente, las demandas fiscales del Estado se redujeron. Como señaló Hayami Akira, «en el Japón Tokugawa los impuestos se basaban en el establecimiento de un nivel de producción fijo, sobre el que se aplicaban los gravámenes»; es decir, los tributos de la mayoría de las comunidades se siguieron basando en los catastros realizados en tiempos de Hideyoshi, durante la década de

1590, lo cual dejaba fuera los rendimientos de las nuevas tierras de labor o de aquellas que hubieran mejorado. En consecuencia, si a una aldea con una producción registrada de mil *koku* de arroz en la década de 1590 se le aplicaba una tasa impositiva del 50 por ciento, tendría que pagar quinientos *koku*, aunque llegado el año 1651 en realidad produjera 2000, 3000 o más *koku*. Sería lo mismo que gravar hoy a los granjeros estadounidenses en función de los rendimientos de sus campos en (por ejemplo) 1945. Además, ni el sogún ni los daimios gravaban las rentas de las actividades no agrícolas de los labradores —entre otras, la producción de tejido de algodón, hilo de seda, papel o salsa de soja—, y el régimen Tokugawa no recaudaba impuestos sobre la renta o de sucesiones, ni tampoco gravaba regularmente el comercio[53].

Estas medidas no sólo favorecieron la revolución industriosa, sino que fomentaron el crecimiento económico. En tanto que las anteriores generaciones campesinas sólo habían trabajado para su sustento y el pago de impuestos, el incremento de la demanda en el mercado y la perspectiva de conservar sus beneficios animaron a los labradores a incrementar la producción. Como los reducidos tributos estatales también beneficiaban a los terratenientes, éstos fomentaron asimismo la revolución industriosa: algunos importaron nuevas variedades de arroz y mejoraron las existentes, permitiendo que los granjeros seleccionaran las semillas más apropiadas para las condiciones locales, en tanto que otros distribuyeron entre sus labradores herramientas de cultivo con punta de hierro, fomentando las mejoras tecnológicas en la ingeniería civil (sobre todo, el riego y el suministro de agua). Finalmente, los campesinos salieron ganando con la exigencia de que los samuráis abandonaran sus aldeas para instalarse junto al castillo del señor, porque, mientras que los samuráis locales podían determinar los bienes y las rentas de cada campesino mediante la inspección personal, a los peritos enviados por un señor absentista se les podía engañar más fácilmente[54].

A pesar de todas estas ventajas, el régimen Tokugawa podría haberse derrumbado en 1651 si los regentes no hubieran lidiado con los principales agravios que habían motivado a los conspiradores. A partir de ese momento, redujeron drásticamente las demandas de «donaciones» de los daimios a los proyectos constructivos del clan Tokugawa. Por ejemplo, aunque después del incendio desatado en Meireki en 1657 varios regentes quisieron reconstruir la orgullosa torre de Iemitsu en el castillo de Edo, Hoshina Masayuki (hermanastro del difunto sogún y ahora regente principal) «señaló que la Paz Tokugawa era tan estable que el castillo del sogún ya no necesitaba torre». Por el contrario, Masayuki dedicó todos los recursos disponibles a reconstruir Edo. Pocos meses después, una delegación holandesa enviada a la ciudad mencionaba asombrada el paso de «cincuenta caballos del sogún, cada uno de ellos cargado con tres arcones o 3000 taeles de plata» y más asombro sintieron sus integrantes cuando su casero les informó de que el tesoro procedía de las reservas que el clan Tokugawa tenía en el castillo de Osaka, y que «desde ahora hasta el final del año, es decir, otros diez meses y medio, lo mismo se hará cada día [...]. El dinero lo distribuirá el sogún para reconstruir las casas de Edo[55]». Además, después de 1651, los sogunes apenas se inmiscuyeron en cómo dirigían los daimios sus dominios, permitiéndoles acuñar su propia moneda metálica (y, posteriormente, también papel moneda), así como sus propios códigos legales; en tanto que los daimios respetaron el derecho exclusivo del sogún a mediar en sus disputas, a determinar todas las cuestiones de interés nacional (como la religión, la defensa y el comercio exterior) y a regular las muestras públicas de poder. Aceptaron la obligación de la asistencia alterna en Edo, de llegar y partir de la ciudad a tiempo y de mantener mansiones lujosas en una capital en la que muchos de ellos habían nacido y se habían criado.

El único problema importante que los Tokugawa no resolvieron después de 1651 fue el desempleo entre los samuráis. Aunque hicieron lo que pudieron. Por una parte, prácticamente dejaron de confiscar feudos, eliminando así la causa principal de resentimiento entre los samuráis sin señor, que había puesto en peligro al régimen. Por otra, proporcionaron cargos asalariados a todos los samuráis que pudieron: por ejemplo, a 1200 les dieron trabajo en una brigada de bomberos escogida, creada después del incendio de Meireki, y a otros les pagaron para que dedicaran su pluma a crear una ideología basada en la obediencia incondicional. Herman Ooms ha señalado la extraordinaria capacidad de permanencia de los textos escritos por Suzuki Shōsan y otros samuráis. En la década de 1930, «cuando se necesitó una definición todavía más cortante de la nacionalidad, susceptible de movilizar en grado sumo a los japoneses», el Estado recurrió a los escritos absolutistas de los apologistas del régimen Tokugawa del siglo XVII, creadores de la única ideología que «Japón ha tenido en la historia. Los valores sociales y políticos del Japón actual mantienen la estructura que se les dio en el siglo XVII[56]».

El Japón impreso

Los Tokugawa sabían tanto lo que les gustaba como lo que no. En la década de 1630, Iemitsu dictó una orden prohibiendo 32 libros en chino (la mayoría traducciones de obras europeas) y también creó una oficina de censores en la Academia Confuciana de Nagasaki para analizar y dar cuenta de todos los libros extranjeros que llegaran a la ciudad, principal nexo comercial entre Japón y el mundo exterior. Partiendo de los informes de los censores, las autoridades de la ciudad quemaban y prohibían cualquier libro condenado, borrando o retirando de los demás cualquier página que contuviera referencias al cristianismo. Además, el sogún ordenó a los libreros de todo el país que presentaran, para su examen, cualquier obra japonesa que hiciera alusión a religiones extranjeras, y los datos que nos han llegado sugieren que

así lo hicieron: se destruyeron planchas de impresión y se castigó a editores (aunque circularon copias manuscritas de unas pocas obras prohibidas). Los que eran descubiertos con obras cristianas se enfrentaban a crueles castigos. Así, en 1643, tres años después de la masacre de la delegación portuguesa de Macao, los tripulantes de un navío en el que viajaban cuatro sacerdotes europeos y seis conversos japoneses desembarcaron en la isla de Kyushu, donde la población local los capturó inmediatamente y los entregó a las autoridades locales. Iemitsu ordenó que fueran conducidos a Edo y los encerró en la casa de uno de sus efebos, que visitó en once ocasiones para supervisar las torturas que lograron la apostasía de dos de ellos y la muerte del resto[57].

Menos vigilantes se mostraron los censores de Tokugawa en cuestiones no religiosas. En teoría, el gobierno prohibía la difusión no autorizada de obras sobre la propia dinastía, sus asesores y políticas, o sobre Hideyoshi y su familia; cualquier texto que criticara a la élite o que contuviera pornografía, cualquier obra sobre «sucesos extraños recientemente ocurridos» (entre ellos suicidios por amor, adulterios, venganzas y grandes incendios, así como noticias del extranjero) o, en palabras de un decreto emitido en Edo de 1673, «cualquier cosa que pudiera ofender a otros o que trate sobre asuntos nuevos y curiosos». Un decreto de 1686 no sólo prohibía la publicación de «materiales escandalosos como canciones y rumores insensatos sobre acontecimientos recientes», sino que también ordenaba la detención de «quienes los venden en las esquinas». Con todo, la práctica pocas veces respondió a la teoría. Gran parte de los edictos del sogún sobre obras impresas aludía a transgresiones individuales y solía ser más exhortativo que normativo. De vez en cuando, el gobierno ponía en arresto domiciliario al autor y editor de una obra condenada, pero incluso en esos casos lo normal era que siguiera habiendo disponibles materiales impresos y que abundaran las copias manuscritas. A partir de la década de 1680 (si no antes) hubo

vendedores callejeros que, valiéndose de un subterfugio, vendían grandes pliegos de noticias sobre acontecimientos recientes no políticos: aunque su actividad iba contra la prohibición de mencionar sucesos recientes en las publicaciones, como iban enmascarados el gobierno los toleraba. Los autores también sorteaban la censura escribiendo relatos novelados: en este sentido, Chikamatsu Monzaemon, el dramaturgo más conocido de Japón, llegó incluso a publicar y representar una obra sobre el levantamiento de Shimabara de 1637-1638, situándolo en el siglo XII. En su control del pensamiento, la censura Tokugawa, salvo en lo tocante al cristianismo, no fue en modo alguno comparable a las de los Qing, los Romanov, el papado o a la de otros gobernantes europeos[58].

La dinastía Tokugawa comprendió en toda su extensión el poder de la imprenta y fomentó la publicación de obras por ella refrendadas. A partir de 1643, inmediatamente después de que el sistema *sankin ko-tai* se hiciera obligatorio, los impresores de Edo comenzaron a publicar registros de personal con el nombre, el rango, la edad, el emblema, la renta y la dirección de cada daimio; sus familias y sus mesnaderos y sirvientes, su calendario de asistencia ante el sogún; la distancia que había que recorrer desde cada feudo, los obsequios presentados, etc. A partir de 1659, otros registros impresos dejaron constancia de los principales cargos del régimen Tokugawa, tanto en la capital como en las provincias, además de sus deberes, dirección, estipendio, subalternos, tiempo en el cargo y puestos anteriores. Decenas de miles de ejemplares salían de las prensas cada año, siempre convenientemente actualizados (*lámina 20*[59]).

Aunque en sus inicios la cultura literaria de Tokugawa sirviera principalmente a los lectores samuráis de las ciudades, sobre todo de las *sant* (las «tres metrópolis»: Edo, Kioto y Osaka), la avalancha de leyes que aprobó el gobierno central, reproducidas por la mayoría de los daimios, y la insistencia en recibir cualquier peti-

ción e informe por escrito, suponían que todas y cada una de las 70 000 aldeas del archipiélago precisaban por lo menos de unos cuantos hombres alfabetizados que, con capacidad para leer y copiar los textos en un registro especial, debían después pasárselos a la siguiente población siguiendo un calendario fijo (el hombre fuerte de la última aldea de la lista certificaba que el original había culminado el itinerario exigido). Lo mismo podía decirse de los gremios comerciales y de los distritos urbanos: ambos necesitaban hombres que supieran leer y escribir[60].

Según el estudio de la cultura del Japón Tokugawa realizado por Eiko Ikegami, mientras que alrededor de 1600 «la mayoría de los japoneses que podía leer bien, incluyendo caracteres chinos, eran habitantes de ciudades de clase alta o granjeros no obligados a realizar labores manuales», la alfabetización no tardó en extenderse de forma espectacular. Una historia del momento ilustra magníficamente el efecto acumulativo. Un padre de familia que regenta un negocio de limpiado de arroz habla a sus hijos (como suelen hacer los padres de todas partes) de la suerte increíble que tienen:

> Cuando vuestro padre era joven, los niños no tenían un tutor que los enseñara a escribir y leer a menos que la familia fuera realmente rica. En cualquier distrito urbano sólo había, como máximo, tres o cinco personas que pudieran escribir. Vuestro padre, por supuesto, no tenía un tutor. Ni siquiera puedo dibujar correctamente el carácter «i» [el primero del silabario japonés]. Sin embargo, de alguna manera logré aprender a leer a base de practicar. Hoy en día el mundo ha cambiado e incluso la hija de una familia humilde como la nuestra puede recibir lecciones de escritura y lectura[61].

Las afortunadas y alfabetizadas hijas de esos diligentes pero desfavorecidos padres podían elegir entre una amplia gama de lecturas. Antes de 1590, los impresores japoneses, la mayoría vinculados a monasterios budistas, no habían publicado más de quinientos títulos (casi todos textos religiosos budistas en chino), pero, a partir de ese momento, un número creciente de editores comerciales publicó libros: en 1615 había doce empresas, más de 120 en 1650 y casi ochocientas en 1700. Aunque muchas de ellas

no sólo se dedicaban a la impresión, en conjunto su producción fue sorprendente. En 1625 ya habían aparecido otros quinientos títulos, duplicando así el número de libros publicados hasta ese momento en japonés, y en 1666 la primera *Lista de libros japoneses y chinos en prensa* incluía más de 2500 títulos. El ritmo continuó acelerándose y en la lista de 1670 había casi 4000 títulos, casi 6000 en la de 1685 y más de 7000 en la de 1692[62]. Esta rápida expansión redujo, pero no eliminó, la preponderancia de los textos religiosos, que incluso en 1693 suponían casi la mitad del total de títulos, aunque la otra mitad presentaba un sorprendente abanico intelectual. Los libros de poesía llamados *haikai no renga* («juguetón verso encadenado») proliferaron con rapidez: de 133 títulos en 1670 se pasó a 676 en 1692. Aunque en la actualidad se relacionen principalmente con Bashō Matsuo (1644-1694), éste fue sólo uno de los muchos maestros del género, que únicamente pudo realizar los famosos viajes en los que escribió sus versos porque, en todo Japón, otros entusiastas del *haikai* lo recibían y agasajaban. Estos profesionales también pagaban por participar en justas poéticas, que en algunos casos concedían cuantiosos premios monetarios. El año de la muerte de Bashō, un panfleto anunciaba en Kioto los resultados de un concurso reciente al que se habían apuntado más de 10 000 concursantes de quince provincias[63].

Aunque no cabe duda de que algunos participantes aprendieron a versificar de Bashō o de otro maestro, otros habrían consultado alguna de las numerosas obras impresas que enseñaban las reglas de tal arte. Al llegar la década de 1690, los lectores japoneses podían encontrar obras de consulta con descripciones de prácticamente cualquier dedicación estética o afición, como disponer flores, realizar la ceremonia del té, tocar el *shamisen* o escribir cartas. También podían consultar guías de viaje u obras ilustradas con diferentes dibujos para kimonos y otras prendas que lucían los actores de kabuki y las cortesanas de las grandes

ciudades. En la *Lista de libros japoneses y chinos en prensa* de 1685 había 55 títulos que describían «artes amatorias» y 119 en la *Lista…* de 1692. A pesar de que los sogunes prohibieron la pornografía, algunas de esas obras contenían asombrosas xilografías (con frecuencia coloreadas a mano) representando relaciones sexuales, tanto heterosexuales como homosexuales, y mostrando de forma prominente los genitales de sus protagonistas[64].

El prolífico escritor (y antiguo samurái) Asai Ryōi popularizó éstos y otros placeres en un libro titulado *Cuentos del mundo flotante*, publicado en 1661. Escribía en nombre de aquellos que…

> … sólo vivimos el momento, volviendo toda nuestra atención a los placeres de la luna, la nieve, los cerezos en flor y las hojas de los arces; entonando canciones, bebiendo vino, distrayéndonos, entregados únicamente a flotar, flotar; sin preocuparnos un ápice del empobrecimiento que nos mira fijamente a la cara, negándonos al desaliento, como una calabaza que se deja llevar por la corriente del río: esto es lo que llamamos *mundo flotante*[65].

La «flotación» tenía lugar principalmente en dos escenarios, ambos surgidos en el siglo XVII. El primero era el distrito teatral de cada gran ciudad, donde los actores (y hasta 1627 las actrices) representaban obras de teatro kabuki (literalmente, «no recto»), una manifestación artística que surgió de la combinación del drama *noh* clásico con las danzas sintoístas y la pantomima popular. El segundo era el «barrio del placer» (*akusho*: literalmente, «mal lugar»), permitido por los regidores de casi todas las ciudades importantes. Yoshiwara, el barrio del placer de Edo, era con mucho el más grande, en parte porque el sistema de *sankin ko-tai* llevó a la capital a gran número de hombres adultos. Llegada la década de 1680, varias guías turísticas de Edo proporcionaban una buena lista con los nombres, rangos y residencias de más de mil cortesanas (y, en algunos casos, su tarifa, descripción física y especialidades[66]).

Asai publicó sus *Cuentos del mundo flotante* sólo cuatro años después de que el incendio de Meireki destruyera tres cuartas partes de Edo, así que no exageró al decir que sus protagonistas «sólo

viven el momento [...] sin preocuparse un ápice del empobrecimiento que nos mira fijamente a la cara». Algunos de los supervivientes vivían realmente entre cenizas y ruinas. Cuando otro incendio puso en peligro la residencia de una delegación holandesa que visitó Edo en 1661, sus integrantes señalaron que «nuestro pobre casero, tres veces en cuatro años, es decir, en 1657, 1658 y 1660, había sufrido» y había perdido «su casa y muchos bienes». Poco después, sus sucesores señalaron que «es peligroso permanecer mucho tiempo en esta aterradora residencia del fuego», mientras que al llegar a la capital del sogún en 1668, otro grupo de mercaderes descubrió que otro incendio había consumido «cuatro calles más que el gran incendio [de Meireki]»[67].

¿Un acierto?

De este modo, el Japón Tokugawa no se diferenció de forma apreciable del resto del mundo por cómo sufrió la Pequeña Edad de Hielo y otros desastres naturales (como los incendios urbanos), ya que todos ellos devastaron regularmente el archipiélago. Otras son las principales diferencias. En primer lugar, mientras que otras regiones se vieron superpobladas, sobre todo gracias a la expansión de la agricultura a zonas incultas, Japón inició el siglo XVII infrapoblada, principalmente a causa de la *Sengoku Jidai*. En segundo lugar, los gobernantes de la dinastía Tokugawa eligieron políticas que, más que agravar los efectos de las adversidades climáticas, los mitigaron. En tercer lugar, la política exterior de los sogunes, aversa al riesgo, no sólo hizo que sus súbditos nunca sufrieran la devastación ocasionada por ejércitos entregados al saqueo, sino que ningún grupo social tuvo que pagar impuestos más elevados y pocos se vieron obligados a hacer préstamos que difícilmente podían esperar recuperar. Además, a partir de 1615 la *Pax Tokugawa* convirtió a la élite guerrera en un grupo de consumidores urbanos que, al recibir un estipendio, dependía de una economía comercial que proporcionaba mano de obra, bienes y servicios baratos. En consecuencia, les benefi-

ciaba fomentar iniciativas (como los programas de recuperación de tierras y la mejora de las especies cultivadas) que mantuvieran o incrementaran la disponibilidad de esas tres cosas.

No obstante, el «acierto» del Japón Tokugawa no fue fruto de la aplicación coherente y racional de políticas económicas sensatas por parte de la élite gobernante, aunque la inversión en carreteras y puentes de Ieyasu y la reacción de Iemitsu ante la hambruna de Kan'ei fueran medidas notablemente hábiles. Por el contrario, muchos resultados beneficiosos del régimen Tokugawa surgieron de la inercia (el hecho de no gravar la mayoría de las actividades comerciales y productivas), de la complicidad (permitir que las aldeas falsearan a la baja los datos de productividad y de mejora del rendimiento de los cultivos) y de un marco intelectual atávico (que encarecía la frugalidad y otras virtudes tradicionales), porque, en una época de crisis económica, en ocasiones «menos es más». En concreto, el hecho de minimizar los impuestos que pesaban sobre el conjunto de la población, algo que permitió el aumento de bienes y servicios, constituyó un poderoso estímulo para la revolución industriosa; en tanto que el éxito en evitar las guerras, tanto exteriores como internas, evitó también las deletéreas políticas fiscales que en muchos otros Estados atrofiaron el crecimiento.

No obstante, la *Pax Tokugawa* no salió gratis. Los sogunes privaron a sus súbditos de muchas libertades políticas: ningún japonés podía participar en actividades de comercio exterior, viajar al extranjero, adoptar una religión prohibida por el régimen o acceder a ciertos tipos de literatura. Los vasallos perdieron el derecho a organizar protestas colectivas contra señores tiránicos o a solicitar reparación ante el sogún. Desde el punto de vista económico, aunque la revolución industriosa incrementó enormemente la producción, no sólo demandaba una incesante e inmisericorde «autoexplotación» de los productores, sino que (a los campesinos) les exigía también que llevaran a cabo una enorme

deforestación y que trabajaran terrenos pobres en lugares necesitados de constantes labores de mantenimiento. Según el lapidario veredicto de Conrad Totman, a lo largo del siglo XVII los campesinos «quedaron atrapados en un engranaje inflexible, de alto riesgo, que exigiendo muchos recursos producía poco y que sólo podía mantenerse mediante una agricultura de lo más sacrificada»; en tanto que la generalizada deforestación que exigía la construcción y la necesidad de calentar las nuevas ciudades tuvo como consecuencia que…

> … hubiera más riesgo de heladas, inundaciones y sequías en los cultivos aledaños. Incluso en ausencia de anormalidades o fluctuaciones climáticas, la drástica reducción de la capa boscosa no podía sino multiplicar la pérdida de cosechas. Además, durante ese mismo siglo no dejaron de ponerse en explotación más terrenos montañosos y zonas septentrionales, con lo que esas nuevas tierras rebasaron los límites biológicos para hacer viables las cosechas (por razones relacionadas tanto con la marginalidad climática como con el tipo de suelo), acentuando el peligro de que se perdieran[68].

Igualmente, desde el punto de vista castrense, al evitarse la guerra se abandonó la innovación militar, de modo que cuando en 1863 llegaron al país armadas de Estados que habían invertido mucho en tecnología de combate, el régimen Tokugawa se vio incapaz de hacerles frente: Japón tuvo que aceptar humillantes tratados comerciales y las rebeliones acabaron con el sogunato.

Para entonces, el sistema Tokugawa había llevado la paz al conjunto del Japón durante más de dos siglos —un logro sin parangón para una población tan numerosa— y había protegido el archipiélago de las hambrunas sufridas por gran parte del hemisferio norte en la década de 1690, «clímax de la Pequeña Edad de Hielo», cuando las temperaturas cayeron una media de 1,5 °C por debajo de lo registrado a finales del siglo XX. Después de la hambruna de Kan'ei (1641-1642), no hubo una gran crisis alimentaria hasta 1732, lo cual proporcionó un respiro de casi un siglo, es decir, otro éxito sin parangón. Para la mayoría de los súbditos del régimen, la Crisis Global posterior a 1642 fue algo que sufrieron otros.

Cuarta parte
Enfrentándose a la Crisis

Muchos autores del siglo XVII atribuían los violentos desórdenes que veían a su alrededor a los defectos propios de la naturaleza humana. Según decía Thomas Hobbes en 1641, «el estado natural del hombre, antes de reunirse con otros en sociedad, era la guerra; y no sólo la guerra, sino la guerra de todos contra todos». En 1643, cuando la contienda civil asolaba Inglaterra, un panfletista londinense consideraba que «apreciamos en todas las familias tal ansia de desacuerdo, y es algo tan universal, que ningún condado, ni prácticamente ninguna ciudad o corporación se muestran unánimes, y sus desacuerdos bastan más bien para deshacerlas. Y es bastante evidente que esta carga aumentará hasta que quedemos prácticamente hechos jirones». Ese mismo año, uno de los capellanes españoles de Felipe IV afirmó: «El mundo grande, y el pequeño, que es el hombre, quiso Dios que se gobernase por sus contrarios, y que todo fuese una continua guerra en el suelo», algo que Blaise Pascal expresaría de forma más concisa una década después: «Por naturaleza, todos los hombres se odian entre sí[1]».

Estos autores, como muchos de sus contemporáneos, veían la vida como un «juego de suma cero» en el que los bienes sólo podían redistribuirse, no crearse, o, según la máxima de Francis Bacon: «Allí donde algo se obtiene, algo se pierde». En todas las comunidades rurales, esta mentalidad de suma cero producía una intensa, inestable e interminable competencia, condensada en el proverbio árabe: «Yo contra mi hermano; mi hermano y yo contra mi primo; mi hermano, mi primo y yo contra nuestros vecinos». Según un estudio reciente de la Edad Moderna en Francia, esa «concordia y esa enemistad conformaban todas las relaciones sociales entre los individuos y los grupos»; en tanto que un historiador de la India rural también descubrió que «la desigualdad y el conflicto» (y no la «pura y simple armonía homogénea») caracterizaban la vida en las aldeas: «La diversidad dentro del campesinado y el conflicto entre diversos aldeanos

definen los entornos rurales». Otro experto que descubrió esa misma situación de «desigualdad y conflicto» entre los aldeanos japoneses apuntó que normalmente la rivalidad era más «encubierta que abierta, pero que, pese a todo, [era] feroz e implacable. El área de conflicto era la agricultura y las herramientas de la victoria, la capacidad, el ingenio, el esfuerzo y la perseverancia[2]».

El mismo juego de suma cero creó rivalidades similares en las ciudades, donde, al igual que en el campo, la única forma de mantener la propia posición dentro de la comunidad era proteger constantemente todos los bienes de las injerencias ajenas, pero como las ciudades eran organismos más complejos y mayor el contraste entre ricos y pobres, las familias solían constituir asociaciones para proteger sus pertenencias: gremios para los intereses económicos, fraternidades para los asuntos religiosos y sociales, y facciones para los políticos. En el siglo XVII, las facciones formaban «parte del paisaje en ciudades de cualquier tamaño» y siempre podían generar «programas, lemas y manifestaciones públicas organizadas» que, como otras formas de conflicto, solían tornarse más habituales e intensas cuando los recursos escaseaban, porque, como señaló el filántropo y político escocés *sir* Robert Sibbald, aunque «la pobreza y la necesidad amputan a muchos el entendimiento [...] a quienes tienen un temperamento encendido y activo los llenan de inquietud, codicia, frenesí o desesperación[3]».

Parece que durante el siglo XVII gran parte de las «manifestaciones públicas organizadas» por quienes tienen un «temperamento encendido y activo» se encuadraron en ciertas categorías. Lü Kun, un capaz burócrata chino de finales de la época Ming, identificó las más importantes. «Desde antiguo —informó a su emperador—, ha habido cuatro clases de personas que gustan de rebelarse»:

> En primer lugar están quienes no tienen medios de vida, ni alimento ni vestimenta, aquellas cuyas familias están en apuros y que piensan en rebelarse con la esperanza de posponer su fin. En segundo lugar, están quienes no saben comportarse, los que tienen mucho ánimo y naturaleza violenta, que vulneran las leyes para hacer que su vida sea más fácil, los que gustan del jade y la seda, de engendrar hijos e hijas, pero no pueden tenerlos legítimamente, que piensan que si hay una rebelión podrán robar lo que quieran. En tercer lugar, aparece la gente de creencias heterodoxas [...] cuyos maestros predican y atraen a multitudes, y que responderán y se unirán a cualquiera que los llame. En cuarto lugar está la gente sin control de sus actos, la que convierte en gran discordia cualquier diferencia menor, la que sólo piensa en fortalecerse y está deseando que se produzca un cambio, sin complacerse en la paz que ahora reina en el mundo[4].

Durante el siglo XVII, las categorías definidas por Lü Kun no sólo se aplicaban a China, también a otros lugares. El capítulo 17 analiza las motivaciones y procedimientos de quienes se rebelaban porque «no tienen medios de vida, ni alimento ni vestimenta, aquellos cuyas familias están en apuros» a causa de adversidades económicas (sobre todo escasez, desempleo, impuestos elevados y opresión estatal), así como compañeros de viaje con «mucho ánimo y naturaleza violenta» que «piensan que si hay una rebelión podrán robar lo que quieran». El capítulo 18 contempla las protestas realizadas por gente de «creencias heterodoxas» (es decir, los que critican al gobierno), la gente que «está deseando que se produzca un cambio», es decir, sobre todo a los nobles, el clero y los intelectuales que, creando ideologías basadas en agravios políticos y económicos, propusieron soluciones alternativas para los problemas del momento. El capítulo 19 se centra en cómo esos y otros grupos de insurrectos lograron «predicar y atraer a multitudes» utilizando todos los medios disponibles para «correr la voz» sobre los agravios y sus estrategias de reparación, con la esperanza de que, al atraer un mayor apoyo interno y externo, no sólo arrancarían más concesiones, sino que también evitarían la represión de las autoridades. A mediados del siglo XVII, la acción combinada de estas gentes «inquietas, codiciosas, frenéticas

o desesperadas» pondría de rodillas prácticamente a la mitad de los Estados del hemisferio norte.

17

«Quienes no tienen medios de vida»: parámetros de la resistencia popular[1]

Discurso público y discurso oculto

Quizá la resistencia colectiva fuera la reacción humana más habitual ante la crisis del siglo XVII. Como señaló un contrariado terrateniente inglés, «las personas más inferiores siempre están dispuestas a rebelarse y amotinarse a la mínima ocasión» y, de hecho, el número total de motines de subsistencia registrados en Inglaterra pasó de doce entre 1600 y 1620, a 36 entre 1621 y 1631, y entre 1647-1649 hubo otros catorce. En Alemania y Suiza más de la mitad del total de grandes revueltas campesinas registradas en el siglo XVII tuvo lugar entre 1626 y 1650; mientras que en Francia los motines populares alcanzaron su apogeo en las décadas intermedias del siglo[2].

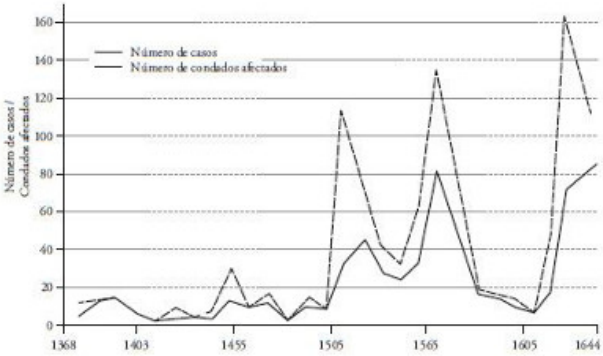
Frecuencia de las revueltas populares en Francia, 1590-1715

Fecha	Aquitania	(SO de Francia)	Provenza	(SE de Francia)
	Número	Media anual	Número	Media anual
1590-1634	47	1	108	2,4
1635-1660	282	11,3	156	6,3
1661-1715	130	2,7	110	2

En la documentación de otros Estados se aprecia un parecido incremento en el número de revueltas a mediados del siglo XVII. En Rusia, entre 1648 y 1649 una oleada de rebeliones urbanas sacudió los cimientos del gobierno central; mientras que en Japón tuvieron lugar un mínimo de cuarenta levantamientos rurales entre 1590 y 1642: una cifra sin parangón durante dos siglos. Finalmente, en China, el número de sublevaciones armadas de

relevancia pasó de menos de diez en la década de 1610 a más de setenta en la de 1620 y a más de ochenta en la posterior, afectando a 160 distritos. Según Zheng Lian, un historiador de la época, los líderes rebeldes «surgían como las púas de un erizo» y «todos ellos atraían a las masas para hacerse fuertes; erigían fuertes y luchaban por territorios. Prefecturas y distritos enteros los seguían y les servían de oídos y de ojos, y los funcionarios locales no se atrevían a contrariarlos[3]». En total, más de un millón de personas participó en esta oleada de revueltas contra los últimos Ming (*figura 34*).

En otros lugares las revueltas populares también parecían una amenaza constante. En la India, el emperador Jahangir (1605-1627) se lamentaba de que «a pesar de las frecuentes y sanguinarias ejecuciones que se han producido entre el pueblo del Indostán, el número de alborotadores y desafectos nunca parece disminuir [...]. Siempre y sin tardanza, en un lugar u otro, surge algún execrable bellaco que alza el estandarte de la rebelión; así que en el Indostán nunca ha habido período alguno de absoluta quietud». Una generación después, en el centro de Italia, dos cargos públicos lamentaban que «cuando la plebe se alza al unísono, es una bestia sin freno y sin razón. Únicamente regida por sus necesidades presentes» se torna «tan arrebatada e insolente que ni obedece ni teme a quien la gobierna[4]».



34. Violencia colectiva en la China Ming, 1368-1644. James Tong encontró 630 casos de violencia colectiva (rebelión y bandolerismo) registrados en los repertorios geográficos conservados de la China Ming. De ellos, cuatro quintas partes tuvieron lugar en la segunda mitad de la era dinástica, y afectaron a casi todos los mil condados incluidos en el estudio, alcanzando su punto culminante entre 1620 y 1644.

No obstante, los documentos y memorias oficiales sólo registran una pequeña parte de las ocasiones en que se alzó el «estandarte de la rebelión»: la mayoría de las sublevaciones apenas han dejado rastro en los archivos existentes. Así, en España, un importante desorden se produjo en la Zaragoza de 1643 cuando un contingente de soldados extranjeros, acuartelados en la zona para defenderla, comenzó a atracar a quienes llevaban alimentos al mercado, provocando que un grupo de estudiantes los expulsara a pedradas. Cuando las tropas abrieron fuego estalló un levantamiento general. Quizá murieran 140 soldados antes de que una gran tormenta obligara a todos a correr en busca de refugio; sin embargo, sólo nos han quedado dos manuscritos que relaten esos hechos[5]. Igualmente, sólo un documento menciona un levantamiento registrado en Sanlúcar de Barrameda en 1641, que desató la presencia de soldados y que «causó muchas muertes», y lo mismo ocurre con otro organizado al año siguiente por los estudiantes de la Universidad de Santiago de Compostela contra el intento de reclutarlos para la milicia. Prácticamente ningún documento dejó constancia de las protestas violentas en las que Pedro Calderón de la Barca se basó para escribir *El alcalde de Zalamea*, su obra más famosa, publicada en 1651: los disturbios ocasionados por la violación de una muchacha de pueblo a manos de un soldado que iba camino del frente. Sin embargo, como la España de los Austrias estuvo casi siempre en guerra, esos trágicos incidentes debieron de proliferar[6].

Quienes desafiaban a las autoridades con palabras más que con hechos dejaban todavía menos rastros en los archivos. Según el historiador social inglés John Walter, «para los débiles, refunfuñar era el arma más fácil y probablemente la primera» durante el siglo XVII, y era una actividad que se producía mayormente en «lugares no regulados» como tabernas o cafetines. Walter conjeturaba que «sin duda, durante los años de escasez se asistiera a un incremento» de esa práctica y seguramente lo mismo ocurrió du-

rante los de conflictos armados, innovación religiosa y tensión política[7]. En Inglaterra, las guerras de los obispos de 1639 y 1640, y el enfrentamiento posterior entre el rey y el Parlamento, desataron protestas verbales de inusitada frecuencia y virulencia. En Kent, un joven llamó públicamente a un miembro de una distinguida familia local «bribón y granuja, mandándole a la mierda y otras descaradas e indecorosas expresiones»; en Essex, un grupo de cazadores furtivos «se rió de la orden» que, emitida por el principal noble de la región, los conminaba a presentarse ante los tribunales, proclamando que «en ese momento, no había ninguna ley en observancia»; mientras que en Sussex, un coadjutor se preguntaba retóricamente: «¿Qué nos importan a nosotros las leyes y estatutos de Su Majestad?» Algunos refunfuñones acompañaban sus oprobiosas palabras con gestos insultantes. En 1640, mientras los dignatarios de la ciudad de Norwich asistían al servicio dominical en la catedral, una Biblia cayó de la galería superior y, al golpear al alcalde en la cabeza, le rompió los lentes; «en otra ocasión, desde la citada galería alguien escupió en la cabeza al regidor Barrett» y en una tercera, «alguien de lo más asqueroso se ensució y defecó» sobre uno de los regidores que por debajo pasaba[8].

Sin embargo, aunque los historiadores pudieran enumerar exhaustivamente todos los «incidentes conflictivos» registrados, palabras escatológicas y oprobiosas, gestos y rezongos insultantes, la lista no llegaría ni por asomo a constituir un inventario completo de las acciones de resistencia popular del siglo XVII. Por una parte, las autoridades locales u otros miembros de la élite se afanaban por evitar las protestas antes de que se les fueran de las manos y de que, por tanto, entraran a formar parte del «discurso público». En Europa, la presión de quienes tenían influencia en su entorno obligaba a las partes a poner fin a sus diferencias mediante un gesto público como un apretón de manos o (en el sur de Europa) un beso, en señal de reconciliación, y la

promesa de pagar una multa si alguna de ellas quebrantaba la paz en el futuro. Un proceso similar tuvo lugar en China. Así, cerca de Shanghái:

> Cada vez que había una disputa, el señor Wang [un acaudalado mercader] siempre podía solventarla inmediatamente, aunque fuera bastante importante […]. [Por ejemplo] cuando el señor Chu hizo acequias se desató un altercado que afectó a miles de personas. El funcionario intentó esclarecer el caso, que sin embargo no pudo resolverse. En consecuencia, el funcionario pidió al señor Wang que echara una mano. Consiguió solventar el asunto enviando simplemente una larga carta[9].

Por otra parte, muchos manifestantes hacían todo lo posible porque su resistencia no dejara huellas públicas. Según escribía Marc Bloch en 1931: «Para el historiador, la revuelta agraria es tan inseparable del régimen señorial como, por ejemplo, las huelgas del capitalismo a gran escala». Con todo, continuaba, «las grandes insurrecciones estaban demasiado desorganizadas como para lograr resultados duraderos y casi siempre terminaban en fracaso y, en ocasiones, en masacres. *Mucho más conseguían las pacientes, silenciosas luchas que con tesón llevaban a cabo las comunidades rurales*». Medio siglo después, el antropólogo James C. Scott retomó y desarrolló la tesis de Bloch, sugiriendo que normalmente los pobres adoptan una estrategia «aversa al riesgo» al tratar con sus vecinos, con la élite y con el Estado, lanzando «campañas de desgaste defensivas» que incluyen tácticas de «resistencia, disimulo, deserción, falso cumplimiento, escamoteo, fingida ignorancia, calumnia, incendiarismo y sabotaje». Según Scott, estos actos de desobediencia cotidianos «precisan de poca o ninguna coordinación o planificación; sirviéndose de un entendimiento táctico y de redes informales». En consecuencia, no «llegan a los titulares», sino que, en todo caso, dejan tras de sí lo que él denominaba un «discurso oculto» que, en todo caso, quedaba reflejado en tradiciones orales y relatos[10].

Aun cuando las condiciones materiales estaban en su peor momento y cuando tenían lugar revueltas masivas con frecuencia

inusitada, el número de «luchas pacientes, silenciosas» y de «campañas de desgaste defensivas» era muy superior, porque las estrategias aversas al riesgo identificadas por Bloch y Scott reflejaban la principal preocupación de los pobres de todos los tiempos: la supervivencia. Para asegurarse de que tenían comida suficiente para sobrevivir, los pobres hacían un cálculo sencillo: «*¿Cuánto me queda?*» La protesta colectiva sólo abandonaba el discurso oculto para aflorar en el discurso público cuando el cálculo dictaba que se podía pasar de la resistencia clandestina a la resistencia abierta o incluso a la revuelta, algo especialmente frecuente durante el siglo XVII.

La articulación de los agravios

Tres situaciones eran las que con más frecuencia desataban revueltas populares de importancia: una mala cosecha, la llegada de tropas exigiendo comida y techo, y la imposición de nuevos tributos o el aumento de los existentes. Cada una de esas situaciones se desarrollaba con un ritmo propio. Lo normal era que, como la mentalidad imperante era *pecatogénica (véase capítulo 1),* gran parte de los desastres de la Edad Moderna llevaran a sus víctimas a buscar un culpable. Con frecuencia, ese proceso partía de la introspección: una comunidad intentaba expiar sus propios pecados colectivos mediante actos de penitencia como procesiones, rogativas, romerías y autoflagelaciones. Si esto no funcionaba, la atención se desplazaba a individuos o grupos locales cuya conducta pudiera haber ofendido a Dios. Algunos echaban la culpa a sus vecinos, denunciando que eran, por ejemplo, brujas o judíos, e intentando eliminarlos mediante la violencia legalizada de los tribunales. Otros, sospechando que el egoísmo de sus superiores había creado una escasez artificial, se tomaban la justicia por su mano. Turbas iracundas podían amenazar a comerciantes de cereales y panaderos que no proporcionaran alimento suficiente a precios asequibles, o a los carreteros o barqueros que

transportaban grano, obligándolos a distribuir su preciosa carga gratis o a un precio artificialmente reducido[11].

Si esas estrategias seguían sin alimentar a todos los hambrientos, las turbas echaban la culpa a las autoridades locales. En ocasiones exigían que impusieran al mercado precios más bajos, que compraran víveres en otros lugares o que llevaran a cabo inventarios de todas las reservas de grano; otras veces atacaban el silo municipal, las mansiones de cualquier sospechoso de acaparar cereales, y las abadías y graneros eclesiásticos que guardaban los diezmos. Finalmente, las comunidades podían intentar evitar que hubiera extranjeros que exportaran alimentos de la zona, ya fueran mercaderes deseosos de maximizar su beneficio o compradores de grano enviados por una ciudad o un ejército (aunque esta actitud solía disparar el nivel de violencia colectiva). Lo normal era que para intimidar a la población local dedicada a la distribución de cereales sólo hiciera falta amenazarla y confiscar sus bienes y que, para influir en las autoridades locales, también se recurriera a lanzarles piedras y derribar muros; pero para evitar la exportación de grano con frecuencia era preciso cortar los tendones a los animales de tiro y a veces también apalear o incluso matar a cualquiera que se considerara exportador ilegítimo[12].

El alojamiento de tropas era el segundo detonante principal de la revuelta popular. En toda Europa, los soldados acuartelados en una comunidad exigían a sus anfitriones que les dieran gratis luz y calefacción, sábanas limpias y tres comidas diarias. En España, según una fuente del momento, «viene la compañía a su pueblo, danle un soldado. Lo que tenía para comer él y todos sus hijos y casa un mes, lo come un soldado solo en ocho días»; mientras que en Francia, el cardenal Mazarino recordaba a sus agentes que «tres días de alojamiento, con el acostumbrado desenfreno de los soldados, son más difíciles de soportar para un hombre que todo un año de *taille* y otros impuestos». Esas equiparaciones ayudan a explicar que la presión de las tropas acantonadas tuviera tanta

importancia a la hora de desatar las revueltas populares de Cataluña en 1640 y del Úlster al año siguiente[13].

Aunque, tal como afirmaba Mazarino, tres días de alojamiento pudieran hacer más daño que las exigencias contributivas de todo un año, los impuestos también generaban multitud de revueltas, sobre todo en tiempo de guerra. En la Aquitania del siglo XVII, por ejemplo, más de la mitad de los levantamientos contra recaudadores de impuestos de los que hay noticia tuvieron lugar en los años de guerra que mediaron entre 1635 y 1659. Las revueltas contra los tributos no sólo nacían de la cantidad exigida por el Estado, sino de la forma en que se distribuían las cargas. Normalmente, los tributos que recaudaba el Estado debía abonarlos el conjunto de la comunidad, no los individuos que la componían, de manera que una reducción en el número de contribuyentes de una determinada comunidad incrementaba inevitablemente la carga de los que quedaban. Así, en 1647, la pequeña localidad siciliana de Caltabellotta se quejó de que «según el pasado recuento de habitantes, parece que esta ciudad y sus tierras contienen unas 8000 almas», pero, «en este momento apenas hay 3500 almas empobrecidas y miserables. De manera que sobre esta ciudad [...] pesa el pago de ingentes atrasos e impuestos reales, y la situación se agrava cada día que pasa». En Lombardía, otro agricultor italiano se lamentaba diciendo que «la tierra que poseo gustoso entregaría si pudiera encontrar a alguien dispuesto a pagar [los impuestos atrasados que debo]». Lo mismo ocurría en Francia, donde un inspector del gobierno daba cuenta de que «las parroquias que menos han pagado y que más atrasadas van en el pago del impuesto sobre la tierra, son tan pobres (o aún más) que las que más han pagado[14]».

La dificultad que conllevaba incrementar los tributos existentes (y su impopularidad) explica que muchos regímenes de la Edad Moderna recurrieran a dos estrategias fiscales alternativas en tiempo de guerra: gravar *artículos* y *a categorías de súbditos* antes

exentas. Decisiones como las de imponer un estanco de la sal en Vizcaya en 1631 y en Normandía en 1639, un nuevo impuesto sobre la propiedad en Portugal en 1637 y en París en 1648, y una nueva alcabala sobre la fruta en Nápoles en 1647 provocaron importantes revueltas. En Japón, la llegada a una aldea de inspectores encargados de realizar un estudio topográfico, consistente en medir las propiedades individuales de tierra de regadío y secano y tomar muestras de los cultivos para evaluar su calidad, fue la causa más habitual de rebelión rural, porque todo el mundo sabía que esos estudios solían presagiar un incremento de los impuestos. Igualmente, en el Imperio otomano la decisión de Osmán II de poner fin a los privilegios fiscales de la élite religiosa y la amenaza de hacer lo mismo con los guardias de su palacio provocaron su derrocamiento y asesinato en 1622; en tanto que las exigencias que hizo su hermano Ibrahim al clero de Estambul hicieron que éste apoyara un segundo regicidio en 1648. Tanto en Portugal como en Castilla, el intento de conseguir que los clérigos pagaran el impuesto del timbre desató una decidida resistencia. En Francia, la constante erosión por parte del gobierno central de las exenciones fiscales que disfrutaban la aristocracia y el funcionariado acabó convirtiendo a esos grupos sociales en rebeldes. Finalmente, cuando Carlos I y sus ministros recurrieron a los «derechos reales» (como la revocación en Escocia, el impuesto de paso en Irlanda o el llamado dinero para barcos inglés, todos ellos introducidos por prerrogativa regia), éstos supusieron una gran carga para grupos sociales antes exentos. Así, en el condado de Essex, donde apenas 3000 hogares solían pagar los impuestos votados por el Parlamento, más de 14 000 fueron evaluados para determinar si habían de pagar el dinero para barcos: de hecho, los inspectores del rey escribieron «£0-0s-0d» junto a unos pocos nombres, para demostrar que habían visitado y evaluado hasta a los residentes más pobres del Reino. No es extraño que muchos de los súbditos de Carlos protestaran.

Para los gobiernos, suscitar resistencias era doblemente peligroso en épocas de penuria, porque quien tomaba las armas para una protesta, bien podía utilizarlas para otra. En 1699 un regidor de la China de la dinastía Qing describió elocuentemente este proceso de transformación de las protestas: «Es frecuente que los incidentes que se inician como expediente para conseguir alimentar a estómagos vacíos acaben tornándose rebeliones organizadas», porque cuando una o más necesidades básicas —no sólo la comida, también el empleo, el bienestar y los derechos tradicionales— están en peligro, puede ocurrir, primero, que toda una comunidad se una y, después, que se rebele. Una generación antes, un agente del gobierno francés expresó exactamente la misma idea, pero abundando en ella un poco más:

> Si se permite la exportación de cereales [desde una zona en la que ya escasean], todo el mundo se lanzará a atacar a los mercaderes [de cereal]. No cabe duda de que, enardecidos al conseguir algo a cambio de nada, formarán cuadrillas con las que bloquearán las carreteras ante cualquiera que quiera transportar el dinero del rey, poniendo en peligro la recepción de impuestos de Su Majestad; *porque la gente, una vez armada y sublevada, utilizará sus armas contra cualquiera que le pida dinero*.

Un ejemplo de esta situación se vio en 1640 en la aldea de Abjat, en el Périgord. Acababa de sofocarse la revuelta de los *croquants (véase capítulo 10)* y, en un año de escasez, el gobierno había incrementado sus exigencias fiscales, cuando se presentó en la zona, exigiendo alojamiento gratuito, una compañía de caballería que iba a unirse al ejército real en la frontera española. Los habitantes le negaron la entrada, gritando: «¡Hay que matar a todos estos ladrones y no permitir que se alojen!» Cuando las tropas intentaron hospedarse en los caseríos aledaños, una banda de varios cientos de labradores les tendió una emboscada y mató a su capitán, cuyo cuerpo mutilaron y arrastraron por la ciudad. A continuación, los tribunales regios no sólo acusaron a título individual a 109 personas, entre ellos el cura y doce regidores del lugar, cuatro funcionarios de la Corona, cuatro mercaderes y catorce artesanos, también «a todos los demás habitantes y propie-

tarios de casas del municipio y parroquia de Abjat», porque casi todos habían participado en los hechos, entre ellos caballeros del lugar que dieron cobijo al ganado de los campesinos y el municipio más cercano, que dio refugio a los cabecillas. Gracias a este frente unido, los habitantes que levantaron las barricadas en torno a Abjat lograron tener en jaque al gobierno durante cinco años[15].

Cómo desincentivar los actos de violencia colectiva

En vista de los muchos agravios existentes y de su correlación con la adversidad, es sorprendente que no hubiera todavía más revueltas, y, en su estudio de las sociedades campesinas, James Scott estudió en detalle esa paradoja. Distinguió cuatro factores que normalmente disuaden a los aldeanos, por desesperados que estén, de participar en actos claros de resistencia. En primer lugar, la necesidad de ganarse el jornal contenía enormemente la rebelión: una familia que no trabajara, ya fuera por estar en huelga, sublevada o desempleada, podía no tener qué comer. En segundo lugar, los lazos verticales de parentesco, amistad, facción, clientela y ritual existentes en cada comunidad creaban vínculos entre dominadores y dominados que desincentivaban las acciones violentas. En tercer lugar, paradójicamente, cualquier desarrollo económico que, dentro de la comunidad, incrementara las divisiones sociales también incidía negativamente en la acción colectiva. De este modo, el hecho de que aumentaran los cultivos para la exportación (sobre todo los rentables) solía crear grupos de productores prósperos que, siempre que la demanda de sus productos no disminuyera, se mantenían prácticamente aislados de las frustraciones y sufrimientos a los que continuaba atada la agricultura de subsistencia, lo cual reducía considerablemente la probabilidad de resistencia unitaria. En cuarto y último lugar, en la mayoría de las comunidades campesinas de la Edad Moder-

na la supervivencia de los pobres solía depender de su deferencia y subordinación. En épocas de necesidad, era más probable que los vecinos mejor situados aliviaran la situación de aquellos que siempre se hubieran mostrado respetuosos y obedientes, mientras que las muestras de descuido y hosquedad podían toparse con la negativa a recibir caridad e incluso conducir a la expulsión de la comunidad. Por mucho que les molestaran la subordinación y la humillación, las circunstancias de los pobres los obligaban a la aquiescencia: puede que intentaran negociar las condiciones de la subordinación, pero no solían atreverse a cuestionarla[16].

Todas estas razones explican que los pobres, a pesar de su desesperada situación económica y de provocaciones aparentemente intolerables, normalmente se aseguraran de que sus protestas no vulneraran ninguna ley. Se cuidaban de no robar (quemando con frecuencia ostentosamente las propiedades de sus objetivos y golpeando a cualquiera que vieran huyendo con posesiones de sus víctimas) y no solían llevar armas prohibidas. Por lo menos en Inglaterra, los que destruían propiedades lo hacían de dos en dos, porque según la ley sólo había un «motín» (severamente castigado) cuando había tres o más personas implicadas; mientras que tanto en Inglaterra como en China los súbditos resentidos podían esperar al intervalo que mediaba entre la muerte de un monarca y la proclamación del siguiente para tratar de vengarse de cualquier supuesta injusticia, porque hasta algunos jueces dudaban que las leyes estuvieran en vigor durante un interregno[17].

«Las chicas delante».

Con la excepción de unos pocos grupos privilegiados, los que, más allá de la familia, intentaran constituir asociaciones para alcanzar objetivos sociales y económicos, corrían grandes riesgos; así, tanto en el siglo XVII como en el XX, las mujeres de Occidente tuvieron un papel destacado en muchas protestas colecti-

vas. Según un estudio de revueltas del pan en el oeste de Francia, «el elemento más constante fue la presencia de mujeres»: de hecho, en toda Francia el número de féminas superó al de hombres en más de la mitad de los motines de subsistencia de que se tiene constancia en las zonas rurales y en más de tres cuartos de los que se conocen en las urbanas, en tanto que «algunas turbas las componían íntegramente mujeres[18]». En parte, esta disparidad reflejaba realidades cotidianas (en las aldeas, los hombres se pasaban el día trabajando en campos muy apartados, dejando únicamente a las mujeres en casa; mientras que en las ciudades ellas pasaban gran parte del tiempo en las calles, comprando o vendiendo), pero también arraigadas tradiciones. Jean Nicolas, que descubrió este desequilibrio, apuntó que las mujeres que llevaban la voz cantante en los motines de subsistencia de la Edad Moderna…

> … habían heredado patrones de comportamiento ritualizado intemporales. De un extremo a otro de Francia y un siglo tras otro la pauta de sus acciones parecía universal: primero gritaban, después ponían boca abajo cualquier estructura fácil de derribar, vaciaban las cestas llenas de cereales, se lanzaban al interior de las tiendas y cortaban el paso […]. Para convertir un desorden en un motín bastaba tener piedras que lanzar, cenizas que arrojar a los ojos de los mercaderes, cuchillos para rajar sacos[19].

Las mujeres también llevaron la voz cantante en desórdenes populares ocurridos en otros lugares de la Europa del siglo XVII. En la República holandesa, cuando en 1628 los regidores de Haarlem anunciaron que convocarían un concurso público para la recaudación de una nueva alcabala, un grupo de mujeres atacó al primer hombre que se ofreció a hacerlo, gritando: «Toquemos el tambor y que nuestros maridos se vayan a casa; después cogeremos a ese bellaco y le daremos de palos porque no se nos puede castigar por pelearnos». En la Inglaterra de 1645, durante una protesta organizada por un grupo de mujeres contra la recogida de impuestos sobre el consumo en Derby, éstas «fueron de un lado a otro dándole al tambor y lanzando proclamas […] para que quienes en la ciudad no estuvieran dispuestos a pagar el impues-

to sobre el consumo se unieran y echaran de la ciudad a los agentes [recaudadores] a toque de tambor». Cuando éstos intentaron hablar del asunto con el ayuntamiento, una de las mujeres aporreó su tambor con tanta fuerza fuera de la sala donde se reunía el consejo que ahogó el debate, y cuando un soldado trató de cobrar el impuesto, una multitud lo amarró al ruedo de la plaza del mercado mientras «las mujeres golpeaban los tambores como antes». El impuesto no comenzó a recaudarse hasta que las autoridades no acordaron que lo recaudado se utilizaría en la zona y que no se enviaría a Londres[20]. Era frecuente que en los Países Bajos los amotinados entonaran el lema «¡Las mujeres no pueden hacer nada malo!» y los regidores ingleses estaban de acuerdo. «Si varias mujeres (o niños carentes de raciocinio) se congregan por sus propias razones, no será esta asamblea punible», escribió el autor de un manual para autoridades locales muy difundido en 1619; en tanto que, ese mismo año, el llamado tribunal de la Cámara Estrellada dictó (en un caso relativo al derribo de las cercas que delimitaban varios terrenos) que las mujeres «no estaban sometidas como los hombres a las leyes del Reino, sino que podrían [...] infringir sin miedo la ley o su castigo[21]».

En parte, ese doble rasero reflejaba la conciencia de que una mujer y su familia podían cruzar el umbral que separa la supervivencia del hambre en cuestión de días, cuando no horas. En 1930, Richard Tawney, historiador social experto en la Inglaterra moderna, visitó China (entonces asolada por una hambruna), desde donde informó de que, en algunas zonas, «la situación de la población rural es la de un hombre que está permanentemente con el agua al cuello, de manera que la más mínima onda basta para ahogarlo». Un panfleto inglés publicado durante los motines de subsistencia registrados en Essex en 1629 describía las penalidades de los tejedores locales de forma asombrosamente similar: la mayoría «no puede vivir a menos que le paguen cada noche, cientos de ellos no tienen cama en la que tumbarse, ni ali-

mento; viven ellos, sus esposas e hijos absolutamente al día». Medio siglo después, unos sublevados de Francia, al enfrentarse al hambre exclamaban que «sólo se muere una vez», de manera que «preferían que los colgaran a morir de hambre» y, al estar «muriendo de hambre, preferían que los colgaran para acabar antes su vida». En París «se podía escuchar en los mercados a mujeres gritando que preferirían cortar el pescuezo de sus hijos antes que verlos morir de hambre». En esas circunstancias, la «supervivencia» podía exigir la resistencia e incluso la revuelta[22].

Las mujeres europeas sólo perdían la inmunidad cuando la resistencia se iba de las manos. Durante la hambruna de 1629, Ann Carter, esposa de un carnicero de la localidad inglesa de Malden, en Essex, encabezó una nutrida turba de mujeres para impedir la exportación de cereales desde la región, y, alentadas por «el grito de la región y su propia necesidad», obligaron a los potenciales exportadores a derramar el grano dentro de sus sombreros y delantales. Su conducta en esa ocasión respondía a los protocolos de protesta aceptados en la Edad Moderna, pero durante los dos meses siguientes Ann, que recorrió la zona para recabar apoyos, adoptó el título de «Capitana» y su arenga fue: «¡Acudid, mis valientes muchachos de Malden! Yo seré vuestra jefa para que no muramos de hambre». Esta vez, una multitud de varios cientos de trabajadores textiles sin trabajo irrumpió en un silo y se llevó su contenido. Una semana después, el gobierno detuvo a Ann, la juzgó por sedición y después de que un jurado (exclusivamente masculino) la condenara, fue colgada al día siguiente. En 1652, en los Países Bajos, Grietje Hendrickx, de cuarenta y cinco años, también fue detenida, juzgada y condenada por juntar piedras en su delantal, llevárselas a los amotinados e «incitar a unírseles a quienes por allí pasaban». Al año siguiente, las autoridades dieron orden de detener a dos mujeres que habían dirigido un motín:

> Griet Piet Scheer, de treinta y seis años, cabello rubio, cara delgada y ojos azules, bastante alta, espigada, vestida con sobriedad. A veces viste de negro y otras lleva un sobretodo azul con mangas rojas; actuaba de capitana. Alit Turfvolster, abanderada, es igual de alta, pero algo más robusta que Griet, anteriormente mencionada; resopla algo por la nariz, es de tez morena con pelo negro y ropa desaseada; lleva un jubón con un delantal de lino y tiene treinta años.

Los archivos palaciegos demuestran que pocas de las mujeres acusadas de manifestarse en las calles tenían menos de veinticinco años y menos aún más de sesenta: la mayoría tenía (al igual que las sublevadas antes mencionadas) entre treinta y 45[23]. La capacidad pulmonar contaba tanto como la edad, y a ese respecto las mujeres también jugaban con ventaja, porque muchas eran vendedoras callejeras que se pasaban el día cantando y pregonando sus mercancías mientras recorrían las calles. En 1643, un año en el que se registraron más motines en Francia a causa de la escasez de cereales que en ningún otro del siglo XVII, un observador señaló que en Burdeos el malestar acabó cuando las autoridades distribuyeron pan entre «las mujeres que más gritaban[24]».

Puede que las mujeres dirigieran otros tipos de protesta colectiva. En los motines que desataron los planes de canalización que durante la década de 1630 pusieron en peligro los derechos del común en el este de Inglaterra participaron sobre todo «mujeres, muchachos, sirvientes y pobres de nombre imposible de recordar», que destruyeron las nuevas acequias, expulsaron violentamente a los obreros e hicieron trizas sus carretillas; en tanto que en Edimburgo, un grupo de mujeres, gritando y arrojando taburetes, dio comienzo en 1637 a la revolución escocesa. Tres años después, durante el Corpus de Sangre barcelonés, un observador señaló el papel de «una muger cruel, como lo han sido las más en esta ocasión», quien advirtió a los segadores «que havía visto entrar en la yglesia de las Mínimas a un castellano». Los sublevados «rompieron las puertas», y aunque el castellano escapó, en la clausura del convento «hallaron al doctor Gabrier Berart, oydor del Consejo», y «cosiéronlo a puñaladas[25]». Supervivientes pro-

testantes de siete condados irlandeses mencionaron la destacada participación de las mujeres en los actos «dañinos» realizados contra los colonos británicos durante la rebelión de 1641. Según una mujer de Newry, en el condado de Down, sus vecinas católicas eran «entonces más desdeñosas y crueles que los hombres, maldiciendo y jurando que las matarían porque eran inglesas», mientras que una mujer del condado de Armagh «era tan cruel frente a los ingleses y escoceses que mucho se enfadó con los soldados porque no les dieron muerte a todos». Otras tres testigos del condado de Armagh describían cómo una «sanguinaria marimacho» había usado una horca para «obligar y empujar» a unos doce vecinos protestantes a entrar en «una casa de techumbre de paja» a la que a continuación «prendió fuego» para que todos «murieran quemados vivos de forma terrible y bárbara[26]». Otra superviviente testificó que «las mujeres irlandesas perseguían a los soldados irlandeses rebeldes y los sometían a crueldades con estas y otras palabras: "Que no se libre ningún hombre, mujer o niño"». En su testimonio, un hombre declaró que otra «sangrienta marimacho [...] movida por un resentimiento y una animadversión diabólicos y abyectos hacia los ingleses y los escoceses» había sido «la principal causante e instigadora de que de una vez fueran ahogados cincuenta protestantes, hombres, mujeres y niños». Entretanto, en Kilkenny, capital confederada, se mostraron en público las cabezas de varios soldados británicos derrotados en combate y se sujetaron a la cruz del mercado, donde los rebeldes, «sobre todo las mujeres que allí estaban», congregadas alrededor «acuchillaron, cortaron y rajaron esas cabezas». Una de ellas sacó su daga y «dio un corte en el rostro del [difunto] William Alfrey, alcanzándole en la nariz[27]».

Aunque en los relatos de revueltas registradas fuera de Europa en ocasiones se menciona la participación de mujeres, siempre aparecen en funciones subalternas. Así, en la India de la década de 1650, cuando los aldeanos se resistieron a las recaudaciones de

impuestos de los mogoles «las mujeres estuvieron junto a sus maridos con lanzas y flechas. Cuando el marido había disparado el mosquete de mecha, la esposa le entregaba la lanza y, mientras, ella recargaba su arma[28]». En China, aunque las mujeres aparecen en algunas hazañas descritas en *A la orilla del agua*, la conocida novela sobre proscritos de la época Ming, lo hacen sólo en calidad de ayudantes de los forajidos, que eran sus maridos. Sin duda, algunas mujeres participaron en las rebeliones populares de finales del período Ming, aunque los funcionarios chinos solían mencionar únicamente a sus cabecillas (todos hombres), tachando a sus seguidores de «matones» y «gandules». Sin embargo, dos consideraciones hacen improbable que las mujeres chinas pudieran tener un papel tan preponderante como Ann Carter, Griet Piet Scheer o Alit Turfvolster en las revueltas: en primer lugar, ni la ley ni las costumbres chinas amparaban la idea de que «las mujeres no pueden hacer nada malo»; en segundo lugar, la costumbre de envolver los pies y, después, de recluir a las «mujeres respetables» desde la pubertad a la menopausia limitaban enormemente la posibilidad de que lideraran protestas callejeras[29].

Clérigos y locos

En Europa, un segundo grupo actuaba de representante durante las protestas populares: el clero, y algunos de sus integrantes fueron bastante deslenguados. En Francia, por ejemplo, a mediados del siglo XVII un catecismo consideraba culpables de homicidio a «quienes, como los regidores locales, no calman ni disipan la sedición popular cuando está en su mano». A un sacerdote francés no le cabía duda de que fuera a triunfar la oposición de sus feligreses al alojamiento de tropas, porque «como los soldados carecían de objetivos justos y únicamente pensaban en saquear la ciudad y en otras abyectas acciones, Dios les retiraría su bendición, concediendo que los primeros en recibir el encargo y la orden [de acantonarse en la población] perecieran[30]». En el Nápoles de 1647 algunos sacerdotes aseguraron a los sublevados

que su lucha «era justa porque estaban oprimidos por impuestos excesivos y se veían atacados y provocados por los españoles»; y muchos españoles cuestionaron la lealtad del arzobispo Filomarino, que se quedó en Nápoles durante toda la revolución, presentándose en diversas ocasiones en ceremonias públicas junto a los líderes rebeldes[31].

En otros lugares, religiosos de distintas confesiones actuaron como intermediarios en revueltas populares. En todo el Imperio otomano, líderes locales, como los de las hermandades sufíes o de derviches (*véase capítulo 7*), asumieron las negociaciones entre el gobierno central y una comunidad, oprimida por los impuestos o por las autoridades locales, consiguiendo con frecuencia medidas de reparación por ciertos agravios antes de que comenzara la violencia. En El Cairo, por ejemplo, era habitual que los mercaderes y los artesanos se manifestaran desde el mercado principal, el de Jan al-Jalil (también conocido como «el Bazar Turco») hasta la mezquita de Al-Azhar para solicitar la intervención de un jeque que se sabía bien relacionado con la élite gobernante[32]. En China, los monjes budistas se convirtieron a veces en portavoces de los oprimidos. Así, en 1640, en una ciudad de Jiangnan, un monje organizó una «huelga para conseguir cereales» (*da mi*) en la que grupos de más de cien labradores iban visitando las casas de los ricos en petición de comida: no se metían con las que les proporcionaban sustento, pero quemaban las que se lo negaban. Sin embargo, en general, el clero budista (y taoísta) carecía de la autoridad local que ostentaban sus colegas cristianos y sufíes, en parte porque casi siempre vivía en templos prácticamente aislados del resto de la población, y también porque el predominio de la ética confuciana dificultaba que líderes de otras confesiones pudieran arrogarse autoridad moral alguna[33].

En ocasiones había un tercer intermediario que podía decir la verdad al poder: el «loco», al que antiguas tradiciones permitían

expresar ante los gobernantes críticas no deseadas. La mayoría de los príncipes musulmanes toleraba a regañadientes las críticas y afirmaciones expresadas por un *maydub* («santo loco»): de hecho, puede que las autoridades otomanas pasaran inicialmente por alto el mesianismo de Sabbatai Zevi porque le consideraban un «santo loco[34]». Esta figura también era habitual en el cristianismo ortodoxo: los así considerados no llevaban ropa, iban envueltos en cadenas, se cubrían con un sombrero de hierro, vivían en la más extrema pobreza y para comer mendigaban. Aunque normalmente solían decir tonterías, a veces en medio de sus sinsentidos deslizaban críticas atinadas, consiguiendo así que hasta el zar tuviera que enfrentarse a desagradables verdades. En la década de 1660 el antiguo creyente Avraami consiguió que su clamorosa oposición a las reformas litúrgicas apoyadas por el zar Alejo no tuviera repercusiones negativas haciéndose pasar por un «santo loco», lo cual le permitió hablar (aunque no escribir) con impunidad. Igualmente, en el Portugal de 1637 los que se amotinaron contra la pretensión de imponer un nuevo impuesto en Évora se dieron como líder a un bobo: Manuelinho, secretario de *nós, meninos e rapazes, ministros da divina justiça*, firmó los manifiestos aparecidos en las calles en contra del *tyrano Faraó*. Ese mismo año, cuando Archibald Armstrong, el loco o bufón escocés de Carlos I, se enteró de los motines que en su tierra natal había provocado la imposición de un nuevo devocionario de influencia inglesa, preguntó al artífice de la propuesta, el arzobispo Laud: «¿Quién es el loco ahora?», intentando cambiar la política del gobierno. Aunque Laud proscribió de la corte a Archie y le confiscó su prenda característica, el que rió el último fue el bufón. Un cortesano, al encontrarle sin esa prenda, le preguntó dónde estaba, y ésta fue la respuesta que recibió: «Oh, mi señor de Canterbury [Laud] me la ha arrebatado, ¡porque quizá él o algunos de los obispos escoceses puedan darle un buen uso!»[35]

El protocolo de la violencia colectiva

Con o sin intermediarios, la mayoría de los rebeldes de la Edad Moderna lanzaban «advertencias» antes de recurrir a la violencia. En las calles aparecían pasquines en los que se rogaba a algún individuo (un hombre o, menos frecuentemente, una mujer), considerado opresor por la comunidad, que cambiara de actitud, o había mujeres que se reunían y arrodillaban juntas al aire libre, llorando y gimiendo ostentosamente delante de la casa de un terrateniente tiránico. Si esas tácticas de «abochornamiento» no lograban arrancar cesiones podían componerse canciones satíricas y entonarse de noche ante la casa del agraviador. Había medios para transmitir mensajes: dejar una carretilla a la puerta de una casa, insinuando que otra no tardaría en transportar un ataúd; encender una hoguera, dando a entender que la casa de ese propietario sería la siguiente en arder, o colgar de una horca una representación de alguien (ésta era la última muestra de desaprobación antes de la violencia). Si tampoco estas advertencias en clave lograban los cambios deseados, los agraviados pasaban a la destrucción de bienes, empezando por propiedades distantes como viñas, árboles frutales, molinos y almacenes, para después pasar al lanzamiento de piedras contra las ventanas o al destrozo de la puerta principal de las propiedades. Lo normal era que después de estas acciones las aterrorizadas víctimas salieran huyendo[36].

Los que hacían caso omiso de esas advertencias corrían el riesgo de sufrir graves daños, aunque, incluso en esos casos, los actos de violencia contra propiedades y personas solían ser selectivos. En la Inglaterra de 1642 un grupo denominado los Saqueadores de Colchester desvalijó de forma tan exhaustiva una veintena de casas solariegas de Essex que sus visitantes posteriores sólo encontraron «paredes desnudas» o ruinas «desiertas, sin habitantes», pero los Saqueadores sólo se lanzaron contra las propiedades de aquéllos a quienes la propaganda parlamentaria y puritana denunciaba por su condición de «papistas» y monárquicos. Seis me-

ses después, una multitud rodeó el palacio de Westminster pidiendo a gritos la exclusión de los obispos, pero, como señaló un diplomático francés: «Si fuera ésta cualquier otra nación, creo que la ciudad [de Londres] estaría en llamas y en veinticuatro horas correría la sangre[37]». Y es cierto que los amotinados de algunas zonas de la Europa continental no solían mostrar mucha contención. En Barcelona, después del asesinato del virrey en junio de 1640, los amotinados persiguieron y asesinaron a todos los castellanos que encontraron, «con increíble rabia, sin perdonar la iglesia, donde mataron debajo del altar» a alguien «sin verlo ni conocerlo, hasta que la sangre corriendo por debajo del frontal descubrió que allí se escondía aquel desdichado». Enfurecidos catalanes se lanzaron de nuevo en tropel por las calles de Barcelona el mes de diciembre siguiente, buscando y asesinando a todos los sospechosos de colaborar con «el enemigo» (es decir, con su antiguo soberano, Felipe IV): en esta ocasión desfiguraron a sus víctimas golpeándolas repetidamente, antes de colgarlas del cadalso situado en la plaza de la ciudad[38].

Al año siguiente, durante la rebelión irlandesa se cometieron algunos actos de extrema violencia personal. Así, un católico del condado de Down exclamó, mientras recorría «dos o tres veces por todo el cuerpo» a su vecino con un estoque: «¡Esto acabará con él, para que nunca escriba un *mittimus* [orden de detención] que me envíe de nuevo a la cárcel de Down!» En el condado de Antrim, otro católico cortó a su vecino protestante en «muchos trozos», y después «dejó en el suelo su espada ensangrentada y puso los dedos [...] en la boca [de su víctima], pellizcándole la carne para ver si estaba vivo o no y, al ver que estaba muerto dijo: "Me alegro de haberlo capturado, porque prefiero tenerlo a él que a todos los demás del pueblo"[39]». En el sur de Francia, William Beik ha defendido la existencia de una «cultura de la represalia»: cuando una multitud furiosa decidía que alguien «"se lo merecía" ninguna fuerza se consideraba excesiva». En la pro-

vincia de Aquitania, por ejemplo, por lo menos treinta de las cincuenta rebeliones contra los impuestos de las que se tiene constancia en el siglo XVII conllevaron la humillación, ejecución y (con frecuencia) mutilación de un recaudador de impuestos por parte de los amotinados[40].

El antropólogo David Riches ha señalado que la violencia no sólo es un instrumento de transformación social accesible y económico, sino que también constituye un «excelente vehículo de comunicación» con el que expresarse simbólicamente. De este modo, en muchos lugares de Europa era frecuente que la violencia de las masas siguiera una pauta que reflejaba ciertos protocolos legales. Los amotinados paseaban a su víctima, con frecuencia un recaudador de impuestos, por toda la ciudad con las manos atadas y únicamente cubierto con un sayo, obligándolo a hacer «honorables actos de desagravio» en todos los cruces y plazas, al igual que se procedía con los condenados por los jueces del rey. A veces la multitud liberaba después a la víctima, para que pudiera advertir a otros de la suerte que correrían todos los recaudadores de impuestos, pero en otras la ejecutaban y descuartizaban, siguiendo de nuevo el mismo pautado ritual que, con frecuencia en los mismos lugares, seguían los tribunales oficiales[41].

Con todo, ni siquiera las más furibundas turbas europeas llegaban a matar indiscriminadamente. En Portugal, los conspiradores que el 1 de diciembre de 1640 se hicieron con el control de Lisboa asesinaron a Miguel de Vasconcelos, odiado agente del gobierno central, y lo arrojaron desde una ventana a una plaza, donde un «menestral le cortó un dedo para quitarle el anillo que llevaba». A continuación, la multitud, en la que mujeres y adolescentes tenían una importante presencia, desnudó el cadáver, «le arrancó los dientes, le tiró del bigote y la barba y le propinó repetidas puñaladas. Después le cortaron las orejas, que más tarde mostraron y subastaron». Pero Vasconcelos murió solo: ningún otro servidor de Felipe IV pereció durante la Restauración.

Durante el motín registrado en Estambul, que ese mismo año le costó la vida al sultán Ibrahim I, el número de víctimas, a excepción del propio gobernante y de su gran visir, fue relativamente escaso. Hay que reconocer que, al igual que Miguel de Vasconcelos, el visir tuvo un final absolutamente brutal: fue «estrangulado y descuartizado en pequeñas tiras, uno le arrancaba un ojo, otro le cortaba una oreja, un tercero un dedo», pero también pereció solo. En el Moscú de 1648, aunque los amotinados quemaron decenas de residencias de nobles y mercaderes, antes de llevar a cabo esas acciones elaboraron una lista de casas pertenecientes a sus supuestos opresores, en las que después irrumpieron siguiendo un plan sistemático. Durante la revolución registrada en Nápoles en 1647-1648 varios nobles fueron víctimas de una carnicería, y sus cadáveres mutilados y desnudos fueron expuestos en un monumento erigido a tal efecto a las puertas del cuartel general de los rebeldes, pero se trataba de gente que había intentado matar a Masaniello y a sus seguidores. Más común fue la pauta de quema de casas por parte de los rebeldes, que se atuvo a una lista de sesenta objetivos, la mayoría de ellos pertenecientes a personas relacionadas con la imposición o recaudación de tributos (*lámina 21*[42]).

En China también era frecuente que las protestas populares mostraran contención. Muchas comenzaban con el típico gimoteo en los templos confucianos locales y con lamentos públicos por parte de súbditos agraviados que recorrían las calles con pancartas en las que mostraban sus peticiones y quejas. En el sur de China, las aldeas que sufrían penurias también formaron una alianza (conocida como *gang*, «red»), en virtud de la cual todos los participantes apuntaban sus nombres en un registro, ofrecían sacrificios a sus ancestros, se comprometían a no pagar su alquiler y visitaban las casas de los ricos para pedir comida. Si esos métodos fracasaban, las turbas comenzaban a quemar casas. Sin embargo, al igual que en Europa, no sólo partían de una lista de

residencias pertenecientes a los recaudadores de impuestos, sino que también avisaban con antelación a los ocupantes de las casas adyacentes para que pudieran tomar medidas e impedir la extensión del fuego. Además, prohibían estrictamente el robo y con frecuencia mataban a palos a los saqueadores[43].

Las protestas populares desatadas por agravios no tangibles también solían mostrar una pauta concreta y conllevaban manifestaciones públicas. Así, en la Inglaterra de 1641 los enemigos de las innovaciones eclesiásticas de la década anterior se aseguraron de que cualquiera pudiera apreciar su desprecio hacia cosas como la sobrepelliz que lucían los ministros y el Libro de Oración Común. Las sobrepellices no sólo se desechaban, sino que se convertían ostentosamente en jirones (era frecuente que las mujeres utilizaran cuchillos y tijeras), dándoseles además toda clase de usos profanos: vendas, pañuelos, camisas y (esto era lo más gráfico) compresas. Durante su estancia en Londres, cuatro jinetes cabalgaron por las calles «con gran pompa y a modo triunfal» luciendo sobrepellices y «llevando el devocionario común en la mano, declamaban fragmentos con escarnio y le arrancaban una a una las páginas, pasándose cada una por las posaderas». Irónicamente, ese mismo año los católicos irlandeses profanaron jubilosamente y en público los objetos religiosos venerados por los protestantes. Destrozaron y prendieron fuego a púlpitos y otras piezas de mobiliario eclesiástico, quemando o pintarrajeando textos litúrgicos, aunque era la Biblia la que recibía un trato más especial. Un hombre vio cómo sus captores le arrebataban la suya y, «dejándola por donde estaba abierta en un charco de agua, saltaron sobre ella y la pisotearon, diciendo: "Caiga una plaga sobre él. Toda esta discordia es fruto de este libro"»; un pastor protestante vio a un monje coger «las biblias de los pobres hombres que encontró en una barca, las hizo tiras y las arrojó al fuego, diciendo que "del mismo modo obraría con todas las biblias protestantes y puritanas"»; mientras que un escandalizado co-

lono denunció que un católico «abriendo la sagrada Biblia, orinó sobre ella diciendo: "Si algo peor pudiera hacer, lo haría"[44]».

Dónde y cuándo

Parece que donde con más frecuencia se registraron actos de resistencia popular fue en dos zonas completamente distintas: allí donde el descontento se había ido embolsando con más rapidez, como en las ciudades y *macrorregiones (véase capítulo 3)* y en comunidades que anteriormente habían sido en cierto modo ajenas a las atenciones del gobierno. Entre estas últimas, en épocas de penuria había zonas protegidas por barreras naturales como pantanos, bosques o eriales que con frecuencia se convertían en «oasis de insurrección». En los pantanos de Riez, situados en la frontera oriental de Bretaña, varias aldeas se negaron a pagar impuestos de forma continuada entre 1636 y 1660. Cada comunidad ocupaba una «isla» situada en medio de los pantanos, normalmente sólo accesible en barca, y como únicamente sus habitantes sabían orientarse en los canales que las cruzaban, todos los intentos de enviar tropas gubernamentales para cobrar los impuestos fueron un fracaso. Además, el éxito de los habitantes de los pantanos animó a seguir sus pasos a otras comunidades vecinas, que entre 1633 y 1658 se rebelaron en seis ocasiones para no pagar impuestos, sabiendo que, en caso de necesidad, siempre podrían huir a Riez[45]. Turena, el feudo más extenso de Aquitania, con unos 100 000 habitantes distribuidos en casi cien parroquias, constituía otro oasis de insurrección gracias a su estatuto legal: su señor se consideraba un príncipe independiente que sólo debía rendir pleitesía al rey de Francia. Los hombres de Turena pagaban un impuesto anual a su señor, ofreciéndose como soldados cuando era necesario, pero no sólo se resistían enérgicamente a cualquier intervención de la Corona (como permitir que las tropas regias cruzaran su territorio), sino que también ayudaban a sus vecinos a hacer lo propio. Durante todo el siglo XVII,

«en todas las revueltas de Aquitania, [Turena] fue centro de reunión y ejemplo provocador[46]».

Oasis de insurrección similares existieron en otros lugares. Dentro de Europa, los estados austríacos de la familia Schaunberg, que podían declararse libres de jurisdicciones foráneas, fueron el núcleo de las revueltas campesinas de 1620, 1626, 1632-1633 y 1648, y lo mismo les había ocurrido en siglos anteriores. Igualmente, hombres de St Keverne, una apartada parroquia de habla córnica enclavada en el profundo suroeste de Inglaterra, dirigieron una importante revuelta en 1648, al igual que habían hecho en 1497, 1537 y 1548. También parece que algunas zonas mantuvieron cierta tradición de resistencia intelectual: Kingston, al dominar un estratégico puente sobre el Támesis, acogió a los críticos más descarados de la reina Isabel, regocijándose sin tapujos en 1628 del asesinato de Buckingham, valido de Carlos I, y acogiendo posteriormente y de igual manera a los cavadores (un grupo que cultivaba terrenos del común y que abogaba por compartirlo todo) y a los cuáqueros[47].

Las sociedades fronterizas presentaban oasis de insurrección todavía más extensos. Los límites meridionales de Rusia y la Mancomunidad Polaco-Lituana, donde los bosques dan paso a la estepa, siempre fueron un refugio para oprimidos y descontentos, que periódicamente organizaban insurrecciones contra los estados del norte; la más memorable sucedió en Ucrania después de 1648, cuando Bogdan Jmelnytsky dirigió una rebelión cosaca contra sus grandes señores polacos, y en 1670, cuando Stenka Razin desafió a Moscú (*véase capítulo 6*). En América, los cimarrones, esclavos negros que escapaban de los asentamientos europeos, levantaron campos fortificados en varias partes de Brasil, Centroamérica y las islas del Caribe, allí donde la selva, los cañones o los pantanos ofrecían cierta protección. Desde esos refugios, y a menudo comandados por quienes habían sido gobernantes antes de su captura y traslado desde África, hicieron causa

común con los indígenas americanos, acogiendo a cualquier sirviente o proscrito que huyera de los europeos. Juntos constituyeron una amenaza constante para las colonias (sobre todo porque quemaban plantaciones de caña de azúcar, enormemente inflamables[48]). Finalmente, en la China de las décadas de 1620 y 1630 «rebeldes» como Li Zicheng encontraron refugio en los espesos bosques que hay entre las provincias de Shanxi y Henan, como haría Mao Zedong tres siglos después; en tanto que en la década de 1640 los pantanos que rodean la montaña de Liangshan, en la provincia de Shandong, acogieron a grandes cuadrillas de bandoleros, como los de *A la orilla del agua*, la conocida novela de la época ambientada en el siglo XII[49]. Al igual que en Europa, la simple cercanía de un oasis de insurrección podía fomentar la resistencia. En Rusia y la Mancomunidad Polaca la abundancia de tierras fértiles «libres» en la frontera meridional concedía una poderosa arma de negociación a los labradores que querían arrancar mejores condiciones a sus señores: la de amenazarlos con huir. Como un grupo de bengalíes declaró ante sus gobernantes, la huida siempre era una opción cuando había «mil países a los que ir[50]».

El calendario también influía en la resistencia popular. Las revueltas solían comenzar en primavera, cuando se agotaban los cereales de la cosecha anterior, en días de mercado y (en la Europa católica) durante festividades religiosas: en 1639, la violencia estalló en Normandía durante una fiesta en honor de la Virgen María; en Barcelona, durante el día del Corpus de 1640; en Palermo, el día de la Asunción de 1647. La explicación es sencilla: como la Iglesia prohibía trabajar los días festivos, la gente llenaba calles y tabernas, hablando y bebiendo, de manera que era fácil que una insurrección cobrara rápidamente impulso. En junio de 1647 el virrey de Sicilia ordenó que la festividad del Santísimo Sacramento sólo la celebrara el clero, sin participación de hermandades, gremios y otras asociaciones seglares, para evitar que

«en razón de la gran multitud de personas, pudiera producirse alguna reyerta y convertirse en un tumulto de mayor gravedad». Al mes siguiente, el mismo miedo indujo al arzobispo de Nápoles a cancelar una festividad mariana[51]. Los días de mercado también proporcionaban oportunidades a los amotinados. Así, en 1641 los principales conspiradores irlandeses planearon tomar el castillo de Dublín un día de mercado porque (al igual que ellos mismos) un gran número de personas querría entrar en la ciudad la noche anterior y, en consecuencia, suscitarían menos sospechas. Finalmente, los aniversarios de revoluciones podían provocar su repetición: Fermo en 1648 y Mesina en 1674 se rebelaron el 7 de julio, aniversario de la revuelta de Masaniello; en tanto que en 1647 Antonino la Pelosa planeó un levantamiento en Palermo el mismo día que, siete años antes, había tenido lugar el Corpus de Sangre barcelonés[52].

En los países musulmanes el calendario también influía en la resistencia popular. En el Imperio otomano, la guarnición de Estambul se inquietaba al finalizar el mes de ramadán, cuando la tradición exigía el abono de una paga extra: si la Hacienda no podía cumplir esta obligación o sólo lo hacía parcialmente, las tropas podían amotinarse[53]. Por otra parte, en todo el mundo islámico las festividades religiosas en las que se celebraban procesiones, como la de Muharram, podían fácilmente dar lugar a tumultos, sobre todo en zonas como Mesopotamia, que contaban con poblaciones suníes y chiitas, y donde los partidarios de una corriente podían perturbar los ritos de la otra (algo que sigue ocurriendo hoy en día).

Armas, mandos y emblemas

Un último común denominador de las revueltas populares era la función transformadora de grupos ya acostumbrados a la actuación conjunta, sobre todo si estaban familiarizados con las armas. En una sociedad que carecía de una fuerza policial eficaz,

tener una arma, sobre todo si era de fuego, proporcionaba cierta seguridad frente a posibles amenazas como bandoleros, mendigos «insolentes», enemigos personales y, en el campo, depredadores naturales (sobre todo lobos). En algunas zonas fronterizas de Europa y en Angloamérica la posesión de armas de fuego se consideraba esencial para la supervivencia. En Francia, el propio gobierno proporcionaba armas a los guardas costeros de Normandía y Bretaña, y la Paz de los Pirineos de 1659 garantizó a todos los habitantes del Rosellón el derecho a llevarlas; en tanto que dos décadas después, cerca de la frontera española, un intendente francés se lamentaba de que «sería difícil impedir que los vascos lleven armas, porque ya hace mucho tiempo que las llevan[54]». En la India del siglo XVII, tanto los documentos de las autoridades como los testimonios de visitantes señalaban la abundancia de «jornaleros con armas de fuego, con espadas y rodelas tendidas junto a ellos mientras araban la tierra», y los mogoles consideraron que algunas zonas eran *mawas* («tierras díscolas») o *zor-talab* («necesitadas de coacción») porque sus aldeanos iban armados y se negaban a entregar su riqueza, ya fuera al gobierno o a los bandoleros, «sin plantar por lo menos combate». Según escribía Niccolò Minucci en la década de 1650, «para defenderse, esos aldeanos se ocultan entre la espinosa maleza o se guarecen detrás de los delgados muros que rodean sus pueblos», luchando con arcos, lanzas y armas de fuego «hasta que no podían más[55]». En la década de 1640, los *clubmen* ingleses (hombres de los garrotes) solían arreglárselas para proteger sus comunidades del alojamiento de los principales ejércitos de la guerra civil inglesa y de los saqueos que producían, aunque sólo iban «provistos de garrotes, espadas, picos, horcas y otras armas»; mientras que en Virginia, en 1676, año de la rebelión de Bacon, el gobernador Berkeley se lamentó de que sus adversarios fueran «pobres [y de que estuvieran] endeudados, descontentos y armados[56]».

Las armas se tornaban mucho más eficaces cuando estaban en manos de gente que las conocía bien, como veteranos de guerra y forajidos. Siempre que los amotinados abrían por la fuerza los portones de las cárceles locales, las turbas acogían en su seno a cientos de hombres con experiencia en desafiar al gobierno y relacionados con otros grupos de descontentos aún en libertad. Aunque algunos de los liberados no tardaban en abandonar el país para ponerse a salvo, otros aprovechaban la oportunidad para llevar la destrucción a sus opresores. Cuando los amotinados abrieron las prisiones de Palermo en 1647, el molinero Antonino la Pelosa comenzó a planear el asesinato de todos los nobles palermitanos con los agricultores vecinos, mientras que Giuseppe d'Alesi, que había huido de Nápoles al ser liberado, regresó a su ciudad natal cuando se enteró del indulto general aprobado por el virrey y organizó una rebelión más radical. Entretanto, en Nápoles, Giulio Genoino y Francesco Arpaja salieron a la calle después de una estancia de casi un cuarto de siglo en diversas prisiones de la Corona para dirigir la revolución contra sus antiguos carceleros.

La participación de veteranos de guerra también tuvo un efecto transformador sobre las revueltas, no sólo porque estaban familiarizados con las armas, sino porque mostraban disciplina en el combate y capacidad para coordinar maniobras. En la Francia de 1637, un contemporáneo afirmó que de los 8000 campesinos armados (*croquants*) sublevados en el Périgord, «la mayoría eran veteranos de las provincias más belicosas del Reino», comandados por capitanes con gran experiencia militar, «los mejores que se podían encontrar». Desde luego, los *croquants* se comportaban como tropas regulares: no sólo hacían guardias y reclamaban formalmente la rendición de las ciudades que hallaban a su paso, amenazándolas con «arruinarlas, arrasarlas y reducirlas a cenizas», sino que también destruían las granjas, matando el ganado y prendiendo fuego a los cultivos de todos los que se negaban a

unírseles[57]. La presencia entre los rebeldes normandos de 1639 de un cuerpo de cuarenta o cincuenta *coquins* («tunantes») y muchos antiguos soldados y quizá algunos oficiales posibilitó al señor de Ponthébert, (*el General Nu-Pieds*) y su «Ejército del Sufrimiento» repeler los constantes asaltos de las tropas regulares en batalla campal[58]. También en Nápoles, la instrucción formal recibida por los *ragazzi* de Masaniello —los «muchachos» a los que había preparado para un simulacro de batalla en la Piazza del Mercato— explica tanto su cohesión como su «capacidad para cavar trincheras y montar guardia» (algo que todos los observadores apuntaron sorprendidos); en tanto que la milicia urbana —creada inicialmente para repeler un posible ataque turco, sometida a instrucción regular y dirigida por veteranos oficiales— logró evitar las sucesivas ofensivas de las fuerzas leales a la Corona. El conocimiento de la artillería también podía proporcionar una ventaja esencial. En 1647, la capacidad que mostró el armero Gennaro Annese de dirigir un bombardeo eficaz contra la flota española salvó Nápoles, en tanto que, cinco años después, la incapacidad de los rebeldes sevillanos para hacer lo propio, a pesar de haberse hecho con varios grandes cañones, los condenó a la derrota. En el Perú, Pedro Bohórquez, en parte, alarmó al gobierno por su cacareada capacidad no sólo para fabricar piezas de artillería pesada, sino para dispararlas. Finalmente, ni los escoceses de 1639-1640 ni los irlandeses de 1641-1642 podrían haberse impuesto sin el regreso, junto a sus pertrechos y su pericia, de un gran número de veteranos de los ejércitos continentales[59].

Igualmente, en Asia muchas de las revueltas tuvieron éxito, por lo menos al principio, gracias a la participación de veteranos de guerra. En 1683, en Shimabara (Japón), doscientos antiguos samuráis enseñaron al resto de los rebeldes a utilizar armas de fuego para defender el castillo de Hara de 100 000 soldados del gobierno. En China, desertores del ejército regular engrosaron los grupos de «bandidos itinerantes» durante las décadas de 1620

y 1630: en Sichuan, uno de ellos fue Zhang Xianzhong, el «gran rey del Oeste». Después de 1640, la afluencia de desertores del ejército de los Ming explica la súbita capacidad que mostró Li Zicheng de ocupar ciudades fortificadas. Llegado el año 1644, las tropas de Li habían alcanzado tal nivel de eficacia militar que estuvieron a punto de derrotar a las fuerzas de élite Ming, dirigidas por Wu Sangui, en el paso de Shanhai, y sólo la intervención de refuerzos manchúes cambió las tornas[60].

Además de las armas y la disciplina, los emblemas y las enseñas también podían hacer más eficaz la resistencia antigubernamental. En América, los regidores de la Ciudad de México fueron paulatinamente sustituyendo el escudo de armas de los Austrias por el antiguo símbolo azteca del águila que, posada sobre un cactus, devora una serpiente, hasta que en 1642 el virrey, recelando de cualquier atisbo de insurgencia después de la revuelta de Portugal y Brasil, acabó prohibiéndolo. Más éxito tuvo el gobernador John Endicott de Massachusetts cuando en 1634, aduciendo que la cruz roja era un símbolo papista, decidió crear una nueva bandera retirando ese símbolo de la enseña regia, y la colonia conservó ese emblema casi hasta finales de siglo. Entretanto, en Japón, los rebeldes católicos de Shimabara colocaron en 1638 «multitud de pequeñas banderas con cruces rojas» en torno a sus parapetos, y al año siguiente los insurrectos chinos de Filipinas también blandieron sus propios estandartes para desafiar a los españoles, en tanto que grupos rebeldes de la China continental ondeaban estandartes rojos (aunque puede que esto reflejara únicamente el hecho de que en China el rojo era el color de la felicidad[61]).

En varias partes de Europa el rojo también se convirtió en color de la revolución. En el Nápoles de 1647 los rebeldes «desplegaron la bandera roja (*lo stendado rosso*») en su cuartel general «en señal de guerra» y sublevados de toda la ciudad no tardaron en mostrar más enseñas rojas. Al mes siguiente, en Palermo, los re-

beldes también ondearon banderas rojas en señal de desafío y, seis años después, los suizos iban detrás de la bandera *Entlebuch*, también roja. En 1647, Masaniello llevaba una gorra roja, mientras que los soldados del Nuevo Ejército Modelo inglés lucían un brazalete rojo en el brazo izquierdo para demostrar que defenderían «la justicia de nuestra [causa] con nuestra sangre». En Francia, los rebeldes de *l'Ormée* de Burdeos (1651-1653) lucían un *chapeau rouge*, mientras que las «boinas rojas» de los rebeldes bretones de 1675 bautizaron la rebelión de la provincia contra Luis XIV[62].

También circulaban efigies de muchos líderes revolucionarios para inspirar a sus seguidores. Imágenes tanto de Sabbatai Zevi como de Nathan de Gaza no sólo figuraban en libros, sino que también se pasearon por las calles de Polonia en 1666; en tanto que la mayoría de los líderes de la revolución inglesa (John Pym, *sir* Thomas Fairfax y, sobre todo, Oliver Cromwell) fueron frecuentemente retratados por partidarios y detractores en cuadros, grabados, esculturas, medallas e incluso herramientas. Sin embargo, ninguno de ellos contó con la fama póstuma de Masaniello de Nápoles. Aunque su «reinado» sólo duró nueve días, el humilde pescador alcanzó un carácter simbólico, precursor del culto al Che Guevara en el siglo XX: los artistas lo retrataban en cuadros, medallas y estatuillas de cera (algunas para la exportación); los intelectuales componían epigramas loando sus éxitos, y posteriormente se publicaron en Inglaterra, Alemania y la República holandesa obras dramáticas sobre él. El filósofo holandés Baruch Spinoza tenía colgado en sus aposentos un cuadro en el que él mismo aparecía ataviado como Masaniello. Las guías turísticas de Nápoles para visitantes extranjeros no tardaron en incluir en sus itinerarios los sitios que él había frecuentado[63].

Finalmente, en sociedades en las que muchos protagonistas eran analfabetos, los lemas y las canciones también eran esenciales para mantener la cohesión de las rebeliones. En crónicas de la

revolución de Nápoles de 1647-1648 hay constancia de unos treinta lemas populares, que iban desde gritos de alarma proferidos cuando la multitud temía un contraataque español (*Arme, arme! Serra, serra!*: «¡A las armas, cerrad filas!»), a otros más violentos (*Ammaza, ammaza*: «Matad, matad»). Algunos rimaban:

¡Adelante siempre, pueblo napolitano! ¡Larga vida a Dios y al rey galo!

Sin duda, los lemas más frecuentes en Nápoles y en otras partes de Europa occidental eran los de contenido económico o político: «¡Viva el rey y muera el mal gobierno!» y «¡Viva el rey sin impuestos!»[64]. No obstante, algunas turbas ponían en verso sus reivindicaciones sociales. En Inglaterra, una canción popular escuchada por primera vez en 1640 contenía el estribillo: «¡No nos detendrán!», unido a versos que atacaban a la jerarquía social, los buenos modales, las «mujeres libertinas», la subordinación y las universidades. Posteriormente, muchos contemporáneos verían en esa expresión el «latiguillo revolucionario que precedió a la guerra civil», aunque muchos más vendrían después. La obra titulada *Rump: or an exact collection of the choycest poems and songs relating to the late times. By the most eminent wits, from anno 1639 to anno 1661 [Rabadilla, o una consumada recopilación de poemas y canciones de lo más escogido, relacionados con los últimos tiempos. Obra de los más eminentes ingenios, desde el año 1639 al año 1661],* publicada en 1662, contenía 210 «canciones escandalosas y calumniosas», editadas para entretener y animar a los hombres y mujeres ingleses durante las décadas de turbulencias anteriores[65].

Entre las canciones revolucionarias europeas figuraba la titulada «Canción de Fadinger», de 54 versos (Alta Austria, 1626); un himno en honor de Martin Laimbauer (Baja Austria, 1636); la «Marcha de la victoria» cosaca (Ucrania, 1648), y «La nueva canción de Guillermo Tell» en Entlebuch (Confederación Helvética, 1653). En Irlanda, los bardos gaélicos componían y cantaban canciones de libertad y en muchos relatos de la rebelión de 1641

aparecen gaiteros entreteniendo a los amotinados[66]. Algunas exaltadas canciones rebeldes compuestas en el siglo XVII disfrutaron de larga vida. Tres siglos después, la melodía de una de las muchas que conmemoraron la revuelta de Stenka Razin en 1670 entró en las «listas de éxitos» occidentales como «The carnival is over» [«Se acabó la feria»]. Hay dos tonadas revolucionarias del siglo XVII que se siguen cantando en grupo hoy día. «Els segadors», que en sus versos critica a las tropas y las políticas impuestas por Olivares, haciendo un llamamiento a la defensa por las armas de las libertades catalanas, se escuchó por primera vez en el verano de 1640 y se convirtió en el *Himne Nacional de Catalunya* (aunque modernizando ligeramente el texto y la melodía[67]). En la República de Holanda, un volumen titulado *Himno de Conmemoración de los Países Bajos*, publicado en 1626, incluía canciones y danzas patrióticas que rendían homenaje a los grandes éxitos registrados frente a la «tiranía española». Una de las canciones más enérgicas, «Merck toch hoe sterck» [«Contemplad ahora la fuerza»], escrita para conmemorar la eficaz resistencia que opusieron los habitantes de Bergen-op-Zoom al asedio español de 1622, se sigue entonando hoy en día en momentos de tensión de los partidos de fútbol holandeses[68].

¿Ceder o reprimir?

En todas partes, las revueltas populares planteaban a los gobiernos un dilema. Por un lado, para muchos de ellos las rebeliones eran piezas de dominó, de manera que temían que si su reacción no era rápida y rigurosa envalentonaran a otros. Según señaló el obispo del Perú en 1635, tratando de justificar las severas medidas que se habían tomado contra un detractor de los impuestos regios, de «pequeñas chispas» surgen «grandes incendios» y es más prudente remediar el daño en sus inicios que intentar sofocarlo cuando es difícil o imposible. El conde-duque de Olivares no podía estar más de acuerdo. Dos años después temió que si Felipe hacía concesiones a los rebeldes de Évora, «no ha-

bría lugar, provincia ni Reino que no intentase lo mismo». Poco después, en Escocia, ante la demanda de importantes concesiones constitucionales, el marqués de Hamilton (primo de Carlos I e importante asesor en cuestiones relacionadas con Escocia) lanzó una advertencia similar, señalando que, a menos que el rey se negara, «podría abandonar sus tres coronas porque ellos [sus adversarios] las pisotearían todas[69]».

Por otro lado, aunque Olivares y Hamilton tenían razón, hacer caso omiso de los ruegos de súbditos desesperados o intransigentes también podía conducir al desastre. En la década de 1620, Francis Bacon proclamó que «las peores son las rebeliones de la panza» y dos décadas después al líder parlamentario inglés John Pym le preocupaban «los tumultos y las insurrecciones de la peor calaña de personas» que se producirían si no podían comprar pan, porque «nada es más punzante y acuciante que la necesidad y la carencia: lo que no puedan comprar lo arrebatarán[70]». En 1648, en medio de la peor cosecha de la que se tenía recuerdo, una petición al Parlamento de los arrieros de Londres advertía de que, a menos que recibieran ayuda, sus penurias económicas obligarían «a vuestros solicitantes a caer en extremos imposibles de precisar y a hacer realidad el dicho que señala que la *necesidad no tiene ley*». De igual manera, un opúsculo titulado *The mournful cries of many thousand poor tradesmen [Los lastimeros gritos de muchos miles de artesanos pobres]* recordaba al Parlamento que «la necesidad disuelve todas las leyes y el gobierno, y el hambre se abrirá paso por los muros de piedra». Ese mismo año, en Italia, los amotinados de Fermo opinaban que «es mejor morir por la espada que morir de hambre»; en tanto que en Francia un abogado de Burdeos daba cuenta en tono filosófico al gobierno central de un importante motín de subsistencia: «No hay nada más natural que la lucha por salvar la propia vida. Como el pan es el alimento más común, los hombres se afanan sin descanso por poseerlo. Los pobres temen que nunca tendrán suficiente, porque no siempre es-

tán seguros de conseguirlo; y su entendimiento hace que ese miedo convierta la escasez en hambre[71]».

Conscientes de esos peligros, muchos gobiernos hicieron concesiones de corta duración a los revoltosos. En ocasiones, también el capricho o los escrúpulos de un gobernante podían aliviar la situación. En China, todos los emperadores perdonaban oficialmente los impuestos pendientes para señalar su llegada al trono o el nacimiento de un heredero. En 1641, Felipe IV llegó incluso a crear una «junta de teólogos» para determinar si alguno de los impuestos que había aprobado podía haber sido injusto y, por tanto, haber ofendido a Dios, porque, según él mismo dijo, «no quiero gozar de ningún tributo que no sea con la menor sombra de escrúpulo[72]». Muchos gobiernos también crearon organismos permanentes para sopesar solicitudes individuales de desgravación de impuestos. En China, los regidores locales solicitaban regularmente al gobierno que les perdonara o redujera sus tributos, o que por lo menos retrasara su recogida, cuando su distrito había sufrido algún desastre natural. No todas las peticiones eran en vano. Por ejemplo, en el distrito de Tancheng, provincia de Shandong, el regidor solicitó a la comisión fiscal una reducción de impuestos después del devastador terremoto de 1668: funcionarios de la comisión inspeccionaron personalmente el lugar y, dieciocho meses después, los contribuyentes locales recibieron una reducción del 30 por ciento, en forma de «perdón» o, si ya habían pagado, de reembolso. La comisión también redujo los servicios laborales obligatorios que tenía que prestar el distrito para el mantenimiento de carreteras y puentes. En el Imperio otomano, el Consejo del sultán dedicaba un día a la semana a escuchar a individuos, pueblos o mancomunidades de pueblos que solicitaban una reducción de su carga impositiva. Para señalar que la comunidad ya no podía cumplir con sus obligaciones, algunos aducían sucesos recientes como sequías, inundaciones o ataques de bandoleros, o una pérdida generalizada de

población; otros, que figuraban por error en un determinado censo de contribuyentes (con frecuencia porque ya estaban en otro), y unos pocos se quejaban de extorsiones. Aunque las pesquisas posteriores a veces descubrían que los contribuyentes habían intentado indebidamente reducir o escapar a sus obligaciones, normalmente el gobierno aceptaba la existencia de un error en los censos, reduciendo o «perdonando» por tanto los tributos mencionados en las miles de peticiones que se analizaban[73]. En Castilla, la ley determinaba que las órdenes regias contrarias a la conciencia o la fe católica no tenían por qué obedecerse y, en consecuencia, muchos contribuyentes recurrían a la justicia local en caso de fijación de cuotas excesivas o aducían desgracias o nuevas circunstancias para justificar su falta de pago. Era frecuente que los jueces simpatizaran con esos recursos y, cuando no era así (como en el caso del Imperio otomano), los contribuyentes podían enviar directamente a la Corona su reclamación fiscal. Los asesores del monarca en la materia las atendían como era debido, pronunciándose a menudo a favor del demandante[74].

Hay que reconocer que, en Castilla, el mismo código legal que toleraba la desobediencia por razones de conciencia consideraba que la resistencia a la autoridad era un delito punible con la pena capital, pero los jueces, por miedo a provocar una reacción violenta, no solían ser muy proclives a imponer penas tan drásticas. Así, aunque la Real Audiencia de Castilla juzgó a 336 personas implicadas en nueve motines antiseñoriales registrados entre 1620 y 1685, sólo sentenció a diez a muerte y a menos de cien a trabajos forzados. Evidentemente, Castilla sufrió más de nueve motines de esa índole durante ese período, entonces, ¿qué ocurrió con los demás[75]? La historia de la revuelta ocurrida en la localidad riojana de Aldeanueva de Ebro y sus repercusiones son un buen ejemplo de hasta qué punto las prácticas dilatorias constantes podían minimizar la represión. En 1663 se tuvo conoci-

miento de que el rey había vendido Aldeanueva, hasta entonces dominio real, a un noble. Sus habitantes se amotinaron, gritando un lema universal en tales situaciones: «¡Viva el rey y muera el mal gobierno!», y otro más sorprendente: «¡Fuenteovejuna! ¡Fuenteovejuna!», éste referido a la obra teatral homónima que, escrita cincuenta años antes por Lope de Vega, narraba la historia de una comunidad campesina medieval que se rebelaba contra los abusos de su señor y que después se negaba a identificar a los cabecillas de la revuelta. Lo mismo ocurrió en Aldeanueva: cuando los enviados del nuevo señor intentaron capturar a algunos de esos rebeldes aficionados al teatro, todo el mundo se negó a identificar a los cabecillas. En consecuencia, un juez declaró culpables a 67 aldeanos, pero el pueblo recurrió la decisión, llegando hasta el mismo Consejo de Castilla, que, veinte años después de los hechos, determinó que las pruebas contra los condenados eran insuficientes, ordenando la repetición del juicio: para entonces, gran parte de los participantes en la revuelta habían muerto. Parece que sólo dos de los amotinados llegaron a recibir algún tipo de castigo[76].

En unos pocos casos, la resistencia violenta podía producir concesiones permanentes. Así, en 1641, en el suroeste de Francia, cerca de la zona de guerra con España, los amotinados quemaron totalmente los despachos de los recaudadores de impuestos del rey y expulsaron de la localidad a sus funcionarios, al grito de «¡ladrones y recaudadores: a todos os mataremos y exterminaremos para que no quede [de vosotros] ni el recuerdo!». Los regidores de la ciudad, temiendo represalias, enviaron representantes a París para que explicaran las penalidades que sufría la localidad y, en este caso, el monarca reconoció la justicia de las quejas de sus súbditos y la insensatez de los recaudadores de impuestos: se recibió una carta de esos enviados que empezaba diciendo: «Caballeros, ¡dad gracias a Dios! ¡No habrá más impuestos!»[77] Cuando se producían este tipo de concesiones regias, se

difundían por todo el Reino y había carteles que las anunciaban por doquier, dando así la impresión de que la resistencia popular «funcionaba», pero los gobiernos no solían derrumbarse por esa razón. La revuelta y la resistencia siempre conllevaban grandes riesgos, porque los gobiernos solían considerar traidor a todo aquel que se resistía[78].

Por ejemplo, cuando la comunidad china de Filipinas se rebeló en 1639, el gobernador español ordenó que se ejecutara sumariamente a todos los presos chinos, que se asesinara a todos los sirvientes chinos de las casas cristianas y que se prendiera fuego al suburbio chino de Manila, con todos sus ocupantes dentro. Los rebeldes no habrían corrido mejor suerte en su tierra natal, ya que tanto los códigos legales de los Ming como de los Qing dictaban penas drásticas para todos los rebeldes y sus familias, de manera que la mayoría de los levantamientos chinos acababan con ejecuciones masivas[79]. Una suerte parecida corrieron quienes se rebelaron contra los Romanov rusos. Después del levantamiento registrado en Moscú en 1662 contra la devaluación de la moneda y el alza de los precios de los alimentos, el zar…

> … tomó medidas horribles con todos los implicados en el levantamiento: más de 400 personas, sin contar las ahogadas, han sido ejecutadas, algunas decapitadas y [algunas] ahorcadas. A otras se les han cortado los pies y las manos, y se les ha arrancado la lengua de la garganta. Setecientas [personas] han sido encadenadas y serán enviadas en cuanto sea posible a Siberia con sus esposas e hijos, todas ellas [los hombres] marcados a fuego en la mejilla izquierda […]. A todos los muchachos —de doce o catorce años de edad— que se encontró junto a los rebeldes se les ha cortado una oreja a modo de advertencia para los demás[80].

Lo mismo ocurría en la India, a pesar de que, según el emperador Jahangir, «apenas hay provincia alguna del Imperio en la que entre cinco y seiscientos mil seres humanos, bien sea en batalla, bien por la espada del verdugo, no hayan sido víctimas en ciertos períodos de esa fatal disposición al descontento y la perturbación[81]».

Muchos gobiernos de Europa occidental también se aseguraban de que los rebeldes derrotados recibieran «castigos ejemplares», expresión ésta que aparece repetidamente en documentos oficiales como los que analizan qué medidas debían tomarse tras la revuelta de los *nu-pieds* en la Normandía de 1639. Al final, Luis XIII envió a su juez más señero, el canciller Pierre Séguier, a castigar a los culpables, y éste juzgó a más de trescientos prisioneros, sentenciando a muerte a casi treinta y al exilio perpetuo a otros quince (otras muchas sentencias, las de aquellos que habían huido, se dictaron *in absentia*). Séguier, que también impuso enormes multas a todas las poblaciones afectadas, ordenando el pago de reparaciones para quienes hubieran sufrido la destrucción de sus propiedades, exigió el desembolso inmediato de todos los tributos atrasados (contando para ello con las tropas que lo acompañaban). En 1648, después de los motines de subsistencia registrados en la localidad italiana de Fermo, su gran señor (el papa) envió a 1500 soldados, que no tardaron en dar caza a los amotinados. Apoyándose en delaciones, descripciones impresas de los cabecillas y dispensas papales que permitían allanar iglesias con el fin de detener a quienes se hubieran refugiado en ellas, acabaron capturando y juzgando a trescientos hombres. De ellos, ejecutaron a seis y enviaron a otros diez a las galeras del pontífice (algo con frecuencia equivalente a una sentencia de muerte). A continuación, procedieron a arrasar las casas de los amotinados y las de otros acusados que habían huido, a confiscar sus bienes muebles y a prohibir de por vida a diecisiete ineficientes regidores (casi un tercio de la élite local) y a sus descendientes que pudieran volver a ocupar cargos públicos[82].

Finalmente, en Inglaterra los vencedores de la segunda guerra civil ejecutaron a Carlos I y a decenas de sus seguidores (sobre todo de Escocia e Irlanda), condenando a otros miles a vivir de por vida en la servidumbre (drenando la región de los Fens, trabajando en las minas de carbón de Tyneside o cultivando tierras

de las colonias americanas), y en 1685 el rey católico Jacobo II impuso un horrible castigo a los rebeldes que habían apoyado la intentona de acceso al trono de su sobrino, el protestante duque de Monmouth. Según el testimonio de Monmouth, el monarca desembarcó en Devon, en el suroeste de Inglaterra, con poco más de ochenta hombres, pero cuatro semanas después, estaba al frente de cerca de 7500. Pocos pudieron escapar. «En realidad, el combate duró media hora», apuntó el duque, diciendo también que en ambos bandos hubo pocas bajas, pero que «una gran carnicería caracterizó la empresa». De los 1300 capturados, el gobierno acabó brutalmente con la vida de algunos, ejecutó a casi trescientos más (entre ellos al propio duque) después de un juicio sumario, y sentenció a 850 a servidumbre perpetua en las colonias americanas[83].

Hasta los gobiernos que prometían indultos y concesiones a los rebeldes que se rindieran podían renegar de lo dicho en cuanto se hacían con la situación. El ejemplo más tristemente famoso de esta práctica ocurrió en Nápoles. Cuando Gennaro Annese y los demás jefes rebeldes decidieron rendirse, don Juan de Austria prometió a los napolitanos un indulto general de todos los crímenes, hubieran sido cometidos por ignorancia o por malicia, y aunque fueran de traición, además de la exención de pagar todas las gabelas, así como la recuperación de los privilegios otorgados por Carlos V. Pero posteriormente Felipe IV preguntó a una junta de teólogos si estaba obligado a mantener los indultos concedidos a los napolitanos y a respetar el juramento de respeto a los privilegios. Su respuesta fue negativa. El conde de Oñate, virrey después de don Juan, anunció que su antecesor había actuado en virtud del rango que ocupaba, pero que ahora le correspondía a él proceder según lo que descubriera, y casi inmediatamente creó tanto una red de agentes y espías que denunciaran a los enemigos de España como tribunales especiales para juzgarlos. Durante los tres años siguientes fueron ejecutados varios

cientos de antiguos amotinados, llamados *masanielos* en las fuentes españolas, empezando por Annese y varios *capopopoli* de otras ciudades del Reino; además, varios miles más quedaron proscritos (y sólo se salvaron porque habían huido al extranjero). Oñate también renegó de otras muchas concesiones acordadas en el momento de la rendición, destruyendo las tabletas de mármol del «epitafio» (*tavolato*), que contenían una copia «permanente» de los *capitoli* conseguidos por Masaniello. A continuación, derribó la propia estructura, sustituyéndola por la «fuente de Oñate», que ahora se alza delante de la sede napolitana del Archivo Estatal[84].

Independientemente de que optaran por la concesión o la represión para reinstaurar el orden, la mayoría de los gobiernos consideraba que las rebeliones eran intrascendentes si en ellas no participaban miembros de las élites o hasta que no lo hacían. Así, en 1637, el conde-duque de Olivares «hizo poquísima consideración» de los «rumores» de levantamiento popular en Évora, segunda ciudad de Portugal, «porque tumultos populares se ven cada día sin ningún inconveniente», sin embargo, la mitad del Reino no tardó en amotinarse. Tres años después, Richelieu se mostró igual de despectivo al recibir las primeras noticias de la revuelta catalana, y no hizo nada porque «la mayoría de los desórdenes de esta naturaleza no son más que fuego de pajas», aunque la rebelión se prolongó durante casi dos décadas[85]. De forma todavía más precipitada, en 1648 Mazarino quitó importancia al «día de las barricadas» parisino sirviéndose exactamente de la misma metáfora: «Los leves desórdenes que ocurrieron en esta ciudad», decía para tranquilizar a un colega, fueron «sólo humo de pajas que se extingue con tanta facilidad como prende», sin embargo, la capital gala acababa de sufrir los peores disturbios que había visto en los últimos sesenta años o que volvería a ver antes de la Revolución francesa.

Lo que Olivares, Richelieu y Mazarino no comprendían era que importantes sectores de la élite social hervían de resentimiento, que buscaban cualquier excusa verosímil para convertir «en gran discordia cualquier diferencia menor» y que «piensan que si hay una rebelión podrán robar lo que quieran». Mejor comprensión de las revueltas populares mostraba un alto cargo de los Estados Pontificios, obligado a huir por los amotinados de 1648: «Nunca se debe subestimar con qué facilidad la plebe se deja convencer por cualquiera que muestre interés en su suerte», aconsejaba al pontífice. En concreto, «los caballeros apasionados muestran gran destreza cuando se trata de convencer al pueblo de lo imposible, sobre todo si se envuelve fervorosamente en el bien público[86]». En medio de los desastres de mediados del siglo XVII, los «caballeros apasionados» no eran los únicos que mostraron «gran destreza cuando se trata de convencer al pueblo de lo imposible».

18

Los que están deseando «que se produzca un cambio»: aristócratas, intelectuales, religiosos y «gentes sucias y sin nombre»[1]

En 1644, Nicolas Fouquet, posterior superintendente de Finanzas de Luis XIV, pero entonces representante del monarca en Valence, Francia, situada a orillas del Rin, reflexionaba sobre el malestar que entonces cundía entre los habitantes del lugar. Su conclusión era que, aunque los *orígenes* de los desórdenes a los que se enfrentaba «radican sin duda en la miseria del pueblo llano, su *avance* emana de la división existente dentro de los más poderosos, los que deberían oponérseles». Pocos años después, lo mismo apuntaba el marqués de Argyll, destacado protagonista de la revolución escocesa, pero de forma distinta, escribiendo que «las iras del pueblo no tendrían fin de no ser por el sobrecogimiento que suscitan sus superiores[2]». En la Edad Moderna, tres grupos de «poderosos» disponían de capacidad para convertir las «iras del pueblo» en algo que pusiera en peligro la estabilidad del Estado: la nobleza, los hombres y las mujeres de letras, y el clero. Todas las grandes revueltas de mediados del siglo XVII contaron con la participación de por lo menos uno de esos grupos. Sin embargo, en ocasiones «los carentes de poder» de origen humilde también desempeñaban papeles importantes (bien es cierto que a veces efímeros), sobre todo en las revueltas urbanas, llegando a desarrollar, al igual que los de mejor cuna, complejas teorías y argumentos para justificar su oposición.

La crisis de la aristocracia

A pesar de la encarnizada rivalidad que había entre ellos, Richelieu y Olivares coincidían por completo en un principio de gobierno. En 1624, el cardenal (de origen aristocrático) advirtió a Luis XIII de que «el funcionamiento del Estado sólo gira en torno al mantenimiento de los nobles bajo la autoridad del rey»; en tanto que ese mismo año el conde-duque sermoneaba a Felipe IV sobre la necesidad de mantener a los nobles «bajos, y siempre la rienda en la mano sin dejar a ninguno crecer demasiado». Según él, el rey debía atender mucho «a no permitir de ninguna manera cabezas nobles, mayores ni medianas, que se hagan populares[3]». Durante las dos décadas siguientes ambos ministros se atuvieron sin miramientos a sus propios consejos. Los aristócratas franceses que cuestionaron abiertamente las políticas del gobierno, tanto internas (desafiando, por ejemplo, la prohibición de batirse en duelo dictada por Richelieu) como exteriores (conspirando para alcanzar la paz con España), acabaron en el patíbulo, la cárcel o el exilio. Por su parte, Felipe IV condenó a muerte a los nobles de los Países Bajos españoles que conspiraron contra él en 1632; encarceló al duque de Medina Sidonia y ejecutó al marqués de Ayamonte, dos de los aristócratas más poderosos de España, una vez que se tuvo noticia en 1641 de su intento de crear una Andalucía independiente; y ordenó que se torturara al duque de Híjar para conocer los pormenores de su supuesta conspiración. Cuando a Olivares le alcanzaron por primera vez los rumores sobre el motín lisboeta de diciembre de 1640 se manifestó escasamente preocupado, «pues la nobleza, aunque anduvo remisa, no descubrió la cara; y en Portugal, donde no concurren los nobles no ay que recelar del pueblo». Su única inquietud era que «ha días que no escribe» el duque de Braganza, añadiendo profético: «Estando tan cerca destos movimientos, no ha dado quenta a Vuestra Majestad, siéndole tan fácil poderlo hazer, puede causar algún rezelo». Sólo una semana

había transcurrido desde que Braganza fuera proclamado rey de Portugal con el título de Juan IV[4].

Aunque en el siglo XVII los nobles eran más peligrosos políticamente en Europa que en ninguna otra parte del mundo, el continente contenía tres «zonas aristocráticas» distintas. En un extremo se situaban aquéllas en las que las familias nobles constituían una parte considerable de la población total: Castilla, con el 10 por ciento; la Mancomunidad Polaca, con el 7 por ciento, y Hungría, con el 5 por ciento. Por el contrario, Francia, las islas Británicas, la República holandesa y los reinos escandinavos pertenecían a una segunda zona, en la que los nobles eran relativamente escasos: un 1 por ciento o menos del conjunto de la población[5]. El resto del continente se encontraba más o menos entre esos dos extremos, pero en casi todas partes la nobleza se extendió. Entre 1644 y 1654, la reina Cristina de Suecia multiplicó por dos el número de nobles del Reino; entre 1600 y 1640, los reyes Felipe III y IV prácticamente triplicaron el número de nobles titulados del Reino de Nápoles y casi duplicaron los de Castilla; y Jacobo I y Carlos I prácticamente cuadruplicaron el número de pares irlandeses, duplicando con creces los de Inglaterra.

Muchos de los nuevos nobles recibieron su título por la razón tradicional —en recompensa por destacados servicios al Estado —, pero muchos más accedieron a la aristocracia bien por haber otorgado dinero o servicios a un monarca incapaz de recompensarlos, a ellos o a los suyos, de otra manera, bien porque se tenía la estrategia de dotar de poder a un grupo (como los familiares de un valido), a costa de restárselo a otros. En consecuencia, entre los nuevos nobles había muchos banqueros, generales, letrados y gentes de un mismo apellido (Guzmán en España; Oxenstierna en Suecia, y así sucesivamente). Sin embargo, nuevos o viejos, casi todos los nobles creían representar un triple papel político. En primer lugar, pensaban que debían ayudar al monarca a gobernar; en segundo lugar, intentaban que se interesara en

las necesidades e intereses de su familia y clientela; en tercer lugar, para conservar las «libertades» que, como derecho de cuna, habían conseguido sus ancestros vertiendo su sangre al servicio de la Corona, sentían (según la afortunada expresión de la historiadora francesa Arlette Jouanna) el «deber de rebelarse[6]».

Dos maneras tenían ministros y validos autoritarios como Richelieu, Olivares y Oxenstierna de irritar a los demás aristócratas y finalmente de enajenarse su apoyo. Por una parte, su insistencia en que «la necesidad no conoce leyes» conducía a una repetida vulneración de las inmunidades aristocráticas por parte de encargados de reclutar soldados, recaudadores de impuestos en busca de fondos y funcionarios en demanda de demostración palpable de las exenciones fiscales de los nobles. Por otra parte, los validos se afanaban por conseguir que la atención del soberano sólo se dirigiera a las ideas e intereses de su propia clientela. Anteriormente, la salud económica de las casas nobiliarias había dependido de la benevolencia regia —la concesión de un lucrativo puesto público o la emisión de un edicto que redujera unilateralmente las tasas de interés que pesaban sobre sus deudas, ofreciendo protección frente a sus acreedores—, pero ahora dependía de la benevolencia del valido. En una época de reveses económicos y elevados impuestos, muchos nobles se enfrentaban a una catástrofe si el privado convencía al monarca de que les retirara sus favores financieros[7].

Con todo, la nobleza desairada aún podía contraatacar. Las doncellas de Edimburgo cuya «bárbara algarabía» durante un servicio religioso dio comienzo en 1637 a la revolución escocesa procedían de hogares de nobles desafectos que habían dado instrucciones detalladas a sus sirvientas, indicándoles cuándo y cómo debían actuar. La participación de los nobles no sólo explica la temeridad de las sirvientas, sino también la decisión del gobierno de no detener ni castigar a ninguna de ellas. En Inglaterra, la oposición formal a Carlos I se inició en 1640 con una pe-

tición firmada por siete (después más de veinte) pares, que exigían que el soberano «retirara e impidiera» ciertos agravios, sometiendo a sus «autores y consejeros» a un «juicio legal y a un merecido castigo». Sus acciones obligaron primero al reacio monarca a convocar un «Gran Consejo de Pares», al que asistieron más de setenta nobles, y después un Parlamento en el que la Cámara de los Lores era determinante para la consecución de mayores concesiones. Un tercio de los pares ingleses acabaría luchando en la guerra civil.

Para los nobles era más difícil, aunque no imposible, rebelarse cuando carecían de un foro constitucional. En Castilla, donde la aristocracia había renunciado a su derecho a asistir a Cortes, las rebeliones individuales (las de Medina Sidonia y Ayamonte en 1641, la de Híjar en 1648) se quedaron en nada; pero sí hubo acciones colectivas después de la rendición de Perpiñán (segunda ciudad de Cataluña) ante los franceses en 1642. Los grandes y títulos de Castilla boicotearon a la corte y dejaron claro que continuarían haciéndolo hasta que su majestad destituyera a Olivares. Cuando la «huelga» de los grandes entró en su tercera semana, Felipe se derrumbó. Aunque una muestra de solidaridad aristocrática de tal magnitud no volvió a repetirse durante el período de los Austrias, la élite terrateniente siguió organizando protestas colectivas de alcance regional. En este sentido, las cuatro rebeliones contra los señores de Nájera y Navarrete de 1652 y 1653 afectaron a 33 caballeros de las órdenes militares de Castilla, y las cuatro arrancaron importantes concesiones (aunque sólo de alcance local[8]).

Los nobles de Francia también carecían de un foro común en el que airear sus agravios. Aunque varias provincias contaban con una asamblea representativa que legalmente podía reunirse en ausencia del monarca, lo cual permitía a la nobleza regional hablar con una sola voz, los Estados Generales, en los que estaban presentes representantes de todo el Reino, únicamente po-

dían reunirse si los convocaba la Corona, algo que ésta no hizo después de 1614. Al igual que en Castilla, durante el siglo XVII la nobleza francesa sólo intentó imponer sus ideas al soberano en una ocasión. En 1651, después de la detención del príncipe de Condé y de dos aliados aristócratas, unos ochocientos nobles de toda Francia se reunieron en París, ciudad en la que durante seis semanas exigieron la liberación de sus líderes y una reparación para sus agravios (entre otras cosas, mediante la convocatoria de unos nuevos Estados Generales). El gobierno acabó prometiendo que cedería y convenció a los nobles de que regresaran a sus provincias para redactar *cahiers de doléances* («cuadernos de quejas» presentados al inicio de cada asamblea), pero era un farol, ya que los Estados Generales no se reunieron hasta 1789.

A falta de un foro institucional, los nobles descontentos encontraron otros métodos de expresar sus quejas. Algunos las dejaron por escrito: casi la mitad de los autores de los opúsculos impresos en Francia entre 1610 y 1642 eran aristócratas; en tanto que durante la Fronda varios nobles mantuvieron un cuerpo de escritores dedicado a difundir sus ideas (Condé instaló también una imprenta en su mansión parisina[9]). Otros nobles dirigieron rebeliones locales. Antoine Dupuy, señor de La Mothe La Forêt, recientemente retirado de una activa carrera militar, aceptó dirigir la rebelión de los *croquants* de la región suroccidental francesa del Périgord en 1637; dos años después, en Normandía, el señor de Ponthébert, convertido en *General Nu-Pieds*, encabezaba un «Ejército del Sufrimiento». Ninguno de los dos arrancó concesiones duraderas, aunque en ocasiones los grandes tuvieron más éxito. Así, en 1641, el duque de Bouillon ordenó que si algún ejército regio intentaba «alojarse en cualquier parroquia» de sus territorios «sin orden expresa del rey, las citadas parroquias hicieran sonar las campanas de las iglesias para alertar a las parroquias vecinas, que están obligadas a acudir de inmediato en su ayuda» para expulsar a las tropas[10]. Sólo un noble francés, Luis

de Borbón, príncipe de Condé, llevó el «deber de rebelarse» hasta los extremos observados en siglos anteriores: consiguió adeptos en todo el país, intentó convertirse en ministro principal y, al fracasar en su empresa, puso su causa al servicio del enemigo número uno de su país (Felipe IV).

Tres factores explican que la acción extrema de Condé fuera algo prácticamente único en la Europa del siglo XVII. En primer lugar, la mayoría de los intentos de recabar «adeptos en todo el país» zozobraron por el gran odio que separaba a las provincias de la capital y la corte. Como apuntaba un relato de la revuelta de los *croquants*, «el propio adjetivo *parisino* suscita un odio y un horror tan generalizados que basta decirlo para correr el riesgo de morir violentamente». En Francia y otros lugares, los rebeldes locales normalmente «decidían no acoger en su seno a ningún príncipe o señor que huyera de la corte[11]». En segundo lugar, rebelarse era algo tan costoso que la mayoría de los nobles disidentes carecía de medios para mantener su desafío durante mucho tiempo: pocos podían resistirse cuando la Corona ofrecía un arreglo que restaurara su solvencia financiera. Así, en 1651 Mazarino compró la lealtad del duque de Bouillon reconociendo el carácter de señoríos soberanos de sus posesiones francesas y concediéndole extensos dominios regios. En tercer lugar, gran parte de las grandes casas nobiliarias de Europa simplemente tenían mucho que perder si se enfrentaban directamente al monarca. En este sentido, mucho antes de acceder al trono portugués, el duque Juan de Braganza tenía más poder que ningún otro noble luso, si no más que cualquier otro aristócrata de Europa occidental. Sus cuantiosas rentas no sólo mantenían una casa de cuatrocientas personas, que reproducía el modelo de la corte, sino que le servían para ejercer una considerable influencia en medios eclesiásticos e incluso nombrar a sus propios nobles, una potestad que nadie más tenía en Europa. En consecuencia, el duque Juan se mantuvo al margen de la política cortesana, porque no

tenía más que ganar en ella, y se centró en conservar los bienes, privilegios y prerrogativas que había heredado. Sólo abandonó su prudente actitud en 1640 porque Olivares lo instó a reclutar y dirigir él mismo tropas para luchar en Cataluña, una aventura de la que temía no regresar (probablemente con razón); así que se unió a una serie de conspiradores que lo proclamaron rey. Durante casi tres siglos, su dinastía gobernaría Portugal y Brasil[12].

Además de Braganza, muchos otros potentados otorgaron prioridad política absoluta a la conservación de su patrimonio, aunque esa actitud pusiera en entredicho su lealtad. En este sentido, la decisión que tomó Randal MacDonnell, marqués de Antrim, de conservar intactas sus amplias posesiones e intereses en Irlanda, Inglaterra y Escocia durante todas las perturbaciones del siglo XVII le llevó a mantenerse fiel a Carlos I hasta 1645 (algo nada desdeñable, dados los frecuentes cambios de política del monarca) y entonces, una vez que el soberano ya no pudo protegerlo, entrar en tratos con los demás. Así fue sucesivamente presidente de la Confederación Católica Irlandesa, corsario y señor de la guerra, colaborador de Cromwell y, finalmente, partidario de la Restauración. Algunos de sus contemporáneos le censuraron por «derribar a su propio bando», mientras que otros lo acusaron de «envenenarlo todo», contaminando así «gran parte del Reino». Sin embargo, como ha señalado Jane Ohlmeyer, biógrafa de Antrim, «conceptos como los de *traición* y *patriotismo* significaban poco en la Edad Moderna gaélica, donde un hombre se debía principalmente a su familia y parientes, después a su religión y, sólo en último extremo, a su soberano y a su país». En Europa surgió un «Antrim» siempre que los avatares bélicos conducían a los aristócratas a hacer cesiones similares para conservar intacto su patrimonio[13].

En algunos Estados, la nobleza ya había adquirido poderes económicos y políticos de tanta magnitud que no necesitaba hacer tales concesiones para salirse con la suya, y, por lo tanto, no

sentía el «deber de rebelarse». En Suecia y también en Dinamarca, hasta 1660 la aristocracia no sólo disponía de enormes latifundios, sino que también controlaba el Consejo Real, sin cuya aprobación el gobernante poco podía hacer; en tanto que los nobles de la Mancomunidad Polaco-Lituana llegaron a tener tal poder sobre el Parlamento federal (Sejm) que un simple veto podía paralizarlo por completo y forzar su disolución. En Rusia, los nobles utilizaron su privilegiada situación en la Asamblea de la Tierra (el Zemski Sobor) para hacer campaña a favor de leyes que les concedieron autoridad absoluta sobre sus siervos, explotando descaradamente la oleada de tumultos populares que recorrió el Imperio entre 1648 y 1649 para conseguir la conformidad del zar (*véase capítulo 6*).

Fuera de Europa, ningún grupo de nobles con título hereditario desempeñó un papel importante en las agitaciones políticas de mediados del siglo XVII. En realidad, algunos Estados carecían de esa clase de nobles. Así, aunque los emperadores mogoles concedían feudos (*jagirs*) a sus principales seguidores, nunca se convertían en algo hereditario y, aunque los sultanes otomanos también otorgaban feudos (*timars*) a sus jinetes, éstos nunca llegaron a ser una «aristocracia» asimilable a la europea. La China de los Ming contaba con grandes familias de terratenientes, pero la mayoría pertenecía a la dinastía gobernante (que les pagaba generosas asignaciones). La camarilla Ming mantuvo su lealtad inquebrantable porque comprendió que, sin la protección imperial, lo perdería todo, como en realidad ocurrió en la década de 1640, cuando ejércitos rebeldes humillaron y ejecutaron públicamente a todos los príncipes que encontraron, confiscando después sus bienes. Por último, los sogunes del Japón Tokugawa tomaron una amplia gama de medidas para controlar a los doscientos daimios: en cada feudo les ordenaron demoler todos los castillos salvo uno; exigieron «donaciones» ingentes a sus proyectos de construcción y los obligaron a todos a pasar la mitad de su

tiempo en Edo y a dejar permanentemente a sus esposas e hijos en la ciudad como muestra de lealtad. Además, hasta 1651, los sogunes destituyeron y en ocasiones ejecutaron a daimios que les desagradaban, adjudicaron rotativamente y de manera arbitraria feudos, y asumieron su control directo durante la minoría de edad del señor. Aunque en 1651, a la muerte del sogún Iemitsu, algunos samuráis descontentos conspiraron para derrocar el régimen Tokugawa, no contaron con apoyo de los daimios (*véase capítulo 16*).

Educación y revolución[14]

Durante el siglo XVII, en muchos lugares del mundo un segundo tipo de «poderosos» (por utilizar la terminología de Nicolas Fouquet) fomentó la resistencia política: los hombres y las mujeres de letras. Irónicamente, los propios sistemas que el Estado alentaba para producir funcionarios muy bien formados también engendraban críticos y opositores igualmente preparados. En China, según el erudito Wang Daokun, a la mayoría de las familias les parecían irresistibles las recompensas que ofrecía el éxito académico.

> Hasta que un hombre no choca repetidamente con la frustración en los estudios no renuncia a esa empresa y se entrega a un oficio. Una vez reunidos ahorros considerables anima a sus descendientes a que, para planear su futuro, abandonen el oficio y se dediquen al estudio. De ese modo, el oficio y los estudios se alternan, y es probable que la familia logre así, bien alcanzar una renta anual de 10 000 fanegas de grano, bien adquirir el honor de contar con un séquito de mil coches de caballos[15].

Wang, un descendiente de artesanos que logró acceder a un cuerpo administrativo, sabía bien que aunque los oficios podían reportar beneficios, «los estudios» conllevaban prestigio y también debía de saber cuántos hombres «chocaban repetidamente con la frustración» académica. El cálculo era fácil: el 99 por ciento de los 50 000 *shengyuan* («licenciados») que cada tres años se presentaban al examen provincial de *juren* («candidato elevado») lo suspendían, al igual que el 90 por ciento de los 15 000 que

concurrían al examen trienal metropolitano de *jinshi (véase capítulo 5)*. Aunque quizá el conjunto de la población china se multiplicara por dos durante la época Ming, si incluyéramos a todos los hombres que se prepararon y presentaron a sus exámenes, pero los suspendieron, es probable que al llegar la década de 1620 pudiéramos decir que la población de estudiantes alcanzó los cinco millones de alumnos, es decir, que se multiplicó por veinte, y que en algunos distritos había más de mil académicos frustrados. Al irse multiplicando los problemas del Estado, algunos comenzaron a criticar al gobierno e incluso a oponérsele.

Entre los desórdenes dirigidos por académicos, uno de los más atrevidos tuvo lugar en 1626 en la próspera ciudad de Suzhou, situada en Jiangnan, cuando Wei Zhongxian, principal eunuco del emperador, ordenó la detención de uno de sus detractores, Zhou Shunchang, funcionario retirado que había destacado por su honestidad y (según una fuente) «veía en la maldad a un odiado enemigo personal». Unos quinientos licenciados, ataviados con su atuendo formal, se reunieron en el patio del alcalde, rogándole que no ejecutara la orden porque había sido dada por Wei, no por el emperador. Aunque el regidor dudó, los guardias empezaron a encadenar a Zhou, algo que, según un testigo ocular, provocó «un levantamiento que ni en mil años se había sufrido [...]. Se perdió hasta tal punto el control que era imposible mantener el orden público». Los eruditos mataron a palos a un guardia y persiguieron a los demás hasta dispersarlos. Los disturbios se prolongaron durante tres días. Posteriormente, Wei ordenó ejecutar a cinco de los levantiscos estudiosos de Suzhou, degradó a otros cinco y a unos cuantos más los condenó a trabajos forzados[16].

Aunque estas expeditivas medidas pusieron fin temporalmente a las insurrecciones académicas colectivas, a título individual algunos intelectuales siguieron criticando las políticas del régimen Ming, mientras otros censuraban a quienes las llevaban a ca-

bo. Tang Xianzu (1550-1616), que aprobó todos los exámenes e inició una prometedora carrera de funcionario, dimitió a los cuarenta y siete años y se dedicó a escribir la renombrada obra teatral *El pabellón de las peonías* y varios tratados en los que sus antiguos colegas de la burocracia aparecían como presuntuosos, corruptos e incompetentes. Feng Menglong (1574-1646), que suspendió en repetidas ocasiones los exámenes, escribió y publicó novelas, poemas, chistes y relatos cortos en los que también aparecían eruditos y funcionarios retratados como corruptos bufones. Ai Nanying (1583-1646) alcanzó la fama cuando se consideró que el examen de *juren* que aprobó en 1624 contenía críticas a Wei Zhongxian, el cual decretó que Ai tuviera que esperar nueve años antes de presentarse a *jinshi*. Ai reaccionó escribiendo ensayos, cartas y poemas críticos, que tuvieron tanto éxito entre la población que «los libreros de Suzhou y Hangzhou le pagaban por escribir algo, lo que fuera, que pudieran publicar». Al finalizar el siglo se habían publicado tres ediciones de sus obras reunidas.

Quizá fuera Zhang Tao, un funcionario del distrito que había aprobado todos los exámenes, el que concibiera las críticas más dañinas, en un ensayo publicado en 1609 en un diccionario geográfico, en el que se comparaba la China Ming con las cuatro estaciones del año. Según la descripción de Zhang, el «invierno» correspondía a los primeros años de la dinastía, cuando «todas las familias eran autosuficientes, tenían una casa en la que vivir, tierra de labor, montes en los que cortar leña y huertos para cultivar verduras. Los impuestos se recaudaban sin hostigamientos y no se veían bandidos». Después llegó la «primavera», más o menos el período que iba desde finales del siglo XV hasta comienzos del XVI, cuando «hubo muchos que comenzaron a dedicarse al comercio y la propiedad de la tierra ya no se valoraba. Los hombres competían con su ingenio apostándose sus bienes y las fortunas aumentaban y disminuían de forma imprevisible». Esto

ocasionó un debilitamiento del orden moral, ya que «proliferó el engaño y aumentaron las denuncias; la pureza se vio mancillada y el exceso se desbordó». Ese proceso se acentuó a finales del siglo XVI, el «verano» de la dinastía, cuando «los ricos se hicieron más ricos y los pobres, más pobres. El poder cayó en manos de quienes habían prosperado y los perdedores se vieron obligados a huir [...]. Regidores corruptos sembraron el desorden [...]. La pureza quedó completamente erradicada y el exceso inundó el mundo». Entonces, en el siglo XVII, Zhang se sintió rodeado por el «otoño»: «Uno de cada cien hombres es rico, mientras nueve de cada diez están empobrecidos. Los pobres no pueden plantar cara a los ricos que, aunque son pocos, pueden controlar a la mayoría [...]. La avaricia no tiene límites, la carne hiere al hueso y todo se somete al placer personal[17]».

Con el paulatino deterioro del orden público y las condiciones económicas, los intelectuales desafectos fueron cobrando confianza al entrar en alguna de las alrededor de 2000 «academias» fundadas a finales de la época Ming, de las cuales la más famosa fue la de Donglin, en Wuxi, donde funcionarios y examinandos de las oposiciones a la función pública se reunían con otros intelectuales para tratar cuestiones de actualidad social. Una vez prohibida la academia, muchos antiguos alumnos de Donglin entraron en la Fu She («Sociedad de la Restauración», fundada en 1629) o en alguna otra «sociedad erudita», en la que no sólo hablaban de literatura, filosofía e historia, sino de métodos prácticos para poner fin a la corrupción gubernamental y de cómo enfrentarse a las amenazas que sufría el orden tradicional, tanto internas como externas. Aunque las principales figuras de las academias y posteriormente de las sociedades lograron introducir nuevas ideas en los planes de estudio para los exámenes funcionariales, no consiguieron ni poner coto a la corrupción ni influir en las políticas del gobierno central (*véase capítulo 5*), y, por tanto, algunos acabaron uniéndose a los rebeldes de Li Zi-

cheng o a los Qing (y, en algunos casos, a ambos). Otros formaron sus propias cuadrillas de bandidos. Así, en 1643, un agente de los duques de Kong, en Shandong, que había capturado a un grupo de veinticuatro bandidos, se quedó asombrado al descubrir que gran parte de ellos eran licenciados de la academia del distrito. Los estudiosos sobornaron a un funcionario local para que los liberara y regresaron junto a mil combatientes a la residencia del agente ducal, que incendiaron, acabando con la vida de muchos de sus parientes antes de robar «cereales, burros, caballos, bueyes, ovejas, todos mis ahorros allí reunidos y más de ocho mil» onzas de plata pertenecientes a los duques de Kong, la familia más poderosa de la provincia[18]. Gracias a esos éxitos, la cuadrilla de licenciados prosperó hasta que los Qing reinstauraron el orden en la provincia.

El potencial perturbador de la élite letrada de la China de los Ming no se apreció en toda su extensión hasta después de la aprobación en 1645 del «decreto del afeitado» por parte de los Qing. En ese momento, decenas de miles de eruditos del sur de China, al margen de cual fuera su rango académico, organizaron frente a la dinastía extranjera una resistencia desesperada, en la que muchos prefirieron perecer antes que afeitarse la cabeza y vestirse como los manchúes. Pese a todo, no lograron que el Estado cambiara sus prácticas, pero su erudición y los valores que compartían actuaron como «efecto multiplicador», convirtiendo su oposición política en algo mucho más imponente. Los Qing tardaron tres décadas en completar su Gran Empresa.

En Europa, al igual que en China, los métodos adoptados por el Estado para dotar al funcionariado de personas bien formadas también crearon detractores y opositores enormemente preparados. En la década de 1620, los hombres europeos podían estudiar en casi doscientas instituciones de educación superior, algunas de ellas de un tamaño sorprendente (*figura 35*). En la Universidad de Nápoles la población estudiantil rondaba los 5000 alumnos y en

la de Salamanca los 7000. Durante el reinado de Carlos I, casi 1200 estudiantes se licenciaban anualmente en las universidades de Oxford y Cambridge, y varios cientos más estudiaban derecho en los Inns of Court («colegios de abogados»). En la década de 1650, según el visitante escocés James Fraser, «el número de estudiantes y caballeros de los Inns of Court se cifra en mil o 1200», mientras que Cambridge «podría tener 3200 estudiantes o más», y Oxford («mucho más decaído últimamente»), algunos menos[19].

En la mayoría de los países europeos, muchos aristócratas formaban parte del alumnado. En Baviera, casi un quinto de los matriculados en la Universidad de Ingolstadt entre 1600 y 1648 eran nobles y, en 1620, la mitad de los nobles protestantes de la Baja Austria tenía educación superior. En Inglaterra, según James Fraser, «todos los caballeros y un considerable número de vosotros, nobles de más rango» estaban «versados y dominaban aquí la retórica, la lógica, la aritmética, la matemática, el francés para discutir y el latín». La mayoría estudiaba leyes, aunque, según Fraser, sólo aprendían «lo suficiente para mejorar sus propiedades, y dominar y pulir los rasgos que precisa un caballero[20]».

35. Universidades fundadas en Europa, 1600-1660. Aunque la expansión de las instituciones de educación superior en Europa se redujo después de 1600, las décadas siguientes vieron también numerosas fundaciones, especialmente en las zonas que católicos y protestantes se disputaban. Algunas instituciones no sobrevivieron demasiado tiempo: la universidad fundada en Durham en 1658 cerró sus puertas al año siguiente.

Igualmente, en España muchos estudiantes procedían de familias nobles y estudiaban leyes. Don Gaspar de Guzmán, futuro conde-duque de Olivares, llegó a la Universidad de Salamanca con catorce años para estudiar derecho canónico. Asistía a clase por la mañana y por la tarde, estudiaba sus apuntes de noche y también memorizaba a diario seis nuevos preceptos legales y los comentarios sobre los mismos. En su tercer año, sus compañeros eligieron rector a don Gaspar, que parecía destinado a entrar en la Iglesia después de licenciarse; sin embargo, al morir su hermano, su padre lo hizo llamar a la corte. De haber continuado con su carrera eclesiástica podría haber seguido estudios en alguno de los colegios mayores de Castilla, que no sólo preparaban a los hombres para ser obispos y abades, sino para ocupar altos cargos burocráticos y judiciales en ese Reino y en sus colonias americanas. Como señaló Richard Kagan en su clásico estudio sobre las universidades de la España de los Austrias, «ninguna otra ocupación o carrera ofrecía más posibilidades de ascenso económico y social[21]». Hasta el propio Wang Daokun habría sentido una punzada de envidia.

En la década de 1630, quizá asistiera a la universidad uno de cada cuarenta jóvenes ingleses y uno de cada veinte castellanos, proporciones que no se superarían hasta finales del siglo XX. Además, quizá un tercio de los varones adultos de Inglaterra estuviera en contacto directo con la aplicación de la ley, ya fuera como magistrado, policía o jurado, lo cual suponía un porcentaje bastante elevado. Al igual que en la China Ming, sus conocimientos y valores compartidos actuaron como «efecto multiplicador», lo cual tornó su oposición política en algo mucho más alarmante; igualmente, como en la China Ming, ningún gobierno europeo pudo dar trabajo a todos los alumnos de las instituciones de educación superior. En la década de 1630 quizá salieran de Oxford y Cambridge trescientos licenciados al año para dedicarse a la Iglesia y otros doscientos para dedicarse a la

práctica médica o el derecho, pero aparte había unos setecientos más sin trabajo seguro. Parecida era la situación en España y otros países: aunque muchos licenciados entraban en la Iglesia y unos pocos se dedicaban a la docencia universitaria, muchos más eran los que acababan anualmente sus estudios sin tener un trabajo a la vista.

Esta «sobreproducción» de licenciados aterrorizaba a los gobiernos, porque según la frase lapidaria de un importante juez inglés, licenciado tanto de Oxford como de los Inns of Court, «el conocimiento sin ocupación no puede sino engendrar traidores» y, en su opinión, «más necesidad tenemos de mejores ocupaciones para los hombres de letras que de más hombres de letras para esas ocupaciones». En España, el mordaz Francisco de Quevedo (licenciado de la Universidad Complutense que, en ese momento, se hallaba en Alcalá de Henares, y no en Madrid) también señaló que las universidades, más que fortalecer a los Estados, los minaban. Según escribió: «Las monarquías con las costumbres que se fabrican se mantienen. Siempre las han adquirido capitanes, siempre las han corrompido bachilleres [...]. Los exércitos, no las universidades, ganan y defienden victorias, y no disputas, los hacen grandes y formidables. Las batallas dan reynos y coronas; las letras, grados y borlas». En Suecia, el rector de la Universidad de Upsala se lamentaba de que «hay más hombres de letras y personajes instruidos, sobre todo en cuestiones políticas, que recursos o trabajos disponibles para darles ocupación, y se desesperan e impacientan». El emperador Fernando II, licenciado de la Universidad de Ingolstadt, echó la culpa de las rebeliones de Bohemia y Austria a las universidades, porque, según él, allí sus súbditos nobles «se habían empapado en su juventud del espíritu de rebelión y oposición a la autoridad legítima[22]».

No les faltaba razón: los intelectuales desafectos tuvieron un papel determinante en el fomento de muchas rebeliones europeas. En Bohemia, el gobierno rebelde incluyó a una docena de

licenciados universitarios; en Francia, la Fronda partió de un grupo de letrados frustrados (los *maîtres de requêtes* o «maestros de peticiones») y alcanzó su primer *crescendo* con el encarcelamiento de un atrevido juez (Pierre Broussel). En Suecia, dos letrados de formación universitaria (el burgomaestre y el secretario municipal de Estocolmo) y el historiógrafo real dirigieron la oposición a la reina Cristina en 1651. Muchos de los principales opositores de Felipe IV eran también letrados con formación universitaria (Giulio Genoino, Francesco Arpaja y Vincenzo d'Andrea en Nápoles; Joan Pere Fontanella, su hijo Josep y Francesc Martí i Viladamor en Cataluña), apoyados por historiadores también académicos (Francesco Baronius en Sicilia, Francesco de Petri en Nápoles y Joan Lluís Montcada en Cataluña[23]).

Lo más sorprendente de todo era que casi todos los opositores más destacados de Carlos I, en el Nuevo Mundo y en el Viejo, habían estudiado en centros de educación superior. De los veinticuatro primeros licenciados de Harvard College, no menos de catorce se trasladaron a Inglaterra para apoyar al Parlamento. Entre los artífices de la revolución escocesa figuraba Robert Baillie, que enseñaba en la Universidad de Glasgow, su alumno Archibald Johnston de Wariston y Alexander Henderson, que estudió (y brevemente enseñó) en la Universidad de St Andrews. En Irlanda, *sir* Phelim O'Neill (jefe de la rebelión del Úlster), había estudiado en los Inns of Court de Londres, la principal escuela de leyes de Inglaterra, al igual que alrededor de un quinto de los integrantes de la Asamblea Confederada General de Irlanda; en tanto que lord Maguire (cerebro del complot de 1641) había asistido al Magdalen College de Oxford. Finalmente, por lo menos cuatro quintos de los parlamentarios elegidos en 1640 para formar parte de la Cámara de los Comunes inglesa había estudiado igualmente, bien en una universidad o en los Inns of Court, o en ambas instituciones. En *Behemoth*, una retrospectiva dialogada sobre la guerra civil inglesa, escrita en 1668 por Thomas Hob-

bes, se decía que Oxford (alma máter del autor) y Cambridge «han sido para esta nación como el caballo de madera fue para los troyanos» porque «de las universidades salieron todos esos predicadores que enseñaron» la resistencia y «nuestros rebeldes aprendieron públicamente la rebelión en los púlpitos». Hobbes no sólo se refería a Inglaterra. Avanzado el diálogo, un malhumorado superviviente de la guerra civil inglesa declara: «La raíz de la rebelión, como habréis visto con esto y al leer sobre otras rebeliones, está en las universidades», haciendo que su joven interlocutor contestara: «Pues ya veo que todos los Estados de la cristiandad sufrirán esos ataques de rebelión mientras el mundo exista», y, de hecho, en todas las grandes insurrecciones registradas en Europa occidental a mediados del siglo XVII participó un gran número de licenciados[24].

El levantisco clero de la cristiandad latina

El clero constituía el tercer grupo de «poderosos» con capacidad para transformar las revueltas populares en revoluciones, sobre todo en la cristiandad latina. A primera vista, su papel podría parecer sorprendente, porque, como escribió el marqués de Argyll en 1661: «En política, la auténtica religión más bien aplaca que aguijonea, y más bien refrenda a los hombres en la obediencia al gobierno establecido que los invita a levantar otro nuevo», y de hecho, tanto la Biblia (sobre todo el Nuevo Testamento) como muchos autores religiosos hacían hincapié en la necesidad de la obediencia. Sin embargo, seguramente Argyll tuviera otras informaciones. Había visto al clero calvinista escocés utilizar su autoridad, primero para denunciar al gobierno amparado por la ley, después para levantar otro nuevo y, finalmente, para obligar al rey a acatar la fe de ese clero si quería que le permitieran entrar en el Reino. El historiador escocés *sir* James Balfour (esclavo de las metáforas) no exageraba al tachar a los clérigos de Escocia de ser «los principales fuelles que han avivado este terrible fuego» de la guerra civil, porque «los mejores instrumentos, de utilizarse

para un mal fin, causan los más grandes daños y son de lo más peligroso para cualquier Estado». Y continuaba diciendo que si los clérigos deciden…

> … utilizar para mal fin su talento y abandonarse al espíritu sedicioso, se tornan en los enemigos más acerbos, las úlceras más corrosivas y las peores víboras de cualquier república y las más perniciosas para el príncipe; ya que, al tener peso sobre la conciencia, timón que dirige las acciones, las palabras y los pensamientos de la criatura racional, la arrancan y la llevan donde quieren, haciendo que la bestia de múltiples cabezas piense según sea el color de la vara que ante ella se esgrime[25].

Los clérigos protestantes también constituían «los principales fuelles» de la sedición en otros lugares. En Inglaterra, según un predicador de la década de 1640, en tanto que «el clero tuvo inicialmente en su poder el globo dorado del gobierno», ahora «el pueblo del Reino de Cristo no sólo tiene interés en la docilidad, la obediencia y la sumisión, sino, entre otras cosas, en la consulta, el debate, el consejo, la profecía y el voto. Así que mantengámonos firmes en esa libertad con la que Cristo nos bendijo». Más explícito se mostraba uno de sus colegas: «Poco a poco los ministros podrían preparar al pueblo» para participar directamente en la vida política, con el fin de que «al llegar la homilía del domingo o una lectura puedan tener conocimiento, no sólo de lo que la semana anterior se hizo en el Parlamento, sino de lo que se hará a la semana siguiente», y de ese modo preparar a su parroquia «para acudir en tropel a la Cámara [de los Comunes] en demanda de justicia[26]». Una generación antes, en la República holandesa, el pastor Adriaan Smout, de Ámsterdam, utilizaba sus sermones para atacar tanto a los regidores locales como a los Estados Generales por enviar barcos de guerra a «colaborar con el hijo de la destrucción, el hijo de Satán […], el rey de Francia, Luis XIII». La oratoria de Smout acabó consiguiendo el retorno de los buques holandeses, poco antes de que el Ayuntamiento de Ámsterdam lo expulsara a él de la ciudad para intentar silenciarlo[27].

La suerte de Smout no tuvo nada de singular. Pocos años antes la Iglesia reformada holandesa había expulsado a unos doscientos pastores por haberse mostrado partidarios de ideas arminianas censuradas por sus colegas. En Escocia, todos los obispos y más de doscientos pastores habían perdido su puesto después de 1638, y trescientos más después de 1660, por haberse opuesto a la alternancia, decretada por el Estado, de episcopalianos y presbiterianos en la jerarquía eclesiástica. Por alguna razón, en Inglaterra todos los obispos y casi 3000 pastores (un tercio del total de los párrocos) perdieron su púlpito en la década de 1640, y lo mismo les ocurrió a otros 2000 sacerdotes en la de 1660. Estos pastores desposeídos se unieron a otros que, aunque altamente cualificados, no habían logrado un puesto permanente: ambos grupos suponían una amenaza latente para el orden público[28].

También era frecuente que el clero católico alentara el descontento. Según señalaba un propagandista español, «no se puede dudar que el pueblo lusitano después de auerse movido, se ha obstinado a persuasión de muchos eclesiásticos que justificaron su soleuación, ya con pareceres firmados, y manifiestos dañosos [...], ya con sermones escandalosos». Y tenía razón: en 1637 los jesuitas de Évora (cuya universidad dirigían), apoyaron abiertamente la rebelión antiespañola, recorriendo zonas colindantes para difundir la sedición; en tanto que en la década de 1640 se sabe que casi ochenta clérigos portugueses pronunciaron homilías que avalaban la Restauración. Algunos instaban a Juan IV a reinstaurar el Reino de Portugal como Salomón había reconstruido el templo de Jerusalén, o a conducir a los lusos fuera del cautiverio, como Moisés había guiado los pasos de los hebreos en su huida de Egipto; otros advertían a quienes les escucharan que la muerte sería preferible a «regresar al vil yugo» de España y que morir por la estirpe de Braganza equivaldría al martirio. En 1676, en la lista de excluidos por Luis XIV del indulto general

aprobado después de la rebelión de los boinas rojas registrada en Bretaña figuraban catorce sacerdotes[29].

En Cataluña, el clero también fue crucial para la legitimación de la revuelta antiespañola. En 1640, tanto los obispos como los inquisidores excomulgaron a los soldados del rey cuando prendieron fuego a las iglesias de dos aldeas que los desafiaron; durante el posterior sitio de Barcelona, los sacerdotes pronunciaron sermones, organizaron procesiones y escucharon confesiones día y noche para fomentar la resistencia; y, al igual que en Portugal, otros aseguraron a sus fieles que «la muerte por la patria es vida eterna[30]». Siete años después, en Nápoles, religiosos disidentes (sobre todo frailes) «animaban al pueblo para que acudiera de buen grado a luchar y creyera que sería mártir e iría al paraíso», en tanto que un grupo de sacerdotes tomó las armas y constituyó una milicia regular (a ellos y a muchos otros religiosos les pareció prudente escapar cuando la revuelta fracasó). Por lo menos tres obispos del Reino fueron posteriormente acusados de fomentar los disturbios y, en Nardò, una ciudad de provincias, el gobierno ejecutó a cuatro canónigos de la catedral por incitar a los rebeldes[31]. Hasta el cardenal y arzobispo Ascanio Filomarino participó directamente en la revolución. En noviembre de 1647 presidió en la catedral una ceremonia en la que el duque de Guisa se convirtió en *dux* de Nápoles, escuchó la lectura formal del tratado entre Francia y la República, tomó juramento a Guisa, que se comprometió a ser su «protector» perpetuo, y bendijo su espada y cetro rituales. A continuación, después de celebrar un tedeum con el nuevo *dux*, ambos pasearon a caballo entre la multitud, que gritaba: «¡Larga vida al rey de Francia!» Aunque pocos meses después Filomarino también cabalgó junto a Juan de Austria cuando los españoles recuperaron el control de la ciudad, por lo menos un cronista proclamó que el arzobispo «era en realidad partidario del movimiento popular y poco amor sentía por España[32]».

El clero católico irlandés fue el más belicoso de todos. Aunque no parece que tuvieran mucho que ver en la preparación del levantamiento de 1641, muchos sacerdotes no tardaron en prestarle su apoyo. Algunos arengaban a las tropas en el campo de batalla: «Hijos queridos de san Patricio, golpead con fuerza a los enemigos de la santa fe», decía uno; mientras que otro, durante una misa, «exhortaba a todos los presentes a entregarse a esa labor de rebelión», instando a tomar medidas extremas, «asegurándoles que aunque los ingleses disparen mosquetes y aunque algunos hayan de morir, no deben tener miedo, porque los que así murieran serían santos, y con una multitud deberían precipitarse a matar a todos los protestantes». En el Úlster, «los prestes [que había] entre los rebeldes» supuestamente afirmaban «que no era pecado matar a todos los protestantes, que [ya] están condenados»; en Connacht, el abad de un monasterio aseguró a sus compañeros que «tan legítimo era para ellos matar» protestantes «como matar a una oveja o un perro»; en tanto que en Münster un fraile dominico, cuando le preguntaron qué pensaban hacer los católicos con sus vecinos protestantes, su contestación fue: «Pues matarlos, porque nunca se librarán de ellos en este Reino hasta que no hagan tal cosa», y añadió algo inquietante: «Porque ejemplo de ello tenemos en Francia, donde hasta la gran masacre que hubo no pudieron verse libres de los herejes»; era clara la alusión a la Matanza de San Bartolomé de 1572, en la que perecieron 12 000 protestantes[33]. Igualmente radical era que en 1645 el jesuita irlandés Conor O'Mahony, docente en la Universidad de Évora, publicara un opúsculo en el que felicitaba a sus compatriotas por la matanza de 150 000 recién llegados protestantes, instándolos a apresurarse a matar a los demás, para después sustituir al rey Carlos por un monarca irlandés[34].

La participación de los sacerdotes en las revueltas europeas era importante porque constituían una proporción muy considerable de los «intelectuales públicos» del continente, es decir, de

quienes ayudaban a conformar la opinión popular mediante la palabra hablada y escrita, desde el púlpito y mediante las homilías, así como a través de opúsculos y libros. En España, por ejemplo, aunque el clero apenas llegaba al 5 por ciento de la población, más de la mitad de la élite intelectual del siglo XVII había tomado las sagradas órdenes. Además, un catálogo de las obras españolas publicadas entre 1500 y 1699 incluía 5385 textos religiosos, casi todos ellos escritos por sacerdotes, frente a los 5450 de todas las demás categorías juntas (muchos de ellos también escritos por religiosos[35]). En otras partes de la Europa católica, por ejemplo en el Reino de Nápoles, el clero escribió dos quintas partes de los libros publicados a lo largo del siglo XVII, en tanto que más de la mitad de los autores de opúsculos que apoyaron la revolución portuguesa de 1640, y un quinto de los de panfletos no anónimos publicados en Francia entre 1610 y 1643 eran religiosos[36].

Tanto el clero católico como el protestante utilizaban la palabra hablada y escrita para fomentar y alentar la resistencia. El predicador inglés Stephen Marshall recordaba a los que escuchaban un sermón suyo titulado *Meroz cursed [Meroz maldito]* que «el Señor no quiere tibios», reprendiendo a quienes «sienten pena por Alemania, cuando en ella piensan, aunque poco lo hagan», pero nada hacían para sostener allí la causa protestante, y auguraba que los que no abrazaran «la causa de Dios» en Inglaterra quedarían tan malditos como Meroz en el Libro de los Jueces, «porque no acudieron en ayuda del Señor [...] contra los poderosos». El año anterior, al inicio de la guerra civil inglesa, Marshall pronunció su sermón ante unos sesenta grupos de oyentes distintos, entre ellos la Cámara de los Comunes, que lo hizo imprimir[37]. Algunos sermones del siglo XVII, tanto católicos como protestantes, duraban varias horas, que hábiles clérigos lograban utilizar para llevar a sus feligreses a estados cercanos a la histeria. A un jesuita irlandés de la década de 1640 «le interrum-

pían con tanta frecuencia los sollozos y gritos de los fieles que tuvo que interrumpir el sermón, ya que su voz no se escuchaba»; mientras que uno de sus colegas franceses solía llevar a su parroquia al llanto y, en ocasiones, tantos eran los feligreses que querían tocarle el hábito o besarle la mano que lo derribaban[38].

La influencia de la que disfrutaba el clero en la cristiandad latina se debía a su educación y a su escogido origen social. Así, en Irlanda, llegado el año 1641 todos los obispos católicos, los provinciales de las órdenes regulares y cientos de curas de a pie habían recibido una estricta educación en seminarios del continente europeo. Esta formación no sólo posibilitaba una acción coordinada, sino que proporcionaba un nivel de formación, una disciplina y un porte que permitían al clero irlandés moldear y canalizar el comportamiento popular. Aunque probablemente la jerarquía católica francesa no alcanzara el mismo grado de disciplina, de los noventa obispos nombrados entre 1640 y 1660, más de tres cuartos procedían de familias nobles y algunos de ellos de las dinastías más poderosas del Reino (el cardenal de Retz era hermano de un duque). Finalmente, casi la mitad de los 79 clérigos portugueses conocidos por sus prédicas a favor de la «Restauración» de 1640 procedían de familias nobles[39].

Aunque normalmente fueran de menor alcurnia que sus colegas católicos, casi todos los pastores protestantes poseían impresionantes credenciales académicas. Un análisis de unos cuatrocientos clérigos escoceses de la década de 1640, todos ellos involucrados en la revuelta contra Carlos I, puso de manifiesto que sólo un cuarto eran hijos de terratenientes (y sólo veinte procedían de familias nobles), pero todos ellos tenían una licenciatura universitaria. Alexander Henderson era el prototipo de «clérigo alborotador» escocés. Inmediatamente después de licenciarse comenzó a dar clases en la Universidad de St Andrews y después se hizo pastor de una pequeña parroquia vecina, antes de trasladarse a Edimburgo, donde mostró impresionantes dotes dialécticas y

organizativas en su oposición a la Liturgia de Laud. En 1638 redactó *The national covenant* y presidió la Asamblea General que abolió el episcopado, y posteriormente pronunció sermones y publicó opúsculos para justificar la resistencia armada a Carlos I, negoció directamente con el monarca y fue el artífice de los tratos destinados a obligar a Inglaterra e Irlanda a adoptar la Liga Solemne y el *Covenant (véase capítulo 11)*. Según la malintencionada expresión de uno de los obispos depuestos, se había convertido en el «papa escocés», y tal fue su fama que *sir* Anton Van Dyck, pintor del rey, le hizo un retrato de cuerpo entero[40].

También dirigieron revueltas en Europa dos religiosos contemporáneos de Henderson, los dos sacerdotes católicos. En Cataluña, Pau Claris (perteneciente a una familia de juristas barcelonesa) estudió leyes en la Universidad de Lleida antes de convertirse en canónigo de la Seu d'Urgell y cobró fama en 1638, el mismo año que Henderson, cuando el sorteo que cada tres años elegía al principal *diputat* le otorgó a él ese cargo, es decir, el de miembro de la junta permanente de las Corts catalanas *(véase capítulo 9)*. Desde ese puesto planteó el primer desafío y después la resistencia armada a Felipe IV, hasta que en 1641 proclamó la independencia de la República catalana, que él encabezaría. En Irlanda, la constitución de la Confederación de Kilkenny en 1642 otorgó a todos los obispos irlandeses el derecho a formar parte de la Asamblea General (diecisiete obispos lo hicieron), mientras que en el Consejo Supremo (brazo ejecutivo del gobierno) siempre había un mínimo de cinco obispos. Tres años después, el papado envió al nuncio Giovanni Battista Rinuccini para proporcionar liderazgo y orientación a la Confederación. Rinuccini, perteneciente a una familia patricia florentina, se había doctorado en derecho civil y canónico antes de ser nombrado arzobispo de Fermo, una localidad de los Estados Pontificios en la que vivió durante veinte años, escribiendo y publicando libros y dirigiendo la diócesis, hasta su marcha a Irlanda. En 1646 accedió a

la presidencia del Consejo Supremo y, por tanto, a la jefatura ejecutiva de la Confederación[41].

Otros clérigos levantiscos

A mediados del siglo XVII, la oposición del clero también puso en peligro la estabilidad de otros Estados, sobre todo del Imperio otomano, donde un grupo de importantes familias, los *mevali (véase capítulo 7)* obtuvo el derecho a transmitir sus cargos y rentas a otros parientes. Este privilegio tuvo una influencia limitada mientras continuó la expansión otomana, creando nuevos puestos para los licenciados de las madrazas, que formaban a los predicadores, profesores y jueces del Estado, pero cuando la expansión cesó algunos licenciados esperaban años y años para obtener una licencia que les permitiera enseñar o predicar, ya que había pocas vacantes, y no tardó en surgir una descontenta y proletaria clerecía.

Incluso los clérigos con suerte suficiente como para tener un trabajo podían causar problemas. En la década de 1630, el carismático predicador Kadizade Mehmed consiguió muchos adeptos, primero en Estambul y después en todo el Imperio otomano, abogando por un regreso a las creencias y prácticas del islam de la época del profeta Mahoma. Kadizade se centraba en las «innovaciones» relacionadas con los sufíes, integrantes de hermandades piadosas, denostando tanto su forma de practicar el islam (mediante cantos, salmodias y bailes realizados al tiempo que se recitaba el nombre de Dios) como sus nuevas prácticas sociales (entre ellas, el consumo de estimulantes como el tabaco y el café para mantener el vigor mientras cantaban, salmodiaban y bailaban). Cuando los líderes sufíes contraatacaron, los conocidos como *kadizadelis* denunciaron y golpearon a algunos de sus jeques, destrozaron sus albergues y amenazaron a sus adeptos con matarlos si no cambiaban de actitud.

Según Paul Rycaut, residente inglés en el Imperio otomano durante la década de 1650, la proliferación de grupos musulmanes extremistas como los *kadizadelis* era «peligrosa y tendente a producir rupturas considerables en la prolongada y continua unión [del Estado otomano] *cuando cambian los tiempos y las revoluciones del Estado animan a algunos espíritus turbulentos a reunir soldados y seguidores en torno a esas doctrinas y otros engañosos pretextos*[42]». No obstante, el sultán Murad IV asistió personalmente a las prédicas de Kadizade en la década de 1630, haciendo suyos algunos de sus postulados (por ejemplo, la prohibición del consumo y posesión de tabaco o café, y el descuartizamiento o empalamiento de quien fumara o consumiera café), pero, a la muerte de Murad en 1640, los *kadizadelis* perdieron pie durante una década, porque la madre del sultán difunto, Kösem Sultan, utilizó su considerable autoridad política para proteger a los sufíes. Sin embargo, después de su asesinato en 1651, el gobierno aprobó nuevas leyes contra el tabaco y la bebida, dictando también la destrucción de ciertas residencias sufíes. El credo de los *kadizadelis* contó con apoyo oficial hasta el destronamiento de Mehmed IV en 1687, que puso fin a medio siglo en el que su violenta confrontación con los sufíes no sólo había «difundido ideas extremistas, provocando por tanto al pueblo y sembrando la disensión en la comunidad de Mahoma», sino que debilitó enormemente el Imperio[43].

Los clérigos también tuvieron un importante papel en el fomento de la resistencia en otros tres Estados. En Rusia, un pequeño grupo de hombres de letras, sacerdotes y monjes, al amparo de unos pocos pero destacados protectores seglares, articuló el sistema cultural de los viejos creyentes en las décadas de 1650 y 1660, gestando un movimiento que cuestionaba el derecho a gobernar de la dinastía Romanov *(véase capítulo 6)*. En Ucrania, cuando Bogdan Jmelnytsky dirigió la revuelta cosaca contra los señores polacos en 1648, el clero ortodoxo la apoyó con entu-

siasmo desde el púlpito. Jmelnytsky devolvió el favor incluyendo muchos agravios eclesiásticos en las reivindicaciones que los cosacos planteaban a la Corona: entre otras, la participación de prelados ortodoxos en la Dieta federal, el nombramiento de funcionarios locales también ortodoxos y la recuperación de todas las iglesias ortodoxas de las que se habían apropiado los católicos (*véase capítulo 7*). Finalmente, en la India, el carismático gurú Hargobind, sexto señor del sijismo, radicalizó a sus seguidores y en la década de 1630 los condujo a la batalla contra las fuerzas del emperador mogol (*véase capítulo 13*).

«Gentes sucias y sin nombre».

Además de a los descontentos de la élite tradicional, las perturbaciones políticas de mediados del siglo XVII dieron poder a otros muchos. En Asia oriental, Nurhaci, el «Gran Antepasado» de la dinastía Qing, al que más tarde se consideró divino, inició su meteórica carrera como jefe de un clan manchú menor cuyos miembros, según él mismo admitía, inicialmente no tenían más que un total de trece armaduras. El líder oficialista Ming Coxinga era hijo ilegítimo de la hija de un samurái japonés y un pirata chino. Li Zicheng, que derrocó a los Ming y se proclamó primer emperador de la nueva dinastía Shun, había sido funcionario de rango inferior en una oficina postal provincial. En Rusia, tanto Bogdan Jmelnytsky como Stenka Razin, líderes de las grandes rebeliones cosacas de la Edad Moderna, procedían de familias pobres; en tanto que el patriarca Nikon, que durante un tiempo tuvo tanto poder como el zar ruso, era hijo de un campesino.

También en Europa muchos líderes rebeldes tenían oscuros orígenes familiares, algo que irritaba profundamente a Edward Hyde, conde de Clarendon. En su perspicaz *History of the rebellion and civil wars in England [Historia de la rebelión y las guerras civiles de Inglaterra]* y en otros textos, Clarendon censuraba constantemente a los adversarios del rey por ser «hombres sin nombre y de

despreciables intereses», «gentes inferiores, famosas por su condición sediciosa y cismática», e incluso «gentes sucias y sin nombre». Hasta cierto punto, su esnobismo tenía parte de razón. Hasta John Pym, jefe de los adversarios del rey en la Cámara de los Comunes, siguió siendo tan desconocido en los primeros meses del Parlamento Largo que un colega aludió a él (con deliciosa impropiedad) como «míster Papa»; mientras que en un acta oficial Oliver Cromwell, posteriormente lord protector, aparecía como «míster Cornewell». Otro parlamentario se quejó de «los esclarecidos caprichos de esta sabida época» en la que…

> … viejas sin lentes pueden descubrir confabulaciones papistas; muchachos y aprendices creen regular la rebelión de Irlanda; marineros y marinos reforman la Cámara de los Pares; pobres, arrieros y jornaleros descubren a un grupo maligno y lo someten a su disciplina; quien usa calzado claveteado [zuecos, es decir, el «pueblerino»] renueva el decrépito oficio urbano; el zapatero remendón parches pone a la religión[44].

La guerra civil inglesa y el interregno lanzarían a la fama a muchos más ingleses de origen humilde. En 1647, Edward Sexby, en su día aprendiz de tendero, debatió los «derechos del hombre» con seguridad y elocuencia en los debates de Putney, escribiendo posteriormente, desde la ciudad de Burdeos, *Les principles, fondement et gouvernement d'une république [Principios, fundamento y gobierno de una República];* mientras que entre los más carismáticos líderes religiosos del período figuraban George Fox, antiguo pastor de animales y aprendiz de zapatero; el calderero John Bunyan, y James Nayler, un pequeño propietario rural. Además, el abuelo de Oliver Cromwell había sido cervecero[45]. Muchos destacados revolucionarios italianos de 1647 tenían ignotos orígenes urbanos: Giuseppe d'Alesi (Palermo) era un artesano que languideció en prisión hasta ser liberado por los amotinados; Giuseppe Piantanida (Milán) era pastelero y Masaniello (Nápoles), un pescador analfabeto.

La agitación política y la guerra también dieron poder a algunas europeas de origen humilde. En Inglaterra no sólo encabeza-

ron motines al igual que sus hermanas del continente (*véase capítulo 17*), sino que participaron activamente en el proceso político. En 1642, en varias parroquias del sur de Inglaterra, cuando se les pidió apoyo público al Parlamento mediante la firma de *La protesta* «mujeres y muchachos de ambos sexos otorgaron su pleno consentimiento, aunque sin poner allí sus manos, ya que no sabían escribir[46]». A esto hay que añadir que «varias jóvenes vírgenes puritanas manifestaron su fervor evangélico y milenarista con inspiradas alocuciones, pronunciadas como si estuvieran en un trance producido por el prolongado ayuno y la debilidad física», estado que se ha calificado de «anorexia santa». Por lo menos una de ellas consiguió ser escuchada por los gobernantes del país: entre 1648-1649 el Consejo del Ejército concedió dos audiencias a Elizabeth Poole (a pesar de que había sido expulsada de su iglesia por inmoralidad y herejía) para que explicara cuál era en su opinión lo mejor para el Reino, y cuando el Consejo se negó a prestar atención a sus profecías, las publicó en panfletos. Mary Cary, que se consideraba a sí misma «ministra o servidora del Evangelio», también publicó entre 1647 y 1653 varios cientos de páginas de profecías, en las que, basándose en doce años de estudio de las Escrituras, iniciados cuando tenía quince años, describía los planes de Dios para Inglaterra y el mundo. Hay quien ha señalado que «en un mundo distinto, esas mujeres podrían haber llegado a ministras[47]».

Algunas mujeres católicas también ganaron renombre en momentos de agitación política. En la España de 1640 el atribulado virrey de Cataluña buscó consejo en «una beata llamada Paula», que se suponía «virtuosa, por algunas singularidades de vida, diziendo se havía passado sin alimento seis días, cuarenta sin excrementos, con que creció su estimación, y verificado el aviso que dio al virrey», es decir, «que havía de morir [el virrey] el día del Corpus» (y así fue). Poco después Felipe IV comenzó a escribirse con sor María de Ágreda, una monja que decía tener poderes

proféticos, y hasta su muerte dos décadas después, el monarca escribió una media de dos cartas al mes en las que describía los problemas que tenía ante sí, solicitando el consejo y las oraciones de la religiosa. Durante dos décadas, sor María fue la mujer más poderosa de la Monarquía española[48].

Al margen de cuál fuera su origen social, muchos de quienes ganaron poder gracias al caos de mediados del siglo XVII eran sorprendentemente jóvenes. Nathan de Gaza tenía veintidós años cuando proclamó que Sabbatai Zevi era el Mesías; y Elizabeth Poole veintiséis cuando compartió sus visiones con el Consejo de Oficiales del Ejército inglés. Masaniello tenía veintisiete cuando se convirtió en gobernante de Nápoles, los mismos que Johnston de Wariston al redactar el *Covenant* y que Mary Cary al publicar su primer opúsculo. El príncipe de Condé tenía veintiocho años cuando intentó desplazar a Mazarino como ministro principal del Estado de Luis XIV. Al término de la guerra civil inglesa, los agitadores del Nuevo Ejército Modelo y la mayoría de los líderes de grupos religiosos radicales como los cuáqueros no habían cumplido los treinta. Dorgon y Wu Sangui tenían treinta y dos años en 1644 cuando llegaron al acuerdo del paso de Shanhai, que selló la suerte de China durante casi tres siglos. Un año más tenía el duque de Guisa cuando se hizo con el control de Nápoles. *Sir* Thomas Fairfax tenía treinta y tres cuando asumió el mando del Nuevo Ejército Modelo en 1645, y treinta y ocho cuando lo abandonó. Coxinga tenía treinta y cinco cuando, tras dirigir su gran ejército de legitimistas Ming río Yangtsé arriba, estuvo a punto de tomar Nankín en 1659. Ni Sabbatai Zevi ni James Nayler habían cumplido los cuarenta cuando sus seguidores vieron en ellos al Mesías. Otros protagonistas de menos peso también eran jóvenes, aunque la escasez de fuentes dificulta la comprobación. En Nápoles, los «muchachos» que obedecían a Masaniello eran adolescentes o jóvenes de veintitantos años, al igual que los aprendices que estuvieron en primera línea

de los disturbios londinenses de la década de 1640, y que los «jóvenes» que llevaron la voz cantante en casi el 10 por ciento de las revueltas populares registradas en Francia. El comentario de Christopher Hill sobre la Inglaterra revolucionaria podría aplicarse a todo el hemisferio norte durante las décadas de 1640 y 1650: fue «el mundo de un varón joven mientras duró», pero su duración dependió en gran medida de la capacidad que tenía la «gente que estaba deseando ver un cambio» de movilizar a otros con argumentos que justificaran su resistencia[49].

La justificación de la desobediencia, I: regreso al pasado

En el siglo XVII, la justificación más habitual de la desobediencia se hacía mediante la difusión de textos religiosos, jurídicos e históricos que evocaban una «edad de oro» real o imaginada. Así, en el Imperio otomano, mientras que los sublevados exigían que el sultán acabara con todos los tributos impuestos desde el reinado de Suleimán el Legislador, los clérigos *kadizadelis* citaban el Corán y los *hadices* del profeta Mahoma para exigir la abolición de *cualquier* novedad y el jefe sufí Niyāzī-i Mīs, ri se remitía a hechos de la Antigüedad, como los de Alejandro Magno y su «jeque» Aristóteles[50]. En China, los amotinados también exigían el regreso a una «edad de oro». Así, en la década de 1640, los disidentes recordaban a un héroe rebelde de Fujian de dos siglos atrás, conocido popularmente como el «Rey del Recorte Equitativo», que había «recortado al señor y al siervo, al noble y al sirviente, al pobre y al rico, para hacerlos iguales». En muchas zonas, «los arrendatarios se ponían la ropa de sus señores», entraban por la puerta principal, ocupaban y se dividían sus casas, se repartían el cereal almacenado, ataban a los señores a postes y los azotaban, afirmando que todas las personas nacían iguales y jactándose: «A partir de ahora, van a cambiar las tornas[51]».

Las ideas igualitarias abundaban en la cultura popular de la China Ming, tanto oral (en la ópera, el teatro, los relatos, la poesía y las canciones de la zona) como escrita (sobre todo en novelas históricas como *Romance de los tres reinos* y *A la orilla del agua*, ambas prohibidas por el gobierno). El *Romance*…, que presentaba el malvado poder de los eunucos y su papel en la caída de la dinastía Han durante el siglo III a. C. (un paralelismo evidente con los odiados eunucos de los Ming), se convirtió en un «auténtico manual que explicaba cómo los militaristas regionales podían poner fin a la dinastía [gobernante]»[52]. *A la orilla del agua*, que tenía lugar en las montañas de Shandong a comienzos del siglo XII, retrataba una especie de «bosque de Sherwood» chino, no sólo poblado por forajidos heroicos y generosos, sino por monjes, mendigos, embaucadores y expertos errantes en artes marciales. Todos ellos opuestos a los corruptos y brutales funcionarios del gobierno. A finales del período Ming se publicó un mínimo de treinta ediciones del *Romance*…, la mitad de ellas en forma abreviada, escrita en caracteres simplificados con dibujos que ocupaban el tercio superior de cada folio, y la imagen de sus protagonistas se difundió en cuadros e incluso naipes. En la década de 1620 un conocido rebelde adoptó el nombre de un general del *Romance*… y muchos de los lugartenientes de Li Zicheng adoptaron igualmente nombres de los héroes de *A la orilla del agua*. Posteriormente, Nurhaci señalaría que había aprendido estrategia política y militar china leyendo el *Romance de los tres reinos*, y su nieto ordenó que el libro fuera traducido al manchú, exigiendo a todos sus seguidores que lo leyeran[53].

Los manchúes también revolvieron en la historia china en busca de precedentes que justificaran el ataque a los Ming, estudiando crónicas que describieran el ascenso y caída de dinastías anteriores. En una carta escrita en 1621 a sus vecinos chinos, Nurhaci (retrotrayéndose al siglo XI a. C.) proporcionaba una lista de gobernantes indignos que, «empapados en alcohol y rodea-

dos de mujeres y riqueza, ya no se preocupaban del país», y señaló que «el emperador [actual] de vosotros, los chinos, no gobierna con justicia» porque, aparte de permitir a «los eunucos hacerse con propiedades» perseguía a «los propietarios rectos y honestos». La conclusión era evidente: «[El cielo] me ha entregado las tierras del emperador [...]. El cielo está de mi parte». Su hijo Dorgon utilizó exactamente la misma retórica al llegar a Pekín en 1644. Su primera proclama contenía la siguiente declaración: «El Imperio no es el Imperio privado de un único individuo. Lo poseerá quienquiera que tenga virtud. El ejército y el pueblo no son el ejército y el pueblo de un único individuo. Los capitaneará quienquiera que tenga virtud. Ahora nos la tenemos[54]». Por tanto, Nurhaci y Dorgon trataron de justificar su ataque a los Ming remitiéndose al concepto de «mandato del cielo», presente tanto en el *Clásico de los documentos* como en el *Libro de los versos*, textos que ya entonces tenían dos mil años de antigüedad y cuyo peso en Extremo Oriente equivale al de la Biblia entre los cristianos[55].

En los países cristianos también se recurría a precedentes históricos para justificar revueltas populares. Durante la rebelión irlandesa de 1641 un sacerdote del condado de Tyrone leyó las «*Crónicas* de Hanmer, animando así a los rebeldes con la historia de los daneses [del siglo XI], que vieron frustrados sus planes por los irlandeses, a pesar de que la mayoría no estaban armados, estableciendo un paralelismo entre esa historia y estos tiempos»; mientras que en Donegal algunos de «los rebeldes ahora esperaban la consumación de la profecía de san Columba, según la cual (tal como ellos la concebían) los irlandeses habían de conquistar de nuevo Irlanda[56]». Entretanto, los adversarios escoceses de Carlos I se apoyaban tanto en documentos como la Declaración de Arbroath de 1320, que había otorgado a los nobles de Escocia poderes para proteger sus «leyes fundamentales» frente a reyes caprichosos, como en la tradición gaélica de deponer a dirigentes

insatisfactorios, que, pasando por María Estuardo (abuela de Carlos), se remontaba a los tiempos de Fergus, el legendario primer soberano escocés. Los adversarios ingleses de Carlos también remitían en ocasiones a la tempestuosa historia de su vecino del norte. Tres días antes de la ejecución del monarca en 1649, el Tribunal Supremo de Justicia le recordó con poco tacto «varios casos de reyes depuestos y encarcelados por sus súbditos, sobre todo en su natal Reino de Escocia, donde, de 109 reyes, la mayoría fueron depuestos, encarcelados o sufrieron acciones suscitadas por su mal gobierno, y su propia abuela fue eliminada[57]». Otros adversarios insistían en que Inglaterra tenía sus propias leyes y costumbres, que en ocasiones se remontaban a 1066, cuando invasores extranjeros impusieron el «yugo normando», e instaban a los «auténticos ingleses» a recuperar su «antigua Constitución». Otros había que exigían la abolición de cualquier ley o costumbre «contraria a la Gran Carta de Inglaterra» (la Magna Carta de 1215), y cuando los caballeros de Kent debatieron en 1637 la legalidad del llamado dinero para barcos, se consolaron pensando que «todo el discurso de Fortescue» (escrito en la década de 1460) demostraba claramente que en Inglaterra «el rey no tenía poder absoluto[58]».

En España, los eruditos catalanes descubrieron y publicaron privilegios concedidos por los emperadores carolingios en el siglo IX, en los que Barcelona y su territorio circundante habían obtenido el derecho a gobernarse bajo la laxa protección de los francos y a utilizar sus propias leyes visigodas, además de la promesa de quedar exentos de cualquier tributo futuro. En consecuencia, exigieron a Felipe IV que hiciera lo propio. En 1634, durante su revuelta contra el estanco de la sal, Guipúzcoa exigió al gobierno central respeto a «las prebenciones y disposiciones que acostumbraban quando se incorporó en la Corona de Castilla» (en 1200[59]). Igualmente, en Francia, los rebeldes del Périgord de la década de 1630 exigieron recuperar «el mismo estado

del que disfrutábamos durante el reinado de Luis XII» (muerto en 1515), en tanto que los de Normandía demandaron respeto a la Carta otorgada al ducado en 1315. En la Italia de 1647-1648, los rebeldes de Palermo insistían en volver a los «días del rey Pedro de Aragón» (muerto en 1285); los de Nápoles querían reinstaurar las leyes de Juan I (muerto en 1382) y Carlos V (fallecido en 1558), y la mayoría de las ciudades sublevadas pretendían recuperar su condición medieval de comunidades independientes. Finalmente, en Suiza, los rebeldes de 1653 se ampararon en la legendaria resistencia ofrecida por Guillermo Tell trescientos años antes[60].

Los apologistas de la rebelión también equiparaban regularmente a sus líderes con héroes bíblicos y a sus adversarios con personajes malvados igualmente bíblicos. Entre los rebeldes católicos, los predicadores portugueses comparaban a Felipe IV con Saúl o Herodes, y a Juan IV con David o Cristo; también ponían al mismo nivel la proclamación de Juan IV como monarca con la del rey David, comparando los sesenta años de dominio español con la «babilónica cautividad» de los judíos. En Nápoles, los sermones de predicadores afines a la revuelta veían en los líderes sublevados a epígonos de Daniel, David y Moisés, comparando al virrey Arcos con Nabucodonosor, Goliat y el faraón; mientras que los fieles a la Corona veían en el virrey Oñate (que reinstauró el orden) a un Gedeón. Comparaciones igualmente ingratas establecían los opúsculos catalanes entre Felipe IV y los destruidos por Dios en el Antiguo Testamento[61]. En el bando protestante, en Inglaterra hubo algunos que compararon a John Felton (el veterano de guerra descontento que asesinó al duque de Buckingham) con Fineas y Aod: cuando iba de camino al cadalso, uno de los presentes gritó: «¡Dios te bendiga, pequeño David!», y así terminaba uno de los muchos poemas compuestos en honor del asesino del duque:

Robusto macabeo […] su más poderoso brazo,

de fervor y justicia armado, ganaste en verdad
el laurel de patriota para un hijo de esta tierra británica.

Una generación después algunos comparaban al conde de Essex, generalísimo del ejército parlamentario, con Juan el Bautista, y muchos veían en Oliver Cromwell a un nuevo Gedeón. Los calvinistas holandeses comparaban constantemente a los reyes de España con el faraón bíblico, equiparando a la princesa de Orange con Moisés, Gedeón, David y los macabeos[62].

Más lejos fueron algunos apologistas protestantes. En los Países Bajos, el poema épico *Passcha [Pascua]*, escrito por Joost Van den Vondel en 1612, incluía una explícita «comparación entre la liberación de Egipto de los hijos de Israel y la liberación de España de las Provincias Unidas», en tanto que el poema de alabanza de su tierra natal escrito por un pastor holandés decía simplemente:

Pero sobre todo al Señor doy gracias
por convertir Holanda en Jerusalén.

En Escocia, la idea de que la resistencia se basaba en el *Covenant* emanaba directamente del Nuevo Testamento. Contemplando a sus compatriotas «suscribir» el ejemplar en pergamino del documento en 1638, Archibald Johnston de Wariston observó «un clarísimo paralelismo entre Israel y esta Iglesia, las dos únicas naciones que han jurado lealtad al Señor». Muchos otros escoceses se consideraban el pueblo elegido por Dios en lucha con el faraón[63].

En toda Europa, los disidentes no sólo hicieron suyos los textos, también el tono de los profetas del Antiguo Testamento para justificar su resistencia. A intervalos regulares, el Parlamento inglés escuchaba sermones que proclamaban el aval de las Escrituras para medidas extremas contra el monarca y sus partidarios, en textos como «tú las derrotes, las darás al anatema, no harás pactos con ellas ni les harás gracia» (Deuteronomio, VII, 2); «la compasión con uno, puede ser crueldad con miles» (Isaías, I, 24);

y «viejos, mancebos y doncellas, niños y mujeres, matad hasta exterminarlos» (Ezequiel, IX, 6). En 1641, durante el juicio contra el conde de Strafford, un predicador recordó al Parlamento (que actuaba como juez y jurado del conde) la suerte de Acán y Ajitofel, «perturbadores de Israel», que con razón habían sido castigados con la muerte por dar malos consejos a sus gobernantes. En otras partes del mundo protestante, los predicadores amenazaban (como Jeremías) con la condenación eterna a los príncipes que se apartaran de los mandamientos de Dios, insistiendo (como Hageo) en que, al ser inminente el fin del mundo, si éstos se negaban a aplicar las reformas necesarias, sus súbditos debían hacerse con el poder[64].

Los propagandistas católicos también utilizaban las Escrituras para justificar acciones de violencia extrema. La palabra francesa *Fronde* («Fronda»), utilizada por los adversarios del cardenal Mazarino, significaba «honda», por lo que tenía connotaciones bíblicas: en opúsculos e imágenes se comparaba al cardenal con Goliat y a sus enemigos con David. Otros comparaban la suerte que corría la Francia de Mazarino con la de los israelitas oprimidos por el faraón[65]. Cuando ya había estallado la rebelión en Irlanda, un franciscano exhortó a sus compatriotas a «luchar hasta el final por nuestros altares y hogares. No tenemos más remedio que conquistar o ser conquistados y, o bien expulsar a nuestros enemigos de esta tierra o ser expulsados nosotros. El país es demasiado pequeño para albergar a ingleses e irlandeses». Unos años después, un comandante católico arengó a sus tropas: «Sois la flor del Úlster [...]. Los macabeos luchando contra su enemigo»; en tanto que, escribiendo desde la seguridad de Portugal, el jesuita Conor O'Mahony justificaba las acciones violentas contra los no católicos de Irlanda amparándose en gran medida en Éxodo, XXXII, donde Moisés ordenó la aniquilación de miles de idólatras[66].

Para terminar, en su búsqueda de precedentes subversivos en el pasado, los disidentes europeos recurrieron tanto a textos romanos y griegos como a las Escrituras. Eruditos de Nápoles publicaron textos clásicos con comentarios que establecían una comparación, desfavorable para España, entre el gobierno ejercido por un virrey y la paridad entre los nobles y el «pueblo», imperante en el pasado «republicano» de la ciudad; en tanto que en Inglaterra, según Thomas Hobbes, «en lo tocante a rebeliones, en particular las que se oponen a la Monarquía, una de las causas más frecuentes es la lectura de libros de política e historia de griegos y romanos de la Antigüedad». Y continuaba diciendo: «Yo diría que la lectura de tales libros ha hecho que los hombres se empeñen en matar a sus reyes, porque los autores griegos y latinos, en sus libros y discursos políticos, convierten en legítimo y loable que cualquier hombre así lo haga, siempre que, antes de hacerlo, llame tirano al monarca». Su conclusión era: «No puedo imaginarme algo más perjudicial para una Monarquía que permitir la lectura general de tales libros[67]».

La justificación de la desobediencia, II: con la vista puesta en el futuro

Muchos rebeldes miraban al futuro tanto como al pasado, utilizando la profecía, la adivinación y los portentos para convencerse a sí mismos y a los demás del resultado favorable que tendría su resistencia. En China hacía tiempo que los integrantes de una secta religiosa popular conocida como el Loto Blanco venían pronosticando que un hombre llamado Li sería algún día emperador y, mientras se afanaban por materializar ese pronóstico, Li Zicheng consultó con un médium. Cuando el profeta cometió la insensatez de afirmar que «Zicheng no es un auténtico Hijo del Cielo» y pronosticó el inminente final de su poder, Li lo ejecutó. A pesar de esta decepción, mientras se preparaba para asaltar Pekín, Li consultó con otro vidente para averiguar cuál era la

mejor manera de alcanzar su objetivo. Quizá por haber aprendido de la suerte de su antecesor, este profeta aconsejó a Li que colocara a niños en primera fila de sus tropas (algo que hizo, entrando en la capital prácticamente sin esfuerzo). Como gran parte de los chinos, Li otorgaba gran importancia a los portentos. Cuando una tormenta de polvo y niebla amarilla envolvió su capital temporal, inmediatamente después de que él se proclamara «príncipe de Shun», Li fue presa del pánico hasta que sus videntes le aseguraron que era un buen augurio, ya que, cuando surgía una nueva dinastía china, el sol y la luna se veían transitoriamente privados de luz[68].

En Europa, los rebeldes también estaban dispuestos a recurrir al esclarecimiento y el apoyo de los que decían tener línea directa con el cielo. Los católicos siempre habían reconocido la autoridad espiritual de «personajes humildes, apartados de sus congéneres», en palabras de Alexandra Walsham, «por obra y gracia de su sagrado cometido». Así, cuando el ejército de Felipe IV avanzaba sobre Barcelona a comienzos de 1641, sor Eufràsia Berenguer, una mujer noble que había tomado los hábitos hacía casi treinta años, tuvo varias visiones que animaron a los defensores de la ciudad. En una de ellas, santa Eulalia (patrona de la ciudad) «se le apareció muy alegre y con una palma en la mano y dixo por dos o tres vezes "victoria, victoria"», mientras en otra «veía a la Santísima Virgen que tenía debaxo de su mano a la Ciudad de Barcelona [...]. Esto se pasó a 22 [de enero de 1641] y a 26 huvieron la victoria en la montanya de Montjuique[69]». En ocasiones, también los no católicos consultaban a profetas. En 1638 muchos de los adversarios escoceses de Carlos I hallaron consuelo en «los admirables discursos, exhortaciones, oraciones [y] alabanzas que salían de la boca de Margaret Mitchelson, una pobre mujer que experimentaba arrebatos de éxtasis celestial y decía cosas extrañas defendiendo el feliz cumplimiento en este Reino de la causa de Dios y la Corona de Cristo, ya hechos realidad en

el cielo». Las extasiadas profecías de Margaret suscitaban «el asombro de miles de personas» y algunas que antes habían albergado dudas «quedaban totalmente seguras y se animaban a echar una mano a esta gran obra de Dios[70]».

Algunos de los profetas revolucionarios difundían sus pronósticos impresos. *Prophecy of the White King [Profecía del rey blanco]*, de 1644, escrita por William Lilly, que predecía la derrota y caída de Carlos I, vendió 1800 ejemplares en los primeros tres días. Lilly repitió su pronóstico en otro opúsculo publicado el mismo día de la derrota del monarca en la batalla de Naseby, lo cual consolidó su fama de certero y le granjeó una pensión anual de cien libras esterlinas abonada por los vencedores. Según indicaría posteriormente un parlamentario: «Sus escritos han mantenido el ánimo de los soldados, de la gente sencilla de este Reino y de muchos de nosotros, los parlamentarios[71]». En 1650, George Foster, antiguo oficial del Nuevo Ejército Modelo, publicó en sus visiones que Dios había elegido a *sir* Thomas Fairfax para ser un «instrumento» con el que destruir el Parlamento y talar «a todos los hombres y mujeres a los que se encontrara que fueran más altos que la media, elevando a quienes fueran más bajos que la media y haciéndolos a todos iguales». Posteriormente, George cambió de nombre y se hizo llamar Jacob Israel Foster, publicando una profecía en la que aseguraba que Dios destruiría al papa en cinco años y al sultán otomano al año siguiente, lo cual daría paso a una época de generalizada abundancia[72].

Varios autores musulmanes, judíos y cristianos de mediados del siglo XVII profetizaron el inminente fin del mundo y algunos líderes rebeldes explotaron el entorno milenarista imperante para atribuirse poderes mesiánicos. En el Irán de 1629 muchos musulmanes chiitas vieron en un gobernador provincial rebelde de Gilán al Redentor, mientras que en el Imperio otomano suní, tanto Abaza Hasan (también gobernador provincial rebelde) en 1658 como el hijo de un sufí kurdo en 1667 dijeron ser el *Mahdi*

(véase capítulo 7). En la década de 1670, el carismático jeque musulmán Nasir al-Din «decía haber sido enviado por Dios», «preconizaba la penitencia» y «sólo hablaba de la ley de Dios, del bienestar y de la libertad» (*véase capítulo 15*).

En Europa, Martin Laimbauer, un agricultor protestante que en 1635 dirigió una revolución campesina en Austria, mantuvo su causa durante casi un año anunciando la inminencia del Apocalipsis y su propia condición de Mesías. Durante las décadas de 1640 y 1650, muchos hombres ingleses se proclamaron «el Elegido»: James Nayler, luciendo una melena y una barba sugerentemente largas, consiguió tantos adeptos que el Domingo de Ramos de 1656 —un año en el que muchos profetas esperaban el fin del mundo— y a imitación de Cristo, hizo una entrada triunfal en Bristol, segunda ciudad de Inglaterra, a lomos de un burro, mientras la gente extendía palmas a su paso. Lo más espectacular fue que en 1665 muchos judíos vieran en Sabbatai Zevi tanto al rey del mundo como al Mesías[73].

Hispanoamérica también generó líderes mesiánicos rebeldes. En 1647, en Santiago de Chile un esclavo africano se proclamó «rey de Guinea», clamando venganza contra los colonos, en tanto que unos años después Pedro Bohórquez dijo ser descendiente de los emperadores incas y, en consecuencia, legítimo gobernante del Perú. En 1650 don Guillén Lombardo (*véase capítulo 15*) escapó de las celdas de la Inquisición mexicana, afirmando que «dentro de un año se avía de haver rebuelto el orbe y se havían de ver cosas grandes», y distribuyó muchos ejemplares (escritos a mano) de la *Proclamación de independencia* para Nueva España. Cuando no estaba siendo interrogado por la Inquisición, don Guillén escribía poemas de contenido mesiánico, hasta que en 1659 se decidió que era demasiado peligroso dejarlo con vida y ardió en la hoguera. Parece que a su muerte sus notables hazañas engendraron la leyenda del Zorro[74].

La justificación de la desobediencia, III: la forja de nuevas teorías de resistencia

Cuando aquellos que en Europa «estaban deseando que se produjera un cambio» no encontraban precedentes adecuados en las Escrituras, la historia y los clásicos, y cuando el mesianismo no les reportaba adeptos, desplegaban tres estrategias alternativas para justificar la resistencia: presentar documentos falsos, servirse de argumentos ajenos utilizados en otros lugares o inventarse razones completamente nuevas. Varios rebeldes crearon documentos que parecían justificar sus acciones. En 1641, en el Úlster, *sir* Phelim O'Neill esgrimió un «pergamino con un gran sello que según él era un aval de su Regia Majestad para sus acciones». Las «declaraciones» de muchos de los supervivientes protestantes daban fe de con cuánta eficacia había conseguido engañarlos a ellos y a otros[75]. Idéntica estratagema utilizó en 1647 el duque de Guisa para asegurar a los líderes de la «Serenísima República de Nápoles» que poseía una carta de Luis XIV en la que éste prometía el apoyo de Francia; por su parte, Bogdan Jmelnytsky en Ucrania y Stenka Razin en Rusia alardeaban ante sus seguidores cosacos de tener cartas regias autorizándolos a movilizarse contra sus opresores. A ninguno de esos documentos se le dio gran crédito, pero se puede decir casi con seguridad que eran falsificaciones[76].

La segunda estrategia alternativa se basaba en apropiarse de justificaciones para la resistencia inventadas por disidentes de otras latitudes. La verborrea de los principales defensores del *Covenant* escocés hace que sean ellos los que nos proporcionen las descripciones más pormenorizadas de ese proceso. Así, en 1638, al agravarse el conflicto con el rey Carlos, Archibald Johnston de Wariston leyó la historia de la exitosa revuelta holandesa contra el soberano español, escrita por Emanuel Van Meteren, y después «estudió durante toda esa semana la *Althusii Politica*», un tratado de mil páginas escrito por Johannes Althusius según el cual

un contrato o alianza constituía la base de cualquier asociación de seres humanos (desde las familias a los Estados, pasando por los gremios, las ciudades y las provincias), y los representantes de las asociaciones inferiores podían en ciertas circunstancias resistirse a un superior tiránico. Al año siguiente, Wariston «comenzó a caer en la hipótesis de la resistencia en Escocia» y para aclarar sus ideas «compendió las razones de Bruto», lo cual alude al tratado calvinista francés *Vindiciae contra tyrannos*, publicado sesenta años antes para justificar la resistencia armada[77]. Entretanto, el preceptor universitario de Wariston, Robert Baillie, encontraba justificaciones para la resistencia en textos de Martín Lutero y en otros protestantes, porque «en ocasiones permitían a los súbditos defenderse cuando el príncipe está absolutamente libre de ataduras humanas, pero no de vínculos absolutos con las leyes de la Iglesia y el Estado a las que ha jurado lealtad, situación en la que se encuentran todos los reyes cristianos de la actualidad». Dos semanas después, Baillie, Wariston y algunos clérigos radicales escoceses debatieron «la legitimidad y la necesidad de *defendernos en ese caso por las armas*[78]». También Alexander Henderson recurrió a autores holandeses del momento al ponderar qué circunstancias podían justificar la oposición a las órdenes del rey «y tomar por tanto las armas». De la obra *Del derecho de la guerra y de la paz* de Hugo Grocio, publicada en 1625, tomó el argumento de que «la gran fuerza de la necesidad» podría «justificar acciones de otro modo injustificables». «Llegado ese extremo —continuaba diciendo—, quedarse inmóvil [...] a la espera de nuestra propia destrucción», iría «no sólo en contra de la religión sino de la naturaleza». Su conclusión era que «no [podía haber] mayor necesidad» que la conservación de la religión y las libertades de un país, porque «la necesidad es una soberanía, una ley que se impone a todas las demás[79]».

Los adversarios ingleses de Carlos I también leían y saqueaban a Althusius, Grocio y a otros defensores de la revuelta antiespa-

ñola en los Países Bajos. En 1641, Calybut Downing, un pastor puritano que contaba con la protección de los principales adversarios del monarca, publicó un opúsculo en el que se comparaba la situación de Inglaterra en ese momento con la de los Países Bajos en vísperas de su revuelta en la década de 1560. En concreto, Downing establecía un paralelismo entre el duque de Alba, el «tiránico virrey» que Felipe II había enviado a la cabeza de un ejército español que debía aplastar a sus detractores, y el conde de Strafford, del que muchos sospechaban que planeaba traer un ejército de Irlanda para aplastar a los oponentes ingleses de Carlos, y su conclusión era que eliminar al «tiránico» Strafford era la única manera de impedir en Inglaterra una «guerra civil» similar a la que el de Alba había provocado en los Países Bajos[80].

En 1643, el erudito y caballero William Prynne reveló cuál era la teoría de la resistencia que prefería en el título de su libro más conocido: *Soveraigne power of Parliaments and kingdomes, wherein the Parliament's present necessary defensive armes against their sovereignes, and their armies in some cases, is copiously manifested to be just [Poder soberano de los Parlamentos y reinos, donde pródigamente quedan patentes las armas que necesita en la actualidad el Parlamento para enfrentarse a sus soberanos y en algunos casos sus ejércitos]*. El volumen se componía de doscientas apretadas páginas de ponzoñosos ataques contra el rey Carlos, intercalados con citas de la Biblia, los clásicos y escritores del momento (tanto católicos como protestantes), seguidas de un apéndice con ejemplos extranjeros de resistencia, destronamientos y regicidios tomados de casos que iban desde el Israel antiguo a la Francia de la época; el texto completo del Acta de Abjuración, mediante la cual los holandeses renunciaron a su lealtad a Felipe II en 1581, y extractos en inglés del *Vindiciae contra tyrannos*, que no tardaría en publicarse en ese idioma con el combativo título de *A defence of liberty against tyrants [Una defensa de las libertades frente a los tiranos]*[81]. Para Prynne, el problema de Inglaterra no radicaba en los ministros tiráni-

cos, sino en su caprichoso soberano. En consecuencia, su única oportunidad de salvación era la creación de una República.

Prynne podía elegir entre dos concepciones republicanas distintas: un Estado como la República holandesa, regido por «hombres virtuosos», a quienes su demostrada competencia administrativa, capacidad de servicio público y conocimientos jurídicos capacitaban para gobernar, o un Estado oligárquico como Venecia, en el que unas pocas familias poderosas monopolizaban todo el poder. Escritos ensalzando ambos tipos de gobierno circularon ampliamente en la Europa de mediados del siglo XVII. La imprenta con las técnicas más avanzadas era la holandesa Elzevier, que permitía «miniaturizar», es decir, publicar una serie de volúmenes baratos de pequeño formato que describían varias repúblicas, antiguas y modernas: Atenas y Esparta, la de los hebreos y Roma, Venecia y Génova, o la suiza, la Liga Hanseática y la República holandesa. Esas obras, escritas en un latín sin florituras, tuvieron un éxito extraordinario: parece que todas las grandes bibliotecas del siglo XVII tenían un juego y el tamaño de los volúmenes los hacía fácilmente transportables por una sola persona. Muchos de ellos alcanzaron varias ediciones[82].

La influencia de esas y otras obras republicanas explica que Nápoles, al proclamarse independiente de España en 1647, asumiera la condición de «Serenísima República», la misma que Venecia, en tanto que el duque de Guisa juró defender «las libertades de la Serenísima República de Nápoles al igual que el príncipe de Orange la de Holanda[83]». Del mismo modo, los exiliados irlandeses católicos de la década de 1620 abogaban por una invasión de su propio país «en nombre de las libertades de la patria» y por el establecimiento de «una República que recogiera ese nombre en sus banderas y cargos; y todos los demás estatutos deberían apelar a la República y Reino de Irlanda». Algunos de los sublevados de 1641 afirmaban «que era intención de los irlande-

ses tener un Estado libre y propio como el que tienen en Holanda, sin estar en absoluto atados a ningún rey o príncipe[84]».

Esa retórica alarmaba a los reyes y a sus ministros. En 1646, el cardenal Mazarino llamó la atención a un nuevo enviado a punto de encaminarse hacia Londres sobre «el ejemplo de las Provincias Unidas de los Países Bajos» que «vierten su propia sangre y gastan más en un año para mantener la guerra de lo que habrían estado dispuestas a gastar en cincuenta, si se hubieran mantenido bajo el dominio del rey de España, en cualquier guerra que éste hubiera querido librar». En consecuencia, predijo Mazarino, una República de Inglaterra sería mucho más fuerte de lo que había sido la Monarquía, «sobre todo si Escocia, un país donde abundan las gentes belicosas y pobres, se convirtiera en parte de esa nueva República[85]». Los acontecimientos no tardaron en dar la razón al cardenal. En 1647, algunos oficiales y hombres del victorioso Nuevo Ejército Modelo defendieron atrevidos principios igualitaristas como que «el más pobre [varón] de Inglaterra tiene una vida que vivir, [igual] que el más grande», de manera que «todo hombre que vaya a vivir bajo un gobierno debería someterse a dicho gobierno por propio consentimiento», en tanto que ninguno debía obedecer a un «gobierno en cuya elección no haya podido dejar oír su voz» (*véase capítulo 12*). Al año siguiente, algunos de esos oficiales, con el apoyo de políticos afines, constituyeron un tribunal para juzgar a quien ellos llamaban entonces «Carlos Estuardo», que fue condenado a muerte y ejecutado: algo nunca visto hasta ese momento (y después, pocas veces). En la década de 1650 proliferaron en ambos reinos grupos con programas todavía más radicales: desde los niveladores y los cavadores, que abogaban por una división equitativa de la propiedad, a los cuáqueros, que proclamaban la igualdad entre el hombre y la mujer.

A mediados del siglo XVII, este radicalismo político y social no salió de Gran Bretaña, e incluso allí tuvo sus límites: los mismos

oficiales que habían juzgado al rey aplastaron a los niveladores, en tanto que algunos de los mismos parlamentarios que habían votado a favor de la ejecución del monarca se pronunciaron también a favor de ejecutar al autoproclamado Mesías James Nayler, acusándolo de blasfemia[86]. Además, después de la Restauración monárquica, gran parte de las ideas radicales inglesas desaparecieron del mapa durante más de un siglo. Con todo, la difusión de ideas radicales durante las décadas de 1640 y 1650 fue realmente asombrosa: nunca hasta entonces las noticias e ideas políticas se habían propagado hasta tal punto ni con tanta rapidez. En los anteriores movimientos opositores habían participado cientos y, como mucho, miles de personas, pero en muchos de los movimientos de mediados del siglo XVII participaron un millón de personas o más. Para alcanzar ese cambio de magnitud habían sido necesarios dos requisitos esenciales: tanto Extremo Oriente como Europa contaban no sólo con un gran número de ávidos lectores, sino con una importante cantidad de material impreso al que éstos podían acceder. Independientemente de que se remitieran a las Escrituras o a los clásicos, a la Historia Antigua o a la antigua Constitución, a alianzas o contratos, «los que estaban deseando que se produjera un cambio» atrajeron a muchos más seguidores a mediados del siglo XVII que cualquiera de sus antecesores, porque lograron hacer llegar sus argumentos a públicos de una magnitud nunca vista.

19

Gentes de creencias heterodoxas que «se unirán a cualquiera que las llame»: la propagación de la revolución[1]

En *La frontera del éxito: el punto clave para que cualquier cosa se convierta en un fenómeno de masas*, Malcolm Gladwell evaluó la influencia del recorrido de Paul Revere por Massachusetts la noche del 18 al 19 de abril de 1775, con el fin de correr la voz de que al día siguiente las tropas británicas asentadas en Boston intentarían detener a los principales patriotas de las colonias norteamericanas en Lexington e incautarse de las armas de la milicia local de Concord. Las hostilidades que siguieron el 19 de abril dieron comienzo a la guerra de la Independencia (la guerra revolucionaria) estadounidense. Según Gladwell, un elemento esencial del éxito de Revere radicó en su condición de «conector». Su trabajo de orfebre y sus frecuentes viajes comerciales le habían permitido desarrollar una amplia red de conocidos, pertenecientes a distintos grupos sociales, cuya confianza se había ganado. Mientras aumentaba la oposición a los británicos, Revere llevaba con frecuencia mensajes entre los líderes patrióticos. En consecuencia, la noche del 18 al 19 de abril de 1775 él sabía dónde encontrar los barcos y caballos necesarios para realizar su recorrido, dónde hallar a cada uno de los líderes y cómo esquivar a las patrullas británicas. El papel de «conector» de Revere le permitió propagar su noticia como un virus y, para Gladwell, ese recorrido «quizá fuera el ejemplo histórico más famoso de epidemia difundida de boca en boca[2]».

Varios observadores europeos de mediados del siglo XVII utilizaron metáforas médicas similares para describir la sorprendente velocidad con la que se propagaban las revueltas. En 1641, Fran-

cisco de Quevedo afirmó que eran «las viruelas de sus reyes: todos las padecen, y los que escapan quedan por lo menos con señales de haberlas tenido». Una década después, en su estudio sobre los «levantamientos políticos de nuestros tiempos», el historiador italiano Giovanni Battista Birago Avogadro declaró: «Los levantamientos populares son como enfermedades contagiosas en las que el veneno letal pasa de un individuo a otro, y ni la distancia, ni el retraso, ni la diversidad climática o la distinta forma de vida pueden detener las repercusiones de esos peligrosos contagios». En 1676 el gobernador de la colonia de Barbados se maravillaba de que los «estragos diarios de los indios» estuvieran «extendiéndose como una plaga por todo el continente, desde Nueva Inglaterra [...] a Maryland». Con todo, como señaló Hugh Trevor-Roper en su lúcido estudio de 1957, que popularizó la expresión «Crisis General», aunque «la universalidad de la revolución algo tenía que ver con el puro y simple contagio», éste «implica receptividad, es decir, un cuerpo sano o vacunado no se contagia siquiera de una enfermedad generalizada[3]».

«Enfermedades contagiosas» y Estados compuestos

Es digno de mención que tanto Quevedo como Birago Avogadro tomaran sus ejemplos de «contagio» de un tipo de entidad política que presentaba una insólita «receptividad»: el Estado compuesto. Más de la mitad de las rebeliones que estallaron en la Europa del siglo XVII tuvieron lugar en esos sistemas, en gran medida porque sus gobiernos intentaron imponer políticas similares a comunidades con diferentes instituciones políticas, fiscales y culturales, y también tradiciones. En 1618, Fernando II intentó aplicar a las tierras de Bohemia que acababa de lograr gracias a una elección la misma uniformidad religiosa ya impuesta en sus territorios hereditarios. Once años después inició un proceso similar en el Imperio a través del Edicto de Restitución (*véase capí-*

tulo 8). Poco después de su entronización en 1625, Carlos I de Inglaterra, Escocia e Irlanda declaró que quería «una forma de gobierno uniforme a lo largo y ancho de nuestra Monarquía» y dio orden a sus ministros de que «unificaran sus tres reinos en una estricta unión y obligación [que los vinculara entre sí] para su mutua defensa cuando alguno de ellos se viera atacado, cada uno con la proporción de caballos, infantes o barcos que en virtud de su territorio se considere adecuada». Estaba claro que Carlos partía del modelo de la Unión de Armas que acababa de imponer la Monarquía española[4].

Ninguno de esos ambiciosos planes llegó a buen puerto, aunque sí suscitaron una enérgica resistencia, en parte por la inflexibilidad de sus defensores. Cuando algunos *católicos* alemanes expresaron el miedo a los riesgos que conllevaría imponer el Edicto de Restitución en todas las zonas de Alemania, Fernando II les informó de que estaba dispuesto a perder «no sólo Austria, sino todos sus reinos y provincias, y cualquier otra cosa que tuviera en el mundo, siempre que salvara su alma, lo cual no puede hacer sin ejecutar este edicto». Una década después, Carlos I se lamentaba igualmente: «Mientras esta alianza esté en vigor, no tengo más poder en Escocia que un duque de Venecia, por lo que prefiero morir antes que aceptarla»; mientras que Olivares exclamaba que «si las Constituciones [de Cataluña] embarazan esto, que lleve el diablo las Constituciones, y a quien las guardare también[5]».

Además de no soler conseguir sus objetivos, los defensores de la uniformidad tampoco parecían capaces de aprender de sus fracasos. En 1646, don Juan de Palafox, que había trabajado tanto en Aragón como en México (dos territorios «periféricos» de la Corona española), le dijo a un colega:

> Vuestra Excelencia me dé licencia para decirle que no se perdió Portugal en Portugal, ni Cataluña en Cataluña, sino dentro de Madrid. Y ahí se perderán las Indias Occidentales como se han perdido las Orientales, porque donde se premian y honran los excesos públicos, es donde se levantan los nublados que

después vienen a dar sobre los reinos, que a fuerza de pecados, violencias y tiranías se desunen y apartan de las coronas.

Lo mismo podía decirse de otros Estados compuestos. Así, a pesar de los numerosos indicios que auguraban actos de oposición en Escocia si se trataba de imponer allí un devocionario inspirado en el culto inglés, el arzobispo Laud hizo planes para imponerlo también en Irlanda, en tanto que la incapacidad de someter a los rebeldes escoceses por la fuerza en 1639 no impidió al conde de Strafford y a Carlos I intentarlo de nuevo en 1640 y, a pesar de su rotunda derrota, de barajar la posibilidad de intentarlo por tercera vez en 1641[6].

Tal obstinación era peligrosa, porque las rebeliones no sólo solían *comenzar* en la periferia de los Estados compuestos, sino que también era frecuente que se *propagaran* por toda esa periferia. Así, la revuelta registrada en Bohemia en 1618 sólo fue la primera pieza del dominó en caer; después vendrían casi todos los demás territorios regidos por Fernando II: Hungría, Silesia, Moravia, la Alta y la Baja Austria *(véase capítulo 8)*. En Francia, dos décadas después, un juez comentó: «La noticia de los desórdenes que tuvieron lugar en la Baja Normandía [la revuelta de los *nu-pieds*] redobló el coraje del populacho en Ruán», capital del ducado, de manera que «esos desórdenes se convirtieron en principal tema de conversación del pueblo llano, que los propagó como si fueran actos heroicos». Cinco días después, una turba asesinaba a un recaudador de impuestos en Ruán y lo mismo ocurrió en Caen, segunda ciudad del ducado, situada a 130 kilómetros. En 1640, un diplomático francés enviado a establecer contacto con los rebeldes catalanes opinaba que Portugal «nunca se habría atrevido a sublevarse sin el ejemplo de Cataluña, temiendo ser rápidamente aplastado si entraba sólo en tan peligroso baile». Siete años después, al tener noticia de los desórdenes que se estaban produciendo en varias ciudades andaluzas y que «Sicilia estaba a punto de perderse», un flemático político español

señaló que «en la Monarquía que consta de muchos reinos, y muy separados, el primero que se levanta va á gran riesgo, porque le pueden oprimir fácilmente los demás; pero el segundo tiene mucho menos peligro, y de ahí adelante cualquiera puede atreverse sin miedo[7]».

Los «conectores».

Suele ser difícil reconstruir esos «peligrosos bailes» porque los que intentaban coordinar insurrecciones hacían lo posible por no dejar rastro. El caso de Portugal constituye una excepción. En cuanto el duque Juan de Braganza fue entronizado en diciembre de 1640, no tardó en enviar mensajeros a fomentar rebeliones por doquier contra su antiguo soberano. Mandó a dos jesuitas a Barcelona para invitar a los catalanes a firmar una alianza antiespañola con él y también envió a todos los territorios de ultramar lusos a un hidalgo en busca de apoyo. Esa coordinación requería tiempo: para evitar ser interceptado, el hidalgo encargado de llevar las nuevas a Extremo Oriente fue primero a Londres y allí abordó un barco neutral inglés en dirección a Java, donde esperó hasta que un buque holandés lo condujo a Taiwán. Desde allí, el agotado «conector» llegó por fin a Macao el 30 de mayo de 1642. A partir de ese momento, de todo el Imperio portugués, sólo la ciudad norteafricana de Ceuta se mantuvo fiel a Madrid (y así sigue siendo[8]).

Los «conectores» también propagaron la sedición en otros Estados compuestos. En Sicilia, las nuevas de la revuelta iniciada en Palermo el 20 de mayo de 1647 no sólo desataron levantamientos urbanos en otros lugares de la isla —entre otros, Trapani el día 25, Cefalù y Marsala el 27, Castronuovo y Sanfilippo el 29—, sino que un veterano de la insurrección palermitana que casualmente estaba en Nápoles el 7 de julio de 1647 dirigió el levantamiento en la Piazza del Mercato, y a su muerte otros sicilianos ayudaron a radicalizar a las airadas turbas. Sus éxitos inspi-

raron revueltas populares en todo el Reino de Nápoles (*véase figura 29*). El 15 de agosto, en Palermo, un testigo ocular de la revolución de Masaniello que había regresado hacía poco de Nápoles inició una segunda revuelta con la intención manifiesta de arrancar las mismas concesiones[9]. En Rusia, también los peticionarios de las localidades de provincias que habían estado en la capital en junio de 1648 actuaron de eficaces conectores en la propagación de la revolución: en cuanto volvieron a casa con noticias del desafío planteado al zar por los moscovitas se desataron levantamientos locales. Una generación después, los partidarios de Stenka Razin lanzaron una ofensiva epistolar que les granjeó partidarios en zonas apartadas de su base de operaciones cosaca (*véase capítulo 6*). Los campesinos de Entlebuch que iniciaron la revolución suiza de 1653 enviaron delegados para recabar apoyos en otros lugares del cantón de Lucerna y en otros anejos *(véase capítulo 8)*. Finalmente, cuando James Howell quiso saber «a quién había que echar la culpa» del estallido de la guerra civil inglesa, señaló (con una audaz combinación de metáforas) que el fuego…

> … prendió inicialmente en Escocia. Su útero fueron los puritanos de ese Reino, aunque igualmente debo decir que el vientre que engendró este centauro fue el de los puritanos de esta Inglaterra. Si el pedernal y el acero no hubieran encendido el fuego en Inglaterra, la yesca nunca habría prendido en Escocia, ni la llama habría llegado nunca a Irlanda[10].

Con todo, los súbditos descontentos no siempre precisaban de «conectores» humanos para «encender» sus quejas, ya que podían hacerlo ellos solos. Así, los italianos de Felipe IV siguieron con atención la evolución de la revuelta catalana a través de cartas, opúsculos y libros. En el Nápoles de 1646 (un año antes del levantamiento de Masaniello), Alexandre de Ros publicó su historia de la revuelta catalana: aunque *Cataluña desengañada* condenaba a los rebeldes, sirvió de patrón para saber cómo cobraban impulso las rebeliones. Entretanto, en Palermo, Vincenzo Auria (letrado, poeta e historiador), utilizando los libros de historia de

su propia biblioteca, realizó una pormenorizada reconstrucción de la carrera anterior del desventurado virrey de Sicilia, el marqués de los Vélez, antes virrey de Navarra y de Cataluña, y embajador en Roma, en busca de una pauta de comportamiento[11]. En 1638, durante la Monarquía Estuardo, un obispo anglicano de Irlanda se quejaba del «pésimo ejemplo que los contumaces no conformistas [partidarios del *Covenant* escocés] han dado tanto a Inglaterra como a Irlanda», lamentándose de que «este contagio» ya hubiera comenzado a propagarse por el Úlster. Al año siguiente, en palabras de un «escritor de cartas» (precursor de los reporteros de prensa), «hace ya bastante tiempo que el escenario de esos reinos está situado principalmente en Edimburgo», de manera que en otros lugares habría quien pudiera tomar «lo que aquí debe representarse» para «crear así el marco de sus propios intereses[12]».

Nadie observaba con más atención los acontecimientos registrados en Escocia que los católicos irlandeses, que veían cómo «los escoceses, al fingir agravios y tomar las armas para obtener reparación por ellos, no sólo habían logrado diversos privilegios e inmunidades, sino que habían conseguido 300 000 libras por su visita». Un sublevado irlandés declaró que imitaría a «Escocia, que obtuvo un privilegio con esas acciones» para poner fin al «tiránico gobierno que tenía encima»; otro alardeaba: «Los escoceses impusieron su voluntad por la fuerza de las armas y lo mismo harían en este Reino»; en tanto que un tercero opinaba: «Si el castillo de Dublín hubiera sido tomado por lord Maguire, no se habría vertido sangre alguna, porque sólo lo habrían conservado hasta haber obtenido sus propios fines de Su Majestad, algo que creían tan razonable como los deseos que pretendían obtener los escoceses en Inglaterra». Todavía más reveladora fue la reacción de un destacado confederado irlandés cuando su prisionero protestante le preguntó: «¿Habéis llegado acaso vosotros a una

Alianza *[Covenant]* como la de los escoceses?» «Sí —contestó él —, *los escoceses nos han enseñado nuestro abecé*[13]».

La propagación de la «plaga» revolucionaria no se limitó a los Estados compuestos. En 1654, Birago Avogadro señaló de qué manera un levantamiento contra un príncipe podía en ocasiones fomentar sublevaciones contra otro, ya que «el ejemplo que da el primero basta para provocar a otros en otros estados, porque realmente notable es el poder del ejemplo sobre el entendimiento de los hombres. Se observa que las personas no sólo se ven impelidas a hacer lo que ven hacer a otras, sino que de ellas se espera que lo hagan y a ello se las incita[14]». En consecuencia, las diversas rebeliones que sufrió Carlos I suscitaron mucha atención en la Europa continental. En 1648 un tercio de los «números extraordinarios» de la *Gazette* francesa se centraron exclusivamente en asuntos británicos, y casi la mitad de los documentos y declaraciones que publicó procedían de los rebeldes. Alemania también parecía fascinada con los acontecimientos que ocurrían al otro lado del canal de la Mancha: entre 1640 y 1660 unos cincuenta periódicos germanos dedicaron más de 2000 páginas a lo que ocurría en las islas Británicas, mientras que los autores alemanes publicaron más de seiscientas obras sobre el tema. Igualmente, en la República holandesa un tercio de los opúsculos aparecidos entre 1640 y 1648 tenía que ver con problemas ingleses, en tanto que los sublevados catalanes no sólo publicaron opúsculos dando cuenta de las revueltas a las que se enfrentaba simultáneamente Carlos I, sino también la traducción al catalán de manifiestos católicos irlandeses[15].

Del mismo modo, el éxito inicial de la revolución de Nápoles contra Felipe IV inspiró actos de sedición contra otros príncipes. Según un embajador, la mayoría de los parisinos creía «que los napolitanos han actuado con inteligencia y que, para librarse de la opresión, habría que seguir su ejemplo»; y las multitudes que protestaban por las subidas de impuestos gritaban «¡Nápoles!

¡Nápoles!», lo cual recordaba a las claras las consecuencias que tenía imponer tributos impopulares a una metrópoli. En los Estados Pontificios, cuando estalló una revuelta en Fermo el 7 de julio de 1648, primer aniversario de la revuelta de Masaniello, muchos dieron por hecho que quienes «saquearon y quemaron» los palacetes de los ricos no hacían sino seguir el «ejemplo del levantamiento de Nápoles», y desde luego varios grupos de revolucionarios cruzaron la frontera, animando a los sublevados por lo menos en otras seis comunidades. La desastrosa cosecha les facilitó la labor. Un funcionario pontificio informó de que «en todos los lugares que visité, encontré los espíritus de los vasallos enormemente agitados por la hambruna», de manera que si «todas las gentes del campo se conciertan en una unión, puede desatarse una gran conflagración[16]».

En toda Europa, cartas, periódicos, opúsculos, libros e incluso obras de teatro informaban y sacaban conclusiones de los acontecimientos registrados en Nápoles. Una pieza dramática publicada en Londres en 1649 y titulada *The rebellion of Naples or the tragedy of Massenello* [sic] *[La rebelión de Nápoles o la tragedia de Massenello*], finalizaba con un amenazador «Epílogo» pronunciado por el propio «Massenello», que empezaba así:

> *Cuídense los reyes de provocar*
> *con yugo insoportable a sus súbditos,*
> *porque pasado todo, de nada servirá,*
> *veréis cómo ese yugo en dos se habrá de partir.*

Dos años después, en la República holandesa, los amotinados de Dordrecht aclamaron a Masaniello, considerándolo su héroe[17]. Por su parte, éste y sus seguidores se inspiraron en los holandeses. El *Manifiesto del fidelísimo pueblo de Nápoles*, que proclamaba que Felipe IV ya no era su soberano, se parecía al documento de 1581 en el que los Estados Generales de los Países Bajos habían proclamado la deposición de Felipe IV; el duque de Guisa juró como protector «con los mismos poderes con los que

el Serenísimo Príncipe de Orange defiende la República y los estados libres de Holanda», y un opúsculo recordaba a los lectores que los españoles «habían dejado que los expulsaran de siete provincias de Flandes los pescadores holandeses [...]. ¿Qué podrán hacer entonces contra vosotros?»[18].

Los napolitanos no fueron los únicos en sacar conclusiones. En fechas anteriores de ese mismo siglo, en su influyente tratado sobre política, Johannes Althusius proclamó que el éxito de la República holandesa frente a España «es tan pródigo que se derrama sobre los países vecinos», ofreciendo «a la imitación ajena esas virtudes» que a «vuestra mancomunidad [había defendido] de la tiranía y el desastre». En el mismo sentido se pronunciaba un autor francés: los holandeses habían «advertido a todos los príncipes de los deberes que tienen con sus pueblos, proporcionando a todos esos pueblos un memorable ejemplo de lo que pueden hacer contra sus príncipes». En la propia España, Quevedo atribuyó la revuelta de los catalanes al «ejemplo de Holanda»; mientras que en Inglaterra muchos echaban la culpa de las rebeliones contra Carlos I al ejemplo de los holandeses, que habían mostrado de qué manera los súbditos que «se han rebelado contra su señor» podían «aun prosperar y florecer más que ningún otro de Europa». En 1641 un embajador destinado en Londres detectó «una intención secreta de acercarse a la forma de gobierno holandesa, hacia la que el pueblo de estos lugares muestra demasiada inclinación», y diez años después Thomas Hobbes declaró que «los últimos conflictos de Inglaterra [surgieron] de la imitación de los Países Bajos[19]».

El aluvión de rebeliones de Europa también inspiró a descontentos de las colonias de ultramar. La proclamación de independencia declarada en México por don Guillén Lombardo en 1642 citaba los ejemplos de otros que con razón se habían rebelado, después de llegar a la conclusión de que es mejor morir una vez por su restitución y libertades que vivir oprimido, tiranizado y

violentamente sometido, como se había visto en los reinos de Portugal, Cataluña, Navarra y Vizcaya. Se añadía igualmente que en reinos tan remotos y usurpados como Nueva España, los abusos eran mucho más comunes y gravosos que en Europa. Según su razonamiento, los indígenas oprimidos por Felipe IV no sólo podían, sino que debían alzarse contra él[20]. Una década después, cuando un grupo de frustrados colonos portugueses de Goa depuso al virrey, su «justificación fue que lo mismo había hecho Portugal y también el pueblo de Inglaterra, mientras que, más cerca de aquí», añadían, «lo había hecho Ceilán». Entretanto, en la Angloamérica de 1643, los colonos de Nueva Inglaterra constataron que a los indios complacían «esas tristes distracciones de Inglaterra, de las que han tenido noticias y que saben nos obstaculizan» la obtención de protección; en tanto que en 1676 el gobierno de Londres se enteró con alarma de que Nathaniel Bacon, líder de los levantiscos colonos de Virginia «había solicitado la ayuda de los gobiernos de Nueva Inglaterra[21]».

La exportación de la revolución

Además de Nathaniel Bacon, muchos líderes rebeldes solicitaron ayuda exterior. Así, entre 1619 y 1620, Federico, *el Rey de Invierno* de Bohemia, solicitó en vano ayuda militar de otros protestantes de Escandinavia, Gran Bretaña y la República holandesa, y también del sultán otomano y de su vasallo el príncipe de Transilvania (sólo éste se la proporcionó); mientras que en 1626 los rebeldes de la Alta Austria le pidieron a Cristian IV de Dinamarca, que acababa de invadir Alemania, que les proporcionara ayuda (algo que nunca se materializó[22]). Una década después, los adversarios escoceses de Carlos I organizaron una eficaz ofensiva diplomática para conseguir municiones de Dinamarca, la República holandesa y sobre todo Suecia (aunque sus llamamientos al católico Luis XIII y a los protestantes suizos cayeron en saco roto). Los portugueses también recibieron respuestas favorables a sus demandas de ayuda: Francia, la República holan-

desa y finalmente Gran Bretaña reconocieron el nuevo régimen y enviaron dinero, tropas y buques de guerra, que impidieron que España utilizara la superioridad de sus fuerzas para reconquistar a su vecino occidental[23]. La Confederación católica irlandesa también obtuvo reconocimiento diplomático (así como municiones y fondos) de España, Francia y el papado, hasta que, por primera y última vez antes del siglo XX, Irlanda contó con un cuerpo diplomático, encabezado por un nuncio papal. Fue éste un éxito realmente notable, porque, como el representante del gobierno confederado ante la República holandesa recordó en sus Estados Generales, antes «éramos hombres desnudos, carentes de armas, municiones y capitanes curtidos», pero ahora «con la ayuda de Dios, nos hemos provisto de armas y municiones, y ordenado regresar del extranjero a nuestros capitanes y [hombres] de armas curtidos, haciéndonos así con un número considerable de fragatas y buques de guerra». Así que, en ese momento, amigos y enemigos «nos consideran una fuerza estimable, parlamentan con nosotros y nos permiten hablar con ellos en igualdad de condiciones[24]».

Algunos Estados ofrecían ayuda aun antes de que los rebeldes la solicitaran. En 1637, Luis XIII se ofreció en secreto a enviar al duque Juan de Braganza 10 000 infantes y mil jinetes si decidía arrogarse el trono luso, y tres años después, aunque inicialmente con grandes recelos, envió tropas, fondos y asesores a los catalanes. Por su parte, Felipe IV firmó un tratado de alianza con el príncipe de Condé y con la ciudad rebelde de Burdeos entre 1651-1652. Sin embargo, ésas eran iniciativas puramente oportunistas y reactivas, destinadas a mantener rebeliones ya iniciadas. Más sistemáticas fueron las que tomó la República holandesa para fomentar y apoyar sublevaciones en otros lugares.

Según Lieuwe Van Aitzema, historiador oficial de la República holandesa, como «el mantenimiento de este Estado dependía de los celos de sus vecinos», sus dirigentes siempre se apresuraron

a proclamar su comunidad de intereses (*gemeyn interesse*) con cualquier grupo del mundo que compartiera su «poderosa enemistad hacia España». En consecuencia, firmaron alianzas «con todos los príncipes y soberanos que se opusieran a la tiranía y aspiraran a la Monarquía universal de la Monarquía española», es decir, Francia y Venecia, ambas católicas; Dinamarca y Suecia, protestantes; Rusia, ortodoxa; los reinos musulmanes de Argelia y Túnez, y los príncipes budistas de Sri Lanka. En 1638, pastores calvinistas holandeses asistieron a la Asamblea General de la Iglesia de Escocia, que acabó con los obispados, y la Universidad de Leiden manifestó su apoyo a la defensa que los escoceses hacían de sus libertades. Las autoridades holandesas también permitieron la visita de los partidarios del *Covenant*, la impresión en su territorio de opúsculos y la compra de grandes cantidades de armas y municiones; también licenciaron del servicio militar en los Países Bajos a numerosos veteranos para que lucharan contra Carlos I. Pocos meses después del estallido de la guerra civil en Inglaterra, un autor holandés señaló que «nosotros los neerlandeses» no debemos «contribuir a la eliminación del Parlamento» porque si en Inglaterra y Escocia «se imponen los que están de parte del rey, además de él mismo [...], iniciarán acciones contra nosotros[25]». Del mismo modo, en cuanto en 1640 se tuvo noticia en la República holandesa de la «revolución de Cataluña», sus Estados Generales crearon una comisión especial para coordinar los apoyos a quienes también se rebelaban contra Felipe IV y pidieron al cardenal Richelieu que facilitara los contactos entre La Haya y Barcelona. Al año siguiente, también aceptaron las credenciales presentadas por un embajador enviado por Juan IV de Portugal, reconociendo así la legitimidad de la Restauración, y mandaron una flota de doce buques de guerra para proteger Lisboa de la amenaza de un ataque naval español[26].

Los adversarios de Carlos I intentaron igualmente fomentar otras rebeliones. En 1642 el predicador londinense John

Goodwin aseguró a sus compatriotas que una exitosa oposición al rey sería «alentadora y reparadora» para «vuestros hermanos de las diversas plantaciones de lejanos países [América]»; en tanto que su «calor y calidez» penetrarían «en muchos reinos grandes y extensos como Francia, Alemania, Bohemia, Hungría, Polonia, Dinamarca, Suecia y muchos otros». Tres años después, el Parlamento escocés invitó a «todos los soberanos y repúblicas protestantes a entrar o unirse en la misma o parecida Liga Solemne con los reinos de Gran Bretaña, y así avanzar unánimemente contra [su] común enemigo». El que menos pelos en la lengua tuvo fue Hugh Peter, quien en 1648 pronunció un sermón en el que afirmó: «Este ejército [el Nuevo Ejército Modelo] debe arrancar de raíz la Monarquía, tanto aquí como en Francia y otros reinos de aquí y allá[27]». Durante un tiempo, esas ideas suscitaron cierto apoyo extranjero. Los impresores holandeses publicaron más de trescientos opúsculos sobre asuntos ingleses entre 1640 y 1648, muchos de ellos directamente encargados por sus protagonistas ingleses. En Francia, algunos especulaban con la posibilidad de que «el ejemplo del Reino vecino [Inglaterra] incitara» a los adversarios de Mazarino a imponer condiciones similares al gobierno de la regencia, porque «París no se cree menos que Londres», mientras que otros declaraban: «En París no se habla más que de repúblicas y libertades, y se hace abiertamente, diciéndose que la Monarquía es demasiado vieja y que ya era hora de que terminara[28]».

Todo cambió con la ejecución de Carlos I. Hay que reconocer que el prolífico autodidacta francés François Davant alabó a los regicidas por recordar a los reyes los peligros de «maltratar a sus súbditos», cavilando que las «monarquías atribuladas pueden dar lugar a repúblicas» al remitirse a ejemplos del Antiguo Testamento en los que Dios había depuesto a reyes, y pronosticó que Francia sería la siguiente; en tanto que otro opúsculo radical galo, *El carácter divino de la enfermedad del Estado*, también proclamó

que Francia no era la única en su lucha por las libertades, ya que Nápoles y Cataluña, al igual que Inglaterra, habían sido la punta de lanza de un gran movimiento de lucha contra la tiranía. Pero pocos europeos coincidían con esa visión. Más bien, en Francia, una avalancha de opúsculos denunció «el más horrible y detestable parricidio cometido nunca por cristianos»; Corneille escribió una obra compadeciéndose del rey y casi inmediatamente aparecieron cuatro traducciones francesas distintas de *Eikon basilike* (*Imagen real, véase lámina 3),* un panegírico[29]. Incluso aquellos que anteriormente se habían puesto mayoritariamente de parte del Parlamento condenaron rotundamente el regicidio. El clero holandés lo hizo en sus homilías, mientras que en Suecia, en cuanto se tuvo noticia de la ejecución, el consejero Jakob de la Gardie lamentó que como en Europa «ha surgido un espíritu tan vertiginoso *[spiritus vertiginis*»] ningún régimen establecido podía sentirse seguro (y otro pastor se apresuró a publicar un breve ensayo condenando ese acto[30]). En Alemania, los gobiernos censuraron a todos sus detractores por considerarlos contaminados por los «principios puritanos» ingleses y sus dramaturgos (al igual que en Francia) crearon obras compadeciéndose del rey británico. En la capital polaca, el noble Albrycht Stanisław Radziwiłł incluyó en sus memorias una pormenorizada descripción de las últimas horas de Carlos, añadiendo fervorosamente «que no haya ejemplos así» en Polonia. La reacción más virulenta fue la del zar Alejo, que en cuanto tuvo noticia del regicidio expulsó de Rusia a todos los mercaderes ingleses[31]. La hostilidad no cesó. En 1651, Jakob de la Gardie advirtió al Consejo de Estado sueco de que algunos de sus compatriotas «quieren disponer las cosas como estaban en Inglaterra hace algún tiempo, convirtiéndonos a todos en manitas de cerdo»; mientras que la reina Cristina se quejaba de que «ni el rey ni el Parlamento ostentan el poder que les corresponde, sino que es el hombre corriente, la *canaille*, quien gobierna según su capricho». Tres años después, al enterar-

se de que Cromwell se había convertido en lord protector, Cristina afirmó igualmente que Axel Oxenstierna había querido hacer lo mismo cuando ella era menor de edad[32].

Para contener esta desfavorable marea extranjera, la República inglesa nombró «secretario de Lenguas Extranjeras» a John Milton, encargándole justificar el nuevo régimen en el exterior. Milton comenzó por traducir su virulenta replica a *Eikon basilike*, provocadoramente titulada *Eikonoklastes*, y preparó numerosos panfletos y publicaciones oficiales especialmente dirigidos a su distribución en el extranjero. Entretanto, la República elaboraba un semanario en francés, *Nouvelles Ordinaires de Londres*, y mantenía un «residente para los Parlamentos de Inglaterra y Escocia en París», encargado de supervisar y difundir noticias de todas las rebeliones extranjeras que se registraran en sitios tan dispares como Nápoles o Ucrania. En 1654, la *Second defence of the English people [Segunda defensa del pueblo inglés]* de Milton imaginaba desafiante:

> Desde los pilares de Hércules [Cádiz] hasta los más lejanos confines de [la India], por doquier se diría que conduzco de nuevo a casa, después de tantísimo tiempo, a las libertades mismas, largamente expulsadas y exiliadas […]. Se diría que presento ante las naciones de la Tierra un producto de mi propio país: […] el fruto renovado de la libertad y la vida ciudadana que por las ciudades, reinos y naciones esparzo[33].

El éxito de esas iniciativas puede calibrarse a la luz de las proclamas alemanas que prohibieron la traducción de cualquier otro «libro de los rebeldes», así como la posesión y venta de todos los escritos de John Milton, y también de la prohibición que impuso Mazarino a todas las obras del inglés, al que acusó de ser «el más impúdico y artero defensor del más lúgubre de los parricidios, que acaba de mancillar a la nación inglesa[34]».

En 1652 se desplazaron a Francia agentes ingleses con órdenes de observar las defensas de sus puertos y evaluar si alguno de ellos podría ser receptivo al sistema republicano. Esos agentes, dirigidos por Edward Sexby, destacado protagonista de los deba-

tes sobre el Nuevo Ejército Modelo celebrados en Putney, se concentraron en el puerto meridional de Burdeos, principalmente porque ya estaba amotinado contra el gobierno central (*l'Ormée, véase capítulo 10*). Sexby imprimió dos opúsculos con un programa de establecimiento de un gobierno republicano para la provincia de la Guyana (uno de ellos basado claramente en su propio texto *An agreement of the people [Un acuerdo del pueblo]*,) y el gobierno revolucionario de Burdeos envió delegados a Londres para conseguir ayuda inglesa. Cromwell ofreció cuarenta buques de guerra y 5000 hombres, a cambio de controlar la propia ciudad francesa, pero aunque los líderes de ésta aceptaron la oferta, Luis XIV forzó su rendición antes de que pudiera llegar la ayuda de Inglaterra[35]. Un panfletista francés se quejó entonces de que los dirigentes ingleses se consideraban «hasta tal punto Moisés y Josué» que «se jactaban de que proporcionarían a los pueblos de Europa fuerzas suficientes para recuperar sus libertades» y que aspiraban a lograr «un Imperio del universo[36]».

¿Una «esfera pública» en Occidente?

La capacidad para propagar la «plaga» de la rebelión mediante las palabras y los hechos reflejaba tanto la producción de una inusitada cantidad de textos como la existencia de un inmenso público capaz de recibirlos y comprenderlos. En 1605 Johann Carolus de Estrasburgo (suroeste de Alemania) que antes se había ganado la vida elaborando y distribuyendo boletines semanales escritos a mano, adquirió una imprenta y creó el primer periódico impreso del mundo. A partir de ese momento, en lugar de distribuir unos quince o veinte ejemplares de su boletín semanal entre ciertos clientes acaudalados, produjo hasta quinientos por una mínima parte de lo que antes costaban para ponerlos a la venta. La Defenestración de Praga de 1618, que según casi todo el mundo reconoció era un presagio de guerra *(véase capítulo 8),* dio comienzo a una rápida expansión de este nuevo medio: ya en 1620, por lo menos quince ciudades publicaban un periódico en

lengua alemana y en 1640 ya eran treinta. Para entonces, en Hamburgo salían dos periódicos, cada uno con una tirada de entre 2500 y 3000 ejemplares, y en 1650 comenzó a publicarse el primer diario en alemán[37]. También se expandieron con rapidez otros medios impresos. En Alemania, durante la guerra de los Treinta Años quizá aparecieran 10 000 opúsculos políticos y 2000 pasquines, en una tendencia que alcanzó su punto culminante durante la contienda en Bohemia y la invasión de Gustavo Adolfo (*véase figura 15*). Tendría que transcurrir otro siglo para que Alemania volviera a producir el mismo número de obras impresas[38].

«Sean buenas o malas, yo siempre acogeré las noticias de buen grado, porque me hablan del mundo», escribió en 1640 el intelectual holandés Pieter Corneliszoon Hooft, pero otros mostraban menos entusiasmo. Un francés se quejaba de que los periódicos «hacen que la gente sepa demasiado de sus propios asuntos y de los de sus vecinos [...]. No me parece sensato que la gente corriente reciba tantas noticias: ¿qué sentido tiene informarlos con tanto detalle sobre la revuelta de Nápoles, la sublevación de Turquía y el regicidio en Inglaterra?». Una generación después, un comentarista político italiano fue todavía más lejos. La «gente corriente», observó, lee las noticias «*como se escriben, pero las interpreta a su gusto, y es más habitual que conviertan las buenas en malas que las malas en buenas*». Continuaba diciendo:

> [Antes] las gentes no tenían razón para ejercitar su entendimiento en los delirios y las fantasías que leían en los periódicos, y nada hacían, pensando únicamente en sus propios asuntos, no en los de sus gobernantes; sin embargo, ahora el delirio y la fantasía han convertido a las gentes en príncipes, a los ignorantes en expertos, a los simplones en sabios y a los obedientes en desobedientes.

Según un colega, especialmente perturbadora resultaba la llegada de noticias sobre acontecimientos militares, porque éstas «ocasionaban guerras sobre guerras y más escaramuzas producía

[el público] con lenguas mordaces que los soldados con afiladas espadas[39]».

El público de las noticias militares (y de otro tipo) no sólo lo componían lectores, también oyentes iletrados. Por ejemplo, a finales de 1659, el general George Monck publicó un opúsculo explicando sus motivos para liderar desde Escocia un ejército que restaurara el gobierno parlamentario en Inglaterra y haciendo un llamamiento generalizado a apoyarlo. Un ejemplar cayó en manos del capitán del destacamento de Leith, en el puerto de Edimburgo, que lo leyó, lo discutió con otro oficial y después, como el panfleto contenía menos de mil palabras, «hizo que se leyera a los soldados» que tenía a su mando. En consecuencia, el mismo mensaje llegó a cientos de personas, iletradas e instruidas, y si imaginamos escenas similares en todo el ejército, resulta más comprensible la falta de resistencia eficaz a la marcha sobre Londres de Monck (*véase capítulo 12*). La palabra se había vuelto realmente más poderosa que la espada[40].

El hecho de que la disponibilidad de múltiples medios de difusión se conjugara con la existencia de un público nutrido creó una «esfera pública popular», es decir, una serie de escenarios, por lo menos parcialmente libres de injerencia gubernamental, donde por primera vez en la historia del mundo «afirmaciones en un sentido o en el contrario podían evaluarse y negociarse, y donde el abanico de poderes de príncipes y emperadores podía cuestionarse y rebatirse[41]». Perplejos y atemorizados quedaron algunos contemporáneos ante las tendencias desestabilizadoras de esta esfera pública. «Es curioso comprobar de qué manera sin darnos cuenta nos hemos deslizado hacia este inicio de una guerra civil», se lamentaba en 1642 un parlamentario inglés, a través de «pugnas en los periódicos, declaraciones, reproches, protestas, votos, mensajes, respuestas y réplicas»; en tanto que una generación después un partidario de la Corona señalaba que nada ha «perjudicado más al difunto rey [Carlos I] que las balas de papel

de la prensa». En iguales términos se expresó en 1646 un sacerdote catalán leal a Felipe IV: «En siglo tan cauteloso, en que se pelea más con libros que con exércitos, he querido militar en las armas de la pluma, para ver si se gana Cataluña por el mismo camino por donde se perdió[42]». Rebeldes de toda Europa parecían encontrar fácilmente imprentas: los integrantes de *l'Ormée* de Burdeos publicaban folletos; los *nu-pieds* de Normandía, manifiestos, e incluso Giuseppe Piantanida, cuya rebelión milanesa fue descubierta antes de iniciarse, logró publicar una proclamación. Después del estallido de la rebelión de 1647, Nápoles produjo tantos *bandi* que, cinco meses después, «en vista de la importancia de las obras impresas y de lo mucho que se cree en ellas en todo el mundo», sus líderes ordenaron a los impresores de la ciudad que presentaran con antelación todos los textos para darles su imprimátur, so pena de enfrentarse a una cuantiosa multa y a la confiscación de sus imprentas[43].

Volviendo la vista a la época inmediatamente posterior a la Restauración de Carlos II en 1660, John Locke censuró rotundamente «los garabatos de esta época» y…

> … acusó a las plumas de los ingleses de tener tanta culpa como sus espadas, considerando que la efusión de sangre causante de tal riada no se habría iniciado o que, por lo menos no habría fluido sin medida durante tanto tiempo, si los hombres no hubieran malgastado su tinta; y que esas furias, guerras, crueldades, rapiñas, confusiones y demás que tanto han atribulado y debilitado a esta pobre nación se habían conjurado en despachos privados y desde allí habían partido al extranjero para perturbar la tranquilidad de que disfrutábamos[44].

Sin embargo, para algunos de los contemporáneos de Locke, la educación era la culpable de que en Europa hubiera surgido la primera «esfera pública». En España, la Junta de Reformación pidió a Felipe IV que «en pueblos y lugares pequeños donde en fechas recientes se han instalado estudios de gramática, que se supriman, porque con la facilidad que su proximidad permite, muchos labradores envían a ellos a sus hijos y los sacan de sus ocupaciones, en las cuales nacieron y se criaron y a las cuales deben

destinarse». En Francia, el cardenal Richelieu quiso cerrar tres cuartos de los *collèges de plein exercice* (los que proporcionaban una educación general, centrada en estudios clásicos) porque, al igual que Felipe IV, llegó a la conclusión de que si todo el mundo recibía educación «los hijos de los pobres abandonarían las ocupaciones productivas de sus padres en busca de las comodidades del despacho». Lo mismo pensaba el erudito francés Gabriel Naudé, pronosticando en 1639 que «el gran número de colegios, seminarios y escuelas» aumentaría la frecuencia de las «revoluciones del Estado». Veinte años después, el marqués de Newcastle, en su día preceptor de Carlos II, advirtió a su ilustre pupilo que en Inglaterra «hay demasiados estudios de gramática». Según él, el país sólo necesitaba escuelas suficientes «para servir a la Iglesia y moderadamente a las leyes [...] porque, de lo contrario, caen en la holganza y hay gentes innecesarias que se convierten en una sediciosa carga para el bien común». En Norteamérica, *sir* William Berkeley, gobernador monárquico de Virginia, se mostraba de acuerdo. «La instrucción —lamentaba en 1676— ha traído al mundo desobediencia, herejía y sectas, y la imprenta las ha divulgado y también los libelos contra el mejor gobierno. ¡Dios nos libre de ambas cosas!»[45]

Esos detractores tenían parte de razón. En la Europa del siglo XVI, la alta estima por la instrucción en lenguas clásicas (desde el Renacimiento), seguida de un fervor religioso que reivindicaba la existencia de un clero y un laicado más preparados (la Reforma protestante) habían conducido a una «revolución educativa». Las escuelas proliferaron casi por doquier para enseñar a los niños del lugar a leer, escribir y realizar operaciones aritméticas simples, hasta que llegada la década de 1640 la mitad de las parroquias de algunas zonas de Inglaterra y Gales, tres cuartos de las de las Lowlands escocesas, y cuatro quintos de las de París y sus alrededores contaban con un centro docente propio. Algunos preceptores procedieron abiertamente a «instruir a

los jóvenes caballeros y a todos los demás a los que tornaríamos en hombres sensatos y buenos miembros de la comunidad», fomentando «un discurso libre y atrevido» que, modelado según precedentes clásicos, pudiera inspirar «los corazones de los príncipes y del pueblo», que así virarían y dirigirían «con su lengua, como con el timón al pilotar, las naves flotantes de Estados e Imperios». Ahí radicaba el peligro. Según la advertencia de un político francés, «la desmedida libertad de palabra otorgada a los oradores que dirigen y guían [el corazón y el entendimiento] de los pueblos» podía fácilmente causar «sediciones y rebeliones», porque «no hay nada que más fuerza tenga sobre el entendimiento de los hombres que la elocuencia». En 1641, en vísperas de la guerra civil inglesa, Hobbes volvía a incidir en que «una poderosa elocuencia» es «el verdadero rasgo de quienes agitan e incitan al pueblo a la revolución[46]».

Con todo, muchos maestros de escuela no enseñaban «elocuencia» a sus alumnos porque la educación costaba dinero. Según un estudio de las escuelas de Madrid en 1642, un tercio de los alumnos pagaba dos reales al mes sólo por aprender a leer, mientras que los que aprendían también a escribir pagaban cuatro, y los que a la lectura y la escritura añadían la aritmética, seis. Según ha escrito Richard Kagan, cuando podía haber hasta 140 alumnos por escuela, «es fácil imaginarse a los alumnos más pobres, los "lectores", los que sólo pagaban dos reales por cabeza, arracimados al fondo del aula, y a los hijos de las más prósperas familias, los que pagaban seis reales cada uno, en la parte delantera[47]». No obstante, como el español (al igual que las demás lenguas europeas) utiliza un alfabeto de unos veintiséis caracteres, quienes estaban lo suficientemente decididos a aprender a leer y a expresarse no tenían que recurrir exclusivamente a las escuelas. Varios hombres y mujeres del siglo XVII de origen humilde describieron sus avances autodidactas. Cuando Oliver Sansom, nacido en Berkshire (Inglaterra) en 1636, «tenía unos seis años», lo

llevaron a que «aprendiera a leer a la escuela de una mujer, quien, al considerarme capaz de tal cosa, me impulsó de tal manera que en unos cuatro meses podía leer con bastante facilidad un capítulo de la Biblia». Cuando tenía «unos cinco años», Thomas Tryon, nacido dos años antes en Gloucestershire, comenzó «la escuela, pero al ser muy inclinado al juego, siguiendo el ejemplo de mis compañeros más pequeños, apenas aprendí a distinguir las letras antes de que me pusieran a trabajar para ganarme el sustento», ya que su padre, un artesano de aldea «con muchos hijos, se vio obligado a ponerlos muy pronto a todos a trabajar». Thomas cardó e hiló lana antes de hacerse pastor, de manera que «durante todo ese tiempo, aunque ya tenía unos trece años, no sabía leer; entonces, pensando en la enorme utilidad de la lectura, me compré un catecismo» y convencí a otros pastores «de que me enseñaran las letras, así que aprendí de manera imperfecta, ya que mis maestros no eran lectores expertos; pero en poco tiempo» supo «leer con bastante competencia». Los pastores no pudieron enseñarle a escribir, porque ninguno de ellos sabía, pero Tryon convenció a «un joven cojo que enseñaba a leer y escribir a niños de familias pobres» de que «me enseñara a escribir y unir las letras». Al final publicó unos veinte libros: un éxito notable para alguien cuya educación formal había terminado cuando tenía seis años[48]. Algunas mujeres del siglo XVII también se alfabetizaron sin acudir a la escuela. Elizabeth Angier, hija de un clérigo de Lancashire, «podía leer el capítulo más difícil de la Biblia cuando sólo tenía cuatro años» y «a los seis [podía] anotar fragmentos del sermón en la capilla». La cuáquera Mary Fell, también de Lancashire, no sólo memorizó la Biblia, sino que citó de memoria largos fragmentos en un libro que escribió en la cárcel (aunque su «Biblia virtual» omitía los pasajes que consagraban la sumisión de la mujer al hombre[49]).

La Suecia luterana proporciona el ejemplo más asombroso de hasta dónde llegó la capacidad lectora en la Europa del siglo XVII.

Como la mayoría de las parroquias eran de gran extensión, la Iglesia (con apoyo del gobierno) delegó en los cabezas de familia la tarea de enseñar a los niños a memorizar el catecismo. De este modo, bien en la escuela parroquial o (más frecuentemente) en la casa del pastor o de un anciano de la iglesia, los pequeños aprendían a leer y comprender lo que ya se sabían de memoria. A continuación, cada año, el pastor examinaba ambas habilidades, calificándolas según un baremo compuesto por seis niveles: el inferior era «no puede leer», el superior «lee de forma aceptable». Finalmente, el diácono local escrutaba y comprobaba los registros de notas. Llegada la década de 1680, éstos pusieron de manifiesto que hasta el 90 por ciento de los hombres y las mujeres tenía niveles de lectura «aceptables». Al final, era posible denegar un permiso de matrimonio a quienes no pudieran leer satisfactoriamente un fragmento de las Escrituras[50].

Como sólo Suecia registraba de forma sistemática la capacidad lectora, en otros lugares los historiadores han intentado calibrar el nivel de alfabetización basándose en la frecuencia de las firmas (comparándola con la de las simples cruces o con el reconocimiento del propio analfabetismo) en documentos como las actas matrimoniales o notariales. Aunque en las zonas rurales y entre las mujeres la cifra no solía superar el 10 por ciento, en ciudades prósperas como Ámsterdam, en torno a la década de 1680 más de dos tercios de los hombres y más de un tercio de las mujeres podían firmar. Como en toda Europa los alumnos sólo aprendían a escribir una vez que podían leer, es probable que en Ámsterdam (y quizá en otras grandes ciudades) el alfabetismo funcional alcanzara los niveles del sueco. Aunque un folleto inglés de 1649 se preguntaba con mordacidad «¿quién mira los libros de texto una vez que ha dejado de ir a la escuela?», durante el siglo XVII surgieron géneros literarios expresamente orientados a informar a los alfabetos funcionales[51].

Para los semialfabetizados, el medio más habitual era el pasquín o pliego, una sola hoja de papel impreso que, parecida a la primera plana de un periódico actual, presentaba un «titular» sorprendente por encima de una viñeta con un texto explicativo al pie (que con frecuencia rimaba, lo cual facilitaba que lo siguieran lectores y oyentes). Para atraer a los compradores, los titulares siempre hacían hincapié en lo novedoso o lo dramático, mientras que los dibujos tenían un carácter tan ingenuo como ambiguo. A partir de 1606, el impresor Nicolas Oudot, de Troyes (una localidad de provincias francesa), utilizó esas mismas técnicas para producir folletos de ocho o dieciséis páginas, que despachaban por muy poco dinero vendedores ambulantes. La mayoría de esos pliegos de cordel (*chapbooks*) eran obras pías (sobre todo vidas de santos), daban cuenta de acontecimientos recientes (mayormente crímenes y castigos), hacían pronósticos (almanaques) y contenían relatos (en su mayoría románticos o fantasiosos) y chistes (casi siempre obscenos). Otros pliegos de cordel ofrecían consejos prácticos: instrucciones para hacer juegos o indicaciones sobre cómo escribir una carta, triunfar en el amor y en la vida o mantenerse sano. La mayoría de las obras impresas de Oudot y sus herederos estaban en letra grande, llevaban un dibujo impactante en la portada (parecido al de los pasquines), tenían capítulos cortos y numerosas ilustraciones. Algunos títulos alcanzaron incluso tiradas de 100 000 ejemplares. Aunque hasta la Fronda la censura impidió que Oudot (y otros impresores franceses) lanzaran obras de contenido político, en palabras de un cronista: «Los pocos libros que tienen gran difusión entre el pueblo llano lo atraen como el maná». En consecuencia, los pliegos de cordel tuvieron un papel esencial en la creación de un amplio público lector para las polémicas políticas producidas a mediados del siglo XVII. Y también la propaganda oficial[52].

Francia no tuvo ningún periódico hasta 1631, cuando comenzó a aparecer la *Gazette*, semanario de carácter oficial. Aunque el gobierno cribaba escrupulosamente sus contenidos, la provisión de «buenas noticias» de la *Gazette* avivó el apetito de información política de los lectores, sobre todo cuando la censura se vino abajo en 1649; algunos días no menos de doce nuevos opúsculos se ponían a la venta en las calles de París (*véase figura 24*). Eran tantas las invectivas que se publicaban contra el cardenal Mazarino (de ahí su nombre, mazarinadas), que jocosamente un crítico aseguró al cardenal que «se han escrito más improperios contra vos que contra todos los tiranos de Roma». Las 5000 mazarinadas que nos han llegado llenan más de 50 000 páginas impresas[53].

Este primer intento de movilizar a la opinión pública francesa acabó con la caída de la Fronda en 1653, pero otro dio comienzo casi de inmediato cuando el papa condenó las cinco «proposiciones» supuestamente encontradas en los escritos de Cornelio Jansenio (*véase capítulo 10*), cuyo énfasis en el ascetismo y la devoción le había granjeado muchos seguidores. Cuatro años después, uno de ellos comenzó a publicar una serie de *Cartas provinciales*, que, supuestamente enviadas por un parisino a un amigo del campo, se mofaban de los enemigos de los jansenistas. Blaise Pascal, autor de esas epístolas tan perversamente irónicas, se dirigía abiertamente al gran público y en 1656 podía decir: «Todo el mundo las ve, las entiende y las aprueba. No sólo las estiman los teólogos, sino también los seglares, y son entendibles hasta para las mugeres [sic]». Del impacto de las *Cartas*… puede dar cuenta el hecho de que Luis XIV ordenara que se hicieran trizas y quemaran todos sus ejemplares[54].

El primer periódico impreso en español, el semanario oficial *La Gaçeta Nueva*, no comenzó a aparecer hasta 1661, pero, al igual que en Francia, el hecho de que no mencionara nada negativo creó un «vacío de credibilidad», que multitud de expertos llenaban reuniendo avisos manuscritos con ideas relativas a «la

otra España», en la que había magnicidios y asaltos a mano armada; sodomía, violaciones y promiscuidad sexual; descontento político, derrotas militares y, finalmente, rebeliones. La discreción seguía siendo algo aconsejable, porque a varios de los que criticaron políticas oficiales en las calles o tabernas no se los volvió a ver; pero había boletines manuscritos anónimos que escapaban a la censura y que también aparecían de manera casi instantánea. Algunos eran obra de licenciados sin trabajo, que, llevados por la demanda, reproducían unas pocas páginas, casi como una fotocopiadora actual, mientras que otros salían de la pluma de especialistas que, en una sola noche, podían incluso reproducir de memoria un texto complejo (como una obra teatral[55]).

Cuando la situación de la Monarquía hispana se iba deteriorando, el historiógrafo oficial José Pellicer de Ossau y Tovar creó una lista de distribución clandestina, utilizando a un equipo de escribanos para enviar avisos a otros eruditos de la Península. Todos ellos recibían un núcleo común de noticias, además de artículos de interés local, y a vuelta de correo Pellicer esperaba recibir informes completos que saciaran la que él mismo denominaba su «sed de saber», para pasárselos a otros corresponsales en su siguiente boletín. Los avisos no dejaban dudas sobre los peligros a los que se enfrentaba la Corona española. El 12 de junio de 1640, Pellicer transmitió las primeras noticias de la revuelta de Barcelona (ocurrida una semana antes), bajo el siguiente encabezamiento: «Trágicos serán cassi los más de los Avisos de oy i, sobre trájicos, extraordinarios, quales apenas no ha visto la Monarchía de España ni muchas de las Antiguas[56]».

Al igual que en Francia, grandes cambios tuvieron lugar cuando la rebelión puso fin a la censura. La producción de opúsculos en Cataluña, que entre 1620 y 1634 alcanzó una media de tres al año y de trece entre 1635 y 1639, se disparó hasta alcanzar los setenta en 1641, reflejando así la decisión del régimen rebelde de gastar el 5 por ciento del total de su presupuesto de guerra en

imprimir y distribuir propaganda «para informar a los catalanes, hombres o mujeres, viejos y jóvenes, de la verdadera situación actual, para que puedan distinguir entre la verdad y las mentiras». Los impresores catalanes publicaron en la década de 1640 más que en ningún otro momento anterior y, hasta mediados del siglo XIX, más que en ninguna década posterior[57]. Situaciones muy parecidas se vivieron en Portugal, donde se dio un salto espectacular: se pasó de dos publicaciones en 1640 a 133 en 1641, y las ochocientas obras portuguesas publicadas durante la guerra con España (1640-1668) superaron al total de las producidas durante el resto del siglo. Por otra parte, los portugueses publicaron una gaceta propia (primer periódico aparecido en lengua lusa), siguiendo el modelo de su antecesora francesa y, como otros regímenes rebeldes, utilizaron la imprenta para mantener a los residentes en el extranjero al tanto de sus aspiraciones y logros. También se publicaron muchos opúsculos catalanes y portugueses en Francia y la República holandesa, en ocasiones traducidos; en Alemania circularon una docena o más de justificaciones de ambas rebeliones, a veces traducidas al alemán[58].

La abolición de la censura en Inglaterra tuvo una influencia todavía más espectacular en la capacidad de difusión de la «plaga de la revolución» mediante la palabra impresa. En 1641 se asistió a la publicación de más de 2000 obras en Inglaterra, más que nunca hasta ese momento, y en 1642 ese número se multiplicó por dos, arrojando una cifra anual que no se repetiría hasta el siglo XVIII (*véase figura 26*). Hacía tiempo que los lectores residentes en provincias con interés en informarse podían pagar a corresponsales en Londres (con un método similar al utilizado por Pellicer en Madrid) para que les enviaran semanalmente informes manuscritos sobre la evolución política: la costumbre llegó a tal punto que el marqués de Newcastle, tutor de Carlos II, creía que esos redactores de noticias profesionales habían causado un daño inmenso a la causa regia, «porque en una carta [uno] podría

ser más atrevido». Mientras que en la década de 1630 los que deseaban recibir noticias de Londres tenían que pagar veinte libras esterlinas al año, a cambio quizá de una carta manuscrita a la semana, una década después un penique podía comprar las miles de palabras de las noticias impresas, y en tanto que en 1639 sólo se publicó un folleto de actualidad en Inglaterra, y sólo tres en 1641, en 1642 había más de sesenta publicaciones regulares y periódicos, y setenta en 1648, con lo que se alcanzó la cifra anual más elevada de todo el siglo XVII. Según un cálculo reciente, más de veintitrés folletos de actualidad impresos en los primeros seis meses de 1654 contenían casi 900 000 palabras, y entre 1642 y 1660 las prensas inglesas produjeron más de 7000 publicaciones de ese tipo. Cada entrega contenía noticias extranjeras y nacionales, dando cuenta entre otras cosas de sermones y discursos, recogidos taquigráficamente por los primeros «reporteros» pagados de la historia, y cada periódico era «fiel a un partido» (el del rey o el del Parlamento), lo cual daba un toque característico a su manera de informar. El marqués de Newcastle aconsejó a Carlos II que también prohibiera esas publicaciones, porque «caldean en exceso a vuestro pueblo y causan mucho daño a Su Majestad [...]. Cualquier hombre es ahora un estadista y lo es únicamente por las gacetas semanales de aquí y del extranjero». Lo mismo pensaba un escocés que visitó Inglaterra en 1657: «En los últimos tiempos —escribía— *se han impreso y publicado más libros buenos y malos en la lengua inglesa que en todas las lenguas vulgares de Europa*[59]».

¿Una «esfera pública» en China?

Del mismo modo que en el siglo XVII ningún otro Estado se politizó más que Inglaterra, en ninguno como en China tanta gente participó en agitaciones políticas. Un número inusitado de súbditos imperiales, de una amplia gama de procedencias sociales, informó y difundió noticias por todo el Imperio, tanto de viva voz como de forma impresa. Según Timothy Brook, «a fi-

nales de la época Ming, había más libros disponibles y más gente que los leía y los poseía que en ninguna otra época histórica anterior, en ningún otro lugar del mundo» y, partiendo de un riguroso estudio de las fuentes existentes, Lynn Struve ha señalado que «quizá, durante toda la época imperial, la vehemencia expresiva de las masas chinas por escrito nunca fuera tan grande como a comienzos y mediados del siglo XVII». Esa «vehemencia expresiva» reflejaba la misma combinación de factores que se dio en la Europa de la misma época: un público lector de una magnitud nunca vista, una inusitada cantidad de obras de lectura y entornos para debatirlas igualmente inusitados[60].

Al igual que en Europa, la acrecentada esfera pública china reflejaba que durante los siglos XVI y XVII se había registrado una «revolución educativa», pero, en este caso, con una infraestructura muy diferente. Como el chino no es una lengua alfabética en la que todas las palabras se compongan de un número de caracteres relativamente pequeño, hasta alguien que sepa someramente leer y escribir (un alfabeto funcional) precisa conocer varios miles de caracteres, cada uno compuesto de varios trazos realizados en un determinado orden desde el extremo superior izquierdo al inferior derecho. No encontramos un equivalente chino de Thomas Tryon, que aprendió a leer sin instrucción formal alguna, ni de Oliver Sansom, quien, después de sólo cuatro meses de escuela, podía leer «con bastante facilidad» un capítulo de una obra compleja, por no hablar de Elizabeth Angier, que «a los seis años [podía] anotar fragmentos del sermón en la capilla[61]». No obstante, a finales del período Ming, en China abundaban las escuelas. A comienzos del siglo XVII, un estudio de quinientos distritos chinos puso de manifiesto que había casi 4000: un cuarto en las ciudades y el resto en el campo. En algunas zonas las escuelas eran tan numerosas que, según un nomenclátor de la provincia de Zhejiang, «hoy en día hasta a los más pobres les daría vergüenza no poder instruir a sus hijos varones en los

clásicos. Desde los comerciantes a los agentes del gobierno, muy pocos son los que no pueden leer o puntuar». Algo que corroboraba un jesuita que recorrió las zonas rurales de Fujian en la década de 1620:

> Las escuelas en número son muchísimas, no habrá aldehuela de veinte o cuarenta casas que no tenga su escuela, ni de población calle que en ella no se hallen algunas escuelas. Casi a cada paso las topábamos y oíamos el aprender en tono de los niños; es fuerza sean muchas en número, supuesta la multiplicidad de muchachos y el no tener a cargo un maestro más de doce o quince muchachos en su escuela[62].

Se diría que la revolución educativa china respondió a dos estímulos diferentes. Por una parte, algunos de los eruditos confucianos que insistían en la necesidad de la introspección y la intuición creían que «cualquiera podía acceder a la sabiduría» y que en las vidas de «hombres y mujeres ignorantes» podía encontrarse el principio moral. En consecuencia, eran partidarios de la educación para todos. Por otra parte, otros eruditos eran partidarios del sistema educativo en el que los muchachos aprendían a memorizar y reproducir exactamente el canon clásico en materia de ética e historia, necesario para ir superando una serie de exámenes, con todas las ventajas sociales y económicas que comportaba ese éxito (*véanse capítulos 5 y 18*). Normalmente, para culminar ese proceso eran necesarios varios años de clases que, prolongándose entre el alba y el crepúsculo con una breve parada para comer, ocupaban todo el año (salvo dos semanas en Año Nuevo y unas pocas fiestas), porque el canon exigido para aprobar hasta el examen de *shengyuan* incluía la memorización de 400 000 caracteres, algunos de ellos arcaicos o crípticos. Aunque algunos superdotados lograban esa hazaña con quince años y la mayoría antes de los veinte, muchos otros estudiantes abandonaban. No obstante, como hasta los que se retiraban adquirían *ciertas* capacidades lectoras, el número de alfabetos funcionales chinos de mediados del siglo XVII superaba con mucho el millón de personas y puede que incluso los cinco millones. Dicho de otro modo, qui-

zá el 20 por ciento de la población masculina adulta del período Ming final contara con formación avanzada[63].

La existencia de esta enorme cantidad de lectores potenciales alentó una rápida expansión de la imprenta. En la década de 1630, en Nankín había 38 empresas que hacían o vendían libros, en Suzhou, 37, y otras 25 en Hangzhou (todas en Jiangnan), mientras que en Pekín había trece más. Aunque algunas se especializaron en producir unos pocos artículos de gran calidad en los que la caligrafía era casi tan importante como el contenido, otros se centraron en un «estilo artesano» más sencillo que, al reducir el número de caracteres utilizados, reducía costes. El efecto acumulado fue notable: de las 830 obras que se imprimieron y pusieron a la venta en Nankín durante la época Ming (1368-1645), más de 750 aparecieron después de 1573. Parece que la producción de otros centros se incrementó a un ritmo similar: a comienzos del siglo XVII los impresores de Suzhou daban trabajo a 650 xilógrafos[64].

Los impresores chinos tenían tres ventajas sobre sus colegas europeos. En primer lugar, mientras que en la Europa de la Edad Moderna se escribía en más de cincuenta lenguas, todos los súbditos del emperador chino utilizaban la misma grafía (aunque hablaran muchos idiomas distintos), así que un libro publicado en cualquier parte de China podían comprarlo y leerlo millones de personas, es decir, había un mercado mucho más grande que el que tenía cualquier impresor europeo. En segundo lugar, el desarrollo de papel barato para impresión hecho a partir de bambú, no de fibras textiles, reducía considerablemente los costes. Para terminar, el uso de planchas de madera talladas (xilografía) suponía que los libreros chinos podían producir obras ilustradas sin tener siquiera una imprenta o cierta cantidad de tipos: dos elementos esenciales para los impresores europeos que utilizaban tipos móviles que comportaban una gran inversión de capital. Además, los chinos podían imprimir únicamente los ejemplares

que demandara el mercado en cada momento, guardando las planchas para utilizarlas en el futuro y, una vez agotada la primera edición, era fácil producir más partiendo de las planchas existentes, sin necesidad de recomponer el texto (como ocurría con los tipos móviles[65]).

Todos esos factores dieron lugar a una singular «cultura *sheng-yuan*» a finales de la China Ming, compuesta por sátiras y poemas, diccionarios y colecciones de textos famosos, libros «prácticos» (sobre cómo escribir cartas o curar enfermedades) y recopilaciones de exámenes aprobados. Por primera vez en la historia china, hombres de rango inferior a la clase funcionarial accedían a la cultura libresca, creando así una «esfera pública» nunca vista: entre los autores figuraban mercaderes (que publicaban tanto poesía como manuales comerciales) y plebeyos (que editaban obras de ficción). Algunos de esos textos se convirtieron en éxitos de venta (sobre todo los manuales para preparar exámenes) y a un europeo que residió durante mucho tiempo en China le maravillaba «el número increíblemente grande de libros que circulan aquí y los precios a los que se venden, ridículamente bajos». Ciertos bibliófilos de Jiangnan tenían colecciones de hasta 10 000 volúmenes, algunos con ilustraciones en blanco y negro o en color, porque, como se lamentaba un editor en 1625, algunos libros «simplemente no se venden sin ilustraciones. Así que yo también sigo la moda e incluyo esas ilustraciones para vuestro regocijo. Como se suele decir: "No se puede nadar contra corriente"[66]».

Los últimos emperadores de la dinastía Ming también recurrieron a la imprenta de una forma nunca vista hasta entonces. No sólo publicaron innumerables carteles de difusión pública, pasquines diarios conocidos como *dibao* (convertidos más tarde en la *Gaceta de Pekín*), destinados a informar a los funcionarios de los edictos y decretos imperiales, anunciar ascensos y descensos de categoría, e informar de asuntos nacionales y extranjeros.

Con todo, siguieron abundando los ejemplares manuscritos, porque los funcionarios regionales contrataban escribanos en la capital —en muchos casos, sin duda examinandos que no habían aprobado—, para hacer y enviar copias de avisos de la *Gaceta* relevantes para ellos. Algunos tenían una oficina de información permanente con escribanos que copiaban noticias extraoficiales y también oficiales. Los mercaderes publicaban versiones de los *dibao* para su venta, añadiendo con frecuencia noticias y cotilleos locales a los pronunciamientos oficiales, y también había empresarios de la información que reunían fragmentos de la *Gaceta* y de otras fuentes para ponerlos a la venta. La eficacia de esta red queda patente en las memorias del pequeño funcionario Yao Tinglin, residente en una pequeña localidad de Jiangnan. Un día de 1644, él y «otros hombres de su familia se encontraban bebiendo cuando un amigo entró en el local precipitadamente y presa del pánico, sosteniendo una "gacetilla"», es decir, un pliego de noticias extraoficial, «que decía que hacía diez días que las tropas del rebelde Li Zicheng habían ocupado Pekín y que el emperador Chongzhen se había suicidado». Un día después, la *Gaceta de Pekín*, de carácter oficial, confirmaba la noticia[67].

En una ocasión, Yu Shenxing, importante ministro en Pekín, se quejó de las noticias falsas que difundían «los empresarios de las oficinas de información que, buscando los más nimios beneficios, no se paran a pensar en cuestiones de emergencia nacional». Como muchos políticos de épocas posteriores disgustados con los periodistas, se preguntaba: «¿Por qué no los prohíben rotundamente?»[68] Pero aunque Yu se hubiera impuesto, clausurar las oficinas de noticias no habría impedido la difusión de información, verdadera o falsa, porque se extendía rápidamente de viva voz, gracias a la excelente infraestructura de comunicaciones de la China Ming. Quienes viajaban por la amplia red de carreteras encontraban postas generales que, situadas (en teoría) a no más de cuarenta kilómetros de distancia unas de otras, unían todas las

capitales de provincia y la prefectura, además de postas de correos que (también en teoría) jalonaban a intervalos de 6,5 kilómetros las carreteras de cada distrito. El código legal de la dinastía Ming dictaba crueles castigos para quien retrasara la entrega de correspondencia: veinte latigazos para un correo que llegara un día tarde o para el empleado de una estafeta que se retrasara tres cuartos de hora (la mayor severidad de este castigo reflejaba el hecho de que los estafeteros debían cubrir distancias mucho más cortas que los correos).

Esa impresionante infraestructura, que fomentaba las relaciones sociales a todos los niveles, permitió que decenas de miles de estudiantes se trasladaran a hacer exámenes en capitales de prefectura y provinciales y (quienes hubieran aprobado en los anteriores), también a la capital del Imperio. También facilitaba los viajes de miles de funcionarios del gobierno que tenían que desplazarse a cubrir puestos en lugares lejanos, y de otros cientos enviados a realizar labores de inspección por todo el Imperio, por no hablar de los mercaderes ambulantes (que en algunos casos también debían pasar largas temporadas de viaje), de los buhoneros que acarreaban su mercancía de un mercado a otro, dentro de su zona, o de los refugiados que esperaban encontrar mejores condiciones de vida en otro lugar. En palabras del jesuita francés Louis Le Comte, que recorrió miles de kilómetros por el Imperio Qing en la década de 1680, «toda China está en movimiento: por los caminos, las carreteras y los ríos, y por los litorales de las provincias costeras se ve a enjambres de viajeros». Toda esa gente quería saber qué ocurría en su hogar y, fuera cual fuera su posición social o su lugar de destino, los viajeros difundían noticias del «mundo exterior» para entretener a quienes los alojaban y a los que encontraban por el camino, mientras que sus sirvientes también intercambiaban noticias en los humildes albergues en los que hacían noche[69].

En la década de 1620, la persecución de los antiguos alumnos de Donglin por parte de Wei Zhongxian y la posterior caída de éste (*véase capítulo 5*), nos proporcionan una temprana instantánea del desarrollo de esta naciente «esfera pública». Muchos intelectuales escribían cartas privadas dando cuenta de cómo evolucionaba la situación, algo que, junto a los edictos difundidos por los correos y el servicio postal, suscitaba el interés público en toda China. Impresores con iniciativa editaban recopilaciones de relatos personales y documentos oficiales para satisfacer el interés de los lectores en lo que ocurría y sus orígenes; mientras que los amotinados de Suzhou, tan cruelmente castigados por su apoyo a los «mártires de Donglin» (*véase capítulo 18*), se convirtieron en héroes de obras dramáticas y de literatura popular, incluidas cuatro novelas históricas. El autor de una de ellas aseguraba a los lectores que había trabajado en esa obra durante tres años y que «mi libro se basa en lo que he leído y escuchado», y eso incluía una minuciosa revisión de un montón de ejemplares de la *Gaceta de Pekín*, «de más de tres metros de alto», así como de «varias docenas de documentos oficiales y relatos no oficiales[70]».

Según el historiador John Dardess, «es probable que en la larga historia de China no haya ningún acontecimiento anterior al caso Donglin para cuya recomposición actual dispongamos de tantos materiales de archivo», pero sólo una generación después, los supervivientes de la violenta transición entre los Ming y los Qing escribieron todavía más memorias, de las cuales nos han quedado casi doscientas. A ese respecto, Grace Fong ha señalado que Jiangnan (en el curso bajo del Yangtsé) produjo «un corpus de fuentes históricas proporcionalmente mayor» que ninguna otra zona, lo cual refleja la mayor densidad de hombres y mujeres instruidos que habitaba el «entramado cultural y económico del Imperio Ming» y que, antes de morir (muchos de ellos por voluntad propia), quisieron dejar testimonio escrito de lo que habían visto y sufrido. Lynn Struve calcula que el volumen de

documentos relativos a la agitación política de mediados del siglo XVII «en su condición de singular efusión dentro de la historia cultural china, no fue superado hasta finales del siglo XX[71]».

Esta conjunción de insólita difusión de la información sobre los problemas corrientes a los que se enfrentaba China y del número sin par de lectores permitió a hombres y mujeres de todas las regiones situar en un marco más amplio su propia experiencia de la adversidad y desarrollar soluciones globales. Es probable que Huang Zongxi, un erudito cuyo padre había sido un mártir de Donglin, exagerara al afirmar en 1676 que en algunas zonas de China «encontramos labradores arrendatarios, recolectores de leña, alfareros, ladrilleros, albañiles y hombres de otros humildes oficios asistiendo a conferencias públicas y recitando a los clásicos», pero, pese a todo, varios millones de súbditos imperiales adoptaron un papel activo durante la transición de la dinastía Ming a la Qing. El Estado más antiguo del mundo nunca había visto algo así, y ésta es una de las razones de que la transición se cobrara tantas vidas y fuera tan prolongada[72].

¿Una «esfera pública» en otros lugares?

Aunque el islam es una «religión del Libro» y aunque el árabe es una lengua alfabética, durante el siglo XVII pocas zonas del extenso mundo islámico asistieron a la aparición de algo que pudiera parecerse a una «esfera pública». Según un misionero francés, «los negros» de África occidental «no escriben: salvo los morabitos [jefes sufíes] y algunos grandes señores, nadie sabe leer ni escribir». Es más, según un mercader francés que vivió en Senegal en la década de 1670, «casi nadie, salvo los que quieren ser morabitos, estudia», y ni siquiera ellos, añadía desdeñoso, «aprenden otra cosa que no sea leer y escribir. No se dedican a ninguna materia erudita[73]». Parece probable que muchas otras zonas del mundo islámico se parecieran a Senegal y que la alfabe-

tización se circunscribiera al clero y que sólo tuviera que ver con enseñanzas religiosas.

La India, por el contrario, contaba con una nutrida población alfabetizada y con una rica cultura literaria. En el Imperio mogol un ejército de escribanos «copiaba y producía cientos de miles de manuscritos», tanto en persa como en las diversas lenguas del subcontinente, y algunos de ellos hablaban del arte de gobernar y de política; pero sus lectores y, por tanto, su impacto en la vida política del Estado más rico de la Tierra, siguen sin conocerse. Sin embargo, en el sur de la India «los registros cotidianos no se escribían sobre papel, sino que se grababan en hojas de palma, creando manuscritos que, para sobrevivir, debían copiarse de nuevo cada siglo». En consecuencia, la mayoría de los documentos tamiles de esa época que nos han quedado son poemas, ya que sólo estos textos se consideraban dignos de ser conservados de manera permanente. Para terminar, en los Estados hindúes, los intelectuales consideraban insignificantes la mayoría de los acontecimientos, así que pocos escritos dejaban constancia de lo que ocurría[74].

Muy distinta era la vida intelectual del Imperio otomano. El docto funcionario Kâtib Çelebi (1609-1657), que leía obras tanto en árabe como en algunas lenguas occidentales (gracias a la ayuda de un francés convertido al islam), logró por fin realizar una lista de «los miles y miles de volúmenes de las bibliotecas que he examinado personalmente, y de los libros que, en flujo constante, durante veinte años los libreros no han dejado de proporcionarme». Su bibliografía contenía casi 15 000 títulos. Aunque los sultanes no permitían la impresión de obras en árabe, aún conservamos más de veinte ejemplares manuscritos de la bibliografía de Kâtib Çelebi, lo cual sugiere un generalizado interés en la adquisición de conocimientos[75]. Mucho más difícil resulta evaluar la influencia real de estas obras. Por ejemplo, Kâtib Çelebi no hizo ningún esfuerzo por difundir el penetrante análisis de

los problemas a los que se enfrentaba el Estado otomano que redactó en 1653. «Dado que sabía que mis conclusiones serían difíciles de aplicar —escribió—, no me tomé más trabajo en ello». Se limitó a esperar que «un sultán de algún tiempo futuro lo descubriera» (*véase capítulo 7*).

Entre sus súbditos, el sultán otomano sólo permitía a dos grupos utilizar las imprentas: a los cristianos ortodoxos y a los judíos. En 1627 el patriarca Cirilo Lukaris de Constantinopla (nacido súbdito veneciano en Creta y educado en la Universidad de Padua) importó de Inglaterra una imprenta con caracteres griegos, en la que, con ayuda de dos protestantes, imprimió obras de patrística. Pero los celosos católicos residentes en la capital otomana convencieron al sultán del carácter sedicioso de esa empresa y a los pocos meses éste clausuraba la imprenta (para después apartar a Lukaris de su cargo y ahogarlo[76]). Después de esto, sólo quedaron las prensas de judíos de Estambul y Tesalónica, que producían obras hebreas en fascículos (no el libro íntegro), lo cual permitía a los autores recibir comentarios que podían abordar en entregas posteriores. Estas obras impresas se distribuían en sinagogas durante el sabbat, se depositaban en bibliotecas (algunas públicas) y se enviaban a destacados eruditos (que en algunos casos hacían a su vez copias para que las utilizaran sus alumnos), lo cual garantizaba una rápida y amplia difusión de las noticias y las ideas. En la década de 1650, la comunidad judía del puerto anatolio de Esmirna (Izmir), a la que había pertenecido Sabbatai Zevi, comenzó a imprimir obras no sólo en hebreo, sino en español, entre ellas una nueva edición del influyente texto de Menasseh ben Israel *Esperança de Israel*[77].

Al igual que en China, dentro del Imperio otomano los viajeros desempeñaron un gran papel en la difusión de noticias e ideas. El gobierno central trató de asegurarse de que sus principales funcionarios fueran alternándose en sus puestos, para que no «echaran raíces» en ningún sitio, y aunque ese sistema no

siempre logró sus propósitos, miles de gestores, jueces y soldados de alto rango viajaban de un lugar a otro a intervalos regulares. La carrera de Evliya Çelebi (1611-1680) constituye un interesante ejemplo. Después de prepararse para el funcionariado en Estambul, registró minuciosamente todo lo relativo a sus misiones en África, Asia y Europa en campañas militares y misiones de carácter económico, fiscal y diplomático, durante las cuales conoció y se relacionó con miles de personas. Sus relatos acabaron llenando diez volúmenes[78]. Muchos otros musulmanes viajaron por el Imperio para estudiar con afamados maestros. Por ejemplo, el jeque Niyāzī al-Mīşri (1618-1694), nacido en una pequeña localidad de Anatolia, se trasladó a una población vecina dotada de muchas madrazas para estudiar el Corán, antes de emigrar a El Cairo (cuyo nombre popular en esa época, *Misr*, adoptó). Niyāzī al-Mīşri vivió durante tres años en la ciudad, asistiendo a clases en la «universidad» aneja a la mezquita de Al-Azhar, alojándose en una residencia sufí: tanto allí como en los numerosos mercados y cafetines de El Cairo conoció y se relacionó con eruditos de todo el mundo musulmán. Después deambuló por Anatolia occidental y los Balcanes, y acabó teniendo seguidores propios que acudían a estudiar con él. En la década de 1640 partió al exilio, primero en la isla de Rodas y después en Lesbos, tras sugerir que Ibrahim, todos sus hijos varones y sus principales ministros eran «judíos», una mácula que (de ser cierta) los incapacitaba para gobernar a musulmanes, y de proponer la sustitución de la «corrompida» casa de Osmán por janes de Crimea. Sin embargo, a pesar de su exilio, Al-Mīşri contaba con muchos seguidores que leían copias de sus escritos y que a su muerte constituyeron una pequeña hermandad sufí[79]. Aunque Niyāzī al-Mīşri nunca viajó a La Meca, muchos otros sí lo hicieron, porque el islam espera que todos los varones musulmanes hagan ese peregrinaje (*haj*) por lo menos una vez en la vida. De camino, así como en su destino, los peregrinos conocían a gentes

de otros lugares con experiencias, capacidades e información distinta a la suya, expandiendo así sus horizontes mentales.

La historia de otros dos movimientos religiosos, los *kadizadelis* y los sabateos [seguidores de Sabbatai Zevi], demuestra lo lejos y lo rápido que podían viajar las noticias y las ideas en el mundo musulmán de mediados del siglo XVII. Los discípulos de Kadizade Mehmed difundieron sus enseñanzas por todo el Imperio otomano. Cuando Evliya Çelebi visitó una remota localidad de Anatolia oriental en la década de 1650, vio cómo un soldado del gobierno, que se decía seguidor de los *kadizadelis*, destruía un manuscrito persa hermosamente ilustrado porque contenía imágenes de seres humanos, algo que, en su opinión, iba en contra de las enseñanzas del profeta Mahoma. Entre los numerosos soldados otomanos destacados en Egipto también había discípulos de Kadizade. Todavía en 1711, mucho después de que el movimiento se hubiera esfumado de la capital, un grupo de soldados de Anatolia que acababa de leer el tratado que constituía la piedra angular de los *kadizadelis* hizo estragos en El Cairo, desfigurando las tumbas de fanáticos religiosos locales y atacando a la élite religiosa de la ciudad[80].

Más sorprendente resulta la velocidad con la que las noticias de la meteórica carrera de Sabbatai Zevi se difundieron dentro del Imperio otomano y fuera de él, tanto porque el judaísmo no era el credo oficial de ningún Estado como porque la mayoría de los rabinos y muchos funcionarios otomanos consideraban que Zevi era un fraude *(véase capítulo 7)*. Con todo, seis meses después de que en mayo de 1665 Nathan de Gaza lo proclamara el Mesías, la noticia se había difundido por todas las comunidades hebreas del norte de África, es decir, de El Cairo a Salé, localidad de la costa atlántica marroquí. También llegó a Estambul y de allí a las comunidades judías de los Balcanes, Hungría, Moldavia y Crimea; en tanto que las imprentas judías de la capital otomana publicaban dos volúmenes de rezos escritos por Nathan, uno

para uso nocturno y otro «traído de la tierra de Zevi [Palestina], concebido para ser dicho durante el día[81]». En cuanto Sabbatai anunció en diciembre de 1665 que tenía intención de viajar a Estambul para plantar cara al sultán, miles de judíos «de Polonia, Crimea, Persia y Jerusalén, así como de Turquía y las tierras de los francos» se concentraron en la capital otomana y allí estaban para recibirlo a su llegada dos meses después[82]. La fama de Sabbatai llegó incluso a América: comunidades judías de las islas del Caribe manifestaron interés por él, y en Boston, Massachusetts, Increase Mather pronunció varios sermones que llamaban la atención sobre las «constantes noticias» recibidas «de que grandes multitudes de israelitas iban camino de Jerusalén desde diversos lugares extranjeros[83]».

Esta rápida difusión del mensaje de Sabbatai por cuatro continentes no sólo ponía de manifiesto el interés que suscitaba su figura en una época de tendencias milenaristas, tanto dentro del judaísmo como del cristianismo, también la impresionante red de «conectores» que ponían en relación las comunidades hebreas del Mediterráneo oriental con el resto del mundo. El propio Sabbatai había vivido en muchas ciudades del Imperio otomano antes de 1665, en tanto que su padre había trabajado para los mercaderes ingleses de Esmirna, y su esposa, nacida en Polonia, había residido en Ámsterdam, Venecia, Livorno y también Egipto. Tanto Nathan de Gaza como cada uno de los demás rabinos que entraron a formar parte del entorno de Sabbatai contaban con una amplia red de contactos, a los que abrumaron con cartas y, más tarde, visitas personales destinadas a corroborar las afirmaciones del Mesías. Por otra parte, mercaderes y diplomáticos occidentales residentes en el Imperio otomano escribieron pormenorizados informes para sus superiores, difundiendo las noticias por la costa atlántica europea hasta llegar a Hamburgo, donde los rabinos incluyeron en sus oraciones una bendición de Sabbatai. En sólo dieciocho meses, éste y su red de «conectores» ha-

bían convertido las proclamas de un oscuro erudito judío de Hebrón en un movimiento mundial, al que sólo puso fin la noticia de su apostasía en septiembre de 1666[84].

El dominio de unos pocos

A pesar de la existencia de amplias redes, nuevas y viejas, para «correr la voz» sobre acontecimientos importantes, la mayoría de ellos partieron de un grupo muy reducido de individuos, que tenían un papel desproporcionado en «poner el mundo patas arriba» (por usar una expresión muy en boga en la Inglaterra revolucionaria). Así, en 1640 un contemporáneo que contempló a los *segadors* causar estragos en las calles de Barcelona supuso que el núcleo principal de éstos no debía de superar las quinientas personas. Al año siguiente, lord Maguire planeó tomar Dublín con menos de doscientos hombres (algo que menos de cuarenta oficiales ingleses consiguieron en 1659), y en torno al mismo número posibilitó a *sir* Phelim O'Neill la ocupación de casi todos los bastiones del Úlster. En 1647, Masaniello comenzó su andadura con no más de treinta *ragazzi*, muchos de ellos adolescentes, cuando convirtió en revolución la polémica por el impuesto de la fruta; mientras que Giuseppe d'Alesi contaba con otros doce conspiradores cuando se hizo con el control de Palermo. Uno y otro consolidaron su autoridad con menos de quinientos «hombres y muchachos[85]». Al año siguiente, Bogdan Jmelnytsky inició su revuelta cosaca con no más de 250 seguidores; los hombres «con el rostro embadurnado para no ser reconocidos» que destruyeron los registros públicos en la localidad andaluza de Lucena también eran quinientos e, igualmente, el gurú y líder sij Hargobind no dirigía a más de «quinientos jóvenes». Hasta las más exitosas revoluciones podían contar con la participación de un número sorprendentemente escaso de actores. En 1640, el golpe de Estado registrado en Lisboa, una ciudad de 175 000 habitantes, gracias al cual Portugal recuperó definitivamente la independencia, contó como mucho con el respaldo de cuarenta

nobles y unos cien seguidores; mientras que, veinte años después, George Monck entró en Londres, una ciudad que quizá tuviera 250 000 habitantes, con menos de 6000 soldados exhaustos, después de una caminata invernal de casi seiscientos kilómetros desde la frontera escocesa. Con todo, ese contingente bastó para poner fin definitivamente al experimento republicano británico.

La explicación de tal asimetría —hasta qué punto «las cosas pequeñas marcan una gran diferencia»— radica en razones contingentes y sobre todo en la oportunidad de las acciones. En palabras de un frustrado pero perspicaz diplomático francés destacado en Londres durante la guerra civil inglesa, «aquí la situación cambia con tanta rapidez que uno ya no calcula el tiempo en meses o semanas, sino en horas e incluso en minutos[86]». Lo mismo podía decirse de otros lugares. En Irlanda, la rebelión católica cobró un impulso irrefrenable cuando la noche del 22 al 23 de octubre de 1641 los O'Neill y sus aliados convencieron a los alcaides de media docena de fuertes del Úlster de que los dejaran entrar, sólo pocas horas antes de que se recibiera una advertencia desde Dublín. Seis años después, el duque de Arcos perdió el control de los acontecimientos en Nápoles durante los pocos minutos que Masaniello y sus «muchachos» tardaron en ganarse a la festiva multitud de la Piazza del Mercato. En todos esos casos, el gobierno dispuso de muchos más recursos hasta el momento en que se llegó al «punto de inflexión», pero su incapacidad para utilizarlos a tiempo resultó fatal, porque las nuevas redes de información propagaron la «plaga» de las ideas revolucionarias, del mismo modo que, un siglo después, la incapacidad de las patrullas británicas para impedir el recorrido de Paul Revere le permitió difundir el «virus» que daría comienzo a la guerra de la Independencia de Estados Unidos.

Quinta parte
Más allá de la Crisis[1]

En gran medida, las agitaciones políticas, sociales y económicas conocidas como Crisis General cesaron en la década de 1680, pero el enfriamiento mundial se prolongó durante una generación más. Las temperaturas medias entre 1687 y 1700 se situaron 1,5 °C por debajo de las de la década anterior, y en la región de París la *temperatura media* mensual cayó por debajo de cero en ocho ocasiones entre 1691 y 1697: un fenómeno que no se ha vuelto a producir. Durante la década de 1690 se asistió al período más extremadamente frío de cuantos constan en los registros europeos de series largas de temperaturas, lo cual ha hecho que los climatólogos califiquen esa década de «clímax de la Pequeña Edad de Hielo[2]». Aunque esas oscilaciones puedan parecer pequeñas, en realidad fueron enormes, sobre todo en un período tan corto, ya que cada cambio de 0,1 °C adelanta o retrasa en un día la maduración de los cultivos. El enfriamiento global de la década de 1690 pospuso las cosechas una media de dos semanas en las zonas templadas y mucho más en las regiones subboreales. En ese mismo período, las temperaturas marinas en torno al archipiélago de Orkney y Escandinavia fueron 5 °C más bajas que las de la actualidad. En junio de 1695, después del que quizá fuera el peor invierno en quinientos años, nevó en una localidad tan meridional como Lwów (Lviv o Leópolis) y una serie de frescos veranos causó una generalizada pérdida de cosechas.

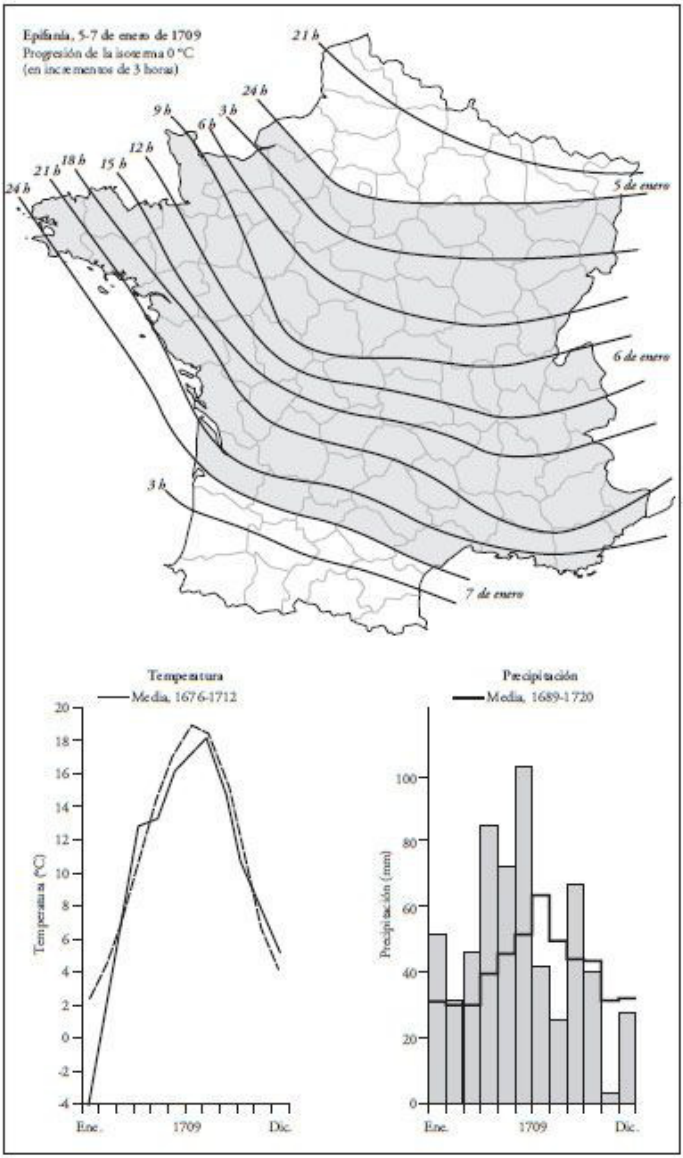
Posteriormente, después de unos años más cálidos, entre 1708 y 1709, Europa sufrió lo que los supervivientes llamaron el «Gran Invierno». La noche del 5 al 6 de enero de 1709 la temperatura en París cayó de 9 °C a –9 °C, manteniéndose muy por debajo de los cero grados durante casi tres semanas; sobre la localidad de Saintes, situada en la costa atlántica francesa, cayeron sesenta centímetros de nieve; en el litoral mediterráneo galo las temperaturas se desplomaron hasta alcanzar –11 °C, y en Venecia los ricos esquiaban sobre la laguna. Enero de 1709 fue el mes más frío de los registrados en quinientos años. Aunque las tem-

peraturas subieron en febrero, volvieron a caer justo cuando los cereales de invierno empezaban a germinar, lo cual acabó con ellos. El precio del grano alcanzó el punto máximo de todo el Antiguo Régimen (*figura 36*[3]).

Las causas subyacentes de este enfriamiento global siguieron siendo las mismas. Los astrónomos continuaron sin ver prácticamente manchas solares. La frecuencia de los episodios del *Niño* aumentó (1687-1688, 1692, 1694-1695 y 1697). La actividad volcánica alcanzó su punto culminante entre 1693 y 1694 (con grandes erupciones en Serua, Indonesia; Hekla, Islandia, y Komagatake, Japón, todas ellas con un índice de explosividad volcánica [IEV] de 4; y en el Vesubio y en el Etna, Italia, ambas con un IEV de 3), y de nuevo entre 1707-1708 (cuando se produjeron por lo menos diez grandes erupciones, entre ellas la del Vesubio y la de Santorini, ambas con un IEV de 3, y la del monte Fuji, con un IEV de 5, que quizá despidiera ochocientos metros cúbicos de ceniza volcánica, de la cual parte cayó en Edo, situada a cien kilómetros de distancia). Las temperaturas descendieron en todo el hemisferio norte[4].

Como de costumbre, los fenómenos naturales extremos causaron generalizados sufrimientos a los seres humanos. En el otoño de 1690 las tropas otomanas destacadas en los Balcanes sufrieron «nieve, lluvia y heladas. La nieve, al estar más alta que el pecho de los caballos, enfangaba las carreteras y la infantería ya no podía avanzar; muchos animales morían y los oficiales tenían que ir a pie». Todo el mundo padeció una gran «escasez de provisiones» y las «penurias y sufrimientos que soportaron eran absolutamente inauditas». En China, una gran sequía produjo una enorme hambruna entre 1691 y 1692, en tanto que en Nueva España, en esos mismos años, granizadas, una plaga de langostas y lluvias torrenciales seguidas de sequías y heladas tempranas destruyeron dos cosechas de maíz consecutivas y dieron comienzo a otra dilatada sequía que se prolongó hasta 1696. Al otro la-

do del Atlántico, en Finlandia, unas 500 000 personas perecieron durante los años de hambre de 1694, 1695 y 1696, e hicieron falta seis décadas para que la población del país se recuperara[5]. En Francia, el hielo invernal y las lluvias estivales de 1693-1694 ocasionaron sufrimientos «desconocidos para la memoria del hombre» y «sin parangón en los siglos pasados», y entre 1691 y 1701 el cambio climático acabó con más de un millón de personas, una mortandad que, como ha señalado Emmanuel Le Roy-Ladurie, iguala la de Francia durante la Gran Guerra, pero que en el primer caso se cernió sobre una población de sólo 20 millones (no 40 millones). Otros 600 000 hombres y mujeres franceses murieron durante el Gran Invierno. Además, los que sobrevivieron a esas hambrunas vieron su crecimiento atrofiado de por vida, ya que su altura media sólo llegó a 1,617 metros, de las más reducidas registradas nunca entre los franceses[6].



36. El Gran Invierno de 1708-1709. Numerosas personas en toda Francia dejaron constancia del momento en que la lluvia se convirtió en nieve y el agua en hielo en la Epifanía (el Día de Reyes) de 1709. Su atención reflejaba no sólo el rápido progreso de la ola de aire siberiano que recorrió Europa desde Flandes hasta el Mediterráneo (uno de los últimos «episodios climáticos extremos» de la Pequeña Edad de Hielo), sino también un aumento de la conciencia sobre el cambio climático y los peligros que planteaba. Además de vivir los meses más fríos registrados en los últimos quinientos años, el verano de 1709 fue anormalmente húmedo.

Al igual que a mediados del siglo XVII, esos episodios de adversidad climática tuvieron lugar en tiempo de guerra. Las hostilidades que estallaron entre Luis XIV de Francia y sus enemigos convulsionaron Europa occidental entre 1689 y 1697, y de nuevo entre 1702 y 1713; la Gran Guerra del Norte entre Carlos XII de Suecia y sus enemigos afectó a gran parte de Europa oriental entre 1700 y 1721; en la década de 1690 el emperador chino Kangxi, de la dinastía Qing, dirigió ejércitos enormes para conquistar el Asia interior, en tanto que el emperador mogol Aurangzeb organizó sin cesar campañas contra los marathas y sus aliados en el centro de la India. Todas estas guerras ocasionaron importantes subidas de impuestos y una sistemática devastación.

En consecuencia, resulta asombroso que aunque el persistente enfriamiento global ocasionara penalidades y sufrimientos de una magnitud parecida a la de las décadas de 1640 y 1650, no fuera acompañado de similares agitaciones sociales y políticas: es decir, el clímax de la Pequeña Edad de Hielo no coincidió con el de la Crisis General. Hay que reconocer que en varias ciudades de Nueva España, entre ellas la capital virreinal, y en algunas capitales regionales del Imperio otomano estallaron «tumultos» populares; mientras que en Francia la hambruna de 1709, posterior al Gran Invierno, provocó casi trescientos motines contra el pago de impuestos y todavía más revueltas del pan. Hasta en París las turbas saquearon las panaderías y apedrearon a la guardia de la ciudad. Pero ninguna de esas perturbaciones suscitó la participación de la «gente que está deseando que se produzca un cambio» —los aristócratas, los intelectuales y los sacerdotes alienados que en la generación anterior habían desafiado y en ocasiones derrocado gobiernos— y el malestar de 1709 no tuvo parangón hasta 1789. No hubo más Frondas. Ya no se daba la «sinergia fatal[7]».

En su rompedor estudio «The General Crisis of the 17th century» [«La Crisis General del siglo XVII»], de 1959, Hugh TrevorRoper se sirvió de una extravagante metáfora para describir el impacto de las revoluciones a mediados del siglo XVII. Según escribió con posterioridad: «Intelectual, política, moralmente, nos encontramos en una nueva era, un nuevo clima. Es como si una serie de lluvias hubiera culminado en una gran tormenta final que limpió el aire y cambió, permanentemente, la temperatura de Europa». Los capítulos de la segunda parte avalaban estas afirmaciones en lo tocante a Francia, España, Gran Bretaña, Alemania y sus vecinos, estableciendo paralelismos relativos a la «temperatura» con ciertas zonas no europeas (China, Rusia, Polonia y el Imperio otomano). En los capítulos de la tercera parte hemos dicho que el Japón Tokugawa, la Italia española, la India mogola y sus vecinos, así como algunas partes de África y de América, lograron evitar una «aparatosa tormenta» final, pero sin dejar de sufrir por ello una desagradable «serie de aguaceros».

La metáfora de Trevor-Roper no hace del todo justicia a la magnitud del cambio. Lo más importante fue que esas «series de aguaceros» vinieron con frecuencia acompañadas de una mortalidad masiva, de manera que en la década de 1680 había mucha menos gente viva —en muchas regiones, muchísima menos— que en la de 1640. En China, el Imperio otomano, Rusia y gran parte de Europa, guerras prolongadas, y también hambrunas y enfermedades, ocasionaron la muerte de cientos de miles de hombres, mujeres y niños, en tanto que decenas, cuando no cientos de miles de personas, morían en la hambruna registrada en la región india de Gujarat entre 1630 y 1632 y en la hambruna japonesa de Kan'ei entre 1641 y 1643. En consecuencia, quizá el rasgo más relevante de la «nueva era» detectada por Trevor-Roper después de mediados de siglo fuera uno que él pasó por alto: *muchísimos menos seres humanos se enfrentaron al riesgo de hambruna en la década de 1690 que en las de 1640 y 1650*. La demanda de

alimentos ya no superaba tan flagrantemente la provisión local de éstos.

Con todo, la despoblación no puede explicar por sí sola la falta de agitaciones políticas durante el «clímax de la Pequeña Edad de Hielo». Como nos recuerda Christof Mauch, los desastres suelen producir un *efecto ave fénix*: los supervivientes de una crisis suelen salir de ella mejor preparados para enfrentarse a cualquiera de sus secuelas. Las catástrofes «han mejorado la preparación frente a situaciones de emergencia, alentando los avances tecnológicos; también han reducido la vulnerabilidad de los seres humanos, tanto en la fase de aparición de las catástrofes naturales como durante la recuperación posterior»: fenómeno éste al que en ocasiones se denomina «destrucción creadora[8]». Quienes superaron con vida la época de mediados del siglo XVII desarrollaron una amplia gama de «estrategias de supervivencia». Algunas participaban del escapismo, como entregarse a actividades que embotaban los sentidos en medio del horror circundante (*véase capítulo 20*). Otras eran innovadoras: limitar la propagación de la peste mediante cuarentenas y la de la viruela mediante la vacunación; plantar especies nuevas, más resistentes al cambio climático; reconstruir las ciudades con ladrillos y piedra para reducir el riesgo de incendios catastróficos, y crear compañías que aseguraran contra el fuego (*véase capítulo 21*). Por otra parte, también había otras que recurrían a nuevas formas de conocimiento «práctico» o «científico», con la esperanza no sólo de reparar el daño causado por las catástrofes pasadas sino de reducir el impacto de las futuras: un legado de la Crisis Global que ayudó a sentar las bases de la gran divergencia entre Occidente y el resto del mundo (*véase capítulo 22*).

20

Cómo escapar a la Crisis

Alejándose de todo

Muchos de los que vivieron en el siglo XVII reaccionaron ante unas adversidades y unas inquietudes que no podían ni explicarse ni evitar de forma muy parecida a sus descendientes de hoy en día: algunos se suicidaron, otros buscaron el consejo de un terapeuta o un clérigo, en tanto que otros encontraron solaz en algún pasatiempo absorbente. Esas tres categorías son difíciles de documentar, porque dejaron poco rastro en las fuentes que nos han llegado. Algunos de los suicidas aparecieron posteriormente en documentos judiciales (como las conclusiones de los jurados reunidos por los forenses de Inglaterra) o en crónicas (como *Mingmo zhonglie jishi, [Verdadera historia de la extrema lealtad a los últimos Ming]*, que rendía homenaje a más de mil hombres y mujeres chinos que se suicidaron para no tener que obedecer a los conquistadores Qing). Unos pocos dejaron notas explicativas, como las desesperadas mujeres de la élite china que, antes de quitarse la vida, nos legaron el *tibishi*, «poemas escritos en las paredes», o como el soldado de fortuna escocés Patrick Gordon, que «sin preocuparse de sí mismo» al regresar a su campo, herido después de intentar rescatar a su capitán en combate, fue reprendido por haber roto filas. Esto «le irritó hasta tal punto» que, con «desesperada decisión» entró «a caballo en el campo que había entre» los dos ejércitos «en busca de la muerte [...], blandiendo mi pistola por encima de la cabeza [para] provocar a cualquiera a intercambiar tiros». Tuvo la suerte de sobrevivir a esta misión suicida con sólo algunas heridas superficiales[1].

Quienes ante la adversidad buscaron el consejo de médicos, terapeutas y clérigos dejaron todavía menos rastros documentales, que con frecuencia quedaron en los crípticos archivos de

aquéllos a quienes consultaron. Así, durante la década de 1640, los médicos del primer hospital militar del mundo, el instalado en Malinas, en los Países Bajos españoles, comenzaron a descubrir una nueva dolencia entre los soldados. La llamaron «mal del corazón» y parece que era una especie de síndrome de estrés postraumático que incapacitaba a los hombres para el servicio de armas. Otra diagnosis probablemente referida a la misma dolencia era la de «estar roto» y quienes sufrían esa «rotura», al igual que los aquejados del mal de corazón, también se consideraban no aptos para el servicio y eran enviados a casa[2]. Al otro lado del canal de la Mancha, unas cuarenta personas al mes consultaban sobre su futuro a William Lilly, el astrólogo más famoso de Inglaterra. La mayoría eran mujeres que querían saber si estaban embarazadas, si debían salir de viaje, si el hombre al que amaban estaba en Francia o Inglaterra, cuánto viviría su marido y quién moriría antes, ella o él, si tenían enemigos y, lo más sencillo de todo, qué clase de vida tendría ella. A cada paciente, Lilly le hacía su horóscopo, en el que fundamentaba su respuesta, antes de anotar en sus registros todos los pormenores[3]. El contemporáneo de Lilly, Richard Napier, un párroco rural inglés que se hizo famoso en todo el país como «terapeuta» (por utilizar el vocabulario actual), llenó 15 000 folios con sus notas sobre las consultas de unos 40 000 pacientes. Consideró que más de 2000 estaban «atribulados» y más de 150 tenían tendencias «suicidas». El doble de mujeres que hombres buscó su ayuda en relación con problemas psicológicos y más o menos la mitad de ellas decía sufrir ansiedades relacionadas con el noviazgo, el matrimonio y la crianza de los hijos. Un cuarto había perdido recientemente a un ser querido y la mayoría de los «pacientes atribulados» también mencionaba problemas económicos, principalmente a causa de las deudas (algo nada extraño teniendo en cuenta los difíciles tiempos que vivían). Un tercio de esos «atribulados» pacientes tenía entre veinte y treinta años, mientras que uno de cada doce

era mayor de sesenta (estas dos cohortes de edad comprendían, respectivamente, un cuarto y un quinto del conjunto de la población), y los sirvientes eran, con mucho, la categoría laboral más representada[4].

Richard Napier determinó que muchos de sus pacientes atribulados sufrían «melancolía» o «depresión clínica» y la misma diagnosis se observa en los registros médicos de Theodore Turquet de Mayerne, el médico más famoso (y el mejor pagado) de la Europa de su tiempo. Entre sus clientes estuvo Oliver Cromwell, futuro lord protector, a quien en 1628 Turquet consideró enormemente deprimido (*valde melancholicus*), y la princesa Isabel, hija pequeña de Carlos I, sobre la que el médico escribió en 1650 que «después de la muerte de su padre cayó en un gran pesar, a consecuencia del cual se acrecentaron todas las demás dolencias que sufría». Isabel murió poco después[5].

Tanto Turquet como Cromwell habían leído *The anatomy of melancholy [La anatomía de la melancolía]*, un libro del académico oxoniense Robert Burton que se convirtió en un éxito de ventas a pesar de su enorme longitud (en su primera edición tenía más de 350 000 palabras, superando las 500 000 en las posteriores), según el cual la «melancolía» era «una enfermedad tan aguda, tan habitual» que «en nuestros maltrechos tiempos» pocos «escapan a su picadura». Diseccionó cuidadosamente la «*melancolía* que va y viene con cada pequeña ocasión de pesar, necesidad, enfermedad, agitación, miedo, dolor, pasión o perturbación del entendimiento, con cualquier forma de atención, descontento o pensamiento que cause angustia, pesadumbre e irritación del espíritu», llegando a la conclusión de que «de estas tendencias a la melancolía, ningún hombre está libre». El propio Burton no era una excepción. Confesó a sus lectores: «Escribo sobre la melancolía para ocuparme y no caer en ella» y, al igual que les ocurrió a varios pacientes de Napier, la dolencia acabó con él: en 1640 se ahorcó en las dependencias que ocupaba en su *college*[6].

Los enfermos de «melancolía» que no recibieran tratamiento podían poner en peligro a otras personas y también a sí mismos. Del oficial John Felton su hermano dijo que tenía «tendencia a la melancolía», en tanto que un antiguo vecino lo recordaba como «un hombre melancólico muy dado a la lectura de libros». En 1628, entre las lecturas de Felton estaba una «reconvención» denunciando al duque de Buckingham, valido de Carlos I. Después de darle vueltas durante varias semanas a las acusaciones que contenía, Felton decidió «convertirse en mártir por su país». A tal fin compró un cuchillo de cocina fabricado con el mejor acero de Sheffield y, una mañana, después del desayuno, se acercó sigilosamente al duque por detrás y, asestándole una única cuchillada, lo mató. Felton no tenía pensado escapar: dentro de su sombrero había dejado dos declaraciones justificando su acción, por si moría cometiéndola, y cuando, en medio de la confusión, tuvo la oportunidad de escapar, anunció: «He sido yo» (con lo que se aseguró, tal como seguramente había previsto, su propia detención, tortura y ejecución pública[7]).

Robert Burton incluyó al médico y filósofo musulmán Avicena en su abrumadora descarga de citas aprendidas, porque el *Canon de medicina* de éste contenía un apartado sobre la «melancolía» que producían el miedo, el infortunio y los afectos frustrados. Evidentemente, tal como se desprende del insólito relato que nos ha llegado de alguien que buscó el consejo profesional de un religioso, los contemporáneos musulmanes y judíos de Burton también conocían a Avicena y el concepto de melancolía (*h. uzn* en árabe), considerado una respuesta a la tensión extrema. Aunque la mayoría de las conversaciones individuales han caído para siempre en el secreto, en ocasiones, cuando los rabinos se topaban con asuntos morales espinosos buscaban la asistencia escrita de sus doctos colegas, dejando así rastros en papel. Durante la Pequeña Edad de Hielo se planteó un caso relacionado con la melancolía cuando un devoto judío sefardí llegó a Egipto en ca-

lidad de funcionario fiscal de un nuevo gobernador provincial, habiendo dejado en Estambul a su esposa. «Desde el día en que llegó —señalaban los rabinos locales— sufrió varias terribles enfermedades, de modo que se estaba desmoronando». Al principio el hombre consultó a los médicos judíos y después, cuando éstos le dieron por imposible, a uno cristiano que diagnosticó inmediatamente su problema: «La enfermedad se había convertido en *melancolía*» porque el «semen [del hombre] se había acumulado y creado un absceso en su cuerpo, y los vapores se le estaban subiendo a la cabeza y llegándole al corazón». El médico pronosticó que si el funcionario «seguía así, sin descargar, la enfermedad acabaría con él». La doctrina judía rechazaba de plano la masturbación y el contrato de matrimonio del hombre prohibía expresamente la bigamia. Así que éste pidió consejo a los rabinos locales, que respondieron entrevistando ellos mismos a los médicos judíos y cristianos, para después realizar «nuestra propia y muy exhaustiva búsqueda en los libros de medicina para comprobar si realmente existe en el mundo una enfermedad como ésta». Al final descubrieron que el *Canon* de Avicena contenía una descripción que avalaba el diagnóstico: había que mantener relaciones sexuales. Después de concluir que, aunque hicieran venir a la esposa desde Estambul, la acumulación de semen podría matar al paciente antes de que ella llegara, los rabinos le permitieron romper el juramento matrimonial y tomar una segunda esposa para poder librarse de la melancolía eyaculando sin incurrir en el pecado de Onán[8].

Samuel Pepys no habría tenido ningún problema en este sentido, porque cometió ese pecado en múltiples ocasiones y en muchos lugares, entre ellos la Capilla Real durante el servicio de Nochebuena, hazaña ésta que registró en el diario que escribió durante nueve años. También dejó constancia de sus encuentros sexuales con más de cincuenta mujeres, varios de ellos en 1665, cuando la marcha de su esposa y sus criados de Londres para evi-

tar la gran peste le concedió una inusitada libertad para pecar. Mientras la enfermedad asolaba la capital, prácticamente desierta, y según los apuntes taquigráficos cifrados que hizo en su diario, Pepys besó y acarició a camareras de tabernas, acosó a doncellas en las iglesias y sobornó a la hija de un barquero para que lo masturbara mientras su padre lo llevaba en su barca por el Támesis. También cometió adulterio en repetidas ocasiones con su amante (y a veces con la hija de ésta), mientras que «junto a mí, por doquier, está la peste». El sexo llegó a entrar incluso en sus sueños. Mientras a su alrededor aumentaba la cifra de muertos, tuvo «el mejor [sueño] que nunca tuvo nadie, es decir, tenía en mis brazos a *lady* Castlemaine [la amante del rey] y se me permitía coquetear con ella cuanto quisiera[9]». En septiembre de 1665 escribió que «en esta triste época de la peste todo lo demás se ha concitado para mi felicidad y placer, más durante estos tres últimos meses que en toda mi vida anterior, y en tan poco tiempo. Que Dios lo prolongue». Evidentemente, el Creador escuchó a su promiscuo servidor, porque al final del año Pepys escribía: «Nunca he vivido con tanto contento (además de que nunca he tenido tanto [dinero]) como en esta época de peste[10]».

En otros lugares, la gente del siglo XVII también pecaba para no pensar en los desastres circundantes. En Alemania, el elector Maximiliano de Baviera denunció en 1636 la que consideraba «forma de vida frívola» (*leichtfertige Leben*), a la que se habían entregado sus súbditos durante «los últimos años de guerra». Concretaba que había «embarazos ilegítimos, sobre todo en el campo, entre campesinos solteros y otras gentes del común» y que «el abominable vicio del adulterio» se había convertido en algo «tan habitual como maldecir y blasfemar entre viejos y jóvenes de ambos sexos». Lo mismo pensaban regidores municipales y clérigos de los estados protestantes vecinos: «Todos los vicios, y sobre todo el de jurar, habían llegado a extremos inauditos a causa de la guerra», se lamentaba uno de ellos. «En lugar de hacer

más devoto al pueblo, la guerra lo ha hecho nueve veces peor», remachaba otro. En Japón, cuatro años después de asistir a la muerte de miles de personas en el catastrófico incendio de Edo que se registró en 1657, en la época Meireki, Asai Ryōi publicó sus *Cuentos del mundo flotante*, en los que instaba a sus lectores a vivir únicamente el momento y mantener la melancolía a raya «entonando canciones, bebiendo vino [...], entregados únicamente a flotar, flotar; sin preocuparnos un ápice del empobrecimiento que nos mira fijamente a la cara, negándonos al desaliento[11]».

En China, muchos intelectuales y funcionarios eruditos de la dinastía Ming huyeron del sufrimiento de formas menos extravagantes, haciéndose «monjes en una cantidad insólita en ninguna otra transición dinástica anterior». Algunos desarrollaron su vocación religiosa al ver que muchos ministros Ming se consideraban «apartados de los asuntos del gobierno, sintiéndose desesperados, fracasados, inútiles y culpables de su propia situación»; otros la sintieron después de que los Qing proclamaran sus edictos relativos a la tonsura y la indumentaria, porque los monjes budistas se rapaban por completo la cabeza y llevaban ropas tradicionales. En consecuencia, no se les podía obligar a dejarse crecer el pelo para llevar coleta ni a utilizar indumentaria manchú, con lo que también podían evitar mostrar un rechazo abierto hacia la nueva dinastía, opción ésta que solía conducir a la muerte (*véase capítulo 5*[12]). Algunos de esos refugiados se recluyeron en un monasterio, donde pasaron el resto de su vida; mientras que otros, sobre todo aquéllos a los que los Qing querían detener, iban deambulando de un refugio a otro. En este último grupo estaba Ye Shaoyuan, autor de una autobiografía en tres partes que describía los sufrimientos que había contemplado en Shanghái y sus alrededores durante la transición entre las dinastías Ming y Qing. En agosto de 1645, cuando «gran cantidad de enemigos se dirigían hacia el sur» y «se multiplicaban con rapidez las

órdenes de cortar el cabello», él y los cuatro hijos varones que le quedaban comenzaron su «viaje para ocultarnos como si fuéramos monjes» en las montañas que jalonan la frontera entre Jiangsu y Zhejiang. Durante los tres años siguientes Ye apuntó en su diario a qué personas conocía y lo que escuchaba, poniendo de manifiesto que las montañas que rodeaban su refugio estaban llenas de antiguos súbditos de los Ming disfrazados de eremitas y monjes. Se visitaban unos a otros e intercambiaban noticias, poemas y regalos; en una ocasión, Ye descubrió en una ceremonia clandestina a casi 150 «monjes[13]».

Otros miembros descontentos o desorientados de la élite *han* china siguieron el ejemplo de sus antecesores y crearon jardines sumamente cuidados en los que se refugiaron en busca de reclusión para escribir poemas, piezas dramáticas y obras en prosa. Otros cayeron en el fatalismo. Así, Yao Tinglin, un funcionario chino de rango inferior que residía cerca de Shanghái, tuvo la sensación en torno a 1645 de que con una nueva dinastía, nuevas normas de vestimenta y una nueva jerarquía social, había entrado en «otro mundo, sin posibilidad de recuperar el antiguo», y que también había «vuelto a nacer en un nuevo mundo»: es decir, su reacción era típica de alguien que padece estrés postraumático. Después de fracasar primero como mercader y después como labrador, en 1657 Yao accedió a un puesto de funcionario subalterno, pero tampoco tuvo éxito en esa empresa y acumuló deudas de gran cuantía. En 1667, al iniciar su cuarta década de vida, escribió en su diario: «Tengo la sensación de que la mayoría de estos cuarenta años han pasado en balde, de que, a pesar de sufrir penurias sin cuento, nada he logrado hasta ahora». Por lo tanto, al año siguiente abandonó su puesto oficial, volvió a su aldea natal y abrió una escuela. Durante las tres décadas de vida que le quedaban fue maestro[14].

Parecidas estrategias de evasión siguieron algunos europeos descontentos y desorientados. En Francia, el caos que ocasionó

la Fronda llevó a Robert Arnauld d'Andilly, destacado detractor de Mazarino que también cuidaba los jardines del monasterio de Port-Royal-des-Champs, cercano a París, a publicar un docto tratado sobre cómo cuidar árboles frutales, actividad que proporcionaba una forma de evadirse de los insolubles problemas políticos plantando, enderezando y podando árboles para sacarles el máximo partido: metáfora evidente de las pacíficas labores que reinstaurarían la prosperidad. En toda Europa, durante el siglo XVII, se asistió a la aparición del «jardín geométrico», que no sólo ofrecía un lugar apartado en el que evadirse, sino que permitía a quienes se sentían agotados o intimidados por la maligna fuerza de la naturaleza domar un pequeño microcosmos creando jardines de obsesiva estilización[15]. En Inglaterra, durante sus últimos tiempos de cautiverio, Carlos I también buscó distracción anotando su ejemplar de las obras de Shakespeare, para «mejorar» la expresión del Bardo, y escribió sus «pensamientos más imparciales, retocando los principales pasajes, los más notables o discutidos, durante mis últimas tribulaciones», intercalados con oraciones, y todo ello fue publicado póstumamente con el título de *Eikon basilike*. Poco después, uno de sus descorazonados partidarios, Izaak Walton, escribió una abierta invitación al escapismo: *The compleat angler, or the contemplative man's recreation [El perfecto pescador de caña o la distracción del hombre contemplativo],* una conversación entre un cazador, un halconero y un pescador respecto a los pasatiempos que permitían a los deprimidos escapar del agrietado mundo que los rodeaba. Publicado inicialmente en 1653, el libro ha tenido más de cuatrocientas ediciones[16].

Otros escapaban huyendo al extranjero para evitar ser víctimas de actos de violencia o venganza. Thomas Hobbes abandonó Inglaterra para instalarse en París en 1641, poco antes de la guerra civil inglesa, y no regresó hasta que estuvo clara la victoria del Parlamento (en su *Leviatán* había justificado el régimen que éste impuso, lo que le garantizó una pensión); tres años des-

pués se le unió el marqués de Newcastle, una vez aniquilado su ejército en Marston Moor; y muchos otros realistas siguieron sus mismos pasos. En su mayoría se quedaron en la Europa continental hasta la Restauración de 1660, cuando varios destacados republicanos británicos ocuparon su lugar. «Marte, sediento de sangre» obligó a muchos más hombres y mujeres a huir de Europa central. Algunos eran intelectuales en la cumbre de su creatividad (como el músico Heinrich Schütz, el poeta Martin Opitz, o el matemático y astrónomo Johannes Kepler); otros, gente de campo que no podía proteger a su familia, como el aldeano y zapatero Hans Heberle, que en treinta ocasiones tuvo que huir junto con los suyos a Ulm durante la guerra de los Treinta Años. Algunos partieron solos al exilio, como Hugo Grocio después de la ejecución de Van Oldenbarnevelt; otros se trasladaban en grupo, como los miles de *masanielli*, los rebeldes napolitanos alzados infructuosamente contra Felipe IV, que en 1648 se refugiaron en Roma, y los *malvizzi* de Mesina, que treinta años después huyeron a centenares hacia Francia en la flota que evacuó la guarnición de la ciudad[17].

La evasión era todavía más común en Europa oriental, donde los campesinos podían escapar del sufrimiento en su hogar uniéndose a los cosacos o (en el caso de los labradores rusos) a los tártaros del sur, cruzando los Urales hacia Siberia. Además, varios nobles polacos, transilvanos y austríacos adoptaron la «doble nacionalidad» para protegerse de posibles catástrofes. Hasta Vasile Lupu (Basil el Lobo), príncipe de Moldavia, obtuvo la «nacionalidad polaca» cuando su hija contrajo matrimonio con el hijo de Bogdan Jmelnytsky, con la clara intención de crear un santuario seguro en el caso de que sus súbditos lo expulsaran[18]. En China, muchos derrotados partidarios de los Ming huyeron también de situaciones descorazonadoras: miles de intelectuales que se negaron a servir a los Qing, pero sin llegar a desafiarlos abiertamente, o bien se refugiaron en áreas apartadas, o bien iban pe-

regrinando de casa en casa de colegas afines; en 1661, unos 60 000 leales a los Ming siguieron los pasos de su líder Coxinga hasta Taiwán, donde se resistieron al dominio Qing durante más de dos décadas.

La violencia de mediados del siglo también desalentó a algunos de los vencedores. *Sir* Thomas Fairfax, por ejemplo, recibió un estipendio de 19 000 libras, una gratificación en metálico de 10 000 y tierras que producían una renta anual de 4000 por sus cinco años de servicio como lord general del Nuevo Ejército Modelo, y su nombre había aparecido en los créditos de unos setecientos opúsculos cuando en 1650, a los treinta y ocho años, dimitió de su puesto para no tener que dirigir a sus tropas en un ataque preventivo contra Escocia. Se retiró a su hacienda de Yorkshire, donde escribió poemas de tono melancólico (*The recreation of my solitude [El recreo de mi soledad]*) y llenó 204 folios traduciendo, de su puño y letra, *Barlaam y Josafat*, una epopeya india cristianizada, cuyo punto culminante llega justo después de que el general Josafat «renunció a su grandeza y gloria temporales». En ese momento, su príncipe se burla de él, diciendo: «Fuiste el primero de mi Reino y el capitán de todos mis ejércitos —la traducción de Fairfax se apartaba del original para acercarla a su propia situación—, pero os habéis vuelto tan repugnante y despreciable, que hasta los niños se mofan de vos». Fairfax se mantuvo en su apartado retiro hasta su muerte en 1671[19].

Sentimientos similares afligieron al abanderado manchú Dzengšeo (miembro de uno de los ocho estandartes manchúes) cuando, de vuelta a su hogar después de una ardua, pero finalmente victoriosa campaña contra los Tres Feudatarios *(véase capítulo 5),* librada en su mayor parte en las montañas y la selva, con frecuencia bajo una lluvia torrencial, asistió a un episodio de «fuego amigo». La muerte de sus compañeros lo afectó enormemente y esa noche anotó en su diario: «Sentí un miedo interior y, para mantenerme a salvo, me dije que he participado durante

diez años en una campaña militar y no he perdido la vida en el combate». Pasado un mes, después de un desfile de la victoria ante el emperador, Dzengšeo se reunió por fin con su familia en Pekín, pero seguía sintiéndose desgraciado y a su diario le confesó: «Cuando vi a mis hijos y a mis hermanos menores no podía reconocerlos. Al mirarlos, las casas y los cálidos lechos de la capital me parecieron todavía más extraños, y de repente fue como si viviera un sueño confuso y nebuloso. Cuanto más pensaba en ello, más me maravillaba de una situación en la que parecía haber vuelto a nacer» (una vez más, una reacción clásica del estrés postraumático). Dzengšeo era un alto mando militar, quizá equivalente a teniente coronel, normalmente lo atendían siete u ocho sirvientes, y su familia había adquirido un prestigioso palacete en la capital china, pero, después de los horrores que había visto, ni la riqueza ni la victoria le trajeron la paz[20].

Sólo nos ha llegado el diario de la última parte de la campaña de Dzengšeo, así que es posible que las partes desaparecidas reflejaran momentos de intensa satisfacción en medio del abatimiento general, como los de Peter Hagendorf, un soldado católico de a pie durante la guerra de los Treinta Años. Él también dedicó gran parte de las hojas de su diario a quejarse de las interminables caminatas (recorrió más de 22 000 kilómetros en menos de treinta años), de la muerte de familiares (enterró a una esposa y a sus hijos) y de los momentos de peligro (su relato de lo ocurrido en Nördlingen finalizaba con una sarta de improperios: «Idiota, mentecato, estúpido, arpía», etc.), pero también daba cuenta de momentos en los que él y sus compañeros «se tumbaban en el cuartel a engullir y emborracharse. Era estupendo». Lo mejor de todo (para él) es que en dos ocasiones, después de tomar por asalto una ciudad, «me agencié como botín una bella moza». En ambos casos sólo la soltó cuando su regimiento emprendió de nuevo la marcha. Uno de los adversarios de Hagendorf, el escocés

calvinista Robert Monro, recordaba con igual cariño el otoño de 1631, cuando cruzó Alemania al mando de su regimiento:

> Esta marcha fue tan provechosa como agradable a la vista. [Así que] vemos que los soldados no siempre pasan tan malos ratos como se suele pensar, porque a veces, en su lento avance a través de tierras feraces y agradables campiñas, gozan de tanta abundancia como variedad de placeres, sin peligro o miedo alguno, y su marcha parece más un paseo regio que una guerra, al estar en una tierra espléndida, como era ésta, rebosante de todo menos de paz.

Pero posteriormente la fortuna de Monro cambio. Vio cómo morían muchos de sus compañeros; su regimiento fue disuelto y, en 1646, al mando del ejército escocés en el Úlster, fue aplastado por sus enemigos católicos, lo cual le llevó a la conclusión de que «el Señor de los Ejércitos, teniendo una disputa con nosotros, quiso restregarnos la vergüenza por el rostro». Dos años después, como muchos otros escoceses, aceptó luchar por el encarcelado Carlos I contra el Parlamento, pero fue ignominiosamente capturado «en el lecho con su dama» y encerrado en la torre de Londres durante cinco años. Cuando fue liberado, al igual que *sir* Thomas Fairfax, Monro se retiró a sus posesiones y en ellas se recluyó hasta su muerte[21].

Llevar la cuenta

Esas extremas fluctuaciones de la suerte llevaron a muchas personas del siglo XVII a dejar constancia íntima de sus actos. El protestante radical Hugh Peter, predicador de renombre tanto en Inglaterra como en Nueva Inglaterra, enseñaba a sus fieles que debían llevar un diario y «escribir [cada día] sus pecados a un lado y al otro las pequeñas mercedes de Dios». Nehemiah Wallington, un artesano londinense que escuchó esta exhortación (y dejó constancia de ella), se regocijaba de que «por la gracia de Dios yo ya la practico», y entre 1637 y 1654 llenó ocho volúmenes con sus «introspecciones» nocturnas sobre cuestiones públicas y privadas que, en su opinión, reflejaban «las pequeñas mercedes de Dios» con él y con aquellos que compartían su fe. En 1660, Samuel Pepys comenzó su famoso *Diario* para llevar al día

su evolución espiritual y contable, mientras que en 1622, en domingo de Pentecostés, Isaac Newton (entonces estudiante de diecinueve años en Cambridge) elaboró una lista con los 49 pecados que, según recordaba, había cometido hasta la fecha: la mayoría tenían que ver con alguna falta de respeto al día del Señor y con golpear a la gente (curiosamente, esos hombres tomaban sus notas en forma taquigráfica, sin duda «para ocultar pensamientos de los que sólo deseaban dejar constancia para su propia edificación»[22]). Una generación después, el reverendo Gervase Disney, no viendo necesidad de ocultar nada, anotaba en su diario en escritura normal las «mercedes» e infortunios de cada día. Por ejemplo, «tomé nota de la merced mostrada con mi esposa, que se vio privada del más penetrante dolor de muelas» y un día escribió con orgullo: «Que yo sepa, ningún pecado». Instó a su esposa a seguir su ejemplo. Debía «pasar bien los días de diario, cumpliendo sus deberes públicos y privados; llevar un diario exhaustivo de cualquier acción pecaminosa y cada noche reconocerlas con humildad», además de «apuntar cada día las mercedes de Dios» y «escribir los tratos de Dios con ella[23]».

Parecidas estrategias adoptaron devotos contemporáneos católicos de Wallington, Pepys, Newton y Disney. En Francia, alentados por los «directores espirituales» jansenistas, algunos llevaban un registro de sus buenas y malas acciones, de forma sorprendentemente parecida a la de los predicadores puritanos del otro lado del canal; en tanto que en España, un espíritu catastrofista llevó a muchos a escribir manuales de supervivencia personal. Así, el doctor y caballero sevillano Gaspar Caldera de Heredia escribió un diario titulado *Arancel político, defensa del honor y práctica de la vida de nuestro siglo*, lleno de reflexiones sobre las equivocaciones cometidas en su vida a causa de «la corrupción general que suele acarrear un grande Imperio, en cuyos movimientos necesita el que vive entre estos hombres ajustarse a su modo de vida[24]».

Entre los católicos del siglo XVII, otra reacción habitual ante la crisis fue la búsqueda de la intercesión de los santos, y cuantos más hubiera, mejor. Las diversas comunidades del Reino de Nápoles «eligieron» nuevos santos patrones, empezando por la propia capital, que tenía siete en 1600, pero más de doscientos un siglo después. En 1624 había ya tantos que apareció una guía especial, *Napoli sacra*, con una lista de todos los santuarios y sus reliquias, además de los poderes que se consideraba tenía cada uno. Durante la revolución napolitana de 1647-1648, miles de atribulados hombres y mujeres, conscientes de que quienes hubieran tomado una opción equivocada se enfrentarían a la detención y la ejecución, se precipitaron a su capilla preferida para rogar que les concedieran inspiración y protección. Turbados católicos también fundaron, refundaron o ampliaron centros de peregrinación dedicados a la Virgen María, hasta que en 1655 su número exigió la publicación de una exhaustiva guía, el *Atlas Marianus*, que en su edición ampliada de 1672 describía dónde estaban y qué «poderes» tenían los 1200 centros de peregrinación mariana (trescientos de ellos en Alemania, casi todos ellos fundados en el XVII[25]).

También en China, a finales del período Ming, muchos atribulados individuos volvieron la vista hacia la introspección y la autocrítica con la esperanza de evitar el desastre. Los *libros mayores de méritos y deméritos* (*Gongguoge: gong* significa «méritos», y *guo*, «faltas») proporcionaban un calendario, listo para utilizar, en el que cada propietario podía anotar buenas y malas acciones, sugiriendo la pertinente «puntuación» para cada una de ellas. También contaba con un espacio para ir haciendo un recuento de puntos. De este modo, alguien que diera dinero a los pobres y que, por ejemplo, obtuviera con ello cinco méritos, pero que también difundiera una calumnia sobre alguien, recibiendo treinta deméritos por ella, tendría que anotarse veinticinco puntos negativos. En este sentido, como ha señalado Cynthia Bro-

kaw, el «balance mensual [de cada persona] lo ayuda a calibrar su progreso moral y al final del año su puntuación indica si puede esperar que los dioses le concedan buena o mala fortuna en los años venideros[26]». Otros chinos instruidos iban escribiendo su autobiografía espiritual (los hombres, en prosa; las mujeres, con frecuencia en verso) o «registros de viajes» introspectivos (*youji*), en los que los autores hacían constar y revisaban sus actos y pensamientos cotidianos. En palabras de un destacado intelectual: «Conoce tus errores a diario, corrige a diario tus faltas». Como cabría esperar, los tres géneros de *escritura del yo* —libros mayores, autobiografías y relatos de viajes— proliferaron precisamente en las zonas de China que sufrieron las principales agitaciones económicas y sociales durante el siglo XVII: Jiangnan, Fujian y la provincia de Cantón[27].

La revolución psicoactiva

David Courtwright ha señalado que la «melancolía» imperante en el siglo XVII ocasionó la rápida difusión de seis sustancias que estimulaban o embotaban los sentidos, en un fenómeno que él denominó «revolución psicoactiva». El consumo de dos de ellas (el alcohol y el opio) ya era generalizado, pero el de las demás (café, té, chocolate y tabaco) era novedoso, y parece que algunas eran entonces más potentes que ahora. Courtwright señaló que el consumo de esos productos aumentó rápidamente porque ayudaban a la gente de la época a «sobrellevar unas vidas vividas al borde de lo invivible»: en suma, ayudaban a la gente «a la que no le venía mal un cigarro o una copa[28]».

Y desde luego, se las tomaban. En 1632 un enviado inglés ante el rey Cristian IV, entonces de cincuenta y cinco años, remilgadamente comentaba: «Así es la vida de ese rey: beber todo el día y acostarse cada noche con una prostituta». Algunos años después, uno de los consejeros de Cristian anotó en su diario lo que se bebía en la corte, haciendo una escala del nivel de embria-

guez, que se indicaba con una, dos o tres cruces. En una noche memorable, el diario apunta cuatro cruces, seguidas de la oración *Libera nos domine (Líbranos señor)*. Parece que cada año Cristian y su corte se pasaban el equivalente a un mes completamente borrachos[29]. Al otro lado del mar del Norte, los ingleses consumían más de seis millones de barriles de cerveza al año —más de medio litro por hombre, mujer o niño al día—, y unos nueve de vino por persona y año. En su *Diario*, Samuel Pepys dejó constancia de su visita a bastantes más de cien tabernas londinenses durante la década de 1660, en las que bebía tanto cerveza local como otras, más fuertes, producidas en otras partes de Inglaterra (gracias a que los fabricantes ingleses habían creado vidrio de embotellar más resistente). Pepys y sus contemporáneos también se relajaban en «casas de aguardiente» (otra invención del siglo XVII) para consumir ginebra holandesa, coñac francés, güisqui escocés e irlandés y ron inglés. Durante ese siglo, algunos católicos de la Europa continental también bebieron a veces con profusión. Según la sentencia del doctor Caldera en *Arancel político*…, «del vino sólo diré que más bajeles han naufragado en el vino que en el agua[30]».

En la corte mogola India también había bebedores de fondo. El consumo excesivo de alcohol se cobró la vida de uno de los tíos del emperador Jahangir, de sus dos hermanos varones y de un sobrino, y, en un determinado momento, el futuro emperador fue encarcelado por su propio padre para intentar que dejara la bebida. Sin embargo, Jahangir celebró el primer Año Nuevo después de su llegada al trono decretando que «cualquiera pudiera beber los alcoholes o estimulantes que quisiera sin prohibición ni impedimento alguno» y sus memorias aluden a las tradicionales fiestas nocturnas de los jueves, en las que él y sus cortesanos bebían en cantidades prodigiosas para disfrutar «aquí en la tierra de los goces futuros del paraíso». Un poeta cortesano escribió un ingenioso pareado en honor de su beodo señor: «Dos pares de la-

bios tengo, uno entregado al vino, otro para disculpar mis borracheras[31]». Jahangir también se entregaba a las drogas: de hecho, tenía un sirviente para ocuparse del vino y otro para el opio. Según una reveladora anotación en la autobiografía del emperador, mientras éste se afanaba por atrapar a un hijo rebelde, «al llegar el mediodía y arreciar el calor, me detuve un momento a la sombra de un árbol y dije [a un miembro de su séquito]: "Puesto que, a pesar de mi serenidad, aún no he tomado la dosis habitual de opio que debería haber tomado al comenzar el día, y nadie me lo ha recordado, imaginad en qué estado debe de encontrarse ese desgraciado" [su hijo]». Como ha señalado Lisa Balabanlilar, «al consumo sin remordimiento de drogas y de alcohol sólo con cierta vergüenza se alude constantemente en los escritos de Jahangir» e incluso al final de su vida, cuando la enfermedad le impedía tomar opio, «al que había sido aficionado durante cuarenta años», seguía disfrutando de unos pocos sorbos de vino[32].

Quienes visitaban otros Estados musulmanes también comentaban la cantidad ingente de opio y de alcohol que se consumía en siglo XVII. Según Paul Rycaut, residente durante mucho tiempo en el Imperio otomano, era normal que los súbditos del sultán estuvieran «borrachos o ebrios de aguardiente, opio o alguna sustancia estupefaciente», mientras que en Irán, aunque el sah «Abbás II prohibió en dos ocasiones el consumo de alcohol y cerró todas las tabernas, en otras épocas él y sus cortesanos se entregaban a prolongadas y fuertes borracheras». En 1666, año de la muerte del sah, su corte consumió 145 000 litros de vino de Shiraz. Además, según un viajero inglés, «el opio (extracto de adormidera) se consume con profusión» en Irán. En su opinión, era «bueno, si se toma con moderación; malo, no mortal, si se toma sin medida; la práctica torna en familiar lo que a nosotros nos mataría, de manera que su medicina es nuestro veneno. Muchos lo mascan, porque combate el catarro, la cobardía y la epilepsia, y fortalece (según dicen) a Venus». Apuntó que lo «usa-

ban» los soldados a punto de entrar en combate, los mensajeros que debían recorrer grandes distancias con rapidez y la gente corriente que quería evitar la fatiga, el aburrimiento y la tensión. Algunos lo tomaban en pastillas, otros como refresco y unos pocos atrevidos adictos se lo introducían en forma de supositorio. Según un visitante francés, sólo un persa de cada diez no consumía opio y, gracias a la cultura imperante en materia de drogas, no era insólito «encontrarse a individuos con alucinaciones en las calles, hablando con ángeles o riéndose de ellos». Sería fácil rechazar esas exageradas descripciones, achacándolas a un sesgo occidental, pero en la década de 1660 el mulá iraní Qummi decía que los sufíes «comen hachís para acelerar» el proceso de acercamiento a Dios y que se lo proporcionaban con liberalidad a sus discípulos. Qummi también señalaba que las drogas relacionadas con la forma de vida sufí atraían a muchos que carecían de una auténtica vocación, de manera que «cuando se les pregunta qué significa la santidad, dicen que significa ser soltero y no tener techo» (se diría que es ésta una formulación temprana de la apelación del doctor Timothy Leary a «colocarse, sintonizar y evadirse»[33]).

El consumo de café, té, chocolate y tabaco se incrementó de manera espectacular durante el siglo XVII. En el mundo musulmán, hacía tiempo que el café servía para dos cosas: como estimulante para mantener a fanáticos religiosos como los sufíes y los derviches mientras cantaban, bailaban y recitaban, y como lubrificante de la actividad social consumido en los cafés donde los hombres se reunían a charlar. Precisamente por esas razones, los regímenes otomano, mogol y safávida perseguían regularmente e incluso ejecutaban a sus consumidores, aunque está claro que sin contener la demanda (*véanse capítulos 6 y 13*). Los cafés se extendieron por la Europa cristiana algo después —a partir de 1645 en Venecia; en Oxford y Londres desde 1652; en París desde 1672—, pero después proliferaron con rapidez. En 1665 Lon-

dres tenía ya más de ochenta y en uno de ellos Samuel Pepys bebió té por primera vez: «Pedí una taza de té (una bebida de China) que nunca había probado», pero descubrió que la libra de ese producto costaba veinte veces más que la de café. El consumo de las dos bebidas siguió siendo escaso en el noroeste de Europa hasta que la costumbre de tomarlas con azúcar cobró fuerza en la década de 1680, lo cual llevó a una legión de poetas jesuitas a encomiar sus cualidades en ditirámbicos versos. Según Guillaume Massieu, quienes consumían café debían considerarse «benditos» porque «gracias a esta maravillosa bebida, uno salta de la cama y se precipita a realizar sus tareas, deseando que el sol pudiera salir antes». En concreto, Massieu opinaba que los predicadores «necesitan beber café porque ese líquido fortalece el cuerpo debilitado, insufla un renovado vigor, una nueva vida, a todas las acciones, y da más fuerza a la voz[34]».

Del chocolate se creía que tenía propiedades parecidas. En ocasiones, en el Londres de la década de 1660, Samuel Pepys disfrutaba de «una dosis matutina»; y en 1689, en Nápoles, Tommaso Strozzi (otro jesuita) llenó tres volúmenes con versos en latín en su honor: *Sobre la bebida de la mente, o la fabricación del chocolate* describía los orígenes americanos del cacao, la forma adecuada de prepararlo y sus cualidades terapéuticas, que (según decía) abarcan desde la curación de la diarrea (o el estreñimiento, dependiendo de la dosis), a la reducción de las fiebres, pasando por el estímulo del apetito sexual. En cierto momento, Strozzi reunía todos esos atributos en una notable anécdota sobre santa Rosa de Lima, recientemente canonizada, ante quien un día se había presentado un ángel con una bebida de cacao destinada a quitarle la fiebre. «Ávidamente [ella] sumerge la boca y toda el alma con los estigmas de su crucificado prometido y, sorbiendo con fuerza, adquiere las delicias y el espíritu vital del Altísimo[35]». El consumo de chocolate se extendió desde España a Francia durante la década de 1640, llegando a Inglaterra diez años después.

Todavía existe una de las muchas «chocolaterías» londinenses donde los hombres se reunían a debatir problemas del momento delante de una bebida caliente: se trata de White's Chocolate House que, abierta en 1693 por Francesco Bianco, un inmigrante italiano, hoy en día es White's, un club privado masculino. Sólo los hombres pueden acceder a él, pero ya no sirve chocolate en taza.

Un opúsculo inglés dedicado a las drogas databa la difusión del tabaco, el estimulante más popular y poderoso. Su primera edición, publicada en 1629, llevaba el título de *Wine, beere and ale, together by the eares [Vino y cervezas, a puñetazo limpio],* pero la segunda, del año siguiente, se titulaba *Wine, beere, ale and tobacco, contending for superiority [Vino, cervezas y tabaco: en pugna por la superioridad].* La fama que tenía el tabaco de profiláctico frente a la peste llevó a Samuel Pepys «a comprar un poco de picadura de tabaco para inhalar y mascar» durante la peste que asoló Londres, pero su contacto más reseñable con esa sustancia se produjo dos años después, cuando uno de los caballos que tiraba de su carruaje sufrió convulsiones y estuvo a punto de «caerse muerto», hasta que el cochero «le sopló algo de tabaco [humo] en la nariz; ante lo cual el caballo estornudó y poco a poco fue reponiéndose, tirando de nosotros el resto del camino». Cuando Pepys manifestó su sorpresa, el cochero observó flemáticamente: «Es normal». Evidentemente, el tabaco del siglo XVII tenía propiedades analgésicas y psicotrópicas más potentes que cualquiera de las mezclas hoy disponibles, porque no sólo resucitaba caballos medio muertos, sino que a los seres humanos también les aliviaba el dolor, los llevaba a estados de trance, y les quitaba el hambre y el frío. También actuaba como un estupefaciente. En la China de la década de 1620 el escritor Yao Lü describía cómo «puede achispar» y, tres décadas después, el poeta alemán Jakob Balde tituló su sátira sobre el consumo de tabaco *Die truckene Trunckenheit [Una ebriedad seca] (lámina 22)*[36].

Estas cualidades convirtieron el tabaco en refugio perfecto de los deprimidos, lo cual sin duda explica que su consumo se disparara a pesar de que en muchos países sus consumidores tuvieran que hacer frente al desaliento oficial y, en ocasiones, a severos castigos. En Inglaterra, ni la amenazante oda titulada *A counterblaste to tobacco [Enérgica respuesta al tabaco],* escrita por el rey Jacobo I, ni los enormes impuestos que gravaban a los recalcitrantes redujeron el consumo, sino que, más bien, la importación anual de tabaco desde las colonias americanas de Inglaterra pasó de treinta toneladas a comienzos de la década de 1620 a casi mil a finales de la de 1630, para llegar a más de 5000 al terminar el siglo. En China, el emperador Chongzhen probó con otros métodos. En 1639 prohibió el cultivo de tabaco, quizá esperando que sus súbditos economizaran, y decretó la ejecución de cualquiera al que se sorprendiera vendiéndolo en Pekín. Al año siguiente confirmó la pena de muerte para el primer infractor, pero poco después revocó su decisión, ya que los mandos militares decían que el tabaco permitía a los soldados soportar el frío, la humedad y el hambre. Un ensayista residente en Shandong apuntó lo rápido que la costumbre de fumar tabaco se había extendido durante el caos de la década de 1640 y, como Timothy Brook ha señalado, «los siglos XVII y XVIII nos han legado cientos de poemas sobre el tabaco». La élite de la China Qing no se avergonzaba de convertirse en «esclava del tabaco», porque, como dijo un escritor, ese producto permitía al fumador escapar de la realidad. De hecho, según decía otro, un auténtico caballero «no puede pasarse sin él, aunque sea por poco tiempo, y ni siquiera al final de su vida se cansa de él[37]».

En el Imperio otomano los puristas religiosos intentaron erradicar el tabaco precisamente por su carácter estimulante, algo, en consecuencia, prohibido por el Corán. Con todo, su consumo aumentó y también la mezcla de tabaco y opio conocida con el nombre de *barsh*, que se fumaba mucho en cafés y mercados. La

prohibición recurrente del hábito de fumar tuvo pocas consecuencias hasta que en 1633 el sultán Murad IV no sólo ilegalizó la producción, venta y consumo de tabaco, sino que ejecutó sin vacilar a quienes infringieran la norma *(véase capítulo 7)*. No obstante, al igual que en China, los soldados acabaron con el tabú: según Kâtib Çelebi, que ocupó un cargo burocrático durante las campañas de Murad en Irak, antes del fin de la prohibición, los soldados, hambrientos y cansados, fumaban en las letrinas para evitar ser detenidos. En 1691, a pesar de la continua oposición clerical, el sultán comenzó a gravar con impuestos lo que no podía impedir[38]. Para terminar, en Rusia, los fumadores del siglo XVII corrían graves riesgos. Rusia (al contrario que la India, Irán y China) no podía producir tabaco en su territorio, ni traerlo por poco dinero de una colonia (como Gran Bretaña): tenía que importarlo. Esta práctica no sólo preocupaba al gobierno, por la fuga de riqueza que producía, sino que también suscitaba las iras de la Iglesia ortodoxa, que condenaba todo lo que fuera «occidental». Al igual que en el Imperio otomano, comprar y vender tabaco se convirtió en un delito penado con la pena capital en 1633 (al año siguiente el viajero Adam Olearius vio cómo azotaban a ocho hombres y una mujer por venderlo), mientras que el código penal de 1649 (el *Ulozhenie*) contenía once artículos contra ese producto, incluyendo uno que refrendaba la aplicación de la pena capital como castigo para su posesión y venta. Sin embargo, a medida que avanzaba el siglo, en Rusia, al igual que en otros lugares, una irreprimible demanda condujo a un aumento del consumo[39].

Estalla la paz

Todas esas «estrategias» *individuales* de superación de la «melancolía» provocada por la crisis de mediados del siglo XVII surgieron al margen del Estado y, con frecuencia, a su pesar. Lo mismo podía decirse de varias «estrategias» *colectivas*. Unas y otras dependían de la reinstauración de la paz y de cierto clima de se-

guridad, en ocasiones después de décadas de guerra, y, como la nobleza rusa recordó al zar en 1653 cuando éste pidió su opinión sobre el posible ataque a la Mancomunidad Polaco-Lituana: «Es muy fácil desenvainar la espada, pero no tanto volver a envainarla cuando uno lo desea». Su súplica cayó en saco roto. Pocos meses después, el zar iniciaba una guerra que duraría trece años[40].

Salvo en Europa, las guerras del siglo XVII solían terminar cuando uno de sus protagonistas se imponía a sus rivales por la fuerza de las armas. Así, la «Edad de los Estados Belicosos» japonesa finalizó en junio de 1615 cuando los ejércitos de Tokugawa Ieyasu derrotaron a las fuerzas de los enemigos que aún le quedaban durante una serie de batallas registradas en torno al castillo de Osaka, que quemaron por completo, obligando a todos los líderes enemigos a suicidarse. A continuación, Ieyasu ordenó al emperador que proclamara una nueva época imperial, la de Genna, calificando su victoria de Armisticio de Genna (*Genna Enbu*). Igualmente, la Gran Empresa de los Qing sólo terminó cuando ejecutaron al último Ming aspirante al trono y obligaron a los últimos leales a los Ming a entregarse y afeitarse la frente. Por otra parte, la guerra civil entre los cuatro hijos varones del emperador mogol Sah Jahan no acabó hasta que Aurangzeb derrotó y ejecutó prácticamente a todos los varones emparentados con él[41]. En América, tanto las guerras entre europeos e indios como las que enfrentaron a diferentes grupos de indígenas solían terminar con la muerte de casi todos los hombres y la esclavitud del resto de los vencidos.

Por el contrario, en Europa, entre 1648 y 1661 varias guerras que habían asolado el continente durante una generación llegaron a su fin gracias a una serie de compromisos cuidadosamente negociados y al antibelicismo popular. La literatura occidental siempre ha mostrado un acendrado antibelicismo. En la década de 1620, un escritor francés observó que «por cada dos soldados enriquecidos por la guerra se encontrarán cincuenta que sólo su-

frieron heridas o enfermedades incurables» y, una década después, un noble danés, instruyendo a su hermano menor, que estaba a punto de ir a la guerra, citaba a Píndaro, poeta griego del siglo V a. C.:

> Piensa bien lo que buscas cuando te haces llamar soldado. Ten cuidado de que no te domine el vanidoso y mundano deseo de llevar ese nombre y de que el verte junto a los que gritan *dulce bellum, dulce bellum* [«dulce guerra, dulce guerra»] no te lleve a gritarlo junto a ellos. Que para ti no sea un gozo contemplar la sangre[42].

A medida que las guerras se prolongaban, arruinando vidas y posesiones, esos sentimientos se multiplicaban. Encabezando cada una de las dobles páginas de sus *Notas y meditaciones históricas*, en las que se ocupaba de las campañas de Carlos I, el artesano londinense Nehemiah Wallington escribió: *Of the bitternesse of warre and the miseries that war brings* [«Sobre la amargura de la guerra y los sufrimientos que trae»]. Un opúsculo inglés de 1642 advertía: «Nadie conoce los sufrimientos de la guerra más que aquellos que la ven», en tanto que otro recordaba a sus lectores los «múltiples sufrimientos» que, a juzgar «por los ejemplos de Alemania, Francia, Irlanda y otros lugares», traería la guerra civil[43]. Cuatro años después, unos monárquicos galeses apuntaban que quienes, allá por 1642, habían «violentamente aullado a favor de la guerra» ahora «prefieren con mucho / una guerra injusta a la más justa de las guerras». Ese mismo año, mientras viajaba por el sur de Inglaterra, el joven Robert Boyle comprobó horrorizado la inseguridad imperante: «¡Dios mío! —le decía en una carta a su hermana—, [y pensar] que esas razonables criaturas, que también se consideran cristianas, se complacen en algo tan antinatural como la guerra, donde la crueldad por lo menos se torna necesaria». Al año siguiente, en Alemania, una desesperada anotación en el diario de una familia campesina decía lo siguiente: «Vivimos como animales, alimentándonos de cortezas y hierba. Nadie podía imaginar que algo así llegara a pasarnos. Muchos son los que dicen que Dios no existe[44]».

El antibelicismo también se multiplicó en las manifestaciones artísticas y literarias, sobre todo después de 1630. Muchos pintores y grabadores hacían hincapié en el carácter arbitrario y catastrófico de la guerra, y su intención no sólo era descriptiva sino disuasoria. Los descarnados grabados de la serie *Las desgracias de la guerra* de Jacques Challot, cada uno con un epígrafe condenando la barbarie de los soldados, no son un caso único. En Alemania, Hans Ulrich Franck creó otra serie de veinticuatro grabados conocidos con el nombre de *El teatro de la guerra*, en cuya portada aparecía un telón que dejaba ver un escenario donde un oficial esgrimía su arma mientras intentaba no perder el equilibrio sobre el globo de la fortuna. Al pie se leía: «¡Escuchad! Atended al presente, observad el futuro y no os olvidéis del final». Hasta en los enormes vasos conocidos como *Humpen*, fabricados para señalar el fin de la guerra de los Treinta Años, aparecía «Dios Padre asomándose desde el cielo» para bendecir al emperador, al rey de Francia y a la reina de Suecia, con una didáctica y larguísima leyenda que comenzaba así: «Tu paz, tu paz, tu divina paz: nunca vuelvas a arrebatárnosla. Que asimismo se entregue a nuestros hijos; que en la tierra permanezca para nuestros descendientes; que se reconstruyan las iglesias y escuelas destruidas, que…»[45] Los músicos también odiaban la guerra. Ya en 1623 un compositor se lamentaba de que ésta hubiera puesto en manos de los príncipes una lanza con la que matar a los músicos, del mismo modo que el diablo había entregado a Saúl otra para matar al arpista David: «La lanza de Saúl está […] en manos de los ministros de finanzas de la corte que echan la llave a su puerta cuando escuchan acercarse a los músicos». Heinrich Schütz, músico de corte del Electorado de Sajonia y principal compositor de su tiempo, se vio obligado a arreglar pequeñas piezas vocales de música religiosa para sólo «una, dos, tres o cuatro voces con dos violines, chelo y órgano», porque la guerra le había dejado sin coros ni orquestas para interpretar nada de mayor magnitud. Y

se lamentaba: «Estos tiempos no piden ni permiten música a gran escala. [...] Ahora es imposible interpretar música a gran escala o con muchos coros». En el prefacio de sus *Pequeños conciertos espirituales* de 1636, Schütz afirmaba que no publicaba para que sus obras pudieran interpretarse, porque pocos lugares había con músicos suficientes, sino para no olvidarse de componer[46]. De las setenta obras de Schütz que nos han quedado, treinta eran lamentos.

Al irse prolongando las guerras, poetas y prosistas clamaban cada vez con más estridencia por la paz. En 1642, durante la presentación de la obra *Friedens Sieg [La victoria de la paz],* de Justus Georg Schottel, tutor de los hijos de los duques de Brunswick, sus pupilos asumieron los papeles principales, teniendo de espectadores a sus padres y al elector de Brandeburgo[47]. Así comenzaba uno de los emocionantes himnos escritos por el pastor luterano Paul Gerhardt: «¡Oh, vamos! Despierta, despierta mundo endurecido: abre los ojos ante el terror que como una súbita sorpresa se abate sobre ti», mientras que en el libro II de *Paradise lost (El paraíso perdido)*, probablemente escrito en 1660, John Milton denunciaba con vehemencia los males que tanto a largo como a corto plazo causaba la guerra:

> *Los que aconsejan guerra, dicen esto:*
> *«Si eterno llanto es ya nuestro destino,*
> *todo es igual. ¿Qué más hay que sufrir?*
> *¡Qué más hay que sufrir!».*
> *[...] ¿Qué paz devolveremos,*
> *sino el odio y la guerra a nuestro alcance,*
> *indómita venganza aun cuando lenta,*
> *contra el Conquistador ya conspirando,*
> *para que no coseche en su conquista,*
> *ni se pueda gozar en nuestro daño*[48]*?*

En la Alemania de 1668 Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen publicó *Simplicius Simplicissimus*, con la intención declarada de recordar «a la posteridad los terribles crímenes que

fueron cometidos en nuestra guerra alemana». La obra comienza cuando el autor, un campesino de diez años (y, por tanto, un «simplón», Simplicissimus, que nada sabe del mundo) observa cómo un grupo de «hombres de hierro» (que más tarde descubre son soldados de caballería) tortura a los hombres y viola a las mujeres de su granja, para después arramblar con todo lo que puede llevarse y quemar el resto. Simplicissimus sólo logra sobrevivir para relatar atropellos posteriores porque se hace el muerto cuando uno de los «hombres de hierro» lo dispara antes de huir al galope. El libro no tardó en convertirse en un éxito de ventas[49].

Como señaló Theodore K. Rabb en su trascendental estudio *The struggle for stability in Early Modern Europe [La lucha por la estabilidad en la Edad Moderna europea]:* «La conmoción del caos desbocado, de infinitos intereses pugnando entre sí hasta la extinción, hicieron que los hombres reflexivos se dieran cuenta de que esas imprudentes proclamas de la voluntad personal eran el camino más seguro hacia el desastre». Como la historia clásica era inseparable de los programas de enseñanza en gran parte de Europa, no cabe duda de que muchos miembros de las élites establecieron paralelismos con la renuncia a la política que cundió entre la élite gobernante después de que las guerras civiles destruyeran la República romana. La libertad «estaba realmente perdida, pero, en su mayoría, la antigua nobleza, la que mejor la comprendía y en más alta estima la tenía, había perecido en las guerras y las levas; sus pocos supervivientes estaban dispuestos a pagar el precio de la seguridad[50]». Los argumentos conformistas ganaban terreno en la Europa de mediados del siglo XVII.

En 1647, un realista galés confesaba en su diario: «Toda innovación y todo cambio de gobierno son nocivos y peligrosos. El mejor [gobierno] es el vigente [porque] las dificultades que conlleva alterarlo son múltiples y peligrosas». Cuatro años después, el *Leviatán* de Thomas Hobbes instaba a obedecer a la nueva Re-

pública inglesa, aunque su legitimidad fuera dudosa, porque «si un monarca subyugado por la guerra queda sometido al vencedor —poco tenía que recordar Hobbes a sus lectores que ése era precisamente el caso reciente de Carlos I— sus súbditos quedan libres de su anterior obligación y se ven comprometidos con el vencedor». El mismo razonamiento hacían (aunque con menos detalle y de manera menos memorable) muchas otras publicaciones inglesas de la época, algunas patrocinadas por diversos regímenes republicanos[51]. En Cataluña, un agente francés informó en 1644 de que los sacerdotes locales «dicen que como la obediencia prometida a Francia no tiene más fundamento que la protección que aquélla prometía, la falta de dicha protección los ha librado de cumplir tal juramento», y cinco años después un panfletista parisino recordaba a sus compatriotas que los monarcas «nos deben su protección del mismo modo que nosotros les debemos obediencia[52]».

Una década después, John Locke acogía de buen grado la Restauración del rey Carlos II, y para él no era de importancia menor que «en cuanto fui consciente de mi presencia en el mundo, me vi envuelto en una tormenta, que se ha prolongado casi hasta la fecha». Ahora, se sentía obligado «a afanarse en el mantenimiento» del nuevo régimen «disponiendo el entendimiento de los hombres a la obediencia al gobierno que consigo trajo la tranquilidad y el acuerdo que nuestra atolondrada insensatez había puesto no sólo lejos del alcance de nuestro ingenio sino de nuestras esperanzas». La «tormenta» que afectó a Inglaterra también horrorizó a algunos de sus visitantes extranjeros. El danés Peder Schumacher pasó tres años estudiando en el Queen's College de Oxford, donde quizá leyera las obras políticas de Thomas Hobbes. Desde luego, sí que asistió entre 1658 y 1660 a la decadencia y caída de la República inglesa, antes de trasladarse a París y observar las medidas que tomaba Luis XIV para consolidar su poder personal. A su regreso a Dinamarca, Schumacher

aplicó esas experiencias al borrador de la Ley Real: la Constitución de 1665 que concedía al monarca «poder y autoridad supremos[53]».

Basta de guerras

Otros supervivientes de las guerras europeas propusieron mecanismos para evitar por completo las contiendas futuras. Algunos escribieron tratados defendiendo la «paz universal». En 1623, el monje francés Emeric Crucé propuso la creación de una asamblea internacional permanente de embajadores, ante la que los soberanos presentarían sus diferencias para que se emitiera un laudo, jurando solemnemente acatar la decisión de la mayoría (aunque, de no ser así, los Estados debían imponer el acuerdo mediante sanciones económicas e incluso militares). Había de ser un organismo realmente internacional y, aunque Crucé consideraba que Venecia sería su sede ideal, confiaba en que la «navegación pueda superar la dificultad» que habrían tenido los delegados de Persia, China y América para llegar hasta allí. Dos años después, el polígrafo holandés Hugo Grocio publicó un libro titulado *De iure belli ac pacis (Del derecho de la guerra y de la paz),* proponiendo la firma de convenios para evitar guerras innecesarias y la también innecesaria brutalidad de las que pese a todo ocurrían. En 1693, el colono cuáquero William Penn publicó *An essay towards the present and future peace of Europe, by the establishment of an European Diet [Un ensayo para la paz presente y futura de Europa mediante el establecimiento de una Dieta europea],* en el que proponía la creación de un tribunal internacional, muy similar al de Crucé, que resolviera pacíficamente las disputas internacionales, aunque sólo en Europa, y si alguna nación se negaba a aceptar el arbitraje (o tomaba unilateralmente las armas) «todos los demás dominios, unidos en una sola fuerza, la obligarán a someterse[54]».

Éste y otros autores del siglo XVII que propusieron soluciones universales para algo que consideraban un problema universal siempre escribían en tiempo de guerra. Por el contrario, los que lo hacían justo después de las contiendas, solían adoptar un enfoque más limitado y pragmático. En 1648 y de nuevo en 1652 los Estados Generales de Hessen-Kassel solicitaron formalmente al Tribunal Supremo del Sacro Imperio Romano que los protegiera con garantías constitucionales que evitaran que «se vieran privados de sus libertades y de verse conducidos una tras otra a sangrientas masacres como inocentes corderos». Cuando en 1667 el zapatero rural Hans Heberle, después de mucho tiempo de sufrimiento, se enteró de que Francia había declarado de nuevo la guerra a España, escribió en su diario: «Rogamos a Dios Todopoderoso desde el fondo de nuestro corazón que proteja y escude a nuestra Alemania y a todo el Sacro Imperio Romano» de otra incursión de «tropas extranjeras *porque ya pasamos y sufrimos suficiente durante la guerra de los Treinta Años*[55]». Quizá la manifestación más sorprendente de ese sentimiento de «nunca más» se produjera en 1661, cuando la regencia sueca debatió si debía continuar las guerras heredadas del difunto rey Carlos X. Gustav Bonde recordó a sus colegas:

> La guerra devora gran parte de los recursos de la Corona y conlleva el empobrecimiento y la ruina del súbdito, y por experiencia hemos aprendido que ninguna guerra del pasado ha reportado renombre, beneficio o ventaja alguna ni al monarca ni al país, sin dejar de producir además una gran merma anual de nuestros recursos y de hacer caer sobre el súbdito impuestos y levas [...]. Parece por tanto necesario que decidamos afrontar un período de paz y dejar a un lado cualquier pensamiento bélico, mientras podamos tener paz.

Bonde reconocía que las últimas guerras habían reportado beneficios a Suecia, pero pese a todo su conclusión era que sus colegas no debían...

> ... dirigir nuestros pensamientos hacia otras guerras, ni hacer planes suponiendo que Dios siempre dispondrá un resultado similar para todos nuestros actos. Más bien debemos recordar que la guerra es siempre asunto incierto y que con frecuencia causa los mayores desastres a quienes se creen en posesión de la causa más justa[56].

Las ideas de Bonde se impusieron y Suecia estuvo en paz durante otra década, y aunque gran parte de los Estados, entre ellos Inglaterra y Rusia, y también la propia Suecia, volverían a librar guerras, lo hicieron con mucha menos frecuencia que durante el medio siglo anterior. En Inglaterra, por ejemplo, en cuanto se tuvo noticia de que en 1688 el príncipe Guillermo de Orange había desembarcado en el suroeste de Inglaterra con un poderoso ejército, el rey Jacobo II y sus ministros mandaron emisarios a solicitarle que aclarara sus intenciones, «porque les horroriza pensar en la guerra, por la carnicería y todos los demás males que siempre trae como consecuencia». Este «horror» ayuda a explicar que la Revolución Gloriosa no produjera ninguna «carnicería» en Inglaterra[57].

Uno de los «males» que trajeron consigo las guerras de mediados del siglo XVII fue su propia duración. En Europa, hasta las negociaciones para acabar con las hostilidades podían durar años, sobre todo porque ningún bando se fiaba del otro. Así, en el verano de 1643, los gobiernos francés y español dieron a sus plenipotenciarios en el Congreso de Westfalia unas instrucciones que prácticamente impedían cualquier acuerdo: «La experiencia ha mostrado quan poco se puede fiar de las palabras y la fe pública de los franceses [o de los españoles] en los tratados» (en este sentido, ambos bandos utilizaban idénticas palabras). Esas incompatibles concepciones ayudan a explicar la imposibilidad de solventar en Westfalia las diferencias pendientes entre esos dos protagonistas (algo que no ocurriría hasta pasados otros dieciséis años[58]). Las negociaciones entre los demás contendientes se prolongaron durante otros cinco años, no sólo por falta de confianza política, sino por la incompatibilidad de las exigencias en materia de religión. Hasta marzo de 1648 los delegados protestantes y católicos alemanes no acordaron una fórmula común, en la que únicamente acordaban discrepar:

> En cuestiones de religión, y en todos los demás asuntos, en los que los estados del Imperio no puedan considerarse un único cuerpo y cuando los estados católicos y los estados luteranos se dividan en dos partes, las diferencias se saldarán *exclusivamente mediante un acuerdo amigable, sin que ninguna de las partes se vea coaccionada por la pluralidad de voces*.

Muchos lloraron cuando se aprobó la medida, porque allanaba el camino a un acuerdo final (firmado seis meses después), que las generaciones posteriores acogieron como «el baluarte principal de la libertad y la igualdad, con tanta sangre levantado». Durante más de un siglo, los conflictos armados entre católicos y protestantes habían proporcionado una excusa para la intervención de Estados extranjeros, así que las guerras civiles normalmente engendraron guerras internacionales. A partir de ese momento, ningún príncipe alemán pudo explotar las divisiones religiosas para provocar o prolongar una guerra, y tampoco los extranjeros[59].

Esto supuso un gran avance en el camino hacia la recuperación de la estabilidad, porque, como señaló enérgicamente Thomas Hobbes en 1641: «Estoy seguro de que la experiencia así lo enseña, que la disputa por la [preeminencia] entre el poder espiritual y el civil ha sido en los últimos tiempos, y más que ninguna otra cosa, causa de guerras civiles en todos los confines de la cristiandad». Dos décadas después, John Locke observaba «que casi todas esas trágicas revoluciones que han atribulado a la cristiandad durante tantos años han girado en torno a ese eje». De hecho, continuaba diciendo, «no ha habido idea perversa que no haya lucido la máscara de la religión, ni rebelión que no haya» proclamado «alguna forma de proporcionar los defectos o corregir los errores de la religión».

> Desde entonces, la astucia y la malicia de los hombres han tenido ocasión de pervertir la doctrina de la paz y la caridad, convirtiéndolas en cimiento perpetuo de la guerra y el enfrentamiento, todas esas llamas que tanto caos y desolación han causado en Europa, que no han sido sofocadas sino con la sangre de millones de personas, prendieron inicialmente con brasas del altar y en demasía se propagaron con el aliento de quienes a los altares asisten, quienes, olvidando su deber, que es promover la paz y la mansedumbre, han demostrado

[ser] las trompetas de la discordia, dando la señal de ataque con un «maldito seas, Meroz[60]».

El hecho de que Locke citase un texto utilizado frecuentemente por los predicadores radicales durante la guerra civil para incitar a la acción política no era algo aislado. En el poema épico burlesco de Samuel Butler *Hudibras*, «escrito en el tiempo de las últimas guerras» y publicado en 1662, se recuerda esa época:

> *Cuando la furia civil comenzó a crecer,*
> *y los hombres se enfrentaron, no sabían por qué;*
> *cuando las palabras duras, los celos y los temores*
> *llegaron a sus oídos y sembraron la cizaña,*
> *comenzaron a luchar, como locos o borrachos,*
> *por Doña Religión […]*
> *Quedaron en ridículo todos aquellos que*
> *[…] construyen su fe sobre*
> *el sagrado texto de las picas y los mosquetes;*
> *esos que deciden todas sus controversias*
> *con infalible artillería;*
> *esos que demuestran su ortodoxia doctrinal*
> *con apostólicos golpes y palizas;*
> *quienes imponen con sangre, fuego y saqueo*
> *una reforma profundamente piadosa.*

Según Samuel Pepys, el libro tuvo un éxito inmediato —«todo el mundo lo alababa por ser un ejemplo de ingenio»— y se sucedieron numerosas ediciones[61].

Aunque las diferencias religiosas siguieron afectando a la política europea (algunos príncipes expulsaron a minorías religiosas, como hizo el católico Luis XIV con los hugonotes franceses, en tanto que los partidarios del protestante Guillermo III lo aclamaron, viendo en él a un Gedeón o un David, cuando se lanzó a guerrear contra el rey galo), las ideas propuestas por Locke y Butler fueron ganando terreno sin parar. De hecho, en 1689 Locke volvió a proclamar todavía con más virulencia su condena de la política basada en la fe en su *Letter concerning toleration (Carta sobre la tolerancia)*:

> Para terminar, nadie, por consiguiente, ni individuos ni iglesias, ni siquiera repúblicas, tiene legítimo derecho a invadir los derechos civiles y los bienes materiales de los demás amparándose en la religión […]. Nunca se podrá establecer o conservar […] paz ni seguridad alguna entre los hombres mientras impere la siguiente opinión: *que el dominio se basa en la gracia y que la religión debe propagarse por la fuerza de las armas*.

Según el eminente historiador de la religión Heinz Schilling, «hablando con propiedad, el fin de la Europa confesional se produjo en torno a 1650», gracias a «la disolución interna de la ortodoxia y gracias a la desconfesionalización de la política y de la sociedad por parte del Estado»; en tanto que, como apuntó su distinguido colega Philip Benedict, «con el tiempo, los conflictos religiosos se fueron espaciando, siendo cada vez menos frecuentes[62]».

Con todo, firmar un tratado de paz después de una guerra prolongada sólo marcaba el comienzo de las iniciativas conducentes a la cicatrización de las heridas, el fin de los miedos y la creación de un clima de confianza. Muchas autoridades prohibían cualquier debate sobre los recientes enfrentamientos. En 1648, la Paz de Westfalia prohibió «a cualquier persona cuestionar en lugar alguno, en público o en privado, mediante prédicas, enseñanzas, discusiones, escritos o consultas, la Transacción de Passau [de 1552], la Paz de la Religión [de 1555] y, sobre todo, la presente declaración o transacción, o ponerlas en duda». Ya en Londres, el grupo de eruditos del que posteriormente saldrían los primeros miembros de la Royal Society (Real Sociedad de Londres para el Fomento del Conocimiento Natural), había resuelto alcanzar un pacto parecido: en 1645, desde su «primera base y fundación» y durante sus reuniones semanales, sus miembros «prohibieron cualquier discurso sobre la divinidad, las cuestiones de Estado y las noticias, […] limitándose a indagaciones filosóficas[63]». Quince años después, a su regreso a Inglaterra, Carlos II siguió su sabio ejemplo y firmó leyes que prohibían a los tribunales de justicia entender de cualquier demanda emana-

da de cosas «aconsejadas, exigidas, ocurridas o hechas» durante las «recientes perturbaciones». También prohibió temporalmente hablar incluso del pasado reciente: «Si cualesquiera personas, *dentro del espacio de los tres años siguientes*, se atrevieran maliciosamente a increpar, denunciar o ir en contra de cualesquiera otras, insultándolas o profiriendo otras palabras de afrenta que de algún modo revivieran el recuerdo de las recientes diferencias o hechos de ellas derivadas», el culpable debería pagar una multa «a la parte agraviada». Todavía más estricto se mostró el monarca con quienes lo servían directamente. Un teniente de Marina que en 1665 se mofó de su capitán y de otro oficial «por haber sido rebeldes y estar bajo el mando de Cromwell» fue sometido a un consejo de guerra presidido por el propio hermano de Carlos, el futuro Jacobo II:

> Por dichas ofensas [el teniente] fue condenado a ser expulsado de su cargo en la flota. Su Alteza Real [Jacobo] muy graciosamente tuvo a bien expresar el desagrado que a Su Majestad el rey y a él mismo les causaba que se volviera a hablar de las diferencias y los bandos de antaño. Dijo que a todos los capitanes se los tenía en igual estima, como buenos súbditos y oficiales, que no dudaba de que tal cosa demostraría en cualquier ocasión y que con severidad castigaría él cualquier manifestación de las pasadas discrepancias.

La influencia de esta política de reconciliación forzosa puede apreciarse en el extremo cuidado que pusieron los veteranos monárquicos al redactar sus solicitudes de indemnización por las pérdidas y heridas sufridas durante la guerra, en las que evitaron en todo momento utilizar términos como *rebelde* y *rebelión*. La misma actitud se aprecia en las solicitudes de financiación pública de científicos como Samuel Hartlib (*véase capítulo 22*), que, al explicar el retraso sufrido en la finalización de un proyecto, siempre se refería a «los problemas[64]». Así cicatrizó sus heridas Inglaterra después de casi dos décadas de guerra.

Su éxito fue notable, porque, como señaló *sir* John Plumb, «en 1688 la conspiración y la rebelión, la traición y la confabulación, formaban parte de la historia y la experiencia de por lo menos tres generaciones de ingleses» y, sin embargo, «en compara-

ción, la estructura política de la Inglaterra del siglo XVIII muestra una fuerza inquebrantable y una profunda inercia». Plumb recalcó que la estabilidad política (que él definió como «la aceptación por parte de la sociedad de sus instituciones políticas y de las clases de hombres o funcionarios que las controlan») no se convirtió en un fenómeno político habitual hasta hace relativamente poco. Por otra parte, la estabilidad «suele llegarle a una sociedad de forma bastante súbita» y, «cuando se ha logrado, lo normal ha sido que no durara[65]». Plumb atribuía el aumento de la estabilidad política en Inglaterra a tres cambios estructurales registrados tras la crisis de mediados del siglo XVII: el tránsito desde el descenso al incremento demográfico; la reanudación y diversificación de la actividad económica, y la decisión de los gobiernos de dedicar más atención y recursos al bienestar que a la guerra (o por lo menos a las dos cosas en igual medida). Su modelo no sólo se aplica a Inglaterra, también a otros Estados del hemisferio norte en los que, en conjunto, esos tres cambios pusieron fin a la sinergia fatal que primero había producido y después prolongado la Crisis.

21

Del Estado belicoso al Estado de bienestar de bienestar

El efecto ave fénix

Hans Jakob Christoffel von Grimmelshausen eligió una sorprendente imagen como portada de su novela *Simplicius Simplicissimus*, publicada en 1668: un fénix que apunta a un libro abierto con ilustraciones bélicas (*lámina 23*). Debajo del grabado aparecía la siguiente leyenda: «Como el ave fénix nací del fuego —y continuaba preguntándose—: ¿Qué es lo que tanto me afligió y pocas veces me dio gozo? ¿Qué era? En este libro lo he escrito».

La deliberada utilización del pasado verbal que muestra Von Grimmelshausen y la ilustración del pájaro que resurge de sus propias cenizas desprendían confianza en la superación del «fuego»; igualmente, el hecho de que su «simplón alemán» intercalara elementos de «nuestra guerra alemana», y otros sacados de los clásicos y de la Biblia daba a entender que la época de la destrucción injustificada de personas y propiedades había pasado.

Para contrastar la percepción de Von Grimmelshausen, los historiadores pueden consultar datos cuantitativos como los de ingresos por peajes y cobro de impuestos, rendimientos de cosechas y diezmos, o registros bautismales, pero como casi todos esos datos tienen que ver con comunidades concretas, puede que no sean «típicos». Por el contrario, los relatos de viajeros extranjeros, aunque subjetivos, proporcionan observaciones de primera mano sobre territorios mucho más extensos. En 1663 Philip Skippon, hijo del general homónimo de la guerra civil inglesa y de su esposa alemana, emprendió un «gran viaje» por Alemania, Austria e Italia junto con su tutor de Cambridge, el doctor John Ray. Desde el principio le sorprendió la rápida repoblación y la

reconstrucción de Alemania en la posguerra. «Desde el instrumento de la paz —escribió Skippon refiriéndose a la Paz de Westfalia, firmada en 1648— mucho se han recuperado las gentes de este país». El año anterior, un anónimo visitante italiano había confirmado esa impresión: «Aunque a poca gente se ve en edad de combatir —observaba—, hay un número infinito de niños». Al dar cuenta de sus viajes, Skippon y Ray incluían numerosos ejemplos de renovación. Por ejemplo, aunque «las guerras destruyeron toda la ciudad vieja» de Mannheim (situada a dieciséis kilómetros de Heidelberg), ahora «se han dispuesto las calles de manera uniforme» con «todos los edificios parecidos en calles amplias y rectas». Heidelberg también les pareció «populosa, lo cual es mucho decir si se piensa en la devastación causada por las últimas guerras en este país. La mayoría de las casas son de madera, pero hermosas y en buen estado, lo cual indica que los habitantes son industriosos y que gozan de prosperidad». También Viena impresionó a los dos hombres: a Skippon le pareció «muy populosa» y sus «calles (con la excepción de las londinenses) las más frecuentadas que hasta ahora hemos visto», en tanto que Ray la consideró también «la más frecuentada y llena de gente que por ahora hemos visto en ultramar[1]».

Esa regeneración urbana no era algo muy extendido. El desconocido italiano que visitó Alemania en 1662 comentó que «pocas ciudades han logrado recuperarse de los daños sufridos durante la guerra y muchas de las principales siguen prácticamente despobladas», mientras que al año siguiente el doctor Ray consideraba que Augsburgo «para su tamaño, no es muy populosa y, me parece, un tanto deteriorada, y lejos de lo que había sido, en punto a riquezas y multitud de habitantes, lo cual puede atribuirse a las pérdidas y perjuicios sufridos en las últimas guerras». En 1671, el médico parisino Charles Patin seguía apreciando en Höchst, situada en las afueras de Fráncfort, muchos signos de «las deplorables consecuencias de la guerra». Según escribía, esta

hermosa ciudad era entonces «poco más que una aldea». Más al este, en la zona situada entre Jena y Leipzig, escenario de diversas batallas, Patin señalaba que los cadáveres de los «nueve o diez mil hombres aquí enterrados todavía parecen servir de abono a los campos», pronosticando que «todas las poblaciones circundantes mostrarán durante mucho tiempo las tristes huellas de la guerra». Su conclusión estaba llena de sensatez y tristeza: «La guerra nada perdona[2]».

La rápida recuperación de la economía rural germana también impresionaba a los visitantes extranjeros. Así, al acercarse a Múnich en 1658, el seminarista escocés James Fraser se quedó admirado con las «arboledas, los jardines, los parques, los fértiles maizales y hermosos arroyos, los viveros de peces cargados de carpas, tencas y truchas» que se iba encontrando, aunque la soldadesca había saqueado en repetidas ocasiones Baviera durante la segunda mitad de la guerra de los Treinta Años. De igual manera, al aproximarse a Ratisbona (escenario de un prolongado sitio), Fraser se topó con «multitud de buhoneros y arrieros que por aquí pasan, vendiendo bizcochos, huevos duros, fruta, calzas, zapatos, gorros o cualquier cosa que se precise, por pequeña que sea […]. Son muy corteses y discretos y es asombroso cuán baratas venden esas mercancías». En 1671, cuando el médico inglés Edward Brown cruzaba Hesse, asolada por la guerra durante casi dos décadas, se encontró «que en toda la región se habían plantado nogales, viñas, maíz y, en algunos lugares, tabaco». Más al este, al avanzar junto con su regimiento, cruzando «las aldeas y pequeñas ciudades» de Polonia, Patrick Gordon (otro escocés itinerante) descubrió que «no les faltaba de nada, de lo cual me admiré, al pensar con cuanta frecuencia el país había sido destruido por sus enemigos y que tampoco había sido muy bien tratado por su propia soldadesca», pero más tarde su reflexión fue que «aunque se diría que muchas de sus casas parecen destrozadas, al estar desprovistas de colgaduras, camas fijas, taburetes o

cuadros [...], no obstante hay exceso de vituallas y licores de buena calidad y preparación». Evidentemente, después de que su país sirviera de campo de batalla durante toda una generación, la población polaca había aprendido que lo conveniente era reducir al máximo las posesiones susceptibles de convertirse en botín ajeno y privilegiar los productos básicos que fueran fácilmente transportables[3].

En China, el carácter de los testimonios que nos han llegado complica la labor de evaluación de los estragos ocasionados por la transición entre los Ming y los Qing. Por una parte, «se registraba cuidadosamente la información relativa a datos sobre cosechas, precios del grano, lluvias, reservas en los graneros y cuestiones similares, pero nadie contaba ni registraba el número de muertes que ocasionaban los desastres», así que no hay cálculos de pérdidas humanas. Por otra parte, prácticamente ningún artista chino de la época de los Han incluía temas militares en su repertorio, mientras que los manchúes (que sí lo hacían) naturalmente evitaban retratar la destrucción producida por sus tropas. Por el contrario, como ha señalado Grace Fong, «desde sus mismos comienzos, la poesía china sí dio cumplida cuenta de las tragedias de la guerra» o, en palabras del poeta Gui Zhuang, que perdió a una cuñada por culpa de los soldados y a otra por la acción de bandidos: «De mi dolor no puedo librarme. Lloro por ella mediante la poesía[4]». Entre hombres y mujeres, la crisis de mediados del siglo XVII generó una efusión de dolor, notable por su intensidad y variedad. De la pluma del poeta y ministro de Shanghái Qing Li Wen salió un poema especialmente emocionante. Li Wen, que destacó en la llamada Fu She («Sociedad de la Restauración»), residió en Pekín durante todo el año 1644. Cuando los soldados del Príncipe Gallardo asesinaron a su padre, Li Wen ofreció sus servicios a los Qing y durante los dos años siguientes fue secretario de Dorgon, redactando en chino gran parte de las proclamas y documentos públicos del regente. En

1646, Li solicitó y consiguió permiso para visitar su casa en Jiangnan y, de camino hacia el sur, la desolación que encontró lo dejó horrorizado. Escribió un poema titulado «En el camino de salida: observando con asombro y viendo lugares destruidos por los bandidos»:

… Agrestes son los miles de kilómetros recorridos por los bandidos.
Abrasadas están las muchas colinas que cubre el sol.
De buen grado dejan atrás los viajeros esos hogares;
los aldeanos [sólo] tienen muros bajos.
Si así está la mitad de la Llanura Central,
¿cómo escapar al viento y las heladas?

Chen Bangyan, comandante de las fuerzas de los Ming más al sur, en la provincia de Cantón, escribió un corto poema después de la entrada de las tropas de los Qing en la ciudad que él defendía (más tarde fue torturado hasta la muerte):

No quedan puños ni valientes. Tampoco víveres, ni soldados.
Unido a las montañas y el mar, juro que ayudaré a reinstaurar [a los Ming].
El destino nos negó su ayuda. Quedamos enredados en la desventura.
Dentro de mil otoños, que esta solitaria inscripción dé su testimonio[5].

Sin embargo, quizá algunos escritores chinos pasaran por alto la magnitud de la recuperación de la posguerra. Aunque durante un siglo los poetas siguieron utilizando la metáfora de «la ciudad cubierta de hierbajos» cada vez que aludían a Yangzhou, cuyo saqueo en 1645 fue el episodio más brutal de toda la transición entre los Ming y los Qing *(véase capítulo 5),* la escuela de la ciudad volvió a abrir sus puertas un año o dos después de que una docena de eruditos locales aprobara el examen de acceso a la burocracia central, signo inequívoco de que algunos miembros de la élite habían sobrevivido a las atrocidades, aceptando el dominio de los Qing. Una década después, Yangzhou tenía una nueva inclusa y varios templos habían sido restaurados, y llegado el año 1664, según un contemporáneo, más de cien jardines adornaban las vías navegables que había extramuros, donde podían alquilarse barcos de recreo. Pasada otra década, la gacetilla local conside-

raba que Yangzhou era de nuevo apto para que los eruditos celebraran reuniones y escribieran, bebieran vino y recorrieran sus lugares de interés. Cuando en 1694 el emperador Kangxi acudió a ver esos lugares por sí mismo, mercaderes, funcionarios, poetas y artistas locales lo agasajaron con regalos y funciones de ópera, banquetes y espectáculos de faroles. Mucho había avanzado la «ciudad cubierta de hierbajos[6]».

Al igual que en Europa, los diarios de viajes arrojan cierta luz. Cuando en 1658 el realista Ming Gu Yanwu, que estaba en la clandestinidad, volvió sobre los pasos del gran ejército manchú desde el paso de Shanhai a Pekín, descubrió que «había poca gente y [que] la riqueza de la zona estaba agotada», una situación que él achacaba a las «masacres y conquistas». También señaló que «la gente no buscaba instrucción ni refinamiento». El año anterior, Johannes Nieuhof, secretario de una misión diplomática holandesa, había escrito un detallado diario, dibujando lo que había visto al recorrer los 2400 kilómetros que separan Cantón de Pekín. Por ejemplo, mientras navegaba río abajo por el Gan en dirección al Yangtsé, Nieuhof comprobó que todas las poblaciones que encontraba a su paso habían sido «totalmente destruidas y saqueadas» por los Qing, hasta que por fin llegó a Nanchang (la capital provincial), donde todos los «excepcionales edificios [menos uno] que antes tenía esta ciudad habían sido totalmente destruidos por los tártaros». Aunque Nieuhof no proporcionaba dibujos de ciudades destruidas (quizá porque se lo prohibiera el funcionario Qing que iba a bordo de su barcaza), sí que hizo uno de los en su día hermosos acantilados esculpidos que bordeaban el río Gan, que los manchúes habían «dejado muy desfigurados», comentando:

> La destrucción de estas rocas artificiales proclama suficientemente cuán grande fue la devastación que cayó sobre toda China en la última guerra de los tártaros, que no sólo destruyeron las más grandes ciudades, pueblos y aldeas, sino que tampoco permitieron que ornamento alguno mantuviera su eminen-

cia en el país, porque ningún lugar de renombre escapó a la furia de estas bárbaras gentes, salvo la ciudad imperial de Pekín[7].

No obstante, como los poetas que insistían en la imagen de la «ciudad cubierta de hierbajos», Nieuhof exageraba: la devastación no había afectado «a toda China». En primer lugar, al igual que en Alemania, algunas de las ciudades «totalmente destruidas y saqueadas» se recuperaron con rapidez. Por ejemplo, después de ofrecer una escalofriante descripción del saqueo sufrido por Cantón en 1650, cuando Nieuhof llegó allí siete años después comprobó que era un boyante centro comercial. «Aunque lamentablemente esta ciudad quedó arrasada —escribió—, pocos años después había recuperado su antiguo esplendor». En segundo lugar, después de describir una de las ciudades en ruinas, Nieuhof añadió: «Para los tártaros la norma es que las ciudades que contra ellos se alcen y sean sometidas por la fuerza de las armas sean así servidas», es decir, saqueadas, «*pero aquellas que se rinden sin resistencia no sufren daño alguno*». Como casi todas las ciudades ribereñas del Gran Canal habían abierto sus puertas a los Qing «sin resistencia alguna», Nieuhof encontró en ellas una gran actividad económica, «grandes reservas de arroz» y unas zonas rurales «tan llenas de construcciones que se diría que no hay más que una aldea continua[8]».

Si sólo hubieran sobrevivido esas partes optimistas del relato de Nieuhof, o si las *Observaciones* de Ray fueran la única fuente para conocer la Alemania de posguerra, los historiadores podrían tener razones para preguntarse: ¿crisis?, ¿qué crisis? Sin embargo, los viajeros suelen seguir la ruta más rápida y segura entre un enclave turístico y el siguiente, y Nieuhof remontó el Gran Canal a todo lujo, a bordo de una barcaza especial, mientras que Ray hizo lo propio cuando él y sus alumnos remontaron el Rin. El estudiante escocés James Fraser también transitó las grandes carreteras, no los caminos, así que solía pasar precisamente por las zonas con más posibilidades de haberse recuperado con rapi-

dez, lo cual explicaría la presencia de esos «corteses y discretos» grupos de «buhoneros y arrieros». Sin embargo, las cenizas de la guerra, al igual que una serie de desastres naturales, no siempre generaban un ave fénix: a veces, más que estimular a los supervivientes los ahogaban. Citando únicamente tres ejemplos rurales, podemos decir que en las tierras fronterizas escocesas los campesinos *nunca* volvieron a cultivar las colinas de Pentland, después de que el enfriamiento global y las incursiones de las tropas acabaran con la viabilidad de sus granjas; en la India, el algodón y quienes lo tejían en Gujarat *nunca* regresaron después de que la hambruna y las inundaciones destruyeran el mercado en el que vendían sus productos y, en China, la sericultura *desapareció* de la provincia de Shaanxi después del trauma que supuso la transición entre los Qing y los Ming, a pesar de basarse en una tradición de dos mil años de antigüedad. Lo mismo podía decirse de las ciudades. Por cada Nankín hubo una Nanchang; por cada Viena, una Höchst: lugares cuya población se mantendría por debajo —con frecuencia, muy por debajo— de sus niveles de preguerra durante el resto del siglo e incluso después. La recuperación demográfica posterior a la Crisis General dependió de una beneficiosa sinergia entre factores humanos y naturales.

«Creced y multiplicaos».

En gran parte de la Europa preindustrial se produjo una «explosión demográfica» siempre que acabaron las guerras, porque (en palabras de un hombre de letras francés), algunas zonas eran «tan fértiles que lo que la guerra destruye en un año lo regenera en dos»; mientras que otras (en palabras de otro erudito) «se parecen a un ave bien cebada: cuanto más la desplumas, más plumas le crecen». La época final del siglo XVII no fue una excepción[9]. Normalmente, las granjas abandonadas de las tierras más feraces solían ser las que primero y más rápido se recuperaban, ya que su natural fertilidad aumentaba temporalmente a consecuencia de ese barbecho forzoso, y en cuanto era seguro ocuparlas, supervi-

vientes solteros o viudos se aprovechaban de las tierras y casas desocupadas que habían dejado tras de sí las catástrofes (causadas por el hombre o naturales) para poder casarse, ocuparlas y fundar una familia. En el italiano valle de Aosta, la guerra y la peste acabaron con la vida de seiscientos habitantes de una aldea entre 1630 y 1631, dejando otros seiscientos supervivientes; sin embargo, en tanto que en la década de 1620 sólo se produjeron cinco matrimonios anuales, en 1630 hubo catorce, y 38 en 1631. Además, el promedio anual de bautismos en la década de 1620 había sido de veinticuatro, en tanto que en 1630 se produjeron 42 y veinticinco en cada uno de los años de la década siguiente, lo cual significaba que una población reducida a la mitad había logrado tener más hijos[10].

La vuelta a la seguridad no sólo fomentó incrementos de la población local en aldeas asoladas por la guerra de tierras fértiles, también alimentó una oleada de inmigración. Así, aunque la guerra de los Treinta Años redujo en un 80 por ciento la población de los territorios pertenecientes al monasterio benedictino de Ottobeuren, situado en el sur de Alemania (un feudo que incluía una ciudad de mercado, dieciocho pueblos y decenas de caseríos diseminados), en cuanto volvió la paz «miles de viajeros» llegaron «de toda Alemania y en realidad de toda Europa». Algunos eran habitantes del lugar que regresaban después de haberse refugiado en otros lugares, mientras que entre los recién llegados había «músicos itinerantes, soldados desmovilizados, viudas, huérfanos y vagabundos» como «*monsieur* Robert de Villa, noble francés», «Nicholas Harp, de Londres, Inglaterra, con cuatro hijos» y el «noble lord irlandés» Raymond O'Dea, «desvalijado y empujado al exilio por los herejes ingleses». Muchos de esos refugiados desheredados se asentaron en las aldeas casi vacías de las tierras de Ottobeuren: en la década de 1650, casi la mitad de los matrimonios registrados en esa heredad estaban formados por lo menos por un inmigrante[11].

Las poblaciones urbanas también podían recuperarse con rapidez después de una catástrofe. En Italia, los matrimonios contraídos en la ciudad portuaria de Génova durante cada uno de los tres años posteriores a la peste de 1656-1657 fueron dos veces más numerosos que los registrados en los tres años anteriores y por razones muy parecidas a las del valle de Aosta: la catástrofe había dejado multitud de casas y trabajos sin ocupar, así que la gente podía contraer matrimonio más joven. En otros lugares la inmigración fue crucial. En el Imperio otomano, la población de la ciudad portuaria de Esmirna, situada en Anatolia, pasó quizá de 3000 habitantes en 1603 a 40 000 en 1648 y a más de 100 000 en 1700, sobre todo a consecuencia de las migraciones: unas procedentes de localidades vecinas, otras de los Balcanes (como la de los padres de Sabbatai Zevi) y algunas otras de lugares todavía más lejanos, como fue el caso de quienes huían de las masacres cometidas en la Mancomunidad Polaco-Lituana (entre ellos Sarah, esposa de Sabbatai). En España, la población de Cádiz se triplicó, pasando de 7000 habitantes en 1600 a 22 000 en 1650, y casi volvió a duplicarse de nuevo hasta alcanzar los 41 000 en 1700, gracias a tres factores: una fuerte inmigración desde los pueblos vecinos; una estricta cuarentena, que evitó la extensión de la epidemia que devastó Sevilla, su rival económica, entre 1649 y 1650; y el desarrollo creciente del comercio de la ciudad con América (en gran medida, en detrimento de Sevilla[12]).

Para poder acoger a los inmigrantes a veces había que hacer concesiones. Así, la ciudad de Venecia perdió a casi 50 000 de sus ciudadanos durante la peste de 1630-1631, más de la mitad de ellos «mercaderes y artesanos» pertenecientes a sus gremios. Con anterioridad, los gremios sólo admitían a personas nacidas en la localidad, pero durante los tres años posteriores a la peste recibieron a inmigrantes cualificados para poder recuperar su fuerza numérica. En Brandeburgo, el gran elector Federico Guillermo

aprobó un decreto «en virtud de su poder principesco y autoridad soberana» que dictaba que «todas las personas dispuestas a reconstruir una granja devastada y abandonada deberán sin excepción recibir seis años de exención de impuestos, rentas y obligación de dar cobijo a las tropas», medida que provocó protestas generalizadas entre los hacendados, que, molestos por la proclamación unilateral de la «exención» del pago de alquiler, temían que los colonos extranjeros acudieran únicamente a «agotar el suelo», para después «desvanecerse sin dejar rastro». Naturalmente, el gran elector hizo caso omiso de las protestas. El hecho más sorprendente fue que después de 1631 la ciudad estado de Lucca intentara compensar las pérdidas humanas registradas durante la peste concediendo salvoconductos y asilo a todos los proscritos de otros estados (siempre que no hubieran cometido traición, herejía, falsificación o asesinato en los caminos). Los certificados de asilo emitidos durante el siglo siguiente con la intención manifiesta de que la población recuperara los niveles anteriores a la peste llenan dos gruesos libros de registro en los archivos de la ciudad[13].

Muchos emigrantes de la posguerra eran veteranos de guerra. Así, casi 5000 soldados de a pie y 3000 de a caballo regresaron a Finlandia en 1650, una vez acabada la «guerra continental», con los bolsillos repletos de dinero proporcionado por los contribuyentes alemanes en concepto de soldada atrasada. Todavía más fueron los veteranos que regresaron a sus hogares en Suecia y como la mayoría de ellos tenía poco menos o poco más de veinte años, su regreso con dinero en el bolsillo añadió un considerable contingente de «buenos partidos» a comunidades en las que, durante muchos años, las mujeres habían superado con mucho a los hombres (*véase capítulo 8*[14]). También en Francia, España, los Países Bajos y Suiza el regreso de los veteranos inyectó sin duda riqueza a multitud de comunidades, mientras que en Inglaterra, entre 1660 y 1662, el Tesoro del rey abonó casi 800 000 libras

esterlinas en concepto de pagas atrasadas a los miles de soldados y marineros de la República que depusieron las armas con la llegada de la Restauración, regresando así a la vida civil mucho más ricos que al dejarla[15].

No obstante, a pesar de la explosión demográfica y de la afluencia de emigrantes, seguían imperando los mismos factores que normalmente limitaban el crecimiento de la población en la Edad Moderna. Para que se produjera un crecimiento demográfico constante y relevante no sólo era precisa la reinstauración de la paz, sino que las enfermedades epidémicas dieran un respiro, y que mercaderes y fabricantes volvieran a ser prósperos. Aunque esta constelación de factores sí se impuso en Japón y la India mogola después de la década de 1650, la población de gran parte de los Estados europeos occidentales sólo comenzó a recuperarse después de la hambruna de 1660-1662, mientras que en China la «depresión de Kangxi» (ocasionada por la guerra constante contra los lealistas Ming y el embargo que pesaba sobre el comercio de cabotaje) se prolongó hasta la década de 1680. Por otra parte, aun en condiciones económicas óptimas, las «cohortes mermadas» resultado de las grandes catástrofes que antes había reportado el siglo (las de los períodos 1618-1621, 1630-1631, 1647-1653, 1661-1662) siguieron restringiendo el crecimiento. Esas cohortes no sólo eran de una magnitud insuficiente para recuperar el nivel demográfico anterior, sino que, por una triste coincidencia, nuevos episodios de hambre o enfermedad redujeron todavía más su número, justo en el momento en que llegaban a la edad casadera: 1672-1675, 1694-1696, y así sucesivamente (*véase capítulo 4*). Finalmente, la llamada «ley de decrecimiento natural de los centros urbanos» continuó haciéndose sentir. Así, en el norte de Italia, el hambre, las plagas y la guerra asolaron el ducado de Mantua entre 1630 y 1631, afectando tanto a la ciudad como al campo; sin embargo, tres décadas después, algunos turistas ingleses encontraron en Mantua «una gran ciu-

dad, pero no proporcionalmente populosa, que aún no se había recuperado de las pérdidas sufridas cuando fue saqueada sin miramientos por el ejército del emperador Fernando II en el año de 1630». Por el contrario, señalaban que «el campo que la rodea [...] es muy rico». Los turistas tenían razón: un censo de 1676 ponía de manifiesto que las zonas rurales del ducado habían recuperado más del 90 por ciento de la población de preguerra, mientras que la capital languidecía por debajo del 70 por ciento[16]. Esos desequilibrios, registrados en otras partes de Europa, alteraron el equilibrio de poder entre la ciudad y el campo. Así, en 1600 los regidores de la localidad alemana de Memmingen despreciaban a los campesinos de las zonas aledañas calificándolos de paletos «sin ganado suficiente, ni tampoco cereales ni otros víveres o bienes que justifiquen la creación de un solo mercado anual». Por el contrario, un siglo después, sus descendientes tuvieron que aceptar que la ciudad y las aldeas circundantes «están hasta tal punto unidas que una siempre tiene necesidad de las otras, de tal manera que ambas partes deben siempre defender y respetar el refrán "hoy por ti, mañana por mí"[17]».

Al parecer, las únicas ciudades europeas que escaparon al estancamiento de posguerra fueron las capitales, donde el desarrollo del gobierno central y el llamativo consumo de la corte estimulaban el crecimiento y atraían inmigrantes, y los puertos del norte del Atlántico, donde el próspero comercio con América creaba riqueza y empleo. De las demás ciudades, la mayoría —lugares como Mantua, Génova, Sevilla o Leipzig— no recuperarían ni la población anterior a la crisis ni su predominio económico hasta la revolución industrial del siglo XIX.

La ausencia de registros parroquiales dificulta aún más la labor de determinar si el fin de la crisis de mediados del siglo XVII también produjo una «explosión demográfica» fuera de Europa, pero por lo menos en dos zonas este resultado parece improbable. En primer lugar, en las de África occidental, donde entre un tercio y

la mitad de los esclavos capturados y deportados eran mujeres (principalmente el África centro-occidental y las tierras que rodean la bahía de Biafra), resulta difícil imaginar cómo habrían podido las comunidades mantener una población estable, por no hablar de incrementarla. En segundo lugar, en las partes de Asia donde el matrimonio adolescente femenino era algo prácticamente universal y el infanticidio de niñas constituía el método principal para aliviar la presión demográfica, después de la crisis, el régimen de población carecía de «capacidad [fértil] no utilizada» para contribuir a la recuperación. En consecuencia, los nacimientos seguirían siendo escasos durante por lo menos una generación. De manera que probablemente cualquier incremento de la población china durante la transición entre los Ming y los Qing reflejara cierta disminución de la mortalidad y, todavía más, la existencia de un flujo migratorio desde las tierras pobres a las ricas.

No cabe duda de que la nueva dinastía hizo lo posible por fomentar el reasentamiento, ordenando que los «errantes» (*liumin*) que se hubieran asentado en tierras abandonadas recibieran el título de propiedad permanente de éstas, aunque otros las reclamaran. También entregaron semillas de maíz a campesinos pobres y a partir de 1671 crearon casas de empeño para ayudarlos (durante un tiempo, el emperador Kangxi fijó personalmente la cantidad y condiciones de cada préstamo). Finalmente, los Qing también ofrecieron incentivos como viajes pagados, préstamos para iniciar explotaciones, tierras en propiedad absoluta, así como animales y utensilios para crear granjas a cualquier campesino dispuesto a emigrar a las arrasadas tierras del norte y el oeste. «Sólo a finales del siglo XVII y durante el XVIII» el número de los que se beneficiaron de esos planes «superó fácilmente los 10 millones». Gracias a esas medidas, el total de tierra cultivada en el Imperio, que había caído hasta 10,6 millones de hectáreas en 1645, se disparó hasta alcanzar 36,5 millones en 1661 y 40,5 mi-

llones en 1685. Sin embargo, como desde 1600 estaban cultivados más de 77 millones de hectáreas, la profunda huella de la Crisis General siguió siendo apreciable hasta bien entrado el siglo XVIII[18].

Una segunda revolución agrícola

Normalmente, las explosiones demográficas estimulan el sector agrícola, ya que las nuevas bocas necesitan alimentarse y la población anima a los campesinos más atrevidos a invertir en obras de riego y canalización, destinadas a mejorar la producción de los cultivos tradicionales y a introducir otros nuevos. En la India mogola los versátiles campesinos del valle del Ganges, que ya cultivaban más de veinte especies diferentes a comienzos del siglo XVII, incorporaron maíz a su repertorio (y también tabaco, la otra «especie milagrosa» del Nuevo Mundo); en tanto que en el África centro-occidental comenzaron a plantar no sólo maíz sino mandioca (originaria de Brasil), para protegerse de la posible pérdida de cosechas de mijo y sorgo durante las sequías. La mandioca fue realmente valiosa en tiempo de guerra, ya que los enemigos que hacían incursiones podían pasar por alto la presencia de tubérculos subterráneos. En el oeste de los Países Bajos y en el este de Inglaterra las desastrosas cosechas de mediados del siglo XVII fomentaron la rotación sistemática de cultivos de cereal y de tubérculos como zanahorias y nabos, y la siembra de clavo y otras especies ricas en nitrógeno. En 1650, Samuel Hartlib, un refugiado de la guerra de los Treinta Años que se asentó en Inglaterra, publicó *A discourse of husbandrie used in Brabant and Flaunders [Un discurso sobre la granjería practicada en Brabante y Flandes],* que, posteriormente ampliado para incluir información de Nueva Inglaterra e Irlanda, mostraba de qué manera los nuevos métodos de arado y rotación convertían en rentables suelos improductivos; cómo identificar y sembrar las variedades más apropiadas para cada lugar, y cómo utilizar fertilizantes químí-

cos para conseguir resultados óptimos. Hartlib también llevó a cabo experimentos centrados en la producción relativa de diferentes formas de granjería. Algunos historiadores ingleses, viendo con buenos ojos esas iniciativas prácticas y teóricas, que cobraron impulso en las décadas de 1640 y 1650, las han calificado de «revolución agrícola[19]».

Los campesinos chinos también innovaron en esta época, sobre todo sembrando maíz, cacahuetes y batata: tres cultivos recientemente importados de América que crecían muy bien en terrenos marginales, resistían las sequías y las plagas de langosta, no necesitaban trasplantarse (al contrario que el arroz) y, con mucho menos trabajo, producían el doble que otros cultivos de terreno seco. Según una gacetilla de la provincia de Jiangxi, «en general, el maíz se cultiva en laderas soleadas, la batata en las umbrías»; además, el maíz «proporciona a los montañeses la mitad de su alimento anual». Sucheta Mazumdar ha alabado las innovaciones agrarias registradas en China a finales del siglo XVII, viendo en ellas la «segunda revolución agrícola» del país, «basada en el máximo aprovechamiento de todos los cultivos y el desarrollo de pautas complementarias de selección de especies». Esta situación permitió que la ingesta media de los varones adultos superara el umbral vital de 2600 calorías al día, proporcionando más proteínas y vitaminas, con lo cual se mejoró la salud y se redujo el hambre (*véase capítulo 1*[20]).

La revolución del consumo

Normalmente, el impulso de las economías preindustriales radicaba en la demanda interna. Aunque la visión de majestuosos hombres de Extremo Oriente regresando a los puertos atlánticos de Europa cargados de exóticos productos asiáticos cautivaba la imaginación de los contemporáneos, sus cargamentos representaban (como máximo) el 2 por ciento del producto interior bruto (PIB) europeo. Dicho de otro modo, hoy en día, todos los ar-

tículos transportados entonces por mar desde Asia hasta Europa en un año habrían cabido en un solo buque portacontenedores. Todavía menos relevantes eran los productos comerciales vendidos en Europa para el PIB asiático: como ha señalado Jack Goldstone, «el volumen total de comercio europeo nunca fue mucho más allá del 1 por ciento de la economía china[21]». Ni siquiera el comercio intercontinental entre Europa y América alcanzó ni un volumen ni un valor apreciable hasta la década de 1690. Por el contrario, la necesidad de alimentar, vestir y dar vivienda a los protagonistas de la «explosión demográfica» y a sus familias después de la crisis de mediados del siglo XVII estimuló a todos los sectores económicos.

En un atrevido estudio, centrado en la producción y consumo de los hogares del noroeste de Europa y de Norteamérica, el historiador económico Jan de Vries detectó una versión occidental de la revolución industriosa japonesa, que se habría iniciado en torno a 1650. Según de Vries:

> Un número creciente de hogares actuó para reubicar sus recursos productivos (principalmente, el tiempo de sus miembros), de forma que se incrementó *tanto* la provisión de actividades orientadas al mercado y generadoras de dinero *como* la demanda de los productos que se ofrecían en ese mercado. La mayor especialización de la producción familiar facilitó el aumento de las opciones de consumo en el mercado.

En pocas palabras, el valor y el volumen de los bienes producidos y consumidos a finales del siglo XVII se incrementaron porque muchos de los protagonistas de la explosión demográfica no sólo querían consumir productos básicos. Si nos fijamos en la vivienda, podemos decir que en todo el noroeste de Europa después de 1650 «el ladrillo sustituyó a la madera y la cal en la construcción; se produjo una mejor definición de los espacios funcionales, ya que en las casas de clase media aparecieron las salas de estar y los comedores, y los dormitorios se independizaron […], y esos espacios interiores pasaron a llenarse de más muebles, que además eran más especializados». Una diversificación similar ca-

racterizó el consumo y, por tanto, la producción de ropa, alimentos y bebidas. Por otra parte, como la tecnología no podía proporcionar el agua, la iluminación, el calor y los medios higiénicos que querían los consumidores más acomodados, el incremento de la demanda de muchos de esos bienes empujó la necesidad de contar con criados domésticos que se ocuparan de medios para proporcionarlos[22].

La pujante demanda de «comodidades» también caracterizó el período final de la China Ming, pero el trauma de la transición entre esa dinastía y la Qing le puso bruscamente fin en casi todas partes. Suzhou, por ejemplo, con una población de 500 000 habitantes, era a comienzos del siglo XVII «la ciudad no capitalina más populosa y próspera de la faz de la tierra», pero las hambrunas, las plagas y los disturbios de finales del período Ming minaron su prosperidad, mientras que su desafío a los Qing condujo a un saqueo que sólo dejó en la urbe «tejas y muros rotos», en tanto que «fuera de la ciudad, de cada diez casas, cuatro o cinco fueron destruidas. Lo que a la vista se ofrecía hería el corazón[23]». No obstante, llegado el año 1676 cuatro gremios comerciales (entre ellos el de impresores y el de boticarios), así como grupos de mercaderes «extranjeros», habían fundado o reconstruido logias en la ciudad, a las que se añadieron otras once en las dos décadas posteriores: cada una de ellas conllevaba una gran inversión y su multiplicación reflejaba la construcción tanto de buques mercantes en la ciudad (algo nuevo) como la calidad de los productos que los llenaban. La sorprendente imagen que da Johan Nieuhof de una ajetreada calle de Nankín en 1658 da idea de cómo debía de ser una ciudad pujante de comienzos de la época Qing. Nieuhof señaló que «las tiendas de los principales ciudadanos y mercaderes están llenas de toda clase de ricas mercancías chinas como algodón, productos de seda, platos de China [porcelana], perlas, diamantes», en tanto que en el Yangtsé «es

tan grande el número de toda clase de embarcaciones que parece que todos los barcos del mundo estuvieran atracados aquí[24]».

En Shanghái, el profesor de escuela y antes funcionario Yao Tinglin apuntó en su diario de la década de 1680 las muchas cosas que habían cambiado desde la caída de los Ming, centrándose en las espectaculares transformaciones relativas a la vestimenta y los alimentos a los que podía acceder la gente corriente, gracias en parte a la producción masiva de artículos antes desconocidos o reservados a los más ricos durante esa dinastía. La vecina ciudad de Suzhou se enriqueció produciendo para ese mercado. Los funcionarios Qing tuvieron que renunciar a la pretensión de evitar que las mujeres de la localidad acudieran a los templos a quemar incienso (algo considerado un despilfarro) porque de ese modo quedaban sin trabajo muchos barqueros y portadores de palanquín, y cuando el emperador Kangxi hizo una visita en la década de 1680, apuntó con desdén que los habitantes de la ciudad «conceden gran importancia a lo falso y dispendioso, entregándose a la comodidad y al placer; muchos son los que se dedican al comercio y la artesanía, pocos los que labran los campos». Poco después, Cao Yin, leal esclavo del emperador, veía la situación de forma bastante distinta: «Suzhou es el cielo», escribía[25].

De nuevo, al igual que en Japón, la revolución industriosa de China y Europa fue paralela a la mejora de las infraestructuras dañadas. Al llegar el otoño, el lago Dongting, situado en la provincia de Hunan, se convertía en el más extenso de la China de los Ming, cuando hacia él fluían las crecidas aguas del Yangtsé, llevando nutrientes y peces. Desde muy pronto, el gobierno construyó diques para controlar el proceso, lo cual permitió el desarrollo de la agricultura y la ganadería en ese fértil terreno, fomentando a su vez proyectos de canalización privados, estimulando la producción y la exportación de excedentes de producción, y atrayendo tanto mano de obra inmigrante como a tratantes de cereales. Entonces, a comienzos del siglo XVII, el Es-

tado dejó de mantener los diques, lo cual puso en peligro los proyectos privados y llevó al abandono de los campos, generando también emigración y pérdida de los ingresos fiscales precisos para realizar tareas de reparación. Las fuentes locales lamentaron la pobreza de la zona hasta la década de 1680, pero en la posterior los Qing proporcionaron subvenciones para reconstruir dieciséis de los principales diques, algo que de nuevo estimuló los proyectos de desecación privados y la recuperación de la zona[26]. La misma cronología caracterizó la recuperación de otra infraestructura clave: la de transportes. A Louis Le Comte, un jesuita francés que decía haber «recorrido 2000 leguas, viajando a casi todas las provincias» chinas en la década de 1680, le impresionó profundamente…

> … el cuidado que se pone en hacer transitables las carreteras públicas. Son de unos veinticuatro metros de ancho y su ligero terreno no tarda en secarse después de la lluvia. En algunas provincias se encuentran (al igual que en nuestros puentes [franceses]) pasarelas para los caminantes a derecha e izquierda, protegidas a ambos lados por una interminable hilera de grandes árboles, y con frecuencia bordeadas por un muro de entre dos metros y medio y tres metros de alto para evitar que se entre en los campos.

Le Comte mencionaba también las postas de correos, los cuerpos de guardia situados a intervalos regulares en todas las carreteras y los numerosos arcos que, con pocas excepciones, mostraban…

> … un tablón que, con caracteres que se pueden leer a cien pasos de distancia, indican la distancia desde la ciudad que uno acaba de abandonar y aquélla a la que conduce la carretera. De manera que no se necesitan guías y siempre se conoce dónde se va, dónde se ha estado, qué distancia se ha recorrido y cuánta queda por recorrer[27].

Algunas de esas carreteras seguían en uso en el siglo XX.

También mejoró el transporte fluvial. Lo más importante es que los Qing movilizaran a los 47 000 trabajadores forzosos que, a tiempo completo, podían realizar reparaciones en el Gran Canal, la vía artificial de agua más larga del mundo, que permitía transportar con relativa rapidez bienes y pasajeros entre Pekín y

Jiangnan, es decir, salvar una distancia de 1600 kilómetros. Aunque Johan Nieuhof procedía de un país surcado por multitud de concurridos canales, creía que «nada más agradable puede verse en el mundo» que el Gran Canal, con sus «apacibles y amplias riberas» y su «extraordinario tráfico». El boceto que hizo Nieuhof del canal a su paso por Tianjín, no lejos de Pekín, muestra la principal vía de comunicación china en todo su esplendor, en 1658, sólo catorce años después de la invasión manchú (*lámina 24*[28]).

En Europa, la infraestructura de las comunicaciones también mejoró de forma ostensible al ir amainando las perturbaciones de mediados del siglo. Cuando James Fraser llegó a Londres en 1657 se quedó asombrado al descubrir una red postal dirigida por «un jefe de correos general y unos doscientos subjefes», que despachaban cartas a «120 millas [doscientos kilómetros] en veinticuatro horas» y también «coches de alquiler y diligencias en las que uno tiene su propio asiento por un chelín cada seis millas [diez kilómetros], magníficamente a cubierto de los malos caminos y el mal tiempo». Al año siguiente, una diligencia consiguió recorrer la Gran Carretera del Norte entre Londres y York (parece que fue el primer vehículo de ruedas que lo consiguió), completando trescientos kilómetros en cuatro días y, cinco años después, una ley del Parlamento otorgaba a las autoridades de las localidades que jalonaban esa gran vía poderes para levantar aduanas y utilizar los ingresos con ellas generados para mantenerla en buen estado. Es evidente que en otros lugares se produjeron mejoras similares, porque un correo que abandonó Dartmouth, en Devon, a las cinco de la mañana del 5 de noviembre de 1688, llevando la alarmante noticia de que acababa de avistarse frente a la costa inglesa a Guillermo de Orange y una flota de quinientos buques, llegó a Whitehall a las tres de la tarde del día siguiente, después de cabalgar «más de ocho veintenas [260 kilómetros]» en menos de veinticuatro horas[29]. La red de carreteras

inglesas mejoró con más rapidez después de 1696 gracias a las «leyes de portazgo», que permitían a las autoridades locales levantar barreras para cobrar derechos de paso a los viajeros, así como solicitar préstamos monetarios y servirse de topógrafos para mejorar las carreteras. Al llegar el año 1720, en Inglaterra existían casi cuarenta fideicomisos para gestionar barreras de portazgo.

El transporte de objetos voluminosos sólo se podía realizar eficazmente en barco y, en este sentido, en las postrimerías del siglo XVII también se produjeron importantes innovaciones en toda Europa occidental. Aunque la construcción de canales representaba el principal proyecto de ingeniería civil del momento, en 1665 la República holandesa contaba con más de 650 kilómetros de canales de transporte entre ciudades, que habían costado casi 500 000 libras esterlinas. Cada uno de ellos tenía un camino de sirga que permitía a barcazas tiradas por caballos transportar pasajeros y cargamentos de forma rápida y barata entre las principales ciudades de las provincias costeras, siguiendo un horario regular. Los más maniáticos habitantes de Ámsterdam no tardaron en enviar en barcaza la ropa sucia a los lavaderos de Haarlem que, situados a veinticinco kilómetros de distancia, eran más baratos y limpios. En la Francia de 1667, un grupo de inversores dirigió los trabajos que realizaron hasta 12 000 jornaleros en los 240 kilómetros del Canal Real del Languedoc, que unía el Mediterráneo con el Atlántico y que conllevó la creación de un lago artificial cerca de la parte más alta, además de varios acueductos y del primer túnel construido en Europa especialmente para un canal. En 1682, su primer año de funcionamiento, las primeras barcazas y casi 4000 pasajeros pagaron por utilizar una vía de comunicación que siguió teniendo tráfico hasta que la sequía de 1898 la hizo intransitable.

Aunque en Inglaterra la época dorada de la construcción de canales no comenzó hasta algo después, a partir de la década de

1650 emprendedores locales comenzaron a invertir su dinero en mejorar la navegación fluvial, con el fin de que las barcazas pudieran transportar bienes entre mercados distantes. Los libros de contabilidad del coronel Robert Walpole, parlamentario de Norfolk, ponen de manifiesto que cuando iba a Londres en la década de 1690 compraba tanto cerveza de alta fermentación de Nottingham como cerveza más ligera de Thomas Bass procedente de Burton (gracias a la peculiar geología del valle del Trent, en ambos lugares se siguen fabricando magníficas cervezas), porque el transporte de ambas hasta las tabernas de la capital podía realizarse enteramente en barcazas. También compraba güisqui escocés a tres chelines la botella, así como muchísimos otros productos de lujo. La economía de los interconectados «estanques poco profundos», típica del siglo XVII, había dado paso a una economía de regiones mutuamente dependientes[30].

Algunos condenaban esas compras, tachándolas de dispendio pecaminoso, y muchos Estados aprobaron medidas (conocidas como «leyes suntuarias») especialmente concebidas para restringir su consumo. En 1662, *sir* William Petty, un distinguido teórico económico, señalaba:

> Hay dos clases de riquezas, una real y otra potencial. Un hombre es auténtica y verdaderamente rico a tenor de lo que come, bebe, viste, o a tenor de cualquier otra cosa que auténtica y verdaderamente disfrute; otros hay que, no siendo más que potencial o imaginativamente ricos, tienen sin embargo poder sobre muchas cosas, aunque poco lo utilicen; son éstos más administradores y cambiadores de los demás, que propietarios de sí mismos.

En consecuencia, Petty era partidario de gravar el consumo, porque así se fomenta «el ahorro, la única forma de enriquecer a una nación». Esas ideas no tardaron en pasar de moda. Treinta años después, *sir* Dudley North, un mercader que había viajado por el mundo amasando una fortuna gracias a su profesión, hacía una concisa observación: los «países que tienen leyes suntuarias suelen ser pobres», porque «el principal acicate para el comercio, o más bien para la industria y el ingenio, reside en los apetitos

desmedidos de los hombres, que se esforzarán por satisfacer, mostrándose por tanto dispuestos a trabajar, cuando nada más les incline a hacerlo, porque si los hombres se contentaran simplemente con lo necesario, viviríamos en un mundo pobre[31]».

Los inventarios de hogar de Inglaterra, Nueva Inglaterra, la República holandesa y el norte de Francia que nos han quedado sugieren que los «apetitos desmedidos» de consumidores como el coronel Walpole formaban parte de una revolución del consumo. A comienzos del siglo XVIII, Daniel Defoe incluía en su *Complete English tradesman (El perfecto comerciante inglés)* un capítulo titulado «De cómo el lujo y los dispendios de la edad se tornan virtudes en el comercio y cómo propagan los oficios y las manufacturas de toda la nación», en el que (como *sir* Dudley North) defendía que la reintroducción de «lo que llamamos leyes suntuarias» causaría la «ruina de miles de familias», porque «el lujo de las gentes se torna virtud en el comercio».

> Si debidamente se calculara el fruto de los demás oficios que, además del cultivo, la manufactura y el artesanado, en esta nación se mantienen simplemente gracias a los pecados de la gente [...], [es decir] las innumerables alegrías en el vestir, y también la glotonería, la ebriedad y otras exorbitancias de la vida, podría uno preguntarse si es lo necesario o lo innecesario la principal bendición para el comercio, y si enmendar nuestros vicios no sería la ruina de la nación.

Aunque Defoe apuntaba con cautela que «el cielo podría, sólo con un verano seco o húmedo, llevarnos a la necesidad de reducir drásticamente el consumo», consideraba que la Gran Bretaña en la que vivía era «el país más próspero y opulento del mundo[32]».

En la China del siglo XVII se produjo un debate similar sobre las «confusiones del placer». El sabio confuciano Mencio había señalado la necesidad de que «la provisión de mano de obra estuviera intercomunicada y que los hombres pudieran cambiar entre sí sus servicios, de modo que con sus excedentes [un hombre] pudiera compensar las carencias de otro». Un escritor de Shan-

ghái citaba este fragmento en tono aprobador, señalando que aunque la frugalidad de una familia «puede quizá salvarla de caer en la pobreza», no se podía decir lo mismo de comunidades más grandes, porque «si un lugar está acostumbrado al dispendio, a sus gentes les resultará fácil ganarse la vida, y si otro está acostumbrado a la frugalidad, a sus gentes les resultará difícil» hacer lo propio. En concreto, cuando los ricos «sean dispendiosos con la carne y el arroz, los granjeros y los cocineros compartirán el beneficio; cuando sean dispendiosos con los tejidos de seda, los hiladores y los vendedores compartirán el beneficio». Después de la austeridad que caracterizó la transición entre los Ming y los Qing, China descubrió de nuevo lo sabio que era Mencio: «Los despilfarradores pueden gastar un millón de taeles al día en lujos insensatos», escribió un funcionario del gobierno en torno a 1680, «pero el tesoro que se gasta circula entre la gente gracias a las manos de quienes lo obtienen», en tanto que «un avaro que ahorre una cantidad considerable de dinero empobrecerá a su alrededor a numerosas familias[33]».

«Ver las cosas como un Estado».

En su canto al consumo ostentoso, Daniel Defoe defendía que las «exorbitancias» en el vestir, el alimento y la bebida se habían vuelto «tan necesarias para el mantenimiento del propio gobierno, y también del comercio, que sin los ingresos que ahora se recaban gracias a ellas [mediante los impuestos sobre el consumo], poco podríamos imaginar cómo mantener los asuntos públicos[34]». Era una afirmación extraordinaria, teniendo en cuenta que sólo una generación antes esos mismos impuestos sobre el consumo (gabelas o alcabalas en el continente) habían desatado importantes revueltas en la Monarquía española, Francia y la República holandesa (*véanse capítulos 9, 10, 14 y 17*), y que incluso en Inglaterra turbas encolerizadas habían incendiado hasta derribarlas las oficinas del fisco, atacando a los recaudadores de impuestos (*véanse capítulos 12 y 17*). El tributo impuesto en 1643 se

había concebido como medida temporal para tiempo de guerra, pero, como Scott Wheeler ha señalado, «llevó el *Estado* hasta el pueblo inglés de un modo que éste nunca había sentido hasta ese momento». A partir de entonces «todos los hombres ingleses pagaron impuestos, fuera cual fuera su situación económica», de hecho, la alcabala se convirtió en la segunda fuente más importante de ingresos para la Corona en tiempo de paz y la tercera en tiempo de guerra[35].

Con todo, el rendimiento de la alcabala británica, y también de los derechos de aduanas y el «amillaramiento» (después conocido como impuesto sobre bienes raíces), las tres fuentes principales de ingresos públicos, sirvieron prácticamente en su totalidad para sufragar el presupuesto de defensa del país. El crecimiento económico alabado por Defoe se reflejaba más en las finanzas privadas que en las públicas. Hasta las inversiones más costosas, como las mejoras en carreteras y ríos, las llevaban a cabo grupos privados conocidos como «contratistas». Sin embargo, el Estado tenía un papel crucial, ya que proporcionaba seguridad y estabilidad. Así, todo contratista precisaba del permiso gubernamental para comenzar a trabajar y cobrar portazgos, pero hasta 1688 en Inglaterra compitieron dos sistemas de obtención y cobro de los derechos de mejora: uno dependía de una patente concedida por la Corona, el otro de una ley parlamentaria. Durante el siglo XVII los cambios de régimen siempre amenazaron con arruinar a los contratistas con concesiones del régimen anterior (por ejemplo, el acuerdo de Restauración de 1660 incluía una ley que declaraba «nulas y sin valor» todas las «órdenes y ordenanzas» del Interregno). La Revolución Gloriosa puso fin a este sistema dual: a partir de ese momento, la Corona y el Parlamento colaboraron para constituir una autoridad estable y predecible que hiciera que las inversiones merecieran la pena y, gracias al nuevo clima de confianza empresarial, en los quince años que mediaron entre 1695 y 1709 la inversión individual en ca-

rreteras y ríos fue igual a la realizada en los ochenta y cinco años del período 1604-1688. Por otra parte, esta inversión redujo sustancialmente los costes de transporte, lo cual benefició tanto a los inversores como a los productores, estimulando aún más otras inversiones[36].

El incremento del consumo posibilitó que muchos gobiernos trasladaran su base fiscal desde los impuestos directos a los indirectos. En Inglaterra, el total de ingresos entre 1650 y 1659 superó los 18 millones de libras esterlinas, y de ellas más de un tercio procedían del amillaramiento de bienes raíces, en tanto que entre 1680 y 1689 ese indicador cayó por debajo de los 15 millones de libras, y de ellos sólo 530 000 procedían del amillaramiento. En Francia, aunque el conjunto de los ingresos de Luis XIV pasó de 84 millones de *livres* en 1661 a 114 millones en 1688, el rendimiento del principal impuesto sobre la tierra (la *taille*) cayó de 42 a 32 millones. Tendencias similares se aprecian en los datos fiscales de otros países de Europa recogidos en la European State Finance Database[37]. Estas transformaciones —la estabilidad o el incremento de los ingresos públicos derivada de la existencia de más impuestos sobre el consumo, no sobre la producción— beneficiaban tanto a los contribuyentes más ricos, que en proporción gastaban una parte menor de su renta en productos de consumo, como al Estado, que disponía de una mayor renta.

Como apuntó Sheilagh Ogilvie, las iniciativas promovidas por los príncipes europeos durante la primera mitad del siglo XVII para financiar sus contiendas «no sólo afectaron a los impuestos y la guerra. Los instrumentos administrativos desarrollados a tal fin también podían regular actividades anteriormente inaccesibles para el gobierno» y, en su estudio *Seeing like a State: how certain schemes to improve the human condition have failed [Ver las cosas como un Estado: de qué manera han fracasado ciertos planes de mejora de la condición humana]*, James C. Scott analizaba el proceso utilizado por los gobiernos de la Edad Moderna para poner

orden (algo que él denominaba «legibilidad») en las actividades que pretendían regular. Lo que Scott planteaba es que el proceso tenía un coste, porque «ciertas formas de conocimiento y control *exigen un estrechamiento de la visión*»:

> La gran ventaja de esa visión «de túnel» es que pone muy de relieve ciertos aspectos limitados de una realidad por otra parte mucho más compleja y poco manejable. Por su parte, esta simplificación hace del fenómeno que ocupa el centro de la visión algo más legible y, por tanto, más susceptible de medirse y calcularse con cuidado. Así se logra, combinándola con observaciones similares, una visión global, agregada y sinóptica de una realidad selectiva, lo cual posibilita un alto grado de conocimiento esquemático, de control y de manipulación[38].

Scott situaba tanto el desarrollo de la «legibilidad» como el «estrechamiento de la visión» a mediados del siglo XVII.

Esta cronología no es sorprendente. Naturalmente, el trauma de la Crisis General hizo que los Estados quisieran «conocer, controlar y manipular» con más eficacia tanto la naturaleza como la sociedad, con el fin de evitar cualquier repetición de esa catástrofe. Japón llevó la voz cantante: los estudios catastrales elaborados por los sogunes Tokugawa (*véase capítulo 16*), que hicieron «legibles» la agricultura y la demografía, resultaron cruciales para permitirles mitigar los efectos de la Pequeña Edad de Hielo. En China, el emperador Kangxi, consciente del papel que había tenido la pérdida de cosechas en la caída de la dinastía anterior, vio en la recogida y cotejo de información climática precisa un elemento esencial para la estabilidad política. Aunque era habitual que los funcionarios provinciales de los Ming incluyeran «datos sobre lluvias» en sus informes regulares sobre las condiciones locales, el gobierno central apenas les prestaba atención; sin embargo, el emperador Kangxi no sólo se leía los informes climatológicos oficiales, sino que solicitaba otros a sus abanderados y esclavos sobre sequías, riadas y proyecciones de cosechas (sobre todo de Jiangnan, proveedor de gran parte de los cereales que precisaba la capital[39]).

El ejemplo de Kangxi inspiró por lo menos a un ministro europeo. Sébastien Le Prestre, marqués de Vauban (1633-1707), reconoció que su ambicioso plan de sustitución de la compleja estructura fiscal francesa de la época de Luis XIV por un impuesto de capitación era «más o menos lo que hacen en China», citando las descripciones impresas de los testigos presenciales Martino Martini (una copia de cuya obra tenía) y Louis Le Comte (Vauban asistió a la reunión de la Académie des Sciences en la que se debatieron las observaciones de Le Comte[40]). En realidad, la búsqueda de «legibilidad» en Francia ya había comenzado. En 1656, Jean-Baptiste Colbert informó al cardenal Mazarino (al que servía) de que algunos jueces de París estaban «buscando en sus registros ejemplos y argumentos» que pudieran ayudarlos a desacreditar a su señor, y apuntó que «quizá no desagradara a Vuestra Eminencia que yo llevara a cabo una búsqueda de todo lo dicho y hecho a este respecto», con objeto de preparar una refutación eficaz. Mazarino acogió de buen grado la idea, añadiendo: «Parece extraño que nadie se haya molestado en mantener un registro así». Colbert no perdió tiempo en llenar el vacío, reuniendo datos sistemáticos sobre impuestos, población, títulos de propiedad de la tierra y producción económica de Francia y, una vez muerto Mazarino en 1661, hizo lo mismo para el rey. Lo más importante era que cada año Colbert preparara un resumen pormenorizado de ingresos y gastos públicos, diligentemente reunidos por él mismo, y que lo presentara al monarca, escrito a tal fin por un afamado calígrafo en un pequeño libro provisto de una hermosa encuadernación de piel encarnada, para que Luis no tuviera excusa para no llevarlo consigo a todas partes[41].

Vauban bombardeó al rey con estadísticas más ambiciosas; pero a diferencia de Colbert, que casi siempre estaba en la corte y que recababa gran parte de su información indirectamente, Vauban viajaba casi sin descanso para ver las cosas por sí mismo y era

frecuente que presentara sus conclusiones a Luis XIV de forma gráfica. Así, después de supervisar personalmente la construcción o reconstrucción de las fortalezas fronterizas francesas, Vauban fabricó una maqueta para que el soberano pudiera visualizar las defensas de su Reino sin abandonar palacio (un temprano Google Earth). En 1700 ya había casi 150 maquetas, la mayoría fabricadas a gran escala (de 1:600), con miniaturas de murallas, iglesias, casas y árboles hechas de madera, seda, papel y arena. Cuando se producía un asedio, el informe de situación diario que remitían los mandos destacados sobre el terreno podía reproducirse en la maqueta, lo cual permitía al rey organizar con gran precisión las operaciones, dando múltiples y pormenorizadas instrucciones. Sería difícil encontrar un mejor ejemplo de las ventajas y peligros que comportaba ver las cosas «como un Estado».

Vauban también bombardeaba a su señor con otros datos fruto de la observación personal, los estudios sobre el terreno y gran cantidad de lecturas; pero mientras que Colbert se había centrado en la economía, Vauban lo hacía en la población. Según un documento redactado en 1686 y escrito para mayor énfasis en mayúsculas, «LA GRANDEZA DE LOS REYES SE MIDE EN FUNCIÓN DEL NÚMERO DE SÚBDITOS QUE TENGAN», Vauban defendía la elaboración de un censo anual.

> ¿No daría gran satisfacción al rey —se preguntaba retóricamente— conocer en una determinada fecha de cada año el número exacto de súbditos que tiene, en total y en detalle, además de todos los bienes, la riqueza y la pobreza de cada lugar? ¿El número de sus nobles, sacerdotes [y] funcionarios […] según su categoría, además del lugar en el que viven? ¿No sería un placer, pero un placer útil y necesario, que él y sus ministros pudieran en sólo una hora conocer la situación pasada y presente del gran Reino que él gobierna?

Previendo una respuesta afirmativa, Vauban pedía a Luis que encargara la elaboración de una serie de «mapas generales y regionales», a los cuales él podría añadir las correspondientes cifras totales de población y bienes, actualizados anualmente, para que

el soberano conociera, «con precisión y fácilmente, ganancias y pérdidas, el crecimiento o el declive de su Reino» y, si fuera necesario, «tomar las medidas precisas[42]». El archivo de Vauban abunda en meticulosos censos de comunidades que, ordenados por parroquias y calles, con el sexo, la edad y la ocupación de cada residente, aparecen todos ellos ligados a un detallado mapa.

Vauban también realizó ejercicios especulativos que denominó *supputations* («pronósticos, evaluaciones»), basados en sus lecturas y viajes, y en informes de terceros, relativos a cuestiones como de qué manera incrementar el rendimiento de las cosechas (para mejor alimentar a los ejércitos del soberano), cómo conseguir que los árboles alcanzaran más altura y rectitud (para proporcionar mejores mástiles a los barcos de guerra del monarca) e incluso cómo conseguir que los campesinos criaran cerdos para que en diez generaciones superaran los tres millones de cabezas (y así reducir la dependencia que labradores y soldados tenían del pan[43]). También dedicó mucha atención a las colonias de ultramar francesas, y sobre todo a Canadá, presentando al rey un memorial en 1699 que sugería que el envío anual de más colonos tendría un efecto espectacular porque «en lugar de las entre 13 000 y 14 000 almas que actualmente viven en Canadá, dentro de treinta años, es decir, en torno a 1730, podría haber 100 000». Además, según el pronóstico de Vauban, si esos hombres y mujeres se casaban y tenían cuatro hijos cada uno, la población de la colonia se duplicaría con cada generación, de manera que «alrededor del año 2000 podría haber 51 millones de personas[44]».

Evidentemente, esas *supputations* eran totalmente irreales, producto de ese «estrechamiento de la visión» identificado por James Scott. La idea de que los campesinos cebaran a sus cerdos mientras ellos morían de hambre revela una notable ignorancia de la vida rural francesa, aparte de que la manía de Vauban con la geometría y los cálculos, comprensible en alguien que había sido ingeniero militar, le llevó a pasar por alto otros factores clave. Lo

más importante era que, aun viendo en «la mortalidad del año 1693 y la escasez de víveres» una de las razones de la reducción del número de súbditos de Luis XIV, «consideraba secundarias las condiciones climáticas», algo mucho menos importante que la guerra y los impuestos, llegando incluso a asegurar al soberano que «la escasez existe en la opinión, no en la realidad[45]».

Con todo, el enfoque estadístico de Colbert y Vauban tuvo muchos admiradores en el extranjero. En un provocador artículo sobre la difusión de la «aritmética política» en la Europa del siglo XVII, Jacob Soll ha señalado que «los Estados europeos no sólo compartieron complejas crisis económicas, militares, políticas, sociales y espirituales, sino también respuestas comparables a las mismas», y no es difícil encontrar ejemplos de ello, que van desde el «cameralismo» de muchos estados alemanes a la situación en la Inglaterra de los Estuardo, donde *sir* John Plumb subrayaba la envidia que muchos ministros ingleses de Carlos II sentían de la «sistemática eficiencia» que apreciaban en sus colegas franceses. Muchos funcionarios regios se convirtieron en miembros de la Royal Society porque «creían que la mejor manera de abordar los problemas prácticos de la vida era el conocimiento» y aunque su visión de túnel los llevaba con frecuencia (como a Vauban) a caer en «absurdos», ya en 1700 «es probable que Gran Bretaña tuviera la maquinaria de gobierno más eficiente de Europa». La aritmética política del siglo XVII no se limitaba a calcular el potencial reproductor de los cerdos[46].

La contención de la enfermedad

James Scott llamó la atención sobre otra de las consecuencias que tenía la actitud de «ver las cosas como un Estado». Según observó, a partir de la década de 1650 parecía que los estadistas de Europa…

> … se dedicaron a racionalizar y estandarizar un jeroglífico social para darle un formato más legible y administrativamente más manejable. Las simplificaciones sociales introducidas a tal fin no sólo permitieron constituir un sistema

fiscal y de leva más afinado, sino que fomentaron enormemente las capacidades del Estado, haciendo posibles intervenciones de toda índole bastante centradas, como las relativas a medidas sanitarias, vigilancia política y ayuda a los pobres[47].

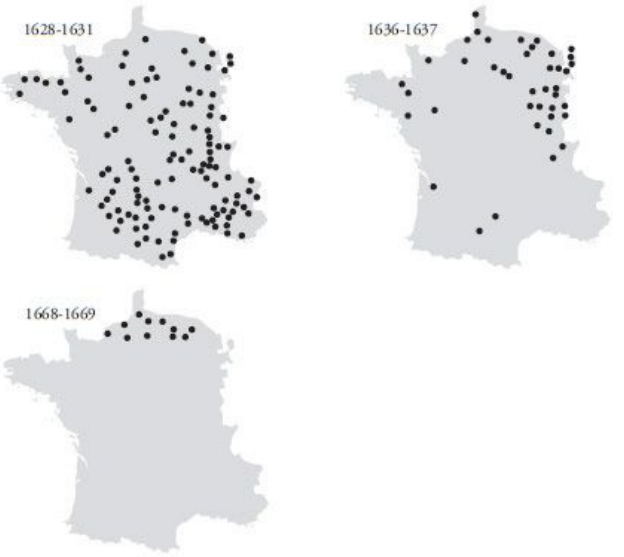
Quizá las «intervenciones bastante centradas» más sorprendentes fueran las relativas a la sanidad, ya que entre ellas figuraba la contención de las dos infecciones más letales del momento: la peste y la viruela. Ahora sabemos que la peste bubónica se transmite mediante un bacilo que, alojándose en pulgas infectadas, pasaba primero de las ratas (su «huésped» habitual) a los seres humanos, propagándose después entre ellos, pero en ese momento nadie lo sabía (en realidad, no se supo hasta la década de 1890). En consecuencia, los grupos marginales solían convertirse en chivos expiatorios durante las epidemias. Cuando la peste asoló Milán en 1630, las autoridades de la ciudad juzgaron y ejecutaron a varios forasteros que, según decían, habían propagado la enfermedad con «polvos venenosos». Este veredicto desató por doquier un «gran miedo»: en Madrid, a 1800 kilómetros de distancia, el Consejo de Castilla advirtió que «se an dividido diferentes personas por las partes de Europa con intento de que en todas ellas cunda la peste sembrando de los polvos que con tan grande rigor la an ocasionado en el estado de Milán», y las autoridades locales dieron orden de impedir «la entrada de ningún estrangero de quien se pueda tener sospecho» y de detener durante tres semanas a cualquiera que viniera de un lugar sospechoso de alojar la infección. Se llegó incluso a prohibir que los monasterios recibieran la visita de otros religiosos, «por el recelo que se puede tener de que los fabricadores de este delito se baldrán del ábito y capa de la relijión para cometerle con mayor disimulación». Las autoridades de la ciudad de Sevilla, todavía más lejos de Milán, celebraron procesiones para solicitar la protección del Altísimo contra la amenaza de los «polvos venenosos», pero también cerraron todas las puertas de la ciudad[48].

Aunque el diagnóstico era equivocado, sí se aplicó el tratamiento correcto —impedir el movimiento de personas y bienes en época de peste— y en todas las grandes ciudades de Italia una junta de sanidad permanente, compuesta por médicos y autoridades, impuso controles draconianos. En 1630, la de Florencia desinfectó tantas cartas y paquetes que los ingresos postales de la ciudad se redujeron en un 97 por ciento, pero gracias a ese rigor, aunque la plaga asoló toda Italia al norte de Florencia, segando la vida de un cuarto de la población, nunca avanzó al sur de la frontera toscana. Esos éxitos impresionaron a gobiernos de fuera de Italia, que comenzaron a seguir el ejemplo. En Francia, un tratado de 1628 afirmaba irreverentemente que si el propio Dios fuera «sospechoso de propagar el contagio, sería mi deber mantenerlo confinado», mientras que en España un cordón sanitario detuvo la peste de 1631 en los Pirineos, y entre 1647-1651 otro impidió que entrara en Castilla[49]. La mortalidad de la enfermedad no había mermado —la epidemia que se abatió sobre Inglaterra en 1665 mató a 100 000 londinenses, alrededor de un cuarto de la población de la capital (llegando a un tercio en las parroquias más pobres), además de a otras 100 000 en el resto del Reino— y pocos esperaban que la gran peste fuera la última. En torno a 1690, el estadístico *sir* William Petty observó que las epidemias de peste, en promedio, azotaban Inglaterra una vez cada veinte años, y pronosticó que el próximo episodio, que no podía estar muy lejos, mataría a 120 000 personas solamente en Londres. Igualmente pesimistas eran las autoridades de la ciudad, que hasta 1703 siguieron publicando las «listas de muertos» con una columna especialmente dedicada a los enterramientos ocasionados por la peste (*lámina 25*). Pero se equivocaron. En Francia, aunque la peste matara quizá a dos millones de personas durante el siglo XVII, los episodios epidémicos fueron afectando cada vez a menos lugares (*figura 37*). Todavía más notable resulta que fueran aumentando las zonas de Europa que se veían total-

mente libres de la peste: Sicilia después de 1625, el norte de Italia (a excepción de Génova) después de 1631, Escocia después de 1649, Cataluña después de 1651 e Inglaterra después de 1665[50].

Otros gobiernos lograron contener la propagación de la viruela. Paradójicamente, justamente cuando nuevas y más virulentas cepas de la enfermedad se propagaban desde África hacia América, y quizá Europa, muchos asiáticos se hacían inmunes. El cambio se inició en el norte de China. La viruela diezmó a los manchúes después de que éstos invadieran el Imperio Ming, acabando incluso con la vida del emperador en 1661, y su hijo y sucesor, el emperador Kangxi, superviviente de esa plaga, se interesó enormemente en la enfermedad. Descubrió que algunos médicos chinos habían desarrollado un tratamiento denominado virulación, consistente en administrar a un individuo una forma atenuada del virus de la viruela al que la mayoría de la gente sobrevivía, con lo que se inmunizaba de por vida porque esa enfermedad sólo ataca una vez a cada víctima[51]. Según relató él mismo, Kangxi comenzó a poner a prueba el procedimiento «en una o dos personas» (es decir, esclavos) en la década de 1670 y, como pareció funcionar, insistió en inocular a su aprensiva familia, después a todos los soldados de los ocho estandartes, de los que dependía la seguridad del Estado Qing, y finalmente a más de la mitad de la población de Pekín. «Es algo enormemente importante, de lo que estoy muy orgulloso», confesó el emperador en un escrito póstumo dirigido a sus hijos, porque la virulación «ha guardado la salud de millones de hombres». Su majestad podría haber señalado que esa inoculación también reportaba grandes beneficios para las mujeres, ya que contraer la viruela durante el embarazo resultaba fatal, tanto para la madre como para el feto, de manera que, en gran medida gracias a esta práctica en China la mortalidad infantil cayó del 40 al 10 por ciento durante el siglo XVIII[52]. Partiendo de China, la técnica se propagó lentamente hacia el oeste, por los imperios otomano y mogol, y desde allí

llegaron noticias elogiosas a Europa occidental. Aunque la virulación llegó demasiado tarde para salvar la vida de la reina María II de Gran Bretaña († 1694), del heredero de Luis XIV († 1711) o del emperador Pedro II de Rusia († 1730), las muertes a causa de la viruela cayeron en picado allí donde se introdujo. Se mirara por donde se mirara, ésta fue una empresa sanitaria excepcional (y excepcionalmente exitosa[53]).



37. Derrota de la peste en Europa durante el siglo XVII. El número de lugares afectados por la peste durante las epidemias de 1628-1631, 1636-1637 y 1668-1669 en Francia se redujo de manera constante, en gran parte gracias a la aplicación efectiva de las restricciones impuestas por las cuarentenas.

En el siglo XVII se podrían haber producido más «intervenciones bastante centradas» en materia sanitaria, de no haber insistido la perversa ortodoxia médica imperante en que las enfermedades físicas procedían de causas generales, no específicas. En consecuencia, los médicos se afanaban por equilibrar los cuatro «humores» de cada cuerpo humano (con frecuencia mediante remedios que producían sangrías, sudoración o vómitos, o aplicando enemas) y denostaban cualquier sustancia que no produjera algún tipo de secreción. Así se descartó la corteza de quino (*Cinchona officinalis*), que, al contener quinina, proporcionaba cierta protección frente a la malaria. En Sudamérica, los misioneros jesuitas observaron las propiedades terapéuticas del quino y en la década de 1640 comenzaron a enviar regularmente cargamentos a Roma, donde, después de exhaustivas pruebas, los médicos la utilizaron para estabilizar a febriles enfermos de malaria. A finales de siglo, se habían impreso más de treinta libros sobre las propiedades medicinales de esa droga milagrosa, pero algunos le eran hostiles. A mediados de la década de 1650 algunos médicos afirmaban que, aunque esa sustancia era eficaz a corto plazo, a la larga agravaba la dolencia, lo cual hizo que muchos pacientes se negaran a tomar el «polvo de los jesuitas». Uno de ellos fue Oliver Cromwell, lord protector de Gran Bretaña, cuya muerte a causa de las fiebres palúdicas condenó al fracaso el experimento republicano británico[54].

Al final, el nuevo tratamiento acabó imponiéndose. En la zona de Cambridge, Robert Tabor realizó pruebas con enfermos de malaria hasta 1672, cuando publicó su *Rational account of the cause and cure of agues [Informe racional sobre la causa y las curas de las fiebres palúdicas]*. Su remedio curó a Carlos II, heredero del trono francés, y a la reina de España, además de hacerle a él rico: según un envidioso médico (que acusaba a Tabor de haberle plagiado sus conocimientos sobre la quina), aunque «nunca conseguí diez libras esterlinas por él, él ha conseguido 5000», además del título

de *sir*[55]. Durante el siglo XVII, esas recompensas animaron a quienes practicaban la medicina, tanto profesionales autorizados como aficionados, a examinar y probar nuevos remedios. Al hacerlo, no sólo crearon una metodología coherente para desarrollar fármacos experimentales, sino que comenzaron a apartar la atención médica de la aplicación de remedios a cada paciente según se considerara que eran sus «humores», para centrarla en el descubrimiento de un remedio eficaz para cada una de las enfermedades.

La alimentación del pueblo

Después de la década de 1650, muchos gobiernos intervinieron también para evitar que sus súbditos murieran de hambre en épocas de escasez. Los Qing, por ejemplo, se basaron en «más de dos milenios de principios teóricos y precedentes institucionales» para recuperar la red de graneros públicos «con una coherencia, intensidad y nivel de centralización desconocidos en épocas anteriores[56]». Todos los distritos de China contaban con un silo público, conocido como «el granero siempre normal» (*changpingcang*), que complementaban depósitos comunales (*shecang*) y otros de carácter benéfico (*yicang*). Tradicionalmente, todos ellos compraban el grano después de la cosecha, cuando era barato, y lo vendían a un precio inferior al del mercado a finales del invierno y en primavera, para así estabilizar los precios en los buenos años e impedir hambrunas cuando fuera necesario, pero como las guerras libradas por los últimos Ming no habían dejado prácticamente nada para fines asistenciales, al llegar la década de 1640 casi todos los graneros estaban abandonados.

En 1654 el emperador Shunzhi ordenó a sus funcionarios que recuperaran los graneros de distrito y los comunales, y los dotaran de reservas suficientes para paliar cualquier posible hambruna futura, pero el proceso acabó siendo lento. En 1680, su hijo, el emperador Kangxi, comenzó a aprobar un torrente de leyes

encaminadas a almacenar de manera eficiente el grano y, después de algunas malas cosechas, abrió también graneros y redujo o eliminó impuestos, antes incluso de que se tuviera noticia de una situación de hambruna real. Con resultados espectaculares, aceleró esas iniciativas después de la hambruna de 1691-1692, inducida por una sequía: mientras que a finales de la época Ming el objetivo era almacenar en cada provincia 1500 toneladas, a comienzos del siglo XVIII por lo menos doce provincias chinas tenían almacenadas más de 50 000 toneladas cada una, mientras que los graneros estatales de Yunan, situada en el remoto suroeste, guardaban 200 000, y los de Gansu, en la zona igualmente apartada del noroeste, 270.000. Según el jesuita Louis Le Comte, lo primordial era que, aunque desde Jiangnan llegaba anualmente arroz más que suficiente a través del Gran Canal para alimentar al hogar imperial, éste «está tan preocupado de sufrir escasez que los graneros de Pekín siempre almacenan arroz suficiente para los tres o cuatro años siguientes. Es comestible durante mucho tiempo porque antes se ocupan de secarlo y calentarlo[57]».

El Imperio otomano también contaba con copiosos graneros, sobre todo en Estambul y Egipto, donde el excedente de cereal no sólo mantenía a la capital sino a las ciudades santas de Arabia. Cuando en 1694 la sequía en el interior de África condujo a una crecida prácticamente nula del Nilo y a su rápida retirada, produciendo una hambruna en Egipto, el sultán no sólo redujo o pospuso el pago de impuestos en las zonas afectadas (aduciendo «riego deficiente y sequía»), sino que también «creó un sistema de racionamiento que, basado en la distribución de vales a los campesinos, les permitía canjearlos por cierta cantidad de alimento para sí mismos y sus familias. Los vales se podían comprar y vender como si fueran moneda». Las condiciones empeoraron en 1695, al continuar la sequía y la peste, lo cual hizo que El Cairo recibiera a inmigrantes campesinos y sufriera motines de ham-

brientos que saqueaban «los graneros y los almacenes de trigo y cebada de la plaza de Rumaila, a los pies de la ciudadela», núcleo del poder otomano. A consecuencia de ello, el sultán destituyó al gobernador provincial y su sucesor «reunió a los pobres y hambrientos», los dividió en grupos y cada uno de ellos fue encomendado a «un notable que proporcionaría a esos indigentes pan y otros víveres[58]».

En Europa, sólo las ciudades del sur lograron crear graneros públicos permanentes, aunque ninguno de ellos tan grande como los de la China de los Qing. Normalmente, el pósito o alhóndiga de Madrid gestionaba 20 000 toneladas de trigo al año, pero durante la hambruna de 1630-1631 distribuyó más de 40.000. Los silos (*fosse del grano*) de Nápoles podían contener hasta 13 000 toneladas y aunque en 1663 un visitante de la localidad escuchó decir que «aquí siempre hay guardada cantidad suficiente para abastecer a la ciudad durante siete años», él sospechaba que «podía haber suficiente para abastecerla durante dos o tres años», pero no más. Desde luego, las *fosse* no fueron suficientes durante la revolución de 1647-1648, un año de hambruna, cuando las tropas leales a Felipe IV incomunicaron a la ciudad de sus fuentes de suministro habituales, obligando a las autoridades a decretar que sólo se entregara pan *per cartella* (es decir, a cambio de una cartilla de racionamiento) y que la alimentación de los soldados tenía prioridad sobre la de los civiles[59]. Los Estados del norte de Europa se quedaron mucho más cortos a ese respecto. En 1619, las propuestas de Jacobo I, que quería que se construyeran graneros en Inglaterra, quedaron en nada por la avaricia de los productores de cereal que, deseosos de obtener el mayor precio posible por sus cosechas, se opusieron a cualquier medida que pudiera afectar a sus ganancias. Seis años después, motivos igualmente egoístas echaron por tierra las iniciativas de su hijo Carlos I, que no logró convencer al Parlamento escocés de que…

> … haga, elija y designe los lugares que más adecuados considere para ser graneros públicos en los que almacenar para su preservación toda clase de vituallas y todas aquellas provisiones que puedan evitar extremos de hambre cuando malos años vengan, y cuya necesidad hemos tenido últimamente ocasión de comprobar.

En la década de 1620 el gobierno sueco también pidió en vano a todas las parroquias que crearan un granero, repitiendo la llamada con más insistencia en 1642 (después de una serie de desastrosas cosechas) y de nuevo en la década de 1690 (después de más años de hambruna), pero el ruego cayó siempre en saco roto[60]. En Francia, aunque Nicolas de La Reynie, teniente general de policía de París, tampoco logró superar la resistencia que suscitaba la propuesta de creación de un granero municipal, sí encontró otra forma de alimentar a los habitantes de la capital. Todos los inviernos pedía al clero parisino que le informara del número exacto de personas de su parroquia que necesitaban ayuda y, a continuación, organizaba la distribución de una amplia gama de artículos por parte de sus tropas. Según las meticulosas «cuentas de gastos» que han llegado hasta nosotros hechas durante el invierno, «entre el 1 de diciembre de 1685 y el 30 de abril de 1686»:

> Se han distribuido pan, sopas, leña, ropa, medias, zuecos y camisas entre los hombres y mujeres enfermos, así como los remedios y los alimentos necesarios para las mujeres enfermas y preñadas, y los recién nacidos recibirán los paquetes de pañales y las pequeñas sábanas que precisen, así como leche y harina los niños mayores que aún requieren cuidados; [también se han distribuido] colchones, sábanas, colchas y armazones de cama para quienes ahora duermen en el suelo, sobre todo los pobres tejedores, cinteros, botoneros, bordadores y otros cuyo trabajo a cubierto ha cesado durante este año.

Lo que De La Reynie quería era evitar revueltas del pan en la capital que él tenía a su cargo[61].

Como en el siglo XVII alrededor del 90 por ciento de la población vivía en pueblos, en caso de hambruna era enormemente importante crear una red de protección rural eficaz. En Nueva España, a lo largo de ese siglo las cofradías de muchos pueblos crearon un depósito de maíz y frijoles, y una reserva de ganado.

En años normales, esos bienes, fruto del trabajo comunal, se vendían para sufragar los rituales religiosos locales, pero en épocas de escasez constituían una reserva de alimentos vital[62]. En Rusia, los zares ordenaron a todos los monasterios de las orillas del Volga que tuvieran graneros, mientras que en el sur de Europa muchas aldeas y pueblos crearon un «banco de préstamos» que guardaba una reserva de grano (quizá cosechado en los propios campos del lugar) que se utilizaba para prestar a las familias pobres en épocas de penuria, aunque generalmente para acceder al préstamo se exigía entregar algo a modo de garantía (generalmente una prenda de vestir o una herramienta), contar con un avalista (un familiar, vecino o patrón) y abonar una pequeña tasa, pagadera después de la siguiente buena cosecha. Las autoridades locales también podían pedir dinero en época de escasez para comprar cereales que bien suministraban gratuitamente, bien a un precio subvencionado[63].

En medio de las condiciones insólitamente inclementes del siglo XVII, los gobiernos ofrecieron también otras ayudas asistenciales. En 1633, el sueco fundó un orfanato en Estocolmo, principalmente para alojar a hijos de soldados y marineros reclutados para luchar en la «guerra continental», porque sus madres no podían alimentarlos, y en 1646 creó también en Vadstena la primera residencia conocida dedicada a la atención de veteranos de guerra heridos o ancianos. En Islandia, en 1651, la Corona danesa fundó un hospital en cada uno de los «cuatro cuartos» de la isla, donó terrenos regios para su construcción y, para sufragarlos, introdujo un impuesto especial que todo el mundo debía pagar. La obligación legal era esencial, porque, según decía un opúsculo inglés de 1601, «en esta contumaz época nuestra, ni las piadosas convicciones de los pastores ni las penosas exclamaciones de los pobres pueden mover a nadie a la misericordia a menos que haya una ley que a ello los obligue: por lo que parece, la mayoría ayuda a los pobres más por obligación que por compasión[64]».

Hay que señalar la fecha de publicación del opúsculo, porque en ese año el Parlamento inglés, después de una década de enfriamiento global, aprobó la ley más ambiciosa del siglo. La Ley de Pobres de 1601 exigía a cada parroquia del Reino que garantizara ciertos «derechos» (así los llamaríamos hoy en día) en ciertas épocas de necesidad bien definidas —vejez, viudedad, enfermedad e incapacidad física, y desempleo— pero sólo a quienes residieran habitualmente en la parroquia. El sistema se financiaría con un impuesto sobre la renta emanada de las propiedades locales (sobre todo tierras e inmuebles) y lo administrarían unos «supervisores» elegidos entre los propietarios del lugar, quienes tendrían que presentar anualmente sus cuentas para que los regidores locales las auditaran. Dos razones explican que esta descentralización de las funciones asistenciales en beneficio de las parroquias fuera un golpe de genialidad. En primer lugar, la participación de los regidores locales (respaldados, si era necesario, por los tribunales del Reino) garantizaba la contribución de todos los ricos. En segundo lugar, la limitación de beneficios a los residentes locales significaba que, en tiempos de crisis, los pobres se quedaran en las parroquias donde les garantizaban «derechos», en lugar de buscar ayuda en la ciudad más próxima y sobrecargar sus recursos (como ocurrió en otros países). El sistema no era en modo alguno perfecto y ni siquiera los grandes períodos de escasez de 1629-1631 y 1647-1649 lograron convencer a los regidores locales de que gravaran a los ricos para ayudar a los pobres, aunque esto cambió durante la hambruna de la década de 1690, cuando la presión del gobierno logró que «prácticamente todas las parroquias del país formaran parte de un sistema de ayudas de emergencia nacional y coordinado» que no sólo reportara beneficios al 10 por ciento, más o menos, que en un momento dado precisaba de la caridad para sobrevivir, sino al grupo mucho más numeroso que podría necesitar ayuda durante alguna crisis futura. En consecuencia, la serie de crisis inducidas por el clima que

afectó a Inglaterra entre las décadas de 1590 y 1690 dieron lugar al primer «Estado de bienestar» del mundo y, de este modo, fueron condición *sine qua non* para el surgimiento de la primera revolución industrial[65].

La destrucción creadora

Los numerosos incendios registrados en zonas urbanas durante el siglo XVII también estimularon algunas «intervenciones bastante centradas». En Alemania, la existencia de algunos gremios medievales dependía especialmente de la necesidad de compartir riesgos en caso de incendio, aunque los primeros no pudieron sobrellevar la proliferación de los segundos durante la guerra de los Treinta Años. Sin embargo, en 1664, en Hamburgo, los gremios tradicionales empezaron a emitir pólizas de seguros conocidas como *Alles mit Bedacht* («prudencia para todos»), que prometían a cada miembro mil táleros para gastos de reconstrucción de su casa si ésta había sido destruida por el fuego, a cambio de una prima de diez; las autoridades locales de Hamburgo, al igual que las de otras ciudades, dieron órdenes destinadas a fomentar la prevención de incendios y el castigo de los que fueran intencionados[66]. Resulta sorprendente que Inglaterra no siguiera de inmediato el ejemplo: después de todo, durante la segunda mitad del siglo XVII hubo casi cien incendios que causaron pérdidas por lo menos de mil libras cada uno y pérdidas globales de un millón de libras. Sin embargo, para la mayoría de los afectados el único remedio fue alguna «patente de caridad» que, expedida por un regidor comprensivo, les permitiera recaudar dinero a la puerta de la iglesia de su localidad. Ni siquiera el gran incendio que asoló Londres en 1666 sirvió para promover grandes cambios. Hay que reconocer que al año siguiente la Ley de Reconstrucción de la ciudad exigió a la corporación londinense un trazado más recto y un ensanchamiento de las calles y los callejones (un gasto que se compensaría con lo recaudado mediante un impuesto sobre el carbón), demandando también que las futuras casas se

construyeran con ladrillo y piedra. Por otra parte, *sir* Christopher Wren supervisó la reconstrucción de la catedral de San Pablo, de otros cinco templos y de numerosos edificios públicos partiendo de un mismo estilo. Sin embargo, se podría haber hecho mucho más. El gobierno recibió varios imaginativos planes de reconstrucción que, centrados en zonas situadas al oeste de la torre de Londres, pretendían crear una capital imperial que rivalizara con Roma, pero los rechazó todos; por su parte, durante el siglo XVII sólo siete ciudades de provincias asoladas por el fuego siguieron el ejemplo de Londres, proclamando una Ley de Reconstrucción que concediera poderes especiales para reestructurar las calles y exigir construcciones de ladrillo y piedra[67].

En parte, esto se debía a la mentalidad *pecatogénica* de la mayoría de los británicos. Al principio, muchos achacaron el gran incendio o a los residentes extranjeros, sobre todo a franceses y holandeses (las turbas mataron a algunos) o a los católicos. Inicialmente, el monumento erigido después del incendio tenía una inscripción que recordaba «la más espantosa quema de esta ciudad; *iniciada y realizada por la traición y maldad de la facción católica*» (este fragmento no se retiró hasta 1831). Con todo, catorce años después del gran incendio, el doctor Nicholas Barbon (un médico convertido en especulador inmobiliario) fundó The Insurance Office for Houses («la Oficina de Seguros para Casas») con una provisión de capital de 30 000 libras esterlinas. En sus primeros tres años de funcionamiento la entidad aseguró 4000 casas de Londres, percibiendo 18 000 libras en concepto de cuotas (a las casas de madera les cobraba el doble que a las de ladrillo), y dedicando unas 7000 a pagar indemnizaciones. Barbon era consciente del riesgo —según su folleto, «al ser el seguro de casas algo nuevo, resulta imposible conjeturar con certeza» la rentabilidad futura—, aunque le parecía «muy improbable (a menos que toda la ciudad sea destruida de un plumazo) que cualquier pérdida en un momento dado supere la provisión». Barbon no se equivocó

en su «conjetura» y su empresa condujo a la creación de numeras sociedades de seguros contra incendios, cuyos suscriptores pegaban una «marca de seguros contra incendios» en sus propiedades, para que la propia brigada de bomberos de la compañía pudiera encontrarlas[68].

Ante la proliferación de incendios a mediados del siglo XVII, algunos Estados reaccionaron creando una brigada de bomberos permanente. Así, después del de Meireki, registrado en Edo en 1657, el sogún creó un servicio de bomberos que, integrado totalmente por samuráis, disponía de cuatro brigadas centrales y destacamentos especiales en puentes, graneros y otras importantes infraestructuras, mientras que Londres dividió la ciudad en cuatro zonas, cada una de ellas dotada de ochocientos baldes de cuero, cincuenta escalerillas y veinticuatro piquetas. En ambas ciudades, la técnica fundamental de los bomberos era la demolición, basada en el derribo o el explosionado de los edificios para crear cortafuegos, pero en otros lugares el constante peligro de incendio alentó la adopción de medidas menos toscas. Suzhou, capital de la producción de seda china, luchó contra los incendios sirviéndose de bombas de agua a presión montadas sobre vehículos de ruedas, una máquina que también desarrollaron por su cuenta en Ámsterdam, donde el pintor y emprendedor Jan Van der Heyden inventó una bomba con una manguera de succión que incorporó a los coches de bomberos. Las mangueras, hechas de cuero y con accesorios de latón, tenían quince metros de largo (medida ésta que sigue siendo la habitual en las mangueras antiincendios de la Europa actual). Creó una fábrica y vendió a la ciudad setenta máquinas de ese tipo, una para cada guarnición. Los beneficios fueron inmediatos y espectaculares: entre 1669 y 1673, once incendios desatados en Ámsterdam ocasionaron daños por valor de 100 000 libras, pero entre 1682 y 1687 los cuarenta sofocados por las nuevas máquinas causaron, en total, pérdidas valoradas en menos de 2000 libras. El invento de

Van der Heyden no tardó en propagarse: a Gran Bretaña, a Alemania, e incluso a Japón (aunque en 1658, cuando no logró sofocar un incendio, «la bomba fue arrojada a un estanque cercano») y a Rusia, después de que el zar Pedro el Grande viera una durante su visita en 1698 a la República holandesa (*lámina 26*[69]).

Otras iniciativas públicas comenzaron a mejorar la calidad de vida urbana. Cuando James Fraser llegó a Londres en 1658, le maravilló poder «caminar en la noche más oscura con tanta seguridad» como durante el día, «porque al anochecer del exterior de todas las casas cuelga un farol de vidrio y [hay] una vela encendida sobre la puerta, para que las calles sean como una fuente de luz». Señalaba que «esas luces se han colocado para impedir los robos de carteras en la oscuridad» y que ahora «si alguien pretendiera hacerte mal [...] no podría escapar sin ser visto, ni siquiera por el callejón o travesía más estrecha[70]». Una década después, el Ayuntamiento de Ámsterdam fue aún más lejos. Jan Van der Heyden había inventado una lámpara capaz de arder durante toda la noche (gracias a mechas de algodón de Chipre elaboradas en la propia fábrica de lámparas de Heyden) y en 1669 la ciudad aceptó la oferta de este industrial, que se comprometió a colocar 1800 farolas a intervalos de entre 37,5 y 45 metros (algo que, según los cálculos del inventor, conjugaba la máxima eficiencia lumínica con el menor coste monetario). Seis meses después el sistema ya estaba en funcionamiento, mantenido por cien faroleros municipales. Los visitantes no tardaron en apreciar cómo se habían reducido los desórdenes y la criminalidad, gracias a las farolas y a un nuevo sistema de «vigilancia vecinal» aplicado en la mayoría de las ciudades holandesas. Al llegar la década de 1660, Ámsterdam pagaba a 150 ciudadanos (y tenía en reserva a un contingente parecido) para que, provistos de armas ligeras, patrullaran las calles cada noche y detuvieran sin contemplaciones a cualquiera que consideraran que mostraba una actitud incívica, como golpear a su esposa o a sus criados, participar en violacio-

nes, robos o prostitución callejera descarada, parecer borracho o causar algún alboroto[71]. Muchas ciudades de Alemania y de la propia República holandesa emularon el modelo de Ámsterdam y, a finales del siglo XVII, los seres humanos habían domado la noche por primera vez en la historia.

La destrucción no creadora

En su influyente análisis de la «destrucción creadora», Joseph Schumpeter reconocía que, en ciertas circunstancias, se daban excepciones al proceso de «destrucción incesante» de las antiguas estructuras económicas y de posterior «creación incesante de una nueva», que en su opinión era capital para el crecimiento económico. Así lo expresaba:

> Supongamos que en un barrio hay cierto número de minoristas que intentan mejorar su posición relativa ofreciendo servicios y «atmósfera», pero evitando competir con los precios y ateniéndose a métodos de la tradición local; es decir, estaríamos ante un panorama de rutinario estancamiento. Cuando otros van entrando en el negocio, esa situación de semiequilibrio se va alterando, pero de un modo que no beneficia a los consumidores. Una vez reducido el espacio económico que rodea cada tienda, sus propietarios ya no podrán ganarse la vida e intentarán recuperarse mediante un acuerdo tácito de incremento de precios. Esto reducirá aún más sus ventas y, a consecuencia del sucesivo efecto de piramidación, llegará un momento en el que el aumento de la oferta potencial irá acompañado de un incremento, no de una reducción, de los precios, y de una reducción, no de un incremento, de las ventas. […]
>
> Esos casos existen realmente —subrayó Schumpeter— y es justo solucionarlos. Pero como demuestran los ejemplos prácticos que suelen darse, se trata de casos totalmente marginales, que tienen lugar en los sectores más apartados de las tendencias más típicas de la actividad capitalista. Además, por naturaleza son efímeros[72].

Puede que la afirmación de Schumpeter fuera cierta durante la primera mitad del siglo XX —el período que conocía de primera mano y sobre el que escribió—, pero no era en absoluto aplicable a la segunda mitad del XVII, cuando el «rutinario estancamiento» que él describía caracterizaba a *todos* los sectores económicos (no sólo a los casos «totalmente marginales»). Por otra parte, esas excepciones, más que «efímeras» eran persistentes: en casi todo el mundo quienes sobrevivieron a la crisis reaccionaron in-

tentando «reducir [abiertamente] el espacio económico» para conservar el equilibrio existente y evitar cualquier posible perturbación de su «rutinario estancamiento». De hecho, la decisión que tomaron la mayoría de las comunidades, la de aplicar un régimen económico de «baja presión», contrario al de «alta presión» preferido por Inglaterra y sus vecinos, ayudó a dar lugar a la gran divergencia detectada por muchos historiadores entre Europa occidental y el resto del mundo.

A este respecto resulta instructiva la actitud de algunos campesinos europeos hacia los «cultivos alternativos». Así, aunque el maíz suele sobrevivir al mal tiempo que acaba con los demás cereales, y aunque su rendimiento por hectárea es mucho mayor, muchos agricultores se negaron a cultivarlo hasta que la crisis prácticamente los obligó a ello. En España, el cultivo de maíz no se extendió hasta después de la hambruna de 1630-1631, e incluso entonces sólo llegó a las áreas más afectadas por ésta. En Galicia, una comparación entre datos demográficos y agrícolas pone de manifiesto que las comunidades que cultivaron maíz aumentaron mucho más su tamaño y con mucha mayor rapidez que las que siguieron dependiendo de los demás cereales. Esta aceptación parcial del maíz hizo que Galicia fuera la única parte de España que registró un crecimiento demográfico sostenido durante el siglo XVII, en tanto que en otras zonas del país la tradición se impuso a la conveniencia: los campesinos utilizaban el maíz (si es que lo utilizaban) principalmente para pienso. Muy parecidas eran las actitudes hacia el arroz. Aunque los labradores del valle toscano de Altopascio sufrieron acontecimientos climáticos extremos a mediados del siglo XVII (inundaciones nunca vistas entre 1654 y 1656, una sequía en 1659) y vieron cómo en uno de cada tres años el número de muertes superaba al de nacimientos, siguieron negándose a diversificar. Aunque probaron con cultivos de arroz después de una hambruna, volvieron a los cereales en cuanto pudieron, porque los beneficios potenciales eran ma-

yores, y sólo introdujeron el maíz después de la catastrófica cosecha de 1710[73].

Un conservadurismo similar caracterizó a muchas zonas de Alemania. Por ejemplo, aunque inmediatamente después del fin de la guerra de los Treinta Años en 1648 las autoridades de Ottobeuren acogieron de buen grado a los inmigrantes deseosos de asentarse, ya en 1661 negaban permiso a un hombre sin recursos del Tirol que pretendía casarse con su novia local y asentarse allí, «porque sigue habiendo varios hijos de lugar» que podían hacerse cargo de las granjas vacías. Este rechazo acabó con el compromiso matrimonial y al final la prometida abandonó las tierras del monasterio. En la década de 1660, en menos del 20 por ciento de los matrimonios había un cónyuge inmigrante, y después de la década de 1680 esa cifra no llegaba siquiera al 10 por ciento. En consecuencia, la población de Ottobeuren sólo alcanzó el 72 por ciento de su total de preguerra en 1675 y en 1707 todavía se situaba en el 92 por ciento[74].

La industria textil de la región de la Selva Negra, que, cercana a Wurtemberg, tenía su centro en Calw, ofrece otro sorprendente ejemplo de «rutina del estancamiento». En vísperas de la guerra de los Treinta Años, los pueblos de la zona producían miles de paños de lana ligeros (*Zeuge* o estambre), que exportaban a Italia, Suiza y Polonia, así como a otras zonas del Sacro Imperio Romano. En algunos pueblos, las labores de hilado, tejido y tintado de ropa daban trabajo a más de la mitad de las familias, pero durante gran parte de la guerra las tropas enemigas ocuparon Wurtemberg y en 1634 arrasaron Calw mediante un incendio, además de bloquear las rutas comerciales, incrementar los riesgos y destruir varios de sus mercados de exportación. Terminada la contienda, los tintoreros y mercaderes constituyeron una asociación y, con la ayuda del principal señor local, conminaron a los gremios de tejedores a firmar con ellos un acuerdo permanente que, según decían, garantizaría a todo el mundo un nivel de vida

razonable. El contrato contenía tres importantes restricciones. En primer lugar, mientras que anteriormente cada tejedor podía fabricar hasta doscientos paños al año, a partir de ese momento el máximo sería de cincuenta (la redacción era cuidadosa: no más de un paño a la semana). En segundo lugar, cada año la asociación de mercaderes y tintoreros fijaría unilateralmente un precio, acordando no comprar ni por encima ni por debajo de éste. Por último, los tejedores tenían que jurar no vender a nadie que no perteneciera a la asociación de mercaderes y tintoreros, ni competir entre sí por los aprendices, los hiladores o la materia prima. Aunque esas restricciones perjudicaban a los «forasteros» (consumidores, empleados, mujeres, emigrantes, judíos), protegían los intereses de los mercaderes y tintoreros locales, los maestros tejedores y los cabezas de familia, por lo menos hasta que acabaron minando la competitividad de los tejidos de Wurtemberg.

Después de la crisis, y por razones similares, los gremios proliferaron en otros lugares. No lejos de Calw, en las heredades de Ottobeuren, antes de la guerra sólo los alfareros y los carniceros habían organizado gremios propios, pero entre 1648 y 1700 los gremios rurales llegaron a controlar prácticamente todos los sectores económicos: las actividades de carreteros, herreros, cerrajeros, sastres, zapateros, curtidores, toneleros, cerveceros, pintores, armeros, cuchilleros, cordeleros, panaderos, molineros, carpinteros, ebanistas, cristaleros, albañiles, barberos e incluso las de quienes regentaban casas de baños estaban reguladas por gremios. En todos esos casos, sus restrictivas prácticas garantizaron un equitativo nivel de vida para todos, facilitando por tanto una lenta pero segura recuperación de la crisis de mediados del siglo XVII; sin embargo, esa situación también desincentivó la innovación y el crecimiento[75].

El desarrollo de la impresión de libros en un puñado de pueblos de Sibao, una zona montañosa de la provincia de Fujian, situada en el suroeste de China, nos proporciona un último ejem-

plo de estrategia de recuperación económica basada en la «baja presión». En esa zona, la devastación ocasionada por la transición entre los períodos Ming y Qing dejó tras de sí muchas tierras abandonadas a las que, con el apoyo de los Qing, los emigrantes «que pueden labrar tierras montañosas acuden junto a sus familias y se mantienen con su trabajo». Las fuentes llamaban con frecuencia a algunos de los recién llegados *pengmin* («gentes de las cabañas», porque vivían en chozas muy endebles), lo cual expresa su situación inicial de pobreza, aunque algunos hicieron dinero cultivando bambú, que otros utilizaban para fabricar papel. A partir de 1663, otras familias de Sibao se aprovecharon de este papel de bajo coste de fabricación local para imprimir libros baratos utilizando planchas de madera. «Se centraron en el principal mercado para los libros de texto: los estudiantes de la base de la pirámide educativa», los que preparaban las oposiciones de acceso al servicio civil. En 1700, Sibao contaba con más de una docena de imprentas cuyos productos se distribuían a través de buhoneros que iban de mercado en mercado vendiéndolos[76]. De este modo, los editores de Sibao lograron crear algo partiendo de la nada, pero la creatividad no tardó en ceder ante el conservadurismo. Ahora se afanaban, al igual que los productores de estambre de Calw, en eliminar la competencia, proclamando que así mantendrían rendimientos respetables para todos. Para empezar, aunque a la muerte del padre todos los herederos varones heredaban una parte equitativa de sus bienes, en una práctica que conducía al reparto de placas de madera y otros útiles de imprenta, además de otras posesiones, los hijos y sus familias podían elegir quedarse bajo el mismo techo y atender la imprenta en régimen de cooperativa familiar. Contando con esta reserva de mano de obra, que podía incluir a setenta parientes, el cabeza de familia repartía responsabilidades y examinaba las cuentas para erradicar competencias y conflictos, y aun en el caso de que surgiera algún tipo de discordia y algún hijo se llevara las planchas que le

correspondían para establecerse por su cuenta, las familias reducían al máximo la competencia. Al finalizar el año, el director de cada empresa «imprimía una página de muestra de cada obra que preveía imprimir al año siguiente y la colgaba de la puerta de su [local]». Si dos imprentas proponían el mismo título, los ancianos del pueblo intervenían para promover un acuerdo y, si esto no era posible, imponer una solución. En palabras de Cynthia Brokaw, descubridora de los métodos de los impresores de Sibao: «Esas medidas pretendían garantizar beneficios hasta a las imprentas más pequeñas» e impedir que «los grandes negocios monopolizaran [la publicación de] esos libros de texto de tan inagotable demanda». En este sentido sí triunfaron: casi tres siglos después, los hogares fundadores de la próspera industria editorial del Sibao rural después de 1663 aún seguían imprimiendo los mismos textos[77].

Es probable que las estrategias económicas de «baja presión» observadas en Calw, Ottobeuren y Sibao fueran la norma antes de 1700, porque pocas regiones se atrevían a adoptar lo que podría llamarse una estrategia de «alta presión» que permitiera a cualquiera —emigrantes, jornaleros, mujeres o judíos— participar en las industrias rurales. Ese sistema era flexible, adaptable y dinámico, pero también podía llegar a enajenarse el apoyo de sectores ya establecidos y suscitar desórdenes públicos. Aunque abrir un sector a la competencia normalmente incrementaba el tamaño del botín económico, la rebatiña posterior solía conllevar que algunos se quedaran con una parte menor de éste. Por lo menos a corto plazo, política y socialmente lo que tenía sentido era permitir sólo la presencia en cada sector de un reducido número de expertos autorizados y que sus actividades las observaran muy de cerca sus propias asociaciones profesionales, sometidas además a la regulación del Estado, porque esta situación satisfacía a los sectores ya establecidos, minimizando el riesgo de desórdenes. Es probable que sólo regiones con un complejo sis-

tema asistencial como Inglaterra y los Países Bajos pudieran asumir esos riesgos.

Con todo, el conservadurismo económico también tenía sus peligros. En 2011, un equipo internacional de historiadores económicos encabezado por Robert C. Allen publicó datos mundiales del siglo XVIII relativos a las llamadas «cestas de productos básicos» que los trabajadores no cualificados podían comprar con su jornal (algo que podría denominarse «ratio de bienestar»). Este estudio apuntaba la existencia de importantes disparidades en la década de 1730, primer momento sobre el que se disponía de datos comparados, y que dichas disparidades se incrementaban con el tiempo. En Londres el jornal mínimo podía comprar cuatro «cestas de productos básicos», y en Ámsterdam y Oxford permitía el acceso a tres; pero en Pekín, Cantón, Suzhou, Shanghái, Edo, Kioto y Estambul apenas podía comprar una. Además, la ratio de bienestar de los trabajadores de las ciudades del centro y el sur de Europa incluidos en el estudio no era mejor que la de sus compañeros de Pekín, mientras que la de las ciudades de Asia no se acercaba en ningún caso a la ya existente en algunas zonas del noroeste de Europa. Dicho de otro modo, los datos disponibles sugieren que llegada la década de 1730 (y probablemente antes) un jornalero londinense podía mantener a una familia de cuatro miembros y uno de Ámsterdam u Oxford a una de tres, pero que sus compañeros de Asia, o del sur y el este de Europa apenas podían costear sus propios gastos. Además, quizá en Inglaterra y Holanda, a comienzos del siglo XVIII los asalariados fueran la mitad de la población trabajadora de algunas ciudades, en tanto que en Jiangnan (y en muchas zonas de la Europa continental) eran menos de un quinto de la población urbana y menos de un décimo de la rural. Esta disparidad acentuaba las diferencias en cuanto al poder adquisitivo[78].

Aunque cada «cesta de productos básicos» contenía alimentos suficientes para proporcionar 1940 calorías diarias, procedentes

sobre todo de los carbohidratos más baratos del mercado, era evidente que los trabajadores de Londres no comían cuatro veces más carbohidratos que antes. Más bien consumían alimentos y bebidas más caros, y adquirían una amplia gama de productos no alimentarios, nutriendo así la revolución del consumo que tanto impresionó a Daniel Defoe. Parece que, por lo menos en Gran Bretaña, llegado el año 1700 la «sinergia fatal» que había producido la crisis de mediados del siglo XVII había dado lugar a una «sinergia benéfica» en la que la demanda de alimentos ya no superaba la oferta, en tanto que la guerra no sofocaba el bienestar, situación ésta que posibilitaba un retorno a la estabilidad política, la recuperación demográfica y el crecimiento económico, para que el ave fénix de Von Grimmelshausen pudiera resurgir de sus cenizas. Entonces, ¿por qué ese resurgimiento no se produjo en todas partes, sobre todo en China?

22

La gran divergencia

La Crisis General, según señaló en 1970 el eminente sinólogo Samuel Adshead, «marca el punto culminante de la divergencia entre las historias modernas de Europa y China». Embarcándose en uno de los pocos intentos que se han hecho de comparar la experiencia de dos regiones distintas a mediados del siglo XVII, Adshead analizó datos económicos, sociales y políticos, llegando a la conclusión de que «la sociedad europea surgió reconstruida de esa crisis, más poderosa y mejor integrada que antes, en tanto que la china se mantuvo relativamente inmutable». Treinta años después, otro eminente sinólogo, Kenneth Pomeranz, publicó un recio estudio comparado, titulado *The great divergence [La gran divergencia]* (una expresión cuyo uso se extendió mucho posteriormente), en el que discrepaba. Partiendo de la comparación no sólo de importantes indicadores económicos, sino de la situación de la enseñanza y la tecnología en ambas regiones, Pomeranz concluía que todavía en 1750 poco diferenciaba a zonas económicamente avanzadas de China como Jiangnan de regiones igualmente avanzadas de Europa como Inglaterra[1]. Aunque el debate posterior sobre la gran divergencia se ha centrado en contrastes económicos, una comparación de las innovaciones intelectuales registradas después de la Crisis General en ambos «extremos» de Eurasia pone de manifiesto la existencia de sorprendentes similitudes.

Educar y castigar

En 1654, inmediatamente después de que el gobierno francés recuperara el control de su capital, «un párroco de París» con dieciocho años de docencia a sus espaldas publicó un libro de 335 páginas titulado *La escuela parroquial o el modo de instruir bien a los niños en las pequeñas escuelas*. Su primer apartado encomiaba «las

virtudes de los profesores», comparando la gestión de una escuela con la de un ejército. Según el anónimo autor, la clave de una buena instrucción residía en la jerarquía y la subordinación: para ser eficaces en las aulas, los profesores necesitaban cuatro «observadores» y «amonestadores» que apuntaran los nombres de los revoltosos para castigarlos; ocho «visitadores» que siguieran a los estudiantes a casa para ver cómo se comportaban ellos y sus familias después de las horas de clase y después denunciaran cualquier falta al profesor, y doce «repetidores» que recitaran la lección y enseñaran el alfabeto a los más pequeños. La segunda edición de *La escuela parroquial…* abordaba cómo inculcar a los niños la devoción, y después venían dos apartados rebosantes de «las mejores prácticas» para enseñar lectura, escritura, aritmética y rudimentos de latín. El autor, que después se supo era el abad Jacques de Batencour, dedicaba muchas páginas a la importancia de la disciplina: había que separar a los chicos de las chicas, impedir que los niños hablaran unos con otros (por lo que sólo se les debía permitir salir de uno en uno a orinar); asegurarse de que el aula tuviera grandes ventanales («para librarse del pestilente olor de los niños») y aplicar castigos más destinados a humillarlos que a herirlos, porque su efecto era más duradero. A De Batencour, sus dieciocho años de experiencia en las aulas también le habían enseñado la especial dificultad que conllevaba educar a «hijos únicos», ya que, como en casa se los mimaba, en la escuela era preciso humillarlos y castigarlos más que a los demás[2].

Esas valiosas ideas pedagógicas tuvieron mucho público y el libro se reeditó en numerosas ocasiones. Además, Luis XIV envió ejemplares a su colonia canadiense (en las bibliotecas de Canadá todavía hay ejemplares de la primera edición), en tanto que varios obispos franceses alabaron los preceptos de la obra, exigiendo a las escuelas de sus diócesis que los aplicaran. Lo más importante fue que el libro de Jacques de Batencour sentó la pauta

para la plétora de escuelas de caridad francesas fundadas a finales del siglo XVII, con la intención manifiesta «de remediar la ignorancia imperante entre los pobres, cuyos hijos, al carecer de dinero y no poder asistir a las escuelas parroquiales, deambulan en su mayoría como vagabundos por las calles, sin disciplina y totalmente ajenos a los principios de la religión». Para acabar con esta amenaza que pesaba sobre el orden público, el gobierno señaló: «No hay mejor cura que la fundación de escuelas de caridad en las principales parroquias de la ciudad, donde se podrá enseñar a los pobres el catecismo y donde también podrán aprender a leer y escribir». Las posteriores leyes de creación de escuelas primarias, que siguieron la misma lógica, plasmándola a menudo con las mismas palabras, postulaban que la iniciativa de Luis XIV no sólo había educado a los pobres, sino que había «reformado a libertinos cuyos excesos habrían supuesto un escándalo público[3]».

El Rey Sol no fue el único príncipe europeo que vio en la educación un antídoto eficaz contra los desórdenes fomentados por la Crisis General. En 1651, el duque Augusto de BrunswickWolfenbüttel emitió unas profusas Ordenanzas Escolares que instituían la obligatoriedad universal de la educación primaria, con el deseo expreso de evitar que la siguiente generación se convirtiera en salvaje y *die Verwilderung der Jugend* («el desenfreno de la juventud»). «Por desgracia», tronaba el duque:

> La experiencia demuestra claramente que la malhadada última guerra ha destruido (entre otras cosas) la educación de los jóvenes y que, a menos que tal cosa se remedie a tiempo, cabe esperar un sinnúmero de infortunios y penalidades. En lugar de instruirse en el honor, la virtud y el bienestar, los jóvenes han crecido con el ejemplo y la experiencia de la barbarie, de modo que en el futuro, en pocos años realmente, no cabe esperar más que la existencia de súbditos del Estado perversos e indisciplinados, que no rehuirán ni la maldad ni la injusticia, continuando más bien la destrucción de las ruinas que aún quedan del Estado y que con su gracia Dios salvó de las abrasadoras llamas de la guerra.

Para evitar esos peligros, continuaba diciendo el duque (adelantándose a De Batencour): «Hay que educar con cuidado a los jóvenes, y hacerlo *con gran sabiduría y cierta severidad*, para apartarlos del mal y conducirlos hacia el bien». En consecuencia, lo que decretaba era que «todos los padres deben enviar a sus hijos» a la escuela, «para que estudien tantos años como sea necesario para aprender a comprender el catecismo y leer textos impresos[4]».

Una preocupación similar llevó a otros gobernantes protestantes (entre ellos los alemanes de Sajonia-Gotha en 1642, de Hannover en 1646 y de Wurtemberg en 1649, además de los de Escocia, un lugar de mucha mayor magnitud, en 1646) a imponer la escolarización universal. «En vista del perjuicio causado en muchas congregaciones por la ausencia de escuelas y del beneficio que la fundación de las mismas en cada congregación obtendrían esta Iglesia y este Reino», el Parlamento escocés ordenó «que se fundara una escuela y se nombrara a un maestro en todas las parroquias» y que «todas las congregaciones» de la Corona tuvieran que proporcionar «una casa espaciosa para la escuela» además de «un estipendio para el maestro». Ya en 1695, de las 179 parroquias de las Lowlands escocesas, no menos de 160 tenían escuela y maestro[5].

En el otro «extremo» de Eurasia, el régimen Qing también llegó a la conclusión de que una profunda reestructuración del sistema educativo chino aceleraría la recuperación de la crisis. En 1652 un edicto imperial abogaba por la creación en cada pueblo de una escuela (independientemente de que ésta corriera a cargo de la comunidad, un clan, un templo o una organización caritativa) y en poco tiempo el proceso fue tan habitual que las enciclopedias populares incluían un modelo de contrato para el maestro, con espacios vacíos para indicar los datos pertinentes en cada caso:

> Los… firmantes, que fundan una escuela para que sus hijos y nietos [varones] interpreten los libros, invitan cordialmente a… en el año de… a ocupar el

puesto de maestro en un día venturoso, para guiar a los alumnos, cuidarse de que busquen el bien, dirigirlos siempre hacia el mejor rendimiento, el agradecimiento de la beneficencia y el respeto sin límites de la virtud. Respetuosamente, con nuestros nombres y el estipendio correspondiente abajo indicados.

En 1658, otro edicto imperial imponía el «programa escolar nacional» en las regiones no habitadas por chinos *han*: a partir de ese momento, para poder gobernar, los jefes de clanes de todos los confines del Imperio deberían completar un determinado ciclo educativo[6].

Otros príncipes de mediados del siglo XVII también apreciaron el carácter esencial de la educación elemental. La insistencia de los Tokugawa japoneses en dejar por escrito todos los asuntos cruciales de la labor de gobierno (*véase capítulo 16*) alentó a ciudades y feudos a fundar escuelas capaces de crear cuadros con las necesarias capacidades de lectura, escritura y aritmética. Un estudio de feudos de los daimios pone de manifiesto que aunque sólo dos contaban con escuela en la década de 1620 y ocho en la de 1650, en 1703 ya la tenían por lo menos veinte[7]. No obstante, la «revolución educativa» posterior a la crisis tenía sus límites. En el mundo musulmán, las madrazas siguieron funcionando como antes, sobre todo para impartir instrucción religiosa (*véase capítulo 19*); mientras que incluso en Japón, China y Europa, donde los gobiernos aceptaron los riesgos que conllevaba fomentar el alfabetismo funcional y la creación, por tanto, de una «esfera pública», poco o ningún entusiasmo mostraron por la educación superior.

«La crisis de las universidades».

En la Europa del primer cuarto del siglo XVII se asistió a la fundación o a la aprobación de los estatutos de veinte nuevas universidades y otras cuarenta instituciones académicas, lo cual hizo que el número total de instituciones de enseñanza superior se acercara a doscientos, pero durante el segundo cuarto de siglo sólo se produjeron ocho nuevas fundaciones, y «después de

1650» Jonathan Israel ha observado que «una conjunción de factores sociales y sobre todo culturales arrojó las universidades de Europa a la crisis más profunda y prolongada de su historia», porque «la mayoría [...] no sólo dejó de crecer, sino que fue haciéndose cada vez más pequeña». El número total de alumnos «no dejó de caer desde la década de 1680 y durante todo el siglo XVIII». La fundación de nuevos centros prácticamente se paralizó[8].

Las razones de esta crisis no eran ningún secreto. Cuando en 1680 el rector y la junta de gobierno de la Universidad de Heidelberg analizaron por qué el «número de estudiantes no deja de reducirse» enumeraron una serie de causas negativas (que en algunos casos siguen sonándonos familiares): «No hay suficientes profesores», sobre todo en disciplinas nuevas como botánica, anatomía y química; en las antiguas los docentes «son descuidados en sus lecciones y controversias públicas»; la «disciplina es o bien demasiado estricta, o bien demasiado laxa»; «para los alumnos, los gastos de matrícula y de alojamiento son excesivos y no hay ayudas». Esos problemas no eran exclusivos ni de Heidelberg ni de Alemania. En la Universidad de Pisa, los profesores de matemáticas ganaban entre un sexto y un octavo del salario de los de filosofía; mientras que en Leiden, el profesor de matemáticas Rudolf Snellius ganaba tan poco que tenía que enseñar hebreo para mejorar su salario, aunque (según reconocía) «él mismo desconocía los rudimentos del hebreo[9]». La confesionalización y la burocratización dejaron de estimular la expansión de las universidades que antes habían impulsado en toda Europa. Después de la década de 1650 se detuvo prácticamente la construcción de iglesias y la teología comenzó a perder su lugar de privilegio en la vida intelectual, y aunque los Estados seguían buscando funcionarios y diplomáticos muy bien preparados, la mayoría de las universidades no proporcionaba cursos «útiles» sobre materias ya consolidadas como historia, geografía, filosofía y lenguas mo-

dernas, y ninguno sobre asignaturas nuevas como física, química y biología.

Sólo una inyección considerable de fondos públicos podría haber invertido la tendencia, creando nuevos puestos docentes, centros académicos y becas, pero los príncipes, conscientes de la importancia que habían tenido en las últimas rebeliones los eruditos bien preparados, siguieron mostrándose recelosos (*véase capítulo 18*). En Nápoles, aunque el virrey Oñate arregló la universidad (el Palazzo degli Studi), dañada durante la revolución de 1647-1648, y aunque concedió salarios fijos a sus profesores, a cambio les arrancó la promesa de no impartir ciertos cursos polémicos e insistió en que todos los alumnos hicieran un juramento de lealtad. En Francia, parte de los esfuerzos realizados por Luis XIV para hostigar y después expulsar a sus súbditos hugonotes conllevaron el cierre de sus academias, que enseñaban a cientos de jóvenes varones teología, filosofía y lenguas, porque, como afirmaba en 1659 un obispo católico, «aquí los alumnos son aprendices de rebelión y desobediencia». Según decía, la educación que seguía los principios de los hugonotes era «la fuente de todas las sediciones[10]». En la Inglaterra de 1659, el lord protector Richard Cromwell, cediendo a las presiones de Oxford y Cambridge, se negó a aceptar los estatutos de Durham College, fundado por su propio padre, a pesar de que el centro contaba con gran variedad de «libros e instrumentos matemáticos y de toda clase de instrumentos [...] relacionados con la práctica de todas las artes liberales» y de su distinguido profesorado. Ese mismo año el marqués de Newcastle, en su día tutor de Carlos II, se preguntaba «¿qué hizo o hace todo el saber de las universidades contra los casacas rojas [apodo de los soldados de Cromwell]? ¿Qué hicieron todos los sabios de la ley contra los casacas rojas?»[11].

Esa aversión a los intelectuales no era privativa de Newcastle (que había abandonado la universidad: en Cambridge había teni-

do «tutores para instruirlo, pero no pudieron convencerlo de que mucho leyera o estudiara, ya que más contento sacaba del deporte que del saber»). Una hostilidad similar a la educación superior se apreciaba en un verso de la canción popular inglesa «Heigh then up go we» [«No nos detendrán»], escuchada por primera vez en 1640:

> *Abajo las universidades donde se profesa el saber*
> *porque hablan y enseñan la lengua del mal.*
> *Afuera doctores y artes, dondequiera que estén,*
> *por tierra caerán las artes y el saber ¡No nos detendrán*[12]*!*

Una década después, los radicales ingleses también estaban deseando que llegara el día en que «el Señor alce su Palabra en el seno de [las universidades] [...] para destruirlas, porque cuanto más sople la Palabra del Señor sobre la universidad, más se marchitará esa hierba», postulando que en un mundo ideal «los niños no aprenderán sólo saberes librescos, sin otra ocupación», porque «a través de la holganza y la práctica del ingenio que la acompaña pasan el tiempo en busca de medios para llegar a ser lores y señores, y así quedar por encima de sus hermanos trabajadores», lo cual «es fuente de todos los problemas del mundo». Por su parte, los cuáqueros querían clausurar todas las universidades porque preparaban a los sacerdotes para la «Iglesia establecida» que ellos despreciaban[13].

No parece probable que las universidades europeas, aun en el caso de haber recibido después de 1640 la generosa ayuda de sus gobiernos y la aprobación general, hubieran reformado sus programas de estudios para incluir nuevas disciplinas y técnicas, y ni siquiera que hubieran comprado nuevos libros para crear una «biblioteca universal» que hallara un equilibrio entre autoridad e innovación. En la Universidad de Leiden estallaron violentas disputas entre los que creían que las matemáticas proporcionaban la clave del universo (por tanto partidarios de un enfoque experimental en materias como la astronomía, la anatomía y la

botánica) y quienes pensaban que no había necesidad de ir más allá del conocimiento establecido por el filósofo griego Aristóteles (para el que la «ciencia» era la contemplación y organización de verdades eternas ya descubiertas). En 1648, un grupo de alumnos invadió el aula del exiliado escocés Adam Steuart, un destacado filósofo aristotélico, y mientras unos golpeaban a sus oyentes, otros, pateando el suelo y haciendo otros ruidos, impedían que Steuart continuara su clase, además de obstaculizar la celebración de otros exámenes de tema aristotélico. Los curadores de la universidad (equivalentes a los miembros del consejo asesor de las actuales universidades estadounidenses) interrogaron a los profesores (a los que hacían responsables del comportamiento estudiantil) y, aunque revocaron la licencia que tenía Steuart de impartir metafísica, también insistieron en que en Leiden sólo debía impartirse filosofía aristotélica. Además, para reducir el riesgo de innovación intelectual, los curadores decidieron que los alumnos sólo pudieran entrar en la biblioteca universitaria dos días a la semana, prohibiendo a ésta la compra de libros que no estuvieran en latín y no versaran sobre materias tradicionales. Los Estados Generales de Holanda, responsables últimos de la educación pública, dejaron claro su apoyo a esta conservadora postura, que se mantuvo en vigor hasta 1689[14].

También en China, después de 1650, el gobierno le puso mala cara a la educación superior. Los Qing creían que la élite intelectual había tenido un papel crucial en el fomento de los «desórdenes» a los que se habían enfrentado sus antecesores, y en consecuencia clausuraron todas las academias y sociedades eruditas. Además, aunque habían vuelto a introducir el sistema de evaluación nacional para el acceso al funcionariado, celebrando convocatorias de *jinshi* especiales en 1646, 1647 y 1649, antes de retomar la pauta trienal tradicional introdujeron algunos cambios importantes. En primer lugar, se animó a los súbditos manchúes a presentarse a los exámenes y se permitió que se respondiera a

éstos tanto en manchú como en chino. En segundo lugar, como nunca hubo suficientes aspirantes manchúes, los Qing otorgaron regularmente puestos de relevancia a hombres que, carentes del nivel de *jinshi*, sí contaban con «otras cualificaciones» para gobernar. Finalmente, la nueva dinastía no toleraba irregularidad alguna durante los exámenes. En 1657 el emperador Shunzhi reaccionó salvajemente cuando se tuvo conocimiento de prácticas ilegítimas durante los exámenes trienales a *juren*: decapitó a docenas de funcionarios y examinadores que habían aceptado sobornos y también a intermediarios que habían manipulado los enunciados, y deportó a cientos de sus propios parientes a Manchuria, donde los convirtió en esclavos. Hasta los examinandos que habían aprobado tuvieron que repetir las pruebas[15].

El nuevo saber

No obstante, la hostilidad de los gobiernos a las instituciones de enseñanza superior no logró sofocar ni la especulación ni la innovación intelectuales. Más bien al contrario, si citamos a Jonathan Israel de nuevo, podemos afirmar:

> Más o menos hasta 1650 la civilización occidental se basó en un núcleo en gran parte compartido que formaban la fe, la tradición y la autoridad. Por el contrario, después de 1650, todo, por fundamental o profundamente arraigado que estuviera, se discutió a la luz de la razón filosófica, viéndose frecuentemente cuestionado o sustituido por conceptos asombrosamente distintos, generados por la nueva filosofía y que, para entendernos, incluso podríamos denominar revolución científica.

La cronología que para la «nueva filosofía» proponía en Inglaterra John Aubrey, autor de los primeros libros escritos en inglés que se dedicaron por completo a la arqueología, la toponimia y el folclore, refrendaba la afirmación de Israel. Según escribía Aubrey:

> Hasta alrededor del año 1649 se creía extraño que un hombre tratara de innovar en el saber y no era de buena educación saber más que vecinos y antepasados. Ni siquiera tratar de mejorar las labores agrícolas, aunque acabara siendo provechoso, dejaba de mirarse mal […]. Se consideraba un pecado curiosear en el comportamiento de la naturaleza […]. En esa época, inventar algo y tener un ingenio inquisitivo se veía como una afectación, de cuya censura no

pudo escapar el famoso doctor William Harvey por su admirable descubrimiento de la circulación de la sangre. Él mismo me dijo que después de publicar ese libro perdió muchísima clientela[16].

Aubrey censuró la erudición del siglo XVI, tachándola de «pedantería», porque el «saber crítico, la matemática y la filosofía experimental eran desconocidos», y consideraba que incluso la primera mitad del siglo XVII era «una época oscura» porque «entonces no se estudiaban las *cosas*. Mi señor Bacon fue quien dio comienzo a ese baile[17]».

Como sus propios ejemplos ponían de manifiesto, Aubrey exageraba. Antes de publicar sus descubrimientos en 1628, William Harvey refinó su teoría sobre la circulación de la sangre durante alrededor de una década mediante la repetida disección y observación de numerosos animales, y gracias a conferencias y debates celebrados en el College of Physicians de Londres, en tanto que ya en 1592 «mi señor Bacon» —Francis Bacon, lord de Saint Albans— declaró su intención «de proponer observaciones industriosas, conclusiones fundadas, y provechosas invenciones y descubrimientos», y también de demostrar de qué manera la filosofía natural fortalecía al poder político. Lo hizo con su proyecto de elaboración en seis fases de un mapa de todo el conocimiento humano, que denominó *The great instauration (La gran restauración: novum organum,* en su edición castellana). Bacon publicó en 1605 la primera parte, *The advancement of learning (El avance del saber),* en el que se atrevía a postular que todo el conocimiento podía organizarse partiendo de las tres facultades intelectuales que tenían los seres humanos: la memoria (la historia), la imaginación (la poesía) y la razón (la filosofía, que incluía las ciencias). En su opinión, este enfoque clasificaba la información existente y allanaba el camino para nuevos descubrimientos. En 1620, Bacon publicó la segunda parte de su obra, que, titulada *Novum organum* (remitiéndose por tanto al concepto aristotélico de *órganon*, «obras lógicas») proponía un método de investigación científ-

fica muy diferente al de Aristóteles. Para él, había que dejar que esa «actividad se produjera como si fuera una máquina» que recogiera y revisara los casos relevantes para encontrar «un conocimiento cierto y demostrable[18]». Bacon envió un ejemplar de su *Novum organum* al rey Jacobo I, junto con una carta en la que le anunciaba su «esperanza»…

> … de que después de todos esos comienzos, y cuando gire la rueda, los hombres extraigan más verdad de las plumas cristianas que hasta el momento de los infieles. Lo digo «con esperanza» porque tengo noticia de que mi libro anterior, *El avance del saber*, se aprecia en universidades y colegios ingleses del extranjero, y el mismo argumento expongo aquí, pero con más profundidad[19].

¡Pobre Bacon! Alguien bien relacionado en la corte informó con desprecio que el rey «a veces no puede evitar al leer su último libro [el de Bacon] decir que "*es como la paz de Dios, que supera todo entendimiento*»[20]". Igualmente, ni Oxford ni Cambridge mostraron el más mínimo interés en la nueva filosofía, de manera que sus alumnos abandonaban esos centros con poco o ningún conocimiento científico. John Wallis, que posteriormente sería un eminente matemático, se quejaba de que cuando estudiaba en Cambridge en la década de 1630, esa materia «prácticamente no se consideraba *académica* sino una *actividad mecánica, como la de los comerciantes*». En consecuencia, en su colegio, «de más de doscientos alumnos no sé ni de dos (quizá de ninguno) que supiera más de matemáticas que yo (si acaso), que entonces era muy poco; y poquísimos en toda esa universidad». Sin embargo, Wallis logró empaparse de «los principios que ahora llamamos nueva filosofía» porque…

> … no tuve reparo en apartarme (de la senda habitual de los estudios entonces en boga) para alcanzar cualquier *saber útil*, presumiendo que el conocimiento no es una carga y que, si de alguna parte de él después no tuviera ocasión de servirme, no me causaría al menos daño alguno, y que entonces no podía saber si iba a tener o no ocasión de utilizarlo[21].

Cuando, «a causa de nuestras guerras civiles los estudios académicos se vieron muy interrumpidos en nuestras dos universi-

dades» Wallis se trasladó a Londres, donde en 1645 comenzó a participar en las reuniones semanales de «diversas clases de personas honorables, inquisitivas respecto a la filosofía natural y otras partes del saber humano, y especialmente sobre lo se ha llamado *nueva filosofía o filosofía experimental*». Una de esas «personas honorables» era Robert Boyle, hijo del hombre más rico de Gran Bretaña y representante principal del «colegio invisible o (como sus propios miembros lo llaman) filosófico». Boyle, al igual que Wallis, se aplicaba a los «saberes útiles» o, en sus propias palabras, a «la filosofía natural, la mecánica y la agricultura según los principios de nuestro nuevo colegio filosófico, que no valora otro conocimiento *que aquel que tiene tendencia a utilizarse*». A tal fin, Boyle consultaría a la «más vil» de las personas, siempre que «pueda defender su opinión con la razón[22]».

El «colegio filosófico» tenía dos desventajas. Apenas contaba con diez miembros y, además, fuera de Gran Bretaña, pocos eruditos leían inglés. Al final, Francis Bacon decidió que tradujeran *El avance del saber* al latín para que «viva y sea ciudadano del mundo, ya que los libros ingleses no lo son[23]». También envió ejemplares de regalo a estudiosos extranjeros, entre ellos Galileo Galilei, que en 1609 había creado un telescopio con alcance suficiente para observar pormenorizadamente la Luna (que descubrió que era irregular, no lisa) y Júpiter (donde detectó cuatro satélites, que evidentemente orbitaban alrededor de ese planeta). Al año siguiente, Galileo publicó sus descubrimientos en un breve tratado en latín: *Sidereus nuncius (El mensajero sideral),* y también envió ejemplares a cortes extranjeras de su libro y de su telescopio para que otros pudieran comprobar sus afirmaciones (método éste que Bacon había sugerido en su *Avance*). Harvey fue un paso más allá que Bacon: ni siquiera publicó en Inglaterra. Su libro, ahora famoso, donde describe la circulación de la sangre, se publicó por primera vez en la ciudad alemana de Fráncfort, con la revolucionaria refutación de la explicación aristotélica guarda-

da para el final de la obra. Pero si esperaba que esas estratagemas le evitaran las críticas, erró el tiro: durante dos décadas, sus compatriotas, o bien hicieron como que el libro y su argumento no existían, o bien condenaron ambas cosas (y, en su mayoría, lo mismo hicieron los demás europeos[24]).

Una excepción fue René Descartes, un filósofo francés que, sin filiación académica, residía en Holanda. En 1637, su influyente *Discurso del método para bien dirigir la razón y buscar la verdad en las ciencias* alababa la teoría de Harvey (aunque ni siquiera él decía su nombre, sino que hablaba de «un doctor inglés») y, en una obra anterior, había aprobado «el enfoque de Bacon» (*la méthode de Verulamius*) porque éste, a pesar de haber leído a todos los autores clásicos, había llegado a sus conclusiones mediante rigurosos experimentos que cualquiera podía reproducir. Descartes también alababa la «aplicación del razonamiento matemático a la física» que hacía Galileo (al que tampoco nombraba), señalando que, como «todas las cosas que pertenecen al conocimiento humano están relacionadas», si alguien partiera de conceptos simples para avanzar paso a paso «no [haría] falta ni mucha habilidad ni capacidad para encontrarlas» (*lámina 27*). En consecuencia, Descartes primaba la experimentación sobre la teoría[25].

Del mismo modo que el «proyecto» de Bacon cobraba fama fuera de Inglaterra, el «método» de Descartes hacía lo propio fuera de Europa. En la India mogola, el viajero francés François Bernier, médico del emperador Sah Jahan y de su hijo mayor Dara Shikoh, tradujo al persa algunas de las obras de Descartes en la década de 1650. El príncipe Dara había traducido hacía poco del sánscrito al persa más de cincuenta *upanishads*, antiguos textos filosóficos hindúes, que él llamó *Sirr-i akbar [El gran misterio]* y redactó una obra filosófica titulada *Majma-ul-Bahrain [La confluencia de dos océanos]*, en la que afirmaba que «deseaba sacar a la luz todos los libros celestiales». En consecuencia, examinó la Biblia hebrea y los Evangelios cristianos, así como las *upanishads*

y el Corán, llegando a la conclusión de que «no veía ninguna diferencia, salvo verbal, en la forma que todos ellos tenían de entender la Verdad». El príncipe también reunió una impresionante biblioteca y atrajo a la ciudad sagrada de Varanasi (Benarés) a un grupo de especialistas en sánscrito que iban en pos de la *navya nayaya* o «nueva razón» (en el sentido de «investigación crítica bien documentada»). Bernier se quedó cuatro años en Benarés, donde tradujo al persa obras de Descartes y otros «filósofos naturales» franceses, en tanto que uno de los protegidos de Dara escribió dos tratados que se enfrentaban a la «nueva razón» y la filosofía cartesiana[26].

En la China de 1608 (un año antes de que Galileo enfocara su nuevo telescopio hacia la Luna), el erudito y funcionario Xie Zhaozhe publicó un tratado de 1414 páginas titulado *Wa za zu [Miscelánea en cinco partes]*. No cabe duda de que, de haber leído ese libro, Descartes habría coincidido con el deseo que mostraba Xie de corregir a los autores clásicos (aunque fueran seguidores de Confucio, no de Aristóteles) gracias a la observación sistemática. Por ejemplo, Xie rechazaba la «creencia popular» de que los copos de nieve del solsticio de verano tuvieran cinco puntas porque «cada año, cuando el invierno avanza hacia la primavera, *he reunido copos de nieve y los he observado*. Todos tienen seis puntas». Allí donde no podía proporcionar pruebas, Xie recurría al sentido común: «Como las conjunciones y los eclipses de Sol y la Luna dependen de su órbita regular y pueden preverse con numérica precisión varias decenas de años antes, no es posible evitarlos». De manera que «¿no es acaso erróneo ver en ellos portentos celestes?»[27]. El enfoque experimental de Xie no era algo aislado. En 1629, la «carta fundacional» de la Fu She o Sociedad de la Restauración manifestaba la esperanza de que ésta revitalizara «las antiguas enseñanzas *para ser así de alguna utilidad*». Por otra parte, en 1637 (mientras Descartes supervisaba la publicación de su *Discurso*), Chen Zilong, otro erudito y funcionario, publicó *El*

libro completo de la ciencia agrícola, obra póstuma de un colega convertido al cristianismo que contenía información procedente de diversas fuentes occidentales (entre ellas la traducción de un tratado sobre teoría hidráulica de un jesuita). Chen justificaba la inclusión de textos foráneos retorciendo una máxima tradicional confuciana: «Si en la corte has perdido la forma adecuada de hacer las cosas, *búscala en el campo*»; según él, dada la situación de emergencia de China, «si en la corte has perdido la forma adecuada de hacer las cosas, *búscala entre los forasteros*[28]». Dos años después, Chen y dos colegas publicaron *Escritos selectos sobre el arte de gobernar del período Ming*, una recopilación de memorandos y consejos proporcionados por más de cuatrocientos funcionarios desde el siglo XIV a sus días, con la esperanza de que pudieran apuntar soluciones para los problemas que entonces aquejaban a esa dinastía[29].

Aunque Chen se suicidó antes que aceptar a la dinastía Qing, algunos de los colegas que lo sobrevivieron fomentaron el *kaozheng* (la «investigación basada en datos», es decir, un conocimiento que pudiera comprobarse empíricamente) y el *shixue* («saber práctico»). Gu Yanwu, perteneciente a una familia aristocrática de Jiangnan, fue la encarnación de ese nuevo enfoque. En 1626 memorizó todos los textos que se precisaban para acceder a la condición de *shengyuan* y posteriormente entró en la Fu She, aunque sus repetidas intentonas posteriores de aprobar más exámenes fueron fallidas. Mientras se entregaban a las habituales actividades literarias y sociales propias de los hombres jóvenes, él y sus amigos lograron hacer como que los manchúes y los problemas de bandidaje no existían, hasta que un nuevo fracaso en las oposiciones, unido a un desastre regional (la Pequeña Edad de Hielo azotó Jiangnan con especial virulencia), produjeron un drástico cambio de actitud.

> Cuando en 1639 suspendí el examen que se celebraba cada tres otoños, me retiré a la lectura de libros. Comprendiendo los múltiples y profundos problemas a los que se enfrentaba el Estado, me avergonzaban los escasos recursos de

> que los estudiantes de clásicas disponían para abordarlos. En consecuencia, devoré las historias de las veintiuna dinastías y también las gacetillas de todo el Imperio. Leí las obras literarias reunidas de los hombres famosos de cada período, así como memoriales y documentos. Y apunté lo que mis lecturas me habían aportado.

Al principio, Gu utilizó sus conocimientos prácticos para apoyar a los Ming del Sur, preparando memoriales que demostraban de qué manera, cuatro siglos antes, en circunstancias similares, los Song del sur habían mantenido a raya a los invasores del norte, pero después de que los Qing conquistaran Jiangnan se afeitó la cabeza y fingió obedecer para poder recorrer el Imperio. Visitó el paso de Shanhai, utilizado por los conquistadores para entrar en China, para intentar comprender la geografía estratégica de la zona, y habló con soldados veteranos con el fin de conocer cómo recordaban lo ocurrido, y «si lo que le contaban no concordaba con lo que todo el mundo daba por hecho, se retiraba a sus habitaciones para contrastar esa información con la que contenían sus libros». Dondequiera que iba, Gu compraba y leía libros singulares, copiaba inscripciones (o las imprimía mediante frotamiento del original), utilizándolas para verificar y, si era necesario, corregir textos clásicos (quizá alterados por los errores) y crónicas históricas (quizá falseadas). También visitó a multitud de amigos y eruditos —algunos súbditos tibios de los Qing, otros fieles en secreto a los Ming— con los que compartía información. En sus casas, Gu escribió libros de historia, arqueología y fonética, manifestaciones patentes de la nueva perspectiva «científica[30]».

Gu sobrevivió porque los conquistadores fomentaban ese pragmatismo. En 1652 un decreto imperial ordenó que a partir de ese momento sólo se imprimieran «estudios de principios, obras de gobierno y otros libros que contribuyan positivamente al conocimiento de asuntos eruditos»; por su parte, el emperador Kangxi afirmó posteriormente: «Desde mi infancia siempre he intentado descubrir las cosas por mí mismo», añadiendo que «si

realmente quieres saber algo, tienes que observarlo o experimentarlo personalmente; si dices que sabes algo que únicamente conoces por lo que te han contado o que has visto casualmente en un libro, serás el hazmerreír de quienes realmente lo conocen». Aconsejaba a sus súbditos: «Tened la mente abierta y aprenderéis cosas», haciendo hincapié en la necesidad de «preguntar sobre todo e investigarlo todo». Esas ideas ayudan a explicar que el emperador estudiara matemáticas, topografía, música, mecánica y astronomía con los misioneros jesuitas residentes en su corte, que colocara a un jesuita al frente del Departamento de Astronomía Imperial (que regulaba todo el calendario del Imperio) y que permitiera a los sacerdotes occidentales enseñar a sus hijos varones[31].

Nada de lo que Kangxi escribiera o dijera podía impresionar a los eruditos del Japón Tokugawa, que despreciaban a los manchúes, viendo en ellos a bárbaros descendientes de los mogoles que habían intentado conquistar su archipiélago cuatro siglos antes, aunque sí mostraron bastante interés en la epistemología de otros dos grupos de extranjeros. Los traductores profesionales (los *tolken*, que acabarían siendo unas veinte familias), que trabajaban junto con los médicos y cirujanos holandeses residentes en la isla de Dejima, cercana a Nagasaki (*véase capítulo 16*), alertaron al gobierno central de la posible importancia del conocimiento occidental y en 1667 el sogún pidió a la Compañía Holandesa de las Indias Orientales que enviara un médico con experiencia botánica y química. De una lista de cinco aspirantes, la Compañía eligió al doctor Willem ten Rhijne, alumno del erudito holandés que había publicado la obra de Descartes. En 1675 llegó a Edo, adonde regresó al año siguiente, pero sólo consiguió una audiencia con el sogún, porque, en palabras del erudito y médico neoconfuciano Genshō Mukai, coeditor de *Cosmografía occidental con comentarios críticos*, los occidentales «sólo son ingeniosos en técnicas relacionadas con la apariencia y la utilidad» (veredicto éste

que sin duda habría hecho las delicias de Descartes[32]). Mucho más interés mostró el clan Tokugawa en un segundo grupo de refugiados afincado en Nagasaki: el de eruditos Ming partidarios de la senda de la «investigación basada en datos», llamada en japonés *jitsugaku* o «saber práctico» (la palabra *jitsu* significa «práctico»).

En Japón, al igual que en China, el «saber práctico» partía de cuatro supuestos: en primer lugar, la conciencia de que el presente es distinto del pasado; en segundo lugar, la concesión de más importancia a la experiencia que a la teoría; en tercer lugar, la idea del conocimiento como un proceso continuo de experiencia y reevaluación; y, finalmente, la búsqueda de saberes con utilidad inmediata. Como en China, también los profesionales japoneses reaccionaron ante la crisis del siglo XVII investigando cómo funcionaba el mundo que los rodeaba, esperando encontrar algún mecanismo que los ayudara a escapar de la catástrofe o, por lo menos, a mitigarla. Kaibara Ekken, hijo de un samurái, estudió medicina en Nagasaki antes de hacerse preceptor de una familia de daimios. Escribió más de cien tratados sobre temas que, yendo desde la botánica a la medicina, pasando por la astronomía y la topografía, la ética y la educación, en muchos casos tenían formato de manual de autoayuda dirigido a lectores no especializados, ya fueran hombres o mujeres. Una de sus obras recalcaba: «No se debe considerar ciegamente que todo lo que uno escucha es cierto ni rechazar lo que los demás dicen simplemente porque discrepen, ni tampoco mostrarse tozudo y negarse a admitir errores», y, al igual que su contemporáneo Robert Boyle, Kaibara Ekken aseguraba a sus lectores: «He comprobado lo que la gente del pueblo decía, rescatado lo que podía rescatarse hasta de las más insensatas afirmaciones e investigado a personas de la más baja condición. Siempre estuve dispuesto a indagar en los asuntos más pueriles y cotidianos, sopesando todas las opiniones[33]».

Varios eruditos que hicieron suyo el «saber práctico» accedieron a puestos de consejeros de los principales daimios de Japón y, mediante consejos escritos u orales, ayudaron a introducir medidas prácticas concebidas para contribuir a la recuperación económica y para afrontar una posible repetición de la crisis. Yamazaki Ansai, hijo de un samurái que trabajaba para Hoshina Masayuki (nieto de Tokugawa Ieyasu y un importante regente a la muerte del sogún Iemitsu), estudió y escribió sobre matemáticas y ciencias, y en la escuela Kimon que fundó enseñó a otros muchos a consultar una amplia gama de fuentes y a aprender de ellas. Kumazawa Banzan, otro erudito de una familia de samuráis, sirvió al daimio Ikeda en Bizen y tuvo un importante papel en el desarrollo de estrategias de ayuda a los damnificados y de reconstrucción, posteriores a las catastróficas inundaciones de la década de 1650. El erudito exiliado chino Zhu Shunsui también destacó en el servicio a los daimios. Al igual que otros miembros de su familia, Zhu se había preparado las oposiciones de acceso al funcionariado y había hecho muchas lecturas, y aunque nunca había llegado a ministro de los Ming ni había luchado por ellos, también se había negado a obedecer el edicto que obligaba a afeitarse la cabeza. Hizo varios viajes a Japón y a Annam para conseguir ayuda contra los manchúes, pero, después de fracasar en ese empeño, se instaló en Nagasaki hasta que en 1661, a instancias de uno de sus discípulos japoneses, escribió un breve tratado explicando la caída de los Ming, de la que culpaba especialmente a los saberes «vacíos» de los eruditos funcionarios, que sólo habían superado sus absurdos exámenes porque a la hora de evaluarlos lo que importaba era la forma, no el fondo. Además, postulaba que hasta el samurái más marcial precisaba de una educación literaria. En 1665 su reputación le granjeó una invitación de otro nieto de Ieyasu, que le propuso ser su asesor y profesor, tanto en Edo como en sus dominios. Desde ese puesto, Zhu recalcó la necesidad de «alimentar al pueblo» y de proporcionarle una educación ade-

cuada mediante escuelas y conferencias públicas, además de escribir un tratado ilustrado con consejos sobre cómo se debía aprender a «sobrellevar situaciones concretas[34]».

En muchos Estados del siglo XVII, los hombres instruidos bombardearon a los príncipes con propuestas para solucionar la crisis —proyectores en la Inglaterra de los Estuardo; arbitristas en la España de los Austrias; expertos en el arte de gobernar de la China Ming; memorialistas en el Imperio otomano—, pero pocos tenían público y todavía menos eran los que obtenían resultados. Por el contrario, hombres como Kaibara, Yamazaki, Kumazawa y Zhu consiguieron que se aplicaran muchas de sus ideas. Con todo, aunque Zhu siempre disfrutó del respeto general y fue enterrado cerca de su protector, las sospechas que suscitaron las ideas de Kumazawa lo obligaron a abandonar a su señor Ikeda en 1657 y a escapar a Kioto, donde creó una escuela, pero pocos años después los regidores locales la cerraron y se vio obligado a huir. Desafiante, difundió el proyecto de un libro que iba a llamarse *Cuestiones sobre el gran aprendizaje*, en el que proponía reformas para el gobierno de Japón. Pasaría el resto de su vida en la cárcel[35].

La policía del pensamiento

«Si las cabezas pudieran controlarse tan fácilmente como las lenguas —apuntaba Baruch Spinoza en su *Tratado teológico-político* de 1670—, los gobiernos todos estarían seguros en el poder y no tendrían necesidad de recurrir a la fuerza, porque todos los hombres se conducirían como sus príncipes quieren, y sus ideas sobre lo que es verdadero o falso, bueno o malo, justo o injusto, sólo se regirían por la decisión de aquéllos». Spinoza pronosticaba que «en una República el fracaso más absoluto presidirá cualquier intento de obligar a los hombres a decir sólo lo dictado por el soberano», pero eso fue precisamente lo que trataron de lograr la mayoría de los príncipes del siglo XVII[36]. Spinoza, al igual que

Kumazawa, conocía muy bien la censura. Su padre había huido de su Portugal natal, donde se había declarado católico para escapar de la Inquisición o Santo Oficio, que se propuso controlar la práctica, expresión y circulación de ideas heterodoxas. La Monarquía española (de la que Portugal formaba parte entonces) tenía veinticuatro tribunales —el último fundado en el propio Madrid en 1638—, que se extendían desde las colonias americanas del Perú y México, pasando por las islas Canarias y Sicilia, hasta llegar a Goa, en la India. Pocos de los acusados por el Santo Oficio (la mayoría gracias a denuncias anónimas) eran absueltos y algunos eran condenados a muerte (los inquisidores de la ciudad portuguesa de Coimbra, con jurisdicción sobre el pueblo natal del padre de Spinoza, juzgaron a casi 4000 personas entre 1567 y 1631, condenando a muerte a más de 250).

En Italia también había muchos estados con sistemas inquisitoriales: por ejemplo, en Roma, la Congregación del Santo Oficio se ocupaba de los «intelectuales públicos» con ideas censuradas por la Iglesia. Uno de los juicios más famosos fue el seguido contra el florentino Galileo Galilei, cuyas observaciones con telescopios sugerían que la Tierra giraba en torno al Sol, mientras que ciertos fragmentos de las Escrituras proclamaban lo contrario. Cuando algunos astrónomos jesuitas corroboraron los descubrimientos de Galileo, la Inquisición aceptó tolerar las *sugerencias* que apuntaban que el sistema solar podía ser heliocéntrico, pero amenazaron con castigar a cualquiera que lo diera por seguro (a menos que pudiera demostrarlo). Como uno de sus discípulos señaló en una ocasión, Galileo era como «un insecto cuya picadura no siente la víctima cuando la recibe, pero que después no deja de molestarlo» y, aunque el científico respetó el compromiso con la Inquisición mientras buscaba pruebas, ridiculizó públicamente a quienes (mayormente sacerdotes) decían que el Sol giraba en torno a la Tierra. En consecuencia, en 1632, cuando publicó un nuevo libro que veía en la rotación de las manchas

solares la prueba de la teoría heliocéntrica, Galileo encontró muchos enemigos dispuestos a denunciarlo. El Santo Oficio lo hizo llamar a Roma, lo interrogó, le declaró culpable de herejía, prohibió su libro y lo condenó a cadena perpetua. Aunque el papa le conmutó a regañadientes la sentencia de muerte por la de arresto domiciliario, también prohibió la publicación de todos sus libros, pasados, presentes y futuros. En palabras de un simpatizante, si Galileo solicitaba licencia para imprimir el padrenuestro, el papa se la negaría[37].

La suerte de Galileo sofocó inmediatamente el debate intelectual en gran parte de Europa. Quienes más sufrieron fueron los que se declararon discípulos suyos. «Navegamos con velas arrizadas y hablamos desde la estrechez de miras de la situación presente», escribió Giovanni Ciampoli, un sacerdote al que, por haber defendido públicamente a Galileo, el papa desterró a una apartada localidad italiana. «Me han quemado, estoy aterrado, y la perfidia de quienes persiguen me ha enseñado a temer hasta la benevolencia de los protectores». A su muerte, la Inquisición confiscó sus papeles[38]. Hasta René Descartes, entonces residente en la República holandesa, fuera del alcance de la Inquisición, se quedó «tan atónito» al conocer la suerte de Galileo «que he estado a punto de decidir quemar todos mis papeles o, por lo menos, no dejar a nadie verlos». En ese momento abandonó el ambicioso libro que acababa de terminar, titulado *El mundo*, porque en él se decía que la Tierra se mueve alrededor del Sol y aunque creía que esta afirmación «se basa en datos fehacientes y muy claros, no querría pese a todo defenderlos en contra de la autoridad de la Iglesia». Descartes añadía: «Deseo vivir en paz y continuar la vida que he iniciado bajo el lema *para vivir bien debes vivir sin ser visto*». Su libro no aparecería hasta una década después de la muerte de su autor[39].

Descartes hizo bien en buscar el anonimato. En 1637 publicó su *Discurso del método*, en el que intentaba «demostrar la existencia

de Dios y que el alma es diferente del cuerpo» (Aristóteles había defendido que el alma formaba parte del cuerpo y, por tanto, de su «esencia»), y casi de inmediato los debates entre partidarios y detractores de sus ideas desataron enfrentamientos a gritos en las universidades holandesas, además de la condena de los pastores calvinistas por menospreciar las pruebas tradicionales de la existencia de Dios. Algunos acusaron a Descartes de intentar corromper al «pueblo llano» por haber publicado en francés en lugar de en latín. Profundamente desmoralizado por los ataques, en 1649 embarcó en un navío que iba camino de Suecia (donde murió al año siguiente). Los teólogos católicos denunciaron de inmediato sus opiniones y los inquisidores no tardaron en añadir sus escritos filosóficos al *Índice de libros prohibidos*[40].

Spinoza también sufrió por sus ideas. En 1656, cuando tenía veinticuatro años, la comunidad judía de su Ámsterdam natal emitió un *cherem* («prohibición»), que dictaba que nadie debía comunicarse con él, ayudarlo o leer su obra, en razón de sus «malignas opiniones», y cuatro años después lo denunció ante las autoridades locales por considerarlo una amenaza para «cualquier devoción y moral», pidiendo su expulsión de la ciudad. Excluido de su propia comunidad, Spinoza latinizó su nombre (que dejó de ser Baruch para convertirse en Benedicto), grabó la palabra *caute* («cuídate») en el sello que llevaba en la mano y abandonó Ámsterdam para recluirse en pueblos y pequeñas ciudades mientras trabajaba en su *Tratado teológico-político*. La hostilidad prácticamente unánime que suscitó su libro desanimó a Spinoza, que no publicó ninguno más. Ni siquiera los colegas que publicaron a título póstumo su última obra pusieron en él su nombre completo, sólo sus iniciales[41].

Aunque Descartes y Spinoza fueran perseguidos por los líderes religiosos de la República, el gobierno holandés los dejó en paz. En Francia, por el contrario, después de la notable efusión de opúsculos registrada tanto en París como en las provincias

durante la Fronda (*véase figura 24*), Luis XIV emitió edictos prohibiendo determinadas obras, su policía irrumpía en las librerías y, en las fronteras, registraba a los viajeros en busca de publicaciones prohibidas: los considerados culpables de importar o vender libros de contrabando eran encarcelados o enviados a galeras. Cuando el historiógrafo de la Corona francesa publicó *Cronología abreviada de la historia de Francia*, que condenaba el poder ejercido por los validos, achacando la Fronda a los excesivos impuestos y la corrupción financiera, perdió su pensión, y cuando se negó a cambiar el texto para una segunda edición, también perdió su puesto. Esa situación no tardó en fomentar la autocensura. Los *Pensées* de Blaise Pascal, por ejemplo, fueron muy censurados por su editor: de los cincuenta que había sobre política, únicamente se publicaron diecisiete[42]. En Inglaterra, la Ley de Licencias de 1662 prohibió la impresión de cualquier obra que no tuviera permiso del gobierno, poniendo fin temporalmente a la publicación de periódicos y reduciendo al mínimo la avalancha de opúsculos (*véase figura 26*). Quince años después, la Corona intentó extender la censura a los manuscritos «porque es notorio que ni siquiera uno de cada cuarenta libelos llega a la imprenta, aunque con la ayuda de los manuscritos son prácticamente igual de públicos[43]».

Entretanto, en la India, la difusión de la «nueva razón» y de la filosofía cartesiana prácticamente cesó después de 1659, cuando en la guerra de sucesión mogola Aurangzeb derrotó a las fuerzas de su hermano Dara Shikoh, lo capturó, lo declaró apóstata del islam y finalmente encargó que lo asesinaran. En China, aunque el emperador Shunzhi hizo lo que pudo para granjearse el apoyo de la élite literaria *han*, llegando incluso a autorizar la elaboración de una «historia oficial» de la dinastía anterior, a su muerte en 1661 los regentes manchúes de su hijo menor, el emperador Kangxi, cambiaron inmediatamente de política.

Descubrimientos aislados y descubrimientos múltiples

En consecuencia, en la estela de la crisis de mediados del siglo XVII, y en gran medida a consecuencia de ésta, los principales Estados de Europa y Asia asistieron a una expansión de la escolarización, además de a una limitación de la educación superior y a un florecimiento del «nuevo saber», conjugados con una censura extrema. Sin embargo, llegado el año 1700, la vida intelectual de Europa occidental ya se estaba apartando de la de otras zonas. Una diferencia clave es la que expresó bien el inventor holandés Jan Van der Heyden (*véase capítulo 21*), que en 1690 comenzaba la dedicatoria de la segunda edición de *La descripción de las bombas contra incendios*, recordando a su público, el Ayuntamiento de Ámsterdam:

> Es casi imposible prever y ponderar todo lo que es necesario para el éxito [de cualquier invención] […]. Con frecuencia, pequeños accidentes pueden echar por tierra el resultado final y destruir todo lo que se creía indestructible. Ni siquiera las obras mejor planificadas escapan a azares y conflictos sin cuento, todavía más cuando están destinadas al uso general. Ocurre por tanto que, como ya se ha apuntado de manera certera, *de cien invenciones convenientemente probadas* (supuestamente con buenos resultados y provistas de las patentes correspondientes) casi *ni siquiera una triunfa*.

Van der Heyden sabía de lo que hablaba: llevaba trabajando en la mejora de las mangueras y las bombas contra incendios casi cuarenta años, y sin embargo algunos de sus prototipos «causaban más daño que beneficios durante los incendios». Probablemente no fuera consciente de que la bomba presentada ante el sogún de Japón en 1658 no había funcionado correctamente y que había sido arrojada a un estanque, pero desde luego sí sabía que, para ser eficaz, la ciencia necesita «pruebas», y que para encontrarlas eran imprescindibles una cuantiosa provisión de fondos y el libre intercambio de conocimientos[44].

En su estudio sobre la «nueva razón» en la India, Jonardon Ganeri apuntó con perspicacia la ausencia de esos requisitos impres-

cindibles. Aunque los partidarios de la razón encontraron mecenas, incluso después de la ejecución del príncipe Dara en 1658, «había pocas instituciones que reunieran a personas de distintas tendencias intelectuales y, desde luego, no había nada comparable a la Royal Society». Esto supuso que «filósofos marginales y mecenas insólitos definan la aparición de la Edad Moderna en la India[45]». Del mismo modo, la China de la dinastía Qing carecía de sociedades eruditas, universidades, museos y otras instituciones en las que los estudiosos pudieran reunirse y libremente presentar, discutir, reevaluar y dejar constancia de sus ideas. Aunque hubo «colaboraciones intermitentes y comunicaciones ocasionales» entre diferentes estudiosos, generalmente por carta, Mark Elvin ha señalado que «los chinos, en ciencia, parecen haber sido solitarios en comparación con los europeos». Esto también reflejaba la ausencia de mecenas. No cabe duda de que algunos miembros de la élite china, al igual que sus colegas europeos, «tenían en alta estima el conocimiento natural objetivo», pero, como señaló Harold J. Cook, la mayoría «prácticamente no tenía nada que ver con el gobierno. En consecuencia, era casi imposible que el conocimiento que más valoraban se tornara dominante[46]». Finalmente, en el Japón Tokugawa, Mary Elizabeth Berry ha subrayado que ni siquiera los autores más originales «convirtieron el conocimiento de la sociedad en ciencia social mediante el análisis de las repercusiones de los datos y sistemas por ellos descritos. Y tampoco convirtieron la información en algo novedoso dando cuenta de acontecimientos y opiniones». En pocas palabras, «nunca cambiaron de registro, pasando de la observación al comentario crítico[47]».

Evidentemente, eruditos de toda Asia no dejaron por ello de hacer importantes avances científicos, que sin embargo solían ser, en palabras del distinguido sociólogo Robert K. Merton, «técnicas aisladas», con frecuencia descubiertas por casualidad, y aunque esos ejemplos «aislados» pueden en ocasiones tener una

influencia considerable, su proceso de perfeccionamiento y adaptación suele ser limitado y no tarda en ofrecer rendimientos decrecientes. Por el contrario, según señalaba Merton, «una vez que la ciencia se institucionaliza y un número considerable de hombres se dedica a investigaciones científicas, se llega a los mismos descubrimientos más de una vez». A estos hallazgos él los llamaba «múltiples», señalando que en el siglo XVII se produjeron casi cuarenta descubrimientos de ese tipo[48].

Para Merton, los descubrimientos «múltiples» eran un elemento crítico y singular del pensamiento europeo, cuyo inicio él situaba en los presupuestos que para la investigación dejó sentados Francis Bacon, quien en 1620, en *Novum organum*, había declarado: «El camino de la ciencia, al contrario que el de la filosofía, no es para que lo pise un solo hombre a la vez». Seis años después, la *New Atlantis (Nueva Atlántida)* de Bacon describía un «colegio» (llamado Casa de Salomón) cuyos integrantes, divididos en observadores, experimentadores, compiladores, intérpretes y «mercaderes de la luz» (los que viajaban lejos para volver cargados de conocimiento), colaborarían para ampliar la sabiduría natural y aplicar sus ventajas prácticas[49]. Para entonces, ya había hombres en varias ciudades europeas, que, interesados en el conocimiento, se reunían en «academias» que en unos pocos casos admitían a mujeres (así, la Accademia dei Ricovrati de Padua eligió a veinticinco durante el siglo XVII, aunque, al ser sólo cuatro de ellas italianas, era improbable que asistieran a las reuniones[50]). Normalmente, los primeros académicos mantenían en secreto sus actividades. Al principio, hasta los nobles integrantes de la academia más famosa de Italia, los *lincei* («linces») romanos, utilizaban nombres en clave y se escribían entre sí en lenguaje cifrado, en tanto que en Londres era revelador que Wallis y su grupo de «personas honorables, inquisitivas respecto a la filosofía natural» adoptaran el nombre de Invisible College: «Colegio Invisible».

Poco a poco, las academias se fueron tornando menos herméticas. En 1649 algunos miembros del Colegio Invisible se trasladaron de Londres a Oxford, donde dieron más solidez a otro colectivo, el Club Experimental Filosófico, cuyos miembros procedían de diversos sectores sociales, religiosos y políticos (algo de lo que acordaron no hablar nunca). Al principio se reunieron «en las dependencias de una botica, por la comodidad de poder inspeccionar remedios y otras cosas si era preciso», y según Wallis asumieron la «tarea de examinar cosas hasta el fondo y reducir los efectos a sus principios y causas primeras, para así entender mejor la auténtica base de lo que nos han legado los antiguos y aún mejorarlo[51]». Encontraron un útil «tubo conductor» para sus descubrimientos en Samuel Hartlib que, nacido en Polonia de padre alemán y madre inglesa, después de abandonar su país en 1628 para escapar a las guerras que asolaban el continente, se había instalado en Londres. Aunque el Parlamento rechazó su propuesta de creación de una «oficina de consulta pública» que pusiera «en práctica entre los instruidos los designios expuestos por lord Verulam» en *El avance del saber* de Bacon, sí le concedió ciertas ayudas monetarias y una pensión anual. Hartlib las utilizó para contratar a un equipo de traductores y escribanos que copiaron y distribuyeron información sobre libros singulares, invenciones, avances científicos e innovaciones tecnológicas entre los miembros del «círculo Hartlib»: hombres que compartían su fe en que el conocimiento «útil» podía cambiar el mundo. Hartlib recibía también opúsculos y tratados de sus corresponsales, los enviaba a otros miembros de su «círculo» para que hicieran comentarios, los revisaba y finalmente los hacía imprimir (con frecuencia sin el permiso previo del autor[52]).

El caos posterior a la renuncia de Richard Cromwell al cargo de lord protector en 1659 (*véase capítulo 12*), destruyó el círculo Hartlib y estuvo a punto de acabar con el Colegio Experimental Filosófico, cuyos miembros se «desperdigaron a causa de las te-

rribles distracciones de ese año fatal», en tanto que «su lugar de encuentro se convirtió en morada de soldados». Poco después de la Restauración de 1660, Wallis, Wilkins, Boyle y otros nueve «filósofos naturales» volvieron a reunirse para constituir «un colegio para el fomento del saber físico-matemático experimental», que se reunía todos los miércoles. A finales de ese año el colegio ya tenía treinta miembros y casi cien cuando Carlos II otorgó los estatutos de creación de la Royal Society para el fomento del conocimiento natural, permitiendo la disección de cadáveres, la realización de otros experimentos, la elección de una imprenta de libros y el «mantenimiento de correspondencia sobre cuestiones filosóficas, matemáticas o mecánicas con toda clase de extranjeros[53]». Según Thomas Sprat, primer historiador de la Royal Society, desde el principio sus miembros…

> … hicieron la distribución y encargaron a quienes consideraron capaces la realización del experimento que fuera. Y lo hicieron encomendando la misma labor a varios hombres, separados unos de otros, o uniéndolos en comisiones (si hemos de usar esa palabra en la ciencia filosófica, purgándola así en cierta medida de la malsonancia que antes tenía). Esta unión de los ojos y las manos proporciona realmente esas ventajas. Para que así se llegue a la plena comprensión del objeto en todas sus apariencias, y las ciencias se comuniquen mutuamente su luz, en tanto que el trabajo en aislamiento no puede ser sino una perspectiva que se deja a un lado.

Para Sprat eran cruciales las reuniones semanales, porque «en las asambleas es donde más se agudiza el ingenio de la mayoría de los hombres, se apresta su percepción y ensancha su entendimiento más que en las propias habitaciones[54]».

Los observadores foráneos estaban de acuerdo. Samuel de Sorbière, un caballero francés interesado en la filosofía natural que asistió a varias reuniones de la Royal Society entre 1662 y 1663, se deshizo en elogios hacia la presciencia mostrada por Carlos al crear ese foro «para asentar la paz, la tranquilidad y la hermosura de su país en bases sólidas» al «perfeccionar las artes y las ciencias útiles que han comenzado a cultivar[55]». Instó a su señor Luis XIV a emular el ejemplo inglés, algo que éste hizo,

aunque, mientras la Royal Society se reunía en su propia sede, la Académie des Sciences solía hacerlo en el palacio real, recibiendo instrucciones periódicas sobre lo que debía hacer. Así, en su primera reunión oficial, se pidió a los académicos que limitaran sus actividades a «cuatro cosas principales: las matemáticas, la astronomía, la botánica o conocimiento de las plantas, la anatomía y la química». Dos años después se les pidió que crearan un juego completo de mapas precisos de Francia y, aunque el rey otorgó cuantiosos fondos para la adquisición de los equipos necesarios, la labor consumió diecisiete años[56].

No todos los intercambios provechosos de información científica tenían lugar en «asambleas». Henry Oldenburg, como Hartlib refugiado alemán asentado en Inglaterra, se mantenía en contacto con sus amigos en el extranjero, incorporando nuevos corresponsales siempre que viajaba a Europa, lo cual sirvió para crear un auténtica y enorme «lista de distribución[57]». Después de 1665, en su calidad de secretario fundador de la Royal Society, Oldenburg solicitó también artículos a sus corresponsales, que él después enviaba a otros eruditos para lo que hoy llamaríamos «evaluación por parte de colegas», antes de publicarlos en la revista que él dirigía: *Philosophical Transactions, giving some accompt of the present undertakings, studies and labours of the ingenious in many considerable parts of the world [Transacciones Filosóficas, donde se da cierta cuenta de la actividad, estudios y labores actuales de los sabios de gran parte del mundo],* la revista científica que más tiempo lleva publicándose de manera ininterrumpida en el mundo. De cada número se publicaban quinientos ejemplares y, durante cierto tiempo, también volúmenes adicionales en traducción latina y una versión parcial en francés, para uso de los académicos de Luis XIV[58].

Al llegar el año 1700 ya existían publicaciones científicas similares en toda Europa: el *Journal des Sçavants* (París, a partir de 1665, en francés), *Acta Eruditorum* (Leipzig, desde 1682, en latín),

Nouvelles de la République des Lettres (Ámsterdam, desde 1684, en francés), *Monatgespräcke* (Leipzig, desde 1688, en alemán), *Boekzaal Van Europa* (Róterdam, desde 1692, en neerlandés) y muchas otras[59]. Todas ellas reseñaban y analizaban libros e ideas, desempeñando por tanto un papel crucial en la difusión de la erudición, a pesar de los obstáculos que ponía la distancia. Como se decía en el número de 1685 del *Journal des Sçavants*, mientras que en el pasado era difícil conseguir ejemplares de obras recientes publicadas en el extranjero, «hoy en día, gracias a las publicaciones eruditas» los científicos franceses están «informados de todo lo que ocurre, y mes a mes nos enteramos de lo que antes sólo teníamos noticia pasados unos años[60]».

Los contactos personales también fomentaban el conocimiento científico. Mientras Samuel de Sorbière asistía a las reuniones de la Royal Society, dos futuros miembros de ésta, Philip Skippon y su tutor en Cambridge, John Ray, eran bien recibidos por eruditos del continente. En Heidelberg se enteraron de que el elector tenía «intención de levantar un nuevo colegio, que se llamará Collegium Illustre o Lipsianum, porque Lipsio despuntó en toda clase de saberes; este colegio se dedicará a realizar experimentos, etc., como la Royal Society en Londres». En Nápoles asistieron a algunas de las reuniones semanales de los *academici investigantes*, uniéndose a unos sesenta estudiosos más para escuchar la lectura de un texto que «defendía la opinión de lord Verulam [Bacon]» y contemplar un «experimento». Descubrieron que todos «conocían bien los escritos de todos los hombres instruidos y sabios» de Europa, tanto muertos (como Bacon, Harvey, Galileo y Descartes) como vivos (nombraban a Robert Boyle, Thomas Hobbes y Robert Hooke[61]).

A la «República de las Letras» también pertenecían estudiosos residentes al este del Elba y al sur de los Pirineos. El cervecero y astrónomo de Dánzig Johannes Hevelius, que en 1647 publicó su *Selenographia*, el primer atlas lunar, profusamente ilustrado

(véase lámina 1), había estudiado en Leiden y conocía a eruditos de Inglaterra y Francia; se convirtió en miembro de la Royal Society y recibió en su impresionante observatorio de Dánzig a Edmond Halley y a otros destacados científicos. En España, Miguel Marcelino Boix y Moliner declaró en un libro titulado *Hippocrates aclarado* (1716) que «los médicos y philósophos estrangeros en el siglo passado han adelantado mucho en lo phísico», sólo porque habían plagiado la obra de precursores españoles. En este sentido, destacaba la obra de Gedeón Harveo sobre la circulación de la sangre, «la Philosophía de Renato Descartes» y los estudios sobre la quinina de Richard Morton: «Los tres inventos nuevos que más han alborotado la Europa», que, en su opinión, se limitaban a reproducir investigaciones anteriores de eruditos españoles (todos ellos eran ejemplos poco conocidos de hallazgos «múltiples» polémicos). Seguramente Jonathan Israel tenía razón al señalar:

> Desde la caída del Imperio romano, en Europa ninguna otra gran transformación cultural ha mostrado un despliegue comparable a la impresionante cohesión de la cultura intelectual europea de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII. Porque fue entonces cuando, en la esfera de las ideas, Europa occidental y central se [convirtieron] por primera vez y prácticamente en un único entorno constituido por canales de comunicación en su mayoría de reciente creación, que iban desde periódicos y revistas hasta salones y cafés, pasando por una amplia gama de nuevos medios culturales[62].

Los límites de la revolución científica

Menos éxito tuvieron los científicos de Europa cuando trataron de comprender y explicar la Pequeña Edad de Hielo. Galileo había inculcado a su ilustre pupilo el gran duque Fernando de Toscana que la observación y los experimentos basados en la utilización de instrumentos podían revelar los secretos de la naturaleza y miembros de la Accademia del Cimento florentina habían inventado un preciso medidor de precipitaciones, un *evaporímetro* (para medir la humedad), el barómetro (para calibrar la presión del aire) y el termómetro (para medir las temperaturas atmosféri-

cas). En 1654, el gran duque creó una red internacional formada por once estaciones, cada una de ellas provista de los mismos instrumentos y protocolos, para medir de manera sincronizada y varias veces al día las temperaturas (y, en una de ellas, la presión atmosférica). Cada estación registraba diariamente sus mediciones en una cuadrícula normalizada y enviaba copias al gran duque. En 1667 la red ya había reunido más de 30 000 lecturas, cuando las operaciones se interrumpieron por las presiones del Vaticano, que temía que los resultados refrendaran la peligrosa idea expuesta por Galileo de que las ideas basadas en la práctica eran mejores que la Biblia para interpretar la naturaleza. La muerte del gran duque Fernando tres años después puso fin a cualquier esperanza de utilización de los datos[63].

Entretanto, en Inglaterra, Robert Hooke («curador de experimentos» de la Royal Society) propuso en 1663 un «método para realizar una historia del clima», que conllevaría la medición en numerosas estaciones de ocho variables: la mitad (la dirección del viento, la temperatura, la humedad y la presión del aire) mediante instrumentos normalizados, el resto (la capa nubosa, las tormentas eléctricas, «cualquier cosa extraordinaria en las mareas», «dolores y perturbaciones en el cuerpo de los hombres» y «los provechos y percances de cualquier tipo que puedan acontecer en el año, ya sea por riadas, sequías, lluvias torrenciales, etc».), mediante la observación. Hooke, que concibió una cuadrícula dividida en columnas en la que podían registrarse las observaciones mensuales de cada estación, esperaba encontrar «en varias partes del mundo, pero sobre todo en regiones apartadas de este Reino […] [personas] que llevaran a cabo esta labor» de registro. Pero ahí radicaba el problema principal: para fabricar y distribuir los delicados instrumentos de precisión y pagar a los «observadores» de cada estación hacía falta dinero y la Royal Society no lo tenía, ya que su presupuesto sólo se nutría de las cuotas que cada año abonaban sus miembros (y muchos no las paga-

ban). En consecuencia, el plan siguió sin materializarse (*lámina 28*[64]).

Pese a todo, varios ingleses llevaban un «diario climatológico», entre ellos el maestro de escuela londinense John Goad, que después de anotar observaciones detalladas entre 1652 y 1685, publicó ese año muchos de sus datos, yuxtaponiéndolos con apuntes sobre los movimientos planetarios y un análisis tentativo de los resultados. Goad, asimismo, intercambió información con el anticuario y astrólogo Elias Ashmole, que también apuntaba en un diario las precipitaciones que observaba, registrando entre otras cosas la dirección del viento. Esos hombres sabían lo que se traían entre manos. «La casualidad no encaja con la ciencia», afirmó Goad: como el clima no era algo azaroso, la observación científica, al poner de manifiesto pautas, permitiría hacer pronósticos. Lo mismo pensaba John Locke, que durante todo el año 1692 llevó un registro climático.

> Si un registro como éste, u otro mejor ideado con la ayuda de algunos instrumentos que para mayor exactitud fuera dado añadir, pudiera llevarse en todos los condados de Inglaterra y publicarse de manera constante, muchas cosas relacionadas con el aire, los vientos, la feracidad, etc., podría un hombre sagaz recoger, y en su momento establecer, varias reglas y observaciones relativas a los vientos y las lluvias, algo que sería de gran provecho para la humanidad.

De igual manera, Robert Plot, director de experimentos de la Philosophical Society de Oxford, confiaba en que el atento estudio del clima concediera a los científicos la capacidad de…

> … aprender a anticipar con exactitud ciertas emergencias (como calores, fríos, épocas de escasez, plagas y otras perturbaciones epidémicas) que ahora nos resultan inexplicables y, al conocer sus causas, aprender a prevenirlas o evitarlas. Así cabe también esperar que entendamos hasta qué punto las posiciones de los planetas, al relacionarse entre sí y con las estrellas fijas, tienen que ver con las alteraciones climáticas y con la ocurrencia y prevención de enfermedades u otras calamidades[65].

La lógica de Robert Plot pone de manifiesto dos importantes limitaciones de la «revolución científica». En primer lugar, el objetivo era loable pero inalcanzable. Ni siquiera en el siglo XXI la multitud de datos meteorológicos que se obtiene a través de ob-

servaciones recogidas en la Tierra o vía satélite basta para anticipar «con exactitud ciertas emergencias (como calores [y] fríos», de manera que podamos «aprender a prevenirlas»). Ni siquiera en agosto de 2003 pudo nadie prever (y, con la tecnología disponible, nadie *podría* haberlo hecho) que la ola de calor que azotó muchas zonas de Europa permanecería sin remitir once días y que produciría las temperaturas más altas jamás registradas; sin embargo, en algunas zonas esa breve «calamidad» duplicó con creces la tasa de mortalidad normal de agosto, acabando prematuramente con la vida de casi 70 000 personas[66].

La esperanza que albergaba Robert Plot de que la observación sistemática «demostrara hasta qué punto las posiciones de los planetas» tenían «que ver con las alteraciones climáticas y con la ocurrencia y prevención de enfermedades u otras calamidades» ponía de manifiesto la segunda limitación de la «filosofía experimental», ya que Plot seguía creyendo que su entorno lo determinaban fuerzas misteriosas. Y no era el único. La última obra (y la más conocida) que escribió Francis Bacon, *Sylva sylvarum*, contenía un capítulo sobre telepatía, conjuros para eliminar verrugas y brujería; William Harvey llevaba a cabo «experimentos» para comprobar si quienes se decían brujas tenían pezones adicionales, o «familiares» que hacían trucos sobrenaturales; mientras que Robert Boyle patrocinó la publicación de un tratado conducente a demostrar la existencia de la brujería (al igual que Bacon, en su último libro analizó cuestiones sobrenaturales). Hasta Isaac Newton, ungido caballero por Ana I, reina de Inglaterra, por sus servicios a la ciencia, compraba muchos libros sobre magia, realizaba experimentos alquímicos y, basándose en el Libro de Daniel, calculaba que el mundo «terminará en el 2060 d. C. Puede que termine después, pero no veo razón para que termine antes[67]». La aparición de dos cometas entre 1664 y 1665 generó bastante más de cien publicaciones, la mayoría llenas de funestos pronósticos de guerras, pestes, hambrunas, sequías, vendavales,

inundaciones, muertes de príncipes, caídas de regímenes y quizá el fin del mundo. En Rusia, envuelta en una guerra con Polonia, el zar ordenó que se rezara y ayunara para rogar a Dios «que envíe la paz que deseamos y aleje de nosotros los males que tantos cometas presagian[68]». Un impacto similar tuvieron en 1680 y 1682 otros dos brillantes cometas. En Alemania y en la zona de habla alemana de Suiza aparecieron casi cien obras dedicadas a su relevancia, más de treinta en España, diecinueve en Francia y Holanda, diecisiete en Inglaterra y sus colonias americanas y seis en Italia. En Roma, la exreina Cristina de Suecia ofreció un premio a cualquiera que calculara la distancia recorrida por el cometa (casi con certeza para facilitar predicciones astrológicas más precisas). En la India, el doctor John

Fryer, licenciado de Cambridge y médico, observó asombrado «el ascenso y caída del más prodigioso cometa que he visto nunca» y como «es ciertamente un mal presagio», rezó para que «no afecte a nuestra Europa». En Inglaterra, John Evelyn, miembro fundador de la Royal Society, escribió en su diario una detallada descripción de ese aerolito, añadiendo: «Lo que esto pueda augurar (porque fue realmente extraordinario), sólo Dios lo sabe». Al igual que Fryer, rezó para que «Dios nos evite sus juicios: recientemente hemos visto varios cometas que, aunque creo que aparecen por causas naturales y no actúan por sí solos, no puedo despreciarlos. Puede que sean avisos divinos[69]».

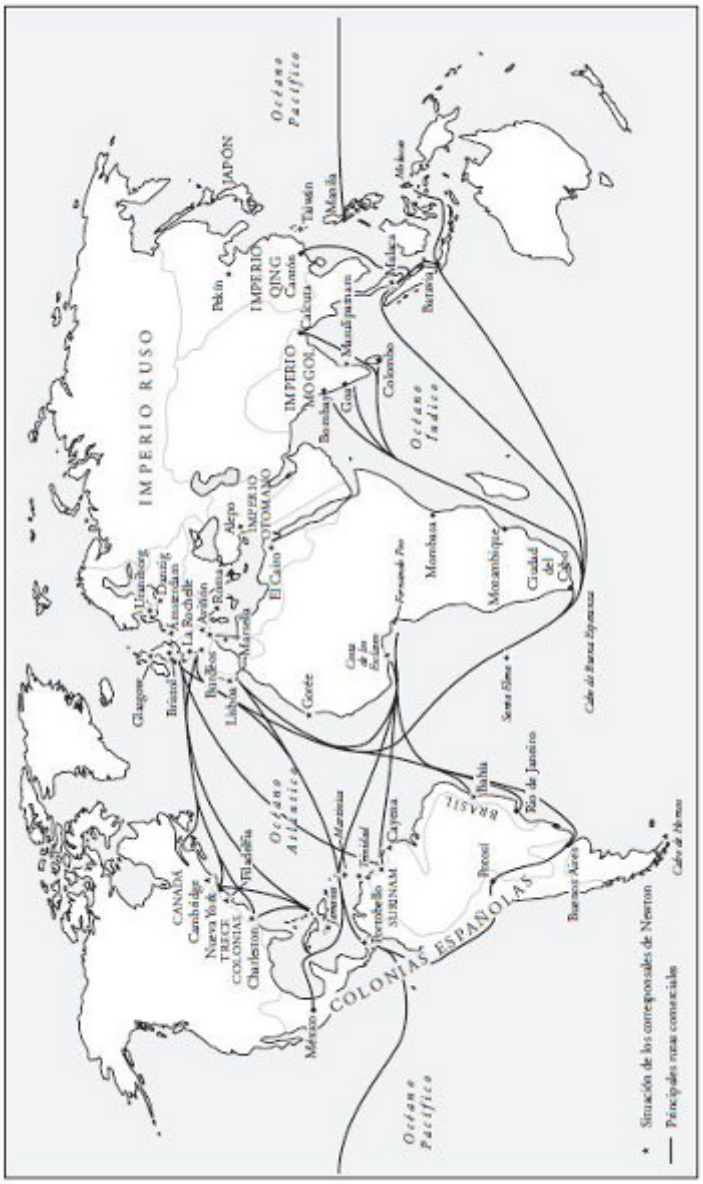
Poco se diferenciaban estas reacciones de las de otros observadores instruidos del resto del mundo. En Sri Lanka, en 1665, un cronista relacionó la rebelión contra el rey de Kandy con la «temible y brillante estrella [...] que nos pasó tan cerca de la cabeza»; en tanto que en la India, «durante todo el paso del cometa», hasta Aurangzeb, un ferviente musulmán, «sólo bebió un poco de agua y comió una pequeña cantidad de pan de mijo» y también «durmió en el suelo cubriéndose únicamente con una piel de tigre». En la China de 1680 el abanderado manchú Dzengšeo

y sus compañeros, de campaña en Yunnan, observando con aprensión el recorrido del aerolito, dijeron «que si avanzaba hacia el palacio imperial sería un mal presagio», y la historia oficial del reinado de Kangxi incluía un detallado informe sobre ese fenómeno y sobre el aerolito de 1682[70]. Entretanto, en Massachusetts, Increase Mather (predicador de North Church, en Boston, y presidente del Harvard College) pronunció un sermón sobre el cometa de 1680 titulado *Aviso de los cielos para el mundo*, que advertía de que «las visiones y signos temibles que hay en los cielos son presagio de grandes e inminentes calamidades». El aerolito de 1682 inspiró a Mather a redactar su exhaustiva *Kometographia, or a discourse concerning comets [Cometografía o discurso sobre los cometas],* que recordaba a sus lectores que la guerra de los Treinta Años y la destrucción de la población indígena de Nueva Inglaterra se habían producido después de los cometas de 1618, mientras que la peste y el incendio que devastaron Londres habían sido posteriores al de 1664. La única razón de que en Boston no se hubiera tenido noticia de sucesos todavía más catastróficos era que «los que vivimos en América sabemos poco de los grandes movimientos de Europa, y mucho menos de los de África y Asia, hasta mucho tiempo después[71]».

Exactamente medio siglo antes, Descartes había expresado su confianza en que alguien publicara en un único libro todas «las observaciones de los cometas, con un gráfico de la senda que describe cada uno». Pronosticaba que «esa obra sería de mayor utilidad pública de lo que a primera vista podría parecer», pero (y esto lo decía con un suspiro) «no albergo esperanzas de que nadie lo haga» porque «creo que esa capacidad escapa al intelecto humano». Isaac Newton aceptó el desafío en la década de 1680, copiando cuidadosamente en sus cuadernos de notas las descripciones de cometas que había encontrado en Aristóteles, las crónicas medievales y obras más modernas, así como las observaciones hechas por sus propios contemporáneos: no sólo Edmond Ha-

lley (que viajó a varios observatorios europeos para revisar sus registros) y John Flamsteed (astrónomo real), sino también el jesuita brasileño Valentin Stansel, el astrónomo de Harvard Thomas Brattle y su propio antiguo compañero de colegio Arthur Storer, en ese momento terrateniente y propietario de esclavos en el condado de Calvert, Maryland, que transmitió importantes observaciones del cometa de 1682. Newton incorporó esos y otros descubrimientos tomados de otros observadores de todo el mundo a su notable obra *Principia mathematica (Principios matemáticos de la filosofía natural),* de 1687, cuyo tercer libro (titulado *El sistema del mundo*) contenía un largo apartado dedicado a los cometas (*figura 38*[72]). Newton utilizó también su recién inventada técnica matemática, posteriormente conocida como cálculo, para trazar la trayectoria del cometa de 1680, y llegó a la conclusión de que había llegado del espacio exterior describiendo una parábola en torno al Sol y que nunca volvería.

A este respecto Newton se equivocaba, y con él todos los científicos, salvo uno, que calculaban que los cometas, al describir una órbita *elíptica*, volvían periódicamente. El astrólogo de la Corona francesa Pierre Petit señaló (erróneamente) que el cometa de 1664 era el mismo que el de 1618 y que reaparecería en 1710; su sucesor Gian Domenico Cassini dedujo (y también se equivocaba) que el de 1680 ya había aparecido en 1577 y que, por tanto, reaparecería en 1784. Ninguno de ellos obtuvo el premio ofrecido por la exreina Cristina. Edmond Halley también habría llegado a la conclusión equivocada de haber decidido estudiar el cometa de 1680, pero prefirió centrarse en el aerolito visto dos años después, que casualmente fue el único cometa de período corto apreciable a simple vista (puede que haya otros de igual o mayor brillantez, pero sólo aparecen una vez por milenio o quizá en menos tiempo).



38. Fuentes de información utilizadas por Newton en *Principia mathematica* (1687). Newton nunca salió de Inglaterra (de hecho, mientras trabajaba en sus *Principia mathematica*, parece ser que nunca abandonó Cambridge), pero recibió abundantes datos recopilados por amigos, y amigos de amigos, tanto protestantes como católicos, de todos los continentes, que utilizó para crear y apoyar sus hipótesis. La configuración de las principales rutas comerciales de la década de 1680 explica la situación de la mayoría de sus puntos de recogida de datos.

Al igual que Newton, Halley conjugaba la observación con el estudio histórico y su atenta lectura de los relatos de todas las apariciones anteriores lo convenció de que los cometas vistos en 1531, 1607 y 1682 eran el mismo y que, en consecuencia, éste debía describir en torno al Sol una órbita con un ciclo de setenta y cinco o setenta y seis años. A continuación calculó exactamente su órbita, utilizando la física de Newton para explicar la atracción gravitatoria que ejercían los planetas por los que pasaba. En 1705, Halley publicó un breve opúsculo en latín e inglés en el que primero exponía la lógica con la que explicaba, en general, la órbita de los cometas, así como la periodicidad exacta del de 1682, para después «atreverse a vaticinar» que ese mismo cometa «regresará de nuevo en el año 1758». Aunque Halley no vivió para verlo, cuando, en 1758, como cabía esperar, apareció un cometa idéntico al descrito en 1682, los contemporáneos lo llamaron cometa Halley en honor del investigador. El breve opúsculo de Halley contenía otro pronóstico: aunque ningún cometa anterior «ha puesto en peligro la Tierra», él señalaba que las órbitas de algunos aerolitos se habían acercado lo suficiente como para plantear la posibilidad de que algún día pudiera producirse una colisión, y terminaba su panfleto en tono amenazador: «Dejaré que el estudioso de las cuestiones físicas determine cuáles serán las consecuencias» del «choque de los cuerpos celestes (algo que en modo alguno es imposible que ocurra)[73]».

El opúsculo publicado por Halley en 1705 encarnaba los deslumbrantes logros alcanzados por la revolución científica (y la confianza que tenía en sí misma). Demostraba de manera irrefutable que los cometas, al igual que los planetas, orbitaban en torno al Sol; ofrecía una impresionante comprobación de la física newtoniana y también hacía dos pronósticos precisos: el primero confirmado cuando el cometa regresó exactamente 76 años después; el segundo cuando, pasados casi tres siglos, parte de un cometa chocó con Júpiter, produciendo consecuencias es-

pectaculares. Sin embargo, nadie en 1705, y ni siquiera en 1750, sabía realmente lo deslumbrante que era el descubrimiento de Halley, ya que su primer pronóstico no pudo comprobarse hasta pasados setenta y seis años. En consecuencia, podríamos decir que, tanto en la esfera científica como en la educativa, la gran divergencia entre Europa y el resto del mundo aún no podía apreciarse, pero tal afirmación pasaría por alto una importante diferencia.

En su «Introducción» para el número especial de 2009 del *Journal of Interdisciplinary History*, dedicado a la Crisis General en Europa, Theodore Rabb señaló la «transformación de actitudes respecto a la ciencia», que «en las décadas posteriores a 1640 pasó de la preocupación que suscitaba su desconcertante, impugnada y polémica búsqueda de conocimiento a la aceptación del método científico como manifestación magistral de la labor intelectual. Transitar desde la condena de Galileo a la concesión del título de caballero a Newton es cruzar una divisoria fundamental del pensamiento europeo». En otro artículo, Rabb recalcó que esta «divisoria» no sólo tenía que ver con los avances de los científicos, sino con el contexto político y social en el que había tenido lugar su «labor intelectual». En la primera mitad del siglo XVII

…

> … se correspondía mayormente con un creciente malestar, ya que la guerra religiosa, las idas y venidas económicas, la proliferación de conflictos militares cada vez más virulentos y la invasión del poder local por parte de gobiernos centralizadores ocasionaban perturbaciones y penurias generalizadas. En este contexto, los indemostrables postulados que los científicos estaban planteando para echar por la borda viejas ideas parecían tanto un síntoma como un acicate para los fuegos de la duda.

Por el contrario, después de 1650, «tratando de recuperar cierta confianza, la élite de Europa encontró consuelo y una tangible certidumbre en la búsqueda cada vez más unánime de nuevas verdades sobre el mundo físico». Según Rabb, por sí solos, «los descubrimientos no habrían alcanzado necesariamente la acepta-

ción general. Lo que les otorgó carácter magistral fue su papel en la recuperación de la confianza en la capacidad humana». El conocimiento «útil» ya no era algo amenazador[74].

Sin embargo, incluso a finales del siglo XVII, esta nueva «confianza» no era ni completa ni universal en Europa. Durante su visita a Nápoles en 1663, Skippon y Ray escucharon a los *academici investigantes* quejarse «de la Inquisición y de la oposición de sus clérigos a la nueva filosofía, y también de las dificultades que encontraban para sacar libros de Inglaterra, Holanda, etc».. Cuatro años después, en la Toscana, la presión pontificia había puesto fin a los esfuerzos del gran duque por reunir y estudiar series de datos climáticos. En Inglaterra, las dudas que expresó Edmond Halley sobre la veracidad de la Biblia (al cuestionar, por ejemplo, la existencia de un único acto creador) le costaron la cátedra de astronomía de la Universidad de Oxford en 1691: el astrónomo real (uno de sus evaluadores) advirtió que si Halley obtenía el puesto, corrompería «a la juventud de la universidad con su procaz discurso». Como cabía esperar, Newton y otros impidieron la elección de un personaje tan subversivo[75]. En la Escocia de 1697, el Tribunal Supremo juzgó y ejecutó a un estudiante de la Universidad de Edimburgo condenado por blasfemia.

Aquí es donde entran en juego los descubrimientos «múltiples» de Merton: en Europa, la censura en un país ya no afectaba a la innovación científica en los demás. Así, a pesar de la prohibición papal que pesaba sobre los postulados heliocéntricos, el *Paraíso perdido* de John Milton, publicado en Londres en 1667, contiene un admirable resumen del *Diálogo de los dos sistemas* de Galileo, así como numerosas alusiones a la observación mediante telescopio, la rotación de las manchas solares y las irregularidades de la superficie lunar; de hecho, el «artista toscano» (Galileo) es el único contemporáneo que se menciona en toda la obra. Igualmente, aunque en 1663 la Inquisición romana añadió las obras de Descartes al *Índice de libros prohibidos*, pocos años después

Luis XIV elegía a Jacques Rohault, principal cartesiano de Francia, para que enseñara matemáticas y filosofía a su heredero, y en la década de 1670 el joven asistió a debates abiertos sobre la teoría heliocéntrica en la Académie des Sciences, además de seguir la rotación de los cometas, estrellas y planetas durante sus visitas al observatorio creado por su padre. La revolución científica se había nacionalizado[76].

Muy diferente era la situación en China. En 1661 el régimen Qing creó una inquisición literaria para revisar una *Historia de los Ming* extraoficial, publicada por un grupo de escolares *han* en Jiangnan. Considerándola sediciosa, ejecutó a unos setenta hombres relacionados con la empresa, entre ellos historiadores, impresores e incluso compradores de la obra; además, envió al destierro a sus familiares varones y condenó a las mujeres a la esclavitud en hogares manchúes; confiscó todas sus propiedades y quemó todos los ejemplares y las planchas de los libros. Al igual que en Europa, los inclementes castigos provocaron una generalizada autocensura entre los supervivientes[77]. Poco más de un siglo después, el gobierno central puso en marcha un ambicioso proyecto bibliográfico conocido con el nombre de «Biblioteca completa de los cuatro tesoros», que pretendía conseguir para la biblioteca imperial un ejemplar de todos los libros conocidos, pero «si los libros contienen lenguaje antidinástico», ordenó el emperador, «las planchas de imprenta y las hojas impresas deberán entregarse a las llamas. Hay que aplastar las opiniones heterodoxas, [para que] las generaciones futuras no se vean influidas». La inquisición literaria, que se mantuvo durante quince años, destruyó 70 000 planchas de imprenta y quemó casi 4000 obras, en tanto que los propios autores e impresores purgaron muchas otras, modificando algunas planchas y eliminando de otras nombres y declaraciones censurados[78].

De este modo, los Qing continuaron viendo en la innovación intelectual y en gran parte del «saber útil» una amenaza poten-

cial, no una posible ventaja. «Las nuevas verdades sobre el mundo físico» les seguían pareciendo «tanto un síntoma como un acicate para los fuegos de la duda». Al contrario que los príncipes del noroeste de Europa, los nuevos dueños de China se negaron a permitir que sus principales eruditos tuvieran libertad de expresión o libertad para intercambiar ideas. A pesar de las muchas diferencias, los orígenes de la gran divergencia, unidos a la ratio de bienestar imperante en cada lugar a comienzos del siglo XVIII (*véase capítulo 21*), radican en la Crisis General.

Conclusión

Anatomía de la Crisis

Ganadores y perdedores

El estudio clásico de Crane Brinton, *Anatomy of revolution (Anatomía de la revolución),* publicado en 1938, buscaba «uniformidades» entre las agitaciones políticas registradas en la Inglaterra del siglo XVII, las norteamericanas y francesas del siglo XVIII y las del siglo XX en Rusia. En el último capítulo, Brinton se preguntaba qué cambiaron realmente esas revoluciones, y su respuesta era:

> Está claro que de forma muy determinante cambiaron algunas instituciones, algunas leyes e incluso algunas costumbres; otras instituciones, leyes y costumbres las cambiaron a la larga y, en todo caso, ligeramente. Puede que lo que cambiaran fuera más, o menos, relevante que lo que no cambiaran. Pero no podremos dilucidar esta última cuestión hasta que tengamos realmente claros los cambios.

Las páginas anteriores han intentado «aclarar» qué cambió y qué quedó igual en el mundo del siglo XVII; lo que ahora nos queda es evaluar la importancia relativa de ambas situaciones y determinar las «uniformidades» que tienen en común las alrededor de cincuenta revoluciones y rebeliones registradas en todo el mundo entre 1618 y 1688[1].

En el entorno individual, para la mayoría de los contemporáneos el cambio más «relevante» fue un acusado deterioro de la calidad de vida general. Durante la hambruna registrada en la India en 1631, los mercaderes ingleses residentes en Gujarat pensaban «que estos tiempos son aquí tan espantosos que nunca en la memoria del hombre se han visto una hambruna y una mortalidad iguales». Diez años después, en China, según el diario de un joven erudito, «Jiangnan nunca ha sufrido un desastre así». En 1647, un historiador galés opinaba: «Cierto es que en Inglaterra hemos tenido muchos días negros como éstos en épocas pasadas,

pero, a la vista de los presentes, son la sombra de una montaña comparada con el eclipse de la Luna»; por su parte, durante la hambruna de 1649, un colega escocés escribió: «Los precios de las vituallas y de toda clase de cereales eran mayores de los que ninguna persona viva pudiera recordar», de manera que «hasta ahora, desde que el Reino era una nación, no se había visto nada igual[2]».

Todas las épocas generan pesimistas para los que sus penurias son «las peores de las que se tiene recuerdo» y el tramo medio del siglo XVII generó un número inaudito de pesimistas y de proclamas de sufrimientos nunca vistos, pero los datos que nos han llegado sugieren que tenían razón. La reducción de la energía solar y el incremento de la actividad volcánica y del *Niño* hicieron que el deterioro medioambiental fuera poco comparable con otras situaciones, en tanto que la frecuencia de las guerras y la caída de Estados crearon una inestabilidad política, social y económica nunca vista.

Algunos grupos sufrieron de manera desproporcionada. La peor parte se la llevaron los esclavos. En China, en algunas partes de Europa (sobre todo Gran Bretaña e Irlanda) y sobre todo en África, millones de hombres y mujeres perdieron la libertad y con frecuencia la vida al convertirse en esclavos, en tanto que en Rusia y Europa oriental millones de personas también perdieron la libertad al caer en la servidumbre. Con o sin libertad, las mujeres sufrieron de manera desproporcionada en gran parte del mundo. Se suicidaban porque habían sido violadas y humilladas de otras maneras, y no podían «vivir con la vergüenza»; porque estaban en la miseria y no podían enfrentarse a una vida de hambre y privaciones o porque no deseaban sobrevivir a la muerte o la desaparición de sus seres queridos. Muchas de las supervivientes, según las memorables palabras de «una pobre mujer [alemana] que por única fortuna tiene poco más o menos un pequeño terreno», se vieron ante una «amarga existencia»: sólo para man-

tenerse con vida, ella y sus hermanas tuvieron que trabajar con más ahínco y más horas. Su desesperada situación ayuda a explicar que en todo el mundo del siglo XVII hubiera tantas mujeres que abortaran, o que mataran o abandonaran a hijos de muy corta edad[3].

Hay que reconocer que algunas mujeres europeas podían utilizar las «armas de los débiles» para devolver el golpe a sus opresores. Trabajadoras y criadas maltratadas por sus empleadores podían buscar venganza no sólo recurriendo a tácticas dilatorias, hurtos y calumnias, sino (en casos extremos) al incendio y al asesinato. Las esposas no sólo podían suplicar a los maridos que las maltrataban en privado, también podían quejarse a sus vecinos y ante los tribunales; podían pedir el divorcio, amenazar con pedirlo o con causar graves daños físicos (o, *in extremis*, causarlos realmente). En Londres, Elizabeth Pepys recurrió a todas esas estrategias en 1668, después de descubrir a su mujeriego marido Samuel haciendo el amor con su sirvienta de dieciséis años. Después de llorar, soltar reproches y «despotricar», lo amenazó con informar a sus vecinos, abandonarlo e incluso con hacerse católica. También golpeó a Samuel, arremetió contra él con un par de tenacillas calentadas al rojo vivo y lo intimidó diciendo que iba a cortar la nariz a la sirvienta (un castigo habitual en casos de adulterio). Pero Elizabeth, que tenía su arma más eficaz «en las cuestiones de placer», se negó a acostarse con él. Tres semanas después de caer en el oprobio, Pepys confesaba en su diario que le «perturbaba comprobar lo probable que es que mi esposa, recurriendo a esos métodos, pueda ejercer control sobre mí y que me convierta para siempre en su esclavo[4]». Sin embargo, parece que sólo las mujeres inglesas y holandesas disfrutaban de esa limitada capacidad de «represalia». Sus hermanas de otras zonas de Europa bien podían preguntarse, como la reina Cristina de Suecia en la década de 1680: «¿Qué crimen han cometido [las integrantes] del sexo femenino para estar condenadas a la terrible inevitabili-

dad de verse todos los días bajo llave, bien como prisioneras, bien como esclavas? A las monjas las considero "prisioneras" y a las esposas "esclavas"[5]».

No cabe duda de que la reina Cristina habría pensado lo mismo de otras contemporáneas suyas de gran parte de Asia, donde las mujeres «respetables» vivían recluidas desde la pubertad a la menopausia, una reclusión acentuada en China por la práctica del vendado de pies *(véase capítulo 4)*. En el mundo musulmán, las únicas excepciones eran las mujeres, esposas y concubinas de los príncipes mogoles, otomanos y safávidas, sobre todo en épocas de disputas sucesorias. Así, Sah Jahan, ausente de la corte mogola a la muerte de su padre Jahangir en 1627, accedió al trono únicamente porque sus parientes femeninas en la corte fueron más hábiles que los partidarios de otros pretendientes. En el Imperio otomano, Kösem, madre de los sultanes Osmán, Murad e Ibrahim, derrocó a varios grandes visires e incluso fue cómplice del regicidio de 1648, convirtiéndose en la persona más poderosa del Estado. Ese poder no solía durar mucho: en 1651 Kösem fue asesinada a instancias de la madre del nuevo sultán, del mismo modo que, una generación antes, en Irán, Sah Safi había asesinado a decenas de familiares femeninas porque temía que intentaran derrocarlo[6].

Las guerras y las revoluciones mataron, mutilaron y arruinaron a gran número de personas, tanto directamente, de forma brutal, como indirectamente, a través de la migración forzosa y la destrucción de bienes. Las cifras de hombres jóvenes muertos aumentaron con especial rapidez en Europa occidental y central durante la guerra de los Treinta Años, en Europa oriental y Rusia durante la de los Trece Años, y en China durante la transición entre las dinastías Ming y Qing. Para muchos soldados, así como para miles de civiles —protestantes y católicos en Irlanda, judíos y polacos en Ucrania, y miembros del clan Ming en China— la Crisis General fue un acontecimiento terminal. En conjunto,

esas tragedias se cobraron tantos millones de vidas, entre ellas las de muchos miembros de las élites, que podríamos hablar de una «generación perdida[7]».

En algunas zonas desapareció toda una forma de vida. La violencia de la transición entre los Ming y los Qing destruyó para siempre la sericultura en la provincia de Shaanxi, y la hambruna y las inundaciones registradas en Gujarat entre 1628 y 1631 hicieron lo propio con una de las principales zonas de producción de algodón y añil de la India (*véanse capítulos 5 y 13*). La peste que se propagó por el sur de Europa en la década posterior a 1649, acabando con la mitad de la población de Sevilla, Barcelona, Nápoles y otras ciudades similares (*véase figura 7*), consolidó para siempre el declive del Mediterráneo como centro neurálgico de la economía europea. Si en el siglo XVII también imperó lo observado por Alex de Waal y Scott Cane sobre el efecto que tienen los «períodos de hambre» prolongados sobre los agricultores de tierras marginales y los cazadores recolectores (*véanse capítulos 1 y 15*), podemos decir que muchas comunidades y multitud de familias de muchas otras zonas debieron de cruzar «un umbral del horror» que las llevó a perecer y desaparecer sin dejar rastro.

Es preciso reconocer que la agitación produjo ganadores y también perdedores. En Extremo Oriente, tanto Nurhaci como Tokugawa Ieyasu fueron venerados como dioses a su muerte, legando a sus numerosos descendientes una ostentosa forma de vida que se prolongaría durante más de dos siglos. De hecho, los numerosos santuarios TŌshŌgūi de Japón siguen rindiendo homenaje a la divinidad del primer sogún, lo cual lo convierte, con diferencia, en el morador más exitoso del mundo del siglo XVII. Los descendientes de Miguel Romanov también prosperaron partiendo del equilibrio político, económico y social alcanzado con la crisis de 1648-1649, asentando su control sobre un Imperio que durante casi tres siglos se expandió a un ritmo de 145 kilómetros cuadrados al día (más de 52 000 al año[8]). Muchos se-

guidores de esos príncipes también se beneficiaron de la conmoción. En Extremo Oriente, decenas de miles de abanderados manchúes y sus familias cambiaron una precaria existencia en la estepa por una vida de abundancia en una de las ciudades tártaras de China. También prosperaron gran parte de los cargos militares y civiles que rápidamente cambiaron de bando, pasándose de los Ming a los Qing: de los 125 altos cargos que recibieron el ambiguo título de *er chen* («ministros que sirvieron a ambas dinastías»), 49 llegaron a presidentes o vicepresidentes de un departamento del Estado después de la conquista[9]. En Japón, los miembros del clan Tokugawa y gran parte de sus aliados daimios disfrutaron de más de dos siglos de paz y abundancia después de la proclamación en 1615 del Armisticio de Genna. En Rusia, los boyardos —y con ellos sus descendientes— que en 1649 se hicieron con el control de los siervos gracias a las leyes del *Ulozhenie*, mantuvieron su posición de privilegio durante más de dos siglos. En la India, los mandatarios que apoyaron a Aurangzeb cuando plantó cara a su padre y a sus hermanos durante la guerra civil mogola de 1657-1659 compartieron parte de la riqueza del Estado más rico de la Tierra.

Si hablamos de la población civil europea, veremos que un puesto público permitió a Samuel Pepys incrementar su fortuna, que pasó de veinticinco libras cuando comenzó a ocuparlo en 1660 a 10 000 diez años después; en tanto que Jean-Baptiste Colbert, que en la escuela «era tan torpe que siempre estaba el último de la clase», gracias al favor del cardenal Mazarino y después de Luis XIV, murió millonario, legando un título hereditario a su hijo. Entre los militares, los capitanes suecos que sobrevivieron a la guerra de los Treinta Años en Alemania, regresaron a casa con una inmensa riqueza: todavía hoy en día, el castillo de Skokloster, cercano a Estocolmo, da fe del botín que se cobró el general Karl Gustav Wrangel, en tanto que su colega Hans Christoff Königsmarck, después de empezar su carrera como solda-

do raso, murió siendo noble y con bienes valorados en dos millones de táleros. En Inglaterra, la suerte y el buen juicio mostrados durante la guerra civil permitieron a George Monck, hijo menor de un terrateniente (que de joven tuvo la suerte de escapar de la horca por haber matado al ayudante del juez de paz), convertirse en duque de Albemarle y capitán de los ejércitos de Inglaterra en 1660, y morir poseyendo bienes valorados en 60 000 libras. Sus seguidores también prosperaron. A cambio de facilitar la Restauración, el general insistió en que se pagaran íntegros los atrasos a sus hombres y durante los dos años siguientes los tesoreros de guerra del monarca les abonaron 800 000 libras[10].

Con frecuencia, las ganancias de los soldados eran a costa de los civiles. Johann Georg Maul, abogado y recaudador de impuestos de Brandeburgo, llevó entre 1631 y 1645 un diario en el que obsesivamente dejó constancia numérica del tránsito de su familia desde la prosperidad a la práctica indigencia, por culpa de soldados que, cuando no le robaban, se instalaban en su casa o le exigían dinero. La primera experiencia bélica de Maul le costó 280 táleros: un sargento y tres soldados de caballería, además de su lacayo, «devoraron enteros» 55 táleros de comida a lo largo de once semanas; «también se gastaron 115 táleros [...] en veintidós barriles de cerveza, que los antes mencionados se metían cada noche entre pecho y espalda con sus invitados». Maul también tuvo que proporcionar vino a algunos oficiales que lo visitaron, heno y paja para sus invitados, avena para los caballos de los soldados de caballería y, por si eso fuera poco, «diez táleros para un caballo que el comandante se llevó para que lo montara su bufón, llamado Narigudo». Casi todos los años posteriores trajeron consigo parecidas demandas de alojamiento militar, a veces varias veces al año, algo que Maul iba tristemente desglosando junto a los robos cometidos en su casa por los soldados que en ella se alojaban y las incesantes peticiones de dinero para mantener a

combatientes acuartelados en otros lugares. Llegado el año 1640, Maul había enriquecido a tantos soldados (y a quienes, como Narigudo, los seguían en campaña) que prácticamente no le quedaba nada: cuando dejó de pagar, los tres soldados de caballería enviados a exigirle su contribución «vieron con sus propios ojos que no tenía dinero», así que, después de beberse cerveza por valor de tres táleros, «acordaron marcharse, llevándose cada uno un pañuelo, valorado en un tálero, que mi esposa les entregó, además de algo de pan[11]».

Las agitaciones de la época reportaron fama a algunas mujeres. Después de su abdicación en 1654, la reina Cristina dijo e hizo cosas que habrían conducido a otras mujeres al cadalso —mofarse de la religión; vestir, hablar y comportarse como un hombre; besar y acostarse ostentosamente con otras mujeres—, pero, por su condición de prestigiosa conversa al catolicismo y de exreina, disfrutaba de singulares libertades[12]. Entre 1649 y 1653, Madeleine de Scudéry publicó *El Artamenes o el gran Cyro*, la novela francesa publicada más larga de la historia (dos millones de palabras, 13 000 páginas, diez volúmenes), que alcanzó un gran éxito porque sus protagonistas eran caricaturas, apenas disimuladas, de personajes mundanos parisinos y de frondistas (estaba claro que el propio Cyro era el príncipe de Condé, y así sucesivamente). Sin embargo, *mademoiselle* de Scudéry también era una consumada feminista. En sus novelas atacaba tácitamente la idea imperante de que el amor es algo racional, calculado y posesivo, presentando más bien personajes que insisten en que el amor surge del corazón, no de la cabeza, y que sólo es real cuando el hombre, al verse superado por una fuerza superior, se somete totalmente a la mujer. A pesar de su gran longitud, sus libros también aparecieron en traducción inglesa y llegaron a un gran público. Elizabeth Pepys, que no solía ser una ávida lectora, disfrutaba tanto de los libros de Madeleine de Scudéry que una noche enfureció a Samuel mientras viajaban «en el carruaje, con sus historias saca-

das de *El gran Cyro*, que ella contaba, aunque no vinieran a cuento y sin buenos modales» (¿acaso reconocía Samuel la amenaza que para sus licenciosas costumbres representaban las ideas feministas del libro?)[13].

Mademoiselle de Scudéry también presidía cada sábado un salón literario al que asistían los principales intelectuales franceses. Uno de sus numerosos miembros femeninos era MarieMadeleine, condesa de La Fayette (1634-1693), cuya *Princesa de Clèves* (1678) se ha considerado la primera novela moderna escrita en francés, ya que contiene tanto verosimilitud histórica (tenía lugar en la corte de Francia un siglo antes) como análisis psicológico. También habla de una mujer de alta cuna que lucha contra la tentación del adulterio con otro cortesano: un tema prácticamente inconcebible en una novela anterior a la Crisis General, sobre todo si la escribía una mujer. En la actualidad, hay numerosas ediciones impresas de *La princesa*…, además de películas, un libro electrónico en formato Kindle y un audiolibro (de cinco horas y 46 minutos de duración); se estudia en el programa nacional de estudios francés y en 2008 el entonces presidente Nicolas Sarkozy se quejó de lo mucho que había «sufrido» cuando lo obligaron a leerlo en la escuela. Fama no le falta[14].

Parece que tanto De Scudéry como La Fayette salieron ilesas de los desastres humanos y naturales de mediados del siglo XVII, pero pocas mujeres tuvieron esa suerte. Aunque no hubo una experiencia «típica» de la crisis global, puede que sean más representativas las vidas de otras dos notables supervivientes y de sus familias. Wang Duangshu (c. 1621-1701) era hija de un funcionario y erudito de la antes rica región china de Jiangnan. Su padre, demasiado viejo para enfrentarse a los Qing cuando los soldados llegaron a su ciudad en 1645, colgó de su puerta un cartel que decía «NO A LA RENDICIÓN» y se negó a rasurarse la cabeza según dictaba la costumbre manchú. Su opción fue huir a las montañas, donde se dejó morir de hambre. Entretanto, su instruida

hija, casada con un funcionario que también se había negado a someterse al nuevo régimen, apoyó a su marido mientras pudo, dando clases, escribiendo y pintando, pero «cuando el frío y el hambre se volvieron insoportables», los dos abandonaron su casa, turnándose para «empujar una carretilla. Desesperados por los caminos, vivían de los trabajos de caligrafía de ella, de sus dibujos y escritos[15]». Ese mismo año de 1645, Margaret Lucas, dama de honor de la reina Enriqueta María de Inglaterra, que había seguido a su señora al exilio en el continente, contrajo matrimonio con William Cavendish, marqués de Newcastle, general monárquico derrotado en Marston Moor, treinta años mayor que ella. La pareja siguió en el exilio hasta la Restauración, alquilando la exquisita residencia urbana que Rubens había utilizado como estudio, mientras Margaret recibía a grandes figuras literarias y escribía libros. En 1656 entregó a la Biblioteca de la Ciudad de Amberes un juego de cinco volúmenes de obras suyas; once años después fue la primera mujer a la que se le permitió visitar la Royal Society (donde observó un «experimento» realizado por Robert Boyle) y al llegarle la muerte en 1676 había publicado más de veinte obras sobre temas tan diversos como filosofía natural, poesía, amor (en prosa y en verso) y ciencia ficción. También escribió una autobiografía que, aunque mostrándose satisfecha de sus éxitos sociales y literarios, dedicaba mucha más atención a la pérdida de casi un millón de libras ocasionada por la confiscación de sus tierras y rentas por el Parlamento, y al dolor que le habían producido tanto la muerte de su hermano mayor Thomas, a causa de una herida en la cabeza sufrida cuando combatía por el rey en Irlanda, como el fusilamiento de su hermano mayor Charles después de la rendición de la guarnición monárquica de Colchester. Ambos habían fallecido en 1648 y al año siguiente también murió la hermana de Margaret, «consumida» (seguramente por la tuberculosis), y posteriormente su madre. Margaret escribió sobre la muerte de ésta: «Creo que la apresuró

el dolor» de haber tenido «que vivir para asistir a la ruina de sus hijos». Con tristeza, concluía: «Lamentaré la pérdida mientras viva». A pesar de su eminencia literaria, para ella, el saldo de su vida, que acabó antes de que cumpliera los cincuenta, era claramente negativo[16].

También el saldo de muchos Estados reflejaba pérdidas y ganancias. Así, a pesar de que la China de la dinastía Qing y la Rusia de los Romanov encabezaban la lista de dinastías prósperas, millones de sus súbditos habían perdido la vida o la libertad. En Ucrania, aunque la cultura rutena florecía (extendiéndose incluso a Rusia) mientras la servidumbre desaparecía, el nombre Ruina que sus historiadores dieron al período deja constancia del precio que se pagó por enfrentarse al dominio polaco. Portugal explotó la debilidad de España para acceder a la independencia —y ésta fue la única rebelión que triunfó por completo durante el siglo XVII—, pero una vez más este éxito conllevó inmensos sacrificios materiales y personales, entre ellos la pérdida definitiva de gran parte del Imperio luso en Asia (y la temporal de sus colonias en África y Brasil). La República holandesa vio reconocida oficialmente su condición de Estado y, a costa de Portugal y de príncipes independientes como el sultán de Mataram, se fue granjeando un lucrativo Imperio comercial en el sur y el sureste de Asia, pero perdió sus colonias en el norte y el sur de América. Gracias a su breve experimento republicano, Gran Bretaña consiguió la isla caribeña de Jamaica y el predominio comercial en el norte del Atlántico, pero quizá las guerras civiles ocasionaran la muerte prematura de 500 000 personas en Gran Bretaña e Irlanda, en tanto que Escocia e Irlanda (los dos primeros reinos en rebelarse) perdieron temporalmente su independencia. La debilidad del Imperio otomano permitió a los Habsburgo austríacos conquistar gran parte de Hungría, mientras que la de los Austrias españoles permitió a Luis XIV extender las fronteras de Francia,

aunque, en ambos casos, fuera a costa de cientos de miles de vidas.

Otros Estados sufrieron graves pérdidas políticas a mediados del siglo XVII, obteniendo poco o nada. El Reino africano del Congo y las naciones indias de Nueva Inglaterra perecieron, mientras la Mancomunidad Polaco-Lituana, que perdió la mitad de su población, dejó de existir temporalmente como Estado independiente y perdió para siempre su condición de gran potencia. La Monarquía española tampoco pudo volver a recuperar su preponderancia política después de la secesión de Portugal y de su Imperio de ultramar, y aunque Felipe IV acabó imponiéndose a los rebeldes de otras zonas, sólo fue a costa de importantes cesiones (en Cataluña, por ejemplo, dejó intactas las *Constitucions* e indultó prácticamente a todos los que lo habían desafiado). En Extremo Oriente, la efímera dinastía Shun, fundada por Li Zicheng en China, desapareció sin dejar rastro, en tanto que la caída de los Ming forzó una reconstrucción de la identidad coreana, porque «hizo añicos la premisa sobre la que se asentaba un orden mundial del que los coreanos se consideraban parte» (y también obligó a reformularse a los intelectuales *han* chinos). En torno a los Grandes Lagos de Norteamérica, aunque los hurones y sus aliados se salvaran del hambre, las enfermedades y los iroqueses desplazándose hacia el oeste, donde, como apuntó Daniel Richter, se «refundieron y reinventaron» para crear un «territorio intermedio» entre Nueva Inglaterra y Nuevo México, que sobrevivió hasta finales del siglo XVIII. Para ello tuvieron que perder todas sus tierras ancestrales[17].

Lo más importante es que, con la excepción de Japón, Nueva Inglaterra y Nueva Francia, el equilibrio demográfico del siglo XVII fue negativo. Dejando de lado los casos ya citados de reducción drástica de la población —la China de los Qing, la Rusia de los Romanov y Ucrania, la Mancomunidad Polaco-Lituana y gran parte de Alemania—, hay que decir que, a su muer-

te en 1665, Felipe IV gobernaba a muchos menos súbditos que en el momento de acceder al trono cuatro décadas antes. Aparte de lo que supuso la pérdida de sus anteriores vasallos de Portugal y su Imperio, y de los de la frontera francesa, la guerra devastó Cataluña, las zonas de Castilla fronterizas con Portugal, los Países Bajos y Lombardía, en tanto que la peste, la leva y los impuestos despoblaron grandes zonas del Mediterráneo español. Finalmente, en Francia, las hambrunas, las epidemias y la guerra civil desatada por la Fronda, el «punto culminante de la Pequeña Edad de Hielo», y las pérdidas ocasionadas por las repetidas guerras de Luis XIV probablemente tuvieran como consecuencia que, a su muerte en 1715, el monarca gobernara sobre menos súbditos que en 1661, al iniciarse su régimen personal.

En busca de denominadores comunes

Según el libro del politólogo Mark Hagopian, *The phenomenon of revolution [El fenómeno de la revolución]*:

> Cuando hemos enumerado conjuntos pertinentes de condiciones previas con sus respectivas generalizaciones empíricas, [la] explicación o el pronóstico resultantes deben ser enormemente complejos, pero *quienes busquen sencillez deben estudiar otra cosa que no sea las causas de la revolución. Además, hay buenas razones para dudar de la «totalidad» de cualquier explicación de la revolución que podamos plantear*.

Dicho esto, comencemos por las once «condiciones previas» (o, como un historiador podría llamarlas, las «causas») presentadas por Francis Bacon en su famoso ensayo *Of seditions and troubles [Sobre las sediciones y los altercados],* publicado en 1612:

> Las causas y los motivos de las sediciones son: la innovación religiosa, los impuestos, el cambio de las leyes y costumbres, la alteración de los privilegios, la opresión general, el progreso de personas indignas, los extranjeros, los períodos de escasez, los soldados desmovilizados, el incremento de la desesperación de las facciones y cualquier otra cosa que, al ofender a las personas, las una y entrelace en el fomento de una misma causa[18].

La mayoría de estas categorías puede dividirse en diversos elementos. Así, en las conferencias pronunciadas ante la Statistical Society de Londres en 1878, «Las hambrunas del hombre, pasa-

das y presentes», Cornelius Walford propuso trece causas distintas sólo para una de las categorías de Bacon: los «períodos de escasez». Walford distinguía seis propulsores naturales de la pérdida de cosechas, entre ellos el exceso de lluvia, las heladas, las sequías, las «plagas de insectos y animales» y los ciclos de las manchas solares, además de otros siete propulsores más «artificiales» (léase «humanos»), entre ellos la guerra, la «agricultura deficiente», la insuficiencia de transportes, las injerencias legales, la manipulación de las divisas, el acaparamiento y el desvío de grano para fines ajenos a la producción de pan (como la fabricación de cerveza o las destilerías[19]).

Con todo, aunque Walford partía mayormente de datos del siglo XIX sobre Inglaterra y la India británica, la misma conjunción de «causas naturales» y «artificiales» que él identificaba también se imponían en el siglo XVII. Las hambrunas ocasionadas por condiciones climáticas adversas solían verse exacerbadas por la «agricultura deficiente» (agricultores que se negaban a sembrar maíz y otros cultivos más resistentes a condiciones más inclementes); la escasez de navíos y carros para transportar alimentos desde las zonas con excedentes a aquellas que sufrían déficits; la existencia de tratantes de cereales que retiraban o desviaban provisiones para incrementar sus beneficios, mientras a su alrededor la gente moría de hambre; y gobiernos que fomentaban el caos económico manipulando las divisas, dilapidaban recursos que podrían haber alimentado a los hambrientos y se negaban a firmar la paz para reducir las demandas militares e impositivas. Durante el siglo XVII también se observó el «enigma», apuntado por Walford, de que, «por alguna acción refleja, parece que los mismos remedios adoptados para impedir o mitigar la severidad de estos periódicos fenómenos [de hambre] han ayudado a producirlos o, por lo menos, acentuado en gran medida la gravedad de sus consecuencias», consecuencias éstas que con frecuencia incluían la rebelión y en ocasiones la revolución. No obstante,

Walford seguía convencido de que los acontecimientos climáticos extremos solían tener un papel más determinante que la acción humana en la creación de las catástrofes[20].

¿Corroboran los datos del siglo XVII este análisis? Desde luego, casi todas las principales revueltas estallaron en un período de adversidad climática sin parangón, sobre todo cuando un «clima bloqueado» produjo un prolongado período de precipitaciones y temperaturas frescas o una larga sequía (1618-1623, 1629-1632, 1639-1643, 1647-1650, 1657-1658 y 1694-1696). Algunas zonas sufrieron durante más tiempo: sobre Escocia (1637-1649) y Java (1643-1671) se abatieron las sequías más largas de que se tiene constancia en su historia. El siglo también asistió a una serie de «inviernos históricos», que incluyeron algunos de los meses más fríos registrados, así como dos «años sin verano» (1628 y 1675) y una serie sin parangón de acontecimientos climáticos extremos como la congelación de la superficie del Bósforo (1620) y el Báltico (1658), la desecación del Gran Canal chino (1641) y el avance máximo de los glaciares alpinos entre 1642 y 1644. En 1641, a su paso por El Cairo, el Nilo cayó hasta el nivel más bajo nunca registrado. Esas distintas aberraciones climáticas acompañaron un importante episodio de enfriamiento global que se prolongó durante por lo menos dos generaciones: algo nunca visto en los últimos 12 000 años. Las hambrunas que trajo consigo este cambio del clima mundial ocasionaron una crisis que causó la muerte de millones de personas.

Esos mismos años de escasez también fueron testigos de rebeliones y revoluciones, con dos «puntos críticos» distintos, situados, uno entre 1639 y 1642: Normandía, Cataluña, Portugal y su Imperio de ultramar, México, Andalucía, Irlanda e Inglaterra; y otro entre 1647 y 1648: Nápoles y Sicilia, Francia, Inglaterra (de nuevo) y Escocia, Rusia, el Imperio otomano y Ucrania. En algunos casos queda patente el vínculo entre rebelión y cambio climático. Así, en Escocia, el verano de 1637 (en el que Carlos I

trató de imponer su nueva liturgia) fue el más seco en dos décadas, mientras que 1638 (cuando el monarca se negó a hacer concesiones a sus adversarios escoceses) fue el más seco del siglo. La innovación y la inflexibilidad del régimen en un momento de inusitada adversidad climática llevaron a muchos escoceses a unirse a la revuelta en pro del *Covenant*. El conde de Lothian, un destacado terrateniente, después de describir cómo en octubre de 1637 «la tierra se ha vuelto hierro en estas zonas», echando a perder la cosecha, hablaba en nombre de muchos al escribir: «Creo que en esta temporada me veré obligado a huir y dejar a los acreedores de la hacienda hacerse con lo que puedan, porque yo no puedo obrar imposibles». Al final, el señor no «huyó». Ya había firmado la protesta formal contra el nuevo devocionario y seis meses después firmó el *Covenant*. En 1640, Lothian dirigió un regimiento en la invasión de Inglaterra, proclamando que «la necesidad nos hizo salir de casa» y «en nuestra legítima defensa NOS ATREVEMOS A MORIR[21]». También en Irlanda, la pérdida de cosechas entre 1638 y 1641 causó generalizadas penurias entre la población católica, predisponiendo a muchos a apoyar la rebelión iniciada en octubre de 1641, cuando el hielo y la nieve cubrieron muchas zonas de la isla; después vendría «un invierno más cruel que ninguno que se hubiera visto antes o después en Irlanda», que convirtió el brutal maltrato que sufrieron los colonos protestantes a manos de sus vecinos católicos en una masacre que, a su vez, provocaría represalias masivas[22]. Del mismo modo, en Extremo Oriente, la repetida pérdida de cosechas que ocasionó el clima adverso a comienzos de la década de 1640 tuvo dos espectaculares consecuencias políticas. Por una parte, las hambrunas y las rebeliones populares registradas en Jiangnan debilitaron mortalmente a los Ming en su lucha contra las incursiones de «bandoleros errantes» desde el noroeste. Por otra, en Manchuria la sequía y el frío redujeron hasta tal punto el rendimien-

to agrícola que los jefes Qing llegaron a la conclusión de que la invasión de China era la única manera de evitar la inanición[23].

La escasez de origen climático también contribuyó a que surgieran muchas otras rebeliones. Quizá, como León Trotski escribió sobre la Revolución rusa de 1917, «la simple existencia de privaciones no basta para causar una insurrección; de ser así, las masas siempre estarían sublevadas», pero las privaciones causadas por los cambios climáticos a mediados del siglo XVII fueron una excepción. Las revueltas registradas en Évora en 1637, Palermo en 1647, Fermo en 1648 y las andaluzas del Pendón Verde de 1652 comenzaron exactamente igual que la más importante rebelión del siglo XX en el Petrogrado de 1917: cuando un tiempo adverso echó a perder la cosecha, creando una escasez de alimentos que lanzó a los hambrientos a las calles al grito de «¡pan!»[24].

En una situación tan tensa, hasta un aumento mínimo de la presión gubernamental podía producir una reacción popular aparentemente desproporcionada. La revuelta de las ciudades sicilianas de 1647 se inició cuando la Corona decretó el fin de las subvenciones en el precio del pan, mientras que la revolución napolitana comenzó un mes después, cuando el virrey volvió a imponer un impopular impuesto sobre la fruta. En ambos casos, Felipe IV pasó por encima de las aprensiones de sus secretarios porque necesitaba fondos para sufragar sus guerras, a pesar de que la rebelión interna suponía la apertura de un «segundo frente». La misma lógica perversa se impuso en la Monarquía francesa, donde Luis XIII no dejó de subir los impuestos cuando los víveres sufrían alzas de precios, de manera que sus súbditos no tenían dinero para comprar pan. En toda Europa, el grito de batalla de los súbditos sublevados era: «¡Larga vida al rey, abajo los impuestos!»

Los gobiernos también podían estimular o propagar las insurrecciones por otros medios. La insistencia de Carlos I en imponer una nueva liturgia en la Escocia de 1637 inflamó los ánimos

de sus adversarios y los unió hasta un punto imposible de ninguna otra manera. El mismo efecto tuvo en la Cataluña de 1640 la profanación de iglesias por parte de las tropas regias en aquellos pueblos que se resistían y, en China, la imposición por parte del regente Qing Dorgon del edicto que en 1645 obligaba a todos los varones del país a rasurarse la cabeza. La revuelta catalana duró dieciocho años, la resistencia de los fieles a los Ming se prolongó durante 38. La ineptitud de los gobernantes también podía fomentar la resistencia. En Nápoles, la incapacidad que mostró el *eletto del popolo* para saldar en la mañana del 7 de julio de 1647 una disputa relativa a quién debía pagar la *gabella de la fruta* permitió a Masaniello y a sus *ragazzi* galvanizar a los airados transeúntes y llevarlos a la acción. Durante el verano de 1648, en Moscú estallaron revueltas cuando el zar se negó a recibir una «súplica» de sus súbditos que censuraba la corrupción reinante entre sus ministros, y lo mismo ocurrió en París cuando el regente organizó una chapucera intentona de detención de sus principales adversarios a la salida de misa en la catedral de Notre Dame. Igualmente desastroso podía resultar que en las primeras fases de una rebelión los gobiernos no utilizaran eficazmente la fuerza. En la Barcelona de 1640, en el Nápoles de 1647 y en la Mesina de 1674, las rebeliones se iniciaron inmediatamente después de que las escuadras de galeras ancladas en esos puertos partieran a combatir a otros lugares[25].

A mediados del siglo XVII, las acciones de oposición antigubernamentales más violentas solían comenzar en capitales, algo que reflejaba la mayor vulnerabilidad de las zonas urbanas, tanto frente al cambio climático como frente a los abusos de los gobernantes. Las principales revueltas que sufrieron Carlos I y Felipe IV siempre comenzaron en una capital política (en Edimburgo, Dublín y Londres contra el primero; en Barcelona, Lisboa, Palermo y Nápoles contra el segundo), y lo mismo ocurrió con otras insurrecciones que sacudieron y en ocasiones derroca-

ron regímenes del siglo XVII: Praga en 1618; Estambul en 1622, 1648 y 1651; Manila en 1639; París en 1648; Moscú en 1648 y 1662; Tokio en 1651.

No obstante, las revueltas populares, por sí solas, pocas veces derribaban regímenes, y en todas las grandes rebeliones de mediados del siglo XVII participaron miembros de la élite laica y, en casi todas las sociedades cristianas y musulmanas, también de la sacerdotal. Los eclesiásticos encabezaron cuatro gobiernos rebeldes, por lo menos temporalmente (Henderson en Escocia, Claris en Cataluña, Rinuccini en Irlanda y Genoino en Nápoles); asimismo, en las monarquías francesa, estuardiana y española, los clérigos pronunciaron sermones y publicaron textos de propaganda en apoyo de la causa rebelde. En la Mancomunidad Polaca, el clero ucraniano apoyó con armas y bagajes a Jmelnytsky, en tanto que en el Imperio otomano el gran muftí (el *s¸eyhülislam*) tuvo un papel crucial en la legitimación del destronamiento (y posterior asesinato) del sultán, tanto en 1622 como en 1648[26].

Los nobles también llevaron la voz cantante en varias revueltas europeas —Condé y Longueville en Francia, Argyll y Hamilton en Escocia, Antrim y Maguire en Irlanda, y Essex y Mánchester en Inglaterra—, y en esos cuatro países toda la nobleza participó en las guerras civiles posteriores. En Portugal, el duque Juan de Braganza fundó en 1640 una nueva dinastía real; en Castilla, el de Medina Sidonia intentó en 1641 proclamarse rey de una Andalucía independiente, y siete años después el duque de Guisa fundaba la efímera «Serenísima República Real de Nápoles[27]». Por el contrario, en los imperios mogol, otomano y chino la nobleza hereditaria no tuvo prácticamente papel alguno, porque su destino estaba demasiado ligado al del Estado.

Gran parte de los demás líderes de las principales rebeliones de mediados del siglo XVII pertenecían a la élite intelectual. Entre 1640 y 1642, por lo menos el 80 por ciento de los miembros de

la Cámara de los Comunes de Inglaterra, y muchos pares ingleses, o bien habían estudiado leyes en los Inns of Court, o bien habían ido a la universidad, o ambas cosas[28]. En Francia, la Fronda se inició con la revuelta de sus principales jueces. En China, quienes llevaron la voz cantante, tanto en la paralización del régimen Ming mediante el faccionalismo, como en la oposición —imbuida de una energía suicida— contra los Qing, fueron los que, después de dominar el programa de estudios, habían comenzado a ascender por la «escala del éxito» burocrático aprobando las oposiciones.

En su mayoría, los sublevados de Europa proclamaban que sólo deseaban volver a una situación anterior que consideraban preferible. Así, los rebeldes de Palermo y Nápoles exigían retomar las cartas otorgadas por Carlos V un siglo antes; los catalanes pedían respeto a sus antiguas *Constitucions*; los portugueses querían volver a la relación establecida con el rey en la unión de las coronas de 1580 (y cuando no pudieron conseguirla optaron por la restauración de la situación constitucional imperante *antes* de 1580). Al principio, los enemigos de Carlos I también se limitaron a reivindicar un regreso al pasado. En Inglaterra exigían un régimen en el que la Corona, en consonancia con lo creado por sus antepasados, gobernara con el Parlamento; en Irlanda los católicos trataban de poner en práctica las «gracias» que habrían puesto fin a la reciente tendencia a la expansión protestante a costa de los católicos; en Escocia, los partidarios del *Covenant* insistían en conservar su liturgia tradicional. En Francia, los jueces querían recuperar el «equilibrio de poder» constitucional que creían había prevalecido en la Edad Media, en tanto que los nobles veían en las «libertades» y «privilegios» obtenidos con la sangre de sus ancestros al servicio de la Corona un derecho hereditario, y para defenderlo sentían que tenían el «deber de rebelarse». En Rusia, las turbas querían que el zar aceptara sus peticio-

nes, como él mismo y sus antepasados habían hecho anteriormente.

En otras partes del mundo los rebeldes también se ampararon en precedentes del pasado. En China, Li Zicheng, Zhang Xianzhong y los Qing, todos ellos empeñados en sustituir a la dinastía Ming, mencionaban ejemplos anteriores (algunos de hacía dos milenios) de dinastías que habían perdido el «mandato del cielo», y lo mismo haría Wu Sangui en 1673 al poner en marcha la rebelión de los Tres Feudatarios contra los Qing. En el Imperio otomano, Kadizade Mehmed y sus seguidores pedían que se retomaran las convenciones políticas y religiosas imperantes hacía un milenio, en la época del profeta Mahoma. Muchos otros, como los suizos en Entlebuch y los *nu-pieds* normandos, exigieron recuperar una «edad de oro» en la que había imperado la «justicia». Citando una vez más a Crane Brinton podemos decir que las «revoluciones no pueden pasarse sin la palabra *justicia* y los sentimientos que despierta[29]».

Los intentos de conseguir «justicia» cobraban fuerza, por lo menos en Europa, cuando estaban avalados por instituciones legales de incuestionable legitimidad como los tribunales de justicia o un Parlamento. Ésta es la razón de que los líderes rebeldes de Escocia, Cataluña y Portugal convocaran inmediatamente a los «estamentos del Reino» para legitimar su desafío a la autoridad establecida, aprobar las políticas pertinentes y votar la concesión de fondos, con lo que creaban un «gobierno alternativo» capaz de recabar muchos apoyos, tanto en su país como en el extranjero[30]. En Irlanda, como el gobierno de Dublín, dominado por los protestantes, condenó la rebelión de 1641, los líderes católicos crearon su propia Asamblea General y su propio Consejo Supremo en Kilkenny, que durante una década sirvieron de gobierno a una Irlanda independiente (llegando incluso a contar con su propio cuerpo estable de diplomáticos extranjeros, algo que no se repetiría hasta el siglo XX). En Inglaterra, el Parlamen-

to ya estaba celebrando una sesión legítima cuando el rey proclamó rebeldes a sus miembros, pero sus dos Cámaras continuaron reuniéndose hasta que en 1649 los parlamentarios que quedaban de la Cámara de los Comunes (el Parlamento Rabadilla) juzgaron y ejecutaron al monarca, proclamando después que Inglaterra era una República en la que ellos serían la única institución soberana. Entretanto, en la República holandesa los Estados Generales explotaron la muerte en 1650 de Guillermo de Orange para hacerse con el control de las funciones ejecutivas que él había ostentado. Finalmente, en Ucrania, el *hetman* Bogdan Jmelnytsky buscó desde el principio la aprobación de la asamblea de libertos cosacos para sus diversas acciones, entre ellas una declaración de independencia respecto a la Mancomunidad Polaca y, posteriormente, un tratado de unión con Rusia que conservaba gran parte de las conquistas alcanzadas en la primera revuelta[31].

El carácter unificador de esos objetivos ayuda a explicar la gran duración de muchas sublevaciones del siglo XVII. La revuelta de Bohemia en 1618 contra la autoridad de los Austrias dio comienzo a una guerra que se prolongó durante treinta años. En 1640, la insurrección de Portugal contra esa misma dinastía inició una guerra de veintiocho años de duración, en tanto que el hecho de que al año siguiente la Diputació catalana mostrara su repudio a Felipe IV convirtió el Principado en campo de batalla durante diecinueve años. En Ucrania, el rechazo de los cosacos a la autoridad de la Corona polaca en 1648 también condujo a dicinueve años de guerra. La ejecución de Carlos I por parte de sus súbditos ingleses en 1649 y la proclamación de la República condujeron inevitablemente al inicio de hostilidades con escoceses, irlandeses y varias colonias americanas (que proclamaron soberano a Carlos II), y, hasta la Restauración de 1660, la antigua Monarquía Estuardo siguió en pie de guerra, manteniendo un ejército y una armada considerables incluso en tiempo de paz.

Sin embargo, la longevidad cambió el carácter de la mayoría de las rebeliones. Como John Wallis observaría posteriormente refiriéndose a Inglaterra: «Como suele ocurrir en esos casos, el poder de la espada [pasaba] frecuentemente de mano en mano», porque «los que inician una guerra no son capaces de prever dónde terminará». Ninguno de los «cinco miembros» a los que Carlos I intentó detener a comienzos de 1642 tenía experiencia militar y pocos habían ostentado puestos de responsabilidad, así que dieron paso a quienes, como Oliver Cromwell, demostraron su capacidad para el liderazgo. Del mismo modo, en Nápoles, los letrados expertos en cuestiones constitucionales Genoino y Arpaja sustituyeron al demagogo analfabeto Masaniello, pero sólo para acabar cediéndole el puesto a Gennaro Annese y al duque de Guisa, que tenían experiencia militar[32]. El ascenso de una «segunda generación» de líderes más combativos, como Cromwell y Annese, ayuda a explicar que las revoluciones se tornaran más violentas cuanto más duraban. La experiencia de la resistencia acostumbra a los líderes a cometer acciones que anteriormente habrían resultado intolerables. Además, cualquier régimen, establecido o rebelde, necesita tomar medidas drásticas cuando se enfrenta a situaciones climáticas extremas, hambrunas y guerras (y a mediados del siglo XVII esos desafíos fueron insólitamente frecuentes), pero los que carecían de legitimidad (y de experiencia) podían recurrir a medidas más radicales para imponer sus políticas.

Los regímenes rebeldes también podían apelar a la ayuda exterior, fragmentando así sus apoyos internos. En Irlanda, la Confederación Católica volvió la vista hacia sus correligionarios del resto de Europa y, aunque el papado, Francia y España le proporcionaron una valiosa ayuda material, cada potencia extranjera tenía sus propios planes y para conseguirlos no tenía ningún escrúpulo en crear y explotar dañinas divisiones internas. En la península Ibérica, los adversarios catalanes de Felipe IV pidieron

ayuda francesa, y aunque las tropas y los asesores militares del país vecino ayudaron a salvar Barcelona, Luis XIII exigió que los líderes catalanes abandonaran la determinación de convertirse en República independiente para reconocerlo a él como soberano. La situación más sorprendente se produjo en China cuando el comandante Wu Sangui pidió ayuda militar a sus vecinos del norte para enfrentarse a los «bandoleros errantes» y permitió al gran ejército manchú cruzar la Gran Muralla para destruir a las fuerzas de Li, pero una vez terminada la misión, los manchúes proclamaron que su victoria, al concederles el «mandato del cielo», les permitía gobernar en el conjunto de China, algo que hicieron hasta 1911.

Dentro de los Estados compuestos de Europa, los adversarios que un mismo príncipe tenía en una determinada zona solían tomar medidas para fomentar otras rebeliones. Así, inmediatamente después de su «aclamación», el rey Juan IV de Portugal envió delegados a Barcelona para hacer causa común con los rebeldes catalanes, y algo después su principal asesor, el jesuita António Vieira, se desplazó a Roma para invitar al papa a colocar a su hijo Juan en el trono de Nápoles (un feudo pontificio). En la Castilla de 1648, don Carlos de Padilla, eje de la «conspiración del duque de Híjar», buscó apoyo en Juan IV de Portugal y agentes del gobierno descubrieron entre sus papeles el nombre de don Miguel de Iturbide, que recientemente había encabezado el movimiento que había paralizado las políticas regias en Navarra (*véase capítulo 9*). Lo más sorprendente de todo fue que, en cuanto se supo que los disturbios que habían estallado en Palermo en 1647 contra los tributos habían conseguido su abolición, los ciudadanos de Nápoles comenzaran a lanzar «mordaces e implacables invectivas» reivindicando la necesidad de «una revolución como la de Palermo», y en cuanto se inició la revuelta «algunos palermitanos» instaron a los napolitanos «a exigirlo todo, tal como había ocurrido en Palermo». Uno de esos palermitanos era Giuseppe

d'Alesi, que regresó a su ciudad natal para encabezar el movimiento que arrancó las mismas concesiones que el mes anterior habían logrado los rebeldes de Nápoles. Además, en ambos reinos la revuelta de la capital provocó otras réplicas insurreccionales en numerosas localidades (*véase capítulo 14*).

En diferentes partes de sus reinos, los adversarios de Carlos I también establecieron vínculos allende sus fronteras para tener más posibilidades de éxito. Así, algunos ministros escoceses destacados en el norte de Irlanda consideraron tan intolerable la hostilidad de las políticas religiosas del conde de Strafford que en 1639 fletaron un navío para que los llevara hasta Massachusetts (John Winthrop había visitado el Úlster el año anterior), pero las tormentas los devolvieron a su tierra natal. Interpretaron que con ello los cielos les decían que debían «encontrar una América en Escocia» y, cuando llegaron, se unieron a quienes defendiendo el *Covenant* se oponían a Carlos I. También en Rusia los desórdenes se propagaron por todo el Imperio, en gran medida porque en junio de 1648 la capital estaba llena de peticionarios de provincias, y no tardaron en producirse levantamientos locales en cuanto esos demandantes regresaron a casa para informar de la aparente victoria que los moscovitas habían infligido al zar (*véase capítulo 6*). Finalmente, los campesinos de Entlebuch que iniciaron la revolución suiza de 1653 enviaron delegados que movilizaran apoyos en otros lugares del cantón de Lucerna y entre sus vecinos (*véase capítulo 8*).

Si…

A pesar de la inusitada frecuencia que presentaron las revueltas a mediados del siglo XVII, es posible imaginarse un mundo más en paz, aunque sea con la letanía de las «condiciones previas» antes mencionada. Tal como recordó Carlos I al Parlamento Largo en noviembre de 1640, mientras explicaba cómo habían conseguido los escoceses derrotar a sus ejércitos con tanta rapi-

dez: «A los hombres les cuesta mucho creer que una sedición tan grande pueda surgir de razones tan escasas[33]». Había «accidentes», es decir, acontecimientos totalmente impredecibles, que podían determinar enormemente el estallido o el resultado de una rebelión: la elección mediante sorteo en 1638 de dos capaces pero intransigentes patriotas catalanes, Pau Claris y Francesc de Tamarit, para ocupar dos importantes puestos en la Diputació catalana; en la Mancomunidad Polaco-Lituana, el interregno creado por la muerte del rey Ladislao IV inmediatamente después de que los rebeldes cosacos aplastaran a su ejército de operaciones en 1648 *(véase capítulo 6);* o la muerte de Guillermo II de Orange a causa de la viruela sin dejar a un heredero adulto, justo después de haber derrotado a sus adversarios internos en 1650 (*véase capítulo 8*).

Algunos «accidentes» eran más predecibles, sobre todo los ocasionados por la distancia, que (según la expresión de Fernand Braudel) eran el «enemigo público número uno». Los consejeros de Felipe IV no sabían si reaccionar de forma inmediata ante la revuelta de Nápoles, «pues el estado de aquellos negocios se muda de un momento a otro, y lo que oy parece a propósito puede ser que mañana no lo sea», en tanto que el enviado del monarca ante la Confederación Católica irlandesa se quejaba de que la distancia constituía el «principal problema» de su labor, porque conllevaba que no pudiera remitir informes sucesivos de lo que ocurría ni recibir a tiempo las órdenes de su majestad[34]. Como *sir* John Elliott ha señalado, incluso dentro de la propia península Ibérica:

> La distancia entre Madrid y Barcelona suponía que las cartas [del virrey] y las procedentes de Madrid nunca iban seguidas. Mientras las circunstancias cambiaban de día en día en el Principado, Madrid recibía las noticias por lo menos con tres días de retraso y seguía legislando como si la situación fuera exactamente la misma que cuando el virrey había redactado sus últimos despachos[35].

Igualmente, el gobierno central recibió en Madrid los primeros informes sobre la revolución portuguesa registrada en Lisboa el 1 de diciembre de 1640, justo una semana después, aunque se negó a creerlos. Según el informe del Consejo de Estado para Felipe IV, «que un tumulto popular aya podido ocasionar mucha parte de lo que se dize puede ser, pero levantar rey el mismo día no parece creíble». Hasta el 15 de diciembre el monarca no firmó cartas de aviso para sus ministros en Europa sobre «el accidente de Portugal»; hasta el 27 no ordenó a los administradores coloniales que tomaran medidas defensivas; hasta el 5 de enero de 1641 no advirtió a las flotas del Tesoro procedentes de América de que debían evitar los puertos lusos, y hasta el 10 de enero tampoco ordenó el cierre de fronteras, ni en la península ni en América, al comercio con los rebeldes[36].

Por otra parte, los «accidentes» también podían desbaratar inesperadamente las rebeliones. Así, el complot de lord Maguire para ocupar el castillo de Dublín en 1641 sólo fracasó porque uno de los conspiradores decidió traicionar a sus colegas, aunque incluso entonces las autoridades locales «otorgaron al principio tan poco crédito a una [historia] tan inverosímil e incoherente, narrada por un hombre desconocido, pobre y ya bastante bebido» que lo mandaron a su casa. El traidor únicamente consiguió sabotear el plan después de un segundo intento, aunque ya fuera demasiado tarde para avisar al Úlster, donde la conspiración sí triunfó (*véase capítulo 11*). Igualmente, diez años después, la confabulación de samuráis que pretendían ocupar Edo y destruir el régimen Tokugawa sólo salió a la luz porque uno de los conjurados, víctima de un delirio, soltó a gritos y sin darse cuenta todos sus pormenores[37]. En consecuencia, en todos esos casos, y sin duda en muchos otros, una «reescritura» menor de la historia produciría un resultado enormemente diferente, y lo mismo puede decirse de desastres naturales como los terremotos y las erupciones volcánicas, que poco o nada avisan: *si* durante la dé-

cada de 1640 no se hubiera asistido, casi a la vez, a la práctica desaparición de las manchas solares, al enorme incremento de la actividad volcánica y al doble de episodios del *Niño*…

Con todo, aunque la contingencia (al igual que la catástrofe), no pueda eliminarse de la historia, al desarrollar escenarios hipotéticos los historiadores siempre deben tener en cuenta contrafácticos de segundo orden (o de reversión), es decir, la posibilidad de que, aun reescribiendo la historia *a corto plazo*, como en los ejemplos anteriores, no se altere su resultado *a la larga*. Los contrafácticos que nos devuelven al punto de partida son de dos tipos: positivos (un «accidente» podría posponer, pero no evitar permanentemente, una determinada evolución) o negativos (una evolución que fuera, por así decirlo, «un accidente a la espera de ocurrir»). Los ejemplos positivos son relativamente fáciles de encontrar. En el «archivo humano», veintidós años después de la muerte de Guillermo II y de la posterior «revolución de los Países Bajos», Guillermo III, nacido después del fallecimiento de su padre, recuperó casi todos los poderes y la influencia tradicionales de los príncipes de Orange, al igual que Carlos II recuperó prácticamente todos los poderes de su padre en todos sus dominios once años después del regicidio. Si nos fijamos en el «archivo natural», como algunas partes del planeta sólo podían alimentar a sus habitantes en «años buenos», aunque en la década de 1640 hubiera habido menos erupciones volcánicas y menos episodios del *Niño*, tarde o temprano habrían venido «años malos» y con ellos una enorme mortalidad.

M. de Bellièvre, residente francés en Londres, ofreció un buen ejemplo de «contrafáctico de reversión» negativo al contemplar la situación en la Irlanda de 1648. Informó así al cardenal Mazarino:

> Lo que más sorprende a quienes toman en consideración la situación de ese país [Irlanda] es ver a las gentes del mismo país y la misma religión, que saben que la decisión de exterminarlos por completo está tomada, tan sumamente divididos por sus odios privados, hasta el punto de que su fervor religioso, la

preservación de su país y su propio interés *no bastan para hacerlos abandonar, aunque sea por un tiempo, las pasiones que los arrojan a unos contra otros*[38].

Al año siguiente se inició la conquista inglesa y en tres años la Irlanda confederada había dejado de existir, pero, según Bellièvre, aunque el gobierno de Londres hubiera pospuesto su campaña represiva, las disensiones internas habrían seguido condenando la causa católica a su derrota definitiva. El historiador Julian Goodare ha propuesto un parecido «contrafáctico de reversión» negativo para el caso de Escocia, señalando que, dado el carácter de Carlos I y de los principales partidarios del *Covenant*, «la crisis escocesa de 1637-1638, con sus trascendentales consecuencias para Gran Bretaña, *habría estado esperando durante cierto tiempo: si el devocionario no la hubiera desatado, otro factor no habría tardado en hacerlo*[39]».

Muchos de los compañeros de Carlos en el poder —el regente Qing Dorgon, el zar Alejo Romanov, Gustavo Adolfo de Suecia y Cristian IV de Dinamarca— se mostraron igualmente inflexibles, y con ellos sus principales ministros. Ninguno parecía dispuesto a barajar otras alternativas para sus políticas. Así, en 1632 Thomas Wentworth, posteriormente conde de Strafford, le dijo a un colega: «Que la tempestad nunca sea tan poderosa, más preferiría hacerme a la mar y lidiar con la tormenta, o al menos que me encontraran muerto con el timón en la mano», haciéndose extrañamente eco de la afirmación que, siete años antes, había hecho el conde-duque de Olivares: «Como más obligado que todos sin discurso, estoy dedicado a morir asido al remo hasta que no quede pedazo dél[40]». Aunque los secretarios de Felipe IV nunca se jactaron de tener planes políticos «concienzudos», sí impusieron ciegamente políticas igualmente ambiciosas y poco realistas. Por desesperada que pareciera la situación política, tarde o temprano introducir innovaciones e imponer cargas adicionales sobre las condiciones económica y socialmente adversas de la Pequeña Edad de Hielo había de suscitar resistencias y rebeliones.

Los dos mundos de Robinson Crusoe

Robinson Crusoe, uno de los habitantes de ficción más famosos de la Gran Bretaña del siglo XVII, se crió durante la guerra civil y abandonó su hogar en 1651, inmediatamente después de la ejecución de Carlos I, y, después de verse aislado en una isla remota, regresó a su tierra natal en 1687, justo a tiempo de presenciar la huida de Jacobo II y a la Revolución Gloriosa. Sin embargo, las «extrañas y sorprendentes aventuras» de Crusoe, publicadas por primera vez en 1719, no decían ni una palabra sobre cambios políticos. Y, más bien, Daniel Defoe, creador de Crusoe, no dejaba de subrayar lo mucho que se diferenciaba el entorno mental de su personaje del de sus lectores. Por ejemplo, el joven Robinson llevaba un diario inicialmente parecido al que, de índole espiritual y contable, llevaban muchos puritanos a mediados del siglo XVII (*véase capítulo 20*), pero no tardó en llenarlo de cuentas de pérdidas y ganancias, reflejando así la mentalidad comercial que había hecho prosperar a Inglaterra[41]. Además, en tanto que la Inglaterra de mediados del siglo XVII había sido víctima de multitud de conflictos religiosos, Crusoe despreciaba la intolerancia a ese respecto. Permitía «libertad de conciencia en todos mis dominios» a católicos, protestantes y paganos, considerando que «todas las disputas, altercados, tensiones y polémicas que en el mundo ha habido en torno a la religión, ya fueran por sutilezas doctrinales o planes del gobierno eclesiástico, fueron tan absolutamente inútiles para nosotros como, hasta donde puedo yo ver, lo han sido para el resto del mundo». El entusiasmo que en Crusoe suscitaba la tolerancia religiosa no surgía del deseo de atraerse refugiados religiosos (como ocurrió en tiempos de Cromwell), sino porque se consideraba esencial para la existencia de un comercio internacional rentable (algo a lo que Crusoe se dedicó con gran éxito[42]). Finalmente, Crusoe también se entregó con provecho a la «nueva filosofía» (*véase capítulo 22*). Del naufragio de su barco salvó «infinitamente más cosas de las que

sabía qué uso tendrían», lo cual le llevó a «la reflexión de que todas las cosas buenas de este mundo *lo son menos para nosotros mismos que lo son por su utilidad*» y que, por el contrario, «*todo lo que me fuera de utilidad era lo único valioso*». Crusoe también tuvo éxito como colono y no tardó en descubrir que sus posesiones más valiosas eran las herramientas (el «baúl de carpintero» que rescató le resultó «mucho más valioso de lo que habría sido un navío cargado de oro») y la mano de obra: Crusoe salvó a «mi hombre Viernes», un indígena americano, de los caníbales e inmediatamente lo puso a trabajar en su «colonia» (término utilizado por el propio Crusoe), donde la primera palabra inglesa que tuvo que aprender fue *master* («amo»). De manera que, aunque Crusoe «no había manejado una herramienta en toda mi vida [...] en este tiempo mejoré en todas las actividades mecánicas, a las que mis necesidades me obligaban a dedicarme[43]». Sería difícil encontrar un ejemplo más claro de influencia de la nueva «filosofía experimental».

Un importante aspecto diferenciaba el mundo de 1719 del de 1651: se redujeron la frecuencia y la violencia de las erupciones volcánicas y los episodios del *Niño*, las manchas solares retomaron el ciclo actual de once años y llegó a su fin el largo episodio de enfriamiento global. El clima benigno, coincidiendo con una explotación más sistemática del medio, hizo que la provisión de bienes aumentara con más celeridad que su demanda, permitiendo también un rápido incremento demográfico en las zonas más fértiles. En China, el emperador Kangxi percibió en 1716 que la población, al contrario que la tierra cultivable disponible, crecía «de día en día», quejándose, al igual que sus antecesores un siglo antes, del aumento del número de «consumidores improductivos», entre los que incluía a intelectuales, mercaderes y clérigos. Pocos años después, un importante funcionario de Fujian calculaba que «la población se había duplicado» durante las seis décadas anteriores. También se quejaba de que «mientras la población

aumenta día a día, no aumenta la cantidad de tierra cultivada». Al año siguiente, el gobierno central lanzó una operación destinada a incrementar la extensión de tierra labrada, porque «la población ha aumentado últimamente, así que, ¿cómo puede [el pueblo] […] ganarse la vida? La única solución es recuperar tierras para el cultivo[44]». Gracias a esas medidas, a mediados del siglo XVIII, tanto Extremo Oriente como Europa occidental tenían una densidad de población mucho mayor que nunca, pero esta vez sin reducción de la esperanza o del nivel de vida. Igualmente importante era que el nuevo equilibrio entre población y recursos hiciera más soportables las demandas fiscales y militares. El regreso a un clima más cálido había acabado con la «sinergia fatal».

No obstante, siguió y sigue imperando la misma dinámica de subsistencia. Aquellas sociedades en las que la demanda de alimentos supera su provisión deben, o bien incrementar ésta (adoptando cambios tecnológicos que mejoren la rentabilidad por hectárea de los cultivos, recurriendo a una nueva fuente de energía o consiguiendo víveres de otros lugares mediante el comercio o la fuerza), o bien contener la demanda (comiendo menos o reduciendo el número de bocas que alimentar, teniendo menos hijos o aumentando la emigración o las muertes). A todas estas estrategias se recurrió para sobrellevar los problemas ocasionados por la «sinergia fatal» entre factores humanos y naturales registrada durante el siglo XVII. Muchos murieron de hambre y muchos más la sufrieron, en tanto que el incremento de los abortos y los infanticidios, el retraso o la renuncia al matrimonio y el aumento de la emigración (forzosa y voluntaria) redujeron el número de bocas que había que alimentar. Sin embargo, como todas estas formas de adaptación sólo podían surtir efecto con lentitud, en la mayoría de las sociedades del mundo la provisión y la demanda de víveres únicamente retomaron el equilibrio cuando falleció un número «suficiente» de personas.

A pesar de estar ciego y recluido en su casa, John Milton apreció esta dinámica con tanta claridad como cualquiera de sus contemporáneos. Comenzó a escribir *El paraíso perdido* en Londres, durante el «histórico invierno» de 1658, y continuó haciéndolo durante los años de escasez que acompañaron la Restauración de Carlos II, así que poco puede sorprender que los cambios climáticos impredecibles e inmisericordes ocupen un lugar capital en su relato. El mundo inventado de Milton, al igual que el mundo real en el que vivía, era, en palabras del propio autor, un «universo de muerte» que estaba a merced de fríos y calores extremos:

> *En tiempos fijos llevan las arpías*
> *con sus garras, allí, a los condenados,*
> *que sufren fieros cambios alternados,*
> *extremos, al trocarse, más extremos,*
> *de los lechos de fuego al hambre helada*
> *perdiendo su celeste suavidad,*
> *inmóviles, clavados, congelados*
> *por un poco de tiempo y luego al fuego*[45].

Epílogo

Es el clima, estúpido[1]

En su momento, la historia del clima era un «tema candente». En 1979, la Organización Meteorológica Mundial (OMM), el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), la National Science Foundation de Estados Unidos, la Fundación Ford y la Fundación Rockefeller sufragaron la asistencia de 250 historiadores, geógrafos, arqueólogos y climatólogos de treinta países a la primera Conferencia sobre Clima e Historia, de carácter internacional, organizada por la Climatic Research Unit de la Universidad de East Anglia (Inglaterra), entre cuyos patrocinadores figuraban las empresas British Petroleum (BP) y Royal Dutch Shell. Posteriormente, Cambridge University Press (CUP) publicó un volumen con las ponencias más innovadoras de la conferencia. Ese mismo año, la OMM creó el Programa Climático Mundial con el mandato de «introducir consideraciones climáticas en la formulación de políticas racionales alternativas». Nadie dudaba entonces de que en el pasado el clima mundial hubiera experimentado cambios espectaculares ni de que, tarde o temprano, fuera a experimentar de nuevo cambios igualmente profundos[2].

Esas iniciativas tuvieron lugar bajo la amenaza de una crisis alimentaria mundial: entre 1972 y 1974 el precio del trigo se triplicó y el del arroz se quintuplicó, lo cual reflejaba la pérdida de cosechas en el Sureste Asiático, Norteamérica, el Sahel y la Unión Soviética, que a su vez tenía que ver con el virulento episodio del *Niño* registrado entre 1971 y 1972, que apuntaba a que una red de interconexiones podía explicar el «funcionamiento» del clima mundial. En consecuencia, las Naciones Unidas convocaron en 1974 una Conferencia Alimentaria Mundial, que en una solemne Declaración proclamó: «Ya que toda la comunidad

internacional comparte la responsabilidad de garantizar la disponibilidad en todo momento del correcto suministro de alimentos básicos en todo el mundo mediante la creación de las reservas pertinentes, todos los países deben cooperar para el establecimiento de un eficaz sistema mundial de seguridad alimentaria». Entre las «resoluciones» igualmente solemnes de la conferencia figuraban las siguientes:

- «Alcanzar el necesario equilibrio entre población y provisión de alimentos».
- «Reducir el gasto militar para así incrementar la producción de alimentos».
- «[Crear] un sistema mundial de información y alerta temprana en materia de alimentación y agricultura».

Sin embargo, antes de que los gobiernos tuvieran tiempo de aplicar esas resoluciones, la «amenaza de una crisis alimentaria mundial» desapareció, gracias a la «revolución verde»: la aparición de nuevas variedades de trigo, maíz y arroz de alto rendimiento se conjugó con un mayor recurso al riego, los fertilizantes, los pesticidas y los herbicidas para aumentar enormemente la producción de alimentos. Las hambrunas desaparecieron prácticamente de los titulares y el cambio climático casi dejó de figurar en los programas de investigación de los historiadores[3].

Entonces, en 1990, el Panel Intergubernamental sobre Cambio Climático (PICC), otra iniciativa de la ONU, publicó su primer *Assessment Report [Informe de evaluación],* resumiendo las investigaciones de «varios cientos de científicos en activo de veinticinco países». Según el documento, las «emisiones producidas por las actividades humanas están incrementando de forma considerable las concentraciones de gases productores de efecto invernadero» y, si no se tomaban medidas inmediatas para reducir esas emisiones, sería inevitable un «calentamiento aún mayor de

la superficie de la Tierra». Con el fin de determinar la magnitud del problema, el informe hacía un llamamiento a los colegas científicos para que «investiguen más los cambios ocurridos en el pasado». La respuesta de la comunidad académica, incluyendo a muchos historiadores, ha sido espléndida: desde 1990 se han elaborado miles de bases de datos y publicado cientos de artículos sobre cambios climáticos pasados, que han puesto de manifiesto la existencia de una serie de importantes transformaciones que han culminado en una inusitada tendencia al calentamiento global[4].

A diferencia de las investigaciones presentadas en la década de 1970, estas nuevas conclusiones han sido ignoradas, rechazadas y minimizadas, al igual que la propuesta de que los Estados deben «introducir consideraciones climáticas en la formulación de políticas racionales alternativas» también suscita una enconada oposición. Inmediatamente después de acceder a la presidencia del Comité de Medio Ambiente y Obras Públicas del Senado de Estados Unidos en 2003, el senador James Inhofe proclamó que el calentamiento global era «el mayor embuste nunca lanzado contra el pueblo estadounidense[5]». En 2011, el senador Inhofe fue el copatrocinador de una medida (la Ley Upton-Inhofe) que pretendía impedir que el gobierno federal «apruebe cualquier tipo de regulación que, destinada a abordar el cambio climático, tenga que ver con la emisión de gases de efecto invernadero, actúe en relación a la misma o la tenga en cuenta», mientras que ese mismo año en la Cámara de Representantes de Estados Unidos fue derrotada por 140 votos contra 184 la moción conocida como Enmienda Waxman, que afirmaba que «el cambio climático está teniendo lugar, lo causan principalmente actividades humanas y supone un gran riesgo para la salud y el bienestar públicos[6]».

En la Enmienda Waxman confluían dos cuestiones distintas, es decir, determinar si las «actividades humanas» (especialmente

la emisión de gases de efecto invernadero y la deforestación) pueden producir un cambio climático no es lo mismo que demostrar que el «cambio climático» tiene realmente lugar. Puede que aún haya dudas residuales respecto al primer punto, del mismo modo que hay quien todavía niega que fumar tabaco incrementa el riesgo de padecer cáncer de pulmón, pero los registros históricos no dejan lugar a dudas sobre la existencia del cambio climático ni sobre sus consecuencias potencialmente catastróficas para la «salud y el bienestar públicos». Parece que los seres humanos no tuvieron nada que ver con la aparición de cambios climáticos durante el siglo XVII, pero no por ello dejaron de sufrir penalidades y de morir por su culpa.

Los archivos humanos y naturales que nos han llegado ponen de manifiesto la existencia de grandes episodios de cambio climático en el siglo XIV y en 1816, así como en el siglo XVII. Una serie de artículos del historiador económico Bruce Campbell demuestran que durante las décadas de 1310 y 1340 se sufrió una situación de «extrema inestabilidad» climática y una enfermedad mortal (peste bovina entre 1316-1325 y peste bubónica entre 1346-1353), en una época en la que las poblaciones bovina y humana habían alcanzado densidades insólitas. Los excelentes registros que tenemos de Inglaterra sugieren que esos desastres naturales «redujeron [la población] a menos de la mitad[7]». La catástrofe de origen climático registrada en 1816, otro «año sin verano», tuvo lugar cuando el número de manchas solares era escaso («mínimo de Dalton», 1795-1828) e inmediatamente después de la más potente erupción volcánica registrada en los últimos 10 000 años, ocurrida en Tambora, Indonesia: combinación ésta que parece haber reducido entre 1 y 2 °C las temperaturas medias terrestres (exactamente la misma variación que se observó a mediados del siglo XVII). Esta situación no sólo bastó para producir un enfriamiento global sino que también generó fenómenos climáticos extremos. En Norteamérica, durante todo el verano,

frentes de aire ártico produjeron copiosas nevadas al norte de la línea que va desde la Columbia Británica hasta Georgia, produciendo oscilaciones térmicas que en veinticuatro horas llevaban desde 35 °C a temperaturas bajo cero, y en septiembre de 1816 New Hampshire sufrió «las cuatro heladas más intensas conocidas [...] en esta estación por cualquier hombre vivo». Al otro lado del Atlántico, gran parte del verano se caracterizó por un frío intenso desde Finlandia hasta Marruecos; de los 153 días que hay entre mayo y septiembre, en Irlanda llovió en 142; Inglaterra sufrió su tercer verano más frío desde el inicio de los registros continuos en 1659, y en todos los viñedos franceses y suizos las uvas maduraron más tarde que ningún otro año desde el inicio de los registros continuos en 1437. En Asia, el monzón no llegó a la India, en tanto que en Jiangnan y Taiwán nevó. En 1817, en Barnstead, New Hampshire, el día de San Valentín fue el «día más frío [que] ha habido en cuarenta años», en tanto que en Salem, Massachusetts, el reverendo William Bentley pasó «por primera vez» un día de su vida «en casa por culpa del frío». El clima extremo también produjo enfermedades y hambrunas: en Europa estalló una grave epidemia de tifus, mientras la India se veía asolada por el cólera; la escasez de pan produjo generalizados motines de subsistencia en Europa, en tanto que «en toda Nueva Inglaterra apenas se recogerá una décima parte de la cosecha normal de maíz sano». El precio que alcanzaron los cereales en Nueva York en 1816 no se superaría hasta 1973[8].

Los *Yankee Chills [Escalofríos Yanquis]* (así llamaron a ese terrible verano sus supervivientes en Norteamérica) generaron una enorme ola migratoria desde Nueva Inglaterra al Medio Oeste. Según la envolvente cantinela de un promotor inmobiliario, «las tierras que hay al oeste son exuberantes y su clima templado y saludable», y miles de familias lo creyeron y abandonaron sus granjas en pos del «dorado campo de Ohio»: entre 1817 y 1820 la población de ese estado aumentó en un 50 por ciento, supe-

rando por primera vez las 500 000 personas. Gran parte de los recién llegados procedía de Nueva Inglaterra y huía del súbito cambio climático[9].

Dos siglos después, de poca ayuda habría sido escapar a Ohio si los *Yankee Chills* (o cualquier otro desastre natural) hubieran azotado Nueva Inglaterra. Según el *Plan estratégico* del estado de Ohio para 2011: «Para llevar alimentos desde las granjas a las mesas de comedor hace falta una compleja concatenación de hechos que puede interrumpirse en cualquiera de sus fases. Como la alimentación y la agricultura son sectores vitales para nuestro estado, Ohio no debe perder de vista la protección de las cadenas de abastecimiento de animales, cultivos y otros alimentos», pero con una población que supera los 11 millones de habitantes, resulta difícil imaginarse cómo podría alimentar a un 50 por ciento más en caso de emergencia[10]. Hay que reconocer que si los *Yankee Chills sólo* acabaran con el maíz o *sólo* afectaran a Nueva Inglaterra, la infraestructura de transportes y distribución desarrollada en Ohio desde 1816 podría probablemente importar suficientes raciones de alimentos de emergencia desde zonas no afectadas (o menos afectadas), pero esto quizá fuera imposible si el desastre natural fuera más cercano. En 2005 se tardó casi una semana en poder introducir suministros vitales de alimentos y agua en Nueva Orleans, después de que la ciudad fuera víctima del huracán *Katrina*, porque la tormenta que inundó la ciudad también se llevó por delante carreteras y vías férreas, inutilizando las líneas de teléfono terrestres y móviles; en tanto que la evacuación de más de un millón de personas de las zonas ribereñas del golfo de México afectadas por el huracán propició una «economía deprimida» con unas infraestructuras que ya no podían satisfacer sus necesidades básicas de alimentos, agua y sanidad[11].

Aunque el *Katrina* ha sido el desastre natural económicamente más gravoso de la historia de Estados Unidos, sólo fue uno de los

432 que se registraron en todo el mundo en 2005, causando pérdidas valoradas en 176 000 millones de dólares. Esa cifra siguió marcando un récord hasta 2011, cuando, a pesar de que el total de desastres naturales descendió a 302, los perjuicios económicos que causaron superaron los 350 000 millones de dólares. En este total se incluían los 2000 millones de pérdidas ocasionadas por un tornado que azotó Tuscaloosa, en Alabama; los 11 000 del terremoto registrado en Christchurch, Nueva Zelanda; los 25 000 de otro tornado ocurrido en Joplin, Misuri; y los 210 000 del terremoto y el *tsumani* de Tōhoku, en Japón. En conjunto, esos cuatro desastres naturales acabaron con la vida de más de 20 000 mujeres, hombres y niños. Además, en 2011, más de 106 millones de personas de todo el mundo sufrieron inundaciones; casi 60 millones, sequías, y otros 40 huracanes[12].

Ninguna intervención humana podría haber evitado esas catástrofes naturales, aunque sin duda un sistema más eficaz de alerta temprana, una mejor preparación de la población en materia de estrategias de supervivencia y una respuesta más rápida y eficaz de los servicios de emergencia habrían mitigado sus consecuencias. Igualmente, ninguna intervención humana puede impedir las erupciones volcánicas, detener un episodio del *Niño* o posponer el inicio de otro mínimo en el ciclo de las manchas solares, a pesar de la seguridad de que todos esos fenómenos afectarán al clima, reducirán el rendimiento de las cosechas y causarán inanición, perturbaciones económicas, inestabilidad política y muertes[13]. Entonces, ¿qué puede hacerse para mitigar las consecuencias? Las desastrosas temporadas de huracanes de 2004 y 2005 (que no sólo incluyeron el *Katrina*, sino también «siete de los nueve sistemas más gravosos que hayan impactado nunca contra Estados Unidos») hicieron que el National Hurricane Center, integrado en el National Weather Service, situado en Miami (Florida), se planteara precisamente esa pregunta. El centro llegó a la lamentable conclusión de que otra «desastrosa pér-

dida de vidas es inevitable en el futuro», sobre todo porque la mayoría de los habitantes de zonas vulnerables «nunca han sufrido el impacto directo de un gran huracán» y parecen incapaces de imaginarse cómo es, e incluso los demás «sólo recuerdan los peores efectos de un huracán durante unos siete años». Para el National Hurricane Center, el problema no radica tanto en la frecuencia de esos fenómenos como en la incapacidad de los seres humanos para aprender de ellos: «En Estados Unidos, las zonas ribereñas del Golfo [de México] y del Atlántico, donde este país ha sufrido la mayor cantidad de víctimas a causa de los huracanes, son también las que están experimentando un crecimiento demográfico más considerable», una sorprendente constatación del vigor de que goza la «cultura de la negación» imperante[14].

No obstante, como señaló el psicólogo social Paul Slovic, «la capacidad de percibir y evitar condiciones medioambientales dañinas es necesaria para la supervivencia de todos los organismos vivos», en tanto que «a la supervivencia también contribuye la capacidad de codificar experiencias pasadas y aprender de ellas». Por otra parte, añadía Slovic: «*Los seres humanos tienen otra capacidad que no sólo les permite reaccionar ante el entorno, sino alterarlo*[15]». Esta capacidad para «alterar» nuestro entorno presupone la existencia de dos habilidades distintas: la que genera *procesos de aprendizaje* (observación, medición y clasificación de los fenómenos naturales) y la que produce los *pasos del aprendizaje* (el desarrollo de técnicas, prácticas e instrucciones concebidas para reducir la vulnerabilidad a futuros fenómenos adversos). La historia nos proporciona numerosos ejemplos de aplicación de ambas habilidades. Las repetidas inundaciones que durante la Edad Media sufrieron las tierras que rodean el mar del Norte no sólo condujeron a la aplicación de medidas preventivas y estrategias de supervivencia, también a la constitución de cuadros permanentes de «expertos» y de una cultura empresarial dotada de una inusitada capacidad de recuperación: en todo ello se sustentó la conversión

de la República holandesa en potencia mundial. Igualmente, la enorme proliferación de los incendios urbanos a mediados del siglo XVII hizo que las ciudades fueran desarrollando mejores medidas para luchar contra ellos y que, por lo menos en Europa, surgiera una red de aseguradoras privadas especializadas que en la actualidad constituyen algunas de las empresas más poderosas del mundo[16].

Con todo, parece que para activar esa «otra capacidad» de «alterar» nuestro entorno los seres humanos necesitamos sufrir desastres naturales, *«no sólo de gran magnitud, sino frecuentes. Sin repetidas experiencias, no se llega al proceso que permite a los gestores concebir medidas para enfrentarse [a esos desastres]»*.[17] En consecuencia, parece que las medidas eficaces para evitar y mitigar los efectos de inundaciones e incendios sólo surgen después de que *repetidos* desastres de *inusitada* gravedad afecten a una determinada comunidad. Quizá esta deficiencia cognitiva de los seres humanos explique que, a pesar de que en 2010 se observaran las temperaturas en superficie más cálidas desde que se tienen registros y que ése fuera el trigésimo cuarto año consecutivo de temperaturas mundiales situadas por encima del promedio durante el siglo XX, *The Washington Post* proclamara en 2011 que el calentamiento global se había convertido en un «problema de segundo orden[18]».

Esta extraña desconexión animó a un equipo de investigadores a plantear a más de 67 000 personas de 47 países la siguiente pregunta: «¿Qué gravedad atribuye al calentamiento global?» Los resultados, publicados en 2012 en *Journal of Peace Research*, avalaban la afirmación de *The Washington Post*: «La opinión pública no considera el calentamiento global un problema medioambiental especialmente grave». Los datos también apuntaban a cinco explicaciones generales:

- Existe una correlación entre conciencia del cambio climático y nivel educativo, pero no entre esa conciencia y la

edad: parece que tanto a los menores de treinta años como a los mayores de sesenta les preocupa menos ese fenómeno que a los de edad mediana.

- «Cuanto más próspero se vuelve un país, más trasladan sus ciudadanos sus preocupaciones desde problemas relacionados con la situación económica y la seguridad personal» hacia «problemas relacionados con las libertades políticas e individuales y la protección del medio ambiente[19]».
- Existe «una correlación negativa estadísticamente significativa» entre el fundamentalismo bíblico y la «preocupación por el medio ambiente», sobre todo entre los cristianos de Estados Unidos, que en muchos casos creen que hay que aceptar los desastres naturales porque son castigos divinos para ciertos pecados[20].
- Los encuestados de países ricos y de países que generan cantidades considerables de dióxido de carbono mostraron menos preocupación por el calentamiento global que los de países pobres o aquellos que generan pocas emisiones de efecto invernadero (quizá porque resulta más difícil aceptar que el calentamiento global es un problema cuando hay que reconocer que en parte es culpa tuya, relación ésta que se ha calificado de «verdad incómoda»).
- Finalmente, existe una correlación negativa entre el nivel de preocupación por el calentamiento global y el que suscitan los desastres naturales de origen climático: es decir, quienes viven en países muy expuestos a desastres naturales como sequías o terremotos se preocupan menos por el cambio climático, bien porque consideran que los demás problemas medioambientales que tienen son más acuciantes, bien porque el contacto prolongado con la adversidad de origen natural les ha enseñado a vivir con ella, o, en palabras de un estudio titulado *Cultures of disaster [Culturas del*

desastre]: «Para gran parte de la humanidad, el riesgo y el desastre no son más que aspectos de la vida cotidiana que hay que aceptar[21]».

Hasta hace poco, el hecho de que casi todas las víctimas mortales y gran parte de los afectados por desastres naturales no vivieran ni en Norteamérica ni Europa daba pie a dos supuestos en Occidente: que esas cosas sólo ocurrían «en otros sitios» (un supuesto alentado por expresiones como «el callejón de los tifones», «el círculo de fuego» o «proclives al *Niño*») y que ciertos grupos son especialmente «vulnerables», no sólo por *dónde* viven, sino por *cómo* viven (como quienes habitan ciudades superpobladas o zonas marginales). Esas ideas no carecen de fundamento: por ejemplo, el archipiélago de Filipinas sufre realmente más desastres que ninguna otra zona comparable del mundo, ya que tiene 220 volcanes (de ellos, por lo menos doce en activo) y soporta cinco terremotos diarios y hasta treinta tifones al año; en tanto que el terremoto de Haití de 2010 recordó al mundo que la superpoblación urbana y la pobreza magnifican el impacto de las catástrofes[22]. Pero ahora los desastres naturales también afectan a Norteamérica y Europa, donde siempre se convierten en un «problema para las aseguradoras».

Según un «libro blanco» preparado para la Comisión Europea, entre 1980 y 2007 casi dos tercios de los «fenómenos productores de pérdidas» fueron «directamente achacables a fenómenos meteorológicos o climáticos (tormentas, inundaciones y olas de calor)», en tanto que otro cuarto «son achacables a incendios incontrolados, períodos fríos, corrimientos de tierras y avalanchas, que también pueden tener que ver con fenómenos meteorológicos y climáticos». En consecuencia, el «95 por ciento del conjunto de las pérdidas debidas a acontecimientos catastróficos proceden de esos fenómenos meteorológicos y climáticos». Según ese mismo libro blanco, «en conjunto, las pérdidas ocasionadas por

fenómenos meteorológicos y climáticos han aumentado durante el período 1980-2007, pasando de un promedio por década de menos de 7200 millones de dólares (1980-1989) a alrededor de 13 700 millones (1998-2007)». Sólo las inundaciones registradas en Europa central en 2002 «produjeron unas pérdidas globales de 16 800 millones de dólares y unas pérdidas de bienes asegurados por valor de unos 3400 millones[23]».

Esos sorprendentes datos no se les han escapado a las aseguradoras del mundo, cuya reacción ha sido introducir cambios drásticos en las coberturas y primas (en realidad, sus propios cálculos para 2009 decían que las «pérdidas producidas por fenómenos meteorológicos están creciendo a un ritmo anual del 6 por ciento, por lo que se duplican cada doce años»). Así, en los Países Bajos, que de no ser por las barreras artificiales verían anegado un tercio de su territorio, ya disponen de seguros antiinundaciones, en tanto que en Gran Bretaña los hay, pero sólo para inmuebles construidos antes de 2009 y únicamente hasta que a finales de 2012 expire un plan de reaseguro público[24]. En Florida, donde en 1992 el huracán *Andrew* causó pérdidas por valor de más de 15 000 millones de dólares a las aseguradoras, llevando a la quiebra a doce de ellas, el gobierno del estado creó una alternativa pública de seguros. Después llegaron los huracanes de 2004 y 2005, que obligaron a las aseguradoras privadas a abonar otros 39 000 millones de dólares para «reconstruir Florida», pero cuando esas empresas le pidieron permiso al estado para subir las primas y cubrir así los mayores riesgos que corrían, éste se lo negó. En consecuencia, varias se negaron a su vez a asegurar propiedades en Florida, creando una «crisis de seguros» aún no resuelta. Finalmente, en las Bahamas, donde el gobierno se negó a introducir una alternativa con aval público a los seguros privados, después de los tres grandes huracanes registrados entre 1999 y 2004, las empresas privadas «retiraron los seguros antiinundación (y con ellos los préstamos hipotecarios) de algunas zonas de

poca altura, donde, al no haber una alternativa avalada por el estado, se han abandonado casas porque su valor ha caído en picado[25]».

Toda esta situación hizo que la Association for the Study of Insurance Economics, también conocida como Geneva Association, llegara a la conclusión de que las «aseguradoras necesitan insistir en que el cambio climático plantea problemas sociales para los que los seguros sólo podrán aportar soluciones colaborando con el gobierno y las empresas». Algo que es más fácil decir que materializar. No todo el mundo cree a las compañías de seguros, ni siquiera cuando su mensaje se expresa a través de primas que han subido de forma espectacular (si la gente se creyera lo que dicen, nadie fumaría tabaco, porque los fumadores pagan mucho más por sus seguros de vida y sanitarios). Además, como señala el libro blanco de la Comisión Europea:

> En diversas regiones, menos pobladas y menos productivas económicamente, con frecuencia situadas en zonas (costeras, montañosas) especialmente susceptibles de correr riesgos climáticos, los costes que conllevan las necesidades de adaptación serán tan enormes que excederán la capacidad de financiación pública. Igualmente, en esas zonas las pérdidas para el sector privado pueden ser de tal magnitud que acaben superando la capacidad financiera de determinadas compañías y empresas[26].

Las repercusiones que tuvieron las temporadas de huracanes de 2004 y 2005 sobre el mercado inmobiliario de Florida demuestran que probablemente ni las aseguradoras, ni las «fuerzas del mercado», ni los entes locales puedan lidiar con todas las consecuencias del cambio climático. En 2009, la Cámara de Comercio de Florida elaboró un informe titulado *Into the storm [En plena tormenta],* en el que avisaba de que la entrada del estado en el sector de los seguros inmobiliarios le había hecho incurrir en una extensión del riesgo valorada en dos billones de dólares, de manera que los contribuyentes podrían arruinarse con la llegada del siguiente gran huracán. El informe recomendaba dos medidas obvias: ofrecer incentivos a los propietarios que mejoraran el

estado de sus propiedades para minimizar los posibles daños causados por huracanes (reduciendo así el coste de las indemnizaciones y labores de reparación) y permitir que en el plan de seguros estatal «el riesgo determinara las cuotas» (es decir, según la cáustica frase de Dennis Ross, en su día miembro de la Cámara de Representantes, el peligro «de vivir en zonas de alto riesgo deben asumirlo quienes deciden vivir en ellas»). Los autores de *Into the storm* sólo concebían otras dos propuestas: recuperar las aseguradoras privadas, permitiéndoles subir las primas hasta alcanzar niveles que «reflejen los riesgos que los propietarios están realmente asumiendo» o «traer a los federales», porque sin aseguradoras privadas «necesitamos una malla de contención federal que frene la catástrofe en Florida». La Cámara de Comercio reconocía que ninguna de las propuestas tenía muchas posibilidades de éxito: permitir que el «libre mercado» determinara cuáles han de ser las primas de seguros inmobiliarias conduciría a primas que muy pocos podrían pagar, mientras que «cualquier legislación nacional que pueda servir como respaldo en caso de que Florida sufra pérdidas catastróficas a causa de un desastre natural seguirá planteando una batalla difícil de ganar con aquellos estados que proclaman que el riesgo extremo de desastres naturales en Florida supone una carga injusta para los contribuyentes de Estados Unidos». Como Dennis Ross podría haber dicho: «Si sabías que todos los años Florida sufre huracanes devastadores, ¿por qué te has construido una casa allí?»[27]

La poca confianza que hay en conseguir el apoyo de Washington no carece de constatación escrita. En el siglo XXI, los organismos federales estadounidenses han incrementado ligeramente los fondos que conceden a los estados y las ciudades para planificar su reacción ante los desastres, gastándose bastante más en «atenuarlos», es decir, en evitar colocar cosas en lugares expuestos (por ejemplo, retirando viviendas de las llanuras aluviales) y en mejorar las defensas físicas frente a los peligros naturales

(arreglando diques y canales, y recuperando humedales costeros en zonas amenazadas por huracanes e inundaciones). Sin embargo, gran parte del gasto federal se ha plasmado en ayudas destinadas *a sobrellevar desastres cuando ya han ocurrido*. Normalmente, esos fondos han servido para sufragar, en los días y semanas posteriores a los siniestros, actividades de corta duración como búsquedas y rescates, labores policiales, apagado de incendios, provisión de refugios temporales o distribución urgente de alimentos, agua y medicinas. Una cantidad relativamente escasa de fondos federales se ha destinado a ayudar a lugares vulnerables a prepararse para su recuperación *a largo plazo* en caso de otro desastre, es decir, poco se ha hecho para que los entes locales sigan funcionando, para realojar a personas desplazadas o para prepararse para los inevitables problemas sanitarios consiguientes, tanto mentales como físicos.

La pauta del gasto federal para casos de emergencia pone de manifiesto lo arraigado que está en Estados Unidos el miedo a un «Estado fuerte». Aparte de la idea de que el calentamiento global es «un embuste», la argumentación principal que ofrecen los partidarios de la Ley Upton-Inhofe es que cualquier medida que tome un organismo federal para atenuar o evitar un cambio climático nocivo representa una «apropiación del poder» por parte de Washington a la que hay que resistirse por todos los medios. En la Inglaterra del siglo XVII ese miedo estaba igualmente arraigado. Las pestes de 1603, 1625 y 1636 habían acabado con la vida de miles de londinenses, así que en 1665 era fácil prever lo que podría ocurrir si otra epidemia llegaba de Holanda. Sin embargo, ni la City ni el gobierno de la nación tomaron las medidas pertinentes. De manera que cuando llegó la peste el rey y su corte, muchas autoridades locales y casi todos los ricos abandonaron la capital. Cuando Carlos II convocó el Parlamento para debatir las medidas adecuadas, no se aprobó ninguna ley porque los pares exigieron verse eximidos de medidas restrictivas como la cua-

rentena e insistieron en que no se levantara cerca de sus casas ningún hospital para tratar a las víctimas de la peste. Cabe preguntarse por qué el gobierno central no se impuso para salvar su propia capital, pero, como señaló un opúsculo del momento, «su poder era *limitado* y debía actuar legalmente»: el régimen de Oliver Cromwell y sus oficiales, hacía ya diez años, habían dejado un sabor amargo y, como señaló el rey Carlos, él era «demasiado viejo para volver a salir de viaje» y no estaba dispuesto a enajenarse el apoyo de sus súbditos con medidas impopulares. De ese modo, las consecuencias de la inacción del gobierno se midieron en función de la cantidad de cadáveres de víctimas de la epidemia arrojados cada día a las fosas comunes. En total, la gran peste acabó con la vida de 100 000 londinenses, un cuarto de la población de la capital, además de otras 100 000 personas en el resto de Inglaterra[28].

En el siglo XXI, al igual que en el XVII, para superar catástrofes de esta magnitud hacen falta recursos que sólo los gobiernos centrales pueden recabar. Un buen ejemplo de ello lo encontramos en la construcción de la «barrera del Támesis» en el sureste de Inglaterra. El Támesis se ha desbordado con frecuencia, anegando ciertas zonas de Londres. En 1663, Samuel Pepys daba cuenta de que nadie recordaba en Inglaterra «una marea más grande que la producida por este río: todo Whitehall ha quedado anegado» y un siglo después comenzaron a surgir propuestas de construcción de una barrera que evitara catástrofes parecidas, pero la oposición de los mercaderes de la ciudad, cuyo negocio se habría visto afectado si los barcos no podían remontar el Támesis, y los desacuerdos que entre las diferentes administraciones desató su coste, las frustraron siempre. Entonces, en 1953, una marejada registrada en el mar del Norte anegó unas 60 000 hectáreas del este de Inglaterra, ahogando a más de trescientas personas. Un ministro del gobierno aseguró ante la Cámara de los Comunes: «Hemos aprendido a la fuerza y no podremos echarle

la culpa a nadie si no aprovechamos la lección» y, con el fin de que se propusieran soluciones, creó una comisión que recomendó la inmediata construcción en el estuario del Támesis de «una estructura adecuada, capaz de cerrarse». Al final, el gobierno barajó dos clases de dique, pero una vez más la presión de las navieras y la escasez de fondos de las autoridades locales frenaron la medida[29].

Posteriormente, en 1966, un nuevo gobierno pidió a su principal asesor científico, el profesor Hermann Bondi, que volviera a examinar el asunto partiendo de cero. Bondi, matemático de formación, se centró especialmente en la evaluación de riesgos, pero también consultó fuentes históricas y descubrió que, según los registros del puente de Londres, la altura máxima de las aguas a causa de las marejadas había subido más de un metro entre 1791 (cuando se iniciaron los registros) y 1953, y su pronóstico era que esa tendencia iba a continuar. Bondi comparó el riesgo de que hubiera otra marejada con otros riesgos, como el de la caída de un meteorito en el centro de Londres —que también ocasionaría enormes daños—, pero, según señaló, la probabilidad de este siniestro era muy escasa y no se podían tomar medidas para evitarlo. Por el contrario, «en Londres, una gran inundación provocada por una marejada sería un desastre singular e inmenso»; dada la subida de nivel del mar del Norte, era inevitable y «supondría realmente un golpe mortal para el centro neurálgico del país». En consecuencia, Bondi recomendó sin ambages la construcción de una barrera en el Támesis, y aunque los intereses de las navieras y la fragmentación del gobierno local volvieron a producir retrasos, en 1972 el Parlamento aprobó la Ley de Construcción de la Barrera del Támesis y de Protección contra las Inundaciones, que daba el visto bueno al proyecto y se comprometía a financiarlo. Llegado el año 1982, una vez finalizada la construcción del dique, su coste había alcanzado la asombrosa cifra de 534 millones de libras, pero ahora el valor de las

propiedades que protege supera los 200 000 millones de libras (incluyendo 40 000 propiedades comerciales e industriales, así como 500 000 viviendas con 1,25 millones de residentes). Todo eso quedaría inundado si otra riada «anegaba» Whitehall, centro neurálgico del gobierno hoy y en la época de Samuel Pepys, donde se encuentran las dos Cámaras del Parlamento y las oficinas en las que trabajan 87 000 empleados de la administración central. También «anegaría» la nueva zona de desarrollo económico de los Docklands, paralizando dieciséis hospitales, ocho centrales eléctricas y muchos de los parques de bomberos, comisarías, talleres y proveedores necesarios para arreglar y sustituir artículos dañados por la inundación, además de trescientos kilómetros de carreteras, 167 de vías férreas, 51 estaciones de tren y 35 de metro. En consecuencia, los londinenses no sólo perderían sus casas y trabajos, también los medios fundamentales para reaccionar ante la catástrofe y para recuperarse. En suma, sin la barrera del Támesis, Londres sería como Nueva Orleans en 2005: vulnerable a un desastre natural que, como el *Katrina*, es inevitable que suceda tarde o temprano[30].

La finalización de la barrera del Támesis se produjo justo a tiempo —se tuvo que activar 39 veces entre 1983 y 2000, y 75 entre 2001 y 2010—, y su éxito, unido a la frecuencia creciente de condiciones meteorológicas extremas, ha animado al gobierno británico a mostrar más iniciativa frente al cambio climático. El informe realizado en 2004 por su director científico, que compendia las investigaciones de casi noventa expertos en riesgo de inundación, plasmaba su alternativa con atractiva sencillez: «*Debemos invertir más en formas sostenibles de enfrentarnos a las inundaciones y de gestión de las costas o aprender a vivir con un número cada vez mayor de inundaciones*[31]». Otros riesgos de orden climático (como los huracanes) plantean alternativas similares y, desde luego, también otros peligros (como la propagación de enfermedades), quizá agudizados por el terror a las armas biológicas o, más bien,

a un «accidente» biológico: las sociedades pueden o «pagar para prepararse», destinando ahora una cantidad considerable de recursos para evitar costes mucho mayores en el futuro, o «aprender a vivir» con cada vez más riesgos.

A pesar de las muchas diferencias existentes entre los siglos XVII y XXI, los gobiernos de la Pequeña Edad de Hielo se enfrentaron al mismo dilema, aunque algunos necesitaron más que otros que les recordaran la necesidad de pronunciarse al respecto. En un extremo estaba Japón, donde la hambruna, las revueltas populares y los motines urbanos de la era Kan'ei bastaron para convencer a Tokugawa Iemitsu y sus asesores de la necesidad de crear más graneros, mejorar las infraestructuras de comunicaciones, aprobar leyes económicas minuciosas y evitar las guerras exteriores para así acumular reservas suficientes con las que superar la posible recurrencia de fenómenos meteorológicos extremos. A Inglaterra le costó un poco más. A pesar de las crisis de subsistencia de la década de 1590 y de los períodos de 1629-1631 y 1647-1649, hasta la década de 1690 los propietarios de bienes inmobiliarios no aceptaron lo que decía el gobierno: que, a la larga, era económicamente más barato y eficaz (y también más humano) mantener a quienes envejecían, enviudaban o quedaban minusválidos o sin trabajo, con lo que se creó el primer «Estado de bienestar» del mundo. Otras sociedades soportaron todavía más desastres antes de llegar a la misma conclusión de que la asistencia social constituía una parte esencial y necesaria de la gestión colectiva del riesgo, pero al llegar el siglo XIX el «Estado de bienestar» se había convertido en uno de los sellos de todos los países económicamente desarrollados.

La adversidad climática es un gran nivelador, porque la población humana de las sociedades avanzadas comparte muchas de las necesidades que hay en otros lugares. La expresión «tiempo del hambre», utilizada por los aborígenes del oeste de Australia para referirse a la estación que discurre entre el fin de un ciclo anual y

el comienzo del siguiente (*véase capítulo 15*), suena relativamente sencilla para grupos de cazadores de otro hemisferio, pero el cambio climático puede crear un «tiempo del hambre» incluso para quienes habitan las sociedades más avanzadas. Evidentemente, la población humana del siglo XVII era mucho menor que los 3000 millones de 1950, por no hablar de los 6000 de hoy, pero la distribución geográfica de la población actual está cambiando de un modo que acentúa el parecido entre el mundo contemporáneo y el del siglo XVII. Así, en la Europa de 1950 había tres veces más habitantes que en África, pero en 2012 la población de este continente era por lo menos un 50 por ciento mayor que la de Europa, una disparidad que aumenta cada año, ya que la población africana aumenta y la europea disminuye. Esa transformación incrementa el porcentaje de población que destina una elevada proporción de su renta disponible a adquirir productos básicos, como comida, energía y vivienda, con frecuencia en zonas donde ni siquiera los gobiernos centrales tienen medios eficaces para enfrentarse a los grandes desastres, lo cual hace a esas poblaciones más vulnerables a las consecuencias del cambio climático. En este sentido, el huracán *Katrina* de 2005 causó daños equivalentes al 1 por ciento del producto interior bruto (PIB) de Estados Unidos, pero, en Kenia, la sequía de 1999 causó daños equivalentes al 16 por ciento de su PIB.

Es imposible medir el sufrimiento humano que causan los desastres naturales. No podemos comparar las penalidades de las mujeres que acudieron al Centro de Convenciones de Nueva Orleans en 2005 con la esperanza de conseguir comida, agua, asistencia médica y cobijo después del *Katrina*, y que allí fueron violadas, atracadas y abandonadas a su suerte, con las de las mujeres australianas que se consumían mientras veían morir de hambre a sus hijos durante una «época de hambre» insólitamente larga; ni tampoco con las de las mujeres pobres de Shanghái, que en 1642 comprendieron que «la única moneda que podía com-

prar arroz eran los niños» y que el precio de una cantidad de arroz suficiente para alimentar a una persona durante una semana «era de dos niños». Tampoco se puede medir, mediante un «recuento de cadáveres», el auténtico coste humano de cada una de estas catástrofes. Aunque algunos contemporáneos especularan con la posibilidad de que «un tercio del mundo» hubiera muerto en la crisis de mediados del siglo XVII y aunque los datos que nos han llegado confirman que algunas comunidades llegaron a perder hasta la mitad de su población, en tanto que otras desaparecieron por completo, es imposible calcular una cifra mundial de víctimas. No cabe duda de que la Crisis General acabó prematuramente con la vida de *millones* de personas, del mismo modo que hoy en día una catástrofe natural de similares proporciones acabaría prematuramente con la de *miles de millones* de personas.

Los historiadores que hacen vaticinios no suelen recibir mucha atención de sus colegas (ni de nadie más) y a quienes vaticinan catástrofes (sean o no historiadores) se les suele tachar de «quejosos»: *hoggidiani*, si queremos utilizar el término despectivo utilizado por Secondo Lancellotti en su libro *L'hoggidi*… Sin embargo, los *hoggidiani* no siempre se equivocan. Algunos desastres naturales ocurren de forma tan súbita que, si uno no se ha preparado con antelación, no tienen escapatoria. Así lo comprobó George Gordon, lord Byron, en 1816. Abandonó Inglaterra huyendo de las acusaciones de incesto, adulterio, maltrato a su esposa y sodomía, con intención de pasar un agradable verano en una villa cercana al lago de Ginebra con una antigua amante, su médico personal (y, quizá también, amante) John Polidori, y un selecto grupo de amigos íntimos. Sin embargo, el grupo acabó pasando un «húmedo e inclemente verano» (Suiza fue una de las zonas más afectadas por el enfriamiento global), lo cual obligó a Byron y a sus acompañantes a pasar casi todo el tiempo en casa. Para entretenerse, entre otras cosas se dedicaron a escribir, pug-

nando entre sí por crear el relato más aterrador. Mary Wollstonecraft Shelley comenzó a trabajar en *Frankenstein*, una de las primeras novelas de terror que tuvo éxito de ventas, mientras que Polidori escribió *The vampyre [El vampiro],* precursor de las novelas dedicadas a Drácula. El propio Byron escribió el poema titulado «Tinieblas». Las tres obras reflejan la desorientación y la desesperación que incluso unas pocas semanas de cambio climático pueden provocar. Como actualmente lo importante no es saber *si* el cambio climático volverá a afectar a una parte del planeta sino *cuándo* lo hará, podríamos releer el poema de Byron mientras decidimos qué es mejor: destinar hoy más recursos a prepararnos o soportar mañana las consecuencias de la inacción. Después de todo, al contrario que nuestros antepasados de 1816 y del siglo XVII, disponemos de recursos y de medios técnicos suficientes para tomar esa decisión.

TINIEBLAS

Tuve un sueño que no sólo era sueño.
El fulgor del sol había desaparecido y las estrellas
vagaban oscuras por el espacio eterno,
sin luz, sin rumbo, y la tierra gélida
oscilaba ciega, tiznándose bajo un cielo sin luna.
Vino y se fue la mañana, y regresó sin traer el día,
y los hombres olvidaron sus pasiones en medio del terror
de ésta su desolación, y todos los corazones
se helaron pidiendo con egoísmo luz.
Y vivían junto a hogueras, y los tronos,
los palacios de las testas coronadas, las chozas,
las moradas de todo aquel que mora,
se quemaban para hacer señales; las ciudades se consumían
y los hombres se reunían en torno a casas en llamas…
Y la guerra, muerta por un momento,
quedó de nuevo saciada: se sirvió una sangrienta comida
y, hoscos y apartados, todos tomaron asiento
para hartarse en las sombras, donde ningún amor quedaba.
En la tierra toda no había más que un pensamiento: el de
la muerte,

inmediata y gloriosa, y la punzada del hambre
se alimentaba de las entrañas.
LORD BYRON

Cronología de los principales acontecimientos de la crisis general, 1618-1688

Año	Europa	América	Asia y África	X = *El Niño* IEV = Principales erupciones volcánicas ** = Fenómenos climáticos extremos	Año
1618	Revuelta en Bohemia, purgas en la República holandesa, deposición del sultán otomano Mustafá		El líder manchú Nurhaci declara la guerra a los Ming e invade Liaodong	X Tres cometas Nivel mínimo de manchas solares	1618
1619				X	1619
1620	Guerra otomano-polaca → 1621 La guerra se extiende a Alemania → 1648			** X	1620
1621	Reinicio de la guerra hispano-holandesa → 1648 *Kipper-und Wipperzeit* («Era del Sube y Baja») → 1623			X	1621
1622	Regicidio en el Imperio otomano		Revuelta de Sah Jahan contra Jahangir Revuelta de Mehmed Pacha → 1628	V4	1622
1623	Destronamiento del sultán otomano Mustafá (otra vez)				1623
1624	Los daneses invaden Alemania → 1629	Revuelta contra el virrey de México Los holandeses toman Salvador → 1625	Crisis de Donglin en China Guerra otomano-iraní → 1639		1624

1625	Ley de Revocación (Escocia) Revuelta de los cosacos Insurrección de los hugonotes franceses → 1629			V5 Nivel máximo de manchas solares	1625
1626	Revuelta en la Alta Austria				1626
1627			Incursiones manchúes en Corea		1627
1628	Inicio de la guerra de Mantua → 1631		Hambruna de Gujarat → 1631	**Año sin verano	1628
1629	Edicto de Restitución (Alemania)		Incursiones manchúes en el norte de China		1629
1630	Peste en Italia Revuelta de los cosacos Los suecos invaden Alemania → 1648/1654	Los holandeses ocupan Pernambuco → 1654		X ** V5, V4	1630
1631	Disturbios en Estambul El movimiento de los *kadizadelis* cobra fuerza			V5	1631
1632	Guerra ruso-polaca → 1634				1632
1633					1633
1634			Ejércitos de bandidos invaden Jiangnan		1634
1635	Francia declara la guerra a España → 1659			X **	1635
1636	Revuelta de los *croquants* (Francia) Revuelta en la Baja Austria		Hong Taiji proclama el inicio de la dinastía Qing, hace incursiones en el norte de China e invade Corea		1636
1637	Revuelta de los cosacos → 1638 Revolución escocesa → 1637-1651 Revueltas en Évora y el sur de Portugal → 1638	Guerra de los pequots (Nueva Inglaterra)	Revuelta de Shimabara, Japón → 1638		1637
1638				V4 X	1638
1639	Revuelta de los *nu-pieds* (Normandía)		Revuelta de los chinos *(sangleyes)* en Manila	X	1639
1640	Revuelta catalana → 1659 Portugal se declara independiente: guerra con España → 1668	Guerras de los castores en torno a los Grandes Lagos norteamericanos		** Dos V4 y un V5	1640

1641	Rebelión irlandesa → 1653 Conspiración de Medina Sidonia (Andalucía)	Pánico en las Indias	Revuelta en el Asia portuguesa → 1668 Los holandeses ocupan Angola	X ** Un V4 y un V5	1641
1642	Guerra civil inglesa → 1646		Incursión de los Qing en el norte de China Li Zicheng destruye Kaifeng	X	1642
1643	Suecia invade Dinamarca → 1645		Li Zicheng proclama la era Shun		1643
1644			Li Zicheng ocupa y pierde Pekín Los Qing invaden China, ocupan Pekín y también la Llanura Central	El monzón más débil de los registrados en Extremo Oriente	1644
1645	Guerra turco-veneciana → 1669	Insurrección de los colonos portugueses en Brasil → 1654	Los Qing invaden el sur de China Resistencia de los Ming del Sur → 1662	Inicio de un prolongado *mínimo* de manchas solares (mínimo de Maunder) → 1715	1645
1646			Revuelta de Macao	V4 X	1646
1647	Revuelta de Nápoles → 1648 Revuelta de Sicilia → 1648 Debates de Putney (Inglaterra)			**	1647
1648	Fronda → 1653 Revuelta de Ucrania → 1668 Conspiración de Híjar (España) Regicidio y revuelta en el Imperio otomano Revueltas en Rusia → 1649 Segunda guerra civil en Inglaterra y Escocia Crisis sucesoria en Dinamarca		Los portugueses recuperan Angola	** X	1648
1649	Regicidio en Inglaterra, Parlamento Rabadilla El ejército inglés inicia la conquista de Irlanda				1649
1650	Cambio de régimen en Holanda → 1672 Crisis sueca Inglaterra invade y ocupa Escocia → 1660			V4 X	1650
1651	Revuelta de *l'Ormée* en Burdeos → 1653 Disturbios en Estambul, asesinato de la sultana madre		Conspiración de Yui en Edo	X	1651
1652	Revueltas del Pendón Verde en Andalucía		Revuelta en Colombo	X	1652

1653	Revolución suiza Caída del Parlamento Rabadilla en Inglaterra		Revuelta en Goa		1653
1654	Guerra ruso-polaca → 1667 Las últimas tropas suecas abandonan el centro de Alemania				1654
1655	Suecia invade Polonia → 1661			V4	1655
1656	Disturbios en Estambul				1656
1657			Revuelta de Abaza Hasan Pasha → 1659		1657
1658	Suecia invade Dinamarca		Guerra civil mogola → 1662	***	1658
1659	Reinstauración de la República inglesa España y Francia firman la paz		Guerra en la colonia de El Cabo → 1660	X	1659
1660	Revolución danesa Restauración en Escocia, Irlanda e Inglaterra			V6, tres V4 X	1660
1661			Los Qing ordenan la evacuación de todas las zonas costeras → 1683	X	1661
1662	Rebelión en Moscú		Ejecución del último aspirante Ming al trono de China		1662
1663	Guerra entre los otomanos y los Austrias → 1664			V5	1663
1664				Cometa	1664
1665			Los portugueses y sus aliados destruyen el reino del Congo Sabbatai Zevi proclamado el Mesías	Cometa X	1665
1666		Revuelta de Laicacota (Perú)			1666
1667	Paz entre Rusia y Polonia Guerra franco-española → 1668			V5	1667
1668	España reconoce la independencia de Portugal y de su Imperio				1668
1669	Paz entre Venecia y los turcos		Los holandeses y sus aliados derrotan a Makassar	X	1669
1670	Revuelta de Stenka Razin → 1671				1670

1671			Los portugueses y sus aliados destruyen Ndongo (Angola)		1671
1672	Los otomanos atacan Polonia → 1676, Francia ataca a la República holandesa, provocando un cambio de régimen y una guerra → 1678				1672
1673			Revuelta de los Tres Feudatarios en China → 1681	VS	1673
1674					1674
1675	Rebelión de los boinas rojas (Bretaña)			** Año sin verano	1675
1676		Guerra del Rey Philip (Nueva Inglaterra) Rebelión de Bacon (Virginia)			1676
1677	Guerra ruso-otomana → 1681				1677
1678					1678
1679					1679
1680				VS Cometa	1680
1681			Revuelta de los Tres Feudatarios en China		1681
1682	Rebelión en Moscú → 1684			Último gran cometa del siglo	1682
1683	Guerra de los otomanos contra los Austrias y Polonia (y Venecia a partir de 1684) → 1699		Tropas de los Qing ocupan Taiwán y permiten de nuevo el comercio marítimo	**	1683
1684			Primera visita de un emperador Qing al sur de China	X	1684
1685					1685
1686			Sequía en la India e Indonesia → 1688		1686
1687				X	1687
1688	Revolución Gloriosa en Inglaterra Luis XIV inicia una guerra contra Gran Bretaña, Holanda, y España y el Imperio Sacro Romano (hasta 1697)				1688

Fuentes:

1. Cronología de las manchas solares tomada de Usoshin, «Reconstruction», modificada por Vaquero, «Revisited sunspot data».
2. Cronología del Niño tomada de Gergis y Fowler, «A history of ENSO events».
3. Cronología volcánica tomada de la página web de la Smithsonian Institution: http://www.volcano. si. edu/world/largeeruptions. cfm

Se han omitido otras dos grandes erupciones de la serie de la Smithsonian por su imprecisa datación: se trata de una V6, registrada entre 1640 y 1680, y otra V4 ocurrida entre 1580 y 1680.

Agradecimientos

En febrero de 1998 decidí de repente que quería escribir este libro, e inmediatamente envié un mensaje electrónico a Robert Baldock, que entonces estaba editando para Yale University Press mi libro *Grand Strategy of Philip II [La gran estrategia de Felipe II]* para darle la noticia:

> Siempre pensé que la idea central de mi próximo libro vendría de forma bastante inesperada. Anoche me desperté a las cuatro de la mañana y comprendí que quería escribir un libro sobre la Crisis General del siglo XVII, no una colección de ensayos (eso ya lo he hecho), sino un relato integrado y analítico de la primera crisis global sobre la que tenemos documentación adecuada respecto a los casos de Asia, África, América y Europa. Mi relato adoptaría una estructura braudeliana, examinando factores con repercusiones a largo plazo (sobre todo climáticos), cambios sufridos a medio plazo (entre otras cosas, fluctuaciones económicas) y «acontecimientos» (desde la guerra civil inglesa y la crisis de las monarquías francesa y española hasta el asesinato de dos sultanes otomanos, pasando por las guerras civiles de la India y el África subsahariana, el derrumbe de la China Ming y las guerras registradas en torno a los Grandes Lagos norteamericanos). Además de analizar cada una de las perturbaciones de mediados de siglo, el libro explicaría por qué acontecimientos tan sincrónicos ocurren sin apenas aviso y por qué acaban. Aunque ésa no es la primera «crisis general» de la que tienen constancia los historiadores, sí es la primera de la que hay datos adecuados en todo el mundo. Como tiene que ver con cuestiones de interés para el momento presente —el impacto del cambio climático global y la aguda recesión económica que sufren los Gobiernos y las sociedades— no debería carecer de interés para los lectores[1].

En consecuencia, aunque desde el principio tenía clara la estructura del libro, no podía siquiera imaginarme los viajes que conllevarían sus investigaciones y el tiempo que tardaría en escribirlo. Debería habérmelo imaginado. En la introducción de *Science and Civilization in China* [*Ciencia y civilización en China*], Joseph Needham advertía: «La auténtica observación personal directa en los grandes museos del mundo y en los grandes yacimientos arqueológicos es insustituible, y también la relación personal directa con los propios profesionales». Needham, que no se apartó ni un ápice de su propio consejo, llenó su magnífica obra en varios volúmenes de observaciones y testimonios perso-

nales recogidos durante más de cuarenta años de viajes por China y por el mundo. Además, siempre alentó con generosidad el trabajo de los estudiantes, desarrollando sus logros[2]. Durante el proceso de investigación de esta empresa mía, mucho más modesta, he intentado seguir el precepto y el ejemplo de Needham. He viajado mucho, tanto para ver por mí mismo los lugares afectados por el cataclismo de mediados del siglo XVII como para consultar sobre el terreno a los «profesionales» que comparten mi interés en esos lugares. Lo primordial es que he intentado fomentar la investigación de los estudiantes y que ahora me baso en sus logros: estoy especialmente en deuda con Lee Smith, con quien edité una colección de ensayos sobre la materia (*The General Crisis of the seventeenth century*, Londres, 1978; edición revisada de 1996) *[La crisis general del siglo XVII*], y con Tonio Andrade, Derek Croxton, Matthew Keith, Pamela McVay, Andrew Mitchell, Sheilagh Ogilvie, William M. Reger IV y Nancy Van Deusen, que tuvieron la gentileza de compartir conmigo los frutos de sus investigaciones sobre el siglo XVII.

Lamentablemente, carezco de la capacidad de entrega a las lenguas de Joseph Needham (que comenzó a aprender chino por su cuenta a los 38 años) y, en cualquier caso, como señaló John Richards (otro pionero de la llamada «gran historia»): «En un mundo ideal, el autor dominaría media docena más de idiomas[3]». En consecuencia, me he apoyado enormemente en las capacidades de otros colegas y mentores. Es especialmente placentero recordar la ayuda de Hayami Akira, que me introdujo tanto en los múltiples materiales que nos han llegado de la Edad Moderna japonesa como en su amplio círculo de eruditos colegas. No puedo expresar con palabras todo lo que he aprendido sobre la historia de Japón de él y de Mary Elizabeth Berry, Phil Brown Karen Gerhard, Iwao Seiichi, Ann Jannetta, Derek Massarella, Richard Smethurst y Ronald P. Toby. Agradezco también la luz que han arrojado sobre mis conocimientos muchos otros exper-

tos en el siglo XVII: sobre China, William S. Atwell, Cynthia Brokaw, Chen Ning Ning, Roger Des Forges, Nicola Di Cosmo, Kishimoto Mio, Joseph Needham (†), Evelyn S. y Thomas G. Rawski, Shiba Yoshinobu, Jonathan Spence, Lynn A. Struve, Joanna Waley-Cohen y Wang Jiafan; sobre África, James de Vere Allen, John Lonsdale y Joseph C. Miller; y sobre el sur y el sureste asiático, Stephen Dale, Ashin das Gupta (†), Michael Pearson, Anthony R. Reid, Niels Steensgaard, Sanjay Subrahmanyam y George Winius. Dauril Alden, Nicanor Domínguez, Shari Geistberg, Ross Hassig, Karen Kupperman, Carla Pestana y Stuart Schwartz guiaron mis pasos hacia fuentes relevantes sobre América; en tanto que Paul Bushkovitch, Chester Dunning, Robert Frost, Josef Polišenský (†), Matthew Romaniello y Kira Stevens hicieron lo propio con Rusia y Europa oriental; al igual que Nicholas Canny, David Cressy, Jane Ohlmeyer y Glyn Redworth con Gran Bretaña e Irlanda; y Günhan Börekçi, Jane Hathaway y Mircea Platon con los territorios que en su momento formaron el Imperio otomano. La mayoría de mis deudas las reconozco con gratitud en cada uno de los capítulos. En relación con la «visión de conjunto», mucho le debo a los consejos y la inspiración de Jonathan Clark, Karen Colvard, Robert Cowley, Jack A. Goldstone, Richard Grove, Joe Miller, Paul Monod, Ellen Mosley-Thompson, Kenneth Pomeranz, Nicholas Rodger, Lonnie Thompson y Joel Wallman.

Agradezco su ayuda imprescindible en la adquisición e interpretación de fuentes en lenguas extranjeras a Alison Anderson (alemán), Bethany Aram (español), Maurizio Arfaioli (italiano), Günhan Börekçi (turco), Przemysław Gawron y Dariusz Kołodziejczyk (polaco), Ardis Grosjean-Dreisbach (sueco), Mary Noll y Matthew Romaniello (ruso), Mircea Platon (rumano); Taguchi Koijiro y Matthew Keith (chino y japonés), y Věra Votrubová (checo y alemán). También doy las gracias a Peter Davidson por tener la gentileza de poner a mi disposición su transcripción

de «Triennial travels» de James Fraser (ms. 2538 de la Biblioteca Universitaria de Aberdeen), en su día estudiante en Aberdeen.

Una estancia de seis semanas en la International House de Japón durante la primavera de 2002 me proporcionó una magnífica oportunidad para familiarizarme con documentos relativos a la crisis de Extremo Oriente, ya que pude conversar con otros académicos residentes en ese centro y después seguir sus consejos con los documentos que, disponibles en idiomas occidentales, tienen en su biblioteca. Comencé a escribir este libro en una sala desde la que se contemplan sus magníficos jardines para «samuráis» y también allí finalicé la última fase de mi investigación durante otra visita realizada en julio de 2010. Agradezco a la comunidad de la International House su acogida, apoyo y sugerencias.

En Asia y en otros lugares, el coste que conlleva la «auténtica observación personal directa» se ha incrementado prodigiosamente desde que Joseph Needham comenzara sus investigaciones. Las mías, durante las últimas tres décadas, habrían sido imposibles sin un generoso y prolongado apoyo monetario. Agradezco las becas proporcionadas por la Sociedad Japonesa para el Fomento de la Ciencia, la Academia Japonesa, el Carnegie Trust para las Universidades Escocesas y la British Academy, y las becas concedidas por las fundaciones Harry Frank Guggenheim y John Simon Guggenheim. También agradezco a las ocho universidades en las que he enseñado durante las últimas cuatro décadas su apoyo a mis investigaciones para éste y para otros proyectos anteriores con él relacionados: se trata de las universidades de Cambridge, St Andrews, Keio, British Columbia, Illinois, Oxford, Yale y, sobre todo, Ohio State (OSU), donde tuvo lugar casi toda la planificación y la redacción definitiva de este libro. El apoyo sostenido del departamento de Historia y del Mershon Center de la OSU fue crucial por tres razones, ya que sirvió para sufragar un ciclo de conferencias sobre la crisis mundial en 2001,

pagar a diversos ayudantes de investigación licenciados y costear prolongados períodos de investigación en el extranjero. Las conferencias que impartieron en el Mershon Center William Atwell, Paul Bushkovitch, Jack Goldstone, Richard Grove, Karen Kupperman, Anthony Reid, Stuart Schwartz y Joanna Waley-Cohen, así como los posteriores debates que mantuve con ellos y con los estudiantes de mi seminario de licenciatura fueron una fuente de inspiración e información al iniciarse la redacción del libro. Posteriormente, la disposición que todos ellos mostraron a responder a mis preguntas y facilitarme referencias amplió mis horizontes y me ahorró no pocos errores.

Los licenciados de la OSU que, sufragados por el Mershon Center y el departamento de Historia, me sirvieron de ayudantes de investigación, me ayudaron a ordenar el material generado por este proyecto y a mantener el entusiasmo. Doy las gracias a Katherine Becker y Matthew Keith (que también me ayudaron a organizar la serie de conferencias sobre la crisis mundial), y a Günhan Börekçi, Andrew Mitchell y Leif Torkelsen. También tengo que agradecer la ayuda prestada a mi investigación por otros estudiantes de licenciatura: Megan Wheeler en Oxford y Taguchi Koijiro en Tokio. Gracias a su colaboración terminé el primer borrador de este libro en julio de 2007 y lo envié para su revisión a tres expertos: Paul Monod, Kenneth Pomeranz y Nicholas Rodger. Ellos, junto a otros cuatro «lectores» anónimos de la editorial, me dieron magníficos consejos, que prácticamente en su mayoría acabé siguiendo.

Otros compromisos me impidieron plasmar esos consejos hasta 2010, cuando Rayne Allinson, Sandy Bolzenius, Kate Epstein y Mircea Platon (todos ellos de la OSU), al sugerirme la introducción de muchas otras mejoras, me animaron a volver a trabajar en el libro. A todos les estoy enormemente agradecido por sus muestras de amistad, su orientación y aliento cuando me afanaba por hacer realidad sus sugerencias; pero tengo que mencio-

nar sobre todo a Kate, que comenzó a enviarme útiles comentarios, mensajes de ánimo y referencias en mayo de 2006, y que no dejó de hacerlo hasta que el libro fue enviado a la imprenta. También he tenido mucha suerte con el equipo de editorial Planeta: Ana Bustelo, amiga y editora desde 1988, Isabel Sbert, Laura Verdura; mis traductores: Victoria Gordo del Rey y Jesús Cuéllar; y mis correctores, Teresa Lozano y Andrés Poza, que me hizo observaciones y me ahorró numerosos errores. A todos ellos les agradezco su pericia y su paciencia. Para terminar, doy las gracias a mis cuatro magníficos hijos —Susie, Ed, Richard y Jamie— y a Alice Conklin por el amor que han proporcionado y siguen proporcionando a mi vida.

Columbus/Oxford/Tokio/París, 1998-2012.

Convenciones

Todas las fechas aparecen en «nuevo estilo» (N. S., calendario gregoriano), incluso las relativas a países europeos como Gran Bretaña, Suecia y Rusia, que no lo adoptaron hasta fechas posteriores, aunque como las historias de esos países suelen utilizar el estilo antiguo (O. S.), proporciono las fechas principales de ambas maneras. También he convertido al calendario gregoriano todas las fechas que estaban en los sistemas chino, islámico, japonés y judío.

En general, en los topónimos extranjeros, cuando hay una forma castellana aceptada, ésa es la que he elegido (en consecuencia, he utilizado nombres como Bruselas, Viena, Moscú o Tokio). En los demás casos, he preferido utilizar el nombre en uso hoy en día en cada lugar (de manera que he hablado de Bratislava y no de Presburgo o Pozsony, de Lviv (Lwow) y no de Lemberg). Igualmente, con los nombres de personas, he utilizado el nombre castellano habitual si lo había (Gustavo Adolfo, Felipe IV, Carlos I). En los demás casos, he recurrido al estilo y el título utilizados por la persona en cuestión.

En el caso del chino, he utilizado la transcripción pinyin, no la de Wade-Giles (salvo al citar de una obra que utilizara este segundo sistema) y en el caso de los nombres japoneses, chinos y turcos, tanto pasados como presentes, he puesto primero el apellido y después el nombre de pila (así, en el texto se habla de Tokugawa Iemitsu, Hayami Akira y Kadizade Mehmed).

Todas las cursivas, a menos que se apunte lo contrario, son mías.

* [*Nota de los traductores*: en la versión castellana, en líneas generales, se han seguido las mismas directrices respecto a topónimos y antropónimos.]

Fuentes y bibliografía

Los historiadores no tardaron en intentar comprender y explicar la oleada de perturbaciones políticas, sociales y económicas que recorrió el hemisferio norte a mediados del siglo XVII. Entre 1643 y 1663 se publicaron más de treinta obras sobre determinadas rebeliones; entre ellas, la *Historia de las guerras civiles de los últimos tiempos*, de Maiolino Bisaccione (1652), e *Historias memorables, que contienen los levantamientos de los Estados de nuestros tiempos*, de Giovanni Battista Birago Avogadro (1653), que describían los «disturbios» registrados en Brasil, Gran Bretaña, Cataluña, Francia, Moscú, Nápoles, los Estados Pontificios, Polonia, Portugal, Sicilia, Suiza y el Imperio otomano. Un siglo después, Voltaire vinculaba las perturbaciones políticas de Europa con las de Asia y África, postulando por primera vez que había ocurrido una crisis *global*[1].

En líneas generales, los estudios comparados del fenómeno desaparecieron hasta 1937, cuando Roger B. Merriman pronunció una conferencia titulada «Seis revoluciones contemporáneas». Según Merriman, el tema «me ha fascinado durante más de treinta años» y, aunque ese autor adoptó un enfoque mucho más estrecho que Voltaire (ocupándose únicamente de Europa occidental y ciñéndose, además, a las «rebeliones antimonárquicas» de la década de 1640), consideraba que sus «paralelismos» y «filosofías» comunes subrayaban las tendencias «a contracorriente» que las unían, y él comparó esos procesos con las revoluciones europeas de la década de 1848. Posteriormente, el rastro historiográfico desapareció de nuevo hasta la década de 1950, cuando los historiadores ingleses Eric Hobsbawm y Hugh Trevor-Roper iniciaron un debate sobre lo que denominaron «la Crisis General del siglo XVII», con largos artículos publicados en la revista *Past & Present: A Journal of Scientific History*. En 1965, el director de la revista, Trevor Aston, volvió a publicarlos con el título de *Crisis*

en Europa, 1560-1660, junto a cinco ensayos sobre Inglaterra y estudios de casos relativos a Francia, España, Suecia e Irlanda. Cinco años después, Robert Forster y Jack Greene publicaron las actas de un simposio sobre el asunto, *Preconditions of revolution in early modern Europe [Requisitos para la revolución en la Edad Moderna europea],* que contenía estudios sobre revoluciones registradas en Francia, Inglaterra y la Monarquía hispánica en la década de 1640. Mucho después, en su calidad de «superviviente» de «esos dramáticos días de las décadas de 1950 y 1960», John Elliott publicó una magistral panorámica sobre ese debate y sus protagonistas, «The General Crisis in Retrospect» [«La Crisis General: una mirada retrospectiva»].[2]

En 1968, Elliott pronunció una influyente conferencia titulada «Revolución y continuidad en la Europa de la Edad Moderna», que, buscando denominadores comunes en los acontecimientos de la década de 1640, también los comparaba con otras «oleadas» de resistencia registradas en la Europa moderna. Una década después, éste y otros artículos sobre el tema, publicados desde la aparición de *Crisis in Europe* de Aston, se reunieron en el libro de Parker y Smith, *The General Crisis of the Seventeenth Century [La Crisis General del siglo xvii];* en tanto que en un número especial de la *Revue d'Histoire Diplomatique* se publicaron estudios sobre nueve revueltas «contemporáneas» ocurridas en Europa occidental (Portugal, España, Inglaterra, Irlanda, la Italia española, los Países Bajos españoles, Suecia, los cantones suizos y Lübeck). En 1976, Miroslav Hroch y Josef Petráň sintetizaron datos históricos y bibliografía del este de Europa, mientras que seis años después la revista *Renaissance and Modern Studies* publicó un número especial sobre la «Crisis en la Europa de la Edad Moderna», con otros ocho casos de estudio europeos, y Perez Zagorin incluía en *Rebels and rulers, 1500-1800 (Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna)* estudios sobre otros doce casos[3]. En 1975, el ensayo de Theodore Rabb, *The struggle for stability in early modern*

Europe [La lucha por la estabilidad en la Edad Moderna europea], no sólo se centró en la crisis sino en sus secuelas, y en 1999 el libro de Francesco Benigno, *Specchi della rivoluzione*, analizó la bibliografía sobre las perturbaciones europeas de mediados del siglo XVII, revisando detalladamente la amplia producción historiográfica sobre la Fronda y la revuelta de Nápoles.

El debate recuperó la perspectiva global con el panel sobre «La Crisis General en Extremo Oriente» que, celebrado durante la reunión anual de 1989 de la American Association for Asian Studies, se publicó al año siguiente en *Modern Asian Studies* (con textos de John Richards, William Atwell, Anthony Reid y Niels Steensgaard[4]). En 1991, el libro de Jack A. Goldstone, *Revolution and rebellion in the early modern world [Revolución y rebelión en la Edad Moderna]* comparó de manera sistemática el derrumbe de los Estados coetáneos de la Inglaterra Estuardo, el Imperio otomano y la China Ming. Al año siguiente, el libro de Ruggiero Romano, *Conjonctures opposées*, presentó datos que vinculaban las dificultades económicas de Europa y América, en tanto que el ensayo de Sheilagh Ogilvie, «Alemania y la crisis del siglo XVII», proporcionó la explicación más satisfactoria que se ha dado hasta el momento sobre la crisis en Europa occidental. Finalmente, entre 2008 y 2009, dos de las principales revistas históricas de Estados Unidos dedicaron números especiales al tema. Resulta difícil no estar de acuerdo con Theodore K. Rabb, quien en la introducción escrita para una recopilación decía: «Nos guste o no, parece que la Crisis no nos va a abandonar[5]».

Con pocas excepciones, prácticamente todas las obras sobre la crisis se han basado exclusivamente en fuentes políticas y económicas. Es comprensible, ya que la cantidad de manuscritos y fuentes impresas del siglo XVII que nos ha llegado es casi abrumadora. Por ejemplo, una lista de los relatos que sobre la revolución de Nápoles de 1647-1648 guardan sólo las bibliotecas y los archivos de esa ciudad puso de manifiesto que hay casi trescientos

manuscritos, la mayoría de autores contemporáneos. Existen, además, más de veinte relatos impresos del momento, así como algunos expresivos cuadros del artista local Micco Spadaro, que dan cuenta de varios episodios importantes. De la rebelión coetánea registrada en Fermo, localidad del centro de Italia, nos han llegado tantas descripciones que su evolución se puede seguir casi a la hora. En Inglaterra, los casi cuatrocientos relatos que se conservan de la batalla de Naseby, registrada en 1645, permiten a los historiadores reconstruir la acción casi minuto a minuto. A pesar de esta profusión de testimonios, varias fuentes importantes no salieron a la luz hasta hace relativamente poco: en la década de 1930 se descubrieron en la oficina de un abogado londinense los papeles de Samuel Hartlib y su círculo; en la de 1970 el gobierno chino abrió a los investigadores los archivos de los victoriosos Qing, y así sucesivamente. Además, muchas fuentes antes disponibles en un único archivo ahora pueden consultarse en línea. Quizá el ejemplo más espectacular sean las 20 000 páginas de «declaraciones» hechas por más de 3000 supervivientes protestantes de la rebelión irlandesa de 1641, que ahora han sido escaneadas, transcritas e indexadas para que sea posible «buscar» tanto denominadores comunes como a determinados individuos. Otros importantes ejemplos son la *State Papers* (Negociaciones de Estado) serie entera de documentos de Estado de la Public Record Office de Londres, y los papeles de Hartlib de la Universidad de Sheffield, ambos disponibles ya a través de Internet[6].

No obstante, la destrucción de documentos registrada en su día, unas veces accidental, otras deliberada, hace que con frecuencia dispongamos de fuentes escritas incompletas. Las relativas a las numerosas revueltas urbanas que hicieron tambalearse a la Rusia de los Romanov en 1648 proporcionan un revelador ejemplo de pérdida accidental. Sólo tenemos rastros documentales de relevancia sobre la revuelta ocurrida en la pequeña ciudad siberiana de Tomsk, porque los funcionarios destacados al este

de los Urales daban cuenta al Ministerio para Siberia, cuyos archivos están prácticamente intactos. Por el contrario, los que trabajaban al oeste de esa cordillera daban informes a otros ministerios moscovitas, en su mayoría destruidos posteriormente por el fuego o desechados. En consecuencia, los historiadores pueden reconstruir con bastante detalle las perturbaciones menores de Tomsk, pero casi todo lo que sabemos del gran levantamiento registrado en Moscú, que condujo al asesinato de varios ministros del zar y al incendio de la mitad de la capital, procede de un par de informes sacados clandestinamente del país por extranjeros (*véase capítulo 6*). También abundan los vacíos que no son accidentales, sino deliberados. En Gran Bretaña, en la década de 1630, la tensión creciente entre Carlos I y sus súbditos hizo que muchos protagonistas del momento evitaran expresarse por escrito. Algunos dejaron por completo de hacerlo (en 1639 un noble irlandés quiso visitar a un colega porque, según decía, «mucho tengo que deciros que no puedo confiar al papel»), en tanto que otros quemaron correspondencia delicada («cuanto más pienso en el objeto de esta carta [vuestra y en mi respuesta]», escribía un cortesano carolino, más partidario era de «quemarlas en cuanto se dé respuesta y solución a su contenido»). En China, los victoriosos Qing anunciaron en 1664 que «si los funcionarios o gentes del común tuvieran en sus casas libros con acontecimientos históricos de los pasados Ming deberán enviarlos» al regidor local más cercano, que los destruiría[7]. Para los historiadores es especialmente difícil llenar silencios que, como éstos, se han creado deliberadamente.

En las fuentes utilizadas por los historiadores para explicar la crisis del siglo XVII había otros dos «silencios», los registros relativos al cambio climático y demográfico, porque sólo se dispuso de datos para realizar estudios sistemáticos a este respecto después de la década de 1950. En 1955 el meteorólogo Marcel Garnier publicó un estudio en el que sugería que la fecha anual en la

que las comunidades francesas comenzaban la vendimia reflejaba la temperatura imperante durante el período vegetativo. Al volver la vista atrás en 2011, Emmanuel Le Roy-Ladurie recordaba que decidió hacerse historiador del clima al leer la obra de Garnier y que en 1967 publicó su rompedor estudio *Historia del clima desde el año 1000*. Desde entonces, los climatólogos han contado con observaciones sobre su disciplina tomadas en diversos lugares del mundo, en tanto que los historiadores del clima —sobre todo Hubert Lamb en el Reino Unido, Christian Pfister en Suiza, Rudolf Brázdil en la República Checa, Mikami Takehiko en Japón, y Le Roy-Ladurie y sus discípulos en Francia— han estudiado las correlaciones y coincidencias existentes entre esos datos y las perturbaciones políticas y sociales[8].

Inmediatamente después de que Garnier publicara su artículo sobre cómo medir los fenómenos climáticos antes de la era de los instrumentos científicos, un equipo formado por miembros del Institut National d'Études Démographiques de Francia y de los archivos de ese país indicó cómo se podían utilizar los registros parroquiales de nacimientos, matrimonios y defunciones para averiguar el tamaño de las familias y las tendencias demográficas antes de la época de los censos nacionales. Primero en Francia y después en otros países europeos, una serie de entusiastas comenzó a transcribir las entradas de los registros parroquiales que quedaban para crear «expedientes familiares», en tanto que hubo académicos que calcularon índices de mortalidad y nupcialidad. En la década de 1960, después de una visita a Europa, el historiador económico Hayami Akira comprendió que, en cierto modo, los registros anuales de fieles que tenían todos los templos de Japón constituían una fuente todavía mejor que los parroquiales, porque ya estaban organizados por familias. En China, otros demógrafos estudiaron los detallados registros vitales que la dinastía Qing había ido llevando de todos sus miembros. En este caso, también hubo equipos de historiadores que se afanaron por

transcribir registros y calcular tendencias demográficas[9]. Llegado el año 2013, casi todos los datos climáticos y demográficos disponibles en el mundo apuntaban a que, durante gran parte del siglo XVII, se había producido una serie de grandes crisis.

A partir de 2000, varias obras innovadoras han intentado relacionar esas series de datos con acontecimientos históricos concretos: son los libros de Timothy Brook, *The troubled Empire [El Imperio atribulado],* sobre China, y *Vermeer's hat [El sombrero de Vermeer],* que contiene varias historias del siglo XVII interconectadas; John Richards, *The unending frontier [La frontera interminable],* una historia medioambiental de la Edad Moderna; Bruce Campbell, «Nature as historical protagonist» [«La naturaleza como protagonista histórico»], sobre el calamitoso siglo XIV; y Sam White, *The climate of rebellion [El clima de la rebelión]*, acerca del Imperio otomano en el siglo XVII. Esos cuatro autores han situado los factores medioambientales en el centro de sus explicaciones y yo he aprendido mucho de esas obras tan pioneras. En concreto, me he detenido especialmente en la tesis planteada por John Richards respecto a que el mundo de la Edad Moderna avanzaba suavemente hacia un incremento de la productividad, ya que los intercambios ecológicos diversificaban los recursos alimentarios, mientras que la aparición de métodos más intensivos y la expansión del terreno cultivado incrementaban el rendimiento agrícola. No obstante, a mí la época de mediados del siglo XVII me parece un «traspié», un período de ajuste en el que las adversas condiciones climáticas, económicas y políticas retrasaron (y en algunos casos detuvieron) los beneficios de todos esos grandes cambios medioambientales descritos por Richards. Lamento profundamente no poder sentarme de nuevo con él a conjugar nuestras perspectivas, sólo ligeramente distintas.

Las publicaciones de Bruce Campbell (enumeradas posteriormente) utilizan datos de los registros humano y natural para demostrar que, durante el siglo XIV, el hemisferio norte sufrió una

crisis en muchos sentidos similar a la del XVII, en la que la adversidad climática y las mutaciones microbianas generaron una competencia por los recursos cada vez más enconada, además de una violenta oleada de descontento y una mortalidad masiva. En consecuencia, los lectores interesados en el asunto pueden comparar y contrastar ambas calamidades, sacando conclusiones sobre la gravedad relativa de ambos períodos, pero ya está claro que en nuestro pasado reciente continentes enteros, cuando no hemisferios, se han visto afectados por grandes y prolongados desastres medioambientales. «Nos guste o no», el papel que como generador de crisis está teniendo el cambio climático en la historia humana tampoco «nos va a abandonar».

ABREVIATURAS UTILIZADAS EN LAS NOTAS Y LA BIBLIOGRAFÍA

ACA: Arxiu de la Corona d'Aragó, Barcelona.

CA: Consell d'Aragó (documentos del Consejo de Aragón).

AGI: Archivo General de Indias, Sevilla.

IG: Indiferente General (consultas del Consejo de Indias).

México: Correspondencia del Consejo de Indias con Nueva España.

Lima: Correspondencia del Consejo de Indias con Perú.

AGRB: Archives Générales du Royaume/Algemeen Rijksarchief, Bruselas.

SEG: Secrétairerie d'État et de Guerre (documentos y correspondencia del gobierno de Bruselas en español).

AGS: Archivo General de Simancas.

Estado: Negociación de Estado (documentos del Consejo de Estado).

GA: Guerra Antigua (documentos del Consejo de Guerra).

SP: Secretarías Provinciales (documentos del Consejo de Italia).

AHEB: Arquivo Histórico do Estado de Bahia.

Seçâo Colonial (correspondencia del virrey de Brasil), Bahía.

AHN: Archivo Histórico Nacional, Madrid.

Consejos: *Consejos suprimidos* (documentos del Consejo de Castilla).

Estado: *Consejo de Estado* (documentos del Consejo de Estado y del Consejo de Portugal).

AHR: American Historical Review.

AM: Archivo Municipal.

AMAE (M): Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, Sección de Manuscritos.

AMAE (P): Archives du Ministère des Affaires Étrangères, París.

CPA: Correspondance Politique: Angleterre (correspondencia del gobierno francés con diplomáticos en Gran Bretaña).

CPE: Correspondance Politique: Espagne (correspondencia del gobierno francés con diplomáticos en Cataluña).

ANF: Archives Nationales de France, París.

AP: Archives Privés 260 y 261 (155 Mi 1-168 y 161 Mi 1-47) (Archivo de Marshal Vauban).

APW: Repgen, K., ed., *Acta Pacis Westphalicae*: serie I, Instrucciones; serie II, Correspondencia; serie III, Diarios; cada una de ellas con múltiples subseries (serie II subserie B, Correspondencia Francesa; subserie C, Correspondencia Sueca; y así sucesivamente); cada subserie consta de varios volúmenes.

AUB: Aberdeen University Library

ms. 2538, «Triennial travels», relato de los viajes de James Fraser, un seminarista de la Universidad de Aberdeen, por Europa en 1657-1658 (3 vols).

BL: British Library, Departamento de Manuscritos Occidentales, Londres.

Addl.: Additional Manuscripts.

Egerton: Egerton Manuscripts.

Harl.: Harleian Manuscripts.

BNE: Biblioteca Nacional de España, Sección de Manuscritos, Madrid.

BNF: Bibliothèque Nationale de France, Gabinete de Manuscritos, París

f. fr.: *fonds français*

ms. *Esp.: manuscrit espagnol*.

BNL: Biblioteca Nacional, Sección de Manuscritos, Lisboa.

Bod.: Bodleian Library, Departamento de Manuscritos Occidentales, Oxford.

CC: Climatic Change.

CHC: Cambridge History of China, D. Twitchett et ál., eds., 15 vols., algunos de ellos en dos tomos (Cambridge, 1978-2009).

CHJ: Cambridge History of Japan, J. W. Hall et ál., eds., 6 vols. (Cambridge, 1988-1999).

Co. Do. In.: Colección de documentos inéditos para la historia de España.

CSPC: Calendar of State Papers, Colonial Series, America and West Indies, W. N. Sainsbury et ál., eds., 45 vols. (Londres, 1860-1994).

CSPD: Calendar of State Papers, Domestic Series Edward VI, Mary, Elizabeth I and James I, S. C. Lomax y M. A. Everett Green, ed., 12 vols. (Londres, 1856-1872) *Charles I,* J. Bruce y W. D. Hamilton, eds., 23 vols. (Londres, 1858-1897).

CSPI: Calendar of State Papers relating to Ireland. James I, C. W. Russell y J. P. Prendergast, eds., 5 vols. (Londres, 1872-1880) *Calendar of State Papers relating to Ireland of the Reign of Charles I,* R. P. Mahaffy, ed., 4 vols. (Londres, 1900-1904).

CSPV: Calendar of State Papers and Manuscripts relating to English affairs, existing in the archives and collections of Venice, and in other libraries of Northern Italy, 1202-1674, H. F. Brown et ál., eds., 28 vols. (Londres, 1864-1947).

CSSH: Comparative Studies in Society and History.

ECCP: Eminent Chinese of the Ch'ing Period, A. Hummel, ed., 2 vols. (Washington D. C., 1943).

EcHR: Economic History Review.

EHR: English Historical Review.

EI: Encyclopedia of Islam, P. J. Bearman et ál., ed., 12 vols. (2.ª ed., Leiden, 1960-2003; también accesible en línea).

HAG: Historical Archive, Sección de Manuscritos, Goa (correspondencia del virrey portugués del Estado da India y de su Conselho da Fazenda).

HJ: Historical Journal.

HMC: Historical Manuscripts Commission.

IJC: International Journal of Climatology.

IJMES: International Journal of Middle Eastern Studies.

JAS: Journal of Asian Studies.

JEEH: Journal of European Economic History.

JESHO: Journal of the Economic and Social History of the Orient.

JIH: Journal of Interdisciplinary History.

JJS: Journal of Japanese Studies.

JMH: Journal of Modern History.

JWH: Journal of World History.

MHE: Memorial histórico español: colección de documentos, opúsculos y antigüedades que publica la Real Academia de la Historia, 50 vols. (Madrid, 1851-1963).

PLP: Proceedings in the Opening Session of the Long Parliament, M. Jansson, ed., 7 vols. (Rochester, 2002-2007).

P&P: Past & Present.

PRO: Public Records Office (ahora The National Archives), Londres.

SP: State Papers (correspondencia de los Secretarios de Estado ingleses).

RAS: Riksarkivet, Estocolmo.

Diplomatica: Muscovitica (correspondencia de los diplomáticos suecos en Rusia).

Manuskriptsamlingen (colecciones de manuscritos).

RPCS: Register of the Privy Council of Scotland, serie II, David Masson y P. Hume Brown, ed., 6 vols. (Edimburgo, 1899-1908).

SCC: Science and Civilization in China, Joseph Needham y colaboradores, ed., 7 vols., los vols. 4 a 7 tienen varios tomos (Cambridge, 1954-2008).

SCJ: Sixteenth Century Journal.

TCD: Trinity College, Dublín

ms.: *manuscripts*, los 33 volúmenes de las «Depositions», ya disponibles en formato digital en http://1641.tcd. ie&gt.

TRHistS: Transactions of the Royal Historical Society.

WMQ: William and Mary Quarterly.

BIBLIOGRAFÍA

A. FUENTES PRIMARIAS

La siguiente lista incluye los datos completos de todas aquellas obras citadas en las notas.

A true representation of the present sad and lamentable condition of the county of Lancaster (Wigan, 24 de mayo de 1649).

Abbott, W. C., ed., *Writings of speeches of Oliver Cromwell*, 3 vols. (Cambridge, 1937-1947).

Acta Pacis Westphalicae: Supplementa electronica, 1, «Die Westfälischen Friedensverträge vom 24. Oktober 1648. Texte und Übersetzungen», en < http://www.pax-westphalica. de/ipmipo/.

Ådahl, K., ed., *The sultan's procession. The Swedish embassy to sultan Mehmet IV in 1657-1658 and the Rålamb painting* (Estambul, 2006).

Alba, *Documentos escogidos, véase* Berwick y Alba, duquesa de.

Allen, William, *A faithful memorial of that remarkable meeting of many officers of the army of England, at Windsor Castle, in the year 1648* (Londres, 1659).

Althusius, Johannes, *véase* Carney, F. S.

Anderson, R. Ch., ed., *The journal of Edward Mountagu, first earl of Sandwich, admiral and general at sea, 1659-1665* (Londres, 1929: Navy Records Society, LXIV).

Andrade e Silva, José Justino de, *Collecção chronológica de legislação portugueza, 1627-1633* (Lisboa, 1855).

Anes Álvarez, G., ed., *Memoriales y discursos de Francisco Martínez de Mata* (Madrid, 1971).

Anónimo [Anón.], *An ease for overseers of the poore abstracted from the statutes, allowed by practise, and now reduced into forme, as a necessarie directorie for imploying, releeuing, and ordering of the poore* (Cambridge, 1601).

Anón., *The strangling and death of the Great Turke and his two sonnes* (Londres, 1622).

Anón., *A true and strange relation of fire, which by an eruption brake forth out of the bowels of the earth* (Londres, 1639).

Anón., *A declaration shewing the necessity of the Earle of Straffords suffering* (Londres, 1641).

Anón., *The times dissected, or a learned discourse of several occurrences very worthy of observation to deter evill men and encourage good* (Londres, 1642).

Anón., *The victorious proceedings of the Protestants of Ireland* (Londres, 1642).

Anón., *Nicandro o antídoto contra las calumnias que la ignorancia y envidia ha esparcido por deslucir y manchar las heroicas y inmortales acciones del conde-duque de Olivares después de su retiro* (Madrid, 1643).

Anón., *The moderator, expecting sudden peace, or certaine ruine* (Londres, 1643).

Anón., *New England's first fruits in respect of the progress of learning, in the Colledge at Cambridge in Massachusetts-Bay* (Londres, 1643), *Collections of the Massachusetts Historical Society for the year 1792*, I (Cambridge y Boston, 1792), pp. 242-250.

Anón., *Escrívense los sucessos de la Evropa desde abril de 46 hasta junio de 47 inclusive* (Madrid, 1647).

Anón., *The red-ribbon'd news from the army* (Londres, 1647).

Anón., *Persecutio undecima. The churches eleventh persecution, or a briefe of the Puritan persecution of the Protestant clergy of the church of England* (Londres, 1648).

Anón., *Avertissements aux rois et aux princes pour la traité de la paix et le sujet de la mort du roi de la Grande Bretagne* (París, 1649).

Anón., *Epilogue, ou dernier appel du bon citoyen sur les misères publiques* (París, 1649).

Anón., *La custode de la reyne, qui dit tout* (París, 1649).

Anón., *Le Ti qe… on de la maladie de l'État* (París, 1649).

Anón., *Avis à la reine d'Angleterre et à la France* (París, 1650).

Anón., *De na-ween vande Vrede. Ofte ontdeckinge vande kommerlijcke ghelegentheydt onses lieven Vaderlants… met de remedien daer teghen* (Ámsterdam, 1650).

Anón., *A bloudy fight in Ireland, between the Parliaments forces, commanded by Sir Charles Coot, and Col. Russels; and the King's forces* (Londres, 1652).

Anón., *The weasel uncas'd, or the in and outside of a priest drawn to the life* (sin fecha, c. 1692).

Antonio, Nicolás , *Biblioteca Hispana Nova*, 2 vols. (Roma, 1696).

—, *Cartas de don Nicolás Antonio i de don Antonio de Solís* (Lyon, 1733).

Antony, P., y H. Christmann, eds., *Johann Valentin Andreä: ein schwäbischer Pfarrer im dreissigjährigen Krieg* (Hildesheim, 1970).

Argyll, conde de, *Instructions, véase* Slaughter, T. P.

Arnauld, Angélique, *Lettres de la révérende mère Marie Angélique Arnauld*, 3 vols. (Utrecht, 1741-1742).

Arnauld, Antoine, *De la fréquente communion où Les sentimens des pères, des papes et des conciles, touchant l'usage des sacremens de pénitence et d'Eucharistie, sont fidèlement exposez* (París, 1643).

—, *La manière de cultiver les arbres fruitiers* (1652; reimp. 1671 y 1684).

Arnauld d'Andilly, Robert, *La vérité toute nue* (París 1652).

Articles of the large treaty concerning the establishing of the peace betwixt the Kings Majesty, and his people of Scotland, and betwixt the two kingdomes: agreed upon by the Scottish, and English Commissioners in the city of Westminster the 7th day of August. 1641: allowed and published for the use of the Kingdome of Scotland (Londres, 1641).

Aston, John, *The journal of John Aston, 1639*, en *Six North Country Diaries* (Edimburgo, 1910: Surtees Society, CXVIII), pp. 1-34.

Aston, *sir* Thomas, *A collection of sundry petitions presented to the Kings most excellent majestie* (Londres, 1642).

Aubrey, John, *The natural history of Wiltshire*, J. Britton, ed. (Londres, 1847).

—, *Brief lives chiefly of contemporaries set down by John Aubrey between the years 1669 and 1696*, A. Clark, ed. (Oxford, 1898).

Avenel, D. L. M., ed., *Lettres, instructions diplomatiques et papiers d'état du cardinal de Richelieu*, 8 vols. (París, 1853-1877).

Ayala, Baltasar de, *De iure et officiis bellicis et disciplina militari, Libri III* (Douai, 1582; J. Westlake, ed., 2 vols., Washington D. C., 1912).

Aykut, S¸. N., ed., *Hasan Beyzade Tarihi* (Estambul, 1980).

Bacon, Francis, *Novum organum Francisci de Verulamio Instauratio Magna* (Londres, 1620; trad. ingl.: *The new organon*, por L. Jardine y M. Silverthorne, Cambridge, 2000; trad. cast.: *La gran restauración: novum organum*, Tecnos, Madrid, 2011).

—, *The essayes or counsels, civill and morall* (1625; M. Kiernan, ed., Oxford, 2000; trad. cast.: *Ensayos*, Orbis, Barcelona, 1985).

—, *New Atlantis. A worke unfinished appended to: Sylva Sylvarum, or, a natural historie in ten centuries* (Londres, 1626; trad. cast.: *Nueva Atlántida*, Akal, Madrid, 2006).

—, *The works of Francis Bacon, baron of Verulam, Viscount St. Alban, and Lord High Chancellor of England*, J. Spedding, R. L. Ellis y D. D. Heath, eds., 14 vols. (Londres, 1861-1879).

Baily [o Bayly], Charles, *A true and faithful warning unto the people and inhabitants of Bristol* (Londres, 1663).

Bainbridge, John, *An astronomicall description of the late comet from the 18 of November 1618 to the 16 of December following, with certain morall prognosticks or applications drawne from the comets motion* (Londres, 1619).

Balde, Jakob, *Satira contra abusum tabaci* (Núremberg, 1657; trad. alem.: *Die trückene Trünckenheit*, 1658).

Balfour, *sir* James, *Historical works, véase* Haig, J.

Bamford, F., ed., *A royalist's notebook; the commonplace book of Sir John Oglander* (Londres, 1936).

Baratotti, Galarana [Elena Tarabotti; Arcángela Tarabotti], *La semplicità ingannata o La tirannia paterna*

(Leiden, 1654; F. Medioli, ed., Turín, 1989).

—, *L'inferno monacale véase Elena Tarabotti*.

Barbon, Nicholas, *A letter to a gentleman in the Country, giving an account of the two insurance offices; the fire-office and friendly-society* (Londres, 1685).

Barbot, Jean, *véase* Hair, P. E. H.

Baron, Samuel Haskell, *The travels of Olearius in seventeenth-century Russia* (Stanford, 1967).

[Batencour, Jacques de], *L'instruction méthodique pour l'école paroissiale, dressée en faveur des petites écoles, dividée en quatre parties* (París, 1669).

Baxter, Richard, *A holy Commonwealth, or political aphorisms, opening the true principles of government: for the healing of the mistakes, and resolving the doubts, that most endanger and trouble England at this time: (if yet there may be hope)* (Londres, 1659).

Baykal, B. S., ed., *Peçevi Tarihi* (Ankara, 1982).

Beach, Milo C., y Ebba Koch, *King of the world: the Padshahnama. An imperial Mughal manuscript from the Royal Library, Windsor Castle* (Londres, 1997).

Beauplan, *véase* Le Vasseur.

Beer, E. S. de, ed., *The correspondence of John Locke*, 8 vols. (Oxford, 1976-1989).

—, *The diary of John Evelyn*, 6 vols. (Oxford, 2000).

Begley, W. E., y Z. A. Desai, *The Shah Jahan Nama of 'Inayat Khan, an abridged history of the Mughal emperor Shah Jahan, compiled by his royal librarian* (Delhi, 1990).

Behr, Johann Heinrich, *Der Verschantzte Turenne oder grundliche Alt-und Neue Kriegsbaukunst* (Fráncfort, 1677).

Behrnauer, Walter Friedrich A., «Hâgî Chalfa's Dustûru'l-'amel'. Ein Beitrag zur osmanischen Finanzgeschichte», *Zeitschridt der deutschen morganländischen Gesellschaft*, XI (1857), pp. 111-132.

Bergh, S., ed., *Svenska riksrådets protokoll, 1621-1658* , 17 vols. (Estocolmo, 1878-1925).

Bernier, François, *Travels in the Mogul Empire, A. D. 1656-1668* (Westminster, 1891).

Berwick y Alba, duquesa de, *Documentos escogidos de la casa de Alba* (Madrid, 1891).

Bethel, Slingsby, *The world's mistake in Oliver Cromwell; or, A short political discourse shewing, that Cromwell's mal-administration, (during his four years, and nine moneths pretended protectorship) layed the foundation of our present condition, in the decay of trade* (Londres, 1668).

Bidwell, William B., y Maija Jansson, *Proceedings in Parliament, 1626*, 4 vols. (New Haven, 1991-1997).

Birago Avogadro, Giovanni Battista, *Delle historie memorabili che contiene le sollevationi di stato di nostri tempi* (Venecia, 1653; reimp. *Le turbolenze di Europa dall'anno 1640 sino al 1650*, Venecia, 1654).

Birch, Thomas, *The life of the honourable Robert Boyle* (Londres, 1741).

Bisaccione, Maiolino, *Historia delle guerre civili di questi ultimi tempi, cioê di Inghilterra, Catalogna, Portogallo, Palermo, Napoli, Fermo, Moldavia, Polonia, Svizzera, Francia, Turco* (1.ªed., Venecia, 1652; 4.ª ed., «*ricorretta et in molte parti accresciuta*», Venecia, 1655).

Blair, Emma H., y James A. Robertson, *The Philippine Islands*, 55 vols. (Cleveland, 1905-1911).

Bocarro, Antonio, *O livro das plantas de todas as fortalezas, cidades e povoações do estado da India Oriental*, 3

vols. (1635; I. Cid, ed., Lisboa, 1992).

Bodin [Bodino], Jean, *The six bookes of a commonweale* (Londres, 1606; trad. ingl.: Richard Knolles a partir del original francés).

[Boecio] [Voetius, Gisbertius], *Brittish lightning, or, suddaine tumults in England, Scotland and Ireland to warne the United Provinces to understand the dangers and the causes thereof* (Ámsterdam, 1643).

Boix y Moliner, Miguel Marcelino, *Hippocrates aclarado y sistema de Galeno impugnado, por estar fundado sobre dos aphorismos de Hippocrates no bien entendidos, que son el tercero, y veinte y dos del primer libro* (Madrid, 1716).

Borja Palomo, Francisco, *Historia crítica de las riadas o grandes avenidas del Guadalquivir en Sevilla desde su reconquista hasta nuestros días*, 2 vols. (Sevilla, 1878).

Bossuet, Jean-Bénigne, *Politics drawn from the very words of Holy Scripture* (1679; París, 1709; trad. ingl., Cambridge, 1990; trad. cast.: *Política sacada de las Sagradas Escrituras*, Tecnos, Madrid, 1974).

—, *Discours sur l'histoire universelle, à Monseigneur le Dauphin, pour expliquer la suite de la religion et les changemens des empires*, 2 vols. (París, 1681).

Botero, Giovanni, *Relatione della Republica Venitiana* (Venecia, 1605); *véase* Villari, R.

Bournoutian, George, *The chronicle of Deacon Zak'aria of K'anak'er (Zak'areay Sarkawagi Patmagrut'iwn)* (Costa Mesa, 2004).

Boyle, Robert, *véase* Birch, T.

Boyle, Roger, conde de Orrery, *A treatise on the art of war*, 2 vols. (Londres, 1677).

Bradford, William, *Bradford's History of Plymouth Plantation 1606-1646,* W. T. Davis, ed. (Nueva York, 1908).

Bradstreet, Anne, «A dialogue between Old England and New», en *Tenth Muse lately sprung up in America* (Londres, 1650; ed. facs., Gainesville, 1965).

Brantôme, Pierre de Bourdeille, señor de, *Oeuvres*, vol. VI (París, 1787).

Bray, W., ed., *Diary and correspondence of John Evelyn, F. R. S., to which is subjoined the private correspondence between King Charles I and Sir Edward Nicholas*, nueva ed., 4 vols. (Londres, 1887).

Bremner, R. H., ed., *Children and youth in America. A documentary history*, vol. I (Cambridge, 1970).

Brennan, M. G., ed., *The travel diary of Robert Bargrave: Levant merchant (1647-1656)* (Londres, 1999: Hakluyt Society, 3.ª serie, vol. III).

Brigham, C. S., ed., *British royal proclamations relating to America 1603-1783* (Worcester, 1911).

Brinsley, John, *Ludus literarius: or, the grammar schoole, shewing how to proceede from the first entrance into learning, to the highest perfection required in the grammar schools* (Londres, 1612).

Brome, Alexander, *Rump: or an exact collection of the choycest poems and songs relating to the late times, by the most eminent wits, from anno 1639 to anno 1661* (Londres, 1662: ed. ampl. de *Ratts rhimed to death*, 1660, y *The Rump*, 1660).

Brown, Edward, *An account of several travels through a great part of Germany, in four journeys* [1668] (Londres, 1677).

Bruce, J., ed., *Letters and papers of the Verney family down to the end of the year 1639* (Londres, 1853: Camden Society, LVI).

—, *Notes of the treaty carried on at Ripon between King Charles I and the Covenanters of Scotland, A. D. 1640* (Londres, 1869: Camden Society, C).

Bunyan, John, *The pilgrim's progress from this world to that which is to come, Part I* (Londres, 1678; trad. cast.: *El progreso del peregrino*, Cátedra, Madrid, 2003).

Burke, Edmund, *Reflections on the revolution in France* (1791; J. C. D. Clark, ed., Stanford, 2001).

Burnet, Gilbert, *The memoires of the lives and actions of James and William, dukes of Hamilton* (Londres, 1677).

Burton, Robert, *The anatomy of melancholy, What it is: with all the kinds, causes, symptomes, prognostickes, and several cures of it; in three partitions with their severall sections, members, & subsections. philosophically, medicinally, historically, opened & cut up* (1621; 4.ª ed., Oxford, 1638; trad. cast.: *Anatomía de la melancolía*, Alianza, Madrid, 2010).

Bush, S., ed., *The correspondence of John Cotton* (Chapel Hill, 2001).

Butler, Samuel, *Hudibras, Part I* (Londres, 1662).

Calderón de la Barca, Pedro, *El alcalde de Zalamea* (Alcalá de Henares, 1651).

Calderwood, David, *History of the Kirk of Scotland* (escrita en la década de 1640), T. Thomson, ed., 7 vols. (Edimburgo: Wodrow Society, 1842-1845).

Calendar of State Papers and manuscripts relating to English affairs, existing in the archives and collections of Venice, and in other libraries of Northern Italy, 1202-1674, H. F. Brown et ál., eds., 28 vols. (Londres 1864-1947).

Calendar of State Papers, Colonial Series, America and West Indies, 1675-1676, W. N. Sainsbury, eds. (Londres, 1893).

Calendar of State Papers, Domestic Series. Charles I, J. Bruce y W. D. Hamilton, ed., 23 vols. (Londres, 1858-1897).

Calendar of State Papers, Domestic Series. Edward VI, Mary, Elizabeth I and James I, S. C. Lomax y M. A. Everett Green, eds., 12 vols. (Londres, 1856-1872).

Calendar of State Papers relating to Ireland. James I, C. W. Russell y J. P. Prendergast, eds., 5 vols. (Londres, 1872-1880).

Calendar of State Papers relating to Ireland of the Reign of Charles I, R. P. Mahaffy, ed., 4 vols. (Londres, 1900-1904).

Calendar of the Court Minutes etc of the East India Company 1644-1649, E. B. Sainsbury, ed. (Oxford, 1912).

Callot, Jacques, *Les grandes misères de la guerre* (París, 1633).

Campbell, Archibald, marqués de Argyll, *Instructions to a son, containing the rules of conduct in public and private life* (Londres, 1661).

Capaccio, Giovanni, *Il forastiero. Dialogi* (Nápoles, 1634).

Capecelatro, Francesco, *véase* Graniti, A.

Capograssi, A., «La rivoluzione di Masaniello vista dal residente veneto a Napoli», *Archivio Storico per le Province Napolitane*, n. s., XXXIII (1952), pp. 167-235
.

Cardin Le Bret, P., *De la souveraineté du roy* (París, 1632).

Carlos I, rey de Gran Bretaña, *A Large Declaration concerning the late tumults in Scotland* (Londres, 1639).

—, *Eikon basilike* (Londres, 1648-1649; J. Daems y H. F. Nelson, ed., Peterborough, 2005).

Carney, F. S., ed., *The politics of Johannes Althusius* (Londres, 1964).

Carrier, Hubert, *La Fronde: contestation démocratique et misère paysanne. 52 Mazarinades*, 2 vols. (París, 1982).

Cartas de algunos padres de la Compañía de Jesús sobre los sucesos de la Monarquía entre 1634 y 1648, Pascual de Gayangos, ed., 7 vols. (Madrid, 1861-1865: *Memorial Histórico Español*, vols. XIV-XIX).

Castlehaven, James Tuchet, conde de, *Memoirs of the Irish wars* (1684; Delmar, 1974).

Cavendish, Margaret, duquesa de Newcastle, *Nature's pictures drawn by fancies pencil to the life* (Londres, 1656).

—, *The life of William Cavendish, duke of Newcastle, to which is added «The true relation of my birth, breeding and life»* (1667; C. H. Firth, ed., Londres, 1886).

Cayet, Pierre-Victor, *Chronologie novenaire* (París, 1608; Michaud y Poujoulat, eds., París, 1838).

Cernovodeanu, Paul y Paul Binder, eds., *Cavalerii Apocalipsului. Calamit ile naturale din trecutul României (pân la 1800)* (Bucarest, 1993).

Cervantes Saavedra, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, parte II (Madrid, 1615).

Chardin, Jean, *Sir John Chardin's travels in Persia* (París, 1676; Londres, 1724; Nueva York, 2010).

Chen Zilong, «The little cart», en A. Waley, *Translations from the Chinese* (Nueva York, 1941).

Cheng Pei-kai, Michael Lestz y Jonathan Spence, *The search for Modern China: a documentary collection* (Nueva York, 1999).

Chéruel, Adolphe y Georges Avenel, eds., *Lettres du cardinal Mazarin pendant son ministère*, 7 vols. (París, 1872-1893).

Churchill, A., y J., eds., *A collection of voyages and travels: some now first printed from original manuscripts, others now first published in English in six volumes* (Londres, 1732).

Ciampoli, Giovanni Battista, *Lettere* (Florencia, 1650).

Clarendon, Edward Hyde, conde de, *Brief view and survey of the dangerous and pernicious errors to church and state in Mr. Hobbes's book entitled «Leviathan»* (Oxford, 1676).

—, *The history of the rebellion and civil wars in England, begun in the year 1641*, W. D. Macray, 6 vols., ed. (Oxford, 1888).

Clarendon State papers, véase Monkhouse, T.

Cock, Thomas, *Hygieine, or, A plain and practical discourse upon the first of the six non-naturals, viz, air with cautionary rules and directions for the preservation of people in this time of sickness, very necessary for the gentry and citizens that are now in the country to peruse before they come into London* (Londres, 1665).

Coenen, Thomas, *Ydele verwachtinge der Joden getoont in den persoon van Sabethai Zevi* (Ámsterdam, 1669).

Coke, Edward, *The third part of the Institutes of the Laws of England* (4.ª ed., Londres, 1669).

Colbert, Jean-Baptiste, *Lettres, instructions et mémoires de Colbert*, Pierre Clément, ed., 10 vols. (París, 1861-1873).

Collin, N., «Observations made at an early period, on the climate of the country along the river Delaware, collected from the records of the Swedish colony», *Transactions of the American Philosophical Society*, n. s., I (1818), pp. 340-352.

Collurafi, A., *Tumultazioni delle plebe di Palermo* (Palermo, 1661).

Conti, Vittorio, *Le leggi di una rivoluzione. I bandi della Repubblica napoletana dall'ottubre 1647 all'Aprile 1648* (Nápoles, 1983).

Cooper, Michael, *The island of Japon. João Rodrigues' account of sixteenth-century Japan* (Tokio, 1973).

Corneille, Pierre, *Pertharite, roy des Lombards. Tragédie* (París, 1654).

Correra, L., «Inedita relazione dei tumulti napoletani del 1647», *Archivio Storico per le Province Napolitane*, XV (1890), pp. 353-387.

Cortes, Adriano de las, *Viaje de la China*, Alianza, Madrid, 1991.

Coryate, Thomas, *Coryat's crudities, hastily gobled up in five months' travells… newly digested, and now dispersed to the nourishment of the travelling members of this kingdom* (Londres, 1611).

Cosnac, Gabriel Jules, conde de, *Souvenirs du règne de Louis XIV*, vol. V (París, 1876).

Costin, Miron, *Letopiseţul Ţărîi Moldovei* (Bucarest, 1975).

Cristina, reina de Suecia, *Apologies*, J.-F. de Raymond, ed. (París, 1994).

Crucé, Émeric, *Le nouveau Cynée ou Discours d'Estat représentant les occasions et moyens d'establir une paix générale et la liberté de commerce pour tout le monde* (París, 1623).

Cushman, Robert, *The sin and danger of self-love described, in a sermon preached at Plymouth, in New-England, 1621* (Boston, 1846).

Cysat, Renward, *Collectanea Chronica und denkwürdige Sachen pro Chronica Lucernensi et Helvetiae*, vol. IV, t. 2, J. Schmid, ed. (Lucerna, 1969).

Dalton, Michael, *The Countrey Justice, containing the practice of the Justices of Peace out of their Sessions* (Londres, 1622).

Davant, François, *Avis à la reine d'Angleterre et à la France* (París, 1650).

Davenant, Charles, *An essay upon the ways and means of supplying the war* (Londres, 1695).

[Davenant, William], *The first days entertainment at Rutland-House* (Londres, 1656).

Davies, John, *A discovery of the true causes why Ireland was never entirely subdued* (1612; 3.ª ed., Londres, 1666).

Defoe, Daniel, *The life and strange surprizing adventures of Robinson Crusoe, of York, Mariner, who lived eight and twenty years all alone in an un-inhabited island on the coast of America, near the mouth of the great river of Oroonoque; Having been cast on Shore by Shipwreck, wherein all the Men perished but himself* (4.ª ed., Londres, 1719).

—, *A journey thro' the whole island of Great Britain*, 4.ª ed., 4 vols. (1724; Londres, 1748).

—, *The compleat English tradesman*, vol. II, en dos tomos (Londres, 1727).

Dell, William, *Several sermons and discourses* (Londres, 1652; reimp. 1709).

Descartes, René, *Discours de la méthode: pour bien conduire sa raison et chercher la vérité dans les sciences* (Leiden, 1637; ed. biling. ingl.-franc.: G. Heffernan, Notre Dame, 1994; trad. cast.: *Discurso del método*, Espasa, Madrid, 2005).

—, *Oeuvres de Descartes*, C. Adam y P. Tannery, ed., 12 vols. (París, 1897-1913).

Desmarets de Saint-Sorlin, *Europe. Comédie héroique* (París, 1643; reimp. atrib. al cardenal Richelieu, Lovaina, 2006).

Di Cosmo, N., ed., *The diary of a Manchu soldier in seventeenth-century China. «My service in the army» by Dzengšeo* (Nueva York, 2006).

Di Marzo, G., ed., *Diari dell città di Palermo dal secolo XVI al XIX*, vols. III-IV (Palermo, 1869-1871).

—, *Biblioteca storica*.

Diaries kept by the head of the Dutch factory in Japan, 1633-49, 11 vols. (Tokio, 1974-2012).

Dickinson, William Croft y Gordon Donaldson, eds., *A sourcebook of Scottish history*, vol. III (Edimburgo, 1961).

Disney, Gervase, *Some remarkable passages in the holy life and death of Gervase Disney, Esq. to which are added several letters and poems* (Londres, 1692).

Documenti originali relativi alla rivoluzione di Tommaso Aniello (British Library: C. 55.I.3).

Doglio, M. L., ed., *Lettere di Fulvio Testi*, 3 vols. (Bari, 1967).

Donaldson, Gordon, *The making of the Scottish Prayer Book of 1637* (Edimburgo, 1954).

Donne, John, *Devotions upon emergent occasions* (Londres, 1623).

Donzelli, Giuseppe, *Partenope liberata, o vero racconto dell'heroica risolutione fatta del popolo di Napoli per soltrarsi con tutto il regno dell'insopportabil giogo delli Spagnuoli* (Nápoles, 1648).

Dooley, B., ed., *Italy in the Baroque: selected readings* (Nueva York, 1995).

Downing, Calybute, *A discoursive coniecture upon the reasons that produce a desired event of the present troubles of Great Britaine, different from those of Lower Germanie* (Londres, 1641).

Drewes, G. W. J., ed., *Hakayat potjut Muhamat: an Achehnese epic* (La Haya, 1980).

Dujčev, Ivan Simeonov, *Avvisi di Ragusa. Documenti sull'Impero Turco nel secolo XVII e sulla guerra di Candia* (Roma, 1935: Orientalia Christiana Analecta, CI).

Dunn, Richard S., et ál., eds., *The journal of John Winthrop, 1630-1649* (Cambridge, 1996).

Du-Plessis, Armand-Jean, cardenal-duque de Richelieu, *Testament politique* (L. André, ed., París, 1947).

Elliot, Henry Miers y John Dowson, *The history of India as told by its own historians. The Muhammadan Period*, 8 vols. (Londres, 1867-1877).

Elliott, J. H., y J. F. de la Peña, eds., *Memoriales y cartas del conde-duque de Olivares*, 2 vols. (Madrid, 1978-1981).

Evelyn, John, *Diary*, véase De Beer. E. S.

—, *Fumifugium: or the inconveniency of the aer and smoke of London dissipated* (Londres, 1661).

Evliya Çelebi, *Seyahatname*, 15 vols. (Estambul, 1969-1971).

Fairholt, Frederick W., *Poems and songs related to George Villiers, duke of Buckingham, and his assassination by John Felton* (Londres, 1850).

Fellon, Thomas, S. J., *Faba arabica, vulgo caffetum, carmen* (Roma, 1696).

Fernández Álvarez, M., *Corpus documental de Carlos V,* 5 vols. (Salamanca, 1973-1981).

Fincham, Kenneth, «The judges' decision on ship money in February 1637: the reaction of Kent», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, LVII (1984), pp. 230-237.

Firpo, L., ed., *Relazioni di ambasciatori veneti al Senato, tratte dalle migliori edizioni disponibili e ordinate cronologicamente*, 14 vols. (Turín, 1965-1996).

Firth, Ch. H., ed., *The Clarke papers. Selections from the papers of William Clarke*, 4 vols. (Londres, 1891-1901: Camden Society, vols. XLIX, LIV, LXI, LXII).

—, y Robert S. Rait, *Acts and ordinances of the Interregnum, 1642-1660,* 2 vols. (Londres, 1911).

Fleming, D. H., ed., *Diary of Sir Archibald Johnston of Wariston*, II (Edimburgo, 1919: Scottish History Society, XVIII); *véase también* Paul.

Foster, George, *The pouring forth of the seventh and last viall upon all flesh and fleshlines, which will be a terror to the men that have great possessions or several visions which hath bin made out to me* (Londres, 1650).

—, *The sounding of the last trumpet or, severall visions, declaring the universall overturning and rooting up of all earthly powers in England, with many other things foretold, which shall come to passe in this year, 1650* (Londres, 1650).

Foster, William, ed., *The English Factories in India, 1630-1632* (Oxford, 1910).

—, *The English factories in India, 1632-1633* (Oxford, 1910).

—, *The English factories in India, 1634-1636* (Oxford, 1911).

—, *The English factories in India, 1637-1641* (Oxford, 1912).

—, *The English factories in India, 1655-1660* (Oxford, 1921).

—, *The English factories in India, 1661-1664* (Oxford, 1923).

—, *The voyage of Thomas Best to the East Indies, 1612-1614* (Londres, 1934: Hakluyt Society, 2.ª serie, vol. LXXV).

—, *The voyage of Sir Henry Middleton to the Moluccas, 1604-1606* (Londres, 1943: Hakluyt Society, 2.ª serie, vol. LXXXVIII).

Fox, George, *A journal or historical account of the life, travels, sufferings, Christian experiences and labour of love in the work of the ministry, of that ancient, eminent and faithful servant of Jesus Christ, George Fox* (Londres, 1694).

Franklin, Benjamin, *Observations concerning the increase of mankind and the peopling of countries & c.* (Filadelfia, 1751).

Fryer, John, *A new account of East India and Persia, being nine years' travels, 1672-1681,* W. Crooke, ed., 3 vols. (Londres, 1915).

Galilei, Galileo y Christoph Scheiner, *On sunspots*, E. Reeves y A. Van Helden, eds. (Chicago, 2010).

Gallagher, L., ed., *China in the sixteenth century. The journals of Matthew Ricci, 1583-1610* (Nueva York, 1951).

Gallardo, Bartolomé J., *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, 2 vols. (Madrid, 1863-1889).

García Acosta, V., J. M. Pérez Zevallos y A. Molina del Villar, eds., *Desastres agrícolas en México. Catálogo histórico. I. Época prehispánica y colonial, 958-1822* (México, 2003).

Gardiner, Lion, *A history of the Pequot war, or a relation of the war between the powerful nation of Pequot Indians, once inhabiting the coast of New-England, westerly from near Narraganset Bay, and the English inhabitants, in the year 1638* (1660; Cincinnati, 1860).

Gardiner, S. R., ed., *The Hamilton papers* (Londres, 1880: Camden Society, n. s., XXVII).

—, *Constitutional documents of the Puritan Revolution* (Londres, 1906).

Gascón de Torquemada, Gerónimo, *Gaçeta y nuevas de la Corte de España* (Madrid, 1991).

Gatta, Geronimo, *Di una gravissima peste che nella passata primavera e estate dell'anno 1656 depopulò la città di Napoli* (Florencia, 1657).

Gaunt, John, *Natural and political observations, mentioned in a following index, and made upon the bills of mortality* (Londres, 1662).

Gilbert, J. T., ed., *A contemporary history of affairs in Ireland from 1641 to 1652,* 6 vols. (Dublín, 1879-1880).

—, *History of the Irish Confederation and the war in Ireland by Richard Bellings*, 7 vols. (Dublín, 1882-1891).

Ginschopff, Johann, *Cronica, oder eygendtlyche Beschreibung vieler denckwürdigen Geschichte* (Stuttgart, 1630).

Giraffi, Alessandro, *Le rivoluzioni di Napoli* (Venecia, 1647; *véase también* Howell, J., *An exact historie*).

Goad, John, *Astrometeorologia, or aphorisms and discourses of the bodies celestial, their nature and influence* (Londres, 1686).

Goldie, M., ed., *The entring book of Roger Morrice*, 7 vols. (Woodbridge, 2007).

Gondi, Pierre de, cardenal de Retz, *Oeuvres*, vol. II, A. Feuillet, ed. (París, 1872).

Goodwin, John, *Anti-Cavalierisme, or, truth pleading as well the necessity as the lawfulness of this present war* (Londres, 1642).

Gordon of Auchleuchries, Patrick, *Diary of General Patrick Gordon of Auchleuchries 1635-99,* 2 vols., D. Fedosov, ed. (Aberdeen, 2009).

Gough, Richard, *The history of Myddle* (1700-1702; D. Hey, ed., Harmondsworth, 1981).

Gracián, Baltasar, S. J., *El criticón*, 3 vols. (Zaragoza, 1651, 1653, 1657).

Graniti, A., ed., *Diario di Francesco Capecelatro contenente la storia delle cose avvenute nel reame di Napoli negli anni 1647-50*, 3 vols. (Nápoles, 1850-1854).

Green, M. A. E., ed., *Letters of Queen Henrietta Maria including her private correspondence with Charles the First* (Londres, 1857).

Grey, Anchitell, *Debates of the House of Commons, from the year 1667 to the year 1694,* 10 vols. (Londres, 1763).

Grillon, Pierre, *Les papiers de Richelieu: section politique interieure, correspondance et papiers d'État*, 6 vols. (París, 1975-1985).

Grimmelshausen, Hans Jacob Christoph von, *Der abentheuerliche Simplicissimus Teutsch*, 1669; Tubinga, 1967 (trad. cast.: *El aventurero Simplicissimus*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978).

Grocio [Grotius], Hugo, *Briefwisseling*, P. C. Molhuysen, B. L. Meulenbroek, P. P. Witkam et ál., eds., accesible en línea en < http://grotius. huygens. knaw. nl/ years.

Groen Van Prinsterer, G., ed., *Archives ou correspondance de la maison d'OrangeNassau*, serie II, 5 vols. (Utrecht, 1857-1861).

Gryphius, Andreas, *Horribilicribrifax Teutsch* (Breslavia, 1663).

Guha, J. P., ed., *India in the seventeenth century*, 2 vols. (Nueva Delhi, 1984).

Guijó, Gregorio Martín de, *Diario 1648-64*, 2 vols., M. Romero de Terreros, ed. (México, 1952).

Guisa, duque de, *Mémoires, véase* Petitot, A.

Gumppenberg, Guilielmo, S. J., *Atlas Marianus sive de imaginibus Deiparae per orbem christianum miraculosis*, 2 vols. (Ingolstadt, 1655).

Haig, J., ed., *The historical works of Sir James Balfour of Denmylne and Kinnaird*, 3 vols. (Edimburgo, 1825).

Hair, P. E. H., Adam Jones y Robin Law, eds., *Barbot on Guinea: The Writings of Jean Barbot on West Africa, 1678-1712,* 2 vols. (Londres, 1992: Hakluyt Society, serie II, vols. CLXXV-CLXXVI).

Hall, J. C., ed., *Feudal laws of Japan* (Washington D. C., 1979).

Halley, Edmond, *A synopsis of the astronomy of comets* (Oxford, 1705).

Halliwell, J. O., ed., *Letters of the Kings of England*, 2 vols. (Londres, 1846).

Hannover, Nathan, *Yaven Metzulah* (Venecia, 1653; trad. ingl.: *Abyss of despair*, Nueva York, 1950).

Hardwicke, Philip Yorke, conde de, ed., *Miscellaneous State Papers from 1501 to 1726* (Londres, 1778).

Hartlib, Samuel, *Considerations Tending to the Happy Accomplishment of England's Reformation in Church and State. Humbly presented to the piety and wisdome of the High and Honourable Court of Parliament* (Londres, 1647).

—, *Samuel Hartlib his legacie; or, an enlargement of the discourse of husbandry used in Brabant and Flaunders* (Londres, 1650; incluye el discurso recopilado por *sir* Richard Weston).

Harvey, William, *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus* (Fráncfort, 1628).

—, *Exercitationes de generatione animalium* (Ámsterdam, 1651).

Hasan Beyzade Tarihi, véase Aykut, N.

Haust, J., ed., *Quatre dialogues de paysans (1631-1636)* (Lieja, 1939).

Heberle, Hans, *véase* Zillhardt, G.

Hellie, Richard, *The Muscovite law code (Ulozhenie) of 1649* (Irvine, 1988).

Heylin, *Cyprianus Anglicanus*, 1668.

Hevelius, Johannes, *Selenographia sive Lunae descriptio* (Dánzig, 1647).

Hickson, Mary, *Ireland in the seventeenth century, or the Irish massacres of 1641-2, their causes and results*, 2 vols. (Londres, 1884).

HMC, Third Report (Londres, 1872).

Hobbes, Thomas, *On the citizen* (*De cive*, 1641; ed. y trad. ingl.: R. Tuck y M. Silverthorne, Cambridge, 1998;).

—, *Leviathan, or the matter, forme, and power of a common-wealth, ecclesiasticall and civill* (Londres, 1651; R. Tuck, ed., Cambridge, 1996; trad. cast.: *Leviatán*, Alianza, Madrid, 1996).

—, *Behemoth or The Long Parliament* (escrito en 1668, 1.ª ed. 1679; F. Tönnies, ed., Londres, 1969; trad. cast.: *Behemoth: el largo Parlamento*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1992).

Holmes, C. A., ed., *The Suffolk committees for Scandalous Ministers, 1644-1646* (Ipswich, 1970: Suffolk Records Society, XIII).

Howell, James, *A discourse discovering some mysteries of our new state… shewing the rise and progresse of England's unhappinesse, ab anno illo infortunato 1641* (Oxford, 1645).

—, *Epistolae Ho-elianae or familiar letters* (Londres, 1650; J. Jacobs, ed., Londres, 1890).

—, *An exact history of the late revolutions in Naples and of their monstruous successes not to be parallel'd by any antient or modern history* (2.ª ed., Londres, 1664; trad. ingl.: A. Giraffi, *Le revolutioni di Napoli*).

Howell, Thomas B., *Cobbett's complete collection of State Trials*, 33 vols. (Londres, 1809-1826).

Hrabjanka, H., *The great war of Bohdan Xmel'nyc'kyj* (1710; Y. Lutsenko, ed., Cambridge, 1990).

Huang Liuhong, *A complete book concerning happiness and benevolence: Fu-hui ch'üan-shu, A Manual for local magistrates in seventeenth-century China* (1699; trad. ingl. y ed.: Djang Chu, Tucson, 1984).

Hull, Ch. H., ed., *The economic writings of Sir William Petty*, 2 vols. (Cambridge, 1899).

Hutchinson, Lucy, *Memoirs of the life of Colonel Hutchinson, Governor of Nottingham* (escrito c. 1665; 10.ª ed., Londres, 1863).

Hyde, Edward, *véase* Clarendon, E. H.

Iakubov, K., «Rossiia i Shvetsiia v pervoi polovine xvii veku, VI. 1647-1650 gg. Doneseniia koroleve Khristine i pis'ma k korolevakeomu sekretariu shvedskogo rezidenta v Moskve Karla Pommereninga», *Chteniia v Imperatorskom Obshchestve Istorii i Drevnostei Rossiskikh pri Moskovskom Universitete*, I (1898), pp. 407-474.

Ince, William, *Lot's little one, or Meditations on Gen. 19 verse 20, being the substance of severall sermons sometimes delivered by William Ince* (Dublín, 1640).

Israel, Menasseh ben, *Esperança de Israel* (Ámsterdam, 1650).

Jacobo I, rey de Gran Bretaña, *His Maiesties speech to both the house of Parliament, in his Highnesse great chamber*

at Whitehall (Londres, 1607).

Jacobo I, *véase también* McIlwain, C. H.

Jacobs, J., ed., *Epistolae Ho-elianae*, véase Howell, J.

Jahangir, *Memoirs*, véanse Price, D., y Thackston, W.

Jansenio, Cornelio [Jansen, Cornelius], *Mars Gallicus, seu de justitia armorum et feodorum regis Galliae* (Lovaina, 1635).

—, *Augustinus, seu doctrina S. Augustini de humanae naturae sanitate, aegritudine, medicina, adversus Pelagianos et Massilienses*, 3 vols. (Lovaina, 1640; 2.ª ed., París, 1641).

Johnson, Robert C., et ál., eds., *Commons debates 1628,* 3 vols. (New Haven y Londres, 1977).

Johnson, Samuel, *The works of Samuel Johnson. X. Political writings*, D. J. Greene, ed. (New Haven y Londres, 1977).

Jonge, Karel Jakob de, *De opkpomst van Nederlandsch Gezag in Oost-Indië*, 16 vols. (La Haya, 1862-1909).

Jonson, Ben, *Epigrams* (Londres, 1612).

Josselin, Ralph, *véase* Macfarlane, A.

[Junta de Teòlegs], *Justificació en conciència de haver pres lo principat de Catalunya las armas per a resistir als soldats que de present la invadeixen y als altres que amenassan invadirla* (Barcelona, 1640).

Jusserand, J.-J., ed., *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France. XXIV. Angleterre* (París, 1929).

Kanceff, E., ed., *Oeuvres de Jean-Jacques Bouchard: Journal*, 2 vols. (Turín, 1976-1977).

Kâtib Çelebi, *The balance of truth* (1656; ed. y trad. ingl.: G. L. Lewis, Londres, 1957).

—, *Fezleke-i Tarih*, 2 vols. (Estambul, 1870).

Kenyon, J. P., ed., *The Stuart Constitution, 1603-1688. Documents and commentary* (Cambridge, 1966).

Kepler, Johannes, *Prognosticum astrologicum auff das Jahr... 1618* (Linz, 1618; reimp. en V. Bialas y H. Grüssing, eds., *Johannes Kepler Gesammelte Werke*, vol. XI, t. 2, Múnich, 1993).

Kingsbury, Susan M., *The records of the Virginia Company of London*, 4 vols. (Washington D. C., 1906-1935).

Knowler, W., ed., *The earl of Strafforde's letters and dispatches*, 2 vols. (Londres, 1739).

Kodama Kōta y Ōishi Shinzaburo, *Kinsei no-sei shiryo-shû. I. Edo bakufu horei* (Tokio, 1966).

Kolff, D. H. A., y H. W. Van Santen, eds., *De geschriften van Francisco Pelsaert over Mughal Indië, 1627. Kroniek en Remonstrantie* (La Haya, 1979: Werken uitgegeven door de Linschoten Vereeniging, LXXXI).

Kuroita Katsumi, ed., *Shintei zôho kokushi taikei*, XL (Tokio, 1964).

La Lumia, Isidoro, *Storie siciliane*, 4 vols. (reimp., Palermo, 1969).

La Noue, François , *Discours politique et militaires* (Basel, 1588).

Labat, Jean-Baptiste, *Nouvelle relation de l'Afrique occidentale: contenant une description exacte du Sénégal et des païs situés entre le Cap-Blanc et la rivière de Serrelionne*, 5 vols. (París, 1728).

Laing, D., ed., *The letters and journals of Robert Baillie, 1637-62,* 3 vols. (Edimburgo, 1841).

—, *Correspondence of Sir Robert Kerr, first earl of Ancram, and his son William, third earl of Lothian*, 2 vols. (Edimburgo, 1875: Roxburghe Club, C).

Lancellotti, Secondo, *L'hoggidi, overo il mondo non peggiore ne più calamitoso del passato* (Venecia, 1623).

—, *Oggidì, overo gl'ingegni non inferiori a' passati* (Venecia, 1636).

Larner, Christina J., Christopher J. H. Lee y Hugh V. McLachlan, *A source book of Scottish Witchcraft* (Glasgow, 1977).

Latham, R. C., y W. Matthews, eds., *The Diary of Samuel Pepys*, 11 vols. (Londres, 2000).

[Laud, William], *Arch-bishop Laud's annual accounts of his province, presented to the king in the beginning of every year; with the king's apostils or marginal notes* (Londres, 1695).

Laud, William, *véanse también* Heylin, *Cyprianus*; Scott, *Works; y* Wharton, *History*.

Lawrence, Richard, *The interest of England in the Irish transplantation stated* (Londres, 1655).

Le Boindre, J., *Débats du Parlement de Paris pendant la minorité de Louis XIV*, R. Descimon y O. Ranum, eds. (París, 1997).

Le Comte, Louis, *Nouveaux mémoires sur l'état présent de la Chine*, 2 vols. (París, 1691-1697; trad. ingl.: Londres, 1698).

Le Gendre, Sieur, *véase* Arnauld d'Andilly, R.

Le Vasseur, señor de Beauplan, Guillaume, *A description of Ukraine* (Ruan, 1651; trad. ingl.: Nueva Yo-

rk, 1959).

Leach, D., ed., *A Rhode Islander reports on King Philip's war: the second William Harris letter* (Providence, 1963).

Lee, M., ed., *Dudley Carleton to John Chamberlain, 1603-1624* (New Brunswick, 1972).

Leyb ben Oyzer, *La beauté du diable. Portrait de Sabbatai Zevi. Présenté, annoté et traduit du yiddish amstelodamois du XVIII e siècle par Nathan Weinstock* (París, 2011).

Leslie, John, conde de Rothes, *véase* Rothes.

Lionti, F., «Cartelli sediziosi del 1647», *Archivio Storico Siciliano*, n. s., XIX (1894-1895), pp. 424-443.

Locke, John, *A letter concerning toleration* (1689; J. H. Tully, ed., Indianápolis, 1983; trad. cast.: *Carta sobre la tolerancia*, Tecnos, Madrid, 2012).

—, *An essay concerning humane understanding* (Londres, 1690; trad. cast.: *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Editora Nacional, Madrid, 1980).

—, *Political essays*, M. Goldie, ed. (Cambridge, 1997).

Locke, *Travels, véase* Lough, J.

Loofeldt, Peter A., «Initiarum Monarchia Ruthenicae», RAS, *Manuskriptsamlingen*, 68.

Lord, G. D., ed., *Poems on affairs of state. Augustan satirical verse 1660-1714*, vol. I (New Haven, 1963).

Lough, J., ed., *John Locke's travels in France, 1675-1679, as related in his journals, correspondence and other papers* (Cambridge, 1953).

Loureiro de Souza, A., ed., *Documentos históricos do Arquivo Municipal. Cartas do Senado 1638-1673* (Salva-

dor de Bahía, 1951).

Love, Henry D., *Vestiges of Old Madras 1640-1800, traced from the East India Company's records preserved at Fort St. George and the India Office and from other sources*, 4 vols. (Londres, 1913).

Lowenthal, M., ed., *The memoirs of Glückel of Hameln* (Nueva York, 1977).

Lu, J. D., *Sources of Japanese history*, vol. I (Nueva York, 1974).

Lubienietski, Stanislaus, *Theatrum cometicum, duabus partibus constans, quarum altera frequenti Senatu Philosophico conspicua, Cometas anni 1664 & 1665* (Ámsterdam, 1668).

Luis XIV, rey de Francia, *A declaration of the Most Christian King Lovis the XIIIth* [sic] *King of France and Navarre* (Londres, 1649).

—, *Mémoires de Louis XIV, suivi de Réfexions sur le métier du roi*, (J. Longnon, ed., París, 1978; trad. cast.: *Memorias sobre el arte de gobernar*, Espasa, Madrid, 1999).

Lydius, Jacobus, *Belgium gloriosum* (Ámsterdam, 1667).

MacDonald, H., ed., *The poems of Andrew Marvell* (Londres, 1952).

Macfarlane, A., ed., *The diary of Ralph Josselin, 1616-1683* (Londres, 1976).

[Machon, Louis], *Les véritables maximes du gouvernement de la France* (París, 1652).

Magisa, Raymundo, *Svceso raro de tres volcanes, dos de fuego y uno de agua, que reventaron a 4 de enero de este año*

de 1641 a un mismo tiempo en diferentes partes de islas Filipinas (Manila, 1641).

Mallet, Jean-Roland, *Comptes rendus de l'administration des finances du Royaume de France* (Londres, 1789).

Manucci, Niccolo, *Storia do Mogor, or Mogul India, 1653-1708,* W. Irving, ed., 4 vols. (Londres, 1906).

Manuel de Melo, Francisco, *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña* (Lisboa, 1645; Madrid, 1912).

—, *Epanáforas de vária história portuguesa* (Lisboa, 1660; J. Serrão, ed., Lisboa, 1976).

Markham, Clement [Thodorus Verax], *Anarchia anglicana, or the history of independency, the second part* (Londres, 1649).

Marshall, Stephen, *A peace-offering to God a sermon preached to the honourable House of Commons assembled in Parliament at their publique thanksgiving, September 7, 1641: for the peace concluded between England and Scotland* (Londres, 1641).

—, *Meroz cursed or, A sermon preached to the honourable House of Commons, at their late solemn fast, Febr. 23, 1641* (Londres, 1642).

Martí i Viladamor, Francesc, *Noticia universal de Cataluña* (Barcelona, 1640).

Martini, Martino, *Bellum Tartaricum, or the conquest of the great and most renowned Empire of China* (Londres, 1654).

Mason, John, *A brief history of the Pequot war: especially of the memorable taking of their Fort at Mistick in Connecticut in 1637* (Boston, 1736).

Massieu, Guillaume, *Caffaeum* (c. 1700; reimp. en latín con trad. franc. en *Etrennes à tous les amateurs de café, pour tous les temps, ou Manuel de l'amateur de café*, vol. I, París, 1790, pp. 81-109).

Mather, Increase, *Heaven's alarm to the world, or, A sermon wherein is shewed that fearful sights and signs in heaven are the presages of great calamities at hand* (Boston, 1681).

—, *Kometographia, or a discourse concerning comets, wherein the nature of blazing stars is enquired into, with an historical account of all comets which have appeared since the beginning of the world* (Boston, 1683).

Mauriceau, François, *The diseases of women with child, and in childbed* (París, 1668; trad. ingl.: Londres, 1672).

Maussion de Favrières, J. de, ed., *Les voyages du sieur de La Boullaye-le-Gouz, gentilhomme angevin* (París, 1994).

McClure, N. E., ed., *The letters of John Chamberlain*, 2 vols. (Filadelfia, 1939).

McIlwain, Ch. H., ed., *The political works of James I* (Cambridge, 1918).

Meadows, Philip, *A narrative of the principal actions occurring in the wars betwixt Sueden and Denmark before and after the Roschild treaty* (Londres, 1677).

Mélanges de notices diverses sur les frères des écoles chrétiennes (París, 1818).

Mentet de Salmonet, Robert, *Histoire des troubles de la Grande Bretagne* (París, 1649).

Merian, Mattheas, *Theatrum Europeaum*, 21 vols. (Fráncfort, 1633-1738).

Meyer, A. O., «Ein italienisches Urteil über Deutschland und Frankreich um 1600», *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, IX (1906), pp. 155-169.

Milton, John, *A second defense of the people of England* (ed. latina, 1654; trad. ingl., *Complete Prose works of John Milton*, vol. VIII, Nueva York, 1933).

—, *The ready and easy way to establish a free Commonwealth* (1659; trad. ingl.: *Complete prose works of John Milton*, vol. VII; ed. revis., New Haven, 1980).

—, *Paradise lost* (2.ª ed. revis. y ampl., 1674; B. K. Lewalski, ed., Oxford, 2007; trad. cast.: < http://rodin. uca. es: 8081/xmlui/bitstream/handle/10 498/11 150/14914815.pdf? sequence=1).

Misselden, Edward, *Free trade, or, the meanes to make trade flourish, wherein the causes of the decay of trade in this kingdome* (Londres, 1622).

Moderate Intelligencer, The, periódico semanal publicado por John Dillingham (Londres, 1645-1649).

Moinul Haq, S., ed., *Khafi Khan's History of Alamgir* (Karachi, 1975).

Molé, Matthieu, *Mémoires*, A. Champollion-Figeac, ed., vol. IV (París, 1857).

Molesworth, Robert, *An account of Denmark as it was in the year 1692* (Londres, 1694).

Molinier, Étienne, *A mirrour for Christian states, or, A table of politick vertues considerable amongst Christians* (Londres, 1635, trad. ingl.: William Tyrwhit).

Moncada, Sancho de, *Restauración política de España* (Madrid, 1619; J. Vilar, ed., Madrid, 1974).

Monconys, Balthasar de, *Journal des voyages de monsieur de Monconys, II: Angleterre, Pays-Bas, Allemagne et Italie* (Lyon, 1666).

—, *Journal des voyages de monsieur de Monconys, III* (Lyon, 1666).

Monkhouse, T., ed., *State Papers collected by Edward, earl of Clarendon*, 3 vols. (Oxford, 1767-1786).

Monro, Robert, *Monro his expedition with the worthy Scots regiment call'd Mackays* (Londres, 1637; W. S. Brockington, ed., Westport, 1999).

Montpensier, *mademoiselle* de, *Mémoires de Mlle. de Montpensier*, 2 vols. (París, 1728).

Morales Padrón, F., *Memorias de Sevilla (1600-1678)* (Córdoba, 1981).

Morrice, Roger, *véase* Goldie, M.

Morton, Thomas, *New English Canaan, or, New Canaan containing an abstract of New England* (Londres, 1637).

Motteville, *madame* de, *Mémoires*, 2 vols. (París, 1904).

Mut, Vicente, *El príncipe en la guerra, y en la paz, copiado de la vida del emperador Iustiniano* (Madrid, 1640).

Naima, Mustafa, *Tarih-i Naima*, 4 vols. (Estambul, 1863-1864).

Nalson, John, *An impartial collection of the great affairs of state from the beginning of the Scotch rebellion in the year MDCXXXIX to the murder of King Charles I,* 2 vols. (Londres, 1682-1683).

Naudé, Gabriel, *Considérations politiques sur les coups d'État* (Roma 1639).

Naworth, George [*sir* George Wharton], *A new almanacke and prognostication for the yeere of our Lord and Saviour Iesus Christ, 1642* (Londres, 1642).

Nedham, Marchamont, *Medela medicinae. A plea for the free profession and a renovation of the art of physick… tending to the rescue of mankind from the tyranny of diseases* (Londres, 1665).

Newcastle, marqués de, *véase* Slaughter, T. P.

Newton, Isaac, *Philosophiae naturalis principia mathematica* (Londres, 1687).

—, *The chronology of Ancient Kingdoms Amended* (Londres, 1728).

Nieuhof, Johannes, *Het gezantschap der Nederlandtsche Oost-Indische Compagnie aan de tartarischen cham* (1655-1657; Ámsterdam, 1665).

North, *sir* Dudley, *Discourses upon trade, principally directed to the cases of the interest, coynage, clipping, increase of money* (Londres, 1691).

Novario, Giovanni M., *De vassallorum gravaminibus tractatus*, 3 vols. (Nápoles, 1634-1642).

Numarali Mühimme Defteri (H. 1040/1630-1631) (Ankara, 2001).

Nyren, E., *véase* Pu Songling.

O'Mahony, Conor, *Disputatio apologetica de iure regni Hiberniae pro Catholicis Hibernis adversus haereticos Anglos* (Lisboa, 1645; reimp. Dublín, c. 1828).

Odorico, P., ed., *Conseils et mémoires de Synadinos, prêtre de Serrès en Macédonie (17e siècle)* (París, 1996).

Olearius, Adam, *Vermehrte moscowitische und persianische Reisebeschreibung* (2.ª ed., Schleswig, 1656; *véase también* Baron, *The travels of Olearius*).

Ono, Mizuo, ed., *Enomoto Yazaemon Oboegaki* (Tokio, 2001).

Opitz, Martin, *Gesammelte Werke. Kritische Ausgabe*, G. Schulz-Behrend, ed., 4 vols. (Stuttgart, 1968-1990).

Osborne, Dorothy, *Letters to Sir William Temple*, K. Parker, ed. (Harmondsworth, 1987).

Ovalle, Alonso de, *Histórica relación del Reyno de Chile y de las missiones y ministerios que exercita en él la Compañía de Jesús* (Roma, 1646).

Paas, John R., *The German Political Broadsheet 1600-1700*, 7 vols. (Wiesbaden, 1985-2002).

Pacheco de Britto, Mendo, *Discurso em os dous phaenominos aereos do anno de 1618* (Lisboa, 1619).

Palermo, F., *Narrazioni e documenti sulla storia del Regno di Napoli dall'anno 1522 al 1667* (Florencia, 1846: Archivio Storico Italiano, IX).

Parets, Miquel, *De los muchos sucesos dignos de memoria que han ocurrido en Barcelona y otros lugares de Cataluña: crónica escrita por Miguel Parets entre los años 1626 a 1660,* 6 vols. (Madrid, 1851-1948: *Memorial Histórico Español*, vols. XX-XXV).

—, *Dietari d'un any de pesta*, J. Amelang y X. Torres, eds. (Vic, 1989).

Parival, Jean-Nicolas de, *Abrégé de l'histoire de ce Siècle de Fer, contenant les misères et calamitez des derniers temps, avec leurs causes et pretextes* (1653; 2.ª ed., Bruselas, 1655).

Parker, Henry, *The manifold miseries of civil warre and discord in a kingdome: by the examples of Germany, France, Ireland, and other places* (Londres, 1642).

[—], *The king's cabinet opened: or, certain packets of secret letters & papers written in the king's own hand and taken in his cabinet at Nasby-Field, June 14, 1645* (Londres, 1645).

—, *The cordiall of Mr. David Ienkins* (Londres, 1647).

Parlamento de la India, *The Commission of Sati (Prevention) Act, 1987* (N.° 3 de 1988).

Pascal, Blaise, *Lettres provinciales* (París, 1657; trad. cast.: *Las célebres cartas provinciales de Blas Pascal*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y Ciegos, Madrid, 1846).

—, *Les pensées sur la religion et sur quelques autres sujets* (París, 1670; trad cast.: *Pensamientos*, Espasa, Madrid, 2001).

Pasqual de Panno, Francisco, *Motines de Cataluña*, I. Juncosa y J. Vidal, eds. (Barcelona, 1993).

Patin, Charles, *Relations historiques et curieuses de voyages, en Allemagne, Angleterre, Hollande, Bohême, Suisse, & c.*, 2.ª ed. (Lyon, 1676).

Patin, Guy, *Lettres*, 3 vols., J. H. Reveillé-Parise, ed. (París, 1846).

Paul, G. M., ed., *The diary of Archibald Johnston, Lord Wariston 1639* (Edimburgo, 1896: Scottish Historical Society, XXVI).

—, *Diary of Sir Archibald Johnston of Wariston. I: 1632-7* (Edimburgo, 1911: Scottish Historical Society, LXI; *véase también* Fleming, D. H.).

Peçevi Tarihi, véase Baykal, B. S.

Pedani-Fabris, M. P., ed., *Relazioni di ambasciatori veneti, XIV: Costantinopoli. Relazioni inedite (1512-1789)* (Padua, 1996).

Pellicer de Tovar, José, *Avisos*, J.-C. Chevalier y L. Clare, eds., 2 vols. (París, 2002-2003).

Pelsaert, Francisco, *véase* Kolff y Van Santen.

Pepys, Samuel, *véase* Latham, R. C.

Percy, George, «A trewe relacyon of the procedeings and ocurrentes of momente which have hapned in Virginia», *Tyler's quarterly historical and genealogical magazine*, III (1922), pp. 259-282.

Pérez de Ribas, Antonio , *History of the triumphs of our Holy Faith among the most barbarous and fierce peoples of the new world* (1645; D. T. Reff, ed., Tucson, 1999).

Perrot, Nicholas, *The Indian tribes of the Upper Mississippi Valley and the region of the Great Lakes [Mémoire sur les mœurs, coustumes et relligion des sauvages de l'Amérique septentrionale]*, E. H. Blair, ed. (Cleveland, 1911).

Peters, J., *Ein Söldnerleben im Dreissigjährigen Krieg. Eine Quelle zur Sozialgeschichte* (Berlín, 1993).

Petit, Pierre, *Thia Sinensis* (París, 1685).

Petitot, Alexandre y Louis-Jean-Nicolas Monmerque, *Mémoires du duc de Guise*, 2 vols. (París, 1826: *Collection des mémoires relatifs à l'histoire de France*, vols. LV-LVI).

Petty, William, *véase* Hull, C. H.

Pissurlencar, P. S. S., *Assentos do Conselho do Estado, 1618-1695*, 4 vols. (Goa, 1953-1956).

Pocili, A. [Placido Reina], *Delle rivoluzioni della città di Palermo avvenute l'anno 1648* [sic] (Verona, 1649).

Poole, Elizabeth, *A vision wherein is manifested the disease and cure of the kingdom* (Londres, 1648).

—, *Another alarum for war* (Londres, 1649).

Prestage, E., y P. M. Laranjo Coelho, eds., *Correspondência diplomática de Francisco de Sousa Coutinho durante a sua embaixada em Holanda, 1643-1650,* 3 vols. (Lisboa, 1925-1955).

Price, D., ed., *Memoirs of the Emperor Jahangueir written by himself* (Londres, 1829).

Prynne, William, *The soveraigne power of Parliaments and Kingdomes: divided into foure parts* (Londres, 1643).

Pu Songling, *The bonds of matrimony (Hsing shih yin yüan chuan)*, E. Nyren, ed. (Lewiston, 1995).

Qing shilu, vol. VIII (Pekín, 1985).

Quatre dialogues de paysans (1631-1636), véase Haust, J.

Questier, M. C., ed., *Newsletters from the Caroline Court, 1631-1638. Catholicism and the politics of the Personal Rule* (Londres, 2005: Camden Society, serie V, vol. XXVI).

Quevedo, Francisco de, *La fortuna con seso y la hora de todos, fantasía moral* (1632), en *Obras de Francisco de Quevedo y Villegas*, 3 vols. (Amberes, 1699).

—, *La rebelión de Barcelona ni es por el güevo ni es por el fuero* (1641), en Fernández-Guerra y Orbe, A., ed., *Obras de don Francisco de Quevedo y Villegas*, vol. I (Madrid, 1876: Biblioteca de Autores Españoles, vol. XXIII), pp. 281-286.

Radziwiłł, Albrycht Stanisław, *Memoriale rerum gestarum in Polonia, 1632-1656*, A. Przyboś y R. Żelewski, eds., 4 vols. (Breslavia, 1968-1974).

Ras, J. J., ed., *Hikajat Bandjar. A study in Malay historiography* (La Haya, 1968).

Ravenel, J. A. D., ed., *Lettres du cardinal Mazarin à la reine* (París, 1836).

Ray, John, *Observations topographical, moral, and physiological, made in a journey through part of the Low-countries, Germany, Italy, and France* (Londres, 1673).

Raymond, John, *An itinerary contayning a voyage made through Italy in the yeare 1646 and 1647* (Londres, 1648).

Register of the Privy Council of Scotland, serie II, David Masson y P. Hume Brown, eds., 6 vols. (Edimburgo, 1899-1908).

Reinach, J., ed., *Recueil des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France, X: Naples et Parme* (París, 1913).

Rekishi Toshosha, *Senki Shiryô: Amakusa Sôdô - Amakusa Shimabara Gunkishû* (Kioto, 1980).

Repgen, K., ed., *Acta Pacis Westphalicae*, serie I, *Instrucktionen. Frankreich, Schweden, Kaiser*, I (Münster, 1962).

—, *Acta Pacis Westphalicae*, serie II, parte B, *Die französischen Korrespondenzen*, 7 vols. hasta la fecha (Münster, 1979-2011).

Riccioli, Giovanni Battista, S. J., *Almagestum novum, astronomiam veterem novamque* (Bolonia, 1651).

Richelieu, Armand-Jean Du-Plessis, cardenal-duque de, *Testament politique* (L. André, ed., París, 1947).

Richelieu, Armand-Jean Du-Plessis, cardenal-duque de, *véanse también* Desmaretz y Grillon.

Ritchie, Carson I. A., «Deux textes sur le Sénégal (1673-1677)», en *Bulletin del'Institut Fondemantal de l'Afrique Noire*, XXX, serie B (1968), pp. 289-353.

Rives, Bruno, *Mercurius Rusticus, or the countries complaint of murthers, robberies, plundrings, and other outrages committed by the rebells on His Majesties faithfull subjects* (Oxford, 1643).

Roe, *sir* Thomas, *A true and faithfull relation, presented to His Maiestie and the Prince, of what laterly happened in Constantinople* (Londres, 1622).

Rolamb, Nicholas, «A relation of a journey to Constantinople», en Churchill, *A collection of voyages and travels*, vol. V, pp. 669-716.

Ros, Alexandre de, *Cataluña desengañada* (Nápoles, 1646).

Rosales, Diego de, *Historia general del Reino de Chile, Flandes Indiano* (1652-1653; 2.ª ed., M. Góngora, ed., 2 vols., Santiago de Chile, 1986).

Rothes, John Leslie, conde de, *A relation of proceedings concerning the affairs of the Kirk of Scotland, from August 1637 to July 1638*, J. Nairne, ed. (Edimburgo, 1830: Bannatyne Club).

Rubí, B. de, ed., *Les Corts Generals de Pau Claris. Dietari o procés de Corts de la Junta General de Braços del 10 de septembre de 1640 a mitjan març de 1641* (Barcelona, 1976).

Rushworth, John, *Historical collections or private passages of state, weighty matters in law, remarkable proceedings in five parliaments, beginning the sixteenth year of King James, anno 1618*, 6 vols. (Londres, 1659-1722).

Rutherford, Samuel, *Lex, rex: the law and the prince. A dispute for the just prerogative of king and people* (Londres, 1644).

Rutt, J. T., ed., *Diary of Thomas Burton, Esq., member in the Parliaments of Oliver and Richard Cromwell from*

1656 to 1659, 4 vols. (Londres, 1828).

Rycaut, Paul, *The present state of the Ottoman Empire* (Londres, 1668; ed. facs., Nueva York, 1971).

Rykaczewski, E., ed., *Lettres de Pierre des Noyers, secrétaire de la reine de Pologne Marie-Louise de Gonzague* (Berlín, 1859).

Sala i Berart, Gaspar, *Proclamación católica a la Magestad piadosa de Felipe el Grande* (Barcelona, 1640).

Saltmarsh, John, *The smoke in the temple wherein is a designe for peace and reconciliation of believers of the several opinions of these times about ordinances* (Londres, 1646).

Salvado, J.-P., y S. Münch Miranda, eds., *Cartas do primero conde da Torre*, 4 vols. (Lisboa, 2002).

Sanderson, William, *A compleat history of the life and raigne of King Charles from his cradle to his grave* (Londres, 1658).

Sandrart, Joachim von, *Der Teutschen Academie, Zweyter und letzter Haupt-Teil, von der edlen Bau-Bild und Mahlerey-Künsten*, 3 vols. (Núremberg, 1679).

Sandys, George, *A relation of a journey begun An. Dom. 1610* (Londres, 1615).

Sarkar, J., ed., *Anecdotes of Aurangzeb* (trad. ingl.: *Ahkam-i Alamgiri*, atrib. a Hamid-ud-din Khan Bahadur; Calcuta, 1949).

Sato Taketoshi, *Chukogu saigaishi nenpyo* (Tokio, 1993).

Schottelius, Justus, *Neu erfundenes Freudens-Spiel genandt Friedens-Sieg* (Wolfenbüttel, 1648).

Scott, W., y J. Bliss, eds., *The works of William Laud*, 7 vols. (Oxford, 1847-1860).

Scriba, C. J., «The autobiography of John Wallis, F. R. S»., *Notes and Records of the Royal Society of London*, XXV (1970), pp. 17-46.

Seco Serrano, C., ed., *Cartas de sor María de Jesús de Ágreda*, 2 vols. (Madrid, 1958).

Semedo, Alvaro, S. J., *Historica relatione del gran regno della Cina* (Roma, 1653).

Sévigné, marquesa de, *véase* Silvestre de Sacy, S. U.

Shakespeare, William, *Hamlet* (c. 1600; Londres, 1623; trad cast.: *Hamlet*, Nórdica Libros, Madrid, 2009).

Sibbald, *sir* Robert, *Provision for the poor in time of dearth and scarcity* (Edimburgo, 1699).

Silahdar Findiklili Mehmed Ağa, *Silahdar Tarihi*, 2 vols. (Estambul, 1928).

Silvestre de Sacy, S. U., ed., *Lettres de Marie de Rabutin-Chantal, marquise de Sévigné, à sa fille et à ses amis*, 11 vols. (París, 1861).

Simon i Tarrés, A., ed., *Cròniques de la guerra dels segadors* (Barcelona, 2003).

Sinclair, John, *The statistical account of Scotland, drawn up from the communications of the different parishes*, 21 vols. (Edimburgo, 1791-1799).

Skinner, C., ed., *Sja'ir perang Mengkasar (The rhymed chronicle of the Macassar War) by Entji' Amin* (La Haya, 1963).

Skippon, Philip, *An account of a journey through the Low Countries, Germany and France* (1663), en Churchill, *A collection of voyages and travels*, vol. VI, pp. 359-736.

Slaughter, T. P., ed., *Ideology and politics on the eve of the Restoration: Newcastle's advice to Charles II* (Filadelfia, 1984).

Smulders, F., ed., *António Vieira's sermon against the Dutch Arms (1640)* (Fráncfort, 1996).

Snel, George, *The right teaching of useful knowledg, to fit scholars for som honest profession* (Londres, 1649).

Song Yingxing, *Tiangong/Tienkung kaiwu* (1637).

Song Zhenghai, *Zhongguo Gudai Zhong de Ziran Zaihai he Yichang Nianbiao* (Cantón, 1992).

Sorbière, Samuel, *A voyage to England: containing many things relating to the state of learning and religion, and other curiosities of that kingdom* (1663; Londres, 1709).

Spinoza, Baruch [Benedicto], *Tractatus theologico-politicus* (1670).

—, *The Ethics: Treatise on the emendation of the intellect and Selected letters* (1677; trad. cast.: *Ética*, Aguilar, Madrid, 1961).

Sprat, Thomas, *The history of the Royal-Society of London for the improving of natural knowledge* (Londres, 1667).

Stouppe, J.-B., *La religion des Hollandois, representée en plusieurs lettres écrites par un officier de l'armée du Roy, à un pasteur & professeur en théologie de Berne* (París, 1673).

Straǹský, Pavel, *Respublica Bohemiae* (Leiden, 1634).

Struve, Lynn A., ed., *Voices from the Ming-Qing cataclysm. China in tigers' jaws* (New Haven, 1993).

—, *The Ming-Qing conflict, 1619-1683. A historiography and source guide* (Ann Arbor, 1998).

Sym, John, *Life's preservative against self-killing* (Londres, 1637).

Symmons, Edward, *A vindication of King Charles, or, A loyal subject's duty manifested in vindicating his soveraigne from those aspersions cast upon him by certaine persons, in a scandalous libel, entitled, The Kings Cabinet Opened* (Londres, 1647).

«T. B»., *The rebellion of Naples, or the Tragedy of Massenello Commonly so called: But Rightly Tomaso Aniello di Malfa Generall of the Neopolitans, Written by a Gentleman who was an eye-witness where this was really acted upon that bloudy Stage, the streets of Naples* (Londres, 1649).

Tang Xianzu, *The peony pavilion. Mudan ting* (trad. ingl.: C. Birch, 2.ª ed., Bloomington, 2002).

Tarabotti, Elena [Arcángela Tarabotti], *L'inferno monacale*, F. Medioli, ed. (Turín, 1989); *véase también* Baratotti, G.

Tavernier, Jean-Baptiste, *Travels in India*, V. Ball y W. Crooke, ed., 2 vols. (Oxford, 1925).

Taylor, John, *Religions enemies, with a brief and ingenious relation, as by Anabaptists, Brownists, Papists, Familists, Atheists* (Londres, 1641).

Temple, R. C., ed., *The travels of Peter Mundy in Europe and Asia, 1608-1667,* R. C. Temple, ed., 5 vols. en 6 tomos (Londres, 1907-1936: Hakluyt Society, serie II, vols. XVII, XXXV, XLV, XLVI, LV, LXXVIII).

Terry, C. S., ed., *The Cromwellian Union: papers relating to the negotiations for an incorporating Union between England and Scotland, 1651-52* (Edimburgo, 1902: Scottish Historical Society, XL).

Thackston, W. M., ed., *The Jahangirnama: memoirs of Jahangir, emperor of India* (Oxford, 1999).

Theatrum Europeaum, véase Merian, M.

Thirsk, Joan y John Phillips Cooper, *Seventeenth-century economic documents* (Oxford, 1972).

Thom, H. B., ed., *Journal of Jan Van Riebeeck*, 3 vols. (Cape Town y Ámsterdam, 1952-1958).

Thwaites, R. G., ed., *The Jesuit relations and allied documents. Travels and explorations of the Jesuit missionaries in New France 1610-1791,* 71 vols. (Cleveland, 1898-1901).

Tontoli, Gabriele, *Il Mas'Aniello, overo discorsi narrativi la sollevatione di Napoli* (Nápoles, 1648).

Topçular Kâtibi 'Abdülk dir (Kadrî) Efendi Tarihi, ed. Z. Yilmazer (Ankara, 2003).

Toyoda Takeshi, ed., *Aizu-Wakamatsu-shi, II: Kizukareta Aizu Han* (Aizu, 1965).

Turbolo, Giovanni Donato, *Copia di quattro discorsi* (Nápoles, 1629).

Tutini, Camillo, *Dell'origine e fundazione de' Seggi di Napoli* (Nápoles, 1642).

—, y Mario Verde, *Racconto della sollevatione di Napoli acceduta nell'anno MDCXLVII* (1653; P. Messina, ed., Roma, 1997).

Underhill, John, *Newes from America; or, A new and experimentall discoverie of new England: Containing, a true relation of their war-like proceedings these two yeares last past* (Londres, 1638).

Valente, O., ed., *Documentos históricos do Arquivo Municipal. Actos da Câmara*, vol. I (Salvador de Bahía, 1944).

Valenzuelo, Pedro, *Portugal unido y separado* (Madrid, 1659).

Valerius, Adriaan, *Neder-Landtsche Gedenck-Clanck, kortelick openbarende de voornaemste geschiedenissen van de 17 Neder-lantsche Provintien, 'tsedert den aenvang der inlandische beroerten ende troublen, tot den iaere 1625* (Haarlem, 1626).

Valladares, R., *Epistolario de Olivares y el conde de Basto (Portugal 1637-1638)* (Badajoz, 1998).

Van Aitzema, Lieuwe, *Notable revolutions, bering a true relation of what hap'ned in the United Provinces y the Netherlands in the years MDCL and MDCLI Somewhat before and after the death of the late Prince of Orange according to the Dutch copie* (London, 1653).

—, Saken van Stalt en Oorlogh, in ende omtrent de Vereenigde Nederlanden, 6 vols. (The Haque, 1669-1672).

Van der Capellen, Adrian, *Gedenkschriften, 1621-1654,* 2 vols. (Utrecht, 1777).

Van der Donck, Adriaen, *A description of the New Netherlands* (1653; Madison, 2003: Wisconsin Historical Society Digital Library and Archives).

Van der Heyden, Jan, *A description of fire engines with water hoses and the method of fighting fires now used in Amsterdam* (1690; trad. ingl.: L. Multhauf, 1996).

Vauban, Sébastien Le Prestre de, marqués de, *Mémoire pour servir d'instruction dans la conduite des sièges et dans la défense des places* (escrito c. 1670; Leiden, 1740).

—, *Méthode généralle et facile pour faire le dénombrement des peuples* (París, 1686).

—, *Les oisivités de Monsieur de Vauban*, ed. M. Virol (París, 2007).

Vernadsky, G., ed., *A source book for Russian history from early times to 1917* (New Haven, 1972).

Viallé, C., y L. Blussé (eds.), *The Deshima registers, XI: 1641-1650* (Leiden, 2001: Intercontinenta, XXII).

—, *The Deshima Registers, XII: 1650-1660* (Leiden, 2005: Intercontinenta, XXV).

—, *The Deshima Registers, XIII: 1660-1670* (Leiden, 2010: Intercontinenta, XXVII).

Vieira, António, *véase* Smulders, F.

Vigorelli, G., ed., *Vita e processo di suor Virginia Maria de Leyva, monaca di Monza* (Milán, 1985).

Vincent, Philip, *The lamentations of Germany wherein, as in a glasse, we may behold her miserable condition, and reade the woefull effects of sinne, composed by Dr. Vincent, Theol., an eye-witnesse thereof, and illustrated by pictures, the more to affect the reader* (Londres, 1638).

Vitrián y Ortuvia, Juan, *Las memorias de Felipe de Comines, señor de Argentón, de los hechos empresas de Luis Undécimo y Carlos Octavo, reyes de Francia, traducidas del francés con escolios propios*, 2 vols. (Amberes, 1643).

Voltaire, François Marie Arouet de, *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations et sur les principaux faits de l'histoire depuis Charlemagne jusqu'à Louis XIII* (1741-1742, 1.ª ed. 1756; París, 1963; trad. cast.: *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*, Compañía General de Ediciones, Madrid, 1960).

—, *Le siècle de Louis XIV* (Berlín, 1751).

Wallington, Nehemiah, *véanse* Seaver, P., y Webb, R.

Wallis, John, *A defence of the Royal Society, and the philosophical transactions* (Londres, 1678).

—, «Autobiography», *véase* Scriba, C. J.

Walton, Izaak, *The compleat angler, or the contemplative man's recreation* (1653; 2.ª ed., Londres, 1655).

Wariston, Archibald Johnstone of, *véanse* Paul, G., y Fleming, D. H.

Webb, R., ed., *Historical notices of events occurring chiefly in the reign of Charles I by Nehemiah Wallington*, 2 vols. (Londres, 1868-1869).

Wharton, *sir* George, *véase* Naworth, G.

Wharton, H., ed., *The history of the troubles and tryal of the Most Reverend Father in God and blessed martyr, William Laud, Lord Arch-Bishop of Canterbury, wrote by himself during his imprisonment in the Tower; to which is prefixed the diary of his own life*, 2 vols. (Londres, 1695-1700).

Whitelocke, Bulstrode, *A journal of the Swedish embassy in the years 1653 and 1654*, 2 vols. (Londres, 1772).

—, *Memorials of the English affairs* (1682; reimp. en 4 vols., Oxford, 1853).

Whittaker, Jeremiah, *Ejrenopojos: Christ the settlement of unsettled times* (Londres, 1643).

Wildman, John, *A call to all the souldiers of the Army, by the free people of England* (Londres, 1647).

—, *Truths triumph, or treachery anatomized* (Londres, 1648).

Williams, E. Neville, *The eighteenth century constitution, 1688-1815. Documents and commentary* (Cambridge, 1960).

Winstanley, Jerrard, *The law of freedom in a platform, or true magistracy restored* (Londres, 1652).

Winthrop papers, 3 vols. (Boston, 1929-1943).

Winthrop, *véase* Dunn, R. S.

Wood, William, *New England prospect. A true, lively and experimentall description of that part of America commonly called New England* (Londres, 1634).

Yang Dongming, *Jimin tushuo* (1594; 1.ª ed. 1688).

Yilmazer, Z., ed., *Topçular Kâtibi 'Abdülka-dir (Kadrî) Efendi Tarihi* (Ankara, 2003).

Zhongguo Jin-wubai-nian Hanlao Fenbu Tu-ji (Pekín, 1981).

Zillhardt, G., ed., *Der dreissigjährige Krieg in zeitgenössischer Darstellung. Hans Heberles «Zeytregister» (1618-1672)* (Ulm, 1975).

B. FUENTES SECUNDARIAS

Adamson, J. S. A., «The English nobility and the projected settlement of 1647», *HJ*, XXX (1987), pp. 567-602.

—, «The baronial context of the English civil war», *TRHS*, 5.ª serie, XL (1990), pp. 93-120.

—, «England without Cromwell: what if Charles I had avoided the civil war?», en N. Ferguson, ed., *Virtual history: alternatives and counterfactuals* (Londres, 1997), pp. 91-123.

—, *The noble revolt. The overthrow of Charles I* (Londres, 2007).

Adapting to climate change: towards a European framework for action (Comisión Europea: Documento de Trabajo de los Servicios de la Comisión, Bruselas, 2009).

Adshead, S. A. M., «The xviith century General Crisis in China», *France-Asie/ Asia,* XXIV, 3-4 (1970), pp. 251-265.

Agnew, C. S., «Culture and power in the Making of the Descendants of Confucius, 1300-1800» (tesis doctoral, Universidad de Washington, 2006).

Aho, J. A., *Religious mythology and the art of war: comparative religious symbolisms of military violence* (Westport, 1981).

Ailes, M. E., «Wars, widows, and state formation in 17th century Sweden», *Scandinavian Journal of History*, XXXI, 1 (2006), pp. 17-34.

Akerman, S., *Queen Christina of Sweden and her circle. The transformation of a seventeenth-century philosophical libertine* (Leiden, 1991).

Alam, M., y S. Subrahmanyam, «From an Ocean of Wonders: Mahmûd bin Amîr Walî Balkhî and his Indian travels, 1625-1631», en C. Salmon, ed., *Récits de voyage des Asiatiques: Genres, mentalités, conception de l'espace* (París, 1996), pp. 161-189.

—, y S. Subrahmanyam, eds., *The Mughal State, 1526-1750* (Nueva Delhi, 1998).

Albrecht, D., *Die auswärtige Politik Maximilians von Bayern 1618-1635* (Gotinga, 1962).

Alcalá, D., y J. C. Miller, «Unwanted cargoes: the origins and dissemination of smallpox via the slave trade, c. 1560-1830», en K. F. Kiple, ed., *The African exchange: towards a biological history of black people* (Durham, 1987), pp. 35 109.

Alcalá-Zamora y Queipo de Llano, J., «Razón de Estado y geoestrategia en la política italiana de Carlos II: Florencia y los presidios, 1677-1681», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXIII (1976), pp. 297-358.

Alessio, S. d', *Contagi. La rivolta napoletana del 1647-1648: linguaggio e potere politico* (Florencia, 2003).

Alfani, G., «Plague in seventeenth-century Europe and the decline of Italy: an epidemiological hypothesis», IGIER, documento de trabajo n.º 377 (consultado en febrero de 2011).

Allemeyer, M. L., «"Dass es wohl recht ein Feuer vom Herrn zu nennen gewesen…" Zur Wahrnehmung, Deutung und Verarbeitung von Stadtbränden in norddeutschen Schriften des 17. Jahrhunderts», en Jakubowski-Tiessen y Lehmann, *Um himmels Willen*, pp. 201-234.

Allen, R. C., et ál., «Wages, prices, and living standards in China, 1738-1925: in comparison with Europe, Japan, and India», *EcHR*, LXIV, S1 (2011), pp. 8-38.

Álvarez, W., *T-Rex and the crater of doom* (Princeton, 1997).

Álvarez de Miranda, P., «Las controversias sobre los cometas de 1680 y 1682 en España», *Dieciocho: Hispanic Enlightenment*, XX, Extra 1 (1997), pp. 21-52.

Álvarez de Toledo, C., *Politics and reform in Spain and New Spain. The life and thought of Juan de Palafox (1600-1649)* (Oxford, 2004).

—, «Crisis, reforma y rebelión en el mundo hispánico: el caso Escalona», en Parker, *La crisis de la Monarquía*, pp. 255-286.

Álvarez Santaló, L. C., *Marginación social y mentalidad en Andalucía occidental: expósitos en Sevilla, 1613-1910* (Sevilla, 1980).

Alvi, S. S., ed., *Advice on the art of governance. Mau'izah-Jahângîri of Muhammad Bâqir Najm-Sânî* (Nueva York, 1989).

Ambrose, S. H., «Late Pleistocene human population bottlenecks, volcanic winter, and differentiation of modern humans», *Journal of Human Evolution*, XXXIV (1998), pp. 623-651.

Amelang, J. S., «Barristers and judges in early modern Barcelona: the rise of a legal elite», *AHR*, LXXXIX (1984), pp. 1264-1284.

—, «The bourgeois», en Villari, *Baroque personae*, pp. 314-333.

Amico, S. d', «Rebirth of a city: immigration and trade in Milan, 1630-1659», *SCJ*, XXXII (2001), pp.

697-721.

Andaya, L., *The heritage of Arung Palakka: a history of South Sulawesi (Celebes) in the seventeenth century* (La Haya, 1981).

Anderson, V. D., *Creatures of Empire: how domestic animals transformed early America* (Oxford, 2004).

Andrade, T., *How Taiwan Became Chinese: Dutch, Spanish, and Han Colonization in the seventeenth century* (Nueva York, 2007).

Andrews, C. M., *The colonial period of American history, I: The settlements* (New Haven, 1934).

Andrien, K. J., *Crisis and decline: the viceroyalty of Peru in the seventeenth century* (Albuquerque, 1985).

Anes Álvarez, G., *Las crisis agrarias en la España moderna* (2.ª ed., Madrid, 1974).

—, y J. P. Le Flem, «Las crisis del siglo XVII: producción agrícola, precios e ingresos en tierras de Segovia», *Moneda y Crédito*, XCIII (1965), pp. 3-55.

Anpilogov, G. N., «Polozhenie gorodskogo i sel'skogo naseleniia Kurskego uedza nakunune vosstaniia 1648 g»., *Vestnik Moskovskogo Universiteta*, serie 9: *Istoriia*, V (1972), pp. 47-60.

Ansaldo, M., *Peste, fame, guerra: cronache di vita Valdostana del secolo XVII* (Aosta, 1976).

Aono Ysuyuki, *Climatic reconstruction of spring-time temperatures using phenological data for flowering of cherry tree from old documents* (Osaka, 2006).

Appleby, A. B., «Epidemics and famine in the Little Ice Age», *JIH*, X (1980), pp. 643-663.

Arakawa, H, «Dates of first or earliest snow covering for Tokyo since 1632», *Quarterly Journal of the Ro-*

yal Meteorological Society, LXXXII (1956), pp. 222-226
.

—, ed., *Climates of northern and eastern Asia* (Ámsterdam, 1969: World Survey of Climatology, VIII).

Arrigo, R. d' y H. M. Cullen, «A 350-year (AD 1628-1980) reconstruction of Turkish precipitation», *Dendrochronologica*, XIX (2001), pp. 169-177.

Asch, R., «"Wo der soldat hinkömpt, da ist alles sein": military violence and atrocities in the Thirty Years War reconsidered», *German History*, XVIII (2000), pp. 291-309.

Ashley, M., *Financial and commercial policy under the Cromwellian Protectorate* (2.ª ed., Londres, 1962).

Aston, T. S., ed., *Crisis en Europa [1560-1660],* Alianza, Madrid, 1983.

Åström, S.-E., «The Swedish economy and Sweden's role as a Great Power, 1632-1697», en M. Roberts, ed., *Sweden's Age of greatness 1632-1718* (Londres, 1973), pp. 58-101.

Atasoy, N., y J. Raby, *Iznik. The pottery of Ottoman Turkey* (Londres, 1989).

Atherton, I. J., *Ambition and failure in Stuart England: the career of John, first Viscount Scudamore* (Londres, 1999).

—, «The press and popular political opinion», en B. Coward, ed., *A companion to Stuart Britain* (Oxford, 2004), cap. 5.

Atwell, W. S., «From education to politics: the Fu She», en W. T. de Bary, ed., *The unfolding of Neo-Confucianism* (Nueva York, 1975), pp. 333-367.

—, «Ming statecraft scholarship and some common themes in the political writings of Ch'en Tzu-lung (1608-1647) and Ogyū Sorai (1666-1728)», en Yue-him Tam, ed., *Sino-Japanese cultural interchange: the economic and intellectual aspects. Papers of the International Symposium on Sino-Japanese Cultural Interchange*, vol. III (Hong Kong, 1985), pp. 61-85.

—, «Some observations on the 17th-century crisis in China and Japan», *JAS*, XLV, 2 (1986), pp. 223-44.

—, «Ming observers of Ming decline: some Chinese views on the 17th-century crisis in comparative perspective», *Journal of the Royal Asiatic Society of Great Britain and Ireland*, CXX (1988), pp. 316-348.

—, «A seventeenth-century "General Crisis" in East Asia?», en Parker y Smith, *The General Crisis*, pp. 235-254.

—, «East Asia and the World Crisis of the mid-seventeenth century» (conferencia en el Mershon Center, OSU, 2001).

—, «Volcanism and short-term climatic change in East Asian and World History, c. 1200-1699», *JWH*, XII (2001), pp. 29-98.

—, «Another look at silver imports into China, c. 1635-1644», *JWH*, XVI (2006), pp. 467-489.

Aubert, F. d', *Colbert: la vertue usurpée* (París, 2010).

Avrich, P., *Russian rebels 1600-1800* (Londres, 1972).

Aylmer, G. E., *Rebellion or revolution?* (Londres, 1985).

Aymard, M., «Commerce et production de la soie sicilienne aux xvie-xviie siècles», *Mélanges*

d'Archéologie et d'Histoire de l'Ecole Française de Rome, LXXVII (1965), pp. 609-640.

—, «Rese e profitti agricoli in Sicilia, 1640-1760», *Quaderni Storici*, XIV (1970), pp. 416-438.

—, «In Sicilia: sviluppo demografico e sue differenziazioni geografiche, 1500-1800», *Quaderni Storici*, XVII (1971), pp. 417-446.

—, «Bilancio d'una larga crisis finanziaria», *Rivista Storica Italiana*, LXXXIV (1972), pp. 988-1021.

—, «Rendements et productivité agricole dans l'Italie moderne», *Annales E. S. C.,* XXVIII (1973), pp. 483-487.

—, «La Sicilia: profili demografici», in *Storia di Sicilia*, vol. VII (Palermo, 1978), pp. 217-240.

Babayan, K., *Mystics, monarchs and messiahs: cultural landscapes of early modern Iran* (Cambridge, 2002).

Bacon, G., «"The House of Hannover": Gezeirot Tah in modern Jewish historical writing», *Jewish History*, XVII (2003), pp. 179-206.

Baehr, S. L., *The paradise myth in eighteenth-century Russia. Utopian patterns in early secular Russian literature and culture* (Stanford, 1991).

Baehrel, R., *Une croissance: la Basse-Provence rurale (fin XVI e siècle-1789). Essai d'économie historique statistique* (París, 1961).

Baer, M. D., «The Great Fire of 1660 and the Islamization of Christian and Jewish space in Istanbul», *IJMES*, XXXVI (2004), pp. 159-181.

—, «Stuart London's standard of living: re-examining the Settlement of Tithes of 1638 for rents, income, and poverty», *EcHR*, LXIII (2010), pp. 612-637.

—, «Death in the Hippodrome: sexual politics and legal culture in the reign of Mehmet IV», *P&P,* CCX (2011), pp. 61-91.

Bailey, C. D. A., «Reading between the lines: The representation and containment of disorder in Late Ming and early Qing Legal Texts», *Ming Studies*, LIX (2009), pp. 56-86.

Baillie, M. G. L., «Putting abrupt environmental change back into human history», en K. Flint y H. Morphy, eds., *Culture, landscape, and the environment: the Linacre lectures, 1997-1998* (Oxford, 2000), pp. 46-75.

Baker, A., C. Proctor y B. Barnes, «Northwest Scotland Stalagmite and Climate Reconstruction Data», NOAA Paleoclimatology Program y World Data Center for Paleoclimatology Data, Contribution Series #2000-011.

Baker, J. N. L., «The climate of England in the seventeenth century», *Quarterly Journal of the Royal Meteorological Society*, LVIII (1932), pp. 421-439.

Balabanlilar, L., «Lords of the auspicious conjunction; Turco-Mongol imperial identity on the subcontinent», *JWH*, XVIII (2007), pp. 1-39.

—, *Imperial identity in the Mughal Empire: memory and dynastic politics in early modern south and central Asia* (Londres, 2012).

Ball, D. I., y J. Porter, *Fighting Words: Competing voices from native America* (Santa Bárbara, 2009).

Banerjee, P., *Burning women: widows, witches and early modern European travelers in India* (Nueva York, 2003).

Bankoff, G., *Cultures of disaster. Society and natural hazard in the Philippines* (Londres, 2003).

Barkey, K., «Rebellious alliances: the state and peasant unrest in early seventeenth-century France and the Ottoman empire», *American Sinological Review*, LVI (1991), pp. 699-715.

—, *Bandits and bureaucrats. The Ottoman route to state centralization* (Ithaca, 1994).

Barnes, A. E., «"Playing the part of angels": the Company of the Holy Sacrament and the struggle for stability in early modern France», en Benedict y Gutmann, *Early modern Europe*, pp. 168-196.

Barriendos, M., «Climatic variations in the Iberian peninsula during the Late Maunder Minimum (AD 1675-1715): an analsyis of data from rogation ceremonies», *The Holocene*, VII (1997), pp. 105-111.

Bary, W. T. de, e I. Bloom, eds., *Principles and practicality: essays in neo-Confucianism and practical learning* (Nueva York, 1979).

Baten, J., «Climate, grain production and nutritional status in southern Germany during the eighteenth century», *JEEH*, XXX, 1 (2001), pp. 9-47.

Baulant, M., «Le prix des grains à Paris de 1431 à 1788», *Annales E. S. C.,* XXIII (1968), pp. 520-540.

Beattie, H., «The alternative to resistance: the case of T'ung-ch'eng», en Spence y Wills, *From Ming to Ch'ing*, pp. 241-276.

—, *Land and lineage in China: a study of T'ung-ch'eng county, Anhwei, in the Ming and Ch'ing dynasties* (Cambridge, 1979).

Beckles, H., «From land to sea: runaway Barbados slaves and servants, 1630-1700», *Slavery and Abolition*,

VI (1985), pp. 79-94.

Behringer, W., «Weather, hunger and fear: the origins of the European witchhunts in climate, society and mentality», *German History*, XIII (1993), pp. 1-27
.

—, *Im Zeichen des Merkur: Reichspost und Kommunikationsrevolution in der frühen Neuzeit* (Gotinga, 2003).

—, *Witches and witch-hunts. A global history* (Cambridge, 2004).

—, H. Lehmann y C. Pfister, eds., *Kulturelle Konsequenzen der «Kleinen Eiszeit»* (Gotinga, 2005).

Beik, W., *Louis XIV and absolutism. A brief study with documents* (Boston, 2000).

—, «The violence of the French crowd from Charivari to Revolution», *P&P,* CXCVII (2007), pp. 75-110.

Bell, D. P., «The Little Ice Age and the Jews: environmental history and the mercurial nature of Jewish-Christian relations in early modern Germany», *AJS Review*, XXXII, 1 (2008), pp. 1-27.

Benedict, P., «Religion and politics in the European struggle for stability, 1500-1700», en Benedict y Gutmann, *Early modern Europe*, pp. 120-138.

—, y M. P. Gutmann, eds., *Early modern Europe: from crisis to stability* (Newark, 2005).

Benigno, F., *La sombra del rey. Validos y lucha política en la España del siglo XVII* (Madrid, 1994).

—, *Specchi della Rivoluzione. Conflitto e identità politica nell'Europa moderna* (Roma, 1999).

Benito, G., et ál., «Magnitude and frequency of flooding in the Tagus Basin (central Spain) over the

last millennium», *CC*, LVIII (2003), pp. 171-192.

Bennett, M., *The civil wars experienced. Britain and Ireland 1638-1661* (Londres, 2000).

Benton, M. J., *When life nearly died: the greatest mass extinction of all time* (Londres, 2005).

Bercé, Y.-M., «Troubles frumentaires et pouvoir contralisateur: l'émeute de Fermo dans les Marches (1648)», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire de l'École Française de Rome*, LXXIII (1961), pp. 471-505, y LXXIV (1962), pp. 759-803.

—, *Histoire des croquants: étude des soulèvements populaires au XVII e siècle dans le sud-ouest de la France,* 2 vols. (Ginebra, 1974).

—, *Révoltes et révolutions dans l'Europe moderne, XVI e-XVIII e siècles* (París, 1980).

—, *La sommossa di Fermo del 1648, con le cronache di Maiolino Bisaccioni, Francesco Maria e Domenico Raccamadori e una memoria inedita di Giuseppe Fracassetti* (Fermo, 2007).

Berchet, G., *La Repubblica di Venezia e la Persia* (Turín, 1865).

Berghaus, G., *Die Aufnahme der englishen Revolution in Deutschland 1640-1669* (Wiesbaden, 1989).

Bergin, J., *The making of the French episcopate* (New Haven, 1996).

—, y L. W. B. Brockliss, eds., *Richelieu and his age* (Oxford, 1992).

Bernardos Sanz, J. U., *Trigo castellano y abasto madrileño: los arrieros y comerciantes segovianos en la Edad Moderna* (Salamanca, 2003).

Berry, M. E., *Hideyoshi* (Cambridge, 1982).

—, «Public life in authoritarian Japan», *Daedalus*, CXXVII, 3 (1998), pp. 133-165.

—, *Japan in print. Information and nation in the early modern period* (Berkeley, 2006).

Betrán, J. L., *La peste en la Barcelona de los Austrias* (Lleida, 1996).

Bierbrauer, P., «Bäuerliche Revolten im Alten Reich. Ein Forschungsbericht», en P. Blickle et ál., eds., *Aufruhr und Empörung? Studien zum bäuerlichen Widerstand im Alten Reich* (Múnich, 1980), pp. 1-68.

Bierther, K., *Der Regensburger Reichstag von 1640/1641* (Kallmünz, 1971).

Bilbao, L. M., «La crisis del siglo XVII en su lectura económica. Un debate inconcluso», *Áreas. Revista de Ciencias Sociales*, X (1989), pp. 51-72.

Biot, E., «Catalogue des comètes observées en Chine depuis l'an 1230 jusqu'à l'an 1640 de notre ère», *Connaissance des Temps* (París, 1843), pp. 44-59.

Biraben, J. N., *Les hommes et la peste en France et dans les pays européens et méditerranéens*, 2 vols. (París, 1975).

—, y D. Blanchet, «Essai sur le mouvement de la population de Paris et de ses environs depuis le xvie siècle», *Population*, LIII (1998), pp. 215-248.

Bireley, R., *Religion and politics in the age of the Counter-Reformation. Emperor Ferdinand II, William Lamormaini, S. J., and the formation of Imperial policy* (Chapel Hill, 1981).

Birmingham, D., *The Portuguese conquest of Angola* (Londres, 1965).

Bitossi, C., «Gli apparati statali e la crisi del Seicento», en N. Tranfaglia y M. Firpi, eds., *La storia. I gran-*

di problemi dal Medioevo all'Età Contemporanea. V: L'Età Moderna, III: Stati e società (Turín, 1986), pp. 169-198.

Bix, H., *Peasant protest in Japan, 1590-1884* (New Haven, 1986).

Blake, E. S., E. N. Rappaport y C. W. Landsea, *The deadliest, costliest, and most intense United States tropical cyclones from 1851 to 2006 (and other frequently requested hurricane facts)* (Miami, 2007: NOAA, memorándum técnico NWS TPC-5).

Blake, S. P., *Shajahanabad: the sovereign city in Mughal India* (Cambridge, 1991).

Blaufarb, R., «The survival of the *Pays d'États*: the example of Provence», *P&P*, CCIX (2010), pp. 83-113.

Blaug, M., «The Poor Law Report re-examined», *Journal of Economic History*, XXIV (1964), pp. 229-245.

Blickle, P., et ál., *Aufruhr und Empörung. Studien zur bäuerliche Widerstand im Alten Reich* (Múnich, 1980).

—, ed., *Resistance, representation and community* (Oxford, 1997).

Bloch, M., *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931; 2.ª ed., 2 vols., París, 1952-1956; trad. cast.: *La historia rural francesa: caracteres originales*, Crítica, Barcelona, 1978).

Blok, F. F., *Nikolaus Heinsius in Napels (april-juli 1647)* (Ámsterdam, 1984).

Blome, A., «Offices of intelligence and expanding social spaces», en Dooley, *The dissemination*, pp. 207-222.

Bluche, F., «Un vente de Fronde», en F. Bluche y S. Rials, eds., *Les révolutions françaises. Les phénomènes ré-*

volutionnaires en France du Moyen Age à nos jours (París, 1989), pp. 167-179.

Blum, J., *Lord and peasant in Russia: From the ninth to the nineteenth century* (Princeton, 1961).

Blussé, L., *Strange company. Chinese settlers, mestizo women and the Dutch in VOC Batavia* (Dordrecht, 1986).

Boaga, E., *La soppressione innocenziana dei piccoli conventi in Italia* (Roma, 1971).

Bogart, D., «Did the Glorious Revolution contribute to the transport revolution? Evidence from investment in roads and rivers», *EcHR*, LXIV (2011), pp. 1073-1112.

Bogucka, M., «Between capital, residential town and metropolis: the development of Warsaw in the sixteenth to eighteenth centuries», en Clark y Lepetit, *Capital cities*, pp. 198-216.

Bolitho, H., *Treasures among men. The Fudai daimyo-in Tokugawa Japan* (New Haven, 1974).

Bollême, G., *La bibliothèque bleue: littérature populaire en France du XVII e au XIX e siècle* (París, 1971).

—, *La bibliothèque bleue. Anthologie d'une littérature «populaire»* (París, 1976).

Bonney, R. J., «The French civil war, 1649-1653», *European History Quarterly*, VIII (1978), pp. 71-100.

—, *Political change in France under Richelieu and Mazarin, 1624-1661* (Oxford, 1978).

—, *The European dynastic states, 1494-1660* (Oxford, 1991).

—, «Louis XIII, Richelieu, and the royal finances», en Bergin y Brockliss, *Richelieu and his age*, pp.

120-133.

—, *The limits to absolutism in Ancien Régime France* (Aldershot, 1995).

—, ed., *The rise of the fiscal state in Europe, c. 1200-1815* (Oxford, 1999).

Bonolas, P., «Retz, épigone de Cromwell?», *XVII e siècle*, CLXIX (1990), pp. 445-455.

Börekçi, G., «Factions and favorites at the courts of sultan Ahmed I (r. 1603-17) and his immediate predecessors» (tesis doctoral, OSU, 2010).

Borgaonkar, H. P., A. B. Sikder, Somaru Ram y G. B. Pant, «Climate change signature in tree-ring proxies from Indian subcontinent» (taller de trabajo Asia-2K, Nagoya, 2010).

Borja Palomo, F., *Historia crítica de las riadas o grandes avenidas del Guadalquivir en Sevilla* (Sevilla, 2001).

Bots, H., «Le rôle des périodiques néerlandais pour la diffusion du livre (1684-1747)», en C. Berkvens-Stevelinck et ál., eds., *Le magasin de l'univers: the Dutch Republic as the centre of the European book trade* (Leiden, 1992), pp. 49-70.

Bottigheimer, K. S., *English money and Irish Land: The «adventurers» in the Cromwellian settlement of Ireland* (Oxford, 1971).

Boulton, J., «Food prices and the standard of living in London in the "century of revolution", 1580-1700 », *EcHR*, LIII (2000), pp. 455-492.

Bourgeon, J.-L., «L'Île de la Cité pendant la Fronde. Structure sociale», *Paris et Île-de-France, Mémoires*, XIII (1962), pp. 122-144.

Bouza, F., *Corre manuscrito. Una historia cultural del Siglo de Oro* (Madrid, 2001).

Bowra, E. C., «The Manchu conquest of Canton», *The China Review*, I (1872-1873), pp. 228-237.

Boxer, C. R., *Fidalgos in the Far East, 1550-1700. Fact and fancy in the history of Macao* (La Haya, 1948).

—, «Portuguese and Dutch colonial rivalry 1641-1661», *Studia*, II (1958), pp. 7-42.

—, *The Portuguese seaborne Empire, 1415-1825* (Londres, 1969).

—, *Portuguese India in the mid-seventeenth century* (Nueva Delhi, 1980).

—, *Seventeenth-century Macau in contemporary documents and illustrations* (Singapur, 1984).

Boyer, R. E., *La gran inundación. Vida y sociedad en México 1629-1638* (México, 1975).

Braddick, M. J., *God's fury, England's fire. A new history of the English civil wars* (Londres, 2008).

—, y J. Walter, eds., *Negotiating power in early modern society: order, hierarchy, and subordination in Britain and Ireland* (Cambridge, 2001).

Bradley, R. S., *Paleoclimatogy. Reconstructing climates of the Quaternary* (2.ª ed., Londres, 1999).

—, y P. D. Jones, eds., *Climate since A. D. 1500* (Londres, 1992).

Bradshaw, B., A. Hadfield y W. Maley, eds., *Representing Ireland: Literature and the origins of conflict, 1534-1660* (Cambridge, 2010).

—, y J. Morrill, eds., *The British problem, c. 1534-1707. State formation in the Atlantic archipelago* (Nueva York, 1996).

Braudel, F., *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*, 2 vols. (Londres, 1972-1973 ; trad. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, FCE, Madrid, 1997).

Bray, F., *Technology and gender: fabrics of power in Late Imperial China* (Berkeley, 1997).

Brázdil, R., *Historické a souc̆asné porodne̊ v C̆eské Republice* (Brno, 2005).

—, ed., *Hydrological Sciences Journal*, LI, 5 (2006), pp. 733-985 (número especial dedicado a la hidrología histórica).

—, et ál., «Historical climatology in Europe – The state of the art», *CC*, LXX (2005), pp. 363-430.

—, et ál., «European climate of the past 500 years: new challenges for historical climatology», *CC*, CI (2010), pp. 7-40.

—, H. Valášek y O. Kotyza, «Meteorological records of Michel Stüeler of Krupka and their contribution to the knowledge of the climate of the Czech Lands in 1629-1649», en D. Drbohlav, J. Kalvoda y V. Voženílek, eds., *Czech Geography at the Dawn of the Millenium* (Olomouc, 2004), pp. 95 112.

—, P. Dobrovolný y J. Luterbacher, «Use of documentary data in European climate reconstructions: state of the art and recent progress» (artículo entregado durante la conferencia «Climate and History» en el Deutsches Historisches Institut, París, 3-4 de septiembre de 2011).

—, y O. Kotyza, «Floods in the Czech Republic in the past millennium», *L'Houille Blanche*, V (2004), pp. 50-55.

Brecke, P., «Violent conflicts 1400 A. D. to the present in different regions of the world» (artículo preparado para el encuentro de 1999 de la Peace Science Society [International], Ann Arbor, Míchigan).

Bremer, F. J., «In defence of regicide: John Cotton on the execution of Charles I», *WMQ*, 3.ª serie, XXXVII (1980), pp. 103-124.

Briffa, K. R., y T. J. Osborn, «Blowing Hot and Cold», *Science*, CCXCV (2002), pp. 2227-2228.

Briggs, R., «Richelieu and reform. Rhetoric and political reality», en Bergin y Brockliss, *Richelieu and his age*, pp. 71-97.

—, *Communities of belief: cultural and social tension in early modern France* (Oxford, 1989).

Brinton, C., *Anatomía de la revolución*, Aguilar, Madrid, 1962.

Brockliss, L., «Richelieu, education and the state», en Bergin y Brockliss, *Richelieu and his age*, pp. 237-272.

—, y C. Jones, *The medical world of early modern France* (Oxford, 1997).

Brod, M., «Politics and prophecy in seventeenth-century England: the case of Elizabeth Poole», *Albion*, XXXI (1995), pp. 395-413.

Brokaw, C. J., *The ledgers of merit and demerit: social change and moral order in late Imperial China* (Princeton, 1991).

—, *Commerce in culture: the Sibao book trade 1663-1946* (Cambridge, 2007).

—, y Kai-Wing Chow, eds., *Printing and book culture in late Imperial China* (Berkeley, 2004).

Bronner, F., «La Unión de Armas en el Perú. Aspectos político-legales», *Anuario de Estudios Americanos*, XXIV (1967), pp. 1133-1171.

Brook, T., «Censorship in eighteenth-century China: a view from the book trade», *Canadian Journal of History*, XXII (1988), pp. 177-196.

—, *Praying for power. Buddhism and the formation of gentry society in late-Ming China* (Cambridge, 1993).

—, *The confusions of pleasure: commerce and culture in Ming China* (Berkeley, 1998).

—, *Vermeer's hat. The seventeenth century and the dawn of the global world* (Nueva York, 2008).

—, *The troubled Empire. China in the Yuan and Ming dynasties* (Cambridge, 2010).

Brooks, G. E., *Landlords and strangers. Ecology, society and trade in Western Africa, 1000-1630* (Boulder, 1993).

Brown, P. B., «Tsar Aleksei Mikhailovich: Muscovite military command style and legacy to Russian military history», en Lohr y Poe, *The military and society in Russia*, pp. 119-145.

Brown, P. C., «Practical constraints on early Tokugawa land taxation: annual versus fixed assessments in Kaga domain», *JJS*, XIV (1988), pp. 369-401.

Bruijn, J. R., et ál., *Dutch Asiatic shipping in the 17th and 18th centuries*, 3 vols. (La Haya, 1979-1987).

Brunt, P. A., *Social conflicts in the Roman Republic* (Londres, 1971).

Buisman, J., *Duizend Jaar weer, wind en water in de Lage Landen, IV: 1575-1675* (Franeker, 2000).

Buono, A., *Esercito, istituzioni, territorio. Alloggiamenti militari e «case herme» nello stato di Milano (secoli XVI e XVII)* (Florencia, 2009).

Burke, P., «The Virgin of the Carmine and the revolt of Masaniello», *P&P,* XCIX (1983), pp. 3-21.

—, «Masaniello: a response», *P&P*, CXIV (1987), pp. 197-199.

—, «Some seventeenth-century anatomists of revolution», *Storia della Storiografia*, XXII (1992), pp. 23-35.

—, «The crisis in the arts of the seventeenth century: a crisis of representation?», *JIH*, XL (2009), pp. 239-261.

Burkus-Chasson, A., «Visual hermeneutics and the act of turning the leaf. A genealogy of Liu Yuan's Lingyan ge», en Brokaw y Chow, *Printing and book culture*, pp. 371-416.

Busch, H., «The Tunglin Academy and its political and philosophical significance», *Monumenta Serica*, XIV (1949-1955), pp. 1-163.

Bushkovitch, P., *Religion and society in Russia in the sixteenth and seventeenth centuries* (Oxford, 1992).

Bussmann, K., y H. Schilling, eds., *1648. War and peace in Europe*, 3 vols. (Münster, 1998).

Bustos Rodríguez, M., *Cádiz en el sistema atlántico. La ciudad, sus comerciantes y la actividad mercantil, 1650-1830* (Madrid, 2006).

Caillard, M., «Recherches sur les soulèvements populaires en Basse Normandie (1620-1640)», en M. Caillard, *À travers la Normandie des XVII e et XVIII e siècles* (Caen, 1963).

Calhoun, C., ed., *Habermas and the public sphere* (Boston, 1992).

Cambridge History of China, véase Twitchett, D.

Campbell, B. M. S., «Nature as historical protagonist: environment and society in preindustrial England», *EcHR*, LXIII (2010), pp. 281-314.

—, «Physical shocks, biological hazards, and human impacts: the crisis of the fourteenth century revisited», en S. Cavaciocchi, ed., *Le interazioni fra economia e ambiente biologico nell'Europe preindustriale. Seccoli XIII-XVIII* (Prato, 2010), pp. 13-32.

—, «Panzootics, pandemics and climatic anomalies in the fourteenth century», en B. Herrmann, ed., *Beiträge zum Göttinger Umwelthistorischen Kolloquium 2010-2011* (Gotinga, 2011), pp. 177-215.

Camuffo, D., y C. Bertolin, «The earliest temperature observations in the world: the Medici Network (1654-1670)», *CC*, CXI (2012), pp. 335-362.

Cancila, O., *Impresa, redditi, mercato nella Sicilia moderna* (Palermo, 1993).

Cane, S., «Australian aboriginal subsistence in the Western Desert», *Human Ecology*, XV (1987), pp. 391-434.

Canny, N., ed., *Europeans on the move. Studies in European migration 1500-1800* (Oxford, 1994).

—, ed., *The origins of empire: British overseas enterprise to the close of the seventeenth century* (Oxford, 1998: *The Oxford History of the British Empire*, vol. I).

—, *Making Ireland British, 1580-1650* (Oxford, 2001).

Capp, B., *When gossips meet. Women, family and neighbourhood in early modern England* (Oxford, 2003).

Carbajo Isla, M., *La población de la villa de Madrid, desde finales del siglo XVI hasta mediados del siglo XIX* (Madrid, 1987).

Carlton, C., *Going to the wars. The experience of the British civil wars 1638-1651* (Londres, 1992).

Carrier, H., *La presse de la Fronde (1648-53): Les mazarinades* (Ginebra, 1989).

—, *Le labyrinthe de l'Etat. Essai sur le débat politique en France au temps de la Fronde (1648-1653)* (París, 2004).

Carroll, S., «The peace in the feud in sixteenth-and seventeenth-century France», *P&P,* CLXXVII (2003), pp. 74-115.

Casey, J., «La Crisi General del segle xvii a València 1646-1648», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XLVI, 2 (1970), pp. 96-173.

Casway, J., «Gaelic Maccabeanism: the politics of reconciliation», en Ohlmeyer, *Political thought*, pp. 176-188.

Cavaillé, J.-P., «Masculinité et libertinage dans la figure et les écrits de Christine de Suède», *Les Dossiers du Grihl* [en línea], enero 2010, en < http://dossiersgrihl. revues.org/3965; DOI: 10.4000/dossiersgrihl. 3 965>, consultado el 4 de marzo de 2012.

Céline, L.-F., *De un castillo a otro*, Bruguera, Barcelona, 1981.

Cercas, J., *Anatomía de un instante*, Mondadori, Barcelona, 2009.

Çetin, Cemal, *XVII ve XVIII. Yüzyillarda Konya Menzilleri* (tesis doctoral inédita, Selçuk University, Kon-

ya, 2004).

Ch'ü T'ung-Tsu, *Local government in China under the Ch'ing* (Cambridge, 1962).

Chan, A., *The glory and fall of the Qing dynasty* (Norman, 1982).

Chang Chia-feng, «Disease and its impact on politics, diplomacy and the military: the case of smallpox and the Manchus (1613-1795)», *Journal of the History of Medicine and Allied Sciences*, LVII, 2 (2002), pp. 177-197.

Chang Chun-shu y S. Hsueh-lun Chang, *Crisis and transformationin seventeenthcentury China: society, culture, and modernity in Li Yü's world* (Ann Arbor, 1992).

—, y S. Hsueh-lun Chang, *Redefining history: ghosts, spirits, and human society in P'u Sung-ling's world, 1640-1715* (Ann Arbor, 1998).

Chang, M. G., *A court on horseback. Imperial touring and the constitution of Qing rule, 1680-1785* (Cambridge, 2007).

Charbonneau, H., *Naissance d'une population. Les français établis au Canada au 17e siècle* (Montreal, 1987).

Charmeil, J. P., *Les trésoriers de France à l'époque de la Fronde* (París, 1964).

Chaunu, P., «Réflexions sur le tournant des années 1630-1650», *Cahiers d'Histoire*, XII (1967), pp. 249-268.

Cherniakova, I. A., *Karelia na perelome epokh: ocherki sotsialnoi i agrarnoi istorii XVII veka* (Petrozavodsk, 1998).

Cherniavsky, M., «The Old Believers and the new religion», *Slavic Review*, XXV (1966), pp. 1-39.

Chéruel, A., *Histoire de France pendant la minorité de Louis XIV*, 2 vols. (París, 1879).

Chia, L., «Of Three Mountains Street: the commercial publishers of Ming Nanjing», en Brokaw y Chow, *Printing and book culture*, pp. 128-151.

Ching, J., «Chu Shun-Shui, 1600-82: A Chinese Confucian Scholar in Tokugawa Japan», *Monumenta Nipponica*, XXX, 2 (1975), pp. 177-191.

—, «The practical learning of Chu Shun-Shui (1600-1682)», en De Bary y Bloom, *Principles and practicality*, pp. 189-229.

Chow Kai-wing, «Writing for success. Printing, examinations, and intellectual change in late Ming China», *Late Imperial China*, XVII, 1 (1996), pp. 120-157.

—, *Publishing, culture and power in early modern China* (Stanford, 2004).

Churchill, W. S., *The world crisis, 1911-1918*, 6 vols. (Londres, 1923-1931).

Cipolla, C. M., *Cristofano and the plague. A study in the history of public health in the age of Galileo* (Londres, 1973).

Clark, G. N., *The seventeenth century* (2.ªed., Oxford, 1947).

Clark, P., *The English alehouse: a social history, 1200-1830* (Londres, 1983).

—, ed., *The European crisis of the 1590s: essays in comparative history* (Londres, 1985).

—, y B. Lepetit, eds., *Capital cities and their hinterlands in early modern Europe* (Aldershot, 1996).

—, y R. Gillespie, eds., *Two capitals: London and Dublin, 1500-1840* (Oxford, 2002).

Clarke, A., «Ireland and the General Crisis», *P&P,* XLVIII (1970), pp. 79-99.

—, «The 1641 depositions», en P. Fox, ed., *Treasures of the library, Trinity College Dublin* (Dublín, 1986), pp. 111-122.

—, *The Old English in Ireland, 1625-42* (2.ª ed., Dublín, 2000).

Clifton, R., «The popular fear of Catholics during the English Revolution», *P&P,* LII (1971), pp. 23-55.

—, *The last popular rebellion: the Western Rising of 1685* (Londres, 1984).

Clunas, C., *Superfluous things: material culture and social status in early modern China* (Cambridge, 1991).

Coaldrake, W. H., *Architecture and authority in Japan* (Londres, 1996).

Coates, B., *The impact of the English civil war on the economy of London, 1642-1650* (Aldershot, 2004).

Comparato, V. I., *Uffici e società a Napoli (1600-1647). Aspetti dell'ideologia del magistrate nell'età moderna* (Florencia, 1974).

—, «Barcelona y Nápoles en la búsqueda de un modelo político: analogías, diferencias, contactos», *Pedralbes: Revista d'Història Moderna*, XVIII (1998), pp. 439-452.

Condren, C., «Public, private and the idea of the "Public Sphere" in early-modern England», *Intellectual History Review*, XIX (2009), pp. 15-28.

Connor, J., *The Australian frontier wars, 1788-1838* (Sídney, 2005).

Contamine, P., ed., *Histoire militaire de la France, I: Des origines à 1715* (París, 1992).

Conti, V., *Consociatio civitatum. Le repubbliche nei testi elzeviriani (1625-1649)* (Florencia, 1997).

Cook, E. R., «Southwestern USA Drought Index Reconstruction». International Tree-Ring Data Bank, < IGBP PAGES/World Data Center for Paleoclimatology Data Contribution Series #2000-053>.

—, B. M. Buckley, R. D. D'Arrigo y M. J. Peterson, «Warm season temperatures since 1600 BC reconstructed from Tasmanian tree rings and their relationship to large-scale sea surface temperature anomalies», *Climatic Dynamics*, XVI (2000), pp. 79-86.

Cook, H. J., *Matters of exchange. Commerce, medicine and science in the Dutch Golden Age* (New Haven y Londres, 2007).

Cook, M. A., *Population pressure in rural Anatolia, 1450-1600* (Londres, 1972).

Cook, N. D., *Born to die. Disease and new world conquest, 1492-1650* (Cambridge, 1998).

Cooper, J. P., ed., *The New Cambridge Modern History*, vol. IV (Cambridge, 1970).

Cooper, M., ed., *They came to Japan: an anthology of European reports on Japan, 1543-1640* (Berkeley, 1965).

Corish, P., «The rising of 1641 and the catholic confederacy, 1641-1645», en Moody, *A new history of Ireland*, vol. III, pp. 289-316.

Cornell, L., «Infanticide in early modern Japan? Demography, culture and population growth», *JAS*, LV (1996), pp. 22-50.

Corsini, C. A., y G. Delille, «Eboli e la peste del 1656», en *I Congreso Hispanoluso-italiano de Demografía Histórica* (Barcelona, 1987), pp. 244-250.

Corvisier, A., *L'armée française de la fin du XVII e siècle au ministère de Choiseul. Le soldat,* 2 vols. (París, 1964).

—, «Clientèles et fidélités dans l'armée française aux xviie et xviiie siècles», en Y. Durand, ed., *Hommage à Roland Mousnier. Clientèles et fidélités en Europe à l'époque moderne* (París, 1981), pp. 213-236.

Courtwright, D. T., *Forces of habit. Drugs and the making of the modern world* (Cambridge, 2001).

Cowan, E. J., «The making of the National Covenant», en J. S. Morrill, ed., *The Scottish National Covenant in its British Context* (Edimburgo, 1990), pp. 6890.

—, «The political ideas of a covenanting leader: Archibald Campbell, marquis of Argyll 1607-1661», en R. A. Mason, ed., *Scots and Britons. Scottish political thought and the union of 1603* (Cambridge, 1994), pp. 241-261.

Cregan, D., «The social and cultural background of a counter-reformation episcopate, 1618-1660», en A. Cosgrove y D. MacCartney, eds., *Studies in Irish history presented to R. Dudley Edwards* (Dublín, 1979), pp. 85-117.

Cressy, D., *Coming over. Migration and communication between England and New England in the 17th century* (Cambridge, 1987).

—, «Conflict, consensus and the willingness to wink: the erosion of community in Charles I's England», *Huntington Library Quarterly*, LXI (1999-2000) , pp. 131-149.

—, «The protestation protested, 1641 and 1642», *HJ*, XLV (2002), pp. 251-279.

—, *England on edge. Crisis and revolution 1640-1642* (Oxford, 2006).

Crewe, R. D., «Brave New Spain: an Irishman's independence plot in seventeenth-century Mexico», *P&P*, CCVII (2010), pp. 53-97.

Croix, A., *La Bretagne aux 16e et 17e siècles: la vie, la mort, la foi* (París, 1981).

Crossley, P. K., *A translucent mirror. History and identity in Qing imperial ideology* (Princeton, 1999).

Croxton, D., *Peacemaking in early modern Europe. Cardinal Mazarin and the Congress of Westphalia* (Cranbury, 1999).

—, *Westphalia: The last christian peace* (Nueva York, 2013).

Crummey, R. O., «The origins of the Old Believers' cultural system: the works of Avraamii», *Forschungen zur osteuropäischen Geschichte*, L (1995), pp. 121-138.

—, «Muscovy and the "General Crisis of the seventeenth century"», *Journal of Early Modern History*, II (1998), pp. 156-180.

Cueto, R., *Quimeras y sueños. Los profetas y la Monarquía católica de Felipe IV* (Valladolid, 1994).

Cullen, K. J., *Famine in Scotland: the «Ill years» of the 1690s* (Edimburgo, 2010).

Cunningham, A., y O. P. Grell, *The four horsemen of the Apocalypse. Religion, war, famine and death in Reformation Europe* (Cambridge, 2000).

Cunningham, B., «"Zeal for God and for souls": Counter-Reformation preaching in early seventeenth-century Ireland», en A. Fletcher y R. Gillespie, eds., *Irish preaching 700-1700* (Dublín, 2001), pp. 127-144.

Curtin, P. D., *Economic change in precolonial Africa. Senegambia in the era of the slave trade*, 2 vols. (Madison, 1975).

Curtis, M. H., «The alienated intellectuals of early Stuart England», *P&P*, XXIII (1962), pp. 25-43 (reimp. en Aston, *Crisis in Europe*, pp. 295-316).

Cust, R., *Charles I: a political life* (Harlow, 2005).

Cyberski, J., et ál., «History of the floods on the river Vistula», *Hydrological Sciences Journal*, LI (2006), pp. 799-817.

Dale, S. F., *The Muslim empires of the Ottomans, Safavids and Mughals* (Cambridge, 2010).

Daprà, Brigitte, et ál., ed., *Micco Spadaro: Napoli ai tempi di Masaniello* (Nápoles, 2002).

Darcy, E., A. Margey y E. Murphy, *The 1641 depositions and the Irish rebellion* (Londres, 2012).

Dardess, J. W., *A Ming society: T'ai-ho county, Kiangsi, fourteenth to seventeenth century* (Berkeley, 1996).

—, *Blood and history in China. The Donglin faction and its repression, 1620-1627* (Honolulu, 2002).

—, «Monarchy in action: Ming China» (inédito).

Darling, L. T., «Ottoman politics through British eyes: Paul Rycaut's The present state of the Ottoman empire», *JWH*, I (1994), pp. 71-97.

—, *Revenue-raising and legitimacy. Tax collection and finance administration in the Ottoman empire, 1560-1660* (Leiden, 1996).

—, «"Do justice, do justice, for that is paradise": Middle Eastern advice for Indian Muslim rulers», *Comparative Studies of South Asia, Africa and the Middle East*, XXII, 1-2 (2002), pp. 3-19.

Davies, B. L., *State, power and community in early modern Russia. The case of Kozlov, 1635-1649* (Londres, 2004).

—, *Warfare, state and society on the Black Sea steppe, 1500-1700* (Londres, 2007).

Davies, S., *Unbridled spirits: women of the English Revolution, 1640-1660* (Londres, 1998).

Davies, T., «Changes in the structure of the wheat trade in seventeenth-century Sicily and the building of new villages», *JEEH*, XII (1983), pp. 371-405.

Dekker, R., *Holland in beroering. Oproeren in de 17e en 18e eeuw* (Baarn, 1982).

—, «Women in revolt. Popular revolt and its social bias in Holland in the seventeenth and eighteenth centuries», *Theory and society*, XVI (1987), pp. 337-362.

—, y L. Van de Pol, *The tradition of female transvestitism in early modern Europe* (Londres, 1989).

Delfin, F. G., et ál., «Geological, 14C and historical evidence for a 17th-century eruption of Parker volcano, Mindanao, Philippines», *Journal of the Geological Society of the Philippines*, LII (1997), pp. 25-42.

Dennerline, J., «Fiscal reform and local control: the gentry-bureaucratic alliance survives the conquest», en Wakeman y Grant, *Conflict and control*, pp. 86 120.

—, *The Chia-Ting Loyalists: Confucian leadership and social change in seventeenthcentury China* (New Haven y Londres, 1981).

Des Forges, R. V., *Cultural centrality and political change in Chinese history. Northeast Henan in the fall of the Ming* (Stanford, 2003).

—, «Toward another Tang or Zhou? Views from the Central Plain in the Shunzhi reign», en L. Struve, ed., *Time temporality and change of empire: East Asia from Ming to Qing* (Honolulu, 2005), pp. 73-112.

Descimon, R., «Autopsie du massacre de l'Hôtel de Ville (4 juillet 1652). Paris et le "Fronde des Princes"», *Annales HSS*, LIV (1999), pp. 319-351.

—, y Jouhaud, C., «La Fronde en mouvement: le développement de la crise politique entre 1648 en 1652», *XVII e Siècle*, CXLV (1984), pp. 305-322.

Dessert, D., «Finances et société au xviie siècle: à propos de la Chambre de Justice», *Annales E. S. C.*, XXIX (1974), pp. 847-881.

Dewald, J., «Crisis, chronology, and the shape of European social history», *AHR*, CXIII (2008), pp. 1031-1052.

Diamond, J., *Collapse. How societies choose to fail or succeed* (Londres, 2005).

Diaz, H. F., y V. Markgraf, eds., *El Niño. Historical and paleoclimatic aspects of the Southern Oscillation* (Cambridge, 1993), pp. 251-263.

Dickmann, F., *Der Westfälische Frieden* (Münster, 1959).

Dikötter, F., «"Patient Zero": China and the myth of the "opium plague"» (lección inaugural, SOAS,

Londres, 2003).

Dils, J. A., «Epidemics, mortality and the civil war in Berkshire, 1642-1646», en R. C. Richardson, ed., *The English civil wars: local aspects* (Stroud, 1997), pp. 144-155.

Dipper, C., *Deutsche Geschichte, 1648-1789* (Frán-cfort, 1991).

Disney, A., «Famine and famine relief in Portuguese India in the sixteenth and early seventeeth centuries», *Stvdia*, XLIX (1989), pp. 255-282.

Dobrovolný, P., A. Moberg y R. Brázdil, «Monthly, seasonal and annual temperature reconstructions for Central Europe derived from documentary evidence and instrumental records since AD 1500», *CC*, C (2010), pp. 69-107.

Dodgshon, R. A., «The Little Ice Age in the Scottish Highlands and Islands: Documenting its human impact», *Scottish Geographical Journal*, CXXI (2005), pp. 321-337.

Dollinger, H., «Kurfürst Maximilian I. von Bayern und Justus Lipsius», *Archiv für Kulturgeschichte*, XLVI (1964), pp. 227-308.

Dols, M. W., «The second plague pandemic and its recurrences in the Middle East, 1347-1894», *JESHO*, XXII (1979), pp. 162-189.

Domínguez Ortiz, A., *La sociedad española en el siglo XVII*, vol. I (Madrid, 1963).

—, «La conspiración del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte», en ídem, *Crisis y decadencia de la España de los Austrias* (Barcelona, 1969), pp. 113-153.

—, *Alteraciones andaluzas* (Madrid, 1973).

Donaldson, G., «The emergence of schism in seventeenth-century Scotland», en D. Baker, ed., *Schism, heresy and religious protest* (Cambridge, 1972: Studies in Church History, IX), pp. 277-94.

Donawerth, J., «Women's reading practices in seventeenth-century England: Margaret Fell's *Women's speaking justified*», *SCJ*, XXXVII (2006), pp. 985-1005
.

Donoghue, J., «"Out of the land of bondage": The English Revolution and the Atlantic origins of abolition», *AHR*, CXV (2010), pp. 943-974.

Dooley, B., *Italy in the Baroque: selected readings* (Nueva York, 1995).

—, «News and doubt in early modern culture: or, are we having a public sphere yet?», en Dooley and Baron, *The politics*, pp. 275-290.

—, ed., *The dissemination of news and the emergence of contemporaneity in early modern Europe* (Aldershot, 2010).

—, y S. Baron, eds., *The politics of information in early modern Europe* (Londres, 2001).

Dore, R., *Education in early modern Japan* (Berkeley, 1965).

Dott, B., *Identity reflections. Pilgrimages to Mount Tai in Late imperial China* (Cambridge, 2004).

Drake, S., *Galileo at work. His scientific biography* (Mineola, 1995).

—, y C. D. O'Malley, eds., *The controversy on the comets of 1618: Galileo Galilei, Horatio Grassi, Mario Guiducci, Johan Kepler* (Filadelfia, 1960).

Droysen, G., «Studien über die Belagerung und Zerstörung Magdeburgs, 1631», *Forschungen zur Deutsche Geschichte*, III (Gotinga, 1863), pp. 433-606.

Duccini, H., «Regard sur la littérature pamphlétaire en France au xviie siècle», *Revue Historique*, CCLX (1978), pp. 313-339.

—, *Faire voir, faire croire: l'opinion publique sous Louis XIII* (Seyssel, 2003).

Dulong, C., «Mazarino et ses banquiers», in *Il cardinale Mazzarino in Francia* (Roma, 1977: Atti della Accademia Nazionale dei Lincei, XXXV), pp. 1740.

Dumas, S., *Les filles du roi en Nouvelle-France: étude historique avec répertoire biographique* (Quebec, 1972).

Dunning, C. S. L., *Russia's first civil war: the Time of troubles and the founding of the Romanov dynasty* (Pensilvania, 2001).

Dunstan, H., «The late Ming epidemics: a preliminary survey», *Ch'ing-shih wen-t'i*, III, 3 (1975), pp. 1-59.

Dunthorne, H., «Resisting monarchy: the Netherlands as Britain's school of revolution in the late sixteenth and seventeenth centuries», en R. Oresko, G. C. Gibbs y H. M. Scott, eds., *Royal and republican sovereignty in early modern Europe: Essays in memory of Ragnhild Hatton* (Cambridge, 1997), pp. 125-148.

Dupâquier, Jacques, ed., *Histoire de la population française, I. Des origines à la Renaissance* (París, 1988).

DuVal, K., *The Native Ground: Indians and Colonists in the heart of the continent* (Filadelfia, 2006).

Dyson, T., «Famine in Berar, 1896-1897 and 1899-1900: echoes and chain reactions», en Dyson y Ó Gráda, *Famine demography*, pp. 93-112.

—, y Ó Gráda, C., *Famine demography: perspectives from the past and present* (Oxford, 2002).

Eastman, L. E., *Family, fields and ancestors. Constancy and change in China's social and economic history, 1550-1949* (Oxford, 1988).

Eaton, H. L., «Early Russian censuses and the population of Muscovy, 1550-1650» (tesis doctoral, Universidad de Illinois, 1970).

Eaton, R., *The rise of Islam and the Bengal frontier* (Berkeley, 1993).

—«Decline, and Recovery of the Russiam cities from 1500 to 1700», Canadian-American Slanic Studies, XI (1977), 220-223.

Ebermeier, W., *Landshut im Dreissigjährigen Krieg* (Landshut, 2001).

Ebrey, P. B., ed., *Chinese civilization and society. A sourcebook* (Nueva York, 1981).

Eckert, E. A., «Boundary formation and diffusion of plague: Swiss epidemics from 1562 to 1669», *Annales de démographie historique* (1978), pp. 49-80.

—, *The structure of plagues and pestilences in early modern Europe: Central Europe, 1560-1640* (Basel, 1996).

Eddy, J. A., «The "Maunder Minimum": sunspots and climate in the reign of Louis XIV», en Parker y Smith , *The General Crisis*, pp. 264-297.

—, P. A. Gilman y D. E. Trotter, «Anomalous solar rotation in the early 17th century», *Science*, CXCVIII (1977), pp. 824-829.

Eisenstadt S. N., y W. Schluter, eds., «Introduction: paths to early modernities: a comparative view», *Daedalus*, CXXVII, 3 (1998), pp. 1-18.

Ekman, E., «The Danish royal law of 1665», *JMH*, XXVII (1959), pp. 102-107.

Eldem, E., D. Goffman y B. Masters, *The Ottoman city between east and west: Aleppo, Izmir and Istanbul* (Cambridge, 1999).

Elison, G., *Deus destroyed. The image of Christianity in early modern Japan* (Cambridge, 1973).

—, «The cross and the sword: patterns of Momoyama history», en G. Elison y B. Smith, eds., *Warlords, artists and commoners: Japan in the sixteenth century* (Honolulu, 1981), pp. 55-85.

Ellersieck, H. E., «Russia under Aleksei Mikhailovich and Fedor Alekseevich, 1645-1682: the Scandinavian sources» (tesis doctoral, UCLA, 1955).

Elliott, J. H., *La rebelión de los catalanes. Un estudio sobre la decadencia de España (1598-1640)* (1963; 5.ª ed., Madrid, 1999).

—, «The year of the three ambassadors», en H. Lloyd-Jones et ál., eds., *History and Imagination. Essays in honour of H. R. Trevor-Roper* (Londres, 1981), pp. 165-181.

—, «El programa de Olivares y los movimientos de 1640», en J. M. Jover Zamora, ed., *La España de Felipe IV* (Madrid, 1982: *Historia de España EspasaCalpe*, vol. XXV), pp. 335-362.

—, *El conde-duque de Olivares. El político en una época de decadencia* (Barcelona, 1990).

—, «A Europe of composite monarchies», *P&P,* CXXXVII (1992), pp. 48-71.

—, *Empires of the Atlantic world. Britain and Spain in America 1492-1830* (New Haven y Londres, 2006).

—, «The General Crisis in Retrospect: A Debate without End», en P. Benedict y M. P. Gutmann, *Early modern Europe*, pp. 31-51.

—, «Revolution and continuity in early modern Europe», en Parker y Smith, *The General Crisis*, pp. 108-127.

—, «Yet another crisis?», en Clark, *The European crisis of the 1590s,* pp. 301-311.

—, y A. García Sanz, *La España del conde-duque de Olivares* (Valladolid, 1990).

—, et ál., *1640: La Monarquía hispánica en crisis* (Barcelona, 1992).

Elliott, M. C., «Whose empire shall it be? Manchu figurations of historical process in the early seventeenth century», en Struve, *Time, temporality and change*, pp. 31-72.

—, *The Manchu way: the eight banners and ethnic identity in late imperial China* (Stanford, 2001).

Elman, B. A., *From philosophy to philology: intellectual and social aspects of change in Late Imperial China* (Cambridge, 1985).

—, *A cultural history of civil examinations in Late Imperial China* (Berkeley, 2000).

Elphick, R., *Kraal and castle. Khoikhoi and the founding of white South Africa* (New Haven y Londres, 1977).

Eltis, D., y D. Richardson, *Atlas of the transatlantic slave trade* (New Haven y Londres, 2010).

Elvin, M., *The pattern of the Chinese past* (Stanford, 1973).

—, «Market towns and waterways: the county of Shanghai from 1480 to 1910», en G. W. Skinner, ed., *The city in late imperial China* (Stanford, 1977), pp. 441-473.

—, «Female virtue and the state in China», *P&P,* CIV (1984), pp. 111-152.

—, «The man who saw dragons: Science and Styles of Thinking in Xie Zhaozhe's Fivefold Miscellany», *The Journal of the Oriental Society of Australia*, XXVX-XVI (1993-1994), pp. 1-41.

—, «Unseen lives: the emotions of everyday existence mirrored in Chinese popular poetry of the mid-seventeenth to the mid-nineteenth century», en R. T. Ames, T. Kasulis y W. Dissanayake, eds., *Self as image in Asian theory and practice* (Albany, 1998), pp. 113-199 .

—, «Blood and statistics: reconstructing the population dynamics of Late Imperial China from the biographies of virtuous women in local Gazetteers», en H. T. Zurndorfer, ed., *Chinese women in the imperial past: new perspectives* (Leiden, 1999), pp. 135-222.

—, y Ts'ui-Jung Liu, *Sediments of time: Environment and society in Chinese history* (Cambridge, 1998).

Emecan, F., «I. brâhim», *Türkiye Diyanet Vakfi I.slam Ansiklopedisi* (Estambul, 1988).

Encyclopedia of Islam, ed. B. Lewis et ál. (nueva ed., 4 vols., Leiden, 1961-1971).

Endō Motoo, *Kinsei seikatsushi nempyo-* (Tokio, 1982).

Environment Agency, The, *Thames Estuary 2010 Plan for consultation* (Londres, 2010).

Ergang, R., *The myth of the all-destructive fury of the Thirty Years War* (Pocono Pines, 1956).

Ernstberger, A., *Hans de Witte, Finanzmann Wallensteins* (Wiesbaden, 1954).

Espino López, A., *Catalunya durante el reinado de Carlos II. Política y guerra en la frontera catalana, 1679-1697* (Bellaterra, 1999).

Ettinghausen, H., *La guerra dels segadors a través de la premsa de l'època*, 4 vols. (Barcelona, 1993).

—, «Informació, comunicació i poder a l'Espanya del segle xvii», *Manuscrits*, XXIII (2005), pp. 45-58.

Evans, J. T., *Seventeenth-century Norwich: politics, religion and government, 1620-1680* (Oxford, 1979).

Externbrink, S., «Die Rezeption des "Sacco di Mantova" im 17. Jahrhundert. Zur Wahrnehmung, Darstellung und Bewertung eines Kriegsereignisses», en Meumann y Niefanger, *Ein Schauplatz herber Angst*, pp. 205-221.

Ezquerra Abadía, R., *La conspiración del duque de Híjar (1648)* (Madrid, 1934).

Faccini, L., *La Lombardia fra '600 e '700. Riconversione economica e mutamenti sociali* (Milán, 1988).

Fang Chaoying, «A technique for estimating the numerical strength of the early Manchu military forces», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, XIII (1950), pp. 192-215.

Faroqhi, S., «Political activity among Ottoman taxpayers and the problem of sultanic legitimation», *JESHO*, XXXV (1992), pp. 1-39.

—, *Coping with the state. Political conflict and crime in the Ottoman empire, 1550-1720* (Estambul, 1995).

—, «A natural disaster as an indicator of agricultural change: clouding in the Edirne area, 1100/1688-1699», en E. Zachariadou, ed., *Natural disasters in the Ottoman empire* (Rehtymnon, 1999), pp. 251-263.

—, ed., *The Cambridge History of Turkey, III: The later Ottoman Empire, 1603-1839* (Cambridge, 2006).

—, y L. Erder, «Population rise and fall in Anatolia, 1550-1620», *Middle Eastern Studies*, XV (1979), pp. 322-345.

Farris, N., *Maya society under colonial rule. The collective enterprise of survival* (Princeton, 1984).

—, *Japan's medieval population. Famine, fertility and warfare in a transformative age* (Honolulu, 2006).

Faruqui, M. D., «Princes and power in the Mughal Empire, 1569-1657» (tesis doctoral, Duke University, 2002).

Fei Si-yen, *Negotiating urban space. Urbanization and Late Ming Nanjing* (Cambridge, 2009).

Felix, A., ed., *The Chinese in the Philippines*, 2 vols. (Manila, 1966-1969).

Felloni, G., «Per la storia della populazione di Genova nei secoli xvi e xvii», *Archivio Storico Italiano*, CX (1952), pp. 236-53.

Fildes, V., «Maternal feelings re-assessed: child abandonment and neglect in London and Westminster, 1550-1800», en Fildes, ed., *Women as mothers*, pp. 139-178.

—, ed., *Women as mothers in preindustrial England. Essays in memory of Dorothy McLaren* (Londres, 1990).

Finkel, C., *Osman's dream: the story of the Ottoman Empire* (Londres, 2005).

Firth, C. H., *Cromwell's army. A history of the English soldier during the civil wars, the Commonwealth and the Protectorate* (4.ªed., Londres, 1962).

Fischer, D. H., *Albion's seed. Four British folkways in America* (Oxford, 1989).

Fleischer, C., «Royal authority, dynastic cyclism and "Ibn Khaldûnism" in sixteenth-century Ottoman letters», *Journal of Asian and African Studies*, XVIII (1983), pp. 183-220.

Fleming, J. R., *Historical perspectives on climate change* (Oxford, 1998).

Fletcher, A., *The outbreak of the English civil war* (Londres, 1981).

Fletcher, J., «Turco-Mongolian monarchic tradition in the Ottoman empire», *Harvard Ukrainian Studies*, III-IV, 1 (1979-1980), pp. 236-251.

Fleury, M., y L. Henri, *Des registres paroissiaux à l'histoire de la population: manuel de dépouillement et d'exploitation de l'état civil ancien* (París, 1956).

Flinn, M., ed., *Scottish population history from the seventeenth century to the 1930s* (Cambridge, 1977).

Floor, W., *The economy of Safavid Persia* (Wiesbaden, 2000).

Florida Chamber of Commerce, *Into the storm. Framing Florida's looming property insurance crisis* (Talahassee, 2009).

Fodor, P., «State and society, crisis and reform, in 15th-17th century Ottoman mirror for princes», *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricae*, XL (1986), pp. 217-240.

—, «Sultan, imperial council, grand vizier: changes in the Ottoman ruling elite and the formation of the Grand Vizieral *Telhis*», *Acta Orientalia Academiae Scientiarum Hungaricum*, XLVII (1994), pp. 67-85.

Foisil, M., *La révolte des nu-pieds et les révoltes normandes de 1639* (París, 1970).

Foltz, R., «The Mughal occupation of Balkh, 1646-1647», *Journal of Islamic Studies*, VII (1996), pp. 49-61.

—, «Signifying bodies: the cultural significance of suicide writings by women in Ming-Qing China», *Nan nü: Men, women and gender in early and Imperial China*, III, 1 (2001), pp. 105-42.

—, «Reclaiming subjectivity in a time of Loss: Ye Shaoyuan (1589-1648) and autobiographical writing in the Ming-Qing Transition» , *Ming Studies*, LIX (2009), pp. 21-41.

—, «Writing from experience: personal records of war and disorder in Jiangnan during the Ming-Qing transition», en N. Di Cosmo, ed., *Military culture in Imperial China* (Cambridge, 2009), pp. 257-277.

Forster, L. W., *The temper of 17th-century German literature* (Londres, 1952).

Fortey, R. A., «Blind to the end», *The New York Times*, 26 de diciembre de 2005.

Franz, G., *Der dreissigjährige Krieg und das deutsche Volk* (1940; 4.ª ed., Stuttgart, 1979).

Friedrich, W. L., *Fire in the sea: volcanism and the natural history of Santorini* (Cambridge, 2000).

Friedrichs, C. R., *The early modern city, 1450-1750* (Londres, 1995).

Frost, R. I., *After the deluge. Poland-Lithuania and the Second Northern War, 1655-1660* (Cambridge, 1993).

—, *The Northern Wars. War, state and society in Northeastern Europe, 1558-1721* (Londres, 2000).

Fu I-ling, *Ming-Ch'ing Nung-Ts'un she-hui ching-chi* (Pekín, 1961).

Fukuda Chizuru, «The political process in the first half of the seventeenth century», *Acta Asiatica*, LXXXVII (2004), pp. 35-58.

Fusco, I., «Il viceré di Napoli, conte di Castrillo, e l'epidemia di peste del 1656», en Rizzo, *Le forze del principe*, pp. 137-177.

Gaddis, J. L., *The landscape of memory: how historians map the past* (Oxford, 2002).

Gallastegui Ucín, J., «Don Miguel de Iturbide y Navarra en la crisis de la Monarquía hispánica (1635-1648)», *Cuadernos de Historia Moderna*, XI (1991), pp. 177-194.

Galloway, P., «Annual variations in deaths by age, deaths by cause, prices and weather in London, 1670 to 1830», *Population Studies*, XXXIX (1985), pp. 487-505.

—, «Secular changes in the short-term preventive, positive and temperature checks to population growth in Europe, 1460 to 1909», *CC*, XXVI (1994), pp. 3-63.

Galloway, P. K., *Choctaw genesis, 1500-1700* (Lincoln, 1995).

Ganeri, J., *The lost age of reason. Philosophy in early modern India, 1450-1700* (Oxford, 2011).

Gantet, C., «Peace celebrations commemorating the peace of Westphalia», en Bussmann y Schilling, *1648,* vol. II, pp. 649-656.

García, R. G., et ál., «Atmospheric circulation changes in the tropical Pacific inferred from the voyages of the Manila Galleons in the sixteenth-eighteenth centuries», *Bulletin of the American Meteorological Society*, LXXXII (2001), pp. 2435-2455.

García Cárcel, R., «La revolución catalana: algunos problemas historiográficos», *Manuscrits*, IX (1991), pp. 115-142.

—, *Pau Claris. La revolta catalana* (Barcelona, 1980).

García García, B. J., «El confesor fray Luis de Aliaga y la conciencia del rey», en F. Rurale, ed., *I religiosi a corte. Teologia, politica e diplomazia in Antico Regime* (Roma, 1998), pp. 159-194.

Gardiner, S. R., *A history of England from the accession of James I to the outbreak of the civil war*, 10 vols. (Londres, 1883-1891).

Garnier, E., *Les dérangements du temps. 500 ans de chaud et de froid en Europe* (París, 2010).

—, «Calamitosa tempora, pestis, fames. Climat et santé entre les xviie et xixe siècles», < http://hal. archives-ouvertes. fr/docs/00/59/51/45/PDF/6JSE-2009-Garnier-Manuscrit-2009-03-09.pdf>, consultado el 5 de abril de 2012.

—, V. Daux, P. Yiou, P., e I. García de Cortázar-Atauri, «Grapevine harvest dates in Besançon (France) between 1525 and 1847: Social outcomes or climatic evidence?», *CC*, CIV (2011), pp. 703-727.

Garrisson, C., «Les préludes de la révocation à Montauban (1659-1661)», *Société de l'Histoire du Protes-*

tantisme Français: Bulletin Historique et Littéraire, XLII (1893), pp. 7-22.

Gaunt, P., ed., *The English civil war: the essential readings* (Oxford, 2000).

Gere, C., «William Harvey's weak experiment: the archaeology of anecdote», *History Workshop Journal*, LI (2001), pp. 19-36.

Geerts, A. J. M, «The Arima rebellion and the conduct of Koekebacker», *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, XI (1883), pp. 51-116.

Gelabert González, J. E., «Alteraciones y alteraciones (1643-1652)», en Castellanos, *Homenaje*, vol. II, pp. 355-378.

—, *Castilla convulsa (1631-52)* (Madrid, 2001).

Geneva Association, The, *The insurance industry and climate change: Contribution to the global debate* (Ginebra, 2009: Geneva Reports, Risk and Insurance research, II).

Gentili, A., *De iure belli* (1589; trad. ingl., 2 vols., Oxford, 1933).

Gentles, I., «The iconography of revolution: England 1642-1649», en Gentles, J. Morrill y B. Worden, eds., *Soldiers, writers and statesmen of the English Revolution* (Cambridge, 1998), pp. 91-113.

—, *The English revolution and the wars of the three kingdoms, 1638-1652* (Londres, 2007).

Gergis, J. L., y A. M. Fowler, «A history of ENSO events since A. D. 1525: implications for future climate change», *CC*, XCII (2009), pp. 343-387.

Gerhart, K. M., *The eyes of power. Art and early Tokugawa authority* (Honolulu, 1999).

Giannini, M. C., «Un caso di stabilità politica nella Monarchia asburgica: comunità locali, finanza pubblica e clero Stato di Milano durante le prima metà del 600», en F. J. Guillamón Álvarez y J. J. Ruiz Ibáñez, eds., *Lo conflictivo y lo consensual en Castilla. Sociedad y poder político 1521-1785. Homenaje a Francisco Tomás y Valiente* (Murcia, 2001), pp. 99-162.

Gibson, C., *The Aztecs under Spanish rule* (Stanford, 1964).

Gieysztorowa, I., *Wstep do demografii staropolskiej* (Varsovia, 1976).

Gil Pujol, X., «L'engany de Flandes. Les anàlisis de l'aragonès Juan Vitrián sobre la Monarquia espanyola i la seva proposta d'abandonar Flandes (1643)», en *Miscel·lània Ernest Lluch i Martín* (Vilassar de Mar, 2006), pp. 411-429.

Gillespie, R., «Destabilizing Ulster», en MacCuarta, *Ulster 1641*, pp. 107-22.

—, «Political ideas and their social contexts in seventeenth-century Ireland», en Ohlmeyer, *Political thought*, pp. 107-127.

—, *Devoted people. Belief and religion in early modern Ireland* (Mánchester, 1997).

Gindely, A., *Geschichte des Dreissigjährigen Krieges*, 4 vols. (Praga, 1869-1880).

Gladwell, M., *The tipping point: how little things can make a big difference* (Nueva York, 2000; trad. cast.: *La frontera del éxito*, Espasa, Madrid, 2001).

Glahn, R. von, *Fountain of fortune: Money and monetary policy in China, 1000-1700* (Berkeley, 1996).

Glaser, H., ed., *Wittelsbach und Bayern II. Um Glauben und Reich: Kurfürst Maximilan I. 2. Katalog der*

Ausstellung (Múnich y Zúrich, 1980).

Glaser, R., *Klimarekonstruktion für Mainfranken, Bauland und Odenwald* (Stuttgart, 1991).

—, *Klimageschichte Mitteleuropas: 1000 Jahre Wetter, Klima, Katastrophen* (Darmstadt, 2001).

Glave, L. M., *Trajinantes. Caminos indígenas en la sociedad colonial, siglos XVI-XVII* (Lima, 1989).

Glete, J., *War and the state in early modern Europe. Spain, the Dutch Republic and Sweden as Fiscal-Military states, 1500-1660* (Londres, 2002).

Goffman, D., y C. Stroop, «Empire as composite: the Ottoman polity and the typology of dominion», en B. Rajan y E. Sauer, eds., *Imperialisms: historical and literary investigations, 1500-1900* (Londres, 2004), pp. 129-145.

Golden, R. M., *The godly rebellion. Parisian curés and the religious Fronde 1652-62* (Chapel Hill, 1981).

Goldish, M., *The sabbatean prophets* (Cambridge, 2004).

—, *Jewish questions. Responsa on Sephardic life in the early modern period* (Princeton, 2008).

Goldstone, J. A., *Revolution and rebellion in the early modern world* (Berkeley y Los Ángeles, 1991).

Gommans, J., *Mughal warfare* (Londres, 2002).

Goodare, J., «Debate. Charles I: A case of mistaken identity», *P&P*, CCV (2009), pp. 189-201.

Gordon, L., *Cossack rebellions: Social turmoil in the sixteenth-century Ukraine* (Albany, 1983).

Gottschalk, M. K. E., *Stormvloeden en rivieroverstromingen in Nederland. III. 1600-1700* (Ámsterdam, 1977).

Goubert, P., «The French peasantry of the seventeenth century: a regional example», en Aston, *Crisis*, pp. 141-165.

—, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730: contribution à l'histoire sociale de la France au XVII e siècle* (París, 1960).

Gowing, L., «Secret births and infanticide in seventeenth-century England», *P&P,* CLVI (1997), pp. 87-115.

Gowland, A., *The worlds of Renaissance melancholy. Robert Burton in context* (Cambridge, 2006).

Grandjean, K. A., «New world tempests: environment, scarcity, and the coming of the Pequot war», *WMQ*, 3.ª serie, LXVIII (2011), pp. 75-100.

Green, I., *The re-establishment of the Church of England, 1660-1663* (Oxford, 1978).

—, «The persecution of "scandalous" and "malignant" parish clergy during the English civil war», *EHR*, XCIV (1979), pp. 507-531.

—, «Career prospects and clerical conformity in the early Stuart church», *P&P*, XC (1981), pp. 71-115
.

Grehan, J., «Smoking and "early modern" sociability: the great tobacco debate in the Ottoman Middle East (seventeenth to eighteenth centuries)», *AHR*, CXI (2006), pp. 1352-1377.

Greyerz, K. von, «Switzerland during the Thirty Years War», en Bussmann y Schilling, *1648*, vol. I, pp. 133-139.

—, *Vorsehungsglaube und Kosmologie: Studien zu englischen Selbstzeugnissen des 17. Jahrhunderts* (Gotinga y

Londres, 1990).

Groenhuis, G., *De predikanten. De sociale positie van de gereformeerde predikanten in de Republiek der Verenigde Nederlanden voor c. 1700* (Groningen, 1977).

Grosjean, A., *An unofficial alliance: Scotland and Sweden 1569-1654* (Leiden, 2003).

Grove, A. T., *The Little Ice Age* (Nueva York, 1988).

—, «The Little Ice Age and its geomorphological consequences in Mediterranean Europe», *CC*, XLVIII (2001), pp. 121-136.

—, «Revolutionary weather. The climatic and economic crisis of 1788-1795 and the discovery of El Niño», en T. Sharratt, T. Griffiths y L. Robin, eds., *A change in the weather: climate and culture in Australia* (Sídney, 2005), pp. 128-139.

—, y A. Conterio, «The climate of Crete in the sixteenth and seventeenth centuries», *CC*, XXX (1995), pp. 223-247.

Guha, S., *Health and population in South Asia from earliest times to the present* (Londres, 2001).

Guiard Larrauri, T., *Historia de la noble villa de Bilbao*, vol. II (Bilbao, 1906).

Guthrie, C. L., «A seventeenth-century "ever-normal granary": the Alhóndiga of colonial Mexico City», *Agricultural History*, XV (1941), pp. 37-43.

Gutiérrez Nieto, J. I., «El campesinado», en J. Alcalá-Zamora, ed., *La vida cotidiana en la España de Velázquez* (2.ª ed., Madrid, 1999), pp. 43-70.

Gutmann, M. P., *War and rural life in the early modern Low Countries* (Princeton, 1980).

Haan, R. L., «The treatment of England and English affairs in the Dutch pamphlet literature, 1640-1660» (tesis doctoral, Universidad de Míchigan, 1959).

Habib, I., *The agrarian system of Mughal India (1556-1707)* (Bombay, 1963).

Haboush, JaHyun Kim, «Constructing the center: the ritual controversy and the search for a new identity in seventeenth-century Korea», en JaHyun Kim Haboush y Martina Deuchler, eds., *Culture and the State in Late Chosôn Korea* (Cambridge, 1999), pp. 46-90 y 240-249.

Hacker, J., «The intellectual activities of the Jews of the Ottoman empire during the sixteenth and seventeenth centuries», en Twersky y Septimus, *Jewish thought*, pp. 95-135.

Hacquebord, L., y W. Vroom, eds., *Walvisvaart in de Gouden Eeuw. Opgraving op Spitsbergen* (Ámsterdam, 1988).

Hagen, W. W., «Seventeenth-century crisis in Brandenburg: The Thirty Years'War, the destabilization of serfdom, and the rise of Absolutism», *AHR*, XCIV (1989), pp. 302-335.

Hagopian, M. N., *The phenomenon of revolution* (Nueva York, 1974).

Hahn, J., *Zeitgeschehen im Spiegel der lutherischen Predigt nach dem dreissigjährigen Krieg. Das Beispiel des kursächsischen Oberhofpredigers Martin Geier (1614-1680)* (Leipzig, 2005).

Hair, P. E. H., «The enslavement of Koelle's informants», *Journal of African History*, VI (1965), pp. 193-203.

Hale, J. R., «Incitement to violence? English Divines on the theme of war, 1578-1631», en Hale, *Renaissance war studies* (Londres, 1984), pp. 487-517.

Hall, A. R., y M. B. Hall, «The first human blood transfusion: priority disputes (Henry Oldenburg)», *Medical History*, XXIV (1980), pp. 461-465.

Hall, J. W., «Ikeda Mitsumasa and the Bizen flood of 1654», en A. M. Craig y D. H. Shively, eds., *Personality in Japanese History* (Berkeley, 1970), pp. 57-84.

—, ed., *The Cambridge History of Japan*, vol. IV (Cambridge, 1991).

—, K. Nagahara y Kozo Yamamura, eds., *Japan before Tokugawa. Political consolidation and economic growth, 1500-1650* (Princeton, 1981).

Hanley, S. B., y Nakamura, K., *Economic and demographic change in preindustrial Japan, 1600-1868* (Princeton, 1977).

Harington, C. R., *The Year without a summer? World climate in 1816* (Ottawa, 1992).

Harley, J. B., y D. Woodward, eds., *The history of cartography: cartography in the traditional east and southeast Asian societies*, 2 vols. (Chicago, 1994).

Harms, R. W., *River of wealth, river of sorrow. The central Zaire basin in the era of the slave and ivory trade, 1500-1891* (New Haven y Londres, 1981).

Harrell, S., ed., *Chinese historical micro-demography* (Berkeley, 1995).

Hart, S., *Geschrift en Getal. Een keuze uit de demografisch-, sociaal-en economischhistorische studiëen, op grond van Zaanse en Amsterdamse archivalia, 1600-1800* (Dordrecht, 1976).

Haskell, Y. A., *Loyola's bees. Ideology and industry in Jesuit Latin didactic poetry* (Oxford, 2003).

Hastrup, K., *Nature and policy in Iceland 1400-1800. An anthropological analysis of history and mentality* (Oxford, 1990).

Hathaway, J., «The Grand Vizier and the false Messiah: the Sabbatai Sevi controversy and the Ottoman reform in Egypt», *Journal of the American Oriental Society*, CXVII (1997), pp. 665-671.

—, *A tale of two factions. Myth, memory, and identity in Ottoman Egypt and Yemen* (Albany, 2003).

—, *Beshir Agha, chief eunuch of the Ottoman imperial harem* (Oxford, 2005).

—, «The Mawza'exile at the juncture of Zaydi and Ottoman Messianism», *Association of Jewish Studies Review*, XXIX (2005), pp. 111-128.

—, «The *Evla-d-i 'Arab* ("Sons of the Arabs") in Ottoman Egypt: A re-reading», en C. Imber y K. Kiyotaki, eds., *Frontiers of Ottoman studies: State, province, and the West*, vol. I (Londres, 2005), pp. 203-216.

Haude, S., «Religion während des Dreissigjährigen Krieges (1618-1648)», en G. Litz, H. Munzert y R. Liebenberg, eds., *Frömmigkeit, Theologie, Frömmigkeitstheologie/Contributions to European church history. Festschrift für Berndt Hamm zum 60. Geburtstag* (Leiden, 2005), pp. 537-553.

Hauptman, L. M., «The Pequot war and its legacies», en Hauptman y Wherry, *The Pequots*, pp. 69-80.

—, y J. D. Wherry, eds., *The Pequots in Southern New England: The fall and rise of an American Indian Nation* (Norman, 1990).

Hautz, J. F., *Geschichte der Universität Heidelberg*, 2 vols. (Mannheim, 1862-1864).

Hay, J., «The suspension of dynastic time», en J. Hay, *Boundaries in China* (Londres, 1994), pp. 171-197 .

Hayami, A., *The historical demography of premodern Japan* (Tokio, 2001).

—, *Population, family and society in premodern Japan* (Folkestone, 2009).

—, *Population and family in early-modern central Japan* (Kioto, 2010).

—, O. Saitō y R. P. Toby, *The economic history of Japan, 1600-1990. I. Emergence of economic society in Japan, 1600-1859* (Oxford, 2004).

—, y Y. Tsubochi, eds., *Economic and demographic developments in rice-producing societies: some aspects of East Asian Economic History, 1500-1900* (Lovaina, 1990).

Heidorn, K. C., «Eighteen hundred and froize to death. The year there was no summer», en < http://www.islandnet.com/~see/weather/history/1816.htm>, consultado el 13 de marzo de 2012.

Heilingsetzner, G., *Der oberösterreichische Bauernkrieg 1626* (Viena, 1976: Militärhistorische Schriftenreihe, XXXII).

Heinisch, R. R., *Salzburg im dreissigjährigen Krieg* (Viena, 1968).

Heinrich, I., et ál., «Interdecadal modulation of the relationship between ENSO, IPO and precipitation: insights from tree-rings in Australia», *Climate Dynamics*, XXXIII (2009), pp. 63-73.

Helferrich, T., *The Thirty Years War. A documentary history* (Indianápolis, 2009).

Hellie, R., *Readings for «Introduction to Russian civilization»: Muscovite society* (Chicago, 1970).

—, *Enserfment and military change in Muscovy* (Chicago, 1971).

—, *The economy and material culture of Russia, 1600-1625* (Chicago, 1999).

—, «The costs of Muscovite military defence», en Lohr y Poe, *The military and society*, pp. 41-66.

Hemming, J., *Red gold. The conquest of the Brazilian Indians* (Londres, 1978).

Hémon, D., y E. Jougla, *Estimation de la surmortalité et principale caracteristiques epidemiologiques: Rapport remis au Ministre de la Santé, de la Famille et des Personnes Handicapées le 25 septembre 2003* (París, 2003).

Henripin, J., *La population canadienne au debut du XVIII e siècle* (París, 1954).

Hering, G., *Ökumenisches Patriarchat und europäische Politik, 1620-1638* (Wiesbaden, 1968).

Herman, J. E., «Empire in the Southwest: Early Qing Reforms to the Native Chieftain System», *JAS*, LVI (1997), pp. 47-74.

Herrmann, R. B., «The tragicall historie: cannibalism and abundance in colonial Jamestown», *WMQ*, LXVIII (2011), pp. 47-74.

Hespanha, A. M., «La Restauração portuguesa en los capítulos de las cartas de Lisboa de 1641», en Elliott, *1640*, pp. 123-68.

Hessayon, A., «*Gold tried in the fire». The prophet TheaurauJohn Tany and the English Revolution* (Al-

dershot, 2007).

Hesselink, R., *Prisoners from Nambu: reality and make-belief in seventeenth-century Japanese diplomacy* (Honolulu, 2002).

Hill, C., *The Norman Yoke* (Londres, 1955).

—, *Puritanism and Revolution. Studies in the interpretation of the English Revolution of the seventeenth century* (Londres, 1958).

—, *The world turned upside down. Radical ideas during the English Revolution* (2.ª ed., Londres, 1972).

—, «Robinson Crusoe», *History Workshop Journal*, X (1980), pp. 7-24.

—, *The English Bible and the seventeenth-century revolution* (Londres, 1993).

—, *Intellectual origins of the English Revolution revisited* (nueva ed., Oxford, 1997).

Hindle, S., «Exhortation and enlightenment: negotiating inequality in English rural communities, 1550-1650», en Braddick y Walter, *Negotiating power*, pp. 102-122.

—, «The problem of pauper marriage in seventeenth-century England», *TRHistS*, 6.ª serie, VIII (1998), pp. 71-89.

—, *On the parish? The micro-politics of poor relief in rural England, c. 1550-c. 1750* (Oxford, 2004).

—, «Dearth and the English Revolution: the harvest crisis of 1647-1650», *EcHR*, LXI, número especial *Feeding the Masses* (2008), pp. 64-98.

Hirst, D., «Reading the royal romance: or, intimacy in a king's cabinet», *The Seventeenth Century*, XVIII (2003), pp. 211-229.

Hittle, J. M., *The service city. State and townsmen in Russia, 1600-1800* (Cambridge, 1979).

Ho, K.-P., «Should we die as martyrs to the Ming cause? Scholar-officials'views on martyrdom during the Ming-Qing transition», *Oriens Extremus*, XXXVII (1994), pp. 123-157.

Ho, P.-T., *Studies in the population history of China* (ed. revis., Cambridge, 1967).

—, *The ladder of success in Imperial China. Aspects of social mobility, 1368-1911* (2.ª ed., Nueva York, 1967).

—, «In defense of Sinicization: a rebuttal of Evelyn Rawski's "Re-envisioning the Qing"», *JAS*, LVII (1998), pp. 123-155.

Hoberman, L. S., «Technological change in a traditional society: the case of the desagüe in colonial Mexico», *Technology and Culture*, XXI (1980), pp. 386-407.

Hoffer, P. C., *Sensory worlds in early America* (Baltimore, 2003).

Hoffman, A., «Zur Geschichte der Schaunbergischen Reichslehen», *Mitteilungen des Oberösterreichischen Landesarchivs*, III (1954), pp. 381-436.

Hoffman, M. K., *Raised to rule: Educating royalty at the court of the Spanish Habsburgs, 1601-1634* (Baton Rouge, 2011).

Hoffman, P. T., y K. Norberg, eds., *Fiscal crises, liberty, and representative government, 1450-1789* (Stanford, 1994).

Hoskins, W. G., «Harvest fluctuations and English economic history, 1620-1759», *Agricultural History Review*, XVI (1968), pp. 15-31.

Houghton, J. T., G. J. Jenkins y J. J. Ephraums, eds., *Climate change: The IPCC Scientific Assessment Report prepared for Intergovernmental Panel on Climate Change by Working Group I* (Cambridge, 1990).

Houston, R. A., *Punishing the dead? Suicide, lordship and community in Britain, 1500-1830* (Oxford, 2010).

Howard, D. A., «Ottoman historiography and the literature of "decline" of the sixteenth and seventeenth centuries», *Journal of Asian History*, XXII (1988), pp. 52-77.

Howell, D. L., *Capitalism from within. Economy, society and the state in a Japanese fishery* (Berkeley, 1995).

Hoyt, D. V., y K. H. Schatten, *The role of the sun in climate change* (Oxford, 1997).

Hroch, M., y J. Petráň, *Das 17 Jahrhundert-Krise der Feudalgesellschaft*? (Hamburgo, 1981).

Hrushevsky, M., *History of Ukraine-Rus*, vol. VIII (1913-1922; trad. ingl.: Edmonton, 2002).

Hsi, A., «Wu San-kuei in 1644. A reappraisal», *JAS*, XXXIV (1975), pp. 443-453.

Huang, P. C. C., *The peasant economy and social change in North China* (Stanford, 1985).

Huang, R., «Military expenditures in sixteenth-century Ming China», *Oriens Extremus*, XVII (1970), pp. 39-62.

—, *Taxation and government finance in sixteenth-century China* (Cambridge, 1974).

—, «Fiscal administration during the Ming dynasty», en Hucker, *Chinese government*, pp. 73-128.

Hucker, C. O., *Chinese government in Ming times. Seven studies* (Nueva York, 1969).

—, *Two studies on Ming History* (Ann Arbor, 1971: Michigan Papers in Chinese Studies, XII).

Hufton, O., *The prospect before her. A history of women in Western Europe 1500-1800* (Nueva York, 1995).

Hugon, A., «Le violet et le rouge. Le cardinal-archevêque Filamarino, acteur de la révolution napolitaine (1647-1648)», *Cahiers du CRHQ*, I (2008), < www. crhq. cnrs. fr/cahièrs/1/c1a4_Hugon. pdf>.

—, «Les violences au cours de la révolution napolitaine (1647-1648) et des révoltes andalouses (1647-1652)», en M. Biard, ed., *Combattre, tolérer ou justifier?: écrivains et journalistes face à la violence d'État (XVIe-XX e siècle)* (Rouen, 2009), pp. 55-71.

—, *Naples insurgée 1647-1648. De l'événement à la mémoire* (Rennes, 2010).

Hunecke, V., *Die Findelkinder von Mailand. Kinderaussetzung und aussetzende Eltern vom 17. bis zum 19. Jahrhundert* (Stuttgart, 1987).

—, «Kindbett oder Kloster. Lebenswege venezianischer Patrizierinnen im 17. und 18. Jahrhunderts», *Geschichte und Gesellschaft*, XVIII (1992), pp. 446-476.

Hunter, M., *John Aubrey and the realm of learning* (Londres, 1975).

—, *Robert Boyle, 1627-1691. Scrupulosity and science* (Woodbridge, 2000).

Hurtado, Víctor, ed., *Atles d'Història de Catalunya*, Edicions 62, Barcelona, 1995.

Hütterroth, W.-D., «Ecology of the Ottoman lands», en Faroqhi, *Cambridge History of Turkey*, pp. 18-43 .

Ibrahim, Nasir Ahmad , *Al-Azma al-ijtima 'iyya fi misr fi al-qarn al-sabi' 'ashar* (El Cairo, 1998).

Idel, M., «Differing conceptions of Kabbalah in the early seventeenth century», en Twersky y Septimus, *Jewish thought*, pp. 137-200.

Ikegami, E., *Bonds of civility. Aesthetic networks and the political corigins of Japanese culture* (Cambridge, 2005).

Imber, C. H., *Ebu's-su'ud: the Islamic legal tradition* (Stanford, 1997).

Inalcik, H., y D. Quetaert, eds., *An economic and social history of the Ottoman Empire*, 2 vols. (Cambridge, 1994).

Infelise, M., «News networks between Italy and Europe», en Dooley, *The dissemination*, pp. 51-67.

Ingersoll, T. N., «The lamp of experience and the shadow of Oliver: history and politics in 1776» (manuscrito inédito).

Innes, R. L. «The door ajar: Japan's foreign trade in the seventeenth century» (tesis doctoral, Universidad de Míchigan, 1980).

Israel, J. I., *The Dutch Republic and the Hispanic world, 1606-1661* (Oxford, 1982).

—, *Empires and entrepots. The Dutch, the Spanish Monarchy and the Jews, 1585-1713* (Londres, 1990).

—, ed., *The Anglo-Dutch moment: essays on the Glorious Revolution and its world impact* (Cambridge, 1991).

—, «The Dutch role in the Glorious Revolution», en ídem, *The Anglo-Dutch moment*, pp. 105-162.

—, *The Dutch Republic: its rise, greatness and fall 1477-1806* (Oxford, 1995).

—, *Radical enlightenment. Philosophy and the making of modernity, 1650-1750* (Oxford, 2001).

—, *Diasporas within a diaspora. Jews, crypto-Jews and the world maritime empires (1540-1740)* (Leiden, 2002).

Iwai, Shigeki, «The collapse of the Ming and the rise of the Qing in the seventeenth-century General Crisis» (conferencia, Tokio, julio de 2010).

Jacob, J. R., y M. C. Jacob, *Peace projects of the seventeenth century* (Nueva York, 1972).

Jacquart, J., «La Fronde des Princes dans la région parisienne et ses consequences matérielles», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, VII (1960), pp. 257-290.

—, *La crise rurale en Île-de-France, 1550-1670* (París, 1974).

—, «Paris: first metropolis of the early modern period», en Clark y Lepetit, *Capital cities*, pp. 105-118.

Jago, C. J., «The influence of debt on the relations between crown and aristocracy in seventeenth-century Castile», *EcHR*, XXVI (1973), pp. 218-236.

—, «The crisis of the aristocracy in seventeenth-century Castile», *P&P*, LXXXIV (1979), pp. 60-90.

Jakubowski-Tiessen, M., y Harmut Lehmann, eds., *Um himmels Willen. Religion in Katastrophezeiten* (Gotinga, 2003).

Janku, A., «"Heaven-sent disasters" in Late Imperial China. The scope of the state and beyond», en Mauch y Pfister, *Natural disasters*, pp. 233-264.

Jenner, M., «The politics of London air: John Evelyn's Fumifugium and the Restoration», *HJ*, XXXVIII (1995), pp. 535-551.

Jennings, R. C., «Firearms, bandits and gun-control: some evidence on Ottoman policy towards firearms in the possession of reaya, from judicial records of Kayseri, 1600-1627», *Archivum Ottomanicum*, VI (1980), pp. 339-358.

Jespersen, K. J. V., «Slaget ved Lutter am Barenberg, 1626», *Krigshistorisk tidsskrift*, IX (1973), pp. 80-89.

Jespersen, L., ed., *A revolution from above? The power state of sixteenth-and seventeenth century Scandinavia* (Odense, 2000).

Johansson, E., «The history of literacy in Sweden», en H. J. Graff, ed., *Literacy and social development in the West. A reader* (Cambridge, 1981), pp. 151-182.

Jolibert, B., *L'enfance au 17e siècle* (París, 1981).

Jones, E. L., S. Porter y M. Turner, *A gazetteer of English urban fire disasters 1500-1900* (Norwich, 1984: Historical Geography Research Series, XIII).

Jones, P. D., et ál., eds., *History and climate: memories of the future*? (Nueva York, 2001).

—, R. S. Bradley y J. Jouzel, eds. *Climatic variations and forcing mechanisms of the last 2000 years* (Berlín, 1996).

Jong, M. de, «Holland en de Portuguese Restauratie van 1640», *Tijdschrift voor Geschiedenis*, LV (1940), pp. 225-253.

Jordà i Fernández, A., *Església i poder a la Catalunya del segle XVII. La seu de Tarragona* (Monserrat, 1993).

Jouanna, A., *Le devoir de révolte. La noblesse française et la gestation de l'État moderne (1559-1661)* (París, 1989).

Jover Zamora, J. M., *1635: historia de una polémica y semblanza de una generación* (Madrid, 1949).

—, «Sobre los conceptos de Monarquía y nación en el pensamiento político español del siglo xvii», *Cuadernos de Historia de España*, XIII (1950), pp. 138-50.

Juneja, M., y F. Mauelshagen, «Disasters and preindustrial societies: historiographic trends and comparative perspectives», *Medieval History Journal*, X (2007), pp. 1-31.

Junge, H.-C., *Flottenpolitik und Revolution. Die Entstehung der englischen Seemacht während der Herrschaft Cromwells* (Stuttgart, 1980).

Kagan, R. L., *Students and society in early modern Spain* (Baltimore, 1974; trad. cast.: *Universidad y sociedad en la España moderna*, Tecnos, Madrid, 1981).

—, y G. Parker, eds., *Spain, Europe and the Atlantic world. Essays in honour of J. H. Elliott* (Cambridge, 1995).

Kahan, A., «Natural calamities and their effect upon the food supply in Russia», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, n. s., XVI (1968), pp. 354-377.

Kaiser, D. H., «Urban household composition in early modern Russia», *JIH*, XXIII (1992), pp. 39-71.

Kaiser, M., «"Excidium Magdeburgense". Beobachtungen zur Wahrnehmung und Darstellung von Gewalt in Dreissigjährigenh Krieg», en Meumann y Niefanger, *Ein Schauplatz herber Angst*, pp. 43-63.

Kamen, H., «The decline of Castile: the last crisis», *EcHR*, 2.ª serie, XVII (1964-1965), pp. 63-76.

—, *El Siglo de Hierro: cambio social en Europa, 1550-1660,* Alianza, Madrid, 1997.

—, *Spain in the later seventeenth century 1665-1700* (Londres, 1980).

Kaplan, S. L., *The famine plot persuasion in eighteenth-century France* (Filadelfia, 1982: Transactions of the American Philosophical Society, LXXII, t. 3).

Karpinski, A., *W walce z niedwidzialnym wrogiem. Epidemie chorób zakaźnych w Rzeczpospolitej w XVI-XVII wieku* (Varsovia, 2000).

Karr, R. D., «"Why should you be so furious?" The violence of the Pequot war», *Journal of American History*, LXXXV (1998), pp. 876-909.

Keene, D., «Growth, modernization and control: the transformation of London's landscape, c. 1500-c. 1760», en Clark y Gillespie, *Two capitals*, cap. 2.

Keith, M. E., «The logistics of power: Tokugawa response to the Shimabara rebellion and power projection in seventeenth-century century Japan» (tesis doctoral, OSU, 2006).

Kenyon, J. P., *Revolution principles. The politics of party 1689-1720* (Cambridge, 1977).

Kerridge, E., *The agricultural revolution* (Londres, 1967).

Kessell, J., *Kiva, cross and crown: the Pecos Indians and New Mexico, 1540 to 1840* (Washington D. C., 1979).

Kessler, L. D., «Chinese scholars and the early Manchu State», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, XXXI (1971), pp. 179-200.

—, *K'ang-hsi and the consolidation of Ch'ing rule 1661-1684* (Chicago, 1976).

Khan, I. A., «Muskets in the *mawas*: instruments of peasant resistance», en Panikkar, *The making of history*,

pp. 81-103.

Khodarkovsky, M., «The Stepan Razin Uprising: was it a "peasant war"?», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, XLII (1994), pp. 1-19.

Kiel, M., «Ottoman sources for the demographic history and the process of Islamisation of Bosnia-Hercegovina and Bulgaria in the fifteenth-seventeenth centuries. Old sources, new methodologies», *International Journal of Turkish studies*, X (2004), pp. 93-119.

Kilburn, T., y A. Milton, «The public context of the trial and execution of Strafford», en Merritt, *The political world*, pp. 230-251.

King, D., *Foresight, flood and coastal defence project* (Londres, 2004), en < http:// www.publications. parliament. uk/pa/cm200 304/cmselect/cmenvfru/558/4051202.htm> (consultado el 12 de marzo de 2012).

Kiple, K., y B. T. Higgins, «Yellow Fever and the Africanization of the Caribbean», en Verano y Ubelaker, *Disease and demography* (Washington D. C., 1992), pp. 237-248.

Kishimoto Mio, «The Kangxi depression and early Qing local markets», *Modern China*, X (1984), pp. 227-256.

—, *Shindai Chûgoku no buka to keizai hendô* (Tokio, 1997).

—, *Min shin kyo-dai to Ko-nan shakai* (Tokio, 1999).

Kishlansky, M. A., «Charles I: a case of mistaken identity», *P&P*, CLXXXIX (2005), pp. 41-80, y CCV (2009), pp. 175-237.

Kivelson, V. A., «"The devil stole his mind": The Tsar and the 1648 Moscow uprising», *AHR*, XCVIII (1993), pp. 733-756.

Knachel, P. A., *England and the Fronde. The impact of the English civil war and revolution in France, 1649-1658* (Ithaca, 1967).

Knoppers, L. L., *Constructing Cromwell. Ceremony, portrait and print 1645-1661* (Cambridge, 2000).

Ko, D., *Teachers of the Inner Chambers. Women and culture in seventeenth-century China*, (Stanford, 1994).

—, «The body as attire. The shifting meanings of footbinding in seventeenthcentury China», *Journal of Women's History*, VIII, 4 (1997), pp. 8-27.

—, *Every step a lotus; shoes for bound feet* (Berkeley, 2001).

Kodansha Encyclopedia of Japan, vol. IV (Tokio, 1983).

Koenigsberger, H. G., «The European civil war», en ídem, *The Hapsburgs and Europe, 1516-1660* (Ithaca y Londres, 1971), cap. 3.

—, «The General Crisis: a farewell», en ídem, *Patrons and virtuosi* (Londres, 1986), cap. 7.

Kolchin, P., *Unfree labor. American slavery and Russian serfdom* (Cambridge, 1987).

Kolodziejczyk, D., *Ottoman-Polish diplomatic relations (fifteenth-eighteenth centuries* (Leiden, 2000).

Komlos, J., «An anthropometric history of early-modern France», *European Review of Economic History*, VII (2003), pp. 159-189.

Kornicki, P., *The book in Japan. A cultural history from the beginnings to the nineteenth century* (Honolulu, 2001).

Kostes, K. P., *Stom kairo tes panoles* (Heraclión, 1995).

Kötting, H., *Die Ormée (1651-1653). Gestaltende Kräfte und Personenverbindungen der Bordelaiser Fronde* (Münster, 1983: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XIV).

Krenke, A. N., ed., *Izmenchivost' klimata Evropy v istorischeskom proshlom* (Moscú, 1995).

Krüger, K., «Dänische und schwedische Kriegsfinanzierung im Dreissigjährigen Krieg bis 1635», en Repgen, *Krieg und Politik*, pp. 275-298.

Krusenstjern, B. von, *Selbstzeugnisse der Zeit des Dreissigjährigen Krieges: Beschreibenden Verzeichnis* (Berlín, 1997).

—, «"Gott der allmechtig der das weter fiehren kan, wohin er will". Gottesbild und Gottesverständnis in frühenneuzeitlichen Chroniken», en Behringer, *Kulturelle Konsequenzen*, pp. 179-194.

—, y H. Medick, eds., *Zwischen Alltag und Katastrophe. Der Dreissigjährige Krieg aus der Nähe* (Gotinga, 1999).

Kuczynski, J., *Geschichte des Alltags des deutschen Volkes. I: 1600-50* (Berlín, 1981).

Kuhn, P. A., *Soulstealers. The Chinese sorcery scare of 1768* (Cambridge, 1990).

Kunt, I. M., *The Köprülü years, 1656-1661* (Princeton, 1971).

—, *The sultan's servants. The transformation of Ottoman provincial government, 1550-1650* (Nueva York, 1983).

Kupperman, K. O., «The puzzle of the American climate in the early colonial period», *AHR*, LXXXVIII (1982), pp. 1262-1289.

—, *The Jamestown project* (Cambridge, 2007).

Kvaløy, B., H. Finseraas y O. Listhaug, «The publics' concern for global warming: A cross-national study of 47 countries», *Journal of Peace Research*, XLIX (2012), pp. 11-22.

Kyle, C. R., «Parliament and the palace of Westminster: an exploration of public space in the early seventeenth century», en C. Jones y S. Kelsey, eds., *Housing Parliament. Dublin, Edinburgh and Westminster* (Edimburgo, 2002), pp. 8598.

—, y J. Peacey, «"Under cover of so much coming and going": public access to Parliament and the political process in early Modern England», en Kyle y Peacey, eds., *Parliament at work: parliamentary committees, political power and public access in early modern England* (Woodbridge, 2002), pp. 1-23.

Labelle, K. M., «Dispersed but not destroyed: leadership, women and power in the Wendat diaspora, 1600-1701» (tesis doctoral, OSU, 2011).

Labrousse, E., *L'entrée de Saturne au lion: l'éclipse de soleil du 12 août 1654* (Leiden, 1974).

—, «François Davant: l'autobiographie d'un autodidacte», *XVII e Siècle,* CXIII (1976), pp. 78-93.

Lach, D. F., y E. J. Van Kley, *Asia in the making of Europe*, 3 vols. (Chicago, 1965-1993).

Lachiver, M., *Les années de misère: la famine au temps du Grand Roi 1680-1720* (París, 1991).

Lacour, L., *Richelieu dramaturge, et ses collaborateurs* (París, 1926).

Ladewig Petersen, E., *The crisis of the Danish nobility, 1580-1660* (Odensa, 1967).

—, «Conspicuous consumption: the Danish nobility of the seventeenth century», *Kwartalnik Historij Kultury Materialnej*, I (1982), pp. 57-65.

Lahne, W., *Magdeburgs Zerstörung in der zeitgenössischen Publizistik* (Magdeburgo, 1931).

Lamont, W., «Richard Baxter, "Popery" and the origins of the English civil war», *History*, LXXXVII (2002), pp. 336-352.

Landsteiner, E., «The crisis of wine production in late sixteenth-century Europe: climatic causes and economic consequences», *CC*, XLIII (1999), pp. 323-334.

Lane, R., *Images from the floating world: the Japanese print, including an illustrated dictionary of Ukiyo-e* (Nueva York, 1982).

Langer, H., *The Thirty Years' War* (Poole, 1980).

Lappalainen, J. T., «Finland's contribution to the war in Germany», en K.-R. Böhme y J. Hansson, eds., *1648 and European security proceedings* (Estocolmo, 1999), pp. 179-191.

Lario, D. de, *El comte-duc d'Olivares i el regne de València* (Valencia, 1986).

Larner, C. J., *Enemies of God. The witch-hunt in Scotland* (Londres, 1981).

Le Cam, J.-L., «Extirper la barbarie. La reconstruction de l'Allemagne protestante par l'École et l'Église au sortir de la Guerre de trente Ans», en Pernot y Toureille, *Lendemains de guerre*, pp. 407-414.

—, «Über die undeutlichen instutionellen Grenzen der Elementarbildung. Das Beispiel des Herzogtums Braunschweig-Wolfenbüttel im 17. Jahrhundert», en A. Hanschmidt y H.-U. Musolff, eds., *Elementarbil-*

dung und Berufsausbildsung, 1450-1750 (Colonia, 2005: Beiträge zur historischen Bildungsforschung, XXXI), pp. 47-72.

Le Roy-Ladurie, E., *Historia del clima desde el año 1000*, Fondo de Cultura Económica USA, 1991.

—, *Historie humaine et comparée du climat*, 3 vols. (París, 2004-2009).

—, «Naissance de l'histoire du climat» (artículo entregado durante la conferencia «Climate and History» en el Deutsches Historisches Institut, París, 3-4 de septiembre de 2011).

—, D. Rousseau y A. Vasak, *Les fluctuations du climat: de l'an mil à aujourdhui* (París, 2011).

Lebrun, F., *Les hommes et la mort en Anjou aux 17e et 18e siècles. Essai de démographie et de psychologie historiques* (París-La Haya, 1971).

—, *Se soigner autrefois. Médécins, saints et sorciers aux 17e et 18e siècles* (París, 1983).

LeDonne, J., *The grand strategy of the Russian Empire, 1650-1831* (Oxford, 2004).

Lee, J. Z., y F. Wang, *One quarter of humanity. Malthusian mythology and Chinese realities, 1700-2000* (Cambridge, 1999).

—, F. Wang y C. Campbell, «Infant and child mortality among the Qing nobility: implications for two types of positive check», *Population Studies*, XLVIII (1994), pp. 395-411.

Lefebvre, G., *La Grande Peur de 1789* (París, 1932).

Leffler, P. K., «From humanist to enlightenment historiography: a case study of François Eudes de Mé-

zeray», *French Historical Studies*, X (1978), pp. 416-438
.

Leman, A., *Richelieu et Olivarès: leurs négociations secretes de 1636 à 1642* (Lille, 1932: Mémoires et Travaux des Facultés Catholiques de Lille, XLIX).

Lenihan, P., «War and population, 1649-1652», *Irish Economic and Social History*, XXIV (1999), pp. 1-21.

—, *Confederate catholics at war, 1641-1649* (Dublín, 2001).

Levi, S. C., «Hindus beyond the Hindu Kush: Indians in the Central Asian slave trade», *Journal of the Royal Asiatic Society*, 3.ª serie, XII (2002), pp. 277-88.

Levin, E., «Infanticide in Pre-Petrine Russia», *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, XXXIV (1986), pp. 215-224.

—, «Plague control in seventeenth-century Russia» (inédito).

Levy, J. S., *War in the modern great power system, 1495-1975* (Lexington, 1983).

Lewis, B., *Islam in history* (Londres, 1973).

Lewitter, L. R., «Poland, the Ukraine and Russia in the seventeenth century», *Slavonic and East European Review*, XXVII (1948-1949), pp. 157-171 y 414-429.

Li, L., *Fighting famine in North China: state, market, and environmental decline, 1690s-1990s* (Stanford, 2007).

Ligresti, D., *Sicilia moderna: le città e gli uomini* (Nápoles, 1984).

Lind, G., *Hæren og magten i Danmark 1614-1662* (Odensa, 1994).

—, «Syndens straf og mandens ære. Danske tolkninger af krigen 1611-1660», *Historisk Tidskrift [Dansk]*, CXXVIII (2008), pp. 339-365.

Lindegren, J., «Frauenland und Soldatenleben. Perspektiven auf Schweden und den dreissigjährigen Krieg», en Von Krusenstjern y Medick, *Zwischen Alltag und Katastrophe*, pp. 135-158.

—, «Men, money and means», en Contamine, *War and competition*, pp. 129-162.

—, «Soldatenleben. Perspektiven auf Schweden und den Dreissigjährigen Krieg», en Von Krusenstjern y Medick, *Zwischen Alltag und Katastrophe*, pp. 136-158.

Lindley, K., *Fenland riots and the English Revolution* (Londres, 1982).

Linz, J. J., «Intellectual roles in sixteenth and seventeenth-century Spain», *Daedalus*, CI, 3 (1972), pp. 59-108.

Liu Kam-biu, Caiming Shen y Kin-sheun Louie, «A 1000-year history of typhoon landfalls in Guangdong, southern China, reconstructed from Chinese historical documentary records», *Annals of the Assocation of American Geograophers*, XCI (2001), pp. 453-464
.

Liu, Ts'ui-Jung, J. Lee, D. S. Reher, O. Saito y W. Feng, eds., *Asian population history* (Oxford, 2000).

Livet, G., «La guerre des paysans de 1653 en Suisse vue par l'ambassadeur de France: témoinage et interprétation», *Revue d'Histoire Diplomatique*, XCII (1978), pp. 130-165.

Livi Bacci, M., «Chronologie, intensité et diffusion des crises de mortalité en Italie, 1600-1850», *Popula-*

tion, XXXII (1977), pp. 401-440.

Lohr, E. y Poe, M., *The military and society in Russia: 1450-1917* (Boston, 2002).

Lobo, V., y J. Correia-Afonso, *Intrepid itinerant: Manuel Godinho and his journey from India to Portugal in 1663* (Bombay, 1990).

Lockhart, P. D., *Denmark amd the Thirty Years War 1618-1648* (Cranbury, 1996).

Loewenson, «The Moscow rising of 1648», *Slavonic and East European Review*, XXVII (1948-9), pp. 146-156.

Lorandi, A. M., *De quimeras, utopías y rebeliones. La gesta del inca Pedro Bohorques* (Lima, 1997).

Lorenzo Cadarso, P. L., *Los conflictos sociales en Castilla (siglos XVI-XVII)* (Madrid, 1996).

Lottin, A., *Vie et mentalité d'un Lillois sous Louis XIV* (Lille, 1968).

Lucas Val, N. de., «Literatura i història. Identitats col·lectives i visions de "l'altre" al segle xvii», *Manuscrits*, XXIV (2006), pp. 167-192.

Ludden, D., *Peasant history in south India* (Princeton, 1985).

Lutaud, O., *Des révolutions d'Angleterre à la Révolution française. Le tyrannicide et Killing no murder (Cromwell, Athalie, Bonaparte)* (Leiden, 1973).

Luterbacher, J., «Monthly mean pressure reconstruction for the late Maunder minimum period (AD 1675-1715)», *IJC*, XX (2000), pp. 1049-1066.

—, D. Dietrich, E. Xoplaki, M. Grosjean y H. Wanner, «European seasonal and annual temperature

variability, trends, and extremes since 1500», *Science*, CCCIII (2004), pp. 1499-1503.

—, et ál., «The late Maunder Minimum», *CC*, XLIX, 4 (2001), pp. 441-462.

—, y E. Xoplaki, «500-Year winter temperature and precipitation variability over the Mediterranean area and its connection to the large-scale atmospheric circulation», en H.-J. Boehle, ed., *Mediterranean climate. Variability and trends* (Heidelberg, 2003), pp. 133-153.

Lynn, J. A., *Giant of the Grand Siècle. The French army, 1610-1715* (Cambridge, 1997).

Macaulay, C., *The history of England from the accession of James I. to that of the Brunswick line*, 8 vols. (Londres, 1763-1783).

Macaulay, T. B., *History of England since the accession of James the Second*, 5 vols. (Nueva York, 1848).

MacCuarta, B., ed., *Ulster 1641. Aspects of the rising* (2.ª ed., Belfast, 1997).

Macdonald, M., *Mystical Bedlam: madness, anxiety and healing in seventeenthcentury England* (Cambridge, 1981).

—, y T. R. Murphy, *Sleepless souls: suicide in early modern England* (Oxford, 1990).

MacHardy, K., «The rise of absolutism and noble rebellion in early modern Habsburg Austria, 1570 to 1620», *CSSH*, XXXIV (1992), pp. 407-438.

Mack, P., *Visionary women: ecstatic prophecy in seventeenth-century England* (Berkeley, 1992).

Mackay, R., *The limits of royal authority. Resistance and obedience in seventeenthcentury Castile* (Cambridge,

1999).

Maehle, A.-H., *Drugs on trial. Experimental pharmacology and therapeutic innovation in the eighteenth century* (Ámsterdam y Atlanta, 1999).

Maffi, D., «Confesionalismo y razón de Estado en la Edad Moderna. El caso de la Valtelina (1637-1639) », *Hispania Sacra*, LVII (2005), pp. 467-489.

—, «Milano in guerra. La mobilitazione delle risorse in una provincia della Monarchia, 1640-1659», en Rizzo, *Le forze del príncipe*, vol. I, pp. 345-408.

—, *Il baluardo della Corona. Guerra, esercito, finanze e società nella Lombardia seicentesca (1630-1660)* (Florencia, 2007).

—, *La cittadella in armi. Esercito, società e finanza nella Lombardia di Carlo II, 1660-1700* (Milán, 2010).

Magen, F., *Reichsgräfliche Politik in Franken. Zur Reichspolitik der grafen von Hohenlohe zur Vorabend und Beginn des dreissigjährigen Krieges* (Schwäbische Hall, 1975).

Maier, I., y D. C. Waugh, «"The blowing of the Messiah's trumpet". Reports about Sabbatai Sevi and Jewish unrest in 1665-67», en Dooley, *The dissemination of news*, pp. 137-152.

Major, A., ed., *Sati. A historical anthology* (Oxford, 2007).

Major, J. R., «The crown and the aristocracy in Renaissance France», *AHR*, LXIX (1964), pp. 631-645.

Major, P., «Jumping Josaphat», *TLS*, 28 de julio de 2006, p. 15.

Makey, W., *The Church of the Covenant, 1637-1651* (Edimburgo, 1979).

Mandell, D. R., *King Philip's War: colonial expansion, native resistance, and the end of Indian sovereignty* (Baltimore, 2010).

Mandrou, R., «Vingt ans après, ou une direction de recherches fécondes: Les révoltes populaires en France au xviie siècle», *Revue Historique*, CCXLII (1969), pp. 29-40.

Manley, G., «Central England temperatures: monthly means 1659 to 1973», *Quarterly Journal of the Royal Meteorological Society*, C (1974), pp. 389-405.

Mann, B. A., *Iroquois women: the Gantowisas* (Nueva York, 2000).

Mann, G., *Wallenstein* (Fráncfort, 1971).

Mann, S., *Precious records. Women in China's long eighteenth century* (Stanford, 1997).

—, «Women in East Asia: China, Japan, and Korea», en B. G. Smith, ed., *Women's history in global perspective*, vol. II (Urbana, 2005), pp. 47-94.

Mannarelli, M. E., *Pecados públicos: la ilegitimitad en Lima, siglo XVII* (Lima, 1993).

Mantran, R., *Istanbul dans la seconde moitié du XVII e siècle* (París, 1962).

Manzoni, A., *The betrothed* (trad. ingl., Harmondsworth, 1972; ed. orig.: *I promessi sposi*, 1827; trad. cast.: *Los novios*, Círculo de Amigos de la Historia, Madrid, 1974).

Marcos Martín, A., *Auge y declive de un nucleo mercantil y financiero de Castilla la Vieja. Evolución demográfi-*

ca de Medina del Campo durante los siglos XVI y XVII (Valladolid, 1978).

—, *España en los siglos XVI, XVII y XVIII. Economía y sociedad* (Barcelona, 2000).

—, «Tráfico de indulgencias, guerra contra infieles y finanzas regias. La bula de cruzada durante la primera mitad del siglo xvii», en M. Rodríguez Cancho, ed., *Historia y perspectivas de investigación. Estudios en memoria del profesor Ángel Rodríguez Sánchez* (Mérida, 2002), pp. 227-236.

—, «¿Fue la fiscalidad regia un factor de crisis en la Castilla del siglo xvii?», en Parker, *La crisis de la Monarquía*, pp. 173-253.

—, «Sobre la violencia del impuesto en la Castilla del siglo xvii», en J. J. Lozano Navarro y J. L. Castellano, eds., *Violencia y conflictividad en el universo barroco* (Granada, 2010), pp. 197-240.

Marks, R. B., *Tigers, rice, silk and silt. Environment and economy in late imperial South China* (Cambridge, 1998).

Marmé, M., «Survival through transformation: how China's Suzhou-centred world economy weathered the general crisis of the seventeenth century», *Social History*, XXII, 2 (2007), pp. 144-165.

—, «Locating linkages or painting bull's-eyes around bullet holes? An East Asian perspective on the seventeenth-century crisis», *AHR*, CXIII (2008), pp. 1080-1089.

Marques, J. F., *A parenética portuguesa e a Restauração 1640-1668. A revolta e a mentalidade*, 2 vols. (Oporto, 1989).

Márquez Macías, R., «Andaluces en América. Recuerdos y añoranzas», *Trocadero*, XXI-XXII (2009-2010), pp. 9-20.

Martinson, D. G., ed., *Natural climate variability on decade-to-century time scales* (Washington D. C., 1995).

Masson-Delmotte, V. et ál., «Changes in European precipitation seasonality and in drought frequencies revealed by a four-century-long tree-ring isotopic record from Brittany, western France», *Climate Dynamics*, XXIV (2005), pp. 57-69.

Mastellone, S., «Les révoltes de 1647 en Italie du Sud. Étaient-ils paysannes ou urbaines?», *Revue d'Histoire Diplomatique*, XCII (1978), pp. 166-188.

—, «Holland as a political model in Italy in the seventeenth century», *Bijdragen en Mededelingen voor de Geschiedenis der Nederlanden*, XCVIII (1983), pp. 568-582.

Matthee, R. P., *The politics of trade in Safavid Iran. Silk for silver 1600-1730* (Cambridge, 1999).

—, *The pursuit of pleasure. Drugs and stimulants in Iranian history, 1500-1900* (Princeton, 2005).

Mauch, C., y C. Pfister, eds., *Natural disasters, cultural responses. Case studies towards a global environmental history* (Lanham, 2009).

Mauelshagen, F., *Klimageschichte der Neuzeit, 1500-1900* (Darmstadt, 2010).

Maunder, E. W., «The prolonged sunspot minimum, 1645-1715», *Journal of the British Astronomical Association*, XXXII (1922), pp. 140-145.

Mazet, C., «Population et société à Lima aux 16e et 17e siècles: la paroisse de San Sebastián», *Cahiers des Amériques Latines*, XIII-XIV (1976), pp. 51-100.

Mazumdar, S., *Sugar and society in China: peasants, technology and the world market* (Cambridge, 1998).

—, «The impact of new world food crops on the diet and economy of China and India, 1600-1900», en R. Grew, ed., *Food in global history* (Boulder, 2000), pp. 58-78.

McArdle, F., *Altopascio: a study in Tuscan rural society, 1587-1784* (Cambridge, 1978).

McChesney, R. D., *Waqf in Central Asia. Four hundered years in the history of a Muslim shrine, 1480-1889* (Princeton, 1991).

McClain, J. L., et ál., *Edo and Paris: urban life and the state in the early modern era* (Ithaca, 1994).

McGowan, B., «Ottoman political communications», en H. D. Laswell, D. Lerner y H. Speir, eds., *Propaganda in world history* (Honolulu, 1979), pp. 444-492.

—, *Economic life in Ottoman Europe: taxation, trade and the struggle for land, 1600-1800* (Cambridge, 1981).

McIntosh, R. J., et ál., eds., *The way the wind blows: climate, history and human action* (Nueva York, 2000).

McKenny, K., «The seventeenth-century land settlement in Ireland: towards a statistical interpretation», en J. H. Ohlmeyer, *Ireland*, pp. 181-200.

McLeod, M. J., *Spanish Central America: a socio-economic history, 1520-1720* (Berkeley, 1973).

McMullen, I. J., «Kumazawa Banzan and "Jitsugaku": toward pragmatic action», en De Bary y Bloom, *Principles and practicality*, pp. 337-373.

McNeill, J. R., *Mosquito empires: ecology and war in the greater Caribbean, 1620-1914* (Cambridge, 2010).

Medick, H., «Historisches Ereignis und zeitgenössische Erfahrung: die Eroberung und Zerstörung Magdeburgs 1631», en Von Krusenstjern y Medick, *Zwischen Alltag und Katastrophe*, pp. 377-407.

Merrick, J., «The cardinal and the queen: sexual and political disorders in the Mazarinades», *French Historical Studies*, XVIII (1994), pp. 667-699.

Merriman, R. B., *Six contemporaneous revolutions* (Oxford, 1938).

Merritt, J. F., ed., *The political world of Thomas Wentworth, earl of Strafford, 1621-1641* (Cambridge, 1996).

Merton, Robert K., «Singletons and multiples in scientific discovery», *Proceedings of the American Philosophical Society*, CV (1961), pp. 470-486.

Meumann, M., y D. Niefanger, eds., *Ein Schauplatz herber Angst: Wahrnehmung und Darstellung von Gewalt im 17. Jahrhundert* (Gotinga, 1997).

Meyer-Fong, T., *Building culture in early Qing Yangzhou* (Stanford, 2003).

Michel, M.-J., *Jansénisme et Paris, 1640-1740* (París, 2000).

Michels, G. B., *At war with the church. Religious dissent in seventeenth-century Russia* (Stanford, 1999).

Mikhail, A., *Nature and Empire in Ottoman Egypt. An environmental history* (Cambridge, 2011).

Miller, G., *The adoption of inoculation for smallpox in England and France* (Filadelfia, 1957).

Miller, H., *State versus gentry in late Ming dynasty China, 1572-1644* (Londres, 2008).

Miller, J. C., «The significance of drought, disease and famine in the agriculturally marginal zones of

West-Central Africa», *JAH*, XXIII (1982), pp. 17-61.

Mitchell, A. J., «Religion, revolt, and the creation of regional identity in Catalonia, 1640-1643» (tesis doctoral, OSU, 2005).

Miyazaki, I., *China's examination hell: the civil service examinations of Imperial China* (New Haven, 1976).

Moberg, A., et ál., «Highly variable Northern Hemisphere temperature reconstructed from low-and high-resolution proxy data», *Nature*, CCCXXXIII, 7026 (2005), pp. 613-617.

Monod, P., *The power of kings. Monarchy and religion in Europe, 1589-1715* (Londres y New Haven, 1999).

Moody, T. W., F. X. Martin y F. J. Byrne, eds., *A new history of Ireland, III: 15 341 691* (Oxford, 1976).

Moon, D., «Peasant migration and the settlement of Russia's frontiers, 1550-1897», *HJ*, XL (1997), pp. 859-893.

Moosvi, S., «Scarcities, prices and exploitation: the agrarian crisis, 1658-1670», *Studies in History*, I (1985), pp. 45-55.

—, «Science and superstition under Akbar and Jahangir: The observation of astronomical phenomena», en I. Habib, ed., *Akbar and his India* (Nueva Delhi, 1997), pp. 109-120.

—, «The Indian economic experience 1600-1900. A quantitative study», en Panikkar, *The making of history*, pp. 328-357.

Moote, A. L., *The revolt of the Judges. The Parlement of Paris and the Fronde, 1642-1652* (Princeton, 1971).

—, y D. C. Moote, *The great plague. The story of London's most deadly year* (Baltimore, 2004).

Mormiche, P., *Devenir prince. L'école du pouvoir en France, XVII e-XVIII e siècles* (París, 2009).

Morrill, J. S., *Cheshire 1630-1660. County government and society during the «English rebellion»* (Oxford, 1974).

—, *Revolt in the provinces. The people of England and the tragedies of war, 1630-1648* (2.ª ed., Londres, 1999).

—, y P. Baker, «The case of the armie truly restated», en Mendle, ed., *The Putney Debates of 1647. The army, the levellers and the English State* (Cambridge, 2001), 103-124.

Mortimer, G., *Eyewitness accounts of the Thirty Years War 1618-1648* (Londres, 2002).

Mote, F. W. *Imperial China, 900-1800* (Cambridge, 1999).

Mousnier, R., «Les mouvements populaires en France avant les traités de Westphalie et leur incidence sur ces traités», en M. Braubach, ed., *Forschungen und Studien zur Geschichte des westfälischen Friedens* (Münster, 1965: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, I), pp. 36-61.

—, «Some reasons for the Fronde: the revolutionary days in Paris in 1648», en P. J. Coveney, ed., *France in crisis, 1620-1675* (Londres, 1977), pp. 169-200.

Müller, H. D., *Der schwedische Staat in Mainz, 1631-1636* (Maguncia, 1979).

Murdoch, S., ed., *Scotland and the Thirty Years' War 1618-1648* (Leiden, 2001).

Murphey, R., «The Verliyüddin Telhis: notes on the sources and interrelations between Koçi Bey and

contemporary writers of advice to kings», *Belleten*, XLIII (1979), pp. 547-571.

—, «Provisioning Istanbul: the state and subsistence in the early modern Middle East», *Food and Foodways*, II (1988), pp. 217-263.

Musallam, B. F., *Sex and society in Islam. Birth control before the nineteenth century* (Cambridge, 1983).

Musi, A., *La rivolta di Masaniello. Nella scena politica barroca* (2.ª ed., Nápoles, 2002).

Mussey, B., «Yankee Chills, Ohio Fever», *The New England Quarterly*, XXII (1949), pp. 435-451.

Myllyntaus, T., «Summer frost as a natural hazard with fatal consequencess in preindustrial Finland», en Mauch y Pfister, *Natural disasters*, pp. 77-102.

Nadal, J., «La población española durante los siglos xvi, xvii y xviii. Un balance a escala regional», en V. Pérez Moreda y D. S. Reher, eds., *Demografía histórica de España* (Madrid, 1988), pp. 39-54.

Nagahara, K., y Kozo Yamamura, «Shaping the process of unification: technological progress in sixteenth and seventeenth-century Japan», *JJS*, XIV (1988), pp. 77-109.

Nagakura Tamotsu, «Kan'ei no kikin to bakufu no taio», en Kodama Kota et ál., eds., *Edo jidai no kikin* (Tokio, 1982), pp. 75-85.

Nakane C., y Shinzaburō Ōishi, eds., *Tokugawa Japan. The social and economic antecedents of modern Japan* (Tokio, 1990).

Nakayama, M., «On the fluctuation of the price of rice in the Chiang-nan region during the first half of the Ch'ing period (1644-1795)», *Memoirs of the Resear-*

ch Department of the Toyo Bunko, XXXVII (1979), pp. 55-90.

Namaczyńska, S., *Kronika kle¸sk elemntarnych w Polsce i w krajack sa¸siednich w latach 1648-1696* (Lviv, 1937).

Nansen, F., *Through Siberia: the land of the future* (Nueva York, 1914).

Naquin, S., *Peking: temples and city life, 1400-1900* (Berkeley, 2000).

Needham, J., et ál., *SCC*, 7 vols., en 27 t. hasta la fecha (1954).

Nef, J. U., *The rise of the British coal industry*, 2 vols. (Londres, 1932).

Nehlsen, B., «Song publishing during the Thirty Years War», en Bussmann y Schilling, *1648,* vol. II, pp. 431-437.

Neuberger, H., «Climate in Art», *Weather*, XXV (1970), pp. 46-56.

Neumann, K., *Das Wort als Waffe: politische Propaganda im Aufstand der Katalanen 1640-1652* (Herbolzheim, 2003).

Newman, A. J., *Safavid Iran: rebirth of a Persian Empire* (Londres, 2006).

Newman, K., *Cultural capitals. Early modern London and Paris* (Princeton, 2007).

Ng, V., «Ideology and sexuality. Rape laws in Qing China», *JAS*, XLVI (1987), pp. 57-70.

Nicholson, S. E., «The methodology of historical climate reconstruction and its application to Africa», *Journal of African History*, XX (1979), pp. 31-49.

Nicoară, Toader, ed., *Sentimentul de insecuritate în societatea românească la începuturile timpurilor moderne 1600-1830,* 2 vols. (Cluj, 2002-2005).

Nicolas, J., *La rébellion française. Mouvements populaires et conscience sociale 1661-1789* (París, 2002).

Nordås R., y N. P. Gleditsch, «Climate change and conflict», *Political Geography*, XXVI (2007), pp. 627-638.

Nordmann, C., «La crise de la Suède au temps de Christine et de Charles X Gustave (1644-1660)», *Revue d'Histoire Diplomatique*, XCII (1978), pp. 210-232.

Norris, M. A., «Edward Sexby, John Reynolds and Edmund Chillenden: Agitators, "sectarian grandees" and the relations of the New Model Army with London in the spring of 1647», *Historical Research*, LXXVI (2003), pp. 30-53.

ó hAnnracháin, T., «"Though hereticks and politicians should misinterpret their goode zeal": political ideology and Catholicism in early modern Ireland», en Ohlmeyer, *Political thought*, pp. 155-175.

—, *Catholic reformation in Ireland. The mission of Rinuccini 1645-1649* (Oxford, 2002).

ó Siochrú, M., «Atrocity, codes of conduct and the Irish in the British civil wars 1641-1653», *P&P,* CXCV (2007), pp. 55-86.

Oberösterreichische Bauernkrieg, 1626, Der. Ausstellung des Landes Oberösterreich (Linz, 1976).

O'Brien, C. B., *Muscovy and the Ukraine from the Pereiaslavl Agreement to the Truce of Andrusovo, 1654-67* (Berkeley, 1963).

O'Connell, D. P., «A cause célèbre in the history of treaty-making. The refusal to ratify the peace of Re-

gensburg in 1630», *The British Yearbook of International Law*, XLII (1967), pp. 71-90.

Odhner, C. T., *Die Politik Schwedens im Westfälischen Friedenscongress und die Gründung der schwedischen Herrschaft in Deutschland* (Gotha, 1877).

Ogilvie, S. C., ed., *Germany: a new economic and social history, II. 1630-1800* (Londres, 1996).

—, *State corporatism and proto-industry. The Württemberg Black Forest, 1580-1797* (Cambridge, 1997).

—, *A bitter living. Women, market and social capital in early modern Germany* (Oxford, 2003).

—, «Germany and the seventeenth-century crisis», en Parker y Smith, *The General Crisis*, pp. 57-86.

—, «Guilds, efficiency and social capital: evidence from German proto-industry», *EcHR*, LVII (2004), pp. 286-333.

—, «Communities and the second serfdom in early modern Bohemia», *P&P,* CLXXXVII (2005), pp. 69-119.

Ohlmeyer, J. H., «The Antrim Plot of 1641: a myth?», *HJ*, XXXV (1992), pp. 905-919.

—, *Civil war and Restoration in the three Stuart kingdoms. The career of Randal MacDonnell, marquis of Antrim, 1609-1683* (Cambridge, 1993).

—, «The Antrim Plot of 1641: a rejoinder», *HJ*, XXXVII (1994), pp. 434-437.

—, ed., *Ireland from independence to occupation, 1641-1660* (Cambridge, 1995).

—, «Seventeenth-century Ireland and the new British and Atlantic histories», *AHR*, CIV (1999), pp. 446-462.

—, ed., *Political thought in seventeenth-century Ireland. Kingdom or colony* (Cambridge, 2000).

Okada Takehiko, «Practical learning in the Chu Hsi school: Yamazaki Ansai and Kaibara Ekken», en De Bary y Bloom, *Principles and practicality*, pp. 231-305.

Olivari, M., *Entre el trono y la opinión. La vida política castellana en los siglos XVI y XVII* (Valladolid, 2004).

Ooms, H., *Tokugawa ideology. Early constructs, 1570-1680* (Princeton, 1985).

Orcibal, J., *Jansénius d'Ypres (1585-1635)* (París, 1989).

Orihel, M. L., «"A presse full of pamphlets" on Ireland. Stereotypes, sensationalism and veracity in English reactions to the 1641 Irish rebellion, November 1641-August 1642» (trabajo de investigación de máster, Queen's University, Kingston, Ontario, 2001).

Oschmann, A., *Der Nürnberger Exekutionstag 1649-1650: Das Ende des Dreißigjährigen Krieges in Deutschland* (Münster, 1991: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XVII).

Oster, E., «Witchcraft, weather and economic growth in Renaissance Europe», *Journal of Economic Perspectives*, XVIII (2004), pp. 215-228.

Outram, Q., «The socio-economic relations of warfare and the military mortality crises of the Thirty Years' War», *Medical History*, XLV (2001), pp. 151-184.

Overton, M., *The agricultural revolution in England. The transformation of the agrarian economy 1500-1850* (Cambridge, 1996).

Öz, M., «Population fall in seventeenth-century Anatolia (some findings for the districts of Canik and Bozok)», *Archivum Ottomanicum*, XXII (2005), pp. 159-171.

Özel, O., «Population changes in Ottoman Anatolia during the 16th and 17th centuries: the "demographic crisis" reconsidered», *IJMES*, XXXVI (2004), pp. 183-205.

—, «Banditry, state and economy: on the financial impact of the *Celali* movement in Ottoman Anatolia», *The proceedings of the IXth International congress of economic and social history of Turkey* (Ankara, 2007), pp. 65-74.

Özvar, E., «Fiscal crisis of the Ottoman Empire in the seventeenth century?» (artículo inédito del XI Congreso de Historia Social y Económica de Turquía, Ankara, 2008).

Paas, J. R., M. W. Paas y G. C. Schoolfield, *Kipper and Wipper inflation 1619-1623. An economic history with contemporary German broadsheets* (New Haven y Londres, 2012).

Panikkar, K. N., T. J. Byres y U. Patnaik, eds., *The making of history: essays presented to Irfan Habib* (Londres, 1985).

Parenti, C., *Tropic of chaos: Climate change and the new geography of violence* (Nueva York, 2011).

Parker, D., *Europe's seventeenth-century crisis: a Marxist review* (Londres, 1973).

Parker, G., *España y los Países Bajos, 1559-1569*. Ediciones Rialp, (Madrid, 1986).

—, *La guerra de los Treinta años*, Antonio Machado, Madrid, 2004.

—, *Europa en crisis*, Siglo XXI de España Editores S. A., 1986.

—, *El éxito nunca es definitivo: imperialismo, guerra y fe en la Europa moderna*, Taurus, Madrid, 2001.

—, ed., *La crisis de la Monarquía de Felipe IV* (Barcelona, 2006).

—, «Crisis and catastrophe: the global crisis of the 17th-century reconsidered», *AHR*, CXIII (2008), pp. 1052-1079.

—, «States make war but wars also break states», *Journal of Military History*, LXXIV (2010), pp. 11-34.

—, «La crisis de la década de 1590 reconsiderada: Felipe II, sus enemigos y el cambio climático», en A. Marcos Marín, ed., *Libro homenaje para José Luis Rodríguez de Diego* (Valladolid, 2011), pp. 643-670.

—, y L. M. Smith, *The General Crisis of the seventeenth century* (2.ª ed., Londres, 1997).

Parrott, D., *The business of war. Military enterprise and military revolution in early modern Europe* (Cambridge, 2012).

Parry, M. L., «Climatic change and the agricultural frontier: a research strategy», en Wigley et ál., *Climate and history*, pp. 319-336.

Parsons, J. B., «Attitudes towards late Ming rebellions», *Oriens Extremus*, VI (1959), pp. 177-191.

—, *The peasant rebellions of the late Ming dynasty* (Tucson, 1970).

Peacey, J., *Politicians and pamphleteers: propaganda during the English civil wars and Interregnum* (Aldershot, 2004).

Pearl, V., *London and the outbreak of the Puritan revolution. City, government and national politics, 1625-43* (Oxford, 1961).

Peiser, B. J., *Natural catastrophes during Bronze Age civilizations* (Oxford, 1998).

Peña Díaz, M., «Aproximación a la climatología en la Catalunya del siglo xvii», en *I Congrés d'Història Moderna de Catalunya*, vol. I (Barcelona, 1984), pp. 255-265.

Perceval-Maxwell, M., «Ulster 1641 in the context of political developments in the three kingdoms», en MacCuarta, *Ulster*, pp. 93-106.

—, *The outbreak of the Irish rebellion of 1641* (Quebec, 1994).

Perdue, P. C., «Water control in the Dongting lake region during the Ming and Qing periods», *JAS*, XLI (1982), pp. 747-765.

—, *Exhausting the earth: state and peasant in Hunan, 1500-1800* (Cambridge, 1987).

—, *China marches west. The Qing conquest of Central Eurasia* (Cambridge, 2005).

Pérez Moreda, V., *Las crisis de mortalidad en la España interior: siglos XVI-XIX* (Madrid, 1980).

—, «La peste de 1647-1657 en el Mediterráneo occidental», *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, V (1987), pp. 14-23.

Pérez Samper, M. A., *Catalunya i Portugal el 1640: dos pobles en una cruïlla* (Barcelona, 1992).

Perkins, D. H., *Agricultural development in China, 1368-1968* (Chicago, 1969).

Pernot, F., y V. Toureille, eds., *Lendemains de guerre. De l'Antiquité au monde contemporain, les hommes, l'espace et le récit, l'économie et le politique* (Bruselas, 2010).

Perrenoud, A., *La population de Genève du 16e au début du 19e siècle. Étude démographique* (Ginebra, 1979: Mémoires et documents publiés par la Société d'Histoire et d'Archéologie de Genève, XLVII).

Pestana, C. G., *The English Atlantic in an age of revolution, 1640-1661* (Cambridge, 2004).

Peters, K., *Print culture and early Quakers* (Cambridge, 2005).

Peterson, W. J., «The Life of Ku Yen-wu (1613-1682)», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, XXVII (1968), pp. 114-156, y XXIX (1969), pp. 201-247.

—, *Bitter Gourd: Fang I-chih and the the impetus for intellectural change* (New Haven y Londres, 1979).

Pfister, C., *Klimageschichte der Schweiz 1525-1860 und seiner Bedeutung in der Geschichte von Bevolkung und Landwirtschaft*, 2 vols. (Berna, 1988).

—, «Little Ice Age-type impacts and the mitigation of social vulnerability to climate in the Swiss canton of Bern prior to 1800», en R. Costanza, L. M. Graumlich y W. Steffen, eds., *Sustainability or collapse? An integrated history and future of people on earth* (Berlín, 2005), pp. 191-208.

—, «The vulnerability of past societies to climatic variation: a new focus for historical climatology in the twenty-first century», *CC*, C (2010), pp. 25-31.

—, «Weeping in the snow. The second period of Little Ice Age-type impacts, 1570-1630», en Behrin-

ger et ál., *Kulturelle Konsequenzen der «Kleinen Eiszeit»*, pp. 31-86.

—, y R. Brádzil, «Climatic variability in sixteenth-century Europe and its social dimension: a synthesis», *CC*, XLIII (1999), pp. 5-53.

Pflugfelder, G., *Cartographies of desire. Male-male sexuality in Japanese discourse* (Berkeley, 1999).

Pillorget, R., *Les mouvements insurrectionnels de Provence entre 1596 et 1715* (París, 1975).

Pino Jiménez, A. del, «Demografía rural sevillana en el Antiguo Régimen: Utrera, Los Palacios-Villafranca y Dos Hermanas, 1600-1800» (tesis doctoral, Universidad de Sevilla, 2000).

Piqueras García, M. B., «Cédula de Felipe IV sobre el derecho de la media anata», *Trocadero*, XXI-XXII (2009-2010), pp. 165-90.

Pitcher, D. E., *An historical geography of the Ottoman Empire* (Leiden, 1972).

Piterberg, G., *An Ottoman Tragedy. History and historiography at play* (Berkeley, 2003).

Platonov, S. F., «Novyi istochnik istochnik dlia istorii Moskovskikh volnenii», *Chteniiia v imperatorskom obshchestve istorii i drevnostei Rossiiskikh Moskovskom universitete*, 1893, 1, pp. 3-19.

Plokhy, S., *The Cossacks and religion in early modern Ukraine* (Oxford, 2001).

Plumb, J. H., *The growth of political stability in England, 1675-1725* (Londres, 1967).

Poelhekke, J. J., *De Vrede van Munster* (La Haya, 1948).

Pokrovskii, N. N., *Tomsk 1648-1649 gg: voevodskaia vlast' i zemskie miry* (Novosibirsk, 1989).

Polišenský, J. V., *The Thirty Years' War* (Londres, 1971).

—, *War and society in Europe 1618-1648* (Cambridge, 1978).

Pollack, H. N., S. Huang y J. E. Smerdon, «Five centuries of climate change in Australia: the view from underground», *Journal of Quaternary Science*, XXI (2006), pp. 701-706.

Polleross, F. B., *Das sakrale Indentifikationsporträt: ein höfischer Bildtypus vom 13. bis zum 20. Jahrhundert*, 2 vols. (Viena, 1988).

Pollock, L., «Embarking on a rough passage: the experience of pregnancy in earlymodern society», en Fildes, *Women as mothers*, pp. 39-67.

Pomeranz, K. W., *The great divergence. China, Europe, and the making of the modern world economy* (Princeton, 2000).

—, «"Is there an East Asian development path?" Long-term comparisons, constraints, and continuities», *JESHO*, XLIV (2001), pp. 322-362.

—, «Without coal? Colonies/ Calculus? Counterfactual and industrialization in Europe and China», en Tetlock, *Unmaking the West*, pp. 241-276.

Porschnev [Porshnev], B. F., «Les rapports politiques de l'Europe occidentale et de l'Europe orientale à l'époque de la Guerre de Trente Ans», en *Rapports du XIe Congrès des Sciences Historiques* (Estocolmo, 1960), vol. IV, pp. 13 663.

—, *Les soulèvements populaires en France avant la Fronde* (París, 1963).

Porter, S., *Destruction in the English civil war* (Gloucester, 1994).

Post, J. D., *The last great subsistence crisis in the Western World* (Baltimore, 1977).

Potter, L., *Secret rites and secret writing: royalist literature, 1641-1660* (Cambridge, 2009).

Prakash, O., *The Dutch East India Company and the economy of Bengal 1630-1720* (Princeton, 1985).

Price, R., ed., *Maroon societies. Rebel slave communities in the Americas* (2.ª ed., Baltimore, 1996).

Prieto, M. del R., «The Paraná river floods during the Spanish colonial period», en Mauch y Pfister, *Natural disasters*, pp. 285-303.

Przybylak, R., et ál., «Temperature changes in Poland from the sixteenth to the twentieth centuries», *IJC*, XXV (2005), pp. 773-791.

Pullan, B. S., *Rich and poor in Renaissance Venice. The social institutions of a Catholic state, to 1620* (Oxford, 1971).

Pursell, B., *The Winter King: Frederick V of the Palatinate and the Coming of the Thirty Years' War* (Aldershot, 2002).

Raba, J., *Between remembrance and denial. The fate of the Jews in the wars of the Polish Commonwealth during the mid-seventeenth century as shown in contemporary writing and historical research* (Boulder: East European Monographs, CDXXVIII, 1995).

Rabb, T. K., *The struggle for stability in early modern Europe* (Oxford, 1975).

—, «The Scientific Revolution and the problem of periodization», *European Review*, XV (2007), pp.

503-512.

—, «Introduction: the persistence of the "Crisis"», *JIH*, XL (2009), pp. 145-150.

—, *The artist and the warrior. Military history through the eyes of the Masters* (New Haven y Londres, 2011).

Ransel, D., *Mothers of misery: child abandonment in Russia* (Princeton, 1988).

Ranum, O., *The Fronde: a French revolution, 1648-1652* (Nueva York, 1993).

—, *Paris in the age of absolutism. An essay* (2.ª ed., Pensilvania, 2002).

Rawski, E. S., *Education and popular literacy in Ch'ing China* (Ann Arbor, 1979).

—, *The last emperors: A social history of Qing Imperial institution* (Berkeley, 2001).

—, «The Qing formation and the early-modern period», en Struve, *Qing formation*, pp. 207-241.

—, y J. Rawson, eds., *China. The Three Emperors, 1662-1795* (Londres, 2005).

Raychaudhuri, T., e I. Habib, eds., *The Cambridge economic history of India*, vol. I (Cambridge, 1982).

Raymond, J., *The invention of the newspaper: English newsbooks 1641-1649* (Oxford, 1996).

Raynor, H., *A social history of music* (Londres, 1972).

Razzell, P., «Did smallpox reduce height?», *EcHR*, LI (1997), pp. 351-359, y LIV (2001), pp. 108-109.

Reade, H. G. R., *Sidelights on the Thirty Years' War*, 3 vols. (Londres, 1924).

Redondo, P., *Galileo heretic* (Princeton, 1987).

Reece, H. M., «The military presence in England, 1649-1660» (tesis doctoral, Universidad de Oxford,

1981).

Reff, D. T., «Contact shock in Northwestern New Spain, 1518-1764», en J. W. Verano y D. H. Uberlaker, eds., *Disease and demography in the Americas* (Washington D. C., 1992), pp. 265-276.

Reger, W., «In the service of the Tsar: European mercenary officers and the reception of military reform in Russia, 1654-1667» (tesis doctoral, Universidad de Illinois, 1997).

Reid, A. R., «The crisis of the seventeenth century in southeast Asia», en Parker y Smith, *The General Crisis*, pp. 206-234.

—, *Southeast Asia in the age of commerce, 1450-1680,* 2 vols. (New Haven, 1988-1993).

Reis Torgal, L., *Ideologia política e teoria do Estado na Restauração*, 2 vols. (Coimbra, 1981-1982).

Repgen, K., «Über die Geschichtsschreibung des Dreisigjährigen Krieges: Begriff und Konzeption», en Repgen, *Krieg und Politik, 1618-1648*, pp. 1-84.

—, ed. *Krieg und Politik, 1618-1648. Europäische Probleme und Perspektiven* (Múnich, 1988).

Reula i Biescas, J., «1640-1647: una aproximació a la publicística de la guerra dels segadors», *Pedralbes: Revista d'Història Moderna*, XI (1991), pp. 91-108.

Révah, I. S., *Le cardinal Richelieu et la restauration du Portugal* (Lisboa, 1950).

Ribot García, L. A., *La revuelta antiespañola de Mesina. Causas y antecedentes (1591-1674)* (Valladolid, 1982).

—, «La época del conde-duque de Olivares y el Reino de Sicilia», en Elliott y García Sanz, *La España*

del conde-duque, pp. 655-677.

—, *La Monarquía de España y la guerra de Mesina (1674-1678)* (Madrid, 2002).

Richards, J., *The Mughal Empire* (Cambridge, 1993).

—, *The unending frontier. An environmental history of the early modern world* (Berkeley, 2003).

Riches, D., *The anthropology of violence* (Oxford, 1986).

Richter, D. K., «War and culture: the Iroquois experience», *WMQ*, 3.ª serie, XL (1983), pp. 528-559.

—, *Facing East from Indian Country. A native history of early America* (Cambridge, 2001).

Ridder-Simoens, H. de, *History of the university in Europe. II: early modern Europe* (Cambridge, 1996).

Rind, D., y J. Overpeck, «Hypothesized causes of decade-to-century scale climate variability: climate model results», *Quaternary Science Review*, XII (1993), pp. 357-374.

Riquer i Permanyer, B. de, ed., *Enciclopèdia catalana: història política, societat i cultura dels Països Catalans* (Barcelona, 1997).

Rizzo, M., «University, administration, taxation and society in Italy in the sixteenth century: the case of fiscal exemptions for the University of Pavia», *History of Universities*, vol. VIII (1989), pp. 75-116.

—, «Un economia in guerra: Pavia nel 1655», *Annali di Storia Pavese*, XXVII (1999), pp. 339-360.

—, «"Haver sempre l'occhio all'abbondanza dei viveri". Il governo dell'economia pavese durante l'assedio del 1655», en A. M. Bernal, L. de Rosa y F.

D'Esposito, eds., *El gobierno de la economía en el Imperio español* (Sevilla y Nápoles, 2000), pp. 471-507.

—, *Alloggiamenti militari e riforme fiscali nella Lombardia spagnola tra cinque e seicento* (Milán, 2001).

—, «"Ottima gente da guerra". Cremonesi al servizio della strategia imperiale», en G. Politi, ed., *Storia di Cremona. L'età degli Asburgo di Spagna (1535-1707)* (Cremona, 2006), pp. 126-145.

—, «"Rivoluzione dei consumi", "state-building" e "rivoluzione militare". La domanda e l'offerta di servizi strategici nella Lombardia spagnola, 1535-1659», en I. Lopane y E. Ritrovato, eds., *Tra vecchi e nuovi equilibri economici. Domanda e offerta di servizi in Italia in età moderna e contemporanea* (Bari, 2007), pp. 447-474.

—, «Influencia social, conveniencia económica, estabilidad política y eficiencia estratégica. Notables lombardos al servicio de los Habsburgo en la segunda mitad del siglo xvi», en J. F. Pardo Molero y M. Lomas Cortés, eds., *Oficiales reales. Los ministros de la Monarquía católica (siglos XVI-XVII)* (Valencia, 2012).

—, J. J. Ruiz Ibáñez y G. Sabatini, eds., *Le forze del príncipe. Recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía hispánica*, 2 vols. (Murcia, 2003).

Roberts, M., «Queen Christina and the General Crisis of the seventeenth century», en Aston, *Crisis in Europe*, pp. 195-221.

—, *Sweden as a great power 1611-1697. Government, society, foreign policy* (Londres, 1968).

—, *The Swedish imperial experience, 1560-1718* (Cambridge, 1979).

Robinson, D. M., *Bandits, eunuchs and the son of heaven: rebellion and the economy of violence in mid-Ming China* (Honolulu, 2001).

Robinson, J. H., *The great comet of 1680. A study in the history of rationalism* (Northfield, 1916).

Robisheaux, T., *Rural society and the search for order in early modern Germany* (Cambridge, 1989).

Rodén, M. L., «The crisis of the seventeenth century: the Nordic perspective», en Benedict y Gutmann, *Early modern Europe*, pp. 100-119.

Rodger, N. A. M., *The safeguard of the sea: a naval history of Britain, 660-1649* (Londres, 1997).

—, *The command of the ocean: a naval history of Britain, 1649-1815* (Londres, 2004).

Rohrschneider, M., *Der gescheiterte Frieden von Münster: Spaniens Ringen mit Frankreich auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-1649)* (Münster, 2007: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XXX).

Romaniello, M. P., «Controlling the frontier: monasteries and infrastructure in the Volga region, 1552-1682», *Central Asian Survey*, XIX (2000), pp. 429-443.

—, «Ethnicity as social rank: governance, law and empire in Muscovite Russia», *Nationalities Papers*, XXXIV (2006), pp. 447-469.

—, «Through the filter of tobacco: the limits of global trade in the early modern world», *CSSH*, XLIX (2007), pp. 914-937.

Romano, R., *Conjonctures opposées. La crise du 17e siècle en Europe et en Amérique latine* (Ginebra, 1992).

Rommelse, G., «The role of mercantilism in Anglo-Dutch political relations, 1650-1674», *EcHR*, LXIII (2010), pp. 591-611.

Ronan, C. A., *Edmond Halley: Genius in Eclipse* (Nueva York, 1969).

Roper, L., *Witch craze. Terror and fantasy in Baroque Germany* (New Haven, 2004).

Rosa, L. de, «Naples, a capital», *JEEH*, XXVI, 2 (1997), pp. 349-373.

Rosental, Paul-André, «The novelty of an old genre: Louis Henry and the founding of historical demography», *Population (Inglés),* LVIII, 1 (2003), pp. 97-130.

Roth, G., «The Manchu-Chinese relationship, 1618-1636», en Spence y Wills, *From Ming to Ch'ing*, pp. 4-38.

Roupnel, G., *La ville et la campagne au XVII e siècle; étude sur les populations du pays dijonnais* (2.ª ed., París, 1955).

Routledge, F. J., *England and the treaty of the Pyrenees* (Liverpool, 1953).

Rovito, P. L., «Le rivoluzione constitutionale di Napoli (1647-1648)», *Rivista Storica Italiana*, XCVII (1986), pp. 367-462.

Roy, V. N., D. Shulman y S. Subrahmanyam, *Symbol of substance: court and state in Nâyaka-period Tamil Nadu* (Nueva Delhi, 1992).

Rublack, U., *The crimes of women in early modern Germany* (Oxford, 1999).

Ruiz Ibáñez, J. J., *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo. Murcia, 1588-1648* (Murcia, 1995).

Ruppert, K., *Die kaiserliche Politik auf dem Westfälischen Friedenskongress (1643-1648)* (Münster, 1979: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, X).

Russell, C., «The British problem and the English civil war», *History*, LXXII (1987), pp. 395-415.

—, *The fall of the British Monarchies, 1637-1642* (Oxford, 1991).

Salisbury, N., *Manitou and Providence. Indians, Europeans and the making of New England, 1500-1643* (Oxford, 1982).

Sallmann, J.-M., *Naples et ses saints à l'âge baroque (1540-1750)* (París, 1994).

Salm, H., *Armeefinanzierung im Dreissigjährigen Krieg. Die Niederrheinisch-Westfälische Reichskreis, 1635-1650* (Münster, 1990: Schriftenreihe der Vereinigung zur Erforschung der neueren Geschichte, XVI).

Salmon, J. H. M., *The French religious wars in English political thought* (Oxford, 1959).

Sanabre, J., *La acción de Francia en Cataluña en la pugna por la hegemonía de Europa (1640-1659)* (Barcelona, 1956).

Sanderson, M., *The history of the University of East Anglia 1918-2000* (Londres, 2002).

Sansom, G., *A history of Japan, 1615-1867* (Stanford, 1963).

Santoro, M., *Le secentine napoletane della Biblioteca Nazionale di Napoli* (Roma, 1986).

Sanz Camañes, P., *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680* (Zarago-

za, 1997).

Sargent, T. J., y F. R. Velde, *The big problem of small change* (Princeton, 2002).

Sasaki Junnosuke, *Daimyo-to hyakusho-* (Tokio, 1966).

—, y R. Toby, «The changing rationale of daimyo control in the emergence of the bakuhan state», en Hall, *Japan before Tokugawa*, pp. 271-294.

Schaffer, S., *The information order of Isaac Newton's Principia Mathematica* (Uppsala, 2008).

Schama, S. M., *The embarrassment of riches. An interpretation of Dutch Culture in the Golden Age* (Nueva York, 1987).

Schaub, J. F., *Le Portugal au temps du comte-duc d'Olivares (1621-1640). Le conflit de juridictions comme exercice de la politique* (Madrid, 2002).

Schaufler, H. H., *Die Schlacht bei Freiburg-am-Breisgau* (Friburgo, 1979).

Schiebinger, L., *Plants and Empire: colonial bioprospecting in the Atlantic world* (Cambridge, 2004).

Schilfert, G., «Zur Geschichte der Auswirkungen der englischen bürgerlichen Revolution auf Nordwestdeutschland», en F. Klein y J. Streisand, eds., *Beiträge zum neuer Geschichtsbild, zum 60. Geburtstag von Alfred Meusel* (Berlín, 1956), pp. 247-257.

Schilling, H., «Confessional Europe», en T. A. Brady, H. A. Oberman y J. D. Tracy, eds., *Handbook of European history, 1400-1600,* 2 vols. (Cambridge, 1995), vol. II, pp. 641-681.

Schmidt, P., *Spanische Universalmonarchie oder «teutsche Libertet». Das spanische Imperium in der Propaganda*

des Dreissigjährigen Krieges (Stuttgart, 2001: Studien zur modernen Geschichte, LIV).

Scholem, G., *Sabbatai Sevi. The mystical Messiah, 1626-1676* (Princeton, 1973).

Schumpeter, J. A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Folio, Barcelona, 1984).

Schwartz, S. B., «Panic in the Indies: the Portuguese threat to the Spanish empire», en Thomas y De Groof, *Rebelión y resistencia*, pp. 205-217.

—, «Silver, sugar and slaves: how the empire restored Portugal» (artículo de la conferencia EUI, 2003).

Scott, D., *Politics and war in the three Stuart kingdoms, 1637-1649* (Basingstoke, 2004).

Scott, H. M., ed., *The European nobilities of the 17th and 18th centuries*, 2 vols. (Londres, 1995).

Scott, J., *Love and protest. Chinese poems from the sixth century AD to the seventeenth century AD* (Londres, 1972).

—, *England's troubles. Seventeenth-century English political instability in European context* (Cambridge, 2000).

Scott, J. C., *The moral economy of the peasant: rebellion and resistance in Southeast Asia* (New Haven, 1976).

—, *Weapons of the weak. Everyday forms of peasant resistance* (New Haven, 1985).

—, *Seeing like a state: how certain schemes to improve the human condition have failed* (New Haven, 1998).

—, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, Tafalla, 2003.

Seaver, P. S., *Wallington's world: A Puritan Artisan in Seventeenth-Century London* (Stanford, 1985).

Séguy, I., «L'enquête sur la population de la France de 1500 à 1700 (J.-N. Biraben): présentation, sources, bibliographie», *Population*, LIII (1998), pp. 181-213.

Sella, D., *Crisis and continuity: the economy of Spanish Lombardy in the seventeenth century* (Cambridge, 1979).

—, «The survival of the urban economies of central and northern Italy in the seventeenth century. Recent studies and new perspectives», *Journal of Mediterranean Studies*, X (2000), pp. 275-285.

—, «Peasant strategies for survival in northern Italy, xvi-xvii centuries», *JEEH*, XXXVII, 2-3 (2008), pp. 455-469.

Sen, A. K., *Poverty and famines: an essay on entitlement and deprivation* (Oxford, 1981).

Séré, D., «La Paix des Pyrénées ou la paix du roi: le rôle méconnu de Philippe IV dans la restauration de la paix entre l'Espagne et la France», *Revue d'Histoire Diplomatique*, 2005, 2, pp. 243-261.

Setton, K. M., *Venice, Austria and the Turks in the seventeenth century* (Filadelfia, 1991).

Shagan, E., «Constructing discord: ideology, propaganda and English responses to the Irish rebellion of 1641», *Journal of British Studies*, XXXVI (1997), pp. 4-34.

Shannon, A., «"Uncouth language to a princes ears": Archibald Armstrong, court jester, and early Stuart politics», *SCJ*, XLII (2011), pp. 99-112.

Sharpe, K., *The personal rule of Charles I* (New Haven, 1992).

Shaw, D. J. B., «Southern frontiers of Muscovy, 1550-1700», en J. H. Bater y R. A. French, eds., *Stu-*

dies in Russian historical geography, vol. I (Londres, 1983), pp. 117-142.

Shi Yafeng y Liu Shiyin, «Estimation of the response of glaciers in China to the global warming in the twenty-first century», *Chinese Science Bulletin*, XLV (2000), pp. 668-672.

Shiue, C. H., «Local granaries and central government disaster relief: moral hazard and interregional finance in eighteenth-and nineteenth-century China», *Journal of Economic History*, LXIV (2004), pp. 100-124.

Shiveley, D. H., «Sumptuary regulation and status in early Tokugawa Japan», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, XXV (1964-1965), pp. 123-164.

Shy, J., *A people numerous and armed. Reflections on the military struggle for American independence* (2.ª ed., Oxford, 1990).

SIDES, *véase* Società Italiana di Demografia Storica.

Signorotto, G., *Milano spagnola. Guerra, istituzioni, uomini di governo (1635-1660)* (Florencia, 1996).

—, «Stabilità politica e trame antispagnole nella Milano del Seicento», en Y. Bercé y E. Fasano Guarini, *Complots et conjurations dans l'Europe moderne* (Roma, 1996), pp. 721-745.

Silke, J. J., «Primate Lombard and James I», *Irish Theological Quarterly*, XXII (1955), pp. 143-155.

Simas Bettencourt Amorim, M. N., *Guimarães de 1580 a 1819. Estudo demográfico* (Lisboa, 1987).

Simon i Tarrés, A., «Els anys 1627-1632 i la crisi del segle xvii a Catalunya», *Estudis d'Història Agrària*, IX (1992), pp. 157-180.

—, *Els orígens ideològics de la revolució catalana de 1640* (Barcelona, 1999).

Singer, R. T., *Edo art in Japan 1615-1868* (Washington D. C., 1998).

Singh, C., *Region and Empire: Panjab in the seventeenth century* (Nueva Delhi, 1991).

Skinner, G. W., «Marketing and social structure in rural China», *JAS*, XXIV (1964), pp. 3-43, y XXV (1965), pp. 195-228 y 363-399.

—, «Cities and the hierarchy of local systems», en ídem, ed., *The city in late imperial China* (Stanford, 1977), pp. 275-352.

Skinner, Q. R. D., «Conquest and consent: Hobbes and the Engagement controversy», en Skinner, *Visions of Politics*, vol. III, pp. 287-307.

—, «The ideological context of Hobbes's political thought», en ídem, *Visions of Politics*, vol. III, pp. 264-826.

—, *Visions of politics*, 3 vols. (Cambridge, 2002).

Slack, P., *The impact of the plague in Tudor and Stuart England* (Londres, 1985).

Slotkin, R., y J. K. Folsom, eds., *So dreadfull a judgment: Puritan responses to King Philip's War, 1676-1677* (Middletown, 1978).

Slovic, P., «The perception of risk», *Science*, n. s., CCXXXVI (1987), pp. 280-285.

—, *The perception of risk* (Londres, 2000).

Smith, S. R., «Almost revolutionaries: The London apprentices during the civil wars», *Huntington Library Quarterly*, XLII (1978-1979), pp. 313-328.

Smith, D. L., «Catholic, Anglican or Puritan? Edward Sackville, fourth earl of Dorset and the ambiguities of religion in early Stuart England», *TRHistS*, 6.ª serie, II (1992), pp. 105-124.

Smith, J. H., «Benevolent societies: the reshaping of charity during the late Ming and early Ch'ing», *JAS*, XLVI (1987), pp. 309-337.

—, *The art of doing good. Charity in late Ming China* (Berkeley, 2009).

Smith, T. C., *The agrarian origins of modern Japan* (Stanford, 1959).

—, *Nakahara. Family farming and population in a Japanese village, 1717-1830* (Stanford, 1977).

Snapper, F., *Oorlogsinvloeden op de overzeese handel van Holland 1551-1719* (Ámsterdam, 1959).

Snobelen, S. D., «"A time and times and the dividing of time": Isaac Newton, the Apocalypse, and 2060 A. D»., *Canadian Journal of History*, 38, 3 (2003), pp. 537-551.

Soares da Cunha, M., *A casa de Bragança, 1560-1640 : prácticas senhoriais e redes clientalares* (Lisboa, 2000).

Società Italiana di Demografia Storica (SIDES), *La popolazione italiana nel '600* (Bolonia, 1999).

Solano Camón, E., *Poder monárquico y Estado pactista (1626-1652): los aragoneses ante la Unión de Armas* (Zaragoza, 1987).

Solar, P. M., «Poor relief and English economic development before the industrial revolution», *EcHR*, XLVIII (1995), pp. 1-22.

Soll, J., «Accounting for Government: Holland and the rise of political economy in seventeenth-century

Europe», *JIH*, XL (2009), pp. 215-238.

Solomon, H. M., *Public welfare, science and propaganda in seventeenth-century France. The innovations of Théophraste Renaudot* (Princeton, 1972).

Soman, A., *Sorcellerie et justice criminelle (16e-18e siècles)* (Guildford, 1992).

Souza, T. R. de, *Medieval Goa: a socio-economic history* (Nueva Delhi, 1979).

Spence, J. D., *Ts'ao-Yin and the K'ang-hsi emperor. Bondservant and master* (New Haven y Londres, 1966).

—, *Emperor of China: self-portrait of K'ang-hsi* (Nueva York, 1974).

—, *The death of woman Wang. Rural life in China in the seventeenth century* (Londres, 1978).

—, y J. E. Wills, eds., *From Ming to Ch'ing. Conquest, region, and continuity in seventeenth-century China* (New Haven, 1979).

Sperling, J., *Convents and the body politic in late Renaissance Venice* (Chicago, 1999).

Spörer, G. F. W., *Ueber die periodicität er sonnenflecken seit dem jahre 1618* (Halle, 1889).

Spufford, M., «First steps in literacy: the reading and writing experiences of the humblest 17th-century Spiritual autobiographers», *Social History*, IV (1979), pp. 405-435.

Sreenivasan, G. P., *The peasants of Ottobeuren, 1487-1726. A rural society in early modern Europe* (Cambridge, 2004).

Stahle, D. W., et ál., «The lost colony and Jamestown droughts», *Science*, CCLXXX (1998), pp. 564-567
.

Stampfer, S., «Maps of Jewish settlements in Ukraine in 1648», *Jewish History*, XVII, 2 (2003), pp. 107-114.

—, «What actually happened to the Jews of Ukraine in 1648?», *Jewish History*, XVII, 2 (2003), pp. 207-227.

Starna, W. A., «The Pequots in the early seventeenth century», en Hauptman y Wherry, *The Pequots*, pp. 33-47.

Statler, O., *Japanese Inn* (Nueva York, 1961).

Steckel, R. H., «New light on the "Dark Ages": The remarkably tall stature of Northern European men during the Medieval Era», *Social Science History*, XXVIII (2004), pp. 211-230.

Steensgaard, N., «The seventeenth-century crisis», en Parker y Smith, *The General Crisis*, pp. 32-56.

Steinman, P., *Bauer und Ritter in Mecklenburg. Wandlungen der gutherrlich-bäuerlichen Verhältnisee im westen unde osten Mecklenburgs von 12/13 Jahrhundert bis zur Bodenreform 1945* (Schwerin, 1960).

Stepto, G., ed., *Lieutenant Nun: Memoir of a Basque transvestite in the New World. Catalina de Erauso* (Boston, 1996).

Stevens, C. B., *Soldiers on the steppe. Army reform and social change in early modern Russia* (Dekalb, 1995).

—, *Russia's wars of emergence, 1460-1730* (Londres, 2007).

Stevenson, D., «Deposition of ministers in the church of Scotland under the Covenanters 1638-1651 », *Church History*, XLIV (1975), pp. 321-335.

—, *King or Covenant? Voices from the civil war* (East Linton, 1996).

Stolp, A., *De eerste couranten in Holland. Bijdrage tot de geschiedenis der geschreven nieuwstijdingen* (Haarlem, 1938).

Stommel, H., y E., *Volcano weather. The story of 1816, the year without a summer* (Newport, 1983).

Stoyle, M. J., «"Whole streets converted to ashes": property destruction in Exeter during the English civil war», *Southern History*, XVI (1994), pp. 6281.

—, «"Pagans" or "paragons"? Images of the Cornish in the English civil war», *EHR*, CXI (1996), pp. 299-323.

—, «"Memories of the maimed": the testimony of Charles I's former soldiers, 1660-1730», *History*, LXXXVIII (2003), pp. 204-226.

—, «Remembering the English civil war», en P. Gray y K. Oliver, eds., *The memory of catastrophe* (Mánchester, 2004), pp. 19-30.

Straub, E., *Pax et Imperium. Spaniens Kampf um seine Friedensordnung in Europa zwischen 1617 und 1635* (Paderborn, 1980).

Struve, L. A., *The Southern Ming, 1644-1662* (New Haven, 1984).

—, ed., *The Qing formation in world-historical time* (Cambridge, 2004).

—, «Dreaming and self-search during the Ming collapse: the Xue Xiemeng Biji, 1642-1646», *T'oung Pao*, XCIII (2007), pp. 159-192.

Suárez, M., «La "crisis del siglo xvii" en la región andina», en M. Burga, ed., *Historia de América andina*.

Formación y apogeo del sistema colonial, vol. II (Quito, 2000), pp. 289-317.

—, *Desafíos transatlánticos. Mercaderes, banqueros y Estado en el Perú virreinal 1600-1700* (Lima, 2001).

Subrahmanyam, S., *The Portuguese Empire in Asia, 1500-1700: a political and economic history* (Londres, 1993).

—, ed., *Money and the market in India, 1100-1700* (Nueva Delhi, 1994).

—, «Hearing voices: Vignettes of early modernity in South Asia, 1400-1750», *Daedalus*, CXXVII, 3 (1998), pp. 75-104.

—, *Explorations in connected history. Mughals and Franks* (Oxford, 2005).

—, «A tale of three empires. Mughals, Ottomans and Habsburgs in a comparative context», *Common Knowledge*, XII, 1 (2006), pp. 66-92.

Subtelny, O., *Domination of eastern Europe: native nobilities and foreign absolutism, 1500-1715* (Montreal, 1986).

Supple, B. E., *Commercial crisis and change in England, 1600-1642* (Cambridge, 1959).

Suter, A., *Der schweizerische Bauernkrieg von 1653. Politische Sozialgeschichte - Sozialgeschichte eines politischen Ereignisses* (Tubinga, 1997).

Suvanto, P., *Wallenstein und seine Anhänger am Wiener Hof zur Zeit des zweiten Generalats, 1631-1634* (Helsinki, 1963).

Symcox, G., ed., *War, diplomacy and imperialism, 1618-1763* (Londres, 1974).

Sysyn, F. E., «Ukrainian-Polish relations in the seventeenth century: the role of national consciousness and national conflict in the Khmel'nyts'kyi movement», en P. J. Potichnyj, ed., *Poland and Ukraine: past and present* (Edmonton, 1980), pp. 58-82.

—, «Ukrainian social tensions before the Khmel'nyts'kyi uprising», en S. H. Baron y N. S. Kollmann, eds., *Religion and culture in early modern Russia and Ukraine* (Dekalb, 1997), pp. 52-70.

—, «The Khmel'nyts'kyi uprising: a characterization of the Ukrainian revolt», *Jewish History*, XVII (2003), pp. 115-139.

T'ien Ju-K'ang, *Male anxiety and female chastity. A comparative study of Chinese ethical values in Ming-Ch'ing times* (Leiden, 1988).

Tacke, A., «Mars, the enemy of art. Sandrart's Teutsche Academie and the impact of war on art and artists», en Bussmann y Schilling, *1648,* vol. II, pp. 245-252.

Tashiro Kazui, «Tsushima Han's Korean trade, 1684-1710», *Acta Asiatica*, XXX (1976), pp. 85-105.

—, «Foreign relations during the Edo period: Sakoku re-examined», *JJS*, VIII (1982), pp. 283-306.

Taulis, M. E., *De la distribution des pluies au Chili. La périodicité des pluies depuis 400 ans* (Ginebra, 1934: Matériaux pour l'Étude des Calamités Publiés par les Soins de la Société de Géographie de Genève, XXXII, 1), pp. 3-20.

Tawney, R. H., *Land and labor in China* (Londres, 1932).

Te Brake, W., *Shaping history: ordinary people in European politics 1500-1700* (Berkeley, 1998).

Telford, T. A., «Fertility and population growth in the lineages of Tongcheng County, 1520-1661», en Harrell, *Chinese historical microdemography*, pp. 4893.

Teodoreanu, E., «Preliminary observations on the Little Ice Age in Romania», *Present Environment and Sustainable Development*, V (2011), pp. 187-194.

Terzioğlu, D., «Sufi and dissident in the Ottoman empire: Niyāzī-i Mīṣri (1618-1694)» (tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1999).

Tetlock, P. E., R. N. Le Bow y G. Parker, eds., *Unmaking the West. «What-If?» Scenarios that rewrite world history* (Ann Arbor, 2006).

Tezcan, B., «Searching for Osman: A reassessment of the deposition of the Ottoman sultan Osman (1618-1622)» (tesis doctoral, Universidad de Princeton, 2001).

Theibault, J. C., «The rhetoric of death and destruction in the Thirty Years War», *Journal of Social History*, XXVII, 2 (1993), pp. 271-290.

—, «Jeremiah in the village: prophecy, preaching, pamphlets and penance in the Thirty Years' War», *Central European History*, XXVII (1994), pp. 441-460.

—, *German villages in crisis; rural life in Hesse-Kassel and the Thirty Years War, 1580-1720* (Atlantic Highlands, 1995).

—, «The demography of the Thirty Years War revisited: Günther Franz and his critics», *German History*, XV (1997), pp. 1-21.

Thirsk, J., «Agricultural policy: public debate and legislation, 1640-1750», en ídem, *The agrarian history of England and Wales. V: 1640-1700*, 2 vols. (Cambridge, 1985), vol. II, pp. 298-388.

Thomas, K. V., *Religion and the decline of magic. Studies in popular belief in 16th and 17th-century England* (Londres, 1971).

Thomas, W., y B. de Groof, ed., *Rebelión y resistencia en el mundo hispánico del siglo XVII* (Lovaina, 1992).

Thompson, I. A. A., «Alteraciones granadinas: el motín de 1648 a la luz de un nuevo testimonio presencial», en Castellanos, *Homenaje*, vol. II, pp. 799-812.

—, y B. Yun Casalilla, eds., *The Castilian crisis of the seventeenth century* (Cambridge, 1994).

Thorndycraft, V. R., et ál., «The catastrophic floods of AD 1617 in Catalonia (northeast Spain) and their climatic context», *Hydrological Sciences Journal*, LI (2006), pp. 899-912.

Thornton, J. K., «Demography and history in the kingdom of Kongo, 1550-1750», *Journal of African history*, XVIII (1977), pp. 507-530.

—, *The kingdom of Kongo: civil war and transition 1641-1718* (Madison, 1983).

—, *Warfare in Atlantic Africa, 1500-1800* (Londres, 1999).

—, «Warfare, slave trading and European influence: Atlantic Africa 1450-1800», en J. M. Black, ed., *War in the early modern world, 1450-1815* (Londres, 1999), pp. 129-146.

Thurow, L. C., *La sociedad de suma cero*, Orbis, Barcelona, 1984.

Toby, R. P. «Reopening the question of sakoku: diplomacy in the legitimation of the Tokugawa bakufu», *JJS*, III (1977), pp. 323-363.

—, *State and diplomacy in early modern Japan* (Princeton, 1984).

Tokugawa, Tsunenari, *The Edo Inheritance* (Tokio, 2009).

Tong, J. W., *Disorder under heaven. Collective violence in the Ming dynasty* (Stanford, 1991).

Torke, H. J., *Die staatsbedringte Gesellschaft im Moskauer Reich. Zar und Zemlja in der altrussischen Herrschaftsverfassung, 1613-1689* (Leiden, 1974).

Torres Sanz, X., *Nyerros i cadells. Bàndols i bandolerisme a la Catalunya moderna (1590-1640)* (Barcelona, 1993).

Totman, C., «Tokugawa peasants: win, lose or draw?», *Monumenta Nipponica*, XLI (1986), pp. 457-476.

—, *The Green archipelago: forestry in preindustrial Japan* (Berkeley, 1989).

Treib, M., *Sanctuaries of Spanish New Mexico* (Berkeley, 1993).

Trevor-Roper, H. R., «The General Crisis of the seventeenth century», *P&P,* XVI (1959), pp. 31-64.

—, «The fast sermons of the Long Parliament», en ídem, *Religion, the reformation and social change* (2.ª ed., Londres, 1972), pp. 273-316.

—, «The Church of England and the Greek Church in the time of Charles I», en D. Baker, ed., *Studies in church history. XV: Religious motivation* (Oxford, 1978).

—, *Europe's physician. The various life of Sir Theodore de Mayerne* (New Haven y Londres, 2006).

Troncarelli, F., *La spada e la croce. Guillén Lombardo e l'inquisizione in Messico* (Roma, 1999).

Trotski, L., *Historia de la Revolución rusa*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2007.

Truchuelo García, S., «La incidencia de las relaciones entre Guipúzcoa y el poder real en la confirmación de los fueros durante los siglos xvi y xvii», *Manuscrits*, XXIV (2006), pp. 73-93.

Tsai, S.-S. H., *The eunuchs in the Ming dynasty* (Nueva York, 1996).

Tsing Yuan, «Urban riots and disturbances», en Spence y Wills, *From Ming to Ch'ing*, pp. 280-320.

Tsukahira, T. G., *Feudal control in Tokugawa Japan. The Sankin Kôtai system* (Cambridge, 1966: Harvard East Asian Monographs, XX).

Tsunoda R., W. T. de Bary y D. Keene, *The sources of Japanese tradition*, 2 vols. (Nueva York, 1958).

Tuck, R., *Philosophy and government, 1572-1651* (Cambridge, 1993).

Tukker, C. A., «The recruitment and training of Protestant ministers in the Netherlands in the sixteenth century», en D. Baker, ed., *Miscellanea Historiae Ecclesiasticae*, vol. III (Lovaina, 1970), pp. 198-215.

Twersky, I., y B. Septimus, eds., *Jewish thought in the seventeenth century* (Cambridge, 1987).

Twitchett, D., y F. W. Mote, eds., *The Cambridge History of China VIII, part 2: The Ming* (Cambridge, 1998).

Uluçay, C., «Sultan Ibrahim Hakkinda Vesikalar», *Yeni Tarih Dergisi*, I, 5 (1957).

Unat, R., «Sadrazam Kemankes¸ Kara Mustafa Pas¸a Layihasi», *Tarih Vesikalari* I, 6 (1942), pp. 443-480.

Urban, H., «Druck und Drücke des Restitutionsedikt von 1629», *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, XIV (1974), pp. 609-54.

Urbánek, V., «The comet of 1618: eschatological expectations and political prognostications during the Bohemian revolt», en J. R. Christianson, et ál., eds., *Tycho Brahe and Prague: crossroads of European science* (Praga, 2002).

Valladares, R., «Sobre reyes de invierno. El diciembre portugués y los cuarenta fidalgos (o algunos menos, con otros más)», *Pedralbes: Revista d'Història Moderna*, XV (1995), pp. 103-136.

—, *La rebelión de Portugal. Guerra, conflicto y poderes en la Monarquía hispánica (1640-1680)* (Valladolid, 1998).

Van Beneden, B., y N. de Poorter, *Royalist refugees: William and Margaret Cavendish in the Rubens House, 1648-1660* (Amberes, 2006).

Van de Haar, C., *De diplomatieke betrekkingen tussen de Republiek en Portugal, 1640-1661* (Groninga, 1961).

Van den Boogaart, E., ed., *Johan Maurits of Nassau-Siegen, 1604-79. A humanist prince in Europe and Brazil* (La Haya, 1979).

Van der Woude, A., y G. Mentink, «La population de Rotterdam au xviie et xviiie siècle», *Population*, XXI (1966), pp. 1165-1190.

Van Deusen, N., *Between the sacred and the worldly. The institutional and cultural practice of recogimiento in Colonial Lima* (Stanford, 2001).

Van Maarseveen, M. P., et ál., eds., *Beelden van een strijd. Oorlog en kunst vóór de Vrede van Munster, 1621-1648* (Delft, 1998).

Van Santen, H. W., «De Verenigde Oost-indische Compagnie in Gujarat en Hindustan, 1620-1660» (tesis doctoral, Universidad de Leiden, 1982).

Van Veen, E., *Decay or defeat? An inquiry into the Portuguese decline in Asia, 1580-1645* (Leiden, 2000).

Vaporis, C. N., *Breaking barriers: travel and the state in early modern Japan* (Cambridge, 1994).

—, «To Edo and back: alternative attendance and Japanese culture in the early modern period», *JJS*, XXIII (1997), pp. 25-67.

Vaquero, J. M., et ál., «Revisited sunspot data: a new scenario for the onset of the Maunder Minimum», *Astrophysical Journal, Letters*, DCCXXXI (2011), L 24.

Vatin, N., y G. Veinstein, *Le sérail ébranlé. Essai sur les morts, dépositions et avènements des sultans ottomans (XIVe-XIXe siècles)* (París, 2003).

Venezia e la peste, 1348-1797 (Venecia, 1980).

Verbeek, T., *Descartes and the Dutch: early reactions to Cartesian philosophy, 1637-1650* (Carbondale, 1992).

Vernadsky, G., *History of Russia, V: The tsardom of Moscow, 1547-1682* (New Haven, 1969).

Viazzo, P. P., M. Bortolotto y A. Zanotto, «Five centuries of foundling history in Florence», en C. Panter Brick y M. J. Smith, eds., *Abandoned children* (Cambridge, 2000), pp. 70-91.

Vicuña Mackenna, B., *El clima de Chile. Ensayo histórico* (Buenos Aires, 1970).

Vidal Pla, J., *Guerra dels segadors i crisi social. Els exiliats filipistes 1640-1652* (Barcelona, 1984).

Vigo, G., *Nel cuore della crisi. Politica economica e metamorfosi industriale nella Lombardia del 600* (Pavía, 2000).

Vilar, P., *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, vol. I (París, 1962).

Villalba, R., «Climatic fluctuations in northern Patagonia during the last 1000 years as inferred from tree-ring records», *Quaternary Research*, XXXIV (1990), pp. 346-360.

Villari, R., «Rivolte e conscienza rivoluzionaria nel secolo xvii», *Studi Storici*, XII (1971), pp. 235-264.

—, *Elogi della dissimulazione. La lotta politica nel '600* (Roma, 1987).

—, ed., *Baroque personae* (Chicago, 1991; trad. cast.: *El hombre barroco*, Alianza, Madrid, 1993).

—, *Per il re o per la patria. La fedeltà nel Seicento* (Bari, 1991).

—, *The revolt of Naples* (Cambridge, 1993; ed. orig. ital., 1967).

Villstrand, N. E., «Adaptation or protestation: local community facing the conscription of infantry for the Swedish armed forces 1620-1679», en Jespersen, *A revolution from above*?, pp. 249-313.

Viñas Navarro, A., «El motín de Évora y su significación en la restauración portuguesa de 1640», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, IV (1924), pp. 321-39, y V (1925), pp. 29-49.

Virol, M., «Connaître et accroître les peuples du royaume: Vauban et la population», *Population*, LVI

(2001), pp. 845-875.

—, *Vauban: de la gloire du roi au service de l'État* (Seyssel, 2003).

Vlastos, S., *Peasant protests and uprisings in Tokugawa Japan* (Berkeley, 1986).

Vogel, B., «The letter from Dublin: Climate change, colonialism, and the Royal Society in the seventeenth century», *Osiris*, XXVI (2011), pp. 111-127.

Vries, J. de, «Measuring the impact of climate on history: the search for appropriate methodologies», *JIH*, X (1980), pp. 559-630; reimp. en R. I. Rotberg y T. K. Rabb, eds., *Climate and history. Studies in interdisciplinary history* (Princeton, 1981), pp. 19-50.

—, *The industrious revolution. Consumer behavior and the household economy, 1650 to the Present* (Cambridge, 2008).

—, «The limits of globalization in the early modern world», *EcHR*, LXIII (2010), pp. 710-733.

Waal, A. de, «A re-assessment of entitlement theory in the light of recent famines in Africa», *Development and Change*, XXI (1990), pp. 469-490.

Wahlen, H., y Jaggi, E., *Der schweizerische Bauernkrieg, 1653, und die seitherige Entwicklung des Bauernstandes* (Berna, 1952).

Wakeman, F. C., «The Shun interregnum of 1644», en Spence y Wills, *From Ming to Ch'ing*, pp. 39-87.

—, *The Great Enterprise. The Manchu reconstruction of Imperial order in 17thcentury China* (Berkeley, 1985).

—, «China and the seventeenth-century crisis», *Late Imperial China*, VII (1986), pp. 1-26.

—, «Localism and loyalism during the Ch'ing conquest of Kiangnan», en Wakeman y Grant, *Conflict and control*, pp. 44-85.

—, y C. Grant, eds., *Conflict and control in Late Imperial China* (Berkeley, 1975).

Wakita Osamu, «The *kokudaka* system: a device for unification», *JJS*, I (1975), pp. 297-320.

Waldrop, M. M., *Complexity. The emerging science on the edge of order and chaos* (Nueva York, 1992).

Waley, A. *Translations from the Chinese* (Nueva York, 1941).

Waley-Cohen, J., *The sextants of Beijing. Global currents in Chinese history* (Nueva York, 1999).

—, *The culture of war in China. Empire and the military under the Qing dynasty* (Londres, 2006).

Walford, C., «The famines of the world: past and present», *Journal of the Statistical Society of London*, XLI (1878), pp. 433-535, y XLII (1879), pp. 79-275.

Wallerstein, I., *The modern world-system: capitalist agriculture and the origins of the European world-economy in the sixteenth century* (Londres, 1974; trad. cast.: *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1979).

—, «Y a-t-il une crise du xviie siècle?», *Annales E. S. C.,* XXXIV (1979), pp. 126-144.

Walsh, T. J., *The Irish Continental College Movement: The Colleges at Bordeaux, Toulouse, and Lille* (Dublín, 1973).

Walsham, A., *Providence in early modern England* (Oxford, 1999).

Walter, J., *Understanding popular violence in early modern England: the Colchester plunderers* (Cambridge,

1999).

—, «"Abolishing superstition with sedition"? The politics of popular iconoclasm in England, 1640-1642 », *P&P,* CLXXXIII (2004), pp. 79-123.

—, «Public transcripts, popular agency and the politics of subsistence in early modern England», en Braddick y Walter, *Negotiating power*, pp. 123-148.

—, *Crowds and popular politics in early modern England* (Mánchester, 2006).

Waltner, A., «Infanticide and dowry in Ming and early Qing China», en A. B. Kinney, ed., *Chinese views of childhood* (Honolulu, 1995), pp. 193-217.

Waquet, F., «Guy et Charles Patin, père et fils, et la contrebande du livre à Paris au xviie siècle», *Journal des Savants*, II, 2 (1979), pp. 125-148.

Warde, P., «Subsistence and sales: the peasant economy of Württemberg in the early seventeenth century», *EcHR*, LIX (2006), pp. 289-319.

Warren, J., «Connecticut unscathed: victory in the Great Narragansett War (King Philip's War), 1675-1676» (tesis doctoral, OSU, 2011).

Webb, J., *Desert frontier: ecological and economic change along the western Sahel, 1600-1850* (Madison, 1995).

Webb, S. S., *1676. The end of American independence* (Nueva York, 1984).

Weber, E., *My France: politics, culture, myth* (Cambridge, 1991).

Weber, J., «The early German newspaper a medium of contemporaneity», en Dooley, *The dissemination*, pp. 69-79.

Webster, J. B., ed., *Chronology, migration and droughts in interlacustrine Africa* (Londres, 1979).

Wedgwood, C. V., *The Thirty Years War* (Londres, 1938).

Weil, E., «The echo of Harvey's De motu cordis (1628), 1628 to 1657», *Journal of the History of Medicine*, XII, 4 (1957), pp. 167-174.

Weiss, H., «The genesis and collapse of third millennium North Mesopotamian Civilization», *Science*, CCLXI (1993), pp. 995-1004.

Weiss, J. G., «Die Vorgeschichte des böhmischen Abenteuers Friedrichs V. von der Pfalz», *Zeitschrift für die Geschichte des Oberrheins*, n. s., LIII (1940), pp. 383-492.

Weisser, M. R., *The peasants of the Montes: the roots of rural rebellion in Spain* (Chicago, 1976).

Westerkamp, M. J., «Puritan patriarchy and the problem of revelation», *JIH*, XXIII (1993), pp. 571-595.

—, *Women and religion in early America, 1600-1850. The puritan and evangelical tradition* (Londres, 1999).

Wheeler, J. S., *The making of a world power. War and the military revolution in seventeenth-century England* (Stroud, 1999).

White, J. W., «State growth and popular protest in Tokugawa Japan», *JJS*, XIV (1988), pp. 1-25.

—, *Ikki. Social conflict and political unrest in early modern Japan* (Ithaca, 1995).

White, L. G., «War and government in a Castilian province: Extremadura 1640-1668» (tesis doctoral, Universidad de East Anglia, 1985).

White, R., *The Middle Ground. Indians, empires and republics in the Great Lakes region 1650-1800* (Cambridge, 1991).

White, S., *The climate of rebellion in the early modern Ottoman Empire* (Cambridge, 2011).

Widmer, E., «The epistolary world of female talent in seventeenth-century China», *Late Imperial China*, X, 2 (1989), pp. 1-43.

Wigley, T. M. L., M. Ingram y G. Farmer, eds., *Climate and history: Studies in past climate and their impact on man* (Cambridge, 1981).

Wilflingseder, F., «Martin Laimbauer und der Unruhen im Machlandviertel, 1632-1636», *Mitteilungen des oberösterreichischen Landesarchivs*, VI (1959), pp. 136-208.

Will, P.-E., «Un cycle hydraulique en Chine: la province de Hubei du 16e au 19e siècles», *Bulletin de l'École Française d'Extrême Orient*, LXVI (1980), pp. 261-288.

—, «Développement quantitatif et développement qualitatif en Chine à la fin de l'époque impériale», *Annales HSS*, XLIX (1994), pp. 863-902.

—, «Coming of age in Shanghai during the Ming-Qing transition: Yao Tinglin's (1628-after 1697) Record of the successive years», *Gu jin lung heng*, XLIV (2000), pp. 15-38.

—, y R. Bin Wong, *Nourish the people: the state civilian granary system in China, 1650-1850* (Ann Arbor, 1991).

Wilson, J. E., «"A thousand countries to go to": peasants and rulers in late eighteenth century Bengal», *P&P,* CLXXXIX (2005), pp. 81-109.

Wilson, P. H., *The Thirty Years War. Europe's tragedy* (Cambridge, 2009).

Winius, G., *The fatal history of Portuguese Ceylon. Transition to Dutch rule* (Cambridge, 1971).

Withington, D., «Intoxicants and society in early modern England», *HJ*, LIV (2011), pp. 631-657.

Wong, R. Bin, *China transformed. Historical change and the limits of European experience* (Ithaca, 1997).

Wood, A., «Fear, hatred and the hidden injuries of class in early modern England», *Journal of Social History*, XXIX (2006), pp. 803-826.

—, «Subordination, solidarity and the limits of popular agency in a Yorkshire valley, c. 1596-1615», *P&P,* CXCIII (2006), pp. 41-72.

Woods, R., *Death before birth: fetal health and mortality in historical perspective* (Oxford, 2009).

Woolf, D. R., *The social circulation of the past: English historical culture 1500-1730* (Oxford, 2003).

Woolrych, A., *Soldiers and statesmen. The General Council of the Army and its Debates, 1647-1648* (Oxford, 1987).

—, *Britain in revolution, 1625-1660* (Oxford, 2002).

Worden, B., «The politics of Marvell's Horatian Ode», *HJ*, XXVII (1984), pp. 525-547.

—, «Oliver Cromwell and the Sin of Achan», en D. Beales y G. Best, eds., *History, society and the churches: essays in honour of Owen Chadwick* (Cambridge, 1985), pp. 125-145.

Wrightson, K. E., «Infanticide in earlier seventeenth-century England», *Local Population Studies*, XV (1975), pp. 10-22.

—, *Earthly necessities. Economic lives in early modern Britain* (Cambridge, 2000).

Wrigley, E. A., *People, cities and wealth: the transformation of traditional society* (Oxford, 1987).

—, y R. S. Schofield, *The population history of England, 1541-1871. A reconstruction* (2.ª ed., Cambridge, 1989).

Wu, H. L., «Corpses on display: Representations of torture and pain in the Wei Zhongxian novels», *Ming Studies*, LIX (2009), pp. 42-55.

Wu, S., *Communication and Imperial control in China: evolution of the palace memorial system, 1693-1735* (Cambridge, 1970).

Xoplaki, E., M. Panagiotis y J. Luterbacher, «Variability of climate in meridional Balkans during the periods 1675-1715 and 1780-1830 and its impact on human life», *CC*, XLVIII (2001), pp. 581-615.

Yakovenko, N., «The events of 1648-1649: contemporary reports and the problem of verification», *Jewish History*, XVII (2003), pp. 165-173.

Yamamoto Hirofumi, *Kan'ei jidai* (Tokio, 1989).

Yamamura, K., «Returns on unification: economic growth in Japan, 1550-1650», en J. W. Hall, N. Keiji y K. Yamamura, eds., *Japan before Tokugawa* (Princeton, 1981), pp. 327-372.

—, «From coins to rice: hypotheses on the Kandaka and Kokudaka systems», *JJS*, XIV (1988), pp. 341-367.

Yancheva, G., et ál., «Influence of the intertropical convergence zone on the East Asian monsoon», *Nature*, CCCXLV (2007), pp. 74-77.

Yang, Lien-Sheng, «Economic justification for spending - An uncommon idea in traditional China», *Harvard Journal of Asiatic Studies*, XX, 1 (1957), pp. 36-52.

Yasaki Takeo, *Social change and the city in Japan from earliest times through the industrial revolution* (Tokio, 1968).

Yi Tae-jin, «Meteor fallings and other natural phenomena between 1500-1750, as recorded in the Annals of the Chosŏn dynasty (Korea)», *Celestial Mechanics and Dynamical Astronomy*, LXIX (1998), pp. 199-220.

Yin Yungong, *Zhongguo Mingdai xinwen chuanbo shi* (Chongqing, 1990).

Yonemoto, M., *Mapping early modern Japan. Space, place and culture in the Tokugawa period (1603-1868)* (Berkeley, 2003).

Young, J. R., *The Scottish Parliament 1639-1661. A political and constitutional analysis* (Edimburgo, 1996).

Young, J. T., *Faith, medical alchemy and natural philosophy. Johann Moriaen, reformed intelligencer, and the Hartlib Circle* (Aldershot, 1998).

Zagorin, P., *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna*, Cátedra, Madrid, 1985).

Zaller, R., «"Interest of State": James I and the Palatinate», *Albion*, VI (1974), pp. 144-175.

Zannetti, D. E., *La demografia del patriziato Milanese nei secoli XVII, XVIII e XIX* (Roma, 1972).

Ze'evi, D., *An Ottoman century. The district of Jerusalem in the 1600s* (Albany, 1996).

Zeman, J. K., «Responses to Calvin and Calvinism among the Czech brethren (1540-1605)», *American Society for Reformation Research. Occasional Papers*, I (1977), pp. 41-52.

Zhang Pingzhong, et ál., «A test of climate, sun, and culture relationships from an 1810-year Chinese cave record», *Science*, CCXXXII (2008), pp. 940-942.

Zhang Ying, «Politics and morality during the Ming-Qing dynastic transition» (tesis doctoral, Universidad de Míchigan, 2010).

Zhang Zhongli [Chang Chung-li], *The Chinese gentry: studies on their role in nineteenth-century Chinese society* (Seattle, 1955).

Zilfi, M., «The Kadizadelis: discordant revivalism in seventeenth-century Istanbul», *Journal of Near Eastern Studies*, XLV (1986), pp. 251-269.

—, *The Politics of piety: The Ottoman ulema in the Post-Classical Age* (Mineápolis, 1988).

Zysberg, A., «Galley and hard labor convicts in France (1550-1850)», en P. Spierenburg (ed.), *The emergence of carceral institutions: prisons, galleys and lunatic asylums 1550-1900* (Róterdam, 1984), pp. 78-124.

Listado de láminas y figuras

Láminas en el cuadernillo

1. Observaciones de las manchas solares en Dánzig, 1642-1644. Hevelius, *Selenographia* (Dánzig, 1647), fig. 3. The Thomas Fischer Rare Book Library, Universidad de Toronto.

2. Leonhard Kern, *Escena de la guerra de los Treinta Años*, década de 1640. Kunsthistorisches Museum, Viena (KK 4363).

3. El rey Carlos I cambia su corona terrenal por otra de espinas, 1649. *Eikon basilike*, 1649, frontispicio de William Marshall. The Huntington Library, San Marino, California (RB 121 950).

4. Zacharias Wagenaer, *Dibujo de la ciudad de Edo el 4 de marzo de 1657, después del incendio*. Museo Edo-Tokio, Tokio.

5. Yang Dongming, *Jimin tushuo [Álbum de los famélicos],* 1688. Por gentileza del Museo Provincial de Henan.

6. Nota dejada con un bebé abandonado, 1628. AHN, *Consejos* 41 391, sin foliar.

7. Tiempo en China, 1640 y 1641. *Zhongguo Jinwubai-nian Hanlao Fenbu Tu-ji*, 91.

8. Un hombre chino se somete a la «castración capilar», 1843. Rev. G. N. Wright, *China*, vol. II, p. 50. © The British Library Board (Mapas 10.bb. 31).

9. «El vinatero judío», Alemania, 1629. Germanisches Nationalmuseum (HB 2057, estuche 1279).

10. El registro de la sal en la calle Fuencarral, Madrid, 1631. BNE, ms. 6760. Cortesía de la BNE.

11. Papel sellado. Hispanic Society of America, *Altamira Papers*.

12. Respuesta del rey Felipe IV, firmada el 7 de diciembre de 1640, a una consulta de la Junta de Ejecución. AGS, *GA* 1331, sin foliar.

13. Las guerras civiles británicas y la revuelta de Bohemia. Wenceslaus Hollar, *Map of civil war England and a view of Prague*, 1632. Colección privada / Bridgeman Art Library.

14. «El archiprelado de St. Andrews, en Escocia, lee el nuevo Libro de Oraciones desde el púlpito, mientras una multitud de hombres y mujeres le arrojan banquetas, piedras y palos», 1637. Colección privada / Bridgeman Art Library.

15. Wenceslaus Hollar, juicio al conde de Strafford en Westminster Hall, 1641. Thomas Fisher Rare Book Library, Universidad de Toronto.

16. «Ahora sois unos irlandeses tan salvajes como nosotros». Anónimo, *The barbarous and inhumane proceedings against the professors of the reformed religion* (Londres, 1655), p. 13. The Huntington Library, San Marino, California (RB 16 167).

17. Yang Dongming, *Jimin tushuo [Álbum de los famélicos],* 1688. Por gentileza del Museo Provincial de Henan.

18. Micco Spadaro, *La revuelta de Masaniello*, c. 1647. Museo de San Martino, Nápoles. Photo Scala, Florencia. Cortesía del Ministero per i Beni e le Attività Culturali.

19. «Representación del fuerte o palizado de los indios en Nueva Inglaterra y de cómo lo destruyeron el capitán Underhill y el capitán Mason», 1637. John

Underhill, *Newes from America* (1638). Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, LC-USZ62-32 055.

20. Detalle de un mapa de la ciudad de Edo, Japón. Biblioteca de la Universidad de Texas.

21. Micco Spadaro, *Ejecución de don Giuseppe Carafa*, c. 1647. Museo de San Martino, Nápoles. Photo Scala, Florencia. Cortesía del Ministero per i Beni e le Attività Culturali.

22. «Fumar mata». Jakob Balde, *Die trückene Trünckenheit*, (Núremberg, 1658; ed. orig. lat., *Satyra contra abusum tabaci*, 1657), frontispicio.

23. Frontispicio de la obra de Grimmelshausen, *Der Abenteuerliche Simplicissimus [El aventurero Simplicissimus],* 1668. akg-images.

24. Johan Nieuhof, *El Gran Canal en Tianjin*, 1656. Nieuhof, *Die Gesantschaft der Ost-Indischen Geselschaft*, Biblioteca de la Universidad de Heidelberg, A4820, estuche 28.

25. *Informe público para el presente año*, 1665. Guildhall Library, Londres. Cortesía de los Archivos Metropolitanos de Londres.

26. Mangueras en plena acción durante un gran incendio, Ámsterdam, 1684. Jan Van der Heyden, *Beschryving der nieuwlyks uitgevonden en geoctrojeerde slang-brand-spuiten en haare wyze van brand-blussen, tegenwoordig binnen Amsterdam in gebruik zijnde* (Ámsterdam, 1690), imagen 16.

27. *Renatus Cartesius*, c. 1720. Pieter Van der Aa, *XX icones clarissimorum medicorum philosophorum liberales artes profitentium aliorumque* (Leiden, c. 1720). Landesbibliothek, Oldenburg.

28. Robert Hooke, «Esquema en un vistazo donde se representan al ojo las observaciones del tiempo durante un mes», 1663. Thomas Sprat, *The history of the Royal-Society of London*, vol. I, p. 179. The British Library Board (740.c. 17).

Figuras en el texto

1. La crisis global.

2. Ciclos de manchas solares, anomalías volcánicas y variaciones de la temperatura estival en el siglo xvii. Eddy, «Maunder Minimum», p. 290, fig. 11-6; Vaquero et ál., «Revisited sunspot data», fig. 2; y Atwell, «Volcanism», figs. C5 y E3.

3. Alturas estimadas de los hombres franceses nacidos entre 1650 y 1770. Komlos, «Anthropometric history», p. 180, fig. 16.

4. Frecuencia de las guerras en Europa, 1610-1680.

5. Granjas en el sureste de Escocia abandonadas en el siglo xvii. Grove, *Little Ice Age*, p. 409.

6. La estructura social de Navalmoral a principios del siglo xvii. Weisser, *Peasants*, pp. 38-42.

7. La epidemia de peste mediterránea de 1648-1656 . Cortesía de Jordi Nadal.

8. Mortalidad en Barcelona, 1650-1654. Betrán, *La peste*, p. 73.

9. Niños expósitos en el Hospital de Milán. Hunecke, *Die Findelkinder von Mailand*, pp. 218, 221.

10. La China Ming y su entorno.

11. Los desastres y las enfermedades paralizan la China Ming, 1641. Dunstan, «Late Ming epidemics», mapa 6; Von Glahn, *Fountain of fortune*, p. xiii.

12. Temperaturas en Asia oriental, 800-1800. Cortesía de Keith Briffa y Tim Osborn.

13. El Imperio ruso y la Mancomunidad Polaco-Lituana.

14. Zonas climáticas del Imperio otomano. Hütterroth, «Ecology», p. 20.

15. Ritmo de publicación de panfletos en Alemania, 1618-1650.

16. La despoblación de Alemania durante la guerra de los Treinta Años, 1618-1648. Franz, *Der Dreissigjährige Krieg*, 4.ª ed., p. 8.

17. La revuelta de Portugal, 1637. Schaub, *Le Portugal*, p. 491.

18. Cataluña levantada, mayo de 1640. *Atles d'Història de Catalunya*, p. 157.

19. La crisis de subsistencia en Madrid, 1647-1648. Larquié, «Popular uprisings», p. 97.

20. Motines del Pendón Verde en Andalucía, 1647-1652. Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, p. 51.

21. Bautizos en Castilla, 1600-1700. Nadal, «La población española», pp. 53-54.

22. Francia en el siglo xvii. Bonney, *Political change*, p. 345.

23. Los ingresos del Tesoro francés procedentes de la *taille*, 1600-1647. Bonney, *The rise of the fiscal state*, p. 141.

24. Producción mensual de mazarinadas desde mayo de 1649 a julio de 1653. Carrier, *La presse*, vol. I, p. 275.

25. Guerra, clima y mortalidad en Île-de-France en el siglo xvii. Garnier, «Calamitosa tempora», p. 9, fig. 4.

26. Publicaciones en Inglaterra durante el siglo xvii. Cressy, *England on edge*, p. 293.

27. El «radio de acción» anual mogol. Gommans, *Mughal warfare*, p. 108.

28. La sequía y la crisis del siglo xvii en Indonesia. Reid, «The crisis», p. 213.

29. Sublevación en el Reino de Nápoles, 1647-1648. Hugon, *Naples*, p. 93.

30. Comercio entre Sevilla y América, 1500-1650. Romano, *Conjonctures opposées*, p. 162.

31. Avance del Sahara hacia el sur desde 1630. Brooks, *Landlords and strangers*, p. 10.

32. Sequía y enfermedades en el centro-oeste de África, 1560-1710. Miller, «The significance of drought», p. 21.

33. Hambruna y sequía en el Chad, Senegambia y la curva del Níger, 1500-1710. Nicholson, «Methodology», p. 45.

34. Violencia colectiva en la China Ming, 1368-1644. Tong, *Disorder under heaven*, p. 47.

35. Universidades fundadas en Europa, 1600-1660. Ridder-Simoens, *History of the university*, p. 98.

36. El Gran Invierno de 1708-1709. Lachiver, *Les années de misère*, p. 274.

37. Derrota de la peste en Europa durante el siglo xvii. Lebrun, *Se soigner autrefois*, pp. 162-163.

38. Fuentes de información utilizadas por Newton en *Principia mathematica* (1687). Schaffer, *The informa-*

tion order, p. 23.

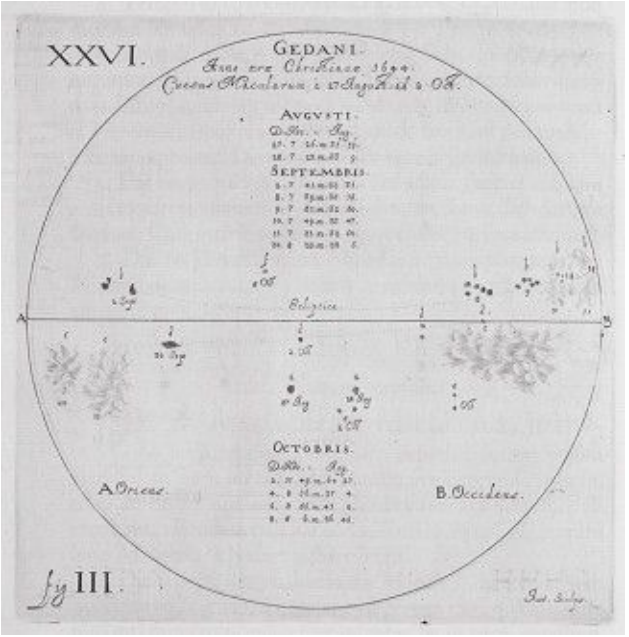


Lámina 1. **Observaciones de lasmanchas solares por Johannes Hevelius en Danzig, 1644.**

Hevelius, un fabricante de cerve su esposa anotar solares que observaron, y después crear mostraban su movimento (en este caso, entre el 27 de agosto y el 8 de octubre de 1644), una tar por la relativa ausencia de manchas entre las décadas de 1640 y 1710. Con la despr de la época, Hevelius publicó estas observaciones solar de su libro sobre la Luna.

Lámina 2. **Leonhard Kern, *Escena de la guerra de los Treinta Años*.**

Esta perturbadora escultura de alabastro, esculpida en la década de 1640, muestra a un oficial sueco raptando a una joven desnuda, probablemente para violarla. Como adelanto, le ha atado las manos y la empuja con la punta de su espada.

Lámina 3. **El rey Carlos I cambia su corona terrenal por otra de espinas.**

Mientras estaba en prisión, Carlos anotó «las reflexiones privadas de mi conciencia, y mis pensamientos más imparciales, en lo tocante a los principales pasajes […] de mis últimos problemas», en un libro titulado *E Basilike («Imagen real»)*. Varias copias impresas circularon ya el día de su ejecución en Londres, el 30 de enero de 1649, y 35 ediciones inglesas y 25 extranjeras aparecieron antes de que acabara el año.

Lámina 4. Dibujo de la ciudad de Edo el 4 de marzo de 1657, después del incendio.

Zacharias Wagenaer, un comerciante holandés que había aprendido a dibujar mapas, describió gráficamente la desolación causada por el gran incendio Meireki. Los cadáveres se amontonan en la calle (F) y la fortaleza del sogún, que había sido el mayor edificio de Japón, ha quedado reducida a ruinas (A). Sólo algunos almacenes de mercancías construidos con piedra se han salvado (D).

Lámina 5. **El hambre mata: Henan, China.**

En su *Álbum de los famélicos* (1688), Yang Dongming, un inspector gubernamental, mostró cómo el hambre conducía al suicidio. Aquí, cinco personas de una famélica familia de siete miembros se han colgado de un árbol en el jardín del magistrado local a quien acusan de no darles de comer. Dejan a dos pequeños que tendrán que valerse por sí mismos.

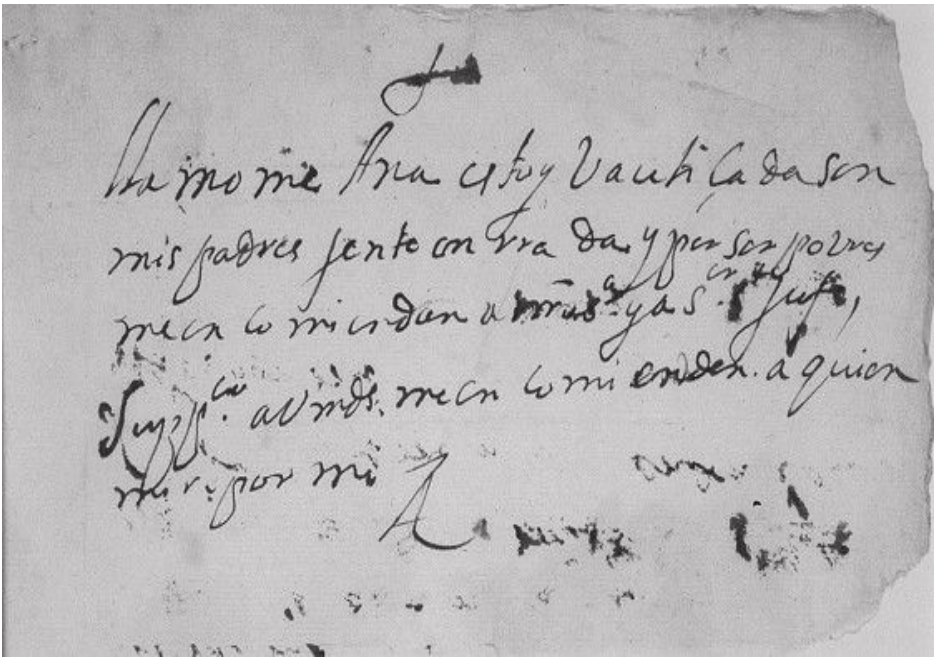


Lámina 6. **Un bebé pide que se le trate bien en la inclusa del hospital de Madrid.**

«Llámome Ana» comienza la nota que los desesperados padres escribieron antes de abandonar a su hija. Y acaba: «Supplico a vuestras mercedes que me encomienden a quien mire por mí».

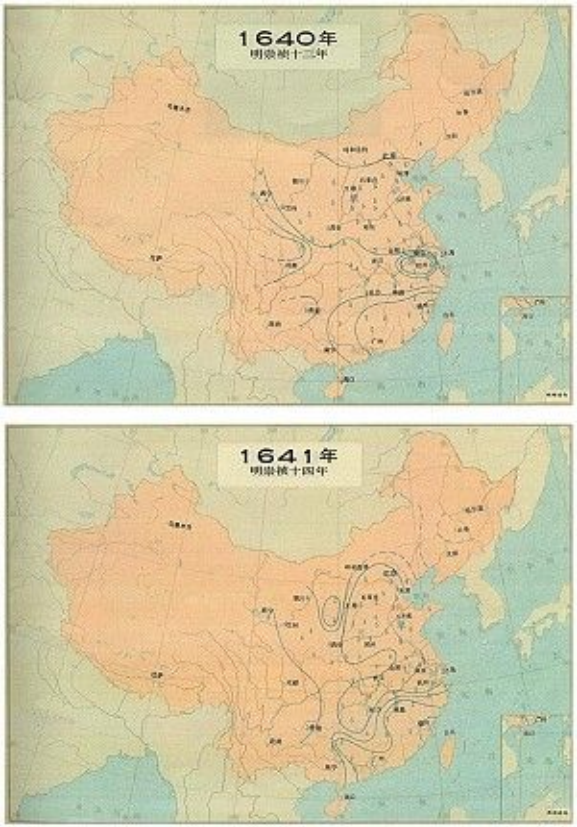


Lámina 7. **Tiempo en China, 1640 y 1641.**

Los historiadores del clima chinos han reconstruido el tiempo predominante en cada año de los últimos cinco siglos puntuando los datos obtenidos de las gacetas locales en una escala del 1 (muy lluvioso) al 5 (muy seco). De acuerdo con estos registros, tanto 1640 como 1641 fueron años extremadamente secos en el norte de China y Manchuria, pero con precipitaciones inusuales en algunas zonas del sur.

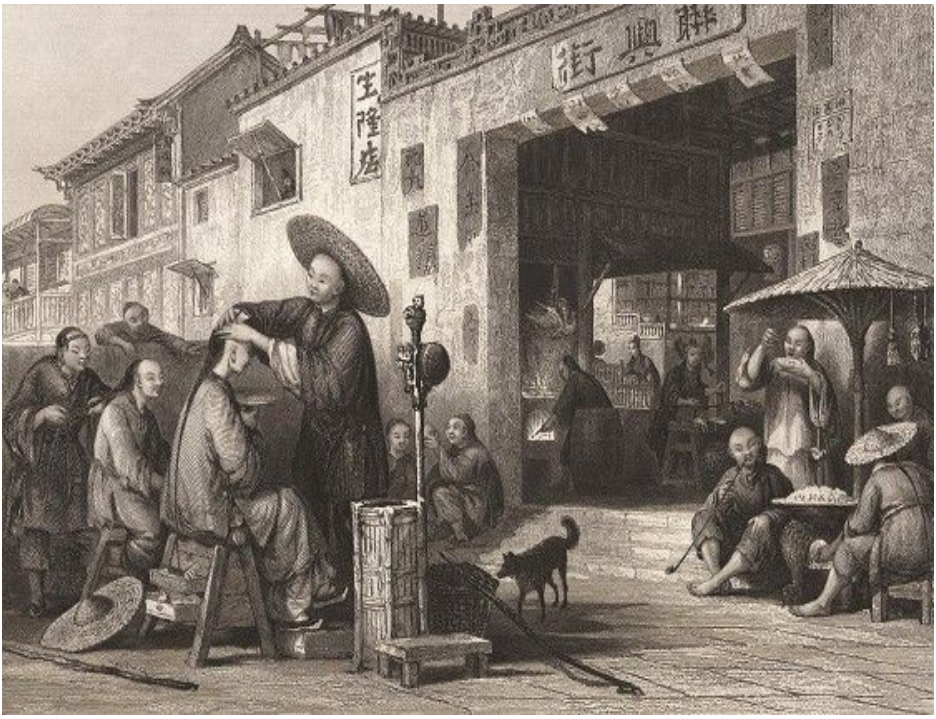


Lámina 8. **Un hombre chino se somete a la «castración capilar».**

El edicto Qing que obligaba a todos los varones a afeitarse la frente y recoger el resto de su cabello en una larga coleta generó una amplísima oposición, no sólo como muestra inequívoca de rechazo a la vieja dinastía, sino también porque exigía repetir esta operación casi a diario. De este modo, los chinos han tenían que reafirmar la sumisión a sus conquistadores constantemente.

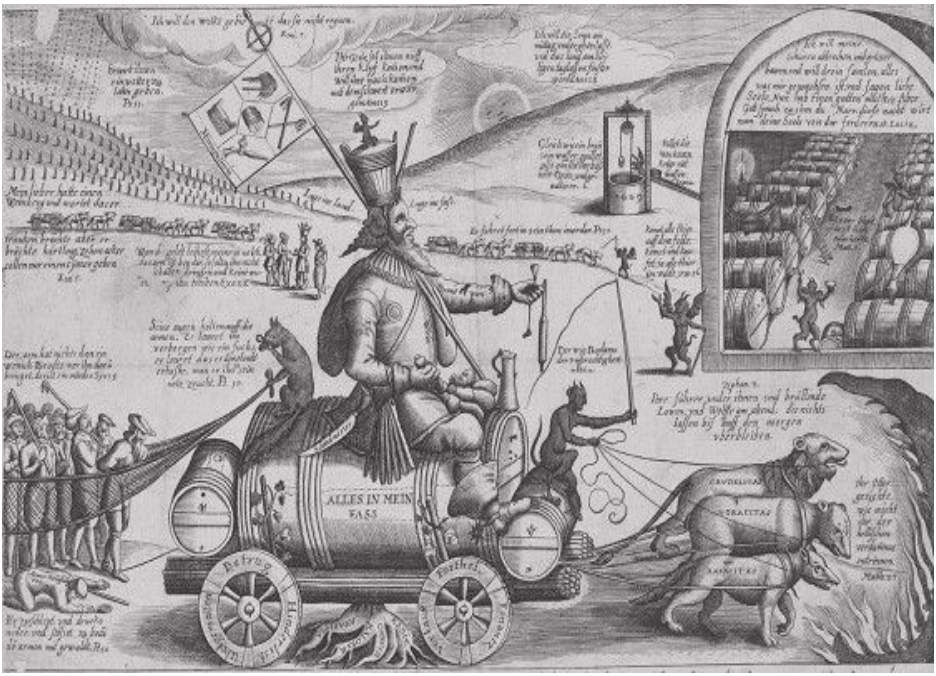


Lámina 9. «El vinatero judío», Alemania, 1629.

Este popular grabado muestra al demonio conduciendo a un vinatero judío al infierno. En la parte superior se recogen datos de los desastres climáticos del anterior «año sin verano», relacionado con las advertencias bíblicas. A la izquierda, los viñedos son destrozados por lluvias torrenciales («Hará llover ascuas de fuego y azufre sobre los impíos», Salmos 11) y la sequía («Ordenaré a las nubes que no dejen caer lluvia», Isaías 5, 6). En el centro, las nubes oscurecen el Sol («Haré que el Sol se ponga a mediodía y cubriré de tinieblas la tierra», Amós 8, 9).

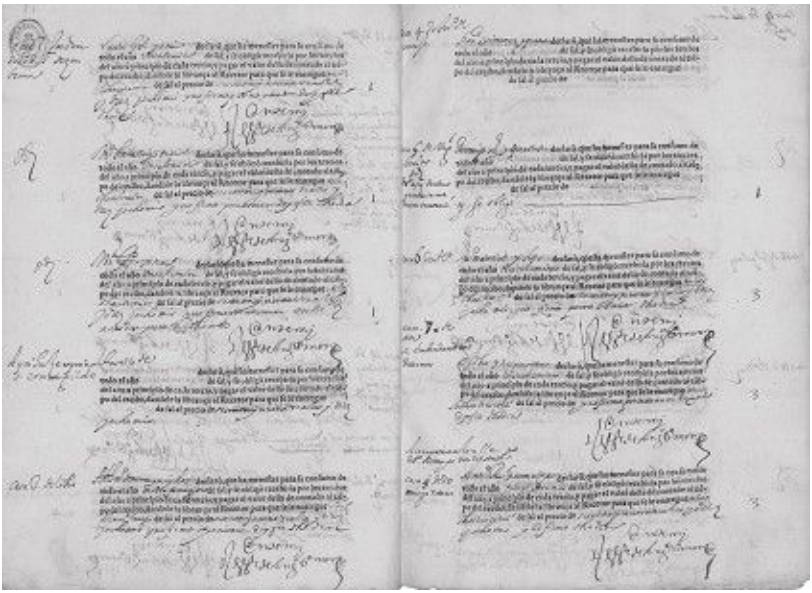


Lámina 10. **El «registro de la sal» en la calle Fuencarral, Madrid, 1632.**

Para reforzar su nuevo monopolio de la sal, el gobierno español implantó formularios impresos en los que el o la cabeza de familia debía anotar su nombre, el número de miembros de ésta y cuánta sal esperaban comprar al año siguiente. A continuación, estampaban su firma o (como muchos de los declarantes en la imagen) autorizaban al notario para que firmase en su nombre «porque no saben cómo hacerlo».

Lámina 11. **Papel sellado.**

Otra novedad fiscal introducida por el gobierno español en la década de 1630 fue el papel sellado, por el que se debía pagar, para las transacciones oficiales. El destinatario de esta orden, firmada por el propio monarca (Yo el Rey), tuvo que pagar 272 maravedíes al Tesoro de «Felipe IIII, el Grande» por el papel en que estaba escrita.

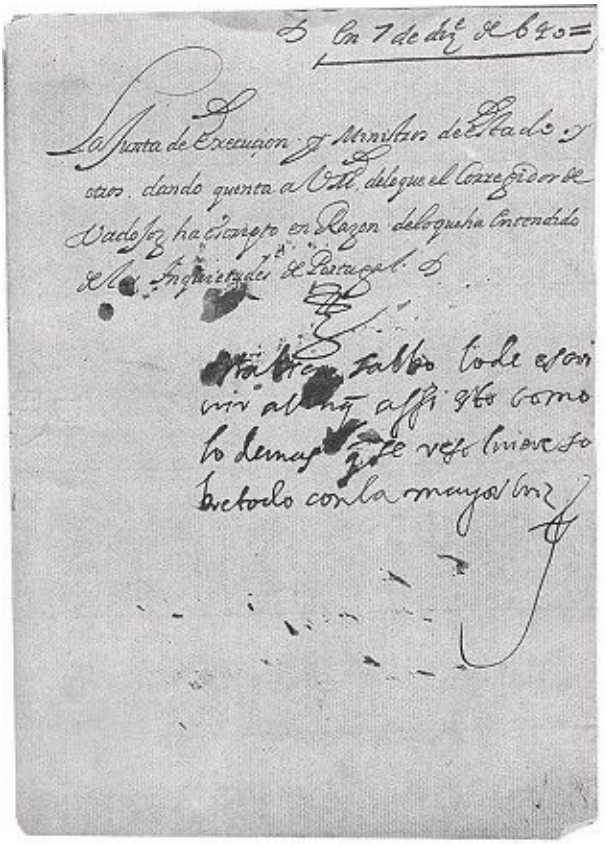


Lámina 12. **Felipe IV llora, 7 de diciembre de 1640.**

Una consulta de la Junta de Ejecución sobre los rumores de «inquietudes en Portugal» ponía de manifiesto la falta de noticias por parte del duque de Braganza, lo que hacía pensar en la traición de éste. Las manchas de lágrimas y la escritura vacilante parecen indicar que Felipe perdió el control mientras escribía su respuesta y añadía su inicial (la larga J final).

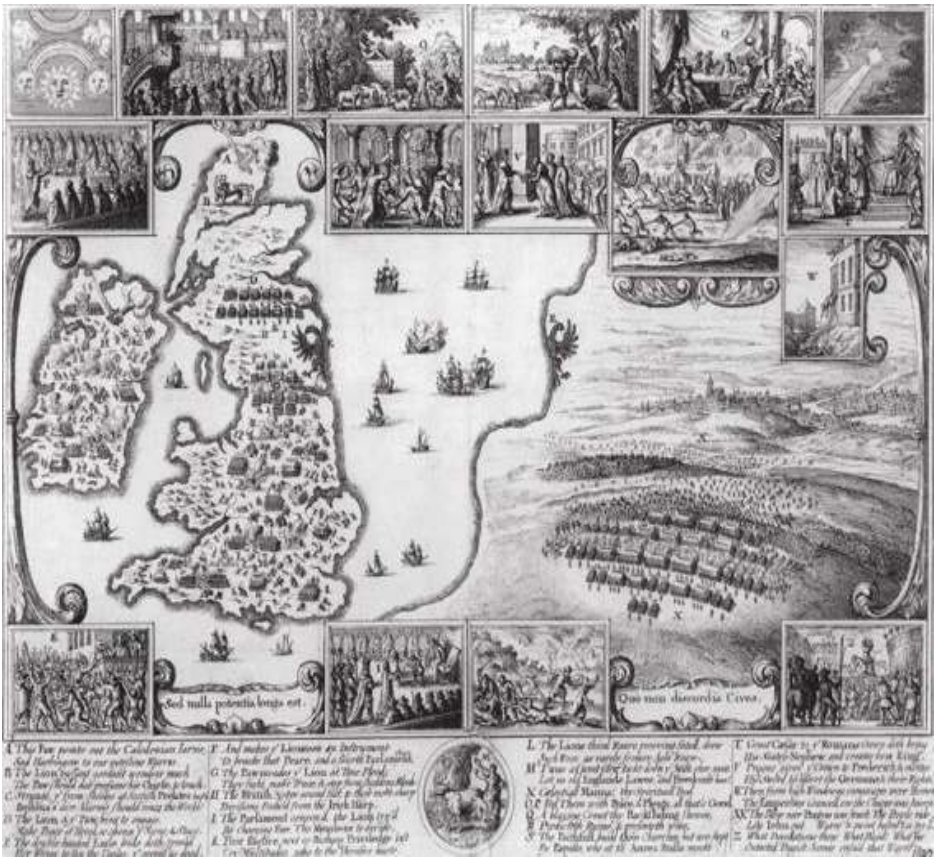


Lámina 13. **Las guerras civiles británicas y la revuelta de Bohemia.**

El grabador checo Wenceslas Hollar, huido a Inglaterra, resumió en imágenes los argumentos de John Rushworth, recogidos en su obra *Historical Collections*, sobre los orígenes de las guerras civiles. Como Rushworth, Hollar comenzó con el «deslumbrante cometa» y la defenestración de Praga en 1618 (Q y W, arriba a la derecha), siguiendo con la batalla de la Montaña Blanca (la gran imagen a la derecha, X); mientras, en Gran Bretaña las revueltas de Edimburgo (C, centro arriba), la pacificación de Berwick, la batalla de Newburn, la rebelión irlandesa (D, G y H, en la gran imagen a la izquierda), y el intento de Carlos de arrestar a los Cinco Miembros (I, centro abajo) se combinaron para provocar la guerra.

Lámina 14. **Revueltas contra el primer uso de la Liturgia de Laud en Edimburgo, 1637.**

Aunque este crudo grabado sobre madera parece indicar que sólo participaron hombres en ella, fueron las mujeres las que encabezaron la revuelta que estalló en la catedral de Saint Giles durante el servicio matinal del 23 de julio de 1637.

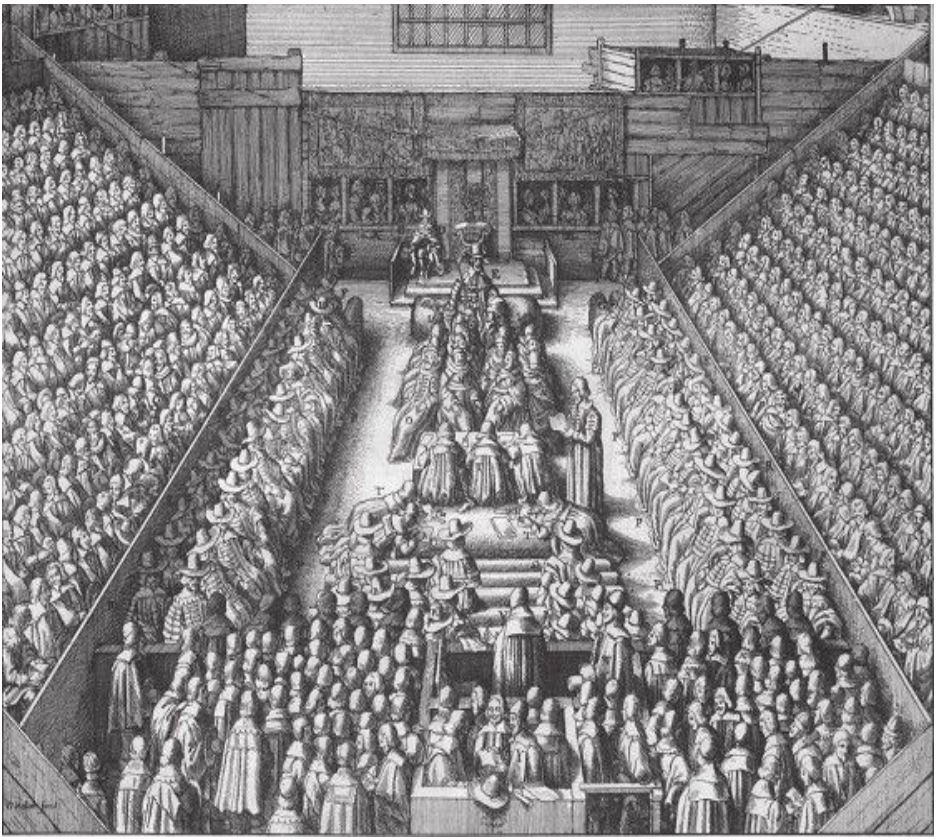


Lámina 15. **Juicio contra el conde de Strafford en Westminster Hall, 1641.**

Este grabado de Wenceslas Hollar muestra a los setenta pares de Inglaterra (con sus capas y sombreros) rodeados por los grandes escaños donde se sientan unos seiscientos miembros de la Cámara de los Comunes con la cabeza descubierta. Detrás de Strafford (de pie en el centro) más de mil espectadores que habían comprado sus entradas escuchaban y observaban cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Lámina 16. **«Ahora sois unos irlandeses tan salvajes como nosotros».**

Una de las numerosas cubierta2ciones que acompañaban la propaganda protestante posterior narra cómo los católicos asesinaron a sus vecinos protestantes durante la revuelta que comenzó el 23 de octubre de 1641. Nótese la referencia a «la escarcha y la nieve», entonces, como ahora, raras en Irlanda.

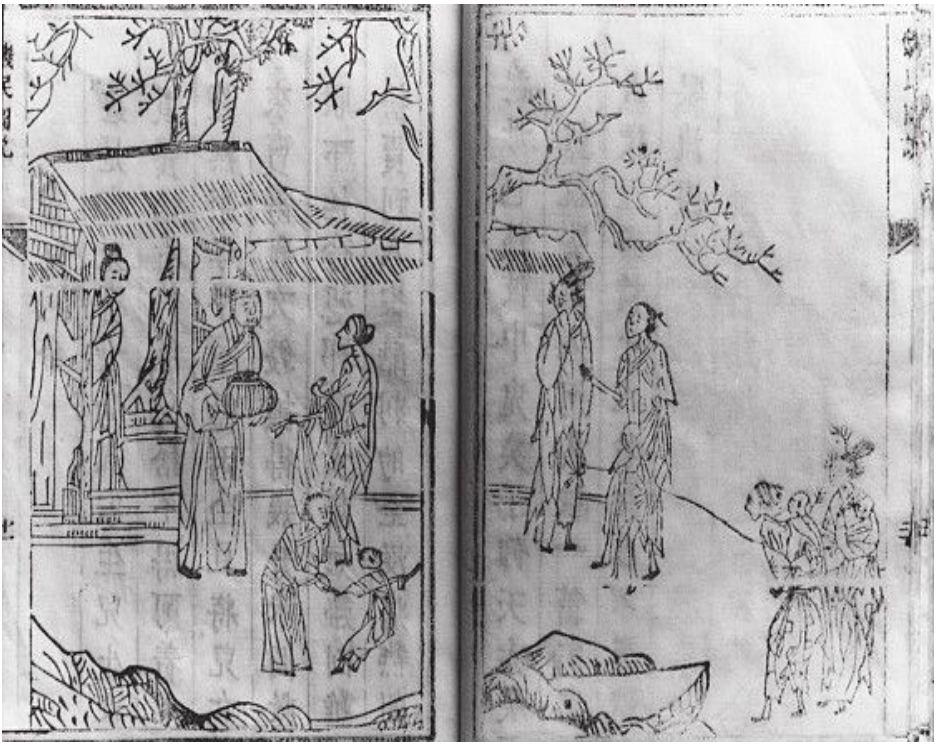


Lámina 17. **Venta de niños a cambio de comida: provincia de Henan, China.**

Esta escena del Álbum de los famélicos de Yang Dongming muestra uno de los actos de desesperación descritos por quienes presenciaron las consecuencias de la gran hambruna que asoló Gujarat en 1630-1632 así como China: a la izquierda, una madre famélica vende a su hija por un bol de arroz; a la derecha, otras madres se disponen a hacer lo mismo.

Lámina 18. **La revuelta de Masaniello, Nápoles (1647), de Micco Spadaro.**

En una de las primeras muestras pictóricas de «hechos contemporáneos» europeas, el joven pintor Domenico (abreviado en Micco) Gargiulo (más conocido como «Spadaro» porque su familia fabricaba espadas) plasmó lo sucedido en la Piazza del Mercato durante los primeros días de la revuelta de Nápoles. A la izquierda, Masaniello habla a la multitud, como hizo el 7 de julio de 1647, mientras que varios grupos de seguidores (incluidos algunos muchachos descalzos pero armados) pululan a su alrededor. En el centro, el «Epitafio» muestra el torso desnudo de don Giuseppe Carafa y las cabezas de aquellos que intentaron asesinar a Masaniello. En el centro de la parte inferior, a caballo, Masaniello se dirige, ataviado con el traje de plata que vistió el 11 de julio, a su cita con el virrey. La torre de Santa Maria del Carmine, cuartel general de los rebeldes (arriba a la derecha), y los altos edificios que rodean la plaza dominan el lugar.

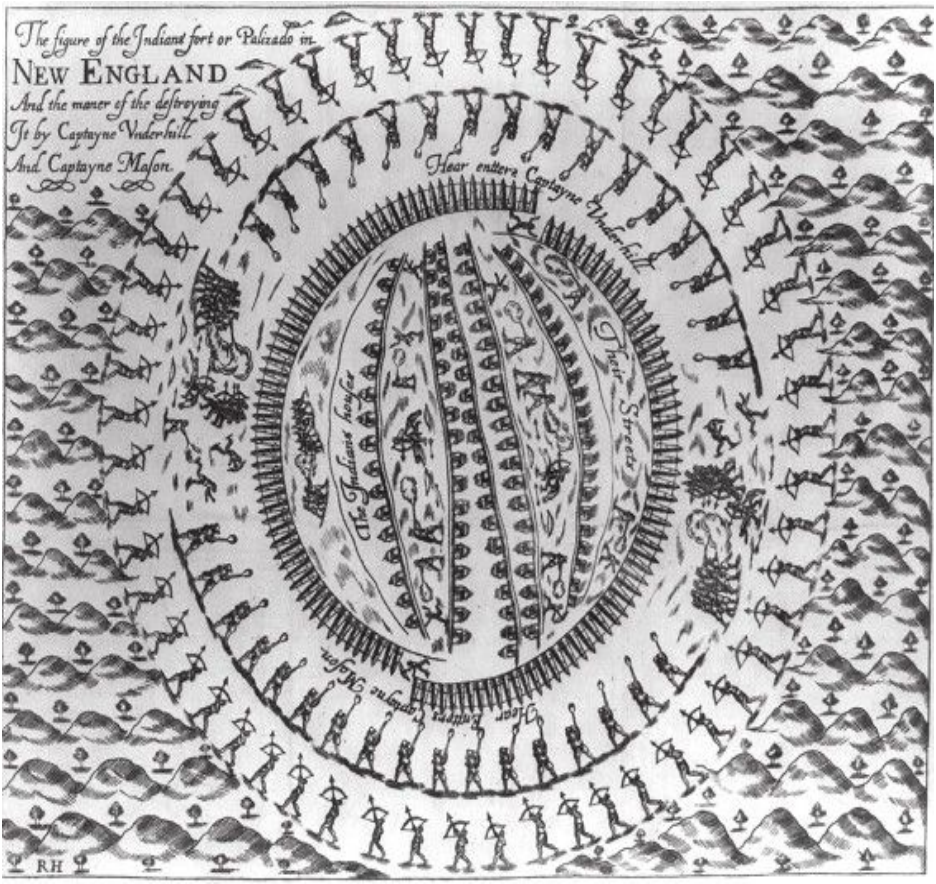


Lámina 19. **La masacre de los pequot en el fuerte Mystic, Connecticut, en 1637.**

Los colonos ingleses atacaron el campamento pequot, rodeado por una empalizada, y prendieron fuego a «las casas de los indios». Formaron un círculo y dispararon con sus mosquetes contra quienes intentaban huir, mientras que los nativos americanos aliados con ellos se dispusieron en un círculo mayor y esperaron para matar con sus flechas a quienes lograban escapar de los ingleses. Las excavaciones arqueológicas más recientes sugieren que unos 400 pequot murieron en la masacre.

Lámina 20. **El conocimiento es poder: cartografía de Edo, capital del Japón Tokugawa.**

Parte central de uno de los muchos mapas de Edo que se trazaron durante los exhaustivos trabajos cartográficos desarrollados por las autoridades Tokugawa. El castillo de Edo se halla en el centro, marcado con el trébol rojo y oro de los Tokugawa, rodeado de fosos, canales y ríos, así como de calles, callejuelas y puentes, todo ello identificado meticulosamente. Los templos, santuarios y almacenes se reconocen con claridad; los recintos de cada daimio se identifican por sus nombres, blasones y libreas; las viviendas comunes se dejan en blanco.

Lámina 21. La ejecución de don Giuseppe Carafa, Nápoles (1647), de Micco Spadaro.

Este impresionante capriccio muestra a Masaniello, con sus ropas de pescador y su gorro rojo, mientras se dirige a sus seguidores, el 10 de julio de 1647, al tiempo que éstos ejecutan y mutilan a los nobles que había intentado asesinarlo. Otros miembros de la turba ondean banderas rojas.

Lámina 22. **«Fumar mata».**

La muerte, el deterioro y la debilidad dominan el frontispicio de la Sátira contra el abuso del tabaco, publicada en latín en 1657 y traducida al alemán al año siguiente. El fumador que vomita (en el centro) recuerda a los espectadores algunos de los efectos de este hábito, mientras que el esqueleto, por cuyas cuencas vacías escapa el humo, deja claro a los lectores los perjuicios que causa el tabaco. Las imágenes contra el tabaquismo de hoy en día no son nada en comparación.

Lámina 23. **Frontispicio para la obra de Grimmelshausen Abenteurlicher Simplicissimus.**

Un fénix, vestido sólo con una espada sujeta en un cinto al tiempo que pisa varias máscaras teatrales, señala varias imágenes bélicas en un libro. En una época dominada por el analfabetismo, las imágenes se escogían con sumo cuidado y este grabado simboliza el mensaje de las aventuras del pícaro aventurero: la guerra de los Treinta Años ha terminado, Alemania se ha levantado de sus cenizas.

Lámina 24. **El Gran Canal en Tianjín, China, 1656.**

La ingeniosa pluma de Johannes Nieuhof, secretario de la embajada holandesa ante el emperador Qing en 1656, captó esta animada escena, en la que su embarcación surca el final del Gran Canal en Tianjin, «el enclave» en el que «absolutamente todos los barcos con destino a Pekín procedentes de cualquier otra parte de China deben recalar».

A generall Bill for this present year, ending the 19 of December 1665. according to the Report made to the KINGS most Excellent Majesty.

By the Company of Parish Clerks of London, &c.

The Diseases and Casualties this year.

Abortive and Stilborne	617	Executed	21	Palsie	30
Aged	1345	Flox and Small Pox	655	Plague	68596
Ague and Feaver	5257	Found dead in streets, fields, &c.	20	Planner	6
Appoplex and Suddenly	156	French Pox	86	Plurisie	15
Bedrid	10	Frighted	23	Poysoned	1
Blisted	1	Gout and Sciatica	27	Quinsie	35
Bleeding	16	Grief	46	Rickets	557
Bloody Flux, Scowring & Flux	185	Griping in the Guts	1188	Rising of the Lights	397
Burnt and Scalded	8	Hangd & made away themselves	7	Rupture	36
Calenture	1	Headmouldshot & Mouldfallen	19	Scurvy	105
Cancer, Gangrene and Fistula	56	Jaundice	110	Shingles and Swine pox	2
Canker, and Thrush	111	Impostume	227	Sores, Ulcers, broken and unused Limbs	82
Childbed	625	Kild by severall accidents	46	Spleen	14
Chrisomes and Infants	1258	Kings Evill	86	Spotted Feaver and Purples	1929
Cold and Cough	68	Leprosie	2	Stopping of the stomach	332
Collick and Winde	134	Lethargy	14	Stone and Strangury	98
Consumption and Tissick	4808	Livergrown	21	Surfet	1151
Convulsion and Mother	1036	Meagrom and Headach	13	Teeth and Worms	2614
Distracted	5	Measles	3	Vomiting	51
Dropsie and Timpany	1478	Murthered and Shot	9	Vvenn	1
Drowned	50	Overlaid & Starved	45		

Christned { Males 5114, Females 4853, In all 9967 }

Buried { Males 48569, Females 48737, In all 97306 } Of the Plague 68596

Increased in the Burials in the 130 Parishes and at the Pest-house this year 79009

Increased of the Plague in the 130 Parishes and at the Pest-house this year 68596

Lámina 25. **Informe General de Mortalidad de Londres, 1665.**

Los entierros durante el año de la Gran Plaga se ordenaban por el lugar (registro superior: una columna para el total, otra para las víctimas de la plaga) y por la causa (registro inferior). Las diferentes «Enfermedades y víctimas mortales» incluyen «Abortos y muertos al nacer» (617) y suicidios («Colgados y muertos por sí mismos», 7). En total, los entierros en 1665 alcanzaron la cifra de 97 306, un incremento de 79 009 respecto al año anterior.

Lámina 26. **Mangueras en plena acción durante un gran incendio, Ámsterdam, 1684.**

Jan Van der Heyden, artista, inventor y jefe de bomberos, escribió un libro (parte descripción, parte catálogo de ventas) sobre las potentes máquinas contraincendios que había diseñado, capaces de bombear agua de ríos y canales incluso aunque la superficie de éstos estuviera congelada. Dedicó tres páginas a explicar cómo habían extinguido un incendio en una casa junto a un canal en enero de 1684 (aunque mantuvo en secreto cómo funcionaban las máquinas y cómo confeccionó las mangueras).

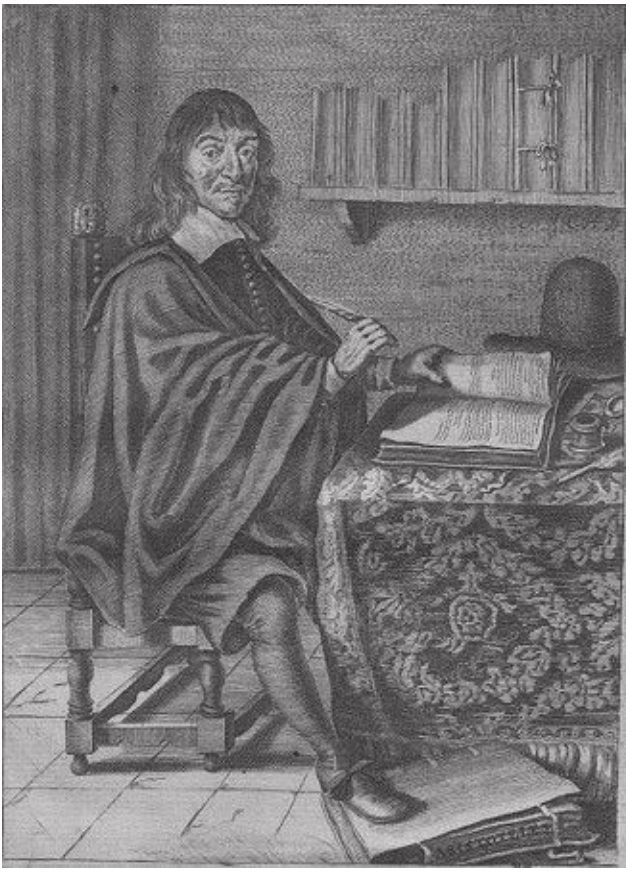
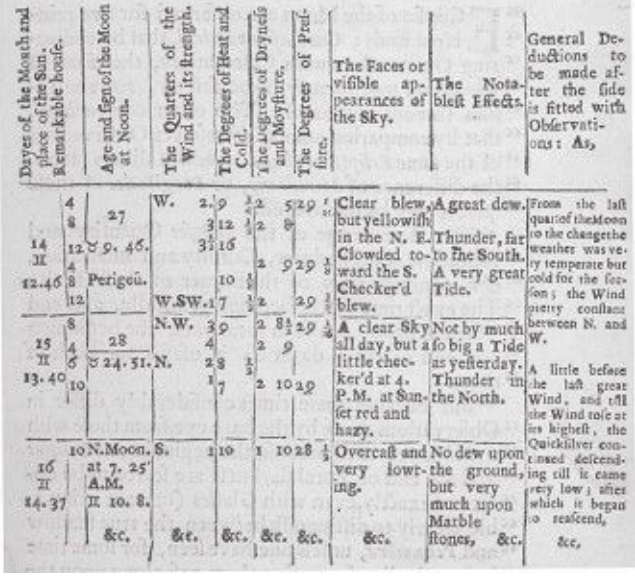


Lámina 27. **René Descartes posa risueño en su estudio.**

El erudito pisa sin disimulo un libro etiquetado con el nombre de Aristóteles, como anotó en otra ocasión, aunque seguramente no lo hizo con los *Discorsi de Galileo*, que adquirió cuando se publicaron en 1638 sólo para quejarse: «Acabo de pasar dos horas hojeándolo, y me parece que hay poco con que llenar sus márgenes».

A SCHEME

At one View representing to the Eye the Observations of the Weather for a Month.



Dayes of the Month and place of the Sun. Remarkable house.	Age and sign of the Moon at Noon.	The Quarters of the Wind and its Strength.	The Degrees of Heat and Cold.	The degrees of Dryness and Moysture.	The Degrees of Presſure.	The Faces or visible appearances of the Sky.	The Notableſt Effects.	General Deductions to be made after the ſide is fitted with Obſervations: As,
4 8 12	27	W.	2. 9 3 12	2 2	5 29 8	Clear blew, but yellowiſh.	A great dew.	From the laſt quarter the Moon to the change the weather was very temperate but cold for the ſeaſon; the Wind pretty conſtant between N. and W.
14 ♊ 12.46 4 8 12	☌ 9. 46. Perigeū.	W.SW.	3 16 10 7	2	29 29	In the N. E. Clowded toward the S. Checker'd blew.	Thunder, far to the South. A very great Tide.	
8		N.W.	3 9	2 2	8½ 29	A clear Sky all day, but a little checker'd at 4. P.M. at Sunſet red and hazy.	Not by much ſo big a Tide as yeſterday. Thunder in the North.	A little before the laſt great Wind, and till the Wind roſe at its higheſt, the Quickſilver continued deſcending till it came very low; after which it began to reaſcend,
15 ♊ 13. 40 4 6 10	28 ☌ 24. 51.	N.	4 2 8 1 7	2	9 10 29			
10 16 ♊ 14. 37	N. Moon. at 7. 25' A.M. ♊ 10. 8.	S.	1 10	1	10 28½	Overcaſt and very lowring.	No dew upon the ground, but very much upon Marble ſtones, &c.	&c.
	&c.	&c.	&c.	&c.	&c.	&c.	&c.	

Lámina 28. **«Esquema en un vistazo donde se representan al ojo las observaciones del tiempo durante un mes», Inglaterra, 1663.**

Roberth Hooke, director de experimentos de la recién fundada Royal Society británica, propuso a los miembros de ésta un método de recopilación de datos para una «historia del tiempo», movilizando observadores en diversos puestos de toda Inglaterra. Aunque su «esquema» acabó en nada, el primer historiador de la Sociedad, Thomas Sprat, lo consideró digno de recordar.

GEOFFREY PARKER(Reino Unido, 1943).Es uno de los mayores conocedores de la historia de España de los siglos XVI y XVII. Catedrático de la Ohio State University, antes lo fue en las universidades de Illinois y en Yale, en Estados Unidos; en la Universidad de British Columbia, en Canadá, y en la de St. Andrews, en Escocia.

Es autor o editor de treinta y siete libros, entre los que se cuentan *El ejército de Flandes y el camino español* (1991), *La gran estrategia de Felipe II* (1998), *La crisis de la Monarquía de Felipe IV* (2006), *La guerra de los treinta años* (2007), *Historia de la Guerra* (2010), *Felipe II. La biografía definitiva* (2010) y *La Gran Armada* (2011). Es miembro de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras de Cádiz, y se le ha concedido la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica y la Gran Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio. En 2012 recibió el Premio Heineken de Historia.

Alumno destacado del gran maestro John H. Elliott, se especializó en la Edad Moderna española, y libros como *Felipe II y El ejército de Flandes y el camino español* se han erigido en referencias

imprescindibles para cualquiera que se acerque a estudiar esta época de nuestra historia. La combinación de su ingente labor investigadora y su particular estilo narrativo hace que sus obras hayan llegado más allá del lector experto o el estudioso. La aparente sencillez con la que narra episodios trascendentales de la historia y su capacidad para hacer que los personajes cobren vida a los ojos del lector convierten sus estudios en relatos apasionantes cuya lectura es imposible de abandonar.

Notas

[1] Weiss, «The genesis and collapse», señaló el colapso simultáneo, alrededor del 2200 a. C., de Acad, el primer Imperio mundial, y de la civilización del valle del Indo y otras del Asia occidental, debido a una sequía y desecación generalizadas. Yancheva, «Influence», señaló el colapso simultáneo de la civilización maya y la Tang, y propuso un cambio en el comportamiento de los monzones para explicarlo. <<

[2] Campbell, «Nature», p. 284; Brook, *The troubled Empire*, p. 72. <<

[3] Le Roy-Ladurie, *Historia del clima desde el año 1000*, Fondo de Cultura Económica USA, 1991; De Vries, «Measuring the impact of climate», p. 23. Mauelshagen, *Klimageschichte*, pp. 16-35, traza el desarrollo de la climatología hasta 2009. En 2010 y 2011, Timothy Brook, Bruce Campbell y Sam White publicaron innovadores estudios (sobre China, Europa occidental y el Imperio otomano, respectivamente) que introducen el clima en las explicaciones históricas. <<

[4] Fortey, «Blind to the end», *The New York Times*, 26 de diciembre de 2005, < http://www.nytimes.com/2005/12/26/opinion/26iht-edfortey. html>. Véase también ídem, *La vida: una biografía no autorizada*, Taurus, Madrid, 1999. Sobre el largo reinado de los «negadores del desastre», véase Bankoff, *Cultures of disaster*; Mauch y Pfister, *Natural disasters*; Juneja y Mauelshagen, «Disasters»; y Benton, *When life nearly died*, capítulo 3. <<

[5] *2011 disasters in numbers*, elaborado por la Base de Datos Internacional de Desastres de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, < www.emdat. be>, consultada el 12 de marzo de 2012. <<

[6] < http://www.ncdc. noaa. gov/paleo/icecore. html> ofrece datos de las muestras de hielo de todo el mundo, incluidos los

casquetes de hielo y los glaciares tanto en alta montaña como en baja montaña. <<

[7] < http://www.ncdc. noaa. gov/paleo/pollen. html> ofrece series de datos sobre el polen archivados antes de 2005. Los datos aportados a partir de esa fecha pueden descargarse en < http://www.neotomadb.org>. <<

[8] < http://www.ncdc. noaa. gov/paleo/treering. html>, el Banco de Datos de Anillos Arbóreos registró en 2010 las medidas anuales del ancho de los anillos o la densidad de la madera de más de 2000 enclaves de seis continentes. Brázdil, «European climate», e ídem, «Use», aportan más detalles sobre cada categoría y enumeran también las publicaciones recientes al respecto. <<

[9] < http://www.ncdc. noaa. gov/paleo/speleothem. html> enumera los datos disponibles por continente, con enlaces a cada página web. <<

[10] Por ejemplo, Barriendos, «Climatic variations» y «Climate and culture», utilizó las ceremonias rogativas para medir la sequía en la España moderna; en tanto que Neuberger, «Climate», extrajo información meteorológica de unos 12 000 cuadros fechados entre 1400 y 1967 en 41 museos estadounidenses y europeos. Véanse más ejemplos en Brázdil, «European climate», pp. 10-13. <<

[11] Mauelshagen, *Klimageschichte*, pp. 36-59, y Garnier, *Les dérangements*, pp. 24-48, ofrecen una excelente visión general de las fuentes y una cronología de su utilización. <<

[12] Trevor-Roper, «The general crisis», p. 50. Una generación antes, *sir* George Clark había observado «un cambio de atmósfera entre la primera parte del siglo [XVII] y la segunda, un cambio acompañado de tormentas» (Clark, *The Seventeenth Century*, p. IX). <<

[13] Camuffo, «The earliest thermometer readings», un estudio basado en casi 40 000 lecturas tomadas entre 1654 y 1667 con

termómetros idénticos en una red internacional de observación climática fundada por Tuscany. <<

[14] F. E. Matthes, un experto en glaciares, acuñó la expresión «Pequeña Edad de Hielo» en 1939. El concepto ahora se refiere al período que va de 1350 a 1750, cuya intensidad máxima se sitúa en el siglo XVII. <<

[15] Le Roy-Ladurie, *Historia del clima desde el año 1000*. Proféticamente, Le Roy-Ladurie predijo que los ordenadores harían cambiar esto; ibídem, p. 303. <<

[16] En 2012, la base de datos Euro-Climhist de Berna, Suiza, incluía 1,2 millones de registros, sólo para Europa. <<

[17] BL, *Harl* 390/211, Mede a *sir* Martin Stuteville, 24 de febrero de 1627. El «discípulo estrella» de Mede en el Christ's College fue John Milton. <<

[18] Appleby, «Epidemics and famine», p. 663. <<

[1] Burton, *Anatomía*, pp. 3-4 («Demócrito al lector»); *Calendar of the court minutes*, p. I, «Directores de la Compañía de las Indias Orientales a sus representantes en Surat», noviembre de 1644; Whitaker, *Ejrenopojos [The peacemaker],* pp. 1, 2, 9, sobre el Libro de Hageo, 2, 7: «Y sacudiré todas las naciones». <<

[2] Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, II, p. 276. En 1643, se difunde un panfleto anónimo titulado *Memorial dado al rey D. Felipe IV por un ministro antiguo*, denunciando el mal gobierno del conde-duque de Olivares y el declive al que había conducido a España. En respuesta a éste, aparece el *Nicandro*, también anónimo, en defensa de Olivares, donde se culpa a los desastres naturales y a la ola de convulsiones que asola el mundo de la crisis social, política y económica de España. (*N. de los T*). <<

[3] Porschnev, «Les Rapports», p. 160, citando a Johan Adler Salvius; Mentet de Salmonet, *Histoire des troubles de la Grande Bretagne*, p. II; Parival, *Abrégé*, «Au lecteur» y p. 477. <<

[4] Ansaldo, *Peste*, p. 16 (fray Francesco); BL, *Addl* ms. 21,935/48 (Wallington); Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 185 (Thiele y Minck). <<

[5] Howell, *Epistolae Ho-Elianae*, libro III, 26, a su sobrino, 10 de diciembre de 1647, y carta I, a lord Dorset, «20 de enero de 1646» (pero casi con toda seguridad 1649). <<

[6] Hobbes, *Leviathan*, p. 89 (trad. cast.: *Leviatán*, Alianza, Madrid, 1996). <<

[7] Bisaccione, *Historia* (1652), 2; Rushworth, *Historical collections*, I (1659), «Prefacio». Howell, *Epistolae*, también comenzó su colección de cartas sobre asuntos históricos con el estallido de «las guerras de Alemania» en 1618. <<

[8] Piterberg, *Ottoman Tragedy*, p. 1, citando a Kâtib Çelebi; Peterson, *Bitter Gourd*, p. 35, citando a Wu Yingji (1594-1645), *Liudu wenjian lu*. <<

[9] Hobbes, *Behemoth*, p. 1 (trad. cast.: *Behemoth: el largo Parlamento*, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 1992). <<

[10] Kessler, *K'ang-hsi*, p. 131, citando el informe personal de Xizhu al emperador en 1684. <<

[11] Mather, *Heaven's alarm to the world* (1681) y *Kometographia, or a discourse concerning comets* (1683). <<

[12] Luterbacher, «Monthly mean pressure reconstructions», p. 1050. Subtelny, *The domination*, capítulo 4, argumenta que la Crisis General no alcanzó a muchas áreas de Europa del Este hasta la década de 1690: se argumentará en contra de esta interpretación (*véase capítulo 20*). <<

[13] Hugon, *Naples*, p. 16. <<

[14] «Thoughts on the late transactions respecting Falkland's islands» (1771), en Johnson , *Works*, X, pp. 365-366, cursiva añadida (agradezco a Jeremy Black haber llamado mi atención sobre esta referencia). <<

[15] Gladwell, *The tipping point*: el término fue utilizado por primera vez en 1972; Gaddis, *Landscape*, pp. 98-99. Véanse también las ideas de Waldrop en *Complexity*, pp. 12, 111. <<

[16] Hill, *The world*, p. 13. <<

[17] Scott, *Weapons of the weak*, pp. XVI-XVII. <<

[18] TCD, ms. 833/228v, Richard Plunkett al reverendo George Creighton de Lurgan, condado de Cavan, en la declaración de Creighton del 15 de abril de 1643. <<

[1] Voltaire, *Essai*, II, pp. 756-757. La marquesa había leído el *Discurso sobre la historia universal* (1681) de Bossuet, y lo había calificado de aburrido y eurocéntrico. Voltaire se propuso hacerlo mejor. <<

[2] Ibídem, II, pp. 756-757, 794, 806, 941-947 (*Remarques pour servir de supplément à l'essai sur les moeurs*, 1763). <<

[3] En su análisis sobre el intento de golpe de Estado militar sucedido en España el 23 de febrero de 1981, Javier Cercas argumentaba que la simultánea hostilidad hacia el gobierno de varios grupos diferentes —políticos, periodistas, banqueros, empresarios, gobiernos extranjeros, quizá incluso el rey— formaron en conjunto «la placenta del golpe, no el golpe en sí mismo. El matiz es clave para entender el golpe» (Cercas, *Anatomía de un instante*, p. 28). Un matiz paralelo es clave para entender la crisis global del siglo XVII. <<

[1] Quiero expresar mi especial agradecimiento a William S. Atwell, Rudolf Brázdil, Günhan Börekçi, John Brooke, Richard Grove, Karen Kupperman, Mikami Takehiko y Christian Pfister por su ayuda a la hora de estructurar este capítulo. <<

[2] Cysat, *Collectanea*, IV. 2, p. 898. Véase también Pfister y Brádzil, «Climatic variability», pp. 44-45. <<

[3] Glaser, *Klimarekonstruktion*, p. 111, sobre el invierno extremadamente frío que vivió Europa central en 1620-1621; véanse otros detalles en Thorndycraft, «The catastrophic floods»; Barriendos y Rodrigo, «Study»; y Vanderlinden, «Chronologie», p. 147. <<

[4] Véase Pfister, «Weeping in the snow», pp. 33, 50, y Garnier, «Grapevine», p. 711, en 1626-1628; Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, pp. 337-348, sobre *le biennat superaquatique* de Francia, 1629-1630. Sobre la «sequía perfecta» de la India, *véase capítulo 13*. <<

[5] García Acosta, *Desastres*, I, pp. 177-178 (el clero sacó a la Virgen de procesión seis veces más antes de 1668: una frecuencia nunca igualada); Dunn, *The Journal of John Winthrop*, pp. 368, 384, 387; Kupperman, «The puzzle», p. 1274, citando a Thomas Gorges. Ludlam, *Early American winters*, pp. 15, 18-22, describe el «invierno histórico» que vivió Nueva Inglaterra en 1641-1642 . <<

[6] Arakawa, «Dates», p. 222 (sólo en 1699 y 1802 se registraron nevadas más tempranas); Aono, «Climatic reconstruction», p. 92; Blair y Robertson, *The Philippine Islands*, XXXV, pp. 123, 184, a partir de narraciones sobre hechos acaecidos en 1640-1642 y 1643-1644. <<

[7] Teodoreanu, «Preliminary observations», p. 190, citando a Achacy Taszychi; Abdülkadir, *Topçular*, 1145, 1156, 1164, 1173; Odorico, *Conseils et mémoires de Synadinos*, pp. 163, 169; <

www.ucm. es/info/reclido/es/basesdatos/ rainfallindex. txt>, consultado el 31 de enero de 2010. <<

[8] Naworth, *A new almanacke*, sig. C2; BL, *Harl*. ms. 5999/29v, «Discourse» de Henry Jones y otros, noviembre de 1643. <<

[9] Buisman, *Duizend Jaar weer*, IV, pp. 469-470 (citando a un ciudadano de Lieja); Peters, *Ein Söldnerleben*, p. 166, entrada de un diario en Neustadtan-der-Saale, correspondiente al 7 de agosto de 1640 (agradezco a David Parrott que me haya facilitado la referencia). <<

[10] Vicuña Mackenna, *El clima de Chile*, pp. 43-44, «Deán don Tomás de Santiago al inquisidor mayor Juan de Mañosca, Santiago 23 de junio de 1640». Taulis M., *De la distribución*, p. 17, muestra una sequía de cuatro años en Chile entre 1636-1639; tanto Villalba, «Climatic fluctuations», como Martinson, *Natural climate*, p. 27, indican unas temperaturas más frías en la Patagonia en la década de 1640 y 1660. <<

[11] Bamford, *A Royalist's notebook*, pp. 120-121; Baillie, *Letters and Journals*, III, p. 62; Gilbert, *History of the Irish Confederation*, VI, pp. 270-271. <<

[12] Buisman, *Duizend jaar weer*, IV, pp. 499-500. <<

[13] Teodoreanu, «Preliminary observations», p. 190, citando al archidiácono Pablo de Aleppo; Abbott, *Writings*, III, pp. 225-228, proclamación del 20-30 de marzo de 1654; De Beer, *Diary of John Evelyn*, pp. 388, 393. <<

[14] Ådahl, *The sultan's procession*, p. 48, entrada correspondiente al 27 de febrero de 1658; AM, Dánzig, 694, f. 149 (agradezco esta referencia a Robert Frost); Aitzema, *Saken*, IX, libro 38, pp. 124-126. Sobre la marcha sueca, *véase capítulo 8*. Teodoreanu, «Preliminary observations», p. 188, apunta que fuentes rumanas registraron unos inviernos inusualmente severos en 1656-1657, 1657-1658 y 1659. <<

[15] Garnier, *Les dérangements*, p. 85; Thirsk, «Agricultural policy», p. 301; Hoskins, «Harvest fluctuations», p. 18; Teodoreanu, «Preliminary observations», p. 190, citando a Evliya Çelebi; Cernovodeanu y Binder, *Cavalerii Apocalipsului*, p. 90, citando el *Diario* de Mihail Teleki, canciller de Transilvania, en 1661. <<

[16] Gordon, *Diary*, II, p. 272; Goldie, *The entring book*, II, p. 450; Goad, *Astrometeorologia*, pp. 77-78, publicó datos sobre el hielo en el Támesis «recogidos de observaciones sobre las formas de diversión hace más de treinta años»; Garnier, *Les dérangements*, figura 27, describe aquel invierno de 1683-1684 como el más frío registrado en Inglaterra (y casi también en Francia). <<

[17] Gordon, *Diary*, I, p. 132 (el Vístula se heló hasta tal punto en noviembre de 1656 que el ejército sueco y toda su artillería marcharon por encima de él); Cyberski, «History of the floods», pp. 809-810; Teodoreanu, «Preliminary observations», pp. 191-192, citando a un obispo moldavo en julio de 1670, y a Philippe Le Masson du Pont en 1686. <<

[18] Jones, *History and climate*, p. 12 (Rusia) y pp. 22-23 (diario de Jan Antoni Chapowicki); Ge, «Winter half-year temperature reconstructions», p. 939, figura 3 (China); Evliya Çelebi, *Seyahatname*, X, p. 508 (Egipto: agradezco a Jane Hathaway la referencia y la traducción). <<

[19] Silvestre de Sancy, *Lettres*, III, pp. 321, 345, «À Mme. de Grignan», 28 de junio y 24 de julio de 1675; Marks, *Tigers*, p. 195, citando el *Da Qing sheng zu (Kangxi) shilu* correspondiente a 1717. <<

[20] Smith, *Nakahara*, p. 107. <<

[21] Smith, *The art of doing good*, p. 162, citando el diario de Qi; Wu, *Communication and Imperial control*, pp. 34-36, citando a Kangxi; poema incluido en Scott, *Love and protest*, p. 140; Magisa, *Svcceso raro*: la mitad de sus seis páginas especulan sobre posibles «implicaciones». <<

[22] AM, Cádiz 26/127, cabildo del 21 de agosto de 1648, con copia de una carta de don Diego de Riaño y Gamboa a los consejos de todos los municipios, del 1 de agosto de 1648, en la que añade «porque combiene que los sucesores de Vuestra Señoría tenga noticias desta carta, le encarga ágase asiente en los libros del ayuntamiento». <<

[23] Haude, «Religion», p. 541; y Firth y Rait, *Acts and ordinances*, pp. 2627 y pp. 1070-1072, «Order for Stage-playes to cease» (12 de septiembre de 1642 N. S.) y «An Ordinance for the utter suppression and abolishing of all StagePlays» (21 de febrero de 1648, N. S.). Los teatros de Inglaterra permanecieron cerrados por ley, aunque no siempre *de facto*, hasta la Restauración de 1660. Asimismo, en Castilla, Felipe IV (pese a ser un ávido aficionado) ordenó el cierre de todos los teatros en 1644, tras la muerte de su reina, y de nuevo tras la de su hijo en 1646; en tanto que su hermana Ana, la reina regente de Francia, cerró también todos los teatros del Reino en 1648. Agradezco a Rachael Ball haber llamado mi atención sobre esta coincidencia. <<

[24] Balfour, *Historical works*, III, pp. 436-437; Larner, *Source book, sub annis 1649-1650*; Larner, *Enemies of God*, pp. 61, 74-75; Kuhn, *Soulstealers*, p. 229 (reconociendo que su análisis es aplicable a otros casos de búsqueda de «chivos expiatorios» de todas las épocas). Agradezco a Kathryn Magee Labelle la información sobre el «pánico de la brujería» entre los hurones. Véanse otros ejemplos en Behringer, *Witches and witch-hunts*; Oster, «Witchcraft»; y Roper, *Witch Craze*. <<

[25] Porschnev, «Les rapports», p. 160, citando a Johann Adler Salvius; BNE, ms. 2378/55, «Revoluciones de Nápoles»; Bisaccione, *Historia*, p. 510. <<

[26] BNE, ms. 2371/634, *Prognosticon* (1640); Naworth, *A new almanacke* (1642), sig. C2; Graniti, *Diario*, I, p. 4 (Francesco Capecelatro); Bournoutian, *The chronicle of deacon Zak'aria of K'anak*

'er, p. 156. El eclipse de 1654 también fue motivo de extendida aprensión en Europa: véase Labrousse, *L'entrée de Saturne (véase capítulo 22)*. <<

[27] Moosvi, «Science and superstition»; Milton , *Paradise lost*, libro 1, líneas 596-599. <<

[28] Anónimo, *A true and strange relation*, p. 7 (un relato con dos grabados de «la isla en llamas» compuesto en julio de 1638); [Voetius], *Brittish lightning*, sig. A3. <<

[29] Kâtib Çelebi, *Fezleke*, II, p. 326; Nicoară, *Sentimentul de insecuritate*, I, pp. 77-78; Mallet y Mallet, *The earthquake catalogue*, lámina IV, muestra un pico de actividad sísmica en torno a 1650. Otras fuentes dan fe de la prevalencia de hechos inusualmente destructivos: por ejemplo, los terremotos seguidos de *tsunamis* que destruyeron las ciudades portuarias coloniales españolas de Santiago de Chile en 1657 (véase Rosales, *Historia general*, p. 191-192), y Lima en 1684. <<

[30] Bainbridge, *An astronomicall description*, pp. 30-31; Pacheco de Britto, *Discurso*, ff. A11-11v; Kepler, *Prognosticum astrologicum… 1618*, pp. 158, 163-164, 171 (véase también p. 176 sobre su regocijo por la previsión tan exacta de su *Prognosticon* para el año anterior). Véanse, además, Drake y O'Malley, *The controversy on the comets of 1618;* Urbánek, «The comet of 1618»; y Thiebault, «Jeremiah», p. 441, citando el impactante sermón de Elias Ehinger. <<

[31] BR, ms. II-551/120v-124v, fray Diego de la Fuente al conde de Gondomar, Londres, 11 de abril de 1619. <<

[32] Wakeman, *The Great Enterprise*, p. 57; Roth, «The Manchu-Chinese relationship», pp. 7-8; Biot, «Catalogue», pp. 56-57 ; Brook, *The confusions of pleasure*, pp. 163-167; y Moosvi, «Science and superstition», p. 115, citando al *Iqbalnama-i Jahangiri*. <<

[33] [Voetius], *Brittish lightning*, sig. A3; *The moderate intelligencer*, p. 202 (25 de enero-1 de febrero de 1649); Mather, *Kometographia* (1683), pp. 108-111, libro motivado por la preocupación despertada por los cometas de 1680 y 1682. <<

[34] Xie Zhaozhe, *Wu za zu* (1608), citado en Elvin, «The man who saw dragons», p. 34; BNE, ms. 2371/634, *Prognosticon* (1640); Burton, *Anatomía*, edición de 1638 (parte I, sección I, subsección 1, «Enfermedades en general»). <<

[35] Birago Avogadro, *Turbolenze d'Europa*, p. 369; Bainbridge, *An astronomicall description*, pp. 30-31; Riccioli, *Almagestum novum*, p. 96; Hoyt y Schatten, *The role*, pp. 106-107, revisan las opiniones de Scheiner, Riccioli, Kirchner, Goad y Hooke (todos los cuales sostenían que las manchas solares afectaban al clima). <<

[36] Hoyt y Schatten, *The role*, pp. 14-20, enumera las observaciones de manchas solares con telescopios entre 1610 y 1650. Tanto Spörer, «Über die Periodicität der Sonnenflecken», como Maunder, «The prolonged sunspot minimum», indicaron que las pocas manchas solares observadas —en 1660, 1671, 1684, 1695, 1707 y 1718— «se corresponden, como con bastante probabilidad cabía esperar, con las fechas teóricas del máximo». Véase también Moberg, «Highly variable», y la base de datos anexada. <<

[37] A partir de una comparación entre las observaciones de Christopher Scheiner en 1624-1625 y de Hevelius en 1642-1644, Eddy, «Anomalous solar rotation», calculó que la rotación solar era un 3-4 por ciento más rápida en la década de 1640 que en la de 1620, y que hoy en día; y sugirió que esta aceleración puede haber excedido la capacidad del Sol para producir manchas. Hoyt y Schatten, *The role*, p. 192, cuestionaron esta deducción. <<

[38] Eddy, «The Maunder Minimum», p. 268. Desde el artículo fundamental de Eddy de 1976, las imágenes por satélite han confirmado que la «luminosidad» del Sol se corresponde con el ciclo de las manchas solares, alcanzando su mínimo cuanto menor es el número de manchas solares. Véase también el gráfico en el que se muestra cómo las temperaturas de la superficie global siguen la actividad de las manchas solares en Martinson, *Natural climate*, p. 98. <<

[39] Morales Padrón, *Memorias de Sevilla*, p. 121, «Memorias de Andrés de la Vega»; Atwell, «Volcanism», p. 41; Yi, «Meteor fallings», pp. 205-206, 217. Los mismos astrónomos coreanos observaron frecuentes lluvias de meteoros, con un pico en la década de 1640, que bien podrían haber creado (o espesado) velos de polvo. <<

[40] Ovalle, *Histórica relación*, pp. 302-303. <<

[41] Magisa, *Svcceso raro de tres volcanes*; Delfin, «Geological, 14C and historical evidence», identificó el volcán como Monte Parker; Atwell, «Volcanism», p. 33, propuso que se trataba de una erupción «fuerza 6». Varios volcanes europeos hicieron erupción también en ese mismo momento, entre los que cabe destacar el Vesubio en 1632, el Etna en 1646 y el Santorini en 1650. Cada una de ellas acarreó un grave impacto local: la erupción del Santorini cubrió los cultivos de cenizas y desencadenó un destructivo *tsunami*: generaciones posteriores denominaron este período como «la época del mal» (véase Friedrich, *Fire in the sea*). <<

[42] Gergis y Fowler, «A history of ENSO events», pp. 370-371. Algunas de estas fechas difieren ligeramente de las enumeradas por Diaz y Markgraf, *El Niño*, pp. 122-123, pero ello a menudo es consecuencia de que los fenómenos del ENSO con frecuencia se producen en invierno, con lo que abarcan dos años de calendario. McIntosh, *The way the wind blows*, tabla 58 (c), aporta datos indirectos de las temperaturas en la zona de las islas

Galápagos que apuntan a las décadas de 1630 y 1640 como las más anómalas de todo el período entre 1600-2000. Jones, *Climatic variations*, pp. 388-389, demuestra la absoluta ausencia de formaciones de coral en 1641 en la bahía Urbina, en las Galápagos —el único año de crecimiento cero registrado hasta la fecha—. Sobre los monzones más débiles y la hipótesis de que sean consecuencia de una reducción de la energía solar recibida en la Tierra, véase Zhang, «A test of climate». <<

[43] Liu, «A 1000-year history», pp. 458-459. <<

[44] AGI, *Filipinas* 28/100, petición de Diego de Villatoro, 25 de agosto de 1676, con información adicional en ídem 28/90, memorial de Villatoro. Agradezco a Bethany Aram la localización de estos documentos. García, «Atmospheric circulation», p. 2444 (especialmente el gráfico), pp. 2446-2447 (pérdidas de barcos) y p. 2452 (viajes de vuelta) demuestra la mayor duración de los viajes en la época en la que Villatoro escribió su memorial, a partir de una base de datos de más de 150 viajes de ida de Acapulco a Manila y un número no especificado de vueltas entre 1591 y 1802. <<

[45] Rind y Overpeck, «Hypothesized causes», pp. 366-369, sugirió que las erupciones volcánicas aumentaban la actividad ENSO. Richard Grove y Lonnie Thompson plantearon la posibilidad inversa de que un cambio en los niveles del mar del Pacífico durante los años del *Niño* pudiera aumentar la actividad volcánica (en un debate en el Mershon Center de OSU, en abril de 2001). <<

[46] Elvin, «Blood and statistics», p. 149, citando la gaceta de Jiaxing (Zhejiang). Pfister, «Litte Ice Age-type impacts», pp. 197-198, detalla hasta qué punto las temperaturas y las precipitaciones afectan a los cultivos de cereales, el heno y la producción vinícola. <<

[47] Song Yingxing, *Tiangong kaiwu* (1637), traducido como *Chinese technology in the seventeenth century*, p. 5. <<

[48] Teodoreanu, «Preliminary observations», p. 191, citando a un obispo italiano en julio de 1670. Véase otro ejemplo (entre muchos) de una plaga de ratones en Heberle, *Zeytregister*, p. 159. <<

[49] Costin, *Letopiseţul Ţării Moldovei*, pp. 196-197 (mi agradecimiento a Mircea Platon por localizar y traducir este fragmento). En archivos de otros muchos países se mencionan plagas de langostas, aunque no con tanta viveza (*véase capítulos 5 y 6*). <<

[50] Myllyntaus, «Summer frost», pp. 77-78, 83. Significativamente, los fineses tienen una palabra especial para la helada de verano: *kesähalla*. <<

[51] Song Yingxing, *Tiangong kaiwu* (1637), p. 4. <<

[52] Kaplan, *The famine plot*, pp. 62-63. <<

[53] Ibídem, p. 63; De Waal, *Famine that kills*, citada en ídem, «A re-assessment», pp. 470-471. <<

[54] Cipolla, *Cristofano and the plague*, pp. 149-150 (hospital de Prato); Fogel, «The escape», pp. 8-9 (el resto). En el siglo XVII, sólo los colonos ingleses de América alcanzaban los niveles actuales de nutrición: cada colono varón de Virginia consumía al parecer más de 2300 calorías por encima de sus necesidades metabólicas básicas (carecemos de cifras en el caso de las mujeres y los niños). <<

[55] Dyson, «Famine in Berar», p. 99, citando el *Hyderabad Residency Sanitary Report for 1897*. <<

[56] Smith, *The art of doing good*, p. 54, citando a Yang, «A record of distributing padded jackets (*Shi mianao ji*)» (1612); Sibbald, *Provision for the poor in time of dearth* (1699), pp. 1-2. <<

[57] Hacquebord y Vroom, *Walvisvaart*, pp. 133-134. Cuando los niños sufren de hambre o están gravemente enfermos, sus

huesos largos dejan de crecer y en lugar de ello forman una pequeña arista visible en sus esqueletos conocida como «líneas de Harris»: muchos de estos esqueletos de Smeerenburg tenían «líneas de Harris». La medida de los esqueletos procedentes del norte de Europa que han llegado hasta nosotros ha revelado que la altura media descendió en más de seis centímetros entre las décadas de 1450 y 1750: Steckel, «New light on the Dark Ages». <<

[58] Komlos, «An anthropometric history», p. 159; Hobbes, *Leviathan*, 1651. Los registros de otros de estos primeros ejércitos modernos que tallaban a los soldados al alistarse también muestran una marcada reducción en la altura de aquellos que crecieron en períodos de escasez. Véase, por ejemplo, Baten, «Climate», p. 29 (sobre los soldados bávaros del siglo XVIII). <<

[59] Semedo, *Historica relatione*, pp. 6-7, 13. Semedo llegó al sur de China en 1613 y allí permaneció, con algunas interrupciones, hasta 1637. Esto lo escribió poco más tarde. <<

[60] *Winthrop Papers*, II, p. 111, «General observations for the plantation of New England» (1629); Andrews, *The colonial period*, pp. 612-613, citando a Gorges (1611), la Compañía de Virginia (1624) y muchos otros; Canny, *The origins of Empire*, p. 20, citando el «Common Place Book» de Thomas Bowdler, pp. 1635-1636. <<

[61] *Qing shilu [Crónica verdadera de Ming]*, VIII, capítulo 86, p. 149, edicto del emperador Yongheng, 2 de noviembre de 1729 (traducido por Ying Bao); Lenihan, «War and population», p. 8, citando a Lawrence, *The interest of England*; Hull, *The economic writings*, I, pp. 149-151; Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 78, citando a Hans Conrad Lang; Antony y Christmann, *Johann Valentin Andreä*, p. 128; Arnauld, *Lettres*, II, p. 433, a la reina de Polonia, 28 de enero de 1654 (*«le tiers du monde étant mort»*). <<

[62] Hayami y Tsubochi, *Economic and demographic developments*, p. 155 (Shi Zhihong); Lenihan, «War and population», pp. 20-21 ; Franz, *Der dreissigjährige Krieg*, p. 59; Jacquart, «La Fronde», y Garnier, «Calamitosa tempora», pp. 8-9 (*véase también figura 25*). <<

[1] Doglio, *Lettere di Fulvio Testi*, III, p. 204, a Francesco Montecuccoli, enero de 1641; Hobbes, *On the citizen*, p. 29 (trad. cast.: *El ciudadano*, Debate, Barcelona, 1993), reiteraría esta visión diez años después en *Leviathan*, p. 88; Lind, «Syndens», p. 342 (quinientos, de 4500 ítems). <<

[2] Brecke, «Violent conflicts 1400 A. D. to the Present», figura 11, reproducido en Parker, «Crisis and catastrophe», p. 1057; Levy, *War*, pp. 139-141; Aho, *Religious mythology*, p. 195. <<

[3] Gough, *The history of Myddle*, pp. 71-72 (Braddick, *God's fury*, p. 389, proporciona una estimación de la población de Myddle en 1640). <<

[4] Carlton, *Going to the wars*, capítulo 9; Gordon, *Diary*, I, p. 170, entrada correspondiente a 1656, aunque escrita aproximadamente una década más tarde. Gordon sirvió en los ejércitos sueco, polaco y ruso desde 1655 hasta su muerte en Moscú en 1699. <<

[5] Heberle, *Zeytregister*, pp. 148, 225 («*dan wir seyen gejagt worden wie das gewildt in wälden*»), y p. 158. La guerra obligó a Heberle y a su familia a abandonar su casa al menos en treinta ocasiones. <<

[6] Hobbes, *Leviathan*, pp. 88-89; Scott, *England's troubles*, p. 410, citando mensajes de Carlos II a las dos casas del Convention Parliament en junio-julio de 1660; Gryphius, *Horribilicribrifax Teutsch*, acto I, escena 1; Rodén, «The crisis», p. 100, citando el «Ouvrage de loisir» de la reina Cristina. Monod, *The power*, pp. 193-195, aporta varias citas similares. <<

[7] Struve, *Voices*, p. 2. <<

[8] Chang y Chang, *Crisis and transformation*, p. 216, citando *La reunión milagrosa* del erudito, escritor y editor chino Li Yu (1611-80); Struve, *Voices*, p. 48, tomado de «Diez días en Yangzhou», de Wang Xiuchu. <<

[9] Struve, *Voices*, p. 48; Meyer-Fong, *Building culture*, pp. 11-12 («la ciudad cubierta de maleza»), pp. 150-152 (memorias posteriores de supervivientes) y pp. 261-262 (valoración de la narración de Wang). <<

[10] Lahne, *Magdeburgs Zerstörung*, y Medick, «Historisches Ereignis». Hahn, *Zeitgeschehen*, p. 83, cita estos sermones posteriores. *Véanse también capítulos 4 y 8, más adelante*. <<

[11] Struve, *Voices*, p. 47. Sobre el suicidio de mujeres chinas después de haber sido violadas, *véanse los capítulos 4 y 5, más adelante*. <<

[12] Helfferich, *The Thirty Years War*, p. 110, citando a Von Guericke, *Die Belagerung, Eroberung und Zerstörung der Stadt Magdeburg* (aunque también señalaba que algunos «soldados honorables» mostraban respeto a las mujeres que capturaban y «simplemente las dejaron libres o incluso se casaron con ellas»). <<

[13] Peters, *Ein Soldnerleben*, pp. 144-145 (en Landshut «*habe ich als meine Beute ein hübscher Mädelein bekommen*») y p. 147 (en Pforzheim «*habe ich auch ein junges Mädchen herausgeführt*»). Ebermeier, *Landshut im Dreissigjährigen Krieg*, documenta la escala de destrucción de la ciudad durante y después del saqueo de 1634. <<

[14] Parker, La Guerra de los Treinta años (el suplicio de *Frau* Rörsch, de Linden, cerca de Rothenburg ob der Tauber descrito por Christopher Friedrichs); TCD, ms. 836/76, declaraciones de Christian Stanhawe y Owen Frankland, Armagh, 23 de julio de 1642; Gordon, *Diary*, II, p. 10. Gordon informó de muchas otras violaciones o intentos de violación de soldados, véase, por ejemplo, I, pp. 213-215 (una «muy hermosa virgen» a la que Gordon salvó de ser violada por un grupo de soldados finlandeses). <<

[15] Sreenivasan, *The peasants of Ottobeuren*, p. 286; TCD, ms. 830/172, declaración de Christopher Cooe, Tuam, 21 de octubre de 1645; Struve, *Voices*, p. 47. <<

[16] Citado por Zysberg, «Galley and hard labor convicts», p. 96. <<

[17] Boyle, *A treatise*, I, p. 15; Behr, *Der Verschantzte Turenne*, «To the reader». Ambos autores publicaron en 1677. <<

[18] Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, I, p. 244, «Resumen que hizo el rey don Felipe IV» (1627); Lynn, *Giant of the Grand Siècle*, capítulo 2, sobre el tamaño del ejército francés. <<

[19] BNE, ms. 2362/61-2, el marqués de Aytona a Felipe IV, 28 de diciembre de 1630, copia; Davenant, *Essay*, pp. 26-27. <<

[20] Estimaciones de Bonney, *The European dynastic states*, p. 383; Mantran, *Istanbul*, p. 253; y Hellie, «Costs». <<

[21] (*Véase capítulo 5*.) Las consecuencias se intensificaron debido a que hasta finales del siglo XIX el gobierno chino no empezó a pedir prestado y por tanto tenía que financiar sus guerras a partir de los recursos disponibles en cada momento. <<

[22] Wheeler, *The making of a world power*, pp. 208-210; Ashley, *Financial and commercial policy*, pp. 45, 104-107. <<

[23] Straǹský, *Respublica Bohemiae*, pp. 495-496. Sobre las revueltas, *véanse capítulos 6, 8 y 9, más adelante*. <<

[24] Glete, *War and the state*, p. 215. <<

[25] Krüger, «Dänisch und schwedische Kriegsfianzierung», p. 291, basado en el cálculo «alternativo» de Oxenstierna del coste de la próxima campaña, 8 de marzo de 1633. <<

[26] Salm, *Armeefinanzierung*, p. 163 (citando a Hauptmann Holl en 1650). <<

[27] Di Cosmo, *The diary*, pp. 48, 55. <<

[28] Kishimoto-Nakayama, «The Kangxi depression», p. 229, cita de Wei Jirui, secretario del gobernador de Zhejiang, c. 1672; Mut, *El príncipe en la guerra*, p. 104 (parte de una comparación prolongada en el tiempo y desfavorable entre Felipe IV y

Justiniano); Seco Serrano, *Cartas*, I, pp. 277-278, sor María a Felipe IV y respuesta, 1-12 de junio de 1652. <<

[29] Dardess, «Monarchy in action», p. 20. Agradezco al profesor Dardess su permiso para citar este documento no publicado. <<

[30] Haboush, «Constructing the center», pp. 81-82, citando un memorial de Hoˇ Mok, inspector del gobierno, en 1660. <<

[31] Detalles tomados de Roy, *Symbol of substance*, pp. 191-197. <<

[32] Foster, *The voyage of Thomas Best*, p. 176 (del diario llevado por Ralph Croft, que conoció al sultán en 1613); Reid, *Southeast Asia*, II, pp. 257-258 (citando el relato de Agustin de Beaulieu sobre su visita en 1619-1622). <<

[33] Fleischer, «Royal authority», p. 49, cita esta formulación del «círculo de la justicia», tomada de un escritor otomano del siglo XVI y adaptada a través de una obra persa del escritor árabe Ibn Jaldún. Véase también Darling, «Do justice». <<

[34] Sobre el *Risâle* de Koçi Beg, véase Fodor, «State and society», pp. 231-232; Murphey, «The Verliyüddin Telhis»; y *EI*, II, «Koçi Beg» (en línea); sobre cómo Murad actuó conforme a este consejo, *véase capítulo 7, más adelante*; sobre las fetuas (siempre muy breves, a menudo un simple «sí» o «no», a diferencia de las opiniones similares emitidas por los confesores de los Austrias españoles, mencionadas más adelante), véase Imber, *Ebu's-su'ud*, pp. 7, 29, 55; y *EI*, voz «Fetua». <<

[35] Brown, «Tsar Aleksei», p. 140, citando a Gregori Karpovich Kotoshikin, un empleado de la Cancillería de Asuntos Exteriores que renunció a su puesto en 1664 y escribió unas memorias sobre el gobierno ruso; otros detalles se han tomado de Rowland, «Moscow», pp. 603-609, y Baehr, *The paradise myth*, pp. 25-33. <<

[36] McIlwain, *The political works of James I,* pp. 307-308, discurso al Parlamento, 31 de marzo de 1609; Forster, *The temper*, p. 9: sermón funerario por George de Hessen-Darmstadt en 1661; Cardin Le Bret, *De la souveraineté du roi*, p. 1, y pp. 193-195; Cristina, *Apologies*, p. 320 («Les sentiments»). <<

[37] Mormiche, *Devenir prince*, p. 232 (sobre Renania) y p. 231 (tras leer las *Mémoires* de Commynes sobre el reinado de Luis XI). Mormiche estudió la educación de unos cuarenta miembros de la familia real francesa. Véase también Hoffman, *Raised to rule*, sobre la educación de una docena de monarcas de los Austrias españoles. <<

[38] Mormiche, *Devenir prince*, pp. 278, 290-291, 472 (nótese que el nieto de Luis, el futuro Felipe V de España, redactó un cuadernillo titulado *Don Quixote de la Mancha*, volume V). <<

[39] Íbidem, p. 213, citando al preceptor del heredero de Luis XIV, y p. 215 sobre la escrófula. Sólo los monarcas ingleses «tocaban» también públicamente a los afectados por «el mal del diablo». <<

[40] Íbidem, p. 427, citando al duque de Montausier, más conocido por purgar más de sesenta libros de fragmentos que consideraba inapropiados para el príncipe y marcarlos con *Ad usum Delphini* («Para uso del Delfín», una frase que todavía se sigue utilizando peyorativamente en Francia para indicar algo que ha sido innecesariamente censurado), y p. 242 (la historia escrita por el Delfín sobre la campaña de 1672). Véanse también pp. 241-242, sobre los programas educativos presentados a Luis por Bossuet en 1679 y por Fénelon en 1695. <<

[41] Weiss, «Die Vorgeschichte», p. 468, Federico a Isabel, su esposa, 19 de agosto de 1619; Green, *The letters*, p. 70, Enriqueta María a Carlos, 11 de mayo de 1642 (N. S.); Burnet, *Memoirs*, p. 203, Carlos a Hamilton, diciembre de 1642; Halliwell, *Letters*,

II, pp. 383-384, Carlos al príncipe Ruperto, hijo de Federico e Isabel, el 31 de julio de 1645. <<

[42] Ejemplos de Polleross, *Das sakrale Identifikationsporträt*, II, #420#502, y especialmente láminas 25, 66, 103 y 158. <<

[43] Brown, «Tsar Aleksei», p. 140, citando a Kotoshikin. Sobre los confesores, véase García García, «El confesor fray Luis de Aliaga»; sobre las juntas de teólogos, véase AGS, *Estado* 8341/70-1 (la boda española); Straub, *Pax et Imperium*, pp. 212-213, n. 11 (protestantes franceses); Elliott, *Olivares*, pp. 340-341, 366, 416-418 (Mantua); Maffi, «Confesionalismo», pp. 479-490 (Valtelina); y Hugon, *Naples*, pp. 238-239, Felipe IV a Oñate, 6 de abril de 1648. En el capítulo 8 se ofrecen ejemplos de las consultas de Fernando II y Maximiliano de Baviera sobre política. Beik, *Louis XIV and absolutism*, pp. 170-171, publica una curiosa carta de 1675 en la que el obispo Bossuet advertía al rey de que a menos que cesara su infidelidad sexual, «no había esperanza de salvación». <<

[44] Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, I, p. 155, memorial del 26 de julio de 1626; Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, p. 486, Felipe IV a De Haro, 21 de octubre de 1652 (el día que se enteró de la rendición de Barcelona). <<

[45] Bergh, *Svenska riksrådets protokoll*, XIII, p. 17, debate del 21 de febrero de 1649, O. S.; Cristina, *Apologies*, p. 345 («Les sentiments», #266). En 1638 Gabriel Naudé, más tarde consejero de Cristina, había afirmado que la religión servía como «pretexto» para la actuación política: *Considérations politiques*, pp. 148-151; también lo hizo el marqués de Hamilton. <<

[46] Fernández Álvarez, *Corpus documental*, II, p. 104, Felipe IV a don Gabriel Trejo Paniagua, copia (cursivas, texto subrayado en el original); Seco Serrano, *Cartas*, II, pp. 42, 48, Felipe IV a sor María, 11 de enero y 19 de marzo de 1656. <<

[47] Jansson y Bidwell, *Proceedings in Parliament 1625*, p. 29, discurso de Carlos I al Parlamento, 18 de junio de 1625; Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, II, pp. 21-22, preguntas de Olivares y respuestas de Felipe IV, 17 de junio de 1629. <<

[48] Mormiche, *Devenir prince*, p. 306, Luis a la princesa palatina, 23 de agosto de 1693; Rodger, *The Command*, pp. 66-67, citando a *sir* William Coventry. <<

[49] Desmarets de Saint-Simon, *Europe*, pp. 16-17. La obra, al parecer encargada por Richelieu, fue representada por primera vez en noviembre de 1642: véase Lacour, *Richelieu dramaturge*, pp. 141-165. <<

[50] Pursell, *Winter King*, p. 226, Rusdorf a Federico V, 13 de agosto de 1624, comunicando las opiniones de *sir* Edward Conway. <<

[51] AHN, *E* libro 714, sin foliar, consulta del Consejo de Estado, 19 de octubre de 1629 (voto del marqués de los Gelves); BRB, ms. 16 147-48/139-40, marqués de Aytona a Olivares, 29 de diciembre de 1633; AGRB, *SEG* 332/75, el conde de Oñate al cardenal infante, 8 de agosto de 1634. <<

[52] Ambos citados en Odhner, *Die Politik Schwedens*, p. 5. <<

[53] Peter Loofeldt, «Initium Monarchia Ruthenicae» (en esta ocasión, prevaleció el sentido común y el zar no «desenvainó la espada»: *véase capítulo 6, anterior*); Scriba, «The autobiography», p. 32; Morrice, *Entring book*, IV, p. 335. <<

[54] Knowler, *Strafforde*, II, p. 243, Hopton a Wentworth, Madrid, 14-24 de noviembre de 1638; *APW*, serie II, B, IV, pp. 579-581, Luis XIV [Mazarino] a sus «plenipotenciarios» en Münster, 14 de octubre de 1646. Véase la actitud similar de los ministros españoles en 1665, negándose a negociar con Portugal, porque «no es razón abandonar tantos tesoros como ha costado». <<

[55] Zaller, «Interest of State», p. 151, Digby a Aston, 15 de diciembre de 1620, O. S. El embajador escribió esto justo después de que las fuerzas españolas hubieran ocupado el Palatinado renano, que pertenecía al sobrino de Jacobo I. <<

[56] Séré, «La paix», p. 255, Hugues de Lionne a Mazarino, 10 de julio de 1656, citando a De Haro. <<

[57] *APW*, serie II, B, V, p. 1151, Luis XIV a sus plenipotenciarios, 26 de abril de 1647, redactado por Mazarino; *Co. Do. In.*, LXXXIII, pp. 312-314, Peñaranda a Caracena, gobernador de Lombardía, 27 de junio de 1647; y p. 334, Peñaranda al marqués de Castel Rodrigo, gobernador general de los Países Bajos españoles, 12 de julio de 1647. <<

[58] Fletcher, «Turco-Mongolian monarchic tradition», pp. 238-239. <<

[59] Los Safavid también adoptaron los sistemas de la «jaula» y el «esclavo» en el siglo XVII, pero sin generar la misma inestabilidad que los otomanos: *véase capítulo 14, más adelante*. Muchos comentaristas políticos musulmanes eran partidarios del asesinato de todos los parientes varones cuando un soberano accedía al trono: véase Alvi, *Advice*, p. 22. <<

[60] Romaniello, «Ethnicity», y Goffman y Stroop, «Empire as composite», sostienen que los imperios ruso y otomano (respectivamente) eran Estados compuestos. Véase también Elliott, «A Europe of composite monarchies». <<

[61] Álvarez, «El papel de la endogamia». <<

[62] Anónimo (probablemente James Howell), *The times dissected*, sig. A2. <<

[63] Bacon, *Essayes*, p. 46 (trad. cast.: *Ensayos*, Orbis, Barcelona, 1985). El magistrado chino Huang Liuhong utilizó exactamente el mismo símil para describir el peligro de tolerar el desorden político: «Cuando el odio acumulado de la gente hacia su magistrado alcanza el punto de ebullición, puede producirse una re-

vuelta que ponga en peligro la seguridad del Estado» (Bailey, «Between the lines», p. 56, citando a Huang, *A complete book concerning happiness*, [libro sobre la felicidad y la benevolencia] basado en su experiencia como magistrado en Shandong entre 1674 y 1699). Este párrafo está en gran parte inspirado en conversaciones con Daniel Nexon y Leif Torkelsen. <<

[64] Burnet, *The memoires*, pp. 55-56, Carlos a Hamilton, 11 de junio de 1638; Elliott, *La rebelión de los catalanes*, p. 333, Olivares a Santa Coloma, virrey de Cataluña, 7 de octubre de 1639. <<

[65] Los favoritos habían existido en períodos anteriores —Haman en el Libro de Esther, Sejano en la época de Tiberio, Álvaro de Luna y Piers Gaveston en la Edad Media— y muchos en el siglo XVII se habían hecho eco de sus fechorías; pero, salvo en el Imperio otomano, fueron más numerosos entre la década de 1590 y 1660 que nunca antes o después. <<

[66] Bidwell y Jansson, *Proceedings in Parliament, 1626,* II, pp. 220-224, discurso de *sir* John Eliot en la Cámara de los Comunes el 10 de mayo de 1626. Carlos irrumpió inmediatamente en el Parlamento para protestar ante la comparación, porque si Buckingham era Sejano «implícitamente [Eliot] le estaba comparando a él mismo con Tiberio», el emperador durante cuyo reinado Cristo había sido crucificado (ibídem, p. 235). Sobre Buckingham, *véanse capítulos 11 y 18, más adelante*. <<

[67] *ODNB*, voz «Francis Russell», cuarto conde de Bedford (1587-1641), por Conrad Russell, citando el Commonplace Book (el propio Bedford citaba a su vez al teórico político español Juan de Mariana, S. J.). <<

[68] Cristina, *Apologies*, p. 142 (de su *Ouvrage du loisir* de la década de 1680); Contamine, *Histoire militaire*, I, pp. 391-392 (cálculo de André Corvisier); Begley y Desai, *Shah Jahan Nama*, p. XVI, n. 10; Wu, *Communication and imperial control*, p. 16; Spence, *Emperor of China*, p. 46. <<

[69] Major, «The crown», p. 639: citando al padre José; Elliott, *El condeduque*, pp. 64-65, conversación atribuida a Olivares y Uceda, hijo y sucesor del duque de Lerma, favorito de Felipe III durante veinte años. <<

[70] Ogilvie, «Germany and the seventeenth-century crisis», p. 68. Benigno, *Specchi della Rivoluzione*, pp. 100-103, también sugiere que era la forma tanto como el contenido lo que hacía tan odiados a los favoritos. <<

[71] Cressy, «Conflict», pp. 134, 137-139. Véase el uso de la metáfora (y la necesidad) de «hacer la vista gorda» en una preocupada carta a Carlos I de 1638. <<

[72] Ras, *Hikajat Bandjar*, p. 329. El rey quería que todo el mundo siguiera la forma de vestir (y otras costumbres) de Java. <<

[73] Rodger, *The command*, p. 67, citando a *sir* William Coventry, secretario de Jacobo, duque de York, y más tarde lord del Almirantazgo y principal defensor de la guerra. <<

[1] Bacon, *Essayes*, p. 47 (publicado por primera vez en 1612). <<

[2] Manuel de Melo, *Historia*, pp. 25, 22; AMAE (M), ms. 42/15-16v, Chumacero a Felipe IV, 22 de octubre de 1647, y ff. 45-48, consulta, 10 de septiembre de 1647; Bercé, «Troubles frumentaires», p. 772, citando *rumore del popolo* en Fermo y otras ciudades vecinas en 1648; Wildman, *Truths triumph*, pp. 4-5; Sibbald, *Provision for the poor*, p. 1. Cursiva añadida. <<

[3] Véanse detalles en Parry, «Climatic change», y Dodgshon, «La Pequeña Edad de Hielo» (citando al marqués de Lorne, cuya familia era la dueña de Kintyre). Ambos artículos contienen sorprendentes mapas y tablas. <<

[4] Sobre las ratios de producción, véase Aymard, «Rendements», pp. 483-487, e ídem, «Rese e profitti», p. 436; sobre Leonforte, véase Davies, «Changes», pp. 393-397; y Ligresti, *Sicilia moderna*, p. 108. <<

[5] *SCC*, IV, III, p. 245, citando a Yan Sengfang, *Shang ting chi*. Véase también la exposición «Internal frontiers and intensified land use in China» en Richards, *Unending frontier*, pp. 112-147. <<

[6] Ince, *Lot's little one*, pp. 92-94; Jacquart, «Paris», p. 108; Wrigley y Schofield, *Population history*, pp. 79, 80, 168; Woods, *Death before birth*, pp. 95-96, 194, 196 (todas estas series de datos alcanzaron sus cotas máximas en la segunda mitad del siglo XVII). <<

[7] McIlwain, *Political works of James I,* pp. 343-344, discurso a la Star Chamber. El rey afirmaba que, en este punto, Inglaterra seguía «la moda de Italia, especialmente de Nápoles». <<

[8] Jonson, *Epigrams*, CXXXIV, «On the famous voyage» (1612); Howell, *Epistolae*, p. 25, al capitán Francis Bacon, París, 30 de marzo de 1630; Dunstan, «Late Ming epidemics», p. 7, citando a Xie Zhaozhe, *Wu za-zu* (1608). <<

[9] Keene, «Growth», pp. 20-21; Baer, «Stuart London», pp. 633-634, del «Settlement of tithes» de 1638. <<

[10] Wakeman, *The Great Enterprise*, pp. 455; Nef, *The rise*, pp. 282-297 (cita del embajador veneciano en Londres, 15 de julio de 1644); Davenant, *The first days*, pp. 54-55 y 84 (1656). El caso de París era similar: Newman, *Cultural capitals*, p. 12. <<

[11] Citas de Evelyn, *Fumifugium*, pp. 5-16. Véase también Jenner, «The politics of London air». <<

[12] Foster, *The voyage of sir Henry Middleton*, pp. 97-98 (Edmund Scott, «Exact discourse of the sublities… of the East Indians»). En Asia oriental, tanto consideraciones religiosas como médicas recomendaban el uso de la madera en lugar de la piedra en la construcción de viviendas: véase Pomeranz, *Great divergence*, pp. 134-135. <<

[13] Friedrichs, *The early modern city*, p. 276; Jones, Porter y Turner, *A gazetteer*, tabla 6; Hessayon, *Gold tried in the fire*, pp. 4-5; Pepys, *Diary*, II, p. 128, entrada correspondiente al 30 de junio de 1661. Seaver, *Wallington's world*, pp. 54-56, señala con cuanta frecuencia Nehemiah Wallington informó de incendios importantes a mediados del siglo XVII (y, como buen calvinista, se regodeó cuando dichos incendios consumieron las propiedades de los pecadores que infringían el sabbat). <<

[14] Pepys, *Diary*, VII, pp. 267-279, aportó un memorable testimonio presencial. Mauelshagen, *Klimageschichte*, pp. 127-129, documenta la anomalía climática del verano de 1666 y la prevalencia de los incendios urbanos en Europa. <<

[15] RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, sin foliar, Pommerening a Cristina, 16 de julio de 1648; N. S. Ellersieck, «Russia», pp. 264, 343, 353 expone la frecuencia y las causas de los numerosos incendios en el Moscú de mediados del siglo XVII; Bernier, *Travels*, p. 246, describió el incendio de Delhi; Mantran, *Istanbul*, p. 36, enumera todos los incendios del siglo XVII. <<

[16] McClain, *Edo and Paris*, p. 106, citando a Asai Ryôi, *Musashi abumi*; Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XII, p. 294, 2-9 de marzo de 1657 (entradas del diario de Zacharias Wagenaer) y p. 337 (12 de abril de 1658), número total de víctimas mortales. <<

[17] Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XII, p. 338, registra el fuego de febrero de 1658; ídem, XIII, pp. 7-10, el de 1661, y p. 247, el de 1668. Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XII, p. 247, sobre la frecuencia de los incendios en Edo. <<

[18] En julio de 2010, este «núcleo» de Hitotsubashi estuvo expuesto en el museo de Edo-Tokio, en Tokio, donde se mostraban también tres ilustraciones del fuego de Meireki, incluida la de Wagenaer. <<

[19] Jones, Porter y Turner, *A gazetteer*, p. 13; Stoyle, «Whole streets converted to ashes», p. 141 (Exeter). Allemeyer, «Dass es wohl recht ein Feuer», enumera los incendios en otras ciudades europeas de principios de la Edad Moderna. <<

[20] Müller, *Der schwedische Staat*, pp. 237-238 (Mainz); Ogilvie, *Germany*, pp. 236, 241 (Núremberg); Sparmann, *Dresden*, p. 15; Rizzo, «Un economia in guerra», e ídem «Haver sempre l'occhio all'abbondanza» (Pavía); SIDES, *La popolazione*, pp. 43-47, y Externbrink, «Die Rezeption des Sacco di Mantova» (Mantua); y Clark y Lepetit, *Capital cities*, pp. 205-207 (Varsovia). Para el ejemplo de Magdeburgo, *véase capítulo 4, más adelante*. <<

[21] Mote, *Imperial China*, pp. 800, 1036, n. 52, citando la crónica de Wen Bing sobre Kaifeng, escrita en torno a 1645. <<

[22] Boyer, *La gran inundación*; Hoberman, «Technological change»; y Gibson, *Aztecs*, pp. 236-242, 305-306 (sobre México); Prieto, «The Paraná river floods» (sobre Santa Fe); Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, pp. 406-408 y 441-442, y Garnier, *Les dérangements*, p. 85 (sobre las inundaciones del Sena); Gottschalk,

Stormvloeden, III, pp. 166-168 (sobre 1651, con grabado) y pp. 234-255 (con mapas). Véase también Brázdil, *Hydrological sciences journal*, LI/5 (2006), pp. 733-985, una edición especial sobre «hidrología histórica», con numerosos artículos sobre inundaciones en la Europa de principios de la Edad Moderna. <<

[23] Elvin, «Market towns», pp. 446-447, citando la gaceta del condado de Jiading; sobre sus efectos, *véase capítulo 1, anterior, y capítulo 5, más adelante*. Un funcionario de la provincia de Zhejiang expresó temores similares en la década de 1660: «On the fluctuations», pp. 77-78. <<

[24] Mantran, *Istanbul*, p. 181; Inalcik y Quetaert, *An economic and social history*, pp. 179-182; Murphey, «Provisioning Istanbul»; Mikhail, *Nature and Empire*, pp. 103-113. Sobre la sequía de Egipto, *véase capítulo 7, más adelante*. <<

[25] AHN, *Consejos* libro 1218/118 (extensión del área del pan de registro, 4 de julio de 1630); y 1229/681 (cuota de pan de cada casa, 19 de octubre de 1644). Véase también Bernardos Sanz, *Trigo castellano*. <<

[26] AMAE (M), ms. 42/7, 11 y 15-16v, Chumacero a Felipe IV, 6 de febrero y 20 de mayo de 1647. <<

[27] AHN, *Consejos* 7225/15, Consejo de Castilla a Felipe IV, 25 de mayo de 1647 (no hay venta de pan en Madrid y compras de emergencia en Zamora); *Consejos* libro 1232/20 (abolición de todas las exenciones, 23 de febrero de 1647), 89 (aplicación de la recogida, 18 de junio de 1647) y 765 (petición de una reducción en la nueva cuota del pan desestimada con la lapidaria frase «no ha lugar», 30 de septiembre de 1647). <<

[28] Pese a las críticas hacia el modelo económico vertidas por G. William Skinner (véanse sus artículos «Marketing» y «Cities», tan bien resumidos por Eastman, *Families*, p. 255, nn. 21-23) el concepto de *macrorregión* me parece más plausible que los de *cen-*

tro y *periferia* de Wallerstein, *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1979. <<

[29] Warde, «Subsistence», pp. 300-301. <<

[30] Perkins, *Agricultural development*, pp. 333-344, ofrece estadísticas basadas en más de 5000 entradas fechadas en las secciones de «control de aguas» de las gacetas chinas (de un total de 50 000 entradas); Yamamura, «Returns on unification», pp. 331-333, detalla los proyectos japoneses. <<

[31] Marks, *Tigers*, p. 112 (citas ambas referentes al área de la provincia de Cantón en 1625-1626). <<

[32] Bray, *Technology and gender*, pp. 228-229, citando a un gacetero de 1660 sobre la ciudad de Luzhou; *véase capítulo 13, más adelante*, sobre Gujarat. Sobre los frágiles fundamentos de la producción de azúcar en China, véase Mazumdar, *Sugar and society*. <<

[33] Mazumdar, *Sugar and society*, pp. 188-189, y otros han sostenido elocuentemente que los trabajadores del Asia oriental tendían a aumentar la producción aportando trabajo más que capital; pero la producción de la seda, el algodón y otros cultivos comerciales seguía requiriendo muchos más bienes de equipo que la de arroz, trigo o pescado. <<

[34] Kishimoto, *Shindai Chûgoku*, p. 29, refiriéndose a la economía china de principios de la Edad Moderna. <<

[35] Van der Capellen, *Gedenkschriften*, I, p. 232 (donde también hace mención a la carestía, la peste, inundaciones y revueltas urbanas). Datos de Snapper, *Oorlogsinvloeden*, p. 71; Gutmann, *War*, p. 233; e Israel, *The Dutch Republic and the Hispanic world*, pp. 150-152 (trad. cast.: *La república holandesa y el mundo hispánico, 1606-1661,* Nerea, San Sebastián, 1996). <<

[36] Lu, *Sources of Japanese history*, I, pp. 216-218, publica algunos de los «decretos de exclusión»; Tashiro, «Foreign relations», pp. 292-293, ofrece detalles sobre quién podía comerciar y

quién no. Tashiro, «Tsushima», p. 97, n. 33, menciona la orden para aumentar las importaciones de seda vía Corea y Tsushima. <<

[37] HAG, ms. 488/13v, el virrey al capitán general de Macao, 17 de abril de 1640 (sobre la pérdida de comercio); Atwell, «The seventeenth-century crisis», pp. 232-233. <<

[38] *Diaries kept by the heads of the Dutch factory*, IV, pp. 190-191, entrada correspondiente al 27 de abril de 1640 (sobre la huida y el suicidio de los comerciantes de seda de Osaka); HAG, ms. 1163/206-7v, asiento del Consejo de Finanzas, Goa, 9 de febrero de 1642, sobre qué hacer con los 800 000 *taeis de prata corrente pertenhentes aos japões*. <<

[39] La decisión de los Qing de despoblar las regiones costeras del sureste de China entre 1661 y 1683 ofrece otro ejemplo de una catástrofe causada por el hombre que, en palabras de un contemporáneo, provocó «la mayor conflagración y estragos que el mundo ha conocido nunca»: Marks, *Tigers*, p. 152. <<

[40] Subrahmanyam, *Money and the market*, p. 48, citando un poema de Mulla Qudrati. <<

[41] Von Glahn, *Fountain of fortune*, pp. 176-181, 196-198, 205-206. <<

[42] Kishimoto, «Comments», durante una conferencia en la International House of Japan, Tokio, 16 de julio de 2010. <<

[43] Nakayama, «On the fluctuation of the price of rice», pp. 76-77 (citando un diario de la época); Kishimoto, «The Kangxi depression», p. 231, citando a Tang Zhen. Cálculos y aforismo en Marks, *Tigers*, pp. 154-160. <<

[44] Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote*, segunda parte, capítulo 20. <<

[45] Weisser, *The peasants of the Montes*, pp. 38-42. <<

[46] Hindle, «Exhortation», p. 119; ídem, *On the parish*, pp. 22-25. La situación mejoraría más tarde: *véase capítulo 21, más*

adelante. <<

[47] Gutmann, *War and rural life*, p. 165 (Sint-Truiden), p. 199 (Emael) y pp. 84-86 (recibos del diezmo de catorce parroquias del valle del Bajo Maas, cerca de Lieja y Maastricht). Para datos similares de Alemania, *véase capítulo 8, más adelante*. <<

[48] Smith, «Benevolent societies», pp. 325-327; ídem, *The art of doing good*, pp. 97-99, citando a Chen Longzheng. <<

[49] Spence, *Death of woman Wang*, pp. 4-14, y p. 42 citando la gaceta del condado de 1673 (trad. cast.: *La muerte de la mujer Wang*, San Sebastián, Nerea, 1990) y Huang Liuhong, *Fuhui quanshu [Libro sobre la felicidad y la benevolencia]*. <<

[50] Ono, *Enomoto Yazaemon*, p. 35; Mortimer, *Eye witness accounts*, pp. 77-78, citando a Hans Conrad Lang, de las cercanías de Ulm, en 1635; Roupnel, *La ville*, pp. 31-33 (citando a Girardot de Nozeroy, *Histoire de dix ans de la Franche Comté de Bourgogne 1632-1642*); Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 185, citando al pastor Minck, de los alrededores de Darmstadt, en torno a 1650, y pp. 22-23, citando a Sebastian Bürster, monje residente cerca de Überlingen, en 1647. <<

[1] Agradezco a Matthew Connelly, Eve Levin, Pamela McVay y Kenneth Pomeranz su ayuda en la preparación de este capítulo. Mi agradecimiento también a Peter Laslett y Tony Wrigley por alertarme sobre la importancia de la historia demográfica durante el primer trimestre de mis estudios de posgrado en 1965. Este capítulo se centra en las tendencias demográficas en áreas que sufrieron de lleno el impacto de la Pequeña Edad de Hielo y la Crisis General, básicamente en Europa y Asia. En el capítulo 15 analizo la diferente experiencia demográfica de Australia, África y las Américas. <<

[2] Jacquart, «La Fronde», p. 283, sobre Francia; Telford, «Fertility», pp. 7073, y Beattie, *Land*, pp. 47, 133, sobre Jiangnan. Véase también sobre el condado de Tancheng y citas. <<

[3] Donne, *Devotions*, XVII: «La muerte de cualquier hombre me disminuye, porque formo parte de la humanidad, por tanto, nunca preguntes por quién doblan las campanas: doblan por ti». Kate Epstein me recuerda que dado que Donne escribió estos versos en 1621-1623, unos años de alto índice de mortalidad en Londres, debió de escuchar doblar las campanas muchas veces. <<

[4] Flinn, *Scottish population history*, p. 130 (petición de los ministros de Orkney al Privy Council, 1634); Questier, *Newsletters*, p. 85. John Southcot a Peter Biddulph, 11 de mayo de 1632, con notas, pp. 251-252; Sym, *Life's preservative against self-killing*, «Preface» (por William Gouge, un famoso pastor protestante), y p. 124. <<

[5] Cifras de MacDonald y Murphy, *Sleepless souls*, pp. 252-253 , 260-267. Nicholas Rodger, que ha enumerado los Eastern Circuit Assize Records del reinado de Carlos II, señalando que «en los difíciles años de mediados de 1660, tanto el suicidio como el infanticidio aumentaron acusadamente». Mi agradecimiento por haber compartido conmigo esa información. <<

[6] Houston, *Punishing the dead*?, tablas 1, 2 y 4; Behringer, *Kulturellen Konsequenzen*, p. 259. Agradezco a Rab Houston su sugerencia de que el aumento en los suicidios registrados puede reflejar una mayor «visibilidad», además de un aumento de las cifras: en tiempos de penuria, es más probable que una investigación judicial emita un veredicto de suicidio si (por ejemplo) se encuentra una persona ahogada en un canal de agua. <<

[7] Detalles en Meyer-Fong, *Building culture*, pp. 17-18 (donde se citan las listas de suicidios en una gaceta de 1675). <<

[8] Fong, «Writing from experience», pp. 269-271. Ídem, «Signifying bodies», pp. 116-121, narra la igualmente desgarradora historia de Du Xiaoying, de Hunan, que cometió suicidio a la edad de dieciséis años tras ser capturada por las tropas de los Qing. Podía haberse ahogado sin más, escribió, pero primero quiso escribir su epitafio: sus dieciséis «poemas sobre el final de la vida» fueron su último acto. <<

[9] Peterson, «The life», p. 142. Véase más sobre esta historia en ibídem, pp. 242-243. <<

[10] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 64-65 (ejemplo de Liaodong); Struve, *Voices*, p. 31 (dos cartas de Shi Kefa). <<

[11] Struve, *Voices*, p. 34 (Wang) y p. 30 (evaluación de Struve). La esposa de Wang intentó suicidarse dos veces. <<

[12] Meyer-Fong, *Building culture*, pp. 17-18 (citando casos a partir de las listas de suicidios de Yangzhou en una gaceta de 1675). Véanse más ejemplos en Ho, «Should we die?», pp. 125-136; Mann, *Precious records*, p. 25; y Ko, *Teachers*, pp. 130-135, 185-187. <<

[13] Ho, «Should we die?», p. 136, citando a Qian Xing, *Jiashen zhuanxin lu;* Spence, *Death of woman Wang*, pp. 9, 14, de las memorias del magistrado Huang Liuhong, publicadas en 1694. Elvin, «Female virtue», p. 128, comenta el edicto de 1688. Para

más información sobre las personas que cometieron suicidio en la década de 1640 y las que no, *véase capítulo 5, más adelante*. <<

[14] Cherniavsky, «The Old Believers», figura p. 21. *Véase también el capítulo 6, más adelante*. <<

[15] Major, *Sati*, p. XXVIII; Temple (ed.), *The travels of Peter Mundy*, II, pp. 34-36. Banerjee, *Burning women*, comenta la descripción del *suttee* realizada por Mundy y otros 42 viajeros occidentales que visitaron la India entre 1500-1712, y reproduce siete imágenes. <<

[16] Kolff y Van Santen, *De geschriften van Francisco Pelsaert*, p. 328 («D'welck in Agraa meest 2 a 3 maal des weecks geschiet»: Pelsaert pasó la mayor parte de la década de 1620 en Agra). Los británicos registraron casi 8000 inmolaciones sólo en Bengala entre 1815 y 1828 (el único período durante el que el gobierno llevó esta contabilidad): Major, *Sati*, pp. 281-282. <<

[17] Woods, *Death before birth*, 218, citando a Guillaume Mauqest de la Motte, *Traité complete des accouchements naturels* (1722). <<

[18] Nedham, *Medela medicinae*, p. 54. Miller, *The adoption of inoculation*, pp. 30-31, y Razzell, «Did smallpox reduce height?», pp. 353-354, citan a otros contemporáneos que pensaban que la viruela (y el sarampión) cobraron virulencia en el siglo XVII. <<

[19] Bamforth, *A royalist's notebook*, p. 23; Chang, «Disease». <<

[20] Gatta, *Di una gravissima peste*, p. 6; Corsini y Delille, «Eboli». <<

[21] Domínguez Ortiz, *La sociedad española*, p. 71. <<

[22] Levin, «Plague control in seventeenth-century Russia», cita estadísticas de un informe detallado archivado en diciembre de 1654 por el funcionario del Tesoro Kuzma Moshnin; Moote, *The great plague*, pp. 178, 258-261 (el *Boletín de Mortalidad* de esa semana contabilizaba 7156 muertos, pero excluyendo los entie-

rros de los que morían sin ser identificados o que no pertenecían a la Iglesia de Inglaterra). <<

[23] Véanse las tablas en Slack, *The impact*, p. 58; y Livi Bacci, «Chronologie», p. 433. Véanse tablas de frecuencia similares en Kostes, *Stom kairo*, pp. 366-373 (península balcánica); y Dols, «The second plague pandemic», p. 187 (Egipto, Palestina y Siria). <<

[24] Dunstan, «The late Ming epidemics»; Odorico, *Conseils et mémoires*, pp. 163-181. Parets, *Dietari*. En Cataluña, la sequía que destruyó la cosecha de 1650 y, por tanto, redujo drásticamente la semilla para la cosecha siguiente facilitó la devastadora peste de 1651. <<

[25] Foster, *The English Factories in India, 1630-1633*, pp. 165-166, funcionarios de la Compañía de las Indias Orientales en Surat a sus colegas de Bantam, 8 de septiembre de 1631; y p. 178, lo mismo a Londres, 9 de diciembre de 1631. <<

[26] Alfani, «Plague», pp. 18, 27 (la base de datos consiste en 124 registros parroquiales de 87 comunidades del norte de Italia, de las cuales sólo cinco escaparon al menos a una epidemia de peste en el siglo XVII); SIDES, *La popolazione*, pp. 86, 110-111, 253-256. <<

[27] Ansaldo, *Peste*, 48 (*«Plus a esté commis…»*, el 13 de junio de 1630), y pp. 199-202 (totales). <<

[28] Parets, *Dietari*, pp. 59-60: en la persona «con alguna tela o cinta en los brazos, pierna o cuello, donde llevaban escritos los nombres de sus padres para que pudiesen conocerlos cuando saliesen de allí. Pero apenas se salvó ninguno de los lactantes que allí llegaron». «También consideren a las pobres mujeres que entonces estaban preñadas, que de cada cien apenas se salvaron dos que no murieron, que si se encontraban en los últimos días antes de parir, no quedaba más remedio que encomendarse a Dios,

pues las mujeres no hacían más que parir y morir, y muchas de las criaturas se morían con ellas». <<

[29] Pérez Moreda, «La peste», pp. 14-23, ofrece evidencias que confirman que las mujeres morían con más frecuencia, como también lo hacían casi todos los que portaban los cadáveres (sobre todo, los retrasados mentales y los esclavos). <<

[30] Parets, *Dietari*, pp. 62-63: «Se me murió la mujer y un chico que andaba por los trece años y otro que tenía once y una niñita de un año que criaba mi mujer, que son cuatro personas, y todas se me murieron en menos de un mes». Véanse Betrán, *La peste*; y Garnier, *Les dérangements*, fig. 13 (sobre la sequía). <<

[31] Hastrup, *Nature*, pp. 234-235; Galloway, «Annual variations», pp. 498-500; Wrigley y Schofield, *Population history*, p. 398; Patz, «The effects», pp. 281-289; Cullen, *Famine in Scotland*, pp. 143-145. <<

[32] Schaufler, *Die Schlacht*, p. 7, citando al general Johann Werth. La película española *Alatriste* (Agustín Díaz Yanes, 2006) termina con un conmovedor retrato de este episodio. <<

[33] Rodger, *The command*, p. 73 (citando a un oficial que sobrevivió a la batalla de los Cuatro Días, que Rodger considera «la mayor batalla de la era de la navegación a vela»), p. 214 (bajas) y p. 101, del comisionado Taylor a Samuel Pepys, Harwich, 4 de abril de 1667. <<

[34] Hutchinson, *Memoirs*, p. 208; Carlton, *Going to the wars*, pp. 173-179, ofrece estos y otros ejemplos. Véanse también los estremecedores estudios de casos de violencia militar durante el siglo XVII en Meumann y Niefanger, *Ein Schauplatz herber Angst*. <<

[35] *Quatre dialogues de paysans*, pp. 67-68, de «L'entre-jeux de paysans», una obra de teatro breve impresa en Lieja en torno a 1635. Agradezco a Myron Gutmann haberme llamado la atención sobre él. Para otros ejemplos, *véase capítulo 2, anterior*. <<

[36] Ayala, *De iure*, 1.2 (edición en inglés, I, pp. 10-11). Véase también Gentili, *De iure belli*, 3.7 (edición en inglés, II, 320). <<

[37] Pascal, *Pensées: «Les hommes ne font jamais le mal si complètement et joyeusement que lorsqu'ils le font par conviction religieuse»* (trad cast.: *Pensamientos*, Madrid, Espasa, 2001). Sobre Magdeburgo, véase Mortimer, *Eyewitness accounts*, pp. 67-70 (donde se pone de relieve la *velocidad* de la destrucción); Kaiser, «Excidium Magdeburgense»; Droysen, «Studien»; Cunningham y Grell, *Four horsemen*, pp. 175-182. <<

[38] Josué, 6, 21. Hale, «Incitement to violence», destaca la frecuencia con la que muchos de los que perpetraban estas atrocidades militares se justificaban a partir de los abundantes precedentes y mandatos que encontraban en el Antiguo Testamento. <<

[39] Carlton, *Going to the wars*, pp. 178-179, citando relatos contemporáneos del asedio de Basing House. Se mencionan otras atrocidades, especialmente en China, Alemania y Nueva Inglaterra, *capítulos 5, 8 y 15, más adelante*. <<

[40] Abbott, *Writing and speeches*, II, p. 127, Cromwell al portavoz Lenthall, 17 de septiembre de 1649 (Cromwell prefirió no explicar por qué sus tropas mataron a muchos civiles «no levantados en armas», o por qué permitió que la carnicería continuara mucho después de que pasara «el fragor de la lucha», especialmente sabiendo que la mayoría de los defensores eran protestantes). <<

[41] Datos de Lindegren, «Men, money and means», pp. 133, 140-141; ídem, «Soldatenleben», pp. 142-143; Jespersen, *A revolution from above*?, pp. 279-296; y Lappalainen, «Finlands contribution», figura 9. <<

[42] *HMC Ormonde*, n. s. II, pp. 130-131, magistrado del Alto Tribunal de Justicia a los comisionados irlandeses, 7 de junio de 1642. Para otros ejemplos de mujeres como objetivo de las tropas, *véase capítulo 2, anterior*. <<

[43] Ogilvie, *A bitter living*, pp. 220-222; Roupnel, *La ville*, pp. 91-92; Lindegren, «Men, money and means», pp. 156-157; Ailes, «Wars, widows» (donde constan casi 250 peticiones de viudas de guerra correspondientes a un período de cinco años). <<

[44] Ogilvie, *A bitter living*, p. 1, citando el caso de Catharina Schill, «una pobre mujer» (*ein arme Frau*) que en 1654 «con sólo un campo pequeño debe ganarse la vida amargamente» (*müesse sich seürlich nehren*); Rublack , *Crimes of women*, pp. 144-145. <<

[45] Hufton, *The prospect before her*, p. 81. <<

[46] Moncada, *Restauración*, pp. 135-138; Anes Álvarez, *Memoriales y discursos de Francisco Martínez de Mata*, pp. 219-220. <<

[47] Wrigley, *People, cities and wealth*, 240 (trad. cast.: *Gentes, ciudades y riqueza*, Crítica, Barcelona, 1992); Hindle, «The problem of pauper marriage»; Wrightson, *Earthly necessities*, pp. 222-223 (basado en las reconstrucciones del Cambridge Population Group). <<

[48] Mauriceau, *The diseases of women with child*, p. 287; Goubert, *Beauvais*, pp. 48-54. <<

[49] Galloway, «Secular changes in the short-term». <<

[50] Capp, *Gossips*, 37. Los datos demográficos sugieren que las clases altas de Ginebra y Zúrich comenzaron con la planificación familiar en el siglo XVII (Von Greyerz, «Switzerland», p. 134), pero al parecer constituyeron un caso único. <<

[51] Lee y Wang, *One quarter*, pp. 10, 99. Nótese, sin embargo, que Lee y Wang derivaban la mayoría de sus datos del Bajo Yangtsé, al sureste y el sur de Manchuria, donde estas extensas familias controlaban muchos recursos y contaban, por tanto, con más palos y más zanahorias para intimidar a las parejas que en otras regiones, donde las «familias nucleares» probablemente gozaban de mayor autonomía (agradezco a Kenneth Pomeranz esta puntualización). <<

[52] Ko, *Teachers*, pp. 261-263, describe el mercado de mujeres de Yangzhou y cita también el poema. Elvin, «Female virtue», pp. 112-114, cita un poema similarmente repugnante de Jiangnan sobre educar a las hijas explícitamente para ser prostitutas. <<

[53] Bray, *Technology and gender*, p. 289; Lee, Wang y Campbell, «Infant», pp. 405, 408, 410-411; Lee y Wang, *One quarter*, pp. 47-51, 98, 107-108. <<

[54] Waltner, «Infanticide and dowry», p. 201, citando la gaceta de 1625 del condado de Fuqing; Elvin, «Unseen lives», pp. 145-146, poema de Wu Zhao, de Jiangxi. El infanticidio femenino también fue común en Tokugawa, Japón: *véase capítulo 16, más adelante*. <<

[55] Kaiser, «Urban household composition», basado principalmente en inventarios de hogares urbanos; y Levin, «Infanticide». <<

[56] Ransel, *Mothers of misery*, pp. 25, 269-271. <<

[57] Patin, *Lettres*, III, p. 226, carta a André Falconet, 22 de junio de 1660 (una estadística surgida a raíz de la muerte de una eminente dama de la corte que había ido a ver a una partera para que le practicara un aborto). Schiebinger, *Plants and Empire*, pp. 122-124, publica el consejo de algunos escritores del siglo XVII sobre cómo llevar a cabo abortos; Pollock, «Embarking on a rough passage», pp. 56-58, comenta algunos ejemplos. <<

[58] Soman, *Sorcellerie*, I, p. 797, y IV, p. 22. Los casos de infanticidio constituyen casi un tercio de todos los homicidios juzgados en los tribunales y, según Soman, el experto más destacado en la materia, suponer que los *parlements* y otras instancias de la Francia de principios de la Edad Moderna habían ejecutado a 5000 mujeres por infanticidio «sería una estimación más bien a la baja». <<

[59] *Statutes of the realm*, 21 Jac., I c. 27; Wrightson, «Infanticide» (los casos de infanticidio constituían casi una quinta parte de todos los homicidios juzgados por los tribunales de Essex entre 1624 y 1664); Gowing, «Secret births». <<

[60] William Shakespeare, *The tragical history of Hamlet, prince of Denmark* (c. 1600), acto 3, escena 1; Hamlet, simulando locura, le dice a su amada Ofelia: «Vete a un convento, ¿para qué te has de exponer a ser madre de hijos pecadores?» (trad cast.: *Hamlet*, Nórdica Libros, Madrid, 2009). <<

[61] Un censo de todos los religiosos varones de Italia y sus islas adyacentes (Córcega, Cerdeña y Sicilia) llevado a cabo en 1650 arrojó una cifra de casi 70 000 monjes y frailes (en más de 6000 conventos): Boaga, *La soppressione*, p. 150. Dado que la mayoría de las ciudades registraban un número igual o superior de mujeres en las órdenes sagradas (aunque en un número inferior de conventos), la cifra global de monjas italianas era probablemente el mismo. He calculado el porcentaje de religiosas respecto a la población urbana total dividiendo este último entre dos (aproximadamente la mitad de la población era femenina). <<

[62] También conocida como Galarana Baratotti o sor Arcángela Tarabotti, *La semplicità ingannata* y *L'inferno monacale*. Cita de los fragmentos traducidos en Dooley, *Italy in the Baroque*, p. 417. <<

[63] Los magistrados de Milán expresaron su preocupación ante el marcado aumento de mujeres jóvenes que fueron enviadas a conventos entre 1627-1632, unos años de hambrunas, peste y guerras. Véase Sperling, *Convents*, pp. 26-28; Vigorelli, *Vita e processo*, pp. 174-189; Zannetti, *La demografia*, p. 60; y Hunecke, «Kindbett oder Kloster», pp. 452-456. <<

[64] Sobre Madrid, Carbajo Isla, *La población*, pp. 257-267, más cálculos del número de expósitos bautizados registrados en AHN, *Consejos* 41. 391; sobre Sevilla, Álvarez Santaló, *Margina-*

ción social, p. 44 y gráfico en p. 47; sobre Londres, Fildes, «Maternal feelings», p. 143 (cita) y p. 156 (gráfico del total de expósitos y precios del pan). <<

[65] AHN, *Consejos* 41, 391, sin foliar, «Juez de comisión para la aberiguación de los fraudes que se an echo en [...] el ospital de los niños expósitos», todos de 1625-1628 (agradezco a Fernando Bouza haberme descubierto este volumen). Álvarez Santaló, *Marginación social*, p. 213, ofrece otro ejemplo de petición en primera persona (de Sevilla). <<

[66] Viazzo, «Five centuries», pp. 78-87, basado en los archivos del Spedale degli Innocenti, el primer hospital dedicado a niños expósitos en Europa. <<

[67] Sobre Escocia, véase Canny, *Europeans on the move*, pp. 80-85; Murdoch, *Scotland*, pp. 14, 19-20; y Cullen, *Famine in Scotland*, capítulo 6. Gordon, *Diary*, nombra a los casi 250 escoceses que se encontró en Polonia y Rusia entre 1655 y 1667. Sobre Portugal, quiero expresar mi agradecimiento a los demógrafos de la Fundación Gulbenkian de Oeiras por proporcionarme las cifras. Nótese que los emigrantes escoceses procedían en su inmensa mayoría de las Tierras Altas, y los portugueses, del norte. <<

[68] Felix, *The Chinese in the Philippines*, I, p. 46; Blussé, *Strange company*, pp. 74, 83. <<

[69] Para más detalles, o sobre el término *cocolonización*, véase Andrade, *How Taiwan Became Chinese*. <<

[70] Antonio, *Cartas*, p. 120, Cristóbal Crespí de Valldaura a su hermano pequeño Juan, Valencia, 12 de mayo de 1627. <<

[71] Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo don Quijote*, segunda parte, capítulo 24; Corvisier, *L'armée française*, I, p. 317, citando al mariscal Villars. <<

[72] Manuel de Melo, *Historia de los movimientos*, pp. 38-40. Sobre la urgente necesidad de mano de obra temporal en el cultivo

del arroz (y también el del algodón y la seda), véase Elvin, «Blood and statistics», pp. 149-151. <<

[73] Manuel de Melo, *Historia*, pp. 38-40; y capítulo 9, a continuación. Parets, *De los muchos sucesos* [MHE XX, pp. 75-76] señala que los segadores también estuvieron a punto de rebelarse durante la hambruna del verano de 1631. <<

[74] Stepto, *Lieutenant Nun*. Véanse otros ejemplos de travestismo, bastante más común de lo que cabría imaginar, en Dekker y Van de Pol, *The tradition of female transvestitism*. <<

[75] Ko, *Teachers*, p. 171, citando a Hu. No obstante, los pares de zapatos para la nieve, sandalias de paja y cubrecalzado acolchado fabricado para mujeres con pies vendados reproducidos en Ko, *Every step*, p. 16, demuestran que sí podían viajar: y en la década de 1660 los pies vendados no fueron impedimento para que la mujer Wang se fugara con su amante y más tarde regresara a su aldea una vez éste la abandonó (Spence, *Woman Wang*, pp. 117-124, 128, 136). Ni tampoco les evitaba tener que realizar pesadas tareas (Mann, *Precious records*, pp. 167-168). Sandy Bolzenius me recuerda que dado que el vendaje de los pies sin duda hacía más difícil que las mujeres escaparan a las violaciones, también podría haber incrementado la probabilidad de suicidio entre las víctimas. <<

[76] Opitz, «Trostgedichte», p. 194 (Opitz no se atrevió a publicar su poema hasta 1633); Foster, *The English factories in India, 1630-1632*, p. 146, los agentes ingleses de Surat a sus colegas de Java, 22 de abril de 1631 (*véase también capítulo 13, más adelante*). <<

[77] Chen Zilong, «The little cart», de Waley, *Translations*, p. 325. William S. Atwell, que generosamente llamó mi atención sobre este poema, ha demostrado que Chen debió de escribirlo mientras visitaba el norte de China en 1637. <<

[78] Ruiz Ibáñez, *Dos caras*, p. 331, n. 1873, «Los soldados de la carçel de Murçia», 25 de septiembre de 1639. El gobierno a veces enviaba a sus reclutas al «infierno» encadenados juntos para evitar las deserciones: ibídem, p. 334. Sobre un tratamiento similar a los reclutas de Felipe IV en Nápoles, *véase capítulo 14, más adelante*. <<

[79] Levi, «Hindus beyond the Hindu Kush», pp. 283-284, citando la crónica de François Pelsaert. <<

[80] *RCPS*, I, p. 385, orden del 22 de agosto de 1626; Kupperman, *The Jamestown project*, p. 292, citando a John Chamberlain en 1618 y Patrick Copland en 1622. Desgraciadamente, la Compañía no envió provisiones adecuadas para alimentar a estas «criaturas», lo que explica por qué muchos murieron de hambre: *véase capítulo 15, más adelante*. <<

[81] Baily, *A true and faithful warning*, pp. 8-9 (la experiencia de Baily lo convirtió del catolicismo al cuaquerismo, y escribió *A true & faithfull relation of some of his sufferings* desde la cárcel); Donoghue, «Out of the land of bondage», p. 961. <<

[82] Charbonneau, *Naissance*, p. 128 (alrededor de la mitad de las *filles du roy* procedían de orfanatos de París: véase Dumas, *Les filles du roi*, p. 48). <<

[83] Hathaway, *Beshir Agha*, p. 18, cuantifica el comercio de esclavos africanos al Egipto otomano. <<

[84] Cifras de Schwartz, «Silver, sugar and slaves», pp. 10-11, citando a Fernando de Silva Solís; y Donoghue, «Out of the land of bondage», p. 966. *Véase capítulo 15, más adelante*. <<

[85] T'ien, *Male anxiety*, p. 85 (poema); cálculos en Lee and Wang, *One quarter*, pp. 107-108; y Lee y otros, «Infant and child mortality», p. 404. <<

[86] Goubert, *Beauvais*, pp. 607-612, fue el primero en advertir la naturaleza cíclica de estas crisis de subsistencia, cada una de las cuales creaba una *classe creuse* («cohorte mermada»). En 1740,

otras dos hambrunas golpearon a la *classe creuse* afectada por el Gran Invierno. <<

[87] Véanse detalles en Peters, *Ein Söldnerleben*. Helferrich, *The Thirty Years War*, pp. 276-302, incluye detalles de estas muertes en su traducción parcial al inglés del diario de Hagendorf. <<

[88] Sella, «Peasant strategies», pp. 468-469, cita a un visitante de un valle alpino en 1625 que describía gráficamente el impacto de la emigración masculina masiva en familias que ahora estaban encabezadas por mujeres. <<

[89] Goldstone, *Revolution and rebellion*, p. 138; tabla adaptada de Adamson, «England without Cromwell», p. 463, ambos basados en datos reunidos por el Cambridge Group for the History of Population and Social Structure. <<

[90] Goldstone, *Revolution and rebellion*, pp. 137-138. En la p. 248, Goldstone indica que en Francia, en las décadas anteriores a la revolución de 1789, también se produjo un aumento similar en el tamaño de la población por debajo de los treinta años de edad: un paralelismo muy seductor. <<

[91] T'ien, *Male anxiety*, p. 31. Ng, «Ideology», p. 68, relaciona una aparente prevalencia de la sodomía en Fujian con la escasez de jóvenes casaderas. <<

[92] Sen, *Poverty and famines*, p. 1. <<

[93] Kaplan, *The famine plot persuasion*, p. 2. Kaplan analiza las «conspiraciones» a las que se recurrió para «explicar» seis momentos de escasez en la Francia del siglo XVIII. También podría haber encontrado abundantes ejemplos en el siglo XVII. <<

[94] Bossuet, *Politics*, p. 65, libro III, artículo III (trad. cast.: *Política sacada de las Sagradas Escrituras*, Tecnos, Madrid, 1974). <<

[1] Jia Yi, pensador político chino del siglo ii a. C., citado en Elvin y Liu, *Sediments of time*, epígrafe. <<

[2] Elliott, «Revolution and continuity», p. 110. <<

[3] Clark, *The European crisis*, pp. 3-5 (Clark) y p. 301 (Elliott); Kamen, *El Siglo de Hierro: cambio social en Europa, 1550-1660,* Alianza, Madrid, 1997. El libro de Clark incluía dieciséis estudios de diversas manifestaciones de la crisis en Europa, pero en ninguno se decía que los mismos problemas afectaron a otros continentes o tenía en cuenta el episodio del enfriamiento global: véanse detalles en Parker, «El cambio climático». <<

[4] Véase Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 40-41, 76-77 sobre Yang Dongming y su *Album of the famished*. <<

[5] Estos y otros datos citados en Parker, «El cambio climático». <<

[6] Steensgaard, «The seventeenth-century crisis», p. 33, escrito originalmente en 1970. <<

[1] Quiero expresar mi especial agradecimiento por su ayuda con este capítulo a Tonio Andrade, William S. Atwell, Cynthia Brokaw, Timothy Brook, Roger Des Forges, Nicola Di Cosmo, Ann Jannetta, Kenneth Pomeranz, Evelyn Rawski, Christopher Reed, Lynn Struve, Joanna Waley-Cohen y Ying Zhang en Estados Unidos; a Wang Jiafan y Chen Ning Ning en China; y a Hayami Akira, Iwai Shigeki, Kishimoto Mio, Mikami Takekiho, Shiba Yoshinobu y Yanagisawa Akira en Japón. Agradezco a Taguchi Kojiro su ayuda en la investigación del material escrito en lenguas asiáticas. <<

[2] Xia, *Xingcun lu* (1645) citado en Struve, *Qing formation*, p. 334. <<

[3] Brook, *The troubled Empire*, pp. 254-255. <<

[4] Basado en Ho, *Population*, p. 102, pero cabe señalar que 1161 millones de *mous* a 0,0666 hectáreas, son 77,3 millones de hectáreas, y no 71 millones de acres como Ho afirmaba. <<

[5] Brook, *The troubled Empire*, p. 243; *CHC*, IX, p. 40, citando un documento manchú de 1615. <<

[6] Iwai, «The collapse», p. 6, citando a Mao Yuanyi; Nakayama, «On the fluctuation», p. 74. <<

[7] Detalles en Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 109, 166-168 , 178-180. <<

[8] Fei, *Negotiating urban space*, capítulo 1 (cita tomada de p. 43). El inusual nombre del «látigo único» procedía del título chino del *yitiao bianfa*, «la conversión de las valoraciones tributables a un único elemento», y dado que *bian* significa no sólo «convertir» sino también «látigo», un «único elemento» pasó a ser un «único látigo». <<

[9] Wakeman y Grant, *Conflict and control*, pp. 7-10. <<

[10] Datos de Huang, *Taxation*, pp. 145-147, 155, 173-174, 261-265; ídem, «Military expenditures», p. 60; ídem, «Fiscal administration», pp. 85, 120-122; Des Forges, *Cultural centrality*,

pp. 18, 32-34; y Chan, *Glory and fall*, pp. 199-201, 310-314. Según datos de Huang, el ministro propuso cubrir el déficit con pagarés, pero no tenía ni idea de quién iba a aceptarlos. <<

[11] Chan, *Glory and fall*, pp. 189-197; Las Cortes, *Viaje de la China*, Alianza, Madrid, 1991; Semedo, *Historica relatione*, pp. 126-127. <<

[12] Las Cortes, *Viaje de la China*; Chang y Chang, *Crisis*, p. 269, citando el *Mingshi*. <<

[13] Dardess, *Blood and history*, p. 60, citando al censor Zhou Zongjian. Sobre la academia Donglin, véanse, aparte de Dardess, Busch, «The Tunglin Academy»; y Dennerline, *The Chia-Ting loyalists*, pp. 158-171. Tonio Andrade me recuerda que el *Jingshi jimin* aparecía en obras tan populares de la China Ming como el *Romance de los tres reinos: véase capítulo 18, más adelante*. <<

[14] Sobre el triunfo de Wei, véase Tong, *Disorder*, p. 112; *ECCP*, pp. 846-847; Tsai, *The eunuch*, pp. 4-6; y Wu, «Corpses on display». Sobre las listas negras, véase Zhang, «Politics and morality», pp. 166-171. Miller, *State versus gentry*, capítulos 4 y 5, argumenta convincentemente que Wei era más eficaz y los miembros de Donglin más perjudiciales de lo que a menudo se refleja en fuentes occidentales. <<

[15] Dardess, *Blood and history*, p. 163, citando los «crónica verídica» del reinado Chongzhen. <<

[16] Zhang, «Politics and morality», pp. 229-230. <<

[17] Dardess, *Blood and history*, p. 166, citando el *Mingshi*. Por supuesto, dado que la historia oficial de los Ming se recopiló bajo el Imperio Qing, su intención era justificar su Gran Empresa, más que ofrecer una versión imparcial de los hechos (agradezco este apunte a Joanna Waley-Cohen). <<

[18] Nombres tomados de Parsons, *The peasant rebellions*, p. 8. <<

[19] Tong, *Disorder*, p. 84, resume las condenas contempladas en el código Ming para los bandidos; Song, *Zhongguo Gudai*, señala «graves sequías» (*da han*) en gacetas de provincias como Hebei y Shaanxi. Véanse también los mapas climáticos anuales en *Zhongguo Jin-wubai-nian*. <<

[20] Detalles tomados de Chan, *Glory and fall*, pp. 336-338; Ch'ü, *Local government*, pp. 154-155; y Wakeman, «China and the seventeenth-century crisis», pp. 13-14. Gu Yanwu, en un escrito un poco posterior a 1644, echaba la culpa de la caída de los Ming principalmente a la decisión de cerrar las estaciones de postas: Brook, *The confusions of pleasure*, pp. 173-174. <<

[21] Cheng y Lestz, *The search for Modern China*, p. 5, citando a Song Yingxing, un funcionario del gobierno, en 1636. Véanse testimonios similares de las sequías y hambrunas de aquellos años en Chan, *Glory and fall*, pp. 233-234, y Parsons, *Peasant rebellions*, p. 24; y Zhang, «A test of climate», sobre los débiles monzones. <<

[22] Chan, *Glory and fall*, pp. 229-230, citando a Wu Yingji, *Loushantang ji,* publicado en 1639. Wu (1594-1645) era simpatizante de Donglin, miembro de la Fu She, partidario de los Ming y autor de *Qizhen liangchao bofulu [Historial de las calamidades en los reinados de Tianqi y Chongzhen],* de 1624 a 1628. <<

[23] Detalles de Song, *Zhongguo gudai*, datos de gaceteros desde 1633 a 1636 (categorías 4-1 y 4-12); Perdue, *Exhausting the earth*, pp. 208-209; Will, «Un cycle hidraulique», p. 276; y *Zhongguo Jin-wubai-nian* (mapas). <<

[24] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 168-190, describe la transferencia de tecnología y el asedio de Dalinghe. Véase también Elliott, *Manchu way*, p. 75, y Rawski y Rawson, *China*, pp. 156-157, sobre los ocho estandartes. <<

[25] Elliott, «Whose Empire»; Struve, *Ming-Qing conflict*, pp. 167-168; y Crossley, *A translucent mirror*, parte II. <<

[26] Ko, «The body as attire», p. 17, cita los edictos de Hong Taiji. <<

[27] Struve, *Ming-Qing conflict*, pp. 173-174, señala el consejo en sentido contrario que consta en una colección de documentos del Estado manchú posteriores a 1638. Véase Perdue, *China marches west*, pp. 119-120, sobre la escasez de alimentos en Manchuria en esta época. <<

[28] *Ming shilu*, «Treatise on the Five Elements» para la era Chongzhen (traducción facilitada amablemente por William S. Atwell). <<

[29] Des Forges, *Cultural centrality*, p. 62, citando el informe de Wang Han, «Sketches of a disaster», mayo de 1640. Al parecer, las ilustraciones no han sobrevivido (ibídem, p. 350, n. 96), pero probablemente se parecieran a las de Yang Dongming durante la hambruna de 1594 (*lámina 5*). Véase también Song, *Zhongguo gudai*, categoría 4-7 sobre 1640. <<

[30] Dunstan, «The late Ming epidemics», pp. 9-10 y mapa 6 (1641); *Zhongguo Jin-wubai-nian* (mapas climáticos); Brook, *The troubled Empire*, pp. 250-251 (Shanghái y Shandong). Véase también Song, *Zhongguo gudai*, categorías 4-7 y 4-14 sobre 1641; y Sato, *Chukogu*, pp. 243-244. <<

[31] Janku, «Heaven-sent disasters», pp. 233-234; Marks, *Tigers*, pp. 134, 138-139 y, especialmente, cifras en pp. 139, 141. <<

[32] Smith, *The art of doing good*, p. 162; Will y Wong, *Nourish the people*, pp. 25-26, 434; Needham y Bray, *SCC*, VI.II, pp. 64-70 (sobre el *Nong zheng chuan shu* de Xu Guangqi) y pp. 402-423 (sobre los almacenes de grano). *Véase capítulo 1, anterior*. <<

[33] Chen Qide, *Zaihuang Zhishi [Historial de la desastrosa hambruna]* citado por Atwell, «East Asia and the World Crisis», pp.

6-7; Dunstan, «The late Ming epidemics», p. 12; Nakayama, «On the fluctuation», p. 74. <<

[34] Brook, *Vermeer's hat*, p. 175; Smith, *The art of doing good*, pp. 137, 153, citando el diario de Lu Shiyi, de Taicang, en Nanzhili; y Will, «Coming of age», p. 30, citando a Yao Tinglin, *Li-nian ji [Record of successive years]*. Resultaría tentador desestimar los informes de canibalismo considerándolos mera retórica, pero Li, *Fighting famine*, pp. 34-37, 261, 273-274, 300, 304, 358-359, 361, encontró la expresión «las personas se comen unas a otras» (*ren xiang shi*) con cierta frecuencia en documentos referentes a las hambrunas del siglo XVII. <<

[35] Semedo, *Historica relatione*, p. 7. <<

[36] Ho, *Studies*, pp. 261-262, citando a Xie Zhaozhe, *Wu za zu* (1608); y *Shenmiao liuzhong zoushu huiyao* 6:20b, selección de memoriales enviados por los ministros al emperador Wanli, pero que eran apartados sin tomar medidas. Cynthia Brokaw me informa de que éste de Yao Yongji hacía referencia a la presión demográfica, especialmente en Jiangnan. <<

[37] Sobre el «cierre» de Japón, *véase capítulo 3, anterior*; sobre la llegada de plata veáse Marks, *Tigers*, p. 142, y Atwell, «Another look»; sobre los incrementos fiscales, véase Von Glahn, *Fountain*, p. 177. <<

[38] Robinson, *Bandits*, pp. 5-6, sobre los disturbios urbanos, Marmé, «Survival», p. 145; e ídem, «Locating linkages», p. 1083, citando a Ye Shaoyuan. <<

[39] Fong, «Reclaiming subjectivity», p. 32 (citando a Ye sobre el saqueo de 1640). Will, «Coming of age», pp. 25-27, presenta un relato muy gráfico del saqueo de una mansión de Shanghái. <<

[40] Citas de Tong, *Disorder*, pp. 83-84; y Kessler, *K'ang-hsi*, p. 15, memorial de Wei Yijie de 1660. <<

[41] Agnew, «Culture and power», p. 46, carta de los duques Kong a un funcionario de provincias sobre la liberación de Li Mi, alias *Wei Tongjiao*; y p. 51, donde se cita al gobernador Qing de Shandong en 1644. <<

[42] Qin Huitian, *Wuli tongkao* (1761). <<

[43] Datos de Elman, *Cultural history* (especialmente pp. 128, 141, 177, 424); Miyazaki, *China's examination hell*, pp. 39-40; y Zhang, *Chinese gentry*, pp. 33-42. Los tres niveles de titulación significaban, literalmente «bisoño» o «estudiante» (*sheng*), «miembro de un grupo» (*yuan*); «elevado» (*ju*), «hombre» (*ren*); «avanzado» (*jin*) y «erudito» (*shih*). <<

[44] Lógicamente, el sistema tenía graves defectos. No sólo estaba en realidad limitado a chicos de familias con suficientes recursos para «prescindir» de un hijo a fin de que pudiera llevar a cabo estudios tan largos e intensivos, sino que también excluía a los de las «profesiones viles» (como actores, mensajeros y regentes de burdeles). Por otra parte, aunque el examen en sí era gratuito, el coste de viajar al lugar donde éste se realizaba, el alojamiento, los regalos de agradecimiento a los examinadores y las propinas al personal era mayor de lo que muchas familias podían permitirse (Miyazaki, *China's examination hell*, p. 118). <<

[45] Datos de Elman, *Cultural history*, pp. 143, 286, 290 (cita de la p. 175); Miyazaki, *China's examination hell*, pp. 121-122; y *CHC*, VIII.II, pp. 712-715. <<

[46] Cálculos de Ho, *Ladder*, p. 181. Si en torno a 1640 había 120 millones de chinos aproximadamente, entonces unos 30 millones serían varones mayores de veinte años: 500 000 *shengyuan* significaban por tanto uno de cada 60 varones adultos. Brook, *The troubled Empire*, p. 150, apuntaba el número de estudiantes que suspendían, y también el «contingente de estudiantes que competían por ocupar una vacante en las escuelas confucionistas». <<

[47] Véase Elman, *Cultural history*, pp. 361-364, sobre el derrumbamiento moral de los candidatos suspensos. Ho, *Ladder*, p. 36, y Chow, *Publishing*, pp. 50-51, describe a eruditos «enfrascados en sus tinteros»; Chow, «Writing», y Elman, *Cultural history*, pp. 403-409, comentan los manuales sobre cómo aprobar escritos por los que habían suspendido. *Véase también capítulo 19, más adelante*. <<

[48] Miller, *State versus gentry*, p. 140, citando la escritura de constitución de la Fu She, redactada por Zhang Pu, su fundador. Estadísticas de Dennerline, *Chia-ting loyalists*, pp. 30-39. Atwell, «From education to politics», p. 344, señala que la Fu She era más fuerte precisamente en aquellas áreas en las que Wei había perseguido a los partidarios de Donglin con más brutalidad. *Véase también capítulo 19, más adelante*. <<

[49] Chow, *Publishing*, pp. 233-237, describe el código guobiao («modelos de Estado») publicado por la Fu She en 1632. <<

[50] Elman, *Cultural history*, pp. 196-202, 304-326 menciona los diversos intentos para «burlar el sistema». Otros datos proceden de Ho, *Ladder*, p. 178; Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 127-128; y Peterson, *Bitter Gourd*, pp. 113-119. <<

[51] Wakeman, *Great Enterprise*, p. 155, citando un memorial de Zuo Maodi. <<

[52] Véanse detalles en Hucker, *Chinese government*, p. 69, y Dardess, «Monarchy in action», p. 21. <<

[53] Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 204-207, resume los principios de la trayectoria de Li. *Zicheng* significa «completamente solo». Zhu Yuanzhang, fundador de los Ming, constituía el ejemplo más reciente de un jefe de bandidos que había fundado una dinastía imperial, y algunos de los eslóganes de Li estaban inspirados en los de Zhu en su «fase» de bandido. <<

[54] Des Forges, *Cultural centrality*, p. 275, cita la cantinela, que fecha en 1642. La obra de Li Yu de 1668 *The miraculous reunion*

[La reunión milagrosa], con Li Zicheng como «protagonista» explica sus métodos para desplumar a los ciudadanos y muestra cómo algunos ciudadanos percibían a los bandidos: Chang y Chang, *Crisis and transformation*, pp. 214-216. <<

[55] Véase Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 276, 292-293, 311 (sobre los acuerdos administrativos del régimen Shun); pp. 235-236, 268 (sobre el uso de antiguos precedentes por parte de Li y otros); y pp. 294-296 (sobre los exámenes de la dinastía Shun para acceder a la administración pública). <<

[56] Wakeman, «The Shun Interregnum», p. 45 (sobre la primera tonadilla) y p. 77, nn. 6-7, sobre los eslóganes; Des Forges, *Cultural centrality*, p. 275, sobre la segunda tonadilla. <<

[57] Cheng y Lestz, *The search*, p. 7, sobre la proclamación de Li a los ciudadanos de Hangzhou; Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 211-212, sobre el castigo de los príncipes Ming, y pp. 275-276 sobre las políticas igualitarias. <<

[58] Zhang, «Politics and morality», p. 1, citando el *Mingshi*. <<

[59] Struve, *Voices*, p. 7, citando el *Breve informe* de Liu Shangyou sobre su visita a Pekín en 1644. <<

[60] Wakeman, *Great Enterprise*, p. 306, cita la proclamación a los chinos *han* redactada por Fan Wencheng. Las estimaciones sobre las fuerzas Qing en aquel momento difieren mucho. Fang, «A technique», sostiene que en la primavera de 1644 existían 620 compañías o estandartes, compuesta cada una por 300 guerreros, un total de 186 000 hombres, de los cuales 62 000 habrían estado listos para la invasión. Elliott, *Manchu way*, pp. 1, 117, 363-364, estima el número de varones adultos libres en los estandartes entre 300 000 y 500 000, y el de soldados listos para invadir en 120.000. La estimación de Fang, más baja, parece más plausible. <<

[61] Cheng y Lestz, *The search*, pp. 25-26, carta de Wu a Dorgon, conservada en la primera versión de la *Verdadera historia del*

emperador Shunzhi. Hsi señala que en esta versión, Wu utilizaba la expresión «Estado del Norte» como cualquier súbdito Ming lo habría hecho antes de que los Qing entraran en Pekín (pero no después, cuando en su lugar habrían escrito «Gran Estado Qing»). Esto avala su autenticidad. Hay, «The suspension of dynastic time», pp. 171-197, señala cómo el sistema chino de datar las épocas por reinados obligaba a la gente a elegir entre los Ming y los Qing. <<

[62] Cheng y Lestz, *The search*, pp. 26-27, respuesta de Dorgon a Wu (redactada también por Fan Wencheng). Ambos hombres perseguían políticas oportunistas. Wu se aproximó a Dorgon principalmente por razones personales y familiares mientras que Dorgon quería conseguir tierras por cualquier medio posible para alimentar a su gente. <<

[63] Wakeman, *Great Enterprise*, p. 312 (el tercer verso de la chanza hace referencia al fundador de la dinastía Han, que «montó el trono a caballo» y fundó una dinastía legítima, mientras que Li no lo hizo). <<

[64] Struve, *Voices*, pp. 18-19, de «Memoir of residing in Beijing» (1644), escrito por Liu Shangyou, un funcionario de baja categoría de cerca de Shanghái. El destino del príncipe heredero Ming sigue siendo un misterio: Li afirmó haberlo capturado (y haberse ofrecido a entregarlo a Dorgon), pero luego desapareció, presuntamente asesinado. <<

[65] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 316-317, edicto de Dorgon del 5 de junio de 1644; Zhang, «Politics and morality», pp. 324-325, expone la astuta estrategia de Dorgon. <<

[66] Wakeman, *Great Enterprise*, p. 318, citando a Xu Yingfen's, *General record of experiencing the dynastic change*; y p. 418, citando a Song Quan (que en 1646 fue ascendido a gran secretario). <<

[67] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 634-635 (carta de Antonio de Gouvea, S. J., al general de la orden); Elvin, *Pattern*, p. 246

(citando una gaceta del condado). Listas de revueltas de arrendatarios en Tong, *Disorder*, pp. 185-186. Véase un ejemplo gráfico de rebelión de esclavos en Cheng, *The search*, pp. 39-44. Más información sobre el caos en Will, «Coming of age», pp. 31-32; y, sobre la serie de revueltas populares en la provincia de Cantón, Mazumdar, *Sugar and society*, pp. 202-204. <<

[68] Fu, *Ming-Ch'ing*, pp. 99-101, citando al líder de los siervos Song Qi, y gaceta del condado de Baoshan (agradezco a Christopher Reed esta referencia). <<

[69] Véanse ejemplos en Marks, *Tigers*, pp. 143-147; Will, «Un cycle hydraulique», pp. 275-276. <<

[70] Mote, *Imperial China*, p. 828, citando a Dorgon. <<

[71] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 456-457, 458-461 (lista de reformas propuestas por antiguos funcionarios de los Ming). <<

[72] Véase ibídem, pp. 425-427, 439-440, sobre la preeminencia de los funcionarios de Shandong entre los «ministros con doble servicio»; y Agnew, «Culture and power», pp. 49-57, sobre el lamentable estado de Shandong en 1643-1644. <<

[73] Elliott, *Manchu way*, pp. 98-116; Naquin, *Peking*, pp. 289-297. <<

[74] Mi análisis se basa en Ko, «The body as attire», pp. 12-13, 20; y Kuhn, *Soulstealers*, pp. 58-59. Struve, *Voices*, p. 64, publica un relato de primera mano de la aversión a afeitarse la cabeza entre los eruditos. <<

[75] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 420-422, sobre la renuente revocación de Dorgon del edicto del 25 de junio de 1644. <<

[76] Struve, *Southern Ming*, p. 48, del *Guoque* recopilado por Tan Qian en la década de 1650. Sobre la embajada de Nankín, véase Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 405-411. La expresión «Sur Ming» no fue de uso común hasta el siglo XX. Ninguno de los leales a los Ming la utilizó en esa época, porque ello habría equivalido a reconocer la legitimidad de la conquista manchú del

norte; y ningún escritor Qing la empleó tampoco, porque habría significado reconocer la legitimidad de los resistentes. Yo la utilizo aquí en aras de una mejor comprensión. <<

[77] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 556-563, y Meyer-Fong, *Building culture*, pp. 14-20. Para más información sobre el saqueo de Yangzhou, *véase capítulo 2, anterior*. Sobre el inusual monzón de 1644, véase Yancheva, «Influence», p. 76, figura 3. <<

[78] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 584-588 (sobre la rendición de los funcionarios) y pp. 646-647 (orden del príncipe Dodo, 19 de junio de 1645). <<

[79] Kuhn, *Soulstealers*, p. 54, citando el arrebato de Dorgon del 22 de junio y el decreto del 8 de julio de 1645. Cheng y Lestz, *The search*, pp. 33-34, publica las órdenes de la Junta de Ritos. <<

[80] Martini, *Bellum*, p. 279. Nicola Di Cosmo me recuerda que el afeitado de la cabeza encarnaba un dilema común a todas las dinastías que conquistaron China: ¿hasta qué punto debían transigir con las costumbres chinas y permitir la «sinización» de sus propios partidarios? <<

[81] Wakeman, «Localism and loyalism», ofrece una reconstrucción detallada de estos hechos; en tanto que Marmé, «Survival», p. 156, registra el saqueo de Suzhou tras las revueltas en contra del afeitado. Brook, *The troubled Empire*, pp. 256-257, señala que la resistencia a menudo empezaba con una negativa a cortarse el cabello como los Qing exigían. <<

[82] Will, «Coming of age», pp. 32-33, parafraseando las memorias de Yao. <<

[83] Naquin, *Peking*, pp. 363-364, comenta la vigilancia de los Qing respecto al suministro de comida de la capital y un sistema similar para el suministro de sal. He traducido un *shi* de arroz —103,5 litros— como una fanega. <<

[84] Kessler, *K'ang-hsi*, p. 14, citando un memorial de un gobernador general en 1649 (presuntamente haciéndose eco del viejo dicho «puedes conquistar China a caballo, pero no puedes gobernarla a caballo»). <<

[85] Véase Marks, *Tigers*, pp. 139, 195-202; Rawski, *The last emperors*, p. 222; Son, *Zhongguo gudai*, categorías 3-17, 4-9, y 4-12 sobre la década de 1650; Liu, «A 1000-year history», pp. 458-459, sobre los tifones. Véanse también los mapas climáticos anuales en *Zhongguo Jin-wubai-nian*. <<

[86] Chang, «Disease and its impact», apunta que estas medidas estrictas aumentaron la paranoia manchú respecto a la enfermedad. <<

[87] Martini, *Bellum*, pp. 189-190. Otros detalles en Bowra, «The Manchu conquest of Canton»; Wakeman, *The Great Enterprise*, I, pp. 558-565, 655-661, y II, pp. 817-818; y Struve, *Southern Ming*, pp. 139-143 (con un útil mapa de campaña). <<

[88] Sobre las negociaciones de Coxinga con los Qing en 1654, véase Struve, *Voices*, pp. 184-203 (citas en pp. 191, 194, 196.) En 1646, un gobernador del Sur Ming otorgó a Zheng el apellido imperial. En adelante fue tratado de *guoxing ye* («caballero del apellido imperial»), que los occidentales tradujeron como «Coxinga». <<

[89] Véase Struve, *Southern Ming*, pp. 154-166, 178-193. <<

[90] Nakayama, «On the fluctuation», pp. 76-78 (citando varias fuentes contemporáneas). Véase más en *shu huang, capítulo 2, anterior*. <<

[91] Will, «Un cycle hydraulique», p. 276, detalles sobre el condado de Hanchuan. <<

[92] Struve, *Southern Ming*, p. 74 (por motivos de coherencia, he cambiado *Ch'ing* a *Qing* en este fragmento). <<

[93] Sobre estos complejos hechos, véase de nuevo Struve, *Southern Ming*, pp. 154-195. <<

[94] Dennerline, «Fiscal reform», p. 110. Wakeman, *Conflict and control*, p. 12, citando a uno de esos candidatos frustrados a los que se les prohibió presentarse a los exámenes; ibídem, p. 10, n. 27, informa de que al menos un caballero de los que protestaron contra las exigencias fiscales invocó bajo tortura a los espíritus de los emperadores Ming, reforzando la creencia de que tras las protestas se escondía la traición. <<

[95] Shi y Liu, «Estimation of the response of glaciers», pp. 668-669. <<

[96] *CHC*, IX, pp. 144-145, contiene un sorprendente mapa de la supresión de la revuelta de los Tres Feudatarios. Di Cosmo, *Diary*, publica en inglés el diario de campaña de un oficial manchú de medio rango en 1680 y 1681, con una impecable introducción. <<

[97] Sobre los viajes del emperador, véanse Chang, *A court on horseback*, pp. 75-86, 117; Spence, *Ts'ao-Yin*, pp. 125-128; y Dott, *Identity reflections*, pp. 177-178 (donde se cita el diario). <<

[98] Marks, *Tigers*, pp. 157-160 (Lingnan); Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 1109, n. 77 (Sichuan). <<

[99] Beattie, «The alternative», p. 266, citando una genealogía del condado de Dongcheng; Dardess, *A Ming society*, p. 42, informe de Shi Junchang. <<

[100] Peterson, «The life», p. 149, citando las memorias de Gu. Lynn Struve estimó que el *Mingmo zhonglie jishi [Verdadera historia de la extrema lealtad a los últimos Ming],* presentado al emperador Kangxi en 1702 incluía «biografías y breves reseñas biográficas de unos 575 hombres y 360 mujeres que habían sacrificado su vida en relación con la caída de los Ming»: Struve, *Ming-Qing conflict*, pp. 40-41, 349-350. <<

[101] Nieuhof, *An embassy*, p. 48. Sobre los millones esclavizados en 1644-1645 por los Qing y sus aliados *han*, véase Elliott, *Manchu way*, pp. 227-229; sobre la denodada defensa de las leyes

sobre esclavos fugitivos del emperador Shunzi en 1655, véase Kessler, *K'ang-hsi*, pp. 16-17. <<

[102] Sobre los esclavos véase Mann, *Precious records*, p. 41 (en la p. 242, n. 100, Mann señala que sólo a partir de 1673 el código Qing prohibió a los amos tener relaciones sexuales con sus esclavas *casadas*); sobre los artículos referentes a la violación en el código legal Ming aprobadas en 1646, véase Ng, «Ideology and sexuality», quien argumenta que estas disposiciones reflejaban la preocupación de la nueva dinastía por restringir la cantidad de litigios a través del aumento de la carga probatoria, como medida disuasoria para entablar procedimientos legales. <<

[103] Brook, *The trouble Empire*, p. 258, publica este poema, junto con otro de una viuda llamada Shang Jinglan. Sobre Huang Yuanjie (c. 1620 c. 1669), que dejó más de mil poemas a su muerte, véase Ko, *Teachers*, pp. 117-123. Widmer, «The epistolary world», analiza el aumento de las cartas escritas y publicadas por mujeres durante la transición de la dinastía Ming a la Qing. <<

[104] Brook, *Confusions of pleasure*, pp. 240-250. Véase también el lamento similar de Xia Yungyi. <<

[105] Práctica de inocular voluntariamente material extraído de la viruela previa a la vacuna, que no sería descubierta por Jenner hasta 1796. *(N. de los T.)* <<

[106] Waley-Cohen, *The culture of war*, p. 13; Will, «Coming of age», pp. 38-39, cita de una sección final del *Relato* de Yao, donde enumera los cambios que ha presenciado, comparando explícitamente su experiencia bajo los Ming y los Qing. <<

[107] Brook, *The troubled Empire*, pp. 242, 249.<<

[1] Quiero agradecer especialmente su ayuda en la preparación de este capítulo a Robert Frost, Prezemysław Gawron, Dariusz Kołodziejczyk y James Lenaghan (sobre las fuentes de la Mancomunidad Polaco-Lituana), y a Paul Bushkovitch, Irena Cherniakova, Chester Dunning, Mircea Platon, Matthew Romaniello, Mark Soderstrom y Kira Stevens (sobre las fuentes rusas). También agradezco a Alison Anderson y Ardis Grosjean Dreisbach, respectivamente, su transcripción y traducción de los documentos alemanes y suecos, y a Prezemysław Gawron su traducción del material polaco. Rusia en aquella época tenía su propio calendario, según el cual cada año (contando desde la Creación en el 5508 a. C.) empezaba el 1 de septiembre, pero en otros aspectos seguía el calendario juliano, que también regía para los suecos. En este capítulo, todas las fechas se han convertido al calendario gregoriano salvo cuando se especifique de otra forma. <<

[2] Datos de Hellie, *Enserfment*, p. 112; Eaton, «Decline», pp. 220-223; y Dunning, *Russia's first civil war*, p. 466. At p. 481, Dunning señala el uso de la expresión «Período Tumultuoso» por los contemporáneos. <<

[3] Olearius, *Reisebeschreibung*, p. 143; LeDonne, *The grand strategy*, pp. 29-35; Hittle, *The service city*, p. 23. <<

[4] Baron, *Travels*, p. 120, citando a Olearius, que había viajado por estas praderas en la década de 1630. Véase también Davies, *State*, p. 30. <<

[5] Aunque en un principio básicamente es un término geográfico en el siglo XVII, en este capítulo Ucrania hace referencia a los tres palatinados de Kiev, Bratislava y Volinia (incorporada a Polonia en 1569), más el palatinado de Chernihiv (anexionado de Rusia en la tregua de Deulino en 1618 y añadido a los otros tres en 1635). Los cuatro compartían un código legal común y un idioma oficial (ruteno), y pertenecían en su gran mayoría a la

Iglesia ortodoxa. En este capítulo, el término *ruteno* hace referencia a la población ortodoxa de Ucrania. <<

[6] Romaniello, «Ethnicity as social rank», señala que los no rusos a menudo veían los acuerdos que los incorporaron al Estado moscovita como «alianzas», no como actos de sumisión, una característica típica de los Estados compuestos. <<

[7] Frost, *The Northern Wars*, p. 107, citando a Krzysztof Radziwill en 1622. <<

[8] RAS, *Manuskriptsamlingen*, 68; Peter Loofeldt, *Initiarum Monarchiae Ruthenicae*, p. 99, sobre *zu Behauptunge ihren vermeinten kleinen Weldt*. La culpa también era en parte de los extranjeros por su propia ignorancia: muy pocos hablaban ruso y, por tanto, dado que prácticamente ningún ruso hablaba ninguna lengua extranjera, la mayoría dependía para su información de profesionales, como traductores, doctores y oficiales del ejército. <<

[9] Agradezco a Matthew Romaniello esta información. <<

[10] Detalles en Kahan, «Natural calamities», p. 371; Krenke, *Izmenchivost' klimata*, pp. 87, 110, 113; Davies, *State*, p. 39; Stevens, *Soldiers on the steppe*, p. 42; y otros datos generosamente proporcionados por el profesor Stevens en septiembre de 2004. <<

[11] Cherniakova, *Karelia*, pp. 101-105, datos de Zaonezhski Pogosts, cerca del lago Onega. <<

[12] Hittle, *The service city*, p. 24; Hellie, «The costs», p. 44; Stevens, *Russia's wars*, pp. 132-138. <<

[13] Detalles en Davies, *State*, pp. 1-12, 70-72, 75, 172; Shaw, «Southern frontiers»; y Stevens, *Soldiers*, p. 34. <<

[14] Vernadsky, *History*, V, p. 368. <<

[15] Eaton, «Early Russian censuses», pp. 76-77; Hellie, *Enserfment*, pp. 127-131. Moon, «Peasant migration», p. 869, señala que esa migración implicaba un desproporcionado número de personas jóvenes y saludables que establecían casas de labranza y

formaban familias, pero «dejaban atrás a la gente mayor, más débil, cuyos años fértiles habían pasado ya y a quienes la muerte no tardaría en llegar». Sugiere, por tanto, verosímilmente, que la población al sur del Oka creció muy deprisa, en tanto que la población más al norte disminuyó más rápido de lo que habría cabido esperar. <<

[16] Dunning, *Russia's first civil war*, pp. 464, 474. <<

[17] Romaniello, «Through the filter», pp. 919-920, descripción del *Stepennaia kniga [Libro de grados],* una cronografía manuscrita de casi ochocientos folios que se conserva en la Hilandar Research Library de la Ohio State University, Aronov Collection, 18. Dunning, *Russia's first civil war*, p. 475, fecha la primera utilización de la expresión «sagrada Rusia». <<

[18] Kivelson, «The devil stole his mind», p. 743. <<

[19] Hellie, *Readings*, pp. 192-196 (petición 1645); Loewenson, «The Moscow rising», p. 147 (sobre el enviado de Suecia). <<

[20] Sobre los monopolios, véase Hellie, *The economy*, pp. 157, 559 (sobre la sal) y pp. 106-107 (sobre el tabaco). Torke, *Die staatsbedringte Gesellschaft*, pp. 218-219, se hace el eco del malestar en el otoño de 1647. <<

[21] Torke, *Staatsbedingte Gesellschaft*, p. 219. <<

[22] Baron, *Olearius*, p. 207. Torke, *Staatsbedingte Gesellschaft*, pp. 93-94, incide en la importancia de la presencia en la capital en 1648 de los vasallos de Moscú que, en otro caso, habrían estado desplegados en la frontera sur. <<

[23] Baron, *Olearius*, pp. 142, 149-150; Gordon, *Diary*, II, p. 139. <<

[24] Platonov, «Novyi istochnik», pp. 6-8: «*Kurtze vndt warhaftige Beschreibung desz gefährlichen Auffleutes des Gemeinen Pöbels Moscow*». Tanto esta fuente (un manuscrito de una colección privada de Estocolmo) como un despacho del embajador Pommerening mencionan una «súplica» en esa fecha, pero no ha sobrevi-

vido ninguna: sólo la presentada el 12 de junio de 1648. No obstante, el *Beschreibung* afirma que la súplica presentada en ambas fechas era la misma, lo que parece plausible. <<

[25] RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, contiene el único texto que ha sobrevivido de este documento, una traducción sueca enviada por el embajador Karl Pommerening a la reina Cristina, junto con su carta del 16 de julio de 1648. Iakubov, «Rossiia i Shvetsiia», publicó una traducción rusa de este texto sueco, y Hellie, *Readings*, pp. 198-205, una traducción inglesa de la versión rusa de Iakubov. Dado que ninguno de estos textos parece fiable, he tomado mi cita de una nueva traducción del original sueco y de la carta adjunta de Pommerening que me ha facilitado Ardis Grosjean-Dreisbach. Los términos clave son «revuelta» (*uppstånd*), «gran confusión» (*stoor oreeda*), y «levantamiento y revuelta» (*uppror och uppstånd*). <<

[26] Loewenson, «Moscow rising», p. 153 (traducción inglesa del testimonio de un testigo presencial holandés); Platonov, «Novyi istochnik», p. 9 («Kurtze Beschreibung»). <<

[27] Baron, *Olearius*, p. 208 («Sí, y a ti también»); RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, Pommerening a Cristina, 16 de julio de 1648 (la respuesta de los mosqueteros); Loewenson, «Moscow rising», p. 153 (sobre su número y los atrasos salariales); Platonov, «Novyi istochnik», p. 10 (las palabras tranquilizadoras). Nótese que la última fuente da por hecho que estaban implicados 6000 mosqueteros, pero esto puede significar 6000 en la capital y no dentro del Kremlin en el momento clave. Kivelson, «The devil», p. 739, a partir de una traducción rusa de este documento, afirma que la multitud sólo entró en el Kremlin *después* de que los mosqueteros declararan a su favor, aunque el original afirma lo contrario. <<

[28] Loewenson, «Moscow rising», p. 153. Platonov, «Novyi istochnik», p. 13 («no dejaron ni un clavo en la pared»). <<

[29] Loewenson, «Moscow rising», p. 154. Véase también Baron, *Olearius*, pp. 208-209. <<

[30] RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, sin foliar, Pommerening a Cristina, 16 de julio de 1648, mencionaba «una listas de casas» (*annoterades huss*); Loewenson, «Moscow rising», p. 155, mencionaba «una relación de casas» de «36 en total» que iban a ser quemadas. Kivelson, «The devil», p. 740, n. 21, y Platonov, «Novyi istochnik», p. 14, citan algunas fuentes en las que se detalla el incendio de unas setenta casas. <<

[31] RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, sin foliar, Pommerening a Cristina, 16 de julio de 1648. <<

[32] Loewenson, «Moscow rising», p. 155; RAS, *Manuskriptsamlingen* 68, Peter Loofeldt, *Initiarum Monarchiae Ruthenicae*, p. 91; RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, sin foliar, Pommerening a Cristina, 16 de julio de 1648. <<

[33] Avrich, *Russian rebels*, p. 55; Platonov, «Novyi istochnik», p. 19; Kivelson, «The devil», p. 747 (citando al criado de un noble). <<

[34] Ellersieck, «Russia», p. 89, citando una carta de Pommerening a Cristina del 6 de julio de 1648, que el propio Ellersieck descodificó. <<

[35] Torke, *Staatsbedingte Gesellschaft*, pp. 223-224, menciona 71 peticiones presentadas entre el 2 de junio y el 31 de julio de 1648, sistema antiguo. Vernadsky, *Source book*, I, p. 246, publica el decreto del 1 de junio de 1649, O. S., por el que se expulsaba a los comerciantes ingleses. <<

[36] Ladewig Petersen, *The crisis*, p. 34, señalaba que los precios del grano en Dánzig —el mercado más grande de cereal del Báltico— se habían disparado en 1648. Stevens, *Soldiers*, p. 42, cita 1648 como un año de malas cosechas; y PRO, 22/60, n.° 73, Carlos de Gran Bretaña al zar Alejo, 1-11 de junio de 1648, informaba de que sus agentes sólo habían podido comprar 30 000

en lugar de 300 000 medidas de grano debido a la «escasez y la situación» en Moscovia. <<

[37] Véase Pokrovskii, *Tomsk*, especialmente las tablas, pp. 177, 186. <<

[38] Davies, *State*, p. 237, informe del gobernador Roman Boborykin. Sobre la revuelta de Kozlov, véase ibídem, pp. 224-242 . <<

[39] Detalles tomados de Anpilogov, «Polozhenie gorodskogo». Torke, *Staatsbedingte Gesellschaft*, pp. 224-232, ofrece un admirable estudio de cómo fue extendiéndose el descontento en 1648-1649. <<

[40] Hellie, *Enserfment*, p. 136, citando un testimonio posterior del patriarca Nikon. <<

[41] Kivelson, «The devil», p. 752, citando un memorándum elaborado más adelante por el príncipe Odoevski, que presidía el comité que redactó el borrador del código. Vernadsky, *Source book*, I, pp. 222-222, publica las citaciones para que Novgorod eligiera delegados para el Zemski Sobor, 26 de julio de 1648, emitidas por los principales nobles y no por el propio zar. <<

[42] RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, sin foliar, Pommerening a Cristina, 4 y 18 de octubre de 1648, O. S., con la traducción de fragmentos descodificados y corregidos por Ellersieck, «Russia», pp. 83-84. En su carta del 30 de diciembre de 1648, loc. cit., Pommerening afirmaba que cada *strelets* («arquero») había recibido veinticinco rublos en el curso de un año. <<

[43] Blum, *Lord and peasant*, p. 263 (un señor que asesinaba al campesino de otro sin premeditación «tenía que restituir el campesino asesinado con la mejor de sus familias campesinas»). Véase también Kolchin, *Unfree labor*, pp. 41-42; Hittle, *The service city*, pp. 66-69; y el texto completo en < http://pages. uoregon. edu/kimball/1649-Ulj. htm#ch11>, consultado el 9 de abril de

2012 (todas salvo cuatro de sus 34 secciones hacen referencia a los siervos fugitivos). <<

[44] El artículo referente a los siervos fugitivos fue casi el último en terminar de redactarse, lo que sugiere que fue el más protestado: *Enserfment*, pp. 137-138. <<

[45] RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 39, sin foliar, Pommerening a Cristina, Moscú, 17 de noviembre de 1649. <<

[46] Cifras de Frost, *After the Deluge*, p. 7, n. 8 (Wiśniowiecki), y Sysyn, «Ukrainian social tensions», p. 65 (propietarios de tierras) y pp. 57-58 (judíos). Sobre la distribución, véase Stampfer, «Maps of Jewish settlements»; sobre los cosacos como una «bolsa de población descontenta», véase Gordon, *Cossack rebellions*. <<

[47] Plokhy, *The cossacks*, p. 136, citando un informe de Stanislaw Koniecpolski a la Dieta en 1631. <<

[48] Sysyn, *Kysil*, p. 83, citando el segundo «Discurso» de Adam Kysil sobre el problema cosaco en 1637. Beauplan, *Description*, describió y dibujó el fuerte Kodak justo antes de la revuelta. <<

[49] Plokhy, *The cossacks*, p. 143, crónica de Lviv. <<

[50] Hrushevsky, *History*, VIII, p. 222, informe de Kysil, febrero de 1648. <<

[51] Hannover, *Yaven Metzulah* (que significa literalmente «ciénaga profunda», publicado por primera vez en 1653), pp. 27-28. Beauplan, *Description*, p. 449, también comentaba las extremas exigencias de los terratenientes polacos; Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 355-356, describió la carga de dar alojamiento a los soldados y las atrocidades. <<

[52] Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 350-355, y Plokhy, *The cossacks*, pp. 190-206, comentan las evidencias de la explotación judía. Raba, *Between remembrance and denial*, pp. 14-18, expone la difusión de la propaganda antijudía. <<

[53] Wrocław, Ossolineum, ms. 188/455v, 462, 463, 465v, 491, 499v, diario de Marcin Goliński de Kasimiersz (el barrio

judío de Cracovia); Beauplan, *Description*, pp. 473-474 (de los inviernos) y p. 471 (de las langostas), donde quedan reflejados los diecisiete años que vivió en Ucrania. <<

[54] Wrocław, Ossolineum, ms. 2389/1; A. Bielowski, «Okolice i podania»; Wrocław, Ossolineum, ms. 188/516 (diario de Goliński); y Namaczyńska, *Kronika*, pp. 27-29. <<

[55] Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 370-371, notas y p. 396, se refiere a la respuesta y las cartas del monarca, concluyendo que casi con toda seguridad Jmelnytsky mentía. <<

[56] Ibídem, VIII, p. 397, citando una fuente rusa. También argumenta que el kan acogió con agrado la idea de una rebelión contra Ladislao como medio para prevenir el ataque que se esperaba de éste. <<

[57] Ibídem, VIII, p. 411, Kysil al primado Lubienski de Gniezno, 31 de mayo de 1648. Algunos escritores polacos han afirmado que Jmelnytsky emitió una proclama, inmediatamente después de su victoria en Korsun, llamando a una revuelta general, pero ibídem, p. 412, n. 54, lo refuta. <<

[58] Ibídem, VIII, p. 413 cita ambas fuentes contemporáneas. Agradezco a Mirosław Nagielski haber llamado mi atención sobre la importancia de los arsenales de los aristócratas. <<

[59] Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 450-451, citando la «Marcha de la victoria». Yakovenko, «The events of 1648-1649», ofrece otros ejemplos de la literatura del odio generado por la revuelta. <<

[60] Hannover, *Abyss of despair*, pp. 50-77; véase también el testimonio en Hrushevsky, *History*, pp. 439-449 y el cuidadoso análisis de Stampfer, «What actually happened?». Todas las fechas se dan de acuerdo con el calendario gregoriano (N. S.), utilizado en Polonia, y no según el calendario juliano (O. S.) utilizado en Ucrania y Rusia. <<

[61] Cifras de Stampfer, «What actually happened?»; Bacon, «The House of Hannover», pp. 179-180, 191. Raba, *Between remembrance and denial*, capítulo 1, repasa las numerosas narraciones de la masacre escritas por contemporáneos. Muchos dieron por hecho que la masacre había sido cuidadosamente planeada, pero no se ha descubierto ninguna evidencia de la preparación: al parecer, bastó con el odio sectario. En 1650, los líderes judíos de Polonia establecieron un ayuno para conmemorar el segundo aniversario del día en que comenzaron las masacres en Nemyriv, y encargó una elegía especial de lo que las crónicas judías denominaron a partir del siglo XVII *Gezeirot ta'h ve-ta't*: «Los decretos de 408-409» (es decir, 5408 y 5409 en el calendario judío, o 1648-1649 en el cristiano). <<

[62] Wrocław, Ossolineum, ms. 189/56; *The Moderate Intelligencer*, CLXXVII (12-19 de octubre de 1648, O. S.), citando un informe de Dánzig fechado el 2 de octubre de 1648. <<

[63] Véase Plokhy, *The cossacks*, pp. 220-235; Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 517-519; y Sysyn, «Ukrainian-Polish relations», pp. 63, 67, 69-71. <<

[64] Hrushevsky, *History*, VIII, p. 535, discurso de Jmelnytsky a Kysil, febrero de 1649. <<

[65] Plokhy, *The cossacks*, p. 220; Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 520-521, y pp. 541-542, condiciones de Jmelnytsky transmitidas a los comisionados, 24 de febrero de 1649, O. S. <<

[66] Hrushevsky, *History*, VIII, p. 522, haciéndose eco de las impresiones de los comisionados en diciembre de 1648 y febrero de 1649; Hrabjanka, *The great war*. <<

[67] Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 589-590 (las demandas de los cosacos) y pp. 593-595 (las concesiones reales) de Zboriv, ambas fechadas el 18 de agosto de 1649. Vernadsky, *History*, V, p. 447, informa de las negociaciones entre los cosacos y Moscú. <<

[68] RAS, *Manuskriptsamlingen* 68, Peter Loofeldt, *Initiarum Monarchiae Ruthenicae*, pp. 93, 97-99. <<

[69] Ibídem, pp. 98-99. <<

[70] Davies, *Warfare*, pp. 103-111, y Vernadsky, *History*, pp. 463-481, relatan con detalle las negociaciones que condujeron a la Unión de enero de 1654 y las condiciones confirmadas en Moscú al marzo siguiente. Lo acontecido en Pereiaslav es amargamente cuestionado por los historiadores ucranianos y rusos; los primeros afirman que la Unión se contempló sólo como una medida temporal, y los segundos aseguran que desde el principio pretendió ser permanente. Fueran cuales fueran las intenciones cosacas, parece cierto que desde el primer momento Alejo y sus ministros consideraron la Unión como permanente. <<

[71] RAS, *Manuskriptsamlingen* 68, Peter Loofeldt, *Initiarum Monarchiae Ruthenicae*, pp. 99-100. <<

[72] Roberts, *Sweden as a great power*, pp. 163-169, minutas del Consejo del Reino sueco, 8-12 de diciembre de 1654, revela la reacción a la invasión de Polonia por parte de Rusia. El Consejo aprobó la movilización, sin decidir sobre si atacar Polonia o, a cambio de ciertas concesiones, aliarse con Suecia contra Rusia. El Consejo valoró el riesgo de que una invasión pudiera llevar Polonia al colapso y aliarse, por tanto, con Rusia —precisamente lo que ocurrió—, pero juzgó mucho peor un avance en la expansión de Rusia. <<

[73] En 1886 Henryk Sienkiewicz tituló una novela histórica sobre Polonia a mediados del siglo XVII *Potop*, y el nombre ha permanecido. La actual división de Ucrania entre una parte oriental favorable a una unión más estrecha con Rusia y una parte prooccidental refleja en gran medida las divisiones creadas a raíz de 1656. <<

[74] Brown, «Tsar Alexei», p. 124, orden de Alejo al príncipe Trubetskoi, finales de mayo de 1654. <<

[75] Karpinski, *W walce z niedwidzialnym wrogiem*; Rykaczewski, *Lettres de Pierre des Noyers*, p. 393, carta desde Poznan, 8 de abril de 1658; Namaczyńska, *Kronika*, p. 35. <<

[76] Davies, *Warfare*, p. 132. <<

[77] Gieysztorowa, *Wstep do demografii staropolskiej*, pp. 188-190; Bogucka, «Between capital, residential town and metropolis», pp. 206-207; Reger, «In the service of the tsar», p. 49; Stevens, *Russia's wars*, p. 160. <<

[78] Jones, *History and climate*, p. 12. <<

[79] Cherniakova, *Karelia*, p. 121 (familias con hijos en Megorsk Pogost según un censo de 1678), y p. 122 (detalles sobre las muertes de 1092 varones en la guerra). <<

[80] Frost, *After the deluge*, pp. 72-73, citando un informe de Piotr Galiński, 30 de abril de 1656. <<

[81] Hellie, «The costs», pp. 64-66. <<

[82] Sargent y Velde, *Big problem*, pp. 259-260, sobre la tasa del cambio cobre/plata (con un sorprendente gráfico). Sobre los disturbios de 1662, véanse los testimonios de los testigos presenciales de RAS, *Diplomatica: Muscovitica* 602, sin foliar, Adolph Ebbers al rey Carlos XI, 10 y 18-24 de junio, 25-29 de julio y 21 de agosto de 1662 (todas ellas fechas, O. S.); y Gordon, *Diary*, II, pp. 159-162. Véase también Torke, *Die staatsbedingte Gesellschaft*, pp. 244-252. <<

[83] O'Brien, *Muscovy*, p. 120, citando al embajador francés en febrero de 1667 y al residente inglés en septiembre de 1667. Vernadsky, *A source book*, I, p. 304, publica parte de la tregua de Andrusovo firmada el 9 de febrero de 1667, incluyendo la cláusula que dejaba Kiev bajo control ruso durante dos años. La tregua estipulaba que las partes debían volver a reunirse pasados dos años para llegar a un acuerdo permanente, en ausencia del cual deberían volver a reunirse cada dos años hasta alcanzarlo. <<

[84] Crummey, «The origins», p. 131, citando a Avraami. <<

[85] Michels, *At war*, pp. 211-216, cita la investigación llevada a cabo por autoridades eclesiásticas a partir de 1666, p. 211. <<

[86] Avrich, *Russian rebels*, p. 65, y Khodarkovsky, «The Stepan Razin uprising», p. 8, citan este documento de 1667. <<

[87] Ibídem, pp. 76, 78-79, cita documentos de 1670. <<

[88] Detalles en ibídem, pp. 88-97, y Khodarkovsky, «The Stepan Razin uprising», pp. 14-18. No existen pruebas de que Razin poseyera cartas de Nikon: véase la similar afirmación de Jmelnytsky. <<

[89] Avrich, *Russian rebels*, p. 115. Stenka Razin ha inspirado historias y canciones populares: véase ibídem, pp. 121-122. En 1964, Yevgueni Yevtushenko compuso el poema «La ejecución de Stenka Razin». <<

[90] El zar y el patriarca condenaron a todos estos disidentes religiosos como cismáticos (*raskolniki*) y, a fin de identificarlos, utilizó la nueva liturgia como prueba determinante. Esto permitió más adelante a los viejos creyentes reivindicar a todos los disidentes como sus precursores, pero Michels, *At war*, capítulos 4-6 , demuestra que (hasta al menos 1700) si bien todos los viejos creyentes eran *raskolniki*, no todos los *raskolniki* eran viejos creyentes. <<

[91] Cherniavsky, «The Old Believers», figura p. 21. Cherniakova, *Karelia*, p. 231, presenta un sorprendente mapa de lugares de Karelia en los que los campesinos se rebelaron bien contra sus autoridades eclesiásticas o ellos mismos se inmolaron en la hoguera. <<

[92] Sysyn, «The Khmelnytsky rising», p. 167; Davies, *Warfare*, p. 188, seguido de un análisis detallado del posterior destino de cada protagonista. <<

[93] Véanse detalles en Bushkovitch, *Religion and society*, capítulos 6-7, y Lewitter, «Poland, the Ukraine and Russia». Cifras demográficas tomadas de Davies, *Warfare*, pp. 198-201. Subtelny,

Domination, pp. 130-137, comenta la breve aunque infructuosa tentativa de independencia protagonizada por el *hetman* Mazepa en 1706-1709. <<

[94] Hellie, *Enserfment*, p. 256, n. 59. Hellie, *The Muscovite law code*, presenta una edición bilingüe en ruso e inglés. Agradezco a Matthew Romaniello haber compartido conmigo sus ideas sobre el *Ulozhenie*. <<

[95] Gordon, *Diary*, II, pp. 138-139, año 1661, pero escrito probablemente algunos años más tarde. <<

[96] Romaniello, «Through the filter of tobacco», p. 914, citando a un diplomático de la embajada Carlisle en 1663. <<

[1] Mi especial agradecimiento en la preparación de este capítulo a Günhan Börekçi, John Curry, Kaan Durukan, Suraiya Faroqhi, Matt Goldish, Jane Hathaway, Colin Imber y Oktay Özel. También a Allen Clarke por la traducción del material en árabe; y a Günhan Börekçi, no sólo por su análisis y traducción de las fuentes turcas, sino por ser mi anfitrión durante el XI Congreso de Historia Social y Económica de Turquía celebrado en Ankara en 2008, donde aprendí tantas cosas. <<

[2] Firpo, *Relazioni*, XIII, p. 170, «Relazione de Lorenzo Bernardo», 1592; Sandys, *A relation of a journey* (1615), p. 46. Distancias tomadas de Pitcher, *An historical geography*, p. 134, y Çetin, *XVII ve XVIII*, pp. 17-22. <<

[3] Baer, «Death in the Hippodrome», p. 64. <<

[4] Véanse detalles en Darling, *Revenue-raising*, pp. 248-249, 281; *EI*, IV, pp. 560-561, «Kānūn»; y Fodor, «Sultan, imperial council, grand vizier». Aunque el Consejo (*Divan*) se reunía en una sala abierta con una reja tras la cual, en teoría, el visir escuchaba en secreto, parece que éste rara vez lo hacía. <<

[5] Según *EI*, voz «Devshirme», los encargados del reclutamiento podían «coger» a un chico de entre ocho y veinte años por cada cuarenta familias cristianas en cada pueblo, y una vez cada cinco años. Este reclutamiento rara vez se hacía en las ciudades, pero los jóvenes prometedores que capturaban en las guerras e invasiones a menudo entraban a formar parte de los «esclavos del sultán». <<

[6] Cifras de Jennings, «Firearms», p. 341, y Kunt, «The Köprülü years», p. 31. El gobierno central mantuvo una estricta segregación entre los cipayos y los jenízaros en un esfuerzo por evitar que ambos se unieran en una causa común. <<

[7] Véase *EI*, voz «Fatwā». La fetua era siempre muy breve, con frecuencia se reducía a un sí o a un no. Compárese con las

opiniones similarmente escuetas expresadas por los confesores de los Habsburgo españoles: *capítulo 9*. <<

[8] Tezcan, «Searching for Osman», pp. 105-109. <<

[9] Zilfi, *Politics of piety*, p. 33, menciona a Husein *el Baboso*. Según la leyenda, el tocado blanco de los jenízaros procedía de Hâci Bektash, cuyos discípulos fundaron la Orden Bektashi: Hathaway, *A tale*, pp. 88, 100. <<

[10] Öz, «Population fall»; Özel, «Banditry»; y Özel, «Population changes», documentan las pérdidas demográficas de Anatolia; D'Arrigo, «A 350-year (AD 1628-1980) reconstruction», proporciona datos climáticos. <<

[11] Kiel, «Ottoman sources», pp. 99, 102, sobre Grecia y Bulgaria; McGowan, *Economic life*, pp. 106-107, sobre Manastir; Odorico, *Conseils et mémoires*, pp. 163, 169, 171 sobre Macedonia. Hütterroth, «Ecology», pp. 21-22, niega que la Pequeña Edad de Hielo afectara al Imperio otomano, pero sólo cita fuentes obsoletas. <<

[12] Grove y Conterio, «The climate of Crete», pp. 241-242, informan de la tormenta de enero de 1645 y señalan que «parece haber sido más intensa que las del siglo [XX]». La información sobre Safed se ha recopilado a partir de fuentes locales en 2002. Sobre Egipto, véase Mikhail, *Nature and Empire*, pp. 23, 123; e Ibrahim, *Al-Azmat*, apéndice 11. <<

[13] Özel, «Banditry», p. 69. Sus cálculos del número de bandidos apoyan los de Koçi Beg, *Risale*, en la década de 1630. El tamaño, la estructura y movimiento de la población del Imperio otomano es objeto de gran controversia: Özel, «Population changes», ofrece una excelente visión general. Véanse detalles en ibídem, pp. 180-181, 186-187, 190-192; Cook, *Population*, pp. 10-27; McGowan, *Economic life*, pp. 139-140, 145-146; Barkey, *Bandits*, pp. 220-226; Faroqhi with Erder, «Population rise»; Faroqhi, *Coping with the state*, pp. 23-33, 40-43, 86-97; e Inalcik,

An economic and social history, pp. 438-447 (también llevada a cabo por Faroqhi). <<

[14] Sobre el título, aplicado por Kâtib Çelebi a la deposición y asesinato de Osmán, véase Piterberg, *Ottoman Tragedy*, p. 1. <<

[15] Börekçi, «Factions and favorites», pp. 82-83, citando a Francesco Contarini, el representante veneciano en Estambul, 3 de enero y 18 de septiembre de 1604. <<

[16] Tezcan, *Searching for Osman*, p. 110, sobre los derechos de los *mevali*, y p. 201, sobre la revocación de Osmán. Nótese que Osmán también mandó asesinar a su hermano mayor antes de abandonar la capital, un fratricidio que el jefe muftí se negó a aprobar, proporcionándole al sultán otro motivo de queja contra la élite clerical: Finkel, *Osman's dream*, p. 198. <<

[17] White, *The climate*, p. 193, citando a Bostanzade Yahya; anónimo, *The strangling and death*, p. 13. *Pecevi Tarihi*, II, pp. 349-550, y *Topcular Katibi Abdulkadir (Kadri) Efendi Tarihi,* p. 687, describen la congelación del Bósforo a principios de 1621. <<

[18] *Hasan Beyzade Tarihi*, pp. 338-339 (mi agradecimiento a Günhan Böreçki por la traducción de esta referencia); White, *The climate of rebellion*, pp. 197-198, citando a Bostanzade Yahya. Las fuentes son confusas, pero yo he seguido la versión de Tezcan, *Searching for Osman*, pp. 229-230. Hathaway, «The Evlād-i 'Arab», argumenta plausiblemente que las tensiones entre los reclutados por el sistema de *devs¸irme* en los Balcanes y Anatolia, y los procedentes del Cáucaso y las tierras árabes, también contribuyeron a las confrontaciones de 1622-1623. <<

[19] *Peçevi Tarihi*, II, p. 464; Roe, *A true and faithfull relation*, sin foliar, donde añade que si el plan de Osmán de crear un contrapeso militar frente a los jenízaros y cipayos «hubiera llegado a plasmarse, a qué habría conducido ello en caso de una guerra civil es algo que resulta difícil de juzgar». <<

[20] Pedani-Fabris, *Relazioni di ambasciatori veneti*, pp. 557-558, Giorgio Giustinian (1627). Mustafá regreso a la «jaula» y murió allí en 1639. <<

[21] *Pecevi Tarihi*, p. 385; *Topcular Katibi Abdulkadir*, pp. 944-946, 985; *Hasan Beyzade Tarihi*, p. 375. Agradezco a Jane Hathaway haber llamado mi atención sobre las inundaciones que destruyeron parcialmente la Kaaba en 1630. <<

[22] Ibrahim, *Al-Azmat*, apéndice 11; *Numaralı Mühimme Defteri (H. 1040/1630-1631)*, entrada 356. Grove y Conterio, «The climate of Crete», p. 236, registran una sequía «muy intensa» durante el invierno y la primavera de 1630. <<

[23] *Numaralı Mühimme Defteri (H. 1040/1630-1631)*, análisis de contenidos realizado por Günhan Börekci. En cambio, el número de entradas del registro correspondiente a 1617-1618 (también publicado) es menor de la mitad en las tres categorías. <<

[24] Setton, *Venice*, p. 43, n. 14, citando a *sir* Peter Wyche. Véase también, Grehan, «Smoking». Agradezco a Günhan Börekci haberme señalado la coincidencia entre el gobierno personal de Murad (1632-1640) y el de Carlos I (1629-1640). <<

[25] Kâtib Çelebi, *The balance of truth*, pp. 135-136 (de la autobiografía de Kâtib Çelebi, en referencia a un día de 1627-1628). Es importante recordar que, dado que el movimiento de los *kadizadelis* no consiguió alcanzar sus objetivos, la mayoría de los testimonios que han llegado hasta nosotros proceden de sus críticos posteriores (entre los que se incluye Kâtib Çelebi). <<

[26] Véanse detalles en Zilfi, *Politics of piety*, pp. 138-139, 146, 192 (cita). Zilfi, «The Kadızadelis», pp. 253-255, enumera los veintiún puntos del programa del movimiento. El ejemplo de la ropa interior/cuchara procede de *Tarih-i Naima*, VI, p. 226; el resumen de las prácticas condenadas por los *kadizadelis*, de ibídem, pp. 219-220, y Çelebi, *Balance*, pp. 97-100, 110-123. Agradezco a John Curry estas referencias. <<

[27] Rycaut, *The present state*, parte II, pp. 128-131 sobre los *kadizadelis*, y pp. 135-140 sobre los sufíes. Sobre la formación de Rycaut y su probable influencia sobre su visión de los asuntos otomanos, véase Darling, «Ottoman politics through British eyes»; no obstante, las fuentes otomanas a menudo corroboran las afirmaciones de Rycaut (véaseTerzioğlu, «Sufi and dissident», p. 205, a modo de ejemplo). <<

[28] Kâtib Çelebi, *Balance of truth*, pp. 43-44. <<

[29] Sobre el clima extremo de 1640-1642, véase *Topçular Katibi Abdülkadir*, pp. 1145, 1156, 1164, 1173; D'Arrigo, Cullen y Touchan, «Tree rings»; Odorico, *Conseils*, pp. 163-181; White, *The climate*, pp. 205-206. <<

[30] Véase Unat, «Sadrazam Kemanke», sobre el memorándum; y Uluçay, «Sultan Ibrahim», sobre la actividad administrativa del sultán. Howard, «Ottoman historiography», p. 64, comenta que Koçi Beg redactó una versión de su *Risâle [Tratado del Consejo]* para Murad y otro para Ibrahim, y que escribió el segundo en un estilo notablemente más sencillo, lo que indica unas dificultades de aprendizaje reales o percibidas en el nuevo sultán (agradezco este apunte a Colin Imber). <<

[31] Véase *EI*, voz «Husayn Djindji Khodja». Otros datos en Mantran, *L'histoire*, pp. 237-239. Kunt, *The sultan's servants*, pp. 70-75, mostraba que más de la mitad de los gobernadores de provincias nombrados entre 1632 y 1641 no permanecieron en sus puestos más de un año, y sólo el 10 por ciento ejerció durante dos años o más, un índice de rotación de empleados todavía mayor que el anterior. <<

[32] Setton, *Venice*, p. 121, n. 25, carta a Giovanni Soranzo, 1 de marzo de 1645. <<

[33] Dujčev, *Avvisi*, p. 111, Martino di Turra al papa, Ragusa, 12 de agosto de 1647, enviando información recibida de «nuestro amigo de Constantinopla», probablemente Soranzo, el emba-

jador veneciano al que el sultán había puesto bajo arresto domiciliario cuando estalló la guerra. <<

[34] Dujčev, *Avvisi*, pp. 110-111, Turra al papa, Ragusa, 12 de agosto de 1647; Brennan, *The travel diary of Robert Bargrave*, p. 83. <<

[35] Costin, *Letopiseţul Ţărîi Moldovei*, pp. 196-197 (agradezco a Mircea Platon la localización y traducción de esta cita); Brennan, *The travel diary*, p. 135. <<

[36] Kâtib Çelebi, *Fezleke*, II, p. 326; Dujčev, *Avvisi*, pp. 120-121, Turra al papa, Ragusa, 9 de julio de 1648, reenviándole información de Estambul el 12 de junio; Setton, *Venice*, p. 151, n. 30, citando a Mormori, *Guerra di Candia*. Monconys, *Journal*, I, p. 49, carta de Estambul, 24 de agosto de 1648, también describía la violencia del terremoto. <<

[37] Monconys, *Journal*, I, p. 54, carta desde Estambul, 24 de agosto de 1648, hace referencia a la consulta legal del jefe muftí. <<

[38] Emecan, «I. brâhim», p. 280, narra el destronamiento (véase la versión completa, basada en *Tarih-i Na'ima*, en Vatin y Veinstein, *Le Sérail*, pp. 243-247); Monconys, *Journal*, I, p. 54, carta desde Estambul, 24 de agosto de 1648. <<

[39] Monconys, *Journal*, I, p. 60, carta desde Estambul, 24 de agosto de 1648. <<

[40] Brennan, *The travel*, p. 87. Finkel, *Osman's dream*, pp. 235-240, encuentra la lógica a unos hechos inverosímilmente confusos. <<

[41] Behrnauer, «Hâgî Chalfa's Dustûru'l-'amel», pp. 125-132, traducción alemana de Kâtib Çelebi, «The rule of action for the rectification of defects» (19 de marzo de 1653). Véase también el resumen en inglés en Lewis, *Islam in history*, pp. 207-211. Erol Özvar ha estimado la renta estatal otomana en 1648-1649 en 89 toneladas de plata y el gasto en 154 toneladas, siendo en 1650 las

cifras de 149 y 192 toneladas, y en 1652-1653 de 145 y 215: Özvar, «Fiscal crisis». <<

[42] Kunt, «The Köprülü years», p. 20, citando *Tarih-i Naima*, y p. 31. Por otra parte, en 1653 y 1656 los otomanos rechazaron dos peticiones mogolas para una declaración de guerra contra Irán: *véase capítulo 13*. <<

[43] Kâtib Çelebi, *Balance of truth*, pp. 28-29. <<

[44] Rolamb, «Relation», p. 699. El enviado sueco escribió sobre la situación «a mi llegada» a Estambul, acaecida en mayo de 1657. Supuestamente, la posición del sultán seis meses antes había sido todavía más peligrosa. <<

[45] Zilfi, «Kadızadelis», p. 252. <<

[46] Kunt, «The Köprülü years», p. 65. <<

[47] Ibídem, p. 76, citando la historia de Mehmed Halife, uno de los pajes elegidos para recitar el Corán. Kunt señala también que dado que tanto el emperador como su visir se llamaban Mehmed, este ejercicio era particularmente apropiado para recabar el apoyo público para su causa. <<

[48] Kunt, «The Köprülü years», pp. 100-115 (aclamaciones mesiánicas, p. 109); White, *The climate*, p. 214, sobre el clima extremo de 1657-1659. <<

[49] Kunt, «The Köprülü years», pp. 119-120, cita del *Tarih-i Naima*. <<

[50] Sobre Rumania, veáse Nicoară, *Sentimentul*, I, pp. 37-38, citando la crónica de Radu Popescu y un contrato de venta de Gavril Nit¸ă, 1660 (y otros similares); sobre Transilvania, véase Cernovodeanu y Binder, *Cavalerii Apocalipsului*, p. 90, citando el *Diario* de Mihail Teleki, canciller de Transilvania, sobre 1661 (mi agradecimiento a Mircea Platon por ambas referencias y las traducciones). Véanse también los datos de White, *The climate*, pp. 214-215. <<

[51] Detalles en Terzioğlu, «Sufi and dissident», pp. 205-206; y Baer, «Death in the hippodrome», p. 80. <<

[52] Interpretaciones antisemitas registradas por Baer, «The Great Fire», pp. 172-173, donde también menciona la simultánea eliminación de los demás no musulmanes de la zona, apuntando que la «limpieza étnica» de la capital comenzó «aproximadamente un año después del incendio», pero no relaciona el retraso con la transferencia del poder de Köprülü Mehmed a su hijo. <<

[53] Scholem, *Sabbatai Sevi*, p. 88, citando el *Zohar*, un texto clave de la cábala, donde explica cómo se llegó a declarar 1648 el año del Apocalipsis. Idel, «Differing conceptions», presenta una brillante exposición de la «renuencia a adherirse a las mismas respuestas que habían sido válidas hasta hacía muy poco tiempo» y que conducían a la visión de Sabbatai y otros. Menasseh ben Israel, *Esperança de Israel* (Ámsterdam, 1650; también publicado aquel mismo año en hebreo, portugués, latín e inglés). <<

[54] Israel, «Menasseh ben Israel», pp. 390-392, analiza con gran rigor los primeros tres desastres de 1645-1648, pero omite el cuarto. Sobre la bancarrota de Felipe IV en 1647 y las políticas antisemitas, *véase capítulo 9*. <<

[55] Scholem, *Sabbatai*, p. 136, citando una carta del rabino Solomon Laniado de 1669, en la que relata su encuentro con Sabbatai cuatro años antes. Sobre la condena de Sabbatai como «loco», ibídem, pp. 125-138, y Goldish, *The sabbatean prophets*, pp. 1-2, 118-19 (como señala Goldish «Sabbatai Zevi fue un hombre extraño en una época extraña»). Agradezco al profesor Goldish y a Benzion Chinn su ayuda en la comprensión del «fenómeno sabbatiano». Sobre la comunidad judía de Esmirna —alrededor de 2000 personas de una población total de 40 000 en 1648—, véase Eldem, *The Ottoman city*, pp. 98-102. <<

[56] Goldish, *Sabbatean prophets*, pp. 2-3, señala que la lengua preferida de Sabbatai era el español, y que en 1659, la edición de Esmirna de *Esperança de Israel* apareció publicada en este idioma. <<

[57] Goldish, *Sabbatean prophets*, pp. 108, 119-120, citando a Leyb ben Oyzer, *Beschraybung fun Shabsai Zvi*, cuyo relato se basaba en entrevistas con aquellos que «comían y bebían» con Sabbatai. Sobre la red de transmisión que difundió el mensaje de Sabbatai, *véase capítulo 18*. <<

[58] Goldish, *Sabbatean prophets*, pp. 102-105, citando a Thomas Coenen (un ministro holandés residente en Esmirna en aquel momento), *Ydele verwachtinge der Joden getoont in den persoon van Sabethai Zevi* (Ámsterdam, 1669). <<

[59] Pepys, *Diary*, VII, p. 47 (entrada del 19 de febrero de 1666, O. S.). Pepys añadía: «Sin duda este año de 1666 será un año de gran acción, aunque sólo Dios sabe qué consecuencia se derivará de ello». <<

[60] Maier y Waugh, «The blowing of the Messiah's trumpet», documenta el interés del zar y la importancia de los informes tanto cristianos como judíos a la hora de difundir las afirmaciones de Sabbatai. Benzion Chinn me recuerda que el padre de Sabbatai trabajaba como agente de compras para los comerciantes ingleses de Esmirna. <<

[61] Scholem, *Sabbatai*, pp. 427-433, enumera los «reyes» a los que Sabbatai dio un nombre bibliico (rey David, rey Ezequías, etc.). Hathaway, «The Mawza' exile», relaciona la rebelión de Yemen de 1665-1666 con Sabbatai. <<

[62] Scholem, *Sabbatai*, p. 435, citando una carta escrita por fray La Croix. La caída «de la Media Luna» no era una amenaza baladí en aquel momento; cuatro sultanes habían sido depuestos en el pasado reciente: Mustafá en 1617, y de nuevo en 1623, y

sus sobrinos Osmán e Ibrahim en 1622 y 1648, respectivamente. <<

[63] El veredicto de Scholem, *Sabbatai*, p. IX. <<

[64] Finkel, *Osman's dream*, pp. 276-277, presenta dos descripciones de esta gala. Kolodziejczyk, *Ottoman-Polish diplomatic relations*, publica los tratados de estos años. Özvar, «Fiscal crisis», estimó que en 1670-1671 el tesoro otomano ingresó el equivalente a 147 toneladas de plata y gastó 143. <<

[65] White, *The climate*, pp. 215-222, ofrece un excelente resumen de estas adversas condiciones a partir de 1675. <<

[66] Finkel, *Osman's dream*, p. 284, deja constancia de la decisión del gran visir de rechazar el consejo del jefe muftí, y p. 288, sobre su similar rechazo de un sueño que predecía el desastre si atacaba a los Habsburgo. <<

[67] Xoplaki, «Variability», pp. 596-598, resume el clima extremo de los Balcanes a finales del siglo XVII. <<

[68] Hathaway, *A tale*, pp. 88-89, 181-182, 185-186, 190-191; ídem, «The Evlād-i 'Arab». <<

[69] Luterbacher y Xoplaki, «500-year winter temperature», especialmente gráfico, p. 140; *Silahdar Tarihi*, II, pp. 263-264 (agradezco a Jane Hathaway tanto esta referencia como su traducción); y Faroqhi, «A natural disaster». <<

[1] Quiero dar las gracias a Katherine Becker y Leif Torkelsen por su ayuda con algunas fuentes alemanas y escandinavas; y a Derek Croxton, Christopher Friedrichs y Paul Lockhart por sus valiosas críticas sobre este capítulo. <<

[2] Von Krusenstjern y Medick, *Zwischen Alltag und Katastrophe*, p. 34 (orden de catástrofes enumerado); Koenigsberger, «The European civil war» (1971). <<

[3] La geografía del Sacro Imperio Romano es extremadamente compleja. Además de los territorios mencionados, el norte de Italia y (hasta 1648) los cantones suizos y los Países Bajos también debían oficialmente obediencia al emperador, pero éste rara vez ejercía allí un poder directo (la guerra por Mantua, un feudo imperial, en 1628-1631, fue una excepción). A la inversa, aunque a partir de 1564 los emperadores también gobernaron sobre Hungría (incluida Moravia), ésta no formó parte del Imperio. <<

[4] Dollinger, «Kurfürst Maximilian», pp. 298-299, Maximiliano a su padre (que acababa de abdicar), 21 de junio de 1598. <<

[5] MacHardy, «The rise of absolutism», p. 436. <<

[6] Polyxena Lobković, citada por Polišenský, *The Thirty Years' War*, p. 94; Landsteiner, «Wine production crisis», pp. 326-327, informa de insólitas oscilaciones en la producción entre 1617-1621. <<

[7] Zillhardt, *Zeytregister*, p. 93. <<

[8] Magen, *Reichsgräfliche Politik in Franken*, p. 190, declaración del canciller de Hohenlohe, junio de 1619. <<

[9] Gindely, *Geschichte*, II, p. 164, conde de Solms, representante de Federico en Fráncfort, a su señor, 28 de agosto de 1619; Lee, *Dudley Carleton*, pp. 270-271, carta del 18 de septiembre de 1619. <<

[10] Weiss, «Die Vorgeschichte», p. 468, Federico a Isabel, su esposa, 19 de agosto de 1619. <<

[11] Reade, *Sidelights*, I, p. 388, *sir* Edward Conway al secretario de Estado Naunton, noviembre de 1620. <<

[12] Wilson, *Thirty Years' War*, p. 353 (véanse pp. 351-361 sobre la «ley del conquistador»). <<

[13] Warde, «Subsistence», p. 303, citando a J. Ginschopff, *Cronica* (1630); Helfferich, *The Thirty Years War*, p. 59, citando *Münzbeschikung der Kipper-und Wipper* (1621); Straǹský, *Respublica Bohemiae* (1634), pp. 495-496. Langer, *Thirty Years' War*, pp. 31-32, 49, comenta las rebeliones. Véanse también los periódicos y comentarios en Paas, *Kipper and Wipper. Kippen* significa «tambalearse» y *Wippen*, «oscilar como una balanza» y también «torturar», de manera que *Kipper-und Wipperzeit* se hizo popular como rima. <<

[14] Supple, *Commercial crisis*, pp. 75-76, 79, 93, citando un panfleto de Edward Misselden, 1622. <<

[15] Turbolo, *Copia*, p. 6. <<

[16] Stouppe, *La religion des hollandois*, pp. 96-98 (el autor era un oficial protestante suizo acuartelado en Utrecht en 1673); Van der Woude y Mentink, «La population». <<

[17] AGS, *Estado*, 2327/168, consulta del Consejo de Estado, 12 de junio de 1621. <<

[18] Lockhart, *Denmark*, p. 55, citando al conde de Leicester en 1632; véanse otros detalles en Ladewig Petersen, «Conspicuous consumption», pp. 6465. <<

[19] Mann, *Wallenstein*, p. 369, citando el Consejo de Guerra bávaro (trad. cast.: *Wallenstein*, Grijalbo, Barcelona, 1978). <<

[20] Jespersen, «Slaget», p. 89, citando el *Skrivekalender* ológrafo de Cristian: «*Sloges med Fjenden og mistede Slaget*». <<

[21] Ernstberger, *Hans de Witte*, p. 166, Wallenstein al tesorero imperial, 28 de enero de 1626. Sobre la financiación militar en la guerra de los Treinta Años, *véase capítulo 2*. <<

[22] Zillhardt, *Zeytregister*, p. 117; más detalles en Pfister, *Klimageschichte der Schweiz*, pp. 40-41, 118-122, 140; ídem, «Weeping in the snow», pp. 33, 50; e ídem, *Wetternachhersage*, pp. 194-198. Theibault, *German villages*, p. 184, señala que en Hessen-Kassel, «entre 1626 y 1634 no pasó ningún año sin alguna helada, sequía, granizada o añublo que afectara a alguna de las cosechas»; mientras que Garnier, «Grapevine», p. 710, cita un informe de la región francesa del Jura en el que se afirma que «la helada comenzó a finales de noviembre de 1626 y se prolongó hasta mayo [de 1627]». <<

[23] Behringer, «Weather, hunger and fear», pp. 11-12, sobre los jucios de brujas; y Bell, «The Little Ice Age», pp. 12-15, sobre «der Wein Jud»; Von Krusenstjern, «Gott der allmechtig», sobre las explicaciones *pecatológicas* de los alemanes con respecto al mal tiempo de aquella época. <<

[24] *Der Oberösterreichische Bauernkrieg*, pp. 70-71, enumera a los ejecutados, y en pp. 72-73 registra el aplazamiento de la orden para el *Emigrationstermin* hasta abril de 1628, a causa del pésimo tiempo. Helfferich, *The Thirty Years War*, pp. 83-84, publica dos periódicos rebeldes. <<

[25] Robisheaux, *Rural society*, p. 210. <<

[26] Bireley, *Religion and politics*, p. 54, instrucciones de Fernando a su representante en una reunión de electores en Mühlhausen, 4 de octubre de 1627. <<

[27] Urban, «Druck». Más de cien copias del edicto han llegado hasta nosotros en varias formas, un número sin duda notable. Helfferich, *The Thirty Years War*, pp. 91-98, publica el texto en inglés. <<

[28] Mann, *Wallenstein*, p. 700, Wallenstein a Oberst San Julian. <<

[29] Bireley, *Religion and politics*, p. 125: versión del testigo presencial Kaspar Schoppe. Maximiliano aduciría más tarde que La-

mormaini y otros teólogos lo habían convencido, tanto a él como a otros príncipes católicos, de que Dios otorgaría la victoria a su causa si mantenía en vigor el edicto, pero que los castigaría si hacían concesiones a los protestantes, como proponían: véase Albrecht, *Auswärtige Politik*, pp. 379-381. <<

[30] Symcox, *War, diplomacy and imperialism*, pp. 102-113, publica una versión inglesa de la *Declaration* de Gustavo de junio de 1630; Helfferich, *The Thirty Years War*, pp. 99-103, publica su manifiesto de julio. <<

[31] O'Connell, «A cause célèbre», p. 84, Louis a Brûlart, 22 de octubre de 1630. <<

[32] Suvanto, *Wallenstein*, p. 72, Questenberg a Wallenstein, 23 de abril de 1631: «*Jizt haists "helff, helff", und non est qui exaudiat*». <<

[33] Mortimer, *Eye witness accounts*, pp. 64-67 (Anna Wolff de Schwabach) y pp. 21-23 (pastor Johannes Schleyss de Gerstetten y Sebastian Bürster de cerca de Überlingen, sitiado por los suecos en 1632 y 1634: la ciudad todavía celebra una «procesión sueca» anual para celebrar su liberación). <<

[34] Robisheaux, *Rural society*, p. 223. <<

[35] Sreenavisan, *Peasants of Ottobeuren*, pp. 282-286, citando los registros parroquiales locales; Mortimer, *Eye witness accounts*, pp. 78-79, citando a Raph, un empleado municipal de cerca de Stuttgart. <<

[36] Vincent, *Lamentations*, pp. 26, 33. Agradezco a Jill Bepler su ayuda en la identificación del autor de esta obra. <<

[37] Theibault, *German villages*, p. 186 (maíz congelado) y pp. 184-185 (índices de producción); Peters, *Ein Soldnerleben*, p. 166; Theibault, «The rhetoric», p. 283 (entrada anotada por Ludolf en los registros parroquiales); Helfferich, *The Thirty Years War*, pp. 205-212, diario del abad Maurus Friesenegger de Andechs. Varios escritores de Bohemia también dejaron constancia de inten-

sas heladas en agosto y septiembre de 1641, en mayo y junio de 1642, y en mayo de 1643: Brázdil, «Meteorological records», pp. 104-105. <<

[38] Heberle, *Zeytregister*, p. 225; todas las demás citas proceden de Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 172. Theibault, *German villages*, p. 125, destaca que, antes de la guerra, el homicidio era muy poco frecuente, por lo que cuando empezó a producirse, el contraste fue todavía mayor. <<

[39] Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 178, citando un escrito de Thiele correspondiente a 1641. <<

[40] Bireley, *Religion and politics*, pp. 214-217 (citando a Ludwig Crasius, S. J.). <<

[41] Bierther, *Ratisbonaer Reichstag*, p. 88, n. 69, Maximiliano a sus enviados, 27 de noviembre de 1640; Ruppert, *Kaiserliche Politik*, p. 243, sobre Fernando III y sus *Hoftheologen* en febrero de 1646. <<

[42] Dickman, *Der Westfälische Frieden*, p. 115, citando la carta abierta de Johan Adler Salvius de abril de 1643. Mi versión sobre el acuerdo de paz debe mucho a la generosidad de Derek Croxton, que compartió conmigo, previamente a su publicación, su obra sobre *The last christian peace*. <<

[43] Odhner, *Die Politik Schwedens*, p. 163, Johan Adler Salvius al Consejo de Regencia sueco, 7 de septiembre de 1646. Salvius añadía la advertencia: «La gente está empezando a ver el poder de Suecia como un peligro para el equilibrio del poder». <<

[44] *APW*, serie II, B II, p. 241, Mazarino a sus plenipotenciarios, 7 de abril de 1645; y B V, p. 1151, Luis XIV a sus plenipotenciarios, 26 de abril de 1647, redactado por Mazarino. <<

[45] *APW*, serie I, I, pp. 440-452, instrucción de Fernando III a Trauttmansdorff, Linz, 16 de octubre de 1645, hológrafo. Helfferich, *The Thirty Years War*, pp. 233-240, ofrece una traducción al inglés de todo el documento. <<

[46] *APW*, serie II, B II, p. 369, Servien a Brienne, 27 de mayo de 1645. <<

[47] Chéruel, *Correspondance de Mazarin*, II, p. 944, a Chanut, 30 de agosto de 1647. <<

[48] *Co. Do. In.*, LXXXIII, pp. 328, 369, Peñaranda a Castel Rodrigo, 4 de julio y 2 de agosto de 1647; Helfferich, *The Thirty Years War*, p. 250, citando el diario de Clara Staiger; Buisman, *Duizend jaar wetter*, IV, pp. 487-500. <<

[49] *Acta Pacis Westphalicae: Supplementa electronica*, ofrece los textos paralelos de los «instrumentos de paz» en la versión original y en varios idiomas modernos. <<

[50] Johann Vogel de Núremberg citado en Glaser, *Wittelsbach und Bayern II,* p. 483 (en Mateo, 19, 24, Cristo decía que era «más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos»); Zillhardt, *Zeytregister*, pp. 224, 226. Gantet, «Peace celebrations», señala que la mayoría de las casi doscientas celebraciones por la paz llevadas a cabo en el Imperio entre 1648 y 1660 fueron, como las de Ulm, protestantes y urbanas: véase mapa en p. 655. <<

[51] Cooper, *The New Cambridge Modern History*, IV, p. 402, citando a Oxenstierna. Véase también Roberts, *Sweden as a great power*, pp. 155-160, resolución del Consejo de Estado sobre las razones para atacar Dinamarca, mayo de 1643. <<

[52] Cita tomada de Roberts, «Queen Christina», p. 198. Leijonhufvud, «Five centuries», pp. 130-131, menciona dos «décadas absolutamente frías» en el Báltico entre 1614 y 1633, que mantuvieron a los barcos bloqueados por el hielo durante más tiempo de lo normal. <<

[53] Roberts, *The swedish imperial experience*, p. 25. <<

[54] Datos y citas de Roberts, «Queen Christina», pp. 200, 201, 213 (n. 62), 217. Åström, «The swedish economy», pp. 76-77, muestra en una tabla la proliferación de títulos nobiliarios; Ro-

berts, *Sweden as a great power*, pp. 41-43 publica algunos extractos de estas mazarinadas suecas. <<

[55] Detalles de Nordmann, «La crise», pp. 221-222. Sobre el excedente de licenciados, *véase capítulo 18*. <<

[56] Datos y citas de Roberts, «Queen Christina», pp. 211, 203 (n. 28), 201. <<

[57] Roberts, «Queen Christina», p. 204, citando al arzobispo Linneo. <<

[58] Roberts, *Sweden as a great power*, pp. 101-105, publica la petición del 8 de octubre de 1650 (O. S.), y, en pp. 105-108, los debates del estamento de la nobleza mantenidos el 15 de octubre. Véase también ídem, «Queen Christina», pp. 198-199, 205. <<

[59] Roberts, *Sweden as a great power*, pp. 105-108, actas de una reunión entre «representantes de los cuatro estamentos» y el Consejo, 15 de octubre de 1650, citando a Oxenstierna, al conde Per Brahe, y el arzobispo Linneo. <<

[60] Bergh, *Svenska riksrådets protokoll*, XV, p. 128, discurso de Jakob de la Gardie ante el Consejo, 10 de octubre de 1651. Para otros ejemplos de las preocupaciones del Consejo sueco sobre las revueltas extranjeras, *véase capítulo 18*. <<

[61] Nordmann, «La crise», pp. 225-226. <<

[62] Whitelocke, *A journal of the swedish embassy*, I, pp. 191-192, 211-219; Roberts, «Queen Christina», p. 202, n. 26, citando a Christer Bonde, consejero de Estado, en 1655, con una referencia a un comentario similar por parte de la reina. <<

[63] Datos de Bygdeå tomados de Lindegren, «Frauenland und Soldatenleben», pp. 149-151, y «Men, money, and means», pp. 155-156. *Véase también capítulo 3*. <<

[64] Datos de Finlandia tomados de Lappalainen, «Finland's contribution», p. 182, y Villstrand, «Adaptation or protestation», p. 283 (reclutamiento), pp. 286-295 (deserción), y pp.

308-309 (Jakob Göransson). Véase también Rodén, «The crisis», pp. 107-108. <<

[65] Anon, *De na-ween vande Vrede*, A2v. <<

[66] Poelhekke, *Vrede van Munster*, pp. 256, 258, citando una resolución de los Estados de Holanda, 28 de febrero de 1646, y el panfleto *Ongeveynsden nederlandtschen patriot* (1647). <<

[67] Poelhekke, *Vrede van Munster*, p. 272, conde de Castrillo a Felipe IV, 3 de junio de 1646; Prestage, *Correspondência diplomática*, II, p. 256, Sousa Coutinho a Juan IV, 17 de noviembre de 1647, citando al embajador francés en La Haya. El plan matrimonial para Luis XIV se vino abajo en octubre de 1646, cuando la muerte del príncipe Baltasar Carlos convirtió a María Teresa en heredera del trono español. No obstante, se casaron en 1659 como parte de la Paz de los Pirineos. <<

[68] Poelhekke, *Vrede van Munster*, p. 387: Antoine Brun a los Estados Generales holandeses, Münster, febrero de 1647. <<

[69] Véanse detalles en Buisman, *Duizend jaar weer*, IV, pp. 494-508 (Reijer Anslo, «Op het regenachtige weer in het jaar 1648», pp. 494-495); y Gutman, *War and rural life*, p. 233 (precios del centeno en Ámsterdam, Lieja y Maastricht; en ninguna de las tres ciudades volvió a alcanzar niveles tan altos hasta la década de 1690). <<

[70] Israel, *The Dutch Republic and the hispanic world*, pp. 382-386 , ofrece una buena perspectiva general de la recesión económica en Holanda. Sobre el impacto de la reducción de las guarniciones, véase ídem, *The Dutch Republic: its growth*, pp. 612-615. <<

[71] *De na-ween vande Vrede*, sig. A3. Israel, *Dutch Republic: its growth*, p. 602, cita otros sermones en los que se culpaba a la paz de la incesante lluvia. <<

[72] Israel, *Dutch Republic and the hispanic world*, p. 386, n. 31, cita de Antoine Brun a Felipe IV, 25 de marzo de 1650. <<

[73] Aitzema, *Saken*, III, pp. 440-443, carta de los magistrados de Ámsterdam a los Estados de Holanda, 30 de junio de 1650. <<

[74] Buisman, *Duizend jaar*, IV, pp. 646-655, describe con detalle el insólito clima de 1672. Diez años más tarde, Charles Le Brun pintó el cruce del Rin como uno de los episodios que se conmemoran en el techo del salón de los Espejos de Versalles. <<

[75] Israel, «The Dutch role», p. 116, n. 33, citando una carta de D'Avaux a Luis, agosto de 1688. <<

[76] Grimmelshausen, libro V, capítulo 1. *El aventurero Simplicissimus*, Plaza & Janés, Barcelona, 1978. <<

[77] Von Greyerz, «Switzerland», p. 133; Suter, *Der schweizerische Bauernkrieg*, pp. 326-327, 361 sobre los precios del grano. <<

[78] Suter, *Der schweizerische Bauernkrieg*, p. 331, súplica a las autoridades de Basilea, 30 de noviembre de 1651, y pp. 343-352 sobre el colapso económico posterior a 1648. Compárese con las quejas holandesas en *De na-ween vande Vrede* (anterior). <<

[79] Suter, *Der schweizerische Bauernkrieg*, pp. 94-97, narra cómo varios pastores y campesinos suizos interpretaron la aparición del cometa, y en pp. 6371, comenta la devaluación. <<

[80] Sobre los «problemas» de Berna y Zúrich, véanse Wahlen y Jaggi, *Der schweizerische Bauernkrieg*, pp. 10-16; sobre Salzburgo, véase Heinisch, *Salzburg*, capítulo 15; sobre las frecuentes revueltas campesinas en Austria, véase Bierbrauer, «Bäuerliche Revolten», pp. 66-67 (sobre los estandartes, *véase capítulo 17)*. <<

[81] Livet, «La guerre des paysans», p. 131, De la Barde, 4, 21 y 26 de diciembre de 1652. Éste no informó de los problemas de Entlebuch hasta el 27 de febrero de 1653 y siguió sin considerarlo como «una guerra civil» durante dos semanas más. <<

[82] Suter, *Der schweizerische Bauernkrieg*, p. 64, cita la «*"Neu Wilhelm Tellen Lied", im Entlebuch gemacht 1653*». La canción trataba en realidad de la devaluación de la moneda, no de Tell. <<

[83] Ibídem, pp. 150, 330, «Rede» de Pannermeister Hans Emmenegger, incorporado al *Bundesbrief* de los vasallos (*Untertanen*) del cantón de Lucerna en Wolhusen, 26 de febrero de 1653. <<

[84] Ibídem, pp. 159-161, 167, refiere los términos utilizados en la correspondencia entre las autoridades cantonales en la primavera de 1653 para describir los problemas: *Generalaufstand, Generalmachination* y el neologismo, sin duda procedente de Italia, *Revolution*, cuyo objetivo era el «*Exterminion unseres eydtgenössischen Standts*», p. 161. <<

[85] Suter, *Der schweizerische Bauernkrieg*, pp. 429-437. Véase también la detallada cronología, ibídem, pp. 605-619. <<

[86] Meadows, *A narrative*, pp. 33-35. Para más detalles sobre este histórico invierno de 1657-1658, *véase capítulo 1*. <<

[87] Ekman, «The Danish royal law», pp. 102-107, publica una traducción de varias cláusulas. Nótese que aunque Federico firmó el documento, preparado por Schumacher, el 14-24 de noviembre de 1665, éste permaneció sin publicar hasta 1709. <<

[88] Molesworth, *An account of Denmark*, pp. 73, 74, 86. <<

[89] Ogilvie, «Communities and the second serfdom», p. 112 (traducción ligeramente rectificada del original en n. 214). <<

[90] Steinman, *Bauer und Ritter*, p. 87, citando una carta del barón Stein, tras viajar por Mecklemburgo en 1802. Hagen, «Seventeenth-century crisis», ofrece un oportuno recordatorio de que mientras las áreas permanecieran despobladas, los «siervos» podían evitar las demandas de sus señores; en general, la legislación restrictiva empezó a aplicarse sólo a partir de principios del siglo XVIII. <<

[91] Título del evocador, pero mal concebido, panfleto de Ergang, *The myth of the all-destructive fury of the Thirty Years War*. <<

[92] Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 182 (Junius), p. 185 (Thiele), pp. 176-177 (Preis), y p. 185 (Minck); Theibault, «The

rhetoric», p. 271 (Ludolf). Véanse también los datos resumidos en Von Krusenstjern, *Selbstzeugnisse*. <<

[93] Calculado a partir de la lista de ocupaciones en Von Krusenstjern, *Selbstzeugnisse*, pp. 259-260 (varios autores ejercieron más de una ocupación durante su vida). <<

[94] Von Krusenstjern, *Selbstzeugnisse*, rúbrica B 8, aporta el *Schreibmotiv* siempre que el autor lo explicita. Véanse p. 57 (Melchior Brauch de Núremberg, un panadero luterano, que afirmaba explícitamente escribir «*für mich*»), p. 148 (Hans Conrad Lang, un comerciante luterano que escribía para sus «*Kindern mag zur Nachrichtung dienstlich sein*») y p. 58 (Johannes Braun, un pastor luterano que huyó al exilio, donde escribió porque «*die Schilderung unseres Unglücks und unserer Leiden […] kann unseren Nachkommen in vielen Dingen lehrreich sein*»). <<

[95] Von Krusenstjern, *Selbstzeugnisse*, pp. 194-195; Mortimer, *Eye witness accounts*, pp. 83, 88, entradas cronológicas de Renner en su registro parroquial. El rescate que pagó fue de cuatrocientos táleros. <<

[96] Mortimer, *Eye witness accounts*, p. 170, citando al maesro de escuela Gerlach, cerca de Würzburg. <<

[97] Eckert, *The structure of plagues*, p. 150; Outram, «The socio-economic relations»; Lindegren, «Men, money and means», p. 159. <<

[98] En palabras de Theibault, *German villages*, p. 165, refiriéndose al valle del Werra: «La guerra minaba la capacidad de la aldea para reproducirse». Para evidencias similares, *véanse capítulo 4, y capítulo 21*. <<

[99] Dipper, *Deutsche Geschichte*, p. 44, tabulación de las estimaciones de Wolfgang Abel (1967), Karl Bosl y Eberhard Weis (1976), Eda Sagarra (1977), Hermann Kellenbenz (1977), Michael Mitterauer (1971) y el propio Dipper. Wilson, *Thirty Years*

War, p. 788, presenta unas sorprendentes cifras totales de las tierras hereditarias de los Habsburgo. <<

[100] Theibault, «The demography», pp. 12, 21. <<

[101] Sreenivasan, *The peasants of Ottobeuren*, pp. 289-291. El colapso del mantenimiento de registros, incluso de los parroquiales, posterior a 1634 hace difícil alcanzar una mayor precisión en las pérdidas de población. <<

[102] Repgen, «Über die Geschichtsschreibung», pp. 10-12, sobre el uso y significado de *Katastrophe* en aquella época. <<

[103] Raynor, *A social history of music*, pp. 115, 203-204, citando a Burckhart Grossman y Heinrich Schütz (trad. cast.: *Una historia social de la música: desde la Edad Media a Beethoven*, Siglo XXI, Madrid, 1986). Nehlsen, «Song publishing», presenta un histograma de canciones publicadas en periódicos y panfletos entre 1618 y 1649. <<

[104] Tacke, «Mars, the enemy of art», pp. 245-248, citando a Sandrart, *Teutsche Academie der Bau-, Bild-und Mahlerey-Künste* (1675); Robisheaux, *Rural society*, p. 202. <<

[105] Wedgwood, *Thirty Years War*, p. 526. <<

[106] Detalles en Gantet, «Peace celebrations». La autora subraya la elección del 8 de agosto, en lugar del 24 de octubre, para la celebración anual: dicho día de 1629, el Edicto de Restitución había abolido el culto protestante en la ciudad, por lo que la ceremonia anual también servía de recordatorio a generaciones posteriores sobre una de las causas de la guerra. <<

[1] Agradezco a James Amelang, Bethany Aram, *sir* John Elliott, Xavier Gil, Andrew Mitchell, Alberto Marcos Martín, Martha Peach y Lorraine White sus comentarios y referencias para este capítulo. <<

[2] IV de DJ 82/444, duque de Sessa a Zúñiga, minuta del 28 de septiembre de 1600; AGRB, *SEG* 183/170v-171, Zúñiga a Juan de Ciriza, 7 de abril de 1619, copia, evaluando si prolongar o no la tregua con la República holandesa. <<

[3] Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, I, p. 112, Olivares al conde de Gondomar, 2 de junio de 1625. <<

[4] Elliott, *El conde-duque*, p. 298, sobre la alianza matrimonial con Inglaterra (1623); y pp. 296-297, el embajador genovés en 1629. Véase también Firpo, *Relazioni di ambasciatori Veneti*, X, p. 110, Contarini en 1641: Olivares «*ama le novità ed è facile ad abbraciale*». <<

[5] Elliott, *El conde-duque*, p. 244, Olivares a Gondomar, 3 de julio de 1625. <<

[6] Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, I, pp. 183-193, sobre la «venta de la Unión» a Cataluña; Elliott, *La rebelión*, p. 184, n. 48, el protonotario Villanueva en agosto de 1626. <<

[7] Elliott, *La rebelión*, p. 213, y Vilar, *La Catalogne*, I, p. 620, n. 1, refieren los cálculos erróneos; García Cárcel, «La revolución catalana», p. 121, estima la cifra real en medio millón de catalanes. <<

[8] Bronner, «La Unión de Armas», pp. 1138, 1141, n. 31, virrey Chinchón (que mantenía fuertes vínculos con Aragón) a un consejero de Castilla, 14 de marzo de 1628, y a Felipe IV, 18 de mayo de 1629. <<

[9] AHN, *Estado* libro 857/180-1, «Papel que escrivió Su Magestad al Consejo Real», septiembre de 1629. <<

[10] AHN, *Estado* libro 714, sin foliar, consulta del Consejo de Estado, 19 de octubre de 1629, voto del marqués de los Gelves.

Elliott, *El conde-duque*, p. 367, registra la predicción de Olivares. Felipe firmó la Paz de los Pirineos en 1659. <<

[11] AHN, *Estado* libro 857/180-3v, «Papel que escribió Su Magestad» (septiembre de 1629); AHN, *Estado* legajo 727/59, «Orden de Su Magestad sobre su yda a Italia y Flandes» (octubre de 1629). <<

[12] AHN, *Estado* libro 856, contiene las propuestas y las 32 recomendaciones de los teólogos presentadas ante el rey el 23 de diciembre de 1629 (ff. 159-160, recomendación de paz en Italia, y f. 200, sobre la paz en todos los frentes, citadas aquí). Los teólogos también elaboraron una lista separada de quince recomendaciones fiscales para América el mismo día: AGI, *IG* 2690, y Bronner, «La unión», pp. 1142-1152, 1174-1175. <<

[13] BL, *Addl* ms. 14 007/229-30v, Olivares a Felipe IV, 3 de enero de 1630, con rescripto real, ambos hológrafos. <<

[14] Gelabert, *Castilla convulsa*, p. 20, Miguel Santos de San Pedro a Felipe IV; Andrade e Silva, *Collecção chronológica*, pp. 203-205, carta regia del 31 de mayo de 1631; Piqueras García, «Cédula», p. 168. <<

[15] BNL, *Codex* ms. 241/269-v, Manuel de Faria e Sousa, «Relação de Portugal». Agradezco a Lorraine White esta referencia. <<

[16] Anes Álvarez y Le Flem, «Las crisis del siglo XVII», pp. 17, 34 (Hoyuelos); BNF, ms. *Esp*. 156/31-36v, consulta del Consejo de Estado, 1631-1632, copia. Marcos Martín, *Auge y declive*, fue el primer estudio moderno en subrayar el alcance de la crisis de 1628-1631: véase su gráfico en p. 231. <<

[17] AGS, *GA* 1037, sin foliar, decretos reales del 16 de febrero y 22 de marzo de 1631; *GA* 1024, sin foliar, papel del marqués de Castrofuerte, 10 de marzo de 1631. <<

[18] BNE, ms. 6760/1-4, declaraciones de sal de la calle Fuencarral de Madrid: don Alonso de Aguilar declaraba que su fami-

lia de diecisiete miembros necesitaría sólo una fanega de sal, mientras que en otros varios casos consta: «No quiso sal». *Véase capítulo 11,* sobre la dependencia de Carlos I de Inglaterra sobre los derechos de regalía, básicamente por las mismas razones, y con consecuencias mucho más adversas. <<

[19] Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, p. 475, Olivares al conde de la Puebla, 28 de mayo de 1632. <<

[20] Gelabert, *Castilla convulsa*, pp. 71-72, citando a Felipe IV. <<

[21] Elliott, *La rebelión*, p. 246, instrucciones para el cardenal infante como virrey de Cataluña, 20 de mayo de 1632. <<

[22] Elliott, *La rebelión*, p. 85, el virrey a Felipe IV, 31 de octubre de 1626; Torres Sanz, *Nyerros i cadells*, apéndices 2 y 3. <<

[23] Detalles en Simon i Tarrés, «Els anys 1627-1632»; Parets, *De los muchos sucesos*, I, pp. 26-28, 29-30, 74-77, 92; Betrán, *La peste en Barcelona*, pp. 96-98; Peña Díaz, «Aproximación»; Vilar, *La Catalogne*, I, pp. 589-593. <<

[24] Citas de Gelabert, *Castilla convulsa*, p. 53; Guiard Larrauri, *Historia de la noble villa de Bilbao*, II, pp. 90, 102-103 (de una anónima «Relación de lo suçedido en los alborotos»); y Elliott, *El conde-duque*, p. 443, real decreto sobre una consulta del 4 de noviembre de 1632. <<

[25] Elliott, *El conde-duque*, p. 442, Olivares al marqués de Aytona, 6 de octubre de 1632; Subrahmanyam, *Explorations*, p. 129, n. 78, Felipe IV al virrey Linares, 28 de febrero de 1632. <<

[26] Elliott, *El conde-duque*, p. 472, Olivares a Pieter Roose, 29 de septiembre de 1634. <<

[27] AGS, *Guerra Antigua* 1120, sin foliar, «Papel del conde-duque», 10 de febrero de 1635. <<

[28] Gelabert, *Castilla convulsa*, p. 148 (Quevedo) y p. 157 (papel sellado); BNE, ms. 9402/2v (cosechas fallidas de 1635-1638)

; Gascón de Torquemada, *Gaçeta*, pp. 386-388 (la mitad de Valladolid destruida por las inundaciones, febrero de 1636). <<

[29] AHN, *Estado* libro 737/446-52, consulta del Consejo de Estado, 16 de agosto de 1624 (citas de los votos del confesor real y del marqués de Montesclaros). <<

[30] Schwartz, «Silver, sugar, and slaves», p. 1. <<

[31] Ver los relatos de tres testigos oculares de la revuelta de Évora impresos en Manuel de Melo, *Epanáforas*, pp. 23-41, 554-566; y tres manifiestos —uno en verso— de Manuelinho en ibídem, pp. 566-579. Schaub, *Le Portugal*, pp. 147-148, recoge las peticiones de nuevos impuestos. <<

[32] Valladares, *Epistolario*, p. 154, Olivares al conde de Basto, 18 de diciembre de 1638 (haciendo notar que había usado la expresión «no se pretendía el huevo, sino el fuero» en una carta anterior, lo que irritó a Basto). Sobre el uso por Quevedo de la frase, ver su feroz panfleto *La rebelión de Barcelona* (1641). <<

[33] Valladares, *Epistolario*, pp. 138, 157, Olivares a Basto, 26 de noviembre de 1638, y 18 de diciembre de 1638. <<

[34] AGS, *SP* libro 1536/3v-4, respuesta de la Corona a una consulta de la Junta Grande de Portugal, 6 de noviembre de 1637. Oliveira, «Levantamientos», pp. 47-54, describe los planes de invasión, y pp. 66-74, sobre el perdón. <<

[35] Salvado y Münch Miranda, *Cartas*, II, pp. 13-16, instrucciones para el conde de la Torre, 19-25 de julio de 1638; y AHEB, *Seçâo Colonial* 256/121v-3, patente para el conde de la Torre, 25 de julio de 1638. <<

[36] Elliott, *La rebelión*, p. 321, papel de Olivares, 12 de marzo de 1639; y p. 323, Olivares al virrey Santa Coloma, 18 de junio de 1639. <<

[37] *Co. Do. In.*, LXXXIV, p. 538, relaciones del conde de Peñaranda a Felipe IV, 8 de enero de 1651 (señalando que los franceses habían encontrado combatir en Cataluña tan dificultoso

como los españoles). Véanse las luminosas páginas de Vilar, geógrafo de formación, en *La Catalogne*, I, pp. 171-280. Desarrolla la «metáfora del laberinto» en p. 278. <<

[38] Elliott, *La rebelión*, pp. 130-137, describe el proceso de elección de los *diputats*, concluyendo: «Aunque solamente la suerte determinaba el resultado de la lotería definitiva, era necesario mucho más que suerte para participar en el sorteo». <<

[39] Ibídem, p. 333, Olivares a Santa Coloma, 7 de octubre de 1639; y p. 350, citando a F. Martí, *Noticia universal de Cataluña* sobre los defectos de Santa Coloma y los jueces. <<

[40] Manuel de Melo, *Historia*, pp. 22, 25; Elliott, *La rebelión*, p. 365, doctor Valonga al protonotario Villanueva, 24 de marzo de 1640. <<

[41] Parets, *De los muchos sucesos*, I, p. 147, y Pasqual de Panno, *Motines*, p. 60, sobre el «fuerte natural» de Monrodón; Simon i Tarrés, *Cròniques*, pp. 253-254 (Ramón Rubí de Marimón, juez de la Audiencia, *Relación del lebantamiento*), sobre su muerte. <<

[42] BNE, ms. 2371/21 (Jerónimo de Mascarenhas, «Sucesos del año 1640»); Simon i Tarrés, *Cròniques*, pp. 264-265 (Rubí, *Relación*). <<

[43] BNE, ms. 2371/21 (Mascarenhas, «Sucesos del año 1640»); Parets, *De los muchos sucesos*, I, p. 165, citando a un sirviente de Santa Coloma. Vidal Pla, *Guerra dels segadors*, apéndice I, relata el destino de los jueces. <<

[44] Parets, *De los muchos sucesos*, I, p. 173; Simon i Tarrés, *Cròniques*, p. 268 (Rubí, *Relación*). <<

[45] Simon i Tarrés, *Cròniques*, p. 80 (*Dietari* de Bartolomeu Llorenci) y p. 269 Rubí, que se afeitó la barba y se practicó una tonsura para parecerse a un jesuita, refería el asesinato de castellanos, en el que las mujeres desempeñaron un papel destacado; PRO, *SP* 94/41/336-7, «Copy of a letter from Barcelona», 9 de junio de 1640. <<

[46] Parets, *De los muchos sucesos*, I, pp. 425-426, publica la carta del capitán general, fechada el 19 de junio de 1640, e incluye un facsímil. Los tumultos en Perpiñán comenzaron el 4 de junio y las tropas forzaron la entrada usando su artillería para derribar los muros sobre el 15-16 de junio: Elliott, *La rebelión de los catalanes*, p. 405. <<

[47] Elliott, *La rebelión*, p. 400, real decreto a una consulta del Consejo de Estado, 12 de junio de 1640, y p. 430, Hopton a Cottington, 25 de julio de 1640 (N. S.); y p. 433, crónica de Matías de Novoa. <<

[48] Sanabre, *La acción de Francia*, p. 76, Granollers a la Junta de Braços. <<

[49] Reula i Biescas, «1640-1647», comenta la publicación de las cartas de Olivares. <<

[50] Citas de AMAE (P), *CPE* 3/189 y 205, larga defensa de su función de Du Plessis-Besançon, «Première négotiation des françois en Cathalogne». <<

[51] Simon i Tarrés, *Els orígens ideològics*, pp. 173-198; y Neumann, *Das Wort als Waffe*, capítulo 2, comenta la *Proclamación católica*; la *Justificació en conciència* de la junta de teólogos; y Martí i Viladamor, *Noticia universal* (escrita, irónicamente, en castellano). Ettinghausen, *La guerra*, publicó varios tratados de propaganda más breves. <<

[52] Van Aitzema, *Saken van Staet*, II, p. 729. Sobre el impacto internacional del tratado catalán más célebre (también escrito en castellano), Gaspar Sala i Berart, *Proclamación católica*. Véase Grocio, *Briefwisseling*, XI, pp. 640-644, cartas a Camerarius y Oxenstierna, 1 de diciembre de 1640. <<

[53] BNE, ms. 2371/121-4 (Mascarenhas, «Relación de sucesos»); Rubí, *Les Corts*, pp. 262-268 (sobre Cambrils, marqués de los Vélez, citado en p. 266). Véase también Manuel de Melo, *Historia*, pp. 217-229. Felipe IV, sin embargo, lamentó el «desor-

den de Cambrils» y reclamó al marqués de los Vélez castigar a sus responsables: ver su decreto en AGS, *GA* 1331, sin foliar, consulta de la Junta Grande, 23 de diciembre de 1640. <<

[54] Aunque las nuevas de la sublevación de Lisboa llegaron a Barcelona el 14 de diciembre, quedaron sin confirmación. Sólo las cartas recibidas el 4 de enero de 1641 anunciando la coronación de Juan IV dieron la certidumbre: Rubí, *Les Corts*, pp. 291-292, 313. <<

[55] Révah, *Le cardinal Richelieu*, pp. 20-23, 47-48, instrucción a Jean de St. Pé, 15 de agosto de 1638. <<

[56] PRO, *SP* 94/41/1, Hopton a Coke, 14 de enero de 1639 (N. S.). <<

[57] Schaub, *Le Portugal*, p. 240, Vasconcelos a Soares, 30 de septiembre de 1640. <<

[58] HAG, ms. 28/514v-5, virrey de la India a Felipe IV, 2 de agosto de 1641; y HAG, ms. 488/24-v, el virrey a las autoridades de Manila, 26 de marzo de 1641. <<

[59] Valente, *Documentos históricos*, I, pp. 442-445, resolución de 1 de junio de 1640; Loureiro de Souza , *Documentos*, pp. 10-16, Câmara a Felipe IV, 13 de noviembre de 1640, y a Juan IV, 16 de febrero y 30 de abril de 1641. Tenían razón: la decisión de Olivares de despojar de tropas a Portugal para aplastar la revuelta catalana demostró que contaba con que Brasil se las arreglara por sí mismo. <<

[60] AGS, *GA* 1331, sin foliar, consulta de la Junta de Ejecución, 7 de diciembre de 1640; PRO, *SP* 94/42/73-4, Hopton a Windebank, 8 de diciembre de 1640. Valladares, «Sobre reyes de invierno», pp. 114-121, presenta una excelente descripción del camino seguido por Braganza hacia la rebelión. <<

[61] AGS, *GA* 1331, sin foliar, Junta de Ejecución a Felipe IV, 7 de diciembre de 1640. Olivares añadió: «Y decir que se an tomado los castillos tan fácilmente no pareze posible». Elliott, *El*

conde-duque, p. 582, Olivares en una consulta de 17 de diciembre de 1640. <<

[62] Rubí, *Les Corts*, pp. 291-292, 301, 389-391, proporciona detalles sobre las plegarias por la liberación, ayunos y procesiones y oraciones a los santos patrones; Simon i Tarres, *Els orígens*, p. 199, n. 81, citando a Albert Tormé i Liori. <<

[63] AMAE (P), *CPE, Supplément* 3/228v, relato de la batalla de Du PlessisBesançon; Pérez Samper, *Catalunya*, p. 279, citando la *Relaçam* de Mascarenhas de su misión a Barcelona (escrita en julio de 1641). <<

[64] ¿Envenenaron los realistas a Claris? Aunque no ha sobrevivido ninguna evidencia, es cierto que Felipe IV ordenó el asesinato de otros dos oponentes en aquel momento: del hermano de Braganza, don Duarte (BNE, ms. 10, 984/28, Felipe IV a don Juan Chumacero, su enviado especial a Roma, 15 de diciembre de 1640: «Encargo y mando que con gran secreto, y usando de los medios más eficazes, procuraréis que se mate a don Duarte»), y del embajador de Braganza ante Inglaterra (Elliott, *Olivares*, p. 606). Además, en 1641 y de nuevo en 1647, Felipe patrocinó varios intentos de asesinar a Juan IV (AHN, *Estado* libro 699, «Levantamiento» y «Matar al tirano», un epígrafe bastante significativo en sí). Véanse también García Cárcel, *Pau Claris*, pp. 120-123; y Sanabre, *La acción*, pp. 139-40. <<

[65] AGS, *GA* 1376, sin foliar, Olivares a la Junta Grande, 19 de junio de 1641 (agradezco a Lorraine White haber llamado mi atención sobre este documento); AGI, *México* 35/18, el marqués de Caldereyta a Felipe IV, 6 de diciembre de 1641, donde expresa la decisión de retener el tesoro en julio de 1640: la llegada de los 750 000 ducados podría haber cambiado el rumbo de la guerra en la Península. <<

[66] Hespanha, «La Restauraçao», detalla estas peticiones generales y señala que la mayoría habían sido también expresadas por

las últimas Cortes, en 1619. En 1648, la asamblea nacional rusa, el Zemski Sobor, también perdería una ocasión de oro de innovar: *véase capítulo 6*. <<

[67] Parets, *De los muchos sucesos*, VI, pp. 585-591; BNE, ms. 2371/111-14, de Nochera a Felipe IV, 6 de noviembre de 1640, copia. <<

[68] BNE, ms. 18. 723, n.º 58, «Copia del papel que dio a Su Magestad el duque de Medina Sidonia», 21 de septiembre de 1641, citando una conversación con el duque de Nájera. <<

[69] Valladares, *La rebelión*, pp. 37-45 (detalles sobre el veneno en p. 44); Marcos Alonso, «El descubrimiento», basado en gran medida en BL, *Egerton* ms. 2081/138v, «Memorial» de Francisco Sánchez Marqués. <<

[70] BNE, ms. 8177/141-5, relación de 16 de mayo de 1641; Borja Palomo , *Historia crítica*, pp. 281-294; Archivo Histórico de la Catedral de Burgos, *Sección de volúmenes*, VII, cédula real del 6 de octubre de 1642, impresa; y *Libros de actas capitulares*, 83/597-600, actas del 16-17 de agosto de 1642 (agradezco a Cristina Borreguero Beltrán la transcripción de estos documentos); AGI, *IG* 429 legajo 38/193-4, una de las trescientas cédulas reales enviadas el 6 de octubre de 1642. Sobre el registro de precipitaciones, véase < www.ucm. es/info/reclido/es/ basesdatos/rainfallindex. txt>, consultada el 31 de enero de 2010. <<

[71] Elliott, *Olivares*, p. 611, Hopton a Vane, 3-13 de abril de 1641; Pérez Samper, *La Catalunya*, pp. 309-313; Marcos Martín, «Tráfico de indulgencias». Véase la relación entre la distribución de las bulas y el tamaño de la población. <<

[72] BL, *Addl*. ms. 12 184/110-11, *sir* Richard Browne al secretario de Estado Nicholas, 12 de septiembre de 1642. <<

[73] Elliott, *El conde-duque*, p. 625, Antonio Carnero a Pieter Roose, 16 de enero de 1643. <<

[74] AHN, *Estado* libro 969, sin foliar, don Miguel de Salamanca a Olivares, Bruselas, 14 de julio de 1641. <<

[75] AGS, *Estado* 2667, sin foliar, y 8341/3, consultas del Consejo de Estado, 30 de junio y 3 de febrero de 1643; *Co. Do. In.*, LIX, p. 304, Felipe IV a Melo, 12 de febrero de 1643, con una carta de Ana. La reina Isabel también reestableció contacto directo con Ana: BNE, ms. 9163/126. Israel, *The Dutch Republic*, p. 351, comenta la iniciativa de paz de Felipe con los holandeses. <<

[76] AGS, *Estado* 2056, sin foliar, consulta del Consejo de Estado del 5 de diciembre de 1641, sobre la carta de Melo del 11 de noviembre (agradezco a Fernando González de León esta referencia). <<

[77] AGS, *Estado* 8341/3, consulta del Consejo de Estado, 3 de febrero de 1643, «voto» del conde de Oñate. <<

[78] AGS, *Estado* 2039, sin foliar, Melo a Felipe IV, 23 de mayo de 1643. <<

[79] Cueto, *Quimeras*, capítulos 5 y 6, reconstruyen la «junta de los profetas» (*véase también capítulo 2*); AGS, *Estado* 3848/154, consulta de la Junta de Estado, 23 de octubre de 1643. Sobre las consecuencias de este cambio estratégico para Italia, *véase capítulo 14*. <<

[80] Gelabert, «Alteraciones», p. 364, Chumacero a Felipe IV, junio de 1645; AMAE (M), ms. 39/218, del mismo al mismo, 22 de julio de 1645 (una carta plagada de presentimientos). <<

[81] AGS, *GA* 3255, sin foliar, De Haro a Gerónimo de Torre, 8, 13 y 18 de febrero de 1646, y a Felipe IV, 14, 18 y 22 de febrero de 1646, todas escritas en Cádiz. <<

[82] BNM, *VE* Ca 68-94, *Escrívense los sucessos de la Evropa desde Abril de 46 hasta junio de 47 inclusive* (una *gaçeta* impresa); AMAE (M), ms. 42/15-16v, Chumacero a Felipe IV, 22 de octubre de 1647; y ff. 45-48, consulta, 10 de septiembre de 1647. <<

[83] Gelabert, «Alteraciones», pp. 367-372, narra la revuelta de Ardales. <<

[84] Citas de Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, p. 52, el duque de Cardona, señor de Lucena, a la Chancillería de Granada; Morales Padrón, *Memorias de Sevilla*, p. 123. <<

[85] Thompson, «Alteraciones granadinas», p. 799; BNE, ms. 11, 017/106 119, relato anónimo de las revueltas en Granada. Véanse también Gelabert, *Castilla convulsa*, pp. 290-304, y Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, pp. 5564 (detalles sobre niños mendigos en p. 58). <<

[86] AGS, *Estado* 2668, sin foliar, consulta del Consejo de Estado, 4 de julio de 1648, en la que se incorporan las opiniones del Consejo de Castilla; Seco Serrano, *Cartas*, I, pp. 158-159, Felipe IV a sor María, 29 de julio de 1648 (aunque el rey proseguía diciendo en tono ominoso: «Si no buscamos medios copiosos no es posible defendernos»). <<

[87] Valladares, *Rebelión de Portugal*, p. 96, De Haro a Felipe IV, diciembre de 1646. <<

[88] Seco Serrano, *Cartas*, I, p. 170, Felipe IV a sor María, 8 de diciembre de 1648. Felipe también mandó ejecutar al marqués de Ayamonte, todavía en prisión por tratar de conducir Andalucía a la independencia siete años antes, y encarceló a don Miguel de Iturbide, un destacado miembro de la élite navarra que dieciocho meses antes había acudido a los tribunales para explicar la oposición del Reino a los nuevos impuestos y el reclutamiento, y cuyo nombre apareció en los documentos de un amigo de Híjar. Iturbide no volvió a ser visto nunca: Gallastegui Ucín, «Don Miguel», y Gelabert, *Castilla convulsa*, pp. 304-305, 311-312. <<

[89] *Co. Do. In.*, LXXXIV, pp. 314-316, Peñaranda a Felipe IV , 19 de agosto de 1648. <<

[90] AM, Cádiz 26/161 y 168/74, resoluciones de 26 de octubre y 24 de noviembre de 1648; Borja Paloma, *Historia crítica*, p.

299, citando las *Memorias sevillanas*. Carbajo Isla, *Población*, pp. 301-305, señalaba insólitos picos de «párvulos» en 1651, 1654, 1657 y 1660. <<

[91] Gelabert, *Castilla convulsa*, p. 315, citando un discurso apocalíptico pronunciado por el procurador de Valladolid en 1649; e ídem, «Alteraciones», p. 375, Tomás López al marqués de Castel Rodrigo, Madrid, 2 de diciembre de 1651. <<

[92] Sobre los motines de 1652 en Córdoba, véase Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, pp. 77-96, 171-204 (documentos), y Gelabert, *Castilla convulsa*, pp. 337-343. <<

[93] Gelabert, *Castilla convulsa*, p. 337, «Tumultos de la Cyudad de Sevilla»; Domínguez Ortiz, *Alteraciones andaluzas*, p. 86, real cédula de 16 de mayo de 1652. Anes Álvarez, *Las crisis agrarias*, gráfico 9, muestra drásticas caídas en los ingresos del diezmo en la archidiócesis de Sevilla en 1647, 1650 y 1652. <<

[94] Estos levantamientos populares representan sólo una selección del total: un sinfín de revueltas menores causadas por los impuestos, el alojamiento de tropas y el reclutamiento en un momento de escasez crónica de alimento permanecen sin esclarecer a falta de fuentes fiables: *véase capítulo 17*. <<

[95] Berwick y Alba, *Documentos escogidos*, p. 486, Felipe IV a De Haro, 21 de octubre de 1652 (el día que se enteró de la rendición de Barcelona); Firpi, *Relazioni*, X, p. 198, relación de Pietro Basadonna, 26 de mayo de 1653, que comienza diciendo: «*Correva l'anno 1647…*» <<

[96] Seco Serrano, *Cartas*, II, p. 42, Felipe IV a sor María, 11 de enero de 1656; Benito, «Magnitude and frequency of flooding», pp. 187-188; Routledge, *England and the treaty of the Pyrenees*, p. 15, don Luis de Haro a don Antonio Pimentel, 27 de septiembre de 1658. <<

[97] Valladares, *Rebelión*, p. 204, «Junta sobre materias de Inglaterra», 17 de junio de 1665. Para otros ejemplos de renuencia a

firmar la paz por resistirse a «abandonar tantos tesoros como ha costado», *véase capítulo 2*. <<

[98] Espino López , *Catalunya*, pp. 74, 78, consultas del Consejo de Estado, 4 de noviembre de 1687 y 13 de abril de 1688; Kamen, «The decline of Castile», p. 63, citando al embajador Carlo Russini en 1695. Otros datos se han tomado también del artículo de Kamen y su monografía, *Spain* (véase, por ejemplo, el mapa de las epidemias de 1676-1685 en p. 45). <<

[99] Parets, *De los muchos sucesos*, VI, pp. 137-149, publica la confirmación real de los privilegios de Barcelona, 29 de noviembre de 1652. Otras revueltas contra Felipe IV que acabaron en concesiones fueron las de Vizcaya en 1634, Portugal en 1637 y las ciudades andaluzas entre 1647 y 1652 (véase más arriba), así como las de Nápoles y Sicilia (*véase capítulo 14*). <<

[100] Pascual del Panno, *Motines de Cataluña*, pp. 199-216, «Lista de catalanes muertos y desterrados» (sólo de *cavalleros*); Vidal Pla, *Guerra dels segadors*, pp. 187-215 (estima en 470 las muertes por la guerra); Vilar, *Catalogne*, I, p. 634 (Barcelona), p. 193 (pueblos perdidos); Jordà i Fernández, *Església*, p. 134. <<

[101] Kamen, *Spain*, p. 57; Solano Camón, *Poder monárquico*, p. 36; y Sanz Camañes, *Política, hacienda y milicia*, capítulos 5-7. Véanse detalles demográficos y fiscales en Kamen, *Spain*, pp. 57-59; White, «War and government», capítulo 10 (especialmente pp. 330-336); y Nadal, «La población española», pp. 39-54. <<

[102] Marqués de Villars (1681), citado por Márquez Macías, «Andaluces». Según la estimación del marqués, 6000 personas partían hacia América cada año. <<

[103] Estimación de I. A. A. Thompson en Hoffman y Norberg, *Fiscal crises*, p. 176. Marcos Martín, «¿Fue la fiscalidad regia un factor de crisis?», p. 179, n. 7, evalúa las diversas estimaciones de los historiadores modernos sobre la carga fiscal total. <<

[104] AM, Cádiz, 26/132-8, actos del 16 de octubre de 1648. Algunos grupos exentos de pagar impuestos regularmente, como el clero y la nobleza, contribuían a los gastos de la Corona de otras formas. <<

[105] Marcos Martín, «¿Fue la fiscalidad regia un factor?», p. 197, expone esta cuestión elocuentemente; ídem, «Sobre la violencia», p. 215, consulta del Consejo de Hacienda, 30 de septiembre de 1634. <<

[106] Ídem, «¿Fue la fiscalidad regia un factor?», pp. 250-252, y tabla de p. 232. <<

[107] BL, *Egerton* ms. 1820/340, Hopton al secretario de Estado Coke, 6 de abril de 1634 (N. S.). Para la cita de Brook, *véase capítulo 5*. <<

[108] AGRB, *SEG* 195/64, Felipe IV a la infanta Isabel, su regente en los Países Bajos, 9 de agosto de 1626. <<

[109] Seco Serrano, *Cartas*, I, p. 28, Felipe IV a sor María, 20 de julio de 1645, hológrafo. Cuando en 1665 don Juan de Palafox analizó las razones para la «ruina de nuestra monarchia» en su «juicio interior y secreto», escrito «para mí solo», señaló el fracaso de lograr la paz en los Países Bajos y el ataque sobre Mantua (texto publicado por Jover Zamora, «Sobre los conceptos»). <<

[110] Leman, *Richelieu et Olivarès*, pp. 28, 85, consulta del Consejo de Estado, 24 de enero de 1639. Leman documenta las numerosas ofertas de paz de los dos estadistas, cada una de ellas abandonada en cuanto uno de ellos se veía en situación de ventaja respecto al otro. <<

[111] Sessa en 1600; Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, II, p. 279, Olivares a Antonio Carnero, 8 de agosto de 1644; Olivares en 1625; Monkhouse, *State Papers*, III, p. 16, Hyde a Nicholas, Madrid, 14 de abril de 1650 (N. S.); Alcalá-Zamora, «Razón de Estado», p. 341, marqués de los Vélez, virrey de Nápoles, a Carlos II, 11 de noviembre de 1678. <<

[1] Agradezco a Robin Briggs, Laurence Brockliss, Oliver Herbert, David Parrott y Dale Van Kley su ayuda en la preparación de este capítulo. <<

[2] Moote, *The revolt*, p. 368. <<

[3] Le Roy-Ladurie, *Les fluctuations*, pp. 72-73, documenta las frías condiciones climatológicas de Francia entre 1617 y 1623, con frecuencia subestimadas. <<

[4] Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, I, pp. 337-339, e ídem, *Les fluctuations*, pp. 76-79, sobre el *période hyper-pluvieuse* y sobre la peor mortalidad (tras la de 1563 y 1694) que sufriría Francia entre 1560 y 1790. <<

[5] Máxima autoridad de la Cámara de los Comunes cuyo cometido es presidirla y hacer que se guarde el orden y se acaten las normas establecidas. *(N. de los T.)* <<

[6] Mousnier, «Les mouvements populaires», p. 47, Marillac a Luis XIII, 15 de julio de 1630; Grillon, *Les papiers*, V, p. 212, documento de Richelieu del 13 de abril de 1630. <<

[7] Porshnev, *Les soulèvements populaires*, p. 53, el duque de Épernon al canciller Séguier, 26 de junio de 1633 (trad. cast.: *Los levantamientos populares en Francia en el siglo XVII*, Siglo XXI, Madrid, 1978). Sobre el *biennal superaquatique* de 1629-1630 y la hambruna de 1631, véase Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, pp. 337-347. <<

[8] *APW*, serie I, pp. 18-20, Luis XIII a Richelieu, 4 de agosto de 1634: «Nadie ha visto esto», escribió el rey sobre la cubierta de estas reflexiones. Como prueba de que España planeaba atacar en 1635, *véase capítulo 9*. <<

[9] Jansenio, *Mars Gallicus*, publicado por primera vez en agosto de 1635. Para 1640 habían aparecido ya cuatro ediciones, y una traducción francesa y otra española. <<

[10] Véase Bercé, *Histoire*, I, p. 365 (sobre el tiempo) y pp. 368-393 (sobre las «asambleas campesinas»). Le Roy-Ladurie, *Histoire*, pp. 462-468, ofrece una breve y excelente narración de los *croquants*. <<

[11] Véanse detalles en Bercé, *Histoire*, I, pp. 402-406 (cita de la *Histoire du duc d'Épernon*, el noble encargado de acabar con los problemas, escrito en torno a 1660). <<

[12] Ibídem, I, pp. 412-414, enumera a los líderes; y en pp. 414-419 comenta los catorce manifiestos que han llegado hasta nosotros y el papel desempeñado por La Mothe. <<

[13] Ibídem, I, p. 443, donde se citan cartas de los ministros de la Corona al canciller Séguier de junio y julio de 1637. La Mothe sobrevivió escondido hasta 1648 (p. 445). Sobre la promesa, véase Monod, *The power of kings*, pp. 120-121; sobre más aspectos del «protocolo» de la rebelión, *véase capítulo 17*. <<

[14] Ambos ejemplos en Caillard, «Recherches», pp. 39-41. <<

[15] Bonney, *Political change*, p. 252. Los trabajadores del campo ganaban treinta *livres* al año: Jacquart, *La crise rurale*, p. 613. <<

[16] Foisil, *La révolte*, p. 62, Bullion a Richelieu, 11 de octubre de 1639 (*«quasiment la quatriesme des impositions du royaume»*). La revuelta de los *nu-pieds* había comenzado en julio. Bercé, *Histoire*, I, pp. 78-96, analiza tanto las exenciones del gobierno como sus esfuerzos por ponerles fin. <<

[17] Foisil, *La révolte*, p. 62, queja de los Estados de Normandía, febrero de 1638. <<

[18] Detalles en ibídem, pp. 93-101. El monopolio de la sal existía en toda Francia, pero no en Normandía. Le Roy-Ladurie, *Histoire*, pp. 456-462, ofrece un excelente resumen de los *nu-pieds*. <<

[19] BNF, *f. fr.* 3833/214, ordenanza impresa del «general Jean Nud-Pieds». BNF, *f. fr.* 18 937/227-40, «Relation de la révolte

de la Basse Normandie», donde se identifica a todos los líderes y se publican dos manifiestos en verso. <<

[20] Avenel, *Lettres*, VI, pp. 500-501, Richelieu a Bouthillier, 29 de agosto de 1639; Grocio, *Briefwisseling*, X, p. 611, a Nicolaes Van Reigersberch, 17 de septiembre de 1639. <<

[21] Foisil, *La révolte*, p. 285, citando el diario de Séguier. El canciller sentenció a decenas de rebeldes a muerte y a cientos de ellos al exilio, impuso cuantiosas multas a los municipios implicados en la revuelta (Caen tuvo que pagar un millón de *livres*) y ordenó la reparación a los dueños de propiedades que hubieran resultado dañadas. <<

[22] Avenel, *Lettres*, VI, p. 608, Bullion a Chavigny, 25 de octubre de 1639; ibídem, pp. 881-882, Richelieu a Bouthillier, 10 de octubre de 1641. <<

[23] Ibídem, VII, p. 302, Richelieu a Bouthillier, 28 de febrero de 1642. Véase Bonney, «Louis XIII», sobre el plan de reforma de Richelieu de 1640. <<

[24] AMAE (P), *CPE Supplément* 3/241, «Première négotiation des françois en Cathalogne», de Bernard de Du Plessis-Besançon; Grocio, *Briefwisseling*, XI, p. 496, Charles Marini a Grocio, 6 de septiembre de 1640. <<

[25] Jacquart, *La crise*, p. 647, citando el diario de Olivier d'Ormesson, 12 de mayo de 1644. <<

[26] *APW*, serie II, II B, IV, pp. 283-284, Servien a Mazarino, 15 de abril de 1645 (*Empire françois* y *révolutions* en el original). <<

[27] Ibídem, pp. 511-512, Brienne a los «plenipotenciarios» de Münster, 4 de octubre de 1646; y p. 241, Mazarino a D'Avaux, 20 de julio de 1646. <<

[28] Chéruel, *Histoire*, II, p. 497, citando el *Journal manuscrit d'un bourgeois de Paris*; Chéruel, *Lettres*, II, p. 535, Mazarino a Longueville, 6 de diciembre de 1647; Descimon y Jouhaud, «La Fronde en mouvement», p. 307, cita la advertencia de Richelieu.

Bercé, *Histoire*, I, p. 100, cifra en 25 000 los «delincuentes fiscales» en 1646. <<

[29] Motteville, *Mémoires*, II, p. 8 (el autor se encontraba acompañando a la reina). Bluche, «Un vent», p. 168, comenta la carga fiscal sobre París; Jacquart, «Paris», p. 116, n. 3, hace una estimación del tamaño de la ciudad. <<

[30] Le Boindre, *Débats*, p. 44, Broussel el 5 de febrero de 1648; Chéruel, *Histoire*, II, pp. 501-502, citando el discurso de Talon y el embajador veneciano. <<

[31] Retz, *Oeuvres*, II, pp. 105-106. Compárese con el error similar de Jacobo VI cometido una generación antes: *véase capítulo 11*. <<

[32] Chéruel, *Lettres*, II, pp. 917, 948, Mazarino a Grimaldi, 4 de julio y 10 de septiembre de 1647; y p. 505, a Fontenay-Mareuil (embajador francés en Roma), 7 de octubre de 1647. <<

[33] Ranum, *Paris*, p. 283; Arnauld, *De la fréquente communion* (1643). Orcibal, *Jansénius*, p. 242, cita la afirmación de Antoine Arnauld respecto a que «si [Jansenio] no hubiera sido sospechoso de ser el autor de *Mars Gallicus* jamás habrían encontrado herético su *Augustinus*». <<

[34] *Co. Do. In.*, LXXXIV, pp. 230-231, 234-235, Peñaranda a don Luis de Haro y a Felipe IV, 18 de mayo de 1648. <<

[35] Véanse detalles en Charmeil, *Le trésoriers de France*, pp. 16, 73, 96-97, 146-147, 247, 270. El 30 de junio de 1648 un ministro afirmó que «hace ya seis semanas que ha cesado el préstamo de dinero», esto es, desde mediados de mayo: Bonney, *Political change*, p. 53. <<

[36] Le Boindre, *Débats*, p. 122, informa de que el 17 de junio de 1648, «incapaces de contener su indignación», varios jueces interrumpieron al defensor del rey y «rompieron el hilo de su argumento». Después de tres intentos de hablar, éste se retiró. Ranum, *Fronde*, p. 105, narra la represión ejercida sobre Molé. <<

[37] Chéruel, *Lettres*, III, pp. 159-160, Mazarino a Chanut, 31 de julio de 1648, el día en que el *parlement* registró los nuevos edictos. <<

[38] Ibídem, III, pp. 173-181, Mazarino a Servien, 14 de agosto de 1648. <<

[39] Mousnier, «Some reasons», describe y analiza estos hechos a partir del testimonio de catorce testigos presenciales. <<

[40] Véase Bourgeon, «L'Île de la Cité», pp. 127-128, y Carrier, *Labyrinthe*, p. 429, sobre el «gran miedo» (*appréhension*) que atenazó París. <<

[41] Ranum, *Fronde*, p. 42, analiza la etimología del término. <<

[42] Chéruel, *Lettres*, III, pp. 218-223, Mazarino a Servien, París, 23 de octubre de 1648. Al día siguiente, a 800 kilómetros de Münster, Servien firmó la paz. Rohrschneider, *Der gescheiterte Frieden*, pp. 407-416, expone brillantemente la relación entre la negociación de la Paz de Westfalia y la Fronda de París. <<

[43] Motteville, *Mémoires*, II, pp. 98, 214 (*madame* de Motteville, cuya madre española había servido como secretaria de Ana, se refería a la conspiración de Híjar contra Felipe IV y al juicio de Carlos I en Londres). <<

[44] Véase el convincente argumento de Bonney, «The French civil war», pp. 76-77, basado no sólo en los panfletos publicados en nombre de los nobles, sino también en los *cahiers de la noblesse* redactados en 1649 y 1651. Muchos *frondeurs* de la aristocracia presumían de una tradición intelectual o familiar de oposición al gobierno: véase Benigno, *Specchi*, pp. 154-155. <<

[45] Duccini, «Regard», p. 322, citando *L'adieu et le désespoir des auteurs et écrivains de la guerre civile*. <<

[46] Carrier, *Fronde*, I, n. 3, anónimo, *Epilogue, ou dernier appel du bon citoyen sur les misères publiques* (marzo de 1649); *Advertissement aux rois* (1649), p. 6; y Carrier, *Fronde*, I, n. 8, [Louis Ma-

chon]; *Les véritables maximes du gouvernement de la France* (marzo de 1652). <<

[47] *La custode de la reyne, qui dit tout* (París, 1649), de ocho páginas, veintiséis versos; Merrick, «The Cardinal and the queen», p. 677 (citando *Le ministre d'État flambé*, también de 1649). La explicitud sexual de muchas otras mazarinadas citadas por Merrick no encuentran parangón a principios de la Europa moderna. <<

[48] Jacquart, *Crise*, pp. 652, 656, 765; Buisman, *Duizend Jaar*, IV, p. 499; Bourgeon, «L'Île de la Cité», p. 119. Los precios del grano en París y demás lugares en Baulant, «Les prix», p. 539. Cada *livre* contenía veinte *sols* (o *sous*). <<

[49] Motteville, *Mémoires*, II, p. 355. <<

[50] Arnauld, *Lettres*, I, pp. 416-417 (a la hermana Geneviève, abril de 1649) y pp. 423-424 (a M. Macquet, 14 de mayo de 1649). <<

[51] Carrier, *Labyrinthe*, p. 85, citando dos diarios parisinos. Otros ejemplos en Bonolas, «Retz», pp. 447-449. <<

[52] Bonney, *Limits*, VII, pp. 820-823, sobre el sometimiento de Mazarino, y p. 832 sobre las riquezas de Condé. Descimon y Jouhaud, «La Fronde en mouvement», pp. 317-318, evalúa los puntos fuertes y débiles de Condé. <<

[53] Chéruel, *Lettres*, IV, p. 619, Mazarino a Chanut, 28 de abril de 1650; Parival, *Abrégé de l'histoire*, p. 480. <<

[54] Bercé, *Histoire*, I, pp. 472-489; Pillorget, *Mouvements*, pp. 647-670; y Carrier, *La Fronde*, II, n. 38, *Estat des pauvres de la frontière de Picardie* (París, 1650). Sobre Provenza, véase Baehrel, *Une croissance*, p. 535. <<

[55] Jouanna, *Devoir de révolte*, pp. 262-273, describe la Asamblea de Nobles entre el 5 de febrero y el 25 de marzo de 1651, a la que asistieron entre setecientos y ochocientos señores (de los cuales 463 firmaron el Acta de Unión el 18 de febrero), y otras sesiones menos concurridas celebradas en 1649 y 1652. La

Asamblea del Clero francés, reunida en esas mismas fechas, presentó las mismas demandas. <<

[56] Véase Carrier, *La presse*, pp. 432-435 (sobre los compradores) y pp. 351-352 (sobre el cartel de «Se busca»). <<

[57] Carrier, *La Fronde*, I, n. 11, Robert Arnauld, *La vérité toute nue* (París 1652). <<

[58] Descimon, «Autopsie», ofrece un excelente relato del caótico verano de 1652 en París. <<

[59] Carrier, *Labyrinthe*, pp. 148-149; Kötting, *Die Ormée*, pássim; y *capítulo 12, más adelante*. <<

[60] Bonney, *Limits*, IV. 89, y VII. 853, sobre los sobornos de Mazarino; y VIII.336-7, sobre la revocación de los edictos del *parlement*. <<

[61] Bonolas, «Retz», y Carrier, *Labyrinthe*, pp. 115-118, concluyen que muchos de los panfletos atribuidos a Retz fueron escritos por otros. <<

[62] Golden, *The godly rebellion*, p. 77 (asistencia a las asambleas de los *curés* de París, 1653-1659), y pp. 143-151 (demuestra que alrededor de dos terceras partes de los sacerdotes de París eran jansenistas). <<

[63] Michel, *Jansénisme*, pp. 327-366, sobre las polémicas religiosas; Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, pp. 441-443, sobre las inundaciones de 1658; *véase capítulo 8, anterior*, sobre el elogio de Mazarino de «retirarse cuando uno va ganando». <<

[64] Carrier, *Labyrinthe*, p. 431, queja de La Fleur, un famoso «espirista»; Arnauld, *Lettres*, II, p. 65, a la priora de Gif, marzo de 1652. <<

[65] Arnauld, *Lettres*, II, pp. 431-435, a la reina de Polonia, 28 de enero de 1654; Garnier, «Calamitosa tempora», p. 9 (Crétail); Jacquart, «La Fronde», p. 283 (con varios gráficos de población similares a los de Crétail). <<

[66] Goubert, «The French peasantry», pp. 162-164, basado en Goubert, *Beauvais et le Beauvaisis*, pp. 510-511, 607-612. Lebrun, *Les hommes*, p. 166, informó de la extrema escasez experimentada en Anjou en 1652-1654. <<

[67] Carrier, *Labyrinthe*, p. 150, Renaud de Sévigné a Cristina de Francia, 19 de julio de 1652; Arnauld, *Lettres*, II, p. 177, a la reina de Polonia, 6 de septiembre de 1652; Jacquart, «La Fronde», p. 279, cita a André d'Ormesson; *Mémoires de Mlle. de Montpensier*, II, p. 276, describe el pesimismo de Gaston, su padre, en la Semana Santa de 1655. <<

[68] Robin Briggs: comunicación personal de mayo de 2004. Dale Van Kley me recuerda que aunque la revolución no hizo peligrar la integridad de Francia después de 1789, bien podría haberlo hecho después de 1648. <<

[69] Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, I, p. 452, estima una pérdida de 500 000 debido a la amenorrea causada por la hambruna, el menor número de matrimonios y lo que él denomina *les froideurs génitales*. Véase también Dupâquier, *Histoire de la population*, I, pp. 204-205. <<

[70] Louis XIV, *Mémoires*, p. 34. <<

[71] Barnes, «Playing the part», p. 184, citando a René Le Voyer d'Argenson, *Annales de la Compagnie du Saint Sacrement* (manuscrito finalizado en 1694). El hecho de que la Compañía prefiriera la disolución a aceptar el escrutinio real sin duda convenció a Mazarino de que estaba en lo cierto. <<

[72] Detalles tomados de Dessert, «Finances». Véase también Dulong, «Mazarino et ses banquiers». Fouquet permaneció en prisión hasta su muerte, acaecida diecinueve años más tarde. <<

[73] Beik, *Louis XIV*, pp. 96-107, ofrece diagramas del flujo de las finanzas de Luis XIV que habrían hecho a Colbert palidecer de envidia. <<

[74] Lough, *John Locke's travels*, pp. 30-31, entrada del diario correspondiente al 8 de febrero de 1676. Blaufarb, «The survival», muestra cómo este nuevo equilibrio entre la Corona y los Estados funcionó en beneficio de todos. <<

[75] Ranum, *Paris*, p. 145, citando a Nicholas Delamare, *Traité de la police* (París, 1705). <<

[76] Luis XIV, *Mémoires*, p. 280, escritas en 1679. Beik, *Louis XIV*, pp. 5961, publica un interesante relato de primera mano, en 1673, sobre cómo Luis ejercía el control sobre sus ministros (trad. cast.: *Memorias sobre el arte de gobernar*, Espasa, Madrid, 1999). <<

[77] *APW*, series III, C II/1, Diarium Volmar, pp. 214-17, entrada del 17 de noviembre de 1644; *APW*, serie II, B I, 826, Servien a Brienne, 31 de diciembre de 1644; e ídem, IV, 26, D'Avaux a Mazarino, 13 de junio de 1646. <<

[78] Mormiche, *Devenir prince*, pp. 292, 281, 283, todas ellas citas correspondientes a La Mothe Le Vayer, *De l'instruction de monsieur le Dauphin* (1640), una obra que captó favorablemente la atención de Richelieu y dio lugar al nombramiento de La Mothe primero como preceptor del hermano menor de Luis y más adelante del propio Luis. Nótese la ignorancia de Luis XIII respecto al coste probable de declarar la guerra a España. <<

[79] Silvestre de Sancy, *Lettres*, III, pp. 321, 345, *madame* de Sévigné a *madame* de Grignan, 28 de junio y 24 de julio de 1675; Le Roy-Ladurie, *Histoire humaine*, pp. 462-463 (Provence); Lough, *John Locke's travels*, p. 89, entrada de diario correspondiente al 1 de mayo de 1676. Datos meteorológicos en MassonDelmotte, «Cambios», y Garnier, «Fechas de la vendimia». <<

[80] Komlos, «An anthropometric history», pp. 170-171; Corvisier, *L'armée française*, p. 643. <<

[1] Gracias a Aidan Clarke, David Cressy, Richard Groening, Andrew Mackillop, Jane Ohlmeyer, Carla Pestana, Glyn Redworth y John Walter por sus detallados comentarios y sugerencias. En el siglo XVII en Gran Bretaña se seguía utilizando el calendario juliano (O. S.), el cual iba diez días retrasado con respecto al calendario gregoriano (N. S.), que es el que se utilizaba en el continente. De modo que la revolución escocesa comenzó el 23 de julio de 1637 en Edimburgo (y en este capítulo), cuando en París, Roma y Madrid era el 2 de agosto. <<

[2] Nalson, *Impartial collection*, I, pp. IV-VI. Nalson llegó incluso a ridiculizar la dedicatoria de Rushworth a Richard Cromwell, «al ser bastante impropio esperar ascensos y recompensas diciéndole al hijo que su padre fue un rebelde y un asesino». *ODNB*, voz «Rushworth», cita de una carta a Anthony a Wood. <<

[3] Jacobo I, *His Maiesties speech to both houses of Parliament* (1607), sig. D. <<

[4] Ibídem, sig. F2, discurso del rey Jacobo dirigido a «vender» la Unión al Parlamento. <<

[5] Ibídem, sig. H; Howell, *Cobbett's complete collection*, II, col. 114, discurso del rey del 18 de abril de 1604; Davies, *A discovery*, p. 252; Silke, «Primate Lombard», p. 131. <<

[6] Calderwood, *History*, VII, p. 263. <<

[7] Ibídem, VII, p. 514; Appleby, *Famine*, pp. 126-127, 146-147; Thirsk, *Agrarian history*, IV, p. 582 (citando cartas de los magistrados locales al Consejo Privado en 1623) y pp. 631-632 (sobre las pobres cosechas habidas entre 1618-1625 en Inglaterra). <<

[8] Jacobo I, *His Maiesties speech* (1607), sig., Cv; Coke, *The third part of the Institutes*, p. 2, y Jansson y Bidwell, *Proceedings in Parliament, 1625,* p. 35, se refieren en ambos casos al Parlamento de 1624 como «Feliz»; Cust, *Charles I,* p. 41. <<

[9] Thirsk, *Agrarian history*, IV, pp. 632-633; Bamforth, *Royalist's notebook*, pp. 27-28, 54. Sobre la viruela, *véase capítulo 4*. <<

[10] Kyle, «Parliament and the palace of Westminster»; y Kyle y Peacey, «Under cover», describen un fascinante panorama de bullicio e intimidad. El único foro que podía rivalizar con el palacio de Westminster en tamaño y en la animación de sus debates fue la Cámara de San Luis, en Francia, durante la Fronda: *véase capítulo 10*. <<

[11] Johnson, *Proceedings in Parliament, 1628,* II, pp. 58-60, discurso de *sir* Benjamin Rudyerd del 22 de marzo de 1628. <<

[12] Rushworth, *Historical collections*, I, pp. 631-638, protesta presentada el 17 de junio de 1628. <<

[13] Baker, «Climate», p. 427 (del diario de Richard Napier); Bamforth, *Royalist's notebook*, p. 79; Wharton, *The history*, pp. 47-49, 51 (del *Diary* de Laud); PRO, *SP* 16/282/134, poema en latín sobre «el frío tan intenso de enero [1635], cuando todo el Támesis se congeló» (agradezco a David Cressy esta referencia); *CSPV XXIV*, p. 63, Anzolo Correr al *dogo*, 5 de septiembre de 1636. <<

[14] Fincham, «The judges' decision», p. 236, de *Remembrances*, de *sir* Roger Twysden. <<

[15] Sobre los tres protagonistas, véase *ODNB*, s. v., John Bastwick, Henry Burton y William Prynne. En sus diarios, el abogado de Northampton Robert Woodford, el caballero de Kent *sir* Roger Twysden, y el artesano londinense Nehemiah Wallington registraron el veredicto con indignación: véase New College, Oxford, ms. 9502, sin foliar, entradas correspondientes al 25 de agosto de 1637 y 29 de noviembre de 1640; Fincham, «The judges' decision», p. 237; y BL, *Addl.* 21,935/40, 48, y 53-66v. <<

[16] Clarendon, *History*, p. 92 (encomio que ocupa las tres páginas siguientes); BL, *Addl*. 21,935/48, «Historical notes» de Wallington; Fincham, «The judges' decision», pp. 232-237, resumen de *sir* Roger Twysden de las opiniones expresadas por otros miembros de su clase. <<

[17] Firpo, *Relazioni*, I, pp. 791-814, «Relation» de Anzolo Correr, Richmond, 24 de octubre de 1637, con buena parte en lenguaje cifrado (resumida en *CSPV, XXIV*, pp. 295-308). La omisión de Correr refleja el parecer de la corte de Carlos: la primera entrada en el diario de Laud en la que se mencionaban «los tumultos de Escocia sobre el Libro de Oraciones» data nada menos que del 29 de abril de 1638 (Wharton, *History*, p. 55). La «guerra de los Barones» tuvo lugar en 1264-1267. <<

[18] PRO, *SP* 16/527/103-7, borrador de propuesta para la Unión de Armas británica (1627). *Sir* James Balfour, que tuvo acceso a los pertinentes documentos del Estado escocés hoy en día perdidos, relacionaba explícitamente el plan de la Unión de Armas con la revocación (Haig, *Historical works*, II, p. 126). Citas de ibídem, pp. 128, 134. Dickinson y Donaldson, *Sourcebook*, III, pp. 67-77, publica varias versiones de la revocación. Kishlansky, «Charles I», p. 71, sostiene que la revocación fue promulgada por el Parlamento, no por prerrogativa, pero esto es engañoso: no recibió la aprobación parlamentaria hasta 1633. <<

[19] Carlos I, *A large declaration*, p. 16; Rushworth, *Historical collections*, II, p. 321, publica la proclamación de Carlos por la que ordena a los arzobispos Laud y Spottiswood preparar una liturgia para Escocia, 19 de abril de 1636. <<

[20] Rushworth, *Historical collections*, II, pp. 470-471 (sobre Archie); Dickinson y Donaldson, *Sourcebook*, III, pp. 88-89 (los cánones); Donaldson, *The making*, p. 100 (proclamación de la autorización del Libro de Oraciones); Carlos I, *Long declaration*, 18 (confirmando que lo había emitido en virtud de su propia «auto-

ridad»; *RPCS*, serie II, VI, p. 448, ley del 13 de junio1637 (declarando a los que no la cumplieran «bajo pena de rebelión»). <<

[21] *RPCS*, serie II, VI, pp. 431-432, 438-439, 442-445, 454-456 (peste y escasez de comida) y pp. 465 (monedas), 3, 8, 10 y 17 de junio de 1637; Laing, *Correspondence*, I, pp. 93-98, Lothian a su padre, el conde Ancram, 19 de octubre de 1637 (O. S.), en una carta llena de quejas sobre los desastres económicos causados por el mal tiempo. Como confirmación, por parte del «archivo natural», Baker, «Northwest Scotland stalagmite and climate reconstruction data». <<

[22] Rothes, *Relation*, p. 197 (uso de las pruebas de imprenta como papel de envolver); Braddick, *God's fury*, p. 3, citando a Montrose. Bennett, *The civil wars*, p. 3, nombraba tanto a los pastores como a las «damas» que se reunieron en abril de 1637. <<

[23] Carlos I, *Large declaration*, p. 23; Bennett, *The civil wars*, p. 3, citando al conde de Wemyss y al obispo Guthrie. <<

[24] *RPCS*, serie II, VI, pp. 509-513, entradas correspondientes al 4, 5 y 9 de agosto de 1637; Rothes, *Relation*, pp. 2-5. <<

[25] Dickinson y Donaldson, *Sourcebook*, III, pp. 95-104, publican el *Covenant*, incluidos el juramento y la firma. <<

[26] Paul, *Diary*, I, pp. 327-331, marzo-abril de 1638. <<

[27] Ibídem, I, pp. 306-307 (22 de enero de 1638), p. 322 (27 de febrero) y p. 347 (4 de mayo). <<

[28] Russell, *Fall*, p. 56, Hamilton a Carlos, junio de 1638; Burnet, *The memoires*, pp. 55-56 Carlos a Hamilton, 11 de junio de 1638; Russell, *Fall*, pp. 56-57, del mismo al mismo, 26 de junio de 1638. <<

[29] Baker, «Northwest Scotland stalagmite and climate reconstruction data»; *CSPV XXIV 1636-1639,* p. 430, Francesco Zonca a Venecia, Londres, 2 de julio de 1638 (N. S.), original cifrado. <<

[30] Burnet, *The memoires*, pp. 60-61, Carlos a Hamilton, 25 de junio de 1638; Hardwicke, *Miscellaneous State papers*, II, p. 118, Hamilton a Carlos I, Glasgow, 27 de noviembre de 1638. <<

[31] Paul, *Diary*, I, p. 348 (19 de mayo de 1638: «Estudiando a Altusio toda la semana»), p. 390 (20 de septiembre de 1638: debate con Henderson y David Calderwood sobre la resistencia armada). *Véase capítulo 18*. <<

[32] New College, Oxford, ms. 9502, diario de Robert Woodford de Northampton, sin foliar, entrada correspondiente al 6 de abril de 1639 (diez semanas de «sequía»); Wharton, *History*, pp. 56-57, entradas del diario de Laud correspondientes al 14 de enero y 27 de diciembre de 1639; Aston, *The journal*, p. 7 (lluvia el 27 de abril, mientras el ejército real se trasladaba de York a Northallerton); Bruce, *Letters and papers*, p. 238, *sir* Edmund Verney a Ralph Verney, Newcastle, 19 de mayo de 1639. <<

[33] Bruce, *Letters*, p. 228, *sir* Edmund Verney a su hijo Ralph, 1 de mayo de 1639; Aston, *The journal*, p. 12, 14 (junio de 1639). Otros consideraron el eclipse como un mal presagio: Boecio [Voetius], *Brittish lightning*, sig. A3. <<

[34] Mormiche, *Devenir prince*, p. 281, citando a La Mothe Le Vayer, *De l'instruction de Monsieur le Dauphin* (1640); Aston, *The journal*, p. 28; Paul, *Diary*, pp. 58-62. <<

[35] Paul, *Diary*, pp. 85 y 87-88 (entradas del 15 y 17 de junio de 1639); Adamson, «England», p. 100. <<

[36] Russell, *Fall*, p. 67, n. 135, Hamilton a Carlos I, 8 de julio de 1639. <<

[37] Clarke, «Ireland», p. 93. <<

[38] Wharton, *History*, p. 57, entrada del diario de Laud correspondiente al 5 de diciembre de 1639. <<

[39] Adamson, *The noble revolt*, pp. 23 y 17, citando el discurso del rey del 5 de mayo de 1640. Adamson admite que el rey podría haber decidido una disolución «por sorpresa» simplemente

para evitar una repetición del caótico final del último Parlamento, en 1629, cuando sus miembros retuvieron al *speaker* y continuaron debatiendo sobre temas prohibidos; pero esta vez los líderes del Parlamento habían aprobado una concesión inmediata de 600 000 libras a cambio de la abolición del dinero para barcos. ¿Por qué habría renunciado a ese trato, salvo por miedo a algo que amenazaba toda su política, como una moción que llamaba a la «reconciliación»? <<

[40] *HMC, Third report*, p. 3, borrador de las minutas tomadas por Vane durante la reunión del «comité de guerra» el 5 de mayo de 1640. <<

[41] Bruce, «Notes», p. VIII, Northumberland a lord Conway, 5 de mayo de 1640; Adamson, *The noble revolt*, p. 552, n. 211. Elliott, «The year of the three ambassadors», pp. 175-176, describe las complejas negociaciones entre Strafford y España entre diciembre de 1639 y septiembre de 1640. <<

[42] Bruce, «Notes», p. XIII, Windebank a Conway, 26 de mayo de 1640 («el encuentro se ha postergado otra vez hasta el 1 de agosto»); Adamson, *The noble revolt*, p. 551, n. 202, Northumberland al conde de Leicester, 21 de mayo de 1640; Naworth, *A new almanacke for… 1642*, sig. C2; *CSPD 1640*, pp. 118, 627, George Douglas a Roger Mowatt, Stepney, 5 de mayo de 1640, y Strafford a Cottington, Huntingdon, 24 de agosto de 1640. *CSPD 1640-1*, p. 630, Vane a Windebank, York, 25 de agosto de 1640, también lamentaba «las abundantes lluvias caídas el sábado», que dificultaron las maniobras militares; mientras que en *CSPV 1640-2,* p. 72, Giovanni Giustiniani al *dogo* y al Senado, 7 de septiembre de 1640, comentaba el caos causado por «la lluvia que recientemente ha caído tan copiosamente». <<

[43] Haig, *Historical works*, II, p. 379, escrito en la década de 1650. <<

[44] Adamson, *The noble revolt*, p. 47, lord Savile a lord Loudun, 8 de julio de 1640, junto con una erudita demostración de la autenticidad de ésta (y de la carta firmada por Savile y los otros seis nobles) en pp. 549-551. <<

[45] Rushworth, *Historical collections*, III, pp. 1214-1215, petición a la nobleza de Yorkshire, 28 de julio de 1640. <<

[46] *CSPD 1640-1*, p. 15, Vane a Windebank, York, 5 de septiembre de 1640. Hardwicke, *Miscellaneous State papers*, II, p. 173, Vane a Windebank, York, el 11 de septiembre de 1640, informaba del «gran temor» del rey respecto a «Newcastle y el carbón» que Londres necesitaba. <<

[47] Hardwicke, *Miscellaneous State papers*, II, pp. 168-171, minutas de la reunión del Consejo, 2 de septiembre de 1640. <<

[48] Gardiner, *Constitutional documents*, pp. 134-135, petición de los doce pares, 28 de agosto de 1640, el mismo día de Newburn y la «humilde petición» de la nobleza de Yorkshire —aunque los pares, reunidos en la casa del conde de Bedford en Londres, por supuesto no tenían noticia de ninguna de las dos cosas—. <<

[49] *CSPD 1640-1*, 15, Vane a Windebank, York, 5 de septiembre de 1640; y Hardwicke, *Miscellaneous State papers*, II, 179, del mismo al mismo, 14 de septiembre de 1640. <<

[50] Hardwicke, *Miscellaneous State papers*, II, p. 182, Vane a Windebank, York, 18 de septiembre de 1640; Rushworth, *Historical collections*, III, p. 1275, discurso del rey del 24 de septiembre de 1640. <<

[51] Hardwicke, *Miscellaneous State papers*, II, p. 197, Vane a Windebank, York, 11 de octubre de 1640. <<

[52] Ibídem, II, p. 193, Vane a Windebank, York, 1 de octubre de 1640; Rushworth, *Historical collections*, III parte I, pp. 11-12, el discurso del rey del 3 de noviembre de 1640; *PLP*, I, pp. 63, 65 y 69. <<

[53] Adamson, *The noble revolt*, pp. 223. <<

[54] Anónimo, *A declaration*, A4, casi con toda seguridad de Oliver St. John; véanse las minutas del 5 de mayo de 1640. <<

[55] Knowler, *The earl of Strafforde's letters*, II, p. 416, Carlos I a Strafford, 23 de abril de 1641. <<

[56] *PLP*, IV, pp. 164-165, discurso del rey del 1 de mayo de 1641; Clarendon, *History*, pp. 320-321, informando de su conversación con Essex el 26 de abril de 1641. <<

[57] BL, *Addl.* 21,935/138-9, «Historical notes and meditations» de Wallington sobre el 3 de mayo de 1641; Adamson, *The noble revolt*, pp. 285-286, cita del diario del obispo Warner (otra fuente atribuye estas palabras a John Lilburne). <<

[58] Adamson, *The noble revolt*, pp. 288-291, citando a Pym y al conde de Stamford; Groen Van Prinsterer, *Archives*, serie II, III, p. 459, los embajadores escoceses al príncipe de Orange, 7 de mayo de 1641 (*«horrible conspiration contre le Parlement et la liberté bien plus grande que celle de la Fougade»*). <<

[59] Cressy, «The protestation», pp. 266-267, 271, 273 (citas de John Turberville y *sir* John Bramston; también publica el texto). Los embajadores extranjeros destacaron la conexión escocesa: *La protesta «qu'ils appellent un* Convenant, *comme en Écosse»* (Groen Van Prinsterer, *Archives*, serie II, III, p. 444, Rivet al príncipe de Orange, Londres, 4 de mayo de 1641, O. S.); «una unión exactamente igual a la del *Covenant* de Escocia» (*CSPV 1640-2,* p. 148, Giustiniani al *dogo* y al Senado, Londres, 6 de mayo de 1641, O. S.). <<

[60] Sanderson, *Compleat history*, p. 418 (James Howell, en su prefacio, aclamaba a Sanderson como «testigo que lo pudo ver y escuchar»); Kilburn y Milton, «The public context», p. 242, citando a *sir* Philip Warwick. El admirable grabado de Hollar de la ejecución del 12 de mayo de 1641 puede verse en < http://upload. wikimedia.org/wikipedia/commons/1/16/Wenceslas_Hollar_-_Execution_of_Strafford_%28State_3%29.jpeg>. <<

[61] *CSPD 1641-3,* p. 17, Henry Vane a *sir* Thomas Roe, Whitehall, 18 de junio de 1641; Fletcher, *The outbreak*, pp. 192-199 (detalles de las peticiones); Adamson, *The noble revolt*, pp. 121-122, citando «una orden dirigida a elegir un comité [...] para que reciba las peticiones» (diciembre de 1641) y diarios de los Comunes. Un representante electoral afirmó que había impreso copias suficientes para «que todos los miembros de la Cámara tengan una»; de ser cierto, serían bastantes más de quinientas copias: Kyle, «Parliament», p. 94. <<

[62] *Articles of the large treaty*, p. 48, artículos del tratado aprobados el 7 de agosto de 1641. *PLP*, VII, pp. 231-232, enumera los 53 altos cargos. <<

[63] Marshall, *A peace-offering*, pp. 45-46. <<

[64] Perceval-Maxwell, «Ulster 1641», p. 103, citando los «deseos en relación con la unidad religiosa» propuestos por los comisionados escoceses; Gaunt, *The English civil war*, p. 94 (del ensayo de Russell de 1987 «The British problem and the English civil war»). <<

[65] *HMC, Fourth Report*, I, pp. 164-167, declaraciones bajo juramento de William Murray, el coronel Alexander Stewart y el coronel John Cochrane (citando el sangriento deseo del conde de Crawford) ante un comité del Parlamento escocés, 22-27 de octubre de 1641. El coronel Stewart estaba absolutamente seguro de su disposición de matar a los dos nobles, y añadió: «[Ésta] es la costumbre de Alemania, donde yo he servido, que si después de haberlos hecho prisioneros un grupo numeroso de los suyos se viene contra nosotros, se suele matar a los prisioneros». <<

[66] Bray, *Diary*, IV, pp. 78-79, *sir* Edward Nicholas a Carlos I, Westminster, 29 de septiembre de 1641, devuelta por Carlos con comentarios al margen el 5 de octubre. Sobre la utilización del «pequeño Will Murray» como mensajero confidencial, véase ibí-

dem, p. 118, la reina Enriqueta María a Nicholas, 10 de noviembre de 1641. <<

[67] Adamson, *The noble revolt*, p. 394, Nicholas a Vane, 9 de octubre de 1641 (Adamson destaca la importancia del plural *dominios*, que implica que el rey pretendía castigar a sus enemigos en Inglaterra e Irlanda también). Bray, *Diary*, IV, p. 86, Nicholas a Carlos I, 11 de octubre de 1641, afirmaba que él había recibido «las órdenes de Su Majestad mediante apostilla del 5 del presente», «el pasado sábado», esto es, el 9 de octubre. <<

[68] Adamson, *The noble revolt*, p. 405, Endymion Porter a Nicholas, 19 de octubre de 1641. <<

[69] Bray, *Diary*, IV, pp. 76, 79, Nicholas a Carlos I, 27-29 de septiembre de 1641. <<

[70] TCD, ms. 839/135, declaración de Mulrany Carroll, condado de Donegal, 26 de abril de 1643. <<

[71] Ohlmeyer, «The Antrim Plot of 1641: a rejoinder», pp. 434-437, publica la «información» de Antrim de mayo de 1650. La veracidad del testimonio del conde, que comprometía gravemente a Carlos, ha sido acaloradamente debatida desde entonces: véase el resumen de este debate en Lamont, «Richard Baxter», pp. 345-347, que confirma la deducción de la profesora Ohlmeyer de que Antrim no mentía. <<

[72] Gillespie, «Destabilizing Ulster», p. 111, Edward Chichester a Ormond, mayo de 1641; TCD, ms. 838/30-1, declaración de Donnell Gorme McDonnell, caballero, 11 de marzo de 1653. <<

[73] TCD, ms. 809/14, examen de Owen Connolly, 22 de octubre de 1641. Para citas similares, *véase capítulo 19*. <<

[74] Gilbert, *History of the Irish Confederation*, I, pp. 8-9 (quien también registra que los *lords justices* recibieron una advertencia anteriormente, pero no la creyeron); TCD, ms. 809/13v, interrogatorio de Connolly, 22 de octubre de 1641. Véase también

la saneada narración del «descubrimiento» del complot en *HMC, Ormonde*, n. s., II, pp. 1-3, *lords justices* al conde de Leicester, 25 de octubre de 1641. Clarke, *Old English*, p. 161, n. 1, señala que la historia de Connolly está llena de incoherencias y contradicciones, y especula con que éstas se derivaban de su nerviosismo por ocultar el grado en el que él mismo estaba implicado. En 1659, apenas treinta o cuarenta conspiradores tomaron el castillo de Dublín (*véase capítulo 12*), donde se demuestra lo que unos pocos hombres *podían* conseguir. <<

[75] TCD, ms. 816/133v, declaración de Roger Puttocke, 1 de marzo de 1642; y ms. 834/92v, declaración de Richard Grave, 25 de octubre de1641 (por tanto, sólo dos días después de los hechos que describía). Canny, *Making*, pp. 469-470, ofrece un excelente relato de la captura de los fuertes del Úlster, y sus mapas, en pp. 479 y 504, muestran el avance de la revuelta. Aunque el estallido de la rebelión pueda parecer un tanto azaroso, el comportamiento similar de los conspiradores en diferentes áreas revela una considerable coordinación: PercevalMaxwell, *Outbreak*, p. 253. <<

[76] BL, *Harl*, ms. 5, 999/29v, «Discourse» de Henry Jones y otros que recopilaron las declaraciones, noviembre de 1643. <<

[77] He elegido declaraciones que ofrecen testimonios en primera persona: TCD, ms. 839/14v, John Kerdiff, condado de Tyrone, 28 de febrero de 1642; ms. 833/28v, Dorcas Iremonger, condado de Cavan, 22 de marzo de 1642; ms. 821/42v, Gilbert Johnstone, Tipperary, 20 de febrero de 1643. Véase también ms. 817/35, declaración del reverendo Emanuell Beale, condado de Queen, 11 de abril de 1642: los católicos «no tuvieron piedad de la pobre gente inglesa», y «desnudaron a infinidad de mujeres y niños, en medio del frío, que murieron a causa del mismo». <<

[78] Clarke, «The 1641 depositions», p. 113, estimaba que una quinta parte de todas las declaraciones hablaban de colonos que

habían muerto en 1641 a causa de privaciones, mientras que otra quinta parte mencionaba a los muertos por violencia. Su investigación posterior sugiere que el clima mató a más colonos que los rebeldes (comunicación personal, julio de 2004). Corish, «The rising of 1641», p. 291, sostenía que la congelación mató al doble de protestantes que los rebeldes. <<

[79] TCD, ms. 837/12-13, declaración de Thomas Richardson, condado de Down, 13 de junio de 1642 (Hickson, *Ireland*, I, p. 312, publica este documento equivocándose de fecha, de profesión —dice «sastre» en lugar de «marinero»— aparte de varios errores de transcripción). <<

[80] Castlehaven, *Memoirs*, pp. 28-29; *HMC, Ormonde*, n. s., II, pp. 251-252, *lords justices* a Carlos I, 16 de marzo de 1643. Canny, *Making*, pp. 488-491, 496-497, 520-524, y 527-528, y Perceval-Maxwell, *The outbreak*, pp. 230-231, comentan el papel de sacerdotes y frailes en el fomento de la violencia contra los protestantes. Ó Siochrú, «Atrocity», detalla la violencia protestante contra los católicos. <<

[81] TCD, ms. 830/41-2, declaración de Anthony Stephens, 25 de junio de 1646. <<

[82] Corish, «The rising of 1641», pp. 291-292; Ó Siochrú, «Atrocity», pp. 59-60. TCD, ms. 809/8v y 10v, declaración del archidiácono Robert Maxwell, 22 de agosto de 1642, donde mencionaba dos veces la cifra «154 000»; y que los *lords justices* repitieron en marzo de 1643 (Bradshaw, Hadfield y Maley, *Representing Ireland*, pp. xx, 192-193). *Véase capítulo 12*. <<

[83] Bray, *Diary*, IV, p. 97, Nicholas a Carlos I, 25 de octubre de 1641, con postescripto real fechado el 30; TCD, ms. 835/158, declaración de John Right, condado de Fermanagh, 5 de enero de 1642. Hickson, *Ireland*, I, pp. 114-115, publica el supuesto encargo real de O'Neill, fechado en Edimburgo el 1 de octubre de 1641 y las declaraciones que pueden verse en pp.

169-173, 188-189, revelan lo bien que funcionó la falsificación. <<

[84] Kenyon, *Stuart Constitution*, pp. 228-240, protesta presentada al rey el 11 de diciembre de 1641. Adamson, *The noble revolt*, p. 387, registra la primera referencia al Rey Pym, de octubre de 1641; y en p. 443 señala que el título de «Gran Protesta» data del siglo XIX. <<

[85] Nalson, *Impartial collection*, II, p. 668, discurso de *sir* Edward Dering, ambos del 22 de noviembre de 1641. <<

[86] Detalles en las cartas en *CSPD 1641-3,* pp. 215-217. Véase también Pearl, *London*, capítulo 4. <<

[87] Catherine Macaulay, *History*, III, p. 150, publicó las airadas palabras de la reina, pero sin citar la fuente; sin embargo, dado que Enriqueta María más tarde amenazó con ingresar en un convento a menos que su marido hiciera lo que le había dicho, este estallido de cólera parece plausible. En una nota, Macaulay añadió que la condesa de Carlisle escuchó la conversación y envió aviso a la Cámara, pero de nuevo sin citar la fuente, aunque esta vez uno de los «cinco miembros», *sir* Arthur Haselrig, confirmó en primera persona la historia y dio detalles de su precipitada y oportuna huida: Rutt, *Diary of Thomas Burton*, III, p. 93, discurso de Haselrig el 7 de febrero de 1659 (como se cita en el texto). <<

[88] Gardiner, *History*, X, capítulo 103, presenta un magistral relato de estos hechos dentro del cual se pregunta por qué Carlos no «intentó capturar [a los cinco miembros] mientras dormían, como se capturó a los líderes parlamentarios franceses en 1851», y concluye que, en primer lugar, Carlos quería «preservar la apariencia de legalidad» y, segundo, que «no era propio de su carácter esperar una negativa persistente» (pp. 134-135). <<

[89] *CSPD 1641-3,* pp. 240-242, Thomas Wiseman y Robert Slingsby (uno de los «espadachines» que entraron en los Comu-

nes) a Pennington, 6 de enero de 1642; Cressy, *England on edge*, p. 393, citando a John Dillingham. El embajador veneciano comentó el «constante mal tiempo»: *CSPV 1640-2,* pp. 269, 276, cartas del 3 y el 17 de enero de 1642. De haber sido avisado por el mensaje de *lady* Carlisle, Carlos habría encontrado a sus «pájaros» en la Cámara y su séquito armado (muy superior en número a los parlamentarios) sin duda habrían tratado de sacarlos por la fuerza. Como los miembros del Parlamento llevaban sus espadas dentro de la Cámara y, dados los rumores de un golpe, algunos habrían portado también armas de fuego ocultas, resulta difícil imaginar que el día hubiera podido acabar sin que se produjera un baño de sangre en el palacio de Westminster. <<

[90] BL, *Addl*. 21,935/162, Wallington; Cressy, *England on edge*, p. 396, citando a Ellis Coleman; y Groen Van Prinsterer, *Archives*, serie II, IV, p. 7, Heenvliet a Orange, Londres, 19 de enero de 1642 (O. S.) en referencia a una audiencia sumamente indiscreta mantenida por la reina el día anterior. <<

[91] Churchill, *The world crisis*, p. 274 (sobre la huida del *Goeben*, pero añadiendo que la misma «fatalidad siniestra» habría más tarde hecho fracasar la campaña de los Dardanelos); Adamson, *The noble revolt*, p. 503, haciéndose eco y citando a Russell, *Causes*, p. 10. <<

[92] Mi argumentación contradice la de Kishlansky, «Charles I», que a mi parecer elige unos ejemplos de Inglaterra (y en menor medida, de Escocia) que muestran al rey bajo una luz favorable. Ignora completamente la iniciativa irlandesa de Carlos. Sin duda, Kishlansky objetará que casi todos mis ejemplos proceden de Escocia y de Irlanda, los países que primero se rebelaron. Me declaro culpable de antemano. <<

[93] Russell, *Fall*, p. 524. <<

[94] Sharpe, *Personal rule*, p. 183; Scott y Bliss, *The works*, V, pt. 2, pp. 317-370, publica los informes de Laud y las apostillas rea-

les (citas de pp. 319, 348 y 337); Donaldson, *The making*, pp. 44-47. <<

[95] La última frase de Jacobo I, *His Maiesties speech* (1607), sig. Hv. <<

[96] Clarendon, *History*, pp. 567-568; Green, *The letters*, p. 65 (primeros de mayo), pp. 68-69 (11 de mayo), y p. 80 (30 de mayo de 1642), tres reprimendas en un solo mes. ¿Algún otro monarca de principios de la Edad Moderna tuvo que soportar críticas tan constantes? <<

[97] El lugarteniente de Mánchester, Oliver Cromwell, replicó indignado: «Mi señor, si eso es así, ¿por qué tomamos las armas en un principio? Esto es para no tener que luchar de aquí en adelante. En tal caso, firmemos la paz, por ignominiosa que sea». Los hechos demostrarían que el conde tenía razón. Woolrych, *Britain in revolution*, p. 291, reconstruye la conversación a partir de dos testimonios posteriores. <<

[98] Sharpe, *Personal rule*, p. 930; Braddick, *God's fury*, pp. 42 y 95. Véanse «culpables de los cargos». <<

[99] Shagan, «Constructing discord», es elocuente en este punto, el veterano de la Armada en 1640 era lord Mulgrave. <<

[100] Burnet, *Memoirs*, p. 203, Carlos a Hamilton, diciembre de 1642. <<

[101] Gardiner, *The Hamilton papers*, p. 6, Hamilton a Carlos, Dalkeith, 7 de junio de 1638. Sobre la necesidad de una «disposición hacia la tolerancia» entre los soberanos del siglo XVII, *véase capítulo 2*. <<

[102] Wharton, *History*, p. 47, entrada del 2 de diciembre de 1632 del diario de Laud: «La viruela ha afectado a Su Majestad; pero gracias a Dios, en un grado muy leve». <<

[1] Rushworth, *Historical collections the fourth and last part*, II, p. 1397, el «cargo» leído por John Cook, «fiscal general de la Commonwealth»; Hill citaba las páginas 32, 33 y anteriores. <<

[2] Balfour, *Historical works*, III, p. 409; Gilbert, *History of the Irish Confederation*, VI, pp. 270-271; Anon, *A bloudy fight*, p. 8; Lenihan, «War and population», p. 8, citando al coronel Richard Lawrence en 1655, y p. 1, citando a Seán Ó Conaill, «Tuireamh na hÉireann», un poema escrito entre 1655 y 1659. <<

[3] Bennett, *Civil wars*, p. 363. Otros datos de Gentles, *The English revolution*, pp. 435-456; Aylmer, *Rebellion or revolution*, p. 71; Porter, *Destruction*, pp. 65-66; y Wheeler, *Making*, capítulos 6-8. <<

[4] Morrill, *Cheshire*, pp. 28-29, 108-109. <<

[5] Gentles, *The English revolution*, p. 437; Plumb, *Growth*, p. 1. <<

[6] Walter, *Understanding*, p. 201, la «humilde petición» de Essex, 20 de enero de 1642 (O. S.); Clifton, «The popular fear», pp. 29-31, enumera los momentos de pánico que tuvieron lugar durante el invierno de 1641-1642. <<

[7] Aidan Clarke estima que la *Remonstrance* de Jones citaba 78 de las 637 declaraciones entonces disponibles. Orihel, «A presse», pp. 129-137, enumera los panfletos publicados en Inglaterra entre noviembre de 1641 y agosto de 1642 que trataban de Irlanda. <<

[8] Baxter, *Holy Commonwealth* (1659), pp. 472-473 y 478-479 (citando explícitamente «los exámenes de los jueces irlandeses» y especialmente la exagerada cifra proporcionada por el archidiácono Robert Maxwell en su declaración: *véase capítulo 11*); Lamont, «Richard Baxter», pp. 347-348, citando las memorias de Baxter. <<

[9] Walter, *Understanding*, pp. 319-320, sobre la petición de Essex, y pp. 325-326, sobre Stephen Marshall, *Meroz cursed*

(Londres, 1642, *Judges*, V: 23), predicaron unas sesenta veces sobre ello además de difundirlo ampliamente en forma impresa. Sobre una manifestación de mujeres demandando medidas para acabar con el desempleo dos semanas antes y el uso que los líderes parlamentarios hicieron de ella, véase Pearl, *London*, pp. 226-227. <<

[10] Russell, *Fall*, p. 496, citando a Henry Wilmot. <<

[11] Kenyon, *Stuart Constitution*, pp. 244-247 y 21-23, publica *Las diecinueve propuestas* (1 de junio de 1642) y la respuesta del rey (18 de junio). <<

[12] Walter, *Understanding popular violence*, p. 18, citando a Ephrain Udall, *The good of peace and the ill of warre*, y Smith, «Catholic», p. 119, lord Dorset a la condesa de Middlesex, agosto de 1642. Jack Straw fue otro líder de la revuelta de 1381; Robert Kett había comandado a los rebeldes de Norfolk en 1549. <<

[13] Kenyon, *Stuart Constitution*, p. 194, comentario marginal del rey en una carta de noviembre de 1641; Russell, *Fall*, p. 437, citando la reacción de algunos ciudadanos de Kent a la proclamación del 10 de diciembre; Walter, *Understanding*, p. 129, instrucciones. <<

[14] Walter, *Understanding*, p. 259 («Humble petition» de los pañeros de Suffolk); p. 261, discurso de *sir* Simonds d'Ewes a los Comunes y p. 288, informe de *sir* Thomas Barrington al Parlamento (junto a otras declaraciones similares). <<

[15] *HMC report on the Franciscan Manuscripts* (Dublín, 1906), 112, carta de Londres a fray Hugh Bourke, 29 de diciembre de1641; ó Siochrú, 'Atrocity', 61-2, órdenes de los Lords Justices, enero y junio de 1642. <<

[16] *CSPD, 1641-3,* p. 508, míster Harrison a John Bradley (en París), 28 de diciembre de 1643. <<

[17] Abbott, *Writings and speeches*, I, p. 314, discurso de Cromwell en la Cámara de los Comunes del 9 de diciembre de 1644.

<<

[18] Parker, *The king's cabinet* (publicado el 14 de julio de 1645), p. 1, Carlos a la reina, 9 de enero de 1645, postescripto. <<

[19] Ibídem, Hirst, «Reading», p. 213. Hirst también comenta el hostil recibimiento, registrado en los periódicos ingleses, así como el hecho de que el Parlamento expusiera los documentos originales a la vista del público para demostrar que no eran invenciones. Sobre la trayectoria posterior de Wallis, *véase capítulo 22*. <<

[20] Symmons, *A vindication*, p. 241 (parte de «A true parallel between the sufferings of our Saviour and our Soveraigne» [«Un verdadero paralelismo entre los sufrimientos de Nuestro Salvador y los de nuestro soberano»]). Hirst, «Reading», y Potter, *Secret rites*, pp. 59-64, comentan tanto el contenido como el contexto de *The king's cabinet*. <<

[21] Cressy, *England on edge*, p. 298, citando el diario de Nehemiah Wallington, 6 de febrero de 1642 (O. S.); *véase capítulo 18,* para más información sobre la «revolución educativa» en la Inglaterra Tudor y Estuardo. <<

[22] Ibídem, pp. 313-314, citando Thomas Knyvett a su madre, mayo de 1642; Eisenstadt y Schluter, «Early modernities», p. 25. <<

[23] Parker, *The king's cabinet*, prefacio, p. 43; Hirst, «Reading», se centra en la importante dimensión de esta cuestión de género. <<

[24] Parker, *The king's cabinet*, pp. 7-8, a Enriqueta María, 5 de marzo de 1645; p. 16, a Ormond, 27 de febrero de 1645; pp. 46-47 y 54-56 («Annotations», presentadas en seis encabezamientos). <<

[25] Woolrych, *Soldiers and statesmen*, p. 38; Firth, *The Clarke papers*, I, pp. 425-426, «Colonel Wogan's narrative». Aunque

Wogan escribió esto mucho más tarde, su fiabilidad en esta materia es avalada por Norris, «Edward Sexby», pp. 41-42. <<

[26] Rushworth, *Historical collections*, VI, p. 512, «A solemn engagement of the army», 5 de junio de 1647. <<

[27] Ibídem, VI, pp. 564-570, «A declaration, or representation from His Excellency *Sir* Thomas Fairfax and of the army under his command», 14 de junio de 1647. Woolrych, *Britain*, p. 371, atribuye su autoría «esencialmente» a Ireton. <<

[28] Gardiner, *Constitutional documents*, pp. 316-326, «The Heads of the Proposals… to be tendered to the commissioners of Parliament residing with the army», debatidas por el Consejo General, 16-26 de julio de 1647; Firth, *Clarke papers*, I, p. 213, discurso de William Allen. Sobre el contexto y sobre las conversaciones de los altos oficiales con Carlos, véase Woolrych, *Soldiers and statesmen*, pp. 153-179. <<

[29] Macfarlane, *Diary of Ralph Josselin*, p. 87 (entrada del 24 de febrero de 1647); Bamford, *A royalist's notebook*, p. 112. Coates, *The impact*, p. 218, analiza en una gráfica el impacto de la cosecha de 1646 en los precios de Londres. <<

[30] Adamson, «The English nobility», pp. 567-568, citas de las declaraciones de dos testigos presenciales del asedio al Parlamento del día 26 de julio de 1647. Clarendon afirmó más tarde que la decisión de los presidentes, pares y miembros del Parlamento de buscar refugio en el ejército «resultó para todos los observadores algo tan insólito que todavía hoy no se comprende»: *History*, IV, pp. 244-245. <<

[31] Gardiner, *Constitutional documents*, pp. 333-335, *An agreement of the people*. El autor fue o bien John Wildman (Morrill y Baker, «The case», p. 121), o William Walwyn (Woolrych, *Soldiers and statesmen*, p. 215). <<

[32] Firth, *The Clarke papers*, I, pp. 301-302, 304 y 322-323: Rainborough, Ireton y Sexby en el debate del 29 de octubre de

1647. Nótese que nadie sugirió extender el sufragio a ninguna mujer —fuera pobre o tuviera propiedades—. Morrill y Baker, «The case of the armie», sostienen que Sexby redactó el panfleto titulado *The case of the armie truly stated*, que desencadenó el debate de Putney y sentó las bases para el *Acuerdo*… Sobre su sorprendente trayectoria, véase *ODNB*, voz «Sexby, Edward». <<

[33] John Wildman, portavoz de los niveladores en Putney, *A cal to all the souldiers of the army*, p. 7 [segunda paginación: mayúsculas en el original]. <<

[34] Sobre el motín de Ware, y sobre la *Protesta*, véase Woolrych, *Soldiers and statesmen*, pp. 279-286. <<

[35] Hindle, «Dearth», p. 65, citando un verso escrito por el vicario de Hartpury, Gloucestershire, en su registro parroquial. <<

[36] Gardiner, *Constitutional documents*, pp. 247-252, «The engagement between the king and the Scots», 26 de diciembre de 1647. <<

[37] Thirsk, «Agricultural policy», p. 301; Macfarlane, *Diary of Ralph Josselin*, pp. 125, 129, entradas del 8 de mayo y 28 de junio de 1648. Bamford, *A royalist's notebook*, pp. 120-121. <<

[38] Howell, *Epistolae*, III, p. 26, carta del 10 de diciembre de 1647 a su sobrino (la producción de la Casa de la Moneda cayó un 90 por ciento en 1648; véase Coates, *Impact*, p. 229); Wildman, *Truths triumph*, pp. 4-5 (publicado el 1 de febrero de 1647, describiendo su discurso del 18 de enero). <<

[39] AMAE (P), *CPA* 50/24v-25, Mazarino a M. de Grignon, 10 de abril de 1648 (N. S.), copia del registro. Véase una queja similar un mes más tarde en Chéruel, *Lettres*, III, 1023. <<

[40] Macfarlane, *Diary of Ralph Josselin*, p. 138, entrada del 17 de septiembre de 1648; Abbott, *Writings and speeches*, I, pp. 636 y 641, Cromwell al presidente Lenthall, Warrington, 20 de agosto de 1648, y al Comité de la Cámara de Derby, Wigan, 23 de agosto de 1648. <<

[41] Rushworth, *Historical collections the fourth and last*, parte II, pp. 1396-1398 (el «cargo» leído por John Cook, «procurador de la Corona para la Commonwealth»), pp. 1406-1414 (declaraciones) y p. 1421 (sentencia). *ODNB*, voz «George Joyce», señala que el astrólogo William Lilly nombró dos veces a Joyce como el ejecutor —una bajo testimonio dado a la Restauración y de nuevo en su autobiografía—, pero plantea algunas dudas sobre su afirmación. La cambiante composición del Alto Tribunal se narra en *ODNB*, voz «Regicidios». <<

[42] Firth y Rait, *Acts and ordinances*, II, pp. 2-4, «An act of thos present Parliament for constituting a counsell of state for the Comonwealth of England», 13 de febrero de 1649; pp. 18-20, «An act for abolishing the kingly office in England and Ireland, and the Dominions thereunto belonging», 17 de marzo de 1649; p. 24, «An act for the abolishing the House of Peers», 19 de marzo de 1649; y p. 122, «An act declaring and constituting the people of England to be a Commonwealth and Free-State», 19 de mayo de 1649. Ninguna de estas y otras leyes constitucionales mencionaban a Escocia: sólo «Inglaterra e Irlanda y los dominios a ellas pertenecientes». <<

[43] Carlos I, *Eikon basilike* (edición 2005), pp. 183-184. <<

[44] Boulton, «Food prices», pp. 468 y 481-482; Firth, *Cromwell's army*, pp. 184-185; Graunt, *Natural and political observations*, p. 37; Macfarlane, *Diary of Ralph Josselin*, pp. 152-185, entradas del 7 de enero, 18 de febrero, 15 de abril, 20 de mayo, 7 de octubre, 25 de noviembre y 16 de diciembre de 1649, donde se refiere que «todas las cosas escaseaban extraordinariamente». <<

[45] *A true representation* (24 de mayo de 1649). Véanse lamentaciones igualmente conmovedoras de principios de 1649 en Thirsk y Cooper, *Seventeenth-century economic documents*, pp. 51-52, y Hindle, «Dearth», pp. 84-86. Hindle comenta con justificada

desaprobación cómo «los historiadores han hecho tan poco por tomarse en serio la crisis de la cosecha de finales de la década de 1640», ibídem, p. 65. <<

[46] *Acts done*, pp. 35-38, «Proclamation of Charles the Second, king of Great Britain, France and Ireland», 5 de febrero de 1649, y «Act anent securing the Covenant, religion and peace of the kingdom», 7 de febrero de 1649. Aunque el Parlamento Rabadilla abolió la Monarquía en Inglaterra e Irlanda, no dijo nada de Escocia. Resulta irónico que deseara, por tanto, desmembrar el Estado compuesto creado en 1603, en el que no veía ninguna ventaja, y con el que los escoceses no estaban de acuerdo. <<

[47] Bremer, «In defence of regicide», p. 103, cita del diario de John Hull. Algunos se comprometieron tras recibir la noticia de la victoria de Cromwell en Dunbar en septiembre de 1650, pero el compromiso no fue ni oficial ni universal. <<

[48] Anthony Ascham, asesinado en España; Isaac Dorislaus, en Holanda. Sobre la milagrosa salvación de Bradshaw en Ruisa, véase Gordon, *Diary*, I, pp. 251-252. <<

[49] Firth y Rait, *Acts and ordinances*, II, pp. 325-329, «An act for subscribing the Engagement», 2 de enero de 1650; Worden, «The politics of Marvell's Horatian ode», pp. 526-527, citando a *sir* Henry Vane, hijo, exgobernador de Massachusetts. <<

[50] MacDonald, *The poems of Andrew Marvell*, pp. 118-121. Worden, «The politics», p. 531, sostiene que la obra fue «al menos concebida más o menos en la semana siguiente a la vuelta de Cromwell. El poema pudo haberse terminado entonces». <<

[51] Balfour, *Historical works*, III, p. 409 (precios), pp. 432-433 (climatología) y pp. 436-437 (brujas); Larner, *Source book, sub annis 1649-1650*; Larner, *Enemies of God*, pp. 61 y 74-75. <<

[52] Hobbes, *Leviathan*, pp. 491, 484, y 154 (sobre la datación de la obra, probablemente la comenzó a principios de 1649 y la terminó en 1650, según la introducción de Richard Tuck a la

edición de 1996); Skinner, «Conquest and consent», p. 97, cita la posterior jactancia de Hobbes (contra las críticas de John Wallis); Knoppers, *Constructing Cromwell*, pp. 56-57, reproduce y comenta la medalla de Dunbar; Bremer, «In defense of the regicide», pp. 118-124, publica y comenta el sermón de acción de gracias de John Cotton por la victoria de Dunbar; Bush, *The correspondence of John Cotton*, pp. 458-464 y 468-470, publica la laudatoria carta de Cotton a Cromwell del 28 de julio de 1651, y la agradecida respuesta de Cromwell del 2 de octubre. <<

[53] Los Fens, región pantanosa situada al este de Inglaterra. *(N. de los T.)* <<

[54] Abbott, *Writings and speeches*, II, pp. 463 y 467, Cromwell a Lenthall, 4 y 8 de septiembre de 1651. <<

[55] Ibídem, p. 325, Cromwell a Lenthall, 4 de septiembre de 1650. Rommelse, «The role of mercantilism», pp. 597-598, subraya que la naturaleza del Parlamento Rabadilla facilitó la construcción del Estado. <<

[56] *Véase capítulo 15*, sobre el impacto de la República en Angloamérica. La segunda flota llevó instrucciones en el sentido de que, en caso necesario, la flota debía «animar a los criados de las plantaciones a rebelarse contra sus señores», una medida verdaderamente revolucionaria que, aunque nunca se llevó a efecto, sería recordada con resentimiento por los descendientes de los dueños de las plantaciones durante la Revolución americana un siglo más tarde. Mi agradecimiento a Thomas Ingersoll por este detalle. <<

[57] Scott, *Politics*, p. 201; Terry, *The Cromwellian Union*, pp. XXI-XXIII, «A declaration of the Parliament of England, concerning the settlement of Scotland», 28 de octubre de 1651. El documento resultó difícil de digerir para los escoceses presbiterianos, no sólo porque acababa con el monopolio del *Kirk* [Iglesia presbiteriana] sobre el culto legal, sino porque implicaba unirse a

una República, lo que iba contra la tercera cláusula del *Covenant* (salvaguardar la Monarquía). <<

[58] Firth y Rait, *Acts and ordinances*, II, pp. 598-603, «Act for the settlement of Ireland», 12 de agosto de 1652. La *Grand remonstrance* de diciembre de 1641 había establecido ya que los costes de sofocar la rebelión irlandesa serían reembolsados a partir de las propiedades confiscadas a los rebeldes: Gardiner, *Constitutional documents*, p. 205. La ley de 1652 sentenció de hecho a alrededor de 100 000 irlandeses, hombres y mujeres, a muerte, aunque pocos de ellos fueron ejecutados. <<

[59] Woolrych, *Britain*, pp. 528-536; Osborne, *Letters*, p. 76, a *sir* William Temple, su futuro marido, 24 de abril de 1653. <<

[60] Firth y Rait, *Acts and ordinances*, II, pp. 813-822, «The government of the Commonwealth of England, Scotland and Ireland, and the Dominions thereunto belonging», 16 de diciembre de 1653. Aunque algunos otros Estados toleraban la libertad de culto *privado*, el Instrumento de Gobierno fue el primero en garantizar la libertad de culto público. <<

[61] Bush, *Cotton*, pp. 461-462, sobre Cotton; Junge, *Flottenpolitik*, pp. 246-247, sobre Gage. Cromwell ya había enviado fuerzas a América en 1654 para apoderarse tanto de Nuevos Países Bajos como de las plazas francesas de Acadia. <<

[62] Firth, *Clarke papers*, III, p. 207, «Edward Montagu's notes on the debates in the Protector's Council», 20 de abril y 20 de julio de 1654; Abbott, *Writings and speeches*, III, p. 860, Cromwell al almirante William Goodson. <<

[63] Bethel, *The world's mistake in Oliver Cromwell*, p. 9; Abbott, *Writings and speeches*, III, pp. 857-858, Cromwell al general Fortescue, octubre de 1655; Worden, «Oliver Cromwell and the sin of Achan», pp. 136-137, citando «A declaration of his Highness, inviting the people of England and Wales to a day of solemn fasting and humiliation» (marzo de 1656). Gardiner, *Constitutional*

documents, pp. 447-459, publica The Humble Petition and Advice. Worden, «Oliver Cromwell», pp. 141-145, muestra que el fracaso del Plan Occidental llevó a Cromwell a declinar la corona. <<

[64] Graunt, *Natural and political observations*, p. 37 («años enfermizos»); De Beer, *Diary of John Evelyn*, pp. 388, 393. Cromwell había pretendido ir a Westminster en barca para disolver el Parlamento el 4 de febrero de 1658, pero dado que el río estaba parcialmente helado, tuvo que ir en carroza. <<

[65] Macfarlane, *Diary of Ralph Josselin*, p. 435, entrada del 28 de noviembre de 1658; Rutt, *Diary of Thomas Burton*, III, p. 256. <<

[66] Gardiner, *Constitutional documents*, p. 465, Declaración de Breda, promulgada por Carlos el 4 de abril de 1660. Monck había seguido la misma política desde febrero, dejando que el Parlamento tomara todas las decisiones difíciles. *ODNB*, voz «Ronald Hutton», en «Monck», posiblemente se acerque a la hora de esclarecer los motivos de éste. <<

[67] Ohlmeyer, «Seventeenth-century Ireland», pp. 453-454, citando «A light to the blind», escrito probablemente por el católico irlandés Nicholas Plunkett. Ningún Parlamento de la Unión volvería a reunirse otra vez hasta 1802. <<

[68] Stoyle, «Remembering», pp. 19-20; Gentles, «The iconography», p. 101, y lámina; TCD, ms. 813/286, declaración de William Collis, Kildare, 4 de mayo de 1643 (la declaración mencionaba originalmente el nombre de la víctima, pero más tarde fue borrado). Véase también ms. 831/176, declaración de una violación en grupo dado por Andrew Adaire, Mayo, 9 de enero de 1643 («varios de los rebeldes de la compañía de Phelim o Dowles violaron a la mujer de un tal Samuel Barber»). <<

[69] Thomas, *Religion*, pp. 366 y 379 (véanse los originales en Bod. *Ashmole*, ms. 184, «Figures set upon horary questions by

Mr. William Lilly», correspondientes a 1644-1665) y ms. 185 (sobre 1647-1649). <<

[70] Cressy, *England on edge*, p. 85; Carlton, *Going to the wars*, pp. 305-306. Véanse expresiones similares de dolor por parte de mujeres y viudas de soldados de la Marina en Rodger, *The command*, pp. 127-128. <<

[71] Bunyan, *The pilgrim's progress*,para 1688, el año de la muerte de Bunyan, habían aparecido once ediciones de la primera parte y dos de la segunda, y traducciones al holandés, el francés, y, aparentemente, al galés (trad. cast.: *El progreso del peregrino*, Cátedra, Madrid, 2003); Fox, *A journal*, otro clásico de la literatura religiosa escrito en gran parte en la década de 1670, no fue publicado hasta 1694. <<

[72] Kenyon, *Stuart Constitution*, p. 361, señala que sólo dos estatutos de 1641-1642 fueron revocados: la ley que excluía a los obispos de la Cámara de los Lores y la Ley Trienal. <<

[73] Wheeler, *Making*, p. 195. Si bien es cierto que, según la ley, cada monarca sólo podía cobrar los impuestos de aduanas y los impuestos indirectos una vez el Parlamento otorgara su consentimiento al inicio de cada reinado. <<

[74] McKenny, «Seventeenth-century land settlement», p. 198, de Hyde a míster Betius, 29 de mayo 1654 (O. S.). <<

[75] Pestana, *English Atlantic*, p. 223, instruciones de Carlos II al gobernador de Virginia, 12 de septiembre de 1662. <<

[76] Pepys, *Diary*, VIII, pp. 262-269, entradas del 12-13 de junio de 1667; *CSPD 1667,* pp. 185-190, cartas con fecha del 14 y 15 de junio de 1667. <<

[77] Grey, *Debates*, VIII, p. 264, discurso de *sir* Henry Capel, 7 de enero de 1681. Capel también señalaba cómo Richelieu y Mazarino habían «eliminado a todos los grandes hombres de Francia, y todo en apoyo de la Monarquía absoluta». <<

[78] Del término inglés *closet*, «armario», en referencia a algo que se hace privada y secretamente. *(N. de los T.)* <<

[79] Plumb, *The growth*, p. 60. <<

[80] Kenyon, *Stuart Constitution*, pp. 410-411, Jacobo II, «Declaration of Indulgence», 27 de abril de 1688. El 4 de mayo de 1688, Jacobo ordenó que la lectura pública en las iglesias tuviera lugar el 20 y 27 de mayo en Londres, y dos semanas más tarde en el resto de lugares. Compárese con las órdenes dictadas por su padre en 1637 para usar la Liturgia de Laud en todas las iglesias de Escocia. <<

[81] Kenyon, *Stuart Constitution*, pp. 441-442, la petición de los obispos, 19 de mayo de 1688 (el día antes de la primera lectura prevista según la declaración); y pp. 443-445, juicio de los siete obispos, 29 de junio de 1688, opiniones de los jueces Holloway y Powell. El 4 de julio, Jacobo destituyó a ambos jueces de sus puestos (todas las fechas, O. S.). <<

[82] Williams, *Eighteenth century constitution*, pp. 8-10, la *invitation to William*, 30 de junio de 1688 (O. S.). <<

[83] Goldie, *The entring book*, IV, p. 340, entrada de Roger Morrice del 17 de noviembre de 1688 (O. S.). Y añadía: «Y es igualmente bien sabido que el Parlamento no puede establecerse aquí antes de pasadas seis semanas, y que todavía tardará más en poder despachar cualquier cosa por el procedimiento parlamentario»… <<

[84] Williams, *Eighteenth century Constitution*, pp. 60 y 26, notas de las discusiones entre Guillermo y los pares ingleses en invierno de 1688-1689; también publica la Declaración de Derechos en pp. 26-33. <<

[85] De Beer, *The correspondence of John Locke*, III, pp. 545-546, Locke a Edward Clarke, 29 de enero de 1689; y pp. 538-539, *lady* Mordaunt a Locke, 21 de enero de 1689. <<

[86] «The weasel uncased», versos publicados en una sola hoja, cada uno de los cuales acababa con «… y nadie lo puede negar» (Lutaud, *Des révolutions*, pp. 146-147, repasa otras comparaciones en verso similares); De Beer, *Diary of John Evelyn*, V, p. 288; Cullen, *Famine*, pp. 2, 10 y 49; Sinclair, *The statistical account*, XVII, p. 483, informe de Insch (Aberdeenshire), y II, p. 551, informe de Kilmuir (Skye). *Véase capítulo 20*, para más información sobre el «clímax de la Pequeña Edad de Hielo» en la década de 1690. <<

[87] Ingersoll, «The lamp of experience», citando a Thomas Molyneux, M. P.: Anon, *An essay on government*, pp. 95-96 (mi agradecimiento a Tom Ingersoll por proporcionarme esta interesante referencia). Sobre Masaniello, cabecilla de la revolución napolitana de 1647, *véase capítulo 14*. <<

[88] Ingersoll, «The lamp of experience». Sobre el adormecido efecto del regicido en Europa en aquel momento, *véase este mismo capítulo y capítulo 19*. <<

[89] Burke, *Reflections*, pp. 223-224; Kenyon, *Revolution principles*, p. 208, citando la *Appeal from the new to the old whigs* de Burke *[Llamamiento de los nuevos a los viejos whigs]* (1791). Lutaud, *Des révolutions*, describe cómo los revolucionarios franceses de 1789, 1830 y 1848 utilizaron precedentes de las revoluciones inglesas del siglo XVII. <<

[90] Macaulay, *History*, II, pp. 508-509. Plumb, citado anteriormente, era alumno de doctorado de George Macaulay Trevelyan, sobrino nieto de Macaulay. Merece la pena recalcar de nuevo que Plumb, como Macaulay, sólo escribió de Inglaterra. El acuerdo de la revolución tanto en Escocia como en Irlanda implicó una gran violencia y un sufrimiento material más prolongado. <<

[1] Lancellotti, *L'hoggidi*… En realidad, *hoggidiani* significa «la gente de hoy en día». <<

[2] Lancellotti, *Oggidì, overo gl'ingegni non inferiori a passati*, Venecia, 1636. Existe una reproducción digital del original conservado en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid (*N. de los T.*). <<

[3] Fernández-Guerra y Orbe, *Obras de don Francisco de Quevedo*, II, p. 620, Quevedo a don Francisco de Oviedo, 21 de agosto de 1645; cita de Hobbes, Sévigné y Arnauld; Gracián, *El criticón*, tres partes publicadas en 1651, 1653 y 1657. En otras obras, Gracián utilizó también la palabra *crisis* con el sentido de «juicio», criticando el mundo en que vivía. <<

[1] En la preparación de este capítulo tuvieron mucho que ver Lisa Balabanlilar, Stephen Dale, Scott Levi, Sanjay Subrahmanyam, Tristan Mostert y Stephan Van Galen, a quienes estoy especialmente agradecido. Aunque los miembros de la dinastía nunca utilizaron el término *mogol*, resultado de arabizar la palabra *mongol*, recogida por los europeos durante el siglo XVI (posiblemente con intención despectiva), sería una pedantería no utilizarlo. <<

[2] Datos tomados de Blake, *Shahjahanabad*. Aunque el kan mogol Batur Hongtaiji levantó una nueva capital en Zubak Zar en la década de 1640 y Coxinga erigió una capital de homenaje a la dinastía Ming en la isla de Amoy en la de 1650, éstas eran pequeñas localidades, no realmente ciudades, y ninguna de ellas duró mucho tiempo. De igual manera, los holandeses levantaron nuevas ciudades en Batavia (Java) después de 1619 y en Recife (Brasil) después de 1630, aunque éstos eran centros coloniales, no imperiales. Finalmente, aunque el jefe maratha Sivaji creó un nuevo Estado, eligió como capital una fortaleza ya existente, la de Raigad. <<

[3] Guha, *India in the seventeenth century*, I, p. 82 (tomado de «A Voyage to Surat in the year 1689», de John Ovington). <<

[4] Dale, *The Muslim empires*, pp. 107-108; Habib, *The agrarian system*, pp. 4, 26-27. <<

[5] Dale, *The Muslim empires*, p. 100. <<

[6] Elliot y Dowson, *The history of India*, VII, p. 158. <<

[7] Ibídem, pp. 156-159, reproduce la descripción de la ejemplar devoción de Aurangzeb que figura en Bakhtawar Khan, *Mirat-i Alam* (1666). <<

[8] Guha, *India*, I, p. 82 (Ovington en 1689); Sarkar, *Anecdotes of Aurangzeb*, p. 53, tomado de los consejos de Aurangzeb a su hijo, c. 1695. Beach y Koch, *King of the world*, p. 11, apunta los principales movimientos de Sah Jahan. <<

[9] Guha, *India*, I, pp. 82-83 (Ovington). A modo de ejemplo, mencionaba el saqueo de Surat, llevado a cabo por los marathas en 1664. <<

[10] Datos de Richards, *The Mughal empire*, pp. 138-140 (remitiéndose a *Padshah Nama*, de Lahori). En 1689, Ovington ofrecía cifras bastante similares: véase Guha, *India*, I, p. 82. <<

[11] Begley y Desai, *Shah Jahan Nama*, pp. 61-62 (resumen, realizado entre 1657 y 1658, de la crónica oficial redactada cada año por el historiador imperial: o bien Sah Jahan o su representante personal revisaban todas y cada una de sus palabras antes de que se convirtiera en relato oficial y pudiera copiarse). Habib, *The agrarian system*, pp. 100-110, enumera las hambrunas. <<

[12] Temple, *Travels of Peter Mundy*, II, pp. 42-44, 47-49, 55-56 : anotaciones de noviembre y diciembre de 1630; Foster, *The English factories in India, 1630-1633*, pp. 122, 165, 178, 218-219, cartas de empleados de la Compañía de las Indias Orientales radicados en Surat a Londres, 31 de diciembre de 1630, 8 de septiembre y 9 de diciembre de 1631, y 8 de mayo de 1632 (O. S.). <<

[13] Temple, *Travels of Peter Mundy*, II, pp. 265 y 275-276, anotaciones de abril y mayo de 1633; HAG, ms. 1498/11-12, virrey Linhares a Felipe IV, 10 de agosto de 1631, copia. Véase también Disney, «Famine», pp. 260-261, basada en las 78 anotaciones que hizo Linhares en su diario entre marzo de 1630 y diciembre de 1631 respecto a la hambruna o a la multitud de problemas que ésta producía. En 2010, aunque ya se disponía de unas treinta series de anillos arbóreos relativas a la India, sólo una incluía datos del siglo XVII. <<

[14] Foster, *The English factories 1634-1636,* pp. 64-65, correspondencia de los empleados de la Compañía de las Indias Orientales en Surat, enviada a Londres el 29 de diciembre de 1634

(O. S.); ídem, *The English factories, 1630-1633*, pp. 178-179, mismos corresponsales, 9 de diciembre de 1631 (O. S.). <<

[15] Ídem, *The English factories, 1630-1633*, pp. 178-179, correspondencia de los empleados de la Compañía de las Indias Orientales en Surat, enviada a Londres el 9 de diciembre de 1631 (O. S.); Temple, *Travels of Peter Mundy*, II, pp. 265 y 275-276, anotaciones de abril-mayo de 1633. <<

[16] Elliot y Dowson, *The history of India*, VII, pp. 24-25, citando *Padshah Nama*, de Lahori; Begley y Desai, *Shah Jahan Nama*, p. 62. <<

[17] Raychaudhuri y Habib, *Cambridge economic history of India*, I, p. 184. Véanse Van Santen, «De Vereenigde Oost-indische Compagnie», capítulo 2, sobre la súbita decisión mogola de construir grandes buques; Prakash, *The Dutch East India Company*, pp. 34-41, 234-240, sobre el crecimiento económico en Bengala en tiempos de Sah Jahan; y Alam y Subrahmanyam, *The Mughal State*, pp. 26-27, y Moosvi, «Scarcities, prices and exploitation», p. 49, sobre el incremento de los ingresos. <<

[18] Subrahmanyam, «A tale of three empires», p. 73. Véase Eaton, *The rise of Islam*, pp. 156-157, sobre la expansión mogola hacia Bengala. <<

[19] Foltz, «The Mughal occupation», pp. 51-52, citando *Shah Jahan-nama* y *Tazkira-i Muqim Kahni*. Balabanlilar, «The lords of the auspicious conjuncture», pp. 72-78, señala que los mogoles se hacían llamar *Guregeniyya* («dinastía del yerno») en honor de Tamerlán, que había contraído matrimonio con un descendiente de Gengis Kan y adoptado ese título. <<

[20] Foltz, «The Mughal occupation», p. 57, citando *Tazkira-i Muqim Kahni*, Borgaonkar, «Climate change», pp. 32, 34, demuestra, con datos de anillos arbóreos del Himalaya, que en la década de 1640 los períodos vegetativos fueron malos. <<

[21] Levi, «Hindus beyond the Hindu Kush», p. 280, cita el *Tazkira-i Muqim Kahni*, y señala que la venta de tantos esclavos en Asia central en 1647 «fue algo único en la historia de la región». <<

[22] Elliot y Dowson, *The history of India*, VII, pp. 96-103, citando a Inayat Khan, *Shah Jahan Nama*. <<

[23] Richards, *The Mughal Empire*, pp. 132-135, citando cálculos de Muhammad Sadiq, *Shahjahan-Nama*. <<

[24] McChesney, *Waqf*, p. 141, citando un *manshur* («confirmación») emitido por el gobernante de Balj entre 1668-1669. <<

[25] Faruqui, «Princes and power», p. 299, citando el *Waqiat-i Alamgiri*. <<

[26] Elliot y Dowson, *The history of India*, VII, p. 178, citando a Muhammed Kazim, *Alamgir Nama*. <<

[27] Moosvi, «Scarcities», p. 55; Moinul Haq, *Khafi Khan's history*, pp. 9394. Aunque esta anotación en la *History* no está fechada, aparece inmediatamente después de los acontecimientos registrados en septiembre de 1659. <<

[28] Foster, *The English factories in India, 1655-1660*, pp. 263, 256, cartas de los mercaderes ingleses de Masulipatam, situada al norte de Madrás, marzo y octubre de 1659; y pp. 210, 310, cartas de los mercaderes ingleses de Surat, septiembre y octubre de 1659, y abril de 1660; Foster, *The English factories in India, 1661-1664*, p. 32, cartas de los mercaderes ingleses de Madrás, 28 de enero de 1661 (todas las fechas, O. S.). <<

[29] Moinul Haq, *Khafi Khan's History*, pp. 130-131; Singh, *Region and empire*, p. 116, «cocinas gratuitas» en el Punjab, 1658-1660. <<

[30] Foster, *The English factories in India, 1661-1664,* pp. 200, 321, cartas de los factores ingleses de Surat, 28 de enero y 4 de abril de 1664; Souza, *Medieval Goa*, p. 172 (gráfico con los pre-

cios de los alimentos en la ciudad); Van Santen, «De VOC», pp. 90-96. <<

[31] Foster, *The English factories in India, 1661-1664,* p. 329, carta de los factores ingleses de Surat, 26 de noviembre de 1664. Las fuentes holandesas mencionan hambrunas indias en 1659, 1660, 1661, 1663, 1664 y 1666: Boomgaard, «Fluctuations in mortality», p. 5. Los precios del arroz y del trigo aumentaron drásticamente en Bengala entre 1662-1663: Moosvi, «Scarcities», p. 47, y Prakash, *The Dutch East India Company*, pp. 252-253. De las sequías sufridas en Kerala en 1663, 1665 y 1666 da cuenta Borgaonkar, «Climate change», p. 51. <<

[32] Bernier, *Travels*, p. 205, carta dirigida a Colbert, escrita «después de una ausencia de doce años» de Francia, que había abandonado en 1656; Moosvi, «Scarcities», pp. 49-50, 55; Moosvi, «Indian economic experience», p. 332 (Bengala, Orissa y Cachemira no se incluyen, porque sus ingresos ya se habían reducido drásticamente entre 1646 y 1656). Véanse también los ingresos tributarios que figuran en Guha, *Health and population*, pp. 33-34. <<

[33] Moosvi, «Scarcities», una iniciativa pionera para remediar la «desatención [que han sufrido] las fluctuaciones a corto plazo del ciclo de producción y consumo» ocasionadas por hambrunas y razones climáticas dentro de la historia económica de la India mogola. <<

[34] Love, *Indian records*, p. 558, apéndice VIII, «Madras famines». <<

[35] Liu, *Asian population history*, pp. 197-199, 202-207. Peter Boomgaard constató que hubo malas cosechas en Java en 1633-1634, 1641-1642, 1647, 1657 y 1659-1662, y hambrunas en 1618, 1625-1627 y 1664-1665; además de malas cosechas en las islas periféricas en 1633, 1638-1639, 1644, 1646, 1648, 1651-1653 y 1657, y hambrunas en 1660 y 1664. Véase también

ibídem, pp. 4749; Reid, «The crisis», pp. 211-217; y Arakawa, *Climates*, p. 222. <<

[36] Reid, *Southeast Asia*, I, p. 25, citando a Alcina, *History of the Visayan Islands [Historia de las islas y los indios visayas,* Instituto Histórico de Marina, 1668); y I, pp. 18, 19, citando a William Marsden, *History of Sumatra* (1783). <<

[37] Boomgaard, «Fluctuations in mortality», p. 5, señaló la distinta cronología que seguían las sequías indias e indonesias. <<

[38] Reid, «The crisis», pp. 211, 218-219. Evidentemente, los beneficios de los holandeses se dispararon de forma proporcional: Anthony Reid ha calculado que «los holandeses vendían las especias en Europa a un precio unas diecisiete veces superior, y en la India a unas catorce veces, al que habían pagado por ellas» en Indonesia. <<

[39] Drewes, *Hakayat potjut Muhamat*, p. 167 (el príncipe Muhamat pronuncia estas palabras durante una guerra civil en Aceh, al toparse con cultivos abandonados); Reid, «The crisis», p. 219, citando el informe de un factor holandés del sur de Filipinas, en 1699. Véase también una declaración similar de una fuente parecida de 1686: ibídem, p. 218. <<

[40] Skinner, *Sja'ir perang Mengkasar*, p. 215 (escrito entre 1669-1670). Sobre la pugna entre los holandeses y Makassar, véase Andaya, *The heritage of Arung Palakka*, pp. 130-133; y Parker, «The fortress», pp. 213-215. <<

[41] Boxer, *The Portuguese seaborne Empire*, pp. 106-107. <<

[42] Foster, *English factories, 1637-1641,* p. 228, William Fremlen a la Compañía de las Indias Orientales, diciembre de 1639 y 28 de enero de 1640. Véase también la parecida opinión de Tavernier, *Travels in India*, pp. 150-161. <<

[43] Winius, *The fatal history*, pp. 54-55, carta regia de marzo de 1641; Pissurlencar, *Assentos do Conselho do Estado*, II, pp. 573-578 , el virrey Aveiras a Juan IV, 27 de septiembre de 1641. <<

[44] Winius, *The fatal history*, p. 110, carta del 3 de abril de 1647; y p. 117, opinión de dos consejeros de Guerra, septiembre de 1649. <<

[45] Boxer, *Fidalgos in the Far East*, pp. 150, 153-154. <<

[46] Bocarro, *O livro das plantas*, II, p. 155; Winius, *Fatal history*, p. 141, el conde de Óbidos, virrey depuesto y encarcelado, a su hermano. Dos años después, llegó de Lisboa un sustituto que detuvo a los conspiradores y los envió encadenados a Portugal. Véase también De Souza, *Medieval Goa*, pp. 115-117; y Van Veen, «Decay or defeat», pp. 108-112. <<

[47] Boxer, *Portuguese seaborne empire*, pp. 128-129, citando a Manuel Godinho, *Relação do novo caminho que fez por terra e mar* (Lisboa, 1665). Sobre Godinho, véase Lobo y Correia-Afonso, *Intrepid itinerant*. <<

[48] Boxer, *Portuguese India*, p. 7, el virrey al monarca, 26 de junio de 1668. <<

[49] Prestage y Laranjo Coelho, *Correspondência diplomática*, III, p. 354, Sousa Coutinho al secretario de Estado Soares de Abreu, 4 de mayo de 1649; Boxer, *Portuguese India*, pp. 23-24, el virrey al monarca, Rio Licungo, 23 de octubre de 1650. <<

[50] Boxer, *Portuguese India*, p. 35, consulta del Consejo de Ultramar a Juan IV; 9 de septiembre de 1649. Cifras de Bruijn, *Dutch Asiatic shipping*, III, p. 75; y Subrahmanyam, *The Portuguese Empire in Asia*, p. 163. <<

[51] Boxer, *Portuguese India*, p. 7, carta del 14 de diciembre de 1658. <<

[52] De Jonge, *Opkomst*, V, pp. 248-249, Van Diemen a los directores, 12 de diciembre de 1641 (el propio gobernador general añadió las cursivas). <<

[53] Chardin, *Travels in Persia*, pp. 128-129. En p. 137, Chardin volvía a subrayar que «Persia es, en general, un país yermo», pero afirmaba que «la *décima* parte de él es terreno inculto». <<

[54] Newman, *Safavid Iran*, pp. 74-75, 202, describe la revuelta y las ejecuciones. <<

[55] Dale, *The Muslim empires*, p. 218. <<

[56] Floor, *The economy*, pp. 61-62, citando a Chardin, *Voyages*. Los datos climáticos proceden de Newman, *Safavid Iran*, pp. 94-95, 131-132, y de Matthee, *Politics of trade*, pp. 175-177. Sobre la devaluación, *véase capítulo 2*. <<

[57] Subrahmanyam. Berchet, *La Repubblica*, pp. 50-52, 215-219, deja constancia de una importante pero fallida embajada polaco-veneciana, enviada a Irán entre 1646-1649 en busca de una declaración de guerra contra los otomanos. <<

[58] Chardin, *Travels into Persia*, p. 130. <<

[59] Musallam, *Sex and society in Islam*, p. 10 (*hadiz*), pp. 57-82 (productos de botica y textos sobre aborto y anticoncepción, entre ellos los 176 métodos enumerados en un tratado), p. 89 (sobre *El jardín perfumado* que menciona ocho métodos de control de natalidad) y p. 118 (citas de tratados de Ibn Nujaim y Shawkani). Las enseñanzas hindúes y musulmanas permitían el control de natalidad y consideraban que lo ideal era que las muchachas se casaran a los quince años. <<

[60] Maussion de Favrières, *Les voyages*, p. 89 (La Boullaye-le-Gouz en 1644) y Babayan, *Mystics*, p. 441 (Chardin en 1676). Menos permisivos habían sido los antecesores del sah: véase ibídem, pp. 442-443. <<

[1] Agradezco los comentarios a este capítulo a Brian Pullan, el primero a quien oí mencionar a Masaniello en su curso magistral en la Universidad de Cambridge de 1965, y también doy las gracias a Mario Rizzo, que ha determinado mi interpretación de la «Italia hispana» desde que en 1995 nos conocimos en el Archivio di Stato di Napoli. Los italianos de la Edad Moderna se regían por un reloj de veinticuatro horas en el que cada «día» se iniciaba media hora después del ocaso; de manera que, fuera cual fuera la estación, la puesta de sol tenía lugar cada día a la *ore 23.30*. Cuando los italianos escribían que algo ocurría *ad un'ora di notte* («a la una de la noche»), querían decir «noventa minutos después del ocaso». En este capítulo he traducido las horas que daban los contemporáneos a sus equivalentes actuales. <<

[2] Grocio, *Briefwisseling*, XI, p. 609, a Nicolaes Van Reigersberch, 10 de noviembre de 1640; Jacobs, *Epistolae*, I, pp. 420-421, la carta de Howell es de finales de 1640 (la fecha que figura en ella, 3 de marzo de 1638, no puede ser correcta). <<

[3] Gil, «Conservación», p. 88. <<

[4] Los datos sobre población proceden de los innovadores artículos de Maurice Aymard; los de exportaciones de seda, de «Commerce et production»; los de producción agrícola, de «Rese» y «Rendements», y también de Davies, «Changes», pp. 387-388. <<

[5] Ribot, *La revuelta*, p. 57. <<

[6] Di Marzo, *Diari*, III, pp. 35-38 («Diario» de Vincenzo Auria); AHN, *Estado* libro 455, sin foliar, consultas del Consejo de Italia, 25 de julio de 1645 y 14 de marzo de 1646; Aymard, «Bilancio», p. 990; y Ribot, «La época», p. 669. <<

[7] Pocili, *Delle rivoluzioni*, p. 1; Collurafi, *Tumultazioni*, parte I , p. 8 («casi quinientos ducados al día»). AGS, *SP* legajo 1444, sin foliar, consulta del Consejo de Italia, 3 de agosto de 1647, sobre las cartas del marqués de los Vélez del 31 de mayo y del 5 de ju-

nio, declarando que Palermo gastaba trescientos ducados al día en subvencionar el pan. Todos los precios de grano siciliano de este capítulo proceden del *mete del frumento* anual (precio negociado del grano) para Palermo, Trapani y otras ciudades, reproducido en Cancila, *Impresa*, pp. 314-317. <<

[8] Marzo, *Biblioteca storica*, III, pp. 40-67 (Auria); ibídem, IV, pp. 64-66, 70 (Rocco Pirri). <<

[9] AGS, *SP* legajo 1444, sin foliar, marqués de los Vélez a Felipe IV, 23 de mayo de 1647. <<

[10] Datos tomados de Pocili, *Delle rivoluzioni*, pp. 4-5; marzo, *Biblioteca storica*, III, pp. 68-71 (Auria); AGS *SP* legajo 1444, sin foliar, marqués de los Vélez a Felipe IV, 23 de mayo de 1647. <<

[11] AGS, *SP* legajo 1444, sin foliar, marqués de los Vélez a Felipe IV, 23 de mayo de 1647. <<

[12] Lionti, «Cartelli sediziosi», pp. 450-451, petición de Caltabellotta, 23 de junio de 1647. <<

[13] Pocili, *Delle rivolutioni*, pp. 36-42, reproduce el nuevo bando fiscal. El 11 de julio llegó a Palermo una faluca con noticias del levantamiento de Nápoles: AGS, *SP* legajo 1444, sin foliar, marqués de los Vélez a Felipe IV, 16 de julio de 1647. <<

[14] Capaccio, *Il forastiero*, p. 847. Hay diversas opiniones sobre la población de Nápoles. En 1634, Capaccio, p. 846, calculaba que era de 300 000 personas; mientras que Jean-Jacques Bouchard, que entre 1632 y 1633 pasó ocho meses en ella, pensaba que la ciudad y la periferia acogían «entre 600.00 y 800 000 almas» (Kanceff, *Bouchard: Journal*, II, p. 254). En 1647, el virrey Arcos optaba por la cifra de 600 000 (BNE, ms. 2662/6, «Relación del tumulto»); y un jesuita suponía que tenía 800 000 (*Cartas de algunos padres*, VII [*MHE*, XIX], p. 94, «Relación», 30 de agosto de 1647). Por mi parte, yo sigo a De Rosa, «Naples, a capital», p. 351, quien apunta que en 1630 vivían en la ciudad 300 000 personas y 365 000 en vísperas de la peste de 1656. <<

[15] Capaccio, *Forastiero*, p. 703. Kanceff, *Bouchard: Journal*, II, pp. 242, 265-270, y Capaccio, *Il forastiero*, p. 850, mencionaban las casas de varios pisos. Benigno, *Specchi*, pp. 276-282, analiza «Who were the Lazzari?». <<

[16] Más información en Benigno, *La sombra del rey*, capítulo 2; y Comparato, *Uffici*, pp. 289-324. <<

[17] Comparato, «Toward the revolt», pp. 291-292, citando a Francesco de Petri, *Responsa sive consilia* (Nápoles, 1634); C. Tutini, *Dell'origine e fundation de' seggi* (Nápoles, 1644). Tutini, que era sacerdote, afirmó que los nobles nunca le perdonaron ese libro y que, después de la revuelta, insistieron en que se mantuviera permanentemente en el exilio (y así lo hizo): Tutini y Verde, *Racconto*, pp. XLIII, carta de Tutini, 12 de julio de 1649. <<

[18] G. M. Novario, *De vassallorum gravaminibus tractatus* (3 vols., Nápoles, 1634-1642). En mayo de 1647, antes incluso de que se tuvieran noticias de la revuelta de Palermo, unos cuatrocientos campesinos furiosos atacaron al administrador noble de un antiguo dominio regio cercano a Cosenza; véase Comparato, «Toward the revolt», pp. 306-307. <<

[19] Villari, *The revolt of Naples*, p. 240, n. 89, consulta de la Cámara de la Sumaria, 3 de noviembre de 1643 (trad. cast.: *La revuelta antiespañola en Nápoles*, Alianza, Madrid, 1979). Roviti, «Rivoluzione», p. 374, citando una consulta del Consejo de Italia de agosto de 1647, afirma que 70 000 napolitanos habían invertido en empréstitos que habían de ser devueltos gracias al cobro de impuestos. <<

[20] Comparato, «Toward the revolt», pp. 280-281, 315 (cita de «Istoria» de Carlo Calà); AGS, *SP* libro 324/53, según una consulta del Consejo de Italia del 8 de julio de 1647, los impuestos que gravaban la carne «casi duplican su precio de venta». <<

[21] Palermo, *Narrazioni*, p. 347, Medici al gran duque, 18 y 25 de junio de 1647. <<

[22] Graniti, *Diario di Francesco Capecelatro*, I, pp. 8-9, 12-13, sobre el *pessimo consiglio, gravissimo errore e il secondo gravissimo errore che fece el duca d'Arcos*. Al ser coronel, Capecelatro sabía bien de qué hablaba. Santa Coloma había cometido exactamente el mismo error en la Barcelona de 1640 (*véase capítulo 9*) y esa incapacidad para aprender de la experiencia hacía todavía más insensato el error de Arcos. <<

[23] Howell, *Exact history*, p. 13; Capograssi, «La rivoluzione», p. 178, Andrea Rosso al *dogo*, 9 de julio de 1647. Tutini, *Racconto*, pp. 19-21, afirma que el primer líder de la revolución fue *un tale siciliano* que instó a la multitud a exigir la retirada de *todas* las gabelas, como en Palermo, hasta que recibió un tiro en una trifulca callejera, allanando así el camino para que Masaniello se hiciera con el liderazgo del motín. <<

[24] Graniti, *Diario di Francesco Capecelatro*, I, p. 15, y II, p. 67: *Tenevano i popolari, come solevano, alberato lo stendardo rosso al torrione del Carmelo in segno di guerra* («Teníamos al pueblo como antes, alineados con la bandera roja de la torre del Carmelo como signo de guerra»). Sobre la incitación por parte de refugiados sicilianos, véase BNE, ms. 2662/4v-5, «Relación del tumulto» redactada por o para Arcos; y *Cartas de algunos padres*, VII (*MHE*, vol. XIX), pp. 37-38, la duquesa de Arcos a su tío, [15 de julio] de 1647. <<

[25] Palermo, *Narrazioni*, p. 385, Filomarino a Inocencio X, 12 de julio de 1647; Comparato, «Toward the revolt», p. 306, citando el diario del notario Giovan Francesco Montanaro. Muchas fuentes discuten la edad y el lugar de nacimiento de Masaniello, pero Graniti, *Diario di Francesco Capecelatro*, I, en las notas de las pp. 28-29, reproduce su inscripción en el registro bautismal de Santa Caterina in Foro del 29 de junio de 1620, donde también se casó en 1641. Sobre el número de *ragazzi, véase capítulo 19*. <<

[26] BNE, ms. 2662/5-5v («Relación del tumulto») y p. 41, Arcos a Felipe IV, 15 de julio de 1647, copia; Howell, *Exact history*, pp. 26-30. <<

[27] Howell, *Exact history*, pp. 36-37, reproducía la lista de sesenta casas cuya quema se preveía; Comparato, «Toward the revolt», pp. 308-310, clasificaba a sus propietarios; Musi, *La rivolta di Masaniello*, p. 103, explicaba la coincidencia entre la lista de casas susceptibles de ser quemadas y las de los enemigos de Genoino. <<

[28] Palermo, *Narrazioni*, p. 381, Filomarino a Inocencio X, 8 de julio de 1647, *alle 18 ore*, o en torno a las cinco de la tarde; Capograssi, «La revoluzione», p. 181, Rosso al *dogo*, 9 julio de 1647, menciona el inaceptable indulto. <<

[29] Howell, *Exact history*, pp. 85-95, proporciona el texto de los *capitoli*; Musi, «La rivolta», pp. 338-340 analiza su contenido; BNE, ms. 2662/10, «Relación», contiene la versión de Arcos. <<

[30] Capograssi, «La revoluzione», p. 211, Rosso al *dogo*, 17 de septiembre de 1647. Tutini, *Racconto*, pp. 137-138, dejó constancia de que *molti preti di non buona vita* («muchos sacerdotes de no muy buena vida») constituyeron una compañía de milicianos en agosto de 1647. <<

[31] Tutini *Racconto*, p. 24, y Correra, «Inedita relazione», p. 362, sobre los alimentos a mitad de precio. <<

[32] Capograssi, «La revoluzione», p. 184, Rosso al *dogo*, y Palermo, *Narrazioni*, p. 387, Filomarino a Inocencio X, ambas fechadas el 16 julio de 1647. BNE, ms. 2662/14v-15, «Relación», describe en detalle cómo preparó Arcos el asesinato, incluyendo el compromiso de donar una estatua de la Virgen valorada en 2000 ducados y de ofrecer cada año dotes a cincuenta muchachas si la conjura triunfaba. Musi, *La rivolta*, pp. 119-120, concreta las recompensas abonadas a los asesinos. <<

[33] Correra, «Inedita relazione», p. 380; Capograssi, «La revoluzione», p. 185, Rosso al *dogo*, 23 de julio de 1647; Tontoli, *Il Mas'Aniello*, pp. 154-155; BNE, ms. 2662/16v-17; Musi, *La rivolta*, pp. 123-131. <<

[34] Hugon, *Naples*, pp. 95, 100, citando a los enviados toscano y francés. Otros datos tomados de ibídem, pp. 92-100. <<

[35] Di Marzo, *Biblioteca storica*, III, pp. 113-118, 150-151. <<

[36] La Lumia, *Storie siciliane*, IV, pp. 127-133, reproduce los 49 *capitoli*. <<

[37] Di Marzo, *Diari*, IV, pp. 174-175 (Pirri, sobre el edicto del 12 de octubre y sobre la llegada de nuevas desde Nápoles). <<

[38] AGS, *SP* legajo 1444, sin foliar, consulta del 17 de junio (el mismo legajo contiene la carta del marqués de los Vélez del 23 de mayo, que ha sido descifrada y su recepción confirmada —«recibida el 16 de junio»—, así que el Consejo actuó con celeridad); AGS, *SP* 218/72, consulta del 27 de agosto de 1647, que revisa varias cartas sobre la revuelta napolitana. <<

[39] ACA, *CA* 679/4, consulta del 9 de marzo de 1649, citando la carta del 24 de septiembre de 1647 del arzobispo; Seco Serrano, *Cartas*, I, p. 118, Felipe IV a sor María, 21 de agosto de 1647, en contestación a la carta de éste del 1 de agosto (ibídem, p. 117). Sobre los «altercados» de Valencia, véase Casey, «La Crisi General del segle XVII». <<

[40] Villari, *Per il re o per la patria*, pp. 145-172, reproduce los documentos principales sobre la detención y deportación de Genoino. Al final, el virrey de Cerdeña envió a Genoino a España para que allí diera cuenta de sus actos, pero, como tenía ochenta años, murió antes. <<

[41] Rovito, «La rivoluzione», pp. 414-417; Comparato, «Toward the revolt», pp. 312-315; y Musi, *La rivolta*, pp. 138-143. <<

[42] Graniti, *Diario di Francesco Capecelatro*, II, p. 46 (curiosamente, el rojo y el negro habían sido los colores de Masaniello); Capograssi, «La rivoluzione», pp. 216-218, Rosso al *dogo*, 8 de octubre de 1647; Conti, *Le leggi*, pp. 52-53, bando del 25 de octubre de 1647. Éste bando también se publicó en Barcelona: Villari, *Elogi della dissimulazione*, p. 119. <<

[43] Chéruel, *Lettres*, II, p. 466, Mazarino al marqués de Fontenay-Mareuil, 25 de julio de 1647 (un día después de enterarse de la revuelta de Masaniello); pp. XLVII-XLVIII y p. 931, tres cartas al cardenal Grimaldi, 26 de julio. Véase también Chéruel, *Histoire*, II, pp. 381-382, sobre la decisión tomada por el Consejo el 30 de julio de 1647. <<

[44] Coryate, *Coryat's crudities*, pp. 92-93, 99: el autor recorrió a pie el ducado en 1608. La novela de Manzoni *I promessi sposi* proporciona un retrato intenso y realista de la catástrofe. *Véanse capítulos 8 y 9*. <<

[45] Vigo, *Nel cuore*, p. 37, citando al conde Onofrio Castelli; Raymond, *Itinerary*, p. 240; De Beer, *Diary of John Evelyn*, II, p. 501. D'Amico, «Rebirth», p. 699, señala que la peste de 1630 redujo a la mitad la población de la ciudad, pero que ésta se recuperó, pasando de 75 000 habitantes en 1633 a 100 000 en 1648. <<

[46] Buono, *Esercito*, pp. 114-122, sobre la misión de Visconti, citando sus instrucciones de mayo de 1640 y su informe de una audiencia con Olivares celebrada el 4 de julio. <<

[47] Ibídem, pp. 123-124, Consejo de Italia a Felipe IV, 28 de junio de 1641; Maffi, *Il baluardo*, p. 31, Felipe IV al gobernador de Lombardía, 7 de mayo de 1641. <<

[48] Maffi, *Il baluardo*, p. 40, Felipe IV al gobernador de Lombardía, 30 de diciembre de 1643, p. 362, nn. 70-71, cartas de marzo de 1648; y cuadros pp. 340-344; Maffi, «Milano in gue-

rra», p. 403, Bartolomeo Arese a Felipe IV, 29 de julio de 1647. <<

[49] Giannini, «Un caso di stabilità», p. 153, citando al veneciano que residía en Milán el 7 de agosto de 1647; y Signorotto, «Stabilità», p. 734, Raimundo de la Torre al duque de Ferrara, 28 de agosto de 1647 (vínculo evidente con los acontecimientos de Nápoles). <<

[50] AGS, *Estado* 3365/44-46, consulta del Consejo de Estado español, 14 de febrero de 1648, que incluye un atestado de la detención y una copia del pasquín de Piantanida. Agradezco al doctor Davide Maffi la información sobre las conjuras: comunicación personal de octubre de 2003. <<

[51] Chéruel, *Histoire*, II, pp. 433-434, Mazarino a Du Plessis-Praslin, 29 de octubre de 1647. <<

[52] Giannini, «Un caso di stabilità», pp. 106-107, citando a Gualdo Priorato, *Relatione della città di Milano* (1666). Las investigaciones históricas han corroborado esta polémica afirmación, demostrando el inquebrantable compromiso de la élite lombarda con la España de los Austrias: véanse, por ejemplo, Signorotto, *Milano spagnolo*, pp. 32-34, 57, 131-145, 171-203; Maffi, *Il baluardo*, pp. 176-191, 195-208; ibídem, *La cittadella*, pp. 118-144; Rizzo, «Ottima gente da guerra», e ibídem, «Influencia social». <<

[53] Mario Rizzo tuvo la gentileza de llamarme la atención sobre la *convivenza* lombardo-habsburguesa y sobre la exitosa política impulsada por España para crear lombardos «interesados» en su régimen, mediante varias comunicaciones personales de enero y junio de 2007, su artículo «Rivoluzione dei consumi», p. 542, y su libro *Alloggiamenti militari*, p. 146. <<

[54] Venecia y otros Estados del curso bajo del Po que sufrieron cruelmente la crisis de 1628-1631 también mantuvieron su pasi-

vidad política en las décadas de 1640 y 1650: véase Sella, «The survival», y Faccini, *La Lombardia*, pp. 251-255. <<

[55] En su «manifiesto» del 4 de diciembre de 1647, Guisa afirmaba que había llegado a un acuerdo con Annese el 24 de octubre, dos días antes de la proclamación de la República: Conti, *Le legge*, pp. 147-149. En sus memorias declaró: «Yo fui el primero en sugerirles el nombre de *República*»: Petitot y Monmerque, *Mémoires du duc de Guise*, I, pp. 89-90 (véanse pp. 85-90 para conocer sus primeras iniciativas). Chéruel, *Histoire*, II, pp. 444-445 , demuestra que la supuesta carta de apoyo de Luis XIV que Guisa decía tener era falsa; Reinach, *Receuil*, X, p. 24, Mazarino a Du Plessis-Besançon, 6 de abril de 1648, recalcaba su oposición a la constitución de la República en Nápoles (irónicamente, la República se vino abajo ese mismo día). <<

[56] BL, C. 55.i. 3, *Documenti originali relativi alla rivoluzione di Tommaso Aniello*, es una colección de unos doscientos *bandi* originales, muchos reproducidos en Conti, *Le legge*. Villari, *Elogio*, p. 60, menciona la traducción al italiano de la historia de la revuelta catalana de Alessandro de Ros, publicada en Nápoles. Donzelli, *Partenope liberata*, en su primera parte (autorizada por Annese y dedicada a Guisa) relataba la historia hasta el golpe de Guisa; la segunda parte, que sólo existe en forma manuscrita, narraba el resto de la historia. <<

[57] Conti, *Le legge*, pp. 67-69, 183-184, bandos del 4 de noviembre y el 17 de diciembre de 1647, exhortando a los *regnicoli* a unirse a la República. <<

[58] Ibídem, pp. 150-152, bandos del 4 y el 5 de diciembre de 1647. <<

[59] Ibídem, pp. 198-199, 211-213, 245, bandos del 23 y 24 de diciembre de 1647 (proclamación de Guisa como *dux*), 30 de diciembre de 1647 (una Constitución para la «Serenísima Real República»), y del 12 de enero de 1648; Graniti, *Diario di Francesco*

Capecelatro, II, p. 376 (anotación del 27 de diciembre de 1647). <<

[60] *Co. Do. In.*, LXXXIV, pp. 129-130, Peñaranda a Pedro Coloma, 7 de febrero de 1648; y pp. 513-516, «Relaciones» de Peñaranda reconstruyendo el curso de las negociaciones diplomáticas, 1651. Sobre las condiciones, *véanse capítulos 8 y 9*. Felipe firmó el decreto el 1 de octubre de 1647. <<

[61] Conti, *Le legge*, p. 382, bando sobre los bancos, 31 de marzo de 1648, cuatro días antes de que las tropas españolas volvieran a entrar en la ciudad. <<

[62] Benigno, *Specchi*, pp. 282-283, sobre la recepción de noticias procedentes de París el 16 de marzo de *1648 (véase capítulo 11)*. <<

[63] AGS, *SP* libro 443/31-2v, Felipe IV a Oñate, 12 de junio de 1648; *SP* libro 218/93 y 94, consultas del 17 y el 20 de mayo de 1648 en las que se recomienda detener y juzgar a Arcos. Hugon, *Naples*, pp. 241-242, señala las recompensas acumuladas por D'Andrea. <<

[64] Di Marzo, *Diari*, III, pp. 176-178 (Auria) deja constancia de la lluvia y la *scarsezza di fromento* («escasez de trigo») en toda Sicilia. <<

[65] AHN, *Estado* libro 455, sin foliar, rescripto regio a una consulta del 18 julio de 1648; Di Marzo, *Diari*, III, pp. 332-333 (Auria); La Lumia, *Storie siciliane*, IV, pp. 117-119. <<

[66] Ribot García, *La Monarquía*, p. 15. <<

[67] Ribot, *La revuelta*, p. 120, consulta del Consejo de Italia, 9 de septiembre de 1669, y p. 124, n. 272, biografía de Del Hoyo. Francia había enviado su flota para salvar Creta de los turcos, pero su rendiciónle había privado de la misión. <<

[68] Ribot, *La revuelta*, p. 166, el virrey a la reina regente de España, 28 de septiembre de 1672. En pp. 141-142, Ribot enumera y describe las frecuentes revueltas del pan registradas en las

ciudades entre 1671 y 1672, y en pp. 216-236 señala a qué miembros de ambas facciones se conoce. <<

[69] Ribot, *La Monarquía*, p. 34, el marqués de Astorga a la reina regente, 27 julio y 5 de agosto de 1674. <<

[70] Ibídem, p. 45, Luis XIV a su embajador en Roma (encargado de coordinar la política francesa en relación con Mesina), 7 de septiembre de 1674. Sobre las parecidas suposiciones de Richelieu y Mazarino, *véanse capítulos 9, 10 y 17*. <<

[71] Ibídem, p. 119, citando las *Mémoires* de Luis XIV. <<

[72] Ibídem, p. 638. Olivares. <<

[73] Ribot, *La Monarquía*, pp. 524-618, analiza cuidadosamente las cuestiones relativas a la lealtad durante la rebelión y la guerra. <<

[74] Lottin, *Vie et mentalité*, capítulo 4, «Français malgré lui». <<

[75] Di Marzo, *Diari*, III, pp. 332-333 (Auria); La Lumia, *Storie siciliane*, IV, pp. 117-119. <<

[76] AGS, *SP* libro 443/31-2v, Felipe IV a Oñate, nuevo virrey, 12 junio de 1648. Véase también *SP* libro 218/37, consulta del 5 de mayo de 1648, en la que se acepta a regañadientes refrendar las concesiones hechas por don Juan a los rebeldes; y Fusco, «Il viceré di Napoli», p. 150, sobre la «tregua tributaria» concedida a Nápoles después de la plaga de 1656. <<

[1] Estoy muy agradecido a Dauril Alden, Rayne Allinson, John Brooke, William Russell Coil, Ross Hassig, Karen Ordahl Kupperman, John Lamphear, Kathryn Magee Labelle, Joseph C. Miller, Margaret Newell, Carla Pestana y Jason Warren por sus valiosas sugerencias para la mejora de este capítulo, y a Andrew Ashbrook, Nicole Emke y Maria Widman por llamarme la atención sobre fuentes de Nueva Inglaterra y Nueva Francia. <<

[2] Kessell, *Kiva*, p. 170; Richter, «War and culture», p. 537. Ambos autores basaban sus cifras en cálculos de la propia época. <<

[3] Villalba, «Climatic fluctuations», pp. 355-356, explica que los glaciares, así como el diámetro de los anillos arbóreos de la Patagonia y sus depósitos de carbono 14, registraron períodos sorprendentemente fríos a mediados del siglo XVII. En < www.ncdc. noaa. gov/paleo/ftp-treering. html>, consultado en junio de 2013, otros datos del «archivo natural» presentan una pauta bastante similar. <<

[4] El capítulo 1 ha abordado el incremento simultáneo del *Niño* y de la actividad volcánica y sísmica a mediados del siglo XVII, así como la posibilidad de que ambas cosas estuvieran relacionadas. <<

[5] McNeill, *Mosquito empires*, p. 91. <<

[6] Franklin, «Observations» (1751), párrafos 6-7. Sobre la historia demográfica de Nueva Inglaterra, véase Canny, *The origins*, pp. 211-212; y Fischer, *Albion's seed*, pp. 76-77. <<

[7] *Winthrop papers*, III, p. 166, carta a *sir* Nathaniel Rich, 22 de mayo de 1634 (sólo se habían producido dos o tres muertes entre los 4000 colonos que habían llegado el año anterior, y pocas entre los niños); Wood, *New England* (1634), p. 4; Morton, *New English Canaan* (1637), p. 94; anónimo, *New England's first fruits* (1643), p. 246. Compárese con la descripción, citada en el capí-

tulo 3, de los accesos de tos y esputos que sufrían los londinenses. <<

[8] Percy, *Trewe relacyon* (escrito en 1625, aunque describe hechos de 1609-1610); Stahle, «The lost colony», p. 567. Herrmann, «The tragicall historie», sugiere que los relatos sobre el «tiempo del hambre» pudieron irse tornando más espantosos cuanto más se reproducían. <<

[9] Kingsbury, *The records*, III, pp. 485-490, la Compañía al gobernador de Virginia, Londres, 25 de julio de 1621; y IV, pp. 73-74, George Sandys a su hermano Samuel, Jamestown, 30 de marzo de 1623. Stahle, «The lost colony», gráfico 15, muestra la sequía de 1621-1622 tal como quedó registrada en el «archivo natural». <<

[10] Morton, *New English Canaan*, pp. 94-95, 121-122; también el histórico invierno de 1641-1642 (*véase capítulo 1*); sobre el de 1657-1658, véase Collin, «Observations» (citando los registros de «Nueva Suecia»). <<

[11] Véanse los datos cuantitativos de Canny, *The origins*, pp. 182-183, 223-227, y Fischer, *Albion's seed*, p. 277. Sobre *el Niño*, la malaria y la Jamaica británica, véase McNeill, *Mosquito empires*, p. 103. <<

[12] Cushman, *The sin and danger*, p. 8; Morton, *New English Canaan*, p. 23; Salisbury, *Manitou and Providence*, p. 106. <<

[13] Starna, «The Pequots», p. 44. <<

[14] *Winthrop papers*, III, pp. 149, 167, cartas a John Endicott, 3 de enero de 1634, y a *sir* Nathaniel Rich, 22 de mayo de 1634. Starna, «The Pequots», pp. 44-46, señaló que remedios indígenas como «sudar», más que mejorar las enfermedades europeas las empeoraban, apuntando también que algunos «patógenos indígenas» como la tuberculosis y la sífilis, al igual que la viruela y la fiebre amarilla, también «surgieron de formas cada vez más virulentas» durante el siglo XVII. <<

[15] *Winthrop papers*, III, p. 240, Williams a John Winthrop, Providence [3 de julio de 1637]. Otros datos y citas tomados de Grandjean, «New world tempests», pp. 77-87. <<

[16] Dunn, *Journal*, p. 75 (6 de noviembre de 1634). Las cifras proceden de Starna, «The Pequots», y de Hauptman, «The Pequot war». <<

[17] Gardiner, *History*, p. 10. <<

[18] Underhill, *Newes*, pp. 40, 81; Bradford, *History*, p. 339. Mason, *A brief history*, p. 10, sitúa la cifra de muertos en setecientos, pero ni él ni Underhill intentaron realizar un «recuento de cadáveres». Hoffer, *Sensory worlds*, p. 277, n. 40, proporciona un ingenioso cálculo basado en fuentes topográficas y etnográficas que avala la cifra más baja, de cuatrocientos muertos, propuesta por Bradford y Underhill. <<

[19] Salisbury, *Manitou and Providence*, p. 222; Mason, *A brief history*, p. 17; Karr, «why should you be so furious?», p. 907 (citando el Tratado de Hartford, 21 de septiembre de 1638); anónimo, *New England's first fruits in respect of the progress of learning, in the Colledge at Cambridge in Massachusetts-Bay*, p. 246 (que supone la primera iniciativa de importancia realizada por Harvard para recabar fondos en Inglaterra). <<

[20] Dunn, *Journal*, pp. 181, 186, 256 (*véase capítulo 1*). <<

[21] Cressy, *Coming over*, p. 201, citando *A brief relation of the state of New England* (Londres, 1689) de Increase Mather, que también regresó brevemente a Inglaterra. El regicida era el coronel Vincent Potter. Vane y Peter fueron ejecutados después de 1660 por su oposición a Carlos I, aunque no habían firmado su sentencia de muerte. Sobre sus carreras en Inglaterra y la suerte de Laud y Strafford, *véanse capítulos 11 y 12*. <<

[22] Bradstreet, «Dialogue», pp. 189-190 (deduzco la fecha porque, al referirse a la campaña de 1642 escribió: «El tiempo de

sembrar ha llegado», lo cual implica la primavera de 1643). Los condenados eran colgados en Tyburn. <<

[23] Pestana, *The English Atlantic*, p. 38. Propietarios de Barbados al conde de Warwick, 1646. Pestana señala que las seis colonias partidarias del rey pertenecían a «propietarios» cuyos poderes emanaban de concesiones regias, mientras que la mayoría de los asentamientos creados después de 1629, fundados con frecuencia por críticos puritanos de la Corona, se pusieron de parte del Parlamento. <<

[24] Anónimo, *New England's first fruits*, p. 246. <<

[25] Webb, *1676*, p. XV, utiliza la expresión «concatenación de desastres» y menciona una «tormenta y una plaga», así como una «insurrección india y una guerra civil», pero apenas alude a catástrofes naturales. <<

[26] *CSPC 1675-6,* p. 368, el gobernador *sir* Jonathan Atkins al secretario Williamson, Barbados, 3 de abril de 1676. <<

[27] Gardiner, *History*, p. 26. Gardiner (arquitecto del fuerte Saybrook) estaba en Long Island con los montauks cuando Miantonomo hizo su llamamiento en el verano de 1642. La orden que daban los *sachems* de no matar a las vacas deja patente la escasez de otros animales. <<

[28] Artículos de la Confederación de las Colonias Unidas de Nueva Inglaterra, 19 de mayo de 1643, ampliados el 7 de septiembre de 1643, < http://avalon. law. yale. edu/17th_century/art1613.asp> (última entrada: 29 de junio de 2011). <<

[29] *CSPC 1675-6*, p. 365, Berkeley al secretario Williamson, 1 de abril de 1676. <<

[30] Leach, *A Rhode Islander reports on King Philip's war*, pp. 20-21. Los registros de anillos arbóreos que Briffa y Osborne presentan de Quebec y la bahía de Chesapeake demuestran lo desastroso que fue el período vegetativo de 1675. Sobre el gana-

do como origen de conflictos en Nueva Inglaterra, véase Anderson, *Creatures of Empire*. <<

[31] *CSPC 1675-6,* p. 366, Berkeley a Thomas Ludwell, su representante en Londres, 1 de abril de 1676. <<

[32] Es difícil encontrar testimonios escritos de la escasa cosecha recogida en Nueva Inglaterra en 1676, así que agradezco a Jason Warren que me llamara la atención sobre la siguiente fuente: Connecticut State Archives, *War: colonial series I, 1675-1775*, Record Group 2, parte II, doc. 95, el secretario Allyn a los asistentes de los condados de New Haven y Fairfield, Hartford, 27 de junio de 1676, refiriéndose monográficamente a la necesidad de remediar la escasez de trigo y de «maíz indio». <<

[33] Citas de Slotkin y Folsom, *So dreadfull a judgment*, pp. 3-4; y Webb, *1676*, pp. 411, XVI. Otros datos tomados de Mandell, *King Philip's war*, pp. 134-137; y Warren, «Connecticut unscathed», pp. 18, 22-23. <<

[34] *Massachusetts Historical Society Collections*, 4.ª ser. IX (1871), pp. 184-187, «Declaration of Nathaniel Bacon in the Name of the People of Virginia, July 30, 1676»; Webb, *1676,* pp. 64-65. <<

[35] Citas de Webb, *1676*, pp. 201-202; para las citas sobre Irlanda, *véanse capítulos 11 y 12*. La flota real entró en Chesapeake en enero de 1677 y cumplió su misión, pero las enfermedades que padecían las tripulaciones le impidieron continuar la prevista travesía hasta Boston. <<

[36] Los iroqueses se componían de cinco grupos, después seis, divididos en dos «mitades»: los cayugas, los oneidas y, más adelante, los tuscaroras, eran los «hermanos pequeños», tributarios de los mohawks, los onondagas y los senecas, sus «hermanos mayores». Durante el siglo XVII, los jefes de todos los grupos se reunían con regularidad para tratar temas de interés mutuo. <<

[37] Ball y Porter, *Fighting words*, p. 67, ruego de Tecumseh a los choctaws y los chickasaws en 1811. Curiosamente, al igual que los dirigentes del siglo XVII, Tecumseh afirmó que el hecho de que ese mismo año se hubiera visto un cometa y registrado un gran terremoto refrendaba su causa. <<

[38] Henripin, *La population canadienne*, pp. 3, 8, 13, 73, y gráfico de p. 128; Charbonneau, *Naissance*, pp. 81, 96-97, 128, 146-147. Cifras totales en Dumas, *Les filles du roi*, pp. 48, 122. Para conocer los cálculos de Vauban, *véase capítulo 21*. <<

[39] Véase Mann, *Iroquois women*, p. 241 (cita) y pp. 261-266 (sobre el control de natalidad). <<

[40] Van der Donck, *A description* (1653), p. 184. Véase también Cook, *Born to die*, pp. 192-198. <<

[41] Van der Donck, *A description*, p. 210 (que acompañaba su relato de un apartado especial «Sobre el castor»); Richards, *The unending frontier*, p. 467 (parte de un excelente capítulo sobre la trata de pieles en Norteamérica). <<

[42] Brook, *Vermeer's hat*, p. 31; Elliott, *Empires*, p. 63, citando a William Bradford. Al igual que en el caso de los «mogoles» (*véase capítulo 13*), los nombres de las naciones indias utilizados por los europeos pocas veces eran correctos: los hurones (del término francés para «cabeza de jabalí», *hure*) se llamaban a sí mismos *wendats*, «isleños»; el término *mohawk* era un insulto algonquino que significaba «caníbal»; mientras que los iroqueses (término despectivo que significaba «serpientes», con que los calificaban los hurones) se llamaban a sí mismos *haudenosaunee*, «constructores de la casa larga». Por su parte, el término *algonquino* significaba únicamente «aliado». <<

[43] Thwaites, *Jesuit relations*, XXIV, p. 295, Isaac Jogues, S. J., «desde el pueblo de los iroqueses», 30 de junio de 1643. <<

[44] Agradezco a Kathryn Magee Labelle que compartiera conmigo las conclusiones de su tesis *Dispersed but not destroyed: lea-*

dership, women and power in the Wendat diaspora, 1600-1701 [Dispersos pero no destruidos: liderazgo, mujeres y poder en la diáspora Wendat], OSU, 2011. <<

[45] Perrot, *The Indian tribes*, p. 102 (el autor vivió entre 1665 y 1684 en la región, donde fue cazador, intérprete y funcionario). <<

[46] White, *The middle ground*, pp. 41, 48-49, citando un relato del viaje que realizó en 1682 La Salle, Misisipi abajo. Entre esos refugiados figuraban los ancestros de Tecumseh, que se asentaron en el actual estado de Alabama. <<

[47] Richards, *The unending frontier*, pp. 502-503. <<

[48] Ibídem, pp. 504 y 509. <<

[49] Galloway, *Choctaw genesis*, pp. 347-348. <<

[50] Ibídem, p. XIII; Cook et ál., «Drought reconstructions»; reconstrucciones realizadas por National Oceanic and Atmospheric Administration (NOAA) de la meseta de Ozark (a cargo de Stahl y Cleaveland: sequía catastrófica entre 1639-1645); y Arizona, Nuevo México y Utah (Cook: grave sequía entre 1666-1670). Agradezco a Russell Barsch que me diera a conocer la tradición oral sobre el «Período sin Perros». <<

[51] DuVal, *The Native Ground* (2006); White, *The Middle Ground* (1991). <<

[52] Smulders, *António Vieira's sermon*, pp. 164-166. <<

[53] Van den Boogaart, *Johan Maurits*, p. 477, sobre la fiebre amarilla; Hemming, *Red gold*, p. 293, citando dos cartas de São Luis: una de un funcionario holandés, del 7 de abril de 1642, la otra del capitán general de Maranhão, del 14 de marzo de 1645, que acusaban a los holandeses de iniciar una guerra biológica, porque habían «traído con ellos indios con viruela, que es la peste de esa tierra. Así acabaron con casi todos los mejores hombres de nuestras *aldeias* indias y con casi todos los esclavos de los colonos». <<

[54] Israel, *Diaspora*, p. 369, citando al rabino Isaac Aboab da Fonseca. <<

[55] Ibídem, pp. 390-391, cifra la población judía del Brasil holandés en 1500 personas en 1645 y en 650 en torno a 1650, incluyendo en ellas al hermano de Menassah ben Israel. Algunos navegaron directamente hasta las colonias holandesas e inglesas de Norteamérica, mientras que otros regresaron a la República holandesa. <<

[56] Schwartz, «Panic»; Álvarez de Toledo, «Crisis», pp. 272-274, Palafox a Felipe IV, 10 de julio de 1641. <<

[57] García Acosta, *Desastres agrícolas*, I, pp. 176-179: datos sobre la carestía, el hambre y la falta de lluvias entre 1639 y 1643. <<

[58] Información y citas de Crewe, «Brave New Spain», basado en los nutridos expedientes de la Inquisición y en un volumen con los papeles confiscados a don Guillén. Su artículo incluye un retrato del reo realizado por Van Dijk (p. 61). Sobre esta última historia, *véase capítulo 18*. <<

[59] AGI, *Lima* 50/289-90, del virrey Mancera a Felipe IV, 8 de junio de 1641, mencionaba informes sobre la revuelta portuguesa recién llegados de Cartagena; en AGI, *Lima* 277, sin foliar, mismos corresponsales, 22 de julio de 1641, el virrey admitía que no había creído los informes hasta no recibir confirmación de Buenos Aires; AGI, *Lima* 572 libro 52/234v, mismos corresponsales, 23 de julio de 1642, daba cuenta de la expedición transandina. <<

[60] Schwartz, «Panic», pp. 220-221, citando una carta de Mancera a Felipe IV, 20 de julio de 1642. Resulta harto improbable que los desventurados africanos de la capital pudieran «querer» a los brutales tratantes de esclavos que los habían arrastrado al otro lado de los Andes. <<

[61] Rosales, *Historia general*, pp. 192-193, sobre terremotos; Prieto, «The Paraná river floods», sobre la «Ciudad Vieja»; García Acosta, *Desastres agrícolas*, I, p. 178, citando la *Historia de Nuevo León*; Miguel Sánchez, *Imagen de la Virgen María* (México, 1648), y Luis Laso de la Vega, *Huei tlamahuiçoltica* («El gran suceso»: México, 1649). En 1730, la «milagrosa imagen» había salido veinticuatro veces en procesión para interceder ante Dios y traer lluvia, y un tercio de las salidas tuvieron lugar entre 1641 y 1668. <<

[62] Pérez de Ribas, *History*, p. 42; Treib, *Sanctuaries*, pp. 268-295, con espléndidas fotos de las ruinas que quedan de Salinas. <<

[63] Reff, «Contact shock», p. 270. En 1680, la insurrección de los asentamientos de los indios pueblo que quedaban destruyó (entre otras cosas) los archivos que podrían haber arrojado luz sobre su prematuro declive. <<

[64] McNeill, *Mosquito Empires*, p. 64. García Acosta, *Desastres agrícolas*, I, p. 181, citando a Francisco Javier Alegre, *Historia de la Compañía de Jesús en Nueva España*, y a Diego López Cogolludo, *Historia de Yucatán*. Véase también Cook, *Born to die*, p. 180 (parte de una excelente panorámica sobre las epidemias que asolaron Latinoamérica, pp. 167-182); y Kiple y Higgins, «Yellow fever». <<

[65] Schiebinger, *Plants and empire*, p. 1, citando el comentario de la lámina 45 de *Metamorphosis insectorum Surinamensium* de Merian (que, por tanto, era un libro ¡sobre orugas!). En pp. 144-149, Schiebinger presenta más informes de la época sobre el aborto y el infanticidio entre los esclavos. <<

[66] Van Deusen, *Between the sacred and the worldly*, pp. 11-12 (cita) y pp. 176-177 (población). Sobre las monjas europeas, *véase capítulo 4*. <<

[67] Lorandi, *De quimeras, utopías y rebeliones*. <<

[68] Glave, *Trajinantes*, pp. 198-205, revisa las «inquietudes, disturbios y alteraciones» de la década de 1660, pero no encuentra pruebas concluyentes de coordinación (cita, p. 199, n. 31, tomada de una carta de 1671). AGI, *Escribanía de Cámara*, pp. 561-565, contiene testimonios y evaluaciones relativas a la «alteración de Laicacota». <<

[69] McLeod, *Spanish Central America*, pp. 217-223, 307-309. <<

[70] Van Deusen, *Between the sacred and the worldly*, p. 241, n. 59, citando la *Historia de la Casa de Niñas Expósitas*; Mazet, «Population et société», p. 61; y Mannarelli, *Pecados públicos*, pp. 168-172 , 251-252 (hay que apuntar, sin embargo, que los cuadros de Mannarelli, elaborados con datos de las parroquias, sólo tienen en cuenta cifras de una muestra de cinco años: ibídem, p. 169, n. 21). <<

[71] Suárez, «La crisis», p. 317. <<

[72] Cifras y otros datos tomados de Suárez, «La crisis», e ídem, *Desafíos transatlánticos*; y de Andrien, *Crisis and decline*, pp. 34, 188-189, 205. <<

[73] Thom, *Journal*, I, pp. 292-293 (10 de febrero de 1655). Véase también Elphick, *Kraal and castle*, pp. 110-116. *Khoe* [según la transcripción anglosajona] es la palabra que en lengua nama designa a una «persona» y *khoekhoen* a «gente», *khoikhoi* en algunas fuentes antiguas. (Aquí optamos por esta segunda acepción, más usual en castellano, y transcrita de forma más afín a nuestra lengua: «joijoi» *[N. de los T.]*). <<

[74] Thom, *Journal*, III, pp. 195-197 (5-6 de abril de 1660). Van Riebeeck puso fin a la reunión diciendo a los jefes joijois que, si no les gustaba su oferta, podrían intentar «expulsarnos. En cuyo caso se [...] convertirían en propietarios del fuerte y seguirían siéndolo mientras pudieran conservarlo. Si esta alternativa los

complacía, ya veríamos nosotros qué medidas tomaríamos» (ibídem, p. 196). <<

[75] Diaz y Markgraf, *El Niño*, p. 144; Mikhail, *Nature and Empire*, pp. 216-217; e Ibrahim , *Al-Azmat*, apéndice 11 sobre el Nilo (*véase capítulo 7*). <<

[76] Webster, *Chronology*, p. 1. Véase un lamento similar relativo a África occidental en Harms, *River of wealth*, pp. 8-9. <<

[77] Webster, *Chronology*, capítulos 2 y 9, sobre el África interlacustre; y Hathaway, *Beshir Agha*, pp. 18-19, sobre el éxodo de esclavos desde África oriental. <<

[78] Basado en el lúcido análisis de Curtin, *Economic change*, pp. 15-18. <<

[79] Hair, *Barbot*, pp. 76, 83-84; Curtin, *Economic change, supplementary evidence*, p. 3. <<

[80] Sobre el codo del Níger, véase Curtin, *Economic change, supplementary evidence*, p. 5; sobre el lago Chad, véase Nicholson, «Methodology», y Martinson, *Natural climate variability*, pp. 32-35 (escrito por Nicholson). <<

[81] Ritchie, «Deux textes», p. 339, tomado de la *Histoire de Tourbenan*, de De Chambonneau (1678). <<

[82] Ibídem, p. 352. <<

[83] Datos tomados de Webb, *Desert frontier*, pp. 24-35, 68-87; y Alden y Miller, «Unwanted cargoes», pp. 47-48, 78. <<

[84] Hair, *Barbot*, p. 434; Thornton, *Warfare*, pp. 15-16. <<

[85] Harms, *River*, p. 33; Georg Oldendorp, citado por Thornton, *Warfare*, p. 129; véase también Hair, «The enslavement». <<

[86] Material impreso elaborado con datos procedentes de la base de datos < www.slavevoyages.org> (que se actualiza constantemente) puede encontrarse en Eltis y Richardson, *Atlas*. Para consultar los datos utilizados en este párrafo, véanse mapas, pp. 14-15, y tablas, pp. 23, 89. <<

[87] Datos climáticos tomados de Miller, «The significance», pp. 43-46; Thornton, «Demography»; y Alden y Miller, «Unwanted cargoes», pp. 48, 78. En algunos años de mediados del siglo XVII *todos* los esclavos deportados salieron del África centro-occidental: < http://www.slavevoyages.org/tast/assessment/estimates. faces>, consultada en junio de 2013. <<

[88] Boxer, «Portuguese and Dutch colonial rivalry», p. 35, n. 78, Teixeira a Juan IV, Luanda, 10 de abril de 1653. Hay que señalar que fuerzas expedicionarias procedentes de Brasil, no de Europa, fueron las que hicieron que Angola cambiara de bando, tanto en 1641 como en 1648. <<

[89] Birmingham, *The Portuguese*, y Thornton, *Kingdom*, narran esos acontecimientos; Miller, «The significance», pp. 25-28, los vincula con el cambio climático. <<

[90] Eltis y Richardson, *Atlas*, pp. 192 y 194, «Identificaciones lingüísticas de los africanos liberados que embarcaron en Camerún» y «la región de Sierra Leona» durante el siglo XVII; y p. 163 («Género y edad de los esclavos transportados desde las regiones africanas hasta el Caribe, 1545-1700»), y pássim (citas procedentes de los cuadernos de bitácora de los barcos). Los autores señalan una importante excepción: «En el África centro-occidental otros tipos de datos sugieren que los esclavos recorrieron distancias mucho mayores antes de embarcarse». Datos tomados de Eltis y Richardson, *Atlas*. <<

[91] Grove, «Revolutionary weather», p. 128. Heinrich, «Interdecadal modulation», p. 63, apuntó la ausencia de árboles adecuados. <<

[92] Martinson, *Natural climate*, p. 27; Mikami, *Proceedings*, p. 15; Cook, «Warm season temperatures», p. 84, figura 7A. Aunque en la página anterior Cook y sus demás coautores afirman que «apenas hay indicios de que hubiera una "Pequeña Edad de Hielo" de frío inusitado», su gráfico muestra una clara caída en la

«reconstrucción de la temperatura de la estación cálida» a mediados del siglo XVII. El mismo fenómeno aparece en Pollack, «Five centuries», p. 705, figura 4A, mientras que la figura 4B muestra una caída aún más acusada en los anillos arbóreos neozelandeses. <<

[93] Diaz y Markgraf, *El Niño*, pp. 161-165. <<

[94] Cane, «Australian aboriginal subsistence», pp. 395-396; Connor, *Australian frontier wars*, p. 2. Parenti, *Tropic of chaos*, establece una correlación entre el aumento de la violencia en África y las épocas de adversidad climática. <<

[95] Cane, «Australian aboriginal subsistence», pp. 391 y 431 (citas). Los párrafos anteriores se basan en gran medida en la investigación de Cane. <<

[1] Doy las gracias a Hayami Akira por guiar mis pasos en la historia demográfica, económica y social de Japón desde mi primera visita a ese país en 1983; a Mary Elizabeth Berry por su incisiva crítica de los primeros borradores de este capítulo; a William S. Atwell, Kishimoto Mio y Ronald P. Toby por sus valiosos consejos bibliográficos; a Matthew Keith y Taguchi Kojiro por su ayuda en la investigación, traducción e interpretación de fuentes japonesas, y a los expertos que asistieron a los dos seminarios que sobre este libro organizó el profesor Hayami en la International House de Japón, Tokio, en julio de 2010. <<

[2] Elison, «The cross and the sword», p. 55, citando a Ōta Gyūichi, c. 1610, y a Miura Jôshin en 1614; Reade, *Sidelights*, I, p. 183, Isaac Wake al secretario de Estado de Estados Unidos, Naunton, 15 de junio de 1618; Lancellotti, *L'hoggidi*. <<

[3] Cifras tomadas de Smith, *The agrarian origins*, p. 3; Hayami, *Economic history*, pp. 36-40; y Hayami, *Population and family*, pp. 10-11 (apuntando que en 1600 la población se habría situado en un total de 12 millones, con un margen de error de dos millones, arriba o abajo). Hay que señalar que la producción de arroz por aldea se incrementó más lentamente después de 1700 (pasando sólo de una media de 2340 fanegas a 2400 en 1830), lo cual recalca aún más los grandes pasos que se dieron durante el siglo XVII. <<

[4] Cifras y citas tomadas de Hayami, *Economic history*, pp. 43, 163 y 218. <<

[5] Citas tomadas de Totman, «Tokugawa peasants», p. 465; estadísticas tomadas también de Totman, *The Green archipelago*, pp. 53, 65 y 68. Véase además el análisis de las «estrategias ecológicas en el Japón Tokugawa» que figura en Richards, *Unending frontier*, pp. 148-192. <<

[6] Ono, *Enomoto Yazaemon*, pp. 137-138; Nagakura, «Kan'ei no kikin», pp. 78-80, proporciona precios. La Era de Kan'ei se

inició en 1624 y terminó en 1643. Endō, *Kinsei seikatsushi nempyō*, pp. 49-70, enumera los desastres naturales de ese período, mientras que Yamamoto, *Kan'ei Jidai*, pp. 197-199, analiza muchos de ellos. Para más datos sobre la hambruna de Ka'nei, véase Atwell, «Some observations», pp. 224-227; Atwell, «A seventeenth-century General Crisis», pp. 239-240 y el capítulo 1. <<

[7] *Diaries kept by the heads of the Dutch factories*, VI, p. 87: anotación del 15 julio de 1642, en el que se da cuenta de las noticias traídas por los traductores japoneses (*de tolcken*) que trabajaban para la fábrica holandesa de Nagasaki. <<

[8] Geerts, «The Arima rebellion», pp. 57-61, 96-98, Koekebacker a Van Diemen, Hirado, 18 de enero y 25 de marzo de 1638 (carta traducida directamente del texto holandés, ya que la versión inglesa de Geerts a veces no es fiable); circulares cristianas de la época citadas en Elison, *Deus destroyed*, pp. 220-221. El nombre original del «mesías» era Masuda Shirō, pero, como después adoptó el nombre de su isla natal, las fuentes lo llaman Amakusa Shirō. <<

[9] Bix, *Peasant protest*, pp. XXII, sobre las revueltas; Fukuda, «Political process», pp. 55-58 sobre las venganzas. <<

[10] Hayami, *Population and family*, pp. 6-8; e ídem, *Population, family and society*, pp. 42-51, 64-72. Hayami acuñó la ahora conocida expresión «revolución industriosa» en un artículo de 1977. <<

[11] Hayami, *Population and family*, pp. 26-27. Hayami consideraba «ricos» a los que cosechaban cincuenta fanegas de arroz anuales y «pobres» a los que sólo cosechaban cinco. <<

[12] Kazuki Gyûzan, *Fujin jusô*, analizado por Hanley y Nakamura, *Economic and demographic change*, pp. 233-234. Parece que los japoneses, al igual que los chinos, pensaban que el infanticidio era una especie de aborto tardío y aplicaban indiscriminadamente el término *mabiki* a ambas prácticas. <<

[13] Cooper, *They came to Japan*, p. 58, citando una carta de Cocks, factor inglés de Hirado, 10 de diciembre de 1614. Cornell, «Infanticide», señalaba que el infanticidio era infrecuente, pero hacía caso omiso tanto del testimonio ofrecido en la época por Richard Cocks como de reconstrucciones demográficas como la de Smith, *Nakahara*. Agradezco a Richard Smethurst la información sobre las «placas de abortos» que observó en el templo Zōjōji de Tokio, fundado en 1605. A este respecto, uno de los mensajes típicos es: «Nos reuniremos en el otro mundo y me disculparé personalmente». <<

[14] Smith, *The agrarian origins*, p. 3, señala que los registros de tierras que quedan de la Edad Moderna japonesa «ponen de relieve una pauta de tenencia de tierras sorprendentemente uniforme». El resto de este párrafo se basa enormemente en la magistral panorámica de Smith. Compárese con la *figura 6*: estructura de una «típica» aldea europea. <<

[15] Cooper, *This island of Japan*, pp. 75-76 (por el jesuita João Rodrigues). Berry, *Japan*, pp. 33, 261, y Farris, *Japan's medieval population*, pp. 191-208, señalan que las últimas campañas de las guerras civiles, aunque escasas, causaron grandes daños porque el tamaño de los ejércitos era mayor. <<

[16] Cooper, *They came to Japan*, p. 57, Cocks al conde de Salisbury, 10 de diciembre de 1614, sobre las innovaciones que acababa de introducir Tokugawa Ieyasu. <<

[17] Tsunoda, *The sources of Japanese tradition*, pp. 328-331, reproduce el edicto de recogida de espadas de Hideyoshi (1588) y las restricciones al cambio de condición y de residencia (1591). Berry, *Hideyoshi*, pp. 102-110, analiza con destreza esos edictos, señalando que ambos «carecían absolutamente de precedentes en Japón». <<

[18] Yamamura, «From coins to rice», p. 359, tomado de las instrucciones que dio Hideyoshi a sus agrimensores en 1594. Pa-

ra más información sobre el notable *Taiko-kenchi*, véase Berry, *Hideyoshi*, pp. 111-118; Berry, *Japan*, pp. 82-88; Brown, «Practical constraints», e ibídem, «The mismeasurement». Hideyoshi introdujo el sistema del *kokudaka* en sus propias haciendas en torno a 1580: Wakita, «The kokudaka system». Compárese el catastro de Hideyoshi y los desastrosos errores de cálculo en que incurrió el conde-duque de Olivares al evaluar los recursos de Cataluña y Castilla (*véase capítulo 9*). <<

[19] Yonemoto, *Mapping*, pp. 9-16, y Berry, *Japan*, pp. 40-43, 88-90, 98, describe este mapa (que omitió Hokkaido) encargado en 1605, terminado en torno a 1639 y revisado en 1653. Harley y Woodward, en *History of cartography*, II, libro 2, lámina 26, ofrecen una reproducción en color; Berry, *Japan*, reproduce un fragmento en blanco y negro (p. 40) y uno de los mapas provinciales originales (p. 89). <<

[20] Datos tomados de Vaporis, *Breaking barriers*, pp. 19-20. Los mensajeros y funcionarios del gobierno, así como los nobles que iban o venían de Edo en misión oficial, utilizaban el sistema gratuitamente y tenían preferencia; los mercaderes y otros usuarios privados podían pagar para servirse de esa red. <<

[21] «La advertencia sobre Osaka y Edo», en Rekishi, *Senki Shiryô*, pp. 377-378. Agradezco a Matthew Keith que me permitiera utilizar su traducción de este sorprendente documento. De igual manera, en cuanto los participantes en el motín de subsistencia se vieron frente al gobernador de Osaka en 1642, éste «envió rápidamente a un mensajero a informar al gobierno central de lo que había ocurrido»: *Diaries kept by the heads of the Dutch factories*, VI, p. 87, anotación del 15 julio de 1642. <<

[22] Para conocer versiones en inglés de estas leyes, véase Hall, *Feudal laws*, pp. 276-283 (respecto al emperador y los nobles de la corte) y pp. 288-292 (respecto al *Buke Sho-hatto* para los daimios). Tanto Ieyasu como Hidetada abdicaron pronto a favor de

sus respectivos hijos, pero continuaron ejerciendo el poder; así, Iemitsu se convirtió oficialmente en sogún en 1623, pero Hidetada controló realmente el poder hasta su muerte nueve años después. <<

[23] Keith, «The logistics of power», proporciona una traducción y un análisis excelentes de los diez artículos del edicto, fechado el 18 de mayo de 1638. Véase también Vlastos, *Peasant protests*, pp. 35-37, sobre el trato similar que dio Iemitsu al feudo de Shiraiwa, también en 1638, castigando no sólo a los rebeldes sino al daimio causante de la rebelión. <<

[24] *CHJ*, IV, p. 196 (del capítulo de Bolitho, «Los han»). Aunque también se produjo una enorme redistribución de la tierra en otros Estados, como después de la revuelta en Bohemia en la década de 1620 (*véase capítulo 8*) y en Irlanda en la de 1650 (*véase capítulo 12*), sólo tuvo lugar en circunstancias excepcionales (con frecuencia únicas), sin convertirse nunca en una práctica gubernamental. <<

[25] De hecho, *sankin* podría significar bien «dar cuenta en audiencia», bien «presentarse a dar servicio», dependiendo del carácter *kanji* que se utilice para escribir *kin*: los escribanos Tokugawa utilizaban normalmente el primero, pero querían decir lo segundo. Hall, *Feudal laws*, pp. 293-297, reproduce todo el texto del *Buke Sho-hatto* de 1635 que contenía esas medidas. <<

[26] La mejor guía para orientarse en el sistema de *sankin kōtai* sigue siendo la de Tsukahira, *Feudal control*: sobre los diferentes plazos de residencia (y el daimio tardío de Morioka), véanse pp. 44-46; sobre las exenciones y disposiciones especiales, véanse pp. 52-56; sobre cálculos aproximados del coste que suponía para los daimios, véanse pp. 88-89, 96-102. Véanse también Vaporis, «To Edo and back», sobre el tamaño de los séquitos; y Yasaki, *Social change*, pp. 193-197, 209, sobre la competencia de gasto entre los daimios. <<

[27] Singer, *Edo*, p. 26 (cita), junto con ilustraciones de una exposición celebrada en 1998; «Normas para los aldeanos», en Lu, *Sources of Japanese history*, I, pp. 209-210. <<

[28] En 1634, Iemitsu convenció a un consorcio de mercaderes de Nagasaki de que crearan la isla artificial de Dejima (que significa «isla que se adentra en el mar») para albergar a sus colegas portugueses. Tenía una superficie de 15 000 metros cuadrados y los portugueses se trasladaron a ella dos años después. A continuación, Iemitsu obligó a los holandeses, a los que también expulsó, a trasladarse allí desde su base anterior, en Hirado. En 1689 se terminó una *Chinatown* independiente, que podía albergar a unas 5000 personas (ibídem, p. 77). Para más información sobre la normativa de Iemitsu en materia de comercio exterior, *véase capítulo 3*. <<

[29] Cooper, *They came to Japan*, p. 402, con el relato hecho por Antonio Cardim de la malhadada misión de 1640; Kuroita, *Shintei zo-ho kokushi taikei*, XL, p. 217, orden de Iemitsu del 8 de febrero de 1641 para los daimios de Kyushu (del *Tokugawa jikki*). Lu, *Sources*, pp. 216-218, reproduce algunos edictos *sakoku*. Muchos han afirmado que los Tokugawa «cerraron» Japón y prohibieron cualquier contacto con el extranjero, pero esto es manifiestamente falso: véanse Toby, «Reopening the question of sakoku»; e Innes, «The door ajar». <<

[30] Las pruebas proporcionadas por cada hogar, que se depositaban cuidadosamente en los llamados *Shu-mon Aratame-Chō* («Registros de Investigación Religiosa»), y en las que era frecuente hacer anotaciones para dejar constancia de los cambios ocurridos desde el registro anterior, constituyen la mejor fuente sobre estructura familiar de toda la Edad Moderna en cualquier lugar del mundo: véase Hayami, *Population, family and society*, pp. 165-184. <<

[31] A estas obras se las llamó TōshōgūI, porque rinden homenaje a TōshōDaigongen, nombre con el que pasó a conocerse a Tokugawa Ieyasu después de su muerte. Nikkō era la piedra angular de una serie de centros ceremoniales de Edo y sus alrededores, la mayoría construidos por el mismo equipo de arquitectos y artesanos: véase Coaldrake, *Architecture and authority*, pp. 164-192; y Gerhart, *The eyes of power*, capítulos 3 y 4. Hoy en día, los alrededor de 130 santuarios dedicados a la divinidad de Ieyasu están unidos en la Liga TōshōgūI, que publica su propio boletín. <<

[32] Véase Ooms, *Tokugawa ideology*, p. 129 (sobre las hobbesianas ideas de Suzuki) y p. 131, citando a Suzuki, *Banmin tokuyo-[Recto proceder para todos],* p. 1652. <<

[33] Ono, *Enomoto Yazaemon*, pp. 35-36, 137-138; Nagakura, « Kan'ei no kikin», pp. 75-78 (aldea de Minami-Otari, en la actual prefectura de Nagano). <<

[34] Kuroita, *Shintei zo-ho kokushi taikei*, XL, pp. 258, 269-171, órdenes de febrero de Iemitsu, y de los días 1, 2, 8, 17, 22, 24 y 25 de mayo de 1642; Nagakura, «Kan'ei no kikin», pp. 75-78 (despoblación). <<

[35] Kuroita, *Shintei zo-ho kokushi taikei*, XL, pp. 279-281, 285 y 287-288, órdenes de Iemitsu del 28 de junio, 8 y 14 julio de 1642, y del 20 y 21 de agosto (edicto de diecinueve artículos); *Diaries kept by the heads of the Dutch factories*, VI, pp. 128-129, anotación del 2 de septiembre de 1642 (haciéndose eco de informaciones recibidas de Osaka); Nagakura, «Kan'ei no kikin», pp. 80-85 (leyes); Toyoda, *Aizu-Wakamatsu-shi*, II, pp. 157-158 (la revuelta de 1642). <<

[36] White, «State growth», pp. 18-19 (restricción de las peticiones); Fukuda, «Political process», pp. 55-58 (venganzas); Bix, *Peasant protest*, p. XXII (huida organizada). <<

[37] Shiveley, «Sumptuary regulation», p. 129: leyes de 1648 y 1649. El interés en la ropa interior surge de la preocupación de que para su fabricación pudieran utilizarse materiales prohibidos sin apenas riesgo de que se descubriera la infracción. Las leyes se conocen con el nombre de «Kei'an» porque Iemitsu las dictó en la era de Kei'an (1648-1652). <<

[38] Shiveley, «Sumptuary regulation», pp. 150-151 (leyes para los *hatamoto*) y p. 152 (edicto de Iemitsu). <<

[39] Datos tomados de Sasaki, *Daimyo-to hyakusho-*, pp. 243-253, y Hall, *Cambridge History of Japan*, IV, pp. 203-204 (préstamos). <<

[40] Las Leyes de Kei'an, en Kodama y Ōishi, *Kinsei no-sei shiryo-shû*, I, pp. 35-40, resumidas en Nakane y Ōishi, *Tokugawa Japan*, pp. 41-42 (recogida de datos señalada en ibídem, pp. 39-40) ; otras medidas, tomadas de Yamamoto, *Kan'ei Jidai*, pp. 199-203, y Sasaki, *Daimyo-to hyakusho-*, pp. 233-239. Véase también Shiveley, «Sumptuary regulation», pp. 153-155. Ese mismo año de 1649, inmediatamente después de una gran crisis, se aprobó en Rusia una trascendental legislación que igualmente regulaba (entre otras cosas) la sociedad agraria: los *Ulozhenie (véase capítulo 6)*. <<

[41] Vlastos, *Peasant protests*, pp. 38-39, orden de Hoshina Masayuki a los alcaldes de su distrito, y pp. 39-41 (tomado de un capítulo titulado «La economía política de la benevolencia»). <<

[42] Hall, «Ikeda», citas tomadas de pp. 69-75. La tácita suposición de Ikeda respecto al elevado índice de alfabetismo masculino no parecía carente de razón (*véase capítulo 21*). <<

[43] Howell, *Capitalism*, p. 33; Saseki y Toby, «The changing rationale», p. 285, orden de Ikeda Mitsumasa, 1657. <<

[44] *Diaries kept by the heads of the Dutch factory*, IX, pp. 154 (10 de septiembre de 1646, las autoridades de Nagasaki rechazaron la entrada de las tripulaciones chinas «*na de maniere der Tartaaren*

geschooren», diciéndoles que «*niet wederom te coomen, tenwaare als Chineesen*») y p. 167 (los juncos tripulados por hombres «*alle geschooren*» también fueron rechazados el 16 de octubre de 1646). <<

[45] Toby, *State and diplomacy*, pp. 113, 119-139, 148; Hesselink, *Prisoners from Nambu*, pp. 81-82. Iemitsu sólo abandonaba la frugalidad cuando se trataba de construir: incurrió en gastos prodigiosos en las décadas de 1620 y 1630 no sólo en el santuario de TōshōgūI, situado en Nikkō, y en el palacio de Ninomaru de Kioto, aún en pie, sino en los castillos de Edo, Nagoya y Osaka, todos ellos posteriormente destruidos. Véase la lista de sus proyectos en Gerhard, *The eyes of power*, pp. 148-149. <<

[46] Véase *Kodansha Encyclopedia of Japan*, IV, voz *junshi* («siguiendo a su señor a la muerte»). Pflugfelder, *Cartographies of desire*, pp. 37-38, apunta la razón del suicidio de los regentes. <<

[47] Berry, *Japan*, p. 32; véase también Berry, «Public life», pp. 147-151. <<

[48] Ono, *Enomoto Yazaemon*, pp. 189-192, dejó constancia de muchos pormenores del complot en sus *Memoranda*. Sansom, *History*, III, pp. 53-58, proporciona un relato conciso (de ésta y de otras abortadas conspiraciones de *ro-nin* registradas en 1652). Statler, *Japanese Inn*, pp. 74-95, ofrece una deliciosa reconstrucción, observando los hechos desde las postas situadas en la carretera entre Edo y Kioto. <<

[49] Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XII, p. 16 (23 julio de 1651). Los indiscretos intérpretes también señalaron que «el ejemplo» de Tokugawa Ieyasu «aún sigue fresco en su memoria. Igualmente había sido nombrado guardián del heredero legítimo, pero su ansia de conseguir la Corona le había llevado a matar al heredero», Toyotomi Hideyori. <<

[50] Ibídem, XII, p. 296 (3 de marzo de 1657). En la época Tokugawa, el castillo de Edo, con un perímetro de quizá dieciséis kilómetros, ocupaba una superficie mucho mayor que en la ac-

tualidad. La torre del homenaje (*tenshudai*), de cinco pisos, destruida en el incendio de Meireki, tenía 51 metros de altura y era por tanto el edificio más alto de Japón, cuando no del mundo. Véase su planta en < http://en. wikipedia.org/wiki/File: Edo_-Castle_plan_1849.svg>. <<

[51] Hayami, *Economic history*, p. 169, clasifica los productos enumerados en el *Kefukigusa* de 1637. Véase también Hayami, *Population, family and society*, pp. 42-51. <<

[52] White, *Ikki*, p. 281, señalaba que el gobierno central con frecuencia ordenaba a los alcaldes que castigaran a los manifestantes, pero después él mismo castigaba a los que habían permitido que tuvieran lugar esos «incidentes conflictivos». Sus conclusiones se basan en un estudio de casi 7500 «incidentes conflictivos» registrados en Japón entre 1590 y 1868. <<

[53] Hayami, *Economic history*, pp. 30-31. El resto de este párrafo se basa en las interpretaciones de Hayami, salvo en lo tocante a la analogía con la «tasa impositiva de 1945», que agradezco a Mary Elizabeth Berry. <<

[54] Véanse los convincentes datos de evasión fiscal presentados por Brown, «Practical constraints», y los ejemplos de mejoras tecnológicas mencionados por Nagahara y Yamamura, «Shaping the process». <<

[55] Tokugawa, *The Edo inheritance*, p. 88; Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XII, pp. 345-346 (17-19 de marzo de 1658). <<

[56] Ooms, *Tokugawa ideology*, pp. 297-298. <<

[57] Hesselink, *Prisoners from Nambu*, pp. 50-52, 62-64, 101-102. <<

[58] Ikegami, *Bonds of civility*, p. 307; Kornicki, *The book in Japan*, pp. 6365 (vendedores callejeros), y pp. 324-352 (la obra de Chikamatsu, *Keisei Shimabara kaeru gassen*). Para más información sobre censura, *véase capítulo 22*. <<

[59] Berry, *Japan*, cap. 4, describe esos registros, conocidos como *Espejos*. En p. 122 señala que, del mismo modo que el momento en que aparecieron esos registros de nobles reflejó la extensión del sistema de *sankin kōtai* por parte de Iemitsu, su propia publicación refleja la labor de racionalización de la burocracia Tokugawa acometida por Iemitsu. <<

[60] Nakane y Shinzaburō, *Tokugawa Japan*, pp. 60-62, recalca el enorme volumen de documentación que han legado las aldeas. <<

[61] Ikegami, *Bonds of civility*, pp. 300-302, citando a *Mukashi gome mangoku tsu-* (1725). Para conocer ejemplos de otras personas que durante el siglo XVII «lograron aprender a base de practicar», *véase capítulo 18*. <<

[62] Datos tomados de Kornicki, *The book*, p. 20; Berry, *Japan*, p. 31; e Ikegami, *Bonds of civility*, p. 286. Sin embargo, compárense los entre cien y 150 títulos publicados anualmente en Japón, un país de 17 millones de habitantes, con las 2000 novedades impresas en Inglaterra, un país de menos de cinco millones en 1642 (*véase capítulo 11*). <<

[63] Nakane y Shinzaburō, *Tokugawa Japan*, p. 119; Ikegami, *Bonds of civility*, pp. 173 y 181-182. Los textos religiosos también eran predominantes en la Europa del siglo XVII. <<

[64] Ikegami, *Bonds of civility*, p. 298; Pflugfelder, *Cartographies*, p. 23, n. <<

[65] Lane, *Images from the floating world*, p. 11, citando a Asai, *Ukiyo-monegatori [Cuentos del mundo flotante]* (1661). Al principio, el *uki-yo* era una forma de expresión budista. *Yo* significa «mundo» y *uki*, «pesar», pero la palabra *flotante* es homónima. El sufijo *-e* significa «imágenes». <<

[66] Ikegami, *Bonds of civility*, p. 142, tomado de *Kyo-habutei*. Berry, *Japan in print*, pp. 1-12, ofrece un magnífico estudio (con

ilustraciones) de las guías y mapas de que disponían los viajeros (incluyendo, ya en 1700, unos doscientos mapas de Tokio). <<

[67] Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XIII, pp. 8-9 (2 de abril de 1661), p. 371 (4 de abril de 1663) y p. 247 (1 de abril de 1668). Para el vívido relato de la tragedia que hizo Asai, *véase capítulo 3*. <<

[68] Totman, «Tokugawa peasants», pp. 464-465, 467. <<

[1] Hobbes, *On the citizen*, p. 29; anónimo, *The moderator*, p. 11; Vitrián, *Las memorias*, en Gil Pujol, «L'engany de Flandes», p. 418; Pascal, *Les pensées*, n.º 451. <<

[2] Bacon, *Essayes*, «Of seditions and troubles», p. 47; Carroll, «The peace», p. 76; Ludden, *Peasant history*, p. 8; Smith, *Nakahara*, pp. 112, 115. Este párrafo está muy en deuda con las interpretaciones de Thurow, *Zero sum society*. <<

[3] Beik, «The violence», pp. 77-78, 92; Sibbald, *Provision for the poor* (1699, citado en el capítulo 1). <<

[4] Des Forges, *Cultural centrality*, pp. 176-177, citando un memorial de Lü Kun para el emperador Wanli. En Italia, Giovanni Botero hizo un análisis similar, prácticamente en la misma época (1589): véase Villari, *Baroque personae*, pp. 101-102. <<

[1] Tengo que mencionar especialmente a John Walter, a quien doy las gracias por ayudarme a articular el argumento de este capítulo. También tengo que agradecerle a él, además de a Cynthia Brokaw, David Cressy, Stephen Dale, Kaan Durukan, Suraiya Faroqhi, Jane Hathaway y Sanjay Subrahmanyam las referencias que aportaron. <<

[2] Bamforth, *Royalist's notebook*, p. 60; Walter, *Crowds*, pp. 69-70; Blickle, *Aufruhr*, pp. 66-67 (Alemania y Suiza); Bercé, *Histoire des croquants*, p. 682 (Aquitania); Pillorget, *Les mouvements*, p. 988 (Provenza). <<

[3] Des Forges, *Cultural centrality*, p. 198, citando la obra de Zheng Lian *Esbozo de historia de los cambios en Yu*. Véanse las figuras y gráficos de Tong, *Disorder*, pp. 47-49; y Parsons, *Peasant rebellions*, pp. 86-87. *CHC*, VII/1, pp. 624-625, contiene excelentes mapas con la extensión de las revueltas populares a finales del período Ming. Sobre Rusia y Japón, *véanse capítulos 6 y 15*. <<

[4] Price, *Memoirs of the emperor Jahangueir*, pp. 225-226; Bercé, «Troubles frumentaires», pp. 789 y 777-778, Giuseppe Caetano y Alessandro Bini al cardenal Panzirolo, 8 y 9 de agosto de 1648. <<

[5] BNE, ms. 2375/5-10v, «Relación del motín contra los Walones», en mayo de 1643. Véase también la mención de otros «furores campesinos», de los que no hay otros testimonios, en Jago, «The Crisis of the Aristocracy», p. 79 (contra los duques de Béjar), y en Lorenzo Cadarso, *Conflictos populares*, p. 72 (contra los duques de Nájera). <<

[6] A. Domínguez Ortiz en *Manuscrits*, IX (1991), pp. 263-264 , durante una «mesa redonda» sobre los problemas a los que se enfrentó la Monarquía española en la década de 1640; *El alcalde de Zalamea* de Calderón de la Barca tiene lugar en una aldea del frente portugués. El propio Calderón luchó con el ejército que invadió Cataluña en 1640. <<

[7] Walter, «Public transcripts», pp. 128-129. <<

[8] Evans, *Seventeenth-century Norwich*, p. 113, tomado de una petición al Parlamento Largo por parte del alcalde y el Ayuntamiento de Norwich; otros datos tomados de Cressy, *England on edge*, pp. 361-372 (que contiene muchos otros ejemplos descubiertos en actas judiciales de 1640-1642). <<

[9] Ebrey, *Chinese civilization*, p. 160, citando la «Biografía del caballero Wang» de 1591 (Wang Daokun, *Taihan ji*). <<

[10] Bloch, *Les caractères originaux*, I, p. 175 (las cursivas son mías); Scott, *Weapons of the weak*, pp. XVI-XVII. Véase también Scott, *The moral economy* y *Domination and the arts of resistance*. <<

[11] Véase Barriendos, «Climatic variations» y «Climate and culture». Para un ejemplo de autoinculpación, *véase capítulo 14*. Sobre la tendencia a echar la culpa a brujas y judíos, *véanse capítulos 1 y 8*. <<

[12] Nicolas, *La rébellion*, p. 223, presenta un análisis estadístico de disturbios del pan a escala nacional. En Francia, entre 1661 y 1789, unos 1500 disturbios, un quinto de los registrados, tuvieron que ver con la escasez de alimentos. De ellos, un tercio conllevaron presiones para conseguir un «precio justo», mientras que casi la mitad pretendía evitar la exportación de grano local. <<

[13] Gutiérrez Nieto, «El campesinado», p. 70, citando un tratado manuscrito; Chéruel, *Lettres*, I, pp. 413-414, Mazarino al intendente de Guyena, 11 de octubre de 1643. Véanse cartas similares de la misma fecha a otros funcionarios del suroeste, loc. cit., pp. 414-416. Sobre Cataluña y el Úlster, *véanse capítulos 9 y 11*. <<

[14] Lionti, «Cartelli», pp. 450-451, petición de Caltabellotta, 23 de junio de 1647; Sella, *Crisis and continuity*, p. 54, citando a un agricultor cercano a Milán en 1631; Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 657, Argenson a Séguier, 2 de julio de 1644, de vi-

sita en Poitou. En la China Ming la tierra abandonada también seguía siendo susceptible del pago de impuestos atrasados. <<

[15] Bailey, «Reading between the lines», p. 71, que cita *A complete book concerning happiness [Libro completo sobre la felicidad],* un manual para cargos municipales escrito por Huang Liuhong en 1699; Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 548 n. 44, el conde de Jonzac al canciller Séguier, 12 de diciembre de 1643; e ibídem, II, pp. 550-562, 570-571. El incidente en Abjat dejó excelentes testimonios porque la familia del difunto capitán, un noble local, denunció al municipio en demanda de daños y perjuicios. <<

[16] Wood, en «Subordination», p. 66, y «Fear», p. 810, subraya el grado de humillación que se exigía a los pobres que pedían algo, obligados a suplicar en público y de rodillas, y a expresarse de forma degradante. Para conocer los cuatro factores, véase Scott, *Weapons of the weak*, pp. 242-248. <<

[17] Wood. «Subordination», p. 63; Walter, *Crowds*, p. 58 (atenerse a la ley) y p. 187 («ahora no hay ninguna ley»); sobre la idea de que, también en China, un interregno conllevaba la suspensión de todas las leyes, *véase capítulo 5*. <<

[18] Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 543. En un quinto de los disturbios estudiados por Bercé *sólo* participaron mujeres, al igual que en un cuarto de las revueltas de pan rurales y en un tercio de las urbanas estudiadas por Nicolas (*La rébellion*, p. 269). Agradezco a John Mueller que me recordara que el lema «¡Las chicas delante!» se convirtió en grito de guerra en Estados Unidos durante las manifestaciones de la década de 1960, porque, al igual que en el siglo XVII, las fuerzas del orden eran un poco menos proclives a lanzarse violentamente contra las mujeres. <<

[19] Nicolas, *La rébellion*, pp. 269-270. En la República holandesa (como en otros lugares), las mujeres también humillaban a los funcionarios levantándose las faldas y «mostrándose». <<

[20] Dekker, «Mujeres sublevadas», p. 343 (Haarlem); ibídem, *Holland in beroering*, pp. 56-57 (Oudewater); Bennett, *Civil wars experienced*, p. 119 (Derby). Véase también Hugon, *Naples*, pp. 82-84, sobre el papel de las mujeres en la revuelta de 1647-1648. <<

[21] Dekker, «Women in revolt», p. 344 (citando el mismo lema en relación con los motines de 1621 y 1691); Walter, *Crowds*, p. 41, citando la obra *Eirenarcha* (edición de 1619) de William Lambarde y un caso del que se ocupó la Cámara Estrellada. Michael Dalton, *The Countrey Justice* (1622) decía lo mismo; y Capp, *Gossips*, pp. 312-318, proporciona citas similares. Curiosamente, las inglesas perdieron su inmunidad cuando fueron a Nueva Inglaterra, donde fueron severamente castigadas por perturbar la paz: Westerkamp, «Puritan patriarchy», e ibídem, *Women and religion*, pp. 35-52. <<

[22] Tawney, *Land and labour in China*, pp. 73 y 77; Walter, *Crowds*, p. 44, citando *A briefe declaration concerning the state of the manufacture of woolls* (1629); Nicolas, *La rébellion*, p. 281, citando a amotinados de 1694, 1699 y 1709. Véanse descripciones igualmente desesperadas citadas (*capítulo 3*) y dos ejemplos de España (*capítulo 9*). <<

[23] *ODNB*, voz «Ann Carter», de John Walter (que se sepa, Ann es la única inglesa ahorcada por su participación en un motín de subsistencia; no sabemos su edad, pero sí que se casó en 1620 y que cuando tuvieron lugar los motines es probable que estuviera cerca de la treintena); Dekker, «Women in revolt», pp. 351-352. <<

[24] Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 548: «*Aux femmes les plus criardes*». Sobre el papel destacado de las mujeres en los actos de violencia popular registrados en otros lugares de Europa durante el siglo XVII, *véanse capítulos 9* (Bilbao, Barcelona y Lisboa), *10*

(París) y *14* (Palermo y Nápoles); y Beik, *Louis XIV*, capítulo 6. <<

[25] Lindley, *Fenland riots*, p. 75, citando al agente de un contratista de Hatfield Level, 1626 (y p. 63 sobre el papel relativo de hombres y mujeres); Simon i Tarrés, *Cròniques*, pp. 269-270, relato del juez Ramón Rubí; sobre Escocia, *véase capítulo 11*. <<

[26] TCD, ms. 837/5-5, declaración de Elizabeth Croker, condado de Down, 15 de marzo de 1643 (sobre *lady* Iveagh); ms. 836/73-74, declaración de Ann Smith y Margaret Clark, condado de Armagh, 16 de marzo de 1643, y ms. 836/87-90, Joan Constable, condado de Armagh, 6 de junio de 1643 (sobre Jane Hampton, «antes protestante, pero una simple mujer irlandesa que después comenzó a ir a misa»). La señora Crocker sólo firmaba «Eliza», mientras que las otras tres mujeres trazaron una cruz. <<

[27] TCD, ms. 834/111, declaración de Martha Culme, condado de Monaghan, 14 de febrero de 1642; ms. 832/80, declaración del caballero Marmaduke Batemannson, condado de Cavan, 14 de abril de 1643 (sobre Rose ny Neill); ms. 812/202-208, declaración del caballero Joseph Wheeler y de otras personas, condado de Kilkenny, 5 de julio de 1643 (sobre Alice Butler; también acusaron a Florence Fitzpatrick de haber ahorcado a seis protestantes, cuyos nombres dieron, «y a otras personas»). <<

[28] Khan, «Muskets in the mawas», p. 93, citando a Manucci, *Storia do Mogor*. <<

[29] En el siglo XIX, entre los rebeldes de los levantamientos de Taiping y de los bóxers había mujeres, pero incluso entonces aparecían sometidas al mando de los hombres. Había pocas «Mulán». Al contrario que sus hermanas chinas, las mujeres indias destacaron en la «gran rebelión» de 1857. Agradezco a Cynthia Brokaw su ayuda en la formulación de este párrafo. <<

[30] Pillorget, *Mouvements*, p. 564 (catecismo de Aviñón, 1633, reimpreso en Aix-en-Provence, 1647); Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 553 (anotación del cura en el registro bautismal de Rocamadour, 1653). Ambos autores mencionaron la participación eclesiástica en otras revueltas populares; también lo hizo Foisil (respecto a los *nu-pieds* de Normandía); y Nicolas, *La rébellion*, pp. 92-96. El clero también proporcionó dirección política y espiritual a varias revueltas europeas (*véase capítulo 18*). <<

[31] Hugon, *Naples*, pp. 153-156 (cita de la crónica de Tutino, uno de los clérigos fugitivos). Para más información sobre el ambiguo papel de Filomarino, *véanse capítulos 14 y 18*. <<

[32] Hay ejemplos en Faroqhi, *Coping with the state*, pp. 43-58; McGowan, «Otomanos», pp. 480-482; y Barkey, «Rebellious alliances», p. 706 (quien apunta que el centro de la vida social, más que en las mezquitas, estaba en los conventos sufíes). Jane Hathaway tuvo la amabilidad de proporcionarme la información sobre El Cairo. <<

[33] Wakeman, *Great Enterprise*, I, p. 627, al describir lo ocurrido en Wujiang, cerca del lago Tai. Una vez más agradezco a Cynthia Brokaw su ayuda en la evaluación de los datos sobre China. <<

[34] Véase Terzioglu, «Sufi and dissident», p. 192, sobre los «santos locos» musulmanes, sobre Sabbatai Zevi, *véase capítulo 7*. <<

[35] Sobre Avraami, véase Crummey, «The origins»; sobre Manuelinho *el Loco*, véase Viñas Navarro, «El motín», p. 339; sobre Archibald Armstrong, véase Rushworth, *Historical collections*, II, pp. 470-471, y Rothes, *Relation*, pp. 115, 208-209. Shannon, en «Uncouth language», habla de la carrera de Archie, que sobrevivió a la mayoría de los protagonistas de su tiempo, ya que murió en 1672. <<

[36] Para conocer más ejemplos de pasquines sediciosos, véase Lorenzo Cadarso, *Los conflictos*, p. 75; y Lario, *El comte-duc d'Olivares*, p. 173. Walter, *Understanding popular violence*, pp. 340-347, y «Public transcripts», analiza los diversos «estadios» de la revolución popular en la Inglaterra de los Estuardo antes del recurso a la violencia. Briggs, *Communities of belief*, pp. 175-176, apunta que las revoluciones tenían más posibilidades de éxito cuando se mantenían aisladas y llamaban poco la atención, «suficientes para expulsar a los recaudadores de impuestos, pero no para causar grandes perturbaciones». Véase también el excelente análisis de «normas y valores» en las revueltas de la Edad Moderna que realiza Blickle en *Resistance*, pp. 155-214. <<

[37] Walter, *Understanding popular violence*, pp. 36-39, citando a Bruno Rives, *Mercurius Rusticus*, *lady* Rivers (la víctima), y testimonio de 1648 (véase también un mapa de los lugares atacados entre agosto y diciembre de 1642 en pp. 34-35); Gentles, *The English Revolution*, p. 88, citando a un enviado francés. <<

[38] Simon i Tarrés, *Cròniques*, p. 269, relación de Ramón Rubí. <<

[39] TCD, ms. 837/117, declaración del capitán Thomas Clarke, 12 de mayo de 1653; ms. 838/81, petición de Joan Todd, viuda de John Hilhouse. Aidan Clarke calcula que más de la mitad de las declaraciones hechas en el Úlster denunciaban asesinatos (comunicación personal de septiembre de 2005). <<

[40] Beik, «The violence», pp. 77, 87. <<

[41] Riches, *The anthropology of violence*, p. 25; Bercé, *L'histoire des croquants*, II, pp. 582-583; Villari, *Revolt*, capítulo 2. <<

[42] Sobre Portugal, véase Schaub, *Le Portugal*, pp. 31-35, y Pérez Samper, *Catalunya*, p. 243; sobre Estambul, véase Brennan, *Bargrave*, p. 82; sobre Nápoles véase Hugon, *Naples*, pp. 303-308 y *capítulo 14*. Para conocer una pauta similar seguida en Évora en 1637, *véase capítulo 9*. <<

[43] Wakeman y Grant, *Conflict and control*, pp. 10, 57, mencionan protestas rituales en templos. Otros pormenores tomados de Parsons, *The peasant rebellions*, pp. 4-5, 187-188; Tsing Yuan, «Urban riots»; Parsons, «Attitudes», pp. 179-180, 185; Wakeman, *Great Enterprise*, p. 627, y Tong, *Disorder*, pp. 162-163. Aunque la humillación a gran escala de los miembros del clan Ming por parte de Li Zicheng, registrada entre 1643-1644, parezca una excepción, se podría decir que los Ming (aunque numerosos) también constituyeron una única categoría elegida para ser castigada. <<

[44] Walter, «Abolishing superstition», pp. 90-92; TCD, ms. 835/170, declaración de Edward Slacke, condado de Fermanagh, 4 de enero de 1642; Hickson, *Ireland*, I, pp. 193-194, declaración del reverendo John Kerdiff, condado de Tyrone, 28 de febrero de 1642, y TCD, ms. 836/64, declaración del caballero John Parrie, Armagh, 31 de mayo de 1642. <<

[45] Bercé, *Histoire des croquants*, II, pp. 647-648. Además, «durante la epidemia de levantamientos de 1637, 1643 y 1648» las aldeas de la línea fronteriza Breton-Poitevin fueron «las primeras en rebelarse y las últimas en ser pacificadas» (ibídem, p. 648). En 1793, campesinos de las mismas localidades encabezarían también el levantamiento de La Vendée: Bercé, *Révoltes*, p. 161. <<

[46] Bercé, *Histoire des croquants*, II, pp. 650-651: pertenecía a los duques de Bouillon. Una vez más, Bercé apunta la pervivencia de tradiciones sediciosas: en la década de 1950 el «movimiento poujadista», contrario a los impuestos, tuvo sus primeros éxitos en zonas en su día pertenecientes al vizconde de Turena (ibídem, p. 652). <<

[47] Hoffman, «Zur Geschichte» (revueltas de 1511-1514, 1525, 1560, 1570 y 1595-1597); Stoyle, «Pagans or paragons», p. 323 (la revuelta de 1497 se inició en St Keverne, donde también se planeó otra en 1537); Hill, *The world*, pp. 110-113 (sobre

Kingston). Clifton, *The last popular rebellion*, pp. 48-56, señala una tradición de insurgencia en Taunton y otras zonas de Somerset, que culminó en la participación de ambas zonas en la rebelión de Monmouth de 1685. <<

[48] Price, *Maroon societies*; Beckles, «From land to sea». Agradezco a Carla Pestana que me diera estas referencias y que hablara conmigo de la cimarronería. <<

[49] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 430 (n. 41), 702, menciona la presencia de cuadrillas de bandoleros en Liangshanbo entre 1640-1641 y en 1647, hasta que fueron derrotadas por tropas de los Qing. Para más información sobre *A la orilla del agua, véase capítulo 18*. <<

[50] Wilson, «A thousand countries to go to», p. 84. Véase un ejemplo parecido en Wood, «Subordination», p. 69. <<

[51] Pillorget, *Les mouvements*, pp. 406-410; Bercé, *Histoire des croquants*, II, pp. 564-565; Nicolas, *La rébellion*, pp. 224-226; Di Marzo, *Diari*, III, p. 99, diario de Auria, 20 de junio de 1647. <<

[52] Hombres y mujeres ingleses conmemoraban varios aniversarios revolucionarios: el 30 de enero (el regicidio o martirio de Carlos I), el 3 de septiembre (las victorias de Cromwell en Dunbar y Worcester), el 23 de octubre (las masacres del Úlster), y el 5 de noviembre (la Conspiración de la Pólvora y el posterior desembarco de Guillermo de Orange), pero ninguno desató posteriores actividades insurreccionales (*véase capítulo 14*). <<

[53] El impago de la soldada completa siempre podía producir un motín y también el impago del suplemento a la guarnición de Estambul cuando llegaba al poder un nuevo sultán o (en las capitales de provincia) un nuevo gobernador. Sobre los acontecimientos de Dublín y París, *véanse capítulos 11 y 10*. <<

[54] Lebrun, *Les hommes*, p. 290, sobre los voraces lobos de Anjou; Nicolas, *La rébellion*, pp. 412-413, sobre las armas en Francia. <<

[55] Khan, «Muskets in the mawas», p. 93, citando a Mundy, *Travels*, y Manucci, *Storia do Mogor*. <<

[56] Morrill, *Revolt in the provinces*, pp. 132-151, que vuelve sobre el tema en pp. 200-204; cita de p. 144; Shy, *A people numerous and armed*, p. VII. <<

[57] Bercé, *Histoire des croquants*, I, pp. 421-442, sobre la disciplina militar de los *croquants*. Evidentemente, su salvajismo sólo respondía a las leyes imperantes en las guerras de entonces. Bercé, *Révoltes*, capítulo 3, se ocupa de *les meneurs*, entre ellos los veteranos. <<

[58] BNF, *Fonds francais* 18,937/233-40, «Relation de la révolte de la Basse Normandie» proporciona información sobre los *nupieds* e identifica a sus líderes (*véase capítulo 10*). <<

[59] Hugon, *Naples*, pp. 196-204 (citando a Bissacioni, *Historia*). *Veánse capítulos 9* (España), *11-12* (Escocia e Irlanda), *14* (Nápoles) *y 15* (América). <<

[60] *Véase capítulo 5*. Parsons, *Peasant rebellions*, pp. 228-237, apunta que Zhang Xianzhong también comenzó a atraerse a antiguos oficiales, lo cual le permitió sitiar y conquistar varios lugares en Sichuan. <<

[61] Geerts, «The Arima rebellion», pp. 96-98, Koeckebacker a Anthonio Van Diemen, 25 de marzo de 1638 (he hecho mi propia traducción del original neerlandés); Blair y Robertson, *Philippine Islands*, XXIX, p. 220, informe del jesuita Juan López; Dardess, *Blood and history*, p. 133, y Parsons, *Peasant rebellions*, p. 251, mencionan la utilización de banderas rojas por las cuadrillas de rebeldes. Elliott, *Empires*, p. 146, cita las enseñas de México y Boston. <<

[62] Capecelatro, *Diario*, II, p. 67; anónimo, *The red-ribbon'd news*, p. 5; Kötting, *Die Ormée*, p. 111; sobre los *bonnets rouges, véase capítulo 10*. Rodger, *Safeguard of the sea*, p. 132, señaló que a partir del siglo XIII «entre los marineros de cualquier parte» las

banderas rojas «significan guerra a muerte». No todas las banderas rebeldes eran rojas: en Austria, los labradores dirigidos por Martin Laimbauer en 1636 enarbolaban enseñas de lino blanco con distintos lemas (Wilflingseder, «Martin Laimbauer», pp. 206-207); en 1637, los *croquants* del Périgord desfilaban bajo una bandera azul y blanca, colores de la Virgen María, quien, según su líder, había bendecido el movimiento (Bercé, *Histoire des croquants*, I, p. 423); la enseña de la República de Nápoles, enarbolada por primera vez en octubre de 1647, mostraba en un lado a la Virgen y a san Genaro, y en el otro la flor de lis francesa (Hugon, *Naples*, p. 152). <<

[63] Maier y Waugh, «The blowing of the Messiah's trumpet», pp. 146-147, sobre las imágenes de Sabbatai Zevi y Nathan de Gaza. Knoppers, *Constructing Cromwell*, sobre Oliver; Hugon, *Naples*, pp. 309-313 y 328-357 analiza y reproduce muchas imágenes de Masaniello. Además, Palermo, *Narrazioni*, p. 353, Médici al gran duque, 20 de agosto de 1647, menciona dos bustos de cera de Masaniello, que, realizados a partir del natural, se hicieron para que el virrey Arcos los enviara a España; Blok, *Nikolaus Heinsius*, pp. 29-31, menciona los epigramas; Mastellone, «Les révoltes», p. 167, alude al retrato de Spinoza ataviado como Masaniello; D'Alessio, *Contagi*, capítulo 6, analiza obras de literatura de viajes tempranas que mencionaban a Masaniello. Heilingsetzner, *Der oberösterrichischen Bauernkrieg*, pp. 36-37, reproduce una efigie de la época de Stephen Fadinger, líder de la revolución austríaca de 1626; y los catalanes distribuyeron retratos de Pau Claris entre 1640-1641. <<

[64] Hugon, *Naples*, pp. 125-131, recoge y analiza los treinta lemas registrados por dos cronistas, así como algunas canciones revolucionarias. Hay que señalar también que los *Knittelvers* son composiciones rimadas de tetrámetros yámbicos más o menos regulares que se utilizaban en los pasquines alemanes (*véase capítulo 8*). <<

[65] Cressy, *England on Edge*, pp. 337-338, reproduce toda la canción (para la estrofa sobre las universidades, *véase capítulo 22*), y analiza otras en pp. 330-346. *Rump*, de Brome, fue la tercera recopilación que hizo el autor de canciones de la guerra civil inglesa. <<

[66] Véase Helingsetzner, *Der oberösterreichische Bauernkrieg*, pp. 35-37; Wilflingseder, «Martin Laimbauer», pp. 206-207; Hrushevsky, *History*, VIII, pp. 450-451; Suter, *Der schweizerische Bauernkrieg*, p. 64. <<

[67] Véase Simon i Tarrés, *Orígens*, pp. 212-213 sobre «Els segadors». Neumann, *Das Wort*, pp. 214-218, y Lucas Val, «Literatura i història», se ocupan de las canciones, poemas y obras teatrales de la revuelta catalana. <<

[68] Valerius, *Neder-Landtsche Gedenck-Clanck*, pp. 235-236. Con todo, las canciones nunca tuvieron la misma importancia en la década de 1640 que durante la Revolución francesa: véase Weber, *My France*, pp. 92-102, «Who sang the Marseillaise». <<

[69] Lorandi, *De quimeras, utopías y rebeliones. La gesta del inca Pedro Bohorques*, p. 23, citando lo dicho en 1635 por el obispo de Cuzco, Juan de Vera; Valladares, *Epistolario*, p. 139, Olivares a Basto, 26 de noviembre de 1638; Paul, *Diary*, pp. 87-88, relato de Johnston de Wariston sobre lo que escuchó que Hamilton le dijo al rey Carlos el 17 de junio de 1639. <<

[70] Bacon, *Essays* (1625), «Of seditions and troubles»; Walter, *Understanding popular violence*, p. 259 (discurso de John Pym del 25 o el 26 de enero de 1642, O. S.). Sobre comentarios españoles similares, *véanse capítulos 3 y 9*. <<

[71] Wood, «Fear», p. 814; Hill, *World turned upside down*, p. 108, citando *The mournfull cries* (y otras tantas declaraciones similares de 1648-1649); Bercé, «Troubles frumentaires», p. 772, informe sobre el motín registrado en Fermo; Bercé, *Histoire des cro-*

quants, II, p. 546, relato de los motines ocurridos en Burdeos en agosto de 1648. <<

[72] Huang, *Taxation*, pp. 145-147; Cueto, *Quimeras y sueños*, pp. 80-81, instrucciones de Felipe IV a su «junta de teólogos». Es evidente que la preocupación del rey en 1641 podía reflejar el miedo a que pudieran extenderse las revueltas de Cataluña y Portugal. <<

[73] Spence, *Woman Wang*, p. 13; Darling, *Revenue-raising and legitimacy*, pp. 248-267, proporciona un detallado análisis del registro de peticiones de un departamento de Hacienda, que contenía unas 625 solicitudes recibidas entre 1634 y 1643, y de las cuales sólo rechazó dos o tres. Véanse otros ejemplos en Faroqhi, «Political activity», sobre todo pp. 31-32; y Barkey, «Rebellious alliances», p. 706. <<

[74] Mackay, *Limits*, capítulo 4, ofrece algunos sorprendentes ejemplos. Para conocer el papel de las peticiones como «arma de los débiles» en la Edad Moderna inglesa, véase Walter, «Public transcripts», pp. 137-143. <<

[75] Lorenzo Cadarso, *Los conflictos*, pp. 178-179. En los nueve figuraba el registrado en Aldeanueva de Ebro. <<

[76] Ibídem, pp. 109, 179-180, 192. Lope publicó *Fuenteovejuna* en 1619. Olivari, *Entre el trono*, pp. 125-126, recoge el éxito inmediato que tuvo en España. <<

[77] Bercé, *Histoire des croquants*, II, pp. 597-599 (Bayona en junio de 1641). Dos años después, el gobierno revocó un impopular impuesto sobre el patrimonio, aduciendo que «los costes y exacciones emanados de la recogida del dicho tributo superaban en tres o cuatro veces la cantidad recibida por Su Majestad» (loc. cit.). Para conocer otras «retiradas estratégicas», véase ibídem, p. 680, y Pillorget, *Mouvements*, p. 566 (ambas de Francia), y las registradas durante los llamados tumultos del Pendón Verde (*véase capítulo 9*). <<

[78] Robert von Friedeburg me recuerda que resistirse al poder del Estado *siempre* ha sido una estrategia de alto riesgo: mientras que los gobernantes de la Edad Moderna tachaban a muchos de sus oponentes de traidores, reaccionando de acuerdo con esa caracterización, sus herederos contemporáneos tachan a muchos de los suyos de «terroristas», reaccionando también en consecuencia. <<

[79] Blair y Robertson, *Philippines*, XXIX, pp. 221-225, relato del jesuita Juan López sobre la brutal represión de la rebelión de los *sangleyes* en 1639; y Spence, *Emperor of China*, pp. 31-37; sobre la brutalidad del código legislativo chino, *véase capítulo 3, anterior*. <<

[80] RAS, *Diplomatica: Muscovitica*, p. 602, sin foliar, Adolph Ebbers a Carlos XI de Suecia, Moscú, 21 de agosto de 1662; y Gordon, *Diary*, II, pp. 159-162. En RAS, *Livonica* II, vol. 176, sin foliar, Ebbers, escribiendo al gobernador general, el general Helmfelt, 26 de septiembre de 1662, señaló que «los muchachos sobre los que antes escribí, a los que se iba a cortar una oreja, han sido indultados; conservarán las orejas, pero serán marcados a fuego como los demás [amotinados]». Sobre la brutal represión de la revuelta de Stenka Razin, *véase capítulo 6*. <<

[81] Price, *Memoirs of the emperor Jahangueir*, pp. 225-226. <<

[82] Foisil, *La révolte*, pp. 310-335; Bercé, «L'émeute», pp. 759-789. <<

[83] Goldie, *The entring book of Roger Morrice*, III, pp. 27-28 (Monmouth también «dijo que podría haber tenido 20 000 o 30 000 hombres más, pero que carecía de armas para ellos»); Clifton, *The last popular rebellion*, pp. 231-241. <<

[84] Hugon, *Naples*, pp. 238-239, citando a don Juan, 21 de febrero de 1648, y a Felipe IV y a Oñate después de la rendición del 6 de abril, pp. 243-256, 263-266. Con todo, Oñate hizo al-

gunas importantes concesiones para que España conservara el control de la situación (*véase capítulo 14*). <<

[85] AHN, *Estado* libro 961/56-9v, Olivares, «Relación» preparada para el duque de Braganza, noviembre de 1637 (la misma expresión aparece en Viñas Navarro, «El motín», p. 38, Felipe IV a la duquesa Margarita de Mantua [sin fecha]; AMAE (P) *CPE, Supplément* 3/189-191, «Première négociation des François en Cathalogne», de Bernard Du Plessis-Besançon. <<

[86] Chéruel, *Lettres*, III, p. 1061, Mazarino al embajador en Estocolmo, Chanut, comienzos de septiembre de 1648; Bercé, «Troubles frumentaires», p. 789, Giuseppe Caetano, gobernador de Perugia, al cardenal Panzirolo, 14 de julio de 1648. <<

[1] El título retoma la tipología de rebeliones propuesta por Lü Kun en China. <<

[2] Mandrou, «Vingt ans après», p. 36, Fouquet al canciller Séguier, 1644; Argyll, *Instructions*, p. 8, escritas en 1661. <<

[3] Briggs, «Richelieu and reform», p. 72, escrito de Richelieu de 1624; Elliott y De la Peña, *Memoriales y cartas*, I, pp. 55, 62, el «Gran Memorial» de 1624. Véase también la concepción que tenía el cardenal de la nobleza en su *Testament politique*, pp. 218-223. Villari, *Baroque personae*, capítulo 5, contiene una excelente sinopsis de las motivaciones de los rebeldes europeos del siglo XVII. <<

[4] AGS, *GA* 1331, sin foliar, consulta de la Junta de Ejecución, 7 de diciembre de 1640 (*lámina 25*). <<

[5] Estas cifras generales son engañosas, por las enormes disparidades existentes dentro de cada Estado. Así, en España, la media del 10 por ciento oculta el hecho de que en la provincia de Córdoba sólo el 1 por ciento eran nobles, mientras que *todas* las familias de las provincias norteñas de Vizcaya y Guipúzcoa se consideraban tal cosa. En Polonia, la región de Mazovia contaba con algunas poblaciones compuestas exclusivamente por nobles, mientras que en la zona que rodeaba Cracovia sólo había un 2 por ciento. Además, como Hamish Scott nos recuerda: «A medida que se realizan estudios demográficos más detallados sobre la nobleza, utilizando datos fiscales y de otra índole, nos vamos viendo obligados a revisar a la baja los cálculos anteriores», Scott, *The European nobilities*, I, p. 21. <<

[6] Véanse las radiantes páginas de Jouanna, *Devoir*, pp. 268-270. <<

[7] Jago, «The influence of debt», pp. 227-236, explica este sistema. <<

[8] Lorenzo Cadarso, *Los conflictos*, pp. 72-73. *Véase capítulo 9*. <<

[9] Duccini, *Faire voir*, p. 53; Carrier, *La presse de la Fronde*, I, pp. 104-145 (sobre Condé). <<

[10] Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 557 (Bouillon). Ibídem, I, p. 413, y II, pp. 570-571, 574-575, mencionan otros ejemplos de participación nobiliaria en revueltas populares. Corvisier, «Clientèles et fidélités», describe algunas redes clientelares. <<

[11] Bercé, *Histoire des croquants*, II, p. 737, relación anónima de los *croquants* de Angoumois y Saintonge, 1636 (donde se menciona el brutal asesinato de algunos funcionarios venidos de París). Para más información sobre el asesinato de cualquier sospechoso de proceder de Castilla durante la revuelta catalana de 1640, *véase capítulo 9*. <<

[12] Soares da Cunha, *A casa de Bragança*, pp. 15-16, 554-555, y capítulo 9, sobre el «conservadurismo» del duque. <<

[13] Ohlmeyer, *Civil war*, p. 283, citando a lord Clanricard en 1651 y a *sir* Lewis Dyve en 1650, con otros ejemplos similares en pp. 283-288. <<

[14] Agradezco a Cynthia Brokaw, Kenneth Pomeranz y Evelyn Rawski su ayuda con las fuentes chinas a este respecto. <<

[15] Ho, *The ladder*, p. 73, citando a Wang Daokun, *Taihan ji* (1591). <<

[16] Datos tomados de Hucker, *Two studies*, pp. 41-83; y Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 109-110. <<

[17] Brook, *Confusions of pleasure*, pp. 1-4, citando el *Shexian zhi [Diccionario geográfico del distrito de She]* de 1609, realizado por Zhang Tao. <<

[18] Agnew, «Culture and power», p. 47, queja de Wang Shiying (él mismo un *shengyuan*) a los duques de Kong, que tenían un gran prestigio y controlaban amplios territorios gracias a su condición de descendientes directos de Confucio. La experiencia de Wang ayuda a explicar por qué terratenientes como los du-

ques de Kong acogieron de buen grado el advenimiento de la dinastía Qing. <<

[19] AUB, ms. 2538/21-2 y 37v, Fraser, «Triennial travels». El autor pasó casi tres semanas en Oxford y cuatro en Cambridge, visitando cada uno de los colegios. <<

[20] AUB, ms. 2538/21-2, Fraser «Triennial travels». Aprender «francés para discutir» se antoja una esotérica actividad. <<

[21] Kagan, *Students*, pp. 85, 182-185 (trad. cast.: *Universidad y sociedad en la españa Moderna*, Tecnos, Madrid, 1981). <<

[22] Curtis, «Alienated intellectuals», p. 299, citando al lord canciller Ellesmere; Quevedo, *La fortuna con seso y la hora de todos* (1632), I, p. 264; Roberts, «Queen Christina», p. 217, citando a Magnus Gabriel de la Gardie en 1655; Zeman, «Responses to Calvin», p. 45, citando a Fernando II. En su escrito «Of seditions and troubles», esbozado en torno a 1610, Francis Bacon también pronosticaba rebeliones, porque «cuando más eruditos se producen, los privilegios pueden cuajar»: *Essayes*, p. 47. <<

[23] Amelang, «Barristers and judges», pp. 1281-1284 (sugieren que a la revuelta catalana se le podría llamar «revuelta de los abogados»); Marques, *A parenética portuguesa e a Restauração*, I, p. 56. Sobre Bohemia y Suecia, *véase capítulo 8*; sobre la Fronda, *véase capítulo 10*. <<

[24] Hobbes, *Behemoth*, pp. 40, 70-71, 144, 147-148. <<

[25] Argyll, *Instructions*, p. 6, escritas en prisión poco antes de su ejecución por alta traición; Balfour, *Historical works*, III, pp. 426-427, «nota» final a su «Shorte memorialls and passages of this yeire 1649». <<

[26] Saltmarsh, *The smoke in the temple* (1646), p. 62; anónimo, *Persecutio undecima* (publicado, quizá elocuentemente, el 5 de noviembre de 1648), p. 57. <<

[27] Groenhuis, *Predikanten*, pp. 31-32, de un sermón de enero de 1626. Al igual que muchos otros predicadores fariseos,

Smout tenía un hijo ilegítimo, algo que regocijó enormemente a quienes habían sido objeto de sus críticas. <<

[28] Sobre la República holandesa, *véase capítulo 8;* sobre Escocia, Makey, *Church of the Covenant*, pp. 102-103, Stevenson, «Deposition of ministers», y Donaldson, «The emergence of schism»; sobre Inglaterra, véase Green, «The persecution»; ibídem, *The re-establishment*, cap. 8; y Holmes, *The Suffolk committees*. <<

[29] Marques, *A parenética portuguesa e a Restauração*, I, p. 69, citando a Pedro Valenzuelo, *Portugal unido y separado* (Madrid, 1659); ibídem, pp. 54-56, cifras sobre 79 predicadores; y II, cuadro 1.2, sermones del 23 de diciembre de 1640 y de octubre de 1641, y cuadro 2.1, análisis de los cinco sermones de diciembre de 1640. Sobre los *bonnets rouges, véase capítulo 10*. <<

[30] Neumann, *Das Wort als Waffe*, p. 206 (citando *Triunfos del amor de Dios*, 1642). <<

[31] Monod, *Power of kings*, p. 181 (Torano y Nardò); Capograssi, «La revoluzione», p. 211, Rosso al *dogo*, 17 de septiembre de 1647 (Nápoles). <<

[32] Hugon, *Naples*, pp. 153-156, e ibídem, «Le violet et le rouge» (citando a Capecelatro). El primado de Nápoles ocupaba una posición única, porque el Reino era un feudo papal por el que el rey de España abonaba un tributo. Antes y después de la revolución, Filomarino y los virreyes tuvieron agrias disputas por cuestiones de jurisdicción. Según Hugon, el Archivo General de Simancas, de la Corona española, contiene un expediente titulado «Filomarino», en el que se constatan tales diferencias. <<

[33] Perceval-Maxwell, *Outbreak*, p. 231, citando una crónica jesuita de la rebelión, diciembre de 1641; TCD, ms. 817/37v, declaración del reverendo Thomas Fleetwood, Westmeath, 22 de marzo de 1643; TCD, ms. 816/8v, declaración de Charles Campbell, Monaghan, sin fechar; ms. 831/191, declaración del

reverendo Thomas Johnson, Mayo, 14 de enero de 1644; y ms. 821/154, declaración de Elizabeth Nelson, Tipperary, 16 de diciembre de 1642. Todos los declarantes eran protestantes, así que quizá exageraran la participación de los sacerdotes católicos, pero no es probable que todos los testimonios fueran falsos. <<

[34] O'Mahony, *Disputatio apologetica*, analizada por Ó hAnnracháin, «aunque sean herejes y políticos», pp. 159-163. <<

[35] Linz, en «Intellectual roles», pp. 81-83, daba por sentado que 150 000 puestos religiosos componían ese 5 por ciento que él calculaba. De su base de datos de 116 intelectuales de élite activos durante el siglo XVII, el 33 por ciento pertenecía a órdenes religiosas y otro 22 por ciento eran sacerdotes corrientes o pertenecían a órdenes menores. Los datos de producción bibliográfica se han calculado partiendo de Antonio, *Biblioteca Hispana Nova*. <<

[36] Santoro, *Le secentine napoletane*; Duccini, *Faire voir*; Reis Torgal, *Ideologia política*. <<

[37] Marshall, *Meroz cursed*. Véase también el análisis de este texto en Hill, *The English Bible*. <<

[38] Cunningham, «Zeal for God», pp. 116-118; Croix, *La Bretagne*, p. 1238. Villari, *Baroque personae*, pp. 185-187, describe un sermón teatral. Los curas católicos también ejercían influencia como «directores espirituales» de personajes ricos y famosos. <<

[39] Cregan, «The social and cultural background»; Walsh, *The Irish Continental College Movement; Bergin, The making of the French episcopate*, pp. 187-188; Marques, *A parenética portuguesa e a Restauração*, I, p. 56. <<

[40] *ODNB*, voz «Henderson», citando a John Maxwell, depuesto obispo de Ross, *The burden of Issachar*, sin fechar; análisis tomado de Makey, *Church of the Covenant*, capítulo 7. <<

[41] Sobre esos dos protagonistas, véase García Cárcel, *Pau Claris*, y Ó hAnnracháin, *Catholic reformation (véanse capítulos 9 y 12)*.

Aunque Giulio Genoino era sacerdote cuando asumió el control de la revolución napolitana en 1647, ya había destacado anteriormente como abogado. <<

[42] Rycaut, *Present state*, II, pp. 128, 135 (las cursivas son mías). No cabe duda de que el odio de Rycaut a los puritanos ingleses (que le habían obligado a exiliarse) empapaba su juicio: Darling, «Ottoman politics through British eyes». <<

[43] Kâtib Çelebi, *Balance of truth*, p. 99. Para más información, *véase capítulo 7*. <<

[44] Clarendon, *Brief view*, pp. 319-320 («gentes sucias y sin nombre»); Hill, *Puritanism*, pp. 204-205 (los demás); *ODNB*, voz «Pym»; Adamson, *The noble revolt*, pp. 387, 582, 681; Aston, *A collection*, sig. A2 (prefacio). <<

[45] *ODNB*, voz «Sexby, Edward»; *véanse capítulos 12 y 19*. Los enemigos de Cromwell menospreciaban sus orígenes llamándolo «rey de nariz de lata, principal cervecero de Belcebú»: Knoppers, *Constructing Cromwell*, pp. 19-20. <<

[46] Cressy, «Protestation protested», p. 272, regreso desde Middleton, Essex. Cressy añade: «En más de media docena de condados hubo mujeres que firmaron». *Véase capítulo 11*. <<

[47] Walsham, *Providence*, p. 213; Mack, *Visionary women*, pp. 78-79, 9091. Para más información sobre Elizabeth Poole, véase Firth, *Clarke papers*, II, pp. 150-154, 163-170 (actas de las reuniones del Consejo en las que compareció Poole); Poole, *A vision* (su propio relato); Brod, «Politics and prophecy»; Davies, *Unbridled spirits*, pp. 137-141; y *ODNB*, voces «Poole» y «Cary». Muchas otras mujeres participaron en la guerra pagando sus impuestos, atendiendo a los enfermos y manteniendo negocios y familias. <<

[48] BNE, ms. 2371/21, esbozo de historia del año 1640, realizado por Jerónimo de Mascarenhas, sobre la «beata Paula»; para más información sobre Felipe IV y sus profetas, algunos poste-

riormente encarcelados por la Inquisición por ser sospechosos de herejía, *véase capítulo 9*. <<

[49] Hill, *World turned upside down*, p. 366; Smith, «Almost revolutionaries»; Nicolas, *La rébellion*, p. 443. No todos los líderes de las revueltas eran jóvenes: Pierre Broussel tenía 73 años cuando su arresto provocó el «día de las barricadas» en París y Giulio Genoino más de 80 cuando encabezó la República napolitana en 1647. <<

[50] Véase Terzioğlu, *Sufi and dissident*, pp. 291-292, 299, sobre el uso por parte de MĪŞri de Alejandro y de Aristóteles. Para conocer algunas de sus otras ideas, *véase capítulo 19*. <<

[51] Wakeman, *Great Enterprise*, I, pp. 625-626, citando un boletín del distrito de Jiangxi. <<

[52] Des Forges, «Toward another Tang or Zhou?», p. 75. <<

[53] Burkus-Chasson, «Visual hermeneutics», pp. 384, 414 (n. 37), presenta los cuadros y naipes ilustrados; Ho, «In defense of Sinicization», p. 142, n. 5, cita el conocimiento que tenía Nurhaci de los clásicos chinos. Crossley, *A translucent mirror*, pp. 244-245, 287, menciona ediciones del *Romance*… en manchú, publicadas entre 1647 y 1650; Di Cosmo, *Diary*, pp. 42, 82, 116, demuestra que había soldados manchúes que lo leían. Brokaw, *Commerce and culture*, p. 570, señala que Mao Zedong también leyó y utilizó *A la orilla del agua*. <<

[54] Elliott, «Whose empire», p. 39, cartas de Nurhaci a los habitantes chinos de Liaodong, finales de 1621 (véase también ibídem, p. 38, carta de Nurhaci a los mogoles jalja en 1620, en la que se expresa de manera similar); Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 316-317, edicto de Dorgon del 5 de junio de 1644. <<

[55] Des Forges, «Toward another Tang or Zhou?», pp. 82-89. Este libro menciona la búsqueda que emprendieron Li Zicheng y otros protagonistas de la transición entre los Ming y los Qing de antecedentes históricos que justificaran su conducta (*véase capítulo*

5). En la China de hoy, la palabra más habitual para aludir a la «revolución» sigue siendo *geming*: «cambio del mandato». <<

[56] Hickson, *Ireland in the seventeenth century*, I, p. 194, declaración del reverendo John Kerdiff, condado de Tyrone, 28 de febrero de 1642, citando la *Chronicle of Ireland* de Meredith Hanmer (1571); TCD, ms. 839/134v, declaración de Mulrany Carroll, condado de Donegal, 26 de abril de 1643. <<

[57] Rutherford, *Lex, rex*, pp. 449-453 (más ejemplos en Cowan, «The political ideas»); Rushworth, *Historical collections the fourth and last part*, II, pp. 1420-1421, el presidente John Bradshaw a Carlos I, 27 de enero de 1649. <<

[58] Hill, «The Norman Yoke»; Morrill, *Revolt in the provinces*, p. 143 (sobre las cuadrillas de *clubmen*); Fincham, «The judges' decision», p. 234 (con otros ejemplos de utilización de Fortescue por parte de los detractores de la Corona en la década de 1630). <<

[59] Neumann, *Das Wort als Waffe*, pp. 107-111 (Cataluña); Truchuelo García, «La incidencia», p. 89 (Guipúzcoa). <<

[60] Bercé, *Histoire des croquants*, II, pp. 635-636 (*croquants*); Foisil, *La révolte (nu-pieds);* Hugon, *Naples*, pp. 108, 114, 146, 235, 294; Bercé, «Troubles frumentaires» (aspiraciones comunitarias); sobre Palermo, Nápoles y Guillermo Tell, *véanse capítulos 14 y 8*. <<

[61] Marques, *A parenética portuguesa e a Restauração*, II, cuadro 2.1, sobre Portugal; D'Alessio, *Contagi*, pp. 88-93, Hugon, *Naples*, pp. 85-86, y Benigno, *Specchi*, p. 242, sobre Nápoles; Simon i Tarrés, *Orígens*, p. 216, y Lucas Val, «Literatura», p. 175, sobre Cataluña. <<

[62] Fairholt, *Poems and songs*, pp. XXVIII, 70, y Braddick, *God's fury*, pp. 4345, 53-54 (exaltación de Felton); Adamson, «Baronial context», p. 107 (Essex como Juan el Bautista); Hill, *The*

English Bible, pp. 453-455, e «Index of Biblical persons and places» citado por autores ingleses del siglo XVII. <<

[63] Schama, *The embarrassment of riches*, p. 113 (*Passcha* de Vondel, 1612); Groenhuis, *De Predikanten*, p. 81; Lydius, *Belgium gloriosum*, 1667; Paul, *Diary*, I, p. 344 (febrero de 1638). <<

[64] Trevor-Roper, «The fast sermons», pp. 280-281, citando a Samuel Fairclough, *Troublers of Israel* (con otros textos); ejemplos alemanes en Theibault, «Jeremiah in the village», pp. 444-453. Citas bíblicas tomadas de la Sagrada Biblia, Madrid, BAC, 1973, 17.ª ed. <<

[65] Véase, por ejemplo, Carrier, *La Fronde*, II, n.º 36, *Lettre du père Michel* (1649), que establecía abiertamente una comparación. Para más información sobre el «cautiverio egipcio» que producía Mazarino, véase Benigno, *Specchi*, p. 133. <<

[66] Lenihan, *Confederate catholics*, p. 73, citando a fray Anthony Geoghegan, septiembre de 1642; Casway, «Gaelic maccabeanism», p. 178, discurso de Owen Roe O'Neill (aclamado por otros como «tu actual macabeo y único paladín»); O'Mahony, *Disputatio apologetica (véase capítulo 11)*. <<

[67] Comparato, «Barcelona y Nápoles»; Hobbes, *Leviathan*, pp. 225-226, escrito inmediatamente después del regicidio inglés. <<

[68] Parsons, *Peasant rebellions*, pp. 189-199. <<

[69] Mitchell, «Religion, revolt», capítulo 5, citando el manuscrito *Resumen de la vida de sor Eufràsia Berenguer*. <<

[70] Paul, *Diary*, I, pp. 393, 395-397 (octubre y noviembre de 1638). Wariston, que dejó constancia de estos asuntos, rogaba diligentemente para que «el Señor continuara concediendo éxtasis y expresiones a Margaret hasta que esta gran obra se consumara». Al mismo tiempo, en el norte de Irlanda, un obispo lamentaba: «He tenido a profetisas anabaptistas yendo de un lado para otro»: *CSP, Ireland, 1633-47,* p. 182, obispo Bramhall de Derry a Laud, 23 de febrero de 1638, O. S. Más ejemplos en Gillespie, *Devoted*

people, pp. 137-142, y Groenhuis, *De Predikanten*, pp. 98-102. Sobre Elizabeth Poole. <<

[71] Hill, *The world turned upside down*, pp. 87-106 («una nación de profetas»), cita de p. 90. Thomas, *Religion*, pp. 371-372, 441-444, enumera a destacados personajes de la vida política (entre ellos Carlos II) que consultaron a Lilly. <<

[72] Foster, *The sounding of the last trumpet*, pp. 17-18; Foster, *The pouring forth of the seventh and last vial*, pp. 64-65. No habría que subestimar las capacidades proféticas de Foster: según el calendario inglés, el papa Inocencio X *murió* en 1654 (el 19 de diciembre según el juliano), mientras que el sultán Mehmed IV estuvo *a punto* de ser derrocado entre 1655 y 1656. En Hill, *The world turned upside down*, pp. 223-224, y en *ODNB*, voz «George Foster», hay breves resúmenes de la vida de Foster y de sus escritos. <<

[73] Wilflingseder, «Martin Laimbauer»; *ODNB*, voz «Nayler, James». El pastor puritano Ralph Josselin apuntó en su *Diario* el habitual pronóstico de que el mundo terminaría en 1655 o 1656 (Macfarlane, *Family life*, pp. 23-24, 185, 189-191). Entre los que pronosticaban tal cosa estaba François Davant (véase Labrousse, «François Davant»). En 1658 John Bunyan comenzó a predecir que «el Día del Juicio Final está muy cerca». Sobre Sabbatai Zevi, *véanse capítulos 7 y 19*. <<

[74] Price, *Maroon societies*, p. 37 (el rey de Guinea); sobre Bohórquez, *página 783*; Guijó, *Diario*, I, pp. 143-144 (26 de diciembre de 1650) y p. 220 (20 de julio de 1653) sobre Lombardo. El hecho de que Guijó, un sacerdote corriente, oyera hablar tanto de don Guillén demuestra hasta qué punto se difundió la fama de éste. Sobre la supuesta metamorfosis de don Guillén en el Zorro, véase Troncarelli, *La spada e la croce*, pp. 256-339. <<

[75] TCD, ms. 835/158, declaración de John Right, condado de Fermanagh, 5 de enero de 1642. Hickson, *Ireland*, I, pp.

114-115, reproduce la supuesta encomienda regia, fechada en Edimburgo el 1 de octubre de 1641, y pp. 169-173, 188-189, donde pone de relieve lo bien que funcionó la falsificación. Gillespie, «Political ideas», p. 113, cita la admisión por parte de un obispo católico de que el documento había sido expresamente falsificado para inducir al «pueblo llano [...] [a cometer] esas atrevidas acciones y crueldades». <<

[76] Sobre la fraudulenta carta de Guisa, *véase capítulo 14;* sobre las de Jmelnytsky y Razin, *véase capítulo 6*. No todas las cartas antigubernamentales publicadas por los rebeldes eran falsas: las de Olivares difundidas por los catalanes y las de Carlos I publicadas por sus adversarios ingleses sí eran auténticas: *véanse capítulos 9 y 11*. <<

[77] Paul, *Diary*, I, pp. 348, 410-411 (19 de mayo de 1638 y 8-10 de febrero de 1639). Sobre la difusión en Escocia de la *Politica methodice digesta* de Althusius (publicada en 1603 y después de forma ampliada en 1614), véase Cowan, «The making of the National Covenant»; y Von Friedeburg, *Self-defence*, capítulo 3. *ODNB*, voz «Archibald Johnston», menciona los otros libros en los que Wariston «se propuso rastrear argumentos corroborantes». <<

[78] Laing, *Letters and journals*, I, pp. 116-117, Baillie a William Spang, 12 de febrero de 1639; Paul, *Diary*, I, p. 411 (24 de febrero de 1639). <<

[79] Dunthorne, «Resisting monarchy», pp. 136-140, analiza la utilización de Grocio por parte de Henderson; Paul, *Diary*, I, p. 390 (Wariston relata su debate con Henderson y David Calderwood sobre textos extranjeros centrados en la resistencia, 20 de septiembre de 1638). <<

[80] Downing, *A discoursive coniecture*, p. 38 (que Adamson, *The noble revolt*, pp. 207-209 y notas, data a comienzos de 1641). Sal-

mon, *French religious wars*, estudia la recepción que tuvieron Althusius, Grocio y otros autores en Inglaterra. <<

[81] Prynne, *Soveraigne power*, parte IV, pp. 153-199, es en su mayor parte una traducción del *Vindiciae* (la traducción completa al inglés apareció en 1648). <<

[82] Sobre la serie, publicada en el formato compacto de 24° entre 1626 y 1649, véase Conti, *Consociatio civitatum*. <<

[83] Hugon, *Naples*, pp. 217-223; Mastellone, «Holland as a political model»; ibídem, «Les révoltes de 1647», pp. 177-184, y Musi, *La rivolta*, pp. 203-204, proporcionan pormenorizados análisis al respecto. <<

[84] Casway, «Gaelic Maccabeanism», pp. 180-181, citando una propuesta enviada a Felipe IV de España en 1627; TCD, ms. 829/311, declaración de William Fytton, Limerick, 8 de julio de 1643. <<

[85] Jusserand, *Recueil*, XXIV/1, pp. 35-36, instrucciones para *madame* de Bellièvre, 27 de junio de 1646. <<

[86] Sobre los niveladores, *véase capítulo 12*, y Peters, *Print culture*, capítulo 8, sobre el «caso Nayler». <<

[1] Este capítulo debe mucho a las animadas conversaciones mantenidas con Cynthia Brokaw y David Cressy. Al igual que en los capítulos 17 y 18, el título de éste incorpora la tipología de rebeliones apuntada por el chino Lü Kun. <<

[2] Gladwell, *The tipping point*, pp. 30-34, 57-60. En Europa, el ejemplo histórico «más famoso de epidemia difundida de boca en boca» tuvo lugar once años después: fue el Gran Miedo de 1789 en Francia. Véase Lefebvre, *La Grand Peur*, sobre todo la parte III. <<

[3] Quevedo, *La rebelión de Barcelona*, en *Obras*, I, p. 284; Birago Avogadro, *Le turbolenze*, pp. 369-370; *CSPC 1675-6,* p. 368, *sir* Jonathan Atkins al secretario Williamson, 3 de abril de 1676, y Trevor-Roper, «General Crisis», p. 61. Burke, «Some seventeenth-century anatomists», pp. 25-26, enumera a otros autores que utilizaron metáforas similares. <<

[4] Brigham, *British royal proclamations*, p. 53, «A proclamation for settling the plantation of Virginia», 13 de mayo de 1625, O. S.; PRO, *SP* 16/527/103-7, borrador de propuesta para una Unión de Armas británica (1627). Para más información sobre la Unión española, *véase capítulo 9*. <<

[5] Lamormaini en 1630 (*capítulo 8*); Carlos I en 1638 (*capítulo 11*); y Olivares en 1639 (*capítulo 9*). <<

[6] Álvarez de Toledo, «Crisis, reforma y rebelión», p. 282, Palafox al conde de Castrillo, 1648; Rothes, *Relation*, p. 10, dando cuenta de una conversación en la que el arzobispo de St Andrews mencionaba el entusiasmo que había mostrado un obispo irlandés ante la Liturgia de Laud; sobre los planes de invasión de Escocia, *véase capítulo 11*. <<

[7] Foisil, *Révolte*, p. 231, citando las memorias de Bigot de Monville; AMAE (P), *CPE, Supplément*, 3/240v-241, Du Plessis-Besançon, «Première négotiation des françois en Cathalogne»; *Co. Do. In.*, LXXXIII, p. 313, conde de Peñaranda, princi-

pal negociador en Münster, al marqués de Caracena, gobernador de Milán, 27 de junio de 1647. <<

[8] Pérez Samper, *Catalunya*, pp. 265, 268-269, 271-272, 275, describe los vínculos con Portugal; Boxer, *Seventeenth-century Macau*, parte II, relata la odisea de António Fialho Ferreira. <<

[9] Hugon, *Naples*, pp. 92-100, sobre la propagación de la revolución en Nápoles; Lionti, «Cartelli sediziosi», describía la difusión de la revuelta en Sicilia partiendo de las fechas de los «carteles sediciosos» aparecidos en cada uno de los lugares, algunos reproducidos por este autor (*véase capítulo 14*). <<

[10] [Howell], *A discourse*, p. 15. *Véase capítulo 11*, y Merriman, *Six contemporaneous revolutions*, pp. 115-208. <<

[11] Di Marzo, *Diari*, III, pp. 206-211 (citando libros de Assarino, Birago Avogadro y Collurafi). Véase también Villari, *Elogio*, pp. 60-61. <<

[12] *CSPI 1633-47*, p. 182, obispo Bramhall de Derry a Laud, 23 de febrero de 1638, O. S.; Braddick, *God's fury*, p. 30, citando una carta de John Castle al conde Bridgewater, 24 de octubre de 1639. <<

[13] Castlehaven, *Memoirs*, p. 13 (con testimonios que lo corroboran en pp. 14-16); TCD, ms. 834/18, declaración de Gerrard Colley, condado de Louth, 2 de mayo de 1642; ms. 828/194v, declaración de Thomas Dight, condado de Kerry, 24 de mayo de 1642, citando a un sacerdote irlandés; ms. 836/64, declaración de John Parrie, caballero, Armagh, 31 de mayo de 1642 (citando a «George Sexton, jefe de la policía militar de los rebeldes del Úlster»); y ms. 833/228v, declaración del reverendo George Creighton, 15 de abril de 1643 (citando a Richard Plunkett). Las cursivas son mías. <<

[14] Birago Avogadro, *Le turbolenze*, pp. 369-370. <<

[15] Solomon, *Public welfare*, p. 160; Berghaus, *Aufnahme*, pp. 24, 109-402; Haan, «The treatment», pp. 28-29; Mitchell, «Re-

ligion, revolt». <<

[16] Te Brake, *Shaping history*, pp. 109-110, citando lo dicho por el embajador Nani al *dogo* y al Senado de Venecia, septiembre de 1647; sobre el eco en Francia, *véase capítulo 10;* Bercé, «Troubles frumentaires», p. 770 (los regidores de Fermo sobre el *esempio forse de sollevati di Napoli*), y p. 772 (cardenal Montalto, 7, 8 y 17 de julio de 1648); p. 775 (mapa de las zonas rebeldes de los Estados Pontificios en 1648) y p. 779 (*i masanielli*); e ibídem, *La sommossa*, p. 53. Bissaccione, *Historie delle guerre civile* (1652), incluía una sección especial sobre la revuelta registrada cuatro años antes en Fermo. <<

[17] «T. B»., *The rebellion of Naples*, pp. 76-77 (analizado por D'Alessio, *Contagi*, pp. 116-130, y Hugon, *Naples insurgée*, pp. 328-335, junto con otras obras similares). Burke, «Masaniello: a response», p. 198, menciona que en 1651 los rebeldes de Dordrecht aludieron al ejemplo de Masaniello. Polišenský, *War and society*, pp. 186-195, y Villari, *Elogio*, pp. 51-67, analizan otros ejemplos del interés que suscitó la revuelta en gobiernos extranjeros. <<

[18] Hugon, *Naples*, pp. 219-121, citando el manifiesto y el juramento; Te Brake, *Shaping history*, p. 109, citando el *Discorso fatto al popolo napoletano per eccitarlo alla libertà* (1647). <<

[19] Dunthorne, «Resisting monarchy», p. 126, citando a Althusius y a Guez de Balzac; Quevedo, *La rebelión de Barcelona* (1641), en *Obras*, I, p. 283; Parker, *The cordiall*, p. 30; *CSPV 1640-2*, p. 220, el embajador Giustinian al *dogo* y al Senado, 27 de septiembre de 1641, N. S.; Hobbes, *Leviathan*, p. 225. Véase Hill, *Intellectual origins*, pp. 250-251, para otros ejemplos ingleses. <<

[20] Crewe, «Brave New Spain», pp. 77-78, citando el texto que comenzaba diciendo: «Por quanto Dios Nuestro Señor com-

pasivo de nuestros duelos inhumanos», incautado durante la detención de Lombardo. <<

[21] Conde de Óbidos, Goa, 1653; «Articles of Confederation of the United Colonies of New England», 19 de mayo de 1643; Webb, *1676,* p. 237, n. 81, sobre la iniciativa de Bacon. <<

[22] Heiligsetzner, *Der oberösterreichische Bauernkrieg*, p. 17; *véase capítulo 8*. <<

[23] Sobre los éxitos diplomáticos de Escocia, *véase capítulo 11;* sobre sus fracasos, véase Grocio, *Briefwisseling XI,* p. 251, a Oxenstierna, 5 de mayo de 1640 (llamamiento fallido a Luis XIII); ibídem, p. 329, de Charles Marini, Zúrich, 4 de junio de 1640; y *Theatrum Europeaum*, IV, pp. 184-192, Andrew Ramsay a la Iglesia suiza, 1 de abril de 1640 (también rechazado). <<

[24] Gilbert, *Irish Confederation*, VI, pp. 233-234, Oliver French ante los Estados Generales, 5 de mayo de 1648. <<

[25] Van Aitzema, *Saken*, I, p. 146 (alianza con Túnez y Argelia porque todos *een machtigh vyandt hadden aen Spangien*); p. 905 (celos); y p. 1103 (Monarquía universal); [Voecio], *Brittish lightning*, sig. B. Haan, «The treatment», pp. 39-48, analiza este opúsculo de 1643 (no de 1642), publicado inicialmente en holandés y francés, y lo atribuye convincentemente a Gisberto Voecio. Sharpe, *Personal rule*, p. 833, n. 68, sobre el apoyo a los escoceses, *véase capítulo 11*. <<

[26] Véase Van de Haar, *De diplomatieke betrekkingen*, capítulos 2 y 3; y De Jong, «Holland» (apoyo holandés a Portugal). <<

[27] Goodwin, *Anti-Cavalierisme*, pp. 5, 50, publicado en octubre de 1642 (véase también *ODNB*, voz «John Goodwin»); Young, «The Scottish Parliament», p. 92, citando instrucciones dadas a Thomas Cunningham, marzo de 1645 (en noviembre de 1643 el Parlamento escocés también dio orden a sus enviados en

Inglaterra de que buscaran aliados en el extranjero: ibídem, pp. 82-83); Markham, *Anarchia anglicana*, parte II, pp. 49-50. <<

[28] Haan, «The treatment», pp. 30-31; Carrier, *Labyrinthe*, p. 80, citando una comunicación entre Charles de Saumaise y Jacques Dupuy, 8 de septiembre de 1648; p. 83, citando la obra anónima *Epilogue, ou dernier appel du bon citoyen sur les misères publiques* (1649); y pp. 108-119, sobre el republicanismo de las llamadas mazarinadas y otras publicaciones del momento. <<

[29] Carrier, *La Fronde*, I, n.° 16, Davant, *Avis à la reine d'Angleterre et à la France* (1650), pp. 3-6; Carrier, *Labyrinthe*, pp. 111-112, citando *Le Ti qe… on de la maladie de l'État* (París, 1649); Knachel, *England*, pp. 66-70; Corneille, *Pertharite, roy des Lombards*, representada por primera vez en 1651. <<

[30] Van Aitzema, *Saken*, III (1645-1657), p. 323 (la noticia llegó a La Haya el 14 de febrero de 1649); Bergh, *Svenska riksrådets protokoll*, XIII, p. 17, actas que recogen el discurso de De la Gardie ante el Consejo de Estado el 21 de febrero de 1649, O. S., es decir, sólo tres semanas después del regicidio. El libro era *Defensio regi*, de Caspar Salmasius, publicado en Estocolmo en 1649. <<

[31] Berghaus, *Aufnahme*, pp. 56-58; Schilfert, «Zur Geschichte», p. 129, el canciller Schwarzkopf de la Baja Sajonia en 1651 (miedos parecidos expresaron el elector de Sajonia y otros mandatarios en ibídem, pp. 129-130); Radziwiłł, *Memoriale*, IV, pp. 116-118, escrito en Cracovia el 18 de febrero de 1649; Vernadsky, *Source book*, I, p. 246, decreto del 1 de junio de 1649, O. S. Robin Briggs me recuerda un proceso paralelo ocurrido en 1793: la ejecución de Luix XVI desacreditó y paralizó a los radicales de otros países. <<

[32] Bergh, *Svenska riksrådets protokoll*, XIII, p. 128, actas del discurso de De la Gardie, 10 de octubre de 1651; Cristina citada

en Roberts, «Queen Christina», pp. 196-197; y Grosjean, *An unofficial alliance*, p. 247, n. 42. <<

[33] BL, *Addl* ms. 4,200/14-70, cartas de René Augier, «Resident for the Parliaments of England and Scotland in Paris», a Giles Greene en Londres, 1646-1648; Milton, *Complete prose works*, VIII, pp. 555-556, *Pro populo anglicano defensio secundo*, mayo de 1654. <<

[34] Benigno, *Specchi*, p. 98; Berghaus, *Aufnahme*, p. 92. <<

[35] Cosnac, *Souvenirs*, V, pp. 256-277, «Les principes, fondement et gouvernement d'une république» y «Manifeste»; Carrier, *Labyrinthe*, p. 114. Véase también Knachel, *England*, pp. 198-200, 212-213, 267-269; Kötting, *Die Ormée*, pp. 194-244 y pássim; y Lutaud, *Des révolutions*. <<

[36] Carrier, *La Fronde*, I, n.° 22, anónimo, *Les cautelles de la paix* (mayo de 1652), pp. 17-18 (*l'empire de l'univers*). No cabe duda de que el posterior ataque británico a la República holandesa y el Plan Occidental, que abogaba por la conquista de parte del Imperio caribeño español, refrendaron al autor en su opinión. Parece que a mediados del siglo XVII, fuera de Europa, ningún grupo de rebeldes «exportó la revolución» en la misma medida que holandeses e ingleses. <<

[37] Weber, «The early German newspaper» (cita, p. 74); Behringer, *Im Zeichen*, pp. 303-380 y cuadro de p. 414; y Berghaus, *Die Aufnahme*, I, pp. 2122. Para conocer algunas cifras de Francia e Inglaterra, *véanse capítulos 10 y 12*. <<

[38] Schmidt, *Spanische Universalmonarchie*, p. 14 (estimación del número de opúsculos); Paas, *The German Political Broadsheet*, II-VII, reproducía más de 2000 textos publicados entre 1618 y 1648; de algunos de ellos sólo se conserva una copia. De otros muchos únicamente se conoce el nombre y no cabe duda de que los hay que desaparecieron sin dejar rastro. <<

[39] Stolp, *De eerste couranten*, p. I, Hooft, carta del 24 de junio de 1640; Carrière, *Le labyrinth*, p. 156, citando un opúsculo de Gabriel Naudé, bibliotecario de Mazarino; Infelise, «News networks», pp. 66-67, citando a Gregorio Leti, *Dialoghi politici* (Roma, 1666) y a Francesco Fulvio Frugoni, *Del cane di Diogene* (Venecia, 1687). La traducción de los textos originales italianos es mía. <<

[40] Firth, *The Clarke papers*, IV, p. 231, el capitán Newman del destacamento de Leith a Monck, 31 de diciembre de 1659, O. S. (el panfleto era *Una carta de los oficiales del ejército de Escocia […] a los oficiales del ejército de Inglaterra*). Haan, «The treatment», p. 2, recoge cómo hombres y mujeres corrientes de los Países Bajos leían obras políticas en barcazas y gabarras, discutiéndolas en tabernas y plazas. <<

[41] Eisenstadt y Schluter, «Early modernities», p. 25. Jürgen Habermas, que acuñó la expresión en 1962, ha recalcado que una «esfera pública popular sólo surgió de la competencia con la esfera pública literaria de finales del siglo XVIII», de manera que, en puridad, la expresión no puede aplicarse a períodos anteriores. Con todo, a partir de la década de 1640, Europa occidental asistió a la imbricación de los dos procesos que Habermas consideraba elementos esenciales de la esfera pública: en primer lugar «la generación comunicativa de poder legítimo» y, en segundo, «el despliegue manipulador del poder mediático para fomentar la lealtad masiva, la demanda de los consumidores y la "conformidad" con imperativos sistémicos». Calhoun, *Habermas*, pp. 452, 464-465 (tomado de la respuesta que dio Habermas a sus detractores y sus «Comentarios finales»). Véase también el análisis de Dooley, «News and doubts», y Condren, «Public, private». <<

[42] Whitelock, *Memorials of the English affairs*, p. 176, discurso sobre la movilización del ejército, julio de 1642; Raymond, *The invention of the newspaper*, p. 186, citando a Dudley, lord North, en 1671; Neumann, *Das Wort als Waffe*, p. 1, citando a Alexan-

dre de Ros, *Cataluña desengañada* (Nápoles, 1646), dedicado a Felipe IV. <<

[43] Conti, *Le legge*, pp. 92-93, bando del 15 de noviembre de 1647. Hugon, *Naples*, pp. 128-137, analiza escritos revolucionarios. <<

[44] Locke, *Political essays*, p. 5, de su «First tract on government», escrito en septiembre y diciembre de 1660, pero nunca publicado. <<

[45] Kagan, *Students*, p. 45; Brockliss, «Richelieu», pp. 245-246 ; Naudé, *Considerations*, pp. 127-128; Newcastle, *Advice*, p. 20; Bremner, *Children and youth*, p. 90, citando «The Report of *Sir* William Berkeley, Governor of Virginia, on the state of free schools, learning and the ministry of the colony, 1671». <<

[46] Brinsley, *Ludus literarius*, p. 176; Molinier, *A mirror*, pp. 356-357; Bodin, *The sixe bookes*, p. 543; Hobbes, *De cive*, p. 139 (en un apartado titulado «Causas que disuelven una comunidad»). <<

[47] Kagan, *Students*, pp. 13-14. <<

[48] Spufford, «First steps», pp. 410 y 415-417, citando las autobiografías de Sansom y Tryon (véase también *ODNB*, voz «Thomas Tryon»). <<

[49] Spufford, «First steps», pp. 410-111, que cita el libro de Oliver Heywood, *Life of John Angier*, al suegro de éste y a la madre de Elizabeth. Donawerth, «Women's reading practices», reconstruye cómo Mary Fell, de soltera Askew, escribió en 1666 su libro *Women's speaking justified [Por qué las mujeres pueden hablar]* mientras estaba en la cárcel, obra que incluye citas de la Biblia que ella había aprendido de memoria. <<

[50] Véase Johansson, «The history of literacy in Sweden». Como el Estado no impuso la obligatoriedad de enseñar a escribir, en la Suecia del siglo XVII apenas un cuarto de los varones adultos y muy pocas mujeres eran capaces de firmar. <<

[51] Hart, *Geschrift en Getal*, p. 131; Snel, *The right teaching of useful knowledge*, p. 314. <<

[52] Cayet, *Chronologie novenaire* (1608), p. 22. Otros detalles proceden de Paas, *Kipper and Wipper*, y Bollême, *La bibliothèque bleue*. <<

[53] Carrier, *La presse*, pp. 56, 58 (citando las quejas) y p. 71 (cálculo del total de mazarinadas publicadas; de otras ochocientas sólo hay versiones manuscritas). <<

[54] Pascal, *Lettres provinciales* (1657), «Respuesta del provincial a las primeras cartas de su amigo», 2 de febrero de 1656 [trad. cast.: *Las célebres cartas provinciales de Blas Pascal*, Madrid, Imprenta del Colegio de Sordomudos y Ciegos, Madrid, 1846]. <<

[55] Ezquerra Abadía, *La conspiración*, p. 12, enumera a los mencionados en los «avisos» de Pellicer, detenidos por vilipendiar al rey y sus políticas. Véase Bouza, *Corre manuscrito*, pp. 34-35, sobre los estudiantes, y pp. 40-43 sobre la reproducción de obras dramáticas y sermones. <<

[56] Ettinghausen, «Informació», p. 47, citando el aviso de Pellicer del 12 de junio de 1640. Infelise, «News networks», pp. 55-62, describe una red de información similar gestionada en Venecia por Giovanni Quorli entre 1652 y 1668. <<

[57] Neumann, *Das Wort als Waffe*, p. 195. Sobre los opúsculos catalanes, Ettinghausen, *Guerra dels segadors*, pp. 13-14, y Reula, «1640-1647»; sobre las gacetas, véase Ettinghausen, «Informació», p. 54. <<

[58] Schmidt, *Spanische Universalmonarchie*, pp. 218-231, 470-472 (lista). <<

[59] Newcastle, *Advice*, p. 56. Referencia a los «jóvenes estadistas»; AUB, ms. 2538/44, «Triennial travels» de James Fraser. Cifras tomadas de Raymond, *Invention*, pp. 22-33, y Atherton, «The press», p. 91. Sobre el «toque», véase Peacey, *Politicians and pamphleteers*. Sobre los redactores de noticias, véase Atherton,

Ambition and failure, pp. 153-157; y Dooley y Baron, *The politics*, capítulos 2 y 9. La base de datos de 1653-1654 se puede consultar en < http:// www.ling. lancs. ac. uk/newsbooks> (visitada en junio de 2013). <<

[60] Brook, *The troubled Empire*, p. 199; Struve, *Ming-Qing conflict*, p. 8. Wong, *China transformed*, pp. 112-113 y 125-126, ha señalado convincentemente que «la esfera pública de Europa» (que define como «un entorno en el que poblaciones políticamente comprometidas podían plantear sus reivindicaciones a los Estados») no existía ni podía existir en la China Qing, principalmente por la falta de entornos «en los que pudiera hacerse oír la razón y avanzar la racionalidad». No tiene en cuenta la libertad para debatir que se observó en muchos «entornos» durante la transición entre los Ming y los Qing. <<

[61] Con todo, hay que señalar lo apuntado en la página 841 (*véase capítulo 16*) por un tendero japonés que había conseguido «aprender a leer a base de practicar», ¡aunque el japonés tiene multitud de caracteres y utiliza más de un alfabeto! <<

[62] Rawski, *Education*, p. 92. El estudio incluía alrededor de un tercio de los distritos de la China Ming; Ho, *Ladder*, p. 251, citando a un gacetero de una prefectura de 1586; De las Cortes, *Le voyage*, pp. 191-193 [ed. castellana tomada de Tolosana, «Un aragonés en China», < revistas. ucm. es/index. php/REAA/article/download/…/25 463>, consultada en junio de 2013]. <<

[63] Véanse los ingeniosos cálculos de Peterson en *CHC*, VIII.II, pp. 714-715. Hay que señalar, sin embargo, que, como Cynthia Brokaw nos recuerda, la existencia de tantísimos caracteres chinos suponía que a alguien capaz de leer con fluidez un texto sobre una materia podía costarle leer obras de otra (*Commerce*, pp. 560-568). <<

[64] Chia, «Of Three Mountain Street», p. 128. Sin embargo, hay que señalar que la producción china no puede compararse

con la de Europa: aunque las 38 imprentas de Nankín produjeran unas 110 obras entre 1621 y 1644, de las treinta de Nápoles salieron en 1632, en un único año, 94 (Santoro, *Le secentine*, p. 41). <<

[65] Brokaw, *Commerce*, pp. 13-17. En 1639, el gobierno imperial comenzó a imprimir la *Gaceta de Pekín* con tipos móviles, pero sólo porque su contenido cambiaba a diario. <<

[66] Gallagher, *China*, p. 21, citando a Mateo Ricci (Brokaw, *Commerce*, pp. 513-518, confirma lo baratos que eran los libros); Ko, *Teachers*, p. 50 (citando a un editor de *El pabellón de las peonías*, la conocida ópera). <<

[67] Will, «Coming of Age», p. 31, citando *Relato de años sucesivos* de Yao, que también mencionaba «la publicación en Jiangnan de una novela sobre la caída de Pekín sólo dos meses después de que ésta se produjera» (loc. cit.). <<

[68] Brook, *Confusions*, pp. 171-172, citando al gran secretario Yu Shenxing (1545-1608; hay que recordar la protesta, en sentido similar, que hizo lord Newcastle y que antes citábamos). Sobre los *dibao*, véase Struve, *Ming-Qing conflict*, pp. 9-10 y Yin, *Zhongguo* (agradezco a Cynthia Brokaw que me llamara la atención sobre esta referencia). <<

[69] Le Comte, *Nouveaux mémoires*, p. 498. <<

[70] Wu, «Corpses» p. 44, citando a Lu Yunlong, *Wei Zhongxian xiaosho chijianshu [Relato para condenar al villano Wei Zhongxian]*. Véase Kishimoto, *Min shin kyo-dai*, capítulo 4, sobre el encumbramiento de los amotinados de Suzhou. <<

[71] Dardess, *Blood and history*, p. 5; Fong, «Writing from experience», pp. 257-258; Struve, *The Ming-Qing conflict*, pp. 7-9, 33-34 (citando las historias de Ji Liuqi); e ibídem, *Ming formation*, p. 336. <<

[72] Ho, *Ladder*, p. 199, parafraseando el estudio del pensamiento confuciano de la época Ming presente en Huang Zon-

gxi, *Mingru xuean* (1676). Durante la década de 1640 también se asistió al inicio de una «esfera pública» en Japón (*véase capítulo 16*). <<

[73] Labat, *Relation nouvelle*, II, p. 151 (añadiendo que «utilizan caracteres árabes para escribir su propia lengua»); Ritchie, «Deux textes», pp. 323-324, tomado de Chambonneau, *Traité de l'origine des nègres* (1678). <<

[74] Subrahmanyam, «Hearing voices», pp. 94-95; Ludden, *Peasant history*, p. 8. <<

[75] Çelebi, *Balance*, pp. 11, 143-144: el *Kashf al-zuna-*. El profesor Gottfried Hagen me informa de que, aunque no todos los ejemplares datan del siglo XVII, esta cifra representa un total considerable para una obra no indicada para el estudio en las madrazas. <<

[76] Véase Hering, *Ökumenisches Patriarchat*, y Trevor-Roper, «The Church of England». También hubo misioneros católicos que introdujeron en el Imperio otomano textos religiosos en griego, pero el sultán se negó a que se imprimieran allí. <<

[77] Véase Hacker, «The intellectual activities». Sobre Menasseh y su obra, *véase capítulo 7*. <<

[78] Evliya Çelebi, *Seyahatname [Libro de viajes]* (puede que su nombre fuera un seudónimo, porque en turco *evliya* significa «funcionario» y *çelebi*, «caballero»). <<

[79] Terzioğlu, *Sufi and dissident*, pp. 328-329, menciona la falsa acusación de «judaísmo» lanzada contra Ibrahim; sobre la opción de Crimea, pp. 346-353 (Al-Mīşri conoció a príncipes de Crimea durante su exilio en dicha península); y pp. 464-490, sobre la hermandad de Al-Mīşri y otros legados. <<

[80] Ibídem, p. 41, citando a Çelebi; Hathaway, «The Grand Vizier», p. 669 (el texto era *Risa-le*, de Birgeli Mehmed Efendi, que había inspirado a Kadizade Mehmed). <<

[81] Scholem, *Sabbatai*, pp. 937-939, presenta una lista de las ediciones del *Sefer Tiqqun ha-Laylah* y del *Sefer Seder Tiqqun ha-Yom*, empezando por las dos publicadas en Estambul en 1666. <<

[82] Ibídem, p. 604, citando a un armenio residente en Estambul en la época. Baste un ejemplo: el suegro de Glückel von Hameln vendió todo lo que tenía para comprar provisiones para el viaje desde Hamburgo a Israel: Lowenthal, *The memoirs of Glückel of Hameln*, pp. 46-47. <<

[83] Scholem, *Sabbatai*, p. 549, citando a Mather. <<

[84] Este párrafo se basa en una investigación de doctorado de Benzion Chinn, Universidad Estatal de Ohio. Le estoy de lo más agradecido por haberla compartido conmigo. <<

[85] Diversas fuentes dan cifras distintas sobre los *ragazzi* de Masaniello: Graniti, *Diario di Francesco de Capecelatro*, I, p. 15, y Donzelli, *Partenope*, pp. 7-8, declararon que tenía ocho compañeros, de entre veintitrés y veinticinco años; mientras que Filomarino sugirió que dirigía entre veinticinco y treinta muchachos de quince años o menos (Palermo, *Narrazioni*, p. 385, Filomarino a Inocencio X, 12 de julio de 1647). Giraffi escribió posteriormente que en principio Masaniello había preparado a quinientos muchachos y finalmente a 2000, en concreto para que organizaran una protesta contra el impuesto de la fruta (Howell, *Exact history*, pp. 11-12). <<

[86] AMAE (P), *CPA* 54/101-7, *madame* de Bellièvre al secretario de Estado Brienne, 31 de diciembre de 1646. <<

[1] Tengo que agradecer especialmente su ayuda en la formulación de los últimos capítulos de este libro a Derek Croxton, Kate Epstein, Jack Goldstone, Daniel Headrick, Paul Monod, Sheilagh Ogilvie y Kenneth Pomeranz. <<

[2] Para conocer dos series representativas que demuestran que la década de 1690 fue la más fría de la que se tiene constancia, véase Brázdil, «Use», figura 2 (Alemania desde 1000); Dobrovolný, «Monthly», p. 93 (Europa central entre 1500 y 2007). Véase también Manley, «Central English temperatures», p. 402 (datos de 1659-1973); y Xoplaki, «Variability», pp. 600-601. <<

[3] Garnier, *Les dérangements*, pp. 141-148, y las figuras 22-24, presentan las síntesis más recientes de datos sobre el Gran Invierno en Europa occidental. Para conocer la experiencia de los Balcanes, véase Xoplaki, «Variability», p. 598. El cuadro de Gabriele Bella *La laguna helada en 1708* retrataba a los esquiadores venecianos. <<

[4] Shindell, «Volcanic and solar forcing», p. 4104, «MCG simulado, comparando la incidencia del sol y de los volcanes en 1680 y 1780»; Luterbacher, «European seasonal temperatures», pp. 1501-1502; ibídem, «Presión media mensual», pp. 1050 y 1062; Pfister, «Weeping in the snow», p. 54, presenta dos mapas climáticos que reconstruyen el insólito nivel de frío de 1695. En < http://www. volcano. si. edu/world/find_eruptions. cfm> se enumeran las erupciones volcánicas por año; en < http://en. wikipedia.org/wiki/File: Volcanic-ash-downfall_map_ of_Mt. Fuji_Hoei-eruption01.jpeg> se reconstruyen las lluvias de ceniza producidas por la «erupción de la época HŌei» del monte Fuji entre 1707 y 1708. <<

[5] Datos tomados de Teodoreanu, «Preliminary observations», p. 189, citando a un cronista turco; García Acosta, *Desastres agrícolas*, I, pp. 203-201; Myllyntaus, «Summer frost», p. 82. Véase también Xoplaki, «Variability», pp. 596-604. <<

[6] Nicolas, *La rébellion*, pp. 232-234, citando a los intendentes de Limoges y Moulins; Lachiver, *Les années de misère*, capítulo 8; y Le Roy-Ladurie, *Les fluctuations*, pp. 105-112, 114-115, 300-301. *Véanse capítulos 4 y 10* (sobre la «atrofia») *y capítulo 12* (sobre el tiempo en Gran Bretaña). <<

[7] Véase García Acosta, *Desastres agrícolas*, I, p. 211, sobre los «tumultos» en Nueva España; sobre las rebeliones populares francesas de las décadas de 1690 y de 1709, *véase capítulo 10;* Ze'evi, *An Ottoman century*, pp. 5, 60, 83-84, sobre las revueltas urbanas en el Imperio otomano. Subtelny, *The domination*, capítulos 4-5, menciona que pequeños grupos de nobles descontentos de Livonia, Polonia, Ucrania, Moldavia y Hungría se rebelaron en la primera década del siglo XVIII, pero sin lograr nunca apoyos de amplio espectro. Subtelny hizo un relato excelente de cada una de esas cinco revueltas, apuntando algunos elementos comunes, pero ninguna de ellas podía compararse con las agitaciones de las décadas de 1640 y 1650, ni por su magnitud ni por sus consecuencias. <<

[8] Mauch y Pfister, *Natural disasters*, pp. 6-7 (introducción de Mauch). La expresión *destrucción creadora* se utiliza con frecuencia de manera incorrecta. En 1848, Marx y Engels señalaron que la mayoría de las sociedades humanas se enfrenta a una «crisis» siempre que «una hambruna [o] una guerra de destrucción generalizada acaba con cualquier medio de subsistencia, y destruye la industria y el comercio», e indicaron, además, que esos reveses estimulaban tanto «la conquista de nuevos mercados» como «una explotación más exhaustiva de los existentes» (*Manifiesto comunista*, capítulo 1). No utilizaban la expresión *destrucción creadora*, que apareció por primera vez un siglo después dando título al capítulo 7 de *Capitalismo, socialismo y democracia*, la crítica de la teoría marxista escrita por Joseph Schumpeter (Folio, Barcelona, 1984). Sin embargo, éste excluía explícitamente «guerras, revoluciones, etc». de la lista de «principales impulsores» del cambio

económico y lo que entendía por destrucción creadora era el proceso *interno* mediante el cual los nuevos mercados, productos y métodos económicos «revolucionan sin cesar la estructura económica desde dentro, destruyendo sin cesar la antigua, creando sin cesar una nueva» (*Capitalism*, pp. 82-83). Como muchos historiadores, yo utilizo perversamente la pertinente expresión de Schumpeter para describir la útil interpretación de Marx. <<

[1] Gordon, *Diary*, I, pp. 259-260 (¿fue motivo de inspiración para Kevin Costner en la primera secuencia de la película *Bailando con lobos*?). Véase ibídem, pp. 228, 260 y otras para conocer otros ejemplos del fatalismo de Gordon. Sobre la *Verdadera historia, véase capítulo 5*. Mann, «Women in East Asia», proporciona una excelente revisión panorámica. <<

[2] AGRB, *SEG* 43, menciona por lo menos a seis soldados licenciados del Ejército español entre 1643 y 1644 a causa del mal de corazón; en SEG 37/148 se habla de un hombre de 42 años licenciado del ejército «por hallarse roto y con otros achaques está inútil». <<

[3] Bodleian, ms. *Ashmole*, p. 185, «Figures set upon horary questions by Mr William Lilly», vol. III, agosto de 1646-mayo de 1647: apuntes al azar de casi trescientas preguntas hechas por mujeres durante esos nueve meses. <<

[4] Macdonald, *Mystical Bedlam*, pp. 36, 38, 40-41, 55, 73. Muchos «pacientes atribulados» de los psiquiatras actuales tienen preocupaciones similares, y la proporción de seis mujeres por cada cuatro hombres es sorprendentemente similar, aunque la mayoría son de mediana edad y no hay casi ningún criado. Para conocer una distribución parecida de las víctimas de suicidio, *véase capítulo 4*. Napier tenía una enorme clientela: sus pacientes «atribulados» (1286 mujeres y 748 hombres) eran menos del 5 por ciento del total de personas a las que trató entre 1597 y su muerte en 1634: véase *ODNB*, voz «Napier». <<

[5] Trevor-Roper, *Europe's physician*, p. 8 (Cromwell) y pp. 363-364 (princesa Isabel). Mayerne trató a numerosos enfermos de dolencias venéreas, entre ellos al joven Richelieu (ibídem, p. 66). Macdonald, *Mystical Bedlam*, pp. 150-164, analiza la «melancolía» de Napier y a los pacientes «desganados»; Villari, *Baroque personae*, p. 29, también se ocupa de los «maníaco-depresivos» del momento. <<

[6] Burton, *Anatomy*, pp. 5, 76 («Demócrito al lector») y, en su segunda paginación, p. 11 (parte I, apartado I, subapartado V: «La melancolía en la disposición»); Aubrey, *Brief lives*, voz «Burton», da cuenta de su suicidio. Burton sólo fue el escritor inglés más conocido de los que, en su tiempo, escribían sobre esa materia. También estaban John Donne (*Devotions upon emergent occasions*, 1624), John Milton, («Il pensoroso», 1645) y *sir* Thomas Browne (*Hydriotaphia; Urn burial*, 1658). Véase Gowland, *The worlds of Renaissance melancholy*. <<

[7] *ODNB*, voz «Felton», escrita por Alastair Bellany, citando documentos de su juicio; *CSPD 1628-9*, p. 343, examen de Elizabeth Josselyn, 3 de octubre de 1628. Aunque fuera ejecutado por traición, Inglaterra celebró la acción de Feldon con brindis, poemas y opúsculos: *véase capítulo 18*. <<

[8] Goldish, *Jewish questions*, pp. 131-133 (un *responsum* judío publicado inicialmente en Venecia en 1697). Avicena (Ibn Sina) analizaba la melancolía en la tercera parte de su tratado, dedicado a las enfermedades mentales. <<

[9] Pepys, *Diary*, VIII, p. 588, anotación del 24 de diciembre de 1667 (Pepys sentía cierto remordimiento —«que Dios me perdone, ya que ocurrió en la capilla»—, pero se consolaba diciéndose que habían profanado un servicio católico, no anglicano); ibídem, VI, pp. 132, 145, 310 («mucho sobeteo»), p. 202 (la diestra hija del barquero); pp. 162, 253, 294 (relación sexual con «su Valentine», cuyo nombre de pila siempre omite, refiriéndose a ella como la «esposa de Bagwell»); pp. 189, 201 (la hija de Valentine), y p. 191 (el sueño). <<

[10] Ibídem, VI (1665), p. 240 (anotación del 24 de septiembre de 1665) y p. 342 (veredicto sobre el año de la peste). <<

[11] Haude, «Religion», pp. 545-546, citando una orden (*Mandat*) de Maximiliano del 20 de septiembre de 1636; el pastor de Hersbruck, cerca de Núremberg, y el pastor Davis Wagentrotz,

de Brandeburgo; sobre Asai, *véase capítulo 16*. Otras crisis relajaron también las restricciones sexuales. El *Decamerón* de Boccaccio, aun siendo una obra de ficción, sugiere que la peste del siglo XIV tuvo un efecto muy parecido en la libido de los florentinos, mientras que en 1944, durante una incursión aérea registrada en una estación de tren alemana, LouisFerdinand Céline señaló: «*¡Se necesita hambre y fósforo para que todo pueda suceder, sin reparos! […] ¡Y que toda la sala y la cantina se pasen y entre-pasen piojos, sarna, sífilis! ¡Y el amor!*», Céline, *Castle to castle*, p. 184. (trad. cast.: *De un castillo a otro*, Bruguera, Barcelona, 1981, p. 202); agradezco a Mircea Platon y Leif Torkelsen que me proporcionaran estas *pepysianas* referencias. <<

[12] Struve, «Dreaming», pp. 159-160, parte de un estudio sobre Xue Cai (1598-1665, *jinshi* de 1631), uno de los por lo menos 160 destacados literatos que se sabe se recluyeron en un monasterio (otros veintitrés «entraron en el Tao»). En *Bitter gourd*, Peterson describe cómo Fang Yizhi, otro destacado intelectual, se hizo monje en 1650, cuando la causa Ming se derrumbó en el sur, permaneciendo entregado a la devoción en un monasterio hasta su muerte veintiún años después. <<

[13] Fong, «Reclaiming subjectivity», analiza los prolijos escritos autobiográficos de Ye (nacido en 1589, *jinshi* en 1625, jubilado en 1630 y muerto en 1648) y cita sus *Jiaxing rizhu [Registros diarios]* en p. 35. Brook, *Praying for power*, pp. 114-116, señala que muchos eruditos Ming utilizaban los monasterios como lugares de «retiro» en los que preparar los exámenes para acceder al funcionariado o como espacios públicos para celebrar conferencias y reuniones, así que ya tenían vínculos con algunos de ellos. En pp. 121-122, Brook afirma que a partir de la década de 1630 cada vez fueron más los funcionarios desmoralizados que se retiraron a los monasterios. La magnitud de las «conversiones» monásticas alarmó a los Qing, que en 1653 endurecieron las normas que regulaban la obtención de la licencia para ser monje, pero

cuando la causa Ming se fue a pique, esta forma de escapar perdió atractivo. <<

[14] Will, «Coming of age», p. 33. <<

[15] Sieur Le Gendre (Robert Arnauld), *La manière de cultiver les arbres fruitiers [Cómo cultivar árboles frutales]* (1652). Ese mismo año, Arnauld publicó también una de las más virulentas mazarinadas: *La vérité toute nue [La verdad desnuda]*. <<

[16] Walton, *The compleat angler* (la primera edición, de 1653, era un diálogo entre dos personajes, que, sin embargo, pasaron a ser tres en la edición de 1655 y en las posteriores). Sobre *Eikon basilike, véanse capítulos 2, 12 y 19*. <<

[17] Van Beneden y de Poorter, *Royalist refugees*, demuestra que Newcastle y su esposa, Margaret Cavendish, sobrevivieron en el exilio en la que hoy en día es la Rubenshuis de Amberes. Sobre Hobbes, *véase capítulo 12;* sobre Heberle, Schütz, Opitz y Kepler, *véase capítulo 8*. Sobre los *masanielli* y los *malvizzi, véase capítulo 14*; sobre los campesinos polacos y rusos, *véase capítulo 6*. <<

[18] Nicoară, *Sentimentul de insecuritate*, I, pp. 189-192 (el ardid no funcionó: después de que sus súbditos lo derrocaran en 1653, pasó el resto de su vida en una cárcel turca). <<

[19] *ODNB*, voz «Thomas Fairfax»; y Philip Major, «Jumping Josaphat», *TLS*, 28 de julio de 2006, p. 15. Sobre otros desmoralizados vencedores ingleses (miembros del Parlamento Rabadilla), *página 641*. <<

[20] Di Cosmo, *The diary*, pp. 46, 83, 87 (de 1682). <<

[21] Peters, *Ein Söldnerleben*, pp. 42-43 (buena vida), p. 62 («*mit Vermeldung, oh lutrian, begfutu, Madtza, Hundtzfudt*», etc.), p. 226 («*hübsches Mädelein*»); Monro, *Expedition*, p. 218; Rushworth, *Historical collections*, IV, parte I, p. 399; *ODNB*, voz «Monro». <<

[22] Seaver, *Wallington's world*, p. 11; Pepys, *Diary* (véanse, por ejemplo, sus anotaciones anuales del 26 de marzo, aniversario de la peligrosa pero exitosa operación de extirpación de una piedra

en el riñón). Sobre Newton, véase Westfall, «Short-writing»; el texto completo está en < http://www.newtonproject. sussex. ac. uk/view/texts/normalized/ALCH00 069> (consultado el 12 de marzo de 2012). <<

[23] Disney, *Some remarkable passages*, p. 143 (anotación del 14 de diciembre de 1685), p. 137 (12 de octubre de 1685), p. 125 («algunos consejos básicos» para que su esposa siguiera a la muerte de él). Véanse otros ejemplos citados en Von Greyerz, *Vorsehungsglaube*, capítulo 3. En Escocia, calvinistas como Johnston de Wariston también utilizaron sus diarios para apuntar «introspecciones»; véase el capítulo sobre Wariston en Stevenson, *King or Covenant*? <<

[24] Gallardo, *Ensayo*, II, cols. 168-182, resume el *Arancel político* de Caldera (313 folios manuscritos cuya publicación fue aprobada, aunque nunca llegara a producirse); cita de la col. 174. Jover, *1635,* pp. 430-433, documenta el ascenso del catastrofismo en España. <<

[25] Sallmann, *Naples et ses saints*, pp. 345-346, calculó las cifras totales partiendo del *Libro de visitas* que tenía la capilla que contenía los huesos del santo local Gaetano de Tiene; Guilielmo Gumppenberg, S. J., *Atlas Marianus sive de imaginibus Deiparae per orbem christianum miraculosis*, 2 vols. (Ingolstadt, 1655), reimpreso en varias ocasiones; ediciones ampliadas en latín y alemán de 1672. <<

[26] Brokaw, *The ledgers*, pp. 3-4. <<

[27] Fong, «Reclaiming», p. 28, citando el libro de Yuan Huang *Liming wen [Ensayo sobre la determinación del destino]* (1601), junto con otros *egodocumentos*. Kenneth Pomeranz me recuerda la diferencia entre las «introspecciones» de Wallington y otros cristianos, que anticipaban un *único* Día del Juicio Final, y las de sus contemporáneos chinos, para quienes las acciones que les conce-

derían recompensa o castigo constituían un registro de puntuaciones *continuo*. <<

[28] Courtwright, *Forces of habit*, pp. 2, 59. <<

[29] Lockhart, *Denmark*, p. 55, citando al conde de Leicester en 1632; Ladewig Petersen, «Conspicuous consumption», pp. 64-65, citando el diario de Esge Brock (la anotación se reproduce en Parker, *The Thirty Years War*, lámina 24). <<

[30] Pepys, *Diary*, X, pp. 104-108 («bebida»), y pp. 416-418 («tabernas»); Gallardo, *Ensayo*, II, cols. 175. Clark, *The English alehouse*, pp. 210-111, señala el impacto de la botella negra en el consumo de cerveza. <<

[31] Thackston, *Jahangirnama*, p. 320, citando a Taleb Amuli, poeta oficial del emperador, nacido en Persia. <<

[32] Ibídem, pp. 46, 50; Balabanlilar, *Imperial identity*, p. 91. <<

[33] Rycaut, *The present state*, p. 114; Matthee, *The pursuit of pleasure*, p. 107, citando a Thomas Herbert; Babayan, *Mystics*, pp. 444-445, citando a Jean Chardin y a Rafael du Mans, y pp. 446-447, sobre Qummi. Los europeos del siglo XVII también consumían opio, pero sobre todo como medicina: véase Maehle, *Drugs on trial*, capítulo 3. <<

[34] Pepys, *Diary*, I, p. 253, anotación del 25 de septiembre de 1660; Massieu, *Caffaeum* (c. 1700). Véase también Thomas Fellon, S. J., *Faba arabica, vulgo caffetum, carmen* (1696); y Pierre Petit, *Thia Sinensis* (1685), dedicado a un jesuita. De Vries, *The industrious revolution*, pp. 32-33, 156-157 describe la lenta propagación del consumo de té y café. <<

[35] Haskell, *Loyola's bees*, p. 94, citando a Strozzi, *De mentis potu, sive de cocolatis opificio libri tres* (Nápoles, 1689). Haskell dedica gran parte del capítulo 2 de su fascinante libro a Strozzi. <<

[36] Withington, «Intoxicants», pp. 631-638, analiza este opúsculo anónimo; Pepys, *Diary*, VI, p. 120 (7 de junio de 1665), y VIII, pp. 389-390 (18 de agosto de 1667); Dikötter, «Patient Ze-

ro», p. 7, citando a Yao Lü. Grehan, «Smoking», p. 1373, señala que en «Oriente Próximo todavía se dice hoy en día que la gente "se bebe" el humo». <<

[37] Todas las citas proceden del libro de Brook, *Vermeer's hat*, capítulo 5, «School for smoking» (cita tomada de p. 143, con ejemplos en pp. 143-146). <<

[38] Grehan, «Smoking», pp. 1364-1365 (citando a Kâtib Çelebi en 1653) y p. 1355 (citando a Abd al-Ghani al-Nabulsi de Damasco en 1682). Ze'evi, *An Ottoman century*, p. 29, deja constancia del generalizado consumo de café, tabaco y hachís en la Jerusalén del siglo XVII. <<

[39] Romaniello, «Through the filter of tobacco». El emperador mogol Jahangir prohibió el tabaco en 1617, pero su hijo levantó la prohibición alrededor de una década después. Más o menos en esa época, el sah Abbás de Irán tomó decisiones parecidas. <<

[40] Relato de una reunión del Zemski Sobor en 1653, a cargo del diplomático sueco Peter Loofeldt. Por el contrario, una generación después, la expresión de miedos parecidos *sí* ayudó a evitar el derramamiento de sangre en la Inglaterra de 1688. <<

[41] Hubo una excepción. En 1689, después de varias décadas de guerras fronterizas, China y Rusia solventaron sus diferencias mediante el Tratado de Nerchinsk: el primero de su especie en Extremo Oriente. <<

[42] Crucé, *Le nouveau cynée*, p. 13; Lind, *Hæren*, p. 193, n. 426, Jørgen Rosenkrantz a su hermano Otto, 1636 (citando a Píndaro, «Dulce bellum inexpertis»: «Dulce es la guerra para quienes nunca la han sufrido»). <<

[43] BL, *Addl* ms. 21,935/78v-9, pp. 88-92 (Wallington); anónimo, *The victorious proceedings*, p. 2; Parker, *The manifold miseries*, p. 1. <<

[44] Bennett, *The civil war*, pp. 95, 133, citando a Samuel Woods y Rowland Watkins; Birch, *The life*, I, p. 55, carta a *lady*

Ranelagh, 30 de marzo de 1646; Kuczynski, *Geschichte*, p. 117, citando una Biblia familiar de Suabia, 1647. <<

[45] Uno de esos *Humpen* de 1649 se vendió en 2012 por 40 000 euros. Texto completo reproducido en < http://www.auctions-fischer. de/selling/ highlights/glass-16th-19th-century. html? L=1&objekt=137&cHash=18f276eb be> (consultado el 8 de febrero de 2012). Sobre Franck y otros artistas del momento que abordaron temáticas militares, véanse las reproducciones y análisis de Van Maarseveen, en *Beelden*, y de Bussmann y Schilling en *1648*, vol. II, *Art and culture*. <<

[46] Raynor, *A social history of music*, pp. 115, 203-204, citando a Burckhart Grossman y Heinrich Schütz. <<

[47] Schottelius, *Neu erfundenes Freudens-Spiel genandt Friedens-Sieg* (Wolfenbüttel, 1648): edición digitalizada disponible en < http://diglib. hab. de/wdb. php? distype=img&dir=drucke%2Flo6 992> (consultada en junio de 2013). La ilustración 36 es un grabado que muestra la primera función y a sus augustos intérpretes y espectadores. <<

[48] Rabb, *The struggle*, p. 119, citando a Gerhardt; Milton, *Paradise lost*, libro II, versos 160-164, 335-340 (parte del gran debate celebrado en la corte de Satán sobre si hay que «arriesgarse a librar [otra batalla] para recuperar el cielo») [trad. cast.: < http://rodin. uca. es: 8081/xmlui/bitstream/handle/ 10 498/11 150/14914815.pdf? sequence=1>, consultada en junio de 2013]. Rabb, *The artist*, pp. 101-118, sitúa «la aparición de una nueva y crítica forma de ver la guerra» en los artistas occidentales de la década de 1630. Burke, «The crisis», pp. 251-255 , proporciona una útil enumeración de cuadros y textos de mediados del siglo XVII que condenan la guerra y la revolución. <<

[49] Grimmelshausen, *Der abentheurliche Simplicissimus teutsch*, publicado por primera vez en 1668 y pronto reimpreso, es la única novela alemana de la época barroca que aún tiene muchos

lectores. El muchacho asiste al saqueo de la granja familiar en el libro I, capítulo 4. <<

[50] Rabb, *The struggle*, p. 119, citando textos de apoyo ingleses y alemanes; Brunt, *Social conflicts*, pp. 152-154 (agradezco a Nathan Rosenstein que me llamara la atención sobre esta referencia). <<

[51] Bod., ms. *Eng. Hist.* c. 712, e. 312 (*Commonplace book* de *sir* Roger Whitley, que cubre el período de 1647-1648), p. 47, «Innovaciones y novedades»; Hobbes. Skinner, «The ideological context», apunta los numerosos escritores ingleses que hicieron el mismo razonamiento en esa época. <<

[52] AMAE (P) CPE 21/242-3v, el obispo Marca a Mazarino, Barcelona, 17 de junio de 1644; anónimo, *Avertissements aux rois*, p. 6. También en 1644, en Pekín, el príncipe Dorgon proclamó en junio que el mandato del cielo se había trasladado a los Qing «porque ahora lo tenemos nosotros» (*véase capítulo 18*). En Japón, Suzuki Shōsan planteó algo bastante parecido en su tratado *Banmin tokuyō [Recto proceder para todos]* de 1652 (*véase capítulo 16*). <<

[53] Locke, *Political essays*, p. 7, de su *Primer tratado sobre el gobierno civil*, escrito entre septiembre y diciembre de 1660, pero nunca publicado. Sobre el *Kongelov* (Ley Real), *véase capítulo 8*. <<

[54] Crucé, *Le nouveau Cynée*; Hugo Grocio, *De iure belli ac pacis*, libro III, París, 1625 (trad. cast.: *Del derecho de la guerra y de la paz*, Editorial Reus, Madrid, 1925); William Penn, *An essay towards the present and future peace of Europe, by the establishment of an European Dyet, Parliament or Estates* (Londres, 1693). Penn aludía en tono aprobatorio al *Grand Design* («Gran Plan») propuesto en la década de 1630 por el duque de Sully, antiguo ministro de Enrique IV, que tenía en mente una federación europea que, al crear un equilibrio de poder, fomentara la paz. En 1671, en su *Traité des moyens de conserver la paix avec les hommes [De los medios para conservar la paz entre los hombres],* el jansenista francés Pierre

Nicole señaló que la contención religiosa y moral reduciría las guerras. En *Peace projects*, Jacob reprodujo versiones inglesas de Grocio, Sully y Penn. <<

[55] Von Friedeberg, «The making», p. 916, testimonio ante la Cámara de la corte imperial en 1652; Zillhardt, *Zeytregister*, p. 267 (hay que señalar la temprana utilización de la expresión *guerra de los Treinta Años* para aludir al reciente conflicto). <<

[56] Roberts, *Sweden as a great power*, pp. 173-174, memorial de Gustav Bonde ante el Consejo del Reino, 26 de junio de 1661. <<

[57] Morrice, *Entring book*, IV, p. 335. <<

[58] Rohrschneider, *Der gescheiterte Frieden*, p. 81, instrucciones españolas de junio de 1643. Compárense con *l'expérience nous fait cognoistre que les Espagnols ne gardent leur traités* («la experiencia nos hace conocer que los españoles no guardan sus tratados»), instrucciones francesas de septiembre de 1643, lo cual demuestra un asombroso parecido en sus perspectivas, aunque cada una se redactara en el más absoluto secreto. <<

[59] *Instrumentum Pacis Osnabrugensis*, V, p. 52 («*sola amicabilis compositio lites dirimat non attenta votorum pluralitate*»); Heckel, «Itio in partes», citando un tratado constitucional de 1722. Sobre las lágrimas, véase Dickman, *Westfälische Frieden*, p. 460. <<

[60] Tuck, *Philosophy*, p. 319, citando una carta de Hobbes al duque de Devonshire, julio de 1641; Locke, *Political essays*, pp. 40-41, tomado de su *Primer tratado del gobierno civil*, escrito entre septiembre y diciembre de 1660. Para las predicaciones incluidas en el texto *Meroz cursed [Meroz maldito],* del Libro de los Jueces V : 23, *véase capítulo 18*. <<

[61] Butler, *Hudibras*, Parte I, canto I, vv. 1-6 y 195-202; Pepys, *Diario*, vols. III, p. 294 (26 de diciembre de 1662), y IV, p. 35 (6 de febrero de 1663). Pepys compró un ejemplar en diciembre de 1662, lo encontró «disparatado» y lo vendió más barato el

mismo día. Dos meses después, compró otro para averiguar qué era lo que se había perdido (aunque siguió sin apasionarse con la obra). Sin embargo, otros lectores disfrutaron con el uso satírico por parte de Butler de frases asociadas con los antiguos puritanos como Pepys. <<

[62] Locke, *A letter*, p. 33; Schilling, «Confessional Europe», p. 669; Benedict, «Religion and politics», p. 133. <<

[63] *Acta Pacis Westphalicae: supplementa electronica, IPO*, V: 50; Wallis, *A defence of the Royal Society*, p. 7. <<

[64] Kenyon, *Stuart Constitution*, pp. 365-371, «un acto de libre y general indulto»; Anderson, *The Journal*, p. 173, consejo de guerra, 7 de abril de 1665; Stoyle, «Memories of the maimed»; Young, *Faith*, p. 54. <<

[65] Plumb, *The growth*, pp. XVI-XVIII, 1. Evidentemente, Escocia, Irlanda y Angloamérica eran otra historia. La primera vez que escuché al doctor Plumb (ése era el rango que tenía entonces) exponer su tesis fue en Oxford en 1965, cuando asistí a sus conferencias de la serie Ford Lectures. Fue emocionante descubrir, 45 años después, que todavía resultan convincentes. <<

[1] Meyer, «Ein italienisches Urteil», pp. 160-161; Ray, *Observations*, pp. 81-82 (Mannheim y Heidelberg) y p. 140 (Viena); Skippon, *An account*, p. 432 (Mannheim), pp. 439-440 (Heidelberg), y p. 476 (Viena). Los dos ingleses llegaron a ser miembros de la Royal Society gracias a sus atinadas observaciones. <<

[2] Meyer, «Ein italienisches Urteil», pp. 160-161; Ray, *Observations*, p. 109; Patin, *Relations* (1671), pp. 144, 199-200, 212. <<

[3] AUB, ms. 2538, «Triennial travels», III/7v (Múnich), p. 8 (Ratisbona); Brown, *An account*, p. 52 (cerca de Darmstadt); Gordon, *Diary*, II, pp. 8, 36 (1659). <<

[4] Li, *Fighting famine*, p. 9; Fong, «Writing», pp. 268-273. La autora señala que «la experiencia de la pérdida y el trastorno era tan compleja y traumática que, para aquellos que tenían medios y preparación, escribir debía de ser un método terapéutico para recuperar cierta sensación de control, orden y dignidad poética». Agradezco a Nicola Di Cosmo que me llamara la atención sobre la escasez de representaciones visuales de temas militares en el arte chino. <<

[5] Li Wen, «On the road», que Lynn Struve tuvo la gentileza de traducirme al inglés; sobre el viaje de Li, véase Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 678-680; ibídem, p. 761, reproducía el poema de Chen (y otro en n. 127). <<

[6] Meyer-Fong, *Building culture*, p. 134 (otros datos tomados de ibídem, pp. 5, 12, 20, 77-78, 141-142, 174-180). <<

[7] Peterson, «The life», p. 206, citando las memorias de Gu; Nieuhof, *An embassy*, p. 3 (prefacio), p. 85 (Yangzhou), p. 64 (Nanchang) y p. 60 (acantilados desfigurados). <<

[8] Nieuhof, *An embassy*, p. 65 (políticas de los Qing), p. 39 (Cantón), p. 84 (siguiendo el Gran Canal). <<

[9] Brantôme, *Mémoires*, VI, p. 326; La Noue, *Discours*, p. 160. <<

[10] Ansaldo, *Peste*, pp. 204-208. Del Pino Jiménez detectó esa misma efusión inmediatamente después de la devastadora plaga de 1649 en las localidades andaluzas que estudió en «Demografía rural sevillana», pp. 500-502. <<

[11] Sreenivasan, *Peasants*, pp. 289-292, 322-323 (todas las citas). Theibault, *German villages*, p. 199, señaló que, con el fin de repoblar sus tierras, el *landgrave* de Hessen-Kassel eximió del acostumbrado «impuesto sobre la residencia» a cualquier soldado desmovilizado que quisiera asentarse en ellas. <<

[12] Felloni, «Per la storia»; Eldem, *The Ottoman city*, pp. 98-102 (de Daniel Goffman); Bustos, *Cádiz*, pássim; y datos de archivo comunicados por el profesor Bustos en septiembre de 2006, que le agradezco enormemente. <<

[13] *Venezia e la peste*, p. 98; Hagen, «Seventeenth-century crisis», p. 325 (citando el edicto de 1661); Archivio di Stato, Lucca, *Anziani al tempo della libertà*, cajas 707-708. <<

[14] Jespersen, *A revolution*, pp. 279-296; Lappalainen, « Finland's contribution», figura 9; Oschmann, *Der Nürnberger Exekutionstag* (sobre el pago a veteranos del ejército sueco). Los ruegos de las viudas de guerra arruinadas presentadas por Ailes en «Wars, widows» muestran que, para las familias de muchos soldados y marineros suecos, la «guerra continental» fue un desastre personal y económico. <<

[15] Wheeler, *The making*, p. 212, apunta la cantidad de dinero abonada a los veteranos ingleses. Firth, *Cromwell's army*, pp. 197, 206, señaló que sólo recibieron su paga los que estaban en activo durante la Restauración: nada percibieron los numerosos oficiales purgados en 1659. El apéndice de Reece, «Military presence», sugiere que en 1660 había 25 000 soldados en activo en Inglaterra. <<

[16] Ray, *Observations*, p. 221, y Skippon, *An account*, pp. 550-551 (ambos de 1663). Sobre la destrucción, véase SIDES, *La*

popolazione, pp. 43-47; y Externbrink, «Die Rezeption des Sacco di Mantova». <<

[17] Sreenivasan, *The peasants*, p. 348, citando testimonios de autoridades municipales de Memmingen en 1600 y 1702. <<

[18] Rawski, «The Qing formation», pp. 217-218, menciona las casas de empeño; datos demográficos tomados de Pomeranz, «Is there an East Asian development path?», pp. 325-326; extensión cultivada (en acres, [convertida a hectáreas]), tomada de Ho, *Studies*, p. 102 (pero hay que señalar la salvedad apuntada en *la página 1216, nota 4*). El resto de los datos proceden de Huang, *Peasant economy*, pp. 85-86; Pomeranz, *The Great Divergence*, p. 84; y Will, «Développement quantitatif». <<

[19] Hartlib, *Samuel Hartlib his legacie*; Kerridge, *The agricultural revolution*, publicado inicialmente en 1967, contenía una plétora de ejemplos de «mejoras» agrícolas en la Inglaterra de finales del siglo XVII. Mark Overton, *An agricultural revolution*, desdeñó posteriormente estos datos, indicando que pocas cosas habían cambiado antes de 1750. Se pueden conjugar esas dos perspectivas opuestas señalando que Kerridge había tomado la mayoría de sus ejemplos de East Anglia, donde unos suelos más ligeros facilitaban la innovación, mientras que Overton se había centrado en las Midlands, de terrenos más pesados. Para conocer innovaciones similares en Japón, *véase capítulo 16*. <<

[20] Ho, *Studies*, p. 146, citando una gacetilla de 1760; Mazumdar, «The impact», p. 69; Wong, *China transformed*, p. 28 (cálculos tomados de los linajes del distrito de Tongcheng). <<

[21] Goldstone, *Revolution*, p. 372. <<

[22] Citas de De Vries, *The industrious revolution*, pp. 10, 128, con más ejemplos de su capítulo 4, titulado «Consumer demand», y el artículo posterior, «The limits». <<

[23] Clunas, *Superfluous things*, describe gráficamente el auge en tiempos de los Ming; sobre Suzhou, véase Marmé, «Survival»,

pp. 145-155. <<

[24] Marmé, «Survival», pp. 156-159 (gremios); Nieuhof, *An embassy*, p. 69 (barcos), p. 75 (Nankín). Compárese esta descripción con la de índole similar de Semedo en la década de 1630. En 2002, el número de navíos que navegaba arriba y abajo del Yangtsé cerca de Nankín impresionó enormemente a este autor. <<

[25] Marmé, «Survival», p. 144, citando a Kangxi y Cao Yin, y p. 151 (número de *jinshi*: 785 en el período Qing); Will, «Coming of age», pp. 38-39, citando *Jishi shiyi [Recuerdos aún por registrar]* de Yao. <<

[26] Datos tomados de Perdue, «Water control». El lago Dongting sigue cubriendo entre 3000 y 20 000 kilómetros cuadrados en la época de crecida (entre julio y septiembre), pero ahora el de Poyang es mayor. <<

[27] Lecomte, *Nouveaux mémoires*, I, pp. 118-120. <<

[28] Nieuhof, *An embassy*, p. 81 (Gran Canal), p. 104 (Tianjín); Brook, *The confusions*, p. 48 (cálculo realizado por Gu Yanwu). <<

[29] AUB, ms. 2538, «Triennial travels», I/29; Morrice, *Entring book*, IV, p. 331, anotación del 6 de noviembre de 1688. <<

[30] Una vez más, agradezco a la profesora Kishimoto Mio que compartiera conmigo su «modelo» conceptual sobre China durante un seminario celebrado en la Casa Internacional de Tokio en julio de 2010, y las especulaciones que hizo entonces sobre la posibilidad de «encontrar también algunos paralelismos en el otro extremo de Eurasia». <<

[31] Hull, *The economic writings*, I, pp. 91 y 94 (*A treatise of taxes*, capítulo XV, «Of excise»); North, *Discourses*, p. 14. De Vries, *The industrious revolution*, pp. 58-64, sugiere algo interesante: que la actitud positiva hacia los «nuevos lujos» surgió entre los janse-

nistas, para quienes el «amor a uno mismo» era una útil y constructiva pasión. <<

[32] Defoe, *The compleat English tradesman*, II, parte I, pp. 99-102, 107 (clima); su canto de cisne aparece en *A tour*, I, prefacio del autor. <<

[33] Yang, «Economic Justification for Spending», p. 51, citando un ensayo de Lu Chi de Shanghái, c. 1540, que menciona a Mencio; Kishimoto-Nakayama, «Kangxi depression», pp. 241-242, aludiendo a un ensayo de Wei Shixiao, c. 1680. Lo mismo decía Defoe: la «moderación», escribía, dejaría sin trabajo a las «sirvientas», así como a los granjeros, los artesanos y los comerciantes; en *The compleat*, II, parte I, pp. 99-102. <<

[34] Defoe, *A tour*, I, prefacio del autor (publicado en 1724, después de cuarenta años de viajes y observación); Defoe, *The compleat*, II, parte I, pp. 99-102. <<

[35] Wheeler, *The making*, pp. 148, 198. En Gran Bretaña, su heredero directo, el impuesto sobre el valor añadido (IVA) sigue siendo la tercera fuente de ingresos más cuantiosa, lo cual supone un extraordinario legado de la Crisis General. <<

[36] Datos procedentes de Bogart, «Did the Glorious Revolution contribute?». <<

[37] Wheeler, *The making*, p. 213; Mallet, *Comptes rendus*, pp. 286-287 (cuando a comienzos del siglo XVIII Mallet revisó las cuentas del Tesoro francés, no descubrió datos coherentes para el quinquenio 1656-1660: así era el caos fiscal: ibídem, p. 240); European State Finance Database, < http://esfdb. websites. bta.com/Default. aspx> (consultado el 4 de febrero de 2012). <<

[38] Ogilvie; Scott, *Seeing like a state*, p. 11. <<

[39] Wu, *Communication*, pp. 34-36, 48-49; Janku, «Heaven-sent disasters», pp. 239-241. <<

[40] Virol, «Connaître», pp. 851, 855, demuestra la influencia china en los planes que tenía Vauban de instituir un *dîme royale*

(«diezmo real»). <<

[41] Colbert, *Lettres*, I, pp. 251-252, Colbert a Mazarino, 30 de agosto de 1656, y contestación fechada el 9 de septiembre. Soll, «Accounting», p. 234, describe el volumen preparado anualmente para el bolsillo regio. Colbert, *Lettres*, II, parte II, pp. 771-783 , publicó los contenidos del volumen relativo a 1680 (que incluía un resumen de los ingresos y gastos del Estado entre 1662 y 1680). Sobre la oposición de los jueces a Mazarino, *véase capítulo 10*. <<

[42] Vauban, *Méthode générale*, pp. 14-15, publicado en mayo de 1686. <<

[43] Virol, «Connaître», e ídem, *Vauban*, con otros datos procedentes del archivo de Vauban: ANF, *AP* 155 Mi 1-68. El primer catastro detallado se llevó a cabo en 1682 en la localidad de Douai, de la cual Vauban era gobernador, y ocupaba 91 folios: ANF, *AP* 155 Mi 14/22; extracto en Virol, «Connaître», p. 873. En consecuencia, los catastros de Vauban eran tan detallados como los de los regímenes Toyotomi y Tokugawa, aunque no fueran de escala nacional (*véase capítulo 16*). Véase también Virol, *Vauban*, pp. 192-194, donde figura una *supputation* de diecisiete páginas, titulada «Chronologie des cochons». <<

[44] «Moyen de retablir nos colonies de l'Amérique et de les accroître en peu de temps» (1699), en Vauban, *Les oisivitiés*, pp. 539-573, cita tomada de p. 571. En realidad, la población del Canadá francófono en 2000 apenas llegaba a los siete millones (y la del conjunto del país ni siquiera alcanzaba los 31 millones de personas). <<

[45] Virol, *Vauban*, p. 204 («Du nombre d'hommes»), p. 212 (donde señala que otros partidarios de la «aritmética política» partían de los mismos supuestos), p. 213 (la escasez está *dans l'opinion et non dans la réalité*, tomado de una *mémoire* de 1694). <<

[46] Soll, «Accounting», p. 237; Plumb, *The growth*, pp. 11-13. <<

[47] Scott, *Seeing like a state*, p. 3. <<

[48] Pérez Moreda, *Las crisis*, p. 299, n. 129; Morales Padrón, *Memorias de Sevilla*, p. 67. <<

[49] Brockliss y Jones, *The medical world*, p. 350, citando a L'Érisse, *Méthode excellente et fort familière pour guérir la peste* (Viena, 1628). <<

[50] Lebrun, *Se soigner autrefois*, pp. 162-163 (véase una pauta idéntica en Suiza, descrita por Eckert en «Boundary formation»); Moote, *The great plague*, p. 254. <<

[51] Marks, *Tigers*, p. 147, n. 42, informa de una exitosa campaña de virulación registrada en 1657 cerca de Cantón. Sobre las cepas más virulentas de África, véase Alden y Miller, «Unwanted cargoes», y *capítulo 4*. Sobre los estragos causados por la viruela entre los manchúes, *véase capítulo 5*. <<

[52] *SCC*, VI, 6, pp. 134-140 (testimonio personal de Kangxi); Woods, *Death before birth*, pp. 213-232 (viruela, madres y niños pequeños); Lee, Wang y Campbell, «Infant and child mortality», pp. 402-403 (difusión de la técnica en China). Describiendo la virulación en Bengala en 1731, un mercader inglés decía que la técnica se conocía en la zona desde hacía 150 años: Guha, *Health and population*, p. 141. <<

[53] Schiebinger, *Plants and empire*, pp. 100-104, apunta la llegada de la virulación a Europa. Los registros parroquiales reproducidos en Sinclair, *The statistical account* (véase, por ejemplo, II, pp. 12, 551), dejan patente que esa inoculación eliminó con frecuencia la viruela en Escocia, aun antes de que Jenner fuera el primero en defender la vacunación. <<

[54] No cabe duda de que Cromwell, por razones ideológicas, habría rechazado *cualquier* medicina monopolizada por los jesuitas, pero su impecable vecino católico de los Países Bajos españo-

les, el archiduque Leopoldo Guillermo, también se negó a utilizar la *cinchona* en la década de 1650: Maehle, *Drugs on trial*, pp. 226-228. <<

[55] *ODNB*, voz «Thomas Sydendam», carta a John Locke, 3 de agosto de 1678. <<

[56] Li, *Fighting famine*, p. 167. <<

[57] Le Comte, *Nouveaux mémoires*, p. 125 (relatando su inspección personal durante la década de 1680). Otros datos, tomados de Li, *Fighting famine*; Will y Wong, *Nourish the people*; Shiue, «Local granaries»; y Perdue, *China marches West*, pp. 359-365. A comienzos de la era Tokugawa, Japón también disponía de una red de graneros (*véase capítulo 16*). <<

[58] Mikhail, *Nature*, pp. 216-217. Para Ibrahim , *Al-Azmat*, capítulo 4, la hambruna de 1694-1695 fue la peor del siglo XVII. <<

[59] Pullan, *Rich and poor*, pp. 294-296, sobre los graneros urbanos de Italia; Skippon, *An account*, p. 600, Hugon, *Naples*, pp. 75, 139, 141, sobre Nápoles; sobre Madrid, *véase capítulo 9*. <<

[60] Para Inglaterra, véase Thirsk, *The agrarian history*, IV, p. 619; para Escocia, < http://www.rps. ac. uk>, artículo propuesto por Carlos I el 1 de noviembre de 1625; para Suecia, véase Myllyntanus, «Summer frost», pp. 92-94 (la situación cambió solamente después de 1726 y de otra serie más de cosechas catastróficas: a finales del siglo XVIII, más de cien parroquias tenían graneros). <<

[61] Ranum, *Paris*, pp. 354-356. De La Reynie, primer teniente general (1667-1697), pertenecía al partido de los *dévots* que desde hacía tiempo abogaba por aumentar el gasto asistencial, no bélico (*véase capítulo 10*). <<

[62] Guthrie, «A seventeenth-century ever-normal granary»; Farriss, *Maya society*, pp. 269-270; *véase capítulo 15*. <<

[63] Romaniello, «Controlling the frontier», p. 435; véase Bercé, «Troubles frumentaires», pp. 489-493, sobre el repertorio de ayudas de emergencia llevadas a cabo en 1648 por los regidores de Fermo. <<

[64] Ailes, «Wars, widows», pp. 22, 25; Hastrup, *Nature*, pp. 234-235; anónimo, *An ease for overseers of the poore*, p. 22. <<

[65] Hindle, *On the parish*, p. 256; Solar, «Poor relief», pp. 4-6; Blaug, «Poor Law report», p. 229. <<

[66] Allemeyer, «Dass es wohl recht ein Feuer», pp. 218-220, mencionando edictos de Braunschweig, 1647; Emden, 1666; Kirchward, 1673; Clausthal, 1687; Núremberg 1698. Véase también el epílogo de este libro para conocer la importancia del «aprendizaje acumulado», porque las estrategias de supervivencia de los seres humanos frente a los desastres sólo cambian cuando éstos son frecuentes y graves. <<

[67] Cálculos tomados de Thomas, *Religion*, pp. 19-20; otros datos procedentes de Jones, *Gazetteer*, pp. 52-53; *véase capítulo 3*. <<

[68] Barbon, *A letter*, pp. 1-2. <<

[69] McClain, *Edo and Paris*, pp. 310-316; Needham y Wang, *SCC*, IV/II, pp. 218-222; Van der Heyden, *A description*, pp. 37, 81; Viallé y Blussé, *The Deshima registers*, XII, pp. 335-338. <<

[70] AUB, ms. 2538, «Triennial travels», I/29. <<

[71] Israel, *Dutch Republic: its rise*, pp. 680-682. <<

[72] Schumpeter, *Capitalism*, p. 85. Su argumento concluía del siguiente modo: «En el caso del comercio minorista, la competencia relevante no procede del incremento del número de tiendas del mismo tipo, sino del gran almacén, la cadena, la venta por correspondencia y el supermercado, que tarde o temprano destruirán esas pirámides». Hay que señalar la salvedad relativa a la utilización de la expresión *destrucción creadora*. <<

[73] Marcos Martín, *España*, pp. 462-463, 479-482; McArdle, *Altopascio*, pp. 52-54, 91. <<

[74] Citas tomadas de Sreenivasan, *The peasants*, pp. 289-292, 322-323, 326. <<

[75] Ogilvie, *State corporatism*, pp. 106-109, 189, 218-220; Sreenivasan, *Peasants*, pp. 333-335, 345-348. Véase también Ogilvie, «Guilds». <<

[76] Brokaw, *Commerce*, pp. 226, 405. Para conocer el tamaño del mercado estudiantil, *véase capítulo 5*. <<

[77] Ibídem, p. 179 (y todo el capítulo 5 sobre división de los hogares y de la competencia, «Household division and competition»). <<

[78] Allen, «Wages», pássim. Agradezco a Kenneth Pomeranz que debatiera conmigo el trabajo de Allen. <<

[1] Adshead, «The XVII th century General Crisis» pp. 265 y 251; Pomeranz, *Great divergence*, pássim. Aunque *The great divergence* contiene relativamente pocos datos científicos y tecnológicos, Pomeranz comparaba la experiencia de la Edad Moderna en Europa y China a este respecto en «Without Coal? Colonies? Calculus?». Una vez más, agradezco a Kenneth Pomeranz que compartiera conmigo su erudición e interpretaciones. <<

[2] De Batencour, *L'instruction méthodique*, pp. 32-46, «De la justice du maistre» (véase p. 40 sobre la especial maldad de *les garçons uniques*). Cito la reedición de cuatrocientas páginas de 1669 del original francés publicado en 1654: *L'escole paroissiale ou la manière de bien instruire les enfants dans les petits escoles*. <<

[3] Jolibert, *L'enfance*, p. 18, Plaidoyer ante el Parlamento de París, 25 de enero de 1680; *Mélanges*, p. 7, letras patentes de Luis XV, septiembre de 1724, por las que se crea una escuela de caridad en Ruán. <<

[4] Le Cam, «Extirper la barbarie», pp. 412-413, e ibídem, «Die undeutlichen Grenzen», pp. 50-51, citando las obras del duque Augusto de BrunswickWolfenbüttel, *Schulordnung* (1651) y *Allgemeine Landes-Ordnung* (1647), cuyos primeros dos artículos instaban a la asistencia de todos los niños a la iglesia y a la escuela, instituciones consideradas los dos pilares de la estabilidad política. <<

[5] Ley del Parlamento escocés registrada el 2 de febrero de 1646: < http:// www.rps. ac. uk/trans/1645/11/185> (consultado el 8 de febrero de 2012). <<

[6] Rawski, *Education*, pp. 33-34 (sobre el edicto escolar de 1652), p. 26 (citando una «enciclopedia» probablemente publicada entre 1675 y 1676); Herman, «Empire» (sobre el edicto de 1658, relativo a la educación de los jefes de clanes, que fue el primero de una larga serie). Sobre el «programa escolar nacional» de China, *véanse capítulos 5 y 19*. <<

[7] Dore, *Education*, p. 20. Sin embargo, dada la existencia de 236 feudos, en este sentido Japón iba muy rezagado respecto a China y gran parte de Europa. <<

[8] Israel, *Radical enlightenment*, pp. 128-129. <<

[9] Hautz, *Geschichte der Universität Heidelberg*, II, pp. 186-188, informe del rector y debate de la junta de gobierno, 25 de febrero y 5 de marzo de 1680; Tukker, «The recruitment», p. 212, n. 4. Véanse también los datos sobre la reducción de matrículas en las universidades españolas, en Kagan, *Students*. <<

[10] Hugon, *Naples*, pp. 266-267; Garrisson, «Les préludes», p. 13, el obispo de Montauban a Mazarino, 8 de julio de 1659, pocos días después de que los alumnos de la Academia Protestante hubieran cometido la insensatez de invadir el colegio jesuita anejo y dar una paliza a sus pupilos. <<

[11] Rutt, *Diary of Thomas Burton*, II, pp. 531-542, reproduce las letras patentes de Oliver Cromwell del 15 de mayo de 1657, en virtud de las cuales se constituía «un colegio en Durham», se nombraba a sus profesores (la mayoría colegas o protegidos de Samuel Hartlib) y se le concedían fondos provenientes de propiedades eclesiásticas locales; Newcastle, *Advice*, p. 20, escrito en 1659 (véase Cavendish, *Life*, p. 186). <<

[12] Cavendish, *Life*, p. 194; Cressy, *England on Edge*, pp. 337-338 (canción). <<

[13] Dell, *Several sermons*, pp. 612-613, 644-647, dos sermones pronunciados entre 1652 y 1653 (Dell, en su día capellán del Nuevo Ejército Modelo, era entonces director de Gonville y Caius College, Cambridge); Winstanley, *The law of freedom*, pp. 68-69. Para más información sobre el sentimiento antiuniversitario, *véase capítulo 18*. <<

[14] Sobre la intensidad de la vida estudiantil en Leiden, véase Verbeek, *Descartes and the Dutch*, pp. 34-70. <<

[15] Ho, *Ladder*, pp. 191-192. Mote, *Imperial China*, pp. 863-864, da unas cifras de implicados mucho más elevadas. Sin embargo, entre 1677 y 1682 el emperador vendió títulos para financiar la represión de la rebelión de los Tres Feudatarios. Para más información sobre el sistema de oposiciones al funcionariado, *véanse capítulos 5 y 18*. <<

[16] Israel, *Radical enlightenment*, pp. 3-4; Aubrey, *The natural history of Wiltshire*, p. 15 (el primer párrafo del prefacio, escrito en la década de 1680). Esta magnífica anécdota sobre el hecho de que Harvey *perdiera* pacientes en cuanto publicó un libro nos recuerda que, además de ser un agudo observador de la naturaleza, Aubrey escribió biografías chispeantes y atrevidas de unas cuatrocientas grandes figuras científicas, que en muchos casos había conocido personalmente, y que publicó a título póstumo en sus *Brief Lives [Vidas breves]*. Véase también *ODNB*, voz «John Aubrey». <<

[17] Hunter, *John Aubrey*, pp. 41-42, citando notas tomadas por Aubrey para su proyecto de biografía de Bacon. <<

[18] *ODNB*, voz «Bacon»; prefacio de Bacon para *Novum organum*. Existe traducción al castellano de las obras mencionadas: *La gran restauración: novum organum*, Tecnos, Madrid, 2011; respecto a *The Great Instauration, El avance del saber*, Alianza, Madrid, 1988. <<

[19] Bacon, *Works*, XIV, p. 120, Bacon a Jacobo I, 12 de octubre de 1620. <<

[20] McClure, *Letters of John Chamberlain*, II, p. 339, a *sir* Dudley Carleton, 3 de febrero de 1623. <<

[21] Scriba, «The autobiography», p. 26-29 (las cursivas son mías). Obsérvese que en Francia también se mostraba un desprecio similar por las matemáticas, consideradas asunto de mercaderes y «algo impropio de un rey» (*véase el capítulo 10*). <<

[22] Scriba, «The autobiography», pp. 39-40; Birch, *Works*, I, pp. 19-20, Boyle a Isaac Marcombes, 22 de octubre de 1646, y a Francis Tallent (su tutor en Cambridge), 20 de febrero de 1647. El padre de Boyle era Richard, primer conde de Cork. Villari, *Baroque personae*, pp. 273-275, reproduce muchas declaraciones similares de científicos europeos respecto a su voluntad de aprender de cualquier persona o cosa. <<

[23] Bacon, *Works*, XIV, p. 436, Bacon a Carlos, príncipe de Gales, octubre de 1623, junto a un ejemplar en latín de *El avance del saber (De augmentis scientiarum)*. <<

[24] Weil, «The echo». Harvey se adelantó así al famoso artículo publicado en 1953 en *Nature* por James Watson y Francis Crick, en el que, describiendo la estructura del ADN, reservaban sus revolucionarias repercusiones para el escueto párrafo final, que se iniciaba así: «No ha escapado a nuestra atención que…» <<

[25] Descartes, *Discours*, pp. 51, 22 (trad. cast.: *Discurso del método*, Espasa, Madrid, 2005). En sus cartas a Mersenne, Descartes alabó a Bacon («Verulamius» es la versión latina de Saint Albans, título de Bacon), 23 de diciembre de 1630 y 10 de mayo de 1632: *Oeuvres*, I, pp. 195-196, 251. <<

[26] Ganeri, *The lost age*, se centra en la «nueva razón» y en quienes la practicaban (citas tomadas de Dara Shikoh, pp. 24-27). En pp. 16-17, Ganeri establece un claro paralelismo entre el enfoque de los filósofos de la «nueva razón» y el de Bacon. <<

[27] Elvin, «The man who saw dragons», proporciona un fascinante análisis de esta obra (las citas proceden de pp. 12, 34). Elvin señala también que Xie, al igual que Galileo y Bacon, había tenido precursores intelectuales (ibídem, pp. 3-7). Para otras observaciones de *Wa za zu* basadas en el sentido común, *véanse capítulos 1 y 5*. <<

[28] Miller, *State versus gentry*, p. 140, citando la declaración de Zhang Pu; «Normas de recopilación» (*fanli*) de Chen, para *Nong-*

zheng quanshu [*El libro completo…*] de Xu Guangqui (1562-1633), uno de los más destacados conversos chinos al cristianismo de su época. En concreto, Chen aludía a un tratado de hidráulica del jesuita Sabatino de Ursis, traducido de la obra de Xu. Agradezco a William S. Atwell que me mencionara esta referencia. <<

[29] Atwell, «Ming statecraft», pp. 68-69, sobre el *Huang Ming-jingshi wenbian* de 1639, inspirado por una recopilación similar de tratados políticos de períodos anteriores publicada en 1635: Chang Pu, *Memorials by famous officials through the ages*. Chang y Chang, *Crisis*, pp. 285-303, contiene biografías sucintas de varios partidarios del nuevo conocimiento de finales de la época Ming. <<

[30] Información tomada de Peterson, «Ku Yen-wu» (citas tomadas de pp. 131, 211 de *Ventajas y desventajas de las provincias y prefecturas del Imperio*, terminado por Gu en 1662). Los métodos de Gu se parecen sorprendentemente a los de los anticuarios ingleses del momento, como John Aubrey. Pomeranz, «Without coal?», pp. 256-261, y Elman, *From philosophy*, capítulo 2, son obras excelentes para conocer la «investigación basada en datos» china. <<

[31] Struve, *Ming-Qing conflict*, p. 30, cita el edicto; Spence, *Emperor*, pp. 65-68, cita los propios textos de Kangxi. Waley-Cohen, *Sextants*, pp. 105-121, proporciona un sagaz análisis de las ventajas y límites que presentaba el conocimiento que los jesuitas decidieron difundir en China, es decir, cartografía, artillería, arte, arquitectura y también «ciencia». <<

[32] Basado en Cook, *Matters*, capítulo 4, «Translating what works», cita de pp. 344-345 (Genshō, *Kenkon bensetsu*). Florentius Schuyle reunió, tradujo y publicó el libro de Descartes con el título *De homine* en 1662. <<

[33] Okada Takehiko, «Practical learning», pp. 270-271, con citas de los ocho volúmenes de obras completas de Kaibara Ekken

(1630-1714). Este párrafo se basa en los artículos incluidos en el libro de De Bary y Bloom, *Principle and practicality*. <<

[34] Sobre Kumazawa (1619-1691), y Zhu (1600-1682), véase McMullen, «Kumazawa Banzan»; Ching, «Chu Shun-Shui»; e ídem, «The practical learning». <<

[35] McMullen, «Kumazawa Banzan», Atwell, «Ming observers», establece fascinantes paralelismos entre los arbitristas que hubo durante el siglo XVII en varios países. <<

[36] Spinoza, *Tractatus theologico-politicus*, pp. 291-292 (tomado del último capítulo de la obra, en el que «se muestra que en una República libre todos los hombres pueden pensar lo que quieran y decir lo que piensan», una cita de Tácito). <<

[37] Drake y O'Malley, *The controversy*, p. XIII, Virginio Cesarini a Galileo, 1618 (la picadura); otros datos tomados de Drake, *Galileo at work*, y Redondo, *Galileo*. <<

[38] Ciampoli, *Lettere*, pp. 72-73, a Marcantonio Eugenii, 7 de diciembre de 1640. El papa había pedido a Ciampoli que leyera los *Diálogos* de Galileo, libro que contenía el nuevo pasaje sobre la teoría heliocéntrica, y el italiano aseguró al pontífice que no había nada en él contrario a la doctrina eclesiástica, con lo que consiguió que se permitiera la publicación de la obra, y también firmar su propia sentencia. <<

[39] Descartes, *Oeuvres*, I, pp. 270-271, 285-286, a Mersenne, noviembre de 1633 y abril de 1634 (en el original, las palabras en cursiva eran *bene vixit, bene qui latuit*, tomadas de Ovidio, *Tristia*). *Le monde, ou traité de la lumière* no se publicó hasta 1662. <<

[40] Descartes se aseguró de que la primera edición, publicada en Leiden, apareciera de forma anónima, pero la licencia que autorizaba su publicación en francés sí lo mencionaba como autor: Descartes, *Oeuvres*, I, pp. 338-341, a Mersenne, marzo de 1636, y p. 369, a alguien relacionado con el proceso de autorización,

27 de abril de 1637 (en el que acusa a Mersenne de dar su nombre). <<

[41] Spinoza, *Ethics*, pp. 1-3, tomado de la introducción de Seymour Feldman (trad. cast.: *Ética*, Aguilar, Madrid, 1961). <<

[42] Leffler, «From humanist», p. 420, sobre la obra de François Eudes de Mézeray *Abrégé chronologique de l'histoire de France*, 3 vols. (París, 1668). Para saber más sobre dos destacados contrabandistas de libros (más de 1700 volúmenes) detenidos en 1666 y condenados a galeras, véase Waquet, «Guy et Charles Patin». <<

[43] Lord, *Poems*, I, pp. XXXVII, citando el testimonio de George L'Estrange, censor principal, ante la Cámara de los Lores en 1677 (la medida fracasó). <<

[44] Van der Heyden, *A description of fire engines*, p. 3. Para más información sobre la malhadada bomba, *véase capítulo 21*. En su *Essay of humane understanding* (1690), John Locke insistía también en lo frecuente que era la equivocación entre los seres humanos: «Todos los hombres son susceptibles de error»: *Essay*, libro IV, capítulo 19, apartado titulado «Wrong assent or errour», párrafo 17 (trad. cast.: *Ensayo sobre el entendimiento humano*, Folio, Barcelona, 2003). <<

[45] Ganeri, *The lost age*, p. 248. <<

[46] Elvin, «The man who saw dragons», pp. 22-33; Cook, *Matters*, p. 415. Elvin aborda los ejemplos de «comunicación erudita» presentados por Elman, *From philosophy*, capítulo 5, pero los considera insignificantes en comparación con los europeos. También señala que la mayoría son posteriores a 1700. <<

[47] Berry, *Japón*, pp. 51-52. <<

[48] Merton, «Singletons and multiples», pp. 482-483. La discusión que mantuvieron Newton y Leibniz, y los discípulos de ambos, sobre quién había inventado realmente el cálculo es el ejemplo más conocido de hallazgo polémico «múltiple» en el

siglo XVII. Para conocer otro, véase Hall y Hall, «The first human blood transfusion». <<

[49] Bacon, *Novum organum*, aforismo CXIII; ibídem, *New Atlantis*. *A worke unfinished* (trad. cast.: *Nueva Atlántida*, Akal, Madrid, 2006). <<

[50] Una de las italianas era Elena Lucrezia Cornaro Piscopia (1646-1684), la primera mujer que obtuvo un doctorado (en Padua, 1678), que hablaba perfectamente latín, griego y hebreo. Cornaro, que entró en varias academias, ordenó que a su muerte todos sus manuscritos fueran destruidos. <<

[51] Scriba, «The Autobiography», pp. 39-40. <<

[52] Hartlib, *Considerations*, pp. 46-48. Datos de otros intentos anteriores tomados de Blome, «Office of Intelligence», y *ODNB*, voz de «Samuel Hartlib». <<

[53] Sprat, *History*, pp. 57-58; estatutos de la Royal Society, 15 de julio de 1662 y 22 de abril de 1663; *ODNB*, voz «Founder members of the Royal Society». <<

[54] Sprat, *History*, pp. 84-85, 98. Wilkins supervisó el proyecto y eligió a Sprat, uno de sus propios alumnos, para que lo redactara. <<

[55] De Sorbière, *A voyage*, p. 49. Véase también el exaltado relato que de las primeras reuniones de la Royal Society hizo otro visitante francés: Balthasar de Monconys, *Journal*, II, pp. 26-28, 37, 47-48, 55-56. <<

[56] Mormiche, *Devenir prince*, pp. 329, 337. <<

[57] Otros eruditos también servían de «centros neurálgicos» para el intercambio de conocimientos científicos: del período 1617-1648 nos han llegado 1100 cartas de Marin Mersenne, muchas de ellas acompañadas de artículos que, enviados por terceros, él remitía como «adjuntos»; entre 1598 y 1637 Nicholas-Claude Fabri de Peiresc envió bastantes más de 10 000 cartas a

unos quinientos corresponsales; a su muerte, en 1694, se calcula que Ismael Boulliau dejó 10 000 cartas. <<

[58] *Philosophical Transactions* no se convirtió en la revista oficial de la Royal Society londinense hasta 1752: Oldenburg asumió personalmente la responsabilidad (y también los beneficios) de su dirección (o «autoría», que así lo llamaba él). Al principio, el *Journal des Sçavans*, publicado por primera vez pocas semanas antes, en 1665, incluía sobre todo reseñas de libros. <<

[59] Israel, *Radical enlightenment*, capítulo 7, ofrece una excelente panorámica. <<

[60] Bots, «Le rôle des périodiques», p. 49, citando al abate Jean-Paul de la Roque, director del *Journal des Sçavants*. <<

[61] Skippon, *An account*, p. 433 (Heidelberg), p. 607 (Nápoles); Ray, *Observations*, pp. 271-272 (Nápoles). <<

[62] Boix y Moliner, *Hippocrates aclarado*, prólogo, no paginado (según el autor, Harvey había tenido noticia de la circulación de la sangre gracias a un comentario crítico del Eclesiastés realizado por el padre Juan de Pineda en 1620; mientras que Descartes había plagiado un libro del doctor Gómez Pereyra, publicado en 1554); Israel, *Radical enlightenment*, p. VI. <<

[63] Camuffo, «The earliest temperature observations». Una cruel ironía hizo que los registros de este precoz experimento resultaran muy dañados por un acontecimiento climático extremo: las inundaciones registradas en Florencia en 1966. Cuando finalmente se procesaron en el siglo XXI, los datos pusieron de manifiesto que en el siglo XVII los inviernos habían sido 1 °C más fríos que en el XX. <<

[64] Sprat, *History*, I, pp. 173-179, reproduce la propuesta de Hooke; Fleming, *Historical perspectives*, pp. 34-37, proporciona una panorámica de éste y de otros proyectos de recogida sistemática de datos climatológicos. <<

[65] Goad, *Astro-meteorologica*; Baker, «Climate», pp. 428-432 (sobre Ashmole, Locke y Plot). Ashmole se hizo con los papeles de otros astrólogos, entre ellos el «diario del tiempo» que entre 1598 y 1635 escribió Richard Napier (*véase capítulo 20*). Véase también el interesante intento de comparación, realizado en 1676, de los climas de Irlanda y la Norteamérica británica, en Vogel, «The letter», sobre todo p. 128. <<

[66] En Francia murieron 56 000 personas en las dos primeras semanas de agosto de 2003, 15 000 más de lo normal, y la mortalidad fue especialmente elevada entre las mujeres y los mayores de 45 años. Un tercio de ese exceso de fallecimientos se registró en la región de Île-de-France y en algunas zonas superó el doble de la tasa de mortalidad normal: Hémon y Jougla, *Estimation*, pp. 54-55. <<

[67] Datos tomados de Gere, «William Harvey's weak experiment» (Bacon y Harvey); Hunter, *Robert Boyle*, capítulo 10 (titulado «Magic, science and reputation», dedicado principalmente al último libro de Boyle, *Strange reports*); Snobelen, «A time» (Newton). <<

[68] Lubienietski, *Theatrum cometicum*, recogió relatos de toda Europa, acompañados de más de ochenta ilustraciones. <<

[69] Robinson, *The great comet*, pp. 120-126, y Álvarez de Miranda, «Las controversias», enumera las obras; Akerman, *Queen Christina*, p. 177; Fryer, *A new account*, III, pp. 174-175, carta de Fryer desde Surat, 25 de enero de 1681, O. S.; De Beer (ed.), *The diary of John Evelyn*, IV, p. 235. <<

[70] Lach y Van Kley, *Asia*, III, p. 976; Tavernier, *Travels*, I, p. 309; Di Cosmo, *Diary of a Manchu soldier*, p. 57; *Kangxi shilu*, XCII, pp. 14a y 20b (agradezco a Timothy Brook esta referencia). <<

[71] Mather, *Heaven's alarm*; ídem, *Kometographia*, pp. 118, 124, 107. <<

[72] Descartes, *Oeuvres*, I, pp. 251-252, a Mersenne, 10 de mayo de 1632 (donde añadía: «Como Tycho [Brahe] hizo con los tres o cuatro que observó», haciendo alusión al *Liber de cometa* de Brahe, 1603); Schaffer, *The information order*, pp. 36-44. Véanse las fuentes enumeradas en el libro III, lema IV, de los *Principia mathematica* de Newton. <<

[73] Halley, *A synopsis of the astronomy of comets* (Londres, 1705), pp. 19, 21-22, 24. Véase Álvarez, *T-Rex*, pp. 145-146 y la lámina en color que hay en la página aneja a la 101, sobre la colisión en 1994 de un fragmento del cometa P/ Shoemaker-Levy 9 con Júpiter. Es posible que Halley supiera que Cassini había visto algo parecido a un cometa impactando contra Júpiter en diciembre de 1690 y que lo había dibujado: Peiser, *Natural catastrophes*, p. 7. Halley también tuvo suerte, porque el cometa de 1682 fue el último apreciable a simple vista que apareció en sesenta años. <<

[74] Rabb, «Introduction», p. 149; ídem, «The scientific revolution», p. 509. Agradezco a Mircea Platon que me pusiera sobre la pista de este segundo elemento. <<

[75] Skippon, *An account*, p. 607; Ronan, *Edmond Halley*, p. 124, el astrónomo real John Flamsteed a Isaac Newton en 1691. Trece años después, Halley accedió a un puesto de profesor de geometría en Oxford, a pesar de otra carta crítica de Flamsteed. <<

[76] Milton, *Paradise lost*, libro I, pp. 287-291 y comienzos del libro VIII (agradezco a Kate Epstein que me diera a conocer estas referencias); Mormiche, *Devenir prince*, pp. 338-339. Los teólogos de la Sorbona protestaron durante el debate de la teoría de Galileo, hasta que Bossuet, preceptor religioso del delfín, les ordenó abandonar el empeño. Compárese esto con la reacción de Descartes cuando leyó la sentencia impuesta a Galileo. <<

[77] Véase Kessler, «Chinese scholars», pp. 181-184, y Struve, *Ming-Qing conflict*, pp. 30-32. El sistema de datación chino, que

nombra los períodos y años de reinado en función de los títulos asumidos por los monarcas, identificaba la lealtad de forma casi tan inequívoca como las tonsuras, y para referirse al período posterior a 1644 los autores de la *Historia de los Ming* utilizaron tanto los títulos de los soberanos de esa dinastía como los nombres personales de los gobernantes Qing (no sus títulos durante el reinado), algo que los regentes consideraron signo evidente de sedición. <<

[78] Brook, «Censorship», p. 177, citando el edicto del 11 de diciembre de 1774 del emperador Qianlong. Para conocer un ejemplo de literatura antimanchú que sobrevivió incluso a esa purga, véase Chang y Chang, *Redefining history*, pp. 136-141: algunas de las conocidas *Liaozhai Zhiyi [Extrañas historias de un estudio chino],* fueron escritas por Pu Songling en la década de 1670. <<

[1] Brinton, *Anatomy*, pp. 237-238 (trad. cast.: *Anatomía de la revolución*, Aguilar, Madrid, 1962). Agradezco especialmente a Rayne Allinson, Kate Epstein y Ken Pomeranz sus incisivos comentarios sobre un borrador anterior de este capítulo. <<

[2] Foster, *The English factories in India, 1630-1633*, pp. 218-219 , cartas enviadas a Londres por trabajadores de la Compañía de las Indias Orientales radicados en Surat, 8 de mayo de 1632, O. S.; Smith, *The art of doing good*, p. 137, citando el diario de Lu Shiyi; Balfour, *Historical works*, III, p. 409; Howell, *Epistolae*, III, p. 26, carta del 10 de diciembre de 1647 a su sobrino. <<

[3] Ogilvie, *A bitter living*, p. 1, citando a Catharina Schill, *ein arme Frau*, en 1654. Para más información sobre los esclavos, *véanse capítulo 5* (China), *capítulo 12* (Gran Bretaña) *y capítulo 15* (África); para los siervos, *véase capítulo 8*. Ejemplos del redoblado impacto que tuvo la crisis sobre las mujeres, *véanse capítulos 4-15*. <<

[4] Pepys, *Diary*, VIII, pp. 337-414, relata cómo se vengó Elizabeth de él. Véase el magnífico resumen de Capp, *Gossips*, pp. 93-94, y en pp. 84-126, 166-181, su exposición del arsenal de instrumentos de represalia del que disponían las esposas y sirvientes inglesas. <<

[5] Cavaillé, «Masculinité», párrafo 38, citando las «máximas» de Cristina. Hay que señalar la similitud entre la concepción que de las monjas tenían Cristina y Elena Cassandra [Arcángela] Tarabotti. <<

[6] Balabanlilar, *Imperial identity*, capítulo 4, proporciona un magnífico análisis de las poderosas «begunes y janumes» de la dinastía mogola. Para más información sobre el poder de las madres de los sultanes otomanos, *véase capítulo 6*. <<

[7] Agradezco a Robert W. Cowley que me sugiriera el paralelismo entre las pérdidas cuantitativas y cualitativas de las guerras, revoluciones y conquistas del siglo XVII y del XX. <<

[8] Cálculos de Nansen, *Through Siberia*, p. 283 (Nansen acababa de recorrer toda Siberia). <<

[9] Wakeman, *Great Enterprise*, pp. 425-427 (notas sobre las carreras de veintitrés altos funcionarios Ming que se rindieron primero a los Shun y después a los Qing y de otros 32 que se pasaron directamente de los Ming a los Qing), y pp. 1, 129-133 (análisis de los orígenes y carreras de los 125 hombres cuya biografía se recoge en *Er chen zhuan*, biografías de ministros que sirvieron a ambas dinastías y de miembros de los abanderados *han*). <<

[10] D'Aubert, *Colbert*, p. 23 (citando a Lefèvre d'Ormesson); *ODNB*, voz «Monck»; Wheeler, *The making*, p. 212. A los soldados ingleses que lucharon en Irlanda en la década de 1640 también les fue bien el servicio militar: recibieron las soldadas atrasadas principalmente en forma de tierras confiscadas a los vencidos (*véase capítulo 12*). Parrott, *The business*, pp. 241-249, ofrece un estudio magistral sobre las fortunas que hicieron y perdieron los capitanes del ejército y la armada en la Europa del siglo XVII. <<

[11] Mortimer, *Eyewitness accounts*, pp. 88-90. <<

[12] Cavaillé, «Masculinité», constituye un excelente análisis del comportamiento de Cristina y de sus críticos. <<

[13] Pepys, *Diary*, VII, p. 122, anotación del 12 de mayo de 1666 (el 7 de diciembre de 1660 y el 21 de mayo de 1667 Samuel mencionaba también lo mucho que a su mujer le gustaba el libro). *Artamène ou le Grand Cyrus* está disponible en línea, ya que tiene su propia página web < http://www.artamene.org/>. <<

[14] Hay que reconocer que tanto De Scudéry como La Fayette ocultaron su género en la portada de sus libros, donde se decía que los habían escrito hombres. *La princesse* se puede leer en línea en < http://www.inlibroveritas.net/lire/ oeuvre2472.html> (trad. cast.: *La princesa de Clèves*, Cátedra, Madrid, 1987). Sarkozy dejó constancia de su «sufrimiento» cultural en < http://blogs.

rue89. com/mon-oeil/2008/07/25/nicolas-sarkozy-kaercherise-encore-la-princesse-decleves> (consultado el 2 de marzo de 2012). <<

[15] Ko, *Teachers*, pp. 129-136. Su marido era hijo de uno de los mártires de Donglin *(véase capítulo 5)*. Hay que señalar el parecido con el poema «El pequeño carro» de Chen Zilong. Widmer, «The epistolary world», constituye un sensible estudio de las escritoras chinas durante la transición entre los Ming y los Qing. <<

[16] Cavendish, *Nature's pictures*, pp. 377-378 (tomado de «A true relation of my birth, breeding and life»). Sobre Margaret y William en Amberes, véase el magnífico catálogo de la exposición *Royalist refugees*, editado por Van Beneden y De Poorter. Otros datos tomados de Cavendish, *Life, ODNB*, voces relativas a Margaret Cavendish, *sir* Thomas Lucas y *sir* Charles Lucas. <<

[17] Haboush, «Constructing the center», p. 51; Richter, *Facing East*, pp. 67-68; White, *The Middle Ground*, capítulo 1. <<

[18] Hagopian, *The phenomenon*, p. 123; Bacon, *Essayes*, p. 46 (trad. cast.: *Ensayos*, Orbis, Barcelona, 1985). Bacon volvió a publicar este ensayo, con algunos cambios, en la edición de 1625, citada aquí. <<

[19] Walford, «The famines», parte II, p. 79. En la primera parte, pp. 521-525, Walford analizaba si las manchas solares podían influir en las cosechas y confiaba en «que la teoría sea objeto de la investigación y el esclarecimiento más críticos». <<

[20] Ibídem, parte II, p. 217. <<

[21] Laing, *Correspondence*, I, pp. 93-98, 105, Lothian a su padre, conde de Ancram, 19 de octubre de 1637 y 8 de noviembre de 1640 (mayúsculas en el original). El conde añadió: «Las obras de Dios han sido fruto de menos manos que las nuestras». <<

[22] BL, *Harl.*, ms. 5,999/29v, «Discourse by Henry Jones», noviembre de 1643. Para más información sobre el clima y la catás-

trofe, tanto en Escocia como en Irlanda, *véase capítulo 11*. <<

[23] Puede que la amenaza de muerte por inanición también desatara la atrevida «larga marcha» de Li Zicheng, que discurrió desde Xi'an a Pekín a comienzos de 1644, pero la destrucción de sus archivos nos impide aseverarlo (*véase capítulo 5*). <<

[24] Trotski , *History*, II, introducción y vol. I, capítulo 7: «Five days» (trad. cast.: *Historia de la Revolución rusa*, Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels, Madrid, 2007). Para conocer los orígenes de las otras revoluciones, *véanse capítulos 9 y 14*. <<

[25] *Véanse capítulo 9* (Barcelona), *capítulo 14* (Nápoles y Mesina), *capítulo 6* (Moscú) *y capítulo 10* (París). Brinton, *Anatomy*, pp. 86-88, señaló el mismo fenómeno en las revoluciones norteamericana, francesa y rusa. <<

[26] Además, el entusiasmo de los fanáticos *kadizadelis* y sufíes ayudó a crear las facciones que atormentaron Estambul (*véanse capítulos 7 y 18*). Véase Brinton, *Anatomy*, pp. 99-100, para más información sobre la participación del clero en la independencia de Estados Unidos. <<

[27] Oliver Cromwell, aunque no fuera ni noble ni rey, también fundó una dinastía y, de haber vivido más tiempo, puede que la casa de Cromwell y no la de Hannover hubiera sustituido a los Estuardo. <<

[28] Brinton, *Anatomy*, p. 102, apunta la preeminencia de los licenciados universitarios entre los revolucionarios de Norteamérica durante el siglo XVIII. <<

[29] Ibídem, p. 35. <<

[30] Hay que reconocer que esas tres asambleas acabaron por perder el combate: en Portugal, medio siglo después, cuando la entrada de ingresos procedentes de Brasil permitió a la Corona gobernar sin las Cortes; en Escocia y Cataluña, una década después, cuando la fuerza militar las subyugó. <<

[31] Normalmente, las rebeliones que no lograban el control de la asamblea representativa estatal se venían abajo con relativa rapidez. En Nápoles, la «Serenísima Real República» tenía previsto convocar un Parlamento en el que representantes de las doce provincias del Reino pudieran hacer causa común, pero los españoles recuperaron antes el control; en 1650, en Dinamarca y Suecia la Dieta nacional arrancó varias concesiones a la Corona, pero después se fragmentó y las perdió; en la Francia de 1651 la Asamblea de Nobles y la Asamblea del Clero obligaron al regente a convocar los Estados Generales del Reino, pero cometieron la insensatez de disolverse antes de que se convocara (ninguna asamblea se convocó hasta 1789). <<

[32] Scriba, «The autobiography», p. 32. Una vez más, Brinton defiende con elocuencia la presencia de este factor en revoluciones posteriores: *Anatomy*, pp. 122, 134-135, 137-138, 144. <<

[33] Rushworth, *Historical collections*, III, parte I, pp. 11-12, discurso del rey del 3 de noviembre de 1640. *Véase capítulo 11*. <<

[34] Braudel, *The Mediterranean*, I, parte II, capítulo 1, parte I (trad. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, FCE, Madrid, 1997); AGS, *SP* 218/72, consulta del 27 de agosto de 1647 en la que se revisan muchas cartas recientes de Nápoles; AGS, *Estado* 2566, sin foliar, don Diego de la Torre a Felipe IV, 18 de febrero de 1648. <<

[35] Elliott, *Revolt*, p. 407. <<

[36] AGS, *IG* 435, legajo 10/258v-9v, Fernando Ruiz de Contreras ordena a la Casa de Contratación de Sevilla que informe a la flota del «accidente de Portugal», 5 de enero de 1641, actas, e *IG*, 429, legajo 38/177-82v, Felipe IV al virrey del Perú y otros, 7 de enero de 1641, actas. AGI, *IG* 761, sin foliar, consulta del 27 de diciembre de 1640: hay que reconocer que alguien refrendó este «luego, luego», aunque señalando que el Consejo había pospuesto el consejo al rey sobre las medidas pertinentes

que había que tomar hasta que hubiera más información concreta y general. Por el contrario, Madrid informó de inmediato a sus ministros en el Nuevo Mundo sobre la revolución catalana: AGI, *IG* 589, legajo 13, sin foliar, registro de correos enviados a Sevilla, anotación del 12 de junio de 1640: un abultado paquete de cartas dirigidas a América se depositó a las «cuatro de la mañana». <<

[37] Se podría decir que *todos* los complots con muchos conjurados corren el riesgo de que alguien los traicione (unos voluntariamente, otros sin querer), pero nadie desveló las intenciones de las «matronas de la Iglesia» que interrumpieron la primera celebración de la Liturgia de Laud en 1637, ni el plan de restauración de la independencia portuguesa de tres años después. <<

[38] AMAE (P), *CPA* 57/314-15, M. de Bellièvre al secretario de Estado Brienne, Londres, 13 de noviembre de 1648. <<

[39] Goodare, «Debate: Charles I», pp. 200-201. Para más información sobre protocolos contrafácticos, véase Tetlock, *Unmaking the West*, sobre todo su introducción. <<

[40] Citas tomadas de Elliott, «The year of the three ambassadors», p. 181. Para más información sobre el carácter de Carlos I, *véase capítulo 11*. <<

[41] A partir del capítulo 5, Crusoe narraba sus experiencias basándose en ese «diario»; Defoe, *The life* (trad. cast.: *Aventuras de Robinson Crusoe*, Espasa, Madrid, 2003). <<

[42] Defoe, *The life*, pp. 286, 262. <<

[43] Ibídem, pp. 152, 58, 79, 170. Mi lectura del libro debe mucho a la de Hill, «Robinson Crusoe». <<

[44] Will, «Développement quantitatif», p. 868, citando los decretos del emperador Kangxi; Marks, *Tigers*, p. 291, citando a Han Liangfu en 1724 y al emperador Yongzheng en 1723. En una nota, Will se pregunta cómo llegaron a convencerse los emperadores de que China estaba superpoblada, señalando que los

memorandos de los gobernadores provinciales a ese respecto «más que alentar la preocupación imperial, la reflejan». <<

[45] Milton, *Paradise lost*, libro II, versos 597-603 [trad. cast.: < http://rodin. uca. es: 8081/xmlui/bitstream/handle/10 498/11 150/14914815.pdf? sequence=1>]. <<

[1] Mis disculpas para James Carville, autor de esta letanía de la triunfal campaña presidencial de Clinton-Gore de 1992: «Es la economía, estúpido» y mi agradecimiento a Oktay Özel, que el 18 de junio de 2008, en la mesa dedicada a la «Crisis General otomana», reunida durante el XI Congreso Internacional de Historia Social y Económica de Turquía celebrado en Ankara, sugirió que nuestro título fuera: «Es el clima, estúpido». También doy las gracias a Derrin Culp, Kate Epstein, Daniel Headrick, James Lenaghan y Angela Nisbet, así como a Greg Wagman y a un grupo de capaces y eruditos estudiantes de la Universidad de Notre Dame por las útiles referencias y sugerencias que me han proporcionado. <<

[2] Agradezco a Christian Pfister y a Martin Parry que compartieran conmigo sus recuerdos de la conferencia de 1979. Sanderson, *The history*, p. 285, menciona el patrocinio de BP y Shell para la Climatic Research Unit, fundada en 1971 dentro de la Escuela de Ciencias Medioambientales de la Universidad de East Anglia. El volumen publicado por CUP fue el de Wigley, *History and climate*. <<

[3] *Report of the World Food Conference, Rome, 5-16 November 1974* (Nueva York, 1975), pp. 6-8 (en < FAORLC-41 001WorldFoodConference. doc>, consultado el 9 de marzo de 2012). Hay que señalar que, dos años después de la conferencia celebrada en la Universidad de East Anglia, Amartya Sen publicó su influyente libro *Poverty and famines*, en el que postulaba que la hambruna reflejaba más las deficiencias de la distribución que las de la producción. <<

[4] Houghton, *Climate*, p. XI («Executive summary») http://www.ipcc. ch/ ipccreports/far/wg_I/ipcc_far_wg_I_spm. pdf (consultado el 30 de junio de 2013). <<

[5] < http://inhofe. senate. gov/pressreleases/climateupdate. htm> (consultado el 30 de junio de 2013). Discurso del senador

Inhofe en el Senado de Estados Unidos, 4 de enero de 2005, en el que citaba en tono aprobatorio su propio discurso del 28 de julio de 2003. En otra alocución sobre «el calentamiento global, el problema medioambiental que más han puesto de moda los medios de comunicación a lo largo de la historia», el senador afirmaba: «Los medios me preguntan con frecuencia cuánto dinero he recibido del sector de los combustibles fósiles para campañas electorales. Sin arrepentirme de ello digo que "no lo suficiente"», < http://epw. senate. gov/speechitem. cfm? party=rep&id=263 759> (consultado el 30 de junio de 2013). <<

[6] Texto de la Enmienda Upton-Inhofe en < http://energycommerce. house. gov/media/file/PDF/ETPA/ETPA. pdf>; derrota de la Enmienda Waxman (6 de abril de 2011) en < http://clerk. house. gov/floorsummary/floor. aspx? day=2011 0 406&today=20 120 310> (consultado el 2 de julio de 2013). En la «Lista 236» adjunta figuran los 237 republicanos y tres demócratas que votaron «no» y el único republicano y los 183 demócratas que votaron «sí». <<

[7] Campbell, «Panzootics», p. 178. Véanse también sus artículos «Physical schocks» y «Nature». <<

[8] Mussey, «Yankee Chills», p. 442, citando una revista no identificada de finales de 1816, que mencionaba a un granjero de Barnstead y a Bentley. Más información en Heidorn, «Eighteen hundred»; Post, *The last great subsistence crisis*, capítulos 2-3; Stommel, *Volcano weather*, pp. 28-29 (mapa de la «frontera de nieve» de Nueva Inglaterra en junio de 1816) y p. 83 (precios); y Harington, *The Year without a summer?*, con un espectacular mapa desplegable. <<

[9] Mussey, «Yankee Chills», p. 449 (gobernador Wolcott de Connecticut) y p. 451 (estadísticas: la población de Ohio pasó de 380 000 a 580 000 personas y la de Indiana e Illinois también se benefició de la llegada de refugiados procedentes de Nueva In-

glaterra). Muchos europeos emigraron también entre 1816 y 1817: a Rusia, a Sudáfrica y, sobre todo, a Norteamérica: Post, *The last great subsistence crisis*, pp. 97-107. <<

[10] *State of Ohio homeland Security Strategic Plan* (2011), p. 6, en < http:// www.publicsafety. ohio. gov/links/Strategic_Plan. pdf > (última entrada: 10 de marzo de 2012). Nada dice el plan sobre la necesidad de «no perder de vista la protección» del abastecimiento de agua. <<

[11] Aunque fueran totalmente predecibles, parece que nadie había previsto las consecuencias de que un huracán de categoría 5 impactara contra una ciudad portuaria situada a muy pocos metros por encima del nivel del mar. Tampoco parece que nadie previera la probabilidad de que un terremoto de intensidad 9 y un *tsunami* con olas de catorce metros de altura dejara totalmente sin suministro eléctrico una central nuclear construida en la misma costa pacífica japonesa, en Fukushima, que sin embargo también acabó con el propio tendido eléctrico que podía proporcionar la energía de emergencia necesaria para impedir una catástrofe nuclear. <<

[12] Los datos proceden de *2011 disasters in numbers*, estadística elaborada por la International Disaster Database de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, < www.emdat. be> (consultado el 12 de marzo de 2012). Esos desastres naturales produjeron muchas víctimas mortales —36 en Tuscaloosa, casi 200 en Christchurch, más de 550 en Joplin y por lo menos 20 000 en el noreste de Japón—, pero otros desastres naturales han acabado con muchas más vidas: entre otros, el terremoto y el *tsunami* registrados en Sumatra-Andamán en 2004, que mató a más de 230 000 personas, y el terremoto de Haití de 2010, que segó la vida de más de 300.000. <<

[13] Nordås y Gleditsch, «Climate change and conflict», critican al PICC por no realizar análisis sistemáticos de los datos his-

tóricos para demostrar que el clima actúa como un «multiplicador de las amenazas en algunas de las regiones más inestables del mundo» (p. 628), donde citan un informe de 2007 titulado *National security and the threat of climate change: Report from a panel of retired senior US military officers [La seguridad nacional y la amenaza del cambio climático: informe de un comité de oficiales retirados del ejército de Estados Unidos]*. Su artículo sirve para presentar un número especial de una revista, que contiene cinco textos sobre el tema. Agradezco a Sharmistha Bachi-Sen, de la Universidad de Búfalo, que me proporcionara esta referencia. Véase también el número especial de 2009 del *Journal of Peace Studies*, dedicado al mismo tema. <<

[14] Blake, *The deadliest, costliest, and most intense United States tropical cyclones*, pp. 5, 6, 25. <<

[15] Slovic, «The perception of risk», p. 280, reproducido en su colección de ensayos con el mismo título. <<

[16] Israel, *The Dutch Republic: its rise, greatness and fall*, atribuye convincentemente la aparición y expansión de la República holandesa a la solidaridad colectiva surgida en las provincias costeras para enfrentarse a las inundaciones. Sobre la aparición de los seguros antiincendios después de 1650, *véase capítulo 20*. <<

[17] Slovic, *The perception of risk*, p. 8, introducción de R. W. Kates. <<

[18] < http://www.noaanews. noaa. gov/stories2011/20 110 112_globalstats. html> (consultado el 11 de marzo de 2012). La relegación del calentamiento global a «problema de segundo orden» se publicó en *The Washington Post* del 9 de junio de 2011, < http://www.washingtonpost.com/politics/romney-draws-earlyfire-from-conservatives-over-views-on-climate-change/2011/06/08/AGkUTaMH_story. html> (consultado el 11 de marzo de 2012). <<

[19] Los autores descubrieron que muchos países expuestos a desastres naturales de raíz climática también presentan sistemas de información menos desarrollados y poblaciones con niveles de formación relativamente bajos: ambos factores reducirían la preocupación por el cambio climático. <<

[20] En 2005, el predicador televisivo John Hagee y otros vieron en el huracán *Katrina* un castigo que Dios había infligido a Nueva Orleans por tolerar «abominaciones» como los desfiles del Orgullo Gay y las clínicas que practican abortos. Para conocer otras explicaciones *pecatogénicas* anteriores, *véase capítulo 1*. <<

[21] Bankoff, *Cultures*, p. 3; Kvaløy, «The publics' concern», a partir de datos tomados de *World Values Survey [Encuesta mundial de valores]* de 2005-2009; las citas proceden de pp. 11, 13-14, 18. Los autores preguntaron a los encuestados que valoraran la gravedad, no sólo del calentamiento global sino de la «pérdida de especies vegetales y animales o biodiversidad» y también de la «contaminación de ríos, lagos y océanos». Casi en todas partes, la última categoría encabezaba la lista de preocupaciones, mientras que el calentamiento global era la segunda o la última (p. 17). Las conclusiones coinciden sorprendentemente con las de Diamond, *Collapse*, capítulo 14, «Why do some societies make disastrous decisions?». <<

[22] Bankoff, *Cultures*, pp. 10-13, 32-33. En Filipinas también hubo desastres naturales en el siglo XVII (*véase capítulo 1*), que condujeron a la aparición de un estilo «barroco [arquitectónico] adaptado a los terremotos», especialmente concebido para soportar seísmos. Véase, por ejemplo, la iglesia de Paoay, en el norte de Luzón, construida entre 1694 y 1710, < http://heritageconservation. wordpress.com/2006/07/27/paoay-church/> (consultado el 2 de julio de 2013). <<

[23] *Adapting to climate change*, pp. 97-98. <<

[24] «Revised statement of principles on the provision of flood Insurance», julio de 2008, < http://archive. defra. gov. uk/environment/flooding/documents/ interim2/sop-insurance-agreement-080709.pdf> (consultado el 30 de junio de 2013). <<

[25] Geneva Association, *The insurance industry*, pp. 42, 62-63 (los datos sobre Florida se han actualizado gracias a Florida, *Into the storm*, p. 4). La Geneva Association es una organización sin ánimo de lucro integrada por ochenta altos cargos de las principales aseguradoras del mundo. <<

[26] Geneva Association, *The insurance industry*, p. 70; *Adapting to climate change*, p. 24. <<

[27] Florida, *Into the storm*, pp. 2, 20, 23. <<

[28] Cock, *Hygieine* sig., B1v. El autor había intentado defender su postura ante una subcomisión del ayuntamiento londinense, pero fue «silenciado»; ahora lo intentaba de nuevo «sobre el papel». Más información en Moote, *The great plague*. <<

[29] Pepys, *Diary*, IV, pp. 323-324 (anotación del 7 de diciembre de 1663); *Hansard: House of Commons Debate*, 19 de febrero de 1953, discurso de *sir* David Maxwell Fyfe; Horton, «The Thames barrier project», p. 248; PRO, *HLG* 145/151. En 1953, gran parte de las víctimas del Támesis murieron en Canvey Island, un terreno ganado a las aguas durante el siglo XVII y previsto de protecciones costeras inoperantes frente a las mareas, más virulentas, de tres siglos después. Es curioso que aunque la *razón* de la subida del nivel del Támesis siguiera siendo un misterio para quienes consideraban la construcción de la barrera en ese río, ellos no dejaran de presionar a favor del proyecto precisamente porque *se había producido*. <<

[30] Datos procedentes de *TE2100 Plan consultation document*, en < www. environment-agency. gov. uk/static/documents/Leisure/TE2100_Chapter01-04. pdf> (última entrada: 12 de marzo de 2012). En los Países Bajos, después de las inundaciones de

1953, acciones similares condujeron a la construcción de la barrera móvil más grande del mundo en la desembocadura del Escalda: una vez más, se trata de un proyecto de prevención tan ingente que sólo el gobierno central podía materializarlo y que hasta el momento ha evitado que se repita otra catástrofe parecida. <<

[31] Brázdil, «Floods», p. 50; King, *Foresight, flood and coastal defence*. <<

[1] Mensaje electrónico a Robert Baldock, 21 de febrero de 1998. <<

[2] Needham, SCC, I, prefacio. Needham también citaba a Raleigh, History of the World *[Historia del mundo]* (1614): «A pesar de todo [la historia], sin el conocimiento de los lugares en los que tiene lugar, al querer para sí gran parte del placer, en modo alguno enriquecerá el conocimiento y el entendimiento del lector». <<

[3] Richards, *The unending frontier*, p. 3. <<

[1] Bisaccione, *Historia*; Birago Avogadro, *Delle historie memorabili*. Burke, «Some seventeenth-century anatomists of revolution», examina a éstos y a los demás autores de «crisis» (dos tercios de ellos italianos y un cuarto en activo entre 1647 y 1648). Voltaire, *Essay on the customs and character of nations* (trad. cast.: *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones y sobre los principales hechos de la historia desde Carlomagno hasta Luis XIII*, Compañía General de Ediciones, Madrid, 1960). <<

[2] Aston (comp.), *Europe in Crisis* (trad. cast.: *Crisis en Europa [15 601 660],* Alianza, Madrid, 1983); Elliott, «The General Crisis»; y Merriman, *Six contemporaneous revolutions*. Véanse también los debates historiográficos contenidos en Chaunu, «Réflexions»; Parker, *Europe's seventeenth-century crisis*; Villari, «Rivolte»; Wallerstein, «Y a-t-il une crise»; Te Brake, *Shaping history*, capítulo 4; Dewald, «Crisis»; Bitossi, «Gli apparati statali»; Bilbao, «La crisis»; Koenigsberger, «The General Crisis»; y un número especial de la revista *Manuscrits*, IX (1991), «Europa i Catalunya el 1640». <<

[3] *Revue d'Histoire Diplomatique*, XCII (1978), pp. 5-232; Hroch y Petráň, *Das 17 Jahrhundert-Krise der Feudalgesellschaft*?, (publicado inicialmente en checo en 1976); *Renaissance and Modern Studies*, XVI (1982), pp. 1-107. Zagorin, *Revueltas y revoluciones en la Edad Moderna*, Cátedra, Madrid, 1985. <<

[4] *Modern Asian Studies*, XXIV (1990), pp. 625-697, prácticamente reimpreso en su totalidad en la edición de 1997 de Parker y Smith, *General Crisis*. <<

[5] Goldstone, *Revolution and rebellion*; Romano, *Conjonctures opposes*; Ogilvie, «Germany»; *AHR*, CXIII (2008), pp. 1029-1099 («The General Crisis of the seventeenth century revisited»); *JIH*, XL (2009), pp. 145-303 («The Crisis of the seventeenth century: interdisciplinary perspectives»), la cita de Rabb procede de p. 150. <<

[6] Las declaraciones se pueden consultar en < 1641.tcd. ie> (última consultado el 30 de junio de 2013). Véanse también los ensayos contenidos en Darcy, *The 1641 depositions*. «State Papers Online» [documentos de Estado en línea] permite acceder (únicamente) a los suscriptores institucionales a los archivos completos de las épocas de los Tudor y los Estuardo. <<

[7] *Ohlmeyer*, «The Antrim Plot», p. 912, lord Antrim a Hamilton, 13 de julio de 1639; Scott y Bliss, *The works of William Laud*, VII, p. 211, Laud a Wentworth, 30 de noviembre de 1635; Struve, *Ming-Qing conflict*, p. 32. <<

[8] Le Roy-Ladurie, «Naissance», rinde tributo a la influencia de Garnier. Durante una conversación mantenida en febrero de 2012, Le Roy-Ladurie me aseguró que él había restado importancia al vínculo entre catástrofe y clima en su libro de 1967 «porque nadie me habría creído». <<

[9] Fleury y Henri, *Des registres paroissiaux*; Wrigley y Schofield, *The population history*; Hayami, *The historical demography*. Véase también Rosental, «The Novelty», y Séguy, «L'enquête». <<

ÍNDICE

El siglo maldito 3

Prólogo. ¿Alguien dijo «cambio climático»? 9

Introducción. La pequeña edad de hielo y la crisis general 20

Primera Parte. La placenta de la Crisis 36

1. La pequeña edad de hielo 39
2. La crisis general 79
3. «El hambre es el mayor enemigo»: El núcleo de la crisis 133
4. «Un tercio del mundo ha muerto»: sobrevivir en el siglo XVII 169

Segunda Parte. Soportar la crisis 224

5. La gran empresa en China, 1618-1684 229
6. La gran convulsión: Rusia y la Mancomunidad Polaco-Lituana. 295
7. La «tragedia Otomana», 1618-1683. 355
8. Las lamentaciones de Alemania, y sus vecinos, 1618-1688. 402
9. La agonía de la península Ibérica, 1618-1689. 481
10. Francia en crisis, 1618-1688. 551
11. La monarquía estuardo: el camino hacia la guerra civil, 1603-1642. 609
12. Gran Bretaña e Irlanda, de la Guerra Civil a la revolución, 1642-1689. 672

Tercera parte. Sobrevivir a la crisis 736

13. Los Mogoles y sus vecinos. 740

14. Bandera roja sobre Italia. 780
15. Los «continentes oscuros»: América, África y Australia. 824
16. Un acierto: el Japón Tokugawa en sus inicios. 892
Cuarta parte. Enfrentándose a la crisis 932
17. «Quienes no tienen medios de vida»: parámetros de la resistencia popular. 937
18. Los que están deseando «que se produzca un cambio»: aristócratas, intelectuales, religiosos y «gentes sucias y sin nombre». 983
19. Gentes de creencias heterodoxas que «se unirán a cualquiera que las llame»: la propagación de la revolución. 1033
Quinta parte. Más allá de la crisis 1077
20. Cómo escapar a la crisis. 1085
21. Del estado belicoso al estado de bienestar. 1122
22. La gran divergencia. 1177
Conclusión. Anatomía de la crisis. 1222
Epílogo. Es el clima, estúpido. 1255
Cronología de los principales acontecimientos de la crisis general, 1618-1688. 1278
Agradecimientos. 1285
Convenciones. 1291
Fuentes y Bibliografía. 1292
Abreviaturas utilizadas en las Notas y la Bibliografía. 1300
Bibliografía. 1305
A. Fuentes primarias. 1306
B. Fuentes secundarias. 1356

Listado de láminas y figuras. 1483
Autor 1518
Notas. 1520